Las mil y una noches

Traducción, introducción y notas de
Juan Vernet

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

DADOS DE COPYRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe ***Le Livros*** e seus diversos parceiros, com o objetivo de oferecer conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O ***Le Livros*** e seus parceiros disponibilizam conteúdo de dominio publico e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: ***LeLivros.site*** ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados neste link.

"Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não mais lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade poderá enfim evoluir a um novo nível."

Las mil y una noches es una de las obras más importantes e influyentes de la literatura universal. Se trata de una recopilación de cuentos y leyendas de origen hindú, árabe y persa, de los cuales no existe un texto definitivo, sino múltiples versiones.

El rey Schahriar, tras sufrir las infidelidades de su esposa, decide casarse cada día con una joven virgen que es ejecutada a la mañana siguiente para evitar así cualquier otra traición. Para impedir que todas las muchachas del reino mueran, la joven Scherezade se ofrece como voluntaria para casarse con el monarca, y utiliza su astucia para proponerle un pacto mediante el cual no podrá ser ejecutada hasta que no acabe de contarle una historia. Los cuentos que la componen se prolongarán a lo largo de mil y una noches, y acabarán por cautivar al monarca y disuadirle de su cruel empresa.

Entre las ediciones españolas fundamentales están la que tradujo y editó Vicente Blasco Ibáñez, de la edición francesa de Joseph-Charles Mardrus (1889); y esta, del catedrático y arabista Juan Vernet, traducción directa del original árabe, más fiel con el original.

LELIBROS

Anónimo

Las mil y una noches

Traducción, introducción y notas de Juan Vernet [*]

INTRODUCCIÓN

UNA VIEJA HISTORIA

TRADICIONALMENTE *se viene aceptando —y ya veremos por qué— que* Las mil y una noches *fueron dadas a conocer en el mundo occidental por la versión francesa que, procedente del árabe, realizó bajo el reinado de Luis XIV el orientalista francés Galland. Pero si investigamos en la temática de la literatura española veremos que nuestros autores renacentistas conocían los temas de varios de sus cuentos y que ya en la Edad Media Pedro Alfonso, Jacob ben Eleazar de Toledo (siglo XIII) y otros introdujeron cuentos —como demostró Menéndez y Pelayo en el caso de la doncella Teodor (véanse noches 436-462)— que conocieron una amplia difusión en la Península, sin contar con los que llegaron a Europa por otras vías, como la italiana representada en el* Decamerón. *Si continuamos intentando profundizar a través del tiempo, es decir, buceando en busca del origen de estas obras, tropezamos con un par de textos árabes fechables que nos afirman la existencia de los mismos con mucha antelación a las fechas aquí apuntadas; Muhammad b. Ishaq b. al-Nadim en su* Kitab al-fihrist *(*Libro del índice [*de los libros que ha manejado*]*) compuesto en el 377 de la hégira, que corresponde al 978 de la era cristiana (377/978) nos indica que*:

«Los primeros que compusieron novelas de aventuras, las reunieron en libros y los guardaron en las bibliotecas fueron los persas, quienes colocaron algunas de ellas en boca de los animales. La tercera dinastía de los reyes de Persia, los asganiya, *se aficionaron en exceso a ellas, y este género aumentó y adquirió gran importancia en la época sasánida. Los árabes las vertieron a su lengua y una vez en manos de los instruidos y de los literatos, éstos las corrigieron, las arreglaron e incluso compusieron otras parecidas. El primer libro que se compuso en este género fue el* Hazar afsané *que significa "mil cuentos de aventuras". El origen fue que un rey tenía la costumbre de matar a la mujer con la que había cohabitado la noche anterior. Se unió a una princesa inteligente y lista llamada Sahrazad; cuando ésta estuvo a su lado empezó a contarle un cuento que se prolongó hasta el fin de la noche, lo cual movió al rey a conservarle la vida para poderle preguntar, durante la noche siguiente, por el final del relato; así transcurrieron mil noches durante las cuales la poseyó hasta que quedó en estado y dio a luz un hijo; se lo mostró al rey y le explicó su ardid. El rey se maravilló de su agudeza y le conservó la vida. Este soberano tenía una nodriza llamada Dinarazad que le había ayudado en todo esto. Se dice que este libro se compuso para Luhmaní, hijo de Bahmán, pero también se dicen muchas otras cosas.*

»Lo cierto, si Dios quiere, es que el primero que se entretuvo con los relatos nocturnos fue Alejandro Magno, que tenía muchas personas dispuestas a distraerle y a contarle cuentos; él no veía en ello un pasatiempo, sino un medio de estar siempre vigilante y alerta. Para eso mismo sus sucesores utilizaron el libro Hazar

afsané *que contiene mil noches y menos de doscientos cuentos, ya que uno de ellos se prolonga durante varias noches. Lo he visto varias veces y es un libro sin valor, seco.*

»Al-Yahsiyarí, autor del Kitab al-wuzara (Libro de los visires) *empezó a componer un libro para el cual había escogido mil veladas de árabes, persas, griegos y otros; cada uno tenía valor por sí mismo, sin depender de los demás; estuvo en relación con los recitadores nocturnos de los que aprendió lo mejor que sabían y referían con arte; además extrajo de los libros que trataban de veladas y narraciones lo de que por sí ya era bello y hermoso. Así reunió cuatrocientas ochenta noches; cada una contenía un relato completo que ocupaba cincuenta hojas más o menos. Pero antes de poder concluir la composición de mil veladas le arrebató la muerte. He visto numerosos cuadernillos de esta obra escritos por Abu-l-Tayyib, hermano de al-Sayfí.*

»Pero antes de todo esto ha habido multitud de gentes que han compuesto veladas y narraciones poniéndolas en boca de personas, pájaros o animales. Entre otros pueden citarse Abd Allah b. al-Muqaffa, Sahl ibn Harún, Alí ibn Dawud, secretario de Zubayda, y otros muchos cuyas biografías y las referencias a sus obras se dan en los lugares correspondientes de este libro.

»Se discute mucho acerca del libro Kalila wa-Dimma (Calila e Dimna). *Hay quienes dicen que lo han compuesto los indios, basándose en lo que se apunta en su prólogo, pero otros sostienen que lo compusieron los reyes* asganiya, *y que los indios lo imitaron. Muchos sostienen que Buzuchamhar, el sabio, compuso las distintas partes. Del libro del sabio Sindibad* (Sendebar) *existen dos copias: la mayor y la menor. Las discrepancias que sobre el mismo existen son similares a las del* Calila e Dimna, *pero la opinión imperante y más próxima a la verdad asegura que fue compuesto por los indios.*»

Una pequeña variante a lo expuesto por Ibn at-Nadim la da la afirmación de al-Masudí (m. c. 957) en sus Muruch al-Dahab (Praderas de oro) *al decimos que «ocurre con estas leyendas lo mismo que con las obras que nos han llegado después de haber sido traducidas del persa, del sánscrito o del griego. Éste es el caso del libro titulado* Hazar afsané, *que en árabe significa "mil cuentos" ya que la palabra persa* afsané *tiene el mismo sentido que el árabe* jurafa *(leyenda, cuento). Este libro es conocido entre el público con el nombre de* Alf layla wa-layla: *trata de la historia del rey, de su hija y de la nodriza de esta última: Sirazad y Dinazad».*

Estas afirmaciones —que en seguida vamos a precisar— vienen corroboradas por la existencia de brevísimos fragmentos de Las mil y una noches *que pertenecen al siglo IX.*

La primera observación que cabe hacer es el escaso valor estético que Ibn al-

Nadim concede a nuestro texto; es, nos dice, «un libro sin valor, seco», cosa que no se le ocurre apuntar del Calila e Dimna, *traducido al árabe por uno de los mayores prosistas de esta lengua en todas las épocas, Ibn al-Muqaffa, ni de la obra de al-Yahsiyarí. Esta afirmación se mantuvo válida en el mundo árabe a lo largo de más de diez siglos.*

Muchos cuentos de Las mil y una noches, *en un largo período de su evolución, debieron de ser verdaderos pliegos de cordel que sólo eran aptos para ser recitados, como episodios aislados, por los juglares en los mercados a la caída del sol. Recuerdo que cuando hace ya casi cuarenta años asistía al último curso de la Escuela primaria árabe, en Alcazarquivir, para acostumbrar mi oído al árabe clásico, tan fonéticamente bien pronunciado por mi amigo* si *Abd al-Qadir Wayya, en la biblioteca de la misma existía un ejemplar del gongorino texto de las* maqamas *del Harirí y ni un solo volumen de* Las mil y una noches. *Y eso que en aquel entonces —y desde que en 1251/1835 había aparecido la edición príncipe de Bulaq— los críticos árabes venían reivindicando —a la vista del éxito obtenido en Occidente por la versión de Galland—* Las mil y una noches *como una de las obras representativas de su literatura clásica.*

Otro punto que plantea el texto de Ibn al-Nadim es el del origen real del mismo, pues nos asegura que se trata de una versión del persa. Pero esta afirmación, aceptable para un núcleo pequeño de cuentos, es imposible que lo sea para la totalidad, puesto que hay narraciones que la crítica interna demuestra que son muy posteriores a la época en que escribía Ibn al-Nadim. Y de ser así, también puede pensarse que la obra tuvo su origen en la India, lo cual explicaría el marco patriarcal en que se desarrollan la mayoría de las escenas. Sin embargo, aún quedaría por explicar el origen de algunos episodios (noche 193, Historia de Qamar al-Zamán, hijo del rey Sahramán*) de tipo rabiosamente matriarcal, y a partir del cual —o bien del similar que figura en* Los mil y un días *con el título de* El príncipe Calaf y la princesa de China*— había de servir de inspiración a Puccini para su ópera* Turandot. *Igualmente cuesta explicar la intervención de la doncella, nodriza o hermana —todos esos nombres recibe la acompañante de Sahrazad en su aventura, según los manuscritos de que se trate, y éstos son una infinidad— que hace que la obra termine en un doble matrimonio.*

Estos elementos apuntan a un origen oriental del cuadro-marco que tiende a situarse en Indochina, en algunas de cuyas regiones, v. g. *la de los miao-tseu, era la mujer la que elegía al marido y no al revés. Hombres y mujeres se reunían durante algunos días de la lunación de mediados de otoño formando dos filas paralelas. Cada una de ellas tenía su jefe, hombre o mujer, quien actuaba como el director del coro —toda la escena recuerda el juego, aún vivo, del «matarile»—. Las canciones iban alternativamente de una a otra fila y si una muchacha se sentía interesada por un joven, le lanzaba una pelota de color que iba de un lado a otro*

hasta que caía al suelo: la muchacha que la recogía marcaba su inclinación por quien la había lanzado: su futuro esposo. Evidentemente el residuo más pequeño de dos filas son dos hombres por un lado y dos mujeres por otro.

Admitido un origen extremo-oriental del cañamazo de esta narrativa que se encuentra representado en el Nontuk Pakaranam *—(una noche con cuatro cuentos para la misma; uno para cada vela con el fin de evitar que el sueño venciese a los trasnochadores o vigilantes)—, el* Vetalapañcavimcati *(veinticinco cuentos), etc., se observa en su marcha hacia Occidente los siguientes fenómenos*:

a) Patriarcalización del cuadro al caer en manos de los indoeuropeos en el subcontinente gangético.

*b) Aumento progresivo del número de noches mediante la incrustación de unos cuentos dentro de otros (sistema del cajón de sastre o caja china), con o sin el desplazamiento de los cuentos primitivos. Las incrustaciones de nuevos cuentos pueden ser, para un círculo cultural dado, bien de manera aislada (*v. g. *la historia fechable por el horóscopo de la noche 29 que corresponde al año 653/1255 y es de origen egipcio)* [1] *o bien masiva, como ocurre con los cuentos persas que cubren las noches 720-778. En todo caso el número de noches debió de tener desde sus orígenes un valor simbólico, tal y como antes de nuestra guerra se decía de una persona muy rica que era «millonaria», cosa que hoy parece puro absurdo, puesto que son miles y miles de personas las que ganan más de un millón de pesetas anuales. Lo mismo ocurrió, pues, con las noches «cuentísticas»: veinticinco noches primero, luego cien, más tarde mil fueron cifras que querían significar —cada una y en su momento— un gran número. Lo que no cabe duda es que en el siglo IX ya se había pasado del* mil *de los persas a las* mil y una *de los árabes. Este paso pudo ser debido a la aversión que los musulmanes sienten por las cifras redondas o, tal vez, como sugiere Littmann, a la influencia del idiotismo turco* bin-bir *(mil y uno) que sirve para designar un gran número: en Anatolia existen unas ruinas llamadas* Bin-bir-kilise *(mil y una iglesias) y es obvio que en aquel lugar nunca han existido en tal cantidad.*[2] *En cualquier caso parece ser que en su origen* Las mil y una noches *constaban de un número muy inferior al que enunciaba en su título y que al principio de la época abbasí debía andar alrededor de las cien y que los cuentos en ellas narrados debieron ser, fundamentalmente, los que aún figuran en cabeza de la colección.*

c) Cambio del concepto de la moral según el origen de los cuentos.

d) Menor longitud de las noches cuanto más recientes son.

La inmensa cantidad de manuscritos completos o fragmentarios que existen en Las mil y una noches, *la distinta ordenación de los cuentos, las discrepancias entre las introducciones y las conclusiones de toda la obra*[3] *y las distintas traducciones de los diversos autores hechas siguiendo unos criterios eclécticos y*

realizando ellos mismos incrustaciones de unos textos en otros, obliga a aclarar ya ahora, antes de seguir adelante, que nuestra traducción tiene por base la quinta edición en cuatro volúmenes de la imprenta Sarafiyya (El Cairo, 1323/1906) y la de la Dar al Kutub al-arabiyya al-kubrá (s/d) que coinciden con los textos de ZER (Zotenberg's Egyptian Recension), con algunas pequeñas variantes que hemos tomado de la segunda edición de Calcuta (1832-1842) y hemos incluido, en los lugares en que se encontraban primitivamente o que nos han parecido más oportunos, los cuentos desplazados, es decir, que no figuran en el ZER. Los hemos traducido de otras ediciones, añadiendo al ordinal de la noche duplicada la letra (a).

Dicho esto podemos pasar a ver qué criterios podemos utilizar para situar cronológicamente los cuentos. Éstos son de tres tipos: 1) temáticos; 2) astronómicos; 3) onomásticos; 4) estadístico-filológicos realizados por medio de ordenador.

1) Temáticos:

a) Orientales: *aquellos de argumento matriarcal.*

b) Indios: *en la historia-cañamazo aquellos que nos presentan a los genios traicionados por las mujeres a las que tienen secuestradas; el marido engañado que se consuela al enterarse de la desventura de otro. Los cuentos iniciales conservan el mismo orden arcaico que debieron de tener en el original indio, y por tanto pertenecen a una época muy antigua (noches 1-34), aunque alguno de ellos haya sido reelaborado muy pronto en Bagdad* (El comerciante y el « efrit» , *1-9) y otro, el del jorobado (24-34), en que se nos describe un caso de reanimación de un hombre atragantado. También (29) se encuentran incrustaciones egipcias del siglo XIII. Al mismo ciclo pertenece el* Sendebar *(578-606).*

c) Persas: *es difícil señalar sus huellas, ya que apenas conocemos lo que fue la narrativa persa preislámica. La historia que sirve de marco presenta muestras de iranización, pues suelen considerarse como indopersas aquellos episodios en que los genios gozan de libre albedrío. Otros indicios —por ejemplo, la onomástica, en la que tal vez haya que considerar el nombre Sahrazad como un derivado de Chirín, la esposa de Cosroes I— permiten considerar de origen persa, aparte del bloque de las noches 720-778, seguido por la* Historia de Hasán de Basora, el orfebre *(779-831) que parece marcar una reacción antipersa del recopilador, o la historia de Qamar al-Zamán y la princesa Budur (170-249) que engloba, como ya hemos señalado, elementos orientales (193) e iranios.*

d) Musulmanes iraquíes: *en general está constituida por una serie de historias en las que Harún al-Rasid interviene en asuntos de amor de los que queda excluida la magia; en tomo suyo aparecen los principales personajes de la corte: los barmecíes, Abu Nuwás, Masrur, etc. La vida de la corte se presenta estilizada,*

reducida a los límites y a los tópicos con que la veía la imaginación popular. Al-Rasid aparece disfrazado de mercader y, más aún, de pescador. Muchos cuentos tienen un valor artístico considerable, por ejemplo el de Nur al-Din y Anis al-Chalis (34-38) o el de Jalifa el pescador (831-845) en la que el narrador sabe sacar provecho de un tema que, en origen, no era árabe. Es en este período cuando se incorporan algunos elementos procedentes de la antigua civilización asiro-babilónica que influyen, por ejemplo, en la narración de Hasib Karim al-Din, *de Ahiqar (falta en ZER), etc. Sus fuentes se encuentran en la historia, la leyenda y la poesía árabes.*

e) Musulmanes egipcios: *debieron de empezar a introducirse en la época fatimí y alcanzaron su auge bajo los mamelucos (siglos XII-XV). En conjunto abarcan la mitad del texto del ZER, y tienen un valor artístico muy dispar. Se nos presenta a un Harún al-Rasid distinto del real, mezclado con genios sometidos a talismanes; Abu Nuwás recita versos que unas veces son suyos y otras del egipcio Baha al-Din Zuhayr; éstos, en la mayor parte, podrían haberse omitido, pues sólo sirven para conceder un respiro al auditorio al que se supone saturado de una acción que puede llegar a ser muy intensa y de la que el verso —alguno de autores arabigoespañoles como Ibn Zaydún e Ibn Abdún (siglo XI)— es una recapitulación y síntesis. Entre las historias de esta época están las de Sams al-Din y Nur al-Din (19-24)*; Alá al-Din Abu al-Samat *(249-269); Alí Sar y Zumurrud (308-327); Samsa y Chansah o Hasib (482-536)*; Alí al-Zaybaq al-Misrí *(709-719); Masrur y Zayn al-Mawasif (845-863)*; Nur al-Din y Maryam la cinturonera *(863-894)*; Abu Qir y Abu Sir *(930-940)*; Abd Allah de la tierra y Abd Allah del mar *(940-946)*; Ibrahim b. al-Jasib y de Chamila *(952-959); Chawdar el pescador (606-624) y* Maruf *(989-1001)*.

La Historia de Hasib *(482-536) presenta fuertes elementos judíos que han hecho pensar a Chauvin en la existencia de dos recensiones egipcias. La primera introduciría los cuentos de mayor valor estético; la segunda, más tardía, sería obra de un judío islamizado, tal vez el seudo-Maimónides, y dataría de fines del siglo XV. Nos presenta a los judíos de la manera más simpática posible e introduce la historia de Susana. Se nota, además, una fuerte influencia de la* hagadá[4] *y aun de la misma Biblia. Carente de talento literario se limita a describimos monótonamente escenas tan fantásticas que, por su misma fantasía, nada nos dicen: subterráneos interminables, genios obedientes a un talismán, gigantes que se suceden unos a otros de la manera más semejante posible. En este subgrupo los manuscritos presentan numerosas variantes. Se trata de la* Historia de Chawdar *(606-624) y de algunos retoques y adiciones de la de Achib y Garib (624-680) y de la de* Abd Allah de la tierra y Abd Allah del mar *(940-946), etc.*

Evidentemente entre estos cuentos hay algunos que «han entrado» a formar parte de Las mil y una noches, *por ejemplo el de Umar al-Numán (45-145)*; La

esclava Tawaddud *(436-462)*; Sindbad el marino *(537-566)*; Sendebar *(578-606), mientras otros han dejado de pertenecer al corpus ZER,*[5] *tales como Abu-l-Hasán o el durmiente despierto (152 a-171 a)*; Aladino y la lámpara maravillosa *(514 a-591 a)*; El príncipe Ahmad y la perí Banú, *la astucia de las mujeres, el* Séptimo viaje de Sindbad el marino, *Baybar y los dieciséis policías,* Las hermanas celosas, Zayn al-asnam, *las aventuras nocturnas del Califa, Judadad y sus hermanos, Alí Jawadcha y el mercader de Bagdad,* Alí Babá y de los cuarenta ladrones,[6] *etc*.

2) El criterio astronómico nos ha permitido fechar con seguridad un solo relato, ya que el cálculo corrobora las efemérides expuestas en la noche 29.

3) En cambio la onomástica y el léxico, sobre todo la toponimia, permiten establecer términos ante *y* postquem *de determinados cuentos; mal se pueden citar ciudades como Génova, Venecia, Zara, Ragusa, etc., antes de que éstas tuvieran relaciones comerciales con Egipto, o personajes históricos antes de la existencia de los mismos, o determinadas construcciones, palabras o dialectalismos antes de que éstos iniciaran su existencia, como ocurre en el texto de Sindbad el marino.*

4) A base de una serie de cuentos cuya fecha parece segura gracias a los criterios anteriormente expuestos, el señor Juan Luis Marcó Sánchez, en su tesina de licenciatura (1980), ha establecido, mediante el tratamiento con ordenador de los mismos, la siguiente evolución de la lengua árabe, tal y como se presenta en las ediciones ZER, conforme avanza el tiempo; o sea, que los cuentos han sido escritos en época más reciente.

a) Disminución de la partícula de vocativo ayyuha *(¡oh!).*

b) Retroceso de la utilización del verbo laysa *(no ser) compensada por la mayor frecuencia del uso de las partículas negativas* la *y* ma.

c) Aumento de la complejidad sintáctica mediante el uso mayor del auxiliar kana *y la partícula* illa.

d) Aumento del uso del pronombre aislado de tercera persona masculino singular precedido de la co-putativa wa, *lo cual hace sospechar una posible lectura* wahwa.

El corpus *ZER de* Las mil y una noches *parece haber quedado definitivamente cerrado en el siglo XVI, pero* fragmentos *del mismo, así como de otras recensiones, fueron conocidos en España a partir del siglo XII-XIII Ya hemos aludido a los casos del* Sendebar *y de* La esclava Tawaddud. *Pero hay más*: El caballo de ébano *(357-371) realizó su última y más famosa carrera con el* Clavileño *del* Quijote; *Qamar al-Zamán y Budur (170-249) influye en: la obra catalana* Jacob Xalobín, *el poema de* Ottinello e Giulia, *la* Bella Magalona, *la patraña IX de Timoneda y, de modo más remoto, la comedia* Los tres diamantes

de Lope de Vega muestran su influjo que, a través del italiano o francés, llegó hasta el mundo bizantino. La novela de caballería del Rey Umar al-Numán *(45-145) influyó, según S. Bosch,*[7] *en el* Tirant lo Blanch; *la parte picaresca del ciclo del barbero (31-33) presenta concomitancias con determinadas escenas del* Buscón; *la mesa de Salomón (272) tiene sus ecos en* El conde Lucanor *y la comedia* Bamba *de Lope; Abu-l-Hasán o el durmiente despierto (152 a-171 a) se refleja en* La vida es sueño *de Calderón, etc*.

Por tanto, cuando Antoine Galland (1646-1715) empezó a publicar Les mille et une nuits, contes arabes, traduits en français *(1704-1717; 12 volúmenes) dio a conocer a Europa la unidad de una obra que, de modo fragmentario hasta entonces, había infiltrado ya elementos suyos en varias literaturas de nuestro continente mediante procedimientos de transmisión que, en su mayor parte, aún hoy desconocemos. El trabajo de Galland no se basaba en la recensión ZER —sólo contenía una cuarta parte del texto que hoy conocemos—; incluía, por ejemplo, los cuentos de* Aladino y la lámpara maravillosa *y de* Alí Babá y de los cuarenta ladrones; *edulcoraba los textos de tono subido que hubieran excitado las iras de la sociedad francesa de la época y suprimía buena parte de los versos que pululan en las páginas de nuestro libro. Ahora bien: su estilo y presentación cuadraban de manera perfecta con lo que los cortesanos del rey Sol imaginaban que era Oriente: de aquí su éxito y sus imitaciones (*Los mil y un días, Las ciento y una noches, *etc.) que en modo alguno consiguieron desplazar a su modelo*.

La ocupación francesa de Egipto por Napoleón Bonaparte hizo el resto: los árabes se dieron cuenta de que lo que ellos consideraban vulgares pliegos de cordel era una obra admirada por todos los pueblos occidentales y, desde ese momento, ese libro, «sin valor y seco» según Ibn al-Nadim, se transformó en dechado de todas las perfecciones e hizo gemir una y otra vez las prensas orientales, bien con nuevas ediciones del texto despojado de los dialectalismos que figuran en algunos manuscritos y regularizado de acuerdo con las normas del árabe clásico, bien con monografías y más monografías destinadas a exaltar el valor universal de la literatura popular de sus antepasados.

*Entretanto en Europa se multiplicaban todo tipo de traducciones: desde las expurgadas (*v. g. *la de Galland), hasta las fieles (Lane) o exageradas en sus pasajes más escabrosos (la francesa de Mardrus, con versión castellana de Blasco Ibáñez). Porque, hay que reconocerlo,* Las mil y una noches *no sólo es un mosaico que contiene cuentos de los distintos pueblos que en un momento u otro de su historia las acogieron, sino que también es un mosaico de las muy diversas morales de los mismos. Y así, al lado de cuentos piadosos, de fábulas didácticas (*v. g. *145-152, etc.) se encuentran otros de tono subido, historias de bestialismo y homosexualidad, etc. (*v. g. *282-285, 355-357, etcétera). Son, por tanto, un*

verdadero cajón de sastre, tanto en temática como en moral.

Littmann, autor de la mejor traducción alemana de esta obra, ha establecido una clasificación en géneros de los cuentos que, con variantes, vamos a seguir. Las mil y una noches *contienen cuentos maravillosos; novelas de caballería, amorosas o picarescas; leyendas; narraciones didácticas; cuentos humorísticos; anécdotas y fábulas; relatos esotérico-místicos, etcétera.*

Para las personas supersticiosas advierto aquí que una conseja popular del siglo XVIII afirma que quien quiera leer todo *el libro morirá antes de terminar la lectura. Igualmente debo añadir que yo concluí la presente traducción en 1959 y sigo gozando de una regular salud.*

CONTENIDO TEMÁTICO DE « LAS MIL Y UNA NOCHES»

1) CUENTOS MARAVILLOSOS

Como tales pueden considerarse algunos de los más célebres y conocidos, a pesar de no figurar en el texto ZER. Tal el de Aladino y la lámpara maravillosa *(514 a-591 a) y el de* Alí Babá y de los cuarenta ladrones *(éste incluido en nuestro* Apéndice*) y traducidos, respectivamente, de las ediciones de Zotenberg y Macdonald. Ambos se han conservado en manuscritos tardíos y de origen egipcio. Mucho más valor literario presentan los que nos describen viajes submarinos que, al fin y al cabo, no necesitaban de una gran fantasía desde que en el golfo Pérsico se recogían perlas mediante buceadores y campanas de buzo, del mismo tipo de las que en las miniaturas de nuestros manuscritos medievales ilustran el viaje de Alejandro por el fondo de los mares. De ahí que el origen del tema sea persa y como tal se desarrolle en la* Historia del matrimonio del rey Badr Basim, hijo del rey Sahramán, con la hija del rey Samandal *(739-756) en una exquisita prosa árabe en que la alternancia de prosa, prosa rimada y verso muestra que la traducción del original fue realizada por un traductor de gran categoría de la época abbasí que mantuvo los nombres propios (Sahramán, Chulnar, etc.) en la forma más próxima posible a la inicial pahleví. En ella —y lo mismo ocurrirá con los viajes de* Sindbad el marino*— aparecen detalles que muestran cómo la literatura árabe popular conoció la literatura griega. En este caso Chawhara y la reina Lab no son más que imitadoras de Circe y, como ésta, transforman a los hombres en animales. Menos valor literario presenta el cuento, probablemente refundido en Egipto a partir de materiales iraquíes, de* Abd Allah de la tierra y Abd Allah del mar *(940-946) que tiene alguna concomitancia con el cuento anterior y nos describe con detalle lo que «debía» ser la vida de una humanidad*

submarina cuya cultura y costumbres —se alegran de la muerte de sus parientes puesto que vuelven junto a Dios— discrepan de las que nos presenta la Historia del matrimonio del rey Badr Basim… *(739-756).*

Los viajes de Sindbad el marino *(537-566) fue inicialmente un libro independiente de* Las mil y una noches. *Se basaba en los textos escritos que, como los* Achaib al-Hind (Maravillas de la India), Achaib al-Hind wa-l-Sin (Maravillas de la India y de China), *las* Achaib al-Bahr (Maravillas del mar), *etc., se encontraban en las bibliotecas de Bagdad en el siglo X u XI. El autor del libro recoge con estilo sencillo no sólo el ambiente de esos textos, sino también relatos orales de marineros e introduce leyendas procedentes de la* Odisea *(547) y de la versión árabe de la leyenda de Alejandro. Los textos discrepan en el contenido del último (séptimo) viaje*[8] *pero de lo que no cabe duda es de la existencia de una gran unidad estilística a lo largo de todo el relato. En alguna de sus aventuras se ha intentado encontrar un origen egipcio prefaraónico o de las ceremonias de incubación onírica helénicas (estancia en la isla de las serpientes del segundo viaje) o talmúdico (el demonio que lo lleva por los aires lo deja caer porque pronuncia el tetragramaton*[9] *en el sexto viaje [565]). Emparentado con este género de navegaciones se encuentra la* Historia de Abu Muhammad el perezoso y de Harún al-Rasid *(299-305) que pertenece también al período bagdadí. Al mismo puede referirse el cuento de* Jalifa el pescador con las monas *(831-845).*

Más interesante para nosotros es la Historia del caballo de ébano *(357-371). El origen del tema es indio y remonta al* Vasudevahindi *de Sandagara. Debió de ser conocido en la Persia preislámica —recuérdese que el sur de Arabia estuvo bajo ocupación persa antes del nacimiento de Mahoma— y desde aquí, a través de la versión árabe, llegaría a oídos de Adenet li Rois; de éste debió de tomarlo Cervantes, pues su última carrera —y la más famosa— se encuentra en el* Clavileño *del* Quijote. *Ecos del tema se encuentran en las noches 15 y 656.*

El cuento de Abd Allah b. Fadil, gobernador de Basora, y de sus hermanos *(978-989) debió de ser redactado en época tardía, puesto que usa palabras como* galeón, *y presenta ecos de cuentos anteriores (metamorfosis de seres humanos en animales (985), típica de los cuentos indios), y muestra que su autor fue un hombre pío, creyente en el culto de los santones, en al-Jidr,*[10] *etc., y que aprovechó abundantemente el material que le facilitaban las propias* Mil y una noches.

2) NOVELAS DE CABALLERÍA

Los árabes clásicos no conocieron una verdadera poesía épica a pesar de los esfuerzos que hoy en día ha hecho alguno de sus más ilustres eruditos para probar

lo contrario: nunca, entre ellos, existió un poema comparable a la Ilíada *o a la* Eneida, *aunque, eso sí, esporádicamente, en medio de sus poemas de carácter bélico aparecían fugaces destellos —media docena de versos, por ejemplo— que hacen pensar que si no consiguieron dominar ese género literario no fue por falta de genio sino a causa del encorsetamiento cuantitativo de la estrofa que utilizaban, la casida, y que rara vez excedía de los cien versos sometidos a una jerarquización temática muy estricta. Este inconveniente no se presenta en la literatura persa, y permitió crear a Firdusi su* Libro de los Reyes (Sha-namé). *En cambio los árabes, desde muy antiguo, parece que novelaron las hazañas históricas de sus coetáneos y antepasados y que no vacilaron en incrustar en las mismas casidas de ocasión. Tal ocurre con la* Sirat Antar (Biografía de Antar), *campeón de la lucha contra todos los pueblos vecinos y que en sus andanzas llegó hasta España; o las campañas de las tribus de los Banu Hilal, etc. Ahora bien, todas estas obras son de gran extensión, con frecuencia de carácter popular, y parecen haber sufrido una última reelaboración, al igual que* Las mil y una noches, *en el Egipto mameluco.*

Esta última obra encierra dos grandes novelas de caballería de origen diverso, y otras de carácter menor. La primera, titulada Historia de Achib, Garib y Sahim al-Layl *(624-680) a pesar de los esfuerzos de su autor, posiblemente un persa islamizado, presenta una estructura prácticamente lineal, alterna nombres persas y árabes y constituye un canto a la conquista del Próximo Oriente por la nueva religión. La redacción en su forma primitiva es posible que remonte al siglo XI, y recoge elementos muy arcaicos de tipo onírico (624) que, por lo demás, se presentan con una relativa frecuencia a lo largo de* Las mil y una noches *(*v. g. *206, 352, 650, 727, 900...).*

Mucho más complicado es el desarrollo del segundo, Historia del rey Umar al-Numán y de sus dos hijos Sarkán y Daw al-Makán *(45-145), que representa la octava parte de* Las mil y una noches *y a la cual Seybold creyó haber encontrado un paralelo en la* Historia de Sul y Sumul *que debiera haber formado parte de nuestra obra. Pero su teoría no es válida desde el momento en que en la narración de Seybold, un joven musulmán, se convierte al cristianismo, hecho inconcebible si consideramos la ideología global de* Las mil y una noches *y la pátina unitaria pro islámica que recubre todos sus cuentos, aunque determinadas partes de los mismos tengan un origen cristiano, mazdeísta o de cualquier otra religión.*[11]

La estructura del cuento puede considerarse de manera simplificada compuesta así:

45-145 Historia del rey Umar al-Numán…

107-137 Historia del amante y del amado: Tach al-Muluk y Dunya

112-129 Historia de Aziz y Aziza.

La diferencia de la longitud de las noches entre unos y otros cuentos, la mayor o menor abundancia de versos incrustados muestra que nos encontramos en presencia de materiales heterogéneos que apuntan a dos estratos iniciales: las luchas contra los bizantinos en el siglo VIII y contra los cruzados en el XI, a los que se ha sobrepuesto la pátina unitaria egipcia. Así se explica que las dos historias intercaladas, El amante y el amado *y* Aziz y Aziza, *remonten a la época bagdadí y muestren hasta dónde podían llegar las venganzas de los despechados en amor. La castración narrada en la noche 126 con toda clase de detalles permite suponer cómo se verificaba. Igualmente la historia marco (51) muestra la falta de escrúpulos en violar a una mujer previamente narcotizada.*

Prescindiendo de estos detalles la Historia del rey Umar al-Numán…, *es un verdadero mosaico de guerras, relaciones pecaminosas y anécdotas que constituyen ya de por sí todo un mundo y que abarcan toda suerte de episodios: aparecen citados los francos (50, 143), alemanes, venecianos, genoveses; doncellas que emulan a Tawaddud (60, 79), anécdotas de indudable origen egipcio, como la historia del comedor de hachís (143), relatos propios de los beduinos árabes, etc., etc., y es posible que ciertos personajes como el rey Rumzán pueda identificarse con Godofredo de Bouillon. Pero, narrativamente, lo más interesante radica en las dos protagonistas femeninas del relato: la alcahueta y entrometida Dat al-Dawahi (La causante de las desgracias) e Ibriza, hija desgraciada del emperador bizantino, Hardub, y nieta de Dat al-Dawahi (50). El desarrollo de la historia presenta un especial interés por el papel activo que ambas mujeres desempeñan en el desarrollo de la obra y que hace pensar en el de otras, conocidas en la historia musulmana, como la reina Sacharat al-Durr, introductora de la dinastía de los mamelucos en Egipto, hecho que contrasta con el escaso valor que se concede a la mujer en las epopeyas europeas no españolas.*[12]

Consecuencia de acontecimientos históricos reales o legendarios son una serie de leyendas *o* novelas *que, en general, no cubren una gran extensión del texto y a veces afloran o no en varias regiones del mundo islámico. Tal ocurre con las leyendas de la* Historia de una ciudad de al-Andalus [España], conquistada por Tariq b. Ziyad *(272) en que, basándose en la historiografía arcaica, recogida en parte también por Maqqarí, nos describe el botín abundante conseguido por los vencedores en la ciudad de Toledo y, entre el cual figuraba la mesa de Salomón capturada por Tito en Jerusalén, por Alarico en Roma y traída a nuestra ciudad por los godos; del mismo tipo es la leyenda de la* Historia de la ciudad de Bronce *(572-578) que, para algunos autores, forma una unidad con la* Historia de los genios y demonios encerrados en jarros desde los tiempos de Salomón (¡sobre él sea la paz!) *(566-572). En este grupo de leyendas nos encontramos con buen*

número de elementos antiguos elaborados en el período iraquí.

Mayor interés presenta la Historia de Nur al-Din y Maryam la cinturonera *(863-894) que presenta concomitancias con la* Historia de Alá al-Din Abu al-Samat *(249-269), ambas de tipo romántico aventurero y de origen tardío y egipcio. El autor de la primera conoce bien la ciudad de Alejandría, y la burla que hace (891) del valor de los musulmanes implica el que fuera escrita después del desembarco de los cruzados. Los nombres de éstos, bien que deformados (Bartaut, Bartus, Fasyan) aparecen en los lugares idóneos y en conjunto toda la obra presenta un carácter moralizante y parece que guarda cierta relación (884) con determinados episodios del* Decamerón.

3) NOVELAS DIDÁCTICAS

Éstas presentan un gran interés para la historia de la literatura española, ya que conocieron traducciones medievales muy tempranas. Tales son, por ejemplo, la Historia de la esclava Tawaddud *(*Teodor *en la narrativa hispánica, 436-462) y la* Historia que trata de la astucia de las mujeres y de su gran picardía *(*Sendebar *en castellano, 578-606). A pesar de lo pedantesca que es la primera —traducida ya al latín por Pedro Alfonso (*fl. *1115*)*— tiene gran interés no sólo por la infinidad de datos de tipo científico que nos transmite, sino por defender y justificar un determinado tipo estético de belleza femenina que no coincide con los gustos ni de la época del califato ni del Renacimiento, épocas en que se preferían las mujeres rubias y de ojos azules a las morenas de ojos negros. Este cuento, en la versión castellana del siglo XIII,*[13] *explica que una mujer hermosa debe tener dieciocho cualidades agrupadas en seis tríadas, que recoge Lope de Vega en su comedia* La doncella Teodor:[14]

FENISA. Oye, aunque tu ingenio raro
Ponga a mi lengua temor:
¿Qué partes ha de tener
Una perfecta mujer?
TEODOR. Si son exteriores partes
Y en dieciocho las repartes
Desta manera han de ser:
Corta en tres y larga en tres;
En tres blanca, y en tres roja;
En tres gruesa, y flaca en tres.
FENISA. Si el decirlas no te enoja
Decláralas.
TEODOR. Oye, pues:

De boca, pies y narices
Será corta; en cuerpo, cuello
y dedos, larga.
FENISA. ¿En qué dices
Que sea roja?
TEODOR. En el bello
Color de los dos matices
Que las mejillas hermosas
Junta con la nieve y rosas,
Los labios y las encías.
FENISA. Y ¿en qué parte la querrías
Blanca?
TEODOR. En tres partes forzosas.
FENISA. ¿Cuáles?
TEODOR. Dientes, rostro y manos.
FENISA. Y ¿en qué partes la quisieras
Ancha y gruesa?
TEODOR. En los dos llanos
Hombros, muñeca y caderas
Y porque son más lozanos
Más vivos, más atractivos
Negra de ojos, con pestañas
Y cejas.
FENISA. Aunque son vivos
Mucho en los negros te engañas; Verdes, son nobles y altivos,
Y azules, color de cielo,
Son bellos en blanco velo.

Esta organización en tríadas de origen oriental aparece igualmente en el Libre de tres, *que puede atribuirse al franciscano fray Anselmo Turmeda (m.* c. *1420) — convertido al Islam con el nombre de Abd Allah— y en el cual se* encuentra *el dicho catalán* « Tres plaers són: menjar carn, jaure amb carn e cavalcar carn» *que equivale al árabe de* Las mil y una noches *(336) «las delicias se encuentran en tres cosas: en comer carne, en cabalgar la carne y en meter la carne en la carne».*

El Sendebar *(578-606), de origen indio y mandado traducir en 1253 por el infante don Fadrique, hermano de Alfonso X el Sabio con el título de* Libro de los engannos e assayamientos de las mujeres, *recibió otros varios nombres como los de* Dolofatos, Siete sabios de Roma, *etc. Pero era llamado en el texto árabe* Historia que trata de la astucia de las mujeres y de su gran picardía *y ha sido*

estudiado recientemente de modo exhaustivo por María Jesús Lacarra en una obra[15] *que contiene rico material para el conocimiento de* Las mil y una noches. *El cuento que sirve de marco narra cómo la favorita del sultán se enamora del hijo de éste y, al fracasar en su intento de seducirle, lo acusa, ante aquél, de haber intentado forzarla. El rey lo condena a muerte, pero sus visires o sabios (siete, diez, cuarenta según las distintas redacciones)*[16] *consiguen aplazar la ejecución contando al rey, cada uno de ellos, cada día una narración que demuestra la perfidia y las añagazas de las mujeres; la favorita, por la noche, se defiende contando a su vez narraciones que desmienten las de sus visires y amenazando con suicidarse si no se la escucha. Al fin se descubre el enredo y es desterrada.*

*Entre estas historias se encuentra la de la huella del león, cuyo origen remoto parece ser el episodio de David con Betsabé, la mujer de Urías (*Samuel, *2, 11) y que reelaboró Chahiz: un rey, habiendo visto a la esposa del visir, se enamora de ella y despacha a éste con una misión. Durante su ausencia se presenta a la mujer quien le acoge con respeto, le da a leer un libro de moral, le sirve de comer noventa platos que tienen el mismo sabor y los compara con los besos de las noventa concubinas del rey. Éste comprende la alegoría y se retira, pero olvida el anillo. El visir, de regreso, lo encuentra y se separa de su mujer. Un año más tarde, enterado el soberano, dice a aquél que la huella del león que ha visto no pisoteó su jardín, y que jamás volverá (578-579). Varios elementos de esta narración pasan a la cuentística occidental y son empleados por don Juan Manuel en* El conde Lucanor *(ejemplo 50), en los* Cuentos *de La Fontaine, etc.*

Lo mismo ocurre con el cuento 81, Bruder Lustig, *de los hermanos Grimm, cuya redacción árabe más remota conocida se encuentra en el comentario del* Corán *de Tabarí (m. 923); penetró en Occidente con el* Sendebar *y fue conocido por Abu Bakr de Tortosa (m. 526/1131); con el episodio de Leodilla del* Orlando enamorado, *de Boyardo (m. 1494), que tanto pueden derivar del Sah Baht como de la historia de Qamar al-Zamán y la mujer del joyero (963-978) y con las leyendas que figuran en el* Dolofatos *del* Caballero del cisne, *que pasa a* La gran conquista de Ultramar, *en donde sirve para explicar la genealogía de Godofredo de Bouillon; y el relato de* Los seis cisnes *de los hermanos Grimm; y el de la libra de carne inmortalizada esta última por Shakespeare en* El mercader de Venecia: *el protagonista consigue escapar a la amenaza que sobre él pesa, dada la imposibilidad del acreedor de cortar* exactamente *una libra de su carne. El tema sobrevivió en la leyenda medieval de* El pobre Enrique, *que fue impresa por los Grimm, y Boccaccio tomó de uno de los episodios del* Libro de los engannos *el argumento de* Los tres hombres de Isabella (Decamerón 7, 6).

Ahora bien: simultáneamente a la versión «ortodoxa» del Sendebar *que había*

pasado al persa en el siglo VI y al árabe antes del año 815, existían ya, en el siglo XIII, una gran cantidad de refundiciones que incluían cuentos del más variado estilo. Así, con la adaptación de Los cuarenta visires *y como un desarrollo de determinados pasajes del* Corán *(2, 96/97; 59, 16) se introduce la leyenda del monje Ambrosio, llamado Barsisa en las fuentes orientales. Se trata de un santo asceta al cual tres hermanos, que tienen que emprender un viaje, confían a su hermana enferma para que la cuide durante su ausencia. Barsisa, tentado por Satanás, la seduce, la deja embarazada y para borrar todo testimonio de su caída la mata y la entierra. Al regreso de los hermanos les explica que ha muerto de muerte natural, pero Satanás se les aparece en sueños y les revela lo sucedido. El asceta, asustado y para escapar al castigo, acepta la oferta del demonio quien, para salvarle, exige que le adore y reniegue de Dios. Una vez caído en este último pecado, aquél se burla de él y recita el versículo 59, 16 del* Corán. *El pecador muere infiel. El tema, ampliamente divulgado en Occidente, fue versificado por Cristóbal de Virués (1550-1609) en* El Monserrate, *en donde el protagonista recibió el nombre de Garín*[17] *y alcanzó una gran difusión en el romanticismo gracias a la obra* Ambrosio, or the monk, *de Lewis (1795)*.

El mismo origen tiene la leyenda de don Illán del Conde Lucanor *(ejemplo 11): un sultán de Egipto se niega a creer que la ascensión de Mahoma a los cielos se realizara en una sola noche. Pero le convence de que así fue el sabio Sihab al-Din quien, abriendo sucesivamente cuatro ventanas, le muestra un ejército enemigo, el incendio de El Cairo, la inundación del Nilo y un desierto transformado en vergel. A continuación le manda que se desnude y sumerja la cabeza en un cubo de agua. Al sacarla se encuentra en la cima de una montaña al borde del mar y pobre, hasta el punto de que tiene que aceptar los vestidos que le regalan. Con ellos entra en la ciudad, se sitúa en la puerta de un baño y pregunta a cada mujer que sale si está casada, a fin de conseguir, según costumbre del país, la mano de la primera que le conteste que no. Se casa así con una hermosa joven con la que tiene catorce hijos, pero pierde toda su fortuna y tiene que emplearse como mozo de cuerda para atender a las necesidades de su familia. Fatigado de tanto trabajo, saca la cabeza del cubo de agua y se encuentra de nuevo en medio de sus cortesanos, los cuales le certifican que todas sus aventuras han durado sólo un instante*.

Al Syntipas, *otra de las recensiones del* Sendebar, *hay que referir los ejemplos 24 y 48 del* Conde Lucanor. *Este último* —De lo que aconteció a uno que probaba a sus amigos— *se encuentra también en el* Speculum laicorum *de J. de Hoveden, en la* Disciplina clericalis, *en el* Caballero Zifar *(1, 5) y otras varias obras de la literatura occidental.*

4) NOVELAS ESOTÉRICAS

Como tal puede considerarse la Historia de Hasib Karim al-Din *y la* Historia de Chawdar, hijo del mercader Umar, y de sus dos hermanos *(606-624). La primera presenta el siguiente esquema*:

482-536 Hasib Karim al-Din
486-533 Aventuras de Buluqiya[18]
499-530 Aventuras de Chansah.

El conjunto es un relato de viajes al mundo de ultratumba que hizo pensar a Horovitz que podía ser —no lo es, conforme demostró Asín— un precedente de La Divina Comedia. *La historia de Hasib Karim al-Din y la reina de las serpientes constituye el cuadro que enmarcará el viaje de Buluqiya —inspirado en fuentes hebreas al igual que el nombre del protagonista—, el cual, a su vez, incluye al de Chansah que se basa en fuentes indopersas; por otro lado la historia de la reina de las serpientes deriva de leyendas egipcias y el cuento en su forma más elemental parece que estaba ya redactado en el siglo X y en su primitiva redacción persa tuvo vida independiente de* Las mil y una noches, *ya que Musa Abdí dedicó su traducción en versos turcos (1430) al sultán Murad II.*

El contenido de la obra no se limita sólo a reflejar las influencias antes citadas, sino que también recoge mitos que, como el del Gilgamesh sumerio o el de Alejandro, han pasado a ser patrimonio de todas las literaturas.

Buluqiya abandona su trono de rey de los israelitas, en El Cairo, para ir en busca de Mahoma, cuya descripción ha encontrado entre los tesoros de su padre. Gracias al sabio Affán (488) supo que la reina de las serpientes conocía una hierba con la cual, untándose los pies, podía andar por encima de las aguas de los siete mares y llegar así a la isla en donde estaba enterrado Salomón, con su anillo mágico, fuente de todo poder. Podría arrebatárselo e internarse en el mar de las Tinieblas con el fin de alcanzar la fuente del agua de la vida (Ponce de León en la Florida; en el caso de Gilgamesh se trata de una planta marina que consigue buceando, pero que le es robada por una serpiente mientras se baña). Las aventuras de la travesía son típicas de un relato escatológico: tal la voz que de repente prohíbe a Buluqiya comer los frutos de un manzano bajo pena de ser partido en dos mitades (491). Cuando Buluqiya busca al guardián ve un gigante de cuarenta codos de altura que recuerda a Huwawa, el guardián del bosque de Dilmún al cual se dirigía el Gilgamesh sumerio; ve bosques cuyos árboles dan como fruto cabezas humanas colgadas por los cabellos, etc., etc., y aprende cómo está constituido el mundo (496). Pero todos sus esfuerzos fracasarán y jamás llegará a poseer la inmortalidad.

La Historia de Chawdar… *(606-624) es, sin duda, de origen egipcio y presenta*

también rasgos esotéricos. Como en el caso de Aladino, sólo él puede acceder al tesoro del rey Samardal (613) que busca el mago magrebí Abd al-Samad (610). Chawdar, una vez introducido en el subterráneo que conduce al tesoro, tiene que pasar una serie de pruebas que son supervivencia de los ritos inicíacos a los misterios de Osiris: la madre desnuda (614, 615) es el símbolo del renacimiento después de la muerte mística; las figuras terroríficas que surgen detrás de cada una de las siete puertas quieren representar los monstruos del Amenti, cuyos conjuros enseñaba el Libro de los muertos, *pero que ahora quedan reducidos al simple silencio del héroe. El desenlace del relato no es el característico de las narraciones de* Las mil y una noches. *Aquí, el protagonista, Chawdar, que ha conseguido apoderarse del anillo mágico de Samardal, es asesinado por sus dos hermanos y uno de éstos, Sálim, mata al otro para ser rey indiscutible y casarse con su cuñada. Pero el anillo, como el de los* Nibelungen, *está maldito: la viuda recién casada, Ásiya, envenena en la noche de bodas a Sálim y, como Brünhild, rompe el anillo para que nunca más los genios puedan estar a las órdenes de un déspota.*

La Historia de Hasán de Basora, el orfebre *(778-831) presenta concomitancias con las de* Sindbad el marino, *Chansah y Umar al-Numán. El motivo principal —el de las muchachas-pájaro (786)— es de origen indio y ha contaminado a las literaturas islámicas. En nuestro caso, y dada la larga peregrinación que Hasán debe emprender hasta llegar al Japón para recuperar a su familia, el tema fundamental resulta ser el de los viajes e itinerarios que cruzan por lugares similares a los más arriba descritos.*

5) RELATOS EDIFICANTES, ANÉCDOTAS Y FÁBULAS

En general se presentan de forma muy breve y agrupados. Son característicos los contenidos en las noches 294-308, 346-356, 383-424, 462-482. Sus orígenes: indios, judíos, persas, bagdadíes y egipcios son de lo más variado, distinguiéndose algunas de estas últimas por el carácter procaz que presentan. Junto a escenas piadosas, históricas (297-299) o jurídicas, aparecen otras que narran todo género de perversiones que se explican de acuerdo con el folklore de la época (353-355, 387, 424, etc.); muchas fábulas (145-152) y los que se encuentran en la Historia de Wird Jan hijo del rey Chilad *(899-930, india), etc., son difíciles de filiar. En todo caso estos bloques de historias breves y sencillas parecen ser cuñas introducidas en el relato general para servir de separación y al mismo tiempo de descanso y distracción entre dos historias o grupos de historias de longitud mucho mayor.*

6) NOVELAS AMOROSAS

Constituyen una de las partes fundamentales de Las mil y una noches. *En ellas se encuentra todo tipo de relaciones: desde las heterosexuales al bestialismo (*v. g. *353-355, 355-357), pasando por las homosexuales (*v. g. *216, 338-339, 382, 420-421) y lesbianas (*v. g. *211). Con todo, los cuentos del primer tipo, a pesar de la crudeza con que a veces se exponen, son los que mayor valor estético y literario alcanzan, ya que hay que partir del principio de que la moral sexual del islam es muy distinta de la del cristianismo. E igualmente cabe incluir en este grupo, con el que forma fuerte contraste, una serie de anécdotas breves en las que se elogia el amor platónico tal y como la leyenda asegura que fue practicado por la tribu de los Banu Udra (Hijos de la virginidad), muchos de cuyos miembros eran capaces de morir de pasión antes de tocar el cuerpo de su amada (383, 688-691). En este género de narraciones abundan los versos en consonancia con su entorno. Veamos algunos ejemplos.*

En la iraquí de Aziz y Aziza *(112-129) se ve que el amor más desinteresado, el de Aziza que muere de pasión, es recompensado por la incomprensión de Aziz, el cual salva la vida gracias a unas palabras que aquélla le había aconsejado pronunciar si se encontraba en apuros con alguna de sus amantes. Pero si bien salva la vida no evita el ser castrado. El relato de esta operación, muy vivo (125-126) hace pensar en cómo se trabajaba en las «fábricas» de eunucos que, como las de Almería, surtían de ellos el mercado del Próximo Oriente en el siglo X. De la misma época es la* Historia de Harún al-Rasid y el joven de Omán *(948-953). Éste, heredero de una gran fortuna, la disipa toda en un burdel que posee mujeres de todas categorías, puesto que puede pasarse la noche por diez dinares (1 diñar = 4,15 gramos oro), 20, 40 y 500 dinares. Este último precio hay que pagarlo para poder gozar de los favores de la hija del dueño del negocio. La muchacha se enamoró del joven de Omán e intentó protegerle —sin éxito— cuando quedó arruinado y tuvo que marcharse. Pero, a su vez, la muchacha enfermó y no recuperó la salud hasta que tras diversas aventuras consiguió reunirse de nuevo con su amante y hacer de él su esposo.*

La historia de Qamar al-Zamán, hijo del rey Sahramán *(170-249) presenta intercalada la* Historia de Nima y Num *(237-246). Ya hemos visto cómo algún episodio suyo (193) remonta al Extremo Oriente. Pero, en general, es una obra muy reelaborada en la época persa, bagdadí y egipcia. Además se han incrustado leyendas preislámicas como la de creer que los genios surgen de los pozos. Por su parte la* Historia de Nima y Num *parece haber alcanzado su redacción definitiva alrededor del siglo X, es decir, en la época bagdadí. De este mismo período —aunque con mayores retoques egipcios posteriores— parece ser la* Historia del comerciante Masrur y de su amada Zayn al-Mawasif *(845-863) que termina con la conversión al islam de los protagonistas.*

El cuento de Alí Sar y la esclava Zumurrud *(308-327) es de origen persa. La esclava amada, a la que los avatares del destino separan de su dueño y haciéndose pasar por hombre llega a ser rey en unas tierras remotas, tienen su paralelo en otros cuentos de* Las mil y una noches *y, probablemente la escena final, cuando reconoce sin ser reconocida a su dueño y amante y le obliga a yacer con ella en el lecho hasta que aquél descubre su verdadero sexo e identidad, parece deberse a una última reelaboración. Y egipcia tardía (siglos XVI o XVII) es la* Historia de Qamar al-Zamán y de su amada *(963-978), de tema netamente inmoral, que sirve para contraponer el carácter lascivo de las mujeres del Iraq con el casto de las egipcias*. Este último origen tiene también la *Historia de Uns al-Uchud y de su amada Ward Fi-l-Akmam*.

7) NOVELA PICARESCA

Littmann considera que la picaresca en Las mil y una noches *es de origen egipcio y, efectivamente, hay un par de historias que abonan esta suposición: la de* Alí al-Zaybaq al-Misrí *(709-719) y la de Baybars y los dieciséis policías que no figuran en las ediciones ZER. Sin embargo existen otras narraciones, de ambiente bagdadí, que, reelaboradas en Egipto, tienen una conexión mucho más directa con la picaresca española. Ya González Palencia apuntaba el origen árabe de este género literario. Para él la picaresca derivaba del género que se conoce con el nombre de* maqama. *Etimológicamente* maqama *significa «descanso», término que en* Marcos de Obregón *se emplea para señalar los distintos capítulos*.

Genéricamente las maqamas *(en plural) consisten en una serie de historias cortas, independientes unas de otras, pero que tienen una misma figura central, un primer actor, cuyo nombre varía según los autores. Esta figura central es un pícaro con todas las de la ley que cuando puede se transforma en gorrón y va subsistiendo gracias a sus buenas artes. Estas* maqamas *están redactadas en prosa rimada. Ahora bien: historias cortas y de pícaros se encuentran más de una vez en nuestra obra. Así, por ejemplo, las del pícaro y al-Mamún, el ciclo del barbero en el que son de especial interés las aventuras del tercero y sexto hermanos (31 y 32), el matrimonio de Ibrahim (346-347) y el matrimonio de Ishaq. Si tenemos también en cuenta que en* Las mil y una noches *hay frecuente alternancia entre prosa, prosa rimada y verso, podremos relacionar los cuentos en que esto ocurre con el género* maqama.

Pero hay que tener en cuenta que antes de que la literatura árabe crease este género ya se contaban de manera sencilla y sin buscar efectos retóricos, en las tertulias del califa y de los principales personajes de la corte, historietas, cuentos y anécdotas que tenían como centro a un personaje o a un hecho accidental: tal la locuacidad incontenible, por ejemplo, de los barberos.

El enmarque de los altos hechos de éstos se nos presenta así: un joven cojo asiste a un banquete, pero se levanta y quiere marcharse en cuanto ve entrar a un barbero. Sus amigos le retienen y le piden que cuente la causa de su brusca decisión. Les complace: hijo de un rico comerciante de Bagdad, detestaba a las mujeres. Pero un día vio a la hija del cadí de la ciudad regando sus flores y quedó enamorado de repente, teniendo que meterse en cama —al igual que hacían en casos similares los españoles del Siglo de Oro—, pues había caído enfermo de pasión. Recibe varias visitas y entre ellas la de una vieja que le da ánimos, hace de intermediaria y consigue que la muchacha conceda una cita a su enamorado para el viernes siguiente a la hora en que su padre, el cadí, se encuentra en la mezquita. La alcahueta[19] *se lo comunica al joven, al que aconseja que vaya al baño y al barbero. Éste acude a su casa y se entretiene contándole una serie de cosas fútiles sin terminar nunca de arreglarle. Para quitárselo de encima el joven lo colma de regalos y alimentos que necesita para poder dar una comida a sus amigos. Pero ni aun así consigue que se marche, pues el barbero quiere que asista al banquete. Al fin se libra de él y corre a la cita con muchísimo retraso sin darse cuenta de que el barbero le está vigilando. El muchacho encuentra la puerta de la casa de su amada abierta, como estaba convenido, y entra. Segundos después llega el cadí, quien cierra la puerta y da una paliza a una esclava desobediente. Un esclavo intenta defenderla y es agredido por su iracundo propietario, mientras el joven amante se esconde en un cofre. El barbero, creyendo que matan a su cliente, amotina a los transeúntes, entra en casa del cadí y carga el cofre a sus espaldas. El muchacho se asusta, salta al suelo y se rompe la pierna. Para poder huir arroja oro a manos llenas a la gente y va a refugiarse en una tienda perseguido siempre por el barbero. Para poder huir de él liquida sus bienes y se marcha de la ciudad.*

El barbero se defiende alegando ante los reunidos que sin él el muchacho hubiera perdido la vida, y para demostrar que es persona discreta y reservada explica su historia y la de sus seis hermanos.

Historia del barbero: éste ve un día a diez personas ricamente vestidas que embarcan en un bote del Tigris. Creyendo que van a una fiesta se suma sin pronunciar palabra. Pero, en realidad, los diez están detenidos y son conducidos ante el Califa, quien los manda decapitar. El barbero se coloca el último, sin decir nada, y, al llegarle el tumo, el verdugo no lo mata por ser el undécimo y haber recibido orden de matar sólo a diez. El soberano le pide que aclare por qué se encuentra en tal situación y el barbero le complace y le obliga a oír su historia y la de sus seis hermanos, de tal modo que el Califa, en cuanto termina, harto ya de su locuacidad, le destierra de Bagdad.

Esta historia, de origen iraquí con retoques egipcios del siglo XIII, muestra ya un rasgo típico de la picaresca: el de ser gorrón. El tema parece quedar algo alejado de la picaresca española. Pero no ocurre lo mismo con la maqama

Bagdadiya *de al-Hamadaní (m. 1008) y cuya emigración hacia Occidente está probada por haberla calcado el judío aragonés al-Harizí (m. c. 1205) en su* maqama *21 y por reaparecer luego en la* Vida de Marcos de Obregón *y en el* Gil Blas de Santillana. *He aquí el resumen de la misma según la edición de Harizí, tal como la da Alejandro Diez Macho*:[20]

«Héber ha-Qiní, como todo héroe de picaresca, tenía hambre. Una buena mañana salió a apagarla y topando con un rústico árabe montado en su borrico, el héroe cubrióle de bendiciones y habló del padre del labrador como de un amigo íntimo y como si fuera padre nutricio de todo ser viviente. Y, queriendo alargar más su gentileza, invitó a comer al simple estupefacto, el estupor del cual fue siempre en aumento, porque el trotamundos, saciado que hubo su apetito, halló traza de escabullirse sin pagar al mesonero, dejando al simple labrador, estupor, alabanza y deuda.»

Hay otro punto destacable en este parentesco entre la picaresca oriental y la española: es la organización de la picaresca en cofradías, que aparece esbozada en la historia del tercer hermano del barbero, *Quffa. Éste, que es ciego, llama a la puerta de una casa y no contesta a las preguntas que el dueño, desde el interior, le dirige. El dueño baja, abre y entonces Quffa le pide limosna. Sin contestar, el propietario le hace subir al último piso y, cuando está arriba, le dice: «Que Dios te ayude.» Y se niega a acompañarle escaleras abajo. El ciego baja solo las escaleras, se cae y sale con una herida en la cabeza. En la calle encuentra a sus cofrades; a los que dice que es el momento oportuno de repartir el fruto de sus sisas. El dueño de la casa, que le ha seguido, lo oye y va tras ellos sin que se den cuenta. Los pícaros entran en una habitación, se encierran en ella y la registran para comprobar que no ha entrado nadie que no pertenezca a su cofradía. El intruso escapa a la búsqueda porque se cuelga de una cuerda que pende del techo. Los pícaros toman de sus ahorros lo que necesitan y esconden diez mil dirhemes. Mientras comen, la mano de Quffa cae sobre el intruso y le dan una paliza. A sus gritos acude la gente. El intruso, fingiéndose ciego, llama a la policía. Cuando llega ésta pide que se les azote a todos, y a él el primero, para confesar así sus fechorías. El farsante, al recibir los primeros palos, abre primero un ojo y después el otro, manifestando que los demás también se fingen ciegos para poder así entrar en las casas y engañar a las mujeres. Así han robado diez mil dirhemes y le han negado la cuarta parte que le corresponde. La policía pega a los otros que, no por eso, se transforman en videntes. El intruso sigue insistiendo que fingen ser ciegos y que no abren los ojos para no tener que avergonzarse ante la gente. Se marcha a su guarida, coge los diez mil dirhemes y se los entrega al jefe de policía, quien le paga su cuarta parte y se queda con el resto. Después expulsa a Quffa de la ciudad.*

En este texto queda esbozada la existencia de una cofradía de pícaros-ladrones. Pero en el jerezano al-Sarisí (m. 1222), muy conocido por su excelente

comentario a las maqamas *de al-Hariri, hay un texto que presenta una semejanza sorprendente con lo que se nos narra en el* Buscón *(3, 1-3). Dice al-Sarísí*:

«Se cuenta que Bassar al-Tufaylí refiere: Un día me puse en viaje hacia Basora. Al entrar en esta ciudad se me dijo: "Aquí hay un síndico de los pícaros: los trata bien, les indica dónde deben ejercer sus artes y se pone de acuerdo con ellos." Me presenté a él, me trató bien, me vistió y permanecí holgando a su lado durante tres días. En su casa vivían unos cuantos pícaros que le entregaban el importe de sus hazañas. El síndico se quedaba con la mitad y les daba la otra mitad. El cuarto día me envió a trabajar con los demás. Me metí en un banquete, comí, hurté lo que pude y regresé junto al síndico. Se lo entregué y me dio la mitad. Vendí lo que me había tocado y así me hice con algunos dirhemes. Seguí en esta situación durante unos días. Un día me colé en una boda de gentes de alto rango: comí, obtuve un buen botín y me marché. Por la calle me tropecé con un hombre que ofreció comprarme lo sisado por un dinar. Cogí el dinero, lo escondí, regresé a la casa y callé lo ocurrido al síndico. Éste reunió a todos los pícaros y les dijo: "Este bagdadí es un traidor. Cree que no sé lo que ha hecho. ¡Abofeteadle! ¡Buscad aquello que oculta!" Me hicieron sentar a la fuerza y me fueron abofeteando uno por uno. El primero que me atizó olió mi mano y dijo: "Ha comido madira[21]*." Se acercó otro y dijo: "Ha comido tal guiso." Y así fueron sucediéndose, citando cada nuevo ofensor un plato de los que yo había comido: ninguno se equivocó. Finalmente el jefe me dio una bofetada terrible y exclamó: "¡Has vendido la sisa por un dinar!" Me pegó un coscorrón y me espetó: "¡Dame el dinar!" Se lo entregué. Entonces me quitó los vestidos que me había dado y dijo: "¡Vete, traidor, y que Dios no te proteja!" Regresé a Bagdad y juré que no residiría jamás en una ciudad en que hubiese pícaros que conocieran lo desconocido.*»

La historia del barbero y sus hermanos es una parte de la de El jorobado, el judío, el superintendente y el cristiano *(24-32) que presenta una estructuración relativamente complicada*:

24-32 El jorobado, el judío, el superintendente y el cristiano
- *25-27 Historia del comisionista cristiano*
- *27-27 Historia del superintendente*
- *27-28 Historia del judío*
- *27-32 Historia del sastre*
  - *28-30 Historia del joven cojo*
    - *30-32 Historia del barbero* El *taciturno*
      - *30-30 Historia del primer hermano del barbero, el cojo*
      - *30-31 Historia del segundo hermano del barbero,*

Baqbuq
31-31 Historia del tercer hermano del barbero, Quffa, el ciego
31-31 Historia del cuarto hermano, el tuerto
31-32 Historia del quinto hermano, el sin orejas
32-32 Historia del sexto hermano, el de los labios partidos.

Aparte de la estructuración, la historia de El taciturno *debía circular ya en el Próximo Oriente en el siglo VIII, puesto que el cordobés Ibn Abd Rabbihi (m. 939) la refiere como una anécdota histórica, que debió sufrir aditamentos sucesivos, ya que la historia del quinto hermano tiene resonancias en el* Conde Lucanor *y ya hemos visto también que la historia del joven cojo que la enmarca puede fecharse sin duda mediante criterios astronómicos en el año 1255.*

También puede enmarcarse dentro del género de la picaresca la Historia de Ahmad al-Danif y de Hasán Sumán con Dalila la Taimada y su hija Zaynab la Astuta *(699-719) que engloba la* Historia de Alí al-Zaybaq al-Misrí *(708-719) en las cuales, tras un fondo bagdadí —y tal vez persa— aparece un complemento egipcio que extiende su influencia estilística sobre la primera parte del cuento. En conjunto la narración es viva, interesante y contrapone con gracia los ardides de los hombres y de las mujeres. Por otra parte este cuento —como ya hemos visto que ocurre con otros de* Las mil y una noches*— ha gozado de vida independiente al margen de la colección. Mucho más tardía aún es la* Historia de Abu Qir y Abu Sir *(931-940).*

ALGUNOS CUENTOS DE OTRAS EDICIONES Y TRADUCCIONES NO RECOGIDOS EN EL TEXTO ZER NI EN LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En general todos los textos aquí aludidos constan en las ediciones de ZER, pero hay otros, con mayor o menor entidad, que se hallan en otras ediciones o traducciones de Las mil y una noches *y que por su influencia en el mundo occidental, ya en la Edad Media, merecen que se les dedique una cierta atención. Veamos algunos de ellos*:

1) *La* Historia del cadí Padre-del-Cuesco *(noches 798-799 de la versión de Mardrus/Blasco Ibáñez) que influye en* El parto de Calandrino *(*Decamerón *9, 3). En el texto mardrusiano un cadí, sumamente tacaño y apasionado de las muchachas jóvenes, consigue casarse sucesivamente con varias, gozarlas un par o tres de noches y repudiarlas a continuación. Pero la última, más inteligente y hábil que sus predecesoras, se las ingenia para hacer creer a su esposo primero que está embarazado y luego que ha dado a luz un hijo. Al extenderse la noticia por la*

ciudad el cadí tiene que exiliarse y su mujer huye con todos sus bienes.

2) *La* Historia de las dos hermanas que tuvieron celos de la tercera, la más pequeña o Farizada (Perizadé) la de sonrisa de rosa *o* Las hermanas celosas[22] *(intercaladas respectivamente por Littman y Mardrus en las noches 756-757 y 774-780) de origen persa en que se narran las desventuras de la heroína, pues habiendo expresado las tres, creyéndose a solas, un deseo, éste fue complacido por Jusraw, rey de Persia quien, atendiendo al de la menor, se casó con ella. Al dar a luz a sus hijos, las hermanas los sustituyeron por animales —un perro y un gato— hasta el punto de que tras el nacimiento del tercero, una niña, fingieron que la sultana Farizada había dado a luz una rata. Como consecuencia de todo ello la sultana es expulsada de palacio, abandonada y esto trae consigo una serie de desgracias familiares, hasta que muchos años después Jusraw encuentra a sus hijos y al enterarse del engaño de que ha sido objeto repara la injusticia cometida.*

3) El príncipe Ahmad y la perí Banu: *los tres hijos del sultán de la India, Husayn, Alí y Ahmad están enamorados de su prima Nur al-Nihar; el sultán, no sabiendo qué hacer, decide casarla con aquel que le lleve el objeto más maravilloso. Llegados a un lugar en que los caminos se separan, los príncipes se despiden y acuerdan encontrarse en el mismo lugar al año siguiente. Husayn compra un tapiz volador, Alí un tubo de marfil que permite ver todo lo que se quiere y Ahmad encuentra una manzana artificial que cura todas las enfermedades. Al cabo del año se encuentran en el lugar convenido. Gracias al tubo mágico ven que la princesa está agonizando, corren a palacio con el tapiz y la curan con la manzana. El rey, dándose cuenta de que los tres objetos son inapreciables, propone una nueva prueba: los príncipes tirarán una flecha y el que venza se casará con su prima. La flecha de Alí sobrepasa a la de Husayn y la de Ahmad no se encuentra. Alí se casa con su prima y Husayn se hace derviche.*

Ahmad, por su parte, investiga a dónde ha ido a parar su flecha y así llega a un palacio prodigioso y desconocido donde vive el hada perí Banu. Ésta le refiere que ella es quien ha hecho que las cosas sucedieran de tal forma, ya que quería casarse con él. Una vez han contraído matrimonio, el príncipe consigue permiso de su esposa para visitar a su padre una vez al mes. Los visires, celosos, sugieren al sultán que Ahmad está preparando una sublevación y aquél encarga a una bruja que averigüe cómo vive su hijo y qué hace. Una vez informado y temiendo ser depuesto, el sultán, tras el consejo de los visires y de la bruja, empieza a pedir a su hijo una serie de cosas de realización prácticamente imposible, pero que éste consigue gracias a su esposa. Al fin, hartos ya de tantas exigencias, el hermano de la perí Banu va a la corte, mata al rey, a los visires y a la bruja y amenaza con aniquilar a todo el mundo si no se proclama a Ahmad sultán de la India. Así se hace: Ahmad y la perí Banu pasan a ser los soberanos. Alí recibe el gobierno de una gran provincia y Husayn continúa siendo derviche.

4) Zayn al-asnam: *el horóscopo de Zayn al-asnam anuncia a éste que sufrirá grandes pruebas. Sucede a su padre en el trono de Basora y pronto dilapida todos sus bienes. En estas circunstancias un anciano se le aparece en sueños y le aconseja que vaya a El Cairo, en donde encontrará numerosas riquezas. Una vez en esta ciudad, el anciano se le vuelve a aparecer, le dice que todo ha sido una prueba y le comunica que las riquezas se encuentran en su propio palacio de Basora.*

Al regreso a ésta tiene una tercera aparición que le manda excavar en la habitación de su padre. Al hacerlo descubre un subterráneo en el cual hay diez ánforas de pórfido llenas de oro. Encuentra una llave con la que abre una puerta que da acceso a una cámara: en ella hay ocho pedestales y encima de cada uno de ellos una estatua formada por un solo diamante. En otro hay una pieza de tela blanca: en ella está escrito un mensaje del rey difunto encargándole que vaya a El Cairo a ver a su esclavo Mubarak, quien le hará adquirir una estatua que vale mil veces más que las que ve. Nuevamente en El Cairo, encuentra a Mubarak y lo liberta. Éste lo lleva a un lago en el cual un marino con cabeza de elefante y cuerpo de tigre se ofrece a llevarlos en su barca de sándalo rojo siempre y cuando no pronuncien ni una sola palabra. Llegan a un castillo. Para entrar Mubarak recurre a una serie de conjuros y consigue que aparezca el rey de los genios, quien promete dar a Zayn al-asnam la estatua cuando éste le lleve una muchacha de quince años, que sea virgen y ala cual él mismo desee. Para que la busque le da un espejo que le indicará, manteniéndose bruñido o empañándose, cuando se halle ante la persona deseada. En El Cairo no encuentra a ninguna; pasa a Bagdad, donde un almuédano le habla de la existencia de la hija de un anciano visir que puede reunir las virtudes deseadas. El espejo lo confirma. Zayn al-asnam se casa con la muchacha, resiste a la tentación de proclamarla reina y, sin tocarla, va a entregársela al genio. De regreso a Basora encuentra a la joven en el noveno pedestal y el rey de los genios aparece para recomendarle que no tome ninguna otra mujer si quiere que aquélla le sea fiel.

LA POESÍA EN « LAS MIL Y UNA NOCHES»

En muchos cuentos de Las mil y una noches *se encuentran intercalados una serie de versos que pueden ser fechados a pesar de que casi nunca se nos dé el nombre del autor. Horovitz ha realizado un inventario de los autores de los mismos: 5 pertenecen al siglo III de la hégira (IX de la era cristiana); 8 al IV/X; 7 al V/XI; 9 al VI/XII; 10 al VII/XIII y 3 al VIII/XIV. En total, 42 poetas con uno o varios fragmentos de su obra.*

Para nosotros presentan especial interés los arabigoespañoles[23] *puesto que muestra la influencia de estos poetas en el Próximo Oriente en el momento de la*

compilación, prácticamente definitiva, de Las mil y una noches.

Esos versos pertenecen:

1) A Ibn Zaydún de Córdoba (1003-1071) en la noche 161 que empieza: «Sé orgulloso, lo sufro; pon demora, tengo paciencia;...»

2) Al rey poeta de Sevilla, al-Mutamid (1040-1095) repetido en las noches 180 y 867 que empieza: «Tres cosas le impiden venir a visitarnos...»

3) A al-Humaydí (1029-1095) nacido en Bulayda (Mallorca) y que fue discípulo de Ibn Hazm de Córdoba, el celebérrimo autor de El collar de la paloma sobre el amor y los amantes. *El verso de Humaydí figura en la noche 308 y empieza: «El tratar con la gente no sirve de nada...»*

4) A Ibn Abdún de Badajoz (m. c. *1134) que empieza (noche 222): «El destino, después de la vista, asusta las huellas…»*

5) A Abu-l-Alà b. Azraq (c. 1114) en la noche 76 que reza: «Ha ocurrido lo que yo temía que pasase: Todos volvemos a Dios.»

6) A la poetisa Hamda bint Ziyad de Guadix (fl. *1163-1184) en la noche 245 que se inicia: «Cuando los calumniadores intentaron separamos...»*

CONCLUSIÓN

Las mil y una noches *no fueron apreciadas por el pueblo que les dio la vida hasta que éste se percató del éxito que había obtenido en Europa. A partir de ese momento reivindicó para sí la paternidad de la obra, la editó una y otra vez y la dignificó concediéndole un puesto de honor, no sólo en sus bibliotecas sino incluso en sus propias obras. Muhammad Taymur (1892-1921) considera a* Las mil y una noches *como uno de los mayores monumentos de la narrativa árabe; Tawfik al-Hakim ha resucitado a Sahrazad para hacer de ella la heroína de uno de sus dramas simbólicos, y Taha Husayn (m. 1973) escribió* Los sueños de Sahrazad *(El Cairo, 1958) en donde la narradora de tan fantásticos cuentos se sobrevive a sí misma más allá de las mil y una noches, al igual como el* Quijote *se ha resistido, a lo largo de los siglos, a aceptar la partida de defunción extendida por Cervantes.*

JUAN VERNET

BIBLIOGRAFÍA

GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Versiones castellanas del Sendebar,* Madrid, 1946.

LACARRA, M. J., *Cuentística medieval en España: los orígenes*, Zaragoza, 1979.

Las mil y una noches. Traducción y notas del doctor J. Vernet, Planeta, Barcelona 1964-1967, 3 vols.

Las mil y una noches. Traducción francesa de J. C. Mardrus y, a partir de ésta, castellana de Vicente Blasco Ibáñez. Introducción de J. Vernet, AHR-MEX, México.

Los más bellos cuentos de «Las mil y una noches». Traducción…, selección y prólogo del doctor J. Vernet, Labor, Barcelona, 1960.

MIQUEL, A., *Sept contes des Mille et Une Nuits*, París, 1981.

J. V.

LAS MIL Y UNA NOCHES

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. ¡Loado sea Dios, Señor de los Mundos! ¡La bendición y la salud desciendan sobre el señor de los enviados, nuestro amo y dueño, Mahoma, y sobre sus familiares y compañeros; desciendan incesantes, continuamente, hasta el día del juicio! La experiencia de los antepasados constituye una enseñanza para quienes vienen detrás y el hombre saca provecho de lo que ha acontecido a sus semejantes; considera y estudia los acaecimientos de los pueblos, lo que les ha ocurrido y lo tiene en cuenta. ¡Gloria a Quien creó las historias de los antepasados e hizo que fuesen fuente de enseñanzas para sus sucesores! Entre esas historias se incluyen las narraciones que se llaman las «Mil y una noches» y todas las cosas extraordinarias y refranes que contienen

EL REY SAHRIYAR Y SU HERMANO SAH ZAMÁN

SE cuenta —pero Dios es más sabio— que en el transcurso de lo más antiguo del tiempo, y en una edad remota, hubo un rey sasánida que dominaba las islas de la India y de China, que era jefe de ejércitos, de auxiliares y de servidores. Tenía dos hijos: uno, mayor y el otro, menor, pero ambos eran buenos caballeros y héroes, por más que el mayor aventajase al menor en estas cualidades. Éste heredó el país y gobernó con justicia entre sus súbditos. Por eso los habitantes de las posesiones de su reino le amaban. Se llamaba el rey Sahriyar. Su hermano menor se llamaba Sah Zamán y era el rey de Samarcanda.

El bienestar duró largo tiempo en ambos países, pues cada uno de ellos permanecía allí gobernando con justicia a sus súbditos, y así transcurrió un lapso de veinte años en que sus vasallos vivieron en el bienestar y el desahogo.

En estas circunstancias, el hermano mayor deseó volver a ver a su hermano pequeño, por lo cual mandó a su visir que se fuera de viaje y regresase en su compañía. El visir obedeció y viajó sin cesar hasta que llegó a su destino sin tropiezos. Recibido en audiencia por Sah Zamán, lo saludó y le informó de que su hermano estaba ansioso de verlo, y que deseaba que lo visitase. El rey escuchó complacido, aceptó la invitación y se preparó para el viaje. Mandó sacar sus tiendas, sus camellos, sus mulos y sus auxiliares, y delegó las prerrogativas regias en su visir. A continuación emprendió la marcha hacia los estados de su hermano. Pero cuando llegó la medianoche recordó un objeto que se había olvidado en su palacio y regresó. Entró en su alcázar y encontró a su esposa durmiendo en el lecho conyugal, abrazada a un esclavo negro. Cuando se dio cuenta, perdió el mundo de vista y se dijo: « Si esto ocurre cuando apenas acabo de abandonar la ciudad, ¿qué hará esa libertina cuando lleve algún tiempo junto a mi hermano?» .

Al hacerse esta reflexión desenvainó la espada y dio muerte a los dos en el mismo lecho, regresando en seguida al campamento, donde dio órdenes de emprender la marcha. Viajando sin cesar llegó por fin a la ciudad de su hermano. Éste le salió al encuentro, lo recibió y lo saludó, demostrándole cuán enormemente le alegraba su llegada; engalanó la ciudad y lo sentó a su lado, hablándole con efusión. Pero el rey Sah Zamán recordaba lo que había sucedido con su esposa, por lo cual la tristeza que se había apoderado de él iba constantemente en aumento: su tez palidecía cada vez más y su cuerpo adelgazaba. Cuando su hermano se dio cuenta de todo ello pensó que se debía a lo alejado que estaba de su país y de su reino, por lo cual no le preguntó por las causas del estado en que se encontraba.

Un buen día le dijo:

—¡Hermano mío! ¡Te veo débil y pálido!

A lo que el otro respondió:

—¡Hermano mío! En mi interior hay una herida.

Pero no le refirió lo que había visto hacer a su esposa. Sahriyar le dijo:

—Querría que vinieras conmigo de caza; tal vez tu pecho respire.

Pero Sah Zamán rechazó la invitación y su hermano se fue solo.

En el palacio real había unas ventanas que daban al jardín de su hermano. Estaba mirando por ellas cuando vio que la puerta del palacio se abría y salían veinte jovenzuelas y veinte esclavos; la esposa de su hermano estaba entre ellos. Era hermosísima, muy bella. Avanzaron hasta llegar a una fuente y allí se quitaron los vestidos y se sentaron. Entonces la esposa del rey gritó:

—¡Masud!

En seguida un esclavo negro se adelantó, la abrazó y la poseyó. Lo mismo hicieron los restantes esclavos con las jovenzuelas, y no dejaron de abrazarse y de besarse hasta que el día se desvaneció.

Cuando el hermano del rey vio aquello exclamó:

—¡Por Dios! ¡Cuán ligera es mi desgracia comparada con ésta!

El insomnio y la pena que lo agobiaban desaparecieron en el acto. Exclamaba:

—¡Esto es más gordo que lo que a mí me ha ocurrido!

Desde aquel momento comió y bebió. Cuando regresó su hermano de la cacería se saludaron y el rey Sahriyar se dio cuenta de que el rey Sah Zamán había recuperado el color, de que sus mejillas se habían sonrosado y de que volvía a comer con apetito, después de una temporada de desgana. Se asombró de todo esto y le preguntó:

—¡Hermano mío! Antes te veía con la tez amarillenta, pero ahora has recuperado tu color habitual. Cuéntame lo que te ha ocurrido.

—Te contaré lo que me hizo palidecer, pero dispénsame de referirte por qué me he recuperado.

—Bueno. Cuéntame primero la causa del cambio de tu color y de tu debilidad. Te escucho.

Y Sah Zamán refirió:

—¡Hermano mío! Cuando me despachaste tu visir para pedirme que viniese a visitarte, hice los preparativos correspondientes y partí de mi ciudad. Más tarde recordé que la joya que te he regalado había quedado olvidada en mi palacio. Regresé y encontré a mi esposa que yacía junto a un esclavo negro. Estaban durmiendo en mi lecho conyugal y los maté. En este estado de ánimo vine a tu encuentro, pensando continuamente en lo acontecido. Ésta fue la causa de mi palidez y mi debilidad. En cuanto a lo que ha hecho que recupere mi color normal, dispénsame de contártelo.

Cuando su hermano hubo oído estas palabras, exclamó:

—Te ruego, por Dios, que me cuentes la causa por la cual has recobrado el color.

Sah Zamán, ante su insistencia, le contó todo lo que había visto. Sahriyar le dijo entonces a su hermano Sah Zamán:

—Quiero verlo con mis propios ojos.

Sah Zamán le aconsejó:

—Aparenta que sales dé caza y escóndete en mis habitaciones; verás lo que te he dicho y serás testigo presencial de ello.

El rey mandó en el acto disponerse para la marcha. Los soldados y las tiendas salieron fuera de la ciudad, y el propio rey emprendió el camino. Después mandó levantar las tiendas y conminó a sus garzones:

—¡Que nadie entre en mi tienda!

Se disfrazó y se dirigió, a hurtadillas, al palacio en el que habitaba su hermano y se sentó al lado de una de las ventanas que daban al jardín.

Al cabo de un rato salieron las jovenzuelas y su señora, acompañadas de los esclavos, e hicieron lo que le había descrito su hermano. Continuaron de esta manera hasta la llegada del *asr*[24].

Cuando el rey Sahriyar se hubo convencido, perdió la razón y le dijo a su hermano Sah Zamán:

—¡Ven! Emprenderemos un viaje según Dios nos dé a entender, pues no necesitamos para nada la realeza, hasta saber si hay alguien a quien le haya ocurrido algo semejante. ¡Tal vez sea preferible la muerte a la vida!

Sah Zamán aceptó y ambos emprendieron el camino saliendo por una puerta secreta que había en el palacio. Viajaron constantemente, día y noche, hasta llegar a un árbol que estaba aislado en medio de una llanura; en sus cercanías había una fuente de agua potable, junto al mar salado. Bebieron en ella y se sentaron para descansar.

Apenas había transcurrido una hora del día cuando el mar empezó a agitarse y desde él se elevó hasta el cielo una columna negra que avanzó hacia aquella pradera. Al darse cuenta se atemorizaron y se subieron hasta lo más alto del árbol, que lo era mucho, y se quedaron a la expectativa de lo que iba a ocurrir. Vieron que se trataba de un genio, alto de estatura, ancho de cara y poderoso de pecho, que llevaba un baúl sobre la cabeza. Subió por la playa y llegó al árbol en cuya copa estaban los dos hermanos. Se sentó al pie, abrió el baúl y sacó una caja, la abrió y de ella salió una doncella hermosísima que parecía el sol resplandeciente. Como dijo el poeta:

Ella apareció entre las tinieblas y en el acto resplandeció el día; su luz ilumina las auroras.
Cuando ella aparece, de su resplandor toman la luz los soles, y las lunas, el brillo.
Las criaturas se postran cuando ella aparece, y los velos se desgarran.
Los relámpagos de su mirada hacen caer, como cae la lluvia, las lágrimas de los amantes.

Cuando el genio la vio, dijo:

—¡Oh, señora de las sederías, a quien rapté en la noche de bodas! Quiero dormir un poco.

A continuación, el genio apoyó la cabeza en las rodillas de la muchacha y se durmió. Ella levantó entonces la cabeza del genio de encima de sus rodillas, la dejó en el suelo, se plantó debajo del árbol y les dijo por señas:

—¡Bajad! ¡No temáis a ese *efrit*[25]!

—¡No, Dios te proteja! ¡Dispénsanos!

—¡Os lo digo: O bajáis o despierto al *efrit* en perjuicio vuestro, ya que os matará de mala manera!

Estas palabras les atemorizaron y descendieron. La joven se plantó delante de ellos y les dijo:

—Alanceadme con un potente lanzazo; si no lo hacéis, despertaré al *efrit* y lo instigaré contra vosotros.

Su temor era tal, que el rey Sahriyar le dijo a su hermano, el rey Sah Zamán.

—¡Hermano mío! Haz lo que te ha mandado.

Respondió:

—No lo haré a menos que tú lo hagas antes.

Y empezaron a guiñarse los ojos, incitándose mutuamente a poseerla. Pero ella exclamó:

—Me parece que sólo sabéis guiñaros los ojos. Si no os adelantáis y pasáis a los hechos, despertaré al *efrit* y lo instigaré contra vosotros.

El temor que les inspiraba el genio era tal que hicieron lo que les mandaba. Cuando hubieron terminado, les dijo:

—¡Sois expertos!

Sacó de su bolsillo un saquito y de él un collar que les mostró: contenía quinientos setenta anillos. Les preguntó:

—¿Sabéis qué es esto?

Respondieron:

—No lo sabemos.

Entonces ella les explicó:

—El dueño de cada uno de estos anillos me ha poseído sin que este cornudo de *efrit* se enterase. Dadme vuestros respectivos anillos, ya que sois los últimos.

Se los entregaron y añadió:

—Sabed que este *efrit* me raptó la noche de mi boda, que me colocó en la caja y que guardó ésta en el interior del baúl, el cual cerró con siete candados. Me depositó en el fondo del tumultuoso mar, donde rompen las olas. Pero no sabe que cuando una mujer desea algo, lo consigue. Por eso dijo el poeta:

No te fíes de las mujeres; no des crédito a sus promesas.

Su contento o su enfado depende de su sexo.
Te demuestran falso cariño; la perfidia está en el interior de su traje.
Ten presente la historia de José y defiéndete de sus engaños.
¿O es que no sabes que el demonio sacó a Adán del paraíso por su causa?

Cuando oyeron estas palabras, quedaron admirados y se dijeron:

—Si a éste, que es un *efrit*, le ocurren cosas mayores que las que nos han ocurrido a nosotros, bien podemos consolamos.

En el acto se separaron de ella, regresaron a la ciudad del rey Sahriyar y entraron en su alcázar; el monarca cortó la cabeza de su esposa, así como de las jovenzuelas y las de los esclavos.

Desde entonces, el rey Sahriyar, todas las noches, tomaba una joven virgen, la desfloraba y al día siguiente la mataba. Así fueron las cosas durante un lapso de tres años. Las gentes estaban desesperadas y huían con sus hijas, hasta tal punto que no quedó en aquella ciudad ni una sola muchacha que pudiera soportar el asalto.

Un día el rey mandó a su visir que le llevase una joven para poseerla, según era su costumbre. El visir salió y buscó, pero no encontró ninguna. Entonces se dirigió a su casa enfadado y atemorizado, temiendo que la cólera del soberano recayera sobre él.

Este visir tenía dos hijas, ambas muy hermosas. La mayor se llamaba Sahrazad y la menor, Dunyazad. La primera había leído libros, historias, biografías de los antiguos reyes y crónicas de las naciones antiguas. Se dice que había llegado a reunir mil volúmenes referentes a la historia de los pueblos extinguidos, de los antiguos reyes y de los poetas. Sahrazad le dijo a su padre:

—¿Qué te ocurre que estás descompuesto, preocupado y afligido? Alguien ha dicho, sobre esto, los siguientes versos:

Di a quien soporta una pena: una pena no es eterna.
De idéntica manera a como la alegría se va, perecen las penas.

Cuando el visir oyó a su hija, le refirió lo que le había ocurrido con el rey, desde el principio hasta el final. Ella le dijo:

—¡Por Dios! ¡Padre mío! ¡Cásame con ese rey! Si vivo, todo irá bien, y si muero, serviré de rescate a las hijas de los musulmanes y seré la causa de su liberación.

—¡Por Dios! ¡No te arriesgues!

—Es necesario que lo haga.

—Temo que te suceda lo que le sucedió al asno y al buey con el labrador.

Ella preguntó:

—¿Qué les sucedió, oh padre?

EL ASNO, EL BUEY Y EL LABRADOR

—Sabe, ¡oh hija mía!, que hubo un comerciante que tenía mucho dinero y numeroso ganado. Tenía esposa e hijos. Dios (¡ensalzado sea!) le había concedido la facultad de entender la lengua de los cuadrúpedos y de los pájaros.

Dicho comerciante habitaba en un país rico y tenía en su casa un asno y un buey. Cierto día llegó éste al establo del asno y vio que estaba limpio, regado; que su pienso era de cebada y paja bien cribada, y que dormía cómodamente.

Algunas veces su dueño, si se le presentaba algún asunto urgente, montaba en él, pero cuando terminaba lo devolvía al establo.

Un día, el comerciante oyó que el buey le decía al asno: « ¡Que te aproveche! Estoy reventado, mientras que tú, tan tranquilo, comes cebada bien cribada y eres bien servido. Si alguna vez tu patrón te monta, pronto te deja en paz; en cambio yo siempre estoy arando y dando vueltas al molino» . El asno le aconsejó: « Cuando salgas al campo y pongan en tu cuello el yugo, déjate caer y no te levantes aunque te golpeen; si te incorporas, déjate caer de nuevo. Cuando te devuelvan al establo y te sirvan las habas, no comas; abstente, como si estuvieses enfermo, de comer y beber uno, dos o tres días. Así descansarás de la fatiga y del trabajo» .

El comerciante estaba escuchando la conversación. Cuando el mayoral llevó el pienso al buey, éste comió muy poco. Al día siguiente, el mayoral quiso uncir el arado, pero notó que el animal estaba muy débil. Entonces el comerciante le dijo: « Toma el asno y que are durante todo el día de hoy en su lugar» . Cuando regresó, ya de noche, el buey le agradeció sus bondades, ya que le habían permitido descansar de la fatiga aquella jornada; el asno ni le contestó siquiera, pues estaba muy arrepentido.

Al día siguiente volvió el campesino, cogió el asno y le hizo arar hasta la caída de la noche. El asno regresó con el cuello desollado, reventado. El buey lo contempló, le dio de nuevo las gracias y lo elogió. El asno se dijo: « Antes vivía tranquilo; el favorecer al prójimo me ha perjudicado» . Añadió: « Sabes que soy un buen consejero tuyo. He oído decir a nuestro dueño: “Si el buey no se levanta de su pesebre, entregadlo al matarife para que lo sacrifique y haga un tapete con su piel”. Temo por ti y te lo advierto. Buenas noches» .

Cuando el buey oyó las palabras del asno, le dio las gracias y dijo: « Mañana saldré con ellos» . A continuación comió todo el pienso, hasta llegar al fondo del pesebre.

El dueño había oído la conversación. Cuando amaneció, el comerciante y su esposa se dirigieron al establo del ganado vacuno y se sentaron. Llegó el

mayoral, cogió el buey y salió. El animal, al ver al amo, movió la cola, se estremeció y fue de un lado a otro. El comerciante rompió a reír a carcajada limpia. Su esposa le preguntó: « ¿Qué es lo que te hace reír?» « Algo que he visto y he oído, pero que no puedo explicarlo, pues moriría.» « No hay remedio: tienes que contarme qué es lo que motiva tu risa, aunque te mueras.» « Ya te he dicho que no puedo explicarlo y, además, la verdad es que me moriría.» « Lo que ocurre es que tú te ríes de mí» .

Desde aquel instante su mujer le hizo la vida imposible y lo mortificó con palabras, hasta que consiguió que quedase perplejo. Entonces llamó a sus hijos, mandó a buscar al cadí y a los testigos y se dispuso a testar, para luego dar a conocer el secreto y morir, puesto que él amaba muchísimo a su esposa, ya que era su prima paterna y la madre de sus hijos y con la cual había convivido durante ciento veinte años.

Invitó también a que estuviesen presentes todos los parientes de su esposa y los habitantes del barrio. Y refirió su historia, así como el detalle de que él, en cuanto revelase a alguien su secreto, moriría. Todos los presentes exclamaron: « ¡Por Dios, mujer! ¡Deja este asunto para que no muera tu marido, el padre de tus hijos!» « No lo dejaré en paz hasta que me lo revele, aunque tenga que morir» .

Ante esto callaron y el comerciante los dejó y se dirigió al establo para hacer las abluciones y volver en seguida a revelar el secreto y morir.

Pero el comerciante tenía un gallo con cincuenta gallinas y un perro. El mercader oyó que el perro le chillaba al gallo, lo injuriaba y le decía: « ¿Cómo puedes estar alegre cuando nuestro dueño va a morir?» El gallo preguntó: « ¿Qué ocurre?» El perro le contó la historia y el gallo exclamó: « ¡Por Dios! Nuestro dueño tiene menguado el entendimiento. Yo poseo cincuenta mujeres: a una la enojo y a otra le doy satisfacción; y él, que sólo tiene una esposa, ¿no sabe cómo hay que manejarla? Que coja una rama de morera, entre en su habitación y le dé una buena paliza hasta que muera o se arrepienta; con este método no volverá a preguntar nada» .

Cuando el comerciante oyó las palabras que el gallo dirigía al perro, recuperó el buen sentido y se decidió a dar una paliza a su mujer.

El visir le dijo a su hija Sahrazad:

—Es posible que el rey haga contigo lo que el comerciante hizo con su esposa.

Preguntó:

—¿Qué hizo?

—Entró en la casa después de haber cortado la rama de morera y haberla ocultado, y dijo: « Sube a la habitación, pues tengo algo que decirte en privado,

después moriré» . Cuando quedaron a solas, corrió el cerrojo de la habitación en que estaban y empezó a golpearla, hasta que la dejó medio muerta. Ella exclamó: « ¡Estoy arrepentida!» , y le besaba las manos y los pies. La mujer se arrepintió, salieron ambos, y los asistentes, así como los parientes de la mujer, se alegraron. De este modo vivieron en el más feliz de los estados, hasta que murieron.

Cuando la hija del visir hubo oído el relato hecho por su padre, le dijo:

—No hay más remedio: quiero casarme.

El visir la aderezó y después se fue a informar al rey Sahriyar. Sahrazad, entretanto, dio algunos consejos a su hermana menor, diciéndole:

—Cuando me hayan conducido ante el rey, te mandaré llamar; tú vienes a mi lado y cuando haya terminado nuestra unión, dices: « Hermana: cuéntanos una historia bonita para distraernos del insomnio» . Yo te contaré un relato en el cual, si Dios quiere, estará la salvación.

Su padre, el visir, la condujo hasta el rey y éste, cuando la vio, se alegró y le preguntó:

—¿La has traído aquí para lo que la necesito? Respondió el visir:

—Sí.

Pero cuando el rey quiso poseerla, ella se echó a llorar: El soberano le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—¡Oh, rey! Tengo una hermana pequeña. Desearía despedirme de ella.

El rey mandó que fuesen a buscarla; cuando llegó, se abrazaron y Dunyazad se sentó al pie del lecho. El rey le arrebató la virginidad a Sahrazad y después se sentaron a hablar. La hermana menor dijo:

—¡Por Dios, hermana mía! Cuéntanos una historia para distraemos del insomnio de esta noche.

—De mil amores, si este rey bien educado lo permite.

Cuando el rey oyó estas palabras, como quiera que también estaba desvelado, se alegró y se dispuso a escuchar el relato.

EL COMERCIANTE Y EL *EFRIT*

LA primera noche, Sahrazad contó:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que hubo un mercader muy rico que tenía grandes negocios en muchas ciudades. Cierto día montó a caballo y se dirigió a una ciudad; pero el calor era tan grande que se sentó debajo de un árbol y, metiendo la mano en la alforja, sacó un pedazo de pan y unos dátiles y se los comió. Cuando hubo terminado de comer tiró los huesos. Pero hete aquí que, de

repente, un *efrit* altísimo, blandiendo en la mano una espada, se acercó al comerciante y le dijo: « Ponte en pie para que te mate, de la misma manera que has matado a mi hijo» . Preguntó el comerciante: « ¿Cómo he matado a tu hijo?» « Al terminar de comer has tirado los huesos; éstos cayeron en el pecho de mi hijo y así, alcanzado, murió en el acto.» El comerciante suplicó: « ¡Oh, *efrit*! Sabe que soy creyente, que tengo mucho dinero, hijos y esposa; además, en mi casa tengo los depósitos que me han confiado. Concédeme un plazo para que pueda ir a casa y devolver a cada uno lo suyo. En cuanto lo haya hecho, volveré a buscarte. Te prometo que regresaré y que podrás hacer conmigo lo que te plazca. Dios es testigo de lo que digo» .

El genio lo creyó y lo dejó marchar. Regresó a su país, arregló todos sus asuntos, dio a cada cual lo que le correspondía e informó a su esposa y a sus hijos de lo que había ocurrido. Rompieron a llorar, y lo mismo hicieron todos sus familiares y sus respectivas mujeres e hijos. Hizo testamento y se quedó con ellos hasta el fin del año. Después se dispuso a partir, colocó el sudario debajo del brazo, se despidió de su familia, de sus vecinos y de sus parientes, y emprendió el camino lleno de pesar, mientras los suyos se lamentaban y proferían los alaridos con los que se acompaña a los muertos.

El mercader prosiguió su camino hasta llegar a aquel jardín el primer día del año. Mientras estaba sentado, llorando por lo que le había sucedido, se le acercó un anciano, muy viejo, que llevaba una gacela encadenada. Saludó al comerciante, le deseó larga vida y le preguntó: « ¿Qué causa te hace estar sentado tan solo en este lugar, que es guarida de genios?» El mercader le contó todo lo que le había ocurrido con el *efrit*, y la causa de haberse sentado en aquel sitio. El jeque, o sea, el dueño de la gacela, se quedó admirado y exclamó: « ¡Por Dios, hermano mío! Tu fe religiosa es una gran fe. Tu relato es un relato portentoso que si se escribiese con agujas en los lagrimales, sería una magnífica enseñanza para quien quisiera reflexionar» . Sentándose luego a su lado, añadió: « ¡Por Dios, hermano! No me apartaré de ti hasta ver lo que te ocurre con ese *efrit*» .

Tomó sitio a su lado y empezó a hablar con el comerciante, quien, para huir del miedo, del pánico, de una gran pena y de terribles pensamientos, se desmayó; pero el dueño de la gacela no lo abandonó. Un segundo jeque, acompañado por dos lebreles de color negro, pasó por allí y les preguntó, después de saludarlos, cuál era el motivo de que estuvieran sentados en aquel lugar, que era una guarida de genios. Le contaron la causa desde el principio hasta el fin. Apenas se había sentado cuando apareció un tercer jeque llevando una mula color estornino.

Los saludó, les preguntó por la causa que les hacía estar sentados en aquel lugar y le refirieron el asunto desde el principio hasta el fin.

Mientras sucedía esto, se levantó de repente una polvareda y una tromba

enorme que empezó a avanzar desde el centro de aquella planicie. La polvareda, al irse aclarando, dejó ver al *efrit*, que blandía en su mano una espada desenvainada, mientras que sus ojos despedían chispas. Se acercó, arrebató al comerciante y le dijo: « Ponte tieso. Te mataré de la misma manera como tú mataste a mi hijo, al consuelo de mi corazón» . El mercader rompió en sollozos y lágrimas, y los tres jeques no pudieron contener el llanto, ni las lamentaciones ni los plañidos. El primer jeque, o sea, el dueño de la gacela, recobrándose, besó la mano del *efrit* y le dijo: « ¡Oh, genio, que eres la corona de los reyes de los genios! Si te contase lo que a mí me ha acaecido con esta gacela y lo encontrases interesante, ¿me concederías el tercio de la sangre de este comerciante?» « ¡Sí, oh jeque! Si me cuentas ese relato y me place, te cederé el tercio de su sangre.»

EL JEQUE Y LA GACELA

Aquel jeque empezó: « Sabe, ¡oh *efrit*!, que esta gacela es mi prima paterna, que tiene mi misma carne y lleva mi misma sangre. Me casé con ella cuando era pequeña, y vivimos juntos cerca de treinta años sin que me diese un solo hijo. Por eso tomé una concubina, la cual me dio un varón que podía compararse con la luna cuando se levanta: tenía unos ojos maravillosos, unas cejas largas y finas, y unos miembros perfectos. Fue creciendo poco a poco, hasta llegar a tener quince años. Impensadamente tuve que emprender un viaje a una ciudad, a causa de un gran negocio. Mi prima, esta gacela, sabía desde la infancia la magia y la brujería, por lo que metamorfoseó a mi hijo en un becerro, y a la joven que era su madre, en una vaca, y los entregó al pastor. Después de un largo lapso de tiempo, regresé y pregunté por mi hijo y por su madre. Ella me respondió: “Tu concubina ha muerto y tu hijo ha huido y no sé adónde ha ido”. Así pasé un año con el corazón lleno de pena y los ojos repletos de lágrimas. Llegó la fiesta de los sacrificios y mandé decir al pastor que me entregara una vaca bien gruesa; y, efectivamente, me trajo una bastante gorda, que era mi concubina, la embrujada por esta gacela. Remangando mi vestido, empuñé el cuchillo y me dispuse a sacrificarla. Pero dio tales mugidos y rompió a llorar de manera tan notoria que me aparté de ella y mandé al pastor que lo hiciese él. La degolló y la desolló, pero no encontró ni carne ni grasa: todo era piel y hueso. Me arrepentí del sacrificio, aunque el arrepentimiento de nada me servía, y se la entregué al pastor diciéndole: “Tráeme un becerro bien gordo”. Me presentó a mi hijo, que seguía siendo un becerro. Cuando éste me vio, rompió su cuerda, se acercó a mí y se revolcó delante, gimiendo y llorando, por lo cual tuve compasión de él y le dije al pastor: “Tráeme una vaca y deja vivir a éste”.

Sahrazad se dio cuenta de que había llegado la madrugada y cortó el relato

que le había sido permitido. Su hermana le dijo:

—¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!» Pasaron aquella noche abrazados, hasta la mañana.

El rey salió a la sala de audiencia y vio acercarse a él al visir con el sudario bajo el brazo. El rey juzgó, concedió empleos, destituyó de otros; y así hasta el fin del día, sin decir a su visir ni una palabra de particular. El visir estaba estupefacto. Terminada la audiencia, el rey Sahriyar volvió a su palacio.

La segunda noche Dunyazad le dijo a su hermana Sahrazad:

—¡Hermana mía! Termina de contarnos la historia del mercader y el *efrit*.

—De buena gana, si el rey me lo permite.

Dijo el rey:

—Cuenta.

Y ella refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz y de recto juicio!, de que cuando el mercader vio el llanto del becerro, le entró compasión y le dijo al pastor: « Deja vivir a este becerro entre el ganado» .

Mientras contaba todo esto, el genio estaba maravillado de la narración. El dueño de la gacela prosiguió: « ¡Oh, señor de los reyes de los genios! Mientras ocurría esto, mi prima, esta gacela, lo observaba, lo contemplaba y decía: “Sacrifica este becerro: está gordo”. Pero no puede hacerlo y mandé al pastor que lo cogiese y se marchase con él.

» Al día siguiente, mientras estaba sentado, se acercó el pastor y me dijo: “¡Señor mío! Te voy a referir algo de lo que te alegrarás. ¿Me darás una recompensa?” Respondí: “Te la daré”. Refirió: “¡Oh, mercader! Tengo una hija que ha estudiado, desde su niñez, la magia con una mujer vieja con la que vivíamos. Cuando terminó el día de ayer, en el que me entregaste el becerro, entré con éste a saludarla. Pero en cuanto mi hija lo vio, se cubrió el rostro y se echó a llorar y a reír, todo a un tiempo.

» ”Me dijo: ‘Padre. ¿Tan vil es para ti mi valor que te atreves a entrar acompañado de hombres extraños?’ ‘¿Dónde están esos hombres extraños, y por qué lloras y te ríes a un tiempo?’ ‘Este becerro que te acompaña es el hijo de mi señor, el mercader; pero él y su madre están embrujados por las malas artes de la esposa de su padre. Esto es la causa de que me ría. La causa de que llore la tiene su madre, puesto que su propio padre la ha sacrificado.’ Quedé tan maravillado de sus palabras que en cuanto he visto aparecer la aurora, he venido a tu encuentro para ponerte al corriente”.

» Cuando oí, ¡oh genio!, las palabras de ese pastor, salí con él medio borracho

—aunque no de vino—, debido a la gran satisfacción y alegría que había recibido, y me dirigí a su casa. La hija del pastor me dio la bienvenida y me besó la mano. Inmediatamente después, el becerro se acercó y se revolcó delante de mí. Pregunté a la hija del pastor: "¿Es cierto lo que has dicho a tu padre sobre este becerro?" "Sí, señor mío. Es tu hijo, el aliento de tu corazón." Le dije: "Si le desencantas, te daré todo lo que tengo bajo la custodia de tu padre, sean ganados o bienes". Sonrió y contestó: "No ambiciono el dinero, pero pongo dos condiciones: la primera es que me cases con tu hijo, y la segunda es que pueda encantar y aprisionar a quien lo embrujó, pues de no ser así no estaría segura de las tretas de tu mujer". Cuando oí, ¡oh *efrit*!, las palabras de la hija del pastor, le dije: "Tendrás, además, como regalo, todos los bienes que están bajo la custodia de tu padre, y en cuanto a mi prima, te concedo el derecho de disponer de su sangre".

» Apenas oyó mis palabras, tomó un tazón, lo llenó de agua, pronunció unos conjuros y, rociando con ella al becerro, le dijo: "Si Dios te ha creado becerro, sigue con la misma forma y no cambies; pero si estás embrujado, vuelve a tu forma primitiva con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!)". En cuanto la muchacha terminó de hablar, el becerro empezó a agitarse y se transformó en un hombre. Arrojándome en sus brazos, le dije: "¡Por Dios! ¡Cuéntame todo lo que hizo mi prima contigo y con tu madre!" Me refirió todo lo que le había sucedido, y exclamé: "¡Hijo mío! Dios dispuso que hubiera quien te salvara a ti y a tu derecho". Después casé, ¡oh genio!, a mi hijo con la hija del pastor, y ésta, en seguida, encantó a mi prima, convirtiéndola en una gacela. Me dirigí hacia estos lugares, vi un grupo de gente y pregunté qué pasaba.

» Me refirieron lo que había ocurrido a este comerciante y me senté para ver lo que iba a suceder. Ésta es mi historia» .

El genio exclamó: « Ésta es una historia prodigiosa, y te concedo el tercio de su sangre» .

Entonces el jeque dueño de los lebreles negros se adelantó.

LOS TRES HERMANOS

Dijo: « Sabe, ¡oh señor de los reyes de los genios!, que estos dos lebreles son mis hermanos. Yo soy el menor. Mi padre murió y nos dejó tres mil dinares. Abrí una tienda, en la que vendía y compraba. Uno de mis hermanos emprendió un viaje de negocios y permaneció en las caravanas un año. Después regresó sin un céntimo. Le dije: "¿No te había aconsejado que no viajaras?" Rompió a llorar y respondió: "Hermano, Dios (poderoso y grande) lo dispuso así. De nada sirven ya las recriminaciones, pues no dispongo ni de un céntimo". Lo recogí, me lo

llevé a la tienda, luego le acompañé al baño y le regalé un vestido precioso. Comimos juntos y le dije: “Hermano: calcularé la renta que obtengo de mi tienda cada año, y la repartiremos entre los dos, sin tocar nunca el capital”. Hice la cuenta de las ganancias que producía mi dinero y vi que ascendía a unos dos mil dinares. Di gracias a Dios (poderoso y grande), me alegré muchísimo y lo repartimos entre los dos.

» Permanecimos juntos muchos días. Después, mis hermanos quisieron volver a viajar y, además, querían que les acompañase; pero no me gustó la idea y les dije: “¿Qué habéis sacado de vuestros viajes que yo no pueda ganar?” Insistieron, pero no les hice caso, y nos quedamos todos en nuestras respectivas tiendas, vendiendo y comprando durante un año.

» Ellos hacían continuamente planes de viaje, y yo seguía sin aceptar. Así transcurrieron seis años enteros. Por fin terminé dándoles la razón y les dije: “Hermanos: contemos el dinero que tenemos”. Contamos y vimos que eran seis mil dinares. Dije: “Enterremos la mitad para poderla aprovechar si nos aflige alguna desgracia. Cada uno de nosotros cogerá mil dinares para comerciar al por menor”. Dijeron: “Buena idea”. Cogí el dinero, hice dos partes, enterré tres mil dinares, y de los otros tres mil di a cada uno de ellos mil. Preparamos las mercancías, fletamos un barco y embarcamos en él nuestros enseres.

» Viajamos durante un mes, hasta llegar a una ciudad, en la que vendimos nuestras mercancías ganando diez dinares por cabeza.

» Nos disponíamos a marcharnos cuando encontramos en la orilla del mar una joven que llevaba un vestido remendado. Besó mi mano y dijo: “Señor, ¿puedes socorrerme y ayudarme? Te lo recompensaré”. Respondí: “Sí. Te auxiliaré, aunque no me recompenses”. “Señor, cásate conmigo y llévame a tu país, pues yo me entrego a ti. Favoréceme, pues soy de aquellas personas que saben agradecer el socorro y el auxilio. No te engañe mi situación actual”.

» Al oír sus palabras me apiadé de ella, pues así lo quería Dios (poderoso y grande). La recogí, la vestí, le preparé un buen lecho en la embarcación, me dediqué a ella y la honré.

» Así íbamos navegando, mientras mi corazón la iba queriendo con gran amor, hasta tal punto que casi no me separaba de ella ni de día ni de noche, y por su causa me desentendía de mis hermanos. Éstos fueron víctimas de los celos: me envidiaban por lo que poseía, por la multitud de mis mercancías. Sus ojos estaban clavados únicamente en el dinero. Trataron de asesinarme y robarme mis bienes, y dijeron: “Matemos a nuestro hermano, con lo cual todo será nuestro”. Satanás les embelleció sus proyectos.

» Cierto día en que estaba durmiendo al lado de mi esposa, se acercaron, y me arrojaron al mar. Mi mujer, al despertarse, se removió, se transformó en una *efrita*, me recogió, me depositó en una isla y me dejó abandonado durante cierto tiempo. Al amanecer regresó y dijo: “Yo soy tu esposa: te he traído hasta aquí y

te he salvado de la muerte con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!). Sabe que soy una genio femenina. En cuanto te vi, mi corazón quedó prendado de ti. Creo en Dios y en su Enviado (¡Dios le bendiga y le salve!). Te he librado de morir ahogado, puesto que cuando me acerqué a ti, en el estado en que me viste, te casaste conmigo. Estoy enojada con tus hermanos y los voy a matar". Cuando oí sus palabras quedé boquiabierto, le di las gracias por lo que había hecho y añadí: "No es preciso que mueran". Le conté todo lo que me había ocurrido con ellos, desde el principio al fin, y al oír mi relato exclamó: "Esta noche volaré hasta ellos, haré naufragar su embarcación y los aniquilaré". Supliqué: "¡Por Dios! ¡No lo hagas! El autor de los proverbios dice: '¡Oh, tú, que te compadeces de quien hace el mal!: al culpable le basta con su culpa'. Además, ellos siempre serán mis hermanos". "No insistas: los mataré." Supliqué en vano, sin poderla disuadir.

» Me cogió, emprendió el vuelo y me dejó en la azotea de mi casa.

» Abrí las puertas, saqué lo que había escondido debajo de la tierra y abrí mi tienda y después de haber saludado a la gente, compré nuevos géneros. Cuando llegó la noche, regresé a mi casa y encontré estos dos lebreles atados. Al verme, se me acercaron, rompieron a llorar y se me pegaron. No tardé en ver a mi mujer, quien me dijo: "Éstos son tus hermanos". "¿Quién les ha hecho esto?" "Yo he encargado del asunto a mi hermana, y ésta los ha transformado en lebreles, forma que no abandonarán hasta dentro de diez años."

» Ahora, ¡oh genio!, voy en busca de mi cuñada para que los desencante, pues ya han transcurrido los diez años. Aquí he visto a este joven, quien me ha contado lo que le había ocurrido, y no he querido irme sin ver lo que iba a pasar entre vosotros dos» .

El genio concedió: « Tu relato es maravilloso; te concedo el tercio de su sangre, para que pueda utilizarla en el rescate de su crimen» .

Entonces, el jeque dueño de la mula se adelantó y dijo: « Te voy a contar algo más admirable que lo de mis dos compañeros; pero, ¿me concederás el resto de su sangre y quedará libre de su crimen?» « Sí.»

LA MUJER BRUJA

Empezó: « ¡Sultán y primate de los genios! Esta mula es mi esposa. Tuve que emprender un viaje y la dejé sola durante un año entero. De regreso, en plena noche, entré en la alcoba y vi que un esclavo negro estaba en el lecho, junto a ella, y ambos hablaban, se acariciaban, reían, se besaban y jugueteaban. En cuanto ella me vio, se precipitó a mi encuentro con un tazón de agua, sobre el cual profirió unas palabras y, rociándome, dijo: "Abandona tu forma de hombre y revístete de la forma de perro" En el acto quedé transformado en perro. Me

expulsó de la casa y salí por la puerta. No cesé de vagar hasta que llegué a una carnicería, a la que me acerqué empezando a roer los huesos. Cuando el dueño de la tienda me vio, me cogió y me condujo a su casa. Al verme la hija del carnicero, se cubrió con el velo y exclamó dirigiéndose a su padre: "Vienes acompañado de un hombre y entras a verme en su compañía. ¿Te parece bien?" "¿Dónde está el hombre?" "Este perro ha sido embrujado por una mujer. Yo puedo desencantarle." Cuando el padre oyó estas palabras, exclamó: "¡Te lo ruego, en nombre de Dios, hija mía! ¡Desencántalo!" Tomó un tazón de agua, sobre el cual profirió unas palabras y, rociándome poco a poco, dijo: "Deja esta forma y vuelve a tu forma primitiva". Así volví a ser un hombre. Besé su mano y le dije: "Querría que hicieras con mi mujer lo mismo que ella ha hecho conmigo". Me dio un poco de agua y dijo: "Cuando veas que duerme, la rocías con esta agua y se transformará en el animal que quieras". La encontré durmiendo, le eché el agua y dije: "Abandona tu forma propia y transfórmate en una mula". En el acto apareció una mula, que es ésta que aquí ves con tus propios ojos, ¡oh sultán y primate de los reyes de los genios!»

El genio se volvió a la mula y le preguntó: « ¿Es cierto todo eso?» La mula movió la cabeza y dijo por señas: « Sí; ésa es la verdad» . Al terminar su relato, el genio se bamboleaba de emoción, por lo que concedió el resto de la sangre del comerciante.

Sahrazad se dio cuenta de que era de madrugada y cortó el relato que le había sido permitido. Su hermana le dijo:

—¡Qué hermosa, bella, dulce y agradable es esta historia!

—Esto no es nada en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El rey se dijo: « ¡Por Dios que no la he de matar hasta oír el resto de su historia, puesto que es admirable!»

Pasaron aquella noche abrazados, hasta la mañana.

El rey salió a la sala de audiencia y vio acercarse al visir y a los soldados, y se llenó de gente el diván. El rey juzgó, concedió unos empleos, destituyó de otros, y así hasta el fin del día. Después levantó la sesión y el rey Sahriyar volvió a su palacio.

La tercera noche Dunyazad le dijo a su hermana Sahrazad:

—¡Hermana! Termina de contarnos la historia.

—De mil amores. Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el comerciante se acercó a los jeques y les dio las gracias, y ellos, a su vez, le felicitaron por haber escapado de la muerte, y cada uno regresó a su país. Pero esta historia no es más maravillosa que la del pescador.

Preguntó el rey:

—¿Qué es esa historia del pescador?

EL PESCADOR Y EL GENIO

DIJO Sahrazad:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que había un hombre pescador, entrado en años, casado y con tres hijos. Era muy pobre. Tenía la costumbre de echar sus redes cuatro veces al día y nada más.

En cierta ocasión, al mediodía, se dirigió a la playa, depositó su canasta en el suelo y echó la jábega. Esperó hasta que quedó bien colocada en el fondo del agua, y luego la cerró. Se dio cuenta de que la jábega pesaba mucho; tiró de ella, pero fue incapaz de moverla. En vista de lo cual, se dirigió con el cabo tierra adentro, plantó una estaca y lo ató. Hecho esto, se desnudó, se echó al agua, y, nadando en torno a la red, no paró de trabajar hasta sacarla. Luego se vistió su traje, se dirigió a la jábega y vio que contenía un asno muerto. Al verlo, se entristeció y exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Altísimo, el Grande!» Y añadió: « Cierto; este don de Dios es maravilloso» . Recitó:

> ¡Oh, tú, que te mueves en medio de las tinieblas de la noche y de la ruina!: déjate de fatigas, pues los dones no vienen por mucho movimiento.

Cuando el pescador vio el asno muerto, lo sacó de la red, la arregló y luego la limpió. Después entró en el agua y dijo: « En el nombre de Dios» , al tiempo que la arrojaba.

Esperó hasta que se hubo cerrado. Tiró de ella, pero pesaba más que la vez anterior. Creyendo que se trataba de peces, volvió a atarla, se desnudó, se arrojó al agua y buceó. Trabajó hasta que la dejó libre y la sacó a la playa. Contenía una gran tinaja, llena de arena y de barro. Al verla se entristeció y recitó las palabras del poeta:

> ¡Basta ya de vicisitudes del destino! Si es que no basta, id con más miramientos.
> No me ha cabido en suerte heredar bienes ni conseguirlos por mi mano.
> Salgo en busca de mi sustento, y veo que mi sustento se ha esfumado.
> ¡Cuántos ignorantes refulgen! ¡Cuántos sabios pasan inadvertidos!

Arrojó la tinaja, arregló la red, la limpió, pidió perdón a Dios por lo que había dicho y volvió a meterse en el mar por tercera vez. Lanzó la jábega y esperó hasta que tocó fondo. La sacó llena de cacharros y vidrios. Recitó las palabras del poeta:

Así es la Providencia, sobre la que no tienes ningún poder; ni la pluma ni la escritura te son útiles.

Levantando su cabeza al cielo, exclamó: « ¡Señor mío! Sabe que no arrojaré mi red más de cuatro veces. Ya la he lanzado tres» .

Después de invocar el nombre de Dios, lanzó la jábega al mar y esperó hasta que llegó al fondo. Tiró de ella, pero no pudo sacarla, puesto que se había enredado en el suelo. Exclamó: « ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!» , y desnudándose, se lanzó a bucear, a buscarla y a trabajar en ella, hasta que consiguió subirla a la playa La abrió y encontró un jarro de cobre dorado, lleno, cuya boca estaba sellada con plomo, en el que se veía la impronta del sello de nuestro señor Salomón.

Cuando se dio cuenta, se echó a reír y dijo: « Esto lo venderé en el mercado del cobre, y bien valdrá diez dinares de oro» . Intentó moverlo, pero pesaba demasiado. Se dijo: « No me queda más remedio que abrirlo, ver lo que hay dentro y guardarlo en la alforja; después lo venderé en el zoco de los caldereros» . Sacó su cuchillo, cortó el plomo hasta que lo separó del jarrón y lo colocó en el suelo. Zarandeó el recipiente para ver el contenido, pero no cayó nada. Únicamente fue saliendo una columna de humo, que subió hasta lo más alto del cielo y empezó a marchar sobre la faz de la tierra.

El pescador estaba admirado a más no poder. Al fin terminó de salir todo el humo, se condensó, se removió y se transformó en un *efrit*. Su cabeza se perdía entre las nubes, sus pies se apoyaban en el polvo de la tierra; aquélla parecía una cúpula; sus manos, verjas; sus pies, mástiles; su boca, una cueva; sus dientes, piedras; sus narices, porrones; sus ojos, dos antorchas; sus cabellos, cenicientos, estaban en el más completo desorden.

Cuando el pescador vio al *efrit*, se le heló la sangre en las venas, le castañetearon los dientes, tragó saliva y perdió el mundo de vista. El *efrit*, al verle, exclamó: « ¡No hay dios sino Dios, y Salomón es el profeta de Dios! ¡Profeta de Dios! ¡No me mates! ¡Jamás volveré a contradecirte con mis palabras, ni a desobedecerte con mis hechos!» El pescador aclaró: « ¡Oh, *marid*! [26] ¿Has dicho que Salomón es el profeta de Dios? Salomón murió hace mil ochocientos años, y nosotros, ahora, estamos en otros tiempos. ¿Cuál es tu relato? ¿Cuál es tu historia? ¿Por qué entraste en este jarrón?»

Al oír el *marid* las palabras del pescador, dijo: « ¡No hay dios sino Dios! Te voy a dar una buena noticia, pescador» . « ¿Cuál es?» « Te voy a matar, ahora mismo, con la peor de las muertes.» « Por esta noticia, ¡oh jefe de los *efrits*! mereces que Dios te retire su protección. ¿Por qué vas a matarme? ¿Qué te impulsa a hacerlo? Yo he sido quien te ha librado del jarrón, quien te ha sacado de las profundidades del mar y te ha subido a tierra.» « Bien. Elige, pues, de qué

clase de muerte deseas morir, de qué manera debo matarte.» El pescador insistió: « ¿Cuál ha sido mi falta, para que me des esta recompensa?» « Escucha mi relato, ¡oh pescador!» « Cuéntalo en pocas palabras, pues mi espíritu ha llegado ya a mis pies.»

Refirió: « Sabe que soy uno de los genios rebeldes. Desobedecí a Salomón, hijo de David. Soy Sajr[27], el genio. Me envió a su visir Asaf b. Barjiya, quien me aprisionó con sus añagazas y me condujo ante él, humillado y bien a mi pesar; en cuanto me vio, me reprendió y me manifestó que debía entrar en la verdadera fe y quedar sometido a su obediencia. Pero no acepté. Entonces pidió este jarrón, me encerró en él, lo cerró con plomo y puso en él la impronta que contiene el nombre supremo de Dios. Mandó a los genios que me cogieran y me arrojasen en el centro de este mar. Así pasé cien años, diciéndome: "Enriqueceré por toda la eternidad a aquel que me libere". Mas pasaron cien años y nadie me sacó. Empezó otro siglo y me dije: "Entregaré todos los tesoros de la tierra a aquel que me libere". Pero nadie me libertó. Así transcurrieron cuatrocientos años. Fui diciéndome: "A quien me libre de mi encierro le concederé tres gracias". Pero nadie lo hizo. Entonces, encolerizado ya y de mala manera, me fui diciendo: "Mataré a aquel que ahora me libre, pero morirá como quiera". Tú me has libertado y, por consiguiente, puedes elegir el género de muerte. ¿Cómo vas a morir?»

Cuando el pescador hubo oído las palabras del *efrit*, exclamó: « ¡Ah, Dios! ¡Mira que venir a libertarte precisamente ahora! Desiste de matarme, y Dios te perdonará. ¡No me mates! Si me matas, Dios se encargará de poner fin a tus días» . « No hay remedio: vas a perecer. Elige la clase de muerte con la que vas a morir.» Al oír esto, el pescador insistió: « Perdóname, en recompensa por haberte libertado» . « Es precisamente por haberme libertado por lo que voy a matarte.» « ¡Jeque de los genios! ¿Te habré hecho bien para recibir a cambio daño? No miente el proverbio que dice:

> Hacemos el bien y nos devuelven el mal; esto —¡por vida mía!— es acción de perversos.
> Quien hace favores a gentes extrañas, recibe la misma recompensa que quien da hospitalidad a la hiena.»

Esas palabras no hicieron mella en el *efrit*, el cual dijo: « No confíes. Es necesario que mueras» . El pescador se dijo: « Éste es un genio y yo soy un ser humano. Para algo Dios me ha dado la inteligencia. Procuraré ingeniármelas para destruirlo mediante un truco ideado por mi razón, ya que él maquina con sus argucias y su desvergüenza» . Dirigiéndose al *efrit*, preguntó: « ¿Estás decidido a matarme?» « Sí.» « ¡Por el gran nombre de Dios, que está grabado en el anillo

de Salomón! Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad?» « Sí.» Al oír el « Gran nombre» , el *efrit* quedó impresionado y empezó a temblar. « Pregunta y sé breve.» « ¿Cómo podías estar en este jarrón si en él no caben ni tu mano ni tu pie? ¿Cómo ibas a caber por entero?» « ¿No crees que haya podido caber en él?» « No lo creeré jamás, hasta que te vea metido en él.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el pescador le dijo al *efrit*: « No lo creeré jamás, hasta que te vea metido en él» . El *efrit* empezó a agitarse y fue convirtiéndose en humo, que se extendió por el aire y que luego, poco a poco, se metió en el jarrón. Entonces el pescador, velozmente, cogió la tapadera de plomo que estaba sellada y cerró la boca del jarrón. Dirigiéndose al *efrit* le dijo: « Escoge la clase de muerte de que vas a morir: voy a echarte a este mar y voy a construirme una casa. Impediré a todo el mundo que venga a pescar a estos parajes, y diré: "Aquí hay un *efrit*. A todo aquel que lo saca, le expone las distintas clases de muerte y le deja elegir la suya"» .

Al oír estas palabras del pescador, el *efrit* trató de salir, pero no pudo; se dio cuenta de que estaba cogido, vio de nuevo el sello de Salomón y comprendió que le había encarcelado en la prisión como el más despreciable, el más sucio y el más vil de los genios.

El pescador llevó el jarrón hacia el mar y el *efrit* chilló: « ¡No! ¡No!» « No hay remedio.» Entonces el *marid* moderó sus palabras y se humilló preguntando: « ¿Qué vas a hacer conmigo, pescador?» « Te voy a echar al agua: si has permanecido en ella mil ochocientos años, yo voy a hacer que estés hasta el juicio final. ¿No te he dicho: "Déjame vivir y Dios te dejará vivir; no me mates, pues Dios te matará"? Pero tú no me has escuchado; sólo has buscado el medio de perderme, y por eso Dios te ha puesto en mis manos y yo he sido quien te ha perdido.» « Ábreme el jarrón y te favoreceré.» « ¡Mientes, maldito! Entre nosotros ha ocurrido lo mismo que les sucedió al ministro del rey Yunán y al sabio Ruyán.» « ¿Qué les sucedió al ministro del rey Yunán y al sabio Ruyán? ¿Cuál es su historia?»

EL MINISTRO DEL REY YUNÁN Y EL SABIO RUYÁN

El pescador refirió: « Sabe, ¡oh *efrit*!, que en el transcurso de lo más antiguo del tiempo, que en una edad remota, vivió en la ciudad de los persas y en la tierra de los romanos un rey llamado Yunán, que tenía muchos bienes y ejércitos, era

poderoso y tenía toda suerte de auxiliares, pero… su cuerpo estaba cubierto por la lepra, ante la cual habían fracasado los médicos y los sabios, sin que le hubiesen sido de utilidad ni drogas, ni polvos, ni pomadas: nadie había conseguido curarle.

» Llegó a la ciudad del rey Yunán un sabio de avanzada edad llamado Ruyán. Conocía perfectamente los libros griegos, persas, romanos, árabes y siriacos; dominaba la medicina y la astrología, de las que conocía las causas, la manera en que éstas obraban y lo que era favorable o perjudicial; sabía las propiedades de las plantas, de las drogas y de las hierbas, fueran dañosas o útiles. Buen filósofo, conocía todas las ciencias de la medicina y aún más.

» Después de haberse instalado en la ciudad y de haber permanecido en ella unos pocos días, se enteró de quién era el rey y de la lepra —con la cual Dios le probaba— que había invadido su cuerpo, y ante la cual eran impotentes los remedios de los médicos y de los sabios. Aquella noche la pasó preocupado.

» Al hacerse de día se vistió sus mejores ropas, se presentó ante el rey Yunán, besó el suelo y le saludó, deseándole que se conservase en la fuerza y en el bienestar y alabó sus cualidades. Luego se presentó, le informó de quién era y añadió: “Me he enterado, ¡oh rey!, del mal que atormenta tu cuerpo y de que muchos médicos no han encontrado modo de hacerlo desaparecer. Yo te curaré, rey, sin forzarte a tomar drogas ni untarte con pomadas”.

» Cuando el rey Yunán oyó estas palabras, quedó perplejo y dijo: “¿Cómo lo harás? ¡Por Dios! Si me curas, te enriqueceré a ti, a tus hijos y a los hijos de tus hijos; te favoreceré y tendrás cuanto puedas desear; serás mi compañero y amigo”. Mandó que le dieran un traje y algunos dones, e insistió: “¿Me curarás de esta enfermedad sin drogas ni pomadas?” “Sí; te curaré sin tocar tu cuerpo.” El rey estaba admirado. “¡Oh, sabio! Lo que acabas de mencionarme, ¿a qué hora y en qué día sucederá? Apresúrate, hijo mío.” “Oír es obedecer.” Abandonó al rey y alquiló una casa donde colocó los libros, las drogas y los simples. Cogió unas drogas y unos simples y con ellos fabricó una maza de forma cóncava, provista de un mango; además, hizo una pelota, todo con una sola ciencia.

» Al día siguiente de haberla concluido y dejado lista, fue a buscar al rey, entró a su presencia, besó la tierra delante de él y le mandó que montase a caballo, dirigiéndose al hipódromo, donde debía jugar con la pelota y la maza. Le acompañaron los príncipes, los chambelanes, los ministros y los magnates del reino.

» Apenas había llegado al hipódromo, cuando se le acercó el sabio Ruyán y le entregó la maza diciéndole: “Coge esta maza y sujétala de esta manera. Recorre el hipódromo golpeando con toda tu fuerza esta pelota, para que tu mano y tu cuerpo suden; así la droga penetrará por la mano y recorrerá el resto de tu cuerpo. Cuando esté bien sudado y haya hecho efecto la droga, regresa a tu palacio, entra en el baño y lávate. Luego, échate a dormir. Quedarás curado.

Hasta luego”.

» El rey Yunán tomó la maza que le entregaba el sabio, la sujetó bien con la mano, montó en el corcel y echó a rodar la pelota delante de él. Corrió detrás hasta alcanzarla y le dio un golpe con toda su fuerza, mientras sujetaba con la palma de la mano el mango de la maza. No cesó de dar golpes a la pelota, hasta que su mano y su cuerpo estuvieron empapados de sudor y la droga empezó a circular a partir de la mano.

» El sabio Ruyán comprendió que el fármaco recorría el cuerpo del rey y le mandó que regresase al palacio y que tomase en seguida el baño. Así lo hizo el rey Yunán, quien mandó que se le preparara el baño. Se lo arreglaron y los esclavos sacaron las toallas y dispusieron la ropa del soberano. Éste entró en el baño, se lavó completamente, se puso los vestidos en el interior de la sala y al salir montó a caballo hasta llegar a su palacio; allí se metió en la cama y se quedó dormido. Esto es lo que se refiere al rey Yunán. En lo que se refiere al sabio Ruyán, hay que decir que regresó a su casa y pasó la noche en ella.

» Al día siguiente, cuando hubo amanecido, se dirigió a visitar al rey, pidió audiencia, que se le concedió en el acto, y entró. Besó la tierra y recitó estos versos, en los que aludía al rey:

Si te adoptase por padre, la elocuencia resplandecería; si un día da ese nombre a otro, éste rehúsa.
¡Oh, señor del rostro, cuya luz borra las dudas, tinieblas de los asuntos desagradables!
¡Ojalá tu rostro esté siempre resplandeciente y radiante, para que no veas, apesadumbrado, la faz del tiempo!
Concédeme los dones de tu generosidad, que nos causan la misma impresión que las nubes a las colinas.
Has empleado lo mejor de las riquezas en persecución de los más altos fines, hasta conseguir del tiempo cuanto deseabas.

» Cuando terminó de recitar estos versos, el rey se puso de pie, lo abrazó, le hizo sentarse a su lado y le regaló unos vestidos magníficos, puesto que al salir el rey del baño, se había mirado el cuerpo y no había encontrado en él ni huellas de la lepra: su cuerpo había quedado limpio como la plata más pura. Esto le había alegrado, le había permitido respirar tranquilo y gozoso. Aquel día en cuestión había entrado en la sala de audiencia, se había sentado en el trono y había recibido a los chambelanes y grandes del reino. Por eso, en cuanto el sabio Ruyán hubo entrado y el rey le hubo visto, se apresuró a levantarse y a hacerle sentar a su lado.

» En el acto les pusieron delante mesas repletas de manjares, que comieron juntos, y el rey no se separó de su lado ni dejó de honrarlo durante todo el día. Al

llegar la noche, hizo entrega al sabio de dos mil dinares, sin contar los trajes y los regalos; le hizo montar en su corcel y así regresó a su casa. El rey Yunán estaba admirado de cómo había obrado, y decía: "Éste me ha curado con un tratamiento externo; sin untarme con pomada. ¡Qué profunda es su ciencia! He de favorecer y honrar a este hombre; he de tomarlo por contertulio y amigo para siempre". Aquella noche, el rey Yunán durmió feliz y contento, con el cuerpo sano y libre de la enfermedad.

» Al día siguiente se sentó en el trono y se presentaron los grandes del reino, los príncipes y los visires, y se sentaron a su derecha y a su izquierda. Entonces mandó llamar al sabio Ruyán, el cual entró, besó la tierra delante del soberano, y éste se incorporó y le mandó sentarse a su lado, comió con él, hizo votos por su prosperidad y le regaló vestidos y bienes; no cesó de hablar con él hasta que, llegada la noche, le dio cinco vestidos y mil dinares. El sabio regresó a su casa dando gracias al rey por su generosidad.

» Al día siguiente, por la mañana, el rey salió de su palacio para dirigirse a la sala de audiencia. Los príncipes, los visires y los chambelanes le rodearon. Uno de sus visires, de mala catadura, mal nacido, avaro y envidioso, sólo era capaz de envidiar y odiar. Cuando se dio cuenta de que el rey se aficionaba al sabio Ruyán y le concedía tales favores, la envidia hizo presa en él y empezó a meditar en la manera de perderlo. Dice el proverbio: "No hay cuerpo sin envidia", o bien: "La injusticia está latente en el cuerpo; si es fuerte, aflora; si es débil, se disimula". Este visir se acercó al rey Yunán, besó la tierra y le dijo: "¡Oh, rey de la época y de los tiempos! Tú eres el que colma de beneficios a las gentes. Tengo que darte un gran consejo, pues si te lo ocultara sería un bastardo. Si me mandas que te lo diga, te lo diré".

» El rey, al que habían impresionado las palabras del ministro, preguntó: "¿Cuál es tu consejo?" "Excelso rey, los antiguos decían: 'Quien no se preocupa por las consecuencias, no será afortunado en el transcurso del tiempo'. Creo que el rey obra mal al favorecer a su enemigo, a aquel que no busca más que destruir su reino y, a pesar de eso, le favorece y le honra hasta el máximo, y le admite en su intimidad. Por todo lo expuesto, temo por el rey." El soberano se sobresaltó, cambió de color y le preguntó: "¿Quién es ése del que aseguras que es mi enemigo y, sin embargo, yo le favorezco?" "¡Rey! Si estás durmiendo, despierta. Me refiero al sabio Ruyán." "Ése es mi amigo y la más noble de las criaturas. Me ha curado de algo que palpaba con mis propias manos, y me ha librado de mi enfermedad, cosa que ningún otro médico había sido capaz de hacer. No hay nadie comparable con él, en nuestra época, ni en oriente ni en occidente. ¿Cómo puedes decir de él semejantes cosas? Desde hoy le concederé sueldo y rentas y le daré todos los meses mil dinares; aunque le diese parte de mi reino, sería poco en comparación de sus méritos. Dices todo eso por pura envidia, como se cuenta en la historia del rey Sindabad."

» El rey Yunán refirió: “Cuentan, pero Dios es más sabio…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Su hermana le dijo:

—¡Qué dulce, bello, agradable y hermoso es tu relato!

Sahrazad contestó:

—¿Y qué es esto en comparación de lo que os contaré la próxima noche si vivo y si el rey me concede gracia?

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! No la mataré hasta haber oído el resto de la historia, pues es prodigiosa» .

Pasaron la noche abrazados hasta la mañana. Entonces el rey se dirigió a la audiencia. Juzgó, concedió empleos, destituyó, ordenó y prohibió hasta el fin del día.

En ese momento abandonó el diván, entró en su palacio, llegó la noche, satisfizo su deseo con la hija del visir, Sahrazad.

Ésta, cuando llegó la quinta noche refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el pescador prosiguió su relato de este modo: « El rey Yunán dijo a su visir: “¡Visir! Estás lleno de envidia a causa de ese sabio y querrías que yo lo matara, después de lo cual yo me arrepentiría como se arrepintió el rey Sindabad después de haber matado a su halcón”. “¿Qué pasó?”»

EL HALCÓN DEL REY SINDABAD

« ”Cuentan —pero Dios es más sabio— que había un rey de reyes, persa, al que complacían las diversiones, los paseos y toda clase de cacerías. Un halcón, al que había adiestrado, permanecía a su lado día y noche, y dormía durante ésta apoyado en la mano de su dueño. Cuando salía de caza lo llevaba consigo. Le había colgado en el cuello un vasito de oro, en el que le daba de beber.

» ”Cierto día en que el rey estaba sentado en su trono, se presentó el cetrero y le dijo: ‘Rey del tiempo: es ya época de empezar a cazar’.

» ”El rey se preparó para salir, colocó el halcón en su mano y partió. Llegaron a un valle en el que extendieron la red de caza y en ella cayó, de repente, una gacela. El rey exclamó: ‘¡Mataré a aquel por cuyo lado escape la gacela!’

» ”El círculo de cazadores fue estrechándose, mientras que ella, por su parte, fue acercándose al rey, hasta que, por fin, se irguió sobre sus patas y, apoyándose en sus manos, las colocó debajo del pecho como si fuese a besar la tierra ante el soberano. Éste bajó la cabeza y el animal dio un brinco, huyó por encima de su testa y se dirigió campiña adentro.

» ”El rey se volvió a mirar a los soldados y observó que se guiñaban los ojos. Preguntó: ‘¡Visir! ¿Qué se están diciendo los soldados?’ ‘Comentan lo que dijiste: que aquel por cuyo lado escapase la gacela, sería ajusticiado.’ ‘¡Por mi cabeza! ¡La perseguiré hasta volver con ella!’

» ”El rey se puso a seguir el rastro de la gacela y no se cansó de ir tras sus huellas.

» ”El halcón iba picando en los ojos al animal fugitivo, hasta que al fin la cegó y la aturdió; entonces el rey levantó la maza y de un solo golpe la derribó. Se apeó, la degolló y la colgó del arzón de su silla. Era una hora de calor y estaba en un lugar árido; no había agua. El rey y su corcel tenían sed, por lo que el soberano dio una vuelta y divisó un árbol, del que fluía un líquido que parecía manteca. Como tenía la mano enfundada con el guante de piel, tomó el vasito del cuello del halcón, lo llenó de aquel líquido y lo colocó delante de él. Pero el halcón dio un golpe al vasito y lo vertió.

» ”El rey cogió de nuevo el vasito, lo llenó y, creyendo que el halcón estaba sediento, se lo colocó delante, pero el animal lo derramó de nuevo. El rey se enfadó con el pájaro y, tomando el vasito por tercera vez, se lo acercó al corcel; pero el halcón, con el ala, volvió a verterlo.

» ”El rey exclamó: ‘¡Dios te confunda, la más nefasta de las aves! ¡No me has dejado beber, no has querido hacerlo tú y encima se lo has impedido al caballo!’ Dicho esto, de un sablazo le cortó ambas alas.

» ”El halcón levantó la cabeza y dijo por señas: ‘Mira lo que hay encima del árbol’. El rey levantó la vista y vio una serpiente, cuyo veneno era el líquido que fluía del árbol. Y se arrepintió de haberle cortado las alas al halcón.

» ”Montó en su caballo y llevó la gacela al lugar del que había partido. Al entregarla al cocinero, le dijo: Cógela y ásala’. Luego se sentó en su silla, sosteniendo siempre al halcón en la mano, hasta el momento en que el animal, tras un estertor, murió. El rey prorrumpió en gritos de tristeza y de dolor por haber matado al halcón en recompensa de haberle salvado de la muerte. Ésta es la historia del rey Sindabad.”

» Cuando el visir hubo oído las palabras del rey Yunán, dijo: “¡Oh, dignísimo rey! ¿Qué cosa he hecho mal? Si hago esto es por el afecto que te tengo; ya verás como digo la verdad. Si aceptas mi consejo, te salvarás; de lo contrario, perecerás como pereció el visir que engañó al hijo del rey.

EL PRÍNCIPE Y LA RUSALCA

» ”Dicho rey tenía un hijo muy aficionado a la caza, y un visir. El rey dio orden a éste de que acompañase a su hijo adondequiera que fuese.

» ”Cierto día salió de caza, acompañado por el custodio que le había

designado su padre. Iban juntos, cuando apareció una fiera enorme. El visir dijo al hijo del rey: '¡Tuya es esa fiera! ¡Cógela!' El hijo del rey empezó a perseguirla, se perdió de vista y además perdió de vista al animal.

» "El joven se quedó perplejo y no supo adónde ir. Pero he aquí que de súbito apareció a lo lejos del camino una joven llorando; corrió hacia ella y le preguntó: '¿Quién eres?' 'La hija de un rey de la India. Mientras viajaba por el desierto me entró sueño, me caí de mi montura sin darme cuenta y quedé abandonada, perdida.'

» "Cuando el muchacho hubo oído sus palabras, se apiadó de su situación, la hizo montar en su caballo y, llevándola a la grupa, emprendió la marcha.

» "Al pasar junto a una roca la joven dijo: 'Señor: deseo parar aquí un momento para hacer cierta necesidad'.

» "El príncipe la dejó junto a la roca, pero, al ver que tardaba, se impacientó y la siguió, sin que ella lo sospechara.

» "Entonces se enteró de que era una rusalca. Estaba diciéndoles a sus hijos: 'Hijos: os he traído a un joven bien gordo'. 'Tráenoslo, madre. Nos lo meteremos en el vientre.' Al oír estas palabras, el hijo del rey estuvo seguro de que había llegado su última hora; el corazón le latía desordenadamente, temió por sí y regresó a su caballo.

» "La ogresa salió y al verlo descompuesto y tembloroso, le preguntó: '¿Qué temes?' 'Tengo un enemigo y estoy preocupado.' '¿Dices que eres hijo de un rey?' 'Sí.' '¿Por qué no le das dinero y acallas así su enemistad?' 'No quiere el dinero; sólo le interesa la vida. Le temo, y, además, soy un hombre vejado.' 'Si has sido vejado, como aseguras, pide a Dios que te auxilie contra él, puesto que Él te basta contra los maleficios de tu enemigo y contra los maleficios de todos aquellos de quienes temes.'

» "El hijo del rey levantó la cabeza al cielo y rogó: '¡Oh, Tú, que escuchas las súplicas del oprimido y apartas de él las desgracias cuando te lo pide! ¡Auxíliame y apártalo de mí! Tú eres todopoderoso'.

» "Cuando la ogresa hubo oído estas palabras, se alejó y el hijo del rey volvió junto a su padre y le refirió lo que había ocurrido con el visir.

» "Así, pues, si tú, ¡oh rey!, te fías de este sabio, él te matará con la peor muerte. Si le das regalos y le allegas a ti, no hará más que meditar la forma de hacerte morir. ¿No te das cuenta de que te ha librado de la enfermedad con medicación exterior, con algo que sólo has tocado con la mano? ¿Quién te garantiza que no te mate con algo que te haga tocar?"

» El rey Yunán dijo: "Dices verdad; puede ocurrir lo que has mencionado, ¡oh visir del buen consejo! Quizás este sabio haya venido con la misión de darme muerte, y si, con algo que me hizo tocar con la mano, me curó, con algo que me haga oler puede matarme. ¡Oh, visir! ¿Qué hay que hacer?"" "Envíale un mensajero ahora mismo y pídele que se presente. Si viene, le cortas el cuello,

pagándole así por adelantado el daño que contra ti medita. Así quedarás libre de él. Traiciónale antes de que él te traicione a ti.” “Dices verdad, visir.”

» El rey mandó llamar al sabio, y éste se presentó, alegre, sin saber lo que Dios, el Clemente, le había destinado. Como alguien dice;

¡Oh, tú, que ves con temor las vicisitudes del tiempo: tranquilízalo! Todas las cosas dependen de Quien ha creado la tierra.
Lo que está dispuesto, ocurre y no se borra. Vive seguro de que no sucederá lo que Dios no haya dispuesto.

» El sabio recitó los versos del poeta:

Si un día me acerco a ti sin expresar mi gratitud, dime, ¿para quién he preparado verso y prosa?
Antes de que yo pida, tú ya renuevas tus dones. Procedentes de ti me llegan sin retraso y sin excusa.
¿Por qué, pues, no he de dar a tu elogio todo lo que se merece? ¿Por qué no he de loar tu generosidad en público y en privado?
Agradeceré los favores que me has concedido. Mi boca no se cansará de repetirlos aunque abrumen mi espalda.

» Y añadió:

Abandona tus preocupaciones, pues todas las cosas dependen del Destino.
Alégrate al pensar en la llegada del bien inmediato y así olvidarás lo pasado.
Tal vez un hecho que te encoleriza, encierra en sí el origen de una pronta satisfacción.
Dios hace lo que quiere: no te opongas.

» Siguió:

Confía tus cosas al Benefactor, al Sabio, y no te preocupes de nadie más.
Sabe que las cosas no suceden como tú quieres, sino como quiere Dios.

» Y concluyó:

No te preocupes y olvida tus dificultades, pues las dificultades destruyen el buen sentido.

¿Para qué sirve el afanarse al pobre esclavo? Déjalo tranquilo: así vivirás en el bienestar permanente.

» Cuando llegó el sabio, el rey le preguntó: "¿Sabes para qué te he hecho venir?" "Lo desconocido sólo lo conoce Dios (¡ensalzado sea!)." "Te he mandado venir para matarte y arrancarte el alma." El sabio Ruyán no cabía en sí de asombro al oír estas palabras. "¡Rey! —preguntó—. ¿Por qué vas a matarme? ¿Qué falta he cometido?" "Se me ha dicho que eres un espía que has venido para darme muerte. Te voy a matar antes de que me mates." El rey dio un grito al verdugo: "¡Corta el cuello de este traidor y líbranos de sus maleficios!" El sabio rogó: "Déjame vivir, y Dios te dejará vivir. No me mates, pues Dios también te matará".»

El pescador siguió: « Reiteró las súplicas de la misma manera que yo he hecho contigo, *efrit*, pero tú no me has hecho caso y has insistido en darme muerte. El rey Yunán dijo al sabio Ruyán: "No estaré seguro hasta que te haya dado muerte. Tú me has curado con algo que me hiciste tocar con la mano. No tengo la certidumbre de que no me mates con algo que me des a oler o con cualquier cosa por el estilo". "¡Rey! ¿Ésta es la recompensa que me das? ¿Devuelves mal por bien?" "Nada: hay que matarte sin demora." Cuando el sabio se convenció de que el rey le iba a dar muerte, rompió a llorar y se lamentó del bien que había hecho a quien no se lo merecía. Como se dice en los versos:

Maymuna carece de las dotes del juicio, a pesar de que su padre fue creado inteligente.
No anduvo jamás ni por terreno muy seco ni por terreno lleno de barro: la luz de su recto entender le impidió resbalar.

» Después se adelantó el verdugo, le vendó los ojos y, desenvainando la espada, preguntó al rey: "¿Das la orden?" El sabio lloraba y le decía al rey: "Déjame vivir y Dios te conservará. ¡No me mates, pues Dios te matará!", y recitó los siguientes versos:

Di consejos, pero no fui escuchado; otros han engañado y han conseguido su propósito; mis consejos han hecho que sea despreciado.
Si vivo, no volveré a darlos; si muero, anunciaré en una lengua universal la suerte de todos los buenos consejeros.

» El sabio le preguntó al rey: "¿Ésta es la recompensa que de ti recibo? Me recompensas de la misma manera que paga el cocodrilo". "¿Qué historia es esa

del cocodrilo?" "No me es posible contarla en el estado en que estoy. Pero, ¡por Dios! ¡Déjame vivir y Dios te conservará!"

» El sabio lloraba de tal modo, que varios de los familiares del rey se incorporaron y dijeron: "¡Rey! Concédenos la sangre de este sabio. Jamás le hemos visto obrar mal en lo que a ti se refiere, y lo único que le hemos visto hacer ha sido librarte de la enfermedad ante la cual habían fracasado todos los médicos y los sabios".

» Les dijo el rey: "Desconocéis la causa de que mate a este sabio; si le dejo con vida, estoy perdido, pues quien me ha curado la enfermedad que tenía sólo con hacerme tocar un objeto con la mano, puede matarme con cualquier cosa que me dé a oler. Temo que me mate para poder cobrar una recompensa; tal vez sea un espía que sólo ha venido con el fin de darme muerte. No me queda más remedio que poner fin a su vida. Sólo después podré estar tranquilo".

» Dijo el sabio: "¡Déjame vivir y Dios te conservará! ¡No me mates, pues Dios te matará!"

» Cuando el sabio se hubo convencido, ¡oh *efrit*!, de que el rey le iba a matar, le dijo: "¡Rey! Ya que he de morir, concédeme un plazo para que vaya a mi casa, me purifique, recomiende a mis familiares y a mis vecinos que se encarguen de enterrarme, y legue los libros de medicina. Tengo uno extraordinario, que te lo dejaré a ti para que lo guardes en tu biblioteca". "¿Qué libro es?" "Uno en el que hay innumerables maravillas. El menor de los secretos que encierra es éste: cuando me hayas cortado la cabeza, ábrelo. Cuenta tres páginas y lee tres líneas de la carilla que quede a tu izquierda: mi cabeza empezará a hablar y te contestará a todo lo que le preguntes." El rey quedó admirado y se estremeció de emoción. Le dijo: "¡Sabio! ¿Cuando te haya cortado la cabeza, ésta va a hablar?" "Sí, ¡oh rey!, esto es un prodigio."

» El rey le dejó marcharse custodiado. El sabio llegó a su casa y arregló sus asuntos durante aquel día. Al día siguiente se dirigió a la sala de audiencias. Habían acudidos los emires, visires, chambelanes, funcionarios y todos los magnates del reino. La sala parecía un jardín en flor. Cuando Ruyán entró, se colocó enfrente del rey; llevaba un libro antiguo y una cazoleta, en la cual había unos polvos.

» Se sentó y dijo: "Que me traigan una bandeja". Se la llevaron, vertió los polvos y los extendió: "¡Rey! —dijo—. Coge este libro, pero no lo emplees hasta que me hayan cortado la cabeza. Cuando me la hayan quitado, colócala en esta fuente y manda que la aprieten bien encima de los polvos. Hecho esto, la sangre dejará de manar." El rey [mandó que se le cortase la cabeza y cogió el libro.

» El verdugo le cortó la cabeza al sabio, que cayó en medio de la bandeja, y metió el cuello en los polvos. La sangre dejó de correr y el sabio abrió los ojos y dijo:][28] "Abre el libro". El rey lo abrió, pero las páginas estaban adheridas. Se metió el dedo en la boca y lo mojó con saliva. Abrió así con esfuerzo la primera,

la segunda y la tercera páginas, y continuó abriendo hasta llegar a la sexta, pero no había nada escrito.

» "¡Sabio! Aquí no hay nada escrito." "¡Vuelve más hojas!" El rey volvió unas cuantas más durante unos momentos, hasta que el veneno penetró en su cuerpo repentinamente, pues el libro estaba envenenado. El rey se agitó, gritó y dijo: "¡El veneno me hace efecto!" El sabio Ruyán recitó:

> Gobernaron, pero se excedieron en sus poderes; en breve los poderes cesarán. Parecerá como si nunca hubieran existido.
> Si hubiesen obrado con equidad, con equidad hubiesen sido tratados; pero fueron injustos, y el destino ha sido a su vez injusto: los ha afligido con calamidades y pruebas.
> La voz del tiempo recita: "Esto es a cambio de aquello", y no hay modo de discutir con el destino.

» En cuanto el sabio Ruyán terminó de decir estas palabras, el rey cayó muerto.

» Sabe, *efrit*, que si el rey Yunán hubiese dejado vivir al sabio Ruyán, Dios le hubiese dejado vivir, pero no quiso que fuese así; al contrario, quiso matarle y Dios le mató a él. Si tú, ¡oh *efrit*!, me hubieses concedido la vida, Dios también te la hubiese concedido» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Su hermana Dunyazad le dijo:

—¡Qué dulces son tus palabras!

Sahrazad contestó:

—¿Y qué es esto en comparación de lo que os contaré la próxima noche si vivo y el rey me concede gracia?

Pasaron la noche felices hasta que llegó la aurora. El rey se dirigió al diván y cuando terminó se dirigió a su palacio y se reunió con sus familiares.

Cuando llegó la noche *seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el pescador siguió diciéndole al *efrit*:] « Pero tú quisiste matarme, y yo te mataré, pues te he encerrado en este jarrón y voy a echarte al mar» . El *marid* dio un chillido, diciendo: « ¡Por Dios, pescador! ¡No lo hagas! ¡Sé generoso dejándome vivir y no me reprendas por lo que he hecho! Si yo he sido un malhechor, sé tú un bienhechor. Hay un famoso proverbio que dice: "¡Oh, benefactor del que ha obrado mal! Al malvado le basta con tu acción". No hagas lo que hizo Umama con Atika» . « ¿Qué les ocurrió?» « No es ahora momento de referir historias, mientras estoy en prisión. Si me

sueltas, te lo contaré.» « No tengo más remedio que echarte al mar, y no habrá modo de sacarte de él. Cuando te suplicaba y te rogaba humildemente, sólo buscabas mi muerte, a pesar de que no tenía ninguna culpa que pudiese servirte de justificación, pues nunca te había perjudicado en nada; sólo habías recibido mis favores, puesto que fui yo quien te sacó de la prisión. Cuando obraste así conmigo, me di perfecta cuenta de que eras perverso por naturaleza. Sabe que voy a arrojarte a este mar y que informaré de tu historia a todos los que te saquen, y les prevendré; así volverán a lanzarte al agua una y otra vez, y permanecerás en este mar hasta la consumación de los siglos, para que puedas gozar de las más variadas clases de tormentos.» El *efrit* suplicó: « Suéltame, pues éste es el momento de ser magnánimo. Te prometo que jamás te causaré daño, sino todo lo contrario. Te favoreceré con cosas que te enriquecerán para siempre» .

El pescador le tomó juramento de que si le ponía en libertad no le haría daño jamás y de que, por el contrario, le favorecería. Cuando estuvo bien seguro de sus juramentos y de sus promesas, y una vez se lo hubo jurado por el Gran Nombre de Dios, el pescador destapó el jarrón. El humo fue saliendo, hasta salir por completo, y se transformó en un *efrit* de aspecto repugnante. Dio un puntapié al jarrón y lo echó al mar.

Cuando el pescador vio el jarrón en el agua, estuvo cierto de que iba a morir, y, orinándose en los vestidos, se dijo: « Esto no es buena señal» . Pero haciéndose el fuerte, exclamó: « ¡*Efrit*! Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho: “Cumplid las promesas, porque se os exigirá cuenta de ellas”. Tú me has hecho una promesa y me has jurado que no me traicionarías; si lo haces, Dios te castigará, pues Él es celoso retribuidor; a veces retrasa la recompensa, pero nunca la olvida. Te digo lo mismo que el sabio Ruyán le dijo al rey Yunán: “Déjame vivir y Dios te dejará vivir”» .

El *efrit* rompió a reír, se plantó delante de él y le dijo: « ¡Sígueme, pescador!» Éste le siguió, sin acabar de entender si estaba a salvo. Anduvieron por el exterior de la ciudad, subieron a un monte y bajaron a una amplia campiña que tenía en el centro un estanque de agua.

El *efrit* se paró al llegar y le mandó que echase la red y pescara. El pescador miró la alberca y vio en ella peces de color blanco, rojo, azul y amarillo, de los cuales quedó admirado. Echó la red, tiró de ella y sacó cuatro peces: uno de cada color, por lo cual se puso muy contento. El *efrit* le dijo: « Llévaselos al sultán. Te dará lo que te hará rico. ¡Por Dios! Acepta mis excusas, pues después de estar en el mar durante mil ochocientos años no sabía cómo debía comportarme, puesto que no he vuelto a ver el mundo hasta ahora. Pesca aquí una sola vez al día. ¡Dios te guarde!» Dio unas patadas en la tierra, y ésta se abrió y lo engulló.

El pescador se dirigió a la ciudad, admirado de lo que le había ocurrido con el

efrit. Cogió los peces, fue a su casa, tomó una olla de barro, la llenó de agua y puso en ella los peces, que dentro del agua revivieron. Hecho esto, fue a presentarse al rey y le ofreció los peces.

El soberano quedó sumamente admirado de lo que le ofrecía el pescador, puesto que jamás en la vida había visto animales de tal aspecto y calidad. Mandó: « Que entreguen estos peces a la esclava (cocinera)» . Era ésta una joven que el rey de los *rum*[29] le había regalado tres días antes, y a la que aún no había puesto a prueba en la cocina. El visir le mandó que friera los peces y le dijo: « ¡Joven! El rey me manda que te diga: "No reservo mis lágrimas más que para los días tristes. Consuélanos hoy con tu maestría en la cocina y con lo más apetitoso de tus guisos". Hoy ha habido quien le ha hecho un regalo» .

Después de haber dado estas órdenes, el visir volvió al lado del soberano y éste le mandó que le diese al pescador cuatrocientos dinares. El visir se los entregó y el pescador se los guardó y se dirigió a su casa, junto a su esposa, embargado de alegría; compró todo lo que necesitaba su familia. Esto es lo que se refiere al pescador.

En lo que se refiere a la joven, hay que decir que cogió los peces, los limpió y los colocó en la sartén; dejó que se frieran bien por un lado y les dio la vuelta sobre el otro. Pero, súbitamente, la pared de la cocina se abrió y por ella salió una joven adolescente, de talle esbelto, mejillas redondeadas, de perfecto aspecto, con los ojos negrísimos, de hermoso rostro y bien proporcionada. Vestía un chal de seda azul y llevaba pendientes en las orejas; en las muñecas, pulseras; en los dedos, anillos de piedras preciosas, y en la mano tenía una varita de bambú. Metió la varita en la sartén y dijo: « ¡Peces! ¡Peces! ¿Mantenéis vuestra vieja promesa?» Al ver esto, la cocinera se desmayó. La adolescente repitió las mismas palabras por segunda y tercera vez, y los peces levantaron la cabeza de la sartén y respondieron: « Sí, sí» . Todos a una recitaron:

> Si regresas, regresaremos; si cumples, cumpliremos, y si huyes, obraremos de idéntico modo.

Entonces la adolescente dio vuelta a la sartén y salió por el mismo sitio por el que había entrado: en seguida la pared de la cocina se cerró de nuevo. Cuando volvió en sí, la cocinera vio los cuatro peces quemados como si fuesen pedazos de negro carbón, y empezó a lamentarse diciendo: « Al primer golpe se ha roto el bastón» . Mientras estaba censurándose por lo ocurrido, se presentó el visir y le dijo: « ¡Entrégame los peces del sultán!» La esclava rompió a llorar e informó al ministro del estado en que se encontraban y de todo lo ocurrido. Admirado, exclamó: « ¡Es algo portentoso!» Mandó buscar al pescador, diciendo: « ¡Traedlo!» Una vez en su presencia, se explicó: « ¡Pescador! Es absolutamente necesario que nos traigas cuatro peces más como los que nos ofreciste antes» .

El pescador se dirigió a la alberca, echó su jábega, tiró de ella y sacó cuatro peces. Los cogió, se los llevó al visir y éste se los entregó a la cocinera, diciéndole: « Fríelos delante de mí para que yo vea en qué para esta cuestión» . La cocinera preparó los peces y los colocó en la sartén sobre el fuego.

Poco había transcurrido cuando la pared se abrió y apareció la adolescente, vestida de la misma forma. En su mano llevaba la varita. La metió en la sartén y preguntó: « ¡Peces! ¡Peces! ¿Mantenéis vuestra vieja promesa?» Los peces levantaron la cabeza y recitaron este verso:

> Si regresas, regresaremos; si cumples, cumpliremos, y si huyes, obraremos de idéntico modo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando los peces hubieron hablado, la adolescente dio vuelta a la sartén con la varita, salió por el mismo sitio por el que había entrado y la pared se cerró. Después de esto, el visir salió de su escondite y exclamó: « ¡Éste es un asunto que no puedo ocultarle al rey!» Se presentó al soberano y le refirió todo lo que había ocurrido delante de él. El rey exclamó: « ¡Es imprescindible que lo vea con mis propios ojos!» Mandó llamar al pescador y le encargó que le llevase cuatro peces como los de la primera vez, concediéndole un plazo de tres días.

El pescador se dirigió a la alberca y le llevó en seguida los peces. El rey mandó que le entregasen cuatrocientos dinares y, volviéndose al visir, ordenó: « ¡Prepara tú mismo estos peces aquí, en mi presencia!» « Oigo y obedezco.» Mandó que le entregaran la sartén, echó en ella los peces, después de haberlos limpiado, les dio vuelta y en el acto se abrió la pared y salió un esclavo negro que parecía un toro o, mejor, un *adí*[30]. Llevaba en la mano una rama verde. Preguntó con voz clara y aterradora: « ¡Peces! ¡Peces! ¿Mantenéis vuestra vieja promesa?» Los peces levantaron la cabeza de la sartén y respondieron: « Sí, sí» . Y recitaron este verso:

> Si regresas, regresaremos; si cumples, cumpliremos, y si huyes, obraremos de idéntico modo.

Entonces el esclavo avanzó hacia la sartén y les dio la vuelta con la rama, hasta que, cuando quedaron como un pedazo de negro carbón, se marchó por donde había llegado. Apenas hubo desaparecido de sus ojos, el rey exclamó:

« Esto constituye un asunto sobre el que no es posible guardar silencio. Es seguro que estos peces tienen una historia maravillosa» . Mandó que de nuevo llevasen al pescador a su presencia, y cuando lo vio, le preguntó: « ¿De dónde son estos peces?» « De una alberca que está situada entre cuatro montes detrás de este que está en las afueras de tu ciudad.» El rey, volviéndose al pescador, le preguntó: « ¿A cuántos días de marcha?» « ¡Señor nuestro! ¡Sultán! Está a media hora.»

El sultán quedó admirado y mandó que saliese en el acto el ejército acompañando al pescador; éste empezó a maldecir al *efrit*. Anduvieron, subieron al monte y bajaron, llegando luego a una amplia campiña que no había visto jamás en la vida. El sultán y todos los soldados estaban admirados de aquella planicie enmarcada entre cuatro montes, de aquel estanque en cuyas aguas se veían peces de cuatro colores: blanco, encarnado, amarillo y azul.

El rey, admirado, preguntó a sus soldados y a quienes le acompañaban: « ¿Alguno de vosotros había visto con anterioridad la alberca de este lugar?» Todos respondieron: « ¡No!» « ¡Por Dios! No volveré a entrar en mi ciudad ni me sentaré en mi trono hasta conocer la verdad de este estanque y de sus peces.» Mandó a su séquito que acampasen al pie de los montes, y le obedecieron. Después llamó a su visir, que era un hombre informado, inteligente, perspicaz y muy hábil en toda clase de asuntos.

Cuando lo tuvo delante, le dijo: « Se me ha ocurrido algo que quiero llevar a la práctica. Consiste en que esta noche me iré solo a investigar qué ocurre con esta alberca y sus peces. Tú te sentarás a la puerta de mi tienda y dirás a los príncipes, a los visires y chambelanes que te pregunten: “El sultán está indispuesto y me ha ordenado que no permita entrar a nadie”. No refieras a nadie cuál es mi propósito» . El visir no pudo contradecirle.

El rey se disfrazó, se ciñó la espada y se deslizó por entre los suyos. Así transcurrió parte de la noche; llegó la mañana y no paró de andar hasta la hora de calor.

Reposó, reemprendió después la marcha durante el resto del día y la segunda noche, hasta que amaneció. Entonces se distinguió a lo lejos un objeto negro.

Se alegró y pensó: « Tal vez encuentre a alguien que me explique qué es lo que ocurre con la alberca y sus peces» . Cuando se acercó, vio que se trataba de un castillo construido con piedras negras, chapeadas de hierro. Una de las hojas de la puerta estaba abierta y la otra cerrada. Alegre, se plantó en medio de la entrada y llamó suavemente, sin recibir contestación; llamó por segunda y tercera vez sin resultado, y la cuarta lo hizo atronadoramente, pero nadie le contestó.

Se dijo: « No cabe duda: está deshabitado» . Cruzó la puerta, entró en el vestíbulo y chilló: « ¡Ah, los del castillo! Soy un extranjero, un caminante. ¿Tenéis alguna provisión para darme?» Volvió a repetirlo por segunda y tercera vez sin obtener respuesta. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza y

tranquilizándose, cruzó el vestíbulo y se dirigió al centro del palacio. Pero no encontró a nadie. Observó que estaba tapizado, y que en el centro había un estanque en el cual cuatro leones de oro rojo vertían un agua que parecía un chorro de perlas y pedrería. A su alrededor había pájaros, pero una red que se extendía sobre el palacio les impedía escapar.

El rey quedó admirado y entristecido de todo esto, puesto que no encontraba a nadie a quien poder preguntar por la historia de la alberca, de los peces, de los montes y del palacio.

Se sentó entre unas puertas para meditar, cuando, de súbito, oyó un gemido tristísimo que salía del fondo del alma, y que una voz suave empezaba a cantar estos versos:

> Aunque intentase ocultar mi amor y mi pasión, se notarían, pues el sueño de mis ojos ha sido sustituido por el insomnio.
> He dicho al amor, mientras se acrecentaban en mí las inquietudes: « ¡Amor! ¿No me dejas ni me abandonas?»
> He aquí que mi alma está entre penas y peligros…

Cuando el sultán oyó estos gemidos, se incorporó y avanzó hacia el lugar de donde procedían. Tropezó con un tapiz que cubría la puerta de un gran salón. Lo levantó y detrás de la cortina vio a un joven, sentado en un trono que se elevaba un codo del suelo. Era un hermoso adolescente, bien proporcionado, elocuente; su frente parecía de flores, sus mejillas estaban sonrosadas y en una de ellas tenía un lunar, que parecía un escudo de ámbar. Como dijo el poeta:

> ¡Qué esbelto! Por sus cabellos y su frente es uno de los que concede a la humanidad la noche y el día.
> Tus ojos no han visto jamás nada tan hermoso entre tantas cosas como han contemplado:
> Un lunar verde oscuro, situado encima de la roja mejilla, que, a su vez, está debajo de la negrísima pupila.

El rey se alegró al contemplarlo y lo saludó. El adolescente estaba sentado; vestía una túnica de seda bordada con oro, pero en él se apreciaban las huellas de una profunda tristeza. Contestó al saludo del rey y añadió: « Perdona que no me levante» . « ¡Joven! Infórmame acerca de esa alberca, de esos peces de colores, de este castillo, del porqué estás solo en él y de qué te hace llorar.” Cuando el adolescente hubo oído estas palabras, dejó caer las lágrimas por encima de la mejilla y lloró a mares.

El rey estaba admirado y le preguntó: « ¿Qué te hace llorar?, ¡oh joven!»

« ¿Cómo no he de llorar si estoy en este estado?» Se llevó la mano al borde de la túnica y la levantó: su mitad inferior, hasta los pies, era de piedra, mientras que desde el ombligo hasta los cabellos era un ser humano. Dijo: « Sabe, ¡oh rey!, que estos peces tienen una historia maravillosa, que si se escribiese con agujas en los lagrimales de los ojos, sería una buena experiencia para quien la tuviera en cuenta» .

HISTORIA DEL JOVEN DE PIEDRA

« ¡Señor! Mi padre era rey de esta ciudad, y se llamaba Mahmud; era dueño de las Islas Negras, y poseía estos cuatro montes. Gobernó durante setenta años y luego murió. Le sucedí en el poder y me casé con una prima que me amaba mucho, tanto que, cuando estaba lejos de ella, ni comía ni bebía hasta que volvía a verme. Permaneció bajo mi protección durante cinco años, hasta que cierto día fue al baño y mandó al cocinero que nos preparase la cena. Llegué a este palacio y me adormecí en el lugar en que ahora estoy. Mandé a dos esclavas que me abanicasen. Una se sentó junto a mí cabeza y la otra, a mis pies. Estaba intranquilo por la ausencia de mi esposa y no acababa de dormirme; antes bien, tenía los ojos entornados, pero mi espíritu estaba despierto. Oí que la esclava que estaba junto a mi cabeza le decía a la que estaba a mis pies: "¡Masuda! ¡Qué desgraciado es nuestro dueño en plena juventud! ¡Qué tristeza la suya al tener por esposa a nuestra señora, que es pérfida y pecadora! ¡Maldiga Dios a las mujeres adúlteras! Nuestro señor y su buen carácter no convienen a esa prostituta que para todas las noches en una casa que no es la suya". La que estaba junto a mi cabeza, dijo: "Esto no debe preocuparle a nuestro dueño, ya que nunca le ha pedido cuentas". "¡Ay de ti! ¿Es que nuestro señor sabe lo que ella hace? Le ha privado de su voluntad, pues le pone en la copa una mezcla que le da a beber todas las noches, antes de acostarse, y en ella pone *banch*[31]. Así duerme profundamente y no se entera de lo que ocurre ni sabe adónde va ni qué hace. Ella, después de haberle escanciado le bebida, se pone sus ropas y dejándole solo en el lecho, se ausenta hasta la llegada de la aurora, en que regresa a su lado; entonces le hace oler algo que le despierta de su sueño."

» Cuando oí las palabras de las esclavas, mi semblante pasó de risueño a sombrío; sólo deseaba que llegase la noche. Regresó por fin mi prima del baño, extendió el mantel, cenamos y estuvimos sentados durante un rato, de sobremesa, como era nuestra costumbre. Después, pedí la bebida que tomaba antes de acostarme, y ella me entregó el vaso. Me abstuve de beber, pero, aparentando que lo hacía según era mi costumbre, lo vertí por el escote de mi vestido y, en el acto, fingí caer dormido. Entonces ella exclamó: "¡Duerme!

¡Ojalá no despertaras más! ¡Te odio! ¡Odio tu figura! ¡Estoy harta de tu trato!” Se levantó, se vistió sus mejores trajes, se perfumó, ciñó una espada y, abriendo la puerta del palacio, salió. Me incorporé y la seguí: cruzó la puerta del alcázar y atravesó los zocos.

» Así llegó a las puertas de la ciudad, a las que dirigió unas palabras que no entendí: los cerrojos cayeron, las puertas se abrieron y yo salí tras ella, sin que se diese cuenta. Llegó, por fin, a unas colinas y entró en un torreón recubierto por una cúpula de barro: cruzó la puerta, y yo subí a la azotea de la cúpula, desde donde podía ver lo que ocurría. Ella se presentó ante un esclavo negro, ardiente, cuyo labio superior parecía una tapadera y el inferior, un pote, tan colgantes, que podían recoger el polvo del suelo; estaba cubierto de pústulas y se recostaba encima de unas cañas de azúcar. La reina besó la tierra delante de él y el esclavo levantó la cabeza y, mirándola, dijo: “¡Ay de ti! ¿Qué te ha hecho llegar tan tarde? He invitado a los negros, han bebido y todos se han abrazado a sus respectivas amantes. Sólo yo me he abstenido de beber, pues te esperaba”. “¡Señor! ¡Amado de mi corazón! ¿No sabes que estoy casada con mi primo, al que me repugna ver, cuya compañía odio con toda mi alma? Si no fuese porque temo por ti, hace ya tiempo que habría transformado la ciudad en ruinas; en ella sólo cantarían el búho y el cuervo, y habría transportado sus restos al monte Qaf.” ¡Mientes, desvergonzada! ¡Por la virilidad de los negros —aunque nuestra hombría fuese como la hombría de los blancos—, juro que si vuelves a llegar a esta hora, a partir de hoy dejaré de ser tu amante y no colocaré más mi cuerpo sobre el tuyo! ¡Ah! ¡Traidora! ¡Has saltado únicamente a causa de tu voluptuosidad, impúdica, la más vil de las blancas!”»

Refirió el rey: « Cuando hube oído sus palabras y hube visto con mis propios ojos lo que ocurría entre ambos, perdí el mundo de vista y no supe ni en dónde me encontraba. Mi prima permanecía en pie, llorando, humillándose, y le decía: “¡Amor mío! ¡Fruto de mi corazón! No tengo a nadie más que a ti. Si me abandonas, ¡ay de mí, amor mío! ¡Luz de mis ojos!” No dejó de llorar y de humillarse ante él hasta que la perdonó. Entonces se tranquilizó, se quitó el traje y la ropa interior y le dijo: “¡Señor mío! ¿Tienes algo que darle de comer a tu esclava?” “Destapa la olla: encontrarás huesos de ratón cocidos. Cómelos y mastícalos. En ese tazón encontrarás *buza*: bebe.” Comió, bebió, se lavó las manos y, regresando a su lado, se tendió junto al esclavo, encima del montón de cañas: desnuda, se metió debajo de la colcha y los harapos. Cuando vi lo que hacía mi prima, perdí el conocimiento: descendí de lo alto de la cúpula, entré, cogí su espada y quise matar a los dos. Primero golpeé el cuello del esclavo…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la aurora el rey se dirigió a la audiencia y permaneció en el diván hasta el fin del día. Entonces se dirigió al palacio.

Dunyazad dijo:
—Termina la historia.
Sahrazad contestó:
—De mil amores.

Cuando llegó la noche *ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey siguió diciendo:] « … y le corté la cabeza, el cuello, la piel y la carne; creí que lo había matado, pues exhaló un suspiro muy fuerte. Mi prima se movió e incorporó, pero yo ya me había ido. Cogió la espada, la enfundó en la vaina, volvió a la ciudad, entró en el palacio y se tendió a dormir en mi lecho hasta la mañana. Al día siguiente se cortó el cabello, vistió de luto y me dijo: "¡Primo! No me censures por lo que hago, pero es que me he enterado de que mi madre ha muerto, de que han matado a mi padre en la guerra santa y de que uno de mis hermanos ha perecido víctima de la picadura de un animal venenoso, y el otro sepultado en la caída de un edificio. Es justo que llore y me entristezca". Cuando oí sus palabras, le dije: "Has lo que bien te parezca, pues no he de contrariarte".

» Permaneció triste y llorosa durante un año entero, desde el principio hasta el fin. Después de transcurrido este año, me dijo: "Quisiera construir en tu palacio un mausoleo que parezca una cúpula. Así me aislaría con mi pena. La llamaría la 'Casa de los duelos'". "Haz lo que te parezca bien." Se construyó la "Casa de los duelos" y colocó en su centro una cúpula y una tumba parecida a un sepulcro, a la que transportó y en la que depositó al negro. Éste no había muerto, pero estaba muy débil y no podía servir de nada a mi prima: bebía vino continuamente, y desde el momento en que lo herí, no podía hablar, pero aún no le había llegado su hora. Ella lo visitaba todos los días, mañana y tarde, en la cúpula; lloraba a su lado, loaba sus virtudes y le daba a beber vino y caldo.

» Así continuaron las cosas, mañana y tarde, hasta el segundo año. Yo tuve paciencia, hasta el día en que entré, de improviso, en su habitación y la encontré llorando, abofeteándose el rostro y recitando estos versos:

Después de que os habéis alejado, he perdido la razón de vivir entre los humanos; mi corazón sólo a vosotros ama.
Coged mi cuerpo, por favor, y llevadlo doquiera que vayáis; doquiera que os detengáis, enterradme a vuestro lado.
Si mencionáis mi nombre al pie de mi tumba, el gemido de mis huesos contestará a vuestra invocación.

» Cuando terminó de recitar estos versos, le dije, desenvainando la espada: "¡Éstas son las palabras de las traidoras que reniegan del tálamo y no respetan la amistad!" Quise matarla y levanté mi mano en el aire. Ella se volvió y, dándose

cuenta de que había sido yo quien había herido al negro, se puso en pie, pronunció unas palabras que no entendí y dijo: "¡Transfórmete Dios, en virtud de mis conjuros, en mitad piedra y mitad hombre!" Y quedé metamorfoseado en la figura que ahora estás contemplando: vivo sin poder levantarme ni sentarme; ni vivo ni muero. Cuando estuve así, encantó la ciudad y todo lo que ella contenía: zocos y jardines. En nuestra capital había cuatro clases de habitantes: musulmanes, cristianos, judíos y parsis; a todos los transformó en peces: los blancos son los musulmanes; los encarnados, los parsis; los azules, los cristianos, y los amarillos, los judíos. Metamorfoseó las cuatro islas de mi reino y las transformó en montes, a los que dispuso alrededor del estanque. Cada día me visita y me da cien latigazos con un azote de piel, hasta que salta mi sangre, después de lo cual me pone debajo de estas ropas, en la mitad superior de mi cuerpo, una camisa de crin» .

El muchacho rompió a llorar y recitó:

> Paciencia, ¡oh Dios!, con lo que Tú has dispuesto y ordenado. Tengo paciencia, si es que en ella está tu satisfacción.
> He probado la desgracia que me ha afligido. Mi único intercesor es la familia del Profeta bendito.

Al oír esto, el rey se volvió al joven y le dijo: « Has añadido una pena a mis penas. ¿Dónde está esa mujer?» « En la tumba en que reposa el esclavo, debajo de la cúpula. La visita una vez al día y, cuando va, se me acerca, me desnuda y me da cien latigazos; lloro y grito, pero no puedo hacer ni un movimiento para defenderme. Después de haberme atormentado mañana y tarde, lleva al esclavo bebidas y caldos.» « ¡Por Dios, que he de hacerte un favor por el cual se me reconocerá, y un beneficio que, después de mi muerte, quedará en los anales de la Historia!»

El rey se sentó y se quedó hablando con él hasta que llegó la noche. Entonces se levantó y esperó la llegada del alba. Se desnudó, ciñó la espada y se dirigió al lugar en que estaba el esclavo. Vio allí velas y candiles, incienso y pomadas. Se le acercó, le dio un golpe y lo mató. Lo colocó sobre su espalda y lo echó en un pozo que había en el palacio. Volvió a bajar, se vistió con la ropa del negro y se quedó debajo de la cúpula, con la espada desenvainada en toda su longitud.

Al cabo de un rato llegó la bruja, la libertina, y en cuanto entró, desnudó a su primo, cogió el látigo y le azotó. Él gritó: « ¡Ay! ¡Me basta la inmovilidad en que estoy! ¡Ten piedad!» « ¿Tuviste tú piedad de mí? ¿Dejaste en paz a mi amante?» Finalmente le puso la camisa de crin y encima la otra ropa. Bajó junto al negro, llevándole una copa de bebida y una taza de caldo; entró en la cúpula y rompió a llorar y a gemir diciendo: « ¡Señor mío, háblame! ¡Señor mío, dime algo!» Y recitó:

¿Hasta cuándo durará este desvío y esta crueldad? Ya basta lo que ha hecho la pasión.

¿Hasta cuándo seguirás huyendo de mí intencionadamente? Si te has propuesto castigar a quien me deseaba, ése ya tiene bastante.

Llorando añadió: « ¡Señor mío, habla y dime algo!» Entonces el rey, bajando la voz y desfigurando las palabras, se expresó en la jerga de los negros: « ¡Ah, ah! —dijo—. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!» Cuando ella oyó sus palabras, dio un grito de alegría y cayó desmayada. Cuando se repuso, preguntó: « ¿Es que mi señor está curado?» El rey bajó la voz y dijo débilmente: « ¡Libertina! ¡No eres digna de que te hable!» « ¿Por qué?» « Todo el día estás atormentando a tu esposo y él grita, y eso me enoja hasta tal punto que no puedo dormir desde el atardecer hasta la mañana, ya que tu marido no cesa ni un momento de suplicarte y de implorarte clemencia: su voz me desvela. Si no hubiese sido por eso, ya me habría curado. Eso es lo que me impide contestarte.» « Con tu permiso, lo libraré del estado en que se encuentra.» « Desencántalo y nos dejará en paz.» « En el acto.»

La mujer se levantó, salió de la cúpula y se dirigió al palacio. Tomó un tazón, lo llenó de agua, pronunció sobre ella unas palabras y el agua empezó a hervir como hierve en un recipiente puesto al fuego. Después roció con ella a su esposo y dijo: « Por el poder de lo que salmodio, ¡abandona esta forma y vuelve a tu primitiva figura!» El joven se sacudió, se irguió sobre los pies y se regocijó por su liberación. Dijo: « ¡Atestiguo que no hay más dios que Dios, y que Mahoma es el enviado de Dios! ¡Dios le bendiga y le salve!» « ¡Vete y no vuelvas más por aquí, pues de lo contrario te mataré!» , le gritó ella a la cara.

El joven salió de su presencia y ella volvió a la cúpula, descendió y dijo: « ¡Señor mío! ¡Sal para que te vea!» Él contestó con palabras muy tenues: « ¿Qué has hecho? ¡Me has quitado las ramas, pero no el tronco!» « ¡Amado mío! ¿Cuál es el tronco?» « Las gentes de ciudad y de las cuatro islas. Todas las noches, cuando reinan las tinieblas, los peces sacan la cabeza fuera del agua y nos maldicen a ambos, a ti y a mí. Ésta es la causa que mantiene apartado de mi cuerpo el vigor de antaño. ¡Ponlos en libertad y regresa, coge mi mano y hazme levantar, pues habré recuperado la salud!»

Cuando oyó las palabras del rey, la mujer, que creía que era el esclavo, respondió loca de alegría: « ¡Señor mío, lo que tú quieras! ¡Por el nombre de Dios!…» Muy contenta, salió corriendo, se dirigió a la alberca y, tomando un poco de agua…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que pronunció unas palabras ininteligibles. Los peces se agitaron, sacaron la cabeza y se transformaron, en el acto, en hombres, pues el embrujo había cesado. La ciudad recobró su vida, los mercados volvieron a funcionar, cada habitante volvió a sus quehaceres habituales y los montes se convirtieron en islas.

La apasionada bruja, en cuanto hubo terminado, regresó junto al rey, al que ella tomaba por el esclavo, y le dijo: « ¡Amado mío! ¡Dame tu mano generosa para que la bese!» El rey le dijo en voz baja: « ¡Acércate más!» Ella se acercó, él cogió su cimitarra y se la clavó en el pecho, hasta que la punta le salió por la espalda. Después, de un mandoble, la partió en dos mitades.

Hecho esto, salió de la cúpula y encontró al joven embrujado esperándole de pie, le felicitó por su liberación y el joven besó la mano de su salvador, dándole las gracias. El rey le preguntó: « ¿Permanecerás en tu ciudad o me acompañarás a mis estados?» « ¡Oh, rey del tiempo! ¿Sabes cuál es la distancia que te separa de tu ciudad?» « Dos días y medio.» « ¡Oh, rey! Si estás durmiendo, despierta: tu ciudad está a un año de marcha, andando rápido. Si llegaste aquí en dos días y medio, fue debido a que mi ciudad estaba embrujada. Pero yo, rey, no apartaré de tu lado la mirada de mis ojos.» El soberano se alegró al oír estas palabras, y respondió: « ¡Loado sea Dios, que me ha favorecido al ponerte en mi camino! Serás mi hijo, ya que en toda mi vida jamás me los ha concedido» . Se abrazaron y se alegraron en extremo.

Después se dirigieron a palacio y allí el rey explicó a quienes habían estado embrujados, a los magnates de su reino, que iba a emprender la noble peregrinación.

Le prepararon todo lo que era necesario y en seguida él y el sultán emprendieron la marcha, pues éste estaba impaciente por llegar a sus estados, de donde faltaba desde hacía un año. Les acompañaban cincuenta mamelucos, cargados de regalos, y no pararon ni de día ni de noche, hasta que, transcurrido un año, llegaron a la ciudad del sultán. El visir y el ejército les salieron al encuentro muy contentos, pues ya habían perdido la esperanza de volverlo a ver. Los soldados se aproximaron, besaron el suelo delante de su señor y le felicitaron por estar a salvo.

El sultán entró en palacio, se sentó en el trono y mandó llamar al visir, a quien informó de todo lo que le había ocurrido con el joven. El visir, enterado de lo que había sufrido aquél, le felicitó por estar a salvo.

Cuando se normalizó la situación, el rey repartió dones entre muchas personas y después le dijo al visir: « ¡Que me traigan al pescador que me ofreció los peces!» Se mandó buscar a este hombre que había sido la causa de la salvación de toda una ciudad, y una vez en su presencia, el monarca lo abrumó con sus favores y le preguntó por su situación y por sus hijos.

El pescador le informó que tenía un hijo y dos hijas. El rey se casó con una

de éstas y el adolescente con otra; al hijo lo nombró tesorero, y envió al visir a la ciudad del joven, o sea, a las Islas Negras, nombrándole sultán y haciéndole acompañar por los cincuenta mamelucos que los habían escoltado; los llenó de regalos para todos los príncipes. El visir le besó la mano y emprendió el viaje, mientras que el rey y el joven se quedaron viviendo en paz y tranquilidad; el pescador, por su parte, pasó a ser el hombre más rico de su tiempo, y sus hijas fueron las esposas de los reyes, hasta que les llegó la muerte.

—Pero este relato —dijo Sahrazad— no es más maravilloso que el del faquín.

HISTORIA DEL FAQUÍN CON LAS JÓVENES

HABÍA en la ciudad de Bagdad un hombre soltero que era faquín. Cierto día que estaba en el zoco apoyado en su espuerta se le acercó una mujer envuelta en un chal de seda mosulí bordado en oro y con forro de brocado. Levantó algo su velo y quedaron al descubierto unos ojos negros con largas pestañas y ¡qué parpados!, sus extremidades eran delicadas, sus miembros perfectos. Le dijo con voz dulce: « Coge tu espuerta y sígueme» . El faquín, que no acababa de dar crédito a lo que había oído, cogió la espuerta y la siguió hasta la puerta de cierta casa en la que llamó.

Salió un cristiano quien a cambio de un dinar le entregó una medida de aceitunas que colocó en la espuerta. Dijo al faquín: « Cárgalo y sígueme» . El faquín se dijo: « Éste, por Dios, es un día bendito» . Cogió la espuerta y la siguió hasta una frutería en donde compró manzanas sirias, membrillo osmanlí, melocotones de Amán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, anémonas y violetas. Colocó todo esto en la espuerta del faquín y le dijo: « ¡Cárgalo!»

Lo cogió y la siguió hasta llegar a una carnicería. Dijo: « Córtame diez libras de carne» . Se las cortaron y se las envolvieron en unas hojas de banano. Dijo al faquín: « ¡Cárgalo y sígueme!» Cogió la espuerta y la siguió hasta una dulcería, en la que compró una bandeja y la llenó de todo cuanto había en la tienda: *musabbaq, qatayf, maymuna, amsat, asabi* y *luqaymat al-qadi*[32]; una vez la hubo llenado de dulces de todas clases, lo metió todo en la espuerta.

El faquín exclamó: « ¡Si me lo hubieras advertido hubiese traído un mulo en el que hubiésemos cargado con todas estas cosas!» Ella sonrió y entró en una droguería, en la que compró diez clases distintas de perfume, entre ellos agua de rosas y de azahar; cierta cantidad de licores, un hisopo, agua de rosas almizclada, granos de incienso macho, áloe, ámbar, almizcle y velas de Alejandría. Lo colocó todo en la espuerta y dijo: « ¡Coge tu espuerta y sígueme!»

Cargó con ella y siguió a la joven hasta llegar ante una hermosa mansión que tenía delante un gran patio; la casa era alta y estaba bien construida; las dos hojas de la puerta eran de ébano chapeado de oro rojo.

La joven se paró delante de la puerta y llamó discretamente: las dos hojas se separaron y el faquín observó a quien había abierto: era una adolescente de esbelto talle, de seno turgente, hermosa y bella; de cintura delgada, bien proporcionada; su frente parecía la luna nueva; sus ojos, los de una gacela; sus cejas arqueadas recordaban el novilunio de Ramadán; sus mejillas, anémonas; su boca, el sello de Salomón; su cara, la luna llena en el orto; sus dos senos, granadas bien proporcionadas, y su vientre, liso, era a los vestidos lo que la carta es al sobre.

Cuando el faquín la vio perdió la razón y poco faltó para que la espuerta se le cayera de la cabeza. Se dijo: ¡Jamás he tenido un día mejor que éste!»

La joven portera, mientras permanecía detrás de la puerta, dijo a la compradora y al faquín: « ¡Bien venidos!»

Entraron y llegaron a una amplia sala adornada, hermosa, que tenía ménsulas, dorados, fuentes, bancos, tapices, armarios tapados por velos corridos; en medio había un estrado de mármol con incrustaciones de perlas y joyas, recubierto por un mosquitero de raso rojo, en cuyo interior reposaba una adolescente de ojos babilónicos, de un perfil más esbelto que el sol del alif[33] y una faz capaz de avergonzar al radiante sol: parecía un astro refulgente o una belleza árabe. Acerca de ella ha dicho el poeta:

> Quien compara tu talle con la rama fresca, mala y falaz comparación hacía:
> La rama más hermosa es aquella que se encuentra revestida por las flores; tú, en cambio, eres más hermosa cuanto más desnuda.

La tercera muchacha se levantó del lecho y contoneándose un poco avanzó al centro de la sala en el que estaban sus dos hermanas. Les preguntó: « ¿Por qué estáis quietas? Quitad la carga de la cabeza de este pobre faquín» . La que había comprado se acercó por delante, la que había abierto, por detrás, y la tercera las ayudó: así quitaron el peso de encima de la cabeza del mozo.

Vaciaron la espuerta y colocaron cada cosa en su sitio; después le dieron dos dinares y le dijeron: « ¡Vete, faquín!» Miró a las tres muchachas, contempló su hermosura y su hermoso aspecto y se dio cuenta de que jamás había visto nada mejor; pero… no tenían esposo. Por otra parte, si contemplaba las bebidas, las frutas, los perfumes y demás objetos, quedaba perplejo y admirado y no quería salir.

Una joven le preguntó: « ¿Qué te ocurre que no te vas? ¿Te parece que te hemos pagado poco?» Volviéndose a su hermana le dijo: « ¡Dale otro dinar!»

« ¡Por Dios, mis señoras! —exclamó el faquín—. Acostumbro a cobrar la mitad de lo que me habéis dado. No me quejo de mi salario, pero mi corazón y mi entendimiento están pendientes de vosotras. ¿Cómo podéis vivir solas, sin tener varones a vuestro lado? ¡Si cuando menos tuvieseis uno con quien tener relaciones! Sabéis que los minaretes se sostienen con cuatro pilares, y a vosotras os falta el cuarto, puesto que las mujeres no pueden conseguir la felicidad sin la compañía de los hombres. Así ha dicho el poeta:

Observa las cuatro cosas que tengo: címbalo, laúd, arpa y flauta.

» Sois tres, pero necesitáis un cuarto y éste debe ser un hombre inteligente, de corazón, experto y que sepa guardar los secretos.» « Somos mujeres y tenemos miedo de entregar el secreto a quien no sepa conservarlo. En las crónicas hemos leído estos versos:

No entregues a nadie un secreto; no lo confíes; quien revela un secreto, lo divulga.»

Al oír estas palabras, el faquín exclamó: « ¡Por vuestra vida! Soy un hombre inteligente, reservado. He leído libros y he estudiado las crónicas; sé descubrir lo bello, ocultar lo feo y obrar conforme a las palabras del poeta:

Guarda el secreto aquel que es fiel; el secreto permanece oculto entre las gentes más buenas.
En mí, el secreto está en una casa provista de unas cerraduras cuyas llaves se han perdido y a la que, además, se ha sellado la puerta» .

Cuando las jóvenes oyeron los versos, las estrofas y las palabras que decía, le dijeron: « Nosotras pagamos por esta casa una cierta suma; ¿tienes tú algo con que puedas indemnizamos? No te invitaremos a que te quedes con nosotras hasta que pagues una cierta suma ya que tu propósito consiste en permanecer a nuestro lado, pasar a ser nuestro huésped y disfrutar de nuestra buena y agradable presencia» . La dueña de la casa añadió: « Si la amistad no va acompañada de dinero, no vale ni el peso de un grano» . La portera dijo: « Si nada tienes, vete sin nada» . Pero la compradora exclamó: « ¡Hermanas! ¡Basta ya, por Dios! Hoy no se ha mostrado impaciente con nosotras; si hubiese sido otro no hubiese tenido el mismo aguante. Cualquiera que sea la cuota que le toque pagar, la abonaré yo» .

El faquín, alegrándose, exclamó: « ¡Por Dios! ¡Jamás he conseguido mejor salario que el tuyo!» Le dijeron: « Siéntate, que de buen grado te admitimos» .

La compradora se ajustó el cinturón, alineó las botellas, decantó el vino, arregló el lugar de la tertulia al lado del estanque y acercó todo lo que podían desear; finalmente llevó el vino, y las tres hermanas se sentaron colocando al faquín entre ellas; a éste le parecía que estaba soñando.

La joven tomó la jarra de vino, llenó una copa y la bebió, y así otra y otra; escanció también a sus hermanas y después al faquín, quien, al cogerla, recitó:

> ¡Bebe el vino! Tendrás salud, pues este licor cura todos los males.

Y siguió:

> Sólo bebe el vino quien está alegre: con la embriaguez desbordará de gozo.

Recitados estos versos besó la mano de las jóvenes, bebió y dirigiéndose a la dueña dijo: « Señora mía: soy tu adorador, tu esclavo, tu servidor» . Recitó:

> En la puerta espera uno de tus esclavos que conoce tu generosidad, los beneficios y el agradecimiento.

La joven le dijo: « ¡Bebe, y que te aproveche!» Tomó el vaso, le besó la mano y empezó a cantar estos versos:

> Le ofrezco un licor parejo a sus mejillas relucientes, sonrosadas, cuyo brillo sólo es comparable a la luz de un tizón.
> Acercando los labios me dice riendo: « ¿Cómo escancias a las gentes tus propias mejillas?»
> Respondo: « Bebe, que esto son mis lágrimas teñidas de rojo por mi sangre y cuya mezcla, en la copa, es mi propia alma» .

La joven tomó la copa y bebió; se acercó a sus amigas y empezaron a bailar, a cantar y a perfumarse. El faquín no se cansaba de abrazarlas y besarlas. Ésta le hablaba; la otra le estiraba y la tercera le pegaba con flores, y él no se apartaba de su lado; por fin el vino se les subió a la cabeza, y cuando la bebida se hubo enseñoreado de ellos, la portera se incorporó, se quitó sus ropas y quedó desnuda; echóse al estanque y empezó a jugar con el agua: se llenó la boca y mojó al faquín, tras lo cual se lavó sus miembros y lo que tenía entre los muslos[34].

Después, al salir del agua, se arrojó en los brazos del mozo y le dijo: « ¡Amado mío! ¿Cómo se llama esto?» , y señaló sus partes. « Tu misericordia.»

« ¡Uf! ¡Uf! ¿No te avergüenzas?» , y, cogiéndole por el cuello, empezó a abofetearle. Exclamó el faquín: « Es tu vulva» . « ¡Quia! ¡Di otro nombre!» « Tu *kiss*.» « ¡Quia! Di otro.» « Tu *zumbur*.» Pero ella no dejaba de golpearle y a la postre su cuello y su nuca fueron incapaces de soportar más cachetes. Le preguntó: « ¿Cómo, pues, se llama?» « La albahaca de los puentes.» « ¡Loado sea Dios por haberme salvado!, ¡oh albahaca de los puentes!»

De nuevo volvió a circular la tinaja y la copa. En éstas se levantó la segunda, se arrojó al estanque y obró exactamente igual como la primera. Al salir se arrojó en los brazos del faquín y señalando sus partes preguntó: « ¡Luz de mis ojos! ¿Cómo se llama esto?» « Tu vulva.» « ¿No te avergüenza decir semejantes palabrotas?» , y le abofeteó de tal modo que toda la sala resonó. Añadió: « La albahaca de los puentes» . « ¡Quia!» , y le dio golpes y coscorrones. Preguntó: « ¿Cómo se llama?» « El sésamo descortezado.»

Después se levantó la tercera, se quitó sus ropas, se arrojó al estanque y obró exactamente igual como las que la habían precedido. Al salir se vistió, se echó en los brazos del faquín y le preguntó también: « ¿Cómo se llama esto?» , y señaló sus partes. Él empezó a decir nombre tras nombre hasta que le preguntó, harto ya de sus tortazos: « ¿Cómo se llama?» « La fonda de Abu Mansur.»

Al cabo de unos momentos se incorporó el faquín, se desnudó y se metió en el estanque, en cuyas aguas sobrenadaba su miembro; se lavó de la misma manera como ellas lo habían hecho y al salir se arrojó encima de sus compañeras, colocando los brazos encima de la portera y los pies sobre la compradora. Hecho esto, señalando su falo, preguntó: « ¡Dueñas mías! ¿Cómo se llama esto?» En cuanto oyeron sus palabras, las tres se echaron a reír hasta más no poder. Respondieron: « Tu *zib*» . « ¡Qué va!» , y dio un mordisco a cada una. « Tu *aira*.» « ¡No!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *diez*, su hermana Dunyazad le dijo:

—¡Hermana mía! Termínanos tu cuento.

—Con mucho gusto. Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el faquín] empezó a abrazarlas y a besarlas mientras ellas se tronchaban de risa; al fin preguntaron: « ¿Cómo se llama?» « El mulo de los puentes que se alimenta de la albahaca, come el sésamo descortezado y pernocta en la fonda de Abu Mansur.» Las tres reían tan desaforadamente que se revolcaban en el suelo.

Ocurrido esto siguieron haciendo tertulia hasta la caída de la tarde. En este momento dijeron al faquín: « Vete y muéstranos la anchura de tus espaldas» . « ¡Por Dios! Preferiría exhalar mi último suspiro antes de apartarme de vosotras. Añadamos la noche al día y después será el momento de que cada uno de nosotros siga su camino.» La compradora exclamó: « ¡Por el aprecio que me

tenéis! Invitémosle a que pase la noche con nosotras: nos reiremos, ya que es un agradable desvergonzado» . « Puedes pasar la noche con nosotras con una sola condición: la de que estés bajo nuestras órdenes; que cualesquiera que sean las cosas que veas, no pidas explicaciones ni quieras saber la causa.» « Conforme.» « Levántate, dirígete a la puerta y lee lo que en ella hay escrito.» Se incorporó, se acercó a la puerta y vio una inscripción grabada con letras de oro. Leyó: « No hables de lo que no te incumbe si no quieres oír lo que no te gusta» . El faquín dijo: « Doy fe de que no diré nada de aquello que no me afecte» .

La compradora se levantó, preparó la cena, la colocó en la mesa y después encendieron las velas, quemaron áloe y se sentaron a comer y a beber. De improviso oyeron llamar a la puerta, pero no se alteraron.

Una de ellas se incorporó y fue a abrir. Regresó al cabo de un momento y dijo: « Esta noche nuestra fiesta va a ser completa, puesto que he encontrado en la puerta a tres extranjeros, con el mentón pelado y a los que falta el ojo izquierdo. Ésta es una coincidencia bien rara. Son forasteros, proceden del territorio bizantino; los tres tienen un aspecto y una figura burlescas. Si entran nos reiremos de ellos» . No paró de insistir a sus compañeras hasta que le dijeron: « Invítalos a entrar, pero indícales la condición de que nada dirán de lo que no les importa, pues si no oirían lo que no les ha de agradar» .

Se fue corriendo y volvió acompañada por los tres tuertos que tenían el mentón pelado, el bigote retorcido y tieso: eran *saaluk*, monjes mendicantes. Saludaron y se pusieron aparte, pero las jóvenes se incorporaron y los hicieron sentar.

Los tres miraron al faquín, se dieron cuenta de que estaba borracho, pero, al contemplarle, creyeron que pertenecía a su misma orden y dijeron: « Es un *saaluk* como nosotros; nos hará compañía» . En cuanto el faquín oyó estas palabras se puso en pie, movió los ojos y les dijo: « Sentaos sin indiscreciones, ¿o es que no habéis leído lo que está escrito en la puerta?» Las mujeres se rieron y se dijeron: « Bien nos vamos a divertir con los *saaluk* y el faquín» . Ofrecieron la cena a los monjes; éstos aceptaron y más tarde se sentaron para hacer tertulia.

Mientras la portera les escanciaba el vino y la copa circulaba entre ellos, el faquín dijo a los *saaluk*: « ¡Hermanos nuestros! ¿Sabéis algún cuento o alguna agudeza con la que podamos distraemos?» Cuando hubieron entrado en calor pidieron instrumentos de música y la portera les entregó un tambor de Mosul, un laúd iraquí y un címbalo persa. Los *saaluk* se pusieron en pie y uno tomó el tambor, otro el laúd y el tercero el címbalo y empezaron a tocar; las mujeres les acompañaron con el canto y el sarao fue elevándose de tono.

Entonces alguien llamó a la puerta. La portera fue a ver quién había y cuál era la causa de la llamada.

Aquella noche el califa Harún al-Rasid había salido, acompañado por su ministro Chafar y por su verdugo, Masrur, para ver y oír lo que ocurría de nuevo.

En estos casos era su costumbre disfrazarse de comerciante.

Cuando hubieron salido y hubieron recorrido la ciudad, su camino les llevó junto a aquella casa en donde oyeron el sonido de los instrumentos musicales. El Califa dijo a Chafar: « Quiero entrar en esta casa y ver quiénes son los dueños de estas voces» . « Son borrachos; procura que no tengamos algún disgusto.» « Me place entrar y quiero que te las ingenies para conseguirlo.» « Oigo y obedezco.»

Se adelantó, llamó a la puerta, salió la portera y abrió. Chafar dijo: « Somos comerciantes de Tiberíades; hace ya diez días que estamos en Bagdad con nuestras mercancías. Nos hospedamos en el barrio de los comerciantes. Esta noche nos ha invitado un cofrade y nos ha ofrecido, en su casa, una buena cena y nos hemos quedado un rato de sobremesa. Más tarde ha permitido que nos marchásemos, pero hemos salido cuando ya había cerrado la noche, y como somos extraños hemos perdido el camino del barrio en el que residimos. Esperamos de vuestra generosidad que nos permitáis entrar y pernoctar, por esta noche, en vuestra casa. Dios os recompensará» .

La portera los miró, vio que parecían mercaderes y que eran gente distinguida. Volvió junto a sus compañeras para consultarlas. Le dijeron: « Hazlos entrar» . Regresó, les abrió la puerta y ellos le dijeron: « Entramos con tu permiso» . « Entrad.» El Califa, Chafar y Masrur cruzaron el umbral.

Cuando las jóvenes los vieron se incorporaron, les acogieron bien y dijeron: « ¡Bien venidos sean nuestros huéspedes! Pero hemos de imponeros una condición: nada diréis de lo que no os importa, pues si no oiréis lo que no os ha de agradar» . « Aceptamos.» Se sentaron a beber y continuó la tertulia.

El Califa miró a los tres *saaluk*, y al ver que eran tuertos del ojo izquierdo quedó admirado; dirigió la vista a las jóvenes, y al contemplar su hermosura y su belleza quedó perplejo y entusiasmado. Al seguir la tertulia y la conversación, ofrecieron vino al Califa. Pero éste lo rechazó y dijo: « Soy un peregrino» , y se apartó.

La portera se incorporó, le acercó una mesita con incrustaciones, y encima de la misma colocó una taza de porcelana china y la llenó de agua purísima en la que puso un pedazo de hielo, añadió azúcar y lo movió. El Califa le dio las gracias y se dijo: « Mañana la recompensaré por el bien que hace» . Continuaron distrayéndose con la conversación y cuando el vino se hubo subido a la cabeza, la dueña de la casa y sus sirvientas se levantaron. Cogiendo la mano de la compradora le dijo: « Ponte en pie y cumplamos nuestro deber» . « Sí.»

La portera, entonces, se puso de pie y colocó a los monjes detrás de la puerta, delante de ellas, todo eso después de haber dejado vacío el centro de la sala. Llamaron al faquín y le dijeron: « ¡Cuán poco es tu afecto! Tú no eres un extraño; tú eres de casa» . El faquín se incorporó, ciñó un cinturón y preguntó: « ¿Qué queréis?» « Quédate en tu sitio.»

La compradora se acercó y le dijo: « Ayúdame» . Vio dos perras negras con

cadenas en el cuello. El faquín las cogió y las condujo al centro de la sala. La dueña de la casa se acercó, se remangó, cogió un látigo y dijo al faquín: « Tráeme una de esas perras» . Tiró de la cadena y se la acercó mientras el animal lloraba y movía la cabeza en dirección de la joven. Ésta empezó a darle de latigazos en la cabeza y la perra empezó a aullar, pero no dejó de golpearla hasta que se le cansaron los brazos. Entonces soltó el látigo, acercó la perra a su pecho y empezó a sollozar y a besarla en la cabeza. Al cabo de unos momentos dijo al faquín: « Coge ésta y dame la otra» . La cogió e hizo con ella lo mismo que había hecho con la primera.

Todo esto preocupó al Califa, le oprimió el pecho e hizo señas a Chafar para que le interrogase. Pero éste le respondió de la misma manera indicándole que se callara.

La dueña de la casa dijo a la portera: « Cumple tu obligación» . « En el acto.» La señora subió al lecho de mármol chapeado en oro y plata y dijo a la portera y a la compradora: « Traed lo que tenéis» . La portera se colocó a su lado en el mismo lecho y la compradora entró en una salita de la que salió con una bolsa de raso con flecos verdes.

Se colocó delante de la dueña de la casa, abrió la bolsa y sacó un laúd. Templó las cuerdas y cantó estos versos:

Devolved a mis párpados el sueño que les fue robado; decidme dónde fue a parar mi razón.
Cuando ocupé la casa del amor aprendí que el sueño se había enojado con mis párpados.
Dijeron: « Dábamos fe de que estabas en el recto camino. ¿Qué te ha extraviado?» Buscad en su mirada la causa.
Le disculpo de la sangre que ha derramado, pues digo: « Le he forzado a verterla» .
Hizo reflejar en el espejo de mi pensamiento el sol de su imagen que ha encendido en llamas mis entrañas.
Dios le ha formado con el agua de la vida y los restos de ésta los ha hecho correr por su boca al darle dientes frescos y blancos.
¿Qué piensas de un amante que no le recuerda más que con quejas o sollozos o gemidos o pasión?
Contempla tu imagen en el agua pura cuando la va a beber y se calma la sed sin llegar a tragarla.

Y añadió:

Me he emborrachado con su mirada, ya que no lo he hecho con su vino: únicamente por esto se ha apartado el sueño de mis párpados.

Me ha embriagado su cuello, no el vino; sus bellas cualidades me han emborrachado, no el licor.
La curva de sus aladares ha encorvado mi firmeza; me ha robado el entendimiento aquello que encierran sus vestidos.

Cuando la joven oyó todo esto, exclamó: « ¡Dios te favorezca!» , se desgarró los vestidos y cayó desvanecida en el suelo. Su cuerpo quedó al descubierto y el Califa vio huellas de estacazos y de latigazos y quedó admirado a más no poder. La portera se puso de pie, salpicó su cara con agua, con lo cual recuperó el conocimiento y en seguida le llevó un vestido nuevo y la obligó a ponérselo.

El Califa dijo a Chafar: « ¿No has visto en esa mujer la huella de los cintarazos? No podré callarme y no tendré reposo hasta que sepa la verdad de lo que ha ocurrido a esta joven y lo que ha pasado a las dos perras» . « Señor —respondió Chafar—, nos han puesto una condición que pedía que no habláramos de lo que no nos incumbía si no queremos oír lo que no nos gusta.»

La compradora cogió el laúd, lo apoyó en su seno, lo pulsó con la yema de los dedos y cantó:

Si se nos quejasen del amor, ¿qué diríamos? O si la pasión nos dañara, ¿qué haríamos?
Podemos mandar un mensajero que exponga nuestro estado, pero las quejas del amante no admiten embajador.
Si tenemos paciencia la vida sólo nos es lícita después de la pérdida de los amigos por poco tiempo.
Sólo nos quedan la tristeza, la pena y las lágrimas que corren por las mejillas.
¡Oh, vosotros que habiendo ocupado un lugar en mi corazón os habéis apartado del alcance de mi vista!
¿Habéis mantenido, junto al amor, el pacto de un amante que no se aparte de él a pesar del transcurso del tiempo?
O ¿habéis olvidado, debido a la lejanía, a un amante al que la languidez y el extenuamiento han hecho enflaquecer?
Cuando llegue el juicio final y nos reunamos espero oír una larga rendición de cuentas.

Cuando la segunda mujer oyó los versos de la compradora desgarró sus vestidos de la misma manera como lo había hecho la primera, empezó a sollozar y cayó desmayada en el suelo. La compradora, después de haberle rociado la cara con agua, le puso un vestido nuevo.

Ocurrido esto, se puso en pie la tercera mujer, se colocó en el lecho y dijo a la compradora: « ¡Canta para que pueda pagar mi deuda, pues sólo falta esta

voz!» La compradora templó el laúd y recitó estos versos:

¿Hasta cuándo durará esta separación, este duro trato? Mis lágrimas han corrido en cantidad más que suficiente.
A propósito me has mostrado, durante largo tiempo, el desvío. Si tu propósito era complacer a quien me envidia, lo has conseguido.
Si el injusto destino fuese equitativo con el amante, no sería necesario reconciliarse el día de las reconvenciones.
¿A quién explicaré mi pasión —¡oh, mi asesino!, ¡oh, calamidad de quien se queja!— si se ha perdido la felicidad?
Mi pasión por tu amor crece dolorosamente. ¿Cuándo prometiste? No creo que te contradigas.
¡Musulmanes! Tomad venganza de un esclavo del amor cuya vista no descansa por haberse acostumbrado a la vigilia.
¿Es lícito en ley de amor que yo quede humillado y otros se ennoblezcan con la unión?
Me he enamorado, sin prejuicios, de vuestro amor; quien me censura por ese amor se carga con esa injuria.

Cuando la tercera mujer hubo oído estas palabras, dio un grito, desgarró sus vestidos y cayó desmayada en el suelo. Al quedar sus carnes al descubierto pudo verse la huella de bastonazos parecidos a los que habían mostrado las que la habían precedido.

Los *saaluk* dijeron: «¡Ojalá no hubiésemos entrado en esta casa y hubiésemos dormido en un montón de paja! Nuestro sueño aquí queda enturbiado con algo que parte el corazón». El Califa se volvió a ellos y les preguntó el porqué de lo ocurrido. Respondieron: «Nos preocupa el misterio de todo esto». «¿No sois de esta casa?» «No; creemos que pertenece al hombre que está a vuestro lado.» El faquín exclamó: «No he visto este lugar nunca antes de esta noche. ¡Ojalá hubiese dormido en un montón de paja y no hubiese estado aquí!» Todos se dijeron: «Somos siete hombres y ellas tres mujeres, no hay nadie más. Les preguntaremos por lo ocurrido, y si no nos contestan de grado lo harán por fuerza».

Se pusieron de acuerdo en la forma de proceder, pero Chafar dijo: «Esto no es justo. ¿Vamos a interrogarlas si somos sus huéspedes y nos han impuesto una condición que hemos aceptado? Falta poco para que termine la noche. Váyase cada cual por su camino; sólo falta una hora —añadió dirigiéndose al Califa— y mañana las mandaremos llamar a tu presencia y les preguntaremos su historia». El Califa no quiso aceptar y dijo: «No tengo paciencia para esperar». Continuaron y se preguntaron: «¿Quién las interrogará?» Algunos indicaron que el faquín.

Las mujeres les preguntaron: « ¡Hombres! ¿De qué habláis?» El faquín se dirigió a la dueña de la casa y le dijo: « Señora; te pregunto —¡por Dios!— y te conjuro en su nombre para que nos refieras la historia de las dos perras, la causa por la que las has castigado y por qué luego has llorado y las has besado; explícanos, también, la causa de los bastonazos cuyas huellas se ven en el cuerpo de tu hermana. Éstas son nuestras preguntas. La paz sea contigo» . La dueña del lugar preguntó al grupo: « ¿Lo ha dicho en nombre vuestro?» Todos, excepto Chafar, contestaron que sí.

Al oír esta respuesta la joven exclamó: « ¡Por Dios! ¡Huéspedes! Nos habéis ofendido de mala manera, puesto que antes os hemos impuesto una condición que decía bien explícitamente que quien habla de lo que no le importa oye lo que le disgusta. ¿No es suficiente el que os hayamos permitido entrar en nuestra casa, el que os hayamos dado de comer de nuestra comida? La culpa no es vuestra, sino de quien os ha conducido a nuestra presencia» . Dicho esto se remangó, dio tres patadas en el suelo y gritó: « ¡Venid presto!»

En el acto se abrió la puerta de un armario y salieron de él siete esclavos con espadas desenvainadas. Les dijo: « ¡Atad las manos de éstos que tienen la lengua tan larga a la espalda! ¡Ligadlos unos con otros!» En cuanto estuvo hecho preguntaron: « ¡Oh, velada! ¿Nos permites que les cortemos el cuello?» « Concededles un respiro para que nos digan quiénes son antes de matarlos.»

El faquín exclamó: « ¡Señora! No me mates por las faltas que otros han cometido. Todos ellos han errado y han caído en falta; pero yo no. ¡Por Dios! ¡Qué noche más hermosa hubiésemos pasado de no tropezar con estos tres *saaluk* que, si entrasen en una ciudad populosa, la destruirían!» Recitó:

¡Qué bello es el perdón que concede el poderoso, especialmente cuando lo otorga al débil!
¡Por la santidad del afecto que entre nosotros existe! No mates a uno por otro.

Cuando el faquín hubo terminado, la joven se echó a reír…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se acercó al grupo y dijo: « Contadme quiénes sois, pues sólo os queda una hora de vida, ya que sois humildes: Si hubieseis sido nobles o grandes gobernantes, os castigaría en el acto» .

El Califa dijo: « ¡Ay de ti, Chafar! Dile quiénes somos, pues de lo contrario nos matará» . « Es lo que nos merecemos.» « No hay que bromear en los

momentos de peligro; cada cosa tiene su tiempo.»

La joven se acercó a los *saaluk* y les preguntó: « ¿Sois hermanos?» « ¡No, por Dios! Somos simples barberos.» Preguntó dirigiéndose a uno de ellos: « ¿Naciste tuerto?» « ¡No, por Dios! Pero me ha ocurrido algo extraordinario desde el momento en que he perdido el ojo. Todo eso tiene una larga historia que si se escribiese con una aguja en el lagrimal constituiría una enseñanza para quien quisiera sacar provecho.» Preguntó al segundo y al tercero; éstos le contestaron de idéntica manera que el primero. Dijeron: « Cada uno de nosotros es de un país distinto; nuestros relatos son portentosos, y lo que nos ha ocurrido es prodigioso» . La joven, dirigiéndose al grupo, dijo: « Cada uno de vosotros va a contar su historia y la causa por la cual ha venido a parar a nuestra casa; después se pasará la mano por la cabeza y se marchará en pos de su destino» .

El primero que se adelantó fue el faquín. Dijo: « Soy un faquín a quien cargó la compradora y con ella vine hasta aquí. En vuestra compañía me ha ocurrido lo que me ha ocurrido. Y la paz» . La joven le dijo: « Alísate el pelo y vete» . « No me iré hasta haber oído el relato de mis compañeros» . Entonces el primer *saaluk* se adelantó.

EL PRIMER *SAALUK*

Dijo: « ¡Señora! He aquí la causa de que lleve pelado el mentón y de que haya perdido un ojo: Mi padre era rey y tenía un hermano que, a su vez, era rey de otra ciudad. Se está de acuerdo en que mi madre me dio a luz el mismo día en que nació mi primo; transcurrieron años, años y días, y crecimos.

» Yo visitaba de cuando en cuando a mi tío y permanecía con él muchos meses. Cierta vez en que le fui a visitar, mi primo me honró en grado sumo, sacrificó varios carneros y me sirvió vino en abundancia. Nos sentamos a beber y cuando el vino se hubo enseñoreado de nosotros, me dijo: “¡Primo! Tengo algo muy importante que pedirte, quiero que no me contraríes en lo que quiero hacer”. “¡De buen grado!”

» Se aseguró de mí con los mayores juramentos y, en seguida, se ausentó por un momento. Regresó seguido de una mujer preciosa y educada que llevaba un traje que debía costar un verdadero capital. Se acercó a mí seguido por la mujer y dijo: “Coge a esta mujer y ve, delante de mí, a tal cementerio”. Me lo describió, y cuando estuve bien enterado añadió: “Métete con ella entre las tumbas y espérame allí”.

» Me fue imposible contradecirle y tampoco rechazar su petición debido a los juramentos que había prestado. Cogí a la mujer, y en su compañía me interné entre las tumbas.

» Hacía poco que nos habíamos sentado cuando llegó mi primo llevando un tazón con agua, una bolsa llena de yeso y un pico. Cogió éste, se acercó a un sepulcro que estaba en medio de una fosa y echó las piedras a un lado. Después empezó a cavar en la tierra hasta que dejó al descubierto una losa del tamaño de una pequeña puerta y debajo de ésta una escalera de cuerda. Se volvió y dirigiéndose por señas a la mujer le dijo: "A ti te toca elegir".

» La mujer bajó por la escalera y el hijo de mi tío me miró y me refirió: "¡Primo! Termina de hacer la buena obra: cuando haya bajado a ese lugar coloca la losa y tápiala de la misma manera que estaba: Esto es todo el favor. En el saco tienes el yeso y en este recipiente está el agua; mézclala con el yeso, enyesa la tumba alrededor de las piedras para que quede como estaba antes, para que nadie se fije en ella y no pueda decir: 'ésta se ha abierto de nuevo'. El interior es viejo, puesto que he trabajado en su construcción durante un año entero, y sólo lo conoce Dios. Esto es lo que tenía que pedirte. ¡No te aflijas por mí!"

» Descendió por la escalera, y cuando se hubo perdido de mi vista me incorporé, coloqué la losa e hice todo lo que me había mandado hasta dejar la tumba como antes.

» Regresé al palacio de mi tío. Éste estaba de caza. Dormí bien y al despertar y recordar la noche pasada y lo que me había ocurrido con mi primo me arrepentí de lo hecho cuando ya de nada me servía. Me dirigí al cementerio, busqué la tumba pero no la reconocí y a pesar de que estuve buscando hasta la caída de la noche no encontré señal alguna que me sirviese de guía.

» Volví a palacio y no pude ni comer ni beber, puesto que mi pensamiento estaba fijo en mi primo, ya que nada sabía de lo que le ocurría. Me afligí muchísimo y pasé una noche intranquilo. Al amanecer regresé de nuevo al cementerio sin poder olvidar lo que había hecho mi primo y arrepintiéndome de haberle hecho caso. Busqué de nuevo por todas las tumbas, pero sin poder encontrar la que me interesaba.

» Durante siete días no interrumpí mi búsqueda, pero no encontré ningún indicio. Mi remordimiento iba en aumento hasta el punto de que casi me volví loco, y no encontré más recurso que el de ponerme en viaje y regresar al lado de mi padre.

» Cuando llegué a la ciudad de éste, un grupo de hombres que se adelantó desde las puertas de la ciudad me ató, lo cual me extrañó en gran manera puesto que era el hijo del rey y ellos eran los servidores de mi padre y mis esclavos. Ante ellos me entró un temor creciente y me dije: ¿Qué le habrá ocurrido a mi padre?"

» Empecé a preguntar a quienes me habían atado la causa por la que lo habían hecho, pero no recibí contestación. Al cabo de un rato me dijo uno de ellos que había sido mi criado: "El destino ha abandonado a tu padre, el ejército

lo ha traicionado y el visir lo ha matado. Nosotros vigilábamos tu llegada". Me llevaban a la fuerza y yo estaba fuera de mí por lo que había oído en referencia a mi padre.

» Me condujeron delante del visir que había matado a mi padre. Entre nosotros dos había una antigua enemistad, pues yo había sido aficionado al tiro con ballesta y cierto día en que estaba en la azotea del palacio se posó un pájaro en la de la casa del visir, que también se encontraba en ella. Quise hacer blanco en el pájaro con la ballesta, pero fallé, di en el ojo del visir y se lo hundí, pues así lo tenía dispuesto el destino. Como dijo el poeta:

Deja que el destino haga lo que quiera, y acepta lo que haga el destino.
Ni te alegres ni te entristezcas por nada, pues nada es eterno.

» O como dijo otro:

Hemos andado los pasos que nos estaban prescritos, pues a quien se le ha prescrito que ande, anda.
A quien le está prescrito morir en un lugar, no morirá en ningún sitio como no sea ése» .

El *saaluk* siguió refiriendo: « Cuando hube vaciado el ojo del visir éste no pudo reclamar, pues mi padre era el rey de la ciudad. Ésta era la causa de nuestra enemistad. Al estar delante de él, atado, mandó que me cortasen el cuello. Le dije: "¿Me haces matar sin que sea culpable?" "¿Qué mayor culpa que ésta?", dijo señalando el ojo perdido. Respondí: "Lo hice sin querer". "Tú lo hiciste sin querer, pero yo lo haré de propósito. ¡Acercadle!"

» Me pusieron al alcance de su mano y metió uno de sus dedos en mi ojo izquierdo y lo vació. Desde entonces, como podéis ver, soy tuerto. Me ató aún más, me metió en una caja y dijo al verdugo: "Te entrego a éste. Desenvaina tu espada, cógelo, llévalo fuera de la ciudad, mátalo y abandónalo a las fieras para que lo coman".

» El verdugo me cogió, me condujo fuera de la ciudad y allí me sacó de la caja. Yo tenía las manos atadas y los pies encadenados y él quiso vendarme el ojo antes de matarme. Me eché a llorar y recité estos versos:

Te coloqué como fuerte coraza para que me protegieses de las flechas de mis enemigos, y ahora eres su punta.
Esperaba que en cualquier desgracia que sufriese mi diestra, tú serías mi siniestra.
Deja a un lado lo que de mí dicen los que censuran; deja que sea el

enemigo quien me arroje sus flechas.
Si no me defiendes del ataque del enemigo, permanece neutral: ni en favor ni en contra.

» Añadí aún estos versos:

¡Cuántos amigos hay que se toman por escudo y escudos son, pero del enemigo!
Crees que van a ser flechas certeras y sólo hacen blanco en tu corazón.
Se justifican diciendo: "Nuestros corazones son puros". Dicen verdad, están "puros" de todo afecto por mí.
Añaden: "Haremos todo lo que podamos". Dicen verdad: lo harán para perderme.

» Cuando el verdugo hubo oído mis versos —era el mismo que había servido a mi padre y al cual yo había favorecido— dijo: "¡Señor mío! ¿Qué haré? Yo soy un esclavo que recibe órdenes. Huye con tu vida y no vuelvas a esta tierra, pues entonces nos matarían a ti y a mí, pues ocurriría lo que dice el poeta:

Si temes una opresión, huye con tu vida: deja que la casa solloce por quien la construyó.
Puedes encontrar una tierra que valga tanto como otra, pero jamás encontrarás una vida que equivalga a otra.
Me maravillo de quien vive en un país en el que se le veja, cuando la tierra de Dios es tan amplia.
Aquel que está predestinado a morir en un lugar no morirá en otro distinto.
El cuello del león no engorda hasta que ellos, por sí mismos, se proveen de lo que necesitan".

» Cuando hubo dicho esto besé sus manos y no di crédito a que estaba a salvo hasta que me hube alejado. El haberme salvado me hacía menospreciar la pérdida del ojo. Viajé hasta llegar a la ciudad de mi tío. Me presenté a él y le referí lo que había ocurrido a mi padre y lo que a mí me había sucedido y me había hecho perder el ojo. Lloró mucho y dijo: "Con ambas desgracias el destino aumenta mi preocupación y mi pena; tu primo ha desaparecido hace algunos días y no sé qué se ha hecho de él ni nadie ha sabido darme noticias suyas". Se echó a llorar de tal modo que se desmayó. Cuando volvió en sí dijo: "¡Hijo mío! Estaba muy triste por la desaparición de tu primo, y tú acabas de aumentar mi preocupación y mi pena al referirme lo ocurrido a ti y a tu padre. Pero, hijo, es preferible la pérdida del ojo a la de la vida".

» Después de esto no me fue posible callar lo que sabía de mi primo, que era su propio hijo. Le referí todo lo que me había ocurrido con él, y mi tío se iba alegrando a medida que iba oyendo hablar de su hijo. Me dijo: "Muéstrame la tumba". "¡Por Dios, tío! No sé dónde está, puesto que he vuelto después repetidas veces para buscarla y no he sabido dar con ella."

» Mi tío y yo nos dirigimos al cementerio mirando a derecha e izquierda hasta que la encontré. Ambos nos alegramos y entramos en el mausoleo, quitamos la piedra, levantamos la losa y bajamos cincuenta peldaños. Al llegar al fin nos envolvió tal cantidad de humo que nos cegó. Mi tío pronunció las palabras que quitan todo temor a quien las dice: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" Continuamos andando hasta llegar a una gran sala, llena de harina, grano, comestibles y muchas otras cosas. En medio de la misma vimos una cortina tendida sobre un lecho. Mi tío miró y vio a su hijo abrazado a la mujer con quien había bajado; ambos se habían transformado en negro carbón, como si los hubiesen metido en un horno. Cuando mi tío vio todo escupió en la cara de su hijo y exclamó: "¡Te está bien, vil! ¡Éste es el castigo de este mundo, pero aún has de sufrir el del otro, que será mayor y más duradero!".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el *saaluk* siguió refiriendo:] « Después le golpeó con la sandalia, a pesar de que yacía como el negro carbón. Quedé impresionado de que le pegase y entristecido al ver a mi primo y a la joven convertidos en negro carbón. Dije: "¡Por Dios, tío! Consuélate del pesar de tu corazón. Estoy preocupado por lo que ha ocurrido a tu hijo. ¿Cómo él y la joven pueden haberse convertido en negro carbón? ¿No te basta verle en este estado que aún has de golpearle con la sandalia?" "¡Sobrino! Éste, mi hijo, desde su infancia sintió amor por su hermana, a pesar de que yo le apartaba de su compañía aunque me decía: 'Ambos son aún niños'. Pero cuando crecieron cometieron torpezas. Me enteré y no quise dar crédito, pero por lo que pudiera ser reprendí fuertemente a mi hijo y le dije: 'Abstente de hacer cosas tan deshonestas; nadie las ha hecho antes que tú y nadie las hará después que tú. Quedaríamos cubiertos, hasta la muerte, por la ignominia y el desprecio de todos los reyes, pues los correos difundirían nuestro deshonor. A ti te incumbe —le dije — saber dominar la pasión, pues yo me irritaría y te mataría'.

» "Lo aparté por completo de su lado y a ella la separé de él. Pero la corrompida le amaba mucho y Satanás se apoderó de ella. Al ver que los separaba, él construyó a escondidas este lugar subterráneo y transportó a él los alimentos que ves. Aprovechó mi ausencia, cuando salí de caza, para encerrarse en este lugar. La justicia de Dios (¡loado y ensalzado sea!) se ha vengado de

ambos y los ha quemado en este mundo; en el otro les dará un castigo mayor y más duradero."

» Nos echamos a llorar y mi tío añadió: "Tú eres mi hijo: él no lo era". Medité un momento en el mundo y en sus acontecimientos; en todo lo que había ocurrido desde el asesinato de mi padre por el visir; cómo éste se había puesto en lugar de aquél y me había vaciado el ojo; medité en los hechos extraordinarios que había vivido mi primo, y volví a llorar. Subimos; colocamos de nuevo la losa y las piedras y dejamos la tumba como estaba antes, tras lo cual regresamos a nuestro domicilio.

» Apenas acabábamos de sentarnos cuando oímos el repicar de los tambores, el tañido de las trompetas y la algarabía de los guerreros. El mundo se llenó del estrépito y quedó cubierto por el polvo que levantaban los cascos de los caballos; estábamos perplejos, pues no sabíamos de qué se trataba. El rey preguntó por lo que pasaba y se le contestó: "El visir de tu hermano ha asesinado a éste, ha reunido soldados y mercenarios y ha venido por sorpresa, con su ejército, contra la ciudad. Los habitantes, sin poder hacerle frente, se le han sometido". Me dijo: "Como caiga en sus manos, me mata".

» Mi tristeza aumentó y recordé los acontecimientos que habían vivido mi padre y mi madre, y no sabiendo qué hacer, pues si me dejaba ver sería reconocido por los habitantes de la ciudad y por los soldados de mi padre que se apresurarían a matarme, no encontré cosa mejor, para salvarme, que afeitarme la barba. Así lo hice; cambié de vestido, salí de la ciudad y me vine a esta ciudad sin contratiempo. Tal vez en ella encuentre quien me conduzca a presencia del Emir de los creyentes, Califa del Señor de los Mundos, para poderle contar mi historia y todo lo que me ha ocurrido.

» He llegado esta noche y estaba perplejo, sin saber adónde ir, cuando tropecé con este *saaluk*. Le saludé y le dije: "Soy extranjero". "También yo", me respondió. Mientras decíamos esto se acercó nuestro tercer compañero y nos dijo: "Soy forastero". "Nosotros también", le contestamos. Anduvimos hasta que las tinieblas nos envolvieron y el destino nos condujo hasta vosotras. Ésta es la causa de que tenga afeitada la barba y de que me falte un ojo» .

La joven dijo: « Pasa la mano por la cabeza y vete» . « No me iré hasta haber oído el relato de los demás.» Todos habían quedado admirados de su historia, y el Califa dijo a Chafar: « No he oído jamás nada parecido a lo de este *saaluk*» . El segundo *saaluk* se adelantó y besó la tierra.

EL SEGUNDO *SAALUK*

Refirió: « Señora. No nací tuerto, y mi historia es maravillosa, tanto que si se

escribiese con una aguja en el lagrimal constituiría una enseñanza para quien quisiera sacar provecho. Soy un rey hijo de un rey. Aprendí el Corán en sus siete lecturas y estudié los libros con sus propios autores, con los padres de la ciencia; me consagré al cultivo de la astrología y de la poesía y me esforcé en el cultivo de toda suerte de disciplinas hasta sobrepasar en ellas a mis contemporáneos. Mi fama fue bien conocida por todos los autores y mi nombre recorrió todos los ámbitos y países y mis cualidades fueron reconocidas por todos los reyes. El rey de la India, que había oído hablar de mí, pidió a mi padre que me permitiese ir a su lado y le envió regalos y presentes propios de un soberano.

» Mi padre dispuso seis buques y viajamos por mar durante un mes entero hasta avistar tierra. Desembarcamos los caballos que llevábamos con nosotros en el buque, cargamos de regalos diez caballos y emprendimos la marcha. Repentinamente vimos que se levantaba un polvo que terminó cubriendo el horizonte durante algún tiempo. Al disiparse aparecieron debajo sesenta caballeros semejantes a leones enfurecidos. Los examinamos y vimos que era una banda de beduinos, de salteadores de caminos. Ellos, al contemplarnos, darse cuenta de nuestro corto número y de que llevábamos diez cargas de regalos para el rey de la India, nos amenazaron con sus lanzas.

» Les hicimos señas con las manos y les dijimos: "Somos embajadores y nos dirigimos al Gran Rey de la India. No nos hagáis daño". "No estamos en su territorio ni dependemos de él." Mataron a parte de mis servidores, y los otros huyeron. Yo también emprendí la fuga después de haber recibido una herida grave. Los beduinos, al ver las riquezas y los dones, se despreocuparon de nosotros y yo marché sin saber adónde me dirigía, pues había dejado de ser poderoso y había pasado a ser humilde. Anduve hasta que llegué a la cima de un monte en donde encontré una cueva en la que me metí hasta que se hizo de día. Reemprendí la marcha hasta llegar a una ciudad repleta de bienes: el frío del invierno la había abandonado y la primavera había llegado ya con sus rosas. Me alegré de haberla encontrado, pues estaba cansado de tanto andar, la preocupación y la palidez habían hecho huella en mí y mi estado había cambiado.

» No sabía adónde ir. Me metí en la tienda de un sastre, lo saludé, me deseó la paz, me recibió bien, me trató con amabilidad y me preguntó la causa por la que estaba fuera de mi país. Le referí todo lo que me había ocurrido desde el principio al fin. Él se preocupó por mí y exclamó: "¡Joven! No digas a nadie quién eres, pues temo que te llegue alguna desgracia si se entera el rey de esta ciudad, puesto que él es el mayor de los enemigos que tiene tu padre, del cual quiere vengarse". Me dio de comer y de beber. Comió conmigo y conversé con él hasta la noche. Me preparó un rincón al lado de su tienda y me entregó el colchón y la manta que iba a necesitar.

» Permanecí en su casa tres días, al cabo de los cuales me preguntó: "¿No

sabes ningún oficio con el que puedas ganar tu sustento?" "Soy jurisconsulto, maestro de ciencias, escritor y matemático." "Tu oficio es inútil en nuestro país; no hay nadie en estas tierras que sepa alguna ciencia o que escriba; aquí sólo cuenta el dinero." "¡Por Dios! ¡No sé hacer más que lo que te he enumerado!" "Cíñete el cinturón y desde mañana toma un hacha y una cuerda, y dedícate a cortar leña en el campo; ganarás así tu subsistencia hasta que Dios te redima. No des a conocer a nadie tu identidad, pues te matarían."

» Me compró un hacha y una soga, me recomendó un grupo de leñadores y me envió con ellos. Salí y corté leña, y volví con una carga en la cabeza que vendí por medio dinar. Atendí a mi subsistencia con parte de éste dinero y la otra la guardé. Permanecí en esta situación durante el lapso de un año. Después de este período, cierto día que salí al campo, conforme mi costumbre, para hacer leña, me metí en un bosque muy denso en el que había mucha madera. Me acerqué a un árbol, cavé a su alrededor y quité la tierra de junto a sus raíces. De repente el hacha tropezó con una anilla de cobre. Quité la tierra y vi que estaba incrustada en una losa de madera. La levanté y debajo apareció una escalera por la que descendí al fondo.

» Me encontré con una puerta, que crucé, y me hallé en un palacio bien construido en cuyo interior estaba una joven que resplandecía como una perla pura y que borraba del corazón toda suerte de penas, tristezas o pesadumbres; al verla adoré a su Creador por haber puesto en ella tanta hermosura y belleza. Me miró y me preguntó: "¿Eres un hombre o un genio?" "Un hombre." "¿Quién te ha traído hasta este lugar en el cual me encuentro desde hace veinticinco años y en el que jamás he visto a un ser humano?" "Señora, Dios me ha traído a tu domicilio —respondí al oír sus palabras que me parecieron llenas de dulzura—; tal vez Él haga cesar mis tristezas y mis penas." Le referí todo lo que me había ocurrido desde el principio hasta el fin, causándole tal lástima que rompió a llorar y dijo: "Te contaré mi historio: Sabe que soy hija del rey de la India más lejana, señor de las islas del Ébano. Me había casado con mi primo, pero en la noche de bodas me raptó un *efrit* llamado Ghirchis b. Rachmus b. Iblis quien, por los aires, me condujo hasta este lugar, al que traslada cada diez días todo lo que puede necesitar: sedas, vestidos, tejidos, utensilios, comidas y bebidas, y pasa la noche aquí, pero me tiene prometido que si necesito alguna cosa, sea de noche o de día, sólo tengo que tocar con mi mano estos dos renglones escritos en la cúpula, y antes de que se aparte mi mano ya lo veré aquí. Hace cuatro días que estuvo conmigo; faltan seis días para que regrese: ¿te quedarás conmigo cinco días y te irás un día antes de que venga?" "Sí."

» Se alzó, se puso en pie, me cogió de la mano y me hizo cruzar una puerta de arco que daba paso a un baño precioso, admirable. Al verlo me desnudé y ella me imitó; entré en él y me senté en un escalón, pero me hizo sentarme a su lado. Después trajo un licor de almizcle y me escanció; más tarde me dio de comer,

cosa que hicimos juntos, y sostuvimos una conversación. Después me dijo: "Duerme y descansa pues estás fatigado". Me dormí, señora, olvidando todo lo que me había ocurrido y dándole las gracias. Al despertarme vi que estaba friccionándome con un masaje en los pies para desvelarme; le di los buenos días y nos pusimos a hablar un rato. Dijo: "¡Por Dios! Estaba muy preocupada, puesto que desde hace veinticinco años estoy debajo de la tierra sin encontrar a nadie con quien hablar. ¡Gracias a Dios por haberte enviado!" Recitó:

Si hubiésemos sabido que ibas a venir, hubiésemos puesto tapices trenzados con la sangre del corazón o con el negro de los ojos.
Hubiésemos tapizado nuestras mejillas y hubiésemos salido a tu encuentro para que llegases por encima de los pájaros.

» Cuando oí estos dos versos le di las gracias y su amor hizo mella en mi corazón y las preocupaciones y las tristezas me abandonaron. Nos sentamos y estuvimos charlando hasta la noche, la cual pasé a su lado y no recuerdo otra igual en toda mi vida. Al amanecer estábamos satisfechos y le dije: "¿Quieres que te saque de este subterráneo y que te libre de este genio?" Se echó a reír y contestó: "Cállate y conténtate: de diez días uno pertenece al *efrit* y nueve son tuyos". La pasión se había apoderado de mí y le dije: "En este mismo momento voy a romper esta cúpula en la que está grabada la inscripción. Si viene el *efrit* lo mataré, pues soy ducho en el arte de matar a los genios". Al oír mis palabras recitó:

¡Oh, tú que buscas la separación! ¡Ten paciencia con tu argucia! ¡Basta con la pasión!
Ten paciencia, pues el tiempo hace de traidor y el fin de toda buena compañía consiste en la separación.

» Oí sus versos pero no hice caso de sus palabras, sino al contrario, di un fuerte puntapié a la cúpula» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el *saaluk* continuó diciendo:] « La mujer me dijo: "El *efrit* va a salirnos al encuentro. ¿Acaso no te había prohibido que hicieses esto? ¡Por Dios! Me has perdido. ¡Sálvate! ¡Escapa por el lugar por el que entraste!" Tenía tal miedo que descuidé mis sandalias y el hacha. Había subido un par de escalones cuando me volví para ver lo que ocurría: la tierra se

había hundido y de ella había brotado un *efrit* de cara detestable. Preguntó: "¿Por qué ese golpe brusco con el que me has asustado? ¿Qué desgracia te ha ocurrido?" "Ninguna; ha sido la angustia que se ha apoderado de mi pecho y he querido beber el licor de la calma; me he levantado para alejar mis preocupaciones, he tropezado, y he caído encima de la inscripción." "¡Mientes, libertina!" Registró el palacio a derecha e izquierda y encontró mis sandalias y el hacha. Le dijo: "Éstos son los instrumentos de un hombre; ¿quién ha estado contigo?" "No los he visto nunca antes de ahora. Tal vez tú los has traído colgados." "¡Vanas palabras que no me hacen mella, desvergonzada!" La desnudó, la ató en cruz entre cuatro estacas y empezó a castigarla y a insistir en sus preguntas. Me fue imposible seguir oyendo el llanto, y subí la escalera temblando de miedo.

» Cuando llegué arriba y coloqué la losa como estaba antes, la cubrí de tierra y me arrepentí completamente por lo que había hecho; me acordé de la mujer, de su hermosura y cómo la atormentaba aquel maldito; me acordé de que convivía con él desde hacía veinticinco años, de que sólo la castigaba por mi culpa; me acordé de mi padre, de su reino y del modo conforme me había transformado en leñador. Recité este verso:

> Si un día el destino te trae una calamidad, unos días te serán fáciles y otros difíciles.

» Anduve hasta llegar junto a mi compañero, el sastre. Por mi causa estaba en ascuas y me aguardaba. Me dijo: "He pasado la noche con mi corazón pendiente de ti. Temía que pudieses haber sido presa de una fiera o que te hubiese sucedido una desgracia. ¡Gracias a Dios que estás a salvo!" Le di las gracias por el cariño que me demostraba, entré en mi cuchitril y empecé a pensar en lo que había ocurrido, a reprehenderme por el puntapié que había dado a la inscripción. En ese momento entró mi amigo, el sastre, y me dijo: "En la tienda hay una persona extranjera que te busca. Trae tus sandalias y el hacha. Las ha enseñado a los sastres y les ha explicado: 'He salido a la hora en que el almuédano llama a la oración de la aurora y he tropezado con estos objetos. ¿Alguno de vosotros sabe a quién pertenecen?; indicadme quién es su dueño'. Los sastres le han dicho que son tuyos, y ahora está sentado en mi tienda. Sal, dale las gracias y recoge tu hacha y tus sandalias".

» Al oír estas palabras palidecí y mi color se demudó. Estaba en este estado cuando se abrió el suelo de mi habitación y brotó de él un persa, pues ésta era la figura que había adoptado el *efrit*. Había atormentado de mala manera a la joven, pero ésta no había dicho nada. Entonces habla cogido el hacha y las sandalias y le había dicho: "Si soy Ghirchis, uno de los descendientes de Iblis, encontraré al dueño de esta hacha y de estas sandalias". Con la figura explicada

se había presentado a los sastres y había entrado junto a mí; me arrastró en pos de sí sin concederme ni un momento y echó a volar subiéndome con él y luego, al descender, se hundió en el suelo sin que yo me enterase de nada; por fin, entró conmigo en el castillo en el cual yo había estado.

» Vi que la joven estaba desnuda y que la sangre manaba de sus costados: mis ojos se cubrieron de lágrimas. El *efrit* la cogió y le dijo: "¡Desvergonzada! ¡Éste es tu amante!" Me miró y le respondió: "No lo conozco; no lo he visto nunca antes de ahora". "¿Con el castigo que te he infligido y no confiesas?" "No lo he visto en toda mi vida. Dios no me permite mentir en perjuicio suyo." "Si es cierto que no lo conoces, coge esta espada y córtale el cuello." Cogió la espada, se acercó a mí y se paró a mi lado. Le hice señas con mis ojos mientras mis lágrimas corrían por mis mejillas; se colocó bien y con un guiño me dijo: "Tú eres el causante de todo esto". "Ahora es el momento de perdonar", dije por señas, y añadí en voz alta:

> Mi mirada sirve de intérprete a mi lengua para que sepáis, para que os sea patente, lo que mi corazón encierra.
> Cuando nos encontramos, mientras las lágrimas corrían, callé, pero mi mirada hablaba de amor.
> Ella me indicaba, con la mirada, lo que quería decir y yo, con los dedos, la señalaba y comprendía.
> Nuestras cejas eran suficientes para expresar nuestras necesidades. Ambos estábamos callados mientras hablaba el amor.

» Cuando la joven comprendió mis alusiones soltó la espada que empuñaba, oh señora. El *efrit* me dio el arma y me dijo: "¡Córtale el cuello; te dejaré en libertad y no te molestaré!" "De acuerdo." Empuñé la espada y avancé decidido con el brazo en alto. Ella me dijo con sus ojos: "No te he perjudicado en tu derecho." Mis ojos se llenaron de lágrimas y soltando la espada dije: "¡Poderoso *efrit*! ¡Señor de los héroes! Si esta mujer que carece de razón y de fe no ha considerado lícito cortarme el cuello, ¿cómo voy a permitirme el hacerlo yo que no la he visto en mi vida? No lo haría jamás aunque me escanciase la copa de la mala muerte". "¡Entre ambos —exclamó el *efrit*— hay un ligamen de amor!" Tomó la espada y cortó una mano de la muchacha, después la otra, después el pie derecho y luego el izquierdo, hasta que la descuartizó de cuatro mandobles.

» Yo lo estaba viendo con mis propios ojos y estaba convencido de que iba a morir. Ella, finalmente, me hizo una seña con sus ojos que fue interceptada por el *efrit*. Éste exclamó: "¡Acabas de cometer un adulterio con tu vista!" De otro mandoble le cortó la cabeza y volviéndose hacia mí me dijo: "¡Hombre! Nuestra ley nos permite matar a nuestra mujer cuando comete adulterio. Rapté a esta

muchacha la noche de bodas; tenía doce años y no había tenido relaciones más que conmigo; de cada diez noches pasaba una con ella tomando la figura de un persa. La he matado en cuanto me he dado cuenta de que me había traicionado. Respecto de ti no estoy completamente seguro de si me has engañado con ella, pero, en todo caso, no te dejaré absolutamente sano. Escoge el daño que prefieras".

» ¡Señora! Al oír esto me alegré muchísimo y me creí inferior al *efrit*. Le dije: "¿Qué es lo que tengo que preferir?" "Pídeme la forma en que quieres que te encante: la de un perro, la de un asno o la de un mono." "¡Por Dios! —respondí esperando que me perdonase—. Si me perdonas, Dios te perdonará por haberte apiadado de un hombre musulmán que jamás te ha causado daño." Me humillé hasta el máximo delante de él y añadí: "¡Estoy siendo vejado!" "No hables más de la cuenta; no temas que te mate, pero tampoco esperes el perdón; te voy a encantar." La tierra se hundió y se remontó conmigo por los aires hasta tal altura que el mundo se presentó debajo como si fuese una taza de agua. Por fin me dejó en lo alto de un monte. Cogió un puñado de tierra, musitó encima unas palabras y me lo echó diciendo: "Abandona tu forma actual y transfórmate en un mono". En aquel mismo momento quedé convertido en un simio de cien años. Cuando me vi con aquella detestable figura lloré por mí y me consolé pensando en las vicisitudes del tiempo; me di cuenta de que el tiempo no pertenece a nadie. Descendí desde la cima del monte hasta su pie y emprendí un camino.

» Al cabo de un mes llegué a la orilla del mar, en la que permanecí cierto tiempo. Un día vi que un navío en medio del mar avanzaba con viento favorable y que se dirigía a tierra. Me oculté detrás de una roca situada en la playa, y avancé hasta encontrarme en el interior de la nave. Uno de sus tripulantes dijo: "¡Sacad a este animal de mal agüero!" Otro gritó: "¡Matémosle!" Un tercero añadió: "¡Mátale con esta espada!" Cogí la punta de la espada y me eché a llorar; mis lágrimas corrieron abundantes. El arráez se apiadó de mí y les dijo: "¡Comerciante! Este mono ha pedido mi protección y se la he concedido. ¡Que nadie le toque ni lo asuste!" El arráez me trató bien y yo comprendía todo lo que me decía, le auxiliaba en todas sus necesidades y le servía en la embarcación.

» El viento nos fue propicio durante cincuenta días, después de los cuales anclamos en una gran ciudad que tenía tal número de habitantes que sólo hubiera podido contarlos Dios (¡ensalzado sea!). En el momento de nuestra llegada y cuando hubimos desaparejado nuestra nave, nos visitaron los mamelucos mandados por el rey de la ciudad. Subieron a bordo, felicitaron a los comerciantes por su feliz llegada y dijeron: "Nuestro rey os felicita por vuestro buen viaje, os remite este rollo de papel y dice: 'Cada uno de vosotros escribirá una línea'". Me incorporé (yo tenía aún la forma de mono) y cogí el rollo de sus manos. Ellos temieron que lo rompiese y lo echase al agua, por lo que me

persiguieron y quisieron matarme. Les indiqué por señas que quería escribir y el arráez les dijo: "Dejadle que escriba. Si no sabe escribir le quitaremos el rollo, pero si sabe lo adoptaré por hijo, pues no he visto un mono que sea más inteligente que él". Cogí la pluma, la mojé de tinta y escribí una línea en letra *riqaa*[35] componiendo estos versos:

El destino ha escrito el mérito de los generosos, pero tu mérito, hasta ahora, no ha sido inscrito.
¡Ojalá Dios no deje huérfana a la humanidad, pues tú, por tus dones, eres el mejor de los padres!

» Escribí con letra *rayhán*:

Hay una pluma cuyos beneficios han abrumado a todos los países; en cuanto pone su sello hay ventajas para todas las regiones.
Los cinco ríos de sus venas, que corren por todas partes, son sus cinco dedos.

» Escribí debajo con letra *tulut*:

No hay escritor que no desaparezca, pero el tiempo inmortaliza lo que su mano ha escrito.
No escribas con tu letra nada de lo que no puedas alegrarte al verlo el día del juicio.

» Escribí debajo con letra *musaq*:

Cuando abras el tintero del poder y del bienestar, procura que tus tintas sean la generosidad y la magnanimidad.
Prescribe el bien siempre que sea posible, así ennoblecerás mejor que con las alabanzas de la pluma.

» Después devolví el rollo de papel. Lo llevaron al rey, y cuando éste examinó lo que contenía sólo se admiró de mi letra. Dirigiéndose a sus cortesanos dijo: "Buscad al que tiene esta letra, vestidlo con estas ropas, haced que monte en una mula y traedlo a mi presencia acompañado por una banda de música". Al oír lo que el rey decía se sonrieron y éste, enfadándose, exclamó: "¡Os doy una orden y os reís de mí!" "¡Rey! No nos reímos de ti; pero esta letra es de un mono, no es de un ser humano; vive con el arráez de la nave." El soberano se

admiró de sus palabras y se estremeció de alegría; exclamó: “Quiero comprar ese mono”. Mandó que sus mensajeros fuesen al buque llevando la mula y el traje y añadió: “Ponedle este vestido y haced que monte en la mula: ¡Traedlo!” Fueron al buque, me separaron del arráez y me hicieron poner el vestido, y aunque se quedaron admirados de mis buenas maneras no me quitaron el ojo de encima.

» Cuando me introdujeron ante el rey y yo le vi besé el suelo delante de él por tres veces. Me mandó que tomase asiento y me senté sobre mis piernas. Todos los presentes estaban admirados de mis buenas maneras, y el rey más que nadie. Éste mandó que se retirasen todos los cortesanos y cuando se quedó a solas con el eunuco de servicio, un mameluco pequeño y conmigo, mandó que nos llevasen la comida. Trajeron una mesa de comer servida con todo lo que podía apetecer; daba gusto mirarla. El rey me indicó por señas que comiera. Me incorporé, besé el suelo delante de él por siete veces y empecé a comer en su compañía; retiraron la mesa y yo fui a lavarme las manos, tras lo cual cogí tintero, pluma y papel y escribí este par de versos:

La sopa de carne de carnero cura todos los males; los platos de dulces colman mis deseos.
¡Qué alegría la de mi corazón al ver cómo se extiende el mantel si en él palpitan fideos aderezados con manteca y miel!

» Y añadí estos otros:

Mi pasión por vosotros, fideos, es enorme; no puedo ni prescindir de vosotros ni tener paciencia.
¡Ojalá siempre fuerais mi sustento día y noche! ¡Caiga sin cesar la lluvia, suave, sobre vuestra morada!

» Hecho esto fui a sentarme algo alejado. El rey contempló lo que yo había escrito, lo leyó y quedó admirado. Exclamó: “¿Puede tener un mono tal elocuencia y tal letra? ¡Por Dios! Ésta es la mayor maravilla de las maravillas”. Acercaron al rey el ajedrez. Me dijo: “¿Quieres jugar?” “Sí”, contesté con la cabeza. Me acerqué, puse en orden las piezas e hicimos dos partidas en las que vencí. El entendimiento del rey estaba perplejo. Exclamó: “¡Si éste fuera un ser humano aventajaría a todos sus contemporáneos!” Mandó a un criado: “Ve a buscar a tu señora y dile: ‘El rey me manda que te invite a su presencia para que veas al mono prodigioso’ ”. El eunuco se marchó y volvió acompañado por su señora, la hija del rey.

”En cuanto ésta me miró se cubrió el rostro y exclamó: “¡Padre! ¿Cómo te

ha podido pasar por la mente el enviarme a buscar para que me vean hombres extraños?" "¡Hija! Sólo están conmigo este mameluco, aún niño, el eunuco que te ha educado y este mono; yo soy tu padre. ¿Por quién te pones el velo?" "Este mono es hijo de un rey que se llama Imar, que es dueño de las islas interiores del Ébano; está encantado; ha sido el *efrit* Chirchis, uno de los descendientes de Iblis, quien lo ha metamorfoseado; antes había matado a su esposa, hija del rey Agnanrus. Éste, de quien afirmas que es un mono, es un hombre sabio, inteligente."

» El rey quedó perplejo ante lo que le decía su hija y, mirándome, me preguntó: "¿Es cierto lo que ha dicho?" "Sí", contesté con la cabeza y echándome a llorar. El rey preguntó a su hija: "¿Cómo supiste que está encantado?" "¡Padre! Cuando era niña tenía a mi lado una vieja muy lista, una bruja, que me enseñó esta ciencia. Aprendí de memoria y bien más de ciento setenta procedimientos. El más sencillo me permitiría trasladar todas las piedras de tu ciudad detrás del monte Qaf o transformarla en un mar o convertir a todos sus habitantes en peces." "Te ruego, en nombre de Dios, que vuelvas a su primitivo estado a este joven para que pueda nombrarle mi visir. ¿Puedes tener tales conocimientos sin que yo me haya enterado? Libértalo; lo haré mi ministro, pues es un muchacho agradable, inteligente." "De buen grado." Cogió con su mano un cuchillo…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el *saaluk* prosiguió:] « … que tenía escritas algunas palabras hebreas, trazó con él una circunferencia en cuyo interior escribió unos nombres y talismanes, pronunció unas palabras, leyó otras que no se entendían y después de un rato se oscureció todo el alcázar hasta el punto que creímos que el mundo se había desplomado encima de nosotros. De repente apareció el *efrit* en la peor de las figuras: sus manos parecían rastrillos; sus pies, columnas; sus ojos, un par de tizones echando chispas. Todos nos atemorizamos. La hija del rey le dijo: "No eres bien recibido". El *efrit*, que parecía un león, respondió: "¡Traidora! ¿Cómo rompes el juramento? ¿No nos comprometimos a que ninguno de nosotros se interferiría en el camino del otro?" "¡Maldito! ¿Cuándo te hice tal juramento?" "¡Coge lo que te viene!", y en el acto se transformó en un león, abrió la boca y se lanzó sobre la joven; pero ésta cogió uno de sus cabellos, musitó algo encima de él y lo transformó en una espada afiladísima con la que dio tal mandoble al león que lo partió en dos mitades; la de la cabeza se transformó en un escorpión.

» La joven tomó entonces la figura de una gran serpiente y se lanzó contra el maldito que se mantenía en forma de escorpión. Ambos iniciaron un gran combate. El escorpión se transformó en un buitre y la serpiente en un águila que

se lanzó en su persecución; ésta duró cerca de una hora. El buitre se convirtió en un gato negro y la joven en un lobo, continuando la lucha en el castillo durante otra hora en un combate ininterrumpido. Cuando el gato vio que iba a ser vencido se transformó en una granada roja, grande, y se cayó en un estanque. El lobo se lanzó a por ella, pero ésta se elevó por los aires, cayó en la bóveda del alcázar y se rompió, desperdigándose los granos uno a uno y esparciéndose por el suelo de todo el castillo.

» El lobo se transformó en un gallo y fue recogiendo dichos granos hasta que sólo quedó uno, pero la fatalidad hizo que este grano rodase hasta el lado del surtidor. El gallo empezó a cacarear, a agitar las alas y hacernos señas que no comprendimos; finalmente dio tal quiquiriquí que creímos que el castillo se derribaba encima de nosotros. Buscó por todos los rincones del alcázar hasta dar con el grano, que había caído al lado del surtidor y se lanzó sobre él para recogerlo, pero éste cayó en el agua; el gallo se transformó en un gran pez y se sumergió en su busca estando invisible unos instantes.

» Oímos un grito muy fuerte que nos sobrecogió, y el *efrit* surgió como un tizón al rojo, echando fuego por la boca y por los ojos, y por la nariz humo y fuego; la joven, a su vez, se transformó en una ola de llamas y nosotros intentamos sumergirnos en aquel estanque para salvarnos de ser quemados y morir; pero no pudimos antes de que el *efrit* diese un grito debajo de la masa de fuego que lo envolvía y se precipitase encima de nosotros lanzándonos chorros de llamas; la joven lo alcanzó y le lanzó torrentes de fuego. Las chispas de ambos nos caían encima; las de ella no nos quemaban, pero sí en cambio las de él: una me alcanzó en el ojo y me lo estropeó cuando aún era un mono; otra alcanzó la cara del rey y le quemó la barba, el mentón y la mandíbula, haciéndole perder algunos dientes; una tercera dio en el pecho del eunuco, quemándole y matándolo en el acto. Estábamos ciertos de que íbamos a morir y habíamos perdido la esperanza de continuar en este mundo.

» En esta situación oímos que alguien decía: "¡Dios es el más grande! ¡Dios es el más grande! ¡Mi Señor ha conquistado y ha vencido envileciendo a quien no creía en la religión de Mahoma, Señor de los humanos!" Quien hablaba era la hija del rey, que nos señalaba al *efrit*. Miramos y vimos que era un montón de cenizas. Acercándose a nosotros dijo: "Dadme una taza de agua". Se la entregaron, pronunció encima unas palabras que no comprendí y me roció con ella diciendo: "¡Por la verdad de la Verdad, por el poder del mayor nombre de Dios, vuelve a tu forma primitiva!" En el acto me convertí en el mismo ser humano que era antes, pero quedé tuerto.

» La joven dijo: "¡Padre! El fuego es el fuego. No puedo sobrevivir, ya que no estaba acostumbrada a combatir con los genios. Si hubiese sido un ser humano lo habría matado en seguida; el momento más peligroso ha sido aquel en que huyendo de mí se ha transformado en una granada, mejor dicho, cuando

habiendo recogido ya todos los granos no he acertado a encontrar aquel en que estaba el espíritu del *efrit*: si lo hubiese engullido éste habría muerto en el acto, pero la fatalidad no ha permitido que yo le viese a tiempo y él ha podido recuperarse; he tenido que luchar debajo del suelo, en el aire y en el agua, y a cada nuevo embrujo que él encontraba yo contestaba con otro más poderoso, hasta que él ha recurrido al capítulo del fuego. Es muy raro que alguien escape con vida una vez empleado este sistema, pero la suerte me ha ayudado y he conseguido quemarle antes que él a mí; él no profesaba el islamismo. También yo he quedado malparada. ¡Dios os asista en mi lugar!"

» Continuó pidiendo auxilio frente al fuego. De repente saltaron unas chispas negras que le subieron hasta el pecho y la cara. Cuando llegaron a ésta rompió a llorar y dijo: "¡Atestiguo que no hay dios sino el Dios! ¡Atestiguo que Mahoma es el mensajero de Dios!" Cuando nos dimos cuenta ya se había transformado en un montón de cenizas al lado del *efrit*. Nos entristecimos por ella, y de buen grado hubiese ocupado su lugar para no haber visto aquel rostro radiante, que me había hecho tanto bien, transformarse en un montón de ceniza. ¡El decreto de Dios no puede rechazarse! Cuando el rey vio que su hija se había transformado en un montón de cenizas se arrancó la poca barba que aún le quedaba, abofeteó la cara y desgarró sus vestidos. Yo le imité y ambos lloramos por ella.

» Al cabo de un rato se presentaron los chambelanes y los magnates del reino y vieron al sultán fuera de sí y a su lado el montón de ceniza. Quedaron perplejos y dieron unas vueltas alrededor del soberano. Éste, cuando se hubo recobrado, les refirió lo ocurrido entre su hija y el *efrit*: la aflicción fue grande y las mujeres y las jóvenes profirieron fúnebres alaridos; y llevaron duelo durante siete días. Transcurridos éstos, el rey mandó que se construyese encima del montón de cenizas de su hija una gran cúpula en la que se encendieron velas y candiles. Las cenizas del *efrit*, en cambio, las aventaron al aire e invocaron, en contra suya, la maldición de Dios.

» El sultán cayó enfermo y estuvo a punto de morir de una enfermedad que duró un mes, después del cual recuperó la salud, me mandó a buscar y me dijo: "¡Joven! Nuestra vida transcurrió plácida y tranquilamente al margen de las calamidades del tiempo hasta el momento en que tú llegaste y nos trajiste los sinsabores. ¡Ojalá no hubiésemos visto jamás ni a ti ni a tu maldita estrella! Por ti me he visto privado, en primer lugar, de mi hija, la cual valía más que cien hombres; en segundo, he sufrido una serie de quemaduras, he perdido mis dientes y he visto la muerte de mi criado. Tú no eres el culpable; ha ocurrido porque Dios dispuso que así ocurriese. ¡Loado sea por haber permitido que te desencantase y que muriese! ¡Vete de mi país, hijo mío, pues ya basta con las desgracias que nos has traído! Todo eso ha sido decidido contra nuestra voluntad. ¡Vete en paz!"

» Me aparté de su lado sin estar seguro de salvarme, pues no sabía adónde

dirigirme, y pasó por mi mente todo lo que me había ocurrido: cómo me había salvado en el camino de los árabes y había estado andando durante un mes; recordé cómo había entrado en la ciudad, siendo extraño, y el modo de tropezar con el sastre; cómo me había reunido con la joven debajo de tierra y cómo me había salvado de las garras del *efrit* cuando ya estaba decidido a matarme; recordé todo lo que me había ocurrido desde el principio hasta el fin, y di gracias a Dios diciendo: "¡Más vale perder el ojo que perder la vida!"

» Antes de salir de la ciudad entré en el baño y me afeité la barba. Después, oh señora, me vine, pero cada día lloro y medito en las desgracias que hicieron que me quedase tuerto, recuerdo todo lo que me ha ocurrido, me desahogo y recito estos versos:

Estoy perplejo, no cabe duda, con mis asuntos. ¡Por el Clemente! Me han llegado pesares que no sé de donde proceden.
Tendré paciencia para que las gentes sepan que fui sufrido con cosas más amargas que la mirra.
¡Cuán hermosa es la bella paciencia que proviene de la fe! Lo que el Señor destina a las criaturas, ocurre.
El más íntimo de mis secretos lo expresa mi rostro, ya que lo más recóndito de mi pensamiento lo constituye tu secreto que yace en mi interior.
Si lo que yo encierro reposase en las montañas, las aplastaría; si en el fuego, lo apagaría, si en el viento, éste no correría.
Si hay alguien que dice que el tiempo trae las alegrías, es que deben de existir días más amargos que la hiel.

» Empecé a viajar por los países, visité capitales y me dirigí hacia la ciudad de la paz, Bagdad, para buscar al Emir de los creyentes y contarle lo que me ha ocurrido. Esta noche he llegado a Bagdad y me he encontrado con mi hermano, éste, el primero, que estaba perplejo, y le dije: "¡La paz sea sobre ti!", y empecé a conversar con él. Entonces apareció nuestro tercer hermano, que se acercó y nos dijo: "¡La paz sea sobre vosotros! Soy un extranjero". "Nosotros también lo somos, pues hemos llegado en esta bendita noche." Los tres, juntos, empezamos a deambular sin que ninguno de nosotros supiese la historia del otro. El destino nos ha traído a vuestra puerta y hemos entrado a haceros compañía. Ésta es la causa de que tenga la barba afeitada y de que me falte un ojo» .

La dueña dijo: « Tu historia es portentosa. Pásate la mano por la cabeza y sigue tu camino» . « No me iré hasta haber oído el relato de mi compañero.» El tercer *saaluk* se adelantó.

Refirió: « ¡Excelsa señora! Mi relato no se parece al de mis dos compañeros, pero es más admirable aún. A éstos todo se lo ha causado el Destino y la suerte, pero la causa de que yo lleve pelado el mentón y haya perdido un ojo nace de mí, que fui el causante de las penas de mi corazón. En efecto, soy rey e hijo de un rey. Mi padre murió y heredé su reino: goberné, fui justo y favorecí a mis súbditos. Yo tenía pasión por los viajes marítimos y mi ciudad estaba situada en la orilla del mar, de un mar amplio, y a nuestro alrededor había una serie de islas preparadas para la defensa. Quise inspeccionar dichas islas y embarqué en una escuadra de diez buques tomando provisiones para un mes. Viajé durante veinte días hasta que una noche empezaron a soplar vientos encontrados; apareció la aurora, el viento amainó y se calmó el mar hasta el punto de que apareció el sol y divisamos una isla. Desembarcamos, preparamos algo para comer, almorzamos y permanecimos en ella dos días.

» Volvimos a viajar durante un par de días, pero a nosotros y al arráez nos parecían desconocidos aquellos lugares; éste estaba desconcertado. Dijimos al vigía: “Otea el mar con atención”. Subió al palo y al cabo de un rato bajó y dijo al arráez: “He visto, a mi diestra, peces en la superficie del agua. Fijándome en el mar, he visto a lo lejos una mole negra que unas veces parece negra y otras blanca”. Cuando el arráez hubo oído las palabras del vigía tiró su turbante al suelo, se mesó la barba y dijo a los reunidos: “¡Buena noticia! ¡Disponeos todos a morir, pues no hay salvación para ninguno de nosotros!” Rompió a llorar y todos nosotros le imitamos.

» Le preguntamos: “¡Arráez! ¡Infórmanos de lo que ha visto el vigía!” “¡Señor! Sabed que el día en que soplaron los vientos encontrados perdimos la derrota. El huracán no se calmó hasta la llegada de la aurora. Tuvimos dos días de calma en el mar y navegamos a la suerte durante once días a contar de aquella noche sin que soplase un viento que nos condujese hacia nuestro destino. Mañana llegaremos al monte de la piedra negra llamada piedra magnética, pues las aguas nos llevan, a la fuerza, en esa dirección. El buque se desintegrará, pues todos sus clavos serán atraídos hacia el monte y se adherirán a él, ya que Dios ha dotado a la magnetita de un poder oculto que es el siguiente: todos los objetos de hierro son atraídos por ella. En esa montaña hay tan gran cantidad de hierro que sólo la conoce Dios (¡ensalzado sea!). Desde lo más antiguo del tiempo han naufragado aquí numerosos buques, siempre por causa de dicho monte.

» ”Detrás de ese mar hay una cúpula de cobre amarillo que se sostiene sobre diez columnas; encima de la cúpula se encuentra un jinete montado sobre un caballo de bronce; sostiene en la mano una lanza del mismo metal y lleva, colgada en su pecho, una lámina de plomo que tiene grabados los nombres y los talismanes. Mientras dicho jinete se mantenga a caballo irán naufragando los

buques que pasen por sus inmediaciones, perecerán todos sus pasajeros y se amontonará todo el hierro que contengan las embarcaciones. No habrá salvación mientras el jinete no se caiga de encima de su montaña.”

» El arráez, señora, se echó a llorar a lágrima viva; estuvimos seguros de que estábamos perdidos sin remedio, y cada uno de nosotros se despidió de sus amigos. Al amanecer nos acercamos al monte hacia el que las aguas nos conducían irresistiblemente. Cuando el buque estuvo en sus inmediaciones los clavos se desclavaron y corrieron, junto con todo el hierro, a reunirse a la magnetita. Dimos vueltas en torno del mismo hasta el fin del día, pues las naves se habían destrozado. Entre nosotros hubo quien se salvó y hubo quien se ahogó, pero éstos fueron la mayoría. Los que nos salvamos no pudimos reunimos, pues las olas y los vientos nos habían aturdido. A mí, señora, Dios (¡ensalzado sea!) me salvó para destinarme mayores penas, sufrimientos y calamidades: conseguí sujetarme a un madero que el viento y las olas condujeron al monte; en éste encontré un camino que conducía a la cumbre y que tenía el aspecto de una serie de peldaños tallados en la roca. Invoqué a Dios (¡ensalzado sea!)» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el tercer *saaluk* continuó refiriendo a la joven, mientras los asistentes seguían atados y los esclavos continuaban en pie con las espadas encima de sus cabezas: « Invoqué a Dios, le supliqué y le rogué; después emprendí el ascenso al monte, que realicé sin tropiezos, alegrándome mucho porque no me había ocurrido ningún percance; no encontré más refugio que la cúpula, en la que entré y en la que hice dos postraciones en acción de gracias a Dios por haberme salvado.

» Después de quedar dormido en su interior oí una voz que decía: "¡Hijo del generoso! Cuando hayas terminado de dormir, cava debajo de tus pies: encontrarás un arco de cobre y tres flechas de plomo en las cuales están inscritos los talismanes. Coge el arco y las flechas, ataca al caballero que está encima de la cúpula y libra a las gentes de estas grandes calamidades. Cuando hagas blanco en el caballero, éste caerá en el mar y el arco se te escapará de la mano. Recógelo y entiérralo en el mismo lugar. En seguida se desbordarán las aguas y subirán hasta cubrir el monte; en ellas habrá una lancha con una persona que no será la que tú hayas herido; se te acercará con un remo en la mano; embarca, pero no menciones el nombre de Dios (¡ensalzado sea!). Te aceptará y te llevará durante diez días hasta que llegues al mar de la Salvación. En éste encontrarás quien te conduzca a tu país. Todo esto se realizará siempre que no menciones el nombre de Dios".

» Al despertarme de mi sueño me dirigí hacia el agua e hice lo que se me había inspirado, ataqué al caballero y le lancé las flechas. Cayó al mar al tiempo en que el arco resbalaba de mi mano. Lo recogí, lo enterré y el océano empezó a agitarse y a crecer hasta alcanzar la altura del monte en que yo me encontraba, pero no tardé ni un instante en ver una lancha, en medio del mar, que se acercaba. Di las gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y cuando estuvo junto a mí vi un hombre de cobre en cuyo pecho lucía una lámina de plomo cuajada de nombres y talismanes; embarqué en silencio y no dije palabra ni el primero, ni el segundo, ni el tercer día, ni en el transcurso de las diez jornadas, hasta ver las islas de la Salvación. Me alegré enormemente y por la misma alegría que me embargaba recordé y mencioné el nombre de Dios; dije: "¡No hay dios sino el Dios! ¡Dios es el más grande!" Apenas acababa de pronunciarlo, el autómata me tiró de la lancha al mar y emprendió el regreso.

» Sabía nadar y lo hice por todo el día hasta la llegada de la noche, momento en que mis brazos quedaron exhaustos y mis espaldas deshechas. Estaba a disposición de la muerte y recité la profesión de fe, pues estaba seguro de mi fin. Un viento fortísimo sopló sobre la superficie del agua, y una ola semejante a una gran ciudadela me levantó y me arrastró con ella a la superficie de la tierra, puesto que así lo había dispuesto Dios. Remonté la playa, escurrí mis vestidos, los puse en el suelo para que se secasen y me dormí.

» Al despertar me puse la ropa y me dediqué a observar por dónde me iría. Vi un valle al que me dirigí y lo recorrí, dándome cuenta de que el lugar en que me encontraba era una pequeña isla rodeada por el mar. Me dije: "Cada vez que escapo de una desgracia caigo en otra mayor". Mientras que estaba pensando en lo que me sucedía y deseaba morir de una vez, vi un buque repleto de gente. Me incorporé y subí a un árbol. El navío tocó tierra y desembarcaron diez esclavos que llevaban palas. Emprendieron la marcha hasta llegar al centro de la isla, cavaron en el suelo y pusieron al descubierto una losa. La levantaron y abrieron

una puerta, llevando inmediatamente, desde el buque, pan, harina, manteca, miel, carneros y todo lo que podía necesitar quien allí viviese. Los esclavos no paraban de andar del buque a la puerta del subterráneo llevando lo que sacaban de la nave a la mazmorra, y así siguieron hasta que hubieron transportado todo lo que llevaba el buque. Después sacaron trajes de los mejores.

» En medio iba un jeque, anciano, decrépito, que había vivido mucho y al que el tiempo había señalado dejándole exhausto. De la mano de aquel jeque iba un niño que había sido vaciado en el molde de la hermosura y que vestía la ropa de la perfección hasta el punto de que su belleza debía ser fuente de refranes. Era una fértil rama capaz de prender todos los corazones con su belleza y de arrastrar todos los entendimientos con su perfección. No cesaron de andar, ¡oh señora!, hasta que llegaron al subterráneo, en cuyo interior los perdí de vista. Cuando se hubieron ido bajé del árbol y me dirigí al lugar en que estaba la trampa; cavé en la tierra, la empecé a quitar y fui paciente hasta que conseguí quitarla por completo y apareció la losa; ésta era de madera y del tamaño de una piedra de molino. La levanté y apareció debajo una escalera de piedra. Me admiré mucho y descendí por ella hasta llegar a su fin.

» Me encontré en un lugar maravilloso: en un jardín, luego en otro y en otro… y así hasta totalizar treinta y nueve. En cada jardín vi tantos árboles, riachuelos, frutos y tesoros, que es imposible describirlos. Finalmente encontré una puerta y me dije: "¿Qué debe de haber en este lugar? No me queda más remedio que abrirla y ver lo que está detrás". Encontré un caballo ensillado, embridado y atado. Lo desaté, monté y emprendió el vuelo conmigo dejándome en una azotea. Descabalgué y él, con la cola, me dio un golpe con el que me vació un ojo y en el acto huyó. Bajé de la terraza y me encontré con diez jóvenes tuertos. Al verme, dijeron: "¡En mala hora llegas!" "¿Me permitís que me quede con vosotros?" "¡Por Dios! ¡No!" Los dejé con el corazón triste y lloroso. Dios me ha protegido hasta mi llegada a Bagdad, en donde me he afeitado el mentón convirtiéndome en *saaluk*. Encontré a estos dos tuertos, los saludé y les dije: "Soy extranjero". "Y nosotros también." Ésta es la causa de la pérdida de mi ojo y de que carezca de barba» .

La dueña dijo: « Pasa tu mano por la cabeza y vete» . « No me iré hasta haber oído el relato de aquéllos.» « La joven se volvió hacia el Califa, Chafar y Masrur, y les dijo: « Contadme vuestra historia» . Chafar se adelantó y repitió lo que había dicho a la portera en el momento de entrar. Cuando hubo oído su relato la joven exclamó: « Os concedo la vida a unos y a otros» .

Salieron juntos, y cuando estuvieron en la calle el Califa preguntó a los *saaluk*: « ¿Dónde iréis?» « No tenemos idea.» « Venid a pasar la noche con nosotros.» Añadió dirigiéndose a Chafar: « Cógelos y me los traes esta noche; ya veremos lo que pasa» . Chafar cumplió lo que el Califa le había mandado y éste se dirigió a su palacio, pero no pudo conciliar el sueño durante el resto de la

noche.

Al día siguiente se sentó en el trono del Imperio, recibió a los magnates del reino y cuando éstos se hubieron marchado, se dirigió a Chafar y le ordenó: «Tráeme a las tres jóvenes, a las dos perras y a los *saaluk*». Chafar salió a buscarlos y se los presentó: las jóvenes entraron cubiertas con sus velos. Aquél, volviéndose a ellas, les dijo: «Os perdonamos por el bien que nos hicisteis sin conocernos; pero os informo que estáis en presencia del quinto de los Banu Abbas, Harún al-Rasid. ¡Decid toda la verdad!» Al oír las palabras de Chafar como portavoz del Emir de los creyentes, se adelantó la mayor y dijo: «¡Emir de los creyentes! Si nuestra historia se escribiese con una aguja en el lagrimal constituiría una enseñanza para quien quisiera sacar provecho».

LA PRIMERA JOVEN

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la primera joven] refirió: «Mi relato es maravilloso. Estas dos perras son mis hermanas de padre, pero no de madre. Al morir nuestro progenitor dejó cinco mil dinares. Yo era la más pequeña. Mis dos hermanas prepararon sus ajuares y se casaron, cada una con un hombre, pero seguimos conviviendo durante algún tiempo. Después sus esposos quisieron emprender un negocio y retiraron una dote de mil dinares, poniéndose en viaje con sus esposas y dejándome sola. Estuvieron ausentes durante cuatro años en los cuales perdieron la dote y ellos mismos desaparecieron, abandonándolas en un país cualquiera. Vinieron a mi encuentro como dos pordioseras; al verlas no las reconocí y me aparté de ellas, pero cuando me di cuenta de quiénes eran les pregunté: "¿Cómo estáis aquí?" "Hermana: de nada sirve hablar ahora, pues la pluma ha escrito lo que Dios tenía dispuesto." Las envié al baño, di a cada una un vestido y les dije: "Vosotras sois las mayores y yo soy la más pequeña; haréis, junto a mí, las veces de padre y madre. La parte de herencia que me tocó, al mismo tiempo que a vosotras, ha sido bendecida por Dios y ha aumentado considerablemente; viviremos, juntas, de sus rentas".

» Las traté muy bien y permanecieron conmigo durante un año entero, al fin del cual me dijeron: "Preferimos vivir casadas y no sabemos resignarnos a pasarnos sin el matrimonio". "¡Hermanas! No veáis en él un bien mayor, pues pocos son en este tiempo los hombres dignos." No quisieron escucharme, pues la idea de casarse las obsesionaba, y lo hicieron sin mi consentimiento. Con mi

dinero les hice el ajuar, les entregué los velos y se fueron con sus maridos, pero al cabo de poco tiempo éstos las burlaron y, apoderándose de cuanto tenían, emprendieron un viaje y las abandonaron.

» Volvieron desnudas a mi casa, me pidieron perdón y dijeron: "No nos riñas, porque siendo la más pequeña en edad eres la mayor en entendimiento. ¡Jamás volveremos a acordarnos del matrimonio!" "¡Bien venidas, hermanas! ¡Nada tengo más querido que vosotras!" Las besé, las traté con mucha magnanimidad y así seguimos durante otro año entero. Pensé en fletar un buque hasta Basora y tomé uno grande en el que cargué mercancías, equipajes, todo lo que podía necesitar, y les pregunté: "¡Hermanas! ¿Queréis quedaros en casa hasta que yo regrese del viaje, o preferís venir conmigo?" "Iremos contigo, pues no sabríamos soportar tu ausencia." Nos fuimos juntas, pero antes yo había partido mis bienes en dos mitades tomando una de ellas y ocultando la otra, pues me dije: "Si sucede una desgracia al buque y salvamos la vida, cuando regresemos encontraremos algo que nos será de utilidad". No cesamos de viajar día y noche, pero el arráez equivocó la ruta, nos extraviamos con el buque y nos adentramos por un mar distinto del que queríamos, sin darnos cuenta de ello durante cierto tiempo.

» El viento nos fue favorable durante diez días, al cabo de los cuales distinguimos una ciudad en la lejanía. Preguntamos al arráez: "¿Qué nombre tiene esa ciudad que hemos avistado?" "¡Por Dios, que no lo sé! No la he visto jamás y nunca, en mi vida, he cruzado este mar. Las cosas han ocurrido favorablemente y no nos falta más que entrar en la ciudad, exponer vuestras mercancías y, si hay demanda, venderlas." Se alejó un rato, al cabo del cual se acercó a nosotras y dijo: "Dirigíos a la ciudad y admiraos de lo que Dios puede hacer con sus criaturas; procurad no incurrir nunca en su enojo". Desembarcamos y vimos que todos los seres que había en ella habían sido transformados en piedras negras. Quedamos estupefactas al verlo; recorrimos los zocos y vimos las mercancías, el oro y la plata intactos; admiradas, nos decíamos que la causa de que tales cosas ocurrieran debía ser prodigiosa.

» Nos dispersamos por las calles de la ciudad sin preocuparse nadie de su compañero, e íbamos en pos de las riquezas y de las ropas que se encontraban. Yo subí a la ciudadela y vi que estaba muy bien hecha. Penetré en el palacio del rey y encontré gran número de instrumentos de oro y de plata; más adelante encontré al rey sentado entre sus chambelanes, sus servidores y sus visires; llevaba vestidos tan ricos que el entendimiento quedaba perplejo al contemplarlos. Acercándome vi que estaba sentado en un trono con incrustaciones de perlas y pedrería; cada perla brillaba como si fuese una estrella; su vestido estaba bordado en oro y a su alrededor, en pie, había cincuenta mamelucos que vestían los más diversos tejidos de seda y tenían, en la mano, espadas desenvainadas: mi razón quedó estupefacta al ver todo esto. Seguí

andando y entré en el harén: sus paredes estaban cubiertas por velos de seda, y la reina llevaba un vestido recamado con magníficas perlas; ceñía su cabeza una diadema coronada por toda clase de piedras preciosas; en su cuello se veían collares y cintas. Todo lo que llevaba, tejidos y piedras preciosas, se conservaban intactos, pero ella se había convertido en una piedra negra.

» Vi una puerta abierta, la crucé y me encontré con una escalera de siete peldaños; la subí y me encontré en una habitación de mármol, cuyo suelo recubrían alfombras tejidas en oro; había en ella un estrado de porcelana con incrustaciones de perlas y pedrería. Noté que había una luz brillante a un lado, y me dirigí a ella: vi que se trataba de un brillante precioso del tamaño de un huevo de avestruz, que lucía encima de un pequeño estrado; daba tanta luz que parecía una lámpara, y aquella luz se reflejaba por doquier; el lecho estaba cubierto por toda clase de sedas, en tal número que la vista quedaba atónita. Al verlo quedé absorta, pero a un lado distinguí unas velas encendidas y me dije: "Alguien las debe haber encendido". Seguí andando hasta entrar en otro departamento y seguí inspeccionando por todas partes, olvidándome de mí misma ante el estupor y la admiración que todo aquello me producía, y tuve la mente fija en lo que veía hasta que llegó la noche.

» Quise salir, pero no supe encontrar la puerta, pues había perdido la noción del lugar en que se encontraba. Volví al sitio en que estaban las velas encendidas, me senté en el lecho, me cubrí con la colcha después de haber recitado una parte del Corán y quise dormirme, pero no pude: la inquietud hizo presa en mí.

» Al mediar la noche oí que una voz hermosa, agradable, recitaba el Corán. Me volví hacia aquel lugar y vi una puerta abierta. La crucé y me encontré en un oratorio repleto de arañas encendidas. Había tendida una alfombra de oraciones en la cual estaba sentado un joven de hermoso aspecto. Me extrañé de que él viviera, a diferencia de todos los habitantes de la ciudad. Me acerqué, lo saludé, levantó su mirada y me devolvió el saludo. Le dije: "Te ruego, ¡por la verdad de la parte que recitabas del Libro de Dios!, que contestes a mi pregunta". El joven sonrió y replicó: "Explícame antes cómo has llegado a este lugar, y yo te contestaré a todo lo que preguntes acerca de él". Le conté lo que a mí hacía referencia y se admiró de ello. En seguida le pregunté por la historia de la ciudad y me contestó: "Espera un momento". Cerró el Corán, lo guardó en un estuche de raso y me hizo sentar a su lado. Le contemplé: era la luna llena: líneas finas, esbelto, de mirada brillante, talle distinguido, mejillas frescas y pómulos relucientes. Parecía que fuera el aludido en estos versos:

Por la noche observó los astros y se le presentó aquel joven que se cimbreaba en sus vestidos.
Saturno le había dado sus negras trenzas; el almizcle había adornado sus mejillas con un lunar.

Marte las había coloreado de rojo, mientras Sagitario lanzaba flechas desde sus cejas.

Mercurio le había dado ingenio en exceso, mientras que Suhá[36] rechazaba las miradas que le dirigían los censores.

El astrólogo quedó perplejo ante tal horóscopo y la luna llena besó la tierra delante de aquella beldad.

» Le lancé una mirada que me causó mil suspiros y que transformó todo mi corazón en una brasa ardiente. Le dije: "¡Mi señor! Explícame lo que te he preguntado". "De buen grado: Esta ciudad pertenece a mi padre, a todos sus cortesanos y a sus súbditos. Es el rey que has visto sentado en su trono y transformado en una piedra. La reina, a la que también viste, es mi madre. Todos eran magos y adoraban al fuego prescindiendo del Rey Todopoderoso; juraban por el fuego, por la luz, por las tinieblas, por el calor y por las esferas en que giran. Mi padre estuvo mucho tiempo sin hijos; yo nací cuando ya era viejo. Me educó con esmero algunos años que transcurrieron en la más completa felicidad. Teníamos con nosotros una vieja, muy anciana, que era musulmana y que creía en Dios y en su Enviado en lo más profundo de su corazón, aunque exteriormente seguía la religión de mis conciudadanos. Mi padre la apreciaba porque la veía fiel y recta; la honraba y la distinguía. Como creía que pertenecía a su misma religión, cuando fui mayor me entregó a ella y le dijo: 'Cógelo; instrúyelo y enséñale nuestra religión; esmérate en su educación y quédate a su servicio'.

» "La vieja me enseñó la religión islámica: la purificación y las reglas canónicas acerca de las abluciones y la oración, y me hizo aprender de memoria el Corán. Cuando hubo terminado me dijo: 'Hijo mío. Oculta todo esto delante de tu padre y no se lo expliques para que no me mate'. Se lo callé y así continuaron las cosas durante un plazo de pocos días, al cabo de los cuales la vieja murió. La incredulidad, el engreimiento y el extravío de los habitantes de la ciudad fueron en aumento, y un día, cuando estaban en sus quehaceres habituales oyeron a un almuédano que clamaba con lo más fuerte de su voz, que parecía un trueno retumbante y al que oyeron los próximos y los lejanos: '¡Gentes de esta ciudad! ¡Dejaos de adorar al fuego! ¡Adorad al Rey Todopoderoso!'

» "Todos los habitantes quedaron sobrecogidos de temor y corrieron a reunirse con mi padre, el rey de la ciudad. Le preguntaron: '¿Qué ha sido esa voz aterradora que hemos oído y cuya fuerza nos ha impresionado?' 'No os debe atemorizar ni asustar ni apartaros de vuestra religión ninguna voz.' Sus corazones siguieron lo que les había dicho mi padre, no interrumpieron el culto del fuego y siguieron en su desvarío durante el lapso de un año, hasta llegar el aniversario de la fecha en que habían oído la primera advertencia. Ésta volvió a dejarse oír por segunda vez y aún por tercera al cabo de tres años, siempre a razón de una vez por año; pero ellos siguieron su vida normal hasta que un día después de la

aparición de la aurora cayó sobre ellos el enojo y la cólera de los cielos y fueron transformados en piedras negras; lo mismo ocurrió con sus animales de carga y con sus ganados. Yo fui el único que escapó a su suerte, y desde el día en que aconteció dicho hecho vivo en esta situación: rezando, ayunando y recitando el Corán. Estoy harto de esta soledad, pues no tengo a nadie que me haga compañía."

» Entonces contesté: "¡Joven! ¿Quieres venirte conmigo a la ciudad de Bagdad, en donde podrás saludar a los sabios y a los alfaquíes y podrás aumentar tus conocimientos y tu ciencia? Seré tu esclava, a pesar de que soy una persona de importancia en mi país, de que doy órdenes a hombres, criados y pajes. Tengo un buque cargado de mercancías. Han sido los decretos del Altísimo los que nos han traído a esta ciudad dando así lugar a que nos conociésemos y nos encontrásemos". No paré de insistir hasta que aceptó» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después se apoderó de ella el sueño y durmió toda aquella noche a los pies del príncipe sin saber dar crédito a la gran felicidad que sentía. Refiere la narradora: « Cuando amaneció nos pusimos en pie, entramos en los depósitos y cogimos lo que no pesaba y tenía mucho valor. Abandonamos el palacio y nos dirigimos hacia la ciudad, en la que encontramos a mis esclavos y al arráez que me buscaban. Al verme se alegraron y me preguntaron el porqué de mi ausencia. Les informé de lo que había visto y les referí la historia del joven, la causa del sortilegio que afligía a los habitantes de dicha ciudad y de lo que les había ocurrido. Quedaron admirados de todo esto. Cuando mis dos hermanas vieron a mi lado a aquel joven concibieron celos de mí, se irritaron y pensaron en la manera de perderme.

» Embarcamos mientras yo estaba siempre más alegre gracias a la compañía de aquel joven. Permanecimos en espera de un viento favorable y cuando éste sopló, desplegamos las velas y emprendimos el viaje. Mis dos hermanas seguían a nuestro lado, pero hablaban entre ellas. Me preguntaron: "¡Hermana! ¿Qué harás con este hermoso joven?" "Mi propósito es tomarle por esposo." Me volví hacia él y le dije: "Señor, quiero decirte algo; no me contraríes". "De buen grado." Volviéndome a mis hermanas les dije: "Me basta con este joven. Os doy todas las riquezas". "Obras correctamente", respondieron, aunque en su interior seguían malpensando.

» Navegamos con buen viento hasta salir del Mar del Terror y entrar en el de la Esperanza; cruzamos éste en unos cuantos días y nos acercamos a la ciudad de Basora, cuyos edificios divisamos a la caída de una tarde. Cuando nos hubimos dormido, mis hermanas cogieron nuestro lecho y nos arrojaron al mar. El joven,

que apenas sabía nadar, se ahogó, pues Dios lo había inscrito en el número de los mártires así como a mí me había prescrito que me salvaría, pues en el momento en que caí en el agua Dios me proporcionó un pedazo de madera en el que me monté. Las olas me azotaron hasta que por fin me lanzaron en la playa de una península. Recorrí ésta durante toda la noche, y cuando amaneció encontré un camino en el que se veían huellas del tamaño de los pies de un hombre; este camino iba desde la península a la tierra firme.

» Cuando subió el sol limpié mis vestidos y emprendí la marcha hasta llegar a las proximidades de la ciudad; entonces vi una culebra que se me acercaba perseguida por una víbora que quería matarla mientras aquélla sacaba la lengua por lo muy fatigada que estaba. Me apiadé de ella, cogí una piedra y la lancé a la cabeza de la víbora, que murió en el acto. La culebra extendió un par de alas y se remontó por los aires. Admirada de todo esto y como estuviese cansada, me senté y dormí un instante en aquel sitio. Al despertar encontré a mis pies una joven que los acariciaba. Me senté, avergonzada, y le pregunté: "¿Quién eres? ¿Qué te ocurre?" "¡Qué fácilmente me has olvidado! Tú me has hecho un favor y has matado a mi enemigo: soy la culebra a la que has salvado de la víbora: soy un genio al igual como la víbora que me perseguía, que era mi enemigo y del cual tan sólo tú me has salvado. En cuanto me libraste de él me eché a volar por el viento, me dirigí a la embarcación de la cual te habían arrojado tus hermanas y trasladé todo lo que transportaba a tu casa, y la hundí; a tus hermanas las he transformado en dos perras negras, puesto que sé todo lo que te ha sucedido con ellas; el joven se ha ahogado". Dicho esto me transportó, junto con las perras, a la terraza de mi casa y en ésta, en su centro, pude ver todos los bienes que transportaba el buque, pues no se había perdido nada. La serpiente me dijo: "¡Por la verdad grabada en el sello de Salomón! Si no das todos los días a cada una de las perras trescientos azotes, volveré aquí y te transformaré en otra perra". "De buen grado." Por esta causa, oh Emir de los creyentes, nunca me canso de darles los latigazos, pero al mismo tiempo me compadezco de ellas» .

El Califa quedó admirado de lo que había oído, y dirigiéndose a la segunda le preguntó: « ¿Cuál es la causa de los cintarazos que llevas en el cuerpo?»

LA SEGUNDA JOVEN

« ¡Emir de los creyentes! Mi padre, al morir, dejó muchos bienes. Poco tiempo después me casé con un hombre de una de las mejores familias de su tiempo. Viví con él durante un año, al cabo del cual murió y heredé ochenta mil dinares. Cierto día en que estaba sentada se me presentó una vieja de cara arremangada, con las cejas peladas, los ojos lacrimosos, los dientes partidos, mocosa y con el cuello torcido; de ella dijo el poeta:

¡Maldita vieja aquella a la que el diablo contempla y al que ella le enseña los engaños en silencio!
Con su habilidad es capaz de conducir mil mulos descarriados con un solo hilo de araña.

» O como dijo otro poeta:

Es una vieja que tiene por naturaleza la brujería, que considera lícito el pecado que jamás lo será.
Cuando niña, meneó la cola; al ser joven, tiró piedras; al ser mujer fornicó, y llegada a la vejez es alcahueta.

» Cuando entró me saludó y me dijo: "Tengo en mi casa una joven huérfana cuyas bodas se celebran esta noche. Vengo a rogarte —Dios te lo recompensará— que acudas a su matrimonio; está entristecida pues no tiene a nadie más que a Dios (¡ensalzado sea!)". Se echó a llorar y besó mis pies. La misericordia y la compasión se apoderaron de mí y contesté: "¡Conforme!" "Permite que me retire. Volveré a recogerte a la caída de la tarde." Besó mi mano y se fue. Por mi parte me vestí con esmero y me preparé. La vieja volvió, besó mi mano y dijo: "Señora: Las principales damas de la ciudad están ya presentes. Les he anunciado que tú asistirás y se han alegrado; te están esperando". Me levanté y recogiendo a mis damas de compañía fui, al lado de la vieja, hasta una calle en que soplaba el céfiro y que era digna de verse.

» Vimos una puerta de medio punto con una cúpula de mármol de sólida construcción. En su interior había un palacio que arrancaba del suelo y se encaramaba por las nubes. Cuando llegamos a la puerta, la vieja llamó. Se nos abrió, entramos y nos encontramos en un vestíbulo recubierto con tapices, iluminado por candiles encendidos y velas luminosas; se veían, también, joyas y objetos de minerales preciosos. Cruzamos el vestíbulo y llegamos a una sala a la que no se podría encontrar pareja: recubierta con tapices de seda, de ella colgaban candiles encendidos y velas luminosas. En el testero del salón había un estrado de mármol con incrustaciones de perlas y aljófares y, encima, un mosquitero de raso. Salió de él una joven que parecía la luna llena y me dijo: "¡Bien venida, hermana; me has complacido y me has reanimado!" Recitó:

Si la casa hubiese sabido quién era el que la visitó, se hubiese alegrado hubiese sacado buenos auspicios y hubiese besado el lugar en que puso el pie.
Diría en su lenguaje: "¡Bien venidas las gentes nobles y generosas!"

» Luego, sentándose, me dijo: “Tengo un hermano que te ha visto en una fiesta; es un joven más hermoso que yo. Su corazón ha quedado prendado por completo de ti y es él quien ha dado dinero a esta vieja para que te trajese y emplease ardides con el fin de reunirse contigo. Mi hermano quiere casarse contigo de acuerdo con la ley de Dios y de su Enviado. En las cosas lícitas nada hay de pecaminoso”. Cuando oí estas palabras y vi que estaba a gusto en aquella casa respondí a la joven: “De buen grado”. Ésta se alegró, dio unas palmadas, se abrió una puerta y de ella salió un joven que parecía ser la luna. Como dijo el poeta:

Sobresale en él la hermosura. Bendígalo Dios (¡ensalzado sea!), que es quien lo ha modelado y dado forma.
Atesora en sí toda la belleza dispersa; todo el género humano ha perdido la cabeza ante su hermosura.
La lozanía se ha inscrito en sus mejillas: Doy fe de que, prescindiendo de él, la belleza no existe.

» Cuando lo contemplé mi corazón se sintió atraído por él. Se acercó, se sentó y en seguida apareció el cadí acompañado de cuatro testigos. Saludaron, se sentaron y escribieron el acta de mi matrimonio con aquel joven, marchándose a continuación. El muchacho se volvió hacia mí y exclamó: “¡Bendita sea nuestra noche! Señora, tengo que imponerte una condición”. “¿Cuál es, mi señor?” Se levantó, me presentó el Corán y me dijo: “Júrame que nunca elegirás a otro y que no sentirás pasión por ninguno”. Se lo juré. Él se alegró mucho, me abrazó y su amor se apoderó de todo mi ser. Nos acercaron la mesa y comimos y bebimos hasta hartarnos. Llegadas las tinieblas me cogió, se tendió conmigo en el lecho y pasamos toda la noche abrazados. Así continuaron las cosas durante el plazo de un mes, viviendo en la abundancia y en la felicidad.

» Transcurrido este tiempo le pedí permiso para ir al zoco a comprar algunas ropas. Me lo concedió. Me puse mi vestido y salí acompañada por la vieja. Llegué al mercado y entré en la tienda de un joven comerciante al que conocía la anciana. Me dijo: “Es un muchacho muy joven cuyo padre murió dejándole muchos bienes”, y añadió dirigiéndose a él: “Trae las ropas más preciosas que tengas para esta joven”. “De buen grado.” La vieja empezó a elogiarle, por lo que le dije: “No necesito los elogios que de él me haces; lo único que me importa es comprar lo que necesito y volver a casa”. Nos sacó lo que habíamos pedido y se lo pagamos, pero no quiso cobrarlo, pues dijo: “Esto es por la visita que hoy me habéis hecho” Dije a la vieja: “Si no toma el dinero, devuélvele la ropa”. “No aceptaré nada —exclamó el joven—. Todo es un regalo a cambio de un solo beso; un beso vale para mí más que todo lo que hay en mi tienda.” “¿Qué vas a sacar de un beso?”, preguntó la anciana, y añadió dirigiéndose a mí: “Ya has oído

lo que dice este joven. De nada puede perjudicarte el que te dé un beso; en cambio podrás pedirle lo que te apetezca". "¿Es que no sabes que he jurado?" "Deja que te bese; tú estate quieta, y no serás culpable. Recogerás este dinero."

Tan bien me presentó la cosa que al fin metí la cabeza en el saco y accedí. Cerré los ojos, me tapé con el velo de la vista de la gente y él puso su boca, por debajo del velo, sobre mi mejilla. Pero no me besó, sino que me mordió con fuerza y cortó un pedazo de carne de la mejilla. Me desmayé y la alcahueta me recogió en su seno. Cuando volví en mí, vi que la tienda estaba cerrada, que la vieja se mostraba apenada y decía: "¡Dios no ha dejado que pasase a mayores! Ven conmigo a casa y finge que estás enferma. Te llevaré un medicamento que te restañará esta mordedura y te curarás rápidamente". Al cabo de un momento me incorporé profundamente pensativa del lugar en que estaba y llena de temor. Anduve hasta que llegué a casa y fingí que estaba enferma. Mi esposo entró y me preguntó: "¿Qué desgracia te ha sucedido al salir, oh mi señora?" "Me encuentro bien." Me miró y me dijo: "¿Qué es esa herida que tienes en la mejilla? Está en el lugar más terso". "Hoy te he pedido permiso y he salido a comprar ropa. He tropezado con un camello que llevaba una carga de leña que me ha desgarrado el velo y me ha herido en la mejilla como puedes ver. ¡Cuán estrechas son las calles de esta ciudad!" "Mañana visitaré al gobernador, me quejaré y ahorcará a todos los camelleros." "¡Por Dios! No cargues a nadie con mi falta. Iba a caballo de un asno que se desbocó, caí al suelo y tropecé con un leño que me ha desgarrado la mejilla hiriéndome." "Mañana iré a ver a Chafar, el barmekí; le contaré lo ocurrido y matará a todos los arrieros de esta ciudad." "Pero ¿vas a matar a todo el mundo por mi culpa? Esto me ha ocurrido por decreto y voluntad de Dios." Mi *esposo* exclamó: "¡No queda más remedio!", se enfadó conmigo, se puso en pie y dio un gran berrido.

» Se abrió la puerta y entraron siete esclavos negros. Me sacaron de la cama, me echaron en medio de la habitación y en seguida mandó a un negro que me cogiese por los hombros y se sentase encima de mi cabeza; al segundo le mandó que se sentase encima de mis rodillas y que me sujetase los pies. Un tercero se acercó blandiendo una espada en la mano y diciendo: "¡Señor! ¿La mato y la parto en dos pedazos? Cada uno de nosotros puede coger un pedazo y arrojarlo en el Tigris para que sea pasto de los peces. Ésta es la recompensa de quienes violan los juramentos y el afecto". Recitó estos versos:

Si llego a tener un socio cerca de aquel a quien amo, me prohibiré el amar para que mi pasión me mate.
Me diré: "Muramos nobles, pues no es bueno amar al mismo tiempo que un rival".

» Dijo dirigiéndose al esclavo: "¡Saad, dale!" Desenvainó la espada y me

dijo: “Recita la profesión de fe, piensa en las cosas que te pertenecen y haz testamento. Ha llegado el fin de tu vida”. “¡Oh, buen esclavo! Concédeme un breve plazo para que pronuncie la profesión de fe y haga testamento.” Levanté mi cabeza, medité en mi estado y la manera como había quedado afligida después de haber conocido la felicidad. Saltaron mis lágrimas, me eché a llorar y recité estos versos:

Empujasteis mi corazón al amor, pero vosotros permanecisteis indiferentes. Mantuvisteis en vela mis párpados doloridos, pero vosotros dormisteis.
Vuestra mansión está entre mi corazón y mi entendimiento; aquél no os olvida ni oculta las lágrimas.
Me prometisteis que seríais fieles, pero en cuanto os apoderasteis de mi corazón, fuisteis traidores.
No os habéis compadecido ni os habéis enternecido por mi pasión. ¿Estáis seguros de estar a salvo del futuro?
Si muero os ruego, por Dios, que escribáis sobre mi tumba: « Ésta era una amante» .
El afligido caminante que conozca las penas del amor se apiadará al pasar junto a la tumba del que ha amado.

» Terminé de recitar estos versos llorando a lágrima viva. Cuando me hubo oído, cuando vio de nuevo mis lágrimas aumentó en su furor y recitó estos dos:

He abandonado el amigo del corazón, no por hastío, sino por una falta que exige el abandono.
Ha querido introducir un socio en nuestro amor cuando la fe de mi corazón desprecia la asociación.

» Al terminar estos versos lloré aún más e intenté aplacarle diciéndome que con mostrarme humilde y utilizar tiernas palabras, tal vez escaparía con vida aunque él se apoderase de todo lo que yo poseía; seguí quejándome del castigo que me infligía y recité:

Si me tratases con justicia no me matarías; la sentencia de separación no es justa.
Me has cargado con el peso de la pasión cuando soy tan débil que no puedo soportar ni el de la camisa.
No me asombra el hecho de morir, pero sí me extraña de cómo mi cuerpo, después de vos, puede reconocerse aún.

» Concluidos los versos lloré más y más, pero él me miró, me rechazó, me insultó y contestó con estos otros:

> Me habéis abandonado al preferir la compañía de otro; lo habéis demostrado al alejaros. Nos no hemos obrado así.
> Os abandonaremos como vos nos habéis abandonado; nos consolaremos de vuestra falta de la misma manera que vos lo habéis hecho de la nuestra.
> Volveremos a amar, ya que vos os habéis inclinado por otros: sois los responsables de la ruptura del vínculo y no nos.

» Cuando hubo concluido de recitar estos versos gritó al esclavo: "¡Pártela en dos, que nada sacamos de dejarla con vida!" El esclavo se me acercó y estuve cierta de que iba a morir, desesperé de salvarme y me encomendé al Altísimo. Inesperadamente apareció la vieja, se echó a los pies del joven, los que besó, y dijo: "¡Hijo mío! ¡Por el derecho que me da el haber sido tu nodriza! ¡Perdona a esta joven! No ha cometido una falta que merezca tanto. Tú eres aún un niño y temo que su maldición pueda perjudicarte". La vieja se echó a llorar y no cesó de insistirle hasta que él exclamó: "La perdono, pero la marcaré de tal manera que se la reconocerá durante el resto de su vida". Mandó a los esclavos que me desnudasen y que le llevasen una vara de membrillero, con la que empezó a apalearme todo el cuerpo; no dejó de pegarme en la espalda y en mis flancos hasta que quedé ausente del mundo a causa del violento dolor de los golpes, y desesperando de quedar con vida.

» Luego mandó a los esclavos que, cuando cayera la noche, me cogiesen y guiados por la vieja me transportasen a la casa en que había vivido anteriormente. Hicieron lo que les había mandado su señor y me dejaron en mi casa. Empecé a consolarme, a curarme, y aunque me repuse del todo, mis costillas quedaron señaladas como si hubiesen sido azotadas con látigos, como puedes ver. Estuve curándome durante cuatro meses hasta quedar bien. Me dirigí entonces a la casa en que me había ocurrido todo esto y la encontré en ruinas, lo mismo que la calle en que había estado, desde uno a otro extremo; en el solar de la casa había montones de desperdicios, y no pude averiguar lo ocurrido.

» Me dirigí a casa de mi hermana paterna y aquí me encontré con estas dos perras. La saludé y le referí todo lo que me había ocurrido. Dijo: "¡Quién puede salvarse de las desventuras del tiempo! ¡Gracias a Dios que todo ha terminado bien!" Me refirió su historia y todo lo que le había ocurrido con sus hermanas, y nos quedamos juntas sin poner la palabra *matrimonio* en la punta de nuestras lenguas. Más tarde se nos unió esta joven, la compradora que sale todos los días a mercar los objetos que necesitamos, y así hemos vivido y nos ha sucedido lo que nos ha sucedido con la llegada del faquín, de los *saaluk* y con la vuestra

disfrazados de comerciantes. Al llegar el día de hoy y antes de que nos diésemos cuenta, nos hemos encontrado delante de ti. Tal es nuestra historia.»

El Califa se admiró de ella y mandó que, puesta por escrito, ingresase en su biblioteca.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego preguntó a la primera joven: « ¿Tienes alguna noticia de la sílfide que encantó a tus dos hermanas?» « Emir de los creyentes: Me dio uno de sus cabellos y me dijo: "Cuando quieras verme quema un poco este cabello; me apresuraré a aparecer aunque esté detrás de la montaña Qaf".» « Enséñame el cabello.» La joven lo mostró y el Califa lo cogió y lo quemó un poco. Cuando se esparció el olor a chamusco el palacio vibró, se oyó un ruido y un rumor y se presentó la sílfide, que era musulmana. Exclamó: « La paz sea contigo, califa de Dios» . « Sean sobre ti la paz, la misericordia y la bendición divinas.» « Sabe que esta joven se comportó muy bien conmigo y jamás podré pagárselo, pues me salvó de la muerte y mató a mi enemigo. Supe lo que sus hermanas habían hecho con ella y me vengué transformándolas en dos perras; en un principio había querido matarlas, pero no lo hice para no causarle una pena excesiva. ¡Emir de los creyentes! Si quieres que, en honor tuyo, las desencante, lo haré por ti y por ella, pues para algo soy musulmana.» « Desencántalas y luego nos preocuparemos del asunto de la joven apaleada, investigaremos su causa, y si veo que ha dicho la verdad la vengaré de quien la ha vejado.» La sílfide le dijo: « Emir de los creyentes: Te indicaré quién obró así con esta joven, quien la vejó y le arrebató sus riquezas. Pero ése es una de las personas que te son más allegadas» .

La sílfide tomó un tazón con agua, pronunció unos conjuros y asperjó a las dos perras al tiempo que les decía: « ¡Volved a vuestra forma humana primitiva!» Ambas se transformaron en dos jóvenes. ¡Loado sea su Creador! Después añadió: « Emir de los creyentes: Aquel que maltrató así a la joven es tu hijo Amín, que había oído hablar de su hermosura y de su belleza» . La sílfide siguió relatando todo lo que había ocurrido a la joven. El Califa se maravilló y dijo: « ¡Loado sea Dios por haber librado a estas dos perras gracias a mi intercesión!» Mandó que se presentara su hijo al-Amín y le preguntó por el caso de la joven y aquél contestó la verdad.

El Califa ordenó que compareciesen los jueces, los testigos, los tres saaluk, la primera joven y sus hermanas, las mismas que habían estado encantadas bajo la forma de perras. Casó a estas tres con los tres *saaluk* que le habían dicho eran reyes, los nombró sus chambelanes, les dio cuanto podían necesitar y los hospedó en el palacio de Bagdad. La joven que había sido apaleada fue entregada a su

hijo al-Amín, le hizo don de grandes bienes, mandando que se reconstruyese la casa, más hermosa de lo que había sido. El propio Califa se casó con la compradora, durmió con ella aquella noche y por la mañana le asignó una casa, esclavas que la sirvieran y le concedió una pensión, mandando que le construyeran un castillo.

LA MUJER DESCUARTIZADA

UNA noche entre las noches, el Califa le dijo a Chafar: « Esta noche quiero bajar a la ciudad e informarme de cómo se portan los gobernadores y los funcionarios. Destituiremos a todos aquellos de quienes oigamos quejas» . « Como mandes.» El Califa, Chafar y Masrur fueron a la ciudad, pasearon por ella, cruzaron los zocos, atravesaron las calles y tropezaron con un anciano, muy entrado en años, que llevaba una red en la cabeza y un bastón en la mano; andaba lentamente y recitaba:

Me dicen que, gracias a mi saber, soy, entre los hombres, como una noche de plenilunio.
Pido que dejen de hablar de mí: nada vale la ciencia si no va acompañada del poder.
Si quisiese empeñar todos mis conocimientos, todos mis libros y mi cálamo por el sustento de un día, no encontraría a nadie dispuesto a admitir tal prenda hasta el fin del mundo.
El pobre, la condición del pobre, la vida del pobre, ¡cuán dolorosos son!
En verano no consigue satisfacer sus necesidades, y en invierno carece de abrigo.
Los perros le siguen cuando anda; vilipendiado y despreciado, siempre es un miserable.
Si se lamenta a alguien de su estado y quiere excusarse, aquél nunca le perdonará.
Siendo ésta la vida del pobre, lo mejor de ella lo disfruta en la tumba.

El Califa se adelantó hacia él y le preguntó: « ¡Anciano! ¿Cuál es tu profesión?» « Soy pescador, señor; tengo familia, y he salido de mi casa al mediodía, pero hasta ahora Dios no me ha concedido nada con lo que pueda dar de comer a mis allegados. Me desprecio a mí mismo y deseo morir.» « ¿Quieres volver con nosotros al río? Irás de nuevo a la orilla del Tigris y echarás la red a mi salud. Te compraré lo que saques por cien dinares.» Cuando el hombre oyó estas palabras, se alegró y respondió: « ¡Por mi cabeza! ¡Voy con vosotros!» El pescador regresó a la orilla del río, echó la jábega y esperó un momento, después del cual tiró de los hilos y sacó la red. Iba en ella una caja cerrada muy pesada. Cuando la vio, el Califa intentó levantarla, pero no pudo. Dio cien dinares al pescador y éste se fue. Masrur y Chafar cargaron con ella y, junto con el Califa, regresaron al palacio.

Encendieron las velas, colocaron la caja delante del soberano, y Chafar y Masrur rompieron la tapa y tropezaron con una alcofa de hojas de palma cosidas con lana roja. Cortaron los hilos y vieron un pedazo de tapete; lo levantaron y

debajo descubrieron un velo de mujer: al quitarlo, hallaron una adolescente muerta y despedazada, que parecía un lingote de plata. Las lágrimas saltaron de los ojos del Califa y corrieron por sus mejillas. Se volvió a Chafar y le increpó: « ¡Perro de visir! Bajo mi gobierno se asesina a la gente y se la arroja al río. Su sangre pesa sobre mi conciencia, por Dios. He de castigar a quien haya asesinado a esta adolescente. ¡Lo mataré!» Y añadió: « ¡Por mi estirpe abbasí! Si no me traes a quien ha asesinado a ésta para que haga justicia en él, te crucificaré en la puerta de mi palacio, junto con cuarenta de tus parientes» .

El Califa estaba fuera de sí. Chafar solicitó: « Concédeme un plazo de tres días» . « Te lo doy.» Chafar se marchó de su presencia y recorrió la ciudad, muy triste. Se preguntaba a sí mismo: « ¿Quién podría conocer al asesino de la joven para podérselo presentar al Califa? De presentarle a otro, me remorderá la conciencia. No sé lo que he de hacer» . Chafar permaneció en su casa durante tres días. Al cuarto le mandó llamar el Califa. En cuanto lo tuvo delante, le preguntó: « ¿Dónde está el asesino de la joven?» « ¡Emir de los creyentes! ¿Conozco lo desconocido para poder averiguar quién la asesinó?» El soberano, fuera de sí, mandó que lo crucificasen en la puerta del palacio y ordenó que un pregonero dijese por las calles de la ciudad que quien quisiese ver la crucifixión de Chafar el barmekí, ministro del Califa, y de sus primos, acudiese a la puerta del palacio. Fueron gentes de todos los barrios con el fin de contemplar la crucifixión de Chafar y de sus primos, pero sin saber a qué causa obedecía.

Levantaron los maderos, los clavaron y los colocaron debajo, listos para la ejecución, esperando únicamente la orden del Califa; las gentes lloraban por Chafar y sus primos. Mientras estaban así, un hermoso joven con los vestidos limpios se adelantó rápidamente entre la gente, se colocó delante del visir y le dijo: « Que te saquen de esta situación, señor de los príncipes, refugio de los necesitados. Yo soy el asesino de la muerta que encontrasteis en la caja. ¡Matadme por ella! ¡Vengaos en mí!» Cuando Chafar oyó las palabras del joven y lo que éstas significaban se alegró por sí mismo, pero se entristeció por él. Mientras estaban hablando, un anciano, que andaba a grandes zancadas, se abrió paso, con prisa, entre la multitud y llegó al lado de Chafar y del joven. Les saludó y dijo: « ¡Visir! ¡No des crédito a las palabras de este joven! He sido yo, y no él, quien ha matado a dicha joven. ¡Vengaos en mí!» El joven cortó: « ¡Este hombre chochea y no sabe lo que se dice! Yo soy quien la ha asesinado. ¡Vengaos en mí!» « ¡Hijo mío! —intervino el anciano—. Tú eres joven y amas el mundo; yo soy anciano y estoy harto de él. Puedo rescatarte a ti, al visir y a sus primos. Soy yo el asesino. ¡Por Dios! ¡Que se ejecute en seguida en mí el castigo!»

El visir, al ver aquello, se quedó sorprendido, y tomando consigo al joven y al anciano, marchó a ver al Califa. « ¡Emir de los creyentes! —dijo—. Te presento al asesino de la joven.» « ¿Dónde está?» « Este joven dice que es el asesino y

este viejo lo desmiente y dice que no, que el asesino es él.» El Califa observó al anciano y al joven y les preguntó: « ¿Quién de vosotros dos mató a esta joven?» « Yo soy el asesino» , contestó el joven. « ¡No! ¡Soy yo!» , insistió el viejo. El Califa, dirigiéndose a Chafar, mandó: « Coge a los dos y crucifícalos» . « Si el asesino es uno solo, el castigar a los dos constituye una injusticia.» « ¡Por la existencia de quien levantó el cielo y extendió la tierra! —interrumpió el joven —. Yo soy el asesino de esta joven. Éstas son las pruebas del asesinato.» Describió lo que había encontrado el Califa, y éste se convenció de que el joven era el asesino de la adolescente.

El soberano estaba sorprendido y le preguntó: « ¿Por qué la mataste, sin tener derecho a ello? ¿Por qué confiesas antes de que te apaleen? ¿Por qué dices: "vengaos de ella en mí"?» « ¡Emir de los creyentes! Esa joven era mi esposa, mi prima; este anciano es su padre, mi tío. Me casé con ella cuando aún era virgen, y Dios me concedió tres hijos varones. Ella me amaba y servía sin que yo tuviese nada de qué censurarla. A principios de este mes se puso gravemente enferma, por lo que acudieron los médicos, quienes le devolvieron la salud. Quise que tomase un baño, pero me respondió: "Deseo algo que se me antoja antes de entrar en el baño". "¿Qué es ello?" "Una manzana, para aspirar su aroma y darle un bocado." Salí inmediatamente y me dirigí al mercado; busqué la manzana, dispuesto a pagar hasta un dinar por ella, pero no la encontré. Pasé la noche muy pensativo, y al día siguiente salí de mi casa y visité las fruterías, una por una, pero sin resultado. Tropecé con un jardinero anciano y le pregunté por las manzanas. "¡Hijo mío! —me contestó—. Son difíciles de encontrar, pues no es la estación; sólo las hay en el jardín del Emir de los creyentes, en Basora, pues su jardinero las guarda para el Califa."

» Volví al lado de mi esposa, pero mi amor por ella me llevó a preparar el viaje. Estuve en camino quince días con sus noches, entre ida y vuelta, y regresé con tres manzanas que había comprado al jardinero de Basora por tres dinares. Entré para entregárselas, pero no se alegró; las dejó a un lado, pues nuevamente volvía a tener fiebre alta. Estuvo delicada diez días, al cabo de los cuales se curó. Salí de casa, me dirigí a mi tienda y me senté dispuesto a comprar y a vender. Estaba sentado, al mediodía, cuando vi que un esclavo negro que pasaba llevaba en la mano una manzana con la que jugaba. Le pregunté: "¿Dónde has conseguido esa manzana? Así podré también yo ir a comprar". Se echó a reír y contestó: "La cogí en casa de mi amante. He estado ausente y al volver la he encontrado convaleciente; tenía tres manzanas y me ha dicho: 'El cornudo de mi marido ha ido a buscarlas a Basora, y las ha comprado por tres dinares'. Así he obtenido esta manzana".

» Al oír estas palabras, ¡oh Emir de los creyentes!, perdí el mundo de vista, cerré mi tienda y me dirigí a mi casa; la feroz indignación que me poseía me había hecho perder el juicio. Vi que faltaba una manzana y le pregunté a mi

esposa: “¿Dónde está la tercera?” “No lo sé; no sé adónde puede haber ido a parar.” Quedé convencido de que lo que había dicho el esclavo era cierto, corrí a coger un cuchillo y, colocándome a caballo sobre su pecho, la apuñalé, le corté la cabeza y los miembros y la metí aceleradamente en la alcofa, cubriéndola con el velo y poniendo encima el trozo de tapiz. La coloqué en la caja, cerré ésta y, llevándola en el lomo de mi mula, la arrojé al Tigris con mis propias manos. ¡En nombre de Dios, oh Emir de los creyentes! ¡Manda que me maten presto en vindicta de su sangre! Temo que se me pida cuenta de ello el día del juicio.

» Una vez arrojada al Tigris sin que nadie me viera, regresé a mi casa y encontré a mi hijo mayor que lloraba, y eso que él no sabía lo que yo había hecho con su madre. Le pregunté: “¿Qué te hace llorar?” “He cogido una de las manzanas que tenía mi madre; con ella me he marchado a la calle para jugar con mis hermanos; insospechadamente, ha cruzado un esclavo negro, alto, que me la ha quitado y me ha preguntado: ‘¿Cómo tienes esto?’ ‘Lo tengo, porque mi padre la ha traído desde Basora a causa de mi madre, ya que ésta está enferma. Ha comprado tres manzanas por tres dinares.’ El esclavo se quedó con ella y se fue. Temo que mi madre me pegue por culpa de la manzana.” Al oír las palabras del niño me di cuenta de que el esclavo había calumniado a mi prima y comprendí que la había matado sin razón alguna. Lloré mucho y en este estado me encontró el anciano, mi tío y, a la vez, su padre. Le referí todo lo sucedido y se sentó a mi lado para llorar. Lloramos hasta mediada la noche, y celebramos las ceremonias fúnebres durante cinco días. Aún hoy en día lamentamos su muerte. ¡Por la memoria de tus antepasados, mátame y véngala en mí!»

El Califa, al oír las palabras del joven, quedó admirado y exclamó: « ¡Por Dios! He de matar únicamente a ese fementido esclavo…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa dijo:] « … puesto que el joven tiene disculpa» . Volviéndose a Chafar le dijo: « Tráeme a ese esclavo pérfido, que ha sido la causa de tal hecho; si no me lo entregas, tú serás sacrificado en su lugar» . El visir se fue llorando, mientras se decía: « ¿Dónde lo encontraré? Rara vez el cántaro queda indemne cuando se cae. No tengo ningún medio que pueda utilizar. Aquel que me ha salvado la primera vez, me salvará la segunda. ¡No saldré de mi casa durante los tres días! ¡Dios hará lo que quiera!» Estuvo en su casa los tres días, y al cuarto mandó llamar al cadí, testó y se despidió, llorando, de sus hijos. Entonces se le presentó un mensajero del Califa, quien le dijo: « El Emir de los creyentes está fuera de sí y me manda que te comunique, y lo jura, que no terminará el día sin que hayas sido ajusticiado, a menos de que le entregues al esclavo» . Cuando Chafar y sus hijos oyeron estas

palabras, lloraron más y más.

Terminada la despedida, se acercó a su hija pequeña, a la cual quería más que a todos sus otros hijos juntos, para despedirse de ella. La estrechó contra su pecho, y lloró pensando en que tenía que abandonarla. Notó que llevaba algo que abultaba y le preguntó: « ¿Qué tienes en el bolsillo?» « Una manzana, padre, que trajo nuestro esclavo Rayhán; no me la quiso entregar hasta que le di dos dinares.» Al oír Chafar que citaba « un esclavo» y « una manzana» , exclamó: « ¡Oh, Libertador de las penas!» Mandó comparecer al esclavo y cuando lo tuvo delante le preguntó: « ¿De dónde has sacado esta manzana?» « Señor, hace cinco días estaba paseando y me metí por una callejuela de la ciudad. Vi unos pequeños que jugaban y que uno de ellos tenía una manzana. Se la arrebaté y le di un cachete. Se echó a llorar y dijo: "Esto pertenece a mi madre, que está enferma y ha pedido manzanas a mi padre; éste ha ido a Basora y ha traído tres manzanas que le han costado tres dinares, y yo la he cogido para jugar". Lloró aún más, pero no se la devolví y me la traje aquí, en donde se la entregué a mi pequeña señora a cambio de dos dinares.»

Chafar, al oír esto, quedó sorprendido de que las tribulaciones y el asesinato de la joven tuviesen por causa a su esclavo. Mandó que lo encarcelasen, se regocijó por salvarse a sí mismo y recitó estos dos versos:

Quien tiene dificultades por un esclavo, puede emplear a éste como rescate de su propia vida.
Esclavos se encuentran en abundancia, pero no encontrarás quien pueda reemplazarte en la vida.

Cogió al esclavo y se presentó con él al Califa. Éste mandó que se pusiese por escrito el relato para que sirviese de ejemplo a las gentes. Chafar le dijo: « ¡Emir de los creyentes! No te maravilles tanto de este caso; no es más portentoso que el del visir Nur al-Din y su hermano Sams al-Din» . « ¿Qué relato es ése que es más extraordinario que éste?» « ¡Emir de los creyentes!; te lo referiré con una única condición: la de que no mates a mi esclavo.» « Te doy su sangre.» Chafar contó:

NUR AL-DIN Y SU HERMANO SAMS AL-DIN

SABE ¡oh Emir de los creyentes!, que en Egipto había un sultán justo y generoso que tenía un visir inteligente, experto, buen conocedor de los asuntos y de la forma de solucionarlos. Era muy viejo y tenía dos hijos que parecían lunas. El mayor se llamaba Sams al-Din y el menor Nur al-Din. Éste era más bello y más hermoso que el mayor y no había nadie en su época que pudiese comparársele, tanto es así que su fama se extendió por todo el país, y algunas gentes viajaban de un lugar a otro con el único fin de poder contemplar su belleza. Sucedió que su padre murió, y el sultán, entristecido, llamó a sus dos hijos, los retuvo cerca de sí, les regaló vestidos de honor y les dijo: "Ocupáis el mismo rango de vuestro padre". Ambos se alegraron, besaron la tierra delante de él y llevaron luto por su padre durante un mes entero; se hicieron cargo del ministerio y cada uno regía, alternativamente, durante una semana. Si el sultán emprendía un viaje, le acompañaba uno de los dos.

» Cierta noche, el sultán había decidido partir a la mañana siguiente; ocupaba el cargo el mayor, y éste, hablando con el menor, le dijo: "Hermano, me gustaría que nos casáramos en una misma noche". "Haz lo que quieras, pues yo estoy conforme con lo que tú digas." Puestos de acuerdo, el mayor añadió: "¡Dios quiera que encontremos dos jóvenes a las que podamos poseer en la misma noche y que ellas den a luz en el mismo día! ¡Quiera Dios que tu esposa te dé un varón y la mía me dé una niña! Casaríamos a los dos, pues serían primos". Nur al-Din le preguntó: "¿Qué pedirías a mi hijo como dote de tu hija?" "Tres mil dinares, tres huertos y tres alquerías. Si el muchacho contrata algo distinto, no será válido."

» Nur al-Din, al oír estas palabras, dijo: "¿Qué dote es esa que has impuesto a mi hijo? ¿No te das cuenta de que somos hermanos, de que somos visires del mismo rango? Lo que te incumbe es ofrecer tu hija a mi hijo como presente, sin pedir dote alguna. Ya sabes que el varón vale más que la hembra; mi hijo es el varón, y nosotros seremos recordados gracias a él, no a tu hija". "¿Qué le pasa a la chica? ¿Que los príncipes no nos recordarán? Tú quieres hacer conmigo según el parecer de quien decía: 'Si quieres rechazar algo, pon el precio caro'. Se dice de quien va a ver a un amigo en busca de algo que necesita, y éste le sube el precio."

» Sams al-Din dijo: "Veo que me he quedado corto al poner a tu hijo por encima de mi hija. No cabe duda de que eres corto de entendimiento y de que no estás bien educado, ya que has citado tu concurrencia en el ministerio. Te asocié conmigo en el desempeño del cargo por compasión, para que me auxiliases y fueses mi ayudante. Di lo que quieras, y como estas palabras nacen de ti, juro por Dios que no casaré a mi hija con tu hijo, aunque la pagues a peso de oro". Nur al-Din, al comprender las palabras que había pronunciado su hermano, se indignó y gritó: "¡Ni yo casaré a mi hijo con tu hija!" "¡Ni yo lo quiero como su

esposo! ¡Si no fuese porque tengo que emprender un viaje, te escarmentaría! Cuando regrese, Dios hará lo que le plazca.” Al oír Nur al-Din las palabras que su hermano acababa de pronunciar, se indignó más, perdió el mundo de vista, pero se calló lo que sentía. Pasaron la noche separados.

» A la mañana siguiente, el sultán emprendió el viaje y se dirigió hacia Gizé, camino de las pirámides, acompañado por su visir Sams al-Din. Su hermano Nur al-Din pasó la noche en un paroxismo de ira y al amanecer se dirigió a su armario, cogió una bolsa pequeña, la llenó de oro y, recordando el vilipendio y el desprecio en que le tenía su hermano y la vanagloria en que se tenía, recitó estos versos:

¡Emprende el viaje! ¡Algo encontrarás a cambio de lo que abandonas! ¡Conságrate al trabajo! Las dulzuras de la vida residen en él.
Él permanece fijo en un sitio que no es motivo de vanagloria para quien es listo y cultivado; abandona tu patria y destiérrate.
He observado que el agua estancada se descompone; pero si se trata de agua corriente, siempre es buena; sólo si no corre es mala.
Si la luna no se moviese, no la contemplaría, en cada instante, el ojo del observador.
El león, si no abandonase la guarida, no cazaría; la flecha, si no partiese del arco, no haría blanco.
El lingote de oro no vale más que el polvo cuando está abandonado en un lugar; el áloe, en donde crece, no es más que un leño.
Si éste cambia de lugar, aumenta de valor; pero si se queda en su origen, no asciende de rango.

» Al terminar estos versos, mandó a uno de sus garzones que le ensillasen una mula de color de estornino, alta y de marcha rápida; le colocó una silla dorada con estribos de la India, la recubrió con una manta de algodón isfahaní y la dejó que parecía una novia dispuesta para las bodas. Mandó que colocasen encima una cobertura de seda y un tapiz para las plegarias, ordenó que colocasen el saco debajo del tapiz y, dirigiéndose a los garzones y a los esclavos, les dijo: “Me propongo inspeccionar las afueras de la ciudad y dirigirme a la región de Qalyub, en donde permaneceré tres noches. No necesito a ninguno de vosotros, pues estoy angustiado”. Aceleró la marcha, montó en la mula y cogió una pequeña cantidad de provisiones. Salió de la ciudad de El Cairo y se internó por el campo.

» Antes del mediodía entró en la ciudad de Bilbays, y bajó de la mula para descansar y permitir que el animal reposase. Comió un poco, compró allí todo lo que necesitaba para sí y el pienso para su cabalgadura y de nuevo se internó por la campiña. Al cabo de dos días, hacia el mediodía, llegó a Jerusalén. Bajó de la

mula para descansar y permitir que el animal reposase y sacó algo de comer. Después colocó la bolsa debajo de su cabeza, tendió el tapiz y durmió sobre el campo, dominado aún por la ira. Pasó la noche en aquel lugar y, al amanecer, volvió a montar y condujo su mula hasta llegar a Alepo, en uno de cuyos barrios se apeó. Aquí permaneció tres días para descansar, permitir a su mula que reposase y tener un respiro.

» Después, decidiéndose de nuevo a viajar, montó en su mula, salió sin saber adónde ir y no paró de andar hasta que una noche llegó a la ciudad de Basora, pero sólo se enteró de que estaba en ella al apearse en la hostería. Bajó el saco de la mula, tendió la alfombra, entregó el animal con sus arreos al mozo y mandó que la cogiera y se la llevara. Dio la casualidad de que en aquel momento el visir de Basora estaba sentado junto a una ventana de su palacio; se fijó en la mula, observó los costosos arreos que llevaba y se imaginó que debía pertenecer a un ministro o a un rey. Meditó en ello, pero su entendimiento no acertaba a darle luz. Ordenó a uno de sus criados: "¡Traedme a ese mozo!" El criado fue a buscarlo y regresó con él. El arriero se adelantó, y besó el suelo delante de él. El ministro, que era muy anciano, le preguntó: "¿Quién es el dueño de esta mula? ¿Qué aspecto tiene?" "¡Mi señor! El amo de la mula es un muchacho muy joven, de buenos modales; puede ser hijo de algún comerciante. Tiene un aspecto digno y serio." Al oír el visir las palabras del arriero, se incorporó, montó a caballo, se dirigió a la hostería y se presentó al joven.

» Cuando Nur al-Din vio que el ministro se acercaba a él, se puso en pie, le salió al encuentro y le ayudó a desmontar. El visir se apeó de su corcel y lo saludó; el joven le dio la bienvenida y le hizo sentar a su lado. Le preguntó: "¡Hijo mío! ¿De dónde vienes? ¿Qué buscas?" "Señor, vengo de El Cairo. Mi padre era ministro allí, pero se ha trasladado al seno de la misericordia divina." Le contó todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el final, y añadió: "Me he propuesto no volver jamás, a menos de haber conocido todas las ciudades y países". El visir, al oír sus palabras, le dijo: "¡Hijo mío! No sigas el impulso que te lleve a la perdición. Los países están arruinados y temo que sufras las vicisitudes del tiempo". Mandó que colocaran el saco, el tapiz y la alfombra en la mula y se llevó con él, a su casa, a Nur al-Din.

» Lo instaló en un buen lugar, lo honró, lo favoreció y lo quiso con gran cariño. Le dijo: "Hijo mío, soy un hombre viejo; no tengo ningún hijo varón, pero Dios me ha concedido una hija que puede ser tu pareja en cuanto a hermosura. Se la he negado a muchos que la solicitaban en matrimonio, pero tu cariño me ha llegado al alma. ¿Querrías aceptarla como tu servidora y ser su esposo? Si aceptas, me dirigiré al sultán de Basora, le diré que eres mi sobrino, te presentaré a él y te nombrará visir en mi lugar. Yo me quedaré en casa, pues ya soy muy viejo". Al oír Nur al-Din estas palabras, bajó la cabeza y contestó: "Acepto". El ministro se alegró al oír esta contestación y mandó a sus servidores

que preparasen un festín, que arreglasen el gran salón de recepciones y que lo preparasen para recibir a los principales magnates. Reunió a sus colegas e invitó a los grandes del reino y a los principales comerciantes. Todos acudieron.

» Les dijo: "Tenía un hermano que vivía en Egipto. Dios le concedió dos hijos, y a mí, como sabéis, me ha dado una hija. Mi hermano me había pedido que casase a mi hija con uno de sus hijos; yo estoy conforme; me ha enviado a uno, el joven que está aquí presente; en cuanto ha llegado a mi lado, he escrito el contrato matrimonial con mi hija, para que se case con ella en mi casa". "Has hecho muy bien", respondieron los asistentes. Se sirvieron las bebidas, se pulverizó el agua de rosas y se marcharon. El visir mandó a sus servidores que acompañasen a Nur al-Din y fuesen con él al baño; dio a éste, como don, uno de sus propios trajes y le envió las toallas, copas, incensarios, y cuanto podía necesitar. Cuando salió del baño, vistió el traje que le había regalado: parecía la luna en la noche de su plenitud. Montó en su mula y no paró de andar hasta que llegó al palacio del visir. Se apeó, se presentó al visir y le besó la mano. Éste le dio la bienvenida…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chafar prosiguió así su relato: « … le dio la bienvenida] y le dijo: "Vamos. Goza esta noche con tu esposa. Mañana te presentaré al sultán y espero que Dios te conceda toda suerte de bienes".

» Nur al-Din poseyó a su esposa, la hija del visir. Y esto es lo referente a Nur al-Din.

» Su hermano había estado ausente, con el sultán, durante todo el tiempo que había durado el viaje. Cuando regresó, no encontró a Nur al-Din y preguntó por él a los criados. Le contestaron: "El día que te marchaste con el sultán, montó en su mula, enjaezada como para una fiesta, y nos dijo que se dirigía hacia Qalyub, que estaría fuera uno o dos días, pues estaba angustiado, y que no nos necesitaba a ninguno de nosotros. Desde que se marchó, hasta hoy, no hemos recibido ninguna noticia suya". Sams al-Din se sintió inquieto por la partida de su hermano y tuvo una gran pena por haberle perdido. Se decía: "La culpa la tengo yo, que lo molesté en la conversación de la noche que precedió a mi viaje con el sultán. Tal vez haya emprendido el viaje medio trastornado. Es necesario que mande a alguien en pos de él". Fue a ver al sultán y le informó de lo que ocurría. Éste escribió cartas y mandó que las llevasen por todas las provincias; pero Nur al-Din había andado mucho durante la ausencia del sultán y su hermano.

» Los mensajeros llevaron las cartas, pero regresaron sin encontrar rastro de sus noticias. Sams al-Din dio por perdido a su hermano y se lamentó: "Yo le enojé con mis palabras acerca del matrimonio de los hijos. ¡Ojalá nada de esto

hubiera ocurrido! Todo ha sucedido por mi poco juicio y por mi falta de reflexión". Al cabo de poco tiempo se casó con la hija de uno de los comerciantes de El Cairo: firmaron el contrato matrimonial y la poseyó. Y dio la coincidencia de que en la misma noche en que Sams al-Din gozaba de su esposa, en aquella misma noche Nur al-Din poseía a la suya, la hija del visir de Basora. Todo eso ocurrió así, por voluntad de Dios (¡ensalzado sea!), para que se cumpliesen sus decretos entre las criaturas; todo sucedió como habían planeado, pues las dos esposas quedaron encintas y dieron a luz. La mujer de Sams al-Din, ministro de Egipto, tuvo una niña tan hermosa como jamás se había visto en este país; la de Nur al-Din dio a luz un varón cuya hermosura no tenía par en su época. Como dijo el poeta:

Es un joven esbelto, por cuya saliva desprecia el comensal la copa repleta y el porrón.
El efecto del vino, su color y su gusto están, respectivamente, en sus pupilas, en sus mejillas y en su saliva.

» Otro poeta dijo:

Si la propia belleza se presentase a competir con él, bajaría, avergonzada, la cabeza.
Si se le preguntase: "Belleza, ¿has visto algo parecido?" Contestaría: "Igual a éste, ninguno"

» Lo llamaron Hasán y el séptimo día después de su nacimiento celebraron un banquete y sirvieron manjares propios de los hijos de un rey. Después, el visir de Basora salió con Nur al-Din y se dirigió con él a saludar al sultán. Cuando estuvo en su presencia, besó el suelo. Nur al-Din, que era elocuente, de corazón firme, bello y generoso, recitó los versos del poeta:

Éste es el que ha extendido su justicia sobre todos los hombres; quien ha organizado todos los países.
Le estoy agradecido por unos beneficios que son como preciosos collares que se ponen en el cuello.
Beso la punta de sus dedos, que no son tales, sino las llaves que abren los dones.

» El sultán los recibió bien, dio las gracias a Nur al-Din por lo que había dicho y preguntó al visir: "¿Quién es este joven?" El ministro le contó el relato desde el principio hasta el fin, y añadió: "Es el hijo de mi hermano". "¿Cómo va a ser el

hijo de tu hermano si nunca he oído hablar de éste?" "Señor, tenía un hermano que era ministro en el país egipcio. Murió dejando dos hijos. El mayor ocupa el cargo de visir, que dejó vacante su padre, y éste ha venido a mi lado; yo había jurado que no casaría a mi hija con nadie más que con él. En cuanto llegó, los casé. Él es joven y yo ya soy viejo; oigo mal y soy indeciso; querría que el sultán concediese el cargo a mi sobrino, al esposo de mi hija. Es digno del cargo, pues es inteligente y decidido." El sultán miró al joven, y como le gustó, aceptó la sugerencia del visir de que le nombrase para dicho cargo, y se lo concedió en el acto; le regaló un hermoso vestido de honor y le fijó sueldos y rentas.

» Nur al-Din besó la mano del soberano y se marchó con su suegro; ambos iban muy contentos y se dijeron que el nacimiento del niño les había traído buena suerte. Al día siguiente, Nur al-Din se presentó al sultán, besó el suelo y recitó estos dos versos:

> Cada día te trae nuevas dichas y felicidades, a despecho del envidioso.
> ¡Ojalá sean tus días claros! ¡Ojalá sean tenebrosos los de tus enemigos!

» El soberano le mandó que tomase posesión de su cargo, y él así lo hizo, ocupándose en seguida de los asuntos propios de su jurisdicción y en resolver las querellas de los pleiteantes, conforme hacían los visires. El sultán lo observaba y se complacía al ver su actitud, su ingenio y su buen sentido; al reflexionar sobre estas virtudes, le empezó a apreciar y le allegó más hacia sí. Al caer la noche, Nur al-Din regresó a su casa, le contó a su suegro lo que le había ocurrido y éste se alegró. De día, el suegro se cuidaba del niño, al cual había impuesto el nombre de Hasán, y entretanto, Nur al-Din cumplía sus funciones de visir, hasta el punto de que terminó por no separarse del sultán ni de día ni de noche; el soberano le aumentó los sueldos y las rentas, su posición fue mejorando constantemente y llegó a poseer buques que viajaban repletos de mercancías, numerosas fincas, aceñas y huertos.

» Cuando su hijo Hasán tuvo cuatro años, murió el anciano visir, el padre de su esposa. Nur al-Din hizo celebrar unos solemnes funerales y lo sepultó en la tierra. Hecho esto, se consagró a la educación de su hijo. Cuando éste llegó a la pubertad, mandó a un alfaquí que le enseñase a leer en su casa, que cuidase de su instrucción y lo educase. Le enseñó después de haberle hecho aprender el Corán de memoria, y en el transcurso de algunos años le explicó las ciencias más importantes. La belleza y las perfectas proporciones de Hasán no cesaban de irse perfilando. Como dijo el poeta:

> Es una luna que ha alcanzado el límite de su belleza, y el sol sale por las anémonas de sus mejillas.
> Encierra en sí toda la hermosura, tanto, que parece como si toda la belleza

que existe en el mundo procediera de él.

» El alfaquí lo educó en el palacio de su padre. Desde su nacimiento, el niño no había salido del alcázar del ministro. Un buen día, su padre, Nur al-Din, le puso uno de sus más preciosos vestidos, lo hizo montar en una de sus mejores mulas y se lo llevó, en su compañía, a visitar al sultán. Llegados a su presencia, el soberano miró a Hasán Badr al-Din, el hijo del visir Nur al-Din, y quedó estupefacto ante tanta belleza.

» Cuando los habitantes de la ciudad lo vieron cruzar con su padre, por primera vez, dirigiéndose al palacio del sultán, quedaron admirados de su hermosura, de su esbeltez y de la elegancia de sus líneas y facciones. Vieron que en él se realizaban las palabras del poeta:

El astrólogo empezó a escrutar la noche y encontró la figura de aquel esbelto joven que se balanceaba en sus vestidos.
Géminis había esparcido en él granos de perlas rutilantes que lucían en sus costados.
Marte le había dado el rojo de la mejilla, mientras que Sagitario disparaba flechas desde sus pestañas.
De Mercurio le venía la agudeza de ingenio, y Suha rechazaba las miradas indiscretas de sus detractores.
El astrólogo quedó perplejo ante tal tema, mientras que la luna llena besaba la tierra ante tanta beldad.

» Cuando el sultán lo hubo visto, le hizo numerosos regalos y le dijo a su padre: "¡Ministro! Cada día traerás a tu hijo". "De buen grado." Nur al-Din regresó a su casa con el niño y desde entonces lo llevó todos los días ante el sultán. Así fueron las cosas hasta que el niño cumplió los quince años. Entonces su padre, el visir, enfermó. Mandó llamar a Hasán y le dijo: "¡Hijo! Sabe que este mundo es una morada transitoria, mientras que la de la otra vida es eterna. Quiero darte un consejo; escucha lo que voy a decirte y atiende con el corazón". Le recomendó que tratase bien a la gente, que obrase con razón, y le explicó su origen; habló de su hermano, de su patria y de su ciudad; lloró por haberse separado de personas tan queridas, derramó lágrimas y añadió: "Atiende mis palabras: tengo un hermano que se llama Sams al-Din y que es tu tío. Él es visir en Egipto y yo lo abandoné y me marché sin su consentimiento. Quiero que cojas una hoja de papel y escribas lo que voy a dictarte".

» El hijo cogió la hoja de papel y empezó a escribir lo que su padre le dictaba: todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. Le explicaba la manera como se había casado con la hija del visir, cómo había llegado a Basora y había encontrado a éste; escribió, en conjunto, su testamento. Añadió,

dirigiéndose a su hijo: "¡Acuérdate de este testamento! En él están detallados tu origen, tu rango y tus parientes. Si te acaeciese cualquier desgracia, marcha a Egipto, dirígete a tu tío, salúdalo e infórmale de mi muerte en tierra extraña, pero pensando en él". Hasán Badr al-Din cogió la hoja, la enrolló, la guardó en un pedazo de tela encerada y la ocultó entre la camisa y el traje, rompiendo a llorar por su padre, que lo abandonaba cuando él era todavía muy niño. Nur al-Din no cesó de dar consejos a su hijo Hasán Badr al-Din, hasta que rindió el alma. La tristeza se extendió por la casa y el sultán y todos los príncipes sintieron su muerte y lo enterraron.

» Llevaron luto durante dos meses y Hasán no volvió a montar a caballo ni se presentó más ante el sultán; ocupó su sitio un chambelán y el sultán nombró, en su lugar, un nuevo visir, al que mandó sellar todos los bienes de Nur al-Din, muebles e inmuebles. El nuevo visir y el chambelán se dirigieron al domicilio del ministro difunto para sellarlo y llevarse al niño, Hasán Badr al-Din, para presentarlo al sultán y que éste decidiera lo que había que hacer con él. Había entre los soldados uno que había sido esclavo del difunto visir Nur al-Din, y al cual no le complacía la suerte del hijo de su señor. Este esclavo fue a buscar a Hasán Badr al-Din y lo encontró cabizbajo y entristecido por la pérdida de su padre. Le informó de lo que ocurría, y el niño dijo: "Permite un momento para que vaya a coger algunos de esos bienes de este mundo, que pueden sernos de utilidad en el exilio", "¡No! ¡Sálvate!"

» Al oír estas palabras, Hasán se cubrió la cabeza con un pedazo de turbante y emprendió la marcha hasta encontrarse fuera de la ciudad. Oía cómo las gentes decían: "El sultán ha mandado al nuevo ministro que vaya a casa del difunto para sellar sus bienes muebles e inmuebles, para recoger a su hijo Hasán Badr al-Din, conducirlo ante él y matarlo". Las gentes lo lamentaban por su belleza y hermosura. Las palabras que iba oyendo lo desconcertaban, y aunque no sabía adónde ir, siguió andando sin cesar, hasta que el destino lo condujo hasta la tumba de su padre. Entró en el cementerio, cruzó por entre los sepulcros, se sentó al lado de la tumba de su padre y se quitó de la cabeza el pedazo de turbante.

» Mientras estaba sentado se le acercó un judío de Basora y le preguntó: "¿Qué te ocurre que estás tan cambiado?" "Estaba durmiendo y soñé que mi padre me reprendía por no haber visitado su tumba. Me he levantado atemorizado temiendo que transcurriese el día sin venir aquí, y que entonces la cosa me fuera imposible." El judío le dijo: "Señor, tu padre había despachado numerosos buques con mercancías; algunos han regresado. Querría comprarte por mil dinares la carga de los que regresen". Sacó una bolsa llena de oro, contó mil dinares y se los entregó a Hasán, el hijo del visir. El judío le dijo: "Escribe el contrato de venta y séllalo". Hasán, el hijo del visir, tomó una hoja y escribió en ella: "Quien suscribe esta hoja es Hasán Badr al-Din, hijo del visir Nur al-Din. Ha vendido al judío Fulano la carga de todos los buques de su padre que lleguen

en lo futuro, por el precio de mil dinares, cuyo importe ha cobrado por anticipado". El judío cogió el contrato y Hasán rompió a llorar recordando el bienestar y la holgura en que había vivido.

» Llegó la noche, y con ella el sueño, y durmió al lado de la tumba de su padre; dormía aún cuando la luna empezó a surgir por encima de su cabeza; estaba tendido de espaldas y la luz empezó a iluminarle la cara. Aquella tumba estaba poblada de genios creyentes. Una sílfide salió, vio su rostro mientras dormía y quedó admirada de su hermosura y belleza. Exclamó: "¡Gran Dios! ¡Este joven es una hurí del paraíso!" Se remontó por los aires, dio unas cuentas vueltas, según su costumbre, y tropezó con un genio que iba volando. Lo saludó y el otro le devolvió el saludo. Le preguntó: "¿De dónde vienes?" "De Egipto." "¿Quieres venir volando conmigo a ver la hermosura del joven que está durmiendo junto a una tumba?" "¡Sí!"

» Volaron hasta descender junto al sepulcro. Ella le preguntó: "¿Has visto jamás en tu vida a alguien que se pueda comparar a éste?" El *efrit* lo contempló y exclamó: "¡Loado sea Quien no tiene semejante! ¡Hermana! Si quieres te contaré el relato de lo que he visto". "Cuenta." "He visto en Egipto quien se puede comparar con este joven. Es la hija del visir. Enterado de su belleza, el rey la ha pedido por esposa a su padre, Sams al-Din. Éste ha contestado: '¡Oh, sultán, nuestro dueño! Acepta mis excusas y perdona mis palabras. Sabes que mi hermano Nur al-Din se marchó de nuestro lado y no sabemos adonde fue. Era mi socio en el ministerio. La causa de su partida fue que un día en que estábamos sentados conversando sobre el matrimonio, se enfadó conmigo y se marchó indignado. Le ha contado todo lo ocurrido entre los dos y ha añadido: 'Ésta fue la causa de su enfado y yo juré, el día en que mi mujer dio a luz, que no casaría a mi hija más que con mi sobrino. Hace de eso dieciocho años, y por esa época oí decir que mi hermano se había casado con la hija del visir de Basora, de la cual había tenido un hijo. En honor a mi hermano casaré a mi hija con él. Por aquellas fechas contraje matrimonio, mi mujer quedó en estado y dio a luz una niña y ésta pertenece a su primo. Las jóvenes son muchas'. Al oír el sultán las palabras del ministro, se ha enfadado mucho y le ha contestado: 'Una persona de mi rango te pide la mano de tu hija y la rechazas con excusas pueriles, ¡Por la vida de mi cabeza! ¡La casaré con quien es mucho menos que yo, aunque te pese!'

» "Tiene el rey un palafrenero corcovado. Ha mandado que comparezca ante su presencia y ha hecho escribir por la fuerza el contrato matrimonial entre la hija del visir y el palafrenero, mandándole que consume el matrimonio esta misma noche y que se celebren las fiestas consiguientes. Los mamelucos del sultán lo han escoltado hasta el baño, llevando velas encendidas, riéndose y burlándose de él en sus mismas narices. La hija del visir está llorando, acongojada y desesperada. Se parece mucho a este muchacho. Han detenido a

su padre y le han prohibido ver a su hija. Jamás he visto, hermana, cosa más fea que ese corcovado. La joven, sin duda, es más hermosa que este chico.” La sílfide replicó…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chafar continuó su relato de esta forma: « La sílfide replicó:] “¡Mientes! ¡Este joven es la persona más hermosa del siglo!” “¡No, por Dios, hermana! La joven es más hermosa que él, pero este chico es el que le conviene. Se parecen mucho. Tal vez sean hermanos o primos. ¡Cuánto va a sufrir con ese jorobado!” “Hermano, podemos meternos debajo de él, cargárnoslo y transportarlo al lado de la joven de la cual hablas. Así veremos cuál de los dos es el más bello.” “De buen grado. Son palabras juiciosas y no veo nada mejor que lo que has sugerido. Yo lo llevaré.” Se lo puso encima y remontóse por los aires, mientras la sílfide le seguía de cerca. Descendieron en la ciudad de El Cairo, lo colocaron en un banco y lo despertaron.

» Hasán se desveló y vio que no se encontraba al lado de la tumba de su padre, en Basora. Miró a derecha e izquierda y vio que estaba en una ciudad distinta de la suya. Quiso gritar, pero el genio le hizo un gesto, encendió una vela y le dijo: “Yo te he traído y quiero hacer contigo algo que complacerá a Dios. Coge esta vela, dirígete con ella a aquel baño, mézclate entre la gente y ve en su compañía hasta llegar a la alcoba de la desposada. Adelántate, métete con ella y no temas a nadie. Colócate a la diestra del esposo jorobado, y a todas las peinadoras, a las cantantes y a las sirvientas que se te acerquen, dales un puñado de oro, metiendo tu mano en el bolsillo; éste estará siempre lleno de dinero; regala, da sin tasa y no temas meter la mano y encontrarlo vacío; da con largueza a todos los que se te acerquen y nada temas. Ten confianza en quien te ha creado, pues todo esto escapa a tus fuerzas y a tu poder, e incumbe a la fuerza y al poder de Dios”.

» Cuando Hasán Badr al-Din hubo oído las palabras del genio, exclamó: “¿Qué será este asunto y qué beneficios me dará?” Se adelantó, encendió la vela, se dirigió al baño y vio al jorobado montado a caballo. Hasán Badr al-Din se introdujo entre la gente, tal como estaba, con su bella figura: llevaba el *tarbús*[37], el turbante y el manto bordado en oro. Anduvo con el cortejo y cada vez que las cantantes cortaban el paso para que les echasen monedas, él metía la mano en el bolsillo, lo encontraba lleno de oro, lo cogía y lo soltaba en el plato de las cantantes y las peinadoras, llenándolo de dinares. Éstas estaban perplejas, y las gentes, admiradas de su hermosura y de su belleza. Así continuó hasta llegar a la casa del visir. Los chambelanes despidieron a la gente, impidiéndole la entrada, pero las cantantes y las peinadoras exclamaron: “No entraremos a menos de que

este joven nos acompañe, ya que nos ha abrumado con sus dones; no llevaremos a la novia si no es en su presencia".

» Le dejaron entrar en la sala de fiestas y le hicieron sentar, a despecho del novio jorobado. Las mujeres de los príncipes, de los ministros y de los chambelanes formaron dos filas; cada una llevaba en la mano un gran cirio encendido que daba luz, y se cubrían con el velo. Formaban filas a derecha e izquierda del corredor hasta la base del arco que estaba en el salón por el cual debía salir la novia. Cuando las mujeres vieron a Hasán Badr al-Din, cuando contemplaron su hermosura, su belleza y su rostro radiante, que parecía la luna nueva, se dirigieron todas hacia él. Las cantantes dijeron a las demás mujeres que estaban presentes: "Sabed que esta beldad únicamente nos ha dado oro puro. Sed amables en su servicio y obedecedle en lo que diga". Todas se agruparon a su alrededor, con los cirios encendidos, contemplaron su lozanía y perdieron la cabeza ante tantos atractivos. Cada una de ellas deseaba poder estar en su regazo durante un año, o un mes, o un solo instante. Se quitaron el velo de la cara, el corazón les latió desacompasadamente y perdieron la razón. Exclamaron: "¡Qué feliz será quien tenga a su lado a este joven!" Maldijeron al jorobado palafrenero y a quien había sido la causa de su matrimonio con aquella belleza; cuanto más admiraban a Hasán Badr al-Din, más detestaban a aquel corcovado.

» Al cabo de un rato las cantantes llamaron con los adufes, y las peinadoras se acercaron llevando entre ellas a la hija del visir, a la que habían adornado, perfumado, vestido y peinado; le habían puesto ropas propias de los reyes; llevaba un traje bordado con oro rojo, en el que se habían dibujado figuras de fieras y pájaros, que caía por encima de las demás ropas; mostraba un collar que costaba miles, todo él con piedras ensartadas, como no tenían igual ni particulares ni soberanos; la novia parecía la luna llena cuando ilumina en la noche decimocuarta de su mes. Al acercarse parecía que era una hurí, ¡loado sea su Creador, que la hizo así! Las mujeres la rodearon: parecían estrellas, y ella era la luna cuando aparece entre un claro de nubes. Hasán Badr al-Din, el basrí, estaba sentado y los reunidos seguían contemplándole. La novia apareció y se adelantó cimbreándose. El palafrenero salió a su encuentro para recibirla, pero ella se apartó de él y se retiró hasta encontrarse enfrente de Hasán, su primo. Las asistentes rompieron a reír. Cuando vieron que se dirigía hacia Hasán Badr al-Din, éste se metió la mano en el bolsillo, cogió un puñado de oro y se lo echó a las cantantes, que se regocijaron y dijeron: "Nos hubiese gustado que éste hubiera sido tu novio". Él sonrió.

» Todo esto ocurría mientras el jorobado palafrenero estaba aislado como si fuese un mono. Cada vez que le encendían la vela, se le apagaba. Se quedó medio atontado, en las tinieblas de un rincón, despreciándose a sí mismo. Los invitados giraban alrededor de Hasán, mientras las velas encendidas daban gran alegría, y ante tal luz quedaban perplejas las personas dotadas de entendimiento.

La novia levantó sus manos al cielo y exclamó: "¡Dios mío, haz que mi esposo sea ése! ¡Líbrame de ese jorobado palafrenero!" Las peinadoras terminaron de quitarle a la novia el último de los siete vestidos de rigor delante de Hasán Badr al-Din, el basrí, mientras el jorobado palafrenero seguía solo. Cuando hubieron concluido, rogaron a la gente que se marchase. Salieron todas las mujeres y los niños que habían asistido a la fiesta, y sólo se quedaron Hasán Badr al-Din y el jorobado palafrenero.

» Las peinadoras se acercaron de nuevo a la esposa para quitarle todos los vestidos y las prendas que llevaba y dejarla preparada para el esposo. En este momento se adelantó hacia Hasán Badr al-Din el jorobado palafrenero y le dijo: "¡Señor mío! Esta noche nos has acompañado gratamente y nos has colmado con tus beneficios. ¿Por qué no te vas ahora a tu casa antes de que te echemos?" "En el nombre de Dios." Se levantó y salió por la puerta, pero allí tropezó con el genio, que le dijo: "¡Tente, Badr al-Din! Cuando el jorobado vaya al retrete, entra tú y siéntate en la habitación. En el momento en que se te acerque la novia, dile: 'Yo soy tu esposo. El rey ha empleado este artificio porque temía que te echasen el mal de ojo. Ése al que has visto es uno de nuestros palafreneros'. Acércate a ella, quítale el velo y no temas que nadie te cause daño".

» Mientras Badr al-Din hablaba con el genio, el palafrenero se dirigió al retrete y fue a sentarse en la tabla. El genio salió de la letrina por el tubo de desagüe, transformado en un ratón, y dijo: "ziq". El jorobado se volvió a ver lo que era. El ratón aumentó de tamaño y se transformó en un gato, luego en un perro, que ladró: "guau, guau". El palafrenero, al ver esto, se asustó y exclamó: "¡Lárgate, desgraciado!" El perro siguió creciendo e hinchándose hasta convertirse en un pollino, que rebuznó y le soltó en la cara: "haq, haq". El palafrenero, blanco, chilló: "¡Acudid a mí, gentes de la casa!" El pollino creció más y adquirió el tamaño de un búfalo, taponó el lugar y dijo con voz humana: "¡Jorobado! ¡Oh, el más hediondo de los palafreneros!" Éste sufrió un retortijón de vientre y tuvo que sentarse en el bacín con los vestidos puestos, mientras le castañeteaban los dientes.

» El genio le preguntó: "¿Es que te parece pequeña la tierra y has de casarte precisamente con mi amada?" El palafrenero estaba mudo. El genio ordenó: "¡Contesta o te empotro en la tierra!" "¡No tengo la culpa! ¡Ellos me han obligado! ¡No sabía que fuese la amada de los búfalos! ¡Me arrepiento delante de Dios y delante de ti!" "¡Juro por Dios que te mataré si sales de aquí o chillas antes de la salida del sol! Cuando sea de día puedes volver a tus ocupaciones normales, pero no vuelvas jamás a esta casa." Agarró al palafrenero, lo zarandeó, le metió la cabeza en el agujero, hacia abajo, y lo dejó patas arriba. Añadió: "¡Quédate ahí, pues te voy a vigilar hasta la salida del sol!" Esto es lo que se refiere al jorobado.

» He aquí lo que hace referencia a Hasán Badr al-Din, el basrí. Dejó que el

genio y el jorobado discutiesen, y él entró en la casa y se sentó en el interior de la habitación. La novia se acercó acompañada de una vieja: ésta se quedó en la puerta del dormitorio y gritó: "¡Abu Sihab! ¡Levántate y coge a tu mujer! ¡Pido a Dios que te dé una buena noche!" La vieja se marchó y la novia, que se llamaba Sitt al-Husn, entró con el corazón desgarrado. Se decía: "¡No dejaré que me posea aunque haya de exhalar el alma!" Al cruzar el umbral vio a Badr al-Din y exclamó: "¡Amor mío! ¿Aún estás sentado? Me he dicho a mí misma que quizá tú y el jorobado palafrenero seáis copartícipes de mí". "¿Qué tiene que ver el palafrenero contigo? ¿De dónde va a ser mi copartícipe en ti?" "¿Quién es mi esposo? ¿Tú o él?" Contestó Badr al-Din: "Hemos hecho esta broma para reírnos de él. Las peinadoras, las cantantes y tu familia, al ver tu belleza en flor, temieron que nos aojasen. Tu padre lo ha contratado por diez dinares para alejar de nosotros el peligro del mal de ojo, y éste ya ha desaparecido". Al oír estas palabras, dichas por Badr al-Din, Sitt al-Husn sonrió y se echó a reír jovialmente. Exclamó: "¡Por Dios! ¡Has extinguido mi inquietud! ¡Cógeme! ¡Estréchame contra tu pecho!" Entreabrió la bata hasta el pecho y, como estaba desnuda, dejó ver lo que tenía delante y detrás.

» Al ver Badr al-Din la pureza de su cuerpo, sintió que la pasión se le despertaba, se puso de pie, se quitó el vestido, cogió la bolsa de oro que le había dado el judío con los mil dinares y la colocó en los zaragüelles, metiéndolo todo en un ángulo del colchón; se quitó el turbante, lo puso encima de una silla y se quedó con una camisa muy fina, bordada en oro. En ese momento Sitt al-Husn se dirigió a él y lo atrajo hacia sí; Badr al-Din, a su vez, se le acercó y se abrazaron. Los pies de ella lo estrecharon por la cintura. En seguida cargó el cañón, lo apuntó a la fortaleza y lo disparó: destruyó el bastión y vio que era una perla que no había sido perforada, y un animal de carga que nadie había montado antes que él; destruyó su virginidad y gozó de su juventud. Cargó el cañón y lo enfrentó con la selva durante quince veces. Al terminar, Badr al-Din colocó su mano debajo de la cabeza de Sitt al-Husn, y ésta colocó la suya debajo de la de aquél. Se entrelazaron y durmieron abrazados, explicando con su abrazo el significado de aquellos versos:

Visita a quien amas y no te preocupes de las palabras del envidioso; éste no sirve de ayuda al enamorado.
El Misericordioso no ha creado nada que sea más hermoso de ver que una pareja de enamorados reunidos en un único lecho.
Abrazados, vestidos con la ropa de la satisfacción, teniendo por almohadas muñecas y brazos.
Cuando los corazones están unidos por el amor, los censores golpean sobre hierro frío.
Si hay una sola persona que te ama, ya has conseguido tu fin: vive sólo

con ella.

» Esto es lo que se refiere a Hasán Badr al-Din y a Sitt al-Husn, la hija de su tío.

» He aquí lo que hace referencia al genio. Dijo la sílfide: "Levántate y colócate debajo del muchacho; lo llevaremos adonde estaba antes de que llegue la mañana, para lo cual ya falta poco". La sílfide se adelantó, se introdujo por debajo y, sujetándole, echó a volar con él tal como estaba: en camisa y sin ropa. La sílfide iba volando seguida por el genio. Pero Dios permitió a los ángeles que alanceasen a éste con una estrella fugaz, toda ella fuego, que lo quemó. La sílfide depositó a Badr al-Din en el mismo lugar en que la exhalación había fulminado a su compañero, pues no podía dominar su terror. El destino quiso que aquel lugar fuese Damasco, en Siria. La sílfide lo colocó junto a una de las puertas y reanudó el vuelo.

» Al amanecer, cuando se abrieron las puertas de la ciudad y salieron las gentes, éstas pudieron ver a un hermoso joven en camisa y con gorro, pero sin turbante ni ropas, sumergido en el sueño después de una larga vigilia. Unos dijeron: "¡Ay! ¡Cuán afortunado el mortal que ha recibido a éste en su casa tal noche! ¡Ojalá hubiese esperado a vestirse con sus ropas!" Otros exclamaban: "¡Pobres mortales! Éste tal vez haya salido de la taberna para evacuar alguna necesidad, pero en medio de tanto vino habrá olvidado el lugar en que estaba, y, andando sin dirección, habrá llegado a la puerta de la ciudad. Encontrándola cerrada, habrá dormido aquí". Mientras la gente iba comentando, se levantó un poco de fresco que alcanzó a Badr al-Din y le levantó el borde de la camisa por encima del vientre: debajo apareció la carne, con su ombligo magníficamente formado y unas piernas y muslos semejantes al cristal, que dejaron aún más maravillada a la gente.

» Hasán Badr al-Din se despertó y vio que se encontraba junto a la puerta de una ciudad que estaba repleta de gente. Estupefacto, preguntó: "¡Gentes de bien! ¿Dónde estoy? ¿Por qué os habéis reunido a mi alrededor? ¿Qué tengo que ver con vosotros?" "A la hora de la llamada para el rezo de la mañana te hemos encontrado tendido y dormido junto a esta puerta. Nada más sabemos respecto de ti. ¿Dónde has pasado la noche?" "¡Gentes! He pasado la noche en El Cairo." Uno le preguntó: "¿Has comido hachís?" Otro añadió: "¿Estás loco? ¿Cómo puedes haber dormido en El Cairo y despertar en Damasco?" "¡Gentes de bien! ¡No os miento! Ayer estuve en Egipto, y anteayer en Basora." Uno exclamó: "Esto es maravilloso". Otro dijo: "Este joven está loco. Dadle unos cuantos palmetazos". Las gentes hablaban unas con otras y se decían: "¡Lástima de muchacho! ¡Su locura, por Dios, no tiene remedio!" Le chillaron: "¡Vuelve a la razón!" Hasán explicó: "Ayer me casé en Egipto." "Tal vez hayas soñado y hayas visto todo lo que cuentas en sueños." Hasán se quedó perplejo y les dijo:

“¡Por Dios! No ha sido un sueño. ¿Dónde está el palafrenero jorobado que estaba sentado a nuestro lado? ¿Dónde la bolsa de oro que yo tenía? ¿Dónde mis ropas y vestidos?”

» Se incorporó, recorrió la ciudad y cruzó sus calles y zocos, mientras las gentes se apretujaban a su paso. Entró en la tienda de un cocinero. Éste había sido un libertino, pero se había arrepentido y tenía abierto un restaurante. Todos los habitantes de Damasco le temían a causa de su fuerza excepcional. Cuando vieron que el muchacho se metía en la tienda del cocinero, se separaron, pues le temían. Éste, al contemplar a Hasán Badr al-Din, al ver su hermosura y belleza, sintió que su corazón se llenaba de ternura. Preguntó: “¿De dónde vienes, joven? Cuéntame tu historia, pues me eres más caro que mi propia vida”. Le contó lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. El cocinero dijo: “Señor Badr al-Din: sabes que esto es un asunto portentoso y un relato maravilloso. Hijo mío, calla lo que sabes, hasta que Dios solucione tu problema. Quédate conmigo en este lugar, pues yo no tengo ningún hijo. Te adoptaré como a tal”. “Sea como tú quieres, tío.” El cocinero se dirigió al zoco, compró buenas ropas para Badr al-Din y se las hizo poner. Acompañado por éste, se dirigió al cadí y atestiguó que lo adoptaba por hijo. Hasán Badr al-Din fue conocido en Damasco como el hijo del cocinero. Quedó con éste en la tienda, cobrando a los clientes. Esto es lo que se refiere a Hasán Badr al-Din.

» He aquí lo que hace referencia a Sitt al-Husn, la hija de su tío. Al amanecer despertó de su sueño y no vio a Hasán Badr al-Din a su lado. Creyó que había ido al retrete y se sentó dispuesta a esperarle un rato. Su padre entró en ese instante, apesadumbrado por lo que le había ocurrido con el sultán y por la manera como éste le había constreñido y había casado a viva fuerza a su hija con uno de sus criados, cual lo era aquel palafrenero corcovado. Se decía a sí mismo: “Mataré a mi hija si se ha dejado poseer por ese desgraciado”. Anduvo hasta llegar al dormitorio, se paró ante la puerta y gritó: “¡Sitt al-Husn!” “Aquí estoy, señor.” Salió tambaleándose de alegría y besó el suelo delante de su padre. Su rostro se había vuelto más voluminoso y más bello por haber estado al lado de aquella gacela de Hasán. Cuando su padre la vio en aquel estado le espetó: “¡Libertina! ¡Te contentas con ese palafrenero!” Sitt al-Husn, al oír las palabras de su progenitor, sonrió y dijo: “¡Por Dios! ¡Basta ya de las intrigas que has fraguado! Las gentes se ríen de mí y me critican a causa de ese palafrenero que no vale para mí ni un ápice de lo que mi marido. ¡Por Dios! ¡No he pasado en toda mi vida una noche mejor que la transcurrida con él! No te burles de mí y no me menciones más al corcovado”.

» Al oír estas palabras, el padre se enfureció y sus ojos echaron chispas. Exclamó: “¡Ay de ti! ¿Qué representan esas palabras que acabas de pronunciar? ¡El palafrenero corcovado ha dormido contigo!” “¡Por Dios! ¡No lo nombres más! ¡Maldígalo Dios, y también a su padre! No continúes la broma hablando de

él. El palafrenero fue contratado por diez dinares; cobró su salario y se fue. Yo me dirigí al dormitorio y encontré a mi esposo sentado, después que las cantantes me lo hubieron mostrado. Había distribuido tal cantidad de oro rojo, que había enriquecido a todos los pobres que estuvieron presentes. He dormido reclinada en el seno de mi esposo, amable, de ojos negros y cejijunto." Oír estas palabras el padre y cubrírsele el rostro inmutable de sombras fue todo uno. "¡Libertina! ¿Qué me estás diciendo? ¿Dónde ha ido a parar tu seso?" "¡Padre mío! Me destrozas el corazón. ¿Por qué finges desconocer a mi esposo? Aquel que es mi esposo, aquel que ha roto mi virginidad, aquel que me ha dejado encinta, ha ido al retrete." Su padre, admirado, entró en el común y encontró al palafrenero corcovado con la cabeza metida en el bacín y las patas al aire. El visir estaba estupefacto y se dijo: "Éste es el jorobado". Le dirigió la palabra, pero el otro no le contestó, pues creía habérselas con el genio» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que [el relato de Chafar prosiguió de esta manera:] « El visir le increpó: "¡Habla o te corto la cabeza con esta espada!" "¡Por Dios, jeque de los genios! Desde que me colocaste en este sitio no he levantado la cabeza. ¡Te conjuro, por Dios, a que tengas misericordia de mí!" Al oír el ministro las palabras del concorvado le dijo: "¿Qué dices? Soy el padre de la novia. No soy ningún genio". "Mi vida no está en tu mano y no puedes matarme. Vete antes de que venga quien ha hecho conmigo lo que ha hecho. Vosotros me habéis casado con la amada de los búfalos, con la amada de los genios. ¡Maldiga Dios a quien me casó con ella! ¡Maldiga Dios a quien fue causa de todo esto!" "¡Ponte en pie y sal de este lugar!" "Ni que estuviera loco me iría contigo sin permiso del genio. Me ha dicho que cuando aparezca el sol puedo salir y seguir mi camino. ¿Ha salido ya el sol? No puedo levantarme de aquí hasta que haya salido el sol." El ministro le preguntó: "¿Quién te ha puesto en este lugar?" "Ayer vine aquí para satisfacer una necesidad. De repente, en medio del agua apareció un ratón, que creció hasta transformarse en un búfalo; me dijo unas palabras que me entraron por el oído. ¡Déjame! ¡Vete! ¡Maldita sea la novia y quien con ella me casó!" El visir se le acercó, lo sacó del retrete y él echó a correr, sin saber si el sol había salido o no, dirigiéndose al sultán, al que informó de lo que le había ocurrido con el genio.

» El visir, el padre de la novia, entró en la casa, perplejo por lo ocurrido a su hija. Le dijo: "¡Hija! ¡Explícame tu historia!" "El galán que se me había destinado ha pasado conmigo la noche, ha roto mi virginidad y he quedado encinta. Si no me crees, su turbante con la escarapela está encima de una silla; sus vestidos, debajo de la cama. En ellos hay algo envuelto, pero no sé qué es."

El padre entró en el dormitorio y encontró el turbante de Hasán Badr al-Din, el hijo de su hermano; lo cogió en el acto en la mano, lo observó y dijo: "Esto es un turbante de ministro, pero del tipo de los de Mosul". Vio una especie de talismanes cosidos en el *tarbús* y los arrancó. Cogió los vestidos y encontró la bolsa que contenía los mil dinares. La abrió y encontró una hoja. La leyó y vio que se trataba de la transacción del judío firmada por Hasán Badr al-Din, hijo de Nur al-Din el basrí, todo con los mil dinares.

Sams al-Din, al leer la hoja, dio un grito muy grande y cayó desvanecido. Cuando volvió en sí reconstruyó los hechos y quedó perplejo. Exclamó: "¡No hay dios sino el Dios Todopoderoso! ¡Hija! ¿Conoces a quien te ha poseído?" "No." "Es el hijo de mi hermano, el hijo de tu tío. Estos mil dinares son tu dote. ¡Loado sea Dios! ¡Ojalá supiera cómo ha ocurrido todo esto!" Descosió los talismanes y encontró un escrito de puño y letra de su hermano Nur al-Din el egipcio, el padre de Hasán Badr al-Din. Al contemplar los caracteres de su hermano, recitó estos dos versos:

Veo sus huellas y experimento una viva emoción: derramo lágrimas encima de sus moradas.
Ruego a Quien me ha alejado de vuestro lado, que un día me conceda el regresar.

» Cuando hubo recitado estos versos, leyó lo escrito y vio que contenía la historia del matrimonio de su hermano con la hija del visir de Basora, de su noche de bodas y de todo lo que había hecho hasta su muerte, así como el relato del nacimiento de su hijo Hasán Badr al-Din. Admirado, se estremeció de emoción, confrontó lo que había sucedido a su hermano con lo suyo propio, y vio que concordaba, que ambos matrimonios, las noches de bodas y los nacimientos de Hasán Badr al-Din, hijo de su hermano, y de su propia hija, Sitt al-Husn, habían ocurrido en el mismo día. Cogió los dos papeles y fue a ver con ellos al sultán, informándole de todo lo ocurrido, desde el principio hasta el fin. El rey, maravillado, mandó que se pusiese en el acto por escrito tal suceso. El ministro empezó a buscar el rastro de su sobrino, pero no encontró ni huella. Exclamó: "¡Haré algo que nadie ha hecho jamás!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chafar continuó relatando la historia de esta manera:] « Cogió un tintero y una pluma y registró todos los utensilios que había en la casa: las ajorcas están en tal sitio, tal cortina en tal otro. Así inscribió todos los objetos que había en la habitación. Plegó el papel y mandó

guardar todos los objetos. Cogió el turbante y el *tarbús*, el velo y la bolsa y se los guardó.

» Transcurridos los meses correspondientes, la hija del ministro dio a luz un niño que se asemejaba a la luna y que se parecía mucho a su padre en hermosura, perfección, belleza y distinción. Cortaron el cordón umbilical, le pusieron colirio en los ojos y se lo entregaron a las nodrizas. Lo llamaron Achib. Creció rápidamente y cuando tuvo siete años, su abuelo lo confió a un alfaquí, encargándole de su educación y de su buena enseñanza. Estuvo cuatro años en la escuela, al cabo de los cuales empezó a meterse con sus compañeros y a insultarlos. Les decía: "¿Quién de vosotros puede compararse conmigo? Soy el hijo del ministro de Egipto". Las muchachas se dirigieron al intendente quejándose de lo que Achib les hacía sufrir. Aquél les contestó: "Os voy a decir algo; si se lo repetís, no volverá más y se apartará de la escuela. Mañana, cuando haya llegado, sentaos a su alrededor y decíos: '¡Por Dios! ¡Que no ha de jugar con nosotros en este juego quien no nos diga el nombre de su madre y el de su padre! Quien no sabe el nombre de su madre o el de su padre, es hijo ilegítimo. Ése no juega con nosotros'".

» A la mañana siguiente volvieron a la escuela, y Achib compareció. Los muchachos le rodearon y dijeron: "Vamos a jugar a un juego en el que no admitiremos a quien no nos diga los nombres de su padre y de su madre" Puestos de acuerdo, dijo uno de ellos: "Me llamo Machid; mi madre, Aiwa, y mi padre, Izz al-Din". Así fueron dando los nombres, hasta que le tocó el tumo a Achib. Éste dijo: "Me llamo Achib; mi madre, Sitt al-Husn, y mi padre es Sams al-Din, el ministro de Egipto". Le increparon: "¡Por Dios! ¡El ministro no es tu padre!" "¡El visir es mi padre de verdad!" Al oír esto, todos los muchachos se echaron a reír y aplaudieron chillando: "¡No sabes quién es tu padre! ¡Vete de nuestro lado, pues no ha de jugar con nosotros quien no sepa el nombre de su padre!" Los muchachos echaron a correr, en seguida, de su lado y empezaron a burlarse de él. Sintió que el corazón se le oprimía y que se ahogaba en llanto. El intendente le dijo: "Crees que tu padre es tu abuelo, el ministro, es decir, el padre de tu madre, Sitt al-Husn. Tú no conoces a tu padre, ni tan siquiera nosotros. El sultán la casó con un palafrenero corcovado, pero los genios pasaron la noche con tu madre. Si tú no conoces el nombre de tu padre, ellos te consideran un hijo bastardo. ¿No te das cuenta de que hasta el hijo de un vendedor conoce a su padre? El ministro de Egipto es tu abuelo, pero ni nosotros ni tú mismo sabemos quién es tu padre. Ten más seso".

"En cuanto hubo oído estas palabras, salió y se fue a ver a su madre, Sitt al-Husn, y empezó a quejarse y a llorar de tal modo que los sollozos le impedían hablar. Al oír sus palabras y ver el llanto, su corazón se enterneció y le preguntó: "¿Qué te hace llorar? Refiéreme lo que te ocurre. Le contó lo que había oído decir a los muchachos y al intendente, y añadió: "¡Madre! ¿Quién es mi padre?"

“El ministro de Egipto”. “¡Ése no es mi padre! ¡No me mientas! El ministro de Egipto es tu padre, no el mío. ¿Quién es mi padre? Si no me cuentas la verdad, me mataré con este puñal.” Su madre, al oír citar al padre, rompió a llorar acordándose de su primo, de la belleza de Hasán Badr al-Din, el basrí, y de cuanto le había pasado con él. Recitó estos versos:

Despertaron el amor en mi seno y se fueron; su morada se fijó lejos de mí.
El día en que se marcharon, mi razón también se fue. El sueño y la resignación me abandonaron.
Se alejaron y la alegría me abandonó; carezco de tranquilidad y de reposo.
Al separarse hicieron correr las lágrimas de mis ojos, tan copiosas que podrían llenar los mares.
El día en que se apodera de mí la nostalgia de volverlo a ver, el día en que aumenta mi deseo por él y el ansia de la espera,
en ese día su imagen está representada en lo más recóndito de mi corazón por la pasión, la nostalgia y el recuerdo.
¡Oh, tú, cuya mención me es habitual! ¡Oh, tú, cuyo amor es la razón de mi vida!
¡Amado mío! ¿Hasta cuándo esta tardanza sin fin? ¿Cuánto durará aún esta separación y este desvío?

» Lloró y lo mismo hizo su hijo. El ministro pasaba por allí, y entró. Cuando vio que lloraban, se le encendieron las entrañas y preguntó: “¿Qué os hace llorar?” La madre le contó lo que le había ocurrido a su hijo con los pequeños de la escuela, y también el ministro se echó a llorar. Recordó a su hermano y lo que había sucedido con éste y con su hijo, sin llegar a poder desentrañar lo que había en el fondo del asunto. El visir, después de un rato, se dirigió a la audiencia, se presentó al rey y le informó de lo ocurrido, pidiéndole permiso para viajar por oriente, en dirección a la ciudad de Basora, para enterarse de lo ocurrido a su sobrino. Pidió al sultán que le escribiera cartas oficiales para todas las provincias, mandando que si hallaba a su sobrino en cualquiera de ellas, pudiera llevárselo; y se echó a llorar delante del soberano. Éste se apiadó de él y escribió las órdenes para todas las provincias y regiones. Esto le alegró un tanto; le dio las gracias, se despidió de él y se dirigió en seguida a preparar el viaje. Cogió todo cuanto podía necesitar y se llevó a su hija y a su nieto, Achib.

» Viajaron el primero, el segundo y el tercer día, y así fueron siguiendo hasta llegar a la ciudad de Damasco. Vieron que tenía muchos árboles y ríos, tal como dijo un poeta:

Después de haber permanecido un día con su noche en Damasco, el tiempo juró que no la olvidaría.
Pasamos la noche mientras el ala de la tiniebla nocturna holgazaneaba, y la aurora avanzaba cual un haz de cabellos grises.
El rocío, sobre las ramas, semejaba perlas hechas caer por un soplo del céfiro.
Los pájaros leían, la alberca era el papel, el viento escribía y las nubes puntuaban.

» El ministro se detuvo en la Explanada de los Guijarros, y en ella plantó las tiendas. Dijo a sus servidores: "Descansemos aquí un par de días". Los criados entraron en la ciudad para hacer las cosas imprescindibles: unos a comprar, otros a vender, otros a bañarse, y otros a la mezquita de los Omeyas, que no tiene igual en el mundo. Achib entró para ver la ciudad. Llevaba detrás a su criado, que tenía un látigo con el que si se hubiese azuzado a un camello, lo hubiera hecho caer. Las gentes de Damasco se fijaron en Achib: por su cintura estrecha, por la armonía de sus rasgos, por su belleza y perfección; se dieron cuenta de que encerraba en sí los prodigios de la hermosura; que era dulce, más suave que el céfiro del norte, más agradable para el sediento que el agua más límpida, y más preferible para el enfermo que la salud. Al verlo, los habitantes de Damasco empezaron a ir detrás y una multitud corría en pos de él y le seguía; otros esperaban apostados a ambos lados del camino para contemplarlo.

» El destino dispuso que Achib llegase delante de la tienda de su padre, Hasán Badr al-Din, aquella en la que vivía el cocinero que lo había adoptado como hijo delante de jueces y testigos. El chico se paró y el criado también. Hasán Badr al-Din miró a su hijo y quedó admirado al ver tal portento de hermosura. Su corazón sintió simpatía y afecto por él. Había hecho aquel día granos de granada al caramelo, y, sintiéndose atraído hacia aquel joven, le invitó diciéndole: "Señor, tú que te has adueñado de mi espíritu; tú, que has seducido mi ánimo, ¿quieres entrar en mi tienda y consolar mi corazón comiendo mis dulces?" Los ojos se le llenaron de lágrimas sin querer, pensó por un momento en todo lo que le había ocurrido y lo comparó con su condición de entonces. Cuando Achib oyó las palabras de su padre, se sintió atraído por él y dijo a su esclavo: "Este tabernero me inspira confianza; parece que esté separado de su hijo; entremos a consolar su corazón, y aceptemos la hospitalidad que nos ofrece. Tal vez Dios haga que encuentre a mi padre, en recompensa de haber tenido compasión de éste".

» El esclavo le dijo que para el hijo de un visir era improcedente entrar en una tasca. Añadió: "Mantendré apartada de ti a la gente con este bastón, pues no quiero que te vean. Si no, no puedes entrar en la bodega". Estas palabras del criado impresionaron al hijo de Hasán Badr al-Din; se volvió hacia éste mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y le dijo: "Me siento inclinado hacia ti". El

criado interrumpió: “Déjate de palabras, que no has de entrar”. Volviéndose al criado, el padre de Achib le dijo: “¡Maestro! ¿Por qué no me consuelas y entras en mi tienda? Tú pareces una castaña negra con el corazón blanco, pues así te han descrito”. Siguió halagándolo, hasta que el criado se echó a reír y preguntó: “¿Qué quieres decir? Dilo en seguida”. Hasán recitó:

Si no tuviese la más fina educación, si no fuese digno de confianza, no hubiera sido ni servidor de un rey,
ni de la familia real. ¡Cuántos siervos hay que por sus méritos son servidos por los ángeles del cielo!

» El criado, al oír estas palabras, quedó ufano y entró con Achib en la bodega. Hasán Badr al-Din llenó un plato de granos de granada, añadió almendras y azúcar, y los dos invitados comieron. Hasán Badr al-Din les dijo: “Me habéis honrado. Comed con buen apetito”. Achib exclamó: “Siéntate y come con nosotros. Tal vez Dios nos reúna con quien buscamos”. “Hijo mío, ¿has crecido, a pesar de tu tierna edad, separado de tus familiares?” “Sí, tío; mi corazón arde por estar separado de las personas amadas. El familiar que me ha abandonado es mi padre. Mi abuelo y yo hemos salido a recorrer los países, y no deseo nada más que poder encontrarle.” Achib se echó a llorar, y su padre también, pues recordaba la separación de los familiares, de su padre y de su madre. El criado se compadeció de él.

» Comieron juntos hasta quedar satisfechos. Después, los dos huéspedes se levantaron y salieron de la tienda de Hasán Badr al-Din. Éste notó que el alma lo abandonaba y se marchaba con ellos. No pudo contentarse con lo que había visto. Cerró la tienda y los siguió, sin saber que aquél era su hijo. Apretó el paso y consiguió alcanzarlos antes de que saliesen por la puerta mayor. El eunuco se volvió y le dijo: “¿Qué te pasa, cocinero?” “Cuando os marchasteis de mi casa, me pareció que el alma iba a abandonar mi cuerpo. Tengo unos asuntos pendientes más allá de la puerta, y he pensado en acompañaros, arreglar mis cosas y luego regresar.” El eunuco se enojó y dijo a Achib: “En mala hora comimos, y caro vamos a pagar ese honor. Éste nos va siguiendo de un lugar a otro”. Achib se volvió hacia el cocinero, se sofocó y le dijo al criado: “Déjale que ande por el camino público. Cuando lleguemos a nuestras tiendas, si nos sigue, sabremos que viene tras nuestros pasos y le alejaremos”. Bajó la cabeza y reemprendió la marcha; el criado lo siguió.

» Hasán Badr al-Din los siguió hasta la Explanada de los Guijarros; ellos se acercaron a las tiendas y se volvieron.

» Al ver que los seguía, Achib se indignó y temió que el eunuco se lo contase a su abuelo; se fue irritando por momentos, temiendo que dijese: “El muchacho ha entrado en una tasca, y el cocinero viene siguiéndole”. Se volvió, clavó sus

ojos en los de su padre, que había quedado convertido en un cuerpo sin alma, y creyó ver en ellos algo de pérfido, como si fuesen los de un invertido. Su enojo se desbordó: cogió una piedra, se la tiró a su padre y le dio en la frente. Hasán Badr al-Din cayó desmayado en el suelo, mientras la sangre le cubría toda la cara. Achib y el criado entraron en las tiendas.

» Cuando Hasán Badr al-Din volvió en sí, se secó la sangre, cortó un pedazo de su turbante, se vendó la cabeza y se censuró a sí mismo, diciéndose: "Me he portado mal con el muchacho, pues he cerrado la tienda para seguirle. Habrá creído que soy un malvado". Volvió a su puesto y se ocupó en la venta de sus guisos. Acordándose de su madre, que había quedado en Basora, rompió a llorar y recitó este par de versos:

No pidas al destino que se muestre justo con aquel al que oprime. Jamás verás, amigo, que el destino sea justo.
Coge lo que te da la suerte, y apártate a un lado, pues algo de amargo habrá en ello, aunque parezca que no.

» Hasán Badr al-Din siguió ocupándose de la venta de sus guisos.

» El ministro, su tío, después de haber pasado tres días en Damasco, reemprendió la marcha dirigiéndose hacia Homs; cruzó esta ciudad y siguió su camino buscando los lugares apropiados para acampar. Así llegó a Maridín, a Mosul, a Diyar Bakr, y no paró de andar hasta que entró en la ciudad de Basora. Una vez aposentado, pidió audiencia al sultán; éste se la concedió y lo honró. Le preguntó por la causa de su llegada. Sams al-Din le informó de su historia y le explicó que era el hermano del visir Alí Nur al-Din. El sultán invocó la misericordia divina sobre éste y dijo: "Señor, él fue mi visir. Yo le quería mucho, pero murió hace ya quince años. Dejó un niño, pero desapareció y no volvimos a saber nada de él. Su madre aún vive entre nosotros, pues es hija de mi difunto primer ministro". Cuando el visir Sams al-Din oyó decir al rey que la madre de su sobrino aún vivía, se alegró y dijo: "¡Rey! Deseo reunirme con ella". Le concedió el permiso en el acto y él se dirigió a la casa que había pertenecido a su hermano; la miró con atención, besó el suelo recordando a Alí Nur al-Din, y cómo éste había muerto en tierra extraña deseoso de volverlo a ver. Lloró y recitó:

Paso por el lado de la casa, la casa de Layla, y beso sus paredes aquí y allá.
No es el cariño que siento por la casa el que apena mi corazón, sino el de aquél que la habitó.

» Cruzó la puerta y se encontró en un amplio patio; encontró otra puerta, construida de cuarzo y de mosaico policromado, avanzó por el interior de la casa y, girando su vista alrededor, vio escrito en letras doradas, sobre las paredes, el nombre de su hermano Nur al-Din; se acercó a la inscripción, la besó y se echó a llorar, pues se le hicieron presentes los recuerdos de la separación. Recitó estos versos:

Pido noticias de vos al sol en cuanto sale; interrogo al relámpago en cuanto brilla.
El deseo de veros me estruja una y otra vez entre sus manos, pero no me lamento por el sufrimiento.
¡Amigos! Ha pasado mucho tiempo, y mi corazón ha quedado hecho pedazos.
Si se realizase mi deseo de volverlo a ver, ocurrirían entre ambos las mejores cosas.
No creáis que me he distraído con otros, porque el corazón es incapaz de albergar el cariño de los demás.

» Sams al-Din siguió adelante, hasta llegar al departamento que ocupaba su cuñada, la madre de Hasán Badr al-Din, el basrí. Desde que había desaparecido su hijo, lloraba y sollozaba noche y día; cuando hubo transcurrido algún tiempo, le construyó, en medio del salón, una tumba de mármol, y encima de ésta se pasaba llorando las noches y los días, pues sólo podía dormir junto a aquel túmulo. Sams al-Din, al llegar al umbral, oyó sus suspiros. Se paró detrás de la puerta y oyó que recitaba, encima del túmulo, estos dos versos:

¡Por Dios, oh tumba! ¿Se han extinguido sus bellezas? ¿Se ha transformado aquella imagen regocijante?
¡Tumba! Careces de jardín y te faltan los cielos. ¿Cómo, pues, puedes reunir las ramas y la luna?

» Mientras estaba así, entró el visir Sams al-Din, la saludó y le explicó que era hermano de su marido. Le refirió todo lo que había ocurrido y le explicó que su hijo, Hasán Badr al-Din, había pernoctado con su hija toda una noche, pero que se había desvanecido al aparecer la aurora. Añadió: “Tu hijo dejó embarazada a mi hija y ésta dio a luz a un muchacho, que he traído conmigo. Él es tu hijo, ya que es hijo de tu hijo y de mi hija”. Al oír estas nuevas de su hijo, al saber que vivía y al contemplar a su cuñado, se dirigió hacia él, cayó a sus pies y se los besó. Recitó estos versos:

¡Cuán buen nuncio me ha advertido de su llegada, trayéndome la mejor de las noticias!
Si le gustase la ropa usada, le regalaría un corazón que quedó hecho pedazos en el momento de la despedida.

» El visir envió por Achib para presentarlo. Cuando llegó, su abuela se puso en pie, lo abrazó y rompió a llorar. Sams al-Din le dijo: "No es el momento de llorar, sino el de preparar tus cosas para venirte con nosotros a Egipto. Tal vez Dios nos reúna con nuestro deseo y el tuyo con tu hijo, con el hijo de mi hermano". "De buen grado." En el acto se levantó, reunió todos sus tesoros, sus muebles y sus esclavas, y se dispuso para la partida. El visir Sams al-Din fue a visitar al sultán de Basora y se despidió de él. Éste le entregó numerosos presentes y regalos para que se los llevase al sultán de Egipto. Emprendió en seguida el viaje, llevándose a su cuñada, y no descansaron hasta llegar a la ciudad de Damasco. Se pararon en al-Qanun, levantaron las tiendas, y Sams al-Din dijo a quienes le acompañaban: "Estaremos en Damasco una semana para poder comprar los regalos y presentes para el sultán". Achib, dirigiéndose al eunuco, le dijo: "Muchacho, quiero echar un vistazo. Ven conmigo: iremos al mercado de Damasco, veremos su situación y observaremos lo que ha ocurrido con aquel cocinero en cuya casa comimos sus guisos y al que luego, a pesar de lo amable que había sido con nosotros, le partimos la cabeza". "Como tú quieras."

» Achib y el eunuco salieron de las tiendas. La voz de la sangre lo llevaba hacia el tugurio, y todo esto ocurría alrededor del mediodía. Casualmente, el cocinero había guisado granos de granada. Cuando se acercaron, Achib sintió que el corazón se le iba. Vio que la pedrada le había dejado una cicatriz en la frente. Dijo: "La paz sea sobre ti, cocinero. Sabe que mi pensamiento siempre ha estado contigo". Al verlo, Hasán Badr al-Din sintió que sus entrañas ardían y que el corazón le latía furiosamente. Bajó la cabeza hacia el suelo y quiso decir algo, pero no pudo. Dirigió la vista humildemente hacia su hijo y recitó estos versos:

¡Tanto he deseado la presencia de quien amo, que al verlo he quedado parado, mudo y ciego!
He inclinado, en honor suyo, la cabeza y he intentado ocultar lo que por mí pasaba, pero en vano.
Había preparado páginas enteras para alabarlo. Pero en cuanto nos hemos reunido, no he encontrado ni una palabra.

» Dijo a los dos: "Consoladme comiendo de mis guisos. Juro por Dios, joven, que en cuanto te vi sentí un gran afecto por ti y si te seguí, fue debido a que me encontraba fuera de mí". Achib contestó: "¡Por Dios! Tú te portaste bien con

nosotros, y comimos algunas cosas. Pero luego te empeñaste en seguirnos y pudiste perjudicarnos. Nada comeremos de lo que tienes si no es con esta condición: que jures que no saldrás en pos nuestro, que no nos seguirás. En caso contrario, no volveremos más aquí durante nuestra estancia. Vamos a permanecer en esta ciudad una semana para dar tiempo a que mi abuelo compre los regalos del rey". Badr al-Din aceptó, y Achib y el criado entraron en la tienda. Les puso delante un plato lleno de granos de granada. Achib le dijo: "Come con nosotros. Tal vez Dios te consuele". Hasán Badr al-Din se alegró y comió con ellos, pero sin apartar ni un instante la mirada de la faz del joven, que le había encandilado el corazón y que atraía hacia sí todas sus facultades. Achib le dijo: "Eres un enamorado enojoso. ¡Basta ya de tanto mirarme a la cara!" Al oír estas palabras, Hasán Badr al-Din recitó:

Un pensamiento oculto, que no se divulga, permanece guardado en el corazón, sin darse a conocer.
¡Oh, tú, que haces palidecer a la radiante luna con tu belleza, cuya faz supera la luminosidad de la mañana!
Tu esplendor es para mí una señal que nunca se extingue; es un punto fijo que crece y se multiplica.
El ardor me consume, al mismo tiempo que tu faz es para mí el paraíso; me muero de sed cuando tu saliva es el Kawtar[38].

» Hasán Badr al-Din ofrecía un bocado ora a Achib, ora al eunuco. Al terminar, les ofreció agua para que se lavasen las manos, y les dio una toalla de seda que llevaba a la cintura. Se secaron las manos, después los roció con agua de rosas, que sacó de un ánfora, y salió de la tienda para regresar en seguida con dos jarras de barro, llenas de agua de rosas almizclada, que colocó delante de sus invitados para que bebiesen. Achib bebió e hizo beber al criado.

» Cuando, contra lo que era su costumbre, quedaron bien llenos y saciados, se marcharon rápidamente, sin detenerse, hasta llegar a las tiendas. Achib entró en la de su abuela, la madre de Hasán Badr al-Din, y ésta lo besó, acordándose de su hijo; suspiró, lloró y recitó este par de versos:

Si no esperase reunirme contigo, la vida no tendría objeto para mí.
Juro que en mi corazón sólo cabe el amor que por ti siento, y Dios, mi Señor, conoce todos los secretos.

» Preguntó a Achib: "Hijo mío, ¿dónde has estado?" "En la ciudad de Damasco." Su abuela se incorporó y le ofreció una escudilla de granos de granada que tenían poco azúcar. Dijo al criado: "Siéntate con tu señor". El criado

se dijo: “Por Dios que no me apetece comer”, pero se sentó y lo mismo hizo Achib, a pesar de que tenía el estómago repleto de lo que había comido y bebido. Cogió un pedazo de pan, lo metió en el jugo de los granos de granada y lo engulló. Le pareció, porque estaba harto, que tenía poco azúcar. Se enojó y dijo: “¡Qué comida más salvaje!” “¡Hijo! —replicó la abuela—. ¿Te has cansado de mi modo de cocinar? Lo he hecho yo y no hay nadie que pueda superarme en este guiso, de no ser tu padre, Hasán Badr al-Din.” “Señora, este plato no está bien hecho. Hace un rato hemos visto en la ciudad un cocinero que ha hecho este mismo guiso, pero que tenía un aroma que hacía la boca agua, un sabor capaz de tentar al que padece de indigestión. Tu guiso, en comparación con aquél, no vale ni poco ni mucho.” Su abuela, al oír estas palabras, se indignó, se volvió al criado…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chafar prosiguió relatando la historia de esta manera: « … se volvió al criado] y dijo: “¡Ay de ti! ¿Has dado un mal ejemplo a mi hijo entrando con él en cualquiera de los tugurios de los cocineros?” El eunuco tuvo miedo y lo negó: “No hemos entrado en ninguna taberna. Hemos pasado por delante”. “¡Por Dios! Hemos entrado —clamó Achib — y hemos comido. El guiso era mucho mejor que el tuyo.” La abuela se fue a contárselo a su cuñado y lo incitó en contra del criado. Éste compareció ante el visir, quien le preguntó: “¿Por qué has entrado con mi hijo en una taberna?” El criado se asustó y volvió a negarlo: “No hemos entrado”. “¡Mientes! —exclamó Achib—. Hemos entrado y hemos comido granos de granada hasta hartarnos. El cocinero nos ha dado bebidas heladas y azucaradas.” El enojo del visir creció e insistió, pero el criado siguió negando. El ministro le dijo: “Si es cierto lo que dices, siéntate delante de nosotros y come”. El criado quiso comer algo, pero no pudo y tuvo que sacar el bocado. Dijo: “Señor, aún estoy lleno de ayer”.

» El ministro se convenció de que había comido en la taberna. Mandó a los criados que lo tumbasen en el suelo; lo tendieron y empezaron a darle golpes muy dolorosos. Pero él seguía diciendo: “¡Señor, estoy aún harto de ayer!” Siguieron pegándole, mientras el ministro le exhortaba a decir la verdad. Por fin confesó: “Sabe que hemos entrado en la tienda de un cocinero que guisa los granos de granada y nos los ha dejado probar. ¡Por Dios! Nunca en mi vida he comido nada semejante, y nunca he probado nada tan malo como lo que tengo delante”. La madre de Hasán Badr al-Din se indignó y exclamó: “Pues no te queda más remedio que ir a ese cocinero y traernos una escudilla de granos de granada, de esos que él tiene. Se los ofrecerás a tu señor para que él decida cuál de los dos es más bueno”. “Conforme.” Le dio una escudilla y medio dinar.

» El criado se marchó a la bodega. Dijo al cocinero: “En casa de mi señor tenemos una discusión sobre la calidad de tu cocina, ya que allí han guisado granos de granada las mujeres de la casa. Dame medio dinar y aguza tu ingenio en el guiso; hazlo bien, pues yo he recibido golpes dolorosos a causa de tu plato”. Hasán Badr al-Din se echó a reír y exclamó: “¡Por Dios! No hay nadie que haga mejor que yo este guiso, salvo mi madre; pero ésta se halla en un país lejano”. Llenó la escudilla y la roció con almizcle y agua de rosas. El criado la recogió y se dirigió, presuroso, al campamento. La madre de Hasán la tomó, probó el guiso, se dio cuenta de que estaba exquisito y reconoció el modo de cocinarlo. Dio un gritó y cayó desmayada. El visir quedó perplejo. La rociaron con agua de rosas, y después de un momento volvió en sí. Dijo: “¡Sí, mi hijo está aún en este mundo! Sólo él puede haber guisado este plato de granos de granada. Ése es mi hijo Hasán Badr al-Din. No hay duda y tiene que ser así. Este guiso le pertenece y nadie fuera de mí podría guisarlo igual, pues yo fui quien se lo enseñé”.

» Al oír estas palabras, el visir se alegró mucho y exclamó: “¡Qué ganas tengo de ver a mi sobrino! Tal vez el tiempo nos lo haya hecho encontrar. ¡Sólo a Dios he pedido que nos reuniera con él!” El ministro llamó a sus hombres y les dijo: “Veinte de vosotros se dirigirán al tenducho del cocinero y lo destruirán. Apresarán a su dueño, al que atarán con su propio turbante, y me lo traerán a viva fuerza, pero sin hacerle daño alguno”. “Obedecemos.” El visir montó a caballo en seguida, se dirigió a la sede del gobierno y se presentó al gobernador de Damasco. Le mostró las cartas que le había dado el sultán y éste se las colocó en la cabeza, después de haberlas besado. Le preguntó: “¿Qué deseas?” “Un cocinero.” Mandó a sus chambelanes que fuesen a buscarlo a la tienda. Fueron, pero la encontraron destruida, y todas las cosas rotas, ya que, al dirigirse el ministro a casa del gobernador, sus hombres habían hecho lo que él les había mandado. Esperaron que el ministro regresase del palacio, y, entretanto, Hasán Badr al-Din se decía: “¡Ojalá supiera qué es lo que han encontrado en los granos de granada para que me haya ocurrido a mí lo que me ha ocurrido!”

» El gobernador de Damasco concedió permiso al ministro para que apresase al cocinero y se lo llevase consigo. Entonces el visir regresó a su campamento y mandó que se lo presentasen atado con su propio turbante. Hasán Badr al-Din, al ver a su tío, se echó a llorar desconsoladamente. Exclamó: “¡Señor! ¿En qué os he ofendido?” “¿Tú eres el que ha guisado los granos de granada?” “Sí; ¿habéis encontrado algo que justifique mi muerte?” “Ése es el menor de tus méritos.” “¿No me informáis de mi culpa?” “Sí; ahora mismo.” El ministro llamó a sus servidores y les dijo: “¡Preparad los camellos!” Cogieron a Hasán Badr al-Din, lo metieron en una caja y lo encerraron en ella. Emprendieron el viaje y no cesaron de andar hasta la llegada de la noche, en que acamparon y comieron un poco. Sacaron a Hasán Badr al-Din, le dieron de comer y lo volvieron a meter en la caja. Hicieron lo mismo repetidas veces hasta que, llegados a cierto lugar,

sacaron de la caja a Hasán Badr al-Din y el ministro le preguntó: "¿Tú eres el que guisó los granos de granada?" "Sí, señor." Exclamó: "¡Atadlo!" Así lo hicieron y lo metieron de nuevo en la caja.

» Siguieron andando hasta llegar a Egipto. Acamparon en al-Zaydaniyya. El visir mandó que sacasen a Hasán Badr al-Din de la caja y que compareciese un carpintero, al que dijo: "Fabrica un juego de maderos para éste". Hasán Badr al-Din le preguntó: "¿Qué quieres hacer con ellos?" "Te crucificaré, te clavaré y te pasearé por toda la ciudad." "¿Por qué vas a hacer eso conmigo?" "Porque los granos de granada no estaban bien guisados; les faltaba un poco de pimienta." "¿Y sólo porque faltaba un poco de pimienta vas a hacer conmigo todo esto? ¿No te basta con el haberme encajonado y el haberme dado de comer una sola vez al día?" "Como no había pimienta, tu recompensa es la muerte." Hasán Badr al-Din se quedó perplejo y triste y empezó a meditar. El ministro le preguntó: "¿Qué piensas?" "En los cerebros débiles como el tuyo. Si fueras inteligente no harías conmigo todo esto sólo porque faltaba un poco de pimienta." "A mí me incumbe corregirte para que nunca más vuelvas a hacerlo." "Lo que estás haciendo, de poco sirve para corregirme." "No hay vuelta de hoja: he de crucificarte." Mientras se desarrollaba esta escena, el carpintero preparaba los maderos bajo su mirada.

» Así llegó la noche; su tío lo metió en la caja y le dijo: "Mañana será el día de tu crucifixión". Esperó hasta darse cuenta de que se había quedado dormido; entonces montó a caballo, cogió la caja, que colocó delante de sí, cruzó la ciudad y entró en su casa. Dijo a su hija Sitt al-Husn: "¡Loado sea Dios que te ha reunido con tu primo! ¡Levántate! Arregla la habitación tal como estaba la noche de bodas". La mujer impartió órdenes a las criadas, y éstas encendieron las velas. El ministro sacó la hoja en que había anotado la disposición de los objetos en el interior de la habitación, la leyó y mandó que se colocase cada cosa en su sitio, de tal modo que quien lo viera pudiera convencerse de que era la noche de bodas. Ordenó que se pusiese el turbante de Hasán Badr al-Din en el mismo sitio en que él lo había dejado; lo mismo hizo con los zaragüelles y con la bolsa que estaba debajo del colchón. Después mandó a su hija que se adornase de la misma manera como lo había hecho en la noche de su matrimonio y que entrase en el dormitorio. Le dijo: "Cuando se te acerque tu primo, dile: 'Mucho te has entretenido en el retrete'. Deja que esté contigo y habla con él hasta que llegue el día, pues se ha prescrito que llegue esa fecha". El ministro, después de romper las ataduras de los pies de Badr al-Din, sacó a éste de la caja, le quitó los vestidos que llevaba puestos y lo dejó en camisa de dormir, sin zaragüelles. Él seguía durmiendo, sin darse cuenta de nada.

» Cuando Badr al-Din se despertó, se encontró en un vestíbulo bien iluminado. Se dijo: "¿Estoy soñando o despierto?" Se puso en pie y se acercó a la puerta. Miró y vio que estaba en una casa en la que se acababa de celebrar un

matrimonio. Vio el dormitorio, el lecho, su turbante y sus cosas, y se quedó estupefacto: avanzó un paso, volvió atrás y se dijo: "¿Duermo o estoy despierto?" Se pasó la mano por la frente y, admirado, exclamó: "¡Ésta es la casa en que me presentaron a mi esposa! ¡Pero yo he estado metido en una caja!" Estaba diciéndose esto cuando Sitt al-Husn levantó la punta del mosquitero y dijo: "¡Señor! ¿Por qué no entras? Te has entretenido mucho en el retrete". Oír estas palabras, ver su cara y echarse a reír fue todo uno. Exclamó: "¡Estoy soñando!" Entró, suspiró, meditó en lo que le había ocurrido y quedó aún más desconcertado al encontrar el turbante, los zaragüelles y la bolsa que contenía los mil dinares. Dijo: "Dios sabe mejor que yo si estoy soñando". La gran admiración que experimentaba le dejó estupefacto. Sitt al-Husn le preguntó: "¿Qué te ocurre que estás tan preocupado? Al empezar la noche no estabas así". "¡Cuántos años he estado alejado de ti!" exclamó: "¡Dios te libre de los desvaríos! Acabas de salir para ir al retrete a hacer una necesidad y has vuelto. ¿Qué te ha pasado por la imaginación?" "Dices verdad —contestó riendo Badr al-Din—, pero al salir de la habitación me he quedado adormecido en el común y he soñado que era cocinero en Damasco. Aquí he permanecido diez años. Me ha venido a visitar un joven, hijo de notables, acompañado por un criado, y me ha ocurrido esto y esto."

» Hasán Badr al-Din se pasó la mano por la cabeza y vio la señal de la pedrada. Exclamó: "¡Por Dios, señora! Parece ser que ha ocurrido en realidad, puesto que me tiró una piedra a la frente; todo indica que he estado despierto". Añadió: "Tal vez esta herida me la he hecho cuando estábamos abrazados mientras dormíamos. En el sueño me ha parecido que iba a Damasco sin *tarbús*, sin turbante y sin zaragüelles, y que aprendía a guisar". Calló un momento y exclamó: "¡Por Dios! Guisé unos granos de granada con poca pimienta… bueno, me habré dormido en el retrete y lo habré soñado todo". Sitt al-Husn le preguntó: "Además de eso, ¿qué más has soñado?" Se lo contó todo y añadió: "¡Válgame Dios! Si no me hubiese despertado, habría sido crucificado en un juego de maderos". "¿Por qué?" "Porque los granos de granada tenían poca pimienta; me sacaron de mi tienda, rompieron mis utensilios, me metieron en un cajón y mandaron llamar a un carpintero para que hiciese un artilugio de madera, en el cual querían crucificarme. ¡Gracias a Dios que todo esto ha ocurrido en sueños, que no ha sido realidad!"

» Sitt al-Husn se echó a reír y lo estrechó contra su pecho; él hizo otro tanto. Se quedó pensativo de nuevo y exclamó: "¡Por Dios! Parece ser que me haya ocurrido estando despierto. No sé lo que me ha pasado ni cuál es la verdad". Se quedó adormecido y perplejo de lo que le había sucedido. Unas veces decía que lo había visto en sueños; otras, que lo había vivido despierto. Así continuó hasta la mañana. Entonces se presentó el visir Sams al-Din y lo saludó. Al verlo, Hasán Badr al-Din exclamó: "¡Te conjuro en nombre de Dios! ¿Eres tú quien ha

mandado que me secuestrasen y destruyesen mi tienda porque los granos de granada tenían poca pimienta?" "Sabe, hijo mío, que la verdad ha salido a relucir y que se ha hecho patente lo que estaba oculto. Tú eres el hijo de mi hermano. Si he hecho esto ha sido para cerciorarme de que tú eres quien había poseído a mi hija aquella noche, y no me he convencido hasta ver que reconocías la casa, que sabías encontrar tu turbante, tus zaragüelles, tu dinero, las dos hojas que escribiste con tu propia mano y las que escribió tu padre, mi hermano. Jamás te había visto antes de ahora, y no te habría podido reconocer. He traído conmigo, desde Basora, a tu madre." Dicho esto se echó en sus brazos y empezó a llorar. Al oír Hasán Badr al-Din las palabras de su tío, se quedó admirado por completo, lo abrazó y lloró de alegría. El ministro le dijo: "¡Hijo mío! La culpa de todo esto la tiene lo que me ocurrió con tu padre". Le refirió todo lo sucedido y le explicó la causa de que éste se fuera a Basora.

» El visir mandó llamar a Achib, y cuando su padre lo vio, exclamó: "¡Éste es el que me tiró la piedra!" "Es tu hijo", le dijo el ministro. Se echó en sus brazos y recitó estos versos:

He llorado mucho tiempo a causa de nuestra separación. Las lágrimas han brotado copiosamente de mis párpados.
Hice voto de que si el Señor me reunía con mi amado, no volvería a pronunciar la palabra "separación".
La alegría me ha embargado hasta tal extremo, que el exceso de regocijo me ha hecho llorar.

» Al terminar estos versos, su madre avanzó hacia él, se echó en sus brazos y recitó a su vez.

El destino había jurado que mis sufrimientos jamás terminarían. Has roto tu juramento, ¡oh tiempo!, paga la expiación.
Me ha llegado la felicidad; el amado está a mi lado. ¡Vayamos en busca de la alegría!

» Su madre le contó todo lo que le había ocurrido después de su partida, y lo mucho que había sufrido. Dieron todos gracias a Dios que los había reunido, y el ministro se dirigió a ver al sultán, a quien informó de lo sucedido. Éste se admiró y mandó que se pusiese por escrito en los registros, para que se guardase memoria de ello en el transcurso de los tiempos.

» El visir vivió la mejor de las vidas en compañía de su sobrino, de su hija, de su nieto y de su cuñada, hasta que llegó la destructora de las dulzuras y la separadora de las familias.

» Esto es, ¡oh Emir de los Creyentes!, lo ocurrido al visir Sams al-Din y a su hermano Nur al-Din» .

El califa Harún al-Rasid exclamó: « ¡Es admirable!» Hizo donación al muchacho de una de sus concubinas, le señaló una renta vitalicia y lo admitió entre sus comensales.

Sahrazad dijo:

—Pero esto es menos portentoso que lo ocurrido al jorobado, al judío, al superintendente y al cristiano.

El rey Sahriyar preguntó:

—¿Cuál es su historia?

EL JOROBADO, EL JUDÍO, EL SUPERINTENDENTE Y EL CRISTIANO

REFIRIÓ Sahrazad:

—He oído decir, ¡oh rey feliz!, que en lo más antiguo del tiempo y de las edades, y de los siglos más remotos, había en la ciudad de China un sastre que tenía una posición desahogada, al que le gustaba divertirse y distraerse. Él y su esposa salían algunas veces para pasear por los lugares más hermosos.

Cierto día en que salieron al amanecer, regresaron a su casa ya oscurecido, por la tarde. Encontraron en el camino a un hombre jorobado, cuyo aspecto habría hecho reír al más enojado, y hubiese terminado con las penas del más triste. El sastre y su mujer se fijaron en él y lo invitaron a que los acompañase a su casa a cenar con ellos. Aceptó y se fue con ellos hasta la casa. El sastre se dirigió al mercado, caída ya la noche, para comprar. Adquirió un pescado frito, pan, limones y dulces con los que alimentarse. Regresó, colocó el pescado delante del jorobado y se sentaron a comer. La mujer del sastre cogió un gran pedazo de pescado, lo metió en la boca del jorobado y le tapó la boca diciéndole: « ¡Por Dios! Debes comértelo de una sola vez, de un bocado, pues no he de darte tiempo para que lo mastiques» . Lo engulló, pero el pescado tenía una espina muy grande, que se le clavó en la garganta: le había llegado su hora y murió en el acto.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el sastre exclamó: « ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Este pobre estaba predestinado a morir así, por nuestro medio» . La mujer le dijo: « Estás perdiendo el tiempo. ¿No has oído lo que dijo el poeta?

> ¿Por qué me consuelo de un hecho que es digno de preocupación y de tristeza?
> ¿Por qué estar sentado junto al fuego que está encendido? Sentarse al lado del fuego es pura pérdida» .

El marido le preguntó: « ¿Qué debo hacer?» « Levántate, cógelo en tus brazos y ponle encima una toalla de seda. Saldremos los dos: tú irás detrás de mí, en medio de la noche, y dirás: “Éste es mi hijo y ésa es su madre. Lo llevamos al médico para que lo cure”.» Al oír estas palabras, el sastre se puso en pie, cogió al jorobado en brazos y su mujer empezó a decir: « ¡Hijo mío! Te pondrás bien. ¿Dónde te duele? ¿Dónde tienes la viruela?» Todos los que los veían decían: « Llevan un niño que tiene la viruela» . No pararon de andar, preguntando por la

casa de algún médico, hasta que les indicaron la de uno, un judío. Llamaron a la puerta. Bajó a abrir una criada negra. Ésta vio a un hombre que llevaba a un pequeño y que llegaba acompañado por su madre. Preguntó: « ¿Qué os sucede?» Contestó la mujer del sastre: « Tenemos un pequeño y queremos que lo visite el médico. Coge este cuarto de dinar, dáselo a tu señor y ruégale que baje a visitar a mi hijo, que está enfermo» . La muchacha subió y entretanto la mujer del sastre se metió en el vestíbulo y dijo a su esposo: « Suelta aquí al jorobado y pongámonos a salvo» . El sastre lo dejó de pie, apoyándolo en la pared, y ambos, marido y mujer, escaparon.

La criada entró en la habitación donde estaba el judío y le dijo: « Al pie de la casa hay un enfermo que viene acompañado de un hombre y una mujer. Me han dado, para que te lo entregue, un cuarto de dinar con el fin de que recetes lo que le conviene» . El judío, al ver el cuarto de dinar, se alegró, se levantó rápidamente y bajó en medio de la oscuridad. Al llegar abajo tropezó con el pie del jorobado, que estaba muerto. Exclamó: « ¡Ezra! ¡Oh, Moisés y los diez mandamientos, Aarón y Josué b. Nun! ¡He tropezado con este enfermo, se ha caído y se ha matado! ¿Cómo podré salir con un muerto de mi casa…?» Lo cogió, cruzó con él el patio de la casa y subió a la habitación de su mujer para informarla de todo. Ella le dijo: « ¿Qué haces aquí parado? Si te quedas quieto hasta que amanezca, será nuestro fin. Los dos vamos a subir a la azotea: lo echaremos a la casa de nuestro vecino, el musulmán. Es el superintendente de la cocina del sultán; los gatos y los ratones frecuentan su casa para comer las sobras. Si el cadáver pasa ahí la noche, los perros bajarán desde las azoteas y se lo comerán del todo» . El judío y su esposa subieron al jorobado y, cogiéndolo por los brazos y por los pies, lo colocaron en el suelo, junto a la pared. Descendieron de nuevo y se marcharon.

En seguida, después de haber dejado al jorobado, llegó el superintendente a su casa. Entró en ella llevando en la mano una vela encendida. Distinguió a un hombre, de pie en un rincón, junto a la cocina. El superintendente pensó: « Éste, por Dios, es un ladrón que roba mis cosas; es un hombre que coge cuanta carne y grasa encuentra. Aunque la hubiese puesto a salvo de los gatos y de los perros, aunque hubiese matado a todos los perros y gatos del barrio, no habría hecho nada de provecho, puesto que éste es el que se descuelga desde la azotea» . Cogió un buen palo, lo sujetó bien y se acercó a él. Le sacudió un golpe en el pecho y el otro cayó. Al darse cuenta de que estaba muerto, se entristeció y dijo: « ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!» Temió lo que le podía ocurrir y gritó: « ¡Maldiga Dios las grasas, la carne y esta noche! ¿Cómo he podido dar muerte a este hombre por mi mano?» Se fijó en él y vio que era un jorobado. Exclamó: « ¡No te basta con ser jorobado! ¡Tenías que ser ladrón y robar la carne y la grasa! ¡Dios mío, acógeme bajo tu manto protector!»

Se lo cargó a las espaldas y, ya a punto de terminar la noche, lo sacó de su

casa y se lo llevó, sin parar, hasta el zoco. Allí lo colocó de pie al lado de una tienda, en un callejón sin salida, lo abandonó y se marchó. Entonces pasó un comisionista del sultán, que estaba borracho; era cristiano y se dirigía al baño, ya que su embriaguez le había hecho creer que era inminente la llegada del Mesías. Iba andando a tumbos y así se acercó al jorobado. Empezó a echar agua por delante de él y al mirar con atención vio a alguien que estaba en pie. Al principio de la noche habían quitado su turbante al cristiano y éste creyó que el jorobado lo aguardaba, en pie, para arrebatárselo otra vez. Cerró la mano y le dio un puñetazo en el cuello. El jorobado cayó al suelo y el cristiano dio un grito llamando al vigilante del zoco. Borracho hasta el límite, se abalanzó sobre el jorobado y siguió pegándole, apretándole la garganta.

Cuando llegó el vigilante encontró al cristiano, arrodillado junto al musulmán, pegándole. El vigilante le dijo: « ¡Déjalo!» Lo dejó y el vigilante, al acercarse al caído, vio que estaba muerto. Preguntó: « ¿Cómo un cristiano se atreve a matar a un musulmán?» Detuvo al cristiano, le ató las manos y lo condujo a casa del gobernador. El cristiano se decía: « ¡Oh, Mesías! ¡Oh, Virgen! ¿Cómo he podido matar a éste? ¡Qué rápidamente ha muerto de un solo puñetazo!» La borrachera había desaparecido y había vuelto a él la reflexión. El jorobado y el cristiano pasaron la noche en casa del gobernador. Éste mandó al verdugo que llamase al público y que preparase la horca para el cristiano. El verdugo lo colocó debajo y puso la cuerda en el cuello del cristiano; ya iba a colgarlo cuando el superintendente atravesó la multitud y, viendo al cristiano debajo de la horca, se abrió paso y le dijo al verdugo: « ¡Quieto! ¡Yo soy el asesino!» El gobernador le preguntó: « ¿Por qué lo mataste?» « Anoche entré en mi casa y vi que se había descolgado desde una azotea y estaba robando mis provisiones. Con una estaca le di un golpe en el pecho y murió. Cargué con él, lo llevé al mercado y allí lo coloqué de pie en tal sitio y en tal recoveco. No quiero ser causa de la muerte de un cristiano después de haber asesinado a un musulmán. ¡Ahórcame a mí!»

Al oír el gobernador las palabras del superintendente puso en libertad al comisionista cristiano y le dijo al verdugo: « ¡Ahorca a éste puesto que ha confesado!» Quitó la cuerda del cuello del cristiano y la puso en el del superintendente, al que luego colocó debajo del madero.

Iba a colgarle cuando el médico judío apareció en medio de la multitud y gritó al verdugo: « ¡Detente! ¡Yo soy el asesino! Vino a mi casa para que le curase; bajé a atenderle, pero mi pie tropezó con él y murió. No matéis al superintendente. ¡Matadme a mí!» El gobernador dio orden de que matasen al médico judío. El verdugo cogió la cuerda del cuello del superintendente y la pasó al del médico judío. Entonces el sastre se abrió paso entre la multitud y le gritó al verdugo: « ¡No hagas nada! ¡Yo soy el asesino! Ayer salí a pasear; llegada la hora del anochecer, encontré a este jorobado ebrio que llevaba un adufe y cantaba alegremente. Me detuve a contemplarle y me lo llevé a casa. Compré

pescado y comimos. Mi mujer tomó un pedazo de pescado y un bocado de pan y se lo metió en la boca al jorobado; éste se curvó y murió en el acto. Mi esposa y yo lo cogimos y lo llevamos a casa del judío. Bajó la criada, nos abrió la puerta y le dije: "Dile a tu señor: 'En la puerta esperan una mujer y un hombre que traen a un enfermo. Apresúrate a verlo y a recetarle la medicina' Le di un cuarto de dinar y ella subió a buscar a su señor. Apoyamos al jorobado en la escalera, y mi mujer y yo nos marchamos. Cuando el judío bajó y tropezó con él, creyó que le había dado muerte» .

El sastre añadió, dirigiéndose al judío: « ¿Es así?» « Así mismo.» El sastre, volviéndose hacia el valí le dijo: « Pon en libertad al judío y ahórcame a mí» . El valí, al oír estas palabras, quedó admirado de lo que le había sucedido al jorobado, y exclamó: « ¡Este asunto se registrará en los libros!» Dirigiéndose al verdugo le dijo: « ¡Suelta al judío y ahorca al sastre, puesto que ha confesado!» El verdugo le hizo avanzar al tiempo que decía: « Vamos a preparar a éste, a dejar al otro y a no ahorcar a nadie» . Colocó la cuerda en el cuello del sastre, y esto es todo lo que a ellos se refiere.

En cuanto a lo que hace referencia al jorobado, se dice que era el bufón del sultán, del cual éste no podía separarse. Cuando aquél se embriagó, desapareció de su presencia durante la noche y parte del día siguiente. El sultán preguntó por él a algunos de sus contertulios. Le contestaron: « Señor, el valí lo ha encontrado muerto y ha mandado ahorcar al asesino. Se le han presentado uno, dos y hasta tres culpables, y cada uno decía: "Yo soy el único asesino", y han explicado al valí el porqué del crimen» . El rey, al oír estas palabras, dio un grito al chambelán y le ordenó: « Ve al valí y tráemelos a todos» . El chambelán llegó cuando el verdugo estaba a punto de matar al sastre. El chambelán le dijo gritando: « ¡Detente!» , e informó de que el rey se había enterado del asunto.

Acompañado por el valí, por el jorobado llevado a hombros, por el sastre, el judío, el cristiano y el superintendente, se presentó con todos ellos delante del rey. Cuando el valí se encontró ante aquél, besó la tierra y le refirió todo lo que le había ocurrido con los acusados. El soberano, al oír el relato, se estremeció de alegría y mandó que se escribiese en letras de oro. Preguntó a los concurrentes: « ¿Habéis oído algo que pueda compararse con la historia de este jorobado?» El cristiano se adelantó y dijo: « Rey del tiempo, si me das tu venia te referiré algo que me ha ocurrido a mí y que es más maravilloso, más extraordinario y más regocijante que el relato del jorobado» . El rey contestó: « Refiérenos lo que sabes» .

El cristiano empezó: « Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que cuando llegué a esta ciudad traía mercancías. El destino hizo que me domiciliase aquí. Mi patria es Egipto, yo soy copto, y allí me eduqué. Mi padre era comisionista. Cuando

alcancé la mayoría de edad, mi padre murió y yo le sucedí en su puesto. Un día, mientras estaba sentado, se me presentó un joven bellísimo, que vestía los más preciosos trajes y venía cabalgando en un asno. Al verme, me saludó y yo me levanté en su honor. Sacó un mandil, que contenía cierta cantidad de sésamo, y preguntó: "¿Cuánto cuesta la medida de esto?" "Cien dirhemes." "Coge mozos y pesadores y dirígete al barrio de al-Chawali, en la Puerta de la Victoria: allí me encontrarás." Me dejó y se marchó, dándome el sésamo con el mandil que contenía la muestra. Di una vuelta ofreciéndolo a los compradores y logré vender cada medida a ciento veinte dirhemes.

» Tomé cuatro mozos y me dirigí al sitio señalado. Vi que me estaba aguardando. En cuanto me vio, se dirigió al almacén, lo abrió y medimos el sésamo, que arrojó un total de cincuenta medidas. El joven dijo: "Te doy de comisión diez dirhemes por cada medida. Cobra el importe y guárdalo. Del total, cinco mil, a ti te corresponden quinientos, y a mí, cuatro mil quinientos. Cuando termine de vender mis productos, te visitaré y los recogeré". "Se hará como tú quieres." Le besé las manos y me marché: aquel día gané mil dirhemes. Estuve un mes sin verle, al cabo del cual se presentó y me preguntó por su dinero. Le dije que estaba a su disposición, pero me respondió: "Guárdalo hasta que vuelva otra vez por él".

» Volví de nuevo a esperarle y estuve otro mes sin verle al cabo del cual se presentó y me pregunto: "¿Dónde está el dinero?" Se lo entregué y lo invité: "¿Quieres comer con nosotros?" No aceptó y dijo: "Guárdalo hasta que vuelva otra vez por él". Se marchó, pero yo preparé su dinero y volví a esperarle. Estuvo ausente durante un mes, al cabo del cual volvió y me dijo: "Esta noche te recogeré mis dirhemes". Se marchó, le preparé el dinero y volví a esperarle, pero no volvió hasta al cabo de un mes. Me dije: "Este joven es muy generoso". Transcurrido el mes volvió vistiendo preciosas ropas. Semejaba la luna en la noche de plenilunio; parecía que acababa de salir del baño: su rostro relucía: sus mejillas estaban sonrosadas, su frente brillaba, mientras un lunar parecía una gota de ámbar. Como en los versos del poeta:

> La luna y el sol se reunieron en el mismo signo: ambos estaban en su mayor apogeo y esplendor.
> Su beldad encendió el amor en todos los que los observaban. ¡Qué belleza cuando se desató la alegría!
> Por su hermosura y por su gracia se completan: alma y corazón se sienten atraídos hacia ellos.
> ¡Bendito sea Dios! Sus criaturas son una maravilla. Dios, al crearlas, hace lo que quiere.

» En cuanto lo vi, le besé las manos, le deseé toda suerte de bienes y le dije:

“¡Señor mío! ¿Tomarás tu dinero?” “Ten paciencia hasta que haya terminado con mis asuntos. Ya te lo recogeré.” Se marchó y me dije: “Cuando vuelva lo invitaré, pues me ha favorecido con sus riquezas y he ganado mucho con ellas”. Al fin del año volvió llevando un vestido más precioso aún que el anterior. Le pedí que se hospedara en mi casa, que fuese mi huésped. Respondió: “Con una condición: que te lo cobrarás del dinero que me pertenece y que me guardas”. “Conforme”, admití. Lo hice sentar, salí y preparé los guisos, las bebidas y todo lo que era necesario. Se lo coloqué delante y le dije: “En el nombre de Dios”. Se acercó a la mesa, alargó la mano izquierda y comió conmigo. Me admiré de esto. Cuando hubo terminado, se lavó la mano, le entregué la toalla para que se secara y nos sentamos a hablar. Le dije: “Señor, disipa mi preocupación. ¿Por qué comes con la mano izquierda? ¿Tienes algo que te moleste en la mano derecha?” Al oír mis palabras, recitó estos dos versos:

¡Amigo mío! No preguntes por lo que me hace sufrir, pues se pondrán de manifiesto mis males.
No es por mi voluntad por lo que he dejado a Salmá y la he cambiado por otra. La necesidad tiene sus leyes.

» Sacó la mano de la manga y vi que había sido cortada, que el brazo carecía de puño. Quedé perplejo. Me dijo: “No te admires ni creas que he comido con la mano izquierda para intrigarte. Lo que es de admirar es que me hayan cortado la diestra”. “¿Por qué causa?” “Sabe que soy de Bagdad y que mi padre era uno de los magnates de la ciudad. Cuando llegué a la mayoría de edad, oí que los viajeros, los turistas y los mercaderes hablaban de Egipto. Estas palabras quedaron grabadas en mi mente hasta que, muerto mi padre, tomé gran cantidad de dinero y compré mercancías: telas de Bagdad, de Mosul y otras mercaderías preciosas. Las embalé y salí de Bagdad. Dios me concedió un buen viaje hasta que llegué a vuestra ciudad.” Rompió a llorar y recitó estos versos:

A veces el ciego escapa a un foso en el que cae el más vidente.
El ignorante salva el escollo de una palabra, y en él perece el sabio más experto.
El creyente vive en la estrechez, mientras nadan en la abundancia el incrédulo y el libertino.
El afán del hombre no es lo que impera, sino lo que dispone el Todopoderoso.

» Terminados los versos, añadió: “Entré en El Cairo, descargué las telas en la posada de Masrur, desaté mis fardos y los metí en el interior. Entregué dinero al

criado para que me comprase algo de comer. Dormí un poco y cuando me desperté di un paseo entre los dos palacios y regresé para pasar la noche. Al amanecer abrí uno de los paquetes de tela y me dije: 'Me dirigiré a un mercado cualquiera y veré la situación'. Elegí unas ropas y mandé a uno de mis criados que las cogiese. Anduve hasta llegar a la alcaicería de Churchis. Los comisionistas, que estaban informados de mi llegada, me acogieron, tomaron mis telas y las ofrecieron en almoneda. Las ofertas no alcanzaron a su importe y el jefe de los corredores me dijo: 'Señor mío, te voy a explicar algo de lo que sacarás provecho; haz lo mismo que hacen los comerciantes: vende tus telas a plazos con un contrato escrito, testimonios y mediando un banquero. Cobra los plazos que te correspondan, los jueves y los lunes. Cada dirhem de capital te producirá dos, y aún más; al mismo tiempo podrás visitar El Cairo y recorrer el Nilo'. Respondí: 'Es un buen consejo'. Me hice acompañar por los corredores y me dirigí a la posada. Llevaron las telas a la alcaicería y las vendí a los comerciantes. Firmaron un documento de crédito ante el banquero, y yo tomé de éste otro en que se me garantizaba mi haber.

» "Regresé a la posada y pasaron varios días. Cada día desayunaba opíparamente, no me faltaba ni la copa de vino, ni la carne de ternera, ni los dulces. Así llegué al mes, en que me correspondía empezar los cobros. Jueves y lunes recorría las tiendas de los comerciantes, y el escribano y el banquero me traían el dinero. Un día entré en el baño y al salir me dirigí a la posada; entré en mi alcoba, me tomé una copa de vino y me dormí. Al despertar me comí una gallina, me perfumé y me dirigí a la tienda de un comerciante llamado Badr al-Din al-Bustani. En cuanto éste me vio, me dio la bienvenida y hablamos un rato. Mientras estábamos así llegó una mujer que se sentó a mi lado. Vestía un magnífico chal y de ella se desprendían finos aromas. Su belleza y hermosura me hicieron perder el entendimiento. Levantó un poco el velo y pude ver unos ojos negrísimos. Saludó a Badr al-Din y éste le devolvió el saludo, se puso de pie y habló con ella. En cuanto oí sus palabras quedé prendado de ella. Preguntó a Badr al-Din: '¿Tienes un retal de tela bordada con el más fino oro?' Sacó uno y ella preguntó: '¿Puedo cogerla e irme? Te enviaré el importe'. 'No puedo permitirlo, señora. Éste es el dueño de las telas y además mi acreedor.' '¡Ay de ti! Estoy acostumbrada a llevarme las telas por su precio íntegro y te doy a ganar más de lo que mereces enviándote después su importe.' 'Cierto, pero yo necesito el dinero hoy mismo.'

» "La mujer cogió la pieza, se la arrojó al pecho y exclamó: 'Vuestra profesión no reconoce el valor de las personas'. Se dispuso a marchar, y yo creí que mi alma iba a abandonarme en pos de ella. Me incorporé, me puse delante y le dije: 'Señora, haz el favor de dar la vuelta y volver generosamente sobre tus pasos'. Se volvió, sonrió y dijo: 'Lo hago por ti'. Se sentó en la tienda frente a mí y le pregunté a Badr al-Din: '¿Cuánto te cuesta esta tela?' 'Mil cien dirhemes.' 'A ti

te corresponden cien dirhemes de beneficio. Dame un pedazo de papel y te pondré por escrito el recibí de su importe.' Cogí la tela, escribí de mi puño y letra el recibí y entregué la pieza a la mujer, diciendo: 'Cógela y vete. Si quieres, puedes darme su importe en el mercado; si lo prefieres, puedes quedártela como un obsequio mío'. 'Dios te recompense en bien te conceda mil riquezas y te convierta en mi esposo.' Dios escuchó su plegaria. Le dije: 'Señora, quédate con esta pieza. Te daré otras iguales, pero ¡permíteme que vea tu rostro!' Se quitó el velo de la cara y le eché una mirada que me había de causar mil pesares, que encadenó mi corazón a su amor y que me hizo perder el dominio de la razón.

» "Volvió a cubrirse con el velo, cogió la tela y me dijo: 'Señor, no me hagas sufrir'. Se marchó, y yo me quedé en el zoco hasta después de la caída de la noche. Había perdido la razón, el amor había hecho mella en mí, me había causado una emoción tan fuerte que, en el momento en que me disponía a salir, pregunté al comerciante por ella. Me informó: 'Es muy rica. Es hija de un príncipe, que al morir le ha dejado muchísimo dinero'. Me despedí de él, me alejé y me dirigí a la posada. Llegada la noche no pude comer pensando en ella; me acosté, pero no pude conciliar el sueño, y estuve despierto hasta la llegada de la aurora. Me levanté, me puse un traje distinto del que había llevado, bebí una copa de vino y comí muy poco para desayunar. Me dirigí a la tienda del comerciante, lo saludé y me senté a su lado.

» "La adolescente volvió llevando un vestido más precioso que el anterior, acompañada de una sirvienta. Se sentó y me saludó, sin hacer caso de Badr al-Din. Me dijo, con palabras tan dulces y finas como no había oído jamás: 'Haz que alguien me acompañe para entregarle los mil cien dirhemes que importa la tela'. '¿Por qué?' 'No quiero que pierdas' Me dio el dinero. Luego me senté, conversé con ella y le di a entender por señas mi pasión: se dio cuenta de que lo que yo quería era la unión. Avergonzada de mis deseos, se marchó apresuradamente. Pero mi corazón sólo vivía por ella.

» "La seguí, crucé el zoco tras sus pasos y vi aparecer de pronto a una sirvienta que me dijo: 'Señor, ven a hablar con mi señora'. Admirado, pregunté: 'Aquí no conozco a nadie'. '¡Cuán pronto has olvidado a mi dueña, que hoy ha estado en la tienda de tal comerciante!' La seguí hasta llegar al distrito de los banqueros; la adolescente, al verme, me colocó a su lado y me dijo: 'Amigo mío, ocupas por completo mi pensamiento; tu alma se ha enseñoreado de mi corazón. Desde el instante en que te vi por primera vez me ha sido imposible dormir, comer o beber. 'Peor me ocurre a mí. Nuestra situación nos permite prescindir de las quejas.' 'Amado mío, ¿voy a visitarte?' 'Soy extranjero y no tengo lugar en el que acogerme, aparte de la posada. Si me permites que te visite en tu casa, mi felicidad será completa.' 'De acuerdo. Pero esta noche es la del viernes y no se puede hacer nada. Mañana, después de la oración… Reza, monta en tu asno y pregunta por al-Habbaniyya. Cuando estés aquí, pregunta por la casa de Barakat

al-Naqib, conocido por Abu Sama. Yo vivo ahí. No te demores, pues estaré esperándote.'

» ”Me alegré mucho, nos separamos y me volví a la posada en que vivía. Pasé toda la noche desvelado y apenas vi que empezaba a brillar la aurora, me puse en pie, me vestí, me perfumé, me arreglé y me metí cincuenta dinares en el bolsillo. Salí de la posada de Masrur y me dirigí a la puerta de Zawila. Monté en un asno y le dije a su dueño: 'Acompáñame hasta al-Habbaniyya'. Me condujo en un abrir y cerrar de ojos y no tardó en pararse en una calle llamada Darb al-Minqarí. Le ordené: 'Entra en la calle y pregunta por la casa de al-Naqib'.

» ”Se ausentó un momento y me dijo que me apease. Yo le dije: 'Ve delante hasta llegar a la casa'. Me precedió hasta dejarme en el portal y le indiqué: 'Mañana vendrás a recogerme aquí'. El acemilero asintió: 'En el nombre de Dios'. Le di un cuarto de dinar de oro, lo cogió y se fue.

» ”Llamé a la puerta y salieron dos muchachas pequeñas, vírgenes, cuyos senos parecían dos lunas. Me dijeron: 'Entra, nuestra señora te está esperando; no ha dormido en toda la noche debido a la gran pasión que siente por ti'. Entré en una habitación cerrada con siete puertas. En sus paredes había varias ventanas que daban a un jardín poblado de toda suerte de árboles frutales, atravesado por varios canalillos de agua corriente y en el que se encontraban pájaros cantores; sus paredes estaban pintadas con el más puro albayalde, y la imagen de las personas se reflejaba en ellas; el techo estaba dorado; a su alrededor había tabiques con inscripciones en lapislázuli, que contenían vistosas figuras: deslumbraban a quien las miraba. El suelo era de mármol valiosísimo y mosaico; en los ángulos de éste se veían perlas y aljófares, y estaba recubierto por tapices de seda policroma y cojines. Una vez dentro, me senté”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el cristiano prosiguió su relato en estos términos: « El joven dijo:] “No tuve que esperar mucho: la adolescente se presentó ciñendo una diadema incrustada de perlas y pedrería; venía pintada con alheña. Al verme sonrió, me cogió entre sus brazos y me estrechó contra su pecho. Puso su boca en la mía y me chupó la lengua. Yo hice lo mismo. Me dijo: '¿Es verdad que estás en mi casa o estoy soñando?' 'Soy tu esclavo.' '¡Bien venido! ¡Por Dios! Desde el día en que te vi no he conciliado el sueño ni he tenido tranquilidad.' 'Lo mismo me ha ocurrido a mí.'

» Nos sentamos a hablar; yo, algo avergonzado, me mantenía cabizbajo. Poco después me presentó una mesa cubierta de guisos exquisitos: carnes asadas, pastas de todas clases y pollo relleno. Comimos juntos hasta quedar hartos,

después de lo cual trajeron el lavamanos y el aguamanil. Lavé mis manos, nos perfumamos con agua de rosas y almizcle y nos sentamos a charlar. Ella recitó estos dos versos:

> Si hubiésemos sabido vuestra llegada, habríamos extendido como alfombra la sangre del corazón mezclada con el negro de los ojos.
> Habríamos humillado nuestras mejillas para salir a vuestro encuentro; habríamos hecho pasar el camino por encima de nuestros párpados.

» ”Se me quejó de lo que había sufrido, y yo hice lo mismo. Su amor se apoderó de mí con tal fuerza, que tuve por despreciables todas las riquezas. Después empezamos a jugar y a excitarnos con abrazos y besos hasta la llegada de la noche. Las sirvientas nos trajeron la comida y el vino: un banquete completo. Bebimos hasta medianoche, después de lo cual nos tumbamos y dormimos. Permanecí a su lado hasta la llegada de la aurora. Jamás en mi vida he pasado una noche igual. En cuanto amaneció, me levanté, dejé delante de la cama el pañuelo que contenía los dinares, me despedí de ella y salí. Se echó a llorar y exclamó:

» ” ‘¡Señor! ¿Cuándo volveré a ver este hermoso rostro?’ ‘Al oscurecer regresaré a tu lado.’ Salí y encontré en la puerta, esperándome, al acemilero que me había llevado el día anterior. Monté, y al llegar a la posada de Masrur descendí y entregué al hombre medio dinar. Le dije: ‘Ven aquí cuando llegue el ocaso’. ‘Así lo haré.’ Entré en la posada, desayuné y salí a cobrar el importe de las telas. Al regresar preparé un cabrito asado y compré dulces. Llamé a un faquín, le describí el lugar adonde debía llevarlo y le di un salario. Volví a ocuparme en mis asuntos hasta la llegada del ocaso, pues entonces se presentó el acemilero. Cogí cincuenta dinares, los coloqué en un pañuelo y me fui. Al entrar vi que habían fregado el mármol, limpiado los objetos de cobre, preparado los candiles, encendido las velas, puesto la comida y filtrado el vino. En cuanto me vio, me echó los brazos al cuello y exclamó: ‘¡Me has hecho esperar!’ Acercó las mesas y comimos hasta quedar hartos. Las sirvientas retiraron el servicio, y ella acercó el vino; no cesamos de beber, de besarnos y de complacernos hasta medianoche. Dormimos hasta el amanecer.

» ”Me levanté, le di los cincuenta dinares, según lo acostumbrado, y salí de su casa. Monté en el asno y me dirigí a la posada; aquí dormí un rato, y luego me levanté y preparé la cena: almendras, nueces y, por debajo, arroz con pimienta; freí patatas y cosas semejantes, cogí frutas, tapas y flores, y se lo mandé. Entré en la habitación, metí cincuenta dinares en el pañuelo y salí; monté en el asno y me dirigí a la casa. Entré, comimos, bebimos y dormimos hasta la aurora. Cuando me levanté le di el pañuelo, monté en el asno hasta llegar a la posada, según era mi costumbre, y no cesé de vivir así durante algún tiempo, hasta que

un día me acosté y, al levantarme, me encontré sin dirhemes ni dinares. Me dije: 'Esto es obra del demonio'. Y recité estos versos:

> La pobreza del hombre hace desaparecer su generosidad de la misma manera que el sol palidece en el momento de la puesta.
> Si se oculta, la humanidad no lo recuerda; si reaparece, en nada interviene.
> Recorre los zocos procurando esconderse, y a solas llora desconsolado.
> ¡Por Dios! Cuando la miseria aflige al hombre, éste es un extraño para su propia familia.

» "Pasé hasta llegar a Bayn al-Qasrayn y seguí andando hasta la puerta de Zawila. Vi que la gente se había amontonado allí y que había taponado la salida. Vi —así lo tenía dispuesto el destino— a un soldado y, sin querer, fui comprimido junto a él, y mi mano se deslizó en su bolsillo. Palpé y encontré en su interior una bolsa. La cogí y se la saqué del bolsillo. El soldado se dio cuenta de que su bolsillo había disminuido de peso. Metió la mano en él y no encontró nada. Se volvió hacia mí, levantó la mano con la maza y me dio un golpe en la cabeza. Caí al suelo; la gente nos rodeó, cogió las riendas del caballo del jinete y preguntó: '¿Es a causa de la aglomeración por lo que has dado un golpe a este joven? ' El soldado gritó: '¡Éste es un ladrón!'

» "Entonces recobré el conocimiento y oí que las gentes decían que yo era un buen muchacho, que no había cogido nada. Unos lo afirmaban, y otros lo negaban. Los pareceres fueron haciéndose más enconados, y la gente tiró de mí y quiso libertarme. Pero estaba escrito que el valí cruzase por allí en aquel momento acompañado de algunos funcionarios. Cruzó la puerta, vio a la multitud reunida en torno mío y del soldado y preguntó: '¿Qué ocurre?' '¡Por Dios, Emir! —respondió el soldado—. ¡Éste es un ladrón! Yo tenía en el bolsillo una bolsa azul con veinte dinares, y él me la ha cogido mientras yo estaba entre la multitud.' '¿Había alguien más contigo?' 'No.' El valí llamó al almocadén y le mandó que me cogiese y me registrase, y así fui descubierto, pues el valí le ordenó que me quitase todo lo que llevaba encima. Al quedar desnudo encontraron la bolsa en mis vestidos; una vez hallada, el valí la cogió, la abrió y contó el dinero: en total eran veinte dinares, tal como había dicho el soldado. El valí, indignado, gritó a su séquito: '¡Acercádmelo!'

» "Me colocaron delante de él y me dijo: '¡Muchacho, di la verdad! ¿Eres tú quien ha robado esta bolsa?' Bajé la cabeza mientras pensaba: 'Si digo que no, ¿cómo explicar por qué estaba el dinero en mis vestidos? Y si digo que la he robado, quedaré humillado'. Levantando la cabeza, manifesté: 'Sí, la he cogido'. En cuanto el valí oyó que pronunciaba estas palabras quedó admirado, llamó a los testigos y éstos comparecieron y corroboraron cuanto yo había dicho. Todo

ocurría en la puerta de Zawila. El valí ordenó al verdugo que me cortase la mano[39]. Me cortó la diestra. El corazón del soldado se apiadó, e intercedió para que no me matasen. El valí se marchó entonces. La gente formó un círculo en torno mío y me dio de beber una copa de vino. El soldado me entregó la bolsa, diciéndome: 'Eres un muchacho joven y no debes ser un ladrón'. La cogí y recité estos versos:

¡Por Dios! Hermano digno de confianza: no era un ladrón; ni he sido descuidero, ¡oh el mejor de los hombres!
Las vicisitudes del tiempo me han herido de repente: mis preocupaciones aumentan al mismo tiempo que la inquietud por mi bancarrota.
No he sido yo quien se ha perdido: Dios ha disparado una flecha, y ha hecho caer de mi cabeza la diadema del reino.

» "El soldado me dejó y se fue, y yo también me marché. Envolví el muñón en un pedazo de tela y me lo metí en la manga. Mi situación había cambiado, y mi rostro había empalidecido a consecuencia de aquello. Fuera de mí, me dirigí a su casa y me eché en la cama. La adolescente se dio cuenta del cambio de color y me preguntó: '¿Qué te duele? ¿Por qué te veo tan cambiado?' 'Me duele la cabeza, y no me encuentro bien.' Ella se irritó y se inquietó por mí. Me dijo: '¡No me abrases el corazón, señor! Siéntate, levanta la cabeza y cuéntame lo que te ha ocurrido hoy. Tu rostro me dice muchas cosas'. '¡No me hagas hablar!' 'Parece que tu pasión por mí se ha terminado —me dijo llorando—. ¡Te veo tan distinto de como eres normalmente!' Empezó a preguntarme cosas, pero yo no le contestaba. Así llegó la noche: me acercó la comida. Me abstuve, pues temí que me viera comer con la mano izquierda. Dije: 'Ahora no me apetece comer. 'Cuéntame lo que te ha sucedido hoy y el porqué estás tan afligido, preocupado y descorazonado.' 'Dame un momento de respiro y te lo contaré.'

» "Me acercó el vino y me dijo que bebiese, pues así disiparía mis penas y podría explicarle todo lo ocurrido. Le respondí: 'Si no me queda más remedio que beber, dame de beber tú misma'. Ella llenó el vaso y se lo bebió; lo llenó de nuevo y me lo entregó. Lo cogí con la mano izquierda, y las lágrimas saltaron de mis ojos. Recité estos versos:

Cuando Dios dispone que algo suceda a un hombre, aunque éste piense, oiga y vea,
le tapa los oídos, le ciega el corazón y le arranca el entendimiento, de la misma manera que se arranca un cabello.
Cuando se ha cumplido su voluntad, le devuelve la razón para que reflexione.

» ”Después de recitar los versos cogí la copa con la mano izquierda y sollocé. Al verme llorar, dio un grito muy fuerte y preguntó: ‘¿Cuál es la causa de tu llanto? Me estás abrasando el corazón. ¿Por qué coges la copa con la mano izquierda?’ ‘Tengo un grano en la diestra.’ ‘Sácala, que te lo reventaré.’ ‘No ha llegado el momento de abrirlo; no insistas más; ahora no voy a sacar la mano.’ Bebí la copa y ella no cesó de escanciarme hasta que me embriagué y me quedé dormido en el sitio en que estaba. Ella vio entonces que mi brazo carecía de maño; me registró y encontró la bolsa en que estaba el oro. La pena se apoderó de ella como jamás se ha apoderado de nadie, y a la llegada de la aurora seguía afligiéndose por mí. Cuando desperté de mi sueño, vi que me había preparado un cocido compuesto de cuatro gallinas. Me lo ofreció y me escanció una copa de vino. Comí, bebí, dejé la bolsa y me dispuse a salir. Me preguntó: ‘¿Adónde vas?’ ‘A cualquier lugar en el que pueda distraerme de la pena que embarga mi corazón.’ ‘¡No te vayas, siéntate!’ Me senté, y ella añadió: ‘Tu amor ha llegado hasta el extremo de disipar todas tus riquezas por mí, de perder incluso tu mano. Doy fe, y tomo a Dios por testigo, de que no me separaré de ti jamás, y vas a ver que digo la verdad, pues Dios ha escuchado la plegaria en que le pedía que te hiciese mi esposo’.

» ”Mandó llamar a los testigos, y cuando éstos llegaron, les dijo: ‘Extended mi contrato matrimonial con este joven, y dad fe de que he recibido la dote’. Una vez escrito el contrato matrimonial, añadió: ‘Dad testimonio de que todos los bienes que tengo guardados en este cofre, de que todos mis esclavos y sirvientas, pertenecen a este joven’. Así lo atestiguaron, y yo acepté la donación. Después cobraron su salario y se marcharon. Ella me cogió por la mano y me llevó a un armario; abrió una caja muy grande y me dijo: ‘Mira todo lo que contiene’. Vi que estaba repleta de pañuelos. ‘Éstos son los bienes que me has ido dando. Cada vez que me dabas un pañuelo con cincuenta dinares, lo recogía y lo metía en esta caja. Coge tus riquezas, pues es Dios quien hoy te las devuelve. Ahora me eres aún más querido, pues por mi causa te ha ocurrido la desgracia que te ha hecho perder la mano derecha. Aunque perdiese la vida por ti, sería poco para recompensarte y continuarías siendo mi acreedor. ¡Coge tus bienes!’ Los cogí, trasladé al mío el contenido de aquel cofre, y uní sus riquezas a las mías, o sea, a las que le había ido entregando. Mi corazón se consoló, desaparecieron mis penas y, poniéndome en pie, la besé y me embriagué con ella. Me dijo: ‘Has perdido tus bienes y tu mano por mi amor. ¿Cómo podré recompensarte? Aunque perdiese la vida por tu amor, aún sería poco y no alcanzaría para saldar mi deuda’. Puso a mi nombre, en un documento, todo lo que poseía: vestidos personales, joyas y posesiones, y no pegó un ojo en toda la noche, pues estaba preocupada por mí desde el momento en que yo le referí todo lo que me había ocurrido. Pasamos la noche juntos.

» ”Vivimos así algo menos de un mes. Cada día estaba más débil a

consecuencia de una enfermedad que se había apoderado de ella, y que, transcurridos cincuenta días, la llevó junto a las gentes del otro mundo. Yo mismo la preparé para el entierro y la sepulté en el polvo; personalmente hice las lecturas coránicas y entregué en su nombre una gran cantidad para la beneficencia. Hecho esto, abandoné el cementerio. Vi entonces que ella poseía grandes riquezas y múltiples propiedades y almacenes, entre éstos, los depósitos de sésamo que he vendido por tu mediación. Durante este tiempo me han tenido alejado de ti mis trabajos para vender el resto de sus bienes, pero aún no he conseguido hacerme con su precio. Espero que no me contraríes en lo que te voy a decir, ya que he aceptado tu invitación: acepta como regalo el dinero, importe del sésamo, que me guardas. Ése es el motivo por el que como con la mano izquierda".

» Yo le dije: "Me beneficias y me favoreces". "Debes venir conmigo a mi país. He comprado mercancías en El Cairo y en Alejandría. ¿Me acompañas?" "Sí." Le prometí que estaría preparado al principio del mes. Vendí todo lo que poseía, compré mercaderías y me vine con aquel joven a este país, que es el vuestro. El joven vendió sus mercancías, compró aquí otras y se marchó a Egipto. Mi suerte ha querido que pase aquí esta noche, en la que ha ocurrido lo que ha ocurrido por ser yo un extranjero. Esto, ¡oh rey del tiempo!, ¿no es más admirable que lo ocurrido al jorobado?»

El rey chilló: « ¡Os voy a ahorcar a todos!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces se acercó el superintendente al rey de la China y le dijo: « Si me lo permites te referiré una historia que me ha ocurrido poco antes de encontrar al jorobado, y si te parece más interesante que la de éste, puedes hacernos gracia de la vida» . « ¡Habla en seguida!»

« Sabe que la noche pasada estaba en un grupo que leía el Corán y que habían invitado a los alfaquíes. Cuando hubieron acabado de leer, extendieron el mantel. Entre otros guisos, sirvieron *zirbacha*[40]. Nos acercamos para comer, pero uno de nosotros se echó atrás y lo rechazó. Le insistimos para que se acercase, mas juró que no comería. Volvimos a insistir, pero nos cortó: "¡No os pongáis pesados! Me basta con lo que me ocurrió una vez". Recitó estos versos:

> Cuando quiero echar de lado a un amigo, no necesito excusas para apartarlo.

» Cuando hubimos terminado, le dijimos: "¿Por qué te abstienes de comer la

zirbacha?" "No la comeré a menos que me haya lavado las manos cuarenta veces con sosa, otras cuarenta con potasa y cuarenta más con jabón, o sea, ciento veinte veces en total." El dueño de la casa mandó a sus criados que le acercasen el agua y lo que había pedido. Se lavó las manos, conforme había dicho, se acercó con aire de repugnancia, extendió la mano con temor, cogió la *zirbacha* y empezó a comer por compromiso. Nosotros estábamos mudos de admiración; la mano le temblaba; le faltaba el pulgar, y comía con cuatro dedos. Le dijimos: "¿Qué te ha ocurrido que te falta el pulgar? ¿Es algo congénito o debido al transcurso del tiempo?" "Amigos, no es sólo este pulgar: el otro también me falta, y además carezco de los de ambos pies. ¡Mirad!"

» Descubrió los dedos de la otra mano, y vimos que la izquierda era idéntica a la derecha. Sus pies carecían también de pulgares. Todo esto nos maravilló, y le dijimos: "Estamos impacientes por oír tu relato, la explicación del porqué te faltan los pulgares de las manos y de los pies; del porqué te lavas las manos ciento veinte veces".

» "Sabed que mi padre era el comerciante más conocido de Bagdad durante el reinado del califa Harún al-Rasid. Era muy dado a beber vino y a oír tocar el laúd. Al morir no dejó nada. Lo preparé para el entierro, hice las correspondientes lecturas coránicas y quedé muy triste durante varios días. Después volví a abrir la tienda, pero vi que había dejado muy poco haber y muchas deudas. Pedí a los acreedores que tuviesen paciencia y logré convencerlos. Empecé a vender y a comprar, y semana tras semana fui pagando a los acreedores, y en esta situación seguí hasta que liquidé las deudas y me hice con un capital. Cierto día en que estaba sentado vi a la adolescente más hermosa que jamás haya contemplado. Vestía preciosas ropas y montaba una mula que venía precedida por un esclavo y seguida por otro. Dejó la mula en la puerta del mercado y entró en éste seguida por un eunuco, que le decía: 'Señora mía, sal. No te des a conocer a nadie. ¡Nos vas a echar al fuego!' El criado le puso el velo. Ella miró las tiendas de los comerciantes y no encontró ninguna mejor que la mía. Cuando llegó a mi lado —siempre junto al eunuco— entró en mi tienda y me saludó con una voz tan dulce cual no había oído jamás otra. Se quitó el velo y le dirigí una mirada que me había de causar mil pesares, que había de llenar mi corazón de amor. Fijé mi vista en su rostro y recité estos dos versos:

Di a la hermosa con velo de seda: La muerte es preferible al tormento que me infliges.
Concédeme la gracia de una visita, en la que recupere la vida. Acabo de poner la mano pidiendo tu favor.

» "Después de haberme escuchado, contestó con éstos:

Si mi corazón está lejos de ti, impido que el amor haga mella en él, que sólo a ti te ama.

Si antes mis ojos han mirado a otro ser hermoso, después de haberte visto, sólo tú los atraes.

He jurado que no traicionaré tu amor; mi corazón está triste y apasionado por ti.

Me has dado de beber una copa de amor puro. ¡Ojalá yo también te la escancie!

Recoged mi último suspiro dondequiera que os establezcáis. Dondequiera que os instaléis, enterradme enfrente.

Si pronunciáis mi nombre junto a la tumba, os contestará el gemido de mis huesos en cuanto levantéis la voz.

Si se me preguntara por lo que quiero que Dios me conceda, contestaría: 'Primero, el favor de Dios, y después, el vuestro'.

» "Cuando hubo terminado estos versos, me dijo: 'Joven, ¿tienes telas de buena calidad?' 'Señora, tu esclavo es pobre. Espera a que los comerciantes abran sus tiendas. Yo mismo iré a buscar cuanto quieras.' Hablamos durante un rato, y yo iba ahogándome en el mar de su amor, perdiéndome en las honduras de su pasión. Al abrir los comerciantes sus tiendas fui y compré todo lo que me había pedido y que costaba cinco mil dirhemes. Lo entregué todo al criado; éste lo cogió, y ambos salieron del zoco. Le acercaron la mula y montó sin decirme quién era. Yo no me atreví a preguntárselo, tomé a mi cargo la cuenta de los mercaderes y quedé a deber cinco mil dirhemes. Volví a mi casa borracho de amor. Me sirvieron la cena, tomé un pedazo de pan pero no pude seguir comiendo, pues el recuerdo de su belleza y de su hermosura me lo impidió. Quise dormir, mas el sueño no acudió. En esta situación estuve durante una semana.

» "Los comerciantes me reclamaron el pago, y yo les pedí que esperasen una semana más. Al término de ésta, ella volvió cabalgando en la mula, acompañada de un criado y dos esclavos. Al verla perdí el mundo de vista y olvidé lo que estaba haciendo. Se acercó, me dirigió la palabra con su voz dulce y dijo: 'Trae la balanza, que pesaremos el oro que te debo' Me dio el importe de lo que le había comprado y algo más, y se entretuvo hablando un rato conmigo. Cuando el mercado se animó y se abrieron las tiendas, me rogó que le comprase algunas cosas. Compré a los otros mercaderes lo que me había pedido, se lo di y se marchó sin preguntarme el precio. Cuando ya estaba lejos me arrepentí de lo que había hecho, puesto que las ropas que me había pedido sumaban mil dinares, y ella sólo había venido a pagarme cinco mil dirhemes, y por sólo esta cantidad se había llevado por valor de mil dinares. Estuve a punto de desmayarme, y temí

haber perdido el dinero. Pensé que los comerciantes sólo me conocían a mí, que aquella mujer debía de ser una bribona que me había engañado con su belleza, y que, viéndome joven, se había burlado de mí, sin que se me hubiese ocurrido preguntarle dónde vivía.

» ”Su ausencia se prolongó más de un mes; los comerciantes me pidieron una y otra vez que les pagase, y tuve que poner en venta mis propiedades, y por eso quedé al borde de la ruina. Estaba pensativo, cuando de repente la vi llegar a la puerta del mercado y dirigirse a mi tienda. Apenas la distinguí, desaparecieron todas las preocupaciones que habían afligido a mi corazón. Se acercó, me habló con sus palabras más dulces y me rogó que cogiese la balanza para pesar el oro que me debía; después siguió hablando conmigo. Yo estaba medio muerto de alegría y de satisfacción. Me preguntó: ‘¿Estás casado?’ ‘No, ni conozco a mujer alguna.’ Me puse a llorar y me preguntó por qué lo hacía: ‘Por algo que acaba de cruzar por mi mente’, le contesté. Cogí algunos dinares y se los di al criado, rogándole que me sirviese de intermediario. Se echó a reír y exclamó: ‘Ella está más enamorada de ti que tú de ella. No necesita las telas. Sólo las compra porque te ama. Cásate con ella y dale la dote que te plazca; no te va a contradecir en lo que digas’. Ella, al ver que daba dinares al criado, volvió a entrar y se sentó. Le dije: ‘Da crédito a tu esclavo y perdónale por lo que te va a decir’. Le referí lo que me había pasado por la mente; complacida, me dijo: ‘Este criado te traerá una carta. Harás lo que él te diga’. Se levantó y se fue. Por mi parte, fui a pagar a los comerciantes, que hicieron más negocio que yo. Cuando ella se hubo ido, apoderóse de mí el arrepentimiento por no haber procurado saber nada de ella, y no conseguí dormir en toda la noche.

» ”Al cabo de pocos días vino su criado; lo agasajé y le pregunté por ella. Me informó: ‘Está enferma’ ‘Cuéntame qué le ha ocurrido.’ ‘A esta adolescente la ha criado Zubayda, la esposa de Harún al-Rasid; es una de sus damas. Le gustaba entrar y salir del palacio a su antojo, y se le concedió permiso para hacerlo. Gracias a tanta entrada y salida ha sido nombrada proveedora. Ha hablado de ti a su señora y le ha pedido permiso para casarse contigo. Ésta ha contestado: ‘No te lo daré hasta que haya visto a ese joven. Si es digno de ti, te casaré con él’ Ahora queremos introducirte en palacio. Si entras y nadie se entera de ello, te casarás con ella; pero si te descubren, te cortarán el cuello. ¿Qué decides? Te acompañaré. Prepara el subterfugio de que me has hablado.’ ‘Cuando caiga la noche, ve a la mezquita que ha hecho construir Zubayda a orillas del Tigris; reza y pasa allí la noche.’ ‘Así lo haré.’ Al ser noche cerrada me dirigí a la mezquita, recé y me quedé en ella. Al amanecer vi que dos criados venían en una barca con unas cajas vacías. Las metieron en el templo y se fueron. Uno se retrasó algo. Me fijé en él y vi que se trataba del intermediario. Al cabo de un rato se acercó la adolescente, mi dueña. Yo me dirigí hacia ella, la abracé, ella me besó y rompió a llorar. Hablamos un momento; después me cogió, me metió en una

de las cajas y me encerró.

» ”Antes de que me diera cuenta, ya estaba dentro del palacio del Califa. En seguida me trajeron objetos que valdrían más de cincuenta mil dirhemes. Había allí veinte jóvenes vírgenes, de senos tersos, y en el centro estaba Zubayda, que apenas podía andar de tantos trajes y joyas como llevaba. Cuando estuvo cerca, las jóvenes se dividieron en dos filas; yo me acerqué y besé el suelo. Me indicó que me sentase y así lo hice yo delante de ella. Me preguntó por mi condición y por mi ascendencia, y contesté a todas sus preguntas. Se alegró y exclamó: ¡Por Dios que no hemos educado en vano a esta joven!’ Y añadió: ‘Esta joven es para mí como una hija. Será el depósito que Dios te confía’. Besé el suelo y acepté casarme con ella. Me mandó que me quedase allí diez días, y con ellas permanecí todo este tiempo sin saber dónde había ido a parar la joven. Las criadas me traían la comida y la cena y se preocupaban del servicio. Al fin del plazo, Zubayda pidió permiso al Emir de los creyentes, su esposo, para casar a su dama. Se lo concedió, y mandó que le entregasen como dote diez mil dinares. Zubayda llamó al cadí y a los testigos. Extendieron mi contrato matrimonial con la joven. Después sirvieron los dulces y los guisos más preciados, que se repartieron por todos los rincones.

» ”Duraron las fiestas otros diez días, y al cabo de los veinte, introdujeron a la joven en el baño, y la arreglaron para la consumación del matrimonio. Después sirvieron una bandeja con distintos guisos, entre los que había un gran plato de *zirbacha* rellena, azucarada, rociada con agua de rosas almizclada, pollos asados y platos de tantas clases que uno quedaba perplejo. Una vez delante de la mesa, no pude contenerme y me abalancé sobre la *zirbacha*, de la que comí hasta hartarme. Me sequé las manos, pero no me las lavé y permanecí sentado. Al llegar la noche encendieron las velas, vinieron las cantoras con los adufes, aderezaron a la novia y fueron obsequiadas con oro hasta que hubieron dado la vuelta a todo el palacio; terminada ésta, la trajeron adonde yo estaba y le quitaron los vestidos que llevaba. Me quedé solo con ella en el lecho, la abracé y no acababa de dar crédito a que estaba unido a ella. Notó el olor de *zirbacha* que despedía mi mano, y dio un alarido. Las sirvientas vinieron de todas partes y yo me puse a temblar, pues no sabía de qué se trataba. Las criadas preguntaron: ‘¿Qué te ocurre, hermana?’ ‘¡Apartad de mí a este loco! ¡Yo creía que era inteligente!’ Pregunté: ‘¿Qué he hecho de loco?’ ‘¡Loco! ¿Por qué después de comer *zirbacha* no te lavas las manos? ¡No te acepto! ¡Careces de juicio y obras mal!’

» ”Cogió un látigo que estaba a su lado y me dio tantos azotes en el dorso y en las nalgas, que perdí el conocimiento. Dijo a las criadas: ‘¡Cogedlo! ¡Llevadlo al gobernador de la ciudad para que le corte la mano que no se ha lavado después de haber comido la *zirbacha*!’ Al oír esto, exclamé: ‘¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¿Me harás cortar la mano por haber comido *zirbacha* y no haberme

lavado luego?' Las criadas intercedieron por mí, diciéndole: '¡Hermana! Por esta vez no lo castigues por lo que ha hecho'. '¡Por Dios! He de cortar algo de sus extremidades.'

» "Se marchó y estuvo ausente diez días y no la vi hasta el fin de éstos. Se acercó y me dijo: '¡Desgraciado! ¡No te perdono! ¿Cómo puedes comer *zirbacha* sin lavarte las manos después?' Llamó a las muchachas, que me sujetaron, cogió un cuchillo bien afilado y me cortó los pulgares de las manos y de los pies conforme podéis ver. Me desmayé. Me puso unos polvos, que cortaron la hemorragia, y dije: 'No volveré a comer jamás *zirbacha*, a no ser que antes me haya lavado las manos cuarenta veces con sosa, cuarenta más con potasa y otras tantas con jabón'. Ella me tomó juramento de que no comería más *zirbacha* sin antes lavarme las manos conforme os he dicho. Al ver la *zirbacha*, he perdido el color al pensar que este guiso fue la causa de que me cortasen los pulgares de las manos y de los pies. Cuando me habéis forzado a comerla, he pensado que era necesario cumplir lo jurado."

» Delante de todos los presentes se le preguntó: "¿Y qué te pasó luego?" Y él siguió explicando: "Cuando hube prestado el juramento, se enterneció su corazón y dormimos juntos. Permanecimos así algún tiempo, al término del cual dijo ella: 'Los moradores del palacio del Califa no saben lo que ha ocurrido aquí entre nosotros dos. Nunca ha entrado en él un extraño, aparte tú, y has podido hacerlo gracias al interés de Zubayda'. Me dio cincuenta dinares y me dijo: 'Coge este dinero, sal y compra una casa grande para nosotros'. Salí y compré una casa buena y espaciosa. Trasladé a ésta todos los bienes que ella poseía, todas las riquezas que había atesorado, las ropas y los regalos. Ésta es la causa de que me falten los pulgares".

» Comimos, nos marchamos, y después de ello me ocurrió lo del jorobado. Ésta es toda mi historia. He terminado.»

El rey dijo: « Esto no es más interesante que lo que ha ocurrido al jorobado. Lo de éste es mucho mejor. Os voy a crucificar a todos» . El judío se adelantó, besó el suelo y empezó: « ¡Rey del tiempo, yo te contaré un relato más prodigioso que el del jorobado!» « ¡Cuenta lo que sabes!» , ordenó el rey de la China.

Refirió: « Es un hecho extraordinario que me sucedió en la juventud. Vivía en Damasco (Siria) y allí estudié mi carrera. Un día en que estaba ejerciendo mi profesión, me vino a ver un esclavo de la casa del gobernador de Damasco. Salí, y acompañado por él me dirigí al palacio del gobernador. Entré y vi en la testera del salón un lecho de mármol, chapeado de oro, sobre el cual yacía un enfermo. Era un joven hermosísimo que no tenía par en su época. Me senté junto a su cabeza y le aseguré que pronto estaría bien. Me contestó moviendo los ojos. Le dije: "Dame tu mano". Sacó la mano izquierda, lo cual me admiró. Me dije: "¡Qué sorpresa, por Dios! Es hermoso el muchacho, de casa principal, pero no

tiene ni pizca de educación. Esto es lo raro". Le tomé el pulso, le di una receta y lo visité durante diez días. Se curó y tomó el baño de ritual. Cuando salí, el gobernador me regaló un vestido de honor y me nombró intendente del hospital de Damasco. Entré con el joven en los baños, de los que había sido despedida toda la gente. Un criado se acercó a recoger lo que llevaba encima. Cuando quedó desnudo me di cuenta de que habían sido amputados los dedos de su diestra, y esto me dejó estupefacto y sorprendido. Observé además que en su cuerpo se notaban huellas de azotes, de lo cual quedé aún más perplejo. El joven me miró y me dijo: "No te maravilles, pues te he de contar algo cuando salga del baño". Fuera ya de éste, nos dirigimos a su casa, comimos y descansamos. El joven me preguntó: "¿Quieres descansar un poco en mis habitaciones?" Le contesté que sí y mandó a los esclavos que retirasen el lecho, que asasen un ternero y nos dejasen frutas. Los sirvientes cumplieron lo que les había ordenado y nos acercaron las frutas. Comimos —él con la mano izquierda—, y le dije: "Cuéntame tu historia".

» Me refirió: "¡Médico del siglo! Oye el relato de lo que me ha ocurrido. Nací en Mosul. Mi abuelo, al morir, dejó diez hijos varones, de los cuales mi padre era el mayor. Todos crecieron y se casaron. Mi padre me tuvo a mí, pero sus nueve hermanos no tuvieron ningún hijo. Crecí entre mis tíos, los cuales que querían mucho. Cierto día, cuando ya había llegado a la mayoría de edad, fui con mi padre a la mezquita de Mosul, pues era viernes. Rezamos todos juntos y cuando lo gente se marchó, mi padre y mis tíos se quedaron hablando de las maravillas de los países y de las rarezas de las ciudades, y, por fin, mencionaron Egipto. Uno de mis tíos recordó que los viajeros dicen que no hay sobre la faz de la tierra un país más hermoso que Egipto y su Nilo, tan cierto, que el poeta ha dicho:

> Te conjuro a que digas al Nilo, en mi nombre, que no he podido aplacar mi sed ardiente con las aguas del Éufrates.
> ¡Cuántas personas queridas han quedado allí! Espero que ello sea un mérito.

» "Después empezaron a hablar de Egipto y de su río. Una vez hubieron terminado, me puse a pensar en la descripción que había oído, y mi imaginación empezó a preocuparse por dicho país. Se separaron, y cada uno de ellos se dirigió a su casa. Pasé la noche sin poder pegar un ojo, y lo que comía y bebía no me sentaba bien, pues había quedado enamorado de Egipto. Pocos días después, mis tíos se prepararon para emprender el viaje. Yo supliqué llorando a mi padre que me dejara ir con ellos. Me preparó algunas mercancías y me uní a ellos. Les dijo: 'No le permitáis que entre en Egipto; es mejor que lo dejéis en Damasco, para que venda allí sus mercancías'. Nos dispusimos a partir, mi padre se

despidió de mí, salimos de Mosul y no paramos de andar hasta llegar a Alepo. Permanecimos aquí unos días, y reemprendimos el viaje hasta llegar a Damasco. Vimos que la ciudad tenía tantos árboles, ríos, frutos y pájaros, que parecía el paraíso con toda clase de frutas. Nos hospedamos en una posada, y mis tíos permanecieron en la ciudad comprando y vendiendo hasta liquidar todas mis mercancías y ganando cinco dirhemes por cada uno. Este beneficio me alegró mucho. Después mis tíos se marcharon a Egipto.

» ”Me quedé solo; vivía en una habitación tan bien construida, que la lengua es incapaz de describirla. La alquilé por dos dinares al mes y me dediqué a comer y beber, dispuesto a gastar todo el dinero que tenía. Cierto día que estaba sentado en la puerta de mi habitación, se acercó a mí una adolescente con ropajes tan preciosos como jamás habían visto mis ojos. La invité y no rehusó, sino que cruzó la puerta. En cuanto hubo entrado, la abracé y me regocijé de tenerla a mi lado. Cerré la puerta detrás de nosotros, le descubrí el rostro quitándole el velo y pude ver que era de una belleza prodigiosa. Su amor hizo presa en mi corazón, y presto acerqué una mesa con los mejores manjares, frutas y todo lo que la ocasión exigía. Comimos y jugamos, y después del juego bebimos hasta embriagarnos. Dormí con ella hasta el amanecer, en la más hermosa de las noches, y después le entregué diez dinares, pero ella juró que no aceptaba mi dinero, y me dijo: ‘¡Amado mío! Espérame dentro de tres días: a la hora del ocaso me reuniré contigo. Prepara con estos dinares lo mismo que hoy’. Me entregó diez dinares, se despidió de mí y se fue, llevándose consigo mi razón.

» ”Transcurridos los tres días, regresó. Llevaba vestidos bordados y telas preciosas de más valor que los de la vez primera. Yo había preparado lo que era del caso antes de su llegada. Comimos, bebimos y dormimos hasta la aurora. Después me dio diez dinares y me prometió que regresaría a mi lado al cabo de tres días. Preparé lo mismo que antes y ella volvió a mi lado al término del plazo. Llevaba ropas más preciosas que las de las dos veces anteriores. Me preguntó: ‘Señor mío, ¿soy hermosa?’ ‘¡Sí, por Dios!’ ‘¿Me permites que traiga conmigo una adolescente más hermosa y más joven que yo, para que juegue con nosotros y nos riamos con ella? Me ha pedido que le permita acompañarme y le deje pasar la noche con nosotros para que nos divirtamos con ella. Me dio veinte dinares y añadió: ‘Prepara más cosas, que la adolescente va a venir conmigo’. Después se despidió de mí y se fue. Al día siguiente preparé lo que convenía, según la costumbre. Llegó algo después del ocaso acompañada por una mujer envuelta en un velo. Entraron, se sentaron y yo me regocijé. Encendí las velas y las acogí con alegría y satisfacción. Ellas se quitaron las ropas, y la nueva adolescente descubrió su cara. Pude apreciar que se parecía a la luna llena, y que nunca había visto a ninguna más hermosa. Les acerqué la comida y la bebida. Comimos y bebimos y empecé a besar a la adolescente recién llegada, a llenar su copa y a beber con ella. La otra empezó a recelarse en su interior, y al fin

exclamó: '¡Por Dios! ¿Esta adorable adolescente es más agradable que yo?' '¡Sin duda, por Dios!' 'Así, prefiero que duermas con ella.' 'Con mucho gusto.' Se levantó, nos preparó la cama y dormí con la nueva joven hasta la llegada de la aurora.

» "Al despertar me di cuenta de que mi mano estaba cubierta de sangre; abrí los ojos y vi que el sol ya estaba alto; quise despertar a la adolescente, y su cabeza se separó del tronco. Pensé que la otra había hecho esto por celos; medité un instante, me puse en pie, me vestí y cavé una fosa en el interior de la habitación. Deposité en ella a la joven, la cubrí de tierra y puse los ladrillos en su sitio. Cogí el dinero que me quedaba, salí, fui a ver al dueño de la casa y le pagué el alquiler de un año, diciéndole que iba a reunirme con mis tíos en Egipto. Me fui a El Cairo y encontré a mis tíos, que estaban terminando de vender sus mercancías. Se alegraron de verme y me preguntaron por qué había salido al encuentro de ellos. Les respondí que tenía muchas ganas de volverlos a ver y que, además, temía agotar mi capital. Permanecí a su lado durante un año, y me distraje recorriendo El Cairo y el Nilo, y así iba gastando en comer y en beber. Como se aproximaba el momento de la partida de mis tíos, desaparecí, y ellos, creyendo que me había ido a Damasco, se marcharon. Yo, que sólo me había escondido, me quedé en Egipto tres años más, hasta que apenas me quedó dinero. Todos los años había enviado al dueño de la casa el alquiler de la misma, pero al cabo de este tiempo me encontré en gran estrechez y únicamente con el importe del alquiler de aquel año.

» "Me dirigí a Damasco, y una vez en esta ciudad fui a visitar al dueño, que se alegró de verme. Fui a mi habitación y limpié la sangre de la joven degollada. Levanté la almohada y encontré el collar que la difunta había llevado en el cuello. Lo recogí, lo contemplé y estuve llorando un rato. Dos días estuve sin salir, y al tercero entré en el baño y me cambié los vestidos. Ya no me quedaba ningún dinero. Un día me dirigí al mercado. Para que se cumpliese el destino, el demonio me sugirió coger el collar de piedras preciosas y llevarlo al zoco. Lo entregué a un corredor, que se levantó en mi honor y me hizo sentar a su lado. Esperó a que se animase el mercado y lo puso en venta a escondidas, sin que yo lo supiese. El collar era de precio: valdría unos dos mil dinares, pero el corredor regresó y me dijo: 'Este collar es de cobre trabajado a la manera de los francos; no vale más de mil dirhemes'. 'Sí, lo hicimos fabricar para una mujer de la que queríamos reírnos. Lo heredó mi esposa, y ahora queremos venderlo. Llévatelo y toma los mil dirhemes.'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el judío prosiguió su relato en estos

términos: « El joven continuó diciendo:] “Cuando el corredor oyó estas palabras comprendió que el asunto no estaba claro, se fue con el collar al jefe del mercado y se lo entregó. Éste lo llevó al valí y le dijo: ‘Me han robado este collar. Hemos encontrado al ladrón vestido como si fuese el hijo de un comerciante’. Sin que me diese cuenta, me rodearon, me cogieron y me condujeron ante el valí. Éste me preguntó por el origen del collar, y le contesté lo mismo que había dicho al corredor. Se echó a reír y exclamó: ‘¡Eso no es verdad!’ No supe cómo, pero sus agentes me arrancaron los vestidos y me azotaron con látigos. Los golpes me quemaban, por lo que declaré que yo lo había robado, diciéndome que era preferible decir esto a confesar que mi compañera había aparecido muerta a mi lado, pues entonces me matarían. En cuanto confesé que yo lo había robado me cortaron la mano y metieron el muñón en aceite hirviendo. Me desmayé. Me dieron de beber hasta que recuperé el sentido, recogí mi mano y me fui a casa.

» ”El dueño me dijo: ‘En vista de lo ocurrido, deja la estancia y búscate otro lugar, ya que has sido acusado de un latrocinio’. ‘Señor, espera dos o tres días para que pueda buscar otra.’ Aceptó, se fue y me dejó solo. Permanecí sentado, llorando y diciéndome: ‘¿Cómo puedo regresar junto a mi familia si tengo la mano cortada? Quien me la ha hecho cortar no sabe que soy inocente. Tal vez Dios quiera que ocurra algo más’. Lloré amargamente, y cuando el dueño de la casa se marchó, se apoderó de mí una gran pena, que me tuvo intranquilo durante dos días. Al tercero, sin saber cómo, regresó el dueño de la estancia acompañado por unos esbirros y el jefe del mercado que me acusara de haber robado el collar. Les salí al encuentro y les pregunté: ‘¿Qué ocurre?’ Sin dar tiempo a que me moviese, me ataron, me pusieron una cadena al cuello y me dijeron: ‘El collar que tenías pertenecía al señor de Damasco, a su visir, a su gobernador. Desapareció de su casa hace tres años, al mismo tiempo que una de sus hijas’. En cuanto oí sus palabras, empezaron a temblar mis miembros y me dije que me iban a matar sin remedio; que debía contar al gobernador todo lo ocurrido, y que éste me matara o me perdonara, según su capricho. Llegados a su palacio, me llevaron ante él. Al verme, preguntó: ‘¿Es éste el que ha robado el collar y el que ha intentado venderlo? Le habéis cortado la mano injustamente’.

» ”Ordenó que detuviesen al jefe del mercado, y le dijo: ‘Págale ahora mismo el precio de la mano si no quieres que te ahorque y me incaute de todos tus bienes’. Dio unas órdenes a sus servidores, que lo cogieron y se lo llevaron. Después de decir que me quitaran la cadena del cuello y las ligaduras, se quedó a solas conmigo. Me miró y me dijo: ‘Hijo mío, cuéntame lo ocurrido y dime la verdad. ¿Cómo ha llegado este collar a tus manos?’ Le respondí que le iba a decir la verdad, y le referí todo lo que me había ocurrido con la primera joven, cómo ésta me había traído a la segunda y cómo, por celos, la había degollado. Le conté todos los detalles.

» ”Al oír mis palabras movió la cabeza, se tapó la cara con el pañuelo y lloró

un rato; después se acercó y me dijo: 'Hijo mío, la adolescente era mi hija, a la que eduqué con todo cuidado. Al llegar a la pubertad la envié al lado de un primo suyo que vivía en Egipto. Muerto éste, regresó a mi lado, acostumbrada ya a la disipación propia de los egipcios. Te visitó sola cuatro veces, y después te llevó a su hermana pequeña, pues las dos eran hermanas uterinas y se querían mucho. En secreto, la hermana mayor explicó a la pequeña lo ocurrido y me pidió permiso para que ésta la acompañase. Al regresar sola, le pregunté por su hermana; se puso a llorar y me contestó que no sabía nada de ella. Más tarde reveló a su madre todo lo ocurrido, así como el que había degollado a la pequeña. Su madre me lo contó a mí, y desde entonces no ha cesado de llorar y ha jurado que la llorará hasta su muerte. Tus palabras son la pura verdad, que yo conocía antes de que me la expusieras. ¡Es terrible…! Quiero pedirte algo, en lo que deseo que no me contradigas: me gustaría que te casaras con mi hija menor; ésta no es hermana uterina de las otras dos, y aún es virgen. No te pediré dote, y os asignaré una pensión de mi peculio, permanecerás a mi lado y te trataré como a un hijo'. Le respondí: 'Será como tú quieres, señor mío. ¿Cómo hubiera podido yo esperar esta solución?' El gobernador envió en el acto un correo, el cual me trajo el dinero que mi padre me había dejado al morir, y hoy vivo en la más feliz de las vidas". Quedé admirado de lo que le había ocurrido, permanecí con él tres días y me recompensó con una suma muy crecida. Después abandoné su casa y me vine a vuestro país, en el cual he disfrutado una vida holgada y en el que me ha sucedido lo del jorobado» .

El rey de la China exclamó: « ¡Esto no es más prodigioso que lo que ha ocurrido al jorobado! ¡Os he de ahorcar a todos, pero en especial al sastre, que ha sido el principal culpable! —Volviéndose al sastre, le dijo—: Si me cuentas algo que sea más extraordinario que lo sucedido al jorobado, os perdonaré a todos la vida» .

El sastre se adelantó y dijo: « Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que lo que a mí me ha ocurrido es más prodigioso que lo sucedido a los demás» .

Refirió: « Antes de encontrar al jorobado, a primera hora del día, estuve en un banquete con algunos colegas de los gremios: sastres, zapateros, carpinteros y otros. Al salir el sol nos acercaron la mesa para que comiéramos, y entonces vino el dueño de la casa acompañado de un muchacho extranjero, muy bello, pero cojo. Entró y nos saludó. Nos pusimos de pie, y ya iba a sentarse cuando vio a un barbero que estaba entre nosotros, rehusó tomar asiento y quiso abandonarnos. Nosotros y el dueño de la casa se lo impedimos y lo instamos a que se quedase. El dueño de la casa lo conjuró a que explicase la causa por la cual, apenas entrado, quería salir. Respondió: "¡Por Dios, señor! No hay nada que me disguste. Me voy por culpa de ese barbero que está sentado".

» Al oír estas palabras, el anfitrión se quedó perplejo y preguntó: "¿Cómo un barbero de aquí puede molestar a un joven de Bagdad?" Volviéndonos hacia él, rogamos que nos refiriera la causa de su enojo con el tal barbero.

» El joven explicó: "¡Comensales! Con este barbero me ocurrió algo portentoso en Bagdad, mi patria. Él es el culpable de que yo sea cojo y de que me haya roto el pie; por eso he jurado que no seré su convecino en ningún lugar y que no viviré en la ciudad en que él se encuentre. Por eso abandoné Bagdad, me marché de ella, y establecí mi domicilio en esta ciudad. Pero esta noche ya no la pasaré aquí, me iré". "¡Por Dios, cuéntanos lo que te ha ocurrido con él!" El barbero, al oír que interrogábamos al joven, palideció. Éste refirió:

» "Sabed, gentes de bien, que mi padre era uno de los mayores comerciantes de Bagdad. Dios no le había dado ningún hijo más que yo. Cuando hube llegado a la pubertad, mi padre murió; legóme riquezas, criados y familia. Yo vestía los mejores trajes y comía los más apetitosos manjares. Pero Dios (¡loado y ensalzado sea!) me había inculcado el horror a las mujeres. Cierto día en que deambulaba por una de las calles de Bagdad, me salió al encuentro un grupo de mujeres. Huí y me metí en una calleja sin salida, en cuyo fondo había un banco. Apenas me había sentado, se abrió una ventana que había frente al lugar en que me hallaba, y sacó la cabeza una adolescente que parecía la luna llena. Jamás en mi vida he visto nada semejante. Tenía unos tiestos debajo de la ventana, y los regó; después miró a derecha y a izquierda, cerró la ventana y desapareció de mi vista. Mi corazón ardió en llamas; mis pensamientos se fueron tras ella; mi odio por las mujeres se trocó en amor. A la llegada del ocaso aún seguía en el banco, puesto que la gran pasión que sentía me había hecho olvidar que estaba en este mundo. A esa hora llegó el cadí de la ciudad montado a caballo, precedido por los esclavos y seguido por los criados. Se apeó y entró en la casa en la que había visto asomada a aquella adolescente. Así supe que era su padre.

» "Regresé a mi casa y, muy triste, me tendí en la cama. Las esclavas entraron y se sentaron a mi alrededor sin saber lo que me ocurría, pues yo no les expliqué lo que me había sucedido ni quise contestar a ninguna de sus preguntas. Mi enfermedad fue en aumento, y las gentes vinieron a visitarme. Llegó una vieja que al verme comprendió en seguida lo que me ocurría. Se sentó a mi cabecera, me trató cariñosamente y me preguntó: 'Hijo mío, dime lo que te pasa'. Se lo referí todo y me dijo: 'Ésa es la hija del cadí de Bagdad, a la que es imposible acercarse. El lugar en que la has visto constituye un apartamiento; su padre ocupa una sala de abajo, Ella vive sola. Yo los visito con frecuencia. No conseguirás unirte a ella si no es por mi mediación. ¡Anímate!

» "Al oír estas palabras recuperé mi valor. Mis familiares se alegraron, pues aquel mismo día mis miembros empezaron a recobrar su fuerza y esperaban que volviese a recuperarme del todo. La vieja se fue y volvió con el rostro descompuesto. Me dijo: 'Hijo mío, no me preguntes lo que me ha contestado ella

cuando se lo he dicho. Me ha interrumpido: 'Si insistes en ello, vieja de mal agüero, haremos contigo lo que mereces'. Va a ser necesario que vuelva a verla otra vez'. En cuanto oí estas palabras, mi enfermedad empeoró. Al cabo de unos cuantos días, la vieja volvió y me dijo: '¡Hijo mío, dame alguna recompensa!' Al oírla recuperé la vida. Le dije que le daría todo lo que quisiera. Añadió: 'Ayer fui a ver de nuevo a la adolescente; yo estaba descompuesta y lloraba. Me preguntó: '¡Tía! ¿Qué te ocurre que te veo tan triste?' Lloré más amargamente aún y le contesté: '¡Hija! ¡Señora! Ayer fui a visitar al joven que está enamorado de ti. Está a punto de morir y tú tienes la culpa'. Su corazón se apiadó y me preguntó: '¿Quién es ese joven que mencionas?' 'Mi hijo, la prenda de mi corazón. Hace unos días te vio por la ventana, cuando estabas regando tus tiestos. Contempló tu cara y quedó locamente enamorado de ti. Cuando lo informé de lo que me ocurrió contigo la primera vez, empeoró y no tiene ni fuerzas para levantar la cabeza de la almohada. No cabe la menor duda de que morirá'. La joven, palideciendo, me ha preguntado: '¿Y todo esto por mi culpa?' '¡Sí, por Dios! ¿Qué dispones?' 'Ve a verlo, salúdalo en mi nombre y dile que yo sufro mucho más que él. El viernes, antes de la oración, puede venir a mi casa. Yo mandaré que le abran la puerta, subirá, estará a mi lado y permaneceremos juntos un rato. Se irá antes de que regrese mi padre de la oración.'

» "En cuanto hube oído las palabras de la vieja cesaron todos mis dolores, y mi corazón se tranquilizó. Le regalé cuantos vestidos tenía conmigo, y se fue diciendo: '¡Tranquiliza tu corazón!' 'El dolor ha desaparecido por completo', le contesté. Mis familiares y amigos se alegraron al ver que había recuperado la salud. Viví tranquilo hasta el viernes en que vino de visita la vieja. Me preguntó cómo me encontraba y le respondí que estaba bien y animado. Me puse mis ropas, me perfumé y esperé a que las gentes se fuesen a rezar para yo, a mi vez, irme a ver a la joven. La vieja me dijo: 'Te sobra mucho tiempo. Puedes ir al baño y cortarte los cabellos, en especial para borrar las huellas de la enfermedad. Te conviene'. 'Tu consejo es bueno. Primero me afeitaré la cabeza, y después iré al baño.' Mandé a buscar un peluquero para que me afeitase la cabeza y dije al muchacho: 'Vete al zoco y tráeme un barbero que sea inteligente, discreto y que no me cargue la cabeza con sus chismes'. El criado se fue y volvió acompañado por este barbero. Al entrar me saludó y yo le devolví el saludo. Dijo: '¡Disipe Dios tus penas y tus preocupaciones! ¡Aleje de ti las desgracias y las tristezas!' '¡Dios te escuche!' 'Te felicito, señor, por haber recuperado la salud. ¿Quieres que te corte el cabello, o bien que te sangre? Se refiere atribuyéndolo a Ibn Abbas, que Dios aleja setenta calamidades de aquel que se corta el cabello en viernes. Se le atribuye además el dicho de que quien se sangra en viernes no pierde jamás la vista y está a salvo de muchas enfermedades.' Yo le dije entonces: 'Maestro, deja de hablar y empieza a afeitarme ahora mismo la cabeza, pues he estado enfermo'.

» ”Se puso de pie, extendió la mano y sacó un paquete. Lo abrió y vi que contenía un astrolabio con siete láminas. Lo cogió, se dirigió al centro de la habitación, levantó su cabeza en dirección a los rayos del sol, lo observó un rato y me dijo: ‘Sabe que hoy es viernes, 10 de Safar del año 763 de la héjira del Profeta, ¡desciendan sobre Él la mejor de las bendiciones y la paz! En el ascendente, por lo que sé de Matemáticas, está Marte a 7º 6’. Marte está en la conjunción con Mercurio, lo cual indica que el corte de los cabellos te será favorable. Me dice además que tú quieres reunirte con una persona; es un buen aspecto, pero después tendrás razones y algo que no te quiero decir’. ‘¡Me fastidias, me matas y me hartas con tanta palabrería! Te he llamado para que me afeites la cabeza. Aféitame y no te entretengas hablando.’ ‘¡Por Dios! Si supieses lo que te va a ocurrir, me pedirías más aclaraciones. Te aconsejo que hoy hagas lo que te voy a indicar, teniendo en cuenta la posición de los astros. Tendrías que dar gracias a Dios, y no deberías contradecirme, ya que te hago de consejero y te soy adicto. Querría permanecer a tu servicio durante un año entero sin recibir sueldo alguno.’Entonces exclamé: ‘¡Hoy me matas sin remedio!’ ”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el sastre prosiguió relatando lo que le había sucedido, de esta manera: « El joven continuó:] “El barbero dijo: ‘¡Señor! Las gentes me llaman *El taciturno* por lo poco que hablo, a diferencia de mis hermanos. El mayor se llama Baqbuq; el segundo, Haddar; el tercero, Baqiq; el cuarto, al-Kaws al-Aswani; el quinto, al-Assar; el sexto, Saqaliq, y el séptimo, *El taciturno*, que soy yo’. Tanta palabrería por parte del barbero me irritó, y creí que la bilis me iba a devorar. Dije al criado: ‘Dale un cuarto de dinar, quítalo de mi lado y que Dios lo acompañe; ya no necesito afeitarme la cabeza’. El barbero exclamó: ‘¿Qué significan estas palabras, señor? Juro que no aceptaré ninguna recompensa sin antes haberte servido; y lo he de hacer, puesto que mi deber me manda que te sirva y que satisfaga tu necesidad; no me importaría quedarme sin cobrar; si tú no conoces mi justo valor, yo aprecio el tuyo; tu padre, ¡Dios lo tenga en su misericordia!, me hacía grandes dones, pues era muy generoso. ¡Por Dios! Tu padre me mandó llamar en un día tan fausto como éste. Al entrar lo encontré en medio de un grupo de amigos. ‘Sángrame’, me ordenó. Saqué el astrolabio, determiné la altura de los astros, levanté el horóscopo y éste me indicó que en aquel momento no era propicio sangrar. Se lo dije, me hizo caso y esperó con paciencia la llegada del instante oportuno para realizar la intervención; no me contrarió, sino que me dio las gracias, y además me lo agradecieron sus amigos, los que estaban presentes. Tu padre, para recompensarme por la sangría que le había hecho, me dio cien dinares’. Exclamé: ‘¡Ojalá no perdone Dios a mi padre

por haber utilizado a un hombre como tú!'Este barbero se echó a reír y exclamó: '¡No hay más dios que el Dios, y Mahoma es su profeta! ¡Alabado sea Quien hace cambiar y es Inmutable! Yo creía que tú eras juicioso, pero veo que tienes el cerebro delicado como consecuencia de la enfermedad. Dios ha dicho en el Corán que hay que saber dominar la cólera y perdonar a los hombres; sea como fuere, eres perdonable y no alcanzo a comprender la causa de tu impaciencia. Has de saber que tu padre no hacía nada sin antes consultarme; se dice que el consejero es siempre persona digna de fe No encontrarás a nadie que sepa más cosas que yo; estoy de pie dispuesto a servirte, y no te guardo rencor. ¿Cómo puedes estar enfadado conmigo? Tengo paciencia contigo, pues debo muchos favores a tu padre'.

» "Estalló: '¡Por Dios! ¡Estoy harto de tanta broma y tanta palabrería! Sólo quería que me afeitases la cabeza y que te fueses en seguida'. Completamente irritado, intenté levantarme, a pesar de que ya me había enjabonado. Me dijo: 'Ya me doy cuenta de que estás enfadado conmigo, pero no te hago caso, pues tienes débil la cabeza y, además, aún eres un niño. No ha mucho que te llevaba a caballo en la espalda y te conducía a la escuela'. Corté: '¡Mi querido amigo! ¡Anda, por Dios… vete! ¡Deja que me ocupe en mis cosas y sigue tu camino!'Al decir esto, yo desgarraba mis vestidos. Entonces él empezó a afilar su navaja con tanta lentitud, que por poco me muero de miedo. Se acercó, me afeitó una parte de la cabeza y en seguida levantó la mano, diciendo: '¡Señor! La impaciencia viene del diablo', y recitó estos versos:

Ve despacio y no pierdas la paciencia con lo que quieres hacer; sé considerado con los demás y encontrarás quien lo sea contigo.
No existe ninguna mano encima de la cual no se encuentre la de Dios, ni tirano por encima del cual no haya otro.

» "Añadió: 'Señor mío, no creo que conozcas mi rango. Mi mano resbala por la cabeza de los reyes, de los príncipes, de los ministros, de los sabios y de los virtuosos. Es a mí a quien se refería el poeta al decir:

Todos los oficios constituyen las piedras del collar, pero este barbero es su perla.
Está por encima de todos los sabios, y debajo de sus manos quedan las cabezas de los reyes'.

» "Exclamé: '¡Deja en paz lo que no te incumbe! ¡Estás oprimiendo mi pecho, y me destrozas el cerebro!' 'Me parece que tienes prisa.' '¡Sí, sí!' 'Ten paciencia. La prisa procede de Satanás, y tiene como consecuencia el

arrepentimiento y el pecado. El Profeta, Dios le bendiga y le salve, ha dicho que las cosas mejores son las que se hacen con calma. ¡Por Dios! Me inquieta tu asunto, y quiero que me digas qué es lo que te hace correr. Probablemente será algo bueno, pero temo que pueda ser algo malo. Faltan aún tres horas.' Se irritó, tiró la navaja, cogió el astrolabio, se puso al sol, estuvo un rato inmóvil, extendió su mano y volvió. Dijo: 'Faltan tres horas para la oración, ni un minuto más ni uno menos'. '¡Te conjuro en el nombre de Dios! ¡Líbrame de tus palabras! ¡Me muero de impaciencia!'

» "Recogió la navaja, la afiló como había hecho antes, me afeitó otro poco la cabeza y dijo: 'Estoy muy preocupado con tus prisas. Si me explicases cuál es su causa, sería mejor para ti. Ya sabes que tu padre no hacía nada sin mi consejo'. Cuando comprendí que no podía librarme de él, me dije: 'Ha llegado la hora de la oración. Quiero ir antes de que la gente termine de rezar. Si me retraso un poco, no sé cómo podré entrar a verla'. Le insistí: '¡Abrevia! ¡Déjate de palabras y de bromas! Quiero ir a un banquete con mis amigos'. Entonces exclamó él: '¡Tu día es un día bendito para mí! Ayer invité a un grupo de amigos, pero me he olvidado de prepararles algo de comer y ahora me acuerdo. ¡Qué mal papel haré!' 'No pienses en eso. Como ya te he dicho, hoy estoy invitado. Te regalo toda cuanta comida y bebida hay en mi casa, siempre que termines pronto y te des prisa en afeitarme la cabeza.' '¡Dios te recompense con bien! Dime qué cosas hay para mis huéspedes; quiero saberlo.' 'Tengo cinco bandejas llenas de guisos, diez gallinas asadas y un cordero asado.' 'Hazlo traer para que lo vea.' Hice que se lo mostrasen todo, pero en cuanto lo vio exclamó: '¡Falta la bebida!' 'También tengo.' '¡Enséñamela!' Se la mostré, y él exclamó: '¡Cuán generoso, cuán magnánimo eres! Pero aún faltan los aromas y los perfumes' Le enseñé una caja en la que había perfumes, áloe, ámbar y almizcle por valor de cincuenta dinares.

» "Faltaba ya poco tiempo, y casi no me quedaba aliento en el pecho. Le dije: 'Coge todo eso, pero termina de afeitarme la cabeza, ¡por Mahoma, a quien Dios bendiga y salve!' 'No lo cogeré hasta que haya visto todo lo que contiene.' Di orden al criado, éste le abrió la caja, y el barbero, tirando al suelo el astrolabio que tenía en la mano, se sentó, revolvió los perfumes, los aromas y el áloe que contenía el cofre, de tal modo que poco faltó para que mi alma abandonase el cuerpo. Luego se acercó, cogió la navaja y me afeitó una parte muy pequeña de la cabeza. Me dijo: 'Hijo mío: no sé cómo agradecértelo. También debo agradecérselo a tu padre, puesto que todo mi banquete de hoy se debe a tu favor y a tu generosidad. Ninguno de mis invitados es digno de tanto. Son: Zaytún, el bañador; Salí, el vendedor de lechugas; Awkal, el de las habas; Akrasa, el verdulero; Hamid, el estercolero, y Akaris, el lechero. Cada uno de ellos baila a su manera y recita los versos que le da la gana; pero lo mejor es que todos ellos son iguales que yo, tu humildísimo siervo, que ni habla en demasía ni es

indiscreto; el bañador dice: 'Si no voy a su casa, él viene a la mía'. El estercolero, que es agudo y sabio, baila y recita aquello de: 'El pan de mi mujer no está en una caja'[41]. Cada uno de mis amigos tiene sus propias virtudes, de las que carecen los demás; oír hablar de algo no es lo mismo que verlo. Si quisieras venir, sería más agradable para ti y para nosotros; deja de pensar en ir a reunirte con los amigos que has dicho; aún se te ven las huellas de la enfermedad; podrías ser objeto de las burlas de personas dicharacheras, que se entremeten en lo que no les importa'. Le respondí: 'Ya aceptaré otro día si Dios quiere'. Insistió: 'Es preferible que te reúnas hoy con mis amigos, disfrutes de su compañía y te diviertas con sus hazañas, poniendo en práctica las palabras del poeta:

> No demores el goce del placer, pues el tiempo está siempre dispuesto a transcurrir'.

» "Me reí, a pesar de que mi corazón estallaba de rabia. Dije: 'Termina mi afeitado. Yo me iré con la gracia de Dios (¡ensalzado sea!) y tú te marcharás a reunirte con tus amigos, que ya están esperando tu llegada'. 'Sólo quiero hacerte notar que son gentes de bien, y que entre ellos no hay ningún burlón. Si los vieses por un instante, plantarías a tus amigos.' '¡Dios haga que te diviertas con ellos! Ya los invitaré cualquier día.' 'Si quieres hacer eso y hoy ir al banquete con tus amigos, espera un momento y deja que entregue a mis amigos los dones que me has hecho, para que vayan comiendo; regresaré en seguida a tu lado y te acompañaré a casa de tus amigos, pues no tengo que guardar cumplidos con los míos. Puedo plantarlos y volver inmediatamente a tu lado para acompañarte adondequiera que te dirijas.' '¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Vete con tus amigos, disfruta con su compañía y permíteme que me marche con los míos y que esté hoy con ellos, ya que esperan mi llegada.' '¡No dejaré que vayas solo!' 'Nadie puede entrar en el lugar a que voy, salvo yo.' 'Me imagino que hoy estás citado con alguna mujer, pues de lo contrario me llevarías contigo. Yo soy la persona más discreta que existe y te ayudaré en tu propósito, pues temo que entres en casa de una mujer extranjera y corras el riesgo de perderte. Aquí en Bagdad nadie puede hacer cosas de ésas, y especialmente en un día como el de hoy, pues el valí es muy severo.' '¡Jeque de mal! ¿Qué significan estas palabras que acabas de pronunciar?'

» "Se hizo un largo silencio. Llegó la hora de la oración, y luego la del sermón. Terminó de afeitarme la cabeza y le dije: 'Vete con tus amigos y llévate esa comida y estas bebidas. Yo espero a que vuelvas y te vendrás conmigo'. Le hablé así intentando convencerlo para que se fuera. Pero él me dijo: 'Tú me estás engañando, te irás solo y te meterás en un lío del que no podrás salir. ¡Por Dios! No has de marcharte hasta que regrese y te acompañe para ver en qué termina tu asunto'. 'Bueno, no tardes. Coge la comida, la bebida y todo lo que te he dado.'

Salió de mi casa, pero lo entregó a un mozo para que lo llevase a la suya, y él se escondió en una calleja. Yo me puse de pie en seguida. En aquel momento entonaban en el alminar la bendición final del viernes. Me puse mis vestidos y, solo, me dirigí a la calleja. Llegué a la casa en que había visto a la adolescente, sin saber que el barbero venía pisándome los talones. Vi la puerta abierta y me metí en el momento en que el dueño de la casa, concluida la oración, regresaba a su domicilio. Entré en él y cerré la puerta. Vi al barbero y me pregunté cómo podía haberse enterado aquel demonio del lugar al que yo iba. En aquel mismo instante sucedió, porque Dios quiso que así fuera, que el dueño de la casa castigó a una criada y empezó a pegarle. Ella chilló, un esclavo intentó defenderla, pero también le pegó a éste y empezó a gritar. El barbero creyó que me pegaban a mí, desgarró sus ropas, se cubrió de polvo la cabeza y, a su vez, empezó a gemir pidiendo auxilio a las gentes que estaban a su alrededor: '¡Están matando a mi señor en casa del cadí!'

» "Se fue a mi casa, siempre gritando y con las gentes detrás, e informó a mis familiares y a mis siervos. Sin que yo supiese nada, fueron todos a buscarme gritando: '¡Pobre señor nuestro!' El barbero los precedía con los vestidos hechos jirones; la multitud seguía detrás alborotando a más no poder, y él, siempre entre los primeros, chillaba: '¡Lo han matado!' Así llegaron a las inmediaciones de la casa en que yo me encontraba. El cadí, al oír el tumulto, abrió la puerta, vio a la multitud y se quedó perplejo. Preguntó por lo que ocurría. Mis criados le contestaron: '¡Has matado a nuestro señor!' ¿Qué ha hecho vuestro señor para que yo lo mate?'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [continuó el sastre su relato explicando así lo que le había sucedido: « Después prosiguió el joven: "Y dijo el cadí:] '¿Qué pinta ese barbero que está entre nosotros?' El barbero manifestó: 'Tú acabas de pegarle ahora con el látigo; yo he oído sus gritos'. '¿Qué ha hecho para que yo lo mate? ¿Quién lo ha dejado entrar en mi casa? ¿De dónde viene y adonde va?' '¡No te hagas el tonto —replicó el barbero—, yo sé toda la historia, el porqué ha entrado en tu casa, y conozco todos los detalles! Tu hija lo ama, y él la quiere. Tú, sabiendo que él ha entrado, has dado órdenes a tus criados y éstos lo han apaleado. ¡Por Dios! Entre nosotros no queda más juez que el Califa, a menos que nos devuelvas a nuestro señor para que lo recojan sus familiares; no nos fuerces a entrar para sacarlo de tu casa. Date prisa en devolvérnoslo.'

» "El cadí quedó confuso y avergonzado delante de la gente. Dijo al barbero: 'Si dices la verdad, entra tú mismo a sacarlo'. El barbero se metió en la casa, y en cuanto lo distinguí intenté escapar, pero no encontré modo de hacerlo. Vi que

en el piso en que yo estaba había un baúl; me metí en él, coloqué la tapa encima y contuve la respiración. Entró en el departamento y se dirigió hacia el sitio en que yo me encontraba; miró a derecha e izquierda y sólo encontró el baúl en que yo estaba escondido. Se lo puso en la cabeza y se echó a andar. Cuando me di cuenta de lo que hacía, perdí la razón. Él iba rápido. Yo, que estaba convencido de que no me iba a soltar, abrí el cofre, salí aceleradamente y me tiré al suelo, rompiéndome el pie. Llegué a la puerta y vi una multitud como no recuerdo haber visto jamás en mi vida. Eché monedas de oro para distraer a las gentes y lo conseguí. Corrí por las callejas de Bagdad, pero este barbero me seguía, y donde yo entraba, él se metía chillando: '¡Querían privarme de mi señor! ¡Loado sea Dios, que me ha ayudado a derrotarlos y a salvar a mi señor de sus manos! Tú, señor, sólo te preocupabas de ir de prisa por tu mal pensamiento, y así te has metido en tal embrollo. Si Dios no te hubiese concedido mi ayuda, no habrías salido del lío en que te habías metido, y tal vez te hubieran causado un daño mayor, del que jamás te habrías librado. Pide a Dios que me conserve la vida para que pueda acudir siempre en tu auxilio. ¡Por Dios! Me has exasperado con tus malos propósitos. ¿Y tú querías ir solo? No te reprendo por tu ignorancia, dado que eres algo corto y atolondrado'. Yo le dije: '¿No te basta con lo que me ha sucedido por tu culpa? ¿Has de correr aún en pos de mí por los zocos?'

» "Habría preferido morir con tal de librarme de él, pero no encontré muerte capaz de salvarme. Cegado por la cólera, mientras huía de él me metí en una tienda que estaba en medio del mercado, pedí la protección del dueño y éste le impidió que entrara. Me senté en el almacén y me dije: 'No voy a poder quitarme de encima a este barbero; querrá permanecer a mi lado noche y día, y yo no aguanto ya su mirada'. En el acto mandé a buscar testigos, hice testamento en favor de mi familia, nombré un procurador, al que di orden de vender la casa y los inmuebles, le recomendé a mis familiares, mayores y menores, y luego emprendí un viaje para librarme de ese rufián. Así llegué a vuestro país, en el que ya llevo algún tiempo. Me habéis invitado y aquí he venido. Pero veo a ese malvado rufián con vosotros, en la testera de la habitación. ¿Cómo podrá estar tranquilo mi corazón? ¿Cómo he de poderme encontrar a gusto a vuestro lado si está ese que ha hecho conmigo esto y por cuya culpa me rompí el pie?"

» El muchacho se negó a sentarse y salió. Al oír lo que le había ocurrido con el barbero, preguntamos a ése: "¿Es cierto lo que el joven ha dicho de ti?" "¡Por Dios! Lo hice a propósito. Si no lo hubiese hecho, habría muerto. Sólo a mí debe su salvación; el favor que Dios le ha hecho al dejarme intervenir, le ha causado la pérdida del pie; de otro modo, habría perdido la vida. Si hubiese sido un charlatán no le habría hecho tal favor. Os voy a contar algo que me ha ocurrido; así veréis si soy hombre de pocas palabras y entremetido. En esto me diferencio de mis hermanos."

» "Vivía en Bagdad en tiempos del califato del Príncipe de los creyentes, al-

Muntasir billah[42], el cual apreciaba a los pobres y a los desgraciados; sentaba en su tertulia a los sabios y a los piadosos. Cierto día se enojó con diez personas y mandó al gobernador de Bagdad que se las llevara en una lancha. Los vi pasar y pensé que estarían invitados a algún festín, que pasarían el día en aquella barca comiendo y bebiendo y que yo debía ser su único invitado. Embarqué mezclado con ellos; se sentaron el uno al lado del otro, y entonces se les acercaron los agentes del valí, que pusieron a todos una argolla al cuello, incluso a mí. Todo esto, señores, ocurrió por mis pocas palabras, ya que no quise hablar. Nos cogieron, nos encadenaron y nos llevaron a presencia del Emir de los creyentes, al-Muntasir, que dio orden al verdugo de que cortase el cuello a los diez. Cortó los diez cuellos y me quedé solo.

» ”Entonces, el Califa se volvió y preguntó al verdugo: ‘¿Qué te pasa, que no acabas con los diez?’ ‘Ya les he cortado el cuello a los diez.’ ‘Me parece que has cortado nueve, y el que tienes delante es el décimo.’ ‘¡Juro por tus beneficios que ya están los diez!’ ‘¡Que los cuenten!’ Los contaron y vieron que había dado muerte a diez. El Califa me miró y me preguntó: ‘¿Por qué callas en este momento? ¿Cómo es que estás mezclado con los criminales?’ Al oír estas palabras del Príncipe de los creyentes, respondí: ‘Sabe, ¡oh Príncipe de los creyentes!, que yo soy *El taciturno*, que atesoro mucha ciencia; la rectitud de entendimiento, el buen sentido y las pocas palabras alcanzan en mí un grado poco común. Soy barbero. Ayer, al amanecer, vi a estos diez que se metían en una barca y embarqué mezclado con ellos. Creí que se dirigían a un banquete, pero al cabo de poco tiempo me di cuenta de que eran criminales. Los agentes les pusieron argollas en el cuello, y también lo hicieron conmigo; yo me callé por exceso de hombría; no hablé ni pronuncié palabra alguna en aquel momento, seguro de mi propio valor. Después nos han traído hasta tu presencia. Tú has mandado que se les cortase el cuello a diez, y así me he quedado delante del verdugo sin darme a conocer. ¿No es mucha la hombría cuando me ha llevado hasta el punto de ir a compartir la muerte con ellos? Durante toda mi vida he hecho el bien’.

» ”El Califa, al oír mis palabras, se dio cuenta de que yo era valiente, sensato y nada indiscreto, en contra de todo lo que opina ese joven, al que he salvado de los tormentos, y me dijo: ‘¿Tus seis hermanos te igualan en sabiduría, ciencia y discreción?’ ‘¡Ni vivan ni sobrevivan si son como yo! ¡Me acabas de injuriar, Emir de los creyentes! No debes asociarme a mis hermanos, que son muy habladores y cobardes. Cada uno de ellos tiene un defecto: uno es cojo; otro, tuerto; el tercero, mutilado; el cuarto, ciego; al quinto le faltan la nariz y las orejas; el sexto tiene los labios partidos, y el séptimo es bizco de los dos ojos. No creas, Emir de los creyentes, que hablo en demasía, pero es necesario que demuestre que soy más hombre que ellos. A cada uno le ha ocurrido algo que ha exacerbado su defecto, hasta llegar a serlo de verdad. Si quieres, te lo contaré.» ”

» ” ‘Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que el primero, o sea, el cojo, era

sastre en Bagdad. Trabajaba en una tienda alquilada a un hombre muy rico que vivía encima de ella. Debajo de la casa había un molino. Cierto día, mientras mi hermano estaba sentado a la tienda cosiendo, levantó la cabeza y vio a una mujer que parecía la luna llena cuando sale por el horizonte; estaba en la buhardilla de la casa y contemplaba a las gentes. Mi hermano, al verla, quedó con el corazón enamorado. Se pasó todo el día mirándola, y dejó de coser hasta la caída de la tarde. Al día siguiente, por la mañana, abrió la tienda y se puso a coser, pero a cada punto que daba, levantaba la cabeza hacia la buhardilla. Así pasó algún tiempo, sin llegar a coser ni tan siquiera por el importe de un dirhem.

» ” ‘Cierto día, el dueño de la casa visitó a mi hermano, le llevó la ropa y le dijo: ‘Córtala y hazme camisas’. ‘De buen grado.’ La cortó, y antes de la llegada de la noche había hilvanado veinte camisas sin probar bocado. Le preguntó: ‘¿Cuánto cuesta?’ Mi hermano no contestó, pues la joven le había dicho con un guiño que no le cobrase nada, y así lo hizo, a pesar de que necesitaba el dinero. Pasó tres días, en los que apenas comió ni bebió, a causa del gran trabajo que tenía. Cuando hubo terminado de hacerlas, se las llevó.

» ” ‘La joven había informado a su esposo de cómo era mi hermano, pero éste no lo sabía. Se habían puesto de acuerdo marido y mujer para aprovecharse de su trabajo como sastre sin pagarle, y, además, burlarse de él. Cuando mi hermano hubo concluido por completo, idearon un subterfugio y lo casaron con su criada. La noche en que debía consumar su matrimonio le aconsejaron que la pasase en el molino, pues al día siguiente sería mejor. Mi hermano creyó que le habían dado un buen consejo y se fue a pasar aquella noche, solo, en el molino. El marido de la adolescente convenció al molinero de que debía obligarlo a hacer girar la rueda. Mediada la noche, el molinero entró diciendo: ‘Este toro está sin hacer nada, a pesar del mucho grano que hay por moler y de que los dueños de la harina lo reclaman. Voy a atarlo a la rueda para que muela el grano’. Lo sujetó y lo obligó a trabajar hasta poco antes de amanecer. En este momento se presentó el dueño de la casa y vio a mi hermano atado a la rueda y al molinero soltándole latigazos. Lo dejó en tal estado y se marchó.

» ” ‘Luego, cuando empezó a amanecer, se presentó la criada con la que lo habían casado. Lo soltó de la máquina y le dijo: ‘Mi señora y yo hemos sufrido mucho por lo que te ha ocurrido, y hemos compartido tu pena’. Mi hermano no podía mover la lengua para contestar, por los muchos palos que había recibido. Regresó a su casa, y en ella encontró al jeque que había escrito el contrato matrimonial. Se acercó, lo saludó y le dijo: ‘¡Dios haga que dure tu bendito matrimonio! Has pasado la noche, desde el atardecer hasta la mañana, feliz, en medio de caricias y abrazos’. ‘¡Pierda Dios al embustero, al que es mil veces detestable! ¡Sólo he servido para sustituir a un toro en la molienda!’ ‘Cuéntame lo sucedido.’

» ” ‘Mi hermano se lo refirió todo. El jeque le dijo: ‘Tu destino no coincide

con el suyo. Si quieres, cambiaré tu contrato matrimonial por otro mejor y lo haré para que así coincidan los dos testigos'. 'Mira bien si aún te queda alguna otra treta.' Lo plantó y se fue a su tienda, en espera de que alguien le llevase trabajo con el que ganar su salario. La criada, que ya se había puesto de acuerdo para gastarle otra broma, se presentó en seguida. Le dijo: 'Mi señora está apenada por ti. Ha subido a la azotea para ver tu rostro desde la buhardilla'. Antes de que mi hermano pudiera rechistar, ella ya estaba en la buhardilla llorando y diciendo: '¿Por qué cortas los lazos que nos unen?' No le contestó, pero ella le juró que no había intervenido en nada de lo que le había ocurrido en la tahona. Mi hermano, al ver su belleza y su hermosura, olvidó todo lo que le había sucedido, aceptó sus excusas y se alegró de volver a verla.

» " 'La saludó y habló con ella. Después se sentó un rato a coser. Volvió la criada y le dijo: 'Mi señora te saluda y te dice que su esposo ha resuelto pasar esta noche en casa de unos amigos. Cuando se haya marchado a casa de éstos, tú puedes venir a pasar una agradable noche con mi señora hasta que llegue el día'. Lo sucedido era que el esposo había dicho: '¿Qué hay que hacer para que venga aquí y yo pueda cogerlo y llevarlo ante el valí?' 'Déjame, que ya idearé algo que lo avergüence ante toda la ciudad.' Mi hermano no sabía nada de las tretas de las mujeres. Llegada la tarde, la criada lo recogió y lo llevó delante de su señora. Ésta le dijo: '¡Señor mío, cuánto te deseo!' '¡Por Dios! ¡Antes que nada, dame un beso!' En el momento en que decía estas palabras entró el marido de la adolescente, que venía de la casa del vecino. Cogió a mi hermano y le dijo: '¡No te soltaré hasta estar delante del jefe de policía!' Mi hermano le suplicó, pero él no le hizo caso y lo arrastró hasta la casa del valí. Éste mandó darle unos azotes y lo obligó a montar en un camello, en el cual recorrió las calles de la ciudad. Las gentes decían: 'Ésta es la recompensa de los que desean la mujer del prójimo'. Se cayó del camello, se rompió el pie y quedó cojo. El valí lo expulsó de la ciudad, y él salió sin saber adónde ir. Yo, que lo despreciaba, lo recogí, me lo traje, me hice cargo de su manutención, y así seguimos.

» "El Califa se echó a reír al terminar mi narración, y dijo que estaba muy complacido. Yo le dije que no aceptaría sus cumplidos hasta que escuchase todo lo que le iba a contar referente al resto de mis hermanos, pero que no prejuzgase por ello que era un charlatán. Dijo: 'Refiéreme todo lo que les ha ocurrido a tus hermanos, adorna mis oídos con esas galas y sé prolijo al contarme estas delicadezas'.

» " 'Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que el segundo de mis hermanos se llama Baqbuq. Cierto día en que se dirigía a sus quehaceres, tropezó con una vieja, que le dijo: '¡Hombre! Párate un momento que voy a proponerte un asunto. Si te gusta lo harás'. Mi hermano se paró, y ella añadió entonces: 'Te

explicaré la cosa y te la pondré a tu alcance con una sola condición: la de que no hables demasiado'. '¡Habla!' '¿Qué dirías de una casa hermosa, con agua corriente, frutas, vino y con un rostro bello que contemplar, una mejilla tersa que besar y una hermosa mujer a la que abrazar, y vivir así desde la noche hasta la mañana? Si cumples con las condiciones que te he puesto, vivirás bien.' '¿Y por qué me propones precisamente a mí este asunto, habiendo tantos hombres? ¿Qué es lo que te admira en mí?' 'Ya te he dicho que no debes hablar en demasía. Calla y ven conmigo.'

» " 'La vieja se echó a andar, seguida de mi hermano, que estaba ansioso por ver a la mujer que le había descrito. Entraron en una casa espaciosa, subieron por la escalera y vio que era un magnífico palacio. Mi hermano se fijó en cuatro jóvenes, tan hermosas que nadie ha visto nunca a quien lo fuera más. Cantaban con una voz capaz de conmover a la más dura roca. Después, una de ellas bebió una copa. Mi hermano le dijo: '¡Por la salud y la prosperidad!', y se acercó a servirla, pero ella se lo impidió, le llenó una copa y le dio un palmetazo en el cuello. Mi hermano, indignado, trató de marcharse mascullando imprecaciones; la vieja lo siguió, y con un guiño le dijo que se volviese. Regresó y se sentó sin pronunciar palabra. La joven volvió a darle palmadas en la nuca, y él acabó por desvanecerse. Al recuperar el conocimiento, mi hermano trató de irse a sus negocios, pero la vieja lo alcanzó y le dijo: 'Ten un poco de paciencia, que alcanzarás lo que deseas'. '¿Hasta cuándo he de esperar un poco?' 'Cuando se haya embriagado conseguirás tu deseo.' Mi hermano volvió a su sitio y se sentó.

» " 'Todas las muchachas se levantaron, y la anciana les mandó que quitasen las ropas a mi hermano y le salpicasen el rostro con agua de rosas; así lo hicieron. La muchacha más bella de todas dijo: '¡Dios te fortifique! Has entrado en mi casa, y si cumples mi condición alcanzarás tu deseo'. 'Soy tu esclavo y me tienes en tu puño.' 'Habrás visto que soy muy aficionada a la música. Quien me obedece, alcanza lo que desea.' Ordenó a las jóvenes que volviesen a cantar, y cantaron hasta impresionar a la concurrencia. Luego dijo a una joven: 'Coge a tu señor, hazle lo que necesita y tráemelo en seguida'. La esclava se llevó a mi hermano sin que éste supiese lo que iban a hacer con él. La vieja se acercó y le dijo: 'Ten paciencia; ya falta muy poco'. Mi hermano trató de acercarse a la joven, pero la vieja lo retuvo diciendo: '¡Sé paciente! Estás ya obteniendo lo que deseas. Falta una sola cosa: que te corten la barba'. '¿Cómo voy a consentir lo que me va a deshonrar delante de todos?' 'Ella quiere que lo hagas para que estés bien afeitado, para que no quede en tu faz nada que le pinche, pues está muy enamorada de ti. Ten paciencia, pues ya has conseguido lo que deseas.'

» " 'Mi hermano tuvo paciencia, siguió dócilmente a la joven y se dejó afeitar; ésta lo condujo de nuevo ante la adolescente: le habían afeitado las cejas, los bigotes y la barba; tenía el rostro rojo. La joven se asustó al verlo y se echó a reír de tal manera que por poco se cae de espaldas. Le dijo: '¡Señor mío! Con tus

buenos modales te has convertido en mi dueño'. Lo conjuró, por su vida, a que bailase, y él lo hizo así. En la casa no quedó cojín que no le tirase, y las otras jóvenes le arrojaron naranjas, limones y toronjas, hasta que cayó desmayado de tanto golpe. Pero los palmetazos en la nuca y los proyectiles en la cara no pararon hasta que la vieja le dijo: 'Ya has conseguido tu deseo. Sabe que ya se han terminado todos los golpes, y que sólo te falta una sola cosa. Cuando ella está embriagada, no deja que nadie la posea hasta que se le caen los vestidos, los pantalones, todo lo que lleva encima, y se queda desnuda. Tú eres la pareja. Ella echará a correr, y tú la perseguirás exactamente igual que si ella huyese de ti; no dejarás de seguirla de un lugar a otro, hasta que tu miembro esté en erección; entonces se dejará poseer. ¡Ponte en pie, quítate los vestidos!' Mi hermano, fuera de sí, se puso en pie, se quitó toda la ropa…'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el barbero prosiguió:] « "'…y se quedó desnudo. La joven dijo a mi hermano: '¡Vamos, corre detrás de mí! ¡Yo voy delante! ¡Si quieres algo, persígueme!' Echó a correr y él se puso a perseguirla: iban de un sitio a otro, salían y entraban, pero mi hermano no se despegaba de ella; la concupiscencia lo había vencido, y su miembro estaba en erección: parecía un loco; seguían corriendo: ella delante, y él, detrás; la oyó dar un leve grito, mientras seguía corriendo delante de él. En estas circunstancias, se vio repentinamente en medio de una calleja que estaba en el centro del zoco de los peleteros, quienes, a voz en grito, hacían el reclamo de sus pieles. La gente que lo vio en aquel estado: desnudo, con el pene erguido, con la barba, bigotes y las cejas afeitados y la cara encendida, empezó a chillar y a reírse a carcajadas; unos cuantos hombres le zurraron con las pieles hasta que cayó desvanecido. Lo cargaron sobre un mulo y lo condujeron ante el valí. Éste preguntó: '¿Qué es esto?' 'Éste ha salido así de la casa del visir y se ha metido entre nosotros.' El valí mandó darle cien latigazos. Yo fui a recogerlo, lo metí en la ciudad a hurtadillas y le asigné una pensión, con la que pudiese vivir. Si no hubiese sido por mi hombría, no habría podido soportar esta calamidad.

» " 'El destino llevó un día a mi tercer hermano, que se llama Quffa, a una casa importante. Llamó a la puerta, dispuesto a hablar con su dueño y pedirle limosna. Éste preguntó: '¿Quién hay?' Mi hermano no le contestó, a pesar de que oyó que el dueño se quejaba en voz alta de aquella falta de delicadeza, al tiempo que se acercaba a la puerta. La abrió y preguntó: '¿Qué quieres?' '¡Hermano, dame algo, por Dios!' '¿Eres ciego?' '¡Sí!' '¡Dame la mano!' Lo cogió por la mano,

lo hizo entrar en la casa y empezó a subir con él escaleras y más escaleras hasta llegar a la azotea más alta. Mi hermano creía que le iba a dar algo de comer o cualquier cosa. Cuando hubieron llegado al lugar más alto, le preguntó: '¿Qué quieres, ciego?' 'Una limosna, por Dios.' '¡Dios te la dé!' '¿Por qué no me decías esto cuando yo estaba abajo?' '¡Oh, el último de los ínfimos! ¿Por qué no me pediste tú algo, por Dios, al oír mis palabras por primera vez, cuando llamabas a la puerta?' '¿Qué quieres hacer conmigo ahora?', le preguntó mi hermano. Respondió él: 'No tengo nada que te pueda dar'. 'Acompáñame para bajar las escaleras.' '¡Va! Tienes el camino delante.' Mi hermano se marchó solo, y fue bajando los peldaños. Cuando sólo le faltaban veinte para llegar a la puerta, resbaló y llegó dando tumbos y con la cabeza herida.

» " 'Salió sin saber adónde ir. Se le unieron los ciegos compañeros suyos; le preguntaron qué le había ocurrido aquel día, y mi hermano les contó lo sucedido y añadió: 'Hermanos, quiero coger algunos de los dirhemes que nos quedan para atender a mis necesidades'. El dueño de la casa había seguido a mi hermano, sin que éste se diera cuenta, pues quería saber cuál era su situación; pudo oír sus palabras y le siguió hasta que entró en su cuchitril, en el que se metió también sin que lo sospechase mi hermano. Éste se sentó a esperar a sus compañeros, y en cuanto entraron, les dijo: 'Cerrad la puerta y recorred la casa para que estemos seguros de que ningún extraño nos ha seguido'. El hombre, al oír estas palabras, se colgó de una cuerda que pendía del techo. Recorrieron toda la casa, y al no encontrar a nadie, se sentaron al lado de mi hermano. Sacaron el dinero que tenían, lo contaron y vieron que ascendía a más de diez mil dirhemes. Guardaron diez mil en un rincón del cuarto, y cada uno de ellos tomó de lo que sobraba lo que le pareció para atender a sus necesidades. Enterraron los diez mil dirhemes en el suelo, sacaron la comida y se sentaron a comer.

» " 'Mi hermano oyó una voz extraña a su lado, y preguntó a sus compañeros: '¿Es que hay algún forastero con nosotros?' Estiró la mano, tropezó con la del dueño de la casa y chilló, dirigiéndose a sus compañeros: '¡Éste es un extraño!' Empezaron a llover los golpes, y cuando estuvieron hartos de zumbarle, gritaron: '¡Musulmanes, ha entrado en nuestra casa un ladrón que quiere robarnos lo que tenemos!' Entraron algunas personas. El dueño de aquella casa, el extraño al que acusaban de ladrón, cerró los ojos y fingió que era ciego como los demás para que no dudasen de él. Empezó a gritar: '¡Musulmanes! ¡Por Dios, el sultán! ¡Por Dios, el valí! ¡Por Dios, el Emir! ¡Tengo que dar un consejo al Emir!'

» " 'Antes de que se diesen cuenta estaban en manos de los agentes del valí. Cogieron a todos, incluido mi hermano, y los condujeron ante el valí. Éste preguntó: '¿Qué ha ocurrido?' Aquel hombre contestó: 'Escucha bien mis palabras, valí: Sólo el tormento puede darte a conocer nuestra verdadera condición. Si quieres, castígame antes que a mis compañeros' El valí ordenó: 'Tended a este hombre y dadle de latigazos'. Lo tumbaron y lo azotaron. Cuando

los azotes empezaron a dolerle, abrió un ojo; y al aumentar el dolor, abrió el otro. El valí preguntó: '¿Qué significa esto, sinvergüenza?' '¡Concédeme el perdón y te lo contaré!' 'Concedido.' 'Nosotros cuatro fingimos que somos ciegos, paseamos entre la gente, entramos en las casas, observamos a las mujeres y procuramos corromperlas para ganar dinero. Así hemos ganado mucho: diez mil dirhemes. He pedido a mis compañeros que me diesen mi parte: dos mil quinientos dirhemes. Se han enfadado, me han pegado y me han quitado lo que me corresponde. Pido protección a Dios y a ti, pues tú tienes más derecho que ellos a quedarte con mi parte. Si quieres comprobar la verdad de lo que digo, haz dar a cada uno más golpes de los que yo he recibido, y abrirán sus ojos.' El valí mandó que los apaleasen; le tocó primero a mi hermano; lo sacudieron hasta dejarlo medio muerto. El valí clamó: '¡Desgraciados! ¿Renegáis aún del bien que Dios os ha hecho y os fingís ciegos?' '¡Por Dios, por Dios, por Dios! Ninguno de nosotros es vidente.' Lo volvieron a tender y le zurraron por segunda vez, hasta que se desmayó.

» " 'El valí ordenó: '¡Dejadlo hasta que vuelva en sí, y azotadlo entonces por tercera vez!' Después mandó que pegaran también a sus compañeros, y dieron más de trescientos palos a cada uno. El vidente les decía: '¡Abrid las ojos, pues de lo contrario os pegarán más!' Volviéndose al valí, le dijo: 'Envía a alguien que me acompañe para que te traiga el dinero. Ésos no van a abrir los ojos, pues quedarían avergonzados delante de la gente'. El valí mandó que lo acompañasen, y cuando regresó con el dinero, le dio dos mil quinientos dirhemes, a pesar de sus protestas, y expulsó de la ciudad a mi hermano y a sus compañeros. Yo, ¡oh Emir de los creyentes!, salí, alcancé a mi pariente y le pregunté por su situación. Me explicó lo que acabo de referirte. Lo introduje secretamente en la ciudad y le asigné una renta para que pudiese comer y beber el resto de sus días'.

» "El Califa se puso a reír y exclamó: '¡Dadle un regalo y dejad que se marche!' Exclamé: '¡Por Dios! No aceptaré nada hasta haber explicado al Emir de los creyentes lo ocurrido a mis otros hermanos. Seré conciso'. 'Revienta nuestros oídos con los chismes de tus historias.'

» " 'Mi cuarto hermano, ¡oh Emir de los creyentes!, es el tuerto, vendía carne y criaba corderos. Las personas importantes y las ricas le compraban la carne. Así ganó una gran cantidad de dinero, con el que compraba animales y casas. Vivió de este modo durante largo tiempo. Cierto día, mientras estaba en su tienda, vio pararse delante a un jeque de luenga barba, que le entregó algunos dirhemes y le dijo: 'Dame la carne que corresponda a este importe'. Cogió el dinero y le entregó la carne; cuando se hubo ido, mi hermano contempló las monedas del anciano y vio que eran de un blanco muy brillante, por lo cual las guardó aparte. El jeque fue su cliente durante cinco meses, y mi hermano iba guardando en una

caja especial el dinero con que le pagaba. Después quiso sacarlo para comprar ganado. Cuando abrió la caja vio que sólo contenía hojas blancas recortadas. Se abofeteó la cara, se puso a chillar, y la gente se congregó a su alrededor. Explicó su caso, y todos quedaron admirados. Regresó a la tienda, según era su costumbre, y sacrificó un cabrito, que colgó en el interior, y lo cortó en pedazos. Después lo expuso en el exterior de la tienda, diciéndose que si el viejo lo veía, se acercaría y podría cogerlo.

» ” ‘Al cabo de un rato, el viejo se acercó con la plata. Mi hermano se lanzó sobre él y empezó a chillar: ‘¡Musulmanes, a mí! ¡Oíd lo que me ha ocurrido con este bandido!’ El viejo, al oír sus palabras, le dijo: ‘¿Quieres renunciar a desenmascararme, o prefieres que te desenmascare yo a ti delante de la gente?’ ‘¡Hermano! ¿De qué tienes que acusarme?’ ‘De que vendes carne humana haciéndola pasar por carne de animal.’ ‘¡Mientes, maldito!’ ‘No hay quien sea peor que aquel que tiene junto a sí, colgado en la tienda, un ser humano.’ ‘Si es verdad eso que dices, mi dinero y mi sangre te pertenecen.’ El jeque exclamó: ‘¡Gentes! Este carnicero mata a los hombres y los vende, haciendo pasar su carne por carne de animal. Si queréis convenceros de si es verdad lo que digo, entrad en su tienda’.

» ” ‘Todos los reunidos se metieron en la tienda de mi hermano y vieron los despojos del cabrito, que daban la impresión de ser un ser humano colgado. En seguida agarraron a mi hermano, lo llamaron cafre y animal, y los más fuertes empezaron a pegarle y a abofetearlo; el jeque le dio unos palmetazos en un ojo y se lo vació. Llevaron los despojos al jefe de policía, y el anciano le dijo: ‘¡Emir! Este hombre mata a sus semejantes y vende su carne haciéndola pasar por carne de animal. Te lo hemos traído. Ahora juzga tu de acuerdo con la ley de Dios (¡loado y ensalzado sea!)’. Mi hermano se defendió, pero el jefe de policía no quiso escucharlo, mandó darle quinientos palos y se incautó de sus bienes; si no hubiese sido por la cuantía de éstos, lo habrían matado; después lo expulsaron de la ciudad. Salió de ésta alocado, sin saber adónde se dirigía. Llegó a una gran ciudad, y en ella se dedicó a trabajar como cordonero. Abrió una tienda y se puso a hacer algunas cosas con qué sustentarse. Cierto día en que salió para uno de sus asuntos, oyó el relinchar de los caballos y preguntó de qué se trataba. Se le contestó que el rey salía de caza. Mi hermano fue a ver el cortejo, mientras iba pensando cómo había llegado a ser cordonero. La mirada del rey se posó en el ojo de mi hermano. El soberano bajó la cabeza y exclamó: ‘¡En Dios busco refugio contra las desgracias de este día!’ Tiró de las riendas de su caballo y regresó a palacio, seguido por todos los soldados.

» ” ‘El soberano dio orden a sus criados de que cogiesen a mi hermano y lo apaleasen. Lo detuvieron y lo apalearon de mala manera hasta dejarlo medio muerto, sin que mi hermano supiese el porqué. Medio inconsciente, regresó a su domicilio. Más tarde visitó a un hombre del séquito real y le contó lo que le había

acaecido. Éste se puso a reír de tal modo que poco faltó para que se cayera de espaldas, y le contestó: '¡Hermano! Sabe que el rey no puede sufrir el ver un tuerto, y más si éste lo es del ojo izquierdo; normalmente los hace matar'. Mi hermano, al oír estas palabras, decidió huir de la ciudad. Se marchó de ella y se dirigió a otra que no tenía rey. Vivió en ella durante largo tiempo. Un día en que pensaba en sus asuntos, salió a pasear. Oyó relinchar unos caballos detrás de él y se dijo que había llegado el decreto de Dios. Huyó en busca de un sitio en el que ocultarse, pero no lo encontró. Vio una puerta, la abrió y se metió en un vestíbulo muy largo, por el cual se adentró. Antes de que se diese cuenta, dos hombres se apoderaron de él, al tiempo que exclamaban: '¡Loado sea Dios, que nos ha permitido apoderarnos de ti, enemigo de Dios! Durante tres noches no hemos podido descansar, ni tú nos has dejado dormir ni reposar en ningún lecho, pues amenazabas con matarnos'. '¿Qué os ha ocurrido? ¡Decidlo, por Dios!', exclamó mi hermano. Le explicaron: 'Tú nos vigilabas y querías deshonrarnos a nosotros y al dueño de la casa. ¿No te basta con haberlo arruinado y haber arruinado a tus amigos? ¡Saca el cuchillo con que nos amenazabas todas las noches!'

» " 'Lo registraron, y encontraron en su cinturón el cuchillo con el que cortaba las sandalias. Les dijo: 'Temed a Dios y no me maltratéis. Sabed que mi historia es prodigiosa.' '¿Cuál es tu relato?' Mi hermano les explicó su historia con la esperanza de que lo soltasen, pero no hicieron caso de sus palabras ni le prestaron atención; al contrario, le pegaron y desgarraron sus vestidos, que dejaron al descubierto las huellas de los azotes en los flancos. Le dijeron: '¡Maldito! Las señales de los golpes atestiguan tus crímenes'. Lo llevaron ante el valí, y él se dijo: 'He caído por mis pecados, y sólo Dios, el Altísimo, puede salvarme'. Cuando estuvo en presencia del valí, éste le dijo: '¡Desvergonzado! ¡Debió de ser muy grande el crimen que te llevó a ser azotado!' Mandó que se le dieran cien azotes, y después lo hicieron recorrer las calles de la ciudad montado en un camello, al tiempo que proclamaban: 'Éste es el castigo del que viola la casa del prójimo'. Cuando oí decir esto, salí, lo seguí mientras lo paseaban por las calles de la ciudad, y cuando lo soltaron, me acerqué a él, lo recogí, le hice entrar secretamente en la ciudad y le señalé una renta con la que pudiese comer y beber.

» " 'Mi quinto hermano, ¡oh Emir de los creyentes!, es el que tiene cortadas las dos orejas. Era un pobre que pedía por la noche, y durante el día gastaba lo ganado. Nuestro padre era un hombre muy viejo, de edad avanzada, y al morir nos dejó setecientos dirhemes, de los cuales habíamos cogido cien cada uno de nosotros. Este hermano mío, el quinto, en cuanto hubo cobrado su parte, quedó perplejo y no supo qué hacer con ella. Entonces se le ocurrió que podía comprar vidrio de todas clases para comerciar con él y obtener beneficios. Compró cristal

por valor de los cien dirhemes, lo metió en una vitrina y se sentó en un lugar para venderlo. Había allí una pared en la cual apoyó la espalda y, quedándose meditabundo, se dijo: 'Mi capital, que he invertido en este vidrio, alcanza los cien dirhemes. Lo venderé por doscientos, y con éstos compraré más vidrio, que venderé por cuatrocientos. No pararé de vender y comprar hasta conseguir una gran cantidad, con la cual compraré toda clase de mercancías y de drogas, que me darán un beneficio mucho mayor. Después de todo esto compraré una hermosa casa, esclavos, caballos y sillas doradas; comeré y beberé, e invitaré a mi casa a todas las cantantes para oír su voz'.

» " Todo esto lo iba pensando con la caja de vidrio delante. Siguió: 'Mandaré que todas las casamenteras me pidan las hijas de los reyes y de los ministros. Me casaré con la hija de uno de éstos; tendrá una hermosura perfecta, una belleza prodigiosa, y por ella pagaré una dote de mil dinares. Si su padre está conforme con estas arras, magnífico, y si no, la conseguiré por la fuerza, mal que le pese. Cuando tenga casa propia, compraré diez criados pequeños, regios vestidos y ciclatones; encargaré una silla de oro con incrustaciones de pedrería, y cuando salga a caballo iré rodeado de esclavos, que irán delante y detrás de mí, de tal modo que si me ve el ministro se levantará en mi honor, me ofrecerá su sitio y se sentará en uno inferior, pues será mi suegro. Tendré a mi lado dos criados con sendas bolsas, en cada una de las cuales habrá mil dinares. Le daré mil dinares como dote de su hija, y le regalaré los otros mil para honrarlo y dejar bien patente mi hombría, mi generosidad y lo poco que significa el mundo para mí. Después me marcharé a mi casa, y cuando alguien me venga a ver de parte de mi mujer, le daré dinero y le regalaré un vestido de honor. Si el ministro me envía algún regalo, se lo devolveré, aunque sea precioso; no lo aceptaré, para demostrar que tengo amor propio y que considero que estoy en la más alta posición. Los iré a visitar para dejar constancia de mi prestigio y mi rango. Cuando lo hayan hecho, les diré que me envíen la novia, y en seguida arreglaré mi casa a la perfección.

» " 'Me pondré mis más preciosos vestidos poco antes del momento en que hayan de presentarme a la novia, y me sentaré en un estrado cubierto de seda, sin mirar a derecha o izquierda, con lo que daré una prueba de mi gran inteligencia y de la seriedad de mi entendimiento. Mi mujer se acercará como si fuese la luna llena, con vestidos de seda y brocado, pero yo no la miraré asombrado hasta que me hayan dicho todas las mujeres presentes: 'Tu mujer, tu esclava, está delante de ti. Hónrala con una mirada, ya que la mortificas teniéndola de pie'. Besarán el suelo delante de mí muchas veces antes de que yo levante la cabeza para mirarle un solo instante, pues en seguida me inclinaré y ellas se la llevarán. Me cambiaré los vestidos por otros más preciosos, y cuando vuelva la novia por segunda vez, no la miraré hasta que me hayan pedido reiteradamente que lo haga; pero en seguida bajaré la cabeza al suelo y me

comportaré así hasta que terminen de quitarle el velo.'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [siguió pensando:] « "'Ordenaré a un criado que dé una bolsa con quinientos dinares a las peinadoras, y les mandaré que introduzcan a la novia. Cuando ésta se halle en mi presencia, ni la miraré ni le dirigiré la palabra, en señal de desprecio para que se diga de mí que soy altanero; esto durará hasta que se me acerque su madre, me bese en la cabeza y en la mano y me diga: '¡Señor! Mira, tu esposa ansia reposar a tu lado; alégrala con una sola palabra'. Yo le contestaré, y ella me halagará hasta el punto de besarme manos y pies reiteradamente. Tras lo cual, añadirá: '¡Señor! Mi hija es una hermosa adolescente que no ha visto jamás a un hombre. Si se da cuenta de que te mantienes retraído, va a perder la razón. ¡Acércate a ella! ¡Háblale!' La madre me presentará una copa llena de bebida, y su hija la cogerá para entregármela; cuando llegue a mi lado, la haré estar de pie ante mí, y yo permaneceré recostado en un almohadón recamado en oro, sin dirigirle la mirada, pues mi orgullo y la magnitud de mi poder han de ser enormes, hasta el punto de que ella se crea que soy un sultán todopoderoso. Dirá: '¡Señor, por la ley de Dios! No rechaces esta copa que te entrega tu esclava; yo soy tu esclava'. No le contestaré, por lo que ella insistirá: '¡Tienes que beber!', y me la acercará a la boca; yo le daré un cachete en la cara y unas patadas; lo haré así'.

» " 'Mi hermano dio una patada a la vitrina que contenía el vidrio; ésta se hallaba colocada encima de una mesa; la tiró por el suelo y se rompió todo lo que contenía. Entonces exclamó: '¡Todo esto me ha ocurrido por mi altivez!' Si hubiese dependido de mí, ¡oh Emir de los creyentes!, le hubiese administrado mil azotes y lo habría avergonzado delante de toda la ciudad. Mi hermano empezó a abofetearse la cara, a desgarrar sus vestidos y a llorar. Se daba palmetazos en el rostro, mientras lo miraba la gente que se dirigía a la mezquita para rezar la oración del viernes. Unos le dirigían una mirada, y otros pasaban de largo sin reparar en él. Estaba así llorando la pérdida del capital y los beneficios, cuando acertó a pasar una mujer de rara hermosura, perfumada con almizcle y montada en una mula cuya albarda era de seda recamada en oro; la acompañaban varios criados. Al ver el vidrio, la desesperación y el llanto de mi hermano, se apiadó de él, se enterneció su corazón y preguntó por lo que le había ocurrido. Fue informada: 'Tenía una vitrina con vidrio, de cuyo comercio vivía, y se le ha roto; por eso está así'. Llamó a uno de sus criados y le ordenó: 'Da a ese pobre todo lo que llevas encima'. Le entregó una bolsa. La abrió y vio que contenía quinientos dinares. Poco le faltó para caer muerto de alegría. Dio las gracias del modo más expresivo y volvió a su casa rico.

» ” ‘Se sentó a pensar, y al poco rato alguien llamó a la puerta. Se levantó, abrió y encontró a una vieja, a la que no conocía. Ésta habló: ‘¡Hijo mío! La plegaria está próxima a terminar sin que yo haya podido hacer las abluciones. Te ruego que me dejes entrar en tu casa para lavarme’. ‘¡De buen grado!’ Mi hermano le dijo que lo siguiera; estaba loco de alegría con los dinares. Cuando la vieja hubo terminado, se acercó al sitio en que estaba sentado mi hermano e hizo un rezo de dos prosternaciones, tras lo cual rogó por mi hermano y éste se lo agradeció dándole dos dinares. Al verlos dijo: ‘¡Loado sea Dios! Me maravillo de quien te ha querido mientras estabas vestido como un fraile. Coge lo que me has dado, y si no lo necesitas, devuélveselo a la que te lo ha regalado cuando se te ha roto el vidrio’. ‘¡Madre! ¿qué hay que hacer para llegar hasta ella?’ ‘Ella se siente inclinada hacia ti, pero es la esposa de un hombre rico. Coge todo tu dinero; cuando estés a su lado, no olvides ningún cumplido; halágala de la mejor manera. Obtendrás así todo lo que quieras de su belleza y de su dinero.’

» ” ‘Mi hermano cogió el oro, se levantó y salió con la vieja sin dar crédito a lo que ocurría. Siguió a la anciana hasta que llegaron a una puerta. Llamó y salió a abrir una esclava cristiana. La vieja entró, y dijo a mi hermano que la siguiese. Se encontró en una casa muy grande, y lo primero que vio fue un amplio salón, recubierto de tapices, con los visillos corridos. Mi hermano se sentó, depositó el oro delante de sí y colocó el turbante encima de sus rodillas. No tuvo que esperar. Una adolescente, cual nunca se ha visto igual, se adelantó; vestía las telas más preciosas. Mi hermano, al verla, se puso en pie; ella, al contemplarlo, se puso a reír en sus mismas narices. Le dio la bienvenida, se dirigió a la puerta y la cerró; regresando al lado de mi hermano, lo cogió de la mano y empezaron a andar juntos hasta llegar a una habitación aislada, en la que entraron; estaba tapizada con toda clase de telas. Mi hermano se sentó; ella se colocó a su lado y se entretuvo jugando con él durante un rato. Luego se puso en pie y le dijo: ‘No te muevas hasta que regrese’. Se marchó.

» ” ‘Al cabo de un rato entró un esclavo negro, robusto, que empuñaba una espada desenvainada y cuyo brillo deslumbró los ojos. Dijo a mi hermano: ‘¡Ay de ti! ¿Quién te ha traído a este lugar, oh tú que eres el más vil de los hombres, hijo adulterino y criatura abominable?’ Mi hermano fue incapaz de pronunciar una sílaba; su lengua había quedado trabada. El esclavo lo desnudó y le dio con la espada muchos golpes, más de ochenta, hasta que cayó tendido en el suelo. Creyendo que lo había matado, se alejó un poco y preguntó dando un grito enorme que hizo temblar el suelo y resonar el aposento: ‘¿Dónde está la sal?’ Se le acercó una adolescente, que llevaba un bote repleto de sal blanca. Rellenó con ella las heridas que había en la piel de mi hermano hasta dejarlas cubiertas. Mi hermano no osaba moverse por miedo de que, al verlo vivo, lo rematasen. La muchacha se marchó y el esclavo dio un grito como el primero. La vieja se acercó a mi hermano y lo arrastró, tirando de uno de sus pies, hasta un largo y lo

brego subterráneo, en donde lo echó encima de un montón de cadáveres.

» ” ‘Estuvo en él durante dos días enteros. Dios (¡loado y ensalzado sea!) había dispuesto que la sal fuese su salvación, ya que cortó la hemorragia. Cuando mi hermano se dio cuenta de que tenía fuerzas para moverse, se puso de pie en el corredor, abrió una ventana que había en la pared y salió de allí. Dios, todopoderoso y excelso, lo mantuvo oculto mientras andaba en las tinieblas, y se escondía en el corredor en espera de la aurora. Al amanecer, la vieja salió para cazar a otro; mi hermano la siguió sin que ella lo advirtiese. Así llegó a su casa, en la que se medicó hasta quedar completamente restablecido. Durante este tiempo no había dejado de vigilar a la vieja, que iba cogiendo a uno detrás de otro y conduciéndolos a aquella casa. Mi hermano no dijo nada, pero en cuanto hubo recuperado la salud y hallóse en plena posesión de sus fuerzas, cogió un retal, hizo una bolsa, la llenó de vidrio y la ató a su cinto. Después se disfrazó de modo que nadie pudiera reconocerlo, se vistió de persa, cogió una espada y la escondió debajo de sus vestidos. Al tropezar con la vieja le preguntó, fingiendo una pronunciación extranjera: ‘¡Vieja! ¿Tienes una balanza que pueda pesar novecientos dinares?’ ‘Tengo un hijo pequeño que es cambista; tiene toda suerte de balanzas. Ven conmigo para que pese tu oro antes de que salga de su puesto.’ ‘Ve tú delante.’

» ” ‘Ella se puso en marcha, y mi hermano la siguió. Llegó a la puerta y salió a abrir la joven, que se puso a reír en las narices de mi hermano. La vieja le dijo: ‘He traído un buen bocado’. La joven cogió de la mano a mi hermano, le hizo entrar en la habitación que ya conocía y se sentó un rato con él. Después se levantó y le dijo: ‘No tardaré en volver’, y se marchó. Mi hermano no tuvo que esperar. El esclavo avanzó hacia él con la espada desenvainada. Le dijo: ‘¡Ponte en pie, desgraciado!’ Así lo hizo mi hermano, mientras el esclavo se adelantaba, pero en un momento dado, se colocó a sus espaldas, empuñó la espada que llevaba debajo de los vestidos y, de un tajo, cortó la cabeza del esclavo. Lo arrastró hasta el subterráneo tirando de un pie y gritó: ‘¿Dónde está la sal?’ Acudió la joven llevando en la mano el tarro de la sal; en cuanto vio a mi hermano espada en mano, dio media vuelta y huyó. Él la persiguió, y de un mandoble le cortó la cabeza. Gritó: ‘¿Dónde está la vieja?’ Ésta se presentó. Le preguntó: ‘¿Me conoces, vieja de mal agüero?’ ‘No, señor.’ ‘Yo soy el dueño de los dinares en cuya casa hiciste las abluciones y rezaste; bien te las apañaste para traerme hasta aquí.’ ‘¡Teme a Dios y no me toques!’

» ” ‘Se acercó a ella, y de un golpe, la partió en dos. En seguida empezó a buscar a la joven; ésta, en cuanto lo vio, perdió el seso y le pidió que la perdonara; él accedió y le preguntó cómo había ido a caer en manos de tal negro. Contestó: ‘Era sirvienta de un comerciante. Esa vieja me visitaba con frecuencia. Un día me dijo: ‘En casa celebramos una fiesta como nadie ha visto jamás. Me gustaría que vinieras a verla’. ‘De buen grado’, le dije. Me puse mis

más preciosos vestidos, cogí una bolsa que contenía cien dinares y la acompañé. Entramos en esta casa, y, una vez dentro, antes de que me diese cuenta, me cogió el negro. Así, por culpa del ardid de esa vieja bruja he vivido ininterrumpidamente durante tres años'. '¿Tenía él algo en la casa?' 'Mucha ropa. Si puedes llevártela, llévatela.' Mi hermano se puso en pie y, acompañado por la muchacha, abrió varios cofres repletos de bolsas. Se quedó perplejo. La joven le dijo: 'Déjame aquí y vete a buscar a quien transporte este dinero'. Salió, alquilo diez hombres y volvió. Al llegar a la casa encontró la puerta abierta y no halló ni a la muchacha ni las bolsas; sólo encontró una parte muy pequeña del dinero y de las telas; entonces comprendió que lo había engañado. Cogió el dinero que quedaba, abrió los armarios, se llevó todas las telas que contenían y no dejó nada en la casa.

» " 'Pasó una noche feliz, pero al amanecer encontró en la puerta a veinte soldados, y al intentar salir lo detuvieron. Le dijeron: 'El valí pregunta por ti'. Lo cogieron y lo llevaron ante éste. En cuanto vio a mi hermano le preguntó: '¿De dónde has sacado todas esas telas?' Mi hermano le pidió que lo perdonara y el valí le dio el velo del perdón. Después le refirió todo lo que había ocurrido con la vieja la primera y la segunda vez, y cómo había huido la joven. Y añadió, dirigiéndose al valí: 'Coge todo lo que quieras de esto, pero déjame algo para que pueda comer'. El valí cogió todas las telas y el dinero, pero temiendo que pudiera enterarse el sultán, se conformó con una parte y entregó la otra a mi hermano, al que le dijo: 'Sal de esta ciudad si no quieres que te ahorque.' 'Como mandes.' Se dirigió a otra ciudad, pero en el camino fue asaltado por unos bandoleros, que le dejaron desnudo, lo apalearon y le cortaron las orejas. Yo, enterado de esto, salí a buscarlo, le dejé unos vestidos y me lo traje, contento, a la ciudad, asignándole una renta para que pudiera comer y beber.

» " 'Mi sexto hermano, ¡oh Emir de los creyentes!, es el que tiene partidos los labios; era muy pobre, y no poseía ninguno de los bienes de este mundo perecedero. Un día salió a buscar algo con qué mantenerse. En una calleja distinguió una hermosa casa, de amplio y elevado vestíbulo, en cuya puerta había varios criados, señores y porteros. Interrogó a uno de los que allí estaban, y éste le comunicó que pertenecía a un hijo de reyes. Mi hermano se acercó a los porteros y les pidió una limosna; le dijeron que cruzase el umbral, pues el dueño de la casa le daría lo que quisiera. Entró en el vestíbulo, se echó a andar por él, y al cabo de un momento, llegó a una habitación muy hermosa y llamativa; en el centro tenía un parterre cual nadie ha visto jamás igual; los suelos estaban recubiertos de mármol, y los visillos se hallaban corridos. Mi hermano, sin saber hacia dónde se dirigía, avanzó hacia la testera del salón; encontró a un hombre cuyo rostro y barba eran muy hermosos.

» ” ‘Cuando vio a mi hermano, se incorporó, le salió al encuentro, lo saludó y le preguntó por su condición. Le respondió que era un mendigo. Estas palabras le causaron una profunda pena. Cogió su vestido con la mano y lo desgarró, exclamando: ‘¿Puede ser que estando yo en una ciudad pases tú hambre en ella? ¡No puedo consentirlo!’ Después de prometerle toda clase de bienes, le dijo: ‘Es necesario que comas conmigo’. ‘¡Señor!, no puedo esperar; estoy muerto de hambre.’ ‘¡Muchacho —llamó el viejo—, trae la jofaina y el cántaro!’ Volviéndose hacia mi hermano, añadió: ‘¡Huésped, acércate y lava tu mano!’ Él fingió que se lavaba la suya. Luego llamó a sus servidores y les dijo que acercasen la mesa. Empezaron a ir y venir como si en realidad la estuviesen preparando. Después, cogiendo a mi hermano, lo hizo sentar a su lado, junto a aquella mesa imaginaria. El dueño de la casa empezó a gesticular y a mover los labios como si en realidad estuviese comiendo. Decía a mi hermano: ‘Come sin vergüenza; yo sé bien en qué estado te encuentras, debido a la necesidad’. Mi hermano empezó a simular que comía, mientras el otro le decía: ‘¡Come! Mira qué pan tan blando’.

» ” ‘Mi hermano no decía nada, pues pensó que aquel hombre quería burlarse; por eso, siguiendo la broma, contestó: ‘En toda mi vida no he visto un pan más blando que éste ni mejor comida que la tuya’. ‘Lo ha cocido una esclava que compré por quinientos dinares.’ Luego gritó: ‘¡Muchacho, tráenos el estofado ese que no tiene igual ni en la mesa de los reyes!’ Dirigiéndose a mi hermano, dijo: ‘¡Come, huésped mío! Tú tienes mucha hambre y necesitas alimento’. Mi hermano movió las mandíbulas como si comiese de verdad. Aquel hombre le ofreció plato tras plato sin darle nada, e insistiendo siempre en que comiese. Tras esto ordenó: ‘¡Muchacho, trae los pollos rellenos de alfóncigo!’ Y añadió: ‘Come esto, pues nunca habrás comido nada semejante’. ‘Este guiso, señor, es incomparable por su buen sabor.’

» ” ‘El viejo empezó a llevar su mano a la boca del huésped fingiendo darle de comer por sí mismo, al tiempo que le enumeraba las especias empleadas en el guiso y le describía cómo se había cocinado. Mi hambriento hermano sentía aumentar el apetito de tal manera, que se habría contentado con un mendrugo de pan de cebada. El dueño de la casa le preguntó: ‘¿Has olido alguna vez aromas mejores que los de estos guisos?’ ‘No, señor.’ ‘Come todo lo que quieras, no te avergüences.’ ‘Estoy harto de comer.’

» ” ‘El hombre mandó a sus servidores que acercasen los dulces. Movieron las manos en el aire haciendo ver que los llevaban. El viejo dijo entonces a mi hermano: ‘Prueba esta clase, pues son muy buenos; come esos pasteles, ¡por mi vida! coge esa pasta antes de que se caiga el julepe’. ‘¡Nunca me faltes, señor mío!’, y empezó a decirle que ponía mucho almizcle en las pastas. ‘Ésa es mi costumbre —replicó el viejo—; en mi casa ponen siempre en cada una un mizcal de almizcle, y medio de este ámbar; pruébalo.’ Mi hermano movía la cabeza y la

boca y hacía ver que lo saboreaba, como si estuviera relamiéndose al comer los dulces. El dueño de la casa ordenó a sus sirvientes que acercasen la fruta seca, y ellos movieron las manos en el aire como si la llevasen. Dijo a mi hermano: 'Come estas almendras; no descuides esas nueces ni esas pasas', y le enumeró varias clases de frutas. '¡Come! ¡No te avergüences!' 'Estoy ya harto, señor; no puedo comer ni un bocado.' '¡Huésped! Si quieres comer, puedes gozar de los mejores guisos, ¡por Dios, por Dios!, no has de quedarte con hambre.'

» " 'Mi hermano pensó en la broma que le estaba gastando aquel hombre y se dijo que había de hacerle una faena con la que tuviera que arrepentirse de la que le estaba gastando entonces. El hombre dijo a sus servidores: 'Acercadnos las bebidas.' Movieron sus manos en el aire y fingieron servirlas. El dueño de la casa hizo como si entregara a mi hermano una copa, y le dijo: 'Coge esta copa, te va a gustar'. 'Éste es uno de tus favores', y levantó la mano fingiendo beber. Preguntó: '¿Te ha gustado?' 'Jamás he tomado mejor bebida que ésta.' '¡Bebe a gusto!' En seguida, el dueño de la casa fingió beber y entregó a mi hermano otra copa. Éste la vació de la misma manera y aparentó estar borracho. Despreocupadamente, levantó la mano hasta dejar ver los pelos del sobaco y dio un pescozón al dueño, que resonó en toda la habitación, y luego le dio otro. El anfitrión preguntó: '¿Qué significa esto, oh el más ínfimo de los seres?' 'Señor, soy tu esclavo, aquel al que has favorecido, al que has hecho entrar en tu casa, al que has alimentado con los mejores manjares y al que has escanciado vino añejo; así, se ha emborrachado y se ha sublevado contra ti. Tu rango es demasiado alto para castigarlo por su ignorancia.'

» " 'El dueño de la casa, al oír las palabras de mi hermano, se puso a reír a carcajada limpia y dijo: 'Hace mucho tiempo que me burlo de las gentes, incluso de quienes son astutos y bromistas; no he encontrado a nadie que haya sabido seguir la broma ni haya tenido la agudeza de comprender mi juego; tú has sido el único. Te perdono, vas a ser mi invitado de verdad y no te separarás de mí'. Mandó servir numerosos platos reales de los anteriores guisos imaginarios, y comieron juntos hasta quedar hartos. Después se trasladaron al salón de las bebidas. Había en éste algunas jóvenes semejantes a lunas llenas, y cantaron en todos los tonos y realizaron toda clase de juegos. Bebieron hasta emborracharse, y aquel hombre estaba tan satisfecho de la compañía de mi hermano, que más bien parecía hermano de él y que lo amaba de todo corazón, por lo que le regaló un vestido suntuoso. Al amanecer volvieron a comer y a beber, y vivieron así durante veinte años, al cabo de los cuales murió aquel ricachón, y el sultán se incautó de sus bienes y los confiscó.

» " 'Mi hermano huyó entonces de la ciudad. En el camino lo asaltaron los beduinos y lo aprisionaron. El que lo había cogido, lo atormentaba y decía: 'Rescátate con tus riquezas: de lo contrario, te mataré.' Mi hermano lloraba y decía: '¡Por Dios! ¡Nada poseo, jeque de los beduinos! No sé de dónde he de

sacar el dinero; soy tu prisionero y estoy en tus manos, ¡haz de mí lo que quieras!' El beduino sacó del cinturón un cuchillo tan fuerte y tan ancho, que si hubiera caído sobre el cuello de un camello lo habría cortado de yugular a yugular; lo cogió en su diestra, se acercó a mi pobre hermano, le cortó ambos labios e insistió en su petición. El beduino tenía una mujer muy hermosa; cuando éste se ausentaba, ella se exhibía ante mi hermano y lo solicitaba sin éxito, puesto que él temía a Dios (¡ensalzado sea!). Un día que lo solicitaba, mi hermano se dejó tentar, jugó con ella y la hizo sentar en sus piernas. En esta posición los sorprendió el esposo; al ver a mi hermano, exclamó: '¡Miserable! ¡Ahora quieres corromper a mi mujer!' Sacó el cuchillo, le cortó el miembro, puso a mi hermano encima de un camello, lo condujo a lo alto de un monte, lo abandonó y se fue. Pasaron por allí unos viajeros, que al reconocerlo, le dieron de comer y de beber y me informaron de lo ocurrido. Fui a recogerlo, me lo traje a la ciudad y le asigné lo necesario para vivir.

» " 'Ahora que estoy ante ti, ¡oh Emir de los creyentes!, creo que habría sido un error regresar a mi casa sin haberte referido todo esto; mi herencia son mis seis hermanos, pues yo soy quien los mantiene'.

» " Cuando hube terminado, el Emir de los creyentes se puso a reír y dijo: 'Dices la verdad, *Taciturno*; hablas poco y no eres fanfarrón. Pero ahora, ¡sal de esta ciudad e instálate en otra!' Me expulsó de Bagdad, y yo no paré de andar por los países y de recorrer todos los climas hasta enterarme de su muerte y de que el califato pertenecía a otro. Regresé a la ciudad, comprobé que realmente estaba muerto y entonces conocí a este joven, al que hice el mayor de los favores, ya que si no hubiese sido por mí habría perecido. Pero ahora me acusa de algo que no hay en mí. La fanfarronería, la charlatanería, la mala naturaleza y la falta de tacto que me atribuye son completamente falsas, ¡oh contertulios!"»

El sastre dijo al rey de la China: « Cuando hubimos oído las palabras del barbero y nos convencimos de que era un fanfarrón y un charlatán; cuando estuvimos ciertos de que el joven había sido su víctima, lo cogimos, lo encarcelamos y nos sentamos, sanos y salvos, alrededor del joven. Comimos y bebimos, y el banquete terminó felizmente; seguimos sentados hasta la caída de la tarde, y entonces me fui a casa para cenar con mi esposa. Ésta me dijo: "Has estado todo el día divirtiéndote, mientras yo he permanecido triste en casa. Si no sales conmigo y me distraes durante el resto del día, te abandonaré". Salí con ella y estuvimos paseando. Después, a nuestro regreso, tropezamos con el jorobado, que rebosaba de vino y recitaba estos versos:

El vaso transparente y el límpido vino, se confunden y parecen una sola cosa.

Parece que sólo existe el vino, y que la copa falta o que es una copa sin

vino.

» Lo invité y aceptó. Salí, compré pescado frito y volví. Nos sentamos a comer, y mi esposa cogió un pedazo de pan y un trozo de pescado, se lo metió en la boca, se le atragantó y murió. Lo cogí, ideé una treta y lo dejé en casa del médico; éste, a su vez, se las ingenió y lo dejó en casa del superintendente, y éste supo colocarlo en el camino del comisionista. Ésta es la historia de la víspera. ¿No es más maravillosa que la del jorobado?»

El rey de la China mandó entonces a uno de sus chambelanes que acompañase al sastre para que fuese a recoger al barbero: « Es necesario que comparezca, pues he de oír sus palabras; según sean éstas, pondré a todos en libertad. Enterraremos al jorobado y lo cubriremos de tierra, pues está muerto desde ayer. Después le erigiremos un mausoleo que sirva de recuerdo de estos hechos prodigiosos» .

Al cabo de poco tiempo, tras haber ido a la cárcel y sacado al barbero, regresaron el chambelán y el sastre acompañados por aquél, al que dejaron delante del rey. Éste lo contempló: era un anciano que bien tendría noventa años; rostro broncíneo, blancas la barba y las cejas; orejas partidas, nariz larga y de aspecto orgulloso. Ante esta figura, el rey empezó a reír y le dijo: « *Taciturno*, quiero que me cuentes alguna de tus fechorías» . « ¡Rey del tiempo! ¿Qué ha ocurrido a ese cristiano, a ese judío y a ese musulmán, entre los cuales yace muerto un jorobado? ¿Qué significa esta reunión?» « ¿Por qué preguntas por ésos?» « Para que el rey se dé cuenta de que no soy ningún fanfarrón, que no me interesa lo que no me atañe y de que soy inocente de lo que me acusan, es decir, de que soy un charlatán, pues me llaman *El taciturno* por tener esta cualidad. Como dice el poeta:

> Cuando tus ojos contemplen a un hombre que tiene apodo, medita: en él encontrarás la razón de este apodo.»

El rey dijo: « Explicad al barbero la situación de este jorobado y lo que le ocurrió por la noche» . Le refirieron lo que habían contado el cristiano, el judío, el superintendente y el sastre, y el barbero movió la cabeza y dijo: « ¡Por Dios, es algo muy raro! ¡Destapad al jorobado!» Así lo hicieron, y él fue a sentarse a su lado. Colocó la cabeza en su regazo, lo miró y se puso a reír tan fuerte que se cayó de espaldas, diciendo: « Cada muerte tiene una causa, pero la de este jorobado es prodigiosa, y es necesario registrarla en las crónicas para que sirva de ejemplo a las generaciones venideras» .

El rey se quedó admirado de estas palabras, y preguntó: « ¡Oh, *Taciturno*! Explícanos qué quieres decir con ello» . « ¡Rey! Por los beneficios que concedes,

juro que este jorobado aún tiene alma.» El barbero sacó de su cinturón un tarro que contenía grasa, embadurnó con ella el cuello del jorobado, y lo recubrió por completo. Después sacó unas pinzas de hierro, las introdujo en el cuello y cogió el pedazo de pescado con sus espinas. Los presentes lo vieron con sus propios ojos. Al cabo de un momento, el jorobado se puso en pie de un brinco, estornudó muy fuerte y volvió en sí. Se pasó la mano por la cara y exclamó: « No hay más dios que Dios: Mahoma es el enviado de Dios» . Todos quedaron asombrados de lo que habían visto con sus propios ojos. El rey de la China se rió de tal modo que cayó desvanecido, y lo mismo ocurrió a otros.

El sultán dijo: « Éste es un asunto portentoso; no he visto ninguno que lo sea más. ¡Musulmanes, soldados! ¿Habéis visto en vuestra vida que alguien haya resucitado después de haber fallecido? Si Dios no le hubiese facilitado este barbero, hoy estaría entre las gentes del otro mundo. Éste ha sido quien lo ha devuelto a la vida» . Respondieron: « Ésta es la maravilla de las maravillas» .

El rey de la China ordenó poner por escrito este acontecimiento. Así se hizo, y se archivó en la cancillería del rey. Éste regaló preciosos vestidos de honor al judío, al cristiano y al superintendente, y nombró al sastre su proveedor, le asignó rentas y lo reconcilió con el jorobado. Dio a éste un vestido magnífico, le asignó rentas y lo admitió entre sus comensales. Al barbero le hizo numerosos dones, le regaló un precioso vestido, le asignó rentas, lo nombró barbero del reino y lo admitió en su intimidad. Así vivieron en la más feliz y tranquila de las vidas, hasta que se les presentó la destructora de las dulzuras y la dislocadora de toda reunión: la muerte.

HISTORIA DE LOS DOS VISIRES EN LA QUE SE HABLA DE ANIS AL-CHALIS

REFIRIÓ Sahrazad:

—He oído contar, ¡oh rey feliz!, que vivió en Basora un rey de reyes que amaba a los pobres y a los indigentes, trataba bien a sus súbditos y hacía regalos a quien creía en Mahoma, ¡Dios le bendiga y le salve! Era, como dice quien le ha descrito:

Ha transformado su lanza en cálamo, sus enemigos en papel y su sangre en tinta.
Por eso creo que los antiguos llamaron muy bien, a la lanza, *jattiya*[43].

Este rey se llamaba Muhammad b. Sulaymán al-Zayní y tenía dos visires. Uno se llamaba al-Muin b. Sawí y el otro al-Fadl b. Jaqán. Al-Fadl b. Jaqán era el hombre más generoso de su tiempo y llevaba una vida ejemplar: todos los corazones le amaban, todas las personas inteligentes aceptaban sus consejos, todas las gentes le deseaban una larga vida puesto que él hacía el bien e impedía el mal y la injusticia. El visir al-Muin b. Sawí odiaba a los hombres, despreciaba el bien y esparcía el mal. Era, como dice quien le ha descrito:

Su ser se ha formado de vario semen y está compuesto de elementos corruptos.
No se puede vituperar a Dios por reunir el mundo entero en un solo ser.

Cada uno de estos dos visires tiene su parte en las palabras del poeta:

Busca refugio en el generoso, hijo de generosos, pues engendrará seres generosos.
Deja que sigan su camino los innobles, hijos de innobles, porque engendran seres innobles.

De la misma manera que las gentes amaban a Fadl al-Din b. Jaqán, odiaban con toda su fuerza a al-Muin b. Sawí. Cierto día en que el rey Muhammad b. Sulaymán al-Zayní estaba sentado en el trono de su reino teniendo a su alrededor a sus altos funcionarios, llamó a su visir al-Fadl b. Jaqán y le dijo: « Quiero tener una esclava a la que nadie pueda compararse en hermosura: su belleza ha de ser perfecta, equilibrada, y ha de tener buen carácter» . Los altos funcionarios comentaron que sería imposible encontrarla por menos de diez mil dinares. Entonces el rey llamó a su tesorero y le mandó que llevase diez mil dinares al

domicilio de al-Fadl b. Jaqán.

El tesorero cumplió la orden del sultán y el visir se marchó después de recibir la orden de ir al zoco cada día, interesar a los corredores en lo que deseaba, y disponer que no se vendiese ninguna esclava cuyo precio fuese superior a los mil dinares sin que antes la hubiese visto el visir. Los comisionistas, desde entonces, no vendían ninguna esclava sin antes habérsela mostrado y el visir, cumpliendo la orden, frecuentaba el mercado, pero durante cierto tiempo no encontró ninguna esclava que le gustase.

Cierto día un comisionista fue a casa del visir al-Fadl b. Jaqán; encontró a éste montado a caballo dispuesto a dirigirse al palacio real. Lo sujetó por el estribo y recitó estos dos versos:

¡Oh tú que has devuelto la vida al reino que estaba carcomido, tú eres el visir invicto!
Has vivificado la generosidad que permanecía muerta entre las gentes. ¡Sean tus esfuerzos siempre gratos a Dios!

Añadió: « ¡Señor mío! Tengo la esclava que el rey pide» . « ¡Tráemela!» Se marchó y al cabo de un rato regresó acompañado por una muchacha esbelta, de seno turgente, ojos negros, mejillas sonrosadas, talle delgado y amplias caderas; llevaba magníficos vestidos, su saliva era más dulce que el julepe y su estatura era capaz de afrentar a las ramas de sauce; sus palabras eran más agradables que el céfiro cuando acaricia a las flores del jardín. Era como dijo el poeta al describirla en estos versos:

Tiene una piel que parece seda; su palabra es dulce, distinguida y elegante;
Dos ojos de los que Dios dijo: sed, y fueron, hacen en los corazones el mismo efecto que el vino.
Cada noche su amor aumenta mi pasión. ¡Oh, consuelo de los días! El tiempo de tu promesa parece que sea el día del juicio.
Sus cabellos son negros como la noche; en su frente, si ella se desvela, brilla la aurora.

El visir, al verla, quedó asombrado y preguntó al comisionista por su precio. Respondió: « Su precio mínimo es de diez mil dinares, y su dueño jura que estos diez mil dinares no alcanzan ni al precio de los pollos que le ha dado de comer, ni al valor de los vestidos que le ha entregado ni a los honorarios de sus maestros, ya que sabe a la perfección caligrafía, gramática, lexicografía, exégesis, las fuentes del derecho y de la religión, medicina y astro logia; además toca todos los

instrumentos de música» . El ministro mandó que le presentasen a su dueño. Al cabo de un rato volvió el comisionista acompañado por un hombre extranjero que tanto había vivido, que el tiempo le había dejado en piel y huesos, como dijo el poeta:

El tiempo me ha hecho un temblón ¡y de qué manera! El tiempo tiene una fuerza irresistible.
Antes andaba sin fatiga y ahora me fatigo sin andar.

Cuando el dueño de la esclava estuvo delante del ministro al-Fadl b. Jaqán, éste le dijo: « ¿Accedes a vender esta esclava por diez mil dinares al sultán Muhammad b. Sulaymán al-Zayní?» « Si se trata del sultán, mi deber consiste en cedérsela como regalo, sin cobro alguno.» El ministro mandó que le llevasen el dinero y cuando lo tuvo delante pesó los dinares que correspondían al extranjero. El mercader de esclavos, acercándose al visir, le dijo: « ¿El visir permite que hable?» « Di lo que tengas que decir.» « Opino que hoy no debes presentar esta esclava al sultán; ha llegado de viaje, ha cambiado de aire y el camino la ha fatigado. Aposéntala en tu palacio durante diez días para que repose y aumente su belleza. Después, báñala, vístela con los más preciosos trajes y llévala ante el sultán: será un éxito completo.»

El ministro meditó en las palabras del mercader y vio que tenía razón. La condujo a su palacio, le asignó una habitación especial e hizo que le diesen de comer, de beber y cuanto necesitase para pasar unos días en el bienestar. El visir al-Fadl b. Jaqán tenía un hijo que se asemejaba a la luna llena cuando aparece por el horizonte: rostro brillante y mejillas encarnadas; tenía un lunar que parecía un grano de ámbar, el bozo naciente recordaba estos versos del poeta:

¿Quién presumirá de poder coger la rosa de sus mejillas si está protegida por la punta de las lanzas?
No extiendas las manos hacia ellas, pues frecuentemente se desencadena la guerra por sólo dirigir hacia él los ojos.
Tiene duro el corazón y delicado el talle; ¿por qué no cambian entre sí estas cualidades?
Si la delicadeza de su talle residiese en su corazón, jamás sería duro con el amante ni le maltrataría.
Tú que me censuras por mi amor, ponte al lado de quien me excusa. ¿Quién ayudará a mi cuerpo que se consume?
La culpa la tienen mi corazón y mi vista; si no fuese por ellos no estaría en esta situación.

El muchacho no sabía nada de esta joven. El visir había dicho a ésta: « ¡Hija! Sabe que te he comprado para que seas la concubina del rey Muhammad b. Sulaymán al-Zayní. Tengo un hijo que siempre que se ha quedado a solas con una adolescente la ha poseído. Guárdate de él y evita que te vea la cara o que te oiga hablar» . « Así lo haré.» El visir se marchó y la dejó sola. Pero el destino tenía dispuesto que la joven entrase en el baño de la casa acompañada por algunas sirvientas. Vistió preciosos vestidos que realzaron su belleza; después fue a visitar a la esposa del visir, a la que besó la mano. Ésta dijo: « ¡Bien venida seas, Anis al-Chalis! ¿Te ha gustado el baño?» « Señora, sólo faltaba tu presencia en él.» La dueña de la casa dijo a sus sirvientas: « Vámonos al baño» . Obedecieron y se marcharon llevando a su señora entre ellas. Ésta dejó en la puerta de la habitación en que estaba Anis al-Chalis dos criadas pequeñas a las que mandó que no dejasen entrar a nadie en la habitación en que estaba la joven. Le dijeron que así lo harían.

Mientras ésta estaba sentada, el hijo del visir, que se llamaba Nur al-Din, entró y preguntó por su madre y demás familiares. « Han ido al baño» , contestaron las dos esclavas. La joven Anis al-Chalis, que estaba en el interior de la habitación, oyó las palabras de Alí Nur al-Din, el hijo del visir, y se dijo: « ¿Qué debe de ocurrir con este joven del que el visir me ha dicho que jamás ha estado a solas con una joven sin haberla poseído? ¡Por Dios! ¡He de verle!» Se puso en pie —aún estaba húmeda del baño—, se dirigió a la puerta de la habitación y miró a Alí Nur al-Din. Era un joven que se parecía a la luna en su plenilunio; pero esta mirada le causó mil pesares. El joven se volvió hacia ella y la vio, y esta única mirada también le causó mil pesares, pues cada uno de ellos quedó atado al otro por el lazo del amor. El muchacho se arrojó sobre las dos esclavas y empezó a chillar; ambas echaron a correr y se pararon a lo lejos para verle y ver lo que iba a hacer. Él se acercó a la puerta de la habitación, la abrió, se acercó a la joven y le preguntó: « ¿Tú eres la que me ha comprado mi padre?» « Sí.» El muchacho se aproximó a ella fuera de sí, le cogió los pies y los colocó en su cintura mientras ella le ceñía el cuello con sus brazos; lo acogió con besos, suspiros y caricias, se sorbieron la lengua el uno al otro y él la desfloró.

Cuando las dos criadas vieron que su pequeño señor entraba en el cuarto en que se hallaba la esclava Anis al-Chalis, gritaron. Pero el joven, ya concluido el acto, salió huyendo para ponerse a salvo, temeroso de las consecuencias de lo que había hecho. La dueña de la casa, al oír el alboroto de las dos jóvenes, salió corriendo del baño, cayéndole gotas de sudor, y preguntando: « ¿Qué motiva estos gritos en la casa?» Cuando llegó junto a las esclavas que había dejado sentadas a la puerta de la habitación les dijo: « ¡Ay de vosotras! ¿Qué ha ocurrido?» « Nuestro señor Alí Nur al-Din ha venido, nos ha pegado y hemos huido. Luego ha entrado junto a Anis al-Chalis y la ha abrazado. No sabemos lo que ha hecho después. Pero en cuanto hemos gritado ha huido.» La señora de la

casa entró a ver a Anis al-Chalis y le preguntó por lo que había ocurrido: « Señora —respondió—, estaba sentada cuando entró un hermoso joven que me dijo que su padre me había comprado para él. Le he contestado que sí y, ¡por Dios, señora!, estaba segura de que decía la verdad. Se ha acercado a mí y me ha abrazado» . « ¿No ha hecho nada más?» « Sí; me ha dado tres besos.» « ¡Seguro que no te ha dejado sin violarte!» Se puso a llorar, se abofeteó la cara y las criadas hicieron lo mismo temiendo que el padre matase a Nur al-Din.

En estas circunstancias llegó el ministro. Entró y preguntó por lo que pasaba. Su esposa le dijo: « Jura que escucharás lo que he de decirte» . « Lo juro.» Le explicó lo que había hecho su hijo. El ministro se entristeció, desgarró sus vestidos, se abofeteó el rostro y se mesó la barba. Su mujer le dijo: « No te mates. Te daré, de mis bienes, los diez mil dinares importe de la muchacha» . « ¡Ay de ti! —respondió levantando la cabeza—, yo no necesito su importe. Lo que temo es perder la vida y los bienes.» « ¿Por qué, señor?» « ¿No sabes que tenemos detrás a ese enemigo que se llama al-Muin b. Sawí? Cuando se entere de esto irá a ver al sultán y le dirá…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [dijo el visir:] « “Tu visir, ese que consideras que te es fiel, ha aceptado diez mil dinares tuyos con los que ha comprado una esclava incomparable. Como le ha gustado ha dicho a su hijo: ‘Quédate con ella, pues tú la mereces más que el sultán’. Aquél la ha aceptado y la ha desflorado y ahora la guarda en su casa”. El rey le contestará que miente, pero él se defenderá diciendo: “Si el rey me lo permite registraré su mansión y te la traeré”. El rey le concederá la autorización, registrará nuestra casa, cogerá a la joven y la presentará al sultán. Éste la interrogará y ella no podrá negar. Al-Muin le dirá: “¡Señor mío! Tú sabes que soy un buen consejero pero no tengo suerte contigo”. Entonces el sultán me impondrá un gran castigo, seré objeto de las críticas de toda la gente y perderé la vida» . Su mujer le contestó: « No digas nada a nadie, pues esto ha ocurrido en secreto, encomiéndate a Dios para que te solucione este asunto» . El corazón del visir se tranquilizó y su espíritu se calmó. Esto es lo que se refiere al visir.

Alí Nur al-Din temió las consecuencias de lo ocurrido, por lo cual se fue a pasar el día en los jardines y hasta caída la noche no volvió junto a su madre. Durmió al lado de ésta, se levantó al amanecer y nadie le vio durante un mes ni él se presentó a su padre. La madre del chico dijo a aquél: « ¡Señor mío! ¿Quieres perder a la esclava y al hijo? Si siguen así las cosas, él se irá» . « ¿Qué hay que hacer?» « Permanece en vela esta noche. Cuando él llegue, cógelo, reconcíliate con él y entrégale la esclava, pues ella le ama y él la ama. Yo te

daré lo que te ha costado.» El ministro veló toda la noche; al llegar su hijo lo agarró y quiso matarlo. La madre intervino y dijo: « ¿Qué quieres hacer con él?» « ¡Matarlo!» El hijo dijo al padre: « ¿Nada te importo?» , y los ojos se le llenaron de lágrimas. « ¡Hijo mío! ¿Es que a ti te importa el que yo pierda los bienes y la vida?» « Oye, padre, lo que dice el poeta:

Cierto: he faltado, pero los sabios conceden el perdón al culpable.
¿Qué puede esperar tu enemigo si él está en lo más bajo y tú en lo más alto?»

Estas palabras hicieron que el visir se levantase de encima del pecho de su hijo y que se apiadase de él. El muchacho se incorporó y besó la mano de su padre. Éste le dijo: « ¡Hijo mío! Si supiera que ibas a tratar con justicia a Anis al-Chalis te la regalaría» . « ¡Padre! ¿Por qué no he de tratarla bien?» « Te recomiendo, hijo mío, que no te cases con otra mujer, que no la maltrates y que no la vendas.» « ¡Padre! Te juro que no me casaré con otra y que no la venderé.» Prestó los juramentos correspondientes y entró en posesión de la joven. Vivió con ella un año y Dios (¡ensalzado sea!) hizo olvidar al rey el asunto de la esclava. Al-Muin b. Sawí se había enterado, pero no podía hablar dada la gran influencia que tenía el visir con el sultán. Un año después, el visir Fadl al-Din b. Jaqán entró en el baño, salió algo sudado, le dio el aire y le fue necesario guardar cama. La enfermedad se prolongó y lo debilitó. Entonces llamó a su hijo Alí Nur al-Din y cuando lo tuvo delante le dijo: « ¡Hijo mío! Los bienes de este mundo son limitados, la vida de cada uno tiene su término y todo ser viviente ha de beber la copa de la muerte» . Recitó estos versos:

Quien hoy escapa de la muerte, no escapará mañana. Todos hemos de beber en su abrevadero.
Ésta alcanza al rico y al pobre; ninguno de los humanos escapa sea cual sea su rango.
Ni rey, ni reinos ni profeta viven eternamente.

Añadió: « ¡Hijo mío! Nada he de recomendarte a no ser: que temas a Dios, que consideres las consecuencias de las acciones y que trates bien a la joven Anis al-Chalis» . « ¡Padre mío! ¿Quién podrá reemplazarte si eres famoso por tus buenas obras y los predicadores ruegan por ti desde todos los púlpitos?» « ¡Hijo mío! Espero que Dios (¡ensalzado sea!) me acoja.» Pronunció después las dos fórmulas de la profesión de fe, sufrió un estertor y quedó inscrito entre los habitantes del paraíso. Todo el palacio se llenó en el acto de griterío, la noticia llegó al sultán y la ciudad entera supo que al-Fadl b. Jaqán había muerto. Los

niños de las escuelas lloraron por él. Su hijo Alí Nur al-Din lo preparó para el entierro e hicieron acto de presencia los príncipes, los ministros, los magnates y los habitantes de la ciudad. Entre los que acudieron figuraba el visir al-Muin b. Sawí. Uno de los asistentes recitó al ponerse en marcha el entierro:

Dije al hombre que debía lavarlo (¿por qué no habrá obedecido si fue buen consejero?):
Deja de lado el agua y lávalo con las lágrimas que han derramado los ojos de la gloria, pues ésta ha llorado.
Prescinde de todos los bálsamos, apártalos de él y perfúmalo con el aroma de su loa.
Manda que lo lleven, en muestra de honor, los ángeles más nobles: ¿no ves qué están delante?
No fatigues el cuello de los hombres con su transporte; basta con que soporten el peso de sus beneficios.

Alí Nur al-Din quedó muy triste por la pérdida de su padre. Un día en que estaba sentado en la habitación del difunto, alguien llamó a la puerta. Nur al-Din se levantó, abrió y encontró a uno de los contertulios de su padre, uno de sus amigos. Besó la mano de Nur al-Din y le preguntó: « ¡Señor! Quien ha muerto dejando un hijo como tú no ha muerto. Tal ha sido la suerte del señor de todos los hombres, Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!). ¡Señor! Consuélate y deja la tristeza» . Entonces Nur al-Din se dirigió al salón, colocó en él cuanto era necesario, reunió a sus amigos, tomó consigo a su esclava y se reunió con diez hijos de mercaderes. Comieron y bebieron, las reuniones se fueron sucediendo regularmente y empezó a dar y a hacer dones. Su administrador entró y le dijo: « Señor Nur al-Din, ¿no has oído un dicho que asegura que quien gasta sin cuenta se queda pobre? También lo asevera el autor de estos versos:

Guardo mi dinero y lo protejo, pues sé que es mi espada y mi escudo.
O ¿voy a gastarlo en beneficio del peor de mis enemigos y voy a trocar mi bienestar en medio de las gentes por la desgracia?
Preservo mi dinero de toda persona innoble que perjudica a todo ser humano.
Prefiero esto a tener que buscar un usurero y decirle: “procúrame un dirhem y mañana te lo devolveré quintuplicado”.
Me volvería la espalda, me alejaría y yo quedaría como un perro.
¡Cuán humillados están los hombres que carecen de bienes aunque sus virtudes reluzcan como el sol!»

Añadió: « Señor: Los gastos crecidos y los regalos costosos aniquilan la riqueza» . Alí Nur al-Din contestó mirándole: « No haré caso de nada de lo que has dicho. ¡Cuán hermosas son las siguientes palabras del poeta!:

Si algún día he de ser rico sin ser generoso, ¡piérdase el uso de mi mano y el de mi pie!
¡Presentadme un avaro que haya conquistado la gloria con su usura! ¡Mostradme un pródigo que haya muerto por su prodigalidad!»

Añadió: « Sabe, administrador, que deseo, mientras me quede algo para comer, que no me hagas preocupar por la cena» . El administrador se fue a sus asuntos y Alí Nur al-Din siguió siendo generoso. A cada uno de sus contertulios que le decía: « ¡Qué hermoso es eso!» , le contestaba: « Te lo regalo» . Si le decían: « Tal casa es hermosa» . « Es tuya» , respondía. Así vivió durante un año entero, reuniéndose con sus contertulios y amigos por la mañana y por la noche. Un día, mientras estaba sentado, oyó recitar a la esclava estos dos versos:

Has pensado que el tiempo es bueno porque te ha favorecido; no has temido la desgracia que puede traer el destino.
Te has deslumbrado porque las noches te han sido favorables: pero en la tranquilidad de las noches se incuba la desgracia.

Apenas terminados estos versos alguien llamó a la puerta. Alí Nur al-Din se levantó; uno de sus invitados le siguió sin que él lo supiese. Abrió la puerta y encontró a su administrador. Le preguntó qué pasaba. Le respondió: « ¡Señor! Lo que temía que te ocurriese te ha ocurrido» . « ¿Cómo es eso?» « Sabe que ya no me queda tuyo ni tan siquiera un dirhem. Aquí tienes la cuenta de los gastos que has mandado hacer y aquí la de tu capital.» Nur al-Din al oír estas palabras bajó la cabeza al suelo y exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!» Cuando el hombre que le había seguido a escondidas y que había salido a espiarle hubo oído lo dicho por el administrador, volvió al lado de sus amigos y les dijo: « Ved qué vais a hacer, pues Alí Nur al-Din está arruinado» . Al volver éste a su lado vieron en su rostro que estaba preocupado. Uno de ellos se puso de pie, lo miró y le dijo: « ¡Señor! Te pido permiso para marcharme» . « ¿Por qué te vas hoy?» « Mi esposa debe dar a luz esta noche y no me es posible dejarla. Quiero ir a su lado y verla.» Le dio permiso. En seguida se levantó otro y le dijo: « ¡Señor Nur al-Din! Quiero ver hoy a mi hermano, pues circuncida a su hijo» . Cada uno le fue pidiendo permiso con una excusa y así se marcharon todos quedándose Nur al-Din solo. Llamó a su esclava diciendo: « ¡Anis al-Chalis! ¿Sabes lo que me ha ocurrido?» , y le contó lo que le había dicho el administrador. Le respondió:

« Señor, hace ya mucho tiempo que había pensado hablarte de esto, pero te he oído recitar estos dos versos:

Si la fortuna te distingue con sus beneficios distribúyela entre las gentes antes de que se esfume,
pues la generosidad no la hará desaparecer si se acerca ni la avaricia la retendrá si se aleja.

Al oírtelos recitar me callé y no te dije ni una palabra» . Le contestó: « ¡Anis al-Chalis! Tú sabes que he gastado mi fortuna con mis amigos; no creo que me abandonen sin ayudarme» . « ¡Por Dios! ¡No te servirán de nada!» « Salgo ahora mismo, voy a su casa, llamo a su puerta. Tal vez obtenga algo que pueda utilizar como capital; me dedicaré al comercio y abandonaré los placeres y las diversiones.» A continuación se levantó, salió, y no paró de andar hasta que llegó a la calle en que vivían sus diez amigos, pues todos habitaban en la misma. Se acercó a la primera puerta, llamó y salió a abrir una criada que preguntó: « ¿Quién es?» « Di a tu señor que Alí Nur al-Din espera en la puerta y te manda decirle: “Tu esclavo está en la puerta y espera tu favor”.» La criada se fue, informó a su señor; éste contestó gritando: « ¡Vuelve y dile que no estoy!» La esclava regresó al lado de Alí Nur al-Din y le dijo: « ¡Señor! Mi dueño no está en casa» . Alí Nur al-Din se fue diciéndose: « Si éste es un hijo adulterino y reniega de sí mismo, alguno habrá que sea distinto» . Llamó a la segunda puerta y dijo lo mismo que en la primera; pero el dueño de ésta también renegó de sí mismo. Entonces recitó este verso:

Aquellos que, cuando te parabas ante su puerta, te colmaban de beneficios, se han ido.

Al terminar exclamó: « ¡Por Dios! ¡He de probarlos a todos! Tal vez haya entre ellos alguno que supla la falta de los otros» . Visitó a los diez, pero no hubo ninguno que le abriese la puerta, ni que le quisiese ver personalmente ni que mandase que le diesen un mendrugo. Recitó estos versos:

El hombre en la época de la prosperidad es como un árbol: la gente permanece a su alrededor mientras duran los frutos.
Cuando ha dejado caer todo lo que tenía, se apartan y buscan otro árbol.
¡Malditos sean todos los hijos de este tiempo! ¡No he encontrado ni uno bueno entre los diez!

Regresó al lado de su esclava mucho más preocupado. Ella le dijo: « ¿No te

dije yo, señor, que ellos no te servirían de nada?» «¡Por Dios! ¡Ninguno ha querido verme!» «Vende los enseres de la casa uno tras otro.» Fue vendiendo todo lo que tenía hasta quedarse sin nada. Entonces miró a Anis al-Chalis y le preguntó: «¿Qué haremos ahora?» «Señor, mi opinión es que debes llevarme ahora mismo al mercado y venderme. Ya sabes que tu padre me compró por diez mil dinares. Tal vez Dios te favorezca enviándote quien te dé parte de esa cantidad, y si Dios dispone que nos volvamos a reunir nos reuniremos.» «¡Anis al-Chalis! ¡Yo no puedo separarme de ti ni por una hora!» «Ni yo tampoco, pero la necesidad tiene sus leyes, conforme dice el poeta:

En los negocios la necesidad obliga a hacer lo que no es correcto.
Nadie hace nada si es que lo que hace no le reporta determinados beneficios.»

Cogió a Anis al-Chalis mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas y recitó:

¡Deteneos un momento antes de partir! ¡Miradme una vez más para consolar a un corazón al que la separación va a matar!
Si el concederme eso os causa dolor, dejadme a solas con mi pasión y no os preocupéis.

Salió, la entregó a un corredor y le dijo: «¿Sabes la cantidad que debes pedir?» «Señor Alí Nur al-Din, conozco el oficio; ¿acaso no es ésta Anis al-Chalis, a la que tu padre compró por diez mil dinares?» «Sí.» El corredor se dirigió al grupo de mercaderes pero vio que aún no se habían reunido todos. Esperó hasta la llegada de los que faltaban, a que el zoco se llenase de esclavas de todas las razas: turcas, romanas, circasianas, georgianas y abisinias. El corredor al ver que estaba repleto se puso de pie y dijo: «¡Comerciantes! ¡Hombres ricos! Ni todo lo redondo es una nuez ni todo lo alargado es un plátano, ni todo lo encarnado carne; ni todo lo blanco, carne magra; ni todo lo sonrosado vino; ni todo lo marrón un dátil. ¡Mercaderes! Ésta es la perla única a cuyo precio no alcanzan las riquezas. ¿Qué precio ponéis para iniciar la subasta?» Uno gritó: «¡Cuatro mil quinientos dinares!»

En aquel momento cruzó por el mercado el visir al-Muin b. Sawí. Se dio cuenta de que Alí Nur al-Din estaba allí y se dijo: «¿Por qué estará ahí si no le queda con qué comprar esclavas?» Se fijó en que el corredor estaba realizando una subasta en medio de un corro de comerciantes. Se dijo: «Me imagino que no le queda ni un céntimo y ha venido aquí para venderla. Si esto es verdad, ¡qué gran alegría para mi corazón!» Llamó al corredor. Éste se acercó y besó el suelo

delante de él. Le dijo: « Quiero esa esclava que estás subastando» . El intermediario no pudo oponerse: cogió a la esclava y se la acercó. Cuando la vio, cuando se fijó en su esbeltez y en la dulzura de sus palabras quedó admirado y preguntó: « ¿A cuánto alcanza su precio?» « Cuatro mil quinientos dinares.»

Ninguno de los comerciantes, al oír estas palabras, quiso aumentar en un dirhem la puja, antes bien, se mantuvieron callados pues conocían la iniquidad de aquel visir. Al-Muin b. Sawí miró al corredor y le increpó: « ¿Por qué te estás quieto? ¡Vete! La esclava es mía por cuatro mil quinientos dinares, de los cuales quinientos son tuyos» . El corredor se dirigió a Alí Nur al-Din y le dijo: « ¡Señor! Has perdido la esclava sin ningún beneficio» . « ¿Por qué?» « Empezamos la subasta en cuatro mil quinientos dinares, en el momento en que ese inicuo de al-Muin b. Sawí entraba en el mercado. En cuanto ha visto a la esclava le ha gustado y me ha dicho que te aconseje que se la vendas por cuatro mil dinares y los otros quinientos que sean para mí. Yo creo que se ha dado cuenta de que la esclava te pertenece. Si te paga su precio en el acto será por expresa concesión de Dios, pues yo conozco su maldad. Te dará una letra de cambio para sus agentes; al mismo tiempo mandará a decirles que no te paguen y cada vez que vayas a cobrar te contestarán que te pagarán al día siguiente; así te irán dando largas día tras día, pues tú eres un alma noble; cuando estén hartos de tus peticiones te dirán que les entregues la letra y en cuanto la cojan la romperán. Así perderás el importe de la esclava.»

Alí Nur al-Din, al oír las palabras del corredor, lo miró y le dijo: « ¿Qué hay que hacer?» « Te daré un consejo: si lo sigues tendrás mucha suerte. Voy a dirigirme al centro del zoco y cogeré a la esclava de la mano. Tú vendrás en seguida, le pegarás y le dirás: “¡Ay de ti! Ya he cumplido el juramento que había hecho, ya te he traído al mercado como te había prometido; no me quedaba más remedio que sacarte a pública subasta”. Si lo haces así tal vez consigas engañar a todo el mundo; creerán que la has traído al mercado para librarte del juramento.» « Es una opinión certera.» El corredor lo dejó, se fue al centro del zoco, cogió con su mano a la esclava y señalando al visir al-Muin b. Sawí dijo: « Señor, ése que se acerca es, el dueño» . Alí Nur al-Din se acercó al corredor, arrancó la esclava de su mano, le pegó y le dijo: « ¡Ay de ti! Te he traído al zoco para cumplir mi juramento. Vete a casa y no vuelvas a contradecirme jamás. No necesito el dinero tanto como para tener que venderte. Si vendiese repetidas veces los enseres de la casa, no alcanzarían tu precio» . Al-Muin b. Sawí, al ver a Alí Nur al-Din, le dijo: « ¡Desgraciado! ¿Es que aún tienes algo por vender o comprar?» , y quiso lanzarse sobre él.

Los comerciantes clavaron la vista en Alí Nur al-Din, al que todos querían. Éste les dijo: « Estoy ante vosotros y habéis visto su maldad» . Exclamó el visir: « ¡Por Dios! Si no estuvieseis presentes, lo mataba» . Los comerciantes se hicieron signos y dijeron: « Ninguno de nosotros se interpondrá entre vosotros» .

Entonces Alí Nur al-Din, que era valiente, se acercó al visir Ibn Sawí[44] arrancó al visir de la silla y lo echó al suelo; allí había un lodazal: fue a caer en el centro y empezó a pegarle: un puñetazo le dio en los dientes y la barba se le tiñó de sangre. Acompañaban al ministro diez mamelucos, los cuales al ver cómo estaba dejando Nur al-Din a su señor, colocaron la mano en la empuñadura de la espada y quisieron despedazarlo. Los mirones dijeron a los mamelucos: « Uno es visir y el otro hijo de un visir; si se reconcilian vosotros seréis odiados por ambos; tal vez, si le herís, os puede costar a todos la peor de las muertes. Lo mejor es que os abstengáis de intervenir» .

Cuando Alí Nur al-Din hubo terminado de pegar al ministro cogió a su esclava y se la llevó a su casa. El ministro Ibn Sawí se levantó en el acto: sus vestidos, antes blancos, tenían ahora tres colores: el del barro, el de la sangre y el del polvo. Al verse en esta situación, cogió un trapo, se lo puso en el cuello; tomó dos ramilletes de esparto y marchó a colocarse debajo del alcázar en que vivía el sultán. Gritó: « ¡Rey del tiempo! ¡Aquí hay un maltratado!» Lo condujeron delante del sultán. Éste lo miró y reconoció en él a su visir al-Muin b. Sawí. Le preguntó: « ¿Quién te ha dejado en este estado?» Llorando y sollozando recitó estos dos versos:

¿El tiempo en que tú vives puede vejarme? ¿Pueden devorarme los perros si tú eres un león?
Todos los sedientos abrevan en tus aguas. ¿He de morir de sed yo que estoy bajo tu protección y tú eres la lluvia?

Añadió: « ¡Señor! ¿Estas desgracias, pues, deben ocurrir a quien te ama y te sirve?» « ¿Quién te ha puesto así?» « Sabe que hoy me he dirigido al zoco de las mujeres para comprar una cocinera. He visto en él una esclava cual nunca en mi vida he contemplado. El corredor me ha dicho que pertenecía a Alí b. Jaqán. Nuestro señor, el sultán, había dado anteriormente a su padre dinero para que le comprase una esclava muy hermosa. La compró y como le gustó se la regaló a su hijo. Muerto su padre éste ha emprendido el camino de la dilapidación llegando al punto de tener que vender todo lo que poseía: fincas, jardines y utensilios. Cuando ha quebrado y no le ha quedado nada ha llevado la esclava al zoco para venderla, la ha entregado al corredor y éste ha iniciado la subasta. Los comerciantes han ido pujando hasta que el precio ha llegado a ser de cuatro mil dinares. Entonces he dicho: “Compro a ésa para nuestro señor el sultán, ya que éste ha pagado el primer precio”. Dirigiéndome a él le he dicho: “¡Hijo mío! Coge los cuatro mil dinares que vale”. Al oír mis palabras me ha mirado y me ha dicho: “¡Jeque de mal agüero! ¡Antes de vendértela a ti la entregaré a los judíos y a los cristianos!” “Yo no la compro para mí, sino para nuestro señor el sultán, que es la fuente de nuestro bienestar.” Al oír estas palabras se ha indignado, me

ha dado un tirón y me ha hecho caer del caballo, a mí que soy un anciano; me ha pegado y no me ha soltado hasta dejarme en el estado en que me ves; todo esto me ha ocurrido por haber querido comprar esa esclava para hacerte feliz.»

En seguida se echó al suelo y empezó a llorar y a temblar. El sultán, al ver su estado y al oír sus palabras, se puso de pie en un acceso de ira. Se volvió hacia los magnates que estaban allí presentes y en el acto aparecieron cuarenta esbirros, que se colocaron delante. Les dijo: « Id ahora mismo a casa de Ibn Jaqán. ¡Saqueadla! ¡Destruidla!, pero traédmelo atado junto a la esclava, haciendo que arrastren la cara por el suelo. ¡Traédmelos!» « En el acto», contestaron. Echaron a correr hacia el domicilio de Alí Nur al-Din. El sultán tenía un chambelán que se llamaba Alam al-Din Sinchar; éste había sido antes esclavo de al-Fadl b. Jaqán, el padre de Nur al-Din. Cuando oyó la orden del sultán y vio a los enemigos que se disponían a matar al hijo de su señor, no pudo sufrirlo. Montó en su corcel, galopó hasta la casa de Nur al-Din; llamó a la puerta y salió a abrir éste. Al verle lo reconoció y quiso saludarlo, pero él le dijo: « ¡Señor mío! No es éste el momento ni de saludar ni de hablar. Escucha lo que dice el poeta:

¡Salva tu vida si temes perderla! ¡Deja que la casa se derrumbe sobre quien la construyó!
Puedes encontrar un país que sea tan bueno como éste, pero no hallarás un alma distinta de la que tienes» .

Alí Nur al-Din preguntó: « ¿Qué ocurre. Alam al-Din?» « ¡Vete! ¡Sálvate con la esclava! Al-Muin b. Sawí os odia a los dos y en cuanto caigáis en su mano os matará. El sultán ha mandado contra vosotros a cuarenta soldados. Mi opinión es que debéis escapar antes de que os alcance la desgracia.» Sinchar alargó la mano a Alí Nur al-Din dándole dinero. Lo contó, vio que eran cuarenta dinares y le dijo: « ¡Señor! Coge esto. Si más tuviera más te daría. Pero éste no es el momento de las quejas» . Alí Nur al-Din entró a ver a la esclava y la informó de lo que ocurría; ella perdió la cabeza. En el acto salieron los dos fuera de la ciudad y Dios tendió sobre ellos su velo. Anduvieron hasta llegar a la orilla del mar. En ella encontraron una embarcación que estaba aparejando para emprender el viaje y cuyo capitán estaba de pie en medio del puente diciendo: « Todo aquel a quien le quede algo por hacer: despedirse o coger provisiones o haya olvidado algo, que lo haga, que vamos a zarpar» . « ¡Todo listo, capitán!» , le contestó el equipaje. El capitán gritó a la tripulación: « ¡Dad trapo! ¡Levad anclas!» Entonces Nur al-Din preguntó: « ¿Adónde vamos, capitán?» « A la ciudad de la paz, a Bagdad.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nur al-Din y la esclava subieron a bordo. Levaron anclas y soltaron las velas como si fuese un pájaro que extendiese las alas, tal como lo describe un poeta en estos dos versos:

Mira al buque: su vista te complacerá: compite con el viento en la derrota feliz.
Parece un pájaro que haya extendido las alas y descienda desde lo alto al agua.

La nave emprendió el camino con ellos y el viento les fue favorable.

He aquí lo que ocurrió con los cuarenta hombres que había despachado el sultán: Llegaron a la casa de Alí Nur al-Din, forzaron la puerta, entraron y buscaron por todas partes sin encontrar huella de los dos. Destruyeron la casa, regresaron e informaron al sultán. Éste les dijo: « Buscadlos en todos los lugares en que puedan estar» . « Oímos y obedecemos.» El visir al-Muin b. Sawí se marchó a su domicilio, después de que el « sultán le hubo regalado un vestido y le hubo prometido que sólo él era capaz de vengarle. El visir le deseó larga vida y se tranquilizó. El sultán mandó que se pregonase por la ciudad: « ¡A todas las gentes! El sultán manda que quien encuentre rastro de Alí Nur al-Din y se lo entregue, recibirá un vestido de honor y mil dinares; aquel que lo oculte o, conociendo el lugar en que se encuentra, no lo denuncie, se hace merecedor de un castigo ejemplar» . Todos los ciudadanos se dedicaron a buscar a Alí Nur al-Din, pero no encontraron ningún rastro. Esto es lo que a ellos atañe.

En cuanto a Nur al-Din y su esclava, ambos llegaron salvos a Bagdad. El capitán les dijo: « Ésta es Bagdad, ciudad segura; el invierno con sus fríos se ha marchado y ha llegado la primavera con sus rosas: los árboles han florecido y el agua corre por sus ríos» . Alí Nur al-Din y su esclava desembarcaron, pagaron al capitán cinco dinares y se pusieron a andar. El destino les condujo hacia los jardines y llegaron a un lugar limpio, regado, con bancos rectangulares y arcaduces colgados repletos de agua; encima, a todo lo largo de la calleja, había un cañizo y en el centro la puerta cerrada de un jardín. Alí Nur al-Din dijo a la esclava: « ¡Qué hermoso lugar, por Dios!» « Señor, sentémonos un rato en esos bancos.» Se sentaron en uno de ellos, se lavaron la cara y las manos, disfrutaron del fresco que corría y se quedaron dormidos. ¡Ensalzado sea Quien no duerme!

Este jardín se llamaba « El jardín del placer» , en el cual se encontraba un palacio llamado « El palacio de la alegría» , que pertenecía al califa Harún al-Rasid. Cuando éste estaba triste se dirigía al jardín, entraba en el palacio y se encerraba en él. Tenía dicho palacio ochenta candelas y en el centro había una

gran lámpara de oro. El Califa, al llegar, mandaba a las esclavas que abriesen las ventanas y ordenaba a Isaac, su cortesano, y a las esclavas que cantasen para distraerle y disipar sus preocupaciones. El jardín tenía como guardián a un anciano muy viejo, que se llamaba el jeque Ibrahim. Una vez había salido para uno de sus menesteres y había encontrado unos mirones, acompañados de mujeres y gentes de mala fama. El jeque Ibrahim, aunque indignado en gran manera, supo contenerse hasta que el Califa fue de visita al cabo de algunos días.

Lo informó de lo ocurrido y éste le había autorizado a hacer lo que quisiera con aquellos que encontrase en la puerta. El jeque Ibrahim, el guardián, salió precisamente aquel día para un asunto. Vio a aquellos dos durmientes cubiertos únicamente por un velo y exclamó: « ¿Acaso no saben que el Califa me ha dado permiso para matar a todos los que encuentre? A este par les voy a dar unos palos no muy fuertes para que nadie vuelva a acercarse a la puerta del jardín» . Cortó un ramo verde de palma, se acercó a ellos, levantó la mano hasta dejar al descubierto el sobaco y se dispuso a pegarles. Pero meditó y se dijo: « ¡Ibrahim! ¿Cómo vas a pegarles si desconoces su situación? Pueden ser extranjeros o caminantes a los que el destino ha traído hasta aquí. Voy a destaparles la cara para verlos» . Les quitó el velo del rostro y dijo: « Éstos son dos beldades y no he de pegarles» . Se acercó a uno de los pies de Alí Nur al-Din y tiró de él. Éste abrió los ojos y vio al anciano; Alí Nur al-Din se avergonzó, recogió el pie, se sentó, cogió la mano del jeque y la besó. Éste preguntó: « ¡Hijo mío! ¿De dónde sois?» « Señor, nosotros somos forasteros» , y las lágrimas saltaron de sus ojos. El jeque Ibrahim dijo: « Hijo mío: Sabe que el Profeta (Dios le bendiga y le salve) ha dispuesto que se honre al extranjero. Hijo mío: ¿Por qué no te levantas y entras en el jardín para pasear por él? Te distraerás» . « Señor, este jardín ¿a quién pertenece?» « Lo he heredado de mis antepasados.»

Con estas palabras el jeque Ibrahim no se proponía más que tranquilizarlos y convencerlos de que entrasen en el jardín. Cuando Nur al-Din oyó sus palabras le dio las gracias. Él y su esclava se pusieron de pie y entraron en el jardín acompañados por el jeque Ibrahim, que los precedía. La puerta era de arco de medio punto; encima había parras y vides de vario color: rojo como el jacinto y negro como el ébano. Se pusieron debajo de una pérgola en la cual había toda suerte de frutos en grupos o sueltos; los pájaros modulaban sus melodías por encima de las ramas, el ruiseñor gorjeaba, la paloma llenaba con su zureo el lugar, y el canto del mirlo parecía que provenía de un hombre. Los frutos de los árboles habían llegado a la madurez y cada uno estaba representado por distintas variedades: había melocotones kafurí, lauzí y del Jurasán; los albaricoques semejaban el color de las bellas; las cerezas pasmaban el intelecto del hombre; los higos, entre blanco, rojo y verde vestían los más hermosos colores, Las flores parecían perlas y coral; las rosas afrentaban con su rojo la mejilla de las hermosas; las violetas semejaban azufre puesto al lado del fuego; había mirto,

alhelíes, espliego; anémonas cuyas hojas se habían ceñido con las lágrimas de las nubes; sonreía la boca de la camamila; el narciso miraba a las rosas con ojos negros; las toronjas parecían bolos, los limones, pelotas de oro y la tierra se había cubierto con un tapiz de flores de distintos tonos: había llegado la primavera y aquel lugar brillaba con todo su fulgor: el río murmuraba, los pájaros cantaban, el viento soplaba, el tiempo era magnífico y el céfiro acariciaba.

El jeque Ibrahim entró con ellos en el salón cerrado del que quedaron admirados por su hermosura y por su extraordinaria suntuosidad. Se sentaron junto a una de las ventanas y Alí Nur al-Din empezó a pensar en los sufrimientos que había pasado. Dijo: « ¡Por Dios! Este lugar han hermoso me hace recordar lo que he vivido y ha apagado en mí la brasa de la pena» . El jeque Ibrahim les ofreció de comer. Comieron hasta quedar hartos; después se lavaron las manos. Nur al-Din se sentó debajo de una de aquellas ventanas y dio un grito a la esclava: ésta se acercó y ambos contemplaron aquellos árboles que daban toda clase de frutos. Alí Nur al-Din se volvió hacia el jeque Ibrahim y le preguntó: « ¡Jeque Ibrahim! ¿Tienes algo de beber? Las personas acostumbran beber después de la comida» . Ibrahim le acercó agua dulce, helada. Alí Nur al-Din dijo: « Ésta no es la bebida que me apetece» . « ¿Prefieres vino?» « Sí.» « ¡Dios nos guarde de él! Hace ya trece años que no lo he fabricado, puesto que el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha declarado malditos a quien lo bebe, a quien lo fabrica y a quien lo transporta.» « Escucha dos palabras.» « Di lo que quieras.» « Si tú no eres ni quien lo fabrica, ni quien lo bebe, ni quien lo transporta, ¿te alcanza alguna de sus maldiciones?» « No.» « Coge estos dos dinares y estos dos dirhemes, monta ese asno y vete. Cuando encuentres un hombre que pueda comprarlo llámalo y dile: “Coge estos dos dirhemes. Con estos dos dinares compra vino y cárgalo en el asno”. Así no serás ni bebedor ni transportista ni fabricante: no te alcanzará el castigo que corresponde a los demás.»

El jeque Ibrahim se echó a reír al oír estas palabras y dijo: « ¡Por Dios! No conozco persona más lista que tú ni que te aventaje en razones» . « Nosotros te estamos reconocidos y a ti incumbe ayudarnos. ¡Trae todo lo que necesitamos!» « Hijo mío: mi despensa, ahí delante, está dispuesta para el Emir de los creyentes. Entra, coge lo que quieras, pues hay mucho más de lo que deseas.» Alí Nur al-Din entró en la despensa y vio en ella vasos de oro y de plata; el vidrio estaba incrustado de distintas clases de piedras preciosas. Sacó lo que quiso, vertió el vino en jarras y botellas y él y su esclava empezaron a beber admirados de la belleza de lo que habían visto. El jeque Ibrahim les ofreció perfumes y se sentó algo alejado de ellos. No pararon de beber y de estar la mar de contentos hasta que el vino se les subió a la cabeza; se les colorearon las mejillas, sus ojos se encandilaron y su razón se ofuscó. El jeque Ibrahim se dijo: « ¿Por qué me he de sentar lejos de ellos? ¿Cómo no me siento a su lado? ¿Cuándo volveré a reunirme

en este palacio con dos seres como éstos que parecen lunas?»

El jeque Ibrahim se acercó y se sentó en el extremo del diván. Alí Nur al-Din le dijo: « ¡Señor! ¡Por vida mía que has de estar a nuestro lado!» El jeque se acercó y Nur al-Din llenó una copa y mirándole dijo: « ¡Bebe hasta que conozcas las dulzuras de la bebida!» « ¡En Dios me refugio! Durante trece años no lo he hecho.» Nur al-Din se despreocupó de él, bebió la copa, se revolcó por el suelo y se hizo patente que la embriaguez se había apoderado de él. Anis al-Chalis le miró y dijo: « Jeque Ibrahim: Fíjate en cómo se comporta ése conmigo» . « Señora, ¿qué le ocurre?» « Siempre se porta conmigo igual: bebe un rato y se duerme; me quedo sola sin encontrar un contertulio que me acompañe con la copa; si bebo ¿quién me sirve?, si canto ¿quién me escucha?» El jeque Ibrahim, completamente enternecido e inclinado hacia ella por sus palabras, contestó: « El contertulio no debe ser así» . La joven llenó una copa y mirando al jeque le dijo: « ¡Por vida mía que has de cogerla y beber! ¡No la rechaces! ¡Acéptala y compláceme!» El jeque extendió la mano, cogió la copa y la bebió; le llenó el vaso por segunda vez y se le acercó diciendo: « Te falta esto» . « ¡Por Dios! No puedo beberlo. Me basta con lo que he bebido.» « ¡Por Dios, que no te queda otro remedio!» Cogió la copa, la bebió; le entregó una tercera y se disponía a bebérsela cuando Nur al-Din se levantó y se sentó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que le dijo: « ¡Jeque Ibrahim! ¿Qué es esto? Te conjuro hace un momento a que bebas y rehúsas diciendo que hace trece años que no lo has hecho» . El jeque, avergonzado, respondió: « No es mía la culpa: ella me ha forzado» . Nur al-Din se puso a reír y continuaron la juerga los tres juntos. La esclava se volvió a su señor y le dijo en secreto: « Señor: bebe y no hagas caso al jeque Ibrahim; voy a hacer que te rías de él» . La esclava escanció a su señor y éste a ella y así siguieron una y otra vez. El jeque Ibrahim, que los miraba, dijo: « ¿Qué es esto? ¿En qué convite estamos que no me escanciáis a pesar de que soy vuestro invitado?» Al oír sus palabras los dos se echaron a reír hasta perder el conocimiento. Después continuaron bebiendo y le escanciaron. Continuaron así hasta el tercio de la noche. La esclava dijo entonces: « Jeque Ibrahim: con tu permiso voy a encender una de esas velas que están alineadas» . « Levántate y enciende una sola.» Se puso de pie y encendió desde la primera hasta la última de las ochenta velas. Después volvió a sentarse y entonces Nur al-Din dijo: « ¡Jeque Ibrahim! Por la consideración en que me tienes, ¿no me dejas encender una de estas lámparas?» « Levántate y enciende una sola lámpara, pero no intentes encender más.» Se levantó y encendió desde la primera hasta la última de las ochenta lámparas. Todo aquel lugar quedó

iluminado y el jeque, medio borracho, exclamó: « ¡Sois más listos que yo!» Se puso de pie, abrió todas las ventanas, y se sentó de nuevo en su lado para beber y recitar poesías. Aquel lugar adquirió un aspecto maravilloso.

Dios, el Oyente, el Omnisciente, el que dispone que toda cosa tenga una causa, había decretado que el Califa estuviese en aquel instante sentado a la luz de la luna junto a una de las ventanas que daban al Tigris. Mirando en aquella dirección vio la luz de las lámparas y de las velas reflejada en el agua; se volvió hacia el palacio que estaba en el jardín, y vio que velas y lámparas estaban encendidas. Exclamó: « ¡Que me traigan a Chafar el barmekí!» En un abrir y cerrar los ojos Chafar estuvo delante del Emir de los creyentes. Éste dijo: « ¡Perro de ministro! ¿Puedes ser mi servidor si no me informas de lo que pasa en la ciudad de Bagdad?» « ¿Qué motiva estas palabras?» « Aunque el enemigo me tomase la ciudad de Bagdad, el Palacio de la Alegría no tendría encendidas ni las lámparas ni las velas, ni las ventanas estarían abiertas. ¡Ay de ti! ¿Quién tiene poder tal como para hacer esto de no ser que se me haya depuesto del califato?» Chafar, temblando de pavor, contestó: « ¿Quién te ha dicho que el Palacio de la Alegría tenga encendidas las lámparas y las velas y que las ventanas estén abiertas?» « ¡Acércate y mira!»

Chafar se aproximó al Califa, miró en dirección del jardín y vio que el palacio parecía una antorcha de fuego cuya luz apagaba a la de la luna. Chafar quiso disculpar al jeque Ibrahim, el guardián, que tal vez lo hubiera hecho con una causa justificada. Dijo: « ¡Emir de los creyentes! El jeque Ibrahim me dijo el viernes pasado: “Chafar, señor mío: con motivo de la fiesta de mis hijos quiero hacer una ofrenda en favor tuyo y del Emir de los creyentes”. Le pregunté qué quería decir con eso y me contestó: “Querría que el Califa me concediese permiso para circuncidar a mis hijos en palacio”. Le contesté que podía hacer lo que creyera que iba a regocijar a sus pequeños y que yo, cuando me reuniese con el Califa, le informaría. Se marchó en seguida y yo me he olvidado de contártelo» . « ¡Chafar! Te tenía por culpable de una cosa, pero ahora son dos, puesto que has faltado en dos: La primera en informarme de eso y la segunda es que, al explicarte el jeque Ibrahim lo que se proponía, él sólo te lo decía en busca de que le dieses algo de dinero con el que ayudarse, y tú no le has dado nada y ni tan siquiera me lo has dicho para que yo se lo diese.» « Me he olvidado, Emir de los creyentes.» « ¡Por el derecho de mis padres y de mis antepasados! No terminaré la noche sin estar a su lado. Es un hombre piadoso al que visitan los religiosos, que acoge a los pobres y da limosna a los necesitados. Creo que todos éstos estarán en su casa esta noche y yo debo ir a su lado. Tal vez alguno de ellos ruegue por nosotros de tal manera que nos alcance el bien de esta vida y de la última. Tal vez mi presencia le sea útil; él y sus amigos se alegrarán con ella.» « ¡Emir de los creyentes! Ha transcurrido ya la mayor parte de la noche y ahora estarán marchándose.» « Es preciso que vayamos a su casa.»

Chafar, perplejo, se calló sin saber qué decir. El Califa se puso de pie; Chafar y el criado Masrur le imitaron y salieron disfrazados del palacio. Atravesaron las calles vestidos de comerciantes y así llegaron al jardín mencionado. El Califa se adelantó, vio que el jardín estaba abierto y se extrañó. Exclamó: « ¡Vaya! ¿Cómo ha dejado la puerta abierta hasta ahora el jeque Ibrahim? Ésta no es su costumbre» . Entraron y anduvieron hasta llegar al fin del jardín; se pararon al pie del palacio. El Califa dijo: « ¡Chafar! Antes de entrar quiero espiarlos para ver los éxtasis de estos religiosos, los carismas que poseen cuando están en el retiro o en público; hasta ahora no hemos oído ni una voz ni hemos visto su rastro» . El Califa miró, vio un alto nogal y dijo: « Chafar: quiero subirme a ese árbol; sus ramas están muy próximas a las ventanas y los veré» . Trepó por él y no paró de saltar de rama en rama hasta llegar a una que estaba enfrente de la ventana. Se sentó encima, miró por la ventana del palacio y vio una muchacha y un muchacho que parecían dos lunas (¡loado sea su Creador!). Vio que el jeque Ibrahim estaba sentado con la copa en la mano y oyó que decía: « Bella señora: la bebida no es agradable si no va acompañada de la música; no has oído las palabras del poeta:

Sirve en ruedo la copa entre viejos y jóvenes; cógela de la mano de la luna radiante.
No bebas sin música: que he visto que los caballos, al beber, relinchan» .

El Califa, al contemplar al jeque Ibrahim en este estado notó que la frente se le humedecía de sudor. Clamó: « ¡Chafar! Nunca he visto que los piadosos hayan hecho milagros como los de esta noche: sube tú también al árbol para que no pierdas la *baraka* de los religiosos» . Chafar quedó perplejo al oír las palabras del Emir de los creyentes. Trepó hasta lo más alto, miró y vio a Air Nur al-Din, al jeque Ibrahim y a la esclava; el segundo tenía la copa en la mano. Al ver todo esto estuvo cierto de que iba a morir. Descendió y se colocó delante del Emir de los creyentes. El Califa le dijo: « ¡Chafar! ¡Loado sea Dios, que nos ha hecho seguidores de la verdadera, de la pura ortodoxia y que nos ha librado del mal de la herejía!»

Chafar, completamente avergonzado, no pudo articular ni una sola palabra. El Califa le miró y continuó: « ¿Quién sabe quién habrá traído a ésos hasta este lugar y quién los ha introducido en mi palacio? Jamás he visto a nadie más hermoso, más gracioso que ese joven y que esa adolescente; ambos están bien proporcionados» . Chafar, que esperaba que el Califa se aplacase, contestó: « Dices la verdad, Emir de los creyentes» . « ¡Chafar! Vamos a subir a esas ramas que están ahí enfrente y así veremos lo que hacen.» Los dos treparon al árbol y los miraron. El jeque Ibrahim decía: « ¡Señora mía! He roto la abstinencia y he bebido vino; pero esto no es agradable si no va acompañado con

las melodías de la música» . Anis al-Chalis contestó: « Jeque Ibrahim. ¡Por Dios! Si tuviésemos algún instrumento de música, nuestra alegría sería completa» . El jeque, al oír estas palabras de la esclava, se puso de pie.

El Califa dijo a Chafar: « ¡Quién sabe lo que quiere hacer!» « No tengo ni idea» , contestó Chafar. El jeque se marchó y volvió con un laúd. El Califa lo examinó y vio que era el de Isaac, su contertulio. Exclamó: « ¡Por Dios! Si la chica canta y lo hace mal voy a crucificarlos a todos. Si por el contrario canta bien, los perdonaré y en cambio te crucificaré a ti» . Chafar imprecó: « ¡Dios mío! ¡Haz que desafine!» « ¿Por qué?» « Para que tú los crucifiques a todos: así se consolarán los unos a los otros.» El Califa se echó a reír. La esclava cogió el laúd, lo templó y empezó a tañer notas capaces de fundir el hierro y de hacer inteligente al tonto. Recitó estos versos:

Estamos separados en vez de estar juntos.
Os separasteis y nos separamos. El amor que por vos sentimos nos ha impedido recuperar la salud; nuestros ojos no se han secado.
El enemigo, enojado porque nos escanciábamos la copa del amor, ha procurado romperla y el destino ha dicho: « Así sea» .
No tememos que nos mate en vuestra mansión; tememos que nos difamen.

El Califa dijo: « ¡Por Dios, Chafar! En mi vida he oído una voz como ésta» . « ¿Es que se ha terminado ya el mal humor del Califa?» « Sí; ha desaparecido.» Bajaron del árbol, y el Califa, dirigiéndose a Chafar dijo: « Quiero entrar, sentarme a su lado y oír cantar a la adolescente en mi presencia» . « Si entras es posible que se azaren, y además el jeque Ibrahim se muere del susto.» « ¡Chafar! Es preciso que encuentres el método de averiguar la verdad de este asunto sin que ellos sospechen que los vigilamos.»

El Califa y Chafar se dirigieron hacia el Tigris pensando en lo que harían. Vieron un pescador que estaba pescando debajo de las ventanas del palacio; había echado su red para ver si conseguía algo con lo que alimentarse. Algunos días antes el Califa había oído una voz debajo de las ventanas del palacio y llamando al jeque Ibrahim le había preguntado de quién era. El jeque le había informado de que se trataba de los pescadores que se dedicaban allí a sus faenas y el Califa había dispuesto que se les impidiese pescar en aquel lugar. Pero en la noche de referencia un pescador llamado Karim había visto abierta la puerta del jardín y se había dicho: « Ahora que están distraídos debo aprovecharme y pescar» . Había cogido su red y la había echado al río recitando estos versos:

Tú que viajas por el mar entre terrores y peligros: no te esfuerces tanto, pues el sustento no se consigue con el movimiento.

¿No ves al mar y al pescador plantado en medio de la noche mientras las estrellas están diseminadas por el cielo?
Ha tendido las redes de las que no se apartan sus ojos a pesar de que le azotan las olas
hasta que llega el momento de alegrarse cuando los peces se meten en ellas.
Entretanto quien posee un palacio pasa en él la noche, feliz en el más completo bienestar.
Se despierta después de haber dormido tranquilo: tenía en su poder una gacela y la ha poseído.
¡Loado sea mi Señor que da a unos y quita a otros! Unos pescan y otros se comen el pescado.

Apenas había terminado los versos cuando el Califa se adelantó solo, erguido, y reconociéndole llamó: « ¡Karim!» Cuando éste se oyó llamar por su nombre se volvió y al reconocer al Califa empezó a temblar de miedo. Dijo: « ¡Por Dios, Emir de los creyentes! No he venido aquí para burlarme de la orden: la pobreza y la familia me han forzado a lo que ves» . « ¡Pesca a mi salud!» El pescador, muy contento, se adelantó, tiró la red, esperó a que se colocase bien, se asentó con fuerza y la atrajo hacia sí. Había en ella una cantidad innumerable de peces de todas las clases.

El Califa se alegró y le dijo: « ¡Karim! ¡Desnúdate!» Se desnudó: llevaba una aljuba con cien remiendos de lana sucia, tan repleta de piojos con cola y pulgas que casi se iba sola por el suelo; se quitó de la cabeza un turbante que no había deshecho en tres años y al que añadía todos los retales que encontraba. Cuando se hubo quitado la aljuba y el turbante, el Califa se quitó sus sedas de Alejandría y Baalbek, la *maluta* y el manto *farachía* que constituían sus vestidos. Dijo al pescador: « Coge esto y póntelo» . El Califa, a su vez, se puso la aljuba y el turbante del pescador, colocó encima de su cara un velo y dijo a éste: « Vete a tu trabajo» . Besó el pie del soberano, le dio las gracias y recitó estos dos versos:

Me has dado riquezas que no sé cómo agradecer. Con ellas me has librado de todas las necesidades.
Te estaré reconocido mientras viva y, cuando muera, mis huesos, en la tumba, te darán las gracias en mi lugar.

Apenas había terminado el pescador sus versos y ya estaban paseándose los piojos por la piel del Califa. Éste empezó a cogerlos y echarlos del cuello con la diestra y la siniestra. Exclamó: « ¡Ay de ti, pescador! ¿Qué pintan tantos piojos en esta aljuba?» « ¡Señor! Estos piojos te molestan ahora, pero cuando haya

transcurrido una semana ya no los notarás ni pensarás en ellos.» El Califa se rió y le dijo: « ¡Ay de ti! ¿Cómo he de dejar esta aljuba en mi cuerpo durante una semana?» « Quisiera decirte unas palabras, pero me avergüenza dado el respeto que debo al Califa.» « Di lo que te plazca.» « Me pasa por la mente, Emir de los creyentes, que tú quieres aprender a pescar para tener un oficio de provecho. Si es ésta tu intención, oh Emir de los creyentes, esta aljuba es la que te conviene.» El Califa volvió a reírse de las palabras del pescador y éste se marchó siguiendo su camino.

El soberano llenó una alcofa de pescado, puso encima un poco de hierba y se acercó con ella a Chafar y se paró delante. Chafar creyó que era Karim, el pescador; temió que le pasase algo y le dijo: « ¡Karim! ¿Qué te ha traído aquí? ¡Ponte a salvo! El Califa está aquí» . El Califa al oír estas palabras de Chafar se rió estrepitosamente. Éste preguntó: « ¿Acaso eres nuestro señor, el Emir de los creyentes?» « Sí, Chafar; si tú que eres mi visir no me reconoces cuando me acerco a ti, ¿cómo ha de reconocerme el jeque Ibrahim, que está borracho? Ocupa tu puesto hasta que yo regrese.» « Oigo y obedezco.» El Califa se acercó a la puerta del palacio y llamó. El jeque Ibrahim se incorporó y preguntó: « ¿Quién hay?» « Yo, jeque Ibrahim.» « ¿Quién eres tú?» « Karim, el pescador. He oído que tienes huéspedes y te he traído pescado. Es muy bueno.»

A Nur al-Din Alí y a la esclava les gustaba el pescado. En cuanto oyeron mencionarlo se alegraron mucho y dijeron: Señor, ábrele; déjalo entrar con el pescado que trae» . El jeque Ibrahim abrió; entró el Califa, disfrazado de pescador, y empezó a saludar. El jeque le interrumpió: « ¡Bien venido sea el ladrón, el bandido, el jugador de ventaja! ¡Vamos! ¡Enséñanos el pescado que traes!» Se lo mostró. Al ver que estaba vivo, que se movía, la esclava dijo: « ¡Por Dios, señor! Es un pescado magnífico. ¡Cuánto me gustaría que estuviese frito!» « ¡Dices la verdad! —clamó el jeque; volviéndose al Califa añadió—: ¡Pescador! ¡Ojalá hubieses traído el pescado frito! ¡Vete a freírlo y tráenoslo!» « Voy, lo frío y vuelvo.» « ¡Date prisa en freírlo y en traerlo!»

El Califa corrió al encuentro de Chafar. Le dijo: « Chafar: quieren el pescado frito» . « Dámelo, Emir de los creyentes, y yo lo freiré.» « ¡Por la tumba de mis padres y de mis antepasados! ¡Lo he de freír con mi propia mano!» El Califa se dirigió a la cabaña del guardián, buscó y encontró todo lo que necesitaba: la sartén, la sal, el tomillo y todo lo demás. Se acercó al hornillo, colgó la sartén y lo frió magníficamente. Cuando estuvo a punto lo colocó encima de una hoja de plátano, cogió limones del jardín y regresó con el pescado, que colocó delante de los comensales. El joven, la esclava y el jeque Ibrahim se acercaron y comieron. Al terminar se lavaron las manos y Nur al-Din exclamó: « ¡Por Dios, pescador! Esta noche nos has hecho un favor» ; sacó tres de los dinares que le había dado Sinchar en el momento en que emprendió el viaje y dijo: « Perdóname, pescador; juro que si te hubiese conocido antes de lo que me ha

ocurrido hubiese borrado de tu corazón la amargura de la pobreza; coge esto, que es lo que puedo darte» .

Echó el dinero al Califa; éste lo cogió, lo aceptó y se lo metió en el bolsillo. A todo esto el Califa sólo quería oír cantar a la esclava; le dijo: « Has sido generoso y te doy las gracias, pero espero de tu gran magnanimidad que mandes cantar a esta esclava para que yo pueda oírla» . Nur al-Din dijo: « Anis al-Chalis» . « ¡Señor!» « Canta cualquier cosa, pues este pescador quiere oírte.» Al oír las palabras de su dueño cogió el laúd y después de haberlo acordado tocó y cantó estos dos versos:

Una joven tocaba el laúd con sus dedos y el alma se arrobaba al oír la música.
Con su canto hizo oír al sordo y el que era mudo exclamó: « ¡Qué bien toca!»

Siguió la tocata de manera tan prodigiosa que los asistentes quedaron embelesados. Recitó estos versos:

Al venir a nuestra tierra nos has honrado; vuestro esplendor ha disipado el negro de las tinieblas;
justo es que perfume mi casa con almizcle, agua de rosas y alcanfor.

El Califa quedó conmovido, la emoción le venció y fuera de sí exclamó: « ¡Dios te bendiga, Dios te bendiga, Dios te bendiga!» Alí Nur al-Din preguntó: « ¡Pescador! ¿Te gusta la esclava? ¿Te complace su manera de tocar?» « ¡Sí, por Dios!» , contestó el Califa. Nur al-Din dijo: « Te la regalo; es el regalo de un hombre generoso que jamás reclama lo que ha dado» . Se puso de pie, cogió un velo, lo echó al Califa que seguía disfrazado de pescador y le mandó que se fuera llevándose a la esclava.

Ésta se volvió hacia él y le dijo: « ¿Te vas así, sin despedirte? Si es preciso que sea así espera un momento para que yo te dé el adiós» . Recitó estos dos versos:

Si os apartáis de mí, sabed que vuestro puesto está en mi corazón, entre las costillas y las entrañas.
Pido al Clemente que nos vuelva a reunir. Éste es un favor que Dios concede a quien quiere.

Cuando hubo concluido de recitar estos versos, Nur al-Din le respondió:

El día de la separación se despidió de mí llorando el dolor que le causaba

la partida. Preguntó:
« ¿Qué harás cuando yo esté lejos?» Respondí: « Pregúntalo al Eterno» .

El Califa, al oír cuánto les costaba separarse, se volvió hacia el joven y preguntó: « Señor mío, ¿te preocupa alguna cosa? ¿Debes dinero a alguien?» « ¡Por Dios, pescador! A mí y a esta joven nos ha ocurrido algo tan extraño que si se escribiese con la punta de una aguja en los lagrimales serviría de ejemplo para todos los que saben reflexionar.» « ¿Por qué no me explicas lo que te ha ocurrido? Al hacerlo es posible que encuentres consuelo; éste proviene de Dios.» « ¡Pescador! ¿Cómo quieres oír nuestra historia, en prosa o en verso?» El Califa contestó: « La prosa está constituida por palabras sueltas y la poesía está formada por palabras puestas en buen orden; nárrala como te plazca» . Nur al-Din inclinó la cabeza hacia el suelo y empezó a recitar estos versos:

¡Amigos míos! He perdido el sueño; mis penas han aumentado al alejarme de la patria.
Tenía un padre que me quería, pero me abandonó para irse a vivir a la tumba.
Después me han ocurrido cosas que me han desgarrado el corazón.
Me había comprado, entre las beldades, una joven cuyo cuerpo sutil parecía una rama.
Por ella he gastado todo cuanto había heredado; he preferido su compañía a la de los generosos.
Al crecer mis necesidades la puse en venta, pero la pena de la separación era contra mi voluntad.
Cuando el corredor ha empezado la subasta, se ha presentado un viejo malvado.
Yo, enojado por esto, he retirado de la venta a la muchacha, quedándomela.
Entonces, aquel vil, ha disimulado lo malo y ha empezado a lanzarme llamas devoradoras de injurias.
Yo, exaltado por la pasión, le he pegado con la diestra y la siniestra hasta dejar satisfecho a mi corazón.
He regresado a mi casa temeroso, seguro de que había de soportar el ataque de los enemigos.
El rey del país ha mandado que me arrestaran, pero me ha prevenido el chambelán, recto, justo.
Me ha aconsejado que me marchase lejos de mi casa, poniéndome a salvo de los que me querían mal.
Así hemos abandonado nuestra casa, de noche, viniendo a instalarnos en Bagdad.

No tengo más patrimonio que ésa y la acabo de regalar al pescador.
Te doy lo que más quiero; puedes creer que te he entregado mi alma.

Cuando hubo terminado la poesía, el Califa le dijo: « Señor mío, Nur al-Din, explícame tu asunto» . Se lo contó todo, desde el principio hasta el fin. El soberano al darse cuenta de la situación le preguntó: « ¿Adónde vas ahora?» « Amplia es la tierra de Dios.» « Te voy a escribir una carta que vas a llevar al sultán Muhammad b. Sulaymán al-Zayní. En cuanto la lea no te molestará más.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nur al-Din objetó: « ¿Es que existe en la tierra algún pescador que tenga correspondencia con los reyes? Esto no ha sucedido jamás» . « Tienes razón, pero voy a contarte la causa: los dos hemos estudiado juntos en la misma escuela y con el mismo alfaquí. Yo he sido su preceptor. Después ha tenido mucha suerte y ha llegado a ser sultán mientras Dios me convertía en pescador; pero jamás le he pedido nada sin que me lo haya concedido y, aunque cada día le pidiese mil cosas distintas, me atendería.» Nur al-Din, al oír estas palabras, le dijo: « Escríbele y veré si es verdad» . El Califa cogió tinta y pluma y a continuación del encabezamiento « En el nombre de Dios» escribió: « Este escrito procede de Harún al-Rasid b, al-Mahdí y se dirige al excelentísimo señor Muhammad b. Sulaymán al-Zayní, al que he colmado de favores y al que he puesto al frente de una parte de mi reino. Te hago saber que te entregará esta carta Nur al-Din, el hijo del visir Ibn Jaqán. En el momento en que éste se te presente quedarás depuesto de tu cargo y te sustituirá en él. Le he concedido ese puesto de la misma manera que anteriormente te lo había concedido a ti. No desobedezcas mi orden. Salud» . Entregó la carta a Nur al-Din b. Jaqán y éste la cogió, la aceptó, la colocó en su turbante y en el acto se puso en viaje.

El jeque Ibrahim se volvió hacia el Califa, que seguía vestido de pescador, y le dijo: « ¡Oh, tú, el más vil de los pescadores! Nos has traído peces que apenas valen una veintena de medios dirhemes; has recibido por ellos tres dinares y encima aún quieres la esclava» . Al oír estas palabras el Califa chilló e hizo un signo a Masrur, el cual entró y sujetó al viejo. Chafar, entretanto, había enviado al palacio a uno de sus criados para que recogiese un traje para el Emir de los creyentes. El hombre había ido y vuelto; entró ante el Califa y besó el suelo. El soberano se puso el vestido y le entregó el del pescador. El jeque Ibrahim a todo esto seguía sentado y el Califa, de pie, esperaba a ver lo que iba a ocurrir. El jeque Ibrahim, estupefacto, se mordía los dedos de vergüenza y se preguntaba si

estaba despierto o soñaba. El Califa le dijo mirándole: « ¡Jeque Ibrahim! ¿En dónde estás?» Echándose a reír y revolcándose por el suelo recitó estos dos versos:

Perdóname la falta que he cometido; los dueños son generosos con sus servidores.
He hecho, lo confieso, aquello que sólo se hace por ignorancia, pero ¿dónde está lo que exigen la clemencia y la longanimidad?

El Califa lo perdonó. Mandó que se condujese la esclava a palacio, le destinó una habitación para ella sola y asignándole el servicio le dijo: « He enviado a tu señor a Basora, ciudad de la cual lo he nombrado sultán; si Dios quiere le regalaré un vestido de honor y te enviaré a su lado» .

En cuanto a Nur al-Din b. Jaqán, éste no paró de andar hasta que llegó a Basora, entró en el palacio del sultán y dio un gran grito. El sultán lo oyó y mandó que lo condujesen a su presencia. Cuando estuvo delante besó el suelo, sacó la carta y se la entregó. Al ver el encabezamiento de la carta y la letra del Emir de los creyentes se puso de pie, la besó tres veces y dijo: « Hay que obedecer a Dios (¡ensalzado sea!) y al Emir de los creyentes» . Mandó llamar a los cuatro cadíes y a los emires y se dispuso a dimitir. Llegó el visir al-Muin b. Sawí y el sultán le entregó la carta del Emir de los creyentes. Una vez leída la rompió, se la metió en la boca, la masticó y la escupió. El sultán, irritado, le preguntó: « ¿Por qué has hecho esto?» « Éste no ha visto ni al Califa ni a su visir; es un endemoniado, un falsificador que habiendo encontrado una hoja de papel firmada por el Califa ha escrito en ella lo que ha querido. ¿Por qué has de dimitir de tu cargo si el Califa no te ha enviado un decreto? Si lo que pretende fuera cierto le hubiera despachado con un chambelán o un ministro y no hubiera venido solo.» « ¿Qué hay que hacer?» « Entrégame a este joven. Yo lo enviaré, acompañado por un chambelán, a Bagdad. Si dice la verdad nos traerá el decreto correspondiente y el diploma de investidura; si no la dice, regresará acompañado por el chambelán y yo me vengaré de mi rival.»

El sultán escuchó las palabras del ministro, se convenció de que decía la verdad y dio órdenes a sus criados. Éstos se le echaron encima y le pegaron hasta que se desmayó. Mandó que le pusiesen grillos y envió a buscar al carcelero. Éste se presentó y besó el suelo delante del sultán. Se llamaba Qatit. Le dijo: « Qatit: coge a ése, mételo en una de las mazmorras que hay en la cárcel y atorméntalo de noche y de día» . « Obedezco.» El carcelero metió a Nur al-Din en una celda, lo encerró en ella, pero mandó que le pusiesen un banco y que le diesen colchones y almohadas; hizo sentar a Nur al-Din, le quitó los grillos y le hizo toda clase de favores. El sultán ordenaba cada día al carcelero que le pegase; éste fingía hacerlo, pero en realidad lo trataba con mucha

consideración. Así transcurrieron cuarenta días.

El día cuadragésimo primero llegó un regalo del Califa. El sultán al verlo quedó admirado y pidió a los ministros que le diesen su opinión. Respondieron: « Tal vez sea un regalo para el nuevo sultán» . El visir al-Muin b. Sawí dijo: « Mejor hubiera sido matarlo en cuanto llegó» . « ¡Por Dios! —dijo el sultán—. Me lo recuerdas. Ve, cógelo y córtale la cabeza.» « De buen grado —y al levantarse añadió—: Voy a hacer pregonar por la ciudad que quien quiera ver la ejecución de Nur Alí b. Jaqán acuda a palacio; así vendrá mucha gente a verlo: mi corazón quedará satisfecho y mis rivales entristecidos.» « Haz lo que quieras» , le contestó el sultán. El visir, lleno de alegría, se dirigió al valí y le mandó que hiciese pregonar lo que hemos mencionado. Todas las gentes, en cuanto oyeron el pregón, se entristecieron; lloraron los niños en las escuelas y los mercaderes en sus tiendas; unos corrieron a coger sitio para ver la ejecución, otros se dirigieron a la cárcel para seguir al cortejo. El ministro, escoltado por diez mamelucos, fue a la prisión. El carcelero le preguntó: « ¿Qué desea el ministro?» « Entrégame ese maldito.» « Le he pegado tanto que está muy mal.» Mandó a buscar al prisionero y lo encontró recitando estos versos:

¿Quién me ayudará en mi desgracia si mi mal ha crecido y es difícil de curar?
El alejamiento de la amada me ha debilitado y me ha dejado inerme; las vicisitudes del tiempo han transformado en enemigos a los que antes eran amigos.
¡Gentes! ¿No hay entre vosotros un alma piadosa que tenga compasión de mí y que atienda a mi llamada?
La agonía y la muerte me parecen soportables, puesto que he apartado de mí toda esperanza de vida.
¡Dios mío! En nombre del que está en el buen camino, del albriciador, del elegido, del que es un mar de generosidad y el mejor de los intercesores:
Te pido que me salves, que perdones mis errores y pongas fin a mis penas y a mis tormentos.

El carcelero le quitó los vestidos de lujo que llevaba, le puso los que eran propios de los encarcelados y lo condujo ante el visir. Alí Nur al-Din, al ver a su enemigo, a aquel que aún quería matarle, se puso a llorar y dijo: « ¿Estás seguro de estar a cubierto de las sorpresas de la suerte? ¿No has oído estos versos?

Obrarán según su capricho durante mucho tiempo, pero sus acciones quedarán anuladas» .

Añadió: « ¡Visir! Sabe que es Dios (¡loado y ensalzado sea!) quien obra como le place» . « Alí: no intentes atemorizarme con tus palabras, pues hoy he de matarte por más que les pese a los habitantes de Basora; no he de hacer caso de tu consejo sino de las palabras del poeta:

> Deja hacer al tiempo lo que quiera; quédate satisfecho con la obra del destino.

» ¡Cuán hermoso es el siguiente!

> Quien sobrevive a su enemigo, aunque sea en un solo día, ha conseguido su máximo objetivo.»

El visir mandó a sus criados que lo colocasen en la grupa de un mulo. Éstos, a los que hacerlo les resultaba penoso, dijeron a Alí Nur al-Din: « Deja que lo lapidemos y lo matemos, aunque esto deba costamos la vida» . « ¡No lo haréis! ¿No habéis oído los versos del poeta?

> He de vivir un tiempo prefijado; si mis días han terminado, moriré.
> Pero mientras me queden, viviré aunque los leones me lleven a su guarida.»

Al paso de Alí Nur al-Din gritaban: « ¡Éste es el castigo mínimo que puede infligirse a quien falsifica una carta del Califa para el sultán!» Recorrieron así la ciudad de Basora, hasta llegar al pie de las ventanas del palacio. Lo colocaron en el patíbulo y el verdugo se le acercó y le dijo: « Soy un esclavo que sólo recibe órdenes. Si tienes algo que pedir, dímelo y te complaceré, ya que sólo vivirás hasta el momento en que el sultán deje ver su cara en la ventana» . Alí Nur al-Din miró a derecha e izquierda y recitó estos versos:

> ¿No hay entre vosotros un amigo verdadero capaz de ayudarme? Pido, por Dios, que me conteste.
> Termina el plazo de mi vida y llega el momento de la muerte; ¡recompense Dios a quien, entre vosotros, sienta compasión por mí!
> ¿Quién se fijará en mi situación, descubrirá mi pena y me dará un poco de agua para aliviar mi tormento?

Todos lloraron por él; el verdugo cogió un vaso de agua y se lo entregó; pero el visir se levantó, cogió el vaso, lo rompió y mandó al verdugo que le cortase el cuello. Éste vendó los ojos de Alí Nur al-Din y la multitud empezó a injuriar al

ministro, las voces fueron elevándose y se multiplicaron los dimes y diretes. En este momento se levantó una polvareda que llenó el aire. El sultán, que estaba sentado en su alcázar, al verla mandó: « Ved de qué se trata» . El ministro sugirió: « Cortemos antes el cuello de éste» . « Espérate a que vea lo que ocurre.» El polvo lo levantaba Chafar, el ministro del Califa, que llegaba acompañado de su séquito.

El motivo de su llegada era que el Califa se había olvidado, durante treinta días, de Alí b. Jaqán y nadie le había recordado el asunto. Una noche pasó al lado de la habitación de Anis al-Chalis y la oyó sollozar al tiempo que recitaba con voz débil las palabras del poeta:

> Tu imagen está conmigo estés cerca o lejos; mi lengua pronuncia tu nombre sin reposo.

Aumentaron sus lágrimas y el Califa abrió la puerta y vio a Anis al-Chalis llorando. Ésta, al ver al soberano, se arrojó a sus pies y lo besó tres veces. Luego recitó:

> Tú, que eres de pura estirpe, bien nacido; que has engendrado hijos de la más noble raza.
> Te recuerdo le promesa que me hizo tu magnanimidad. ¡No la olvides!

El Califa preguntó: « ¿Quién eres?» « El obsequio que te hizo Alí b. Jaqán; quiero que cumplas la promesa que me hiciste de enviarme a su lado junto con otros regalos. Llevo ya treinta días sin comer ni dormir.» El Califa mandó llamar a Chafar el bermekí y dijo: « Hace treinta días que no sé nada de Alí b. Jaqán. Creo que el sultán le debe de haber dado muerte, pero ¡por vida mía y por las tumbas de mis padres y de mis antepasados! Juro que si le ha ocurrido una desgracia he de matar a quien se la haya causado, aunque sea la persona a quien más quiero. Vete ahora mismo a Basora y tráeme noticias de lo que ha hecho el rey Muhammad b. Sulaymán al-Zayní con Alí b. Jaqán» .

Chafar partió en el acto. Al llegar vio aquella aglomeración y aquel tumulto y preguntó: « ¿Qué significa esto?» Le refirieron lo que había ocurrido a Nur al-Din b. Jaqán. Al oírlo apresuró la marcha, se presentó al sultán, lo saludó y lo informó de la orden que traía; si a Alí Nur al-Din le había ocurrido algo malo, el Califa daría muerte a quien fuese el culpable. Detuvo al sultán y al visir al-Muin b. Sawí, mandó poner en libertad a Alí Nur al-Din b. Jaqán y lo nombró sultán en sustitución de Muhammad b. Sulaymán al-Zayní, quedándose tres días en Basora como huésped. El cuarto día, por la mañana, Alí Nur al-Din visitó a Chafar y le dijo: « Me gustaría ver al Emir de los creyentes» . Chafar dijo al rey

Muhammad b. Sulaymán: « Prepárate a partir, pues después de rezar la oración de la mañana nos marcharemos a Bagdad» . « Oigo y obedezco.»

Rezaron, montaron todos a caballo llevándose al visir al-Muin b. Sawí, que empezaba a arrepentirse de lo que había hecho. Alí Nur al-Din b. Jaqán cabalgó al lado de Chafar, y no pararon de viajar hasta que llegaron a Bagdad, la ciudad de la paz. Se presentaron al Califa y le contaron lo que había sucedido a Alí Nur al-Din; el soberano se acercó a Alí b. Jaqán y le ordenó: « Coge esta espada y corta el cuello de tu enemigo» . La tomó, se aproximó a al-Muin b. Sawí; éste lo miró y le dijo: « Yo he obrado conforme a mi naturaleza; obra tú de acuerdo con la tuya» . Soltó la espada, miró al Califa y le dijo: « Emir de los creyentes: ha dado en mi punto flaco» , y recitó el verso del poeta:

> La vencí con habilidad cuando se acercó; pero el hombre libre es vencido por las buenas palabras.

Dijo el Califa: « ¡Déjalo! —y ordenó a Masrur—: Anda, córtale el cuello» . Masrur se aproximó y le cortó la cabeza. El Califa se dirigió a Alí b. Jaqán, diciéndole: « Pide lo que quieras» . « Señor, yo no necesito reinar en Basora; mi único deseo consiste en poder contemplar tu rostro.» « De buena gana.» El Califa mandó llamar a la esclava y ésta se presentó. Entonces colmó a ambos de dones y les regaló uno de los palacios de Bagdad, les asignó una pensión y admitió a Alí b. Jaqán entre sus cortesanos. Así vivió hasta que le llegó la muerte.

—Pero todo esto —dijo Sahrazad— no es más maravilloso que la historia del comerciante y de sus hijos.

—¿De qué trata esa historia? —preguntó el rey.

HISTORIA DE AYYUB, EL COMERCIANTE, DE SU HIJO GANIM Y DE SU HIJA FITNA

REFIRIÓ Sahrazad:

—He oído contar, ¡oh rey feliz!, que en lo más antiguo del tiempo y en las más remotas edades vivió un rico comerciante que tenía un hijo tan bello como la luna en la noche en que alcanza su plenitud; éste era muy elocuente y se llamaba Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub. Tenía una hermana, llamada Fitna por su gran hermosura y belleza. El padre, al morir, les dejó grandes riquezas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [les dejó grandes riquezas,] entre ellas, cien cargas de seda y brocado y ampollas de almizcle. Todas estas mercancías estaban destinadas a Bagdad, y su dueño se proponía marchar a esta ciudad, cuando Dios dispuso que expirase. Transcurrido un tiempo, su hijo se hizo cargo de las mercancías y las llevó a Bagdad, en donde reinaba entonces Harún al-Rasid. Antes de marchar se despidió de su madre, de sus parientes y de sus conciudadanos. Partió después de haberse encomendado a Dios, y Éste le concedió un viaje feliz hasta llegar a Bagdad con el grupo de comerciantes. Alquiló una casa, que cubrió de tapices, almohadones y cortinas; en ella descargó las mercancías, puso en los establos a los mulos y a los camellos, y descansó. Los comerciantes y los principales personajes de Bagdad fueron a saludarlo. Después tomó un paquete que contenía diez retales de telas preciosas, marcadas con sus precios, y lo llevó al zoco de los mercaderes. Éstos lo acogieron bien, lo saludaron, lo honraron y le desearon toda suerte de prosperidades. Lo acompañaron a la tienda del jeque del mercado, vendió a éste la mercancía y por cada dinar ganó dos.

Ganim se alegró y fue vendiendo sus telas y piezas poco a poco, y así vivió durante un año. Al principio del segundo se dirigió al zoco, pero encontró la puerta cerrada y preguntó por la causa. Se le dijo: « Ha muerto un comerciante, y todos los demás han ido a su entierro. Harás méritos yendo con ellos.» « Cierto» , respondió él. Preguntó por la casa mortuoria y se la indicaron; hizo las abluciones y acompañó a los comerciantes hasta que llegaron a un oratorio. Rezaron por el muerto, y todos los comerciantes iban delante de las parihuelas hasta llegar al cementerio; detrás de ellos iba Ganim. Así llegaron al camposanto, situado en las afueras de la ciudad; cruzaron entre las tumbas hasta llegar a la fosa. Los parientes del muerto habían colocado encima de ésta una tienda y habían preparado velas y candiles. Lo enterraron; los lectores del Corán se sentaron encima de la tumba, y los comerciantes, entre ellos Ganim b. Ayyub,

que empezaba a estar preocupado, los imitaron.

Éste se decía: « No puedo marcharme hasta que éstos se marchen, puesto que se han sentado para oír la recitación del Corán hasta que llegue la noche.» Al atardecer les sirvieron la cena y algunos dulces. Comieron hasta hartarse, se lavaron las manos y volvieron a ocupar sus puestos.

Ganim estaba muy preocupado por sus mercancías, y temía a los ladrones. Se dijo: « Soy extranjero y se sospecha que soy rico. Si paso la noche fuera de casa, los ladrones robarán todo el dinero que guardo y las mercancías» . Temiendo por sus bienes, se levantó, abandonó a la concurrencia y se excusó diciendo que tenía que liquidar un asunto.

Se marchó y siguió el camino hasta llegar a la puerta de la ciudad. Era medianoche; encontró cerrada la puerta y no vio a nadie que se acercara o se alejara; sólo oía los ladridos de los perros y los aullidos de los lobos. Se dijo: « No hay fuerza y poder sino en Dios. Temía perder mis bienes, y por eso me he venido; he encontrado la puerta cerrada, y ahora he de temer por mi propia vida» . Volvió la vista en busca de un lugar en el que dormir hasta la mañana, y vio una tumba, rodeada por cuatro tapias, junto a la cual había una palmera; la puerta, que era de granito, estaba abierta. Entró y trató de dormir, pero no pudo conciliar el sueño, y fue asustándose e intranquilizándose por momentos, pues estaba rodeado de tumbas. Se puso de pie, abrió la puerta y vio una luz que brillaba a lo lejos, al lado de la puerta de la ciudad. Se dirigió hacia ella, pero se dio cuenta en seguida de que la luz se aproximaba por el camino que conducía a la tumba en la que estaba. Ganim temió por sí mismo, se apresuró a entornar la puerta y trepó por la palmera hasta llegar a la copa, donde se escondió.

La luz seguía aproximándose poco a poco, hasta llegar al lado de la sepultura. A la luz del farol distinguió a tres esclavos. Dos de ellos transportaban una caja, y el otro llevaba un hacha y una linterna. Cuando estuvieron al lado de la sepultura, dijo uno de los esclavos que llevaban la caja: « ¡Ay de ti, Suwab!» « ¿Qué te ocurre, Kafur?» « Cuando vinimos aquí, al atardecer, nos dejamos la puerta abierta.» « Es verdad.» « Pues ahora está cerrada, ajustada.»

Intervino el tercero, que se llamaba Bajit y que llevaba el hacha y la luz: « ¡Qué poco juicio tenéis! ¿O es que no sabéis que los hortelanos que salen de Bagdad pasan muy frecuentemente por aquí, y si les sorprende la noche entran en este recinto y cierran la puerta, pues temen que los negros, los de nuestra raza, los cojan, los asen y se los coman?» « Tienes toda la razón, y somos menos inteligentes que tú.» « No me haréis caso hasta que un día entremos en el recinto y encontremos a alguien. Creo que si hay alguien y ha visto la luz, habrá corrido a esconderse en la copa de la palmera.»

Ganim, al oír las palabras del esclavo, se dijo: « ¡Cuán astuto es este esclavo! Dios ha hecho aborrecibles a los negros por su ruindad y su maldad. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¿Qué me salvará de esta

difícil situación?» Los que transportaban la caja dijeron al que llevaba el hacha: « Trepa por la pared y abre la puerta, Suwab; nosotros estamos cansados, ya que hemos llevado la caja. Cuando nos hayas abierto, te ofreceremos a uno de ésos; lo capturaremos y te lo freiremos muy bien, de modo que no se pierda ni una sola gota de grasa» .

Suwab dijo: « Hay algo en que mi poco juicio me hace pensar y por lo que temo. Echemos la caja detrás de la puerta, pues contiene nuestro tesoro» . Respondieron al unísono: « Si la echamos, se romperá» . « Temo que en el interior del recinto haya ladrones de esos que matan y roban. Cuando se les hace tarde, acostumbran refugiarse en estos lugares para repartir el botín.» Los que llevaban la caja le dijeron: « ¡Qué poco conocimiento tienes! ¿Podrían entrar aquí?»

Cogieron la caja, treparon por el muro, bajaron y abrieron la puerta al tercer esclavo, es decir, a Bajit, el que llevaba la luz. Se sentaron y cerraron la puerta. Uno de ellos dijo: « ¡Hermanos! Estamos cansados de andar, del peso, de trepar por la pared, de abrir y cerrar la puerta. Ahora es medianoche y no tenemos ánimo para abrir la tumba y enterrar la caja. Quedémonos sentados aquí durante tres horas para descansar. Después nos levantaremos y cumpliremos nuestro deber. Entretanto, cada uno de nosotros puede contar a los demás por qué lo castraron y todo lo que le ha acontecido desde el principio hasta el fin. Así pasaremos la noche» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el primero, es decir, el que llevaba la luz, dijo: « Os voy a contar mi historia.» « Habla, pues.» « Sabed, hermanos, que cuando yo era pequeño, cuando tenía cinco años, un negrero me arrancó de mi país y me vendió a un alguacil que tenía una hija de tres años. Crecí al lado de ésta. Se reían de mí, pues yo distraía a la niña con mis danzas y mis cantos. Así llegué a los doce años, y ella a los diez, y no se me impidió el trato con ella. Un día en que estaba sentada a solas, entré; parecía que acababa de salir del baño de la casa, pues estaba muy perfumada, y su rostro parecía la luna cuando llega el día decimocuarto del mes lunar.

» Ella empezó a jugar conmigo, y yo con ella; mi miembro se fue irguiendo, hasta alcanzar el tamaño de una llave grande. Ella me tiró al suelo y caí de espaldas; se puso encima de mi pecho y empezó a resbalar por encima; mi miembro quedó al descubierto, y cuando ella lo vio erguido, lo cogió con una mano y empezó a frotarlo, al tiempo que lo acercaba a los labios de la vagina por encima de sus vestidos. La pasión se apoderó de mí, y la estreché entre mis brazos; ella me ciñó el cuello con los suyos, y se apretó contra mí con toda su

fuerza. Sin saber cómo, el miembro pasó entre sus ropas, penetró en la vagina y rompió su virginidad.

» Cuando me di cuenta de lo ocurrido, huí a casa de mis amigos. La madre entró, y al darse cuenta de lo sucedido perdió el mundo de vista; ocultó la situación al padre, calló y esperó dos meses.

» Entretanto siguieron invitándome y me trataron bien, hasta que me convencieron para que abandonase el lugar en que me había refugiado y no me amonestaron por lo ocurrido, pues me querían mucho. Su madre la casó con el joven barbero que cortaba el pelo a su padre, le dio la dote de su propio peculio y la preparó para la boda, sin que el padre supiese nada de lo ocurrido. Se esforzaron en preparar cuanto se necesitaba para la boda, y después, cuando yo estaba descuidado, me cogieron y me castraron.

» Al conducirla a casa del novio me hicieron su eunuco, con la obligación de acompañarla dondequiera que fuese, tanto si iba al baño como si se dirigía a la casa de su padre. Ocultaron el estado en que se encontraba, y la noche de bodas mataron encima de su camisa una paloma. He vivido con ella durante mucho tiempo, disfrutando de su belleza y de su hermosura todo cuanto me permitían los besos y los abrazos. Al morir su madre, ella y su esposo, se ha apoderado de mí la Hacienda pública, me ha traído a este lugar y aquí me he unido a vosotros. Éste es el motivo por el cual se me cortó el miembro.»

El segundo esclavo refirió: « Sabed, hermanos, que mi historia empieza cuando tenía ocho años; una vez al año decía una mentira a los negreros, de modo que los indisponía entre sí. Uno de ellos se hartó de mí, me entregó al corredor y le mandó que pregonase por la almoneda: "¿Quién compra a este esclavo, a pesar de su defecto?" Se le preguntó: "¿Qué defecto tiene?" "Cada año dice una sola mentira." Un comerciante se acercó al corredor y le preguntó: "¿Cuánto piden por este esclavo y su defecto?" "Seiscientos dirhemes." "Te doy veinte más." El corredor lo puso en relación con el negrero, éste tomó el dinero, y el corredor me condujo a la casa de aquel comerciante, que me vistió según me correspondía. Permanecí a su lado durante el resto del año, y llegó felizmente el nuevo.

» El año transcurrido había sido bendito, y hubo magníficas cosechas. Los comerciantes lo celebraron con una serie de banquetes, que cada día pagaba uno de ellos. Llegó el día en que tocó invitar a mi señor, y éste lo hizo en un jardín de las afueras de la ciudad. Él y los demás comerciantes cogieron la comida y todo lo que necesitaban y se fueron al jardín. Se sentaron, comieron, bebieron y estuvieron de tertulia hasta que llegó el mediodía; entonces, mi dueño necesitó algo que había dejado en la casa. Dijo: "¡Esclavo! Monta en la mula, vete a casa y pide a tu señora tal cosa. ¡Vuelve en seguida!" Cumplí su orden, me dirigí a su domicilio y, al llegar a sus inmediaciones, empecé a chillar y a dar rienda suelta a mis lágrimas. Las gentes del barrio, grandes y pequeños, se reunieron.

» La esposa y las hijas de mi dueño oyeron mi voz, abrieron la puerta y me preguntaron qué ocurría. Les dije: “Mi dueño y sus amigos estaban sentados al pie de un muro en ruinas, y éste se ha derrumbado encima. Al ver lo ocurrido, he montado en la mula y he venido corriendo a decíroslo”. Al oír estas palabras, la esposa y los hijos empezaron a chillar, se desgarraron los vestidos y se abofetearon la cara; los vecinos corrieron a su lado, y la esposa de mi patrón tiró todos los muebles, rompió los estantes, los tabiques y las ventanas, y cubrió las paredes con lodo y añil. Dijo: “¡Ay de ti, Kafur, ayúdame! ¡Rompe estos armarios, estos vasos, estas terracotas chinas!”

» Me acerqué, vacié los estantes y tiré todo lo que contenían; lo mismo hice con los armarios. Recorrí la casa hasta terminar con todo lo que contenía. Yo gritaba: “¡Ay, mi pobre señor!”

» La mujer de mi dueño se echó a la calle, llevando cubierta únicamente la cabeza y acompañada por sus hijas y sus hijos. Decían: “¡Kafur, ve delante de nosotros y muéstranos el lugar en que tu señor ha muerto aplastado por el muro! Lo sacaremos de debajo de los escombros, lo colocaremos en un ataúd, lo traeremos a nuestra casa y haremos un entierro solemne”. Los precedí gritando: “¡Señor!” Ellos me seguían, con la cara y la cabeza descubiertas, gritando: “¡Qué desgracia, qué calamidad!” Los hombres, mujeres, muchachos, muchachas y viejos que veían el cortejo se sumaban a él, se abofeteaban y lloraban a lágrima viva. Recorrí con ellos toda la ciudad y cuando las gentes les preguntaban por lo ocurrido, contaban lo que me habían oído decir. Las gentes exclamaban: “¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo el Grande!” Nos dirigimos al valí para informarlo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el segundo esclavo prosiguió:] « Le contaron lo sucedido, y éste se puso de pie, montó a caballo, se hizo acompañar por obreros con palas y alcofas y siguieron mis pasos acompañados por una gran multitud. Yo los precedía llorando, gritando, echándome tierra por encima de la cabeza y abofeteándome la cara. Cuando llegué al jardín, mi señor vio que me estaba abofeteando y que yo decía: “¡Mi pobre señora! ¿Quién tendrá piedad de mí después de la muerte de mi señora? ¡Ojalá pudiera servirle de rescate!” Mi dueño quedó perplejo, palideció y me preguntó: “¿Qué te ocurre, Kafur? ¿Qué pasa?” “Tú me despachaste a casa para que te trajese lo que necesitabas. Al llegar a tu domicilio y entrar en él, vi que la pared de la habitación se caía, que el techo se derrumbaba sobre mi señora y sus hijos.” “Pero, ¿no se ha salvado tu señora?” “No se ha salvado nadie. La primera que ha muerto ha sido mi señora, la mayor.” “¿Se ha salvado mi hija pequeña?” “No.” “Y la mula que monto, ¿se

ha salvado?" "No, señor; todas las paredes de la casa y del establo se han desplomado encima de todo lo que había dentro, e incluso han muerto las ovejas, patos y gallinas. Todo es un montón informe de carne que ha quedado debajo de las ruinas; nadie ha sobrevivido." "¿Ni tu anciano señor?" "Ninguno de ellos se ha salvado. En este momento ya no queda ni casa ni moradores; todo ha desaparecido sin dejar rastro: ovejas, patos y gallinas se han convertido en comida de perros y gatos."

» Al oír mis palabras, mi dueño sintió que la luz se transformaba en tinieblas; fue incapaz de dominarse, pensar o ponerse de pie; se quedó sin fuerzas, se arañó la cara, rompió sus vestidos, se arrancó la barba, se abofeteó en la cara, arrancó el turbante de su cabeza y no paró de abofetearse en la cara hasta que brotó la sangre. Gritaba: "¡Ay, mis pobres hijos! ¡Ay, mi pobre mujer! ¡Qué desgracia! ¿A quién le ha ocurrido una desgracia semejante a la mía?" Los comerciantes que había con él lo acompañaron en su dolor, lloraron y, lamentando lo ocurrido, se desgarraron los vestidos.

» Mi señor salió del jardín dándose golpes por la gran desgracia que le había ocurrido, abofeteándose cruelmente el rostro y revolcándose como si estuviese borracho. Mientras salían por la puerta del jardín vieron una gran polvareda y oyeron unos gritos impresionantes. Miraron en aquella dirección y vieron una multitud que se acercaba: eran el valí, sus hombres y los curiosos. La familia del mercader seguía detrás, gritando, sollozando y llorando, mientras su pena iba en aumento. Mi dueño fue el primero en encontrar a su esposa y a sus hijos. Cuando los vio, quedó perplejo y se puso a reír. Les preguntó: "¿Cómo estáis? ¿Qué os ha ocurrido en casa? ¿Qué ha pasado?" Ellos, al verlo, exclamaron: "¡Loado sea Dios, que te ha salvado! ¡Papá!"

» Su esposa exclamó: "¡Loado sea Dios, que permite que te veamos salvo!" Había quedado como petrificada al volverlo a ver. Le preguntó: "¿Cómo os habéis salvado tú y tus compañeros?" Él preguntó a su vez: "¿Qué os ha ocurrido en la casa?" Ella respondió: "Nosotros estamos bien y con salud. En nuestra casa no ha habido ninguna desgracia; tu esclavo, Kafur, ha venido a vernos, destocada la cabeza, desgarrados los vestidos y gritando: '¡Mi pobre señor, mi pobre señor!' Le hemos preguntado qué había ocurrido y nos ha dicho: 'Mi señor estaba sentado junto a un muro del jardín para hacer una necesidad; el muro se le ha caído encima y lo ha matado'". Mi dueño dijo entonces: "¡Por Dios! Ha venido ahora mismo gritando: '¡Mi pobre señora! ¡Pobres hijos!', y me ha dicho: 'Todos han muerto: mi señora y sus hijos'".

» Después miró a su alrededor, me vio a su lado con el turbante caído, gritando y llorando a lágrima viva y echándome polvo en la cabeza. Me llamó. Me acerqué y me dijo: "¡Esclavo de mal agüero, hijo de adúltera! ¡Maldita sea tu raza! ¿Qué son todos estos embrollos que has armado? ¡Por Dios! ¡He de separarte la piel de la carne y la carne de los huesos!" Yo le dije: "No puedes

castigarme, puesto que me compraste sabiendo mi defecto y con esta condición. Los testigos dieron fe, cuando me compraste, de que tú me comprabas con mi defecto, que lo conocías y sabías que yo digo una mentira cada año; ésta es sólo media, y cuando termine el año, diré la otra mitad para así decir, en total, una entera". Mi dueño me increpó: "¡Esclavo de maldición! ¿Esto es sólo media mentira, a pesar de constituir una monstruosidad? ¡Vete, quedas libre!" "¡Por Dios! Yo no puedo aceptar que me dejes en libertad hasta que haya concluido el año y haya dicho la media mentira que falta. Cuando lo haya hecho, condúceme al mercado y véndeme por el mismo precio por el que me has comprado y con mi defecto; no me libertes, pues no tengo oficio con el que poder ganarme la vida, y este caso está ya previsto en la legislación, y tratan de él los jurisconsultos en el capítulo de la liberación de los esclavos."

» Mientras hablábamos, la multitud que había venido a dar el pésame, los vecinos del barrio, mujeres y hombres, así como el valí y sus acompañantes, se acercaron. Mi dueño y los comerciantes informaron al valí de lo ocurrido y de que sólo era la mitad de una mentira. Al oír esto los reunidos, consideraron que la mentira era enorme, se maravillaron en extremo, me maldijeron y me insultaron. Yo estaba tieso y me reía, pues pensaba: "¿Cómo va a matarme mi dueño si me ha comprado con este defecto?" Mi señor, al llegar a su casa, la vio en ruinas; yo era quien había destruido la mayor parte y había demolido por valor de una importante suma. Su esposa le dijo: "Kafur ha sido quien ha roto la vajilla y las porcelanas chinas". Su enojo, que iba en aumento, le hizo exclamar: "No he visto en toda mi vida un hijo adulterino que pueda compararse con este esclavo. Si dice que esto es sólo media mentira, ¿cómo será entera? ¡Lo menos que hará será destruir una o dos ciudades!"

» Furioso, se dirigió al valí y éste mandó apalearme, hasta que perdí el mundo de vista y me desmayé. Mientras estaba sin conocimiento llamó a un barbero, que me castró y me cauterizó la herida. Al volver en mí, vi que era eunuco. Mi dueño me dijo: "De la misma manera que tú me has abrasado el corazón en aquello que me era más caro, de ese mismo modo he abrasado yo el tuyo en aquello que más estimabas". Me cogió y me vendió muy caro, pues era eunuco. He sembrado la discordia por doquiera he pasado, y he sido objeto de compra y venta de unos a otros: de príncipes a príncipes y de magnates a magnates; así he entrado en el palacio del Emir de los creyentes con el corazón roto, débil y privado de mi virilidad» .

Los dos esclavos, al oír su historia, se rieron de él y le dijeron: « ¡Vil, hijo de vil! ¡Mentiste de manera criminal!»

Luego fue invitado a hablar el tercer esclavo: « ¡Cuéntanos tu historia!» « ¡Hijos de mi tío! Todo lo que éste os ha dicho no es nada comparado con lo que yo os voy a contar acerca de mi castración; mayor castigo merecía, pues cohabité con mi dueña y con su hijo. Pero la historia es larga, y no es el

momento de hablar, ya que la aurora, hijos de mi tío, está próxima. Si amanece mientras tenemos esta caja entre manos y la gente nos descubre, perderemos la vida. Abramos la puerta, y, una vez dentro del recinto, os contaré la causa de mi castración»

Trepó por la pared, bajó y abrió la puerta. Entraron, dejaron el farol en el suelo y abrieron un foso del tamaño de la caja entre las tumbas. Kafur cavaba y Suwab llevaba la tierra en alcofas; así abrieron un foso, cuya profundidad sería la mitad de la estatura de un hombre. Metieron la caja, la cubrieron de tierra, se marcharon del recinto funerario, cerraron la puerta, y Ganim b. Ayyub los perdió de vista. Cuando éste quedó solo, sintió curiosidad por saber el secreto que encerraba aquel cofre y se preguntó qué podía contener. Esperó hasta que despuntó la aurora y se hizo claro. Entonces bajó de la copa de la palmera, apartó la tierra con las manos hasta llegar a la caja, y la sacó. Cogió una piedra, golpeó la cerradura, la rompió y quitó la tapa.

Vio a una adolescente dormida, narcotizada, cuyo pecho subía y bajaba acompasadamente. Era muy hermosa, y vestía una túnica recamada de oro y collares de joyas que bien valdrían el imperio de un sultán; no había riquezas para pagar su precio. Ganim b. Ayyub, al verla, comprendió que los esclavos se habían confabulado contra ella; cuando se dio cuenta de esto, la sacó con cuidado y la recostó sobre la espalda. Ella aspiró el aire fresco, que penetró por su nariz: estornudó, se sofocó, tosió y escupió una pastilla de narcótico, de tal poder, que si la hubiese olfateado un elefante, habría estado durmiendo una y otra noche. Abrió los ojos, dirigió su mirada en torno suyo y dijo con una voz deliciosa: « ¡Ay de ti, viento! No traes la lluvia al sediento, ni el afecto al hermoso. ¿Dónde está la Flor del jardín?»

Nadie le contestó. Volvióse y llamó: « ¡Aurora! ¡Árbol de Perlas! ¡Luz del Buen Camino! ¡Lucero de la Mañana! ¡Soledad! ¡Dulzura![45] ¡Decid algo!» Silencio. Giró la vista en torno, y exclamó: « ¡Ay de mí! ¡Se me ha abandonado entre tumbas! ¡Oh, Tú, que sabes lo que guardan los pechos y que recompensarás a cada uno el día del juicio y de la resurrección! ¿Quién me ha sacado de mis habitaciones y de mis velos? ¿Quién me ha dejado entre estas cuatro tumbas?» Mientras ocurría esto, Ganim se había mantenido de pie. Dijo: « ¡Señora! No hay ni habitaciones, ni alcázares, ni tumbas. Aquí está tu esclavo Ganim b. Ayyub, a quien el Rey que conoce las cosas ocultas ha traído hasta aquí para que te salve de tales calamidades y te complazca en todos tus deseos» .

Cuando la joven se dio cuenta de su situación, exclamó: « ¡Doy fe de que no hay más dios que el Dios! ¡Doy fe de que Mahoma es el enviado de Dios!» Se volvió hacia Ganim, colocó sus dos manos en el pecho y le dijo dulcemente: « ¡Joven bendito! ¿Quién me ha traído a este lugar? Ahora estoy en mí» . « Señora, tres esclavos eunucos han venido trayendo esa caja.» Le contó todo lo ocurrido y lo que le había pasado a él la tarde anterior, gracias a lo cual encontró

ella su salvación, pues de lo contrario habría muerto sofocada. Después le pidió que le explicase su historia. Ella le dijo: « ¡Joven! ¡Loado sea Dios, que me ha hecho caer en tus manos! Pero ahora colócame en la caja. Ve al camino y busca un camellero o un arriero: alquílalo para que lleve esta caja y condúceme a tu casa. Será mejor que cuando esté en ella te cuente mi historia y te informe de lo que me ha sucedido» .

El joven se alegró y salió al campo cuando ya era claro y el sol se había levantado, irradiando su luz; las gentes ya habían salido camino de sus quehaceres. Alquiló a un arriero con su mula, lo condujo al recinto y cargó la caja, en la que había colocado a la adolescente y de la cual se había enamorado. La acompañó, muy alegre, pues era una esclava que bien valdría diez mil dinares y vestía sedas y brocados que debían costar muchísimo dinero. Apenas llegó a su casa, descargó la caja y la abrió.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que salió la adolescente, miró a su alrededor y vio que estaba en un hermoso lugar, recubierto con tapices de varios colores muy vivos; vio, además, telas embaladas y cargas de mercancías, por lo que dedujo que el joven era un comerciante muy rico. Se quitó el velo, dejó ver su cara y se fijó en él: era un hermoso muchacho, del que quedó enamorada en cuanto lo vio. Le dijo: « Trae algo de comer» . « En seguida.» Fue al zoco, compró carnero asado, una bandeja de dulces, pastas secas, candelas, vino y todos los perfumes que el caso exigía. Después regresó a su domicilio.

La joven, al verlo, se echó a reír, lo besó, lo abrazó y empezó a tratarlo cariñosamente; su amor por ella fue en aumento, y la pasión se apoderó de él. Comieron y bebieron hasta la llegada de la noche, mutuamente enamorados, pues ambos eran de la misma edad e igualmente hermosos. Llegada la noche, al-Mutayyam al-Maslub Ganim b. Ayyub se levantó, encendió velas y candiles, y toda la habitación quedó iluminada. Acercó los utensilios de beber vino y se dispusieron a pasar una velada agradable. Se sentaron el uno al lado del otro, y él escanció y ella también. Ambos jugaban, se reían, recitaban versos, se alegraban y se sentían más ligados en su recíproco amor (¡gloria a Quien ha creado los corazones!).

Así siguieron hasta poco antes de la llegada de la aurora, en que el sueño los venció y quedaron dormidos en sus sitios respectivos, hasta que se hizo de día. Ganim b. Ayyub se levantó, se fue al mercado, compró todo lo que necesitaba —verduras, carne, vino, etc.—, y lo llevó a su casa. Se sentaron y comieron hasta quedar hartos. Después acercaron los vinos, bebieron y jugaron el uno con el otro hasta que las mejillas se les enrojecieron, y los ojos se les oscurecieron. Ganim

b. Ayyub sintió vehementes deseos de besar a la joven y dormir con ella. Le dijo: « ¡Señora mía, deja que te bese en la boca! Tal vez así se apague el fuego de mi corazón» . « ¡Ganim! —exclamó ella—. Ten paciencia hasta que me emborrache y esté fuera de mí. Te consentiré que lo hagas furtivamente y de modo que yo no recuerde que tú me has besado.»

Se puso de pie, se quitó parte de sus vestidos y se quedó con una finísima camisa y un velo en la cabeza. Entonces la pasión excitó más a Ganim, que dijo: « ¡Señora! ¿No me permites hacer lo que te he pedido?» « ¡Por Dios! No puedes hacerlo, porque hay una inscripción en el lazo de mi vestido, que lo impide.» Ganim b. Ayyub creyó que el corazón se le despedazaba; la pasión crecía al hacérsele imposible la satisfacción de sus deseos. Recitó estos versos:

He pedido, a quien me ha puesto enfermo, que me diera un beso para curarme.
Me ha contestado: « ¡Nunca jamás!» Le he dicho: « ¡Sí, sí!»
Me ha dicho: « Cógelo mientras sea por un medio lícito» , y ha sonreído.
He interrumpido: « No, por la fuerza» . Me ha dicho: « ¡No, sino de común acuerdo!»
No preguntes por lo que ha ocurrido, pide perdón a Dios y duerme.
Piensa de nosotros lo que quieras, pero el amor se endulza con las sospechas.
Me da igual, después de esto, que sea público o secreto.

Su pasión fue en aumento, el fuego prendió en su pecho, pero ella seguía defendiéndose, diciéndole que no podían unirse. Continuaron con sus escaramuzas y escarceos, mientras Ganim b. Ayyub se sumergía en el mar de la pasión, y ella proseguía en su crueldad y en sus negativas. Así entró la noche con sus tinieblas, y tendió sobre ella el velo del sueño. Ganim encendió los candiles y las velas, con lo que aumentó la belleza de la habitación. Cogió sus pies, los besó y le pareció que eran de manteca fresca; los acarició con su rostro y dijo: « ¡Señora, ten piedad del que es prisionero de tu amor, de aquel al que has matado con tus ojos! Estaría sano del corazón si no hubiese sido por ti» . Lloró un poco y ella le dijo: « ¡Por Dios, señor, luz de mis ojos! Yo te amo y estoy ligada a ti, pero sé que no debes acercarte a mí» . « ¿Cuál es el impedimento?» « Esta noche te contaré mi historia para que tú me disculpes.» Se echó en sus brazos, le ciñó el cuello con sus manos, lo besó, lo acarició y le prometió que se le entregaría. No pararon de jugar y de reír hasta que la pasión se apoderó de ambos.

Así continuaron cada noche, durante un mes entero, durmiendo en el mismo lecho. Cada vez que él le pedía que se unieran, ella se excusaba. El mutuo amor se había apoderado de ambos, y no podían pasarse el uno sin el otro. Cierta noche

en que ambos estaban en el lecho embriagados, Ganim extendió la mano hacia el cuerpo de ella y la acarició; le pasó la mano por el vientre hasta llegar al ombligo. Ella se despertó, se sentó, miró los nudos de su vestido y vio que estaban aún atados. Siguió acariciándola con su mano, descendió hasta los zaragüelles y tiró del lazo que los cerraba. Ella se despertó y se sentó. Ganim hizo lo mismo. Le preguntó: « ¿Qué quieres?» « Poseerte para quedar ambos tranquilos.» Ella le dijo: « Voy a explicarte mi historia para que sepas mi situación, te enteres de mi secreto y comprendas que soy inviolable» . « ¡Cuéntamela!»

Ella se desató el extremo de la camisa, llevó la mano al lazo que cerraba el pantalón, y le dijo: « ¡Señor, lee lo que está escrito en este extremo!» Él cogió el extremo de la cinta, lo contempló y vio que estaba bordado en oro: « ¡Tú eres mío y yo soy tuya, oh primo del Profeta!» Una vez leído, alejó la mano y le dijo: « Explícame tu historia» .

Ella habló: « Sí; sabe que soy la favorita del Emir de los creyentes y que me llamo Qut al-Qulub. El Emir de los creyentes me educó en su palacio; al hacerme mayor se fijó en la hermosura y belleza que Dios me ha dado y se enamoró de mí; me tomó, me trasladó a una habitación individual y me dio diez esclavas para que me sirviesen y, además, todas las joyas que llevo. Un día, el Califa salió de viaje hacia un país; entonces mi señora, Zubayda, se acercó a una de las esclavas que estaban a mi servicio y le dijo: “Cuando duerma tu señora, Qut al-Qulub, pon esta pastilla de narcótico en su nariz o en sus labios. Te daré riquezas más que suficientes”. “¡De buen grado!” Cogió el narcótico, muy alegre por el dinero que iba a ganar y porque antes había sido su esclava. Después se acercó a mí, me puso el narcótico en el paladar, caí al suelo hecha un ovillo y me sentí en un mundo distinto. Cuando hubo concluido su treta, me puso en la caja, llamó en secreto a los esclavos, dio a éstos y a los porteros grandes propinas y me puso en manos de aquéllos la noche en que tú estabas escondido en la copa de la palmera. Hicieron conmigo lo que viste, y la salvación me vino por tu mano. Tú me has traído a este lugar y me has colmado de favores. Ésta es mi historia. No sé lo que ha ocurrido con el Califa en mi ausencia. Comprende mi valor y no divulgues mi caso» .

Cuando Ganim b. Ayyub hubo oído las palabras de Qut al-Qulub y se convenció de que era la favorita del Califa, se echó hacia atrás, temeroso de haber faltado al respeto debido al soberano. Sentóse en un rincón de la estancia, arrepentido de sí mismo y pensando en lo ocurrido. Quedó perplejo al pensar que amaba a una mujer que no podía ser suya, y la gran pasión, el dolor y el deseo lo hicieron llorar y lamentarse de las vicisitudes del tiempo y de las amarguras de la suerte. ¡Gloria a Aquel que enciende el amor en el corazón de los nobles, sin dar ni un ápice a los innobles! Recitó estos versos:

El corazón del amante está fatigado por el amado; su entendimiento le ha

sido arrebatado por la más extraordinaria beldad.

Uno me preguntó: «¿Qué es el amor?» Contesté: «Es dulzura que contiene tormento» [46].

Entonces, Qut al-Qulub se dirigió hacia él, lo atrajo hacia sí y lo besó, pues su cariño le había llegado al alma; así descubrió su secreto, es decir, el amor que por él sentía. Le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó. Él se abstuvo de ella por respeto al Califa. Después hablaron un rato, hasta que llegó el día, pues ambos estaban inmersos en el mutuo amor. Entonces Ganim se levantó, se puso los vestidos y se dirigió al mercado como de costumbre, para comprar lo que necesitaba. Al volver a su casa encontró a Qut al-Qulub llorando. Al verlo, enjugó sus lágrimas, sonrió y le dijo: «¡Te has hecho esperar, oh amado de mi corazón! ¡Por Dios! El rato que has estado fuera me ha parecido un año. No puedo estar separada de ti; yo ya te he explicado mi situación y mi pasión por ti. ¡Acércate ahora, no nos preocupemos de lo pasado y satisface en mí tu deseo!» «¡En Dios busco refugio! ¡Es completamente imposible! ¿Cómo va a ocupar el perro el puesto del león? No me es lícito acercarme a lo que pertenece a mi señor.» Se alejó de su lado y se colocó en un rincón.

Ella quedó más prendada aún de él al ver su abstinencia. Corrió a sentarse a su lado, lo trató afectuosamente y jugó con él. Se emborracharon, y ella, deseosa de ser poseída, cantó estos versos:

El corazón del enamorado está a punto de despedazarse. ¿Hasta cuándo durará este desvío?

¿Hasta cuándo?

¡Oh, tú, que te apartas de mí sin que yo haya faltado! Las gacelas acostumbran escuchar.

Separación, desvío creciente y pasión son tres cosas que no puede soportar el amante.

Ganim b. Ayyub se puso a llorar, y ella lo acompañó con sus lágrimas. Siguieron bebiendo hasta llegar la noche, hora a la que Ganim se levantó y preparó dos camas, separadas, en la misma habitación. Qut al-Qulub le preguntó: «¿Para quién es esa otra cama?» «Una para mí, y la otra, para ti. Desde esta noche dormiremos separados, puesto que las cosas que pertenecen al señor no son lícitas para el esclavo.» «¡Señor, dejémonos de tonterías, ya que las cosas ocurren conforme tienen dispuesto el destino y los hados!» Él no aceptó, con lo cual avivó el fuego en el corazón de ella, y su amor por él creció más. Exclamó: «¡Por Dios, hemos de dormir juntos!» «¡Dios me guarde!»

Él se salió con la suya y durmió solo hasta la aurora. El amor y la pasión, el afecto y el deseo se apoderaron de ella por completo. Así vivieron durante tres

largos meses; cada vez que ella se acercaba, él la rechazaba, y decía que aquello que es lícito para el dueño, le está prohibido al esclavo. Como esta situación se prolongaba, y las penas y sufrimientos de la muchacha iban en aumento, ésta recitó:

¡Excelsa beldad! ¿Cuánto durará este huirme? ¿Quién te ha incitado a alejarte de mí?
Has despertado la pasión en todos los corazones; has ceñido con el insomnio todos los párpados.
Antes de conocerte, sabía que el fruto se recoge de las ramas. ¡Oh, rama de *arak*[47] que recoges!
Sabía que la gacela era objeto de caza, pero ahora veo que eres tú el que caza a los cazadores.
Lo más maravilloso que de ti puedo contar, es que yo me he enamorado sin que tú te dieses cuenta.
No permites que me una a ti; el motivo de mis celos eres tú mismo. ¿Qué hay que decir de mí?
Mientras viva, no pararé de decir: « ¡Excelsa beldad! ¿Cuánto durará este rehuirme?»

Así continuaron durante algún tiempo, pues el temor mantenía alejado de ella a Ganim. Esto, por lo que se refiere a al-Mutayyam al-Maslub Ganim b. Ayyub.

He aquí ahora lo relativo a Zubayda. Ésta, aprovechando la ausencia del Califa, hizo con Qut al-Qulub lo que ya sabemos. Después empezó a preocuparse, diciéndose: « ¿Qué diré al Califa cuando venga y pregunte por ella? ¿Qué le responderé?» Mandó llamar a una vieja de su séquito, le explicó el secreto y le preguntó: « ¿Qué haré, ya que Qut al-Qulub ha desaparecido?» La vieja, cuando se hubo hecho cargo de la situación, respondió: « Sabe, señora, que el Califa regresará pronto. Manda que un carpintero haga una estatua de madera, abre una tumba y enciende velas y candelas a su alrededor; da orden de que todos los palaciegos se vistan de negro, y dispón que tus esclavas y tus criadas, en cuanto se enteren de que llega el Califa, hagan manifestaciones de dolor en el vestíbulo. Cuando éste entre y pregunte por lo que ocurre, le dirán: “Qut al-Qulub ha muerto. ¡Dios te compense grandemente por su pérdida! Tanto la quería nuestra señora, que la ha hecho enterrar en su alcázar”. Al oír esto llorará y sufrirá. Después dará orden de que los lectores del Corán hagan el rezo canónico en su tumba. Si se dice: “La hija de mi tío, Zubayda, ha hecho matar a Qut al-Qulub por celos”, o bien lo vence la pasión y manda desenterrarla, no te asustes por ello, aunque saquen el leño esculpido en forma humana, pues lo sacarán amortajado, envuelto en telas preciosas. Si el Califa quisiera sacar el sudario para verla, tú y los demás que estén presentes se lo impediréis diciendo: “El ver las

desnudeces de un cadáver es pecado”. Entonces se convencerá de que ha muerto, ordenará que vuelva a la tumba, te dará las gracias por lo que has hecho y te salvarás de esta desgracia si Dios (¡ensalzado sea!) quiere» .

Zubayda comprendió que aquello era un buen consejo, le regaló un traje de honor y le mandó que se encargase de todo, después de haberle entregado grandes riquezas. La vieja se hizo cargo inmediatamente del asunto, y mandó al carpintero que llevara a cabo la imagen. Una vez terminada, se la mostró a Zubayda, la amortajaron y encendieron velas; luego fue sepultada y extendieron tapices alrededor de la tumba; Zubayda se vistió de negro y ordenó que las esclavas hicieran lo mismo. Por todo el palacio se difundió la nueva de la muerte de Qut al-Qulub.

Al cabo de cierto tiempo, el Califa regresó de su viaje y se dirigió a su palacio, ansioso de volver a ver a Qut al-Qulub. Vio que pajes, criados y esclavas vestían de negro. Su corazón se sobresaltó. Entró en el alcázar y vio que Zubayda vestía también de negro. Preguntó el porqué de todo ello y le dijeron que Qut al-Qulub había muerto. El Califa cayó desmayado. Cuando volvió en sí preguntó dónde estaba su tumba. Zubayda respondió: « Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que la apreciaba tanto que la he hecho enterrar en mi alcázar» .

El Califa, vestido aún con las ropas de viaje, entró en el palacio para visitar a Qut al-Qulub. Vio que las alfombras estaban extendidas, y que las velas ardían. Al ver todo esto le dio las gracias por sus atenciones. Al cabo de un rato quedó perplejo, sin saber si debía dar crédito o no a sus palabras. Cuando las sospechas crecieron, mandó abrir la tumba y sacarla. Al ver el sudario, quiso quitarlo para contemplarla, pero se contuvo por respeto a Dios (¡ensalzado sea!), pues la vieja dijo: « ¡Devolvedla a su sitio!» El Califa mandó llamar a los alfaquíes y a los lectores, y éstos hicieron las lecturas de ritual, mientras el Califa se mantenía al lado del sepulcro, llorando hasta quedar extenuado. Estuvo en este sitio durante un mes completo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cierto día, después que los príncipes y los ministros se habían retirado a su casa, el Califa entró en el harén y se quedó dormido un rato. Una esclava se sentó al lado de su cabeza, y otra, a sus pies. Después de dormir un poco se despertó, abrió los ojos y oyó que la muchacha que estaba a su cabecera decía a la que se hallaba a sus pies: « ¡Atiende, Jayzarán!» « ¿Por qué, Qadib?» « Nuestro señor no sabe lo ocurrido, ya que pasa las noches en vela junto a una tumba que sólo contiene una imagen tallada por un carpintero.» « ¿Pues qué le ha pasado a Qut al-Qulub?» « Sabe que la señora Zubayda mandó a una esclava que le diese un narcótico. Cuando éste

hubo hecho su efecto, la colocó en una caja y despachó con ella a Suwab y Kafur, mandándoles que la arrojasen entre las tumbas.» Preguntó Jayzarán: « ¡Ay de ti, Qadib! ¿La señora Qut al-Qulub no ha muerto?» « Un joven la salvó de la muerte. He oído decir a la señora Zubayda que Qut al-Qulub está en casa de un comerciante que se llama Ganim el damasceno, y que ahora hace cuatro meses que está allí. Éste, nuestro señor, llora y pasa las noches en vela sobre una tumba que no contiene ningún muerto.»

Siguieron hablando de ello, y el Califa escuchó todo hasta que ambas jóvenes terminaron. Así se enteró el soberano del asunto, supo que la tumba era falsa, y que Qut al-Qulub estaba, desde hacía cuatro meses, en casa de Ganim b. Ayyub. Completamente indignado, se puso en pie y mandó comparecer a los magnates del Imperio. El ministro Chafar el barmekí se presentó y besó el suelo delante de él. El Califa, enojado, le dijo: « ¡Chafar, toma unos hombres, ve y pregunta por la casa de Ganim b. Ayyub! ¡Asaltadla! ¡Traedme a la esclava Qut al-Qulub! ¡Quiero castigarla!» « Oigo y obedezco» , respondió Chafar, que se marchó en seguida acompañado por el valí de la ciudad y sus hombres.

No descansaron hasta llegar a casa de Ganim. Éste ya había regresado con cierta cantidad de carne, y se disponía a extender la mano para comerla en compañía de Qut al-Qulub. Ésta dirigió la mirada hacia la calle y vio que gentes sospechosas —entre las que figuraban el ministro, el valí, los esbirros y los mamelucos con las espadas desenvainadas— rodeaban la casa, de la misma manera que, en el ojo, la córnea rodea a la pupila. Se dio cuenta en seguida de que su señor, el Califa, se había enterado de lo ocurrido, y pensó que iba a morir. Palideció, sus finos rasgos se descompusieron, dirigió la vista a Ganim y le dijo: « ¡Amigo mío, sálvate!» « ¿Qué he de hacer? ¿Adónde iré si todo cuanto tengo está en esta casa?» « No te quedes aquí, pues morirás y perderás la riqueza.» « ¡Amiga mía, luz de mis ojos! ¿Cómo podré salir si han rodeado toda la casa?» « ¡No temas!» , le respondió.

Le quitó los vestidos que llevaba, le puso otros viejos, cogió la fuente en que estaba la carne, la colocó encima de su cabeza; depositó en ella unos pedazos de pan, algo de comida y le dijo: « Sal con este disfraz y no te preocupes por mí, pues sé cómo he de comportarme con el Califa» . Ganim atravesó por en medio de aquellos hombres y pasó inadvertido; se salvó de penas y sinsabores con la ayuda de Dios. El visir, cuando estuvo en un extremo de la casa, desmontó del caballo, entró y vio a Qut al-Qulub, la cual se había arreglado y embellecido y estaba llenando una caja de oro, collares, piedras preciosas y objetos de mucho valor, fáciles de transportar. Cuando Chafar se presentó, ella se puso de pie, besó el suelo delante de él y le dijo: « ¡Señor! La pluma del destino ha escrito lo que Dios tenía dispuesto» .

Chafar, al darse cuenta de la situación, dijo: « ¡Señora! Se me ha mandado que detenga a Ganim b. Ayyub» . « He de decirte que ha embalado algunas

mercancías y se ha ido a Damasco. No sé nada más. Quiero que custodies esta caja y la lleves al palacio del Emir de los creyentes.» «Oigo y obedezco.» Cogió la caja, mandó que se la llevasen y condujo a Qut al-Qulub, honrada y respetada, al palacio del Califa, después de haber demolido la casa de Ganim. Se presentaron al Califa, y Chafar le contó todo lo sucedido. Aquél dispuso que Qut al-Qulub fuese encerrada en un lugar lóbrego, y le dio por todo servicio una vieja, ya que creía que Ganim la había poseído. A continuación escribió una carta al emir Muhammad b. Sulaymán al-Zayní, su gobernador de Damasco, diciéndole: «En cuanto recibas esta carta, detendrás a Ganim b. Ayyub y me lo enviarás».

El destinatario, al recibir la orden, la besó, la colocó encima de su cabeza y mandó pregonar por los mercados: «Quien quiera saquear, diríjase a casa de Ganim b. Ayyub». Una multitud se acercó a la casa, en la que hallaron a la madre y a la hermana de Ganim, que le habían hecho una tumba y estaban sentadas a su lado llorando. Las detuvieron y saquearon la mansión, sin que ellas supiesen de qué se trataba. Cuando estuvieron delante del sultán, éste les preguntó por Ganim b. Ayyub. Respondieron: «Hace un año que no tenemos ninguna noticia suya». Las dejaron volver a su casa. Y esto es todo lo que a ellas se refiere.

He aquí lo concerniente a Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub. Despojado de sus bienes, perplejo, lloró hasta quedar con el corazón destrozado. Anduvo sin parar hasta que, al terminar el día, hambriento y fatigado, llegó a una ciudad. Entró en la mezquita, se sentó en una alfombra y apoyó la espalda en la pared, dejándose caer, pues estaba muerto de hambre y de fatiga. No se movió de allí hasta la llegada de la aurora; el hambre le hacía latir apresuradamente el corazón; los piojos se paseaban por su piel, que despedía un olor desagradable. Su situación había cambiado por completo.

Los habitantes de la ciudad acudieron a rezar la oración de la aurora y lo encontraron tendido, debilitado por el hambre, pero con huellas aún de su pasado bienestar. Cuando se acercaron a él, vieron que estaba frío y hambriento. Le pusieron un viejo vestido, cuyas mangas estaban deshechas, y le preguntaron: «Extranjero, ¿de dónde eres? ¿Por qué estás tan débil?» Abrió los ojos, los miró y empezó a llorar sin contestarles. Uno de ellos se dio cuenta de que tenía hambre. Salió y regresó con un tarro de miel y dos panes. Comió. Estuvieron sentados a su lado hasta la salida del sol, y después se marcharon a sus quehaceres.

En esta situación vivió durante un mes; él seguía allí, mientras la debilidad y la enfermedad iban en aumento. Los habitantes tuvieron compasión de él, hablaron de su caso y se pusieron de acuerdo para enviarlo al hospital de Bagdad. Mientras así hablaban, entraron dos pobres mujeres, que se acercaron a él: eran su madre y su hermana. Al verlas les dio el pan que estaba a su cabecera, y

ambas pasaron aquella noche a su lado sin que él las reconociera. Al día siguiente, los habitantes de la ciudad se le acercaron y dijeron a un acemilero: « Coloca este enfermo en el lomo de tu camello. Cuando llegues a Bagdad, déjalo en la puerta del hospital. Tal vez recupere la salud y tú obtengas alguna recompensa» . « Oigo y obedezco.»

Lo sacaron de la mezquita y lo colocaron encima del camello, en la misma estera en la que dormía. Entre la gente que lo miraba estaban su madre y su hermana, que no lo reconocieron. Al contemplarlo, se dijeron: « Se parece a Ganim, nuestro hijo. ¿Quién sabe si es este enfermo?» Ganim, por su parte, no se dio cuenta de nada hasta estar cargado encima del camello. Lloró mientras las gentes de la ciudad lo miraban; su madre y su hermana también lloraban. Después, éstas se pusieron en viaje hasta llegar a Bagdad. El camellero no dejó de andar hasta dejarlo en la puerta del hospital; después regresó con su camello.

Ganim permaneció aquí durmiendo hasta la llegada de la aurora. Las gentes, al empezar a circular por la calle, lo vieron: parecía un andrajo. Las gentes estuvieron contemplándolo hasta que llegó el jefe del mercado, que las apartó de él y dijo: « Gracias a este desgraciado voy a entrar en el paraíso, pues si lo meten en el hospital lo van a matar en un día» .

Mandó a sus criados que lo recogiesen y lo llevasen a su casa; le dio un colchón y una almohada nuevos, y dijo a su esposa que lo atendiese con cuidado. La mujer prometió hacerlo, y en seguida calentó agua y le lavó las manos, los pies y el cuerpo; le puso el vestido de uno de sus esclavos, le dio de beber una taza de jarabe y lo roció con agua de rosas. Mejoró un poco, pero el recuerdo de su amada Qut al-Qulub aumentó en él la tristeza. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí ahora lo relativo a Qut al-Qulub. Cuando el Califa se enfadó con ella…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la confinó en una habitación lóbrega. Así transcurrieron ochenta días. Cierto día pasó el Califa junto a aquella habitación en el preciso momento en que Qut al-Qulub recitaba unos versos. Cuando hubo terminado, exclamó: « ¡Amor mío! ¡Ganim! ¡Cuán bueno eres! ¡Qué bien obras! Has tratado con generosidad a quien te ha maltratado, has guardado el honor de quien ha violado el tuyo, has respetado a sus mujeres cuando él te ha vilipendiado a ti y a tu familia. No cabe la menor duda de que has de comparecer, acompañado por el Emir de los creyentes, delante del juez justísimo, que te hará justicia el día en que Dios juzgue y los ángeles den testimonio» . El Califa, al oír sus palabras y sus quejas, se dio cuenta de que había sido víctima de una injusticia. Regresó a su alcázar y mandó que la fuese a

buscar un criado.

Una vez llegada a su presencia, bajó la cabeza, llorosa y triste. Él dijo: « ¡Qut al-Qulub! Veo que te quejas de que soy injusto contigo, me acusas de ser tirano y afirmas que me he portado mal con quien me ha favorecido. ¿Quién es ése que ha defendido mi honor y al que yo le he vilipendiado, que ha defendido a mis mujeres y al que yo he maltratado en las suyas?» « Ganim b. Ayyub no se ha acercado a mí jamás con propósito deshonesto, ¡lo juro por tus dones, Emir de los creyentes!» El Califa exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Qut al-Qulub! ¡Pídeme lo que quieras, pues he de concedértelo!» « Concédeme a mi amado, Ganim b. Ayyub.» « Haré que venga y lo honraré, si Dios quiere.» « ¡Emir de los creyentes! Cuando lo tengas delante, ¿me entregarás a él?» « Cuando esté aquí, te lo entregaré como regalo de un hombre generoso que no se arrepiente de sus dones.» « ¡Emir de los creyentes! Permite que sea yo quien lo busque. ¡Tal vez Dios me reúna con él!» « Haz lo que bien te parezca.»

Ella se alegró mucho, y salió llevando consigo mil dinares. Fue a visitar a los jeques, les dio parte del dinero como limosna, y al día siguiente se dirigió al barrio de los comerciantes y entregó al preboste del mercado una cantidad para que la distribuyese como limosna entre los forasteros. Al viernes siguiente volvió a salir con otros mil dinares y visitó el zoco de los orfebres y el de los mercaderes de piedras preciosas. Preguntó por el preboste, y cuando se presentó, le entregó los mil dinares y le dijo que los diese como limosna entre los forasteros. El preboste, que era el jeque del mercado, la miró y le dijo: « ¿Quieres venir a mi casa? Verás a un joven extranjero muy amable y hermoso.

Se refería a Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub, pero el alarife no sabía que se trataba de él, y creía que era un pobre hombre cargado de deudas y privado de sus rentas, o un amante separado de su amada. Al oír Qut al-Qulub estas palabras, sintió los latidos de su corazón, y sus entrañas se agitaron. Le dijo: « Haz que alguien me acompañe a tu casa» . Mandó que fuese con ella un muchacho pequeño para conducirla hasta la casa en que estaba el forastero. Ella le dio las gracias. Una vez dentro de la casa, saludó a la esposa del preboste, y ésta besó la tierra delante de la joven, pues la reconoció. Qut al-Qulub preguntó: « ¿Dónde está el enfermo que tenéis en vuestra casa?» La dueña lloró y dijo: « Aquí, señora. Debe de ser de buena familia, pues aún se ven las huellas de un pretérito bienestar» . Se volvió hacia el lecho en que yacía, lo contempló y le pareció que era el que buscaba, pero había cambiado tanto, estaba tan delgado y débil, que parecía un alambre; por eso le fue imposible reconocerlo, y no se dio cuenta de que era él. Sin embargo, le tuvo compasión y empezó a llorar y a decir: « Todos los forasteros son unos desgraciados, aunque en su país sean príncipes» . Le preparó jarabes y medicinas, se sentó en su cabecera durante un rato y después se arregló y se fue a su palacio, escudriñando todos los mercados

para ver si encontraba a Ganim.

Un día, el preboste se presentó a Qut al-Qulub acompañado por la madre de Ganim y su hermana Fitna. Le dijo: « ¡Señora de los benefactores! Hoy han llegado a nuestra ciudad una mujer y una chica; ambas deben de ser de buena familia, pues su aspecto denota las huellas de un pasado bienestar, pese a que llevan vestidos de pelo, y de su cuello pende una bolsa; sus ojos están llorosos; su corazón, apenado. Te las traigo para que las protejas y las preserves de la vergüenza que representa el pedir caridad, ya que no están acostumbradas a mendigar. Si Dios quiere entraremos, gracias a ellas, en el paraíso» . « ¡Señor mío! Me has hecho sentir ganas de conocerlas. ¿Dónde están? ¡Manda que entren!»

Fitna y su madre se presentaron ante Qut al-Qulub. Ésta las miró, y al ver que eran muy hermosas, lloró y dijo: « ¡Por Dios! Bien se ve que son de buena familia y que aún conservan las huellas de su pasado bienestar» . El preboste dijo: « ¡Señora! Nosotros amamos a los pobres y a los desamparados para recibir la divina recompensa. Estas mujeres tal vez hayan sido víctimas de una injusticia, quizá les hayan arrebatado sus bienes y derruido sus propiedades» .

Las dos mujeres lloraron a lágrima viva, y al pensar en Ganim b. Ayub al-Mutayyam al-Maslub, aumentaron sus sollozos. Qut al-Qulub las acompañó con sus lágrimas. Después la madre dijo: « A Dios rogamos que nos reúna con quien queremos, con mi hijo Ganim b. Ayyub» . Cuando Qut al-Qulub oyó estas palabras, comprendió que aquella mujer era la madre de su amado, y la otra, su hermana. Lloró hasta caer desmayada. Cuando volvió en sí, besó a las dos y les dijo: « ¡No os ocurrirá ningún daño! Éste es el primer día de vuestra felicidad, y el último de vuestra desgracia, ¡no os apenéis!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que mandó al preboste que las condujera a su casa, que diese órdenes a su mujer para que las llevase al baño, les diese buenos vestidos, cuidase de ellas y las tratase con el máximo respeto; para todo ello le entregó cierta cantidad de dinero. Al día siguiente, Qut al-Qulub montó a caballo, fue a la casa del preboste y entró a visitar a su esposa. Ésta salió a recibirla, le besó las manos y le dio las gracias por sus beneficios. Vio a la madre y a la hermana de Ganim, a las que la esposa del preboste había acompañado al baño, les había quitado los vestidos que llevaban, y habían reaparecido las huellas de su pretérito bienestar. Se sentó para hablar un rato con ellas, y después preguntó a la esposa del preboste por el enfermo que tenía en su casa.

Le contestó: « Sigue igual» . Dijo: « Venid conmigo: vamos a verlo y a visitarlo» . La mujer del preboste, la madre y la hermana de Ganim, entraron en

su habitación y se sentaron a su lado. Cuando Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub oyó nombrar a Qut al-Qulub, a pesar de que se hallaba extenuado y de que era muy grande su debilidad, recuperó parte de sus fuerzas, levantó la cabeza de la almohada y exclamó: « ¡Qut al-Qulub!» Ésta lo miró, y, al reconocerlo, exclamó: « ¡Aquí estoy, amor mío!» « ¡Acércate!» « ¿Eres tú Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub?» « ¡Sí, soy yo!»

Qut al-Qulub se desmayó. La madre y la hermana, al oír sus palabras, gritaron: « ¡Qué alegría!» , y cayeron a su vez desmayadas. Al volver en sí, le dijo Qut al-Qulub: « ¡Loado sea Dios, que nos ha reunido a la vez con tu madre y tu hermana!» Se acercó a él y le refirió todo lo que le había ocurrido con el Califa: « Yo le dije: "Te he dicho toda la verdad, Emir de los creyentes". Él ha dado crédito a mis palabras, está satisfecho de ti y ahora desea conocerte. —Y añadió—: El Califa me ha regalado a ti» .

Ganim se alegró mucho al oír esto. Qut al-Qulub les dijo: « No os marchéis hasta que vuelva» . Se puso en seguida de pie y se marchó a palacio. Recogió la caja que había salvado, sacó de ella los dinares, se los dio al preboste y le dijo: « Toma estos dinares y compra para cada uno de ellos cuatro vestidos completos de las telas más hermosas; compra además veinte mandiles y todo lo que necesiten» . Luego acompañó al baño a las dos mujeres y a Ganim, y mandó que los lavasen. Después de salir del baño y de ponerse los nuevos trajes, les preparó cocido, zumo de galanga y zumo de manzana.

Permaneció con ellos tres días, alimentándoles con carne de gallina y cocido y dándoles de beber azúcar refinado. Al cabo de los tres días habían recuperado sus fuerzas. Los llevó de nuevo al baño, les cambió los vestidos, los dejó en casa del preboste y se fue a saludar al Califa. Besó el suelo delante de él y lo informó de toda la historia, diciéndole que había encontrado a su señor, Ganim b. Ayyub al-Mutayyam al-Maslub, a su madre y a su hermana. El Califa ordenó entonces a los criados: « ¡Traedme a Ganim!»

Chafar fue a buscarlo, pero Qut al-Qulub llegó antes, entró en la habitación de Ganim y le dijo: « El Califa ha mandado a buscarte para que comparezcas ante él. Háblale con elocuencia, con el corazón firme y con palabras dulces» . Le puso un vestido precioso, le dio muchos dinares y le dijo: « Cuando te encuentres ante él, haz muchas dádivas a sus cortesanos» .

Chafar llegó montado en su mula, y Ganim se puso de pie, salió a recibirlo, lo saludó y besó el suelo delante de él. El astro de su felicidad había aparecido y se elevaba en el cielo. Sin entretenerse, Chafar lo condujo a presencia del Emir de los creyentes. Al llegar, Ganim miró a los ministros, a los príncipes, a los chambelanes, a los gobernadores, a los dignatarios del Imperio y a las autoridades. Ganim, que era elocuente, de corazón firme, de fina expresión y de buenos modales, inclinó la cabeza hasta el suelo; después miró al Califa y recitó estos versos:

A ti, gran rey, me ofrezco como rescate. Haces ininterrumpidamente favores y das regalos.
Eres enérgico y liberal, y se te puede comparar con la lluvia copiosa y el ardiente sol[48].
Como dueño de palacios, instalado en tan alto lugar, nadie quiere ver a otro.
Los reyes vienen a abrevar al pie de tu solio; en la paz están las gemas de tu corona.
Cuando te miran directamente, caen postrados y clavan el mentón en el polvo.
Los rescatas de ese sitio con satisfacción y les das altos cargos y la gloria del Gobierno.
Tu ejército cohíbe el desierto y la inmensidad: Plantas tus tiendas en lo más alto de las esferas.
Los astros te acompañan en tropa, haciendo honor a aquel mundo espiritual.
Con tu buen entendimiento, con fortaleza, has conquistado las más altas cimas.
Has extendido tu justicia por toda la tierra, tratando con equidad al pariente y al extraño.

Al terminar sus versos, el Califa estaba emocionado por la belleza de los mismos, por su admirable elocuencia y su dulzura de expresión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que le ordenó que se acercase y le rogó que explicara su historia y que le informase verídicamente de todo cuanto le había ocurrido. Sentóse Ganim y refirió al Califa cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin. Cuando el soberano se dio cuenta de que decía la verdad, le regaló un vestido de honor, lo hizo aproximarse y le dijo: « ¡Perdóname, pues te he maltratado!» « ¡Emir de los creyentes! Este esclavo y todo lo que posee pertenece a su señor.»

El Califa, alegre, mandó que le diesen un palacio y le concedió grandes beneficios y rentas.

Ganim envió allí a su madre y a su hermana. El Califa oyó decir que ésta, Fitna, era de una gran belleza y la pidió por esposa. Ganim le contestó: « Ella es tu esclava, y yo, tu servidor» . El soberano le dio cien mil dinares, mandó llamar al Cadí y a los testigos y extendieron el contrato matrimonial. Él y Ganim celebraron las bodas el mismo día: el Califa, con Fitna, y Ganim b. Ayyub, con

Qut al-Qulub. Al amanecer, el Califa mandó que se inscribiese en las crónicas todo lo que había sucedido a Ganim desde el principio hasta el fin, y que se pusiese por escrito en los registros para que sirviera de ejemplo a sus sucesores, para que se admirasen de las vicisitudes del destino y para que meditasen sobre los decretos del Creador de la noche y del día.

Sahrazad dijo:

—Pero todo no es más de admirar que lo sucedido al rey Umar al-Numán y a sus hijos Sarkán y Daw al-Makán; lo que les sucedió son prodigios y portentos.

El rey Sahriyar preguntó:

—¿Cuál es su historia?

HISTORIA DEL REY UMAR AL-NUMÁN Y DE SUS DOS HIJOS SARKÁN Y DAW AL-MAKÁN

SAHRAZAD refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en la ciudad de Damasco, antes del califato de Abd al-Malik b. Marwán, hubo un rey llamado Umar al-Numán, que era grande y poderoso y había vencido a los reyes de Persia y de Bizancio; era invulnerable al fuego y nadie podía competir con él en correr al galope. Cuando se enojaba, salían de sus narices lenguas de fuego. Se había hecho dueño de todos los países y había impuesto su yugo a todos los villorrios y ciudades; le obedecían todos los pueblos y sus ejércitos habían llegado hasta los países más remotos: Oriente y Occidente le estaban sometidos y todo lo que quedaba entre ambos: la India, China, el Yemen, el Hichaz, Abisinia, el Sudán, Grecia, Diyar Bakr, las islas del mar y los ríos más importantes del Orbe, como el Sayhún, el Chayhún, el Nilo y el Éufrates estaban en su poder. Había enviado emisarios hasta los más remotos países con el fin de que le trajesen noticias fidedignas y habían regresado para informarle de que todas las gentes obedecían sus órdenes, de que todos los grandes se humillaban ante su poder, pues eran bien conocidas su generosidad y su largueza, gobernaba con justicia, mantenía la paz, y su prestigio era enorme. Le llevaron presentes de todos y tributos de la tierra entera del uno al otro confín.

Este rey tenía un hijo que se llamaba Sarkán[49], puesto que había crecido como una calamidad del tiempo, había vencido a los valientes y había aniquilado a sus rivales. Su padre lo quería muchísimo y lo había nombrado su sucesor en el trono. Sarkán, una vez hubo llegado a la mayoría de edad y hubo alcanzado los veinte años, fue obedecido por todos, pues reconocían que era valiente y tenaz. Su padre, Umar al-Numán, tenía cuatro mujeres, según mandan el Corán y la tradición, pero no había tenido más hijo que Sarkán, nacido de una de ellas, mientras las demás seguían estériles, sin darle ningún otro descendiente.

A pesar de esto tenía trescientas sesenta concubinas, tantas como días tiene el año copto, entre las cuales las había de todas las razas. Había construido una habitación especial para cada una de ellas y todas se encontraban dentro del recinto del palacio. Había hecho edificar doce palacetes, tantos como meses tiene el año, y en cada uno había treinta habitaciones, o sea, que en total había trescientas sesenta; las jóvenes habitaban individualmente en estas habitaciones y él pasaba una noche con cada una, o sea, que al cabo de un año volvía a estar con la misma. Esto duró cierto tiempo. Entretanto la fama de Sarkán se extendió por todo el mundo, lo cual hacía feliz a su padre, mientras la fuerza y el poderío de aquél iban en aumento y conquistaba ciudades y países.

El destino dispuso que una de las concubinas de al-Numán quedase encinta; esto se hizo notorio y el rey, al enterarse, tuvo una gran alegría y exclamó: « Tal vez toda mi descendencia sea de varones» . Anotó el día en que había concebido

y empezó a favorecerla. Sarkán se enteró y le supo mal.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sarkán] se dijo: « Va a venir al mundo alguien capaz de disputarme el Imperio» . Se dijo que si aquella esclava daba a luz un varón, había de matarlo; esta decisión la ocultó en su interior.

La esclava era una griega que había regalado a al-Numán, junto con muchos otros dones, el señor de Cesarea. Se llamaba Sofía, y era, entre todas las concubinas, la que tenía la cara más hermosa y bella, la más casta. Era muy inteligente y despierta. Las noches que el rey pasaba con ella le servía muy bien y le decía: « ¡Rey! Pido al Dios del cielo que haga que te dé un hijo varón para poder educarlo, instruirlo y custodiarlo bien» . Al rey le gustaba oír estas palabras. Así se salió de cuenta y se sentó en la silla de partos. Era una mujer piadosa, rezaba y pedía a Dios que le diese un hijo bueno y le facilitase el parto, y Dios escuchó sus peticiones.

El rey había enviado a su lado a un criado para que en cuanto hubiese dado a luz corriese a decirle si era un varón o una hembra. Su hijo Sarkán también había enviado a alguien para que le hiciese saber de qué sexo era el niño. En cuanto Sofía dio a luz, las comadronas examinaron el recién nacido y vieron que se trataba de una niña que tenía un rostro más hermoso que la luna. Dieron la noticia a los presentes y el mensajero del rey regresó junto a éste y le dio la nueva. El de Sarkán hizo lo mismo y éste se alegró muchísimo. Cuando los mensajeros se hubieron ido, Sofía dijo a las comadronas: « ¡Quedaos un poco más, pues noto que en mis entrañas hay otra cosa!»

Empezó a quejarse, le vinieron los dolores de un segundo parto, Dios hizo que no hubiese dificultades y dio a luz otro niño. Las comadronas lo examinaron y vieron que era un varón que se asemejaba a la luna llena, que tenía la frente resplandeciente y las mejillas sonrosadas. La concubina, los criados y todos los presentes se alegraron. Sofía expulsó la placenta y en el palacio se dio suelta a los gritos de júbilo. Las restantes concubinas al enterarse la envidiaron, y Umar al-Numán, al saberlo, se puso contento, sacó buenos augurios y fue a ver a Sofía; la besó en la cabeza, contempló a su hijo, se le acercó y lo besó. Las esclavas golpearon los adufes y la música interpretó composiciones festivas.

El rey mandó que el niño se llamase Daw al-Makán y su hermana Nuzhat al-Zamán. Su orden fue atendida inmediatamente y el rey designó las nodrizas, criados, séquito y las lavanderas que debían cuidar de los recién nacidos; determinó las cantidades de azúcar, bebidas, grasas y demás cosas que debían dárseles y cuyo detalle escapa a la lengua. Las gentes de Damasco, cuando se enteraron de que Dios había dado un par de hijos al rey engalanaron la ciudad y

demostraron su alegría y contento. Los príncipes, los ministros y los magnates acudieron a felicitar al rey Umar al-Numán por el nacimiento de Daw al-Makán y de Nuzhat al-Zamán y aquél les dio las gracias por su cortesía, les hizo numerosos regalos y favores e hizo presentes a todos los concurrentes, fuesen allegados suyos o no. Este estado de cosas se prolongó durante cuatro años, durante los cuales el rey preguntaba por Sofía y sus hijos casi todos los días. Transcurridos los cuatro años mandó que se le diesen joyas, sedas, vestidos y grandes riquezas y recomendó que se diese a los dos niños una buena educación y cultura.

Todo esto ocurría sin que Sarkán supiese que su padre, Umar al-Numán, había tenido otro hijo varón; sólo conocía el nacimiento de Daw al-Makán. Así transcurrieron los días y los años durante los cuales él estuvo ocupado en combatir a los valientes y en competir con los caballeros. Cierto día en que Umar al-Numán estaba sentado, entraron los chambelanes, besaron el suelo delante de él y dijeron: « ¡Rey! Acaban de llegar los mensajeros del rey de los griegos, señor de la gran Constantinopla, que desean obtener de ti una audiencia y presentarse ante ti. Si el rey da su permiso los haremos pasar y en caso contrario los despacharemos, pues sus órdenes son indiscutibles» .

El rey mandó que los hiciesen pasar. Cuando los tuvo delante los acogió bien, les permitió que se acercasen y les preguntó el porqué de su llegada. Besaron el suelo delante de él y le dijeron: « ¡Excelso rey! ¡Poderoso señor! Sabe que nos ha enviado el rey Afridún, dueño de los países griegos y de los ejércitos cristianos que reside en el reino de Constantinopla. Te informa de que sostiene una guerra enconada con el insolente y tiránico señor de Cesarea. Ha motivado esta lucha el que un rey de los árabes encontró en una de sus expediciones un tesoro muy antiguo, de la época de Alejandro. Sacó de él tan grandes riquezas que no pueden ni enumerarse ni contarse. Entre las muchas cosas que encontró había tres amuletos redondos, del tamaño de un huevo de avestruz. Estaban hechos de las piedras más preciosas, más puras y tan rutilantes como no se han visto iguales. En cada amuleto había una inscripción, en letras griegas, de carácter mágico y esotérico. Cada uno tenía propiedades y virtudes sobrenaturales, entre otras que todo recién nacido al que se le colocase en el cuello uno de ellos no le alcanzaría ningún dolor, inflamación o fiebre mientras llevase puesto el amuleto.

» Cuando el soberano árabe se apoderó de ellos y cuando supo las virtudes que encerraban, despachó unos mensajeros al rey Afridún que le llevaron presentes, regalos, riquezas y, además, los tres talismanes. Aparejaron dos embarcaciones: en una iban las riquezas y en la otra los soldados que debían custodiar estos dones durante la travesía, evitando cualquier sorpresa. Sabía que nadie iba a atacarlas dado que él era el rey de los árabes y además porque la derrota de los navíos que transportaban los regalos quedaba dentro de las aguas

jurisdiccionales de Bizancio, puesto que todas las costas pertenecían a sus súbditos. Los dos navíos aparejaron y navegaron hasta llegar cerca de nuestro país. Entonces los atacaron los piratas de aquellas tierras, entre los cuales figuraban los soldados del señor de Cesarea. Se apoderaron de todo lo que transportaban los dos navíos: regalos, riquezas, tesoros y además de los tres talismanes y dieron muerte a los equipajes. Nuestro rey, al enterarse, mandó contra ellos un ejército, pero lo derrotaron; mandó otro más fuerte, pero también lo vencieron. Ante esto nuestro soberano se indignó y juró que saldría contra ellos en persona y con todos sus ejércitos y que no regresaría hasta haber destruido Cesarea, haber arrasado su territorio y haber aniquilado todas las ciudades que obedecen a su rey. Desea que el fuerte, el sultán, el rey Umar al-Numán le auxilie con su ejército y se cubra de gloria. Nuestro rey nos ha enviado a ti con regalos de todas clases; espera que los aceptes y que le ayudes» .

Los mensajeros besaron el suelo delante del rey Umar al-Numán…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después de haberlo informado le enumeraron los regalos que llevaban: cincuenta esclavas jóvenes de la mejor sociedad de Bizancio, cincuenta mamelucos vestidos con túnicas de brocado y con cinturones de oro y plata. Cada mameluco llevaba en la oreja un anillo de oro que tenía engarzada una perla que bien valdría mil mizcales de oro; las esclavas también lo llevaban y vestían ropas carísimas. El rey se alegró al contemplarlos y mandó que se tratase bien a los mensajeros.

Pidió consejo a los ministros acerca de lo que debía hacer. Uno de ellos, muy anciano, que se llamaba Dandán, se levantó, besó el suelo delante del rey Umar al-Numán y dijo: « ¡Rey! Lo mejor que puedes hacer es preparar un ejército numeroso, nombrar como jefe a tu hijo Sarkán y quedar todos nosotros bajo sus órdenes. Esta opinión es buena por dos razones. Primero: porque el rey de Bizancio ha pedido tu protección enviándote regalos y tú los has aceptado; segundo: porque el enemigo no se atreverá a atacar a nuestro país y cuando tu ejército haya defendido al rey de Bizancio y haya vencido a sus enemigos, todo el mérito de la campaña será atribuido a tus soldados; su fama se extenderá por todos los países y todas las regiones y cuando la noticia llegue a las islas del mar y se enteren de ella los habitantes del Occidente se apresurarán a entregarte regalos, dones y riquezas» .

El rey, una vez hubo oído las palabras de su ministro Dandán, pensó que el consejo era justo, le gustó, le regaló un vestido de honor y le dijo: « Gentes como tú son las que deben aconsejar a los reyes. Es necesario que tú mandes la vanguardia del ejército y que mi hijo Sarkán se mantenga en la retaguardia» . El

rey mandó llamar a su hijo y una vez éste estuvo delante de él le refirió lo ocurrido, lo informó de lo que habían dicho los mensajeros y el consejo que le había dado el ministro Dandán. Le mandó que se equipase y se dispusiese a partir, que no desobedeciese al visir Dandán y que siguiese sus consejos; le mandó que escogiese entre sus tropas diez mil caballeros perfectamente equipados y resistentes a la fatiga.

Sarkán observó todo lo que su padre Umar al-Numán le había dicho y escogió inmediatamente los diez mil caballeros; entró en su palacio, cogió grandes riquezas y las repartió entre los soldados diciendo que les concedía un permiso de tres días. Besaron el suelo delante de él y obedeciendo su orden marcharon a equiparse y a preparar sus cosas. Sarkán entró en los depósitos militares y cogió todas las provisiones y armas que necesitaba; después se dirigió a los establos y eligió los caballos más apropiados; reunió otras muchas cosas y transcurridos los tres días las tropas se concentraron en las afueras de la ciudad. El rey Umar al-Numán salió a despedir a su hijo Sarkán; éste besó el suelo delante de su padre, quien le entregó siete cofres llenos de dinero. Después se acercó al visir Dandán y le recomendó que cuidase del ejército de su hijo Sarkán. Aquél besó el suelo delante del rey y le prometió que lo vigilaría.

El soberano volvió al lado de su hijo Sarkán y le insistió en que debía hacer caso de los consejos del visir Dandán en toda clase de asuntos. Se lo prometió y su padre regresó a la ciudad. En seguida Sarkán mandó que los jefes del ejército desfilasen con sus tropas delante de él. Ascendían éstas a diez mil caballeros, sin contar los servicios auxiliares. Puestos ya en orden de marcha, repicaron los tambores, sonaron los añafiles, se desplegaron las banderas, que tremolaron por encima de las cabezas, y emprendieron el camino. Se detuvieron para descansar y dormir a la caída del día, cuando ya estaba encima la noche. Al amanecer volvieron a cabalgar y así siguieron el camino que los mensajeros les mostraban durante un lapso de veinte días.

El día vigésimo primero llegaron, al caer la noche, a un amplio valle cuajado de árboles y plantas. Sarkán mandó hacer alto y dispuso un descanso de tres días. Los soldados se pararon y levantaron las tiendas militares a la derecha y a la izquierda. El visir Dandán desmontó en el centro de aquel valle en compañía de los mensajeros de Afridún, señor de Constantinopla. El rey Sarkán permaneció a caballo un rato viendo cómo se detenían sus tropas y cómo se desparramaban a ambos lados del río. Después dio suelta a las riendas de su corcel, pues quería ir en descubierta por aquel valle y encargarse personalmente de la vigilancia, debido al consejo que le había dado su padre, puesto que ya habían entrado en tierras de los griegos y se encontraban en terreno enemigo.

Después de haber dado orden a sus mamelucos y a su séquito de que acampasen junto al visir Dandán, se fue solo y no se apeó del lomo de su caballo, recorriendo el valle en todos los sentidos, hasta que hubo transcurrido la cuarta

parte de la noche; entonces, cansado y muerto de sueño, no pudo mantenerlo al galope. Tenía por costumbre dormir montado y cuando el sueño lo venció se quedó dormido encima; el caballo siguió andando hasta mediada la noche, en que entró en un bosque que tenía muchos árboles. Sarkán no se despertó hasta que el caballo repiqueteó con sus cascos en la piedra. Entonces se desveló, vio que estaba en medio de un bosque, que la luna había salido y que irradiaba su luz desde el oriente hasta el occidente. Admirado de verse en aquel lugar, pronunció una frase que no sonroja a quien la dice, puesto que exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!» Quedó perplejo, temeroso de las fieras y sin saber hacia dónde dirigirse. Vio que la luna iluminaba un prado que bien podría ser uno de los del paraíso. Oyó unas palabras muy hermosas, una voz fuerte y una risotada capaz de arrancar el entendimiento a los hombres.

El rey Sarkán descabalgó entre los árboles y echó a andar hasta que pudo distinguir un río. Contempló el fluir del agua y oyó decir en árabe a una mujer: « ¡Por el Mesías! Eso no es nada elegante por vuestra parte. A la que diga una palabra la he de derribar y he de atarle las manos al cuerpo» . Todo esto ocurría mientras Sarkán seguía avanzando en la dirección de la voz. Así llegó hasta el borde del bosque y desde aquí divisó el río que murmuraba, los pájaros que gorjeaban, las gacelas que dejaban verse, las fieras que pastaban y los pájaros que con sus cantos parecían querer explicar en qué consistía la felicidad. Aquel sitio estaba cubierto por plantas de toda clase, conforme se dice en estos dos versos compuestos para describir un lugar parecido:

La tierra no es bella si no florece; el agua corre, copiosa, por su superficie.
Es obra de Dios, el Excelso, que da todos los dones y concede todos los beneficios.

Sarkán se fijó y vio que en aquel lugar había un convento en cuyo interior se distinguía una almena que se remontaba por los aires a la luz de la luna y de cuyo centro brotaba el río que regaba aquellos jardines. En éstos había una mujer que tenía delante diez esclavas que parecían lunas, que iban vestidas con sedas y brocados que dejaban perpleja la vista. Todas eran vírgenes hermosísimas, tal cual se las describe en estos versos:

El prado resplandece con las grandes beldades que lo ocupan.
Su hermosura crece por la belleza de quienes están con él.
Todas son esbeltas, erguidas, coquetas, cariñosas.
Tienen los cabellos sueltos que parecen zarcillos de parra.
Seductoras, sus ojos lanzan dardos.
Andan cimbreándose y asesinan a los hombres más valientes.

Sarkán descubrió en el grupo de las diez jóvenes una que se asemejaba a la luna cuando alcanza su plenitud: cejas escasas, frente luminosa, largas pestañas y aladares que eran escorpiones[50]. Era perfecta por sí misma y por su aspecto. Era comparable a la que describe el poeta en estos versos:

> Ella echa unas miradas portentosas; su talle avergüenza a las lanzas.
> Se nos muestra con dos mejillas sonrosadas y con unas líneas que encierran todas las bellezas.
> Sus cabellos, sumergidos en la luz de su rostro, parecen la noche que preludia una aurora de alegrías.

Sarkán la oyó decir a las jóvenes: « ¡Acercaos a luchar conmigo antes de que desaparezca la luna y llegue la aurora!» Una a una se fueron acercando y las fue revolcando en seguida por el suelo y atándoles las manos a la cintura; no paró de luchar con ellas hasta haberlas derribado a todas. Entonces una vieja que estaba delante se volvió hacia la joven y le dijo indignada: « ¡Desvergonzada! Te alegras por haber revolcado a estas jóvenes, cuando yo, que soy vieja, las he vencido cuarenta veces. ¿Cómo has de alegrarte de tus fuerzas? Si eres valerosa, lucha conmigo. Si quieres hacerlo, si te acercas, yo también me aproximaré y te meteré la cabeza entre tus piernas» . La joven sonrió por fuera mientras por dentro estaba llena de indignación. Se acercó a la anciana y le preguntó: « Señora Dat al-Dawahi. ¡Por el Mesías! ¿Lucharás conmigo de veras o en broma?» « Pelearé de veras.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [entonces dijo la joven:] « ¡Acércate a luchar si es que tienes fuerzas!» Cuando la vieja la oyó pronunciar estas palabras se indignó de mala manera y los pelos se le irguieron por encima de la piel como si fuese un erizo. La joven también se acercó, pero la vieja le dijo: « ¡Por el Mesías, desvergonzada! No lucharé contigo a no ser que esté desnuda» . La vieja, después de haberse desatado los vestidos, cogió un pañuelo de seda, metió las manos por debajo de ellos, lo colocó encima del cuerpo, lo anudó y lo ciñó a su cintura. Parecía que fuese una rusalca pelada o una serpiente manchada. Inclinándose hacia la joven le dijo: « ¡Haz lo mismo que yo he hecho!»

Todo esto sucedía sin que Sarkán apartase la vista de las dos; empezó a pensar en el feo aspecto de la vieja y a reírse de ella. Cuando ésta hubo hecho eso la joven se preparó lentamente: cogió una toalla yemení y la plegó por dos veces.

Se quitó los zaragüelles y dejó ver dos piernas de mármol encima de las cuales había un montículo de cristal erguido y redondeado; un vientre cuya piel exhalaba olor a almizcle como si estuviera recubierto de anémonas; el pecho tenía dos senos que parecían granadas. Se acercó a la vieja y se cogieron una a otra.

Sarkán elevó su cabeza al cielo pidiendo a Dios que la joven la venciese. Aquélla se deslizó debajo de ésta, colocó la mano izquierda en su ingle y la derecha en el cuello, la estrechó con fuerza y la levantó con las dos manos, la vieja se escurrió de sus brazos para escapar, pero se cayó de espaldas y, al tiempo que levantaba los pies hacia arriba mostrando los pelos del pubis a la luz de la luna, soltó dos pedos muy sonoros. Uno levantó polvo del suelo y el segundo extendió una humareda por el aire.

Sarkán se rió de tal modo, que se revolcó por el suelo. Después se levantó, desenvainó la espada, miró a la derecha y a la izquierda y no vio más que a la vieja tendida de espaldas. Se dijo: « No mintió quien te llamó Dat al-Dawahi[51]» . Se acercó a las dos para oír lo que decían. La joven se aproximó a la vieja y le echó por encima un trapo de seda fina, la ayudó a ponerse los vestidos y se disculpó diciendo: « Señora Dat al-Dawahi: yo sólo quería derribarte en el suelo, no lo que ha sucedido. Pero tú te has escapado de mis manos. ¡Loado sea Dios, que ha evitado que te hicieras daño!» La vieja no le contestó, se puso de pie y se marchó avergonzada, y no paró de andar hasta perderse de vista; las jóvenes que estaban atadas seguían tumbadas en el suelo mientras que la vencedora era la única que se mantenía de pie.

Sarkán se dijo: « Todo lo que sucede tiene una causa. Si el sueño, si el corcel me ha traído hasta este sitio, ha sido para mi bien; tal vez esta joven sea mi botín» . Montó a caballo, le espoleó y echó a correr, llevándolo como si fuese la flecha que parte del arco. Empuñaba en la mano la espada desenvainada. Gritó: « ¡Dios es grande!» La joven, al verlo, corrió hacia el borde del riachuelo, que tenía una anchura de seis brazas, y dando un gran salto fue a caer en la orilla opuesta. Después, poniéndose de pie, preguntó en voz alta a su perseguidor: « ¿Quién eres? Has interrumpido nuestro regocijo y cuando has desenvainado la espada parecía que condujeses un ejército al asalto. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? Sé sincero al hablar, pues sólo la sinceridad podrá serte útil: no mientas, pues la mentira es propia de los seres innobles. Seguramente has perdido esta noche el camino y así has llegado a este sitio, del cual, si consigues salvarte, habrás obtenido el mayor de los beneficios. Sabe que te encuentras en un valle en el cual bastaría un solo grito mío para que apareciesen, al instante, cuatro mil forzudos guerreros; dime lo que quieres, y si deseas que te indique el camino, te lo mostraré; si buscas socorro, te lo concederé» .

Una vez oídas estas palabras, Sarkán contestó: « Soy un musulmán, un extranjero; esta noche he salido solo, en busca de botín, y en esta noche de luna

no encuentro ninguno otro mejor que estas diez muchachas. Por consiguiente, las voy a coger y a conducirlas junto a mis amigos». « Sabe que aún no has conseguido el botín y que esas muchachas, ¡por Dios!, no son tu presa. ¿No te he dicho que el mentir es repugnante? ¡Por el Mesías! Si no tuviese que ser la causa de tu muerte daría un grito tal que haría brotar del suelo, alrededor de ti, caballos y caballeros; pero tengo compasión de los extranjeros; sin embargo, si quieres intentar obtener botín te propongo que te apees del caballo, que me jures, según tu religión, que no te acercarás a mí con ninguna arma y que nos mediremos en lucha singular. Si tú consigues ponerme de espaldas en el suelo, colócame en tu corcel y llévanos a todas como botín; pero si soy yo quien vence, deja que disponga de ti a mi placer. Pero me lo has de jurar, pues temo que me engañes, y la experiencia de los antiguos enseña que si el engaño es un defecto de la naturaleza, el tener confianza en todo es una debilidad. Si me lo juras, me acerco y voy a tu lado.»

Sarkán, ansioso de poseerla, se dijo: « Ésta no sabe lo fuerte que soy». Respondió: « Hazme jurar sobre aquello que más confianza te inspire que no me acercaré a ti para nada, hasta que tú no estés preparada y me invites a aproximarme para la pelea. Entonces me aproximaré: Si me vences, tengo dinero más que suficiente para rescatarme; si salgo vencedor, este solo hecho será para mí el mayor botín» . « Acepto las condiciones.» « Y yo también, por el Profeta, al que Dios bendiga y salve.» La joven le dijo: « Ahora jura por Aquel que ha dado la vida a los cuerpos y ha promulgado las leyes divinas» . Sarkán prestó el juramento que ella le exigía y ésta le venció.

La joven, al verlo, se alejó y le dijo: « ¡Vete con tus compañeros antes de que llegue la aurora! Es posible que los patricios vengan y te cojan en la punta de sus lanzas. Si no tienes fuerza para defenderte de las mujeres, ¿cómo has de hacer frente a hombres aguerridos?» Sarkán, perplejo, le dijo al ver que se alejaba en la dirección del convento: « ¡Señora! ¿Te vas y dejas abandonado al amante apasionado, al que tiene el corazón destrozado?» Ella se volvió, riendo, hacia él y le preguntó: « ¿Qué quieres? Responderé a tus súplicas» . « ¿Cómo después de haber hollado tu tierra y disfrutado de la dulzura de tu gracia he de regresar sin comer de tu mesa cuando soy uno de tus criados?» « Sólo los viles niegan la hospitalidad. Sé bien venido en el nombre de Dios: monta en tu corcel y echa a andar al lado del río, a mi lado, pues eres mi huésped.»

Sarkán se alegró, se dirigió a su corcel, montó y no paró de andar, siguiendo a la joven, hasta que llegaron a un puente de madera de almendro reforzado con cadenas de acero y barreras de ganchos. Sarkán dirigió la vista al puente y vio que aquellas esclavas qué habían combatido con la doncella estaban contemplándole inmóviles. Cuando ésta se acercó dijo en griego a una de ellas: « ¡Vamos! ¡Muévete! Coge las riendas de su corcel y condúcelo al convento» . Sarkán siguió andando siempre precedido por la doncella y así cruzó el puente. Su

cerebro estaba perplejo ante lo que veía. Se dijo: « ¡Ojalá estuviese conmigo aquí el visir Dandán para poder ver tan hermosas esclavas!» Volviéndose hacia la joven exclamó: « ¡Oh, portento de hermosura! Ahora que te soy doblemente inviolable —primero por la amistad y segundo porque entro en tu casa—, acepto ser tu huésped. Estoy bajo tu amparo y bajo tu protección. ¡Ah, si tú me concedieses el favor de acompañarme a las tierras del Islam! Verías que soy un león valeroso y sabrías quién soy yo» .

Al oír estas palabras se enojó con él y le dijo: « ¡Por la verdad del Mesías! Te tenía por inteligente y sensato, pero ahora me doy cuenta de que tu corazón sólo encierra maldad. ¿Cómo te atreves a dirigirme palabras llenas de perfidia? ¿Cómo he de hacer eso cuando sé que si llegase a la corte de vuestro rey, Umar al-Numán, no conseguiría escapar de él? En sus palacios no hay nadie que pueda compararse conmigo, a pesar de ser el señor de Bagdad y del Jurasán; de haber construido doce alcázares, cada uno de los cuales contiene trescientas sesenta concubinas, o sea, tantas como días tiene el año, mientras que el número de aquéllos es el de los meses. Si llegase a caer en su poder no me soltaría, puesto que vuestra fe os permite disponer de los de mi religión: en vuestros libros se dice: "…y lo que poseen vuestras diestras". ¿Cómo te atreves a hablarme así? Y eso que has dicho de que vería la valentía de los musulmanes…, ¡por la religión del Mesías! Dices algo que no es verdad.

» He visto cómo vuestros soldados se acercaban a nuestra tierra y a nuestro país durante estos dos últimos días. Vuestra organización es impropia de los reyes; no sois más que una masa amorfa. Y respecto de eso que dices de que me enteraría de quién eres, he de decirte que el bien que te hago no se lo debes a tu rango, sino a mi vanagloria. Un hombre como tú no dice estas cosas a quien tiene mi categoría; ni aunque fueses el mismo Sarkán, hijo del rey Umar al-Numán, que anda por estos lugares» .

Sarkán se dijo: « Tal vez se haya enterado de la llegada del ejército, sepa que consta de diez mil caballeros y que mi padre me ha enviado en ayuda del rey de Constantinopla» . Dirigiéndose a ella dijo: « ¡Señora! Te conjuro por la religión que profesas a que me refieras la causa de esto, a fin de que yo pueda distinguir la verdad de la mentira y sobre quién debe caer la responsabilidad de todo.» « ¡A fe mía! Si no fuese porque temo descubrir que soy una mujer cristiana, yo misma me lanzaría al campo, vencería a los diez mil caballeros, mataría a su almocadén, el visir Dandán, y obtendría la victoria sobre su paladín, Sarkán, y no me avergonzaría de ello. He leído libros, he estudiado la cultura árabe y no tengo por qué hablarte de mi valentía después de que has visto mi bravura, la fuerza y la habilidad que me distinguen en la pelea. Si en lugar tuyo hubiese venido esta noche Sarkán y se le hubiese dicho que saltara el riachuelo, no se habría atrevido y habría reconocido su incapacidad. Ruego al Mesías que me lo traiga ante este convento con el fin eje poder salir a su encuentro, con vestidos de hombre, y

poder aprisionarlo y meterlo en cadenas.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que una vez hubo terminado este discurso, Sarkán, que lo había escuchado atentamente, herido en su amor propio, pero del amor guerrero y del celo propio de los héroes, estuvo a punto de revelar su identidad y de desafiarla, pero se abstuvo al considerar su belleza y su extraordinaria hermosura y recitó este verso:

> Cuando la hermosura nos causa una sola ofensa, sus propios encantos le facilitan mil intercesores.

Ella subió llevando a Sarkán en pos suyo. Así éste pudo contemplar cómo sus nalgas se entrechocaban como si fuesen las olas del mar cuando está enfurecido. Recitó estos versos:

> Su rostro es un intercesor que borra todas las penas que causa; siempre que interviene obtiene éxito.
> Cuando la contemplas gritas impresionado: «La luna llena ya ha aparecido».
> Aunque el *efrit* de Bilqis[52] se midiese con ella, sería el vencido a pesar de su gran fuerza.

Así fueron andando hasta llegar a una puerta de medio punto cuyo arco era de mármol. La joven la abrió y Sarkán la siguió en el interior: se encontraba en un largo corredor abovedado que descansaba sobre diez arcos; encima de cada uno de ellos había una lámpara de cristal que irradiaba una luz tan clara como la del sol. Las esclavas salieron a recibirla por el otro extremo del corredor llevando velas aromáticas y luciendo en su cabeza cintas incrustadas de todas clases de piedras preciosas.

La joven siguió avanzando precedida por aquéllas y seguida por Sarkán: así llegaron hasta el convento, en cuyos claustros había una serie de lechos dispuestos unos enfrente de otros; cada uno estaba cubierto por cortinas bordadas en oro. El suelo estaba recubierto por toda clase de mármoles policromados y en el centro tenía un estanque en el cual había veinticuatro botellas de oro; el agua que salía parecía de plata.

Sarkán vio en la testera un lecho recubierto por regias sedas. La joven le dijo: «¡Señor mío! Sube a ese lecho». Sarkán se instaló encima, las esclavas se

marcharon y la joven desapareció. Preguntó por ella a uno de los criados y éste le respondió: « Se ha ido a su lecho. Nosotros estamos aquí para servirte conforme nos ha mandado» . Más tarde la joven le llevó comida de todas clases y él comió hasta hartarse. En seguida le acercaron la jofaina y el aguamanil de oro. Se lavó las manos algo distraído pensando en su ejército, al cual no sabía qué le había podido ocurrir; pensó también en el poco caso que había hecho del consejo de su padre, y sin saber cómo comportarse, arrepintiéndose de lo que había hecho, pasó la noche, llegó la aurora y se hizo de día sin que él dejase de reprocharse por lo ocurrido; sumergido en estas ideas recitó estos versos:

No me ha faltado la resolución, pero en este asunto he sido desgraciado; ¿cuál será mi escapatoria?
Si hubiese quien fuera capaz de apartar de mí al amor, me libraría con mi fuerza y con mi esfuerzo.
Pero mi corazón se ha extraviado en las sendas del amor. En Dios confío en mi aflicción.

Apenas había terminado de recitar estos versos vio acercarse un cortejo: se fijó en él y pudo distinguir más de veinte esclavas que parecían lunas; entre ellas estaba la joven, que parecía la luna llena rodeada de estrellas. Vestía un regio brocado al que sujetaba un cinturón de pedrería que le ceñía el talle y hacía resaltar sus caderas que parecían dos montículos de cristal debajo de una varita de plata; sus senos parecían dos granadas. Poco faltó para que Sarkán, al verlo, perdiese el conocimiento de alegría y olvidase al ejército y al ministro. Miró la cabeza de la joven y vio que llevaba una redecilla de perlas separadas entre sí por toda suerte de pedrerías. Las esclavas avanzaban a su derecha y a su izquierda llevando la cola de su traje y la joven se acercaba balanceándose de alegría. Sarkán se puso de pie de un salto y admirado de tanta beldad exclamó: « ¡Qué cintura!» , y recitó estos versos:

Tiene amplias caderas, avanza bamboleándose: es una jovenzuela de senos erguidos.
Oculta la pasión que la corroe; yo no escondo lo que hay en mí.
Sus esclavas avanzan en pos de ella: parece un soberano de ilimitada autoridad.

La joven se quedó con la mirada fija en él durante largo rato y reiteró esta mirada hasta convencerse de que lo había reconocido. Le dijo: « Desde que has llegado aquí este lugar resplandece contigo, Sarkán. ¿Cómo has pasado la noche, oh valiente, desde que me he ido y te he dejado solo? —Añadió—: La mentira,

en boca de los reyes, constituye un defecto y una infamia; también lo es, y muy especialmente, en los magnates de los reyes. Tú eres Sarkán, el hijo de Umar al-Numán; no niegues ni tu identidad ni tu alto rango; no me ocultes lo que te ha ocurrido y hazme escuchar, únicamente, la verdad. La mentira engendra el odio y la enemistad. Ya que el destino lo ha dispuesto, debes aceptarlo y resignarte» .

Ante estas palabras le era ya imposible continuar negando, por lo que la informó de todo. Le dijo: « Yo soy Sarkán, hijo de Umar al-Numán. La suerte me ha castigado y me ha hecho caer en este sitio. Ahora haz conmigo lo que quieras» . La joven fijó la mirada en el suelo durante largo rato.

Después, volviéndose hacia él, le dijo:

« Tranquilízate y descuida: eres mi huésped y has compartido conmigo el pan y la sal, la conversación y las confidencias. Estás, pues, bajo mi protección y mi amparo. Quédate tranquilo, pues, ¡por la fe del Mesías!, aunque todas las gentes de la tierra quisiesen causarte daño, no te alcanzarían antes de que yo hubiese muerto en tu defensa, ya que estás bajo la protección del Mesías y la mía propia» .

Se sentó a su lado y lo distrajo hasta que cesó en él todo temor y comprendió que si lo hubiese querido matar ya lo hubiese hecho la noche anterior. Después la joven dijo algunas palabras en griego a una esclava y ésta se marchó para regresar al cabo de un rato con el servicio para beber vino y con una mesa repleta de comida. Sarkán se abstuvo de comer, pues se dijo que tal vez el guiso estuviese envenenado. La joven se dio cuenta de lo que pasaba en su interior, por lo que, dirigiéndose a él, le dijo: « ¡Por el Mesías! No hay nada de eso. La comida no tiene nada de lo que sospechas. Si hubiese querido matarte, ahora ya estarías muerto» .

Se acercó a la mesa y comió un bocado de cada uno de los guisos. Entonces, Sarkán empezó a comer y la joven, muy contenta por esto, lo acompañó hasta que ambos quedaron satisfechos. Después, una vez lavadas las manos, ella se levantó y mandó a una esclava que acercase los perfumes y el servicio de bebidas: copas de oro, de plata y de cristal y toda una serie de vinos exquisitos. La muchacha acercó todo lo que se le había pedido y la joven llenó primero una copa y la vació antes que él, igual como había hecho en el momento de la comida; después llenó otra y se la dio. Él la vació a su vez. Le dijo: « ¡Musulmán! ¡Mira en qué vida más dulce y más alegre te encuentras!» No paró de beber y de escanciar a Sarkán hasta que éste perdió la razón…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sarkán perdió la razón] borracho de vino y ebrio de amor. La joven dijo a una esclava: « ¡Marchana! ¡Tráenos algún

instrumento de música!» « En el acto.» Desapareció un instante y regresó con un laúd damasceno, un címbalo persa, una flauta tártara y un arpa egipcia. La esclava cogió el laúd, lo acordó poniendo tensas las cuerdas y acompañándose con él cantó estos versos con una voz dulce, más suave que el céfiro y más agradable que el néctar; moduló a la perfección:

Dios perdone a tus ojos toda la sangre que han vertido y todas las flechas que han lanzado tus miradas.
Canto a un enamorado incapaz de apiadarse o tener clemencia y que maltrata a quien le ama.
¡Feliz sea el ojo que, por ti, se ha desvelado! ¡Bendito sea el corazón que está enamorado de ti!
Puedes atreverte a matarme: eres mi dueño y con mi propia vida redimo de su sentencia al juez.

En seguida se incorporó una de las jóvenes con un instrumento y recitó en griego unos versos que conmovieron a Sarkán; después cantó la joven que era su dueña. Preguntó: « ¡Musulmán! ¿Has comprendido lo que he dicho?» « No, pero me ha impresionado tu arte.» Se puso a reír y le dijo: « Si cantase en árabe, ¿qué harías?» « Perdería la razón.» Tomó un instrumento, cambió los tonos y recitó estos versos:

El sabor de la separación es amargo, pero ¿se puede soportar?
Tres cosas me han ocurrido: estar alejada, separada y abandonada.
Amo a un galán que, con su beldad, me ha cautivado, pero la separación es amarga.

Concluidos los versos dirigió la mirada a Sarkán y vio que éste estaba fuera de sí. Se distrajo un rato entre ellas, pero después volvió a recordar la canción y se emocionó de nuevo. La joven y Sarkán volvieron a beber y no dejaron de entretenerse y divertirse hasta que el día se extinguió y la noche extendió el ala de la tiniebla. Entonces ella se marchó a su dormitorio y cuando Sarkán preguntó dónde estaba le respondieron: « En su habitación» . « ¡Dios la guarde y la proteja!» , contestó.

Llegada la mañana una joven se le acercó y le dijo: « Mi señora te reclama a su lado» . Siguió a la joven y cuando se aproximaron a la habitación de su señora, fue recibido por las esclavas al son de adufes y de cantos. Así llegó a una gran puerta de marfil incrustada de perlas y pedrería; la cruzó y se encontró en una amplia casa en cuya testera había un salón tapizado con sedas de todas clases; tenía a su alrededor una serie de ventanas abiertas que miraban hacia un fondo

de árboles y riachuelos. Había en la casa unas estatuas que, al darles el aire, parecía que hablasen gracias a determinados artificios.

La joven estaba sentada y las contemplaba, pero apenas vio a Sarkán se acercó a él, lo cogió de la mano, lo hizo sentar a su lado y le preguntó cómo había pasado la noche. Respondió deseándole toda suerte de prosperidades.

Después se sentaron para conversar. Le preguntó: « ¿Sabes alguna cosa de aquellos que aman y son esclavos de la pasión?» « Sí; sé algunos versos.» « Deja que los oiga.» Recitó:

¡No! No revelaré el amor de Azza ya que ella me ha exigido promesas y juramentos.
Soy temeroso y esclavo: aquellos a los que conozco están sentados, llorando por temor del tormento.
Si oyesen, como yo he oído, sus palabras, caerían arrodillados y se prosternarían ante Azza[53].

Al oírlos la joven dijo: « El autor es muy elocuente y un buen retórico. En especial cuando describe a Azza en estos dos versos:

Si la belleza de Azza debiera compararse con la del sol de la mañana, aquélla sería la vencedora.
Hay mujeres que han intentado hacerme ver los defectos de Azza. ¡Transforme Dios sus mejillas en la suela de sus sandalias!»

La joven siguió: « Se dice que Azza era muy hermosa, perfecta. —Añadió—: ¡Hijo del rey! Si sabes algún verso de Chamil, recítamelo» . « Sé más de uno.» A continuación recitó:

Tú quieres matarme; eso es lo único que buscas, pero yo no tengo más deseo que el tuyo y te quiero.

Cuando ella oyó esto le dijo: « Dices bien, hijo del rey. Pero ¿qué querría hacer Azza con Chamil[54] para que él llegase a recitar el hemistiquio “Tú quieres matarme; eso es lo único que buscas”?» « Señora —respondió Sarkán—, querría hacer con él lo mismo que tú quieres hacer conmigo pero que no acaba de satisfacerte.» Se echó a reír de lo que le decía Sarkán y no dejaron de beber hasta que desapareció el día y llegó la noche con sus tinieblas. La joven, entonces, se levantó y se dirigió a su dormitorio para descansar y lo mismo hizo Sarkán en el suyo hasta la llegada de la aurora.

Cuando se despertó se acercaron a él las jóvenes con los adufes y los

instrumentos de música, como era su costumbre. Besaron el suelo delante de él y le dijeron: « Nuestra señora te invita a que la visites» . Sarkán se incorporó y echó a andar. Las jóvenes lo rodearon tocando los tambores y los instrumentos de música y salieron de su habitación para entrar en otra mayor que la del día anterior. Estaba tan llena de estatuas, de figuras de pájaros y de animales, que es imposible describirla. Sarkán, maravillado al ver cómo estaba arreglado aquel sitio, recitó estos versos:

Mi vigilante ha cosechado los frutos de los collares de perlas que, engarzadas en el oro, adornan las gargantas de las mujeres;
fuentes de agua de las que manan lingotes de plata; mejillas de rosa en rostros de topacio.
Parece como si las violetas hubiesen imitado el azul de los ojos que están alcoholados con antimonio.

Cuando la joven vio llegar a Sarkán le salió al encuentro, lo cogió de la mano, lo hizo sentar a su lado y le dijo: « ¡Hijo del rey Umar al-Numán! ¿Juegas bien al ajedrez?» « Sí; pero no seas tú como aquella de la que dice el poeta:

Digo, mientras la pasión me agita y me desgarra, mientras la bebida de la saliva del amor me quita la sed:
“Quien amo ha traído un ajedrez y ha jugado conmigo con las blancas y con las negras sin dejarme satisfecho.
Parece como si el rey tuviese su sitio al lado de la torre e intentase ganar la partida con la reina.
Si me fijase en el significado de sus miradas, sus miradas —oh, gentes— me darían mate”.»

Acercó un ajedrez y jugaron. Sarkán, cada vez que la veía mover una pieza, la miraba a la cara y movía, a su vez, el caballo en lugar del alfil o el alfil en lugar del caballo. Ella reía y le decía: « Si todo tu juego consiste en esto es que no sabes nada» . « Ésta es la primera partida, no la tengas en cuenta.» Cuando lo hubo vencido, colocó de nuevo las piezas y volvió a jugar con ella, pero también lo venció, y así por segunda, tercera, cuarta y quinta vez. Después, volviéndose hacia él le dijo: « En todo resultas vencido» . « ¡Señora! El ser vencido por ti es un honor.» Ella mandó después que acercasen la comida. Comieron y se lavaron las manos; luego dio orden de que acercasen el vino, y bebieron; después cogió el arpa, que tocaba a la perfección, y cantó estos versos:

El tiempo unas veces está cubierto y otras despejado; se parece al plano y

al cilindro.

Bebe en el momento propicio, de buen humor, si eres capaz de no abandonarme.

Así continuaron hasta que llegó la noche y aquel día fue más hermoso que el anterior. Entonces la joven se dirigió a su dormitorio y Sarkán se marchó al suyo, en donde durmió hasta que llegó la mañana. Las jóvenes fueron a buscarlo, según ya era costumbre, con adufes e instrumentos de música y lo condujeron junto a su señora.

Ésta, en cuanto lo vio se incorporó, lo cogió de la mano, lo hizo sentar a su lado y le preguntó cómo había pasado la noche. Él respondió deseándole una larga vida. Después ella cogió el laúd y recitó estos dos versos:

No te dejes llevar por la separación, pues ésta tiene un sabor amargo.

El sol está amarillo en el momento de la puesta por el dolor que le produce la separación.

Mientras estaban así oyeron un alboroto. Miraron para ver qué era lo que ocurría y vieron hombres y niños que se acercaban. La mayoría eran patricios que blandían en sus manos relucientes espadas desenvainadas. Gritaban en griego: « ¡Has caído en nuestro poder, Sarkán! ¡Puedes estar seguro de que vas a morir!» Sarkán, al oír estas palabras se dijo: « Tal vez esta hermosa joven me ha traicionado y me ha entretenido hasta la llegada de sus hombres, los patricios, con los cuales me había amenazado anteriormente. Yo soy el culpable de haberme puesto en peligro de morir». Se volvió hacia la joven para reconvenirla, pero vio que se había quedado extraordinariamente pálida.

De repente se puso en pie de un brinco y se dirigió hacia los soldados preguntando: « ¿Quiénes sois?» El jefe de los patricios contestó: « ¡Noble reina! ¡Perla sin igual! ¿No sabes quién es tu huésped?» « No lo conozco.» « Ése es el devastador de los países, el señor de los caballeros; es Sarkán, hijo del rey Umar al-Numán, que ha conquistado castillos y se ha apoderado de las fortalezas más fuertes. El rey Hardub, tu padre, se ha enterado por medio de la vieja Dat al-Dawahi; tu padre, nuestro rey, está seguro de la identidad gracias a la vieja y tú eres quien has dado la victoria al ejército cristiano al capturar a este temible león.»

Oídas las palabras del patricio, la joven lo miró y le preguntó: « ¿Cómo te llamas?» « Me llamo Masura, hijo de tu esclavo Masura, hijo de Kasirda, patricio de los patricios.» « ¿Cómo te has atrevido a entrar en mi presencia sin permiso?» « ¡Señora! Cuando he llegado a la puerta ningún chambelán ni ningún portero me ha puesto impedimentos; al contrario: todos los porteros me han precedido conforme exige el uso. Si hubiese venido otra persona distinta, le

hubiesen hecho esperar en la puerta hasta que le hubieses concedido permiso para entrar. Pero no es ahora el momento de hablar más de la cuenta: el rey espera nuestro regreso con este rey —que constituye el eslabón que debe encender la brasa del ejército del Islam— para darle muerte: así sus soldados regresarán a sus lugares de origen sin que tengamos que fatigarnos en luchar con ellos.»

Cuando la joven hubo oído estas palabras le dijo: « Tus palabras no son dignas. La vieja Dat al-Dawahi ha mentido y sólo habla por hablar, sin tener idea de la verdad. ¡Por la fe del Mesías! Ese que está conmigo no es Sarkán ni es un prisionero. Es un hombre que ha venido, se ha presentado a nos, ha pedido hospitalidad y se la hemos concedido. Y aunque nos cerciorásemos de que es Sarkán en persona y esto se me confirmase sin lugar a dudas, no consentiría mi honor que os apoderaseis de él, ya que está bajo mi amparo y protección. ¡No me traicionéis en mi huésped ni me afrentéis delante de la gente! Regresa junto al rey, mi padre, besa el suelo delante de él y explícale que la cosa es muy distinta de como le ha referido la vieja Dat al-Dawahi» .

El patricio Masura respondió: « ¡Ibriza! Yo no puedo volver ante el rey sin su enemigo» . Al oír estas palabras exclamó indignada: « ¡Ay de ti! Estas palabras no son propias de ti. Vuelve al rey con mi respuesta y no serás reprendido» . « No regresaré sino con él.» La joven cambió de color y dijo: « No hables más de la cuenta ni alardees; este hombre ha llegado hasta aquí seguro de poder afrontar, él solo, a cien caballeros. Si le preguntas si es Sarkán, el hijo de Umar al-Numán, te contestará que sí. Vosotros no podéis desafiarlo, y si le atacáis no os podréis apartar de él, pues matará a todos los que estáis en este lugar. Él está conmigo y yo os lo presentaré con su espada y con su escudo» .

El patricio Masura contestó: « Si estoy a cubierto de tu ira, no lo estoy a la de tu padre. En cuanto vea a Sarkán, haré un gesto a los patricios y ellos lo cogerán prisionero y lo conducirán, como un esclavo, ante el rey» . Cuando ella oyó estas palabras objetó: « No debéis hacer eso, pues es símbolo de bajeza: él es un solo hombre y vosotros sois ciento. Si queréis atacarle, hacedlo uno después de otro para que el rey pueda ver quién de vosotros es un héroe» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el patricio exclamó: « ¡Por el Mesías! Dices la verdad. Yo he de ser el primero que le salga al encuentro» . « Pues espera a que vaya a verlo, lo informe de lo que ocurre y oiga su respuesta. Si acepta la proposición, así se hará; pero si la rechaza no tendréis ningún medio para apoderaros de él, pues yo misma, quienes están en el convento y las esclavas seremos su rescate.» Fue a ver a Sarkán y le explicó lo

que sucedía. Él sonrió, pues se dio cuenta de que ella no había revelado a nadie su identidad y de que la noticia se había divulgado hasta llegar a oídos del rey sin que ella pudiera evitarlo. Entonces se reprendió a sí mismo diciéndose: « ¿Por qué me habré internado en un país cristiano?» Al comprender las palabras de la muchacha contestó: « Si avanzan uno a uno, su derrota es segura. Pueden atacarme de diez en diez» .

Dicho esto se puso en pie de un salto, empuñó la espada, ciñó la armadura y se lanzó al combate. El patricio al verlo le salió al paso impetuosamente. Sarkán lo esperó como si fuese un león al acecho y le dio un mandoble en el hombro y la espada, chispeante, fue a salir por el vientre. Al ocurrir esto el prestigio de Sarkán aumentó en mucho a los ojos de la joven, que se dio cuenta de que cuando había luchado con él no lo había vencido con su fuerza, sino con su belleza y con su hermosura. Entonces la joven se adelantó hacia los patricios y les dijo: « ¡Vengad a vuestro jefe!» El hermano del difunto, que era un gigante temible, cargó sobre Sarkán, pero éste no le concedió tregua: le dio un mandoble en el hombro y la espada, chispeante, fue a salir por el vientre. La joven exclamó: « ¡Adoradores del Mesías! ¡Vengad a vuestro compañero!»

Así fueron saliendo uno a uno contra Sarkán, que se fue entreteniendo con ellos hasta dar muerte a cincuenta patricios con la espada bajo la mirada de la muchacha. Dios llenó de terror el corazón de los que quedaban: fueron retrayéndose de la lucha sin atreverse a avanzar hacia el paladín. Después, todos a la vez cargaron contra él. Les hizo frente con un corazón más fuerte que la roca hasta que los dejó triturados como si fuesen grano de molienda, hasta que les arrebató los entendimientos y las almas. La joven llamó a sus esclavas y les preguntó: « ¿Hay alguien más en el convento?» « Sólo quedan los porteros.» La reina se dirigió al encuentro de Sarkán, lo cogió en sus brazos y, terminado el combate, subieron juntos al alcázar.

Sin embargo había escapado un pequeño número de guerreros, que se habían escondido por los rincones del convento. La joven, al ver al grupo, se alejó de Sarkán y regresó cubierta de una fina cota de malla, y empuñando una espada india dijo: « ¡Por el Mesías! He de exponer mi vida en defensa de mi huésped y no lo he de abandonar aunque esto haya de deshonrarme en el país de los griegos» . Después contó los patricios y vio que él había matado ochenta y había intimidado a veinte. Al darse cuenta de lo que había hecho con sus enemigos le dijo: « ¡Contigo se ennoblece la caballería! ¡Qué valiente eres, Sarkán!» Él empezó a limpiar la espada de la sangre de los muertos, al tiempo que recitaba estos versos:

¡Cuántas tropas se me han acercado en la guerra! ¡He dejado a sus paladines para pasto de las fieras!

Si queréis luchar conmigo, preguntad a todas las criaturas cómo soy en el

día del combate.

En todas las regiones he dejado tumbados a sus leones en la tierra agostada.

Cuando hubo terminado estos versos, la joven se le acercó, sonriente, y se quitó la cota que llevaba puesta. Le preguntó: « ¡Señora! ¿Por qué te pusiste la cota de malla y empuñaste la espada?» « Para protegerte de aquellos malvados.» La joven llamó a los porteros y les preguntó: « ¿Por qué habéis consentido que hayan entrado en mi castillo, sin mi permiso, hombres del rey?» « ¡Reina! La costumbre nos exime de pedirte permiso cuando se trata de mensajeros del rey y muy en especial si quien viene es el jefe de los patricios.» « Creo que queríais afrentarme dando muerte a mi huésped.» A continuación pidió a Sarkán que les cortase el cuello y éste la complació. Después, volviéndose hacia los restantes criados, les dijo: « Merecían un castigo mucho mayor» .

Dirigiéndose a Sarkán añadió: « Ahora que has sabido lo que te estaba vedado, voy a contarte mi historia. Soy hija de Hardub, rey de los griegos, y me llamo Ibriza. La vieja que se llama Dat al-Dawahi es mi abuela, la madre de mi padre, la que ha informado a mi padre de tu presencia aquí. Ahora ideará cualquier procedimiento para perderme, y más cuando sepa que has dado muerte a los patricios de mi padre y se difunda que yo he favorecido a los musulmanes. Lo mejor sería que yo abandonase este lugar mientras tenga a Dat al-Dawahi en contra de mí; querría que me hicieses el mismo favor que yo te he hecho, porque mi padre y yo nos hemos enemistado. No olvides ninguna de mis palabras, pues tú eres la causa de todo lo que ha ocurrido» . Sarkán perdió el juicio, tal era la alegría que le causaba lo que estaba oyendo; el pecho se le hinchó de orgullo y de satisfacción. Respondió: « ¡Por Dios! Nadie ha de tocarte mientras mi cuerpo conserve el alma. Pero ¿podrás soportar la separación de tu padre y de tus familiares?» « Sí.»

Sapkán se lo hizo jurar y ambos se pusieron de acuerdo en la manera de realizarlo. Ella dijo: « Mi corazón está ya tranquilo, pero aún he de imponerte otra condición» . « ¿Cuál?» « Que regreses con tu ejército a tu patria.» « ¡Señora! Mi padre, Umar al-Numán, me ha mandado para combatir a tu padre a causa de las riquezas de que éste se ha apoderado, entre las cuales se encuentran tres talismanes que tienen muchas virtudes.» La joven contestó: « Tranquilízate y no te preocupes, pues voy a contarte lo ocurrido y te voy a informar de la causa de nuestra enemistad con el rey de Constantinopla. Nosotros celebramos cada año una fiesta llamada “Fiesta del Convento”, en la cual se reúnen las hijas de los reyes de todos los países, las hijas de los magnates y de los comerciantes; éstas permanecen en él durante siete días. Yo soy una de ellas. Cuando nos enemistamos, mi padre me prohibió que asistiese a aquella fiesta durante un período de siete años.

» Cierto año, las hijas de los magnates de todas las regiones se dirigieron desde sus residencias a aquel convento para celebrar en él la fiesta según era costumbre. Entre ellas fue la hija del rey de Constantinopla, que se llamaba Sofía. Permanecieron en el convento durante seis días y el séptimo se marcharon. Sofía dijo que sólo regresaría a Constantinopla por mar. Le prepararon una nave y embarcó en ella con su séquito y, en cuanto desplegaron las velas, zarparon. Mientras navegaban se levantó un fuerte viento contrario que hizo perder la derrota a la nave. Quiso el destino que encontrasen una nave de cristianos de la isla del alcanfor en la que iban quinientos francos perfectamente equipados y armados, que llevaban ya bastante tiempo navegando. Cuando distinguieron la vela de la embarcación en la que iba Sofía y las muchachas de su séquito, se lanzaron rápidamente a su caza y no tardaron ni una hora en alcanzarla: la abordaron con los garfios, la tomaron a remolque y dando trapo se dirigieron hacia su isla, pero no fueron muy lejos, pues el viento cambió de nuevo y después de desgarrarles las velas los condujo a una ensenada y los trajo cerca de nosotros. Vimos que era una buena presa, por lo que los atacamos, los matamos y nos apoderamos de todas las riquezas y cosas preciosas.

» En su navío había cuarenta jóvenes, entre las que estaba Sofía. Cogimos a las muchachas y se las enviamos a mi padre sin saber que entre ellas estaba la hija del rey Afridún, señor de Constantinopla. Mi padre se reservó diez esclavas, entre ellas la hija del rey, y repartió el resto entre sus cortesanos. De las diez separó cinco, entre las que se encontraba la hija del rey, y las envió, como presente, a tu padre Umar al-Numán, acompañándolas de telas y de tejidos de lana y de seda griega. Tu padre aceptó el regalo y escogió para sí, entre las cinco jóvenes, a Sofía, la hija del rey Afridún. A principios del corriente año, éste envió a mi padre una carta en la que, junto a palabras que no hay por qué mencionar, había otras en que le amenazaba y le reprendía.

» Decía: “Hace dos años os apoderasteis de una embarcación nuestra que había caído en poder de una banda de ladrones francos; en ella viajaba mi hija Sofía acompañada por unas sesenta jóvenes; sin embargo, no habéis despachado a ningún mensajero para que me informe. Yo no he podido difundir lo que ha ocurrido, pues hubiese quedado desprestigiado ante los reyes a causa de la desgracia de mi hija. Por esto he callado lo ocurrido hasta este año, en que he podido cerciorarme de la verdad, ya que he escrito a aquellos bandidos y les he pedido noticias de mi hija, encargándoles que averiguasen en manos de qué rey de las islas se encontraba. Me han contestado que ellos no la han sacado de tu territorio”. La carta escrita a mi padre concluía: “Si tu propósito no es incurrir en mi enemistad ni causar mi deshonra ni la de mi hija, apresúrate a devolvérmela en cuanto recibas esta carta. Si haces caso omiso de mis palabras, si desobedeces mi orden, os castigaré por vuestras malas acciones y por vuestro mal comportamiento”.

» Cuando mi padre hubo recibido esta carta, la hubo leído y se hubo hecho cargo de lo que decía, se apesadumbró y se arrepintió de no haber averiguado que Sofía, la hija del rey, estaba entre aquellas jóvenes, pues la hubiese devuelto a su padre. Quedó perplejo ante lo sucedido, pues no podía, después de tanto tiempo, despachar mensajeros al rey Umar al-Numán para reclamarla y más desde que sabía que hacía poco tiempo había tenido hijos con su concubina Sofía, hija del rey Afridún. Cuando nos hubimos cerciorado de esto, nos dimos perfecta cuenta de que la situación era muy grave, ya que mi padre no podía acudir a ninguna argucia para disculparse. Así, pues, contestó al rey Afridún disculpándose y jurándole reiteradamente que no había sabido que su hija se encontraba entre las jóvenes que transportaba aquella embarcación. Después le explicaba que la había enviado al rey Umar al-Numán, con el cual había tenido hijos. Cuando Afridún, rey de Constantinopla, recibió la carta de mi padre, se enfadó, se encolerizó y exclamó:

» "¡Cómo! ¿Mi hija ha podido ser cautivada como una esclava más? ¿Cómo ha podido pasar de un rey a otro? ¿Cómo la han poseído sin celebrar un legítimo matrimonio? ¡Por el Mesías! ¡Por la religión verdadera! No me es posible quedar indiferente en este asunto sin tomar venganza y quitarme esta vergüenza. ¡He de hacer algo de lo que han de hablar las generaciones venideras!" Supo tener paciencia mientras preparaba el engaño y disponía una gran trampa. Después despachó mensajeros a tu padre, Umar al-Numán, y éstos le refirieron lo que tú has oído para que tu padre preparase el ejército que tú mandas y así poderte capturar a ti y a tus hombres. Lo que decía en su carta de los tres amuletos no es cierto, ya que los llevaba su hija Sofía y mi padre se los quitó cuando la cautivó con las restantes esclavas que la acompañaban. Después me los dio a mí y yo soy quien los tiene. Vete junto a tus soldados y hazles retroceder antes de que profundicen en el país de los francos y de los griegos. Si continuáis avanzando, os cortarán los caminos y no podréis escapar de sus manos hasta el día del juicio. Sé que tus soldados están acampados en el mismo lugar en que tú les mandaste que descansasen durante tres días; además te han perdido y no saben lo que hacer.»

Cuando Sarkán hubo oído estas palabras quedó pensativo y preocupado. Después besó la mano de la reina Ibriza y dijo: « ¡Loado sea Dios, que me ha favorecido poniéndote en mi camino y ha hecho que seas la causa de mi salvación y de la de aquellos que me acompañan! Siento apartarme de ti, pues no sé lo que te puede ocurrir después de mi marcha» . « Vete ahora con tu ejército y emprende la retirada. Si los mensajeros aún están con tus soldados, encarcélalos hasta que os refieran la verdad. Estáis cerca de vuestro país y yo os alcanzaré dentro de tres días, de modo que yo estaré a vuestro lado cuando entréis en Bagdad: entraremos todos a la vez.» Sarkán, que estaba a punto de partir, le dijo: « ¡No olvides el pacto que existe entre los dos!» Ella se puso de pie al mismo tiempo que él, para despedirse, abrazarlo y disminuir el dolor de la separación.

Lloró con unas lágrimas que hubiesen derretido a las piedras, y el llanto corrió copioso como la lluvia. Sarkán, al ver el llanto y las lágrimas, sintió que su pasión y su amor aumentaban; lloró a su vez hasta agotar el llanto de los ojos, y recitó estos dos versos:

> Me despedí de ella: con la mano derecha enjugaba mis lágrimas y con la izquierda la estrechaba y la abrazaba.
> Me preguntó: « ¿No te avergüenzas?» Contesté: « El día de la separación es el que constituye el deshonor de los amantes» .

Sarkán se apartó de ella y abandonó el convento. Le acercaron su corcel, montó y se dirigió hacia el puente. Una vez en éste, lo cruzó y echó a andar entre los árboles y más tarde se adentró por una pradera. Aquí le salieron al encuentro tres caballeros: Sarkán se puso en guardia, sacó la espada y se apeó. Cuando los tuvo más cerca lo reconocieron y él los reconoció, ya que se trataba del visir Dandán que iba acompañado por dos príncipes. Al reconocerlo se adelantaron, a pie, y el visir Dandán le preguntó por la causa de su ausencia. Le contó todo lo que le había ocurrido con la reina Ibriza, desde el principio hasta el fin; el visir dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por lo que había oído y Sarkán añadió: « Marchémonos de este país, ya que los mensajeros que nos acompañaban nos han abandonado para ir a informar a su rey de nuestra llegada; no vaya a ser que se apresuren a atacarnos y a hacernos prisioneros» .

Sarkán mandó a su ejército que se pusiese en marcha y todos emprendieron el camino y no pararon de andar a marchas forzadas hasta llegar a la salida del valle.

Por su parte, los mensajeros se habían presentado a su rey y le habían informado de la llegada de Sarkán; aquél había preparado un ejército para hacerlo prisionero junto con sus tropas. Esto es lo que hace referencia a los mensajeros y a su rey.

En lo que se refiere a Sarkán, éste anduvo con sus soldados durante veinticinco días, al cabo de los cuales llegaron a las fronteras de su país; una vez aquí se consideraron seguros y acamparon en esta región para descansar.

Los habitantes de la misma les hicieron presentes en muestra de hospitalidad y les facilitaron el pienso para sus cabalgaduras. Permanecieron dos días, al cabo de los cuales reemprendieron la marcha dirigiéndose a sus hogares. Sarkán, al frente de cien caballeros, quedó en la zaga después de haber mandado al visir Dandán al frente de las tropas restantes. Éste se adelantó una jornada. Por su parte, Sarkán con sus cien caballeros cabalgó durante un par de parasangas hasta llegar a un desfiladero encajonado entre dos montes.

Ante ellos vieron una polvareda y oyeron gran algazara. Detuvieron sus caballos durante un rato y cuando se disipó el polvo pudieron distinguir cien

caballeros de aspecto leonino e imponente cubiertos con las armaduras y cotas de malla. Cuando estuvieron cerca de Sarkán y de sus compañeros les gritaron: « ¡Por la verdad de Juan y de María! ¡Hemos obtenido lo que queríamos! Os hemos seguido a marchas forzadas, día y noche, y hemos podido llegar aquí antes que vosotros. ¡Desmontad, entregadnos vuestras armas, rendíos y os perdonamos la vida!» Sarkán se sonrojó y sus ojos echaron chispas al oír estas palabras. Contestó: « ¡Perros de cristianos! ¿Cómo os atrevéis a cortarnos el paso, a seguirnos hasta nuestro país y a andar por nuestra tierra? ¿No os basta con eso que aún habéis de hablarnos así? ¿Pensáis que podréis escapar a nuestras manos y regresar a vuestro país?»

A continuación dio una voz de mando a los cien caballeros que estaban con él y les dijo: « ¡Coged a esos perros, pues están en el mismo número que vosotros!» Desenvainó la espada y seguido por sus cien hombres cargó. Los francos esperaron con un corazón más firme que la roca y chocaron hombre contra hombre, héroe contra héroe; el combate era encarnizado, los embates violentos, siempre más espantosos; las palabras iban haciéndose cada vez más raras. Continuaron la lucha, los ataques y los golpes hasta que el día se desvaneció y llegó la noche, acompañada de las tinieblas. Entonces se separaron y Sarkán se reunió con sus compañeros: ninguno había sido herido, excepción hecha de cuatro que habían sufrido ligeros rasguños.

Sarkán les dijo: « Durante toda mi vida he navegado por el tempestuoso océano de la guerra, entre el oleaje de las espadas y el combate con los hombres, pero, ¡por Dios!, nunca he encontrado hombres tan resistentes al combate como estos paladines» . Le dijeron: « ¡Rey! Sabe que entre ellos hay un caballero franco, que es su jefe, muy valiente. Da unas lanzadas magníficas, pero siempre que cae uno de nosotros entre sus manos hace ver que no se da cuenta y no le mata. ¡Por Dios! Si hubiese querido matarnos, ya nos hubiese matado a todos» . Al oír esto Sarkán quedó perplejo y dijo: « Mañana formaremos en orden de batalla y les venceremos, pues nosotros somos ciento y ellos otros ciento. Roguemos al Señor del cielo que nos ayude a conseguir la victoria» . Pasaron la noche con este acuerdo. Por su parte, los francos se reunieron alrededor de su jefe y le dijeron: « Hoy no hemos conseguido con ésos nuestro objetivo» . Respondió: « Mañana nos dispondremos en orden de batalla y los venceremos uno tras otro» . Tras de este acuerdo descansaron toda la noche.

Cuando despuntó el día siguiente e irradió su luz; cuando el sol ascendió por encima de los picos de las montañas y de los valles y saludó a Mahoma, joyel de los buenos, el rey Sarkán y sus cien jinetes montaron a caballo y se acercaron en bloque a la palestra. Encontraron ya a los francos formados en línea de combate. Sarkán gritó a sus compañeros: « ¡Nuestros enemigos ya han formado la línea! ¡A ellos!» Pero un pregonero de los francos gritó: « Hoy sólo lucharemos en combate sin-guiar. ¡Que se enfrente uno de vuestros héroes con uno de los

nuestros!» En el acto avanzó uno de los compañeros de Sarkán, se colocó ante las dos filas y gritó: «¿Hay quien quiera contender conmigo? ¿Quién quiere combatir? ¡Que no se acerque quien sea lerdo o impotente!»

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando ya tenía ante sí un caballero franco imberbe, cubierto por su armadura, vestido con una camisa de oro y montado en un corcel gris. Su caballo avanzó hasta colocarse en el centro de la palestra y empezaron a cargar con la espada y con la lanza. Al cabo de un momento una lanzada del franco hizo caer al musulmán del corcel, lo hizo prisionero y lo condujo «humillado». Sus correligionarios se alegraron, le impidieron que volviese a salir al campo y enviaron a otro. Salió contra éste un musulmán que era hermano del prisionero y se plantó, frente a su contrincante, en la palestra. Cada uno de los dos arremetió contra el otro durante un breve instante, pero en seguida el franco cargó haciendo una finta contra el musulmán y dándole con la parte posterior de la lanza lo derribó de su caballo y lo hizo prisionero. Así, sin interrupción, fue saliendo un musulmán después de otro y los francos los fueron haciendo prisioneros hasta que el día se esfumó y llegó la noche con sus tinieblas: habían sido hechos prisioneros veinte musulmanes.

Cuando Sarkán se dio cuenta de esto quedó muy preocupado, reunió a sus compañeros y les dijo: «¿Qué es esto que nos ocurre? Mañana saldré yo al campo, desafiaré al jefe de los francos y procuraré averiguar qué le ha movido a invadir nuestro territorio; le insistiré en que no nos ataque; pero si nos ataca cargaremos en masa, y si quiere acomodarse con nosotros, nos acomodaremos». En esta situación pasaron la noche.

Cuando despuntó el día siguiente e irradió su luz, montaron a caballo las dos tropas y formaron en línea de combate. Sarkán avanzó hasta el centro de la palestra. Vio cómo más de la mitad de los francos avanzaban a pie precediendo a uno de sus caballeros y lo acompañaron hasta llegar al centro del campo. Sarkán lo observó y se dio cuenta de que era el jefe de los cristianos. Llevaba un vestido de raso azul; su cara era como la luna llena cuando sale por el horizonte; se cubría con una cota de malla finísima y empuñaba en la mano una espada india; cabalgaba en un corcel pardo en cuya frente había una mancha blanca del tamaño de un dirhem; este franco era imberbe. Espoleó a su caballo hasta colocarse en el centro de la palestra y señalando a los musulmanes dijo en el más puro árabe: «¡Sarkán, hijo de ese Umar al-Numán que posee fortalezas y países! ¡Acércate a combatir, a luchar y enfrentarte con quien es tu igual en el campo! Pues si tú eres señor de tus súbditos, yo lo soy de los míos. Quien de nosotros venza, será dueño del vencido y de sus compañeros».

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando ya Sarkán, con el corazón lleno de ira, espoleaba a su caballo hasta llegar al lado del franco. Éste cargó sobre él como un león enfurecido y le arremetió como deben hacer los caballeros; empezaron a alancearse y a darse tajos con la espada de tal manera

que en el furor del combate parecía que eran dos montes que chocaban o dos mares que se enfrentaban. Así lucharon, sin parar ni en las cargas ni en los embates desde el principio del día hasta que llegó la noche con sus tinieblas. Entonces el uno se separó del otro y regresó junto a sus hombres. Al llegar al lado de sus compañeros, Sarkán les dijo: « Jamás he visto a alguien semejante a este caballero. He notado que da los golpes de una forma que no he visto en nadie más: cuando en el combate se le ofrece la oportunidad de dar un golpe mortal, cambia la lanza de dirección y golpea con su empuñadura. No sé lo que va a suceder entre nosotros dos, pero me gustaría tener en nuestro ejército hombres semejantes a él y a sus compañeros» . Sarkán quedó dormido.

Llegada la mañana, el franco le salió al encuentro y se colocó en el centro de la palestra. Sarkán cargó contra él, reanudaron el combate con más furor y bravura. Todos los ojos estaban fijos en ellos. No pararon de luchar, atacarse y alancearse hasta que el día se desvaneció y llegó la noche con sus tinieblas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces se separaron y regresaron a sus respectivos campos, en donde cada uno de ellos refirió a sus compañeros lo que le había ocurrido con el enemigo, al cabo de lo cual el franco dijo: « Mañana tendrá lugar la decisión» . Durmieron toda la noche hasta la mañana siguiente, en que ambos montaron a caballo y cargaron el uno contra el otro sin dejar de acometerse hasta el mediodía. En este momento el franco realizó una maniobra: espoleó a su caballo y en seguida, a continuación, tascó la brida, lo encabritó y se dejó tirar al suelo.

Sarkán corrió hacia él dispuesto a rematarlo con la espada, temiendo que, de lo contrario, el combate se hiciese interminable. El franco le gritó: « ¡Sarkán! ¿Así obran los caballeros? ¿Así es como obra el vencido con las mujeres?» Al oír Sarkán las palabras de aquel caballero, se fijó en él y vio que se trataba de la reina Ibriza, con la que le había sucedido lo que le había sucedido en el monasterio. En cuanto la reconoció, soltó la espada y besó el suelo delante de ella. Le preguntó: « ¿Qué te ha movido a hacer esto?» « Quise probarte en el campo y ver tu firmeza en la guerra y en el combate. Todos mis compañeros son mujeres aún vírgenes y han podido vencer a tus caballeros en el ardor de la lucha. Si mi caballo no se hubiese encabritado, hubieses visto hasta dónde llega mi fuerza y mi habilidad.»

Sarkán sonrió al oír sus palabras y exclamó: « ¡Loado sea Dios, que ha hecho que todo termine bien y nos ha reunido, reina del tiempo!» Ésta, Ibriza, dio órdenes a sus esclavas mandándoles ponerse en marcha después de poner en libertad a los veinte prisioneros que habían hecho a las gentes de Sarkán. Las

jóvenes obedecieron sus órdenes y después besaron la tierra delante de ella. Sarkán les dijo: « Vuestros semejantes permanecen al lado de los reyes para los casos de necesidad» .

Después hizo gesto a sus compañeros para que las saludasen y todos, a pie, se adelantaron y besaron el suelo delante de la reina Ibriza, tras lo cual los doscientos caballeros emprendieron la marcha, anduvieron de día y de noche y al cabo de seis días avistaron las casas de la ciudad. Sarkán mandó a la reina Ibriza y a sus esclavas que se quitasen los vestidos de guerreros y se pusiesen los propios de jóvenes cristianas, y así lo hicieron. Después ordenó a sus compañeros que se dirigiesen a Bagdad para informar a su padre, Umar al-Numán, de su llegada, y explicarle que la reina Ibriza, hija del rey de los griegos, venía en su compañía, por lo cual esperaba que mandase que se saliera a recibirlos. Acamparon en el lugar en que se encontraban y pernoctaron en él.

Llegada la mañana, Sarkán y quienes con él estaban montaron a caballo; la reina Ibriza y sus acompañantes hicieron otro tanto y avanzaron hasta la ciudad. El visir, acompañado de mil caballeros, salió a recibir a la reina Ibriza y a Sarkán, cumpliendo las órdenes que le había dado el rey Umar al-Numán, que satisfacía así el ruego que le había hecho su hijo Sarkán. Cuando estuvieron cerca de ambos, se acercaron y besaron el suelo delante de ellos. Después, puesto el séquito al servicio de los dos reyes, montaron todos de nuevo a caballo, y marcharon hasta llegar al palacio y entrar en el alcázar del rey. Sarkán pasó a ver a su padre, el cual se puso de pie para abrazarlo y le preguntó por lo que había ocurrido.

Le contó lo que le había dicho la reina Ibriza, lo que le había sucedido con ésta y cómo había abandonado a su reino y a su padre. Añadió: « Ha preferido acompañarnos y quedarse entre nosotros. El rey de Constantinopla ha querido tendernos una celada debido a lo ocurrido a su hija Sofía. El rey de los *rum* le ha referido toda la historia y le ha dicho que te la había regalado sin saber que era hija del rey Afridún, rey de Constantinopla. Si lo hubiese sabido no te la hubiese regalado, sino que la hubiese devuelto a su padre. No nos hubiésemos librado de esta trampa y celada —añadió Sarkán— de no haber sido por Ibriza, hija del rey de Constantinopla. Jamás he visto a nadie más valiente que ella» .

Así siguió contando a su padre todo lo que le había ocurrido con ella desde el principio hasta el fin y cómo había tenido lugar la lucha y el desafío. La consideración que el rey Umar al-Numán sentía por Ibriza aumentó en mucho cuando hubo oído las palabras de su hijo Sarkán, deseó conocerla personalmente y mandó llamarla para interrogarla. Entonces Sarkán se fue a verla y le dijo: « El rey te llama» . Ella se mostró bien dispuesta y Sarkán la acompañó delante de su padre. Éste estaba sentado en su trono y había despedido a todos los que estaban con él; a su lado sólo habían quedado los criados.

La reina Ibriza besó el suelo al presentarse ante el rey Umar al-Numán y se

expresó con hermosa dicción. El rey, admirado de su elocuencia, le dio las gracias por la forma de comportarse con su hijo Sarkán y le mandó que se sentase. Así lo hizo y se quitó el velo. El rey, al verla, perdió la razón, la acercó hacia sí, la trató con familiaridad, le asignó un palacio para ella y sus jóvenes y le concedió una pensión suficiente para ella y sus compañeras. A continuación preguntó por los tres talismanes mencionados anteriormente. Respondió: « ¡Rey del tiempo! Los tres están en mi poder» . Se levantó, se dirigió a su habitación, abrió un cofre, sacó una cajita y de ésta un joyero de oro. Lo abrió, extrajo los tres talismanes, los besó y los entregó al rey. Al marcharse se llevaba prendido el corazón del rey.

Cuando se hubo alejado, éste mandó llamar a su hijo Sarkán y le dio uno de los tres amuletos. Sarkán le preguntó qué iba a hacer con los otros dos. Contestó: « ¡Hijo mío! Uno lo daré a tu hermano Daw al-Makán y el otro a tu hermana Nuzhat al-Zamán» . Al oír Sarkán que tenía un hermano llamado Daw al-Makán, ya que él sólo conocía la existencia de su hermana Nuzhat al-Zamán, se volvió hacia su padre y le preguntó: « ¡Padre! ¿Tienes otro hijo varón?» « Sí; ahora tiene seis años» , y le explicó que se llamaba Daw al-Makán y su hermana Nuzhat al-Zamán; que ambos eran gemelos. Sarkán tomó a mal esta noticia, pero intentó disimularlo y dijo a su padre: « ¡La bendición de Dios!» A continuación tiró el amuleto que tenía en la mano y se sacudió los vestidos. Su padre le preguntó: « ¿Qué te ocurre que te trastorna de esta manera al oír la noticia? Tú eres el heredero del trono y lo he hecho reconocer así a los grandes del reino. Ése es el talismán que de los tres te corresponde» .

Sarkán inclinó la cabeza hacia el suelo y se avergonzó de haber contrariado a su padre. Su furor era tan grande que se puso a andar sin saber qué hacer y entró en el palacio de la reina Ibriza. Ésta, cuando le vio ante sí, se puso de pie, le dio las gracias por lo que había hecho, deseó toda clase de venturas a él y a su padre y le hizo sentar a su lado. Cuando estuvo sentado se dio cuenta de que su rostro estaba demudado. Le preguntó por lo que le pasaba y por la causa de su cólera. Le refirió que su padre Umar al-Numán había tenido dos hijos con Sofía; que uno era varón y el otro hembra; que aquél se llamaba Daw al-Makán y aquélla Nuzhat al-Zamán, y añadió: « Les ha dado dos talismanes y a mí uno que he despreciado. Hasta ahora yo no sabía nada de todo esto y ahora que lo sé la ira me sofoca. Te he contado la causa de mi furor pues no te escondo nada. Temo que mi padre quiera desposarte, pues he visto en él claros indicios de su deseo por ti. ¿Qué opinas de todo esto?»

Contestó: « Sabe, Sarkán, que tu padre no tiene jurisdicción sobre mí, que no puede tomarme sin mi consentimiento y que antes de que me poseyese por la fuerza me daría muerte. En lo que se refiere a los tres amuletos, jamás pasó por mi cabeza el que los cediese a uno de sus hijos; yo creía que los iba a guardar en sus depósitos junto con las cosas preciosas. Tengo que pedir de tu generosidad que

me des el talismán que te ha entregado tu padre si es que lo has recogido» . « De buen grado» , contestó Sarkán. Ella lo tranquilizó diciéndole que nada tenía que temer y habló con él durante un rato. Después le dijo: « Me preocupa el pensar lo que ocurrirá cuando mi padre se entere de que estoy con vosotros y procure rescatarme de mutuo acuerdo con el rey Afridún, interesado también en recuperar a su hija Sofía. Ambos marcharán con sus ejércitos a vuestro encuentro y se armará una gran zipizape» .

Sarkán al oír estas palabras respondió: « ¡Señora! Si tú te encuentras bien entre nosotros, no te preocupes por ellos, que los venceríamos aunque se aliasen, en contra de nosotros, con todos los seres de la tierra y del mar» . « Todo lo que ocurra será para bien. Si me tratáis bien me quedaré entre vosotros; si os portáis mal, me iré.» A continuación mandó a las sirvientas que les llevasen algo de comer. Acercaron la mesa, Sarkán comió muy poco y en seguida se fue a su casa, apesadumbrado y afligido. Esto es lo que se refiere a Sarkán.

He aquí lo que hace referencia a su padre, Umar al-Numán: En cuanto se marchó su hijo, Umar al-Numán se incorporó y se fue a ver a su concubina Sofía llevando consigo aquellos talismanes. Ésta, al verlo, se puso de pie hasta que el rey se hubo sentado y en seguida se le acercaron sus dos hijos Daw al-Makán y Nuzhat al-Zamán. Al verlos los besó y colgó del cuello de cada uno de ellos un amuleto. Besaron las manos del rey y después se acercaron a su madre. Ésta se alegró de verlos y deseó al rey una larga vida. Éste le dijo: « ¡Sofía! ¿Por qué siendo tú la hija del rey Afridún, señor de Constantinopla, no me lo has dicho para que yo te honrase más y elevase tu rango?» Al oír esto Sofía contestó: « ¡Rey! ¿Qué es lo que puedo ambicionar por encima de la posición en que estoy? Estoy colmada por tus favores y beneficios y Dios me ha concedido el tener contigo dos hijos, uno varón y el otro hembra» .

El rey Umar al-Numán quedó admirado de sus palabras, de la dulzura de su expresión, de la delicadeza de sus pensamientos y de su buena educación y entendimiento. Se marchó de su lado y mandó que se preparase, para ella sola y sus hijos, un palacio maravilloso, les concedió rentas y les asignó criados, séquito, alfaquíes, juristas, astrólogos, médicos, cirujanos; aumentó las retribuciones de éstos y los colmó de toda clase de favores. Después de todo lo cual regresó al palacio del reino y del gobierno, entre sus vasallos. Esto es lo que hace referencia a Sofía y a sus hijos.

He aquí lo que hace referencia a la reina Ibriza: El rey se enamoró de ella y pasaba día y noche pensando en ella. Cada noche iba a verla y hablaba con ella; le hacía alusiones al matrimonio, pero o no le contestaba o le decía: « ¡Rey del tiempo! Por ahora no deseo tener marido» . Al oír esta repulsa su pasión aumentó aún más y el amor y el desvarío fueron en incremento. Cuando ya no pudo resistir mandó llamar al visir Dandán y le explicó que su corazón estaba loco de amor por la reina Ibriza, hija del rey Hardub. Le dijo que ella no cedía y que su

pasión lo mataba sin llegar a conseguir nada.

El visir Dandán respondió al oír estas palabras: « Cuando sea de noche, toma una pastilla de un mizcal de narcótico y ve a verla. Bebe en su compañía un poco de vino. Cuando llegue el momento de acabar de beber y de conversar, preséntale una última copa, coloca en ella el narcótico y ofrécele de beber: ella no podrá ni llegar a su lecho, pues el narcótico hará su efecto y tú conseguirás tu deseo. Ésta es mi opinión» . El rey dijo: « Me aconsejas bien» . Se dirigió a sus depósitos, sacó una pastilla de narcótico tan eficaz que, de haberla olido un elefante, hubiese quedado dormido de uno a otro año. La escondió en su bolsillo y esperó hasta que fue de noche.

Entró en el alcázar de la reina Ibriza y ésta, en cuanto lo vio, se puso de pie. Él le dio permiso para sentarse y, a su vez, se sentó a su lado y empezó a hablar con ella del vino. La joven acercó la mesa de las bebidas, colocó los vasos, encendió las velas y mandó que acercasen las tapas, las frutas y todo lo que era necesario. El rey empezó a beber y a hablar con ella hasta que el vino se subió a la cabeza de la reina Ibriza. En cuanto el rey Umar al-Numán lo notó, sacó la pastilla de narcótico que llevaba en el bolsillo, la colocó entre sus dedos, llenó una copa de vino y lo bebió; en seguida llenó otra copa y dejó caer en ella la pastilla de narcótico que tenía entre los dedos sin que la joven se diese cuenta. Le dijo: « ¡Toma y bebe!»

La reina Ibriza la cogió y la bebió. Apenas lo había ingerido cuando ya el narcótico se había apoderado de ella y le hacía perder el conocimiento. El rey se dirigió hacia ella y la encontró tumbada sobre la espalda. Ella ya se había quitado las enaguas y el aire le había levantado la camisa. Cuando el rey llegó a su lado y la vio en esta situación, con una vela al lado de la cabeza y otra al de los pies que iluminaban lo que estaba entre los muslos, perdió por completo la razón, el demonio lo tentó y no pudiendo contenerse se quitó los zaragüelles, cayó sobre ella y le arrebató la virginidad; después se levantó, fue a buscar una de sus esclavas que se llamaba Marchana y le dijo: « Ve junto a tu señora y háblale» . La joven se acercó a su dueña, vio que la sangre corría por sus piernas y que estaba tumbada de espaldas. Cogió con la mano un paño y la limpió y le secó la sangre.

Al día siguiente la esclava Marchana se acercó a su señora y le lavó la cara, las manos y los pies. Después, llevó agua de rosas y le lavó la cara y la boca. Entonces la reina Ibriza tosió, vomitó el narcótico y sacó de su estómago un pedazo como si fuese una píldora. Lavó la boca y las manos y preguntó a Marchana: « Dime, ¿qué me ha ocurrido?» Le refirió que la había encontrado tendida sobre la espalda, con la sangre corriendo entre los muslos. Así se dio cuenta de que el rey Umar al-Numán la había poseído y se había unido a ella gracias a una estratagema. Experimentó por esto un gran dolor, se ocultó y dijo a sus esclavas: « No dejéis que nadie entre a verme; decid a quien pregunte por mí

que estoy enferma; así veré lo que Dios hace conmigo.»

El rey Umar al-Numán se enteró de que la reina Ibriza estaba enferma y empezó a mandarle bebidas, azúcar y pomadas, y así siguió durante varios meses, durante los cuales la joven se mantuvo apartada mientras la pasión del rey se enfriaba, su ardor por ella se extinguía y dejaba de apetecerla. Ella había quedado encinta, de modo que cuando hubieron transcurrido los meses, apareció la preñez, le engordó el vientre y perdió el mundo de vista. Dijo a su esclava Marchana: « Sabe que los hombres no han sido injustos conmigo; he sido yo la injusta conmigo misma al abandonar a mi padre, a mi madre y a mi reino. Aborrezco la vida y nada me apetece ni tengo fuerzas para nada. Antes montaba a caballo y podía dominarlo y ahora ni tan siquiera puedo montar. Si doy a luz aquí quedaré avergonzada delante de las esclavas y todo el palacio sabrá que él me ha desflorado ilegalmente. Si vuelvo al lado de mi padre, ¿con qué cara me he de presentar? Bien dice el poeta:

> ¿Qué ilusiones ha de alimentar si carece de familia, de patria, de comensal, de bebida y de morada?»

Marchana le contestó: « A ti te toca decidir y a mí obedecer» . « Quiero marcharme hoy en secreto, sin que nadie más que tú lo sepa, para reunirme con mi padre y con mi madre. Cuando ocurre una desgracia hay que recurrir a la familia. ¡Dios haga de mí lo que quiera!» « Haces bien, reina» , contestó la esclava. Preparó sus cosas, ocultó su proyecto, y esperó algunos días hasta que el rey salió de caza y su hijo Sarkán se fue, durante algún tiempo, a las fortalezas. Ibriza dijo entonces a su esclava Marchana: « Saldremos esta noche, pero no sé cómo irá la cosa, ya que el tiempo del parto y del alumbramiento está próximo y, si me quedo aquí cuatro o cinco días más, daré a luz y no podré volver a mi país. Esto estaba escrito en mi frente y me había sido destinado» .

Meditó un poco y añadió dirigiéndose a Marchana: « Busca un hombre para que nos acompañe y nos ayude durante el camino, pues ya no tengo fuerzas para llevar las armas» . Marchana respondió: « ¡Señora! Sólo conozco a un esclavo negro que se llama Gadbán; es uno de los esclavos del rey Umar al-Numán; es valiente y está adscrito a nuestros servicios y además le hemos hecho muchos favores. Voy a buscarlo y a hablar con él de todo este asunto; le prometeré algo de dinero y le diré: “Si quieres quedarte a nuestro lado te casaré con quien quieras”. Unos días atrás me ha referido que era bandido; si él acepta nuestra proposición, conseguiremos nuestro deseo y llegaremos a nuestro país» . La reina contestó: « Traédmelo para que yo pueda hablar con él» . Marchana fue a buscarlo y le dijo: « ¡Gadbán! Dios te hará feliz si acoges bien las palabras que mi señora va a dirigirte» . Lo cogió por la mano y lo condujo ante ésta. Cuando la vio besó el suelo delante de ella; Ibriza sintió repugnancia al contemplarlo, pero

diciéndose que la necesidad tiene sus leyes se acercó a él para hablarle a pesar de la repugnancia que le causaba.

Dijo: «Gadbán, ¿nos ayudarás contra las adversidades del tiempo y si te explico mi secreto sabrás guardarlo?» El esclavo, que al ver su belleza había quedado prendado en el acto, le contestó: «No me apartaré de lo que me mandes». «Quiero que ahora mismo nos tomes a mí y a esta esclava mía y nos prepares dos sillas y dos caballos del rey; que coloques en cada uno de ellos un saco de dinero y algunas provisiones y que nos acompañes a nuestra país. Si quieres quedarte con nosotras te casaré con aquella de mis esclavas que elijas; si prefieres regresar a tu patria te daré lo que quieras y volverás a tu país después de haber tomado riquezas suficientes.» Gadbán, al oír estas palabras, se alegró enormemente y dijo: «De muy buena gana os serviré a las dos y os acompañaré; voy a preparar los caballos».

Se marchó muy alegre diciéndose que conseguiría lo que de ellas quisiese y que si no le atendían las mataría y les robaría todo el dinero que llevasen. Guardó para sí estos pensamientos, se marchó y regresó con dos sillas y tres caballos; él iba montado en uno; se acercó a la reina Ibriza y le presentó un caballo; ésta montó sufriendo grandes dolores, sin poder disimularlos dado lo avanzado de la gestación. Marchana montó en el otro y él se puso en camino al lado de ellas dos, y así marcharon, día y noche, hasta llegar a las montañas que estaban a una jornada del país de la reina. Aquí la sorprendió el parto y ya no pudo mantenerse sobre el caballo. Dijo a Gadbán: «Bájame, pues voy a dar a luz —y añadió dirigiéndose a Marchana—: Apéate, colócate debajo de mí y hazme dar a luz».

Marchana se apeó de su caballo; el negro descabalgó, sujetó por las riendas a los dos corceles y la reina Ibriza bajó del suyo fuera de sí por los violentos dolores. El demonio se metió en la cabeza de Gadbán cuando éste la vio tendida en el suelo; desenvainó la espada delante de la joven y le dijo: «¡Señora! ¡Permite que te posea!» Al oír estas palabras volvió la cabeza hacia él y le replicó: «¡Sólo me faltaba los esclavos negros después de haber rechazado a los reyes más poderosos!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que lo insultó, le mostró su ira y le dijo: «¡Ay de ti! ¿Qué significan estas palabras que pronuncias? No hables de este modo en mi presencia y sabe que no consentiré nunca a lo que has pedido, aunque tuviese que beber el cáliz de la muerte; espera hasta que haya dado a luz, me haya repuesto y haya expulsado la placenta. Si entonces me vences, podrás hacer conmigo lo que quieras. Si no dejas en el acto estas palabras vergonzosas, me mataré con mi propia mano y quedaré libre de todo esto». A continuación

recitó estos versos:

¡Gadbán! ¡Déjame en paz, pues ya tengo bastante con las adversidades del destino!
Dios me ha prohibido el fornicar y ha dicho: « El fuego será la morada de quien me desobedezca» .
No siento inclinación por hacer el mal; déjame; no me mires con malos ojos.
Si no dejas de utilizar conmigo este lenguaje y respetas mi honor,
llamaré con toda mi fuerza a los hombres de mi pueblo; haré venir a los que están cerca y a los que están lejos.
Aunque se me despedazase con una espada yemení no consentiría que un disoluto me viese, aunque fuese libre o grande; ¿cómo lo he de consentir al esclavo que desciende de mujeres adúlteras?

Gadbán al oír estos versos se encendió de furor, sus ojos se enrojecieron, sus mejillas se ensombrecieron, las narices se le hincharon, los labios se le contrajeron aumentando aún más la repugnancia que inspiraba. Recitó estos versos:

¡Ibriza! No me dejes morir de amor con esa mirada tajante.
Tu dureza ha partido en pedazos mi corazón; mi cuerpo ha quedado extenuado; mi paciencia se ha concluido.
Tu voz ha seducido con su encanto al corazón; he perdido el entendimiento y el deseo ha hecho presa en mí.
Aunque la tierra entera se cubra de soldados que vuelen en tu auxilio, yo conseguiré mi propósito ahora mismo.

Al oír Ibriza estas palabras, rompió a llorar y le dijo: « ¡Ay de ti. Gadbán! ¿Te insolentas hasta el punto de hablarme así? Eres hijo de un adulterio y has sido educado en la indecencia. ¿Crees que todas las personas son iguales?» Cuando aquel esclavo de mal agüero hubo oído estas palabras, se enojó grandemente, se acercó a ella, le dio un mandoble con la espada y la mató. Cogió el dinero, el caballo de la reina y huyó a buscar refugio en las montañas. Esto es lo que hace referencia a Gadbán.

He aquí lo que se refiere a la reina Ibriza: Cayó muerta en el suelo al mismo tiempo que daba a luz un varón. Marchana lo cogió en sus brazos y dio un gran alarido, desgarró sus vestidos, se cubrió de tierra la cabeza y se abofeteó el rostro hasta hacerse sangre. Exclamó: « ¡Qué desdicha! ¿Cómo un esclavo negro, sin valor alguno, ha podido matar a mi señora cuando ésta era tan valerosa?»

Mientras lloraba se levantó una gran polvareda que cubrió todo el horizonte; al disiparse pudo verse un grupo de soldados armados. Éstos pertenecían al ejército del rey de los griegos, el padre de la reina Ibriza.

El motivo de esta aparición repentina era debido a que el rey, al enterarse de que su hija, acompañada de sus esclavas, había huido a Bagdad y que estaba en la corte de Umar al-Numán, había decidido salir en busca de las noticias que llevasen los viajeros y saber si éstos la habían visto junto al rey Umar al-Numán. Había salido con sus soldados para interrogar a los viandantes de dondequiera que proviniesen, ya que tal vez supiesen algo de su hija. Había distinguido a aquellos tres: su hija, el esclavo Gadbán y la esclava Marchana y había corrido a su encuentro para interrogarlos.

Al acercarse, el esclavo temió por su vida, ya que había asesinado a la joven, y buscó la salvación en la fuga. Cuando llegaron a su lado y su padre la vio tendida en el suelo y a la esclava llorando encima de su cuerpo, cayó desmayado desde lo alto de su caballo. Todos los que lo acompañaban, caballeros, príncipes y ministros, se apearon, levantaron las tiendas en aquellos montes y plantaron una cúpula para el rey Hardub y los magnates del reino se quedaron fuera. Marchana, al ver y reconocer a su señor, lloró y sollozó aún más amargamente.

Al volver en sí de su desmayo, el rey le preguntó por lo que había sucedido. Se lo contó todo y añadió: « Un esclavo negro del rey Umar al-Numán es quien ha matado a tu hija» , y lo informó de cómo se había portado el rey Umar al-Numán con ella. El rey Hardub perdió el mundo de vista al oír estas palabras y rompió en sollozos. A continuación mandó que acercasen unas parihuelas, en las que colocó a su hija, y regresó a Cesarea, en cuyo castillo la dejó. En seguida se dirigió a ver a su madre, Dat al-Dawahi, y le dijo: « Esto es lo que han hecho los musulmanes con mi hija: el rey Umar al-Numán la ha violado y después uno de sus esclavos negros le ha dado muerte. ¡Por el Mesías! ¡He de vengar a mi hija y limpiar la ofensa que se ha hecho a mi honor, o bien he de matarme con mi propia mano!»

Lloró acongojadamente. Su madre, Dat al-Dawahi, respondió: « Marchana es quien ha matado a tu hija, a la cual odiaba en su interior. —Después añadió—: ¡No te entristezcas por lo que se refiere a tu venganza! ¡Por el Mesías! Que no he de regresar del lado del rey Umar al-Numán hasta haber dado muerte a él y a sus hijos. Haré con él algo que son incapaces de hacer los más astutos y los mejores caballeros, de lo que se ha de hablar en todos los rincones del mundo. Lo único que es necesario es que cumplas mis órdenes en todo lo que mande. Así obtendrás lo que deseas» . Contestó: « ¡Por el Mesías! No te contrariaré en nada de lo que digas» .

« Entrégame, pues, muchachas bien formadas, vírgenes; tráeme los mayores sabios de nuestra época, cólmalos de regalos y mándales que enseñen a las

jóvenes las ciencias y las letras, el cómo debe hablarse a los reyes y la manera de comportarse en su presencia; poesías y sentencias. Los sabios han de ser precisamente musulmanes, para que les enseñen las crónicas de los árabes, la historia de los califas y de los antiguos reyes del Islam. Aunque para esto tuviésemos que pasar diez años, ten paciencia y espera, pues un beduino ha dicho: "La venganza que se toma al cabo de cuarenta años tarda poco en llegar". Una vez hayamos educado esas jóvenes obtendremos de nuestro enemigo lo que queramos, ya que a él le gustan las concubinas y tiene trescientas sesenta, a las cuales hay que añadir las cien jóvenes que formarán el séquito de la difunta. Cuando las muchachas de que te hablo hayan aprendido todas las ciencias, las tomaré conmigo y me iré con ellas.»

Al oír el rey Hardub las palabras de su madre Dat al-Dawahi se alegró mucho, la besó en la cabeza y despachó en seguida mensajeros y buscadores para que recorriesen los rincones de todos los países y le llevasen los sabios musulmanes. Aquéllos cumplieron su orden, recorrieron los países más lejanos y regresaron con los sabios y los doctos que había pedido. Una vez éstos en su presencia los honró grandemente, les dio vestidos de honor, les asignó rentas y pensiones y les prometió grandes riquezas si hacían lo que les iba a mandar. Después les presentó las jóvenes…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se las entregó para que les enseñasen las ciencias y las letras. Los sabios siguieron sus órdenes. Esto es lo que se refiere al rey Hardub.

He aquí lo que hace referencia al rey Umar al-Numán: Éste, al volver de caza y entrar en su palacio, fue a buscar a la reina Ibriza y no la encontró, ni nadie supo darle razón de ella. Esto le impresionó mucho y dijo: « ¿Cómo ha podido salir esta joven del palacio sin que nadie se haya dado cuenta? Si mi reino está así eso quiere decir que anda perdido y que no hay nadie que se cuide de él. Desde ahora no saldré más de caza sin antes mandar a alguien para que se haga cargo de las puertas» . La partida de la reina Ibriza lo entristeció y el pecho se le acongojó.

Mientras él estaba en esta situación su hijo Sarkán regresó del viaje. Su padre lo informó de lo ocurrido y le explicó que ella había huido cuando él estaba de caza. Sarkán quedó muy triste. Después, cada día el rey fue acercándose más a sus hijos, favoreciéndolos más y más, haciendo que los sabios y los doctos les enseñasen las ciencias y asignando a éstos los sueldos correspondientes. Al ver esto, el furor y los celos que Sarkán sentía por sus hermanos fueron en aumento. El enojo se le reflejaba en el rostro y se volvió enfermizo.

Un día su padre le preguntó: « ¿Qué te ocurre que tu cuerpo adelgaza y que tu rostro palidece?» Sarkán le contestó: « Cada vez que te allegas a mis hermanos y los colmas de favores, mis celos aumentan. Temo que de continuar esto así acabaré matándolos y que inmediatamente después tú me mates a mí por esto. Ésa es la razón por la que ha enfermado mi cuerpo y por la que mi color ha cambiado. Algo tengo que pedir de tu favor: Dame una de tus fortalezas para que yo pueda pasar en ella el resto de mis días. Un refrán dice: "Mi alejamiento del amigo es lo mejor y lo más hermoso: ojos que no ven, corazón que no sufre"» . Dicho esto bajó la cabeza hacia el suelo. Cuando el rey Umar al-Numán hubo oído sus palabras y supo la causa del cambio de su hijo, lo secundó en su deseo y le contestó: « ¡Hijo mío! Te concedo lo que quieres. En mi Imperio no hay mayor fortaleza que la de Damasco: desde ahora eres su dueño» .

En el mismo instante mandó llamar a los cancilleres y les ordenó que escribiesen el decreto en el que se nombraba a su hijo Sarkán gobernador de Damasco, en Siria. Lo escribieron y se hicieron los preparativos. Tomó consigo al visir Dandán y le encargó que cuidase del reino y de la política y le confió sus asuntos. A continuación se despidió de su padre, de los príncipes y de los grandes del reino, y acompañado de un ejército marchó hasta entrar en Damasco. A su llegada los habitantes batieron los tambores, tocaron las trompetas, engalanaron la ciudad y salieron a recibirlo formando un gran cortejo a cuya derecha iban los habitantes de los barrios de la derecha y a su izquierda los de la izquierda. Esto es lo que se refiere a Sarkán.

He aquí lo que se refiere a su padre Umar al-Numán: Después de que se hubo marchado Sarkán, los sabios fueron a verlo y le dijeron: « ¡Señor nuestro! Tus hijos ya han aprendido la ciencia y las buenas maneras» . Al oír esto el rey Umar al-Numán se alegró mucho e hizo muchos regalos a todos los sabios, puesto que veía a Daw al-Makán crecido y sabiendo montar a caballo. Éste había cumplido ya catorce años y se preocupaba mucho por la religión y por la devoción; amaba a los pobres y a las personas que se consagraban a la ciencia, y al Corán. Las gentes de Bagdad, hombres y mujeres, le querían. Llegó la época de la peregrinación, y la caravana de los peregrinos del Iraq que se iba a dirigir a la Meca y a la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!) recorrieron las calles de Bagdad. Cuando Daw al-Makán vio el cortejo de la caravana quiso también ir de peregrinación.

Se dirigió a su padre y le dijo: « He venido a verte para pedirte que me dejes ir con la peregrinación» . El rey se lo prohibió y le contestó: « Espera hasta el próximo año, en que yo haré la peregrinación y te llevaré conmigo» . Al ver que la cosa iba a alargarse se fue a ver a su hermana Nuzhat al-Zamán. La encontró de pie, rezando. Cuando hubo concluido la oración le dijo: « Me muero de ganas de ir en peregrinación a la casa sagrada de Dios y de visitar la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!). He pedido permiso a mi padre, pero él me lo ha

negado. Me propongo coger algo de dinero y emprender la peregrinación en secreto, sin el permiso de mi padre» . Su hermana le contestó: « Te conjuro, en el nombre de Dios, a que me lleves contigo y a que no me prives de visitar la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!)» . Dijo: « Cuando la noche despliegue sus tinieblas, sal de este lugar sin decírselo a nadie» .

Llegada la medianoche Nuzhat al-Zamán se levantó, cogió algo de dinero y se disfrazó de hombre, ya que tenía la misma edad de Daw al-Makán. Se dirigió a la puerta del alcázar y allí encontró a su hermano, Daw al-Makán, que había ensillado un camello; montó en él, la ayudó a subir y se confundieron con los peregrinos yendo a reunirse con los del Iraq, entre los cuales realizaron el viaje. Dios dispuso que llegasen felizmente a la noble ciudad de la Meca, estuvieron de pie en el Arafa y cumplieron los ritos de la peregrinación. Después se dirigieron a visitar la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!). Realizada esta visita hubieran debido regresar con los peregrinos a su país, pero Daw al-Makán dijo a su hermana: « Me gustaría visitar Jerusalén y la tumba del amigo de Dios, Abrahán (¡bendito y alabado sea!)» . Respondió: « También me gustaría a mí» .

Puestos de acuerdo alquilaron sus pasajes en la caravana que se dirigía a Jerusalén, prepararon sus cosas y se marcharon con ella. Aquella noche su hermana tuvo fiebre, escalofríos y dolores. Después, ella se curó y el otro enfermó. La muchacha lo trató cariñosamente durante su dolencia mientras continuaban el viaje hasta llegar a Jerusalén. Aquí se agravó el estado de Daw al-Makán y ambos se instalaron en una fonda en la que alquilaron una habitación; la enfermedad iba agravándose y Daw al-Makán, agotado, perdió el conocimiento. Su hermana, Nuzhat al-Zamán, muy apenada, exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Así lo tenía dispuesto!»

Ella y su hermano continuaron en aquel lugar mientras la enfermedad seguía de mal en peor. Lo cuidaba e iba gastando el dinero para el sustento de ambos hasta que terminó con todo el que tenía y se quedó en la miseria, sin un dinar y sin un dirhem. Entonces entregó al mozo de la fonda algunas ropas suyas y lo envió al mercado. Las vendió y con lo que obtuvo atendió a su hermano. Después vendió algo más y no dejó de ir vendiendo sus cosas poco a poco hasta que no le quedó más que una estera en mal estado. Se puso a llorar y exclamó: « ¡A Dios pertenece el disponer las cosas, tanto al principio como al fin!» Su hermano le dijo: « ¡Hermana! Me siento renacer. Me apetecería comer algo de carne asada» . « ¡Por Dios, hermano! No tengo aspecto de ser mendigo. Mañana me presentaré en casa de algún rico, serviré, ganaré algo y lo gastaré en conseguir alimentos para los dos.»

Después reflexionó un poco y añadió: « Lo único que me preocupa es el tenerte que dejar en este estado, pero no queda más remedio, pues he de buscar, forzosamente, con qué sustentarnos» . El hermano observó: « Así, después de haber vivido en el bienestar tendrás que humillarte. ¡No hay fuerza ni poder sino

en Dios, el Altísimo, el Grande!» Ambos rompieron a llorar y ella le dijo: « Somos extranjeros y hemos permanecido aquí un año entero sin que nadie haya llamado a nuestra puerta; ¿es que hemos de morirnos de hambre? No veo más salida si no es ésa: ponerme a servir y ganar algo con lo que poder alimentarte hasta que te repongas de tu enfermedad; después regresaremos a nuestro país» . Estuvo llorando durante un rato, al cabo del cual Nuzhat al-Zamán se levantó, se colocó en la cabeza un pedazo de la tela de que se visten los camelleros y que había olvidado el dueño en su habitación. Después de haber besado la cabeza de su hermano y de haberlo abrazado, salió llorando de la casa sin saber adónde dirigirse.

Daw al-Makán la estuvo esperando hasta que oscureció, pero no regresó; esperó a que amaneciese, pero tampoco volvió; en esta espera estuvo durante dos días, su intranquilidad se hizo muy grande, su corazón tembló por su hermana y el hambre hizo mella en él. Salió de la habitación, llamó al mozo de la posada y le dijo: « Quiero que me lleves al mercado» . Lo transportó y lo echó en medio. Las gentes de Jerusalén formaron un grupo a su alrededor y se pusieron a llorar al verlo en aquel estado. Hizo gestos pidiendo que le diesen algo de comer. Algunos comerciantes de los que había en el zoco sacaron algunos dirhemes, compraron algo de comer y se lo dieron. Después lo cogieron y lo colocaron junto a una tienda, poniéndolo encima de un pedazo de estera y dejando al lado de su cabeza un pote con agua. Al oscurecer se marcharon todos llevándose una impresión muy penosa. A medianoche se acordó de su hermana, su enfermedad se agravó, no quiso comer ni beber y perdió el conocimiento.

Las gentes del zoco recogieron treinta dirhemes entre los mercaderes, alquilaron un camello y dijeron al camellero: « Carga a éste, llévalo a Damasco y déjalo en el hospital. Tal vez se cure» . « Así lo haré» , contestó, al mismo tiempo que en su interior decía: « ¿Para qué he de llevar a este enfermo que está moribundo?» Salió de aquel lugar y se ocultó, y una vez llegada la noche lo arrojó en un montón de desperdicios que se empleaban como combustible de un baño. Hecho esto siguió su camino. Al llegar la mañana, cuando el fogonero del baño llegó a su trabajo, lo encontró tendido sobre la espalda. Se dijo: « ¿Por qué habrán echado aquí a este muerto?» . Lo tocó con el pie y se movió.

El leñador le dijo: « Vosotros os dedicáis a comer pedazos de hachís y después os dejáis caer en cualquier lugar» . Al mirarle a la cara se dio cuenta de que no tenía bozo y de que era muy hermoso; se dio cuenta de que estaba enfermo y de que era extranjero y se apiadó de él. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! He pecado con respecto de este joven, pues el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha mandado tratar bien al extranjero, y más si el extranjero está enfermo» . Lo cogió, se lo llevó a casa, se lo entregó a su esposa y le mandó que lo cuidase y le preparase una estera como lecho. Así lo hizo: le puso debajo de la cabeza una almohada, calentó agua y le lavó las manos, los

pies y la cara.

El fogonero fue al mercado, compró agua de rosas y azúcar; lo mojó con la primera y le dio de beber un líquido azucarado; le sacó una camisa limpia y se la puso. Así aspiró el enfermo el céfiro de la salud, se sintió resucitar y se apoyó en la almohada. El fogonero se alegró de esto y exclamó: « ¡Loado sea Dios, que devuelve la vida a este muchacho! ¡Dios mío! ¡Te ruego que en tu oculta providencia tengas dispuesto que este joven se salve por mediación mía!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el fogonero lo curó cariñosamente durante tres días: le daba a beber agua azucarada, jarabe de sauce y agua de rosas. Lo trató con todo cariño y consideración hasta que la salud volvió a su cuerpo y abrió sus ojos. Al entrar a verlo, el fogonero lo encontró sentado, con signos de franca convalecencia. Le preguntó: « ¿Cómo te encuentras ahora, hijo mío?» Daw al-Makán contestó: « Muy bien» . El fogonero alabó a Dios y le dio gracias. Después se dirigió al mercado, compró diez gallinas, regresó con ellas junto a su esposa y le dijo: « Mata cada día dos gallinas: una por la mañana y otra por la tarde» . Mató una, la coció y se la llevó al joven, se la hizo comer y le hizo beber el caldo. Cuando hubo terminado de comer le acercó agua caliente y él se lavó las manos y se reclinó en la almohada; lo tapó con una manta y se quedó dormido hasta la tarde. Entonces la mujer le coció otra gallina, se la llevó y se la trinchó. Le dijo: « ¡Come, hijo mío!»

Mientras estaba comiendo llegó su esposo y la encontró dando de comer al muchacho. Se sentó a su cabecera y le preguntó: « ¿Cómo te encuentras ahora, hijo mío?» « ¡Loado sea Dios! He recuperado la salud. ¡Dios te lo pague!» El fogonero se alegró al oír esto, salió y regresó con jarabe de violetas y agua de rosas y le dio de beber.

Este fogonero trabajaba todos los días en el baño y ganaba cinco dirhemes; cada día compraba un dirhem de azúcar, agua de rosas y jarabe de violetas y gastaba otro dirhem en pollos. No se cansó de tratarlo con todos los miramientos posibles hasta que transcurrió el tiempo de un mes, desaparecieron en él las huellas de la enfermedad y recuperó la salud. El fogonero y su esposa se alegraron al ver que Daw al-Makán había recuperado la salud. Le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Quieres acompañarme al baño?» « Sí.»

Se marchó al zoco y regresó con un acemilero que le hizo montar en un asno y lo condujo, sosteniéndolo él mismo, hasta el baño. Después entró con él y le hizo sentar. Salió de allí, se dirigió al zoco y compró jabón de loto y jabón en polvo. Dijo a Daw al-Makán: « ¡Señor mío! Invocando el nombre de Dios empiezo a lavar tu cuerpo» . El fogonero empezó a frotar a Daw al-Makán por

sus pies y le lavó todo el cuerpo con los jabones de loto y en polvo. Entonces se presentó un muchacho del baño al que enviaba el dueño para atender a Daw al-Makán. Al encontrar al fogonero lavándole los pies, el muchacho se acercó y le dijo: « Esto es una falta de atención del dueño» . El fogonero contestó: « ¡El dueño me abruma con sus beneficios!»

El mozo cortó el pelo de la cabeza de Daw al-Makán y después él y el fogonero lo lavaron por completo. Tras de todo esto el fogonero regresó a su casa, le puso una camisa muy fina, le dio uno de sus vestidos y un turbante magnífico y le regaló un cinturón. La esposa del fogonero había matado dos gallinas y las había hervido. Apenas hubo entrado Daw al-Makán y se hubo sentado en el lecho, el fogonero le disolvió azúcar en agua de rosas y le dio de beber. Después le acercó la mesa y el mismo fogonero le fue trinchando la gallina, le dio de comer y le hizo beber el caldo hasta que terminó. Luego se lavó las manos y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberle hecho recuperar la salud.

Dijo al fogonero: « Dios ha hecho que te encontrase y ha dispuesto que mi cura se realizase por tus manos» . « No hablemos de eso y dinos cuál ha sido la causa de tu venida a esta ciudad y de dónde vienes, pues en tu rostro se ven los restos de un pasado bienestar.» « Explícame tú cómo llegué a tus manos para que yo te pueda contar mi historia» , replicó Daw al-Makán. El fogonero dijo: « Te encontré un amanecer tendido sobre un montón de leña, cuando me dirigía a mi trabajo, e ignoro quién te arrojó; te recogí y ésa es mi historia» . Daw al-Makán exclamó: « ¡Loado sea Dios, que resucita los huesos cuando ya están carcomidos! Tú, hermano mío, has hecho un favor a quien lo merecía y recogerás el fruto de tu acción. ¿En qué ciudad me encuentro?» « Estás en Jerusalén.»

Entonces Daw al-Makán se acordó de que se encontraba en tierra extraña y de que se había separado de su hermana. Lloró al revelar su secreto al leñador y al contarle su historia. Recitó:

Las penas de amor han abrumado con exceso mis fuerzas; por eso me encuentro agotado.
¡Emigrantes! ¡Tened compasión de mi pena! Después de vuestra partida se han apiadado de mí hasta los maldicientes.
No me impidáis que dirija una sola mirada que me ayude a soportar mi pena y mi pasión.
He pedido a mi corazón que tuviera paciencia por vuestro alejamiento. Me ha contestado: « Tú eres quien la ha de tener, pues la paciencia no está entre mis costumbres» .

Lloró aún con más fuerza y el fogonero le dijo: « No llores y da gracias a

Dios por haberte salvado y devuelto la salud» . Daw al-Makán preguntó: « ¿A qué distancia estamos de Damasco?» « A seis días.» « ¿Querrías enviarme allí?» « ¡Señor mío! ¿Cómo he de dejarte ir solo si eres un muchacho muy joven? Si quieres ir a Damasco, he de acompañarte. Si mi mujer me hace caso y se viene conmigo me estableceré allí, pues no me es fácil estar separado de ti.» Dirigiéndose a su esposa le preguntó: « ¿Quieres venir conmigo a Damasco, en Siria, o prefieres quedarte aquí hasta que lleve a éste, mi señor, a Damasco, en Siria, y regrese? Él quiere ir a esta ciudad y a mí, por Dios, no me es fácil separarme de él, pues temo que le ataquen los bandidos» . Su esposa contestó: « Os acompañaré» . El fogonero exclamó: « ¡Loado sea Dios, que nos ha puesto de acuerdo!» Vendió sus cosas y las de su mujer…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que alquiló un asno, montó en él a Daw al-Makán y emprendieron el viaje. Viajaron sin parar durante seis días hasta que entraron en Damasco en un atardecer y se instalaron allí. El fogonero salió a comprar algo de comer y de beber, según era su costumbre, y así vivieron durante cinco días, al término de los cuales se puso enferma la mujer del fogonero, que en poco tiempo fue llevada a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Esto supo muy mal a Daw al-Makán, ya que él se había familiarizado con ella y estaba acostumbrado a sus buenos tratos.

El fogonero se entristeció muchísimo y Daw al-Makán, al verlo en este estado, le dijo: « No te entristezcas, pues todos hemos de cruzar la misma puerta» . « ¡Dios te recompense, hijo mío, y nos conceda su gracia haciendo cesar nuestra pena! ¿Quieres, hijo, que salgamos a pasear por Damasco para distraernos un poco?» Daw al-Makán aceptó. El fogonero se puso de pie, cogió de la maño a Daw al-Makán y pasearon hasta llegar a las cuadras del valí de Damasco. Allí encontraron camellos cargados de cajas, de tapices, de brocado y otras muchas cosas, caballos ensillados, corceles de pura sangre, esclavos y mamelucos y multitud de gentes ocupadas. Daw al-Makán dijo: « ¿A quién deben de pertenecer estos mamelucos, estos camellos y estas telas?» Preguntó a uno de los criados, quien le respondió: « Éstos son los presentes que el emir de Damasco envía al rey Umar al-Numán, y las contribuciones de Siria» . Al oír Daw al-Makán esto se le llenaron los ojos de lágrimas y recitó:

¿Qué he de decir para quejarme de las penas del alejamiento? Si morimos de deseo ¿cuál es el remedio?

¿Encontraríamos un mensajero capaz de hablar en nuestro lugar? Las quejas del amante no admiten mensajero.

Podríamos tener paciencia, pero ya nos queda muy poca después de llevar tanto tiempo lejos de los amados.

Y añadió:

Marcharon y desaparecieron de mi vista, pero siempre tendrán un lugar en mi corazón.
Su belleza se ha alejado de mí; mi vida no encuentra más dulzuras y mi pasión me extenúa.
Si Dios dispone que nos volvamos a reunir, he de referir las penas del amor en un largo relato.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos se puso a llorar. El fogonero le dijo: « ¡Hijo mío! No acabo de convencerme de que te hayas curado. Tranquilízate y no llores, pues temo una recaída» . Le habló cariñosamente, consolándolo, pero Daw al-Makán lloraba y suspiraba por encontrarse en tierra extraña y por haberse separado de su hermana y de su reino. Derramó muchas lágrimas y después recitó estos versos:

Toma tu provisión en este mundo, pues eres un viajero: está seguro y no lo dudes: la muerte llegará.
Toda tu felicidad en este mundo la constituyen los desvaríos y las penas; tu vida en este mundo es absurda y vana.
El mundo se asemeja a las etapas del viajero: acampa por la noche y reemprende el camino por la mañana.

Daw al-Makán empezó a llorar y a sollozar porque se encontraba lejos de su patria, y el fogonero se le unió en el llanto al recordar la pérdida de su mujer, pero sin dejar por ello de consolar a Daw al-Makán hasta la llegada de la aurora. Al salir el sol el fogonero le dijo: « ¡Tú estás pensando en tu país!» « Sí; no puedo quedarme aquí. Me despido de ti, pues yo me voy con todas esas gentes y marcharé con ellas, poco a poco, hasta llegar a mi patria.» El fogonero le replicó: « Yo te acompañaré; no puedo separarme de ti. Te he hecho un favor y quiero completarlo con mis servicios» . « ¡Dios te pague por mí!» Daw al-Makán se alegró mucho de que el leñador lo acompañase. Éste salió en seguida, compró un asno y preparó las provisiones para el viaje. Dijo a Daw al-Makán: « Monta, durante el viaje, este asno. Si te cansas de ir a caballo puedes apearte y andar» . « ¡Dios te bendiga y me ayude para que pueda recompensarte! Me has hecho favores tales como nadie los hace ni a su propio hermano.» Esperaron hasta que se hizo de noche, cargaron las provisiones y el equipaje en el lomo del asno y se

pusieron en camino. Esto es lo que se refiere a Daw al-Makán y al leñador.

He aquí lo que hace referencia a su hermana Nuzhat al-Zamán: ésta se separó de su hermano Daw al-Makán, y salió de la posada en que vivían en Jerusalén después de haberse envuelto en su manto y fue a buscar a quien servir, para poder así comprar a su hermano la carne asada que éste deseaba. Iba llorando por el camino, ya que no sabía adónde dirigirse, estaba preocupada por su hermano y sentía añoranza por su familia y por su patria. Empezó a rogar a Dios (¡ensalzado sea!) que la librase de tantas aflicciones y recitó estos versos:

Las tinieblas se han extendido, la pasión remueve mis males y la nostalgia agudiza mis dolores.
La amargura de la separación yace en mis entrañas y la pasión me ha dejado como muerta.
La tristeza me intranquiliza, el deseo me quema y las lágrimas revelan un amor escondido.
No conozco ningún medio que pueda reunirme con la persona amada y así poder eliminar mi pena.
La pasión mantiene al rojo el fuego de mi corazón; su llama mantiene en el tormento al amante.
¡Oh tú que me censuras por lo que me ha ocurrido! Si he tenido paciencia ha sido porque así lo había decretado el destino.
He jurado por el amor que jamás me consolaré; los juramentos de los amantes se observan con fidelidad.
¡Noche! Cuenta mi historia a los que explican cosas de amor y atestigua, con tu ciencia, que en tu seno no he gozado del sueño.

Entretanto Nuzhat al-Zamán, hermana de Daw al-Makán, iba andando, volviéndose a la derecha y a la izquierda, pasó por su lado un jeque de los beduinos, que había ido a la ciudad con cinco árabes. Se volvió hacia Nuzhat al-Zamán y la vio tan hermosa cubierta con su manto apedazado, que quedó admirado. Se dijo: « Ésta es una bella, pero muy pobre; he de apoderarme de ella tanto si pertenece a los habitantes de esta ciudad como si es extranjera» .

La siguió poco a poco hasta que entró en un callejón muy estrecho; aquí la llamó para interrogarle por su condición. Preguntó: « Hija mía, ¿eres libre o sierva?» Al oír estas palabras se volvió y le contestó: « ¡Por vida tuya! No remuevas mis penas» . « He tenido seis hijas de las cuales han muerto cinco y sólo me queda una, la más pequeña. Me he acercado a preguntarte si eres de esta ciudad o eres forastera con el fin de llevarte conmigo y colocarte al lado de mi hija para que le hagas compañía, para que se distraiga contigo y olvide a sus

hermanas. Si tú no tienes a nadie, yo te trataré como si fueses una de mis hijas y te consideraré como si fueses uno de mis hijos.»

Nuzhat al-Zamán, oídas estas palabras, se dijo: « Es posible que encuentre amparo en este jeque» ; bajó su cabeza y avergonzándose dijo: « Tío: soy extranjera y tengo un hermano enfermo. Te acompañaré a tu casa con la condición de que sólo estaré en ella durante el día y por la noche regresaré al lado de mi hermano. Si aceptas esta condición te acompañaré, ya que soy una extranjera. Antes estuve en buena situación y ahora me veo humillada y empobrecida. Mi hermano y yo hemos venido del Hichaz y no estaría tranquila si él ignorase el lugar en que he de estar» . El beduino, al oír sus palabras, se dijo: « ¡Por Dios!, he conseguido mi deseo» , y añadió en voz alta: « Lo único que te pido es que distraigas a mi hija durante el día; podrás ir junto a tu hermano por las noches o bien, si quieres, puedes traértelo a nuestra casa» .

El beduino no paró de halagar su corazón y de tranquilizarla con sus palabras hasta que ella consintió en entrar a su servicio. Entonces se puso a andar delante de la chica y ésta lo siguió; no se paró hasta llegar junto a sus compañeros, que ya habían separado los camellos, habían cargado las mercancías y habían puesto encima el agua y las provisiones. Este beduino era un salteador de caminos, capaz de traicionar hasta a su padre, muy astuto y muy listo; no tenía ni hija ni hijos y todas las palabras que había dicho eran una pura invención para engañar a aquella desgraciada muchacha, para que así se cumpliese la voluntad de Dios. El beduino fue hablando con ella hasta que salieron de Jerusalén y se reunió con su banda que había empezado a andar con los camellos. El beduino montó en uno de ellos, colocó a la muchacha en la grupa y marcharon durante la mayor parte de la noche.

Nuzhat al-Zamán se dio cuenta de que todas las palabras del beduino habían sido pura farsa y un engaño. Empezó a llorar y a lamentarse mientras marchaban por el camino que llevaba a las montañas, pues temían que alguien los pudiera ver. Después de andar hasta poco antes del amanecer, se apearon de los camellos y el beduino se acercó a Nuzhat al-Zamán y le dijo: « Mujer de la ciudad, ¿qué significa este llanto? Si no paras de llorar, voy a apalearte hasta dejarte muerta, desperdicio de la civilización» . Al oír Nuzhat al-Zamán estas palabras perdió las ganas de vivir y deseó la muerte.

Volviéndose hacia él le dijo: « ¡Jeque malvado! ¡Cañas del infierno! ¿Cómo habiéndote pedido protección te atreves a engañarme y enredarme?» « ¡Desperdicio de civilización!: ¿Tienes lengua para responderme? —y acercándose a ella le dio unos latigazos; tras esto añadió—: Si no te callas te mato.» Se calló un rato, pensó en su hermano y en los males que la aquejaban y lloró a escondidas. Al día siguiente se volvió hacia el beduino y le preguntó: « ¿Por qué has empleado este engaño para traerme hasta estos montes desiertos? ¿Qué quieres de mí?»

Al oír estas palabras el beduino se airó y estalló: « ¿Tienes lengua para responderme?» Cogió el látigo y la azotó en la espalda hasta que se desmayó, cayó a sus pies y se los besó; la insultó de nuevo y la injurió diciéndole: « ¡Por mi gorro![55] Si te oigo llorar te cortaré la lengua y te la meteré en la vagina, ¡oh desperdicio de la civilización!» La joven se calló y no contestó a pesar de lo que los golpes le dolían; se sentó a la moruna, dejando caer la cabeza sobre el cuello y poniéndose a pensar en su situación, en la de su hermano, en el vilipendio en que había caído después de haber vivido honrada, en la enfermedad de su hermano y en lo lejos que se encontraban de su familia; las lágrimas resbalaron por sus mejillas y recitó estos versos:

El tiempo tiene sus flujos y sus reflujos: jamás dura una de sus situaciones entre los humanos.
Todas las cosas de este mundo tienen un plazo y a todas las gentes les llega el vencimiento.
¡Pobre de mí! ¡Cuántas penas y terrores he de soportar en una vida que toda es de penas y terrores!
Dios nos hizo felices en aquellos días en que me veía honrada, pero en uno de sus repliegues estaba oculta la humillación.
Mis propósitos se han visto frustrados, mis esperanzas destruidas, todos los vínculos se han roto con el alejamiento.
¡Oh, tú que pasas junto a la casa en que estaba mi morada! Dile que mis lágrimas corren a mares.

El beduino, al oír sus versos, se apiadó de ella, tuvo piedad y clemencia y se acercó: le secó las lágrimas, le dio un pan de cebada y le dijo: « No me gusta que me contesten cuando estoy enfadado; nunca me contradigas con esas malas palabras. Te venderé a un hombre tan generoso como yo que te tratará tan bien como yo te he tratado» . Ella exclamó: « ¡Qué bien obras!» Al avanzar la noche, medio muerta de hambre, comió un poco, muy poco, de aquel pan de cebada. Mediada la noche el beduino mandó a su banda que se pusiesen en marcha.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cargaron los camellos, montó el beduino en uno de ellos, colocó en su grupa a Nuzhat al-Zamán y emprendieron una marcha que no interrumpieron en tres días, hasta que entraron en la ciudad de Damasco y se detuvieron en la posada del Sultán, que está al lado de la puerta del Rey. El color de Nuzhat al-Zamán había cambiado por la tristeza y las fatigas del viaje. Se puso a llorar por esto y el beduino, acercándose, le dijo:

« Ciudadana, juro por mi gorro que si no dejas de llorar he de venderte a un judío» .

La cogió por la mano, la metió en una habitación y se marchó al mercado para visitar a los comerciantes que traficaban en esclavas. Habló con ellos y les dijo: « Me he traído una joven, ya que a su hermano, que está enfermo, lo he enviado junto a su familia, que reside en Jerusalén, para que se cure. Desde el día en que éste se puso enfermo no para de llorar, pues la separación ha sido muy dolorosa. Quiero que quien me la compre la tranquilice con sus palabras y le diga que su hermano está enfermo en su casa, en Jerusalén. Por esto rebajaré el precio» . Uno de los comerciantes se dirigió a él y le preguntó: « ¿Qué edad tiene?» « Es virgen y de buen entendimiento; está bien educada, es esbelta, hermosa y bella, pero desde que he mandado a su hermano a Jerusalén, su corazón está afligido, su hermosura se ha marchitado y ha adelgazado.»

Al oír esto, el comerciante se marchó con el beduino y le dijo: « Sabe, jeque de los árabes, que te acompaño y que te compraré la esclava a la que elogias y de la que alabas el entendimiento, la educación, la hermosura y la belleza. Te pagaré el precio, pero te impondré unas condiciones; si las aceptas te pagaré su importe y si no las aceptas te la devolveré» . « Si quieres llévala ante el sultán y ponme las condiciones que quieras. Si la presentas a Sarkán, el hijo del rey Umar al-Numán, señor de Bagdad y del Jurasán, es muy posible que le guste y que te pague lo que te ha costado y ganes mucho con ella.» « Yo tengo que pedir al sultán que me escriba una carta de recomendación para su padre, Umar al-Numán. Si me acepta esta esclava te pagaré su importe.» El beduino contestó: « Acepto esta condición» .

Los dos se fueron juntos hasta llegar a la habitación en que estaba Nuzhat al-Zamán. El beduino se paró al llegar a la puerta y la llamó: « ¡Nacha!» , pues tal era el nombre que le había dado. Al oírlo se puso a llorar y no contestó. « El beduino, volviéndose hacia el comerciante, le dijo: « Ella está dentro: entra tú mismo y mírala; pero trátala tal como te he recomendado» . El comerciante entró y vio que era un prodigio de hermosura y de belleza; notó, principalmente, que sabía bien el árabe. El comerciante dijo: « Si es tal como me la has descrito, obtendré del sultán lo que quiera» . Dirigiéndose a ella dijo: « La paz sea contigo, hija. ¿Cómo te encuentras?» Volviéndose hacia él se dijo: « Esto estaba escrito en el libro del destino» .

Lo miró y vio que era un hombre de aspecto digno y de hermoso rostro. Se dijo: « Me parece que éste ha venido a comprarme; si me muestro arisca quedaré en poder de este malvado y me matará a palos; aquí tengo una oportunidad; este hombre tiene una cara simpática que hace esperar más bien de él que de este grosero de beduino. Tal vez haya venido para oírme hablar; voy a contestarle bien» . Mientras pensaba esto había tenido los ojos fijos en el suelo; los levantó, le dirigió la mirada y dijo con voz dulce: « Sobre ti sean la paz, la

misericordia y la bendición divinas, señor mío, ya que así ha mandado contestar el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!). Respecto a mi estado, por el que me preguntas, si lo conocieses, sólo lo desearías para tus enemigos» . Dicho esto se calló.

El comerciante al oír sus palabras perdió la razón de alegría. Volviéndose al beduino le preguntó: ¿« Cuál es su precio? Es magnífica» . El beduino se indignó y exclamó: « Estás estropeando a la esclava con estas palabras. ¿Por qué has de decir que es magnífica cuando ella sólo es una persona del vulgo? No te la venderé» . Al oír el comerciante estas palabras se dio cuenta de que trataba con un cretino y le contestó: « Tranquilízate por completo: te la compraré incluso con el defecto que acabas de citar» . El beduino preguntó: « ¿Cuánto me das por ella?» « El padre es el que da el nombre al hijo. Pide lo que te parezca.» El beduino insistió: « Tú eres el que debe hablar» .

El comerciante se dijo: « Este beduino no tiene seso y su mollera está seca. Para mí no tiene precio, puesto que con su elocuencia y con su buen aspecto me ha aprisionado el corazón; si supiese leer y escribir sería el colmo de la felicidad para ella y para su comprador. Este beduino no tiene idea de su precio» . Volviéndose hacia él le dijo: « Jeque de los árabes: te daré en mano doscientos dinares contantes y sonantes, sin contar la garantía y el canon del sultán» . Al oír esto el beduino se indignó de mala manera y chilló al comerciante: « ¡Sigue tu camino! ¡Aunque me dieses cien dinares por este pedazo de estera que lleva encima no te la vendería! ¡No la venderé! La guardaré conmigo para que lleve a pacer los camellos y muela la harina» .

Dirigiéndose a la muchacha gritó: « ¡Malhediente! ¡No te venderé!» Volviéndose al comerciante le dijo: « Te tenía por un hombre listo, pero ¡por mi gorro! Si no te marchas de mi lado te voy a decir lo que no te ha de gustar» . El comerciante se dijo: « El beduino está loco y no conoce el verdadero valor de la muchacha. Por ahora no le diré nada del precio, pues si hubiese tenido sentido común no hubiese jurado “¡por mi gorro!”; ¡por Dios!, que vale una caja llena de piedras preciosas y yo no tengo dinero suficiente para comprarla, pero que pida lo que sea y se lo daré aunque tenga que entregarle todo lo que poseo» . Dirigiéndose al beduino dijo: « Jeque de los árabes, tranquilízate y dime cuáles son las ropas que de ellas tienes» .

El beduino replicó: « ¿Qué ha de hacer de las telas este desperdicio de esclava? ¡Por Dios! El pedazo de estera en que se envuelve ya es mucho para ella» . « Con tu permiso —dijo el comerciante— voy a quitarle el velo y mandar que se mueva, como hacen las gentes con las esclavas en el momento de la adquisición.» « Haz lo que quieras y que Dios te conserve tu juventud; remuévela por fuera y por dentro; si quieres, quítale los vestidos y mírala desnuda.» « ¡Dios me libre! Sólo le veré la cara.» El comerciante se acercó a ella muy azorado de su hermosura y de su belleza…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se sentó a su lado y le preguntó: « Señora, ¿cómo te llamas?» Respondió: « ¿Me preguntas por mi nombre actual o por el antiguo?» « ¿Tienes un nombre nuevo y otro antiguo?» « Sí; el antiguo es Nuzhat al-Zamán y el actual Gussat al-Zamán[56].» Cuando el comerciante oyó estas palabras se puso a llorar a lágrima viva. Le preguntó: « ¿Tienes un hermano que está enfermo?» « Sí, por Dios, señor mío; pero el tiempo nos ha separado y él se ha quedado en Jerusalén.» El comerciante se había quedado perplejo al oír la dulzura de sus palabras y se dijo que el beduino había dicho la verdad.

Nuzhat al-Zamán, por su parte, se acordó de su hermano, de la enfermedad, de que se encontraba en tierra extraña, que de ella se había alejado dejándolo enfermo y de que no sabía lo que podía haberle sucedido; recordó todo lo que le había ocurrido con el beduino, cómo se había alejado de su madre, de su padre y de su reino, y con estos pensamientos empezó a llorar y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Recitó estos versos:

Dios te proteja dondequiera que te encuentres, ¡oh viajero que siempre estás presente en mi corazón!
Dios esté contigo dondequiera que vayas y te proteja de las vicisitudes del tiempo y de la desgracia.
Te has marchado y mis ojos se han enturbiado en cuanto te han perdido de vista; mis lágrimas han resbalado en gran cantidad.
¡Ojalá supiera en qué región, en qué tierra, en qué casa y con qué gentes te has instalado!
Si bebes el agua de la vida, fresca y pura, las lágrimas constituyen mi bebida.
Si tú consigues conciliar el sueño, yo tengo una brasa de insomnio entre el lecho y mi costado.
Todo me es fácil de soportar excepto tu alejamiento; lo demás no tiene importancia.

Cuando el comerciante hubo oído estos versos se puso a llorar y extendió la mano para secar las lágrimas que caían por las mejillas de la joven; ésta se cubrió el rostro y le dijo: « No es correcto, señor mío» . El beduino, que le estaba mirando, vio que se cubría la cara delante del comerciante cuando éste intentaba secar las lágrimas que corrían por sus mejillas y creyó que quería impedir que la viese el comerciante; corrió hacia ella llevando en la mano un látigo de los utilizados con los camellos, levantó la mano y le dio un azote muy fuerte en la

espalda. La muchacha cayó de bruces y un guijarro la hirió en la ceja; la sangre corrió por su cara y se desmayó rompiendo en sollozos.

El comerciante lloró por ella y se dijo: « No me queda más remedio que comprar a esta joven, aunque tenga que pagar su peso en oro: he de librarla de este tirano» . Empezó a insultar al beduino mientras la joven estaba desmayada. Cuando ésta volvió en sí se secó las lágrimas y la sangre, se vendó la cabeza, levantó la vista hacia el cielo y rogó al Señor con el corazón muy triste recitando estos dos versos:

> ¡Qué piedad para una mujer tan noble que ha caído en la desgracia!
> Ella llora a lágrima viva y dice: « ¿No hay modo de escapar de esta desgracia?»

Terminados los versos se volvió hacia el comerciante y le dijo en voz baja: « ¡Por Dios! No me dejes con este malvado que no conoce a Dios (¡ensalzado sea!). Si he de pasar esta noche en su poder me mataré. Líbrame de él y Dios te librará de todo lo que puedas temer en esta vida y en la otra» . El comerciante se puso de pie y dijo al beduino: « ¡Jeque de los árabes! Ésta no es para ti; véndemela por el precio que quieras» . « Cógela, pero págala; si no me la llevaré a los lugares de pastoreo y la dejaré al cuidado del ganado para que lleve a pacer a los camellos.» « Te doy cincuenta mil dinares.» « Es poco.» « Setenta mil.» « Es poco y no alcanza a lo que me cuesta, pues ha comido en casa panes de cebada por valor de noventa mil dinares.» Estalló el comerciante: « ¡Tú, tu familia y toda tu tribu no habéis comido en toda vuestra vida mil dinares de cebada! ¡Te haré una sola oferta más, y si no la aceptas te denunciaré al valí de Damasco, que te la quitará a la fuerza!» « Ofrece.» « Cien mil dinares.» El beduino contestó: « Te la vendo por ese precio y con ese dinero podré comprar sal» . Al oírlo el comerciante se echó a reír, se fue a su casa, regresó con el dinero y lo entregó al beduino. Éste lo cogió y se dijo: « Es necesario que vaya a Jerusalén; y si encuentro allí a su hermano me lo traeré y lo venderé» . En seguida montó a caballo, se dirigió a Jerusalén, fue a la posada y preguntó por el hermano, pero no lo encontró. Esto es lo que se refiere a él.

He aquí lo que hace referencia al comerciante y a Nuzhat al-Zamán: una vez ésta en su poder le puso encima algunas ropas suyas y la llevó a su casa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que aquí le puso el más precioso de los

vestidos; después, tomándola consigo, la llevó al zoco, y le compró una joya que colocó en una bolsa de raso y se la entregó. Le dijo: « Todo esto es para ti y lo único que te pido es que, cuando te conduzca delante del sultán, valí de Damasco, le digas el precio por el que te he comprado, aunque éste es bien poca cosa en comparación con tu propio valor. Si te compra, recuérdale lo que he hecho contigo y pídele que me dé una carta oficial de recomendación, a mi nombre, para que yo la lleve a su padre, señor de Bagdad, el rey Umar al-Numán, con el fin de que éste disponga que no me hagan pagar impuestos por telas y demás mercancías con las que comercio» .

Al oír estas palabras la joven lloró y sollozó. El comerciante le preguntó: « ¡Señora! Siempre que te menciono la ciudad de Bagdad, lloras. ¿Hay en ella alguien a quien amas? Si es un mercader o cualquier otra persona dímelo, pues conozco a todos los comerciantes y demás gentes que allí viven, y si quieres escribir una carta yo la haré llegar al destinatario» . Respondió: « ¡Por Dios! No conozco allí a comerciante alguno ni ninguna otra persona; sólo conozco al rey Umar al-Numán, señor de Bagdad» . Al oír el comerciante sus palabras se rió, se alegró mucho y se dijo: « He conseguido lo que quería» . Le preguntó: « ¿Te han presentado a él con anterioridad?» « No; me he educado al lado de su hija y él me quería mucho y me tenía en gran consideración. Si tú quieres que el rey Umar al-Numán te conceda lo que deseas, acércame papel y pluma y te escribiré una carta. Cuando llegues a la ciudad de Bagdad entrega la carta directamente a manos del rey Umar al-Numán y dile: “El transcurso de los días y las noches ha afligido a tu esclava Nuzhat al-Zamán hasta el punto de haber sido vendida de uno a otro lugar. Te envía su saludo”. Si te pregunta por mí dile que estoy en casa del virrey de Damasco.»

El comerciante estaba admirado de su elocuencia y el afecto que por ella sentía aumentó en mucho. Le dijo: « Creo que los hombres han encontrado una buena ocasión en tu entendimiento y te han vendido a buen precio. ¿Has aprendido el Corán de memoria?» « Sí, y además conozco la filosofía, la medicina, la lógica, el comentario de los capítulos de Hipócrates escrito por Galeno, el filósofo, y también el comentario de éste; he leído la *Tadkira*, he comentado el *Burhan*, he estudiado el *Mufradat* de Ibn al-Baytar y he hablado sobre el *Canon* de Avicena[57]; me he distinguido en los enigmas y he planteado problemas; he explicado geometría y poseo a la perfección la ciencia de los cuerpos: he leído los libros de los *safiíes* y he estudiado la tradición y la gramática, he discutido con los sabios y he hablado sobre todas las ciencias; me he familiarizado con la lógica, la elocuencia, la aritmética y la dialéctica; conozco la magia espiritualista y la determinación de la hora. He entendido todas las ciencias.»

Añadió: « Tráeme papel y pluma para que te escriba un libro que te distraerá en los viajes y te permitirá prescindir de muchos volúmenes» . Cuando el

comerciante hubo oído esto exclamó: « ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué feliz será quien te tenga en su casa!» Le acercó tinta, papel y pluma de cobre. El comerciante colocó esto delante de ella y besó el suelo en signo de Humildad. Nuzhat al-Zamán tomó el rollo de la carta, cogió el cálamo y escribió estos versos:

¿Por qué el sueño ha abandonado mis ojos? ¿Has sido tú quien ha enseñado el insomnio a mi vista cuando ha quedado lejos de ti?
¿Por qué tu recuerdo alimenta el fuego en mi corazón? ¿Todos los enamorados han de recordar así el amor?
¡Qué bellos fueron nuestros días! Han pasado y no he podido gozar de las dulzuras como me prometía.
Imploro al viento (el viento es el que trae al enamorado las nuevas de vuestra región):
« A ti se queja un amante que tienes pocos valedores: las penas de la separación son capaces de hender las piedras.»

Una vez hubo terminado de escribir estos versos, añadió las siguientes palabras: « Esto escribe quien ha sido víctima de las preocupaciones y víctima del insomnio, ya que las injusticias no permiten que llegue la luz; por eso ella no distingue la noche del día, se mueve en el lecho de la separación y se alcohola con el colirio del insomnio; observa sin cesar los astros y escruta las tinieblas mientras las preocupaciones y las fatigas la consumen; explicar su actual situación sería muy largo y sólo la socorren las lágrimas» . Recitó estos versos:

No hay zurita que cante por las mañanas sin que se remueva en mí una pena mortal.
Siempre que un amante suspira pensando en la amada, aumenta mi tristeza.
Me plaño de las penas de amor a alguien que no tiene compasión de mí. ¡Cómo el amor ha separado el alma del cuerpo!

Brotaron de nuevo las lágrimas de sus ojos y escribió estos dos versos:

El amor ha consumido mi cuerpo de tristeza desde el día de la separación.
El estar medio moribundo basta para mi cuerpo extenuado: si no te dirigiese la palabra no me reconocerías.

Después escribió al fin del rollo: « Esto proviene de quien está lejos de su familia y de su patria, de la que tiene el corazón y el alma tristes, Nuzhat al-Zamán» . Después enrolló la carta y se la entregó al comerciante. Éste la cogió,

la besó y se enteró de su contenido. Se alegró y exclamó: « ¡Loado sea quien te ha creado!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que su respeto por ella aumentó, la agasajó durante todo el día y a la llegada de la noche marchó al mercado para regresar con algo de comer. Se lo entregó y después la condujo al baño, la presentó a una bañadora y le dijo: « Cuando termines de lavarle la cabeza, ponle sus vestidos y manda que me avisen» . « Así lo haré.» Le preparó comida, frutas y velas y colocó todo esto en el banco del baño. Cuando la bañadora hubo terminado de lavarla y le hubo puesto sus vestidos, salió del baño y fue a sentarse en el banco. Encontró la mesa preparada y comió allí el guiso y la fruta en compañía de la bañadora; lo que sobró lo dejó para la vigilante del baño. Después durmió toda la noche y el comerciante hizo lo mismo en otra habitación.

Cuando éste se despertó fue a llamar a Nuzhat al-Zamán y le entregó una camisa preciosa y una pañoleta para la cabeza que valdría mil dinares; un vestido turco recamado de oro y zapatos con incrustaciones de oro rojo, perlas y pedrería; le colocó en las orejas unos pendientes de perlas que costaban mil dinares y en el cuello un collar de oro y otro de ámbar; éste llegaba hasta debajo de sus senos, pero quedaba por encima del ombligo; tenía diez bolas y nueve medias lunas, en el centro de cada una de las cuales había un magnífico jacinto, mientras que cada bola soportaba un rubí maravilloso. Este collar costaba treinta mil dinares. Todo lo que le había puesto valía una gran cantidad de dinero. Después el comerciante le mandó que se arreglase lo mejor que supiese y salieron juntos, él delante y ella detrás. Las gentes se quedaban estupefactas al ver su hermosura y decían: « ¡Dios bendiga a la más hermosa de las criaturas! ¡Qué feliz será quien tenga a ésta a su lado!» El comerciante siguió andando llevando detrás a Nuzhat al-Zamán hasta que llegaron al palacio del rey Sarkán. El comerciante besó el suelo delante del soberano y le dijo: « ¡Rey feliz! Te traigo un presente difícil de describir y raro de ver en estos tiempos: reúne la belleza y la utilidad» . « Quiero verlo personalmente» , respondió Sarkán.

El comerciante fue a buscarla y la colocó delante de Sarkán. Éste, al verla, se sintió atraído por la voz de la sangre. Se había marchado cuando ella era pequeña y no la había visto jamás, ya que poco después del nacimiento había oído decir que tenía una hermana que se llamaba Nuzhat al-Zamán y un hermano llamado Daw al-Makán. Los temores que sentía de perder el reino le habían hecho romper con su padre, conforme se ha dicho.

Cuando el comerciante se le acercó le dijo: « Ella, además de su belleza y hermosura hasta el punto de que no puede compararse con nadie de nuestros

tiempos, conoce todas las ciencias, sean religiosas o profanas, políticas o exactas» . Dijo el rey: « Toma el precio por el que la has comprado, déjala aquí y sigue tu camino» . « Así lo haré, pero concédeme un decreto que me exima, para siempre, de pagar los impuestos que gravan mi comercio.» « Te lo daré, pero dime cuánto te ha costado.» « He pagado por ella cien mil dinares y por lo que lleva encima otros cien mil.» Al oír esto replicó: « Te daré más» .

Mandó llamar a su tesorero y le dijo: « Paga a este comerciante trescientos veinte mil dinares» . Después Sarkán mandó llamar a los cuatro cadíes y les dijo: « Dad testimonio de que concedo la libertad a esta esclava y de que quiero casarme con ella» . Los cadíes escribieron el acta de emancipación y el contrato matrimonial y el rey arrojó dinero por encima de las cabezas de los presentes, y los pajes y criados recogieron lo que el rey les echaba. Después de esto el soberano mandó que se escribiese un decreto para el comerciante y ajustándose a sus deseos le eximió del pago de impuestos y prohibió que nadie le causase daño en toda la extensión de su reino. Además dispuso que le diesen un magnífico vestido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después mandó marcharse a todos los que estaban con él, excepción hecha de los cadíes y del comerciante. Dijo a los primeros: « Quiero que examinéis a esta joven para saber hasta dónde llega la ciencia y la cultura que le atribuye este comerciante y así nos cercioraremos de la veracidad de sus palabras» . « No hay el menor inconveniente» , contestaron. Entonces el rey mandó que se tendiese una cortina entre él y su séquito y la joven y sus damas; todas las personas que estaban con la joven detrás de la cortina le besaron las manos y los pies desde el momento en que supieron que había pasado a ser la esposa del rey; después se colocaron a su alrededor, se pusieron a su servicio, le quitaron parte de la ropa que llevaba y se dieron cuenta de su belleza y de su hermosura.

Las esposas de los príncipes y de los ministros oyeron decir que el rey Sarkán había comprado una esclava que no tenía igual ni en belleza, ni en ciencia ni en cultura, y que dominaba todas las ramas del saber; que había pagado por ella trescientos veinte mil dinares; que la había libertado, que había mandado extender el contrato matrimonial y que había llamado a los cuatro cadíes para que la examinasen y viesen cómo respondía a sus preguntas. Las mujeres pidieron a sus esposos que les dejasen verla y se fueron al palacio en que estaba Nuzhat al-Zamán.

Cuando llegaron ante ésta vieron que los criados estaban de pie delante de ella; la reina, al ver que entraban las mujeres de los príncipes y de los ministros,

se dirigió seguida por las esclavas a recibirlas; les dio la bienvenida con una sonrisa, se hizo dueña de sus corazones y las trató según su rango como si hubiese sido educada en su compañía. Las visitantes se quedaron admiradas de su belleza, de su hermosura, de su inteligencia y de su educación. Se dijeron: « Ésta no es una esclava, sino la hija de un rey» . La alabaron, la rodearon y le dijeron: « ¡Señora! Nuestra ciudad ha quedado iluminada con tu presencia; has honrado a nuestro país y a nuestro reino. El reino es tuyo, este palacio también y todas nosotras somos tus esclavas. ¡Por Dios! No nos prives ni de tus favores ni de la contemplación de tu hermosura» . La reina les dio las gracias por sus palabras.

A todo esto, la cortina seguía tendida entre Nuzhat al-Zamán y quienes con ella estaban y el rey Sarkán, los cuatro cadíes y el comerciante. Después el rey Sarkán la llamó y le dijo: « ¡Oh, joven, la más preciada de nuestra época! Este comerciante te ha descrito como sabia y culta, ha afirmado que posees todas las ciencias, incluso la de la gramática. Haznos, pues, oír un poco de cada cosa» .

Al oír sus palabras contestó: « De buen grado, oh, rey. El capítulo primero trata del buen gobierno; de la conducta que deben seguir los reyes; de las cosas que son necesarias a las autoridades encargadas de aplicar la ley y de las buenas condiciones morales que en ellos deben residir. Sabe, oh rey, que los fines de la humanidad conducen hacia la religión y hacia la vida profana, ya que nadie alcanza aquélla si no es por medio de ésta. La vida mundanal es el mejor camino que conduce a la última; las cosas del mundo están organizadas en función de las actividades de sus habitantes.

» Las actividades de los hombres se dividen en cuatro grupos: gobierno, comercio, agricultura y artesanía. El gobierno precisa de una habilidad perfecta y de una perspicacia absoluta, ya que el acto de gobernar constituye el eje de la civilización, que, a su vez, es el camino que conduce a la última vida. Dios (¡ensalzado sea!) hizo al mundo para que sirviera a los hombres de la misma manera que el viático al viajero para alcanzar el fin supremo. Por eso, sería necesario que cada hombre tomase lo que le es necesario para llegar hasta Dios, sin dejarse arrastrar por sus ideas y pasiones. Si los hombres tomasen lo que les corresponde con equidad, se terminarían las querellas, pero como lo toman con injusticia, dejándose arrastrar por las pasiones, nacen como consecuencia de su abandono a éstas, las querellas; de aquí la necesidad de que haya un sultán que medie entre ellos y reglamente sus relaciones; si el rey no mantuviese separadas unas personas de otras, la más fuerte sacaría ventajas de la más débil.

» Asdachir dijo que la religión y el reino son hermanos gemelos; la religión es un tesoro del que el rey es el guardián. Las leyes y el sentido común muestran que las gentes necesitan tener un soberano que mantenga apartado al inicuo del vejado, que haga justicia al débil frente al fuerte y que frene al violento y al perverso. Sabe, oh rey, que según el carácter del rey es la época. El Enviado de Dios (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: “Dos cosas influyen en las gentes: si

son buenas, las gentes también lo son, y si son malas, malas son las gentes: los sabios y los gobernantes". Un sabio ha dicho: "Los reyes son de tres clases: el rey religioso, el rey que guarda las cosas sagradas y el rey caprichoso. El rey religioso obliga a sus súbditos a seguir la religión y es necesario que él sea el más religioso, pues debe dar el ejemplo en las cosas de la religión y las gentes deben obedecerle según está dispuesto en la legislación de la *xara*; se mantiene imperturbable ante las contrariedades sometiéndose a lo dispuesto por el destino; el rey que cuida de las cosas sagradas, se preocupa de los asuntos de la religión y del mundo y obliga a sus súbditos a cumplir las prescripciones de la *xara* y a comportarse con dignidad, y reúne en sí la ciencia y la espada; la falta de aquel que se aparta de lo que el cálamo ha puesto por escrito es corregida con el filo de la espada; ese rey distribuye la justicia por igual entre todos los hombres. El rey pasional no siente la religión y sólo sigue sus pasiones; no teme la ira de su Señor, que es quien le ha concedido su cargo; su reino va hacia la mina y su despotismo concluye en el infierno".

» Los sabios dicen: "El rey necesita el concurso de sus súbditos y éstos, a su vez, necesitan un solo soberano; por eso éste ha de conocer sus diferencias para solucionarlas; ha de hacer justicia a todos y los ha de colmar con su generosidad". ¡Oh, rey! Debes saber que Ardasir, el tercero de los reyes de Persia, se había enseñoreado de todos los climas. Los dividió en cuatro partes y por eso se hizo cuatro sellos, uno para cada región. El primero era el sello del mar, de la policía y de las fuerzas de orden; en él escribió: "Delegaciones"; el segundo era el sello de las contribuciones y de las gabelas; en él escribió: "Buena situación"; el tercero era el sello de abastos; en él escribió: "Abundancia"; el cuarto era el sello de las injusticias; en él escribió: "Justicia". Estas normas duraron en Persia hasta el momento de la aparición del Islam. Cosroes escribió a su hijo que estaba en el ejército: "No permitas que tus soldados se enriquezcan, pues ya no te necesitarían…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el diálogo para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nuzhat al-Zamán prosiguió su relato acerca del escrito de Cosroes a su hijo de esta manera:] « … "pero no los oprimas, pues se cansarían de ti; concédeles tus favores con justicia, hazles buenos regalos; sé espléndido con ellos en la abundancia y no les exijas demasiado en las dificultades". Se cuenta que un beduino fue a ver a al-Mansur y le dijo: "Deja con hambre a tu perro y te seguirá". Al-Mansur se enfadó con el beduino al oír estas palabras. Abu-l-Abbas al-Tusí le dijo: "Temo que otra persona le dé un pedazo de pan, la siga y te abandone". La cólera de al-Mansur se calmó y se dio cuenta de que el beduino había dicho una verdad; por esto

mandó darle un regalo.

» Sabe, oh rey, que Adb Allah b. Marwán escribió a su hermano Abd al-Aziz b. Marwán, cuando lo mandó a Egipto: “Vigila a tus secretarios y a tus chambelanes, pues de lo que sea cierto te informarán los secretarios; de las fiestas te informarán tus chambelanes y de los gastos que hagas te informará el ejército”. Umar b. al-Jattab tenía por costumbre, cuando daba empleo a un criado, imponerle cuatro condiciones: no montar en bestias de carga, no llevar vestidos de lujo, no comer del botín y no retrasar la hora de la oración. Se dice que no hay riqueza mayor que la inteligencia; que no hay inteligencia comparable a la previsión y a la constancia; que no hay mejor constancia que el temor de Dios; que no hay parentela comparable con el buen carácter; que no hay mejor balanza que la educación; que no hay mejor apoyo que el auxilio divino; que no hay negocio mejor que el hacer obras pías; que no hay ganancia mayor que la recompensa de Dios; que no hay ascesis mejor que el atenerse a las leyes de la tradición; que no hay ciencia mejor que la meditación; que no hay mejor ceremonia religiosa que el cumplir con los deberes rituales; ni fe que equivalga al pudor; ni mérito comparable a la humildad; ni nobleza que equivalga a la ciencia. Conserva la cabeza y lo que contiene y el vientre y lo que encierra; acuérdate de la muerte y de las calamidades.

» Alí (¡Dios se apiade de él!) dijo: “Temed a las gentes malvadas y guardaos de ellas; no les pidáis consejo en ningún asunto, pero no las vejéis en lo que se les debe para que no tengan que recurrir al engaño”. Añadió: “Quien traspasa el justo medio pierde el entendimiento”.

» Umar (¡Dios se apiade de él!) dijo: “Hay tres clases de mujeres: la mujer musulmana, casta, afectuosa, maternal, que ama a su esposo a pesar de las vicisitudes de la suerte y que no ayuda al tiempo en contra de su esposo; la que únicamente se preocupa de los hijos y la que Dios pone, cómo un dogal, en el cuello de quien quiere; también los hombres son de tres clases: la de los inteligentes que siguen su propio parecer; otra más sabia que la anterior, la de los que cuando se encuentran en una situación cuyas consecuencias son imprevisibles, van a consultar a los entendidos y siguen su opinión; y una tercera formada por los perplejos, incapaces de decidirse o de dejarse guiar. La justicia es necesaria en todas las cosas, de tal modo que hasta las esclavas la necesitan. Se cita acerca de esto el caso de los bandidos, que son injustos con todos menos con los de su condición, pues si no se repartiesen equitativamente lo que poseen se vendría abajo su organización. En resumen: las mejores cualidades son la generosidad y el buen carácter”. ¡Qué bien dice el poeta!:

> Generosidad y bondad hacen destacar al joven entre sus compatriotas. Te es bien fácil ser así.

» Otro poeta dice:

En la bondad está la perfección; en la clemencia, el prestigio y en la veracidad, el refugio de quien es sincero.
Aquel que busca las loas con su dinero busque primero, con la generosidad, la liza de la gloria» .

Nuzhat al-Zamán siguió hablando de política hasta que todos los presentes exclamaron: « ¡Jamás hemos tropezado con nadie que hablase de política tan bien como esta esclava! Tal vez conozca otras materias» . Nuzhat al-Zamán oyó lo que decían y lo comprendió. Dijo: « La educación comprende un campo amplísimo, puesto que abarca todas las perfecciones. Los Banu Tamim despacharon, cierta vez, una delegación a Muawiya en la que iba al-Ahnaf b. Qays. El chambelán de Muawiya se presentó a éste para pedirle que les concediese audiencia. Dijo: "¡Emir de los creyentes! Gentes del Iraq desean entrar para hablar contigo. Escúchalos". Muawiya le respondió: "Mira quiénes son los que están en la puerta". "Los Banu Tamim." "¡Que entren!" Entraron y al-Ahnaf b. Qays entre ellos. Muawiya dijo a éste: "Acércate, Abu Bahr, para que yo pueda oír tus palabras. ¿Qué consejos me has de dar?" "Emir de los creyentes: arréglate los cabellos, córtate el bigote, cuídate de las uñas, depílate el sobaco, afeita el pubis y limpia los dientes con palillos, pues en ello hay setenta y dos virtudes; el baño que se toma el viernes sirve de expiación de lo que se hace entre uno y otro viernes."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nuzhat al-Zamán continuó diciendo:] « Muawiya le preguntó: "¿Qué opinas de ti?" "Tengo el pie clavado en el suelo, lo muevo con cuidado y lo vigilo con mis ojos." Preguntó: "¿Cómo te comportas cuando te presentas ante aquellos de tus conciudadanos que no son príncipes?" "Me mantengo cabizbajo de vergüenza; empiezo por saludar, me desentiendo de lo que no me importa y hablo poco." Preguntó: "¿Cómo te comportas cuando te presentas ante tus iguales?" "Escucho lo que me dicen y si ellos emplean conmigo circunlocuciones yo no las empleo con ellos."

» Preguntó: "¿Cómo te comportas cuando quieres unirte a ella?" "Le dirijo la palabra hasta que está bien dispuesta, la beso para excitarla y cuando ocurre lo que sabes, la tiendo de espaldas, y en cuanto el semen queda encerrado en su receptáculo digo: '¡Dios mío! ¡Haz que sea fecundo! ¡No hagas que se pierda y modélalo en una hermosa figura! En seguida me separo de ella para hacer las abluciones, me lavo las manos con agua, luego el cuerpo, y doy gracias a Dios

por los favores que me ha concedido.” Muawiya exclamó: “Has contestado muy bien. Pide lo que desees”. “Sólo deseo que tengas temor de Dios al tratar a tus súbditos y que los trates con justicia.” A continuación se marchó. Cuando se hubo alejado, Muawiya exclamó: “Aunque fuese el único habitante del Iraq, ya sería suficiente”» .

Nuzhat al-Zamán continuó: « Este caso pertenece al capítulo sobre la educación; sabe, oh rey, que al-Muayqib era el administrador de la hacienda durante el califato de Umar b. al-Jattab, Dios (¡ensalzado sea!) se apiade de él» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nuzhat al-Zamán prosiguió:] « Ocurrió que un día encontró al hijo de Umar y le dio un dirhem de la hacienda pública. Refiere el mismo Muayqib: “Después de habérselo dado me marché a mi casa. Mientras estaba sentado, vino a buscarme un mensajero de Umar. Salí en su compañía y me dirigí a ver al Califa. Lo encontré con el dirhem en la mano. Me dijo: ‘¡Ay de ti, Muayqib! He descubierto en ti algo que no me gusta’. ‘¿Qué es, oh Emir de los creyentes?’ ‘El día de la resurrección serás llamado, por la nación de Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), a rendir cuenta de este dirhem’”. Umar escribió una carta a Abu Musa al-Asari en que decía: “Cuando recibas esta carta, da a las gentes lo que les pertenece y tráeme lo que sobre”, y así lo hizo. Cuando Utmán se hizo cargo del califato escribió lo mismo a Musa y despachó a Ziyad con la suma. Éste depositó el tributo delante de Utmán; el hijo de éste se acercó y cogió un dirhem. Ziyad se puso a llorar. Utmán le preguntó: “¿Qué es lo que te hace llorar?” “Llevé un tributo como éste a Umar b. al-Jattab; su hijo cogió un dirhem, pero él mandó que se lo quitasen de la mano; en cambio, tu hijo lo ha cogido y no veo a nadie que se lo quite o que le diga algo.” Utmán exclamó: “¡Dónde encontraremos otro Umar!”

» Zayd b. Aslam lo cuenta, poniéndolo en boca de su padre: “Salí una noche con Umar y anduvimos hasta llegar a las inmediaciones de un fuego encendido. Dijo: ‘Aslam: Éstos deben de ser viajeros que tienen frío; acompáñanos hasta su lado’. Seguimos acercándonos hasta llegar a su lado: se trataba de una mujer que atizaba el fuego debajo de una marmita; a su lado había dos niños llorando. Umar dijo: ‘La paz sea sobre vosotros, oh gentes de la luz (le disgustó decir ‘gentes del fuego’), ¿qué os sucede?’ La mujer respondió: ‘Nos ha sorprendido el frío y la noche.’ ‘¿Qué ocurre a los niños, que lloran?’ ‘Tienen hambre.’ ‘¿Qué contiene esta marmita?’ ‘Agua, para que callen. Dios ya pedirá cuentas a Umar b. al-Jattab en el día del juicio.’ ‘Pero ¿qué es lo que sabe Umar de vuestra situación?’ ‘¡Vaya! ¿Tiene el gobierno de las gentes y se desentiende de ellas?’ Umar se acercó y dijo: ‘¡Acompáñame!’ Nos pusimos a andar rápidamente hasta llegar a un

almacén; cogió un saco de harina y un tarro de grasa y me dijo: '¡Pónmelo en la espalda!' '¡Yo lo llevaré en tu lugar, oh Emir de los creyentes!' '¿Cargarás tú con mis pecados el día del juicio?'

» "Se lo coloqué encima y salimos, echando a andar rápidamente para ir a depositar el saco junto a aquella mujer. Sacó un poco de harina y dijo a la mujer que le dejase hacer: empezó a soplar debajo de la marmita, y como tenía una barba muy frondosa, yo veía cómo salía el humo a través de sus pelos; cuando hirvió, echó la grasa en la marmita y poco después le dijo: 'Dales de comer mientras yo hago enfriar la carne'. Así siguieron hasta que hubieron terminado de comer y quedaron satisfechos. Le entregó todo lo que había sobrado y, luego, acercándose a mí, dijo: '¡Aslam!, he visto llorar de hambre y no he querido alejarme hasta descubrir la causa de la luz que habíamos visto'"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nuzhat al-Zamán continuó: « Se dice que Umar pasó al lado de un pastor esclavo y quiso comprarle una oveja. Éste le dijo: "No es mía". "Es a ti a quien quiero." Lo compró y lo libertó exclamando: "¡Dios mío! ¡Haz que de igual manera como he redimido al menor, me redima de mis pecados el día del juicio!" Se refiere que Umar b. al-Jattab daba la leche a los criados y que él comía las sobras; que les concedía buenos vestidos mientras él se ponía los malos y que daba a las gentes todo lo que les correspondía y aun más. Dio cuatrocientos mil dirhemes a un hombre y aún añadió mil. Se le dijo: "¿Y por qué no concedes de más a tu hijo la misma cantidad que a éste?" "El padre de éste luchó en Uhud."

» Al-Hasán refiere: "Se llevó a Umar mucho dinero. Hafsa se acercó y le dijo: '¡Emir de los creyentes! Dame lo que me corresponde por ser tu pariente'. '¡Hafsa! Dios ha dispuesto que dé a mis parientes lo que les corresponde tomándolo de mis bienes, no con los de los musulmanes; así he dejado satisfechas a tus gentes y he hecho enfadar a tu padre.' Hafsa se marchó llena de soberbia". El hijo de Umar refiere: "He rogado humildemente a Dios durante un año que me permitiese ver a mi padre en sueños. Lo he visto secándose el sudor de la frente. Le he preguntado: '¿Qué te ocurre, padre mío?' 'Si no hubiese sido por la misericordia de mi Señor, tu padre hubiese perecido'"» .

Nuzhat al-Zamán añadió: « Escucha ahora, oh rey feliz, el artículo segundo del capítulo segundo que trata de la educación, de las virtudes y de las anécdotas que se cuentan de la primera generación islámica y de los hombres piadosos. Al-Hasán al-Basrí refiere: "El alma de un hombre no abandona este mundo sin antes haberse lamentado de tres cosas: de no haber disfrutado lo que esperaba; de no haber alcanzado lo que se proponía y de no haber hecho suficiente provisión de

buenas acciones para la vida futura". Se preguntó a Sufyán: "¿Puede un hombre ser asceta y rico al mismo tiempo?" "Sí, mientras sepa sobrellevar las desgracias y sea agradecido a Dios cuando Éste lo favorece."

» Se refiere que cuando Abd Allah b. Saddad estaba a punto de morir mandó llamar a su hijo Muhammad y le hizo las siguientes recomendaciones: "Hijo mío: el ángel de la muerte me reclama; teme a tu Señor en público y en privado; da gracias a Dios por los favores que te hace; sé verídico cuando hables; el reconocimiento de los favores divinos trae otros bienes y el temor de Dios es el mejor viático para presentarse ante Él, como dice un poeta:

> No creo que la felicidad se encuentre en la reunión de las riquezas. El que es timorato, es feliz.
> El temor de Dios constituye el mejor viático; junto a Dios encontrarás lo que desees"» .

Después Nuzhat al-Zamán añadió: « Escuche ahora el rey estas anécdotas del artículo segundo del capítulo primero» . Le preguntaron de cuáles se trataba. Dijo: « Cuando Umar b. Abd al-Aziz se hizo cargo del califato, arrebató a su familia todo lo que poseía y lo entregó al tesoro público. Los Banu Umaya, alarmados, hablaron a su tía Fátima, hija de Marwán. Ésta le despachó un mensajero para que le dijese que era imprescindible que hablase con él. Una noche fue a verlo. Él la ayudó a bajar de la mula y cuando ella estuvo sentada le dijo: "Tía: a ti te corresponde hablar primero, pues tú eres quien necesitas algo. Explícame qué es lo que deseas". "Emir de los creyentes: Tú debes ser el primero en hablar, puesto que tu inteligencia descubre lo que permanece oculto en el entendimiento." Umar b. Abd al-Aziz dijo: "Dios (¡ensalzado sea!) envió a Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!) para beneficiar a los inteligentes y para atormentar a los demás; después escogió para él lo que tenía a su lado y lo llamó junto a Sí"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nuzhat al-Zamán continuó su relato en estos términos: « Umar b. Abd al-Aziz prosiguió:] "Dejó a las gentes un río en el que pudiesen saciar su sed; después de Mahoma vino Abu Bakr y el río fluyó por su cauce, pues hizo lo que era grato a Dios; a Abu Bakr sucedió Umar, quien obró de la mejor manera posible y se esforzó en hacer el bien de tal modo que nadie podrá imitarle; siguió Utmán y, aquí, el río se dividió en dos partes; siguió Muawiya, y siguieron aumentando los brazos con Yazid y los Banu Marwán, como Abd al-Malik, al-Walid y Sulaymán. Así me ha llegado el perdón y yo

quiero volver las aguas a su cauce normal". Le respondió: "Sólo quería hablarte y conversar contigo, pero si ésas son tus palabras es inútil decirte nada". Regresó junto a los Banu Umaya y les dijo: "Disfrutad ahora las consecuencias de vuestra acción al entronizar a un nuevo Umar b. al-Jattab".

» Se refiere: Cuando Umar b. Abd al-Aziz estaba a punto de morir reunió a su alrededor a sus hijos. Maslama b. Abd al-Malik le dijo: "¡Emir de los creyentes! ¿Cómo puedes abandonar a tus hijos en la pobreza cuando tú eres su pastor y nadie te impide, mientras vivas, el darles de la hacienda pública lo que les haga ricos? Esto es mejor que devolver los bienes al administrador después de tu muerte".

» Dirigió una mirada furibunda y estupefacta a Maslama y le contestó: "¡Maslama! He salvaguardado a mis hijos de todo pecado mientras vivía: ¿cómo, pues, he de hacerles obrar mal en el momento de mi muerte? Mis hijos tienen dos caminos a seguir: o ser obedientes a Dios (¡ensalzado sea!), y entonces Dios los favorecerá, o bien el de ser rebeldes, y yo no he de auxiliarlos en su rebeldía, Maslama. He presenciado contigo el entierro de uno de los Banu Marwán y mis ojos me llevaron a verlo en sueños en un estado, al que había llegado por la voluntad de Dios (¡glorificado y ensalzado sea!), que me llenó de terror y espanto. Prometí a Dios que no obraría como aquél en caso de llegar a ser Califa. Me he esforzado durante mi vida en ello, y ahora espero conseguir el perdón de mi Señor".

» Maslama refiere: "Asistí al entierro de un hombre. Una vez concluido lo vi en sueños: estaba en un jardín por el cual corrían riachuelos de agua; llevaba puesto un vestido blanco. Se me acercó y me dijo: 'Maslama: para obtener esto obra como aquellos que hacen buenas obras' ". Hay muchos casos semejantes. Una persona digna de crédito ha referido: "Era ordeñador de ganado ovino durante el califato de Umar b. Abd al-Aziz. Pasé junto a un pastor y percibí que, entre sus ovejas, había uno o más lobos. Creyendo que fuesen perros, ya que yo nunca había visto lobos con anterioridad, le pregunté: '¿Qué haces con estos perros?' 'No son perros, sino lobos.' '¡Cómo! ¿Los lobos están entre el ganado sin hacer daño?' 'Si la cabeza está sana, también lo está el cuerpo.' "

» Umar b. Abd al-Aziz predicó desde un alminar de barro; alabó a Dios, entonó su loor, pronunció tres palabras; dijo: "¡Gentes! Sed buenos en vuestro interior a fin de que lo sea también vuestro aspecto exterior, delante de vuestros hermanos, y podáis ser librados de los pesares de este mundo. Sabed que ni uno solo de los hombres que han vivido desde Adán hasta nuestros días ha quedado con vida: murió Abd al-Malik y quienes le precedieron; murió Umar y también sus sucesores".

» Maslama le dijo en este momento: "¡Emir de los creyentes! Podemos ponerte un cojín para que te apoyes un poco en él". Respondió: "Temo que me haga cargar con un pecado en el día del juicio". Un momento después tuvo un

vahído y cayó desmayado. Fátima gritó: "¡Maryam! ¡Muzahim! ¡Fulano! ¡Cuidad a este hombre!" Fátima, llorando, se acercó a rociarlo con agua hasta que volvió en sí. Cuando la vio llorar le preguntó: "¿Qué te hace llorar, Fátima?" "¡Emir de los creyentes! Te he visto caer en nuestros brazos y he creído que habías caído en las manos de Dios, que es todopoderoso y excelso, en manos de la muerte, separándote del mundo y de nosotros. Esto es lo que me hacía llorar." "¡Basta ya, Fátima! Ha sido bastante." Quiso incorporarse, pero cayó de nuevo y Fátima lo atrajo hacia sí y dijo: "¡Sírvante de rescate mi padre y mi madre, Emir de los creyentes! Ninguno de nosotros es digno de dirigirte la palabra"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nuzhat al-Zamán dijo a su hermano Sarkán, al que no había reconocido, y a los cuatro cadíes y al comerciante, para concluir con el artículo segundo del capítulo primero: « Ocurrió que Umar b. Abd al-Aziz escribió a los que realizaban la peregrinación: "Tomo por testigo a Dios en el mes y en el país sagrado, en el día de la gran peregrinación, de que soy inocente de las injusticias o vejaciones que otros os infieran, pues ni las he mandado, ni los he apoyado, ni me he enterado ni me han informado de que se hayan cometido; espero que esto me sirva de disculpa, ya que a nadie he dado autorización para oprimir al prójimo, pues yo soy el responsable de todos los maltratados. Cualquiera que sea mi mandatario que se aparte del camino recto y obre prescindiendo del Corán y de la zuna, debe ser desobedecido hasta que vuelva al recto camino". El mismo (¡Dios esté satisfecho de él!) ha dicho: "No querría que la muerte fuese indulgente conmigo, ya que es la última prueba de esta vida y trae la recompensa del creyente".

» Una persona digna de crédito refiere: "Fui a visitar al Emir de los creyentes, Umar b. Abd al-Aziz, que era Califa. Vi que tenía delante doce dirhemes y que mandaba depositarlos en la hacienda pública. Dije: 'Emir de los creyentes: has empobrecido a tus hijos, los has reducido a la miseria y no poseen nada. Podrías dar algo a ellos y a quienes viven en tu casa y son pobres'. Respondió: '¡Acércate!' Me acerqué y me dijo: 'Respecto de eso que has dicho de que he empobrecido a mis hijos y de que debo darles algo a ellos y a quienes viven en mi casa y son pobres, debo responder que no es justo, ya que Dios proveerá por mí a mis hijos y a mis parientes pobres. Él cuidará de ellos. Éstos sólo tienen dos caminos: o seguir el camino de la piedad y en este caso Dios les facilitará una salida, o ser unos rebeldes, y en este caso no me incumbe a mí auxiliarlos en su desobediencia a Dios'.

» "A continuación mandó llamarlos. Acudieron doce varones. Al verlos las lágrimas empezaron a correr por sus ojos. Les dijo: 'Vuestro padre sólo tiene dos

caminos: o enriqueceros, y en este caso vuestro padre irá al infierno, o dejaros pobres, y en este caso vuestro padre irá al paraíso; vuestro padre prefiere entrar en el paraíso a enriqueceros; idos, que yo coloco vuestro asunto en manos de Dios'

» Jalid b. Safwán refiere: "Yúsuf b. Umar me envió a Hisam b. Abd al-Malik. Cuando llegué supe que había salido al campo con sus parientes y sus criados y habían levantado las tiendas. Cuando las gentes hubieron ocupado sus asientos, salí por uno de los extremos de la alfombra y lo miré. En el momento de encontrarse nuestras miradas le dije: 'Dios te conceda todos los dones, oh Emir de los creyentes, haga que se desarrollen sin contratiempos todos los asuntos que te ha confiado y que no se empañe tu alegría. Emir de los creyentes: no encuentro mejor consejo que el referirte lo que ocurrió a uno de los reyes que te ha precedido'. Entonces él, que estaba recostado, se incorporó y dijo: 'Refiere lo que sepas, hijo de Safwán'.

» "Referí: '¡Emir de los creyentes! Antes que tú, hace unos años, un rey vino a este lugar y preguntó a sus contertulios: '¿Habéis visto a alguien en una situación similar a la mía? ¿Hay alguien que haya hecho tantos dones como yo?' Había junto a él, entre los contertulios, un piadoso musulmán, uno de esos que saben distinguir el buen camino. Le dijo: '¡Rey! Has preguntado algo muy gordo: ¿me permites que te lo conteste?' 'Sí.' '¿Cómo crees que es lo que tienes: eterno o caduco?' 'Caduco.' '¿Por qué, pues, te admiras de un estado en el que poco vas a durar, pero por el que se te va a interrogar y por el que tendrás que rendir cuentas?' El rey preguntó: '¿Cómo he de abandonarlo? ¿Qué he de buscar?' 'Sigue siendo rey, pero obra obedeciendo a Dios (¡ensalzado sea!); también puedes ponerte los vestidos del asceta y adorar a tu Señor hasta que llegue tu hora; al llegar la aurora vendré a verte'".

» Jalid b. Safwán refiere: "Llegada la aurora llamó a su puerta y vio que había abandonado la corona y que se había preparado a marcharse, conmovido por el sermón que le había hecho Hisam b. Abd al-Malik, y lloró a lágrima viva hasta dejar empapada su barba; mandó levantar el campo y regresó a su palacio". Los clientes y los criados se dirigieron, después, a ver a Jalid b. Safwán y le dijeron: "¡Qué has hecho con el Emir de los creyentes! Le has quitado el gusto por los placeres y le has amargado la vida"» .

Nuzhat al-Zamán dijo a Sarkán: « ¡Cuán buenos consejos hay en este capítulo! Pero no puedo contarlos todos en una sola sesión; es preferible un poco cada día, oh rey del tiempo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los cadíes dijeron: « Rey: esta joven

es una maravilla del tiempo y única por sus conocimientos. Jamás, en ninguna época, hemos visto u oído quien pueda comparársele» . Pidieron permiso al rey y se retiraron.

Entonces Sarkán se dirigió a los criados y les dijo: « Disponed la fiesta de bodas y preparad toda clase de guisos» . Cumplieron la orden en el acto y prepararon toda clase de platos. Sarkán mandó que todas las esposas de los príncipes, de los visires y de los magnates del Imperio fuesen a presenciar el desvelamiento de la novia. Poco después del mediodía las mesas ya estaban colmadas de todo lo que apetece al alma y regocija la vista, y todos los asistentes comieron hasta hartarse.

El rey mandó que se llamase a todas las cantoras de Damasco; éstas comparecieron. A ellas se unieron todas las esclavas del rey que solían cantar y todas se dirigieron al alcázar. Cuando llegó el crepúsculo y se extendieron las tinieblas, encendieron las velas desde la puerta de la ciudadela hasta la del palacio, a la derecha y a la izquierda. Los príncipes, los ministros y los grandes se acercaron al rey Sarkán. Las peinadoras arreglaron a la joven y la vistieron, dándose cuenta de que no necesitaba ningún adorno. El rey Sarkán se dirigió al taño y al salir se sentó en el solio y se desveló a la novia; le quitaron los vestidos, y le dieron los consejos que se dan a las muchachas en la noche de bodas.

Sarkán entró en la habitación y le arrebató la virginidad. Ella quedó encinta aquella misma noche y se lo dijo. El rey se alegró muchísimo y mandó a los doctores que registrasen la fecha de la concepción. Al día siguiente se sentó en el trono y los magnates del Imperio acudieron a felicitarlo. Mandó llamar a su secretario particular y le ordenó que escribiese una carta a su padre, Umar al-Numán, informándole que había comprado una esclava muy culta y educada, que dominaba todas las ramas de la ciencia; que la iba a enviar a Bagdad para que visitase a su hermano Daw al-Makán y a su hermana Nuzhat al-Zamán; que la había libertado y se había casado con ella, poseyéndola y dejándola encinta. Selló la carta y la envió a su padre por medio de un correo. Éste estuvo ausente durante todo un mes, al cabo del cual regresó con la contestación y se la entregó. La cogió y la leyó.

Empezaba con la fórmula: « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso» y seguía: « Esta carta procede del perplejo, del atribulado, del que ha perdido dos hijos y ha abandonado la patria, del rey Umar al-Numán, y va dirigida a su hijo Sarkán. Sabe que, después de haber partido tú de mi lado, me he encontrado siempre afligido, hasta el punto de no poder soportarlo ni poder ocultarlo. La causa de ello es el haber salido de caza poco después de que Daw al-Makán me pidiese permiso para dirigirse al Hichaz. Yo se lo negué, pues temía que le ocurriese cualquier desgracia, y le dije que no se lo concedería hasta dos o tres años más tarde. Permanecí en la cacería durante un mes…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la carta continuaba:] « … y a mi regreso descubrí que tu hermano había cogido algún dinero y había partido acompañado por su hermana con los peregrinos. Al darme cuenta cabal de ello, permanecí muy angustiado y esperé el regreso de la caravana esperando que los dos regresasen. Llegados los peregrinos pregunté por los dos, pero nadie supo explicarme qué se había hecho de ellos. Me he vestido de luto por su causa, tengo el corazón destrozado, carezco de sueño y mis ojos están llenos de lágrimas» . Insertaba estos dos versos:

> Su imagen está siempre conmigo, nunca se ausenta. Le he concedido el lugar de honor en mi corazón.
> Si no fuese porque espero su retorno, no viviría ni un instante más; si no fuese por su imagen que se me aparece en sueños, no pegaría el ojo.

Después, entre otras cosas, decía: « Te deseo la salud a ti y a quienes están contigo; te encargo que no descuides la búsqueda de noticias, pues esto es una afrenta para nosotros» .

Una vez hubo leído la carta lo sintió por su padre, pero se alegró de la desaparición de su hermana y de su hermano. Se dirigió a saludar a su esposa Nuzhat al-Zamán sin sospechar que era su hermana, mientras que ella tampoco sabía que él era su hermano. Él la frecuentaba de día y de noche y así transcurrieron los meses del embarazo. La joven se sentó en la silla de las parturientas, Dios le facilitó el parto y dio a luz una niña.

Mandó llamar a Sarkán y cuando lo vio le dijo: « Ésta es tu hija. Dale el nombre que quieras» . Respondió: « La gente tiene por costumbre dar el nombre a sus hijos el séptimo día después del nacimiento» . Sarkán se inclinó hacia su hija y la besó. Vio que llevaba colgado del cuello uno de los tres amuletos que habían pertenecido a la reina Ibriza, del país de Rum.

Cuando reconoció el amuleto que colgaba del cuello de su hija, perdió la razón, montó en cólera, clavó los ojos en el amuleto hasta haberlo reconocido bien y mirando a Nuzhat al-Zamán le dijo: « ¡Esclava! ¿De dónde has sacado este amuleto?» Al oír las palabras que Sarkán le dirigía, respondió: « Yo soy tu dueña y la dueña de todo lo que encierra tu palacio: ¿no te avergüenzas de llamarme “esclava” a mí, que soy una reina, hija de un rey? Se ha terminado el secreto y se ha hecho pública la verdad: soy Nuzhat al-Zamán, la hija del rey Umar al-Numán» . Al oír estas palabras, Sarkán…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sarkán] notó que el corazón le palpitaba; palideció y bajó la cabeza hacia el suelo, pues se dio cuenta de que era su hermana por el lado del padre, y quedó fuera de sí; cuando se repuso se admiró de todo ello y de que no la hubiese reconocido. Le dijo: « Señora, ¿eres la hija del rey Umar al-Numán?» « Sí.» « ¿Por qué te separaste de tu padre y has sido vendida como esclava?» Ella le contó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin y le explicó que había dejado a su hermano, enfermo, en Jerusalén; le contó cómo la había raptado el beduino y la había vendido al comerciante.

Cuando Sarkán hubo oído estas palabras se convenció de que realmente se trataba de su hermana de padre. Se dijo: « ¡Cómo he podido casarme con mi hermana! Ahora la casaré con alguno de mis chambelanes y cuando se divulgue lo ocurrido sostendré que la he repudiado antes de poseerla. La casaré con el gran chambelán» . Levantó la cabeza y, entristecido, dijo: « Eres mi hermana, sin ninguna duda. Pido a Dios que nos perdone la falta que hemos cometido. Yo soy Sarkán, hijo del rey Umar al-Numán» . La joven lo miró con atención y lo reconoció; al reconocerlo perdió la razón y rompió a llorar, se abofeteó el rostro y dijo: « ¡Hemos cometido un pecado gravísimo! ¿Qué haremos? ¿Qué responderé a mi padre y a mi madre cuando me pregunten cómo he tenido a esta niña?»

Sarkán contestó: « Yo me inclino a casarte con el chambelán y dejar que críes a mi hija en su casa, de modo que nadie sospeche que eres mi hermana; esto es lo que Dios ha dispuesto que nos ocurra con un fin determinado. Nada puede disimularlo a no ser tu matrimonio con ese chambelán antes de que nadie se entere» . La consoló y la besó en la cabeza. Ella le preguntó: « ¿Cómo llamaremos a la niña?» « Qúdiya Fa-Kan.» La casó con el gran chambelán y ella y la niña se trasladaron a la casa de éste; la pequeña fue criada en los brazos de las esclavas y alimentada con bebidas y toda clase de cuidados.

Esto es todo lo que a ellos se refiere. Su hermano Daw al-Makán seguía con el fogonero en Damasco.

Después ocurrió que un día llegó un correo del rey Umar al-Numán dirigido al rey Sarkán llevando un mensaje. Éste lo cogió, lo leyó y vio que después de la *basmala* decía: « Sabe, noble rey, que estoy muy triste por haber perdido a mis hijos, carezco de reposo y el insomnio no me abandona. Te mando esta carta, y, apenas la recibas, envíame el tributo y mándame a la esclava que has comprado y con la cual te has casado. Quiero verla y oír sus palabras, ya que ahora acaba de llegar del país de Rum una anciana muy piadosa, acompañada de cinco jóvenes vírgenes, bien formadas, que poseen la ciencia, la cultura y todos los ramos de la sabiduría, de la manera como sería de desear que las conocieran los hombres. La lengua es incapaz de describir a esta vieja y a las jóvenes que la

acompañan: conocen todas las ciencias, la virtud y la sabiduría. Desde el momento en que las vi quedé prendado de ellas y he querido que permanezcan en mi palacio y en mi poder, ya que ningún otro rey tiene parecidas. He preguntado por el precio a la anciana y ha contestado: "Las venderé a cambio del tributo de Damasco". Yo creo que éste es bien poca cosa, ya que una sola de ellas vale más de esa cantidad. He aceptado su petición, las he aposentado en mi palacio y permanecen en mi poder. Acelera el envío del tributo para que la mujer pueda regresar a su país y mándanos también la esclava para que pueda discutir con aquéllas en presencia de los sabios…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el mensaje continuaba:] « … si las vence te la devolveré acompañada del tributo de Bagdad» .

Cuando Sarkán supo todo esto se dirigió a casa de su cuñado y le dijo: « Tráeme la esclava con la cual te he casado» . Una vez la tuvo delante le enseñó la carta y le dijo: « Hermana mía, ¿qué opinas que debo contestar?» « Mi opinión es la tuya.» Pero el deseo de volver a ver a su familia y a su patria le hizo añadir: « Envíame en compañía de mi esposo, el chambelán, para que pueda referir a mi padre lo que me ha ocurrido y para que le cuente lo que me ha sucedido con el beduino que me vendió al comerciante, para que le refiera que el comerciante me vendió a ti y que tú me has casado con el chambelán después de haberme libertado» . Sarkán contestó: « Así lo haré» .

Cogió a su hija Qúdiya Fa-Kan y la entregó a las nodrizas y a los criados; en seguida preparó el tributo y mandó al chambelán que se hiciese cargo de ello y que se marchase, con su mujer, a Bagdad. El chambelán obedeció en el acto. Sarkán mandó que le preparasen una litera a él y otra para la esclava; escribió una carta que entregó al chambelán y se despidió de Nuzhat al-Zamán, cuyo amuleto había recogido y había colocado en el cuello de su hija pendiendo de una cadena de finísimo oro. El chambelán emprendió el camino aquella misma noche.

Daw al-Makán y el leñador estaban de paseo aquella noche. Vieron los camellos y los mulos, las linternas y las antorchas encendidas. Daw al-Makán preguntó qué significaban aquellos bultos y quién era su dueño. Se le contestó: « Es el tributo de Damasco que se envía al rey Umar al-Numán, dueño de la ciudad de Bagdad» . Preguntó: « ¿Quién es el jefe de esta expedición?» Se le respondió: « El gran chambelán, el que se ha casado con una esclava que conoce todas las ciencias y domina toda la sabiduría» .

Daw al-Makán se puso a llorar al acordarse de su madre, de su padre, de su hermana y de su patria. Dijo al fogonero: « No puedo seguir aquí; quiero marcharme con esta caravana y andando poco a poco llegaré a mi país» . El fogonero contestó: « Si no te he dejado venir solo desde Jerusalén hasta Damasco, ¿cómo he de dejarte ir a Bagdad? Te acompañaré hasta que llegues a tu destino» . Daw al-Makán dijo: « De buen grado» . El leñador preparó lo que necesitaban, puso la cincha al asno, le colocó las alforjas y guardó en éstas algunos alimentos; se ciñó el cinturón y no paró en los preparativos hasta incorporarse a la caravana.

El chambelán iba cabalgando en un dromedario y alrededor de éste iban los viandantes. Daw al-Makán iba a lomos del asno del fogonero. Dijo a éste: « Monta conmigo» . Le contestó: « No montaré; estaré a tu servicio» . « Has de montar un rato.» « Montaré un poco cuando esté fatigado.» Daw al-Makán exclamó: « ¡Hermano mío! Ya verás lo que haré contigo cuando me reúna con mi familia» .

No pararon de andar hasta que salió el sol. Cuando el calor se hizo insoportable, el chambelán mandó acampar. Acamparon, descansaron y dieron de beber a los camellos. Después dio orden de ponerse en camino, y así anduvieron durante cinco días, al cabo de los cuales llegaron a la ciudad de Hama. Acamparon y permanecieron en ella tres días…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [permanecieron tres días,] al cabo de los cuales reemprendieron el viaje. No pararon hasta llegar a otra ciudad, en la cual descansaron tres días; de nuevo en camino, anduvieron hasta llegar a Diyar Bakr, en donde empezaron a notar la brisa de Bagdad. Daw al-Makán se acordó de su hermana, Nuzhat al-Zamán, de su padre, de su madre y de su patria; pensó que iba a volver sin su hermana y se puso a llorar, a gemir y a lamentarse; agobiado por la pena recitó estos versos:

¡Amigo mío! ¡Cuánto tardas! ¡Pero yo aguardo con paciencia a pesar de que ningún mensajero me trae noticias!
Los días de la unión son breves: ¡ojalá los breves fuesen los días de la separación!
Cogedme de la mano y tened piedad por la pasión que ha consumido mi cuerpo a pesar de haber tenido paciencia.
Si me pedís que me consuele, os respondo: « ¡Por Dios! No me he de consolar hasta el momento de la resurrección» .

El fogonero le dijo: « Deja de llorar y gemir, pues estamos cerca de la tienda del chambelán» . Daw al-Makán contestó: « Es absolutamente necesario que recite algunas poesías, tal vez así se calme el fuego que hay en mi corazón» . « ¡Por Dios! Deja las penas hasta que llegues a tu país. Después haz lo que quieras, pues yo estaré contigo dondequiera que vayas» . Daw al-Makán dijo que no desistía; después, dirigió la mirada en dirección de Bagdad. La noche estaba iluminada por la luna y Nuzhat al-Zamán, que no podía conciliar el sueño, se acordaba de su hermano Daw al-Makán; estaba intranquila y lloraba. Mientras se encontraba en este estado oyó que su hermano Daw al-Makán lloraba y recitaba estos versos:

Brilla el relámpago del Yemen y me aflige lo que me aflige
al acordarme del amigo que estaba junto a mí presto a escanciarme la copa del brindis.
¡Fulgor del relámpago! ¿Volverán los días de felicidad?
¡Censor! No me critiques, pues Dios me ha puesto a prueba
con un amigo que me ha abandonado y un tiempo que me ha hecho desgraciado.
La alegría de mi corazón me ha dejado en el momento en que mi destino me ha vuelto la espalda.
La angustia ha hecho mella en mí y me ha escanciado su copa.
Pienso que moriré antes de encontrarte de nuevo.
¡Oh, tiempo del amor! Vuelve con las esperanzas. Trae la alegría y la seguridad; el tiempo me ha maltratado.
¿Quién ayudaría a un extranjero que pasa la noche lleno de tristeza,
abrumado por una pena sin par después de haber disfrutado de la alegría del tiempo?[58]
Nos ha condenado la mano de gentes desalmadas.

Al concluir estos versos exhaló un gemido y cayó desmayado. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Nuzhat al-Zamán: Esa noche estaba desvelada, ya que el lugar le recordaba a su hermano. Al oír aquella voz en la noche su corazón se tranquilizó, se puso de pie y llamó al criado. Éste le preguntó: « ¿Qué deseas?» « Ve y tráeme al que ha recitado estos versos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el criado le contestó:] « Ni lo he oído ni lo conozco, y todas las gentes están durmiendo» . Ella insistió: « Aquel a quien encuentres despierto es el que recita los versos» . Salió a buscarlo, pero no encontró despierto más que al fogonero, ya que Daw al-Makán aún estaba desmayado. El fogonero, al ver al criado de pie a su lado, se asustó. El criado le preguntó: « ¿Eres tú el que ha recitado los versos? Nuestra señora te ha oído» . El fogonero creyó que la señora se había molestado al escucharlos. Asustado, contestó: « ¡Por Dios! Yo no he sido» . « ¿Quién ha recitado los versos? ¡Muéstramelo! Debes conocerlo ya que estabas despierto.

» El fogonero temió que ocurriese algo a Daw al-Makán y se dijo: « Tal vez el criado pueda perjudicarlo de alguna manera» . Respondió: « No lo conozco.» « ¡Por Dios que mientes! Aquí estás tú solo y tú lo conoces.» « Te voy a decir la verdad. Ha recitado, los versos un hombre que ha cruzado el camino; me ha asustado y me ha puesto nervioso. ¡Dios lo castigue!» El criado le dijo: « Si lo reconoces, muéstramelo; lo cogeré y lo llevaré ante la puerta de la tienda en que está nuestra señora, o cógelo tú por tu propia mano» . « Vete, que ya te lo llevaré.»

El criado lo dejó, se marchó, entró a ver a su señora y la informó de lo ocurrido diciendo: « Nadie lo conoce, ya que se trataba de un caminante» . Ella se calló.

Daw al-Makán, al volver en sí, vio que la luna había llegado a la mitad del cielo y aspiró la brisa matutina. La nostalgia y la pena hicieron presa en su corazón. Su voz se aclaró y quiso recitar. El leñador le dijo: « ¿Qué es lo que quieres hacer?» « Recitar algunos versos para apagar la llama de mi corazón.» « ¿No sabes lo que me ha ocurrido y que sólo he escapado de la muerte gracias a haber tranquilizado al criado?» Daw al-Makán preguntó: « ¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo» . « Señor: mientras tú estabas desmayado ha venido el criado armado con un bastón de almendro muy largo; iba mirando la cara de la gente que dormía, en busca de aquel que había recitado los versos; no ha encontrado más persona despierta que a mí. Me ha interrogado y le he dicho que había sido un caminante. Se ha marchado y Dios me ha salvado, pues de lo contrario me hubiera matado. Me ha dicho que si lo volvía a oír otra vez que se lo entregase.»

Al oír Daw al-Makán esto se puso a llorar y dijo: « ¿Quién va a impedir que yo recite versos? Los recitaré pase lo que pase; estoy cerca de mi país y no me preocupo por nadie» . El fogonero le dijo: « Tú buscas tu propia muerte» . « He de recitar.» « Aquí nos separamos a pesar de que mi intención era la de no abandonarte hasta llegar a tu ciudad, reuniéndote con tu padre y con tu madre. Has estado conmigo un año y medio y jamás he hecho nada que pudiera perjudicarte. ¿Por qué te empeñas en recitar versos cuando estamos muertos por la fatiga del camino y del insomnio? La gente está ya echada, descansando del cansancio, y tiene necesidad de dormir.»

Daw al-Makán insistió y conmovido por la nostalgia reveló sus secretos y empezó a recitar estos versos:

Permanece cerca de las casas y saluda las mansiones semiderruidas. Llama, pues tal vez te contesten.
Si te angustia la soledad de la noche, enciende con el deseo un fuego que alumbre las tinieblas.
Si el áspid de su barba pica, no es maravilla que me inflija heridas cuando yo recojo la rosa de sus labios.
¡Oh, paraíso del cual el alma se ha apartado por la fuerza! Si no hubiese sido por el consuelo que da el pensar en la vida eterna, hubiese muerto de dolor.

Recitó además estos dos versos:

Vivimos en un pasado cuyos días eran nuestros servidores; estábamos juntos en el más bello de los lugares.
¿Quién me devolverá a la casa en que estaban mis amigos, en que estaban Daw al-Makán y Nuzhat al-Zamán?

Terminados estos versos dio tres gritos y cayó desmayado. El fogonero se incorporó y lo cubrió con su manto.

Cuando Nuzhat al-Zamán oyó recitar los versos en que aparecía su propio nombre junto al de su hermano, cuando comprendió las alusiones a ambos, se puso a llorar, llamó al criado y le dijo: « ¡Ay de ti! El mismo que antes recitó los versos ha vuelto a recitar por segunda vez. Lo he oído muy cerca de mí. ¡Por Dios! Si no me lo traes me quejaré de ti al chambelán, que te apaleará y te despedirá. Toma estos cien dinares y dáselos; pero acompáñalo hasta aquí. Si se niega, entrégale esta bolsa que contiene mil dinares, y si aun así se niega, déjalo, pero entérate de dónde vive, cuál es su oficio y de qué país procede. Vuelve en seguida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el criado salió y empezó a mirar a las gentes haciendo ruido al cruzar entre ellas. Pero todos dormían y no encontró a nadie despierto. Llegó junto al fogonero y vio que estaba sentado y con la cabeza descubierta. Se acercó a él y lo cogió de la mano. Le dijo: « Tú eres el que recita los versos» . Temiendo por su vida, respondió: « ¡No, por Dios,

almocadén, no soy yo!» « No te soltaré hasta que me muestres quién es el que los ha recitado, ya que sólo puedo volver delante de mi señora en su compañía.»

Al oír el fogonero las palabras del criado temió que pudiese ocurrir una desgracia a Daw al-Makán. Se puso a llorar a lágrima viva y le dijo: « ¡Por Dios! Yo no he sido. He oído que un hombre cruzaba el camino recitando versos. No te conviertas en culpable por mi causa, ya que soy extranjero y vengo de Jerusalén» . « Bueno; acompáñame a ver a mi señora y cuéntaselo con tu propia boca. Yo no he visto a nadie más despierto.» El fogonero respondió: « ¿No has vuelto y me has encontrado en el lugar en que estaba? Tú sabes dónde estoy y nadie puede moverse de su lugar sin que la guardia lo detenga. Regresa a tu puesto, y si de ahora en adelante oyes que alguien recita algún verso, lejos o cerca, puedes estar seguro de que yo seré el único capaz de reconocerlo» . Besó la cabeza del criado y lo convenció.

El criado lo dejó, pero temiendo volver ante su señora sin nada positivo, dio un pequeño rodeo y se ocultó en un lugar cercano del que ocupaba el fogonero. Éste se dirigió a Daw al-Makán, lo sacudió y le dijo: « Incorpórate y siéntate: voy a contarte lo ocurrido» . Le contó lo sucedido, pero le respondió: « Déjame, pues nadie me importa, ya que estoy cerca de mi país» . El fogonero replicó: « ¿Por qué quieras seguir tus caprichos sin temer a nadie mientras yo me preocupo por los dos? ¡Por Dios! No recites ni un verso más hasta que hayas llegado a tu ciudad; yo no creía que fueses tan testarudo. ¿No has oído que la mujer del chambelán quiere castigarte, ya que la pones nerviosa? Parece ser que está enferma o cansada del viaje y ha enviado varias veces al criado a buscarte» . Daw al-Makán no contestó al leñador, sino que recitó por tercera vez, con todas sus fuerzas, estos versos:

Me he despreocupado de los censores, pues sus quejas me molestan.
Me reprendían sin darse cuenta de que me incitaban aún más.
Los calumniadores han dicho: « Has olvidado» . He contestado: « ¡Por amor a la patria!»
Han dicho: « ¡Cuán grande es!» He contestado: « ¡Cuán enamorado estoy!»
Han dicho: « ¡Cuán elevado es!» He contestado: « ¡A qué extremo he llegado!»
Evito el apartarme del amado a pesar de que he tenido que apurar la copa de la aflicción.
No he hecho caso del censor que me calumnia por mi amor.

El criado, que estaba escondido, lo oía. Apenas hubo terminado los versos, el criado se abalanzó sobre él. El fogonero, al verlo, huyó y se detuvo a lo lejos para ver lo que ocurría. El criado dijo: « La paz sea sobre ti, señor» . « Y sean,

sobre ti, la paz, la misericordia y la bendición de Dios.» El criado añadió…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el criado dijo:] « Esta noche he venido a buscarte tres veces, ya que mi señora te manda llamar» . « ¿Y quién es esa perra que me manda llamar? ¡Dios la confunda, así como a su marido!» Empezó a insultar al criado, mientras que éste no se atrevía a contestarle, ya que su señora le había recomendado que lo llevase de buen grado y que le diese los cien dinares si no quería acompañarlo. El criado lo trató suavemente y le dijo: « ¡Hijo! No he cometido contigo ninguna indelicadeza y no intento obligarte. El único propósito que tengo es que vengas, por tus nobles pasos, a ver a nuestra señora y que después te marches contento y satisfecho; además, tenemos una buena noticia para ti» . Al oír estas palabras se puso de pie y pasó entre la gente.

El fogonero lo seguía sin perderlo de vista y se decía: « ¡Pobre joven! Mañana lo ahorcarán» . El fogonero lo siguió hasta llegar cerca del lugar en que ellos estaban. Entonces pensó: « Sería una vileza si dijese que he sido yo quien le ha invitado a recitar los versos» . Esto es lo que hace referencia al fogonero.

He aquí lo que se refiere a Daw al-Makán: siguió andando al lado del criado hasta llegar al lugar en que estaba la tienda. El criado se presentó a Nuzhat al-Zamán y le dijo: « Vengo acompañado de aquel que tú querías. Es un joven de buen aspecto sobre el que se notan huellas de un pasado bienestar» . Al oír esto su corazón palpitó. Le dijo: « Mándale que recite algunos versos para que lo oiga de cerca. Después, pregúntale cómo se llama y de qué país es» . El criado salió y le dijo: « Recita algunos versos para que mi señora te oiga, pues ella está aquí, muy cerca de ti. Dime de qué país eres y en qué situación te encuentras» . « De buen grado. Pero ya que has preguntado por mi nombre he de decirte que se ha borrado, que sus trazas han desaparecido y que mi cuerpo está consunto. Mi historia es tal que podría escribirse con agujas en los lagrimales de los ojos. Estoy como el borracho que, habiendo bebido en demasía, ha sido vencido por las desgracias y está fuera de sí, aturdido y sumergido en un mar de preocupaciones.»

Cuando Nuzhat al-Zamán oyó estas palabras, lloró y gimió amargamente. Dijo al criado: « Pregúntale si ha perdido a alguien que amaba, por ejemplo a su madre o a su padre» . El criado preguntó lo que Nuzhat al-Zamán le encargaba. Daw al-Makán contestó: « Sí; me he separado de todos, pero aquella que me era más cara, mi hermana, me la arrebató el destino» . Al oír estas palabras, Nuzhat al-Zamán exclamó: « ¡Dios lo reúna con aquella a quien ama!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que dijo al criado: « Pídele que nos deje oír algunos versos en que haya alusiones a los dolores de la separación» . El criado transmitió lo que su señora mandaba. Daw al-Makán suspiró y recitó estos versos:

¡Ojalá supiesen qué corazón señorean!
¡Ojalá supiese mi corazón qué sendero han recorrido!
¿Vivirán aún? ¿Habrán muerto?
Los amantes viven perplejos y confusos de amor.

Recitó también estos versos:

¡Ay, qué cerca estuvimos y hoy qué lejos!
Al tiempo delicioso de las citas la desunión durísima sucede.
Nos separó la Suerte, y no hay rocío que humedezca, resecas de deseo, mis ardientes entrañas; pero, en cambio, de llanto mis pupilas se saturan.
Al vernos escanciar copa de amores, despechados, los émulos hacían votos por nuestro mal, y la Fortuna,
« Así se cumpla» , decretó impasible.
Quién decirle podrá que aquellas horas, que me hacían reír alegremente, ahora me hacen llorar porque está lejos.
¡Oh, eterno paraíso cuyo río, cuyo loto dulcísimo he trocado por fruta del infierno y pus hediondo![59]

Lloró copiosamente y siguió con estos versos:

¡Hago voto a Dios de que si regreso a mi patria y en ella encuentro a mi hermana Nuzhat al-Zamán
no he de malgastar mi tiempo en la vida muelle, entre hermosas mujeres,
escuchando el laúd cuyos cantos impresionan y vaciando la copa de la hija de la vida,
sorbiendo los labios rojos de una bella de largas pestañas en la orilla del riachuelo que atraviesa el jardín!

Cuando hubo terminado sus versos y Nuzhat al-Zamán los hubo escuchado,

ésta levantó el limbo de la cortina de la litera para verlo. Cuando sus ojos se fijaron en la cara y lo hubo reconocido sin duda ninguna, gritó: « ¡Hermano! ¡Daw al-Makán!» Éste levantó sus ojos hacia ella, la reconoció y gritó: « ¡Hermana! ¡Nuzhat al-Zamán!» Ella se lanzó a su encuentro, él la recogió en sus brazos y cayeron los dos desmayados. El criado, al verlos en aquella situación, se quedó admirado de lo que les había ocurrido, los tapó con un tapiz y esperó a que volviesen en sí. Al reponerse, Nuzhat al-Zamán se alegró enormemente y desaparecieron sus penas y pesares; se puso muy contenta y recitó estos versos:

El destino había jurado que mis penas no cesarían. ¡Has faltado a tu juramento, oh tiempo! ¡Paga la indemnización!
La felicidad es completa y el amigo está a mi lado. ¡Corre a buscar toda clase de alegría!
Jamás creí que el cuello del amado fuese un paraíso hasta haber encontrado el Kawtar en sus labios rojos.

Al oír esto, Daw al-Makán estrechó a su hermana contra el pecho y dejó correr las lágrimas por los ojos embargado de alegría. Recitó estos versos:

Las lágrimas han inundado mis párpados de tanto como he sentido nuestra separación.
He hecho voto de que si el tiempo volvía a reunimos no volvería a pronunciar con mi lengua la palabra « separación» . La alegría me embarga hasta el extremo de que, por lo mucha que es, me hace llorar.
¡Oh, ojos! Las lágrimas ya son para vosotros una costumbre tal que lloráis de alegría y de tristeza.

Se sentaron un rato a la puerta del palanquín. Después ella dijo: « Ven, entra en el palanquín, cuéntame lo que te ha ocurrido y yo te referiré lo que me ha sucedido a mí» . Daw al-Makán le dijo: « Refiere lo tuyo primero» . Ella le refirió todo lo que le había sucedido desde el momento en que lo había dejado en la fonda; lo que le había ocurrido con el beduino y el comerciante y cómo éste la había comprado, la había llevado a su hermano Sarkán y la había vendido; cómo éste, a su vez, la había libertado inmediatamente después de comprarla, se había casado con ella y la había poseído; después, el rey, su padre, había oído hablar de ella y había pedido a Sarkán que la enviase. Concluyó: « ¡Gracias a Dios, que te ha traído a mi lado; juntos abandonamos a nuestro padre y juntos volvemos a su lado! —Añadió—: Mi hermano Sarkán me ha casado con este chambelán para

que me acompañe hasta llegar junto a mi padre. Esto es todo lo que me ha ocurrido desde el principio hasta el fin. Cuéntame tú lo que te ha ocurrido desde el momento en que me marché de tu lado» .

Le refirió todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin y cómo Dios lo había favorecido al hacerle encontrar al fogonero; cómo éste lo había acompañado y había gastado con él sus ahorros; cómo lo cuidaba noche y día. Ella tuvo algunas palabras de gratitud y él siguió: « Sabe, hermana, que este fogonero me ha hecho toda clase de favores, como nadie los hubiese hecho a un íntimo amigo, ni tan siquiera un padre a su hijo, hasta el punto de tener hambre y privarse de comer para dármelo a mí; de ir él a pie para que yo pudiese ir a caballo: le debo la vida» . Nuzhat al-Zamán dijo: « Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, le recompensaremos lo mejor que podamos» .

Luego, Nuzhat al-Zamán llamó al criado. Éste se acercó y besó la mano de Daw al-Makán. Nuzhat al-Zamán le dijo: « Toma tu recompensa, rostro de buen agüero, ya que mi deseo de reunirme con mi hermano se ha cumplido gracias a tu intervención. La bolsa que tienes y todo lo que ésta contiene te pertenece. Ve y tráeme en seguida a tu señor» . El criado, muy contento, fue a buscar al chambelán, se presentó delante de él y le rogó que pasase a ver a su señora. Regresó a su lado, entró en el departamento de su señora Nuzhat al-Zamán y vio que junto a ésta estaba su hermano. Preguntó quién era y ella le refirió todo lo que les había sucedido desde el principio hasta el fin. Luego añadió: « Sabe, chambelán, que tú me has tomado por una esclava cuando en realidad te has casado con la hija del rey Umar al-Numán, pues yo soy Nuzhat al-Zamán y éste es mi hermano Daw al-Makán» .

El chambelán dio crédito a lo que le había referido, se dio cuenta de que era la pura verdad y quedó convencido de que era el yerno del rey Umar al-Numán. Se dijo: « En el futuro seré gobernador de alguna provincia» . Acercándose a Daw al-Makán lo felicitó por haberse salvado y haber conseguido reunirse con su hermana; a continuación mandó a los criados que preparasen a Daw al-Makán una tienda y un caballo de los más hermosos. Su esposa le dijo: « Estamos ya cerca de nuestro país y yo preferiría quedar a solas con mi hermano, descansar juntos y saciarnos recíprocamente con nuestra presencia antes de llegar a nuestra patria, ya que hemos estado separados durante tanto tiempo» . El chambelán contestó: « Se hará como deseáis» .

Mandó que les llevasen velas y toda clase de dulces y los dejó a solas; mandó a Daw al-Makán tres vestidos muy lujosos y regresó al palanquín, en donde se dio cuenta de su propio valor. Nuzhat al-Zamán le dijo: « Llama al criado y mándale que traiga al fogonero, que le prepare un buen caballo en que pueda montar, que le disponga una buena mesa para la comida y la cena; ordénale, además, que no se aparte de nuestro lado» . El chambelán despachó al criado ordenándole que hiciese todo esto. El criado contestó: « Oigo y obedezco» .

Cogió unos cuantos mozos y empezó a buscar al fogonero; lo encontró en los confines del campamento arreando a su asno para emprender la fuga. El pánico y el dolor de tener que separarse de Daw al-Makán hacían que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. Decía: « Yo le he aconsejado desinteresadamente, pero él no ha querido escucharme; ¡quién sabe cómo estará ahora!» Apenas había terminado de decir estas palabras cuando el criado apareció a su lado y los mozos lo rodearon. Palideció de miedo…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [palideció] al ver al criado a su lado; se puso a temblar y a temer. Dijo en voz alta: « Él desconoce los grandes favores que le he hecho; debe de haberme denunciado al criado y a los mozos y debe de haberme culpado de ser su cómplice» . El criado le gritó: « ¿Quién era el que recitaba los versos, mentiroso? ¿Cómo te atrevías a contestarme que tú no eras el que los recitaba y que desconocías de quién se trataba cuando éste era tu compañero? No me apartaré de tu lado desde aquí hasta Bagdad, y aquello que suceda a tu compañero también te sucederá a ti» . Al oír el fogonero estas palabras se dijo: « Lo que temía ha sucedido» . Recitó este verso:

Ha ocurrido lo que yo temía que pasase: Todos volvemos a Dios.

El criado mandó a los mozos: « ¡Bajadlo del asno!» Bajaron al fogonero del asno y lo obligaron a montar en el corcel, siguiendo la marcha de la caravana y llevando a los mozos a su alrededor. El criado les había dicho que no le tocasen ni un solo cabello, bajo pena de la vida; que, al contrario, debían honrarlo y tratarlo con toda suerte de miramientos. El fogonero, al ver a los mozos a su alrededor, desesperó de la vida y volviéndose al criar do le dijo: « ¡Oh, almocadén! Carezco de hermanos y ese joven ni es mi pariente ni yo lo soy suyo. Soy un simple fogonero que cuidaba de un baño: lo encontré enfermo, abandonado en un estercolero» . Se puso a llorar pensando en mil cosas distintas. El criado seguía andando a su lado sin contarle nada de lo ocurrido y diciéndole: « Tú y ese joven habéis molestado a mi señora al recitar los versos. Pero no temas por tu vida» .

El criado se reía de él en su interior y cuando acampaban y les servían el almuerzo, comía en el mismo plato que el fogonero; después, el criado mandaba a los mozos que le acercasen una botella de vino, bebía e invitaba al fogonero. Éste aceptaba, pero no por esto dejaba de llorar de temor por sí mismo y de tristeza por encontrarse separado de Daw al-Makán, y por todo lo que les había ocurrido mientras estaban de viaje. El chambelán estaba unas veces en la puerta del palanquín para servir a Daw al-Makán, el hijo del rey Umar al-Numán, y a

Nuzhat al-Zamán, y otras vigilaba al fogonero. Nuzhat al-Zamán y su hermano Daw al-Makán iban hablando y recordando las fatigas transcurridas.

Así continuaron la marcha hasta llegar a las inmediaciones de la ciudad. Un atardecer, al encontrarse a una distancia de tres jornadas, acamparon y descansaron hasta que llegó la aurora. Al despertarse y disponerse a reemprender la marcha, he aquí que vieron una gran polvareda que se acercaba a su encuentro, que la atmósfera se entenebrecía hasta el punto de parecer noche cerrada. El chambelán gritó: « ¡Alto! ¡Nadie se mueva!» Montó a caballo y acompañado por sus mamelucos salió al encuentro de la polvareda. Al aproximarse vieron que debajo del polvo aparecía un ejército en marcha que parecía un mar enfurecido; tenía banderas, estandartes, tambores, caballeros y héroes. El chambelán quedó maravillado ante todo esto.

Cuando la tropa los distinguió destacó un grupo de cincuenta caballeros, que se acercaron al chambelán y lo rodearon de modo que cinco soldados envolvían a cada uno de sus mamelucos. El chambelán preguntó: « ¿Qué ocurre? ¿De dónde viene un ejército que se atreve a hacer con nosotros una cosa tal?» Le respondieron: « ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?» « Soy el chambelán del emir de Damasco, del rey Sarkán, hijo del rey Umar al-Numán, señor de Bagdad y de la tierra de Jurasán. Vengo de su corte y traigo el tributo y los regalos que envía a su padre; voy, pues, a Bagdad.» Apenas oyeron estas palabras cogieron sus pañuelos, se los llevaron a la cara, rompieron a llorar y le dijeron: « El rey Umar al-Numán ha muerto, y ha muerto envenenado; avanza sin temor para reunirte con el gran visir, el visir Dandán» .

Al oír el chambelán estas palabras rompió a llorar y exclamó: « ¡Qué desilusión la de este viaje!» Él y quienes lo acompañaban se mezclaron con aquellas tropas. Pidió permiso para ver al visir Dandán y éste le concedió audiencia y mandó que se levantasen las tiendas. El visir se sentó en un diván del centro de la tienda y mandó al chambelán que se sentase. Una vez éste lo hubo hecho le preguntó por su misión. Le respondió que era el chambelán del emir de Damasco que llevaba los presentes y el tributo de éste. El visir Dandán, al oírlo, se puso a llorar al recordar al rey Umar al-Numán.

Después el visir Dandán explicó: « El rey Umar al-Numán ha muerto envenenado; al morir, las gentes se han dividido acerca de quién debe ‘sucederle, hasta el punto de matarse unos a otros. Los nobles, los grandes y los cuatro cadíes han puesto fin a esta situación y todos se han puesto de acuerdo para aceptar el arbitraje de los cuatro cadíes. El fallo ha consistido en ordenarnos que nos dirigiéramos a Damasco para recoger al rey Sarkán, para regresar con él e investirle de los dominios de su padre. Sin embargo, hay un grupo que preferiría al segundogénito. Dicen que se llama Daw al-Makán y que tiene una hermana llamada Nuzhat al-Zamán; ambos partieron juntos hacia el Hichaz. Pero ya han transcurrido cinco años sin que nadie sepa nada de ellos» .

El chambelán al oír esto se cercioró de que era cierto cuanto había sucedido a su mujer. Aunque estaba muy apenado por la muerte del rey, por otra parte estaba muy contento debido a llevar consigo a Daw al-Makán, el cual pasaría a ser sultán de Bagdad en sustitución de su padre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que dirigiéndose al visir Dandán le dijo: « Tu relato es portentoso; sabe, oh gran visir, que al concederme vuestra amistad Dios os ha evitado toda fatiga y las cosas van a suceder como deseáis, de la manera más sencilla, ya que Dios os devuelve a Daw al-Makán y a su hermana Nuzhat al-Zamán; el problema queda resuelto de manera fácil» . El visir se alegró mucho al oír estas palabras y dijo: « ¡Chambelán! ¡Cuéntame su historia, lo que les ha sucedido y el porqué han estado ausentes!» Le contó lo que había ocurrido a Nuzhat al-Zamán y cómo ésta había pasado a ser su esposa, después le refirió lo sucedido a Daw al-Makán desde el principio hasta el fin.

Una vez hubo concluido el chambelán su relato, el visir Dandán mandó llamar a los príncipes, a los ministros y a los magnates del reino y los informó de todo. Éstos se alegraron mucho al saberlo y quedaron admirados de esta coincidencia. Todos se reunieron, se acercaron al chambelán, se pusieron a su servicio y besaron el suelo delante de él; el mismo visir, Dandán, se acercó en aquel momento al chambelán y se quedó de pie delante.

El chambelán convocó un gran consejo para aquel mismo día. Se sentó, acompañado por el visir Dandán, en el lugar más honorífico y los príncipes, los grandes y los dignatarios se colocaron según su rango. Disolvieron azúcar en agua de rosas y bebieron. A continuación los príncipes se reunieron en consejo y dieron licencia al resto de los presentes para que montasen a caballo y emprendiesen la marcha, poco a poco, hasta que ellos, una vez terminado el consejo, los alcanzasen. Besaron el suelo delante del chambelán, montaron a caballo y emprendieron el camino precedidos por los estandartes de guerra.

Una vez terminado el consejo, los grandes montaron a caballo y corrieron a reunirse con sus tropas. Después el chambelán mandó decir al visir Dandán: « Creo que es preferible que yo me adelante y os preceda con el fin de preparar un lugar apropiado para el sultán, informarle de vuestra llegada y de que vosotros lo habéis elegido sultán excluyendo a su hermano Sarkán» . El visir Dandán contestó: « Ésa es mi misma opinión» . El chambelán se puso de pie y lo mismo hizo el visir Dandán como muestra de respeto. Le entregó varios presentes y le rogó que los aceptara. Lo mismo hicieron los príncipes, los grandes y los magnates del reino según su rango: le dieron regalos y le rogaron que los aceptase. Le dijeron: « Tú puedes hablar al sultán Daw al-Makán acerca de

nosotros para que nos conserve en nuestros puestos» . Contestó que haría lo que le pedían y en seguida dio órdenes a sus servidores para ponerse en marcha.

El visir Dandán envió las tiendas con el chambelán y dio orden a los criados de que las levantasen fuera de la ciudad, a la distancia de una jornada de marcha, y así lo ejecutaron. El chambelán montó a caballo lleno de alegría y se dijo: « ¡Qué viaje tan feliz ha sido éste!» El respeto que sentía por su esposa y por Daw al-Makán fue en aumento.

Siguió el camino hasta llegar a un lugar que se encontraba a una jornada de marcha de la ciudad y en él mandó acampar para descansar y para preparar el lugar en el que debía celebrarse la audiencia del sultán Daw al-Makán, hijo del rey Umar al-Numán. Después, quedándose algo alejado en compañía de sus mamelucos, mandó a los criados que le pidiesen permiso para entrar a ver a la señora Nuzhat al-Zamán. Pidieron el permiso que solicitaba y ella lo concedió. Entró. Ella tenía al lado a su hermano.

Los informó de la muerte de su padre y que los grandes habían elegido como rey a Daw al-Makán en sustitución de su padre, Umar al-Numán. Los felicitó por esta proclamación mientras ambos lloraban la pérdida de su padre. Le preguntaron por la causa de la muerte. Contestó: « El visir Dandán la conoce. Mañana llegará a este lugar al frente de todo el ejército; no hay más que hacer lo que indiquen, oh rey, pues todos te han elegido como sultán. Si no aceptas nombrarán otro sultán y tu vida no estará a seguro en las manos del nuevo soberano; tal vez éste te mate, o bien puede ocurrir una desavenencia entre vosotros dos y escapar el Imperio de vuestras manos» . Daw al-Makán quedó cabizbajo un momento y luego dijo: « Acepto esto ya que no es posible volver atrás» . Se había convencido de que el chambelán le había dado un buen consejo. Dirigiéndose a éste dijo: « ¡Oh tío! ¿Qué he de hacer con mi hermano Sarkán?» « ¡Hijo! Tu hermano será el sultán de Damasco y tú serás el de Bagdad. ¡Vamos! ¡Ten firmeza y prepárate!»

Daw al-Makán aceptó estos consejos. En seguida el chambelán le dio el vestido real que le había entregado el visir Dandán; le entregó el sable y salió para dar orden a los criados de que eligiesen un altozano y que levantasen en él una tienda espaciosa, para que el sultán pudiese celebrar en ella una audiencia cuando se presentasen los príncipes; mandó a los cocineros que preparasen el banquete y así lo hicieron, y ordenó, además, a los aguadores que aprestasen cisternas de agua. Al cabo de un rato se levantó una gran polvareda que tapó el horizonte y al desvanecerse apareció un ejército en marcha: asemejaba un mar encrespado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se trataba de las tropas de Bagdad y del Jurasán, a cuyo frente marchaba el visir Dandán. Todos estaban contentos de que Daw al-Makán hubiese ocupado el poder. Éste estaba vestido con vestidos reales y llevaba ceñida la espada de ceremonia. El chambelán le acercó el caballo. Montó y, acompañado por sus mamelucos y todas las personas que había en las tiendas, que se habían puesto a su servicio, se dirigió al interior de la gran tienda. Se sentó y apoyó la espada en sus piernas. El chambelán se colocó delante de él para servirle y los mamelucos se quedaron en el vestíbulo de la tienda, espada en mano. Las tropas y los soldados se aproximaron y pidieron audiencia. El chambelán entró y rogó al sultán Daw al-Makán que la concediese. Éste ordenó que entrasen de diez en diez y el chambelán se lo comunicó así. Respondieron que obedecerían la orden y todos se colocaron en la puerta del vestíbulo mientras entraban los diez primeros acompañados por el chambelán, que los introdujo ante el sultán Daw al-Makán. Apenas lo vieron le prestaron homenaje; él los acogió benévolamente y les prometió toda clase de bienes. Lo felicitaron por haber escapado felizmente a tantos peligros, le desearon toda suerte de prosperidades y le juraron de manera formal que no le desobedecerían en nada; después besaron el suelo delante de él y se retiraron. Entraron otros diez y se procedió de la misma manera, y así fueron entrando, de diez en diez, hasta el momento en que quedó sólo el visir Dandán.

Éste entró y besó el suelo; Daw al-Makán se puso de pie y se acercó a él diciéndole: «¡Bien venido sea el visir, el gran padre! Tus actos son los que convienen a un buen consejero, y tus intenciones son las propias de un hombre honesto y bien informado». El chambelán salió en este preciso momento, dio orden de que se extendiese el mantel y mandó que compareciese todo el ejército. A continuación comieron y bebieron. Después el rey Daw al-Makán dijo al visir Dandán: «Manda a los soldados que acampen diez días para dar tiempo a que tú me expliques la causa de la muerte de mi padre». El visir hizo caso de las palabras del sultán diciendo: «Es absolutamente necesario que se haga así», y, saliendo de la tienda, mandó a las tropas que acampasen durante diez días. Éstas ejecutaron su orden. A continuación el visir les dio permiso para dispersarse y dispuso que ningún cortesano entrase a ver al rey hasta al cabo de tres días. Todas las gentes se dispusieron a cumplirlo e hicieron votos para que Daw al-Makán fuese poderoso durante mucho tiempo. Hecho esto regresó ante el rey para informarle de lo que había hecho.

El rey esperó a que se hiciese de noche. En este momento entró a ver a su hermana Nuzhat al-Zamán y le preguntó: «¿Sabes o no sabes cuál ha sido la causa del asesinato de nuestro padre?» «No lo sé», contestó. Entonces colocó una cortina de seda: ella se quedó detrás y Daw al-Makán se sentó delante y mandó llamar al visir Dandán. Cuando tuvo a éste en su presencia le dijo: «Quiero que me expliques en detalle cuál ha sido la causa del asesinato de mi

padre, el rey Umar al-Numán» .

El visir Dandán refirió: « Sabe, oh rey, que una vez terminada la cacería el rey Umar al-Numán regresó a la ciudad, os buscó pero no os encontró. Se enteró de que habíais emprendido la peregrinación y esto le causó un profundo pesar; la pena fue en aumento y la congoja hizo presa en su pecho. Así permaneció durante medio año preguntando por vosotros a todos los que llegaban y venían, sin que ninguno supiera informarle.

» Cierto día —ya había transcurrido un año entero a contar desde la fecha de vuestra desaparición— en que estábamos a su lado, se nos presentó una anciana que parecía ser una asceta. Llegaba en compañía de cinco jóvenes bien formadas, vírgenes; parecía que fuesen lunas; eran tan bellas y tan hermosas que la lengua es incapaz de describirlas. Además de poseer una belleza perfecta, sabían leer el Corán, conocían las ciencias y la historia de los pueblos antiguos.

» Esta vieja pidió una audiencia al rey y éste se la concedió. Entró y besó el suelo delante de él; yo estaba sentado al lado del rey. Una vez en su presencia, éste la acogió bien, ya que se veían huellas bien patentes de que estaba dedicada al ascetismo y a la oración. Cuando la vieja estuvo a su lado se le aproximó y le dijo: "Sabe, oh rey, que traigo cinco jóvenes tales como ningún rey las posee, ya que son inteligentes, hermosas y bellas; saben leer el Corán, conocen las tradiciones y dominan todas las ciencias; han estudiado la historia de todos los pueblos pretéritos. Están aquí, dispuestas a entrar a tu servicio, oh rey del tiempo; el hombre es apreciado o despreciado cuando se le examina".

» El difunto, tu padre, miró a las jóvenes y se regocijó al ver su buen aspecto. Les dijo: "Vamos a ver: una de vosotras va a explicarme algo de la historia de las gentes del pretérito y de los pueblos extinguidos"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir Dandán prosiguió diciendo:] « Se adelantó una de ellas besó el suelo delante de él y dijo: "Sabe, oh rey, que el hombre culto debe evitar la indiscreción y practicar la virtud, cumplir los deberes que impone la religión y evitar los pecados; debe atenerse a esto, pues si no lo cumple está perdido; las buenas costumbres constituyen el fundamento de la virtud. Sabe que las fatigas de la vida cotidiana son puro entretenimiento pues toda la vida se cifra en servir a Dios. Es necesario que dulcifiques tu trato con las gentes, y nunca debes faltar a esta regla. Las personas más encumbradas son las que más necesitan la ponderación. Los reyes la necesitan más que sus súbditos, pues éstos actúan sin preocuparse de las consecuencias. Debes prodigar tu persona y tus bienes en la senda de Dios.

» "Sabe que debes combatir al enemigo con los medios apropiados y que

debes ponerte a cubierto de sus asechanzas. El único juez que existe en las relaciones con tus amigos es el buen carácter; por eso, escoge al amigo después de haberlo puesto a prueba y procura que pueda ser uno de tus compañeros en la última vida y, por tanto, que siga en ésta la ley religiosa externa e internamente. Como, además, ha de ser tu compañero en esta vida, procura que sea libre y sincero; que no sea un ignorante ni un malvado, ya que el ignorante debe ser evitado hasta por sus padres, y el embustero no puede ser amigo, ya que esta palabra deriva de *sidq*, que implica la sinceridad que nace de lo más hondo del corazón, y ¿cómo ha de serlo el que tiene la mentira en la punta de la lengua? Sabe que quien cumple con las prescripciones legales es el más beneficiado. Ama a tu amigo si reúne estas condiciones y no rompas con él aunque tenga otros detalles que no te gusten, ya que no puedes repudiarlo, como si se tratase de una mujer, y luego volver a recuperarlo. Su corazón es como el vidrio: si se rompe no se arregla. ¡Qué bien lo dice el poeta!:

> Procura que la ofensa no hiera al corazón, ya que después de la ruptura es muy difícil la reconciliación.
> Los corazones, roto el afecto, son como el vidrio, que una vez roto no tiene arreglo.

» La joven, al final de sus palabras, dijo señalándonos: "Las personas inteligentes dicen: 'El mejor amigo es el que da los consejos más buenos; el mejor trabajo es el que trae las consecuencias mejores, y la mejor loa es la que está en boca de toda la gente'. Se dice que las criaturas no deben descuidar el dar gracias a Dios en especial por dos cosas: la salud y la inteligencia. Se dice: quien se vanagloria de sí mismo es fácil presa de las pasiones; a quien exagera las pequeñas dificultades Dios lo prueba con otras mayores; quien se deja llevar por la pasión pierde sus derechos; quien escucha las calumnias, pierde al amigo; con aquel que piensa bien de ti, pórtate de modo que no se equivoque; quien se defiende en exceso es culpable; quien no evita las injusticias no está a cubierto de la espada. Ahora voy a referirte algunas cosas con relación a la buena conducta de los jueces.

» "Sabe, oh rey, que una sentencia no es buena como no sea consecuencia de un estudio profundo. El juez debe colocar a todas las personas en el mismo plano, con el fin de que el noble no se encastille en su fuerza y de que el humilde no desespere de la justicia; debe exigir que el demandante aporte la prueba y que jure el demandado. La conciliación es lícita a los musulmanes siempre que no implique el hacer lícito lo que está prohibido o en prohibir lo que es lícito. Fuerza tu entendimiento y emplea tu sentido común para comprender bien las cosas que no ves claras y llegar así a averiguar la verdad. Conseguir la verdad es un deber y el corregirnos para conseguirla es mucho mejor que empeñarnos en persistir

en el error.

» ”Estudia los proverbios y profundiza en las máximas. Trata por igual a las partes contrarias y preocúpate sólo de averiguar la verdad. Confía tus preocupaciones a Dios (¡loado y ensalzado sea!) y manda que el demandante presente la prueba. Si la presenta, dale lo que le corresponde, y si no la trae basta con que el acusado jure que es inocente; todo esto está de acuerdo con la voluntad de Dios. Acepta los testimonios de los musulmanes dignos de fe aunque sean dispares, ya que Dios (¡ensalzado sea!) manda que los jueces diriman las querellas de acuerdo con lo que ven claro y Dios se reserva el juicio de lo que no se conoce.

» ”El juez no debe atender a sus funciones cuando tiene algún dolor o cuando tiene hambre; al juzgar debe procurar, únicamente, satisfacer a Dios (¡ensalzado sea!), ya que Éste es suficiente para aquel que tiene la conciencia tranquila y buenas intenciones. El *Zuhurí* dice: ‘Hay tres cosas que justifican la destitución de un cadí: que honre a los malvados, que sea vanidoso y que tema ser destituido’. Umar b. Abd al-Aziz destituyó a un cadí. Éste le preguntó el porqué lo había hecho. Umar contestó ‘Me he enterado que hablas más de lo que es conveniente a quien detenta ese cargo’. Se cuenta que Alejandro dijo a su juez: ‘Te he concedido un cargo al cual van anejas mi persona, mi espíritu y mi honor. Cuida de este punto con tu persona y con tu inteligencia’. Dijo a su cocinero: ‘Tú tienes el control de mi cuerpo: trátalo con cuidado’. Dijo a su secretario: ‘Mi inteligencia está bajo tu custodia: ten cuidado en lo que escribes en mi nombre’”.

» En este momento la primera muchacha retrocedió y se adelantó la segunda» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir Dandán continuó diciendo:] « Besó el suelo siete veces delante del rey, tu padre, y después dijo: “Luqmán[60] dijo a su hijo: ‘Hay tres cosas que sólo se conocen en tres circunstancias: el hombre afable sólo se conoce en los momentos de enfado; el valiente, en la guerra, y el amigo, cuando lo necesitas’. Se dice: ‘El injusto se arrepiente aunque la gente lo alabe y el que ha sido víctima de una injusticia permanece íntegro aunque la gente lo vitupere’. Dios (¡ensalzado sea!) dice: ‘Aquellos que se regocijan con lo que tienen y que les gusta que los alaben por lo que no han hecho, no crean que escaparán a las penas del tormento. Sufrirán un tormento doloroso’. El Profeta (¡sobre él recaiga la bendición y la salvación eterna!) dice: ‘Las acciones se juzgan de acuerdo con la intención que las ha motivado; cada hombre será responsable de sus intenciones’.

» ”Sabe, oh rey, que lo más admirable que encierra el hombre es el corazón,

ya que en él están las riendas de su destino: si la ambición lo excita, la avidez lo pierde; sí el dolor se apodera de él, lo mata de tristeza; si es iracundo, la cólera lo agobia; si tiene la suerte de ser tranquilo, está a cubierto de los arrebatos; si el miedo se apodera de él, la tristeza lo tiene preocupado; si lo alcanza una desgracia, es presa de la desesperación; si consigue riquezas, éstas pueden hacer olvidar a su Señor; si la miseria lo agobia, anda preocupado; si la desesperación lo excita, la debilidad lo refrena; en cualquier situación en que se encuentre, su salvación consiste en rogar a Dios y en consagrarse a aquellas cosas que le permitan obtener los medios de subsistencia y aquellos que le conduzcan por el camino de la salvación. Se preguntó a un sabio cuál era el hombre de peor condición. Contestó: 'Aquel cuyas virtudes son cegadas por la pasión, que se ha propuesto alcanzar sus fines y que ha ampliado sus conocimientos en la misma medida en que restringía las posibilidades de ser excusado'. Bien lo ha dicho Qays:

> Puedo prescindir de aquel que se mete con las gentes; que las ve en el error sin que él ande por el buen camino.
> La riqueza y las costumbres son unas envolturas, ya que todos se arropan en lo que oculta el pecho.
> Te extraviarás si pretendes resolver algo por caminos indebidos, pero si sigues los procedimientos normales lo conseguirás".

» La joven añadió: "He aquí algunos detalles sobre el ascetismo: Hisam b. Bisr refiere: 'Pregunté a Umar b. Ubayd: '¿En qué consiste el verdadero ascetismo?' Me contestó: 'El Enviado de Dios (¡Dios lo bendiga y lo salve!) lo ha expresado claramente al decir: 'El asceta nunca olvida la tumba ni las aflicciones; prefiere lo eterno a lo caduco y no cuenta con el mañana —cualquiera que éste sea— sin considerar que puede morir en él'. Se dice que Abu Darr decía: 'Prefiero más ser pobre que rico; me gusta más la enfermedad que la salud'. Uno de los que lo escuchaban dijo: 'Dios se apiade de Abu Darr, pero yo opino que aquel que acepta lo que Dios le ha dado se conforma con el destino que Dios le ha fijado'.

» "Una persona digna de crédito refiere: 'Ibn abi Awfa hizo la oración de la mañana conmigo y leyó el versículo que dice: '¡Oh, tú que te arropas…', y siguió hasta el sitio en que las palabras de Dios (¡ensalzado sea!) son: 'cuando se sople en el cuerno'. En este preciso momento cayó muerto'. Se refiere que Tabit al-Bannaurri lloró de manera tan copiosa que le faltó poco para perder un ojo. Lo llevaron a un hombre para que lo curase. Le dijo: 'Te curaré con una sola condición'. '¿De qué se trata?', preguntó Tabit. El médico dijo: 'Que dejes de llorar'. '¿Qué mérito tendrían mis ojos si no llorasen?' Un hombre dijo a Muhammad b. Abd Allah: '¡Dame un buen consejo!'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Muhammad b. Abd Allah le contestó:] « “‘Te aconsejo que en esta vida seas un dueño sin ambiciones y en la última un esclavo ambicioso’. ‘¿Qué es esto?’ ‘El que carece de ambiciones en este mundo se hace acreedor de esta vida y de la última.’ Gawt b. Abd Allah refiere: ‘Entre los judíos había dos hermanos. Uno de ellos preguntó al otro: ‘¿Qué acción, de todas las tuyas, te infunde más temor?’ ‘Pasé al lado de un gallinero, saqué de allí un pollo y lo solté fuera; fue a terminar sus días en un gallinero distinto de aquel en que yo lo había cogido. Ésta es la peor acción que he hecho. ¿Cuán es la peor acción que tú has hecho?’ ‘Hela aquí: Cuando voy a rezar la plegaria tengo la impresión de que lo hago únicamente para recibir la recompensa eterna.’

» ” ‘Su padre estaba escuchando lo que decían y exclamó: ‘¡Dios mío! Si es verdad lo que dicen, llévatelos al otro mundo ahora mismo.’ Un sabio dice que estos dos hermanos se encuentran entre las personas más virtuosas. Said b. Chubayr refiere: ‘Acompañaba yo a Tudala b. Ubayd y le dije: ‘¡Dame un buen consejo!’ ‘Observa estas dos reglas: no asociar nada a Dios y no perjudicar nunca a las criaturas de Dios.’ Recitó estos dos versos:

Sé como te apetezca y descarta las preocupaciones, pues Dios es generoso. En todo esto nada hay de malo.
Pero nunca hagas una de estas dos cosas: no incurras jamás en el politeísmo ni perjudiques a los demás.

» ”¡Qué bellas son las siguientes palabras del poeta!

Si no vas acompañado de una buena provisión de temor a Dios y encuentras, después de la muerte, a quien la lleva,
te arrepentirás de no ser como él y de no haber sido previsor del mismo modo como el otro lo fue”.

» La tercera joven se adelantó inmediatamente después que se retiró la segunda. Dijo: “El capítulo que trata del ascetismo es muy amplio, pero yo citaré ahora parte de lo que recuerdo y que hace referencia a nuestros píos predecesores. Un místico dice: ‘Me alegro al pensar en la muerte, aunque no tenga la seguridad de que ésta implique el reposo; sabiendo que la muerte se encuentra interpuesta entre el hombre y sus acciones, procuro duplicar las

buenas y evitar las malas.' Atá al-Sulamí, una vez hubo hecho testamento, se ensimismó, tembló y empezó a llorar amargamente. Se le preguntó: '¿Qué te ocurre?' 'Quiero prepararme para algo muy grande que consiste en presentarme ante Dios (¡ensalzado sea!) y poner en práctica mi testamento.' Por esta razón Alí Zayd al-Abidín b. al-Husayn temblaba cuando estaba en oración. Si una vez terminada ésta se le preguntaba el porqué, contestaba: '¿Es que no sabéis quién es el que está ante uno y a quién dirijo la palabra?'

» "Se refiere que al lado de Sufyán al-Tawrí se encontraba un ciego que, cuando llegaba el mes de Ramadán, salía e iba a rezar con la gente; iba poco a poco y sin hablar. Sufyán decía: 'Cuando llegue el día de la resurrección llegará acompañado de las gentes que creen en el Corán, quienes le honrarán con los signos de una mayor distinción respecto a los demás ciegos'. Sufyán decía: 'Aunque el alma estuviese tan aposentada en el corazón como es necesario, éste volaría de alegría al pensar en el paraíso y se compungiría al pensar en el fuego eterno'. Se refiere de Sufyán al-Tawrí que éste dijo: 'Mirar la cara del malvado ya constituye una falta'".

» La tercera muchacha se retiró y la cuarta se adelantó. Dijo: "Voy a hablar de algunas cosas que se me ocurren y que hacen referencia a la biografía de los hombres píos. Se cuenta que Bisr al-Hafí dijo: 'He oído decir a Jalid: '¡Guardaos de los secretos de la idolatría!' Le pregunté: '¿Qué son los secretos de la idolatría?' 'Prolongar las genuflexiones y las prosternaciones hasta que hay que interrumpirlas por necesidad'. Un místico dice: 'Obrando bien se remedian las malas obras'. Otro místico dice: 'Pedí a Bisr al-Hafí que me aclarase algunos de los secretos de la verdad. Me contestó: 'Hijo mío: No se lo podemos explicar a todo el mundo, sino tan sólo a cinco personas de cada ciento, al igual como se hace con las limosnas en dirhemes'.

» "Ibrahim b. Adham refiere: 'Sus palabras me gustaron y las aprobé. Después, mientras yo estaba rezando, llegó Bisr dispuesto a hacer la oración. Me coloqué detrás de él para hacer las *arracas* hasta que el almuecín llamase a la plegaria. En el ínterin se levantó un hombre de mísero aspecto y dijo: '¡Gentes! Guardaos de la sinceridad que perjudica y no os preocupe el mentir con buen fin; delante de la necesidad no hay escapatoria posible; las palabras no sirven de nada en la indigencia y el silencio no perjudica cuando se trata de la generosidad'. Ibrahim dice: 'Vi que unas monedas de cobre se caían del bolsillo de Bisr; fui y se las entregué. Me dijo: 'No las he de coger'. 'Proceden de algo honesto'. 'No cambiaría por nada los bienes de la vida futura por los de ésta.' Se refiere que la hermana de Bisr al-Hafí fue a ver a Ahmad b. Hanbal…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [le dijo:] '¡Oh, imán de la religión! Yo soy una de esas gentes que hilan de noche y trabajan en sus quehaceres cotidianos durante el día; pasan por nuestro lado las antorchas de las autoridades de Bagdad, y como nosotros estamos en la azotea podemos hilar a su luz. ¿Constituye esto un pecado?' '¿Quién eres?' 'La hermana de Bisr al-Hafí.' '¡Qué familia la de Bisr! Vuestros corazones son los que me han de enseñar a temer a Dios.' Un místico dice: 'Cuando Dios quiere favorecer a una criatura le da la oportunidad de obrar bien'. Malik b. dinar, cuando cruzaba el zoco y veía algo que le apetecía, decía: '¡Alma! ¡Ten paciencia, porque no he de ayudarte a satisfacer tu deseo!' Decía también (¡Dios esté satisfecho de él!): 'El alma se salva cuando se le impide conseguir lo que le apetece y se condena cuando se le da satisfacción'.

» "Mansur b. Ammar refiere: 'Había emprendido la peregrinación y me dirigí hacia La Meca por el camino de Kufa. Una noche muy oscura, oí a alguien que gritaba en medio de las tinieblas: '¡Dios mío! Juro por tu fuerza y por tu poderío que jamás he intentado desobedecerte o contradecirte; no desconozco tu existencia; pero ese pecado me lo tenía destinado desde lo más profundo de tu eternidad. ¡Perdóname la culpa en que he caído por mi negligencia, ya que te he desobedecido por ignorancia!' Una vez hubo concluido esta invocación recitó esta aleya: 'Oh, vosotros que creéis: Preservad vuestras almas y las de vuestros familiares de un fuego cuyo combustible son los hombres y las piedras'. Oí después una caída cuya causa no pude adivinar y me dirigí a otros asuntos. Llegada la mañana reemprendimos nuestro camino. En él tropezamos con un entierro que iba seguido por una anciana que ya había perdido sus fuerzas. Le pregunté por el difunto y contestó: 'Éste es el entierro de un hombre que ayer pasó a nuestro lado. Mi hijo estaba recitando una aleya del libro de Dios (¡ensalzado sea!) en el preciso momento en que se rompió la vejiga de la hiel de este hombre y cayó muerto'".

» La cuarta muchacha se retiró y la quinta se adelantó y dijo: "Voy a referir las noticias que se me ocurran acerca de los piadosos de antaño. Maslama b. dinar decía: 'Las faltas, pequeñas o grandes, se perdonan a quien las ha cometido con buena intención; cuando el hombre se decide a abandonar los pecados, emprende la senda del bien; las riquezas no aproximan a Dios, antes bien constituyen una prueba; un poco de bienestar en este mundo distrae del mundo que se encuentra en el otro; lo mucho te hace olvidar a lo poco'. Se preguntó a Abu Hazim: '¿Quién es el hombre más afortunado?' 'Aquel cuya vida transcurre en la obediencia de Dios.' '¿Quién es el hombre más estúpido?' 'Aquel que trueca los bienes de la última vida por los de ésta.'

» "Se cuenta que Moisés (¡sobre él sea la paz!) dijo en el momento de llegar a la fuente de Madyán: '¡Señor mío! ¡Los mismos bienes que me has concedido me han hecho pobre!' Moisés rogó a su Señor, pero no rogó a los hombres.

Llegaron las dos muchachas y él les dio de beber antes de que llegasen los pastores. Cuando ellas estuvieron de nuevo al lado de su padre, Suayb, éste les preguntó: 'Ese hombre ¿tiene hambre?' Dirigiéndose a una de ellas le dijo: 'Ve a buscarlo e invítalo'. Antes de presentarse a Moisés, la joven se cubrió el rostro; le dijo: 'Mi padre te invita en recompensa de que nos has dejado beber'. Esto no fue del agrado de Moisés y se resistió a seguirla. La muchacha tenía un trasero prominente y el viento que azotaba sus vestidos, permitía a Moisés ver sus formas; sin embargo él bajaba la vista. Después le dijo: 'Ponte detrás'. Ella anduvo detrás de él hasta llegar ante Suayb; la cena ya estaba preparada"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Suayb dijo: « "'Moisés, quiero recompensarte por haber dado de beber a las dos'. 'Pertenezco a una casa que no vende, ni aun a cambio de todo el oro y la plata que la tierra encierra, las buenas acciones que sirven para alcanzar la vida futura.' Suayb le contestó: '¡Joven! Eres mi huésped y es mi costumbre, como también lo era de mis padres, honrar al huésped y darle de comer'. Moisés se sentó y comió. Después Suayb dio un empleo a Moisés durante ocho peregrinaciones o, lo que es lo mismo, durante ocho años. Como sueldo recibiría en matrimonio a una de sus dos hijas, o sea, que con su trabajo Moisés pagaba las arras a Suayb. Es tal como Dios (¡ensalzado sea!) lo refiere en el Corán: 'Quiero casarte con una de estas dos muchachas con la condición de que tú me sirvas durante ocho años; si llegas hasta los diez, harás lo que quieras, pues yo no quiero forzarte'.

» "Un hombre dijo a un amigo suyo al que hacía mucho tiempo que no veía: 'Te has hecho esperar, ya que hace mucho que no te veo'. El otro contestó: 'He prescindido de ti gracias a Ibn Sihab. ¿Lo conoces?' 'Sí; es mi vecino desde hace treinta años, pero yo no le dirijo la palabra.' 'Al olvidarte de tu vecino te has olvidado de Dios; si amases a Dios amarías a tu vecino; ¿no sabes que los vecinos tienen entre sí unas relaciones tan estrechas como las que unen al protegido con el protector?' Hudayfa refiere: 'Entramos en la Meca con Ibrahim b. Adham; aquel mismo año realizaba la peregrinación Saqiq al-Balji. Nos encontramos mientras se celebraba la ceremonia de la circunvalación. Ibrahim dijo a Saqiq: '¿Cómo te encuentras en tu país?' Saqiq respondió: 'Cuando Dios nos envía algo de comer, comemos, y si nos hace pasar hambre nos resignamos'. '¡Así obran los perros de Nalj! Nosotros, cuando Dios nos envía algo de comer lo alabamos, y cuando nos hace pasar hambre le damos las gracias.' Entonces Saqiq se sentó delante de Ibrahim y le dijo: '¡Tú eres mi maestro!'

» "Muhammad b. Imram refiere: 'Un hombre preguntó a Hatim al-Asamm: '¿Qué es lo que buscas al confiar en Dios (¡ensalzado sea!)?' Aquel contestó: 'Dos

cosas: Me he enterado que el sustento que a mí me está destinado no lo comerá ninguna otra persona y esto me ha tranquilizado; después he pensado que Dios está al corriente del momento en que fui concebido, y esto me ha llenado de vergüenza"'.

» La quinta joven se retiró al mismo tiempo que la vieja se adelantaba y besaba el suelo nueve veces delante de tu padre. Le dijo: "¡Rey! Has oído cómo han hablado todas sobre el capítulo del ascetismo: ahora yo voy a imitarlas tratando de aquellas cosas que he llegado a saber y que se refieren a las figuras más señeras del pasado. Se dice que el imán al-Safii (¡Dios esté satisfecho de él!) dividía la noche en tres partes: el primer tercio lo pasaba estudiando, en el segundo dormía y el tercero lo consagraba a sus deberes religiosos. El imán Abu Hanifa se pasaba en vela, rezando, la mitad de la noche. Un día, mientras estaba andando, un hombre lo señaló con el dedo y dijo a otro: 'Ése se pasa toda la noche en oración'. Al oír estas palabras exclamó: 'Me avergüenzo ante Dios por haber sido descrito de manera distinta a como soy'.

» "Refiere al-Rabi que al-Safii recitaba setenta veces por completo el Corán durante el mes de Ramadán mientras estaba en oración. Al-Safii (¡Dios esté satisfecho de él!) dice: 'Durante diez años he procurado no hartarme del pan de cebada, ya que la hartura perjudica al corazón, hace disminuir la inteligencia y atrae al sueño; quien está harto es indolente'. Se refiere que Abd Allah b. Muhammad al-Sukkari dice: 'Estaba hablando con Umar y éste me dijo: 'Jamás he visto una persona más comedida ni más elocuente que Muhammad b. Idris al-Safii; cierta vez salí con al-Harit b. Labib al-Saffar. Al-Harit era discípulo de al-Mazini, tenía una voz muy hermosa y empezó a salmodiar este versículo del Corán: 'En ese día ni hablarán ni serán escuchados y ellos se excusarán'. La cara de al-Safii cambió de color, se le puso la carne de gallina, quedó fuertemente impresionado y cayó desmayado. Al volver en sí exclamó: '¡Apártame, Dios, del lugar que ocupan los embusteros! ¡Líbrame de estar entre los ignorantes! ¡Dios mío! ¡Delante de ti se humillan los corazones de los místicos! ¡Dios mío! ¡Perdóname mis pecados con tu generosidad! ¡Llévame en tu manto y hazte cargo de cuán pocas son mis fuerzas para honrar tu rostro!' Después, me levanté y me fui'.

» "Una persona digna de crédito refiere: 'Al-Safii estaba en Bagdad cuando yo llegué. Me senté en la orilla del río para hacer las abluciones rituales antes de empezar la oración. En este momento pasó por mi lado un hombre: Me dijo: '¡Muchacho! Haz bien tus abluciones, pues Dios te lo recompensará en esta vida y en la otra'. Me volví y vi que se trataba de un hombre al que seguía una multitud. Me apresuré a terminar las abluciones y empecé a seguirlo. Volviéndose hacia mí me preguntó: '¿Necesitas algo?' 'Sí. Que me enseñes lo que Dios (¡ensalzado sea!) te ha enseñado a ti.' 'Sabe que quien es sincero con Dios se salva; que quien practica su religión no cae en la perdición y que quien se

comporta como un asceta en este mundo, encontrará el día de mañana su consuelo. ¿Quieres aún más?' '¡Sí!' 'Vive sin ambición en esta vida, y en la otra sé un pedigüeño; sé sincero en todas tus cosas y te salvarás junto con aquellos que se salven.' Después se marchó. Yo pregunté quién era y se me contestó: 'Éste es el *insam* al-Safii'. El *insam* al-Safii (¡Dios se apiade de él!) decía: 'Me gusta que las gentes saquen provecho de esta ciencia siempre que no me lo atribuyan a mí'".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que también decía: « "'No discuto con nadie sin pedir a Dios que lo conduzca por el camino de la verdad y que lo auxilie a verla clara; nunca he discutido con nadie a menos de que se tratase de poner de manifiesto la verdad, sin preocuparme de si Dios la haría patente gracias a mi lengua o por la lengua de otro'. También dijo (Dios, ¡ensalzado sea!, esté satisfecho de él): 'Si temes que has de enorgullecerte con tu saber, piensa en la satisfacción que buscas, en la clase de bienes que persigas y en el castigo que temes'. Se dijo a Abu Hanifa que el Emir de los creyentes, Abu Chafar al-Mansur, lo había nombrado cadí y le había asignado un tratamiento de diez mil dirhemes. Llegado el día en que debía pagársele, rezó la oración de la aurora y después se envolvió en sus vestidos y no dijo ni palabra. El mensajero del Emir de los creyentes llegó con el dinero, entró en el lugar en que él estaba y preguntó por él. El mensajero dijo: 'Éste es dinero lícito'. Abu Hanifa contestó: 'Sabe que efectivamente me es lícito cogerlo, pero yo no quiero que mi corazón sienta simpatía por los tiranos'. 'Puedes tener tratos con él sin por ello coaccionar a tu corazón.' '¿Acaso puedo meterme en el mar sin que se me mojen los vestidos?' Entre las palabras que se atribuyen a al-Safii (Dios, ¡ensalzado sea!, se apiade de él) se encuentran estos versos:

> ¡Alma! Si quieres hacer caso de lo que digo, te verás honrada y poderosa para siempre.
> ¡Deja la ambición y el deseo! ¡Cuántos deseos han acarreado la ruina!

» "Entre los consejos que Sufyán al-Tawrí dio a Alí b. al-Hasán al-Sulami está éste: 'Sé sincero y evita la mentira, el engaño, la usura y la soberbia, ya que Dios no tiene en cuenta las acciones pías si van acompañadas por una de estas rémoras; no aprendas la religión si no es con quien practica la suya propia; ten por compañero al que te exhorta a que renuncies a las vanidades del mundo; piensa frecuentemente en la muerte, arrepiéntete del mal que hayas hecho y pide a Dios que te conserve la salud durante el resto de la vida; aconseja bien a todos los creyentes que te consulten sobre asuntos religiosos; ¡ay de ti si traicionas

a un creyente! Quien traiciona a un creyente, traiciona a Dios y a su Enviado; no discutas ni pleitees; prescinde de lo que te inspira dudas y toma aquello que no te las inspire; haz el bien, mantente alejado de lo que es reprobable y así serás grato a Dios; perfecciona tu interior y Dios aumentará tu fama; admite las excusas de aquel que te las ofrece; no odies a ningún musulmán; atráete al que te ha rechazado y perdona al que te ha ofendido y así llegarás a ser un compañero de los profetas; confía todos tus asuntos a Dios tanto en público como en privado; teme a Dios con el temor de aquel que sabe que ha de morir y ha de resucitar para ir a presentarse delante del Omnipotente; piensa siempre que has de ir a parar a una de estas dos cosas: o al paraíso maravilloso o al fuego ardiente'Dicho esto, la vieja fue a sentarse al lado de las jóvenes.

» Cuando tu difunto padre hubo oído sus palabras, quedó convencido de que se trataba de las mujeres más virtuosas de nuestra época; al ver su hermosura, su belleza y sus buenos modos decidió acogerlas a su lado. Se acercó a la vieja y la trató con deferencia; a ésta y a sus jóvenes les dio como morada el palacio que había ocupado la reina Ibriza, la hija del rey de los griegos; les remitió todo lo que podían necesitar para vivir confortablemente. Permanecieron a su lado durante diez días. Siempre que el rey iba a visitar a la vieja la encontraba ocupada en sus rezos; pasaba las noches en vela y ayunaba durante el día. El amor hizo mella en su corazón y me dijo: "¡Visir! Esta vieja es una mujer pía y la veneración que por ella siente mi corazón va en aumento".

» Llegado el undécimo día se reunió con la vieja para pagarle el precio de las jóvenes, pero ella dijo: "¡Oh, rey! Sabe que el precio de estas jóvenes no es el que acostumbran pagar las gentes, pues yo no pido por ellas ni oro, ni plata ni piedras preciosas en pequeña o en gran cantidad". Tu padre se quedó boquiabierto al oír estas palabras y preguntó: "¡Señora! ¿Cuál es su precio?" "Sólo te las venderé si ayunas durante todos los días de un mes entero, debes ayunar de día y permanecer en vela durante toda la noche para adorar a Dios (¡ensalzado sea!). Si haces esto, pasarán a ser de tu propiedad en este mismo palacio y harás de ellas lo que quieras."

» El rey quedó admirado de la piedad, de la devoción y del temor de Dios que manifestaba la vieja y ésta adquirió aún mayor prestigio ante sus ojos. Exclamó: "Dios nos ha hecho un favor al enviar a una mujer tan piadosa". Después se puso de acuerdo con ella acerca de cómo debía ayunar durante el mes de acuerdo con la condición que le había impuesto. Ella le dijo: "Yo te ayudaré con mis rezos; tráeme un jarro de agua". Lo cogió, recitó y murmuró encima de él algo y estuvo un rato pronunciando unas palabras de las que no entendimos ni reconocimos nada. Después lo tapó con un paño, lo selló, lo entregó a tu padre y le dijo: "Cuando hayas ayunado los diez primeros días y hayas entrado en la undécima noche, rompe el ayuno con lo que contiene este jarro; su contenido hará detestar a tu corazón los bienes de este mundo y lo

llenará de luz y de fe; mañana yo me iré a ver a mis amigos, los hombres del mundo de lo desconocido, pues estoy ansiosa de volver a verlos, y regresaré de nuevo a tu lado cuando hayan transcurrido los diez primeros". Tu padre cogió el jarro y fue a encerrarse a solas en una habitación que quedaba muy aislada del resto del palacio. Colocó el jarro en un estanque y se guardó la llave de la habitación en el bolsillo. Cuando llegó la mañana el sultán empezó el ayuno y la vieja salió en pos de sus asuntos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir continuó su relato de esta manera:] « Terminados los diez primeros días del ayuno, en cuanto llegó el undécimo, el rey abrió el jarro y bebió lo que contenía: le sentó muy bien. La vieja regresó en el transcurso de la segunda decena del mes, llevando consigo un dulce envuelto en unas hojas verdes que se parecían a las de los árboles. Entró a ver y a saludar a tu padre. Éste, cuando la vio, se puso en pie y le dijo: "¡Bien venida, oh pía señora!" Ella le contestó: "¡Rey! Los hombres del mundo de lo invisible te saludan debido a que yo les he hablado de ti. Se han alegrado mucho y me han mandado que te trajese este dulce; está hecho con los ingredientes del más allá. Cuando termine el día, rompe con ellos el ayuno". Tu padre se alegró mucho y exclamó: "¡Loado sea Dios, que consiente que tenga amigos entre los hombres del más allá!" Dio las gracias a la vieja, besó sus manos, la trató con deferencia y honró a sus jóvenes hasta el máximo.

» Tu padre siguió ayunando hasta el principio del día vigésimo, en que la vieja se acercó a él y le dijo: "¡Rey! Sabe que he explicado a los hombres de lo desconocido la amistad que existe entre nosotros dos; que les he dicho que voy a dejar las jóvenes contigo y que se han alegrado al saber que éstas van a estar con un rey como tú, ya que cuando ellos las veían hacían muchos votos augurales en su favor. Desearía conducirlas ante los hombres de lo desconocido con el fin de que éstos pudieran darles sus dones. Es fácil que ellas regresen a tu lado trayendo uno de los tesoros de la tierra con el cual, cuando hayas terminado el ayuno, podrás proveer a su vestido y podrás emplear las riquezas que te entreguen para tus propios fines".

» Tu padre, al oír estas palabras, le dio las gracias y dijo: "Si no fuese porque temo contradecirte, no aceptaría ni el tesoro ni ninguna otra cosa. ¿Cuándo te las llevarás?" "La vigésimo séptima noche, y te las devolveré al principio del mes: tú ya habrás concluido el ayuno, las habrás rescatado; te pertenecerán por completo y estarán a tus órdenes. ¡Por Dios! ¡Cada una de esas jóvenes vale mucho más que todo tu Imperio!" "¡Lo sé, oh pía señora!" Ella continuó: "Debes enviar con ellas a alguna persona del palacio que te sea cara para que trate con

familiaridad a los hombres de lo desconocido y reciba su bendición". El rey contestó: "Tengo una esclava griega que se llama Sofía. De ella he tenido dos hijos: una hembra y un varón que se han perdido hace unos años. Llévala con ellas para que reciba su bendición"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey siguió diciendo:] « "Es posible que los hombres de lo desconocido rueguen a Dios, en su nombre, para que le devuelva sus hijos y así se cumpla nuestro deseo". La vieja, al ver que obtenía lo que más deseaba, exclamó: "¡Qué bello es lo que dices!" En seguida tu padre continuó el ayuno para llevarlo a término. La vieja le dijo: "¡Hijo mío! Yo voy a ir a ver a los hombres de lo desconocido. Preséntame a Sofía". La mandó llamar en el acto, la entregó a la vieja y ésta la reunió con sus jóvenes. Después, la vieja entró en su dormitorio y salió para ir a entregar al sultán una copa sellada. Le dijo: "Cuando llegue el día trigésimo vete al baño. Al salir, dirígete a una de las habitaciones solitarias que tienes en él y bébete esta copa. Después échate a dormir y conseguirás lo que deseas. Te deseo la salud". El rey se alegró mucho, le dio las gracias y le besó la mano. La vieja se despidió y el rey preguntó "¿Cuándo volveré a verte, oh pía señora? ¡Desearía no tener que separarme de ti!"

» La vieja rezó por el rey y se fue llevándose a las jóvenes y a la reina Sofía. El soberano siguió ayunando durante tres días, y una vez empezado el siguiente mes se dirigió al baño. Al salir fue a una habitación solitaria del palacio, dio orden de que nadie entrase y cerró la puerta. Después bebió la copa y se echó a dormir. Nosotros lo esperamos hacia el fin del día, pero no salió de la habitación. Nos dijimos que tal vez el baño lo había cansado y que el haber permanecido en vela durante tantas noches y en ayunas durante tantos días le había fatigado hasta el extremo de haberse quedado dormido. Esperamos el día siguiente y viendo que no salía nos plantamos delante de la puerta de la habitación y fuimos subiendo la voz para que él se diese cuenta y nos preguntase por la causa del alboroto; pero no ocurrió así. Entonces forzamos la puerta, entramos y lo encontramos con la carne deshilachada, con los huesos descoyuntados. Al verlo en esta situación quedamos abatidos. Cogimos la copa y encontramos debajo de la tapadera un pedazo de papel en el que estaba escrito:

» "No hay que compadecer al que obra mal. Ésta es la recompensa de quien engaña y corrompe a las hijas de los reyes. Sepan todos los que vieren esta hoja que cuando Sarkán vino a nuestro país, sedujo a la reina Ibriza y no le bastó con esto, ya que nos la arrebató y os la entregó a vosotros. Después la envió con un esclavo negro, que la asesinó. La encontramos muerta en medio del campo y

abandonada en el suelo. Los reyes no obran de esta manera y la recompensa de quienes así lo hacen es la que éste ha recibido. A nadie acuséis de su muerte, ya que lo ha matado la desvergonzada y picara que se llama Dat al-Dawahi; yo soy quien se ha apoderado de la esposa del rey, Sofía, para conducirla al lado de su padre, Afridún, rey de Constantinopla. Os combatiremos, os mataremos, os arrebataremos vuestras casas y os aniquilaremos hasta el último sin perdonar ni vuestros hogares ni vuestras personas: no quedarán más que los adoradores de la cruz y los portadores de distintivos[61]."

» Una vez hubimos leído la hoja, nos dimos cuenta de que la vieja nos había engañado y que para desgracia nuestra había llevado a buen fin su maquinación. Rompimos en alaridos, nos abofeteamos el rostro y lloramos; pero el llanto no nos sirvió de nada y el ejército no se puso de acuerdo sobre quién debía ser elegido sultán. Unos te preferían a ti y otros preferían a tu hermano Sarkán. Permanecimos en esta polémica durante un mes, al cabo del cual nos decidimos todos a ir a buscar a tu hermano Sarkán. Nos pusimos en camino y te encontramos a ti. Ésta es la causa de la muerte del rey Umar al-Numán» .

Cuando el ministro terminó de hablar, Daw al-Makán y su hermana Nuzhat al-Zamán se pusieron a llorar y el chambelán los imitó. Después éste dijo a Daw al-Makán: « ¡Rey! El llanto no te sirve de nada; en cambio puede favorecerte el endurecer tu corazón, el fortificar tu ánimo y el consolidar tu Imperio, ya que quien deja por sucesor a alguien parecido a ti, no ha muerto» . Daw al-Makán dejó de llorar, mandó que colocasen el trono fuera del vestíbulo y dio órdenes para que las tropas desfilasen ante él.

El chambelán se colocó a un lado, su guardia de corps detrás y el visir Dandán delante. Los príncipes y los magnates se situaron según su rango. A continuación el rey Daw al-Makán pidió al visir Dandán que le informase de los tesoros que tenía su padre. Éste lo puso al corriente, en seguida, de los bienes, de los tesoros y de las pedrerías que se guardaban en las cajas fuertes y le mostró las riquezas que había en el tesoro.

Distribuyó grandes dones a las tropas, dio un vestido de honor al visir Dandán y le dijo: « Sigue en tu cargo» . El visir besó el suelo ante él y le auguró una larga vida. Dio también vestidos de honor a los príncipes y a continuación mandó al chambelán que le mostrase el tributo de Damasco. Le enseñó las cajas de dinero, regalos y piedras preciosas. El rey las distribuyó entre sus soldados…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [las distribuyó] hasta que no quedó nada. Entonces los príncipes besaron el suelo ante él, le desearon larga vida y dijeron: « Jamás hemos visto un rey que concediese mercedes tan

generosamente» . Después se retiraron a sus tiendas. Al día siguiente dio la orden de marchar y caminaron durante tres días; al llegar el cuarto divisaron la ciudad de Bagdad. Entraron en ésta, que estaba engalanada, y el sultán Daw al-Makán se dirigió al palacio de su padre, se sentó en el trono, y los jefes del ejército, el visir Dandán y el chambelán de Damasco se quedaron de pie en su presencia. Entonces mandó a su secretario particular que escribiese una carta a su hermano Sarkán. En ella le refería todo lo que había ocurrido desde el principio hasta el fin y concluía: « En cuanto hayas visto esta carta haz tus preparativos y reúne a tu ejército: nos dirigiremos al encuentro de los infieles, tomaremos nuestra venganza y lavaremos así la injuria» . Dobló el escrito, lo selló y dijo al visir Dandán: « Tú eres el único que puedes llevar este mensaje; debes hablar amablemente a mi hermano; le dirás: “Si deseas poseer el Imperio de tu padre, tuyo es; tu hermano gobernará Damasco en tu nombre. Esto es lo que me ha dicho”» .

El visir Dandán se retiró y se fue a preparar el viaje. El rey Daw al-Makán mandó que diesen al fogonero un gran palacio recubierto con los mejores tapices; pero la historia de este hombre es muy larga. Después, el rey Daw al-Makán salió un día de caza y cuando regresó a Bagdad, uno de los príncipes le regaló magníficos caballos y esclavas tan hermosas que la lengua es incapaz de describirlas. Una de éstas le gustó; se retiró con ella, tuvo relaciones aquella misma noche y la dejó encinta en el acto. Algún tiempo después regresó el visir Dandán de su viaje, le dio noticias de su hermano Sarkán y le contó que se había puesto en camino para reunirse con él. Añadió: « Es necesario que salgas a recibirlo» . Daw al-Makán contestó: « De buena gana» . Salió a su encuentro con los principales funcionarios del Imperio y a una jornada de marcha de Bagdad plantó las tiendas y aguardó a su hermano.

Al día siguiente llegó el rey Sarkán con el ejército de Siria, compuesto por valerosos caballeros, soldados que parecían leones y avezados guerreros. En cuanto aparecieron sus escuadrones, avanzaron sus jefes y adelantaron las compañías con las banderas tremolando al viento, Daw al-Makán y quienes con él estaban salieron a recibirlos. Daw al-Makán al ver a Sarkán quiso acercarse a pie hasta él; Sarkán le hizo gesto de que no lo hiciese y corrió, a pie, a su encuentro; cuando Daw al-Makán estuvo a su lado, se echó en sus brazos; Sarkán lo estrechó contra su pecho y lloró a lágrima viva y ambos se consolaron mutuamente; después montaron los dos a caballo y se pusieron en camino, seguidos por sus tropas, hasta llegar a Bagdad. Aquí se apearon y Daw al-Makán y su hermano Sarkán se dirigieron al palacio real para pasar la noche. Al día siguiente Daw al-Makán dio órdenes para movilizar las tropas de todas las regiones y proclamar la *algazúa* y la guerra santa.

Esperaron a que se reuniesen las tropas de todas las provincias; todos los que se presentaban eran tratados generosamente y se les hacía objeto de hermosas

promesas. Así transcurrió un mes entero; los hombres acudían en grupos ininterrumpidamente. Después dijo Sarkán a su hermano: « ¡Hermano mío! Cuéntame todo lo que te ha ocurrido» . Le refirió lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin y los favores que había recibido del fogonero. Sarkán dijo: « Hay que recompensarlo por el bien que te ha hecho» . « Hermano mío: hasta ahora no lo he recompensado, pero si Dios quiere lo haré cuando regrese de la *algazúa*…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [dijo:] « … pues podré ocuparme de él» . En este momento Sarkán se dio cuenta de que todo lo que le había dicho su hermana, la reina Nuzhat al-Zamán, era verdad. Calló lo que había ocurrido entre ambos y mandó al chambelán, su esposo, que la saludase en su nombre; ella le devolvió el saludo, le deseó toda suerte de felicidades y le preguntó por su hija Qúdiya Fa-Kan. Le hizo decir que se encontraba en buen estado y con perfecta salud. La madre dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y le quedó muy agradecida. Sarkán regresó al lado de su hermano para darle consejos acerca del orden de marcha. Le dijo: « ¡Hermano! El ejército aún no se ha reunido y los beduinos afluyen desde todas las regiones» . Después ordenó que se preparasen las provisiones y las reservas. Daw al-Makán fue a saludar a su esposa, con la que había convivido durante cinco meses, puso a sus órdenes secretarios e intendentes y le asignó rentas y beneficios. Tres meses después de la llegada del ejército de Siria, quedaron concentrados los beduinos y las tropas de todas las provincias.

Los ejércitos y los soldados emprendieron la marcha seguidos por las provisiones. El jefe de los soldados de Daylam se llamaba Rustem y el de los turcos, Bahram. Daw al-Makán iba en el centro; el ala derecha la mandaba su hermano, Sarkán, y el ala izquierda su cuñado, el chambelán. Marcharon durante un mes, haciendo un alto de tres días cada semana para descansar, ya que las tropas eran muy numerosas. Siguieron la marcha hasta llegar al país de los griegos. Los habitantes de la región, los mismos animales y los mendigos huyeron y fueron a buscar refugio en Constantinopla.

Cuando el rey Afridún se enteró de lo que pasaba, corrió a ver a Dat al-Dawahi, es decir, a aquella que había urdido las tretas y que había ido a Bagdad para dar muerte al rey Umar al-Numán y raptar a la reina Sofía, y que había conseguido regresar con todas a su país. Cuando estuvo al lado de su hijo, el rey de los griegos, y se consideró segura, le dijo: « Ya puedes vivir tranquilo, pues te he vengado de la deshonra de tu hija Ibriza, he dado muerte al rey Umar al-Numán y me he traído a Sofía. Vamos, disponte a reunirte con el rey de

Constantinopla, entrégale su hija Sofía, refiérele todo lo ocurrido y poneos de acuerdo sobre las medidas que debéis adoptar. Yo visitaré también al rey Afridún de Constantinopla, pues creo que los musulmanes intentarán hacernos la guerra» . Le dijo: « Espera a que se aproximen a nuestro país y entretanto tomaremos nuestras medidas» .

Empezaron a reunir soldados y a prepararse. Cuando les llegó la noticia del avance de los musulmanes ya estaban dispuestos: reunieron sus tropas y emprendieron la marcha, yendo Dat al-Dawahi en las primeras filas. Al llegar a las inmediaciones de Constantinopla, el gran rey de ésta, Hardub, se enteró de la llegada de Afridún, rey de los griegos, y salió a recibirlo. Al entrevistarse éste con aquél le preguntó qué era lo que le ocurría y qué había motivado su viaje. Le contestó refiriéndole las tretas empleadas por Dat al-Dawahi, que ésta había asesinado al rey de los musulmanes y que se había apoderado de la reina Sofía. Añadió: « Los musulmanes han movilizado sus ejércitos y se acercan. Por eso he venido a reunirme contigo, para combatirlos de mutuo acuerdo» .

El rey Afridún se alegró mucho de la llegada de su hija y de la muerte del rey Umar al-Numán. Mandó pedir tropas a todas las regiones, haciendo pública la causa por la cual había sido asesinado el rey Umar al-Numán. Los ejércitos cristianos acudieron rápidamente a su lado y antes de que hubiesen transcurrido tres meses ya estaban concentradas todas las tropas. Después llegaron los europeos de todas las regiones, como franceses, austríacos, raguseos, los de Zara, venecianos y genoveses y todos los demás ejércitos de los cristianos. Cuando todas estas tropas estuvieron reunidas, la tierra se vio incapaz de contenerlos, dado su gran número, y el gran rey Afridún mandó que saliesen de Constantinopla y emprendiesen la marcha. Los soldados fueron saliendo ininterrumpidamente durante diez días y avanzaron hasta acampar en un amplio valle situado cerca del mar Salado (el Mediterráneo). Permanecieron en él durante tres días y cuando, llegado el cuarto día, se disponían a reemprender la marcha les llegó la noticia del avance de los ejércitos del Islam y de los defensores de la nación del mejor de los hombres, [Mahoma] (¡Dios lo bendiga y lo salve!).

Ante esto continuaron acampados durante otros tres días; en el transcurso del cuarto vieron aparecer una polvareda que cubría el horizonte; una hora después el polvo desaparecía, la atmósfera quedaba diáfana y miríadas de lanzas, espadas y armas blancas rompieron la calígine: debajo se distinguían las banderas de los musulmanes y la enseña de los mahometanos; los caballeros avanzaban como si fuesen la marea en el mar y tú habrías dicho que sus corazas parecían nubes colgadas de la luna: los dos ejércitos se enfrentaron como si fuesen dos mares, cara a cara. El primero en lanzarse a la liza fue el visir Dandán acompañado por las tropas de Siria, que sumaban treinta mil hombres; al lado del visir se encontraban el almocadén de los turcos y el jefe de los

daylamíes: Rustem y Bahram, con veinte mil caballeros. Detrás seguían los soldados de la región del mar Salado, protegidos por sus cotas de malla con las cuales parecían astros refulgentes en la noche sombría.

El ejército cristiano avanzaba invocando a Jesús, a María y a la odiada cruz. Se lanzaron contra el visir Dandán y las tropas sirias que lo flanqueaban. Todo esto era un plan de la vieja Dat al-Dawahi, ya que el rey, antes de ponerse en marcha, la había ido a visitar y le había preguntado: « ¿Qué debemos hacer e intentar? Tú has provocado esta difícil situación» . Ella había contestado: « Sabe, oh gran rey y sumo sacerdote, que voy a darte un consejo que ni el mismo demonio podría imaginar aunque pidiera auxilio a todos sus desgraciados secuaces» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [continuó:] « Consiste en que mandes que cincuenta mil hombres embarquen y se dirijan por mar hasta la Montaña del Humo. Aquí permanecerán, sin alejarse de este lugar, hasta que os hayan atacado los guerreros del Islam. En este momento las tropas transportadas por mar marcharán contra aquéllos por la espalda, mientras nosotros les hacemos frente desde el interior. Así no se salvará ninguno de ellos, terminarán nuestras desgracias y nos quedaremos tranquilos» . Las palabras de la vieja gustaron al rey Afridún, quien contestó: « Tu opinión es la certera, ¡oh la más astuta de las viejas, consejera de los brujos en los asuntos complicados!»

Apenas los ejércitos del Islam emprendieron el ataque en aquel valle cuando el fuego y las llamas hicieron presa en las tiendas y las espadas hicieron su obra en los cuerpos. Después llegaron los ejércitos de Bagdad y del Jurasán, compuestos por ciento veinte mil caballeros, a cuyo frente iba Daw al-Makán. Cuando los ejércitos infieles que estaban al lado del mar los vieron se lanzaron al ataque siguiendo sus pasos. Daw al-Makán, al verlos, gritó: « ¡Media vuelta y a los infieles, seguidores del Profeta elegido! ¡Combatid a los incrédulos y a los enemigos obedeciendo así al Misericordioso, al Clemente!» Sarkán avanzaba con otro ejército musulmán fuerte de unos ciento veinte mil hombres. Por su parte las tropas infieles contaban con cerca de un millón seiscientos mil.

El corazón de los musulmanes se revestía de valor al mezclarse con los enemigos y sus soldados gritaban: « ¡Dios nos ha prometido la victoria y ha destinado la derrota para los infieles!» ; y a continuación entraban en la pelea con la espada y con la lanza. Sarkán atravesó las filas, atacó a millares y luchó de tal manera que al verlo hubiesen encanecido los niños; corría de un lado a otro entre los infieles y les daba terribles mandobles con su afilada espada al tiempo que gritaba: « ¡Dios es grande!» El enemigo fue rechazado hasta la orilla del mar,

sus fuerzas estaban agotadas y la religión del Islam alcanzó la victoria, mientras que las tropas combatían como si estuviesen compuestas por borrachos, a pesar de no haber bebido vino.

En esta batalla murieron cuarenta y cinco mil enemigos y tres mil quinientos musulmanes. El león de la religión, el rey Sarkán, y su hermano Daw al-Makán no pegaron ojo aquella noche; la pasaron dando buenas noticias a los soldados, preocupándose de los heridos, felicitándolos por la victoria alcanzada, por haber escapado con vida y por la recompensa que recibirían el día de la Resurrección. Esto es lo que hace referencia a los musulmanes.

He aquí lo que ocurrió al rey Afridún, señor de Constantinopla, al rey de los griegos y a su madre, la vieja Dat al-Dawahi: reunieron a los jefes de su ejército y se dijeron unos a otros: « Hubiéramos conseguido nuestro propósito y hubiéramos curado nuestro corazón; ha sido nuestra confianza en el número la que nos ha derrotado» . La vieja Dat al-Dawahi les dijo: « Nada os puede ser útil sino es el aproximaros al Mesías y el reafirmaros en la verdadera fe. Juro, por el Mesías, que quien ha dado fuerzas al ejército de los musulmanes ha sido ese demonio del rey Sarkán» . El rey Afridún intervino: « Mañana desplegaremos de nuevo nuestras filas y haremos que se adelante el célebre caballero Luqa b. Samlut; espero que en cuanto ataque el rey Sarkán le dé muerte y que mate a muchos otros paladines hasta que no quede ninguno. Esta noche os santificaré con el gran incienso» . Al oír estas palabras los que estaban presentes besaron el suelo.

El incienso a que se refería estaba formado con las defecaciones del gran Patriarca de los descreídos. Ellos rivalizaban entre sí para conseguirlo y lo apreciaban mucho, hasta el punto de que los grandes patriarcas de los griegos las enviaban a todas las regiones de su país envueltas en pedazos de seda y mezcladas con almizcle y ámbar. Cuando los reyes se enteraban de que habían llegado las defecaciones, las compraban a mil dinares la dracma y llegaban hasta el punto de enviar mensajeros a por ellas, con el fin de poder disponer de incienso con que santificar las bodas. Los otros patriarcas mezclaban sus excrementos a los del Patriarca mayor, ya que los de éste no eran suficientes para las diez regiones. Los familiares de los reyes introducían una pequeña cantidad en el colirio para los ojos y curaban con él al enfermo y al que tenía dolores de vientre.

Al llegar la mañana y empezar a clarear la luz, los caballeros corrieron a coger las…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [corrieron a coger las] lanzas y el

rey Afridún volvió junto a sus patricios y sus grandes, les regaló vestidos de honor, les hizo en la cara el signo de la cruz y los santificó con el incienso que se ha mencionado y que estaba hecho con los excrementos del gran Patriarca, del sacerdote más astuto. Una vez los hubo incensado llamó a Luqa b. Samlut, al que llamaban « Espada del Mesías» , lo incensó con los excrementos, se los pasó por la cara y con el resto le impregnó el bigote. Este maldito Luqa era la persona más corpulenta del país de los griegos y el más hábil de todos éstos en tirar los venablos, en luchar con la espada, en el manejo de la lanza y en el combate singular; su aspecto era horroroso: su cara se asemejaba a la del asno, su físico recordaba al mono; tenía la figura de un espía; permanecer a su lado constituía un sacrificio mayor que el de alejarse del lado del amado; llevaba en sí la oscuridad de la noche; su aliento era desagradable; andaba achaparrado y podía llevar bien el nombre de infiel.

Se acercó al rey Afridún, le besó los pies y después se incorporó. El rey Afridún le dijo: « Quiero que desafíes a Sarkán, rey de Damasco e hijo de Umar al-Numán; así nos librarás de esta calamidad» . Contestó: « Oír es obedecer» . En seguida el rey le hizo la señal de la cruz y se creyó seguro de que en breve alcanzaría la victoria. El maldito Luqa abandonó al rey Afridún y fue a montar en un caballo alazán; iba vestido de rojo y llevaba una cota de oro cuajada de piedras preciosas; empuñaba una lanza de tres garfios, como si fuese el mismísimo diablo en la víspera del juicio final. Acompañado de sus tropas, que parecían marchar al encuentro del fuego eterno, avanzó mientras uno de ellos gritaba en árabe: « ¡Conciudadanos de Mahoma! (¡Dios lo bendiga y lo salve!) ¡Adelántese vuestro paladín, la espada del Islam, Sarkán, señor de Damasco de Siria!» No había concluido aún sus palabras cuando un estruendo que todos oyeron conmovió el aire y el galope de un corcel hendió las dos filas recordando la victoria de Hunayn. Los miedosos se asustaron y volvieron la cara hacia aquella dirección: era el rey Sarkán, hijo del rey Umar al-Numán.

Cuando el rey Daw al-Makán había visto a aquel malvado en el campo y había oído al pregonero, se había dirigido a su hermano y le había dicho: « Es a ti a quien buscan» . « Tanto mejor para mí» , le había contestado. Al convencerse de que era así y al oír al pregonero que decía en el campo: « ¡No combatirá más que con Sarkán!» , se dieron cuenta de que aquel maldito era el campeador de los griegos, el que había jurado que barrería de la tierra a todos los musulmanes o que, de lo contrario, sería él el más desgraciado de todos los perdidos, puesto que era él quien encendía la animosidad en los corazones y quien atemorizaba con su aspecto a todos los soldados: turcos, daylamíes y kurdos. Sarkán se precipitó a su encuentro como si se tratase de un león furioso, a caballo de un corcel que corría como una gacela en el momento de la huida, y que le llevaba al encuentro de Luqa. Al estar delante de éste movió la lanza que empuñaba como si fuese una víbora y recitó estos versos:

Tengo un caballo alazán ágil y dócil a la rienda que te dejará satisfecho de su valor.
Una lanza bien recta en la cual cabalga la muerte.
Y una espada afilada que desde el momento en que la desenvaino suelta relámpagos.

Luqa no comprendió estas palabras ni el valor guerrero que encerraba la composición. Llevó la mano a la cara para palpar la cruz que le habían trazado; después besó la mano, empuñó la lanza y, dirigiéndola hacia Sarkán, cargó; cogió, luego, la lanza con una mano y la lanzó hacia arriba: los espectadores llegaron a perderla de vista, pero él la recogió con la otra mano como si fuese un prestidigitador; en seguida la tiró a Sarkán y salió disparada de su mano como si se tratara de una estrella fugaz.

Los musulmanes dieron un alarido y temieron por la vida de su paladín, pero éste, cuando llegó a su lado, la cogió en el aire y el entendimiento de los presentes quedó en suspenso. Sarkán la blandió con la misma mano con que la había cogido, con tal fuerza que parecía que la iba a partir, y la lanzó tan alto que se perdió de vista. La recogió con la otra mano en un abrir y cerrar de ojos y dando un grito que le salía del fondo del alma gritó: « ¡Juro por Quien ha creado los siete cielos que haré en este maldito un escarmiento tal que se hablará de él en todos los países!» Le arrojó la lanza y Luqa quiso recogerla de la misma manera como Sarkán lo había hecho: levantó el brazo para agarrarla en el aire y Sarkán aprovechó este momento para arrojarle la segunda: ésta hizo blanco en el centro de la cruz que llevaba trazada en el rostro y Dios se apresuró a despachar su alma hacia el infierno (¡qué pésima morada!). Los infieles, al ver que Luqa b. Samlut había caído muerto, se abofetearon la cara, se lamentaron, se plañeron y pidieron auxilio a los patriarcas de los conventos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [pidieron auxilio] diciendo: « ¿Dónde están las cruces? ¿Adónde han ido a parar los sacrificios de los monjes?» Después, reuniéndose todos, empuñaron las espadas y las lanzas y se lanzaron a la lucha y al combate: los soldados cargaron contra los soldados y los pechos sirvieron de suelo a los cascos de los caballos; las lanzas y las espadas tuvieron la palabra: los brazos y el pulso se debilitaron, mientras los caballos parecía que habían sido creados sin piernas[62]. El tambor de la guerra no cesó de redoblar al combate hasta que todos los brazos quedaron extenuados, el día se extinguió y llegó la noche con sus tinieblas: los dos ejércitos se separaron.

Todos los valientes estaban ebrios del ardor con que habían manejado la

espada y la lanza, y la tierra quedaba llena de muertos; los heridos eran tantos que apenas se los podía distinguir de los muertos. Sarkán corrió a reunirse con su hermano Daw al-Makán, con el chambelán y con el visir Dandán. Sarkán dijo a su hermano Daw al-Makán y al chambelán: « ¡Dios ha abierto una puerta para la ruina de los infieles! ¡Loado sea el Señor de los Mundos!» Daw al-Makán le dijo: « ¡No dejemos de dar gracias a Dios por haber alejado la guerra de los árabes y de los no árabes! Las gentes hablarán generación tras generación de lo que has hecho con el maldito Luqa, el falsificador del Evangelio; referirán cómo cogiste la lanza en el aire y cómo heriste, entre los hombros, al enemigo de Dios; quedará constancia de tu valentía hasta el fin de los siglos» .

Sarkán dijo: « ¡Oh, gran chambelán y almocadén valeroso!» Añadió: « Reúnete con el visir Dandán: coged veinte mil caballeros y marchad siete parasangas en dirección al mar. Id a marchas forzadas hasta llegar cerca de la costa y colocaos a dos parasangas de distancia del enemigo. Permaneced escondidos aprovechando las anfractuosidades del terreno hasta que oigáis el ruido que hacen los infieles al desembarcar de sus buques, hasta que oigáis gritos por todas partes, pues ya habrá empezado la batalla entre nosotros y ellos. Cuando veáis que nuestro ejército emprende la retirada, como si hubiese sido vencido, y que los infieles avanzan en su persecución por todas partes, incluso desde la playa, apostaos para la emboscada. Cuando veas una bandera con la inscripción “No hay Dios sino el Dios y Mahoma es el mensajero de Dios (¡Dios lo bendiga y lo salve!)”, iza la bandera verde, grita: “¡Dios es grande!” y cargando a retaguardia de los enemigos esfuérzate en impedir que los infieles puedan pasar entre los derrotados y el mar» . Contestó: « Oír es obedecer» .

Se pusieron en seguida de acuerdo sobre los detalles del asunto. Después se prepararon y emprendieron la marcha. El chambelán iba acompañado por el visir Dandán y veinte mil hombres, de acuerdo con lo que había ordenado el rey Sarkán. Al amanecer los cristianos montaron a caballo con las espadas desenvainadas, empuñando las lanzas, y llevando el armamento completo se desparramaron por las colinas y los valles. Los sacerdotes gritaron, las cabezas se descubrieron y las cruces se enarbolaron encima de las velas de los buques que afluyeron de todas partes hacia la costa: desembarcaron los caballos y se dispusieron al ataque. Brillaron las espadas, los ejércitos se pusieron en movimiento y las llamaradas de las lanzas se reflejaron en las corazas. La volandera molió los hombres y los caballeros, las cabezas saltaron de los cuerpos, las lenguas enmudecieron, los ojos se cerraron, las vesículas de la hiel reventaron; los golpes hicieron volar los cráneos, cortaron las muñecas, los caballos nadaron en sangre y los hombres se mesaron las barbas. Los soldados del Islam invocaban la bendición y la salud para nuestro señor, Mahoma, el mejor de los hombres, y alababan al Misericordioso por los beneficios que concede. Los soldados infieles loaban a la cruz, el ángulo, el vino y a quien lo

exprime, a los sacerdotes, a los monjes, a la Palma y al Metropolitano.

Daw al-Makán y Sarkán se replegaron seguidos por su ejército, aparentado ante el enemigo que habían sido vencidos. Las tropas infieles aumentaron su presión, creyéndolos vencidos, y se dispusieron a rematar la victoria. Los musulmanes recitaron el principio de la azora de la Vaca[63] y los muertos desaparecieron debajo de los cascos de los caballos. Un pregonero de los griegos gritó: « ¡Adoradores del Mesías! ¡Vosotros! ¡Los que estáis en posesión de la religión verdadera! ¡Servidores del Metropolitano! El auxilio divino se muestra bien patente: los ejércitos del Islam emprenden la fuga. ¡No os separéis de su zaga! ¡Heridlos en la nuca con las espadas! ¡No os despeguéis de sus talones! De otro modo no seríais dignos del Mesías, hijo de María, que habló desde la cuna» . Afridún, rey de Constantinopla, creyó que el ejército de los infieles había conseguido la victoria, sin sospechar que todo era una estratagema de los musulmanes. Despachó un mensajero al rey de los griegos para que le augurase la victoria y dijese en su nombre: « Las defecaciones del gran Metropolitano nos han sido muy útiles, ya que su olor ha emanado de la barba y del bigote de los adoradores de la cruz, presentes o ausentes. Juro por los milagros cristianos de María y por las aguas bautismales que no he de dejar con vida a un solo soldado musulmán, y estoy decidido a cumplir mi propósito» . El mensajero se fue con esta comisión. Después los cristianos se dieron ánimos unos a otros diciéndose: « ¡Venguemos a Luqa!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que por su lado el rey de los griegos incitaba a vengar a Ibriza. En este momento el rey Daw al-Makán gritó y dijo: « ¡Adoradores del Sumo remunerador! ¡Atacad a los infieles y a los descreídos con la espada y con la lanza!» Los musulmanes volvieron a la carga contra los infieles, dando trabajo a las afiladas espadas. Un pregonero de los musulmanes decía: « ¡Adelante contra los enemigos de la religión, oh fieles del Profeta elegido! ¡Ahora es el momento de satisfacer al Generoso, al Indulgente! ¡Los que esperáis salvaros en el día del juicio final! ¡Recordad que el paraíso está en la sombra de vuestras espadas!» Sarkán cargó al frente de los suyos contra los infieles, les cerró el camino y corrió entre las filas. En este momento apareció un caballero muy hermoso que había dado un rodeo y había hendido las filas de los infieles, combatiendo contra ellos y dando tales golpes que iba sembrando la tierra de cabezas y de troncos; atemorizando al enemigo y haciéndole inclinar el cuello ante sus golpes. Empuñaba dos espadas: una era su propia mirada y la otra su tizona; sujetaba dos lanzas: la de acero y la formada por su propio talle; sus cabellos eran tan numerosos como los enemigos, tal como dijo el poeta:

La cabellera no es hermosa si, en el día de la batalla, no se extiende por los dos lados.
de la cerviz de un joven que empuña la lanza con la que abreva al enemigo de grandes bigotes.

O como dijo otro poeta:

Cuando ciñó la espada le dijo: « Te basta con la espada de tu mirada y puedes prescindir de la de acero» .
Pero contestó: « La espada de mi mirar la reservo para el enamorado y la otra es para aquel que nunca ha conocido la alegría del amor» .

Sarkán al verlo exclamó: « ¡El Corán y las aleyas del Misericordioso te protejan! ¿Quién eres, oh caballero de los caballeros? Tus actos satisfacen al Sumo remunerador al que nada está oculto. ¿Cómo has caído entre los infieles y los rebeldes a Dios?» El caballero le gritó: « ¡Ayer celebraste un pacto conmigo! ¡Qué pronto lo has olvidado!» Levantó el yelmo que cubría su cara lo suficiente como para que apareciese la belleza que ocultaba: era Daw al-Makán. Sarkán se alegró al verlo, pero, al mismo tiempo, temió que le ocurriese un percance en los choques entre paladines y en el cuerpo a cuerpo de los valientes; lo temía por dos razones: primero porque aún era muy joven y había que reservarlo del mal de ojo, y la segunda porque su vida era esencial para la continuidad del reino. Le dijo: « ¡Rey! Te has expuesto demasiado al peligro. Acerca tu caballo al mío, que no te veo a seguro de la furia de los enemigos. Lo más conveniente es que no salgas de las líneas para lanzar tus certeras flechas» . Daw al-Makán le contestó: « He querido parangonarme contigo en la lucha y exponerme al enemigo bajo tu mirada» .

El ejército del Islam se pegó al de los infieles, lo rodeó por todas partes y lo combatió con ardor, rompiendo la espina dorsal de la impiedad, de la terquedad y de la corrupción. El rey Afridún se llenó de pesar al ver cómo se desarrollaba la lucha y cómo los griegos volvían la espalda y emprendían la huida en busca de los navíos. En este preciso momento salió, desde la orilla del mar, un ejército a cuyo frente iba el visir Dandán, campeón de campeones, arremetiendo con la espada y con la lanza. Lo mismo hacía el príncipe Bahram, jefe de los distritos de Siria, acompañado por veinte mil valientes. Los ejércitos del Islam los rodearon por todos los lados, por delante y por detrás, y una división de musulmanes se lanzó contra los que estaban en las naves, sembrando la muerte entre ellos.

Los cristianos se arrojaron al mar y fueron matados en gran número más de cien mil cerdos. No escapó con vida ninguno de sus héroes, fuese pequeño o grande. Los musulmanes se apoderaron de sus naves con todo lo que

transportaban: riquezas, tesoros y mercancías, a excepción de veinte navíos que consiguieron escapar. Aquel día los musulmanes obtuvieron un botín tal como nadie lo había conseguido en los tiempos pretéritos, como tampoco nadie había oído un relato semejante al de aquella guerra y al de aquellos combates. Entre otras cosas se apoderaron de cincuenta mil caballos, sin contar los tesoros y las presas, que no se podían evaluar ni calcular. Se alegraron mucho por ello y por el favor que Dios les había dispensado al auxiliarlos y concederles la victoria. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a los vencidos: Llegaron a Constantinopla, cuyos habitantes habían recibido noticias de que el rey Afridún había vencido a los musulmanes. La vieja Dat al-Dawahi había dicho: « Yo sé que mi hijo, el rey de los griegos, es invencible, que no teme a los ejércitos musulmanes y que hará que todos los habitantes de la tierra vuelvan a profesar la religión cristiana» . Después, la vieja había mandado al rey Afridún que engalanase la ciudad; en seguida empezaron las manifestaciones de alegría y se dedicaron a beber vino sin saber lo que el destino había decidido.

Mientras estaban en plena orgía, graznó el cuervo de la aflicción y de las penas, pues llegaron los veinte buques que habían conseguido huir y en los cuales regresaba el rey de los griegos. El rey Afridún, señor de Constantinopla, corrió a la playa para recibirlos y ellos le refirieron todo lo que les había ocurrido con los musulmanes. Empezaron los llantos y los gemidos y la algazara se transformó en pena y aflicción. Le contaron que Luqa b. Samlut había sido víctima de la desgracia y blanco de la certera flecha de la muerte. El rey Afridún se desesperó y comprendió que el árbol torcido río se puede enderezar. Se pusieron de luto, hicieron el elogio de los muertos, y los sollozos y los llantos se oyeron por doquier. Cuando el rey de los griegos se presentó ante Afridún le refirió lo que había sido mera estratagema y astucia. Terminó: « No esperes que vengan más soldados de los que aquí están» . Al oír el rey Afridún estas palabras cayó desmayado y su nariz, de despecho, se le alargó hasta los pies.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al volver en sí el miedo le revolvió el estómago y fue a quejarse a la vieja Dat al-Dawahi. Esta maldita, la más bruja de las brujas, experta en la magia negra y en la calumnia; astuta, libertina y traidora, tenía un hálito que hedía, parpados encarnados, mejillas amarillas, faz oscura, mirada atravesada, cuerpo sarnoso, cabellos grises, torso encorvado, color incierto y mocos que fluían de continuo; pero sabía leer los libros musulmanes y había ido a visitar la Meca, la casa sagrada de Dios, para poder estudiar la religión musulmana y conocer las aleyas del Corán; había vivido dos

años en Jerusalén para sorprender los secretos de los hombres y de los genios: y era en suma la mayor calamidad y desgracia entonces existente: carecía de fe y de religión y vivía por lo general en la corte de su hijo, el rey de los griegos, Hardub, debido a las jóvenes vírgenes que había en su palacio, ya que amaba los tactos impuros y si esto le faltaba se sentía deshecha.

Enseñaba la ciencia a las jóvenes que le gustaban y las frotaba con azafrán hasta que el gran placer les hacía perder el sentido durante un rato; beneficiaba a aquellas que le satisfacían e interesaba a su hijo en su favor; en cambio, imaginaba toda suerte de medios para perder a aquellas que no le hacían caso. Por esto había enseñado a Marchana, Rayhana y Utrucha, servidoras de Ibriza. Ésta siempre había odiado a la vieja y nunca había querido dormir con ella, ya que sus sobacos hedían, el olor de sus flatulencias era peor que el de una carroña y su cuerpo era más rugoso que el de la palma; ella regalaba piedras preciosas e instruía a quienes se pegaban a ella, pero Ibriza siempre la había rehuido buscando refugio en el Sabio y Omnisciente. ¡Qué bien lo dice el poeta!:

> Ese que delante del rico se humilla y ante el pobre se crece
> y que disimula sus torpezas con dinero, debe saber que el perfumar lo corrupto no quita la hediondez.

Pero volvamos al relato de sus añagazas y al de las calamidades por ella causadas: se puso en camino acompañada por los magnates y los soldados cristianos y se dirigió al encuentro del ejército musulmán. Después de haber hablado con ella, el rey Afridún fue a ver al rey de los griegos y le dijo: « ¡Oh, rey! No necesitamos para nada ni al Patriarca ni sus rezos. Ahora obraremos según el consejo de mi madre, Dat al-Dawahi, y veremos qué es lo que hará, con su ilimitada astucia, a los ejércitos musulmanes que llegarán en breve, con toda su fuerza, ante nosotros y nos sitiarán» . Cuando el rey Afridún oyó estas palabras se quedó patidifuso de terror y escribió en seguida a todos los países cristianos de este tenor: « Ni un solo cristiano, ni uno solo de los secuaces de la Cruz debe excusarse, y muy en especial aquellos que viven en castillos y fortalezas. Infantes y caballeros, mujeres y niños deben venir a reunirse con nosotros, pues los ejércitos musulmanes han invadido nuestro territorio. ¡Corred! ¡Corred antes de que acaezca lo que se teme!» Esto es lo que a ellos hace referencia.

He aquí lo que se refiere a la vieja Dat al-Dawahi: Salió de la ciudad con sus acompañantes y disfrazó a éstos de mercaderes musulmanes; llevaba consigo cien mulos cargados con telas de Antioquía, raso brillante, brocados y otras cosas. El rey Afridún le había dado un salvoconducto en que se decía; « Éstos son comerciantes sirios que han residido en nuestro territorio. Nadie debe causarles molestias exigiéndoles tributos u otras cosas hasta que lleguen a su país. Se les

concede seguridad, ya que los comerciantes hacen prosperar la nación y son gentes pacíficas y correctas» . Después la maldita Dat al-Dawahi dijo a quienes la acompañaban: « Voy a urdir una treta para aniquilar a los musulmanes» . « ¿En qué consiste, reina? Manda lo que quieras y obedeceremos, ya que estamos a tus órdenes. ¡Ojalá el Mesías no frustre tu obra!» , le respondieron.

Se puso un vestido de lana blanca muy tersa, se frotó la frente hasta dejar una señal en ella y la embadurnó con una pomada que ella misma había preparado y que la hacía brillar. La maldita era delgada, tenía los ojos hundidos; se ató las piernas por encima de los tobillos y así anduvo hasta llegar cerca del ejército musulmán; entonces se quitó la cuerda que oprimía sus piernas y que había dejado una huella profunda; se puso una pomada especial y mandó a sus acompañantes que la apaleasen con toda su fuerza y que después la encerrasen en una caja. Le dijeron: « ¿Cómo hemos de pegarte si tú eres nuestra señora, Dat al-Dawahi, la madre del gran rey?» . Contestó: « No se injuria ni se molesta a quien corre a satisfacer sus necesidades; la necesidad hace lícitas las cosas que no lo son; en cuanto me hayáis encerrado en la caja, ponedla con los demás bultos, colocadla a lomos de un mulo y llevadla hacia donde está el ejército del Islam.

» No temáis ningún reproche. Si os encontráis con algún musulmán, entregadle los mulos con las riquezas que transportan y marchad a ver a su rey, Daw al-Makán; pedidle ayuda y decid: “Hemos estado en país de infieles y nadie nos ha molestado, sino todo lo contrario: su rey nos ha dado un salvoconducto firmado por él para que nadie nos incomodase y ¿cómo, pues, habéis de quitamos vosotros nuestros bienes? Aquí está el salvoconducto que nos han dado prohibiendo que nadie nos moleste”. Si os preguntan por las ganancias que habéis realizado en el país de los cristianos, responded: “Hemos conseguido redimir a un asceta que se encontraba encerrado en una mazmorra subterránea, en la que ha pasado más de quince años pidiendo siempre socorro sin recibir más que el tormento que los infieles le infligían día y noche. Nosotros no sabíamos nada de todo esto y estuvimos en Constantinopla vendiendo nuestras mercancías y comprando otras durante algún tiempo.

» “Una noche en que hablábamos de la inminencia de nuestro regreso a la patria y en la que no pegamos el ojo vimos que en la pared había el retrato de un hombre; nos acercamos para contemplarla: se movía y nos dijo: ‘¡Musulmanes! ¿Hay alguno de vosotros que esté dispuesto a tener relaciones con el Señor de los Mundos?’ Preguntamos: ‘¿Y qué hemos de hacer?’ Contestó: ‘Dios me ha permitido dirigiros la palabra para así aumentar vuestra fe y reafirmar vuestra religión. Abandonad el país de los infieles y marchad al encuentro del ejército de los musulmanes en el cual se encuentra la Espada del Misericordioso, el héroe de todas las épocas, el rey Sarkán: él es quien ha de conquistar Constantinopla y ha de aniquilar la religión de los cristianos. Cuando hayáis andado tres días

encontraréis un convento que se llama Matruhina, en el cual hay una celda: buscadla con pureza de intención, emplead la astucia y hacedlo con ánimo decidido, pues en ella está encerrado un asceta jerosolimitano que se llama Abd Allah: es una de las personas más religiosas que existen y tiene toda clase de carismas; hacen desaparecer todas las dudas y las vacilaciones. Un monje lo engañó y lo encerró en dicha mazmorra, en la que lleva ya largo tiempo. Quien lo rescate hará una de las acciones más meritorias de la guerra santa' "» . Una vez la vieja se hubo puesto de acuerdo con los que la acompañaban acerca de este extremo, siguió: « Cuando el rey Sarkán os haya prestado su atención seguid: "Al ver que la imagen hablaba de esta manera, nos dimos cuenta de que era…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja siguió exhortándolos a que dijeran:] « "…era uno de los mayores santos y uno de los más puros adoradores de Dios. Viajamos durante tres días, al cabo de los cuales encontramos el convento y nos dirigimos hacia él. Empleamos aquel día en comprar y vender, según es uso cíe los comerciantes, y cuando el día se marchó y llegó la noche con sus tinieblas nos dirigimos hacia el minarete en el que estaba la mazmorra. Oímos recitar las aleyas del Corán y después estos versos:

Sufro una injusticia y mi pecho está lleno de angustia que ha invadido, cual un mar, mi corazón.
Si no ha de llegar pronto la liberación, venga presto la muerte, que es más amable que las desgracias.
¡Oh, relámpago! ¡Ojalá vinieses a casa trayendo en tu luz albricias!
¿Cuál debe ser el camino para llegar al lugar de la cita si para llegar hasta nos hay que afrontar guerras y una fortísima puerta cerrada?
Lleva a nuestros amigos un saludo y diles que estoy prisionero en un remoto convento de cristianos"» .

Después la vieja añadió: « Una vez me hayáis introducido entre los soldados musulmanes, yo sabré idear una treta que los ha de confundir hasta el punto de que podremos matarlos a todos, hasta el último» . Cuando los cristianos hubieron oído las palabras de la vieja, le besaron las manos, la metieron en la caja después de haberle dado una tanda de palos muy dolorosos, siguiendo así su voluntad, ya que ellos tenían la obligación de obedecerla. Después se dirigieron al encuentro del ejército de los musulmanes conforme hemos dicho. Esto es lo que se refiere a la maldita Dat al-Dawahi y sus acompañantes.

He aquí lo que hace referencia al ejército de los musulmanes: Cuando Dios les hubo concedido la victoria sobre sus enemigos y hubieron cogido como botín todos los tesoros y riquezas que contenían las naves, se reunieron en consejo. Daw al-Makán dijo a su hermano: « Dios (¡alabado y ensalzado sea!) nos ha concedido la victoria a causa de nuestra equidad y de nuestra mutua condescendencia. ¡Sarkán! Procura obedecer en todo a Dios» . « De buen grado lo haré —respondió alargando la mano a su hermano. Añadió—: Si tienes un hijo varón, le concederé la mano de mi hija Qúdiya Fa-Kan.» Daw al-Makán se alegró mucho al oír esto y se felicitaron mutuamente por la victoria conseguida sobre los enemigos.

El visir Dandán, felicitando a Sarkán y a su hermano, les dijo: « Sabed, reyes, que Dios (¡loado y ensalzado sea!) nos ha concedido la victoria porque nos hemos ofrecido a él abandonando la familia y la patria. Soy de la opinión de perseguirlos, sitiarlos y combatirlos. ¡Tal vez Dios nos permita alcanzar nuestro deseo! Sólo consiste en aniquilar a nuestros enemigos. Si os parece bien, embarcad en estos navíos y navegad hasta llegar a Constantinopla; nosotros iremos por tierra y estaremos dispuestos a luchar, combatir y pelear» . El visir Dandán siguió incitándolos a la lucha y recitó estas palabras del poeta:

El bien mejor consiste en combatir a los enemigos y ser llevado a lomos del corcel.
¡Cuántos mensajeros y cuántos amantes se presentan sin haber sido citados!

Otro poeta ha dicho:

Si viviese largo tiempo tendría por madre a la guerra, por hermano a la espada y por padre a la lanza,
como todo valiente que, sonriendo, espera a la muerte como si él, a través de ésta, alcanzase el mejor de los fines.

Una vez hubo terminado el visir Dandán de recitar estos versos dijo: « ¡Gloria a Aquel que nos ha auxiliado a conseguir la victoria, al Poderoso que nos ha concedido un botín de oro y de plata!» Daw al-Makán dio orden al ejército de ponerse en camino y éste se dirigió hacia Constantinopla. Avanzaron a marchas forzadas hasta que llegaron a una amplia y hermosa pradera en la que los animales corrían de un lado a otro y en la que las gacelas correteaban. Habían cruzado grandes estepas y habían estado privados de agua durante seis días, y por esto, cuando divisaron aquella pradera, cuando contemplaron el agua corriente de las fuentes y los frutos tan apetitosos que daba aquella tierra que parecía ser

un paraíso con sus mejores galas y adornos, entonces sus miembros se sintieron embriagados de las dulzuras de aquellas sombras y se plegaron y se relajaron al sentir la caricia del céfiro. El entendimiento y la vista quedaron estupefactos, conforme dice el poeta:

Observa el jardín sonriente: da la impresión de haberse cubierto con un manto verde.
Míralo con tus propios ojos: no verás más que una alberca por la que corre el agua.
Te consideras todopoderoso a la sombra de sus árboles, pues, dondequiera que vas, tienes encima de la cabeza un toldo.

¡Qué hermoso es lo que ha dicho otro poeta!

El río es una mejilla que se sonroja con los rayos del sol y a la que la sombra del sauce hace el oficio del bozo.
El agua que cruza al pie de las ramas parece que les ponga ajorcas de plata, y las flores, la diadema.

Daw al-Makán contempló aquella pradera llena de árboles y de flores brillantes; al oír el gorjeo de los pájaros se dirigió a su hermano Sarkán y le dijo: « Damasco no tiene un lugar que pueda compararse con éste. Permanezcamos en él durante tres días y descansemos para que los soldados del Islam recobren sus fuerzas y se pongan en condiciones de arremeter a los malditos infieles» . Después de acampar oyeron unas voces a lo lejos. Daw al-Makán preguntó de qué se trataba y se le respondió: « Una caravana de comerciantes sirios estaba acampada, descansando, en este lugar. Los soldados los han encontrado y se han apoderado de parte de sus mercancías, puesto que están en tierra de infieles» . Al cabo de un rato los comerciantes se presentaron gritando e invocando el auxilio del rey.

Daw al-Makán; al ver el cariz que tomaba el asunto, mandó que los llevasen a su presencia. Una vez delante del rey, dijeron: « ¡Oh, rey! Hemos estado en país de infieles y no se nos ha quitado nada; ¿cómo, pues, han de robarnos los bienes nuestros compatriotas, los musulmanes? Al ver a vuestro ejército nos hemos acercado, pero nos han arrebatado todo lo que teníamos. Ya te hemos explicado todo lo que nos ha ocurrido» . A continuación le mostraron el salvoconducto del rey de Constantinopla. Sarkán lo cogió, lo leyó y contestó: « Os devolveremos lo que os hemos quitado, a pesar de que no debíais haber llevado ninguna mercancía al país de los infieles» . Respondieron: « ¡Señor nuestro! Dios ha sido quien nos ha conducido a su país para conseguir lo que ningún conquistador ha

conseguido, ni tan siquiera vosotros en esta *algazúa*» .

Sarkán preguntó: « ¿Qué es lo que habéis obtenido?» « Te lo revelaremos a solas, ya que si este asunto se divulgase entre las gentes y alguien llegase a saberlo, sería la causa de vuestra perdición y de la ruina de cuantos musulmanes se dirigiesen al país de los griegos» . Ellos habían escondido la caja en la que se encontraba la maldita Dat al-Dawahi. Daw al-Makán y su hermano se quedaron a solas con los comerciantes y éstos les contaron la historia del asceta, con tales lágrimas que contagiaron el llanto a sus oyentes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que todo se lo refirieron de acuerdo con lo que les había dicho la bruja de Dat al-Dawahi. El corazón de Sarkán se enterneció y se apiadó de lo ocurrido al asceta. Se puso de pie, dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y les preguntó: « ¿Habéis libertado al asceta o bien está aún en el convento?» « Lo hemos libertado y hemos matado al superior del convento por temor de que nos ocurriese algo; hemos huido rápidamente para escapar a una muerte prematura. Una persona digna de crédito nos ha dicho que en ese convento hay grandes cantidades de oro, de plata y de piedras preciosas.» Dicho esto fueron a buscar la caja, la abrieron y sacaron a aquella malvada, que parecía ser una cañafistula de tan negra y delgada como era; estaba cargada de grillos y cadenas. Cuando Daw al-Makán y quienes estaban presentes la contemplaron, creyeron que se trataba de uno de esos hombres consagrados a la devoción, de uno de los ascetas más virtuosos, muy en especial porque su frente relucía con la pomada que se había puesto en toda la cara. Daw al-Makán y su hermano lloraron mucho; se dirigieron hacia ella sollozando, le besaron las manos y los pies. Les hizo un gesto y les dijo: « Dejad de llorar y prestad atención a lo que os voy a decir» .

Obedeciendo a su deseo, dejaron de llorar. Dijo: « Sabed que estoy contento con lo que mi Señor me ha destinado, pues acepto las desgracias como una prueba que Él (¡loado y ensalzado sea!) me envía. Aquel que no tiene paciencia para soportar las contrariedades y las pruebas no entrará en el jardín de las delicias. Deseaba regresar a mi país, no para poner fin a las penas que me afligían, sino para poder morir bajo los cascos de los caballos de aquellos que luchan en la guerra santa, de aquellos que al expirar empiezan una nueva vida y mueren» . A continuación recitó estos versos:

La fortaleza es el monte Sinaí y se ha encendido la guerra. Tú eres Moisés y ésta era la época fijada.

Arroja el bastón que engulle todo lo que hacen; y no temas, ya que los

lazos de las gentes no son serpientes.

En el día de la batalla, lee las filas de los enemigos como si se tratase de *azoras*, pues tu espada, al caer en las nucas del enemigo, forma las aleyas.

Una vez la vieja hubo terminado con estos versos, las lágrimas empezaron a correr por sus ojos; su frente, gracias a la pomada, brillaba intensamente. Sarkán se acercó a ella, le besó la mano y la invitó a comer. La vieja rehusó y dijo: « Desde hace quince años no he roto el ayuno diurno: ¿cómo he de romperlo ahora en que el Señor me ha librado de la prisión de los infieles salvándome de aquello que era más doloroso que el mismo tormento del fuego? Esperaré hasta la puesta del sol» . Al atardecer, Sarkán y Daw al-Makán le llevaron la cena y le dijeron: « ¡Come, asceta!» Respondió: « Ahora no es el momento de comer, sino el momento de adorar al Rey que da la recompensa» . Se orientó hacia el mihrab y rezó durante toda la noche. Siguió en esta situación durante tres días con sus noches, sin sentarse más que en el momento de la fórmula final. Cuando Daw al-Makán vio esto, quedó convencido de su gran fe y dijo a Sarkán: « Levanta una tienda de cuero para ese asceta y pon un criado a su servicio» .

Al cuarto día pidió que le sirviesen de comer. Le llevaron todos los platos que podía desear y que regocijaban la vista; Sólo comió un panecillo con sal y en seguida volvió a ayunar. Al llegar la noche se puso a orar. Sarkán dijo a Daw al-Makán: « De este hombre sólo sé decir que es un asceta con todas las de la ley. Si no estuviésemos en la guerra santa no me apartaría de su lado y me pondría a su servicio para adorar a Dios hasta la muerte. Me gustaría entrar en su tienda para hablar con él un rato» . Daw al-Makán contestó: « Tengo el mismo deseo, y como mañana debemos reemprender la *algazúa* contra Constantinopla, no hay momento más apropiado que éste» . Dandán intervino: « También a mí me gustaría ver a este asceta; tal vez él me consiga la gracia de morir en la guerra santa y en breve pueda dirigirme al encuentro de mi Señor, pues ya he renunciado al mundo» .

Cuando la noche desplegó sus tinieblas entraron en la tienda de la bruja Dat al-Dawahi y la encontraron de pie, rezando. Se acercaron llorando de compasión. Ella no les hizo caso hasta mediada la noche, en que terminó la oración. Volviéndose hacia ellos los saludó y les dijo: « ¿Por qué habéis venido?» « ¡Oh, asceta! ¿Has oído cómo llorábamos a tu alrededor?» « Quien vive en presencia de Dios está ajeno a las realidades de este mundo y no puede oír a nadie, ni tan siquiera verlo.» Le dijeron: « Desearíamos saber cómo te cautivaron y además que rezases por nosotros esta noche; esto último nos es más agradable que el propio reino de Constantinopla» .

Al oír estas palabras exclamó: « ¡Por Dios! Si no fuerais los jefes de los musulmanes, jamás os lo contaría, ya que sólo pido auxilio a Dios; os contaré,

sólo en atención a vuestro rango, cómo fui hecho prisionero. Sabed que vivía en Jerusalén con algunos santones y derviches. Yo no me las daba de ser superior a ellos, pues Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) me ha hecho modesto y asceta. Una noche me dirigí al mar y empecé a andar por encima de las aguas. No sé cómo me enorgullecí y me dije: "¿Quién puede andar como yo por encima de las aguas?" Desde entonces mi corazón se endureció y Dios me puso a prueba inspirándome el deseo de viajar. Me dirigí al país de los griegos y recorrí todas sus comarcas durante un año entero y adoré a Dios en todos los lugares por los que pasé.

» Al llegar a esta región subí a ese monte en el cual se encuentra el convento de un fraile llamado Matruhina. Éste, al verme, salió a mi encuentro, me besó la mano y el pie y dijo: "Te he visto desde el momento en que llegaste al país de los griegos y me has hecho entrar ganas de conocer las tierras del Islam". Luego me cogió de la mano y entró conmigo en el convento; después me acompañó a una habitación lóbrega. Una vez dentro, cuando me vio distraído, salió de imprevisto, cerró la puerta y me dejó en ella, sin comida ni bebida durante cuarenta días, pues quería matarme de inanición. Al cabo de algún tiempo llegó a aquel convento un patricio llamado Deciano acompañado por diez jóvenes y por una muchacha llamada Tamatil, que era de una hermosura singular. Una vez dentro del convento, el monje Matruhina les contó mi caso. El patricio le dijo: "Sácalo, pues ya no debe de haber más carne que la que puede comer un pájaro".

» Abrieron la puerta de aquella lóbrega habitación y me hallaron postrado en la dirección del mihrab, rezando, recitando textos coránicos, alabando a Dios y humillándome ante Él (¡ensalzado sea!). Al verme en esta situación Matruhina exclamó: "¡Éste es un brujo!" Al oír los otros estas palabras, vinieron todos corriendo y entraron en mi habitación. Deciano y sus compañeros me apalearon de mala manera. Yo sólo quería morir y me decía: "Éste es el castigo de aquel que se enorgullece y se ensoberbece de los bienes que estando fuera de su propio alcance le concede su Señor. Tú, alma mía, has sido presa del orgullo y de la soberbia. ¿No sabías que la soberbia enoja al Señor, endurece el corazón y conduce al hombre al infierno?" Después de haberme apaleado me dejaron en mi lugar: una mazmorra subterránea de aquella casa, en la que cada día me echaban un pan de cebada y un poco de agua potable.

» Cada mes o dos venía el patricio a visitar el convento. Su hija Tamatil se había hecho mayor. Cuando la vi por primera vez tenía nueve años, y, como yo he pasado quince en prisión, tiene ahora veinticuatro. Ni en nuestro país, ni en el país de los griegos, hay otra más hermosa que ella. Su padre teme que el rey se la arrebate, ya que ella se ha consagrado al Mesías. A pesar de esto monta a caballo con su padre, vestida de hombre como un verdadero caballero, y no tiene rival que la venza en hermosura; quienes la ven no se enteran de que se trata de una mujer. Su padre ha donado todos sus bienes a ese convento, ya que quienes

poseen tesoros los depositan en él. Allí he visto toda clase de oro, de plata, de pedrerías y de vasos como sólo Dios puede enumerar. Vosotros sois más dignos de ellos que esos infieles. ¡Apoderaos de lo que ese convento encierra y distribuidlo entre los musulmanes, en especial entre aquellos que hacen la guerra santa!

» Cuando aquellos comerciantes llegaron a Constantinopla y hubieron vendido todas sus mercancías, la imagen pintada en la pared les dirigió la palabra gracias a un carisma que Dios me ha querido conceder. Fueron al convento, mataron al patriarca Matruhina después de haberle arrancado la barba, después de haberle infligido los peores tormentos y de haberle hecho indicar el lugar en que yo me encontraba; me libertaron y no les quedó más remedio que emprender la huida ante el peligro de perder prematuramente la vida. Mañana por la noche, según su costumbre, Tamatil irá al convento; en él se le reunirá su padre con los pajes, ya que teme por ella. Si queréis comprobar todo esto, llevadme con vosotros y yo os entregaré los tesoros y los bienes del patriarca Deciano, que se encuentran en la cima de aquel monte. Yo lo he visto sacar vasos de oro y de plata y beber en ellos; he visto a su lado una joven que les cantaba en árabe. ¡Qué lástima que aquella voz tan hermosa no recite el Corán! Si queréis, entrad en el convento, ocultaos hasta que lleguen Deciano y Tamatil y apoderaos de ésta, pues ella sólo es digna del rey del tiempo, Sarkán, o del rey Daw al-Makán» .

Todos se alegraron al oír estas palabras excepto el visir Dandán, al cual no le entraban en la mollera. Sólo había ido a hablar con ella para agradar a los reyes; estaba perplejo de lo que había oído y en su rostro se reflejaba la incredulidad. La vieja Dat al-Dawahi prosiguió: « Temo que llegue el patricio y al ver todas estas tropas en la pradera no se atreva a entrar en el convento» . Entonces el sultán mandó que el ejército emprendiese la marcha hacia Constantinopla. Daw al-Makán dijo: « Voy a tomar conmigo cien caballeros, muchos mulos y voy a ir al monte para cargar las riquezas que hay en el convento» .

Mandó llamar al gran chambelán y a los almocadenes de los turcos y de los daylamíes y les dijo: « Cuando despunte la aurora, emprended la marcha hacia Constantinopla. Tú, chambelán, me sustituirás en el mando y en el consejo; tú, Rustem, sustituirás a mi hermano en el combate. Nadie debe sospechar que no estamos con vosotros, pues dentro de tres días os alcanzaremos» . Después escogió cien caballeros de entre los más valientes, y él, acompañado por su hermano Sarkán, el visir Dandán y los cien caballeros, llevando mulos y cajas, se dirigió en busca del botín.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al amanecer el chambelán dio la

orden de marcha al ejército y éste emprendió el camino en la creencia de que Sarkán, Daw al-Makán y el visir Dandán marchaban entre ellos, sin saber que éstos se dirigían al convento. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Sarkán, a su hermano Daw al-Makán y al visir Dandán. Éstos esperaron la caída de la tarde y mientras tanto los infieles, los amigos de Dat al-Dawahi, habían emprendido el camino a hurtadillas después de haber ido a visitar a la vieja y de haberle besado los pies y las manos. Ésta les había dado permiso y les había dado las órdenes que su treta exigía. Al desplegarse la noche la vieja dijo a Daw al-Makán y a sus compañeros: « ¡Venid conmigo al monte! ¡Coged pocos soldados!» La obedecieron y abandonaron, al pie del monte, delante de Dat al-Dawahi, cinco caballeros. Ésta había recobrado todas sus fuerzas de la gran alegría que tenía. Daw al-Makán decía: « ¡Gloria a Aquel que ha devuelto las fuerzas a este asceta sin par!»

La bruja había enviado con una paloma mensajera una nota al rey de Constantinopla, en la que se refería todo lo ocurrido y en la que decía, hacia el final: « Deseo que me envíes diez mil hombres de los más valientes entre los griegos; deben ir a emboscarse al pie del monte de tal modo que el ejército de los musulmanes no los vea; llegarán ocultos hasta el convento y así permanecerán hasta que yo, acompañada por el rey de los musulmanes y por su hermano, a quienes he engañado, me presente ante ellos. En compañía de éstos, del visir y de cien caballeros me dirijo al convento. Les entregaré las cruces que hay en él. Estoy dispuesta a matar al monje Matruhina, ya que la estratagema sólo puede tener buen fin con su muerte. Si ésta tiene éxito, ninguno de los musulmanes regresará ni a su país ni a su patria, ni quedará quien pueda seguir atizando el fuego de la guerra. Matruhina constituirá la víctima expiatoria de la religión cristiana y de los seguidores de la Cruz. Gracias sean dadas al Mesías al principio y al fin» . Cuando llegó esta carta a Constantinopla, el torrero de las palomas la llevó al rey Afridún. Éste la leyó y en seguida despachó un ejército en que cada soldado llevaba un caballo, un dromedario, un mulo y provisiones para el viaje, mandándoles que se dirigiesen al convento. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey Daw al-Makán, a su hermano Sarkán, al visir Dandán y al ejército. Llegaron al convento, entraron en él, vieron al monje Matruhina que se acercaba a ver lo que ocurría. El asceta gritó: « ¡Matad a ese maldito!» Lo golpearon con las espadas y le escanciaron el vaso de la muerte. La malvada los acompañó al lugar en que estaban los votos y ellos sacaron regalos y tesoros muy superiores a los que les había descrito. Después de haberlos amontonado, los colocaron en las cajas y los cargaron sobre los mulos. Tamatil y su padre no comparecieron, ya que temían a los musulmanes. Daw al-Makán los esperó durante el primero, segundo y tercer día. Entonces Sarkán dijo: « ¡Por Dios! Estoy preocupado por el ejército del Islam, pues no sé lo que le ha podido ocurrir» . Su hermano le contestó: « Ya nos hemos apoderado de estas

grandes riquezas y no creo que venga Tamatil u otra persona cualquiera a este convento después de haber sucedido al ejército de los griegos lo que le ha sucedido. Debemos contentarnos con lo que Dios nos ha dado y emprender la marcha con la esperanza de que Él nos ayude a conquistar Constantinopla» .

Descendieron del monte sin que Dat al-Dawahi les hiciese ninguna objeción, pues temía que se descubriese su treta. Avanzaron sin dificultad hasta que llegaron a la salida del valle, en la cual la vieja había hecho ocultar los diez mil hombres. En cuanto éstos los vieron, los rodearon por todas partes, empezaron a sucederse rápidamente las lanzadas, se desnudaron los sables y los infieles lanzaron los gritos de guerra de su incredulidad acompañados por las flechas de su maldad. Daw al-Makán, su hermano Sarkán y el visir Dandán examinaron aquellas tropas y se dieron cuenta de que se trataba de un gran ejército. Dijeron: « ¿Quién puede haber informado a estos soldados de nuestro paso?» Sarkán contestó: « ¡Hermano! ¡Ahora no es el momento de hablar, sino el de luchar con la espada y de lanzar las flechas! Ten ánimo y mantente firme. Este valle es un corredor con dos puertas. ¡Juro por el Señor de los árabes y de los cristianos que si este lugar no fuese tan angosto había de aniquilarlos a todos, aunque se tratase de cien mil caballeros!» Daw al-Makán comentó: « De haber sabido esto hubiésemos tomado con nosotros cinco mil hombres» .

El visir Dandán objetó: « En este lugar tan angosto de nada nos serviría tener diez mil caballeros. ¡Dios nos ayudará contra nuestros enemigos! Yo conozco la estrechez de este valle y todas las vías de escape que tiene, puesto que hice una *algazúa* por él en vida del rey Umar al-Numán, cuando sitiamos Constantinopla. Estuvimos aquí y hallamos un agua más fría que el hielo. Apresurémonos a escapar del desfiladero antes de que aumente el número de los soldados infieles y de que éstos alcancen la cima del monte, ya que entonces nos arrojarán piedras y no tendremos posibilidad de vencer» .

Corrían ya hacia la salida del valle cuando el asceta les dirigió la mirada y les imprecó: « ¿Qué es este miedo? ¿Vosotros sois los que habéis hecho venta de vuestras almas a Dios (¡ensalzado sea!) en el camino de la guerra santa? ¡Por Dios! Yo he permanecido encarcelado en un subterráneo durante quince años y jamás me he resistido a lo que Dios ha querido hacer conmigo. ¡Combatid en la senda de Dios! ¡Aquel que muera tendrá por morada el paraíso! ¡Aquel que mate habrá luchado por su honor!» Al oír las palabras que les dirigía el asceta, cesó en ellos la preocupación y la angustia y aguantaron a pie firme el embate de los infieles que llegaban de todas partes. Las espadas jugaban con los cuellos y el vaso de la muerte se servía en ruedo.

Los musulmanes, obedeciendo a Dios, lucharon con furor y emplearon la lanza y la espada contra sus enemigos. Daw al-Makán daba golpes a los hombres, derribaba a los mejores paladines y arrojaba sus cabezas de cinco en cinco y de diez en diez hasta que hubo dado muerte a un número incalculable de hombres, a

una cantidad imposible de evaluar. Mientras así luchaba vio que la maldita señalaba con la espada hacia ellos; que daba ánimos a los enemigos; a aquellos que, presa del pavor, huían, les hacía signos para que corriesen a matar a Sarkán; todos, grupo tras grupo, se lanzaban contra éste, cada pelotón que le cargaba era rechazado y puesto en fuga; al llegar un nuevo grupo, lo rechazaba con la espada y lo ponía en fuga.

Daw al-Makán creyó que el triunfo de Sarkán se debía a la bendición del asceta y se dijo: « Dios mira a este asceta con buen ojo; con su fe me da nuevas fuerzas para cargar contra los infieles, ya que veo que éstos me temen y no se atreven a avanzar contra mí, ya que cuando llegan a mi lado vuelven la espalda y emprenden la fuga» . Continuaron combatiendo durante el resto del día y al caer la noche los musulmanes fueron a refugiarse en una caverna de aquel valle, ya que estaban maltrechos por la dureza del combate y por las piedras que les habían tirado: habían perdido en aquel día cuarenta y cinco hombres. Al reagruparse buscaron al asceta, pero no encontraron ni rastro. Esto les supo muy mal y se dijeron que debía de haber encontrado la muerte en el combate. Sarkán dijo: « Lo he visto hacer gestos a los caballeros para darles ánimos y protegerlos con la recitación de las aleyas del Corán» .

Mientras decía esto entró la maldita Dat al-Dawahi llevando en la mano la cabeza del jefe de los patricios, que mandaba veinte mil hombres; había sido un energúmeno, un demonio rebelde al cual había dado muerte un arquero turco. Dios había enviado su espíritu al fuego. Al ver aquellos infieles lo que un musulmán había hecho con su jefe, se lanzaron todos a la vez contra éste, habían arremetido contra él y lo habían hecho pedazos con la espada. Dios se había apresurado a llevar su alma al paraíso. Después, la maldita había cortado la cabeza del patricio y la había recogido para echarla delante de Sarkán, del rey Daw al-Makán y del visir Dandán. Cuando Sarkán la vio, se puso de pie de un salto y le dijo: « ¡Loado sea Dios por permitir que volvamos a verte, asceta y guerrero musulmán!» Ella contestó: « Hijo mío: He procurado morir mártir en este día y me he metido entre las filas de los infieles, pero éstos me han respetado. Cuando os habéis separado, la preocupación que por vosotros sentía me ha llevado a atacar al gran patricio, que vale tanto como mil caballeros, y lo he golpeado hasta separarle la cabeza del cuerpo sin que ni uno solo de los infieles se atreviese a acercárseme. Aquí os traigo la cabeza…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja siguió diciendo: « … os traigo la cabeza] para incitaros a la guerra santa y para que dejéis satisfecho al Señor de las criaturas con vuestras espadas. Ahora me propongo dejaros

ocupados en la guerra santa y marchar en busca de vuestro ejército, aunque ya está a las puertas de Constantinopla, y regresar con veinte mil de sus caballeros para que aniquilen a estos infieles» . Sarkán le preguntó: « ¿Cómo vas a llegar hasta ellos, asceta, si todos los rincones del desfiladero están tomados por los infieles?» La maldita contestó: « Dios me ocultará a sus ojos y no me verán; si alguien me descubre, no se atreverá a acercarse, pues en aquel mismo momento Dios me desvanecerá y combatirá, en lugar mío, contra sus enemigos» .

Sarkán observó: « Dices la verdad, asceta; yo mismo lo he visto. Cuanto antes te marches será mejor para nosotros» . « Me voy ahora mismo. Si quieres venir conmigo, puedes hacerlo, ya que nadie te verá; si tu hermano quiere acompañarnos, puede hacerlo, pero nadie más puede venir con nosotros, ya que la sombra del santón no protege a más de dos.» Sarkán contestó: « Yo no he de abandonar a mis compañeros, pero si a mi hermano le place ir contigo, no tengo el menor inconveniente de que escape de este mal momento, ya que él es el baluarte de los musulmanes y la espada del Señor de los mundos. Si él acepta, llévatelo en compañía del visir Dandán o de cualquier otro que él escoja, y después puede mandarnos diez mil caballeros que nos auxilien contra esos malditos» .

Se pusieron de acuerdo sobre lo que iban a hacer y en seguida la vieja dijo: « Permitid que vaya delante y que observe qué es lo que hacen los infieles, si duermen o si velan.» « ¡No! Saldremos contigo y Dios nos salvará.» « Si os ocurre algo no me censuréis y reprendeos a vosotros mismos. Mi opinión es que debéis permitir que vaya en descubierta para ver lo que hacen.» Sarkán intervino: « Ve y no tardes en regresar, pues te esperamos» . Dat al-Dawahi se fue y Sarkán, tomando la palabra después de que hubo salido, dijo a su hermano: « Si este asceta no poseyera numerosos carismas, no habría podido matar a ese patricio tan robusto; esto solo basta para probar el estado de gracia de este asceta, pues ha destrozado la fuerza de los infieles al dar muerte al patricio, que era robusto, soberbio y un demonio en rebeldía» .

Mientras hablaban de los carismas del asceta, la malvada Dat al-Dawahi regresó a su lado y les prometió el triunfo sobre los infieles. Dieron gracias al asceta por este augurio, sin sospechar que se trataba de un engaño y una treta. La maldita dijo a continuación: « ¿Dónde está el rey de la época: Daw al-Makán?» « Aquí» , contestó; ella explicó: « Toma contigo a tu visir y sígueme hasta que lleguemos a Constantinopla» . Dat al-Dawahi había explicado a los infieles el engaño que iba a emplear, por lo cual éstos se alegraron mucho; habían dicho: « Nada puede satisfacernos más que el dar muerte a su rey, cuya vida vale tanto como la de nuestro patricio, pues es tan valiente como lo era éste» .

Dat al-Dawahi, la vieja de mal agüero, después de haberlos informado de que les iba a entregar al rey de los musulmanes, les dijo: « Cuando lo haya traído lo llevaremos delante del rey Afridún» . La vieja Dat al-Dawahi, seguida por el

rey Daw al-Makán y el visir Dandán, emprendió el camino precediendo a estos dos y diciéndoles: « ¡Andad con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!)!» Así llegó a cumplirse su destino, pues no dejaron de seguirla hasta llegar al centro de las tropas de los griegos: estaban, además, en el corazón del desfiladero. Los soldados infieles los contemplaban pero no los atacaban, ya que la maldita les había recomendado que obrasen así. Daw al-Makán y el visir Dandán se daban cuenta de que los enemigos los veían pero no los atacaban, por lo que el visir Dandán exclamó: « ¡Esto es debido, por Dios, a uno de los carismas del asceta; no cabe duda de que es uno de los allegados a Dios!» Daw al-Makán contestó: « ¡Por Dios! Creo que los infieles deben de estar ciegos, ya que nosotros los vemos y ellos no nos ven» .

Mientras ellos hacían el elogio del asceta, enumeraban sus virtudes, sus privaciones y sus oraciones, los infieles se lanzaron al ataque, los rodearon y se apoderaron de ellos. Preguntaron: « ¿Os acompaña alguien más? Si así es lo capturaremos» . El visir Dandán dijo: « ¿No veis ese otro hombre que va delante?» « ¡Por el Mesías, por los monjes, el Primado y los metropolitanos! Sólo os vemos a vosotros.» Daw al-Makán exclamó: « Lo que nos ha ocurrido es un castigo que Dios (¡ensalzado sea!) nos envía» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los infieles les pusieron grillos en los pies y encargaron a unos cuantos hombres que los escoltasen hasta el campamento. Los dos prisioneros se quejaban y se decían: « El no escuchar el consejo de los hombres píos causa estos males y otros mayores; nosotros hemos sido castigados al caer en la mala situación en que nos encontramos» . Esto es lo que hace referencia a Daw al-Makán y al visir Dandán.

He aquí lo que hace referencia al rey Sarkán: Una vez hubo transcurrido la noche y hubo aparecido la mañana, rezó la oración de la aurora y acompañado por sus soldados se preparó para reanudar la lucha contra los infieles; Sarkán les infundió ánimos, les prometió toda clase de bienes y salieron al encuentro de los enemigos. Cuando éstos los vieron a lo lejos les gritaron: « ¡Musulmanes! Hemos cogido prisionero a vuestro sultán y a su visir, aquel que da las órdenes. Si no renunciáis a atacarnos os combatiremos hasta que no quede vivo ni uno solo de vosotros. Si os rendís os llevaremos delante de nuestro rey, éste os concederá un tratado de paz que os permitirá abandonar nuestro país y dirigiros al vuestro sin que nos molestéis ni os molestemos. Si aceptáis haréis un buen negocio, pero si rehusáis os mataremos hasta el último. Ya os hemos informado y ésta es nuestra última oferta» .

Sarkán, al oír estas palabras, quedó convencido de que su hermano y el visir

Dandán habían sido hechos prisioneros. Se puso a llorar, sus fuerzas le menguaron y estuvo cierto de que iban a perder. Se dijo: « ¿Quién puede saber cómo los han hecho prisioneros? Tal vez hayan faltado al asceta o lo hayan desobedecido. ¡Quién sabe cómo deben de estar ahora!» Los musulmanes se lanzaron al ataque de los infieles y los mataron en gran número, y en este día se demostró patentemente quiénes eran los valientes y quiénes los cobardes; salieron a la luz las espadas y las lanzas y los infieles se lanzaron al encuentro como las moscas caen, de todas partes, encima de la bebida. Sarkán y sus compañeros no dejaron de luchar, despreciando a la muerte, sin dejar escapar ninguna oportunidad hasta que la sangre fluyó por el fondo del valle y el suelo quedó cubierto de muertos.

Cuando llegó la noche se separaron los dos ejércitos y cada bando se retiró por su lado, regresando los musulmanes a la cueva; quedaban ya muy pocos, sin confiar ya más que en Dios y en la espada, pues aquel día habían muerto treinta y cinco caballeros, príncipes y paladines, a pesar de que por su parte habían matado miles de infantes y caballeros infieles. Al darse cuenta de la situación, Sarkán se entristeció y preguntó a sus compañeros: « ¿Qué hemos de hacer?» « No ocurrirá sino aquello que Dios (¡ensalzado sea!) tenga dispuesto.»

Al día siguiente Sarkán dijo a los soldados que aún tenía consigo: « Si salimos a luchar no se va a salvar ni uno solo de nosotros, ya que nos falta el agua y los víveres; el mejor plan me parece que consiste en que desnudéis las espadas, salgáis y permanezcáis junto a la puerta de esta cueva, de tal modo qué os podáis defender de aquellos que quieran entrar. Tal vez el asceta haya conseguido alcanzar el ejército de los musulmanes y venga en nuestro auxilio con diez mil caballeros que nos ayuden a combatir a estos infieles; tal vez éstos no lleguen a verlo ni a él ni a sus acompañantes» . Sus compañeros le dijeron: « Tu opinión es la justa y no hay duda de que es la buena» . Los soldados salieron, se colocaron junto a la boca de la caverna y esperaron. Mataban al infiel que intentaba entrar y hacían lo posible por evitar que los infieles llegasen a la boca. Así pasaron el día combatiendo contra los enemigos hasta que llegó la noche con sus tinieblas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que junto al rey Sarkán sólo quedaban veinticinco hombres. Los infieles se dijeron unos a otros: « Cuando hayan concluido estos días, ¡qué hartos estaremos de combatir a los musulmanes!» Uno de ellos exclamó: « ¡Vamos! ¡Ataquémoslos! Sólo tienen veinticinco hombres: si no podemos vencerlos en la lucha, cuando menos podemos encender un buen fuego: si se deciden a entregarse los haremos prisioneros, y si no quieren rendirse, dejaremos que sirvan al fuego y esto servirá de escarmiento a las

personas inteligentes. ¡Jamás se apiade el Mesías de ellos! ¡Ojalá nunca les conceda como morada la morada de los cristianos!»

Se apresuraron a colocar leña delante de la entrada de la cueva y encendieron el fuego. Sarkán y quienes con él estaban se vieron perdidos. Salieron y fueron hechos prisioneros. El jefe de los cristianos se volvió hacia quienes querían que se les diese muerte y les dijo: « Sólo el rey Afridún puede matarlos, para así ejecutar su venganza. Nosotros debemos guardarlos como prisioneros. Mañana emprenderemos el regreso a Constantinopla y los entregaremos al rey Afridún para que éste haga de ellos lo que le plazca» . Los soldados clamaron: « ¡Es un buen consejo!» Pusieron en cadenas a los prisioneros y colocaron junto a éstos un cuerpo de guardia. Cuando cayeron las tinieblas, los infieles se entregaron a una orgía desenfrenada: comieron y bebieron hasta perder la razón y caer de espaldas desvanecidos.

Sarkán, Daw al-Makán y los héroes sus compañeros seguían encadenados. Sarkán dirigió la vista hacia su hermano y le dijo: « ¡Hermano mío! ¿Cómo podríamos escapar?» Daw al-Makán contestó: « ¡Por Dios, que no lo sé! Parece que seamos pájaros encerrados en las jaulas» . Sarkán, furioso, exhaló un profundo suspiro que hizo saltar las ligaduras que lo sujetaban. En cuanto quedó libre se lanzó de un salto sobre el jefe de la guardia, cogió las llaves de los grillos que guardaba en su bolsillo y puso en libertad a Daw al-Makán, al visir Dandán y a todos los demás. En seguida, volviéndose hacia su hermano Daw al-Makán y al visir Dandán les dijo: « Voy a matar a tres de estos esbirros; les quitaremos la ropa, nos la pondremos nosotros tres y así, disfrazados de griegos, pasaremos entre ellos sin que nadie nos reconozca e iremos a incorporarnos a nuestro ejército» . Daw al-Makán objetó: « Tu idea no es buena, pues si los matamos nos exponemos a que alguien oiga su estertor y dé la alarma a los infieles. Lo mejor es que salgamos del valle cuanto antes» .

Puesta en práctica su sugerencia, salieron del desfiladero; cerca de él encontraron caballos atados, mientras sus dueños dormían. Sarkán dijo a su hermano: « Cada uno de nosotros puede coger uno de estos corceles» . Eran veinticinco hombres y cogieron veinticinco caballos mientras que Dios mantenía sumergidos en el sueño, por uno de sus designios que sólo Él conoce, a los infieles. Sarkán les arrebató con sigilo armas, espadas y lanzas hasta que tuvieron suficientes. Montaron a caballo y emprendieron la marcha. Los infieles estaban convencidos de que nadie podría libertar de las cadenas a Daw al-Makán, a su hermano y a los soldados que tenían consigo y por tanto no podían prever una fuga.

Cuando todos hubieron escapado Sarkán se volvió hacia ellos y les dijo: « No temáis, ya que Dios nos oculta. Tengo una idea que puede ser buena» . « ¿En qué consiste?» « En subir a la cima del monte y allí gritar todos a la vez: “¡Dios es grande!” Los soldados enemigos quedarán confusos y no sabrán reaccionar en

ese breve espacio de tiempo creyendo que los ejércitos musulmanes los rodean por todas partes, que los tienen ya en su mismo campamento, y lucharán entre ellos, puesto que la embriaguez y el sueño les impedirán darse cuenta de lo que ocurre, y nosotros los haremos pedazos con sus propias armas hasta que llegue la mañana.»

Daw al-Makán objetó: « Este consejo no es bueno. Lo mejor es marchar a reunimos con nuestro ejército, sin decir ni una palabra. Si decimos "Dios es grande", van a ver que somos nosotros, nos atacarán y no se salvará ni uno solo» . Sarkán insistió: « ¡Por Dios! Aunque nos descubran no nos ha de ir mal. Quiero que me secundéis en la ejecución de esta idea, pues nos va a salir bien» . Accedieron, subieron a la cima del monte y gritaron: « ¡Dios es grande!» La frase fue repetida por los montes, los árboles y las rocas por el temor de Dios (¡ensalzado sea!). Cuando los infieles oyeron gritar « ¡Dios es grande!» , empezaron a chillar sin ton ni son…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cien*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que corrieron a coger las armas diciendo: « ¡Por el Mesías! ¡El enemigo ha caído sobre nosotros!» Se mataron unos a otros en número tan crecido, que sólo Dios (¡ensalzado sea!) puede conocerlo. Al llegar la mañana fueron a buscar a sus prisioneros, pero no encontraron ni rastro. Sus jefes dijeron: « Los mismos prisioneros que estaban en nuestro poder son los que nos han causado este enredo. ¡Corred de prisa tras ellos y no os detengáis hasta alcanzarlos y hacerles beber la copa de la amargura! ¡No os dejéis vencer por el miedo o por el atolondramiento!» Montaron a caballo y se lanzaron en su persecución; en un abrir y cerrar de ojos los alcanzaron y los rodearon. Daw al-Makán al ver esto se asustó mucho y dijo a su hermano: « Lo que temía que ocurriese ha ocurrido y ahora no tenemos más salida que el combate» . Sarkán guardó silencio.

Daw al-Makán echó a correr cuesta abajo, desde lo alto del monte, gritando « ¡Dios es grande!» Lo mismo hicieron los hombres que estaban a su alrededor: se lanzaron a la suerte de la batalla dispuestos a vender caras sus vidas en obediencia al Señor de las criaturas. Mientras luchaban se oyeron voces que gritaban: « ¡No hay más dios que el Dios! ¡Dios es grande! ¡Dios bendiga y salve al Profeta!» Miraron hacia el lugar de donde procedía el alboroto y vieron que los ejércitos de los musulmanes, los ejércitos de los monoteístas, avanzaban. Al contemplarlos cobraron ánimo y Sarkán cargó contra los infieles gritando: « ¡No hay más dios que el Dios! ¡Dios es grande!» Sus compañeros, los monoteístas, lo siguieron y la tierra tembló por sus pasos como si la agitase un terremoto; el ejército de los infieles se desperdigó por las montañas y los musulmanes lo

persiguieron con la espada y con la lanza, cortando las cabezas de los troncos. Daw al-Makán y los musulmanes que lo acompañaban no pararon de cortar el cuello a los infieles hasta que el día se desvaneció y llegó la noche con sus tinieblas. En este momento los musulmanes se reunieron y pasaron la noche muy alegres.

Al llegar la mañana, al aclarar por oriente y al hacerse de día observaron que Bahram, jefe de los daylamíes, y Rustem, jefe de los turcos, se acercaban al frente de veinte mil hombres que parecían fieros leones. Al ver a Daw al-Makán y a sus caballeros, descabalgaron, lo saludaron y besaron el suelo ante él. Daw al-Makán les dijo: « Alegraos de que sean los musulmanes los vencedores y los infieles los vencidos» . Se felicitaron mutuamente por haber escapado con vida y por la hermosa recompensa de la que se habían hecho acreedores para el día del juicio.

La causa que motivaba su llegada a aquel lugar era la siguiente: El emir Bahram el emir Rustem y el gran chambelán habían llevado a los ejércitos musulmanes, con las banderas desplegadas sobre sus cabezas, hasta Constantinopla. Allí vieron que los infieles habían subido a las murallas, se habían situado en las torres y en las ciudadelas y habían preparado toda suerte de defensas para el combate desde el momento en que se enteraron del avance de los ejércitos musulmanes y de las enseñas mahometanas.

Habían oído el ruido de las armas, el barullo de los gritos y habían mirado y visto a los musulmanes; habían oído los cascos de los caballos debajo de la nube de polvo que se levantaba a su marcha; habían podido apreciar que eran tan numerosos como la langosta o como las nubes cargadas de lluvia; habían oído cómo los musulmanes recitaban el Corán, cómo loaban al Misericordioso. Los infieles estaban enterados de esto debido a las añagazas, a la astucia, a la perfidia, a la mentira y a los engaños de la vieja Dat al-Dawahi, y pudieron movilizar así un ejército que se parecía a las olas encrespadas del mar por los muchos hombres, caballeros, mujeres y niños que en él formaban.

El emir de los turcos dijo al de los daylamíes: « ¡Emir! Estamos expuestos ante el enemigo que ocupa las murallas: mira esas torres y toda esa multitud que parece un mar tempestuoso con el entrechocar de las olas; esos infieles están en número cien veces mayor que nosotros y estamos expuestos a que cualquier malvado espía les informe de nuestra inferioridad frente a un enemigo innumerable, que recibe refuerzos constantemente, y más faltándonos el rey Daw al-Makán, su hermano y el excelso visir Dandán; en estas circunstancias podrían presentarnos batalla aprovechando de su ausencia y nos exterminarían, con la espada, hasta el último; no se salvaría nadie. Opino que debemos coger diez mil caballeros entre turcos y mosulíes y marchar con ellos al convento de Matruhina y a los prados de Malujona para recoger a nuestros hermanos y amigos. Si me obedecéis, seréis la causa de su salvación en el caso de que los

infieles los hayan puesto en un aprieto; si no me hacéis caso, no se me podrá dirigir ningún reproche. Si marcháis, es necesario que estéis de vuelta cuanto antes, ya que el pensar mal es propio de los resueltos» . El Emir citado aceptó sus consejos, eligió veinte mil caballeros y corrieron rápidamente por los caminos en busca de la pradera citada y del célebre convento. Ésta era la causa por la que habían llegado tan oportunamente.

He aquí lo que hace referencia a la vieja Dat al-Dawahi. Cuando el rey Daw al-Makán, su hermano Sarkán y el visir Dandán hubieron caído en poder de los infieles, la malvada cogió un corcel, montó y dijo a sus secuaces: « Voy a reunirme al ejército de los musulmanes para preparar su aniquilación, ya que están frente a Constantinopla. Voy a decir que sus compañeros han muerto. Cuando oigan mis palabras quedarán desorientados, desunidos y dispersos; entonces iré a ver al rey Afridún, señor de Constantinopla, y a mi hijo el rey Hardub, señor de los griegos. Les contaré todo lo sucedido y saldrán a presentar batalla a los musulmanes, a los que aniquilarán y no dejarán ni uno con vida» . Se puso en camino, montada en el corcel; corrió sin parar durante toda la noche y cuando llegó la mañana vio a lo lejos el ejército de Bahram y de Rustem.

Se metió entre la algaba, y allí escondió su caballo. En seguida salió al camino y anduvo un poco diciéndose: « Es posible que el ejército de los musulmanes haya sido derrotado frente a Constantinopla» . Cuando lo tuvo más cerca vio que sus banderas no iban inclinadas, por lo cual se dio cuenta de que los musulmanes ni habían sido vencidos ni temían por su rey y sus compañeros. Al estar segura de esto salió a su encuentro corriendo lo más rápidamente que pudo, pareciendo un verdadero demonio, hasta llegar junto a ellos. Les dijo: « ¡Ejército del Misericordioso! ¡Corre de prisa a combatir a las tropas de Satanás!» Al verla, Bahram se acercó a pie hacia ella, besó el suelo ante sus pies y le preguntó: « ¡Amigo de Dios! ¿Qué ocurre a tus espaldas?» « No me interrogues acerca de la mala suerte y por las grandes desgracias. Nuestros compañeros se habían apoderado de las riquezas del convento de Matruhina y después, cuando ya se dirigían hacia Constantinopla, les han salido al encuentro las aguerridas tropas de mal agüero de los infieles.»

La maldita les contó lo ocurrido para alarmarlos y atemorizarlos y añadió: « La mayoría ya han muerto y sólo quedan veinticinco hombres» . Bahram preguntó: « ¡Asceta! ¿Cuándo los has dejado?» « Esta misma noche.» « ¡Loado sea Aquel que ha encogido la extensa tierra para ti, pues has venido a pie, apoyándote en tu bastón de palma! ¡Eres uno de los santones que vuelan gracias al favor de Dios!» Montó de nuevo en su corcel, aturdido y perplejo de lo que había oído decir a aquella vieja falsa y embustera. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! El fruto de nuestros trabajos se ha perdido, nuestro pecho está acongojado, nuestro sultán y sus compañeros han sido hechos prisioneros» .

Corrieron a todo lo largo y ancho de la tierra noche y día hasta llegar, al alborear la aurora, a la entrada del valle. Desde aquí vieron a Daw al-Makán y a su hermano Sarkán que gritaban: « ¡No hay más dios que el Dios! ¡Dios es grande! ¡Dios bendiga y salve al Profeta!» Entonces, él y sus compañeros cargaron a los infieles y los rodearon por todos lados como si fuesen un torrente que se introduce en el desierto. Daban gritos capaces de estremecer a los héroes y de romper las rocas de las montañas. Al llegar la aurora y al extenderse su luz aspiraron un perfume que emanaba de Daw al-Makán y se reconocieron unos a otros, conforme se ha explicado más arriba. Besaron el suelo delante de Daw al-Makán y de su hermano Sarkán y éste les informó de todo lo que les había ocurrido en la cueva. Quedaron admirados de todo y dijeron: « Regresemos rápidamente a Constantinopla, ya que hemos dejado allí nuestros amigos y nuestro corazón» . Se pusieron en camino velozmente poniendo su confianza en el Sutil, en el Omnisciente. Daw al-Makán exhortaba a los musulmanes a permanecer firmes y recitaba estos versos:

A Ti te pertenecen los loores y Tú eres digno de recibir las gracias, ya que siempre, Señor, me has ayudado.
He crecido en un país extraño y Tú has sido mi Apoyo y me has dado el éxito.
Me has dado riquezas, reino y bienestar; me has ceñido la espada del valor y de la victoria.
Me has concedido la augusta sombra de rey; me has dado larga vida y he quedado agobiado por tus favores.
Me has salvado de todos los peligros favoreciéndome con el consejo del visir, único en el siglo.
Gracias a tu favor hemos atacado a los griegos, que se repliegan envueltos en harapos.
He fingido estar vencido para después volver a la carga como un león furioso.
Los he dejado tumbados en el campo después de haber escanciado el vaso de la muerte, ya que no la copa del vino.
Todas las naves han quedado en nuestro poder y a nosotros nos pertenece el señorío de la tierra y del mar.
Se nos ha unido un devoto asceta cuyos carismas son bien conocidos en el campo y la ciudad.
Hemos venido a vengarnos de todos los infieles: las gentes saben perfectamente de qué asunto se trata.
Han matado a algunos de los nuestros, pero éstos tienen unas magníficas moradas por toda la eternidad situadas encima de un río.

Cuando Daw al-Makán hubo terminado de recitar sus versos, su hermano Sarkán lo felicitó por haber escapado con vida y le dio las gracias por lo que había hecho. Después continuaron rápidamente la marcha…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [continuaron la marcha] para ir a reunirse con sus soldados. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a la vieja Dat al-Dawahi: Después de haber encontrado a las tropas de Bahram y de Rustem, volvió a la algaba, sacó el corcel, montó en éste y reemprendió la carrera más veloz hasta que divisó a los soldados musulmanes que estaban sitiando Constantinopla. Entonces se apeó y se dirigió a la tienda en la cual estaba el chambelán, llevando su caballo cogido por las riendas. Aquél, al verla, se puso de pie al tiempo que ponía un rostro muy significativo y le dijo: « ¡Bien venido seas, oh piadoso asceta!» Después le preguntó por lo ocurrido y ella le refirió noticias alarmantes y estupendas mentiras, añadiendo: « Siento inquietud por los emires Rustem y Bahram, pues al cruzarme en el camino con ellos y con sus soldados los he enviado junto al rey y quienes con él están. Cuentan con veinte mil caballeros, pero los infieles son muchos más. Me complacería el que ahora mismo despachases una parte de tu ejército para que fuera a reunirse con ellos lo más rápidamente posible y evitar así el que sean aniquilados hasta el último hombre. ¡Vamos! ¡De prisa!»

Cuando el chambelán y los musulmanes oyeron estas palabras, perdieron el valor y se pusieron a llorar. Dat al-Dawahi les dijo: « ¡Pedid auxilio a Dios y soportad con paciencia esta desgracia siguiendo así el ejemplo de los mahometanos que os precedieron! Dios ha prometido el Paraíso y los palacios que éste contiene a los que mueran mártires; la muerte más loable es aquella que se obtiene en la guerra santa» . El chambelán al oír las palabras de la maldita Dat al-Dawahi mandó llamar al hermano del emir Bahram, que era un caballero llamado Tarkas. Escogió para que lo acompañasen diez mil caballeros, los más valientes y arriesgados, y le mandó que emprendiese la marcha. Viajaron todo el día y toda la noche hasta llegar junto a los musulmanes.

Amanecía cuando Sarkán divisó la polvareda que levantaban. Temiendo por la suerte de los musulmanes, se dijo: « Esto es sin duda un ejército que avanza hacia nosotros; si es musulmán, no cabe la menor duda de que obtendremos la victoria, pero si se trata de un ejército de infieles, no habrá manera de escapar a nuestro destino» .

Se dirigió en busca de su hermano Daw al-Makán y le dijo: « No temas, pues he de salvarte de la desgracia aun a costa de mi propia vida; si esos que avanzan forman parte de las tropas del Islam, esto será el colmo de nuestra suerte; si son

enemigos, los combatiremos; pero antes de morir me gustaría encontrar al asceta para rogarle que rezase por mí para que yo muera mártir» .

Mientras hablaban de esta manera distinguieron que en los estandartes estaba escrito: « No hay dios sino el Dios. Mahoma es el mensajero de Dios» . Sarkán gritó: « ¿Cómo están los musulmanes?» Respondieron: « Sanos y salvos, y sólo hemos venido porque estábamos inquietos por vosotros» . El jefe de las tropas se apeó del corcel y besó el suelo ante ellos y preguntó: « ¡Señores! ¿Cómo se encuentran el sultán, el visir Dandán, Rustem y mi hermano Bahram? ¿Están todos bien?» Sarkán contestó: « Están todos bien, pero ¿quién os ha informado?» « El asceta; éste nos ha dicho que había encontrado a mi hermano Bahram y a Rustem, y que os los había enviado; ha añadido: "Los infieles, en mayor número, los han rodeado por todas partes". Ahora veo que ha ocurrido lo contrario y que vosotros sois los vencedores.» Sarkán preguntó: « ¿Cómo ha llegado el asceta hasta vosotros?» Le respondieron: « Venía a pie y en un día y una noche ha andado la distancia que un buen caballero sólo recorre en diez días» . Sarkán exclamó: « No cabe duda de que es un amigo de Dios. ¿Dónde está ahora?» « Lo hemos dejado junto a nuestro ejército, el de las gentes que creen y a las cuales él incita a combatir contra los que son infieles y rebeldes a su Señor.»

Sarkán se alegró mucho y alabó a Dios porque los había salvado a ellos y al asceta; después pidieron al Señor que se apiadase de sus muertos y exclamaron: « ¡Estaba escrito en el Libro que debía suceder así!»

Reemprendieron la marcha a buen paso. Mientras andaban vieron levantarse una polvareda que cerraba el horizonte y que oscurecía la atmósfera. Sarkán se fijó en ella y dijo: « Me parece que los infieles han derrotado al ejército del Islam, ya que el polvo cubre todo el horizonte desde oriente hasta poniente» . Después, debajo de la polvareda apareció una negra columna cuya oscuridad superaba a la del día más negro; aquella hilera fue avanzando, causando más pavor que si se tratase del día del juicio. Hombres y caballos se adelantaron para descubrir la causa de aquella aparición maléfica: vieron que se trataba del asceta antecitado y entonces se lanzaron a besarle las manos. Él gritaba: « ¡Correligionarios del mejor de los hombres, y luz de las tinieblas! ¡Los infieles han sorprendido a traición a los musulmanes y han atacado a las fuerzas de los monoteístas! ¡Salvadlos de las manos de los malditos infieles! Éstos los han atacado mientras estaban en las tiendas y los han atormentado de mala manera mientras estaban confiados en la seguridad de su campo» .

El corazón de Sarkán empezó a latir desaforadamente al oír estas palabras; descabalgó y, perplejo, fue a besar las manos y los pies del asceta. Lo mismo hicieron su hermano Daw al-Makán y todos los hombres del ejército, ya fuesen caballeros o infantes. Sin embargo, el visir Dandán no descabalgó de su corcel y dijo: « Mi corazón siente repulsión por este asceta, ya que bajo el manto de la religión sólo he encontrado malas cualidades. Dejadlo e id a reuniros con

vuestros compañeros, los musulmanes. Éste es uno de esos que han sido expulsados de la puerta de la misericordia del Señor de los Mundos. ¡Cuántas veces he participado en las expediciones del rey Umar al-Numán y he pisado estas mismas tierras!»

Sarkán le dijo: « Abandona ese mal pensamiento; ¿no has visto cómo este devoto incita a los creyentes al combate sin preocuparse ni de las espadas ni de las flechas? No hables mal de él, pues la maledicencia es vituperable y la carne de los hombres píos está envenenada; fíjate cómo nos incita a combatir a nuestros enemigos. Si Dios (¡ensalzado sea!) no lo apreciase, no le hubiese acortado el camino después de haberle infligido en el pasado castigo tan grave» . Sarkán mandó que se ofreciese al asceta una mula de Nubia para que la montase y lo invitó a hacerlo. No aceptó y se negó, haciéndose el humilde para así conseguir mejor su intento. No se dieron cuenta de que este asceta aparente era igual que aquel que ha descrito el poeta:

> Rezó y ayunó para conseguir algo que ansiaba; una vez obtenido no volvió ni a rezar ni a ayunar.

Este asceta fue andando entre hombres y caballos, como el astuto zorro que espera la ocasión. Andaba recitando en voz alta el Corán y loando al Misericordioso. Siguieron la marcha hasta llegar a la vista del ejército del Islam. Sarkán vio que estaba en trance de ser vencido, que el chambelán estaba derrotado y presto a darse a la fuga y que la espada trabajaba entre los justos y los impíos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la causa de la desgracia de los musulmanes era que la maldita Dat al-Dawahi, la enemiga de la religión, cuando hubo visto que Bahram y Rustem se habían marchado con sus tropas a la búsqueda de Sarkán y de su hermano Daw al-Makán, siguió viaje dirigiéndose al encuentro del ejército de los musulmanes e hizo alejar de éste al emir Tarkas, conforme se ha explicado. Con todo esto sólo se proponía dividir las fuerzas de los musulmanes para así debilitarlas. Después lo abandonó, se dirigió a Constantinopla y con voz estentórea convocó a los patricios griegos y les dijo: « Traedme una cuerda con la que pueda atar esta carta y dirigidla a vuestro rey, Afridún, para que la lea junto con mi hijo el rey de los griegos y ambos obren de acuerdo con los consejos y las indicaciones que contiene» .

Le llevaron la cuerda y ató con ella un mensaje cuyo contenido era el siguiente: « De parte de la mayor desgracia y de la calamidad suma, Dat al-

Dawahi, al rey Afridún: He ideado un medio para que exterminéis a los musulmanes; tened confianza, pues me he apoderado de su sultán y de su visir. Después me he dirigido a su ejército y lo he informado de lo ocurrido: su poder se ha roto, sus fuerzas se han debilitado. Me las he ingeniado para que las tropas que están sitiando Constantinopla enviasen doce mil caballeros al mando del emir Tarkas, prescindiendo de los prisioneros, por lo cual quedan ya pocos. Vosotros debéis hacer una salida hoy mismo al frente de todos los soldados de que dispongáis; debéis atacarlos en sus tiendas. Pero no salgáis si no es todos de una vez. ¡Exterminadlos hasta el último! El Mesías os está contemplando, la Virgen se ha apiadado de vosotros. Espero que el Mesías no desmienta lo que yo he hecho» .

Cuando el rey Afridún recibió esta carta se alegró mucho y mandó llamar en seguida al rey de los griegos, el hijo de Dat al-Dawahi. Le leyó la carta y éste, regocijándose, exclamó: « ¡Mira cómo se las ha ingeniado mi madre! Hace superfluas las espadas y su aspecto sustituye al terror en el día que aterroriza» . El rey Afridún replicó: « ¡Ojalá el Mesías te conserve la faz de tu madre y no te prive ni de su astucia ni de su vileza!» A continuación mandó a los patricios que diesen orden a las tropas para salir fuera de la ciudad. La noticia se extendió por Constantinopla y los soldados cristianos y las tropas de los cruzados salieron: desenvainaron las espadas de hierro y proclamaron el Verbo de la infidelidad y de la herejía rechazando al Señor de las Criaturas.

El chambelán, al ver todo esto, exclamó: « ¡Los griegos vienen a nuestro encuentro ya que deben haberse enterado de que nuestro sultán está ausente! Tal vez carguen sobre nosotros, cuando la mayor parte de nuestras tropas se han marchado a reunirse con el rey Daw al-Makán» . El chambelán, lleno de furor, gritó: « ¡Soldados de los musulmanes! ¡Defensores de la religión verdadera! Si huís, seréis aniquilados; si os mantenéis firmes, venceréis. Sabed que la valentía consiste en resistir un momento. Dios pone fin a todas las dificultades. ¡Dios os bendiga y os mire con indulgencia!» Los musulmanes exclamaron: « ¡Dios es grande!» , y con este grito de los monoteístas se reavivó el combate con las lanzas y las espadas; empezó el manejo de las cimitarras y las jabalinas, mientras la sangre llenaba los torrentes y las hondonadas.

Los sacerdotes y los monjes corrieron ciñéndose los cíngulos y levantando las cruces mientras los musulmanes proclamaban bien alto la grandeza del Señor que remunera y recitaban en voz alta el Corán. El ejército del Misericordioso chocó con el de Satanás: las cabezas volaron separadas del cuerpo y los mejores ángeles rodearon a los compatriotas del Profeta elegido. Las espadas no dejaron de trabajar hasta que el día desapareció y llegó la noche con sus tinieblas. Los infieles habían rodeado a los musulmanes y estaban convencidos de que escaparían del tormento manifiesto; los politeístas esperaban vencer a las gentes que profesaban la verdadera fe en cuanto apareciese la aurora y se hiciese claro.

En este instante el chambelán y sus tropas montaron a caballo con la esperanza de que Dios les prestaría su auxilio: los dos bandos se mezclaron entre sí y la guerra volvió a andar por sus propios pies.

Las cabezas volaron, los valientes permanecieron clavados en sus puestos y avanzaron mientras los cobardes se retiraban. La muerte juzgó de oficio hasta el punto de que los héroes fueron arrancados de las sillas y a oleadas llenaron las praderas.

Los musulmanes cedieron terreno, los griegos se apoderaron de algunas de sus tiendas y de sus habitaciones. Pero cuando las tropas musulmanas estaban a punto de ser derrotadas y emprender la fuga, mientras se encontraban en esta situación, apareció Sarkán con las tropas de los que a Dios se someten y con los estandartes de los monoteístas. En cuanto llegó cargó a los infieles seguido por Daw al-Makán; el visir Dandán; el emir de Daylam, Bahram; Rustem, y su hermano Tarkas: todos éstos, al ver lo que sucedía, habían perdido la cabeza, se les había cegado el entendimiento y habían galopado desenfrenadamente, llenando de polvo todos los alrededores: los fieles musulmanes se reunieron con sus compañeros puros y Sarkán se acercó al chambelán y le dio las gracias por su resistencia; le felicitó por su ayuda y apoyo.

Los musulmanes se alegraron, su corazón se tranquilizó y cargaron a sus enemigos combatiendo únicamente por el interés de Dios. Cuando los infieles vieron los estandartes mahometanos en los que estaban inscritas las palabras de la fe islámica, se lamentaron con ayes y quejas y pidieron auxilio a los patriarcas de los conventos e invocaron a Juan, a María, y a la sucia cruz: pero sus manos quedaron impotentes para continuar la liza. El rey Afridún se aproximó al rey de los griegos: uno de ellos se colocó en el ala derecha y el otro en la izquierda. Tenían junto a sí un paladín llamado Lawiya, que se quedó en el centro, y se dispusieron en línea de combate a pesar de que eran presa del terror y del pánico. Los musulmanes ordenaron a continuación a sus tropas.

En este momento Sarkán se acercó a su hermano Daw al-Makán y le dijo: « ¡Rey del tiempo! No cabe la menor duda de que ésos quieren la batalla, lo cual es, precisamente, nuestro mayor deseo. Prefiero que vayan delante quienes sean valientes y decididos, puesto que la reflexión constituye la mitad de la vida» . El sultán preguntó: « Buen consejero, ¿qué es lo que propones?» « Quiero estar en el centro del ejército, teniendo al visir Dandán a la izquierda y a ti a la derecha. El emir Bahram mandará el ala derecha y el emir Rustem la izquierda. Tú, oh gran rey, permanecerás debajo de las banderas y estandartes, ya que eres nuestro sostén y en ti, después de Dios, reside nuestra fuerza. Todos nosotros hemos de servirte de rescate en cualquier cosa que te suceda.» Daw al-Makán le dio las gracias por estas palabras.

Se levantó el día y las espadas se desnudaron en el preciso momento en que un caballero salía de las filas griegas. Cuando se aproximó vieron que montaba

una mula que andaba lentamente y además su caballero lucía huellas de la espada. Su albarda era de seda blanca, encima de la cual había un almohadón de Cachemira. La montaba un anciano de aspecto venerable que llevaba una cota de lana blanca. No cesó de aguijonear a la mula hasta que llegó cerca de los soldados musulmanes y les dijo: « He sido enviado ante todos vosotros como mensajero. El mensajero no tiene más misión que transmitir su mensaje. Concededme seguro y permitidme hablar para que os dé cuenta de mi misión» . Sarkán le contestó: « Estás en seguro. No temas ni de las espadas, ni de las lanzas ni de los dardos» .

El anciano se apeó, se quitó la cruz del cuello delante del sultán y lo saludó del modo más cortés posible, como si esperase un beneficio. Los musulmanes le preguntaron: « ¿Qué noticias traes?» « Soy un mensajero enviado por el rey Afridún, al cual he aconsejado que evite la destrucción de tantos seres humanos y de tantos templos de piedad y le he demostrado que lo mejor es evitar la efusión de sangre y limitar la lucha a dos caballeros. Ha aceptado y os dice: "Rescataré a mi ejército con mi propia vida si el rey de los musulmanes hace lo mismo que yo y rescata, con su vida, la vida de sus soldados. Si me mata, las tropas de los infieles no combatirán. Si le venzo, las tropas de los musulmanes no combatirán".» Sarkán, al oír estas palabras, respondió: « ¡Monje! Aceptamos todo esto, ya que es justo y nada debe ocurrir que lo desdiga. Yo mismo competiré con él y cargaré contra él, ya que soy el paladín de los musulmanes y él es el de los cristianos. Si me mata habrá conseguido la victoria y el ejército de los musulmanes emprenderá la retirada. Vuelve a su lado, monje, y dile: "El encuentro tendrá lugar mañana, ya que nosotros acabamos de llegar de viaje, estamos fatigados y nadie puede negarnos el derecho a descansar"» .

El monje se puso contento y fue a presentarse al rey Afridún y al rey de los griegos y les explicó lo ocurrido. El rey Afridún se alegró enormemente y desaparecieron sus preocupaciones y pesadumbres. Se dijo: « No cabe duda de que Sarkán es, de entre todos ellos, el más hábil en el manejo de la espada y de la lanza. Si lo mato, resquebrajo su valor y debilito sus fuerzas» . Dat al-Dawahi había escrito al rey Afridún diciéndole que Sarkán era el paladín de los caballeros y el más valiente de los guerreros y había puesto en guardia a Afridún respecto de Sarkán. Afridún era un gran caballero, diestro en toda suerte de lances, tanto en tirar piedras o dardos como en golpear con la maza de hierro, sin preocuparse en absoluto por el más peligroso adversario. Cuando hubo oído las palabras del monje en el sentido de que Sarkán aceptaba el combate, la alegría le hizo casi perder la razón, ya que estaba seguro de sí mismo y sabía que nadie podía competir con él.

Los infieles pasaron aquella noche en medio del bullicio y de la alegría, bebiendo vino. Llegada la mañana se aproximaron los caballeros con las negras lanzas y las relucientes espadas. Apareció un caballero que descollaba en el

campo, que montaba un estupendo corcel arreado para la liza y con cuatro patas robustas. Aquel caballero llevaba una armadura de hierro dispuesta para lo peor del combate; en su pecho brillaba un espejo de pedrería y empuñaba en la mano una espada afiladísima y un arco de Jalanch trabajado magníficamente según el arte de los francos. El jinete se destapó la cara y gritó: « Quien me conoce sabe lo que valgo y quien no me conoce pronto lo sabrá. Yo soy Afridún, el que está colmado por la bendición de Dat al-Dawahi» .

Apenas había concluido de decir estas palabras cuando salió a su encuentro el paladín de los musulmanes, Sarkán. Montaba un caballo alazán que valía mil piezas de oro rojo; éste llevaba encima una silla incrustada de perlas y pedrería. Empuñaba una espada india incrustada de piedras preciosas propia para cortar cuellos y resolver los casos más difíciles. Aguijoneó a su caballo y se colocó entre las dos filas mientras los caballeros lo contemplaban. A continuación Afridún dijo: « ¡Ay de ti, maldito! ¿'Crees que soy como aquellos caballeros que has encontrado hasta ahora y que han sido incapaces de soportar una carga en la palestra?» Cargaron el uno contra el otro al mismo tiempo y dio la sensación de que fuesen dos montes que chocaban o dos mares que entrasen en colisión: chocaron y se rechazaron, volvieron a la carga y se repelieron y no pararon de embestirse y separarse atizándose mandobles y lanzazos.

Los dos ejércitos los contemplaban. Los unos decían que Sarkán saldría victorioso, los otros que Afridún conseguiría la victoria. Los dos caballeros continuaron el combate hasta el punto de que terminaron los pronósticos, se levantó una gran polvareda y el día se desvaneció mientras el sol palidecía. El rey Afridún gritó a Sarkán: « ¡Por el Mesías y la fe verdadera! Tú no eres ni un caballero audaz ni un heroico combatiente: eres un traidor, tu manera de ser no es la propia de las buenas personas. Veo que no te comportas correctamente a pesar de que combates como un campeador. Tus gentes te tratan como los esclavos, ya que te acercan un caballo en sustitución del tuyo para con él volver a la carga, mientras que yo, ¡por la verdad de mi religión!, me encuentro fatigado por este combate, cansado de tanto mandoble y lanzazo. Ahora bien: si quieres luchar conmigo esta noche no debes cambiar en nada ni tu equipo ni tu caballo para así mostrar a los caballeros tu temperamento y tu modo de combatir» .

Cuando Sarkán oyó estas palabras se indignó por lo que sus compañeros habían pensado de él, es decir, que lo equiparaban con los esclavos. Sarkán se volvió hacia ellos para decirles que no quería cambiar de corcel ni de equipo. Afridún aprovechó este momento para arrojar su lanza. Sarkán, al mirar detrás de sí y ver que no había nadie se dio cuenta de que se trataba de una argucia del maldito. Se volvió rápidamente y vio llegar la lanza, por lo cual pegó la cabeza al arzón de la silla. Pero la lanza le alcanzó en el pecho —Sarkán tenía un pecho muy ancho— y le penetró en la carne, Sarkán dio un gran grito y perdió el

mundo de vista. El maldito Afridún se alegró de esto y se dio cuenta de que le había dado muerte. Lo comunicó a los infieles, que se alegraron y quedaron muy satisfechos, mientras que los fieles rompían a llorar.

Cuando Daw al-Makán vio que su hermano se inclinaba sobre el corcel hasta casi caerse, mandó a los caballeros que fuesen a buscarlo. Los héroes compitieron por llegar a su lado y recogerlo en el mismo momento en que los infieles cargaban a los musulmanes. Chocaron los dos ejércitos, las dos filas se mezclaron mientras las espadas emprendían su trabajo. Los primeros en llegar al lado de Sarkán habían sido el visir Dandán…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [llegaron también] el emir de los turcos, y Bahram, el emir de los daylamíes. Lo recogieron cuando aún colgaba del caballo, lo sostuvieron y regresaron con él junto a su hermano Daw al-Makán. Lo dejaron en manos de los pajes y regresaron al combate y a la batalla. El encuentro fue duro, las espadas entrechocaron y cesaron los dimes y diretes. Sólo se veía correr la sangre y colgar las cabezas. La cimitarra se cebó en los cuellos y la intensidad de la batalla fue en aumento hasta ya bien entrada la noche, cuando ambos bandos, hartos ya de carnicería, dieron orden de replegarse. Cada uno volvió a sus tiendas.

La mayoría de los infieles fueron a visitar a su rey, Afridún, y besaron el suelo delante de él. Los sacerdotes y los monjes lo felicitaron por haber vencido a Sarkán. Después el rey Afridún entró en Constantinopla y se sentó en el trono de su Imperio. El rey de los griegos se acercó a él y le dijo: « ¡Fortifique el Mesías tu brazo y acepte de la pía madre Dat al-Dawahi todas las oraciones que haga por ti! Sabe que los musulmanes no podrán resistir después de la muerte de Sarkán; sus tropas volverán la espalda y se darán a la fuga» . Esto es lo que hace referencia a los infieles.

He aquí lo que hace referencia al ejército del Islam: En cuanto hubo regresado a sus tiendas Daw al-Makán, se dedicó por completo al cuidado de su hermano. Al llegar a su lado lo encontró en el peor de los estados, muy grave. Llamó, para conferenciar, al visir Dandán, a Rustem y a Bahram. Éstos le aconsejaron que se llamase a los mejores médicos para que cuidasen de Sarkán; después rompieron a llorar y dijeron: « El tiempo no ha producido nunca un hombre que pueda comparársele» . Lo velaron durante toda la noche y hacia el fin de ésta entró a visitarlos, llorando, el asceta. Cuando Daw al-Makán lo vio se puso de pie. El asceta cogió de la mano a Sarkán, recitó una parte del Corán y lo conjuró con los versículos del Misericordioso.

Continuaron velándolo hasta el amanecer. En este momento Sarkán recobró

los sentidos, abrió los ojos, movió la lengua dentro de la boca y habló. El sultán Daw al-Makán tomó la palabra y exclamó: « La bendición del asceta ha hecho su efecto» . Sarkán replicó: « Loado sea Dios, que ahora me concede la vida. Ya me encuentro bien. Ese malvado ha empleado una treta, y si yo no me hubiese movido más rápido que el rayo, la lanza hubiese atravesado mi pecho. ¡Loado sea Dios, que me ha salvado! ¿Qué hacen los musulmanes?» Daw al-Makán contestó: « Lloran por ti» . « Me encuentro bien, sano y salvo. ¿Dónde está el asceta?» Éste se encontraba a su cabecera. Contestó Daw al-Makán: « Está a tu cabecera» . Sarkán se volvió hacia él y le besó ambas manos. El asceta dijo: « ¡Hijo mío! Debes tener mucha paciencia y Dios hará mayor tu recompensa: la recompensa es proporcional a los sufrimientos» . Sarkán rogó: « Reza por mí» . El asceta lo hizo así.

Cuando hubo llegado la mañana y la aurora lució con todo su esplendor, los musulmanes se colocaron en el campo de batalla y los infieles se prepararon para el combate con las lanzas y las espadas. Los ejércitos del Islam avanzaron en son de guerra y de lucha y aprestaron las armas. Daw al-Makán y Afridún deseaban luchar personalmente. Daw al-Makán avanzó solo a la palestra, acompañado únicamente por el visir Dandán, el chambelán y Bahram, que le habían dicho que le servirían de rescate. Les replicó: « ¡Juro por el sagrado pozo de Zamzar[64] y por los lugares sagrados que he de cargar personalmente a esos bastardos!»

Cuando estuvo en el centro del campo empezó a jugar con la espada y la lanza con tal maestría, que dejó admirados a los caballeros de los dos bandos; cargó contra el ala derecha del enemigo y dio muerte a dos patricios; cargó, después, contra el ala izquierda y mató otros dos. Desde el centro de la palestra gritó: « ¿Dónde está Afridún? Le infligiré un castigo envilecedor» . El maldito estaba escondido, quería rehuirlo, pero Daw al-Makán juró que no abandonaría el campo, diciendo: « ¡Rey! Ayer combatiste con mi hermano y hoy vas a combatir conmigo. No me preocupa en absoluto tu valentía» . En seguida salió, empuñando una espada bien afilada y montando un corcel: se parecía a Antara[65] en el fragor del combate. Su caballo, negro, era como aquel que describió el poeta:

El noble corcel compite con otro como si quisiera dar alcance al destino.
La cubierta es de color completamente negro, como si fuese la noche más espesa.
Su relincho asusta a quien lo oye: parece el trueno, cuando el trueno retumba.
Si compite con el viento, vence; el relámpago no lo alcanza cuando brilla.

Cargaron el uno contra el otro, parando los golpes del contrario, mostrando su

prodigiosa valentía con continuos tornafuyes; los pechos estaban angustiados, la paciencia se agotaba y se buscaba la decisión del destino. Daw al-Makán profirió un alarido y se lanzó contra el rey de Constantinopla, Afridún, dándole un mandoble que le arrancó la cabeza y le tronchó la vida. Los infieles, al verlo, cargaron todos en masa, acercándosele todos juntos. Los rechazó en la palestra con una carga y los golpes y los lanzazos se generalizaron hasta hacer correr la sangre a torrentes. Los musulmanes, dando gritos de «Dios es grande», «No hay dioses sino el Dios» y «Bendito sea el Profeta», se lanzaron con ímpetu a la carga y combatieron como héroes.

Dios concedió la victoria a los creyentes y dejó envilecidos a los incrédulos. El visir Dandán gritaba: «¡Vengad al rey Umar al-Numán! ¡Vengad a su hijo Sarkán!» Destocándose la cabeza chilló: «¡A mí los turcos!» Tenían éstos a su lado unos veinte mil caballeros que dieron, dirigidos por él, una carga sin igual. Los infieles no tuvieron más remedio que recurrir a la fuga y volver la espalda, mientras las tizonas les causaban grandes estragos. Murieron cerca de cincuenta mil caballeros y fueron hechos prisioneros muchos más; otros murieron en la confusión producida al correr a refugiarse en la ciudad. Cerraron las puertas y se subieron a las murallas, pues temían que les ocurriese cualquier desgracia.

Los escuadrones musulmanes volvieron sin daño y victoriosos a sus tiendas. Daw al-Makán corrió a ver a su hermano y lo encontró en magnífico estado. Se prosternó y dio gracias al Generoso, al Altísimo. Acercándose después a su hermano lo felicitó por lo bien que se encontraba.

Sarkán le dijo: «Todos nosotros nos beneficiamos de la bendición de este asceta penitente. Hemos vencido a nuestros enemigos gracias a que sus plegarias han sido escuchadas. Ha estado sentado durante todo el día rezando por la victoria de los musulmanes».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sarkán continuó diciendo:] «Yo he recobrado la fuerza al oírle gritar "¡Dios es grande!" y vosotros habéis vencido a vuestros enemigos. Cuéntame, hermano, lo que te ha sucedido». Le refirió todo lo que le había ocurrido con el maldito Afridún y le informó de que le había dado muerte y lo había despachado a las moradas malditas por Dios. Sarkán lo felicitó. Cuando Dat al-Dawahi, que seguía disfrazada de asceta, oyó que el rey Afridún había muerto, palideció; los ojos se le llenaron de lágrimas abundantes, pero supo disimularlas y aparentar, delante de los musulmanes, que estaba muy contenta y que sólo lloraba de alegría. Se dijo en su interior: «¡Por el Mesías! Mi vida carecería de objeto si no abraso su corazón con la muerte de su hermano Sarkán de la misma manera que él ha destrozado el mío al dar muerte a Afridún, sostén

de los cristianos y de los seguidores de la cruz» . Pero supo ocultar lo que pasaba por su interior.

El visir Dandán, el rey Daw al-Makán y el chambelán permanecieron sentados al lado de Sarkán hasta que estuvieron preparados los medicamentos y las pomadas. Le dieron las medicinas, que lo aliviaron notablemente; todos se regocijaron de que así fuera y lo comunicaron al ejército: los musulmanes se sintieron satisfechos, diciéndose que al día siguiente ya podría montar a caballo para empezar el asedio. Sarkán les dijo: « Vosotros habéis combatido hoy y estáis cansados. Es necesario que os marchéis a vuestras tiendas y durmáis en vez de quedaros aquí a velar» . Consintieron y se marcharon a su tienda, quedándose con Sarkán, únicamente, algunos criados y la vieja Dat al-Dawahi. Habló con ésta durante parte de la noche y después se tumbó a dormir. Los criados hicieron lo mismo. El sueño se apoderó de ellos y quedaron como muertos. Esto es lo que se refiere a Sarkán y a sus criados.

He aquí lo que hace referencia a la vieja Dat al-Dawahi. Ésta, cuando quedaron dormidos, estaba completamente desvelada, sola en la tienda. Contempló a Sarkán y, viéndole sumergido en lo más profundo del sueño, se puso de pie como si fuese una osa salvaje o una hiena moteada, sacó un puñal envenenado que llevaba en la cintura (si lo hubiese colocado en una piedra la hubiese destruido), lo desenfundó, se acercó a la cabeza de Sarkán y lo degolló separando la cabeza del tronco. Después, se acercó adonde estaban los criados y les cortó la cabeza para que no diesen la alarma. A continuación, salió de la tienda y se dirigió a la del sultán; pero la guardia no estaba dormida, por esto se dirigió a la del visir Dandán, que en aquel momento estaba leyendo el Corán. Éste la vio y le dijo: « ¡Bien venido seas, asceta devoto!» Al oír que el visir le decía estas palabras, su corazón palpitó y replicó: « He venido aquí porque acabo de oír la voz de un santón amigo de Dios» .

Se retiró mientras el visir Dandán se decía: « ¡Por Dios! ¡He de seguir a este asceta en las tinieblas!» Se levantó y la siguió. La maldita oyó sus pasos, se dio cuenta de que la estaban siguiendo y temió que la descubriesen. Se dijo: « Si no le engaño con algún subterfugio, me descubrirá» . Se acercó a él y le dijo: « ¡Visir! Voy detrás de ese santón al que no conozco. Cuando lo haya alcanzado le pediré permiso para que tú te puedas acercar a él. Temo que si vienes conmigo, sin su permiso, se me escape al verte a mi lado» . El visir al oír estas palabras se avergonzó, no quiso contestarle, la dejó y volvió a su tienda, en donde intentó conciliar el sueño: tenía la impresión de que el mundo se le caía encima, y no pudiendo conciliar el sueño se incorporó y salió de la tienda diciéndose: « Iré a ver a Sarkán y me entretendré hablando con él hasta que llegue la aurora» .

Entró en la tienda de Sarkán y vio que la sangre fluía igual que si saliese de un canal: se dio cuenta de que los criados habían sido degollados. Lanzó un grito que despertó, aterrorizándolos, a todos los que dormían. Corrieron en bloque hacia el

lugar en que lo habían oído y distinguieron en seguida la sangre que corría: empezaron a llorar y a sollozar. El grito también había despertado a Daw al-Makán. Éste preguntó por lo que ocurría. Se le contestó: « Sarkán, tu hermano, y los criados han sido asesinados» . Se puso de pie y corrió hasta entrar en la tienda: tropezó con el visir Dandán, que estaba sollozando, vio que el cuerpo de su hermano carecía de cabeza y cayó desmayado.

Todas las tropas chillaban y lloraban y corrieron alrededor de Daw al-Makán durante un rato, hasta que éste volvió en sí. Miró de nuevo a Sarkán y lloró mucho. Lo mismo hicieron el visir, Rustem y Bahram; por su parte, el chambelán chillaba y sollozaba, y en seguida pensó en huir dado el gran terror que experimentaba. El rey preguntó: « ¿No sabéis quién ha obrado así con mi hermano? ¿Qué ocurre que no veo aquí al asceta que vive retirado de los goces de este mundo?» El visir contestó: « ¿Y quién ha podido causar tales males si no es ese demonio de asceta? ¡Por Dios! Mi corazón siempre ha sentido repugnancia de él, antes y ahora, puesto que sé que todos aquellos que hacen gala de la religión son perversos y malintencionados» . Todos los presentes continuaron llorando y sollozando, al tiempo que imploraban del Remunerador que hiciese caer en sus manos a aquel asceta que negaba los prodigios de Dios. Amortajaron a Sarkán y lo enterraron en la montaña citada *(sic)* lamentándose por la virtud extinguida.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la maldita, cuando hubo concluido con su treta y hubo manifestado la maldad de su alma, cogió papel y tinta y escribió: « De la calamitosa Dat al-Dawahi a los musulmanes: Enteraos de que he entrado en vuestro país, que he engañado con mis insidias a vuestros mejores hombres, que hace algún tiempo di muerte a vuestro rey, Umar al-Numán, en su mismo palacio, y que he dado muerte en la batalla del valle y de la cueva a gran número de los vuestros. Los últimos a los que he matado con mis tretas, astucias y engaños han sido Sarkán y sus criados. Si el Destino me hubiese auxiliado y Satanás me hubiese asistido, también habría dado muerte al sultán y a su visir Dandán. Yo soy ese que se os ha presentado disfrazado de asceta y del cual habéis tenido que soportar enredos y trampas. Si después de todo ello aún queréis salvaros, marchaos; si buscáis vuestra destrucción, quedaos, pues aunque permanezcáis aquí muchos años no conseguiréis nada» .

Después de haber escrito esto guardó luto durante tres días por el rey Afridún y al cuarto llamó a un patricio y le ordenó que cogiese la misiva, la colocase en una flecha y la enviase a los musulmanes. Hecho esto se metió en una iglesia para lamentarse y llorar la muerte del rey Afridún y dijo al sucesor de éste que había de matar a Daw al-Makán y a todos los príncipes del Islam. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia a los musulmanes: pasaron tres días en el luto y el dolor; al cuarto volvieron a observar las murallas en el preciso momento en que un patricio se disponía a lanzar una flecha que llevaba atado a su extremidad un mensaje. Estuvieron a la expectativa hasta que la disparó. El sultán mandó al

visir Dandán que la leyese. Al leerla, oírla y darse cuenta de lo que quería decir, sus ojos se bañaron de lágrimas y se avergonzó de haber caído en la trampa de la vieja. El visir exclamó: « Yo sentía repugnancia de ella» . El sultán replicó: « ¿Cómo ha podido engañamos esta desvergonzada por dos veces? ¡Juro por Dios que no me iré de aquí hasta que le haya llenado la vagina de polvo de plomo y la haya encerrado en una jaula al igual que los pájaros, después de lo cual he de colgarla por los cabellos en la puerta de Constantinopla!» Al acordarse de nuevo de su hermano, reanudó el llanto.

Los incrédulos, cuando tuvieron a su lado a Dat al-Dawahi y ésta les refirió lo ocurrido se alegraron mucho por la muerte de Sarkán y de que Dat al-Dawahi estuviera a salvo. Los musulmanes regresaron al pie de las murallas y el sultán les prometió que si conquistaba la ciudad repartiría el botín entre ellos a partes iguales. Todo esto ocurría sin que sus lágrimas se secasen, de tanta aflicción como le causaba la muerte de su hermano; su cuerpo adelgazó hasta quedar como un palo. El visir Dandán fue a verlo para decirle: « Tranquilízate y deja de llorar. Tu hermano ha muerto porque le había llegado su hora y no ganas nada con esta tristeza. Bien lo dice el poeta:

Lo que no ha de suceder, nunca sucederá por más argucias que se empleen. Lo que ha de suceder, sucederá.
Lo que ha de suceder ocurre en el momento señalado, mientras que el que esto ignora vive engañado.

» Déjate de lloros y sollozos; date ánimos para empuñar las armas» . Respondió: « ¡Visir! Mi corazón está afligido por la muerte de mi padre y de mi hermano, y además porque estamos lejos de nuestro país y me preocupo también por mis súbditos» .

El visir y todos los presentes se pusieron a llorar, pero continuaron con el asedio de Constantinopla durante cierto tiempo. Mientras se encontraban en esta situación, recibieron noticias de Bagdad, de las que era portador uno de sus emires. Decían que la mujer del rey Daw al-Makán había dado a luz un niño, al que la hermana del rey, Nuzhat al-Zamán, había impuesto el nombre de Kan Ma Kan. Este joven iba a tener un destino prodigioso a juzgar por las maravillas y prodigios que se habían visto. Nuzhat al-Zamán había mandado a los ulemas y predicadores que rezasen por los expedicionarios desde los pulpitos después de cada plegaria ritual. Todos estaban bien, las lluvias eran abundantes y el amigo del rey, el fogonero, vivía en la más absoluta abundancia, rodeado de criados y pajes, a pesar de que ignoraba lo que había ocurrido a su protegido. Daw al-Makán se alegró mucho de ver que era padre de un muchacho llamado Kan Ma Kan.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después dijo al visir Dandán: « Quiero dejar este duelo. Mandaré que se celebren los funerales de mi hermano y haré obras pías» . « Estoy conforme con lo que quieres.» Mandó que se levantasen las tiendas junto a la tumba de su hermano, se reunieron los soldados que sabían recitar el Corán y unos leyeron mientras otros recitaron las letanías de Dios hasta la llegada de la aurora. Después el sultán se acercó a la tumba de Sarkán, lloró mucho y recitó estos versos:

Salieron con el entierro y cada uno de los que lloraban lanzaba en su interior los mismos gritos de espanto que Moisés en el día del temporal del Sinaí.
Así llegaron a un sepulcro cuya tumba parecía que se había abierto en el corazón de todos los verdaderos creyentes.
Jamás, antes de tu entierro, hubiese creído llegar a ver el monte de Radwa[66] llevado en brazos por los hombres.
Antes de haberte visto sepultado hubiera asegurado que los astros no pueden descender debajo de la tierra.
¡Oh tú que has encontrado morada en la ultratumba y estás preso en su seno, iluminado y resplandeciente por su luz!
La fama ha garantizado su resurrección; permanece encerrado en sus mazmorras y da la sensación de que ya hubiese resucitado.

Cuando Daw al-Makán hubo terminado sur versos, reanudó el llanto, en el que le acompañaron todos los que estaban a su alrededor. Después, el visir Dandán se acercó a la tumba, se echó encima y recitó estas palabras del poeta:

Has abandonado lo caduco para irte a reunir con lo eterno; igual hicieron todos los hombres que te precedieron.
Te has apartado de este mundo cambiante sabiendo que lo que vas a encontrar te recompensará ampliamente.
Supiste resguardarte de los lances del enemigo en el momento en que las incidencias de la guerra tentaban el lance.
Me doy cuenta de que este mundo es sólo miseria y vanidad y de que el mayor deseo de las criaturas estriba en buscar y encontrar a Dios.
El Señor del trono celeste te había prometido el paraíso y te había instalado aquí de modo temporal.
Por tu causa me he quedado en plena angustia y veo que oriente y occidente se entristecen por tu pérdida.

Cuando el visir Dandán hubo concluido su treno lloró copiosamente y sus ojos destilaron perlas de lágrimas, una en pos de otra. Después se adelantó un amigo íntimo de Sarkán, lloró de manera tan abundante que sus lágrimas parecían ríos, y después de haber hecho el elogio de Sarkán, recitó los versos siguientes:

¿Dónde está el generoso si la mano de tu munificencia está bajo el polvo? Después de tu muerte mi cuerpo ha adelgazado de dolor.
¡Oh, tú que eres el último de los difuntos! ¿No ves cómo las lágrimas abren surco en mis mejillas?
¿Te das cuenta? ¿Te da alegría el verlas? ¡Por Dios!, Jamás, en mis pensamientos más íntimos, he malpensado de ti.
Jamás ha pasado por mi mente el recuerdo de tu poderío sin que las lágrimas del llanto llenasen mis ojos.
Y cuando he intentado mirar a otra parte, la pasión me ha hecho verte en sueños.

Cuando este hombre hubo terminado de recitar su poesía, Daw al-Makán, el visir Dandán y todos los soldados rompieron a llorar. Después regresaron al campamento. El sultán se acercó al visir Dandán rogándole que le diese consejos para la guerra, y así transcurrieron algunos días con sus noches. Daw al-Makán estaba siempre triste y preocupado. Entonces dijo: « Me gustaría oír noticias de las gentes, historias de los reyes y relatos de enamorados. Tal vez Dios aligerase mi corazón de la gran pena que siente y dejase de llorar y de sufrir» . El visir respondió: « Si te ha de consolar el oír contar las historias y las anécdotas de los reyes, los relatos de los antiguos enamorados y muchas cosas más, eso tiene fácil solución, puesto que yo, mientras vivía tu difunto padre, sólo me preocupaba de leer crónicas y versos. Esta noche te contaré la historia de Asiq y Masuq, para que tu corazón se distraiga» .

Cuando Daw al-Makán hubo oído las palabras del visir Dandán se puso impaciente por oír aquello que le había prometido y estuvo intranquilo en espera de la llegada de la noche, puesto que a esa hora el visir iba a contar antiguas historias de reyes y de enamorados. A la caída del crepúsculo mandó que se encendiesen velas y candiles, que se preparase cuanta comida y bebida se necesitaba y que estuviesen dispuestos los pebeteros. Cuando todo esto estuvo preparado, mandó llamar al visir Dandán e hizo invitar a Bahram, Rustem, Tarkas y al gran chambelán. Acudieron todos a la cita, y una vez los tuvo ante sí se dirigió al visir Dandán y le dijo: « Visir: la noche ha llegado y ha descorrido su velo; sus tinieblas están encima de nuestras cabezas. Quiero que nos cuentes la historia que nos tienes prometida» . « De buen grado» , contestó el visir.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir comenzó:] « Sabe, oh rey feliz, que la historia que voy a referirte del amante (Asiq) y del amado (Masuq), así como las *excursus* que ella encierra y las cosas maravillosas y portentosas que a ambos les sucedieron, bastan para borrar todas las preocupaciones del corazón y consuelan penas mayores que las de Job.

HISTORIA DEL AMANTE Y DEL AMADO: TAGH AL-MULUK Y DUNYA

» Cuenta la historia que, en lo más antiguo del tiempo, había una ciudad, situada detrás de los montes de Ispahán, llamada Ciudad Verde. Vivía en ella el rey Sulaymán; era generoso, benefactor, justo, protector, virtuoso y razonable. Acudían a verlo caballeros procedentes de todos los lugares, y su fama había llegado a todas las regiones y países. Vivió en sus Estados durante largo tiempo en el bienestar y en la seguridad. Pero era soltero, y no tenía hijos ni mujeres. Su visir, en el que resplandecían sus mismas cualidades, era generoso y desprendido. Cierto día por la mañana, el rey lo mandó llamar. Cuando lo tuvo delante, le dijo:

» "¡Visir! Estoy acongojado, me falta la paciencia, y mi descontento es grande, pues no tengo esposa ni hijos. No es así como debe vivir un rey que gobierna a príncipes y plebeyos: todos estos disfrutan con sus hijos, y gracias a ellos aumentan en número y calidad. El Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!) ha dicho: '¡Casaos y reproducíos! Así yo me enorgulleceré de vosotros frente a los demás pueblos en el día de la resurrección'. ¿Qué opinas, visir? Dame el consejo que mejor te parezca." El visir le dijo, con las lágrimas en los ojos: "¡No me toca a mí, rey del tiempo, hablar de cosas que son de la exclusiva incumbencia del Clemente! ¿Quieres que vaya al infierno, perseguido por la cólera del Todopoderoso?" "Sabe, ¡oh visir!, que cuando el rey compra una esclava no conoce sus cualidades ni sabe tan siquiera si es de origen plebeyo para apartarse de ella; desconoce asimismo si es de buena familia para poder tratarla con benevolencia. Por consiguiente, si tiene relaciones, puede dejarla encinta y traer al mundo un hijo hipócrita, injusto, sanguinario; puede ocurrir con ella lo que sucede cuando se siembra en tierra salada: la semilla sólo produce malas hierbas. Ese hijo podría atraerse las iras de su señor al no seguir sus prescripciones y al no evitar aquello que ha prohibido. Yo no causaré todas esas desgracias por la compra de una esclava. Mi deseo consiste en que pidas para mí la hija de un rey cuya genealogía sea bien conocida y cuya belleza la haya hecho famosa; si me señalas una mujer noble y pía que sea hija de padres musulmanes, pediré su mano y me casaré con ella delante de los testigos de ritual, con el fin de ganar la

recompensa del Señor de las criaturas."

» El visir respondió: "¡Dios ha escuchado tu deseo y te concede lo que ambicionas!" "¿Cómo?" "Sabe, ¡oh rey!, que me he enterado de que el rey Zahr Sah, señor de la tierra blanca, tiene una hija de belleza tan portentosa que es imposible describirla. Hasta hoy no se ha encontrado a nadie que pueda compararse con ella, ya que alcanza el colmo de la perfección: bien formada, ojos como la noche, cabellos largos, talle esbelto y grandes caderas: si se acerca, enloquece a quienes la contemplan; si se aleja, los mata; aprisiona el corazón y la vista, tal como dijo el poeta:

Es tan esbelta, que sonroja a las ramas del sauce; ni el sol ni la luna pueden competir con su rostro.
Su saliva parece que se haya mezclado con el vino, y sus dientes son como perlas.
Tiene el cuerpo delgado de las huríes del paraíso; su cara es preciosa, y tiene los ojos rasgados.
¡Cuántos han muerto de tristeza por ella! El camino que conduce a su amor está lleno de pavor y peligro.
Si vivo, ella constituye mi muerte mientras la recuerdo; pero si muero sin ella, no recuperaré la vida."

» Cuando el visir hubo concluido de describir a aquella joven, añadió: "Me limito, ¡oh rey!, a aconsejarte que envíes a su padre un mensajero perspicaz, que tenga experiencia y haya sido puesto a prueba por las vicisitudes de la fortuna, para que sepa hacer con delicadeza la petición de mano a su padre, ya que ella no tiene igual ni cerca ni lejos, en toda la extensión de la tierra. Su hermoso rostro te distraerá, y el Excelso Señor estará satisfecho de ti. Se atribuye al Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!) el haber dicho: 'En el Islam no hay celibato eclesiástico'".

» Al oír esto, el soberano recuperó toda su alegría, su pecho se tranquilizó, y desaparecieron la pena y la preocupación. Se acercó al visir y le dijo: "Sabe, ¡oh visir!, que sólo tú eres capaz de llevar a buen fin este asunto, ya que eres inteligente e instruido. Márchate a tu casa, despacha tus asuntos y haz tus preparativos para partir mañana. Irás a pedir la mano de esa muchacha que preocupa mi entendimiento, y sólo regresarás trayéndola contigo". "¡De buen grado!" El visir se marchó a su casa y mandó que le llevasen los regalos que deben ofrecerse a los que reinan: piedras preciosas, objetos valiosos y todas aquellas cosas que tienen poco peso y mucho valor; tomó, además, caballos árabes, corazas davídicas y cofres de riquezas cuyo contenido es imposible describir. Lo cargaron todo en mulas y camellos, y el visir, acompañado por cien mamelucos y cien esclavas, emprendió el camino llevando las banderas y

estandartes a su frente. El rey le había recomendado que regresara lo antes posible. Desde el momento en que Sulaymán Sah perdió de vista a su visir, se sintió obsesionado, noche y día, por el amor que sentía hacia aquella joven.

» El visir anduvo noche y día cruzando llanuras y desiertos, hasta que sólo lo separó la distancia de una jornada de la ciudad a la que se dirigía. Entonces acampó a la orilla de un río y mandó llamar a uno de sus íntimos. Le ordenó que partiese con la mayor premura a ver al rey Zahr Sah para anunciarle su llegada. El enviado se dirigió a la ciudad a toda marcha.

» Dio la casualidad de que cuando llegó a ella, el rey estaba sentado en uno de los paseos de extramuros de la ciudad. Viendo éste que iba a entrar y dándose cuenta de que era un forastero, mandó que lo condujesen a su presencia. Cuando estuvo delante del soberano, el enviado le explicó que era inminente la llegada del visir del gran rey Sulaymán Sah, señor de la tierra verde y de las montañas de Ispahán. El rey Zahr Sah se alegró mucho, dio la bienvenida al mensajero y le mandó que lo acompañase hasta su alcázar. Le preguntó: "¿Dónde dejaste al visir?" "En la orilla de tal río, a primera hora de la mañana. Se presentará ante ti mañana. ¡Concédate Dios beneficios constantes, y tenga misericordia de tus antepasados!"

» El rey Zahr Sah mandó a uno de sus ministros que tomase consigo la mayor parte de sus cortesanos, chambelanes, funcionarios y magnates del reino, y que saliese al frente de todos para dar la bienvenida al visir como muestra de respeto hacia el rey Sulaymán Sah, ya que su buen gobierno era notorio en toda la tierra. Esto es lo que hace referencia al rey Zahr Sah.

» He aquí lo que hace referencia al visir. Éste permaneció en aquel lugar hasta mediada la noche, hora a la cual se puso en marcha en dirección a la ciudad. Cuando apareció la aurora y el sol se levantó por Oriente, por encima de collados y llanuras, vio aparecer de pronto al visir del rey Zahr Sah, a sus chambelanes, a los magnates de sus Estados y a los cortesanos de su reino. Avanzaron hasta reunirse con él en un lugar que distaba pocas parasangas de la capital. El visir dio por seguro que llevaría a buen término su embajada, y saludó a quienes habían salido a recibirlo; éstos lo precedieron, y todos juntos fueron avanzando hasta llegar al palacio real. Cruzaron la puerta del palacio y siguieron adelante hasta el séptimo patio, en el cual no se podía entrar a caballo, ya que daba a las habitaciones reales.

» El visir echó pie a tierra y avanzó hasta un salón de techo muy elevado, en cuya testera había un trono de mármol incrustado de perlas y pedrería; sus cuatro pies eran de colmillos de elefante. Sobre el trono había un cojín de raso verde, recamado en oro rojo, y encima, un baldaquino incrustado de perlas y pedrería. El rey Zahr Sah estaba sentado en el trono, y los grandes del reino permanecían de pie prestos a servirle. Una vez en su presencia, el visir tranquilizó su corazón, dio suelta a la lengua y habló con la elocuencia propia del que es

visir, pronunciando una oración llena de sentido…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán prosiguió: « El visir] hizo una reverencia y recitó estos versos:

Llegó y avanzó, pavoneándose, con un vestido de seda, y es liberal con quien implora, al que acoge en su gracia.
Es un hechizo ante cuyos ojos no valen ni amuletos, ni sortilegios, ni magia.
Di a quienes te riñen: "¡No me injuriéis! Yo no me cansaré nunca de amarlo, por largo que sea el tiempo.
Por más que mi corazón me ha traicionado para marcharse a su lado, y el mismo sueño se mantiene alejado de mí.
¡Corazón! No te has ido sólo por piedad: sigue a su lado, aunque con ello me hagas sufrir.
Nada hay que alegre tanto a mi oído como oír cantar el panegírico de Zahr Sah.
Es un rey tal, que aunque derrochases toda tu vida para conseguir una sola mirada suya, tú serías el que sacaría el provecho mayor.
Si pronuncias una oración por él, sólo encuentras personas prontas a unírsete, a pesar de su fe irreprensible".
¡Súbditos de este rey! Quien lo abandone, poniendo en otro sus esperanzas, no es un verdadero creyente.

» Cuando el visir hubo concluido de recitar esta poesía, el rey Zahr Sah lo acercó hacia sí, lo honró en sumo grado y lo hizo sentarse a su lado. Continuaron así hasta la mañana, hora a la cual sirvieron las mesas en aquel salón y comieron juntos hasta quedar hartos. Después quitaron las mesas y se marcharon todos los que habían asistido al festín, quedándose únicamente los más allegados. El visir, al ver que el salón había quedado desierto, se puso en pie, se inclinó delante del rey y besó el suelo. Luego dijo:

» "¡Gran rey! ¡Poderoso señor! Me he apresurado a presentarme ante ti, a correr a tu encuentro para proponerte un asunto que sólo te ha de reportar éxitos, bienes y triunfos. Vengo con el encargo de pedir la mano de tu amada y noble hija, a la cual solicita para sí el rey Sulaymán Sah, monarca justo, pacífico, virtuoso y benefactor, señor de la tierra verde y de los montes de Ispahán. Me ha enviado con numerosos regalos, con presentes de gran valor, pues espera llegar a ser tu hijo político. ¿Lo deseas tú también?" Dicho esto, quedóse en espera de la

contestación. El rey Zahr Sah se puso de pie y besó el suelo en signo de respeto. Todos los que estaban presentes quedaron admirados de que el rey se humillase así delante de un simple mensajero, y no alcanzaron a comprender por qué lo hacía.

» Después, el rey alabó al Excelso y al Generoso, y, continuando de pie, respondió: "¡Gran visir! ¡Generoso señor! Escucha lo que voy a decir. Todos nosotros somos súbditos del rey Sulaymán Sah; nos sentimos orgullosos de ser sus parientes, y apetecemos llegar a serlo. Mi hija no es sino una de sus esclavas, y esto constituye mi mayor deseo, para que así él sea mi sostén". A continuación mandó llamar a los cadíes y a los testigos, y dieron fe de que el rey Sulaymán Sah estaba representado por su visir en el acto del matrimonio, y de que el rey Zahr Sah le concedía de buen grado a su hija en matrimonio. Luego los cadíes registraron el contrato nupcial y desearon toda clase de prosperidades y éxitos a los contrayentes. En este momento, el visir se puso de pie y ofreció al rey Zahr Sah todos los regalos, tesoros, presentes y dones que había llevado. Por su parte, el rey se preocupó de preparar a su hija, trató con honor al visir y dio grandes banquetes a ricos y pobres.

» Estos regocijos duraron dos meses, durante los cuales no se descuidó nada que fuese capaz de alegrar los corazones y la vista. Cuando estuvo dispuesto todo lo necesario para la novia, el rey mandó que se sacasen las tiendas y se levantasen en las afueras de la ciudad; metieron las ropas en cajas, se prepararon las esclavas griegas y turcas y se despachó a la novia con grandes tesoros y pedrerías de gran valor. Después se construyó una litera de oro rojo con incrustaciones de perlas y pedrería, para cuyo transporte se destinaron diez mulos. La litera parecía el palco real, y su dueña podía confundirse con una de las más bellas huríes, una de esas que ocupan un alcázar en el paraíso. Recogieron todos los tesoros y las riquezas, los cargaron en los mulos y en los camellos, y el rey Zahr Sah acompañó a la caravana durante tres parasangas. Después se despidió de su hija, del visir y de todos sus acompañantes y regresó a su ciudad lleno de alegría y de satisfacción.

» El visir y la hija del rey recorrieron las etapas, cruzaron desiertos…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán continuó diciendo:] « … y anduvieron noche y día hasta que sólo quedó entre ellos y su ciudad una distancia de tres jornadas. En este momento el visir despachó al rey Sulaymán Sah un propio para que lo informase de la llegada de la novia. El rey se alegró y regaló al mensajero un vestido de honor; a continuación mandó al ejército que desfilase en honor de la novia y de los que con ella llegaban, y que marchase alegre

dejando flotar, encima de las cabezas, las banderas para recibir a la novia. El pregonero comunicó que ninguna mujer de las que llevan velo, que ninguna esposa honesta y que ninguna vieja achacosa debía dejar de salir a recibir a la novia.

» Salieron todas en bloque a su encuentro; las mujeres principales se pusieron a su servicio y acordaron acompañarla por la noche al alcázar del rey. Los grandes del reino adornaron el camino que debía seguir la novia, y se alinearon a lo largo del mismo. La novia iba precedida por los criados; las damas de compañía la rodeaban; vestía un traje que le había regalado su padre. Cuando llegó, el ejército se colocó a su derecha y a su izquierda. La litera no se detuvo hasta llegar a las inmediaciones del palacio; ninguna persona dejó de salir a contemplarla. Los tambores batían, las lanzas jugueteaban, las trompetas dejaban oír su voz, los perfumes eran derramados por doquier, mientras las banderas tremolaban y los caballos avanzaban, acercándose a la puerta del alcázar.

» Los criados que transportaban la litera avanzaron hacia la puerta secreta. Aquel lugar resplandeció con su belleza; las joyas de su hermosura iluminaron todos los rincones. Llegada la noche, los criados abrieron las puertas del palanquín y se pusieron alrededor de la puerta. La novia, que se acercó rodeada de sirvientas, parecía la luna en medio de las estrellas o el solitario del collar. Entró en la cámara nupcial, en la cual habían dispuesto un lecho de mármol incrustado de perlas y pedrería. Se sentó en él. Después entró el rey y Dios hizo que su corazón quedase prendado de amor. Le arrebató la virginidad, y en el acto desaparecieron su intranquilidad y su insomnio. Permaneció a su lado cerca de un mes, y ella quedó embarazada ya la primera noche.

» Al cabo del mes, el rey salió, se dirigió al salón del trono y administró justicia entre sus súbditos. El tiempo transcurrió hasta que, habiendo llegado la última noche del noveno mes, los dolores del alumbramiento sorprendieron a su esposa de madrugada. Se sentó en la silla de las parturientas, y Dios le facilitó el parto, del que nació un hijo varón sobre el cual se veían los símbolos de la felicidad. Cuando el rey se enteró del nacimiento, se alegró mucho, dio un premio al que le había llevado la noticia y se dirigió a ver al recién nacido, al que besó entre los ojos. Quedó admirado de su resplandeciente belleza, ya que en él se cumplían las palabras del poeta:

Haga Dios de él un león en el bosque de la virtud; un astro en los horizontes del poder.
Lanzas, tronos, consejos, ejércitos y gacelas se han alegrado de su aparición.
No lo coloquéis en los pechos de las nodrizas, pues él prefiere cabalgar en el dorso del corcel.
Destetadlo, pues la sangre de los enemigos le parece más dulce que la

leche.

» Las nodrizas cogieron al recién nacido, cortaron el cordón umbilical y pusieron colirio en sus ojos. Lo llamaron Tach al-Muluk Jarán. Fue amamantado entre caricias, y criado en el seno del bienestar. Transcurrieron los días, pasaron los años, y el niño cumplió los siete años. Entonces el rey Sulaymán Sah mandó llamar a los sabios y a los doctos y les ordenó que enseñasen a escribir a su hijo y que lo educasen e instruyesen. En este cometido transcurrieron varios años, hasta que supo todo lo necesario. Cuando hubo aprendido todo lo que exigía su padre, éste lo mandó llamar delante de los faquíes y de los doctores, y le presentó un maestro, que debía enseñarlo a montar a caballo. Las clases duraron hasta que cumplió los catorce años. Cada vez que salía por cualquier causa, todos los que lo veían quedaban embelesados…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir Dandán prosiguió en su relato:] « … hasta el punto de que se compusieron poesías en su honor y de que las personas más puras perdían el pudor ante su resplandeciente belleza. Tal como dijo el poeta:

Lo abracé y quedé embriagado de su aroma, ¡cuán hermosa es esa rama alimentada por el céfiro!
Estoy borracho sin haber probado el vino, y sigo embriagado por el licor de su saliva.
Toda la belleza es su prisionera; por eso dispone de los corazones a su antojo.
¡Por Dios! Me será imposible olvidarlo mientras conserve la vida, pero tampoco podré olvidarlo después.
Si vivo, viviré amándolo; si muero por su amor, por su pasión, ¡qué felicidad!

» Cumplió los dieciocho años y empezó a salirle el bozo en las sonrosadas mejillas, al mismo tiempo que en una de ellas brotaba un lunar que parecía una gota de ámbar, de tal modo que encadenaba las inteligencias y las miradas, tal como dice el poeta:

Ha nacido quien ha de suceder a José en belleza: todos los amantes temen cuando él sale.

Párate conmigo y míralo: verás en su mejilla el estandarte negro de los califas.

O como dijo otro:

Tus ojos no han visto jamás, entre todo aquello que cae bajo el alcance de la mirada, nada que sea más bello:
Un lunar verde oscuro encima de una mejilla rosada, y debajo de la negra pupila.

U otro:

Admiro ese lunar que adora siempre el fuego de tu mejilla, y que nunca se quema a pesar de ser incrédulo[67].
Más extraño aún: tu mirada es un profeta cuyos milagros se creen, a pesar de que sólo se trata de un brujo.
En aquellas mejillas, lo que se ve no es la vegetación; se debe a las muchas vesículas de la hiel que se han roto por su causa.

Otro ha dicho:

Me extraña que las gentes pregunten por la tierra en que brota el agua de la vida,
cuando yo la veo en la boca de un bello jovencito, con dulces labios rojos, encima de los cuales despunta el negro bozo.
Lo raro es que Moisés lo haya encontrado ahí como "un interrogador impaciente"[68].

» Cuando llegó a la edad de la razón, aumentó aún más su belleza. Tach al-Muluk Jarán fue teniendo muchos amigos y compañeros. Todos ellos esperaban ser emires el día en que fuese sultán, después de la muerte de su padre. Más tarde se aficionó a la caza, a la que consagró todas sus horas, a pesar de que el rey Sulaymán Sah, su padre, le ponía cortapisas por temor a que le ocurriese alguna desgracia en la campiña o con las fieras. Pero él no le hacía caso. Cierta vez el joven ordenó a los criados que tomasen provisiones para diez días. Hicieron lo que les había mandado. Salió con su séquito de caza, cruzó la campiña y no se detuvieron durante cuatro días, hasta llegar a una tierra poblada de vegetación; en ella vieron multitud de fieras que estaban comiendo, árboles con frutos y fuentes corrientes.

» Tach al-Muluk exclamó: "¡Alto! ¡Colocad aquí las redes! ¡Disponedlas en

círculo! Nos reuniremos a la entrada del rodeo, en tal lugar". Cumplieron sus órdenes, dispusieron las redes en un amplio círculo y acorralaron a las fieras y a las gacelas hasta que los animales, inquietos, huyeron delante de los caballos. Se dio suelta, en su persecución, a los perros y a los halcones. Luego lanzaron flechas e hicieron una verdadera carnicería; cuando llegaron al fondo del anillo habían cobrado la mayor parte de las piezas, mientras que el resto había conseguido huir. Después de todo esto, Tach al-Muluk acampó junto al agua, mandó que le llevasen lo cazado y lo repartió; seleccionó las principales piezas y se las remitió a su padre, Sulaymán Sah, con un mensajero. El resto lo dividió entre los magnates del reino. Pasó la noche en aquel lugar.

» Al día siguiente llegó allí una gran caravana compuesta de esclavos griegos y comerciantes. Acampó al lado del agua y de los pastos. Tach al-Muluk, al verla, dijo a uno de sus compañeros: "Ve y tráeme noticia de quiénes son; pregúntales por qué han acampado en este lugar". Cuando el mensajero llegó adonde estaban, les preguntó: "Decidme quiénes sois. Contestadme en seguida". Respondieron: "Somos comerciantes, y hemos acampado aquí para descansar, pues el parador está muy lejos. Hemos escogido este lugar porque tenemos confianza en el rey Sulaymán Sah y en su hijo, pues sabemos que todos los que acampan en su Estado están seguros y tranquilos. Traemos telas de gran valor para su hijo, Tach al-Muluk".

» El mensajero regresó al lado del hijo del rey, le refirió lo que sucedía y lo informó de lo que había oído decir a los comerciantes. El hijo del rey dijo: "Si me traen ropas, no he de entrar en la ciudad ni moverme de este sitio hasta que me las hayan mostrado". Montó en su corcel, y, seguido por sus mamelucos, avanzó hasta llegar junto a la caravana. Los comerciantes se pusieron de pie y le desearon toda suerte de triunfos, prosperidades, largo poder y toda clase de favores. Le levantaron una tienda de raso rojo, que tenía incrustadas perlas y pedrería; pusieron un asiento encima de la alfombra de seda, en la testera que estaba incrustada de esmeraldas. Tach al-Muluk se sentó, los mamelucos se pusieron a sus órdenes, y él mandó que fueran a buscar a los comerciantes, a los que dijo que entrasen a saludarlo con todo lo que tuviesen. Los comerciantes se le acercaron con sus mercancías, se las mostraron, y el príncipe tomó lo que le gustó y pagó su importe. Después montó a caballo, y al marcharse dirigió una mirada a la caravana. Descubrió a un joven muy hermoso, con vestidos limpios, de aspecto gentil, frente radiante y un rostro como la luna llena, aunque su belleza parecía marchitarse, pues la separación de los seres amados lo hacía palidecer» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir Dandán continuó diciendo:] « Sollozaba incansablemente, y las lágrimas resbalaban de sus ojos. Recitaba estos versos:

La separación es larga, y la pena y el sufrimiento son constantes. Las lágrimas, ¡oh amado!, llenan mis pupilas.
Me despedí del corazón el día de la partida; me he quedado solo: sin corazón y sin esperanza.
¡Amigo mío! Quédate a mi lado para que yo me despida de aquel cuya palabra cura las enfermedades.

» Cuando el joven hubo terminado de recitar estos versos, se puso a llorar hasta caer desvanecido. Tach al-Muluk no lo perdía de vista, maravillado de lo que ocurría.

» El joven, al volver en sí, lanzó una mirada asesina y recitó:

Evita su mirada, pues embruja: quien ha sido herida por ella no escapa.
Los ojos negros, lánguidos, hienden a las mismas espadas, que ya de por sí son cortantes.
No te dejes convencer por la dulzura de su lenguaje: es igual que los vapores del vino, que se suben a la cabeza.
Sus miembros son tan delicados que la misma seda, si rozase su cuerpo, los haría sangrar delante de tus ojos.
Es una persona alta y esbelta: ¿qué mejor perfume hay que el que de ella emana?

» Después volvió a llorar y se desvaneció de nuevo. Al ver Tach al-Muluk el estado en que se encontraba, se dirigió hacia él. Al volver en sí y ver que el hijo del rey estaba a su cabecera, se puso de pie y besó el suelo. Tach al-Muluk le preguntó: "¿Por qué no nos has mostrado tus mercancías?" "¡Señor mío! Mi mercancía no es propia de ti." "Te mando que me muestres lo que tienes y que me informes de cuál es tu condición: te he visto llorando, y tu corazón está triste. Si has sido vejado, haremos que cese la injusticia; si debes dinero, pagaremos tus deudas. Mi corazón arde por ti desde que te he visto."

» Tach al-Muluk mandó que colocasen el trono. Le pusieron un asiento de marfil y ébano con incrustaciones de oro y de sedas; extendieron una alfombra de brocado, y Tach al-Muluk se sentó en el trono y dijo al joven que se acomodase en la alfombra. "Muéstrame tus mercancías." "¡Señor mío! ¡No me las recuerdes! No te convienen." "No te queda más remedio que obedecer." Mandó a uno de sus criados que se las presentase. Las llevaron, a pesar del terror

que sentía el muchacho. Éste, al verlas, volvió a dejar correr las lágrimas y lloró; gimió y dejó escapar suspiros. Recitó estos versos:

¡Por la coquetería y la negrura de tus ojos! ¡Por tu cintura frágil y flexible!
¡Por el vino y la miel que contiene tu boca! ¡Por la delicadeza y la esbeltez de tu talle!
Una visita tuya en sueños, ¡oh esperanza mía!, representa para mí más que la seguridad para el miedoso.

» Luego el joven abrió sus fardos y los mostró a Tach al-Muluk pieza tras pieza, retal tras retal; de entre ellos sacó un pedazo de raso, tejido en oro, que bien valdría mil dinares. Al abrirlo cayó un trapo; el joven se apresuró a recogerlo y a esconderlo, debajo del muslo; en seguida, fuera de sí, empezó a recitar:

¿Cuándo quedará curado de tu amor mi corazón atormentado? Las Pléyades están más cerca de ti que yo.
Lontananza y abandono, ansia y pasión, espera y aplazamiento: así transcurre mi vida.
El estar junto a ti no me devuelve la vida; ni el estar lejos amenaza con quitármela; este alejamiento no me permite acercarme a ti; ni tú vienes a mí.
Ni me haces justicia ni me tienes misericordia; no recibo de ti ningún auxilio, pero no hay modo de escapar de ti.
Tu amor me cierra todos los caminos, y no sé hacia dónde dirigirme.

» Tach al-Muluk se maravilló de estos versos, cuyo motivo no alcanzaba a comprender. Le preguntó: "¿Qué es ese trapo?" "Señor mío, nada que tú puedas necesitar." El hijo del rey insistió: "Deja que lo vea." "Señor mío: no quería mostrarte mis mercancías por esa única razón. No puedo mostrártelo"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán prosiguió:] « Tach al-Muluk insistió: "Es absolutamente necesario que lo vea".

» Tanto insistió y se enfadó, que hubo de sacarlo de debajo del muslo. Recitó:

No hay por qué censurar al amigo: la censura sólo lo excita. Has dicho

una cosa justa, pero él no la escucha.

A Dios recomiendo la protección, en el valle, de una luna que me pertenece y que escapa de las esferas.

Me he despedido de ella, pero hubiera preferido que todas las alegrías de la vida se hubiesen despedido de mí, a tener que apartarme de su lado.

Sólo ha intercedido por mí una mañana, en el día de la separación, cuando nuestras lágrimas corrían a mares.

Digo la verdad cuando afirmo que el vestido de la disculpa se ha roto al separarme de ella, por más que yo procuro remendarlo.

Mi cuerpo no consigue el descanso ni tan siquiera en la cama. Lo mismo le pasa a ella después de mi marcha.

» Cuando el joven hubo terminado los versos, Tach al-Muluk le dijo: "Veo que tus cosas no marchan bien. Cuéntame por qué lloras cuando contemplas ese trapo". Al oír esto y recordar de nuevo el pañuelo, el muchacho suspiró y dijo: "Señor mío, lo que a mí me ha ocurrido es maravilloso; mi historia es extraordinaria en lo que se refiere al pañuelo y a su dueña, la autora de este retrato". Al decir esto desplegó el pañuelo, del cual sacó el retrato de una gacela, recamada en seda y bordada en oro rojo; enfrente había otra gacela recamada en plata, con un collar de oro rojo, del que colgaban tres topacios. Al ver Tach al-Muluk lo hermoso y lo bien hecho que estaba, exclamó: "¡Loado sea Dios, que ha enseñado al hombre lo que no sabía!" El corazón de Tach al-Muluk quedó pendiente del relato del joven. Le dijo: "¡Cuéntame lo que te ha sucedido con la autora de estas gacelas!"

HISTORIA DE AZIZ Y AZIZA

» El joven refirió: "Sabe, ¡oh señor mío!, que mi padre fue un gran comerciante, del que yo era hijo único. Yo tenía una prima que se educaba conmigo en casa de mi padre, pues el suyo había muerto, y antes de morir había acordado con mi padre que yo me casaría con ella. Cuando llegué a la pubertad y ella fue ya una mujer, ni a mí me impidieron verla, ni a ella le impidieron verme a mí. Algún tiempo después, mi padre habló con mi madre y le dijo: 'Este año casaremos a Aziz con Aziza'. Mi padre empezó a preparar el banquete nupcial, y todo ello mientras mi prima y yo dormíamos en un mismo lecho inocentes por completo, por más que ella era más inteligente, hábil y perspicaz que yo.

» "Mi padre terminó de preparar los festejos, y ya sólo faltaba escribir el contrato y consumar el matrimonio. Dispuso que la firma se verificase un

viernes después de la oración. Decidido esto, fue a informar a sus amigos, a los comerciantes y a otras personas, mientras mi madre invitaba a las mujeres que eran amigas suyas y a los parientes. Llegado el viernes, limpiaron la habitación destinada para la fiesta, lavaron los mármoles, cubrieron toda nuestra casa de tapices y pusieron allí todo lo necesario, después de haber recubierto las paredes de brocado. Los invitados se pusieron de acuerdo para acudir a nuestra casa después de la oración pública del viernes. Mi padre se marchó para preparar los dulces y las bandejas de azúcar, y, por fin, sólo faltó redactar el contrato.

» ”Mi madre me dijo que fuera al baño y me mandó a él un vestido nuevo. Al salir del baño, me vestí con aquel traje, que estaba muy perfumado. En cuanto lo tuve puesto, empezó a exhalar un olor agradable, que iba dejando en el camino. Estaba a punto de dirigirme a la mezquita cuando me acordé de un amigo y volví atrás para ir a recogerlo y llevármelo a la firma del contrato matrimonial, diciéndome que tendría tiempo de preocuparme de este detalle mientras llegaba la hora de la oración. Entré en una calleja por la que nunca había pasado hasta entonces; iba acalorado por el baño y por el traje nuevo, por lo que empecé a sudar y a exhalar perfume a un tiempo. Me senté en un banco, a la entrada del callejón, para descansar, y puse debajo un pañuelo bordado. Pero el calor era mucho, mi frente transpiraba, y el sudor corría por mi cara; no podía secarme el sudor con el pañuelo, ya que lo había puesto encima del banco.

» ”Iba a coger el faldón de mi traje para secarme la frente cuando, sin saber cómo, me cayó encima un pañuelo blanco, más fino que el céfiro, y cuyo aspecto era más agradable que el de un enfermo convaleciente. Lo cogí, levanté la cabeza para ver de dónde había caído, y mi vista tropezó con los ojos de la dueña de esta gacela”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato continuó así:] « “Se asomaba por una ventana con verja de latón. Jamás había visto mujer tan bella, y la lengua es incapaz de describir su hermosura. Cuando vio que yo la miraba, puso uno de sus dedos encima de la boca. En seguida cruzó el corazón con el índice y puso la mano encima del pecho, entre los dos senos, tras lo cual se retiró y cerró la verja. Se marchó, dejando encendido en mí un fuego que iba haciéndose cada vez más ardiente; su mirada me causó mil pesares. Estaba perplejo, pues no había entendido sus signos. Volví a mirar a la ventana, pero seguía cerrada; esperé hasta la puesta del sol, pero no oí ningún ruido ni vi a persona alguna.

» ”Desesperando de volver a verla, me levanté, cogí el pañuelo, lo abrí, y éste dejó escapar un olor de almizcle. El aroma me turbó de mala manera, hasta

el punto de hacerme creer que me encontraba en el paraíso; lo apreté entre mis manos y cayó de él una hoja muy fina. La abrí: estaba impregnada de perfumes y llevaba escritos estos versos:

Para quejarme del sufrimiento de la pasión, le he enviado una carta con letra muy fina, pues la letra puede ser de muchos tipos.
Mi amigo ha preguntado: '¿Por qué tu escritura es así, tan fina y menuda que apenas se distingue?'
He contestado: 'Ya que yo soy delgado y fino, tal debe ser la letra de los enamorados'.

» "Una vez leídos los versos, contemplé de nuevo la belleza del pañuelo, y mis ojos tropezaron con estos dos versos, que estaban escritos en el borde:

El bozo ha escrito —¡excelentes escritos!— dos líneas de arrayán en sus mejillas.
El sol y la luna quedan perplejos cuando aparece; cuando se curva, ¡qué vergüenza para las ramas!

» "En el otro borde estaban escritos estos otros dos:

El bozo ha escrito —ámbar sobre perlas— dos líneas de azabache encima de una manzana.
La muerte reside en sus ojos lánguidos cuando miran, y la embriaguez nace de sus mejillas sin necesidad de vino.

» "Al leerlos, mi corazón fue presa de la llama del fuego, y la pasión y las cavilaciones fueron en aumento. Cogí pañuelo y papel y me dirigí a casa, sin saber qué haría para conseguir la unión y sin poder —debido a la pasión— analizar el asunto. Llegué a mi domicilio cuando ya había transcurrido parte de la noche, y encontré a mi prima sentada y llorando. Al verme, secó sus lágrimas, se me acercó, me quitó el vestido y me preguntó por la causa de mi ausencia. Me refirió que toda la gente, príncipes, magnates, comerciantes y demás, se habían reunido en nuestra casa; que el cadí y los testigos habían comparecido y comido; que habían estado sentados esperándome para poder extender el acta de matrimonio, y que cuando habían desesperado de que yo regresase, se separaron y se fueron a sus quehaceres. Y añadió: 'Tu padre se ha enfadado mucho por esto y ha jurado que no contraeremos matrimonio hasta el próximo año, ya que en esta fiesta ha gastado mucho dinero'.

» "Luego me preguntó: '¿Qué te ha ocurrido hoy para retrasarte tanto y para

ser causa de que pase esto?' Le referí todo lo que me había sucedido, le conté lo del pañuelo y le expliqué toda la historia desde el principio hasta el fin. Cogió la hoja de papel y el pañuelo y leyó lo que en ambos había escrito.

» "Las lágrimas corrieron por sus mejillas, y recitó estos versos:

Di a aquel que dice que el amor empieza por un acto de libre albedrío: '¡Mientes! Está predestinado'.
Se inicia involuntariamente, y por ello no puede ser reprobado. Así lo demuestran múltiples historias.
No adulterar constituye un camino recto pero si lo prefieres, di que es un tormento penoso.
O dos golpes en las entrañas, o un golpe, o una gracia, o una desgracia, o una necesidad
que tranquiliza, o que mata el alma, vaya bien o vaya mal.
Mas, a pesar de todo, sus días son hermosos, y su boca siempre está sonriente;
las bocanadas de su perfume son agradables, pone fin a todo lo que deshonra y no entra jamás en el corazón del malvado y vil.

» "Aziza me preguntó: '¿Qué te ha dicho? ¿Qué signos te ha hecho?' 'No ha dicho nada. Ha puesto uno de sus dedos en la boca, después lo ha doblado encima del corazón, ha colocado ambos dedos encima del pecho y ha señalado hacia el suelo; luego ha cerrado la ventana y no la he vuelto a ver más. Se ha llevado mi corazón, y he permanecido sentado hasta la puesta del sol esperando que volviera a asomarse por la ventana; pero no lo ha hecho, y, desesperando de contemplarla de nuevo, me he marchado del lugar. Éste es mi relato. Espero que me ayudes en el apuro en que me encuentro.' Dirigió la vista hacia mí, y me dijo: '¡Primo! Si me pidieras los ojos, me los arrancaría para entregártelos. Te ayudaré en lo que deseas y te auxiliaré en tu dificultad. Ella está tan apasionada por ti como tú lo estás por ella'. '¿Cómo se explican los signos que ha hecho?' 'El poner el dedo en la boca significa que tú eres el alma que anima su cuerpo, y que desea unirse a ti con todas sus fuerzas. El pañuelo constituye el saludo del amante al amado, y la hoja de papel es signo de que su alma está pendiente de ti. El que haya colocado dos dedos encima del pecho, entre los senos, quiere decir: 'Ven aquí dentro de dos días para que, al verte, pueda poner fin a mi pena'. Sabes, pues, primo, que ella está enamorada de ti, que tiene confianza en ti. Eso es lo que creo que significan los signos. Si pudiese entrar y salir cuando quisiera, os reuniría lo antes posible y os ocultaría con mi propia persona.'"

» El muchacho continuó: "Le di las gracias por las palabras que acababa de oír y me dije que debía tener paciencia durante dos días. Permanecí en casa sin entrar ni salir durante este lapso de tiempo, y no comía ni bebía. Coloqué mi

cabeza en el seno de mi prima, que me consolaba y me recomendaba que tuviese ánimo y resolución, y tranquilizaba mi corazón y mi pensamiento”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho continuó:] « “A los dos días, mi prima me dijo: ‘Tranquilízate, descongestiona tus ojos, ponte tu traje y vete a su encuentro a la hora de la cita’. Me puso los vestidos y me perfumó. Me ciñó el cinturón y me animó. Salí, me dirigí al callejón y me senté en el banco un rato. La ventana se abrió, dirigí la mirada hacia arriba, y al verla caí desmayado. Al volver en mí, cobré ánimos, dirigí la mirada allí por segunda vez y perdí de nuevo el conocimiento. Al reponerme vi que la joven tenía un espejo y un pañuelo rojo. Al ver que la miraba, se arremangó, separó los cinco dedos de la mano y se golpeó con ellos el pecho, con la palma de la mano y los cinco dedos; después levantó sus manos, sacó el espejo fuera de la ventana, cogió el pañuelo rojo, se metió dentro con él, lo sacó por tres veces consecutivas en dirección a la embocadura de la calleja, lo arrugó y lo plegó en la mano; luego bajó la cabeza, y en seguida se retiró de la ventana y la cerró. Se marchó sin decirme ni una sola palabra, dejándome perplejo, sin que yo entendiese lo que me había querido decir. Me quedé sentado hasta el atardecer, y regresé a mi casa cuando faltaba poco para la medianoche. Mi prima tenía apoyada la mejilla sobre la mano, sus párpados dejaban correr lágrimas, y recitaba estos versos:

¿Qué me ocurre a mí con el censor para que me trate duramente? ¿Cómo consolarse si tú eres una rama esbelta?

¡Oh, rostro, que has robado mi corazón y te has replegado! El amor *udrí* no puede apartarse de ti.

Su mirada turca hace en las entrañas lo que no puede hacer el sable tajante.

Me ha colocado encima la carga de la pasión cuando apenas puedo llevar la camisa. ¡Tan débil estoy!

Lloro sangre por lo que dicen los censores: ‘Los ojos de quien amas te amenazan como espada afilada’.

¡Ojalá mi corazón fuese como el tuyo, y mi cuerpo se pareciese a ti en esbeltez!

Tú, mi hermoso príncipe, tienes un vigilante severo y un chambelán muy injusto: me impiden llegar hasta ti.

Mintió aquel que dijo que toda la belleza se encontraba en José: ¡cuántos Josés hay en tu belleza!

Procuro apartarme de ti, pues temo la mirada de los espías. ¡Cuánto me

cuesta el apartarme!

» ”Al oír estos versos aumentaron mis preocupaciones, se multiplicaron mis penas y caí en uno de los ángulos de la habitación. Ella se acercó a mí, me cogió, me quitó los vestidos y secó mi cara con su manga. Luego me preguntó por lo que había sucedido, y yo le expliqué todo lo que ella había hecho. Me dijo: ‘¡Primo! Los signos hechos con la palma de la mano y los cinco dedos quieren decir: ‘Ven dentro de cinco días’. Las señales hechas con el espejo y el sacar la cabeza por la ventana quieren decir: ‘Quédate en la tienda del tintorero hasta que llegue mi mensajero’.

» ”Al oír sus palabras sentí renacer el fuego en mi corazón, y exclamé: ‘¡Por Dios, prima! Dices la verdad: en el callejón hay un tintorero judío’, y me puse a llorar. Mi prima me dijo: ‘Ten valor y tranquiliza tu corazón. Otros han estado enamorados durante años, y han soportado el ardor de la pasión. Tú, sólo hace una semana. ¿De dónde te viene tanta impaciencia?’ Me consoló con sus palabras y me dio de comer. Cogí un bocado y quise engullirlo, pero no pude; me fue imposible comer o beber; perdí la dulzura del sueño, de mi rostro se fue el color, y mi belleza se alteró, ya que nunca había estado enamorado hasta entonces ni había probado el ardor de la pasión. Adelgacé yo, y, por mi causa, también mi prima, quien, para consolarme, me recitaba todas las noches historias de amor y de amantes, hasta que me quedaba dormido. Cuando me despertaba, la encontraba velándome, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

» ”Continuamos en esta situación hasta que hubieron transcurrido los cinco días. Entonces, mi prima calentó agua, me bañó, me vistió y me dijo: Vete a verla, y ¡ojalá Dios te conceda lo que apeteces y te haga conseguir lo que deseas de tu amada!’

» ”Me marché y anduve sin parar hasta la embocadura del callejón. Era sábado, y la tienda del tintorero estaba cerrada. Me senté. El almuédano anunció la oración del crepúsculo; el sol palideció, y fue anunciada la oración de las tinieblas. Se hizo noche cerrada, y yo no veía rastro, ni oía ruido, ni entendía nada. Temiendo que me ocurriese algo —seguía sentado y solo—, me puse en pie y me marché, como si estuviese borracho, a mi casa. Entré en mi habitación y vi a mi prima Aziza que con una mano estrujaba un pañuelo sujeto a una alcayata clavada a la pared; la otra la apoyaba en el pecho; suspiraba y recitaba estos versos:

Una árabe del desierto, separada de su familia, suspira por el sauce y el laurel del Hichaz.
Cuando aparece una caravana, la provee de lo que apetece con el fuego de su nostalgia, y sus lágrimas facilitan el agua.
No he encontrado pasión mayor que la de mi amor, pero ahora veo que

he cometido un error al amarlo.

» ”Al terminar sus versos se volvió hacia mí y se dio cuenta de que yo lloraba. Secó mis lágrimas y las suyas, me sonrió y dijo: ‘¡Primo! ¡Dios te haga feliz con lo que te ha dado! ¿Por qué no has pasado la noche entera con tu amada y no has satisfecho en ella tu deseo?’ Al oír sus palabras le di una patada en el pecho; cayó al suelo y fue a dar con la frente en un saliente en el que había un clavo; al contemplarla vi que la sangre fluía por la herida, y que las lágrimas…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho prosiguió su relato: « ”…y las lágrimas] brotaban de sus ojos. Se calló y no dijo ni una sola palabra. Se puso de pie en seguida, preparó una compresa, se la colocó en la herida, la vendó y limpió la sangre que había caído al suelo, dejándolo como si nada hubiese pasado. Luego se acercó a mí, sonrió y dijo: ‘¡Por Dios, primo mío! No he dicho esas palabras para burlarme de ti o de ella; hablaba porque tenía mucho dolor de cabeza; ahora que tengo la cabeza más fresca y la frente más despejada, cuéntame qué te ha sucedido hoy’. Le referí todo lo que me había pasado, y cuando acabé me puse a llorar. Me dijo: ‘¡Primo! Puedes estar contento, pues has conseguido tu deseo y has alcanzado lo que te proponías. Esto es indicio de que te acepta; se ha mantenido apartada de ti para probarte y saber si eres constante o no, si tu amor es verdadero o no. Mañana regresa al lugar de costumbre y fíjate en los signos que te haga. Se acerca el momento en que serás feliz y en que cesarán tus penas’.

» ”Siguió consolándome, a pesar de que yo estaba más y más afligido y apenado. Después me acercó la mesa, pero la rechacé de una patada; cayeron todas las mantequeras en un rincón y dije: ‘Los enamorados siempre están locos: no prueban bocado ni pegan el ojo’. Aziza me replicó: ‘¡Primo! ¡Ésos son los síntomas del amor!’ Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras recogía todo, limpiaba las manchas de la comida y se sentaba para consolarme. Yo sólo rogaba a Dios que amaneciese cuanto antes. En cuanto fue de día, en cuanto se extendió la luz y se hizo claro, marché a verla; me metí por el callejón a todo correr y me senté en el banco. La ventana se abrió, sacó la cabeza y se puso a reír. Entró dentro y regresó con un espejo, una bolsa y una maceta llena de plantas verdes. Llevaba en la mano un candil. Lo primero que hizo fue coger el espejo con la mano y meterlo en el saco. Luego lo ató y lo echó dentro de la habitación; se puso los cabellos por la cara y colocó el candil encima de las plantas. Luego lo recogió todo, se lo llevó y cerró la ventana.

» ”Con todas estas cosas yo había perdido por completo el corazón, pues siempre me hacía señales dudosas y gestos ininteligibles, sin dirigirme jamás la palabra. Mi pasión, mi amor y mi extravío iban en aumento. Volví sobre mis pasos con el corazón apenado y los ojos llenos de lágrimas. Entré en mi habitación y encontré a mi prima sentada, con la cara vuelta hacia la pared; su corazón ardía de pena, de pesar y de celos, pero su cariño por mí le impedía explicarme la pasión que la abrasaba al ver la pena, la pasión y el extravío que me abrumaban. Al fijarme en ella vi que llevaba dos vendas en la cabeza: una, encima de la frente, tapaba la herida que se había hecho al caer; la otra protegía sus ojos, que habían enfermado de tanto llorar. Se encontraba muy mal; lloraba y recitaba:

Ojalá estés seguro doquiera que te encuentres, ¡oh tú, que has emprendido el viaje quedándote en mi corazón!
¡Protéjate Dios doquiera que te instales! ¡Sálvete de las vicisitudes del destino y de las desdichas!
Te marchaste, y al alejarte, mis ojos han quedado desconsolados; mis lágrimas fluyen a borbotones.
¡Ojalá supiera en qué tierra, en qué morada te has instalado, junto a qué cosa y a qué familia!
Si tú bebes agua pura y límpida, yo abrevo en las lágrimas de mis ojos.
Todo me es soportable, salvo estar separado de ti, que es como el desacuerdo que existe entre el sueño y mi costado.

» ”Luego dirigió su mirada hacia mí; al verme, secó sus lágrimas, se acercó hacia mí, pero no pudo dirigirme la palabra, ¡tan grande era su congoja! Estuvo callada algún tiempo, después del cual dijo: ‘¡Primo! Cuéntame lo que te ha ocurrido con ella esta vez’. Le referí todo lo sucedido. Me dijo: ‘Ten paciencia, pues ha llegado el momento de tu unión con ella y has triunfado al conseguir la realización de tu empeño. Te ha querido decir, al mover el espejo y meterlo en la bolsa, que debes tener paciencia hasta que se ponga el sol; al cubrirse el rostro con el cabello te ha dicho: cuando llegue la noche y las negras tinieblas oculten la luz del día, ven; al sacar la maceta con las plantas, te ha dicho: cuando llegues, entra en el jardín que está detrás del callejón; al levantar el candil te ha dicho: cuando estés dentro del jardín, pasea por él hasta alcanzar un lugar en el que haya un candil encendido; dirígete hacia él, siéntate debajo y espérame, pues tu amor me mata’.

» ”Al oír las palabras de mi prima, la fuerza de la pasión me hizo dar un grito, y dije: ‘¡Cuántas promesas me has hecho! Pero al ir a buscarla no he conseguido mi deseo ni he visto que tus explicaciones correspondan a la realidad’. Mi prima se echó a reír y me contestó: ‘Basta con que tengas paciencia hasta el fin del día

de hoy, hasta que caiga la tarde y llegue la noche con sus tinieblas: conseguirás unirte a ella y colmarás tus ansias. Estas palabras son la pura verdad, sin nada de falso'. Luego recitó estos versos:

> Las horas del día van pasando: no entres en la casa de las penas.
> ¡Cuántas cosas difíciles de obtener se consiguen en la hora de la liberación!

» "Se me acercó y me consoló con palabras cariñosas, pero no se atrevió a darme de comer, temiendo que me enfadase con ella, ya que esperaba atraerme sin segunda intención; se me acercó, me desnudó y me dijo: '¡Primo! Siéntate a mi lado; te contaré cosas que te consuelen hasta el fin del día. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, no llegará la noche sin que te hayas reunido con tu amada'. No le hice caso y esperé, rogando a Dios que oscureciese cuanto antes. Cuando llegaron las tinieblas, mi prima se puso a llorar a lágrima viva. Me dio un grano de puro almizcle y me dijo: '¡Primo! Ponte este grano en la boca. Una vez reunido con tu amada, una vez hayas expuesto tu deseo y ella haya consentido en lo que pretendes, recita este verso:

> ¡Oh, enamorados! ¡Por Dios, decidme! ¿Qué debe hacer un joven cuando el amor lo abrasa?'

» "Luego me besó y me conjuró a que no recitase el verso hasta después de salir de casa. Le prometí que así lo haría, y me marché cuando caía la tarde. No paré de andar hasta que llegué al jardín: la puerta estaba abierta. Entré y vi una luz a lo lejos. Me dirigí hacia ella, y al llegar vi un gran estrado, encima del cual había una cúpula de marfil y ébano. La antorcha estaba colgada en el centro de aquella cúpula, y el estrado se hallaba cubierto por un tapiz de seda bordado en oro y plata. Había también una gran vela encendida, colocada en un candelabro de oro dispuesto debajo de la antorcha. En el centro del estrado había una pila adornada con varias figuras, y junto a la misma, una mesa cuyo mantel era de seda; al lado de ella, una jarra de porcelana repleta de vino, copas de cristal con incrustaciones de oro y una gran bandeja de plata, tapada. La destapé y vi que había frutos de todas clases: higos, granadas, uvas, naranjas, toronjas y limones; había también perfumes de rosa, jazmín, mirto, rosa moscada, narciso y otras muchas clases. Aquel lugar me gustó muchísimo, y olvidé mis preocupaciones aunque no encontré allí a ninguna de las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!)…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho continuó diciendo:] « “…ningún esclavo o esclava que se preocupase de servirme. Me senté esperando la llegada de aquella a la que amaba mi corazón, y así transcurrió la primera, luego la segunda y más tarde la tercera hora de la noche, sin que viniese. Yo estaba hambriento, pues hacía mucho que no comía, dado lo fuerte de mi pasión; sin embargo, el encontrarme en aquel lugar, el ver que mi prima me había dicho la verdad al interpretar los gestos de mi amada, me había tranquilizado y había recuperado el apetito, aumentado aún más por el buen olor que se desprendía de aquella mesa; al encontrarme en aquel sitio, confiado en reunirme con mi amada, tenía un hambre atroz.

» ”Me acerqué a la mesa, quité el lienzo que la cubría y encontré en el centro una fuente de porcelana, con cuatro gallinas asadas y aderezadas con especias. Alrededor de la fuente había cuatro soperas: una, con dulces; otra, con granos de granada; la tercera, con almendrados, y la cuarta, con pasteles de miel. En aquellas soperas había cosas para todos los gustos. Comí los pasteles de miel, un poco de carne y algunos almendrados hasta quedar satisfecho. Me acerqué después a los dulces y comí una, dos, tres, cuatro cucharadas, y cogí unos bocados de pollo. Cuando tuve el vientre lleno, mis miembros se distendieron, y el sopor se apoderó de mí. Lavé mis manos, apoyé mi cabeza en un cojín y me quedé dormido.

» ”No sé lo que ocurriría después, ya que no me desperté hasta que el calor del sol empezó a molestarme, pues hacía muchos días que no había dormido. Al despertar encontré encima de mi vientre sal y carbón. Me puse en pie de un salto, limpié mis trajes, me volví a derecha y a izquierda, pero no encontré a nadie. Me di cuenta de que había dormido encima del mármol, sin colchón. Quedé perplejo, me entristecí muchísimo, y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. Apenado, me dirigí hacia mi casa. Al llegar vi que mi prima se golpeaba el pecho con la mano y lloraba cual si fuera una nube que se deshiciese en lágrimas. Recitaba estos versos:

Se ha levantado un viento cálido, que atiza la pasión con su soplo.
¡Oh, céfiro! ¡Acércate a nosotros! Todo el que ama, tiene su suerte y su parte.
Si pudiéramos, te abrazaríamos como el amante estrecha el pecho de su amada.
Dios me ha privado, al arrebatarme la faz de mi primo, de la vida y del bienestar.
¡Ojalá supiera si su corazón es igual al mío, que se licúa con la llama y el calor de la pasión!

» ”Al verme, corrió a mi encuentro secándose las lágrimas y me dijo con voz dulce: ‘Tú, en tu amor, has sido bien tratado, pues amas a quien te ama. En cambio, yo estoy deshecha en lágrimas, triste por tu ausencia, y no encuentro quien me consuele. ¡Que Dios no te guarde rencor por mi causa!’ Sonrió amargamente, me trató con cariño, me desnudó, desplegó los vestidos, los olió y dijo: ‘¡Por Dios! Este olor no es propio de quien ha gozado con su amada. ¡Primo! Cuéntame lo que te ha ocurrido’. Le referí todo lo que me había pasado y volvió a sonreírme amargamente.

» ”Me dijo: ‘Mi corazón está lleno de dolor. ¡Ojalá no viviese esa mujer que lacera tu corazón! Se hace demasiado la interesante contigo, primo. Temo que te gaste cualquier mala pasada. He aquí lo que quiere decir la sal. Tú estabas durmiendo, harto de comer, hasta el punto de causar repulsión a las personas, y por eso se ha hecho necesario salarte, para que no se corrompa tu naturaleza, ya que postulas que estás loco de amor cuando el sueño está prohibido para los amantes, y, por consiguiente, es falsa tu pretensión de estar enamorado. Pero también ella miente, pues su amor por ti es fingido, ya que al encontrarte dormido no te ha despertado. Si su amor fuera verdadero, te habría desvelado. El carbón significa: ‘Dios te ennegrezca la cara, ya que tu amor no era verdadero, pues siendo tan joven lo único que te preocupa es comer, beber y dormir’. Ésta es la explicación de estos símbolos. ¡Dios (¡ensalzado sea!) te libre de sus manos!’

» ”Cuando oí estas palabras me di una palmada en el pecho y exclamé: ‘¡Ésa es la pura verdad, pues me quedé dormido, cuando los amantes jamás concilian el sueño! Yo mismo he sido el causante de mi desgracia, ya que la desgracia ha sido el haber comido y dormido. ¿Qué haré?’ Lloré a lágrima viva, y dije a mi prima: ‘¡Indícame qué es lo que debo hacer, ten piedad de mí y Dios la tendrá de ti! de lo contrario, me muero’. Mi prima me quería locamente…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho continuó diciendo:] « “…y me contestó: ‘¡De buena gana! Te he dicho muchas veces que si pudiese entrar y salir cuando quisiera, en muy poco tiempo os habría reunido a los dos y os habría cobijado bajo mi manto protector. Pero lo haré por complacerte, y si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, gastaré todas mis fuerzas con tal de reuniros. Ahora, escucha lo que voy a decirte y sigue mi consejo. Vuelve a aquel lugar, quédate allí, y cuando llegue el crepúsculo, siéntate en el mismo sitio en que estuviste, pero guárdate de comer, pues la comida te haría entrar sueño; no duermas, ya que ella no saldrá a tu encuentro hasta que haya transcurrido la cuarta parte de la noche. ¡Dios te proteja de sus maldades!’ Al oír estas palabras

me alegré y empecé a rogar a Dios que se hiciese de noche cuanto antes.

» ”Ya estaba a punto de marcharme, cuando me dijo mi prima: ‘Antes de marcharte de su lado, recítale el verso que te he enseñado’. ‘Con mucho gusto.’ Salí, llegué al jardín y lo encontré todo dispuesto como la vez anterior. No faltaba nada de lo que pudiera necesitar: había alimentos, bebidas, frutas secas, perfumes y muchas cosas más. Me coloqué en la silla y aspiré el aroma de la comida; me entró gana de comer, pero me abstuve varias veces, hasta que, no pudiendo contenerme, me acerqué a la mesa y quité el lienzo que la cubría: encontré una fuente con pollos, y a su alrededor cuatro mantequeras con cuatro guisos distintos. Comí unos bocados de cada uno de ellos; seguí con dulces hasta hartarme, comí un pedazo de carne y bebí. El jarabe me gustó, y seguí tomándolo con la cuchara hasta saciarme por completo.

» ”Los párpados se me entornaban, por lo cual tomé un cojín, apoyé en él la cabeza y me dije que al reclinarme no me quedaría dormido; pero los párpados se me cerraron y me dormí. No me desperté hasta que el sol estuvo bien alto. Tenía encima del vientre una taba, una ficha de *tab*[69], un hueso de dátil y semilla de algarroba. En el sitio en que me encontraba no había ni tapices ni nada de lo que había habido la víspera. Me incorporé, me quité lo que tenía encima y salí enfurecido. Llegué a mi casa y encontré a mi prima exhalando profundos suspiros. Recitaba estos versos:

> Nuestro cuerpo está extenuado, nuestro corazón está herido, mientras las lágrimas corren por las mejillas.
> Es un amante difícil, pero todo lo que hace una belleza, bien hecho está.
> ¡Primo! Has llenado mi corazón de pasión, y mis ojos rebosan de lágrimas.

» ”Reprendí a mi prima y la injurié. Lloró a lágrima viva, pero en seguida se secó las lágrimas, se acercó a mí, me besó y me estrechó contra su pecho. Me aparté de ella y me reprendí a mí mismo. Me dijo: ‘¡Primo! Me parece que esta noche te has vuelto a dormir’. ‘Efectivamente; y al despertar he encontrado encima del vientre una taba, una ficha de *tab*, un hueso de dátil y semilla de algarroba. No sé por qué lo habrá hecho.’ Me puse a llorar y me acerqué a ella. Le dije: ‘¡Explícame qué quieren decir estas cosas! Dime qué es lo que debo hacer, y ayúdame a salir de la situación en que me encuentro’. ‘De buena gana. Con la ficha de *tab* quiere decir que tú has ido a su casa dejando el corazón en otra parte. Es lo mismo que si ella te dijera que eso no es amor y que no debes contarte entre los enamorados. Con el hueso de dátil ha querido decirte que si realmente fueras un enamorado, tu corazón estaría ardiendo de pasión y no podrías gozar de las dulzuras del sueño, puesto que la dulzura del amor es como el

dátil, que guarda su ardor en lo más profundo del corazón. La semilla de algarroba significa que el corazón del amante ha sufrido un desvío o, en otras palabras, que debes esperarla con tanta paciencia como Job.'

» "Al oír estas palabras sentí que se avivaba el fuego de mi corazón, y que aumentaba mi tristeza. '¡Dios ha dispuesto que me durmiera, dada la poca suerte que tengo! ¡Prima, te conjuro, por lo que mi vida significa para ti, a que idees una treta que me permita unirme con ella!' Se puso a llorar y me contestó: '¡Aziz, primo! Mi cerebro está lleno de ideas, pero no puedo hablar. Vuelve esta noche otra vez al lugar, y guárdate de dormir. Así conseguirás lo que deseas. Ésta es mi opinión'. 'Si Dios quiere no me dormiré, y haré lo que tú me mandes que haga.' Me acercó la comida y me dijo: 'Come hasta hartarte, y así no volverás a pensar más en ello'. Comí hasta quedar satisfecho, y cuando llegó la noche me trajo un magnífico vestido, me lo puso y me conjuró a que me acordase del verso ya citado y a que no me durmiese. Me dirigí al jardín y me instalé en el estrado; contemplé los arriates, mantuve los párpados abiertos con los dedos, y de cuando en cuando sacudí la cabeza. Cuando ya había cerrado la noche, empecé a tener hambre de tanto velar"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho prosiguió:] « "Percibía un delicioso aroma de comida que me abría aún más el apetito. Me acerqué a la mesa, quité el lienzo que la cubría y comí un poco de cada uno de los guisos, y algo de carne. Acerqué la jarra de vino diciéndome que podía beber una copa. Bebí la primera, luego la segunda, después la tercera y así hasta llegar a diez. Me mareé y caí al suelo como si estuviese muerto. En este estado permanecí hasta que llegó el día y me desperté. Me encontraba fuera del jardín; encima del vientre tenía un cuchillo afiladísimo y un disco de hierro. Quedé sobrecogido y me los llevé a casa.

» "Encontré a mi prima, que decía: '¡Qué desgraciada y pobre soy en esta casa! ¡No tengo más consuelo que el llanto!' Al entrar, solté el cuchillo y el disco y caí desmayado cuan largo era. Cuando volví en mí le expliqué todo lo ocurrido y le dije: 'No he conseguido mi propósito'. Se puso aún más triste por mí, al ver mis lágrimas y mi pena. 'No puedo hacer más. Ya te advertí que no tenías que dormirte. No has hecho caso de mi consejo; mis palabras no te sirven de nada'. 'Te ruego, por Dios, que me aclares qué es lo que significan el cuchillo y el disco de hierro.' 'Con el disco de hierro ha querido indicar su ojo derecho, y ha dicho: 'Juro por el Señor de los Mundos y por mi ojo derecho, que si vuelves otra vez y te duermes, te he de degollar con este cuchillo'. Temo por ti, primo, las tretas de esa mujer. Mi corazón está muy afligido por ti y no puedo hablar. Si estás seguro

de que puedes volver allí sin quedarte dormido, vuelve, mantente despierto y conseguirás tu deseo; pero si crees que al estar allí has de quedarte dormido como es tu costumbre, sabe que si ella llega y te encuentra dormido, te degollará.' '¿Qué debo hacer, prima? Te ruego, por Dios, que me ayudes en esta aflicción.' 'Lo haré de buen grado, pero has de escuchar mis palabras y obedecer mis órdenes para que me avenga a tu deseo.' 'Escucharé tus palabras y obedeceré tus órdenes.' 'Hablaré cuando llegue la noche.'

» "Me estrechó contra su pecho, me condujo a la cama y me vigiló hasta que quedé dormido. Entonces cogió un abanico, se sentó a mi cabecera y me abanicó el rostro hasta que empezó a anochecer. Me despertó, y cuando estuve desvelado me di cuenta de que estaba junto a mí abanicándome y llorando de tal modo, que las lágrimas habían empapado sus vestidos. Al verme despierto, se secó las lágrimas y me acercó la comida. Me abstuve de probar bocado, pero ella me hizo observar: '¿No te he dicho que has de hacerme caso?' Comí sin contradecirla: ella me ponía el alimento en la boca, y yo masticaba. Así quedé harto. Después me dio de beber zumo de uva azucarado, me lavó las manos, me las secó con una toalla y las perfumó con agua de rosas. Cuando me senté a su lado me encontraba magníficamente.

» "Al hacerse de noche me puso un vestido y me dijo: '¡Primo! Quédate en vela toda la noche y no te duermas, pues hoy no se acercará a ti hasta que falte poco para la llegada del día. Si Dios lo quiere, te unirás a ella esta misma noche. ¡No olvides mi consejo!' Se puso a llorar y me entristecí al verla así. Le pregunté: '¿Qué consejo es ese que me has dado?' 'Que cuando te separes de ella le recites el verso que te enseñé.' Salí lleno de alegría y me fui al jardín; me dirigí al estrado completamente harto, me senté; pasé en vela la cuarta parte de la noche, y ésta fue transcurriendo hasta parecerme un año. Pero seguí desvelado hasta que hubieron transcurrido sus tres cuartas partes y los gallos empezaron a cantar.

» "El insomnio me hacía tener hambre, por lo que me acerqué a la mesa y comí hasta hartarme. Estaba ya casi dormido cuando oí ruido a lo lejos. Me puse de pie, me lavé las manos y la boca y me despabilé. Apenas habían transcurrido unos momentos cuando llegó la joven rodeada por diez servidoras. Ella avanzaba en el centro, como si fuese la luna rodeada por las estrellas. Llevaba puesto un vestido de raso verde bordado con oro rojo. Era tal como dijo el poeta:

Orgullosa con el amante, viste un traje verde desabrochado; viene con los cabellos sueltos.
Le pregunto: '¿Cuál es tu nombre?', y me contesta: 'Soy aquella que ha cauterizado con brasas el corazón de los amantes'.
Me quejo a ella de la pasión que me atormenta, y me contesta: 'Te quejas a una roca, pero no lo sabes'.
Le digo: 'Si tu corazón es una roca, sabe que Dios ha hecho brotar agua

purísima de un peñasco’

» ”Al verme, se echó a reír, y me preguntó: ¿Cómo has conseguido mantenerte despierto sin que el sueño te haya vencido? Al ver que has sido capaz de velar toda la noche, me he dado cuenta de que en realidad eres un amante, ya que es cualidad innata en los amantes el pasar en vela la noche soportando las penas de la pasión. Las esclavas se me acercaron, pero ella les hizo una seña y se marcharon. Se acercó a mí, me estrechó contra su pecho, me besó y la besé; me chupó el labio inferior, y yo le chupé el superior. Puse mi mano en su vientre y lo acaricié; juntos, rodamos por el suelo, y ella se desató las enaguas, que cayeron a sus pies; empezamos a acariciarnos, abrazarnos, a retozar y a decirnos palabras dulces, a mordernos, a mover las piernas y a dar vueltas en torno de la casa y de sus rincones, hasta que sus miembros se relajaron, perdió el conocimiento y quedó sumida en la inconsciencia. Aquella noche fue de alegría para mi corazón y de consuelo para los ojos, conforme dice el poeta:

La más bella noche que he vivido ha sido aquella en que no di reposo a la copa.
En ella separé el sueño de mis párpados, y uní el brazalete con la ajorca.

» ”Cuando fue de día quise marcharme, pero ella me retuvo y me dijo: ‘Quédate, pues he de contarte algo…’”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [ella siguió diciéndole:] « “‘…y he de darte un consejo’. Me detuve, y ella abrió un paquete y sacó este pedazo de tela. Encontré la figura de una gacela como ésta. Me quedé estupefacto, la cogí y le prometí que la visitaría todas las noches en aquel jardín. Me marché lleno de alegría, y por eso me descuidé de recitar el verso que me había encargado mi prima. En el momento de darme el pedazo de paño en el cual estaba bordaba la gacela, me dijo: ‘Esto lo ha hecho mi hermana’. Pregunté: ‘¿Cómo se llama?’ ‘Nur al-Huda. ¡Guarda el pañuelo!’ Me despedí de ella lleno de alegría, y me dirigí a mi casa. Entré a saludar a mi prima y la encontré amodorrada. Al verme se puso de pie; las lágrimas fluían de sus mejillas. Se acercó hacia mí y besó mi pecho. ‘¿Has recitado el verso, conforme te había recomendado?’ ‘Esta gacela bordada me lo ha hecho olvidar.’ Le entregué el trapo, y ella se turbó y no supo qué hacer. Las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Recitó estos versos:

¡Oh, tú, que buscas la separación! ¡Poco a poco! No te dejes engañar por los abrazos.
Poco a poco, porque el tiempo es, por naturaleza, traidor, y toda amistad acaba con la separación.

» ”Cuando hubo terminado de recitar estos versos, me dijo: ‘Primo, regálame este pañuelo’. Se lo entregué, lo cogió, lo desplegó y miró lo que contenía. Al llegar la hora en que yo debía salir, mi prima me dijo: ‘¡Ojalá tengas un buen camino! Pero cuando te despidas de ella, recítale el verso que te enseñé. No te olvides.’ ‘Vuelve a repetírmelo.’ Me lo recitó otra vez, y luego me marché al jardín. Entré en el lugar de costumbre y vi que la joven me estaba esperando. Al verme salió a mi encuentro, me besó e hizo que me sentase en sus piernas. Comimos, bebimos y satisficimos nuestro ardor del mismo modo como hemos dicho más arriba, por lo que no hay necesidad de repetir. Cuando llegó la aurora, le recité el verso:

¡Oh, enamorados! ¡Decidme! ¿Qué debe hacer un joven cuando el amor lo abrasa?

» ”Al oírlo, sus ojos se llenaron de lágrimas y recitó:

Guarda su amor, conserva su secreto, tiene paciencia y humildad.

» ”Aprendí este verso de memoria y quedé muy contento de haber cumplido el encargo de mi prima. Salí y me fui a ver a ésta. La encontré amodorrada; mi madre estaba junto a ella, llorando por el estado en que se encontraba. Al entrar me dijo: ‘¡Qué mal primo eres! ¿Cómo abandonas a tu prima en este estado, sin preguntar tan siquiera lo que tiene?’ Mi prima, al verme, levantó la cabeza, se sentó y me preguntó: ‘¡Aziz! ¿Le has recitado el verso que te enseñé?’ ‘¡Sí! Y al oírlo se puso a llorar y me recitó otro verso, que he aprendido de memoria.’ ‘¡Recítamelo!’ Después de oírlo, se puso a llorar y dijo:

Ha intentado ser paciente, pero sólo ha encontrado un corazón abandonado a la pasión.

» ”Mi prima añadió: ‘Cuando vayas a verla, como tienes por costumbre, recítale el verso que acabas de oír’ ‘Así lo haré.’ Por la noche me fui al jardín como las otras veces. La lengua es incapaz de describir lo que ocurrió entre nosotros, pero cuando estuve a punto de retirarme, le recité el verso ‘Ha intentado…’ hasta el fin. Al oírlo, se le escaparon las lágrimas de los ojos y recitó:

Si no tiene la paciencia necesaria para guardar su secreto, me parece que lo que más le conviene es la muerte.

» ”Lo aprendí de memoria y me marché a casa. Encontré a mi prima tendida y sin conocimiento. Mi madre estaba sentada a su cabecera. Al oír mi voz, abrió los ojos y me preguntó: ‘¡Aziz! ¿Has recitado el verso?’ ‘¡Sí! Al oírlo se ha puesto a llorar y me ha recitado este otro: ‘Si no tiene la paciencia…’, hasta el fin.’ Mi prima perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, recitó:

Hemos oído y hemos obedecido: morimos. Llevad mis saludos a aquel que ha impedido mi unión.

» ”Al llegar la noche me dirigí al jardín, según era mi costumbre. La joven estaba esperándome. Nos sentamos, comimos, bebimos, gozamos y dormimos hasta la mañana. Cuando iba a irme, le recité lo que mi prima había dicho. Ella dio un alarido y exclamó: ‘¡Quien ha recitado este verso, debe de haber muerto!’ Lloró a lágrima viva y exclamó: ‘¡Ay de ti! ¿No te has acercado a quien ha recitado ese verso?’ ‘Es mi prima.’ ‘¡Por Dios, que mientes! Si hubiese sido tu prima, la hubieses querido de la misma forma que ella a ti. ¡Tú la has matado! ¡Que Dios te mate del mismo modo! Si me hubieses dicho que era tu prima, jamás me hubiese acercado a ti.’ ‘Mi prima me ha explicado los gestos que me dirigías, y ella es la que me ha enseñado cómo debía portarme contigo. Sin sus instrucciones, jamás hubiera podido llegar hasta ti.’ ‘¿Conocía ella nuestras relaciones?’ ‘Sí.’ ‘Dios te aflija en la juventud, de la misma manera que tú la has apenado en la suya. ¡Vete a verla!’

» ”Me marché muy turbado, y no paré de andar hasta llegar a mi calle. Oí a las plañideras y pregunté la causa. Se me dijo: ‘Hemos encontrado a Aziza muerta detrás de la puerta’. Entré, y mi madre, al verme, exclamó: ‘¡Tú tienes la culpa de su muerte! ¡No te perdone Dios su sangre!…’”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la madre del muchacho continuó:] « “‘¡Qué mal primo has sido!’ Mi padre se acercó, arreglamos a la difunta, dispusimos el entierro, la sepultamos y permanecimos al lado del sepulcro tres días leyendo el Corán. Después regresamos a casa; yo estaba muy triste por haberla perdido. Mi madre se acercó a mí y me dijo: ‘Quiero saber qué es lo que has hecho con ella para conseguir que le estallase la vejiga de la hiel. Hijo mío, yo le he preguntado muchas veces por la causa de su enfermedad, pero no la ha querido decir ni me ha dado explicaciones. Te conjuro, por Dios: ¿qué es lo que

has hecho con ella para matarla?' Respondí: 'Nada'. '¡Dios tome en ti venganza! Ella no me ha revelado nada, ha guardado el secreto hasta la muerte; estaba tranquila, y poco antes de morir ha abierto los ojos y me ha dicho: '¡Tía! ¡Que Dios no considere a tu hijo responsable de mi muerte! ¡Que no le reprenda por lo que me ha hecho! Dios me arranca del mundo perecedero y me lleva a la morada eterna'. 'Hija mía, te curarás y recuperarás tu juventud', le dije.

» "Le pregunté por la causa de su enfermedad, pero no respondió. Sonriendo, me dijo: '¡Tía! Cuando tu hijo se disponga a ir al lugar que tiene por costumbre, dile: 'Cuando vayas a salir de él, pronuncia estas dos palabras: ¡Cuán bella es la fidelidad, y cuán mala es la traición!' Ésta es mi última recomendación; así le habré sido útil en la vida, y lo continuaré siendo después de mi muerte'. Después me dio un objeto para ti, pero me hizo prometer que no te lo entregaría hasta que te viera llorar y sollozar por su muerte. El objeto lo tengo guardado, y te lo entregaré cuando te haya visto postrado por el dolor'. '¡Muéstramelo!' Ella no quiso hacerlo. Yo me entregué a mis placeres y no me acordé de la muerte de mi prima porque era ligero y sólo quería pasar el día y la noche con mi amada.

» "Apenas vi llegar el crepúsculo, corrí al jardín y encontré a la joven sentada, impaciente de tanto esperar. Al darse cuenta de que me acercaba, corrió a mi encuentro, se colgó de mi cuello y me preguntó por mi prima. Le contesté que había muerto, que habíamos rezado y recitado el Corán por ella y que así habían transcurrido cuatro noches desde su muerte; que aquélla era la quinta. Ella dio un alarido y se puso a llorar. 'Ya te dije que tú la matabas; si me hubieses hablado de ella antes de su muerte, la habría recompensado por el favor que me había hecho, pues ella me ha servido bien al hacer que te reunieses conmigo; de no ser por ella, jamás nos hubiésemos unido. Temo que ahora te suceda cualquier desgracia, como castigo por el daño que le has hecho.' 'Ella me ha declarado inocente de su muerte.'

» "Le referí todo lo que me había explicado mi madre, y me replicó: '¡Te ruego, por Dios, que cuando veas a tu madre te enteres de qué es lo que guarda!' 'Mi madre me ha explicado: 'Tu prima me ha dicho antes de morir: 'Cuando tu hijo se disponga a ir al lugar de costumbre, dile: 'Cuando vayas a salir de él, pronuncia estas dos palabras: '¡Cuán bella es la fidelidad, y cuán mala es la traición!' La joven exclamó: '¡Dios se apiade de ella! Te has librado de mis manos, pues yo ya tenía tramada tu pérdida. Pero ahora no lo haré ni te causaré molestias'.

» "Me quedé pasmado, y le pregunté: '¿Qué pensabas hacerme antes de todo esto, si existen entre ambos lazos de amor?' 'Tú estás enamorado de mí, pero todavía eres un niño; tu corazón está aún libre de engaño. Tú desconoces por completo nuestras tretas y nuestras añagazas. Si tu prima estuviese viva, te habría ayudado, ya que a ella le debes tu salvación, el haber escapado a la muerte. Ahora sólo te recomiendo que no hables con ninguna mujer, que no dirijas la

palabra a ninguna de mis semejantes, sea joven o vieja. ¡Guárdate, guárdate de hacerlo, pues desconoces las tretas y los engaños de las mujeres! La que te explicó los gestos ya ha muerto, y temo que caigas en cualquier desgracia y no encuentres, muerta ya tu prima, quien te libre de tu perdición.'"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven prosiguió:] «"'¡Qué apenada estoy por la pérdida de tu prima! Si hubiera conocido su existencia antes de su muerte, la habría recompensado por el bien que me ha hecho. ¡Dios (ensalzado sea) se apiade de ella por haber sabido callar y guardar su secreto! De no ser por ella, jamás hubieses llegado hasta mí. Tengo algo que pedirte'. '¿De qué se trata?' 'Debes conducirme hasta su tumba para que pueda visitarla y escribir encima unos versos.' 'Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, te acompañaré.'

» "Dormí con ella aquella noche. Ella no hacía más que decirme: '¡Ojalá me hubieses hablado de tu prima antes de su muerte!' Yo le pregunté: '¿Qué significan sus palabras: ¡Cuán bella es la fidelidad, y cuán mala es la traición!?', pero no obtuve respuesta. Al llegar la mañana, se levantó, cogió una bolsa llena de dinares y me dijo: '¡Acompáñame y muéstrame su tumba para que pueda visitarla, escribir encima unos versos, mandar construir un panteón, hacer limosnas en memoria de su muerte y gastar todos estos dinares en sufragio de su alma!' Le dije que lo haría de buena gana, y me eché a andar. Ella me seguía unos pasos más atrás, e iba dando limosnas por el camino. Cada vez que daba algo, decía: 'Esta limosna es por el alma de Aziza, que supo guardar su secreto hasta el punto de apurar, antes que revelar su pasión, el vaso de la muerte'.

» "No paró de dar limosnas y decir: 'Por el alma de Aziza', y así anduvimos hasta la tumba, de tal modo que al llegar junto a ésta había dado todo lo que contenía la bolsa. Al ver el sepulcro, se arrojó encima y lloró amargamente. Después sacó un cincel de acero y un gracioso martillo, y se puso a esculpir en la cabecera de la tumba unas líneas airosas, que trazaron los siguientes versos:

He pasado junto a una tumba vieja, situada en el centro del jardín; encima de ella florecían siete anémonas.
Pregunté: '¿De quién es esta Sepultura?'; y el polvo me contestó: 'Anda con cuidado, pues aquí yace un amante enamorado'.
Entonces exclamé: '¡Dios te proteja, víctima del amor, y te haga alcanzar en el Paraíso un alto estrado!'
La morada de los amantes, entre los humanos, incluso sus tumbas, están cubiertas por el polvo del envilecimiento.

Si pudiese sembrar, plantaría un jardín, que regaría con mis muchas lágrimas.

» ”Lloró muchísimo, y después se dirigió al jardín. Yo la seguí. Me dijo: ‘Te conjuro, por Dios, a que no me abandones jamás’. Respondí que le haría caso y continué visitándola. Cada vez que pasaba la noche con ella me trataba con favor, me honraba y me preguntaba por las palabras que mi prima Aziza había dicho a mi madre, y yo se las repetía. Así fui comiendo, bebiendo, amando, abrazando y cambiando unos vestidos por otros más finos, al mismo tiempo que iba engordando y aumentando de peso. Nada había que me preocupara o me entristeciese, y llegué a olvidar a mi prima, sumergido en aquella vida tan muelle. Así transcurrió un año.

» ”Al principio del siguiente entré en el baño, me adecenté y me puse un vestido precioso. Al salir me bebí un vaso de jarabe y aspiré el aroma que exhalaban mis ropas, que habían sido impregnadas de toda clase de perfumes. Yo estaba a cubierto de los engaños del tiempo y de las calamidades que afligen a los jóvenes. A la hora del ocaso me apeteció ir a ver a mi amante, pero estaba borracho y no sabía hacia dónde me encaminaba. Me puse en marcha, pero el vino me desvió hacia el callejón que se llama *El Naqib*. Mientras iba por la callejuela vi a una vieja que llevaba en una mano una vela encendida, y en la otra una carta doblada”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven continuó su relato:] « “Me acerqué a ella, pues estaba llorando y recitaba estos versos:

¡Dios proteja a quien me ha anunciado vuestra llegada! ¡Me ha traído la mejor noticia que yo pudiera oír!
Aunque él se contente con un objeto usado, le he de entregar un corazón que se laceró el día de la despedida.

» ”Al verme, me preguntó: ‘Hijo mío, ¿sabes leer?’ ‘Sí, vieja tía.’ ‘Coge esta carta y léemela.’ Me entregó el papel, lo cogí, lo abrí y leí el contenido. Era la carta de una persona que estaba lejos y mandaba saludos a los seres queridos. Al oírlo se alegró, acogió animada las buenas noticias y me deseó toda suerte de bienes, diciendo: ‘¡Que Dios disipe todas tus preocupaciones, del mismo modo que ha borrado las mías!’ Recogió la carta y avanzó un par de pasos. Me entraron ganas de orinar, y me puse allí mismo a evacuar el agua. Me levanté, me puse como debía, arreglé mis vestidos y me dispuse a marcharme. La vieja volvió a

acercarse a mí, me besó la mano y me dijo: '¡Señor mío! Dios (¡ensalzado sea!) te permita gozar de tu juventud sin disgustos. ¿Te placería acompañarme unos pasos hasta aquella puerta? Yo les he referido todo lo que me has dicho al leer la carta, pero no me han creído. Ven conmigo y léeles la carta desde detrás de la puerta, y acepta mis buenos deseos hacia ti'.

» "Le pregunté: '¿Qué significa esta carta?' 'Esta carta procede de un hijo mío que está ausente desde hace diez años, pues salió a un viaje de negocios. Tiene una hermana que lo llora, día y noche, desde que se marchó. Le he dicho que se encuentra bien, con salud, pero no me ha dado crédito y me ha dicho: 'Has de traerme a alguien que me lea esta carta y me informe, para que yo pueda tranquilizar mi corazón'. Tú, hijo mío, ya sabes que los que aman tienen tendencia a pensar mal. Hazme, pues, el favor de leer esta carta a su hermana desde la puerta, para que ella pueda oírla desde detrás de la cortina. Así recibirás de Dios la recompensa que corresponde al que hace un favor a un musulmán, y alejará de ti una preocupación. El Enviado de Dios (¡Dios lo bendiga y lo salve!) ha dicho: 'Aquel que aleja, de quien está afligido, una de las penas de este mundo, Dios le perdonará setenta y dos penas el día del juicio'. Yo me he dirigido a ti, y tú no debes defraudarme.'

Acepté complacerla, le dije que fuese delante y ella lo hizo así. La seguí hasta llegar a la puerta de una gran casa, que estaba chapeada de cobre rojo. Me quedé detrás de la puerta. La vieja dijo algo en una lengua extraña, y antes de que me diese cuenta, se presentó, esbelta y ligera, una adolescente. Llevaba los vestidos arremangados hasta la rodilla, por lo cual vi que tenía dos piernas capaces de hacer perder la cabeza a quien las contemplara, tal como dijo el poeta al describirlas:

> ¡Oh, tú, que te arremangas los vestidos por encima de la pantorrilla para enseñarlas a los amantes y para que éstos puedan adivinar el resto!
> Vas presentando la copa al amante: nada hay que seduzca más a los hombres que la copa y la pierna.

» "Aquellas piernas eran como columnas de mármol y estaban adornadas con ajorcas de oro incrustadas de piedras preciosas. El escote del vestido dejaba ver los hombros, y llevaba las mangas arremangadas; en los brazos tenía pulseras; los pendientes eran perlas; el collar, de valiosísimas gemas, y tocaba su cabeza con un chal con engarces. El faldón de su camisa estaba vuelto y sujeto con el cinturón del vestido, como si hubiese estado ocupada en algún quehacer. Al verme, dijo con un acento puro y dulce, como jamás lo había oído: '¡Madre! ¿Es éste quien nos va a leer la carta?' 'Sí.' Extendió su mano y me alargó el escrito. Como ellas estaban a una media caña de la puerta, yo extendí también mi mano para alcanzarlo y metí mi cabeza y mis hombros a través de la puerta para

acercarme. Sin saber cómo, la vieja me dio un cabezazo en la espalda y me empujó hacia dentro, a pesar de que yo me cogí con la mano en la puerta. Al volverme me di cuenta de que estaba en el interior de la casa, en el centro del vestíbulo. La vieja entró más rápida que un relámpago y se apresuró a cerrar la puerta”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] « “Cuando la joven me vio en el interior, se acercó a mí, me estrechó contra su pecho, me tiró al suelo, se sentó en mi tórax y me apretó el vientre con las manos hasta que perdí el conocimiento; me cogió y, sin que pudiera escapar de sus manos —tal era la fuerza con que me sujetaba—, me condujo hacia el interior precedida por la vieja, que llevaba la vela encendida. Después de atravesar siete corredores, entramos en una gran sala con cuatro estrados; me dejó sentado y mi pidió que abriera los ojos. Los abrí, medio aturdido aún por la manera con que ella me había tirado al suelo y oprimido el vientre. Vi que la sala era de mármol magnífico, y que los tapices, al igual que los cojines y divanes, eran de seda pura. Había además dos bancos de cobre amarillo y un lecho de oro rojo incrustado de perlas y piedras preciosas, como sólo es propio de un rey.

» ”Me dijo: ‘¡Aziz! ¿Qué prefieres? ¿Vivir o morir?’ ‘¡Vivir!’ ‘Si prefieres vivir, cásate conmigo.’ ‘Me repugna casarme con una mujer como tú.’ ‘Si te casas conmigo, te librarás de la hija de Dalila la Taimada.’ ‘¿Quién es esa Dalila la Taimada?’ Se echó a reír y exclamó: ‘¡Cómo! ¿No la conoces y llevas viviendo con ella un año y cuatro meses? ¡Dios (¡ensalzado sea!) la haga morir! No hay mujer más taimada que ella. ¡A cuántas personas ha matado antes de conocerte! ¡Cuántas malas acciones ha hecho! ¿Cómo has conseguido escapar de sus manos sin que te haya dado muerte, o haya atentado contra ti, a pesar del mucho tiempo que llevas en su compañía?’

» ”Quedé asombrado al oír estas palabras y le dije: ‘¡Señora mía! ¿Quién te ha explicado todo eso?’ ‘La conozco tan bien como el tiempo conoce sus calamidades. Pero ahora sólo deseo que me expliques todo lo que te ha sucedido con ella, para saber cómo has podido escapar.’ Le conté todo lo que me había ocurrido con ella y con mi prima Aziza. Al oír que ésta había muerto, la joven se apiadó, lloró por ella y dio unas palmadas. Me dijo: ‘Dios te ha recompensado con bien por su pérdida, Aziz. Ella ha sido la causa por la que has escapado de las insidias de Dalila la Taimada. De no ser por ella, habrías muerto. Temía que su perfidia y maldad te causasen una desgracia, pero no podía hablar’. ‘¡Por Dios! Todo eso es lo sucedido.’ Movió la cabeza y exclamó: ‘¡Hoy no existen ya mujeres como Aziza!’ ‘Antes de morir me recomendó que dijese estas palabras:

‘¡Cuán bella es la fidelidad, y cuán mala es la traición!’ ‘¡Aziz! Esas palabras son las que te han librado de sus garras; gracias a ellas, no has perecido; tu prima —viva o muerta— te ha salvado. ¡Por Dios! Yo deseaba unirme contigo aunque fuera una sola vez, pero no he podido lograrlo hasta ahora en que te he preparado esta encerrona, que ha salido bien. Tú eres muy joven y no conoces las tretas de las mujeres ni las calamidades de las viejas.’ ‘¡No, por Dios!’ ‘Tranquilízate y serénate. El muerto descansa, y el vivo es bien querido. Tú eres un joven hermoso, y yo sólo te pretendo de acuerdo con lo que dispone la ley de Dios y de su Enviado (¡Dios lo bendiga y lo salve!). Te daré inmediatamente todas las riquezas y los trajes que te plazcan; no te contradeciré en nada; tengo siempre pan en la despensa y agua en el cántaro. Lo único que te pido es que hagas conmigo lo mismo que hace el gallo.’ ‘¿Y qué es lo que hace el gallo?’

» ”Palmoteó y se puso a reír tan fuertemente que cayó de espaldas; después se sentó y me dijo: ‘¿No conoces el oficio del gallo?’ ‘¡Por Dios! Ignoro en qué consiste ese oficio.’ ‘El gallo come, bebe y cohabita.’ Me quedé avergonzado al oír estas palabras y pregunté: ‘¿Ése es el oficio del gallo?’ ‘Sí; sólo te pido que te aprietes el cinturón, cojas fuerzas y actúes.’ Dio unas palmadas y llamó: ‘¡Madre! ¡Ven con quienes están contigo! La vieja llegó con los cuatro testigos legales y encendió cuatro velas. Al entrar, los testigos me saludaron y se sentaron. La joven se levantó, cubrió su rostro con el velo y encargó a uno de los testigos que la representase en la boda. Escribieron el contrato, y ella declaró por sí misma que había recibido la totalidad de la dote, tanto la parte que debía recibir por adelantado como la que le correspondía recibir en un segundo plazo, y que me debía diez mil dirhemes”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] « “Después pagó a los testigos y éstos se marcharon por donde habían venido. Entonces se puso de pie, se quitó los vestidos y se me acercó; llevaba únicamente una delgadísima camisa bordada en oro; una vez se hubo quitado los vestidos, me cogió por la mano, me condujo al lecho y me dijo: ‘En lo que es lícito, nada hay de reprochable’. Se tumbó boca arriba en el lecho y me atrajo hacia su vientre. Exhaló un gemido de placer, seguido de otro de satisfacción, y se levantó el camisón por encima de los senos. Al verla así ya no pude contenerme y se lo introduje después de haberle sorbido los labios; gemía, estaba tierna y conmovida, lloraba, dejaba escapar lágrimas, y en este estado me hacía recordar las palabras de quien dijo:

Cuando quitó el vestido que cubría sus partes, encontré un desfiladero que

era tan angosto como mi carácter y mis recursos.

Metí la mitad, y ella suspiró. Le pregunté: '¿Por qué suspiras?' Respondió: 'Por lo que falta'.

» "Me dijo: 'Haz lo que te plazca, pues soy tu esclava; cógelo y dámelo entero. ¡Por mi vida que es tuya! ¡Dámelo para que lo meta con mi propia mano, y me consuele con ello el corazón!' Continuó gimiendo y suspirando, cada vez en voz más alta, en medio de besos y abrazos, hasta que nuestros gritos llegaron a la calle, y gozamos de una gran felicidad. Después nos dormimos hasta la mañana. Entonces quise marcharme, pero ella se acercó a mí, riendo, y me dijo: '¿Crees que es lo mismo entrar en el baño que salir? Me parece que me consideras igual que a Dalila la Taimada. ¡Guárdate de creerlo! Tú eres mi esposo según el Corán y la tradición. Si estás borracho, recobra el conocimiento, pues la casa en que te encuentras sólo se abre una vez al año. Ve a mirar la puerta grande'.

» "Fui a la puerta principal y vi que estaba cerrada y calafateada. Volví a su lado y le dije que estaba cerrada y calafateada. Me dijo: 'Aziz: tenemos harina, granos, frutas, granadas, azúcar, carne, corderos, gallinas y otras muchas cosas, en tal cantidad que nos basta para varios años. La puerta no volverá a abrirse hasta dentro de un año'. Exclamé: '¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!' Me preguntó: '¿Qué es lo que te preocupa, si conoces el oficio del gallo que te pedía?' Se echó a reír y yo la acompañé, siguiéndole la corriente. Permanecí a su lado hacienda de gallo, esto es, comiendo, bebiendo y cohabitando hasta que hubo transcurrido un año de doce meses.

» "Al cumplirse el año había quedado embarazada y dio a luz un niño.

» "Al principiar el año siguiente oí que la puerta se abría y que entraban hombres con pasteles, harina y azúcar. Quise salir, pero me dijo: 'Espera a que oscurezca. Así saldrás a la misma hora a la que entraste'. Esperé hasta que hubo oscurecido, y estaba a punto de salir, temeroso, nervioso, cuando ella me dijo: '¡Por Dios! No te dejaré salir hasta que me hayas jurado que regresarás esta misma noche, antes de que se cierre la puerta'. Prometí y juré del modo más solemne, por la espada, por el Corán y por el repudio, que volvería a su lado; entonces salí de su casa y me encaminé al jardín. Estaba abierto, como de costumbre, por lo cual me indigné y me dije: 'He faltado a esta cita un año entero, y ahora llego de improviso y encuentro la puerta abierta. ¡Quién pudiera saber si la joven ha sido fiel todo este tiempo! Entraré y lo comprobaré antes de ir a ver a mi madre, ya que está anocheciendo'. Entré en el jardín…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [prosiguió el joven su relato:] « “…y lo crucé hasta llegar al estrado. Encontré a la hija de Dalila la Taimada, sentada, con la cabeza reclinada en la rodilla y apoyando la mejilla en la mano. Su color había cambiado, y los ojos estaban mustios. Al verme exclamó: ‘¡Loado sea Dios, pues te encuentras bien!’ Intentó ponerse de pie, mas no pudo; ¡tan grande era su alegría! Quedé avergonzado, bajé la cabeza, me acerqué a ella, la besé y le pregunté: ‘¿Cómo sabías que iba a venir hoy?’ ‘No lo sabía, por Dios. Hace un año que no consigo conciliar el sueño, y paso todas las noches en vela esperándote. Tengo esto por costumbre desde el día en que te regalé el traje nuevo y saliste de mi casa, después de haberte hecho prometer que regresarías. Te esperé, pero no viniste ni la primera, ni la segunda, ni la tercera noche; he estado esperando constantemente tu llegada, pues así debe hacerlo el amante. Quiero que me expliques cuál ha sido la causa de tu ausencia durante este año.’

» ”Se lo conté, y cuando supo que me había casado, palideció. Añadí: ‘He venido aquí sólo por esta noche, pues he de regresar antes de que amanezca’. Me replicó: ‘¿Es que no le basta con haberse casado contigo mediante un subterfugio y haberte retenido un año completo, sino que aún ha de hacerte jurar, por el repudio, que has de volver a su lado antes de que amanezca, sin permitirte visitar ni a tu madre ni a mí, sin consentir que pases una sola noche con una de nosotras dos? ¿En qué estado se ha de encontrar aquella a la que has faltado durante un año entero? Te conocí antes que ella. ¡Dios se haya apiadado de Aziza! A ésta le ocurrió lo que a nadie había sucedido; soportó lo que nadie habría soportado, y murió atemorizada por tus malos tratos. Ella te protegió ante mí, y si te dejé salir, a pesar de que te podía haber retenido o asesinado, fue porque creía que ibas a volver’. Lloró más, fue excitándose y me miró con malos ojos.

» ”Al verla en este estado me temblaron los miembros, temí cualquier desgracia y estuve sobre ascuas. ‘Después de haberte casado y de tener un hijo no me sirves de nada; no puedes frecuentar mi intimidad, ya que sólo me gustan los solteros; los hombres casados no me placen. Me has vendido a aquella desvergonzada, y ¡por Dios!, que he de hacerle llorar tu pérdida, pues no me has de servir ni a mí ni a ella.’ Dio un grito, y, sin saber cómo, aparecieron diez esclavas, que me echaron al suelo. Al caer bajo sus manos, la joven se puso de pie, cogió un cuchillo y dijo: ‘Te voy a degollar como se hace con los machos cabríos. Éste es el castigo menor que puedo darte por el daño que hiciste a tu prima’. Al verme en el suelo, debajo de sus esclavas y con las mejillas en el polvo; al contemplar el cuchillo que tenía en la mano, me convencí de que la muerte…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] « “…iba a cogerme. Procuré enternecerla, pero no hice más que aumentar su dureza. Mandó a las esclavas que me atasen las manos. Me las ataron, me tumbaron de espaldas, se sentaron encima de mí y, sujetándome la cabeza, dos de ellas me cogieron por los dedos del pie, y otras dos se sentaron encima de mis tobillos. Mandó a dos que me pegasen y así lo hicieron, hasta que perdí el mundo de vista y mi voz se apagó. Cuando volví en mí, me dije: ‘Es mejor morir degollado que sufrir esta paliza’. Volví a pensar en las palabras de mi prima, cuando me puso en guardia contra la perfidia de las mujeres. Gemí y lloré hasta perder el aliento, mientras ella afilaba el cuchillo y mandaba a las esclavas que me soltasen. Entonces Dios me inspiró el que pronunciase las palabras que me había recomendado mi prima: ‘¡Cuán bella es la fidelidad, y cuán mala es la traición!’ Al oírlas, dio un grito y exclamó: ‘¡Dios se apiade de ti, Aziza, y conserve tu belleza! ¡Has salvado a tu primo cuando vivías, y ahora, muerta, lo redimes!’ Me dijo: ‘¡Has escapado a mi mano gracias a esas palabras! Pero sigue siendo necesario que te haga algo para vengar en ti el que aquella desvergonzada te haya separado de mí’.

» ”Dio un grito a las esclavas y les dijo: ‘¡Colocaos encima de él!’ Les dijo que me atasen los pies con cuerdas, y así lo hicieron. Después se alejó, colocó una sartén de bronce encima del fuego, vertió en ella aceite de sésamo y puso a freír queso, mientras yo estaba desmayado. Se acercó a mí, desató mis vestidos, me ató los genitales con una cuerda y la entregó a dos esclavas, diciéndoles: ‘¡Tirad con fuerza!’ Tiraron de la cuerda, y el dolor me hizo perder el conocimiento. Ella levantó la mano y me castró con el cuchillo, dejándome como si fuese una mujer. Luego cauterizó la herida y la cubrió con un polvillo, mientras yo seguía desmayado. Cuando volví en mí, la sangre había dejado de fluir. Me dio de beber una copa de jarabe y me dijo: ‘Ahora puedes ir al lado de aquella con quien te casaste, y que ha sido avara hasta el punto de concederme una sola noche. ¡Dios se apiade de tu prima! Ésta ha sido quien te ha salvado. Si no hubiese oído tus palabras, en verdad que te habría degollado. ¡Vete ahora mismo junto a quien amas! Sólo me importaba de ti lo que te he cortado, y ya no queda en ti nada que me apetezca; no me inspiras ningún deseo. ¡Levántate, pásate la mano por la cabeza y vete dando gracias a tu prima!’ Me echó de un puntapié. Yo apenas podía andar, y me marché poco a poco hasta llegar a la puerta. La encontré abierta y entré. No sabía lo que me hacía. Mi mujer salió a recibirme, me condujo y me metió en la alcoba, en donde se dio cuenta que había quedado como una mujer. Dormí profundamente, y al despertarme me encontré abandonado en la puerta del jardín”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven continuó su relato:] « “Me puse de pie, lleno de angustia, y anduve hasta llegar a mi casa. Encontré allí a mi madre, que lloraba y decía: ‘¡Quién supiera, hijo mío, en qué lugar te encuentras!’ Me acerqué y me arrojé en sus brazos. Ella, al mirar y verme, se dio cuenta de que estaba descompuesto, pálido, lívido. Me acordé en aquel momento de mi prima y el mucho bien que me había hecho, y de que ella me había amado. Lloré por ella, y mi madre me acompañó en el llanto. Después me dijo: ‘¡Hijo mío! Tu padre ha muerto’. Esto aumentó mi dolor, y lloré hasta caer desmayado. Cuando volví en mí miré el lugar en que acostumbraba sentarse mi prima, y de nuevo me eché a llorar a lágrima viva hasta caer desmayado otra vez.

» ”No dejé de llorar y sollozar hasta llegada la medianoche. Mi madre me dijo: ‘Tu padre murió hace diez días’. ‘Sólo pienso en mi prima, ya que merezco lo que me ha ocurrido porque la desprecié mientras ella me amaba.’ Me preguntó: ‘¿Y qué te ha sucedido?’ Le referí todo lo que me había ocurrido y se puso a llorar. Después se levantó y me acercó algo de comer. Comí un poco, bebí y le volví a referir mi historia y todo lo que me había sucedido. Exclamó: ‘¡Loado sea Dios, que ha permitido que te ocurra esto y ha evitado que te degollara!’ Se dedicó a curarme y a cuidarme hasta que me curé por completo y recobré la salud. Entonces me dijo: ‘¡Hijo mío! Voy a darte ahora el depósito que me dejó tu prima, ya que te pertenece, puesto que ella me hizo jurar que no te lo daría hasta que te viese pensar en ella, llorar su muerte y romper las relaciones con otras mujeres. Ahora se han cumplido estas condiciones’. Se levantó, abrió un cofre y sacó de él este retal, en el que está bordada la gacela, que es la misma que yo le había regalado con anterioridad. La cogí y vi que estaban escritos estos versos:

Excitasteis en mi corazón la pasión, pero os mantuvisteis frío. Desvelasteis mis ojos con las lágrimas y os dormisteis.
Habéis ocupado un puesto entre el corazón y la mente. El corazón no puede olvidaros, aunque debiera fundirse por vos.
Me prometisteis que mantendríais oculto el amor, pero el calumniador ha intervenido y ha hablado, y vos también.
¡Por Dios, amigos! Cuando muera, escribid sobre la losa de mi tumba: ‘Éste es un enamorado’.

» ”Al leer estos versos lloré a lágrima viva y me abofeteé. Desplegué el retal y cayó de él otra hoja. La abrí. En ella estaba escrito: ‘¡Primo! Sabe que te considero inocente de mi muerte, y ruego a Dios que te auxilie en tus relaciones con aquella a la que amas. Si te sucede alguna desgracia con Dalila la Taimada,

no vuelvas a verla a ella ni a quienes son como ella. Después de lo que te suceda, ten paciencia en la desgracia, pues de no ser porque tu hora está predestinada, ya hubieses muerto hace mucho tiempo. ¡Loado sea Dios, que me ha hecho morir antes que tú! Te saludo. Guarda el retal en que está dibujada la gacela y no lo pierdas. Su dibujo me distraía cuando estabas ausente'"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el escrito seguía de esta forma:] « "'Te conjuro, en nombre de Dios, a que te mantengas alejado de quien ha dibujado esta figura, a no consentir que se te acerque ni a casarte con ella. Si no puedes evitarlo, no te acerques nunca más a otra mujer. Sabe que quien ha trazado la figura dibuja una igual cada año y la envía a cualquier país remoto para que se difunda su fama y la perfección de su trabajo, que nadie puede imitar. Dalila la Taimada, cuando recibió este pañuelo que tiene la figura de la gacela, empezó a mostrarla a todas las gentes y a decirles: 'Tengo una hermana que hace esto'. Pero ella miente en su afirmación. ¡Dios la castigue! Te hago estas recomendaciones porque después de mi muerte te esperan adversidades en este mundo, y es posible que a causa de ellas te marches a países extraños, oigas hablar de la autora de estas figuras y sientas la tentación de conocerla. Sabe que la joven, la autora de estos bordados, es la hija del rey de las Islas del Alcanfor'. Después de leer aquello y meditar su contenido, lloré de nuevo, y mi madre me acompañó en las lágrimas. Seguí llorando y contemplando el escrito hasta la llegada de la noche.

» "Permanecí en este estado durante un año. Al año siguiente, algunos comerciantes de mi ciudad —éstos que vienen conmigo en la caravana— prepararon un viaje. Mi madre me aconsejó que los acompañase. 'Es posible que el viaje borre las penas que te afligen. Auséntate por uno, dos o tres años, hasta que regrese la caravana. Quizá desaparezca tu angustia.' Me estuvo animando con sus palabras hasta que hube preparado las mercancías y partido de viaje con ellos. Pero mis lágrimas han seguido manando durante todo el camino, y en todos los altos he extendido este pañuelo delante de mí para contemplar esta figura, pensar en mi prima y llorar por ella, como tú has podido comprobar. Ella me quería con locura, y murió de los disgustos que le di, de mis malos tratos, cuando ella sólo me había hecho bien. Cuando estos comerciantes regresen de su viaje, volveré con ellos.

» "He estado ausente un año, pero yo seguiré más triste, apenado y acongojado, puesto que he atravesado las Islas del Alcanfor y la Fortaleza de Cristal. Se trata de siete islas, gobernadas por un rey que se llama Sahramán y que tiene una hija llamada Dunya. Se me ha dicho que ésta es la que borda las

gacelas, y esa figura que tienes ahí delante es una de ellas. Al enterarme de esto han aumentado mis pesares y he quedado sumergido en un mar de dudas y de fuego, llorando por mí mismo, ya que soy como una mujer, carezco del instrumento propio de los hombres y no puedo remediarlo. Desde el día en que abandonamos las Islas del Alcanfor, mis ojos lloran, mi corazón está afligido. Éste es mi estado desde hace tiempo, y no sé si alcanzaré a llegar a mi país para morir al lado de mi madre, puesto que estoy harto del mundo." Se puso a llorar, sollozó y contempló la gacela, mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla. Recitó estos versos:

A aquel que me ha dicho que el consuelo no puede faltar, le respondo enfadado: "¡Cuánto se hace esperar!"
Me dice: "Llegará pronto". Respondo: "¡Oh, maravilla! ¿Quién me garantiza que viva aún, oh tú, que eres corto de entendederas?"

» "Ésta es mi historia, rey."

» Cuando Tach al-Muluk hubo oído la historia del joven, se maravilló hasta el límite extremo, y su corazón se inflamó al tener noticias de la belleza de la señora Dunya» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Tach al-Muluk] « dijo al joven: "¡Por Dios! Te ha ocurrido algo que no sucede a cualquiera. ¡Estaba dispuesto así por tu Señor! Quiero preguntarte algo". "¿De qué se trata?" "Has de explicarme cómo has visto a la joven que ha bordado esta gacela." "¡Señor mío! Alcancé a verla gracias a un subterfugio. Cuando llegué a su país con la caravana, me dediqué a pasear y a vagar por jardines que tenían muchos árboles. Su guardián es un anciano muy viejo. Le pregunté: '¿A quién pertenece este jardín?' 'A la hija del rey, la señora Dunya. Estamos debajo de su alcázar. Si quieres visitarlo, abre la puerta secreta, pasea por el jardín y aspira el aroma de sus flores.' Le contesté: 'Me place; mas permíteme que me quede hasta que ella pase: tal vez me conceda el don de una mirada'. 'No hay ningún inconveniente.'

» "Al oír esto le di unos dirhemes y, alegre, me abrió la puerta y me hizo entrar. Anduvimos hasta llegar a un lugar hermoso, en el que me ofreció fruta. Me dijo: 'Siéntate aquí. Me voy y vuelvo en seguida'. Me dejó solo, se fue y volvió al cabo de un rato trayendo consigo un cordero asado. Comimos hasta hartarnos, pero mi corazón estaba impaciente por ver a la joven. Mientras estábamos sentados se abrió la puerta. Me dijo: '¡Levántate! ¡Escóndete!' Hice lo que me había dicho y vi a un eunuco negro que sacaba la cabeza por la puerta, y

preguntaba: '¡Jeque! ¿Hay alguien contigo?' 'No.' 'Cierra la puerta.'

» "El anciano cerró la puerta del jardín, y la señora Dunya apareció por la del alcázar. Al verla creí que era la luna que había bajado a la tierra; mi entendimiento quedó deslumbrado, y me prendé de ella de igual modo que el sediento apetece el agua. Al cabo de un rato cerró la puerta y se fue. Entonces salí del jardín y me dirigí a mi habitación, pues me di cuenta de que nunca podría llegar hasta ella, porque no pertenecía a su séquito y porque yo era igual que una mujer. Me dije: 'Ésta es hija de un rey, y yo soy un simple comerciante. ¿Cómo he de poder llegar hasta ella?' Cuando mis compañeros se prepararon para reemprender el viaje, yo me dispuse también y me vine con ellos hacia esta ciudad. Al llegar a este camino te hemos encontrado. Tal es mi historia y lo que me ha ocurrido. Y la paz."

» Tach al-Muluk sintió que su corazón se le inflamaba de amor por la señora Dunya. Montó en su corcel, llevándose consigo a Aziz, y se dirigió a la ciudad de su padre. Dio a Aziz habitaciones propias, le entregó todo lo que podía necesitar y lo abandonó, marchándose a su palacio. Las lágrimas corrían por sus mejillas, porque el oír una descripción hace el mismo efecto que el ver lo que se describe y estar junto a ello. Tach al-Muluk seguía en este estado cuando entró su padre a verlo. Se dio cuenta de que estaba apenado, preocupado: "¡Hijo mío! Dime qué te ocurre para que hayas cambiado el color de este modo". Le dijo que Dunya lo había impresionado, que se había enamorado de ella por lo que había oído, sin necesidad de verla. "¡Hijo mío! Su padre es un rey, pero su país, ¡está tan lejos de nosotros! ¡Olvida esto y vete al palacio de tu madre!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el padre de Tach al-Muluk continuó diciéndole:] « "En él encontrarás quinientas jóvenes como lunas. Coge la que más te guste. Si ninguna de ellas te place, cásate con una hija de reyes que sea más hermosa aún que la señora Dunya". Él replicó: "¡Padre! No quiero a ninguna otra, puesto que ella es quien ha bordado la gacela que yo he visto. He de conseguirla, pues de lo contrario iré a perderme en el desierto y me daré muerte por su causa". "¡Hijo! Espera a que envíe una embajada a su padre pidiéndole su mano. Así satisfaré tu deseo, de la misma manera como yo satisfice el mío con tu madre. Si no acepta, revolveré su reino y enviaré contra él un ejército cuya retaguardia aún estará aquí cuando la vanguardia haya llegado a sus Estados."

» Mandó llamar al joven Aziz y le preguntó: "Hijo mío, ¿sabes el camino?" "Sí." "Me gustaría que acompañaras a mi visir." "Iré con gusto", respondió Aziz. Entonces el rey mandó llamar a su visir y le dijo: "Has de arreglar este asunto. Ve a las Islas del Alcanfor y pide la mano de la hija del rey para mi hijo". El

visir prometió cumplir la orden, y Tach al-Muluk regresó a sus habitaciones presa del sufrimiento y de la pena. Al llegar la noche recitó estos versos:

Las tinieblas han extendido su manto, y mis lágrimas son más copiosas mientras la pena del amor arde en el corazón.
Preguntad por mí a las noches y os dirán que la angustia sofoca mi corazón enamorado.
Paso las noches en vela contemplando las estrellas, mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas como granos de granizo.
Estoy solo, sin nadie que me acompañe, como un amante desesperado sin mujer ni hijos.

» Luego cayó desmayado y no volvió en si hasta la mañana. Su padre fue a visitarlo, y al verlo más desmejorado y pálido, lo tranquilizó con la promesa de que lo reuniría con su amada. Completó los preparativos de Aziz y del ministro y les hizo entrega de los regalos del protocolo.

» Viajaron unos cuantos días con sus noches hasta llegar a las Islas del Alcanfor. Hicieron alto en la orilla de un río, y el visir despachó un mensajero al rey para informarle de su llegada. Medio día después de la marcha del mensajero llegaron los chambelanes y los emires del rey, que se acercaban a recibirlos a la distancia de una parasanga. Les salieron al encuentro, se pusieron a su servicio y los acompañaron hasta la presencia del rey.

» Entregaron a éste los regalos y fueron sus huéspedes durante cuatro días. Al quinto, el visir se presentó ante el soberano, le dirigió la palabra y le explicó la causa de su viaje. El rey quedó perplejo, sin saber qué contestarle, ya que su hija sentía repugnancia por el matrimonio. Se quedó cabizbajo un momento, y después, levantando la cabeza, dijo a uno de sus criados: "Marcha a ver a tu señora Dunya e infórmala de lo que has oído y del motivo por el que ha venido este visir". El criado se marchó y estuvo ausente un rato, después del cual se presentó ante el rey y dijo: "¡Oh, rey del tiempo! Me he presentado a la señora Dunya y le he explicado lo que he oído. Se ha enfadado mucho y ha intentado romperme la cabeza con un bastón. Me ha dicho: 'Si mi padre me contraría en cuestión de matrimonio, mataré a aquel con quien me case'". Su padre dijo al visir y a Aziz: "Saludad de mi parte al rey y decidle que mi hija no quiere casarse"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato de Dandán continuó así:] « El visir regresó con su séquito sin haber conseguido lo que se proponía. No

pararon de viajar hasta que se presentaron ante el rey y lo informaron. Entonces éste mandó a los jefes del ejército que diesen orden a sus tropas de disponerse para partir a la guerra. El visir le dijo: "No hagas eso. El rey no tiene ninguna culpa. La negativa procede de su propia hija. Ésta, al enterarse de lo que sucedía, ha mandado decir: 'Si mi padre me contraría en mi matrimonio, mataré a aquel con quien me case, y después me mataré yo'".

» El rey, al oír las palabras de su visir, temió por la vida de su hijo Tach al-Muluk: "Si hago la guerra al padre y me apodero de su hija, ésta se suicidará".

» Informó de ello a su hijo, Tach al-Muluk, y éste, al darse cuenta de la situación, dijo a su padre: "¡Padre! No puedo prescindir de ella. Iré a su lado y buscaré el medio de conseguirla, aunque me cueste la vida. Esto es lo que voy a hacer". Su padre le preguntó: "¿Cómo irás?" "Disfrazado de comerciante." "Si te empeñas en ello, lleva contigo al visir y a Aziz." El rey sacó parte del tesoro, preparó mercancías por importe de cien mil dinares y se puso de acuerdo con su hijo acerca de lo que haría. Al caer el día, Tach al-Muluk y Aziz se dirigieron al domicilio del visir y en él pasaron la noche. Tach al-Muluk tenía el corazón oprimido, y le era imposible comer o dormir; las ideas más opuestas se le presentaban, y se ahogaba en ellas como en un mar. El amor lo impulsaba hacia su amada, y las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Recitó estos versos:

¡Quién supiera si después de nuestra separación va a llegar la unión! Me quejaría ante vosotros de mis penas de amor.
Os recuerdo mientras la noche transcurre, y me hacéis velar mientras las gentes duermen.

» Después lloró amargamente; Aziz lo acompañó, pues se acordaba de su prima, y no pararon de llorar hasta el fin de la noche. Tach al-Muluk, después de haberse vestido para el viaje, fue a ver a su madre. Ésta le preguntó cómo se encontraba, y él le contó todo lo ocurrido. Le dio cincuenta mil dinares, se despidió de él y le deseó que se reuniese con los seres amados. Entró después a saludar a su padre y le pidió permiso para emprender el viaje. Se lo concedió, y le entregó cincuenta mil dinares más y ordenó que le levantasen una gran tienda en las afueras de la ciudad. Permanecieron en ella dos días, y luego emprendieron la marcha. Tach al-Muluk se deleitaba con la compañía de Aziz. Le dijo: "¡Hermano mío! Soy incapaz de separarme de ti". "A mí me ocurre otro tanto, y deseo morir a tus pies. Pero, hermano, mi corazón está preocupado por mi madre."

» Tach al-Muluk le dijo: "Cuando hayamos conseguido nuestro propósito, todo será mejor". El visir había aconsejado a Tach al-Muluk que tuviera paciencia, y, por su parte, Aziz le recitaba versos y le contaba historias y anécdotas. Anduvieron noche y día durante dos meses. El camino se le hacía largo al

príncipe, y la pasión iba en aumento, mientras crecían la pena y el desvarío. Tach al-Muluk se alegró mucho cuando llegaron a las inmediaciones de la ciudad, y olvidó sus penas y sus preocupaciones. Entraron en ella y se dirigieron a un lugar que se llamaba *La casa de los mercaderes* y que era una gran fonda. Tach al-Muluk preguntó a Aziz si era aquél el albergue de los comerciantes. Aziz contestó: "Sí; pero no es el mismo en que me hospedé la vez anterior, al venir con la caravana. Es mejor".

» Hicieron arrodillar los camellos, descargaron los fardos, almacenaron las telas y dedicaron cuatro días al descanso. Al cabo de éstos, el visir propuso que alquilasen una casa. Aceptaron el proyecto y tomaron un gran local, que de ordinario se dedicaba a sala de fiestas, y en él se instalaron. El visir y Aziz se consagraron al estudio de lo que debía hacer Tach al-Muluk, mientras que éste, medio aturdido, no sabía cómo comportarse, y sólo se le ocurría abrir una tienda de comercio en el mercado de las telas. El visir, acercándose a Tach al-Muluk y Aziz, les dijo: "Si continuamos así no conseguiremos nuestro objetivo ni alcanzaremos lo que nos proponemos. He pensado algo que puede salir bien, si Dios quiere".

» Tach al-Muluk y Aziz admitieron: "Haz lo que te ha pasado por la mente, pues los ancianos son buenos consejeros; tú, especialmente, eres muy práctico. Di qué es lo que has pensado". El visir dijo entonces a Tach al-Muluk: "Mi idea consiste en alquilarte una tienda en el mercado de las telas, en la cual te instalarás y te dedicarás al comercio; todo el mundo necesita comprar telas, por lo que, una vez hayas empezado tu negocio, se arreglarán tus cosas si Dios quiere, ya que eres simpático. Aziz será tu hombre de confianza, y estará en la trastienda dando las telas". Al oír Tach al-Muluk estas palabras, exclamó: "¡Es una buena idea!" Sacó un vestido de comerciante, se lo puso y salió seguido de sus servidores, a uno de los cuales entregó mil dinares para que pudiese pagar el alquiler del local. No se detuvieron hasta llegar al zoco de las telas.

» Los comerciantes, al ver a Tach al-Muluk, dieron testimonio de su belleza y de su hermosura; su entendimiento quedó absorto y dijeron: "¿Habrá abierto Ridwán la puerta del paraíso, y habrá escapado de él este joven de hermosura tan singular?" Otros decían: "Éste debe de ser un ángel". Entraron en una tienda y preguntaron dónde se encontraba el almacén del jefe del mercado. Se lo indicaron y se dirigieron hacia él. Al llegar a sus inmediaciones, éste salió a recibirlos acompañado de los comerciantes que estaban con él, y los trataron con cortesía, muy en especial al visir, en el que vieron un hombre entrado en años, respetable. Llegaba acompañado de Tach al-Muluk y de Aziz. Los comerciantes se dijeron: "No cabe duda: este anciano es el padre de estos dos muchachos". El visir preguntó: "¿Quién es vuestro síndico?" "Éste", le respondieron. El visir lo contempló: era un hombre entrado en años, respetable, dueño de criados y esclavos.

» El síndico del mercado los saludó amigablemente, los acogió con el mayor respeto y los hizo sentar a su lado. Les preguntó: "¿Deseáis algo en que pueda seros útil?" "Sí —respondió el visir—, soy un hombre de avanzada edad, y tengo conmigo estos dos jóvenes. He viajado con ellos por todas las regiones del mundo, y en todas las ciudades en que he entrado he permanecido un año entero para que ambos las visitaran y conocieran a sus habitantes. Ahora hemos llegado a ésta, vuestra ciudad, y he decidido quedarme en ella. Desearía una tienda situada en el mejor lugar para que ambos la ocupen y negocien, y además para que conozcan la ciudad, aprendan las costumbres de sus habitantes y se acostumbren a comprar y vender, al toma y daca."

» El síndico del mercado no puso ningún inconveniente; miró a los dos muchachos, se alegró al verlos y se enamoró de mala manera de ellos. El síndico del mercado se pirraba por los jóvenes de mirada inteligente, y prefería más a los muchachos que a las muchachas, pues tenía tendencia por su mismo sexo. Se dijo: "¡Loado sea Dios! Los ha creado y los ha formado de agua impura"[70]. Se levantó y se puso a su servicio como si fuera un paje. Luego se apresuró a prepararles una tienda que estaba en el centro del mercado: no había ninguna que fuese más amplia que aquélla; era grande, lujosa, con estantes de marfil y de ébano. Entregó las llaves al visir, que iba disfrazado de comerciante, y le dijo: "¡Dios las bendiga en manos de tus hijos!"

» Una vez tuvo el visir las llaves de la tienda, se dirigió hacia ella con los criados y colocaron allí las mercancías, pues había mandado a éstos que trasladasen al almacén todos los fardos y telas que tenían» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán continuó diciendo:] « Constituían un verdadero tesoro. Lo trasladaron todo a la tienda y se marcharon a dormir. Al día siguiente, el visir se llevó consigo a los jóvenes al baño, en donde se lavaron y adquirieron un aspecto magnífico. Ambos jóvenes tenían una hermosura radiante, y en el baño les ocurrió lo que dice el poeta:

Bien venido sea el bañador. Cuando su mano toca un cuerpo, éste renace entre el agua y la luz.
No descansa en su grato trabajo hasta que quita el almizcle de una estatua de alcanfor.

» Salieron del baño. El síndico del mercado, que había oído que estaban en él, los esperaba. Los dos jóvenes avanzaron como si fuesen gacelas, con las mejillas encendidas; sus ojos parecían aún más negros, y la piel, tersa, los asemejaba a

dos ramas cargadas de frutos o a dos lunas resplandecientes. Les dijo: "¡Hijos míos! ¡Que siempre os siente bien el baño!" Tach al-Muluk le contestó con dulces palabras: "¡Ojalá hubieras estado con nosotros!" Los dos le besaron la mano y marcharon delante de él como muestra de respeto, hasta llegar a la tienda, pues era el síndico y los había tratado muy bien al concederles aquel almacén. Al ver cómo se movían sus nalgas al andar, la pasión que experimentaba fue en aumento, suspiró, resolló, y, perdiendo la paciencia, clavó los ojos en ambos y recitó estos versos:

El corazón lee el capítulo de la dedicación exclusiva, y no lee ningún fragmento que haga referencia al politeísmo.
No hay que maravillarse si por su propia naturaleza tiembla. ¡Cuántos movimientos tiene esa esfera!

» Al oír estos versos le rogaron que entrase con ellos en el baño, pues habían dejado al visir en su interior. Entraron de nuevo con el síndico. Cuando el visir oyó llegar a éste, salió de su compartimiento para ir a recibirlo en la sala del baño. Lo invitó, pero el síndico no aceptó. Tach al-Muluk lo cogió por una mano, y Aziz por la otra, y le metieron en un compartimiento distinto. El viejo pervertido los dejó hacer. Tach al-Muluk juró que sería él mismo quien le diera el masaje, y Aziz perjuró que sólo él le echaría el agua. El visir le dijo: "Ambos son tus hijos". El jeque del mercado contestó: "¡Dios te los conserve! Al venir con los que te acompañan has traído la bendición y la felicidad a nuestra ciudad". Después recitó estos dos versos:

Has llegado y has reverdecido las colinas, que se han cubierto de flores en honor del visitante.
La tierra y quienes la pueblan han gritado: "¡Bien venido!"

» Le dieron las gracias por este cumplido. Tach al-Muluk lo friccionaba. Aziz le vertía agua y él creía que se encontraba en el paraíso. Cuando hubieron terminado de servirlo, les dio las gracias y se sentó al lado del visir, haciendo ver que conversaba con él, pero sin apartar la vista de Tach al-Muluk y de Aziz. Los criados acercaron las toallas, se secaron, se vistieron y salieron del baño. El visir se acercó al jeque del zoco y le dijo: "Señor mío, el baño es la delicia de la vida". El síndico respondió: "¡Dios te conserve la salud, a ti y a tus hijos, y libre a éstos del mal de ojo! ¿Sabéis de memoria algún fragmento literario que haga referencia al baño?" Tach al-Muluk contestó: "Te voy a recitar dos versos:

La vida del baño es la más bella, a pesar de que se permanece en él poco

tiempo.
Es un paraíso en que no se quiere estar mucho tiempo; un infierno en el que se quiere entrar".

» Entonces dijo Aziz: "Sé algunos versos que se refieren al baño". "Recítamelos", dijo el jeque del mercado. Recitó estos dos versos:

Es una casa cuyas flores son de dura piedra, que se hace agradable cuando alrededor se enciende el fuego.
Te parece que es el infierno cuando en realidad es el paraíso; en ella abundan los soles y las lunas,

» Al jeque le gustaron mucho aquellos versos y quedó maravillado de la elocuencia con que los habían recitado. Les dijo: "Sois graciosos y elocuentes. Ahora oíd lo que voy a recitar". Moduló la voz y recitó estos versos:

¡Qué fuego más hermoso! ¡Su tormento constituye una delicia, con él resucitan los cuerpos y las almas!
¡Qué maravillosa es la casa cuyo placer está constituido por un leño seco debajo del cual arde el fuego!
La vida de quien en ella se hospeda es maravillosa; en ella han derramado sus lágrimas los estanques.

» El sindico pasó la vista por el jardín de su hermosura y recitó estos otros dos versos:

He ido a su domicilio y no ha habido chambelán que no me haya acogido con sonrisas.
He entrado en su paraíso y he visitado su infierno. He dado las gracias a Ridwán y a Malik[71].

» Al oír estos versos, quedaron admirados. El jeque los invitó, pero ellos no aceptaron, y se fueron a su casa para descansar del cansancio del baño. Después comieron, bebieron y pasaron la noche en su domicilio con la mayor tranquilidad y bienestar. Al día siguiente se despertaron, hicieron las abluciones y la plegaria, y se desayunaron. Al hacerse claro, al abrirse las tiendas y mercados, salieron de su domicilio, se dirigieron al zoco y abrieron su almacén. Los criados lo habían arreglado: habían extendido ricos tapices de seda y habían puesto en él dos estrados, cada uno de los cuales costaba cien dinares. Encima de cada estrado habían colocado un regio cojín de piel, cuya circunferencia estaba

bordada en oro. Tach al-Muluk se sentó en un estrado, y Aziz en otro. El visir se sentó en el centro de la tienda, y los criados se colocaron delante de ellos. La noticia de su llegada se extendió a todas las gentes, que se apresuraron a ir a conocerlos. Vendieron parte de sus telas y la fama de Tach al-Muluk se extendió por la ciudad, en la que sólo se hablaba de su hermosura y de su belleza.

» En esta situación pasaron varios días, durante los cuales la gente acudió sin cesar. El visir se acercó a Tach al-Muluk y le recomendó que callase sus propósitos, y lo mismo dijo a Aziz. Después se marchó a su domicilio para meditar un plan que les fuera provechoso; Tach al-Muluk y Aziz hablaban entre sí. Tach al-Muluk decía: "Es posible que venga alguien de parte de la señora Dunya". Tach al-Muluk esperaba esto día y noche, y apenas dormía, ya que la pasión se había apoderado de él. Cada día estaba más delgado y más débil, hasta el punto de que no podía gustar la dulzura del sueño y rechazaba la comida y la bebida. Parecía la luna cuando ha alcanzado su plenitud. Cierto día en que Tach al-Muluk estaba sentado se le acercó una vieja…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato del visir Dandán proseguía:] « … que llegaba seguida por sus esclavas. Se fijó en el talle de Tach al-Muluk, en sus proporciones, en su belleza y hermosura, y se quedó pasmada de tanta beldad, hasta tal punto que se orinó en los calzones. Después exclamó: "¡Loado sea quien te ha creado de agua impura, quien te ha hecho capaz de poner a prueba al mundo entero!" No se cansaba de contemplarlo y de decir: "¡Éste no es un ser humano, sino un ángel generoso!" Lo saludó; él le devolvió el saludo, se puso de pie y le sonrió; hacía todo esto porque Aziz le había hecho un gesto. La invitó a sentarse a su lado y la abanicó hasta que hubo descansado.

» La vieja dijo a Tach al-Muluk: "…¡Hijo mío! ¡Oh, tú, que reúnes todas las perfecciones! ¿Eres de este país?" Tach al-Muluk contestó elocuente, dulce, suavemente: "¡Señora mía! Ésta es la primera vez que estoy en esta ciudad. Mi estancia aquí tiene por objeto conocerla". "Espero que te sea agradable la estancia. ¿Qué telas has traído? Enséñame las más hermosas. Las cosas hermosas las llevan las personas bonitas." El corazón de Tach al-Muluk empezó a palpitar alborotadamente al oír estas palabras, cuyo significado no alcanzaba a comprender. Aziz le hizo unos guiños, y Tach al-Muluk habló así: "Tengo todo lo que puedes apetecer: aquí hay objetos que sólo son propios de los reyes y de sus hijas. ¿Para quién lo quieres? Así te enseñaré lo más conveniente para su futuro dueño".

» Con estas palabras trataba de inquirir el significado de sus palabras anteriores. Contestó ella: "Quiero tejidos que vayan bien a la señora Dunya, hija

del rey Sahramán". Al oír Tach al-Muluk el nombre de su amada, se alegró enormemente y dijo a Aziz: "¡Trae los más preciosos objetos que tengas!" Aziz le llevó un fardo de telas, y lo abrió delante de él. Tach al-Muluk dijo a la anciana: "Escoge la que le vaya mejor. Esta clase de ropas no se encuentra en ninguna otra tienda". La vieja escogió por valor de mil dinares, preguntó el precio y empezó a rascarse entre las piernas con el dorso de la mano. Él le dijo: "¿He de decir a una persona como tú el precio de esta miseria? ¡Loado sea Dios, que me ha hecho conocerte!"

» La vieja exclamó: "¡El Señor de la aurora conserve tu hermoso rostro! ¡Tu faz es bella, y tu modo de obrar, correcto! ¡Feliz aquella que duerma en tu regazo, te estreche entre sus brazos y goce de tu rostro radiante! Sobre todo, si es tan bella como tú". Tach al-Muluk se puso a reír a carcajada limpia y exclamó: "¡Cuántos pleitos se resuelven entre las manos de las viejas alcahuetas!" "¡Hijo mío! ¿Cómo te llamas?" "Tach al-Muluk." "Ese nombre es propio de un rey, y tú estás vestido de comerciante." Aziz intervino: "Él es muy querido por sus familiares, y por el cariño que le tienen lo llamaron así". La vieja admitió: "Dices lo justo. ¡Dios os guarde del daño de los envidiosos, a pesar de que con vuestra belleza rompéis los corazones!"

» Cogió las telas, y se fue admirada de la belleza, de la hermosura, del talle y de las proporciones de Tach al-Muluk. No se detuvo hasta llegar al lado de Dunya. Le dijo: "Señora, te traigo hermosas telas". "Muéstramelas." "Helas aquí." Las sacó y se las enseñó. Dunya, al verlas, exclamó: "¡Nodriza! Esta tela es magnífica, y jamás he visto una parecida en nuestra ciudad". "Señora, quien la vende es más hermoso aún. Ridwán ha abierto por descuido la puerta del paraíso, y de él ha escapado el comerciante que vende estos tejidos. ¡Cuánto me gustaría que esta noche estuviese a tu lado y durmiese entre tus senos! Seduce a todos cuantos lo ven. Ha venido con sus mercancías a nuestra ciudad para conocerla."

» Dunya se echó a reír al oír las palabras de la vieja, y contestó: "¡Dios te castigue, vieja de mal agüero! ¡Desvarías y has perdido el seso! ¡Acércame las telas para que las vea bien!" Se las entregó, las miró de nuevo y vio que eran de poco tamaño y de mucho precio. Quedó estupefacta de la hermosura de aquellos tejidos, ya que nunca en su vida había visto nada semejante. La vieja insistió: "¡Señora! Si vieses a su dueño te darías cuenta de que es el ser más hermoso que hay sobre la faz de la tierra". Dunya le preguntó: "¿Le has dicho que si necesita algo que nos lo diga y lo satisfaremos?" La vieja movió la cabeza y contestó: "¡Dios conserve tu perspicacia! Algún deseo ha de tener, ¡por Dios! ¿Hay alguien que no tenga un deseo?" Dunya le dijo: "Ve a él, salúdalo y dile: 'Has honrado nuestra ciudad con tu venida. Cualquier deseo que tengas, lo satisfaremos de buena gana".

» La vieja corrió al lado de Tach al-Muluk. Éste, al verla, perdió el corazón de

alegría y se precipitó a su encuentro, se plantó delante de ella y, cogiéndola por la mano, la hizo sentarse a su lado. Una vez hubo tomado asiento y reposado, la vieja le refirió lo que había dicho la señora Dunya. Al oírlo se alegró mucho y respiró libremente. Se dijo: "He conseguido lo que me proponía". Dirigiéndose a la vieja añadió: "Tal vez tú quieras entregarle un billete mío y traerme la contestación". "De buen grado." Entonces dijo a Aziz: "¡Tráeme tinta, papel y pluma de cobre!" Tach al-Muluk escribió los siguientes versos:

Te escribo, ¡oh mi deseo!, explicándote los dolores que me causa la separación.
El primero que anoto es el fuego de mi corazón; El segundo, mi pasión y mi deseo.
El tercero, el transcurso de mi vida y mi paciencia, y el cuarto, toda la pasión que resta.
El quinto: "¿Cuándo te verán mis ojos?" Y el sexto: "¿Cuál será el día de nuestro encuentro?"

» Escribió como firma: "Esta carta procede del cautivo de la pasión, del que está abandonado en la cárcel del deseo, de la que sólo podrá liberarse con la unión, aunque sólo pueda verificarse en sueños, puesto que sufre el doloroso tormento de la separación del amado". Lloró copiosamente y escribió estos dos versos:

Te escribo mientras las lágrimas corren: el llanto no tiene fin.
No desespero del favor divino: tal vez algún día me reúna contigo.

» Dobló la carta, la selló, se la entregó a la vieja y le dijo: "Hazla llegar a la señora Dunya". "De buen grado." Le entregó mil dinares, diciéndole que los aceptase como regalo. Ella los cogió, y se marchó dándole las gracias. No se detuvo hasta encontrarse delante de Dunya. Ésta le preguntó: "Nodriza, ¿qué cosa ha pedido que podamos concederle?" "Señora, me ha entregado una carta, e ignoro qué es lo que contiene." Le entregó el escrito, lo cogió, lo leyó, se dio cuenta de lo que quería decir y exclamó: "¿De dónde saca este comerciante que pueda escribirme y yo corresponderle? —Se abofeteó y añadió—: Si no temiera a Dios (¡ensalzado sea!), lo crucificaría en su misma tienda".

» La vieja le preguntó: "¿Qué es lo que contiene esa carta para inquietarte así? ¿Es una reclamación injusta, o la factura de la ropa?" "¡Ay de ti! ¡Nada de eso! Únicamente hay palabras de amor y de cariño. La culpa de todo esto es tuya, pues de otro modo, ¿cómo habría podido enviarme tales palabras ese demonio?" "¡Señora! Tú vives en tu elevado alcázar, y nadie puede llegar hasta

ti, ni tan siquiera el pájaro que vuela. Estás a salvo de reproches y castigos, y no puede molestarte el ladrido de los perros. No me reproches por haberte traído esta carta, cuyo contenido ignoraba. Lo mejor que puedes hacer es enviarle una respuesta amenazándolo con la muerte e invitándolo a desistir de este desvarío. Lo dejará y no volverá a molestarte." Dunya arguyó: "Temo que si le escribo ambicione más". La vieja insistió: "Cuando se vea amenazado y disuadido, desistirá". "Tráeme tintero, papel y pluma de cobre." Entonces escribió:

¡Oh, tú, que te pretendes presa del amor, de la aflicción y del insomnio; de los dolores que te causan la pasión y la imaginación!
¡Deslumbrado! ¿Buscas la unión con la luna? ¿Ha obtenido alguien de la luna lo que deseaba?
Te aconsejo que desistas de lo que pretendes, pues es algo peligroso.
Si repites tales palabras, te llegará de mi parte un tormento muy doloroso.
Juro por Quien ha creado al hombre de un coágulo, por Quien ha dado la luz al Sol y a la Luna,
que si vuelves a repetir lo que has dicho, te crucificaré en el tronco de un árbol.

» Dobló la carta y se la entregó a la vieja, diciéndole: "Dile que corrija este lenguaje". Prometió que así lo haría, cogió el escrito y se fue a su casa para pasar la noche. Al día siguiente, en cuanto fue claro, se dirigió a la tienda de Tach al-Muluk, que ya la estaba esperando. Al verla casi voló de alegría, se puso de pie y la invitó a sentarse a su lado. Ella sacó la hoja y se la entregó, diciéndole que leyese el contenido. Añadió: "La señora Dunya se ha enojado al leer tu escrito, pero la he calmado y tranquilizado hasta hacerla reír, tanto, que se ha apiadado de ti y te contesta". Tach al-Muluk le dio las gracias por todo, y mandó a Aziz que le entregase mil dinares.

» Después leyó la carta, y, comprendiendo lo que significaba, rompió a llorar a lágrima viva. Entonces, el corazón de la vieja, impresionado por su llanto y sus sollozos, se apiadó de él. Le dijo: "Hijo mío, ¿qué es lo que dice la carta para hacerte llorar?" "Me amenaza con matarme y crucificarme, y me prohíbe que le vuelva a escribir, y si no puedo hacerlo, prefiero la muerte a la vida. Toma, pues, la contestación a su carta, y déjala que haga después lo que quiera." La vieja le replicó: "Por la juventud que disfrutas, voy a exponer mi vida al mismo tiempo que la tuya para hacerte triunfar en tu empeño y lograr que alcances lo que deseas". Tach al-Muluk le contestó: "Te recompensaré todo lo que hagas por mí y estará en el peso de tus buenas obras, ya que tú eres hábil en la pequeña política, y experta en las cosas más inverosímiles; las cosas más difíciles te son fáciles. ¡Dios es poderoso sobre todas las cosas!" Después cogió papel y escribió estos versos:

Me ha amenazado con la muerte y me entristece. La muerte me serviría de reposo, y el morir es cosa dispuesta.

El amante prefiere la muerte a una larga vida, que lo oprime y lo sujeta.

¡Por Dios! Visitad a un amante que tiene pocos valederos. Soy vuestro esclavo, y el esclavo es un prisionero.

¡Señores míos! Sed clementes con el amor que por vosotros siento, pues todo aquel que ama a gentes libres, es perdonable.

» Suspiró profundamente y lloró; la vieja lo acompañó en sus lágrimas y cogió la carta, diciéndole: "Tranquilízate y sosiégate: te he de hacer alcanzar lo que deseas"» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán continuó diciendo:] « Dejó en brasas a Tach al-Muluk y se dirigió a ver a Dunya. La encontró con el color descompuesto por la rabia que le causaba la carta de Tach al-Muluk. La vieja le entregó la segunda, y su furia aumentó. "¿No te había dicho que al escribirle ambicionaría aún más?" "¿Qué importancia tiene esa carta para que te anhele?" "Vete a su lado y dile que si vuelve a escribirme, lo decapitaré." "Escribe esas palabras en una hoja, que yo misma le entregaré para que así coja más miedo." Tomó una hoja y escribió en ella estos versos:

¡Oh, tú, que vives sin preocuparte de los acontecimientos! Estás lejos de conseguir la unión amorosa.

¿Crees —¡oh, extraviado!— que llegarás hasta Suhá cuando no alcanzas a reunirte con la luna resplandeciente?

¿Cómo esperas y confías unirte con nosotros para gozar del abrazo del talle esbelto?

Renuncia a este propósito por temor a mi ira, que en un día sombrío puede encanecer la cabeza.

» Dobló la carta y la entregó a la vieja, quien la cogió y se marchó con ella junto a Tach al-Muluk. Éste, al verla, se puso de pie y exclamó: "¡Ojalá no me prive Dios de la bendición de tus venidas!" La vieja replicó: "¡Coge la contestación de tu carta!" Tomó la hoja, la leyó y se puso a llorar a lágrima viva, diciendo: "¡Cuánto deseo que alguien me mate ahora mismo! La muerte me es más soportable que todo esto". Cogió tinta y papel y escribió una carta, en la que insertó estos versos:

¡Oh, deseo de mi vida! No continúes con repulsas y malos tratos. Yo soy un amante náufrago del amor.

No creas que permanezco con vida ante tal dureza: mi alma se ha marchado al partirlas personas amadas.

» Dobló la carta, se la entregó a la vieja y le dijo: "Te canso sin beneficio alguno". Mandó a Aziz que le entregase mil dinares, y añadió: "¡Madre mía! Esta carta ha de tener un resultado definitivo: unión o ruptura". "¡Hijo mío! Sólo te deseo el bien, y mi propósito consiste en que ella sea tuya: tú eres la luna de luz resplandeciente, y ella, el sol que sube. Si no os reúno a los dos, mi vida no tendrá razón de ser. Me he pasado la vida dedicada a la perfidia y al engaño, y así he llegado a los noventa años. ¿Cómo, pues, no he de reuniros a los dos en el pecado?" Se despidió de él, lo tranquilizó y se fue. Marchó sin detenerse, escondió el mensaje entre sus cabellos y se presentó a Dunya.

» Se sentó a su lado, se rascó la cabeza y dijo: "Mi señora, ¿quieres mirar un poco mis cabellos? Hace mucho tiempo que no me baño".

» Dunya se remangó hasta el codo y empezó a buscar entre los cabellos de la vieja. El papel se cayó de la cabeza. Dunya lo vio y preguntó: "¿Qué es esa hoja?" "He estado en la tienda del comerciante, y es posible que en ella se me haya enganchado este papel. Dámelo, que iré a devolvérselo." Dunya lo abrió, lo leyó y comprendió lo que en él se decía. Se indignó terriblemente y exclamó: "¡Esto es una intriga ideada por ti! ¡Si no fuera porque me has criado, te daría un severo castigo! Dios me ha puesto en una dura prueba con este comerciante, y tú eres la responsable de todo lo que me ocurre con él; no sé de dónde viene, pero nadie antes de él se ha atrevido a solicitarme. Temo que todo este asunto se descubra, en especial por tratarse de un hombre que ni es cortesano ni de mi rango".

» La vieja se le acercó: "Nadie puede hablarte en este lenguaje, pues teme tu ira o respeta a tu padre; por tanto, no hay ningún inconveniente en que le contestes". "¡Nodriza! Éste es un demonio, pues me ha hablado de esta manera sin temer la ira del sultán. Estoy perpleja, no sé cómo debo comportarme con él. Si mando que le den muerte, cometeré una injusticia; si lo dejo vivir, aún se atreverá a más." La vieja sugirió: "Escríbele una carta. Tal vez se marche". La joven mandó que le acercasen papel, tinta y pluma, y escribió estos versos:

A pesar de los continuos reproches, la ignorancia te estimula. ¡He intentado disuadirte con versos de mi puño y letra!

Tu ambición se acrece con mis negativas. No estaré contenta de ti si no escondes el secreto.

Esconde tu amor y no lo manifiestes por nada, pues si hablas de él, no tendré ningún miramiento contigo.

Si vuelves a insistir en lo que has dicho, verás que el cuervo de la separación te anuncia la muerte:
Ésta pronto te alcanzará, y tu morada será la sepultura que está debajo de la tierra.
Dejarás a tus familiares, ¡oh iluso!, en el luto, pues estás lejos de escapar a las espadas del amor.

» Dobló el papel, se lo entregó a la vieja y ésta corrió a entregarlo a Tach al-Muluk. El joven, al leerlo, comprendió que la muchacha era cruel y que no la conseguiría. Por esto se lo contó todo al visir y le pidió su consejo. Él le dijo: "Sabe que lo único que te puede ser útil es una carta en que la reprendas". Tach al-Muluk llamó a Aziz y le encargó que escribiese la carta en su nombre. Aziz cogió una hoja y escribió estos versos:

¡Dios mío! ¡Por los cinco planetas! ¡Sálvame y haz que sufra mis penas aquella que me ha afligido!
Sabes que estoy sobre brasas por la crueldad de una amada, que no tiene compasión de mí.
Cuanto más me someto a ella en la pasión que experimento, más me oprime y me tiraniza.
Desciendo más y más en los abismos sin fin de la adversidad, y no encuentro, ¡Dios mío!, un alma que me ayude.
¡Cuánto anhelo consolarme en su amor! Pero, ¿cómo he de consolarme si mi paciencia ha desaparecido con la pasión?
¡Oh, tú, que me niegas la unión ambicionada! ¿Estás segura de que no te alcanzarán las desgracias de la suerte o las adversidades?
¿No disfrutas de una vida feliz, mientras que yo, por ti, he abandonado la familia y la patria?

» Aziz dobló la carta y se la entregó a Tach al-Muluk. Éste la leyó, quedó satisfecho, la selló y se la entregó a la vieja, quien se la transmitió a Dunya. Cuando ésta la hubo leído y comprendió el sentido exclamó: "¡Todo esto me ocurre por las ideas de esta vieja de mal agüero!" Llamó a las esclavas y a los criados, y les dijo: "¡Coged a esta pérfida vieja y zurradle con vuestras sandalias!" La cogieron y le pegaron, hasta que cayó desvanecida. Al volver en sí, le dijo: "¡Por Dios, vieja de mal! Si no fuese el temor que Dios (¡ensalzado sea!) me inspira, te mataría". Dirigiéndose a los criados, añadió: "¡Zurradle de nuevo!" Así lo hicieron, hasta que volvió a desmayarse. Después mandó que la arrastrasen y la abandonasen fuera de la puerta. La arrastraron con el rostro rozando en el suelo y la abandonaron en el portal.

» Al volver en sí se puso de pie y se fue, alternando la marcha con el

descanso, hasta llegar a su domicilio, en donde esperó la aurora. Entonces se levantó y fue a buscar a Tach al-Muluk, al que le explicó todo lo que le había ocurrido. Éste sintióse contrariado y dijo: "Me entristece mucho, madre, lo que te ha ocurrido. Pero toda cosa ocurre porque así está dispuesto". Ella le respondió: "Tranquilízate, pues no pararé en mis artimañas hasta lograr uniros y hacer que consigas a esa desvergonzada que me ha abrasado a golpes". "Cuéntame por qué odia a los hombres." "Un sueño que tuvo es la causa de todo." "¿Qué sueño fue?"

» La vieja refirió: "Cierta noche, estando dormida, vio a un cazador que había extendido las redes por el suelo y esparcido a su alrededor granos de trigo. Después se sentó en sus cercanías. En seguida acudieron a las redes pájaros de todas clases. Entre éstos había dos palomos, macho y hembra. Mientras estaba contemplando aquello vio que la pata del macho se enredaba en la red, y que el animal empezó a agitarse. Se alejaron todos los pájaros, pero su hembra volvió hacia él, y después de haber volado un poco por encima, descendió sobre la red mientras el cazador estaba distraído y empezó a picotear la malla en la que estaba preso el pie del macho y a tirar de ella con su pico, hasta que dejó libre la pata. Todos los pájaros —los palomos incluidos— se alejaron.

» "El cazador, después de esto, se acercó, arregló la red y se puso a esperar en un lugar lejano. Apenas se había marchado cuando los pájaros volvían a descender. La red aprisionó a la hembra, y todos los pájaros la abandonaron, incluso el macho, que no regresó al lado de ella. El cazador se acercó, cogió a la hembra y la degolló. Dunya se despertó sobresaltada por lo que había visto en sueños, y exclamó: '¡Todos los varones son como éste! ¡Ningún hombre quiere bien a las mujeres!'"

» Cuando la vieja hubo terminado el relato, Tach al-Muluk le dijo: "¡Madre! Desearía verla una sola vez, aunque esto haya de ser causa de mi muerte. Idea un ardid para que pueda contemplarla". "Sabe que tiene un jardín al pie de su alcázar, y que por él suele pasear. Lo visita una vez al mes, saliendo por una puerta secreta, y permanece en él diez días. En estos días es cuando debe salir a pasear. Cuando esté a punto de hacerlo vendré a informarte para que vayas a su encuentro; procura no salir del jardín, pues tal vez su corazón, al ver tu belleza y hermosura, se sienta inclinado hacia ti, lo cual puede ser una de las mayores ventajas para llegar a la unión." "Así lo haré", contestó Tach al-Muluk. Éste y Aziz salieron de la tienda, llevando a su domicilio a la vieja, y se lo enseñaron.

» Después Tach al-Muluk dijo a Aziz: "¡Hermano mío! No necesito ya para nada la tienda, pues he obtenido de ella lo que me proponía. Te la regalo con todo lo que contiene, ya que tú me has acompañado a tierra extraña abandonando tu patria". Aziz aceptó la donación, y ambos se sentaron a hablar. Tach al-Muluk le preguntaba acerca de las cosas raras que le habían ocurrido y que había vivido. Aziz le contestaba relatándole lo que le había sucedido. Después de esto se acercó el visir, al que informaron de lo que había decidido Tach al-Muluk. Le

preguntaron: “¿Qué hay que hacer?” Contestó: “Venid conmigo al jardín”. Todos se pusieron sus mejores vestidos y se dirigieron hacia aquel lugar, seguidos por tres esclavos. Había en él muchos árboles y muchos arroyuelos.

» El jardinero estaba sentado en la puerta. Lo saludaron, y él les devolvió el saludo. El visir le dio cien dinares y le dijo: “Deseo que aceptes este dinero, y que con él nos compres algo de comer. Somos extranjeros, y he traído conmigo a estos muchachos para distraerlos”. El jardinero cogió los dinares y les dijo: “Entrad y pasead. Todo el jardín os pertenece. Permaneced en él hasta que os traiga la comida”. Se marchó al mercado, y el visir, Tach al-Muluk y Aziz entraron. El jardinero volvió al cabo de un rato con un cordero asado, y lo colocó delante de sus huéspedes. Comieron, se lavaron las manos y se sentaron a hablar. El visir dijo: “Cuéntame algo de este jardín. ¿Te pertenece o lo tienes arrendado?” “No me pertenece; es de la hija del rey, la señora Dunya.” “¿Qué salario te paga al mes?” “Un dinar pelado.”

» El visir paseó la mirada por el jardín y vio un gran pabellón en ruinas. Dijo: “Me gustaría hacer algo útil por lo cual pudieras recordarme”. “¿Y qué buena acción quieres hacer?” “¡Coge estos trescientos dinares!” El jardinero, al oír nombrar el oro, exclamó: “¡Señor mío! Puedes hacer lo que quieras”. Cogió el dinero, y el visir concluyó: “Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, haremos algo bueno en este lugar”. Se marcharon a su domicilio y pasaron en él la noche. Al llegar el día siguiente, el visir mandó llamar a un blanqueador, a un pintor y a un buen artífice, y dijo que se les facilitasen todos los instrumentos necesarios. Los condujo al jardín y les mandó blanquear aquel pabellón y adornarlo con toda clase de decorados. Después ordenó llevar pinturas de oro y de lapislázuli, y dijo al pintor: “Pinta en la testera de este pabellón a un cazador extendiendo su red, en la cual ha de haber una paloma cuyo pico se haya enredado en las mallas”. Así lo hizo el pintor, y cuando hubo concluido, añadió el visir: “Pinta en la otra pared lo mismo: una paloma cogida en la red, en el momento en que el cazador la cobra y le pone el cuchillo en el cuello; en la tercera pared dibuja un ave de rapiña que tenga entre sus garras al palomo”.

» El pintor hizo todo lo que le había indicado el visir, y cuando hubo terminado, se despidieron del jardinero y se marcharon a su casa para hablar. Tach al-Muluk dijo a Aziz:

» “¡Hermano! Recita alguna poesía que me distraiga, que aleje de mí los pensamientos que me atormentan y que pueda atenuar la llama que arde en mi pecho”. Aziz moduló la voz y empezó a recitar:

Todas las penas que sufren los amantes las he reunido en mí, hasta el punto de que mi firmeza se ha debilitado.
Si buscas una fuente, mis lágrimas lo son: han creado un mar de llanto para aquellos que la sacan.

Si quieres ver el efecto que la mano de la pasión hace sobre los amantes, contempla mi cuerpo.

» Derramó unas lágrimas y siguió con estos dos versos:

Miente quien dice que conoce los placeres de la vida, si no ha amado cuellos y pupilas.
Ya que el amor tiene un significado que sólo puede comprender, entre los mortales, aquel que ha amado.
¡Jamás prive Dios a mi corazón de la pasión por aquel a quien amo, ni me arrebate el insomnio!

» Moduló otra vez la voz y recitó:

Avicena afirma en su Canon que las medicinas del enamorado son la música,
la unión con personas semejantes a la amada, la fruta seca, la bebida y el jardín.
Una vez busqué otras compañías para curarme; el destino y la ocasión propicia me ayudaron.
Pero aprendí que el amor constituye una enfermedad mortal, y que los remedios de Avicena son vanos.

» Cuando Aziz hubo terminado de recitar sus poesías, Tach al-Muluk quedó complacido de su elocuencia, de su bella manera de recitar, y le dijo: “Has aminorado parte de mi pena. Si recuerdas alguna otra poesía de este género, recítamela”. Aziz moduló la voz y declamó estos versos:

Creía que la unión contigo podía conseguirse con riquezas y bienes.
La ignorancia me hacía creer, mientras almas preciosas se consumían, que conquistar tu amor era fácil. Hasta que te he visto escoger y guardar para tu elegido los dones más finos.
He comprendido que no se te puede alcanzar con astucia, y por eso he metido la cabeza bajo el ala.
Me he resguardado en el nido de la pasión, en el cual paso mañana y tarde.

» Esto es lo que a ellos se refiere.

» Veamos ahora qué fue de la vieja. Ésta permanecía en su casa sin salir de ella. La hija del rey tuvo deseos de pasear por el jardín, pero como estaba

acostumbrada a salir con la anciana, mandó a buscarla; se reconcilió con ella, la tranquilizó y le dijo: "Quiero salir al jardín para reposar entre los árboles y los frutos, para descansar con el aroma de sus flores". La vieja contestó: "De buen grado. Pero antes quiero ir a casa para vestirme, y después me reuniré contigo". "Ve a tu casa y no tardes." La vieja se marchó y corrió a reunirse con Tach al-Muluk. Le dijo: "¡Prepárate! Ponte tu mejor traje y vete al jardín. Preséntate al jardinero y salúdalo. Después, escóndete"

» El joven aceptó de buen grado y convino con ella un signo. La vieja corrió al lado de Dunya, y, después de su marcha, el visir y Aziz pusieron a Tach al-Muluk un vestido regio que costaba cinco mil dinares, y le ciñeron al talle un cinturón de oro con incrustaciones de perlas y pedrería. Hecho esto, se marchó al jardín y encontró sentado en la puerta al jardinero. Éste, al verlo, se puso de pie, lo recibió respetuosamente y le abrió la puerta, diciéndole: "¡Entra y pasea!" Ignoraba que la hija del rey había entrado en aquel momento en el jardín por la puerta secreta. Apenas había dado unos pasos Tach al-Muluk, cuando se oyó un ruido, y los criados y las doncellas salieron por la puerta secreta. El jardinero, al verlos, corrió, hacia Tach al-Muluk y lo informó de su llegada: "¡Señor mío! ¿Qué hay que hacer? Ya ha llegado la hija del rey, la señora Dunya". "No temas, me ocultaré en un lugar cualquiera del jardín." El jardinero le recomendó que se escondiera bien. Después lo abandonó y se marchó.

» Cuando la hija del rey, las esclavas y la vieja se encontraron entre los arriates, la vieja pensó: "Si las criadas continúan con nosotras, no vamos a conseguir nuestro propósito". Luego dijo en voz alta, dirigiéndose a la hija del rey: "Te he de decir una cosa que te tranquilizará el corazón". "¿Qué es ello?" "¡Señora mía! En este momento no necesitas para nada a los criados, y no vas a desahogarte mientras sigan con nosotras. Manda que nos dejen solas." Dunya exclamó: "¡Dices la verdad!" Ordenó que se marchasen los criados, y poco después empezó a pasear. Tach al-Muluk contemplaba su belleza y hermosura sin que ella lo sospechase; cada mirada que le dirigía, le hacía caer desmayado ante la prodigiosa belleza que contemplaba. La vieja iba distrayéndola con su conversación.

» Así llegaron al pabellón que el ministro había mandado decorar. La joven entró y contempló los dibujos: miró los pájaros, el cazador y los palomos, y exclamó: "¡Gloria a Dios! ¡Éste es el mismo cuadro que vi en sueños!" Examinó bien las figuras de los pájaros y del cazador, así como la red, y quedó maravillada. Dijo a la vieja: "¡Nodriza! Rechazaba y odiaba a los hombres, pero mira aquí cómo el cazador degüella y mata a la hembra, mientras el macho, que se ha salvado y quiere acudir en auxilio de su pareja, cae en poder de un ave de presa, que lo desgarra". La vieja se hizo la distraída y fingió no hacer caso de lo que le decía, hasta llegar a las inmediaciones del lugar en que se había escondido Tach al-Muluk. La vieja le hizo un gesto indicándole que se pusiese a andar por

debajo de las ventanas del palacio. De este modo, al volverse Dunya lo vio, contempló su hermosura, su talle y lo bien proporcionado que era. Dijo: "¡Nodriza! ¿De dónde viene este hermoso muchacho?" "Nada sé de él. Me imagino que debe de ser el hijo de un rey muy poderoso, ya que su hermosura y su belleza alcanzan la suma perfección."

» Dunya enloqueció por el joven, y todos sus prejuicios desaparecieron. Su razón quedó prendada de su beldad, de su talle, de sus proporciones. Loca de deseo, dijo a la vieja: "¡Nodriza! ¡Qué muchacho tan hermoso!" La vieja apoyó: "Dices la verdad, señora", e hizo un gesto al hijo del rey para que volviese a su casa. El joven, inflamado por la llama de la pasión, lleno de amor y de deseo, se marchó; despidióse del jardinero y se dirigió a su domicilio, sin contrariar a la vieja. Dijo al visir y a Aziz que la vieja le había indicado por señas que se marchase. Lo tranquilizaron y le dijeron que la vieja sabría que el enviarlo a su casa iba a redundar en su provecho. Esto es lo que ocurrió a Tach al-Muluk, al visir y a Aziz.

He aquí lo referente a la hija del rey, la señora Dunya. La pasión, el amor y el desvarío se habían apoderado de ella. Dijo a la vieja: "Sólo tú puedes unirme con ese muchacho". "¡Busco refugio en Dios frente a las tentaciones de Satanás (¡lapidado sea!)! Si no te gustan los hombres, ¿cómo has podido enamorarte de éste? Pero, ¡por Dios! Dada tu juventud, sólo éste te conviene." "¡Nodriza! Ayúdame a unirme con él, y te daré mil dinares y un vestido que valga otros tantos. Si no me ayudas, moriré sin remedio." "Ve a tu palacio, y yo procuraré reuniros, aunque sea a costa de mi salud." Dunya se dirigió a su alcázar, y la vieja se marchó a buscar a Tach al-Muluk. Éste, al verla, dio un brinco, corrió a recibirla con todos los honores y la hizo sentar a su lado. La vieja le dijo: "Los tapujos han terminado", y le contó todo lo que le había ocurrido con la señora Dunya. Él preguntó: "¿Cuándo nos uniremos?" "Mañana."

» Le dio mil dinares y un traje que valía otros tantos. Ella lo cogió todo y no paró de correr hasta llegar junto a Dunya, quien preguntó: "¡Nodriza! ¿Tienes alguna noticia del amado?" "He descubierto su domicilio, y mañana te lo traeré." Dunya se alegró mucho de ello y le dio mil dinares y un vestido que valía otro tanto. La vieja lo aceptó y se marchó a su domicilio, en donde permaneció hasta la mañana siguiente. Entonces se dirigió al lado de Tach al-Muluk, al que puso un vestido de mujer, diciéndole: "Sígueme andando cadenciosamente, sin prisa; no te vuelvas hacia quien te pregunte". Una vez le hubo hecho estas recomendaciones, salió; Tach al-Muluk la siguió disfrazado de mujer, y durante el camino le fue dando instrucciones para que no se confundiese.

» No pararon de andar hasta llegar delante de la puerta del alcázar. La cruzó, seguida por el joven, y pasó por puertas y antesalas hasta llegar a la número siete. Cuando estuvo delante de la séptima puerta, dijo a Tach al-Muluk: "Ten ánimo, y cuando te llame y te diga: '¡Pasa, muchacha!', aprieta el paso sin

vacilar. Una vez hayas llegado al corredor, mira a tu izquierda. Verás una antesala con varias puertas. Cuenta cinco y métete en la sexta: Tu deseo está allí". "¿Y adonde irás tú?" "A ningún sitio. Me retrasaré un poco para hablar con el jefe de los criados". Echó a andar de nuevo, seguida por él, hasta llegar a la puerta en que estaba el jefe de los criados. Éste vio que la acompañaba Tach al-Muluk disfrazado de muchacha. Le preguntó: "¿Qué quiere esta joven que te acompaña?" "La señora Dunya ha oído hablar de que esta esclava trabaja bien y quiere comprarla." "No la conozco, y no puede entrar ninguna esclava sin que yo la registre, conforme me ha mandado el rey."» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán prosiguió su relato:] « La vieja fingió que se enfadaba y le dijo: "Sé que eres juicioso y estás bien educado. Pero si has cambiado, diré a Dunya que has puesto dificultades a la entrada de su esclava". Volviéndose hacia Tach al-Muluk, le dijo: "¡Pasa, muchacha!" Cruzó la puerta en seguida, se metió en el corredor, conforme le había mandado, y el criado no dijo nada. Tach al-Muluk contó cinco puertas y se metió en la sexta. Encontró a Dunya de pie, aguardándolo. En cuanto ésta lo vio, lo estrechó contra su pecho, y él hizo lo mismo con ella. La vieja entró en seguida y despachó a las criadas con un pretexto. Dunya dijo a la vieja: "Haz de portera". Dunya y Tach al-Muluk se quedaron solos y no pararon de estrecharse, abrazarse y enlazar las piernas hasta que llegó la aurora. En cuanto amaneció, la vieja cerró la puerta, se dirigió a otra habitación y se sentó como de costumbre. Las esclavas se le acercaron. Dispuso sus quehaceres, habló con ellas y, al cabo de poco, les dijo: "Dejadme sola, pues quiero descansar". Después de esto llevó algo de comer a los amantes; comieron y retozaron de nuevo hasta la mañana siguiente, en que los volvió a encerrar, igual que el día anterior. Esta situación duró un mes entero.

» He aquí ahora la situación del visir y de Aziz: Como Tach al-Muluk se había marchado al alcázar de la hija del rey, y en él estaba desde hacía tiempo, creyeron que jamás saldría de allí, pues su perdición era segura. Aziz dijo: "¡Padre! ¿Qué hemos de hacer?" "Hijo mío, esto es un problema. Si no volvemos al lado de su padre para informarlo, nos lo censurará." Se prepararon en seguida y partieron hacia la Tierra Verde y de las Dos Columnas, territorio del rey Sulaymán Sah. Cruzaron países de noche y de día, hasta que se presentaron al rey y le informaron de lo que había sucedido a su hijo. El soberano se incorporó encolerizado y ordenó proclamar el estado de guerra en todo su territorio: concentró las tropas en las afueras de la ciudad, levantó las tiendas y se instaló en su pabellón de campaña, mientras iban llegando soldados de todas las

regiones, ya qué sus súbditos lo amaban por su justicia y bondad. Después emprendió la marcha con su ejército en busca de su hijo Tach al-Muluk. Esto es lo que a ellos se refiere.

» ¿Qué pasaba entretanto con Tach al-Muluk y la señora Dunya? Continuaron su vida durante medio año; cada día se querían más, y Tach al-Muluk, loco de pasión, le reveló su secreto, diciéndole: "¡Amada de mi corazón y de mis entrañas! Cuando más estoy contigo, más aumenta mi pasión por ti, pues no he conseguido alcanzar por completo mis deseos". "¿Qué más quieres, luz de mis ojos, fruto de mis entrañas? ¿Quieres algo distinto de los abrazos y de los enlaces de piernas? Haz lo que te satisfaga, ya que Dios no ha hecho nada ilícito." Dijo él: "No es eso. Sólo quiero informarte de mi verdadera identidad: no soy comerciante, sino rey, hijo de un rey. Mi padre es un soberano poderoso llamado Sulaymán Sah, que, como mensajero, envió a tu padre a nuestro visir para pedirte en matrimonio para mí, a lo cual tú te negaste". Siguió explicando toda su historia, desde el principio hasta el fin, y luego añadió: "Ahora querría marcharme al lado de mi padre, a fin de que éste envíe un embajador a tu padre pidiéndole de nuevo tu mano. Así viviríamos tranquilos".

» La princesa se alegró mucho al oír estas palabras, porque era de la misma opinión. Pasaron aquella noche con este bien entendido. El destino quiso que el sueño, por excepción, los venciese, y dormían aún en el momento de la salida del sol. En este instante, el rey Sahramán estaba sentado en el trono de su reino, teniendo a su lado a los príncipes de su Imperio. Entró a saludarlo el alarife de los joyeros, que llevaba en la mano un cofrecito. Se aproximó, lo abrió delante del rey y sacó una hermosa caja, cuyo contenido en piedras preciosas, jacintos y esmeraldas, valía cien mil dinares, de modo que ninguno de los reinantes podría pagar su precio.

» El rey, al verla, quedó admirado de su belleza, y, volviéndose hacia el criado principal, le dijo: "Kafur, coge esta caja y llévala a la señora Dunya".

» El criado lo hizo así y la llevó hasta la habitación reservada a la hija del rey. Encontró la puerta cerrada, y a la vieja durmiendo en el umbral. El criado dijo: "¿Aún están durmiendo a esta hora?" La vieja, al oír estas palabras, se despertó sobresaltada y le dijo: "Espera que te traiga la llave". Se levantó y huyó a todo correr. Y aquí termina lo que a ella se refiere.

» Sigamos al criado. Éste, habiéndose dado cuenta de que la vieja estaba asustada, forzó la puerta y entró en la habitación. Encontró a la señora Dunya abrazada a Tach al-Muluk. Ambos dormían. Al ver esto quedó perplejo, y estaba a punto de volver al lado del rey cuando Dunya se despertó y lo vio. Quedó sin saber qué hacer, palideció y le dijo: "Kafur, oculta lo que Dios oculta". "No puedo ocultar nada al rey", respondió él; les cerró la puerta y volvió al lado del soberano. Éste le preguntó: "¿Has dado la caja a tu señora?" "Coge la caja; aquí está. Nada puedo ocultarte: he visto durmiendo al lado de la señora Dunya, en su

misma cama, a un hermoso muchacho. Ambos están abrazados."

» El rey mandó que los llevasen a su presencia. Cuando los tuvo delante, les dijo: "¿Qué significa esto?" Furioso de rabia, cogió la espada y quiso matar a Tach al-Muluk. Dunya se puso en medio y dijo a su padre: "¡Mátame antes que a él!" El rey la apartó y ordenó que la llevasen a su habitación. Después, volviéndose hacia Tach al-Muluk, le dijo: "¡Ay de ti! ¿De dónde vienes? ¿Quién es tu padre? ¿Cómo te has atrevido a acercarte a mi hija?" "Sabe, ¡oh rey!, que si me matas morirás, y todos los que viven en tu reino se arrepentirán." "¿Por qué?" "Soy el hijo de Sulaymán Sah, y éste, antes de que puedas darte cuenta, llegará con sus caballeros y sus infantes."

» El rey Sahramán, al oír estas palabras, aplazó su muerte y dispuso que fuese encerrado en la prisión hasta haber comprobado la veracidad de su aserto. Pero su visir le dijo: "¡Rey del tiempo! Creo que debes matar ahora mismo a este que ha osado abusar de las hijas de los reyes". Entonces, el rey ordenó al verdugo: "¡Córtale el cuello! ¡Es un traidor!" El verdugo lo cogió, lo ató, levantó la mano y pidió consejo a los emires por primera y segunda vez con objeto de ganar tiempo. Pero el rey se enojó y le dijo: "¿Por qué pides consejo? Si lo pides otra vez, te cortaré el cuello". El verdugo levantó tanto los brazos que se le vieron los pelos de las axilas, y ya estaba a punto de cortarle el cuello…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dandán continuó diciendo:] « … cuando se oyó un horrible tumulto, mientras las gentes cerraban las tiendas. El rey ordenó al verdugo que esperase, y despachó un propio para que se enterara de lo que ocurría. El mensajero marchó, regresó y dijo:

» "He visto una marea de soldados avanzar como las olas tempestuosas; su caballería adelanta al galope, y la tierra tiembla a su paso. No sé qué es lo que los trae". El rey quedó estupefacto y temió haber perdido el reino. Se volvió hacia su visir y le preguntó: "¿No ha salido ninguno de nuestros soldados a hacerles frente?" Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando ya los chambelanes entraban acompañando a los embajadores del rey que se acercaba, entre los cuales iba el visir. Empezaron por saludarlo, y el rey se puso de pie, dijo que se acercasen y les preguntó por la causa de su llegada. El visir se adelantó y dijo: "Sabe que el que ha invadido tu tierra no es un rey como los demás; éste no tiene igual entre los sultanes del pasado".

» El rey preguntó: "¿Quién es?" "El justo, el equitativo, el poderoso sultán Sulaymán Sah, señor de la Tierra Verde y de las Dos Columnas, y de los montes de Ispahán. Ama la justicia y la equidad, y aborrece la tiranía. Te manda decir que su hijo está contigo, en tu ciudad; éste es el hálito de su vida y el fruto de sus

entrañas. Si lo encuentra sano y salvo lo tomará consigo, te dará las gracias y te loará; pero si ha desaparecido en tu país o le ha ocurrido alguna desgracia, te anuncia que destruirá y arruinará tu reino, al que transformará en un desierto en el que sólo graznarán el búho y el cuervo. Te he informado de mi embajada. Salud." El rey Sahramán Sah sintió que el corazón le temblaba, temió por la suerte de su reino y llamó a sus magnates, visires, chambelanes y funcionarios. Cuando los tuvo delante, les dijo: "¡Ay de vosotros! ¡Corred! ¡Coged a aquel muchacho!"

» Tach al-Muluk estaba en manos del verdugo, descompuesto por el susto pasado. El embajador, al volverse, vio al hijo de su rey en el tapiz de los condenados a muerte. Lo reconoció y corrió en su ayuda seguido por los demás mensajeros. Se adelantaron, lo desataron y le besaron manos y pies. Tach al-Muluk abrió los ojos, y al reconocer al visir de su padre y a su compañero Aziz, cayó desmayado por la alegría. El rey Sahramán estaba perplejo ante lo que podía suceder, puesto que un ejército había invadido sus tierras a causa de aquel muchacho. Se dirigió hacia Tach al-Muluk, le besó la cabeza llorando y le dijo: "¡Hijo mío! No me reprendas ni me castigues por el mal hecho. Ten piedad de mis canas y no destruyas mi reino". Tach al-Muluk se acercó a él, le besó la mano y le respondió: "No temas, pues para mi eres un padre. Pero guárdate de que ocurra alguna desgracia a la señora Dunya". "No te preocupes por ella, pues sólo ha de tener alegrías."

» Se excusó ante él y procuró atraerse al visir del rey Sulaymán Sah, prometiéndole grandes riquezas si callaba, delante de su soberano, lo que había visto. Después de esto mandó a los magnates de su reino que acompañasen a Tach al-Muluk al baño, que le pusieran el más hermoso de los vestidos regios, y que volviesen con él inmediatamente. Hicieron esto; lo llevaron al baño y le pusieron el traje que le había destinado el rey Sahramán. Después le acompañaron al salón. Cuando se presentó ante el rey Sahramán, éste, y los magnates de su reino que estaban con él, se pusieron de pie a su servicio. Tach al-Muluk se sentó para contar al visir de su padre y a Aziz todo lo que le había ocurrido. El visir y Aziz le dijeron: "Entretanto, nosotros regresamos junto a tu padre y lo informamos de que habías entrado en el palacio de la hija del rey, de que no habías salido y de que estábamos preocupados por tu suerte. Al oírlo, movilizó el ejército y vinimos hacia este país, al que nuestra llegada ha traído la alegría y la satisfacción". Tach al-Muluk exclamó: "¡Nunca deje de llegar a tiempo vuestra intervención!"

» Entretanto, el rey había entrado en la habitación de su hija Dunya y la había encontrado llorando por Tach al-Muluk; había cogido una espada, apoyado la empuñadura en el suelo y puesto la punta encima del corazón, entre los dos senos, y ya iba a dejarse caer, al tiempo que decía: "Me mato. No puedo vivir después de la muerte de mi amado". Al entrar su padre y verla en esta situación,

le gritó: “¡Señora! ¡Hija de reyes! ¡No lo hagas! ¡Ten piedad de tu padre y de los habitantes de tu país!” Acercóse a ella y añadió: “Evita que por tu culpa le pase una desgracia a tu padre”. En seguida le refirió lo sucedido, y que su amado, el hijo del rey Sulaymán Sah, quería tomarla por esposa. Concluyó: “Esponsales y matrimonio dependen de ti”. Ella se sonrió y le dijo: “¿No te había dicho que era hijo de un sultán? Ahora lo dejaré que te crucifique encima de un madero que no cueste ni dos dinares”. “¡Por Dios! ¡Ten misericordia de tu padre!” “Ve por él y tráemelo.” “De buen grado.”

» Salió corriendo y se presentó ante Tach al-Muluk, al cual dio el encargo en privado. Ambos se dirigieron a la habitación de la princesa. Cuando ésta vio a Tach al-Muluk, lo abrazó en presencia de su padre, se colgó de él y le dijo: “¡Qué ganas tenía de verte!” Volviéndose hacia su padre, dijo: “¿Quién podía querer mal a un joven como éste, tan hermoso, que es un rey e hijo de un rey?” El rey Sahramán salió, les cerró la puerta y, dirigiéndose al encuentro del visir, del padre de Tach al-Muluk y de los demás mensajeros, les mandó que corriesen a informar al sultán Sulaymán Sah de que su hijo estaba en perfecta salud y, bienestar, en la más dulce vida. A continuación, el rey Sahramán mandó que se acogiese hospitalariamente a los soldados de Sulaymán Sah, padre de Tach al-Muluk, y que les facilitasen forrajes para sus monturas.

» Cuando hubieron hecho todo lo ordenado, dijo que preparasen cien corceles de raza, cien camellos, cien mamelucos, cien siervas, cien esclavos y cien esclavas, y se lo mandó como regalo. Después, acompañado por sus grandes y cortesanos, salió fuera de la ciudad. Cuando se enteró de esto, el sultán Sulaymán Sah le salió a pie al encuentro, ya que el visir y Aziz lo habían informado de todo; la noticia lo había alegrado, y dio gracias a Dios porque su hijo había alcanzado su deseo. El rey Sulaymán Sah cogió al rey Sahramán por la cintura y lo hizo sentar a su lado, encima del diván, y se pusieron a hablar. Después les acercaron la comida y comieron hasta quedar hartos; más tarde les acercaron los dulces, y poco después llegó Tach al-Muluk, que se presentó con su vestido nuevo y los adornos. Al verlo, su padre se levantó y lo besó. Todos los que estaban presentes se pusieron de pie en el acto; el joven se sentó a hablar con ellos un rato.

» El rey Sulaymán Sah dijo: “Quiero hacer redactar el contrato matrimonial entre mi hijo y tu hija en presencia de los testimonios legales”. “Con mucho gusto”, contestó Sahramán, quien mandó llamar al cadí y a los testigos. Éstos comparecieron y redactaron el contrato. Los soldados se alegraron, y el rey Sahramán empezó a preparar los esponsales de su hija. Tach al-Muluk dijo a su padre: “Aziz tiene carácter generoso y me ha hecho un gran servicio, que le ha costado trabajo. Me ha acompañado en el viaje, me ha hecho alcanzar mi deseo y ha sido constante hasta que he conseguido mi propósito. Ha permanecido a nuestro lado, lejos de su país, dos años. Desearía facilitarle mercancías par que regrese a su patria, que no está lejos”. Su padre aceptó esta idea, y le prepararon

cien cargas de las telas más preciosas. Tach al-Muluk se acercó a él, lo despidió y le dijo: "¡Hermano mío! Acepta esto como regalo". Lo aceptó y besó el suelo delante de él y de su padre, el rey Sulaymán Sah.

» Tach al-Muluk montó a caballo y acompañó a Aziz por espacio de tres millas, después de lo cual éste lo conjuró a que regresase y le dijo: "Si no fuese por mi madre, no sabría apartarme de ti. ¡Por Dios! ¡No me prives de tus noticias!" Se despidió de él, anduvo hasta su ciudad y vio que su madre, al creerlo muerto, le había construido un mausoleo en el centro de la casa, del que no se separaba. Cuando entró en ella la encontró junto a la tumba, con los cabellos sueltos. Lloraba y recitaba estos dos versos:

¡Por Dios, oh tumba! ¿Ha desaparecido su belleza? ¿Ha cambiado su aspecto reluciente?
¡Oh, tumba! No eres ni el jardín ni el firmamento. Entonces, ¿cómo puedes encerrar a la vez la luna y las flores?

» Exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

¿Qué me ocurre que he pasado a saludar la tumba del amigo y no he obtenido respuesta?
El amigo contesta: "¿Cómo he de contestaros si soy rehén de la piedra y del polvo?
El polvo ha comido mis encantos; os he olvidado y me he escondido a la mirada de mis parientes y amigos".

» No había terminado aún de recitar estos versos, cuando Aziz entró. Al verlo, se dirigió hacia él, lo abrazó y le preguntó por las causas de su ausencia. Él le contó todo lo que le había ocurrido, y que Tach al-Muluk le había dado cien cargas de telas preciosas y riquezas. Su madre se alegró, pero Aziz continuó a su lado, perplejo de cuanto le había ocurrido desde que Dalila la Taimada lo había castrado. Y aquí termina lo referente a Aziz.

» En cuanto a Tach al-Muluk, éste cohabitó con su amada Dunya y le quitó la virginidad. Después, el rey Sahramán hizo los preparativos del viaje que su hija iba a emprender con su esposo y el padre de éste; preparó las provisiones, los regalos y los presentes, los cargaron en los animales y partieron. El rey Sahramán los acompañó durante tres días a modo de despedida, hasta que el rey Sulaymán Sah le rogó que regresara y así lo hizo. Tach al-Muluk, su padre y su esposa no pararon de andar día y noche hasta que llegaron a su país. La ciudad se había engalanado para recibirlos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato de Dandán continuaba:] « El rey Sulaymán Sah se sentó en el trono del reino; tenía a su lado a su hijo Tach al-Muluk. Hizo numerosos dones, puso en libertad a quienes estaban en la cárcel y celebró, por segunda vez, las bodas de su hijo, y durante un mes hubo cantos y festejos. Las peinadoras arreglaron de nuevo a Dunya, y ésta no se cansó de mostrarse ni ellas de admirarla. Después de estar algún tiempo al lado de sus padres, Tach al-Muluk volvió junto a su esposa, y así vivieron en la más dulce vida y felicidad» .

Cuando se terminó esta historia, Daw al-Makán dijo al visir Dandán: « Las personas como tú son los comensales de los reyes» . Así siguieron en el asedio de Constantinopla hasta que, habiendo transcurrido cuatro años, desearon ardientemente regresar a sus bases; las tropas estaban cansadas del sitio y de la duración de la guerra, de combatir noche y día. El rey Daw al-Makán mandó llamar a Bahram, a Rustem y a Tarkas. Cuando los tuvo delante les dijo: « Hemos permanecido aquí algunos años sin conseguir alcanzar nuestro deseo; al contrario, han aumentado nuestras penas. Vinimos para vengar la muerte del rey Umar al-Numán y ha muerto mi hermano Sarkán, y lo que era una desgracia se ha transformado en dos; lo que era una pena, se ha duplicado. Y todo por culpa de la vieja Dat al-Dawahi, que mató al sultán en su reino, robó a su esposa, la reina Sofía, y no contenta con esto, ideó una treta para degollar a mi hermano. He jurado con los mayores juramentos que tomaré venganza. Comprended bien estas palabras y contestadme» .

Los emires bajaron la cabeza y dejaron el asunto en manos del visir Dandán. Éste se adelantó hacia el rey Daw al-Makán y le dijo: « Sabe, oh rey del tiempo, que no sacamos nada de quedarnos. Lo mejor es que nos marchemos a la patria, que permanezcamos en ella algún tiempo y que regresemos después a combatir a los adoradores de ídolos» . El rey contestó: « Ésta es una opinión. Las gentes quieren volver a ver a sus familias y a mí también me atormenta el deseo de ver a mi hijo Kan Ma Kan y a la hija de mi hermano, Qúdiya Fa-Kan, que quedó en Damasco y de la que no he sabido nada» . Cuando el ejército se enteró de esto, se alegró y aplaudió al visir Dandán. El rey Daw al-Makán mandó al pregonero que anunciase la partida para tres días después. Iniciaron los preparativos y en el cuarto día tocaron los tambores, se desplegaron las banderas y el visir Dandán se puso al frente de las tropas; el rey marchó en el centro, llevando a su lado al gran chambelán.

Los ejércitos avanzaron noche y día hasta que divisaron la ciudad de Bagdad.

Las gentes se alegraron de su llegada y cesaron las penas. Después los príncipes se dirigieron a sus domicilios y el rey a su alcázar, y corrió a ver a su hijo Kan Ma Kan, que había cumplido siete años y sabía salir y montar a caballo. El rey descansó del viaje, y después, acompañado por su hijo Kan Ma Kan, se dirigió al baño. Al salir se sentó en el trono del Imperio, y el visir Dandán, los príncipes y los cortesanos se presentaron a ponerse a su servicio. Entonces el rey Daw al-Makán mandó llamar al fogonero que le había tratado tan bien durante el viaje. Compareció, y al verlo el rey le salió al encuentro y le hizo sentar a su lado. Daw al-Makán había explicado al visir los favores que había recibido de su amigo el fogonero, por lo cual éste era tenido en gran consideración por aquél y los príncipes.

El fogonero había engordado de tanto comer y descansar; su cuello parecía el de un elefante, su vientre el de un delfín, y estaba algo atontado por la vida que llevaba, ya que no salía del lugar en que vivía. No reconoció la fisonomía del rey. Éste se le acercó, le sonrió y lo saludó cariñosamente diciéndole: « ¡Qué pronto me has olvidado!» Clavó la vista en él, se fijó, lo reconoció y se puso de pie exclamando: « ¡Amigo mío! ¿Quién te ha hecho sultán?» El rey se puso a reír, el visir se acercó a hablarle y le explicó lo ocurrido, y añadió: « Era tu hermano y compañero y ahora es el rey de la tierra; te van a alcanzar grandes beneficios, por lo que te recomiendo que cuando te pregunte por lo que quieres, le pidas algo grande, ya que te tiene en alta estima» . « Temo pedirle algo que no quiera o no pueda concederme.» El visir le dijo: « Te concederá lo que le pidas» . « ¡Pues he de pedirle algo que tengo metido en la cabeza y cada día espero que se me conceda!» El visir le dijo: « Tranquiliza tu corazón. Aunque le pidieras el gobierno de Damasco, el puesto de su hermano, te lo concedería» .

El fogonero se puso de pie. Daw al-Makán le hizo seña de que se sentase, pero no quiso y exclamó: « ¡Busco refugio en Dios! Se han terminado aquellos días en que estaba sentado en tu presencia» . El sultán le dijo: « Te equivocas: aún duran, ya que tú fuiste quien me salvó. Te daré lo que pidas. Dime qué es lo que quieres» . « Temo pedir algo que no quieras o no puedas concederme.» El sultán se echó a reír y dijo: « Si pidieses la mitad de mi reino, lo compartiría contigo. ¡Pide lo que quieras!» « Temo pedir algo que no me puedas conceder.» El sultán, enfadado, exclamó: « ¡Pide lo que quieras!» « Quiero que me concedas un decreto nombrándome síndico de todos los leñadores que se encuentran en la ciudad de Jerusalén.» El sultán y todos los presentes se pusieron a reír. Le dijo: « ¡Pide otra cosa!» « ¿No te había dicho que temía pedir algo que no quisieses o no pudieses concederme?» El visir le hizo un gesto por segunda y tercera vez rogándole que pidiese, pero él insistía en que quería ser el presidente de los basureros de Jerusalén o Damasco. Los que estaban presentes se cayeron de risa, y el visir le dio unos golpes. El fogonero se volvió hacia aquél y le dijo: « ¿Qué ocurre para que tengas que pegarme? No tengo ninguna culpa. Tú eres quien me

ha recomendado que pidiese algo gordo. ¡Dejadme volver a mi país!»

El sultán se dio cuenta de que estaba haciendo comedia. Esperó un poco y le dijo: « Hermano mío. Pide algo importante, algo que convenga a mi rango» . « Nómbrame sultán de Damasco en lugar de tu hermano.» Escribió el nombramiento y dijo al visir Dandán: « Tú lo acompañarás, y cuando te decidas a volver te traerás a la hija de mi hermano, Qúdiya Fa-Kan» . El visir contestó: « Oír es obedecer» . Tomó consigo al fogonero y se marchó con él para preparar el viaje. El sultán Daw al-Makán mandó que dispusiesen un trono nuevo y un vestido de rey para el fogonero. Dijo a los príncipes: « Quienes me amen, deben hacerle valiosos regalos» . Le concedió el título de Zabalukán, con el apodo de al-Muchahid. Al cabo de un mes estuvieron listos los preparativos y Zabalukán se puso en movimiento llevando a su servicio al visir Dandán. Fue a despedirse de Daw al-Makán. Éste se puso de pie, lo abrazó y le recomendó que fuese justo con sus súbditos. Le mandó que preparase una expedición de guerra para el cabo de dos años, lo despidió y se marchó.

El rey al-Muchahid, intitulado Zabalukán, después de que el rey Daw al-Makán le hubo recomendado que tratase bien a sus súbditos, emprendió la marcha. Los príncipes le habían regalado más de cinco mil mamelucos que cabalgaban detrás de él. El gran chambelán, el emir de Daylam, Bahram; el emir de los turcos, Rustem, y el emir de los árabes, Tarkas, salieron a despedirlo acompañándolo durante tres días, después de los cuales regresaron a Bagdad, mientras que el sultán Zabalukán y el visir Dandán proseguían sin parar su viaje hasta llegar a Damasco. Los habitantes de esta ciudad habían recibido noticias, transportadas en alas de pájaros, de que el rey Daw al-Makán había nombrado sultán de Damasco a un rey llamado Zabalukán y apodado al-Muchahid. Al recibir esta noticia habían engalanado la ciudad, y todos los habitantes de la misma habían salido a su encuentro. Entró en la ciudad, se dirigió a la ciudadela y se sentó en el trono del reino.

El visir Dandán se puso a su servicio y le fue presentando los príncipes y magnates a medida que iban entrando; éstos le iban besando la mano y le auguraban toda suerte de prosperidades. El rey Zabalukán les regaló vestidos y otros objetos. Después abrió las arcas del tesoro y lo distribuyó entre todos los soldados, grandes o pequeños; empezó a gobernar con justicia y preparó la partida de la hija del sultán Sarkán, la señora Qúdiya Fa-Kan. Mandó que le dispusiesen una litera recubierta de seda y preparó la marcha del visir, al cual quiso hacer un regalo en dinero. Pero éste le dijo: « Hace poco que eres rey y puedes necesitar el dinero, o bien podemos pedírtelo para gastos de guerra o para otros objetos» .

Cuando el visir Dandán estuvo preparado para la marcha, el sultán al-Muchahid montó a caballo para despedirlo, mandó llamar a Qúdiya Fa-Kan, la colocó en su litera y la despachó haciendo que la acompañasen diez jóvenes como criadas. Una vez hubo partido el visir Dandán, el rey al-Muchahid regresó a su palacio para dedicarse a allegar armas en espera del momento en que el rey Daw al-Makán lo llamase. Esto es lo que hace referencia al sultán Zabalukán.

He aquí lo que se refiere al visir Dandán: Quemó las etapas acompañado de Qúdiya Fa-Kan, llegando al cabo de un mes a Rahba; siguió viaje hasta llegar a Bagdad y envió un mensajero a Daw al-Makán para informarlo de su llegada. Éste montó a caballo y salió a recibirlo. El visir Dandán quiso apearse, pero el rey Daw al-Makán lo conminó a que no lo hiciera; siguió andando hasta tenerlo a su lado y le pidió noticias de al-Muchahid; el visir lo informó de que se encontraba bien y de que llegaba acompañado por Qúdiya Fa-Kan, la hija de su hermano Sarkán. Se alegró y le dijo: « Descansa durante tres días de las fatigas del viaje, y después preséntate ante mí» . « ¡De mil amores!» , contestó el visir. Se marchó a su casa, el rey se dirigió a palacio y fue a ver a la hija de su hermano, Qúdiya Fa-Kan. Ésta tenía ocho años. Su presencia lo alegró, al mismo tiempo que lo entristecía el recuerdo de su padre. Le hizo don de joyas y de

objetos de gran valor, y mandó que la llevasen al mismo departamento en que estaba su primo Kan Ma Kan.

Aquélla era la más hermosa y la más decidida entre sus contemporáneos, ya que era lista, perspicaz y sabía discernir la consecuencia de las acciones. Kan Ma Kan tenía sentimientos nobles, pero nunca pensaba en lo que podía venir después. Ambos cumplieron juntos los diez años: Qúdiya Fa-Kan aprendió a montar a caballo y acompañaba a su primo en los paseos por el campo, y ambos aprendieron juntos el manejo de la espada y de la lanza hasta que cumplieron los doce años. El rey, por su parte, había terminado los preparativos para la guerra santa, había completado los armamentos y los planes. Mandó llamar al visir Dandán y le dijo: « He decidido hacer algo y te pido que me des tu parecer. Contesta en seguida» . « ¿De qué se trata, rey del tiempo?» « Estoy resuelto a abdicar en mi hijo Kan Ma Kan en vida, a regocijarme viéndolo reinar y combatir hasta que me alcance la muerte. ¿Qué piensas?»

El visir Dandán besó el suelo delante del rey Daw al-Makán y le contestó: « Sabe, oh rey feliz y bien intencionado, que lo que te ha pasado por la mente es bello, pero que no es propio de esta época. En primer lugar, porque tu hijo Kan Ma Kan es pequeño, y en segundo, porque frecuentemente aquel que coloca en el trono a su hijo, estando él aún sano, no vive mucho tiempo. Ésta es mi respuesta» . El rey le replicó: « Sabe, visir, que lo dejaré bajo la tutela del gran chambelán, que es como de mi propia familia, ya que se ha casado con mi hermana y por tanto lo considero como a un hermano» . « Haz lo que te parezca bien, pues nosotros somos los ejecutores de tus órdenes.» El rey mandó llamar al gran chambelán e hizo que se presentase acompañado por los magnates de su reino. Les dijo: « Éste es mi hijo Kan Ma Kan. Sabéis que es el mejor caballero de su tiempo y que no hay quien pueda competir con él ni en la guerra ni en las justas. Lo nombró a él vuestro sultán, y al gran chambelán, su tutor» . El chambelán exclamó: « ¡Rey del tiempo! Tus favores me abruman» . Daw al-Makán le dijo: « ¡Chambelán! Mi hijo Kan Ma Kan y la hija de mi hermano, Qúdiya Fa-Kan, son primos. Yo la caso con él. Todos los presentes son testimonios de esto» .

El sultán dio a su hijo riquezas tales que la lengua no puede describir. Después fue a ver a su hermana Nuzhat al-Zamán y la informó de lo sucedido. Ella dijo: « Ambos son mis hijos. ¡Dios te conserve, para ellos, mucho tiempo!» « ¡Hermana! Noto que mi misión en el mundo ha concluido; he puesto en lugar seguro a mi hijo, pero es necesario que cuides tú misma de él así como de su madre.»

Siguió dando consejos al chambelán y a Nuzhat al-Zamán para que cuidasen de su hijo y de su esposa noche y día, pues notaba que estaba próximo su fin. Tuvo que guardar cama y el chambelán se hizo cargo de las riendas del poder para gobernar a sus súbditos. Un año después mandó llamar a su hijo Kan Ma

Kan y al visir Dandán y dijo: « Hijo mío: Este visir será tu padre después de mi muerte. Date cuenta de que me voy de este mundo perecedero al eterno, ya que he cumplido mi misión en esta tierra. Pero tengo en el corazón un pesar al que espero que Dios ponga fin por tus manos» . « ¿Y qué es ese pesar, padre mío?» Él respondió: « ¡Hijo mío! Muero sin haber vengado a tu abuelo, el rey Umar al-Numán, ni a tu tío, el rey Sarkán, en la persona de una vieja llamada Dat al-Dawahi. Si Dios te concede la victoria, no dejes de tomar venganza ni de lavar esta infamia. ¡Pero ten cuidado con la vieja! Escucha los consejos del visir Dandán, ya que él es, desde hace mucho tiempo, el sostén de nuestro reino» . Su hijo le contestó: « Oír es obedecer» , y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La enfermedad de Daw al-Makán fue agravándose. El chambelán se había hecho cargo de la administración del Imperio y juzgaba, mandaba y prohibía. Esta situación continuó durante un año entero. Daw al-Makán seguía enfermo, sin que sus achaques disminuyesen durante cuatro años. El gran chambelán seguía administrando el reino, y sus súbditos estaban satisfechos y contentos, por lo que todo el país rezaba por él. Esto es lo que se refiere a Daw al-Makán y al chambelán.

He aquí lo que hace referencia a Kan Ma Kan. Éste sólo se preocupaba de montar a caballo y del manejo de la lanza y de la espada. Lo mismo hacía su prima Qúdiya Fa-Kan. Ambos salían juntos desde la mañana hasta la noche, en que ella volvía al lado de su madre y él al de la suya, a la que encontraba llorando, sentada junto a la cabecera de su padre. El muchacho cuidaba del padre durante la noche, y en cuanto despuntaba el día salía con su prima, como de costumbre. Daw al-Makán, agobiado por el dolor, lloró y recitó estos versos:

Mis fuerzas se han extinguido; mi época ya ha pasado y he llegado a ser lo que ves.
En los días de mi poderío era el más importante de mi pueblo y el primero que conseguía sus deseos.
Ahora, desaparecido mi poder, he abandonado mi reino para entrar en un período de impotencia y de envilecimiento.
¿Alcanzaré a ver, antes de morir, cómo mi hijo es, en mi lugar, rey de los seres humanos
y aniquila al enemigo, en busca de venganza, con la espada o la lanza?
Quedaré burlado en todos los aspectos si mi Señor no cura mi corazón.

Terminados estos versos apoyó la cabeza en la almohada y se durmió. En sueños vio una persona que le decía: « ¡Alégrate! Tu hijo gobernará el país y sus súbditos le serán fieles» . Se despertó contento por lo que había soñado y al cabo de pocos días la muerte lo alcanzó. Los habitantes de Bagdad sufrieron esta gran desventura, y tanto los humildes como los grandes lo lloraron. Transcurrió el

tiempo y nadie volvió a acordarse de él; la situación de Kan Ma Kan cambió: fue separado de las gentes de Bagdad y él y su familia fueron encerrados en una casa apartada. Cuando la madre de Kan Ma Kan vio esto quedó muy humillada y se dijo que debía dirigirse al gran chambelán y confiar en la misericordia del Sutil, del Omnisciente. Dejó su casa y se fue al domicilio del chambelán, que había pasado a ser sultán. Entró en la habitación de su esposa Nuzhat al-Zamán y le dijo: « Quien muere pierde los amigos. ¡Dios no os haga nunca estar en necesidad y gobernéis siempre, entre propios y extraños, con justicia! Tú has sabido por tus oídos y has visto con tus ojos en qué grado de estimación, poder, riquezas y bienestar nos encontrábamos en el pasado. Ahora el destino se ha vuelto contra nosotros y es nuestro enemigo. He venido a pedirte un favor después de haber hecho beneficios en el pasado, ya que, después de la muerte del hombre, la mujer y los hijos quedan humillados» . Recitó estos versos:

Bástete saber que la muerte es un prodigio manifiesto y que el misterio de la vida nos es desconocido.
Estos días son simples etapas cuyos hostales están llenos de desventuras.
Lo que duele a mi corazón es la pérdida de hombres generosos que fueron vencidos por las mayores desgracias.

Nuzhat al-Zamán, al oír estas palabras, recordó a su hermano Daw al-Makán y a su hijo Kan Ma Kan. Se acercó a ella, la besó y le dijo: « Ahora yo soy rica y tú eres pobre. ¡Por Dios! Te hemos abandonado en la necesidad por temor de afligir tu corazón, para que no te pasase por la mente que lo que te diéramos era a título de limosna; todo el bienestar de que disfrutamos proviene de ti y de tu esposo. Nuestra casa te pertenece, nuestras riquezas son tuyas y tú debes lo que nosotros debemos» . A continuación le regaló un vestido precioso, le destinó un lugar apropiado en el palacio que estaba cerca de sus habitaciones particulares, y la joven y su hijo Kan Ma Kan vivieron a su lado una vida agradable; regaló a éste algunos vestidos regios y asignó a ambos algunas esclavas para que les sirvieran. Al cabo de cierto tiempo, Nuzhat al-Zamán explicó a su esposo lo que le había ocurrido con la esposa de su hermano Daw al-Makán. Se puso a llorar y le dijo: « Si quieres saber cómo se comportará el mundo después de tu muerte, observa lo que pasa con los demás. Trátala con respeto» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, por su parte, Kan Ma Kan y su prima Qúdiya Fa-Kan habían crecido y se habían desarrollado hasta llegar a ser como dos ramas en fruto o dos lunas brillantes; habían cumplido los quince años.

Qúdiya Fa-Kan era una muchacha hermosísima, de rostro perfecto, con talle de palmera y caderas opulentas, saliva como el néctar, esbelta, con una boca más dulce que el vino; era tal como la describió el poeta en estos dos versos:

> El zumo del vino aparece en su saliva; los brazos del racimo se recogen en su boca de perla.
> Cuando se doblega, los racimos se inclinan. ¡Gloria a Aquel que la creó sin haber sido creado!

Dios había reunido en ella toda suerte de belleza: su cuerpo era tan esbelto que avergonzaba a las ramas; las rosas pedían perdón a sus mejillas, y su saliva podía burlarse del mejor vino. El verla alegraba al corazón, tal como dijo el poeta:

> Hermosa de aspecto, alcanza en ella la belleza su perfección. Sus párpados sin afeites afrentan a los que se han ennegrecido con colirios.
> Sus miradas penetran en el corazón del amante como si fuese una espada en manos del Emir de los creyentes, Alí.

Kan Ma Kan, por su parte, tenía una prodigiosa belleza, unas líneas perfectas que estaban por encima de toda comparación. El valor brillaba en sus ojos y daba testimonio en su favor, no en contra. Los corazones quedaban ligados a él, y cuando el bozo despuntó en su mejilla se le dedicaron muchos versos:

> La disculpa de mi pasión no ha sido patente hasta que salió la barba y quedé perplejo al ver avanzar la tiniebla por la mejilla.
> Es un cachorro de gacela; cuando los ojos se fijan en su belleza, sus miradas clavan puñales.

Otro ha dicho:

> El alma de los enamorados se ha cosido a sus mejillas igual como una procesión de hormigas pone de relieve el color rojo de la sangre.
> ¡Oh, maravilla! Son mártires de amor y viven en el fuego de la mejilla y visten trajes de seda verde[72].

Ocurrió que, en una fiesta, Qúdiya Fa-Kan salió para pasar el día al lado de sus allegados en el gobierno: las esclavas la rodeaban, resplandeciendo de belleza. La rosa de sus mejillas envidiaba al lunar y un narciso sonreía desde su boca relampagueante. Kan Ma Kan empezó a dar vueltas a su alrededor y a

lanzarle miradas, pues parecía ser la luna brillante. Tomando ánimo soltó la lengua y recitó estos dos versos:

¿Cuándo el corazón quedará curado del dolor del alejamiento con la cercanía? ¿Cuándo el amor satisfecho se reirá de la repulsión pasada?
¡Ojalá supiera si pasaré una noche unido a un amado que sienta lo mismo que yo!

Qúdiya Fa-Kan al oír estos versos lo reprendió, le riñó y le amenazó con un castigo doloroso. Kan Ma Kan se enfadó y volvió furioso a Bagdad. Por su parte, Qúdiya Fa-Kan corrió a quejarse a su madre de lo que había dicho su primo. Ésta le replicó: « Hija mía: no te quiere mal. Es un huérfano y no ha dicho nada que pueda ofenderte. ¡Guárdate de contarlo a nadie, pues si llegase lo ocurrido a oídos del sultán, tal vez lo matara y lo aniquilara!» Pero el amor de Kan Ma Kan por Qúdiya Fa-Kan se hizo notorio en todo Bagdad. Las mujeres hablaban de él. Kan Ma Kan cada vez estaba más acongojado, tenía menos paciencia, estaba pensativo y no ocultaba a las gentes su estado, antes bien, daba a conocer lo que sufría su corazón por el alejamiento de la amada. Temiendo que ésta se enfadase recitó estos dos versos:

Si un día llego a temer su castigo —sus buenas costumbres han cambiado—,
tendré paciencia, de la misma manera que la tiene el joven que espera curarse gracias a una cauterización.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el gran chambelán se había proclamado sultán, con el nombre de rey Sasán. Se enteró del amor de Kan Ma Kan por Qúdiya Fa-Kan y se arrepintió de haberlos educado juntos en un mismo lugar. Marchó a ver a su esposa Nuzhat al-Zamán y le dijo: « Poner la hierba seca al lado del fuego es muy peligroso, y no se pueden poner juntos a hombres y mujeres hasta que éstas tengan los ojos negros y el cuello débil. Kan Ma Kan, el hijo de tu hermano, ha llegado a la pubertad y hay que prohibirle que entre en las habitaciones de las mujeres; hay que impedir a tu hija que vea a los hombres, ya que personas como ella deben permanecer enclaustradas» . Contestó: « Dices lo conveniente, rey justo, valeroso y completo» .

La mañana siguiente, cuando Kan Ma Kan entró a ver, conforme era su

costumbre, a su tía Nuzhat al-Zamán, la saludó. Ésta le devolvió el saludo y le dijo: « Tengo que decirte unas palabras que preferiría no pronunciar, pero las diré a pesar mío» . « ¿De qué se trata?» « El rey ha oído hablar de tu amor por Qúdiya Fa-Kan y ha mandado que no la veas. Si tienes algo que decirle, mandaré que se coloque detrás de la puerta para que no la veas.» Al oír estas palabras, el muchacho se fue sin articular ni una sola palabra y explicó a su madre lo que le había dicho su tía. Aquélla le dijo: « Todo viene de lo mucho que hablas. Sé que la historia de tu amor por Qúdiya Fa-Kan se ha divulgado y se ha esparcido por todos los lugares. Cómo, ¿tú comes gracias a su largueza y aun te enamoras de su hija?» « Quiero casarme con ella, ya que es mi prima y tengo derecho a ella.» « ¡Calla y que no se entere el rey Sasán! Esto podría ser causa de sumergirte en un mar de penas. Podrían no enviarnos la cena esta noche. Si estuviésemos en otro país habríamos muerto de hambre o hubiésemos tenido que humillarnos a pedir limosna.» Al oír las palabras de su madre aumentaron los pesares del corazón de Kan Ma Kan y recitó estos versos:

¡Deja esa censura incesante, pues mi corazón me ha abandonado en beneficio de quien me ha cautivado!
No me pidas ni una brizna de paciencia, pues, ¡por la casa de Dios!, he repudiado a la paciencia.
Cuando los censores me ponen reparos, no les hago caso. Al proclamar mi amor soy sincero.
Se me ha prohibido por la fuerza que la visitase, pero yo, ¡por el Misericordioso!, no soy un libertino.
Cuando oigo que la mencionan, mis huesos parecen pájaros perseguidos por gavilanes.
Di a quien critique mi amor que yo, ¡lo juro por Dios!, estoy enamorado de mi prima.

Terminados estos versos dijo a su madre: « No puedo permanecer ni junto a mi tía ni junto a esta gente. Me marcharé de palacio y me iré a vivir en las afueras de la ciudad, junto a los indigentes» . Salió e hizo lo que había dicho, por lo que su madre frecuentaba la casa del rey Sasán para tomar algo con que alimentarse los dos. Un día, Qúdiya Fa-Kan se quedó a solas con la madre de Kan Ma Kan y le dijo: « ¡Tía! ¿Cómo se encuentra tu hijo?» « Llora y está muy apenado, ya que no encuentra quien lo liberte ni de la pasión ni del amor que por ti siente; está cogido en las redes.» Qúdiya Fa-Kan se puso a llorar y dijo: « ¡Por Dios! No lo aparté de mí por odio, sino por miedo de los enemigos. Lo quiero aún más que él a mí. Si no hubiese dejado ir la lengua ni hubiese tenido un corazón tan intranquilo, mi padre ni le hubiese retirado sus beneficios ni le hubiese prohibido el verme. Pero los días no son siempre iguales para los humanos, y hay

que tener paciencia en todas las cosas. Quien ha dispuesto que nos separemos podrá concedernos la gracia de reunimos» . Lloró aún más intensamente y recitó estos dos versos:

¡Primo! Sufro una pasión que sólo admite par en la tuya.
Pero yo he disimulado ante la gente mi pasión. ¿Por qué tú no ocultaste la tuya?

La madre de Kan Ma Kan le dio las gracias y se marchó. Se lo contó todo a su hijo, y el amor de éste por ella creció. Exclamó: « ¡No la cambiaría ni por dos mil huríes!» Recitó estos dos versos:

¡Por Dios! No escucho las palabras del censor ni he descubierto el secreto que guardaba.
Aquel con quien esperaba la unión está lejos de mí: mientras mis ojos velan, él duerme.

Los días y las noches se sucedieron, y él siguió sufriendo sobre los brazos de su pasión hasta que alcanzó los diecisiete años y su hermosura llegó a la perfección. Cierta noche en que estaba desvelado, se dijo: « ¿Por qué he de contemplar cómo enflaquece mi cuerpo por no poder conseguir lo que deseo? Mi único defecto es que carezco de fuerza y de riqueza. De Dios depende el conseguir las esperanzas. Debo marchar del país en que vive, hasta que ella muera o yo alcance mi propósito» . Resuelto a obrar así, recitó estos versos:

Deja que la inquietud haga latir más fuerte a mi corazón. En modo alguno debe humillarse ante los hombres.
Perdónalo si se parece a una página de la cual dan testimonio, sin duda, las lágrimas.
Mi prima es una hurí que, con permiso de Ridwán, ha bajado a vivir junto a nosotros.
Quien gusta de los embates de los ojos y se expone, no escapa de sus ataques.
Para salvarme, me marcharé por la amplia tierra y le concederé todo lo lícito.
Regresaré con el corazón contento por lo que ambiciono y combatiré a los héroes en su campo.
Enviaré por delante el botín y traeré a mi lado a los paladines.

A continuación, Kan Ma Kan salió del palacio, descalzo, vistiendo una camisa

de manga corta, llevando encima de la cabeza un gorrillo que tenía más de siete años; como comida llevaba un mendrugo de tres días antes. Cruzó las tinieblas nocturnas hasta llegar a la puerta de Bagdad y permaneció allí hasta que la abrieron, siendo el primero que la cruzó. Aquel día anduvo por valles y estepas. Por la noche su madre fue a buscarlo, pero no lo encontró. Se quedó preocupadísima y lo esperó el primer día y el segundo y el tercero, pero al cabo de diez días, como no tuviese noticias suyas, la pesadumbre la embargó y exclamó sollozando: « ¡Oh, mi consuelo! Me has llenado de pena al partir, al dejar mi compañía. ¡Hijo mío! ¿En qué dirección he de llamarte? ¿Qué ciudad te ha acogido?» Suspiró profundamente y recitó estos versos:

Sé que vuestra marcha me somete a pruebas, que el arco de la separación ha disparado sus flechas.
Me habéis dejado, después de vuestra partida, luchando contra la amargura de la muerte cuando ya han cruzado los desiertos.
Una paloma de collar me ha llamado gimiendo y yo he contestado: « ¡Alto!
¡Por tu vida! Si estuvieras tan triste como yo, ni te hubieses puesto el collar ni te hubieses teñido las patas.
Mi amigo me ha abandonado, y después de su marcha sólo encuentro motivos de tristeza que no se apartan de mí» .

A partir de entonces ella dejó de comer y de beber; su llanto y sus sollozos fueron en aumento, y esto se hizo público, se divulgó su pena entre las gentes y éstas le preguntaron: « ¿Dónde han ido a parar tus ojos, Daw al-Makán? Verías lo ocurrido a Kan Ma Kan. Ha abandonado su patria y su puesto, desde el cual su padre había hartado al hambriento y había gobernado con justicia y equidad» . Los príncipes y los magnates llevaron la noticia de la marcha de Kan Ma Kan al rey Sasán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que le dijeron: « Es el hijo de nuestro rey, es un descendiente del rey Umar al-Numán. Nos hemos enterado de que ha desaparecido del país» . El rey Sasán, al oír estas palabras, se enfadó mucho. Recordó que el padre del muchacho le había hecho mucho bien y que lo había nombrado su tutor. Se entristeció por la desaparición de Kan Ma Kan y exclamó: « ¡Hay que buscarlo en todas partes!» Mandó al emir Tarkas que tomase cien jinetes y que saliese en su búsqueda. Estuvieron ausentes diez días, y al regresar dijo el emir: « No he oído nada que a él se refiera ni he encontrado rastro» . El

rey Sasán se entristeció mucho; y su madre no encontró consuelo para sus ojos y perdió la esperanza, pues ya habían transcurrido veinte días.

Por su parte, Kan Ma Kan, al salir de Bagdad, se quedo perplejo, sin saber hacia dónde dirigirse. Recorrió la campiña durante tres días completamente solo, sin ver ni viandantes ni caballeros. El sueño lo abandonó y fue presa del insomnio. Empezó a pensar en su familia y en su país mientras se alimentaba con hierbas y bebía el agua de los torrentes, refugiándose en las horas de más calor debajo de los árboles. Más tarde abandonó el camino en que se encontraba y tomó una vía secundaria que recorrió durante otros tres días. El cuarto divisó una tierra llena de pastos, con hermosa vegetación, a la que regaban copiosas lluvias y a la que alegraba el canto de la tórtola y de la paloma; era fértil y rica. Kan Ma Kan, recordando el país de su padre, recitó, muy impresionado, lo siguiente:

Me he marchado con la esperanza de volver, pero no sé cuándo podré.
Me ha exiliado el no haber podido encontrar un medio de evitar lo que me ha alcanzado.

Una vez hubo terminado de recitar estos versos, comió un poco de hierba, hizo las abluciones y rezó la plegaria ritual. Después se sentó a descansar y permaneció el día entero en aquel lugar. Al atardecer quedó amodorrado y durmió sin interrupción hasta la medianoche. Lo despertó la voz de un hombre que recitaba estos versos:

La vida consiste en ver brillar la sonrisa en la boca de quien amas y en contemplar un rostro alegre.
La muerte es más soportable que la separación de la amada, cuyo espectro viene a visitarme por las noches.
¡Qué alegría la de los contertulios cuando están reunidos el amante y el amado!
En especial durante la primavera, con sus flores, cuando el tiempo te da lo que aspiras.
¡Oh, bebedor de vino! Ven a ver una tierra adornada de hierba y agua abundante.

Al oír estos versos, Kan Ma Kan fue presa de sus penas y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas como si fuesen ríos; se le encendió un fuego en el corazón. Buscó al que había recitado los versos pero, en medio del ala de la tiniebla, no vio a nadie. Empezó a intranquilizarse, abandonó el lugar en que estaba descendiendo hacia el río y siguió la orilla de éste. Oyó entonces que aquel que había hablado exhalaba profundos suspiros y recitaba:

Si tienes escondido por prudencia el amor, derrama lágrimas libremente el día de la separación.

Entre mis amigos y yo existen lazos de afecto, y por eso deseo, constantemente, volver a verlos.

Mi corazón descansa en Taym y cuando sopla el viento que de Taym procede, me emociono.

¡Oh, Saad! ¿Recuerda la dueña de las ajorcas, después de habernos separado, los pactos y promesas?

¿Volverán a reunimos algún día las noches de amor? ¿Nos contaremos lo que ha sucedido?

Ella dice: « Me ha seducido el amor» . Respondo: « ¡Dios te proteja! ¡A cuántos has seducido!»

¡Dios prive a mis ojos de contemplar sus bellezas si, después de haberme apartado de ella, aquéllos han gozado las dulzuras del sueño!

Tengo una herida en el corazón para la cual no conozco otro remedio que su amor y sus besos.

Al oír Kan Ma Kan por segunda vez versos de la misma voz, sin conseguir descubrir a quien los recitaba, dedujo que era, como él, un amante que no podía reunirse con su amada. Se dijo: « Tal vez pueda reunirme con ése; cada uno de nosotros contará a su compañero sus penas; será mi amigo en el exilio» . Tosió y gritó: « ¡Oh, tú que viajas en la noche tenebrosa! Acércate a mí y refiéreme tu historia. Tal vez yo pueda serte de utilidad en tus penas» . Cuando el que había recitado oyó estas palabras, contestó: « ¡Oh, tú que has llamado y has oído! ¿Eres hombre o genio? Apresúrate a hablar antes de que te encuentre. Hace veinte días que cruzo este país desierto sin haber encontrado ni un alma, sin oír más voz que la tuya» . Al oír esto, Kan Ma Kan se dijo: « La historia de éste es por el estilo de la mía; yo también he andado veinte días sin haber oído la voz humana» . El otro añadió: « Si eres un genio, vete en paz; si eres un hombre, espera hasta que despunte el día y se disipen las tinieblas de la noche» .

Por la mañana, Kan Ma Kan miró y vio que se trataba de un árabe beduino. Se acercó a él y lo saludó. El beduino le devolvió el saludo y lo acogió bien, pero, en cuanto se dio cuenta de que se trataba de un joven de aspecto mísero, lo menospreció y le dijo: « ¿A qué gentes perteneces, muchacho? ¿De qué tribu eres? ¿Cómo andas solo por la noche al igual como hacen los hombres más valientes? ¿Por qué me has hablado del modo como lo hacen los caballeros y los héroes? Tú estás en mi poder. Pero tengo compasión de ti y te haré mi compañero; estarás a mi servicio» . Al oír Kan Ma Kan estas duras palabras en la boca de un hombre que había recitado versos tan bellos, se dio cuenta de que éste lo despreciaba y que quería apoderarse de él. Contestó con dulzura: « ¡Respetable beduino! Deja aparte mi edad juvenil y eso de que yo he de entrar a tu servicio e

infórmame del motivo que te ha impulsado a recorrer el desierto de noche y recitando versos. ¿Qué te ha movido a hacerlo?» « Oye, muchacho: Yo soy Sabbah b. Rammah b. Humam. Mi tribu vive en Siria, y tengo una prima que se llama Nachima cuya sola mirada hace dichoso a quien la contempla. Muerto mi padre, he sido criado en casa de mi tío, el padre de Nachima. Al ser mayores la han separado de mí porque sabían que yo era pobre, que no tenía riquezas. Entonces, por la influencia de los ancianos y del jefe de la tribu ha consentido concedérmela como esposa, pero me ha puesto como condición que le entregue cincuenta caballos, cincuenta camellos, diez esclavos, diez esclavas, cincuenta cargas de trigo y cincuenta de cebada. Por tanto me ha pedido lo que yo no puedo dar, una dote desmesurada. He abandonado Siria y me he venido al Iraq. Desde hace veinte días no he visto a nadie, excepción hecha de ti. Me dispongo a entrar en el territorio de Bagdad, ver si sale de la ciudad algún comerciante, seguirlo y apoderarme de sus bienes dando muerte a los hombres de la caravana, apropiándome así de los camellos con su carga. ¿Tú quién eres?»

Kan Ma Kan contestó: « Mi historia se parece algo a la tuya, pero mi desgracia es mayor y más profunda, puesto que mi prima es hija de un rey y su padre no se contenta con una dote como esa que tú has mencionado, ni se da por satisfecho con cosas parecidas» , « ¡Estás loco, o el amor te ha hecho perder la razón! ¿Cómo puede ser tu prima hija de un rey si no llevas ningún signo que demuestre que perteneces a una familia real? Pareces ser un pobre mendigo.» « Noble beduino: No te maravilles si las vicisitudes de la suerte me han puesto en esta situación. Si quieres una explicación, sabe que yo soy Kan Ma Kan, hijo del sultán Daw al-Makán, hijo, a su vez, del gran rey Umar al-Numán, señor de Bagdad y del territorio del Jurasán. La suerte no me ha sido propicia y se ha proclamado sultán al rey Sasán. Por eso he salido de Bagdad en secreto y me he venido a esta región, en la cual, tras veinte días de viaje, sólo te he encontrado a ti. Tu historia es como la mía: lo que tú buscas es parecido a lo que yo busco.»

Cuando Sabbah oyó estas palabras, exclamó: « ¡Qué alegría! ¡He obtenido lo que buscaba! Eres el beneficio de mi trabajo. Siendo descendiente de rey, aunque estés vestido de mendigo, los tuyos no te abandonarán, y cuando sepan el lugar en que te encuentras te rescatarán con su dinero. Vuélvete de espaldas, muchacho mío, y anda delante» . Kan Ma Kan dijo: « No lo haré, hermano beduino, porque mi familia no me rescatará ni con plata ni con oro. Soy un hombre pobre que no tiene ni poco ni mucho. Abandona estos modales, tómame por compañero y sal conmigo de la tierra del Iraq. Recorreremos el mundo con la esperanza de obtener entre los dos lo que baste para pagar la dote necesaria de cada una de nuestras primas» . Sabbah, al oír esto, se enfadó y echando chispas dijo: « ¡Ay de ti! ¿Te atreves a contradecirme, perro infame? ¡Vuélvete de espaldas o te castigaré!» Kan Ma Kan sonrió y dijo: « ¿Cómo he de volverme de espaldas? ¿Dónde está tu justicia? ¿No temes que los árabes te reprochen el haber

capturado a un joven de modo vil e infame sin haberlo probado en la palestra, sin saber si es un valiente o un cobarde?» Sabbah, riéndose, exclamó: « ¡Dios mío! ¡Qué maravilla! Eres un adolescente, pero sabes hablar. Este discurso sólo lo haría un héroe experimentado» . « La justicia exige que, si quieres cogerme prisionero, como criado, abandones, tus armas, te quites la ropa y te midas conmigo. El que venza a su adversario hará de él lo que quiera y lo tomará como siervo.»

Sabbah, riéndose, exclamó: « Creo que hablas mucho, porque el fin de tu fanfarronería está próximo.»

Arrojó las armas, se remangó y se acercó a Kan Ma Kan. El beduino vio que el joven le superaba como el quintal al dinar: se fijó en la firmeza con que apoyaba los pies en el suelo; parecían dos sólidos minaretes o dos montañas bien plantadas. Se dio cuenta de su inferioridad y se arrepintió de haber aceptado el desafío de igual a igual, ya que con sus armas le hubiese dado muerte. Kan Ma Kan lo agarró y consiguió dominarlo y sujetarlo. El beduino notó que las entrañas le estallaban en el vientre y gritó: « ¡Deja en paz la mano, muchacho!» , pero no hizo caso a estas palabras y lo arrastró por el suelo en dirección al río. Sabbah chilló: « ¡Héroe! ¿Qué quieres hacer conmigo?» « Echarte en el río, que te conducirá hasta el Tigris; el Tigris te llevará hasta el río Isa y éste a su vez te arrastrará al Éufrates, que te transportará hasta tu país. Tus contríbulos te reconocerán y se darán cuenta de tu hombría y de la sinceridad de tu amor.» Sabbah imploró: « ¡Caballero! ¡Héroe! ¡No obres como obran los malvados! ¡Por vida de tu prima, la más hermosa de las bellas! ¡Suéltame!» Kan Ma Kan lo abandonó en el suelo.

En cuanto el beduino se vio libre corrió a buscar la espada y el escudo. Los tomó y se preparó a atacarlo. Kan Ma Kan se dio cuenta de lo que se proponía y le dijo: « Sé lo que hay en tu corazón desde el momento en que coges la espada y el escudo. Pienso que careces de mano apropiada para el combate y que si pudieses estar sobre un corcel arremeterías con la espada. Te consiento hacer lo que quieres para que no queden dudas en tu corazón. Dame el escudo y atácame con la espada: o me matas o te mato» . Le echó el escudo, desnudó la espada y atacó a Kan Ma Kan. Éste sujetó el escudo con la diestra y empezó a protegerse con él. Sabbah, al dar un golpe, decía: « Éste es el último, el definitivo» , pero Kan Ma Kan lo paraba e iba de un lado a otro ya que no tenía con qué atacar.

Sabbah pegó mandobles sin descanso hasta que se le fatigaron las manos. Kan Ma Kan se dio cuenta de que a su rival le faltaban las fuerzas y que sus ataques se debilitaban. Atacó a su vez, lo derribó en el suelo, lo ató con el tahalí de la espada y lo arrastró por los pies hasta la orilla del río. Sabbah preguntó: « ¿Qué vas a hacer conmigo, oh caballero único del tiempo, héroe de la palestra?» « Ya te he dicho que voy a enviarte, por el río, a tus contríbulos para que no se preocupen por ti; así llegarás a tiempo para celebrar la boda con tu prima.»

Sabbah tembló, lloró, gritó y dijo: « ¡No lo hagas, oh caballero único! ¡Tómame a tu servicio!» Sus ojos derramaron abundantes lágrimas y recitó este par de versos:

> Me he apartado de mis familiares; ¡cuán largo ha sido el exilio! ¡Ojalá supiera si he de morir en él!
> Moriré sin que mi familia sepa en dónde; el que muere en el extranjero no recibe la visita de amigos.

Kan Ma Kan se apiadó de él y yo libertó, después de haberle tomado juramento y haber pactado que lo acompañaría en sus viajes y que sería el mejor de los amigos. A continuación Sabbah intentó besar la mano de Kan Ma Kan, pero éste se lo impidió. El beduino se dirigió hacia su saco de viaje, sacó tres panes de cebada y los colocó delante de Kan Ma Kan. Se sentaron en la orilla del río y comieron algo. Después hicieron las abluciones, se sentaron y se refirieron mutuamente las vicisitudes que les había hecho sufrir el destino. Kan Ma Kan preguntó al beduino: « ¿Adonde te diriges?» « A Bagdad, a tu país, en donde me quedaré hasta que Dios me facilite la dote.» « ¡Ponte en marcha!» , le ordenó el joven. El beduino obedeció y tomó el camino de Bagdad.

Kan Ma Kan se dijo: « El volver pobre y mísero no es modo de regresar. ¡Por Dios! No volveré desastrado: he de volver rico, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere» . Se acercó al río, hizo las abluciones y rezó. Al hacer la prosternación colocó la frente en el suelo e invocó: « ¡Dios mío! A Ti que haces llover, a Ti que concedes el alimento a los gusanos ocultos en la roca, te ruego que me concedas, gracias a tu poder y tu gran misericordia, un beneficio» . Una vez terminada la oración quedó sin saber qué camino seguir. Mientras estaba sentado mirando a derecha e izquierda, vio que se acercaba a su encuentro un hombre montado a caballo cuyas riendas había abandonado. Kan Ma Kan siguió sentado y al cabo de un rato, cuando el caballero llegó a su lado, se dio cuenta de que estaba a punto de expirar debido a una grave herida.

Dijo al joven mientras resbalaban por su mejilla las lágrimas, como si fuesen el agua que sale por la boca de un pellejo: « ¡Oh, el más excelente de los árabes! Tenme por tu amigo durante lo que me queda de vida. No encontrarás otro como yo. Dame de beber un poco de agua, aunque ya sé que no puede curar las heridas en el momento de expirar. Si vivo te daré lo que pondrá remedio a tu pobreza, y si muero serás feliz por haber hecho una buena acción» . Este hombre montaba un corcel cuya hermosura admiraba a los hombres, hasta el punto de ser incapaz la lengua de describirlo: sus patas parecían columnas de mármol y eran apropiadas para los días de guerra y de combate. Kan Ma Kan, al ver ese corcel, quedó admirado y se dijo: « No hay en nuestra época ningún caballo que se pueda comparar con éste» .

Ayudó al jinete a descabalgar, le dio un poco de agua y esperó a que descansase. Entonces, acercándose a él, le preguntó: « ¿Quién te ha herido?» « Te voy a contar la verdad: soy un ladrón que se ha dedicado a robar caballos noche y día. Me llamo Gassán, y soy la desgracia de todos los caballos y corceles. Oí hablar de este caballo, que se encontraba en el país de los griegos y que pertenecía al rey Afridún, quien le llamaba Qatul y le apellidaba Machnún. Me marché a Constantinopla dispuesto a robarlo, y empecé a vigilarlo. Mientras yo me ocupaba en esto salió, montada en él, una vieja tenida en mucha consideración por los rumies, ya que ella es su mejor enredona; se llama Sawahi Dat al-Dawahi. La acompañaban únicamente diez esclavos, que iban adscritos al servicio del caballo. Se dirigía hacia Bagdad con el fin de visitar al rey Sasán y pedirle la paz y la seguridad.

» Empecé a seguirlos deseoso de apoderarme del caballo, y no paré de ir detrás de ellos, pero sin conseguir acercarme al animal, puesto que los esclavos extremaban la vigilancia. Así llegaron hasta las inmediaciones de la ciudad, y temí que consiguieran entrar en Bagdad. Entretanto seguía pensando en la forma de apoderarme del corcel. En este momento se levantó una columna de polvo en el horizonte, y cuando se disipó aparecieron cincuenta bandidos, de esos que roban a los comerciantes, mandados por un tal Kahardas, parecido al león, que cuando combate derriba a los héroes por el suelo como si fuesen alfombras.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el herido siguió diciendo:] « Los bandidos, y con ellos Kahardas, atacaron y rodearon a la vieja y a sus acompañantes, los desarmaron y al cabo de poco los diez esclavos y la vieja estaban atados. Se apoderaron del caballo y se llevaron a los presos. Kahardas estaba contento. Yo me decía que había perdido todos los esfuerzos hechos sin haber conseguido mi propósito. Esperé un poco para ver cómo se desarrollaría el asunto. La vieja, al verse presa, empezó a llorar y dijo a Kahardas: "¡Valiente caballero! ¡Héroe experimentado! ¿Qué vas a hacer con una vieja y los esclavos? Has conseguido ya el caballo que ambicionabas". Continuó dirigiéndole palabras amables y le prometió que le facilitaría caballos y botín. Kahardas la libertó junto con los esclavos y reemprendieron el camino. Yo los seguí hasta llegar a este país, sin perder de vista al caballo. Encontré un medio para robarlo, me monté en él y sacando una fusta del bolsillo, lo azucé.

» Al darse cuenta de lo que ocurría corrieron en pos de mí, me rodearon, me lanzaron flechas y me atacaron con las lanzas. Yo me mantuve firme en el lomo, pues el caballo combatía por mí con sus patas, y así me sacó del alcance de mis enemigos, raudo como una estrella fugaz o un dardo rapidísimo. Pero en lo más

enconado del combate había recibido una herida. Así he permanecido agarrado a su lomo durante tres días, sin poder comer, debilitándome continuamente y alejándome de esta vida. Tú has obrado bien conmigo y me has tenido compasión. Me doy cuenta de que estás medio desnudo y triste, aunque también distingo las huellas de un pasado bienestar. ¿Cómo te llamas?» « Me llamo Kan Ma Kan, hijo del rey Daw al-Makán, hijo, a su vez, del rey Umar al-Numán. Mi padre murió y yo he crecido huérfano. Ha ocupado el trono un hombre indigno, el cual es el rey de grandes y humildes.» A continuación le refirió toda su historia, desde el principio hasta el fin.

El ladrón, apiadándose de él, le dijo: « Perteneces a una familia noble y tienes una gran dignidad. Se hablará de ti y serás el mejor caballero de esta época. Si puedes colocarme en la silla, montar a la grupa y acompañarme a mí país, serás noble en este mundo y tendrás una recompensa en el día del juicio, ya que yo no tengo fuerzas suficientes para sostenerme. Si muriese en el camino, te quedarías con este corcel, pues lo mereces más que ningún otros hombre» . Kan Ma Kan contestó: « ¡Por Dios! Si fuese necesario, te llevaría sobre mis espaldas; si mi vida estuviese en mi poder, te cedería la mitad sin aceptar en recompensa el caballo, ya que yo pertenezco a las gentes que hacen el bien y ayudan al desvalido. A aquel que hace el bien por el amor de Dios, se le evitan setenta clases de desgracias» . Estaba ya dispuesto a colocarlo encima del caballo y a emprender el camino con el auxilio del Sutil, del Omnisciente, cuando el ladrón le dijo: « ¡Aguarda un poco!» Cerró los ojos, abrió la mano y dijo: « Atestiguo que no hay dios sino el Dios; atestiguo que nuestro señor Mahoma (Dios lo bendiga y lo salve) es el mensajero de Dios» . Dándose cuenta de que iba a morir recitó estos versos:

He sido injusto con los hombres, he recorrido la tierra y he pasado la vida bebiendo vino.
He afrontado el ímpetu de los torrentes para robar caballos: las malas acciones arruinan las casas.
Muchas son mis acciones, grande es mi culpa: Qatul ha sido mi última hazaña.
Con este corcel esperaba alcanzar mis deseos, pero con él se ha frustrado mi porvenir.
Durante toda mi vida he robado caballos, y mi fin llega al lado de un charco.
Mi historia termina aceptando, fatigado, la hospitalidad de un forastero, huérfano y pobre.

Al terminar de recitar estos versos movió los ojos, abrió la boca, experimentó un estertor y se fue de este mundo. Kan Ma Kan abrió una fosa y lo enterró.

Después acarició la cara del caballo y se dio cuenta de que el rey Sasán no tenía ninguno que pudiera compararse con el suyo. Algún tiempo después unos comerciantes lo informaron de lo que había ocurrido, en su ausencia, entre el rey Sasán y el visir Dandán. Éste se había sublevado contra el rey apoyado por la mitad del ejército y había jurado que no reconocería a más sultán que a Kan Ma Kan. Había tomado juramento de fidelidad a las tropas y había ocupado las islas de la India y los países de los bereberes y de los negros. En ellos había reclutado soldados tan numerosos que podían compararse a un mar encrespado sin principio ni fin, y se preparaba para regresar con todas estas tropas a invadir su patria, dando muerte a todos los que se le resistiesen, jurando que no envainaría la espada de la guerra hasta colocar en el trono a Kan Ma Kan.

El rey Sasán, al enterarse de estas noticias, había quedado sumergido en un mar de dudas: se daba cuenta de que en su imperio grandes y pequeños le eran contrarios, y estaba profundamente preocupado. Abrió sus tesoros, distribuyó bienes y beneficios a los grandes y hubiera colocado de grado a Kan Ma Kan, con el fin de atraérselo con buenos tratos y honores, al frente de la parte del ejército que aún le obedecía, con el fin de reforzar así las briznas de su poder.

Cuando Kan Ma Kan se enteró por los mercaderes de todo esto, volvió precipitadamente a Bagdad montado en su corcel, y así el rey Sasán, que seguía perplejo meditando en el asunto, se enteró de que Kan Ma Kan iba a llegar. Dio órdenes de que todo el ejército, de que los notables de Bagdad le saliesen al encuentro, y toda la ciudad salió a recibirlo y a acompañarlo, en cortejo, al palacio. Los eunucos corrieron a llevar la noticia a su madre, y ésta fue a verlo y lo besó en la frente. Él le dijo: « ¡Madre! Deja que vaya a ver a mi tío el rey Sasán, el cual me ha colmado de bienes y de favores» . Los grandes del reino se quedaban perplejos al ver aquel corcel y al contemplar a su dueño, el mejor de los caballeros. Dijeron al rey Sasán: « ¡Rey! Jamás hemos visto a nadie que pueda compararse a este hombre» .

El rey Sasán corrió a saludarlo. Kan Ma Kan, al ver que se acercaba, le salió al encuentro, le besó las manos y los pies y le ofreció el caballo como regalo. El rey lo saludó diciendo: « ¡Bien venido sea mi hijo Kan Ma Kan! ¡Por Dios! Tu ausencia me ha tenido muy preocupado y doy gracias a Dios porque no te ha ocurrido nada» . El sultán clavó la vista en ese corcel llamado Qatul y reconoció que era el que había visto en el año tal, mientras asediaba a los cristianos con el padre del joven, Daw al-Makán, en el momento en que fue matado su tío Sarkán. Dijo: « Si tu padre hubiese podido, lo habría comprado a cambio de mil corceles. Ahora vuelve el poderío a quien le pertenece: lo acepto y te lo agradezco para regalártelo a mi vez, ya que tú eres el hombre que más lo merece, eres el héroe de los caballeros» . A continuación mandó que dieran a Kan Ma Kan un precioso vestido de honor, algunos caballos, y que se le destinase la mayor habitación del palacio, concediéndole honores y satisfacciones; le hizo entrega de grandes

riquezas y lo honró hasta el límite máximo, ya que temía las consecuencias de la sublevación del visir Dandán.

Kan Ma Kan se sintió satisfecho, ya que habían cesado las humillaciones y desprecios. Marchó a su casa, besó a su madre y le dijo: « ¡Madre! ¿Qué hace mi prima?» « ¡Por Dios, hijo mío! Estaba tan afligida por tu ausencia, que no me he preocupado de tu amada.» « ¡Madre! Ve a ver si me mira con buenos ojos.» « La ambición humilla el cuello de los hombres. Deja de hablar de esta manera para no caer en el desprecio. No iré a verla ni le diré estas palabras.» Al oír esto refirió a su madre lo que le había referido el ladrón acerca de la vieja Dat al-Dawahi, que estaba en el país pronta a entrar en Bagdad. Añadió: « Ésa es la que mató a mi tío y a mi abuelo, y yo he de lavar la afrenta tomando venganza» . Dejó a su madre y se marchó a ver a una vieja astuta, taimada y hábil llamada Saadana. Le refirió lo que sufría a causa de su amor por Qúdiya Fa-Kan y le rogó que fuese a verla y le hablase en su favor. La vieja aceptó de buen grado, y cuando él se marchó ella se dirigió al palacio de Qúdiya Fa-Kan y enterneció su corazón. Regresó al lado del joven y lo informó de que Qúdiya Fa-Kan lo saludaba y le prometía que a medianoche lo visitaría.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Kan Ma Kan se alegró mucho con la promesa que le había hecho su prima. Llegada la medianoche, ella se presentó envuelta en una bata de seda, entró en su habitación, lo despertó y le dijo: « ¿Cómo puedes asegurar que me amas si estás durmiendo tranquilo en el mejor de los sueños?» « ¡Por Dios, esperanza de mi corazón! Me he dormido pues esperaba que tu imagen me visitase en sueños» . Ella le riñó con dulces palabras y recitó estos versos:

Si fueses verídico al decir que me amas, no te entregarías al sueño.
¡Oh, tú que te proclamas víctima de la pasión de amor!
¡Por Dios, primo! Los ojos del enamorado nunca duermen.

Kan Ma Kan quedó confundido; después se abrazaron y se quejaron de lo sufrido por la separación, de lo mucho que se querían y de la gran fuerza del amor. Así continuaron hasta que despertó el lucero de la aurora y apareció el alba. Kan Ma Kan lloró muchísimo, exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

¡Oh, tú que me has visitado después de larga separación! En tu boca hay un collar de perlas.

La he besado mil veces, he estrechado su cintura y hemos pasado la noche con las mejillas juntas.

Hasta el momento en que ha aparecido la luz de la aurora, que nos ha asustado como si fuese la hoja de la espada cuando brilla fuera de la vaina.

Cuando terminó estos versos, Qúdiya Fa-Kan se despidió de él y volvió a su habitación, en donde puso al corriente de su secreto a algunas de las criadas. Una de éstas corrió a buscar al rey Sasán e informarle de la noticia. Éste corrió hacia Qúdiya Fa-Kan, desenvainó la espada y quiso cortarle el cuello; en ese momento entró su madre Nuzhat al-Zamán, quien le gritó: « ¡No cometas con ella esa barbaridad! ¡Si la cometes, lo sucedido se divulgará entre las gentes y la infamia recaerá sobre el rey del tiempo! Kan Ma Kan es hombre de honor y de carácter recto. No hará nada que pueda levantar murmullos. Espera y no te precipites. En el palacio y en todo Bagdad se ha difundido la noticia de que el visir Dandán manda un ejército de todos los países y se acerca con él para poner en el trono a Kan Ma Kan» . Le contestó: « ¡He de causarle una aflicción tal que no ha de encontrar ni tierra que lo acoja ni cielo que le dé sombra! Si lo he acogido bien no ha sido por él, sino por los súbditos de mi Imperio, para que no se inclinasen hacia él. ¡Verás lo que sucede!» La dejó y se marchó a disponer las cosas de su reino. Esto es lo que se refiere al rey Sasán.

He aquí lo que hace referencia a Kan Ma Kan: Al día siguiente fue a visitar a su madre y le dijo: « ¡Madre! He resuelto dedicarme al bandidaje y al latrocinio para hacerme con caballos, esclavas y mamelucos. Cuando mis riquezas sean muchas, cuando haya mejorado mi situación, pediré a mi tío Sasán que me dé por esposa a Qúdiya Fa-Kan» . « ¡Hijo mío! Los bienes de las gentes no se obtienen con facilidad: hay que luchar con la espada y con la lanza, con hombres valientes que van a la caza de leones y leopardos.» « No me volveré atrás hasta que haya conseguido mi deseo.» Después mandó a la vieja que fuese a informar a Qúdiya Fa-Kan de que se disponía a partir para obtener una dote que le fuese conveniente y le pidió que volviese a darle su respuesta. La vieja se marchó y regresó con la contestación: « Te visitará a medianoche» .

Permaneció desvelado hasta la hora de la cita, intranquilo. Apenas entró ella, le dijo: « ¡Qué larga te ha sido la vela!» Él corrió a su lado y replicó: « ¡Amor mío! ¡Lejos de ti todos los males!» A continuación le refirió lo que había resuelto. Ella se puso a llorar. Le dijo: « ¡No llores, prima! Ruego a Aquel que ha dispuesto que nos separemos, que nos conceda el favor de una pronta reunión» . Kan Ma Kan se preparó para el viaje, fue a ver a su madre, se despidió de ella, salió del palacio, ciñó la espada, se puso un turbante, se tapó la cara con un velo y montó en su corcel Qatul. Al avanzar por las calles de la ciudad parecía que fuese la luna llena. Al cruzar la puerta tropezó con su amigo Sabbah b. Rammah,

que también salía. El beduino, al verlo, corrió a su encuentro y lo saludó. El príncipe le devolvió el saludo. Sabbah le dijo: « ¡Hermano mío! ¿Cómo has conseguido este corcel y estas riquezas? Por ahora yo sólo tengo mi espada» . Kan Ma Kan le replicó: « El cazador cobra las piezas según el valor de su esfuerzo. Poco después de que tú me dejases me llegó la fortuna. ¿Quieres venir conmigo? Realizarás tus deseos en mi compañía y recorreremos la campiña» . « ¡Por el Señor de la Kaaba! Desde ahora te llamaré mi patrón.»

Se puso a andar delante del caballo llevando la espada al cuello y su saca en la espalda. Anduvieron por la campiña durante cuatro días, comiendo las gacelas que cazaban y bebiendo el agua de las fuentes. El quinto día distinguieron la cima de una colina elevada, en cuya falda había prados en los que pastaban camellos, ovejas, vacas y caballos tan numerosos que cubrían los altozanos y los valles. Las crías de estos animales retozaban a su alrededor. Kan Ma Kan se alegró mucho al verlo, se sintió a sus anchas y se dispuso a combatir para apoderarse de las camellas y de los camellos. Dijo a Sabbah: « Ven conmigo a coger esas riquezas que están abandonadas por sus dueños. Combatiremos con los que de cerca o de lejos nos amenacen hasta que nos apoderemos de este botín» . Sabbah le contestó: « ¡Señor! Sus dueños son gentes muy numerosas que disponen de valientes caballeros e infantes. Si nos lanzamos a esta empresa correremos un gran peligro» .

Kan Ma Kan se echó a reír, pues sabía que era un cobarde; lo dejó atrás y bajó por la colina dispuesto a efectuar la algara. Cantaba estos versos:

Los descendientes de al-Numán son valientes; saben dar golpes a las cimas.
Son gentes que, cuando se les presenta el torbellino del combate, saben plantar piernas sobre pies.
El ojo del pobre reposa tranquilo entre ellos sin ver la amenaza del hambre.
Sólo pido el auxilio del Señor omnipotente, del Creador del alma.

Se lanzó contra aquellos bienes como si fuera un camello furioso y azuzó a camellos, vacas, ovejas y caballos. Los esclavos le salieron al encuentro con espadas relucientes y largas lanzas. A su cabeza iba un caballero turco, valiente en el combate, experto en el manejo de la negra lanza y de la blanca espada. Cargó contra Kan Ma Kan diciéndole: « ¡Ay de ti! ¡Si hubieras sabido a quién pertenecen estos bienes, no hubieras hecho esto! Sabe que estas riquezas pertenecen a la manada griega, a la agrupación de los circasianos, todos los cuales son héroes valientes. Son ciento veinte hombres que se han negado a obedecer a ningún sultán. Se les ha robado un corcel y han jurado que no se marcharán de aquí hasta que lo hayan recuperado» . Al oír estas palabras, Kan

Ma Kan dio un grito diciendo: « Éste es el corcel que buscáis y por el cual podéis combatirme. ¡Atacadme todos a la vez! ¡A vosotros corresponde hacer lo que queráis!»

Dio un grito al oído de al-Qatul y éste se lanzó contra ellos como si fuese un demonio. El joven atacó al caballero en cuestión, lo alanceó y lo derribó; cargó al segundo, al tercero, al cuarto, y los privó de la vida. Ante esto los esclavos se asustaron. Los apostrofó: « ¡Bastardos! ¡Conducidme los animales y los caballos o teñiré con vuestra sangre mi lanza!» Obedecieron y empezaron a andar. Sabbah reapareció dando gritos de alegría y en este momento se levantó una columna de polvo que cubrió el horizonte: debajo se distinguían cien jinetes que parecían leones feroces. Al verlos Sabbah huyó hacia la colina, abandonando la llanura, disponiéndose a ver el combate. Se decía: « Sólo soy caballero por juego y diversión» . Los cien caballeros rodearon a Kan Ma Kan, lo cercaron por todos los lados y uno de ellos se le acercó diciéndole: « ¿Dónde vas con estos bienes?» « ¡Acércate a combatir!: tienes delante a un león esforzado, a un héroe cuya espada hiere dondequiera que dé.» El caballero, al oír estas palabras, se fijó en él y se convenció de que parecía un gran león pero que su rostro podía compararse con la luna llena. Este caballero era el jefe de los cien y se llamaba Kahardas. Al ver la perfecta hombría de Kan Ma Kan, su extraordinaria hermosura, lo confundió con su amada, que se llamaba Fatín.

Ésta era la más hermosa de las mujeres; Dios le había dado una juventud y una belleza tan excepcionales, que la lengua era incapaz de describirla; enamoraba el corazón de todos los hombres, pero los caballeros de su tribu temían su dureza, los héroes de aquella región estaban asustados de su valentía, pues había jurado que no se casaría más que con aquel que la venciese. Kahardas era uno de sus pretendientes, pero ella había dicho a su padre: « No se me acercará sino aquel que me venza en la palestra, luchando conmigo con la lanza» . Al enterarse de esto, Kahardas temió que el dar muerte a una muchacha fuese para él motivo de infamia, pero uno de sus íntimos le había dicho: « Tú eres muy hermoso; si luchas con ella y resulta ser más fuerte que tú, la vencerás igualmente puesto que tu hermosura y tu belleza irán delante de ti hasta apoderarse de ella, ya que las mujeres necesitan a los hombres y tú no lo ignoras» . Kahardas, empero, se había negado a luchar con ella obstinadamente, y en esta situación estaba cuando se enfrentó con Kan Ma Kan.

Creyó que éste era su amada Fatín, la cual había oído ponderar su hermosura y su valentía. Acercándose a Kan Ma Kan, dijo: « ¡Ay de ti, Fatín! ¿Has venido a mostrarme tu valentía? Apéate del caballo y ven a hablar conmigo. He reunido todos estos bienes y he afrontado como bandolero caballos y héroes únicamente por tu belleza y hermosura, que no tiene igual. Cásate conmigo y te servirán las hijas de los reyes, serás la reina de este país» . Kan Ma Kan, al oír estas palabras, estalló de indignación y exclamó: « ¡Ay de ti, perro extranjero! Deja a Fatín y lo

que a ella se refiere y acércate a combatir con la lanza y con la espada: en seguida caerás derribado por el polvo» . A continuación se lanzó al ataque, al combate.

Kahardas al fijarse en él vio que se trataba de un experto caballero, de un héroe experimentado, y comprendió que se había confundido; al descubrir el bozo que apenas despuntaba en su mejilla como un mirto que apareciese entre rosas rojas, dijo a quienes lo acompañaban: « ¡Ay de vosotros! Avance uno solo y enséñele la afilada espada y la lanza blandida. Sabed que atacar en banda a uno solo es una infamia, aunque del hierro de su lanza salten chispas» . Le cargó un hombre montado en un caballo negro que tenía una estrella como un dirhem en la frente; ante ella quedaban perplejos el entendimiento y la vista, y por ello el poeta había dicho:

> Se te acerca el potro que se dirige alegre al combate: mezcla la tierra con el cielo.
> Parece que la mañana lo haya herido en la frente y él se haya vengado metiendo los cascos en sus entrañas.

Este caballero cargó contra Kan Ma Kan: ambos combatieron un rato dándose cargas capaces de aturdir el entendimiento y fatigar la vista. El príncipe le dio un golpe maestro, de héroe, con el que le arrancó el turbante y la celada, y su enemigo se curvó sobre el caballo como una camella cuando se acuesta. Después lo atacaron un segundo, un tercero, un cuarto y un quinto, y con todos hizo lo mismo que con el primero. Los restantes cargaron en bloque presos de inquietud y de desasosiego, pero al cabo de poco rato el hierro de la lanza del príncipe los había atravesado. Al darse cuenta Kahardas de la situación, temió morir y vio claramente que aquel joven poseía la firmeza de corazón, se convenció de que había encontrado al héroe de los caballeros. Dijo a Kan Ma Kan: « Te hago don de tu vida y de la vida de mis compañeros. Coge los animales que quieras y sigue tu camino, ya que me he apiadado de la hermosura de tu juventud y más vale que conserves la vida» .

Kan Ma Kan contestó: « No careces de la hombría de los generosos, pero déjate de palabras y procura salvarte sin reprochar, sin ambicionar la restitución del botín: utiliza, para conservar la vida, un camino recto» . Al oír esto, estalló Kahardas en cólera y, henchido de furor, dijo a Kan Ma Kan: « ¡Ay de ti! ¡Si supieses quién soy no hablarías de esta manera en el momento culminante del combate! Pregunta por mí: yo soy el león feroz llamado Kahardas, el que ha combatido a los reyes más poderosos, el que ha atacado en los caminos a todas las gentes robando los bienes de los comerciantes. Ese corcel que cabalgas constituye mi deseo y querría saber qué has hecho para conseguir apoderarte de él» . « Una vieja conducía este caballo a mi tío, el rey Sasán. Tengo que vengar

en ella a mi abuelo, el rey Umar al-Numán, y a mi tío, el rey Sarkán.» « ¡Ay de ti! ¿Quién es tu padre? ¿Quién es tu madre?» « Sabe que yo soy Kan Ma Kan, hijo del rey Daw al-Makán, hijo, a su vez, del rey Umar al-Numán.»

Al oír Kahardas estas palabras, dijo: « No puede negarse que eres perfecto y que reúnes la caballerosidad y la belleza. ¡Vete en paz! Tu padre hizo muchos favores y beneficios» . « ¡Por Dios! ¡Eres un siervo!» El beduino se encolerizó y cargaron el uno contra el otro, mientras los caballos levantaban las orejas y movían la cola. Se atacaron sin interrupción hasta el punto de que cada uno de los dos llegó a creer que el cielo se había hendido; se atacaban como los machos cabríos con los cuernos y cambiaban lanzazos. Kahardas dio una carga con la que creyó ensartar a Kan Ma Kan, pero éste consiguió escapar y, atacando a su vez, le atravesó el pecho y apareció la punta de su lanza por la espalda de Kahardas.

Kan Ma Kan reunió los caballos y el botín, y llamando a los esclavos los mandó que condujesen las bestias. Sabbah se acercó en este momento y le dijo: « ¡Magnífico, caballero de la época! He rogado por ti y mi Señor ha escuchado mi plegaria» . A continuación cortó la cabeza de Kahardas. Kan Ma Kan se puso a reír y dijo: « ¡Vaya con Sabbah! ¡Creía que eras hombre de guerra y lucha…!» « ¡No olvides la parte de tu esclavo en este botín! Gracias a esto tal vez llegue a casarme con mi prima Nachima.» « Tienes tu parte; pero ahora vigila el botín y los esclavos.» Kan Ma Kan se dirigió hacia su país y no dejó de viajar noche y día hasta que divisó la ciudad de Bagdad. Todo el ejército se enteró de su llegada, de que traía botín y riquezas y de que la cabeza de Kahardas iba en la punta de la lanza de Sabbah. Los comerciantes la reconocieron, se alegraron y dijeron: « ¡Dios ha librado a los hombres de él! Era un salteador de caminos» . Quedaron admirados de que hubiese muerto, y rezaron por su matador.

La gente de Bagdad se reunió en torno de Kan Ma Kan comentando la noticia: todos los hombres lo respetaron y los caballeros y los paladines le temieron. Azuzó todo lo que llevaba consigo hacia el palacio y apoyó en la puerta del mismo la lanza en cuya extremidad iba la cabeza de Kahardas; hizo dones, repartió caballos y camellos, y los habitantes de Bagdad empezaron a quererlo. Hospedó a Sabbah en un buen lugar y se dirigió a ver a su madre y a informarla de lo que le había ocurrido en el viaje. El rey se enteró de su llegada, por lo cual dejó su consejo y se reunió con sus íntimos. Les dijo: « Sabed que quiero descubriros mi secreto y mostraros mi pensamiento más íntimo. Sabed que Kan Ma Kan será la causa de que perdamos este país, ya que él ha matado a Kahardas, al cual seguían las tribus de los kurdos y de los turcos. Por su culpa pereceremos. Nuestro temor es mayor a causa de sus parientes: sabéis que el visir Dandán se niega a reconocerme a pesar de los bienes que le he concedido, y que me ha traicionado. Me he enterado de que ha reunido ejércitos de todos los

países y que se propone entronizar a Kan Ma Kan debido a que su padre y su abuelo fueron sultanes. Sin duda me matará» .

Al oír esto, sus confidentes le dijeron: « No merece tanto. Si no fuera porque sabíamos que tú lo habías educado, ninguno de nosotros lo habría frecuentado. Sabe que estamos a tu disposición. Si quieres que lo matemos, lo mataremos; si quieres que lo exilemos, lo exilaremos» . « Lo mejor es matarlo, pero hay que comprometerse solemnemente a hacerlo.» Juraron que darían muerte a Kan Ma Kan, y así, cuando llegase el visir Dandán y se enterase de su muerte, quedaría debilitado y desorientado. Una vez se hubieron conjurado y comprometido, el rey los honró mucho y marchó a sus habitaciones. Los jefes se habían apartado ya de él y las tropas se negaban a montar o descabalgar, en espera de ver lo que sucedía, debido a que en su mayoría eran partidarias del visir Dandán.

Esta noticia llegó a Qúdiya Fa-Kan, la cual quedó muy apenada y mandó a buscar a la vieja mediante la cual tenía costumbre de comunicarse con su primo. Una vez la tuvo delante le mandó que corriese a su encuentro y lo informase de lo que ocurría. Cuando ésta llegó a su lado lo saludó. Se alegró al verla y ella le dio el encargo. Le contestó: « Presenta mis respetos a mi prima y dile: “La tierra pertenece a Dios (¡loado y ensalzado sea!). Él la concede a aquel que quiere de sus esclavos, ¡Qué bellas son estas palabras del poeta!:

> A Dios pertenece el poderío: quien consigue obtener los bienes mundanos tiene que devolverlos a la fuerza y responder de ellos con su vida.
> Aunque yo —u otro cualquiera— consiguiésemos dominar un puñado de polvo, sería simplemente en condominio (con Dios)”» .

La vieja regresó al lado de la muchacha, le refirió lo que le había dicho y la informó de que Kan Ma Kan vivía en la ciudad. El rey Sasán esperaba que se marchara de Bagdad para mandar en pos de él a los que debían darle muerte. Cierta vez salió de caza acompañado por Sabbah, pues éste no lo abandonaba ni de noche ni de día. Cobró diez gacelas, entre las cuales había una con los ojos negros que los volvía a derecha e izquierda. La dejó en libertad. Sabbah le preguntó: « ¿Por qué has dejado escapar a esta gacela?» Kan Ma Kan se echó a reír y soltó el resto diciéndole: « Es cuestión de hombría el poner en libertad a las gacelas que tienen hijos; esta gacela se vuelve de un lado a otro porque tiene retoños» . La soltó, y lo mismo hizo con las demás, como rasgo de generosidad. Sabbah le dijo: « Ponme también a mí en libertad para que yo vuelva junto a mi familia» . El joven se puso a reír y le dio un golpe en el corazón con el asta de la lanza y cayó al suelo, retorciéndose como si fuese una culebra.

En estas circunstancias apareció una nube de polvo en movimiento y caballos al galope montados por caballeros y héroes. Motivaba su llegada el que el rey Sasán había sido informado por algunos de que Kan Ma Kan había salido de caza,

por lo cual había enviado al emir de Daylam, llamado Chami, acompañado de veinte caballeros, a los cuales había pagado para que matasen a Kan Ma Kan. Cuando llegaron a su lado, cargaron contra éste, quien, a su vez, se lanzó contra ellos y los mató hasta el último. El rey Sasán había montado a caballo y había ido a reunirse con los confabulados: los encontró muertos y regresó admirado. Sus propios familiares lo apresaron y lo ataron con cuerdas.

Después de todo esto, Kan Ma Kan abandonó el lugar y se marchó con el beduino Sabbah. Mientras andaba vio a un joven que estaba plantado en la puerta de su casa. El príncipe lo saludó y el joven le contestó. Éste se metió en su domicilio y salió llevando dos escudillas: una de ellas con leche, y la otra con sopa en la cual flotaban manchas de mantequilla. Puso las dos escudillas delante de Kan Ma Kan y le dijo: « Hónranos comiendo de nuestros víveres» . El príncipe se negó. El joven preguntó: « ¿Qué te ocurre, hombre que no comes?» « Tengo hecho un voto.» « ¿Cuál es la causa de tu voto?» « Sabe que el rey Sasán me ha usurpado el reino con injusticia. Este Imperio perteneció, antes que a mí, a mi padre y a mi abuelo. Pero Sasán lo tomó por la fuerza después de la muerte de mi padre, sin preocuparse de mí, que entonces era muy pequeño. Hice voto de que no aceptaría ninguna invitación de comer hasta que mi corazón no quedara satisfecho de la ofensa.» El joven le dijo: « ¡Alégrate, pues Dios ha oído tu voto! Sabe que Sasán está preso y creo que pronto morirá» . « ¿En qué casa está encerrado?» « En aquella cúpula elevada.» Kan Ma Kan miró en la dirección que le indicaban y vio una cúpula alta en que la gente entraba ininterrumpidamente a ver a Sasán y lo abofeteaba; el usurpador estaba ya medio muerto.

Kan Ma Kan se dirigió hacia la cúpula, observó cómo era y volvió al lugar en que estaba el joven; se sentó y comió hasta quedar harto; la carne que sobró la colocó en su saco. Permaneció sentado, sin moverse, hasta que se hizo de noche y se durmió el joven del cual era huésped. Entonces Kan Ma Kan se dirigió hacia la cúpula en la que se encontraba Sasán. Estaba rodeada de perros que la vigilaban. Uno de los canes se lanzó contra él: le echó un pedazo de carne de los que llevaba en su saco, y fue arrojando carne a los animales hasta que llegó a la cúpula. Avanzó hasta llegar al lado del rey Sasán y colocó una mano sobre su cabeza. Preguntó en voz alta: « ¿Quién eres tú?» « Soy Kan Ma Kan, aquel a quien te esforzabas en matar. Dios ha hecho recaer en ti el daño que tú mismo ideabas. ¿No te bastaba con haberme arrebatado el reino y el trono de mi padre y de mi abuelo? ¿Aún tenías que intentar darme muerte?» Sasán juró en falso que él no había querido matarlo, y que esto no era conforme a la verdad. Kan Ma Kan lo perdonó y le dijo: « ¡Sígueme!» « No puedo dar ni un solo paso, pues estoy agotado.» « Si es así, tomaremos dos caballos, montaremos ambos y nos marcharemos al campo.»

Hicieron lo que había dicho, montaron y viajaron hasta el alba. Rezaron la

oración de la aurora y siguieron viajando hasta llegar a un jardín, en donde se sentaron para hablar. Kan Ma Kan se puso de pie ante Sasán y le preguntó: « ¿Queda en tu corazón algo que tengas que reprocharme?» « ¡No, por Dios!» Se pusieron de acuerdo para regresar a Bagdad, y Sabbah, el beduino, dijo: « Yo os precederé para dar esta buena noticia a las gentes» . Se adelantó y dio la noticia a las mujeres y a los hombres. Todas las gentes salieron a recibirlos con tambores y flautas y Qúdiya Fa-Kan se dejó ver como si fuese la luna llena, que disuelve las tinieblas con su luz. Kan Ma Kan le salió al encuentro, los ánimos se excitaron y los espíritus se entusiasmaron. Todo el mundo hablaba del príncipe y los valientes aseguraban que era el héroe del tiempo. Decían: « El único que puede ser nuestro sultán es Kan Ma Kan; volverá a reinstaurar el reino de su abuelo tal como era» .

Sasán fue a ver a Nuzhat al-Zamán. Ésta le dijo: « Veo que la gente sólo sabe hablar de Kan Ma Kan y que le atribuye cualidades tales que la lengua es incapaz de describirlas» . « Lo que se sabe de oídas no es lo mismo que lo que se ve. Lo he visto obrar y no tiene ni una sola cualidad apreciable. No todo lo que se oye se repite. Las gentes se imitan las unas a las otras al repetir los elogios y gracias de este joven. Dios es quien hace correr por la boca de la gente su loa: por eso se inclinan hacia él el corazón de la gente de Bagdad y el visir Dandán, ese pérfido traidor que ha reunido tropas de todos los países. ¿Qué terrateniente ha de avenirse a obedecer a un huérfano sin poder?» Nuzhat al-Zamán le preguntó: « ¿Qué te propones?» « Matarlo, y así frustrar el propósito del visir Dandán, quien tendrá que someterse y obedecer; no le quedaría más remedio que servirme.» « Traicionar a los extraños es una fea acción; ¿cómo no lo ha de ser si se trata de parientes? Lo mejor es que lo cases con tu hija Qúdiya Fa-Kan. Oye lo que se dijo en tiempos pretéritos:

Cuando el tiempo encumbre, por encima de ti, a una persona siendo tú más digna que ella, hazle favores aunque ascienda.
Dale los honores debidos a su rango: la encontrarás dispuesta a ayudarte, estés cerca o lejos.
No digas lo que de ella sabes, pues quedarías entre los privados de sus favores.
¡Cuántas mujeres del harem son más bellas que la esposa! Pero el destino favorece a ésta.»

Sasán escuchó estas palabras y comprendió el significado de la poesía. Se puso de pie, irritado, y exclamó: « Si no supiese que tú hablas en broma, cortaría tu cabeza con la espada y te quitaría la vida» . Nuzhat al-Zamán le replicó: « Como te has enfadado conmigo, dices que he bromeado» . Se le acercó y lo besó en la cabeza y en las manos, diciéndole: « Lo correcto es lo que tú dices: los

dos juntos buscaremos el modo de matarlo» . Al oír estas palabras, Sasán se alegró y le dijo: « Apresúrate a buscar la manera, alivia mi aflicción, pues yo no sé qué idear» . « Buscaré el medio de darle muerte.» « ¿Cómo?» « Utilizaré a nuestra criada Bakún, que es experta en toda clase de artimañas.»

Esta criada era una de las viejas más taimadas; todas sus acciones iban impregnadas de maldad, pero era la que había criado a Kan Ma Kan y a Qúdiya Fa-Kan. El primero le tenía un gran afecto, y éste era tan grande que acostumbraba dormirse a sus pies. El rey Sasán, al oír las palabras de su esposa, exclamó: « ¡Es una buena idea!» Mandó llamar a la criada Bakún, le refirió lo que ocurría y le mandó que se las ingeniase para darle muerte, prometiéndole toda suerte de favores. Respondió: « Tu orden será obedecida, pero quiero, mi señor, que me des, para apresurar su fin, un puñal que se haya sumergido en el agua de la muerte» . Sasán consintió y le entregó un puñal que casi llevaba ligada la muerte.

Esta criada había oído recitar historias y versos, sabía de memoria anécdotas y noticias. Cogió el puñal y salió de la casa meditando planes para el asesinato. Se acercó a Kan Ma Kan, que estaba sentado en espera de la promesa de la señora Qúdiya Fa-Kan. El recuerdo de su prima, el amor que por ella sentía, avivaba el fuego de su corazón. En este momento entró la esclava Bakún y le dijo: « Ha llegado la hora de la unión y han pasado los días de la separación» . Al oír estas palabras preguntó: « ¿Cómo está Qúdiya Fa-Kan?» « Pensando en ti.» Entonces Kan Ma Kan se acercó a Bakún, le dio sus vestidos y le prometió toda clase de bienes. Ésta dijo: « Pasaré la noche contigo y te referiré las historias que he oído; te consolaré contándote anécdotas de amantes enfermos de amor» . « Refiéreme algún hecho que alegre mi corazón y haga cesar mi pena.» « De buen grado.» Bakún se sentó a su lado, guardando oculto entre sus vestidos el puñal.

Le dijo: « Sabe que lo más bello que ha llegado a mi oído es la historia de un hombre al que gustaban las mujeres; gastó en ellas su dinero hasta quedarse pobre, sin tener nada; el mundo se le hizo pequeño y empezó a recorrer los zocos en busca de algo con que alimentarse. Cierto día, mientras deambulaba así, un clavo lo hirió en un dedo: la sangre empezó a brotar. Se sentó, secó la sangre y vendó el dedo. Nuevamente en pie, se fue gimiendo hasta llegar al baño; entró en él y se desnudó. Una vez dentro vio que estaba completamente limpio. Se sentó en la piscina y no paró de echar agua por encima de la cabeza hasta que se cansó» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la criada continuó diciendo:]

« Después fue a buscar la alberca de agua fría, y no encontrando a nadie, se instaló en ella, cogió un pedazo de hachís y lo tragó. Le subió en seguida al cerebro y cayó desvanecido encima del mármol. El hachís le hizo creer que un gran personaje le hacía el masaje, mientras dos esclavos se mantenían de pie junto a su cabeza.

» Uno de ellos tenía en la mano un tazón y el otro los instrumentos propios del bañador y todo lo necesario para el mismo. Al verlo se dijo: "Parece que éstos se equivocan conmigo o bien tienen mi mismo vicio, son comedores de hachís". Extendió sus pies y creyó oír que el bañador le decía: "¡Señor mío! Se aproxima el momento de tu salida: hoy toca servirte". Se puso a reír y dijo: "¡Eres maravilloso, hachís!" Se sentó y quedó callado.

» El bañador se le acercó, lo tomó por la mano, le puso un cinturón de seda negra y se marcharon, seguidos de los dos esclavos con las tazas y los demás útiles. No se detuvieron hasta entrar en una habitación solitaria, a la que perfumaron. Estaba llena de toda clase de flores y perfumes. Abrieron un melón, le hicieron sentarse en una butaca de ébano y el bañador siguió lavándolo mientras los dos esclavos lo rociaban de agua. Después lo friccionaron bien y le dijeron: "¡Señor nuestro! ¡Ojalá seas siempre feliz!" Se marcharon y cerraron la puerta. Cuando imaginó todo esto, se puso de pie, se quitó el cinturón y se echó a reír hasta caer desmayado. Siguió riendo un rato y después se dijo: "¿Qué ocurrirá para que me hablen como si fuese un visir y me den el tratamiento de 'Señor nuestro'? Tal vez ellos se hayan confundido un momento, pero pronto me reconocerán y dirán que soy un necio y me molerán a pescozones".

» A continuación se bañó y abrió la puerta: creyó ver que un joven mameluco y un eunuco se le presentaban. El mameluco llevaba un paquete. Lo abrió y sacó tres toallas de seda. Le echó una a la cabeza, otra a los hombros y le ciñó con la tercera la cintura. El eunuco le calzó unas sandalias; en seguida se acercaron 'mamelucos y eunucos y le ayudaron. A todo esto él no hacía más que reír. Salió y se dirigió al salón: encontró un gran lecho que era propio de un rey. Los criados corrieron a servirle, le hicieron sentar en el lecho y empezaron a darle masaje hasta que se quedó dormido. En sueños vio a una jovencita descansando en su regazo. La besó, la colocó entre sus dos piernas y se situó de la manera que el hombre adopta con la mujer. Cogió el miembro con la mano, atrajo hacia sí a la muchacha y la estrujó debajo.

» En este momento una voz dijo: "¡Despierta, necio! ¡Es mediodía y aún duermes!" Abrió los ojos y se vio junto al recipiente de agua fría; a su alrededor había una multitud que se reía, mientras su miembro se mantenía erguido y la toalla de la cintura se había abierto por la mitad. Se dio cuenta de que todo había sido un sueño confuso o visiones producidas por el opio. Se quedó triste, miró hacia el que lo había despertado y dijo: "¡Esperaba meterlo!" La gente le dijo: "¿No te avergüenzas, comedor de hachís, de dormir teniendo tu miembro

erecto?” Le dieron pescozones hasta que la nuca se le enrojeció. Estaba hambriento, pero había gustado en el sueño de la comida de la felicidad”.

Al oír Kan Ma Kan el relato de la esclava, se echó a reír hasta el punto de caer de espaldas y dijo a Bakún: « ¡Nodriza! Es una historia divertida. Jamás he oído otra semejante. ¿Conoces alguna más?» « Sí.» La esclava Bakún no paró de contar a Kan Ma Kan las historias más portentosas y las anécdotas más graciosas hasta que el sueño lo venció. La esclava no se movió de su cabecera durante la mayor parte de la noche. Se dijo: « Ésta es la ocasión» . Se puso de pie, desenfundó el puñal y saltó junto a Kan Ma Kan dispuesta a degollarlo. En este preciso momento entró la madre de Kan Ma Kan. Al verla, Bakún se dirigió hacia ella y la recibió, pero, presa de pánico, empezó a temblar como si fuese víctima de la fiebre. La madre de Kan Ma Kan se admiró de verla allí y despertó a su hijo. Éste, al estar desvelado por completo, vio que su madre estaba sentada junto a su cabecera. La llegada de ésta había sido la causa de su salvación.

Había acudido porque Qúdiya Fa-Kan, habiendo oído la conversación y el acuerdo que habían tomado sus padres de asesinar a su primo, había corrido a decirle: « Tía, ve junto a tu hijo antes de que la sinvergüenza de Bakún le dé muerte» , y le había referido todo lo sucedido desde el principio hasta el fin. Había salido corriendo, sin reflexionar, y había entrado en su habitación en el preciso instante en que su hijo se había quedado dormido y en que la Bakún se disponía a degollarlo. Cuando estuvo despierto, le dijo a su madre: « ¡Madre mía! Llegas en buen momento, pues mi nodriza Bakún pasa conmigo esta noche. —Volviéndose hacia Bakún le preguntó—: ¡Por vida mía! ¿Sabes historias más hermosas que la que me acabas de contar?» « Lo que te he referido antes no puede compararse con lo que te narraré: es mucho más hermoso y más extraordinario. Pero te lo contaré en otro momento.» Bakún se marchó sin saber explicarse cómo escapaba sana y salva. El joven la saludó y ella, con su astucia, se dio cuenta de que su madre estaba al tanto de lo ocurrido.

Se marchó a sus cosas y entonces la madre del joven le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Ésta es una noche bendita, ya que Dios te ha salvado de esta maldita!» « ¿Cómo ha sido eso?» Se lo contó todo desde el principio hasta el fin. Dijo: « No existe nadie que pueda matar a quien está destinado a vivir, y si alguien lo ataca, no muere. Es mejor para nosotros que abandonemos a estos enemigos y Dios hará lo que quiera» .

Kan Ma Kan salió al amanecer de la ciudad y corrió a reunirse con el visir Dandán. Después de su marcha ocurrieron cosas entre el rey Sasán y Nuzhat al-Zamán que forzaron a ésta a abandonar la ciudad y a reunirse con aquéllos. Lo mismo hicieron los magnates del Imperio del rey Sasán que sentían inclinación por los rebeldes. Se reunieron para meditar lo que debían hacer y tomaron el acuerdo de emprender una expedición de venganza contra el rey de los griegos. Marcharon contra éstos, pero fueron hechos prisioneros por su rey, Rumzán,

después de una serie de acciones que sería largo explicar.

Al día siguiente de este hecho, el rey Rumzán mandó llamar a Kan Ma Kan, al visir Dandán y a todo su séquito. Cuando los tuvo a su lado les ordenó que se sentaran a su lado y que acercasen las mesas. Comieron, bebieron y se tranquilizaron al darse cuenta de que no iban a morir, como temían que ocurriera cuando los había mandado llamar. Entonces se habían dicho unos a otros: « Nos manda a buscar para darnos muerte» . Una vez los vio tranquilos, les dijo: « He tenido un sueño que he referido a los monjes, pero éstos han dicho que sólo el visir Dandán podría contármelo» . El visir dijo: « Cuenta lo que has visto, rey del tiempo» . « Me he visto dentro de una fosa que parecía ser negra. La gente me atormentaba. He querido ponerme de pie y al incorporarme he intentado salir, sin conseguirlo, a pesar de mantenerme erguido en ella. Me he vuelto y he visto un cinturón de oro. He extendido mi mano para cogerlo y, al levantarlo del suelo, me he dado cuenta de que eran dos en vez de uno. Me los he puesto en la cintura y nuevamente se han reducido a uno solo. Esto es, visir, lo que he soñado durante un sueño muy dulce.»

El visir Dandán contestó: « Sepa nuestro señor el sultán que su sueño indica que tiene un hermano o un hijo o un primo o algún familiar de su misma carne y de su misma sangre; en cualquier caso, es un pariente por parte del padre» . Al oír el rey estas palabras, miró a Kan Ma Kan, a Nuzhat al-Zamán, a Qúdiya Fa-Kan, al visir Dandán y a los prisioneros que los acompañaban. Se dijo: « Si arrojo las cabezas de éstos a su campo, destrozaré el corazón de sus tropas en cuanto se enteren de la muerte de sus jefes, y yo regresaré inmediatamente a mi país, evitando que el poder se me escape de la mano» . Una vez tomada esta resolución, mandó llamar al verdugo y le ordenó que cortase el cuello a Kan Ma Kan inmediatamente. Pero en aquel momento entró la nodriza del rey y le preguntó: « ¡Rey feliz! ¿Qué piensas hacer?» « Me propongo matar a estos prisioneros que tengo en mi poder. Después arrojaré las cabezas a sus soldados. Hecho esto cargaré una sola vez al frente de mis tropas, mataremos los que podamos y pondremos en fuga al resto. Esta batalla será decisiva y yo regresaré en breve a mi reino, antes de que ocurran en él cosas nuevas.»

La nodriza, al oír estas palabras, se acercó a él y le dijo en griego: « ¿Te parece bien matar a tu primo, a tu hermana y a tu prima?» Al oír estas palabras que le dirigía su nodriza, salió fuera de sí y replicó: « ¡Maldita! ¿Es que no sabes que mi madre fue asesinada, que mi padre murió envenenado y que tú misma me has dado un amuleto diciéndome que había pertenecido a mi padre? ¿Por qué no me cuentas la verdad?» « Todo lo que te he contado es la pura verdad, pero tu aventura y la mía es prodigiosa. Me llamo Marchana; tu madre se llamaba Ibriza y era muy bella. Su valentía era tanta, que se hizo proverbial y fue famosa entre los héroes de su tiempo.

» Tu padre era el rey Umar al-Numán, señor de Bagdad y del Jurasán. Esto

es completamente verídico e indudable. Había mandado a su hijo Sarkán, acompañado por este visir Dandán, en algazúa. Les ocurrió lo que les ocurrió, pero tu hermano Sarkán, precediendo a las tropas y avanzando solo, se encontró con tu madre, la reina Ibriza, cerca del castillo de ésta, ya que habíamos salido en su compañía para practicar la lucha. Él nos encontró en esta situación, luchó con tu madre y ésta lo venció con su resplandeciente belleza y bravura. Tu madre le concedió hospitalidad en su castillo durante cinco días. El padre de ésta se enteró de todo gracias a la vieja Sawahi, apodada Dat al-Dawahi.

» Sarkán, tu hermano, había convertido a tu madre al Islam y se la llevó con él, en secreto, a la ciudad de Bagdad. Yo, Rayhana y veinte esclavas la acompañamos y todas fuimos convertidas al Islam por el rey Sarkán. Al ser presentadas a tu padre, el rey Umar al-Numán, y al contemplar éste a tu madre Ibriza, quedó prendado de ella y una noche fue a verla, se quedó a solas con ella y la dejó encinta. Tu madre tenía tres talismanes, que entregó a tu padre. Éste dio uno a su hija Nuzhat al-Zamán, otro a tu hermano Daw al-Makán y el tercero a tu hermano Sarkán. Este último lo volvió a recoger la reina Ibriza y lo conservó para ti. Al acercarse el momento de tu nacimiento, tu madre deseó volver a reunirse con su familia; me confió su secreto y busqué a un esclavo negro, llamado Gadbán, al que informé en privado de lo que ‘ocurría, rogándole que nos acompañase. El negro nos tomó consigo, nos sacó de la ciudad y huimos.

» Tu madre estaba a punto de dar a luz al entrar en las comarcas fronterizas de nuestro territorio; en un lugar aislado, tu madre te dio a la vida. El esclavo fue presa de un mal pensamiento: se dirigió hacia tu madre y cuando estuvo próximo a ella le hizo proposiciones deshonestas. Ella dio un alarido y se asustó de tal modo que dio a luz instantáneamente, en el mismo momento en que aparecía una nube de polvo procedente de nuestro país. La polvareda subió por los aires y se extendió hasta ocultarse en el horizonte. El esclavo, temiendo que lo matasen, presa de un arrebato de ira, asesinó de un mandoble a la reina Ibriza, montó en su caballo y se dio a la fuga. Cuando ya había huido el esclavo, la polvareda permitió distinguir a tu abuelo el rey Hardub, rey de los griegos. Al ver a tu madre, su hija, en aquel lugar, muerta y tumbada por el suelo, se entristeció profundamente y me preguntó por la causa de su muerte y el porqué había salido a escondidas de su país. Le conté todo lo ocurrido desde el principio hasta el fin, y ésta es la causa de la enemistad que existe entre los griegos y los habitantes de Bagdad.

» Cogimos a tu madre, ya muerta, y la enterramos en su alcázar. Yo te recogí, te crié y te puse en el cuello el amuleto que había guardado tu madre Ibriza. Cuando fuiste mayor y llegaste a la pubertad no me fue posible contarte la verdad de lo que había pasado, ya que si te lo refería todo hubiese renacido de nuevo la guerra entre vosotros. Tu abuelo también me había mandado guardar el secreto y yo no podía desobedecer su orden, la orden del rey Hardub, rey de los

griegos. Ésta es la causa por la que no te he revelado el secreto y por la que no sabías que tu padre era el rey Umar al-Numán. Tampoco he podido informarte después de tu subida al trono, y sólo me ha sido dado el hacerlo ahora, rey del tiempo. Te he revelado el secreto y te he dado pruebas. Esto es lo que yo sé, y tú, con tu razón, dispondrás lo que convenga.»

Los prisioneros habían oído todas las palabras de Marchana, la nodriza del rey. Nuzhat al-Zamán gritó: « ¡Este rey Rumzán es mi hermano por parte de mi padre, el rey Umar al-Numán! ¡Su madre, Ibriza, era la hija del rey Hardub, rey de los griegos! ¡Conozco perfectamente a esta esclava, Marchana!» El rey Rumzán, al oír estas palabras, quedó turbado y perplejo, sin saber lo que debía hacer. Mandó que Nuzhat al-Zamán se acercase. Al verla, la sangre llamó a la sangre. La interrogó acerca de su vida, y ella se la contó: sus palabras coincidían con las de su nodriza, Marchana. Al rey se le hizo patente, sin dudas ni vacilaciones, que era un iraquí más, que su padre era el rey Umar al-Numán. Se levantó en el acto y desató las cuerdas que sujetaban a su hermana Nuzhat al-Zamán. Ésta se le acercó y le besó, llorando, las manos. El rey la acompañó en su llanto, conmovido por los lazos de la fraternidad. Su corazón se apiadó del hijo de su hermano, el sultán Kan Ma Kan.

Se dirigió personalmente a coger la espada del verdugo, y los prisioneros, al verle hacer esto, estuvieron ciertos de que había llegado su última hora. Mandó que se los acercasen, cortó las ligaduras y dijo a su nodriza Marchana: « Cuenta a todos éstos lo mismo que me has contado a mí» . Marchana dijo: « Sabe, oh rey, que este viejo visir es el visir Dandán, el cual constituye mi mejor testigo, ya que conoce la verdad del asunto» . En seguida se acercó a ellos, y a todos los príncipes griegos y cristianos que estaban presentes, y les contó toda la historia. La reina Nuzhat al-Zamán, el visir Dandán y los prisioneros que estaban con ellos iban dando fe de sus palabras. Al fin del relato la sierva Marchana se volvió y descubrió el tercero de los talismanes, compañero de los otros dos de la reina Ibriza, colgado en el cuello del sultán Kan Ma Kan. Lo reconoció, y dando un gran grito que resonó en el aire, dijo al rey: « ¡Hijo mío! Sabe que mi convicción está ahora reforzada y convalidada, ya que el amuleto que está en el cuello de ese prisionero es idéntico al que coloqué en el tuyo: este prisionero es el hijo de tu hermano, es Kan Ma Kan» . La sierva Marchana se volvió hacia Kan Ma Kan y le dijo: « ¡Déjame ver este talismán, rey del tiempo!» Se lo quitó del cuello y lo entregó a la sierva, la nodriza del rey Rumzán. Lo tomó y pidió a Nuzhat al-Zamán el tercer amuleto. También se lo dio. Cuando tuvo la sierva en sus manos los dos amuletos, se los entregó al rey Rumzán, y a éste la verdad y sus pruebas se le hicieron manifiestas. Se convenció de que era el tío del sultán Kan Ma Kan y de que su padre era el rey Umar al-Numán. En aquel mismo instante se dirigió hacia el visir Dandán, lo abrazó y después hizo lo mismo con el rey Kan: Ma Kan.

Los gritos y la alegría se desbordaron en aquel momento, las buenas noticias se difundieron y el redoble del tambor, los pífanos y la música de las flautas se dejaron oír, mientras el alboroto iba en aumento. Los ejércitos del Iraq y de Siria, al oír la alegría desbordada de los griegos, montaron a caballo en bloque y el rey Zabalukán, cabalgando en su corcel, se preguntó cuál podía ser la causa del griterío y de la alegría que había en las filas de los cristianos y de los griegos. Las tropas del Iraq avanzaron en orden de combate, dispuestas a luchar en la palestra. El rey Rumzán, al ver que los ejércitos avanzaban dispuestos al combate, preguntó el porqué. Lo informaron de lo que ocurría y mandó a Qúdiya Fa-Kan, la hija de su hermano Sarkán, que marchase en el acto al campamento de los sirios y de los iraquíes y los informase de lo que se había acordado, y de que el rey Rumzán había resultado ser tío de ella misma y de Kan Ma Kan.

Al llegar junto al jefe de los musulmanes lo encontró llorando, temiendo por la muerte de los príncipes y de los notables hechos prisioneros. Le contó todo lo sucedido desde el principio hasta el fin. Entonces los musulmanes se alegraron y dejaron de estar tristes. El rey Zabalukán y todos los grandes notables montaron a caballo y marcharon, precedidos por la reina Qúdiya Fa-Kan, hasta las tiendas del rey Rumzán. Al entrar encontraron a éste sentado junto a su sobrino, el sultán Kan Ma Kan, que estaba consultando con el visir Dandán acerca del asunto del rey Zabalukán. Estuvieron de acuerdo en entregarle la ciudad de Damasco, en Siria, dejándolo continuar en su puesto de rey como antes. Ellos se dirigían hacia el Iraq, haciendo a Zabalukán gobernador de Damasco, en Siria. Le mandaron que se retirase a ella y se marchó con sus tropas. Lo acompañaron un rato para despedirlo y después regresaron al campamento.

Dieron orden de que las tropas marchasen al Iraq, y los dos ejércitos se mezclaron. Los reyes dijeron: « Nuestro corazón no quedará tranquilo ni nuestro enojo desaparecerá hasta que nos hayamos vengado y hayamos borrado la deshonra con el castigo de la vieja Sawahi, apodada Dat al-Dawahi» . El rey Rumzán, seguido por sus cortesanos y los grandes de su Imperio, se puso en camino. El sultán Kan Ma Kan se alegró por haber encontrado a su tío Rumzán y expresó con votos augurales a la sierva Marchana su agradecimiento por haberlos reunido.

Viajaron sin descanso hasta llegar a su tierra. El gran chambelán, Sasán, enterado de su llegada, les salió al encuentro, besó la mano de Rumzán y éste le regaló un traje de honor. El rey Rumzán se sentó e hizo que a su lado se sentase su sobrino, el sultán Kan Ma Kan. Éste le dijo: « ¡Tío! Este Imperio te pertenece» . « ¡Dios me guarde! No he de desposeerte de tu reino.» El visir Dandán les aconsejó que reinasen los dos a la vez y que tuviesen el poder un día cada uno. Aceptaron el consejo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que celebraron banquetes, sacrificaron víctimas expiatorias y vivieron en gran alegría durante cierto tiempo, durante el cual el sultán Kan Ma Kan pasaba las noches con su prima Qúdiya Fa-Kan. Un día, al cabo de algún tiempo, mientras vivían en medio de la alegría y de la paz, vieron aparecer una nube de polvo que cerraba el horizonte; dentro avanzaba un comerciante que pedía-auxilio diciendo: « ¡Reyes de la época! ¡Siempre he estado a seguro en tierra de infieles y ahora soy robado en vuestro país, en el país de la justicia y de la paz!» El rey Rumzán se acercó a él y preguntó qué le ocurría. Respondió: « Soy un comerciante que ha estado ausente de estas tierras durante mucho tiempo. He permanecido en países extraños cerca de veinte años, pero tengo una licencia que me escribió en Damasco el difunto rey Sarkán, debido a que le hice regalo de una esclava. He salido de esa región trayendo cien cargas de mercancías de la India y he venido con ellas hacia Bagdad, sede de vuestro reino y lugar en que hay seguridad y justicia. Pero nos han atacado los beduinos, secundados por los kurdos de todos los países. Han matado a mis hombres y me han robado mis bienes. Ésta es mi situación» .

El comerciante se puso a llorar, a lamentarse y a quejarse delante del rey Rumzán. Éste y su sobrino, el rey Kan Ma Kan, se apiadaron de él y le prometieron que saldrían en busca de los ladrones. Marcharon con cien caballeros, cada uno de los cuales valía por millares de hombres. El comerciante iba delante enseñándoles el camino. No se detuvieron ni durante el día ni durante la noche: cuando alboreaba distinguieron un valle con numerosos riachuelos y muchos árboles. Encontraron allí a los ladrones, que ya habían distribuido entre ellos las cargas de aquel comerciante. Los cien caballeros los rodearon por todas partes y el rey Rumzán y su sobrino Kan Ma Kan los intimidaron, y en pocos momentos los hicieron a todos prisioneros: eran trescientos caballeros procedentes de varias tribus. Una vez dominados recuperaron los bienes del comerciante, los ataron y regresaron con ellos a Bagdad.

Entonces el rey Rumzán y su sobrino, el rey Kan Ma Kan, se sentaron juntos en el trono. Los prisioneros fueron llevados a su presencia y los interrogaron acerca de su condición y de sus jefes. Respondieron: « Sólo tenemos tres jefes: son aquellos que vinieron a reclutarnos a nuestro país» . « ¡Mostrádnoslos!» Se los señalaron, los retuvieron y pusieron en libertad a todos los demás, después de haberlos despojado de todo lo que poseían y habérselo entregado al comerciante. Éste inventarió sus telas y sus bienes y vio que un cuarto había desaparecido. Los reyes le prometieron que lo indemnizarían de lo perdido. Entonces el comerciante sacó dos cartas: una del puño y letra de Sarkán y la otra de Nuzhat al-Zamán. Era el comerciante que había comprado y librado a ésta del beduino

cuando aún era virgen y luego la había presentado a su hermano Sarkán, ocurriendo entre los dos lo que ya se ha explicado.

El rey Kan Ma Kan se fijó en los dos escritos y reconoció la letra de su tío Sarkán; oyó el relato que hacía referencia a su tía Nuzhat al-Zamán y corrió a llevar a ésta la segunda carta, la misma que ella había escrito en favor del comerciante que había sido robado. Kan Ma Kan le contó la historia de éste desde el principio hasta el fin, y Nuzhat al-Zamán lo identificó, reconoció su letra y el comerciante fue acogido hospitalariamente. Su hermano, el rey Rumzán, y su sobrino, el rey Kan Ma Kan, mandaron que le entregasen riquezas, esclavos y pajes para su servicio, y Nuzhat al-Zamán le envió cien mil dirhemes y cincuenta cargas de mercaderías y lo colmó de regalos. Después lo mandó llamar, y cuando Jo tuvo delante se presentó, le informó de que era la hija del rey Umar al-Numán, que su hermano era el rey Rumzán y que su sobrino era el rey Kan Ma Kan.

El comerciante se alegró mucho al saber todo esto y la felicitó por haberse salvado y haber conseguido reunirse con su hermano y con su sobrino. Le besó las manos y le dio las gracias por lo que había hecho, diciendo: « ¡Por Dios! ¡El bien que se te hace no se pierde!» Después Nuzhat al-Zamán se retiró a sus habitaciones. El comerciante se quedó entre ellos durante tres días, al cabo de los cuales se despidió y emprendió el regreso hacia Siria.

Los reyes mandaron entonces que les presentasen los tres individuos, ladrones, que eran jefes de la partida de los bandoleros. Preguntáronles cuál era su historia. Uno de ellos se adelantó y dijo: « Sabed que soy un beduino y acostumbro colocarme en el camino para raptar a los muchachos pequeños y a las chicas vírgenes, y luego los vendo a los comerciantes. Desde hace bastante tiempo venía dedicándome a esto, pero Satanás me ha tentado y me he puesto de acuerdo con estos dos canallas para reunir ladrones de distintas tribus y países, con el fin de dedicarnos al robo y de asaltar a los comerciantes en los caminos» . Le dijeron: « Refiérenos lo más maravilloso que hayas visto cuando te dedicabas al rapto de muchachos y muchachas» . Refirió:

» ¡Oh, reyes del tiempo! He aquí lo más maravilloso que me ha ocurrido: Cierto día, hace veintidós años, rapté en Jerusalén a una muchacha. Era hermosa y perfecta a pesar de ser una criada, a pesar de ir vestida con unos harapos y de llevar encima de la cabeza un pedazo de manto. La vi salir de la fonda y me apoderé de ella en aquel mismo momento, gracias a un engaño: la monté en un camello y huí con ella. Yo pensaba conducirla junto a mi familia, en el desierto, y hacer que apacentase mis camellos y cuidase de los animales en el valle. Lloraba tanto que, acercándome a ella, le pegué de mala manera y la llevé a la ciudad de Damasco. Un comerciante que la vio a mi lado quedó estupefacto al verla y maravillado de su elocuencia. Quiso comprármela, y no paró de pujar el precio hasta que se la vendí por cien mil dirhemes. Una vez la hube vendido me

di cuenta de que hablaba muy bien; después me enteré que el comerciante le había dado un vestido precioso y la había ofrecido al señor de Damasco. Éste le dio el doble de la suma que le había costado. Esto es, reyes del tiempo, lo más maravilloso que me ha ocurrido. ¡Por vida mía que el precio por que la vendí era bien poca cosa para semejante muchacha!»

Los reyes quedaron estupefactos de lo que habían oído. Nuzhat al-Zamán, después de escuchar lo que el beduino decía, sintió que perdía de vista el mundo, y gritando dijo a su hermano Rumzán: « ¡Éste, sin duda, es el beduino que me raptó en Jerusalén!» La princesa les refirió todo lo que le había ocurrido con él, las penas, los golpes, el hambre y la humillación que le había hecho sufrir, y les dijo: « ¡Ahora me es lícito darle muerte!» Sacó una espada y se acercó hacia él para matarlo. El beduino empezó a gritar y a decir: « ¡Oh, reyes del tiempo! ¡No dejéis que me mate antes de que os haya contado las maravillas que me han ocurrido!» Su sobrino Kan Ma Kan le dijo: « ¡Tía! Deja que nos cuente una historia y después haz lo que quieras con él» . Se apartó y los soberanos le dijeron: « ¡Cuéntanos una historia!» « ¡Reyes del tiempo! Si os cuento una historia maravillosa, ¿me perdonaréis?» « Sí.» El beduino empezó a contarles lo más maravilloso que le había ocurrido, y refirió:

« Hace poco tiempo, una noche, fui presa de un insomnio tal que no podía creer que la aurora iba a llegar. En cuanto despuntó me puse en pie en el acto, ceñí la espada, monté en mi corcel, empuñé la lanza y me marché en busca de caza. En el camino tropecé con un grupo de gente que me preguntó adonde me dirigía. Se lo expliqué y me dijeron que iban a acompañarme. Íbamos andando todos juntos cuando apareció un avestruz. Nos dirigimos hacia él, pero se nos escapó con las alas abiertas. No paró de huir, ni nosotros de perseguirlo, hasta el mediodía, en que nos llevó a un desierto sin plantas y sin agua, en el que sólo se oía el silbido de las serpientes, el barullo de los genios y el grito de los ogros. Una vez llegados a aquel lugar perdimos su pista y no supimos si había volado al cielo o si la tierra lo había engullido. Dimos vuelta a la cabeza de los caballos, dispuestos a regresar, pero en seguida pensamos que volver en hora de tanto calor no era conveniente ni bueno: el calor era muy fuerte y teníamos mucha sed; nuestros caballos eran incapaces de moverse, y nos convencimos de que íbamos a morir.

» Mientras estábamos en esta situación vimos, a lo lejos, una pradera que recorrían las gacelas. Allí había levantada una tienda, al lado de la cual había atado un corcel; se veía relucir el acero de una lanza allí apoyada. Después de haber desesperado, nuestro ánimo renació; volvimos la cabeza de nuestros caballos en dirección de aquella tienda y marchamos en busca del prado y del agua. Todos mis compañeros se dirigieron hacia allí y yo iba entre los primeros. No paramos de andar hasta que llegamos al prado, hasta que llegamos a la fuente y bebimos nosotros y abrevamos a nuestros caballos. La fiebre de la ignorancia

se apoderó de mí: me dirigí a la puerta de la tienda y encontré allí a un muchacho imberbe: parecía que fuese el creciente. A su lado una muchacha esbelta que parecía una rama de sauce. Al verla, su amor se apoderó de mi corazón: saludé al muchacho y éste me devolvió el saludo.

» Le dije: "¡Hermano de los árabes! ¿Quién eres? ¿Qué tiene que ver contigo la muchacha que tienes al lado?" El muchacho bajó la cabeza hacia el suelo un instante. Después, levantándola, dijo: "¡Di quién eres tú y quiénes son esos caballeros que están contigo!" "Yo soy Hammad b. al-Fazari, caballero famoso al cual equiparan los beduinos a quinientos caballeros. Hemos salido de nuestro lugar en busca de caza. Sorprendidos por la sed, yo me he dirigido a la puerta de esta tienda con la esperanza de encontrar alguien que me dé de beber." Al oír mis palabras se volvió hacia la hermosa joven y le dijo: "¡Da agua a este hombre! ¡Dale algo de comer!" La muchacha se movió, su vestido rozó con el suelo y las ajorcas de oro tintinearon en sus tobillos, mientras sus cabellos se enredaban. Estuvo ausente un momento y volvió llevando en la mano derecha un vaso de plata lleno de agua fresca y en la izquierda una copa repleta de dátiles, leche y carne de animales salvajes. Tan fuerte era el amor que sentía por ella, que no pude tomar de sus manos ni la bebida ni la comida.

» Estuve cierto de que me ocurría lo que se dice en estos dos versos que yo recité:

> La negra pintura en sus manos parece un cuervo plantado en un campo nevado.
> En su rostro ves, uno al lado del otro, al sol y a la luna: aquél oculto y ésta asustada.

» Después de haber comido y bebido dije al joven: "¡Noble árabe! Yo te he dicho quién soy. Me gustaría que me dijeras quién eres y que me explicases tu verdadera situación". El joven refirió: "Esta joven es mi hermana". "Quiero que me la des, de grado, en matrimonio; en caso contrario te mataré y la cogeré por la fuerza." El joven inclinó un momento la cabeza hacia el suelo y luego, dirigiéndome la mirada, me dijo: "Has dicho la verdad al proclamar que eres el caballero conocido, el héroe famoso y el león del desierto. Pero si me atacas a traición y me matas con malas artes para apoderarte de mi hermana, cometes una infamia. Si eres caballero capaz de hacer frente a los héroes, que te prestas al combate y a la lucha, dame tiempo para que pueda ponerme mi armadura, ceñir la espada, tomar la lanza y montar en mi caballo: saldremos a la palestra. Si venzo, os mataré hasta el último; si me vencéis, me mataréis y esta joven, mi hermana, os pertenecerá". Al oír estas palabras le dije: "Esto es justo. No hay nada que objetar".

» Hice volver la cabeza de mi corcel hacia atrás, mientras mi pasión por

aquella joven hacía constantes progresos, y me volví al lado de mis compañeros. Les describí su belleza y su hermosura, así como la perfección, la valentía y la fuerza del joven que estaba a su lado, el cual afirmaba ser capaz de hacer frente a mil caballeros; informé a mis compañeros de los bienes y objetos preciosos que contenía la tienda y les dije: "Este joven se ha instalado, solo, en este lugar porque tiene confianza en su gran valor. Os dejo como legado que, quien lo mate, se apodere de su hermana". Respondieron: "Estamos de acuerdo". Mis compañeros se pusieron las armaduras, montaron a caballo y se acercaron al muchacho. Éste ya se había puesto la armadura y había montado en su corcel.

» La muchacha corrió hacia él, se cogió del estribo y bañó de lágrimas el velo que la cubría. Ella gritaba de dolor por el peligro que iba a correr su hermano. Recitó estos versos:

A Dios me lamento de la prueba y de la calamidad. Tal vez el Señor del Trono llene de terror a los enemigos.
Quieren, expresamente, matarte, hermano mío, cuando tú no tienes ni culpa ni responsabilidad en este combate.
Los héroes reconocen que eres un caballero, el más valiente de cuantos pisan Oriente y Occidente.
Defiendes a una hermana que tiene escasas fuerzas, ya que eres su hermano, y ella reza por ti al Señor.
No dejes que los enemigos se apoderen de mí, que me cojan por la fuerza y que me capturen por la violencia.
¡Juro por Dios que no sabría permanecer en un país en que tú no estuvieses, aunque fuera fertilísimo!
Por el amor que te tengo, me mataría: establecería mi morada en la tumba y mi lecho en el polvo.

» Cuando su hermano oyó sus versos, lloró amargamente y, volviendo la cabeza del corcel hacia su hermana, le contestó con estos versos:

Permanece aquí y mira los altos hechos que realizaré en el combate: los tulliré a golpes.
Aunque el león más atrevido, aquel que tiene el corazón más valiente, el ánimo más firme, destacase entre ellos,
le escanciaría un mandoble digno de Taalaba, dejaría la lanza clavada en su flanco.
Si no pudiera defenderte, hermana mía, ambicionaría estar muerto y que los pájaros de presa me destrozasen.
Mientras pueda te defenderé con todas mis fuerzas, y estos relatos, después de nuestra muerte, llenarán los libros.

» Una vez hubo terminado de recitar estos versos, dijo: “¡Hermana! Escucha lo que voy a decirte y lo que voy a recomendarte”. “De buen grado.” “Si muero, no permitas que ninguno se apodere de ti.” Ella se abofeteó la cara y exclamó: “¡Hermano! ¡Dios no consentirá que te vea derribado ni que los enemigos se apoderen de mí!” El muchacho le alargó la mano, levantó el velo que cubría su rostro y éste nos pareció que era un sol cubierto por las nubes; la besó entre los ojos y se despidió de ella. En seguida, volviéndose, exclamó: “¡Caballeros! ¿Sois huéspedes, o queréis combatir con la lanza y con la espada? Si sois nuestros huéspedes, os anuncio que os será concedida la hospitalidad; si aspiráis a la luna resplandeciente avanzad, uno en pos de otro, al campo, a la palestra, al combate”. Un valiente se dirigió hacia él. El muchacho le preguntó: “¿Cuál es tu nombre y cuál es el nombre de tu padre? Juré que no mataría a aquel cuyo nombre coincidiera con el mío y el de su padre con el del mío. Si estás en esta circunstancia, te entrego sin más a la joven”. “Me llamo Bilal.” El muchacho le contestó:

Mientes al decir que te llamas Bilal; aseguras algo que es falso e imposible.
Si eres valiente, oye mis palabras: yo venzo a los héroes en el campo.
Mi espada está afilada como el creciente de la luna; mi lanza quebranta las montañas.

» Cargaron el uno contra el otro y el muchacho lo alanceó en el pecho y la punta de la lanza brilló por la espalda. Entonces se adelantó otro y el muchacho recitó:

¡Abyecto can impuro y vil! ¿Cómo puede compararse el noble con el despreciable?
El noble león es aquel que, en el combate, no se preocupa de la vida.

» Al cabo de un momento el joven lo derribaba, dejándolo en un charco de sangre. El muchacho gritó: “¿Hay alguien que quiera luchar conmigo?” Otro caballero se dirigió hacia el joven recitando:

Me acerco a ti llevando un corazón en llamas que me hace incitar a mis compañeros al combate.
Hoy has dado muerte a los jefes de los árabes; por eso no encontrarás quien te rescate, hoy, de la mano del vengador.

» El joven, al oír sus palabras, le contestó diciendo:

¡Tú, que eres peor que el demonio, mientes! Dices mentiras y embustes.
Hoy encontrarás fatalmente la punta de la lanza en el campo del combate.

» Lo alanceó en el pecho y la lanza le salió por la espalda. Preguntó: "¿Hay quien quiera combatir conmigo?" Se adelantó el cuarto. El muchacho le preguntó el nombre y el caballero le contestó: "Me llamo Hital", y a continuación recitó:

Te equivocas si crees que vas a engañarme con mentiras o con cualquier invención.
Yo, aquel cuyos versos escuchas, te arrebataré la vida sin que te des cuenta.

» Cargaron el uno contra el otro, cambiaron algunos golpes, pero uno de los del muchacho fue decisivo y lo mató. Los que se acercaron a luchar con él fueron muertos. Al ver que todos mis compañeros habían muerto, me dije: "Si avanzo a luchar con él, no podré vencerlo; si me doy a la fuga, quedaré infamado ante los árabes". El joven, sin darme tiempo de pensar, me atacó, me atrajo hacia sí y me hizo caer de la silla; quedé un momento sin sentido. Levantó la espada, e iba ya a cortarme el cuello cuando me agarré de los faldones de su vestido. Me cogió con la mano de un modo tal, que yo parecía un pobre gorrión. La muchacha, al ver esto, se alegró de la hazaña de su hermano, se acercó a éste y lo besó entre los ojos. El muchacho me entregó a su hermana, diciendo: "Trátalo bien, ya que está bajo nuestra protección". Ella me cogió por las mallas de la cota y me condujo como si yo fuese un perro. Después quitó la armadura a su hermano, y le puso un vestido, le acercó una silla de marfil en la cual se sentó y le dijo: "¡Mantenga Dios bien en alto tu honor y protéjate de toda desventura!" El muchacho le contestó con estos versos:

Después de haber visto en el combate brillar mi rostro como los « rayos del sol, dice mi hermana:
"¡Qué valiente eres! En el combate humillas al león más valiente".
Respondo: "Pregunta por mí a los paladines, cuando los soldados ya se han dado a la fuga".
Yo soy célebre por mi suerte, por mi fortuna y por mi resolución, que han alcanzado su máximo límite.
¡Hammad! Has desafiado a un león que te hará ver la muerte arrastrándose como víbora.

» Al oír estos versos me quedé perplejo y consideré mi situación, y en que había pasado a ser su prisionero: me sentía capitidisminuido. Miré a la hermosa muchacha, la hermana del joven, y me dije que ella había sido la causa de todo. Quedé admirado al contemplar su belleza y, llorando, recité estos versos:

¡Amigo mío! Deja de hacerme reproches y censurarme, ya que yo no presto atención al reproche.
Amo a una joven que apenas aparecida me ha despertado el amor.
Su hermano ha pasado a ser el guardián del amor; es hombre animoso y de gran poder.

» La joven acercó, después, la comida a su hermano y éste me invitó a comer con él. Me alegré, pues estuve cierto de que no me mataría. Cuando el muchacho terminó de comer, le acercó un vaso de vino: lo cogió y bebió hasta que se le subió a la cabeza y su cara se enrojeció. Volviéndose hacia mí dijo: "¡Ay de ti, Hammad! Yo soy Abid b. Tamim b. Taalaba. Dios te ha hecho don de la vida y te ha conservado para una boda futura". Después me invitó a beber una copa y la bebí; me invitó a la segunda, a la tercera y a la cuarta, y las bebí todas. Me hizo su comensal, haciéndome jurar que no lo traicionaría: le hice mil quinientos juramentos de que no lo traicionaría jamás, antes al contrario, le ayudaría. Entonces mandó a su hermana que me diese diez vestidos de seda, uno de los cuales es este que llevo puesto. Le mandó traer una de las camellas más hermosas. La joven me la trajo cargada de regalos y de provisiones; después le mandó que me trajese un caballo bayo, y me lo regaló todo. Permanecí con ellos tres días, comiendo y bebiendo, y aún guardo todo lo que me regaló.

» Al cabo de los tres días me dijo: "Hermano Hammad: quiero dormir un poco para descansar; tú velarás por mi vida. Si ves que vienen en son de guerra algunos caballeros, no te asustes y sabe que son de la tribu de Taalaba que vienen a combatir conmigo". Colocó su espada debajo de la cabeza y se durmió. Cuando estuvo sumergido en el sueño, el diablo me incitó a que le diese muerte. Me dirigí rápido hacia él, saqué la espada de debajo de su cabeza y le di un mandoble que separó la testa del cuerpo. Su hermana se dio cuenta en seguida de lo que había hecho, corrió desde el extremo de la tienda en que estaba y se arrojó encima de su hermano desgarrándose los vestidos. Recitó estos versos:

Haz llegar a la familia ésta que es la peor noticia: El hombre no puede escapar a lo que el Todopoderoso ha dispuesto.
Yaces derribado en el suelo, hermano mío: la belleza de tu rostro se refleja en el disco de la luna.
Desgraciado fue el día en que lo encontraste: tu lanza se ha roto después de haber estado erguida.

Después de tu muerte, ningún caballero satisfará al caballo, ninguna mujer volverá a dar a luz un varón como tú.
Hammad ha sido hoy tu asesino traicionando los juramentos y los pactos.
Con esto quiere conseguir su deseo, pero el demonio jamás se sale con la suya.

» Apenas hubo terminado de recitar estos versos me dijo: "¡Malditos sean tus abuelos! ¿Por qué has matado a mi hermano? ¿Por qué lo has traicionado cuando él iba a devolverte a tu tierra con provisiones y con dones, cuando él iba a casarte conmigo a principios del próximo mes?" En seguida atrajo hacia sí la espada que estaba a su lado, apoyó el puño en el suelo y la punta en su pecho y se doblegó encima hasta que le salió por la espalda: cayó muerta. Me entristecí por ella y me arrepentí cuando ya de nada podía servirme el arrepentimiento. Lloré y después corrí a la tienda, cogí todo lo que era ligero y de mucho precio y emprendí mi propio camino. Eran tales mi miedo y mi prisa, que no me volví hacia mis compañeros, que no enterré ni a la adolescente ni al joven. Esta historia es mucho más maravillosa que la que he explicado antes, la de la criada a la cual rapté en Jerusalén.»

Cuando Nuzhat al-Zamán oyó decir al beduino estas palabras, vio que sus ojos se cubrían de tinieblas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nuzhat al-Zamán] desenvainó la espada y dio un golpe en la nuca del beduino Hammad, separando la cabeza del cuerpo. Los que estaban presentes le preguntaron: « ¿Por qué lo has matado tan rápidamente?» Contestó: « ¡Loado sea Dios, que me ha concedido la vida suficiente para poder vengarme con mi propia mano!» Después mandó a los esclavos que arrastrasen el cadáver cogiéndolo por los pies y que lo arrojasen a los perros.

A continuación se las entendieron con los dos ladrones que quedaban de los tres bandidos. Uno de ellos era un esclavo negro. Le preguntaron: « ¿Cómo te llamas? ¡Cuéntanos la verdad!» Contestó que se llamaba Gadbán y les refirió lo que le había sucedido con la reina Ibriza, hija del rey Hardub, rey de los griegos: refirió cómo le había dado muerte y cómo había huido. Apenas pudo terminar el esclavo sus palabras, pues el rey Rumzán se le echó encima y le cortó el cuello con la espada, exclamando: « ¡Loado sea Dios, que me ha concedido vida suficiente para vengar a mi madre con mi propia mano!» Añadió que su nodriza Marchana le había explicado la historia de un esclavo negro llamado Gadbán.

Después se dirigieron al tercero, que era el camellero que habían contratado

los habitantes de Jerusalén para que transportase a Daw al-Makán y lo condujese al hospital de Damasco, en Siria; se lo había llevado, lo había arrojado en el montón de leña y se había marchado a sus asuntos. Le dijeron: « Cuéntanos tu historia y sé verídico en el relato» . Les refirió todo lo que le había acontecido con el sultán Daw al-Makán: cómo lo había recogido en Jerusalén, cuyos habitantes le habían pagado para que lo llevase al hospital de Siria, pues estaba enfermo, y cómo, después de haber cobrado, lo había arrojado en el depósito de leña del baño y había huido. Una vez hubo terminado de hablar, el sultán Kan Ma Kan cogió la espada, le dio un mandoble y le cortó el cuello, exclamando: « ¡Loado sea Dios, que me ha concedido vida suficiente para poder castigar a este traidor por lo que hizo con mi padre! Había oído este mismo relato a mi padre, el sultán Daw al-Makán» .

Los reyes se dijeron: « No nos falta más que la vieja Sawahi, apodada Dat al-Dawahi. Ella ha sido la causa de estas calamidades y quien nos ha hecho caer en desgracia. ¿Quién puede llevarnos hasta ella para vengarnos y lavar la afrenta?» El rey Rumzán, tío de Kan Ma Kan, dijo: « Es necesario que la traigamos a nuestra presencia» . En aquel mismo momento el rey Rumzán le escribió una carta y la envió a su abuela, la vieja Sawahi, apodada Dat al-Dawahi. Le decía que había ocupado Damasco, Mosul y el Iraq, que había derrotado a los ejércitos musulmanes y había hecho prisioneros a sus reyes. Añadía: « Quiero que te vengas a mi lado y que te hagas acompañar por la reina Sofía, hija del rey Afridún, rey de Constantinopla, y aquellos nobles cristianos que quieran venir; no es necesaria la escolta, pues el país está tranquilo, ya que está en nuestro poder» .

Cuando recibió la carta, la leyó y reconoció la letra del rey Rumzán, se alegró mucho y preparó en seguida el viaje suyo y el de la reina Sofía, madre de Nuzhat al-Zamán, y el de aquellos que las tenían que acompañar. No dejaron de andar hasta que llegaron a Bagdad. Los mensajeros las precedieron e informaron a los reyes de su llegada. Rumzán dijo: « Es conveniente que nos vistamos a la griega al ir a recibir a la vieja, con el fin de estar a cubierto de sus engaños y enredos» . Aceptaron de buen grado y se disfrazaron. Al verlos, Qúdiya Fa-Kan dijo: « ¡Alabado sea el Señor! Si no os conociese diría que sois francos» . El rey Rumzán se colocó delante de todos y salieron a recibir a la vieja acompañados de mil caballeros.

Al verla, Rumzán descabalgó y se acercó hacia ella a pie. Ella, al verlo y reconocerlo, también se apeó y lo abrazó. Él la estrechó tan fuertemente por las costillas, que casi se las partió. La vieja preguntó: « ¿Qué es esto?» , pero apenas había terminado sus palabras cuando ya estaban a su lado el rey Kan Ma Kan y el visir Dandán, mientras que sus caballeros atacaban a su séquito de jóvenes y criados: los hicieron prisioneros a todos y regresaron a Bagdad. El rey Rumzán mandó que se engalanase la ciudad por tres días, al cabo de los cuales sacaron a pública vergüenza a Sawahi, apodada Dat al-Dawahi: llevaba en la cabeza un

cucurucho rojo cubierto de estiércol de asno. Delante de ella iba un pregonero gritando: « ¡Ésta es la recompensa de quienes se propasan con los hijos de los reyes!»

Después la crucificaron en la puerta de Bagdad. Su séquito, al ver lo que le había ocurrido, se convirtió, en bloque, al Islam. Kan Ma Kan, su tío Rumzán, Nuzhat al-Zamán y el visir Dandán se admiraron de todos estos hechos y mandaron a los historiadores que los consignasen por escrito en sus crónicas para que los pudiesen leer sus sucesores. Pasaron el resto de sus días en una vida muelle y feliz, hasta que les llegó la destructora de las dulzuras, la que pone fin a las sociedades.

Así termina todo lo que hemos podido averiguar acerca de las aventuras del rey Umar al-Numán, de sus hijos Sarkán y Daw al-Makán y de sus nietos Kan Ma Kan y de Nuzhat al-Zamán y Qúdiya Fa-Kan.

El rey dijo a Sahrazad:

—Desearía que me refirieses alguna historia de pájaros.

—De buen grado.

Su hermana le dijo:

—Nunca he visto al rey, a lo largo de todo este tiempo, tan satisfecho como en esta noche. Es de esperar que tu asunto con él termine de buen modo.

HISTORIAS QUE HACEN REFERENCIA A LOS PÁJAROS

SAHRAZAD se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en lo más antiguo del tiempo y en las edades más remotas vivía un pavo que, en compañía de su pareja, se había refugiado junto al mar. Había allí muchas bestias y fieras, numerosos árboles y ríos. El pavo y la pava pasaban la noche en uno de aquellos árboles por temor a las fieras, y durante el día buscaban su sustento. Vivieron así hasta que, al cabo de cierto tiempo, el miedo los llevó a buscar un nuevo refugio. Mientras lo buscaban, descubrieron una isla con numerosos árboles y ríos. Se instalaron en ella y comieron de sus frutos y bebieron de sus aguas. Llevaban esta vida cuando se les presentó un pato, lleno de terror, que no cesó de correr hasta llegar al árbol en que estaban el pavo y su esposa; entonces se tranquilizó.

El pavo no dudó de que a aquel pato le había sucedido algo maravilloso. Le preguntó por la causa de su temor, y el pato dijo: « Estoy muerto de tristeza y de miedo por culpa del hombre. ¡Atención! ¡Atención delante del hombre!» El pavo lo tranquilizó: « No debes temer, ya que estás a nuestro lado» . « ¡Loado sea

Dios, que me ha aligerado penas y preocupaciones haciéndome llegar a vuestro lado! ¡Vengo deseoso de obtener vuestra amistad!» Entonces, la mujer del pavo descendió y le dijo: « ¡Bien venido seas! ¡Nada malo te sucederá! ¿Por dónde ha de llegar el hombre si nos encontramos en esta isla que está en medio del mar? Desde el continente no puede venir, y a través del mar es imposible. Alégrate de ello y cuéntanos qué es lo que te ha ocurrido y qué males te ha causado el hombre» .

El pato refirió: « Sabe, ¡oh pava!, que he vivido muy seguro en esta isla hasta ahora sin que nunca me ocurriese nada. Pero una noche vi en sueños la figura de un hombre; él me hablaba y yo le contestaba. Entonces oí una voz que me decía: "¡Pato, guárdate del hombre! ¡No te dejes seducir por sus palabras ni por lo que quiere inculcarte! Es astuto y taimado, por lo cual hay que estar siempre dispuesto a contrarrestar sus tretas. Es un pérfido, tal como dice el poeta:

> Con la punta de la lengua te da dulces, y mientras tanto te engaña como engaña el zorro.

» "Sabe que el hombre extiende las redes y saca a los peces del mar; tira a los pájaros avellanas de arcilla y los abate, y con sus tretas derriba a los elefantes: nadie escapa a la maldad del hombre, y de él no se salvan ni pájaros ni fieras. Esto es lo que he oído con referencia al hombre". Me desperté sobresaltado, y hasta ahora no he podido tranquilizar mi pecho por el miedo que el hombre me inspira, por el temor de que me envuelva en sus astucias y me cace en sus redes. Antes de terminar el día, mis fuerzas se habían extenuado y carecía de valor. Tenía que comer y beber, y salí triste, apesadumbrado, con el corazón acongojado. Cuando llegué a aquella montaña, me tropecé, en la puerta de una cueva, con un cachorro de león, de color amarillo. Al verme, se alegró mucho; mi color y mi aspecto gracioso le gustaron. Me llamó y me dijo: "¡Acércate!"

» Cuando estuve a su lado, me preguntó: "¿Cuál es tu nombre? ¿A qué especie perteneces?" "Me llamo pato, y pertenezco a las aves." Le pregunté: "¿Cuál es la causa de que estés sentado a esta hora y en este lugar?" El cachorro contestó: "Hace días que mi padre me está previniendo, y esta noche he visto en sueños la imagen de un hombre". El cachorro me explicó lo mismo que ya te he explicado. Al oír sus palabras, le dije: "¡León! Acudo a ti con el ruego de que mates al hombre, de que te hagas a la idea de matarlo. Me causa mucho miedo, y mis temores han aumentado al conocer el tuyo, ya que tú eres el rey de las fieras". Seguí así, hermana mía, poniendo en guardia al león contra el hombre y recomendándole que lo matase. Por fin se levantó, paseó arriba y abajo, se sacudió el dorso con la cola y no dejó de andar y yo de seguirlo, hasta que llegó al cruce de un camino.

» Vimos una gran nube de polvo, y cuando ésta se disipó, vimos un asno desnudo que huía; tan pronto galopaba como se revolcaba por el suelo. El león, al verlo, le dio un grito, y el asno se acercó a él humildemente. Le dijo: "Animal de poco seso, ¿cuál es tu especie? ¿Por qué vienes a este lugar?" "¡Hijo del sultán! Pertenezco a la especie de los asnos, y he llegado hasta aquí huyendo del hombre." "¿Acaso temes que el hombre te mate?" "¡Hijo del sultán! Mi temor está en que empleando la astucia consiga cabalgarme, ya que tiene una cosa, llamada *albarda*, para colocarla en mi espalda, y otra, llamada *cincha*, que ata por debajo de la barriga; otra, que coloca debajo de mi cola, y la cuarta, llamada *rienda*, que sujeta en mi boca; fabrica unas espuelas con las cuales me pincha, para obligarme a llevar una marcha superior a mis fuerzas. Si tropiezo, me maldice; si rebuzno, me injuria, y después de todo esto, cuando ya soy viejo y no puedo andar, me pone un soporte de madera y me entrega al aguador, quien transporta el agua sobre mis espaldas, con odres u objetos similares, como las jarras. Vivo envilecido, humillado y sin reposo hasta la muerte. Y cuando muero, mi cadáver es abandonado a los perros en los altozanos. ¿Hay alguna pena más grande que ésta, una desgracia mayor?"

» Al oír las palabras del asno, señora pava, se me puso la carne de gallina pensando en el hombre. Dije al cachorro: "¡Señor! El asno es excusable, y sus palabras han aumentado mi terror". El cachorro preguntó al asno: "¿Hacia dónde te diriges?" "He visto un hombre, desde lejos, antes de la salida del sol, y he huido ante él. Quiero marcharme y no pararé de correr —tal es el miedo que le tengo— hasta que encuentre un sitio en el que pueda estar a cubierto de las astucias del hijo de Adán." Mientras el asno decía estas palabras al cachorro y se disponía a despedirse y a marcharse, vimos levantarse una polvareda. El asno rebuznó, dirigió la vista hacia aquel punto y soltó un pedo muy fuerte. Al cabo de un rato apareció en medio del polvo un caballo negro con una estrella blanca, como un dirhem, en la frente. Era un animal bien formado, de cuerpo robusto, hermosas patas y sonoros relinchos. No paró de correr hasta encontrarse junto al león. Al verlo, el cachorro le preguntó: "¿A qué especie perteneces, noble animal? ¿Por qué huyes en esta tierra tan vasta?" "¡Señor de los animales! Soy un corcel que pertenece a la especie de los caballos. Corro porque vengo huyendo del hombre."

» El león quedó admirado de las palabras del caballo y le dijo: "¡No digas esas palabras que te avergüenzan! Eres grande y fuerte, ¿cómo puedes temer al hombre con tu robusto cuerpo y la rapidez de tu carrera? Yo, aun siendo de cuerpo tan pequeño, estoy resuelto a salir al encuentro del hombre, luchar con él y comerme su carne: así tranquilizaré a este pobre pato y lo instalaré en su país. Precisamente en este instante vienes tú a destrozarme el corazón con tus palabras y a hacerme volver atrás de lo que iba a hacer, ya que tú, a pesar de tu tamaño, te asustas ante el hombre, y éste no teme ni tu estatura ni tu fuerza, cuando te

bastaría una sola coz para matarlo. Si hicieses esto no te vencería, y tú le escanciarías el cáliz de la muerte".

» El caballo, al oír las palabras del cachorro, exclamó: ¡Cuán lejos estoy de poderlo vencer, hijo del rey! La comparación de mi estatura y de mi fuerza con las del hombre no deben engañarte, ya que éste es astuto y taimado y ha fabricado una cosa llamada *cepo*. Coloca en mis cuatro patas dos de esos cepos, hechos con fibra de palmera envuelta en pequeños cojines; me ata la cabeza en un palo elevado, que me obliga a mantenerme de pie, inmóvil, sin poderme sentar ni dormir. Cuando quiere utilizarme para montar, se pone en el pie unos objetos de hierro llamados *estribos*, me coloca en el dorso una cosa llamada *silla*, me ciñe con dos correas por debajo del vientre y me pone en la boca un objeto de hierro que se llama *bocado*, por el cual hace pasar unas tiras de piel denominadas *riendas*. Monta en mi dorso, encima de la silla, toma las riendas en su mano y me conduce. Luego me aguijonea con las espuelas hasta el punto de hacerme sangrar. No me preguntes, hijo del sultán, por lo mucho que me hace sufrir el hombre: cuando llego a viejo; cuando mi espalda adelgaza y me es imposible ir de prisa, me vende al molinero para que me haga dar vueltas a la muela: doy vueltas noche y día hasta que quedo extenuado; entonces me vende al desollador, el cual me mata, me despelleja, me arranca la cola y me vende a los curtidores y a los fabricantes de cribas". El enojo del cachorro subió de grado al oír las palabras del caballo. Le preguntó: "¿Cuánto tiempo hace que has dejado al hombre?" "Lo abandoné al mediodía. Viene en pos de mí."

» Mientras el cachorro y el caballo hablaban así, se levantó otra nube de polvo, la cual, al disiparse, permitió ver un inquieto camello, que bramaba y golpeaba el suelo con sus patas. Y así anduvo hasta llegar ante nosotros. El cachorro, al verlo tan alto y gordo, creyó que se trataba de un hombre. Iba a saltar sobre él cuando le dije: "¡Hijo del sultán! ¡Éste no es un hombre! Es un camello, que, al parecer, viene huyendo también del hombre". Mientras decía estas palabras al cachorro, hermana mía, el camello se le acercó y lo saludó. Él le devolvió el saludo y le preguntó: "¿Qué motiva tu venida a este lugar?" "Vengo huyendo del hombre." "¿También tú, con tu fuerte contextura, tu longitud y tu anchura, temes al hombre? Si le dieses una sola coz, lo matarías." "¡Hijo del sultán! Sabe que el hombre es muy astuto, y que sólo la muerte puede vencerlo. Me coloca en la nariz un hilo que se llama *anillo*, me pone en la cabeza un *arnés* y me entrega al menor de sus hijos; y a pesar de mi tamaño y de mi contextura, me cargan con los objetos más pesados, me obligan a hacer los más largos viajes y me utilizan en los trabajos más duros a todas las horas del día y de la noche.

» "Al llegar a viejo y disminuir mis fuerzas, pierde su interés por mi compañía y me vende al carnicero, quien me sacrifica y vende mi piel al curtidor, y mi carne a los cocineros. ¡No me preguntes por lo mucho que el hombre me hace sufrir!" "¿A qué hora has dejado al hombre?" "En el ocaso;

creo que debe de haber ido a recogerme, y al no encontrarme habrá empezado a buscarme. ¡Hijo del sultán! Deja que marche a buscar refugio en los campos y en el desierto.” “Espérate un poco, camello; verás cómo lo desgarro y te doy a comer su carne; le trituraré los huesos y beberé su sangre.” “¡Hijo del sultán! Temo que te pueda gastar una mala pasada. Es un estupendo engañador.” A continuación recitó las palabras del poeta:

> Cuando una desgracia cae en el país de unos hombres, a los desgraciados no les queda más remedio que emigrar.

» Mientras el camello hablaba con el cachorro, se levantó una nueva nube de polvo, y al aclararse apareció un anciano pequeño y de buen aspecto. Llevaba en sus hombros un capazo, repleto de utensilios de carpintería; en la cabeza, ocho maderos, y cogido de la mano, un chiquillo. Avanzaba con inseguridad, pero no se detuvo hasta llegar al lado del cachorro. Al verlo, hermana mía, el miedo me hizo caer. En cambio, el cachorro se adelantó a hacerle frente. Cuando estuvo a su lado, el carpintero se le rió en la cara. Dijo elocuentemente: “¡Rey, poderoso y de alto linaje! ¡Haga Dios feliz tu tarde y te colme de felicidad! ¡Aumente tu valor y tus fuerzas! ¡Líbrame de mi pena y de mis desgracias, pues no tengo más valedor que tú!” El carpintero permaneció de pie ante el león, llorando y quejándose. El cachorro, al oír el llanto y las quejas, le dijo: “Te protegeré contra lo que temes: ¿quién te oprime? ¿Quién eres? Jamás en mi vida he visto un animal de tu especie, ni ningún otro que tenga un aspecto tan hermoso ni que hable tan bien como tú. ¿Qué te ocurre?”

» El carpintero contestó: “¡Señor de las fieras! Yo soy un carpintero, y quien me maltrata es el hombre. Mañana llegará junto a ti, en este lugar”. El cachorro lo vio todo negro al oír las palabras del carpintero. Rugió, sus ojos echaron chispas, y gritó: “¡Por Dios! Pasaré toda la noche en vela y no volveré al lado de mi padre hasta que haya conseguido mi deseo. —Luego dijo al carpintero—: Me doy cuenta de que tus pasos son cortos, pero no puedo afligirte, ya que soy valeroso. Mas creo que no podrás andar tan rápido como las fieras. ¡Dime adónde te diriges!” “Voy a ver al visir de tu padre, la pantera, ya que ésta, al enterarse de la llegada del hombre a nuestro país, ha temido por su vida y me ha mandado cómo mensajero una fiera para que le construya una casa en la que pueda vivir y refugiarse, para estar a salvo de su enemigo e impedir al hombre que pueda alcanzarla. Al llegar el mensajero, he cogido estos maderos y he salido en su busca.”

» El cachorro sintió entonces envidia de la pantera. Exclamó: “¡Por vida mía! Con esos maderos has de hacer una casa para mí antes de que construyas la de la pantera. Cuando termines mi encargo podrás ver a la pantera y hacer lo que te pide”. El carpintero protestó: “¡Señor de las fieras! No puedo construirte nada

hasta que haya hecho lo que quiere la pantera. En cuanto haya construido la de ésta, volveré para ponerme a tu servicio y te construiré una casa en la que podrás encontrar refugio frente a tu enemigo". "¡Por Dios! ¡No consentiré que te marches de este lugar hasta que me hayas construido una casa con estos maderos!" El cachorro se acercó al carpintero, saltó sobre él, y para asustarlo le dio un zarpazo, con lo que cayó al suelo el capazo que llevaba en la espalda. El carpintero se desmayó. El cachorro se rió y le dijo: "¡Ay de ti, carpintero! Eres débil y no tienes fuerza. Así es disculpable que sientas temor del hombre".

» Al caer de espaldas, el carpintero se enfadó mucho, pero lo ocultó por el temor que le causaba el cachorro. Se sentó, y, riéndose ante el león, le dijo: "¡Te construiré la casa!" Cogió los maderos que llevaba consigo, los clavó e hizo una casa a la medida del cachorro; dejó la puerta abierta, ya que tenía forma de caja y había dejado sin cerrar un lado, al que se adosaba una tapadera en la que había numerosos agujeros y clavos, cuyas puntas sobresalían. Dijo al cachorro: "Entra en la casa por esta abertura, para que la ajuste a tu tamaño". El cachorro, contento, se acercó a la puerta y comprobó que era muy justa. El carpintero insistió: "Entra doblando las manos y los pies". El cachorro lo hizo así y entró en la caja, de la que únicamente le salía la cola. En seguida quiso volver hacia atrás y salir, pero el carpintero le dijo: "Ten un poco de paciencia, para que pueda ver si cabe la cola o no".

» El león obedeció, y entonces el carpintero le enrolló la cola, la metió dentro y puso rápidamente en la abertura el madero que faltaba, y lo clavó. El cachorro chilló: "¡Carpintero! ¿Qué es esta casa tan angosta que me has hecho? ¡Déjame salir!" "¡Ja, ja, ja! El arrepentimiento no sirve para lo que ha ocurrido. ¡No saldrás jamás de este sitio! Has caído en la trampa igual que las fieras más viles." "¡Hermano! ¿Qué significan estas palabras que me dices?" "Sabe, perro del desierto, que has caído en lo que te asustaba caer. Te ha metido en ello el destino, y de nada te ha de servir el arrepentimiento."

» ¡Oh, hermana! Cuando el cachorro oyó estas palabras comprendió que trataba con el hombre, aquel ser contra el cual lo había prevenido su padre cuando estaba despierto, y una voz en sueños. Yo me di cuenta, sin duda de ninguna clase, de que me encontraba en su presencia, temí por mi vida y me alejé inmediatamente un poco, para ver lo que hacía con el cachorro. Vi, ¡oh hermana!, que el hombre cavaba una fosa en aquel lugar, cerca de donde estaba la caja con el cachorro, y que echaba a éste en la hoya; luego la recubrió de leña y le prendió fuego. El miedo que experimenté fue terrible, y desde hace dos días no hago más que huir del hombre» .

Cuando la pava hubo oído el relato del pato…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que quedó sumamente admirada y dijo: « ¡Hermano! Estás protegido contra el hombre, ya que habitamos una de las islas del mar y no puede llegar hasta aquí. Escoge un lugar cerca de nosotros, hasta que Dios solucione nuestro asunto y el tuyo» . « Temo que me ocurra cualquier desgracia, ya que es inútil el tratar de escapar al destino.» « Quédate a nuestro lado; serás nuestro igual.» La pava siguió insistiendo, hasta que el pato aceptó y dijo: « ¡Hermana! Yo tengo poca paciencia. Si no te hubiese visto aquí, no me habría quedado» . La pava hizo notar: « Si hay algo que nos está destinado, lo realizaremos; si nuestra hora está próxima, ¿quién podrá salvamos? Nadie muere hasta haber cumplido lo que le está destinado, y haber llegado a su término» .

Mientras así hablaban, se levantó una nube de polvo, y el pato lanzó algunas interjecciones, bajó al mar y dijo: « ¡En guardia! ¡En guardia aunque no pueda escaparse al destino!» La polvareda era enorme, y al disiparse apareció una gacela. El pato y la pava se tranquilizaron. Ésta dijo: « ¡Hermano! Te ha asustado una gacela que se acerca hacia nosotros. Nada hemos de temer, ya que las gacelas comen la hierba, que crece en el suelo; igual que tú perteneces a las aves, ella pertenece a los cuadrúpedos. Tranquilízate, pues las preocupaciones hacen adelgazar» . En esto llegó la gacela a su lado en busca de la sombra del árbol. Al ver a la pava y al pato los saludó y les dijo: « Hoy he llegado a esta isla, y nunca he visto otra más fértil ni más hermosa para morada» . Luego mostró sus deseos de ser amiga de los dos.

Cuando el pato y la pava se dieron cuenta del afecto que les tenía, se acercaron y se mostraron dispuestos a tratar con ella. Se pusieron de acuerdo, y su dormitorio fue el mismo, comieron juntos y vivieron en paz comiendo y bebiendo, hasta que pasó por sus inmediaciones un buque que había perdido su rumbo en el mar. Ancló muy cerca del lugar en que ellos estaban, los pasajeros desembarcaron, se dispersaron por la isla y encontraron a la gacela, a la pava y al pato, hacia los cuales se acercaron. La gacela huyó a la campiña, la pava remontó el vuelo, y sólo el pato quedó sin saber qué hacer, y mientras le daban alcance chillaba: « ¡De nada me ha servido estar en guardia frente a lo que me estaba predestinado!» Se lo llevaron al barco. La pava, al ver lo ocurrido al pato, abandonó la isla diciendo: « Las desgracias son una advertencia para todos. Si no hubiese sido por esa nave, no me habría separado de ese pato, que era uno de los mejores amigos» .

La pava levantó en seguida el vuelo y fue a reunirse con la gacela. Ésta la saludó, la felicitó por haberse salvado y le preguntó por el pato. Le contestó: « Ha caído en poder del enemigo, y yo no he querido permanecer más en aquella isla después de esto» . Se puso a llorar por la pérdida del pato, y recitó:

El día de la separación ha destrozado mi corazón. ¡Destruya Dios el

corazón del día de la separación!

Y recitó este otro:

Desearía que volviese el día de la reunión, para referirle lo que hacen sufrir las penas de la separación.

La gacela se sintió invadida por una gran pena, pero después hizo desistir a la pava de sus propósitos de marchar. Continuó viviendo con ella en la isla, en la más perfecta seguridad, comiendo y bebiendo, aunque siempre tristes por haber sido forzadas a separarse del pato. La gacela dijo a la pava: « ¡Hermana! Sabe que los hombres que desembarcaron de la nave fueron la causa de nuestra separación y de la pérdida del pato. Guárdate de ellos, y vigila las tretas y los engaños del hombre» . La pava contestó: « Sé de cierto que lo que ha motivado su ruina ha sido el haberse descuidado de loar a Dios. Yo ya le había dicho: "Temo que te ocurra algo 'por dejar de rogar a Dios, ya que todo lo que ha sido creado por Éste lo alaba, y si se descuida de ello, es castigado con la muerte"» .

La gacela, al oír las palabras de la pava, contestó: « ¡Dios te mantenga siempre tan hermosa!» , y empezó a glorificar al Señor, sin descuidarse ni un minuto de ello. Se cuenta que la gacela dice al Señor en sus loas: « Gloria al Rey de la recompensa, al Señor Todopoderoso, que está instalado en el trono del señorío» .

EL ERMITAÑO Y LAS PALOMAS

Se cuenta que un ermitaño vivía adorando al Señor en un monte, en el cual se había refugiado también una pareja de palomas. El ermitaño…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que dividía en dos partes su comida: guardaba la mitad para sí, y la otra mitad para los palomos. El asceta les auguró una numerosa descendencia, y así ocurrió, pues acudieron todas las palomas a refugiarse en el monte en que estaba el ermitaño. La causa de que los palomos corrieran a reunirse con el asceta está en lo mucho que loan aquéllos al Señor. Es creencia de que los palomos dicen en su loor: « ¡Gloria al Creador de las criaturas, al Repartidor del alimento, al Constructor de los cielos y a Quien ha extendido la Tierra!» Aquella pareja de palomos y su descendencia siguieron en

la más dulce de las vidas hasta que murió el asceta; entonces los palomos se dispersaron y se repartieron por ciudades, pueblos y montes.

EL PASTOR DEVOTO

Se refiere que en uno de los montes vivía un pastor, religioso, sensato y recto. Apacentaba sus ovejas y se beneficiaba de la leche y la lana. El monte en que se había instalado el pastor tenía muchos árboles, pastos y fieras, pero estas alimañas no podían nada contra él ni contra sus ovejas. Vivió tranquilo en aquel monte, sin necesitar para su felicidad las cosas de este mundo, dedicado a la adoración del Señor. Pero luego fue víctima de una grave enfermedad: se refugió en una de las cuevas del monte, y las ovejas, solas, iban a pacer de día, y por la noche regresaban a la cueva. Dios quiso poner a prueba al pastor y ver hasta dónde llegaba su obediencia y su paciencia. Le envió un ángel, que se acercó a él en forma de una mujer hermosa, y se sentó. El pastor, al ver a aquella mujer sentada a su lado, le dijo: « ¡Mujer! ¿Qué te ha movido a venir aquí; si no me necesitas para nada? Entre nosotros dos no existe relación alguna que pueda justificar tu venida» .

« ¡Hombre! ¿No ves mi belleza y mi hermosura? ¿No notas lo perfumada que estoy? Los hombres necesitan a las mujeres. ¿Qué es lo que te hace abstenerte de mí? Yo misma he escogido tu vecindad, me place unirme a ti y vengo espontáneamente; no puedo aguantarme, y no veo aquí a nadie a quien tú puedas temer. Quiero permanecer a tu lado hasta que vuelvas a trepar por los montes; vengo a ofrecerme, porque necesitas el servicio de una mujer. Si te relacionas frecuentemente conmigo, curarás de tu enfermedad, volverás a tener salud y te arrepentirás de lo que has perdido al no haber frecuentado hasta ahora el trato con las mujeres. Te he dado un consejo: acéptalo y acércate a mí.»

El pastor contestó: « ¡Sal de aquí, mujer lisonjera y falsa! No me siento atraído por ti, ni a ti me acercaré; no necesito tu compañía, y mucho menos unirme a ti, ya que quien a ti te desea tendrá que abstenerse en la vida futura, y quien quiere conseguir ésta, debe abstenerse de ti, de ti, que has corrompido a los hombres desde el primero hasta el último. Dios, el Altísimo, ha anunciado a sus fieles desgracias y calamidades si se atreven a estar en tu compañía» . Ella le refutó: « ¡Oh tú, que has perdido el sentido del justo medio y has extraviado el recto camino! Dirige hacia mí tu cara, mira mi belleza y aprovecha la ocasión de que me encuentro a tu lado, como han hecho quienes te han precedido; eran sabios, más listos y expertos que tú, y a pesar de ello no han renunciado a gozar con las mujeres del modo que tú lo haces; por el contrario, han buscado ese contacto y han procurado tener al lado a las mujeres, de las que tú te abstienes; esto no perjudica ni a la vida religiosa ni a la mundana: desiste de tus razones y

quedarás satisfecho» . El pastor contestó: « Aborrezco todo lo que dices y todo lo que insinúas; eres traidora, careces de fe y de fidelidad. ¡Cuántas maldades escondes debajo de tu hermosura! ¡A cuántas personas pías has puesto a prueba dejándolas en manos de la tristeza y del arrepentimiento! ¡Vete de mi lado, oh tú, que te alabas a ti misma para pervertir a los demás!»

Le tiró el manto a la cara para no verla más, y empezó a pensar en el Señor. El ángel, al ver lo fiel que era, se remontó al cielo. Cerca de aquel lugar había un hombre pío que ignoraba la existencia del pastor. En sueños vio a alguien que le decía: « Cerca de ti, en el lugar tal y tal, hay un hombre pío. Ve a su lado y ponte a su servicio» . Al día siguiente se marchó en su búsqueda. Al llegar las horas de más calor se dirigió hacia un árbol, junto al cual brotaba una fuente. Se sentó a su sombra para descansar. Mientras estaba sentado acudieron a beber allí fieras y pájaros, que al ver al asceta sentado a su lado se asustaron y huyeron. El asceta se dijo: « Me he sentado a descansar aquí, sin más objeto que el de causar miedo a estas fieras y a estos pájaros» . Se puso de pie diciéndose como reproche: « El haberme sentado en este lugar ha causado daño a estos animales: no tengo excusa ni ante mi Creador, El mismo que ha creado a estas fieras. Yo he sido la causa que los ha hecho huir de su abrevadero y de sus pastos. ¡Cómo me avergonzaré ante mi Señor el día en que Éste haga justicia entre la oveja desastada y la astada!» Después derramó abundantes lágrimas, y recitó estos versos:

¡Por Dios! Si los hombres supieran para qué fueron creados, no se abandonarían a la distracción ni al sueño.
Les espera primero la muerte y luego la resurrección, el juicio, castigos y tormentos terribles.
Nosotros, aunque seamos poderosos, somos como las gentes de la caverna: nuestra mayor parte duerme.

Después lloró por haberse sentado debajo de aquel árbol, junto a la fuente, y haber impedido beber a los pájaros y a los animales; se marchó entristecido hasta llegar junto al pastor. Entró y lo saludó; el pastor le devolvió el saludo, lo abrazó y se puso a llorar. Luego le preguntó: « ¿Qué es lo que te ha traído hasta este lugar, al que jamás ha llegado ningún hombre?» El asceta contestó: « He visto en sueños a alguien que me ha descrito el lugar en que te encuentras, y que me ha mandado venir aquí a saludarte. Y así lo he hecho para obedecer la orden recibida» . El pastor lo acogió bien y se sintió inclinado a vivir en su compañía. Los dos se quedaron juntos en el monte, adorando a Dios (¡ensalzado sea!) en aquella caverna, en hermosa abstinencia. Se alimentaban con la carne y la leche de las ovejas, y no necesitaban bienes mundanos ni hijos. Así siguieron hasta que les llegó la única cosa cierta: la muerte. Aquí termina el relato.

El rey dijo:

—¡Sahrazad! Me incitas a abandonar mi reino y a arrepentirme de lo mucho que me he excedido matando a mujeres y muchachas; pero, ¿sabes alguna historia de pájaros?

—Sí.

EL PÁJARO ACUÁTICO Y LA TORTUGA

Aseguran, ¡oh rey!, que un pájaro remontó el vuelo hasta lo más alto de la atmósfera, y luego se precipitó sobre una roca que se levantaba en medio de un curso de agua corriente. Mientras el pájaro estaba parado en la roca, apareció, arrastrado por el agua, el cadáver de un hombre, que fue a parar a la roca y se detuvo en una concavidad de ésta; flotaba algo, por estar hinchado. El pájaro se acercó, lo contempló y vio que en el cadáver había huellas manifiestas de golpes de espada y de lanzazos.

Se dijo: « Este muerto debía de ser un hombre malvado, frente al cual se debe de haber reunido un grupo de personas, que le habrán dado muerte para librarse de él y de sus maldades» . Siguió contemplando el cadáver hasta que vio que águilas y cuervos se abatían sobre él desde todos los puntos. Lleno de terror, el pájaro se dijo: « No he de permanecer en este lugar» . Levantó el vuelo y fue en busca de un sitio en el que refugiarse hasta que el cadáver hubiera desaparecido y las aves rapaces hubiesen abandonado sus restos.

No paró de volar hasta que llegó a un río, en cuyo centro había un árbol. Se posó en éste, cabizbajo y entristecido por haber tenido que alejarse de su hogar. Se dijo: « Las tristezas me siguen a todas horas; me había tranquilizado al ver el cadáver, y me alegré mucho diciéndome que era el alimento que Dios me concedía; pero mi alegría se ha convertido en preocupación, y mi regocijo en tristeza, ya que los pájaros de presa lo han devorado en mi lugar, impidiendo que me hiciese con él. ¿Cómo puedo creer que estoy a salvo en este mundo, y cómo puedo confiar en él? Ya se dice en el refrán que el mundo es la casa de aquel que no la tiene; que el tonto se deja ofuscar por él, por sus riquezas, sus hijos, familiares, allegados. De este modo el insensato vive la vida, se aficiona al mundo y piensa con orgullo que está sobre la faz de la tierra, hasta que llega el momento de encontrarse debajo, y sus parientes y las personas más allegadas lo recubren de polvo. Lo mejor es resignarse ante las adversidades. Yo he abandonado mis lares y mi patria en el momento en que menos quería separarme de mis amigos y allegados» .

Mientras él reflexionaba de este modo apareció una tortuga macho, que salió del agua y se acercó al pájaro acuático, lo saludó y le preguntó: « ¿Qué te ha obligado a dejar tu domicilio?» « La llegada de los enemigos. El inteligente no

debe permanecer a la vera del enemigo, ¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

> Cuando cae una calamidad sobre una tierra, sus habitantes no tienen más remedio que marchar.»

La tortuga le dijo: « Siendo la cosa tal como la describes y ocurriendo los hechos tal como los mencionas, no me apartaré de tu lado ni me separaré de ti, para cuidarte en tus necesidades, para estar a tu servicio. Se dice: “No hay pena mayor que la del extranjero separado de su familia y de su patria”. Y también: “Ninguna calamidad es comparable a la de estar separado de las personas pías, y entre las cosas que consuelan al inteligente que vive en el exilio, se hallan el encontrar nuevos amigos y el tener paciencia en las desgracias y desventuras”. Espero que mi compañía te sea grata y que te pueda prestar buenos servicios y ayuda» . « Dices la verdad, ¡por vida mía! Desde que me he alejado de mi patria, desde que me he separado de mis conocidos y de mis amigos, sólo encuentro penas y sufrimientos, pues la separación es una experiencia de la que saca provecho quien reflexiona; si el hombre no encuentra un amigo que lo consuele, queda apartado para siempre del camino del bien, y es presa del mal; el juicioso busca en sus amigos el consuelo para sus penas en cualquier circunstancia, y se carga de paciencia y resignación: dos cualidades muy loables, que ayudan en las adversidades de la fortuna y evitan el desespero y la aflicción en cualquier caso.»

La tortuga le dijo: « ¡Evita la aflicción! Te amargaría la vida y te quitaría la energía» . Siguieron hablando, y de pronto el pájaro acuático dijo a la tortuga: « A pesar de todo sigo temiendo las vicisitudes de la vida y la sucesión de los acontecimientos» . La tortuga se acercó entonces a él, lo besó en la frente y le dijo: « La comunidad de los pájaros ha encontrado siempre el bien gracias a tus consejos: ¿cómo puedes soportar la pena y el daño?» No dejó de hablar al pájaro hasta que éste se tranquilizó, remontó el vuelo y se dirigió hacia el lugar en que había quedado el cadáver.

Las aves rapaces habían desaparecido, y sólo quedaban los huesos del cadáver. Regresó a informar a la tortuga de que sus enemigos se habían marchado de sus lares. Le dijo: « Quiero volver a mi patria y tratar con mis amigos, ya que el inteligente vive en la impaciencia por regresar a su patria» . La tortuga lo acompañó a su lugar, en donde no encontraron nada que pudiera inquietarlos. El pájaro acuático, más tranquilo ya, recitó estos versos:

> ¡Cuántas cosas angustian al hombre! Pero Dios tiene su solución.
> Cuando más fuerte parece el pro de la desgracia, éste desaparece, contra todo lo que el hombre piensa.

Ambos animales se instalaron en la isla. Cuando el pájaro acuático vivía tranquilo, feliz y contento, el destino se cebó en él en forma de un halcón hambriento, que le dio un zarpazo y lo mató en el acto, sin que de nada le sirviesen las precauciones en el momento en que llegó el término de su plazo. Causa de su muerte fue el haber descuidado loar a Dios. Se dice que él lo alababa con las siguientes palabras: « ¡Gloria a nuestro Señor por lo que hace y lo que dispone, por lo que enriquece y empobrece!» Ésta es la historia de ese pájaro.

El rey dijo:

—¡Sahrazad! Este relato ha sido para mí una exhortación y una advertencia. ¿Sabes alguna historia de fieras?

HISTORIA DE LA ZORRA Y EL LOBO

Ella refirió:

—Sabe, ¡oh rey!, que una zorra y un lobo habitaban en la misma madriguera; ambos se refugiaban en ella, y así vivieron durante cierto tiempo. El lobo se mostraba prepotente con la zorra. Ocurrió que ésta propuso al lobo el ser amigos y el abandonar las peleas, diciéndole: « Si continúas con tu altivez, Dios te hará esclavo del hombre, ya que éste es astuto, taimado y pérfido: caza al pájaro en el aire y al pez en el mar; corta y traslada las montañas, y todo lo hace con su ingenio. Sé justo, deja de ser malo y prepotente y esto te facilitará el encontrar el alimento» . El lobo no hizo caso de estas palabras, y contestó de mala manera: « No es de tu incumbencia hablar de asuntos tan importantes y graves» , y abofeteó a la zorra hasta que ésta cayó desmayada. Cuando volvió en sí sonrió al lobo, le pidió disculpa por las palabras indignas que había dicho, y recitó estos versos:

Si en lo pasado he cometido alguna falta haciendo algo reprochable por amor hacia ti,
estoy arrepentida de lo que hice, y tu perdón puede acoger al malvado que llega en tu busca.

El lobo aceptó su disculpa, dejó de maltratarla y le dijo: « No hables de lo que no te incumbe, pues oirás cosas que no te gustan» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la zorra contestó:] « Así lo haré, y

evitaré decir aquello que no te gusta. Ya ha dicho el sabio: “No hables de lo que no te preguntan; no contestes a lo que no se te pregunta; no te metas en lo que no te importa y preocúpate de lo que te interesa; no des consejos a los malvados, pues éstos te harán daño a cambio”» . El lobo sonrió, pero en su interior pensó ingeniárselas para darle muerte. Por su parte, la zorra soportó el daño que le había hecho el lobo, pensando que la impiedad y la injusticia conducen a la muerte y atraen la desdicha; se dice que el impío se pierde; que el ignorante se arrepiente; que el temeroso se salva; que la equidad es signo de nobleza, y que la educación es la mejor adquisición que puede hacerse; lo mejor era estar a bien con aquel tirano, ya que era lo más seguro para ella.

Dijo al lobo: « El señor perdonará a su esclavo si éste comete culpas. Soy un débil siervo que ha faltado al aconsejarte. Si hubiese sabido el dolor que me iba a causar tu bofetada, habría comprendido que el elefante no puede ser levantado en vilo ni vencido. Pero no me quejo del dolor de la bofetada, ya que también me ha proporcionado cierta alegría; si me ha causado un gran pesar, luego me ha traído el regocijo. El sabio dice: “El golpe que da el educador es duro de soportar al principio, pero al fin es más dulce que la pura miel”» . El lobo replicó: « Te perdono la falta, a pesar de que estoy convencido de que has faltado. Pero ten cuidado de mi fuerza y acepta el estar a mi servicio: ya has experimentado lo violento que soy con quien es mi enemigo» . La zorra se prosternó ante él y le dijo: « ¡Dios te prolongue la vida y te haga triunfar de tus enemigos!» La zorra, temerosa aún, procuró atraérselo.

Un día, ésta se dirigió hacia una viña y vio en la valla una brecha, que no cruzó, pues se dijo: « Esta brecha debe de tener algún objeto. Se dice que quien ve un agujero en el suelo y no lo evita, se engaña a sí mismo y se expone a morir. Es notorio que algunas personas pintan una zorra en la viña y ponen delante un cesto de uvas para que lo vea una zorra de verdad, se acerque a él y encuentre la muerte. Me parece que esta brecha debe de ser una trampa. Se dice que el estar alerta es ya la mitad de una astucia; pues bien, veremos qué objeto tiene esta brecha; tal vez haya en ella algo que pueda producirme la muerte. La avaricia no ha de ser causa de que yo labre mi propia ruina» . Se acercó a la brecha, dio vueltas alrededor con mucho cuidado y descubrió que era una fosa cavada por el dueño del campo para cazar a las bestias que se lo estropeaban. Vio que la trampa estaba recubierta por una capa de tierra muy delgada. Echándose hacia atrás exclamó: « ¡Dios sea loado! Puesto que yo he sido prudente, espero que caiga en ella mi enemigo, el lobo, que me amarga la vida. Tendré para mí sola la viña y viviré tranquila» . Movió la cabeza y, riéndose a carcajada limpia, moduló la voz y recitó estos versos:

¡Ojalá vea al lobo dentro del pozo!
Largo tiempo me ha hecho daño en el corazón y me ha hecho tragar, a la

fuerza, amarguras.
¡Ojalá siga viviendo después de que el lobo haya muerto!
Quedaré sola en la viña, y toda ella será mi botín.

Se marchó corriendo hasta llegar junto al lobo. Le dijo: « Dios ha facilitado tus negocios en la viña sin necesidad de fatigas, y esto es debido a tu buena suerte. ¡Te felicito por el camino que Dios te ha abierto para la obtención de botín y de gran cantidad de alimento!» El lobo preguntó: « ¿Dónde está la prueba de lo que dices?» « He ido a la viña y he visto que su dueño ha muerto. He entrado en el jardín y he contemplado los frutos relucientes en los árboles.» El lobo no dudó de las palabras de la zorra, la codicia lo cegó, y se puso en marcha hasta llegar a la brecha, loco de ambición. La zorra permaneció inmóvil como un muerto, meditando este verso:

Quieres unirte con Layla, pero la ambición es fatal para los hombres.

Una vez el lobo estuvo junto a la brecha, le dijo la zorra: « Entra en la viña, pues te basta el auxilio que representa la rotura de la pared del jardín. Dios completará el bien» . El lobo avanzó para entrar en la viña, pero en cuanto hubo llegado al centro de la cubierta de la trampa, cayó en ella. La zorra, presa de gran emoción por la alegría que experimentaba al ver cesar sus penas y aflicciones, moduló la voz y recitó estos versos:

La suerte se ha compadecido de mi situación, se ha apiadado de mis largas penas.
Me ha hecho conseguir lo que deseaba, poniendo fin a lo que temía.
Perdonaré todas las culpas cometidas en lo pasado.
Incluso aquellas que han poblado de canas mi cabeza.
El lobo no puede escapar de la muerte.
Y la viña, desde ahora, me pertenece a mí sola, sin que tenga que soportar un socio imbécil.

Se asomó a la fosa y vio que el lobo lloraba triste y arrepentido. La zorra lo acompañó con sus lágrimas. El lobo levantó la cabeza hacia la zorra y le dijo: « ¿Lloras por compasión hacia mí, oh corazón afligido?» « ¡No, por el que te ha metido en esta fosa! Lloro por lo mucho que has llegado a vivir, y estoy afligida porque no has caído más pronto en esta trampa. Si hubieses caído antes de reunirte conmigo, me habrías dejado en paz y hubiese vivido tranquila; pero has vivido hasta llegar el plazo que te había sido señalado, hasta la hora que había sido prefijada.» « ¡Oh, zorra! ¡Ve, maldita en las acciones, a ver a mi madre, e

infórmala de lo que me ha ocurrido! Tal vez ella sepa ingeniárselas para salvarme.» La zorra replicó: « Tu mucha ambición y tu gran avidez te han hecho precipitarte en brazos de la muerte: has caído en una fosa de la cual no saldrás vivo. ¿Es que no sabes, lobo ignorante, que el autor del proverbio dice que "Quien no piensa en las consecuencias no está a cubierto de los peligros"?» « Zorra virtuosa que me mostrabas afecto, buscabas mi amistad y temías mi fuerza. No me guardes rencor por el mal que te he hecho, pues quien puede perdonar y lo hace, es recompensado por Dios. El poeta dice:

Siembra el bien, aunque no sea en el sitio en que corresponda; dondequiera que se siembre, nunca se pierde.
El bien, por más tiempo que transcurra, no lo recoge sino aquel que lo ha sembrado.»

La zorra replicó: « ¡Oh, la más ignorante de las fieras y el más estúpido de los animales del país! ¿Has olvidado tu tiranía, tu altivez y tu soberbia? ¿Olvidas que nunca has tenido en cuenta las leyes de la convivencia ni aceptado el consejo del poeta?:

Cuando seas poderoso no cometas injusticias. El tirano se expone a la venganza.
Cuando tus ojos descansan, los del oprimido velan; ruega contra ti, y Dios no duerme» .

El lobo añadió: « ¡Zorra virtuosa! No me reprendas por mis culpas de lo pasado. El perdón es patrimonio de los generosos, y el hacer el bien constituye el mejor tesoro. ¡Cuán bellas son las palabras del poeta!:

Apresúrate a hacer el bien mientras puedas, pues no podrás hacerlo siempre» .

El lobo siguió humillándose de este modo ante la zorra: « Quizá tú puedas hacer algo para salvarme de la muerte» . « ¡Lobo insidioso, pérfido y sin fe! No esperes salvación; éste es el castigo de los malvados: diente por diente.» Después, riéndose, recitó estos versos:

No te esfuerces en engañarme, pues nada has de obtener.
Lo que me pides es algo imposible: has sembrado viento y recoges tempestades.

El lobo insistió: « ¡Oh, la más clemente de las fieras! ¡Te considero muy amiga mía para que puedas abandonarme en esta fosa!» Sus ojos derramaron abundantes lágrimas, y recitó estos versos:

¡Oh, aquel que me ha hecho más de un favor, cuyos dones no tienen fin!
Jamás me ha ocurrido una desventura sin que me hayas tendido la mano.

La zorra se cebó: « Estúpido enemigo, ¿cómo has podido llegar a ser humilde, vil y dócil, después de haber sido arrogante, soberbio, despótico y tirano? Era tu amiga por el temor que me inspiraba tu enemistad; si te adulaba no era de buen grado; ahora has caído en daño y desgracia» . En seguida recitó estos versos:

¡Tú, que siempre has intentado engañar, has caído en tu propia trampa!
Prueba ahora el horror de la desgracia y permanece lejos del resto de los lobos.

El lobo redobló sus súplicas: « ¡Oh, sabia! No me digas estas palabras ni me mires con esos ojos: sé fiel al pacto de amistad que tienes conmigo, antes de que pase el tiempo en que se puedan arreglar las cosas. Ve a buscar una cuerda: atas un cabo a un árbol, y el otro me lo echas para que pueda trepar por él y escapar de esta situación. En cambio, te daré todos mis tesoros» . « Has hablado ya excesivamente de todo aquello que de nada te aprovecha. No esperes escapar; acuérdate de los malos tratos que me has dado, del engaño y de la perfidia que has usado conmigo, y que bastarían para hacerte lapidar. Comprende que tu alma está abandonando este mundo, que va a marcharse y que se aleja hacia la perdición y hacia la morada del mal.» El lobo insistió: « ¡Buena zorra! ¡Disponte a volver a nuestra amistad, y no me guardes rencor! Sabe que aquel que salva un alma de la perdición, la devuelve a la vida, y quien la devuelve a la vida es como si hubiese hecho revivir a toda la gente. No utilices la opresión, la cual no es admitida por los sabios; y, ¡qué opresión más evidente que la de encontrarme en una fosa con el bocado de la muerte en la garganta, a punto de engullirlo, con la sima ante los ojos, mientras tú puedes salvarme de esta grave situación!» La zorra replicó: « ¡Oh, malvado e injusto! Comparo la bondad de tus palabras y la maldad de tus actos, con el modo de comportarse el halcón con la perdiz» . El lobo preguntó: « ¿Qué le ocurrió al halcón con la perdiz?» La zorra explicó:

EL HALCÓN Y LA PERDIZ

« Un día entré en una viña para comer unos racimos. Mientras estaba allí,

observé que un halcón se abatía sobre una perdiz, pero ésta logró escapar y refugiarse en su nido, en donde se escondió. El halcón la siguió gritando: "¡Ignorante! Te he visto recorrer, hambrienta, el campo, y habiendo sentido compasión por ti, he recogido algunos granos a fin de dártelos para comer. Pero tú has huido de mí sin que yo sepa el porqué, tal vez porque no tienes hambre. Sal, coge el grano que te traigo y cómetelo a gusto". La perdiz, al oír las palabras del halcón, las creyó y salió; el halcón la sujetó entonces con sus garras. La perdiz se quejó: "¿Es esto lo que has dicho que me traías del campo y lo que invitabas a comer a gusto? Has mentido: ¡haga Dios que la carne que de mí comas se transforme en veneno mortal en tu vientre!" Cuando el halcón se la hubo comido, perdió las plumas y la fuerza y murió.»

La zorra prosiguió: « Sabe, ¡oh lobo!, que aquel que cava una fosa para el propio hermano, cae pronto en ella. Tú has sido el primero en engañarme» . « Deja ya de decir esas cosas, de citar proverbios y de recordarme las malas acciones que he hecho en lo pasado. Me basta considerar la mala situación en que me encuentro al haber caído en un abismo tal que conmovería al enemigo, y con más razón al amigo. Busca un medio con el que pueda salvarme, y sé mi socorro, aunque éste haya de fatigarte. El amigo debe estar dispuesto a soportar por el amigo las mayores fatigas y a correr los riesgos que sean necesarios para salvarlo. Se dice que el amigo que se compadece es mejor que un hermano uterino. Si te las ingenias para salvarme, te daré tantos instrumentos que tendrás un equipo completo; además te enseñaré los procedimientos más extraordinarios para penetrar en los viñedos más fértiles y para recoger los frutos de los árboles. ¡Tranquilízate y no tengas cuidado!» La zorra se echó a reír. « ¡Qué bien han definido los sabios a aquellos que como tú son ignorantes!» « ¿Qué han dicho los sabios?»

« Que aquel que tiene el cuerpo gordo, y fuerte contextura, está lejos de ser inteligente y muy cerca de la ignorancia. Pero tus palabras, malvado estúpido, de que un amigo soporta las fatigas para salvar a un amigo, son justas tal como las has dicho, pero con ellas has demostrado tu ignorancia y lo corto de tu entendimiento. ¿Cómo he de ser tu amigo, si tú eres un traidor? Tú me tienes por amigo, mientras yo te considero enemigo acérrimo. Estas palabras son peores que un flechazo, si es que tienes un poco de inteligencia. Respecto a eso de que me darás instrumentos en número tal que me obsequiarás con todo un equipo y de que me enseñarás tretas que me permitirán llegar a los más fértiles viñedos y cosechar los frutos en los árboles, ¿cómo lo has de poder hacer, pérfido burlador, si eres incapaz de encontrar un procedimiento que te salve de la muerte? Distas mucho de poderte ser útil, y yo estoy muy lejos de aceptar tu consejo. Si sabes alguna estratagema, ponía en práctica, en beneficio propio, para escapar de esta situación, de la cual yo ruego a Dios que no te saque. Fíjate bien, ignorante; si tienes algún medio, sálvate a ti mismo de la muerte antes de prodigar tus

enseñanzas a los demás. Tú te pareces a aquel hombre que estando enfermo recibió la visita de otro que padecía la misma enfermedad y que le preguntó: "¿Quieres que te cure?" Le replicó: "¿Y por qué no te curas a ti primero?", y, dejándolo de lado, se marchó. Tú, lobo, te hallas en la misma situación. Permanece donde estás y resígnate con lo que te ha ocurrido.»

Entonces comprendió el lobo que no podía esperar nada de la zorra. Se puso a llorar y exclamó: « ¡Desconocía mi verdadera situación! Si Dios me salva de esta aflicción, me arrepentiré de haber oprimido a quien era más débil que yo; vestiré el hábito de asceta y me retiraré a una montaña para consagrarme a meditar en Dios (¡ensalzado sea!), a temer sus castigos y a vivir separado del resto de las fieras; daré de comer a los que se han consagrado a Dios y a los pobres» . Siguió llorando y suspirando. El corazón de la zorra se compadeció al ver su humildad y oír sus palabras, pues denotaban arrepentimiento de su anterior orgullo e iniquidad. Llena de compasión, dio un salto de alegría y fue a colocarse al borde de la hoya. Después se sentó encima de sus pies, y su cola cayó en el interior de la fosa.

El lobo extendió en seguida sus manos, cogió la cola de la zorra y tiró de ella, haciéndole caer a su lado en la trampa. El lobo le dijo: « ¡Zorra despiadada! ¿Cómo te has atrevido a injuriarme, siendo mi amiga y estando sometida a mi autoridad? Ahora has caído en la trampa, a mi lado, y voy a castigarte en seguida, Los sabios dicen: "Cuando uno de vosotros acusa a su hermano de haber sido amamantado por una perra, es que él también ha mamado de la misma". ¡Cuán bellas son las palabras del poeta!:

> Cuando el destino maltrata largo tiempo a unas gentes, cambia después de víctimas.
> Di a aquellos que se alegran de nuestro mal: "¡Despertad! ¡Vais a correr la misma suerte!"»

Y prosiguió: « Debo apresurarme a matarte antes de que veas cómo muero» . La zorra se dijo: « He caído junto a este tirano, y mi situación exige intrigas y engaños. Se dice que la mujer prepara sus joyas para el día de fiesta, y el proverbio aconseja: "Te guardo con cuidado, lágrima, para cuando me encuentre en un apuro". Si no ideo una treta que me sirva ante esta fiera injusta, moriré sin remedio» . Bien dice el poeta:

> Vive con engaños, pues te encuentras en un siglo en el cual los hombres parecen leones de Bisa.
> Haz girar en ruedo los canales de la astucia para que la muela de la vida vaya en tu favor.
> Cosecha los frutos, y si éstos escapan de ti, conténtate con hierba seca.

Dijo al lobo: « No te des prisa en matarme, pues te arrepentirás, ¡oh noble fiera, fuerte y valiente! Si tienes paciencia y reflexionas en lo que te voy a narrar, sabrás qué es lo que me propongo. Pero si te apresuras a matarme, no obtendrás ninguna ventaja y moriremos juntos aquí» . El lobo le respondió: « ¡Embustera, falsa! ¿Qué es lo que esperas que sea nuestra salvación, para rogarme que aplace tu muerte? ¡Cuéntame qué es lo que te propones!» « He aquí mi propósito, por el cual no tienes que darme ninguna recompensa, pues he oído las promesas que has hecho espontáneamente, y cómo has reconocido el daño hecho en lo pasado y por el cual estás triste, arrepentido y dispuesto a hacer el bien. He oído que si te salvas deseas no volver a dañar a los amigos ni a nadie; que dejarás de comer uva y frutas; que te consagrarás a la humildad; que te cortarás las uñas, te arrancarás los caninos y vestirás la túnica de lana propia de los ascetas; que frecuentarás la amistad de los amigos de Dios (¡ensalzado sea!).

» Me he compadecido de ti a pesar de que deseaba tu muerte. En cuanto he oído tu arrepentimiento y he visto los votos que hacías suponiendo que Dios te salvara, he decidido librarte de la situación en que te encuentras; por eso he alargado mi cola para que te colgases de ella y te salvases, pero tú no has abandonado la violencia y la tiranía que te son habituales, y, prescindiendo de buscar tu salvación y tu salud gracias a la bondad, me has dado una sacudida tal, que yo he creído que el alma me iba a abandonar. Ahora estamos los dos en poder de la destrucción y de la muerte: sólo nos puede salvar una cosa: si la aceptas, nos salvaremos los dos, pero después de esto será necesario que tú te ajustes a los votos hechos, y yo seré tu compañera.»

El lobo preguntó: « ¿Qué es lo que he de aceptar?» « Ponte de pie: yo me subiré encima de tu cabeza y llegaré cerca de la superficie del suelo. Una vez esté fuera, iré a buscar algo de lo que te puedas colgar, para salvarte.» El lobo replicó: « No tengo confianza en lo que dices. Los sabios aseguran: “Quien emplea la confianza en vez de la hostilidad, comete una falta; quien confía en quien no es digno, es un iluso; quien pone a prueba lo que ha sido probado, se arrepiente; quien no sabe distinguir entre las distintas situaciones sin valorar cada una según se debe, equiparándolas todas, tiene poca suerte y muchas desgracias”. ¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

Piensa siempre mal; el pensar mal es la mejor prudencia.
El pensar bien y el hacer el bien han conducido al hombre a la ruina.

» Otro poeta escribió:

Piensa siempre en el mal y te salvarás: quien vive con los ojos abiertos

sufre pocas desgracias.

Acoge al enemigo con la faz sonriente, pero ten siempre en tu interior un ejército preparado para combatirlo.

» Y otro afirma:

Aquel en que más confías es tu peor enemigo. Ten cuidado con los hombres: son hipócritas con sus amigos.

El pensar bien de las cosas es estúpido: piensa mal y témelas» .

La zorra replicó: « El pensar mal no siempre es loable, pero el pensar bien constituye un signo de perfección y trae como consecuencia la salvación de los peligros. ¡Lobo! Es necesario que te ingenies para conseguir escapar de la situación en que estamos los dos: es mejor que ambos nos salvemos, a que encontremos nuestra muerte. Deja de pensar mal y de odiarme. Si me haces un favor, podré hacer dos cosas: o traerte algo por donde puedas encaramarte y salvarte de la situación en que estás, o bien traicionarte, escapando sola, y abandonarte; pero esto último no podré hacerlo, pues yo no estoy segura de que no me vaya a ocurrir algo semejante a lo que te ocurre, lo cual sería el justo castigo a mí traición. Se dice en el refrán: "¡Cuán buena es la fidelidad, y cuán mala es la traición!" Debes confiar en mí, y yo no desconoceré las vicisitudes de la época. No retrases el poner en práctica nuestro modo de escapar, pues tenemos poco tiempo para hablar en demasía» .

El lobo replicó: « Confío muy poco en tu fidelidad. He comprendido lo que hay en tu interior, o sea, que querías salvarme al darte cuenta de mi arrepentimiento. Por eso me he dicho: "Realmente, si es cierto lo que asegura reparará el daño hecho; si es falso, Dios la castigará". Acepto lo que me propones: si me traicionas, esa misma traición será la causa de tu muerte» . El lobo se irguió en la hoya, y la zorra trepó por su espalda hasta llegar casi a la superficie del suelo. Entonces brincó desde la espalda del lobo, puso los pies fuera y cayó desmayada. El lobo le dijo: « ¡Amiga! No te descuides de mí y no tardes en liberarme» . La zorra estalló en una carcajada y respondió: « ¡Iluso! Me ha hecho caer en tus manos el haberme burlado de ti y el haberte tomado a broma, ya que al oír cómo te arrepentías me ha invadido la alegría, me he emocionado y me he puesto a bailar, dejando que mi cola colgase en el interior de la hoya; tú has aprovechado esto para darme un tirón y hacerme caer a tu lado. Dios (¡ensalzado sea!) me ha permitido escapar, y ahora, ¿por qué no he de ayudar a tu muerte, ya que perteneces al bando del demonio?

» Sabe que ayer soñé que estaba bailando en una boda. Referí un sueño al oniromántico, quien me dijo: "Caerás en un precipicio, pero te salvarás". Ahora he comprendido que el haber caído en tu poder y el haber escapado constituye la

interpretación correcta de mi sueño. Date cuenta, iluso, de que soy tu enemigo: ¿cómo puedes esperar, con tu juicio y tu ignorancia, que yo te salve después de haberte hecho oír mis palabras? ¿Cómo he de afanarme en tu salvación cuando los sabios han dicho: "La muerte del libertino es un descanso para la gente, y constituye la purificación de la tierra"? Si no temiese que el ser fiel me iba a hacer más daño que el ser traidor, me las ingeniaría para salvarte» . El lobo se mordió las manos de arrepentimiento.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego le habló con palabras amables, ya que no podía hacer menos, mientras decía en voz baja: « Vosotras, la comunidad de las zorras, sois las gentes de más dulces palabras y las que mejores enredos hacéis. Pero no todos los momentos son apropiados para el juego y la broma» . La zorra le dijo: « ¡Ignorante! La broma tiene unos límites, que su autor no traspasa. No creas que Dios va a hacer posible que vuelvas a apoderarte de mí después de haberme salvado de tus manos» . El lobo replicó: « Tú eres la más fuerte. Te ruego que me saques, en nombre de la antigua hermandad y amistad que existe entre los dos. Si me libertas, no me quedará más remedio que darte una gran recompensa» . « Los sabios dicen: "No hay que hermanarse con el ignorante inicuo, pues éste te dañará sin hacer nada que te favorezca; tampoco hay que hermanarse con el embustero, pues éste, si tú obras bien, calla, y si obras mal, lo divulga". Y añaden: "Se puede escapar de todo menos de la muerte; todo se puede arreglar menos los malos instintos; todo puede evitarse menos el destino".

» En cuanto a la recompensa que estimas es tu deber concederme, yo te comparo con la serpiente que huía del encantador. Un hombre, al verla asustada, le preguntó: "¿Qué te ocurre, serpiente?" "Huyo del encantador que me persigue. Si tú me salvas y me ocultas, no me quedará más remedio que darte una recompensa y tratarte bien." El hombre la cogió, esperando obtener el pago y recibir la recompensa, y se la metió en el bolsillo. Mas tan pronto como hubo pasado el encantador, desaparecieron las causas que la asustaban. El hombre le preguntó: "¿Dónde está la recompensa? Yo te he salvado de lo que tú temías y de lo que te asustabas". "Dime en cuál de tus miembros he de picarte. Ya sabes que nosotras nunca negamos esta recompensa." En seguida le mordió, y a consecuencia de ello falleció el hombre. Tú, ignorante, estás en la misma situación que aquella serpiente respecto al hombre. ¿No conoces acaso las palabras del poeta?:

No te fíes del hombre cuyo corazón has encendido de ira, aunque te

parezca que ya ha pasado.
Las serpientes, que al tacto te parecen agradables, esconden en sí veneno mortal.»

El lobo replicó: « ¡Oh, animal elocuente! ¡Oh, rostro hermoso! No pretendas ignorar mi situación ni el temor que inspiro a los hombres. Sabes que asalto las fortalezas y que arranco los viñedos. Haz lo que te mando y pórtate conmigo como el siervo delante de su amo» . « ¡Tonto, ignorante! ¡Hablas en vano! Me maravillo de tu estulticia y de la dureza de tu rostro. ¿Te atreves a mandarme que te sirva y que me ponga a tu disposición como si fuese un siervo? Vas a ver en seguida cómo te rompen la cabeza a pedradas y cómo caen tus dientes traidores.»

La zorra corrió a situarse sobre una colina que dominaba la viña, y empezó a ulular para llamar la atención de sus dueños. Éstos corrieron hacia ella. La zorra aguardó a que estuvieran cerca de ella y de la hoya en que estaba el lobo, y en seguida se dio a la fuga. Los dueños de la viña miraron la trampa, y en cuanto vieron al lobo empezaron a tirarle grandes piedras. Con maderas y lanzas lo remataron, y luego se fueron. La zorra volvió al lado de la fosa y vio que el lobo había expirado. Entonces, de alegría, movió la cabeza y recitó estos versos:

El destino ha recogido el alma del lobo. ¡Lejos, muy lejos está esa alma que ha llegado a su fin!
¡Cuánto te esforzaste, lobo, en conseguir mi ruina! Ésta te ha alcanzado hoy a ti.
Has caído en una fosa que nadie había previsto. En ella, el viento de la muerte constituía un vendaval.

Después la zorra abandonó la viña, tranquila y sin temer ningún daño. Ésta es la historia del lobo y de la zorra.

EL RATÓN Y LA COMADREJA

Se dice que un ratón y una comadreja vivían en la habitación de un hombre muy pobre. Uno de sus amigos se puso enfermo, y el médico le recetó sésamo descortezado. El enfermo dio al pobre una cierta cantidad de sésamo para que lo pelase. Éste, a su vez, lo entregó a su mujer para que lo descortezara, y así lo hizo y lo preparó. La comadreja, al ver el sésamo, se acercó a él, y durante todo el día lo fue transportando, poco a poco, a su guarida, en la cual metió una gran parte. La mujer se dio cuenta de que faltaba mucho sésamo. Entonces se sentó

para observar quién se lo llevaba y averiguar así la causa de su disminución. La comadreja salió como tenía por costumbre para llevarse un poco. Vio a la mujer, que estaba sentada, y se dijo: “Este asunto va a tener malas consecuencias. Me temo que esa mujer me está observando. La suerte no acompaña a quien no prevé las consecuencias. Tengo que hacer algo bueno para demostrar que soy inocente de todo el mal que he hecho» . Entonces empezó a transportar hacia la habitación el sésamo que tenía escondido en su covacha.

La mujer, al ver lo que hacía, se dijo: « Este bicho no puede ser el causante de la desaparición, ya que lo está sacando del lugar en que lo han escondido y lo pone junto al que aún quedaba. Nos está haciendo un favor al devolvernos el sésamo; quien hace el bien, merece ser recompensado con el bien. Éste no es quien hace desaparecer el sésamo. Seguiré vigilándolo para ver qué es lo que pasa y quién es el ladrón» . La comadreja se dio cuenta de lo que pensaba la mujer. Fue en busca del ratón y le dijo: « ¡Hermano! Quien no cultiva la buena vecindad y la amistad, no consigue ningún bien» . El ratón contestó: « Cierto es lo que dices, buen amigo; yo me honro con tu vecindad; mas ¿por qué dices esto?» « Porque el dueño de la casa ha traído sésamo, del que han comido él y su familia hasta hartarse, y han dejado las sobras. Todos los animales están cogiendo de él. Coge tú también, pues tienes más derecho que los demás.»

El ratón se alegró de ello y empezó a bailar y a jugar con la cola, pues sentía pasión por el sésamo. Se levantó, salió de su morada y vio el sésamo descortezado, que brillaba de blanco, mientras la mujer lo contemplaba. El ratón, sin pensar en las consecuencias de este acto —la mujer tenía un palo en la mano —, sin poderse dominar, se lanzó corriendo sobre el sésamo, lo separó y empezó a comer. La mujer le dio un golpe con el bastón y le rompió la cabeza: la glotonería y el no haber tenido en cuenta sus consecuencias habían sido causa de su muerte.

El rey dijo:

—¡Por Dios, Sahrazad! Esta historia es muy buena. ¿Sabes alguna que haga referencia a lo hermosa que es la amistad, al modo de conservarla en los momentos difíciles y cómo evitar que se extinga?

Contestó ella:

—Sí. Me he enterado de que un cuervo y un gato montés eran muy amigos. Un día, mientras estaban juntos al pie de un árbol, según su costumbre, vieron que un tigre se dirigía hacia el sitio en que ellos estaban. Cuando lo distinguieron estaba ya muy cerca. El cuervo voló a la copa, mientras el gato se quedó perplejo. Dijo al cuervo: « ¡Amigo! ¿Tienes algún medio de salvarme, de acuerdo con lo que se puede esperar de ti?» El cuervo contestó: « Por lo pronto, en los momentos de necesidad se recurre a los amigos. ¡Cuán bellas son las palabras del poeta!:

El verdadero amigo es el que está a tu lado, que se perjudica a sí mismo con tal de ayudarte.

Aquel que sacrifica su tranquilidad con tal de auxiliarte, cuando las vicisitudes del tiempo te afligen» .

Cerca del árbol había unos pastores con sus perros. El cuervo se dirigió volando —casi golpeaba el suelo con sus alas— en aquella dirección: graznaba y gritaba. Se acercaba a ellos, golpeaba con sus alas la faz de los perros y remontaba un poco el vuelo. Los cuadrúpedos se lanzaron en su persecución. El pastor, al levantar la cabeza y ver un pájaro que volaba a ras del suelo, a punto de caer, lanzóse también en pos de él. Entretanto, el cuervo sólo se remontaba para escapar de los perros, pero luego volvía a descender, incitándolos a que se apoderasen de él; obró de esta manera hasta llegar al pie del árbol bajo el cual estaba el tigre. Los perros, al ver a éste, lo atacaron y lo pusieron en fuga, cuando ya estaba seguro de que iba a apoderarse del gato montés. Este, pues, se salvó gracias a la astucia de su amigo el cuervo. Te he referido este hecho, ¡oh rey!, para que sepas que la amistad de los amigos sinceros puede salvar de los peligros.

LA ZORRA Y EL CUERVO

Se refiere que una zorra tenía su guarida en un monte. Cada vez que daba a luz un hijo y éste crecía, lo devoraba, pues sufría mucha hambre; si no se comía a su cachorro, no se le aplacaba el hambre. Un cuervo tenía por costumbre refugiarse en la cima de aquella montaña. La zorra se dijo: « He de trabar amistad con este cuervo para que sea mi compañero en esta soledad, con lo cual me ayudará a buscar el alimento, ya que él puede hacer cosas que para mí son imposibles» . La zorra se fue acercando al ave hasta llegar a un punto desde el cual pudiese hacer oír su voz. Lo saludó y le dijo: « ¡Vecino mío! El musulmán que tiene por vecino a otro musulmán, posee sobre él dos derechos: el de vecindad y el de tener la misma fe. Tú eres mi vecino, y por tanto tienes sobre mí un derecho que ha de ser respetado, y muy especialmente si consideramos el mucho tiempo que dura nuestra compañía; mi pecho se siente atraído hacia ti, y esto me lleva a tratarte con cortesía y me impulsa a buscar tu amistad. ¿Qué me contestas?»

Replicó el cuervo: « Sabe que las mejores palabras son las más sinceras. Muchas veces dices con la lengua lo que no tienes en el corazón. Sospecho que tu amistad sólo se refleja en las palabras, mientras que tu corazón está lleno de, odio, ya que tú eres quien come, y yo soy el comido. Por tanto, hemos de diferenciarnos en el cariño, y nuestras relaciones no pueden ser recíprocas. ¿Qué

te mueve a pedir lo que no puedes alcanzar, y a buscar lo que no has de conseguir? Tú perteneces a las fieras, y yo a las aves. Por consiguiente, esta amistad no puede ser verdadera» . La zorra replicó: « Quien sabe el lugar en el que puede encontrar a los amigos, se preocupa de elegir bien entre ellos, con la esperanza de alcanzar las ventajas de la amistad. Me place tu vecindad, y he resuelto ser tu amiga para que nos ayudemos mutuamente en la consecución de nuestros fines y hacer que nuestra amistad sea útil. Sé varias historias acerca de la verdadera amistad. Si quieres, te las contaré» . « Te permito que me las cuentes. Refiéremelas para que pueda darme cuenta de la moraleja que encierran.» La zorra refirió:

LA PULGA Y EL RATÓN

« Oye, amigo mío, lo que te voy a explicar acerca de una pulga y de un ratón, y que viene en apoyo de lo que te he dicho.» « Empieza, pues.» « Aseguran que un ratón vivía en la casa de un comerciante muy rico. Una noche, la pulga se refugió en la cama del comerciante. Como estaba sedienta, al ver aquel cuerpo bebió su sangre. El comerciante, al sentir el picor de la pulga, se despertó, se sentó y llamó a sus servidores. Éstos corrieron a su lado, se remangaron y empezaron a buscar al insecto. La pulga, al darse cuenta de que la buscaban, emprendió la fuga, y al encontrar la guarida del ratón se metió en ella. El ratón, al verla, preguntó: "¿Qué te hace entrar en mi casa, no siendo ni de mi naturaleza ni de mi misma especie, con lo que te expones a que te maltrate y te castigue?" La pulga replicó: "He llegado a tu casa huyendo de la muerte. Vengo a pedirte refugio. No hay nada en tu casa que yo ambicione; no te causaré ningún perjuicio que te obligue a salir. Sólo espero poder recompensarte por tus favores, y no te arrepentirás por hacerme caso". El ratón, al oír las palabras de la pulga…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la zorra continuó diciendo: « … el ratón] contestó: "Si las cosas son tal como dices, tranquilízate, pues aquí no te ocurrirá nada desagradable; todo lo que encuentres te alegrará, y no te pasará nada que a mí no me suceda, pues yo te concedo mi amistad. No te arrepientas de haber bebido la sangre del comerciante ni te entristezcas por haberte alimentado con ella. Conténtate con lo que la vida te da de comer, pues esto te aprovechará más. Oí recitar a un predicador los siguientes versos:

He seguido la vía de la temperancia y del ascetismo; he vivido la vida tal como venía:

Con un pedazo de pan, un sorbo de agua, sal de grano y con un harapo como vestido.

Estoy contento si Dios me permite vivir con desahogo, y si no, me contento con lo que me da".

» La pulga dijo entonces: "¡Hermano mío! He oído tus consejos y me siento inclinada a obedecerte; no puedo contradecirte, pues mi vida depende de esta buena intención". "Para una buena amistad, basta con la sinceridad de intención." Ambos concluyeron un pacto de amistad, después del cual la pulga acudía al lecho del comerciante, sin excederse nunca en la consecución de su subsistencia, y de día se refugiaba en la guarida del ratón.

» Cierta noche el comerciante llegó a su casa con mucho dinero y empezó a manosearlo. El ratón, al oír el ruido, asomó un poco la cabeza y lo estuvo contemplando hasta el momento en que el hombre lo colocó debajo de su almohada y se durmió. El ratón dijo a la pulga: "¡Fíjate qué ocasión y qué suerte más grande! ¿Serías capaz de encontrar un medio que me permitiera alcanzar mi deseo, o sea, apoderarme de esos dinares?" "Quien se propone algo, debe ser capaz de alcanzarlo, pues si no lo alcanza se expone a caer en peligro; si es débil, no logrará su objeto aunque tenga una gran astucia. Es lo mismo que ocurre con el pájaro que, cuando trata de coger los granos, cae en la red del cazador; tú no tienes fuerza suficiente para coger los dinares, y yo menos, pues soy incapaz de arrastrar uno solo. No pienses en ello." El ratón insistió: "He abierto en mi covacha setenta caminos, por los cuales puedo salir cuando me place, y tengo mis reservas en lugar seguro. Por esto, si tú haces salir al comerciante, por cualquier medio, de la habitación, yo estoy seguro del éxito, siempre que me asista la fortuna"

» La pulga se comprometió a expulsar al comerciante, para lo cual se dirigió al lecho, picó al hombre de un modo más fuerte que nunca, y luego corrió a refugiarse en un lugar en el que quedaba a salvo de las iras del comerciante. Éste, que nunca había sido picado con tanta fuerza, se despertó y empezó a buscar inútilmente a la pulga. Se puso a dormir del otro costado, pero la pulga volvió a picarle de un modo más fuerte que la vez anterior. El hombre, intranquilo, abandonó el lecho y se fue a acostar sobre un banco que había cerca de la puerta de su casa; en él durmió, sin despertarse, hasta la mañana. Entretanto, el ratón se había ido llevando todos los dinares. A la mañana siguiente, el comerciante acusó a los criados e hizo mil conjeturas» .

La zorra habló así al cuervo: « Si te digo estas palabras, cuervo perspicaz, sabio e inteligente, es para que alcances la recompensa de tus favores, del mismo modo que el ratón fue recompensado por los que había hecho a la pulga. Fíjate

cómo ésta le pagó y lo recompensó espléndidamente» . El cuervo replicó: « El hacer el bien depende de la voluntad del benefactor; el hacer un favor al que lo pide con segunda intención no es obligatorio. Si te tratase bien a ti, a ti, que eres mi enemigo, obraría contra mis propios intereses. Tú, zorra, eres astuta y hábil, y quien es astuto y malintencionado no es fiel a los pactos; y quien no es fiel a los pactos, no es digno de confianza. Hace poco me enteré de que traicionaste a tu amigo el lobo, y de que, mediante tretas y astucias, lograste que lo mataran. Obraste con él de este modo, no obstante ser de tu misma especie; y a pesar de que era tu compañero desde hacía mucho, no tuviste compasión de él. ¿Cómo he de tener confianza en tu consejo? Si has hecho una cosa tal con tu semejante, ¿qué no harás con tu enemigo, que es de distinta especie? Tus relaciones conmigo son semejantes a las del sacre con los pájaros» . La zorra preguntó: « ¿Qué le ocurrió al sacre con los pájaros?»

EL SACRE Y LOS PAJAROS

El cuervo refirió: « Aseguran que un sacre era siránico e injusto» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el cuervo continuó diciendo:] « En los tiempos de su juventud le temían todas las fieras de la tierra y del aire, pues nadie escapaba a sus exacciones. Hay muchas historias que hacen referencia a su injusticia y a su maldad. Lo que más le interesaba era causar daño a los restantes pájaros. Transcurrieron los años, se debilitó, padeció hambre, tuvo que esforzarse cada vez más en conseguir su sustento y decidió reunirse con la comunidad de los pájaros para comer sus sobras. Después de haber abusado de su fuerza y poder, se alimentó gracias a la astucia. Tú, zorra, haces lo mismo: has perdido tus fuerzas, pero no así tu astucia. No me cabe la menor duda de que buscas mi amistad como una artimaña con la que compensar la fuerza que ya no tienes; pero yo no soy de los que ponen su mano junto a la tuya, ya que Dios me ha dado unas alas fuertes, ha hecho prudente mi alma y penetrantes mis ojos; sabe que aquel que intenta parecerse al que es más fuerte que él, se cansa inútilmente, y en ocasiones perece. Temo que si pretendes parecerte a aquel que es más fuerte que tú, te ocurra lo mismo que sucedió al pájaro» . « ¿Qué le sucedió? Te conjuro a que me lo cuentes.»

EL PÁJARO Y EL ÁGUILA

El cuervo explicó: « He oído decir que un pájaro, mientras estaba volando por encima de un rebaño, vio que un águila se precipitaba sobre un carnero, lo cogía con sus garras y remontaba el vuelo. Al ver esto, el gorrión desplegó sus alas y se dijo que iba a hacer lo mismo; se había crecido, y quería asemejarse a los que eran mayores que él. Remontó el vuelo y se dejó caer encima de un gran carnero, de lana tan enmarañada y tan pegajosa como la saliva, ya que el animal había dormido sobre sus deyecciones. El gorrión aleteó, mientras sus patas se enredaban en la lana. Intentó escapar, pero no pudo remontar el vuelo El pastor, que vio lo ocurrido, se acercó, cogió al gorrión, le cortó las alas, le ató un hilo a las patas y se lo entregó a sus hijos. Uno de los pequeños le preguntó por qué hacía aquello, y él le contestó: "Éste ha querido imitar al que le es superior, y se ha perdido". A ti te ocurre lo mismo, zorra. Por tanto, te aconsejo que no intentes compararte con quien es más fuerte que tú, pues te arruinarías. No tengo nada más que decir. ¡Vete en paz!»

La zorra, al ver que no podía conseguir la amistad del cuervo, se marchó llena de tristeza y rechinando los dientes de arrepentimiento. Al verla tan afligida y triste, el cuervo le preguntó: « ¡Zorra! ¿Qué te ocurre para que rechinen tus dientes?» « Rechinan de rabia al ver que eres más astuto que yo.» Y se echó a correr hacia su madriguera.

—Ésta es la historia de ambos, ¡oh rey!

El soberano dijo:

—¡Qué bellos son estos cuentos, Sahrazad! ¿Sabes algún otro parecido?

EL PUERCO ESPÍN Y LAS PALOMAS SALVAJES

—Se refiere que un puerco espín había instalado su morada al pie de una palmera, en cuya copa vivía tranquilamente una pareja de palomos salvajes, que se alimentaban de los frutos de la palmera. El puerco espín se dijo: « Los palomos comen los frutos de la palmera, y yo he de encontrar un procedimiento para conseguirlos. He de emplear alguna treta» . Cavó un agujero en la base de la palmera, y se estableció en él con su esposa. En un rincón dispuso una especie de mezquita y aparentó consagrarse al ascetismo, a la devoción y a la vida contemplativa. Este continuo ascetismo y rezo le atrajo la simpatía del palomo, el cual le preguntó: « ¿Cuántos años hace que vives así?» « Treinta.» « ¿Qué comes?» « Lo que cae de la palmera.» « ¿Qué vistes?» « Espinas, cuya incomodidad me edifica.» « ¿Y por qué has elegido precisamente este lugar?» « Porque está lejos del camino, y así puedo guiar al perdido y enseñar al

ignorante.» « Te tenía en otro concepto, pero ahora deseo hacer lo mismo que tú.»

El puerco espín lo amonestó: « Temo que tus palabras sean contrarias a tus hechos y hagas como aquel campesino que, llegado el tiempo de la siembra, arrojó al surco pocas semillas, temiendo que ya hubiese pasado el tiempo oportuno y diciéndose que sería dinero perdido el poner más. Llegada la cosecha, al ver que las gentes obtenían mucho más beneficio que él, se arrepintió de lo poco que había sembrado, de no haber hecho lo mismo que los demás, y murió de tristeza y de pena» . El palomo preguntó: « ¿Qué es lo que debo hacer para librarme de los lazos del mundo y consagrarme a la adoración de mi Señor?» « Prepararte para la vida futura y contentarte con el mejor viático.» « ¿Y cómo he de hacerlo, si soy un ave y no puedo abandonar la palmera que me da alimento? Y aunque pudiera, no sabría encontrar un lugar en el que instalarme.»

El puerco espín observó: « Puedes transportar los frutos de la palmera en cantidad tal que basten para el sustento tuyo y el de tu mujer durante un año, y puedes instalar tu morada al pie de la palmera para conseguir el perfeccionamiento de tu conducta; luego coges todas las provisiones que hayas reunido y las guardas como alimento para los pobres. Cuando hayas terminado con los dátiles, y después de largo tiempo, iniciarás la vida mejor» . El palomo admitió: « ¡Dios te recompense por haberme exhortado a conseguir la vida eterna y haberme conducido por el buen camino!» Seguidamente, el palomo y su esposa empezaron a bajar los frutos de la palmera, labor en la que se fatigaron bastante. El puerco espín tenía ya de qué comer, y se alegró: llenó su guarida de dátiles y almacenó alimento en cantidad suficiente. Se dijo: « Cuando el palomo y su esposa tengan necesidad de comer, habrán de pedírmelo, tendrán que alimentarse de lo que yo guardo e irán tomando confianza al verme asceta y pío; se acercarán a mí y podré comérmelos; gracias a ello me quedaré solo en este lugar y tendré alimento con los dátiles que vayan cayendo de la palmera» .

Cuando el palomo y su mujer hubieron terminado de recoger todos los dátiles que tenía la palmera, bajaron a su pie; entretanto, el puerco espín había guardado todos los frutos en su guarida. El palomo le dijo: « ¡Puerco espín, buen consejero! No vemos ni rastro de los dátiles, y no tenemos ningún otro alimento» . El puerco espín contestó: « Tal vez se los haya llevado el viento; la verdadera felicidad consiste en desligarse de los bienes terrenales y en confiarse a Aquel que provee, ya que Aquel que ha creado las bocas no las deja sin alimento» .

Continuó exhortándolo, fingiéndose piadoso y devoto a fuerza de palabras. Así se ganó sus simpatías, se acercaron a él y entraron en su guarida, creyéndose a salvo de cualquier peligro. Pero entonces el puerco espín se colocó en la puerta y enseñó sus dientes. El palomo, al darse cuenta de que lo había engañado, le dijo: « ¿Qué significa este cambio, de la noche a la mañana? ¿No sabes que los oprimidos reciben ayuda? ¡Guárdate de ser pérfido y engañador, para que no te

ocurra lo que les sucedió a aquellos que timaron al comerciante!» « ¿Qué les ocurrió?» , preguntó el puerto espín.

EL COMERCIANTE Y LOS ESTAFADORES

El palomo refirió: « Me he enterado de que en una ciudad había un comerciante muy rico llamado Sinda. Preparó los camellos y las correspondientes mercancías, y se dirigió a otra ciudad para vender. Dos hombres malvados, que disponían de algún dinero y unas cuantas mercancías, lo siguieron y se presentaron a él como si también fuesen mercaderes. Viajaron a su lado hasta que, al llegar al término de la primera etapa, se pusieron de acuerdo para enredarlo y apoderarse de lo que llevaba con él.

» Al mismo tiempo, cada uno de ellos pensaba en su interior engañar a su compañero y se decía: "Cuando hayamos estafado al comerciante, me apoderaré de los bienes de mi amigo y seré el único dueño de todo".

» Cada uno de ellos celó las intenciones del otro, pero ambos a la vez envenenaron parte de la comida y se la ofrecieron, con lo que murieron los dos después de haber estado sentados hablando con el comerciante. Al ver éste que tardaban en volver, fue a buscarlos y los encontró muertos. Entonces comprendió que ambos eran estafadores, los cuales, al intentar engañarlo, habían perecido víctimas de sus propias insidias. Gracias a esto, el comerciante se salvó y, además, se apoderó de sus bienes» .

El rey dijo:

—¡Sahrazad! Me has hecho recordar algo que había olvidado. Cuéntame más cosas de este tipo.

EL LADRÓN Y EL MONO

Ella refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que un hombre tenía un mono. Este hombre era un ladrón, incapaz de entrar en ningún mercado de su ciudad sin salir de él con un gran botín. Y ocurrió que un hombre fue a vender al mercado una serie de vestidos viejos y empezó a pregonarlos sin que nadie le hiciese caso; todos cuantos los examinaban, se negaban a adquirirlos. El ladrón vio que la persona que tenía en venta los harapos los había envuelto y se había sentado a descansar de la fatiga. Entonces empezó a hacer bailar el mono delante de él, hasta que lo distrajo y le robó el envoltorio; hecho esto, cogió al mono y se marchó con él a un lugar solitario, en donde abrió el paquete.

Al ver que era un hato de harapos, hizo de ellos un paquete muy lujoso y se marchó a otro mercado, en el que lo puso en venta con la única condición de que no se tenía que abrir, dado lo poco que por él pedía. Un hombre lo vio, le gustó lo bien presentado que estaba, lo adquirió con la condición dicha y se lo llevó a su mujer. Ella, al verlo, preguntó: « ¿Qué es esto?» « Algo precioso que he comprado a un precio de ganga, para venderlo de nuevo y ganar en la operación.» « ¡Tonto! ¿Crees que cosas parecidas a ésta se pueden vender a bajo precio, de no ser robadas? ¿Es que no sabes que quien compra algo sin verlo, comete un error semejante al del tejedor?» « ¿Qué tejedor?»

HISTORIA DEL TEJEDOR

Su mujer refirió: « Se cuenta que en un pueblecito había un tejedor que trabajaba mucho, pero apenas alcanzaba a ganar para sustentarse. Cerca de él vivía un hombre rico, que quiso celebrar un banquete e invitó a mucha gente, entre la cual se hallaba el tejedor, el cual advirtió que aquellos que llevaban los mejores vestidos recibían los guisos más exquisitos, y el dueño de la casa los trataba con mayor o menor deferencia, según su aspecto. Se dijo: “Si cambiase mi oficio por otro menos fatigoso y más retribuido, acumularía grandes riquezas, me compraría vestidos hermosos, y la gente me consideraría más”. Luego vio que uno de los saltimbanquis presentes en el banquete se subía a un muro muy alto, se arrojaba al suelo y se levantaba inmediatamente. El tejedor se dijo: “Debo hacer lo mismo que éste ha hecho”. Se subió a la pared y se tiró al suelo; al caer se rompió el cuello y murió.

» Te he referido esto para que no te dejes arrastrar por la avaricia y quieras hacer aquellas cosas que tú no entiendes» . El hombre replicó: « No todos los sabios se salvan con su ciencia, ni todos los ignorantes mueren a consecuencia de su ignorancia. He visto cómo un experto encantador de serpientes moría de una picadura, mientras que, en cambio, las dominaba quien no tenía tales conocimientos y desconocía su naturaleza» . El hombre no hizo caso de su mujer, y empezó a comprar habitualmente objetos a bajo precio, sin preocuparse de si procedían de los ladrones, hasta que un día fue acusado y condenado.

EL PAVO Y EL GORRIÓN

En la época del citado tejedor vivía un gorrión que solía visitar diariamente a un rey de los pájaros, y era el primero en llegar y el último en marcharse. La comunidad de los pájaros acordó reunirse en la cima de un monte altísimo. Los

unos se dijeron a los otros: « Hemos aumentado mucho en número, y lo mismo ha ocurrido con nuestras diferencias. Es necesario tener un rey que cuide de nuestros asuntos, que acabe con nuestras discusiones y evite nuestras discrepancias» . Entonces pasó por allí el gorrión, quien aconsejó que se le concediese la realeza al pavo, que era el rey al cual visitaba con frecuencia. Los pájaros eligieron al pavo y lo nombraron su rey. Éste hizo mercedes a todos, y nombró al gorrión su secretario y ministro.

Cierta vez, el gorrión descuidó su cargo y estuvo ausente durante un día. El pavo se intranquilizó mucho. Por fin lo vio llegar y le preguntó: « ¿Qué ha hecho retrasarse tanto a un pájaro como tú, que eres uno de mis íntimos?» « He visto algo que me ha desconcertado y me ha asustado.» « ¿Qué es lo que has visto?» « He visto a un hombre que llevaba una red. La ha extendido cerca de mi nido, la ha fijado con cuatro estacas y ha colocado en su centro algunos granos; después se ha sentado algo lejos. Yo, a mi vez, me dispuse a observar lo que iba a ocurrir. En éstas he visto una pareja de grullas, impulsadas por el destino y conducidas por el hado, que fueron a caer en medio de la red. Han empezado a gritar y el hombre se ha acercado y las ha cogido. Esto me ha aterrorizado, y ha sido la causa de mi retraso, rey del tiempo. No volveré a vivir en ese nido, por el miedo que me infunde la red.»

El pavo le replicó: « No abandones tu puesto, pues de nada sirven las precauciones ante el destino» . El gorrión aceptó su orden y contestó: « Tendré paciencia y no me apartaré de la obediencia del rey» . El gorrión fue prudente consigo mismo, dio de comer al pavo hasta que se hartó, y después le sirvió de beber. Terminado su trabajo, se marchó.

Cierto día, mientras el gorrión estaba descansando vio dos gorriones que se peleaban en el suelo. Se dijo: « Como soy el visir del rey, no puedo tolerar que dos aves se peleen en mi presencia. ¡Por Dios! ¡Voy a reconciliarlos!» Bajó a poner paz, y el cazador echó la red por encima de los tres, y el último quedó preso en las mallas. El cazador se acercó, lo cogió y se lo entregó a su amigo, diciéndole: « Guárdalo con cuidado, pues está gordo. Jamás he visto otro más hermoso» . El gorrión se dijo: « He caído en aquello que temía. El único que está a seguro es el pavo, y de nada me ha servido permanecer alerta frente al destino: no hay escapatoria ni prudencia que libren a uno de lo que está escrito. ¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

> Lo que no ha de ser, nunca será, hágase lo que se haga; lo que ha de ser, será.
> A su tiempo ocurrirá lo que haya de ocurrir; el ignorante vive siempre engañado» .

El rey dijo:

—¡Sahrazad! ¡Cuéntame más historias de éstas!
—La próxima noche, si el rey (¡Dios lo ennoblezca!) me conserva la vida.

HISTORIA DE ALÍ B. BAKKAR Y SAMS AL-NAHAR

CUANDO llegó la noche *ciento cincuenta y tres*, Sahrazad refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en los tiempos pasados, bajo el califato de Harún al-Rasid, vivió un comerciante que tenía un hijo llamado Abu-l-Hasán Alí b. Tahir; era muy rico y prestigioso, y su muy agradable aspecto hacía que lo amasen todos cuantos lo veían; frecuentaba el palacio del Califa sin necesidad de pedir permiso; era contertulio del soberano, al que recitaba versos y explicaba las historias más prodigiosas. Compraba y vendía en el mercado de los comerciantes, y en su tienda acostumbraba tomar asiento un joven que era descendiente de los reyes de Persia. Se llamaba Alí b. Bakkar, y era hermoso, de buena estatura y agradable presencia; tenía las mejillas sonrosadas, y las cejas arqueadas, y su palabra era dulce; de graciosa charla, gustaba de diversiones y regocijos.

En cierta ocasión en que estaban sentados, hablando y riéndose, vieron acercarse a diez esclavas que parecían lunas, muy hermosas, bonitas, de talle esbelto y bien proporcionado. En el centro iba una muchacha, a lomos de una mula, sentada en una silla recamada y apoyada en estribos de oro. Vestía un manto riquísimo, y ceñía en su cadera un cinturón de seda con incrustaciones de oro. Era tal como dijo el poeta:

> Su piel parece seda; su voz es amable, ni atrevida ni tímida.
> Tiene dos ojos a los cuales dijo Dios: « Sed y mirad» , y fueron haciendo en los corazones el mismo efecto que el vino.

Al llegar a la tienda de Abu-l-Hasán se apeó de la mula, se sentó en la tienda, saludó al dueño y éste le devolvió el saludo. Al verla, Alí b. Bakkar sintióse perdidamente enamorado y trató de ponerse de pie. Pero la joven le dijo: « Sigue en tu puesto. ¿Por qué te has de ir cuando nosotras llegamos? Esto no es justo» . « ¡Por Dios, señora mía! —replicó—. Huyo de lo que he visto. ¡Qué hermosas son las palabras del poeta!:

> Ella es como el sol que tiene el cielo por morada. ¡Por eso reconforta tu alma!
> Tú no puedes alcanzarla, y ella no puede descender hasta ti.»

Ella sonrió entonces y dijo a Abu-l-Hasán: « ¿Cómo se llama este muchacho? ¿De dónde es?» « Es un extranjero, llamado Alí b. Bakkar, y desciende de los reyes de Persia. Hay que honrar a los extranjeros.» « Cuando venga mi esclava, tráemelo.» « Así lo haré» , replicó Abu-l-Hasán. Entonces ella se levantó y se

marchó. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que concierne a Alí b. Bakkar. Durante una hora estuvo sin saber lo que decía. Al cabo de un rato se le presentó una joven, que le dijo: « Mi señora te manda llamar a ti y a tu amigo» . Abu-l-Hasán y Alí b. Bakkar se dirigieron al palacio de Harún al-Rasid. Entraron en una habitación y se sentaron en los cojines. Les acercaron las mesas, comieron y se lavaron las manos; luego les sirvieron los licores, y ellos bebieron. Finalmente, los condujeron a otra habitación, cuyo techo descansaba sobre cuatro columnas y que estaba recubierta por toda clase de hermosos tapices, tanto, que parecía el alcázar de un genio. Quedaron perplejos ante el lujo que veían, y mientras estaban distraídos contemplando aquellos portentos, vieron acercarse a diez esclavas. Se pusieron en fila como huríes del paraíso.

Luego entraron otras diez esclavas, que llevaban laúdes y otros instrumentos musicales. Éstas saludaron a los dos jóvenes y empezaron a tocar los laúdes y a recitar poesías. Más tarde llegaron otras diez, de ojos negros, mejillas sonrosadas, cejas arqueadas y miradas lánguidas; vestían trajes de sedas multicolores. Se colocaron cerca de la puerta, y poco después entraron otras diez mucho más bellas, con vestidos más hermosos, las cuales se colocaron junto a las jambas, dejando paso a veinte más, entre las cuales iba una esclava llamada Sams al-Nahar: ésta era la luna entre las estrellas, y estaba aureolada por la noche de sus cabellos. Llevaba un vestido azul y un manto de seda repujado en oro; el cinturón estaba incrustado en pedrerías de todas clases. Avanzó y se sentó en un diván. Alí b. Bakkar, al verla, recitó estos versos:

Ésta ha sido la causa de mi enfermedad, de la duración de mi amor y de mi pasión.
A su lado me he dado cuenta de que me derretía, de que mis huesos se extenuaban de pasión por ella.

Entonces dijo a Abu-l-Hasán: « Si me quisieras bien, me habrías dicho todas esas cosas antes de entrar aquí, para que yo me hubiese hecho a esta idea y me hubiera preparado a oír lo que me ha herido» . Empezó a llorar y a quejarse. Abu-l-Hasán le contestó: « ¡Hermano! Sólo te quiero bien, y temía que si te informaba de esto, la pasión, al hacer presa en ti, te impidiese venir a su encuentro e imposibilitase el reunirte con ella. Pero tranquilízate, pues te ha llegado la felicidad, ya que ella está bien dispuesta» .

Alí b. Bakkar preguntó: « ¿Cómo se llama esta muchacha?» « Sams al-Nahar; es la favorita del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid. Ahora estamos en el alcázar del Califa.» Sams al-Nahar se sentó y empezó a admirar las bellezas de Alí b. Bakkar; éste la contemplaba a su vez, y así se enamoraron el uno del otro. Ella dio orden a las esclavas de que cada una se sentase en su sitio, en su diván

correspondiente. Cada una ocupó su puesto frente a una ventana. Después les mandó que cantasen, y una de ellas tomó el laúd y empezó a recitar:

Repito por segunda vez el mensaje: oye la respuesta públicamente.
Ante ti, rey de los bellos, he empezado a lamentarme de mi situación.
¡Señor mío! ¡Corazón apreciado! ¡Vida querida! Concédeme un beso como don o como préstamo.
Te lo devolveré —¡ojalá vivas siempre!— tal como me lo hayas dado.
Y si aún quieres más, tómalos, pues los cederé gustosa.
¡Oh, tú que me has hecho poner el vestido de la consunción! ¡Ojalá vistas siempre el traje de la salud!

Alí b. Bakkar quedó impresionado y dijo: « Recita más versos como éstos» . Tocó las cuerdas y recitó los siguientes:

A causa de lo lejos que te encuentras, ¡oh amigo!, conocen mis párpados el llanto ininterrumpido.
¡Oh, fortuna y deseo de mis ojos! ¡Oh, mi último deseo y mi última fe!
¡Ten compasión de aquel cuyos ojos están sumergidos en las lágrimas de una triste pasión!

Cuando hubo terminado de recitar estos versos, Sams al-Nahar dijo a otra joven: « ¡Recita!» La aludida moduló su voz y recitó estos versos:

Me he emborrachado de miradas y no de vino; el sueño se ha alejado de mis ojos.
No me ha distraído el vino, sino su cuello; no me ha emocionado el licor, sino sus bellas cualidades.
Sus aladares han desviado mi firmeza, y mi entendimiento ha sido raptado por su vestido.

Sams al-Nahar suspiró, pues los versos le habían gustado mucho. Después mandó a otra joven que cantase, la cual recitó estos versos:

Es un rostro que compite en belleza con la lámpara del cielo; la juventud hace aparecer en él la lozanía del agua corriente.
El bozo ha punteado en sus mejillas letras en las cuales está encerrado por entero el sentido del amor.
La belleza chillaba al encontrarlo: « ¡Este tejido ha salido de los talleres de Dios!»

Alí b. Bakkar dijo entonces a la joven que estaba a su lado: «¡Recita tú, esclava!» Ella tomó el laúd y recitó estos versos:

La hora de la unión no admite estos desdenes.
¡Cuánta dureza perniciosa! ¡No se portan así las bellas!
¡Aprovechad el momento propicio para gozar de las horas de amor!

Alí b. Bakkar exhaló un profundo suspiro y derramó abundantes lágrimas. Sams al-Nahar, al verlo llorar y quejarse, fue víctima de la pasión y del amor. Se levantó de su reclinatorio y corrió hacia la puerta de la cúpula. Alí b. Bakkar se precipitó en pos de ella: se abrazaron, y cayeron desmayados al pie de la puerta. Entonces las esclavas corrieron hacia ellos, los trasladaron al interior de la habitación y les rociaron el rostro con agua de rosas. Al volver en sí no vieron a Abu-l-Hasán, pues éste se había escondido detrás de un diván. La joven preguntó: «¿Dónde está Abu-l-Hasán?» Éste salió de detrás del mueble, y ella lo saludó y le dijo: «¡Haga Dios que pueda recompensarte, oh, bienhechor!» Luego, acercándose a Alí b. Bakkar, le dijo: «¡Señor mío! Tu amor ha alcanzado ya su mayor intensidad, y a mí me ocurre lo mismo. No tenemos más remedio que soportar con paciencia lo que nos ha ocurrido», «¡Por Dios, señora mía! El unirme a ti no basta para apagar la llama; la pasión que se ha apoderado de mí sólo desaparecerá el día en que pierda mi alma.» Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas como si fuesen lluvia. Sams al-Nahar lo acompaño en el llanto. Abu-l-Hasán exclamó: «¡Por Dios! Vuestro asunto me maravilla, pues vuestra situación es bien extraña. Si lloráis ahora que estáis juntos, ¿qué haréis cuando estéis separados? Este momento no es para estar tristes ni para llorar, sino para estar alegres y contentos».

Sams al-Nahar hizo señas a una esclava, la cual salió y regresó acompañada por unas sirvientas que traían una mesa puesta; la vajilla era de plata, y contenía toda clase de guisos. La colocaron delante de ellos, y Sams al-Nahar empezó a comer y a servir a Alí b. Bakkar hasta que quedaron hartos. Después retiraron la mesa, se lavaron las manos, fueron acercados los pebeteros, con toda clase de maderas, y llevaron las ánforas repletas de agua de rosas; se incensaron y se perfumaron. Luego les acercaron bandejas de oro repujado, en las que había toda clase de bebidas, frutas, golosinas y todo cuanto se pudiera desear, y cuya contemplación regocijaba a los ojos. Después la sirvienta les sirvió una vasija repleta de vino. Sams al-Nahar escogió diez sirvientas y diez esclavas cantoras, a las cuales ordenó que permanecieran a su lado, y despidió al resto. Mandó que tocaran los laúdes, y así lo hicieron. Una de ellas cantó:

Voy a rescatarme con aquel que saluda riendo y que, cuando yo ya desesperaba, me hace ambicionar de nuevo la unión.

La pasión ha desvelado mis más íntimos secretos, y ha mostrado al censor lo que se esconde en mi corazón.
Las lágrimas se han interpuesto entre los dos. ¡Parece como si las lágrimas se hubiesen enamorado al mismo tiempo que yo!

Sams al-Nahar se puso de pie, llenó la copa y se la bebió; después volvió a llenarla y se la entregó a Alí b. Bakkar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en seguida mandó a otra esclava que cantase. Recitó estos dos versos:

Mis lágrimas, cuando corren, se parecen al vino, ya que mis ojos derraman un líquido semejante al que está en la jarra.
¡Por Dios! No sé si han sido mis ojos los que han vertido el vino, o si he bebido mis propias lágrimas.

Alí b. Bakkar apuró su copa y se la devolvió a Sams al-Nahar. Ésta la llenó de nuevo y se la entregó a Abu-l-Hasán, quien se la bebió. La joven tomó el laúd y dijo: « Voy a cantar yo misma acerca de mi copa» . Afinó las cuerdas y recitó estos versos:

En sus mejillas se agitan, por amor, las más extrañas lágrimas; el fuego de la pasión arde en su pecho.
A pesar de que aquella a quien ama está a su lado, llora pensando en la separación: las lágrimas corren, esté la amada cerca o lejos.

Y luego añadió:

¡Ojalá podamos servirte de rescate, copero! La belleza te ha vestido de pies a cabeza.
De tus manos sale el sol; de tu boca, las Pléyades; de tu cuello, la luna.
Tus copas, aquellas que me han embriagado, son las que han escanciado tus pupilas.
¿No es raro que, siendo tú la luna llena, el cuarto menguante aparezca en el cuerpo de tu amante?
¿Eres una divinidad, ya que haces vivir o morir a quien quieres, acercándote o separándote de él?

Dios ha creado la belleza inspirándose en ti; ha creado los perfumes inspirándose en tus calidades morales.
Tú no eres un mortal: eres un ángel enviado por el Creador.

Al oír aquellos versos de Sams al-Nahar, los presentes estuvieron a punto de perder la cabeza de emoción, y se pusieron a jugar y a reír. Así estaban cuando entró una criada corriendo, temblando de miedo. « ¡Señora! El Emir de los creyentes está en la puerta, acompañado por Afif, Masrur y otros.» Al oír estas palabras, por poco se mueren todos del susto. Sams al-Nahar se echó a reír, les aconsejó que no tuviesen miedo y dijo a la esclava: « Procura entretenerlos para que éstos puedan, alejarse de aquí» . Mandó que cerraran la puerta de la habitación y que corriesen las cortinas, y ella misma cerró la puerta de la sala. Hecho esto salió al jardín, se sentó en un estrado, ordenó a una criada que le hiciese masaje en los pies y dijo a los demás que se marchasen, no sin antes recomendar a otra esclava que dejase la puerta abierta para que pudiese entrar el Califa.

Masrur y sus acompañantes —eran veinte en total— penetraron espada en mano y saludaron a Sams al-Nahar. Ésta preguntó: « ¿Por qué habéis venido?» « El Príncipe de los creyentes te saluda, desea verte y te informa que hoy ha tenido un día muy agradable, una suerte magnífica, y desea que tú constituyas ahora mismo el término de un día tan afortunado. ¿Quieres ir a sus habitaciones, o prefieres que él venga aquí?» La joven se puso de pie, besó el suelo y dijo: « ¡Oigo y obedezco al Emir de los creyentes!» Mandó llamar a las sirvientas y esclavas, y cuando las tuvo delante les dijo que se disponía a cumplir lo que le mandaba el Califa, y que el local debía prepararse para recibir al soberano. Dijo a los criados: « Id junto al Emir de los creyentes e informadle de que lo espero dentro de un momento, en cuanto haya terminado de preparar la habitación con los tapices y los utensilios correspondientes» .

Los criados se apresuraron a llevar el recado al Emir de los creyentes. Entretanto, Sams al-Nahar corrió al lado de su amado, Alí b. Bakkar, lo estrechó junto a su pecho y lo despidió. Él lloraba a lágrima viva, y le dijo: « ¡Dueña mía! Esto es la despedida. Permite que la saboree, pues tal vez me aniquile y me quite la vida por tu amor. Ruego a Dios que me haga soportar resignadamente esta pasión con la que me ha puesto a prueba» . Sams al-Nahar replicó: « ¡Por Dios! ¡Soy yo quien va a perder la vida! Tú, sólo con ir al mercado, encontrarás quien te consuele: así quedarás a cubierto, y tu pasión, disimulada. Pero yo me encontraré en la mayor aflicción, ya que he invitado al Califa, y tal vez me encuentre en el mayor de los peligros a causa de mi pasión, de mi amor por ti y de la tristeza que experimento al tener que separarme de ti.

» ¿Con qué lengua cantaré? ¿Con qué corazón me voy a presentar delante del Califa? ¿Con qué palabras he de invitar al Emir de los creyentes? ¿Con qué ojos

he de mirar el lugar en que tú no te encuentras? ¿Cómo voy a poder soportar una compañía que no es la tuya? ¿Con qué gusto he de beber el vino, si tú no estás presente?»

Abu-l-Hasán intervino: « No te preocupes; ten paciencia, y esta noche no descuides nada en el servicio del Emir de los creyentes» . Mientras hablaba así entró una criada, que dijo: « ¡Señora! ¡Llegan los garzones del Emir de los creyentes!» Ella se puso de pie y dijo a la criada: « Coge a Abu-l-Hasán y a su compañero y condúcelos a lo alto del balcón que da al jardín. Déjalos allí hasta que se haga de noche, y luego idea cualquier procedimiento para sacarlos» . La criada los condujo hasta el balcón, los encerró en él y se marchó a hacer sus cosas. Ambos empezaron a contemplar el jardín: vieron que el Califa se acercaba al frente de cien pajes armados con espadas, y llevando a su alrededor veinte muchachas que parecían lunas, que vestían los trajes más preciosos y se tocaban con diademas de pedrería y jacintos. Cada una llevaba en la mano una antorcha encendida. El Califa iba entre ellas, que lo rodeaban por todos lados; Masrur, Afif y Wasif lo precedían, y él avanzaba cimbreándose.

Sams al-Nahar y todas sus esclavas salieron a recibirlo a la puerta del jardín: besaron el suelo ante él y se pusieron a andar delante hasta que se sentó en el estrado. Los pajes y las criadas que estaban en el huerto siguieron en pie, con las antorchas encendidas y tocando los instrumentos musicales, hasta que el Califa les permitió retirarse y sentarse en los divanes. Sams al-Nahar se colocó al lado del Califa y empezó a hablar con éste. Mientras tanto, Abu-l-Hasán y Alí b. Bakkar miraban al Califa y lo oían sin que él los viese. El soberano empezó a jugar con Sams al-Nahar y mandó que fuese abierta la habitación. Cumplido esto, fueron descorridas las cortinas, y se encendieron velas hasta que aquel lugar, en plena noche, pareció estar iluminado por el día. Los criados acercaron todo lo que era necesario para beber.

Abu-l-Hasán observó: « Jamás he visto objetos ni bebidas de tal valor. Hay gran cantidad de piedras preciosas de las que no he oído hablar. Me parece estar soñando, pues mi entendimiento ha quedado estupefacto, y mi corazón tiene palpitaciones» . Por su parte, Alí b. Bakkar se había mantenido cabizbajo, dada la fuerza de su pasión desde que se había separado de Sams al-Nahar. Pero al levantar la cabeza y ver este cuadro incomparable, dijo a Abu-l-Hasán: « ¡Hermano mío! Tengo miedo de que el Califa nos vea o de que se entere de nuestra presencia; temo, sobre todo, por ti; en cuanto a mí, ya sé que moriré a consecuencia de mi gran amor y de mi mucha pasión. Esperemos que Dios nos salve de esta prueba» .

Alí b. Bakkar y Abu-l-Hasán seguían viendo desde el balcón todo cuanto ocurría. Cuando hubo terminado el convite, el soberano se volvió hacia una esclava y le dijo: « ¡Guram! ¡Cántanos esas canciones conmovedoras que sabes!» La esclava empezó a modular y recitó estos versos:

La pasión de una árabe que se ha alejado de su familia, que anhela, nostálgica, el sauce y el mirto del Hichaz;
que cuando ve acercarse una caravana prepara la cena con el calor de su llanto y con sus lágrimas el agua de beber,
no puede ser mayor que la mía: mi amado ve que voy a cometer una falta.

Al oír estos versos, Sams al-Nahar perdió el conocimiento y cayó de la silla en la que estaba sentada. Las esclavas corrieron a sostenerla. Alí b. Bakkar, al ver esto desde el balcón, cayó desmayado a su vez. Abu-l-Hasán exclamó: « ¡El destino ha distribuido la pasión, entre vosotros, a partes iguales!» Mientras estaban hablando se presentó la joven que los había conducido hasta allí. Dijo: « ¡Abu-l-Hasán! Márchate junto con tu compañero. El tiempo apremia, y temo que se nos descubra. ¡Marchaos ahora mismo o pereceremos!» Abu-l-Hasán replicó: « ¿Y cómo he de irme llevándome a este joven, que es incapaz de sostenerse en pie?» La joven le echó unas gotas de agua de rosas en la cara, con lo que el muchacho recuperó el conocimiento. Abu-l-Hasán y la joven lo ayudaron, a ponerse de pie, descendieron del balcón y caminaron un poco Después la muchacha abrió una puerta pequeña, de hierro, y llevó hasta un banco a Abu-l-Hasán y a Alí b. Bakkar. Dio unas palmadas y se acercó una barca, en la que iba un hombre remando. La joven ayudó a los dos a embarcar, y dijo al de la chalupa que los llevase a un sitio determinado. Ya lejos del jardín, Alí b. Bakkar dirigió una última mirada hacia éste y el pabellón, y se despidió con estos dos versos:

He alargado, para despedirme, una mano bien débil; la otra estaba encima del fuego ardiente de mi corazón.
Éste no será nuestro único encuentro, ni será ésta la última comida.

La joven insistió al barquero: « Condúcelos rápidamente» . El hombre remó con fuerza, y la joven siguió a su lado…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [siguió a su lado] hasta que hubieron cruzado el río, llegaron a la otra orilla y desembarcaron. Entonces la joven se despidió de ellos, diciendo: « Desearía no tener que separarme de vosotros, pero yo no puedo ir más allá de este lugar» . La muchacha se volvió, y Alí b. Bakkar se quedó cabizbajo, y sin poder moverse, delante de su amigo Abu-l-Hasán, el cual le dijo: « Este sitio no es muy seguro. Si seguimos aquí temo por nuestra

vida, ya que hay ladrones y bandidos» . Alí b. Bakkar intentó andar un poco, aunque apenas podía. Abu-l-Hasán tenía algunos amigos en aquel lugar, por lo cual se dirigió a casa de uno en el que tenía completa confianza. Llamó a la puerta, y el amigo abrió en seguida; al ver a los dos, los saludó, los condujo hacia el interior de la casa y los invitó a sentarse.

Les preguntó de dónde venían. Abu-l-Hasán explicó: « Hace poco hemos tenido que salir forzados por un hombre con el que tengo relaciones comerciales, el cual me debe dinero y del que se me había dicho que se disponía a marcharse. Por eso he salido esta noche, para intentar encontrarlo, en compañía de este amigo mío, Alí b. Bakkar. Pero se ha escondido, no lo hemos visto y regresamos con las manos vacías. Como habría sido enojoso regresar de noche y sólo conocíamos este lugar, hemos venido aquí esperando una buena acogida de acuerdo con tus costumbres» . El hombre les volvió a dar la bienvenida, los trató con todos los honores y pasó a su lado el resto de la noche. Al llegar la mañana abandonaron su casa, y no pararon de andar hasta llegar a la ciudad. Entraron y pasaron por delante de la casa de Abu-l-Hasán. Éste conjuró a Alí b. Bakkar a que lo siguiese.

Entraron y se tendieron un rato en la cama. Al despertarse, Abu-l-Hasán mandó a sus pajes que cubriesen la habitación de ricos tapices, y así lo hicieron. Después se dijo: « Debo distraer a este joven y consolarlo de la pena que sufre, ya que yo estoy enterado de lo que le sucede» . Al despertarse, Alí b. Bakkar pidió que le sirvieran agua. Así lo hicieron. Después de las abluciones y las plegarias canónicas, que no había hecho el día ni la noche anterior, empezó a darse ánimos hablando consigo mismo.

Abu-l-Hasán, al ver esto, se le acercó y le dijo: « ¡Señor mío Alí! Lo que más conviene a tu estado actual es permanecer conmigo durante esta noche, a fin de tranquilizar tu pecho de las penas amorosas que lo abruman; conmigo te distraerás» . « Hermano mío, haz lo que quieras, pues yo, haga lo que haga, no conseguiré escapar a la pena que me agobia. Haz lo que tengas que hacer.» Abu-l-Hasán llamó a sus pajes, invitó a sus amigos y mandó a buscar los mejores cantores y músicos, y en compañía de éstos pasaron el resto del día comiendo, bebiendo y divirtiéndose; así llegó el crepúsculo, encendieron las velas, empezaron a pasar las copas de vino, y la velada transcurrió agradablemente. Una cantora tomó el laúd y recitó:

El tiempo, de improviso, me ha disparado una flecha, que me ha herido y me ha obligado a separarme de los seres amados.
La suerte ha sido mi enemigo; mi paciencia ha desaparecido; antes de esto, yo sabía ser previsor.

Al oírlo, Alí b. Bakkar cayó desmayado y no volvió en sí hasta llegar la

aurora, cuando ya desesperaba Abu-l-Hasán. Entonces, Alí b. Bakkar quiso marcharse a su casa; su huésped no se opuso a ello, pues estaba asustado de las consecuencias que podía tener el asunto. Los pajes le trajeron una mula, le ayudaron a montar en ella, y Abu-l-Hasán lo acompañó hasta su domicilio. Cuando éste lo vio tranquilo en su casa, dio gracias a Dios por haberlo salvado de aquella situación tan comprometida, y empezó a consolarlo, a pesar de que, dada la vehemencia de la pasión, no conseguía ser dueño de sí mismo. Abu-l-Hasán se despidió…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se despidió] y Alí b. Bakkar le dijo: « ¡Hermano mío! ¡No dejes de darme noticias!» « Así lo haré.» Abu-l-Hasán se marchó, dirigióse a su tienda y la abrió. Estuvo a la espera de alguna noticia de la joven, pero nadie se la llevó. Entonces se marchó a su casa, en donde pasó la noche, y a la mañana siguiente fue a visitar a Alí b. Bakkar. Al entrar lo encontró tumbado en el lecho, rodeado de amigos y médicos, cada uno de los cuales le tomaba el pulso y le prescribía alguna cosa. El joven sonrió al ver entrar a Abu-l-Hasán y éste lo saludó, le preguntó por su salud, se sentó a su lado y permaneció junto a él hasta que los otros se marcharon. Entonces lo interrogó acerca del estado en que se encontraba.

Alí b. Bakkar le explicó: « Se ha extendido la noticia de que me encuentro enfermo, y mis amigos se han enterado. Yo no tenía fuerzas suficientes para levantarme y andar; por tanto, no podía desmentir a quienes dicen que estoy enfermo. Por esto me he quedado en la cama, tal como ves, y mis amigos han acudido a visitarme; pero dime, hermano mío, ¿has visto a la muchacha, o tienes alguna noticia de ella?» « No la he vuelto a ver después de habernos dejado a orillas del Tigris.» Luego añadió: « ¡Hermano mío! ¡No descubras nada y deja de llorar!» Alí b. Bakkar contestó: « ¡Hermano mío! No puedo contenerme» . Suspiró profundamente y recitó estos versos:

Ha obtenido con su mano lo que nunca conseguirá la mía: un signo en el pulso, con el cual ha disminuido mi fuerza.

Ella temía que su mano fuese herida por los dardos de su misma pupila: por eso se ha revestido de una cota de mallas.

El médico, ignorando mi verdadero estado, me ha cogido la mano. Pero yo le he dicho: « El mal está en mi corazón; deja en paz la mano» .

Ella dice al fantasma que me ha visitado y se ha ido: « ¡Por Dios! ¡Descríbemelo sin añadir ni quitar nada!»

Él replica: « Lo he dejado cuando parecía que iba a morirse de sed y que

tú le dijeses: “Abstente de beber”, y él se abstenía» .

Entonces, ella lloró perlas del lánguido narciso de los ojos, regó la rosa de las mejillas y mordió sus labios de púrpura con dientes que parecían granos de granada.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos, dijo: « He sido afligido por una desgracia ante la cual era inmune: no me queda más posibilidad que la del reposo o la muerte» . Abu-l-Hasán lo consoló: « Ten paciencia, y tal vez Dios te cure» . Abu-l-Hasán se marchó, se dirigió a su tienda y la abrió. Apenas hacía un momento que estaba sentado cuando se le acercó una joven, que lo saludó.

Le devolvió el saludo, la miró atentamente y vio que estaba muy agitada. Le dijo: « ¡Bien venida! ¿Cómo se encuentra Sams al-Nahar?» « Después te informaré de su estado. ¿Dónde se encuentra Alí b. Bakkar?»

Abu-l-Hasán le explicó lo ocurrido. La joven se entristeció, suspiró y quedó maravillada de lo que estaba ocurriendo. Dijo: « El estado de mi señora es aún más curioso. Cuando vosotros os marchasteis, yo volví a su lado con el corazón palpitante por lo que pudiera ocurriros, pues no estaba segura de que consiguierais escapar. Una vez al lado de mi señora, vi a ésta tendida en el pabellón, sin hablar ni contestar a nadie. El Emir de los creyentes estaba sentado junto a su cabecera, sin encontrar a nadie que lo informase de lo que ocurría y sin saber qué tenía. Siguió desmayada hasta la medianoche, hora a la cual volvió en sí. El Emir de los creyentes le preguntó: “¿Qué es lo que te ocurre, Sams al-Nahar? ¿Qué te ha sucedido esta noche?”

» Sams al-Nahar besó los pies del Califa y le dijo: “¡Dios haga que yo sea tu rescate! Cierto malestar se ha apoderado de mí, ha encendido fuego en mi cuerpo y he caído desmayada por el gran dolor que experimentaba, sin poder saber lo que me ocurría”. El Califa preguntó: “¿Qué has comido hoy?” “Algo que nunca había probado.” Después sacó fuerzas de la flaqueza, pidió algo de beber, lo tomó y rogó al Califa que continuase la fiesta. Ésta volvió a comenzar, y cuando yo me acerqué a ella me preguntó por vosotros. Le expliqué cómo os había conducido, y los versos que había recitado Alí b. Bakkar. Ella permaneció en silencio. Después, el Emir de los creyentes se sentó y mandó a la esclava que cantase. Recitó estos versos:

Después de vuestra marcha, mi vida nada apetece. ¡Ojalá supiera cómo os encontráis después de haberos ido!

Es justo que mis lágrimas sean de sangre, ya que vosotros habéis llorado al alejaros de mí.

» Al oír estos versos, la joven cayó desmayada de nuevo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven siguió diciendo:] « Entonces cogí su mano, le eché unas gotas de agua de rosas en la cara y volvió en sí. Le dije: "¡Señora mía! No descubras lo que hay en tu seno ni divulgues lo que ocurre. ¡Por vida de tu amado, ten paciencia!" "¿Hay algo más grave que la muerte? Yo la busco, pues en ella está mi reposo." Mientras hablábamos así, la esclava cantó las palabras del poeta:

Dijeron que la paciencia trae a veces la tranquilidad de espíritu.
Respondo: "¿Dónde está la paciencia, si él se ha ido?"
El pacto que entrambos aceptamos disponía que después del abrazo de despedida se cortasen sus lazos.

» Sams al-Nahar volvió a caer desmayada. El Califa, al verlo, corrió hacia ella y mandó que le diesen algo de beber y que cada esclava se fuese a su habitación. Él se quedó a su lado hasta que amaneció. Entonces mandó llamar a los médicos y les ordenó que la visitasen, sin sospechar la pasión y el amor que la joven sentía. Yo he permanecido a su lado hasta que la he visto algo restablecida, y esto es lo que me ha impedido venir antes. He dejado a su lado a unas cuantas mujeres de servicio, pues ella me ha mandado en busca de noticias de Alí b. Bakkar, y me ha dicho que regrese en seguida tan pronto como sepa algo» .

Abu-l-Hasán le dijo: « ¡Por Dios! He de contarle todo lo que le ha sucedido. Vuelve junto a tu señora, salúdala y ruégale que tenga paciencia. Recomiéndale que calle su secreto y dale a entender que yo he comprendido la situación en que se encuentra, que es grave y digna de reflexión» . La joven le dio las gracias, se despidió y se marchó junto a su señora. Esto es lo que a ella se refiere.

Volvamos ahora a Abu-l-Hasán. Éste permaneció en la tienda hasta que se hizo de noche. Entonces, y después de haber cerrado su almacén, se dirigió a casa de Alí b. Bakkar. Llamó a la puerta y salió a abrirle uno de los criados, quien lo hizo entrar. Una vez delante de Alí, éste le sonrió, se alegró por su llegada y le dijo: « ¡Abu-l-Hasán! Te has hecho esperar durante todo el día, cuando mi vida depende de ti hasta su fin» . Abu-l-Hasán replicó: « ¡Déjate de palabras! ¡Si yo pudiera servirte de rescate, aun a costa de mi vida te rescataría! Hoy ha venido la criada de Sams al-Nahar, la cual me ha dicho que lo que le ha impedido venir antes ha sido la constante presencia del Califa junto a su señora. Me ha contado lo que le ha ocurrido a ésta» .

Luego le refirió todo lo que le había dicho la criada. Alí b. Bakkar se entristeció mucho y rompió a llorar. Después, volviéndose hacia Abu-l-Hasán, dijo: « Te conjuro, por Dios, a que me ayudes en esta aflicción y a que me

indiques el subterfugio de que he de valerme. Dada tu generosidad, te ruego que pases esta noche en mi casa para que pueda distraerme contigo» . Abu-l-Hasán accedió a su deseo y se preparó a pasar la noche a su lado. Estuvieron hablando durante toda la velada. Alí b. Bakkar rompió a llorar y recitó estos versos:

Con la espada de su mirada cortó mi celada; con la lanza de su estatura rompió la coraza de mi paciencia.
Debajo de su lunar de almizcle apareció el alcanfor de la mejilla, que clareaba entre la noche ambarina de sus cabellos.
Turbada, mordió los labios de coral con los dientes de perla; éstos reposaban en el estanque azucarado de su boca.
Suspiró desgarradoramente; su mano se posó en el pecho, y así vi lo que no había visto:
Cálamos de coral que escribían con ámbar, en una cuartilla de cristal, cinco líneas.
¡Oh, tú que tienes una espada poderosa! ¡Ay de ti si afrontas sus lánguidas pestañas!
¡Oh, tú que empuñas la lanza! ¡Ay de ti si ella te ataca con la lanza de su estatura!

Luego dio un grito muy fuerte y cayó desmayado. Abu-l-Hasán creyó que el alma había abandonado su cuerpo, pues siguió sin sentido hasta el amanecer. Al volver en sí miró a Abu-l-Hasán, y éste continuó junto a Alí b. Bakkar hasta que fue completamente de día. Entonces se marchó a abrir la tienda. La muchacha apareció en seguida, y le hizo un gesto a modo de saludo; él le devolvió el saludo; ella le dio recuerdos de su señora y le preguntó: « ¿Cómo se encuentra Alí b. Bakkar?» « ¡No me preguntes por su estado ni por la situación en que se encuentra a causa de su pasión! Durante la noche no duerme, y durante el día no descansa. Tan larga vigilia lo ha extenuado, la languidez lo ha vencido, y se encuentra en un estado que no alegra al amigo» .

« Mi señora manda saludos para ti y para él, y le ha escrito una carta. Ella se encuentra en un estado mucho más grave que él. Me ha dado la carta y me ha dicho que no regresase sin la respuesta, recomendándome que siguiese bien sus órdenes. Aquí tengo la carta. ¿Querrías acompañarme hasta Alí b. Bakkar y recoger su contestación?» « De buen grado.» Cerró la tienda, se llevó consigo a la joven y la condujo por una calle distinta a aquella por la que había llegado. No se detuvieron hasta llegar a casa de Alí b. Bakkar. Dejó a la joven en la puerta, y él entró.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Alí b. Bakkar se alegró al verlo, y su amigo le dijo: « La causa de que haya venido es que Fulano me ha enviado a su criada con una hoja de papel, en la que te saluda y te explica que el haber tardado tanto en preocuparse de ti se debe a algo que le ha sucedido. La criada espera en la puerta. ¿Permites que entre?» « ¡Hazla entrar!» , gritó Alí. Abu-l-Hasán, con un gesto, le dio a entender que se trataba de la esclava de Sams al-Nahar. Alí, al verla, se movió, alegróse y le preguntó con un gesto: « ¿Cómo se encuentra la señora? (¡Dios la proteja y la guarde!)» « Bien.» A continuación sacó un papel y se lo alargó. Él lo cogió, lo besó y, después de leerlo, se lo pasó a Abu-l-Hasán. Éste vio que contenía los siguientes versos:

« Este mensajero te dará mis noticias. Conténtate con oírlas en vez de verme.
Has dejado un amante enfermo de amor, y sus párpados no conocen el sueño.
Soporto con paciencia la desgracia, ya que ningún ser puede estar a cubierto del destino.
Permanece tranquilo, pues estás muy cerca de mi corazón, y ningún día has estado ausente de mi pensamiento.
Vigila tu cuerpo enflaquecido y fíjate en lo que le ha sucedido. Así tendrás idea de lo que ha sido de mí.

» Te he escrito una carta sin utilizar los dedos, y te he dirigido la palabra sin emplear la lengua; para explicar mi estado he de decir que mis ojos no abandonan el insomnio, que la preocupación no se aparta jamás de mi corazón; parece como si nunca hubiese conocido la salud ni la alegría; como si jamás hubiese visto un bello espectáculo; como si nunca hubiera llevado una vida tranquila y como si hubiese sido creada de pasión y sufrimiento, de amor y de tristeza. Las penas me llegan en pos de las desgracias, la pasión se multiplica, y el deseo crece de tal modo que soy igual como aquel de quien dijo el poeta:

El corazón, oprimido, y el pensamiento, divagando; los ojos, en vela, y el cuerpo, extenuado.
Impaciente y agobiado por la separación; el pensamiento, extraviado, y el corazón, encadenado.

» Sabe que el quejarse no apaga la llama de la aflicción, y que sólo es un alivio para quien está enfermo de deseo e intranquilo por la separación. Me consuelo con las palabras del amor. ¡Qué acertado estuvo el poeta que dijo!:

Si en el amor no existiese amistad y desdén, ¿de dónde vendría el consuelo de las cartas y escritos?»

Abu-l-Hasán refiere: « Las palabras de esta carta habían ido despertando mis penas; sus frases me hirieron profundamente en lo más íntimo. Después la entregué a la muchacha. Una vez la hubo cogido ésta, Alí b. Bakkar le dijo: "Transmite a tu señora mi saludo, y dile lo grande que es mi amor y mi pasión; que el amor se ha metido entre mi carne y mis huesos; que necesito a alguien que me libre de este mar de la muerte y me salve de esta situación tan complicada"» . Se puso a llorar, y la esclava lo acompañó con sus lágrimas. Luego se despidió y se marchó de su casa, acompañada por Abu-l-Hasán. Éste, a su vez, se despidió y se marchó a su tienda.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que apenas se sentó en ella, se dio cuenta de que tenía el corazón angustiado y el pecho oprimido. Quedóse perplejo pensando en el asunto, y estuvo meditando en él durante todo aquel día y la noche siguiente. Al amanecer fue a visitar a Alí b. Bakkar y esperó a que lo dejaran a solas con él. Le preguntó cómo se encontraba, y Alí empezó a quejarse de su pasión y de lo muy enamorado que estaba. Recitó las palabras del poeta:

Las gentes que me han precedido se han quejado de las penas de amor. Muertos y vivos se han asustado ante el temor de la separación.
Pero nunca he oído hablar ni visto nada que pueda compararse con lo que ocurre entre mis costillas.

Y añadió esto de otro poeta:

El amor que te tengo me ha hecho sufrir más que lo que sufrió Qays al-Machnún por Layla.
Pero no he perseguido a las fieras del desierto como hizo Qays. La locura es de muy distintos tipos.

Abu-l-Hasán le dijo: « Nunca he visto ni he oído hablar de un amor comparable al tuyo. ¿Cómo puedes experimentar tal desvarío y tal debilidad en los movimientos cuando has encontrado a un amigo que te ayuda? Si te hubieses confiado a un cualquiera, tu asunto ya se habría descubierto» . Refiere Abu-l-

Hasán: « Alí b. Bakkar escuchó mis palabras y me dio las gracias. Yo tenía un amigo que estaba al corriente de lo que nos ocurría a mí y a Alí b. Bakkar; conocía nuestros acuerdos, cosa que no sabía nadie más que él. Éste venía a preguntarme por la salud de Alí b. Bakkar, y al cabo de poco tiempo me interrogó acerca de la joven. Le contesté: "Ella lo invitó, y entre ambos ha ocurrido lo inexplicable: las cosas han llegado a su límite extremo. Sin embargo, a mí se me ha ocurrido algo que te voy a explicar"» . « ¿Qué es ello?» , le preguntó el amigo.

« Ya sabes que soy muy conocido, por mis relaciones con hombres y mujeres. Tengo miedo de que su asunto se descubra y que sea la causa de mi muerte, de la confiscación de mis bienes y de la deshonra de mi familia. Por esto he pensado reunir mis riquezas y marcharme a la ciudad de Basora, en donde residiré hasta que vea en qué acaba este lío, con lo cual nadie pensará en mí. Todo esto es debido a que el amor se ha apoderado de ambos, han empezado a cruzarse cartas, y lo raro es que el mensajero entre ambos es una esclava que custodia su secreto; pero temo que ésta, vencida de enojos, pueda revelarlo a alguien y que el caso se haga público; esto motivaría mi pérdida y sería la causa de mi ruina, pues no tendría excusa entre las gentes.» El amigo replicó: « Me has comunicado una noticia tan peligrosa, que infunde miedo a cualquier persona inteligente y lista. ¡Dios te preserve del mal que temes y te salve de aquello cuyas consecuencias te asustan! Ésta es la mejor opinión» .

Abu-l-Hasán se marchó a su casa y se dispuso a arreglar sus asuntos y a preparar sus cosas para partir hacia Basora. Tres días después, arreglados sus negocios, emprendió el viaje hacia aquella ciudad. Su amigo acudió a visitarlo algo más tarde, pero no lo encontró. Preguntó por él a los vecinos, quienes le contestaron: « Hace tres días que se marchó a Basora, pues tiene negocios allí. Ha ido a perseguir a los deudores, y dentro de poco volverá» . El hombre se quedó perplejo, sin saber hacia dónde dirigirse, y exclamó: « ¡Ojalá no me hubiese separado de Abu-l-Hasán!»

Se le ocurrió una idea para entrar en relación con Alí b. Bakkar. Se dirigió a la casa de éste y dijo a uno de los pajes: « Pide permiso a tu señor para que pueda entrar a saludarlo» . El paje se marchó, informó a su dueño, y regresó con la orden de hacerlo pasar. Al llegar ante él le encontró tumbado en el lecho. Lo saludó, y él le devolvió el saludo y le dio la bienvenida. El hombre se disculpó por no haber acudido antes y añadió: « ¡Señor mío! Entre Abu-l-Hasán y tú existe una amistad sincera. Yo acostumbraba depositar en él mis secretos, y no me separaba nunca de su lado. He estado ausente tres días, con un grupo de amigos, a causa de mis negocios. Al volver he visto que su tienda está cerrada. He preguntado a los vecinos, y éstos me han contestado que se ha ido a Basora. Como sé que tú eres su amigo más fiel, te ruego, por Dios, que me des sus noticias» . Alí b. Bakkar cambió de color y se impresionó al oír estas palabras. Contestó: « Nunca hasta ahora había oído hablar de su viaje. Si las cosas han

ocurrido como tú dices, saldré perjudicado» . Se puso a llorar y recitó estos versos:

Antes lloraba recordando las alegrías de lo pasado, cuando aún permanecían a mi lado todos los amigos.
Hoy, cuando la suerte me ha separado de ellos, lloro por las personas queridas.

Alí b. Bakkar inclinó la cabeza, meditó un rato, levantó la frente y dijo a un criado: « Ve a casa de Abu-l-Hasán y pregunta si está en ella o si ha salido de viaje. Si te contestan que se ha ido de viaje, pregunta adonde ha ido» . El muchacho se marchó, y al cabo de un rato regresó junto a su señor y le dijo: « Al preguntar por Abu-l-Hasán me han contestado que se ha ido de viaje a Basora. En su puerta he encontrado a una muchacha, que, al verme, me ha reconocido sin que yo supiese quién era. Me ha preguntado: "¿Eres criado de Alí b. Bakkar?" "Sí", he contestado. Y ella me ha dicho entonces: "Traigo una carta de la persona que él más aprecia". Ha venido conmigo y está esperando en la puerta» .

Alí b. Bakkar exclamó: « Hazla entrar» . El muchacho fue a buscarla. El hombre que estaba con Alí b. Bakkar miró a la joven y vio que era bonita. La muchacha se acercó a Alí b. Bakkar y lo saludó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que habló con él en secreto, y él juraba que no había hablado con nadie del asunto. Ella se despidió y se marchó. Aquel hombre, el amigo de Abu-l-Hasán, era joyero. Cuando se hubo marchado la muchacha, el joyero encontró el medio de entablar conversación y dijo a Alí b. Bakkar: « No cabe duda ni hay modo de equivocarme: te mandan a llamar de casa del Califa, o bien tienes con ella algún asunto entre manos» . « ¿Quién te ha dicho eso?» « Conozco a esa muchacha. Es esclava de Sams al-Nahar. Vino a verme hace tiempo con un billete en el que se me pedía un collar de piedras, y yo le mandé uno de gran valor.» Alí b. Bakkar quedó impresionado de tal modo al oír estas palabras, que se descompuso. Una vez repuesto, le dijo: « ¡Por Dios, hermano mío! ¿De dónde la conoces?» « No insistas en la pregunta.» « No desistiré hasta que me hayas informado de la verdad.»

El joyero dijo: « Te lo explicaré para que no sospeches de mí y para que mis palabras no te inquieten; no te ocultaré ningún secreto, y te diré toda la verdad del asunto; pero con una condición: que, a tu vez, me explicarás por qué te encuentras así y la causa de tu enfermedad» . Después le refirió todo lo que sabía

y añadió: « ¡Por Dios, hermano mío! Lo que me ha hecho guardar en secreto mi historia antes las demás personas, ha sido el miedo de que las gentes pudieran hacerla correr» . El joyero replicó: « Si yo me he esforzado en acercarme a ti, ha sido debido al mucho afecto que te tengo, al cariño que siento por ti y a la piedad que me inspira tu corazón, que sufre las penas de la separación. Es posible que yo pueda ser tu confidente en vez de mi amigo Abu-l-Hasán mientras dure su ausencia. Tranquilízate y alégrate» . Alí b. Bakkar le dio las gracias por todo y recitó estos versos:

Si dijese: « Estoy resignado a estar separado de él» , las lágrimas y los sollozos me desmentirían.
¿Cómo puedo evitar que las lágrimas corran por mis mejillas, a causa de la separación del amado?

Alí b. Bakkar calló un rato, y después dijo al joyero: « ¿Sabes tú lo que ha dicho esta joven?» « ¡No, señor!» « Asegura que he sido yo quien ha aconsejado a Abu-l-Hasán que se marchase a Basora. Que he hecho esto para no verme obligado a sostener correspondencia ni relaciones. Le he jurado que no había sido así, pero no me ha creído, y ha regresado junto a su señora completamente convencida de la realidad de sus sospechas, ya que ella sólo escuchaba a Abu-l-Hasán.»

El joyero le contestó: « ¡Hermano mío! Comprendo la posición de la joven en este asunto, pero si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, nos servirá de ayuda para conseguir tu fin» . Alí b. Bakkar preguntó: « ¿Qué harás con ella, si es huidiza como uno de los animales salvajes que habitan en la selva?» « Quiero ponerme resueltamente a tu favor. Tengo que ingeniármelas para que consigas unirte a ella sin que nadie se entere y sin que te ocurra ningún percance.» Pidió permiso para retirarse. Alí b. Bakkar le dijo: « ¡Hermano mío! ¡Guarda el secreto!» Lo miró y se puso a llorar. El joyero se despidió y se marchó…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y una*, refirió.

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se marchó] sin saber lo que había de hacer para ayudar a Alí b. Bakkar. Mientras andaba iba pensando en el asunto. Encontró una hoja de papel en el suelo, la recogió, miró la dirección y leyó: « Del amante despreciado, al amigo engreído» . Desdobló la hoja y leyó estos versos:

« El mensajero ha venido a anunciarme tu llegada, y lo más que he pensado es que era pura imaginación.

Por eso no me he alegrado, sino que la tristeza ha aumentado. Me daba la impresión de que el mensajero no había entendido bien tus palabras.

» Sabe, señor mío, que no sé explicarme cuál ha sido la causa de la interrupción de nuestra correspondencia; si eres tú quien me rehúyes, yo me mantengo, en cambio, fiel; si tu afecto ha disminuido yo mantengo el mío a pesar de la distancia. Me ocurre contigo lo que dice el poeta:

Sé orgulloso, lo sufro; pon demora, tengo paciencia; sé altivo, me humillo; aléjate, te sigo; habla, te escucho; manda, obedezco.»

Apenas la acabó de leer, vio que la joven regresaba mirando a derecha e izquierda. Al ver que él tenía la carta en la mano, le dijo: « ¡Señor mío! Esta carta se me ha caído» . Él no contestó, y siguió andando. La joven empezó a andar detrás, y así llegaron a su casa. Él entró, y la joven lo siguió. Le dijo: « ¡Señor mío! ¡Devuélveme esa hoja! Se me ha caído» . El joyero, volviéndose hacia ella, le dijo: « ¡Muchacha! No temas ni te entristezcas. Pero dime la verdad de lo que ocurre, pues yo sé guardar los secretos. Te conjuro a que no me ocultes nada de lo que ocurre a tu dueña. Tal vez Dios me ayude a hacer realidad sus deseos y haga fáciles, por mi intercesión, las cosas más difíciles» . La muchacha contestó, al oír estas palabras: « ¡Señor mío! ¡Ojalá nunca se extravíe un secreto del que tú seas custodio, y que nunca fracase un asunto en el que pongas interés! Sabe que mi corazón se inclina hacia ti. Te contaré toda la verdad, con el fin de que me devuelvas la hoja» .

Le explicó todo lo sucedido, y añadió que Dios era testimonio de lo que había dicho. El joyero replicó: « Has dicho la verdad, pues yo conozco los hechos tal como han ocurrido» . Después le refirió el relato de Alí b. Bakkar y cómo se había enterado del secreto de éste. Se lo contó todo, desde el principio hasta el fin. La muchacha se alegró y se puso de acuerdo con él: ella cogería la hoja y se la entregaría a Alí b. Bakkar. Luego volvería a informar al joyero de todo lo que ocurriese. Éste le dio la carta, y ella la cogió y la selló tal como estaba. Dijo: « Mi señora, Sams al-Nahar, me la ha dado sellada. Cuando él la haya leído y me haya entregado la contestación, te la traeré» . La muchacha se despidió y se dirigió a casa de Alí b. Bakkar. Éste la estaba esperando. Le entregó la carta, y él la leyó, escribió la contestación y se la dio a la muchacha, la cual volvió al lado del joyero, quien rompió el sello y vio escrito:

« El mensajero que transportaba nuestra oculta correspondencia ha montado en cólera, y aquélla se ha roto.

Buscad un mensajero digno de confianza al que le guste ser fiel y al que

disguste la mentira.

» Yo no he hablado en falso ni he dejado de ser fiel; no he traicionado ningún pacto ni he roto ningún vínculo; después de la separación sólo he hallado penas. Ignoro lo que motiva vuestras palabras, pues sólo amo lo que vos amáis. ¡Juro por Quien conoce los secretos y los misterios, que sólo ambiciono reunirme con quien amo; que mi única preocupación consiste en ocultar el secreto, a pesar de que es la pasión la que me ha hecho enfermar! Esto constituye la explicación de mi estado. Y la paz.»

El joyero, al leer la carta, lloró amargamente. La joven le dijo: « No salgas de aquí hasta que haya vuelto, pues él me acusa de algo que puede justificarse. Por ello, quiero ponerte en relación con mi señora, Sams al-Nahar, pues he dejado a ésta decaída, en espera de noticias» . La muchacha se marchó a ver a su señora. El joyero pasó aquella noche muy intranquilo. En cuanto despuntó el día, se sentó a esperar el regreso de la muchacha. Ésta llegó, en efecto, contenta. Apenas hubo entrado, le preguntó qué noticias traía. Ella dijo: « En cuanto te abandoné, me dirigí a ver a mi señora y le entregué la carta de Alí b. Bakkar; cuando la hubo leído y comprendió lo que quería decir, quedó perpleja. Yo le dije: "¡Señora! No temas que tu asunto haya de ir mal por la ausencia de Abu-l-Hasán. He encontrado a alguien que puede sustituirlo y que es mejor que él, de más valor y capaz de guardar los secretos". Le he hablado de tu amistad con Abu-l-Hasán, de cómo te has relacionado con él y con Alí b. Bakkar; le he dicho que el billete se me había caído, y que tú lo encontraste; asimismo, la he informado del acuerdo que existe entre nosotros dos» . El joyero se admiró mucho de todo esto. Ella prosiguió: « Mi señora quiere hablarte personalmente para que le expliques el acuerdo que te liga a Alí b. Bakkar; prepárate a venir ahora mismo conmigo» .

El joyero pensó que el dirigirse al pabellón de Sams al-Nahar constituía un asunto serio y un grave peligro, al que no debía exponerse. Dijo a la muchacha: « ¡Hermana mía! Yo soy un hombre del vulgo y no puedo compararme con Abu-l-Hasán, que tiene una posición elevada, es muy conocido, y todo el mundo sabe que frecuenta el palacio del Califa, en donde se gastan sus mercancías. Cuando Abu-l-Hasán me habló del palacio, yo temblé de miedo. Si tu dueña quiere verme, tendrá que ser fuera del palacio y lejos del lugar en que reside el Califa, ya que yo soy incapaz de hacer lo que tú dices» . Se negó a acompañarla, a pesar de que ella le garantizaba que no le ocurriría nada de malo y lo animaba para que no tuviera miedo. Pero al darse cuenta de que sólo por hablar de ello le temblaban las piernas y las manos, terminó por decirle: « Ya que a ti te cuesta tanto venir al palacio del Califa o acompañarme, trataré de convencerla de que venga conmigo; pero no te marches de aquí hasta que haya regresado con ella» . Dicho esto, se alejó.

Al cabo de poco regresaba al lado del joyero y le decía: « Procura que no haya contigo ningún paje ni ninguna muchacha» . « Sólo tengo a mi servicio una esclava negra, de avanzada edad.» Entonces la joven cerró todas las puertas por las cuales pudiera acercarse la esclava, y despachó a los criados. Después salió ella y volvió con una joven que al entrar inundó de aroma la casa del joyero. Éste, al verla, se puso de pie, le ofreció un cojín y se sentó enfrente de ella. Permaneció un rato sin hablar, hasta que hubo reposado. Luego se quitó el velo, y el joyero creyó que era el sol que había entrado en su domicilio. La joven preguntó: « ¿Es éste el hombre del cual me has hablado?» « Sí.» Se volvió hacia el joyero y le preguntó: « ¿Cómo éstas?» « Bien.» , y le expresó sus mejores augurios. Ella dijo: « Tú me has forzado a venir aquí, a revelarte lo que constituye nuestro secreto» .

Le preguntó por sus parientes y amigos. Él se lo contó todo, y añadió: « Además de ésta, tengo otra casa en la cual acostumbro reunir a mis familiares y contertulios. Todo es tal como le he contado a tu criada» . Ella preguntó: « ¿Cómo conseguiste tener conocimiento de este asunto?» Él le explicó todo desde el principio hasta el fin. Ella se lamentó de la partida de Abu-l-Hasán y añadió: « Has de saber que el corazón de la gente se siente dominado por las pasiones; que las personas se ayudan unas a otras; que las acciones no llegan a realizarse si antes no las preceden las palabras; que nada se obtiene sin fatiga; que el reposo es una consecuencia del cansancio…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven siguió diciendo:] « … que el éxito no se consigue sin amarguras. Ahora te he puesto al corriente de mi asunto; en tus manos he confiado todo nuestro secreto, y tú puedes guardarlo o divulgarlo, pero tienes hombría. Tú sabes que esta criada mía guarda perfectamente el secreto: por eso la tengo en gran aprecio y la he puesto al cuidado de mis asuntos más delicados: no encontrarás a tu lado persona más apreciable. Infórmala de tus cosas y permanece tranquilo. Tú estás a seguro del daño que temes que te causemos, y no se te cerrarán puertas que ella no te abra. Te traerá noticias mías para Alí b. Bakkar y tú serás el intermediario entre éste y yo» . Sams al-Nahar se puso de pie; apenas podía sostenerse ni andar. El joyero la acompañó hasta la puerta de la casa, y luego regresó y se sentó en su lugar acostumbrado: había visto una belleza resplandeciente, había oído palabras capaces de dejar aturdido el entendimiento, y había conocido sus modales, que bastaban para dejar admirado.

Estuvo pensando en sus virtudes hasta que se tranquilizó y pidió de comer. Comió muy poco, y después abandonó su casa y se dirigió a la de Alí b. Bakkar.

Los pajes de éste salieron a su encuentro y lo acompañaron hasta donde se hallaba su señor, al que encontraron tumbado en el lecho. En cuanto vio al joyero le dijo: « Has tardado en venir, con lo que has añadido una pena más a las que ya pesan sobre mí» . Después mandó a los pajes que se marchasen y que cerrasen la puerta. Entonces le dijo: « ¡Por Dios! No he pegado un ojo desde el día en que me dejaste. La criada me trajo ayer una carta de Sams al-Nahar» . Alí le explicó todo lo que le había sucedido con ella, y añadió: « Este asunto me tiene perplejo, y mi paciencia es muy poca. Abu-l-Hasán era antes mi confidente, y además conocía a la joven» . El joyero se echó a reír. Alí le preguntó: « ¿Por qué te ríes de mis palabras cuando yo te he acogido con alegría y te he considerado como un auxilio en las vicisitudes de la suerte?» Se puso a llorar y recitó estos versos:

Aquel que se ríe de mi llanto al verme, lloraría si hubiese sufrido lo mismo que yo.
No compadece a aquel que sufre una pena, sino quien ha sufrido una larga desventura.
Mi pasión, mis sollozos, mis quejas, mis pensamientos y mis desvaríos van en pos de un amado que encuentra su refugio entre los pliegues de mi corazón.
Habita siempre en mi corazón; jamás se aparta de él ni un instante, pero, ¡qué difícil es encontrarlo!
No tengo ningún amigo que pueda sustituirlo: él es el único amigo que yo he elegido.

Al comprender el sentido de los versos, rompió a llorar y le explicó lo que le había sucedido con la joven desde el momento en que lo había dejado. Alí lo escuchaba con atención, y a cada palabra el color de su semblante cambiaba de tono; su cuerpo recobraba fuerzas con una y las perdía con otra. Cuando llegó al fin de su relato, Alí b. Bakkar se puso a llorar y le dijo: « Hermano mío: en cualquier caso, soy hombre muerto. Tal vez mi hora ya esté próxima. Ya que eres generoso, te pido que me ayudes en todos mis asuntos hasta que Dios disponga lo que quiera. Yo no te contradeciré ni en una sola palabra» . « Este fuego sólo te lo puede extinguir la unión con la que reside en lo más íntimo de tu corazón. Pero esto ha de ser en un lugar que no sea tan peligroso como éste; tal vez en una casa vecina de la mía, a la cual ya han llegado señora y criada. Ése es el lugar que ella misma ha escogido, y espero reuniros en él para que podáis comunicaros vuestras penas de amor.» « Haz lo que quieras, pues lo que tú hagas, bien hecho estará.»

El joyero refiere: « Permanecí conversando con él toda aquella noche, hasta que despuntó el día» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato del joyero continúa:] « Después recé la oración de la mañana, me marché y me dirigí a mi domicilio. A poco de haber llegado vino la criada, me saludó, le devolví el saludo y le expliqué lo que me había ocurrido con Alí b. Bakkar. La joven me dijo: "El Califa se ha marchado de nuestro departamento, no queda nadie en él, y es el mejor sitio y el más hermoso para nosotros". "Dices la verdad, pero no puede compararse con mi casa, que es más discreta y más segura." "Tienes razón. Voy a ver a mi señora para informarla y exponerle lo que has dicho." La joven se fue a ver a su señora, la informó de lo que había dicho y regresó a mi casa. Me dijo: "Mi señora está conforme con lo que has dicho". Sacó de su bolsillo una bolsa llena de dinares y añadió: "Mi señora te saluda y te dice: 'Acepta esta bolsa, y prepara con su contenido lo que podamos necesitar'".

» Juré que no tocaría ni un solo céntimo, y la joven la recogió y regresó junto a su señora. Le dijo: "No ha aceptado ni un céntimo y me ha devuelto la bolsa". Tan pronto como se hubo marchado la esclava, me dirigí a mi segunda casa. Coloqué en ella todos los tapices y utensilios que podían ser necesarios; trasladé a ella cubiertos de plata y vajilla de porcelana y preparé las comidas y bebidas que podían apetecer. Cuando llegó la criada y vio lo que yo había preparado, se quedó maravillada y me mandó que fuese a buscar a Alí b. Bakkar. Le repliqué: "No seré yo quien lo traiga, sino tú". Se marchó a buscarlo y volvió con él; estaba perfectamente y con el mejor de sus aspectos. En cuanto estuvo cerca, salí a su encuentro, le di la bienvenida y lo hice sentarse en un estrado. Le puse delante algunos jarros de porcelana china y de cristal, que contenían perfumes, y hablé con él cerca de una hora.

» Después se marchó la criada, y a la hora de la plegaria del Magrib regresó acompañada por Sams al-Nahar, que venía seguida por dos criados. Cuando vio a Alí b. Bakkar y éste la vio a ella, ambos cayeron desmayados en el suelo; así permanecieron un rato. Al volver en sí, se acercaron el uno al otro y se sentaron para hablar y dirigirse palabras tiernas. Después se pusieron un poco de perfume y ambos me dieron las gracias por mis favores para con ellos. Les pregunté: "¿Queréis comer algo?" Contestaron afirmativamente, y yo les acerqué unas cuantas cosas. Comieron hasta hartarse. Después se lavaron las manos y se trasladaron a otra habitación, en la que les serví las bebidas. Bebieron, se embriagaron y se inclinaron el uno en el otro. Sams al-Nahar me dijo: "¡Señor mío! Completa tus favores y tráenos un laúd u otro instrumento de música, con el fin de que en este momento sea completa nuestra felicidad". "En seguida." Me marché, y volví con el laúd. La joven lo cogió, lo afinó, lo apoyó sobre su seno,

tocó una sonata maravillosa y recitó estos versos:

> He estado velando como si fuese un enamorado de la vigilia; he palidecido hasta el punto de que este color parece ser el mío.
> Mis lágrimas resbalan por las mejillas y las abrasan. ¡Ojalá supiera si después de la separación habrá otra reunión!»

Siguió cantando versos ante los cuales el entendimiento quedaba absorto, por los muchos tonos y gestos elegantes, de forma que los presentes estaban fuera de sí, dada la intensa emoción que les causaba todo lo que oían. El joyero prosigue su relato: « Así pasamos mucho rato, los vasos siguieron girando, y la joven moduló y recitó estos versos:

> El amigo me había prometido venir, y ha cumplido su promesa en una noche cuya felicidad contará entre mis noches.
> ¡Qué noche nos ha concedido el destino sin que lo supiesen los maldicientes y censores!
> El amigo me estrechaba con su diestra, y yo, loca de alegría, lo estrechaba con la izquierda.
> Lo he abrazado, he sorbido el vino de su saliva, y he probado al apicultor y su miel» .

El joyero los dejó en aquella casa y se marchó a su domicilio. Durmió hasta la mañana, hora en la cual recitó la plegaria, bebió café y se sentó, pensando en dirigirse a la otra casa. Mientras estaba sentado entró su vecino, aterrorizado, y le dijo: « ¡Hermano mío! ¡Cuánto me entristece lo que te ha ocurrido esta noche en tu otra casa!» « ¿Qué ha ocurrido?» Le explicó lo sucedido en su finca: « Los ladrones que ayer atacaron a nuestro vecino, mataron a Fulano y robaron sus bienes, te vieron ayer transportar las cosas a tu otra casa. Por la noche se han dirigido a ella, han robado lo que tenías y han matado a tus huéspedes» .

El joyero refiere: « Mi vecino y yo nos dirigimos a la casa y la encontramos vacía; nada quedaba en ella. Quedé perplejo ante lo ocurrido y me dije: “No me preocupa el haber perdido los objetos, a pesar de que algunos me los han dejado los amigos, pues éstos comprenderán que también he perdido mis bienes, y que mi casa ha sido saqueada. Pero en cuanto a Alí b. Bakkar y a la concubina del Emir de los creyentes… temo que se descubran sus relaciones y que esto me cueste la vida”» . El joyero, volviéndose hacia su vecino, le dijo: « Hermano y vecino: ¿Estás dispuesto a evitar un escándalo? ¿Qué me aconsejas que haga?» El hombre sugirió: « Mi consejo es que tengas paciencia. Quienes han asaltado tu casa y han robado tus bienes, han dado muerte también a los más íntimos de la

casa del Califa y han asesinado a muchas personas de la policía. Por eso sus esbirros los están buscando por todas partes. Es posible que los encuentren, y si así ocurre, tú obtendrás lo que deseas sin necesidad de esfuerzo» . El joyero, al oír estas palabras, regresó a su domicilio…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero se marchó,] diciéndose: « Lo que me ha sucedido es lo que temía Abu-l-Hasán, quien se fue a Basora para evitarlo, pero yo he caído en ello» . Entretanto, la noticia de que su casa había sido saqueada se fue divulgando entre la gente, que fue acudiendo a visitarlo desde todos los lugares: unos, para alegrarse de su desgracia; otros, para ayudarlo en su pena. Él se lamentaba ante todos y se negaba a comer y a beber. Mientras estaba sentado y dolorido, entró uno de sus criados y le dijo: « En la puerta hay un hombre que te llama. Yo no lo conozco» . El joyero salió y lo saludó: era un hombre al que no conocía. Le dijo: « Tengo que hablar contigo» .

Lo hizo entrar en la casa y le preguntó: « ¿Qué tienes que decirme?» « Ven conmigo a tu otra casa.» « ¿Sabes tú algo de mi otra casa?» « Sé todo lo que te ocurre, y también algo con lo que Dios te ha de distraer de tu pena.» Prosigue el joyero: « Me dije: “Iré con él adonde quiera”. Nos pusimos en marcha, pero cuando el hombre la vio dijo: “No tiene portero, y por tanto no podremos permanecer en ella. Ven conmigo a otra”. Estuvimos dando vueltas de un lugar a otro hasta que se hizo de noche. Yo no le preguntaba nada. No paró de andar ni yo de seguirle, hasta que salimos al campo. Él me decía que lo siguiera, y al mismo tiempo aceleraba el paso y yo corría en pos de él. Así llegamos al río. Se acercó una barca, y el hombre, a fuerza de remos, nos llevó a la otra orilla. Desembarcó y yo le seguí. Me cogió de la mano y me llevó por un camino que nunca en mi vida había recorrido, y cuya situación ignoraba. Por fin, el hombre se paró delante de la puerta de una casa, la abrió, entró y me dijo que lo siguiera.

» Cerró la puerta con cerrojo y, siguiendo un corredor, desembocamos en una habitación en la que había diez hombres que parecían una sola persona: eran hermanos. Mi acompañante los saludó, y ellos le devolvieron el saludo. Me invitaron a sentarme y así lo hice. Me encontraba muy débil por la fatiga. Acercaron agua, me rociaron el rostro, me dieron de beber y me invitaron a comer. Me dije: “Si en la comida hubiese cualquier cosa dañina, no comerían ellos conmigo”. Cuando nos hubimos lavado las manos, cada uno de nosotros se volvió a su sitio y ellos me preguntaron si los conocía: “¡No! ¡Y por vida mía que tampoco sé dónde para vuestra casa ni quien es el que me ha traído hasta aquí!” Dijeron: “Cuéntanos todos tus asuntos, sin mentir en nada”. “Mi situación es fantástica, y mi historia, portentosa. ¿Sabéis alguna cosa?” “Sí. Nosotros somos

los que te hemos robado la noche pasada y los que hemos raptado a tu amigo y a la que cantaba.” “¡Dios os cubra con su velo! ¿Dónde está mi amigo y aquella que cantaba?” Señalaron hacia un punto y dijeron: “¡Allí! Pero te juramos, hermano, que ninguno de nosotros ha hecho que revelen su secreto. Desde que los dejamos aquí, no los hemos molestado ni les hemos hecho preguntas: hemos visto que eran personas dignas de consideración, y esto nos ha impedido que los matásemos. Cuéntanos su historia, ya que te garantizamos tu seguridad y la de ellos”.

» Cuando hube oído estas palabras —prosigue el joyero— estuve a punto de morir de miedo y terror. Les dije: “Sabed que si la hombría se hubiese perdido, sólo se encontraría en vuestra casa, y que si hay algún secreto cuya divulgación me asusta, sólo a vosotros puedo revelároslo”. Seguí halagándolos de este modo, y comprendí que era mucho mejor explicarles el asunto que callarlo. Les referí todo lo que me había ocurrido hasta el último momento. Cuando hubieron oído mi relato, preguntaron: “¿Ese joven es Alí b. Bakkar, y ésa es Sams al-Nahar?” “Sí.” Se dirigieron hacia ellos, se disculparon y dijeron: “Hemos perdido parte de lo que hemos robado en tu casa: esto es lo que queda”. Devolvieron la mayor parte de los objetos, y se empeñaron en ser ellos mismos quienes los colocaran en su sitio. Quisieron devolverme el importe de lo que faltaba, pero acerca de esto se dividieron en dos grupos: uno, a favor mío, y otro en contra. Esto es lo que a mi asunto se refiere.

» He aquí lo referente a Alí b. Bakkar y Sams al-Nahar. Los saludé y les dije: “¿Qué ha sucedido a la criada y a las dos esclavas? ¿Adónde han ido?” “No sabemos nada.” Seguimos andando hasta el lugar en que se hallaba el esquife y embarcamos; era el mismo en que habíamos cruzado el día anterior. El hombre remó hasta dejarnos en la otra orilla. Desembarcamos. Apenas habíamos puesto el pie en la orilla cuando un grupo de hombres a caballo nos rodeó por todas partes. Nuestros acompañantes se dieron a la fuga como aves de presa, reembarcaron y se metieron en el río. Sólo quedamos Alí b. Bakkar, Sams al-Nahar y yo, clavados en la orilla, incapaces de movernos o de estarnos quietos, sin saber qué hacer. Los jinetes nos preguntaron: “¿De dónde venís?” Quedamos perplejos, sin saber qué contestar. Yo respondí que no conocíamos a los que habían escapado, pues los habíamos encontrado allí. “Nosotros —añadí— somos cantores, y ellos querían llevarnos consigo para hacernos cantar; sólo con astucia y buenas palabras hemos conseguido escapar, pues ya habéis visto lo que ha sido de ellos.”

» Los hombres miraron a Sams al-Nahar y a Alí b. Bakkar e inquirieron: “No dices la verdad: dinos quiénes sois y de dónde venís, cuál es vuestro domicilio y en qué barrio residís”. Yo no sabía lo que iba a decir, pero Sams al-Nahar corrió hacia el jefe de los jinetes y habló con él en secreto. Éste se apeó del caballo, la hizo montar en él, y llevó las riendas. Lo mismo hicieron con Alí b. Bakkar y

conmigo. El jefe de los caballeros no se detuvo hasta que llegamos a otro lugar de la orilla del río, en dónde dio algunos gritos; inmediatamente se acercaron a él un grupo de hombres. El jefe nos hizo embarcar en un esquife, mientras sus hombres lo hacían en otra embarcación. Remaron hasta llegar al palacio del Califa, mientras el terror se apoderaba de nosotros.

» Sams al-Nahar entró, y nosotros regresamos. No paramos de andar hasta llegar a un sitio desde el cual podíamos trasladarnos a nuestro domicilio. Desembarcamos y nos dirigimos a él, escoltados por el grupo de caballeros. Entramos, nos despedimos de los caballeros, y éstos se marcharon a sus quehaceres. Apenas podíamos movemos, y no distinguíamos nada. Permanecimos en este estado hasta que llegó la aurora, y al llegar la tarde, Alí b. Bakkar cayó desmayado. Las mujeres y los hombres se pusieron a llorar por él, pues había caído como fulminado. Algunos de sus familiares se acercaron a mí y me dijeron: "¡Cuéntanos qué es lo que ha ocurrido a nuestro hijo! ¡Infórmanos de la causa que lo hace estar así!" "Gentes, oíd mis palabras."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero prosiguió:] « "No me maltratéis, y esperad que él vuelva en sí y os informe de su aventura". Después los asusté y amenacé con las consecuencias que podía tener una discusión entre nosotros. Mientras estábamos en esto, Alí b. Bakkar se movió en el lecho. Sus familiares se pusieron contentos, y sus servidores se alejaron; los parientes impidieron que yo me marchase. Le rociaron la cara con agua de rosas, y cuando volvió en sí y respiró de nuevo a pleno pulmón, le preguntaron por lo que le ocurría. Él empezó a informarlos poco a poco, pues su lengua apenas podía moverse. Les mandó que me dejasen en libertad para que pudiera marcharme a mi casa, y así lo hicieron. Salí de allí sin apenas creer que hubiese podido escapar de aquella aventura y me dirigí a mi domicilio. Me acompañaron dos hombres. Cuando los míos me vieron llegar en tal estado, se abofetearon la cara en señal de duelo, pero yo les hice un signo con la mano para que se estuviesen quietos, y me obedecieron. Los dos hombres que me habían acompañado se marcharon en seguida, y yo me tendí, completamente agotado, en el lecho, y quedé inmóvil durante toda la noche.

» Me desperté cuando ya era de día. Mis familiares estaban reunidos en torno mío y me preguntaban: "¿Qué te ha ocurrido que haya podido causarte tanto mal?" Pedí que me diesen algo de beber, me lo acercaron y bebí hasta quedar harto. Luego dije: "Ha sucedido lo que tenía que suceder". Entonces se alejaron y pude excusarme con mis amigos. Les pregunté si les habían restituido parte de lo que había sido robado en mi casa. Me contestaron: "Una parte ha sido

devuelta: un hombre la ha dejado en la puerta de la casa, pero no me ha sido posible verlo". Esto me consoló, y permanecí durante dos días en mi lecho sin poder moverme; después, sacando fuerzas de flaquera, me dirigí al baño con el corazón lleno de pena pensando en Alí y en Sams al-Nahar, de los cuales no había sabido nada durante aquellos días. No había podido visitar la casa de Alí b. Bakkar, y apenas estaba tranquilo en la mía, pues temía por mí.

» Pedí perdón a Dios por lo que había hecho, y le di gracias por haberme permitido escapar sano y salvo. Al cabo de algún tiempo, el corazón me incitó a ir de nuevo por aquellos lugares, pero en seguida volví hacia atrás. Cuando estaba a punto de regresar, vi a una mujer de pie: al fijarme en ella, reconocí a la criada de Sams al-Nahar. Me alejé rápidamente, pero ella empezó a seguirme. Mi terror iba en aumento a cada mirada que le dirigía. Ella me iba diciendo: "Párate, que tengo algo que decirte". Pero yo no le hacía caso, y seguía caminando hacia la mezquita, que estaba situada en un lugar poco frecuentado. Me dijo: "Entra en la mezquita, que tengo que hablarte. Nada tienes que temer". Me conjuró a que entrase, y así lo hice. Ella entró detrás de mí. Recé dos *arracas* y después me dirigí hacia ella a desgana.

» Le pregunté: "¿Qué quieres?" Me preguntó por mi situación y se la expliqué, así como lo que le había pasado a Alí b. Bakkar. Le pregunté: "¿Qué te sucedió a ti?" "Al ver que los hombres forzaban la puerta de tu casa y penetraban en ella, me asusté y temí que fuesen servidores del Califa que iban a detenernos, a mí y a mi señora; creí que íbamos a morir en el acto. Huí por las azoteas acompañada por los dos esclavos, y fuimos a parar a un lugar elevado; nos metimos en una casa, en la que estuvimos refugiados, hasta que pudimos llegar al palacio del Califa en el peor de los estados. Ocultamos lo que nos había ocurrido, y permanecimos sobre ascuas hasta la llegada de la noche. Entonces abrí la puerta que da al río, llamé al barquero —el cual nos condujo— y le dije:

» " 'No tenemos noticias de nuestra señora. Llévame en tu barca para que pueda buscarla a lo largo del río; tal vez encuentre algún rastro'. Me hizo subir a su barca y me transportó. Estuvimos navegando hasta mediada la noche, hora a la cual vi que una barca se acercaba hacia la puerta. En ella iban un barquero, un hombre y una mujer, tendida entre ambos. Remaron hasta llegar a la orilla. La mujer desembarcó, y al verla comprendí que se trataba de Sams al-Nahar. Me acerqué a ella loca de alegría, pues había perdido toda esperanza de encontrarla con vida."» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la criada siguió explicando al joyero:] « "Al llegar a su lado me mandó que entregase mil dinares al hombre

que la acompañaba. Después, yo y las dos criadas la llevamos en brazos hasta dejarla en el lecho, en el cual permaneció toda la noche en estado lastimoso. A la mañana siguiente prohibió a esclavos y criadas que la fuesen a visitar durante aquel día. Al otro día se repuso, aunque a mí me daba la impresión de que había salido de la tumba. Le salpiqué el rostro con agua de rosas, cambió de vestidos, le lavé manos y pies, y no paré hasta conseguir que tomara alguna comida y bebida, pues ella no podía atender por sí sola ni a estas necesidades vitales. Una vez hubo aspirado el aire puro y recuperado algo la salud, le dije: '¡Señora! ¡Ten piedad de ti misma, pues has sufrido ya bastante y has estado a punto de ir a la tumba!' Me contestó: '¡Por Dios! ¡Mi buena muchacha! La muerte hubiese sido más soportable que lo que me ha ocurrido. Ojalá me hubiesen matado los ladrones; cuando salieron de casa del joyero, me preguntaron: '¿Quién eres y qué profesión tienes?' Respondí: 'Soy cantora.' Me creyeron, y luego le preguntaron lo mismo a Alí b. Bakkar, quien contestó: 'Soy un hombre del vulgo'. Nos raptaron y nos llevaron con ellos hasta su guarida.

» " 'Corríamos a su mismo paso, llenos de terror. Una vez en su guarida, me contemplaron, se fijaron en los vestidos, collares y joyas que llevaba, y se dieron cuenta de que les había mentido. Dijeron: '¡Estos collares no son propios de una cantora! ¡Sé sincera y dinos toda la verdad!' Yo callé y me dije: 'Ahora me matarán para apoderarse de los vestidos y las joyas que llevo encima'. No articulé ni una sola palabra. Volviéndose hacia Alí b. Bakkar, le dijeron: '¿De dónde vienes? Tu aspecto no es propio de un plebeyo'. Calló también él, y ambos escondimos nuestro secreto; nos pusimos a llorar, y Dios hizo que el corazón de los ladrones se compadeciese de nosotros. Nos preguntaron: '¿Quién es el dueño de la casa en la cual estabais?' 'Fulano, el joyero', contestamos. Uno de ellos dijo: 'Yo lo conozco perfectamente y sé que vive en otra casa. Yo me encargo de traéroslo ahora mismo'. Se pusieron de acuerdo en que me encerrarían a mí en un lugar, y a Alí b. Bakkar en otro. Nos dijeron: '¡Descansad y no temáis que se descubra vuestro asunto!'

» " 'Después, uno de ellos fue a buscar al joyero, regresó con él, y éste les reveló nuestro secreto, y así nos reunimos los tres. Uno de los ladrones preparó la barca, subimos en ella y pasamos a la otra orilla; aquí nos dejaron, y se fueron al tiempo que llegaba un grupo de caballeros del servicio de ronda. Nos preguntaron quiénes éramos; yo le hablé a su jefe y le dije: 'Soy Sams al-Nahar, favorita del Califa. Después de haberme emborrachado, salí a visitar a la mujer de un visir. Pero los ladrones me han raptado y me han conducido hacia este lugar. Al veros han emprendido la fuga. Yo te recompensaré'. El jefe de los jinetes en servicio de ronda me reconoció, se apeó de su caballo y me hizo montar en él. Lo mismo hicieron con Alí b. Bakkar y el joyero. Ahora estoy intranquila sin saber lo que les ha ocurrido. Ve, saluda al joyero y pídele nuevas de Alí b. Bakkar'. Yo la reprendí por lo que había hecho: '¡Señora! ¡Preocúpate de ti misma!' Mis

palabras la enfadaron, y me gritó. Me marché de su lado, fui a buscarte y no te encontré. Como temía ir al encuentro de Alí b. Bakkar, esperé a que regresaras para preguntarte por él y saber lo que le había ocurrido. Te ruego que aceptes algo de dinero, ya que probablemente habrás tomado prestados algunos objetos de tus amigos, y te los habrán robado. Es necesario que indemnices a las personas cuyos objetos fueron robados en tu casa". Yo repliqué: "De buen grado". La acompañé hasta llegar a las inmediaciones de mi casa. Me dijo que la esperase allí» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero continuó diciendo:] « Se marchó, y al cabo de poco volvió trayendo cierta suma, que me entregó. Me dijo: "Señor mío, ¿dónde volveremos a vernos?" "Me voy a mi casa ahora mismo, y procuraré salvar todas las dificultades por amor a ti, para que consigas llegar hasta Alí. Mas, por ahora, esto es imposible." Se despidió de mí y se marchó; yo cogí el dinero y me lo llevé a casa. Lo conté y vi que ascendía a cinco mil dinares. Di parte de la suma a mis parientes, indemnicé a los que me habían prestado cosas, cogí a mis criados y me marché a la casa en que me habían sido robados los objetos. Mandé llamar a carpinteros y albañiles, que la dejaron igual que estaba antes; llevé a ella mis esclavos, y olvidé lo que me había ocurrido. Después me dirigí a la casa de Alí.

» En cuanto llegué, salieron a recibirme sus pajes, y uno de ellos me dijo: "Todos nosotros andamos en tu busca noche y día, pues nuestro señor ha prometido que pondría en libertad a aquel que te encontrase. Te hemos buscado, pero no te hemos encontrado en ningún sitio. Mi señor se encuentra mal, y a veces desvaría. Cuando tiene plena conciencia, te recuerda y dice: 'Traédmelo para que lo vea una vez más. Después podrá marcharse a sus asuntos'".

» Entré, acompañado por el muchacho, a ver a su señor. Lo encontré sin habla. Me senté junto a su cabecera. Abrió los ojos, y al verme, dijo: "¡Bien venido!" Lo ayudé, lo hice sentarse y lo estreché contra mi pecho. Él me dijo: "Sabe, hermano mío, que desde que me he metido en el lecho, ésta es la primera vez que me siento. ¡Loado sea Dios, que me permite volver a verte!" Lo ayudé para que se pusiera de pie y diese algunos pasos; le cambié los vestidos, le di algo de beber, y cuando comprobé que estaba más animado, le referí todo lo que había oído decir a la criada, sin que nadie me oyese. Lo exhorté a animarse, ya que conocía su mal. Sonrió, y yo añadí: "Ya tendrás quien te contente y venga a curarte". Después, Alí b. Bakkar ordenó que le diesen de comer y así lo hicieron. Al terminar hizo un gesto a sus servidores, los cuales se alejaron, y me dijo: "¡Has visto lo ocurrido, hermano mío!" Me preguntó cómo había pasado aquel

período. Le conté todo lo que me había sucedido, desde el principio hasta el fin. Se maravilló de ello, y después ordenó a sus criados que le acercasen ropas. Éstos le entregaron un rico tapete y bastantes monedas de oro y de plata, muchas más de las que yo había perdido, y me regaló todas estas cosas, que yo mandé a mi casa.

» Pasé con él toda la noche, y, llegada la mañana, me dijo: "Sabe que toda cosa tiene un fin, y que el fin del amor es la muerte o la unión. Yo estoy mucho más cerca de la muerte. ¡Ojalá hubiese muerto antes de que hubiese ocurrido esto! Sin el favor de Dios habríamos sido descubiertos; no sé qué podrá salvarme de esta situación en que me encuentro. Si no fuese por el temor de Dios, me mataría. Sabe, hermano mío, que soy igual que el pájaro que está metido en la jaula: mi espíritu está agobiado por la desesperación, pero el momento de la muerte está determinado a plazo fijo". Derramó abundantes lágrimas y recitó estos versos:

Otros hombres antes que yo se han quejado del dolor de la separación, y el temor que el alejamiento impone a vivos y muertos.
Pero no he oído hablar ni he visto a quienes soportasen penas semejantes a la que encierra mi pecho.

» Al terminar la poesía le dije: "¡Señor mío! He resuelto volver a mi casa, pues la criada puede regresar con algunas noticias". Alí b. Bakkar me contestó: "No hay inconveniente, pero apresúrate a volver a mi lado tan pronto como sepas algo". Me despedí de él, y me marché a mi casa. Apenas había tenido tiempo de sentarme, cuando vi que la criada se acercaba. Venía llorando y sollozando. Le pregunté: "¿A qué viene esto?" "¡Señor mío! Sabe que ha ocurrido lo que temíamos que ocurriera. Ayer, al separarme de tu lado, encontré a mi señora encolerizada con una de las esclavas que estuvieron con nosotros la noche de marras; había mandado que la apaleasen. La mujer huyó a causa del miedo que mi señora le infundía. En la puerta tropezó con uno de los funcionarios de palacio. Éste quiso hacerla volver junto a su señora, y ella hizo algunas alusiones sobre ésta; él la agasajó y la hizo hablar acerca de su condición, y así consiguió que le refiriese todo lo ocurrido. La denuncia ha llegado al Califa, quien ha mandado trasladar a palacio a mi señora, Sams al-Nahar, junto con todos sus bienes, encargando de su cuidado a veinte criados. Desde entonces no he podido acercarme a ella ni informarla de lo ocurrido. Temo que me suceda alguna desgracia. ¡Señor! ¡No sé qué hacer por mí o por ella! ¡Ella no tiene a su lado nadie mejor que yo para guardar sus secretos!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la criada siguió diciendo al joyero:] « “Ve en seguida, señor mío, a ver a Alí b. Bakkar, y cuéntaselo todo para que pueda tomar sus medidas, y para que sepa qué hacer en el caso de que se descubra todo”». Prosigue el joyero: « Estas noticias me preocuparon muchísimo, y lo vi todo negro delante de mis ojos. La muchacha se disponía a marcharse, pero yo le pregunté: “¿Cuál es tu opinión?” “Que corras a casa de Alí b. Bakkar, si es que es tu amigo y quieres salvarlo, y lo informes de todo lo más pronto posible. Yo iré a buscar más noticias.” Se despidió de mí y se marchó. Cuando hubo salido, me dirigí, pisando sus talones, a casa de Alí b. Bakkar, y lo encontré hablando consigo mismo de la unión de los amantes y consolándose con lo que era imposible. Al verme, me preguntó: “¿Cómo es que has vuelto tan pronto?” “¡Déjate de comentarios inútiles y no te obsesiones más en lo que te preocupa! Ha ocurrido algo que puede costarte la vida y los bienes.”

» Al oír estas palabras, se asustó y dijo: “¡Hermano mío! ¡Cuéntame lo ocurrido!” “¡Señor mío! Sabe que ha sucedido esto y esto. Si continúas en esta casa hasta el fin del día, estás perdido sin remedio.” Alí b. Bakkar se quedó perplejo, y poco faltó para que el alma se le escapase del cuerpo. Después se rehízo un tanto y preguntó: “¿Qué hemos de hacer, hermano mío? ¿Cuál es tu opinión?” “Coge la mayor cantidad de dinero que puedas, toma contigo un criado en el que tengas absoluta confianza, y vente conmigo a otro país antes de que termine el día.” “¡De buen grado!” Se puso de pie de un salto, pero como estaba muy turbado, unas veces andaba, y otras se caía. Cogió todo lo que pudo, se excusó ante sus familiares, a los que dio algunos consejos, y tomando consigo tres camellos cargados, montó en una bestia.

» Yo hice lo mismo que él, salimos de la ciudad con el mayor sigilo y marchamos sin parar durante todo el día y la noche siguiente. Al fin de ésta, descargamos nuestras mercancías, dimos de comer a los camellos y nos fuimos a dormir, pues la fatiga nos hizo descuidar nuestra seguridad. Los ladrones nos rodearon, nos robaron todo lo que teníamos, mataron a los criados y nos abandonaron en el peor de los estados, en aquel mismo lugar. Se marcharon con los bienes robados. Cuando nos pusimos en pie, reemprendimos el camino hasta la mañana, hora a la cual llegamos a una ciudad, en la que entramos y nos dirigimos a la mezquita. Íbamos medio desnudos y nos sentamos en un rincón, en donde estuvimos llorando todo el resto del día. Llegada la noche, nos metimos en la mezquita sin haber comido ni bebido nada. Al día siguiente rezamos la oración de la aurora y nos sentamos. Entró un hombre, nos saludó y rezó dos *arracas*. Después, volviéndose hacia nosotros, nos preguntó: “¿Sois forasteros?” “Sí; los ladrones nos han robado en el camino y no nos han dejado nada. Hemos entrado en esta ciudad, en la que no conocemos a nadie que pueda concedernos asilo.” “¿Queréis venir conmigo a mi casa?”

» Yo dije a Alí b. Bakkar: “Vayamos con él y nos salvaremos de dos peligros: el primero, del temor que sentimos a ser descubiertos si entra en esta mezquita alguien que nos conozca; el segundo, el de no saber dónde refugiarnos, ya que somos forasteros”. Alí b. Bakkar replicó: “¡Haz lo que quieras!” El hombre nos dijo por segunda vez: “¡Oh, pobres! Hacedme caso y venid conmigo a casa”. Yo le contesté que iríamos de buen grado; él nos dio parte de su vestido para que nos tapásemos, y nos trató amablemente. Nos dirigimos a su casa, llamó a la puerta y salió a abrirnos un criado pequeño. El dueño de la casa entró, y nosotros lo seguimos. El hombre mandó que nos trajesen un fardo con trajes y ropas, y nos pudimos vestir. Luego nos dio dos bandas de tela, con las que nos hicimos un turbante. Nos sentamos, y en seguida compareció una criada, que nos colocó delante una mesa. Comimos un poco, y después la retiraron.

» Permanecimos allí hasta que llegó la noche. Entonces, Alí b. Bakkar empezó a lamentarse y me dijo: “¡Hermano mío! Sabe que voy a morir sin remedio, y deseo hacerte mi albacea. Una vez haya muerto, irás a ver a mi madre y le rogarás que venga aquí para asistir a mi funeral y al lavado de mi cuerpo. Le recomendarás que se resigne”. Luego cayó desmayado. Al volver en sí oyó a una esclava que cantaba a lo lejos y recitaba versos. Prestó atención y distinguió su voz. Unas veces se quedaba pensativo; otras se reía o lloraba, por la pena que lo afligía. La joven moduló y recitó estos versos:

La separación y el alejamiento han llegado pronto después de haber estado cerca, de acuerdo y en la intimidad.
Las vicisitudes de las noches nos han alejado: ¡ojalá supiese cuándo volveremos a reunimos!
¡Cuán amarga es la separación después de haber estado unidos! ¡Ojalá nunca afligiese a los amantes!
El trago de la muerte dura un instante, y después cesa, pero la separación del amado aflige eternamente al corazón.
Si encontrásemos un camino que nos permitiese llegar a la separación, haríamos gustar a ésta el dolor de la separación.

» Al oír estos versos, Alí b. Bakkar fue víctima de un estertor, y el alma abandonó su cuerpo.

» Al verlo muerto, lo recomendé al dueño de la casa y le dije: “Voy a Bagdad para informar a su madre y a sus parientes, y pedirles que vengan a encargarse de su sepultura”. Me dirigí a Bagdad, entré en mi casa y me cambié los vestidos; luego fui al domicilio de Alí b. Bakkar. Sus criados, al verme, se acercaron y me preguntaron por él. Les respondí que pidiesen permiso a su madre para que yo pudiese visitarla. Me concedió el permiso, entré, la saludé y dije: “Cuando Dios dispone que ocurra una cosa, no hay modo de evitarla. Todas

las personas deben morir, pero tienen fijado su plazo con el permiso de Dios". La madre de Alí b. Bakkar se imaginó, al oír estas palabras, que su hijo había muerto, y se puso a llorar desconsoladamente. Después dijo: "¡Te conjuro, en el nombre de Dios, a que me digas si mi hijo ha muerto!"

» El dolor que sentía me impidió contestarle. Al verme en esta situación, sus lágrimas aumentaron y cayó desmayada en el suelo. Cuando volvió en sí preguntó: "¿Qué le ha ocurrido a mi hijo?" Le contesté: "¡Dios te recompense ampliamente por su pérdida!" Después le expliqué todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. Ella me preguntó: "¿Te ha hecho algún legado?" "Sí." Le expliqué lo que quería y añadí: "Apresúrate a hacer los preparativos para acudir junto a su cuerpo". La madre de Alí b. Bakkar cayó desmayada al oír estas palabras. Al volver en sí decidió cumplir lo que yo le había recomendado. Regresé a mi casa, y por el camino fui pensando en su belleza. Mientras así andaba, se me acercó una mujer, que me cogió por la mano» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero prosiguió su relato:] « La contemplé y reconocí a la criada que acostumbraba venir de parte de Sams al-Nahar. Estaba deshecha. Ambos nos pusimos a llorar y seguimos andando hasta llegar a la casa. Le dije: "¿Sabes lo que ha ocurrido a Alí b. Bakkar?" "No, por Dios." Le expliqué todo lo que le había sucedido y terminé preguntándole por la situación de su señora. Ella me contó: "El Emir de los creyentes, dado su gran amor por ella, no ha hecho caso de nada de lo que se le ha referido, y ha interpretado todos sus actos del modo más benévolo posible. Le ha dicho: 'Sams al-Nahar: te tengo en gran estima y te soporto a pesar de tus enemigos' Después ha mandado que tapizasen una habitación dorada y un hermoso salón. La joven siguió conservando todo su ascendiente. Pero un día, el Califa se sentó para beber, según su costumbre, ordenó que llamaran a las favoritas, las hizo sentar en sus sitios y retuvo a su lado a Sams al-Nahar. Ésta no tenía bastante paciencia, y estaba preocupada por sus cosas. Él mandó que cantase una de las esclavas. La muchacha tomó el laúd, empezó a tocarlo y recitó:

Un huésped me ha invitado al amor y he aceptado. A causa de la pasión, las lágrimas trazan líneas en mis mejillas.
Parece que las lágrimas denuncian nuestro estado: revelan lo que escondo, y esconden lo que yo aparento.
¿Cómo puedo ambicionar guardar en secreto la pasión, si mi gran amor por ti descubre lo que encierro?
Después de la pérdida de las personas queridas, la muerte es lo mejor que

puede ocurrirme. ¡Ojalá supiera qué es lo que les va a gustar después de mi muerte!

» ”Sams al-Nahar, al oír aquello, no pudo continuar sentada y cayó desmayada. El Califa tiró la copa, la atrajo hacia sí y dio un grito, que fue seguido por el de las muchachas. El Emir de los creyentes dio la vuelta al cuerpo de la muchacha y vio que había muerto. Esto lo entristeció de tal modo, que mandó destruir todos los instrumentos musicales que había en el salón. Pasó a su lado el resto de la noche, y al hacerse de día la amortajó y ordenó que la lavasen y la enterrasen. Ha quedado muy triste, y no ha preguntado ni por su condición, ni por el asunto en que se había enredado”» .

La muchacha preguntó al joyero: « ¡Te conjuro, por Dios, a que me digas la hora a la que saldrá el entierro de Alí b. Bakkar, y a que me lleves a su sepultura!» « Yo puedo encontrarme en el lugar que quiera —contestó el joyero —; pero, ¿quién puede llegar hasta ti, dado el lugar en que te encuentras?» « El mismo día de la muerte de Sams al-Nahar, el Emir de los creyentes dio la libertad a todas sus criadas; yo soy una de ellas. Nos encontraremos junto a su tumba a tal hora.» El joyero concluye: « La acompañé al cementerio a visitar la tumba de Sams al-Nahar, y después me marché a mis asuntos y a esperar la llegada del entierro de Alí b. Bakkar. Las gentes de Bagdad, y yo entre ellas, salieron a recibirlo, y encontré a la muchacha mezclada entre las mujeres, que, entre todas, era la más triste. Jamás he visto en Bagdad un entierro al que haya acudido más gente. La multitud lo siguió hasta la tumba, en donde fue enterrado. Desde entonces visito con cierta frecuencia su tumba o la de Sams al-Nahar» .

—Ésta es su historia, pero no es más hermosa que la del rey Sahramán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta*, refirió:

HISTORIA DEL DURMIENTE Y DEL DESPIERTO

ME he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que bajo el califato de Harún al-Rasid vivía un hombre que era comerciante. Tenía un hijo que se llamaba Abu-l-Hasán el Disoluto. El padre murió y le dejó en herencia grandes riquezas. El muchacho dividió sus bienes en dos partes; guardó la mitad y fue gastando de la otra mitad. Frecuentaba a los ricos y a los hijos de los comerciantes y los fue recibiendo a comer y a beber hasta que acabó con sus bienes y perdió todo lo que tenía. Entonces se dirigió a visitar a sus compañeros, contertulios y comensales y les expuso la situación en la que se encontraba, revelándoles el poco dinero que quedaba en su mano. Pero ninguno lo socorrió. Volvió al lado de su madre de mal humor y le refirió todo lo que le había ocurrido y lo mal que lo habían tratado sus amigos, y que no habían querido reconocerlo. Le replicó: « ¡Abu-l-Hasán! ¡Así son los hijos de nuestro tiempo! Si tienes algo se te acercan, pero si nada tienes se apartan de ti» . El joven empezó a lamentarse mientras corrían las lágrimas. Recitó:

Si mis bienes disminuyen, no tengo amigo que me ayude; si aumentan mis riquezas, toda la gente es mi amigo.
¡Cuántos amigos sólo lo fueron por el dinero, y cuando éste se agotó, se transformaron en mis enemigos!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y tres (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que de un brinco fue al lugar en que guardaba la mitad de los bienes que le quedaban, y con ellos vivió feliz, jurando que no volvería a tratar jamás a aquellos que ya conocía; prometió que sólo se relacionaría con los forasteros y que no los frecuentaría más que una única noche, pues en cuanto amaneciera dejaría de reconocerlos. Todas las noches se sentaba sobre el puente y examinaba a todos los que cruzaban por él. Cuando veía un extranjero que se le acercaba, lo llevaba a su casa y le hacía los honores durante toda la noche, hasta que amanecía. Entonces lo despedía, y no volvía ni a saludarlo, ni a aproximarse a él ni a invitarlo.

Hizo esto durante un año entero. Cierto día, mientras, como de costumbre, estaba sentado en el puente mirando a los que pasaban, en busca de recoger a uno para llevarlo a su casa, vio aparecer al Califa y a Masrur, el portador del sable de la venganza. Ambos iban disfrazados como era su costumbre. Abu-l-Hasán los contempló. Se puso de pie, sin saber quiénes eran, y les dijo: « ¿Queréis acompañarme a mi casa? Comeréis lo que esté hecho y beberéis lo

que haya; habrá pan en forma de torta, carne asada al vapor y vino puro» . El Califa se negó. Abu-l-Hasán insistió y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Por Dios! ¡Ven conmigo y serás mi huésped esta noche! No defraudes la esperanza que he puesto en ti» . Insistió sin descanso hasta que el Califa aceptó. Abu-l-Hasán se alegró, echó a andar delante, y no paró de hablar con él hasta que llegó a su domicilio. Entró y dejó sentado en la puerta a su criado.

El Califa se sentó y Abu-l-Hasán le sirvió algo de comer. Cenó en compañía de su huésped hasta saciarse. Después se llevaron la mesa, se lavaron las manos y el Califa se sentó. Abu-l-Hasán acercó el servicio de beber, se colocó a su lado y llenó una copa y la bebió; después llenó la de su huésped, le sirvió y siguió hablando con él. El Califa, admirado de los buenos modos de Abu-l-Hasán, le preguntó: « ¡Joven! ¿Quién eres? Date a conocer para que pueda recompensarte por tu hospitalidad» . Abu-l-Hasán se sonrió y le contestó: « ¡Señor mío! ¡Dejémonos del pasado y de intentar volvernos a reunir otra vez!» « ¿Y a causa de qué? ¿Por qué no me explicas lo que te sucede?» « Sabed, señor mío, que mi historia es prodigiosa y que todo esto tiene su causa.» « ¿Cuál es?» « La causa tiene su cola.» El Califa rompió a reír de sus palabras.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Abu-l-Hasán siguió: « Voy a aclararte todo esto con la historia del vagabundo y el cocinero» .

Refirió: « Sabe, señor mío, que cierto día un vagabundo se encontró sin nada. El mundo se le hizo estrecho, perdió la paciencia y se durmió. En esta situación siguió hasta que le quemó el sol y apareció la espuma en su boca. Se puso en pie, arruinado, sin tener ni un dirhem. Cruzó delante de la tienda de un cocinero que había colocado en ella cazuelas en las cuales brillaba la grasa y las especias despedían un aroma agradable. El cocinero estaba de pie detrás de todas aquellas cazuelas, limpiando las balanzas, lavando las fuentes, barriendo la tienda y regándola. El vagabundo se acercó, lo saludó, entró en la tienda y le dijo: “Pésame medio dirhem de carne, un cuarto de comida y otro cuarto de pan”. El cocinero así lo hizo y colocó la comida ante el vagabundo, quien comió todo lo que había en el plato y lo rebañó. Tras esto se quedó perplejo, sin saber lo que debía decir al cocinero sobre el importe de la comida.

» Empezó a pasear sus ojos por todos los objetos de la tienda, a volverse de un lado para otro: vio que había un pote cabeza abajo. Lo levantó del suelo y encontró debajo una cola de caballo aún fresca, que aún goteaba sangre. Así se dio cuenta de que el cocinero mezclaba la carne de caballo con la otra. Al descubrir esta falta se alegró. Se lavó las manos, bajó la cabeza y salió. El cocinero, al ver que se marchaba sin pagar el importe de la comida, gritó:

“¡Detente, ladrón, bandido!” El vagabundo se detuvo, se volvió hacia él y le dijo: “¿Eres tú quien me chilla y me increpa con semejantes palabras, demonio?” El cocinero se encolerizó, salió de la tienda y dijo: “¿Qué quieres decir con tus palabras, devorador de carne y de alimentos, de pan y de condimentos? ¿Cómo te vas tan tranquilo como si nada hubiese pasado, sin pagar lo que me corresponde?” “¡Mientes, bastardo!” El cocinero chilló, agarró por el cuello al vagabundo y gritó: “¡Musulmanes! ¡Este pícaro ha sido hoy mi primer cliente, ha comido mis guisos, pero no me ha dado nada!”

» Las gentes se reunieron alrededor de los dos, censuraron al vagabundo y le dijeron: “¡Paga lo que has comido!” “¡Le he dado un dirhem antes de entrar en la tienda!” “Si él me ha dado algo, ¡haga Dios que todo lo que yo venda hoy sea ilícito! No me ha dado nada, ¡quia!; ha comido mis guisos, ha salido y se ha marchado sin pagarme.” “Te he dado un dirhem.” Insultó al cocinero y éste le replicó. El vagabundo se abalanzó sobre él, se cogieron, se agarraron y se pelearon. La gente, al verlos, se acercó y les dijo: “¿Qué significan estos golpes que os propináis? ¿Cuál es la causa?” El vagabundo explicó: “¡Sí, por Dios! ¡Tienen una causa, y la causa es la cola!” El cocinero dijo: “¡Cierto, por Dios! Ahora acabas de recordarme que me has dado un dirhem. Sí, por Dios, me has dado un dirhem. Vuelve a recoger el cambio de tu dirhem”. El cocinero había comprendido lo que quería decir al citar la cola.

» Por tanto, hermano mío, mi historia tiene una causa, tal como te he dicho» . El Califa se rió de él y dijo: « ¡Por Dios que ésta ya es una buena historia! Cuéntame ahora tu historia y explícame la causa» . « ¡De mil amores!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y cinco (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu-l-Hasán continuó:] « Sabe, huésped mío, que me llamo Abu-l-Hasán el Pícaro. Mi padre, al morir, me legó grandes riquezas y yo hice de ellas dos mitades; guardé una y la otra la gasté con los amigos, invitando a mi mesa a comensales, conocidos e hijos de comerciantes: no quedó nadie sin que yo le invitara y él me correspondiera: gasté todos mis bienes con los compañeros y en la vida de relación, hasta el punto de que ya no me quedó nada.

» Entonces me dirigí a los amigos y comensales con los cuales me había gastado mis bienes, esperando que tal vez se compadeciesen de mi situación. Fui a visitar a todos, pero no encontré ni uno tan siquiera que me ayudase o compartiese conmigo una rebanada de pan. Lloré por mí, corrí al lado de mi madre y me quejé a ella de mi situación. Me replicó: “Así es el trato con la gente: si tienes algo, se te acerca y se lo come; si no tienes nada, se aleja de ti y te rechaza”. Entonces saqué la otra mitad de mis bienes y me juré que no

volvería a convidar a nadie más de una noche; después me despediría de mi huésped y no volvería a saludarlo ni a dirigirme a él. Esto es lo que quería decir al exclamar: “Evitemos que vuelva a ocurrir lo que ya pasó”, puesto que no he de volver a reunirme contigo después de esta noche» .

El Califa se rió estrepitosamente al oír esto y dijo: « ¡Por Dios, hermano mío! Tienes disculpa en todo este asunto. Pero yo, si Dios lo quiere, no me separaré de ti» . « ¿No te he dicho, huésped mío: “Evitemos que vuelva a ocurrir lo que ya pasó”? Yo no prolongo la compañía de los amigos ni invito a nadie por más de una noche.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y seis (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se colocó la mesa delante del Califa, le sirvieron un plato de ganso asado y una rebanada de pan de buena calidad. Abu-l-Hasán se sentó y cortó y preparó los bocados al Califa. Ambos comieron hasta hartarse. Después les acercaron la jofaina, el aguamanil y la potasa y se lavaron las manos. Encendieron tres velas y tres candiles y prepararon la mesa del vino: pusieron un vino puro, añejo, cuyo aroma recordaba al del mejor almizcle. Llenó el primer vaso y dijo: « Ahora, huésped mío, vamos a dejarnos, con tu permiso, de la etiqueta. Tu criado está a tu lado; no sabría separarse de ti» ; Bebió la copa, llenó otra y la entregó a su huésped. El Califa estaba admirado de sus actos y de sus bellas palabras. Se dijo: « ¡Por Dios que he de recompensarlo por esto!» Una vez Abu-l-Hasán hubo llenado y entregado la copa al Califa, empezó a recitar estos versos:

Si hubiésemos sabido que llegabais, hubiésemos sorbido la sangre del corazón o el negro de los ojos.
Hubiésemos alfombrado nuestro pecho para acogeros y recubierto el camino con nuestros párpados.

El Califa, al oír estos versos, aceptó la copa que le ofrecía, la bebió y se la devolvió. Abu-l-Hasán la tomó, la llenó y bebió; después la llenó y la entregó al Califa recitando estos versos:

Tu presencia nos honra y nos damos perfecta cuenta.
Si os vais no hay quien os pueda sustituir a nuestro lado.

Bebieron y conversaron hasta mediada la noche. El Califa le preguntó: « ¡Amigo mío! ¿Te pasa algo por la cabeza que deseas que se realice o tienes

algún pesar que quieres que desaparezca?» Le contestó: « ¡Por Dios! En mi corazón hay una pena. ¿Por qué no he de poder mandar y prohibir para realizar lo que tengo en la mente?» « ¡Por fin! ¡Por Dios, hermano mío! ¡Dime qué es lo que te pasa por la mente!» « Desearía que Dios me vengase de mis vecinos. Hay una mezquita en la que residen cuatro jeques. En cuanto recibo a un huésped me amargan la vida, me dirigen palabras gruesas y me amenazan con ir a quejarse al Emir de los creyentes; sí, me molestan demasiado. Desearía que Dios (¡ensalzado sea!) me concediese el poder por un solo día para hacer administrar a cada uno de ellos cuatrocientos latigazos; y lo mismo haría con el imán de la mezquita. Después los enviaría, acompañados por un pregonero, a recorrer la ciudad de Bagdad: éste gritaría: "Ésta es la recompensa —¡y qué pequeña es!— de aquellos que odian y aguan las fiestas de la gente". Esto es todo lo que deseo. Nada más.»

El Califa le contestó: « ¡Que Dios te conceda lo que deseas! Permítenos que bebamos y nos marchemos, pues se aproxima la aurora. La próxima noche cenaremos contigo» . « ¡Quia!» El Califa llenó la copa, colocó en ella una pastilla de narcótico de Creba y la ofreció a Abu-l-Hasán diciendo: « ¡Por vida mía, hermano! ¡Bebe esta copa en mi propia mano!» « ¡Sí, por tu vida! Beberé la copa de tu mano.» Pero en cuanto la hubo cogido y bebido cayó por el suelo como si estuviese muerto. El Califa salió y dijo a su criado Masrur: « Entra a buscar a ese joven, al dueño de la casa, y cógelo. Cierra la puerta al salir, y tráemelo a palacio» . Masrur entró, cargó a Abu-l-Hasán, cerró la puerta y siguió a su señor. No paró de andar hasta llegar con él a palacio: la noche se estaba terminando y los gallos empezaban a cantar.

Entró en el alcázar llevando a Abu-l-Hasán encima de sus hombros. Lo depositó delante del Emir de los creyentes, que se estaba riendo. Éste mandó llamar a Chafar el barmekí. Cuando llegó le dijo: « ¡Fíjate en este joven! Mañana lo verás sentado, en mi lugar, sobre el trono de mi califato, vestido con mis trajes. Ponte a sus órdenes y recomienda a los emires, a los grandes, a los súbditos de mi Imperio y a mis cortesanos que se pongan a su disposición y ejecuten lo que les ordene. Si te manda algo, ejecútalo, y escúchalo sin rechistar durante todo el día que nace» . Chafar aceptó la orden diciendo que oír era obedecer, y se marchó. El Califa se dirigió a ver a las esclavas del alcázar y éstas salieron a recibirlo. Les dijo: « Mañana, cuando ese chico dormido se despierte de su sueño, besad el suelo delante de él, poneos a su servicio, corred a su alrededor, vestidlo con los trajes regios y tratadlo como si fuese el Califa, sin negarle ninguno de los requisitos debidos a su cargo, y decidle: "Tú eres el Califa"» . Les explicó lo que debían decir y hacer con él. Después se metió en una celda disimulada, se echó una colcha encima y se durmió. Esto es lo que hace referencia al Califa.

He aquí lo que hace referencia a Abu-l-Hasán: Siguió sumergido en el sueño hasta que, llegada la aurora, fue inminente la salida del sol. Entonces se acercó a

él un criado y le dijo: « ¡Señor nuestro! ¡Es la hora de la oración de la mañana!» Al oír estas palabras se rió, abrió los ojos y los paseó por el alcázar. Se fijó en los detalles del palacio, cuyas paredes estaban cubiertas de oro y lapislázuli y cuyo techo estaba moteado con oro rojo; a su alrededor tenía habitaciones cuyas puertas estaban tapadas por cortinas de seda con incrustaciones de oro; por todas partes había vasos de oro, de porcelana china y de cristal; tapices y alfombras extendidas. Esclavas y criados; mamelucos y eunucos; pajes, esclavos y muchachos lo rodeaban. La razón de Abu-l-Hasán quedó en suspenso. Dijo: « ¿Estoy despierto o sueño? ¿Es éste el paraíso eterno?» Cerró los ojos y volvió a dormirse. El criado le dijo: « ¡Señor mío! Ésta no es la costumbre del Emir de los creyentes» .

A continuación todas las servidoras del alcázar se acercaron a él y lo pusieron sentado. Entonces se dio cuenta de que se encontraba en un lecho situado a un codo de altura sobre el suelo y que todo él estaba repleto de seda. Lo obligaron a mantenerse sentado y lo apoyaron en una almohada. Abu-l-Hasán se fijó en el tamaño del palacio, vio a los criados y criadas que, dispuestos a servirle, estaban a su cabecera. Burlándose de sí mismo dijo: « ¡Por Dios! ¡Me parece estar despierto, cuando en realidad duermo!»

Se puso de pie y volvió a sentarse mientras las criadas, que se reían de él, intentaban disimularlo. Perplejo, se mordió un dedo: se hizo daño, dio un grito y se lamentó. El Califa, que lo estaba observando desde donde no podía ser visto, se rió. Abu-l-Hasán se volvió hacia una criada y le ordenó que se acercase. Le preguntó: « ¡Por la protección de Dios, criada! ¿Soy el Emir de los creyentes?» « ¡Cierto, sí, por la protección de Dios! ¡Tú eres ahora el Emir de los creyentes!» « ¡Mientes!» Se volvió hacia un criado alto y lo llamó. Éste se acercó, besó el suelo ante él y dijo: « ¡A tu servicio, Emir de los creyentes!» « ¿Quién es el Emir de los creyentes?» « ¡Tú!» « ¡Mientes!»

Sahrazad se dio cuenta de qué amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y siete (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se acercó otro eunuco y le preguntó: « ¡Maestro! ¡Por la protección de Dios! ¿Soy el Emir de los creyentes?» « ¡Sí, señor mío! Tú eres en este tiempo el Emir de los creyentes y el sultán de los mundos.» Abu-l-Hasán se burló de sí mismo, se quedó confuso y perplejo ante lo que veía. Dijo: « Si ayer era Abu-l-Hasán, ¿cómo he pasado a ser hoy el Emir de los creyentes?» El jefe de los eunucos se acercó a él y le dijo: « ¡Emir de los creyentes! ¡Por el nombre de Dios a todo tu alrededor! ¡Tú eres el Emir de los creyentes y el sultán de los sultanes!» Las esclavas y los criados desfilaron a su alrededor mientras él seguía boquiabierto ante lo que ocurría.

Le ofreció unas zapatillas de seda cruda y verde que tenían incrustaciones de

oro rojo. Abu-l-Hasán las cogió y se las guardó en la manga. El mameluco gritó y dijo: « ¡Por Dios! ¡Por Dios, señor mío! Esto son las babuchas para los pies, para que vayas al retrete» . Abu-l-Hasán se avergonzó, las sacó de la manga y se las puso en los pies. Por su parte, el Califa estaba muriéndose de risa. El mameluco le precedió hasta el retrete. Abu-l-Hasán entró, hizo sus necesidades y salió dirigiéndose hacia palacio. Los criados le ofrecieron una jofaina de oro y un aguamanil de plata y vertieron el agua encima de sus manos. Él hizo las abluciones. Extendieron la alfombra para orar y empezó a hacer *arracas*[73] y prosternaciones. Hizo veinte *arracas* mientras pensaba y se decía: « ¡Por Dios! ¡Yo soy realmente el Emir de los creyentes! De lo contrario esto sería un sueño, y en los sueños no ocurren todas estas cosas» .

Convencido y cierto ya en su interior de que era el Emir de los creyentes, terminó la oración.

Los mamelucos y los criados corrieron hacia él llevándole vestidos de seda y lino. Después le pusieron el manto distintivo del Califa y le colocaron en la mano un puñal. Salió: los criados mayores le precedían y los menores iban detrás de él. Levantaron el velo y se sentó en el alcázar, en la sala de audiencias, en el trono del califato. Desde aquí vio cortinas y cuarenta puertas: allí estaban al-Ichli, al-Raqasi, Abdán, Chadín y Abu Ishaq el Contertulio; vio también yelmos, cimitarras, cascos, espadas doradas y arcos; persas y árabes; turcos y daylamíes; príncipes y ministros; soldados y magnates; grandes del reino y autoridades: allí estaba todo el imperio abbasí y todo el respeto debido a la familia del Profeta. Se sentó en el trono del califato y guardó el puñal en el pecho. Todos se acercaron a besar el suelo ante él y hacer votos por su larga vida.

Chafar el barmekí se aproximó, besó el suelo y dijo: « ¡Dios te conceda el paraíso como refugio y haga del fuego lugar de reunión para tus enemigos! ¡Que ningún vecino te perjudique! ¡Ojalá vivas siempre en medio de los rayos de luz, califa de las ciudades, gobernador de las regiones!» Abu-l-Hasán, en cambio, le replicó: « ¡Perro de los hijos de Barmak! Tú y el gobernador de la ciudad dirigíos ahora mismo al lugar tal, situado en tal barrio, y dad cien dinares a la madre de Abu-l-Hasán el Disoluto y saludadla en mi nombre. Detened a los cuatro jeques, dad a cada uno de ellos cuatrocientos latigazos, hacedlos montar en un asno y paseadlos por toda la ciudad, desterrándolos luego de esta capital. Debes hacer que un pregonero grite delante de ellos: “Ésta es la recompensa —¡y qué pequeña es!— de aquellos que hablan más de la cuenta, molestan a sus vecinos y les aguan sus fiestas, sus comidas y sus bebidas”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y ocho (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Chafar besó el suelo ante él y aceptó la orden con sumisión. Abandonó a Abu-l-Hasán el Disoluto y se dirigió a la ciudad a ejecutar lo que le había mandado. Abu-l-Hasán siguió en sus funciones de Califa: cogió y dio, mandó y prohibió y pronunció sus órdenes hasta el fin del día. Después levantó la sesión y los emires y los magnates del reino se fueron a sus quehaceres. Los criados se acercaron a él, le desearon larga vida y poder, se pusieron a su servicio, levantaron la cortina y se dirigió al alcázar. Las velas estaban encendidas, los candiles daban su luz y las cantoras tocaban.

El entendimiento de Abu-l-Hasán estaba perplejo. Dijo: « ¡Realmente, por Dios! ¡Soy el Emir de los creyentes!» Al llegar, las esclavas se levantaron ante él, lo condujeron a un estrado y le presentaron una gran mesa con los guisos más exquisitos. Comió con apetito y satisfacción hasta quedar harto. Llamó a una de ellas y le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» « Me llamo Miska.» Preguntó a otra: « ¿Cuál es tu nombre?» « Me llamo Tarfa.» Preguntó a una tercera: « ¿Cuál es tu nombre?» « Me llamo Tuhfa.» Y así, una tras otra, fue preguntando los nombres de todas.

Salió de aquel lugar y se dirigió a la sala de las bebidas: estaba magníficamente dispuesta; había en ella diez grandes bandejas repletas con toda suerte de frutas y todas las variedades posibles de dulces. Se sentó y comió lo que le apeteció. Después distinguió tres coros de muchachas cantantes. Se sentó, y lo mismo hicieron éstas, mientras que los criados, los mamelucos, los pajes y los servidores seguían inmóviles. Unas esclavas cantaron en todas las voces y otras les respondieron. Las flautas y los laúdes resonaron por todas partes, y Abu-l-Hasán creyó entonces que se encontraba en el Paraíso; se distendió y se encontró completamente satisfecho, jugueteó y se alegró colmando de trajes de corte y de regalos a aquellas esclavas.

Mientras ocurría todo esto, el Califa no lo perdía de vista y se reía. Al mediar la noche, el soberano mandó a una de aquellas criadas que colocase una pastilla de narcótico en la copa de Abu-l-Hasán y que le sirviese de beber. La esclava hizo lo que el Califa le mandaba y ofreció la copa a Abu-l-Hasán. En cuanto la bebió, la cabeza de éste fue a reunirse con sus pies. El Califa salió de detrás de la cortina riéndose, llamó al muchacho que lo acompañaba y le dijo: « ¡Devuelve a éste a su hogar!» El criado lo trasladó a su habitación, lo depositó en ella, lo dejó solo, cerró la puerta y regresó al lado del Califa. Éste durmió hasta la mañana.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento cincuenta y nueve (a)*, refirió:

—He aquí, ¡oh rey feliz!, lo que hace referencia a Abu-l-Hasán: Siguió durmiendo hasta que Dios (¡ensalzado sea!) hizo brillar la mañana. Entonces volvió en sí gritando: « ¡Tuffaha! ¡Rahat al-Qulub! ¡Miska! ¡Tuhfa!» Siguió

llamando a las esclavas hasta que su madre, oyéndolo gritar, acudió a su lado y le dijo: « ¡El nombre de Dios te proteja por todas partes! ¡Levántate, hijo mío, Abu-l-Hasán! ¡Estás soñando!» Abrió los ojos y vio una vieja a su cabecera. Se incorporó y preguntó: « ¿Quién eres?» « ¡Soy tu madre!» « ¡Mientes, vieja de mal agüero! ¡Yo soy el Emir de los creyentes!» Su madre le replicó chillando: « ¡Que Dios te conserve el entendimiento, hijo mío! ¡Calla y evita el que perdamos la vida y el que se incauten de tus bienes si alguien oye estas palabras y se las transmite al Califa!»

Se desveló completamente y se encontró a solas con su madre en la habitación. Su razón no se daba cuenta de lo que ocurría. Dijo: « ¡Madre mía! En sueños he visto un palacio y esclavas y mamelucos a mi alrededor, dispuestos a servirme. Me he sentado en el solio del califato y he gobernado. Tal ha sido —¡por Dios, madre mía!— lo que he visto. Realmente no ha sido un sueño» . Meditó un rato y añadió: « ¡Es cierto! Yo soy Abu-l-Hasán el Disoluto, y lo que he visto ha sido un sueño. Pero he sido Califa, he gobernado, he mandado y he prohibido» . Reflexionó y añadió: « Es seguro que estaba soñando y que no era el Califa, a pesar de que daba y regalaba» . La madre le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Guárdate de perder tu entendimiento, pues te detendrían y te llevarían al manicomio, en el cual permanecerías un mes! Lo que has visto procedía de Satanás y ha ocurrido en medio de una pesadilla. ¡Hay ocasiones en las que Satanás gasta toda suerte de malas pasadas a la mente del hombre!»

La madre le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Ha estado alguien contigo la noche pasada?» « Sí; he tenido un huésped al cual he explicado mi situación y expuesto mi historia. No cabe duda de que él era el mismo Satanás. ¡Madre mía! ¡Estoy convencido de que soy Abu-l-Hasán el Disoluto!» La madre le replicó: « ¡Hijo mío! Tengo una buena noticia que darte: Ayer vino el visir Chafar el barmekí y dio quinientos latigazos a cada uno de los jeques; los expulsó de la ciudad haciendo pregonar: "¡Ésta es la recompensa —¡y qué pequeña es!— de todo aquel que molesta a su vecino y le agua sus fiestas!" A mí me mandó saludar y me dio cien dinares» . Abu-l-Hasán el Disoluto exclamó: « ¡Vieja de mal agüero! ¿Te atreverás a sostener que no soy el Emir de los creyentes? Yo soy quien ha ordenado a Chafar el barmekí que golpease, castigase y expusiese a la vergüenza pública a los jeques. Yo soy quien ha mandado saludarte y quien te ha enviado los cien dinares. Yo soy, bien cierto, el Emir de los creyentes, vieja de mal agüero, mientras que tú eres una embustera que me estás volviendo loco» .

Se acercó a su madre y la apaleó con un bastón de almendro. Ella empezó a chillar: « ¡Ay, musulmanes!» , mientras él redoblaba en los golpes. La gente oyó al fin sus gritos y acudió. Abu-l-Hasán la apaleaba y le decía: « ¡Vieja de mal agüero! ¡Yo soy el Emir de los creyentes, y tú me has embrujado!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la gente, al oír estas palabras, exclamó: « ¡Éste es un loco y no cabe duda acerca de su enfermedad!» Se lanzaron sobre él, lo sujetaron, le ataron las manos a la espalda y lo condujeron al manicomio. El experto preguntó: « ¿Quién es este joven?» Le respondieron: « Éste es un loco» . Abu-l-Hasán terció: « ¡Por Dios que miente! ¡Yo no estoy loco! ¡Yo soy el Emir de los creyentes!» « El único que aquí miente —intervino el experto— eres tú, el más nefasto de los locos.» Lo desnudó, le colocó en el cuello una pesada cadena y la ató a una ventana muy alta, empezando a apalearlo de noche y de día.

En esta situación permaneció durante diez días, al cabo de los cuales su madre fue a visitarlo y le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Abu-l-Hasán! ¡Recupera el conocimiento! Todo ha sido obra de Satanás» . Abu-l-Hasán le contestó: « ¡Dices la verdad, madre mía! Doy fe de que me he arrepentido de esas palabras y que me he curado de mi locura. ¡Ponme en libertad, pues estoy a punto de morir!» Su madre fue a ver al experto, lo hizo poner en libertad y regresó a su domicilio.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y una (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, al cabo de un mes, Abu-l-Hasán el Disoluto ansió volver a beber vino y se dirigió al puente, sentándose a esperar a que pasase alguien para convidarlo, tal como tenía por costumbre. El Califa cruzó por delante de él, pero Abu-l-Hasán no lo saludó, puesto que dijo: « ¡Ni saludos ni confianzas con los enemigos! ¡Vosotros sois demonios!» El Califa se acercó y le dijo: « ¡Amigo mío! ¿Es que no te dije que deseaba volver a ser invitado por ti?» « ¡No te necesito para nada! El proverbio dice: "¡Cuanto más lejos estés, mejor y más hermoso será para mí! ¡Ojos que no ven, corazón que no sufre!" ¡Amigo mío! La noche en que viniste y en que yo te invité, parece ser que fui presa de Satanás y que éste me tentó.» El Califa le preguntó: « ¿Y quién era Satanás?» « ¡Tú!»

El soberano se sonrió, se sentó a su lado, le habló afablemente y le dijo: « ¡Amigo mío! Al separarme de ti dejé, descuidadamente, abierta la puerta. Es posible que Satanás entrase» . « Pues no me preguntes por lo que me ha ocurrido, pero ¿qué es lo que te pasó por la mente para dejar la puerta abierta, permitiendo así que entrase Satanás y que con él me sucediese esto y aquello?» , y Abu-l-Hasán refirió al Califa todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin, pero no hay utilidad en volverlo a repetir.

El Califa tuvo que contener la risa. Éste dijo a Abu-l-Hasán: « ¡Loado sea Dios, que ha puesto fin a lo que te molestaba y que me permite verte sano!» « ¡No he de volver a aceptarte por comensal ni por contertulio! El refrán dice:

“Quien tropieza con la piedra más de una vez, merece que lo reprendan y lo castiguen”. Hermano mío, no volveré a ser tu comensal ni a soportar tu compañía, pues, por lo que he visto, tu visita no me ha reportado ningún bien.» El Califa le rogó afablemente: « ¡Soy tu huésped y no debes rechazarme!» Abu-l-Hasán lo llevó consigo, le ofreció la mesa y le dio conversación, refiriendo al Califa todo lo que le había sucedido, mientras éste se esforzaba en contener la risa. Después se llevó la mesa de comer y le acercó la de beber. Llenó la copa y la bebió en tres tragos; la llenó de nuevo y la ofreció al Califa diciendo: « ¡Huésped mío! Soy tu esclavo, estoy ante ti y no quiero disgustarte; no me perjudiques y no te perjudicaré» . Recitó estos versos:

No paro de beber, mientras es noche cerrada, hasta que la modorra pasa de mi cabeza a la copa.
El zumo de uva en la copa parece compuesto de rayos de sol que sustituyen la preocupación por toda clase de alegrías.

El Califa, al oír sus versos y la composición que recitaba, se impresionó. Cogió la copa y la vació, y así siguieron bebiendo y conversando hasta que el vino se les subió a la cabeza. Abu-l-Hasán dijo al Califa: « ¡Huésped mío! Estoy perplejo en lo que respecta a lo sucedido, pues me parece haber sido el Emir de los creyentes y haber gobernado, dado y regalado. Es cierto; no es ningún sueño» . « ¡Va! Eso fue una pesadilla.» El Califa deslizó una pastilla de narcótico en la copa y le dijo: « ¡Por vida mía! ¡Bebe esta copa!» « ¡La beberé en tu propia mano!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y dos (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa estaba admirado de la manera de obrar, de las cualidades, del buen natural y de la sinceridad de Abu-l-Hasán. Se dijo: « Realmente he de hacerle mi comensal y mi contertulio» . Abu-l-Hasán tomó la copa que le ofrecía el Califa y se la bebió. En cuanto la hubo ingerido y su contenido le hubo llegado al vientre, la cabeza fue a reunirse con los pies. El Califa se levantó al momento y dijo al criado: « Cógelo y llévalo al alcázar del califato» . El criado lo trasladó y lo depositó delante del soberano. Éste mandó a las esclavas y a los mamelucos que se colocasen a su alrededor mientras él se ocultaba en un lugar en el que Abu-l-Hasán no podía verlo.

El Califa mandó a una esclava que cogiese su laúd y que tocase junto a la cabeza de Abu-l-Hasán. Lo mismo hicieron las restantes esclavas con sus respectivos instrumentos. Tocaron a la vez y Abu-l-Hasán se desveló hacia el fin de la noche al oír la música de los laúdes y de las trompetas y el canto de las

jóvenes.

Abrió los ojos y se encontró en el alcázar: las esclavas y los criados formaban un círculo a su alrededor. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Temo que voy a terminar en el manicomio y a sufrir lo de la primera vez! No cabe duda de que Satanás ha venido otra vez. ¡Dios mío! ¡Haz fracasar al demonio!»

Abu-l-Hasán cerró los ojos, se tapó la cabeza y se rió. Sacó la cabeza entre las sábanas y vio que el palacio estaba iluminado y que las esclavas seguían cantando. Uno de los criados se sentó a su cabecera y le dijo: « ¡Siéntate, Emir de los creyentes, y contempla a tu palacio y a tus esclavas!» « ¡Por la protección de Dios! Realmente ¿soy el Emir de los creyentes, o vosotros mentís? Ayer ni salí ni goberné; al contrario, comí, dormí y ahora este criado viene para hacerme levantar.» Abu-l-Hasán se incorporó y se sentó. Pensó en todo lo que le había ocurrido con su madre, cómo la había apaleado y cómo estuvo metido en el manicomio. Contempló las cicatrices que le habían dejado los palos propinados por el experto, por el dueño del manicomio, se quedó perplejo y meditabundo y dijo: « ¡Por Dios! No sé en qué situación me encuentro, ni qué es lo que me ha ocurrido, ni quién me ha traído a este lugar» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y tres (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que volviéndose hacia una joven le preguntó: « ¿Quién soy yo?» « ¡El Emir de los creyentes!» « ¡Mientes, infeliz! Si es que soy el Emir de los creyentes, ¡muérdeme el dedo!» La joven, acercándose, le dio un mordisco muy fuerte. Él exclamó: « ¡Basta!» Preguntó al criado principal: « ¿Quién soy?» « Tú eres el Emir de los creyentes.» Abu-l-Hasán se apartó de él con las ideas confusas y quedó perplejo ante lo que le sucedía. Se acercó a un pequeño mameluco y le dijo: « ¡Muérdeme en la oreja!» Bajó la cabeza y metió la oreja en la boca del chico. Éste, como era pequeño y apenas tenía uso de razón, clavó los dientes en Abu-l-Hasán y poco faltó para que se la cortase; además no sabía el árabe, y, cada vez que la víctima decía « ¡basta!» , se creía que tenía que morder más fuerte y clavaba los dientes aún más. El Califa, por su parte, estaba ciego de tanto reír. Cuando pudo rehacerse, salió y le dijo: « ¡Ay de ti, Abu-l-Hasán! ¡Me has matado de risa!» Éste se volvió y al reconocerlo le replicó: « ¡Tú eres quien me ha matado, quien ha matado a mi madre y ha exterminado a los jeques que eran mis vecinos!» El Califa lo acercó hacia sí, lo colmó de favores, lo casó, y lo instaló en su palacio, haciendo de él uno de sus contertulios y poniéndolo al frente de diez de éstos: al-Ichli, al-Raqasi, Abdán, Hasán, al-Farazdaq, Lawz, al-Askar, Umar al-Tartis, Abu Nuwas, Abu Ishaq el Contertulio y Abu-l-Hasán el Disoluto. Cada uno de ellos

tiene su historia, que se cuenta en otro libro.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y cuatro (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Abu-l-Hasán se quedó al lado del Califa, gozando de su confianza y favor más que nadie, hasta el punto de que llegó a sentarse con el Califa y la señora Zubayda, hija de Qasim, y a casarse con su tesorera, que se llamaba Nuzhat al-Fuad. Abu-l-Hasán el Disoluto vivió con ésta sin preocuparse más que de comer, de beber y llevar una buena vida hasta el momento en que se terminaron todos los bienes que poseía. Abu-l-Hasán le dijo: « ¡Nuzhat al-Fuad!» « ¡Heme aquí!» « Quiero gastar una broma al Califa y tú gastarás otra a la señora Zubayda: así conseguiremos en un momento doscientos dinares y dos piezas de tela.» Le contestó: « ¡Haz lo que quieras!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y cinco (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nuzhat al-Fuad preguntó a Abu-l-Hasán el Disoluto: « ¿Qué harás?» « Los dos nos fingiremos muertos: tal es la treta. Yo me moriré antes que tú, me tumbaré tendido y tú me cubrirás con un paño de seda, me quitarás el turbante, me atarás los dedos del pie y depositarás encima de mi corazón un cuchillo y un poco de sal. A continuación te soltarás el cabello y correrás al lado de tu señora Zubayda: Desgarra tus vestidos, abofetéate en la cara y grita. Te preguntará: "¿Qué te ocurre?" Respóndele: "¡Ojalá tu cabeza sobreviva a Abu-l-Hasán el Disoluto: acaba de morir!" Ella se apenará por mi muerte, llorará y mandará a la tesorería que te dé cien dinares y una pieza de seda, y te dirá: "¡Ve, amortájalo y entiérralo!" Toma los cien dinares y la tela y ven. En cuanto hayas llegado me levantaré y tú te tenderás en mi lugar. Correré a ver al Califa y le diré: "¡Ojalá tu cabeza sobreviva a Nuzhat al-Fuad!" Rasgaré mis vestidos y me mesaré la barba. Él se entristecerá por tu muerte y dirá a su tesorero: "Da cien dinares y una pieza de seda a Abu-l-Hasán". Me dirá: "Ve, prepárala y entiérrala". Yo vendré a reunirme contigo.» Nuzhat al-Fuad se puso contenta y replicó: « Realmente, esta broma es buena» .

En seguida le vendó los ojos, le ató los pies, lo cubrió con un paño e hizo lo que le había dicho su señor. A continuación se rasgó el vestido, descubrió su cabeza y soltó su pelo y se presentó ante la señora Zubayda gritando y llorando. Ésta, al verla en tal situación, le preguntó: « ¿Qué es esto? ¿Qué te ocurre? ¿Qué te hace llorar?» Nuzhat al-Fuad, sin dejar de gritar y de llorar, replicó: « ¡Señora mía! ¡Que tu cabeza sobreviva a la de Abu-l-Hasán el Disoluto! ¡Acaba de morir!» La señora Zubayda se entristeció y dijo: « ¡Pobre Abu-l-Hasán el

Disoluto!» Lloró un rato por él. Después mandó a la tesorera que diese a Nuzhat al-Fuad cien dinares y una pieza de seda. Le dijo: «Ve, amortájalo y entiérralo». La joven tomó los cien dinares y la pieza de seda y se dirigió a su domicilio llena de alegría. Corrió al lado de Abu-l-Hasán y le explicó lo que le había sucedido. Éste se levantó, se alegró, se puso el cinturón, bailó y cogió los cien dinares y la pieza de tela.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y seis (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que a continuación se tendió Nuzhat al-Fuad y él hizo con ella lo mismo que ella había hecho con él. Cogió sus vestidos, los rasgó, se arrancó la barba, deshizo su turbante y corrió sin parar hasta encontrarse ante el Califa, quien estaba sentado en la sala de audiencias. Él se presentó tal como estaba. El Califa le preguntó: «¿Qué te pasa, Abu-l-Hasán?» Llorando contestó: «¡Ojalá no hubiese sido tu comensal ni hubiese llegado la hora!» «¡Explícamelo!» «¡Que tu cabeza sobreviva a la de Nuzhat al-Fuad!» El Califa exclamó: «¡No hay dios sino el Dios! —y dio unas palmadas consolando a Abu-l-Hasán. Le dijo—: ¡No te entristezcas! ¡Te daré otra concubina en su lugar!» Mandó al tesorero que le diese cien dinares y una pieza de seda. El tesorero le entregó lo que el Califa le había ordenado. Éste le dijo: «¡Ve, amortájala y entiérrala de la mejor manera!» Tomó lo que le daba y corrió a su domicilio lleno de alegría. Se presentó a Nuzhat al-Fuad y le dijo: «¡Levántate, pues ya hemos conseguido nuestro deseo!» Se puso de pie y él le entregó los cien dinares y la pieza de tela, con lo cual ella se alegró. Después empezaron a hablar y a reírse.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y siete (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, por su parte, el Califa se quedó muy triste al marcharse Abu-l-Hasán a amortajar a Nuzhat al-Fuad. Levantó la audiencia y apoyándose en Masrur, el portador del sable de la venganza, fue a dar el pésame a la señora Zubayda por la pérdida de su esclava. La encontró sentada, llorando, pues esperaba la llegada del Califa para darle el pésame por Abu-l-Hasán el Disoluto. El Califa le dijo: «¡Que tu cabeza sobreviva a la de tu esclava Nuzhat al-Fuad!» «¡Señor mío! ¡Mi esclava está sana! ¡Ojalá vivas más que tu comensal Abu-l-Hasán el Disoluto, pues es éste el que ha muerto!» El Califa sonrió y dijo a su criado: «¡Masrur! ¡Las mujeres son cortas de entendimiento! ¡Te conjuro por Dios! ¿No me ha visitado hace un momento Abu-l-Hasán?» La señora Zubayda cortó, riéndose de tanta rabia como tenía en el

corazón: « ¿No vas a dejar las bromas? ¿No te basta con que haya muerto Abu-l-Hasán? ¿Aún has de querer que muera mi esclava, que nos quedemos privados de ambos, y además me tachas de tonta?»

El Califa contestó: « ¡Nuzhat al Fuad es la que ha muerto!» « ¡Él no ha podido estar contigo y tú no lo has visto! En cambio, conmigo ha estado hace un momento Nuzhat al-Fuad; venía triste, llorando, con el traje hecho pedazos. La he consolado y le he regalado cien dinares y una pieza de tela. Te estaba esperando para darte el pésame por la muerte de tu comensal, Abu-l-Hasán el Disoluto.» El Califa se rió y dijo: « ¡La única que ha muerto ha sido Nuzhat al-Fuad!» « ¡No, señor mío! ¡El muerto es Abu-l-Hasán!» El Califa se enfadó, la vena Hasimi se le hinchó entre ambos ojos y gritó a Masrur, el verdugo: « ¡Sal! ¡Corre a la casa de Abu-l-Hasán el Disoluto y averigua quién es el muerto!» Masrur salió corriendo mientras el Califa decía a la señora Zubayda: « ¿Qué te apuestas?» « ¡Sí! Voy a apostar contigo. Yo digo que el muerto es Abu-l-Hasán.» « Y yo apuesto y digo que el muerto es Nuzhat al-Fuad. Yo me juego mi jardín de recreo contra tu salón de pinturas.» Ambos se sentaron a esperar que Masrur regresase con la verdad. Éste no paró de correr hasta entrar en el callejón de Abu-l-Hasán…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y ocho (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu-l-Hasán] estaba sentado, apoyado en la ventana. Al volver la vista vio que Masrur llegaba corriendo. Dijo a Nuzhat al-Fuad: « Parece ser que el Califa, al marcharme, ha levantado la audiencia y ha ido a dar el pésame a la señora Zubayda. Ésta le habrá salido al encuentro diciendo: "¡Que Dios te recompense con creces por la pérdida de Abu-l-Hasán el Disoluto!" El Califa le habrá contestado: "¡Quien ha muerto es Nuzhat al-Fuad! ¡Ojalá la sobrevivas!" Ella habrá insistido: "El muerto es Abu-l-Hasán el Disoluto, tu comensal". Él habrá remachado: "El muerto es Nuzhat al-Fuad". Se habrán ido creciendo, el Califa se habrá enfadado, habrán apostado y ahora envía a Masrur, el verdugo, para que averigüe quién es el muerto. En primer lugar tú te tiendes para que te vea y regrese a informar a su señor de que está en lo cierto» .

Nuzhat al-Fuad se tendió, Abu-l-Hasán la tapó con el sudario y se sentó, llorando, junto a su cabeza. Masrur, el criado, subió a la habitación de Abu-l-Hasán, lo saludó y contempló a Nuzhat al-Fuad, que estaba tendida. Levantó el sudario, miró la cara y exclamó: « ¡No hay dios sino el Dios! ¡Ha muerto nuestra hermana Nuzhat al-Fuad! ¡Qué pronto ha llegado su plazo! ¡Que Dios le tenga misericordia y le perdone todas sus culpas!» Regresó junto al Califa, y ante éste y la señora Zubayda explicó todo lo ocurrido riéndose. El Califa le dijo:

« ¡Maldito! ¿Es éste el momento de reírse?» Masrur se disculpó: « ¡Señor mío! Abu-l-Hasán se encuentra bien y el muerto es Nuzhat al-Fuad» . El Califa dijo, riéndose, a Zubayda: « ¡Has perdido en el juego tu salón de pinturas! —Dirigiéndose a Masrur siguió—: ¡Cuéntale lo que has visto!» Masrur le dijo: « Es cierto, señora mía: corrí sin parar hasta llegar a la habitación de Abu-l-Hasán. Encontré a Nuzhat al-Fuad dormida, muerta, y a Abu-l-Hasán, sentado junto a su cabecera, llorando. Lo saludé, le di el pésame, me senté a su lado, descubrí el rostro de Nuzhat al-Fuad y vi que estaba muerta y que tenía la cara hinchada. Le dije: "Entiérrala para que podamos rezar por ella". Me contestó: "Sí". He venido a informaros y lo he dejado amortajándola» .

El Califa se rió y dijo: « ¡Repíteselo a tu señora, pues es corta de entendederas!» La señora Zubayda, al oír las palabras de Masrur, se encolerizó y exclamó: « ¡El corto de entendederas es quien da crédito a un esclavo!» , e injurió a éste mientras el Califa se reía.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento sesenta y nueve (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Masrur dijo al soberano: « ¡Razón tenía quien dijo que las mujeres son cortas de entendimiento y de religión!» La señora Zubayda cortó: « ¡Emir de los creyentes! Tú estás jugando y te burlas de mí, y este esclavo se entretiene conmigo para serte agradable. Voy a enviar un mensajero que verá cuál de los dos es el muerto. Zubayda llamó a una vieja nodriza y le dijo: « Ve a casa de Nuzhat al-Fuad, mira quién es el muerto y regresa inmediatamente, sin entretenerte» . La vieja salió corriendo en medio de las risas del Califa y de Masrur. No se detuvo hasta llegar al callejón. Abu-l-Hasán la vio y la reconoció. Dijo a su esposa: « Parece ser que la señora Zubayda envía un mensajero para averiguar quién se ha muerto, pues no ha dado crédito a la afirmación de Masrur de que tú eras la difunta. Por esto envía a la vieja nodriza, para que vea qué es lo que ocurre. Ha llegado el momento de que yo sea el muerto para que la señora Zubayda te dé crédito» .

Abu-l-Hasán se tumbó y se extendió. Nuzhat al-Fuad lo cubrió, le vendó los ojos, le ató los pies y se sentó, llorando, a su cabecera. La vieja entró y encontró a Nuzhat al-Fuad sentada junto a la cabecera de Abu-l-Hasán, llorando y enumerando sus virtudes. Nuzhat al-Fuad, al ver a la vieja, dio un alarido y le dijo: « ¡Mira qué es lo que me ha ocurrido! ¡Ha muerto Abu-l-Hasán y me ha dejado sola, abandonada! —Chilló, rasgó sus vestiduras y añadió—: ¡Madre mía! ¡Qué bueno era!» « ¡Tienes razón y disculpa, puesto que tú te habías acostumbrado a él y él se había acostumbrado a ti! —La vieja le explicó lo que había ocurrido a Masrur con el Califa y la señora Zubayda y añadió—: ¡Masrur ha estado a punto de causar una ruptura entre el Califa y la señora Zubayda!»

Nuzhat al-Fuad le replicó: « ¿Qué ruptura, madre mía?» « ¡Hija mía! Masrur se ha presentado ante el Califa y la señora Zubayda afirmando que tú eras la muerta y que Abu-l-Hasán se encontraba bien.»

La joven dijo: « ¡Tía! ¡Si yo acabo de visitar a mi señora, quien me ha dado cien dinares y una pieza de seda! Fíjate en el estado en que me encuentro y en lo que me ha ocurrido. Estoy perpleja, pues no sé lo que haré, ya que me encuentro sola y abandonada. ¡Ojalá hubiese sido yo la muerta y él el vivo!» Rompió a llorar y la vieja la acompañó con sus lágrimas; después se acercó, destapó la cara de Abu-l-Hasán y vio que tenía los ojos atados e hinchados por el vendaje. Volvió a cubrirlo; dio el pésame a Nuzhat al-Fuad y salió corriendo de su casa hasta llegar junto a la señora Zubayda, a la que refirió toda la historia. Ésta le dijo riéndose: « ¡Díselo al Califa, que me cree corta de entendederas y deficiente en la religión!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Masrur intervino: « ¡Esta vieja miente, pues yo he visto a Abu-l-Hasán sano y a Nuzhat al-Fuad tendida y muerta!» « ¡Tú eres el que miente —clamó la vieja—, y quieres que estalle la discordia entre el Califa y la señora Zubayda!» « ¡La única que miente eres tú, vieja de mal agüero! ¡Tu señora te da crédito porque está mal de la cabeza!» La señora Zubayda le chilló, se enfadó con él por sus palabras y rompió a llorar. El Califa intervino: « Yo miento; mi criado miente; tú mientes, y tu esclava miente. Tengo una buena idea: Vamos a ir los cuatro juntos para ver quién de nosotros tiene razón» . Masrur terció: « ¡Venid con nosotros para que yo pueda maltratar a esta vieja de mal agüero y apalearla por sus mentiras!» La vieja le replicó: « ¡Necio! ¿Es que tu inteligencia puede compararse con la mía? ¡Tienes un cerebro de gallina!»

Masrur se enfureció al oír estas palabras y quiso agredir a la anciana, pero la señora Zubayda lo rechazó de un empujón y dijo: « Ahora mismo vamos a distinguir entre su veracidad y la tuya, entre su mentira y la tuya» . Los cuatro salieron haciendo apuestas unos con otros. Pasaron juntos por la puerta del palacio y entraron juntos por la de Abu-l-Hasán. Éste los vio llegar y dijo a su esposa Nuzhat al-Fuad: « ¡Es verdad! ¡No siempre queda indemne la jarra! Parece ser que la vieja ha regresado y ha referido e informado a su señora de cuál era nuestra situación; habrá discutido con Masrur, el criado, y habrán cruzado apuestas. Ahora vienen los cuatro: el Califa y el criado; la señora Zubayda y la vieja» . Nuzhat al-Fuad se incorporó y dijo: « ¿Qué haremos ahora?» Abu-l-Hasán le contestó: « Nos fingiremos muertos los dos a la vez: nos tenderemos y contendremos la respiración» . Ella le hizo caso y se tendieron; se

ataron los pies, se vendaron los ojos y contuvieron el aliento, quedándose tiesos y cubiertos por el sudario.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y una (a)*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa, Zubayda, Masrur y la vieja entraron en el domicilio de Abu-l-Hasán el Disoluto y encontraron a éste y a su esposa, tendidos, muertos. Zubayda dijo: « Me han insistido tanto acerca de mi esclava, que al fin ha muerto. Yo creo que debe de haber sido por lo mucho que le ha dolido la muerte de Abu-l-Hasán. Ella habrá muerto después que él» . El Califa opinó: « ¡No me salgas al paso con tu charla y tus palabras! Ella premurió a Abu-l-Hasán. Éste vino a verme con el traje hecho trizas, mesándose la barba y golpeándose el pecho con dos ladrillos. Le di cien dinares y una pieza de seda, diciéndole: "Ve, entiérrala y yo te daré otra concubina más hermosa que ocupará su lugar". Pero parece ser que no ha podido consolarse y ha muerto después de ella. Yo soy quien ha ganado la apuesta y me quedo con la prenda» .

La señora Zubayda dijo muchas cosas al Califa y la discusión entre ambos se agrió. El soberano se sentó a la cabecera de ambos y exclamó: « ¡Por la tumba del Enviado de Dios (Él lo bendiga y lo salve) y la de mis padres y abuelos! ¡Si alguien me dijese cuál de los dos murió antes, le regalaría mil dinares!» Abu-l-Hasán, al oír las palabras del Califa, se apresuró a ponerse en pie de un salto. Dijo: « ¡Yo soy el que ha muerto antes, Emir de los creyentes! ¡Dame los mil dinares y cumple el juramento hecho!» Inmediatamente, Nuzhat al-Fuad se puso de pie delante del Califa y de la señora Zubayda. Se alegraron mucho de que ambos se encontrasen bien La señora Zubayda riñó a la joven al tiempo que la felicitaba por estar viva.

El Califa y la señora Zubayda les dieron la enhorabuena por haberse salvado de la muerte y se enteraron de que ésta había sido una treta para procurarse dinero. La señora Zubayda dijo a Nuzhat al-Fuad: « ¡Podías haberme pedido lo que necesitabas sin necesidad de toda esta comedia y no me hubieses abrasado el corazón!» « Me avergonzaba, señora, tener que pedírtelo.»

El Califa, muerto de risa, dijo: « ¡Abu-l-Hasán! ¡Sigues siendo un disoluto y haciendo cosas portentosas y extraordinarias!» « ¡Emir de los creyentes! He empleado esta treta porque se me había terminado el dinero que me diste y me avergüenza el tener que pedirte otra vez. Cuando vivía solo no necesitaba dinero, pero desde que me casaste con esta joven que está conmigo, sería capaz de dar fin a todos tus bienes, si los poseyera. Al agotarse todos mis recursos ideé esta estratagema para sacarte cien dinares y una pieza de seda. Todo esto es una limosna de nuestro señor. Ahora apresúrate a darme los mil dinares y cumple tu juramento.» El Califa y la señora Zubayda regresaron a palacio riéndose. El

primero dio mil dinares a Abu-l-Hasán y le dijo: « ¡Recíbelos como recompensa por haberte librado de la muerte!» La señora Zubayda dio también mil dinares a Nuzhat al-Fuad y le dijo: « ¡Recíbelos como recompensa por haberte librado de la muerte!»

El Califa, después, asignó a Abu-l-Hasán tierras y rentas. Éste siguió viviendo con su mujer, en medio de fiestas y alegrías, hasta que se presentó el destructor de las dulzuras, el separador de las sociedades, el que arruina castillos y casas y construye las tumbas.

HISTORIA DE QAMAR AL-ZAMÁN, HIJO DEL REY SAHRAMÁN

SAHRAZAD refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en lo más antiguo del tiempo vivía un rey que se llamaba Sahramán; poseía ejércitos, criados y servidores, pero había envejecido, y sus fuerzas se habían debilitado sin tener hijos. Triste e inquieto por ello, confió su pesar a un ministro. « Temo que mi muerte cause la ruina del reino, ya que no tengo quien pueda sucederme.» « Tal vez Dios ponga remedio a esto. Confía en Él, rey, haz la ablución, reza dos *arracas* y después únete a tu mujer. Es posible que así consigas tus deseos.» El rey cohabitó con su esposa y la dejó encinta en aquel momento. Transcurridos los meses del embarazo, la esposa dio a luz un niño, tan hermoso como la luna cuando recorre la noche tenebrosa. El rey le dio el nombre de Qamar al-Zamán y se alegró muchísimo de su nacimiento; la ciudad se engalanó, y se celebró una fiesta que duró siete días, durante los cuales repicaron los tambores para difundir la noticia.

El pequeño fue entregado a las nodrizas y a las amas, y creció con todos los cuidados y comodidades hasta cumplir los quince años. Era de prodigiosa belleza, esbelto y bien formado. Su padre lo quería mucho, y no podía separarse de él ni de día ni de noche. En cierta ocasión, el rey Sahramán comunicó a uno de sus ministros el gran amor que sentía hacia su hijo: « ¡Visir! Temo que las vicisitudes del tiempo y los reveses de la fortuna hagan mella en mi hijo. Me gustaría que se casara antes de mi muerte» . « Sabe, ¡oh rey!, que el matrimonio es una fuente de bienes, y que no hay inconveniente alguno en que cases a tu hijo antes de tu muerte.» Entonces el rey mandó llamar a su hijo, el cual inclinó tímidamente la cabeza. El rey le dijo: « Qamar al-Zamán: Querría casarte y celebrar tus bodas en vida mía» . « Sabe, ¡oh padre!, que no tengo vocación para el matrimonio y que mi alma no apetece a las mujeres, ya que he encontrado en los libros historias que se refieren a su perfidia. El poeta las describe en estos versos:

Si me preguntáis por las mujeres, sabed que soy experto y buen médico.
Cuando la cabeza del hombre encanece o tiene poco dinero, disminuye todo su interés por él.

» Otro poeta dice:

Sublévate contra las mujeres, pues ésta es la mejor obediencia; nunca tendrá éxito el hombre que entregue a la mujer sus propias riendas:
le impedirá que alcance el objeto de sus miras, aunque lo intente durante mil años.»

Luego añadió: « ¡Padre! Casarme es algo que no haré nunca» . El sultán, al

oír aquello, quedó profundamente preocupado por su desobediencia…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que su rostro se ensombreció. Mas por el cariño que le tenía, ni insistió ni le regañó, sino que, por el contrario, lo acercó hacia sí y lo trató con la generosidad y el afecto que salen del corazón. Qamar al-Zamán siguió creciendo en belleza y hermosura, en gracia y amabilidad. El rey esperó que su hijo tuviese un año más, y entonces llegó a ser tan elocuente y bello, que hacía perder la cabeza a los hombres con su hermosura, que constituía el aroma de la brisa nocturna y podía sonrojar con su belleza la faz de la luna llena. Era esbelto, equilibrado, sutil y erguido como una rama de sauce o una caña de la India, y en sus mejillas lucían anémonas; de buen carácter, con todas las cualidades, podía decirse como el poeta:

> Cuando aparece, dicen: « ¡Bendito sea Dios, ensalzado sea, aquel que lo ha formado y hecho!»
> Rey de todos los seres hermosos, pues todos éstos son sus súbditos.
> Su saliva es miel líquida, y sus dientes, perlas engarzadas.
> Perfecto y único en belleza, todo el género humano se turba ante ella.
> La belleza ha escrito en su frente: « Atestiguo que no hay nadie más hermoso que él» .

Cuando Qamar al-Zamán hubo cumplido un año más, el rey Sahramán lo mandó llamar y le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Por qué no quieres escucharme?» Qamar al-Zamán se arrojó al suelo, delante de su padre, lleno de respeto y confuso: « ¡Padre mío! ¿Cómo no he de hacer caso de lo que me mandes, cuando Dios me ordena que te obedezca y que no te contraríe?» « Sabe, hijo mío, que quiero casarte para celebrar tu boda en vida mía y para entregarte el gobierno del reino antes de mi muerte.» Qamar al-Zamán inclinó la cabeza por un momento; después, levantándola, replicó: « ¡Padre! Eso no lo haré jamás, aunque tenga que apurar el vaso de la muerte. Sé que Dios me ha puesto por obligación el obedecerte, pero tú, ¡por Dios!, no has de imponerme el matrimonio ni pensar en que yo tengo que casarme un día u otro. He leído los libros antiguos y modernos y sé todas las desgracias y desventuras que ocurren por causa del amor de las mujeres, de sus inacabables tretas; sé las calamidades que en ellas tienen su origen. ¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

> Aquel al que las malas mujeres tienden una trampa, no consigue salvarse aunque construya mil fortalezas reforzadas con plomo. De nada le servirá

el haberlas construido. En estos casos, las fortalezas no sirven de nada.
Las mujeres engañan al hombre tanto si está cerca como si está lejos.
Se tiñen los dedos, trenzan el cabello, colorean las cejas y hacen tragar amargos bocados.

» ¡Y qué expresivas son también éstas!:

Las mujeres, aunque las invites a ser virtuosas, son carroña sobre la que revolotean las águilas.
Por la noche te pertenecen sus confidencias y secretos, pero, al día siguiente, otro posee el cuerpo.
Son como una fonda: estás en ella como huésped hasta que marchas por la mañana, y después la ocupa un desconocido» .

Al oír esto y comprender el sentido de la composición, el rey no contestó porque quería mucho a su hijo; aumentó sus dones y favores, y se separaron en seguida. En cuanto hubo terminado la conversación, el rey Sahramán mandó llamar al visir, se quedó a solas con él y le dijo: « Dime, visir, qué debo hacer en el caso de mi hijo Qamar al-Zamán» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey siguió diciendo al visir:] « Te pedí consejo acerca de si era conveniente casarlo antes de cederle el poder, y tú me lo recomendaste y me señalaste que debía hablarle también de su matrimonio. Ya lo he hecho así, pero no quiere escucharme. ¿Qué debo hacer ahora?» El ministro contestó: « Te aconsejo, ¡oh rey!, que tengas paciencia un año más. Si entonces quieres hablarle nuevamente sobre el matrimonio, no lo hagas a solas, sino en un día de audiencia, cuando estén presentes todos los príncipes, ministros y soldados. Entonces ordenas que vayan en busca de tu hijo, y al tenerlo delante le hablas de ello en presencia de los ministros, chambelanes, funcionarios, grandes del reino, soldados y fuerzas armadas. Él se encontrará cohibido y no osará contradecirte ante tanta gente» . El rey Sahramán se alegró mucho al oír las palabras del ministro, aceptó su consejo y le regaló un precioso vestido de honor.

El soberano esperó a que su hijo tuviese un año más. Cada día que pasaba, aumentaba en hermosura, belleza y lozanía, hasta que estuvo a punto de cumplir los veinte años; entonces, Dios lo vistió con el traje de la belleza y le ciñó la diadema de la perfección: sus miradas eran más encantadoras que las de Harut y Marut; su malicia tenía más fascinación que Tagut; sus mejillas se tiñeron de

rojo; sus pestañas eran tan delgadas como el filo de la espada; la blancura de sus dientes competía con la del plenilunio, y el negro de sus cabellos se parecía a la noche tenebrosa. Tenía la cintura más delgada que el cuello de una bolsa, y sus nalgas, más pesadas que una duna; sus muslos causaban impresión y su cintura se quejaba del peso de las nalgas.

Su belleza dejaba boquiabiertos a los hombres, tal como dijo un poeta:

Juro por sus mejillas, por su boca sonriente; por las flechas que ha embrujado con su seducción;
por sus suaves formas, por su mirada penetrante, por lo blanco de su frente y por lo negro de su cabello;
por unas cejas que impiden el sueño a quien lo tiene, y que lo asaltan con deseos y órdenes;
por los aladares, que, como escorpiones, bajan por sus sienes e intentan matar a los amantes con su forma;
por la rosa de sus mejillas y el mirto de su bozo; por el coral de sus labios y las perlas de su boca;
por el perfume de su aliento y el líquido que fluye en su boca, más agradable que el vino añejo;
por sus nalgas bamboleantes, tanto si se mueve como si no; por su esbeltez;
por la generosidad de su mano, por lo sincero de sus palabras, por la bondad de su temperamento y por su gran valor.
El almizcle es el exudado de su lunar, y el perfume atestigua el olor de su cuerpo.
Por esto el sol reluciente está por debajo de él, y la luna en creciente es un recorte de sus uñas.

El rey Sahramán hizo caso de las palabras del visir y tuvo paciencia por un año más, hasta que llegó un día de fiesta…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey esperó hasta que llegó un día de fiesta] y de recepción. La sala de audiencias estaba repleta de príncipes, ministros, chambelanes, grandes del reino y fuerzas armadas. El rey mandó llamar a su hijo. Éste, al llegar delante del soberano, besó el suelo por tres veces y se quedó de pie, con las manos detrás de la espalda. El padre le habló: « ¡Hijo mío! Te he hecho llamar ahora, delante de todo el consejo y de los soldados, para mandarte, de manera irrevocable, que te cases. Quiero hacerte contraer

matrimonio con la hija de un rey, y regocijarme así antes de mi muerte» . Al oír Qamar al-Zamán las palabras de su padre, inclinó por un momento la cabeza hacia el suelo; luego dirigió la vista a su padre y, presa de locura juvenil, dada su falta de experiencia, respondió: « ¡No me casaré jamás, aunque me cueste la vida! Tú eres un hombre viejo, de poco seso. Con anterioridad me has hablado dos veces acerca del matrimonio y te he contestado lo mismo» .

Luego separó las manos, que había cruzado en señal de respeto, se remangó y se puso hecho un ascua. Su padre quedó cohibido al ver que adoptaba esta actitud delante de los grandes del reino y de los soldados allí reunidos.

El soberano, presa de la ira propia de los reyes, gritó a su hijo para atemorizarlo, llamó a sus mamelucos y les mandó que lo detuviesen. Así lo hicieron. Les ordenó que lo esposaran. El príncipe sudaba, y permanecía con la cabeza baja, por el miedo y la vergüenza. Su padre lo insultó e injurió: « ¡Ay de ti, hijo adulterino y bastardo! ¿Cómo te atreves a contestarme así delante de mis oficiales y de mis tropas? ¿Nadie te ha enseñado hasta ahora la educación?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey siguió diciendo:] « ¿No sabes qué es lo que acabas de hacer? Si lo hubiese hecho uno cualquiera de mis súbditos, habría incurrido en una falta infamante» . Dijo a los mamelucos que lo desatasen y lo encerrasen en una torre de la alcazaba. Los criados cubrieron de tapices la sala de la torre, la barrieron y limpiaron, pusieron un lecho para Qamar al-Zamán y lo cubrieron con un colchón, un tapiz y cojines; pusieron una linterna y una candela, ya que el lugar era muy oscuro, incluso durante el día. Los mamelucos metieron allí a Qamar al-Zamán y colocaron en la puerta de la habitación un criado. El príncipe se tendió en el lecho, lleno de preocupaciones y con el corazón dolorido. Se reprendía a sí mismo y se arrepentía de lo que había hecho a su padre, cuando ya era inútil el arrepentimiento. Decíase: « ¡Maldiga Dios el matrimonio, a las muchachas y a las mujeres traidoras! ¡Ojalá hubiese escuchado a mi padre y me hubiera casado! ¡Era preferible a esta prisión!» Esto es lo que hace referencia a Qamar al-Zamán.

Sigamos ahora con su padre. Éste continuó sentado en el trono durante el resto del día, hasta la hora del ocaso. Entonces se quedó a solas con el ministro y le dijo: « Tú, visir, tienes la culpa de todo lo que me ha ocurrido con mi hijo, ya que me has aconsejado así. ¿Qué me sugieres ahora?» « ¡Rey! Deja a tu hijo en la prisión durante quince días. Después manda que se presente ante ti y ordénale que se case: no te contradecirá más.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e Interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey aceptó el consejo de su visir y pasó aquella noche muy preocupado por la suerte de su hijo, ya que k) quería mucho. No pudo conciliar el sueño en toda la noche, pues estaba acostumbrado a que su brazo fuese la almohada de Qamar al-Zamán, que se dormía en él. Debido a esto, pasó aquella noche inquieto y dando vueltas de un lado para otro, como si estuviese durmiendo sobre brasas; presa de gran inquietud, sus ojos derramaron abundantes lágrimas, y recitó los versos del poeta:

Mi noche es larga, mientras los censores duermen. Bástete saber que el corazón está desgarrado por la separación.
Pregunto —y mi noche parece más larga a causa de la pena—: « ¿Es que no volverás, luz de la aurora?»

Y éstos, de otro poeta:

Cuando he visto a las Pléyades marchar, a la Polar cubrirse con un velo,
y vestir de luto a la Osa Mayor, me he dado cuenta de que la mañana desaparecía.

Aquí termina, por ahora, lo referente al rey Sahramán.

Volvamos a Qamar al-Zamán. Cuando llegó la noche, el criado le acercó el farol, encendió la vela y la colocó en la palmatoria. Le llevó la cena, y el príncipe comió un poco y siguió reprochándose el haber contrariado a su padre. Se dijo: « ¿Es que no sabes que el hombre es esclavo de su lengua, y que la lengua humana es la que causa mayores males?» Siguió censurándose, hasta que las lágrimas se le escaparon, hasta que el corazón se llenó de congojas y se arrepintió completamente de lo que su lengua había dicho al rey. Recitó estos versos:

El hombre muere a consecuencia de tropezones de su lengua, y no a causa de los de su pie.
Un resbalón de la lengua le puede costar la vida, mientras que uno del pie pronto se cura.

Qamar al-Zamán, cuando terminó de comer, pidió lavarse las manos, hizo las abluciones, rezó las oraciones canónicas y se sentó…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se sentó] en el lecho para leer el Corán. Leyó las *azoras* de la Vaca, de la familia de Imrán, la de Ya Sin, la del Misericordioso, la de «Bendito sea el Señor» y las dos últimas *azoras*, llamadas «Las Presentadoras». Terminó el rezo con la invocación «Busco refugio en Dios» y se durmió en el lecho, encima del colchón, engarzado de piedras preciosas, que tenía dos caras y estaba relleno de plumas de avestruz. Ya a punto de dormirse, se quitó lo vestidos, se desnudó y dejóse sólo una tenue camisa y un gorro azul de Merw. Qamar al-Zamán podía compararse aquella noche con la luna en su decimocuarto día. Se cubrió con una sábana de seda, y se durmió dejando el farol encendido junto a sus pies, mientras la vela, también encendida, estaba junto a su cabeza. Durmió de un tirón el primer tercio de la noche, sin saber lo que le iba a ocurrir durante su inconsciencia ni lo que le destinaba el oculto porvenir.

La torre y la habitación eran muy antiguas y habían estado deshabitadas. Torre y habitación tenían debajo un pozo romano, junto al cual se había instalado una *efrita* que pertenecía a la descendencia de Iblis (¡maldito sea!).

Ella se llamaba Maymuna, y era hija de Dimiryat, que, a su vez, era uno de los reyes más conocidos de los genios.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando Qamar al-Zamán había dormido el primer tercio de la noche, la *efrita* salió del pozo romano y subió para ver lo que ocurría. Ya fuera del pozo, vio luz encendida en la torre y comprendió que aquello era algo inusitado, ya que ella llevaba muchos años residiendo en el pozo. Se dijo: «Nunca he visto nada parecido». Se admiró mucho de lo que ocurría, y adivinó en seguida que aquello debía de tener una causa. Se acercó hacia la luz y vio que salía de la habitación; entró en ella y descubrió a un criado que dormía junto a la puerta; una vez ya en el interior, tropezó con el lecho, en el cual había una figura de hombre dormido, con una vela encendida junto a la cabeza y un farol colocado a los pies. La *efrita* Maymuna se quedó perpleja ante tanta luz, se acercó a él poco a poco, bajó sus alas, se colocó junto al lecho y quitó el lienzo que le tapaba la cara. Contempló el rostro del joven, y durante una hora temporal estuvo admirando tanta hermosura y belleza. Vio que la luz de su rostro eclipsaba a la de la candela. La cara del joven brillaba de luces; sus ojos eran hermosísimos, con pupilas negras; sus mejillas, sonrosadas; los párpados estaban entornados suavemente; sus cejas, arqueadas, y su aliento parecía almizcle perfumado. Era tal como dijo el poeta:

Lo besé, y se ennegrecieron las pupilas que me habían cautivado; se sonrojaron las mejillas.

¡Oh, corazón! Si los censores aseguraran que existe otro tan bello como él, di: « ¡Traedlo!»

Cuando la *efrita* Maymuna b. Dimiryat lo hubo visto, loó a Dios y exclamó: « ¡Bendito sea Dios, el más glorioso de los creadores!» , ya que esta *efrita* pertenecía al grupo de los genios creyentes. Continuó mirándolo durante un buen rato, fijándose en el rostro de Qamar al-Zamán, alabando al Señor y quedándose absorta ante tal prodigio de belleza. Se dijo: « ¡Por Dios! No he de hacerle ningún daño, ni he de permitir que nadie se lo haga; lo he de librar de todas las desgracias. Un rostro han hermoso sólo puede ser contemplado y alabado. Pero, ¿cómo ha podido olvidarlo su familia en este lugar en ruinas, donde en cualquier momento puede presentarse un *marid* y hacerle perecer en la flor de la edad?» La *efrita* se inclinó sobre él, lo besó en la frente, le extendió la sábana por encima del rostro y lo tapó. Después abrió las alas y remontó el vuelo hacia el cielo. Subió sin parar hasta que alcanzó la bóveda del mundo.

En este momento oyó aletear a alguien, que cruzaba el aire en aquella zona. Al acercarse a él, vio que se trataba de un *efrit* llamado Dahnas; se lanzó sobre él como si fuese un gavilán. Dahnas, al darse cuenta de lo que ocurría y reconocer a Maymuna, la hija del rey de los genios, temió que le gastase alguna broma pesada. Se puso a temblar y pidió que se apiadase de él. « Te conjuro, por el nombre sagrado que figura en el talismán más excelso, el que está grabado en el anillo de Salomón, a que tengas compasión de mí y a que no me causes daño.» Maymuna, al oír estas palabras, se compadeció de él y le dijo: « Me has detenido gracias a un conjuro solemne, pero no te soltaré hasta que me cuentes de dónde vienes a estas horas» . « ¡Señora! Sabe que regreso de los confines de la China y de la región de las islas. Te voy a referir el prodigio que he contemplado esta noche. Si mis palabras te complacen, dejarás que continúe mi camino y me escribirás de tu puño y letra un certificado conforme soy libre, para que ninguno de los de esa pléyade de genios volantes, los que vuelan por lo alto, por lo bajo o que recorren las entrañas de la tierra, me corte el camino.»

Maymuna preguntó: « ¿Qué has visto esta noche, Dahnas? Cuéntamelo y no me mientas con intención de escapar de mis manos, pues juro por la inscripción grabada en la piedra del anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!), que si tus palabras no son verdad, te he de arrancar las plumas con mis propias manos, he de desgarrar tu piel y he de romper tus huesos» . El *efrit*, Dahnas b. Samhuris, el volador, contestó: « Si lo que voy a decir no es verdad, puedes hacer de mí lo que quieras» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Dahnas refirió: « Esta noche he salido de las islas internas del país de China, el país que gobierna Gayur, señor de islas y mares y de los siete castillos. He visto que este rey tiene una hija de tal belleza, que Dios, en nuestra época, no ha creado ninguna mujer que se pueda comparar con ella. No sé cómo he de poder describírtela, ya que mi lengua es incapaz de hacerlo como debiera. Pero te apuntaré alguna de sus cualidades a modo de aproximación: sus cabellos son negros como la noche del exilio; su rostro es como el día de la unión. ¡Cuán bien le cuadran las palabras del que dijo!:

> Desligó tres bucles de su cabello en medio de las tinieblas, y las noches fueron cuatro.
> Puso su rostro enfrente de la luna del cielo, y me hizo ver dos lunas al mismo tiempo.

» Tiene una nariz parecida al filo de una espada; dos mejillas como vino empurpurado: son dos rojas anémonas; sus labios son coral y cornalinas; su saliva es preferible al vino añejo, ya que al probarla apaga el tormento del fuego; su lengua, movida por la inteligencia, siempre tiene una respuesta a punto; tiene un pecho que seduce a quien lo ve (¡loado sea quien lo ha creado y lo ha modelado!).

» Unidos al pecho hay dos brazos redondeados, sobre los cuales ha dicho el poeta enamorado:

> ¡Dos brazos que si no estuviesen sujetos por las pulseras, resbalarían por las mangas como riachuelos!

» Tiene dos senos que parecen de marfil: cuando se muestran, deslumbran al sol y a la luna; su vientre, plegado como si fuese una pieza de tela copta, va a terminar en una cintura tan delgada, que parece un fantasma sostenido sobre unas nalgas comparables a dunas de arena; la obligan a sentarse cuando está de pie, y la despiertan cuando duerme, tal como dijo uno de los poetas que la ha descrito:

> Tiene una grupa que cuelga de un hilo; la grupa es injusta con ella, y conmigo.
> Me obliga a estar de pie si pienso en ella y a ella la fuerza a estar sentada

cuando quiere estar de pie.

» Su grupa está sostenida por dos muslos que parecen columnas de perlas, y cuya fuerza, para sostenerla, procede de la bendición del jeque que está entre ellas. Sus demás dotes físicas son tantas, que ningún descriptor sabría enumerarlas. Todo eso anda sostenido por dos pies graciosos, de magnífica factura divina. Yo he quedado maravillado de cómo pueden soportar todo lo que tienen encima» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el *efrit* continuó:] « Todo lo restante he dejado de enumerarlo, pues las palabras son pocas y no bastan para describirlo. El padre de esta muchacha es un rey poderoso, hábil caballero que recorre noche y día los mares de todas las regiones, que no teme la muerte ni se asusta en los encuentros, pues es un tirano fiero y orgulloso. Posee numerosos ejércitos, y señorea regiones, islas, ciudades y distritos. Se llama Gayur, señor de las islas, de los mares y de los siete alcázares. Ama muchísimo a la hija que acabo de describirte, y a causa del profundo amor, ha impuesto contribuciones a los otros reyes y le ha construido siete alcázares, cada uno de los cuales es de una materia distinta: el primero, de cristal; el segundo, de mármol; el tercero, de hierro chino; el cuarto, de piedras preciosas; el quinto, de plata; el sexto, de oro, y el séptimo, de joyas. Ha llenado los siete castillos de tapices preciosos, de utensilios de oro y de plata y de todos los instrumentos que pueden necesitar los reyes. Ha mandado a su hija que viva en cada uno de ellos durante un cierto período del año, y que, una vez concluido, se traslade a otro.

» Esta princesa se llama la reina Budur. Cuando la fama de su belleza se divulgó por los países, los reyes despacharon mensajeros para pedirla por esposa a su padre. Éste, a su vez, le insinuó el asunto del matrimonio, pero ella lo rechazó, diciendo: “¡Padre! No me apetecerá jamás casarme. Yo soy señora y reina, gobierno a las gentes y no quiero que un hombre me gobierne a mí”. Cuanto más se negaba a contraer matrimonio, mayor era el número de peticiones. Más tarde, numerosos reyes de la islas de la China interior enviaron presentes y regalos a su padre y le escribieron acerca del posible matrimonio. El padre ha vuelto a insistir, pero ella se ha negado siempre, y, enfadándose con él, le ha dicho: “¡Padre mío! Si me vuelves a hablar otra vez de matrimonio, cogeré una espada, pondré en el suelo la empuñadura, colocaré la punta en mi vientre y me apoyaré en ella hasta que salga por la espalda; así me suicidaré”.

» Cuando su progenitor oyó estas palabras, se entenebreció su rostro, y su corazón ardió en llamas, pues temió que se suicidase. Quedó perplejo acerca de

lo que debía hacer y cómo debía comportarse con los reyes que se la habían pedido. Le dijo: “Si no quieres casarte, no puedes entrar ni salir”. La encerró en una habitación y encargó de su vigilancia a diez nodrizas; le prohibió que se dirigiese a cualquiera de los siete castillos. Después, aparentando estar enfadado con ella, escribió a todos los reyes, comunicándoles que había perdido la razón. Ahora hace un año que está encerrada. Y ahora me dirigía a su lado, conforme hago todas las noches: la contemplo, miro su rostro y la beso en la frente mientras duerme.

» A pesar de lo que la amo, no la perjudico ni cohabito con ella, porque su belleza es prodigiosa, y todo aquel que la ve, llega a estar celoso de sí mismo. Te conjuro, señora, a que me acompañes a contemplar su hermosura, su belleza, su talle, la armonía de sus rasgos. Si después de verla insistes aún en castigarme o aprisionarme, puedes hacerlo: a ti te incumbe mandar y decidir» . El *efrit* Dahnas bajó la cabeza y replegó sus alas.

La *efrita* Maymuna se rió de sus palabras, le escupió en el rostro y le dijo: « ¡Esa muchacha de la que hablas sólo es un vaso de noche! ¿Qué dirías si vieses a mi amado? ¡Por Dios! Había creído que te ocurría algo sensacional o que sabías algo prodigioso, ¡maldito seas! Esta noche he visto a un hombre al que, si lo hubieras llegado a ver en sueños, te habrías quedado paralizado y se te habría caído la baba» . « ¿Y cuál es la historia de ese muchacho?» « Sabe, Dahnas, que a ese muchacho le ha ocurrido lo mismo que a tu amada. Su padre le ha mandado repetidas veces que se case, pero él ha rehusado. Su padre, al ver que lo contradecía, se ha dejado arrastrar por la ira y lo ha hecho encerrar en la torre en que yo habito. Esta noche, al salir, lo he visto.» « ¡Señora mía! Enséñame a ese muchacho para que vea si es o no más hermoso que mi amada, la reina Budur; no creo que en esta época se pueda encontrar persona comparable con ella.» « ¡Mientes, maldito! ¡Eres el peor nacido de los genios, y el más vil de los demonios! Estoy segura de que no se encuentra quien pueda compararse con mi amado en todo este país.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la *efrita* siguió diciendo:] « ¿Estás loco para querer comparar a mi amado con tu amada?» « ¡Por Dios, señora! Acompáñame y verás a mi amada; yo regresaré contigo y veré a tu amado.» « Es necesario hacerlo así, maldito, ya que tú eres un demonio astuto. Pero no te acompañaré ni tú vendrás conmigo sin antes hacer una apuesta. Si tu querida, esa que tú amas y elogias, es más hermosa que aquel a quien yo amo y elogio, ganarás y te quedarás con la prenda. Pero si mi amado es más hermoso, te cogeré la prenda.» « Acepto la condición que me impones, y estoy conforme.

Acompáñame a las islas.» « Mi amado está más cerca que tu amada: se halla debajo de nosotros. Ven a verlo, y después iremos a contemplar a tu amada.» « Conforme.»

Bajaron y se metieron en la habitación que estaba en la torre. Maymuna detuvo a Dahnas junto al lecho, extendió su mano y levantó la sábana que cubría el rostro de Qamar al-Zamán, el hijo del rey Sahramán. Su rostro apareció brillante, resplandeciente. Maymuna lo contempló un momento, y, volviéndose hacia Dahnas, le dijo: « ¡Mira, maldito! ¡No seas el peor de los locos! Nosotras las mujeres estamos apasionadas por él» . Dahnas se volvió hacia él y lo estuvo contemplando un rato; después sacudió la cabeza y dijo a Maymuna: « ¡Señora mía! Tienes disculpa; pero hay una cosa, y es que la condición de la mujer no es la misma que la del hombre. ¡Por Dios! Tu amado es el ser que más se parece a mi amada en belleza, hermosura y perfección. Ambos parecen haber sido confeccionados en el mismo molde» .

Maymuna, al oír las palabras de Dahnas, perdió el mundo de vista, y con el ala le dio tal golpe en la cabeza que por poco lo mata. Le replicó: « ¡Juro por el rostro y la majestad de Dios, que tú debes partir ahora mismo y traer a tu amada, ésa a la que quieres, lo más rápidamente posible, a este lugar, para que podamos reunir a los dos, para que los podamos contemplar mientras duermen el uno al lado del otro! Así podremos comprobar cuál es el más bello. Si no haces ahora mismo lo que te he mandado, maldito, te abrasaré con mi luz, te descuartizaré y echaré tu cuerpo en un lugar cualquiera para que sirvas de ejemplo al que allí resida y al que por allí pase» . Dahnas replicó: « ¡Señora mía! Tienes derecho a esta satisfacción, pues sé que mi amada es más bella y más dulce» .

El *efrit* Dahnas remontó el vuelo, y Maymuna lo acompañó para vigilarlo. Permanecieron ausentes una hora, al cabo de la cual regresaron ambos trayendo consigo a la adolescente, que sólo vestía una camisa ligerísima de tela veneciana, con dos bordados en oro y riquísimos adornos. En la parte alta de la manga estaban escritos los siguientes versos:

Tres cosas le han impedido visitamos, por temor al espía del envidioso enfadado:
La luz de la frente, el tintineo de las joyas y el perfume de ámbar que despide su cuerpo.
Puede ocultar la frente con el brazo y quitarse las joyas; pero, ¿qué hará del sudor?

Los dos *efrit* descendieron con la adolescente, la colocaron al lado del joven…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la colocaron al lado del joven] y destaparon los dos rostros: eran completamente idénticos y parecían hermanos gemelos o, cuando menos, hermanos. Eran dos auténticas seducciones para los temerosos de Dios. Sobre ellos dijo el poeta:

¡Oh, corazón! No ames a una sola belleza, pues podrías sufrir una desilusión o quedar humillado.
Ama a todas las bellezas: si una se te aparta, otra se te acercará.

Dahnas y Maymuna los contemplaron. Dahnas dijo: « ¡Mi amada es más hermosa!» Maymuna replicó: « ¡Quia! ¡Ay de ti, Dahnas! Mi amado es más hermoso, o ¿es que estás ciego? ¿No ves su belleza, su hermosura, su cintura y su perfección? Oye lo que voy a decir de mi amado, y si estás verdaderamente enamorado de la que amas, di otro tanto» . Maymuna besó repetidamente a Qamar al-Zamán y recitó esta *casida*:

¿Qué he de hacer con quien me maltrata hablando mal de mi amor por ti? ¿Cómo he de poder consolarme si eres una esbelta rama?
Tienes una pupila negra, de la que emana la seducción y de la cual no puede escapar el amor platónico.
Con miradas de turco, destroza las entrañas mucho mejor de lo que lo haría una espada afilada.
Me ha cargado con el peso de la pasión, a pesar de que soy incapaz de cargar con la camisa más leve.
Mi amor, mis inquietudes por ti, son, como sabes, naturales, mientras que mi amor por otros es artificioso.
Si mi corazón fuese como el tuyo, mi cuerpo no hubiese adelgazado hasta quedar del ancho de tu cintura.
¡Ay de él! ¡Todo por culpa de una bella que circula entre los hombres y que es hermosa sin par!
Los censores han dicho: « ¿Quién es ése por el cual estás afligido?» Respondo: « ¡Describidlo si podéis!»
¡Oh, corazón cruel! Aprende a ser tierno en la delgadez de su cintura: tal vez así llegues a ser delicado y suave.
Tú, príncipe de la belleza, tienes un inspector que me tiraniza, y un chambelán injusto.
Mintió quien dijo que toda la belleza se encontraba reunida en José. ¡Cuántos Josés se necesitarían para alcanzar tu hermosura!

Los genios me temen cuando les hago frente, pero yo, cuando te encuentro, me pongo a temblar. Procuro apartarme de ti por respeto, y cuanto más me esfuerzo, más me acerco hacia ti.
Tus cabellos son negros; tu frente, luminosa; los ojos, rasgados, y tu cuerpo, esbelto.

Mientras Dahnas oía los versos que Maymuna dedicaba a su amado, se iba entusiasmando y se llenaba de admiración.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que le dijo: « Me has recitado esta magnífica poesía dedicada al que amas, porque él te tiene seducida. Pero yo he de esforzarme en recitar los versos mejores que pueda» . Dahnas se acercó a su amada Budur, la besó en la frente y, dirigiendo una mirada hacia Maymuna y otra hacia la princesa, empezó a recitar, fuera de sí, esta *casida*:

Pasé junto a su morada, a la orilla del río: estaba medio muerto, pero el reo del crimen se hallaba lejos.
Me he embriagado con el vino de la pasión, y mis ojos han hecho danzar las lágrimas al compás del camellero.
Me esfuerzo en obtener la felicidad del amor, y estoy convencido de que ésta reside en una unión con Budur.
No sé de cuál de las tres cosas he de quejarme. Las voy a enumerar, presta atención:
Si de sus miradas que son espadas, si de su cintura delgada como una lanza, o de sus aladares, que son casi una cota de mallas.
Después de haberle pedido una cita, en el campo o en la ciudad, ha dicho:
« Estoy en tu corazón; míralo y me verás» . Pero yo he contestado: « ¿Y dónde está mi corazón?»

Una vez hubo terminado sus versos, la *efrita* dijo: « ¡Magnífico, Dahnas! Pero dime, ¿cuál de los dos es más bello?» Contestó él: « Mi amada, Budur, es más hermosa que tu amado» . « ¡Mientes, maldito! Mi amado es más hermoso que tu amada.» Siguieron discutiendo, hasta que Maymuna dio un chillido a Dahnas y se dispuso a atacarlo. Éste se humilló, bajó la voz y dijo: « No te va a ser difícil saber la verdad. Dejemos de lado lo que hemos dicho, ya que cada uno de nosotros sólo ha alabado a su amado. Busquemos a alguien que pueda juzgar con ecuanimidad, y atengámonos a su decisión» . Maymuna se mostró conforme, dio

una patada en el suelo y salió un *efrit* tuerto y roñoso. Tenía los ojos empotrados en la cara, y a lo largo de su cabeza se alineaban siete cuernos; sus cabellos eran cuatro trenzas, que se arrastraban por el suelo, y tenía manos de duende, uñas como las del león, y pies como los del elefante, terminados en cascos parecidos a los del asno.

Al ver a Maymuna, besó el suelo delante de ella, cruzó los brazos y le preguntó: « ¿Qué necesitas, señora e hija del rey?» « ¡Qasqas! Quiero que dirimas la cuestión que tengo con este maldito Dahnas.» Lo informó de todo lo ocurrido, desde el principio hasta el fin. Después, el *efrit* Qasqas miró los rostros del muchacho y de la muchacha. Se dio cuenta de que dormían abrazados, y que el brazo de cada uno de ellos estaba debajo del cuello del otro. Ambos eran absolutamente iguales en belleza y hermosura. El *efrit* Qasqas no hacía más que mirar y quedarse absorto entre tanta beldad. Después de haber contemplado largo rato a los adolescentes, se volvió hacia Maymuna y Dahnas y recitó estos versos:

Visita a quien amas, y no te preocupes de las palabras de los envidiosos; el envidioso no sirve de auxilio en el amor.
El Misericordioso no ha creado nada más digno de verse que los amantes juntos en el mismo lecho.
Abrazados, vistiendo el traje de la armonía y teniendo por almohada el brazo y la muñeca.
Si la suerte te depara quien te ame, vive con él en armonía.
Cuando los corazones concuerdan en el amor, los envidiosos golpean en hierro frío.
¡Oh, tú, que censuras el amor de los amantes! ¿Es posible devolver la salud a un corazón corrupto?
¡Oh, Señor! ¡Oh, Misericordioso! Haz feliz el fin de nuestro amor, aunque sólo sea en el día que precede a la muerte.

El *efrit* Qasqas se volvió luego hacia Maymuna y Dahnas y les dijo: « ¡Por Dios! No sé cuál de los dos es más bello. Ambos se parecen por completo en hermosura, en belleza, en perfección y en la elegancia de sus líneas. Sólo se diferencian en que el uno es varón, y el otro, hembra. Tengo un medio para resolver vuestra diferencia. Despertemos a cada uno de ellos mientras el otro duerme, y el que se inflame más por el otro, será menos bello» . Maymuna aprobó: « Sí, es una buena idea. Yo la acepto» . Dahnas añadió: « Y yo también» . Dahnas se transformó en seguida en una pulga y picó a Qamar al-Zamán…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [le picó] en el cuello, en un punto delicado. Qamar al-Zamán alargó la mano y se rascó en el punto en que le había picado, pues le quemaba. Al moverse se dio cuenta de que a su lado había alguien que dormía, cuyo aliento era más perfumado que el almizcle y cuyo cuerpo era más suave que la manteca. Qamar al-Zamán se quedó admirado; se sentó en seguida y contempló a la persona dormida a su lado: era una adolescente, que parecía una perla magnífica o una cúpula maravillosa. Su cuerpo era precioso; los senos, turgentes; las mejillas, sonrosadas. Era tal como había dicho uno de sus descriptores:

Resplandece como la luna, y se curva como la rama de sauce; exhala el perfume del ámbar y mira como las gacelas.
Parece como si la tristeza hubiese hecho mella en mi corazón, y en el momento en que se alejaba, hubiese conseguido la unión.

Qamar al-Zamán, al contemplar la hermosura y la belleza que dormían a su lado, observó que su cuerpo sólo estaba cubierto por una camisa veneciana, que no llevaba zaragüelles, y que en la cabeza tenía un gorro bordado en oro e incrustado de pedrería; en el cuello llevaba un collar de piedras muy valiosas, cual no podría poseerlas ningún rey. Su cabeza quedó aturdida ante todo esto. Después, al fijarse más en ella, se le despertó el instinto, y Dios consintió que se apoderase de él el deseo de la unión.

Se dijo: « Suceda lo que Dios quiere, pues lo que Él no quiere, no ocurre» . Le dio la vuelta, le abrió la camisa y dejó el vientre al descubierto. La contempló con más atención, se fijó en sus senos y aumentó su pasión y su deseo.

Intentó despertarla, pero no pudo, porque Dahnas le había infundido un sueño muy pesado. Qamar al-Zamán empezó entonces a moverla y a sacudirla, diciéndole: « ¡Amada mía, despierta! ¡Mírame! Soy Qamar al-Zamán» . Pero ella siguió durmiendo sin despertarse y sin mover la cabeza. Entonces el joven reflexionó un momento y se dijo: « Si mi juicio no falla, ésta es la joven con la que mi padre quiere casarme y a la que yo rechazo desde hace tres años. Si Dios quiere, en cuanto llegue la mañana diré a mi padre que me caso con ella…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] « … y antes de que llegue el mediodía la habré poseído y habré disfrutado de su hermosura y de su belleza» . Qamar al-Zamán se inclinó sobre ella y la besó. La *efrita* Maymuna tembló y se avergonzó, mientras Dahnas revoloteaba de alegría;

Qamar al-Zamán, cuando ya estaba a punto de besarla en la boca, se contuvo pensando en Dios, y mirando hacia otro lado se dijo: « Tengo que esperar, porque mi padre, después de haberse enfadado conmigo y haberme encerrado en este lugar, puede haberme traído aquí a la novia, dándole instrucciones para que finja dormir a mi lado con el fin de ponerme a prueba con ella, y quizá le haya advertido que no debe despertarse aunque yo intente conseguirla. Le habrá recomendado que le cuente lo que yo haga con ella, y quién sabe si él mismo estará escondido en cualquier sitio, observando sin que yo pueda verlo, lo que estoy haciendo con esta muchacha.

» En este caso, cuando llegue la mañana me reprenderá y me dirá: "¿Cómo me has dicho que no quieres casarte cuando has besado y abrazado a la adolescente?" Lo mejor es que me abstenga de ella para que mi padre no descubra cuál es mi intención. Desde ahora no debo tocarla, ni tan siquiera mirarla. Pero he de quitarle algo como recuerdo, algo que constituya una señal entre ambos» . Qamar al-Zamán levantó la mano de la joven y le quitó el anillo que llevaba en el dedo anular; era de gran valor, pues tenía incrustada una magnífica piedra preciosa. En el interior del anillo había grabados estos versos:

No creáis que olvido los pactos que nos ligan, por más que dure el tiempo de la separación.
¡Señores! Tratadme con benevolencia: tal vez algún día bese vuestros labios y vuestras mejillas. ¡Por Dios! No me separaría de vosotros aunque tuviera que traspasar todos los límites del amor.

Qamar al-Zamán sacó el anillo del dedo de la reina Budur, se lo puso en su meñique y después le volvió la espalda. Maymuna, al ver esto, se alegró y dijo a Dahnas y a Qasqas: « ¿Habéis visto lo que ha hecho mi amado Qamar al-Zamán y cómo ha sabido abstenerse de esa adolescente? Esto es un signo de la perfección de su belleza. Fijaos que ha contemplado la hermosura de esa joven y que no la ha abrazado ni le ha tocado con la mano; al contrario: le ha vuelto la espalda y se ha dormido» . Le contestaron: « Hemos visto lo bien que ha obrado» . Entonces Maymuna se transformó en una pulga, se metió entre las ropas de Budur, la amada de Dahnas, se dirigió, por encima del muslo, hasta cuatro dedos más abajo del ombligo y le picó. La joven abrió los ojos, se sentó y vio a su lado a un joven que dormía y roncaba; sus mejillas parecían anémonas; sus ojos eran propios de las huríes; su boca parecía el sello de Salomón; su saliva era más dulce que un jarabe y más saludable que la triaca. Como dijo uno de sus descriptores:

Mi corazón se ha consolado de Zaynab y de Nawar, gracias a la rosa de una mejilla encima de la cual florece el mirto del bozo.

Me he enamorado de una gacela perfumada, y no me importa ya el amor de una mujer que lleve pulseras.

Es mi amigo en público y en privado, a diferencia de aquella que sólo lo era en la intimidad de la casa.

¡Oh, tú, que me censuras por haber abandonado a Hind y a Zaynab! Mi justificación es tan clara como la mañana cuando aparece ante el que viaja de noche.

¿Te hubiese gustado que fuese prisionero de una prisionera bien vigilada y encerrada entre cuatro paredes?

Cuando la reina Budur vio a Qamar al-Zamán, se volvió loca de amor, de pasión y de deseo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se dijo: « Este muchacho es extranjero, y yo no lo he visto jamás. ¿Cómo puede estar durmiendo a mi lado en la misma cama?» Se fijó aún más en él y se dio cuenta de que era un prodigio de belleza y de hermosura. Añadió: « ¡Dios verdadero! Es un muchacho precioso y comparable a la luna. Mi corazón está a punto de estallar, ¡tal es la pasión que siento por él! Me avergüenzo delante de él. Si hubiese sabido que éste es el joven que me ha pedido en matrimonio a mi padre, no lo habría rechazado: me habría casado con él y gozaría de su belleza» . A continuación, la reina Budur se acercó al rostro de Qamar al-Zamán y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Amigo de mi corazón y luz de mis ojos! ¡Despierta de tu sueño y disfruta de mi belleza!» Lo movió, pero Maymuna le infundió un sueño profundo y le cubrió la cabeza con las alas, por lo que no pudo despertarse, a pesar de que la reina Budur seguía agitándolo.

Le decía: « ¡Por vida mía! ¡Obedéceme! ¡Despierta del sueño y contempla el narciso y la juventud! ¡Disfruta con mi vientre y sus secretos! ¡Acariciante y conversa conmigo hasta que llegue la mañana! ¡Levántate, señor! ¡Apóyate en el cojín y no duermas!» Pero Qamar al-Zamán seguía callado; es más, se puso a roncar. La reina Budur continuó diciéndole: « ¿Por qué estás tan orgulloso de tu belleza, de tu amabilidad y de tus buenos modos? Si tú eres bello, también lo soy yo. ¿Qué estás haciendo? ¿Es que te han aconsejado que seas esquivo, o que mi padre, ese viejo de mal agüero, te ha mandado que no me contestes esta noche?» Qamar al-Zamán abrió los ojos, y al punto aumentó el amor que sentía la muchacha por él, pues Dios había consentido que el deseo hiciese mella en su corazón. Le dirigió una mirada que le iba a causar mil tormentos: su corazón palpitó, sus entrañas se inflamaron, y sus miembros temblaron.

Dijo a Qamar al-Zamán: « ¡Señor mío, háblame! ¡Amado mío, dime algo! ¡Querido, contéstame y dime cómo te llamas! ¡Me has robado el entendimiento!» Pero Qamar al-Zamán seguía sumergido en el sueño, y no le contestaba ni una palabra. La reina Budur suspiró y añadió: « ¿Por qué eres tan orgulloso?» Lo volvió a agitar, le besó la mano y vio que en el meñique llevaba su anillo. Exhaló un sollozo, al que siguió un gemido, y dijo: « ¡Ah, ah! ¡Por Dios! Tú, amado mío, me amas, pero quieres rehuirme por coquetería, a pesar de que te has aprovechado mientras yo dormía y no sé lo que has hecho conmigo; pero no recuperaré el anillo que tienes en el meñique» . Le abrió la camisa, se inclinó sobre él, lo besó en el cuello y empezó a buscar algo que quitarle: no encontró nada, pero vio que no llevaba zaragüelles.

Alargó la mano por debajo del faldón de la camisa, le acarició el muslo y, haciéndola resbalar por la piel tersa de su cuerpo, fue a tocar el miembro. El corazón se le sobresaltó y le palpitó violentamente, ya que las mujeres son más concupiscentes que los hombres. Le quitó el anillo que llevaba en un dedo y se lo puso en el suyo; en seguida lo besó en la boca y en todo el cuerpo, sin dejar nada por besar; lo estrechó contra su seno, lo abrazó y, colocando uno de sus brazos debajo del cuello de Qamar al-Zamán y el otro debajo de su axila, se durmió a su lado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Maymuna, al ver todo esto, se alegró muchísimo y dijo a Dahnas: « ¿Has visto, maldito, lo que ha hecho tu amada con aquel a quien yo amo, mientras éste se ha mostrado orgulloso y casto? No cabe duda de que él es más bello que ella, pero yo te perdono. —A continuación escribió en un papel que lo declaraba libre, y, volviéndose hacia Qasqas, dijo—: Acompaña a Dahnas y ayúdalo a llevar a su amada hasta su tierra, que la noche está terminando y ya no puedo hacer lo que querría» . Dahnas y Qasqas se acercaron a la reina Budur, se colocaron debajo de ella, se la cargaron encima y emprendieron el vuelo con ella: la dejaron en su domicilio y la colocaron en su lecho. Maymuna se quedó sola contemplando a Qamar al-Zamán, que seguía durmiendo, y cuando ya faltaba poco para que se terminase la noche, se marchó a sus asuntos.

Al aparecer la aurora, Qamar al-Zamán se despertó de su sueño y se volvió a derecha y a izquierda, pero no encontró a la adolescente. Se dijo: « ¿Qué significa esto? Tal vez mi padre quiere incitarme a que me case con la adolescente que estaba a mi lado, y ahora se la ha llevado para acrecentar así mi deseo» . Llamó a gritos al criado, que estaba durmiendo junto a la puerta, y le dijo: « ¡Ay de ti, maldito! ¡Levántate!» El criado se levantó, y, medio atontado

por el sueño, le llevó la palangana y el jarro. Qamar al-Zamán entró en el lavabo, hizo sus necesidades, salió, hizo las abluciones y rezó la oración de la mañana; se sentó y empezó a loar a Dios.

Después se volvió hacia el criado y vio que estaba de pie delante de él, presto a servirle. Le dijo: « ¡Ay de ti, Sawab! ¿Quién ha venido aquí mientras yo dormía, a llevarse la adolescente que estaba a mi lado?» El criado contestó: « ¡Señor! ¿Qué muchacha?» « La que ha dormido a mi lado toda la noche.» El criado se azoró al oír las palabras de Qamar al-Zamán y le contestó: « No has tenido al lado ninguna muchacha ni a nadie. ¿Por dónde iba a entrar si yo estaba durmiendo detrás de la puerta, y ésta estaba cerrada? ¡Por Dios, señor! No ha entrado ni varón ni hembra» . « ¡Mientes, esclavo de mal agüero! ¿Es que has de llegar a engañarme, a no decirme adonde ha ido esa joven que ha pasado la noche a mi lado, y a no decirme quién me la ha arrebatado?» El eunuco, asustado, exclamó: « ¡Por Dios, señor! No he visto ni muchacha ni muchacho» .

Qamar al-Zamán se puso furioso y le replicó: « ¡Te han enseñado a disimular, maldito! ¡Acércate!» El criado se aproximó a Qamar al-Zamán, y éste, cogiéndolo por el cuello, lo arrojó al suelo; el criado dejó escapar unos cuantos pedos. El príncipe se inclinó a su lado, lo pateó y le apretó el cuello hasta que se desmayó. Después lo ató a la cuerda del pozo, lo bajó hasta el agua y lo remojó. Estaban en invierno, y hacía frío. Qamar al-Zamán lo sacó y lo volvió a sumergir de nuevo, y así lo hizo varias veces, mientras el criado pedía auxilio a gritos. El príncipe le decía: « ¡Por Dios, maldito! No te sacaré del pozo hasta que me hayas contado lo que sepas de esa muchacha y de su vida, y me digas quién me la ha arrebatado mientras yo dormía» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía a interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el criado contestó: « ¡Señor! ¡Te contaré la verdad! ¡Sácame del pozo!» Lo sacó medio muerto, debido a lo mucho que había sufrido con los remojones, el frío, los golpes y el miedo de morir ahogado. Temblaba como caña sacudida por el viento huracanado; sus dientes castañeteaban, y sus ropas estaban mojadas por completo. El criado, al verse de nuevo en tierra firme, dijo: « Permite, señor, que vaya a quitarme los vestidos, los escurra, los tienda al sol y me ponga otra ropa. En seguida volveré, te informaré de lo ocurrido con la joven y te referiré su historia» . « ¡Por Dios, esclavo de mal agüero! Si no hubieses visto la muerte cara a cara, no habrías confesado la verdad. Haz lo que necesitas y vuelve en seguida a referirme lo ocurrido con la adolescente, así como su historia.»

El criado, que casi no podía creer que se encontraba a salvo, salió corriendo, y sin parar, se metió en el salón en que se encontraba el rey Sahramán, padre de

Qamar al-Zamán. Tenía al visir a su lado, y estaba hablando del caso del príncipe. Oyó que el rey decía al visir: « Esta noche no he conseguido dormir, pues mi corazón está muy preocupado por lo que pueda pasar a mi hijo Qamar al-Zamán. Temo que le haya ocurrido cualquier desgracia en esa vieja torre, y que el tenerlo encerrado no sirva para nada» . El ministro contestó: « No te preocupes por él. ¡Por Dios, que nada le ha de suceder! Déjalo encerrado durante un mes, hasta que su carácter se modere» . Mientras así hablaba, entró el criado en estado deplorable, y dijo: « ¡Nuestro señor el sultán! Tu hijo se ha vuelto loco: ha hecho conmigo lo que ves, al tiempo que me decía: "Una adolescente ha pasado la noche conmigo y se ha ido a hurtadillas. Cuéntame de qué se trata, pues nada sé de esa joven"» .

El sultán, al oír que su hijo había pronunciado aquellas palabras, gritó: « ¡Hijo mío! —y se enojó con el visir, que era la causa de estos males. Le dijo—: ¡Vamos! ¡Ve a ver qué le ocurre a mi hijo Qamar al-Zamán!» El visir, tembloroso ante el enfado del rey, salió tropezando con los faldones de su propio traje, y, acompañado por el criado, se dirigió a la torre cuando el sol ya estaba alto. El visir se presentó ante Qamar al-Zamán y lo encontró sentado en el lecho, recitando el Corán. Lo saludó, se sentó a su lado y le dijo: « ¡Señor mío! Este esclavo de mal agüero nos ha traído una noticia que nos ha turbado y descompuesto; tu padre se ha enfadado mucho» .

Qamar al-Zamán preguntó: « ¿Qué es lo que os ha dicho de mí hasta el punto de turbar a mi padre? En realidad, el único preocupado soy yo» . « Se nos ha presentado en un estado lamentable, y nos ha dicho cosas que Dios no quiera que te ocurran; y nos ha contado una sarta de mentiras, que no es necesario repetir, acerca de tu salud, de tu juventud, de tu buena razón y de tu lengua elocuente. ¡Dios aparte de ti cualquier calamidad!» El príncipe preguntó: « ¿Y qué cosa ha dicho este esclavo de mal agüero?» « Nos ha dicho que te habías vuelto loco y que tú le habías asegurado que la noche pasada dormiste con una adolescente. ¿Has dicho esto al criado?»

Qamar al-Zamán se encolerizó y dijo al visir: « No me neguéis que le habéis mandado que haga lo que ha hecho…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] « … prohibiéndole que me explique quién es la adolescente que ha pasado la noche a mi lado. Tú, visir, sé más inteligente que él e infórmame ahora mismo del sitio en que se encuentra la hermosa adolescente que ha dormido esta noche entre mis brazos. Vosotros sois quienes la habéis enviado para que pase la noche conmigo. He dormido con ella hasta la mañana, pero al despertarme no la he encontrado.

¿Dónde está ahora?» El visir replicó: « ¡Señor mío Qamar al-Zamán! ¡Que el nombre de Dios te proteja! La noche pasada no hemos enviado a nadie para que durmiese contigo. Has dormido solo, con la puerta cerrada, con el criado tendido detrás, a lo largo de ella, y no has recibido visitas: ni de una adolescente, ni de ninguna otra persona. ¡Vuelve a la razón, señor mío! ¡No fatigues tu mente!»

Qamar al-Zamán dijo fuera de sí: « ¡Esa adolescente, mi amada, es preciosa: de ojos negros y mejillas sonrosadas, que he besado esta noche!» El ministro, sorprendido ante estas palabras de Qamar al-Zamán, le dijo: « ¿Has visto a la adolescente de esta noche con los ojos con que miras cuando estás despierto, o en sueños?» « ¡Viejo de mal agüero! ¿Qué crees? ¿Que la he visto con los oídos? La he visto con mis propios ojos, despierto; le he besado la mano y he pasado con ella, despierto, la mitad de la noche, disfrutando de su belleza, de su hermosura, de su gracia y de su coquetería. Pero vosotros le habéis recomendado que no me dirigiese la palabra y que se hiciese la dormida, mientras permanecía a mi lado, hasta la mañana. Al despertarme no la he encontrado.»

El visir le insinuó: « ¡Señor mío Qamar al-Zamán! Tal vez has visto todo esto en un sueño confuso, o quizá los distintos guisos de la cena te hayan hecho imaginar lo que no era, y ¡quién sabe si se trata de una añagaza del demonio, lapidado sea!» « ¡Viejo de mal agüero! ¿Cómo te atreves a burlarte de mí, hablándome de sueño confuso cuando el criado ha confesado que sabía algo de la adolescente y me ha dicho que iba a regresar para informarme de su historia?» Se acercó al visir, lo cogió de la luenga barba, la arrolló en su brazo y lo arrastró tirando de ella, hasta hacerlo caer del lecho al suelo. El visir estuvo a punto de exhalar el alma por aquella violencia; por su parte, Qamar al-Zamán lo llenó de puntapiés y pescozones hasta dejarlo medio muerto. El visir se dijo: « Si el criado se ha salvado de este joven, que está loco, con una mentira, yo debo hacer lo mismo y salvarme con otra mentira, pues de lo contrario me matará. Mentiré y me salvaré, pues no cabe la menor duda de que está loco» . Se volvió hacia Qamar al-Zamán y le dijo: « ¡Señor mío! No me reprendas, pues tu padre me ha mandado que te oculte lo que se refiere a esa joven; pero ahora estoy agotado por los golpes, ya que soy viejo y no tengo fuerza para soportarlos. Detente, y te contaré la historia de la adolescente» .

El príncipe dejó de golpearlo y le preguntó: « ¿Por qué no me contabas la historia de la adolescente antes de que te diese la paliza? Ponte en pie, viejo de mal agüero, y dame tus noticias» . « ¿Tú preguntas por la joven de hermoso rostro y de soberbia cintura?» « Sí, visir. Dime, ¿quién la ha mandado que durmiese a mi lado? ¿Dónde se encuentra ahora? Quiero ir a buscarla. Si mi padre, el rey Sahramán, ha obrado así y me ha puesto a prueba con esa muchacha tan hermosa con vistas a mi matrimonio, yo acepto el casarme con ella. Él no hubiese hecho todo esto, entusiasmarme por esa muchacha y después quitármela, de no haber sido por mi reiterada negativa al matrimonio. Pero ahora

yo la acepto. Comunícaselo a mi padre, visir, y aconséjale que me case precisamente con esa joven, ya que no quiero a ninguna otra, pues mi corazón sólo está enamorado de ella. Ve corriendo y recomiéndole que me case inmediatamente. ¡Y vuelve aquí en seguida!» El visir no se consideró libre de Qamar al-Zamán hasta verse fuera de la torre. Corrió a presentarse ante el rey Sahramán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que éste le preguntó: « ¡Visir! ¿En qué estado te veo? ¿Quién te ha puesto así?» « Te traigo una bonita noticia.» « ¿De qué se trata?» « Tu hijo Qamar al-Zamán se ha vuelto loco.» Oscurecióse el semblante del rey al oír las palabras del visir, y preguntó: « ¡Aclárame qué clase de locura es la de mi hijo!» « De buen grado» , y le refirió todo lo que le había ocurrido con él. El rey le dijo: « ¡Alégrate, visir! ¡A cambio de la buena noticia que me traes, haré que te corten el cuello y que pongan fin a tu bienestar! ¡Oh, el más nefasto de los visires! ¡Oh, el peor de los emires! Sé que tú eres el causante de la locura de mi hijo por haberme dado tu consejo y tu desacertada opinión desde el principio hasta el fin. ¡Juro por Dios que si mi hijo ha recibido algún daño o se ha vuelto loco, te he de clavar en la cúpula del palacio y darte a gustar la muerte!»

El rey se levantó, y, llevándose al visir, entró en la torre en que se encontraba Qamar al-Zamán. Cuando llegaron, éste saltó rápidamente del lecho sobre el que estaba sentado y besó las manos de su padre. Después se retiró un paso, bajó la cabeza, cruzó los brazos y se quedó inmóvil un rato, al cabo del cual lo miró, se puso a llorar y, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro, recitó estos versos del poeta:

Si en lo pasado cometí una mala acción contra vos, si hice algo reprobable,
me arrepiento de lo hecho, y vuestro perdón acogerá al culpable si llega arrepentido.

El rey se acercó, abrazó a su hijo, lo besó en la frente y lo sentó a su lado, encima del estrado. Después, mirando al visir con aspecto airado, le dijo: « ¡Perro de los visires! ¿Cómo dices cosas tales de mi hijo Qamar al-Zamán, llenando de angustia mi corazón? —Volviéndose hacia su hijo, le preguntó—: ¡Hijo mío! ¿Qué día es hoy?» « Sábado; mañana será domingo; pasado mañana, lunes, y después seguirán el martes, miércoles, jueves y viernes.» « ¡Hijo mío! ¡Qamar al-Zamán! ¡Loado sea Dios que te conserva sano! ¿En qué mes árabe

nos encontramos?» «En Du-l-Qaada, y después seguirán Du-l-Hicha, Muharram, Safar, Rabi I, Rabi II, Chumada I, Chumada II, Rachab, Sabán, Ramadán y Suwal.»

El rey se alegró mucho al oír esta contestación, y escupió al visir en la cara: «¡Viejo maligno! ¿Cómo puedes asegurar que mi hijo Qamar al-Zamán se ha vuelto loco? ¡Tú eres el loco!» El visir movió la cabeza y trató de contestar, pero, pensándolo mejor, decidió esperar un poco y ver lo que pasaba. El rey preguntó a su hijo: «¿Qué es eso que has dicho al criado y al visir? ¿Que has pasado la noche con una hermosa adolescente? ¿Quién es esa joven de la cual hablas?» Al oír estas palabras, Qamar al-Zamán se puso a reír y respondió: «¡Padre mío! No tengo fuerzas para aguantar más la broma: no añadáis ni una palabra, nada; estoy exasperado por lo que habéis hecho conmigo. Sabe, padre, que estoy dispuesto a casarme, pero con la condición de que sea con la adolescente que ha pasado esta noche conmigo. Estoy convencido de que tú me la has mandado para que me tentara, y que le has ordenado que se retirase antes de llegar la mañana». El rey exclamó: «¡El nombre de Dios te rodee por todas partes, hijo mío, y salve tu razón de la locura!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey continuó:] «¿Quién es esa adolescente que aseguras que yo te he enviado la noche pasada, y que después te he arrebatado antes de que llegase la mañana? ¡Por Dios, hijo mío! Yo no sé nada de este asunto. Dime si se trata de una pesadilla, o es fruto de una digestión fatigosa. Tú has tenido tentaciones. ¡Maldiga Dios al que me aconsejó hacerlo así! No cabe duda de que tus humores se encontraban alterados en el sentido del matrimonio, y has visto en sueños una hermosa adolescente que te abrazaba; has creído que la veías estando despierto, y todo eso no ha sido más que una pesadilla». Qamar al-Zamán contestó: «Déjate de tantas palabras y júrame por el Creador, por el Omnisciente, por el que castiga a los tiranos y destruye a los soberanos, que no sabes nada de la muchacha, que no sabes dónde está». «¡Por el Dios de Moisés y de Abrahán! Nada sé de eso. Tal vez sea un sueño que has tenido mientras dormías.» «Te voy a demostrar que estaba despierto.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y uno*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven siguió diciendo:] «Te pregunto: ¿Ha ocurrido a alguien que, habiéndose visto en sueños combatir y tomar parte en un combate terrible, se haya encontrado en la mano, al despertar,

la espada chorreando sangre?» «No, por Dios, hijo mío; nunca ha ocurrido eso.» Qamar al-Zamán continuó: «Te contaré lo que me ha sucedido. Me ha parecido que me despertaba a eso de la medianoche, y he encontrado junto a mí, dormida, una joven: su cintura era igual a la mía, de idéntica forma. La he abrazado, la he acariciado con mis manos, he cogido su anillo y me lo he puesto en uno de mis dedos, al mismo tiempo que me quitaba el mío y lo ponía en uno de los suyos. Pero me he abstenido de poseerla, pensando que tú la habías hecho venir y te habías escondido para ver lo que hacía. Por eso me he avergonzado de besarla en la boca, y me ha pasado por la mente que tú querrías ponerme a prueba con ella para incitarme al matrimonio. Después, al despertar de mi sueño, por la mañana, no he encontrado rastro alguno de la adolescente ni he podido saber nada de ella, y por eso me he portado así con el criado y el visir. ¿Cómo puede haber sido falso todo esto, si el anillo existe? Si creyera que lo del anillo había sido una ilusión del sueño, ¿qué significaría éste que tengo puesto en el meñique? Contempla el anillo, rey: ¿cuánto vale?»

Qamar al-Zamán entregó el anillo a su padre. Éste lo cogió y le dio vueltas; después, volviéndose hacia su hijo, contestó: «Este anillo aporta una prueba extraordinaria, una comprobación de peso; lo que te ha ocurrido esta noche con la adolescente tiene gran importancia, pues yo no sé por dónde pudo entrar la intrusa. La responsabilidad de todo esto le incumbe al visir. ¡Dios te proteja, hijo mío! Ten paciencia, y tal vez Él te libre de esta desgracia y te dé una gran recompensa, tal como dice el poeta:

> ¿Quién sabe si el destino alterará su curso trayendo algo bueno? El tiempo es inestable.
> Tal vez se cumplan mis esperanzas y se realicen mis deseos; tras los viejos asuntos surgen otros nuevos.

» ¡Hijo mío! Me he convencido de que no estás loco, pero únicamente Dios puede solucionar tu caso». Qamar al-Zamán replicó: «¡Por Dios, padre! Has de encontrar a esa adolescente y traérmela en seguida; de lo contrario, moriré de pena». Luego el príncipe manifestó su pasión, se volvió hacia su padre y recitó estos versos:

> Si en vuestra promesa de venir a visitarme había engaño, venid cuando menos en sueños a ver al amante apasionado.
> Responden: «¿Cómo podría aparecer el espectro de la amada ante un joven cuyos párpados desconocen el sueño?»

Después de recitar estos versos, Qamar al-Zamán miró a su padre, humilde,

deprimido, llorando, y recitó estos otros:

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Qamar al-Zamán recitó:]

Precaveos contra sus miradas, pues es un brujo al que no puede escapar aquel que lo contempla.
No os engañéis con la dulzura de sus palabras, pues embriagan el entendimiento a la par que el vino.
Es tan delicada, que si la rosa tocase sus mejillas lloraría, y de sus pupilas brotarían las lágrimas.
Si en sueños pasase el céfiro por su patria, quedaría impregnado de su perfume.
Su collar se queja del tintineo de la cintura, mientras callan los brazaletes que ciñen sus brazos.
Cuando sus ajorcas intentan besar sus pendientes, sus gracias ocultas se presentan a los ojos del amor.
Aquel que reprende mi amor no tiene excusa alguna: los ojos no disfrutan si falta la percepción de la muerte.
¡Dios confunda a quien me difama! No eres justo: todas las miradas se inclinan ante tal belleza.

Cuando el príncipe hubo terminado de recitar estos versos, el visir dijo al rey: « ¿Cuánto tiempo permanecerás junto a tu hijo, alejado del ejército? Tal vez la organización del Estado se resienta en perjuicio tuyo, dada tu separación de los grandes del reino. El ser racional, cuando su cuerpo sufre distintas enfermedades, tiene el deber de empezar la cura por lo más grave. Mi opinión consiste en que traslades a tu hijo al pabellón que da al mar; enciérrate en él junto con tu hijo, pero dedica dos días a la semana, el jueves y el lunes, al consejo y a la administración.

» Esos días recibirás la visita de los emires, visires, chambelanes, funcionarios, grandes del reino, cortesanos, policía, soldados y súbditos. Ellos te expondrán su situación, y tú juzgarás acerca de sus necesidades, decidirás entre ellos, tomarás y darás, mandarás y prohibirás. El resto de la semana podrás pasarlo al lado de tu hijo Qamar al-Zamán. Podrás seguir así hasta que Dios os libre a ambos de la preocupación. Tú, ¡oh rey!, no estás a seguro de las calamidades del tiempo ni de las vicisitudes de la fortuna. El hombre inteligente siempre está prevenido. ¡Qué hermosas son las palabras del poeta!:

Cuando los días te eran propicios, pensabas bien; no temías lo que el destino pudiera traerte.

Las noches transcurrían sin novedad, y tú te dejabas engañar; pero en la tranquilidad de la noche se engendran las desgracias.

¡Oh, comunidad de los hombres! ¡Póngase en guardia aquel a quien favorece el tiempo!»

El sultán, al oír las palabras del visir, consideró que tenía razón y que su consejo era acertado; lo impresionó y temió que el orden del Estado se alterase en su perjuicio. Por tanto, mandó que su hijo fuese trasladado al pabellón que daba al mar. Para llegar a éste había que recorrer una escollera de veinte codos de ancho. El pabellón estaba completamente rodeado por ventanas que daban al mar, el suelo lo formaban mármoles policromos, y el techo estaba cubierto de pinturas multicolores e incrustado de oro y lapislázuli. Para recibir a Qamar al-Zamán pusieron tapices de seda, recubrieron sus paredes de brocado, y colgaron cortinas que tenían joyas engarzadas.

Qamar al-Zamán llegó loco de amor, insomne; su pensamiento sólo tenía una idea, y había palidecido y adelgazado. El rey Sahramán, su padre, se sentó a su cabecera, muy triste por el estado en que se encontraba. Los lunes y jueves, el rey concedía audiencias y recibía en aquel pabellón a los emires, visires, chambelanes, funcionarios, grandes del reino, soldados y súbditos que querían verlo. Entraban, prestaban sus distintos servicios y permanecían a su lado hasta el fin del día, hora a la cual se marchaban a sus quehaceres. Entonces, el rey volvía junto a su hijo Qamar al-Zamán y no se apartaba de él ni de noche ni de día. Este estado de cosas duró muchos días y muchas noches. Esto es lo que hace referencia a Qamar al-Zamán, hijo del rey Sahramán.

Veamos ahora qué fue de la reina Budur, hija del rey al-Gayur, señor de las islas y de los siete castillos. Los genios la transportaron hasta su lecho, donde la dejaron durmiendo cuando sólo quedaban tres horas de noche. Al llegar la aurora se despertó, se sentó y miró a derecha e izquierda, sin encontrar a su amado, aquel que había estado en sus brazos. Su corazón empezó a palpitar, perdió la razón y dio un grito que despertó a todas sus doncellas, nodrizas y camareras. Éstas acudieron a su lado, y la más anciana le preguntó: « ¡Señora! ¿Qué te ha sucedido?» « ¡Vieja de mal agüero! ¿Dónde está mi amado, ese joven que ha pasado la noche entre mis brazos? ¡Dime dónde se ha ido!»

Se oscureció el semblante de la camarera al oír estas palabras, y, temiendo su cólera, contestó: « ¡Mi señora Budur! ¿Qué significan estas palabras detestables?» « ¡Ay de ti, vieja de mal agüero! ¿Dónde está mi amado, ese hermoso joven de cara graciosa, de ojos negros, cejijunto, que ha estado conmigo desde que anocheció hasta poco antes de la aurora?» « ¡Por Dios! No he visto a ese joven ni a nadie. ¡Por Dios, señora! No nos gastes estas bromas,

que están fuera de lugar y nos pueden costar la vida. Si tu padre se entera de esto, ¿quién nos salvará de sus manos?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina Budur le dijo: « El que ha dormido a mi lado esta noche, era un joven. Su rostro era el más hermoso del mundo» . La camarera replicó: « ¡Dios cure tu mente! Nadie ha pasado la noche contigo» . Entonces, la señora Budur miró su mano y vio en el dedo el anillo de Qamar al-Zamán, sin encontrar el suyo Dijo a la camarera: « ¡Ay de ti, traidora, que me mientes, que aseguras que nadie ha estado conmigo, y que me juras por Dios en falso!» « ¡Ni te miento ni te juro en falso!» La señora Budur se indignó con ella, desenvainó una espada que tenía al lado y, cayendo sobre la camarera, la mató.

Los criados, las doncellas y las criadas gritaron y corrieron a buscar al soberano para informarle del estado en que se encontraba su hija. El rey acudió en seguida junto a la señora Budur y le dijo: « ¡Hija mía! ¿Qué te ocurre?» « ¡Padre! ¿Dónde está el joven que ha dormido esta noche a mi lado?» La razón había abandonado a la princesa, y sus ojos giraban de un lado para otro; después se desgarró el vestido hasta el faldón. Su padre, al ver lo que hacía, mandó a las doncellas y a los criados que la sujetaran y la aherrojasen, que le atasen el cuello con una cadena de hierro y la fijasen a la ventana que había en el castillo. Y aquí termina, por ahora, lo concerniente a la reina Budur.

Veamos lo que ocurrió al rey al-Gayur. Al ver lo sucedido a su hija, la señora Budur, a la que amaba muchísimo, sintió que el mundo se hacía pequeño, pues el caso era difícil. Mandó llamar a los astrólogos, a los médicos y a los letrados y les dijo: « Casaré con mi hija a aquel que la saque del estado en que se encuentra, y además le daré la mitad de mi reino; pero mataré a aquellos que no la curen, y sus cabezas colgarán de la puerta del alcázar» .

En efecto, a todos aquellos que visitaban a la princesa y no la curaban, les cortaban la cabeza y la colgaban en la puerta del palacio; así cayeron cuarenta víctimas; el rey invitó a otros médicos a que la visitasen, pero se abstuvieron de intentar su curación, y su caso fue considerado como muy difícil por los sabios y letrados.

La pasión, el extravío y el amor iban creciendo en la señora Budur, por lo que derramó lágrimas y recitó estos versos:

Mi amor por ti, luna mía, está siempre a mi lado, y tu recuerdo es mi invitado en las tinieblas de la noche.

Paso la noche teniendo entre mis costillas una llama comparable a la

brasa del infierno.

Vivo atormentada por el exceso de amor y de ardor: mi castigo lo constituye el dolor.

Recitó además estos otros:

Saludo a todos los amantes, cualquiera que sea su morada. Yo me extingo en el deseo hacia el amado.

Os envío mi saludo, que no es un adiós: es un augurio de paz siempre mayor. Te amo, amo a tu patria, pero ahora me encuentro lejos del que quiero.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos, se puso a llorar hasta que los párpados se le inflamaron y sus mejillas se marchitaron. En esta situación permaneció tres años.

La princesa tenía un hermano de leche llamado Marzawán que había viajado hasta los países más remotos y permaneció ausente durante dicho tiempo; la quería como un hermano. Cuando regresó fue a visitar a su madre y le preguntó por su hermana, la señora Budur. Su madre lo informó: « ¡Hijo mío! Tu hermana se ha vuelto loca, y así está desde hace tres años; tiene el cuello sujeto con una cadena de hierro, y los médicos no han sido capaces de curarla» . « He de visitarla. Tal vez averigüe qué es lo que le ocurre y pueda curarla.»

Su madre replicó: « Sí, debes entrar; mas espera a mañana, para que yo prepare tu visita» . La madre de Marzawán fue al palacio de la señora Budur, saludó al eunuco encargado de la custodia de la puerta y le hizo un regalo, diciéndole: « Tengo una hija casada, que se crió con la señora Budur. Cuando ocurrió a tu señora la desgracia, su corazón quedó pendiente de ella. Te ruego, por favor, que dejes a mi hija que la visite un rato. Después se marchará, y nadie se enterará de nada» . « Esto —contestó el criado— sólo es posible por la noche. Cuando el sultán haya salido de ver a su hija, podréis entrar.» La anciana le besó la mano y se fue a su casa.

Por la noche, salió acompañada de su hijo Marzawán, que iba disfrazado de mujer; iban cogidos de la mano, entraron en el alcázar y, sin detenerse, se presentaron al criado, una vez el sultán se hubo despedido de su hija. El portero, al verla, le dijo: « Entra, pero no estés demasiado tiempo» . Una vez dentro la anciana, su hijo Marzawán contempló el estado en que se hallaba la señora Budur. La saludaron, y una vez su madre le hubo quitado el vestido de mujer, Marzawán sacó los libros que llevaba consigo, encendió la vela [y empezó a leer unas fórmulas mágicas][74].

La señora Budur lo miró y lo reconoció. Le dijo: « ¡Hermano! Has estado de viaje y no hemos tenido noticias tuyas» . « Es cierto; pero Dios me ha devuelto

sano y salvo. Iba a emprender otro viaje, pero me han disuadido las noticias que de ti me han llegado. Mi corazón se ha inflamado por ti y he venido a verte. Tal vez yo encuentre la medicina que te conviene y pueda curarte.» « ¡Hermano mío! ¿Tú también crees que estoy loca?» , y, señalándolo con un dedo, recitó estos dos versos:

Dijeron: « Estás loca por aquel al que amas» . Les contesté: « Las dulzuras de la vida sólo pertenecen a los locos.
Estoy loca; pues traedme a aquel por el que he enloquecido. Si él me cura la locura, no me censuréis» .

Marzawán se dio cuenta de que estaba enamorada. Le dijo: « Explícame lo que te ha sucedido. Tal vez Dios me inspire el modo de salvarte» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [ella le contestó:] « Escucha mi historia. Una noche, en su último tercio, me desvelé y me senté. Vi a mi lado al joven más hermoso que imaginarse pueda, y al que la lengua no puede describir: era un ramo de sauce o una caña de junco. Pensé que era mi padre quien me lo había mandado para ponerme a prueba, ya que él me había insinuado que me casase (los reyes pedían mi mano), y yo me negaba. Este pensamiento fue lo que me impidió despertarlo, pues temía que si lo abrazaba me delataría ante mi padre. Al despertarme por la mañana vi en mi dedo un anillo que no era el mío. Ésta es mi historia, hermano: mi corazón quedó prendado de él desde el instante en que lo vi, y mi pasión y mi amor son tan grandes que no gusto ni de la comida ni del sueño, y todo mi trabajo lo constituyen el llanto, las lágrimas y el recitar versos noche y día» . Se puso a llorar y recitó:

Después de haberme enamorado, ¿puedo gustar de los placeres? Esa gacela pace siempre en los corazones.
La sangre de los enamorados no tiene importancia para ella; la vida del que arde de amor se disipa.
Por él estoy celosa de mi vista y de mi pensamiento. Una parte de mí vigila a la otra.
Sus ojos disparan saetas mortales, que tienen por blanco nuestros corazones.
¿Volveré a verlo antes de la muerte, cuando aún esté, en parte, en este mundo?
Intento ocultar mi secreto, pero las lágrimas denuncian lo que siento, y el

espía se entera.

Nuestra reciente unión me parece lejana, y su primer recuerdo, próximo.

Luego dijo a Marzawán: « ¡Hermano mío! ¿Qué harás por mí en la desgracia en que me encuentro?» Marzawán bajó la cabeza un momento; estaba admirado, y no sabía qué hacer. Luego, levantando la cabeza, contestó: « Todo lo que te ha ocurrido es verdad, pero la historia de ese joven escapa a mi comprensión. Recorreré todos los países y buscaré tu remedio. ¡Tal vez Dios lo ponga al alcance de mi mano! Ten paciencia y no te preocupes» . Marzawán se despidió, le aconsejó que fuese constante y se marchó.

Mientras salía, ella recitó estos versos:

Tu imagen, con paso de peregrino, se presenta constantemente en mi pensamiento, a pesar de la lejanía.

El deseo te aproxima a mi corazón: ¿qué cosa es la mirada en comparación con la ley del entendimiento?

No permanezcas lejos, porque eres la luz de mis ojos: cuando estás lejos, falta el color de la luz.

Marzawán pasó aquella noche en casa de su madre, y al amanecer hizo los preparativos para el viaje y se puso en camino. No paró de andar de ciudad en ciudad y de isla en isla durante un mes entero, al cabo del cual entró en una ciudad, llamada Tairab, y empezó a buscar noticias entre las gentes con la esperanza de encontrar una medicina para la reina Budur; cada vez que entraba en una ciudad o pasaba cerca de ella, oía decir que la reina Budur, hija del rey al-Gayur, se había vuelto loca; pero él no dejaba de buscar noticias, y al llegar a la ciudad de Tairab oyó decir que Qamar al-Zamán, hijo del rey Sahramán, se había puesto enfermo de melancolía y de locura. Al oír Marzawán esta noticia, preguntó a las gentes de la ciudad acerca del país y del lugar en que estaba el príncipe. Le contestaron: « En las islas de Jalidán. Distan de nosotros un mes por mar; por tierra hay seis meses de camino» .

Marzawán embarcó en una nave que se dirigía hacia las islas de Jalidán y que estaba a punto de partir. Durante un mes, el viento les fue favorable, pero cuando ya distinguían la ciudad y faltaba poco para que llegasen a tierra, se levantó un viento contrario, huracanado, que arrancó el palo mayor, lanzó las velas al mar e hizo zozobrar la embarcación.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que todos procuraron salvarse, y

Marzawán fue arrastrado por la fuerza de las olas hasta el pie del palacio real en que se encontraba Qamar al-Zamán. Así lo había querido el destino.

Los emires y visires estaban reunidos en torno al rey Sahramán, y su hijo Qamar al-Zamán tenía la cabeza reclinada en su seno. Un criado recitaba versos. Hacía ya dos días que Qamar al-Zamán no comía, ni bebía, ni hablaba. El visir estaba junto a sus pies, cerca de la ventana que daba al mar. Al levantar la vista vio a Marzawán, que estaba a punto de morir entre las olas, ya en el límite de sus fuerzas. El corazón del visir se apiadó de él, se acercó al sultán y le dijo: « Permite que baje al pie del alcázar y abra la puerta para salvar a un hombre que está a punto de perecer ahogado en el mar. Lo sacaré del apuro y le devolveré la alegría. ¡Tal vez Dios, por su mediación, salve a tu hijo del estado en que se encuentra!» « ¡Tú eres el culpable de la situación en que se halla mi hijo! Si ese extranjero ve nuestra situación, contempla a mi hijo y, al marcharse, habla con alguien de nuestro secreto, te cortaré el cuello antes que a él, ya que tú, visir, eres el causante de todo lo que nos ocurre desde el principio hasta el fin. Haz lo que mejor te parezca.»

El visir se levantó, abrió la puerta del palacio, dio veinte pasos sobre la escollera e, inclinándose sobre el mar, vio a Marzawán, que estaba a punto de morir. El visir alargó la mano hacia él, lo cogió por los cabellos y lo sacó del mar. Estaba medio muerto, con el vientre lleno de agua y los ojos desorbitados. El visir esperó a que Marzawán se repusiera; lo desnudó, lo vistió con otro traje y le puso el turbante de uno de sus pajes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego le dijo: « Yo he evitado que murieras ahogado; no seas la causa de mi muerte y de la tuya» . « ¿Cómo podría serlo?» « Porque ahora vas a comparecer entre los emires y los visires; todos están cabizbajos, sin hablar, debido a Qamar al-Zamán, hijo del sultán.» Marzawán, al oír el nombre de Qamar al-Zamán, lo reconoció, puesto que había oído contar su historia en otro país. Preguntó: « ¿Quién es Qamar al-Zamán?» « El hijo del sultán Sahramán; está extenuado, tendido en el lecho, sin encontrar repaso y sin distinguir la noche del día. Se halla tan débil, que está a punto de morir, de pasar a contarse entre los muertos. Transcurre sus días entre llamas, y las noches, entre tormentos. Desesperamos de que se salve, y estamos convencidos de que morirá. ¡Ay de ti si lo miras más de la cuenta! Sólo debes poner la vista donde pongas el pie, pues de lo contrario nos costará la vida a ti y a mí.»

Marzawán dijo: « ¡Por Dios! ¡Cuéntame la historia de ese joven al que describes! ¿Cuál es la causa de que se encuentre así?» « Lo único que sé es que

su padre, hace tres años, lo incitaba a que contrajese matrimonio, y él se negaba. De repente empezó a asegurar que había dormido una noche junto a una bellísima adolescente, tan hermosa, que el entendimiento se quedaba perplejo ante ella y era incapaz de describirla. Aseguró que le había quitado el anillo y le había dado el suyo propio. Nosotros no sabemos el secreto de este asunto, ¡Por Dios, hijo mío! ¡Acompáñame al alcázar y no mires al hijo del rey! Después sigue tu camino, pues el sultán tiene el corazón lleno de rabia contra mí.» Marzawán se dijo: « ¡Por Dios! ¡Esto es lo que busco!» Siguió al visir y entró en el alcázar detrás de él. El visir se sentó a los pies de Qamar al-Zamán, y Marzawán no pudo hacer más que acercarse al príncipe, detenerse a sus pies y mirarlo. Al visir no le llegaba la ropa a la piel. Miró a Marzawán y le hizo señas de que se marchase, pero el joven no hizo caso, contempló al príncipe y, dándose cuenta de que era el que buscaba…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Marzawán] exclamó: « ¡Gracias a Dios, que ha hecho su figura igual a la de ella, e iguales su color y su mejilla!» Qamar al-Zamán abrió los ojos y prestó atención. Marzawán, al ver que atendía, recitó estos versos:

¿Te ha alcanzado por la pasión, o herido por los dardos? Sólo el que ha sido herido está de este modo.
Te veo excitado, preocupado, lleno de quejas, pero tu oído presta atención al relato de las bellezas.
Escánciame copas de vino y cántame las gracias de Sulayma, Rabab y Tanam.
Estoy celoso de los faldones de su vestido cuando revisten su cuerpo floreciente.
Y envidio los vasos que besa su boca, cuando ella la posa allí donde el beso se pone en la boca.
No creáis que me haya matado con la espada: fueron las miradas las que me hirieron como flechas.
Cuando nos encontramos, vi que sus dedos estaban teñidos por el jugo de la sangre del dragón.
Dijo, encendiendo en mis entrañas la llama de la pasión y hablando como quien no sabe esconder el amor:
« ¡Quédate tranquilo! Éste no es el color de la pintura. ¡No me acuses falsa y equivocadamente!»
Cuando te vi dormido, habiendo yo desnudado las manos, las muñecas y

los brazos,
lloré lágrimas de sangre el día de la despedida, y las sequé con mis manos: así se tiñeron mis dedos de sangre.
Si antes hubiese llorado de amor, me habría curado antes de arrepentirme.
Pero lloró antes que yo, y su llanto despertó el mío. Dije: « El mérito corresponde al primero» .
No me censuréis porque la amo, ya que ese amor me cuesta muchos sufrimientos.
Lloro por aquella cuyo hermoso rostro no tiene igual entre las árabes ni entre las extranjeras.
Tiene la sabiduría de Luqman, la belleza de José, el canto de David y la pureza de María.
Yo poseo la tristeza de Jacob, la pena de Jonás, los sufrimientos de Job y la historia de Adán.
No la matéis si muero de amor por ella. Preguntadle: « ¿Cómo te ha sido lícito derramar su sangre?»

Mientras Marzawán recitaba estos versos, el corazón de Qamar al-Zamán se tranquilizaba…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se tranquilizaba] e hizo señas con la mano al sultán, diciéndole: « Deja que este joven se siente a mi lado» . Al oír las palabras de su hijo, el rey se alegró mucho, a pesar de que antes se había indignado con el intruso y había pensado, en su fuero interno, que le iba a hacer cortar la cabeza. El sultán se acercó a Marzawán, lo hizo sentar al lado de su hijo y lo acercó hacia éste. Preguntó: « ¿De qué país eres?» « De las islas internas, del territorio del rey al-Gayur, señor de islas y mares y de los siete castillos.» El rey Sahramán dijo: « Es posible que la cura de mi hijo venga por tus manos» . Marzawán se acercó a Qamar al-Zamán y le dijo al oído: « Ten valor, tranquilízate y alégrate. No preguntes por aquella que te ha hecho llegar a esta situación. Tú has ocultado tu secreto y te has ido debilitando, pero ella dio a conocer lo que ocurría, y ahora se encuentra encerrada en el peor de los estados, con el cuello sujeto por una argolla de hierro. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, vuestro remedio os llegará por mis manos» .

Qamar al-Zamán, al oírlo, creyó que renacía a la vida, volvió en sí e hizo señas a su padre de que lo sentase. El rey, muy contento, lo ayudó a sentarse y despidió a todos los visires y emires. Recostó a Qamar al-Zamán en dos cojines

y mandó que perfumasen el palacio con azafrán y que engalanasen la ciudad. Dijo a Marzawán: « ¡Por Dios, hijo mío! ¡Esto es un suceso bendito!» Luego lo honró muchísimo y mandó que le diesen de cenar, y Qamar al-Zamán lo acompañó. El sultán Sahramán estaba tan contento por la mejoría de su hijo, que pasó la noche en compañía de ambos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ciento noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, al amanecer, Marzawán contó a Qamar al-Zamán la historia. Le dijo: « Sabe que yo conozco a aquella que estuvo contigo. Se llama la señora Budur, y es hija del rey al-Gayur» . Le explicó todo lo que había ocurrido a la señora Budur, desde el principio hasta el fin, y lo informó de lo mucho que lo quería: « Todo lo que te ha ocurrido a ti con tu padre, le ha ocurrido a ella con el suyo. Tú eres, sin lugar a dudas, su amado, y ella es tu amada. Tranquiliza tu corazón, repón tus fuerzas, pues yo te llevaré junto a ella y os uniré a ambos. Haré con vosotros lo mismo que dice un poeta:

Cuando un amante se aparta de su compañero, y la separación va en aumento,
consigo reunir a las dos personas como si fuese el perno de las tijeras» .

Marzawán siguió alentando a Qamar al-Zamán, hasta que éste comió y bebió y fue teniendo mayor confianza en salir del estado en que se encontraba. Marzawán no dejó de hablarle, invitarlo, tranquilizarlo y recitarle versos, hasta que fue capaz de dirigirse al baño. Su padre, lleno de alegría, mandó engalanar la ciudad…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que distribuyó vestidos de honor y puso en libertad a los que se encontraban en las cárceles. Después, Marzawán dijo a Qamar al-Zamán: « Sabe que si yo me he separado de la señora Budur ha sido para esto; el intentar salvarla del estado en que se encuentra es el único motivo de mi viaje. Ahora sólo nos hace falta encontrar un medio que nos permita ir junto a ella, ya que tu padre no puede separarse de ti. Mañana pide permiso a tu padre para salir de caza a la campiña, toma contigo un saco lleno de dinero, monta en uno de tus caballos y lleva además otro. Yo haré lo mismo. Di a tu padre: « Quiero distraerme en el campo, cazar, contemplar el paisaje y pasar fuera un sola noche. No te preocupes por mí» .

Qamar al-Zamán se alegró de la proposición de Marzawán, se presentó ante su progenitor y le pidió permiso para salir de caza, diciéndole lo que le había recomendado su amigo. El rey le concedió permiso para ir de caza, y le dijo: « No estés fuera más de una noche, y vuelve mañana. Ya sabes que lo único bueno que para mí existe en esta vida eres tú, y que apenas puedo creer que te hayas repuesto del estado en que te encontrabas» . A continuación, el rey Sahramán recitó estos versos:

Aunque me encontrase en el mayor bienestar y me perteneciese el mundo y el imperio de los sasánidas,
todo ello, si no pudiera verte, pesaría para mí menos que el ala de un mosquito.

Luego equipó a Qamar al-Zamán y a Marzawán y mandó que les diesen media docena de caballos, un dromedario cargado de dinero y un camello para transportar el agua y los víveres. Qamar al-Zamán prohibió a los criados que lo acompañasen; su padre se despidió de él, lo estrechó contra su pecho y le dijo: « Te ruego, por Dios, que no estés ausente más de una noche, durante la cual no podré conciliar el sueño» . Luego recitó los siguientes versos:

Estar a tu lado es mi mayor felicidad. Encontrarme lejos de ti, mi peor tormento.
¡Rescataría tu vida con la mía! Si mi culpa consiste en amarte, soy un gran culpable.
El fuego de tu pasión, ¿es igual que el de la mía, por la cual me quemo en las llamas del infierno?

Qamar al-Zamán y Marzawán se marcharon montados a caballo, seguidos por el dromedario y el camello que llevaba el agua y las provisiones, y llegaron al cabo a la estepa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que anduvieron el primer día hasta la caída de la tarde. Entonces se apearon, comieron y bebieron, dieron el pienso a las bestias y descansaron un rato. Después reanudaron el viaje, y no se detuvieron durante tres días; al cuarto divisaron una amplia planicie llena de maleza. Se apearon, y Marzawán cogió el camello y un caballo y los sacrificó, desgarró su carne, limpió los huesos y, tomando la camisa y el vestido de Qamar

al-Zamán, los desgarró y los empapó en la sangre del corcel; lo mismo hizo con la capa del príncipe, y todo lo abandonó en una bifurcación del camino. Después comieron, bebieron y reanudaron el viaje.

Qamar al-Zamán preguntó a Marzawán por lo que había hecho, y éste respondió: « Sabe que tu padre, el rey Sahramán, al ver que has estado ausente una noche y que en la segunda no te has presentado, habrá montado a caballo y seguirá nuestras huellas hasta que llegue junto a esta sangre que he derramado. Verá, sin duda, las ropas desgarradas, tintas de sangre, y creerá que los bandoleros te han atacado o que alguna alimaña te ha agredido, con lo que perderá la esperanza de volverte a ver y regresará a la ciudad. Nosotros, con esta treta, conseguiremos nuestro intento» . Qamar al-Zamán se mostró conforme y siguieron viajando de día y de noche. Durante todo el trayecto, el príncipe iba llorando hasta que, por fin, le anunció la llegada a una ciudad. Entonces recitó estos versos:

¿Maltratarás a un amante cuyo pensamiento nunca se aparta de ti? ¿Prescindirás de él después de haberlo deseado?
¡Prohíbaseme toda alegría si te he traicionado en el amor! ¡Abandóneseme si he mentido!
No he cometido falta alguna que merezca castigo. Y si la he cometido, estoy arrepentido.
Que tú me rehúyas es una maravilla del tiempo. Pero el tiempo nunca deja de mostrarnos sus prodigios.

Cuando Qamar al-Zamán terminaba de recitar estos versos, aparecieron las islas del rey al-Gayur. El príncipe se alegró mucho y dio las gracias a Marzawán por lo que había hecho.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entraron en la ciudad y se instalaron en una posada, en la que ambos descansaron del viaje durante tres días, al cabo de los cuales Marzawán acompañó a Qamar al-Zamán al baño, lo vistió de comerciante y le hizo una mesilla de arena de oro, le entregó un equipo completo de instrumental y un astrolabio de oro. Le dijo: « ¡Señor mío! Ponte al pie del alcázar del rey y grita: “Soy matemático, escriba y astrólogo. ¿Quién me necesita?” El rey, al oírte, mandará a por ti y te conducirá ante su amada hija; ésta, en cuanto te vea, quedará curada de la locura. Su padre, contento con su salvación, te casará con ella y compartirá contigo el reino, ya que él se ha impuesto esta condición» .

Qamar al-Zamán aceptó el consejo y salió de la posada vestido con un manto y llevando consigo el equipo que hemos mencionado. No paró de andar hasta llegar al pie del palacio del rey al-Gayur. Gritó: « ¡Soy matemático, escriba y astrólogo! ¡Escribo cartas, revelo lo oculto, hago cuentas y escribo con pluma la solución de los problemas! ¿Quién me necesita?» Las gentes de la ciudad, que hacía ya mucho tiempo no veían a ningún matemático ni astrólogo, se alegraron, corrieron a situarse a su alrededor y a contemplarlo y quedaron maravillados de su juventud y de su hermosa figura. Exclamaron: « ¡Dios te proteja, señor nuestro! No hagas esto pensando en casarte con la hija del rey al-Gayur. ¡Mira con tus propios ojos todas esas cabezas que están colgadas! Sus dueños fueron matados por eso: la ambición los condujo a la ruina» . Qamar al-Zamán no hizo caso a estas palabras, levantó más la voz y gritó: « ¡Soy escriba y matemático! ¡Entrego, a quien lo desea, aquello que apetece!» La gente empezó a meterse con él…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, llena de rabia, le decía: « Eres un joven orgulloso y estúpido. Ten compasión de tu juventud, de tu belleza y de tu hermosura» . Pero Qamar al-Zamán siguió gritando: « ¡Soy astrólogo y matemático! ¿Hay alguien que me necesite?» Mientras la gente intentaba disuadirlo de la empresa, el rey al-Gayur, que oyó el pregón y el alboroto de sus súbditos, dijo al visir: « ¡Ve y tráeme a ese astrólogo!» El visir bajó, y dijo a Qamar al-Zamán que lo siguiera. Cuando éste se presentó ante el rey, besó el suelo y recitó estos versos:

Has reunido ocho buenas cualidades: ¡ojalá el destino te las conserve siempre!
Fe sólida, temor de Dios, gloria, generosidad, don de palabra, claridad de conceptos, poder y victoria.

Al verlo, el rey al-Gayur lo hizo sentar a su lado, lo atrajo hacia sí y le dijo: « ¡Hijo mío! No te las des de astrólogo ni te entremetas en mis condiciones. Me he prometido que he de cortar el cuello a todo aquel que vea a mi hija y no la cure del mal que la aqueja; pero, en cambio, casaré con ella a quien la cure. No pierdas tu hermosura, ni tu belleza, ni tu buena presencia, ni tus perfecciones. ¡Por Dios, por Dios! Si no la curas te haré cortar el cuello» . Qamar al-Zamán contestó: « Acepto esta condición» .

El rey al-Gayur mandó que los jueces diesen fe de sus palabras, y lo entregó al criado, diciéndole: « ¡Conduce a éste ante la señora Budur!» El criado lo cogió

de la mano y lo acompañó a lo largo de un corredor. Qamar al-Zamán lo precedía, y el criado iba diciendo: « ¡Ay de ti! ¡No apresures el momento de tu muerte! ¡Por Dios! No he visto jamás a un astrólogo que corriese tan rápido hacia la muerte como tú. ¡No sabes las desgracias que te esperan!» Qamar al-Zamán apartó la vista del criado…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Qamar al-Zamán] recitó estos versos:

Soy un sabio que no sabe describir tu belleza; perplejo, no sé qué decir.
Si digo que tu belleza es un sol, éste nunca tiene ocaso para mí; en cambio, los soles que conozco se ponen.
Todos los oradores son incapaces de describir la perfección de tu hermosura. Quien de ella hablase, se quedaría corto.

El criado dijo a Qamar al-Zamán que permaneciese detrás de la cortina que había en la puerta. El príncipe le preguntó: « ¿Cuál de estas dos cosas prefieres: que cure y vuelva a la salud a tu señora sin moverme de aquí, o bien que entre a verla y la cure desde el otro lado de la cortina?» El criado se quedó admirado de estas palabras y contestó: « Si la curases desde aquí, tendría mucho más mérito» .

Qamar al-Zamán se sentó detrás de la cortina, sacó tintero y pluma y escribió en una hoja las siguientes palabras: « Escribe aquel que está afligido por la dureza de la amada, cuya medicina está constituida por la fidelidad y la pena; aquel que desespera de la vida y está cierto de su próxima muerte; aquel que, teniendo el corazón afligido, no encuentra quien le preste auxilio, y cuyos ojos, insomnes, no encuentran quien los alivie en la noche de sus preocupaciones; pasa el día entre llamas, y la noche, en tormentos; su cuerpo ha llegado al límite de la extenuación, ya que no ha recibido ningún mensajero de su amada» . A continuación escribió estos versos:

Te he escrito mientras el corazón te recuerda apasionado, mientras los ojos derraman lágrimas de sangre.
Con el cuerpo al que la tristeza y el deseo han revestido con una camisa de delgadez, dentro de la cual se desvanece.
Me lamento de la pasión, ya que ha hecho mella en mí y no sé cómo soportar mi suerte.
A ti te incumbe el demostrarme generosidad, bondad y afecto, pues mi corazón está destrozado por el amor.

Debajo de los versos escribió, en prosa rimada: « La cura del corazón reside en el encuentro de los amantes; Dios es el médico de aquel que es víctima de su amado. ¡No obtenga jamás lo que desea aquel de nosotros que traicione! Del enamorado fiel, a la amada cruel» . Debajo escribió como firma: « Del enamorado afligido, del apasionado perplejo, del que está intranquilo por el amor y la pasión, del que es prisionero del afecto y del cariño, Qamar al-Zamán, hijo del rey Sahramán, a la perla única del tiempo, a la mejor y más hermosa de las huríes, la señora Budur, hija del rey al-Gayur. Sabe que paso las noches insomne, y el día, perplejo; que adelgazo progresivamente, y la enfermedad, la pasión y el deseo me hacen suspirar y llorar; soy prisionero del amor, víctima del ardor y compañero de la enfermedad. Soy un insomne cuyos ojos siempre velan, un enamorado cuyas lágrimas nunca cesan. El fuego de mi corazón no se apaga, y la llama del deseo no se extingue» . Escribió al margen este hermoso verso:

Saludos, de los tesoros de gracia de mi señor, a aquella que posee mi alma y mi corazón.

Y añadió estos otros:

Dime alguna palabra; tal vez tenga piedad y se consuele mi corazón.
Mi pasión por ti y el deseo me han llevado a despreciar el desprecio que encuentro.
Guarde Dios a unas gentes cuyas moradas están lejos de mí. He guardado su secreto en buen sitio.
El tiempo ha sido generoso conmigo y me ha puesto en la pista de aquella a la que amo.
He visto a Budur en el lecho, a mi lado: mi luna resplandecía[75].
¿Quién ha tenido, en mi época, la suerte de aspirar el perfume?

Después de haber sellado la carta, Qamar al-Zamán escribió esta dirección:

Pregunta a mi carta qué es lo que ha trazado mi pluma: lo escrito te informará de mi pasión y de mi pena.
La mano escribe mientras fluyen las lágrimas de los ojos. El deseo se queja de mi enfermedad en la carta.
Mis lágrimas no paran de caer en el papel: si dejase de llorar, la escribiría con sangre.

Además, añadió este verso:

Te mando el anillo que cambiamos el día de la unión; mándame el mío.

Colocó el anillo de la señora Budur dentro de la carta y entregó ésta al criado…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la entregó al criado,] el cual la cogió y se la llevó a la señora Budur. Ésta la tomó de manos del criado, la abrió y encontró su propio anillo. Leyó la hoja, y cuando comprendió lo que quería decir, se dio cuenta de que era su amado Qamar al-Zamán el que se encontraba detrás de la cortina. Perdió la cabeza de alegría, el pecho se le dilató, y la gran satisfacción la llevó a recitar estos versos:

Las lágrimas resbalaban de mis ojos durante el tiempo que viví pensando en la ruptura de la unión.
Hice votos de que si el tiempo nos reunía, mi lengua no volvería a pronunciar la palabra separación.
La alegría se ha adueñado de mí, hasta el punto de ser tanta que me hace llorar.
¡Ojos! Las lágrimas os son tan habituales, que lloráis de alegría y de tristeza.

La señora Budur se incorporó tan pronto como terminó de recitar estos versos, afirmó los pies contra el muro y, apoyándose con fuerza en la argolla de hierro, la arrancó de su cuello, rompió las cadenas, corrió al otro lado de la cortina y se echó en los brazos de Qamar al-Zamán, besándolo en la boca, tal como hace el palomo con el pico; lo abrazó con toda la fuerza de su amor y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Estamos despiertos, o soñamos? ¡Dios nos ha concedido todos nuestros deseos!» , y dio gracias al Señor por haberlos reunido, cuando ya desesperaban de ello.

El criado, al ver esta situación, salió corriendo y se presentó ante el rey al-Gayur. Besó el suelo delante de él y dijo: « ¡Señor mío! Sabe que ese astrólogo es el más sabio de todos. Ha curado a tu hija sin moverse de detrás de la cortina y sin entrar a verla» . « ¿Es verdad esa noticia?» , preguntó el rey. El criado contestó: « ¡Señor mío! Ven, verás cómo ha arrancado sus cadenas de hierro y ha corrido a abrazar y besar al astrólogo» . El rey al-Gayur corrió al lado de su hija. Ésta, apenas lo vio, se cubrió la cabeza y recitó estos versos:

No me gusta, *siwak*, el palillo, pues cuando lo cito digo « sin ti» .
Prefiero, en cambio, *al arak*, la espina, pues cuando la cito digo « te veo» [76].

Su padre se alegró al verla curada y la besó en la frente, ya que la quería mucho. Después, el rey al-Gayur se acercó a Qamar al-Zamán, le preguntó por su estado y añadió: « ¿De qué país eres?» El príncipe le contó quién era y lo informó de que su padre era el rey Sahramán; después le refirió toda la historia desde el principio hasta el fin, especificándole todo lo ocurrido con la señora Budur y cómo se había quedado el anillo de ésta y le puso, en cambio, el suyo propio. El rey al-Gayur se maravilló de todo y exclamó: « ¡Vuestro relato debe escribirse en los libros, y más adelante se leerá generación tras generación!» El rey mandó llamar a los jueces y a los testigos, y ordenó que se escribiera el contrato matrimonial de la señora Budur con Qamar al-Zamán, y que se engalanase la ciudad durante siete días. Luego extendieron los manteles, prepararon el banquete, la ciudad se vistió de gala, las tropas se reunieron y se anunció la buena noticia.

Qamar al-Zamán contrajo matrimonio con la señora Budur. Su padre se alegró de su curación y de su matrimonio; dio gracias a Dios por haber hecho que se enamorara de un muchacho tan hermoso e hijo de reyes. Después se la mostraron sin velo. Ambos se parecían en hermosura, belleza, simpatía y atractivo. Qamar al-Zamán se acostó con ella aquella noche, y consiguió su deseo gozando de su belleza y juventud y durmiendo, entrelazados, hasta la mañana. Al día siguiente, el rey dio un banquete en el que reunió a todos los habitantes de las islas interiores y exteriores, les acercaron las mesas, pusieron los manteles, y el festín duró un mes entero. Después de esto, Qamar al-Zamán se acordó de su padre y lo vio en sueños. Le decía: « ¡Hijo mío! ¿Así me tratas?» Y le recitó estos versos:

La luna que brilla en las tinieblas me ha rechazado y me ha impuesto la observación de las estrellas.
¡Ten paciencia, corazón! Tal vez vuelva a mi lado. ¡Ten paciencia, alma mía! Soporta el dolor que te causa.

Qamar al-Zamán, al ver las admoniciones que su padre le hacía en sueños, se despertó triste y se lo refirió a su esposa…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se lo refirió a su esposa,] la señora Budur. Ambos fueron a visitar al padre de ella y se lo contaron, pidiéndole permiso para marcharse. La señora Budur dijo: «¡Padre mío! ¡Yo no puedo separarme de él!» El rey contestó: «¡Acompáñalo!», y le concedió permiso para que se marchara con su esposo, siempre y cuando se comprometiese a visitarlo una vez al año. La princesa le besó la mano, y lo mismo hizo Qamar al-Zamán. El rey al-Gayur empezó inmediatamente los preparativos para el viaje de su hija y del esposo de ésta, dispuso todo lo que podían necesitar, como caballos, camellos, muías, una litera para su hija y todo cuanto pudieran necesitar durante el viaje.

El día de la marcha, el rey al-Gayur se despidió de Qamar al-Zamán y le regaló un vestido tejido en oro e incrustado de pedrerías; además, le entregó un cofre lleno de dinero y le recomendó a su hija, Budur. Los acompañó hasta los confines de la isla y se despidió de Qamar al-Zamán, tras de lo cual entró en la litera, abrazó a su hija Budur y recitó estos versos:

¡Espera, tú, que te dispones a partir! ¡El abrazo es el precio del amor!
¡Ten paciencia, pues el tiempo es traidor por naturaleza, y el término de toda convivencia es la separación!

Luego se despidió de Qamar al-Zamán, lo besó y regresó a las islas con su escolta. Qamar al-Zamán y la señora Budur continuaron viajando con su séquito el primero, el segundo, el tercero y el cuarto días; no pararon de andar durante un mes, al cabo del cual acamparon en una amplia pradera, llena de hierba. Levantaron sus tiendas, comieron, bebieron y descansaron. La señora Budur estaba dormida cuando Qamar al-Zamán llegó a su lado; su vientre estaba cubierto por una fina camisa de seda color albaricoque, a través de la cual se transparentaban sus formas. Debajo de la cabeza tenía un cojín de seda engarzado en pedrerías. El aire levantó su camisa, que quedó por encima del ombligo, junto a sus senos, dejando al descubierto un vientre blanco como la nieve. Cada uno de sus pliegues tenía una onza de nuez y cierta cantidad de grasa de sauce. El amor y el deseo despertáronse al punto en Qamar al-Zamán, quien recitó estos versos:

Si se me dijese, mientras crece el amor, y el fuego alumbra en el corazón y las entrañas:
«¿Qué prefieres: verla, o un sorbo de agua pura?», respondería: «Verla».

Qamar al-Zamán extendió la mano hacia el cordón del vestido y lo desató,

ya que en aquel momento la deseaba. Entonces vio una piedra roja, semejante a la sangre del dragón, que estaba sujeta por el cordón. Tenía grabadas dos líneas, que no sabía leer. Qamar al-Zamán se admiró de la gema y se dijo: « Esta piedra debe de ser muy importante para ella, ya que la ha atado al cordón de su vestido. ¿Por qué la habrá escondido en el lugar más apreciado de su cuerpo, a fin de no separarse de ella? ¿Para qué servirá? ¿Qué secreto encierra?» La cogió, y salió de la tienda para verla con mejor luz.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que estaba contemplándola cuando un pájaro se abatió sobre él, se la arrebató de las manos, remontó el vuelo y fue a posarse en el suelo. Qamar al-Zamán, temiendo que ocurriese algo a la gema, corrió en pos del pájaro, mientras éste se iba alejando con la misma rapidez con que corría el príncipe. Éste lo siguió de valle en valle y de colina en colina, hasta que cayeron las tinieblas de la noche. El pájaro durmió en la copa de un árbol muy elevado, y Qamar al-Zamán, a su pie. Se encontraba débil y cansado, dada la mucha hambre y fatiga que sentía; creía que iba a morir e intentó volver atrás, pero no sabía el camino que había recorrido y, además, las tinieblas lo rodeaban. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!»

Durmió al pie del árbol, en cuya copa se encontraba el pájaro, hasta la mañana siguiente. Al despertarse se dio cuenta de que el pájaro ya se había desvelado y emprendía el vuelo. El príncipe se lanzó de nuevo en su persecución: volaba a la misma velocidad a la que andaba Qamar al-Zamán. Éste se sonrió y exclamó: « ¡Qué maravilla, Dios mío! Este pájaro volaba ayer a la misma velocidad a la que yo corría; hoy, al ver que estoy cansado, que no puedo correr, adapta su vuelo a mi marcha. Esto es algo maravilloso, y he de seguir a este pájaro, pues me salvará la vida o me la hará perder. Lo seguiré dondequiera que vaya, pues en cualquier caso sólo puedo vivir en un país poblado» . Así, Qamar al-Zamán fue andando debajo del pájaro, que pasaba todas las noches en la copa de un árbol. Lo siguió sin interrupción durante diez días, alimentándose de los frutos silvestres y bebiendo el agua de los ríos. Al cabo de este tiempo distinguió una ciudad populosa, y el pájaro se metió por ella en un abrir y cerrar de ojos y desapareció de su vista.

Qamar al-Zamán, admirado, no sabía hacia dónde ir. Exclamó: « ¡Loado sea Dios, que me ha salvado conduciéndome a esta ciudad!» Se sentó junto a un curso de agua, se lavó las manos, los pies y la cara, descansó un rato, pensó en lo feliz que había vivido y meditó en el hambre y la fatiga que experimentaba, así como en su situación de extranjero. Recitó:

Escondo lo que sufro por su causa, aunque es bien patente: mis ojos trocaron el sueño por la vela.
Cuando el ánimo me flaqueó, grité: « ¡Oh, destino! ¿No quieres respetarme y dejarme en paz?»

Mi espíritu se encuentra entre tormento y peligro.

Si el sultán del amor fuese equitativo, no habría huido de mis párpados el sueño.
¡Señores! Tened piedad de un enfermo de amor que sufre las leyes de la pasión; de un rico que se ha vuelto pobre.

Según la ley del amor, el rico se vuelve pobre.

Los censores insisten sobre ti, pero yo no les hago caso. Me tapo los oídos y desobedezco.
Dicen: « Amas a una esbelta» . Contesto: « La he escogido entre muchas y he abandonado el resto» .

Cuando la suerte está echada, la vista se ciega.

Después de haber recitado estos versos y haber descansado, Qamar al-Zamán cruzó la puerta de la ciudad…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [cruzó la puerta de la ciudad] sin saber hacia dónde dirigirse. Recorrió todas las calles, pues había entrado por la puerta de tierra, y no se detuvo hasta que salió por la puerta del mar. Ninguno de sus habitantes le había salido al encuentro. La ciudad estaba situada a la orilla del mar. Después de haber salido por la puerta del mar, anduvo sin parar hasta que llegó a los jardines de la ciudad, cruzó entre sus árboles y llegó a un jardín, en cuya puerta se paró. El hortelano salió y le dijo: « ¡Loado sea Dios, que te ha traído sano hasta esta ciudad! Entra en este jardín antes de que nadie te vea» . Qamar al-Zamán entró, estupefacto, y preguntó al hortelano: « ¿Cuál es la historia de esta ciudad? ¿Qué noticias me das?» « Sabe que toda esta ciudad está poblada por magos. Mas, ¡por Dios! ¡Cuéntame cómo has llegado hasta este lugar y cómo has venido a nuestro país!»

El príncipe le contó todo lo que le había ocurrido, y el hortelano se maravilló en extremo. « Sabe, hijo mío, que las tierras del Islam están muy lejos de aquí. Distan cuatro meses por mar, y seis, completos, por tierra. Tenemos un barco que una vez al año se da a la vela, repleto de mercancías, y se dirige al país musulmán más próximo, y desde éste, a las Islas del Ébano, y luego a las Islas de Jalidán, cuyo rey es el sultán Sahramán.» Qamar al-Zamán meditó una hora y se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era quedarse con el hortelano como aparcero. Le preguntó: « ¿Me aceptas como aparcero de este huerto por un cuarto de la cosecha?» « Naturalmente.»

Le enseñó a regar los árboles, y el príncipe regaba y segaba la yerba, vestido con una bata azul que le llegaba hasta la rodilla. Al regar, lloraba apenado y recitaba versos de noche y de día, dedicados a su amada Budur. Entre otros muchos, recitó los siguientes:

Teníamos vuestra promesa, ¿por qué no la habéis sostenido? Habíais dado una palabra, ¿por qué no la cumplisteis?
Velamos conforme es la ley del amor, y vos dormisteis. Quien duerme y quien vela no tienen el mismo mérito.
Nos habíamos propuesto ocultar la pasión, pero el calumniador os excitó, habló y hablasteis.
¡Amantes desdeñados y amantes satisfechos! En cualquier circunstancia, a vosotros me dirijo.
Tengo el corazón atormentado de amor. ¡Ojalá el amado se compadeciese y apiadase!
No todos los ojos, como los míos, están afligidos, ni todos los corazones igual que el mío están enamorados.
Habéis cometido una iniquidad, y decís que el amor es inicuo. ¡Dijisteis la verdad! Así están las cosas. ¡Dijisteis la verdad!
Preguntadme a mí, esclavo del amor, que nunca viola los pactos, aunque mis entrañas ardan de fuego.
Si mi adversario en el amor es el juez, ¿a quién he de quejarme de mi adversario si éste me veja?
Si no fuese por la necesidad del amor y de la pasión, mi corazón no se habría enamorado.

Esto es lo que hace referencia a Qamar al-Zamán.

He aquí lo concerniente a su esposa, la señora Budur, hija del rey al-Gayur. Al despertar buscó a su esposo, Qamar al-Zamán, y no lo encontró. Se dio cuenta de que tenía los zaragüelles desatados; buscó el cordón y vio que faltaba la gema.

Se dijo: « ¡Qué maravilla, Dios mío! ¿Dónde está mi amado? Es posible que haya cogido la gema y se la haya llevado sin saber los secretos que encierra. ¡Quién sabe dónde habrá ido! Debe de haber sido algo extraordinario lo que lo ha obligado a marcharse, ya que él no puede vivir separado de mí. ¡Maldiga Dios esa gema! ¡Maldiga la hora en que la encontró!» La señora Budur siguió meditando, y se dijo: « Si me presento ante el séquito y lo informo de que he perdido a mi esposo, alguien me apetecerá. Hay que buscar una argucia» . Vistió los trajes de Qamar al-Zamán, se puso el turbante del mismo modo que éste, se quitó el velo, colocó en la litera a una criada y, saliendo de la tienda, gritó a los pajes que preparasen los caballos, que cuidasen los camellos y que los cargasen. Luego emprendieron la marcha, y ella calló lo ocurrido, ya que era idéntica a Qamar al-Zamán. Por eso nadie dudó de que no fuese el príncipe en persona.

Budur y su séquito siguieron viajando días y noches hasta que llegaron a una ciudad situada a orillas del mar Salado. Acampó en sus cercanías y levantó las tiendas en aquel lugar para descansar. Luego preguntó de qué ciudad se trataba, y le contestaron: « Ésta es la Ciudad del Ébano, y su rey es el rey Armanus, que tiene una hija llamada Hayat al-Nufus» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey Armanus envió un mensajero para saber quién era el rey que acampaba en las afueras de la ciudad. El mensajero, al llegar, les preguntó y lo informaron: « Nuestro señor es el hijo de un rey. Ha perdido el camino y se dirige hacia las Islas de Jalidán. El rey en cuestión es Sahramán» . El mensajero regresó junto al rey Armanus y lo informó de lo que ocurría. Éste salió, en compañía de los principales magnates de su imperio, a recibirlo. Al llegar cerca de las tiendas, la señora Budur se apeó, y lo mismo hizo el rey Armanus; se aproximaron el uno al otro, y el rey, tomándola consigo, entró en la ciudad y se dirigió con ella al palacio. Mandó que extendiesen los manteles, que acercasen las mesas y los platos y que la señora Budur fuese acompañada a las habitaciones destinadas a los huéspedes. Permaneció en éstas durante tres días, después de los cuales el rey Armanus acudió a visitarla.

Aquel día Budur había ido al baño, y su rostro resplandecía como si se tratase de la luna radiante en el momento en que llega a su plenitud. Seducía al universo y encantaba a todas las criaturas que la contemplaban. El rey Armanus la encontró vestida con una chupa de seda bordada en oro e incrustada de pedrerías. Le dijo: « ¡Hijo mío! Sabe que yo ya soy un viejo caduco y que sólo he tenido una hija. Se parece a ti en forma, estatura, hermosura y belleza. Ella no puede heredar el reino. ¿Querrías, hijo mío, establecerte en este país y habitar esta

tierra? Te casaría con mi hija y te cedería mi reino» .

La señora Budur bajó la cabeza, y su frente empezó a sudar de vergüenza. Se dijo: « ¿Qué he de hacer si soy una mujer? Pero si desobedezco su orden y me voy, es posible que envíe tropas en pos de mí para matarme. Si obedezco, me veré cubierta de oprobio. He perdido a mi amado Qamar al-Zamán, nada sé de él y no tengo más recurso que el de aceptar su oferta. Permaneceré con él hasta que Dios resuelva» . La señora Budur levantó la cabeza y declaró al rey que aceptaba su proposición. El soberano se alegró mucho, y mandó al pregonero anunciar a las Islas del Ébano que era un momento de alegría y de fiestas; reunió a los chambelanes, funcionarios, emires, grandes del reino y jueces de la ciudad; abdicó la corona e invistió a la señora Budur, a la que puso las insignias de la realeza. Todos los emires se presentaron ante ella sin tener la menor duda de que no era un muchacho. Todos los que la veían mojaban sus pantalones al ver su gran belleza y hermosura.

Cuando la reina Budur se hubo hecho cargo del poder, y esta buena noticia se divulgó al son de los tambores, el rey Armanus empezó a preparar el equipo de su hija Hayat al-Nufus. Al cabo de unos días condujeron a la señora Budur ante Hayat al-Nufus. Ambas parecían dos lunas reunidas o dos soles que apareciesen por el mismo horizonte: encendieron las candelas, corrieron las cortinas, prepararon el lecho y cerraron las puertas. La señora Budur se sentó al lado de Hayat al-Nufus, y, acordándose de su amado Qamar al-Zamán, se entristeció, derramó lágrimas y recitó estos versos:

¡Oh, los que os vais! Mi corazón se intranquiliza, y vuestra marcha no me ha dejado en el cuerpo ni aliento.
Tenía unas pupilas que, acompañadas por las lágrimas, se quejaban de insomnio. ¡Ojalá tuviese aún ese insomnio!
Cuando os marchasteis, el enamorado quedó lejos: ¡Preguntadle qué dolores le hace experimentar la lejanía!
Si no fuese por las lágrimas que mis ojos derraman, mi fuego incendiaría todas las regiones del mundo.
Me lamento a Dios de los amantes que he perdido, que no tienen compasión ni de mi amor ni de mi pena.
Mi única culpa, respecto a ellos, consiste en que los amo; pero los amantes se dividen en felices y desgraciados.

Al terminar de recitar estos versos, la señora Budur se sentó al lado de la señora Hayat al-Nufus, la besó en la boca, y después, en el momento oportuno, se levantó, hizo las abluciones rituales y no cesó de rezar hasta que la señora Hayat al-Nufus se quedó dormida. Entonces, Budur se metió en la cama a su lado y le volvió la espalda hasta que amaneció. Por la mañana, el rey y su

esposa corrieron a ver a su hija y le preguntaron cómo se encontraba. Les contó lo que había pasado y los versos que había oído. Esto es lo que hace referencia a Hayat al-Nufus y a su padre.

La reina Budur salió, se sentó en su trono, recibió a los emires, magnates y jefes del ejército. Todos felicitaron al rey, besaron el suelo ante sus manos e hicieron votos por su prosperidad. Ella se sonrió, les dio vestidos de honor, aumentó los feudos de los emires y, tanto el ejército como los súbditos, estuvieron satisfechos de ella y le desearon un largo reinado, ya que estaban convencidos de que se trataba de un hombre. A continuación mandó, prohibió, concedió una amnistía, abolió impuestos y siguió sentada en el trono del reino hasta la llegada de la noche. Entonces se dirigió a su habitación, en la cual encontró sentada a la señora Hayat al-Nufus. Se colocó a su lado, tamborileó en su espalda con los dedos, la trató con cariño y la besó en la frente. Recitó estos versos:

Las lágrimas descubren mi secreto, y la delgadez de mi cuerpo hace patente mi pasión.
Escondo la pasión, pero el dolor de la separación la proclama; mi situación es bien conocida por los censores.
¡Oh, los que abandonáis el campamento de la tribu! Dejáis mi cuerpo extenuado, mi vida agotada.
Vivís en mis entrañas, y mis ojos van derramando lágrimas de sangre.
Rescataré a los ausentes con mi propia vida. Mi pasión por ellos es bien manifiesta.
Mis pupilas están heridas por su amor; han rechazado al sueño y siempre lloran.
Mis enemigos creen que voy a mentir: ¡ojalá no preste nunca atención a tales consejos!
Sus suposiciones no existen para mí, y yo conseguiré mis deseos sólo con Qamar al-Zamán.
Ha reunido en sí virtudes como nadie, en los siglos pasados, había conseguido.
Con su generosidad y su clemencia ha hecho olvidar a los hombres la generosidad de Ibn Zaida y la clemencia de Muawiya.
Si no fuese porque sería muy extensa y el verso no es capaz de retratar tu belleza, no dejaría rima alguna.

Luego se puso de pie, secó sus lágrimas, hizo las abluciones y no dejó de rezar hasta que el sueño venció a Hayat al-Nufus y se quedó dormida. Entonces, la reina Budur se colocó a su lado hasta que amaneció; en este momento se levantó, rezó la oración de la aurora y fue a sentarse en el trono del reino, desde el que mandó, prohibió, legisló e hizo justicia. Esto es lo que a ella se refiere.

Por su parte, el rey Armanus fue a ver a su hija, le preguntó cómo se encontraba y ésta lo informó de todo lo que le había ocurrido y de los versos que había recitado la reina Budur. Añadió: « ¡Padre mío! Jamás he visto a nadie tan inteligente y timorato como mi marido, pues llora y suspira» . Su padre le contestó: « ¡Hija mía! Ten paciencia. Sólo le queda esta tercera noche. Si no consuma el matrimonio y no te arrebata la virginidad, le diremos nuestra opinión, pondremos las cosas en su punto, lo destituiremos de su cargo y lo expulsaremos de nuestro país» . La muchacha estuvo conforme con ello.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, llegada la noche, la reina Budur dejó el trono, volvió al alcázar y entró en sus habitaciones. Vio las velas encendidas, y a la señora Hayat al-Nufus sentada. Se acordó de lo que le había ocurrido a su esposo y de todo lo que les había sucedido en tan poco tiempo. Lloró, suspiró y recitó estos versos:

¡Lo juro! Mis noticias llegarán a todos los países, como el sol cuando aparece sobre Dat al-Gina.
Su gesto habla, pero es difícil entenderlo. Por eso mi pena aumenta y no cesa.
Detesto la belleza de la paciencia, ya que amo. ¿Has visto detestar la paciencia por amor?
Una persona me ha atacado con sus lánguidas miradas, y la mirada mata más cuanto más lánguida.
Se soltó las trenzas y se quitó el velo: vi su belleza blanca y negra.
Mi enfermedad y su cura están en sus manos. Quien me ha puesto enfermo de amor, me curará.
El cinturón que le ciñe el talle es tan delgado, que parece un enfermo de amor, mientras que sus caderas, por envidia, se niegan a ponerse de pie.
Sus trenzas negras y la luz de su frente son la noche tenebrosa, a la que argentea el despuntar de la aurora.

Luego quiso empezar a rezar, pero Hayat al-Nufus la cogió y le dijo: « ¡Señor mío! ¿No te avergüenzas ante mi padre, que te ha hecho tantos favores? ¿Por qué me abandonas así?» Al oír estas palabras se sentó y le preguntó: « Amada mía, ¿qué es lo que dices?» « Digo que nunca he visto a nadie tan prendado de sí mismo como tú, ¿o tal vez todos los hermosos sienten esta misma admiración? No digo estas palabras para hacerme desear por ti, sino que hablo

por temor al daño que puede hacerte el rey Armanus. Si tú no consumas conmigo esta noche el matrimonio, y no me arrebatas la virginidad, ha decidido desposeerte del reino y expulsarte de sus tierras. E incluso, si su ira se desborda, puede hasta matarte. Yo, señor mío, he tenido piedad de ti y te he dado un consejo. A ti te toca decidir.»

Al oír la reina Budur estas palabras, bajó la cabeza, se quedó perpleja y se dijo: « Si le desobedezco, moriré, y si le obedezco, quedaré deshonrada. Pero aún soy reina de todas las Islas del Ébano y las gobierno, y sólo en este lugar puedo reunirme con Qamar al-Zamán, ya que este país, las Islas del Ébano, son paso obligado hacia el suyo. Me pondré en manos de Dios, que es Quien mejor gobierna» . Dijo a Hayat al-Nufus: « Amiga mía, si te he abandonado y me he abstenido de ti, no ha sido contra mi voluntad» . Le refirió todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin, y se desnudó delante de ella, añadiendo: « ¡Por Dios! ¡Oculta mi situación y guarda mi secreto hasta que Dios me reúna con mi amado Qamar al-Zamán! Después, suceda lo que Él quiera» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Hayat al-Nufus se maravilló muchísimo, le auguró que se reuniría con su amado Qamar al-Zamán y le dijo: « ¡Hermana mía! No temas ni te asustes. Ten paciencia, que Dios hará que se cumpla lo decretado» . A continuación, Hayat al-Nufus recitó estos versos:

El secreto en mí está como en una casa que tiene una cerradura cuya llave se ha perdido y cuya puerta se ha sellado.
Sólo conservan el secreto las personas de confianza, y el secreto se guarda entre los hombres mejores.

Luego dijo: « Hermana mía: *el pecho de los buenos constituye la tumba de los secretos*. Yo no divulgaré tu secreto» . A continuación, las dos amigas jugaron, se abrazaron y se durmieron hasta que, poco antes de la plegaria del alba, Hayat al-Nufus se levantó, tomó una gallina y la degolló. Se embadurnó con su sangre, se desató los zaragüelles y llamó. Su familia entró, las criadas se alborozaron, y su madre, acercándose, le preguntó cómo se encontraba y se quedó a su lado hasta la tarde. La reina Budur se levantó, se dirigió al baño y rezó la plegaria del alba. Después fue al salón de audiencias, se sentó en la silla del reino y gobernó a las gentes. El rey Armanus, al oír la algazara, preguntó qué motivaba aquello y le contestaron que era debido a que su hija había perdido la virginidad. Se alegró mucho, su pecho se dilató, se tranquilizó, preparó una serie de banquetes, y los festejos duraron cierto tiempo. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo concerniente al rey Sahramán. Después de haber salido su hijo de caza acompañado por Marzawán, se quedó esperándolo hasta la noche, pero no regresó. Su entendimiento se quedó perplejo, y no consiguió dormir por estar sumamente inquieto. Su pasión crecía, estaba sobre brasas, y apenas apuntó el alba esperó de nuevo a su hijo hasta el mediodía, sin verlo aparecer. Su corazón se deshacía y se inflamaba por la ausencia de su hijo. Se puso a llorar de tal modo, que empapó los vestidos de lágrimas, y, con el corazón desgarrado, recitó estos versos:

Imito constantemente a los enamorados, hasta el punto de experimentar sus alegrías y sus penas.
He bebido de la copa de la amargura y me he humillado ante el libre y el esclavo.
El destino había hecho voto de destruir nuestra unión, y ahora el tiempo ha cumplido su voto.

Se secó las lágrimas, y dio orden a las tropas de ponerse en marcha; todas se pusieron en movimiento. El sultán, con el corazón en llamas y entristecido por la pérdida de su hijo Qamar al-Zamán, se puso al frente de las tropas. Dividió el ejército en dos alas, vanguardia y retaguardia, y dos cuerpos de flanco: seis grupos en total. Les dijo: « Mañana nos encontraremos en la bifurcación del camino» . Las tropas que formaban cada cuerpo se separaron en una dirección distinta, y la caballería se puso en marcha. Anduvieron durante todo el resto de la jornada hasta que se hizo de noche; continuaron avanzando a pesar de todo, y al mediodía siguiente llegaron a la encrucijada de los cuatro caminos, en donde ya no supieron cuál era el que debían seguir.

Al fin vieron una camisa desgarrada, trozos de carne, huellas de sangre y, a un lado, un montón de carne y de vestidos. El rey Sahramán, al verlo, dio un grito que le salía del fondo del corazón, y exclamó: « ¡Pobre hijo mío!» Se abofeteó el rostro, se mesó la barba, desgarró su vestido y creyó que su hijo había muerto. Lloró y sollozó; todos los soldados lo acompañaron en su pena y se cubrieron la cabeza de polvo, pues estaban convencidos de que Qamar al-Zamán había muerto. La noche los sorprendió llorando y sollozando de tal modo que parecía que iban a morir.

El corazón del rey, encendido por la llama de los suspiros, recitó estos versos:

No censuréis al que triste llora sus penas, pues éstas ya bastan como tormento.
La mucha pena y el dolor lo hacen llorar: su pasión te informa del fuego que sufre.
¿Quién ayudará al enamorado, al que la pasión juró que las lágrimas

nunca abandonarían sus párpados?

Manifiesta el dolor por la pérdida de una luna resplandeciente que con su luz brillaba sobre sus émulos.

Pero la muerte le ha escanciado su copa el día de la partida, y él ha abandonado su patria.

Dejó sus lares y se alejó de nosotros hacia la consunción de la muerte, sin poder despedirse de sus hermanos.

Me ha herido con la lejanía, con la indiferencia, con la separación y la pena de su marcha.

Se ha marchado de nuestro lado cuando su Señor le ha concedido el Paraíso.

Una vez hubo recitado estos versos, regresó con sus tropas a la capital…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [regresó] completamente convencido de que su hijo había muerto, bien en las garras de las fieras, bien a manos de los bandoleros. Por todas las Islas de Jalidán se pregonó: «¡Vestid de negro en señal de luto por la muerte de Qamar al-Zamán, hijo del rey!» Se le construyó un mausoleo, al que llamó «Casa del Dolor», y todos los lunes y jueves administraba su Estado, permanecía entre su ejército y su pueblo, y el resto de la semana se encerraba en la «Casa del Dolor», lloraba a su hijo y le dedicaba trenos:

El día de los deseos era el día en que estabas a mi lado, y el de la muerte, aquel en que te alejabas de mí.

Paso las noches en angustias, amenazado por la muerte. Vuestra cercanía me es más dulce que el vivir seguro.

¡Sirva mi vida de rescate a los parientes cuya marcha ha atormentado y destrozado los corazones!

¡Termine pronto la alegría su viudedad, ya que yo, cuando partieron, repudié por tres veces el bienestar!

Y aquí dejamos por ahora al rey Sahramán.

Por su parte, la reina Budur, hija del rey al-Gayur, se había convertido en señora de las tierras del Ébano, y las gentes la señalaban con el dedo y decían: «¡Ése es el yerno del rey Armanus!» Todas las noches dormía con la señora

Hayat al-Nufus y se lamentaba de la ausencia de su esposo, Qamar al-Zamán, describiendo a su amiga la hermosura y la gracia de su marido y sus deseos de encontrarse con él aunque fuera en sueños. Esto es lo que hace referencia a la reina Budur.

He aquí lo que se refiere a Qamar al-Zamán: Permaneció con el hortelano en el jardín durante cierto tiempo, llorando noche y día, suspirando y recitando versos de su época feliz. El hortelano le decía que al final del año partiría la nave hacia los países musulmanes. Así continuó Qamar al-Zamán hasta que un día vio que las gentes se reunían, y se maravilló. El hortelano se le acercó y le dijo: « ¡Hijo mío! Hoy puedes abandonar tus preocupaciones. No riegues los árboles, pues es un día de fiesta en el que las gentes hacen visitas. Descansa y vigila el jardín mientras voy a ver si te encuentro una nave; dentro de poco te enviaré a los países musulmanes» .

El hortelano salió del jardín, y Qamar al-Zamán se quedó solo. Sus pensamientos lo desbordaron, y estuvo llorando hasta que cayó desvanecido. Al volver en sí paseó por el jardín, pensando en lo que el tiempo le había deparado, lo lejos que se hallaba de su país y lo abandonado que estaba. Lleno de melancolía, tropezó y cayó de bruces. Su frente dio en el tronco de un árbol, y la sangre corrió a borbotones y se mezcló con sus lágrimas. Secó la sangre y las lágrimas, ciñó la frente con una venda y, poniéndose de pie, siguió paseando por el jardín, distraído.

Sus ojos se fijaron en un árbol, en cuya copa estaban luchando dos pájaros. Uno de ellos derribó al otro, lo picoteó en el cuello y le separó la cabeza del tronco. Luego cogió la cabeza y emprendió el vuelo. El muerto cayó al suelo delante de Qamar al-Zamán. Mientras éste estaba perplejo, aparecieron dos grandes pájaros: uno de ellos se posó junto a la cola del muerto, y el otro al lado de la cabeza; extendieron sus alas sobre él y, alargando el cuello sobre su cuerpo, empezaron a llorar. Qamar al-Zamán los acompañó en el llanto, puesto que se encontraba separado de su esposa, y ambos pájaros se la recordaban al llorar sobre su compañero.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego los pájaros cavaron una fosa, enterraron en ella al muerto, se echaron a volar y, al cabo de un rato, regresaron trayendo consigo al asesino. Descendieron hasta la tumba del muerto, se arrodillaron sobre ella y lo mataron: le desgarraron el vientre, le sacaron las entrañas y regaron con su sangre la tumba del difunto. Después rasgaron su carne, hicieron trizas su piel, sacaron lo que había en su interior y lo pusieron en distintos lugares. Qamar al-Zamán, que vio todo esto, estaba admirado. Cuando

se marcharon ambos pájaros, se acercó al lugar en que habían castigado al asesino y vio entre sus restos algo que brillaba. Se aproximó a las entrañas, cogió la parte que le llamaba la atención, la abrió y encontró la gema que había sido causa de la separación de su esposa. Al reconocerla, cayó desmayado al suelo de alegría.

Cuando volvió en sí se dijo: « Esto es una buena señal; es indicio de bien, de alegría y de pronta reunión con mi amada» . La contempló detenidamente y la ató a su brazo, diciéndose que sólo le podían suceder cosas buenas. Paseando, fue a buscar al hortelano y no cejó en su empeño, aunque sin éxito, hasta la noche. Qamar al-Zamán durmió en el lugar en que se encontraba hasta la mañana siguiente. Al levantarse para seguir su trabajo, se ciñó la cintura con un hato de palmas. Tomó el hacha y la alcofa, limpió el jardín y llegó al pie de un algarrobo, que intentó cortar con el hacha. El golpe resonó. Quitó la tierra que había en aquel lugar, encontró una tapadera…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [encontró una tapadera] y la abrió. Tropezó con una puerta, la cruzó, descendió y llegó a una antigua habitación, que debía de ser de la época de Tamud y de Ad; era muy grande, y estaba repleta de oro rojo. Se dijo: « Han terminado mis fatigas, y ha llegado el regocijo y la alegría» . Qamar al-Zamán abandonó este lugar, salió a la superficie del jardín y puso la tapadera como estaba. Regresó al huerto y siguió regando los árboles hasta el fin del día. El hortelano, al llegar, le dijo: « ¡Alégrate, hijo mío, por tu pronto regreso a la patria! Los comerciantes se preparan para el viaje, y dentro de tres días el barco zarpará rumbo a las ciudades musulmanas. Cuando hayas llegado a éstas, seguirás viaje por tierra durante seis meses hasta llegar a las Islas de Jalidán, del rey Sahramán» .

Qamar al-Zamán se regocijó al recibir esta nueva, besó la mano del hortelano y le dijo: « ¡Padre mío! De la misma manera que tú me has dado una buena noticia, yo voy a darte otra» , y le refirió todo lo del subterráneo. El hortelano se alegró y le dijo: « Hijo mío, he permanecido en este jardín durante ochenta años, y nunca he encontrado nada. Y tú, que aún no hace un año que estás aquí, encuentras tal cosa. Este tesoro es un don que Dios te hace para poner fin a tus necesidades y para que te ayude a llegar hasta tus familiares y reunirte con quien amas» . Qamar al-Zamán replicó: « ¡No! Hemos de repartirlo entre los dos» . El hortelano entró en la habitación y contempló el oro, reunido en veinte sacos. El príncipe cogió diez, y dio otros diez al hortelano. Éste dijo: « ¡Hijo mío! Llena los sacos con aceitunas del huerto, pues sólo se encuentran iguales en este país, y desde aquí las exportan los comerciantes a todas las

regiones. Coloca el oro en los sacos, y pon las aceitunas por encima. Después, ciérralos y embárcalos» .

Qamar al-Zamán se levantó, llenó de oro cincuenta sacos, colocó las aceitunas encima y los cerró, después de haber puesto la gema en uno de ellos. Hecho esto, se sentó a conversar con el hortelano, seguro de que conseguirá su deseo y de que se reuniría con su familia. Se dijo: « Cuando llegue a las Islas del Ébano, me dirigiré desde éstas al país de mi padre y preguntaré por mi amada Budur. ¿Quién sabe si habrá vuelto junto a su padre, o habrá seguido viaje hasta reunirse con el mío? ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia en el camino?» Qamar al-Zamán siguió allí en espera de que transcurriesen los días que faltaban para la partida, y explicó al hortelano lo acaecido entre los pájaros. Aquél se maravilló de todo, y después se acostaron hasta la llegada de la mañana.

El hortelano se despertó enfermo, y empeoró en los días siguientes, hasta que al tercero se agravó tanto que desesperaron de salvarlo. Qamar al-Zamán estaba muy triste por el estado del hortelano. En esta situación se presentó el capitán del barco con los marineros, se acercaron y preguntaron por el dueño. Les dijeron que estaba enfermo. Entonces preguntaron: « ¿Dónde está el muchacho que quiere venir con nosotros a las Islas del Ébano?» Qamar al-Zamán contestó: « Es el esclavo que tenéis delante de vosotros» . El capitán mandó a los marineros que transportaran los sacos a la nave, y ellos lo hicieron así. Después dijeron a Qamar al-Zamán: « Date prisa, pues el viento nos es favorable» . « Voy en seguida.»

Transportó su equipaje al buque y regresó a despedirse del anciano, al que encontró en la agonía. Se sentó a su cabecera y así permaneció hasta que expiró. Entonces le cerró los ojos, dispuso su entierro y lo acompañó a la tumba. En seguida corrió hacia la nave, pero ésta ya había desplegado sus velas y fue adentrándose en el mar hasta desaparecer de la vista. Qamar al-Zamán se quedó sorprendido y estupefacto. Regresó al huerto, preocupado, afligido y cubriéndose de polvo la cabeza.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después alquiló el jardín a su dueño, contrató un bracero para que le ayudase a regar los árboles y, dirigiéndose hacia la trampa, descendió a la sala, escondió en cincuenta sacos el oro que quedaba, y los recubrió de aceitunas. Más tarde preguntó por la nave y le respondieron: « Sale una vez al año» . Lo que le había ocurrido aumentó su perplejidad y aflicción, sobre todo por haber perdido de nuevo la gema de la señora Budur. Se pasó las noches y los días llorando y recitando versos.

Dejemos por ahora a Qamar al-Zamán y veamos lo que pasó con la nave.

Tuvo viento favorable y llegó a las Islas del Ébano. Por un hado del destino, la reina Budur, con el corazón palpitante, estaba sentada junto a una ventana contemplando la llegada y viendo cómo anclaba junto a la costa. Montó a caballo, acompañada de los emires y chambelanes, se dirigió al puerto y se detuvo delante del buque. Estaban transportando las mercancías a los tinglados. Mandó llamar al capitán y le preguntó qué transportaba. Respondió: « ¡Oh, rey! Traigo en este buque drogas, medicamentos, alcoholes, grasas, toda clase de bienes, telas preciosas y mercancías magníficas en mayor cantidad que las que puedan transportar los camellos y los mulos. Entre ellas hay toda clase de perfumes, incienso, maderas de cardamomo y tamarindo y aceitunas de gorrión, que raras veces se encuentran en este país» .

La reina sintió ganas de comer aceitunas y dijo al capitán: « ¿Qué cantidad de aceitunas traes?» « Cincuenta sacos llenos; pero su dueño no se encuentra entre nosotros. Tome el rey los que quiera. —Gritó a los marineros—: ¡Desembarcad esos sacos para que los vea!» Desembarcaron los cincuenta sacos. La princesa abrió uno y dijo: « Compro los cincuenta al precio que quieras» . « Esto no tiene precio en nuestro país —replicó el capitán—, y además su dueño se quedó en tierra y es un hombre pobre.» « ¿Qué precio tienen?» « ¡Mil dirhemes!» « Las compro por mil dinares.» Mandó que las transportasen al alcázar.

Llegada la noche, Budur ordenó que le acercasen un saco y lo abrió. No había nadie más en la casa, a excepción de Hayat al-Nufus. Colocó delante una jofaina y vació en ella una parte del saco. Cayó una montaña de oro rojo. La señora Hayat al-Nufus preguntó: « ¿Qué es este oro?» Vaciaron todos los sacos y los encontraron llenos de oro, mientras las aceitunas apenas llenaban uno solo. Budur tomó el oro a manos llenas y encontró la gema. La cogió, la contempló y la reconoció como aquella que llevaba en el cordón de su vestido, aquella que Qamar al-Zamán había cogido. Al comprobar esto, gritó de alegría y cayó desmayada.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando volvió en sí se dijo: « Esta gema fue la causa de la separación de mi amado Qamar al-Zamán. Ahora debe de ser un buen indicio» . Luego explicó a la señora Hayat al-Nufus que lo que había hallado era clara señal de una pronta reunión. Al llegar la mañana, se sentó en el trono y mandó llamar al capitán del buque. Éste, al llegar, besó el suelo delante de ella, quien le preguntó: « ¿Dónde habéis dejado al dueño de estas aceitunas?» « ¡Rey del tiempo! Lo hemos dejado en el país de los magos, en el cual cultiva un huerto.» « Si no me lo traes, no sé las calamidades que te ocurrirán a ti y a tu nave.»

Mandó que sellaran todos los tinglados de los comerciantes y les dijo: « El dueño de esas aceitunas es mi deudor, y yo soy su acreedor. Si no me lo traéis, os mataré a todos y dejaré qué saqueen vuestras tiendas» . Los mercaderes se dirigieron al capitán y le prometieron que le pagarían el alquiler de la nave con tal de que volviese a buscar al demandado y los salvase del tirano. El capitán embarcó, desplegó velas y Dios le concedió un viaje feliz hasta que, una noche, llegó a la isla y se dirigió al huerto.

A Qamar al-Zamán le parecía muy larga aquella noche, pues tenía presente el recuerdo de su amada. Estaba sentado en el jardín, llorando por lo que le había ocurrido, cuando el capitán llamó a la puerta. Al abrir él, los marineros se le echaron encima, lo transportaron al buque y se hicieron a la mar. Navegaron sin interrupción días y noches, sin que Qamar al-Zamán supiese lo que había motivado el rapto, pues cuando les preguntaba por la causa, le contestaban: « Tú eres deudor del rey, dueño de las Islas del Ébano, hijo político del rey Armanus: tú, miserable, lo has robado» . Él replicaba: « ¡Por Dios! Jamás en mi vida he estado en esos países; no los conozco» .

Siguieron navegando hasta llegar a las Islas del Ébano. Lo condujeron ante la señora Budur. Ésta, al verlo, lo reconoció y dijo: « ¡Entregadlo a los criados para que lo lleven al baño!» Luego puso en libertad a los comerciantes, regaló al capitán un vestido de honor, que costaba diez mil dinares, y se dirigió a ver a Hayat al-Nufus para informarla de todo, rogándole: « Guarda el secreto hasta que haya conseguido lo que deseo y realizado un acto que se inscribirá en las crónicas y se leerá, después de nuestra muerte, a reyes y súbditos» .

Mientras tanto, los criados habían llevado a Qamar al-Zamán al baño, y después lo vistieron con magníficos vestidos; al salir, el príncipe parecía una rama de sauce o un astro nuevo cuya aparición sonrojara a la Luna y al Sol. Regresó a palacio, y Budur, al verlo, obligó a su corazón a tener paciencia hasta conseguir la realización de sus planes. Le hizo don de esclavos, criados, camellos y mulos; le entregó un cofre con dinero, y lo fue nombrando de un cargo a otro hasta que llegó a tesorero; le entregó las riquezas, lo convirtió en uno de sus íntimos y comunicó a los emires su rango. Todos lo querían, y la reina Budur le iba confiriendo cada día nuevos cargos, sin que Qamar al-Zamán sospechase cuál era la causa de su engrandecimiento.

Empezó a mostrarse generoso y a hacer donativos de los bienes de que disponía, sirviendo al rey Armanus hasta que consiguió el afecto de éste; también lo apreciaban los emires, los cortesanos y el vulgo, y todos juraban por su vida. Qamar al-Zamán se maravillaba de los beneficios que recibía de la reina Budur, y se decía: « ¡Por Dios! Este extremado afecto debe de tener una causa. Tal vez este rey me honra en tan alto grado con un propósito perverso. Es necesario que le pida permiso y me marche de su país» . Se dirigió a la reina Budur y le dijo: « ¡Oh, rey! Has sido tan generoso conmigo, que para rematar tu benevolencia

sólo te falta que me concedas permiso para emprender un viaje, con lo que podrías recuperar lo que me has dado» .

La reina Budur se sonrió y le dijo: « ¿Qué te induce a querer marcharte, a exponerte a los peligros, cuando vives con todo desahogo y recibiendo siempre nuevos beneficios?» « ¡Oh, rey! Todos estos beneficios, si es que no tienen una causa, constituyen el mayor de los prodigios, muy principalmente porque me has concedido cargos que en derecho corresponden a los ancianos, mientras que yo soy un pobre muchacho.» « La causa de todo estriba en que te amo por tu extraordinaria belleza y tu radiante hermosura. Si me concedes lo que te pido, aumentaré aún más mis dones, te haré mayores regalos y te nombraré visir, a pesar de lo joven que eres, del mismo modo que la gente me ha proclamado sultán a pesar de la edad que tengo. Hoy no hay que extrañarse de que los jóvenes ocupen los puestos de mando. ¡Qué apropiado viene este verso!:

> Con esta afición a preferir a los jóvenes, nuestro tiempo parece ser el de Lot.»

Qamar al-Zamán, al oír estas palabras, se avergonzó, y las mejillas se le sonrojaron hasta parecer llamas. Contestó: « No necesito unos honores que llevan a cometer actos prohibidos. Prefiero vivir pobre, y ser rico en hombría y virtud» . La reina Budur explicó: « No me dejo engañar por tus escrúpulos, que nacen del orgullo y de la esquivez. ¡Qué bien cuadran estos versos!:

> Le hablé del momento de la unión, y me contestó: "¡Cuánto has de insistir con palabras que me lastiman!"
> Pero cuando le mostré un dinar, empezó a decir: "¿Es que hay escapatoria ante lo que el destino dispone?"»

Qamar al-Zamán, al comprender el sentido de aquellos versos, replicó: « ¡Oh, rey! No tengo costumbre de hacer esas cosas, y no podría soportar ciertas cargas que otros, mayores que yo, no han aguantado. ¿Cómo he de poder yo, que soy tan joven?» La reina Budur sonrió y dijo: « ¡Caso extraño! ¡Cómo aparece el error entre la verdad! ¿Cómo siendo tan joven temes cometer pecados y actos prohibidos? Aún no has alcanzado la edad de la responsabilidad legal, y los pecados de los jóvenes no merecen reproches ni castigos. Has empezado a discutir cuando debes entregar, sin resistencia, todos tus favores. No vuelvas a negarte más, pues no hay escapatoria a lo que Dios tiene destinado. A mí me incumbe, más que a ti, el temor de caer en el extravío. ¡Qué bien habló quien dijo!:

Mi dardo es grande, y el pequeño me dijo: "¡Alancea las vísceras y sé vigoroso!"
Contesté: "Esto no es lícito". Me replicó: "¡Para mí lo es!» " Lo complací ateniéndome a su magisterio» .

El semblante de Qamar al-Zamán se oscureció al oír estas palabras. Dijo: « ¡Oh, rey! Tienes mujeres y esclavas tan hermosas como no pueden encontrarse en nuestra época. ¿No te bastan para prescindir de mí? Toma de ellas la que quieras, y déjame en paz» . « Dices la verdad, pero aquel que está enamorado de ti, no curará con ellas su dolor y su pena. Cuando el temperamento y la naturaleza están corrompidos, no valen las razones. Déjate de hablar y oye estos versos:

¿No has visto cómo en el zoco se presentan en hilera las frutas? Unos prefieren los higos, y otros, el sicómoro.

» Y otro poeta ha dicho:

El tintineo de las ajorcas calla, pero resuena su cintura. Éste es un hombre rico, y aquél padece la miseria.
Quieres que me consuele de tu pérdida con su hermosura, pero después de haber profesado la verdadera fe no se es infiel.
¡Juro por tu barba que ninguna mujer virgen, ni tan siquiera con malas artes, puede distraerme de ti!

» Otro ha dicho:

¡Oh, ser único en cuanto a belleza! Tu amor constituye mi religión, aquella que prefiero por encima de todas las creencias.
Por tu causa he plantado a las mujeres de tal modo que las gentes, hoy en día, me creen un monje.

» Y otro escribió:

Mi memoria no se acuerda ni de Zaynab ni de Nawar a causa de una mejilla sonrosada que sobresale por encima del mirto de su bozo.
Me he enamorado de una gacela que viste una túnica, y ya no me interesa el amor de las que llevan brazaletes.
Es mi compañero en público y en privado, a diferencia de aquella que sólo es mi compañera en la intimidad del hogar.

¡Oh, tú, que me reprendes por apartarme de Hind y Zaynab! Mi disculpa es tan clara como la mañana más pura:
¿Querrías que yo fuera prisionero de una prisionera que vive encerrada o se oculta detrás de un muro?

» Otro poeta ha dicho:

No hay que poner al galante imberbe en el mismo plano que una mujer, ni hay que dar beligerancia al detractor que dice que eso es pecado.
Hay una gran diferencia entre una mujer cuyo rostro besa los pies, y un macho cabrío que, en cambio, besa el suelo.

» Y otro:

¡Vida mía! Te he escogido porque no tienes menstruación ni hijos.
Si sintiese inclinación por las mujeres, el mundo sería pequeño para contener a mis descendientes.

» Y otro:

Ella me dice, encastillándose en su coquetería, después de haberme invitado a algo que no se ha realizado:
"Si no haces conmigo lo que el hombre debe hacer con su mujer, no me reproches si te pongo cuernos."
Tu miembro está tan tieso que parece de cera, y a pesar de que lo froto con las manos, sigue flojo.

» Otro ha escrito:

Ella me ofreció una vulva suave. Le dije: "No me interesa".
Se marchó diciendo: "Se abstiene quien se abstiene". En este tiempo ya no se trabaja por delante.
Ella dio la vuelta y me mostró un ano que parecía plata fundida.
¡Magnífico, señora, magnífico! ¡No lo alcance ningún daño!
¡Magnífico! Eres más generosa que nuestro señor el rey.

» Y otro:

La gente pide perdón a Dios levantando las manos, pero las mujeres lo

hacen levantando los pies.
¡Oh, acto meritorio, que Dios recompensa según la profundidad!»

Qamar al-Zamán, al oír estos versos, comprendió que era imposible escapar a sus deseos. Dijo: « ¡Rey del tiempo! Si ha de ser como quieres, prométeme que harás esto conmigo una sola vez, aunque con ello no se corrija la naturaleza depravada. Después no vuelvas a solicitarme nunca más. ¡Tal vez Dios me perdone mi mala acción!» « Te lo concedo, y espero que Dios nos perdone, con su benevolencia, nuestros grandes pecados. Su misericordia es tan grande, que también nos alcanzará, y borrará nuestras grandes maldades conduciéndonos desde las tinieblas del extravío hasta la luz de la buena dirección. ¡Qué bien dijo el poeta!:

Los hombres han imaginado algo respecto de nosotros, e insisten con todas sus fuerzas en la acusación.
¡Corre! ¡Hagamos realidad sus sospechas para salvarlos del pecado de la calumnia! Pequemos una vez, y después arrepintámonos.»

Budur le hizo promesas y juramentos, asegurándole, por Aquel que existe por sí mismo, que harían tal cosa una sola vez, pues la pasión la tenía medio muerta y la llevaba a la perdición. Con estas condiciones lo llevó a su habitación para apagar el fuego de su concupiscencia. Él decía: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Esto es un decreto del Todopoderoso, del Omnisciente!» Se quitó los zaragüelles lleno de vergüenza, mientras de sus ojos brotaban lágrimas de temor. Ella sonrió y lo arrastró al lecho. Le dijo: « Después de esta noche no habrá nada que rehúse» . Se inclinó sobre él, lo besó y abrazó y entrelazó sus piernas. Le dijo: « Mete tu mano entre mis piernas y coge lo que está indicado, pues tal vez se levante de su postración» . El príncipe se puso a llorar y dijo: « Yo no sirvo para esto» . « ¡Por vida mía! ¡Haz lo que te mando!»

Él alargó la mano con el corazón inquieto: acarició el muslo, que era más suave que la manteca, más resbaladizo que la seda, y sintió placer al tocarlo. Movió la mano en todas direcciones hasta que llegó a una cúpula, rica en bendiciones y capaz de todos los movimientos. Se dijo: « Tal vez este rey sea hermafrodita, y no sea ni macho ni hembra» . Dijo: « ¡Rey! No encuentro en ti el instrumento propio de los hombres. ¿Qué te ha inducido a hacer esto?» La reina Budur estalló en carcajadas y le contestó: « ¡Amado mío! ¡Qué pronto has olvidado las noches que hemos pasado juntos!» El príncipe reconoció que se trataba de su esposa, la reina Budur, hija del rey al-Gayur, señor de islas y mares. Se abrazaron, se besaron, se extendieron en el lecho de la unión y recitaron:

Cuando un brazo, cual ramo de vid, lo invitó a unirse conmigo,
y con dulzura abrevó la dureza de su corazón, terminó por acceder después de haberse negado.
Temió que lo viesen los censores al mostrarse, y se presentó pertrechado como aquel que quiere estar a cubierto de toda ofensa.
Sus costados se quejan de sus nalgas, que cargan sobre los pies, cuando anda, un peso propio de camellos.
Viene con el cinturón de sus miradas y envuelto, a modo de coraza, por las tinieblas nocturnas.
El aroma me anuncia la inminencia de su llegada, y ya escapo como un pájaro fuera de la jaula.
Tapizo con mis mejillas el camino para que puedan pisarlo sus sandalias, y curo mis oftalmías con el polvo que levantan sus pies.
Abrazándolo, levanté, victorioso, el estandarte del amor y desaté el nudo de mi placer rebelde.
Ahora celebro una fiesta a cuyo llamamiento ha contestado una alegría pura, limpia de toda mancha.
La luna punteó de estrellas la boca, con burbujas que danzaban sobre la superficie del vino.
Yo me abstuve de la celda del placer en acto del cual el pecador termina por arrepentirse.
Juro por los prodigios de la aurora que resplandecen en su rostro, que no olvidaré la *azora* « del culto sincero» .

Después, la reina Budur refirió a Qamar al-Zamán todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. Él también contó sus aventuras, y la reprendió, diciendo: « ¿Qué te ha movido a gastarme la broma pesada de esta noche?» La princesa replicó: « No me censures. Mi propósito, con tal burla, era obtener una mayor alegría» .

Al llegar la mañana, la reina Budur mandó llamar al rey Armanus, padre de la reina Hayat al-Nufus, y le contó toda la verdad, diciéndole que era la esposa de Qamar al-Zamán e informándolo de todo lo que les había ocurrido y de la causa que los había hecho separarse, añadiendo que su hija, Hayat al-Nufus, aún era virgen. El rey Armanus, señor de las Islas del Ébano, al oír el relato de la reina Budur, hija del rey al-Gayur, se quedó maravillado en extremo y mandó que se pusiese por escrito con letras de oro. Luego, dirigiéndose hacia Qamar al-Zamán, le dijo: « ¡Príncipe! ¿Quieres casarte con mi hija Hayat al-Nufus?» « Permite que pida consejo a la reina Budur, pues ella goza de mi confianza ilimitada.» Le pidió consejo, y ella aceptó: « ¡Es una magnífica idea! Cásate con ella y yo seré su esclava, pues se ha portado muy bien conmigo; además, nos encontramos en su país, y su padre nos ha abrumado de beneficios» . Qamar al-

Zamán, al comprobar que la reina Budur se sentía inclinada a que se casase con otra mujer y que no tenía celos de Hayat al-Nufus, se dispuso a aceptar la oferta.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que informó al rey Armanus de lo que su esposa había dicho, o sea, que quería a Hayat al-Nufus y que sería su esclava. El rey se puso muy contento y corrió a sentarse en el trono. Mandó llamar a los visires, a los emires, a los chambelanes y a los grandes del reino y les refirió la historia de Qamar al-Zamán, y de su esposa la reina Budur, así como que quería dar a su hija en matrimonio a Qamar al-Zamán, y nombraba a éste sultán en sustitución de su esposa, la reina Budur. Le respondieron: « Qamar al-Zamán es el esposo de la reina Budur, a la cual hemos reconocido como nuestro sultán cuando creíamos que era un hombre y la teníamos por hijo político de nuestro rey Armanus. Aceptamos, pues, a Qamar al-Zamán como nuestro sultán, seremos sus siervos y no le desobedeceremos» .

El rey Armanus se alegró mucho de estas manifestaciones, mandó llamar a los cadíes, a los testigos y a los grandes del reino, y casó al príncipe con su hija Hayat al-Nufus. A continuación se dedicó a festejar la boda, organizó suculentos banquetes, donó lujosos vestidos a todos los emires y a los jefes del ejército, dio limosnas a los pobres y desvalidos, puso en libertad a los encarcelados y anunció al mundo la feliz subida de Qamar al-Zamán al trono. Todos le desearon mucho poder, felicidad y largo reinado.

Al hacerse cargo del gobierno, Qamar al-Zamán suprimió los impuestos, puso en libertad a los encarcelados y se comportó de manera loable con sus súbditos. Vivió feliz y contento con sus esposas, repartiendo equitativamente sus noches entre ambas. Transcurrió así cierto lapso de tiempo, en que vivió sin acordarse de sus penas ni de su padre, el rey Sahramán, sin pensar en lo respetado y temido que había sido a su lado. Dios, por fin, le concedió dos hijos varones: uno de cada esposa; ambos se parecían a su padre, Qamar al-Zamán. El mayor era hijo de la reina Budur, y se llamó al-Malik al-Amchad; el menor era hijo de la reina Hayat al-Nufus, y se llamó al-Malik al-Asad. Éste era más bello que su hermano al-Amchad.

Ambos crecieron tratados con el máximo cuidado, cortesía y educación. Aprendieron la ciencia, la política y la equitación hasta dominarlas perfectamente, y alcanzaron tan gran hermosura y perfección, que hombres y mujeres se quedaron absortos al verlos. Cumplidos los diecisiete años, permanecían unidos y comían y bebían juntos, sin separarse ni un instante, razón por la cual los envidiaba toda la gente. Su padre, cuando hubieron llegado a la pubertad y alcanzado todas las virtudes, al emprender algún viaje entregaba el

gobierno a sus hijos, cada uno de los cuales lo ejercía a días alternos.

Pero el destino inapelable y el hado implacable hicieron que la reina Budur, esposa del rey, se enamorase de al-Asad, hijo de Hayat al-Nufus; por su parte, ésta se enamoró de al-Amchad, hijo de aquélla. Cada una de estas dos mujeres jugaba con el hijo de la otra, lo besaba y lo estrechaba contra su seno. Las respectivas madres, cuando veían esto, lo atribuían al cariño maternal. La pasión se apoderó por completo de las dos mujeres, cada una de las cuales se volvía loca por el hijo de la otra. Cuando los hijastros entraban a ver a sus respectivas madrastras, éstas los estrechaban contra el pecho, ansiaban que no se apartasen jamás de ellas, pero no encontraban el medio de satisfacer su pasión: así perdieron las dos el apetito y la sed y dejaron de gustar las dulzuras del sueño.

Un día, el rey salió de caza y mandó a sus hijos que ocupasen su sitio en el gobierno, como de costumbre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el primer día le tocó a al-Amchad, hijo de la reina Budur. Dispuso y prohibió, invistió y destituyó, concedió y quitó. La reina Hayat al-Nufus, madre de al-Asad, le envió una carta en la cual le imploraba su amor y le declaraba su pasión y su sentir, poniéndose por completo al descubierto y diciéndole que quería unirse a él. En una hoja había escrito, en prosa rimada:

«Escribe la pobre enamorada, la triste, la lejana, la que ha perdido, amándote, toda su juventud, viviendo en continuo tormento por tu causa. Si yo te describiese las penas, los sufrimientos que he soportado, la pasión que mi alma encierra, los llantos y gemidos, cómo tengo el corazón hecho pedazos, triste, lleno de preocupaciones e inquietudes, y las muchas penas, tormentos y ardores que he sufrido, me extendería demasiado en la carta, y ningún contable sería capaz de inventariarlo. El cielo y la tierra me parecen pequeños, ya que no tengo más esperanza ni consuelo que tú. Estoy a punto de morir, pero soporto los terrores de la agonía. La pasión, el desvío y la separación me atormentan. Si quisiera describir mi situación, no encontraría papel suficiente para hacerlo.»

Después escribió estos versos:

Si quisiera explicar el ardor que experimento, la enfermedad y la inquietud en que me encuentro,
no quedarían en la tierra ni papel, ni pluma, ni tinta, ni ningún útil de escribir.

La reina Hayat al-Nufus envolvió esta misiva en un pedazo de seda de mucho

valor, y lo empapó de almizcle y de ámbar; unió los cordones que ligaban sus cabellos, y que valían más que cualquier tesoro, y todo ello, encerrado en un lienzo, se lo entregó a un criado con el encargo de que se lo entregara al rey al-Amchad.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el servidor se marchó sin saber lo que le reservaba el destino —el Conocedor de lo desconocido dispone las cosas como quiere— y se presentó al rey al-Amchad, besó el suelo delante de él y le entregó el envoltorio. El rey al-Amchad tomó el paquete, vio la hoja de papel, la abrió y la leyó. Entonces comprendió que la esposa de su padre tenía metida en la mente la idea de la traición y que, en su interior, ya había traicionado a su progenitor, Qamar al-Zamán. Lleno de ira, chilló: « ¡Maldiga Dios a las mujeres traidoras que carecen de inteligencia y razón!» Desenvainó la espada y dijo al criado: « ¡Ay de ti, esclavo de mal agüero! ¿Cómo te atreves a traerme mensajes que contienen ideas de traición por parte de las esposas de tu señor? ¡Por Dios que no guardas en ti nada de bueno, oh negro de color y negro de acciones! ¡Tu aspecto es horripilante, y tu naturaleza, asquerosa!»

Le cortó el cuello con la espada. La cabeza cayó al lado del tronco. El rey, doblando el pañuelo encima de lo que contenía y colocándolo en su seno, corrió a ver a su madre y a informarla de todo lo que había ocurrido. La injurió, la insultó y dijo: « ¡Vosotras, las mujeres, sois las unas más infames que las otras! ¡Por Dios, el Grande! Si no fuera porque temo perder el concepto en que me tienen mi padre, Qamar al-Zamán, y mi hermano, el rey al-Asad, iría a buscarla y le cortaría el cuello, del mismo modo que he hecho con su criado» . Lleno de ira, dejó a la reina Budur. Cuando la reina Hayat al-Nufus, esposa de su padre, se enteró de lo que había hecho con su criado, lo maldijo y le preparó tretas. El rey al-Amchad pasó aquella noche muy débil a causa de la ira, de sus preocupaciones y cavilaciones. No pudo comer, ni beber, ni dormir.

Al llegar la aurora, su hermano, el rey al-Asad, se dirigió a ocupar el trono que pertenecía a su padre, Qamar al-Zamán, para gobernar a las gentes. Su madre, Hayat al-Nufus, se había levantado extenuada porque le habían explicado la forma en que el rey al-Amchad había dado muerte al criado. El rey al-Asad se sentó para gobernar, y administró, juzgó, nombró, destituyó, mandó, prohibió, concedió y regaló sin moverse de su puesto, hasta que llegó la noche. Por su parte, la reina Budur, madre del rey al-Amchad, había mandado buscar a una vieja taimada para revelarle lo que su corazón encerraba. Tomando una hoja, había escrito al rey al-Asad, hijo de su esposo, quejándose de lo mucho que le hacía sufrir su amor y la gran pasión que por él sentía, diciéndole en prosa

rimada:

«De aquella que perece de pena y de deseo, a la más hermosa de las criaturas, la que enamora por su perfección, la que vive engreída de su profunda gracia, la que rehúye la unión con aquella que la ambiciona a pesar de que ésta se humilla y se degrada ante quien es severo y desdeñoso; al rey al-Asad, hermoso sin par, de belleza resplandeciente, con rostro brillante y frente llena de luz y de claridad. Ésta es la carta que dirijo a quien ha derretido mi cuerpo con su amor, a quien ha desgarrado mi piel y mis huesos. Sabe que ya no puedo tener más paciencia, que estoy perpleja ante lo que me sucede; el deseo y la lejanía perturban mi sueño, y la resignación me ha abandonado al tiempo en que me alcanzaban las penas y el insomnio; el amor y la pasión me atormentan; la consunción y la languidez se han apoderado de mí. Daría mi vida si hubiese de servir de rescate a la tuya, mientras que tú te recreas haciendo morir a la que te ama. ¡Dios te guarde de todo mal!» Luego compuso estos versos:

El destino ha decretado que me enamorase de ti, ¡oh tú, que eres tan bello como la luna cuando sale!
Encierras toda la elocuencia y la simpatía; eres la más resplandeciente de las criaturas.
Estoy contenta de que seas tú quien me atormenta; así es posible que me concedas, como limosna, una mirada.
Quien muere de amor por ti es afortunado; quien no conoce el amor ni ama, no sabe lo que es la felicidad.

Y añadió:

Ante ti, Asad, me quejo de la llama de la pasión: ¡ten piedad de la esclava de amor que arde en el deseo!
¿Hasta cuándo van a jugar conmigo las manos de la pasión, el amor, las preocupaciones, el insomnio y la fatiga?
Unas veces me quejo de ahogarme en el mar; otras, de que las llamas han prendido en mi corazón. ¡Qué extraño es todo esto, oh mi deseo!
Tú, que me censuras, deja de hacerme reproches y procura escapar del amor, pues las lágrimas brotan de los ojos.
¡Cuántas veces, lleno de pasión al ver que te alejabas, he gritado!: «¡Ay de mí!» Pero de nada me han servido los ayes ni los gritos.
Me has hecho enfermar con ese desvío que soy incapaz de soportar; tú eres el médico: cúrame con lo que sea necesario.
¡Tú que me injurias! No me critiques por precaución, no ocurra que el mal de amor te alcance y te haga perecer antes que a mí.

A continuación, la reina Budur perfumó el papel con almizcle de perfume muy intenso, y lo ató con las cintas de sus propios cabellos: eran de seda iraquí, con borlas de esmeraldas verdes incrustadas con perlas y aljófares. Entregó la carta a la vieja y le ordenó que se la llevase al rey al-Asad, hijo de su esposo, el rey Qamar al-Zamán. La vieja, para complacerla, corrió en seguida a presentarse al rey al-Asad, que se hallaba solo. Le entregó el papel y esperó un rato para recibir la contestación. El rey al-Asad leyó la carta y comprendió lo que quería decir. La volvió a enrollar, la sujetó con los cordones y se la guardó en el bolsillo. Luego, lleno de ira, maldijo de las pérfidas mujeres. Cogió la espada, la desenvainó y, de un golpe, separó del tronco la cabeza de la vieja.

Inmediatamente después se dirigió a ver a su madre, Hayat al-Nufus. La encontró reclinada en el lecho, débil a causa de lo que le había ocurrido con el rey al-Amchad. El rey al-Asad la injurió y la maldijo, y luego fue a reunirse con su hermano, el rey al-Amchad. Refirió a éste todo lo que le había ocurrido con su madre, la reina Budur, y le dijo que había matado a la vieja que le llevó la carta. Y añadió: « ¡Hermano mío! Si no fuese por el respeto que te tengo, le habría separado la cabeza de los hombros» . Su hermano, el rey al-Amchad, le contestó: « ¡Hermano mío! Ayer, cuando estaba sentado en el trono, me ocurrió lo mismo que a ti hoy. Tu madre me envió una carta por el estilo» .

Le refirió todo lo que le había ocurrido con su madre, la reina Hayat al-Nufus, y añadió: « Si no fuese por el respeto que te tengo, habría hecho con ella lo mismo que con el criado» . Estuvieron conversando toda la noche, maldiciendo de las pérfidas mujeres. Se pusieron de acuerdo en que callarían lo ocurrido para que no se enterase su padre y no matara a las dos mujeres. Así pasaron aquella penosa noche.

Al amanecer, el rey y su séquito regresaron de la cacería. El soberano entró en el alcázar y despidió a los emires, que se marcharon a sus quehaceres. Se dirigió a sus habitaciones particulares y encontró a sus dos esposas en cama. Estaban muy débiles, y habían urdido una trama, puestas de acuerdo, para perder a sus hijos, ya que se habían deshonrado ante sus ojos y temían ser despreciadas por ellos. El rey, al verlas en esta situación, les preguntó: « ¿Qué os sucede?» Se pusieron en pie, besaron sus manos y le dijeron: « Sabe, ¡oh rey!, que tus dos hijos, esos que han crecido gracias a tus beneficios, te han traicionado con tus mujeres y te han llenado de oprobio» .

Qamar al-Zamán quedó fuera de sí al oír aquello. Exclamó: « ¡Explicadme esto!» La reina Budur contestó: « Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que tu hijo al-Asad, hijo de Hayat al-Nufus, lleva ya varios días escribiéndome, dirigiéndome mensajes e incitándome al adulterio. Yo me negué, pero él no se dio por satisfecho, y cuando tú te marchaste me acometió, borracho y espada en mano. Temí que me diese muerte si no lo complacía, lo mismo que había hecho con mi criado, y así obtuvo su propósito por la fuerza. Si tú, ¡oh rey!, no me vengas de él,

me mataré con mis propias manos, ya que después de esta abominable acción no tengo el menor interés por el mundo» .

Hayat al-Nufus le contó algo parecido a lo de su compañera Budur…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Hayat al-Nufus] añadió: « También a mí me ha ocurrido lo mismo con tu hijo al-Amchad. —Rompió a llorar y a sollozar y dijo—: Si no me vengas, se lo diré a mi padre el rey Armanus» . Las dos mujeres siguieron llorando a lágrima viva delante de su esposo, el rey Qamar al-Zamán. Éste las creyó, y, lleno de ira, corrió en busca de sus dos hijos para darles muerte. Pero en el camino tropezó con su suegro, el rey Armanus, quien, enterado de su regreso, iba a saludarlo. Al verlo con la espada en la mano y la nariz goteando sangre por la ira, le preguntó qué le ocurría.

Él le refirió lo ocurrido con sus dos hijos, al-Amchad y al-Asad, y añadió: « Los busco para matarlos de la manera más vil, para hacer en ambos un terrible escarmiento» . Su suegro, el rey Armanus, indignado también, le contestó: « ¡Haces bien, hijo mío! Dios no bendecirá ni a ellos ni a los jóvenes que se comporten de este modo con sus padres. Pero, hijo mío, hay un refrán que dice: “Quien no se preocupa de lo que puede suceder, no tendrá por compañera a la fortuna”. En cualquier caso, ambos son tus hijos, y no es aconsejable que pases el mal trago de matarlos con tus propias manos, ya que puedes arrepentirte de ello cuando ya no te sirva de nada el arrepentimiento. Que los lleven al campo unos cuantos mamelucos y les den muerte allí, donde tú no los veas» .

El rey Qamar al-Zamán comprendió que su suegro tenía razón. Envainó la espada, se sentó en el sillón del trono y mandó llamar al tesorero, hombre viejo, conocedor de los asuntos y de las vicisitudes del tiempo. Le dijo: « Ve a buscar a mis hijos al-Amchad y al-Asad, átalos bien, colócalos en sendas cajas y cárgalas en un mulo. Luego montas a caballo, los llevas al medio de la campiña, los degüellas y me traes lo antes posible dos botellas llenas de su sangre» . El tesorero respondió: « Oír es obedecer» .

Salió inmediatamente y fue a buscar a al-Amchad y al-Asad. Los encontró en su camino, pues salían en aquel momento del vestíbulo del alcázar. Ambos llevaban hermosos trajes y se dirigían a visitar a su padre, Qamar al-Zamán, para saludarlo y felicitarlo por haber llegado sano y salvo de la cacería. El tesorero, al verlos, los cogió y les dijo: « ¡Hijos míos! Tened por seguro que soy un esclavo mandado. Vuestro padre me ha dado una orden. ¿Estáis dispuestos a acatarla?» « Sí.» Entonces el tesorero se acercó a ellos, los ató, los colocó en dos cajas y las cargó en el lomo de un mulo. Salió con ellos de la ciudad y no paró de andar por la campiña hasta cerca del mediodía. Entonces los condujo hacia un

lugar desierto, salvaje, y, descabalgando, bajó las cajas del lomo del mulo, las abrió y sacó a al-Amchad y al-Asad.

Al contemplar su belleza y hermosura, se puso a llorar amargamente. Desenvainando su espada les dijo: « ¡Por Dios, mis señores! Se me ha mandado que realice con vosotros una acción infame; no se me puede culpar de lo que voy a hacer, ya que soy un esclavo que ha recibido órdenes. Vuestro padre, el rey Qamar al-Zamán, me ha mandado que os corte el cuello» . Ellos dijeron: « ¡Emir! ¡Haz lo que te ha mandado el rey! Sabremos soportar lo que Dios (¡loado y ensalzado sea!) nos ha destinado. Tú no eres responsable de nuestra sangre» . Ambos se abrazaron y se despidieron.

Al-Asad dijo al tesorero: « ¡Por Dios sobre ti! ¡Evita que tenga que sufrir el ver la muerte de mi hermano! ¡No me agobies con su fin! ¡Mátame antes, pues así me será más soportable!» Al-Amchad dijo lo mismo que al-Asad, procurando cada uno conmover al tesorero para que le diese muerte antes que al otro. Al-Amchad decía: « Mi hermano es más pequeño que yo. ¡No permitas que vea su fin!» Los dos se pusieron a llorar amargamente, y el tesorero los acompañó con sus lágrimas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los dos hermanos se abrazaron y se despidieron de nuevo. Uno de ellos dijo al otro: « Todo esto es una consecuencia de las pérfidas intrigas de mi madre y de la tuya; ésta es la recompensa de mi conducta con tu madre y de tu comportamiento con la mía. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Somos de Dios, y a Él volvemos!» Al-Asad abrazó de nuevo a su hermano, exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

¡Oh, Tú, que acoges a quien sufre y a quien parte! Tú dispones todo lo que ocurre.
No tengo más remedio que llamar a tu puerta: si me rechazas, ¿a qué puerta llamaré?
¡Oh, Tú, cuyos tesoros de virtud residen en la palabra « se» ! Favoréceme, ya que todo lo bueno está junto a Tí.

Al-Amchad, al oír el llanto de su hermano, lloró a su vez, lo estrechó contra su pecho y recitó estos versos:

¡Oh, Tú, que me has ayudado más de una vez y cuyos beneficios son innumerables!

Jamás en la vida me ha sorprendido una desgracia sin que te encontrase presto a darme la mano.

Al-Amchad dijo al tesorero: « ¡Te conjuro, en nombre del Único, del Todopoderoso, del Rey, del Protector, a que me mates antes que a mi hermano al-Asad! Tal vez se calme el fuego de mi corazón; no dejes que siga ardiendo» . Al-Asad lloraba y decía: « ¡Mátame a mí antes!» Al-Amchad dijo: « Lo mejor es que nos abracemos de tal modo que la espada caiga a la vez sobre ambos y nos mate al mismo tiempo» .

Los dos se abrazaron, rostro contra rostro. Se volvieron hacia el tesorero, que los ató con una cuerda mientras lloraba. Desenvainando la espada dijo: « ¡Señores, por Dios! ¡Me cuesta mataros! ¿No deseáis nada? Os lo daré. ¿Queréis hacer testamento? Lo ejecutaré. ¿Escribir una carta? La haré llegar a su destino» . Al-Amchad le replicó: « Nada deseamos, pero te recomiendo que coloques a mi hermano al-Asad debajo, y a mí encima, para que yo sea el primero en recibir el golpe. Cuando nos hayas dado muerte, ve al rey. Éste te preguntará cuáles fueron nuestras palabras antes de morir. Responde: “Tus dos hijos te saludan y te dicen que no sabes si eran inocentes o culpables; que los has hecho morir sin cerciorarte de su falta ni intentar ver claro el asunto”» . Luego recitó estos versos:

Las mujeres son demonios creados para nuestro daño. ¡Refugiémonos en Dios contra las tretas de las mujeres!
Ellas son la causa de todas las calamidades que aparecen entre las criaturas, tanto si se trata de cosas terrenas o divinas.

Al-Amchad continuó: « Sólo te pedimos que transmitas los dos versos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Amchad siguió diciendo: « … los dos versos] que acabas de oír. Té ruego, por Dios, que me des tiempo para recitar a mi hermano otros dos» . Se puso a llorar y empezó:

En las antiguas generaciones de los reyes tenemos pruebas:
¡Cuántos, grandes y pequeños, han recorrido el camino!

El tesorero, al oír estas palabras de al-Amchad, rompió a llorar hasta que empapó por completo su barba. Los ojos de al-Asad rebosaban de lágrimas, y

recitó estos versos:

El destino, después de la vista, asusta las huellas. ¿Por qué llorar por fantasmas y figuras?
¡Qué turbias son muchas noches! ¡Perdónenos Dios los tropezones que damos por su causa, y traiciónelas la mano del destino!
Guardaron oculta una insidia contra Ibn Zubayr, quien no se salvó a pesar de refugiarse junto al Templo y a la Piedra.
¡Ojalá cuando salvó a Amr a cambio de Jaricha, hubiese salvado la vida de Alí a cambio de la de cualquier otro hombre![77]

Después, mientras las lágrimas regaban incesantes sus mejillas, recitó estos otros versos:

Las noches y los días llevan un sello de traición, están repletos de engaño y perfidia.
Cualquier espejismo forma el esmalte de sus dientes; el negro de las sombras constituye sus afeites.
Mi culpa para con el destino de mala laya es la misma que la del sable cuando quien lo empuña flojea.

Exhaló varios suspiros y recitó estos versos:

¡Oh, tú, que prefieres este bajo mundo! No es más que red de perdición o sede de desgracias.
Es una casa que, si hoy te hace reír, mañana te hará llorar. ¡Maldita sea tal casa!
Sus añagazas nunca terminan, su prisionero nunca se rescata, ni aun al precio de grandes riesgos.
¡Cuántos, siguiendo sus destellos, llegaron a hacerse insolentes más allá de todo límite!
Pero, volviéndoles la espalda, les clavó un cuchillo y se vengó.
Sabe que sus desventuras llegan de improviso, por más que el plazo sea lejano, y el destino marche poco a poco.
Procura no perder la vida en vanos quehaceres sin tomar precauciones.
Rompe los vínculos de cariño y deseo con este mundo, y encontrarás la vía recta y la tranquilidad.

Al-Asad, al terminar los versos, estrechó fuertemente a su hermano al-Amchad, de tal modo que parecían ser una sola persona. El tesorero,

desenvainando la espada, se dispuso a darles el golpe de gracia, en el preciso momento en que su caballo emprendía la huida a través del campo. El corcel costaba mil dinares, y llevaba una silla magnífica que valía una gran cantidad de dinero. El tesorero tiró la espada y corrió en pos de él…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [corrió en pos de él] con el corazón en llamas, para cogerlo; el caballo se metió en una algaba, y el tesorero detrás de él; galopaba el animal por medio del bosque, levantando polvo; se encabritaba, resoplaba y relinchaba. Vivía en aquel bosque un gran león, peligroso, de fiero mirar, cuyos ojos echaban chispas; su faz asustaba, y su aspecto aterrorizaba a todos los seres. El tesorero, al volverse, vio que el león se precipitaba hacia él y que no podía huir, ya que no llevaba la espada. Se dijo: « No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande. Me encuentro en este aprieto a causa de al-Amchad y de al-Asad. Este viaje ha sido desgraciado desde un principio» .

Entretanto, al-Amchad y al-Asad, agobiados por el calor y una gran sed, pedían socorro a gritos sin que nadie acudiese. Decían: « ¡Ojalá nos hubiese dado muerte, y nos habríamos librado de esto! No sabemos hacia dónde ha huido el caballo, ni la dirección que ha tomado el tesorero al perseguirlo, dejándonos aquí atados. Sería preferible que regresara y nos matase, a tener que sufrir este tormento» .

Al-Asad dijo: « Ten paciencia, hermano mío. Tal vez Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) nos envíe algo que nos regocije. El corcel ha emprendido la fuga, porque Dios lo ha permitido así. Nada nos molesta tanto como la sed» .

Empezó a moverse a derecha e izquierda hasta que consiguió desatarse; luego libertó a su hermano, cogió la espada del emir y dijo: « ¡Por Dios! No nos marcharemos de aquí hasta saber lo que le ha sucedido» .

Siguieron las huellas del tesorero, y fueron a parar al bosque. Se dijeron que tanto el corcel como su dueño podían haber atravesado aquel bosque. Al-Asad dijo: « Quédate aquí. Yo entraré en el bosque y lo recorreré» . Al-Amchad replicó: « No te dejaré solo. Iremos juntos. Nos salvaremos los dos o moriremos juntos» .

Se adentraron entre los árboles y tropezaron con el león en el preciso momento en que arremetía contra el tesorero, el cual se encontraba a merced de sus garras como si fuese un gorrión; rogaba a Dios mirando al cielo. Al-Amchad, al verlo, empuñó la espada, dio un mandoble al león entre los ojos y lo mató; el animal cayó como un fardo. El emir, admirado de lo ocurrido, se puso de pie y vio a al-Amchad y al-Asad, los hijos de su señor. Echándose a sus pies, les dijo: « ¡Señores míos! Yo no puedo mataros; nadie os matará, pues os serviré de

rescate con mi vida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se incorporó, los abrazó y les preguntó cómo se habían soltado y cómo habían llegado hasta él. Le dijeron que, al haber tenido sed, uno de ellos se había soltado las ligaduras, y éste había libertado al otro; después, se pusieron a seguir sus huellas hasta encontrarlo. El tesorero les dio las gracias por lo que habían hecho, y luego se dirigieron a un calvero. Una vez en el centro de éste, le dijeron: « ¡Tío! ¡Haz con nosotros lo que te ha mandado nuestro padre!» « ¡Dios me libre de acercarme a vosotros con mal fin! Sabed que debéis desnudaros y poneros mis vestidos; yo llenaré dos botellas con la sangre del león, se las llevaré al rey y le diré: "Los he matado". Vosotros marchad a otros países, pues la tierra de Dios es amplia; pero sabed, mis señores, que me cuesta separarme de vosotros.»

El tesorero y los dos jóvenes rompieron a llorar a la vez. Los jóvenes se quitaron los vestidos y se pusieron los del tesorero, el cual se presentó al rey llevando a lomos del caballo las ropas de cada uno en sendos fardos, y dos botellas llenas de la sangre del león. Besó el suelo delante del soberano. El tesorero tenía el semblante demudado a causa de lo que le había ocurrido con el león, y el rey, al advertirlo, lo atribuyó a que le habría impresionado la ejecución de sus hijos. Se alegró y le preguntó: « ¿Has terminado el trabajo?» « Sí, señor nuestro.»

Le entregó los dos fardos con las ropas, y las dos botellas llenas de sangre. El rey le preguntó: « ¿Cómo se han portado? ¿Te han dado algún encargo?» « Han sabido resignarse con su suerte, y me han dicho: "Nuestro padre merece el perdón. Salúdalo en nuestro nombre y dile: 'Tú no eres responsable de nuestra muerte ni de haber derramado nuestra sangre'. Te recomendamos que le recites estos versos:

> Las mujeres son demonios creados para nuestro daño. ¡Refugiémonos en Dios contra las tretas de las mujeres!
> Ellas son la causa de todas las calamidades que suceden a las criaturas, tanto si se trata de cosas terrenas como divinas".»

El rey bajó la cabeza, y comprendió que estas palabras de sus hijos indicaban que habían sido matados injustamente. Meditó en la perfidia de las mujeres y en sus tretas, cogió los dos fardos y empezó a examinar, llorando, los vestidos de sus hijos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que, al desenvolver los vestidos de su hijo al-Asad, encontró en el bolsillo una hoja, escrita con la letra de su esposa Budur y atada con trenzas de sus cabellos. La abrió, la leyó, comprendió lo que quería decir y se dio cuenta de que su hijo al-Asad había sido víctima de una injusticia. Al registrar los vestidos de al-Amchad encontró otra carta, de puño y letra de su esposa Hayat al-Nufus y que contenía trenzas de sus cabellos. Abrió la hoja y comprobó que también había sido víctima de una injusticia.

Dando palmetazos, exclamó: «¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡He matado a mis hijos injustamente!» Se abofeteó el rostro y chilló: «¡Ay de mis hijos!» Los lloró amargamente, y mandó construir dos tumbas en un edificio, que llamó «Casa del Dolor». Sobre ella inscribió el nombre de sus hijos, y, arrojándose sobre la de al-Amchad, lloró, se lamentó y recitó estos versos:

¡Oh, luna, que te has escondido debajo del polvo y sobre la que lloran las estrellas brillantes!
¡Oh, rama! Después que te quebraste, los ojos no se han inclinado ante ningún cuello.
Los celos me han separado de ti, y ya no te veré sino en el otro mundo.
El insomnio me ahoga en las lágrimas, y por eso me encuentro en el infierno.

Después se arrojó sobre la tumba de al-Asad, lloró, gimió y recitó estos versos:

Hubiese querido compartir contigo la desgracia, pero la voluntad de Dios fue distinta de la mía.
Se ha vuelto negro todo lo que está entre mis ojos y el infinito, mientras mis pupilas han perdido su color negro.
Las lágrimas con que lloro no tienen fin: el corazón las sustituye con otras nuevas.
Me es doloroso verte en un lugar en el que son iguales los viles y los generosos.

El rey se separó de los amigos y compañeros y se encerró en la «Casa del Dolor». Y siguió llorando a sus hijos, y se apartó de sus mujeres, compañeros y amigos. Esto es lo que a él se refiere.

Entretanto, al-Amchad y al-Asad anduvieron por la campiña sin detenerse, comiendo las plantas de la tierra y bebiendo el agua de la lluvia; un mes llevaban ya andando cuando llegaron junto a un monte de sílice negra, cuyo fin no se veía. El camino cruzaba entre aquellas rocas dividiéndose en dos: uno marchaba a media altura, y otro remontaba hacia lo más alto. Escogieron este último y lo siguieron durante cinco días sin llegar al fin; se cansaron mucho, pues no estaban acostumbrados a andar por la montaña ni por el llano. Desesperando de llegar a su fin, volvieron atrás y tomaron el camino que seguía a media altura.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que lo siguieron todo el día hasta que llegó la noche. Al-Asad, muy fatigado ya por lo largo del trayecto, dijo a su hermano: «¡Hermano mío! No puedo andar más; estoy muy débil». Al-Amchad lo animó: «¡Hermano! ¡Reúne tus fuerzas! ¡Tal vez Dios nos ayude!» Siguieron andando una parte de la noche, mientras al-Asad se fatigaba más y más. Dijo: «¡Hermano! ¡Estoy agotado y no puedo seguir!» Y cayó al suelo llorando. Al-Amchad lo levantó, se lo cargó sobre sus hombros y emprendió la marcha, descansando a ratos. En uno de estos altos llegó la aurora, y al ser claro se puso de pie y vio que había llegado a la cima del monte.

Cerca de allí había una fuente, de la que brotaba agua, y al lado de ella, un granado y un oratorio. Apenas daban crédito a lo que veían. Se sentaron junto a la fuente, bebieron agua, comieron granadas y se quedaron dormidos hasta que el sol estuvo ya alto. Se sentaron, se lavaron, comieron granadas y volvieron a dormirse hasta la caída de la tarde. Entonces se dispusieron a reanudar la marcha, pero al-Asad no pudo, pues tenía los pies llagados. Permanecieron allí tres días, hasta que hubieron reposado, y luego reemprendieron el camino a través del monte: anduvieron por su cima unos cuantos días, y sufrieron sed. Al fin distinguieron a lo lejos una ciudad. Alegres, siguieron el camino hasta llegar a ella.

Al llegar a sus inmediaciones, dieron gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y al-Amchad dijo a al-Asad: «Hermano, quédate aquí; yo entraré en la ciudad, observaré lo que hay, preguntaré por sus condiciones y sabremos en qué parte de la amplia tierra de Dios nos encontramos; sabremos qué países hemos atravesado al cruzar ese monte; si lo hubiéramos bordeado, no habríamos llegado a esta ciudad ni en un año. ¡Loado sea Dios, que nos ha salvado!» Al-Asad replicó: «¡Por Dios, hermano mío! He de ser yo quien vaya a la ciudad. Daría mi vida

por ti. Si me dejas aquí y te vas, me hundirás en un mar de cavilaciones, pues no sé estar lejos de ti» . « Ve y no tardes» , replicó al-Amchad.

Al-Asad bajó por las estribaciones del monte, llevando consigo el dinero, y dejó solo a su hermano. Entró en la ciudad, cruzó las callejas y topó en su camino con un hombre muy anciano viejísimo, cuya barba le llegaba hasta el pecho, en donde se dividía en dos. Llevaba un bastón, iba ricamente vestido y tocaba su cabeza con un gran turbante rojo. Al-Asad, al verlo, se admiró del traje y del aspecto; se acercó a él, lo saludó y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Cuál es el camino del zoco?» El viejo sonrió y le contestó: « ¡Hijo mío! ¿Eres extranjero?» « Sí, soy extranjero, tío.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el anciano dijo:] « Haces feliz a nuestro país, al tiempo que dejas triste al tuyo. Pero, ¿qué quieres del mercado?» « ¡Tío! Tengo un hermano, al que he dejado en el monte; ambos venimos de nuestro país y hemos invertido en el trayecto tres meses. Hemos llegado a esta ciudad, y yo he venido aquí a fin de comprar alimentos y regresar con ellos al lado de mi hermano para que pueda comer.» « Hijo mío, te voy a dar una buena noticia. Sabe que tengo preparado un banquete, al que acudirán numerosos invitados; en él hay los mejores y más exquisitos guisos que puedan desearse. ¿Quieres acompañarme a casa? Te daré lo que quieras, no te lo cobraré, y te informaré de las costumbres de esta ciudad. ¡Loado sea Dios, hijo mío, que ha hecho que me encontrases a mí y no a otro!»

Al-Asad le replicó: « Haz por mí lo que estimes pertinente, pero rápido, pues mi hermano me está esperando» . El viejo, sonriendo, lo cogió por la mano y lo condujo a un azucaque, diciéndole: « ¡Gloria a Dios, que te ha salvado de la gente de esta ciudad!» Siguieron andando hasta entrar en una amplia casa, en uno de cuyos salones estaban sentados cuarenta ancianos, muy viejos, formando un círculo alrededor de un fuego encendido, que adoraban prosternándose. Al-Asad, al ver esto, sintió cómo se le crispaba la piel, aunque no sabía de quiénes se trataba. El jeque dijo a los allí reunidos: « ¡Jeques del fuego! ¡Qué día más feliz para nosotros!» Luego llamó: « ¡Gadabán!» y apareció un esclavo negro, de rostro ominoso, chato, robusto y de aspecto repulsivo. Hizo un signo al esclavo, y éste ató a al-Asad. Después, el jeque le dijo: « Condúcelo a la habitación subterránea, y déjalo allí. Di a la esclava Fulana que lo atormente noche y día» .

El esclavo lo bajó a la habitación y lo entregó a la esclava, que se dedicó a atormentarlo: le daba un mendrugo al principio del día y otro al iniciarse la noche, y un vaso de agua salobre para el desayuno, y otro para la cena. Por su parte, los viejos se reunieron para decirse: « Cuando llegue la fiesta del fuego, lo

degollaremos en la cima del monte como sacrificio ofrecido al fuego» .

Entretanto, la esclava lo azotó hasta hacerle brotar sangre y conseguir que se desvaneciera. Después colocó al lado de su cabeza el mendrugo y la vasija de agua salobre, y se marchó. Al volver en sí mediada la noche, se encontró atado y dolorido por los golpes. Lloró amargamente, y, acordándose de la gloria, de la felicidad, de la realeza y del señorío en que había vivido…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que suspiró y recitó estos versos:

Deteneos junto a los restos de la casa y preguntad por nosotros; no creáis que seguimos viviendo en nuestra patria como antes.
El destino, que todo lo separa, también nos ha desunido, y el corazón del envidioso disfruta con nuestra desgracia.
Una malvada, con el corazón lleno de odio hacia mí, me atormenta con azotes.
Tal vez Dios nos reúna de nuevo y depare a nuestros enemigos un castigo ejemplar.

Después de recitar estos versos, al-Asad alargó la mano y encontró el mendrugo y la vasija de agua salobre. Comió un poco para recuperar sus fuerzas, y bebió agua; después se quedó desvelado hasta que amaneció, pues no podía dormir por la gran cantidad de chinches y piojos que allí había. Por la mañana volvió a bajar la esclava y le quitó los vestidos, que estaban empapados de sangre y pegados a su piel; ésta saltó junto con la camisa. Él chillaba, gemía y gritaba: « ¡Dios mío! ¡Compadécete de mi tormento! ¡Oh, Señor! Tú no olvidarás a quien es mi opresor. ¡Venga en él la injusticia que comete!» Después, suspirando, recitó estos versos:

No tengas apego a tus cosas, pues todas tienen su fin.
¡Cuántas cosas que parecen tristes tienen consecuencias agradables!
La angustia puede encontrar consuelo, y el consuelo, transformarse en angustia.
Dios hace lo que quiere, y no hay quien lo contraríe.
Espera un próximo bienestar que te haga olvidar lo pasado.

La esclava empezó a golpearlo hasta que se desmayó. Entonces dejó a un lado el mendrugo y la vasija de agua salobre, y se marchó, dejándolo solo,

abandonado, afligido, con los miembros sangrando, atado a una cadena de hierro y lejos de los seres amados.

Recordando a su hermano y el poderío de que había gozado, suspiraba, lloraba, gemía, se quejaba, derramaba lágrimas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que recitaba estos versos:

¡Oh, destino, detente! ¿Hasta cuándo serás inicuo y adverso? ¿Cuánto tiempo mantendrás alejados, noche y día, a los seres queridos?

¿No ha llegado el momento de que te apiades del duro tormento que me infliges y tengas compasión? ¡Tienes el corazón de piedra!

Has maltratado a mis amigos al decidir que todos los enemigos gozasen del mal que me hacían.

El corazón del enemigo encontró su cura en lo que vio: mi desconocimiento del país, mi candor, mi aislamiento.

No le bastaron las penas que habían caído sobre mí: la separación de los seres queridos, los ojos inflamados,

y tuvo que ponerme a prueba en una angosta prisión, en la que no tengo más contertulios que las manos para morder,

los lagrimales que lloran cual nubes cargadas de agua, el hálito ardiente cuyo fuego no se extingue,

la aflicción, la pasión, el recuerdo, los suspiros, los sollozos y los gemidos.

Sufro un gran deseo y una pena grande; he caído en una pasión que no da reposo.

No he encontrado quien tenga misericordia de mí, quien me visite con frecuencia.

¿No hay ningún amigo con afecto sincero que se apiade de mis males y de mis largas vigilias?

¿A quién me quejaré de lo que sufro, mientras mi mirada, sin sueño, no descansa?

Mi noche es un eterno tormento, porque me tuesto en el fuego que alimentan las preocupaciones.

Chinches y pulgas chupan mi sangre lo mismo que quien bebe el vino que alarga el garzón de labios rojos.

Mi cuerpo, entre los piojos, semeja el patrimonio del huérfano en manos del juez injusto.

Vivo en una prisión de tres codos, donde paso el tiempo con cadenas y ataduras.

Las lágrimas son mi vino; las cadenas, mi música; et pensamiento, mis dulces, y mis preocupaciones, la cama.

Suspiró, lloró, se quejó y volvió a recordar el estado en que se encontraba y cómo se había separado de su hermano. Esto es lo que se refiere a él.

Su hermano, al-Amchad, lo estuvo esperando hasta el mediodía, y al ver que no regresaba, el corazón le palpitó, sintió el dolor de la separación, derramó abundantes lágrimas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que gritó: « ¡Qué pena me causa la separación!» Bajó del monte, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y entró en la ciudad, por la que anduvo sin parar hasta llegar al zoco. Preguntó a la gente cómo se llamaba la ciudad y quiénes eran sus habitantes. Le contestaron: « Esta ciudad se llama la ciudad de los mazdeos, y sus habitantes adoran al fuego, y no al Rey Todopoderoso» . Preguntó por la Ciudad del Ébano y le contestaron: « Dista de aquí, por tierra, un año, y por mar, seis meses. Su rey se llamaba Armanus, pero ha tomado por yerno a otro rey y lo ha puesto en su lugar, por lo que éste es el rey; se llama Quamar al-Zamán, y es justo, generoso, benefactor y fiel» .

Al oír el nombre de su padre, al-Amchad gimió, lloró y se lamentó sin saber adónde dirigirse. Compró algunos comestibles y se marchó hacia un lugar en que quedaba medio oculto. Se sentó y se dispuso a comer; pero al acordarse de su hermano rompió a llorar y sólo consiguió tragar lo necesario para no morirse de hambre. De nuevo en pie, recorrió la ciudad en busca de noticias de su hermano, y encontró a un musulmán, que era sastre y estaba sentado en la tienda. Se sentó a su lado y le refirió lo que le había ocurrido. El sastre le replicó: « Si ha caído en manos de algún mazdeo, difícilmente volverás a verlo. ¡Tal vez Dios os reúna! —Y añadió—: ¡Hermano! ¿Quieres quedarte en mi casa?» « Sí.» El sastre se alegró, y estuvo con él algunos días, consolándolo, aconsejándole que tuviese paciencia y enseñándole el oficio, hasta que lo aprendió perfectamente.

Cierto día al-Amchad fue a orillas del mar para lavar sus vestidos; entró en el baño, se puso el traje limpio y se dedicó a pasear por la ciudad. En el camino encontró a una mujer hermosa y esbelta, cuya belleza no tenía par. Al verlo, ella se levantó el velo que cubría su cara, le hizo señas con las cejas y con los ojos, le dirigió una mirada lánguida y recitó estos versos:

Te he visto venir y he bajado la vista, como si tú, esbelto joven, fueses el ojo del sol.

Eres el más bello de todos los hombres, y hoy eres más hermoso que ayer.
Si la belleza fuese divisible en cinco partes, a José sólo le tocaría una, o parte de un quinto.

Todo el resto te pertenecería a ti. ¡Cualquier persona está dispuesta a sacrificarse con tal de salvarte! Al-Amchad se alegró al oír sus palabras, y todos sus miembros se inflamaron de deseo por ella; era ya un juguete entre sus manos. Hizo un signo a la mujer, y recitó estos versos:

En la rosa de las mejillas están los puntos de las lanzas: ¿quién puede aspirar a cosecharlas?
¡No alargues la mano hacia ella! Están preparadas para la guerra desde que les hemos dirigido las miradas.
Di a quien te tiraniza y te tienta (si fuese justa la tentación sería mayor):
« Tu rostro, velado, sería más seductor. Para una belleza como la tuya, es más seguro ir desvelada.»
Es igual que el sol, al cual no puedes contemplar directamente, pero sí si lo recubre una tenue nube.
El panal está protegido por sus abejas; preguntad a la guarda de la tribu qué es lo que protege.
Si se proponen darme muerte, pongan fin a estos odios y déjennos en paz.
Su fuerza, cuando aparecen armados en el campo, no equivale a la de una sola mirada de la mujer del lunar cuando se nos muestra.

La muchacha suspiró profundamente al oírlo, le hizo un gesto y recitó:

Tú eres quien ha andado el camino de las negativas, no yo. Consiento en la unión, pues el tiempo de mantener la promesa ha llegado.
¡Oh, tú, que haces aparecer la aurora con la luz de tu frente y que haces llegar la noche al extender los aladares sobre tus sienes!
Con tu aspecto de ídolo me has reducido a la esclavitud; con él me has tentado igual que me tentaste anteriormente.
No es maravilloso que el fuego queme mi corazón, ya que el fuego es necesario para los que adoran los ídolos.
Podrías adquirir una igual a mí gratis, pero si ha de efectuarse una venta, acepta el precio.

Al-Amchad le dijo: « ¿Vienes tú conmigo, o voy yo contigo?» Ella bajó la cabeza, avergonzada, y recitó este versículo del Corán: « Los hombres son

superiores a las mujeres, dada la virtud que ha dado a unos sobre otros» [78]. Al-Amchad comprendió la alusión…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [comprendió la alusión,] o sea, que ella quería seguirlo doquiera que él fuese. Se vio obligado a ofrecerle un alojamiento, y se avergonzó de que éste fuera el domicilio del sastre, con el cual vivía. Echóse a andar, y ella lo siguió. Fueron de callejón en callejón, hasta que la joven se cansó y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Dónde está tu casa?» « Ahí delante. Ya falta poco para llegar.» Se metió con ella en una hermosa calle, y no se cansó de andar ni ella de seguirlo, hasta que llegaron al fin. Era un callejón sin salida. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!»

Volviéndose vio en el centro del callejón una gran puerta cerrada, con dos bancos. Al-Amchad se sentó en uno, y la mujer, en el otro. Ésta le dijo: « ¡Señor mío! ¿A qué esperas?» El joven bajó la cabeza, y después, levantándola, dijo: « Espero a mi esclavo: él tiene la llave. Le mandé que preparase de comer y de beber, así como el vino, para cuando yo volviese del baño» . Se dijo: « Tal vez la espera sea larga y se marche, dejándome solo en este lugar» . Pasó bastante tiempo, y ella le dijo: « ¡Señor mío! El mameluco se retrasa demasiado, y nosotros seguimos sentados en la calle» . La joven se dirigió hacia la aldaba con una piedra.

Al-Amchad le dijo: « ¡No te precipites, y ten paciencia hasta que venga el esclavo!» Ella no escuchó sus palabras, golpeó con la piedra en la aldaba, la partió en dos mitades y la puerta se abrió. El príncipe le dijo: « ¿Por qué has hecho eso?» « ¡Señor mío! ¿Qué ha de ocurrir, si ésta es tu casa?» « Cierto, pero no hacía falta haber roto la aldaba.» La joven entró en la casa, y al-Amchad se quedó perplejo, por temor a sus dueños y sin saber qué hacer. La joven le dijo: « ¿Por qué no entras, señor mío, luz de mis ojos, alimento de mi corazón?» « Ahora mismo; pero el esclavo se retrasa, y no sé si habrá hecho o no lo que le he mandado.»

Entró en la casa lleno de preocupación, temiendo lo que pudiera ocurrir con los dueños; se encontró en un hermoso salón de cuatro cabeceras, unas enfrente de otras; en ellas se encontraban alacenas adornadas con cortinas de seda y de brocado. En el centro del mismo había un valioso surtidor, en el que se apoyaban vasos incrustados, de pedrería y de aljófares; estaba repleto de frutas y de flores aromáticas, a cuyo lado se encontraban jarros llenos de bebida; había un candelabro con sus velas, y por doquier había hermosas telas, cofres y sillas bien dispuestos. Encima de cada silla había un fardo, y sobre éste, una bolsa repleta de dinero. La casa pregonaba el desahogo en que vivía su dueño, ya que tenía el

suelo de mármol.

Al-Amchad, al ver esto, se quedó perplejo y se dijo: « ¡En buen lío me he metido! Nosotros somos de Dios, y a Él volvemos» . La adolescente, al contemplar aquello, se alegró mucho y exclamó: « ¡Señor mío! Tu esclavo no ha descuidado nada: ha puesto en orden la casa, ha preparado la comida, ha colocado la fruta; yo misma he llegado en el momento oportuno» . Al-Amchad, preocupado como estaba por el temor que le inspiraba el dueño de la casa, no le hizo caso. Ella siguió: « ¡Señor mío! ¿Qué te ocurre, que sigues de pie? —Exhaló un suspiro y dio a al-Amchad un beso que resonó como una nuez cuando se parte —. ¡Señor mío! Si has dado cita a otra mujer, yo me humillaré y le serviré» . Al-Amchad se puso a reír, con el corazón lleno de rabia. Se sentó de mala gana y se dijo: « ¡Beso de mal agüero! Cuando llegue el dueño de la casa…»

La mujer se sentó a su lado y empezó a reír y a jugar, mientras al-Amchad, triste, preocupado y meditabundo, haciendo mil suposiciones, pensaba: « El dueño de la casa tiene que llegar. ¿Qué le diré? No tengo la menor duda de que me matará a golpes» . Entretanto, la joven se había preparado: había extendido el mantel encima de una mesa, y había empezado a comer, diciendo a al-Amchad: « ¡Come, señor!» Él se sentó a la mesa, pero no comía a gusto y tenía la vista fija en la puerta.

La joven, después de haber comido hasta hartarse, quitó la mesa, colocó las cestas de fruta y empezó a comer las mejores; abrió un ánfora de vino, llenó la copa y se la ofreció a al-Amchad. Éste, al cogerla, pensó: « ¡Ah! ¿Quién será el dueño de esta casa? ¡Cuando venga y me vea…!» Con la mirada fija en el vestíbulo, sostenía la copa en la mano.

Mientras estaba así apareció repentinamente el dueño. Era uno de los principales mamelucos de la ciudad: nada menos que el caballerizo del rey; tenía preparado aquel salón para desahogarse con quien le viniera en gana, y precisamente aquel día había mandado llamar a un efebo y había preparado el salón. El mameluco se llamaba Bahadur. Era hombre liberal, generoso, benefactor, hacía limosnas y regalos. Al llegar a las inmediaciones del salón…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que vio que la puerta estaba abierta. Entró con cuidado y asomó la cabeza. Vio a al-Amchad, a la adolescente, la bandeja de fruta y la jarra de vino. En aquel preciso momento, al-Amchad había empuñado la copa, clavando sus ojos en la puerta. Al cruzar su mirada con la del dueño de la casa, palideció y experimentó un sobresalto. Bahadur, al ver que se demudaba su semblante y se intranquilizaba, le hizo un guiño y colocó un dedo sobre su boca, diciéndole: « ¡Calla y ven!» Al-Amchad dejó el vaso que tenía en

la mano, y se disponía a ir cuando la adolescente le preguntó: « ¿Dónde vas?» Movió la cabeza, dando a entender que iba a soltar agua.

Salió descalzo al vestíbulo, y al ver a Bahadur se dio cuenta de que se trataba del dueño de la casa. Corrió hacia él y le besó las manos. Le dijo: « ¡Te conjuro por Dios, señor mío, a que antes de que me castigues oigas mis palabras!» Le explicó todo: cómo había huido de su tierra y de su reino; cómo no había entrado por voluntad propia en su casa, sino que era la joven la que había roto la aldaba, había abierto la puerta y lo había organizado todo.

Bahadur, una vez hubo oído las palabras de al-Amchad, y al enterarse de que era hijo de un rey, se apiadó de él y tuvo compasión: « ¡Al-Amchad! Oye mis palabras, obedéceme y te garantizaré tu seguridad. Pero si me contradices, te mataré» . « Mándame lo que quieras y no te contradeciré jamás, ya que mi salvación está en tu hombría.» « Entra en el salón, siéntate en el lugar en que estabas y espera. Yo entraré. Me llamo Bahadur. Una vez esté ante ti, injúriame, regáñame y dime: "¿Por qué te has retrasado tanto?" No aceptarás excusas; por el contrario, te levantarás y me pegarás. ¡Si tienes piedad de mí, te quitaré la vida! Entra, diviértete, y cualquier cosa que desees me la pides, y en seguida la tendrás. Pasa esta noche como quieras, y mañana sigue tu camino. Lo hago por la hospitalidad, pues amo a los extraños y me siento obligado a honrarlos.»

Al-Amchad le besó la mano y entró. Su rostro había recuperado el tinte blanco y rosado normal. En cuanto estuvo en su sitio, dijo a la joven: « ¡Señora mía! Haces feliz esta tu casa. Ésta es una noche bendita» . La joven le replicó: « ¡Estoy maravillada! ¡Hablas como si me hubieses hecho una compañía agradable!» « ¡Por Dios, señora! Sospechaba que mi esclavo, Bahadur, me hubiese robado un collar de piedras, cada una de las cuales cuesta diez mil dinares. He salido, preocupado, a buscarlo, y lo he encontrado en su sitio. Pero no sé por qué puede tardar tanto. He de castigarlo.» Las palabras de al-Amchad tranquilizaron a la joven, y jugaron, bebieron y se divirtieron hasta cerca de la hora de la puesta del sol.

Entonces entró Bahadur, que había cambiado de vestido, se había puesto un cinturón y se había calzado los zapatos característicos de los esclavos. Saludó, besó el suelo y permaneció con los brazos cruzados y la cabeza gacha, como si confesase su culpa. Al-Amchad lo miró, enfadado, y le preguntó: « ¿Cuál es la causa de tu retraso, oh el peor de los esclavos?» « ¡Señor mío! Me he entretenido lavando mis vestidos sin sospechar que tú estuvieses aquí, ya que nuestras citas son por la noche, no durante el día.» Al-Amchad le chilló y le dijo: « ¡Mientes, esclavo nefasto! ¡Por Dios que he de apalearte!»

El príncipe se puso de pie, tumbó a Bahadur en el suelo y, cogiendo un bastón, lo apaleó con cuidado. Pero la joven se levantó a su vez, le arrancó el bastón de la mano y empezó a golpear a Bahadur de manera tan dolorosa que le brotaron las lágrimas; pedía auxilio y apretaba los dientes, mientras al-Amchad gritaba a

la mujer: « ¡No hagas eso!» « ¡Deja que desahogue en él mi rabia!» Finalmente, al-Amchad consiguió arrancar el bastón de su mano y la rechazó. Bahadur se levantó, secó las lágrimas que corrían por su cara y los sirvió durante un rato. Después recorrió la sala y encendió las candelas.

La joven, cada vez que Bahadur entraba o salía, lo injuriaba y lo maldecía, mientras al-Amchad, enfadado con ella, le decía: « ¡Por Dios! (¡ensalzado sea!) Deja en paz a mi esclavo, que no está acostumbrado a estos modales» . Siguieron comiendo y bebiendo, servidos por Bahadur, hasta que, llegada la medianoche, Bahadur, harto del servicio y dolorido de los golpes, se durmió en medio de la sala y empezó a roncar y a resoplar. La joven, que estaba borracha, dijo a al-Amchad: « ¡Ponte en pie, coge aquella espada y corta el cuello de ese esclavo! Si tú no lo haces, lo haré yo» . Al-Amchad replicó: « ¿Por qué hemos de matar a mi esclavo?» « La felicidad no será completa si no muere. Si tú no vas, voy yo y lo mato.» « ¡Por Dios que no he de hacerlo!» « Pues no hay más remedio» , clamó la muchacha; cogió la espada, la desenvainó y se dispuso a matarlo.

Al-Amchad se dijo: « Este hombre nos ha tratado bien, nos ha puesto bajo su protección, ha sido generoso con nosotros y ha pasado por mi esclavo. ¿Cómo lo hemos de recompensar dándole muerte? ¡Eso jamás!» Dijo a la joven: « Si no hay más remedio que dar muerte a mi esclavo, yo tengo más derecho que tú a matarlo» . Cogió la espada que ella tenía en la mano, levantó el brazo y cortó el cuello de la muchacha, cuya cabeza rodó, separada del cuerpo, y fue a caer junto al dueño de la casa. Éste se despertó, se sentó, abrió los ojos y vio a al-Amchad de pie, con la espada teñida de sangre en la mano. Dirigió la vista hacia la muchacha y la encontró muerta. Pidió que le explicara lo que había pasado, y él se lo refirió. Y concluyó así: « Ella no renunciaba a matarte, y ésta ha sido su recompensa» .

Bahadur besó la cabeza de al-Amchad y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Ojalá Dios te perdone su muerte! Lo que hemos de hacer ahora es deshacernos de ella antes de que llegue la mañana» . Bahadur se puso el cinturón, cogió a la muchacha, la envolvió en su manto, la colocó en un cesto, que se cargó a la espalda, y dijo a al-Amchad: « Tú eres un extranjero y no conoces a nadie. Quédate aquí y espérame hasta que salga el sol. Si vuelvo, te haré muchos favores y me esforzaré en descubrir la suerte sufrida por tu hermano. Si sale el sol sin que yo haya vuelto, sabe que se habrá cumplido el destino. Entonces, esta casa te pertenecerá, con todas las riquezas y las ropas que contiene» .

Cargóse el bulto y salió del salón; cruzando los mercados, tomó el camino del mar salado para arrojarla en él. Cuando estaba cerca de la orilla, se volvió y vio que el valí y la guardia lo rodeaban. Al reconocerlo se admiraron, abrieron el bulto y encontraron en él a la muerta. Lo detuvieron y lo encadenaron hasta que llegó la mañana. Entonces, junto con el bulto, lo condujeron ante el rey y le contaron lo sucedido. El soberano, furioso, le dijo: « ¡Ay de ti! ¿Siempre haces

estas cosas? ¿Matas a la gente, los echas al mar y te apoderas de sus riquezas? ¿Cuántas veces has hecho esto con anterioridad?» Bahadur bajó la cabeza delante del rey.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey insistió: « ¡Ay de ti! ¿Quién ha matado a esta muchacha?» Respondió: « ¡Señor! Yo la he matado. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» El rey se indignó y mandó que fuese ahorcado. El verdugo se hizo cargo de él, conforme ordenaba el rey, y el gobernador mandó pregonar por las calles de la ciudad la ejecución de Bahadur, el jefe de las caballerizas reales, y lo exhibió por las calles y los mercados. Aquí termina, por ahora, lo referente a Bahadur.

He aquí lo que hace referencia a al-Amchad: Cuando amaneció y se levantó el sol sin que hubiese vuelto Bahadur, exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¿Qué le habrá ocurrido?» Mientras pensaba esto oyó que el pregonero anunciaba la ejecución de Bahadur, al que iban a ahorcar al mediodía. Al-Amchad, al oírlo, se puso a llorar y dijo: « ¡Somos de Dios y a Él volvemos! Él mismo se ha buscado la muerte por mi causa; pero yo he sido quien la ha matado. ¡Por Dios! Esto no ocurrirá nunca» .

Salió del salón, lo cerró y corrió al centro de la ciudad hasta llegar adonde estaba Bahadur. Se encaró con el gobernador y le dijo: « ¡Señor mío! No mates a Bahadur, pues es inocente. ¡Por Dios! ¡Yo he sido quien la ha matado!» El gobernador lo hizo detener, y, junto con Bahadur, lo llevó ante el rey y lo informó de lo que había oído decir a al-Amchad. El rey miró a al-Amchad y le preguntó: « ¿Tú mataste a la joven?» « Sí.» « Explícame por qué y dime la verdad.» « ¡Oh, rey! Me ha ocurrido un suceso portentoso, un hecho extraordinario, que si se escribiese con agujas en los lagrimales» constituiría una admonición para los que reflexionan.» Le explicó al rey su historia y lo informó de lo que le había ocurrido con su hermano, desde el principio hasta el fin.

El rey se admiró profundamente de todo ello, y le dijo: « Me doy cuenta de que tienes disculpa. Pero dime, joven, ¿quieres ser mi visir?» « De buen grado.» El soberano regaló a al-Amchad y a Bahadur magníficos vestidos, y dio al primero una casa hermosa, criados y esclavos; le concedió todo lo que podía necesitar, le asignó rentas y beneficios y le dijo que se dedicara a buscar a su hermano al-Asad. Al-Amchad se sentó en su puesto de visir y gobernó, juzgó, nombró, destituyó, tomó y dio. Despachó pregoneros por las calles de la ciudad para que anunciasen que buscaba a su hermano al-Asad; pero transcurrieron los días sin que nadie diese noticia ni se encontrase huella del desaparecido.

Y ahora, sigamos a al-Asad. Los mazdeos lo atormentaban noche y día, al

atardecer y al amanecer, y así estuvieron por espacio de un año, hasta que se aproximó su fiesta más solemne, y Bahram, el mazdeo, se preparó para el viaje y aparejó una nave.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que colocó a al-Asad en una caja, que cerró y mandó transportar a bordo. En el preciso instante en que Bahram embarcaba la caja que contenía a al-Asad, su hermano, por decreto divino, estaba paseando por la orilla del mar. Al ver los bultos que conducían a bordo, le palpitaba el corazón. Mandó a sus esclavos que le trajesen un caballo, y, con un grupo de sus seguidores, se acercó a la nave de los mazdeos y ordenó que subiesen a bordo y la registrasen. Los hombres recorrieron la nave de punta a cabo sin encontrar nada, y así lo comunicaron a al-Amchad. Éste montó de nuevo a caballo, volvió a su domicilio, y al entrar en el palacio con el corazón acongojado, vio estos dos versos incisos en el muro:

> ¡Amigos! Si estáis lejos de mis ojos, no lo estáis, empero, de mi corazón.
> Me habéis abandonado muerto de pasión, impidiéndome el sueño, y vosotros os habéis dormido.

Al leerlos, el recuerdo de su hermano se avivó en al-Amchad, que se puso a llorar. Esto es lo que a él se refiere.

Sigamos ahora a Bahram el mazdeo. Éste se embarcó y dio orden a los marineros de desplegar las velas. Estuvieron navegando varios días y noches. Cada dos días sacaban a al-Asad y le daban de comer y beber algo, con lo que se fueron acercando al Monte del Fuego. Entonces sopló un viento contrario, y el mar se encrespó hasta el punto de desviar la nave de su rumbo.

Llegaron a una ciudad construida a orillas del mar, con una ciudadela cuyas ventanas daban al océano. Gobernaba dicha ciudad una reina llamada Marchana. El capitán del buque dijo a Bahram: « ¡Señor mío! Hemos perdido el rumbo y no tenemos más remedio que entrar en esta ciudad, dados los vientos que reinan. Luego Dios dispondrá» . Bahram replicó: « Sí, haz lo que creas mejor» . « Cuando la reina nos interrogue, ¿qué contestaremos?» « Al musulmán lo vestiremos de esclavo y desembarcaremos con él. Cuando la reina lo vea, creerá que es un cautivo, y yo le diré que soy un mercader de esclavos, que he vendido todos los que tenía y sólo me queda éste.» « ¡Buena contestación!» , concluyó el capitán.

Llegados a la ciudad, arriaron velas, echaron las anclas, y la nave se detuvo. La reina Marchana salió a su encuentro acompañada de sus soldados, se detuvo

ante la nave y llamó al capitán. Éste desembarcó y besó el suelo delante de ella. La reina le preguntó: « ¿Qué llevas en la nave? ¿Quién te acompaña?» « ¡Reina del tiempo! Me acompaña un hombre que es comerciante de esclavos.» « ¡Traédmelo!» Bahram desembarcó en seguida, seguido por al-Asad, que iba vestido de esclavo. Al llegar Bahram ante la reina, besó el suelo, y ésta le preguntó: « ¿A qué te dedicas?» « Soy comerciante de esclavos.» Ella miró a al-Asad, al que creía esclavo, y le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» Sofocado por las lágrimas, contestó: « Mi nombre es al-Asad» . El corazón de la reina enternecióse y preguntó: « ¿Sabes escribir?» « Sí.» Ella le dio pluma y tinta, y le dijo: « Escribe algo para que lo vea» . Él escribió estos versos:

¿Qué puede hacer un esclavo contra el destino que siempre le ha sido adverso, oh tú que me ves?
Lo ha lanzado, atado, al océano, diciéndole: « ¡Ten cuidado, ten cuidado! ¡No vayas a mojarte!»

La reina, al leer la hoja, se apiadó y dijo a Bahram: « ¡Véndeme este esclavo!» « ¡Señora! No me es posible complacerte, ya que he vendido a todos los que tenía y sólo me queda éste.» La reina insistió: « ¡No discutamos! O me lo vendes o me lo regalas» . « ¡Ni lo vendo ni lo regalo!» La reina cogió a al-Asad, lo condujo a la ciudadela y mandó decir a Bahram: « Si esta misma noche no abandonas nuestro país, te arrebataré todo lo que posees y destrozaré tu nave» . Cuando recibió el mensaje, se afligió profundamente y exclamó: « ¡Este viaje no ha sido feliz!» Inmediatamente hizo los preparativos, adquirió todo lo necesario, esperó que llegara la noche para hacerse a la mar y dijo a los marineros: « ¡Coged vuestras provisiones, llenad los odres de agua y aparejad al fin de la noche!» Los marineros se dedicaron de lleno a estos trabajos.

La reina Marchana tomó consigo a al-Asad, entró con él en la ciudadela, abrió las ventanas que miraban al mar y ordenó a sus criados que les sirviesen de comer. Comieron juntos. Después mandó que les escanciasen el vino.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que bebió en compañía de al-Asad, y Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) puso en su corazón el amor hacia al-Asad. Ella llenaba las copas y se las hacía beber. Así llegó él a perder la razón. Se puso de pie para ir a satisfacer una necesidad, y salió de la habitación. Vio una puerta abierta, la cruzó y salió a un jardín en el que había toda clase de flores y frutos. Se puso en cuclillas debajo de un árbol, hizo sus necesidades e, incorporándose, se dirigió al surtidor que estaba en el centro del jardín, se tendió de espaldas, con

el vestido en desorden, y el fresco del viento lo ayudó a dormirse. Así llegó la noche.

Veamos ahora lo que hizo Bahram. Llegada la noche, llamó a los marineros de la nave y les mandó: « ¡Soltad las velas! ¡Marchémonos!» « Oír es obedecer —le contestaron—, pero danos tiempo para llenar los odres, y aparejaremos.» Los marineros desembarcaron, recorrieron las cercanías, circundaron la ciudadela y llegaron a las paredes del jardín; treparon por ellas, descendieron al otro lado y siguieron unas huellas de pisadas que conducían al surtidor. Una vez junto a éste, encontraron a al-Asad tumbado de espaldas. Al reconocerlo se alegraron y, después de haber llenado los odres, cargaron con al-Asad, saltaron la tapia y corrieron a entregarlo a Bahram el mazdeo.

Le dijeron: « ¡Alégrate de haber conseguido tu deseo, y tranquiliza tu corazón; haz repicar tus tambores y sonar tus flautas! Hemos encontrado y traído con nosotros al prisionero que te arrebató por la fuerza la reina Marchana» . Y esto diciendo, lo arrojaron a sus pies. El corazón de Bahram, al verlo, se dilató de alegría. Hizo regalos a los marineros y les mandó que se apresurasen a zarpar. Aparejaron, reemprendieron el viaje en dirección al Monte del Fuego, y estuvieron navegando hasta la mañana. Esto es lo referente a ellos.

He aquí lo que hace referencia a la reina Marchana: Después que al-Asad se hubo alejado esperó un rato, pero él no regresó a su lado. Entonces se levantó y lo buscó inútilmente. Encendió las velas y dijo a las criadas que indagasen. Ella en persona bajó a inspeccionar el jardín, vio que la puerta estaba abierta y creyó que quizás había entrado en el jardín. Entró a su vez y encontró una sandalia al lado del surtidor; siguió buscándolo por todo el jardín, sin encontrar rastro. Insistió en la búsqueda en las inmediaciones del jardín hasta que amaneció; luego preguntó por la nave. Le contestaron: « Ha zarpado durante el primer tercio de la noche» . Entonces comprendió que lo habían raptado.

Indignadísima, mandó que se aprestasen en seguida diez grandes buques dispuestos al combate. Ella misma embarcó en una de las naves, acompañada por sus soldados, bien equipados y provistos de armas. Se dieron a la vela, y la reina dijo a los capitanes: « Si alcanzáis la nave del mazdeo, os cubriré de trajes de corte y de riquezas, pero si no la alcanzáis, os mataré a todos» . Los capitanes temblaron de miedo. Navegaron durante todo aquel día, con su noche, y un segundo y tercer días; al cuarto divisaron la nave de Bahram, y antes de que terminase el día, los buques de la reina habían rodeado al del mazdeo. En aquel momento, Bahram había sacado a al-Asad y lo estaba atormentando, mientras el príncipe pedía ayuda y protección sin que nadie acudiese en su auxilio, y los golpes le causaban terribles dolores.

El mazdeo levantó los ojos y vio unas naves que rodeaban a la suya y la ceñían del mismo modo que el blanco del ojo rodea a la pupila. Comprendió que estaba perdido sin remedio. Suspiró y exclamó: « ¡Ay de ti, Asad! ¡Todo esto me

ocurre por tu culpa! —Lo cogió de la mano y ordenó a los marineros que lo arrojasen al mar, diciendo—: ¡Por Dios! ¡He de matarte antes de que me maten a mí!» Los marineros cogieron a al-Asad y lo arrojaron al mar. Pero Dios (¡loado y ensalzado sea!) quiso que se salvara, y, así, después de hundirse salió a flote y empezó a nadar: las olas lo fueron empujando lejos de la nave del mazdeo hasta conducirlo a tierra firme, sin que él pudiese creer que se había salvado. Una vez en tierra se quitó los vestidos, los escurrió, los extendió y se sentó, desnudo, a llorar todas las desgracias que le habían ocurrido y el cautiverio. Recitó estos versos:

¡Dios mío! Mi paciencia y mi astucia son poca cosa. El pecho me oprime, no puedo soportar más.
¿A quién sino a su Señor ha de lamentarse el mezquino? ¡Oh, Señor de los señores!

Luego se incorporó y vistió, sin saber adónde ir ni adonde había llegado. Comió las hierbas de la tierra y los frutos de los árboles, bebió el agua de los ríos y anduvo de noche y de día hasta divisar una ciudad. Esto lo alegró, y apresuró su marcha. Al llegar a ella…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que ya había caído la tarde y se habían cerrado las puertas. La ciudad era la misma en que había estado prisionero y en la cual su hermano al-Amchad era visir del rey. Al ver al-Asad que estaba cerrada, retrocedió en dirección al cementerio, y una vez en él encontró un mausoleo sin puerta, se metió en él y se durmió con la cara apoyada en el brazo.

Cuando las naves de la reina Marchana alcanzaron a la de Bahram el mazdeo, éste las destrozó con su astucia y su magia y regresó en seguida, salvo y contento, a su ciudad. Por voluntad de Dios, desembarcó cuando la nave estaba junto al cementerio, y se paseó entre las tumbas. Vio abierta aquella en la cual estaba al-Asad, y se quedó admirado. Dijo: « He de ver lo que hay dentro» . Al inspeccionarla descubrió a al-Asad, que estaba durmiendo con la cabeza apoyada en el brazo. Al reconocerlo, le dijo: « ¿Vives aún?» Lo cogió y lo condujo a su casa. En ésta había una mazmorra subterránea, preparada para atormentar a los musulmanes.

Bahram tenía una hija llamada Bustán. Ató los pies de al-Asad con una pesada cadena, lo bajó a la mazmorra y ordenó a su hija que lo atormentase noche y día hasta que muriera. Después, él, personalmente, lo golpeó de un modo terrible, cerró la mazmorra y entregó las llaves a su hija. Más tarde, ésta

bajó para apalearlo y descubrió que se trataba de un joven agradable, de buen aspecto, con las cejas arqueadas y las pupilas negras. Se prendó de él y le preguntó: « ¿Cómo te llamas?» « Mi nombre es al-Asad.» « ¡Sé feliz y sea feliz tu vida! Tú no mereces ningún castigo, y sé que te tratan injustamente.»

Le habló con dulzura, le quitó las cadenas y le preguntó cosas acerca de la religión del Islam. Él le dijo que era la religión verdadera, recta, y que nuestro señor, Mahoma, había hecho grandes milagros y prodigios patentes; que el fuego daña y de nada sirve. La instruyó en los fundamentos del Islam, y ella fue dócil, la verdadera fe entró en su corazón, y Dios infundió en sus entrañas el amor por al-Asad: emitió las dos profesiones de la fe musulmana y se convirtió en una de las destinadas a la felicidad eterna. Le daba de comer y de beber, hablaba con él, rezaban juntos y le preparaba caldo de gallina.

Al-Asad recuperó sus fuerzas, curó sus enfermedades y volvió a su estado de salud anterior. La hija de Bahram dejó a al-Asad, salió a la puerta y oyó que el pregonero voceaba: « ¡Aquel que tenga un joven hermoso de este aspecto y lo revele, recibirá todo el dinero que quiera! ¡Aquel que lo retenga y lo niegue, será ahorcado en la puerta de su casa; sus bienes serán confiscados, y su sangre será vertida!» Al-Asad había contado a la hija de Bahram todo lo que le había ocurrido. Al oír el pregón, ella comprendió en seguida que buscaban a al-Asad. Entró, le contó lo que sucedía y él se dirigió a la casa del visir. Al ver a éste dijo: « ¡Por Dios! ¡Este visir es mi hermano al-Amchad!»

Seguido por la joven, entró en el alcázar, miró a su hermano al-Amchad y se arrojó en sus brazos. Al-Amchad, al reconocerlo, salió a su encuentro, se abrazaron, y los esclavos corrieron a formar un círculo alrededor de ambos, que habían caído desmayados. Al volver en sí, al-Amchad corrió a presentar a su hermano al sultán y refirió a éste toda la historia. El soberano mandó saquear la casa de Bahram.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el visir despachó a un grupo de nombres, que se dirigieron al domicilio de aquél, lo saquearon y condujeron a su hija delante del visir, el cual la recibió con honor, pues al-Asad había contado a su hermano todos los tormentos sufridos y los favores que le había hecho la hija de Bahram. Al-Amchad la honró en grado sumo, y después refirió a su hermano al-Asad su aventura con la joven y cómo se había salvado de la horca y había llegado a ser visir. Ambos se quejaron mutuamente de lo que les había hecho sufrir la separación.

Más tarde, el sultán mandó comparecer al mazdeo y ordenó que fuera decapitado. Bahram preguntó: « ¡Gran rey! ¿Estás decidido a darme muerte?»

« Sí.» « ¡Concédeme un instante, oh rey!» Inclinó la cabeza y, al levantarla, emitió la profesión de fe musulmana delante del sultán. Todos se alegraron de su conversión. Al-Amchad y al-Asad le refirieron todo lo que les había ocurrido, pero él replicó: « ¡Señores míos! ¡Preparaos para el viaje, y yo os acompañaré!» Ambos se alegraron de esto y de su conversión al Islam, y lloraron a lágrima viva. Bahram les dijo: « ¡Señores míos! ¡No lloréis! Vuestro destino consiste en reuniros como se reunieron Nima y Num» . Ellos le preguntaron: « ¿Y qué les ocurrió a Nima y Num?»

HISTORIA DE NIMA Y NUM

Bahram narró: « Refieren (pero Dios es más sabio) que en la ciudad de Kufa vivía un hombre, el cual se contaba entre los notables de la ciudad, llamado Rabí b. Hatim; era muy rico y opulento. Dios le había concedido un hijo, al que dio el nombre de Nima l-Allah. Cierto día en que se encontraba en el mercado de esclavos, vio cómo exhibían a una joven para venderla; ésta llevaba en brazos una niña pequeña, de prodigiosa hermosura y belleza. Al-Rabí se dirigió al corredor y le preguntó por el precio de la madre y de la hija. Le pidió cincuenta dinares, y al Rabí replicó: “Escribe el contrato de venta, toma el dinero y entrégalo a su dueño”.

» Pagó la suma al corredor, le dio su comisión y, tomando consigo a la madre y a la hija, las llevó a su casa Cuando su esposa vio a la esclava, le preguntó: “¡Primo! ¿Qué significa esta esclava?” “La he comprado por la pequeña que lleva en brazos. Date cuenta de que cuan do crezca no habrá en los países árabes ni extranjero quien se pueda comparar con ella en belleza.”. La mujer preguntó: “¿Cómo te llamas, esclava?” “Señora, me llamo Tawfiq.” “¿Y tu hija?” “Saad.” “Dices la verdad ¡Ojalá sean felices ella y quien te ha comprado! —y añadió, dirigiéndose al marido—: ¿Qué nombre le vas a dar?” “Escógelo tú misma, mujer.” Su esposa sugirió el nombre de Num, y el marido lo aceptó.

» La pequeña Num fue creciendo al lado de Nima, hija de al-Rabí, en la misma cuna, hasta que ambos cumplieron los diez años. Cada uno de ellos era más bello que el otro. El muchacho la llamaba hermana, y ella a él, hermano. Cuando Nima hubo llegado a la edad de la razón, al-Rabí se acercó a él y le dijo: “¡Hijo mío! Num no es tu hermana, sino tu esclava. La compré en tu nombre cuando tú aún estabas en la cuna. Desde hoy ya no puedes llamarla hermana”. Nima replicó a su padre: “Si es así, me casaré con ella”. Luego fue a ver a su madre, y ésta le dijo: “¡Hijo mío! Ella es tu esclava”.

» Nima b. al-Rabí cohabitó con la esclava y la amó. En estas circunstancias transcurrieron nueve años sin que en Kufa hubiese una mujer más bonita, más dulce y más fina que Num. Había crecido en el estudio del Corán y de las

ciencias, conocía toda clase de piezas e instrumentos musicales, cantaba maravillosamente y tocaba a la perfección, hasta el punto de que sobresalía por encima de todos sus contemporáneos. Cierto día, mientras su esposo Nima b. al-Rabí estaba bebiendo, cogió el laúd, afinó las cuerdas y cantó estos versos:

Mientras tú seas el dueño de cuyo favor gozo, serás la espada con la que corto el cuello de las desgracias.
No necesito el auxilio de Zaid ni de Amru[79]: me basta contigo cuando me encuentro en necesidad.

» Nima se emocionó mucho y le dijo: "¡Por vida mía, Num! ¡Cántame algo acompañándote del adufe y de los instrumentos de música!" Ella moduló y cantó estos versos:

¡Por vida de quien empuña en su mano mis riendas! He de contrariar en el amor a los envidiosos.
Haré rabiar a quienes me reprendan, y os obedeceré y huiré de toda dulzura y reposo.
Por vos haré de mis entrañas una tumba, sin que se entere de ello mi corazón.

» El joven exclamó: "¡Eres maravillosa, Num!"

» Mientras llevaban esta vida feliz, al-Hachchach, que vivía en el palacio del gobierno, decíase: "No tengo más remedio: he de ingeniármelas para conseguir a esa esclava que se llama Num y mandársela al Emir de los creyentes, Abd al-Malik b, Marwán, ya que en su palacio no se encuentra quien pueda compararse con ella en el canto". Mandó llamar a una vieja nodriza y le dijo: "Ve a casa de al-Rabí, procura ver a la esclava Num y busca el medio de apoderarte de ella, ya que en toda la faz de la tierra no se encuentra otra igual". La vieja aceptó el encargo de al-Hachchach, y al amanecer vistió un hábito, colgóse del cuello un rosario de mil cuentas…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram continuó su relato:] « … y empuñando un cayado y una bota de monje mendicante yemení, empezó a pasear recitando las jaculatorias: "¡Gloria a Dios! ¡Alabado sea Dios! ¡No hay dios sino el Dios! ¡Dios es el más grande! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" Y así fue desgranando el rosario y repitiendo las

invocaciones con el corazón lleno de malos propósitos y argucias, hasta llegar a casa de Nima b. al-Rabí, en el momento de la oración del mediodía.

» Llamó, y el portero acudió a abrir y le preguntó: "¿Qué deseas?" "Soy una pobre asceta a la que ha sorprendido la hora de la oración del mediodía. Desearía rezar en este lugar bendito." "¡Vieja! Ésta es la casa de Nima b. al-Rabí, y no un oratorio o una mezquita." "Sé perfectamente que no hay oratorio o mezquita que pueda compararse con la casa de Nima b. al-Rabí. Soy una nodriza del palacio del Emir de los creyentes, y estoy llevando a cabo una romería." "No puedo dejarte entrar", replicó el portero. La discusión fue subiendo de grado, y la vieja insistía: "¿Cómo te atreves a no dejar entrar en la casa de Nima b. al-Rabí a una persona como yo, que frecuenta las casas de los emires y de los grandes?"

» Nima apareció en aquel momento, y al oír sus palabras se echó a reír y mandó que la dejasen entrar. La vieja siguió a Nima hasta que llegó junto a Num. Aquélla saludó a ésta con buenas palabras, y quedó estupefacta al ver la prodigiosa belleza de la joven. Le dijo: "¡Señora mía! Invoco sobre ti la protección de Dios". Luego se puso delante del mihrab y empezó a inclinarse, prosternarse y orar durante todo el resto del día, hasta que llegó la noche con sus tinieblas. La joven le dijo: "¡Madre mía! ¡Descansa un momento en pie!" La vieja replicó: "¡Señora! Quien busca la vida futura se fatiga en este mundo; quien no se fatiga en esta vida, no obtiene la morada de los virtuosos en la otra". Más tarde, Num dio de cenar a la vieja diciéndole: "¡Toma estos alimentos, y reza para que Dios me perdone y tenga misericordia de mí!" "¡Señora! Practico el ayuno. A ti, que eres joven, te conviene comer, beber y disfrutar. Dios te perdonará. Dice (¡ensalzado sea!) en el Corán: '…excepto aquellos que se arrepientan, crean y hagan buenas obras[80]'"

» La joven siguió en compañía de la vieja, hablando con ella durante un rato. Luego dijo a su señor: "¡Señor mío! Conjura a esta vieja a que permanezca con nosotros durante algún tiempo; en su cara se ven las huellas de la devoción". Él aceptó: "Asígnale una celda para sus rezos, en la que nadie pueda entrar a molestarla. Tal vez Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) nos conceda algún favor y nunca nos separe gracias a su intercesión".

» La vieja pasó aquella noche rezando y recitando el Corán hasta la mañana. Al ser de día, se acercó a Nima y a Num, los saludó y les dijo: "¡Os recomiendo a Dios!" Num le preguntó: "¿Adónde vas, madre mía? Mi dueño me ha mandado que te asigne una habitación aislada en la que puedas consagrarte a tus devociones". "¡Dios os conceda larga vida y felicidad duradera! Lo único que deseo es que digáis al portero que no me niegue la entrada. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, haré una visita a los lugares de culto y rezaré por vosotros dos, día y noche, después de las plegarias canónicas y de las preces habituales." La vieja salió de la casa de Num, mientras ésta lloraba por ello, pues no sabía cuál era la causa de su visita. La vieja se presentó a al-Hachchach, quien le preguntó: "¿Qué

traes?" "He visto a la joven, y puedo asegurar que en nuestra época no hay mujer más hermosa que ella." "Si haces lo que te he mandado, recibirás una gran recompensa." "Dame un mes de plazo." "Te lo concedo."

» La vieja empezó a frecuentar la casa de Nima y de su sierva Num…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram continuó diciendo:] « … y ambos la acogían cada vez mejor; iba por la mañana y por la tarde, y todos los moradores de la misma la recibían bien, hasta que un día, hablando a solas con la joven, le dijo: "¡Señora mía! ¡Por Dios! He visitado los santuarios y he rogado por ti. Desearía que me acompañases para que te vieran los hombres santos; éstos rezarán por ti y pedirán lo que desees". La joven Num replicó: "¡Por Dios, madre! ¡Llévame contigo!" "Pide permiso a tus tutores y nos iremos." Num rogó a su tutora, la madre de Nima: "¡Señora mía! Pide permiso a mi señor para que un día me deje salir contigo y con la vieja a fin de rezar con los que han hecho voto de pobreza en los lugares santos". Cuando llegó Nima, la vieja le besó las manos mientras él trataba de impedirlo, lo bendijo y se marchó de la casa.

» Al día siguiente, cuando no estaba Nima, volvió a presentarse y fue recibida por la joven Num. Le dijo: "Ayer rezamos por vosotros. ¡Vamos! ¡Ven ahora misino, asiste a la procesión y vuelve antes de que regrese tu señor!" La joven dijo a su suegra: "¡Te ruego, en nombre de Dios, que me permitas salir con esta mujer piadosa para que pueda contemplar a los amigos de Dios en los lugares santos; regresaré en seguida, antes de que vuelva mi señor!" La madre de Nima replicó: "Temo que se entere". La vieja insistió: "¡Por Dios! No dejaré que se siente en el suelo; observará de pie y no se retrasará". Cogió a la joven con engaño y la condujo al palacio de al-Hachchach, al que informó de su llegada después de haber dejado a la joven encerrada en una habitación, a la que acudió aquél para contemplarla. Comprobó que era la mujer más hermosa de su tiempo, y que nunca había visto otra igual. Al verlo, Num se cubrió la cara con el velo.

» Él mandó llamar a su chambelán, dijo que montaran a caballo cincuenta jinetes, les mandó que colocasen a la joven en un dromedario corredor, que la condujesen a Damasco y la entregasen al Emir de los creyentes, Abd al-Malikb. Marwán, al cual escribió una carta, que dio al chambelán, diciéndole: "Entrega este escrito, tráeme la contestación y apresúrate a volver".

» El chambelán se hizo cargo de la joven y viajó con ella. Durante todo el camino, hasta que llegaron a Damasco, fue llorando la separación de su señor. El chambelán pidió audiencia al Príncipe de los creyentes, y éste se la concedió. El chambelán entró, lo informó de la joven que le llevaba, y el Califa le asignó una

habitación.

» Más tarde, el soberano entró en el harén y habló con su esposa: "Al-Hachchach me ha comprado una joven, hija de los reyes de Kufa, que le ha costado diez mil dinares, y me ha mandado al mismo tiempo esta carta". Su mujer replicó:»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram prosiguió: « la mujer del Califa replicó:] "¡Dios te conceda mayores beneficios!" La hermana del Califa entró en la habitación de la joven, y, al verla, exclamó: "¡Por Dios! Quien te tiene en su casa no quedará defraudado aunque hubieses costado cien mil dinares". Num le dijo: "¡Oh, mujer de rostro agradable! Este palacio, ¿a qué rey pertenece? ¿Qué ciudad es ésta?" "Es la ciudad de Damasco, y este palacio es de mi hermano, el Emir de los creyentes Abd Allah b. Marwán. Pero, ¿no lo sabías?" "¡Por Dios, señora! Lo ignoraba." "Quien te vendió y cobró tu precio, ¿no te dijo que te compraba para el Califa?" La joven, al oír aquello, derramó abundantes lágrimas, lloró y se dijo: "He sido engañada. Si hablase, nadie me creería. Callaré y tendré paciencia, pues sé que Dios me dará alguna solución". Bajó la cabeza, avergonzada; sus mejillas se habían sonrojado a consecuencia del viaje y del sol.

» La hermana del Califa la dejó tranquila aquel día, y al siguiente se presentó con un vestido y collares de piedras preciosas, y la vistió. El Príncipe de los creyentes entró y se sentó a su lado. Su hermana le dijo: "¡Fíjate en esta joven, a la que Dios ha colmado de belleza y hermosura!" El Califa dijo a Num: "¡Quítate el velo de la cara!" Ella no se lo quitó, y sólo pudo verle las muñecas. El amor hizo presa en el corazón del Califa, que dijo a su hermana: "No volveré a visitarla hasta dentro de tres días para dar tiempo a que se familiarice contigo". Después se puso de pie y se marchó.

» La joven quedó pensativa ante lo que le sucedía, y muy triste por encontrarse separada de su señor Nima. Al llegar la noche cayó enferma, con fiebre, y no comió ni bebió; su color y su belleza se degradaron. Lo comunicaron al Califa, quien se entristeció y fue a visitarla, acompañado por los médicos y los especialistas, pero ninguno de ellos acertó a curarla. Esto es lo que a ella se refiere.

» He aquí lo que hace referencia a su señor Nima: Al llegar a su casa se sentó en el lecho y llamó a Num, pero ésta no contestó. Se incorporó rápidamente y volvió a llamar, pero nadie acudió a su lado, pues todas las esclavas se habían escondido por el miedo que tenían. Nima fue a buscar a su madre y la encontró sentada, con las mejillas apoyadas en las manos. Le dijo: "¡Madre mía! ¿Dónde

está Num?" "¡Hijo mío! Está con una persona de toda mi confianza, con la vieja devota. Ha salido, acompañado por ella, a visitar a los que han hecho voto de pobreza. En seguida volverá." "¿Desde cuándo tiene esta costumbre? ¿A qué hora ha salido?" "Se fue a primeras horas de la mañana." "¿Cómo se lo has permitido?" "¡Hijo mío! Ella misma me lo ha propuesto." "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!", exclamó Nima.

» Salió de su casa fuera de sí, fue a buscar al jefe de la policía y le dijo: "¿Eres tú quien te las has ingeniado para raptar en mi casa a mi esclava? ¡Emprenderé el viaje para quejarme ante el Emir de los creyentes!" El jefe de policía preguntó: "¿Quién te la ha quitado?" "Una vieja de tales y tales señas, vestida con un hábito, que llevaba en la mano un rosario de miles de cuentas." "Dime dónde se encuentra la vieja, y yo pondré en libertad a tu esclava." "¿Y quién conoce a la vieja?" El jefe de policía concluyó: "¡Sólo Dios (¡loado y ensalzado sea!) conoce lo desconocido!" Había comprendido que se trataba de la engañada por al-Hachchach.

» Nima insistió: "Tú eres el único que puede ayudarme en estas circunstancias. Al-Hachchach dirá cuál de nosotros dos tiene razón". "Ve a ver a quien quieras." Nima corrió al palacio de al-Hachchach, ya que su padre era uno de los principales personajes de Kufa. Una vez en palacio, el chambelán corrió a anunciarlo a al-Hachchach, el cual dijo: "¡Hazlo entrar!" Cuando lo tuvo delante le preguntó: "¿Qué ocurre?" "Pues esto y esto." "¡Traedme al jefe de policía! Lo mandaremos que busque a la vieja. —En cuanto llegó, le dijo—: Quiero que busques a la esclava de Nima b. al-Rabí." "¡Dios (¡ensalzado sea!) es el único que conoce lo desconocido!" "Es necesario que montes a caballo y busques la esclava por los caminos, que investigues en los suburbios."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram continuó su relato:] « Volviéndose hacia Nima, añadió: "Si no recuperas a la esclava, te daré diez de las mías, y otras tantas de las que pertenecen al jefe de policía. —E insistió a éste —: ¡Ve a buscar a la esclava!" Marchóse el jefe de policía, y Nima se quedó desesperado, a pesar de que sólo tenía catorce años y no había brotado aún el bozo en sus aladares. Llorando y sollozando pasó toda la noche, y no regresó a su casa. Su padre se le acercó y le dijo: "¡Hijo mío! Al-Hachchach se ha apoderado de la joven con engaño, pero Dios puede acudir en auxilio del que se afana". La pesadumbre fue agobiando a Nima, que ya no supo lo que decía ni llegó a reconocer a quienes entraban a visitarlo. Estuvo enfermo durante tres meses, cambió por completo de aspecto, y su padre desesperó de salvarlo. Los médicos diagnosticaron que su único remedio era recuperar a la esclava.

» Cierto día, mientras su padre estaba sentado, oyó hablar de un médico extranjero del que la gente decía que era muy experto en medicina, astrología y geomancia. Al-Rabí lo mandó llamar. Cuando llegó, lo hizo sentar y lo honró. Le dijo: "Mira qué es lo que tiene mi hijo". El médico pidió a Nima que le diese la mano, y él lo hizo así. Le tomó el pulso y lo miró. Se echó a reír y, volviéndose hacia su padre, le dijo: "Sólo está enfermo del corazón". "Dices la verdad, sabio. Examina el caso de mi hijo con tu entendimiento, infórmame de todos los detalles y no me ocultes nada de lo que a él se refiera." "Está enamorado de una joven, que se halla en Basora o en Damasco, y tu hijo sólo se curará si se reúne con ella." "Si tú consigues reunirlos te daré lo que te hará feliz, y pasarás toda tu vida en la riqueza y el bienestar." "La solución está próxima y es fácil."

» El médico dijo a Nima: "No te preocupes. Cúrate y tranquilízate. —Luego, dirigiéndose a al-Rabí, añadió—: Dame cuatro mil dinares". El comerciante se los dio, y el extranjero dijo entonces: "Deseo que tu hijo venga conmigo a Damasco, y si Dios, el Altísimo, lo quiere, no regresaremos sin la joven. —Volviéndose hacia el joven, le preguntó—: ¿Cómo te llamas?" "Nima." "Nima: está tranquilo y ten la seguridad de que Dios (¡ensalzado sea!) te reunirá con tu esclava." Mejoró, y entonces le dijo: "Tranquiliza tu corazón: saldremos de viaje un día de éstos. Come, bebe, descansa y toma ánimos para el viaje".

» A continuación, el extranjero se dedicó a disponer todas las cosas necesarias. Del padre de Nima recibió, en total, diez mil dinares; consiguió caballos, camellos y otras bestias de carga para trasladar los equipajes, y Nima se despidió de su padre y de su madre y emprendió el viaje en compañía del sabio. Llegaron a Alepo sin encontrar rastro de la muchacha. Entraron en Damasco, y a los tres días el extranjero alquiló una tienda, extendió por los estantes potes de preciosa porcelana china y valiosas materias, los cubrió con bordados de oro y telas preciosas, los llenó de frascos de vidrio repletos de toda clase de ungüentos y bebidas, y alrededor de los frascos puso copas de cristal, y delante de todo, el astrolabio. Se puso el traje que correspondía a los sabios y médicos, y a Nima lo vistió con una camisa y una chaqueta de seda, ceñidas por un cinturón de la misma materia bordado en oro. Después le dijo: "Nima, desde hoy eres mi hijo. Me llamarás 'padre' y yo te llamaré únicamente 'hijo'". "Oír es obedecer."

» Las gentes de Damasco se congregaron ante la tienda del extranjero y contemplaron la hermosura de Nima, lo bien montada que estaba la tienda, y las preciosas mercaderías que encerraba. El médico hablaba a Nima en persa, y éste le contestaba en el mismo idioma, ya que él lo conocía, pues los hijos de las familias pudientes tenían por costumbre estudiar este idioma. El extranjero cobró fama entre las gentes de Damasco, que empezaron a consultarle sobre sus enfermedades, y él les prescribía las medicinas: le llevaban botellas con la orina de los enfermos, y él la examinaba y decía: "El dueño de esta orina padece tal

enfermedad". Y el enfermo confirmaba su diagnóstico. Curaba a mucha gente, y los damascenos acudían cada vez en mayor número, y su fama se extendía por la ciudad y por las casas de los grandes.

» Cierto día en que estaba sentado, acercóse a él una vieja montada en un asno cuya albarda era de brocado repujado de perlas. Se detuvo ante la tienda del extranjero, tiró de las riendas del animal y, haciendo un gesto al persa, le dijo: "¡Dame la mano!" Él se la alargó y la ayudó a apearse. Luego le preguntó: "¿Eres tú el médico extranjero que ha venido del Iraq?" "Sí." "Tengo una hija que está enferma." Y diciendo esto, sacó una botella. Cuando el persa hubo examinado su contenido, le dijo: "¡Señora! ¿Cómo se llama esa joven? Con el nombre podré calcular su astro y determinar la hora en que debe tomar la medicina". "¡Hermano persa! Se llama Num."

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato de Bahram continuó así: « El médico,] al oír el nombre de Num, empezó a calcular, escribió algo en la mano y le respondió: "¡Señora! No podré prescribirle medicina alguna hasta que sepa de qué país es, ya que el clima aquí es distinto. Dime en qué lugar se ha criado y qué edad tiene". "Tiene catorce años, y su patria chica es Kufa, ciudad del Iraq." "¿Cuánto tiempo hace que vive en este país?" "Poco."

» El corazón de Nima empezó a palpitar violentamente al oír las palabras de la vieja y reconocer el nombre de su esclava. El extranjero dijo: "Le conviene tomar tal y tal medicina". "¡Dame lo que has recetado, con la bendición de Dios!", y echó diez dinares encima de la mesa de la tienda. El sabio, volviéndose hacia Nima, le ordenó que preparase los medicamentos simples de la farmacología. La vieja se fijó en Nima y dijo: "¡Dios guarde, hijo mío, a quien tiene un aspecto semejante al tuyo! —Luego le preguntó al extranjero—: ¡Hermano persa! ¿Éste es un esclavo o es tu hijo?" "Es mi hijo." Nima le entregó la medicina metida en una caja, y, tomando una hoja de papel, escribió estos versos:

> Num me ha favorecido con una sola mirada, y ya no puedo encontrar la felicidad con Sad ni la belleza con Chamal.
> Dijeron: "¡Olvídala! ¡Te daremos veinte como ella!" Pero ella no tiene igual, y yo no la olvido.

» Escondió la hoja en el interior de la caja, la selló, y en la tapadera de la misma escribió, con letra cúfica: "Yo soy Nima b. al-Rabí, de Kufa". Colocó el paquete delante de la vieja. Ésta lo cogió, se despidió de ambos, se dirigió al

palacio del Califa y corrió junto a la joven. Colocó la caja delante de ella y le dijo: "¡Señora! Sabe que ha venido a nuestra ciudad un médico extranjero tan experto en las cosas de las enfermedades como nunca he visto a otro. Después de haber examinado la botella, le he dicho tu nombre y él ha descrito tu enfermedad. A continuación ha mandado a su hijo que te preparase esta medicina. ¡No hay muchacho en Damasco que pueda compararse con su hijo en hermosura ni en elegancia en el vestir! No hay nadie que tenga una tienda como la suya".

» La joven cogió la caja, y vio que en la tapadera estaba escrito el nombre de su señor y el de su padre. Al apercibirse de ello, cambió de color y pensó: "No cabe duda de que el dueño de la tienda ha venido a Damasco por mi causa". Dirigiéndose a la vieja le dijo: "¡Descríbeme a ese muchacho!" "Se llama Nima, tiene una señal en la ceja derecha y viste trajes preciosos. Es hermoso hasta la perfección." "Dame la medicina con el auxilio y la bendición de Dios (¡ensalzado sea!)." Cogió la medicina y se la bebió riendo. Luego dijo: "¡Ciertamente, es un medicamento portentoso!" Después registró la caja y vio la hoja de papel. La abrió, la leyó, y al comprender su sentido, estuvo cierta de que se trataba de su dueño. Se tranquilizó y se alegró.

» La vieja, al ver que ya se reía, le dijo: "¡Hoy es un día bendito!" "¡Nodriza! Quiero comer y beber." La vieja ordenó a las esclavas: "¡Acercad las mesas y las mejores comidas a vuestra señora!" Se sentó a comer en el mismo instante en que entraba Abd al-Malik b. Marwán. Éste vio que la joven estaba sentada comiendo y se alegró. La nodriza dijo: "¡Emir de los creyentes! ¡Alégrate de que tu esclava Num haya recuperado la salud! Todo ello es debido a la llegada a esta ciudad de un hombre que es médico; nunca he visto a otro más experto que él en el conocimiento de las enfermedades y de sus remedios. Le he traído una de sus medicinas: la ha tomado de una vez, y ha recuperado la salud, ¡oh Emir de los creyentes!" El Califa dijo: "Toma mil dinares y preocúpate de su curación". Y se marchó, contento por la curación de la esclava.

» La vieja se dirigió a la tienda del extranjero con los mil dinares, se los entregó, lo informó de que se trataba de la esclava del Califa y le dio una cuartilla escrita por Num. El extranjero la cogió y se la pasó a Nima. Éste, al verla y reconocer su letra, cayó desmayado. Al volver en sí la abrió y leyó: "De la esclava qué ya no conoce la felicidad, aquella que fue engañada, cuyo corazón fue separado del amado. —Y después—: Sabed que hemos recibido vuestra carta, que ha dilatado nuestro pecho y ha alegrado nuestros pensamientos. Ha ocurrido como dice el poeta:

Ha llegado la carta. ¡Ojalá la yema de los dedos que escriben y perfuman permanezcan siempre igual!

Ha ocurrido como si Moisés hubiese sido devuelto a su madre, o el vestido

de José llevado a su padre”.

» Los ojos de Nima se llenaron de lágrimas al leer estos versos. La nodriza le preguntó: “¿Qué te hace llorar, hijo mío? ¡Ojalá Dios no permita nunca que lloren tus ojos!” El extranjero dijo: “¡Señora mía! ¿Cómo no ha de llorar mi hijo, si ésa es su esclava, y él, Nima b. al-Rabí, de Kufa, es su dueño? La salud de esa muchacha depende de que lo pueda ver, ya que él es la causa de su enfermedad”» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram continuó: « El médico siguió diciendo:] “Tú, señora, quédate con estos mil dinares, y yo te daré muchos más. Míranos con ojos compasivos, pues no sabemos quién puede solucionarnos nuestro problema si no eres tú”. La vieja preguntó a Nima: “¿Eres su verdadero dueño?” “Sí.” “Dices la verdad, pues ella no deja de recordarte.” Nima le refirió todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin. La vieja declaró entonces: “¡Joven! No te podrás reunir con ella a no ser por mi mediación”. Se despidió y fue a ver a la muchacha. La miró en la cara, riendo, y dijo: “Tenías razón, hija mía, al llorar y ponerte enferma por causa de tu señor, Nima b. al-Rabí de Kufa”. “¿Lo has descubierto y has hecho que te lo revelen mediante un ardid?” “Tranquilízate y dilata tu pecho, pues yo, por mediación de Dios, os reuniré al uno con el otro, aunque para ello tuviera que perder la vida.”

» Luego volvió junto a Nima y le dijo: “He estado con tu esclava, he hablado con ella y he podido comprobar que está más enamorada de ti que tú de ella. Pero el Príncipe de los creyentes la desea, y ella lo rehúye. Si eres resuelto y animoso os reuniré, arriesgaré mi vida por vosotros: idearé un medio para que puedas entrar en el palacio del Califa y ver a la esclava, ya que ésta no puede salir”. Nima exclamó: “¡Dios te pague tanto bien!” La vieja se despidió, regresó al lado de la joven y le dijo: “Tu señor no reposa un instante a causa de la gran pasión que siente por ti. Quiere reunirse contigo. ¿Qué dices a esto?” “También yo estoy fuera de mí y ansío reunirme con él.”

» La vieja hizo un paquete con joyas, aderezos y ropas de mujer, y fue a reunirse de nuevo con Nima. Le dijo: “Sígueme hasta un lugar donde nadie nos vea”. Metiéronse en la trastienda, y ella le tiñó de alheña las manos, colocó pulseras en sus muñecas, le trenzó los cabellos, le puso los trajes propios de las esclavas y lo adornó con las joyas más preciosas con que se tocan las mujeres. Parecía una hurí del paraíso. La nodriza, al verlo disfrazado, exclamó: “¡Bendito sea Dios, el mejor de los creadores! Eres más hermoso que tu esclava. Has de andar adelantando el lado izquierdo, retrasando el derecho y balanceando las

nalgas”.

» Se paseó delante de ella, conforme le había mandado, y cuando hubo aprendido a andar como las mujeres, la vieja le dijo: “Espera a que llegue la noche de mañana. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, vendré a recogerte para entrar en el palacio. Cuando veas a los chambelanes y a los criados, ten valor y baja la cabeza. No hables con nadie, pues bastará con mis palabras, ¡Dios es quien concede el auxilio!”

» Al día siguiente por la mañana fue a buscarlo la nodriza y se dirigió con él a palacio. La vieja entró la primera, y él la siguió pisándole los talones. El chambelán quiso impedirle la entrada, pero la vieja lo increpó: “¡Oh, el más nefasto de los esclavos! Ésta es la esclava Num, favorita del Emir de los creyentes. ¿Cómo te atreves a impedirle el paso? ¡Esclava, entra!” De este modo pudo pasar. Se detuvieron al llegar a una puerta que comunicaba con el patio del palacio. La vieja le dijo: “¡Nima! Ten valor y tranquiliza tu corazón. Entra en el palacio, toma tu izquierda, cuenta cinco puertas y entra en la sexta, que es la habitación preparada para ti. No temas, y si alguien te dirige la palabra, no contestes”. Siguieron andando, y al llegar a la puerta le preguntó el chambelán de la misma: “¿Quién es esta esclava?”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram continuó su relato:] « La vieja replicó: “Nuestro señor quiere comprarla.” “Aquí no entra nadie sin permiso del Emir de los creyentes. ¡Llévatela! No la dejo entrar, pues así se me ha mandado.” “¡Gran chambelán! ¿Adónde ha ido a parar tu seso? Sabe que Num, la esclava que posee el corazón del Califa, ha recuperado la salud. El Califa apenas da crédito a la noticia de su curación. Ella quiere comprar esta esclava: no le impidas que entre, pues si se enterase de que tú le has negado el paso, se enfadaría contigo y encontraría medio de hacerte decapitar. —Dirigiéndose hacia su acompañante dijo—: ¡Entra, esclava! No hagas caso de sus palabras y no digas a tu señora que el chambelán no quería dejarte entrar.”

» Nima bajó la cabeza y se metió en el palacio con la intención de dirigirse a la izquierda; pero se equivocó y torció a la derecha. Quería contar cinco puertas y entrar en la sexta, pero contó seis y entró en la séptima. Una vez dentro de la habitación, vio que era un lugar recubierto de brocados, con las paredes ocultas por cortinas de seda recamadas de oro; había además braseros, en los que se quemaba áloe, ámbar y almizcle de penetrante olor. En la testera del salón vio un lecho cubierto de brocado. Nima se sentó encima sin saber lo que se le había prescrito en los arcanos de lo desconocido.

» Mientras estaba sentado pensando en sus cosas, entró la hermana del Emir

de los creyentes acompañada por su esclava. Al ver al joven sentado, y creyendo que se trataba de una esclava, le dijo: "¿Quién eres, esclava? ¿Qué te ocurre? ¿Por qué has entrado en este lugar? —Nima no contestó. La princesa insistió—: ¡Esclava! Si eres una de las favoritas de mi hermano y éste se ha enfadado contigo, te reconciliaré con él". Nima siguió sin contestar, y entonces la princesa, dirigiéndose a su esclava, le dijo: "Ponte en la puerta de la habitación y no dejes que entre nadie. —Después se acercó a él, y al contemplar su hermosura, insistió—: ¡Joven! Dime quién eres, cómo te llamas y por qué has entrado aquí. Nunca te he visto en palacio".

» Nima continuó encerrado en su mutismo, por lo que la hermana del rey se enojó, puso la mano en el pecho de Nima y no encontró los senos. Entonces quiso desnudarlo, para ver de qué se trataba, pero Nima le dijo: "¡Señora mía! Soy un esclavo, ¡cómprame! Invoco tu ayuda, ¡protégeme!" "¡Nada de malo te ha de ocurrir! ¿Quién eres? ¿Quién te ha introducido en esta habitación, que es mía?" "Yo, ¡oh reina!, me llamo Nima b. al-Rabí, de Kufa. He estado a punto de perder la vida a causa de mi esclava Num, quien me fue arrebatada, mediante engaño, por al-Hachchach, el cual la ha enviado aquí." "Nada malo te ocurrirá —repitió la princesa. Después llamó a su esclava y le dijo—: Ve a la habitación de Num."

» La nodriza se había dirigido a la habitación de Num y le había preguntado: "¿Ha llegado tu señor?" "¡No, por Dios!" "Tal vez se haya extraviado y haya entrado en otra habitación." "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Nuestro plazo ha llegado, y pereceremos", concluyó Num. Meditabundas, ambas se sentaron a esperar. En esto llegó la esclava de la hermana del Califa, saludó a Num y le dijo: "Mi señora te invita a que seas su huésped". "¡Oír es obedecer!"

» La nodriza insinuó: "Quizá tu señor esté con la hermana del Califa y se haya descubierto el lío". Num se levantó en seguida y corrió a presentarse ante la hermana del Califa, la cual le dijo: "Éste es tu señor, que se encuentra aquí por haberse equivocado de puerta. Ni tú ni él tenéis por qué asustaros, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere así". Num se tranquilizó al oír estas palabras de la hermana del Califa, y se acercó a su señor, Nima. Éste, al verla, salió a su encuentro…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Bahram siguió diciendo:] « … cada uno de ellos ciñó con sus brazos el pecho del otro. Después, ambos cayeron desmayados al suelo. Cuando volvieron en sí, la hermana del Califa les dijo: "Sentaos y estudiemos la forma de salir del aprieto en que nos encontramos". "¡De buen grado! Tú debes resolver." "¡Por Dios! Jamás os hemos de causar

daño alguno. —La princesa, dirigiéndose a su esclava, le dijo—: Trata de comer y de beber.” La esclava lo hizo así y comieron hasta hartarse; después se sentaron para beber. A medida que las copas giraban en ruedo, las tristezas se iban disipando.

» Nima dijo: “¡Cuánto me gustaría saber qué es lo que va a ocurrir después!” La hermana del Califa le replicó: “Nima, ¿amas a tu esclava?” “¡Señora! Ha sido el amor por ella lo que me ha movido a exponer mi vida al peligro en que ahora se encuentra.” Volviéndose hacia Num, la princesa preguntó: “¡Num! ¿Amas a tu señor?” “¡Señora! Él ha sido la causa de mi debilidad y de que haya estado enferma.” La princesa exclamó: “¡Os amáis, y nadie conseguirá separaros! ¡Consolaos! ¡Animaos! ¡Alegraos!” Se alegraron al oír esto, y Num pidió el laúd. Se lo dieron, y ella lo afinó, tocó unas melodías y recitó estos versos:

Cuando los calumniadores intentaron separarnos no tenían que vengar, ni en mí ni en ti, ningún crimen.
Atacaron nuestros oídos con toda clase de algaras, y mis auxiliares y defensores flaquearon.
Los ataqué con tus pupilas, con mis lágrimas y con mi aliento como si fuesen, respectivamente, espadas, torrentes y fuego.

» Num entregó luego el laúd a su señor, Nima, diciéndole: “¡Canta una poesía!” Nima lo tomó, lo afinó, tocó algunas melodías y después recitó estos versos:

La luna sería tu igual si no tuviese manchas; el sol sería tu imagen si no se eclipsara.
Estoy maravillada; mas, ¡cuántas maravillas se ven en amor! ¡Preocupaciones, pasión y penas!
El camino me parece corto cuando voy al encuentro del amado, y largo cuando me separo.

» Al terminar los versos, Num llenó una copa de vino y la entregó a Nima. Éste la cogió y se la bebió. Llenó otra copa y la alargó a la hermana del Califa, quien también la vació. Después cogió el laúd, lo afinó, tensó las cuerdas y recitó estos versos:

Las preocupaciones y la pena residen siempre en el corazón; la gran pasión recorre todas mis entrañas.
La consunción de mi cuerpo es manifiesta, pues mi cuerpo está enfermo de pasión.

» Devolvió el laúd a Nima b. al-Rabí. Éste lo cogió, afinó las cuerdas y recitó estos versos:

¡Oh, tú, a quien he entregado mi alma por ti atormentada y que, a pesar de mi empeño en rescatarla, no he podido recuperar!
Socorre a un amante y sálvalo de la ruina antes de que muera, pues éste es mi último aliento.

» Siguieron recitando versos y bebiendo, acompañados por la música de los instrumentos de cuerda, en medio de la alegría y del regocijo. Así los sorprendió el Emir de los creyentes. Al verlo, se pusieron de pie y besaron el suelo delante de él. Él dirigió la mirada a Num y al laúd que ésta tenía en las manos y le dijo: "¡Num! ¡Gracias sean dadas a Dios, que ha alejado de ti el dolor y el sufrimiento! —Volviéndose hacia Nima, que seguía disfrazado de mujer, preguntó—: ¡Hermana! ¿Quién es la esclava que está al lado de Num?" "¡Emir de los creyentes! Es una de las esclavas del harén, sin cuya compañía no puede comer ni beber Num." A continuación recitó las palabras del poeta:

Son dos cosas opuestas de distinta belleza. Pero la belleza de una cosa es más patente al comparar con la contraria.

» El Califa exclamó: "¡Por Dios, el Grande! Es tan hermosa como Num. Mañana le asignaré una habitación al lado de la de Num, le daré tapices, ropas, todo aquello que le siente mejor a ella que a Num". La hermana del Califa pidió de comer: sirvieron a su hermano, y éste se sentó con ellos y permaneció a su lado. Llenó una copa e hizo una seña a Num para que recitase versos. Ella tomó el laúd, después de haber bebido dos copas, y recitó estos versos:

Cuando mi contertulio me ha llenado tres copas, una tras otra, de vino espumeante,
arrastro rozagante la cola como si fuese por encima de ti, Príncipe de los creyentes, el Príncipe.

» El Emir de los creyentes se emocionó; llenó otra copa, se la entregó a Num y le ordenó que cantase; y ella, después de haber vaciado la copa, tensó las cuerdas y recitó estos versos:

¡Oh, el más noble de los hombres de esta época! Nadie puede vanagloriarse de ser tu igual en esto.
¡Nadie es tan importante como tú! La generosidad constituye tu trono,

¡oh, señor, oh, rey famoso en todas partes!

¡Oh, rey de los reyes de la tierra entera! Concedes inmensos favores, sin fatiga ni reproche.

¡Dios te conserve el despecho del enemigo, y tu horóscopo quede adornado con la fortuna y la victoria!

» El Califa exclamó: "¡Magnífico, Num! Tu lengua es elocuente, y tus expresiones, magníficas". Siguieron disfrutando con alegría y alborozo hasta mediada la noche. Entonces dijo la hermana del Califa: "Oye, Emir de los creyentes. En los libros he visto la historia de unos personajes de alto rango". El Califa preguntó: "¿Qué historia es ésa?"

» Su hermana refirió: "Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que en la ciudad de Kufa vivía un joven llamado Nima b. al-Rabí, quien tenía una esclava, a la que amaba, y ella le correspondía, pues había sido criada con él en el mismo lecho. Cuando llegaron a la edad de la pubertad, cuando su amor se había consolidado, las vicisitudes del destino y el tiempo, con sus calamidades, dispusieron su separación. Los calumniadores urdieron tretas hasta sacar a la joven de su casa: la raptaron y se la llevaron lejos de su hogar. El raptor la vendió a un rey por diez mil dinares. La esclava amaba a su dueño del mismo modo que éste la amaba a ella, por lo que el joven abandonó a su familia y su casa y salió de viaje tratando de reunirse con ella por cualquier medio…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el relato de Bahram continuaba: « La princesa siguió diciendo:] "…y arriesgando su vida en el cometido. Ella se llamaba Num. Cuando hubo conseguido reunirse con ésta, no tuvo ni un momento de reposo, pues entró el rey que la había comprado a su raptor y ordenó que dieran muerte a los dos amantes, sin comportarse justamente ni concederles un aplazamiento de la sentencia. ¿Qué opinas tú, oh Emir de los creyentes, de ese rey injusto?" El Califa replicó: "Esto es algo maravilloso. Aquel rey debía haberlos perdonado, puesto que era poderoso; además, tenía que haber considerado tres cosas. Primera: que ambos se amaban; segunda: que se encontraban en su casa y en su poder; y tercera: que el soberano debe andar muy cauto al juzgar, y mucho más si la causa le interesa a él personalmente. Tal rey hizo algo impropio de los reyes".

» La princesa le dijo: "¡Hermano mío! ¡Por el Rey de los cielos y de la tierra te conjuro a que mandes cantar a Num y escuches lo que va a decir!" El Califa ordenó: "¡Num! Cántame algo". La muchacha tocó algunas melodías y recitó estos versos:

El tiempo me ha traicionado y no ceja en sus maldades: malhiere a los corazones y hace malpensar.
Separa a los amantes después de haberse reunido éstos: puedes ver cómo las lágrimas corren a mares por sus mejillas.
Él vivía, y yo también; mi vida era feliz. Pero el destino segó de pronto nuestro gozo.
y desde entonces lloro lágrimas de sangre y me quejo por ti de noche y de día.

» El Emir de los creyentes se emocionó mucho al oír estos versos. La princesa le dijo: "¡Hermano mío! Quien ha pronunciado una sentencia contra sí mismo, debe aplicarla. Te has juzgado a ti mismo. —Volviéndose hacia el joven, dijo—: Nima, ponte de pie; y tú también, Num". Ambos se incorporaron, y la hermana del Califa continuó: "¡Emir de los creyentes! La que está de pie es Num, la raptada. El raptor es al-Hachchach b. Yusuf al-Taqafi, quien te la ha enviado, mintiendo al escribirte que la había comprado por diez mil dinares. Éste, el que está de pie, es Nima b. al-Rabí, su señor. Por el honor de tus puros antepasados, te conjuro a que los perdones y entregues el uno al otro para que así reciban el premio que les corresponde: ambos están en tu poder, han comido en tu mesa y han bebido contigo; yo intercedo por ambos y te pido el don de su vida".

» El Califa replicó: "Has dicho la verdad. Ya he juzgado el asunto y yo no juzgo para después retractarme. ¡Num! ¿Es éste tu señor?" "Sí, Emir de los creyentes." "Nada malo os ha de suceder: os entrego el uno al otro. —Luego preguntó—: ¡Nima! ¿Cómo has podido averiguar el sitio en que se encontraba? ¿Quién te lo ha descrito?" "¡Emir de los creyentes! Oye mi relato y presta atención a mis palabras: juro por tus padres y tus puros abuelos, que no te ocultaré nada." Le refirió todo lo que le había sucedido, y cómo se habían comportado el médico persa y la nodriza; cómo había entrado ésta en palacio, y su equivocación de puerta. El Califa quedó sumamente admirado y exclamó: "¡Que me traigan al persa!" Se lo llevaron e hizo de él uno de sus íntimos, le regaló un traje de honor y ordenó que le diesen una hermosa recompensa, diciendo: "Es necesario que coloquemos entre nuestros familiares a un hombre tan experto".

» El Califa abrumó de regalos a Nima, a Num y a la nodriza. Éstos permanecieron con él siete días, en medio de la alegría y del alborozo, en la vida más regalada. Después, Nima le pidió permiso para emprender el viaje con su esclava, y el Califa le permitió que regresase a Kufa. Hizo el viaje, se reunió con su padre y su madre y vivieron todos juntos en la más dulce de las vidas hasta que llegó la destructora de las alegrías y la que separa a todas las personas» .

Al-Amchad y al-Asad se admiraron mucho del relato del persa Bahram, y

exclamaron: « ¡Es una historia maravillosa!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que pasaron la noche juntos, y, al día siguiente, al-Amchad y al-Asad montaron a caballo y pidieron audiencia al rey. Éste se la concedió, y, una vez en su presencia, los honró y se sentaron a hablar. Mientras estaban así, la gente de la ciudad empezó a chillar y a gritar pidiendo auxilio. El chambelán se presentó ante el soberano y le dijo: « Un rey, con su ejército, ha llegado ante la ciudad. Avanzan espada en mano, y no sabemos qué es lo que se proponen» . El rey informó a su visir al-Amchad y a su hermano al-Asad. Al-Amchad dijo: « Saldré a su encuentro y veré de qué se trata» .

Al-Amchad salió de la ciudad y encontró al rey en sus afueras. Iba acompañado por un gran ejército de mamelucos a caballo. Al ver a al-Amchad, lo reconocieron como mensajero del rey de la ciudad y lo llevaron ante el sultán. Al-Amchad besó el suelo delante de él, y al levantar la cabeza vio que se trataba de una mujer con velo. La reina dijo: « Sabe que el único motivo de mi venida a esta ciudad lo constituye un mameluco imberbe. Si lo encuentro entre vosotros nada ha de ocurriros, pero si no lo encuentro habrá guerra encarnizada, pues he venido exclusivamente a esto» . « ¡Oh, reina! ¿Cómo es ese esclavo? ¿Cómo se llama?» « Se llama al-Asad, y yo me llamo Marchana. Ese mameluco llegó ante mí en compañía de Bahram el mazdeo, el cual no quiso vendérmelo. Yo se lo arrebaté por la fuerza. Bahram lo ha agredido por sorpresa y lo ha raptado de noche. Sus rasgos son así y así.»

Al-Amchad, al oír esto, comprendió que se trataba de su hermano al-Asad. Replicó: « ¡Reina del tiempo! Alabado sea Dios, que te devuelve la alegría. Ese mameluco es mi hermano» . Le explicó todo lo que les había ocurrido en los países extranjeros, y por qué se habían marchado de las Islas del Ébano. La reina Marchana quedó admirada, se alegró de haber dado con Al-Asad y regaló a su hermano un traje de honor. Al-Amchad regresó al lado del rey y lo informó de lo que ocurría. Se alegraron por todo, y el rey, al-Amchad y al-Asad salieron al encuentro de la reina. Reuniéronse con ésta, y mientras estaban sentados hablando, se levantó una nube de polvo, que cubrió el horizonte. Al disiparse vieron aparecer un ejército, que avanzaba como si fuese el mar enfurecido. Iba bien pertrechado de armas y artefactos, y se dirigía contra la ciudad, a la que rodeó del mismo modo que el anillo ciñe el dedo meñique; sus soldados empuñaban las espadas.

Al-Amchad y al-Asad dijeron: « ¡Somos de Dios, y a Él volvemos! ¿Qué significa este gran ejército? Sin duda son enemigos. Si no nos ponemos de acuerdo con esta reina para combatirlos, tomarán nuestra ciudad y nos matarán.

Lo único que podemos hacer es salir a su encuentro y averiguar qué pretenden» . Al-Amchad salió por la puerta de la ciudad, cruzó entre el ejército de la reina Marchana y, al llegar frente al otro, vio que pertenecía a su abuelo, el rey al-Gayur, padre de su madre, la reina Budur…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [vio a su abuelo,] señor de las islas, de los mares y de los siete castillos. Al llegar ante éste, besó el suelo entre sus manos y le expuso su mensaje. Preguntó: « ¿Cómo te llamas?» « Soy el rey al-Gayur, y vengo como simple caminante, ya que el tiempo me ha herido en la persona de mi hija Budur. Se ha marchado de mi lado, y no tengo noticias suyas ni de su esposo, Qamar al-Zamán. ¿Sabéis algo de ellos?» Al oír esto, al-Amchad inclinó un momento la cabeza, meditó, hasta estar convencido de que se trataba de su abuelo, el padre de su madre, y después le dirigió la mirada, besó el suelo delante de él y le comunicó que él era el hijo de su hija Budur. El rey cayó entonces en sus brazos, y ambos rompieron a llorar.

Después, el rey al-Gayur dijo: « ¡Loado sea Dios, hijo mío, que nos ha reunido sanos y salvos!» Al-Amchad le dijo que su hija Budur y el esposo de ésta, Qamar al-Zamán, estaban bien de salud; que vivían en una ciudad llamada la Isla del Ébano; que Qamar al-Zamán, su padre, se había enfadado con él y su hermano, y había mandado a su tesorero que diese muerte a los dos, pero que éste sintió piedad por ambos y los dejó con vida. El rey al-Gayur le dijo: « Os llevaré junto a vuestro padre, os reconciliaré con él y me quedaré a vivir con vosotros» . El príncipe besó el suelo delante del soberano, y éste regaló a su nieto un traje de honor.

Al-Amchad regresó, sonriendo, al lado de su rey, y le contó la historia del rey al-Gayur. El soberano la escuchó con profunda admiración. Después, y como muestra de amistad, envió caballos, camellos, ovejas, piensos y otras cosas y lo mismo hizo con la reina Marchana, a la que informó de lo que ocurría. Ésta dijo: « Os acompañaré con mi ejército y aceptaré inmediatamente un tratado de paz» . Mientras así hablaban, se levantó otra nube de polvo, que cubrió el horizonte y oscureció el día. Dentro de ella se oyeron gritos, chillidos y relinchos, mientras relucían las espadas y se entreveían las lanzas. Al aproximarse a la ciudad los recién llegados y distinguir a los dos ejércitos, redoblaron tos tambores.

El rey, al ver esto, exclamó: « ¡Hoy es un día bendito! Loado sea Dios, que nos ha permitido consolidar la paz con los dos ejércitos anteriores. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, también nos entenderemos con este ejército. —Y añadió—: ¡Al-Amchad! Sal acompañado por tu hermano al-Asad y averiguad

cuál es el motivo de la llegada de estas tropas. Constituyen el ejército más poderoso que hasta ahora he visto» . Así lo hicieron los dos hermanos, mientras el rey, atemorizado, ordenó que cerraran la puerta de la ciudad. Los hermanos comprobaron que se trataba de las tropas del rey de las Islas del Ébano, con las cuales se encontraba su padre, el rey Qamar al-Zamán. Al ver a éste, besaron el suelo delante de él y rompieron a llorar.

Qamar al-Zamán, al contemplarlos, se echó en sus brazos y lloró amargamente, pidiéndoles perdón y estrechándolos contra el pecho. Después les explicó lo mucho que había sufrido a causa de su separación, y la gran soledad en que se había encontrado a consecuencia de su alejamiento. Al-Amchad y al-Asad le informaron de la llegada del rey al-Gayur. Qamar al-Zamán montó a caballo rodeado por su séquito, y, tomando consigo a sus hijos, se acercó al ejército del rey al-Gayur. Uno de los hombres de éste se acercó a su soberano y lo informó de la llegada de Qamar al-Zamán. El rey al-Gayur salió a recibirlo, y todos se admiraron de aquellos sucesos y de cómo se habían reunido en aquel lugar. Los habitantes de la ciudad prepararon banquetes, y su rey les ofreció caballos, camellos, varios presentes, piensos y todo lo que podían necesitar los ejércitos.

Mientras esto ocurría, levantóse otra nube de polvo, que cubrió el horizonte, y la tierra tembló bajo el galope de los caballos; los tambores redoblaban como el viento huracanado, y los soldados aparecieron con sus armas y cotas de malla. Vestían de negro, y rodeaban a un anciano, vestido también de negro, cuya barba le llegaba hasta el pecho. Los habitantes de la ciudad contemplaron este nuevo ejército, y el soberano de la misma dijo a los reyes: « ¡Loado sea Dios, el cual ha permitido que os reunieseis en un mismo día y fuerais todos conocidos!; pero, ¿qué significa este ejército en armas que ha ocupado toda la región?» Los reyes le contestaron: « No tienes por qué temerle. Nosotros somos tres reyes, y cada uno cuenta con un numeroso ejército. Si son enemigos, los combatiremos a tu lado, y lo mismo haríamos si contasen con fuerzas tres veces superiores» .

Mientras así discurrían, se dirigió a la ciudad un mensajero del recién llegado ejército. Lo condujeron ante Qamar al-Zamán, el rey al-Gayur, la reina Marchana y el dueño de la ciudad. El mensajero besó el suelo y dijo: « Mi rey viene de la tierra de los persas. Hace muchos años que ha perdido a su hijo, y desde entonces recorre la tierra buscándolo por todos los países. Si está entre vosotros, ningún daño os ocurrirá, pero si no lo encuentra, iniciará las hostilidades y destruirá vuestra ciudad» . Qamar al-Zamán replicó: « ¡No se ha de llegar a esto! ¿Cuál es su nombre en el país de los persas?» « Se llama el rey Sahramán, y el señor de las Islas de Jalidán. Ha reunido este ejército en los países que ha cruzado en busca de su hijo.»

Qamar al-Zamán, al oír las palabras del mensajero, dio un grito muy fuerte y cayó desmayado. Permaneció un rato sin conocimiento, y al volver en sí

rompió a llorar y dijo a al-Amchad, al-Asad y a sus séquitos: « Acompañad al mensajero, hijos míos, y saludad a vuestro abuelo, mi padre el rey Sahramán; dadle la buena noticia de mi hallazgo, ya que él está entristecido por mi pérdida, y viste de luto por mi causa» . Luego explicó a los reyes lo que le había ocurrido desde los días de su adolescencia, y todos quedaron admirados de ello. Después salieron juntos, con Qamar al-Zamán, y se dirigieron al encuentro del padre de éste. Qamar al-Zamán saludó a su progenitor, se abrazaron y cayeron desmayados por la gran alegría. Al volver en sí, Sahramán contó a su hijo todo lo que le había sucedido, y luego saludó a los restantes soberanos.

Marchana regresó a su país después de haberse casado con al-Asad. Los soberanos le rogaron que no dejase de escribirles. Más tarde se casaron al-Amchad y Bustán, la hija del persa Bahram, y se marcharon todos a la ciudad del Ébano. Qamar al-Zamán se quedó a solas con su suegro y lo informó de todo lo que les había ocurrido y cómo se había vuelto a reunir con sus hijos; él se alegró y lo felicitó porque todo había terminado bien. El rey al-Gayur, padre de la reina Budur, entró a saludar a su hija y satisfizo así las ansias que tenía de verla. Permanecieron en la ciudad del Ébano durante un mes, y luego el rey al-Gayur y su hija regresaron a su patria…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [regresaron a su patria] en compañía de al-Amchad. Una vez asentado en su reino, colocó a al-Amchad en el trono para que reinase en su lugar. Por su parte, Qamar al-Zamán colocó en su puesto a al-Asad en la ciudad de su abuelo, Armanus, y éste quedó complacido. Después, Qamar al-Zamán y su padre, el rey Sahramán, se dirigieron a las Islas de Jalidán. La ciudad se engalanó en su honor y las fiestas duraron un mes. Qamar al-Zamán tomó el poder en sustitución de su padre, y reinó hasta que llegó la destructora de las felicidades y la disgregadora de los amigos. Pero Dios es más sabio.

El rey dijo:

—¡Oh, Sahrazad! Éste es un relato portentoso.

La joven replicó:

—¡Oh, rey! No es más maravilloso que la historia de Alá al-Din Abu al-Samat.

HISTORIA DE ALÁ AL-DIN ABU AL-SAMAT

EL rey preguntó:

—¿De qué se trata?

Sahrazad refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en lo más antiguo del tiempo y en lo remoto del pasado vivía en El Cairo un comerciante llamado Sams al-Din: era el mejor y el más verídico de los comerciantes. Poseía criados, eunucos, esclavos, doncellas, mamelucos y grandes riquezas y era el presidente del gremio de mercaderes de El Cairo. Estaba casado, amaba a su esposa y ésta le correspondía. Vivió con ella durante cuarenta años sin tener ni hijas ni hijos. Un día se sentó en su tienda y contempló a los comerciantes: cada uno de ellos tenía uno, dos o más hijos que estaban sentados en la tienda al igual que sus padres. El día en cuestión era viernes. Sams al-Din entró en el baño y se lavó de acuerdo con la festividad.

Al salir tomó el espejo del barbero y al verse en él la cara exclamó: « ¡Atestiguo que no hay dios sino el Dios! ¡Atestiguo que Mahoma es el mensajero de Dios!» Después se fijó en su barba y al ver que lo blanco tapaba a lo negro recordó que las canas son los mensajeros de la muerte. Su esposa sabía a la hora que iba a llegar: se lavó y preparó sus cosas. Cuando él entró le dijo: « Buenas tardes» . « No veo nada bueno en parte alguna» , le contestó. La mujer había mandado a la esclava que sirviese la comida. Le dijo: « ¡Buen apetito, señor mío!» « No comeré nada» , le replicó, y apartó la vista de la mesa. La mujer le preguntó: « ¿Cuál es la causa de esto? ¿Qué es lo que te hace estar triste?» « Tú eres la causa de mi tristeza.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer le preguntó:] « ¿Por qué?» « Hoy, al abrir mi tienda, he visto que cada comerciante tiene uno, dos o más hijos sentados en la tienda al igual que sus padres. Me he dicho: “Quien se ha llevado a tu padre no te exceptuará”. La primera noche que cohabité contigo me hiciste jurar que no me casaría con otra mujer y que no tomaría como concubina a ninguna abisinia, griega o una esclava de cualquier otro país. Jamás he pasado una noche sin tu compañía, pero lo cierto es que eres estéril y que las relaciones conyugales contigo son como el intentar tallar la piedra.» Su esposa le replicó: « Dios es mi testigo de que la esterilidad es tuya y no mía, puesto que tu semen es claro» . « ¿Qué ocurre a quien tiene el semen claro?» « Jamás deja embarazadas a las mujeres y no tiene hijos.» « ¿Dónde se puede encontrar una droga que espese el semen? La compraré. Tal vez haga más denso el mío.» « ¡Búscalo entre los drogueros!»

El comerciante pasó la noche arrepentido de haber afrentado a su esposa, mientras que ésta se arrepentía de haber ofendido a su marido. Al día siguiente se dirigió al mercado y encontró a un hombre que era droguero. Le dijo: « ¡La paz sea sobre ti!» El otro le devolvió el saludo. Le preguntó: « ¿Tienes algo para espesar el semen?» « Lo tenía, pero se ha terminado. Pregunta a mi vecino.» Fue interrogando a todos los drogueros, pero éstos se reían de él. Regresó a su tienda y se sentó.

En el mercado estaba el jefe de los corredores: era un hombre dado al hachís, al opio y a los estupefacientes; gastaba el hachís verde. Este síndico se llamaba el jeque Muhammad Samsad. Era muy pobre y tenía por costumbre el presentarse todos los días al mercader. Acudió aquel día, conforme a su hábito, y le dijo: « ¡La paz sea sobre ti!» Malhumorado, le devolvió el saludo. Le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Qué te ocurre para estar de mal humor?» Le refirió todo lo que le había ocurrido con su mujer y añadió: « Hace cuarenta años que estoy casado con ella y no ha quedado embarazada ni una sola vez de niña o niño. Me dicen que no queda embarazada porque mi semen es claro. He buscado algo con que espesarlo, pero no lo he encontrado» .

El corredor le contestó: « ¡Yo tengo el medio de espesar el semen! ¿Qué dirías de aquel que, después de los cuarenta años transcurridos, consiguiese que dejases embarazada a tu mujer?» « Si consigues esto, te colmaré de favores.» « Pues dame un dinar.» « ¡Toma dos!» Los cogió y añadió: « ¡Dame ese cubilete de porcelana china!» Se lo entregó, lo cogió y se marchó a buscar un vendedor de hachís.

Le compró dos onzas de puro opio griego, una cantidad de *kubaba* chino, canela, clavo, cardamomo, jengibre, pimienta blanca y lagartija de montaña. Amasó todo esto, lo frió en buen aceite y tomó tres onzas de incienso macho en grano y una copa de comino negro: lo maceró, lo mezcló todo con miel y, colocándolo en el cubilete, regresó al lado del comerciante y se lo entregó diciendo: « Esto espesa el semen. Es necesario que lo tomes con una espátula después de haber comido carnes de cordero y de pichón doméstico condimentadas con especias y picantes; cena bebiendo sorbetes de azúcar refinado» .

El comerciante compró lo que le había recomendado y lo mandó a su esposa diciéndole: « Cuece bien la carne, coge la droga que espesa el semen y guárdala hasta que te la pida» . Ella hizo lo que le había mandado; preparó la comida, cenaron y después él le pidió el cubilete y comió. Le gustó y tomó todo el contenido. Después durmió con su mujer, a quien dejó embarazada aquella misma noche. Transcurrieron el primero, el segundo y el tercer mes sin que se presentase la menstruación y se supo que estaba embarazada. Transcurrido el período normal fue presa de los dolores del alumbramiento, y los gritos de alegría se oyeron en toda la casa; la comadrona le ayudó a dar a luz con fatiga a

un niño al que bendijo con los nombres de Muhammad y Alí; le recitó al oído la fórmula «Dios es grande» y la de llamada a la plegaria; después lo envolvió en los pañales y lo entregó a su madre. Ésta le dio el pecho y lo amamantó hasta dejarlo harto y dormido.

La comadrona permaneció con ellos durante tres días hasta que prepararon el dulce que había de dar a la parturienta en el séptimo día. Echaron sal por el suelo. El comerciante entró y felicitó a su mujer por lo bien que se encontraba. Le preguntó: «¿Dónde está el beneficio de Dios?» La madre le mostró el recién nacido, que era de una belleza prodigiosa, obra de Quien gobierna la Creación. Quien lo hubiese visto a los siete días de haber nacido hubiese dicho que tenía un año.

El comerciante se fijó en la cara: parecía que era la luna llena cuando aparece por oriente, y hasta tenía algunos lunares en ella. Preguntó: «¿Qué nombre le has puesto?» «Si hubiese sido una mujer yo misma le habría impuesto el nombre, pero es un muchacho y sólo a ti incumbe el decidir cómo ha de llamarse.» Las gentes de aquel tiempo daban nombres de buen agüero a sus hijos. Mientras estaban hablando del nombre que debían darle, una persona gritó: «¡Señor mío Alá al-Din!» El padre dijo: «Llamémosle Alá al-Din Abu al-Samat».

El niño fue confiado a nodrizas y niñeras y mamó durante dos años, al cabo de los cuales se le destetó. Creció, se hizo mayor y empezó a andar. Al llegar a los siete años de edad, lo encerraron en un subterráneo de la casa por temor de que lo aojasen. Se dijo que no saldría de su encierro hasta que le hubiese crecido la barba. Un esclavo y una esclava se hicieron cargo de él. Ésta guisaba y aquél le servía. Después fue circuncidado y se dio un gran banquete. Tras esto se le confió a un alfaquí, quien le enseñó a escribir, a recitar el Corán y la ciencia hasta que fue experto e instruido.

Cierto día, el esclavo, al llevarle la comida, dejó, por descuido, abierta la puerta del subterráneo. Alá al-Din escapó de la mazmorra y fue a reunirse con su madre, que estaba recibiendo a un grupo de señoras de la buena sociedad. Mientras éstas estaban hablando con su madre, entró en el salón como si fuese un mameluco embriagado de su propia belleza. Las mujeres, al verlo, se taparon las caras y dijeron a la madre: «¡Dios te recompense, Fulana! ¿Cómo permites que este mameluco extranjero se presente ante nosotras? ¿No sabes que el pudor forma parte de la fe?» Replicó: «¡Invocad a Dios! Éste es mi hijo, el fruto de mi corazón, hijo del presidente del gremio de los mercaderes Sams al-Din; hijo de atenciones de las nodrizas, adornado con los collares y cuidado de pies a cabeza». Le replicaron: «¡Por vida nuestra! Jamás hemos oído que tuvieras un hijo». «Su padre teme que lo embrujen con mal de ojo; por eso lo ha criado en una habitación subterránea.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la madre continuó diciendo:] « Probablemente el criado habrá dejado, por descuido, la puerta abierta y se ha escapado. Deseamos que permanezca en ella hasta que le crezca la barba» . Las mujeres la felicitaron y el muchacho lo aprovechó para marcharse hasta el patio de la casa, subió al recibidor y se sentó en él. Mientras estaba sentado entraron los esclavos con la mula de su padre. Alá al-Din les preguntó: « ¿Adonde ha ido esta mula?» Le respondieron: « Tu padre ha ido montado en ella a la tienda y ahora la traemos» . « ¿Cuál es el oficio de mi padre?» « Tu padre es el presidente del gremio de los comerciantes de la tierra de Egipto; es el sultán de los hijos de los árabes.»

Alá al-Din corrió a ver a su madre y le preguntó: « ¡Madre! ¿Cuál es el oficio de mi padre?» « ¡Hijo mío! Tu padre es comerciante; jefe del gremio de los comerciantes en las tierras de Egipto y sultán de los hijos de los árabes. Sus esclavos no le consultan más que en las operaciones que rebasan de los mil dinares. En las operaciones de menos de novecientos dinares no le piden consejo, sino que las realizan por sí mismos. Las mercancías que llegan de todos los países, sean pocas o muchas, pasan por sus manos y dispone de ellas como quiere. Las mercancías que se exportan a los países de las gentes, no se embalan de no salir de casa de tu padre. Dios (¡ensalzado sea!) ha dado a tu padre, hijo mío, tantos bienes que es imposible inventariarlos.»

El muchacho replicó: « ¡Madre mía! ¡Alabado sea Dios, que me ha hecho hijo del sultán de los hijos de los árabes y que ha colocado a mi padre al frente del gremio de los comerciantes! Pero, madre, ¿por qué me habéis encerrado en la mazmorra y me habéis dejado encarcelado?» « ¡Hijo mío! Te hemos metido en ella por el temor que nos inspiran los ojos de la gente. El mal de ojo es una cosa real y hay muchos que yacen en la tumba por su causa.» « Pero, madre, ¿cómo se puede escapar a lo predestinado? La precaución no impide que nos alcance el hado y no hay escapatoria ante lo que está escrito. Quien se ha llevado a mi abuelo no va a abandonar a mi padre; éste, si hoy vive, no vivirá el día de mañana, y cuando muera y yo me presente y diga: “Soy Alá al-Din, hijo del comerciante Sams al-Din”, no me creerá ninguna persona y los viejos dirán: “Jamás en la vida hemos visto que Sams al-Din tuviese un hijo, fuera varón o hembra”. La hacienda pública se presentará y se incautará de los bienes de mi padre. ¡Dios se apiade de quien dijo:

> Muere el hombre, sus riquezas se pierden y los hombres más viles se apoderan de sus mujeres!

» Tú, madre, habla a mi padre para que me lleve consigo al mercado, para que pueda sentarme en él junto con las mercancías y me enseñe a comprar y vender, a tomar y a dar.» Le contestó: « ¡Hijo mío! Cuando venga tu padre le hablaré de esto» . El comerciante, al volver a su casa, encontró al hijo, Alá al-Din Abu al-Samat, sentado al lado de su madre. Preguntó a ésta: « ¿Por qué lo has sacado del encierro?» Le respondió: « ¡Hijo de mi tío! No lo he sacado. Han sido los criados quienes dejaron la puerta de la mazmorra abierta, y, mientras yo estaba sentada con un grupo de mujeres de la buena sociedad, él se ha presentado aquí» . Le repitió lo que le había dicho su hijo. El padre dijo: « ¡Hijo mío! Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, te llevaré conmigo al mercado. Pero, hijo, el permanecer en los zocos y en las tiendas requiere educación y buenos modales en todas las cosas» .

Alá al-Din pasó satisfecho aquella noche dadas las palabras de su padre. Al amanecer, éste lo llevó al baño y lo vistió con un traje que costaba una gran cantidad de dinero. Después de haber desayunado y de haber tomado los sorbetes, el comerciante montó en su mula, colocó a su hijo en la grupa y se dirigió al mercado. Los comerciantes se fijaron en que el presidente del gremio llevaba en la grupa a un joven que se parecía a la luna cuando está en la decimocuarta noche. Uno de ellos dijo a su vecino: « Fíjate en el muchacho que va a la grupa del presidente del gremio de los comerciantes. Lo teníamos en buen concepto, pero es como el puerro: gris, pero, por dentro, verde» . El jeque Muhammad Samsam, el jefe del gremio ya mencionado, dijo a los comerciantes: « ¡Ya no lo aceptamos más por jefe!»

El presidente del gremio de los mercaderes tenía la costumbre, al llegar de su casa por la mañana, de sentarse en la tienda. Entonces se acercaba el jefe del mercado, quien leía la *Fatiha*[81] a los comerciantes, los cuales, unidos a él, se presentaban al presidente del gremio de los comerciantes, le leían la *Fatiha* y le deseaban un buen día. Hecho esto, cada uno volvía a su tienda.

Aquel día, al sentarse en el almacén, según su costumbre, los comerciantes no acudieron a saludarlo conforme era de rigor. Sams al-Din llamó al jefe de los vendedores y le preguntó: « ¿Por qué no se han reunido los comerciantes como de costumbre?» « Yo no sé decir mentiras: los comerciantes se han puesto de acuerdo para destituirte de tu cargo y no te leerán la *Fatiha*.» « ¿Y por qué causa?» « ¿Quién es el muchacho que está sentado a tu lado? Tú eres viejo y eres el jefe de los comerciantes. Este muchacho, ¿es un mameluco o un pariente de tu esposa? Yo creo que tú lo amas y sientes inclinación por los jóvenes.»

Sams al-Din gritó: « ¡Calla! ¡Dios maldiga tu naturaleza y tu aspecto! ¡Éste es mi hijo!» « En toda nuestra vida hemos visto un hijo tuyo.» « Aquella vez que me trajiste una droga para espesar el semen, mi mujer quedó encinta y lo dio a luz. Pero yo temía que lo aojasen y por eso lo he criado en una habitación subterránea. Mi propósito era que no saliese de ella hasta que pudiera mesarse la

barba con la mano, pero su madre, disconforme, me ha pedido que le abra una tienda, que le entregue mercancías y lo enseñe a vender y a comprar.»

El jefe de los vendedores se marchó e informó a los comerciantes de la realidad de las cosas. Entonces todos, acompañados por él, se dirigieron a visitar al jefe del gremio de los comerciantes, se quedaron de pie delante de él, recitaron la *Fatiha* y lo felicitaron por el hijo que tenía, diciéndole: « ¡El Señor conserve la raíz y el tronco! Pero el más pobre de nosotros, cuando tiene un hijo o una hija, debe invitar a sus cofrades, a sus conocidos y parientes a un plato de natillas. Tú no lo has hecho» . « Os lo concedo. La fiesta tendrá lugar en mi jardín.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al día siguiente mandó cubrir de alfombras el pabellón y la casa que estaban en el jardín; envió todo lo necesario para la cocina: corderos, manteca y cuanto podía servir al caso, e hizo extender dos manteles uno en la casa y otro en el pabellón. Después, Sams al-Din y su hijo Alá al-Din se vistieron. Aquél dijo a éste: « Cuando lleguen las personas mayores, yo las recibiré y haré que se sienten alrededor del mantel que está en la casa; tú, hijo mío, cuando llegue un muchacho imberbe, tómalo, condúcelo al pabellón y acomódalo junto al mantel» . El muchacho preguntó: « ¿Por qué causa, padre, has puesto dos manteles, uno para los hombres y otro para los niños?» « ¡Hijo mío! El imberbe se encuentra cohibido si come con los hombres.» El chico aprobó lo que había hecho su padre.

Cuando llegaron los comerciantes, Sams al-Din recibió a las personas mayores y las hizo sentar en la casa; mientras tanto, su hijo Alá al-Din recibía a los niños y los instalaba en el pabellón. Sirvieron la comida, comieron, bebieron, disfrutaron, cantaron, tomaron jarabe y quemaron incienso. Después, las personas mayores se sentaron a hablar de ciencia y tradición. Entre ellas había un comerciante llamado Mahmud al-Balji, que externamente era musulmán pero en su interior era persa; llevaba mala vida y amaba en demasía a los muchachos. Dirigió a Alá al-Din una sola mirada que le había de causar mil pesares: el demonio hizo brillar aquella perla ante su cara y quedó enamorado, apasionado y loco por él.

Este comerciante, que se llamaba Mahmud al-Balji, compraba telas y mercancías al padre de Alá al-Din. Aquél empezó a pasear, y dando un rodeo se dirigió hacia los muchachos. Éstos le salieron al encuentro. Alá al-Din no estaba, pues había ido a satisfacer una necesidad. El comerciante Mahmud se dirigió a los chicos y les dijo: « Si conseguís que Alá al-Din quiera hacer un viaje conmigo, regalaré a cada uno de vosotros un traje que costará tal cantidad de

dinero» . Después se apartó de ellos y se dirigió a la reunión de los hombres.

Alá al-Din llegó mientras los muchachos estaban sentados. Se levantaron, le salieron al encuentro y le hicieron sentarse entre ellos en la testera de la habitación. Uno de los muchachos preguntó a un compañero: « ¡Señor Hasán! Dime: el capital que necesitas para vender y comprar, ¿de dónde lo sacarás?» « Cuando haya crecido, sea mayor y haya llegado a la pubertad diré a mi padre: "¡Ábreme un negocio!" Mi padre me contestará: "No tengo nada, pero pide dinero en préstamo a cualquier comerciante, negocia con él, aprende a vender y a comprar, a tomar y a dar". Entonces me dirigiré a un comerciante, le pediré en préstamos mil dinares y con ellos compraré telas que llevaré a Siria. Así duplicaré el capital. En este país compraré mercancías que trasladaré a Bagdad y así duplicaré el capital. Haré esto y traficaré hasta adquirir un capital de unos diez mil dinares.»

Cada uno de los muchachos refirió a sus compañeros algo por el estilo, y así llegó el turno de hablar a Alá al-Din Abu al-Samat. Le preguntaron: « ¿Y tú, señor Alá al-Din?» Respondió: « He sido criado en una mazmorra subterránea y he salido de ella el viernes: sólo he ido a la tienda y he vuelto desde ella a casa» . « Tú estás acostumbrado a la vida sedentaria y no conoces las delicias de los viajes. ¡Los viajes son para los hombres!» « No tengo necesidad de viajar. ¡La tranquilidad no tiene precio!» Uno de ellos dijo a un compañero: « Éste se parece a los peces, que si salen del agua se mueren» . Después le dijeron: « ¡Oh, Alá al-Din! ¡Los hijos de los comerciantes no se enorgullecen más que de los viajes con el fin de enriquecerse!»

Alá al-Din se encolerizó por esto, abandonó a los muchachos llorando, con el corazón triste, montó en una mula y regresó a su casa. La madre vio que estaba enfadado, con lágrimas en los ojos, y le preguntó: « ¿Qué te hace llorar, hijo mío?» « Todos los hijos de los comerciantes me han afrentado y me han dicho: "Los hijos de los comerciantes no se enorgullecen más que de los viajes que realizan con el fin de ganar dirhemes…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alá al-Din decía: « "…con el fin de ganar dirhemes] y dinares"» . Su madre la preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Es que quieres salir de viaje?» « ¡Sí!» « ¿A qué país quieres ir?» « A la ciudad de Bagdad. En ella un hombre duplica su capital.» « ¡Hijo! Tu padre tiene mucho dinero, pero si él no te prepara las mercancías de su peculio, te las prepararé yo del mío» . « El mejor beneficio es lo que busco; si quieres hacerlo, éste es el momento.» Ella llamó a los esclavos, los envió a los enfardadores de tejidos, abrió un almacén y sacó de él telas suficientes para hacer diez fardos. Esto es lo

que se refiere a la madre.

He aquí lo que hace referencia al padre: Al no encontrar a su hijo Alá al-Din en el jardín, preguntó por él. Le respondieron: « Ha montado en su mula y se ha marchado a casa» . El padre montó a su vez y se marchó en pos de él. Al entrar en su domicilio vio los fardos atados y preguntó qué hacían allí. Su esposa le refirió lo que había sucedido entre los hijos de los comerciantes y el suyo, Alá al-Din. Su padre le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Dios castiga a los que se expatrían! El mensajero de Dios (¡Dios lo bendiga y lo salve!) ha dicho: "Una de las felicidades del hombre consiste en tener de qué vivir en su propio país". Los antiguos decían: "Déjate de viajes, aunque sólo sean de una milla". —Después añadió—: ¿Estás resuelto a emprender un viaje del cual tal vez no regreses?» « He de ir, como sea, a Bagdad, llevando mercancías. En caso contrario me quitaré estos vestidos, me pondré los de derviche y viajaré por los países.»

El padre le observó: « No soy ningún pordiosero ni necesitado. Tengo muchos bienes. —Le mostró todas las riquezas, mercaderías y tejidos que poseía y añadió—: En todos los países tengo existencias de telas y mercaderías de este volumen» . Le mostró una serie de cuarenta fardos, aún atados, encima de cada uno de los cuales estaba escrito el precio: mil dinares. Añadió: « ¡Hijo mío! Coge estos cuarenta fardos, además de los diez que pertenecen a tu madre, y vete con la paz de Dios (¡ensalzado sea!). Pero, hijo mío, temo que te ocurra algo, bien en un bosque que encontrarás en el camino y que se llama Bosque del León, o bien en un valle de por allí que se llama Valle de los Perros. En ambos se pierde la vida sin piedad» . « ¿Por qué, padre?» « A manos de un beduino salteador de caminos, que se llama Achalán.» El muchacho concluyó: « Dios nos da la vida. Si tengo mi parte en ella no me alcanzará daño alguno» .

Alá al-Din y su padre montaron y fueron al mercado de las bestias de carga. Un mulatero se apeó de la montura y corrió a besar la mano del presidente del gremio de comerciantes diciéndole: « ¡Por Dios! Hace mucho tiempo que no nos utilizas en tus negocios» . « Cada época tiene sus necesidades y sus hombres. Dios se apiade de aquel que dijo:

> Un viejo recorría todas las regiones de la tierra mientras la barba le llegaba hasta las rodillas.
> Le dije: "¿Por qué eres curvo?" Me contestó levantando sus manos hacia mí:
> "Mi juventud se ha perdido en el polvo y ahora yo me esfuerzo en buscarla."»

Al terminar de recitar los versos siguió: « Jefe de la caravana: quien quiere partir es éste, mi hijo» . El mulatero replicó: « ¡Dios te lo conserve!» El presidente del gremio de los comerciantes estableció un contrato entre su hijo y

él confiando al mulatero la tutela de aquél.

Añadió: « Toma cien dinares para tus esclavos» . Después Sams al-Din compró sesenta mulos y un paño para ofrecer al santón Abd al-Qadir Chilani y añadió: « ¡Hijo mío! Yo estaré ausente: éste te hará las veces de padre y tú le obedecerás en todo aquello que te diga» . Después se volvió a los mulos y a los esclavos.

Aquella noche recitaron el Corán y celebraron la festividad de Abd al-Qadir Chilani. Al día siguiente el presidente del gremio de comerciantes entregó a su hijo diez mil dinares y le dijo: « Si cuando llegues a Bagdad ves que las telas se venden a buen precio, vende las que llevas. Si el mercado está firme, gasta estos dinares» . Cargaron los mulos, se despidieron padre e hijo y se pusieron a andar hasta salir de la ciudad.

Mahmud al-Balji había preparado el viaje para dirigirse a Bagdad, había sacado unos bultos y plantado las tiendas fuera de la ciudad diciéndose: « Este muchacho lo obtendré únicamente en la soledad, en donde ningún delator o espía pueda molestarme» . Mahmud al-Balji debía mil dinares al padre del muchacho como saldo de una operación. Fue a despedirse y Sams al-Din le dijo: « Entrega a mi hijo Alá al-Din los mil dinares. —Y a continuación se lo recomendó diciendo—: ¡Sea para ti como si fuese tu propio hijo!» Alá al-Din se reunió con Mahmud al-Balji.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Mahmud al-Balji] recomendó al cocinero de Alá al-Din que no guisase más y empezó a invitar al joven y a sus acompañantes a comer y a beber. Después emprendieron el viaje. Mahmud al-Balji tenía cuatro casas: una en El Cairo, otra en Damasco, la tercera en Alepo y la cuarta en Bagdad. Viajaron sin cesar, cruzando desiertos y campiñas hasta llegar a la vista de Damasco. Mahmud despachó a su esclavo junto a Alá al-Din. Encontró a éste sentado, leyendo. Se acercó a él y le besó las manos. El joven preguntó: « ¿Qué buscas?» « Mi señor te manda saludos y te invita a ser su huésped en su casa.» « Pediré consejo a mi padre, el almocadén Kamal al-Din, el mulatero.» Le pidió consejo de si debía ir. Le contestó: « No vayas» .

Desde Damasco siguieron viaje hasta llegar a Alepo. Aquí Mahmud al-Balji preparó un banquete y envió a invitar a Alá al-Din. El almocadén no le dejó aceptar. Salieron de Alepo y marcharon hasta que llegaron a una jornada de Bagdad. Mahmud al-Balji preparó un festín e hizo invitar a Alá al-Din. El almocadén le aconsejó que no asistiese, pero el joven replicó: « Es necesario que asista» . Ciñó la espada debajo del vestido y anduvo hasta llegar junto a Mahmud. Éste le salió al paso, lo saludó y le ofreció una mesa magnífica. Comieron,

bebieron y se lavaron las manos. Mahmud al-Balji se inclinó hacia Alá al-Din para darle un beso, pero éste interpuso la mano y le preguntó: « ¿Qué quieres hacer?» « Te he hecho venir con el propósito de distraerme contigo en este lugar y poner en práctica las palabras de quien dijo:

> Puedes venir a nuestro lado en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo de ordeñar una ovejita o de freír un huevo.
> Comerás panecito hasta hartarte y cogerás el líquido que puedas.
> Llevarás lo que deseas sin fatiga, sea una pulgadita o un palmito o un puñadito.»

A continuación Mahmud al-Balji se abalanzó sobre Alá al-Din e intentó violarlo. El joven se incorporó, desenvainó la espada y dijo: « ¡Ay de tus canas! ¿Es que no temes a Dios, "que es terrible en su cólera"[82]? ¿No has oído las palabras de quien dijo:

> Guarda tus canas; el pecado las ensuciaría. El blanco se ensucia fácilmente?»

Al terminar de recitar sus versos, Alá al-Din dijo a Mahmud: « Esta mercancía es un depósito de Dios que no se vende. Pero si la vendiera a peso de oro a otra persona, a ti te la vendería a peso de plata. ¡Por Dios, desvergonzado! ¡No te acompañaré nunca jamás!» Alá al-Din regresó junto al almocadén Kamal al-Din y le dijo: « Ése es un hombre depravado; jamás seré su compañero ni recorreré el camino en su compañía» . « ¡Hijo mío! ¿No te había dicho que no fueses a su lado? Pero, hijo, si nos apartásemos de él pondríamos en peligro nuestras vidas. Debemos seguir en una sola caravana.» Alá al-Din insistió: « No puedo tenerlo por compañero de viaje» .

El joven cargó sus bultos y siguió viaje en compañía de los suyos hasta llegar a un valle en el que quería acampar. El almocadén dijo: « ¡No os detengáis aquí! ¡Continuad andando! ¡Apresuraos! Tal vez lleguemos a Bagdad antes de que cierren las puertas. Sus habitantes las abren y las cierran cuando brilla el sol, pues temen que los herejes se apoderen de ella y arrojen al Tigris los libros de religión» . El joven le dijo: « ¡Padre! Yo no he venido a este país con todas estas mercancías para ganarme la vida, sino para ver los países de la gente» . « ¡Hijo mío! Temo que los beduinos te ataquen y se apoderen de tus bienes.» « ¿Eres tú el criado o lo soy yo? Entraré en Bagdad por la mañana con el fin de que sus habitantes puedan ver mis mercancías y me conozcan.» « Haz lo que quieras. Yo ya te he advertido, y tú proveerás.»

Alá al-Din mandó que quitasen los fardos de encima de los mulos.

Descargaron las mercancías, levantaron las tiendas y así llegó la medianoche. A esta hora Alá al-Din se levantó y fue a satisfacer una necesidad, y viendo algo que brillaba a lo lejos dijo al mulatero: « ¡Almocadén! ¿Qué es eso que brilla?» El arriero clavó en ello la vista y vio que se trataba de la punta de las lanzas, el acero, las armas y las espadas de los beduinos: eran éstos que llegaban, llevando al frente al jeque de los árabes Achalán Abu Naib.

Los beduinos, al llegar a sus inmediaciones y ver los fardos, se dijeron unos a otros: « ¡Qué noche de botín!» El almocadén Kamal al-Din, el arriero, al oír lo que decían replicó: « ¡Largo de aquí, oh tú, el más ínfimo de los beduinos!» , pero Abu Naib lo alanceó en el pecho, y la punta del arma salió por la espalda: el mulatero cayó muerto en la puerta de la tienda. El aguador chilló: « ¡Largaos, malditos beduinos!» De un mandoble le cortaron el cuello, la lámina de la espada salió por el otro lado del pecho, y cayó muerto.

Mientras ocurría esto, Alá al-Din estaba inmóvil mirando. Los beduinos cargaron de repente, saquearon la caravana y mataron a todos, sin que escapase ninguno de los criados de Alá al-Din. Cargaron los fardos a lomos de los mulos, y se marcharon. El joven se dijo: « Te matarán a causa de tu mula y de tu vestido» . Rompió éste y lo abandonó en el lomo de su cabalgadura, quedándose únicamente con la camisa y los calzones. Se dirigió hacia la puerta de la tienda y se encontró con un charco formado por la sangre que aún fluía de los cuerpos de los muertos. Se tiñó con ella la camisa y los calzones hasta parecer que había muerto ahogado en su propia sangre. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al jeque de los beduinos, Achalán. Éste preguntó a sus compañeros: « ¡Camaradas! Esta caravana ¿venía de Egipto o salía de Bagdad?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [le contestaron:] « Venía de Egipto en dirección a Bagdad.» « ¡Volved junto a los muertos! Creo que su dueño no ha muerto.»

Los beduinos volvieron al lado de los cadáveres, a los que alancearon y maltrataron. Al llegar junto a Alá al-Din, que se había mezclado con los difuntos, exclamaron: « ¡Tú te haces el muerto, pero te remataremos!» Un beduino levantó la lanza con la intención de clavarla en el pecho de Alá al-Din. Éste exclamó: « ¡Tu bendición, señor Abd al-Qadir al-Chilani!» La mano del beduino se apartó de su pecho y fue a clavarse en el de Kamal al-Din, el muerto que había sido jefe de la caravana.

Los beduinos cargaron el botín en los mulos y se marcharon. Alá al-Din miró a su alrededor y se dio cuenta de que los pájaros habían levantado el vuelo con su

presa. Entonces se dio a la fuga. Pero el beduino Abu Naib dijo a sus compañeros: « ¡Árabes! ¡Veo una forma confusa que se mueve!» Uno de ellos se levantó, vio correr al joven y le gritó: « ¡De nada te servirá la fuga! ¡Nosotros te perseguiremos!» Espoleó al caballo y se lanzó tras él.

Alá al-Din había visto ante él una balsa llena de agua y al lado de la misma un aljibe; se pegó a una hendidura de la cisterna, se tendió en ella y fingió dormir, diciendo: « Tú que sabes esconder, cúbreme con el velo que no se puede levantar» . El beduino llegó inmediatamente después, se detuvo junto a la cisterna y alargó la mano para buscar a Alá al-Din. Éste entretanto decía: « ¡Concédeme tu bendición, señora Nafisa[83]! ¡Éste es tu momento!»

En el mismo instante un escorpión picó la mano del beduino, quien chilló: « ¡A mí los beduinos! ¡He sido picado!» Se apeó del caballo, sus compañeros acudieron, uno de ellos le ayudó a colocarse en la silla y le preguntaron: « ¿Qué desgracia te ha sucedido?» « Me he picado un escorpión.» A continuación se marcharon, llevándose la reata de bestias de la caravana. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Mahmud al-Balji: Mandó cargar los fardos y continuó el viaje hasta que llegó a la Selva del León. Aquí encontró muertos a todos los servidores de Alá al-Din y a éste dormido y desnudo, con sólo la camisa y el calzón. Le preguntó: « ¿Quién te ha hecho semejante cosa y te ha abandonado en tan mal estado?» « Los beduinos.» « ¡Hijo mío! Mis mercancías y mis mulos constituirán tu rescate, tal como dice el poeta:

> Si la vida del hombre escapa de la muerte, el dinero constituye un simple recorte de la uña.

» ¡Hijo mío! ¡Acércate y no temas nada malo!» Alá al-Din abandonó la hornacina de la alberca y Mahmud lo colocó a lomos de una mula. Así anduvieron juntos hasta llegar a la casa que Mahmud al-Balji poseía en Bagdad. Mandó que condujesen al joven al baño y le dijo: « ¡Hijo mío! El dinero y las mercancías constituyen tu rescate, hijo mío. Si me haces caso te daré el doble de las riquezas y mercancías que poseías» .

Cuando salió del baño lo introdujo en un salón adornado con oro y que tenía cuatro estrados. Mandó servir una mesa en la que había toda clase de guisos. Comieron y bebieron. Mahmud al-Balji se inclinó hacia Alá al-Din para darle un beso en la mejilla, pero el joven lo rechazó con la mano diciéndole: « ¿Aún sigues en tu extravío? ¿No te he dicho que si vendiese esa mercancía a otra persona a precio de oro a ti te la vendería al de la plata?» « No te daré las mercancías, la mula y la ropa sino a cambio de eso. Estoy loco de pasión por ti. Recompense Dios a quien dijo:

Abu Bilal nos ha referido, citando a sus maestros, los cuales a su vez lo han aprendido con Sarik:

"El enamorado no se cura con abrazos y besos: sólo le satisface la posesión plena".»

Alá al-Din replicó: « ¡Jamás lo consentiré! ¡Quédate con tus ropas y tu mula y abre la puerta para que pueda marcharme!» La abrió y Alá al-Din salió mientras los perros ladraban en pos de él. Mientras iba andando vio la puerta de una mezquita y entró en el vestíbulo, instalándose en él. Una luz se le acercó inmediatamente. Se fijó en ella y vio que se trataba de dos linternas, cada una de las cuales era llevada por un esclavo, quienes, a su vez, precedían a dos mercaderes. Uno era un viejo de hermoso rostro, y el otro un joven. Oyó que éste decía a aquél: « ¡Por Dios, tío! ¡Devuélveme a tu hija!» « ¡Te he prohibido tantas veces repetir la fórmula de repudio! Pero la has transformado en tu Corán.»

Después el viejo se volvió hacia la derecha y vio a aquel joven que parecía la luna llena cuando sale. Lo saludó y el muchacho le devolvió el saludo. El anciano le dijo:

« ¡Muchacho! ¿Quién eres?» « Soy Alá al-Din, hijo de Sams al-Din, presidente del gremio de los mercaderes de El Cairo. Deseaba que mi padre me dejara comerciar y éste me preparó cincuenta cargas de mercancías…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alá al-Din siguió diciendo:] « … y me entregó diez mil dinares. Viajé hasta llegar a la Selva del León y aquí me asaltaron los beduinos, me robaron mis bienes y los fardos. He entrado en esta ciudad sin saber en dónde pasar la noche. Al ver este lugar me he instalado en él» . « ¡Hijo mío! ¿Qué dirías si te diese mil dinares y un vestido que cuesta otros tantos?» « ¿A cambio de qué me lo vas a dar, tío?» El anciano explicó: « Este muchacho que está a mi lado es el hijo de mi hermano, el cual no tuvo más descendencia. Yo tengo una sola hija que se llama Zubayda la del laúd; es muy guapa, muy hermosa. La he casado con su primo; éste la ama, pero ella lo aborrece. Su esposo la ha repudiado por triple repudio sin intención de separarse, pero ella le ha cogido la palabra y lo ha abandonado. Mucha gente, movida por el antiguo marido, me presiona para que se la devuelva. Yo le he respondido: "Esto es imposible sin la mediación del desligador". Nos hemos puesto de acuerdo en que yo buscaré como desligador a un extranjero para que nadie pueda descomponer el arreglo. Tú eres extranjero: ven con nosotros: extenderemos tu contrato matrimonial con ella, pasarás la noche a su lado, mañana la repudiarás

y nosotros te daremos lo que te he mencionado» .

Alá al-Din se dijo: « Pasar la noche con novia, en una casa y sobre el lecho, es mucho mejor que descansar en las callejuelas y en los vestíbulos» . Lo acompañó hasta el cadí. El corazón de éste, en cuanto vio a Alá al-Din, quedó prendado. Preguntó al padre de la muchacha: « ¿Qué deseáis?» « Queremos que hagas a este joven marido interino de mi hija. Estipulamos en el contrato que ha de pagar una dote de diez mil dinares. Si pasa la noche con ella y al amanecer la repudia, le daremos un vestido de mil dinares, una mula de otros mil y mil más en metálico; si no la repudia, tendrá que pagar los diez mil dinares de la dote.»

Extendieron el contrato con estas condiciones, el padre de la muchacha tomó el documento y se llevó a Alá al-Din con él y le entregó el vestido. No se detuvieron hasta llegar a la casa de su hija. El anciano hizo esperar al joven en la puerta y entró a verla. Le dijo: « Toma el documento que acredita tu boda. Te he casado con un joven muy hermoso llamado Alá al-Din Abu al-Samat. ¡Trátalo con la máxima consideración!» Le entregó el contrato y regresó a su casa.

El anterior marido de la joven se dirigió a una camarera que frecuentaba a Zubayda la del laúd, la hija de su tío, a la cual había hecho favores. Le dijo: « ¡Madre mía! Cuando Zubayda haya visto a ese joven tan hermoso no volverá a aceptarme. Te ruego que emplees una estratagema e impidas a la adolescente que se acerque a él» . « ¡Por la vida de tu juventud! —le respondió—, no dejaré que se le aproxime.» Corrió a buscar a Alá al-Din y le dijo: « ¡Hijo mío! Te aconsejo en nombre de Dios (¡ensalzado sea!) que aceptes mi advertencia y no te acerques a la joven. Déjala dormir sola; no la toques; no te aproximes a ella» . « ¿Por qué?» « Su cuerpo está lleno de lepra y temo que sea perjudicial para tu hermosa juventud.» « No la necesito para nada» , concluyó el joven.

La camarera corrió al lado del adolescente y le dijo lo mismo que había dicho a Alá al-Din. La mujer exclamó: « No lo necesito en absoluto. Dejaré que duerma solo, y cuando llegue la mañana él seguirá su camino» . Después llamó a una esclava y le dijo: « Coge una mesa con comida y llévasela para que cene» . La esclava cogió la mesa y la colocó delante de Alá al-Din. Éste comió hasta hartarse. Después se sentó y recitó la *azora* Ya Sin con una hermosa voz.

La joven escuchó y le pareció que su tono se parecía al de los salmos de David. Se dijo: « ¡Dios confunda a esa vieja que me ha dicho que está leproso! Quien tiene esta enfermedad no puede tener una voz así. Por tanto, sus palabras eran pura mentira» . La joven apoyó un laúd indio en su seno, tensó las cuerdas y cantó, con una voz capaz de dejar clavado al pájaro en medio del cielo, estos versos:

Estoy enamorada de una gacela de soñolientos ojos negros. Las ramas de sauce se inclinan cuando anda.

Me desaíra y otro se alegra de sus favores; así es la gracia: que Dios la da

a quien quiere.

Al oír esta canción, Alá al-Din, una vez hubo terminado de recitar la *azora*, entonó a su vez este verso:

Saludo al talle ceñido por los vestidos y a las rosas que viven en el jardín de las mejillas.

La joven, loca de pasión, se incorporó y se quitó el velo. Alá al-Din, al contemplarla, recitó este par de versos:

Ha aparecido como una luna y se ha inclinado como una rama de sauce.
Parece que el dolor se haya enamorado de mi corazón, y, en el momento en que ella huye, él se une conmigo.

Ella se adelantó balanceando sus nalgas, cimbreando la cadera, hechura de Quien oculta las gracias. Cada uno de ellos dirigió al otro una mirada que le había de causar mil pesares. Cuando la flecha de los ojos hubo penetrado en el corazón de Alá al-Din, la joven recitó estos dos versos:

Ha aparecido la luna del cielo y me ha hecho recordar las noches en que me uní a ella en los dos límites.
Cada uno de nosotros contempla una luna, pero yo miro con sus ojos y él con los míos.

Al llegar a su lado, cuando sólo los separaban dos pasos, recitó estos dos versos:

Ella soltó (era de noche) las tres trenzas de su cabello y me hizo ver cuatro noches.
Al volverla hacia su cara vi en ella la luna del cielo: me hizo ver, al mismo tiempo, dos lunas.

Al llegar junto a Alá al-Din éste le dijo: « ¡Aléjate de mí para evitar que me contagie!» Ella descubrió su muñeca y dejó ver dos arterias; la carne era blanca como la plata. Ella le dijo: « ¡Aléjate de mí, pues tú eres el leproso; no vayas a contagiarme!» El muchacho preguntó: « ¿Quién te ha dicho que yo soy leproso?» « ¡La vieja me lo ha explicado!» « ¡También la vieja me ha dicho que tú eres leprosa!» El joven descubrió su antebrazo y la muchacha pudo ver que su

piel parecía plata purísima. Ella lo estrechó contra su pecho y él la atrajo hacia el suyo: ambos se abrazaron. Ella lo llevó consigo y se soltó los vestidos, y en él se agitó lo que había heredado de su padre.

La muchacha exclamó: «¡A ti te toca, jeque Zacarías, padre de todas las venas!» Alá al-Din colocó las manos en sus flancos, puso la vena de la dulzura en la puerta de la hendidura y alcanzó la puerta del cabello, y cruzando por el portal de las victorias se internó por los zocos del lunes, del martes, del miércoles y del jueves. Encontró un tapiz a la medida de la sala e hizo girar la tapadera contra la caja hasta que se desfondó.

Al día siguiente, Alá al-Din exclamó: «¡Antes de terminar de gozar con la alegría, el cuervo la ha arrebatado y ha emprendido el vuelo!» «¿Qué significan estas palabras?» «¡Señora mía! No puedo seguir a tu lado más que un momento.» «¿Quién lo dice?» «Tu padre ha puesto como condición, en el contrato, el pago de tu dote, estimada en diez mil dinares. Si hoy no los pago me encarcelarán en la casa del cadí. Yo no poseo ni medio céntimo de esos diez mil dinares.» «¡Señor mío! ¿El contrato está en tu mano o en la suya?» «Lo tengo en mi poder, pero no tengo ni un céntimo.» «Pues la solución es fácil. Nada temas. Coge estos cien dinares. Si tuviese más, te daría todos los que quisieras, pero mi padre ama tanto al hijo de su hermano que ha llevado todos sus bienes desde mi casa a la de aquél e incluso ha enviado allí mis joyas. Cuando mañana te envíe un mensajero, conforme prescribe la ley…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [siguió diciendo:] «… y el cadí y mi padre te digan: "¡Repúdiala!", respóndeles: "¿Qué escuela de jurisprudencia permite que me case la víspera y repudie por la mañana?" A continuación besarás la mano del cadí y le harás un regalo; de igual modo besarás la mano y darás diez dinares a cada uno de los testigos: todos depondrán en tu favor. Si te preguntan: "¿Por qué no repudias y tomas los mil dinares, la mula y el traje, según se acordó en las condiciones que te impusimos?", responde: "Estimo cada uno de sus cabellos en mil dinares, y no la repudiaré jamás ni aceptaré el traje ni ninguna otra cosa". Si el cadí te dice: "Paga, la dote", responde: "En la actualidad estoy en un aprieto". Entonces el cadí y los testigos sentirán compasión de ti y te concederán un respiro».

Mientras así discurrían llamó a la puerta un mensajero del cadí. El joven le salió al encuentro y aquél dijo: «Ve a hablar con mi *efendi*, pues tu suegro reclama el pago». Alá al-Din le dio cinco dinares y le dijo: «¡Oh, ujier! ¿En qué ley se dispone que habiéndome casado anoche tenga que repudiar esta mañana?» «¡Nuestra ley no lo ha permitido jamás! Si tú no conoces las leyes,

yo seré tu defensor.»

Ambos fueron juntos al tribunal. Le preguntaron: « ¿Por qué no repudias a la mujer y entras en posesión de lo que te concede el contrato?» Alá al-Din se acercó al cadí, le besó la mano y depositó en ella cincuenta dinares. Respondió: « ¡Señor nuestro, cadí! ¿Qué escuela jurídica prescribe que, habiéndome casado anoche, tenga que repudiar esta mañana en contra de mi voluntad?» El cadí replicó: « Ninguna de las escuelas jurídicas de los musulmanes permite que se fuerce al repudio» . El padre de la muchacha exclamó: « Si no la repudias, paga los diez mil dinares de la dote» , « ¡Dame tres días de plazo!» El cadí sentenció: « Tres días de plazo no son suficientes. Te concedo diez» .

Así lo acordaron, y le impusieron como condición que, al cabo de los diez días, o pagaba la dote o la repudiaba; Aceptada la condición, Alá al-Din se marchó y fue a comprar carne, arroz, manteca y todo lo que necesitaba para la comida. Después regresó a su domicilio, se presentó ante la adolescente y le refirió todo lo que le había ocurrido. Su mujer le contestó: « Entre la noche y el día ocurren cosas prodigiosas. ¡Recompense Dios a quien ha dicho!:

> Sé generoso cuando eres presa de la cólera, y paciente cuando te alcanza una desgracia.
> Las noches del destino traen graves acontecimientos y pueden dar a luz cualquier maravilla» .

La joven preparó la comida, acercó la mesa, comieron, bebieron, disfrutaron y se pusieron de buen humor. Alá al-Din le pidió que tocase algo de música. Tomó el laúd y empezó a pulsar una melodía capaz de impresionar a las rocas más duras; parecía que las cuerdas cantasen: « ¡Oh, David! Tú nos tañes» . Después tocó una melodía más vivaz. Mientras así se entretenían, felices, contentos y distraídos, llamaron a la puerta. La mujer le dijo: « Ve a ver quién hay» . Bajó, abrió la puerta y encontró plantados a cuatro derviches. Les preguntó: « ¿Qué deseáis?» « ¡Señor nuestro! Somos derviches de lejanos países. La música y los buenos versos constituyen el alimento de nuestro espíritu. Deseamos que nos dejes descansar en tu casa durante esta noche hasta que llegue la mañana. Entonces seguiremos nuestro camino, y Dios (¡ensalzado sea!) te recompensará. Estamos enamorados de la música, y cada uno de nosotros sabe de memoria *casidas*, versos y *muwasahhas*[84]. Alá al-Din replicó: « ¡Tengo que pedir consejo!»

Subió a informar a su mujer, quien le respondió: « Ábreles la puerta» . Abrió la puerta, les hizo subir y sentarse; les dio la bienvenida y les ofreció de cenar. No quisieron comer, y le dijeron: « ¡Señor! Para nuestros corazones basta el recordar a Dios, y para nuestros oídos, el escuchar la música. ¡Recompense Dios a quien dijo!:

Nuestro único deseo es el estar reunidos; el comer es una característica de los animales.

» Hace un momento hemos oído en tu casa una música deliciosa, pero al entrar en ella ha cesado. Quien tocaba ¿era una esclava o bien una mujer libre?» « Es mi esposa.» Alá al-Din les refirió a continuación todo lo que le había ocurrido, concluyendo: « Mi suegro ha fijado su dote en diez mil dinares y me ha concedido un plazo de diez días» . Uno de los derviches le dijo: « ¡No te entristezcas y ten pensamientos optimistas! Yo soy el jefe de una cofradía y tengo a mis órdenes cuarenta derviches. Sacaré de ellos y te reuniré los diez mil dinares, y así podrás pagar la dote a tu suegro. Pero tú manda a tu esposa que toque y cante para nosotros: así nos alegraremos y nos refrescaremos. La música sirve a unos de alimento, a otros de medicina y a otros les refresca como un abanico» .

Aquellos cuatro derviches eran el califa Harún al-Rasid, el visir Chafar el barmekí, Abu Nuwas al-Hasán b. Hani y Masrur, el portador de la espada de la venganza. Habían pasado junto a esta casa porque el Califa, presa de fuerte angustia aquella noche, había dicho al visir: « Mi deseo consiste en que salgamos y recorramos la ciudad, pues tengo el pecho oprimido» . Se habían disfrazado de derviches y habían descendido a la ciudad pasando junto a la casa de Alá al-Din. Aquí, al oír la música, sintieron deseos de averiguar lo que ocurría.

Pasaron la noche contentos y tranquilos, charlando hasta el amanecer. En este momento el Califa colocó cien dinares debajo del tapete, se despidieron y se marcharon a sus quehaceres. La joven, al levantar el tapiz, encontró los cien dinares que estaban debajo y dijo a su esposo: « Coge los dinares que he hallado debajo del tapiz, ya que los derviches los han puesto aquí antes de marcharse sin que nosotros nos diésemos cuenta» . Alá al-Din los tomó, se marchó al mercado y compró con ellos carne, arroz, manteca y todo lo que necesitaba.

La noche siguiente, Alá al-Din encendió las velas y dijo a su esposa Zubayda: « Los derviches no han traído los diez mil dinares que me prometieron; ésos son pobres» . Mientras así hablaban, los derviches llamaron a la puerta. Su esposa le dijo: « Baja y ábreles» . Les abrió y subieron. Les preguntó: « ¿Me habéis traído los diez mil dinares que me prometisteis?» Respondieron: « No los hemos conseguido, pero no temas ningún mal. Si Dios lo quiere, mañana te cocinaremos un guiso de alquimia. Ahora manda a tu mujer que nos deje oír una gran tocata de música para que podamos refrescar nuestros corazones: la música nos place» . Les tocó una pieza con el laúd capaz de hacer bailar a las piedras más duras. Pasaron la noche tranquilos, contentos, en medio de la conversación y de la alegría, hasta que apareció la aurora y la luz se esparció. El Califa colocó cien dinares debajo del tapiz. Después se despidieron de Alá al-Din y se marcharon de su casa para dirigirse a sus asuntos. Así continuaron las cosas durante nueve

noches, en cada una de las cuales el Califa fue colocando cien dinares debajo del tapiz. La décima noche no se presentaron. La causa de esto último fue que el Califa había mandado a buscar a uno de los mayores comerciantes y le había dicho: « Tráeme cincuenta fardos de tejidos importados de Egipto» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa dijo al comerciante:] « El precio de cada fardo ha de ser de mil dinares y debe figurar escrito en la cubierta. Mándame además un esclavo abisinio» . El comerciante le envió todo lo que le había encargado. El Califa dio al esclavo una palangana y un jarro de oro, regalos y los cincuenta fardos, y escribió una carta como si él fuese Sams al-Din, el presidente del gremio de los comerciantes de El Cairo, padre de Alá al-Din. Dijo al esclavo: « Coge estos fardos y todo lo demás y vete a tal barrio, aquel en el cual está el domicilio del presidente del gremio de los comerciantes, y pregunta: "¿Dónde vive mi señor Alá al-Din Abu al-Samat?" La gente te indicará el barrio y la casa» . El esclavo se hizo cargo de los fardos y todo lo demás, y emprendió el camino siguiendo las órdenes del Califa. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al primo de la joven: Se dirigió a la casa de su padre político y le dijo: « ¡Ven! Vamos a buscar a Alá al-Din para librar a mi prima» . Ambos salieron y marcharon en busca de Alá al-Din. Al llegar a la casa encontraron cincuenta mulos, cada uno de los cuales llevaba un fardo de ropa. Un esclavo montaba una mula. Le preguntaron: « ¿De quién son estos fardos?» « De mi señor Alá al-Din Abu al-Samat. Su padre le había dado algunas mercancías y lo había enviado a Bagdad. Pero en el camino lo han sorprendido los beduinos y le han robado sus bienes y sus fardos. Su padre, enterado de la noticia, me ha despachado para que le entregue estas mercancías en sustitución de las robadas, además de un mulo cargado con cincuenta mil dinares, un paquete de vestidos que cuesta un pico de dinero, una piel de cebellina, una palangana y un jarro de oro.» El padre de la muchacha le contestó: « Ése es mi yerno. Yo te indicaré su casa» .

Entretanto, Alá al-Din permanecía profundamente apenado en su domicilio. Llamaron a la puerta. Alá al-Din exclamó: « ¡Zubayda! ¡Dios es más sabio! Tu padre me manda a buscar por medio de un mensajero que viene de parte del cadí o de parte del gobernador» . « ¡Baja y mira de qué se trata!» Bajó, abrió la puerta y vio a su suegro, el presidente del gremio de comerciantes de Bagdad, padre de Zubayda. Vio también un esclavo abisinio, de cara morena y mirada dulce, que iba a caballo de una mula. El esclavo se apeó y le besó las manos. Alá al-Din le preguntó: « ¿Qué quieres?» « Soy esclavo de mi señor Alá al-Din al-

Samat b. Sams al-Din, jefe del gremio de comerciantes de la tierra de Egipto. Su padre me manda ante él con este depósito.» A continuación le dio la carta. El joven la cogió, la abrió, la leyó y vio que tenía escrito:

¡Oh, mi carta! Cuando mi amado te vea, besa el suelo y sus sandalias.
Ve lentamente y no tengas prisa: mi vida y mi paz están en sus manos.

« Saludos, respetos y cumplimientos. De Sams al-Din a su hijo Alá al-Din Abu al-Samat. Sabe, hijo mío, que he recibido la noticia del asesinato de tus hombres y del robo de tus bienes y tus fardos. Te envío en su lugar estas cincuenta cargas de telas egipcias, vestidos, una piel de cebellina, una palangana y un jarro de oro. No temas ningún daño. Los bienes perdidos te sirvieron de rescate, hijo mío. ¡Ojalá jamás te alcance ninguna pena! Tu madre y las personas de casa están bien, gozan de buena salud y te envían muchos recuerdos. Me ha llegado, hijo mío, la noticia de que te han hecho marido provisional de Zubayda la del laúd, imponiéndote una dote de cincuenta mil dinares. Te llegarán junto con los fardos que te entregará tu esclavo Selim.»

Cuando hubo terminado de leer la carta se hizo cargo de los fardos, y volviéndose a su suegro le dijo: « ¡Suegro! Coge estos cincuenta mil dinares como dote de tu hija Zubayda. Toma los fardos, véndelos como quieras, quédate con las ganancias y dame únicamente el capital» . « ¡No, por Dios! No aceptaré nada. En cuanto a la dote de tu esposa, ponte de acuerdo con ella.» Alá al-Din y su suegro entraron juntos en la casa después de haber hecho almacenar los fardos.

Zubayda preguntó a su padre: « ¡Padre! ¿De quién son estos fardos?» « Son las mercancías de Alá al-Din, tu esposo. Se las ha enviado su padre en sustitución de aquellas que le robaron los beduinos. Le ha enviado además cincuenta mil dinares, vestidos, una piel de cebellina, una mula y una palangana y un jarro de oro. En cuanto a tu dote, a ti toca decidir.» Alá al-Din abrió una caja y le entregó lo que contenía. El primo de la muchacha chilló: « ¡Tío! ¡Haz que Alá al-Din repudie a su mujer!» « ¡Eso es algo que no hará jamás —replicó el suegro—, ya que tiene el contrato matrimonial en su poder!» El ex marido se marchó preocupado y abatido, llegó a su casa enfermo, se metió en la cama y murió.

Por su parte, Alá al-Din, una vez se hubo hecho cargo de los fardos, se dirigió al mercado, compró los comestibles, bebidas, manteca y todo lo que necesitaba e hizo lo mismo que las otras noches. Dijo a Zubayda: « ¡Fíjate qué derviches más embusteros! Nos hicieron una promesa, pero han faltado a ella.» « Tú eres el hijo del presidente del gremio de los comerciantes, y tu mano ha sido incapaz de facilitarle medio céntimo; ¿qué pueden hacer los pobres derviches?» « En vez de ellos ha sido Dios (¡ensalzado sea!) Quien nos ha enriquecido. Si vienen no volveré a abrirles la puerta.» « ¿Por qué? Los bienes sólo nos han llegado a

consecuencia de su venida; además, todas las noches colocaban debajo del tapiz cien dinares. Si vienen, les abrirás.»

Cuando el día y la luz desaparecieron y llegó la noche, encendió las velas y le dijo: « Zubayda: toca y canta para mí» . En aquel instante llamaron a la puerta y su mujer le dijo: « Ve y mira quién está a la puerta» . Bajó, abrió la puerta y vio a ellos, a los derviches. Les dijo: « ¡Bien venidos, embusteros! ¡Subid!» Subieron con él, los hizo sentar y les acercó la mesa de comer. Comieron, bebieron, disfrutaron y estuvieron alegres. Después le dijeron: « ¡Señor mío! Nuestros corazones están preocupados por ti. ¿Qué ha ocurrido con tu suegro?» « Dios nos ha recompensado por encima de nuestro deseo.» « ¡Por Dios! Temíamos por ti…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [le dijeron:] « … y sólo nos impidió venir la incapacidad de nuestras manos para hacernos con el dinero» . « Me ha llegado rápido auxilio gracias al Señor. Mi padre me ha enviado cincuenta mil dinares y cincuenta fardos de tela, cada uno de los cuales vale mil dinares; un traje, una piel de cebellina, una mula, un esclavo y una palangana y un jarro de oro. Así he hecho la paz con mi suegro y mi esposa es, definitivamente, mía. ¡Loado sea Dios por todo ello!»

El Califa se levantó para evacuar una necesidad, y el visir Chafar se inclinó hacia Alá al-Din y le dijo: « ¡Compórtate con corrección! Estás en presencia del Emir de los creyentes» . « ¿Qué falta de educación he cometido en presencia del Emir de los creyentes? ¿Quién de vosotros es el Emir de los creyentes?» « El que te ha dirigido la palabra y ha salido a evacuar una necesidad, ése es el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid; yo soy Chafar; éste es Masrur, el portador de la espada de la venganza, y ese otro es Abu Nuwas al-Hasán b. Hani. Piensa con la razón, Alá al-Din, y considera las distancias. ¿Cuántos días de viaje hay desde El Cairo hasta Bagdad?» « Cuarenta y cinco.» « Tus mercancías fueron robadas hace tan sólo diez días. ¿Cómo puede haber llegado la noticia a tu padre; cómo puede éste haber tenido tiempo de embalar los fardos y de hacerlos recorrer una distancia de cuarenta y cinco días en diez días?»

Alá al-Din preguntó; « ¡Señor mío! ¿De dónde me viene todo esto?» « Te lo ha enviado el Califa, el Emir de los creyentes, a causa del mucho afecto que siente por ti.» Mientras así hablaban, el Califa se acercó. Alá al-Din se puso de pie y besó el suelo delante de él. Dijo: « ¡Dios te guarde, oh Emir de los creyentes, te conceda larga vida y haga curar tu virtud y tu generosidad para con la gente!» « ¡Alá al-Din! —le contestó el Califa—. Manda a Zubayda que toque para celebrar el buen fin del asunto.» Tocó entonces una sonata con el laúd, que

fue una de las maravillas del mundo, hasta el punto de impresionar a las rocas más duras. El laúd gritaba: « ¡Oh, David! ¡Tú nos tañes!»

Pasaron la noche, hasta la llegada de la aurora, en el más alegre de los estados. Al ser de día, el Califa dijo a Alá al-Din: « Mañana ven a la audiencia» . « De buen grado, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, oh Emir de los creyentes, y tú te encuentras bien.»

Alá al-Din tomó diez fuentes, colocó en ellas preciosos regalos y al día siguiente se dirigió con ellas a la audiencia. El Califa estaba sentado en el trono del pabellón cuando Alá al-Din apareció por la puerta del mismo recitando estos versos:

> ¡Salúdete la felicidad todas las mañanas! ¡Quede el envidioso apesadumbrado!
> ¡Sean eternamente tus días blancos, y los de tus enemigos, negros!

El Califa le dijo: « ¡Bien venido, Alá al-Din!» « ¡Emir de los creyentes! El Profeta (Dios lo bendiga y lo salve) aceptaba regalos. Estas diez bandejas con lo que contienen son el regalo que te ofrezco.» El Emir de los creyentes lo aceptó, mandó que le diesen un traje de honor, lo nombró presidente del gremio de mercaderes y le concedió un puesto en su Consejo.

Mientras estaba sentado en éste se presentó su suegro, el padre de Zubayda. Vio que Alá al-Din ocupaba su sitio y que llevaba puesto un traje de honor. Dijo: « ¡Emir de los creyentes! ¡Rey del tiempo! ¿Por qué está sentado ése en mi lugar y viste un traje de honor?» « Porque lo he nombrado presidente del gremio de los comerciantes; los cargos son temporales y no eternos; tú has sido destituido.» « Él es uno de los nuestros, y tú, oh Emir de los creyentes, has obrado magníficamente. ¡Haga Dios que sean siempre los mejores los que cuiden de nuestros asuntos! ¡Cuántos humildes han llegado a ser grandes!»

El Califa extendió un firmán en favor de Alá al-Din y se lo entregó al gobernador; éste lo pasó al heraldo, quien anunció en plena audiencia: « ¡Alá al-Din Abu al-Samat es el único presidente del gremio de los comerciantes! ¡Ha de ser escuchado, respetado, honrado, tratado con deferencia y figurar en el primer lugar!»

Una vez terminada la audiencia, el gobernador y Alá al-Din salieron juntos, precedidos por el pregonero, que decía: « ¡Alá al-Din Abu al-Samat es el único presidente del gremio de los comerciantes!» Al día siguiente el joven abrió una tienda a su esclavo y lo instaló en ella para que comprase y vendiese, mientras él, a caballo, se dirigía a ocupar el sitio que le correspondía en el Consejo del Califa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que un día, mientras él estaba sentado, como era su costumbre, en su puesto, una persona dijo al Califa: « ¡Emir de los creyentes! ¡Ojalá vivas muchos años! Fulano, tu comensal, ha ido a acogerse en la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). ¡Que tu vida sea larga!» El Califa preguntó: « ¿Dónde está Alá al-Din Abu al-Samat?» Lo condujeron a su presencia y en cuanto lo vio le regaló un precioso vestido de honor, lo nombró su comensal y le asignó una pensión de mil dinares al mes. Así continuó a su lado, sentándose en su misma mesa.

Cierto día, mientras él estaba sentado, como tenía por costumbre, en su puesto al servicio del Califa, entró en la sala de audiencias un emir con lanza y escudo. Dijo: « ¡Emir de los creyentes! ¡Ojalá vivas muchos años! El jefe de los Sesenta ha muerto hoy» . El Califa mandó llamar a Alá al-Din Abu al-Samat y lo nombró jefe de los Sesenta en sustitución del difunto; como éste no había dejado mujer ni hijos, Alá al-Din se hizo cargo de sus bienes, ya que el Califa le había dicho: « Entiérralo y quédate con todas las riquezas, bienes, esclavos, esclavas y criadas que ha dejado» . Después el Califa agitó el pañuelo y los asistentes a la audiencia se marcharon.

Alá al-Din se retiró acompañado de su séquito: el almocadén Ahmad al-Danif, capitán de la diestra del Califa, escoltado por sus cuarenta hombres y llevando a su izquierda a Hasán Sumán, capitán de la izquierda del Califa, con otros cuarenta hombres. Alá al-Din se volvió hacia el almocadén Hasán Sumán y sus hombres y les dijo: « Interceded en mi favor junto al almocadén Ahmad al-Danif con el fin de que me acepte por hijo por medio de un contrato ante Dios» . Lo aceptó y añadió: « Yo y mis cuarenta hombres andaremos todos los días, delante de ti, a la audiencia» . Alá al-Din permaneció al servicio del Califa un plazo de tiempo.

Cierto día Alá al-Din salió de la audiencia, se dirigió a su casa y despidió, al llegar a ella, a Ahmad al-Danif y sus hombres. Se sentó al lado de su mujer, Zubayda la del laúd, y ésta encendió las velas y salió a satisfacer una necesidad. Su esposo, que había quedado sentado en su sitio, oyó un grito penetrante. Salió corriendo para ver quién había gritado y se dio cuenta de que había sido Zubayda la del laúd, que estaba tendida. Colocó la mano en el pecho de su mujer y vio que estaba muerta.

La casa de su padre estaba enfrente de la de Alá al-Din y aquél había oído el grito. Preguntó al yerno: « ¿Qué ocurre, señor Alá al-Din?» « ¡Ojalá vivas muchos años, padre! Tu hija Zubayda la del laúd ha muerto. ¡Padre mío! ¡A los muertos se les honra al enterrarlos!» Al día siguiente la depositaron en el polvo, y Alá al-Din se consagró a consolar a su suegro y éste hizo lo mismo respecto del yerno. Esto es lo que se refiere a Zubayda la del laúd.

He aquí lo que hace referencia a Alá al-Din. Se vistió de luto, dejó de asistir a

la audiencia, lloró y quedó con el corazón triste. El Califa preguntó a Chafar: « ¡Ministro mío! ¿Cuál es la causa de que Alá al-Din no asista a la audiencia?» « ¡Emir de los creyentes! Tiene el corazón afligido a causa de su mujer Zubayda; está apenado por el luto.» « Es necesario que le demos el pésame.» « De acuerdo.»

El Califa, el visir y algunos criados salieron, montaron a caballo y se dirigieron al domicilio de Alá al-Din. Éste, que estaba sentado, los vio llegar, salió a recibirlos y besó el suelo ante el Califa. El soberano le dijo: « ¡Dios te la reemplace con bien!» Alá al-Din replicó: « ¡Concédanos Dios el favor de alargar tu vida, Emir de los creyentes!» « ¡Alá al-Din! ¿Por qué has dejado de asistir a la audiencia?» « Por la mucha pena que siento por la pérdida de mi esposa Zubayda, Emir de los creyentes.» « ¡Aleja la pena de tu corazón, ya que ella murió en la misericordia de Dios (ensalzado sea)! La tristeza nunca sirve de nada.» « ¡Emir de los creyentes! Mi dolor por ella sólo cesará cuando yo muera y sea enterrado a su lado.» « Todas las desgracias reciben su compensación junto a Dios. No hay astucia ni riquezas que libren de la muerte. ¡Recompense Dios a quien dijo!:

> Todo hijo de mujer, por buena que sea su salud, será llevado un día en parihuelas.
> ¿Cómo puede gozar y disfrutar de la vida aquel cuyas mejillas serán cubiertas de polvo?»

El Califa, una vez le hubo dado el pésame, le recomendó que no faltase a la audiencia y regresó a palacio.

Al día siguiente Alá al-Din se dirigió a la audiencia, se presentó al Califa y besó el suelo ante éste. El soberano se levantó del trono, le dio la bienvenida, lo saludó, le hizo sentar en su puesto y le dijo: « Alá al-Din: esta noche eres mi invitado» . Después se dirigió con él a su harén y mandó avisar a una esclava llamada Qut al-Qulub. Dijo a ésta: « Alá al-Din tenía una esposa llamada Zubayda la del laúd que lo consolaba en sus penas y preocupaciones. Ha muerto, yendo a pasar a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Quiero que le toques, en el laúd…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa continuó:] « … una de las maravillas del mundo para consolarlo de la pena y de las tristezas» . La esclava tocó una melodía prodigiosa. El Califa se dirigió a Alá al-Din y preguntó: « ¿Qué opinas, Alá al-Din, de la voz de esta esclava?» « Zubayda tenía una voz más

hermosa, pero ésta toca el laúd con mayor perfección, de tal modo que es capaz de emocionar a las piedras más duras.» « ¿Te gusta?» « Me place mucho, Emir de los creyentes.» « ¡Por la vida de mi cabeza y por la tumba de mis antepasados! Ella y sus esclavas constituyen el regalo que te hago.» Alá al-Din creyó que el Califa bromeaba.

La semana siguiente, el Califa fue a visitar a su esclava Qut al-Qulub y le dijo: « Te he regalado a Alá al-Din» . Ella se alegró, porque lo había visto y se había enamorado. El Califa salió del serrallo y se dirigió a la audiencia, mandando llamar a los portadores. Les dijo: « Transportad todos los enseres de Qut al-Qulub; colocad a ésta en una litera y llevadla, con sus esclavas, al domicilio de Alá al-Din» . Ella, sus esclavas y sus enseres fueron trasladados a casa del joven. El Califa se sentó en el Consejo hasta el fin del día. Terminada la audiencia se dirigió a su palacio. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Qut al-Qulub. Se instaló, con sus cuarenta esclavas y los correspondientes eunucos, en casa de Alá al-Din. Dijo a dos eunucos: « Uno de vosotros se sentará en una silla a la derecha de la puerta y el otro se colocará a su izquierda. Cuando llegue Alá al-Din le besaréis las manos y le diréis: “Nuestra señora Qut al-Qulub te espera en su habitación. El Califa te la ha regalado a ella y sus esclavas”» . Contestaron: « Así lo haremos» . Cumplieron lo que les había mandado.

Alá al-Din, al llegar y ver a dos eunucos del Califa sentados al lado de su puerta quedó estupefacto. Se dijo: « Tal vez no sea ésta mi casa, pero si lo es, ¿qué ocurre?» Los eunucos, al verlo, se dirigieron hacia él, le besaron las manos y le dijeron: « Pertenecemos a la casa del Califa y somos esclavos de Qut al-Qulub. Ésta te manda saludos y te dice que el Califa te la ha regalado junto con sus esclavas, y te invita a que vayas a su lado» . « Id y decidle: “¡Sé bien venida! No entraré en la habitación que ocupas mientras tú estés, ya que lo que ha pertenecido al señor no corresponde al criado”. Preguntadle a cuánto ascendían sus gastos diarios cuando estaba junto al Califa.»

Subieron a verla y le comunicaron el encargo. Ella respondió: « Cien dinares por día» . Alá al-Din se dijo: « No necesitaba que el Califa me regalase a Qut al-Qulub para que yo tuviese que gastar por ella tal suma. Pero no me queda más remedio» . Ella permaneció unos días en su casa y él le fue pasando cien dinares diarios, hasta que en un momento dado dejó de asistir a la audiencia. El Califa dijo al visir Chafar: « He regalado Qut al-Qulub a Alá al-Din con el único fin de distraerlo de la pérdida de su esposa. ¿Qué motiva que se haya apartado de nosotros?» « Emir de los creyentes, ¡qué gran verdad estableció quien dijo!: “Quien encuentra a los seres amados olvida a los amigos”.» « Tal vez —replicó el Califa— se ha apartado de nosotros con un motivo justificado. Iremos a visitarlo.»

Unos días antes Alá al-Din había dicho al visir: « Me he quejado al Califa de

la pena que experimento por la pérdida de mi mujer Zubayda la del laúd, y me ha regalado a Qut al-Qulub» . El visir le había contestado: « Si no te amase no te la habría regalado. ¿Has cohabitado ya con ella, Alá al-Din?» « ¡No, por Dios! No sé ni lo larga ni lo ancha que es.» « ¿Por qué?» « ¡Visir! Porque lo que es bueno para el señor no lo es para el criado.»

El Califa y Chafar se disfrazaron y salieron a visitar a Alá al-Din. No se detuvieron hasta llegar junto a éste, quien, al reconocerlos, se incorporó y besó la mano del Califa. El soberano, al contemplar al joven, se dio cuenta de que tenía un aspecto triste. Le preguntó: « ¡Alá al-Din! ¿Cuál es la causa de la tristeza que sientes? ¿No te has presentado a Qut al-Qulub?» « Emir de los creyentes: lo que es bueno para el señor no lo es para el criado. Hasta ahora no me he presentado a ella y no sé cómo es de larga o de ancha. ¡Líbrame de ella!» « Quiero reunirme con ella para preguntarle cómo se encuentra.» « De buen grado, Emir de los creyentes.» El Califa entró a visitar…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa entró a visitar] a Qut al-Qulub. Ésta, al verlo, se incorporó y besó el suelo delante de él, quien le preguntó: « ¿Ha cohabitado contigo Alá al-Din?» « No, Emir de los creyentes. A pesar de que yo lo he invitado a venir, él no ha aceptado.» El Califa le mandó que regresase al serrallo y dijo a Alá al-Din: « No te apartes de nosotros» . El Califa regresó a palacio.

Transcurrida la noche, Alá al-Din montó a caballo, se dirigió a la audiencia y ocupó el puesto de jefe de los Sesenta. El Califa mandó que el tesorero entregase diez mil dinares al visir Chafar. Le dio dicha suma y a continuación el Califa dijo al visir: « Te mando que vayas al zoco de las esclavas y compres una que cueste diez mil dinares para Alá al-Din» . El visir obedeció la orden del Califa, y tomando consigo al joven se dirigió al zoco de las esclavas.

Casualmente, aquel día el gobernador de Bagdad nombrado por el soberano, el emir Jalid, había ido al mismo zoco a comprar una muchacha para su hijo. La causa de ello era que su mujer, llamada Jatún, le había dado un hijo de aspecto desagradable; éste había recibido el nombre de Habzalam Bazaza y había llegado a los veinte años sin saber montar a caballo. Su padre era todo lo contrario: valiente, atrevido, excelente jinete y capaz de entrar en el mar de las tinieblas. Cierta noche, Habzalam Bazaza, en sueños, llegó a la pubertad. Se lo contó a su madre y ésta se alegró y lo refirió a su padre. Le dijo: « Quiero que lo cases, pues ya tiene derecho al matrimonio» . Le respondió: « Ninguna mujer aceptará a este ser de aspecto desagradable, de aliento fétido; es, además, sucio y salvaje» . « Pues le compras una esclava.»

Dios (¡ensalzado sea!) había dispuesto que en el mismo día en que el visir y. Alá al-Din se habían dirigido al mercado, acudiese también el gobernador, emir Jalid, acompañado por su hijo Habzalam Bazaza. Mientras estaban en el mercado apareció una esclava de extraordinaria belleza y hermosura, alta y de buenas proporciones, a la que llevaba de la mano un corredor. El visir le dijo: « Ponía en venta con un precio base de mil dinares» . Al pasar junto al gobernador, Habzalam Bazaza le dirigió una mirada que le había de causar mil pesares, se prendó de ella y el amor se apoderó de su corazón. Exclamó: « ¡Padre mío! ¡Cómprame esa esclava!»

El gobernador llamó al corredor y preguntó a la joven cómo se llamaba. Le respondió: « Me llamo Jazmín» . El padre dijo: « ¡Hijo mío! Si te place, puja» . El muchacho pregunto: « ¡Corredor! ¿Cuánto cuesta?» « Mil dinares.» « Doy mil y un dinar.» El corredor se acercó a Alá al-Din, quien ofreció dos mil. Cada vez que el hijo del gobernador pujaba en un dinar, Alá al-Din pujaba en mil. El joven se encolerizó y preguntó: « ¡Corredor! ¿Quién es el que puja conmigo por esa esclava?» « El visir Chafar quiere comprarla para Alá al-Din Abu al-Samat.» Al fin Alá al-Din ofreció diez mil dinares y su dueño se la cedió, recibiendo en cambio el dinero. Alá al-Din la cogió y le dijo: « ¡Te declaro libre por la faz de Dios (¡ensalzado sea!)!» A continuación se extendió el contrato nupcial y se la llevó a su casa.

El corredor se marchaba con su comisión cuando lo llamó el hijo del gobernador. Le preguntó: « ¿Dónde está la esclava?» « Alá al-Din la ha comprado por diez mil dinares, la ha libertado y ha contraído matrimonio con ella.» El joven se preocupó, aumentaron sus pesares y regresó enfermo de amor a su casa; se tumbó en el lecho, dejó de comer y la pasión y el desvarío fueron en aumento. Su madre, al verlo enfermo, le dijo: « ¡Recupera la salud, hijo mío! ¿Cuál es la causa de tu enfermedad?» « ¡Madre mía! Cómprame a Jazmín.» « Cuando pase el jardinero te compraré un cesto de jazmín.» « ¡Yo no quiero el jazmín que huele! Quiero una esclava llamada Jazmín que mi padre no me ha comprado.» La mujer preguntó a su esposo: « ¿Por qué no le has comprado esa esclava?» « Lo que es bueno para el señor no lo es para el criado. Yo no podía conseguirla, ya que la compraba Alá al-Din, el jefe de los Sesenta.»

La debilidad del muchacho fue creciendo, hasta el punto de que perdió el sueño y dejó de comer. La madre estaba envuelta en los velos de la pena. Mientras estaba sentada en su casa, triste por el estado de su hijo, fue a verla una vieja que era la madre de Ahmad Qamaqim el ladrón. Este ladrón era capaz de horadar muros, escalar una pared y robar la pupila del ojo. Todas estas malas artes las dominaba desde pequeño. Habían llegado a nombrarlo jefe de la policía, pero robó una suma; fue sorprendido en el acto por el gobernador, el cual lo detuvo y lo transfirió al Califa. Éste mandó matarlo en el patíbulo. Pidió el auxilio del visir, ya que el Califa nunca rechazaba su intercesión. Aquél intervino, y el

soberano le preguntó: « ¿Cómo me pides la gracia de esa calamidad que perjudica al género humano?» « ¡Emir de los creyentes! Quien inventó la cárcel era un sabio: la cárcel constituye la tumba de los vivos y la alegría de los enemigos.»

El Califa mandó que lo aherrojasen y ordenó escribir en los grillos: « Permanecerá encadenado hasta la muerte, y sólo se le soltará sobre el banco del lavador de cadáveres» . Lo metieron, encadenado, en la prisión. Su madre frecuentaba la casa del gobernador, el emir Jalid, y visitaba a su hijo en la prisión. Le dijo: « ¿No te tenía dicho que dejases de obrar mal?» « ¡Dios ha dispuesto que sea así! Pero tú, madre mía, cuando visites a la mujer del gobernador, convéncela para que interceda por mí ante su marido.»

La vieja fue a ver a la señora del gobernador y la encontró rodeada por las vendas del dolor. Le preguntó: « ¿Qué causa tiene tu tristeza?» « El mal estado de mi hijo Habzalam Bazaza.» « ¡Dios proteja a tu hijo! ¿Qué mal lo aflige?» Le refirió toda la historia. La vieja le preguntó: « ¿Qué dirías de quien encontrase el medio de devolver la salud a tu hijo?» « ¿Quién lo va a conseguir?» « Yo tengo un hijo llamado Ahmad Qamaqim, el ladrón. Está aherrojado en la cárcel y sobre sus grillos está escrito: “Permanecerá encadenado hasta la muerte”.

» Tú incorpórate, vístete con el traje más precioso que tengas, ponte tus mejores galas y recibe a tu marido de buen humor y afable. Si te pide lo que los hombres piden a las mujeres, niégate y no permitas que se te acerque. Dile: “¡Qué maravilla, por Dios! Cuando el hombre necesita de su mujer insiste hasta que obtiene, pero si es la mujer la que necesita del esposo, éste no la complace”. Te preguntará: “¿Qué deseas?” Respóndele: “¡Jura que me lo darás!” Cuando lo haya jurado por la vida de su cabeza y por Dios, añade: “¡Júramelo por el repudio!”. Una vez haya hecho este último juramento, dile: “Tienes en tu prisión a un almocadén llamado Ahmad Qamaqim. La madre de éste es una pobre mujer que se ha echado a mis pies y me ha incitado a hablarte. Me ha dicho: ‘Haz que interceda en favor de mi hijo junto al Califa para que pueda arrepentirse y ser recompensado’”.» La mujer del gobernador respondió: « Así lo haré» . Cuando llegó su esposo…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [cuando llegó su esposo] le dijo aquellas palabras y él juró por el repudio. Así obtuvo lo que deseaba. Transcurrida la noche, a la mañana siguiente, el gobernador se lavó, hizo la oración de la aurora y se marchó a la prisión. Dijo: « Ahmad Qamaqim, ladrón: ¿estás arrepentido de lo que has hecho?» « Me he arrepentido ante Dios, me he convertido en persona honrada y digo con el corazón y la lengua: “Pido perdón a

Dios”.» El gobernador lo sacó de la prisión, y lo llevó consigo, aherrojado, a la audiencia.

Se adelantó hacia el Califa y besó el suelo ante él. Éste le preguntó: « ¡Emir Jalid! ¿Qué pides?» Entonces Ahmad Qamaqim se adelantó, trabajosamente a causa de sus cadenas, hasta colocarse delante del Califa. Éste preguntó: « ¡Qamaqim! ¿Aún estás vivo?» « ¡Emir de los creyentes! La vida del desgraciado es muy larga.» « ¡Emir Jalid! ¿Por qué lo has traído aquí?» « Porque su madre, pobre y desvalida, no tiene a nadie más que a él. Ha caído a los pies de tu esclavo para que éste interceda “ante ti, oh Emir de los creyentes, para que tú lo libres de sus grillos. Él se ha arrepentido de lo hecho. ¡Colócalo de nuevo en el cargo de jefe de la policía que tenía con anterioridad!»

El Califa preguntó a Ahmad Qamaqim: « ¿Te has arrepentido de lo hecho?» « Me he arrepentido ante Dios, Emir de los creyentes.» El Califa mandó llamar al herrero y éste lo libró de sus grillos encima del banco del lavador de cadáveres. Después lo volvió a nombrar jefe de policía, le recomendó un buen comportamiento y una conducta recta.

Qamaqim besó la mano del soberano, vistió de nuevo el uniforme correspondiente y los pregoneros anunciaron su reposición.

Llevaba cierto tiempo en su cargo, cuando su madre fue a visitar a la esposa del gobernador. Ésta le dijo: « ¡Loado sea Dios, que ha sacado a tu hijo de la prisión y ahora sólo está en las cadenas de la salud y del bienestar! ¿Por qué no le encargas que idee algo para conseguir que la esclava Jazmín venga a parar a mi hijo, Habzalam Bazaza?» « Se lo diré.» La mujer se marchó y fue a ver a su hijo. Éste estaba borracho. Le dijo: « ¡Hijo mío! La esposa del gobernador fue la que consiguió sacarte de la cárcel. Ella te pide que idees el modo de matar a Alá al-Din Abu al-Samat y que entregues la esclava Jazmín a su hijo Habzalam Bazaza» . « ¡Ésa es la cosa más fácil que existe! Esta misma noche idearé algo.»

Aquella noche era la primera del nuevo mes; ese día el Emir de los creyentes acostumbraba pernoctar con la señora Zubayda y conceder la libertad a una esclava y un mameluco o hacer obras equivalentes. También tenía por costumbre quitarse el traje real, el rosario, el puñal y el sello del reino. Lo dejaba todo encima del trono que tenía en la sala del Consejo. Tenía también el Califa una lámpara de oro adornada con tres piedras preciosas engarzadas en un hilo de oro, la cual tenía en mucha estima. El Califa, pues, confió el traje, la lámpara y todo lo demás a los eunucos y se dirigió a la habitación de la señora Zubayda.

Ahmad Qamaqim, el ladrón, esperó hasta la llegada de la medianoche, cuando Cánope brilla en el cielo, hora a la cual duermen las criaturas, pues el Creador extiende sobre ellas su velo. Entonces empuñó la espada con la diestra, una cuerda con la izquierda y se dirigió a la sala del Consejo del Califa. Apoyó una escala en el muro, echó la cuerda en el interior y colgándose de ésta subió por la escalera hasta las azoteas. Forzó el tabique de la sala, se metió por el

interior y encontró a los eunucos durmiendo. Les dio un narcótico y se apoderó del traje del Califa, del rosario, del puñal, del pañuelo, del sello y de la lámpara de las piedras preciosas. Después descendió del lugar al que había trepado y corrió a la casa de Alá al-Din Abu al-Samat.

Abu al-Din, aquella noche, estaba lleno de alegría con su esclava; había cohabitado con ella y la había dejado encinta. Ahmad Qamaqim se metió en la sala de Alá al-Din, quitó una baldosa de mármol del centro del salón y cavó debajo. Metió allí parte de lo robado y se quedó con el resto. Después colocó la baldosa de mármol y, con cemento, la dejó tal como estaba; descendió del lugar al que había subido, diciéndose: « Me emborracharé teniendo enfrente la lámpara del Califa y bebiendo de la copa a su luz» . Después se marchó a su casa.

El Califa, a la mañana siguiente, se dirigió a la sala. Se dio cuenta de que los eunucos habían sido narcotizados. Los despertó y alargó la mano, pero sin encontrar ni el traje ni el sello, ni el rosario ni el puñal, ni el mandil ni la lámpara. Se indignó de manera furiosa, se puso el vestido de la cólera, que consistía en una túnica roja, y se sentó en la sala del Consejo. El visir se adelantó, besó el suelo delante de él y dijo: « ¡Aleje Dios todo mal del Emir de los creyentes!» Le replicó: « ¡Visir! El daño es grande» . « ¿Qué ha ocurrido?» Le refirió todo lo que había sucedido.

En este preciso momento llegó el gobernador, acompañado por Ahmad Qamaqim, el ladrón. Se dio cuenta de que el Califa estaba muy enfadado. El soberano, al ver a aquél, le dijo: « ¡Emir Jalid! ¿Qué hay de nuevo por Bagdad?» « La tranquilidad es completa.» « ¡Mientes!» « ¿Por qué, Emir de los creyentes?» Éste le refirió lo ocurrido, y le dijo: « Te mando que me lo traigas todo» . « Emir de los creyentes: el gusano del vinagre vive en el vinagre. Un extraño nunca podría llegar a este lugar.» « Si no me traes estas cosas, te mataré.» « Antes de matarme a mí mata a Ahmad Qamaqim, el ladrón, ya que nadie debe conocer mejor que el jefe de la policía a los criminales y a los traidores.»

Ahmad Qamaqim dijo al Califa: « El gobernador ha intercedido por mí y yo te garantizo la captura del ladrón, pues seguiré sus huellas hasta desenmascararlo. Pero dame dos hombres del cadí y otros dos del gobernador, pues quien ha hecho tal acción ni te teme a ti, ni al gobernador, ni a nadie» . El Califa contestó: « Te concedo lo que pides, pero las primeras pesquisas tendrán lugar en mi palacio, después en el del visir, y a continuación en el del jefe de los Sesenta» . « Tienes razón, Emir de los creyentes. Es posible que el que ha hecho tal acción sea uno de los que frecuenta el palacio del Emir de los creyentes o el de algunos de sus cortesanos.» « ¡Por vida de mi cabeza! ¡Mataré al culpable de esto, aunque sea mi propio hijo!»

Ahmad Qamaqim tuvo lo que quería, y recibió un decreto que le autorizaba a

entrar en las casas y registrarlas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ahmad Qamaqim] salió llevando en la mano un bastón cuyo primer tercio era de bronce, el segundo de cobre y el tercero de hierro y acero. Registró los palacios del Califa y del visir Chafar, recorrió las casas de los chambelanes y de los lugartenientes hasta cruzar por delante de la de Alá al-Din Abu al-Samat. Éste, al oír el barullo delante de su casa, se separó de Jazmín, su esposa, bajó y abrió la puerta. Encontró al gobernador muy inquieto. Le preguntó: « ¿Qué ocurre, emir Jalid?» Éste le refirió toda la historia, y Alá al-Din replicó: « Entrad en mi casa y registradla» . El gobernador dijo: « Perdona, señor mío. Tú eres una persona fiel, y el que es fiel está fuera de la sospecha de traición» . « ¡Debéis registrar mi casa!»

El gobernador, los jueces y los testigos entraron, y Ahmad Qamaqim fue pasando de habitación en habitación y se acercó a la losa de mármol debajo de la cual había enterrado las cosas. Golpeó resueltamente con su bastón la losa de mármol, y ésta se rompió y se vio debajo algo que relucía. El almocadén exclamó: « ¡En el nombre de Dios! ¡Lo que Dios quiere, ocurre! ¡Bendita sea nuestra venida! ¿Hemos descubierto un tesoro? Quiero observar esto y ver en qué consiste» . El juez y los testigos miraron hacia aquel sitio, encontraron todos los objetos y escribieron un atestado certificando que los habían encontrado en la casa de Alá al-Din. A continuación pusieron sus sellos en el escrito, mandaron detener a Alá al-Din, le quitaron el turbante de la cabeza e hicieron un inventario de todos sus bienes y objetos.

Ahmad Qamaqim, el ladrón, cogió a la joven Jazmín, que estaba encinta de Alá al-Din, y la entregó a su madre diciéndole: « Entrégala a Jatún, la mujer del gobernador» . Aquélla tomó consigo a Jazmín y la condujo ante la esposa del gobernador. Cuando Habzalam Bazaza la vio, recuperó instantáneamente la salud, corrió y se acercó a ella lleno de alegría, pero la joven cogió un puñal que llevaba en la cintura y le increpó: « ¡Apártate de mí! Si no lo haces, te mato y después me suicido» . La madre, Jatún, exclamó: « ¡Desvergonzada! ¡Deja que mi hijo obtenga de ti lo que desea!» La joven replicó: « ¡Perra! ¿Qué escuela de jurisprudencia permite que la mujer tenga dos hombres? ¿Cómo se han de atrever los perros a entrar en la morada de los leones?»

La pasión, el desvarío y la locura del muchacho fueron en aumento, dejó de comer y tuvo que guardar cama. La mujer del gobernador decía: « ¡Desvergonzada! ¿Así me afliges en la persona de mi hijo? He de atormentarte a ti, y Alá al-Din debe morir ahorcado» . Jazmín contestó: « En ese caso, yo moriré de mi amor por él» . La mujer del gobernador le quitó las joyas y los

vestidos de seda que llevaba, le dio un traje de arpillera y una camisa de pelo y la envió a la cocina a trabajar con las esclavas, diciéndole: « Ésta es tu recompensa: partirás la leña, pelarás las cebollas y atizarás el fuego de las cazuelas» . Le replicó: « Cualquier castigo o servicio me satisface más que ver a tu hijo» . Dios hizo que el corazón de las esclavas se apiadase de ella, y la eximieron de los trabajos de cocina. Esto es lo que hace referencia a Jazmín.

He aquí lo que hace referencia a Alá al-Din Abu al-Samat: Lo detuvieron, se hicieron cargo de los objetos encontrados y lo llevaron hasta la sala de audiencia. El Califa estaba sentado cuando aparecieron con Alá al-Din y los objetos robados. El soberano preguntó: « ¿Dónde los habéis encontrado?» Respondieron: « En el centro de la casa de Alá al-Din Abu al-Samat» . El Califa se inflamó otra vez de ira, cogió sus cosas, pero no encontró la lámpara. Dijo: « ¡Alá al-Din! ¿Dónde está la lámpara?» « Yo no he robado y no sé, ni he visto ni tengo noticia.» « ¡Traidor! ¡Cómo! ¿Te acerco a mí y tú te alejas, te pongo bajo mi protección y tú me traicionas?»

A continuación, el Califa mandó ahorcarlo. El gobernador lo llevó consigo y el pregonero fue voceando: « ¡Éste es el castigo (y bien pequeño es) del que traiciona a los califas bien guiados!» Las gentes corrieron a reunirse al pie de la horca. Esto es lo que hace referencia a Alá al-Din.

He aquí lo que hace referencia a Ahmad al-Danif: El maestro de Alá al-Din, contento y satisfecho, estaba sentado con sus dependientes en un jardín cuando se le presentó uno de los aguadores que trabajaban en la audiencia, le besó la mano y le dijo: « ¡Ahmad al-Danif, almocadén! Tú estás sentado contemplando el agua pura que fluye a tus pies sin saber lo que ocurre. « ¿Qué sucede?» , preguntó. Le replicó el aguador: « Que al que es tu hijo, según el pacto de Dios, Alá al-Din, lo llevan a la horca» . Ahmad al-Danif exclamó: « ¡Hasán Sumán! ¿Tienes alguna idea?» « Alá al-Din es completamente inocente. Uno de sus enemigos le ha hecho una mala jugada.» « ¿Qué opinas?» « Que, si Dios lo quiere, a nosotros nos incumbe su salvación.»

Hasán Sumán se marchó a la cárcel y dijo a los carceleros: « Entregadme un condenado a muerte» . Le dieron uno que se parecía mucho a Alá al-Din Abu al-Samat. Se le cubrió la cabeza, y Ahmad al-Danif lo colocó entre él y Alí al-Zaybaq al-Misri. Alá al-Din avanzaba hacia la horca. Al-Danif se adelantó y puso su pie encima del verdugo. Éste le dijo: « Deja sitio para que pueda realizar mi cometido» . Le replicó: « ¡Maldito! Coge este hombre y ahórcalo en lugar de Alá al-Din Abu al-Samat, que es inocente. Así rescataremos a Ismael con la cabra[85]» . El verdugo cogió a aquel hombre y lo ahorcó en lugar de Alá al-Din.

Alá al-Din fue conducido por Alí al-Zaybaq al-Misri y Ahmad al-Danif a la habitación de éste. Una vez dentro, Alá al-Din exclamó: « ¡Maestro! ¡Dios te recompense por tanto bien!» Ahmad al-Danif le preguntó: « ¿Qué acción has

hecho?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ahmad al-Danif siguió diciendo:] « Dios se apiade de quien dijo: “No traiciones a quien en ti confía aunque tú fueses un traidor”. El Califa te había colocado en un puesto elevado, junto a él, y te había dado el título de “el fiel hombre de confianza”. ¿Cómo has podido hacer una cosa tal con él y haberle robado sus cosas?» Alá al-Din replicó: « ¡Maestro mío! ¡Por el Gran nombre! Yo no he cometido tal acción ni tengo que ver con ella, ni sé quién la ha realizado» . Ahmad al-Danif le dijo: « Esto lo ha hecho uno de tus enemigos, y quien la hace la paga. Pero, Alá al-Din, tú no puedes permanecer en Bagdad, pues contra los reyes, hijo mío, no se puede combatir, y si ellos buscan a alguien, éste ha de sufrir mucho» . « ¿Adónde iré, maestro?» « Haré que puedas llegar a Alejandría. Es una ciudad bendita, con un umbral verde y de vida fácil.» « Oír es obedecer, maestro.»

Ahmad al-Danif dijo a Hasán Sumán: « No te preocupes, y si el Califa pregunta por mí respóndele que he ido a inspeccionar el país» . Ambos salieron de Bagdad y no se detuvieron en el viaje hasta llegar junto a unas viñas y huertos. Allí encontraron a dos judíos, montados en sendas muías, que eran cobradores de impuestos en nombre del Califa. Ahmad al-Danif les dijo: « ¡Pagad el derecho de peaje!» Preguntaron: « ¿Por qué hemos de pagar peaje?» « Yo soy el guarda del valle.» Cada uno de ellos le dio cien dinares. Después Ahmad al-Danif los mató, cogió las muías, montó él en una y Alá al-Din en la otra.

Siguieron viaje hasta llegar a la ciudad de Ayyas. Dejaron las muías en una posada y pasaron allí la noche. Al día siguiente, Alá al-Din vendió su mula y dejó en custodia, al portero, la de Ahmad al-Danif. En el puerto de Ayyas embarcaron en un buque y juntos llegaron a Alejandría. Ahmad al-Danif y Alá al-Din desembarcaron, recorrieron los zocos y tropezaron con un corredor que subastaba una tienda que tenía anexa una vivienda. El precio era de novecientos cincuenta dinares. Alá al-Din ofreció mil, y el negocio, que pertenecía a la hacienda pública, le fue adjudicado. Le entregaron las llaves.

Abrió la tienda y la vivienda, y en ésta encontró un lecho y cojines. Vio además un almacén lleno de velas, de palos de buque, de cajas, cuerdas, sacos llenos de perlas de vidrio, conchas, estribos, hachas, mazas, cuchillos, tijeras y otros objetos, ya que su anterior dueño había sido un anticuario. Alá al-Din Abu al-Samat se sentó. Ahmad al-Danif le dijo: « ¡Hijo mío! La tienda, el piso y todo lo que contienen te pertenece. Quédate aquí, vende y compra y no seas desgraciado. Dios (¡ensalzado sea!) ha bendecido el comercio» .

Permaneció con él durante tres días y al cuarto se despidió y le dijo: « Quédate aquí, después de mi marcha, hasta que yo te traiga una noticia, de parte del Califa, que garantice tu seguridad y haya descubierto quién te ha hecho esta jugada» . Emprendió el viaje de regreso, llegó a Ayyas, retiró la mula de la fonda y siguió viaje hasta Bagdad, en donde se reunió con Hasán Sumán y sus hombres. Preguntó a éste: « Hasán: ¿ha preguntado el Califa por mí?» « No; no le ha pasado por la mente.» Ahmad reanudó su servicio junto al Califa y empezó a buscar noticias.

Cierto día el Califa se volvió al visir Chafar y le dijo: « Fíjate, visir, qué mala pasada me ha hecho Alá al-Din» . « ¡Emir de los creyentes! Tú le has recompensado con la horca. Ha tenido lo que se merecía.» « ¡Visir! Quiero bajar a ver al ahorcado.» « Haz lo que quieras, Emir de los creyentes.» El Califa, acompañado por el visir Chafar, se dirigió a la horca, y levantando los ojos vio un ahorcado que no era Alá al-Din Abu al-Samat, el fiel hombre de confianza. Exclamó: « ¡Visir! ¡Éste no es Alá al-Din!» « ¿Cómo sabes que se trata de otro?» « Alá al-Din era bajo y éste es alto.» « Los ahorcados se alargan.» « Alá al-Din era blanco, y el rostro de éste es moreno.» « ¿No sabes, oh Emir de los creyentes, que la muerte da un color térreo?»

El Califa mandó que lo bajasen de la horca. Una vez lo hubieron descendido vio que llevaba escritos, debajo de ambos talones, el nombre de los dos jeques. Exclamó: « ¡Visir! Alá al-Din era sunní y éste es un *rafidí*[86]» . « ¡Gloria a Dios, que conoce lo desconocido! Nosotros no sabemos —concluyó Chafar— si éste es Alá al-Din o es otro.» El Califa mandó que lo sepultasen, y lo sepultaron, y Alá al-Din fue olvidado por completo. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Habzalam Bazaza, hijo del gobernador: Murió de amor y pasión, y fue enterrado en el polvo.

He aquí lo que hace referencia a la joven Jazmín: Transcurrido el tiempo del embarazo, le llegó el parto y dio a luz un varón que parecía una luna. Las criadas le preguntaron: « ¿Qué nombre le darás?» Respondió: « Si viviera su padre, a él le incumbiría darle el nombre. Yo lo llamaré Aslán» . Le dio de mamar durante dos años seguidos, al cabo de los cuales lo destetó y empezó a arrastrarse y a andar.

Cierto día en que su madre trabajaba en la cocina, el muchacho echó a andar y vio la escalera que llevaba al recibidor. Subió por ella. El emir Jalid, el gobernador, que estaba allí sentado, lo cogió, lo sentó en su regazo y alabó a su Señor por lo que habría creado y formado. Le contempló la cara y vio que era igual a la de Alá al-Din Abu al-Samat. Su madre, Jazmín, entretanto, lo estaba buscando sin encontrarlo, por lo que subió al recibidor. Vio que el emir Jalid estaba sentado y que el niño jugaba en sus brazos, pues Dios había abierto el corazón del emir Jalid al amor del niño. Éste se volvió, y al ver a su madre quiso salir a su encuentro, pero el emir lo estrechó contra su pecho y dijo: « ¡Acércate,

muchacha!»

Una vez estuvo a su lado le preguntó: « ¿De quién es hijo el chico?» « Es mi hijo, el fruto de mis entrañas.» « ¿Quién es su padre?» « Su padre fue Alá al-Din Abu al-Samat, pero ahora es tu hijo.» « ¡Alá al-Din fue un traidor!» , exclamó el gobernador. La mujer replicó: « ¡Dios lo guarde de la traición! No sabía que "el fiel" fuera traidor» . « Cuando este muchacho crezca y se haga mayor y te pregunte: "¿Quién es mi padre?", respóndele: "Tú eres hijo del emir Jalid, el gobernador y jefe de la policía".» La madre replicó: « Así lo haré» .

El emir Jalid mandó circuncidar al niño, lo crió, le dio una magnífica educación y le puso como maestro a un alfaquí, calígrafo, que le enseñó a leer el Corán. Lo leyó una y otra vez, y al final lo supo por entero. El niño llamaba al emir Jalid « padre mío» , y el gobernador, que acostumbraba a visitar los campos de maniobra e instruir a las tropas de caballería, enseñó al joven los fundamentos del arte de la guerra y el manejo de la lanza y de la espada hasta hacer de él un completo caballero; le enserió también a ser un hombre valiente. Así, a los catorce años de edad alcanzó el grado de emir.

Cierto día, Aslán se reunió con Ahmad Qamaqim, el ladrón, y se hicieron amigos. Siguió a éste hasta la taberna y Ahmad Qamaqim, el ladrón, sacó la lámpara de piedras preciosas que se había apropiado al robar los útiles del Califa. La colocó delante y empezó a beber copas a su luz, hasta emborracharse. Aslán le dijo: « ¡Almocadén! ¡Dame esta lámpara!» « ¡No puedo dártela!» « ¿Por qué?» « Porque por su causa mueren las personas.» « ¿Quién se ha perdido por ella?» « Uno que vino aquí y fue nombrado jefe de los Sesenta. Se llamaba Alá al-Din Abu al-Samat y murió por su causa.» « ¿Cuál es su historia, y cuál fue el motivo de su muerte?»

El ladrón refirió: « Tú tenías un hermano que se llamaba Habzalam Bazaza. Al cumplir los dieciséis años de edad fue apto para contraer matrimonio, y pidió a su padre que le comprase una esclava» . Le contó toda la historia desde el principio hasta el fin, le refirió la enfermedad de Habzalam Bazaza y lo que había ocurrido a Alá al-Din. Aslán se dijo: « Tal vez mi madre sea la esclava Jazmín, y mi padre, Alá al-Din Abu al-Samat» . El joven Aslán se marchó triste de su lado. Tropezó con el almocadén Ahmad al-Danif, y cuando éste lo vio, exclamó: « ¡Gloria a Aquel que no tiene pareja!» Hasán Sumán le preguntó: « ¡Padre mío! ¿De qué te admiras?» « De la figura del joven Aslán. Es el ser que más se parece a Alá al-Din Abu al-Samat.»

Ahmad al-Danif lo llamó: « ¡Aslán!» Éste le contestó. Entonces le preguntó: « ¿Cómo se llama tu madre?» « La esclava Jazmín.» « Tranquilízate y alégrate. Tu padre es Alá al-Din Abu al-Samat. Pero, hijo mío, ve a ver a tu madre y pregúntale quién es tu padre.» « ¡Así lo haré!» Corrió a ver a su madre y la interrogó. Le contestó: « Tu padre es el emir Jalid» . « Mi padre no es otro que Alá al-Din Abu al-Samat.» La madre rompió a llorar y le preguntó: « ¿Quién te

lo ha dicho, hijo mío?» « El almocadén Ahmad al-Danif me lo ha contado.»

Ella le refirió todo lo sucedido y concluyó: « ¡Hijo mío! Ha aparecido la verdad y se ha desvanecido el engaño. Sabe que Alá al-Din Abu al-Samat fue tu padre y que el emir Jalid sólo te ha criado y te ha adoptado por hijo. ¡Hijo! Si te reúnes con el almocadén Ahmad al-Danif, pregúntale: "¡Padre mío! Te conjuro, por Dios, a que me vengues del asesino de mi padre, Alá al-Din Abu al-Samat"» . El joven dejó a su madre y corrió a buscar al almocadén Ahmad al-Danif.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven] le besó la mano. Aquél le preguntó: « ¿Qué te ocurre, Aslán?» « He investigado y me he cerciorado de que mi padre Alá al-Din Abu al-Samat fue matado. Quiero que me vengues de su asesino.» « ¿Quién asesinó a tu padre?» « Ahmad Qamaqim, el ladrón.» « ¿Quién te ha contado esta historia?» « He visto en su poder la lámpara que, perteneciendo a las cosas del Califa, se extravió. Le he dicho: "Dame esta lámpara", pero no ha querido y me ha respondido: "Esto tiene la culpa de la pérdida de muchas personas". Me ha contado que él se descolgó, robó los objetos y los escondió en casa de mi padre.»

Ahmad al-Danif le aconsejó: « Cuando veas que el emir Jalid se pone en atuendo de guerra, dile: "Vísteme como tú". Entonces, sal con él y distínguete con una acción valerosa delante del Emir de los creyentes. El Califa te dirá: « "¡Pídeme un don, Aslán!" Responde: "Te pido que me vengues del asesino de mi padre". "¡Tu padre vive! ¡Es el emir Jalid, el gobernador!" Contesta: "Mi padre es Alá al-Din Abu al-Samat. A Jalid, el gobernador, sólo le debo la educación". Refiérele todo lo que te ha ocurrido con Ahmad Qamaqim, el ladrón, y añade: "¡Emir de los creyentes! Manda que lo registren y le sacaré la lámpara del bolsillo"» . Aslán replicó: « Así lo haré» .

Regresó a su domicilio y encontró al emir Jalid que se preparaba para dirigirse a la audiencia del Califa. Le dijo: « Desearía que me pusieses un vestido como el tuyo y me llevases contigo a la audiencia del Califa» . Le puso el traje y se lo llevó a la audiencia, levantaron los pabellones y las tiendas, se dividieron en equipos y empezaron a jugar con las pelotas y bastones. Uno de los caballeros golpeaba la pelota con el palo y otro la rechazaba.

Entre los soldados se encontraba un espía dispuesto a incitar al Califa. Aquél tomó la pelota, la golpeó con el bastón y la tiró a la faz de éste; pero Aslán la desvió del rostro del soberano, la remató en dirección de quien la había enviado, le dio en la espalda y cayó al suelo. El Califa exclamó: « ¡Dios te bendiga, Aslán!» Descabalgaron, se sentaron en las sillas y el Califa mandó comparecer

al que había tirado la pelota. Cuando lo tuvo delante le preguntó: « ¿Quién te ha impulsado a hacer esto? ¿Eres enemigo o amigo?» « Soy enemigo, y estaba decidido a matarte.» « ¿Por qué? ¿Es que no eres musulmán?» « ¡No! Soy un hereje.»

El Califa mandó matarlo y dijo a Aslán: « ¡Pídeme un don!» « Te pido que me vengues del asesino de mi padre» , respondió. El Califa replicó: « Tu padre está vivo; está de pie delante de ti» . « ¿Quién es mi padre?» « El emir Jalid, el gobernador.» « ¡Emir de los creyentes! Sólo es mi padre en lo que respecta a la educación. Mi padre es Alá al-Din Abu al-Samat.» « ¡Tu padre fue un traidor!» « ¡Emir de los creyentes! ¡Dios guarde al Fiel de ser traidor! ¿En qué te traicionó?» « Me robó mi túnica y todo lo que estaba con ella.» « ¡Dios no quiera que mi padre haya sido traidor! ¡Señor mío! Te desapareció la túnica y luego la recuperaste, pero ¿también recuperaste la lámpara?» « No la encontramos.» « Yo la he visto en manos de Ahmad Qamaqim y se la he pedido, pero no me la ha querido dar diciéndome: "Ésta causa la pérdida de las personas". Me ha contado la enfermedad de Habzalam Bazaza, hijo del emir Jalid, y cómo aquél se había enamorado de la esclava Jazmín; cómo había escapado a la cadena perpetua, y ha añadido que él robó la túnica y la lámpara. Tú, Emir de los creyentes, venga a mi padre en la persona de su asesino.»

El Califa gritó: « ¡Detened a Ahmad Qamaqim!» Lo detuvieron. Preguntó: « ¿Dónde está el almocadén Ahmad al-Danif?» Éste se adelantó y el Califa le dijo: « ¡Registra a Qamaqim!» Metió la mano en el bolsillo de éste y sacó la lámpara de pedrería. El Califa chilló: « ¡Acércate, traidor! ¿Dónde has obtenido esta lámpara?» « La he comprado, Emir de los creyentes.» « ¿Dónde la has comprado? ¿Quién puede tener una lámpara como ésta para vendértela?»

Lo apalearon y confesó que él había robado la túnica y la lámpara. El Califa le preguntó: « ¿Por qué hiciste tal acción, traidor, con la que causaste la pérdida de Alá al-Din Abu al-Samat, el fiel custodio?» El soberano mandó detener a Qamaqim y al gobernador. Éste le dijo: « ¡Emir de los creyentes! Soy tratado injustamente. Tú mandas que me ahorquen, cuando yo no sabía nada de esta mala jugada. Todo fue organizado por la vieja, Ahmad Qamaqim y mi esposa sin que yo me enterase. Pido tu favor, Aslán» . Éste intercedió por él ante el Califa.

El Emir de los creyentes preguntó: « ¿Qué ha hecho Dios de la madre de este muchacho?» El gobernador replicó: « Está en mi casa» . El Califa le dijo: « Te ordeno que mandes a tu esposa que le ponga sus propios vestidos y sus joyas: que le devuelva su rango de señora. Tú levanta el sello que cierra la casa de Alá al-Din y entrega al hijo sus bienes y riquezas» . « Así lo haré.» El gobernador se marchó y ordenó a su esposa que vistiese con sus ropas a Jazmín, quitó todos los sellos de la casa de Alá al-Din y entregó a Aslán las llaves.

El Califa le dijo: « ¡Pídeme un don, Aslán!» « Te pido que me reúnas con mi

padre.» El Califa rompió a llorar y exclamó: « Lo más probable es que tu padre fuese el hombre al que se ahorcó y murió, pero, ¡por vida de mis antepasados! ¡Daré lo que pida a aquel que me dé la buena nueva de que aún vive!» Ahmad al-Danif se adelantó, besó el suelo delante del soberano y le dijo: « ¡Concédeme el perdón, Emir de los creyentes!» « ¡Concedido!» « Te comunico, con alegría, que Alá al-Din Abu al-Samat, el fiel custodio, está bien y vive.» « ¿Qué dices?» « ¡Por vida de tu cabeza! Mis palabras son ciertas desde el momento en que fui yo quien lo rescaté sustituyéndolo por uno que merecía la muerte. Le hice llegar a Alejandría y le abrí una tienda de anticuario.» El Califa le replicó: « Te mando que lo traigas» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ahmad al-Danif dijo:] « ¡De buen grado!» El soberano mandó que le entregasen diez mil dinares, y Ahmad al-Danif emprendió el viaje hacia Alejandría. Esto es lo que a Aslán se refiere.

He aquí lo que hace referencia a su padre, Alá al-Din Abu al-Samat: Vendió todo lo que tenía en la tienda hasta que no quedó en ella más que unas pocas cosas, y entre ellas un saco. Vació éste y cayó de él un talismán que ocupaba toda la palma de la mano y que colgaba de una cadena de oro. El talismán tenía cinco caras, en las que estaban escritos nombres mágicos que parecían pasos de hormiga. Frotó las cinco caras sin obtener respuesta de nadie. Se dijo: « Tal vez sólo sea una piedra de ágata» . La colgó en la tienda.

A poco cruzó un cónsul por la calle, levantó la vista, vio el talismán colgado, se sentó en la tienda de Alá al-Din y le preguntó: « ¡Señor mío! Este talismán, ¿está en venta?» « Todo lo que tengo está en venta.» « ¡Véndemelo por ochenta mil dinares!» « ¡Por Dios! ¡Puja!» « ¡Véndemelo por cien mil dinares!» « Te lo vendo por cien mil dinares; ¡cuéntame el dinero!» El cónsul le replicó: « No puedo llevar conmigo esta cantidad, pues en Alejandría hay ladrones y canallas. Acompáñame a mi buque y te daré su importe y además un fardo de lana de Angora, otro de raso, otro de astracán y otro de paño» .

Alá al-Din se puso de pie, cerró la tienda después de haberle entregado el talismán y dio las llaves a su vecino diciéndole: « Guarda contigo estas llaves en depósito para que yo pueda ir a la nave con este cónsul y volver con el importe de mi talismán. Si me retraso y entretanto viene el almocadén Ahmad al-Danif, que es quien me ha colocado en este lugar, entrégale las llaves e infórmalo de todo» . Después se dirigió con el cónsul a la nave.

Subió al buque, el cónsul le ofreció una silla y él se sentó. Aquél gritó: « ¡Traed el dinero!» Le pagó y le entregó los cinco fardos que le había prometido. Luego le dijo: « ¡Señor mío! Hónrame tomando un bocado o

bebiendo un poco de agua» . « Si tienes un poco de agua, dame» , respondió Alá al-Din. Mandó que le sirviesen sorbetes, pero en ellos había un narcótico. En cuanto hubo bebido cayó de espaldas. Quitaron las sillas, prepararon los palos, izaron las velas y con viento favorable llegaron a alta mar.

El capitán mandó sacar a Alá al-Din de la cala. Lo subieron, le dieron a oler un antídoto, abrió los ojos y preguntó: « ¿Dónde estoy?» « Tú estás conmigo, atado y en depósito. Si me hubieses pedido que pujase más, ¡por Dios!, lo hubiera hecho.» Alá al-Din le preguntó: « ¿Cuál es tu oficio?» « Soy capitán, y he querido raptarte para llevarte a la amada de mi corazón.» Mientras estaban hablando así, apareció una nave con cuarenta comerciantes musulmanes. El capitán la atacó con su buque, echó los garfios, la abordó con sus hombres, la saquearon, la capturaron y se la llevaron a la ciudad de Génova.

El capitán, a cuyo lado estaba Alá al-Din, llegó a la puerta marina de un castillo. Inmediatamente apareció una joven tocada con el velo. Le preguntó: « ¿Has traído el talismán y su dueño?» « Los dos.» « ¡Dame el talismán!» El capitán se lo entregó y regresó al puerto, en el cual se dispararon las salvas de ordenanza y así supo el rey de la ciudad que había llegado aquel capitán. Acudió a recibir a éste y le preguntó: « ¿Cómo ha ido tu viaje?» « Perfectamente. Además, he cobrado una nave en que viajaban cuarenta y un comerciantes musulmanes.» « Llévalos encadenados a la ciudad.» Entre ellos estaba Alá al-Din.

El rey y el capitán montaron a caballo e hicieron que los prisioneros los precedieran a pie. Así llegaron a la audiencia y mandaron que se adelantase el primer prisionero. Él le preguntó: « ¿De dónde eres, musulmán?» « De Alejandría.» « ¡Verdugo! ¡Córtale el cuello!» , mandó el rey. Aquél le dio un mandoble y separó la cabeza del tronco. Lo mismo ocurrió con el segundo, con el tercero y así sucesivamente hasta terminar con los cuarenta.

Alá al-Din era el último, bebía sus suspiros y se decía: « ¡Dios tenga misericordia de ti, Alá al-Din! Tu vida se ha terminado» . El rey le preguntó: « ¿Y tú de qué país eres?» « De Alejandría.» « ¡Verdugo! ¡Córtale el cuello!» El verdugo levantó la espada con la mano y estaba a punto de dejarla caer sobre el cuello de Alá al-Din, cuando apareció una vieja de aspecto respetable.

Se acercó al rey y éste se puso de pie en su honor. Ella le dijo: « ¡Rey! ¿No te tenía dicho que cuando llegase el capitán con los prisioneros te acordases del convento concediéndole uno o dos para el servicio de la Iglesia?» Le contestó: « ¡Madre mía! ¡Qué lástima que no hayas llegado una hora antes! Toma el único prisionero que queda» . La vieja se volvió hacia Alá al-Din y le dijo: « ¿Servirás en la iglesia, o bien es más dulce para ti que el rey te dé muerte?» Él contestó: « Serviré en la iglesia» .

Lo tomó consigo, salió con él de la audiencia y se dirigió a la iglesia. Alá al-Din le preguntó: « ¿Qué trabajo debo hacer?» « Te levantarás al amanecer —le

contestó—, tomarás cinco mulos y te marcharás al bosque. Cortarás leña seca y la harás pedazos, llevándola a la cocina del convento. Después quitarás las alfombras, barrerás y fregarás las naves y los mármoles; los recubrirás con las alfombras tal y como estaban. Después tomarás medio *ardabb* de trigo, lo tamizarás, lo molerás, lo amasarás y harás bizcochos para el convento; tomarás una *waba*[87] de lentejas, las limpiarás, las molerás y las cocerás. Además llenarás de agua los cuatro surtidores llevándola con cubas; llenarás trescientas sesenta escudillas con bizcochos y puré de lentejas, y llevarás a cada monje o patriarca la suya.»

Alá al-Din le replicó: « ¡Devuélveme al rey y deja que me mate! Prefiero esto a semejante servicio» . La vieja le dijo: « Si trabajas y haces todo lo que te mando, te libraré de la muerte; si no eres diligente, dejaré que el rey te mate» . Alá al-Din, lleno de pena, se sentó. En aquella iglesia había diez ciegos impedidos. Uno de ellos le dijo: « ¡Acércame el bacín!» Se lo dio, el ciego hizo sus necesidades y le dijo: « ¡Tira los excrementos!» Los tiró y el otro le dijo: « ¡Que el Mesías te bendiga, oh siervo de la Iglesia!»

La vieja se le acercó y le preguntó: « ¿Por qué no has terminado con tu trabajo en la iglesia?» « ¿Cuántas manos tengo para poder terminar tal servicio?» « ¡Loco! Yo te he traído aquí sólo para trabajar. Coge, hijo mío, esta barra —era una barra de cobre en cuyo extremo había una cruz— y sal a la calle. Cuando se te acerque el gobernador del país, dile: “Te ruego, en nombre del señor Mesías, que peches para la Iglesia”. Él no te contradecirá; imponle que recoja el grano, que lo tamice, lo muela, lo cierna, lo amase y haga los bizcochos. Apalea a todo aquel que se niegue y no temas a nadie.» « Así lo haré» , replicó Alá al-Din. Hizo lo que le había dicho, y durante diecisiete años exigió sin cesar prestaciones personales a grandes y humildes.

Cierto día que estaba sentado en la iglesia, se presentó la vieja y le dijo: « ¡Vete fuera del convento!» « ¿Adonde he de ir?» « Pasa la noche en una taberna o en casa de uno de tus amigos.» « ¿Por qué me sacas de la iglesia?» « Porque Husn Maryam, la hija del rey Juan, rey de esta ciudad, desea entrar en la iglesia para visitarla y no es conveniente que te quedes sentado en medio de su camino.»

El criado fingió obedecer sus palabra: se levantó y aparentó, ante ella, que se marchaba de la iglesia, pero se dijo: « ¡Quién supiera si la hija del rey es igual a nuestras mujeres o más hermosa que ellas! No me iré hasta que la haya visto» . Se ocultó en una celda que daba a la iglesia.

Mientras miraba al interior de ésta llegó la hija del rey, a la que clavó una mirada que le había de causar mil pesares. Creyó que se trataba de la luna llena cuando aparece detrás de un velo de nubes. La acompañaba una muchacha.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la hija del rey decía a la muchacha:] « Me animas, Zubayda» . Alá al-Din fijó la vista en ésta y se dio cuenta de que era su esposa Zubayda la del laúd, muerta tiempo atrás. La hija del rey siguió diciendo a Zubayda: « ¡Vamos! Toca una sonata con el laúd» . « No te tocaré la pieza hasta que tú me hagas obtener lo que deseo y cumplas lo que me has prometido.» « ¿Qué es lo que te he prometido?» « Me has asegurado que me reunirías con el objeto de mis deseos, con mi esposo Alá al-Din Abu al-Samat, el fiel custodio.» « ¡Zubayda! Tente bien y alégrate. Toca una música dulce para celebrar la reunión con tu querido esposo, con Alá al-Din.» « Pero ¿dónde está?» « Ahí, en esa celda, escuchando nuestra conversación.»

Tocó, entonces, una sonata capaz de hacer bailar a las piedras más duras. Alá al-Din, al oírla, sintió que sus recuerdos lo desbordaban, salió de la celda, se precipitó sobre las dos y estrechando a su esposa, Zubayda la del laúd, ésta lo reconoció. Los dos se abrazaron y cayeron desmayados en el suelo. La reina Husn Maryam se les acercó, los roció con agua de rosas y los hizo volver en sí diciendo: « ¡Dios os ha reunido!» Alá al-Din le dijo: « ¡Gracias a tu bondad, señora!»

Después, volviéndose hacia su esposa Zubayda la del laúd, le preguntó: « Tú falleciste, Zubayda, y te enterramos en la tumba: ¿cómo puedes estar viva y haber llegado a este lugar?» « ¡Señor mío! —le contestó—, yo no me morí. Un genio maligno me raptó y me trajo, volando, a este lugar. Aquella que enterrasteis era un genio hembra que tenía mi misma forma y se fingió muerta. Después de haberla sepultado hendió la tumba, salió de ella y volvió a ponerse al servicio de su señora, Husn Maryam, la hija del rey. Yo, por mi parte, estaba desvanecida.

» Cuando abrí los ojos me vi al lado de Husn Maryam, la hija del rey, aquí presente. Le pregunté: “¿Por qué se me ha traído aquí?” Me contestó: “Estoy prometida en matrimonio con tu esposo, Alá al-Din Abu al-Samat. ¿Me aceptas, Zubayda? Seré tu compañera y él será una noche mío y otra tuyo”. Respondí: “De buen grado, señora. Pero ¿dónde está mi esposo?” Me contestó: “Lleva escrito en la frente lo que Dios le ha destinado. Cuando haya realizado lo que lleva escrito en la frente vendrá, forzosamente, a este lugar. Consolémonos del dolor de la separación con cantos y música instrumental hasta que Dios nos reúna con él”. He permanecido a su lado todo este plazo, hasta que Dios me ha reunido contigo en esta iglesia.»

Husn Maryam, volviéndose hacia él, le dijo: « ¡Señor mío, Alá al-Din! ¿Me aceptas en tu familia y quieres ser mi esposo?» « ¡Señora! Yo soy musulmán y tú cristiana. ¿Cómo he de casarme contigo?» « ¡Dios no quiera que sea infiel! ¡Quia! Soy musulmana. Hace dieciocho años que he aceptado la religión del Islam y no admito ninguna creencia contraria a las del Islam.» « ¡Señora! Deseo

marchar a mi país.» « Sabe que he visto escrito en tu frente muchas cosas que te han de ocurrir y te han de llevar a la consecución de tu objetivo y de tus fines, Alá al-Din. Te ha nacido un hijo llamado Aslán que ahora ocupa tu puesto junto al Califa; ya ha cumplido los dieciocho años. Sabe que se ha descubierto la verdad y ha desaparecido el error: nuestro Señor ha descorrido el velo que ocultaba al que había robado los objetos del Califa: era Ahmad Qamaqim, el ladrón, el traidor. Ahora está en la cárcel encerrado y encadenado.

» Sabe que yo soy quien te envió el talismán y que lo hice colocar en el interior de un saco que había en tu tienda; soy quien envió al capitán que te ha traído a ti y al talismán. Sabe que ese capitán está enamorado de mí y quería tener relaciones conmigo, pero yo no consentí que me poseyese; al contrario, le dije: "No te permitiré que me poseas, a menos que me traigas el talismán y su dueño". Le di cien bolsas de dinero y lo envié disfrazado de comerciante, a pesar de que él era un capitán. Cuando te impulsaban hacia la muerte, después de haber matado a los cuarenta prisioneros que estaban contigo, te envié esta vieja.» Alá al-Din exclamó: « ¡Dios te recompense por todo el bien que me has hecho!»

A continuación Husn Maryam renovó, ante él, su profesión de fe islámica, y cuando Alá al-Din se hubo convencido de la sinceridad de sus palabras le dijo: « Infórmame de las virtudes de este talismán. ¿De dónde viene?» « Procede de un tesoro encantado y tiene cinco propiedades que nos serán útiles cuando las necesitemos. Mi abuela, la madre de mi padre, era una bruja que resolvía enigmas y encontraba los tesoros. En uno de éstos encontró este talismán.

» Cuando yo fui mayor y cumplí los catorce años, aprendí a leer el Evangelio y los demás libros y tropecé con el nombre de Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!) en los cuatro libros de la Torá, en el Evangelio, en los Salmos y el Corán. Creí en Mahoma, me convertí al Islam y mi entendimiento quedó convencido de que, en buena ley, Solo había que adorar a un Dios (¡ensalzado sea!). El Señor de las criaturas sólo se encuentra satisfecho de la religión del Islam.

» Mi abuela, al enfermar, me regaló este talismán y me explicó sus cinco virtudes. Antes de morir, mi padre le dijo: "Interroga por mí la arena e infórmame adonde me llevarán los sucesos y qué me ocurrirá". Le contestó: "Morirás a manos de un prisionero llegado de Alejandría". Mi padre juró que mataría a todos los prisioneros de esta ciudad, y lo contó al capitán diciéndole: "Debes atacar a todas las naves musulmanas, y matarás a todo aquel que veas que es de Alejandría o, en caso contrario, me lo traerás".

» Siguió sus órdenes y llegó a matar tantos como cabellos tenía en la cabeza. Mi abuela murió y yo consulté a la arena y me dispuse a saber lo que me iba a ocurrir. Dije: "¡Ojalá supiera con quién me casaré!" Se me reveló que me casaría con uno llamado Alá al-Din Abu al-Samat, el fiel custodio. Me quedé admirada y esperé a que transcurriera el tiempo predeterminado, y así me reuní

contigo.»

Alá al-Din se casó con ella. Le dijo: « Quiero volver a mi país» . « Si es así, ven conmigo.» Lo tomó consigo y lo escondió en una habitación de su palacio. Fue a ver a su padre. Éste le dijo: « Hija mía. Hoy me encuentro muy deprimido. Siéntate: beberé en tu compañía» . Se sentó, pidió la mesa y el vino y la muchacha fue llenando el vaso y dándole de beber hasta que perdió el conocimiento. Entonces colocó un narcótico en la copa y se la hizo beber: el rey cayó de espaldas.

La princesa fue a buscar a Alá al-Din, lo sacó de la habitación y le dijo: « Tu enemigo está tumbado de espaldas: haz de él lo que quieras, pues lo he emborrachado y lo he narcotizado» . Alá al-Din entró, vio que estaba inconsciente, le ató las manos a la espalda y le dio un contraveneno que le hizo volver en sí.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey se dio cuenta de que Alá al-Din y su hija estaban sentados encima de su pecho. Exclamó: « ¡Hija mía! ¿Tú me haces esto?» « Si es verdad que soy tu hija, conviértete al Islam, pues yo soy musulmana y se me ha hecho patente la verdad. La he seguido, he descubierto dónde estaba el error, y lo he abandonado. Me he sometido a Dios, el Señor de los Mundos, y no aceptaré religión alguna contraria a la creencia del Islam, ni en esta vida ni en la última. Si te conviertes al Islam tendrás amor y respeto, y en caso contrario prefiero tu muerte a tu vida.»

Alá al-Din le aconsejó que se convirtiese, pero él rechazó su propuesta y se insolentó. Alá al-Din desenvainó el puñal, y lo degolló de una yugular a la otra. Después escribió una hoja de papel en la que refirió lo sucedido y la colocó en la frente del muerto; recogió todo lo que era fácil de transportar y tenía mucho valor, y ambos, él y la princesa, salieron del palacio y se dirigieron a la iglesia. La joven sacó el talismán, colocó la mano en la cara en que estaba esculpido un diván y la frotó: inmediatamente apareció delante de ellos un diván. Ella, Alá al-Din y la esposa de éste, Zubayda la del laúd, se colocaron encima, y la princesa dijo: « Por la virtud de los nombres, de los talismanes y signos cabalísticos incisos en este talismán: ¡Diván! ¡Elévate con nosotros por los aires!»

El catre se elevó y los condujo a un valle sin plantas. Entonces la princesa volvió las otras cuatro caras del talismán hacia el cielo, y puso hacia el suelo la que llevaba grabado el diván: éste descendió a tierra. Volvió hacia sí la cara en que estaba incisa una tienda y la frotó diciendo: « ¡Plántese una tienda en este valle!» , y en el acto apareció una tienda. Se sentaron en ella. El valle era estéril, no había en él ni plantas ni agua. Volvió las cuatro caras hacia el cielo, diciendo:

« Por la virtud de los nombres de Dios, ¡que broten ahora mismo los árboles y corra el agua a su pie!» Al momento aparecieron, los árboles y a su lado empezó a correr un río tumultuoso cuyas ondas se entrechocaban.

Hicieron las abluciones, rezaron, bebieron y después volvió las tres restantes caras del talismán, hasta llegar a la que llevaba incisa una mesa de comer. Dijo: « ¡Por la virtud de los nombres de Dios! ¡Extiéndase un mantel!» El mantel fue extendido: contenía los guisos más exquisitos. Comieron, bebieron, disfrutaron y se divirtieron. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que al hijo del rey se refiere: Al entrar a despertar a su padre, lo encontró muerto y vio la hoja que había escrito Alá al-Din. La leyó, se dio cuenta de lo que quería decir y buscó a su hermana. Al no encontrarla fue a la vieja que vivía en la iglesia y la interrogó. Le contestó: « No la he visto desde ayer» . El joven convocó al ejército gritando: « ¡A caballo los caballeros!» , y los informó de lo que había ocurrido. Montaron a caballo y galoparon hasta llegar cerca de la tienda. Husn Maryam se volvió, contempló la nube de polvo que cerraba el horizonte, y cuando se hubo levantado y disipado descubrió a su hermano y los soldados que gritaban: « ¡Dondequiera que vayáis, nosotros os seguiremos!»

La joven preguntó a Alá al-Din: « ¿Qué tal es tu firmeza en la guerra y en el combate?» « Como la del palo envuelto en la corteza: no sé nada de guerra ni de combate, ni de espadas ni de lanzas.» Sacó el talismán, frotó la cara en que estaba dibujada la figura de un caballo y su jinete, y en el acto apareció un guerrero en el desierto que combatió con la espada hasta que los derrotó y los puso en fuga. A continuación la princesa preguntó a Alá al-Din: « ¿Quieres ir a El Cairo o a Alejandría?» « A Alejandría.»

Subieron al diván, pronunció el sortilegio, y en menos de un abrir y cerrar de ojos se encontraron en Alejandría. Alá al-Din condujo a las mujeres a una caverna, y él se dirigió a la ciudad, tomó trajes para ellas, las vistió y todos juntos se dirigieron a la tienda, en donde les dio de comer. En este momento compareció el almocadén Ahmad al-Danif, que llegaba de Bagdad. Alá al-Din lo vio en la calle, le salió al encuentro, lo abrazó, lo saludó y le dio la bienvenida.

El almocadén Ahmad al-Danif le dio buenas nuevas de su hijo Aslán, que ya había cumplido los veinte años. Alá al-Din le contó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin, le hizo entrar en la tienda y en la vivienda, y Ahmad al-Danif quedó asombrado de todo. Transcurrida aquella noche, a la mañana siguiente, Alá al-Din vendió la tienda y juntó su importe al dinero que ya tenía.

Ahmad al-Danif informó a Alá al-Din de que el Califa deseaba tenerlo a su lado. Le contestó: « Iré a El Cairo a saludar a mi padre, a mi madre y a mis familiares» . Montaron todos en el diván y se dirigieron a El Cairo, la ciudad feliz, aterrizando en el Darb al-Asfar, porque su casa estaba en aquel barrio. Llamó a

la puerta. Su madre preguntó: « ¿Quién está en la puerta después de la pérdida de mi amado?» Contestó: « Yo soy Alá al-Din» . Sus padres bajaron y lo abrazaron.

Descansaron allí durante tres días, después de los cuales quisieron marcharse a Bagdad. El padre hijo: « ¡Hijo mío! ¡Quédate conmigo!» « No puedo vivir separado de mi hijo Aslán» , le respondió Alá al-Din. Por consiguiente, tomó consigo al padre y a la madre y viajaron hasta Bagdad.

Ahmad al-Danif se presentó ante el Califa, le dio la buena nueva de la llegada de Alá al-Din y le contó toda su historia. El Califa le salió al encuentro llevando al lado a su hijo Aslán. Se abrazaron, y el Califa mandó comparecer a Ahmad Qamaqim el ladrón. Cuando lo tuvieron delante, el Califa dijo: « ¡Alá al-Din! Véngate de tu enemigo» . Alá al-Din desenvainó la espada y de un golpe le separé la cabeza del tronco. A continuación el Califa dispuso un gran festín en honor de Alá al-Din. Después comparecieron los jueces y los testigos y formalizaron el contrato matrimonial de Husn Maryam.

Alá al-Din, al cohabitar con ella, vio que se trataba de una perla no perforada. El Califa nombró a Aslán jefe de los Sesenta y le regaló un precioso traje de honor.

Todos vivieron en la vida más dulce y cómoda hasta que llegó el destructor de la felicidad y el disgregador de las sociedades.

HISTORIAS QUE HACEN REFERENCIA A PERSONAS GENEROSAS

Hay muchas historias de este tipo y entre ellas está la de

HATIM AL-TAY[88]

SE cuenta que cuando murió Hatim al-Tay fue enterrado en la cumbre de una colina; sobre ella colocaron dos hornacinas de piedra y labraron las figuras de unas muchachas con los cabellos sueltos. Al pie del monte corría un río. Los viajeros que, llegada la noche, acampaban en él, oían gritos desde que oscurecía hasta que amanecía. Pero al llegar el día sólo encontraban a las muchachas esculpidas en piedra.

Du-l-Kura, rey de los himyar, acampó en aquel valle y pasó en él la noche, después de haber abandonado a su tribu.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Du-l-Kura] al acercarse a aquel lugar y oír el griterío, preguntó: « ¿Quién llora en la cumbre del monte?» Le contestaron: « Allí está el sepulcro de Hatim al-Tay. Sobre él hay dos hornacinas de piedra, en las que están esculpidas unas muchachas con los cabellos sueltos. Todas las noches, los que acampan en ese lugar, oyen sus lamentos y sus gritos» .

Du-l-Kura dirigióse a la tumba de Hatim al-Tay y dijo en son de burla:

—« Hatim, esta noche somos tus huéspedes y estamos hambrientos.»

Vencido por el sueño se quedó dormido, pero se despertó sobresaltado, gritando: « ¡A mí los árabes! ¡Vigilad mi camella!»

Al llegar encontraron muy inquieto al animal: lo sacrificaron, asaron su carne y se la comieron. Después le preguntaron qué le había ocurrido. Él explicó: « Dormía cuando se me apareció en sueños Hatim al-Tay. Se me acercó, espada en mano, y dijo: “Has venido en un momento en que no tengo nada”, y al decir esto desjarretó a mi camella con la espada. Si nosotros no la hubiésemos sacrificado, hubiese muerto» .

Al día siguiente por la mañana, Du-l-Kura montó en el animal de uno de sus compañeros, y éste subió a la grupa. Al mediodía vieron acercarse a un hombre sobre una montura, que llevaba por las riendas a otro animal. Le preguntaron: « ¿Quién eres?» « Soy Adi b. Hatim al-Tay. ¿Quién de vosotros es Du-l-Kura, príncipe de los himyar?» Le contestaron: « Ése es» . Él le dijo: « Monta en esta camella en sustitución de la tuya, en sustitución de la que te ha sacrificado mi padre» . « ¿Y quién te lo ha contado?» « Esta noche mi padre se me ha aparecido

en sueños y me ha dicho: “Adi: Du-l-Kura, rey de los himyar, ha invocado mi hospitalidad y he sacrificado su camella. Llévale otra para que pueda montar, pues yo no tenía nada que darle”» .

Du-l-Kura cogió la camella, admirado de la generosidad de Hatim, vivo o muerto.

HE AQUÍ OTRA HISTORIA DE GENEROSIDAD

MAAN B. ZAYDA

SE cuenta que Maan b. Zayda salió cierto día de caza y de pesca. Tuvo sed, pero su paje no le encontró agua. Mientras se encontraba en esta situación se le acercaron tres muchachas, cada una de las cuales llevaba un odre de agua.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Maan b. Zayda] les pidió de beber y solicitó de sus siervos que le diesen algo para regalárselo. Pero éstos no llevaban nada. Entonces dio a cada una de ellas diez flechas de su carcaj; cada flecha tenía la punta de oro. Una de las jóvenes dijo a sus compañeras: « Este modo de comportarse es propio únicamente de Maan b. Zayda. Cada una de vosotras debe decir algo en su honor» .

La primera recitó:

Pone como punta de sus flechas oro fino; de esta forma asaetea al enemigo con generosidad y largueza.
Así, los enfermos pueden curarse las heridas, y los que van a la tumba, comprarse sus sudarios.

La segunda dijo:

Es un guerrero de tan gran generosidad, que abraza con sus larguezas a amigos y enemigos.
Las puntas de sus flechas son de oro, para que la guerra no le impida ser magnánimo.

Y la tercera:

Es tan grande su bondad, que asaetea al enemigo con flechas cuyas puntas son de oro virgen,
con el fin de que el herido pueda atender a su curación, y el muerto, pueda comprarse el sudario.

Se cuenta también que Maan b. Zayda salió de caza con unos compañeros, y al ver que se acercaba una manada de gacelas, se dividieron en grupos para alcanzarlas. Maan se lanzó en pos de una de ellas, y cuando la hubo cogido, la degolló. Vio entonces a una persona, que se acercaba a lomos de un asno, por la campiña. Montó en su caballo, salió a su encuentro, la saludó y le dijo: « ¿De dónde vienes?» « De la tierra de Qadaa, en donde desde hace años hay sequía. Este año ha sido bueno. He sembrado cohombros y han crecido prematuramente. He separado les mejores, y voy en busca del Emir Maan b. Zayda, cuya generosidad es bien conocida y cuyos beneficios son tradicionales.» « ¿Qué esperas de él?» « Mil dinares.» « ¿Y si te dice que es mucho?» « Pues quinientos dinares.» « ¿Y si te dice que es mucho?» « Trescientos dinares.» « ¿Y si te sigue diciendo que es mucho?» « Pediré doscientos dinares.» « ¿Y si dice que es mucho?» « Cien dinares.» « ¿Y si te dice que es mucho?» « Le diré cincuenta dinares.» « ¿Y si él replica lo mismo?» « Pues treinta dinares.» « ¿Y si aún no está conforme?» « Pues meteré las cuatro patas de mi asno en la vulva de su madre y volveré al lado de mis parientes con las manos vacías.»

El emir Maan se rió de sus palabras, condujo el corcel hasta reunirse con sus soldados y se dirigió a su casa. El chambelán le dijo: « Ha venido a verte un hombre montado en un asno cargado de cohombros» . « ¡Hacedlo entrar!» Al cabo de un momento apareció aquél y el chambelán le permitió pasar. Al llegar ante el emir Maan no lo reconoció, dado su aspecto, su magnificencia y el número de criados y eunucos. Estaba sentado en el trono del reino, y los pajes se hallaban a su derecha, a su izquierda y delante. El hombre lo saludó, y el Emir le preguntó: « ¿Qué te trae aquí, hermano árabe?» « He puesto mis esperanzas en el Emir, y le traigo cohombros tempranos.» « ¿Cuánto esperas?» « Mil dinares.» « Es mucho.» « Quinientos.» « Es mucho.» « Trescientos.» « Es mucho.» « Doscientos.» « Es mucho.» « Cien.» « Es mucho.» « Cincuenta.» « Es mucho.» « Treinta.» « Es mucho.» El beduino exclamó entonces: « ¡Por Dios! ¡El hombre que me salió al encuentro en el campo era adivino! Luego, ¿no me das los treinta dinares?» Maan se rió y calló. El árabe comprendió entonces que era el mismo que había encontrado en el campo, y le dijo: « ¡Señor mío! Si no me das los treinta dinares, recuerda que tengo el asno atado a la puerta de la casa y que Maan está sentado aquí.» Maan se rió de tal forma que cayó de espaldas. Después llamó a su administrador y le dijo: « Dale mil dinares, más quinientos, más trescientos, más doscientos, más cien, más cincuenta y más treinta dinares,

y que deje el asno atado donde está.» El beduino quedó estupefacto y cobró dos mil ciento ochenta dinares. ¡Apiádese Dios de todos ellos!

HISTORIA DE UNA CIUDAD DE AL-ANDALUS, CONQUISTADA POR TARIQ B. ZIYAD

ME he enterado, ¡oh rey feliz!, de que había una ciudad llamada Toledo, capital del reino de los francos. Tenía un castillo que siempre estaba cerrado. Cada vez que moría un rey de los Rum y le sucedía otro, ponían un buen candado más, con lo que llegó a haber en la puerta veinticuatro candados, pertenecientes a otros tantos reyes. En esto subió al poder un hombre que no pertenecía a la casa real, y quiso abrir los candados para ver qué contenía aquel alcázar. Los grandes del reino trataron de evitarlo, se le opusieron y se resistieron. Pero el rey los rechazó y dijo: « He de ver qué es lo que contiene este castillo» . Le ofrecieron todas las cosas preciosas, bienes y tesoros que poseían con tal de que no lo abriese, pero él no quiso renunciar a su propósito.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que quitó los candados, abrió la puerta y encontró dentro dibujos que representaban a los árabes con sus caballos y camellos, con sus turbantes semicaídos, con las espadas al cinto y las largas lanzas en la mano. También había un pliego, que cogió y leyó. Decía: « Los árabes ocuparán este país cuando se abra esta puerta. Tienen un aspecto semejante al de estos dibujos. ¡Cuidado! ¡Mucho cuidado con abrir la puerta!»

Aquella ciudad se encontraba en al-Andalus, y la conquistó Tariq b. Ziyad aquel mismo año, bajo el califato de al-Walid b. Abd al-Malik, uno de los Omeyas. Mató a aquel rey de mala manera, saqueó su país, hizo cautivos a las mujeres y a los jóvenes que lo ocupaban y se apoderó de sus bienes como botín. Encontró grandes tesoros en la ciudad: más de ciento setenta diademas de perlas y jacintos, piedras preciosas y una sala de audiencias tan grande, que los hombres a caballo habrían podido celebrar fiestas. También halló vasos de oro y de plata, imposibles de describir, y la mesa que había pertenecido al profeta Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Según cuentan, la mesa era de esmeralda, y aún se conserva en la ciudad de Roma. Su vajilla era de oro, y sus platos, de crisolito y de gemas. Encontró asimismo el « Libro de los Salmos» , escrito con letras griegas en hojas de oro incrustadas de pedrería. Halló también un libro en el que se describían las virtudes de las piedras y de las plantas, y en el que se trataba de las ciudades, de las alquerías, de los talismanes y de la alquimia: todo ello escrito sobre oro y plata. Un tercer libro describía el arte de tallar los rubíes y las piedras preciosas, la fabricación de venenos y de la teriaca, y la figura de la tierra, de los mares, países y minas. Vio asimismo una gran sala llena de elixires —una sola dracma de éstos, transformaba mil dirhemes de plata en oro puro— y un gran espejo redondo, maravilloso, fabricado con una aleación

de metales por el profeta Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Cuando alguien miraba en él, veía perfectamente los siete climas del ecúmene. Hallaron una sala llena de jacintos bahramíes, que no pueden ni describirse. Todo esto fue llevado a al-Walid b. Abd al-Malik. Los árabes se esparcieron por todas las ciudades de al-Andalus, que constituye un magnífico país.

HISTORIA DE HISAM B. ABD AL-MALIK[89] CON EL JOVEN BEDUINO

SE cuenta también que cierto día salió de caza Hisam b. Abd al-Malik b. Marwán. Vio una gacela, y los perros salieron en su persecución. Mientras iban en pos del animal, descubrió a un joven beduino que apacentaba el ganado. Le dijo: « ¡Muchacho! ¡Tráeme esa gacela!» El joven levantó la cabeza y replicó: « ¡Ignorante! Desconoces el valor de los mejores hombres. Me has mirado con desprecio, me has hablado con altanería. Tus palabras son propias de un ser soberbio, y tus actos, los de un asno» . Hisam exclamó: « ¡Ay de ti! ¿No me conoces?» « Me han hecho conocerte tus malos modales, puesto que me has dirigido la palabra sin haberme saludado previamente.» « ¡Ay de ti! Yo soy Hisam b. Abd al-Malik.» El beduino le replicó: « ¡Que Dios no se acerque a tu país ni salude tu morada! ¡Cuánto hablar y qué poco generoso eres!» Apenas acababa de decir estas palabras cuando se vio rodeado de soldados por todas partes. Dijeron: « ¡La paz sea sobre ti, oh, Emir de los creyentes!» Hisam dijo: « Dejaos de palabras y guardad bien a ese muchacho» .

Lo detuvieron, e Hisam regresó a palacio, se sentó en la sala de audiencias y mandó que le llevasen al joven beduino. Éste, al ver el gran número de chambelanes, de visires y de magnates, no se inmutó ni preguntó quiénes eran. Avanzó con la cabeza baja, mirando dónde ponía los pies. Al llegar ante Hisam se detuvo, inclinó la cabeza hacia el suelo y no lo saludó ni le dirigió la palabra. Uno de los criados chilló: « ¡Perro beduino! ¿Qué es lo que te impide saludar al Emir de los creyentes?» El joven se volvió indignado hacia el criado y le dijo: « ¡Albarda de asno! El largo camino, el subir tantas escaleras y la falta de aliento me impiden hacerlo» . Hisam, fuera de sí, exclamó: « ¡Muchacho! ¡Ha llegado tu último día! Puedes perder toda esperanza, pues tu vida ha terminado» . « ¡Por Dios, Hisam! Si mi fin se retrasase y mi plazo de vida no se acortara, tus palabras no me causarían ni poca ni mucha inquietud.» El chambelán intervino: « ¡Oh, el más infame de los beduinos! ¿Cómo te atreves a hablar de tú a tú con el Emir de los creyentes?» Él replicó: « ¡Ojalá te quedes ahora mismo paralítico y no escapes jamás ni a la desgracia ni a la estupidez! ¿Es que Dios (¡ensalzado sea!) no ha dicho: “Llegará un día en que cada alma se defenderá a sí misma”?» [90] Esto hizo subir la cólera de Hisam, quien gritó: « ¡Verdugo! ¡Tráeme la cabeza de ese muchacho que tanto habla y que no teme a la desgracia!» El joven fue colocado sobre el tapiz de las ejecuciones, y el verdugo desenvainó la espada y preguntó: « ¡Emir de los creyentes! Éste es uno de tus siervos descarriados que se dirige hacia la tumba. Si le corto la cabeza, ¿quedaré libre de toda responsabilidad?» « ¡Sí!» El verdugo preguntó lo mismo por segunda vez y recibió idéntica respuesta. Repitió la pregunta una vez más, y el muchacho comprendió que si el Califa contestaba lo mismo lo mataría sin remedio. Se echó a reír a carcajada limpia, enseñando los molares. Hisam explotó: « ¡Muchacho! Pero, ¿estás loco? ¿No te das cuenta de que te vas de este mundo? ¿Cómo te ríes

burlándote de ti mismo?» « Emir de los creyentes: si mi vida debe continuar, nadie, grande o pequeño, puede causarme daño. Pero ahora recuerdo unos versos: óyelos, pues no puedo escapar a la muerte.» « Abrevia y dilos» , ordenó el Califa. El muchacho recitó:

> Se me ha contado que cierta vez el halcón apoderóse de un pájaro que el destino le había entregado.
> El gorrión, que estaba sujeto por sus garras, mientras el halcón volaba decía:
> « Yo no soy quién para saciar el hambre de un ser como tú. Si tú me devoras, yo constituiré un escaso bocado.»
> El halcón, satisfecho de sí mismo, sonrió, y el gorrión pudo marcharse.

Hisam sonrió y exclamó: « ¡Por el parentesco que tengo con el enviado de Dios! (¡Él lo bendiga y le salve!). Si antes hubieses pronunciado estas palabras y me hubieses pedido cualquier cosa, excluyendo el califato, te la habría concedido. ¡Criado! Llénale la boca de gemas, y hazle un buen regalo» .

El criado le dio un magnífico presente, y el muchacho lo tomó y siguió su camino.

HISTORIA DE IBRAHIM AL-MAHDI Y AL-MAMÚN

ENTRE las historias más hermosas figura la de Ibrahim b. al-Mahdi, hermano de Harún al-Rasid. Cuando al-Mamún, su sobrino, se hizo cargo del Califato, él no lo reconoció. Al contrario: se fue a Rayy y reivindicó este título. Así transcurrió un año, once meses y doce días. Al-Mamún, su sobrino, esperaba que volviese a su obediencia, a seguir el camino de la comunidad. Pero al fin, desesperando de conseguirlo, montó a caballo y, con sus jinetes e infantes, se dirigió hacia Rayy. Ibrahim, al enterarse de la noticia, no pudo hacer más que correr a Bagdad y esconderse temiendo perder la vida. Al-Mamún prometió entregar cien mil dinares a quien le diese una pista. Ibrahim refiere: « Cuando me enteré de esta oferta, temí por mi vida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibrahim prosiguió]: « … y me quedé sin saber qué hacer; salí de mi casa al mediodía sin saber adónde dirigirme. Entré en una calle sin salida y vi al principio de la misma a un barbero que estaba de pie en la puerta de su casa. Me acerqué a él y le dije: "¿Tienes algún sitio en el que pueda ocultarme un poco?" "Sí." Abrió la puerta y me metió en una casa limpia. Luego me encerró y se fue. Creyéndolo enterado de la recompensa, me dije: "Habrá salido a denunciarme". Me quedé echando chispas, como si fuera un caldero sobre ascuas, meditando en mi situación. En esto regresó el barbero, acompañado por un faquín, que traía todo lo necesario. Me habló así: "Daré mi vida por ti. Yo soy uno de los que aplican ventosas, y sé que te repugno por mi oficio: aquí tienes estas ropas, que no han tocado mis manos"» . Ibrahim prosigue:

« Yo necesitaba comer, y me hice un caldero como jamás he comido otro igual. Cuando hube terminado, me dijo: "Yo no puedo dirigirte la palabra, pero si tú quieres honrar a tu esclavo, tienes mejor opinión". Yo le dije, creyendo que no me había reconocido: "¿De dónde sacas que yo soy un buen contertulio?" "¡Gloria a Dios! Nuestro señor es bien conocido. Tú eres Ibrahim b. al-Mahdi, aquel por el cual al-Mamún ha ofrecido cien mil dinares a quien lo denuncie." Estas palabras lo hicieron crecerse ante mis ojos, puesto que me mostraba su valor. Quise complacerlo en su deseo, y acordándome de mis hijos y de mi familia, empecé a recitar:

Es posible que Aquel que condujo a José junto a su familia, que lo ennobleció en la cárcel mientras era un preso,
escuche nuestra súplica y nos reúna con los seres amados. Dios, el señor

de los mundos, es todopoderoso.

» Al oír esto exclamó él: “¡Señor mío! ¿Me permites que recite lo que te pasa por la mente?” “¡Hazlo!” Recitó estos versos:

Nos quejamos a nuestros amigos de lo largo de la noche. Nos dijeron: “¡Cuán breve es para nosotros!”
Esto es porque el sueño cierra rápidamente nuestros ojos, mas no penetra en el fondo del corazón.
La caída de la noche molesta al enamorado; en cambio, ellos se alegran cuando se acerca.
Si ellos hubiesen sufrido lo mismo que nosotros, también permanecerían tendidos en el lecho insomnes.

» Yo le dije: “Me has mostrado una gran bondad, y has apartado de mí la pena y la aflicción. Recita algo agradable”. Recitó estos versos:

Nos reprocha lo escaso de nuestro número, pero le digo: “¡Pocos son los generosos!”
¿Qué de malo tiene el que seamos pocos si nuestro protegido es noble? Los protegidos de casi toda la gente son viles.
Somos una gente que no considera deshonra el ser asesinada, aunque piensen lo mismo los amir y los salul.[91]
El amor a la muerte nos aproxima al fin; quienes le tienen repugnancia, viven muchos años.
Si queremos, reprobamos las palabras de la gente, pero nadie niega nuestras palabras cuando hablamos.

» Al oír estos versos me admiré mucho y quedé satisfecho en extremo. Llevaba conmigo una bolsa llena de dinares, y se la entregué diciendo: “Te recomiendo a Dios y me marcho. Gasta de esta bolsa para atender a tus necesidades. Te daré una recompensa mayor cuando esté libre del miedo”. Él me devolvió la bolsa: “¡Señor mío! Los pobres como yo no son apreciados por la gente de vuestro rango; pero considerando mi valor, ¿cómo he de aceptar un pago por el hecho de que el destino te haya traído y te haya hospedado en mi casa? ¡Por Dios! ¡Si repites estas palabras y me arrojas otra vez la bolsa, me mataré!”»

Ibrahim refiere: « Me metí la bolsa en la manga, por más que me pesase el llevármela…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibrahim prosiguió] « … y me marché. Al llegar a la puerta de la casa me dijo: "¡Señor! Aquí estarás mejor escondido que en ninguna otra parte. A mí no me pesa el mantenerte. Quédate en mi casa hasta que Dios te libere". Le repliqué: "A condición de que tú gastes de esta bolsa". Él me hizo creer entonces que aceptaba. Permanecí con él unos días, y comprobé que no utilizó ni un céntimo de la bolsa. Después me disfracé de mujer, con babuchas y velo, y salí de su casa. Ya en el camino fui presa de un gran miedo y me dirigí hacia el puente para atravesarlo. Al cruzar por un lugar mojado, me descubrió un soldado que había estado a mi servicio; al reconocerme, gritó: "¡Éste es el que busca al-Mamún!", y se colgó de mí. De un empujón lo rechacé, y él y el caballo fueron a parar al barro, haciendo en ellos un escarmiento para quien medita. Las gentes corrieron hacia él, mientras yo apretaba el paso: crucé el puente, me metí en una calle y vi la puerta de una casa y una mujer de pie en su vestíbulo. Dije: "¡Señora mía! ¡Sálvame la vida! Soy un hombre atemorizado". Me contestó: "No te ocurrirá ningún daño". Me llevó a una buhardilla, me extendió un colchón, me dio de comer y me dijo: "Tranquilízate". Mientras ocurría esto llamaron fuertemente a la puerta. Ella fue a abrir, y apareció el soldado que yo había tirado en el puente. Venía descalabrado, sin caballo, y la sangre le corría por los vestidos. La mujer le preguntó: "¿Qué te ha pasado?" "Conseguí apoderarme del perseguido, pero se me ha escapado." Y ella sacó una venda quemada, le vendó la cabeza, le preparó la cama y el herido se quedó dormido. Luego la mujer subió a mi lado y me dijo: "Creo que tú eres el hombre que buscan". "Sí." "No te ocurrirá nada malo." Renovó su generosidad para conmigo, y permanecí en su casa tres días. Después me dijo: "Quizá te ocurra lo que temes si ese hombre te descubre. ¡Sálvate!"

» Le pedí que tuviese paciencia hasta la caída de la tarde, y aceptó. Llegada la noche, me vestí de mujer, salí de su casa y me dirigí a la de una cliente. Al verme ésta, lloró, se lamentó y loó a Dios (¡ensalzado sea!) porque me había salvado. Salió como si fuese al mercado a comprar las cosas necesarias para hacerme los honores, pero un momento después apareció Ibrahim al-Mawsulí, que venía acompañado por sus pajes y sus soldados. Una mujer los precedía. Me fijé en ella y reconocí a mi cliente, la dueña de la casa en la que me encontraba. Me entregó a ellos, y fui llevado, disfrazado como estaba, a la presencia de al-Mamún. Éste reunió una asamblea general y me hizo comparecer ante él. Al entrar le dije: "La paz sea sobre ti, Califa". "¡Que Dios no te dé reposo y te quite la vida!" "Como tú quieras, Emir de los creyentes. Tú eres quien dispone las cosas: puedes escoger entre el castigo y el perdón; pero el perdón está más cerca

de la piedad. Dios ha puesto tu perdón por encima de todo perdón, al igual que ha puesto mi culpa por encima de toda culpa. ¡Emir de los creyentes! Si castigas, ejercitas tu derecho; si perdonas, practicas la virtud.” Luego recité estos versos:

He cometido una gran falta contra ti; pero tú eres más grande aún.
Primero ejercita tu derecho; después, bórralo con tu clemencia.
Sé tú generoso, ya que yo no he sabido serlo con mis actos.»

Refiere Ibrahim: « Al-Mamún levantó hacia mí la cabeza, y yo me apresuré a recitar estos versos:

Cometí una falta grave, pero tú puedes perdonarla.
Si perdonas, ejercitas la gracia; si castigas, haces justicia.

» Al-Mamún bajó la cabeza y recitó estos versos:

Cuando un amigo me enfada y me atosiga haciéndome tragar saliva,
le perdono sus faltas y le dispenso por temor de pasar toda la vida sin un amigo.

» Al oír estas palabras respiré el perfume de la gracia. Volviéndose a su primo, a su hermano Abu Ishaq y a todos los cortesanos presentes, les preguntó: “¿Qué pensáis de su asunto?” Todos le aconsejaron que me matase, aunque discrepaban en la forma en que debía hacerse. Al-Mamún preguntó a Ahmad b. Jalid: “¿Qué dices, Ahmad?” “¡Emir de los creyentes! Si lo matas, nos encontraremos con que alguna persona de tu rango habrá matado a otra de su misma estirpe; si lo perdonas, no encontraremos a ninguna persona de tu rango que haya hecho gracia a un pariente.”»

Dunyazad le dijo a su hermana Sahrazad:

—¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El rey se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Ibrahim prosigue: « Al oír decir a Ahmad b. Jalid estas palabras el Emir de los creyentes inclinó entonces la cabeza

y recitó:

Mi clan ha sido el que ha matado a mi contríbulo Umaim. Si hubiese tirado mis flechas, también me acusarían a mí.

» Recitó también estas palabras del poeta:

Sé indulgente con tu hermano si mezcla los aciertos con las faltas.
Favorécelo, tanto si agradece los beneficios como si no los reconoce.
Abstente de censurarlo si un día se desvía o se porta mal.
¿No ves que aquel a quien amas y al que odias se presentan a la vez?
¿No sabes que las dulzuras de una larga vida disminuyen por el dolor de las canas?
¿Que la rosa aparece en medio de las ramas, junto a los frutos que hay que recoger?
¿Quién es el que nunca ha obrado mal? ¿Quién es el que es todo virtud?
Si observas a los hijos del siglo, verás que en su mayoría son pecadores.

» Al oír estas palabras me quité el velo que me cubría la cabeza y exclamé: "¡Dios es el más grande! ¡Dios te perdone, Emir de los creyentes!" "¡Tío! No te ha de ocurrir ningún daño." "Emir de los creyentes: mi falta es grave para que yo intente disculparme; tu perdón es tan grande que no puedo agradecerlo con palabras." Con su misma melodía, recité estos versos:

Aquel que creó las buenas acciones, las escondió entre los costados de Adán para que las heredase el séptimo imam.[92]
Has llenado de respeto el corazón de la gente, y todos te custodian con el corazón humilde.
No me he rebelado contra ti trastornado por el desvarío; la causa ha sido la ambición.
Me has perdonado cuando hasta hoy ninguno de los de mi rango había encontrado perdón, y lo has hecho sin que nadie intercediera por mí.
Te has apiadado de mis hijos, que son como polluelos de *qata*[93], y has tenido compasión de una madre de corazón tierno.

» Al-Mamún dijo: "Te digo, imitando a José, nuestro señor (¡Dios bendiga y salve a nuestro Profeta y a él!): '¡No se os hace hoy ningún reproche! Dios os perdonará, pues Él es el más misericordioso de los misericordiosos'.[94] Te devuelvo tus riquezas y tus fincas, tío. Nada malo ha de ocurrirte". Yo dirigí a Dios por él mis mejores preces, y recité estos versos:

Me has devuelto mis bienes, no me has privado de ellos. Pero antes de hacerlo, has evitado el derramar mi sangre.

Si diese toda mi sangre, todas mis riquezas y me quitase las sandalias de mis pies para obtener tu satisfacción,

no haría sino devolverte un objeto prestado, un objeto que, aunque no lo hubieses prestado, no serías culpable.

Si yo desconociese los beneficios que me has hecho, sería más merecedor del vituperio que tú del elogio.

» Al-Mamún me honró, me hizo favores y me dijo: "¡Tío! Abu Ishaq y al-Abbas me habían aconsejado que te matase". Le repliqué: "Abu Ishaq y al-Abbas te dieron un buen consejo, Emir de los creyentes. Pero tú has obrado de un modo que te es familiar: has rechazado lo que yo temía, y has hecho lo que yo esperaba". "He apagado mi enfado al darte la vida, y ya estás perdonado sin que tengas que agradecer la mediación de intercesores." Luego al-Mamún se prosternó largo rato y estuvo rezando. Después levantó la cabeza y me dijo: "¡Tío! ¿Sabes por qué me he prosternado?" "Tal vez para agradecer a Dios la victoria que te ha concedido sobre tu enemigo." "Nada de eso. Para dar gracias a Dios por haber hecho que te perdonara."»

Ibrahim prosigue:

« Yo le expliqué cómo habían sucedido las cosas y lo que me había pasado con el barbero, el soldado y su esposa y con mi cliente, aquella que me había denunciado. Al-Mamún mandó comparecer a la cliente, que estaba en su casa en espera de que le enviasen el premio. Cuando estuvo ante el Califa, éste le preguntó: "¿Qué te ha inducido a hacer lo que has hecho con tu señor?" "La ambición del dinero." "¿Tienes hijos o marido?" "No." El soberano ordenó que le diesen cien latigazos y la condenó a cadena perpetua. Después mandó comparecer al soldado, a la mujer de éste y al barbero. Preguntó al soldado por qué había hecho aquello, y él contestó: "La ambición del dinero". Al-Mamún le dijo: "Es necesario que te hagas barbero", y mandó que lo metiesen en la tienda de un barbero para que aprendiese el oficio. Honró a la mujer del soldado y la introdujo en palacio, diciendo: "Es una mujer inteligente, apropiada para tratar asuntos de importancia". Finalmente, dijo al barbero: "Tu valor se ha hecho tan patente, que voy a honrarte como a nadie". Mandó que le entregasen la casa del soldado, y además le entregó quince mil dinares.»

HISTORIA DE ABD ALLAH B. ABI QULABA, E IRAM DE LAS COLUMNAS

SE cuenta que Abd Allah b. abi Qulaba salió en busca de un camello que se le había perdido. Para ello recorrió las tierras desérticas del Yemen y la comarca de Saba. De improviso llegó a una enorme ciudad, rodeada de grandes fortines, y, en torno a éstos, altísimos palacios que se encaramaban por el aire. Al acercarse a ella pensó que quizás estaría poblada por gentes a las que podría preguntar por su camello. Se acercó pero en cuanto llegó vio que estaba desierta, que no había ni un alma en ella. Refiere:

« Me apeé de mi camella…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió]: « … la até y, tranquilizándome, entré en la ciudad. Me acerqué a un castillo que tenía dos grandes puertas, de un tamaño y altura tales como jamás había visto. Ambas estaban incrustadas de toda clase de joyas y jacintos, de gemas blancas, rojas, amarillas y verdes. Al darme cuenta de esto me admiré en grado sumo. Quedé maravillado de la grandeza del espectáculo. Entré en la ciudadela con miedo, con el corazón cohibido. Observé que era tan larga y tan ancha como la ciudad de Medina. Encerraba altísimos palacios, en cada uno de los cuales había varias habitaciones, todas ellas eran de oro y de plata; estaban incrustadas de jacinto, crisolita, perlas y joyas de los más variados colores. Los batientes de sus puertas eran tan hermosos como los de la ciudadela; las baldosas eran grandes perlas y guijarros de almizcle, ámbar y azafrán. Llegué al interior de la ciudad sin encontrar ni una criatura descendiente de Adán; estaba medio muerto de miedo. Luego me puse a observar desde las habitaciones y palacios más altos: vi que los ríos corrían a sus pies, que en las calles crecían árboles frutales y altísimas palmeras; que sus edificios tenían ladrillos de oro y de plata. Me dije: “No cabe duda de que esto es el Paraíso que se nos ha prometido para la ultima vida”. Cargué de todo lo que pude de las joyas como guijarros y del almizcle que constituía su polvo, y regresé a mi país, en donde expliqué a la gente lo que me había ocurrido. Al enterarse de ello, Muawiya b. abi Sufyán, que entonces era gobernador del Hichaz, escribió a su lugarteniente en Sana del Yemen: “Manda comparecer a ese hombre e interrógalo acerca de la verdad de ese asunto”. Me hizo presentar ante él y me pidió detalles de lo que me había sucedido. Yo le conté todo. Le conté lo que había visto y él me envió a Muawiya, a quien expliqué otra vez el asunto. Muawiya no quiso creerme, y yo le mostré parte de las perlas y de las nueces de ámbar, almizcle y azafrán; éstos aún despedían algo de perfume, mas las perlas habíanse vuelto amarillas, habían cambiado de color.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Muawiya b. abi Sufyán se maravilló mucho al ver que Abi Qulaba tenía perlas y grumos de almizcle y de ámbar. Mandó llamar a Kaab al-Ahbar, y éste le preguntó: « ¿Qué ocurre, Emir de los creyentes?» « ¿Sabes dónde se encuentra una ciudad construida de oro y plata, cuyas columnas son de jacintos y crisolita y cuyos guijarros son perlas y nueces de almizcle, ámbar y azafrán?» « ¡Sí, Emir de los creyentes! Es Iram la de las Columnas[95]. En ningún país hay otra ciudad igual. La construyó Saddad b. Ad, el Grande.» Muawiya pidió: « Cuéntanos lo que sepas de su historia» . Kaab al-Ahbar refirió: « Ad el Grande tenía dos hijos: Sadid y Saddad. Cuando murió su padre —rey del país—, le sucedieron ambos conjuntamente. Todos los reyes de la tierra les estaban sometidos. Sadid b. Ad murió, y su hermano Saddad gobernó, solo, todo el Planeta. Era aficionado a los libros antiguos, y cuando leyó la descripción de la última vida y del Paraíso y se enteró de los alcázares, habitaciones, árboles, frutos y demás detalles que éste contenía, sintió deseos de construir un paraíso terrestre que tuviera el mismo aspecto que el descrito. Le estaban sometidos cien mil reyes, cada uno de los cuales tenía cien mil vasallos, y cada vasallo disponía de cien mil soldados. Mandó que todos comparecieran ante él y les dijo: “En los libros y en las crónicas antiguas he leído la descripción del Paraíso de ultratumba. Yo quiero construir uno igual en esta vida. Partid al lugar deshabitado más amplio de este mundo, y construidme una ciudad de oro y de plata; haced que sus guijarros sean de crisolita, jacintos y perlas; colocad, como sostén de sus bóvedas, columnas de topacio; llenad de palacios la ciudad y poned habitaciones encima de cada uno de ellos. Al pie de los palacios, en las callejas y en las calles, plantad árboles de todas las clases que den los frutos en sazón, y haced que los arroyuelos corran a sus pies por cauces de oro y plata”. Todos a la vez exclamaron: “¿Cómo podremos hacer eso? ¿Dónde encontraremos los topacios, jacintos y perlas que nos has mencionado?” “¿Es que no sabéis —replicó Saddad— que los reyes de este mundo me deben sumisión, que están en mi mano y que ninguno de ellos puede desobedecerme?” “Sí, lo sabemos.” “Pues id a los yacimientos de topacio, jacintos…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Saddad prosiguió]: « “…perlas, oro y plata, explotadlos y reunid todo lo que se encuentre en la Tierra; no economicéis esfuerzos. Tomad, asimismo, todos los objetos de este género que se

encuentren en manos de la gente. No olvidéis ni dejéis nada. ¡Guardaos de desobedecer!” Luego escribió una carta a cada uno de los reyes de la Tierra, mandándoles que se incautaran de todas las joyas que tuviesen sus súbditos, que fuesen a los yacimientos de piedras preciosas, que los explotasen y que bajasen al fondo del mar. Durante veinte años estuvieron reuniendo estos objetos. El número de reyes que tenían señorío sobre la tierra era de trescientos sesenta. Después, Saddad llamó a los ingenieros, a los sabios, a los obreros y a los artífices de todos los países y de todas las comarcas. Éstos se dispersaron por los campos, por los desiertos y las regiones hasta encontrar un lugar deshabitado, amplio, limpio, sin colinas ni montes, en el que había fuentes y corrían los arroyuelos. Dijeron: “Ésta es la tierra que el rey nos ha descrito y que nos ha mandado encontrar”. Se esforzaron en construir los edificios que les había ordenado el rey Saddad, señor de la Tierra en toda su longitud y anchura. Excavaron los canales para los ríos, echaron los cimientos según se les había ordenado, y los reyes de todos los países les enviaron aljófares, gemas, grandes y pequeñas perlas, rubíes, oro y plata puros. Los camellos cruzaron las tierras y los desiertos, y los buques más grandes atravesaron el mar transportando esas riquezas que son imposibles de describir, de enumerar o de imaginar. Los trabajos duraron trescientos años. Una vez concluidos se presentaron al rey y lo informaron de que habían terminado. Él les dijo entonces: “Marchad y colocad encima de la ciudad una ciudadela bien fuerte, alta, elevada. Disponed alrededor de la misma mil pabellones, y debajo de cada uno de ellos, mil banderas, para que en cada uno viva un visir”. Se fueron al momento, y tardaron en hacerlo veinte años. Regresaron de nuevo ante Saddad y le informaron de que habían dado fin a sus deseos. El soberano mandó a sus visires, que eran mil, a sus íntimos, a sus soldados de confianza y a otras personas, que se prepararan para emprender el viaje, para trasladarse a Iram la de las Columnas, en pos del rey del mundo, Saddad b. Ad. Dio la misma orden a sus mujeres, a sus concubinas, a los esclavos y a los criados. Tardaron veinte años en preparar lo necesario, y entonces el rey, contento…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Kaab al-Ahbar prosiguió]: « … por haber conseguido su fin, se puso en camino con su séquito. Le faltaba una sola etapa para llegar a Iram la de las Columnas, cuando Dios envió contra él y sus compañeros, por su incredulidad perversa, un grito de los cielos, nacido de su poder, que los aniquiló a todos con gran estrépito. Ni Saddad ni ninguno de sus acompañantes llegó a la ciudad ni alcanzó a verla. Dios borró los caminos que a ella conducen, por lo que permanece intacta, en su sitio, en espera del día de la

Resurrección.»

Muawiya quedó estupefacto al oír aquello y preguntó a Kaab al-Ahbar:

« ¿Ha llegado algún ser humano hasta ella?» « Sí: uno de los compañeros de Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), y seguramente del mismo modo que ese hombre que está ahí sentado, sin duda y sin vacilación.»

Refiere al-Sabi: « Se cuenta, según lo que explican los sabios de Himyar y del Yemen, que cuando el grito aniquiló a Saddad y a sus acompañantes, subió al trono su hijo, Saddad el Pequeño, hijo de Saddad el Grande. Éste lo había nombrada su sucesor en el trono del Hadramaut y de Saba, antes de trasladarse con su séquito y soldados a Iram la de las Columnas. Al enterarse de que su progenitor había muerto en el camino sin llegar a la ciudad de Iram, ordenó que trasladasen su cuerpo desde aquellas estepas hasta el Hadramaut, y que abriesen la fosa en una caverna. Cuando estuvo excavada la fosa le metió en ella sentado en su trono de oro, con setenta túnicas tejidas en oro e incrustadas con las más preciosas gemas. En la lápida de oro hizo escribir estos versos:

¡Oh, tú, que te ilusionas pensando en tu larga vida! ¡Medita!
Yo soy Saddad b. Ad, señor del castillo más fuerte.
Poderoso, fuerte, valiente.
Toda la gente de la tierra me obedecía y temía mi poder y mi fuerza.
Goberné el Oriente y el Occidente con mano dura.
Nos llamó al buen camino quien trajo la buena misión.
Pero le desobedecimos y le dijimos: "¿Hay escapatoria al castigo?"
Un grito nos alcanzó desde el horizonte más remoto, y nos derribó como simiente segada en medio de la llanura.
Esperamos, debajo de las capas de polvo, el día del castigo» .

Al-Talabi refiere: « Dos hombres entraron en aquella cueva y encontraron unos escalones. Bajaron por ellos y se hallaron ante una fosa de cien codos de largo, cuarenta de ancho y cien de altura. En el centro había un trono de oro en el que estaba sentado un hombre de grandes dimensiones, que ocupaba lodo lo ancho y lo largo del trono. Llevaba joyas y túnicas tejidas en oro y plata, y sobre su cabeza había una lápida de oro con una inscripción. Los hombres cogieron la lápida y se la llevaron, junto con todas las barras de oro, plata y demás objetos de valor que pudieron cargar» .

ISHAQ AL-MAWSULÍ Y EL MATRIMONIO DE AL-MAMÚN CON JADICHA, HIJA DE AL-HASÁN B. SAHL

SE cuenta que Ishaq al-Mawsulí[96] refiere: « Una noche salí de la tertulia de al-Mamún y me dirigí a mi casa. Tenía ganas de orinar, y me detuve en medio de una calleja por temor de que me cayese algo encima si me ponía en cuclillas al lado de la pared. Vi que había algo colgado de aquella casa. Lo palpé para comprobar lo que era y advertí que era un gran cesto con cuatro asas, recubierto de brocado. Me dije: "He de averiguar qué significa esto". Me quedé perplejo, y la embriaguez hizo que me sentase en el cesto. Los dueños de la casa me subieron, creyendo que yo era el que esperaban. Levantaron el cesto hasta lo más alto de la pared, y me encontré con cuatro jóvenes, que me dijeron: "¡Sal y sé bien venido!" Una esclava me precedió con una vela, conduciéndome a un departamento cuyos salones estaban cubiertos por tapices. Sólo había visto algo parecido en el palacio del Califa. Tras brevísima espera se levantaron las cortinas que cubrían un rincón de la pared, y se me acercó un grupo de jóvenes que llevaban candelas e incensarios, en los que se quemaba madera de cardamomo. Entre ellas había una muchacha que parecía la luna cuando aparece por el horizonte. Dijo: "¡Bien venido seas, visitante!" Me hizo sentar y me preguntó por mi historia. Yo hablé así: "Acabo de despedirme de casa de unos amigos, y me he perdido a causa de lo avanzado de la hora; en el camino sentí ganas de orinar y me metí en este callejón: he encontrado un cesto colgando, el vino me ha hecho sentarme en él, e inmediatamente se me ha subido a esta casa. Esto es lo que a mí se refiere". "No te sucederá nada malo, y tengo la esperanza de que loarás las consecuencias de tu acción. ¿Cuál es tu oficio?" "Soy mercader en el zoco de Basora." "¿Sabrías recitarme algunos versos?" "Muy pocos." "Haz memoria y recítanos algo." Le repliqué: "Tu huésped es tímido: empieza tú." "Tienes razón." Ella recitó entonces unos sentidos versos de poetas antiguos y modernos, los mejores de todos. Yo escuchaba sin saber qué era lo más admirable: si su belleza y hermosura, o lo perfecto de su declamación. Al acabar, dijo: "¿Qué? ¿Se te ha pasado la timidez?" "¡Sí, por Dios!" "Pues si quieres, recítanos algo." Yo le declamé una serie de versos antiguos. Le gustaron y dijo: "¡Por Dios! ¡No sabía que el zoco diese criaturas como ésta!" Después mandó que trajesen de comer.»

Dunyazad le dijo a su hermana:

—¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ishaq al-Mawsulí prosiguió]: « Nos sirvieron, y ella me hizo los honores. En la sala había arrayanes de todas las especies y las más exóticas frutas, que sólo se ven en los palacios de los reyes. Luego pidió las bebidas y sorbí una copa; ella me sirvió otra y me dijo: "Ha llegado el momento de conversar y explicar cosas". Entonces me dediqué a hablar con ella: "Me he enterado de esto y esto…", o bien: "Érase un hombre que se llamaba fulano…" Así le expliqué algunos cuentos muy hermosos. Ella me dijo: "Me maravilla ver cómo un comerciante puede saber cuentos tan bonitos como éstos, que son verdaderas historias de reyes". "Tenía un vecino que conversaba con los reyes, que era contertulio de éstos. En todos los momentos libres visitaba su casa, y él me contó lo que ahora has oído." "¡Por vida mía! Tienes buena memoria." Seguimos conversando, y cada vez que yo me callaba, ella reanudaba la charla. Así pasamos la mayor parte de la noche, mientras el pebetero exhalaba el aroma de cardamomo. Yo me encontraba en tal estado, que si al-Mamún lo hubiese visto, habría volado al lado de aquélla muchacha. Me dijo: "Eres uno de los hombres más finos y agradables, puesto que tienes una cultura portentosa. Sólo te falta una cosa". "¿Cuál?" "El saber cantar los versos con el laúd." "Hace tiempo había sido aficionado a esto, pero como no tuve suerte lo dejé. Pero siempre he tenido inclinación a ello, y me gustaría oír algo agradable para completar la noche." "¿Insinúas que deben traer un laúd?" "Tú lo has dicho. Compláceme en esto."

» Mandó traer un laúd y cantó con una voz como nunca había oído otra más hermosa dado lo perfecto de la técnica, la habilidad en el tañer y el arte insuperable. Me dijo: "¿Sabes de quién es la música y la letra?" "No." "Los versos son de fulano, y la música, de Ishaq." Exclamé: "¡Ishaq! ¡Ojalá yo te sirva de rescate por tan buenas cualidades!" Ella gritó: "¡Bravo, bravo! Ishaq es capaz de hacer esto". "¡Gloria a Dios, que ha concedido a ese hombre lo que no ha concedido a nadie más!" "¿Y qué dirás después de esta otra canción?" Así seguimos hasta que despuntó la aurora. Entonces se le acercó una vieja, que parecía ser su nodriza, y le dijo: "Ha llegado el momento". Ella se puso de pie y me dijo: "Calla lo que hemos hecho, pues estas reuniones son secretas".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ishaq al-Mawsulí prosiguió]: « Le contesté: "¡Ojalá yo sea tu rescate! No necesitaba esta recomendación". Me despedí, y ella ordenó a la esclava que me acompañase a la puerta de la casa. La abrió, salí, me dirigí a mi domicilio, recé la oración de la mañana y me acosté.

» Vino a buscarme un mensajero de al-Mamún, fui a reunirme con éste y pasamos juntos el día. Llegada la noche, y acordándome de lo que me había

sucedido el día anterior, me marché, pues sólo un ignorante se hubiese abstenido. Me dirigí al cesto, me senté en él y me subieron lo mismo que la víspera. La joven me dijo: "¿Ya has vuelto?" "¡Creía haber tardado tanto!" Lo mismo que la noche anterior, empezamos a contarnos cosas, a hablar, a recitarnos versos y cuentos, y así llegó la aurora. Me marché a mi casa, recé la oración de la mañana y me dormí. Un mensajero de al-Mamún vino a buscarme, me fui con él, pasé el día con el Califa y, al atardecer, el Emir de los creyentes me dijo: "¡Te conjuro a que te quedes sentado aquí hasta que vuelva de resolver un asunto!" Una vez se hubo marchado el soberano, empezó a tentarme el recuerdo de la aventura de los días anteriores. Despreciando el castigo que pudiera imponerme el Emir de los creyentes, di un salto y salí corriendo en busca del cesto, me senté en él y me subieron. La joven me dijo: "¿Te has vuelto nuestro fiel amigo?" "Sí, por Dios." "¿Has establecido tu domicilio en nuestra casa?" "¡Ojalá yo te sirva de rescate! El derecho de la hospitalidad dura tres días. Si vuelvo después, te será lícito verter mi sangre." Nos sentamos, y pasamos el rato como de costumbre. Cuando llegó la hora, comprendí que al-Mamún me interrogaría y me pediría que le explicara lo sucedido. Le dije: "Veo que te gusta el canto. Tengo un primo que tiene la casa más bonita que yo, mayor rango y cultura, y que, entre todas las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!), es quien mejor conoce a Ishaq." "¿Eres mi pícaro para hacerme tal propuesta?" "Tú juzgarás." "Si tu primo es tal como lo describes, no me molestará conocerlo." Llegada la hora, me levanté y me dirigí a mi casa. Acababa de llegar cuando los mensajeros de al-Mamún cayeron sobre mí y me llevaron a rastras…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ishaq prosiguió]: « … ante él. Lo encontré sentado en el trono, enfadado conmigo. Me dijo: "Ishaq, ¿has dejado de obedecerme?" "No, por Dios, Emir de los creyentes." "¿Qué tienes que contar? ¡Di la verdad!" "Sí, pero a solas." Hizo un gesto a los que estaban presentes, y éstos se marcharon. Yo le conté lo sucedido, y añadí: "Le he prometido que te llevaría a su presencia." "Has hecho bien", me replicó. Pasamos el día en distracciones, pero el Califa estaba pendiente de aquella mujer. Apenas llegó la hora salimos, y yo le recomendé: "Evita el llamarme por mi nombre delante de ella. Yo, por mi parte, estaré a tus órdenes". Quedamos de acuerdo, y anduvimos hasta llegar al sitio en que estaba el cesto, mejor dicho, los cestos, pues había dos. Nos sentamos y nos subieron hasta el lugar consabido. La joven se acercó y nos saludó. Al-Mamán, al verla, quedó conmovido ante tanta hermosura y belleza. Empezó a contarnos historias y nos recitó versos. Después mandó servir vino y bebimos. Ella estaba enfrente del Califa, satisfecha de éste, el cual, a su vez, le

correspondía. Tomó el laúd, cantó algunas melodías y después preguntó: "¿Tu primo también es comerciante?", y señaló a al-Mamún. "Sí." "¡Pues os parecéis mucho!" "¡Naturalmente!", contesté. Al-Mamún, después de beber tres *ratl*, se alegró, se emocionó y gritó: "¡Ishaq!" "Aquí estoy, Emir de los creyentes", contesté. Me ordenó: "¡Canta tal tonadilla!" La muchacha, al enterarse de que era el Califa, se marchó a otra habitación y se metió en ella. Cuando terminé de cantar, me dijo: "Entérate de quién es el dueño de esta casa". Apareció en seguida una vieja, que contestó: "Pertenece a al-Hasán b. Sahl". El Califa ordenó: "¡Que me lo traigan!" La vieja se ausentó un instante, y al-Hasán acudió. Al-Mamún preguntó: "¿Tienes una hija?" "Sí." "¿Cómo se llama?" "Jadicha." "¿Está casada?" "¡No, por Dios!" "Pues yo te la pido por esposa." "Es tu esclava y está a tu disposición, Emir de los creyentes." "Me casaré con ella y le daré como dote treinta mil dinares, que te serán entregados en la mañana de este mismo día. Una vez hayas recibido la dote, entrégame la esposa para la próxima noche." "Oír es obedecer", contestó el padre.

» Salimos, y el Califa me dijo: "¡Ishaq! No cuentes esta historia a nadie". Por eso la he ocultado hasta la muerte de al-Mamún. Nadie ha experimentado las emociones que yo pasé en aquellos cuatro días en que era contertulio de al-Mamún durante el día, y de Jadicha durante la noche, ¡Por Dios! Jamás he encontrado un hombre parecido a al-Mamún, ni una mujer que pueda compararse con Jadicha en agudeza de espíritu, inteligencia y conversación. Pero Dios es más sabio.»

HISTORIA DEL DESTRIPADOR CON LA MUJER DE UN NOBLE

ERA la época de la peregrinación y la gente daba vueltas en torno de la Kaaba. Mientras todo el lugar estaba lleno de gente, un hombre se colgó de los velos de la Kaaba diciendo de todo corazón: « Te ruego, ¡oh Dios!, que ella se enfade con el marido para que yo la posea» . Un grupo de peregrinos le oyó, le detuvo y le llevó delante del jefe de la peregrinación después de haberle pegado mucho. Dijeron: « ¡Emir! Hemos encontrado a este hombre en los lugares santos diciendo esto y esto» . El Emir de la peregrinación mandó ahorcarlo pero el reo protestó: « ¡Emir! ¡Por amor al Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) escucha mi historia, mi relato y después haz conmigo lo que quieras!» « ¡Cuéntalo!»

Refirió:

« Sabe, ¡oh Emir!, que soy un destripador que trabajo en la limpieza de las reses y llevo la sangre impura[97] y las entrañas al estercolero. Cierto día en que iba con mi asno cargado tropecé con las gentes que huían. Uno de ellos me dijo: "¡Métete en esta calleja, si no quieres que te maten!" Pregunté: ¿Por qué huyen?" Me contestó otro: "Los criados de Fulana, esposa de un personaje principal, despejan el camino para que pueda pasar sin que nadie la vea; apalean a todos los que encuentran". Me metí con el asno en un recoveco…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el destripador prosiguió]: « … para esperar a que se disolviese la aglomeración; vi a los criados con los bastones en la mano que daban escolta a unas treinta mujeres entre las cuales iba una que parecía una rama de sauce; era muy hermosa, perfecta, graciosa, fascinante. Todas las demás eran sus criadas. Cuando esta mujer llegó a la entrada del recoveco en que yo me había metido, miró a derecha e izquierda y llamó a un eunuco. Éste corrió hacia ella; la mujer le dijo algo al oído; el eunuco se acercó a mí y me agarró —mientras todos los que estaban a mi lado huían—; otro eunuco cogió mi asno y se lo llevó. El que me había detenido me ató con una cuerda y me llevó consigo. Yo no entendía lo que pasaba; la gente, detrás de nosotros, gritaba: "¡Dios no permita tales cosas! ¡Pero si es un pobre destripador! ¿Por qué le habéis atado con cuerdas?" Los eunucos respondían: "¡Tenedle compasión y Dios (¡ensalzado sea!) la tendrá con vosotros! ¡Dejadle andar!" Yo me decía: "Estos eunucos me han detenido porque su señora ha notado el olor de las entrañas y se ha molestado. Tal vez esté encinta o se encuentre mal. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" Marché detrás de ellos hasta que llegaron a la puerta de una gran casa. Entraron; yo les seguí. Me hicieron pasar hasta llegar a una gran sala. No sé cómo describir sus bellezas:

estaba recubierta por grandes tapices. Después entraron en ella algunas mujeres. Yo seguía atado y tenía al lado al eunuco. Pensaba: "En esta casa van a atormentarme hasta que muera; nadie va a enterarse de mi muerte". Me metieron en un hermoso baño que estaba al lado. Entraron tres esclavas que se sentaron a mi alrededor y me dijeron: "¡Quítate esos harapos!" Me desnudé y una de ellas empezó a frotarme los pies, otra a lavarme la cabeza y la tercera me hizo masaje. Cuando hubieron terminado me envolvieron en paños y me dijeron: "¡Vístete!" Repliqué: "¡Juro por Dios que no sé vestirme!" Se acercaron y me vistieron mientras se burlaban de mí. Después tomaron botellas llenas de agua de rosas y me perfumaron. En su compañía me dirigí a otra sala y —¡por Dios!— no sé cómo describir su belleza; ¡tal era el número de sus pinturas y tapices! Encontré en ella una mujer que estaba sentada en un diván de mimbre…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el destripador prosiguió]: « … con patas de marfil. En espera de sus órdenes había un grupo de muchachas.

» Al verme se puso de pie y me llamó. Me acerqué a ella y me mandó que me sentase. Tomé sitio a su lado y ordenó a las esclavas que nos sirviesen de comer. Nos dieron una magnífica comida, con guisos de toda suerte y cuyos nombres desconozco. Jamás en la vida he sabido en qué consistían. Comí hasta hartarme. Se llevaron los platos y me lavé las manos. Mandó que nos trajesen los frutos y nos los sirvieron en el acto. Me invitó a comer y así lo hice. Cuando terminamos de comer mandó a una de las muchachas que nos sirviese de beber. Nos trajeron vinos de todas las clases; al tiempo que quemaban en los pebeteros aromas variados. Una de las jóvenes, parecida a la luna, nos escanciaba en medio de las tonadas que tocaban los instrumentos de cuerda. La señora que estaba sentada a mi lado y yo nos embriagamos. Yo creía que todo era un sueño. Después dijo por señas a una criada que nos preparase el lecho en aquel mismo lugar. Así lo hizo. Se puso de pie, me llevó de la mano hasta él y dormimos juntos hasta la llegada de la aurora. Cada vez que la estrechaba contra mí exhalaba un aroma de almizcle y de perfumes. Yo creía que me encontraba en el paraíso o que estaba soñando. Al amanecer me preguntó dónde vivía. Respondí: "En tal sitio". Me mandó que me marchase y me dio su pañuelo bordado en oro y en plata, atado, que contenía algo. Me dijo: "Esto es para que vayas al baño"[98]. Me alegré y me dije: "Si contiene cinco céntimos tendré para mi comida de hoy". Salí de su casa como si saliese del paraíso y me marché al almacén en que vivía. Abrí el pañuelo y me encontré cincuenta mizcales de oro. Los enterré y me senté en la puerta después de haber comprado dos céntimos de pan y

condimentos. Almorcé y me puse a pensar en lo que me había sucedido. Al atardecer, mientras seguía en la misma situación, se me acercó una joven y me dijo: "Mi señora te llama". Fui en su compañía hasta la puerta de la casa; pedí permiso, entré, besé el suelo ante ella y mandó, como de costumbre, que nos sirviesen de comer y de beber. Después dormí con ella como la noche anterior. Al amanecer me entregó un segundo pañuelo con cincuenta mizcales de oro. Lo cogí, salí, me marché al almacén y lo enterré.

» Llevé este tipo de vida durante ocho días: iba a visitarla al atardecer y salía al alborear la mañana. Durante la noche del octavo día, mientras estaba durmiendo con ella, entró corriendo una esclava que me dijo: "¡Levántate y métete en ese cuarto!" Me metí en él y vi que daba a la calle. Mientras permanecía allí se armó un gran alboroto y los cascos de los caballos repiquetearon en la calle. La habitación tenía una ventana que daba sobre la puerta. Miré por ella y vi un joven montado a caballo que parecía la luna llena en el momento de aparecer por el horizonte: venía precedido por los mamelucos y los soldados que estaban a su servicio. Se acercó a la puerta, se apeó, entró en la habitación y encontró a aquella mujer sentada en el lecho. Besó el suelo ante ella y después se le aproximó, y le besó la mano. Ella no le dirigió la palabra pero él la trató con humildad hasta que la persuadió a hacer las paces y pasó la noche con ella.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el destripador prosiguió]: « Al llegar la mañana los soldados acudieron a buscarle; montó a caballo y salió por la puerta. La mujer vino a buscarme y me dijo: "¿Has visto a ése?" "Sí." "Es mi esposo. Voy a contarte lo que me ha ocurrido con él. Un día estábamos los dos sentados en el jardín del interior de la casa. Él se marchó, de repente, de mi lado y estuvo ausente durante mucho rato. Notando que tardaba me dije: 'Tal vez haya ido al retrete'. Me dirigí a éste y no le encontré. Pasé por la cocina, vi una criada y le pregunté por él. Me indicó donde estaba: ¡durmiendo con una criada! Entonces juré del modo más solemne que había de cometer adulterio con el hombre más sucio y más inmundo. El día que te cogieron los eunucos llevaba ya cuatro días dando vueltas por la ciudad en busca de alguien que reuniese estas características: tú eres la persona más sucia y más inmunda que encontré: te mandé detener y ocurrió lo que Dios tenía dispuesto que ocurriese. Ahora ya he cumplido el juramento que había hecho". Añadió: "Cuando mi esposo vuelva a tener relaciones con alguna esclava, a dormir con ella, te prometo que te mandaré llamar y volveremos a las andadas". Mientras yo escuchaba estas palabras ella me asaeteaba el corazón con las flechas de su mirada y yo lloraba

hasta causarme llagas en los párpados. Recité estas palabras del poeta:

> Permíteme que bese diez veces tu mano izquierda, pues es más noble que tu derecha:
> Es la que hace menos tiempo que te ha sido útil al limpiarte tus partes.

» La joven mandó que me marchase y me entregó cuatrocientos mizcales de oro. Yo me fui y he venido hasta aquí para pedir a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) que su marido vuelva a dedicarse a la criada para que yo pueda volver a su lado.»

El Emir de la peregrinación al oír este relato soltó a aquel hombre y dijo a los presentes: « ¡Dios os bendiga! Rezad por él, pues tiene disculpa» .

HISTORIA DE HARÚN AL-RASID CON MUHAMMAD ALÍ EL JOYERO

SE cuenta qué una noche en que el Califa Harún al-Rasid estaba muy inquieto, mandó llamar a su visir, Chafar el barmekí, y le dijo: « Tengo el pecho acongojado, y me gustaría pasear esta noche por las calles de Bagdad y enterarme de los asuntos de la gente, siempre que nos disfracemos de comerciantes para que nadie nos reconozca» . El visir le contestó: « Oír es obedecer» .

Se despojaron de sus magníficos vestidos y se pusieron los de comerciantes. Eran tres: el Califa, Chafar y Masrur, el verdugo. Fueron deambulando de un sitio a otro hasta llegar al Tigris. Allí vieron a un anciano sentado en su barca. Se acercaron a él, saludaron y le dijeron: « ¡Jeque! Nos dirigimos a tu bondad y a tu cortesía para que nos permitas dar un paseo en tu barca. Coge este dinar en pago» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el viejo replicó: « ¿Quién puede pasearse si el Califa, Harún al-Rasid, desciende todas las noches por el Tigris en un pequeño bajel, acompañado por un pregonero, que grita: "¡A todos los hombres, grandes y pequeños, nobles o plebeyos, niños o jóvenes! Todo aquel que suba en una nave y cruce el Tigris, será decapitado o ahorcado en el mástil de su embarcación"? Y ahora está a punto de llegar su bajel» . El Califa y Chafar dijeron: « ¡Jeque! Coge estos dos dinares y métenos debajo de uno de los arcos del puente para que podamos ver la barca del Califa» . « Dadme el dinero y confiémonos a Dios (¡ensalzado sea!)» Cogió el oro y remó un poco. En medio del Tigris apareció un navío con velas y antorchas encendidas. El anciano les dijo: « ¿No os he dicho que el Califa pasa todas las noches?» Después formuló este ruego: « ¡Oh, Tú, que ocultas, no nos descubras, tápanos!» Se metió con ellos debajo de una arcada, y cubrió a todos con un trapo negro. Desde allí pudieron ver en la proa de la barca a un hombre que empuñaba una antorcha de oro rojo, encendida con madera de cardamomo; vestía una túnica de raso rojo, sobre un hombro llevaba un chal recamado en amarillo, y en la cabeza, un turbante de Mosul; del otro hombro le colgaba una bolsa de seda verde, repleta de madera de cardamomo —en vez de teas—, con la cual mantenía encendida la antorcha. En la popa de la nave iba otro hombre, igualmente vestido y con una antorcha como la del otro. Divisaron también a doscientos mamelucos, distribuidos a babor y estribor de la nave, y en medio de ésta un trono de oro rojo, ocupado por un joven de rostro tan hermoso que parecía la luna; Vestía un traje negro, recamado en oro amarillo. Delante de él iba un hombre parecido a Chafar, y a su derecha, de pie, un criado, parecido a Masrur, que empuñaba una

espada desnuda. Además, había veinte comensales.

El Califa, al ver aquello, dijo: «¡Chafar!» «¡Heme aquí, Emir de los creyentes!» «Tal vez éste sea uno de mis hijos, al-Mamún o al-Amín.» Se fijó bien en el joven que estaba sentado en el trono y vio que era muy hermoso, guapo, esbelto, bien proporcionado. Al contemplarlo se volvió hacia el visir y le dijo: «¡Visir!» «¡Heme aquí!» «¡Por Dios! El que va ahí sentado no ha olvidado ninguno de los atributos del califato; el que se halla delante de él eres tú, Chafar, y el criado que hay a su derecha parece Masrur; y todos los comensales pueden ser los míos propios. No sé qué pensar de esto.»

Dunyazad le dijo a su hermana:

—¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: «¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa prosiguió]: «¡Por Dios, Chafar! Es algo maravilloso.» «Yo también estoy sorprendido, Emir de los creyentes», contestó Chafar. La barca se fue alejando hasta perderse de vista. El viejo empezó a remar hasta sacar su bote de allí y exclamó: «¡Loado sea Dios que nos ha salvado y ha permitido que no encontremos a nadie!» El Califa le habló: «¡Viejo! ¿El Califa recorre el Tigris todas las noches?» «Sí, señor mío. Hace un año que acostumbra hacerlo así.» «¡Anciano! Queremos, por favor, que la próxima noche nos esperes aquí. Te daremos cinco dinares de oro, pues somos extranjeros que vamos en busca de distracciones, y nos alojamos en el barrio de al-Jandaq.» «De buen grado.» El Califa, Chafar y Masrur regresaron a palacio, se quitaron los vestidos de comerciante y se pusieron los de Corte. Cada uno de ellos se sentó en su sitio, y entraron los emires, visires, chambelanes y funcionarios, y se celebró la audiencia pública. Terminada ésta, se marchó la gente y cada cual se dirigió a sus quehaceres. El Califa dijo entonces: «¡Chafar! ¡Vamos a ver al otro califa!» Chafar y Masrur se echaron a reír, se disfrazaron de mercaderes y salieron por la puerta secreta la mar de contentos. Al llegar al Tigris encontraron al anciano, que estaba sentado esperándolos. Apenas habían tenido tiempo de sentarse en el bote cuando apareció el bajel del segundo Califa. Al acercarse a ellos vieron que los doscientos mamelucos no eran los de la víspera; los portadores de antorchas gritaban lo mismo que de costumbre. El Califa dijo: «¡Visir! Si nos hubiesen explicado esto, no lo habríamos creído; pero lo estoy viendo con mis propios ojos». Luego se dirigió al dueño de la barca:

« ¡Anciano! Toma estos diez dinares y sigue tras el bajel del Califa; ellos están a la luz, y nosotros, a la sombra; nosotros podemos verlos bien, mientras que ellos no pueden vernos» . El viejo cogió los diez dinares y empezó a remar, manteniendo el bote siempre en la sombra.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que avanzaron en la sombra hasta llegar a los jardines. Ya en éstos vieron un rico tapiz, junto al cual ancló la barca. Había allí unos pajes esperando, con una mula ensillada y embridada. El segundo Califa desembarcó, montó en la mula, y, entre los comensales, los esclavos con antorchas y su séquito —que se desvivía por atenderlo—, emprendió la marcha. Harún al-Rasid, Chafar y Masrur desembarcaron, se mezclaron entre los mamelucos y empezaron a andar. Los que llevaban las antorchas, al ver a aquellas tres personas vestidas de comerciantes extranjeros entraron en sospechas, los señalaron con el dedo y los condujeron ante el segundo Califa. Éste, al verlos, preguntó: « ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Qué os ha traído a esta hora?» « ¡Señor nuestro! Somos comerciantes extranjeros, de otro país. Hemos llegado hoy, y decidimos salir a pasear esta noche. Entonces llegasteis vosotros, y ésos nos han detenido y nos han traído ante ti. Tal es nuestra historia.» El segundo Califa les dijo: « ¡Nada de malo os ocurrirá, ya que sois comerciantes extranjeros! Si hubieseis sido de Bagdad, os habría decapitado» . Volviéndose a su visir, añadió: « Acompáñalos. Esta noche son nuestros huéspedes» . « ¡Oír es obedecer, señor nuestro!» El visir los acompañó hasta un alcázar alto, hermoso, bien construido, como ningún sultán posee otro igual: arrancando del polvo, se encaramaba en las nubes. La puerta era de madera de plátano, con incrustaciones de oro relumbrante. Entrando por ella se llegaba a una sala de grandes naves, en cuyo centro se levantaba una fuente con plato y juegos de agua. Había tapetes, cojines de brocado, almohadillas, largos divanes, cortinas corridas y reclinatorios. Todo ello dejaba en suspenso el entendimiento y se hacía imposible de describir. En el dintel se leían estos versos:

¡Saludos y buenos deseos a este palacio, al que los días han revestido de belleza!
Contiene toda clase de maravillas y prodigios, para cuya descripción es impotente la pluma.

El segundo Califa, acompañado por su séquito, entró y se sentó en un trono de oro con incrustaciones de joyas y un cojín de seda amarilla. Los comensales también se sentaron, mientras el portador del sable de la venganza permaneció

de pie ante él. Extendieron los manteles y comieron; se llevaron la vajilla, se lavaron las manos y sirvieron los útiles del vino: colocaron botellas y vasos, y éstos empezaron a pasar de mano en mano hasta llegar al Califa, Harún al-Rasid, el cual se negó a beber. El segundo Califa preguntó a Chafar: « ¿Por qué no bebe tu compañero?» « ¡Señor nuestro! Lleva ya mucho tiempo sin beber de esto.» « Tengo otras bebidas que quizá sean del agrado de tu amigo: una bebida de jugo de manzana.» Mandó que lo sirviesen en seguida, y el segundo Califa, colocándose delante de Harún al-Rasid, le dijo: « Siempre que al dar la vuelta te llegue la copa, bebe jugo de manzana». Así continuaron, pasando agradablemente el tiempo y circulando las copas hasta que el vino se les subió a la cabeza y se apoderó de su entendimiento.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa Harún al-Rasid dijo a su ministro, Chafar: « ¡Por Dios! En nuestro palacio no hay vajilla como ésta. ¡Ojalá supiera cuál es la historia de este muchacho!» Mientras estaban hablando, el joven se volvió hacia ellos, los miró y vio que el visir hablaba en voz baja con el Califa. Exclamó: « ¡Cosa fea es hablarse al oído!» Chafar le replicó: « No es villanía. Este compañero me dice: “He viajado por la mayoría de los países, he asistido a los convites de los reyes, he frecuentado el trato de los soldados y jamás he visto una reunión más brillante ni más agradable que la de esta noche; pero los habitantes de Bagdad dicen: ‘El vino sin música produce dolor de cabeza’ ”» . El segundo Califa sonrió al oír estas palabras, y se puso contento. Tenía en la mano una vara, y con ella golpeó un disco de metal. Inmediatamente se abrió una puerta y entró un criado con una silla de marfil chapeada de oro reluciente; lo seguía una esclava, de prodigiosa hermosura, bella, guapa, perfecta. El criado colocó la silla, y la esclava se sentó como si fuese el sol del mediodía cuando brilla en medio de una atmósfera pura. Tenía en la mano un laúd, obra de un artífice indio. Lo apoyó en el pecho, se inclinó sobre él como lo hace la madre con el hijo, y después de un preludio cantó, en veinticuatro tonos, de modo capaz de dejar perpleja a la mente. Después de volver al primer tono, recitó estos versos:

La lengua del amor me habla de ti en el corazón y me dice que estoy enamorado.
Lo atestigua el calor del corazón atormentado, el párpado ulcerado y las lágrimas que fluyen en tromba.
Antes de amarte no sabía lo que era la pasión, pero lo que Dios dispone ocurre a las criaturas.

El segundo Califa, al oír los versos que recitaba la esclava, dio un grito y se desgarró de arriba abajo los vestidos; inmediatamente lo cubrieron con una cortina y le llevaron unas ropas más hermosas que las que llevó hasta entonces. Se las puso, se volvió a sentar y, cuando le llegó la copa, golpeó el batintín con la varita. Se abrió la puerta y salió un criado con un trono de oro, seguido por una esclava más hermosa que la primera. La joven, que se sentó en el trono, llevaba un laúd capaz de entristecer el corazón de los envidiosos, y cantó estos versos:

¿Cómo he de tener paciencia si el dolor arde en mis entrañas, y es eterno el diluvio de las lágrimas de las pupilas?
¡Por Dios! ¿Cómo ha de serme agradable la vida? ¿Cómo se ha de alegrar un corazón henchido de tristeza?

El joven volvió a gritar fuertemente, desgarró sus vestidos hasta el faldón e inmediatamente lo taparon con un velo y le llevaron otras ropas. Se las puso, volvió a sentarse, y en seguida recuperó su buen humor. Cuando le llegó la copa, golpeó en el batintín y salió otro criado delante de una esclava más hermosa que las anteriores; el criado llevaba una silla, en la que se sentó la joven, la cual llevaba un laúd. Cantó estos versos:

¡Abreviad la separación! ¡Templad vuestra dureza! Mi corazón no se ha consolado de vuestro desvío.
Tened piedad del enfermo, del triste, del afligido, del enamorado, del que está loco por vosotros.
El exceso de pasión ha agravado la enfermedad, y pide a Dios que os compadezcáis.
¡Oh, luna llena, cuya sede está en mi corazón! ¿Cómo podría escoger, entre los seres humanos, otro distinto de vos?

El joven volvió a gritar desesperadamente y a rasgar sus vestiduras. En seguida lo cubrieron con un velo, le llevaron otro traje y volvió a ocupar el sitio entre los comensales. Circuló otra vez la copa, y cuando ésta llegó nuevamente a él, golpeó el batintín. Se abrió la puerta y salió un paje con una silla, seguido por una muchacha. Ésta se sentó en la silla, tomó un laúd, lo afinó y cantó estos versos:

¿Hasta cuándo durarán el desvío y la aversión? ¿Cuándo volverá a sucederme aquello que ya me ocurrió?
Ayer estábamos en la misma morada, satisfechos de nuestra compañía, sin que los envidiosos se metiesen en nuestra felicidad.

El tiempo nos ha traicionado y ha roto nuestra unión, después de haber dejado desierta la morada.

Tú que me censuras, ¿pretendes que me consuele? Mi corazón no hace caso del que lo injuria.

Déjate de censuras y abandóname a mi pasión, puesto que el corazón no se desprende del afecto de las personas queridas.

¡Señores que habéis faltado, que habéis cambiado vuestro pacto! No creáis que mi corazón se haya consolado de vuestro alejamiento.

El segundo Califa, al oír estos versos, prorrumpió en un alarido, desgarró sus ropas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el segundo Califa] cayó desmayado. Sus ayudantes trataron de cubrir su cuerpo de la misma forma que las veces anteriores, pero las cuerdas de la cortina se atrancaron y Harún al-Rasid vio en el cuerpo del segundo Califa las huellas de palos y golpes. Cuando estuvo seguro de lo que veía, al-Rasid dijo: « Chafar; ése es un joven hermoso, pero ladrón y malhechor» . « ¿Cómo lo sabes, Emir de los creyentes?» « ¿No has visto las huellas del látigo en sus costados?»

Por fin se corrió la cortina, le llevaron otro vestido, se lo puso y volvió a sentarse entre sus comensales. Vio que el Califa y Chafar estaban hablando en secreto, y les preguntó: « ¿Qué pasa?» Chafar le contestó: « ¡Señor nuestro! Nada de malo. Este compañero mío, que es comerciante, que ha recorrido ciudades y países, que ha acompañado a reyes y magnates, me decía: “Lo que está haciendo esta noche nuestro señor el Califa constituye una gran prodigalidad. Jamás he visto a nadie hacer lo mismo en ninguno de los países que he cruzado: ha desgarrado tal y tal vestido, cada uno de los cuales cuesta mil dinares. Esto es un gran dispendio”» . El segundo Califa replicó: « ¡Vaya una cosa! ¿Acaso el dinero no es mío? Y las ropas, ¿no son mías? Esos harapos los doy como regalos a los criados o al séquito, pues cada vestido estropeado va a parar a uno de los comensales aquí presentes, y, además, junto con el vestido le doy quinientos dinares» . Chafar exclamó: « ¡Señor nuestro! Lo que haces, bien hecho está» . Luego recitó:

La generosidad ha establecido su morada en la palma de tu mano, y tú has puesto tus bienes a disposición de los hombres.

Si la generosidad cerrase sus puertas, tu mano sería la única capaz de abrir su cerradura.

El joven, al oír los versos del visir Chafar, le asignó mil dinares y un traje. Volvió a circular la copa, y el vino animó de nuevo a los comensales. Al-Rasid dijo: « Chafar, dile a qué son debidos los cardenales que tiene en sus costados. Veamos qué contesta» . « ¡Señor nuestro! No tengas prisa, cálmate. Es mucho mejor tener paciencia.» « ¡Por vida de mi cabeza! ¡Por el polvo de mi antepasado al-Abbas! Si no se lo preguntas, te mato.»

En aquel momento, el joven se volvió hacia el visir y le dijo: « ¿Qué le ocurre a tu compañero para hablar en secreto? ¡Cuéntame lo que os sucede!» Chafar contestó: « Todo está perfectamente» . « ¡Os conjuro, por Dios, a que me contéis lo que os ocurre y a que no me ocultéis nada!» « ¡Señor mío! Mi compañero ha visto en tu flanco las huellas del látigo y de los golpes; esto le ha llamado mucho la atención, y me ha preguntado: "¿Cómo pueden haber apaleado al Califa?" Desearía que le explicasen la causa.»

El joven, al oír esto, se sonrió y explicó: « Sabed que mi historia es prodigiosa, y mi relato, maravilloso; si se escribiese con agujas en los lagrimales, serviría de instrucción a quien la busca» . Exhaló unos suspiros y recitó estos versos:

Mi historia es maravillosa, y supera a todos los prodigios. Juro por el amor, que el mundo es pequeño.
Si queréis escucharme, guardad silencio; calle esta asamblea en todas sus partes.
Prestad atención a mis palabras, pues encierran una lección; mi relato es verdadero, no falso.
Estoy muerto de pasión y de afecto. Mi asesina supera a todas las muchachas.
Tiene unas pupilas negras como la espada india, y arroja flechas con el arco de sus cejas.
Mi corazón presiente que entre vosotros está nuestro imán, el Califa de nuestro tiempo, descendiente de los mejores;
El segundo, el llamado Chafar, está a su lado, y es su visir, hijo de los señores;
El tercero es Masrur, el del sable de la venganza. Si mis palabras no son mentira,
he obtenido en todo el asunto lo que esperaba, y llega de todas partes la alegría a mi corazón.

Al oír estas palabras Chafar se volvió hacia él y juró que no eran los que había dicho. Rióse el muchacho y explicó: « Sabed, señores, que yo no soy el Emir de los creyentes, pero que me he atribuido este nombre para hacer lo que me plazca con las gentes de la ciudad. Me llamo Muhammad Alí, hijo de Alí, el joyero. Mi padre era un hombre notable, y al morir me dejó grandes riquezas en

oro, plata, perlas, coral, jacintos, topacios, joyas, fincas, baños, huertos, jardines, tiendas, fábricas de ladrillos, esclavos, esclavas y pajes. Cierto día en que estaba yo sentado en mi tienda, rodeado por mis servidores y eunucos, llegó una joven, a lomos de una mula, acompañada por tres criadas que parecían lunas. Al llegar a mi tienda, se apeó y me preguntó: "¿Eres tú Muhammad el joyero?" "Sí, yo soy. Soy tu esclavo y tu siervo." "¿Tienes una joya que me convenga?" "¡Señora mía! Te mostraré lo que tengo y te enseñaré aquello de lo que dispongo. Si hay algo que te guste, tu esclavo será feliz, y si no encuentras nada que te plazca, causarás mi desgracia." Tenía cien collares de gemas: se los mostré todos, pero no le gustó ninguno. "Desearía ver algo más hermoso", me dijo. Yo tenía un pequeño collar que había comprado mi padre por cien mil dinares, un collar como no tenían otro ni los sultanes más grandes. Le dije: "Tengo otro collar, de piedras únicas y gemas como no lo posee nadie, sea grande o chico". "¡Muéstramelo!" Al verlo, dijo: "¡Es lo que quería! ¡Lo he buscado durante toda mi vida! ¿Cuánto vale?" "Cien mil dinares." "Más cinco mil dinares que te doy como ganancia." "¡Señora mía! El collar y su dueño te pertenecen, y no puedo contradecirte." "¡Pero tú has de tener algún beneficio, además de mi reconocimiento!" Levantóse, subió rápidamente en la mula y añadió: "¡Señor mío! En nombre de Dios: hónrame acompañándome para cobrar su importe. Este día es para nosotros dos igual que la leche". Cerré la tienda y me fui con ella, tranquilo, hasta su casa. Era una mansión en la que desde fuera se veían ya las huellas del bienestar. En la puerta había incrustaciones de oro, plata y lapislázuli, y en el dintel se veía escrito:

> ¡Casa! ¡Que no entre en ti la tristeza, ni el tiempo traicione a tu dueño!
> ¡Sé la mejor casa para cualquier huésped, siempre que éste se encuentre en un apuro!

» La joven se apeó, entró en la casa y me dijo que me sentase en un banco, cerca de la puerta, hasta que llegara el cambista. Apenas me había sentado cuando llegó una criada, que me dijo: "¡Señor mío! Entra en el vestíbulo. Es feo eso de estar sentado junto a la puerta". Penetré en el vestíbulo y me senté en un taburete. Entonces llegó otra criada, que me dijo: "¡Señor mío! Mi señora dice que entres y te sientes junto a la puerta del salón hasta que te entreguen el dinero". Me levanté, entré en la casa y me senté. Al cabo de poco vi un trono de oro detrás de una cortina de seda. Ésta se levantó, y debajo apareció la joven que me había comprado el collar. Su rostro resplandecía como si fuese la luna llena circuida por un halo, pues llevaba puesto el collar. Mi mente quedó aturdida, mi entendimiento admirado de lo extraordinariamente bella y hermosa que era aquella muchacha. Al verme, se levantó del sillón, se acercó hacia mí y me dijo: "¡Luz de mis ojos! Todo aquel que es bello como tú, ¿es despiadado con la que lo

ama?" "¡Señora mía! Toda la belleza está en ti y es una de tus hermosas cualidades." "¡Joyero! Sabe que te amo, y que me parece imposible haber conseguido traerte a mi lado." Acercóse a mí, yo la besé y ella me besó, me atrajo hacia ella y yo la estreché contra mi pecho.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el segundo Califa prosiguió]: « Por mi estado se dio cuenta de que yo quería unirme a ella. Me dijo: "¡Señor mío! ¿Quieres unirte a mí en el pecado? ¡Por Dios! No sé quién puede hacer cosas tan pecaminosas, ni contentarse con tan torpes palabras. Yo soy una mujer virgen a la que nadie se ha acercado, y no soy desconocida en el país. ¿Sabes quién soy?" "¡No, por Dios, señora!" "Soy la señora Dunya, hija de Yahya b. Jalid al-Barmaki; mi hermano Chafar es el visir del Califa." Al oír aquello me retiré asustado de ella y le dije: "¡Señora! No tengo la culpa del impulso que me ha llevado hacia ti. Tú eres quien me ha incitado a unirme contigo, a acercarme a ti". "No te ha de suceder nada malo, pero conseguirás tu deseo, de modo que Dios quede satisfecho. Mi suerte está en mis manos, y el cadí será mi representante en el vínculo, ya que me propongo ser tu mujer y que tú seas mi marido." Llamó al cadí y a los testigos, se esforzó en solucionar todos los pormenores, y, cuando llegaron, les dijo: "Muhammad Alí, hijo de Alí el joyero, me ha pedido en matrimonio y me ha dado este collar como arras. Yo lo acepto y consiento". Escribieron mi contrato matrimonial, me quedé a solas con ella, me dio los utensilios de beber y empezaron a pasar las copas en el protocolo más estricto y con el ceremonial más perfecto. Cuando el vino encandiló nuestras cabezas, mandó a una esclava tocadora de laúd que cantase. Tomó su instrumento, tocó unos preludios y recitó estos versos:

Apareció y se me mostró como la gacela, la rama y la luna. ¡Pobre corazón el que no pasa la noche lleno de amor por él!

Es precioso: Dios quiso apagar con los aladares la seducción del fuego de sus mejillas, y al punto brotó una nueva seducción.

Cuando los malintencionados lo citan, intento aparentar que no me gusta oír su nombre.

Escucho cuando charlan de otras cosas, pero él está presente en mi pensamiento.

Él es el profeta de la belleza; en él todo es bello, pero su rostro constituye el mayor milagro.

Bilal[99], el negro lunar de su mejilla, escruta la aparición de las perlas de la aurora de su frente.

Los ignaros censores querrían que me consolase, pero yo no podré volver a ser infiel después de haber creído.

» La joven, con sus hermosos versos y la música, causaba impresión. Fueron cantando y recitando versos esclava tras esclava, hasta un total de diez. Entonces, la señora Dunya tomó el laúd, tocó dulces melodías y recitó estos otros:

¡Juro por la elegancia de tu flexible estatura, que el fuego de la separación me destroza!
¡Oh, luna llena en las tinieblas de la noche! ¡Ten compasión del corazón que anda encendido de pasión por ti!
Concédeme la unión contigo, pues siempre descubriré tu belleza a la luz de la copa:
Entre rosas de bellos colores, de hermosos matices, en medio del pardo mirto.

» Cuando hubo terminado de cantar le quité el laúd, toqué un preludio y canté estos versos:

¡Gloria a Dios, que te ha dado toda la belleza, haciendo de mí uno de tus siervos!
¡Oh, tú, que tienes unos ojos con los cuales cautivas al género humano! ¡Ten misericordia de las flechas que lanzas!
Tus mejillas han unido de espléndida forma dos cosas opuestas: el agua y el fuego, con el resplandor de una llama.
En mi corazón eres, a la vez, infierno y paraíso: ¡cuán amargo y cuán dulce eres en mi corazón!

» Al oírme cantar esto se alegró muchísimo. Luego despidió a las esclavas y nos dirigimos a una hermosa habitación, en la cual se nos había preparado un policromo lecho. Ella se quitó los vestidos, y yo gusté los favores propios de los amantes al comprobar que era una perla no perforada y una potra salvaje. Disfruté de ella, y jamás he vuelto a vivir una noche como aquélla.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el segundo Califa prosiguió]: « Recité estos versos:

Mi brazo, alrededor de su cuello, parece ser el collar de la paloma zurita, y mi mano ha podido descorrer el velo.
¡Ésta es la mayor felicidad! Permaneceremos siempre abrazados, sin desear desatarnos.

» Permanecí con ella un mes, despreocupado de la tienda, de la familia y de la casa. Un día me dijo: "¡Luz de mis ojos! ¡Señor mío Muhammad! Hoy he decidido ir al baño. Permanece en este lecho y no te muevas hasta que yo vuelva". Me lo hizo jurar, y yo le dije: "Oír es obedecer". Me hizo jurar de nuevo que no me movería del sitio, tomó a sus esclavas y se fue al baño. Mas, ¡por Dios, hermanos míos! Apenas había llegado a la salida del callejón, abrióse la puerta y entró una vieja que me dijo: "Señor Muhammad: la señora Zubayda te manda llamar. Ha oído hablar de tu cultura, de tu educación y de tu buena voz". "No me moveré de aquí hasta que venga la señora Dunya." "¡Señor mío! No hagas que la señora Zubayda se enfade contigo y se convierta en tu enemiga. ¡Vamos! ¡Habla con ella y vuelve aquí!" Me levanté en seguida y seguí a la vieja, quien me llevó a presencia de la señora Zubayda. Al llegar, ésta me preguntó: "¡Luz de los ojos! ¿Eres el amado por la señora Dunya?" "Soy tu servidor y tu esclavo." "Tenía razón quien te describió como hermoso, bello, culto y perfecto. Estás por encima de toda descripción, de todas las palabras. Pero cántame algo para que pueda escucharte." "Oír es obedecer", le repliqué. Me dio un laúd y le canté estos versos:

El corazón del amante es vencido por el amado; su cuerpo es presa de la enfermedad de amor.
Los hombres, cuando han ensillado sus monturas, son amantes que tienen al amado entre los que parten.
Confío a la protección de Dios una luna que está en vuestras tiendas; mi corazón la ama, pero está oculta a mis ojos.
Tan pronto está contenta como enfadada, pero todo lo que hace el amado es agradable.

» Cuando terminé de cantar me dijo Zubayda: "¡Mantenga Dios incólume tu cuerpo y conserve tu buena voz! Constituyes el colmo de la hermosura, de la educación y del canto. Márchate antes de que regrese la señora Dunya, pues si no te encuentra, se enfadará". Besé el suelo delante de ella y salí. La vieja me llevó hasta la puerta por la que había salido. Me acerqué al lecho y vi que ella había regresado ya del baño y que dormía. Me senté a sus pies y se los acaricié. Abrió los ojos y, al verme, de una patada me arrojó al suelo, diciéndome: "¡Traidor! Has faltado a tu juramento, has roto la promesa que me habías hecho de no moverte de aquí. Has faltado a la promesa y has ido a ver a la señora

Zubayda. Si no temiese el escándalo, derruiría su palacio encima de su cabeza". Luego dijo a un esclavo: "¡Sawwab! ¡Córtale la cabeza al traidor, al embustero! ¡Ya no lo necesito!" Acercóse el esclavo, rompió una tira de su faldón y con ella me vendó los ojos. Estaba a punto de cortarme la cabeza…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el segundo Califa prosiguió]: « … cuando las esclavas se acercaron, clamando: "¡Señora! Éste no es el primero que se equivoca. No conocía tu carácter, y no ha cometido un delito que merezca la muerte". Dunya exclamó: "¡Por Dios! He de dejarle una señal". Y mandó que me apaleasen en las costillas, dejándome las huellas que habéis visto. Luego ordenó que me expulsaran del palacio, y así lo hicieron. Sacando fuerzas de flaqueza pude llegar hasta mi casa. Mandé llamar a un cirujano, le mostré mis llagas, me consoló y se esforzó en curarme. Cuando estuve repuesto fui al baño, pues habían desaparecido los dolores y la enfermedad. Me dirigí a la tienda, cogí todo lo que había en ella, lo vendí, reuní su importe y me compré cuatrocientos mamelucos, tantos como no posee ningún rey. Empecé a salir cada día a caballo, seguido por doscientos; construí este navío, que me costó cinco mil dinares de oro, y me hice dar el nombre de "Califa"; organicé mis criados, di a cada cual el cargo de uno de los funcionarios del Califa, y lo vestí de su misma manera. Hice pregonar: "Cortaré el cuello a todo aquel que pase por el Tigris". De este modo ha transcurrido un año sin tener la más pequeña noticia de ella.»

Rompió a llorar, derramó abundantes lágrimas y recitó estos versos:

¡Por Dios! ¡Por largo que sea el tiempo, no la olvidaré! ¡Sólo me acercaré a quien me acerque a ella!
Ella es como la luna llena. ¡Gloria a Quien la ha creado! ¡Gloria a su Hacedor!
Estoy triste, insomne, consumido, y mi corazón está perplejo delante de tantos ruegos.

Harún al-Rasid fue testigo de su pasión, de su pena, de su extravío. Quedó perplejo y exclamó: « ¡Gloria a Dios, el cual ha hecho que todas las cosas tengan su causa!»

Pidieron permiso al joven para marcharse, y él se lo concedió. Al-Rasid iba resuelto, en su fuero interno, a hacer justicia y a darle el mejor de los regalos.

Fueron a la Corte y cuando llegaron se cambiaron los vestidos poniéndose los que correspondían a su rango. Masrur, el portador del sable de la venganza, permaneció de pie. El Califa dijo a Chafar: « ¡Visir! Tráeme al muchacho…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa prosiguió]: « … con el que estuvimos anoche» . « Oír es obedecer.»

Fue a ver al muchacho, lo saludó y le dijo: « Acepta la orden del Emir de los creyentes, el califa Harún al-Rasid» .

Muy preocupado por la llamada, el muchacho se dirigió a palacio en su compañía. Al presentarse ante el Califa, besó el suelo, le deseó largo poder, éxito, la consecución de sus deseos, la duración del bienestar y el cese de todo daño. Pronunció un excelente discurso y terminó: « La paz sea sobre ti, Emir de los creyentes, defensor de la religión» . Luego recitó estos dos versos:

Ojalá constituya siempre tu puerta la Kaaba de los deseos; ojalá tu polvo impregne todas las frentes.
Hasta que se grite en todos los países: « ¡Ésta es la estación, y tú eres Abraham!» [100]

El Califa sonrió, devolvióle el saludo, le miró con buenos ojos, lo acercó hacia sí y lo hizo sentar enfrente de él.

Le dijo: « Muhammad Alí, quiero que me cuentes lo que ha ocurrido esta noche, puesto que fueron cosas admirables, extraordinarias» . El muchacho replicó: « Pido al Emir de los creyentes que me dé el pañuelo de la impunidad para que mi temor desaparezca y mi corazón se tranquilice» . « Estás a cubierto de todo temor y de toda pena.» El muchacho empezó a relatarle lo que le había sucedido la última noche, desde el principio hasta el fin, y el Califa se cercioró de que el muchacho estaba enamorado, loco por la amada. Le dijo: « ¿Desearías que te la devolviese?» « Éste sería un favor del Emir de los creyentes.»

Recitó estos versos:

Besa la punta de sus dedos, que no son dedos, sino las llaves del pan de cada día.
Agradece todas sus acciones, que no son acciones, sino collares en torno a los cuellos.

El Califa se volvió al visir y le dijo: « Chafar, trae a tu hermana, la señora Dunya, hija del visir Yahya b. Jalid» . « ¡Oír es obedecer, Emir de los creyentes!»

Cuando llegó la muchacha le preguntó el Califa: « ¿Conoces a éste?» « ¡Emir

de los creyentes! ¿Desde cuándo las mujeres conocen a los hombres?» Sonrió el Califa y le dijo: « Dunya, éste es tu querido Muhammad, hijo de Alí, el joyero. Nos hemos enterado del caso, y hemos oído toda la historia desde el principio hasta el fin. Hemos captado la apariencia y la verdad, y nada de lo que estaba oculto me es desconocido» . « ¡Emir de los creyentes! ¡Lo ocurrido estaba escrito en el Libro! Pido perdón a Dios Omnipotente por lo sucedido, e imploro clemencia de tu generosidad.»

El Califa se echó a reír, mandó llamar al cadí y a los testigos y renovó su contrato matrimonial con Muhammad, hijo de Alí el joyero. Ambos fueron muy felices, y causaron pesar a los envidiosos. El Califa hizo del joven su comensal, y vivieron en medio de alegrías, dulzuras y satisfacciones, hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el separador de las familias.

HISTORIA DE HARÚN AL-RASID CON ALÍ EL PERSA SIGUE DESPUÉS LA HISTORIA DEL SACO Y DEL CURDO

SE cuenta también que cierta noche en que el Califa Harún al-Rasid estaba intranquilo, mandó llamar a su visir, y cuando lo tuvo delante, le dijo: « Chafar, esta noche estoy muy intranquilo, tengo el pecho angustiado. Me gustaría que idearas algo para distraerme y alegrarme» . « Emir de los creyentes: Tengo un amigo que se llama Alí, el persa. Sabe muchas historietas y magníficas anécdotas, que alegran los corazones y hacen desaparecer las penas del corazón.» « ¡Tráemelo!» « Oír es obedecer.» Chafar salió de palacio en busca del persa, despachó gentes tras él y, cuando lo tuvo delante, le dijo: « Acepta la invitación del Emir de los creyentes» . « ¡Oír es obedecer!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se dirigió con él a palacio, y cuando estuvo delante del Califa, éste le permitió que se sentara. Así lo hizo. El soberano le dijo: « ¡Alí! Esta noche tengo el pecho oprimido. He oído decir que sabes historietas y anécdotas. Cuéntame algo que haga desaparecer mi preocupación y me agudice el ingenio» . « ¡Emir de los creyentes! ¿Quieres que te cuente algo que haya visto con mis propios ojos, o bien que haya oído referir con mis oídos?» « Si has visto algo de particular, cuéntalo.» « ¡Oír es obedecer!»

« Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que hace algunos años abandoné mi país natal, Bagdad, en compañía de un muchacho que llevaba un pequeño pero magnífico saco. Entramos en una ciudad, y mientras yo vendía y compraba, se me echó encima un hombre curdo, injusto y agresivo, y me quitó el saco, diciendo: “Este saco y todo lo que contiene me pertenece”. Yo grité: “¡Musulmanes! ¡Salvadme de las manos del más desvergonzado de los injustos!” Todos los allí presentes, gritaron: “Id ante el cadí y aceptad su sentencia”. Nos marchamos ante el cadí. Yo estaba confiado en su juicio. Al entrar nos colocamos ante él. Preguntó: “¿Por qué habéis venido? ¿Cuál es el pleito que os trae?” “Somos dos querellantes, y nos contentaremos con tu juicio.” “¿Cuál de vosotros es el demandante?” El curdo se adelantó, y dijo: “¡Dios ayude a nuestro señor, el cadí! Este saco y todo lo que contiene es mío. Lo había perdido, y lo he hallado en poder de este hombre”. El cadí preguntó: “¿Cuándo lo perdiste?” “Ayer; no he podido dormir a causa de su pérdida.” “Si lo reconoces, describe lo que contiene.” “En mi saco hay dos lápices de plata, colirio para los ojos, y una toalla para las manos; he metido en él dos tazas doradas, dos candelabros, contiene además dos tiendas de campaña, dos platos, dos cucharas, una almohada, dos tapetes de cuero, dos agujas, un vaso, dos escudillas, un caldero, dos broches, un recipiente, una aguja grande, dos cuentagotas, una gata, dos

perras y una bandeja; dos bolsas, una chaqueta y dos pellizas; una vaca con dos terneros, una cabra con dos cabritas; un cordero con dos ovejillas; dos tiendas de campo, un camello, dos camellas, un búfalo, dos toros, una leona, dos leones; una oca, dos zorras; un colchón y dos divanes; un castillo, dos salones, una cocina con dos puertas y una pandilla de curdos, que darán fe de que este saco es mío."

» Luego me preguntó a mí: "¿Qué dices tú?" Yo, Emir de los creyentes, me adelanté, aturdido por las palabras del curdo, y dije: "¡Dios haga poderoso a nuestro señor el cadí! En este saco mío sólo había una casita derruida y otra sin puertas; una habitación para perros; una escuela para chicos y unos jóvenes jugando a los dados; tiendas con sus correas, las ciudades de Basora y Bagdad, el castillo de Saddad b. Ad, y, además, el horno de un herrero, la red de un pescador, un bastón, pivotes, chicas y chicos y mil alcahuetes que darán fe de que el saco es mío".

» El curdo, al oír estas palabras, se puso a llorar y a sollozar y exclamó: "¡Nuestro señor, el cadí! Que mi saco es ése, es de sobras conocido, y contiene todo lo que he descrito y, además, fortalezas, castillos, cigüeñas, fieras, hombres que juegan al ajedrez y a las damas, en mi saco hay también una yegua con dos potros; un semental y dos caballos de carreras; dos lanzas larguísimas, fieras, liebres, ciudades, aldeas, una alcahueta y dos chulos, que se dividen a medias las ganancias; un hermafrodita, dos ahorcados; un ciego y dos videntes; un cojo, un paralítico, un sacerdote con dos diáconos; un patriarca y dos monjes, y un cadí con sus notarios, que darán fe de que este saco es mío".

» El cadí me preguntó: "¿Y tú, qué me dices?" Yo, Emir de los creyentes, estaba furibundo. Me adelanté y añadí:»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí, el persa, prosiguió]: « "¡Dios sostenga a nuestro señor el cadí! Llevo también en mi saco una cota de malla, una losa, depósitos de armas y mil machos cabríos; unos prados de pastos para las ovejas, mil perros ladrando; jardines, viñedos, campos de flores y de hierbas aromáticas, higos, manzanas, cuadros, estatuas, botellas, copas, novios, cantantes, fiestas, pendencias, griteríos. Hay campiñas con ladrones armados de espadas, lanzas, arcos y flechas que salen por la mañana de incursión; hay amigos, compañeros, personas entrañables, cárceles para castigos y tertulias de amigos; tambores y añafiles, banderas y estandartes, chicos y chicas, esposas con sus trajes de boda y esclavas cantoras: cinco abisinias, tres de la India, cuatro medinesas, veinte griegas, cincuenta turcas, setenta persas, ochenta curdas y noventa georgianas; están, además, el Tigris y el Éufrates, una red de pescador, una piedra de hacer fuego y acero; Iram la de las columnas, mil personas

colgadas, y alcahuetes; hay hipódromos y establos, mezquitas y baños; un albañil, un comerciante; maderas y clavos; un esclavo negro con una flauta, un almocadén y un hombre importante; ciudades, capitales, cien mil dinares, Kufa y Anbar, veinte cajas llenas de telas, cincuenta almacenes de víveres, Gazza, Asqalán y Egipto, desde Damieta hasta Assuán; el palacio de Cosroes Anusirwán; también está Salomón; asimismo, en el saco se extiende la tierra que hay desde Wadi Numán hasta el Jurasán; Balj e Ispahán; las regiones desde la India hasta el Sudán. Hay además (¡Dios prolongue la vida de nuestro señor el cadí!), túnicas, telas y mil navajas de afeitar, afiladas para rasurar la barba del cadí si desprecia mi castigo y no sentencia que ese saco es mío".

» Al oír el cadí todas estas palabras quedó perplejo y dijo: "Veo que sois dos personas sin escrúpulos o un par de herejes dispuestos a jugar con la magistratura y con los jueces, sin temer el escándalo. Ningún narrador ha descrito ni nadie ha escuchado cosa más prodigiosa que la que acabáis de referir; nadie ha pronunciado jamás tales palabras. ¡Por Dios! Desde la China hasta Sacharat Umm Gaylán, desde Persia hasta el Sudán, desde Wadi Numán hasta la tierra del Jurasán, nadie ha oído jamás lo que acabáis de decir, ni daría crédito a lo que afirmáis. ¿Es que este saco constituye un mar sin fondo? ¿Es que encierra el día del juicio, puesto que en él están reunidos buenos y malos?"

» El cadí ordenó fuese abierto el saco. Así lo hicieron, y salió un pan, un limón, un queso y unas aceitunas. Yo tiré el saco delante del curdo y me fui.»

El Califa, al oír la historieta de Alí el persa, se echó a reír de tal forma que cayó de espaldas, y le hizo un hermoso regalo.

HISTORIA DE HARÚN AL-RASID CON CHAFAR, LA ESCLAVA Y EL IMÁN ABU YUSUF

SE cuenta que una noche, Chafar, el barmekí, estaba en un banquete con al-Rasid, el cual le dijo: « Chafar, me he enterado de que has comprado a tal esclava. Hace mucho tiempo que la busco yo, pues es muy hermosa, y mi corazón arde de amor por ella. ¡Véndemela!» « No la venderé, Emir de los creyentes.» « ¡Regálamela!» « No la regalaré.» Harún al-Rasid exclamó entonces: « ¡Me separaré de Zubayda por triple repudio si no me la vendes o me la regalas!» Chafar replicó: « ¡Me separaré de mi mujer por triple repudio si te la vendo o te la regalo!» Más tarde, pasada ya la embriaguez, comprendieron que se hallaban en un aprieto y no sabían con qué subterfugio iban a salir de él. Harún al-Rasid exclamó: « Éste es un caso que sólo puede resolver Abu Yusuf» . Fueron a buscarlo a medianoche. Cuando llegó el mensajero, Abu Yusuf se levantó asustado y se dijo: « No se me llamaría a esta hora si no se tratare de algo grave para el Islam» . Salió corriendo, montó en su mula y dijo al criado: « Lleva contigo el saco de la mula; es posible que el animal no haya terminado aún de comerse el pienso. Cuando entremos en el palacio del Califa, pónselo para que se acabe de comer lo que le falta antes de que yo salga» . El muchacho contestó: « Oír es obedecer» .

Al comparecer Abu Yusuf, Harún al-Rasid se puso de pie y lo hizo sentar en su estrado, a su lado, sitio en el cual sólo se sentaba él. Le dijo: « Te hemos mandado a buscar a esta hora para un asunto muy importante. Se trata de esto y esto, y no encontramos el medio de resolverlo» . « Emir de los creyentes. ¡Ésta es la cosa más fácil que pueda existir! Chafar: vende al Emir de los creyentes la mitad de tu esclava y regálale la otra mitad. Ambos quedáis libres de vuestro juramento.» El Emir de los creyentes se alegró mucho, y ambos hicieron lo que les había ordenado. Harún al-Rasid dijo: « ¡Traedme la esclava ahora mismo!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa la quería mucho. Se la llevaron, y dijo al cadí Abu Yusuf: « Quiero poseerla ahora mismo, pues no puedo esperar hasta que haya pasado el tiempo legal de mora[101]. ¿Qué solución me das?» « ¡Emir de los creyentes! Tráeme a uno de tus esclavos que no esté emancipado.» Fueron por el esclavo, y Abu Yusuf explicó: « Permíteme que lo case con ella. Después, antes de consumar el matrimonio, la repudiará, y tú podrás poseerla inmediatamente, sin tener que esperar el fin del plazo legal» . Harún al-Rasid quedó más admirado aún que antes. Cuando el esclavo compareció, el Califa dijo al cadí: « Te permito que lo cases» .

El cadí propuso el matrimonio al mameluco, y éste aceptó. Una vez

celebrado, le dijo el cadí: « Repudia a tu mujer y recibirás cien dinares» . « No lo haré.» El cadí siguió pujando y el esclavo negándose, hasta que llegó a ofrecerle mil dinares. Al fin preguntó el esclavo: « ¿Quién es el que hace el repudio? ¿Yo o el Emir de los creyentes?» « Tú, naturalmente.» « ¡Pues no la repudiaré jamás!» El Emir de los creyentes, hecho una furia, exclamó: « ¡Buena escapatoria has encontrado, Abu Yusuf!» « ¡Emir de los creyentes! ¡No te preocupes! El caso es sencillo: haz que la muchacha sea dueña del esclavo.» « ¡Se lo regalo!» El cadí, dirigiéndose a ella, dijo: « Di "Lo acepto"» . La muchacha dijo: « Lo acepto» . El cadí concluyó: « Pronuncio el divorcio entre los dos, pues al pasar el marido a ser propiedad de la mujer, el vínculo queda invalidado» . El Emir de los creyentes se puso en pie de un salto, diciendo: « ¡Sólo un hombre como tú podía ser cadí en mi tiempo!»

Ordenó que le llevasen bandejas llenas de oro, y las vertió delante de él. Luego le preguntó: « ¿Tienes algún sitio en que colocarlo?»

El juez se acordó del saco de la mula, mandó a buscarlo y lo llenó de oro; lo cogió, y se marchó a su casa. Al día siguiente decía a sus amigos: « El camino más sencillo y más fácil para obtener los bienes de este mundo y los del otro es el de la ciencia. Yo he obtenido estas grandes riquezas solucionando dos o tres problemas» .

Tú que estás instruyéndote fíjate en la agudeza de este caso, ya que encierra preciosos detalles, tales como la familiaridad con que el visir trataba a Harún al-Rasid, la ciencia del Califa y la ciencia aún mayor del cadí. ¡Apiádese Dios (¡ensalzado sea!) de todos ellos!

HISTORIA DE JALID B. ABD ALLAH AL-QASRI Y EL JOVEN LADRÓN [102]

SE cuenta que cuando Jalid b. Abd Allah al-Qasri era gobernador de Basora, acudió a él un grupo de personas que llevaban a un joven hermoso, bello, educado, de buen aspecto, muy inteligente, bien vestido, perfumado, tranquilo y digno. Se lo presentaron a Jalid, y éste les preguntó qué ocurría, a lo que ellos respondieron: « Es un ladrón. Lo sorprendimos ayer por la noche en nuestra casa» . Jalid lo contempló, le gustó su aspecto y lo limpio que estaba, y ordenó: « ¡Soltadlo!» Luego se acercó a él y le preguntó por su vida. Él replicó: « Esa gente dice la verdad, y ha ocurrido lo que afirman» . Jalid interrogó: « ¿Y qué te ha movido a hacer esto, siendo una persona de buen aspecto y estando bien vestido?» « Me ha impulsado el deseo de poseer los bienes de este mundo, y la voluntad de Dios (¡glorificado y ensalzado sea!)» « ¡Ojalá tu madre te hubiese perdido! La belleza de tu rostro, tu buen entendimiento, tu perfecta educación, ¿no han podido frenar tus deseos?» « No me preguntes más, Emir, y cumple lo que Dios (¡ensalzado sea!) manda para estos casos. Lo que reciba, lo habré ganado con mis manos: "Dios no es injusto con sus siervos"[103].»

Jalid calló un momento y meditó en el caso del muchacho. Se acercó a él y le dijo: « Me confunde tu confesión en presencia de testigos. Yo no creo que seas un ladrón. Debes tener otras razones, pero no precisamente de hurto. ¡Cuéntamelas!» « ¡Oh, Emir! No te empeñes en pensar en algo distinto a lo que he declarado. No tengo nada que contar, salvo el que entré en la casa de ésos, robé lo que pude, me sorprendieron, me detuvieron y me han traído ante ti.» Jalid lo mandó a la cárcel y ordenó que el pregonero anunciase por Basora: « Los que quieran ver el castigo de fulano, el ladrón, y cómo le cortan la mano, que acudan mañana a tal sitio» .

Al quedar el joven en la prisión con los grillos en los pies, suspiró, lloró abundantemente y recitó estos versos:

Jalid me ha amenazado con cortarme la mano si no le refiero lo que me ha sucedido con ella.
He contestado: « ¡No seré yo quien cuente el amor que siente mi corazón!»
El tener la mano cortada por lo que he declarado, es más soportable para mí que el deshonrarla.

Los carceleros, que lo habían oído, se lo contaron a Jalid. Éste, al hacerse de noche, mandó que le llevasen al preso. Lo interrogó y pudo comprobar que era muy inteligente, culto, instruido y de buen corazón. Mandó servir la cena y comieron. Habló un rato con él, y después le dijo: « Me he enterado de que tienes

una historia distinta de la del hurto. Por la mañana acudirán las gentes, y el cadí te interrogará sobre el robo. Niégalo, y declara cuanto pueda evitar que te corten la mano. El Enviado de Dios (¡Él lo bendiga y lo salve!) ha dicho: "En los casos dudosos, evitad las penas establecidas"» . Luego lo volvió a mandar a la cárcel.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el joven pasó en ella la noche.

Por la mañana acudieron las gentes para ver cómo cortaban la mano del joven; no quedó en toda Basora mujer ni hombre que dejase de acudir a ver el castigo de aquel joven. Jalid, las personas principales de Basora y otros, montaron a caballo; fueron convocados los jueces y se hizo comparecer al joven. Éste se presentó encadenado. Todos cuantos lo veían lloraban por él. Las mujeres prorrumpían en gritos fúnebres. El cadí mandó que callasen y dijo al muchacho: « Esa gente asegura que tú entraste en su casa y les robaste. Quizás hayas robado cosas sin valor, que no constituyan delito» . « No; he robado más de la cuenta.» « Pero a lo mejor eres copropietario de algunas de las cosas.» « No; todo les pertenecía, y yo no tenía derecho alguno sobre ello.»

Jalid, enfurecido, se dirigió hacia el joven y le dio un latigazo con la fusta, mientras recitaba:

El hombre quiere obtener su deseo, pero Dios sólo concede lo que a Él le place.

Mandaron al verdugo que le cortase la mano. Éste sacó el cuchillo, el muchacho alargó el brazo, y el verdugo puso encima el arma. Entonces, de entre las mujeres arrancó a correr, gritando, una muchacha con los vestidos sucios; se arrojó encima del muchacho, se quitó el velo y apareció una luna. La gente se alborotó, y poco faltó para que estallase un tumulto. La muchacha gritó con su voz más fuerte: « Te conjuro en nombre de Dios, Emir, a que no decidas que le corten la mano antes de leer este memorial» .

Le entregó un papel. Jalid lo abrió y lo leyó. Contenía estos versos:

¡Jalid! Ése es un loco, un esclavo del amor; mis ojos lo han herido con los arcos de las cejas.
Lo hirió una flecha de mi mirada, porque es esclavo de la pasión, porque es incapaz de curarse de su daño.
Ha confesado lo que no ha hecho, pues cree que eso es mejor que deshonrar a la amada.
No castigues al afligido amante, que es el más generoso de los hombres y

no un ladrón.

Jalid al leer los versos se retiró, se apartó de la gente y ordenó que se acercara la mujer. La interrogó, y ésta le explicó que aquel joven estaba enamorado de ella, y que ella le correspondía. Quiso visitarla y fue a casa de sus padres; tiró una piedra para advertirle de su llegada, mas el padre y sus hermanos oyeron el ruido del golpe y salieron a su encuentro. Él, al oír que llegaban, recogió toda la ropa de la habitación para hacerles creer que se trataba de un ladrón y salvar la honra de su amada. Entonces lo detuvieron, exclamando: « ¡Éste es un ladrón!» , y lo trajeron a tu presencia. Él ha confesado el robo y se ha ratificado en la confesión para no deshonrarme. Por eso se ha declarado autor del robo, por su extrema nobleza y generosidad» .

Jalid exclamó: « ¡Es digno de obtener lo que desea!» Mandó llamar al joven, lo besó entre los ojos e hizo comparecer al padre de la muchacha: « ¡Anciano! Estábamos dispuestos a castigar a este joven cortándole la mano, pero Dios, Todopoderoso y Excelso, lo ha salvado de esta pena, y yo he ordenado que le entreguen diez mil dirhemes, porque él daba su mano para salvar tu honor y el de tu hija, para preservaros de la afrenta. He mandado dar a tu hija otros diez mil dirhemes por haberme dicho la verdad, y ahora te pido me permitas que la case con él» . El anciano contestó: « ¡Te concedo el permiso, Emir!»

Jalid dio gracias a Dios, lo alabó y pronunció un hermoso sermón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *doscientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Jalid] le dijo al muchacho: « Te caso con la joven aquí presente, con su permiso y con su consentimiento, así como con la conformidad de su padre, y le asigno como dote estos diez mil dirhemes» . El joven dijo: « Acepto este matrimonio» . A continuación, Jalid mandó llevar el dinero a la casa del joven, en vasos que figuraban en el cortejo nupcial.

La gente se dispersó, satisfecha de lo que había visto en aquel día extraordinario, que había empezado con llantos y penas y terminaba con alegría y fiesta.

HISTORIA DE LA AVENTURA DE UN BEDUINO Y DE CHAFAR EL BARMEKÍ, DESPUÉS DE SER ÉSTE CRUCIFICADO

SE cuenta que cuando Harún al-Rasid hizo crucificar a Chafar, el barmekí, dijo que todo aquel que llorase su muerte o hiciese el elogio fúnebre, sería también crucificado. La gente se abstuvo de hacerlo. Un beduino, que vivía en una estepa lejana, acostumbraba llevar una poesía, una vez al año, al citado Chafar, el barmekí, quien le daba mil dinares como pago de ella. El beduino los cogía y se marchaba, y con aquel dinero atendía a las necesidades de su familia hasta el fin del año. Este beduino acudió con el panegírico según tenía por costumbre, y al llegar encontró a Chafar crucificado. Se dirigió hacia donde estaba el muerto, hizo arrodillar a su camello, lloró amargamente, se entristeció mucho, recitó su poesía y se quedó dormido. En sueños vio a Chafar, el barmekí, que le decía: « Te has fatigado para venir y encontrarme tal como me ves. Pero dirígete a Basora, pregunta por un hombre que se llama así y así —es un comerciante de esa ciudad—, y dile: "Chafar, el barmekí, me manda saludarte y te dice: 'Dame mil dinares por el asunto de las habas'"» . El beduino, al despertarse, se dirigió a Basora, preguntó por aquel comerciante, fue a verlo y le dijo lo que Chafar le había indicado en sueños. El comerciante lloró tan desesperadamente, que poco le faltó para irse de este mundo. Después trató bien al beduino, lo hizo sentar a su lado, lo invitó a su casa y lo retuvo tres días. Cuando quiso marcharse, le dio mil quinientos dinares, diciendo: « Mil dinares son los que me ha mandado que te dé, y los quinientos constituyen un regalo mío Cada año recibirás mil dinares» .

Al marcharse, el beduino preguntó al comerciante: « ¡Te conjuro en nombre de Dios! Dime qué es eso de las habas, para que sepa de dónde viene» .

El comerciante refirió: « Cuando empecé a trabajar era un pobre que recorría las calles de Bagdad vendiendo habas calientes, para poder alimentarme. Un día frío, lluvioso, y sin tener nada con que protegerme, salí: ora temblando de frío, ora cayéndome en los charcos, mi situación era verdaderamente lamentable, capaz de poner la piel de gallina. Aquel día Chafar estaba sentado en su alcázar, asomado a la calle, rodeado de sus íntimos y de sus favoritas. Su mirada cayó sobre mí y se apiadó de mi situación. Envió a buscarme por medio de uno de los suyos, quien me llevó ante él. Al verme, me dijo: "Vende a mis cortesanos todas las habas que llevas". Empecé a medirlas con un vaso, y todo aquel que cogía una medida de habas me llenaba de oro el vaso. Terminé todas las que llevaba y no me quedó nada en el cesto. Reuní el oro que había recibido, y entonces Chafar me dijo: "¿Te quedan algunas habas?" "No sé." Busqué en la canasta pero sólo encontré una. Chafar la cogió, la partió en dos mitades, se quedó con una y dio la otra a una de sus mujeres, diciéndole: "¿Cuánto pagarás por la mitad de esta haba?" La mujer respondió: "El doble de todo el oro que ha reunido". Yo me quedé perplejo, diciéndome: "¡Eso es imposible!" Mientras yo seguía boquiabierto, la mujer mandó a una de sus

esclavas que le llevase el doble del oro que yo había recaudado. Chafar exclamó: “¡Pues yo compro la media haba que te he cogido, por el doble de todo ese oro!” Y añadió: “Coge el importe de tus habas”. Mandó a un criado que reuniese todo el dinero y lo colocase en mi cesto. Yo lo cogí y me marché. Después me vine a Basora, en donde invertí mi dinero en un comercio en el que Dios me ha favorecido. ¡Loado sea! Por tanto, si cada año te regalo mil dinares, puedo hacerlo gracias a la generosidad de Chafar, y ello no me causa ningún perjuicio» .

Considera, pues, la generosidad de Chafar y los elogios que obtuvo vivo y muerto. Dios (¡ensalzado sea!) se apiade de él.

HISTORIA DE ABU MUHAMMAD EL PEREZOSO Y DE HARÚN AL-RASID

CIERTO día estaba Harún al-Rasid sentado en el trono del Califato, cuando se le presentó un eunuco que llevaba una diadema de oro rojo incrustada de perlas y de aljófares, con toda clase de jacintos y de gemas que no tenían precio. El muchacho besó el suelo ante el Califa y le dijo: « ¡Emir de los creyentes! La señora Zubayda…»

Sahrazad se dio cuenta de que había llegado la madrugada y cortó el relato que le había sido permitido. Su hermana le dijo:

—¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de la historia!»

Cuando llegó la noche *trescientas*, Dunyazad le dijo a su hermana:

—¡Hermana mía! Termina de contarnos la historia.

—De buena gana, si el rey me lo permite.

Dijo el rey:

—Cuenta, Sahrazad.

Y ella refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho le dijo al Califa]: « La señora Zubayda besa el suelo ante ti y te dice: “Sabe que he hecho hacer esta diadema y que necesito una gema de gran tamaño para ponerla en la cúspide. He buscado en el tesoro pero no he hallado la piedra grande que me conviene”» . El Califa dijo a los chambelanes y a los funcionarios: « Buscad una gema del tamaño que desea Zubayda» . Buscaron pero no encontraron nada que fuese apropiado. Informaron de esto al Califa quien se entristeció y exclamó: « ¡Cómo puedo ser Califa y rey de los reyes de la tierra si soy incapaz de encontrar una gema! ¡Ay de vosotros! ¡Pedidla a los comerciantes!» La buscaron entre los comerciantes quienes les contestaron: « Nuestro amo, el Califa, sólo encontrará tal gema en Basora, en casa de un hombre llamado Abu Muhammad, el Perezoso» . Dieron esta respuesta al Califa quien mandó a Chafar, su visir, que enviase una carta al emir Muhammad al-Zubaydi, gobernador de Basora, mandándole que equipase a Abu Muhammad, el Perezoso, y que le hiciese comparecer ante el Emir de los creyentes. El visir escribió una carta en este sentido y la entregó a Masrur. Éste se dirigió a la ciudad de Basora y se presentó ante el Emir Muhammad al-Zubaydi, quien se alegró de verle y le trató con todos los honores. Leyó la carta del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, y dijo: « Oír es obedecer» . Dio a Masrur una escolta y se dirigieron al domicilio de Abu Muhammad, el Perezoso. Llamaron a la puerta, salió a abrir un paje y Masrur le dijo: « Di a tu señor que el Emir de los creyentes le busca» . El paje

informó de esto a su dueño, el cual salió y vio a Masrur, al chambelán del Califa y a la escolta que les había dado el Emir Muhammad al-Zubaydi. Besó el suelo ante ellos y dijo: « Oír es obedecer al Emir de los creyentes, pero… entrad en casa» . « No podemos, ya que tenemos prisa; así nos lo ha mandado el Emir de los creyentes que está esperando tu llegada.» « Pues esperad un poco para que prepare mis cosas.» Entraron en su domicilio después de reiteradas invitaciones y vieron en el recibidor unas cortinas de brocado azul bordadas en oro rojo. Después Abu Muhammad, el Perezoso, mandó a sus pajes que llevasen a Masrur al baño que había en la casa; así lo hicieron. Se fijaron en las paredes, en la rareza de sus mármoles, en las incrustaciones de oro y plata y en el agua que salía mezclada con agua de rosas. Los pajes acogieron con alborozo a Masrur y a su séquito, les sirvieron de la mejor manera y cuando salieron del agua les pusieron un traje de corte de brocado con bordados de oro. Masrur y sus compañeros pasaron a un salón en el que encontraron sentado a Abu Muhammad, el Perezoso. Encima de su cabeza colgaban cortinas de brocado tejidas en oro, incrustadas de perlas y gemas. El suelo del salón estaba cubierto por cojines bordados en oro rojo. El dueño de la casa estaba sentado en un estrado y éste estaba situado encima de un diván cuajado de aljófares. Cuando llegó Masrur le dio la bienvenida, le salió al encuentro y le hizo sentar a su lado. Mandó que extendiesen los manteles y Masrur, al verlos, exclamó: « ¡Jamás he visto manteles como éstos! ¡El mismo Emir de los creyentes no los tiene iguales!» Los platos estaban llenos con todas las clases de guisos; todos ellos eran de porcelana china dorada. Masrur refiere:

« Comimos, bebimos y nos regocijamos hasta el fin del día. Después dio cinco mil dinares a cada uno de nosotros. Al día siguiente nos regaló un traje bordado en oro y nos trataron con los máximos honores.»

Masrur le dijo: « El temor al Califa no nos permite permanecer más tiempo aquí» . Abu Muhammad, el Perezoso, replicó: « ¡Señor nuestro! Espera hasta mañana para que podamos terminar nuestros preparativos e irnos con vosotros» . Se quedaron aquel día, pasaron con él la noche y al amanecer los pajes enjaezaron una mula con una silla de oro taraceada con toda clase de perlas y de gemas para que montase en ella su señor. Masrur se dijo: « ¡Quién supiera si cuando Abu Muhammad se presente ante el Califa con tanto lujo éste le preguntará por el origen de tantas riquezas!» Se despidieron de Abu Muhammad al-Zubaydi, salieron de Basora y viajaron ininterrumpidamente hasta llegar a la ciudad de Bagdad. Al presentarse ante el Califa se quedaron de pie ante él. El soberano mandó a su huésped que se sentase. Así lo hizo. Habló con corrección y dijo: « ¡Emir de los creyentes! Te he traído un regalo como muestra de homenaje. Te lo mostraré si das tu permiso» . Al-Rasid replicó: « No hay inconveniente» Mandó que le diesen una caja, la abrió y sacó de ella unos objetos de gran valor entre los cuales figuraban árboles de oro con hojas de

esmeralda blanca; jacintos rojos y amarillos y blancas perlas constituían sus frutos. El Califa se quedó boquiabierto. Mandó que le acercasen otra caja y sacó de ésta una tienda de brocado coronada de perlas, jacintos, esmeraldas y toda clase de gemas; sus palos eran de áloe indio fresco; sus rebordes estaban cubiertos de verdes esmeraldas. En ella estaban representados todos los animales, pájaros y fieras y todas estas figuras estaban recubiertas por gemas, jacintos, esmeraldas, topacios, rubíes y toda clase de metales preciosos. Al-Rasid al ver todo esto se alegró muchísimo. Abu Muhammad, el Perezoso, dijo: « ¡Emir de los creyentes! No creas que he traído esto porque tema o quiera pedirte algo. Sólo ha sido porque siendo un hombre del vulgo creo que estos objetos son propios del Emir de los creyentes. Si me lo permites te mostraré lo que puedo hacer» . Al-Rasid le dijo: « Haz lo que quieras y lo veremos» . « ¡Oír es obedecer!» El Perezoso movió sus labios, hizo unos gestos a los mirlos del palacio y éstos se inclinaron ante él. Les hizo otra señal y volvieron a sus puestos. Hizo unos guiños e inmediatamente se cursaron las puertas de las jaulas. Después les dirigió la palabra y le contestaron. Al-Rasid se admiró muchísimo de todo y le preguntó: « ¿De dónde te viene todo esto? A ti sólo se te conoce por Abu Muhammad, el Perezoso, y me han contado que tu padre era el barbero de una casa de baños y que no te ha legado nada» , « ¡Emir de los creyentes! Escucha mi historia…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Muhammad, el Perezoso, dijo:] « … pues es portentosa, extraordinaria y si se escribiese, con agujas, en los lacrimales de los ojos, serviría de instrucción para el que estudia» . Al-Rasid le dijo: « Di lo que quieras; cuéntalo, Abu Muhammad» . Refirió:

« Emir de los creyentes (¡Dios haga durar tu poderío y tu fuerza!), sabe que es cierto lo que cuenta la gente; que soy conocido por el Perezoso y que mi padre no me legó nada, ya que él era lo que tú has dicho: barbero de un baño. En mi niñez yo era la persona más perezosa de la faz de la tierra, llegando mi poltronía hasta el punto de que si un día caluroso estaba durmiendo y el sol empezaba a darme, yo no me movía del sitio ni pasaba del sol a la sombra. Así viví hasta los quince años. Entonces mi padre fue llamado por la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!) y no me dejó nada. Mi madre hacía de asistenta y me daba de comer y de beber mientras yo seguía tumbado. Cierto día mi madre se presentó con cinco dirhemes de plata y me dijo: “¡Hijo mío! Me he enterado de que el jeque Abu-l-Muzaffar tiene la intención de marcharse a China”. Este jeque amaba a los pobres y era hombre de bien. Añadió: “¡Hijo mío! Coge estos cinco dirhemes, llévaselos y pide que te compre con ellos, en China, algún objeto. Tal

vez ganes con la benevolencia de Dios (¡ensalzado sea!)".

» La pereza me impedía levantarme por lo que mi madre juró por Dios que si yo no me iba con dicha suma no volvería a darme de comer ni de beber; que no volvería a entrar en mi habitación y que dejaría que me muriese de hambre y de sed. Al oír estas palabras, Emir de los creyentes, me di cuenta de que cumpliría su palabra conociendo como conocía mi pereza. Le dije: "¡Ponme sentado!" Me ayudó a incorporarme mientras yo lloraba. Añadí: "Tráeme las babuchas". Me las trajo. Dije: "¡Pónmelas en los pies!" Me las puso. "¡Cógeme en brazos y ponme en el suelo!" Lo hizo. "¡Sosténme para que pueda andar!" Me sostuvo. Marché tropezando con mis faldones, hasta que llegamos a la orilla del mar. Saludamos al jeque y yo le dije: "¡Tío! ¿Eres tú Abu-l-Muzaffar?" "Yo mismo." "Coge estos dirhemes y cómprame algo en China. Es posible que Dios me conceda alguna ganancia." El jeque preguntó a sus compañeros: "¿Conocéis a este muchacho?" "Sí; le apodan Abu Muhammad, el Perezoso. Ésta es la única vez que le hemos visto salir de su casa." El jeque Abu-l-Muzaffar dijo: "¡Hijo mío! Dame los dirhemes y que Dios (¡ensalzado sea!) te bendiga". Cogió los dirhemes diciendo: "¡En el nombre de Dios!", y yo, acompañado por mi madre, me volví a casa.

» El jeque Abu-l-Muzaffar emprendió el viaje con un grupo de comerciantes. Viajaron sin cesar hasta llegar a China. El jeque vendió y compró y después se decidió a regresar, con todos los que le acompañaban, pues ya había llevado a cabo sus negocios. Después de tres días de navegación en alta mar el jeque dijo a sus compañeros: "¡Detened la nave!" "¿Qué te pasa?" "Sabed que me he olvidado de cumplir el encargo que me ha hecho Abu Muhammad, el Perezoso. Volvamos y le compraré algo para que pueda obtener un beneficio." Le replicaron: "Te rogamos, por Dios (¡ensalzado sea!), que no nos hagas volver. Ya hemos navegado mucho y hemos pasado grandes angustias y sufrimientos enormes". "¡No hay más remedio que volver!" "Cada uno de nosotros te dará cinco dirhemes como beneficio de los cinco que has recibido, pero no nos hagas volver."

» El jeque les hizo caso y entre todos reunieron una suma considerable. Navegaron hasta descubrir una isla que estaba muy poblada. Anclaron y los comerciantes desembarcaron para comprar metales preciosos, gemas, perlas y otras cosas. Abu-l-Muzaffar vio un hombre que estaba sentado y ante el cual se hallaban muchos monos. Entre ellos había uno pelado, sin cabello. Los demás animales, cada vez que su dueño se distraía, le golpeaban y lo tiraban encima de éste, el cual se ponía de pie y pegaba, ataba y castigaba a los monos. Entonces éstos se encolerizaban todos a la vez y golpeaban al pelado. El jeque Abu-l-Muzaffar se compadeció de él al ver lo que sucedía y dijo al dueño: "¡Véndeme ese mono!" "¡Ofrece!" "Tengo cinco dirhemes que pertenecen a un muchacho huérfano. ¿Me lo vendes por ese precio?" "Te lo vendo. ¡Dios te bendiga!" Le

entregó el animal y cogió el dinero. Los esclavos del jeque se hicieron cargo del mono y lo ataron en la nave. Zarparon y navegaron hasta llegar a otra isla en la que también anclaron. Tiráronse al agua los buzos en busca de metales preciosos, perlas, aljófares y otras cosas; los comerciantes los tomaron a sueldo y los buzos empezaron a sumergirse. La mona vio lo que hacían: se desató del palo, saltó de la nave y se sumergió con ellos. Abu-l-Muzaffar exclamó: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!

La mona se ha perdido y con ella la ganancia de aquel pobre para el cual la habíamos comprado". Cuando ya desesperaba de ver al animal, éste apareció al mismo tiempo que un grupo de buceadores: llevaba en la mano las joyas más preciosas y se las tiró a Abu-l-Muzaffar. Éste quedó estupefacto y exclamó: "¡Esta mona encierra un gran secreto!" A continuación aparejaron, zarparon y navegaron hasta llegar a una isla llamada Isla de los Zanch[104] que está poblada por un grupo de negros antropófagos. Éstos, al verlos, montaron en sus canoas, se aproximaron y aprisionaron a todos los que iban a bordo, los ataron y los condujeron ante su rey, el cual ordenó que matasen a unos cuantos comerciantes. Los sacrificaron y se bebieron su sangre. El resto pasó la noche encarcelados. Todos ellos estaban muy afligidos. Llegadas las tinieblas, la mona se acercó a Abu-l-Muzaffar y le liberó de sus cadenas. Los comerciantes, al ver que éste se había desligado, exclamaron: "¡Es posible que Dios nos libre gracias a tu intervención, Abu-l-Muzaffar!" Éste les replicó: "Sabed que ha sido esta mona la que, por voluntad de Dios (¡ensalzado sea!), me ha librado…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu-l-Muzaffar prosiguió]: « … "por lo cual le pago un rescate de mil dinares". "¡Cada uno de nosotros le pagará la cantidad de mil dinares si nos salva!"

» La mona se acercó a ellos y los desligó uno tras otro hasta dejarlos a todos libres de sus cadenas. Se marcharon al barco, subieron a bordo y vieron que estaba intacto, que no le faltaba nada. Aparejaron y zarparon. Abu-l-Muzaffar les dijo a los comerciantes: "¡Pagad a la mona lo que habéis prometido!" "¡Oír es obedecer!", contestaron; cada uno de ellos le entregó mil dinares y Abu-l-Muzaffar hizo lo mismo, con lo cual el animal reunió una gran cantidad de dinero.

» Viajaron hasta llegar a la ciudad de Basora. Sus amigos acudieron a recibirles al desembarcar. Abu-l-Muzaffar preguntó: "¿Dónde está Muhammad, el Perezoso?"

» Mi madre se enteró de lo que ocurría y corrió a despertarme ya que yo estaba durmiendo. Me dijo: "¡Hijo mío! El jeque Abu-l-Muzaffar ha regresado,

ha vuelto a la ciudad. Levántate, ve a verle, salúdale y pregúntale qué te ha traído. Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) te haya abierto un camino". Le repliqué: "¡Ayúdame a ponerme de pie y sostenerme para poder ir a la orilla del mar!" Recorrí el camino y tropezando con los faldones de mi traje llegué hasta el jeque Abu-l-Muzaffar. Al verme dijo: "¡Bien venido sea aquel que con sus dirhemes ha sido la causa de mi salvación y de la salvación de estos mercaderes, gracias a la voluntad de Dios! (¡ensalzado sea!)". Después me dijo: "¡Coge esta mona, que he comprado para ti, vuelve a tu casa y espérame allí!" Cogí la mona y me fui. Me dije: "¡Vaya qué gran negocio!" Entré en casa y dije a mi madre: "Siempre que duermo me haces levantar para ir a hacer negocios. ¡Mira con tus propios ojos este asunto!" Me senté y mientras estaba en mi silla se presentaron los esclavos de Abu-l-Muzaffar. Me preguntaron: "¿Tú eres Abu Muhammad, el Perezoso?" "Sí." Abu-l-Muzaffar llegó un instante después, pisándoles los talones. Me levanté y le besé las manos. Me dijo: "Ven ahora mismo a mi casa". "Oír es obedecer", le contesté.

» Fuimos juntos a su casa, entré y mandó a sus esclavos que le entregasen el dinero. Se lo llevaron y él me dijo: "¡Hijo mío! Dios te ha concedido todo este dinero como ganancias obtenidas a partir de los cinco dirhemes". Los esclavos lo metieron en cofres, colocaron éstos sobre su cabeza y el jeque me hizo entrega de sus llaves diciendo: "Enseña el camino de tu casa a los esclavos, pues todo este dinero es tuyo". Me dirigí al encuentro de mi madre que se alegró mucho de todo esto y me dijo: "¡Hijo mío! Dios te ha concedido estas grandes riquezas. Deja de ser, pues, perezoso, ve al mercado, vende y compra".

» Dejé, efectivamente, de ser perezoso, abrí una tienda en el zoco y la mona ocupó un puesto a mi lado, sentándose en mi mismo estrado. Cuando yo comía, ella me acompañaba, si yo bebía, ella bebía conmigo, pero cada día, al amanecer, desaparecía y regresaba al mediodía trayéndome una bolsa con mil dinares, que dejaba a mi lado al sentarse. Esta situación duró mucho tiempo y reuní un capital fabuloso. Yo, Emir de los creyentes, me compré fincas y tierras; hice cultivar jardines y adquirí mamelucos, esclavos y esclavas.

» Un día en que estaba sentado en mi diván, teniendo a la mona al lado, ésta empezó a volverse a derecha e izquierda. Me dije: "¿Qué le debe ocurrir?" Dios hizo hablar al animal de manera muy clara. Me dijo: "¡Abu Muhammad!" Al oír estas palabras me asusté mucho. Añadió: "No te asustes, pues voy a contarte cuál es mi situación: soy un genio y me he acercado a ti dado lo malo de tu situación y hoy tú ya no puedes saber a cuánto ascienden tus bienes. Ahora te necesito para algo que sólo te ha de proporcionar beneficios". "¿Qué es ello?" "Quiero casarte con una adolescente semejante a la luna llena." "Y ¿cómo ha de ser eso?" "Mañana te pondrás tus mejores trajes, montarás en tu mula, a la que pondrás una silla chapeada en oro, irás al zoco y preguntarás por la tienda del jerife. Te sentarás a su lado y le dirás: 'He venido a pedirte la mano de tu hija'. Si

te responde: 'Tú no eres rico, careces de posición y de nobles antepasados' le darás mil dinares. Si te dice: '¡Da más!', dale más, pues él sólo desea el dinero". Contesté: "Oír es obedecer, y mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, haré lo que dices".»

Abu Muhammad siguió refiriendo: « Al día siguiente me puse mis más hermosos vestidos, monté en la mula que llevaba puesta una silla dorada y me marché al zoco de los forrajes. Pregunté por la tienda del jerife y le encontré sentado en ella. Me apeé, le saludé y me senté a su lado» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Muhammad prosiguió]: « Yo llevaba conmigo, entre esclavos y mamelucos, diez hombres. El jerife me preguntó: "¿Necesitas tal vez algo de mí?" "Sí." "¿Qué deseas?" "He venido a solicitarte, a pedirte la mano de tu hija." "Tú no eres rico, careces de posición y de nobles antepasadas." Entonces saqué una bolsa con mil dinares de oro rojo y le dije: "Ésta es mi posición y tales son mis antepasados. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) decía: 'El dinero constituye el mejor rango'. ¡Qué bellas son estas palabras del poeta!:

Los labios de aquel que tiene dos dirhemes saben pronunciar toda clase de discursos.
Los amigos se acercan a él y le escuchan; le he visto lleno de orgullo entre los hombres.
Sin el dinero, del cual se enorgullece, le encontrarías confundido entre la plebe en el peor de los estados.
Del rico, aunque diga algo equivocado, aseguran: "¡Ha dicho la verdad! ¡No ha dicho nada falso!"
Pero del pobre, aunque diga la verdad, dicen: "¡Mientes!", y no le dan la razón.
En todos los países del mundo el dinero viste a los hombres de consideración y de belleza:
Es la lengua de quien quiere ser elocuente, el arma de quien quiere combatir.

» El jerife al oír estas palabras y comprender el sentido de los versos, inclinó un momento la cabeza hacia el suelo. Después, levantándola, me dijo: "Si ha de ser así, dame otros tres mil dinares". "Oír es obedecer", le repliqué.

» Envié a uno de los esclavos a mi casa y regresó con el dinero que me había pedido. Al verle llegar salió de la tienda y dijo a sus dependientes: "¡Cerradla!"

La cerraron. Después invitó a sus compañeros del mercado para que fuesen a su casa y escribió mi contrato matrimonial con su hija diciéndome: “Dentro de diez días te entregaré la esposa”.

» Me fui a mi casa lleno de alegría y al quedarme a solas con la mona le expliqué lo que me había ocurrido. Me replicó: “Has hecho bien”. Al acercarse la fecha señalada por el jerife la mona me dijo: “Tengo que pedirte una cosa; si me la concedes te daré todo lo que quieras”. “¿Qué deseas?” “En la cabecera de la alcoba en la que te presentarán a la hija del jerife hay una alhacena cuya puerta tiene una anilla de bronce; las llaves están debajo. Cógelas y abre la puerta: encontrarás una caja de hierro en cuyos cuatro ángulos hay banderas que son talismanes; en el centro hay un tazón lleno de dinero; a un lado hay once serpientes y en el centro del tazón un gallo blanco con la cresta hendida; al lado de la caja hay un cuchillo. Coge éste, mata el gallo, corta los talismanes y vuelca la caja. Hecho esto dirígete a la esposa y arrebátale la virginidad. Tal es mi deseo.” Contesté: “¡Oír es obedecer!” Me dirigí al domicilio del jerife, entré en la habitación y vi la alhacena que me había descrito la mona. Cuando me quedé a solas con la novia admiré su hermosura, belleza, esbeltez y equilibrio de sus formas que eran tales que la lengua es incapaz de describirlas. Me alegré mucho y al llegar la medianoche, cuando ella dormía, me puse de pie, cogí las llaves, abrí la alhacena, empuñé el cuchillo, degollé el gallo, corté las banderas y volqué la caja. La joven se despertó, vio la alhacena abierta, el gallo degollado y exclamó: “¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Ya se ha apoderado de mí ese espíritu!” Apenas había terminado de hablar cuando un genio rodeó la casa y raptó a la esposa. Se armó un gran alboroto y el jerife acudió corriendo, abofeteándose la cara. Me espetó: “¡Abu Muhammad! ¿Qué es lo que has hecho con nosotros? ¿Es así como nos recompensas? Yo había metido esos talismanes en la alhacena para defender a mi hija de ese maldito que desde hace seis años está intentando raptarla sin conseguirlo. ¡Aquí no hay sitio para ti! ¡Sigue tu propio camino!”

» Salí de la casa del jerife, me dirigí a la mía y busqué a la mona sin encontrarla ni dar con su rastro. Me di cuenta de que ella era el espíritu que había raptado a mi mujer y que se las había ingeniado para que yo violase los talismanes y el gallo que le impedían cogerla. Me arrepentí de lo hecho, rasgué mis vestidos, me abofeteé el rostro y no supe qué hacer. Salí inmediatamente, me dirigí al campo y no dejé de andar, sin saber adónde iba, hasta la caída de la tarde. Mientras estaba así preocupado vi acercarse a dos serpientes: una negra y la otra blanca. Ambas estaban peleándose. Yo cogí, del suelo, una piedra y con ésta golpeé y maté a la serpiente negra que era la que había atacado a la blanca. Esta última se marchó para volver a poco con diez serpientes blancas que se acercaron a la muerta y la partieron en pedazos hasta que sólo quedó la cabeza. Después se marcharon y yo me tumbé, lleno de fatiga, en el sitio en que me

encontraba. Estaba tendido, meditando en lo que me sucedía, cuando oí a alguien que gritaba, escuché su voz sin verle. Recitaba este par de versos:

Deja que los hados corran a toda rienda y pasa tu noche tranquilo.
Durante el lapso de tiempo que va desde que se entornan los ojos hasta que se abren, Dios cambia una cosa en otra.

» Al oír estos versos, Emir de los creyentes, me quedé muy sorprendido y preocupado. Detrás de mí volví a oír una voz que recitaba estos dos versos:

¡Musulmán! Tienes ante ti el Corán; disfruta con él, pues te ha llegado la paz.
No temas las tentaciones de Satanás, pues nosotros somos gentes que profesan la verdadera fe.

» Contesté a la voz: "¡En nombre de Aquel al que adoras! ¡Dime quién eres!" El que hablaba tomó la figura de un hombre y me dijo: "No temas, puesto que nos hemos enterado de tu buena acción. Somos un clan de genios creyentes. Si necesitas algo dínoslo y te daremos satisfacción". "¡Deseo algo muy grande ya que soy víctima de una gran desgracia! ¡A quién le ha sucedido una calamidad como la mía!" "¿Eres tal vez Abu Muhammad, el Perezoso?" "Sí." "¡Abu Muhammad! Yo soy el hermano de la serpiente blanca a la cual has librado de su enemigo dándole muerte. Somos cuatro hermanos de padre y madre y todos te estamos igualmente agradecidos por el favor que nos has hecho. Aquel que estaba metamorfoseado en mono y que te ha tendido la trampa es un espíritu rebelde que de no haber empleado esa estratagema no hubiese conseguido raptar, jamás, a tu esposa. Hacía ya mucho tiempo que quería apoderarse de ella, pero los talismanes se lo impedían. Si el talismán hubiese continuado en su sitio no hubiese podido alcanzarla. Pero no te entristezcas por esto, pues nosotros te reuniremos con ella y mataremos a ese genio. El favor que nos has hecho no habrá sido en vano." A continuación dio un grito muy fuerte…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Muhammad prosiguió]: « … terrible y al momento compareció un grupo de genios. Los interrogó acerca de la mona y uno de ellos contestó: "Yo conozco su morada". "¿Dónde reside?" "En la ciudad de bronce sobre la cual nunca sale el Sol." Me dijo: "¡Abu Muhammad! Coge uno de nuestros esclavos y éste te transportará sobre sus espaldas y te

explicará cómo debes rescatar a la muchacha. Pero sabe que tu conductor es un esclavo rebelde y por tanto no debes mencionar el nombre de Dios mientras te transporta, pues si lo hicieses huiría en el acto, te caerías y te matarías". Contesté: "Oír es obedecer". Tomé uno de sus esclavos que se inclinó y me dijo: "¡Monta!" Monté y levantó el vuelo conmigo, subiendo siempre, hasta que perdí el mundo de vista y las estrellas se me presentaron como cordilleras bien asentadas en el firmamento y oí cómo los ángeles del cielo cantaban la gloria de Dios en tanto que el genio me hablaba, me distraía y evitaba que yo pronunciase el nombre de Dios (¡ensalzado sea!). Mientras yo seguía montado en él, apareció en lo alto una persona vestida de blanco, con el cabello en trenzas, con el rostro resplandeciente. Llevaba en la mano un dardo del cual saltaban chispas. Se acercó hacia mí y me dijo: "¡Abu Muhammad! Di: 'No hay dios sino el Dios y Mahoma es el Enviado de Dios'. Si no lo haces te atravesaré con este dardo". Hasta entonces había hecho un gran esfuerzo para abstenerme de pronunciar el nombre de Dios (¡ensalzado sea!), así es que dije: "¡No hay dios sino el Dios y Mahoma es el Enviado de Dios!" Aquel ser tiró el dardo sobre el espíritu y éste se fundió en cenizas. Yo caí de encima de sus espaldas y descendí hacia el suelo para ir a sumergirme en un mar tumultuoso y agitado. Inmediatamente después apareció un barco con cinco marineros que al verme se me acercaron, me subieron a bordo y empezaron a hablarme en una lengua que no entendía. Yo les dije por señas que no comprendía sus palabras y así llegó el fin del día. Echaron sus redes, pescaron un pez, lo asaron y me lo dieron de comida.

» Seguimos navegando hasta llegar a una ciudad. Me condujeron ante su rey, me plantaron delante de éste y yo besé el suelo. El soberano, que sabía árabe, me dio un traje de corte y me dijo: "Te nombro funcionario mío". Le pregunté el nombre de la ciudad y me dijo: "Se llama Nanad y está en la China". El rey me confió al visir y le mandó que me mostrase la ciudad. En tiempos remotos ésta había estado poblada por infieles a los que Dios (¡ensalzado sea!) había transformado en piedras. En ella había gran cantidad de árboles y de fruta. Permanecí en ella un mes entero, al cabo del cual me dirigí al río y me senté en su orilla. Mientras yo estaba allí se me acercó un jinete que me preguntó: "¿Tú eres Abu Muhammad, el Perezoso?" Contesté: "Sí". "No temas, pues estamos enterados de tus buenas acciones." "Y tú ¿quién eres?" "Yo soy el hermano de la serpiente. Te encuentras muy cerca del lugar en que se halla la adolescente a la que quieres recuperar." Se quitó los vestidos que llevaba, me los puso y añadió: "¡No temas! El esclavo que murió debajo de ti era uno de nuestros esclavos". A continuación el jinete me colocó a su grupa y me condujo a una campiña. Dijo: "¡Baja de mi grupa y sigue adelante, entre estos dos montes, hasta que divises la Ciudad de Bronce! Permanece alejado de ella y no entres hasta que yo vuelva a tu lado y te diga lo que has de hacer". "¡Oír es obedecer!", contesté. Me apeé del caballo y anduve hasta llegar a la ciudad. Contemplé sus murallas y empecé a

dar vueltas a su alrededor en busca de una puerta, pero no encontré ninguna. Mientras yo caminaba apareció el hermano de la serpiente que se acercó a mí y me entregó una espada encantada que me hacía invisible para todo el mundo. Hecho esto se marchó. Apenas había desaparecido cuando oí un griterío y vi a una ingente multitud que tenía los ojos sobre el pecho, que venía a mi encuentro. Al verme me preguntaron: "¿Quién eres? ¿Qué es lo que te ha traído hasta este lugar?" Les referí lo acontecido y me dijeron: "La joven a la que buscas está entre los genios de esta ciudad, pero no sabemos lo que se ha hecho de ella. Nosotros somos hermanos de la serpiente". Añadieron: "Ve a aquella fuente y observa el lugar por donde corre el agua; sigue su curso y así podrás entrar en la ciudad". Hice esto y siguiendo el curso del agua me metí en un pasaje subterráneo. Al salir vi que me encontraba en el centro de la ciudad y encontré a la joven sentada en un diván de oro recubierto por cortinas de brocado. A su alrededor había un jardín cuyos árboles eran de oro y daban como frutos las gemas más preciosas: jacintos, esmeraldas, perlas y corales. La joven me reconoció al verme, me saludó y me preguntó: "¡Señor mío! ¿Quién te ha hecho llegar hasta este lugar?" Le referí lo ocurrido y me contestó: "Sabe que ese maldito me ama muchísimo, por lo cual me ha enseñado lo que le daña y lo que le favorece. Me ha explicado que toda esta ciudad obedece a un talismán con el cual, si quisiera, podría aniquilar a todos sus habitantes y que los espíritus cumplirían cualquier cosa que les mandase. Dicho talismán está colocado encima de una columna". Le pregunté: "¿Dónde está la columna?" "En tal lugar." "¿En qué consiste?" "Tiene la forma de un buitre y encima hay una inscripción cuyos caracteres no conozco. Cógela con las dos manos, toma un carbón ardiendo y echa un poco de almizcle. Se alzará una humareda que atraerá a los espíritus; si haces esto se te presentarán todos los que hay, ninguno faltará a la cita y obedecerán tu orden, harán cualquier cosa que les mandes. ¡Vamos! ¡Ve y haz todo esto con la bendición de Dios! (¡ensalzado sea!)" "Oír es obedecer", le contesté.

» Salí, me dirigí hacia la columna e hice todo lo que me había mandado. Todos los espíritus acudieron, se colocaron ante mí y me dijeron: "¡Aquí estamos, señor! ¡Haremos todo lo que nos mandes!" "¡Encadenad al genio que trajo a esa joven!" "¡Oír es obedecer!", contestaron. Fueron en busca del genio, le encadenaron, le ligaron con fuertes lazos y me lo llevaron diciendo: "Hemos hecho lo que nos has mandado". Les di permiso para irse, regresé al lado de la joven y le expliqué lo que había sucedido. Dije: "¡Esposa mía! ¿Quieres volver conmigo?" Me contestó que sí y yo salí, con ella, a través del subterráneo por el que había entrado. Marchamos hasta llegar junto a las gentes que me habían indicado donde se encontraba…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Muhammad prosiguió]: « … y les pedí: "¡Indicadme el camino que me ha de conducir a mi país!" Me lo enseñaron, me acompañaron hasta la orilla del mar y me hicieron embarcar en un navío. El viento nos fue favorable hasta llegar a la ciudad de Basora. La familia de la joven se alegró muchísimo al verla entrar de nuevo en su casa. Yo quemé almizcle delante del buitre e inmediatamente acudieron los genios desde todos los sitios diciéndome: "¡Aquí estamos! ¡Haremos todo lo que nos mandes!" Les ordené que trasladasen todas las riquezas: metales preciosos y gemas, a mi casa de Basora. Así lo hicieron. Después les mandé que me entregasen la mona y me la dieron humillada, capitidisminuida. Le increpé: "¡Maldita! ¿Por qué me has traicionado?" Les ordené que la metiesen en un vaso de bronce y la introdujeron en una angosta botella que sellaron con plomo.

» Mi mujer y yo hemos vivido en paz y en tranquilidad y yo, Emir de los creyentes, poseo los tesoros y joyas más preciosas, y riquezas tan abundantes que no hay número que las cuente ni espacio para contenerlas. Si tú mandas dinero o cualquier otra cosa mandaré a los espíritus que te lo traigan sin demora. Todo esto es una gracia de Dios (¡ensalzado sea!).»

El Emir de los creyentes se maravilló muchísimo de este relato y después le hizo presentes dignos de un Califa a cambio de los regalos que le había hecho y le trató como se merecía.

ACCIONES GENEROSAS DE LOS BARMEKÍES

Se cuenta que Harún al-Rasid mandó llamar a uno de sus esbirros llamado Salih, antes de cambiar su conducta con los barmekíes. Cuando le tuvo delante le dijo: « Salih: ve a buscar a Mansur y dile: "Nos debes un millón de dirhemes y opinamos que debes pagarnos ahora mismo esta suma". Te ordeno, Salih, que si no te paga dicha cantidad antes de la puesta del sol, le separes la cabeza del tronco y que me la traigas» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó Salih. Después se dirigió a al-Mansur y le informó de lo que le había dicho el Emir de los creyentes. Al-Mansur exclamó: « ¡Por Dios! ¡Soy hombre muerto! Si reuniese todos mis bienes, todo lo que poseo y lo vendiese lo mejor posible no obtendría más de cien mil dirhemes y ¿de dónde saco los novecientos mil restantes, Salih?» Éste le replicó: « Imagina cualquier cosa que te salve, pues de lo contrario morirás, ya que yo no puedo concederte ni un instante más allá del plazo que me ha señalado el Califa ni puedo contrariar en nada la orden del Emir de los creyentes. Apresúrate, pues, a idear algo que te salve antes de que termine el plazo» . « ¡Salih! Te ruego que me acompañes a mi casa para que pueda

despedirme de mis hijos y de mis familiares, para hacer testamento ante mis parientes.»

Salih refiere: « Le acompañé a su casa y empezó a despedirse de sus familiares. Se levantó un gran alboroto, llantos, gritos y peticiones de auxilio a Dios (¡ensalzado sea!). Entonces dije: "Me pasa por la cabeza que tal vez Dios te conceda la salvación por medio de los barmekíes". Le acompañé a casa de Yahya b. Jalid, y al llegar ante éste, al-Mansur le refirió la situación en que se encontraba. Aquél se preocupó, inclinó un momento la cabeza hacia el suelo, la levantó, llamó a su tesorero y le preguntó: "¿Cuántos dirhemes hay en casa?" "Cinco mil." Mandó entregárselos y despachó un mensajero a su hijo al-Fadl con una carta en que decía: "Me han ofrecido la compra de una finca magnífica, de buen rendimiento. Mándame dinero". Le envió cien mil dirhemes. Despachó otro hombre a su hijo Chafar con una carta en que le decía: "Tengo entre manos un asunto importante y necesito dinero". Chafar le envió al momento cien mil dirhemes.

» Yahya fue enviando mensajeros a los barmekíes hasta reunir para al-Mansur una gran suma, sin que éste ni Salih lo supiesen. Mansur dijo a Yahya: "¡Señor mío! Me he agarrado al faldón de tu vestido, pues no sé dónde encontrar este dinero si no es pidiéndotelo dada tu proverbial generosidad. Cubre todo lo que me falta para satisfacer mi deuda y haz de mí tu liberto". Yahya inclinó la cabeza, lloró y dijo: "¡Muchacho! El Emir de los creyentes regaló a nuestra esclava Dananir una joya de gran precio. Ve y dile que me la mande". El criado se fue y regresó con la joya. Yahya dijo: "Salih: Yo he comprado a un comerciante esta joya para el Emir de los creyentes por doscientos mil dinares. Él se la ha regalado a nuestra esclava Dananir, la del laúd. Cuando vea la joya la reconocerá, te honrará y te hará gracia de la vida en honor nuestro. Tu importe está completo, Mansur".»

Salih refiere: « Llevé la joya y el dinero a Rasid. Mansur me acompañaba. Mientras recorríamos el camino le oí aplicarse este verso:

> Mis pies no han corrido hacia ellos por amor sino porque temía ser blanco de las flechas.

» Me maravillé de su maldad congénita, de su corrupción, de su vil origen y le reproché diciéndole: "En toda la faz de la tierra no hay personas mejores que los barmekíes y tú eres el peor, el más deshonesto de los seres humanos. Te acaban de salvar de la muerte, de rescatarte de la perdición, te han dado el precio de tu vida y no se lo agradeces, ni les alabas ni haces lo que deben hacer las gentes bien nacidas. ¡Al contrario! ¡Aceptas sus bienes y pronuncias estas palabras!" Llegué ante al-Rasid, le conté toda la historia y le referí todo lo sucedido.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Salih prosiguió:]: « Al-Rasid se maravilló de la generosidad, de la largueza y del valor de Yahya y de la maldad de Mansur. Mandó que se devolviese la joya a Yahya b. Jalid diciendo: "No permitimos que se nos devuelva lo que hemos regalado".»

Salih volvió al lado de Yahya, le explicó lo sucedido con Mansur y la maldad de éste. Yahya le dijo: « ¡Oh Salih! No puede reprenderse, diga lo que diga, a un hombre que está angustiado y con la cabeza obsesionada; lo que dice no sale del corazón» , y siguió buscando disculpas a Mansur Salih rompió a llorar y exclamó: « Los cielos, en su giro perpetuo, no darán vida a otro hombre de tu temperamento. ¡Qué lástima! ¿Cómo una generosidad y una naturaleza como la tuya pueden ir a reposar bajo el polvo?» Recitó estos dos versos:

Apresúrate a hacer cualquier bien que te pase por la imaginación, pues no se puede ser generoso en todos los momentos.
¡Cuántos se han abstenido de ser generosos cuando podían y ya no han tenido otra oportunidad!

YAHYA EL BARMEKÍ Y ABD ALLAH B. MALIK AL-JUZAI

Se cuenta que entre Yahya b. Jalid y Abd Allah b. Malik al-Juzai existía una secreta enemistad que ninguno de los dos manifestaba. La causa de la enemistad que había entre ambos residía en el gran afecto que el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, profesaba a Abd Allah b. Malik por la cual Yahya b. Jalid y sus hijos decían que Abd Allah había embrujado al Emir de los creyentes. Así transcurrió mucho tiempo y la envidia estaba en el corazón de ambos.

Cierto día al-Rasid concedió el gobierno de Armenia a Abd Allah b. Malik al-Juzai y lo envió a esta provincia. Cuando ya había fijado en ella su residencia, se le presentó un hombre del Iraq. Éste era virtuoso, culto y de agudo entendimiento, sólo que había pasado una mala época y había perdido sus bienes e ido a menos. Entonces falsificó una carta firmada por Yahya b. Jalid y dirigida a Abd Allah b. Malik. Con ella se dirigió a Armenia.

Al presentarse ante la puerta de éste, entregó la carta a uno de sus chambelanes. El chambelán la cogió y se la entregó a Abd Allah b. Malik al-Juzai quien la abrió, la leyó y meditó en lo que decía, dándose cuenta de que era falsa. Mandó que le llevasen a aquel hombre y éste, al estar delante, hizo las

invocaciones de rigor y loó a Abd Allah y a sus familiares. Abd Allah b. Malik le preguntó: « ¿Qué te ha inducido a pasar tantas fatigas y a venir hasta aquí con una carta falsa? Pero tranquilízate, pues tus fatigas no habrán sido en vano» . Aquel hombre contestó: « ¡Dios prolongue la vida de nuestro señor, el ministro! Si mi viaje te pesa no busques excusas: la tierra de Dios es amplia y Él es el que da sustento a todos los seres vivos. El mensaje que te he traído es del propio Yahya b. Jalid, no está falsificado» . Abd Allah le replicó: « Yo escribiré una carta a mi representante en Bagdad y le daré orden de que pregunte por esta carta que me has traído. Si es auténtica, si no está falsificada, te daré el gobierno de algún distrito o bien doscientos mil dirhemes, caballos y magníficos camellos, con todos los honores, si es que prefieres un regalo. Pero si la carta resulta ser falsa haré que te den doscientos palos y te haré afeitar la barba» . A continuación Abd Allah mandó que le encerrasen en una habitación y que le diesen todo lo que necesitara hasta que pudiera cerciorarse de lo que había de verdad en el asunto. Escribió una carta a su representante en Bagdad diciéndole: « Ha venido hasta mí un hombre que me ha traído una carta que asegura que procede de Yahya b. Jalid. Yo no creo que la carta sea auténtica, por lo cual es preciso que te preocupes de este asunto, que te enteres personalmente y que te cerciores de qué hay de verídico en ella. Apresúrate a contestarme para que sepamos si ese hombre dice verdad o mentira» . Cuando su representante recibió el mensaje, montó a caballo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [montó a caballo] inmediatamente y corrió al palacio de Yahya b. Jalid. Encontró a éste sentado con sus comensales y con sus cortesanos. Le saludó y le entregó la carta. Yahya b. Jalid la leyó. Después dijo al representante: « Vuelve mañana y te tendré escrita la contestación» . Después de la marcha de su visitante se volvió a sus comensales y les preguntó: « ¿Cuál ha de ser la recompensa de una persona que ha falsificado una carta, poniéndola a mi nombre, y que la ha llevado a mi enemigo?» Cada uno de los comensales dio su opinión, pero todos estaban de acuerdo en que debía ser castigado. Yahya les replicó: « ¡Estáis equivocados! En lo que habéis dicho se demuestra la baja condición y la vileza de vuestros pareceres. Todos vosotros sabéis la influencia que Abd Allah tiene con el Emir de los creyentes y conocéis la enemistad y el recelo que existe entre nosotros dos. Dios (¡ensalzado sea!) ha hecho de este hombre un medio de reconciliación, le ha encargado de realizar este cometido y de extinguir el fuego de la envidia que roe nuestro corazón y que viene creciendo desde hace veinte años; gracias a su intervención se arreglarán nuestras querellas. Es necesario que yo recompense a ese hombre declarando

que son verdad sus afirmaciones, solucionándole sus problemas. Voy a escribirle una carta a Abd Allah b. Malik al-Juzai indicándole que debe tratarlo con generosidad, que continúe teniéndole en consideración y honrándole» .

Los comensales, al oírle, le desearon toda clase de beneficios y se admiraron de su generosidad y de su gran hombría. Yahya pidió papel y tinta y escribió, de su puño y letra, esta carta a Abd Allah b. Malik: « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso: He recibido tu carta (¡Dios prolongue tu vida!), la he leído y me he alegrado de que te encuentres bien, me he regocijado de tu bienestar y de tu felicidad. Tú tenías sospechas de que ese hombre hubiese falsificado una carta nuestra y creías que no era portador de ningún escrito, pero en realidad no es así. Esa carta la he escrito yo, no hay en ella falsificación alguna. Espero de tu generosidad, de tu esplendidez, de tu buen carácter, que recompenses a ese buen hombre haciendo realidad sus esperanzas y sus deseos, dándole los honores que merece y haciéndole conseguir lo que desea, abrumándole con tu gran generosidad y concediéndole tu máximo favor. Todo lo que hagas por él será como si me lo hicieses a mí y yo te quedaré reconocido» . Puso la dirección, la selló y la entregó al agente de Abd Allah, el cual la envió a éste.

Abd Allah, al leerla, se alegró de su contenido, mandó que le diesen doscientos mil dirhemes, diez caballos árabes, cinco de ellos con gualdrapas de seda y los otros cinco con sillas de parada ricamente adornados; veinte cajas de ropa, diez mamelucos montados a caballo y una cantidad importante de preciosas gemas. Además le dio un vestido de honor y le despachó hacia Bagdad con toda la pompa.

Al llegar a Bagdad, antes de visitar a su familia corrió a la puerta de Yahya b. Jalid y pidió permiso para entrar. El chambelán se presentó ante Yahya y le dijo: « ¡Señor mío! Hay en la puerta un hombre con su séquito; tiene buen aspecto; trae bastantes joyas y quiere entrar a verte» .

Yahya le hizo pasar. Cuando llegó ante éste, besó el suelo. El visir le preguntó: « ¿Quién eres?» « Soy aquel que estaba muerto por las injusticias del destino; tú me has sacado del sepulcro de las calamidades y me has introducido en el paraíso de los deseos. Yo soy el que falsificó una carta tuya y se la he entregado a Abd Allah b. Malik al-Juzai.» Yahya le preguntó: « ¿Cómo te ha tratado? ¿Qué te ha regalado?» « Me ha dado, gracias a tu generosidad, a tu liberalidad, a la grandeza de tus favores, a tu gran magnanimidad, a lo excelso de tus deseos y a tu bondad, tantas cosas que me ha enriquecido y me ha puesto en situación desahogada. Todos sus dones, todos sus regalos los he dejado ante tu puerta, pues a ti te pertenecen y a ti toca disponer.» Yahya replicó: « Lo que tú has hecho por mí es mucho más que lo que yo he hecho por ti. Tú has sido quien me ha hecho un gran regalo y tu mano ha sido muy bondadosa conmigo, ya que has transformado la enemistad que existía entre ese hombre respetable y yo en una

auténtica amistad y afecto. Yo te regalo bienes idénticos a los que te ha cedido Abd Allah b. Malik» . A continuación mandó que le diesen tanto dinero, caballos y cajas como le había regalado Abd Allah.

Así, ese hombre recobró su bienestar gracias a la esplendidez de estos dos generosos.

HISTORIA QUE DEMUESTRA CÓMO LA CIENCIA Y LA INTELIGENCIA SON DE UTILIDAD PARA QUIEN LAS POSEE

SE cuenta que en todas las ciencias al-Mamún fue el Califa más versado de los abbasíes. Todas las semanas dedicaba dos días a discutir con los sabios y los alfaquíes y los polemistas se sentaban en los distintos sitios según su rango.

Cierto día en que estaba sentado con ellos se presentó en la reunión un extranjero que llevaba un traje blanco hecho jirones. Se sentó entre los últimos, detrás de los alfaquíes, en un lugar escondido. Empezaron a hablar y a discutir los distintos problemas. Era costumbre que la pregunta fuese pasando de uno a otro de los contertulios y aquel que tenía una aclaración elegante o un punto de vista particular lo exponía. La cuestión fue dando la vuelta hasta llegar al extranjero. Tomó la palabra y dio una contestación mejor que la de todos los alfaquíes. El Califa se admiró de sus argumentos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa] le mandó que cambiase su puesto por otro de mayor importancia. Cuando le tocó tratar del segundo problema contestó de modo más satisfactorio aún que en el primero. Al-Mamún le mandó que ocupase un puesto más importante. Al llegarle la tercera cuestión la solucionó de modo más admirable que las otras dos. Al-Mamún le mandó que se sentase a su lado. Terminada la discusión pasaron el aguamanil, se lavaron las manos, sirvieron la cena y después se levantaron los alfaquíes y se marcharon.

Al-Mamún retuvo consigo a aquella persona, la acercó hacia sí, la trató atentamente y le prometió toda suerte de dones y beneficios. Después se preparó una bacanal, llegaron los comensales y empezó a circular la copa de vino. Al llegarle el turno, aquel hombre se puso de pie y dijo: « ¿Permite el Emir de los creyentes que diga una sola palabra?» « ¡Di lo que quieras!» « La gran inteligencia (¡aumente Dios su excelsitud!) del Califa, sabe que hoy he llegado a esta noble asamblea como la persona más desconocida, como el más humilde de los contertulios. El Emir de los creyentes me ha acercado hacia sí por lo razonable de mi entendimiento y me ha ido ascendiendo de categoría hasta que he llegado al sumo, a un grado en que ni tan siquiera pensaba. Pero ahora quiere separarle de la poca razón de su entendimiento, de aquello que le ha permitido ascender desde el humilde puesto que ocupaba, de hacerse importante a partir de su insignificancia. Ya sé que el Emir de los creyentes no envidia el poco talento, la fama y el mérito que tiene, pero si ese esclavo bebiese vino, perdería la razón, se aproximaría a la ignorancia, perdería su buena educación y volvería al puesto despreciable que ocupaba pasando a ser, a los ojos de la gente, miserable e ignorante. Espero de su recta opinión, de su virtud, de su generosidad, de su poder

y de su buen natural que no le arranque esta gema.»

El Califa al-Mamún, al oír estas palabras, le alabó, le dio las gracias, le hizo sentar en su propio lugar, le trató con respeto, mandó que le diesen cien mil dirhemes, le hizo montar a caballo y le regaló preciosos vestidos. Entonces las reuniones le elevaban de rango y le ponían por encima de todos los alfaquíes, por lo que llegó a ser el más importante. ¡Dios es más sabio!

ALÍ SAR Y LA ESCLAVA ZUMURRUD

SE cuenta que en el tiempo antiguo y en las épocas pasadas vivía en el Jurasán un comerciante llamado Machd. Tenía grandes riquezas, esclavos, mamelucos y pajes pero había llegado a los sesenta años sin tener ningún hijo. A esta edad Dios (¡ensalzado sea!) le concedió un descendiente al que dio el nombre de Alí. El muchacho, al crecer, se transformó en una luna llena y cuando llegó a la pubertad y alcanzó todas sus perfecciones, el padre se fue debilitando y cayó enfermo de muerte. Llamó a su hijo y le recomendó: « ¡Hijo mío! Se acerca la hora de mi muerte y quiero darte unos consejos» . « ¿En qué consisten, padre?» « Te recomiendo que no des demasiada confianza a nadie y que no te acerques al que obra mal o causa perjuicio. Guárdate de la compañía de los malos, pues éstos son como el herrero: Si el fuego no te quema, te molesta el humo. ¡Qué bien ha dicho el poeta!:

En esta vida no esperes afecto, pues no puede haber amigos cuando el tiempo traiciona.
Vive aislado y no te apoyes en nadie. Lo que te he dicho constituye un consejo y ya basta.

» Otro poeta dice:

Los hombres son una enfermedad escondida: no te fíes de ellos.
Llenos de engaño y de intriga, debes aprender a conocerlos.

» Un tercer poeta dice:

El tratar con la gente no sirve de nada; sólo es charla y pérdida de tiempo.
Por consiguiente trátalos poco y sólo para aumentar tu saber o mejorar tu situación.

» Otro dice:

Si una persona inteligente probase a los hombres yo ya estaría harto antes de que él empezase.
He visto que su afecto es puro engaño, que su religión es mera hipocresía.»

Alí contestó: « He oído y obedeceré» .
Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí preguntó:] « … ¿Hay algo más?» « ¡Hijo mío! Preocúpate de Dios y Él se preocupará de ti. Guarda tus bienes y no los dilapides, pues si haces esto último necesitarás al más ínfimo de los hombres. El valor de una persona reside en lo que posee su diestra. ¡Cuán bellas son las palabras del poeta!:

Si disminuyen mis riquezas, nadie será mi amigo; pero si van en aumento, todos querrán ser mis comensales.
¡Cuántos enemigos se me han hecho amigos a causa de mis riquezas y cuántos amigos enemigos en cuanto las perdí!»

El hijo preguntó: « ¿Alguna recomendación más?» « Te ruego que pidas consejo al que tiene más edad que tú; que no te precipites en aquellas cosas que amas; que seas indulgente con tus inferiores y así será indulgente contigo tu superior; que no lastimes a nadie, pues Dios pondría por encima de ti al que te había de vejar. ¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

Une tu opinión a la de otro y pide consejo, ya que el buen camino no se oculta a dos personas.
El hombre es un espejo que le muestra reflejada la cara, pero si se unen dos espejos se ve hasta la nuca.

» Otro ha dicho:

Avanza poco a poco y no te precipites en las cosas que te afectan. Sé indulgente con los hombres y encontrarás otros piadosos.
Todas las manos tienen por encima el poder de Dios y no hay malvado que no tropiece con otro malvado.

» Dice otro:

No seas injusto aunque seas poderoso, puesto que el opresor queda expuesto a la venganza.
Tus ojos duermen mientras el opresor está despierto imprecando contra ti y el ojo de Dios no duerme.

» ¡Guárdate de beber vino! Constituye el principio de todo mal, hace perder

la razón y transforma en un ser despreciable al bebedor, ¡Qué hermosas son estas palabras del poeta!:

> ¡Por Dios! El vino no me hará perder la cabeza mientras el alma esté ligada al cuerpo y sepa lo que digo.
> Jamás me inclinaré por el vino fresco y escogeré mis comensales entre los abstemios.

» Tales son mis recomendaciones: métetelas en la cabeza y Dios me sucederá en tu cuidado.» Dicho esto perdió el conocimiento, calló un momento y al volver en sí pidió perdón a Dios, pronunció la profesión de fe y se fue al seno de la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Su hijo sollozó y lloró. Después hizo los preparativos necesarios y asistieron al entierro grandes y humildes. Los lectores del Corán recitaban alrededor de su ataúd: el hijo no descuidó ningún detalle de los que convenían al difunto. Rezaron, lo depositaron en el polvo y escribieron encima de la tumba este par de versos:

> Fuiste creado de polvo y pasaste a la vida; aprendiste a ser elocuente en tus palabras.
> Has vuelto al polvo al morir y da la impresión de que nunca has abandonado el polvo.

Su hijo Alí Sar se entristeció mucho y llevó el luto de acuerdo con la costumbre de las personas más notables. Siguió apenado por la muerte de su padre hasta que falleció su madre al cabo de poco tiempo. Con ésta se comportó del mismo modo como lo había hecho con su padre. Después ocupó su puesto en la tienda y se dedicó a vender y a comprar sin tener tratos con ninguna criatura de Dios (¡ensalzado sea!), cumpliendo así la recomendación de su progenitor.

Durante un año se mantuvo así, pero al cabo de este tiempo se le insinuaron, con malas artes; hijos bastardos se hicieron sus amigos, lo corrompieron y le apartaron del recto camino: bebió el vino a copas llenas, frecuentó a las mujeres hermosas mañana y tarde y se dijo: « Mi padre ha reunido todo este dinero para mí. Si yo no lo gasto, ¿a quién se lo dejaré? ¡Por Dios! He de hacer lo que dice el poeta:

> Si dedicas toda tu vida a conservar lo que ganas ¿cuándo gozarás de lo que has obtenido y guardado?»

Alí Sar continuó dilapidando sus bienes en todas las horas de la noche, en todos los instantes del día hasta que dio fin a sus recursos y se quedó pobre. Su

situación era desesperada y su carácter se agrió. Vendió la tienda, las fincas y todo lo que poseía; después vendió los trajes que le cubrían el cuerpo y se quedó con una sola túnica. Desaparecida la embriaguez y recuperada la reflexión cayó en la melancolía.

Un día, que había permanecido desde por la mañana hasta la tarde sin tocar la comida, se dijo: « Voy a girar visita a aquellos con los cuales he gastado mis bienes. Tal vez alguno me dé hoy de comer» . Recorrió los domicilios de todos, pero cada vez que llamaba a una puerta, el interesado se negaba a recibirle y se ocultaba. El hambre, entretanto, abrasaba a Alí Sar. Se dirigió al zoco de los comerciantes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí Sar se dirigió al zoco de los comerciantes] en el cual vio un corro cerrado al que acudía y se apretujaba la gente. Se dijo: « ¡Quién supiera la causa de que todos ésos se hayan reunido! ¡Por Dios! ¡No me iré de este lugar hasta haber visto de qué se trata!» Se acercó y vio una mujer de cinco pies de alta, bien proporcionada, con las mejillas sonrojadas, pecho bien formado: superaba a todas sus contemporáneas en hermosura, belleza y perfección. Era tal como dijo uno de sus descriptores:

> Fue creada tal como quería: perfecta en su hermosa forma, ni alta ni baja.
> La belleza quedó enamorada de su forma, por lo cual la aspereza se fundió con el orgullo y el pudor.
> Su cara es la luna llena; su cintura, rama de sauce; su perfume, almizcle. No hay persona humana que se le parezca.
> Es como si hubiese sido modelada en agua de perlas y en cada uno de sus miembros brilla la luna.

Esa joven se llamaba Zumurrud[105]. Alí Sar al verla se admiró de su belleza y de su hermosura. Exclamó: « No me iré hasta ver qué precio alcanza y saber quién la compra» . Se quedó entre los comerciantes, quienes creyeron que iba a adquirirla, ya que estaban enterados de los bienes que había heredado de su padre. El corredor se puso al lado de la esclava y dijo: « ¡Comerciantes! ¡Hombres ricos! ¿Quién abre la subasta de esta joven, de la señora de las lunas, de la perla magnífica de Zumurrud, bordadora de cortinas, objetivo de los que buscan y regocijo de los que indagan? ¡Empezad a ofrecer, pues no habrá censuras ni reproches para quien inicie la subasta!» Un comerciante dijo: « ¡Doy quinientos dinares!» Otro pujó: « ¡Quinientos diez!» Un viejo llamado

Rasid al-Din, de ojos azules[106] y turbia mirada, clamó: « ¡Seiscientos!» Otro chilló: « ¡Seiscientos diez!» El viejo pujó: « ¡Mil!» Los comerciantes cerraron la boca y se quedaron callados. El corredor consultó con el dueño y éste dijo: « He jurado que no la vendería más que a aquel a quien ella quisiera. Consúltala» . El corredor se acercó a la joven y dijo: « ¡Señora de las lunas! Ese comerciante quiere comprarte» . Le miró, vio que era tal como hemos dicho y contestó: « No quiero ser vendida a un viejo al que las preocupaciones han dejado baldado. ¡Por Dios, qué bien dijo el poeta!:

Un día le pedí un beso. Ella miró mis canas —por más que yo era rico y estaba en buena situación.
Y se alejó de mis caricias diciendo: "¡No! ¡Por Aquel que creó el hombre de la nada!
La nieve de las canas no me conviene ¿o es que en la fuerza de la vida he de llenarme la boca de algodón?"[107]»

El corredor al oír estas palabras exclamó: « ¡Por Dios! Tienes disculpa y tu precio es de diez mil dinares» . A continuación explicó a su dueño que aquel viejo no le gustaba. Le replicó: « ¡Pregunta por otro!» Uno de los hombres se adelantó y dijo: « Doy lo mismo que el viejo, que no le gustaba, ofrecía por ella» . La joven le contempló y se dio cuenta de que tenía la barba teñida. Exclamó: « ¡Vaya vicio y falta! ¡Las canas de la cara teñidas de negro!» Con grandes muestras de asombro recitó estos versos:

Un tal me ha hecho ver una cosa hermosa; un cuello —¡lo juro!— pegado sobre un par de zapatos.
Una barba en la cual los animalitos se divierten alegremente; los rizos torcidos por las cuerdas.
¡Oh tú que estás seducido por mi forma y por mi mejilla! Tú tratas de engañar sin preocuparte:
Tiñes, lleno de vergüenza, tus canas y escondes lo que produce al hombre agudo de pensamiento.
Te vas con una barba y vuelves con otra, como si fueses uno de los cuadros de las sombras chinas.

» Otro poeta ha dicho justamente:

Ella me dijo: "Veo que te has teñido las canas". Le contesté: "Es para que no las veas tú, que eres mi oído y mi vista".
Ella se carcajeó y dijo: "¡Esto es maravilloso! ¡Tus engaños son tantos

que se te suben a la barba!”»

El corredor al oír sus versos exclamó: « ¡Por Dios que tienes razón!» El comerciante le preguntó: « ¿Qué ha dicho?» Le repitió los versos, se dio cuenta de que hacía algo malo y renunció a comprarla. Otro comerciante se adelantó y dijo: « Pregúntale si me acepta al precio que he oído» . El corredor la consultó. La esclava le miró y se dio cuenta de que era tuerto. Exclamó: « ¡Éste es tuerto! ¡Es tal como ha dicho el poeta!:

¡No vayas en compañía del tuerto ni un solo día! ¡Guárdate de su maldad y de sus engaños!
Si en el tuerto hubiese algo bueno, Dios no le hubiese cegado un ojo.»

El corredor le preguntó: « ¿Quieres ser vendida a este otro comerciante?» Le miró, vio que era bajo y que la barba le llegaba hasta el ombligo. Contestó: « Éste es aquel del que dice el poeta:

Tengo un amigo al cual Dios ha hecho crecer una barba que no tiene utilidad:
Es como una noche de invierno: larga, tenebrosa y helada.»

El corredor exclamó: « ¡Señora! Mira a los que están presentes y dime cuál es el que te gusta para que te venda a él» . Pasó la vista por el círculo de comerciantes, los examinó uno a uno, y clavó sus ojos en Alí Sar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Zumurrud le lanzó una mirada que le había de causar mil pesares; su corazón quedó prendado de él ya que era de una prodigiosa belleza y más agradable que el céfiro del norte. Dijo: « ¡Corredor! Yo quiero ser vendida a ése, mi señor, que tiene un rostro tan hermoso y esbelta figura. De él ha dicho uno de sus descriptores:

Han dejado al descubierto tu rostro y han censurado a quien se ha enamorado.
Si hubiesen querido que fuese casta hubiesen cubierto tu hermoso rostro con un velo.

» Él es el único que me ha de poseer ya que su mejilla es tersa y su saliva,

agua de Salsabil[108] que cura al enfermo. El prosista y el poeta se quedan perplejos ante su belleza. Uno de éstos ha dicho:

Su saliva es vino; el aliento, almizcle; los dientes, alcanfor.
Ridwán le ha expulsado del Paraíso, temeroso de que se enamorasen de él las huríes.
La gente le critica por su orgullo, pero cuando la luna llena se enorgullece tiene disculpa.

» Tiene los cabellos crespos, las mejillas sonrosadas y la mirada embrujada. De él ha dicho el poeta:

Una gacela me ha prometido su visita: el corazón está inquieto, el ojo en expectativa.
Sus párpados han salido garantes de su promesa, pero ¿cómo pueden mantenerla si están lánguidos?

» Otro poeta ha dicho:

Me dijeron: "El bozo ha crecido en sus mejillas, ¿cómo puedes aún estar enamorada de un joven con barba?"
Contesté: "¡Dejad de criticar! ¡Abreviad! No es una barba pero crece bonita".
Sus mejillas son un Edén lleno de nobles frutos, un lugar de delicias: y lo demuestran sus labios que constituyen la fuente del Paraíso.»

El corredor al oírla recitar estos versos sobre lo bello que era Alí Sar se admiró de su elocuencia y del esplendor de su hermosura. Su dueño le dijo: « No te maravilles de su belleza que afrenta al sol del mediodía ni de los hermosos versos que sabe de memoria puesto que además sabe recitar el magnífico Corán según las siete lecturas, relata las tradiciones de manera auténtica, sabe escribir en siete tipos de letra y domina las ciencias mejor que cualquier sabio. Su mano es superior al oro y a la plata ya que hace cortinas de seda, para vender, ganando con cada una cincuenta dinares, empleando sólo ocho días para cada pieza» . El corredor exclamó: « ¡Qué felicidad la de aquel que la tenga en su casa y la reúna a sus tesoros!» El dueño dijo: « Véndela a quien ella quiera» . El corredor se acercó a Alí Sar, le besó la mano y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Compra a esta joven! Ella te ha elegido» . A continuación le describió sus cualidades y lo que sabía. Siguió: « ¡Te felicito si la compras, ya que te la regala quien no es avaro en sus dones!» Alí Sar inclinó un momento la cabeza hacia el suelo riéndose y

diciéndose: « He llegado hasta ahora sin desayunar, pero me avergüenza el tener que decir delante de los comerciantes: “No tengo dinero para comprarla”» . La joven, al verle pensativo dijo al corredor: « Cógeme de la mano y condúceme ante él. Quiero que me vea para obligarlo a comprarme. Yo no me venderé más que a él» . El corredor la cogió y la colocó delante de Alí Sar. Le preguntó: « ¿Qué opinas, señor mío?» El muchacho no contestó. La joven dijo: « ¡Señor mío! ¡Amado de mi corazón! ¿Qué te ocurre que no me compras? Cómprame por el precio que quieras, pues yo he de ser la causa de tu felicidad» . Alí Sar levantó la cabeza y le dijo: « ¿Es que te he de comprar a la fuerza? Eres muy cara: ¡mil dinares!» « ¡Señor mío! ¡Cómprame por novecientos!» « No.» « Por ochocientos.» « ¡No!» La muchacha fue bajando el precio hasta que dijo: « ¡Por ciento!» « ¡No tengo los ciento!» La joven rompió a reír y le preguntó: « ¿Cuánto te falta para los ciento?» « No tengo ni ciento ni nada. Yo (¡por Dios!) no tengo ni plata ni oro, ni un dirhem ni un dinar. ¡Búscate otro cliente!» Al darse cuenta de que estaba pelado le dijo: « ¡Cógeme de la mano y llévame a una esquina!» Así lo hizo. Ella se sacó del pecho una bolsa que tenía mil dinares y le dijo: « Pesa novecientos para pagar mi precio y quédate con los ciento restantes, pues nos serán de utilidad» . Hizo lo que le había dicho, la compró por novecientos dinares, pagó el precio sacando el importe de aquella bolsa y se la llevó a su casa. Al llegar a ésta la muchacha encontró una sala vacía, sin lecho ni vajilla. Le dio mil dinares y le dijo: « Ve al mercado y compra, por trescientos dinares, un lecho y vajilla para la casa» . Alí la obedeció. Luego la joven le dijo: « Compra tres dinares de comida y de bebida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Alí lo hizo. Añadió: « Compra un pedazo de seda que tenga el tamaño de una cortina; compra hilos de oro, de plata y de seda de siete colores» . Lo hizo. Después la joven cubrió la casa de tapices, encendió las velas y los dos se sentaron a comer y a beber; luego se dirigieron al lecho y satisficieron su mutuo deseo pasando la noche abrazados detrás de las cortinas. Fue tal como ha dicho el poeta:

Visita a quien amas y no hagas caso de las palabras del envidioso. El envidioso jamás ha sido de utilidad en el amor.

Te he visto, en sueños, tendido a mi lado y he bebido de tus labios el más dulce refresco.

¡Juro que ha de ser verdad todo lo que he contemplado y que he de obtenerlo a pesar del envidioso!

Nunca han visto los ojos imagen más hermosa que la de dos amantes en

un mismo lecho,
abrazados, vestidos con el traje de la satisfacción, utilizando como almohada la muñeca y el brazo.
La gente pega en hierro frío cuando los corazones están enamorados.
¡Oh tú que censuras el amor de los que aman! ¿Podrías sanar a un corazón corrupto?
Si entre tus contemporáneos encuentras uno que te ame, ése es el que te conviene: vive con ése.

Siguieron abrazados hasta llegar la mañana y el amor de cada uno de ellos se afirmó en el corazón del otro. La joven, al día siguiente, tomó una cortina, la bordó con seda de distintos colores, la recamó con hilos de oro y plata y puso una cenefa de figuras de pájaros; alrededor otra con todos los animales del mundo sin dejar ni uno tan siquiera que no estuviese dibujado. Trabajó en la cortina durante ocho días. Al terminarla, la planchó, la dobló y la entregó a su señor. Le dijo: « Llévala al mercado y véndela por cincuenta dinares a un comerciante. Pero ¡guárdate de cederla a cualquier persona que encuentres en el camino! Si lo hicieses, eso sería la causa de nuestra separación, ya que tenemos enemigos que no nos descuidan» . « Oír es obedecer» , le contestó. Se dirigió al zoco y la vendió a un comerciante tal como ella le había mandado. Después compró otra tela, seda, hilos de oro y de plata, como la vez anterior, y todo lo que necesitaba para comer. Le llevó todo esto, se lo entregó y le dio el dinero que le había sobrado.

Cada ocho días la muchacha le entregaba una cortina y él la vendía por cincuenta dinares. Así permanecieron durante un año entero. Al cabo de un año, como de costumbre, fue al mercado y dio la cortina al corredor. Un cristiano se presentó y le ofreció sesenta dinares. El joven se negó a venderla, pero el cristiano fue pujando hasta ofrecer cien dinares, más una propina de diez dinares para el corredor. Éste volvió al lado de Alí Sar, le comunicó la oferta y se las ingenió para que vendiese la cortina al cristiano por aquella suma. Dijo: « Nada de malo te ha de suceder a causa de este cristiano» . Los demás comerciantes también insistían, pero él la vendió al cristiano a pesar de que su corazón estaba acongojado. Cogió el dinero y se marchó a su casa. Dándose cuenta de que el cristiano le seguía le dijo: « ¡Cristiano! ¿Por qué me sigues?» « ¡Señor mío! Necesito una cosa que está en el fondo del callejón. ¡Dios haga que nunca necesites nada!»

Alí Sar llegó a su casa y el cristiano le alcanzó. El primero le increpó: « ¡Maldito! ¿Por qué me sigues adonde quiera que yo vaya?» « ¡Señor mío! ¡Dame de beber un sorbo de agua! Estoy sediento y Dios (¡ensalzado sea!) te lo recompensará.» Alí Sar se dijo: « Este hombre vive gracias a la protección de los musulmanes y me pide un sorbo de agua. ¡Por Dios! ¡No le defraudaré!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Alí entró en su casa y cogió una jarra de agua. Su esclava Zumurrud le vio y le dijo: « ¡Amado mío! ¿Has vendido la cortina?» « Sí.» « ¿A un comerciante o a un hombre cualquiera? Mi corazón presiente que vamos a separarnos.» « La he vendido a un comerciante.» « ¡Dime la verdad para que tome mis precauciones! ¿Por qué coges la jarra de agua?» « Para dar de beber al corredor.» La joven exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» A continuación recitó estos dos versos:

¡Oh, tú, que buscas la separación! ¡Ve poco a poco y no te dejes engañar por el abrazo!
¡Paciencia, pues la traición forma parte de la naturaleza del tiempo y el fin de toda compañía está en la separación!

Alí Sar salió con la jarra y vio que el cristiano se había metido en el vestíbulo. Le increpó: « ¡Te has metido hasta aquí, perro cristiano! ¿Cómo te atreves a entrar sin mi permiso?» « ¡Señor mío! No hay diferencia entre la puerta y el vestíbulo y si he entrado hasta aquí ha sido sólo para salir. Además tú eres virtuoso, benefactor, generoso y liberal.» Alí Sar le dio la jarra de agua y bebió; después la devolvió al joven y éste esperó a que se marchara, pero no se movió. Le preguntó: « ¿Por qué no te pones en movimiento y te vas a tus quehaceres?» « ¡Señor mío! No seas uno de aquellos que hacen una buena acción para después deshacerla. No seas uno de ésos, de los que dice el poeta:

Han desaparecido aquellos que, cuando te parabas ante su puerta, accedían con la máxima generosidad a tus peticiones.
Cuando te plantas ante la puerta de sus sucesores te niegan hasta un sorbo de agua.»

Añadió: « He bebido y ahora desearía que me dieses algo de comer; cualquier cosa que tengas en la casa, aunque sólo sea un pedazo de pan, una galleta o una cebolla» . « Vete sin más palabras. En casa no hay nada.» « ¡Señor mío! Si no tienes nada en casa coge estos cien dinares y tráeme algo del zoco, aunque sólo sea un panecillo: así se establecerá entre nosotros dos el lazo del pan y de la sal.» Alí Sar pensó para sí: « Este cristiano está loco. Cogeré los cien dinares, le traeré algo que cueste dos dirhemes y me burlaré de él» . El cristiano seguía: « ¡Señor mío! Deseo que me des algo para quitarme el hambre, aunque

sólo sea un pedazo de pan o una cebolla. El mejor alimento es aquel que quita el hambre y no los guisos exquisitos. Bien dice el poeta:

> El hambre se quita con un pedazo de pan seco, ¿por qué es, pues, tan grande mi pena y mi angustia?
> La muerte es el mejor juez, puesto que a todos los hombres, sea el Califa o un pobre, los mide por el mismo rasero.»

Alí Sar le dijo: « Espérame aquí. Cierro la habitación y te traigo algo del zoco» . « Oír es obedecer» , contestó el cristiano. El joven salió, cerró la habitación, corrió el cerrojo y, llevándose la llave, se dirigió al mercado. Compró queso frito, miel blanca, plátanos y pan y se lo llevó. El cristiano al verlo le dijo: « ¡Señor mío! Esto es mucho y bastaría para diez hombres y yo soy uno solo; ¿por qué no comes conmigo?» « ¡Come tú solo, pues yo estoy harto!» « ¡Señor mío! Los sabios dicen: “Quien no come con su huésped es un hijo adulterino”.» Alí Sar al oír estas palabras en labios del cristiano se sentó y comió un poco; en seguida quiso levantarse.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el cristiano cogió un plátano, lo peló, lo partió en dos mitades y encima de una de ellas puso un narcótico mezclado con opio: una sola dracma hubiese abatido a un elefante. Recubrió esta mitad de miel y dijo: « ¡Señor mío! ¡Juro por tu religión que has de tomar esto!» Alí Sar se avergonzó de hacer caso omiso de su juramento: lo cogió y lo engulló. Pero apenas le llegó al interior cayó patas arriba y quedó como si durmiese desde hacía un año. El cristiano al verlo así se puso en pie como si fuese un lobo pelado o como una imprevista sentencia de juez; cogió la llave de la habitación, le abandonó en el suelo y corrió en busca de su hermano y le informó de lo ocurrido.

El origen de todo esto era el siguiente: el hermano del cristiano era el decrépito viejo que había querido comprar a Zumurrud por mil dinares; ésta no le había aceptado y le había zaherido con sus versos. En su interior era un incrédulo, pero aparentaba ser musulmán y se llamaba a sí mismo Rasid al-Din. Cuando la joven le hubo rechazado y zaherido, se quejó a su hermano cristiano, el cual se las ingenió para arrebatársela a su señor Alí Sar. El cristiano se llamaba Barsum. Éste le dijo: « No te entristezcas por esto, pues yo me las ingeniaré para arrebatársela sin que cueste ni un dirhem ni un dinar» . Era un brujo, embrollón, taimado, pervertido. Desde aquel momento no había parado de idear e imaginar engaños hasta que puso en práctica el que hemos citado, después de lo cual cogió

la llave, fue a buscar a su hermano y le explicó lo que había sucedido. Le hizo montar en su mula, coger sus criados y ambos se dirigieron a la casa de Alí Sar. Llevaba consigo una bolsa de mil dinares para entregarla al valí en caso de encontrarle. Abrió la sala y los hombres que le acompañaban se lanzaron sobre Zumurrud: la cogieron a la fuerza, la amenazaron con matarla en el caso de que gritara y dejaron la casa tal como estaba sin coger nada más, abandonando allí, dormido en el vestíbulo, a Alí Sar. Cerraron la puerta y dejaron la llave de la habitación a su lado. El cristiano acompañó a la joven hasta su alcázar y la dejó con sus esclavas y concubinas. Le dijo: « ¡Desvergonzada! Yo soy el anciano al que despreciaste e insultaste, pero ahora me he apoderado de ti sin que me cueste nada» . La joven le replicó, mientras sus ojos derramaban abundantes lágrimas: « ¡Ah, anciano de mal! ¡Que Dios te castigue por haberme separado de mi señor!» « ¡Libertina! ¡Perdida! ¡Verás el castigo que te voy a dar! ¡Por el Mesías y la Virgen! Si no me obedeces y no te conviertes a mi religión te castigaré de todos los modos posibles.» « ¡Aunque hicieses tiras mis carnes no me separaría de la religión del Islam! Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) me tenga preparada una pronta alegría. Él es Todopoderoso. Los sabios han dicho: “Más vale un daño en el cuerpo que en la religión”.» El viejo llamó a los criados y a las esclavas y les dijo: « ¡Echadla al suelo!» La tiraron y él le fue pegando del modo más doloroso, mientras ella pedía auxilio y nadie la socorría. Dejó de implorar socorro y empezó a decir: « Dios me basta y me es suficiente» , hasta que le faltó el aliento, sus gemidos se debilitaron y perdió el conocimiento.

Cuando el viejo se hubo saciado de su venganza dijo a los criados: « Arrastradla por los pies y arrojadla en la cocina. Que no le den de comer» . Aquel maldito dejó pasar la noche. Al día siguiente la hizo llevar a su presencia y volvió a golpearla, mandando después a los criados que la arrojasen en su cuchitril. Así lo hicieron. Cuando volvió en sí de los golpes exclamó: « ¡No hay Dios sino el Dios! ¡Mahoma es el enviado de Dios! ¡Dios me basta! ¡Es el mejor guardián!» A continuación imploró la ayuda de nuestro señor, Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!).

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Alí Sar. Durmió sin interrupción hasta el día siguiente, y cuando el narcótico se le marchó de la cabeza, abrió los ojos y gritó: « ¡Zumurrud!» , pero nadie le contestó. Entró en la habitación y encontró « el aire vacío y el santuario lejano» . Se dio cuenta de que el causante de todo era el cristiano. Gimió, lloró, se quejó, derramó abundantes lágrimas y recitó estos versos:

¡Oh amor! No te apartes de mí ni me dejes: mi corazón está entre la pena y el peligro.
¡Señores míos! ¡Apiadaos del esclavo al que han envilecido las leyes del amor, de un rico que se ha vuelto pobre!
¿Qué puede hacer el arquero, si al hacer frente al enemigo y querer lanzar la flecha, se le rompe la cuerda?
Si las dificultades aumentan y se acrecen ante un hombre ¿adónde huirá para escapar al hado?
He estado en guardia para evitar nuestra separación, pero cuando el destino se cumple huelga toda previsión.

Después de estos versos rompió en sollozos y recitó:

Ella abandonó su morada en la arena del campamento y el amante afligido corrió en su busca.
Se volvió hacia las casas y se llenó de nostalgia ante unas moradas desaparecidas, cuyas huellas estaban borradas.
Se quedó allí e interrogó al lugar, que le contestó como un eco: « Nunca más volverás a unirte con él» .
Fue como un relámpago que hubiese iluminado el lugar: se ha desvanecido y nunca más dará su luz.

Se arrepintió cuando ya de nada le servía el arrepentimiento; lloró, desgarró sus vestidos. Cogió una piedra en cada mano y empezó a vagar por la ciudad dándose con ellas en el pecho y gritando: « ¡Ah, Zumurrud!» Los muchachos se agrupaban a su alrededor y exclamaban: « ¡El loco! ¡El loco!» Todos los que le conocían lloraban por él y decían: « Éste es fulano, ¿qué le habrá ocurrido?» Siguió en este estado hasta que terminó el día. Al desplegar la noche sus tinieblas se quedó dormido en una de las callejas hasta llegar la mañana. Entonces volvió a recorrer la ciudad hasta el fin del día, hora a la cual se dirigió a su casa para pasar en ella la noche. Una vecina suya, una mujer anciana y de bien, le vio y le preguntó: « ¡Hijo mío! ¡Ojalá te cures! ¿Cuándo te has vuelto loco?» Él le contestó con estos dos versos:

Dicen: « Te has vuelto loco por aquella a la que amas» . Les contesto: « Las dulzuras de la vida sólo las experimentan los locos.
Dejad en paz mi locura y traedme a aquel por quien me he vuelto loco: si cura mi desvarío, no me censuréis» .

La vieja, su vecina, se dio cuenta de que estaba enamorado y separado de la

amada. Dijo: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Hijo mío! Desearía que me contases cómo te ha ocurrido la desgracia. Tal vez Dios me permita ayudarte a soportarla» . Alí le refirió todo lo que le había sucedido con el cristiano Barsum, hermano del brujo que se había dado el nombre de Rasid al-Din. Al enterarse, la vieja, le contestó: « ¡Hijo mío! ¡Tienes disculpa!» Las lágrimas le brotaron de los ojos y recitó estos dos versos:

Los enamorados tienen bastante con los tormentos de este mundo. ¡Por Dios! No es necesario que les aflija el fuego de la otra vida.
Ya que mueren de amor y lo soportan con castidad. Tal dice la tradición[109].

Al terminar de recitar estos versos añadió: « ¡Hijo mío! Ve y cómprame una caja semejante a las que utilizan los orfebres. Cómprame collares, anillos, ajorcas y joyas de esas que gustan a las mujeres, sin economizar el dinero. Colócalo todo en la caja y dámela. Yo me la colocaré encima de la cabeza como si fuese una corredora, iré dando vueltas y me introduciré en las casas hasta encontrar (si Dios lo quiere) su rastro» . Alí Sar se alegró mucho de sus palabras, le besó la mano y corrió a buscar lo que le había pedido. La mujer, una vez lo tuvo, se puso un traje apedazado, se colocó en la cabeza un trapo de color de miel, empuñó un bastón y, cogiendo la caja, empezó a ir por los recovecos y las casas. No paró de ir de lugar en lugar, de barrio en barrio, de calle en calle, hasta que Dios (¡ensalzado sea!) la condujo al alcázar del maldito Rasid al-Din, el cristiano. Oyó en el interior gemidos y llamó a la puerta.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que una esclava le abrió y la saludó. La vieja dijo: « Traigo, para vender, estas chucherías. ¿Hay entre vosotros quien me compre algo?» La criada contestó: « Sí» . La hizo entrar en la mansión y las servidoras formaron un círculo a su alrededor; todas compraban. La vieja las halagaba y las favorecía en el precio. Las criadas se pusieron muy contentas a causa de su generosidad y de sus buenas palabras y mientras tanto ella inspeccionaba todos los rincones en busca de quien gemía. Finalmente descubrió la dirección de donde procedían los lamentos; entonces hizo mayores rebajas, se mostró generosa con las criadas y fijándose, descubrió, abandonada, a Zumurrud, a la cual reconoció. Rompió a llorar y les preguntó: « ¡Hijas mías! ¿Qué ocurre a esa adolescente para encontrarse en tal situación?» Le refirieron toda la historia y le dijeron: « Esto no depende de nosotras. Nuestro señor, que ahora está de viaje, lo ha mandado así» . « ¡Hijas mías! Tengo algo que pediros:

Liberad a esa pobre de las ataduras hasta que sepáis que viene vuestro señor. Entonces, atadla tal como está. Así os ganaréis la recompensa del Señor de los mundos.» « Oír es obedecer» , le replicaron. La desataron y le dieron de comer y de beber. La vieja añadió: « ¡Ojalá me hubiese roto el pie antes de entrar en vuestra casa!» Se acercó a Zumurrud y le dijo: « ¡Hija mía! ¡Dios te salve! ¡Él te consolará!» A continuación le explicó que la enviaba su señor, Alí Sar, y se pusieron de acuerdo en que aquella noche estaría preparada y que tendría el oído a la escucha de cualquier rumor. Le dijo: « Tu señor te esperará junto al banco que está al pie de la casa. Te dará un silbido. Al oírlo silba a tu vez y descuélgate, con una cuerda, por la ventana. Él te recogerá y se te llevará» . Zumurrud le dio las gracias. La vieja corrió al lado de Alí Sar, se lo explicó todo y le dijo: « Mediada la próxima noche dirígete al barrio tal en donde está la casa del maldito; sus señales son tal y tal. Plántate al pie de la casa y silba. Ella se descolgará. Cógela y vete con ella adonde quieras» . Alí Sar le dio las gracias y llorando recitó estos versos:

Déjense los maldicientes de chismear: mi corazón está afligido, mi cuerpo extenuado.
Mis lágrimas constituyen una tradición auténtica transmitida por una larga cadena de narradores con desfallecimientos y abandonos[110].
¡Oh tú que no tienes ni mis afanes ni mis penas!, ¡deja de fatigarme con tu preguntar sobre mi estado!
Una mujer con dulces labios, esbelta, armoniosa, me ha robado el corazón con suavidad y palabras como la miel.
Desde el momento de su partida mi corazón no conoce la paz, mis ojos no reposan y la paciencia ha abandonado mis esperanzas.
Me ha dejado en manos de la pasión, infeliz que oscila entre envidiosos y maldicientes.
El olvido es algo que no conozco: jamás habrá en mis pensamientos una persona que no seas tú.

Recitados estos versos, suspiró, derramó abundantes lágrimas y recitó estos dos:

¡Bendito sea quien me ha anunciado tu llegada, pues me ha traído una buena noticia!
Si se contentase con ropa usada le daría, como premio de ella, un corazón lacerado en el momento del adiós.

Esperó a que llegase la noche y la hora de la cita. Se dirigió al barrio que le

había descrito su vecina, vio la casa, la reconoció y se sentó en el banco que estaba al pie. El sueño le venció y se durmió (¡Excelso es Aquel que no duerme!), puesto que hacía tiempo que no descansaba por su gran pasión que le tenía como borracho. Mientras dormía…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que apareció un ladrón que había salido aquella noche a deambular por la ciudad para robar algo. Los hados le habían llevado al pie del alcázar del cristiano. Empezó a dar vueltas en busca de un lugar por el que poder encaramarse y siguió a lo largo del muro hasta llegar al lado de Alí Sar. Robó a éste el turbante y mientras lo cogía, sin que se diese cuenta, Zumurrud se asomó. Vio a alguien plantado en medio de las tinieblas y creyó que era su dueño. Le silbó y el delincuente le contestó con un silbido. Ella se descolgó por una cuerda llevándose consigo un saco lleno de oro. El ladrón, al verla, se dijo: « Este asunto tan maravilloso debe tener una causa portentosa» . Cogió el saco, cargó a Zumurrud en sus espaldas y huyó con ambos más rápido que el fugaz relámpago. La joven le dijo: « La vieja me ha dicho que estabas extenuado por mí y tú estás más fuerte que un caballo» . No le contestó. Ella le pasó la mano por la cara y se dio cuenta de que tenía una barba como una escoba de baño: parecía un cerdo que hubiese engullido plumas y que éstas le hubiesen salido en el cuello. Se asustó y le preguntó: « ¿Quién eres?» « ¡Desvergonzada! Yo soy el ladrón curdo Chawán; pertenezco a la banda de Ahmad al-Danif. Somos cuarenta ladrones y gozaremos todos de tu vagina desde la noche a la mañana.» Zumurrud lloró y se abofeteó la cara al oír estas palabras, pues comprendió que el destino la había vencido y que no tenía más escapatoria que encomendarse a Dios (¡ensalzado sea!). Tuvo paciencia, puso el asunto en las manos de Dios (¡ensalzado sea!) y exclamó: « ¡No hay más dios que Dios! Cada vez que escapamos a una calamidad caemos en otra mayor» .

Chawán había ido a aquel sitio porque había dicho a Ahmad al-Danif: « ¡Pícaro! Yo he estado, antes, en esa ciudad y sé que en sus afueras se encuentra una caverna en la que caben cuarenta personas. Quiero precederos e instalar en ella a mi madre. Después de nuevo en la ciudad, robaré algo a vuestra suerte y lo guardaré a vuestro nombre hasta que un día os presentéis y seáis mis huéspedes» . Ahmad al-Danif le había contestado: « Haz lo que quieras» . Así, Chawán había salido antes que los demás y los había precedido en la gruta en la cual había colocado a su madre. Al salir de ésta había encontrado a un soldado durmiendo que tenía a su lado un caballo atado: degolló al primero, cogió el animal, las armas y el vestido y los escondió en la gruta, bajo la custodia de su madre, dejando también allí el corcel. Volvió de nuevo a la ciudad y deambuló

hasta llegar al palacio del cristiano en donde realizó lo ya referido: robó el turbante de Alí Sar y raptó a su esclava Zumurrud, después de lo cual corrió sin parar hasta consignársela a su madre diciéndole: « Guárdala hasta que yo regrese al amanecer» . Después se marchó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Zumurrud se dijo: « ¿Por qué no he de intentar salvarme con una estratagema? ¿Cómo he de esperar a que vengan esos cuarenta hombres que van a sucederse unos a otros hasta dejarme como una embarcación hundida en el mar?» Volviéndose hacia la vieja madre de Chawán el curdo le dijo: « ¡Tía! ¿Por qué no salimos fuera de la gruta? Yo te despiojaría al sol» . « ¡Sí, hija mía! Ya hace mucho tiempo que estoy alejada de los baños, puesto que esos cerdos no hacen más que llevarme con ellos de un lugar a otro.» Salió y la joven empezó a limpiarla y a matar a los piojos que tenía en la cabeza. La vieja se encontraba tan bien que se quedó dormida. Zumurrud se puso en pie, vistió el traje del soldado al que había matado Chawán el curdo, ciñó la espada en el talle y se puso el turbante: parecía completamente un hombre. Montó a caballo, cogió el saco de oro y dijo: « ¡Oh el más excelso de los Protectores!, ¡encúbreme por amor a Mahoma! (¡Dios le bendiga y le salve!)» . Se dijo: « Si vuelvo a la ciudad puede verme cualquier pariente del soldado y no me ocurriría nada bueno» . Evitó entrar en la ciudad y se marchó por la tierra desierta sin detenerse; andaba siempre con el saco y el caballo, comiendo, como éste, las hierbas de la tierra; bebiendo y dando de beber al caballo el agua de los ríos. Así avanzaron durante diez días. Al undécimo llegó ante una ciudad hermosa, fuerte, bien situada; el invierno, con sus fríos, la había abandonado y había llegado la primavera con sus flores y sus rosas; las plantas estaban en flor, las aguas de los ríos corrían tumultuosamente mientras los pájaros cantaban. Al llegar a la ciudad, al acercarse a la puerta, vio que estaban ante ésta los soldados, los emires y los ciudadanos más importantes. Al distinguirlos se admiró y se dijo: « Todos los habitantes de la ciudad están reunidos junto a la puerta. Esto debe tener alguna causa» . Se acercó hacia ellos y en el mismo momento los soldados le salieron al encuentro, descabalgaron y besaron el suelo ante ella exclamando: « ¡Dios te auxilie, oh nuestro señor, el sultán!» Los altos funcionarios se alinearon ante ella mientras los soldados contenían a la gente que gritaba: « ¡Dios te auxilie! ¡Dios haga que tu llegada constituya una bendición para los musulmanes, oh, sultán de todas las criaturas! ¡Oh, rey del tiempo! ¡Que Dios te consolide, oh, persona sin igual en la época!» Zumurrud les preguntó: « ¿Qué os ocurre, habitantes de esta ciudad?» El chambelán le contestó: « Él, Él que no ahorra sus dones, nos ha dado tu persona

como regalo y te ha hecho sultán nuestro, sultán de nuestra ciudad, juez de todos sus habitantes. Sabe que cuando muere un rey, sin dejar ningún hijo, sus habitantes tienen por costumbre salir fuera de los muros, con el ejército, y esperar durante tres días: cualquier persona que venga por el camino por el cual tú has venido es elegida sultán. ¡Loado sea Dios que nos ha enviado un hombre de raza turca y de rostro hermoso! Pero aunque hubiese aparecido uno inferior a ti, le hubiésemos hecho nuestro sultán» . Zumurrud, como era juiciosa en todas sus acciones, replicó: « No creáis que yo soy uno cualquiera de los turcos. Pertenezco a una noble familia, pero me he peleado con ésta, me he marchado de su lado y la he abandonado. ¡Mirad ese saco de oro que me he traído para dar limosnas a los pobres y a los necesitados que encuentre en el camino!» Rogaron a Dios por ella, se alegraron mucho y Zumurrud quedó satisfecha. Se dijo: « Cuando me haya hecho cargo de este negocio…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zumurrud se dijo]: « … tal vez Dios me reúna con mi señor aquí mismo. Él puede todo lo que quiere» . Echó a andar y los soldados la siguieron. Entró en la ciudad y los soldados descabalgaron y la precedieron hasta conducirla a palacio. Zumurrud se apeó y los emires y los grandes la sostuvieron por los brazos hasta dejarla sentada en el trono. Todos besaron el suelo ante ella. Al sentarse mandó abrir los tesoros y fueron abiertos. Fue generosa con todos los soldados, que le desearon un largo reinado. Los esclavos y toda la población la obedecieron.

Así continuaron las cosas durante un año: mandaba y prohibía y era respetada, de corazón, por todas las gentes debido a su generosidad y a su pureza. Había abolido los impuestos, dejado en libertad a los presos y hecho justicia a los oprimidos. Todos sus súbditos la amaban. Ella se acordaba siempre de su señor, lloraba y rogaba a Dios que los reuniese. Cierta noche pensó en los días que habían transcurrido con él, derramó abundantes lágrimas y recitó este par de versos:

> El tiempo renueva constantemente mi pasión por ti; el llanto lacera mi pupila y crece.
> Cuando lloro, lloro de mal de amor puesto que la separación del amado es cruel.

Al concluir estos versos se secó las lágrimas, subió al alcázar, entró en el harén, asignó a las esclavas y a las concubinas habitaciones individuales, les concedió pensiones y rentas y aseguró que ella quería vivir sola dedicada a la

abstinencia y al ascetismo. Empezó a ayunar y a rezar hasta el punto de que los emires dijeron: « Este sultán es un hombre muy devoto» . Ella no tenía ningún criado junto a sí y sólo utilizaba, para sus necesidades, a eunucos muy jóvenes. Ocupó el trono del reino durante un año sin tener noticia alguna de su señor, sin encontrar ninguna pista. Esto la intranquilizó en grado sumo. Mandó llamar a los ministros y a los chambelanes y dispuso que los ingenieros y los albañiles construyesen, delante del palacio, una explanada que tuviese una parasanga de longitud y otra de anchura. Hicieron lo que les había mandado en un mínimo de tiempo, ajustándose a su deseo. Una vez terminada, bajó a ella y mandó levantar un gran pabellón en el que alineó las sillas de los emires. Ordenó que extendiesen los manteles con los guisos más exquisitos e hicieron lo que había dispuesto. Luego ordenó que los grandes del reino comiesen, y comieron. Tras esto dijo a los emires: « Cuando empiece el nuevo mes haréis lo mismo y pregonaréis por la ciudad que nadie debe abrir su tienda; al contrario: todos acudirán aquí y comerán en la mesa real. Aquel que se niegue será ahorcado delante de la puerta de su casa» . Al empezar el mes siguiente hicieron lo que les había mandado y tomaron por costumbre estos banquetes mensuales. Cuando llegó el primer novilunio del segundo año Zumurrud bajó a la explanada y el pregonero anunció: « ¡A toda la gente! Aquel que abra su tienda, su almacén o su casa será ahorcado en el acto en su propia puerta. Es necesario que acudáis todos a comer en la mesa del rey» . Al terminar el pregón extendieron los manteles, las gentes corrieron a porfía y se les ordenó que se sentasen a la mesa y que comiesen de todos los guisos hasta hartarse. Se sentaron y comieron conforme se les había mandado. Zumurrud se colocó en el trono, observándolos. Todo aquel que se sentaba en la mesa se decía: « El rey no mira a nadie más que a mí» . Empezaron a comer y los emires les decían: « ¡Comed! ¡No os avergoncéis! Al rey le gusta» . Comieron hasta hartarse y se marcharon haciendo votos por la vida del soberano. Se decían unos a otros: « ¡Jamás en la vida hemos visto a un sultán que quiera más a los pobres que éste!» Rezaban porque viviese mucho mientras Zumurrud regresaba a su palacio…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Zumurrud regresaba a su palacio satisfecha de su idea. Se decía: « Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, éste será el medio por el cual conseguiré noticias de mi señor Alí Sar» .

Al principio del segundo mes se organizó el banquete como tenía por costumbre: colocaron los manteles y Zumurrud bajó, se sentó en el trono y ordenó a las gentes que se sentasen y comiesen. Mientras estaba sentada en la cabecera de la mesa, mientras la gente se sentaba por grupos, uno después de

otro, sus ojos fueron a tropezar con el cristiano Barsum, el que había comprado la cortina a su señor. Le reconoció y dijo: « ¡Éste es el principio de la alegría y de la consecución del deseo!» Barsum se adelantó y se sentó entre los demás para comer. Vio un plato de arroz dulce, cubierto de azúcar, que se encontraba lejos de él; se acercó a empujones, alargó la mano, lo cogió y lo colocó delante suyo. Un vecino le dijo: « ¿Por qué no comes de lo que tienes delante? ¡No está bien lo que haces! ¿Por qué alargas la mano en busca de platos distantes? ¿No te avergüenzas?» Barsum replicó: « No quiero comer más que esto» . « ¡Cómelo y que Dios no te conceda ningún bien!» , le increpó otro. Un fumador de hachís exclamó: « ¡Yo también quiero!» El primero que había hablado replicó: « ¡Oh tú, el peor de los fumadores de hachís! Ese plato no es para tus dientes: deja que lo conserve aquel que está destinado a comerlo» . Barsum no se entretuvo: cogió un bocado y se lo metió en la boca. Quiso tomar un segundo, pero Zumurrud, que no le perdía de vista, llamó a algunos de sus soldados y les dijo: « ¡Traedme a ese que está delante del plato de arroz dulce! ¡No dejéis que se coma el bocado que tiene en la mano! ¡Tirádselo!» Cuatro soldados corrieron y después de quitarle lo que tenía en la mano le arrastraron de bruces y lo colocaron delante de Zumurrud. La gente dejó de comer y exclamó: « ¡Por Dios! Ha sido injusto al no comer lo que corresponde a sus iguales» . Otro dijo: « Yo me he contentado con estas papillas que tenía delante» . El comedor de hachís exclamó: « ¡Loado sea Dios que me ha hecho abstenerme de probar el plato de arroz dulce! Yo esperaba a que la fuente estuviese delante y a que hubiese comido; después yo le hubiese acompañado. Pero ahora le ha ocurrido lo que hemos visto» . Las gentes se decían: « ¡Esperad! Veremos qué le ocurre» . Cuando le colocaron delante de la reina Zumurrud ésta le preguntó: « ¡Ay de ti, ojos azules! ¿Cómo te llamas? ¿Por qué has venido a nuestro país?» El maldito ocultó su nombre; llevaba puesto un turbante blanco al modo de los musulmanes y contestó: « ¡Rey! Me llamo AJÍ, soy tejedor y he venido a esta ciudad por negocios» . Zumurrud mandó: « ¡Traedme la tabla de arena y una pluma de cobre!» Le llevaron, al momento, lo que había pedido. Cogió la tabla de arena y la pluma, trazó algunos signos y trazó una figura como la de un mono. Después, levantó la cabeza, contempló un instante a Barsum y le dijo: « ¡Perro! ¿Cómo te atreves a mentir a los reyes? Eres cristiano, te llamas Barsum y has venido detrás de algo que buscas. Dime la verdad o por el poder de Dios he de hacerte cortar la cabeza» . El cristiano balbució; los emires y todos los presentes dijeron: « Este rey es un geomántico. ¡Gloriado sea Aquel que lo mandó!» Zumurrud chilló al cristiano: « ¡Dime la verdad o te mato!» Respondió: « ¡Rey del tiempo! ¡Perdóname! Has interpretado bien la arena. El que está aquí es un cristiano» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los emires y todos los presentes se quedaron maravillados de la pericia del rey en la interpretación de la arena y dijeron: « Este rey es un astrólogo. En todo el mundo no hay uno como él» . La reina mandó que el cristiano fuese desollado y su piel, rellena de paja, colgada en la puerta de la explanada; que en las afueras de la ciudad cavasen una fosa en la que debían quemar su carne y sus huesos y después recubrirlos de estiércol e inmundicias. Contestaron: « Oír es obedecer» , e hicieron todo lo que les había mandado. La gente, al ver lo que le había ocurrido al cristiano, dijo: « Ha recibido el castigo que merecía, pero ¡qué bocado más desafortunado ha sido éste para él!» Uno de ellos dijo: « ¡Que la mujer del cristiano sea repudiada si falto a este voto! ¡Jamás en mi vida volveré a comer arroz dulce!» El comedor de hachís exclamó: « ¡Loado sea Dios que me ha salvado de lo que le ha sucedido a ése al evitar que comiese el arroz!» Todos los reunidos se marcharon y desde entonces consideraron que sentarse ante el arroz dulce, en el mismo sitio que lo había hecho el cristiano, les estaba prohibido. Al tercer mes, según era costumbre, extendieron los manteles, llenaron los platos y la reina Zumurrud se sentó en el trono. Los soldados la rodearon como siempre, pero estaban llenos de terror por su severidad. Acudieron los habitantes de la ciudad, se dispusieron en torno de los manteles y miraron el lugar en que estaba el plato. Uno de ellos dijo al otro: « Hachch Jalaf» . « Aquí estoy, Hachch Jalid.» « ¡Apártate del plato de arroz dulce y no comas de él!, si comes te ahorcarán.» Se sentaron alrededor de la mesa para comer. Mientras comían la reina Zumurrud estaba sentada. Se le ocurrió volverse y vio que un hombre cruzaba rápidamente la puerta de la explanada. Le contempló y se dio cuenta de que era Chawán, el curdo, el ladrón que había matado al soldado. He aquí el motivo de su viaje: Al dejar a su madre había ido a buscar a sus compañeros y les había dicho: « Ayer realicé un buen negocio: maté a un soldado y le quité el caballo. Por la noche me hice con una bolsa de oro y con una muchacha que vale más que todo el oro que hay en la alforja. Lo he dejado todo en la gruta, confiado a mi madre» . Se alegraron mucho y al caer el día se dirigieron a la cueva. Chawán, el curdo, entró a su frente y quiso mostrarles las cosas de que les había hablado. Pero encontró él sitio vacío. Pidió a su madre que le contase la verdad de lo ocurrido y ella le refirió todo lo que había sucedido. El ladrón, lleno de arrepentimiento, se mordió los puños y exclamó: « ¡Por Dios! ¡He de buscar a esa desvergonzada y llevármela del lugar en que se encuentre, aunque esté en la cáscara de un pistacho! ¡He de saciar en ella mi cólera!» Salió en su busca y no paró de recorrer los países hasta llegar a la ciudad de la reina Zumurrud. Al entrar en ella no encontró a nadie. Preguntó a unas mujeres que miraban por las ventanas y le explicaron que el primer día de cada mes el sultán extendía su mantel y acudía toda la gente a comer. Le indicaron dónde estaba la explanada en que tenía lugar

el banquete y corrió hacia él. No encontró más sitio vacío que aquel en que estaba el plato que se ha mencionado. Se sentó: tenía el plato delante. Alargó la mano hacia él y la gente le dijo a voz en grito: « ¡Hermano nuestro! ¿Qué quieres hacer?» « Quiero comer de este plato hasta hartarme.» Uno de ellos le dijo: « Si comes de él serás ahorcado» . « ¡Cállate —le replicó el ladrón— y no digas tales palabras!» Alargó la mano y colocó el plato delante suyo. El hachisómano, ya citado, estaba junto a él. Al ver que el ladrón se acercaba el plato huyó del puesto que ocupaba, el hachís desapareció de su cabeza y se sentó en un lugar distante diciendo: « Yo no necesito tal plato» . Chawán, el curdo, alargó la mano, que parecía la garra de un cuervo, hacia el plato; se sirvió y la levantó tan llena que parecía ser la pata de un camello.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chawán] redondeó el bocado con la palma hasta que fue como una naranja. Después la tiró con un movimiento rápido a la boca y la engulló con un ruido semejante al trueno, mientras que en el lugar del que había cogido el arroz aparecía el fondo del plato. Su vecino de mesa exclamó: « ¡Loado sea Dios que no me ha puesto, como comida, entre tus manos! ¡Del primer bocado has dejado limpio el plato!» El comedor de hachís le contestó: « ¡Déjale comer! ¡Distingo en su rostro los rasgos de un ahorcado!» Volviéndose hacia el ladrón añadió: « ¡Come y que Dios haga que no te siente bien!» Aquél extendió la mano, cogió el segundo bocado y se dispuso a redondearlo en la mano igual como había hecho con el primero, pero la reina gritó a algunos de sus soldados: « ¡Traedme inmediatamente ese hombre! ¡No dejéis que engulla el bocado que tiene en la mano!» Los soldados se precipitaron sobre el bandido que estaba inclinado encima del plato. Le cogieron y le colocaron delante de Zumurrud. La gente se alegró y unos dijeron a otros: « Se lo tiene merecido. Nosotros se lo habíamos advertido pero no nos ha hecho caso. Quien se sienta en este lugar está condenado a muerte. Este arroz causa la desgracia de quien lo come» . La reina Zumurrud le preguntó: « ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Por qué has venido a nuestra ciudad?» Contestó: « ¡Sultán, señor nuestro! Me llamo Utmán, soy hortelano y he venido a esta ciudad en busca de una cosa que perdí» . La reina ordenó: « ¡Traedme la mesa de arena!» Se la colocaron delante, cogió la pluma, trazó unas figuras y las contempló un momento. Después levantó la cabeza y exclamó: « ¡Ay de ti! ¡Perverso! ¿Por qué mientes a los reyes? Esta arena me informa de que te llamas Chawán, el curdo, que tu oficio es el de ladrón, que robas a las gentes sin motivo y que matas a las personas a las que Dios ha prohibido matar si no es por justa causa» . Gritando añadió: « ¡Cerdo! ¡Dime la verdad, pues de lo contrario

he de cortarte la cabeza!» El ladrón palideció al oír estas palabras, los dientes le castañetearon y pensó que si decía la verdad se salvaría. Contestó: « ¡Oh rey! Has dicho lo que es cierto, pero yo me arrepiento ahora mismo ante ti y me vuelvo hacia Dios (¡ensalzado sea!)» . La reina le replicó: « ¡No me está permitido dejar una calamidad en el camino de los musulmanes!» A continuación dijo a algunos de su séquito: « ¡Cogedle! ¡Desolladle! ¡Haced con él lo mismo que hicisteis con su igual el mes pasado!» Cumplieron lo que les había mandado. El hachisómano, al ver cómo los soldados cogían a aquel hombre, volvió la espalda al plato de arroz diciendo: « ¡Quien te da la cara comete un pecado!» Cuando terminaron de comer se separaron y se marcharon a su casa. La reina se dirigió a su palacio y dio permiso a sus mamelucos para que se marchasen.

Al principio del cuarto mes se dirigieron a la explanada según tenían por costumbre. Sirvieron la comida y la gente se sentó en espera del permiso para empezar a comer. La reina llegó y se colocó en el trono mirándoles. Vio que el sitio frente al plato de arroz estaba vacío y que en él cabían cuatro personas. Se quedó admirada y mientras seguía recorriendo la concurrencia con la vista vio entrar, por la puerta de la explanada, un hombre corriendo, que no se detuvo hasta llegar frente a la mesa. Sólo encontró un sitio vacío frente al plato de arroz y se sentó en él. La reina lo contempló y reconoció al maldito cristiano que se daba el nombre de Rasid al-Din. Se dijo: « ¡Bendita sea la comida en cuya trampa se ha enredado este descreído!» El motivo de su llegada era prodigioso.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al regresar del viaje, sus familiares le habían informado de que Zumurrud había desaparecido llevándose un saco de dinero. Al oír esta noticia, se desgarró los vestidos, se abofeteó el rostro, se mesó la barba y despachó a su hermano Barsum en su busca por los distintos países. Al ver que no recibía noticias de éste, salió él en persona en busca de su hermano y de Zumurrud por los distintos países. Los hados le llevaron hasta la ciudad de ésta en el día primero del mes. Recorrió sus calles, las encontró desiertas y con las tiendas cerradas. Al ver a las mujeres asomadas a la ventana preguntó a una de ellas por lo que sucedía. Le contestó: « El día primero de cada mes el rey ofrece un banquete a todos los habitantes: nadie puede quedarse en su casa ni en su tienda» . Le indicaron la explanada. Al entrar vio que todos estaban apelotonados en tomo de la comida y no encontró más sitio vacío que aquel en que estaba el famoso plato de arroz. Se sentó en él y extendió la mano para comer. La reina gritó a unos soldados: « ¡Traedme a aquel que está sentado delante del plato de arroz!» Los soldados, acostumbrados a esta orden, le cogieron y le colocaron

delante de la reina Zumurrud. Ésta le dijo: « ¡Ay de ti! ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Por qué has venido a nuestra ciudad?» Respondió: « ¡Rey del tiempo! Me llamo Rustam, no tengo oficio, ya que soy un pobre derviche» . Dijo la reina: « ¡Traedme la mesa de arena y la pluma de bronce!» Le llevaron, como de costumbre, lo que había pedido. Tomó la pluma, trazó en la mesa unas figuras y permaneció un momento contemplándolas. Después levantó la cabeza y le dijo: « ¡Perro! ¿Cómo te atreves a mentir a los reyes? Tú te llamas Rasid al-Din y eres cristiano. Tu oficio consiste en tender trampas a las jóvenes musulmanas y raptarlas. Tú, aparentemente, eres musulmán, pero en él fondo, cristiano. ¡Di la verdad, pues si no la dices he de cortarte la cabeza!» Él empezó a decir balbuciendo: « ¡Has dicho la verdad, rey del tiempo!» La reina mandó que le tumbasen y le diesen cien latigazos en cada pie y mil en el cuerpo; que después le desollasen y rellenasen su piel de estopa; que luego cavasen, en las afueras de la ciudad, una fosa en la que quemarle y enterrarle; debían taparla con estiércol e inmundicias. Hicieron lo que les había mandado. Tras esto dio permiso a la gente para comer. Comieron y al terminar se marcharon a sus quehaceres y la reina Zumurrud subió a su palacio y exclamó: « ¡Alabado sea Dios que ha tranquilizado mi corazón respecto de aquellos que le dañaron!» Dio gracias al Creador de los cielos y de la tierra y recitó estos versos:

Gobernaron, injustamente, durante mucho tiempo, pero tras un período cayó en el olvido su poder.
Si hubiesen sido justos se les hubiese tratado con justicia; pero se excedieron y el destino les abrumó con sus calamidades y sus pruebas.
Desaparecieron pero la voz del Destino les dijo: « Éste es su premio. No se reproche al Destino» .

Al terminar de recitar estos versos le pasó por la mente el recuerdo de su señor Alí Sai. Lloró abundantemente y después, tranquilizándose, dijo: « Tal vez Aquel que ha puesto en mi poder a mis enemigos me hará la gracia de devolverme a quien amo» . Pidió perdón a Dios (¡ensalzado sea!)…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zumurrud] concluyó: « Tal vez Dios me reúna con mi deseo, con mi amado Alí Sar, dentro de poco. Él puede hacer todo lo que quiere y concede los favores a sus siervos con conocimiento de causa» . A continuación alabó a Dios, volvió a pedirle perdón y se abandonó a las vicisitudes del Destino, pues estaba convencida de que toda cosa que tiene

principio, tiene fin. Recitó estas palabras del poeta:

> Está tranquilo, pues el destino de cada cosa está en la mano de Dios.
> No te sucederán las cosas prohibidas ni te acaecerán menos que las predestinadas.

Y estos otros versos:

> Deja pasar los días y éstos correrán. No frecuentes la morada de las preocupaciones.
> Incluso aquello que te cuesta conseguir se te acerca en el momento de la resignación.

Y este otro:

> Ten paciencia cuando te pone a prueba la cólera; resígnate cuando te llega una calamidad.
> Las noches del tiempo vienen cargadas y dan a luz cosas prodigiosas.

Y este otro:

> ¡Ten paciencia! La paciencia es un bien tal, que si tú lo supieses te tranquilizarías y no te desesperarías de dolor.
> Sabe que si no tienes paciencia por las buenas, la tendrás por las malas, según como haya escrito la pluma del Destino.

Zumurrud esperó durante un mes entero. Durante el día gobernaba, mandaba y prohibía; por la noche lloraba y sollozaba por la separación de su señor Alí Sar.

Al principiar el nuevo mes mandó que, como de costumbre, extendiesen los manteles en la explanada. Se sentó presidiendo a la gente que esperaba que diese el permiso para empezar a comer. El puesto de delante del plato de arroz estaba vacío. La reina ocupó la presidencia y clavó la mirada en la puerta de la explanada para observar a todos los que entraban. Decía en su interior: « ¡Oh, Tú que devolviste José a Jacob, que pusiste fin a la prueba de Job! ¿Me concederás la vuelta de mi señor Alí Sar con tu omnipotencia y tu grandeza? Tú eres poderoso sobre todas las cosas. ¡Señor de los mundos! ¡Guía de los descarriados! ¡Oh, Tú que oyes las voces! ¡Oh, Tú que acoges las plegarias! ¡Responde a la mía, Señor de los mundos!» Apenas había terminado su plegaria cuando una persona entró corriendo por la puerta de la explanada. Su figura era como la de una rama de sauce: si no hubiera estado consumido y pálido hubiese sido el muchacho más

hermoso del mundo: de inteligencia despierta y buenas maneras. Al entrar no encontró más sitio vacío que aquel en que estaba el plato de arroz. El corazón de Zumurrud palpitó al verle. Clavó en él la vista y se cercioró de que se trataba de su señor Alí Sar. Estuvo a punto de gritar de alegría, pero se contuvo temiendo quedar avergonzada delante de la gente: las entrañas le abrasaban, el corazón estaba conmovido, pero disimuló lo que le sucedía.

La causa de la llegada de Alí Sar era la siguiente: Él se había quedado dormido en el banco; Zumurrud había descendido y sido raptada por Chawán, el curdo. El joven se despertó cuando ya había sucedido todo esto. Se encontró sin nada en la cabeza y comprendió que un hombre le había atacado y robado el turbante mientras dormía. Dijo las palabras que no avergüenzan a quien las pronuncia: «¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos!» Después regresó al lado de la vieja que le había informado del lugar en que se encontraba Zumurrud, llamó a la puerta y ella le abrió. Lloró hasta caer desmayado. Al volver en sí le refirió todo lo que le había sucedido y la vieja le riñó y le reprendió por lo ocurrido diciendo: «Tú eres el culpable de tus penas y de tus desgracias». No dejó de amonestarle hasta que le salió sangre de la nariz y cayó desmayado. Cuando volvió en sí…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí] vio que la vieja lloraba por él. Afligido recitó este par de versos:

> ¡Cuán amarga es la separación de los seres amados! ¡Cuán dulce es la unión de los enamorados!
> ¡Reúna Dios a todos aquéllos que se aman y protéjame, pues estoy en la agonía!

La vieja se entristeció por él y le dijo: «Quédate aquí hasta que yo haya averiguado cómo están las cosas. Vuelvo en seguida». «Oír es obedecer», replicó el joven. Ella le dejó, salió y regresó al mediodía diciendo: «¡Oh Alí! Creo que vas a morir de dolor; no verás jamás a tu amada si no es sobre el puente de al-Sirat[111]. Los habitantes de la casa, llegada la mañana, han encontrado rota la ventana que conduce al huerto; Zumurrud ha desaparecido al igual que el saco de dinero del cristiano. Al llegar a aquel lugar he encontrado en la puerta del palacio al jefe de policía con sus esbirros. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Magnífico, Todopoderoso!» Al oír estas palabras la luz se transformó en tinieblas ante los ojos de Alí Sar; desesperó de la vida, estuvo cierto de que iba a morir y lloró sin cesar hasta caer desvanecido. Al volver en sí,

la nostalgia del amor y el dolor de la separación le causaron una grave enfermedad: no pudo salir de su casa y la vieja le llevaba médicos y le preparaba sorbetes y caldos. Así continuó durante un año entero; luego recobró fuerzas, recordó lo sucedido y recitó estos versos:

La pena ha venido, la unión terminó; las lágrimas fluyen y el corazón está en llamas.
Crece la pasión en aquel que no reposa: pasión y deseo le hacen languidecer.
¡Oh, Señor! Si hay algo que pueda librarme de mi sufrimiento concédemelo pronto pues estoy en mi último aliento.

Al principiar el segundo año la vieja le dijo: « ¡Hijo mío! La aflicción y la melancolía no te devolverán a tu amada. Ponte en pie, reúne tus fuerzas y búscala por todos los países. Tal vez consigas alguna noticia» . Le dio ánimos y le alentó. Le llevó al baño, le dio sorbetes y le hizo comer polio. Todos los días de un mes siguió este régimen: recuperó sus fuerzas y emprendió el camino. No cesó de viajar hasta llegar a la ciudad de Zumurrud. Entró en la explanada y se sentó a comer. Extendió la mano para coger el plato y los reunidos se entristecieron por él y le dijeron: « ¡Muchacho! ¡No comas de ese plato! Una desgracia alcanza a todo el que come de él» . Respondió: « ¡Dejadme comer y después que hagan de mí lo que quieran! ¡Tal vez encuentre el descanso de esta fatigosa vida!» Comió el primer bocado. Zumurrud estuvo a punto de hacerle comparecer, pero pensando que estaría hambriento se dijo: « Es mejor que le deje comer hasta que se harte» . Siguió comiendo mientras la gente, estupefacta, esperaba a ver lo que le ocurriría. Una vez comido y satisfecho la reina les dijo a unos de sus eunucos: « Id a buscar a aquel joven que está comiendo el arroz, traédmelo con todos los miramientos y decidle: “El rey quiere hacerte una pregunta cortés y oír tu contestación”» . Respondieron: « ¡Oír es obedecer!» Se acercaron a él, se colocaron a su lado y le dijeron: « ¡Señor mío! Ven a hablar, por favor, con el rey y no te intranquilices» . « Oír es obedecer.» Se fue acompañado de los eunucos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se fue acompañado] mientras la gente decía: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¿Quién sabe lo que va a hacer el rey con él?» Otros decían: « Sólo le hará bien. Si hubiera querido causarle algún daño no le hubiese dejado comer hasta hartarse» . Cuando estuvo delante de Zumurrud la saludó y besó el suelo. Ésta le

devolvió el saludo y le trató con deferencia. Preguntó: « ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Por qué has venido a esta ciudad?» Respondió: « ¡Rey! Me llamo Alí Sar y soy hijo de comerciantes. Mi país es el Jurasán. He venido a tu ciudad buscando una esclava que se me ha perdido, una esclava que me es más querida que la vista y el oído. Desde que no la tengo mi espíritu está con ella. Tal es mi historia» . Rompió a llorar hasta caer desvanecido. Zumurrud mandó que le rociasen la cara con agua de rosas y lo hicieron hasta que recobró el conocimiento. Al volver en sí de su desmayo la reina ordenó: « ¡Traedme la mesa de arena y la pluma de cobre!» Se lo llevaron. Trazó unas figuras, las contempló un momento y después dijo: « Tus palabras se ajustan a la verdad. ¡Que Dios te reúna pronto con ella! ¡No te preocupes!» Mandó al chambelán que le llevasen al baño y que le diesen una túnica hermosa escogida en el vestuario real; que le hiciesen montar en uno de los caballos del rey y que al caer el día le acompañasen a palacio. El chambelán contestó: « ¡Oír es obedecer!» , y se lo llevó consigo. Unos decían: « ¿Qué quiere hacer el rey tratando con tanta delicadeza a este joven?» Otro decía: « ¿No os decía que no le haría ningún daño? Es un hermoso muchacho y desde el momento en que he visto que le dejaba hartarse me he dado cuenta de lo que iba a pasar» . Mientras la gente se marchaba a sus quehaceres cada uno decía la suya.

Zumurrud esperaba impaciente la llegada de la noche para encontrarse a solas con el amado de su corazón. Al caer la tarde se encerró en su dormitorio aparentando tener mucho sueño. Tenía por costumbre no dejar dormir en su habitación más que a los dos esclavitos de servicio. Una vez en su habitación mandó llamar a su amado Alí Sar. Se sentó en el lecho: una vela iluminaba su cabeza y otra los pies; toda la habitación estaba alumbrada por lámparas de oro. Cuando la gente se enteró de que mandaba a buscar al joven quedó admirada y cada uno quiso decir lo que pensaba. Uno decía: « El rey está prendado de este joven y mañana le nombrará jefe del ejército» .

Al entrar en la habitación, Alí Sar besó el suelo y pronunció los votos de rigor. Zumurrud se dijo: « He de divertirme un rato con él antes de darme a conocer» . Dijo: « ¡Alí! ¿Has ido al baño?» « Sí, señor mío.» « Come ese pollo y la carne; como estás cansado bebe ese vino dulce y después ¡ven aquí!» Contestó: « ¡Oír es obedecer!» Hizo lo que le había mandado y cuando hubo terminado de comer y de beber la reina insistió: « ¡Ven al lecho y hazme masaje!» Alí empezó a hacerle masaje en los pies y en las piernas: eran más suaves que la seda. Mandó: « ¡Sube más arriba!» Contestó: « ¡Perdona, señor! ¡No me atrevo más allá de la rodilla!» « ¿Te arriesgas a contrariarme? ¡Pues va a ser una noche maldita para ti!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zumurrud prosiguió]: « … ¡es necesario que me obedezcas, pues te voy a hacer mi querido y te nombraré Emir de mis emires!» El joven contestó: « ¡Rey del tiempo! ¿En qué debo obedecerte?» « ¡Desnúdate y ponte de cara al lecho!» Replicó: « ¡Esto es algo que no he hecho nunca en mi vida! ¡No lo haré! Si me fuerzas a hacerlo te acusaré ante Dios en el día del juicio. Coge todas las cosas que me has dado y déjame marcharme de tu ciudad» . Alí Sar rompió a llorar y a sollozar. El rey insistió: « ¡Desnúdate y tiéndete boca abajo! De lo contrario te cortaré el cuello» . El joven lo hizo y ella se le colocó en la espalda: era una piel tersa, más suave que la seda y más blanda que la manteca. Alí Sar se dijo: « Este rey vale más que todas las mujeres» . Ella esperó un rato colocada encima de su espalda; después se tendió de espaldas mientras Alí Sar se decía: « ¡Loado sea Dios! Parece que su miembro no se yergue» . La reina le dijo: « Mi miembro no acostumbra a erguirse si no se le frota con las manos. ¡Vamos! ¡Acaríciale con la mano hasta que se enderece! De lo contrario te mato» . Siguió con la espalda en la cama, cogió la mano del joven y la colocó en sus partes: eran más lisas que la seda, blanco, redondo y tieso; caliente como el calor del baño o de un corazón amante que se consume de pasión. Alí Sar se dijo: « Este rey tiene unas partes que son una maravilla extraordinaria» . La pasión se apoderó de él; su miembro estaba completamente erguido. Ella, al verlo, se rió, se carcajeó y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Te ha podido ocurrir todo esto sin reconocerme?» « ¿Quién eres tú, oh rey?» « Yo soy tu esclava Zumurrud.» Al oír esto la besó, la abrazó y se abalanzó sobre ella como el león sobre la oveja y se cercioró de que era su esclava sin duda alguna: hundió la verga en su saco y continuó siendo el portero de su puerta, el insam de su altar, mientras ella se bajaba, se prosternaba, se enderezaba y se ponía en cuclillas acompañando las alabanzas con gritos de alegría y caricias de amor hasta el punto de que los eunucos la oyeron. Corrieron, miraron desde detrás de la cortina y vieron a su rey tumbado y encima a Alí Sar moviéndose y meneándose mientras ella gemía de placer y lo acariciaba. Los eunucos dijeron: « Estos movimientos no son propios de un hombre. Tal vez este rey sea una mujer» . Guardaron el secreto y no lo revelaron a nadie.

Al día siguiente Zumurrud mandó a buscar a todo el ejército y a los principales personajes del reino y les hizo comparecer. Les dijo: « Deseo marcharme al país de este hombre. Elegid vosotros mismos un regente para que os gobierne hasta mi retorno» . Contestaron a Zumurrud que le oían y la obedecerían. Después se consagró a los preparativos del viaje y reunió víveres, riquezas, provisiones, objetos de regalo, camellos y muías. Emprendió el camino y no cesó de viajar hasta el país de Alí Sar. Entró en su casa, distribuyó regalos y limosnas. Éste tuvo hijos con ella y vivieron del modo más feliz hasta que les

llegó el destructor de las dulzuras y el disgregador de las sociedades. ¡Gloria al Eterno, al que nunca muere! ¡Loado sea Dios en todo caso!

HISTORIA DE BUDUR, HIJO DEL JOYERO, CON CHUBAYR B. UMAYR AL-SAYBANÍ

SE cuenta que el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, estaba cierta noche insomne, sin conseguir conciliar el sueño, y no paraba de dar vueltas de un lado a otro desvelado; no pudiendo soportar más mandó llamar a Masrur y le dijo: « ¡Masrur! Busca a alguien que me distraiga en este insomnio» . « ¡Emir de los creyentes! ¿Has entrado en el jardín de palacio y observado las flores que hay en él, contemplando las estrellas y sus bellas constelaciones con la luna entre ellas y rielando en el agua?» « Masrur: hoy no me apetece nada de todo eso.» « ¡Señor! En tu palacio tienes trescientas concubinas; cada una de éstas tiene su departamento: manda que cada una de ellas se encierre en su habitación, date un paseo y obsérvalas sin que lo sepan.» « ¡Masrur! Este palacio es mi palacio; estas esclavas son de mi propiedad, pero hoy no me apetece nada de todo esto.» « ¡Señor! Manda comparecer a los sabios, a los jurisconsultos y a los poetas. Engrescaos en una discusión, recitad versos y ordena que reciten historias y cuentos.» « No me apetece nada de esto.» « ¡Señor! Manda a los sabios, a los contertulios y a los chistosos que se presenten ante ti y distráete con sus decires.» « ¡Masrur! No me apetece nada de esto.» « ¡Señor! ¡Córtame la cabeza!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Masrur prosiguió]: « … ¡Tal vez esto te ponga de buen humor y haga desaparecer tu inquietud!» Al-Rasid se rió al oír estas palabras y dijo: « ¡Masrur! Mira cuál es el comensal que está en la puerta» . Masrur salió, regresó y contestó: « ¡Señor! En la puerta está Alí b. Mansur, el pícaro damasceno» . « ¡Tráemelo!» Fue a buscarle y regresó con él. Al entrar dijo: « La paz sea sobre ti, Emir de los creyentes» . Éste le devolvió el saludo y dijo: « Ibn Mansur: cuéntame una de tus historias» . « ¡Emir de los creyentes! ¿He de referirte algo que haya visto yo en persona o algo que haya oído relatar?» « Si has presenciado algo extraordinario, cuéntalo. Las cosas oídas no son lo mismo que las vistas.» « ¡Emir de los creyentes! Concédeme tu oído y tu atención.» « Ibn Mansur: te escucho con mi oído, te contemplo con mis ojos y te presto toda mi atención.»

Refirió: « ¡Emir de los creyentes! Sabe que cada año recibo una pensión de Muhammad b. Sulayman al-Hasimí, sultán de Basora. Fui a verle según tenía por costumbre. Al llegar ante él le encontré que se disponía a montar a caballo para ir de caza. Le saludé y me devolvió el saludo. Me dijo: “¡Ibn Mansur! Monta y ven con nosotros de caza”. Le contesté: “¡Señor mío! No tengo fuerzas para montar. Permite que me quede en la casa como huésped y recomiéndame a los chambelanes y funcionarios”. Él lo hizo así y se marchó de caza. Me trataron

con la mayor deferencia y me acogieron con el máximo respeto. Me dije: “Es extraño que a pesar de lo mucho que vengo de Bagdad a Basora no conozca más que desde el alcázar hasta el jardín y desde el jardín al alcázar. ¿Cuándo volveré a tener una ocasión como ésta para recorrer los rincones de Basora? Voy a salir ahora mismo y a visitarla solo, para verla y hacer la digestión”. Me puse mi mejor vestido y me fui a recorrer la ciudad. Tú sabes, Emir de los creyentes, que en ella hay setenta calles, cada una de las cuales tiene una longitud de setenta parasangas iraquíes. Me perdí por sus callejas y me entró sed. De repente, mientras andaba, descubrí, ¡oh, Emir de los creyentes!, una gran puerta que tenía dos anillas de latón sobre las cuales caían cortinas de brocado rojo. A su lado había un par de bancos y encima de la puerta una pérgola por la cual se enramaba una parra de vid dando sombra a la entrada. Mientras yo estaba parado oí una voz quejumbrosa, que salía del fondo de un corazón entristecido y que cantaba estos versos:

Mi cuerpo es morada de la enfermedad y de la tristeza a causa de una gacela que está lejos del hogar y de la patria.
Los dos céfiros de Zarud excitan mi tristeza. ¡Por Dios vuestro Señor! Id junto a mi amigo.
Censuradle, pues tal vez la reprimenda le conmueva.
Si os escucha, habladle con dulzura y dadle poco a poco, entre los dos, noticias de los amantes.
Con vuestro trabajo me hacéis un favor. Aludid a mí y decid con vuestras palabras:
“¿Cómo matas a tu esclavo apartándote, sin tener nada de que culparle, sin que te haya desobedecido, ni sentido inclinación por otro corazón, ni te haya engañado,
sin haber faltado a la palabra dada, sin haber cometido una injusticia?” Él se sonrió y dijo de buen talante:
“¿Qué mal habría en que le concedieses tu amor?
Él, como es su deber, languidece por ti; sus ojos velan, lloran y sollozan.”
Si él demuestra agrado ya se ha conseguido el deseo y él propósito si, en cambio, muestra la cólera en el rostro.
Engañadle y decidle: “Ya no le conocemos”.

» Yo me dije: “Si la que canta esta canción es hermosa, reúne en sí la belleza, la elocuencia y una voz apropiada”. Me acerqué a la puerta y levanté la cortina poco a poco. Vi a una joven blanca que parecía ser la luna cuando llega a su decimocuarta noche: cejas reunidas, párpados lánguidos y senos como dos frutos de granada; labios delgados como si fuesen dos camomilas y una boca que parecía ser el sello de Salomón. La hilera de sus dientes jugaba con la razón del

poeta y del prosista tal como dice el vate:

¡Qué maravilla la hilera de perlas de la boca del amado! En ella se ha colocado el vino y la camomila.
¿Quién ha prestado a tu sonrisa la luz de la aurora? ¿Quién ha cerrado y sellado esa boca con el coral?
Quien te ve pierde la razón de alegría. ¿Qué será del que te ha besado?

» Y este otro:

¡Oh, perla de la boca del amado! ¡Ten piedad del coral de la boca del amante!
No le muerdas. ¿No te encontró como perla única?

» En resumen: ella reunía en sí todas las clases de belleza y era la maravilla de las mujeres y de los hombres que no se saciaban de contemplar su hermosura. Era tal como dijo el poeta:

Si se acerca, mata; si se detiene, todos los hombres quedan enamorados de ella.
Es como el sol y la luna, pero sus modales no tienen ni dureza ni brusquedad.
Los jardines del Edén se muestran tras su camisa y la luna asciende a partir de sus collares.

» Mientras yo la estaba mirando a través de la cortina ella se volvió y me vio de pie al lado de la puerta. Dijo a su criada: "Corre a ver quién está en la puerta". La criada se levantó, se acercó a mí y dijo: "¡Jeque! ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Reúnes las canas y el vicio?" Respondí: "¡Señora mía! Reconozco las canas, pero no creo tener vicios". Su dueña exclamó: "¿Qué vicio hay mayor que el de aproximarte a una casa que no es la tuya y contemplar unas mujeres que no son las tuyas?" "¡Señora mía! Tengo disculpa." "¿Cuál es?" "Soy un extranjero que está sediento. La sed me mata." "¡Aceptamos tu excusa!", contestó» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven] « llamó a una de sus esclavas y le dijo: "¡Lutf! Dale de beber en el vaso de oro". Me entregó un vaso

de oro rojo que tenía perlas incrustadas y estaba lleno de agua mezclada con almizcle de la mejor calidad, cubierto por una servilleta de seda verde. Bebí lentamente, mirándola a hurtadillas y así transcurrió bastante tiempo. Devolví el vaso a la criada pero no me moví. Dijo: "¡Jeque! ¡Vete a tus cosas!" "¡Señora mía! Estoy preocupado." "¿Por qué?" "Por los cambios de la fortuna y el sucederse de los acontecimientos." "Tienes razón. El transcurso del tiempo hace grandes prodigios. Pero ¿qué cosas prodigiosas has visto para llegar a preocuparte?" "Pensaba en el dueño de esta casa. En vida, era mi amigo." "¿Cómo se llamaba?" "Muhammad b. Alí el joyero. Era muy rico. ¿Ha dejado hijos?" "Sí; una hija que se llama Budur y que ha heredado todos sus bienes." Le dije: "¿Tal vez eres tú su hija?" "¡Sí!" Rompió a reír, y dijo: "¡Jeque! Has hablado en demasía. ¡Sigue tu camino!" "No tengo el menor inconveniente en irme, pero veo que tu belleza está alterada. Cuéntame lo que te ocurre y tal vez Dios te facilite, gracias a mi intervención, una salida." La joven me dijo: "¡Jeque! Si perteneces a las gentes que guardan los secretos te confiaremos el nuestro. Pero dime quién eres para que me dé cuenta de si puedes ser depositario de secretos o no. El poeta ha dicho:

> El secreto sólo lo conserva la gente de confianza. Las gentes son los que esconden las confidencias.
> He encerrado mi secreto en una casa con cerraduras: la llave se ha perdido y la casa está sellada.

» Le contesté: "¡Señora mía! Si quieres saber quién soy, helo aquí: soy Alí b. Mansur, el pícaro, damasceno y comensal del Emir de los creyentes Harún al-Rasid". Al oír mi nombre se levantó de la silla, me saludó y me dijo: "¡Bien venido, Ibn Mansur! Voy a contarte mi situación y a confiarte mi secreto. Estoy enamorada, separada de mi amante". "¡Señora mía! Tú eres bella y sólo debes amar a una persona hermosa. ¿Quién es el que amas?" "Amo a Chubayr b. Umayr al-Saybaní, príncipe de los Banu Sayban." Me describió un joven que no tenía par en belleza en toda Basora. Le dije: "¡Señora mía! ¿Os habéis escrito?" "Sí; pero él me ha querido con la lengua, y no con el corazón y con el alma. No ha cumplido lo prometido ni ha mantenido el pacto." "¡Señora mía! ¿Cuál ha sido la causa de vuestro alejamiento?" "La siguiente: cierto día estaba yo sentada mientras esta esclava me peinaba el cabello. Una vez hubo concluido de peinarme me hizo las trenzas. Mi belleza y mi hermosura le gustaron, por lo que se inclinó sobre mí y me besó en la mejilla. En aquel instante y sin ser notado, entró él. Al ver que la joven me besaba en la mejilla, se marchó al momento enfadado, decidido a dejarme para siempre, y recitó estos versos:

> Si he de tener un socio en la que amo, abandonaré a mi amada y viviré

solo.
El amado no sirve de nada si en el amor desea algo que no place al amante.

» ”Desde ese momento y hasta ahora ha permanecido alejado, no nos ha enviado ninguna carta ni respuesta, Ibn al-Mansur”. Le pregunté: “¿Qué deseas?” “Que lleves una carta. Si me traes la contestación te daré quinientos dinares y si no me la traes te daré cien por tu molestia.” “Haz lo que bien te parezca.” “Oír es obedecer”, concluí. Llamó a una criada y le dijo: “Tráeme tinta y papel”. Escribió estos versos:

¡Amado mío! ¿Qué significa esta separación y este odio? ¿Dónde está la mutua tolerancia y el afecto?
¿Por qué te apartas de mí? ¿Por qué tu cara no es la que conocía?
Sí: los calumniadores te han referido cosas que no son verdad y tú les has hecho caso mientras ellos exageraban y difamaban.
Si has dado crédito a sus relatos, que Dios te guarde, pues estás más enterado que nadie.
¡Por tu vida! Dime lo que has oído, pues tú sabes lo que se dice y eres justo.
Si yo he dicho, en verdad, algunas palabras, esas palabras tienen su justificación, pues han sido alteradas.
Aun las mismas palabras reveladas por Dios han sido desfiguradas por gentes que alteran y vocalizan el Pentateuco.
Antes de nosotros ¡cuántas calumnias se han dicho! Fíjate: calumniaron a José ante Jacob.
Pero el calumniador, tú y yo, todos juntos, habremos de comparecer el día del juicio.

» Después selló la carta y me la entregó. La cogí y me marché al domicilio de Chubayr b. Umayr al-Saybaní. Estaba de caza. Me senté y le esperé. Regresó mientras yo estaba sentado. Al verle montado en el caballo, Emir de los creyentes, me quedé perplejo ante tanta belleza y hermosura. Él se volvió y me vio sentado junto a la puerta de su casa. Al darse cuenta se apeó del corcel, se acercó a mí, me abrazó y me saludó. A mí me hizo el efecto de que abrazaba al mundo con todo lo que contiene. Entró conmigo en su casa y me hizo tomar sitio en su propio diván, mandando que nos acercasen la mesa. Nos trajeron una de madera del Jurasán con patas de oro. Encima había platos de toda clase y carnes fritas, asadas y cosas parecidas. Apenas me había sentado me fijé con atención en ella y vi que tenía inscritos estos versos:»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibn Mansur prosiguió: « … y vi que tenía inscritos estos versos]:

Penetra con la carne en la morada de las escudillas y desciende en el campo de los fritos y de los guisados.
Lamenta a las hijas de la perdiz, tal como yo hago siempre, y a la carne asada y al pollo.
¡Qué triste está mi corazón por encontrarse entre dos platos de pescado, con un pedazo de pan fresco y Maarich!
¡Qué estupenda cena! ¡Qué bella! Las verduras están empapadas del vinagre de la jarra.
El arroz con leche de búfalo es estupendo y en él se hunde la mano hasta la muñeca.
¡Paciencia, alma mía! Dios es generoso y si te encuentras en un aprieto, Él te socorre.

» Después Chubayr b. Umayr me dijo: "Alarga la mano hacia nuestra comida y alegra nuestro corazón comiendo de nuestras provisiones". Le contesté: "¡Por Dios! No aceptaré ni un solo bocado de tu comida hasta que hayas satisfecho mi necesidad". Saqué la carta y al verla comprendió lo que contenía. La rompió, la tiró al suelo y me dijo: "¡Ibn Mansur! Te complaceremos en todos tus deseos excepto en ese que te ha confiado la autora de esta carta. No tengo contestación para su epístola". Me levanté, indignado, de su lado; pero él me agarró por el faldón de mi vestido y me dijo: "¡Ibn Mansur! Voy a contarte lo que te ha dicho a pesar de que yo no estaba a vuestro lado". "¿Qué es lo que me ha dicho?" "¿La autora de esta carta te ha dicho: 'Si me traes contestación te daré quinientos dinares; si no me traes respuesta te entregaré cien dinares por tu molestia'?" Respondí: "Sí". Añadió: "Siéntate ahora a mi lado, come, bebe, disfruta y distráete; y toma estos quinientos dinares". Me senté a su lado, comí, bebí, me distraje, me divertí y pasé la velada con él. Después le dije: "¡Señor mío! ¿Es que no hay música en tu casa?" "Hace algún tiempo que bebemos sin música." A continuación llamó a una de sus esclavas y le dijo: "¡Sacharat al-Durr!" Ésta le contestó desde su departamento en el que tenía un laúd al estilo indio guardado en una envoltura de seda. Vino con el instrumento, se sentó, lo apoyó en el seno y tocó con él en veintiún tonos. Después, volviendo al primero, inició unas melodías y recitó estos versos:

Quien no ha probado las dulzuras del amor junto a sus amarguras no

distingue entre el afecto y el desvío del amado.

Del mismo modo quien se ha desviado del recto sendero del amor no distingue el camino bueno del áspero.

Siempre me he apartado de los apasionados hasta que he experimentado sus dulzuras y sus tormentos.

He bebido el vaso de la amargura a grandes tragos y me he humillado, en amor, ante el libre y el esclavo.

¡Cuántas noches he tenido por contertulio a mi amado sorbiendo de sus labios las dulzuras de la felicidad!

¡Qué corta fue la duración de las noches de nuestra unión! La aurora parecía llegar junto con el atardecer.

El Destino prometió romper nuestra unión y ahora, el Destino, ha cumplido su voto.

Cuando el Destino decide nada detiene su decreto. ¿Quién podría oponerse a la orden de su dueño?

» Al terminar la joven de recitar estos versos, su dueño dio un gran grito y cayó desmayado. La joven dijo: "¡Que Dios no te castigue, viejo! Hace ya mucho tiempo que nosotros bebemos sin música por temor de que a nuestro dueño le ocurra este percance. Vete a la habitación y duerme en ella". Me dirigí hacia la habitación que me había indicado y dormí hasta la mañana siguiente. Aún no me había despertado cuando se presentó un muchacho con una bolsa que contenía quinientos dinares y dijo: "Esto es lo que mi señor te tenía prometido: pero no vuelvas al lado de la joven que te ha enviado; haz como si nunca hubieses sabido nada y nosotros haremos lo mismo". Contesté: "Oír es obedecer". Cogí la bolsa y me fui a mis quehaceres. Me dije: "Esa muchacha debe de estar esperándome desde ayer. ¡Por Dios! Es necesario que vuelva para informarle de lo que ha ocurrido entre el joven y yo, puesto que si no regreso a su lado me injuriará a mí y a todos los que proceden de mi país". Me dirigí hacia ella y la encontré de pie detrás de la puerta. Al verme dijo: "¡Ibn Mansur! Tú, ciertamente, no has conseguido tu objetivo". "¿Quién te lo ha explicado?" "¡Ibn Mansur! He tenido otra revelación: en cuanto le has entregado la carta la ha roto y la ha tirado diciéndote: '¡Ibn Mansur! Te complaceremos en todos tus deseos excepto en ese que te ha confiado la autora de esta carta. No tengo contestación para su epístola'. Tú te has apartado indignado de su lado, pero él se ha colgado de tus faldones y ha dicho: 'Ibn Mansur: quédate ahora conmigo, pues eres mi huésped: come, bebe, disfruta y distráete y acepta estos quinientos dinares'. Te has sentado a su lado, has comido, bebido, disfrutado y distraído; has pasado la velada con él y la joven ha cantado con esta y aquella voz. Él se ha desmayado". Yo, Emir de los creyentes, le dije: "¿Es que estabas con nosotros?" "¡Ibn Mansur! ¿No has oído lo que dice el poeta?

El corazón de los enamorados tiene ojos que ven lo que no distinguen los videntes.

» ”Pero, Ibn Mansur, el día y la noche se suceden transformando las cosas.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « después levantó la mirada hacia el cielo y exclamó: “¡Dios mío! ¡Señor mío! ¡Dueño mío! Tal como me has puesto a prueba con el amor de Chubayr b. Umayr ponle a él a prueba con el mío; traspasa el amor de mi corazón al suyo”. Ella me dio cien dinares por la molestia que me había causado y yo los tomé, me dirigí a buscar al sultán de Basora y llegué cuando ya había regresado de caza. Cobré mi renta y regresé a Bagdad.

» Al año siguiente me dirigí a la ciudad de Basora para reclamar mi beneficio como tenía por costumbre. El sultán me lo pagó y yo me dispuse a regresar a Bagdad, pero se me ocurrió pensar en el asunto de la señora Budur y dije: “¡Por Dios! ¡He de ir a visitarla y enterarme de lo que ha ocurrido con su amigo!” Me dirigí a su casa y vi que la puerta estaba barrida y regada; que en ella había criados, eunucos y pajes. Dije: “Tal vez las penas han dado fin al corazón de la joven y ésta haya muerto, ocupando su casa ahora uno de los emires”. La dejé y me marché a la de Chubayr b. Umayr al-Saybaní: sus bancos se habían derruido y en la puerta no encontré los pajes de costumbre. Me dije: “Tal vez haya muerto”. Me quedé plantado delante de la puerta, derramé abundantes lágrimas y recité lastimeramente estos versos:

¡Oh, señores! Partisteis, pero el corazón os sigue. ¡Volved y con vuestro regreso volverán para mí las fiestas!
Estoy en pie, ante vuestra casa, lamentándome por vuestra morada: las lágrimas corren, los párpados se abren y se cierran.
Interrogo a la casa mientras sus ruinas lloran: “¿Dónde está aquel que era generoso y liberal?”
Contesta: “Sigue tu camino, pues los amigos se han marchado de su morada y se pudren bajo tierra”.
¡Que Dios no nos condene en todo el transcurso del tiempo para dejar de ver sus bellas acciones y su señorío!

» Mientras yo me lamentaba con estos versos por los habitantes de la casa (¡oh, Emir de los creyentes!) salió de la misma un esclavo negro. Dijo: “¡Jeque! ¡Calla! ¡Ojalá tu madre te hubiese perdido! ¿Por qué te lamentas con tales versos

por esta casa?" Le respondí: "Había pertenecido a uno de mis amigos". "¿Cómo se llamaba?" "Chuybar b. Umayr al-Saybaní." "¿Y qué le ha pasado? —siguió el esclavo—. Está en las mismas condiciones de riqueza, de prosperidad y de poder (¡loado sea Dios!). Pero le ha puesto a prueba el amor de una muchacha llamada la señora Budur; está desbordado por su amor, por su pasión y por la pena: parece como si fuera una piedra seca tirada por el suelo. Si tiene hambre no dice 'Dadme de comer'. Si tiene sed no dice 'Dadme de beber'". Dije: "Pide permiso para que yo pueda entrar". "¡Señor mío! ¿Quieres visitar a uno que comprende o a uno que no comprende?" "Es necesario, en cualquier caso, que entre." El esclavo se dirigió al interior para pedir permiso. Regresó con la venia y yo entré: le encontré como si fuese una piedra abandonada: no comprendía ni las señas ni las palabras; yo le hablaba pero no me contestaba. Uno de sus criados me dijo: "Si sabes algún verso de memoria recítalo en voz bien alta ante él. De este modo volverá en sí y te contestará".

» Yo recité este par de versos:

¿Has olvidado el amor de Budur o sigues queriéndola? ¿Pasas las noches en vela o tus párpados se cierran?
Si tus lágrimas siguen corriendo abundantemente, sabe que vivirás eternamente en el paraíso.

» Al oír estos versos abrió sus ojos y me dijo: "¡Bien venido, Ibn Mansur! La debilidad ha llegado a su límite". "¡Señor mío! ¿Tienes algo que pedirme?" "Sí. Quiero escribirle una carta y mandársela contigo. Si me traes contestación te daré mil dinares y si no me la traes te daré cien dinares por tu molestia." "Haz lo que bien te parezca."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chubayr] « llamó a una de sus esclavas y le dijo: "¡Tráeme papel y tinta!"» .

Le llevó lo que le había pedido y escribió estos versos:

¡Os pido por Dios, señores míos, que tengáis paciencia conmigo! El amor me ha privado del entendimiento.
Vuestro amor, vuestra pasión, se han apoderado de mí; me han revestido con una enfermedad, me han dejado, como herencia, la humildad.
Hasta hoy había despreciado el amor y lo creía, señores míos, cosa fácil y sencilla.
Pero cuando el amor me ha mostrado las olas de su océano, me he

confiado al juicio de Dios y me he excusado ante quien he afligido.
Si queréis, apiadaos de mí concediéndome vuestro amor; pero si queréis matarme no olvidéis vuestro valor.

» Selló la carta y me la entregó. La cogí y me marché a la casa de Budur. Levanté la cortina poco a poco según yo tenía por costumbre: vi diez esclavas vírgenes de pechos bien formados que parecían lunas. La señora Budur estaba sentada en medio de ellas y parecía ser la luna llena en medio de los luceros o el sol cuando brilla sin nubes. No presentaba huellas de dolor o de sufrimiento. Mientras yo la contemplaba, maravillándome de esta situación, ella se volvió y me descubrió de pie junto a la puerta. Exclamó: "¡Bien venido! ¡Bien llegado, oh, Ibn Mansur! ¡Entra!" Pasé, la saludé y le entregué la carta. Al leerla comprendió lo que quería decir y rompió a reír. Dijo: "No ha mentido el poeta, Ibn Mansur, al decir:

Soportaré con paciencia tu amor hasta que no me llegue, de tu parte, ningún mensajero.

» "Ibn Mansur: voy a escribir la contestación para que se la entregues a quien te ha enviado." Le dije: "¡Dios te pague por el bien!" Ella pidió: "¡Tráeme tinta y papel!" Cuando le hubieron entregado lo que había solicitado le escribió estos versos:

Yo fui fiel a vuestro pacto, pero me traicionasteis. Visteis que obraba con rectitud y me vejasteis.
Empezasteis a maltratarme con la ruptura y la dureza; me traicionasteis y de vosotros partió la traición.
Siempre, ante los hombres, he seguido fiel a vuestro pacto; he preservado vuestro honor y he jurado por vos.
Hasta que he visto con mis propios ojos lo que me ha molestado, hasta que he oído que habéis hecho cosas recusables.
¿Ha de ser despreciada mi valía mientras yo ensalzo la vuestra? ¡Por Dios! Si me hubierais respetado os hubiera respetado.
¡Voy a consolarme apartando de vos mi corazón y, por desesperación, me lavo las manos de lo que os pueda ocurrir!

» Le dije: "¡Por Dios, señora mía! No le separa de la muerte más que la lectura de esta carta". Ella la rompió y yo le dije: "Escríbele otros versos". "¡De buen grado!" Le escribió los siguientes:

Me he consolado y el sueño cierra dulcemente mis párpados. He oído de los labios de los censores lo sucedido.

El corazón me ha consentido consolarme de vos; mis párpados, ahora, ya no quieren velar.

Miente quien dice: "La separación es amarga". El gusto de la separación es, para mí, de azúcar.

Se me hace odioso quien os cita y creo que el hacerlo constituye algo reprobable.

Todos los heridos se han curado. Entérese de ello el calumniador o quien quiera saberlo.

» Le dije: "¡Por Dios, señora mía! ¡En cuanto lea estos versos el alma abandonará su cuerpo!" Me preguntó: "¡Ibn Mansur! Su pasión por mí ¿ha llegado hasta el extremo que dices?" Le contesté: "Tendrías razón incluso de decir algo más, pero el perdón es una de las cualidades de los generosos". Al oír mis palabras las lágrimas rebosaron de sus ojos y le escribió un billete y ¡por Dios!, Emir de los creyentes, ningún funcionario de tu cancillería sabría escribir uno parecido. Escribió en él estos versos:

¿Hasta cuándo han de durar este orgullo y estas censuras? ¡Por vida tuya! Ya has dado al envidioso suficientes satisfacciones.

Tal vez, sin saberlo, yo haya obrado mal, pero dime ¿qué es lo que te han contado de mí?

Desearía, amado mío, cederte el sueño que cierra mis ojos y mis párpados.

He bebido a tragos las copas de tu amor: si me ves ebria no me lo censures.

» Al terminar de escribir la misiva…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Budur] « la selló y me la entregó. Le dije: "¡Señora mía! Esta carta curará al enfermo y repondrá al afligido". Cogí el billete y me marché. Cuando ya había salido me llamó desde su casa y me dijo: "¡Ibn Mansur! Dile: 'Ella será tu huésped esta noche'". Esto me alegró mucho y me fui con la carta al domicilio de Chubayr b. Umayr. Al entrar en su habitación vi que tenía los ojos clavados en la puerta, en espera de la contestación. Le entregué la hoja, la abrió, la leyó y comprendiendo su significado dio un alarido y cayó desmayado. Al volver en sí dijo: "¡Ibn Mansur!

¿Ha escrito esta carta con su propia mano y la ha tocado con sus dedos?" "¡Señor mío! ¿Es que la gente escribe con los pies?" ¡Por Dios, Emir de los creyentes! No había terminado aún mis palabras cuando ya ambos oíamos el tintineo de las ajorcas en el vestíbulo, pues ella entraba. Al verla se puso de pie como si nunca hubiese tenido ningún dolor y la abrazó del mismo modo como el *Lam* enlaza el *Alif*[112]: la enfermedad, que no le soltaba, le abandonó en el acto. Él se sentó pero ella no. Le dije: "¡Señora mía! ¿Por qué no te sientas?" "¡Ibn Mansur! No me sentaré sin imponer una condición." "¿Qué condición ha de haber entre vosotros dos?" "¡Que nadie ha de conocer los secretos de los amantes!" En seguida colocó la boca en el oído del joven y le dijo unas palabras en secreto. Él contestó: "¡Oír es obedecer!" Chubayr se levantó y habló en voz baja a uno de sus esclavos. Éste desapareció durante un rato y regresó acompañado por el cadí y dos testigos. Chubayr se puso de pie, tomó una bolsa que contenía cien mil dinares y dijo: "¡Alcadí! Escribe mi contrato matrimonial con esta joven y por esta dote". El cadí le preguntó a Budur: "Dime si aceptas esto". Ella respondió: "Lo acepto". El cadí extendió el contrato matrimonial y a continuación ella abrió la bolsa, cogió un puñado de dinero y se lo entregó al cadí y a los testigos. Después devolvió el resto de la bolsa a su esposo. El cadí y los testigos se marcharon, pero yo me quedé con ellos dos, en medio de la mayor alegría y regocijo, hasta que hubo transcurrido la mayor parte de la noche. Yo me dije: "Ambos son amantes y ya han pasado mucho tiempo separados. Ahora mismo me voy a ir para pasar la noche lejos de ellos. Los dejaré a solas al uno con el otro". Me levanté, pero la joven me agarró por el faldón y me preguntó: "¿Qué te ocurre?" Le dije de lo que se trataba y me replicó: "¡Siéntate! Cuando queramos que te marches, ya te despacharemos". Permanecí con ellos hasta que fue inminente la llegada de la mañana. Entonces ella me dijo: "¡Ibn Mansur! ¡Vete a la habitación que te hemos preparado! En ella podrás dormir". Me marché y dormí hasta el alba. Al amanecer se me acercó un paje con una palangana y un aguamanil. Hice las abluciones y recé la oración de la aurora. Luego me senté. Entonces aparecieron Ibn Chubayr y su amada que salían del baño de la casa: ambos se escurrían los pelos. Les di los buenos días y les felicité por encontrarlos en perfecta salud y por haber conseguido su deseo. Les dije: "Lo que ha tenido por inicio una condición tiene por fin una alegría". "Dices la verdad y es necesario que recibas tu parte." Llamó al tesorero y le dijo: "¡Tráeme tres mil dinares!" Le entregó una bolsa que contenía esta cantidad y él me dijo: "Haznos el favor de aceptar esto". Le repliqué: "No lo aceptaré hasta que me hayas explicado la causa por la que después de tan gran aversión fuiste presa de su amor". "Oír es obedecer —me replicó—. Sabe que nosotros celebramos una fiesta llamada Nawruz. En ella sale la gente y recorre el río en barcas. Yo y mis amigos salimos a divertirnos y vi una barca en la que iban diez esclavas que parecían lunas; la señora Budur estaba en el medio llevando un laúd.

Tocó en once tonos y después, volviendo al primero, recitó este par de versos:

> El fuego es más frío que las llamas de mis entrañas y la roca es más suave que mi corazón respecto de mi señor.
> Me maravillo de la constitución de su naturaleza: corazón de roca en un cuerpo de agua.

» ”Yo le dije: ‘Repite los dos versos y la música’. Ella no quiso”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chubayr prosiguió:] « “…entonces yo mandé a los barqueros que la lapidasen y así lo hicieron con naranjas hasta el punto de que llegamos a temer que se hundiese la barca en que iba. Ella se marchó, en seguida, por su camino y ésta es la causa de que el amor pasase de su corazón al mío”.

» Les felicité por haber conseguido su unión, tomé la bolsa con lo que contenía y me marché a Bagdad.»

El corazón del Califa se tranquilizó y desaparecieron el insomnio y la angustia que experimentaba.

HISTORIA DE LAS ESCLAVAS DE LOS DISTINTOS COLORES Y DE LA DISCUSIÓN HABIDA ENTRE ELLAS

SE cuenta que cierto día el Emir de los creyentes al-Mamún se sentó en su palacio y mandó llamar a las principales figuras de su imperio, a todos los magnates de su reino; igualmente hizo comparecer a los poetas y a sus contertulios. Entre sus invitados figuraba uno llamado Muhammad al-Basrí. Al-Mamún se volvió hacia éste y le dijo: « ¡Muhammad! Desearía que me contases ahora algo que jamás haya oído» . « ¡Emir de los creyentes! ¿Quieres que te cuente un relato que haya recogido con mis oídos o bien algo que haya presenciado con mi vista?» « Cuéntame, Muhammad, lo más prodigioso que sepas, sea oído o visto» . Refirió:

« Sabe, Emir de los creyentes, que en días ya pasados vivía un hombre de posición desahogada cuya patria era el Yemen. Él se fue desde su país a esta ciudad de Bagdad. Le gustó la vida en ella y trasladó aquí a su familia, sus bienes y a sus parientes. Tenía seis esclavas que parecían lunas. La primera era blanca; la segunda, morena; la tercera, gruesa; la cuarta, delgada; la quinta, amarilla, y la sexta, negra. Todas tenían un rostro hermoso, eran muy educadas, dominaban el arte del canto y sabían tocar instrumentos musicales. Cierto día se le presentaron todas a la vez. El dueño pidió comida y vino. Comieron, bebieron, disfrutaron y se distrajeron. El señor, llenando la copa y empuñándola hizo gesto a la joven blanca diciéndole: "¡Luna en creciente! Haznos oír una canción deliciosa". Ella tomó el laúd, lo templó, tocó unas melodías que hicieron bailar a la misma habitación y después, acompañándose con la música recitó estos versos:

Tengo un amigo cuya imagen está en pie ante mis ojos, cuyo nombre está escondido en mis entrañas.
Si pienso en él, todo mi cuerpo se transforma en corazón; si le contemplo, todo mi ser se convierte en ojos.
Mi censor me dice: "Distráete de su amor". Contesto: "Lo que no ha de ser ¿cómo puede ser?
¡Censor! Aléjate de mí y déjame: no me pintes como cosa fácil lo que no lo es".

» Su dueño se estremeció de emoción y bebió la copa; escanció a las esclavas y llenando de nuevo su vaso lo empuñó e hizo un gesto a la esclava morena. Le dijo: "¡Luz de la brasa! ¡Alegría de las almas! Haznos oír tu hermosa voz que embelesa a quien la escucha". Tomó el laúd, lo templó, tocó unas melodías que hicieron bailar a la misma habitación y arrobando el corazón de todos recitó estos versos:

¡Por vida de tu rostro! No amaré a nadie más que a ti hasta que me llegue la muerte; no traicionaré tu amor.
¡Oh, luna llena perfecta, envuelta en tu propio resplandor! Todos los hermosos corren a alistarse bajo tu bandera.
Tú eres quien supera la belleza de todos los hermosos. ¡Que Dios, Señor de los mundos, te proteja siempre!

» Su dueño se estremeció de emoción y bebió la copa; escanció a las esclavas y llenando de nuevo su vaso lo empuñó e hizo un gesto a la esclava gruesa. Le mandó que cantase cambiando de tema. Tomó el laúd, inició una tonada que descifraba todos los pesares y recitó estos versos:

Si tú, que eres el deseado, estás satisfecho, nada me importa que todos los hombres se enfaden.
Si tú muestras tu bello rostro, nada me importa que todos los reyes de la tierra escondan el suyo.
De todo lo que el mundo ofrece yo sólo deseo complacerte, ¡oh, tú en quien tienen origen todas las bellezas!

» Su dueño se estremeció de emoción y bebió la copa; escanció a las jóvenes. Después llenó su vaso, lo empuñó e hizo un gesto a la esclava delgada. Le dijo: "¡Hurí del Paraíso! ¡Haznos oír tus hermosas palabras!" Tomó el laúd, lo templó e iniciando una tonada cantó este par de versos:

Lo que me has causado es posible sea el martirio en la senda de Dios: Te has apartado de mí cuando yo no puedo vivir sin ti.
¿Es que no existe un juez de amor que dirima nuestro pleito, que reconozca mi derecho y me rinda justicia ante ti?

» Su dueño se estremeció de emoción, bebió la copa y tomándola de nuevo en la mano hizo un gesto a la joven amarilla. Dijo: "¡Luz del día! ¡Haznos oír versos delicados!" Ella tomó el laúd, tocó una música exquisita y recitó estos versos:

Tengo un amigo. Cuando me presento ante él desenvaina la espada de cada una de sus pupilas.
¡Dios tome venganza de él por mí! Me tiraniza pues tiene mi vida en sus manos.
Cada vez que digo: "¡Corazón! ¡Déjale estar!" Mi corazón se inclina más hacia él.

Él constituye mi único deseo entre los hombres pero el ojo del Destino me lo envidia.

» Su dueño se estremeció de emoción, bebió la copa y escanció a las esclavas. Después llenó su vaso, lo empuñó e hizo un gesto a la esclava negra. Le dijo: "¡Niña de mis ojos! ¡Haznos oír algo! ¡Aunque sólo sean dos palabras!" La joven tomó el laúd, lo templó, tensó sus cuerdas y tocó unos cuantos aires. Después, volviendo al motivo inicial y acompañándose con la música recitó estos versos:

¡Ojos míos! ¡Sed generosos en las lágrimas! Mi pasión me ha hecho perder el conocimiento.
A pesar de que me injurie el envidioso, soporto todas las penas que me causa el amado.
Los censores me mantienen apartada de la rosa de su mejilla cuando tengo un corazón que anhela las rosas.
Aquí circularon copas de vino en medio de alegría, y música del laúd.
Vino el amado y enloquecí por él. Así brilló, con la fidelidad, la luz de los astros benéficos.
Sin culpa por mi parte, él se apartó de mí, ¿es que hay algo más amargo que la separación?
En su rostro se recoge la rosa. ¡Por Dios! ¡Qué rosas hay en las mejillas!
Si la *xara* permitiese la prosternación ante otro que no sea Dios, yo me prosternaría ante él.

» Después de esto las esclavas se pusieron de pie y besaron el suelo delante de su señor. Le dijeron: "Da tu juicio sobre nosotras, señor". El dueño se fijó en su belleza, en su hermosura, en sus distintos colores y alabó y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Les dijo: "Todas vosotras habéis leído el Corán, conocéis la música y sabéis historias de los antepasados y habéis estudiado los hechos de las nociones del pretérito. Deseo que cada una de vosotras, señalando con el dedo a su rival, quiero decir: la blanca a la negra; la gruesa a la delgada y la rubia a la morena, se alabe a sí misma y vitupere a su rival. A continuación tomará la palabra su contrincante y hará lo mismo. Pero estas críticas deben basarse en el noble Corán, en historias y versos. Así me daré cuenta de vuestra instrucción y de vuestra bella dicción". Replicaron: "Oír es obedecer".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « se puso de pie la primera de ellas,

la blanca, y señalando a la negra le dijo: "¡Ay de ti, negra! Nos hemos enterado de que la blancura dijo: 'Yo soy la luz resplandeciente, la luna que asciende. Mi color es claro, mi frente resplandece. Sobre mi hermosura ha dicho el poeta:

¡Una mujer blanca! Mejillas lisas, tersas como si fuese, por su belleza, una perla oculta.
Su talle es un Alif esbelto; su boca un Mim y sus cejas parecen un Nun invertido[113].
Parece que sus miradas sean dardos y que sus cejas sean los arcos que llevan aparejada la muerte.
Si se deja ver contemplar la mejilla y el talle: en su rostro se reúnen la rosa, el mirto, el arrayán y el escaramujo.
Se acostumbra plantar la rama en el jardín, pero la rama de su talle ¡cuántos jardines contiene!'

» "Mi color es como el del día, tranquilo; como el azahar recién cogido, como la estrella de color de perla. Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho en su noble libro al profeta Moisés (¡sobre él sea la paz!): 'Mete la mano en tu seno: saldrá blanca de lepra, sin daño'[114]. Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho: 'Aquellos cuyos rostros se blanqueen gozarán de la misericordia de Dios. Ellos permanecerán en ella eternamente'[115]. Mi color constituye un milagro, mi hermosura no tiene par, mi belleza es extremada. Son mis iguales quienes adornan a los vestidos; hacia ellas son atraídos los corazones. El blanco tiene numerosas virtudes. Entre ellas está la de que la nieve, al caer del cielo, sea blanca; es tradicional que de todos los colores el blanco es el más bello y que los musulmanes se engalanan poniéndose turbantes blancos. Si siguiese haciendo el panegírico del blanco me extendería más de la cuenta, pero poco y suficiente es mejor que mucho y malo. Ahora voy a empezar a vituperarte, negra. Tu color es el de la tinta; el del polvo del carbón del herrero; tienes el rostro del cuervo que augura la separación de los amantes. El poeta, alabando al blanco y vituperando al negro, ha dicho:

¿No te das cuenta de que la perla cuesta cara por su color y de que el negro del carbón va a dirhem por carga?
Los rostros blancos entrarán en el Paraíso y las caras negras rellenarán el Infierno.

» "Algunas tradiciones que reposan en la autoridad de los mejores dicen que Noé (¡sobre él sea la paz!) se quedó dormido cierto día. Sus dos hijos, Sem y Cam, estaban sentados en su cabecera. Una ráfaga de viento le levantó los vestidos y dejó al descubierto sus vergüenzas. Cam le contempló y se puso a reír.

Sem se levantó y le tapó. El padre de ambos se despertó del sueño y se dio cuenta de lo que había ocurrido entre sus dos hijos: bendijo a Sem y maldijo a Cam; el rostro de Sem se volvió blanco y de él descienden los Profetas, los Califas ortodoxos y los reyes. La cara de Cam se volvió negra y tuvo que marcharse, huyendo, a Abisinia. Los negros son sus descendientes. Toda la gente está concorde en el poco entendimiento de éstos. En el proverbio se dice: '¿Cómo se puede encontrar un negro inteligente?'."

» Su dueño le dijo: "Siéntate, pues con esto ya es suficiente y hasta te has excedido". Hizo un signo a la negra. Ésta se incorporó, señaló con la mano a la blanca y empezó:

» "¿Es que no sabes que en el Corán revelado al Profeta de Dios dice Éste (¡ensalzado sea!): '¡Por la noche cuando se extiende! ¡Por el día cuando brilla!'[116]? Si la noche no fuese lo mejor Dios no hubiese jurado por ella poniéndola por delante del día. En ello están concordes todos los expertos y los sabios. ¿Es que no sabes que lo negro constituye el adorno de la juventud? Cuando aparecen las canas desaparecen las dulzuras y se aproxima el momento de la muerte. Si lo negro no fuese la mejor de todas las cosas, Dios no lo hubiese colocado ni en el centro del corazón ni en el de los ojos. ¡Qué bellas son estas palabras del poeta!:

Amo a las negras, pues tienen en propiedad el color de la juventud, el del interior del corazón y el de la pupila.
No me he separado por error del blanco de las blancas sino porque me asusto ante las canas y el sudario.

» "Otro ha dicho:

Prefiero y son más dignas de mi amor las negras que las blancas.
Las negras tienen los labios carmesíes mientras que los de las blancas tienen el color de la harina.

» "Otro ha dicho:

Negra pero blanca en sus acciones, parecida a los ojos que brillan con la luz.
Si busco su amor no os maravilléis: el origen de la locura está en la bilis negra.
Parece como si mi color fuese el de las tinieblas: sin él la luna no daría su luz.

» ”Por otra parte la mejor hora para la reunión de los amantes es la de la noche. Con esta cualidad y virtud ya te basta: sólo la negrura de las tinieblas protege a los amantes de los censores y de los maldicientes y lo que más les hace temer el verse descubiertos es la claridad del día. ¡Cuántas son las virtudes del color negro y qué hermosas son las palabras del poeta!:

Los visito mientras el negro de la noche es mi intercesor y me despido cuando la claridad del día me amenaza.

» ”Otro ha dicho:

¡Cuántas noches ha sido el amigo mi contertulio! Las trenzas de las tinieblas nos encubrían.
La luz de la aurora, al aparecer, me asustó. Le dije: ‘Los mazdeos son unos embusteros’.

» ”Otro ha dicho:

Me visitó oculto en la camisa de la noche, acelerando el paso por temor y por precaución.
Tapicé con mis mejillas su camino, como muestra de humildad, mientras arrastraba los faldones sobre mis pasos.
Pero apareció la luz del creciente, como si fuese el recorte de una uña, y poco nos faltó para ser descubiertos.
Pasó lo que pasó; no quiero recordarlo. Piensa bien y no pidas detalles.

» ”Otro ha dicho:

Reúnete únicamente por la noche con quien amas: el sol es un charlatán y la noche una alcahueta.

» ”Otro ha dicho:

No amo a la blanca rellena de grasa, pero me enamoro de la morena esbelta.
Soy un hombre que, el día de la carrera, monto el potro ligero; otros montan el elefante.

» ”Otro ha dicho:

Mi amado me visitó de noche y nos abrazamos.
Pasamos la noche juntos, pero la aurora despuntó muy pronto.
Ruego a Dios, a mi Dios, que vuelva a reunimos.
Y que Él haga durar la noche tanto como yo permanezca al lado de mi amado.

» ”Si siguiese haciendo el panegírico del negro me extendería más de la cuenta, pero poco y suficiente es mejor que mucho y malo.

» ”En cuanto a ti, blanca, he de decirte que tu color es el de la lepra y que tu abrazo es sofocante. Refieren los tradicioneros que el frío y el hielo son, en el infierno, los tormentos de los malvados. Entre las virtudes del negro está la de ser el color de la tinta con la cual se han escrito las palabras de Dios; si no fuesen negros el almizcle y el ámbar no se llevarían como perfumes a los negros ni se hablaría de ellos. ¡Cuántos timbres de gloria tiene el negro! ¡Cuán hermosas son estas palabras del poeta!:

¿No te das cuenta de que el almizcle tiene un gran precio mientras la carga de blanco de cal cuesta un dinar?
El ojo claro afea al joven mientras que la negra pupila arroja sus flechas.”

» Su dueño le dijo: “Siéntate, pues esto ya es suficiente”. La joven se sentó y el señor hizo un gesto a la gruesa. Ésta se levantó…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « apuntó con la mano a la delgada; puso al descubierto sus piernas y las muñecas y se destapó el vientre dejando a la luz los pliegues y el círculo del ombligo. Después, se tapó con una ligera camisa que dejaba transparentar todo su cuerpo y dijo:

» “¡Loado sea Dios que me ha creado y me ha dado un buen aspecto, me ha hecho gorda, me ha concedido hermosa figura, multiplicando así mis atractivos y mis encantos! ¡Loado sea Él que me ha puesto en un lugar preeminente y me ha ennoblecido! ya que en su respetable libro Dios (¡ensalzado sea!) dice: ‘Y trajo un ternero gordo’![117] Me ha creado como si fuese un jardín que tiene melocotones y granadas. Los habitantes de la ciudad prefieren las aves gordas y se las comen, pero, en cambio, no aprecian a las aves delgadas. Los hijos de Adán prefieren la carne grasa y se la comen. ¡Cuántos son los títulos de gloria del gordo y qué certeras son las palabras del poeta!:

Di adiós a tu amado pues la caravana parte. ¡Oh, hombre! ¿Puedes soportar la despedida?
Parece que su marcha hacia la tienda del vecino sea la de la mujer gorda: no tiene defecto ni muestra fastidio.

» ”Jamás he visto a nadie que vaya al carnicero sin pedirle carne. Los sabios dicen: ‘Las delicias se encuentran en tres cosas: en comer carne, en cabalgar la carne y en meter la carne en la carne’. Tú, delgada, tienes unas pantorrillas que parecen ser las patas del gorrión o el asador del homo; eres como una cruz de madera y un pedazo de carne en mal estado: nada hay en ti que pueda alegrar el pensamiento. Eres, como dijo el poeta:

¡Busco refugio en Dios frente a cosas como la de tumbarme junto a una mujer cuyo contacto es como el de frotarse con fibra de palma!
Cada miembro constituye una punta que me atraviesa durante el sueño y me despierta con el cuerpo agujereado.”

» El dueño le dijo: “¡Siéntate! Con esto basta”. La gorda se sentó y aquél hizo un gesto a la delgada. Ésta se levantó como si fuese una rama de sauce o una caña de bambú o un ramito de arrayán. Dijo: “¡Loado sea Dios que me ha creado y me ha hecho hermosa al disponer que mi cintura fuese la meta del deseo, al hacerme semejante a la rama que inclina hacia sí los corazones. Si me pongo en pie lo hago sin esfuerzo y si me siento lo hago de modo elegante; mi temperamento es agudo en la broma, de buen humor en la alegría. Jamás he visto a nadie que describa a su amado diciendo: ‘Mi amado tiene montaña de largo y de ancho’. Siempre se dice: ‘Mi amado es esbelto y tiene la cintura delgada’. Con poca comida me basta y con agua escasa me sacio; mis juegos son suaves, mis caricias, agradables. Soy más ligera que el gorrión, más rápida en los movimientos que el estornino. La unión conmigo constituye el deseo del amante, la delicia del ansioso. Tengo una estatura adecuada, sonrisa agradable y me asemejo a la rama de sauce o a una caña de bambú o a un ramito de arrayán. No hay quien pueda comparárseme en hermosura y sobre esto ha dicho el poeta:

Tu cintura se parece al junco y he hecho, de tu figura, signo de buen augurio.
Voy en pos de ti loco de amor, temiendo siempre la presencia del indiscreto.

» ”Los amantes enloquecen presa de pasión, por mis iguales. Si mi amado me atrae hacia sí, yo me echo en sus brazos; si se me acerca, me inclino hacia él y

no le aplasto.

» ”Pero tú, mujer de cuerpo gordo, si comes, comes como el elefante y no te sacias ni con poco ni con mucho. En el momento de la unión, el amigo no halla ni paz ni descanso ya que lo gordo de tu vientre le impide reunirse contigo y cuando consigue llegar a tus partes el grosor de tus muslos le rechaza. ¿Qué cosa de bueno o de dulce hay en tu gordura? La carne grasa sólo es buena para ser sacrificada y carece de todo lo que pueda ser sujeto de elogio. Si alguien te gasta bromas, te encolerizas; si juega, te entristeces; si duermes, roncas; si andas, te fatigas; si comes, nunca te sacias. Eres más pesada que una cordillera de montes; más repugnante que la deformidad y la corrupción. Careces de agilidad, no tienes ninguna bendición y no aguantas más trabajo que el de comer y dormir. Si orinas eres un aguacero; si haces de vientre te vacías como si fueses un odre descosido o un elefante desollado. Si vas al retrete necesitas a alguien para que te lave las partes y separe los pelos que las cubren y esto representa la máxima pereza y es indicio de enfermedad. En resumen: no tienes nada de lo que puedas alabarte y de ti ha dicho el poeta:

> Es pesada como la vejiga repleta de orina; sus nalgas son como montañas sostenidas por columnas.
> Si marcha con sus pies en dirección del país de Occidente, sus tripas se bambolean hacia Oriente”.

» Su dueño le dijo: “¡Siéntate! Con esto basta”. La joven se sentó y él hizo un gesto a la rubia. Ésta se puso de pie, alabó a Dios y le glorificó; invocó la bendición y la salud sobre la mejor de las criaturas, Mahoma, y a continuación, señalando a la morena empezó…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la rubia] « empezó a decirle:

» “Yo soy aquella que está citada en él Corán y cuyo color ha sido descrito por el Misericordioso, contando su superioridad por encima de todos los colores al decir (¡ensalzado sea!) en su explícito libro: ‘Amarillo puro, color que da alegría a quien lo contempla’[118]. Mi color constituye un prodigio, mi hermosura no tiene par y mi belleza es incomparable, ya que mi color es el de los dinares de oro, el de los astros, el de las lunas y el de las manzanas. Mi forma es la propia de las bellas; mi color, el del azafrán que supera a todos los demás; mi forma es prodigiosa, mi color maravilloso; mi cuerpo es terso, mi precio alto y en mí encierro todas las bellas cualidades. Mi color es de por sí tan valioso como el del oro puro. ¡Cuántos méritos tengo! De alguien parecida a mí ha dicho el poeta:

Tiene un color amarillento como el del sol que reluce, como el de los dinares que tan agradables son de ver.
El azafrán sólo se puede comparar con una parte de su belleza, pues su aspecto supera al de la luna.

» ”Ahora empezaré a criticarte, morena. Tienes el color del búfalo y la gente, cuando te ve, se desespera. Si tu color presenta alguna alteración eres criticada; si un alimento se presenta pardo, es que está envenenado; es el color propio de las moscas y se considera detestables a los perros que lo tienen. Al presentarse entre los colores deja perplejo y constituye uno de los símbolos del luto. Jamás he oído decir que el oro, las perlas o las gemas sean pardas. Cuando vas al retrete cambias de color, y cuando sales añades porquería a tu suciedad. No eres negra para poder ser reconocida ni blanca para ser descrita. Careces de toda nobleza tal como dice el poeta:

Tiene el color de los granos de polvo, igual que la tierra que pisan los pies de los caminantes.
Cada vez que le dirijo la mirada aumenta mi pena y mi preocupación.”

» Su dueño le dijo: “¡Siéntate! Con esto basta”. La joven se sentó y él hizo un gesto a la morena, que era muy hermosa, bella, esbelta, bien proporcionada y para colmo de perfecciones tenía un cuerpo terso y cabello como el carbón; estatura proporcionada, mejillas sonrosadas, ojos que parecían tintos de colirios y pómulos redondos y planos; era de rostro hermoso, de lengua elocuente, cintura delgada y caderas opulentas. Empezó: “¡Loado sea Dios que no me ha hecho gorda y criticada ni delgada y despreciada ni blanca como la lepra, ni rubia como el cólico ni negra como el polvo! Al contrario, ha hecho que mi color sea el preferido de las personas dotadas de entendimiento. Todos los poetas y en todas las lenguas hacen el panegírico de las morenas y alaban su color por encima de todos los demás. Dicen que quienes de color moreno merece todos los elogios, ¡Dios bendiga a quien dice!:

En las morenas hay un significado que si supieras descubrirlo tus ojos no volverían a mirar ni a blancas ni a rubias.
La elegancia en el hablar, la coquetería de las miradas serían suficientes para enseñar a Harut[119] la magia y los exorcismos.

» ”Otro ha dicho:

¿Quién me dará un moreno de elegante talle cuyos pardos y morenos

dardos son iguales a las cañas de Samhar?
Párpados lánguidos y bozo de seda tiene siempre lugar en el corazón del lacerado de su amante.

» ”Otro ha dicho:

¡Por vida mía! Rescataría un punto de su color que deja al blanco competir con las lunas.
Si él tomase igual cantidad de blancura, su belleza se transformaría en fealdad.
No me he embriagado con su zumo. Pero sus palillos emborrachan a los hombres.
Sus bellezas se envidian unas a otras, pero todas desearían ser su bozo.

» ”Otro ha dicho:

¿Por qué no inclinarte ante el bozo que aparece en la faz del moreno como si fuese una lanza morena?
Da igual que los poetas canten sólo la belleza de las hormigas sobre el trébol.
He visto que todos los amantes se conmueven ante un lunar debajo de una pupila negra.
¿Es que me van a criticar los censores por un joven que es todo él un lunar? En ese caso ¡libradme de los estúpidos!

» ”Mi forma es agradable, mi cintura apropiada, mi color es el que solicitan los reyes, ricos y pobres de él se enamoran. Soy graciosa, ligera, hermosa y elegante; mi cuerpo es terso, mi precio, elevado. Mi hermosura, mi cultura y mi elocuencia son perfectas; mis modos y mi lengua distinguidos; mis bromas, agradables, y mis juegos, placenteros.

» ”Pero tú pareces una malva descolorida de Bab al-Luq[120]; eres amarilla y se te transparentan las venas; eres un puchero de olla, orín de cobre, un mochuelo y un fruto del árbol Zaqqum[121]; quien duerme contigo siente angustia y se encuentra encerrado en la tumba; nada hay en ti que sea bello, y acerca de una igual que tú, ha dicho el poeta:

Tiene una palidez siempre creciente, sin llegar a estar enferma; me acongoja el pecho y me da jaqueca.
Si mi ser no se arrepiente he de humillarlo haciéndole que bese su cara y luego le clavaré mis muelas.”

» Cuando terminó de recitar estos versos su dueño le dijo: "¡Siéntate! Con esto basta".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « después reconcilió a las muchachas entre sí, les dio vestidos preciosos, les ofreció las joyas más costosas, de tierra o de mar. Jamás, en ningún lugar, en ningún tiempo, he visto, Emir de los creyentes, nada más hermoso que estas estupendas jóvenes.»

Al-Mamún, una vez hubo oído el relato de Muhammad al-Basrí, acercó a éste hacia sí y le preguntó: « ¡Muhammad! ¿Es que conoces el lugar en que viven esas jóvenes con su dueño? ¿Te sería posible comprárselas?» « ¡Emir de los creyentes! Sé que su dueño las ama con locura y que no le será posible separarse de ellas.» « Lleva a su dueño diez mil dinares como precio de cada una de ellas, es decir, un total de sesenta mil dinares; lleva esta suma, vete a su casa y cómpraselas.» Muhammad al-Basrí tomó el dinero y se marchó. Al llegar ante el dueño de las esclavas le explicó que el Emir de los creyentes quería comprárselas por el precio citado. Aceptó el venderlas para complacer al Califa. A continuación se las envió. Cuando el Emir de los creyentes tuvo ante sí a las esclavas les mandó preparar un bello departamento y empezó a visitarlas y a invitarlas a comer, pues estaba maravillado de su belleza, de su hermosura, de la variedad de sus colores y de su modo de hablar. Así continuaron las cosas durante un cierto tiempo al cabo del cual, el primer dueño, el que las había vendido, no pudo soportar el seguir separado de ellas. Por ello escribió un memorial al Emir de los creyentes exponiéndole lo mucho que amaba a esas mujeres. Entre el contenido de la carta figuraban estos versos:

Me han aprisionado seis hermosas bellezas; a las seis preciosidades envío mi saludo.
Ellas constituyen mi oído, mi vista, mi vida, mi bebida, mis delicias y mi alimento.
No puedo olvidar lo bello que era su abrazo; después de haberlas perdido mi sueño es intranquilo.
¡Ah! ¡Qué grande es mi tristeza! ¡Qué abundantes son mis lágrimas! ¡Ojalá jamás hubiese sido creado como hombre!
Con unos ojos, adornados por cejas como arco, me han asaeteado con sus flechas.

Cuando el Emir de los creyentes, al-Mamún, recibió esta carta vistió a las seis esclavas con los trajes más preciosos, les regaló sesenta mil dinares y las

devolvió a su dueño. Éste, al verlas, se alegró muchísimo, y todavía más al saber que le llevaban dinero. Vivió en su compañía la más dulce y muelle vida hasta que se les presentó el destructor de las dulzuras y el separador de las amistades.

ANÉCDOTAS DE ABU NUWÁS CON AL-RASID

SE cuenta que cierta noche, el Califa, Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, estaba muy intranquilo y preocupado. Empezó a pasear por los alrededores del palacio hasta llegar a un quiosco tapado por un velo. Lo levantó y vio en su testera un palanquín encima del cual había un objeto negro que parecía ser un hombre dormido; a su derecha y a su izquierda había sendas candelas. Mientras lo examinaba y contemplaba descubrió una botella llena de vino tinto, añejo, y un vaso. El Emir de los creyentes, al verlo, se quedó perplejo y exclamó: « ¿Tal compañía ha de tener este negro?» Se acercó al palanquín y vio que encima había una adolescente dormida cuyo rostro estaba cubierto por los cabellos. Le destapó la cara y le pareció la luna en el día de su plenitud. El Califa llenó el vaso de vino y lo bebió encima de la rosa de su mejilla; se inclinó hacia ella y la besó en un lunar. La muchacha se despertó diciendo:

« ¡Oh, Fiel a Dios! ¿Qué ocurre?»

El Califa le contestó con este verso:

> Es un huésped que llama a vuestro barrio para que le deis alojamiento hasta la llegada de la aurora.

Ella respondió:

« Honro al huésped con la vista y el oído.»

Le acercó el vaso y bebieron los dos. Ella cogió el laúd, templó sus cuerdas y le tocó preludios en veintiún tonos. Después volvió a la melodía inicial y cantó estos versos:

> La lengua de la pasión te habla desde mi corazón; te informa de que te amo.
> Tengo un testigo que hace manifiesta lo grave de mi enfermedad: es el corazón herido que late separado de ti.
> No oculto el amor que siento: mi pasión va en aumento, mis lágrimas fluyen a raudales.
> Antes de amarte no sabía lo que era el amor pero el decreto de Dios, sobre las criaturas, es un hecho cumplido.

Al terminar de recitar estos versos dijo: « ¡Emir de los creyentes! Soy una persona tratada injustamente» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Harún al-Rasid preguntó]: « ¿Quién te ha maltratado?» « Hace algún tiempo tu hijo me compró por diez mil dirhemes, pues quería ofrecerme a ti como regalo. Pero tu prima[122] le mandó dicha suma y le ordenó que me ocultase a tus ojos, por lo que me encerró en este palacete.» « ¡Pídeme lo que desees!» « ¡Que pases la próxima noche conmigo!» « Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» , concluyó el Califa. La dejó sola y se marchó. Al llegar la mañana se dirigió a la audiencia y maridó a buscar a Abu Nuwás, pero no le encontraron. Despachó a un chambelán para que preguntase por él y le descubrió de rehén en una taberna a causa de una deuda de mil dirhemes que había consumido en compañía de un imberbe. El chambelán le preguntó por lo que le ocurría y Abu Nuwás le refirió lo que le había acaecido con un guapo muchacho, en cuya compañía había hecho un gasto de mil dirhemes. Le exigió: « ¡Enséñame quién es! Si se merece tal suma tú tienes disculpa» . « Espera y le verás ahora mismo.» Mientras los dos estaban hablando, el jovenzuelo llegó y entró. Llevaba un vestido blanco debajo del cual se veía otro rojo y debajo de éste un tercero negro. Abu Nuwás al verle exhaló unos suspiros y recitó estos versos:

Apareció con una camisa blanca, con pupilas y párpados lánguidos.
Le dije: « ¿Pasas sin decirme nada? Yo me contentaría con tu solo saludo.
¡Bendito sea Quien ha vestido de rosas tus mejillas y crea, sin dificultad, lo que quiere!»
Contestó: « Déjate de ergotismos, pues mi Señor hace obras maravillosas, indestructibles.
Mi vestido es como mi casa y como mi suerte: blanco sobre blanco y sobre blanco» .

El joven, al oír estos versos, se quitó el vestido blanco que le tapaba el rojo. La admiración de Abu Nuwás fue en aumento y recitó estos versos:

Se mostró en una camisa de anémonas aquel enemigo mío que se llamaba amado.
Lleno de admiración le dije: « Tú eres la luna y te presentas bajo un aspecto prodigioso.
¿Han sido tus mejillas las que han teñido de rojo este vestido o bien tú lo has teñido con la sangre de los corazones?»
Contestó: « El sol me ha regalado una camisa que fue teñida poco antes del crepúsculo.
Mi vestido, el vino y el color de mis mejillas son fuego sobre fuego y sobre fuego» .

Al terminar Abu Nuwás de recitar estos versos, el muchacho se quitó el vestido rojo y se quedó con el negro. Al verle, Abu Nuwás se volvió hacia él una y otra vez y recitó estos versos:

Se mostró en una camisa negra apareciendo ante los hombres rodeado de tinieblas.
Le dije: « Pasas y no saludas; no das satisfacción a los envidiosos ni a los enemigos.
Tu vestido y tu cabello, son como mi suerte: negro sobre negro y sobre negro» .

El chambelán, al ver esto, se dio cuenta de cuál era la situación y el desvarío de Abu Nuwás. Regresó junto al Califa, y le contó lo que ocurría. El soberano le entregó mil dirhemes y ordenó al chambelán que los cogiese, regresase al lado de Abu Nuwás y se los diese para que dejase de servir de rehén. El chambelán volvió al lado del poeta, le libertó y regresó con él junto al Califa. Cuando éste le tuvo delante le dijo: « Recita una poesía que contenga este hemistiquio:

¡Oh, fiel a Dios! ¿Qué ocurre?»

« Oír es obedecer, Emir de los creyentes.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Nuwás] recitó estos versos:

Mi noche fue larga entre pesares e insomnio.
Mi cuerpo ha adelgazado y mis pensamientos se han multiplicado.
Me levanté para recorrer una vez mi morada y otra las habitaciones del harén.
Mis ojos distinguieron una persona negra que era blanca pues se había tapado con los cabellos.
¡Qué mujer como la luna llena cuando resplandece, como la rama de sauce a la que recubre el pudor!
De un trago me bebí la copa; después me volví y la besé en el lunar.
Se despertó temblando como una rama bajo el peso de la lluvia.
Después se levantó y me dijo: « ¡Oh Fiel a Dios! ¿Qué ocurre?»
Contesté: « Es un huésped que llama a vuestro barrio, que espera que le deis alojamiento hasta la llegada de la aurora» .

Me replicó llena de alegría: « ¡Señor mío! Honro al huésped con la vista y el oído» .

El Califa exclamó: « ¡Que Dios te mate! Parece como si hubieses estado con nosotros» . El soberano le cogió de la mano y se dirigió con él a ver a la muchacha. Abu Nuwás observó que llevaba una túnica amarilla y un velo azul. Se quedó maravillado y recitó estos versos:

Di a la hermosa que lleva un velo azul: « Espero que seas amable conmigo» .
Cuando la amada tiraniza al amante, éste exhala suspiros llenos de pasión.
¡Por tu belleza adornada de blancura! ¿No tendrás piedad del corazón del amante apasionado?
Apiádate de él, auxíliale en su pasión y no hagas caso de las palabras del tonto.

Cuando Abu Nuwás terminó de recitar estos versos, la joven ofreció de beber al Califa y después cogió el laúd, tocó unas melodías y cantó estos versos:

¿Serás equitativo, en tu amor, con las demás y conmigo injusto? ¿Me alejarás de ti mientras eres liberal con otra?
Si los amantes tuviesen un juez ante el que recurrir me quejaría, ante él, de vos. ¡Tal vez juzgase según la verdad!
Si me prohibís que pase ante vuestra puerta os saludaré igualmente desde lejos.

El Emir de los creyentes le mandó que diese de beber en abundancia a Abu Nuwás para que perdiese la razón. Le ofreció una copa y la agotó de un sorbo, quedándose con ella en la mano. El Califa le ordenó que le quitase la copa y que la escondiese. La muchacha se la arrebató y la ocultó entre los muslos. El Califa desenvainó la espada, se puso al lado de Abu Nuwás y le pinchó hasta despertarle de su modorra. El poeta vio que el Califa tenía en la mano la espada desenvainada ante lo cual la embriaguez se le fue de la cabeza. El soberano le dijo: « Dime, en verso, dónde está tu copa. De lo contrario te corto el cuello» . Recitó:

Mi historia es la mayor de las historias: ¡La gacela resulta ser un ladrón!
Ha robado la copa de mi vino del cual había bebido sólo un sorbo.
La ha ocultado en un lugar que me tiene el corazón en vilo.
Por discreción no lo nombraré, ya que el Príncipe es su dueño.

El Emir de los creyentes le dijo: « ¡Que Dios te mate! ¿Cómo lo sabes? Bueno; aceptamos lo que has dicho» . Después mandó darle un vestido de honor y mil dinares: Abu Nuwás se fue contento.

ANÉCDOTAS QUE SE REFIEREN A LA GENEROSIDAD Y LA NOBLEZA DE ALMA

SE cuenta de un hombre que sus deudas fueron en aumento y que su situación se hizo angustiosa, por lo que tuvo que abandonar a sus familiares y parientes y se marchó en busca de mejor suerte. No paró de andar hasta que al cabo de algún tiempo llegó a una ciudad que tenía murallas elevadas y grandes edificios. Entró en ella envilecido y deshecho. Estaba muerto de hambre y fatigado por el viaje. Al pasar por una calle vio un grupo de grandes personajes que iban en su misma dirección. Los siguió hasta que llegaron a un lugar que parecía ser un palacio real. Entró en pos de ellos y los fue siguiendo hasta que se presentaron ante un hombre que estaba sentado en la cabecera del salón. Este personaje tenía aspecto importante, porte majestuoso y a su alrededor había pajes y criados que parecían ser hijos de ministros. Al ver llegar a los visitantes se puso de pie y los recibió con todos los honores. Nuestro hombre se asombró ante todo esto, se quedó estupefacto de lo que veía…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se quedó estupefacto de lo que veía] en aquel hermoso edificio lleno de criados y de pajes; se retiró hacia atrás lleno de perplejidad y de pena, temiendo lo que podía ocurrirle; se sentó en un lugar alejado de la gente en el cual no podía verle nadie. Entretanto llegó un hombre con cuatro perros de caza, que iban recubiertos con gualdrapas de seda y de brocado y llevaban en el cuello collares de oro de los que arrancaban cadenas de plata. Ató a cada animal en el sitio que les estaba destinado. Después se marchó un momento para volver con platos de oro llenos de los guisos más exquisitos, puso delante de cada can uno de ellos y se marchó. El hombre en cuestión, muerto de hambre, observaba la comida y quería dirigirse hacia uno de los perros y comer con él, pero el miedo le impedía hacerlo. Uno de los perros le miró y Dios (¡ensalzado sea!) le dio a conocer la situación del hombre. El animal se retiró del plato y le hizo una seña. El pobre se acercó y comió hasta hartarse. Entonces quiso retirarse, pero el perro le dio a entender que se quedase con el plato y con la comida que aún contenía y lo empujó hacia él con la pata. Lo cogió y salió de la casa sin que nadie le siguiese. Se marchó a otra ciudad, vendió el plato, con su importe compró mercaderías y regresó a su país. Vendió lo que llevaba, pagó las deudas que tenía, sus recursos fueron en aumento y su bienestar fue creciendo. Permaneció en su patria durante cierto tiempo al cabo del cual se dijo: « Es necesario que vaya a la ciudad donde vive el dueño del plato, le haga un regalo apropiado y le pague el precio del plato que me regaló su perro» . Tomó un regalo conveniente y el importe del plato y se puso en camino viajando

día y noche sin interrupción hasta llegar a aquella ciudad. Entró en ella en busca de aquel hombre y recorrió las calles hasta llegar al lugar en que le había visto. Pero no había más que ruinas abandonadas, cuervos que graznaban, habitaciones derruidas; la situación había cambiado y no se podía reconocer apenas el sitio. El corazón y el pensamiento se le conmovieron y recitó las palabras de aquel que dijo:

> Los tesoros han desaparecido de los rincones de la casa del mismo modo como ha desaparecido de los corazones el conocimiento y el temor de Dios.
> Y el valle está desconocido, sus gacelas no son las mismas ni sus dunas son las de antes

Y añadió las palabras de aquel otro:

> El fantasma de Saada ha venido en plena noche y me ha conmovido, al alborear, mientras mis compañeros dormían en el desierto.
> Al fijarme en la aparición que se movía vi el aire desierto; la meta lejana.

Aquel hombre, al contemplar aquellas ruinas desiertas, al ver lo que había hecho la mano del destino y al no encontrar, después de recorrerlas, más que vestigios, no tuvo necesidad de preguntar por lo que había pasado. Al volverse vio a un pobre hombre cuyo estado erizaba los cabellos, ante el cual se compadecían las piedras y las rocas. Le preguntó: « ¡Oh tú! ¿Qué han hecho el hado y el tiempo del dueño de esta casa? ¿Dónde están sus lunas llenas desveladas, sus astros resplandecientes? ¿Cuál ha sido la causa de la ruina de este palacio para que no queden, de él, más que las paredes?» Le contestó: « Este pobre que estás contemplando y que se queja de su desnudez es aquel al que buscas. Pero ¿no sabes que en las palabras del Enviado de Dios hay una enseñanza para quien la sabe aprovechar y una amonestación para quien se deja conducir por el camino recto? Él (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: “Dios (¡ensalzado sea!) no exalta nada en este mundo sin después humillarlo”. Me has preguntado por la causa de todo esto pero nada hay de sorprendente en las vicisitudes de la fortuna. Yo soy el dueño, el fundador, el poseedor, el constructor; el amo de las lunas desveladas, de los esplendores, de las portentosas rarezas y de las graciosas esclavas que contenía este lugar. Pero el tiempo cambió su curso, desaparecieron criados y bienes y quedé reducido a esta lamentable situación. Las desgracias que guardaba ocultas me pillaron por sorpresa. Pero tu pregunta debe tener una causa. Explícamela y pon fin a mi sorpresa» .

Nuestro hombre, dolorido y acongojado, le contó todo lo que había sucedido

y le dijo: « Te he traído un regalo tal como pueden apetecer las almas y el importe del plato de oro que cogí, pues fue la causa de mi enriquecimiento después de haber sido pobre; de la resurrección de mi hogar después de estar derruido; del fin de mis penas y de mis angustias» .

El pobre sacudió la cabeza, lloró, gimió, se lamentó y dijo: « ¡Oh tú! ¡Debes estar loco! Todo lo que dices no es propio de una persona cuerda. ¿Cómo uno de mis perros ha podido regalarte un plato de oro y yo he de aceptar la devolución de lo que ha regalado mi perro? ¡Esto es extraordinario! Aunque estuviese en la máxima indigencia y en la enfermedad más grave juro, por Dios, que no aceptaría nada que me viniese de ti aunque sólo costase el recorte de una uña. Vete, en paz y con buena salud, por donde has venido» . Nuestro hombre le besó los pies, se marchó alabándolo y al alejarse, como despedida recitó estos versos:

> Los hombres y los perros han desaparecido; ¡descansen en paz los hombres y los perros!

Pero Dios es más sabio.

HISTORIA DEL SOLDADO Y DE HUSAM AL-DIN, GOBERNADOR DE ALEJANDRIA

SE cuenta que en la frontera de Alejandría había un gobernador que se llamaba Husam al-Din. Cierta noche, mientras estaba sentado en su sillón, se le presentó un soldado. Le dijo: « Sepa nuestro señor, el gobernador, que he llegado esta noche a la ciudad y que me he hospedado en tal fonda. He dormido durante un tercio de la noche y al despertarme he encontrado roto mi saco; de él me han robado una bolsa que contenía mil dinares» . Apenas había terminado de hablar cuando el gobernador ya había dado orden a los almocadenes de dirigirse a la posada y de detener a todos los que vivían en ella hasta la llegada de la mañana. Al amanecer mandó que le llevasen los instrumentos de tortura, hizo comparecer a toda aquella gente en presencia del soldado, el dueño del dinero, y quiso atormentarles. Inmediatamente se abrió paso entre los que estaban allí un hombre que se plantó delante del gobernador.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [un hombre se plantó delante del gobernador] y del soldado y dijo: « ¡Emir! ¡Suelta a toda esta gente que ha sido detenida injustamente! Yo soy el que ha robado el dinero al soldado y aquí está la bolsa que he quitado del saco» . La extrajo de la manga y la colocó delante del gobernador y del soldado. Aquél dijo a éste: « Coge tu dinero y ponlo a seguro pues ya no tienes nada que reclamar a la gente» . Entonces todos los reunidos empezaron a alabar al ladrón y a invocar sobre él toda suerte de bendiciones. Éste dijo: « ¡Emir! El mérito no está en haberme presentado y haberte entregado la bolsa. El mérito está en quitársela al soldado por segunda vez» . El gobernador preguntó: « ¿Y cómo lo harás para cogérsela, bribón?» « ¡Emir! Yo estaba en El Cairo, en el zoco de los cambistas y vi a este soldado cuando ya había cambiado el dinero y lo había metido en la bolsa. Le seguí de calleja en calleja, pero no encontré medio de robarle el dinero. Él se puso en viaje de ciudad en ciudad y yo le seguí, ideando trampas a través del camino, pero sin conseguir apoderarme de él. Entró en esta ciudad y yo en pos de él; se hospedó en esa fonda y yo me alojé a su lado, sin perderle de vista, hasta que se durmió. Cuando oí que roncaba me acerqué a él poco a poco, rasgué el saco con este cuchillo y cogí la bolsa de esta manera» . Al decir esto alargó la mano, cogió la bolsa que estaba delante del gobernador y del soldado, y estos dos y todos los que le miraban se echaron hacia atrás creyendo que les iba a mostrar cómo había sacado la bolsa del saco. ¡Pero quia! El ladrón echó a correr y se arrojó a un lago. El gobernador gritó a sus hombres: « ¡Alcanzadlo! ¡Echaos tras él!» . Pero aún no habían tenido tiempo de desnudarse y de bajar las escaleras cuando el ladrón ya había desaparecido.

Le buscaron pero no le encontraron, porque las callejas de Alejandría desembocan unas en otras. Las gentes regresaron sin haber dado con él. El gobernador dijo al soldado: « Ya no tienes ningún derecho a proceder contra esta gente, ya que conoces a tu ofensor. Éste te ha devuelto el dinero, pero tú no lo has sabido guardar» . El soldado se marchó habiendo perdido su dinero y los habitantes de la posada escaparon de las manos del soldado y del gobernador. Todo esto fue así por gracia de Dios (¡ensalzado sea!).

HISTORIA DE AL-MALIK AL-NASIR Y DE LOS TRES JEFES DE POLICÍA

SE cuenta que un día al-Malik al-Nasir[123] mandó llamar a los tres jefes de policía: el de El Cairo, el de Bulak y el del Viejo El Cairo. Dijo: « Quiero que cada uno de vosotros me cuente lo más raro que le haya ocurrido durante el desempeño de su cargo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los jefes de policía] contestaron: « Oír es obedecer» .

El jefe de policía de El Cairo refirió:

« ¡Sultán! ¡Señor nuestro! He aquí lo más extraordinario que me ha ocurrido en el desempeño de mi cargo:

» Había en esta ciudad dos testigos jurados que daban fe en los casos de homicidio y de reyerta. Ambos eran mujeriegos, borrachines y corruptos, pero yo no conseguía tenderles ninguna celada para cogerles con las manos en la masa y era incapaz de sorprenderles. Recomendé a los taberneros, a los verduleros, a los comerciantes de frutos y candelas y a los dueños de las casas de prostitución que me denunciasen a ambos testigos, juntos o separados, en cuanto les viesen beber o cometer algún acto ilícito o cuando comprasen ambos, o uno de ellos, alguno de los ingredientes de las bebidas espirituales; les recomendé que no me lo escondieran. Me contestaron: “Oír es obedecer”. Un día por la noche se me presentó un hombre y me dijo: “¡Señor nuestro! Sabe que los dos testigos jurados están en tal lugar, en tal barrio. Ambos están cometiendo grandes pecados”. Mi criado y yo nos disfrazamos y nos fuimos a aquel sitio sin más escolta. No nos detuvimos hasta llegar a la puerta y llamar. Una joven se acercó a mí, abrió la puerta y me dijo: “¿Quién eres?” Entré sin contestar y hallé a los dos testigos sentados con el dueño de la casa teniendo al lado dos prostitutas y gran cantidad de bebidas. Al verme se pusieron de pie, me trataron con todo respeto y me hicieron sentar en la presidencia. Me dijeron: “¡Bien venido sea tan ilustre huésped y tan agradable comensal!” Me acogieron sin la menor muestra de temor ni de pánico. El dueño de la casa se levantó después, se ausentó un momento y regresó con trescientos dinares sin dar el menor indicio de miedo. Me dijeron: “Sabe, señor gobernador, que tú puedes deshonrarnos y castigarnos, pero esto sólo te ha de causar disgusto. Lo mejor es que aceptes esta suma y nos tapes, puesto que uno de los nombres de Dios (¡ensalzado sea!) es el de ‘El Encubridor’, por tanto quiere que sus criaturas se disimulen las faltas. Si lo haces tendrás ahora un premio y además la recompensa de la otra vida”. Me dije: “Coge este dinero y encúbrelos por esta vez. Ya los pescarás la próxima y los castigarás”. El oro me tentó, lo cogí, los dejé y me fui sin que nadie me viese.

» Apenas apareció el día siguiente se me presentó un mensajero del cadí que me dijo: "¡Gobernador! Obedece al juez que manda llamarte". Acompañé al mensajero y me presenté ante el cadí sin saber la razón de todo esto. Al entrar vi sentados al lado del juez a los dos testigos y al dueño de la casa que me había dado los trescientos dinares. Este último me reclamó los trescientos dinares y yo no pude hacer más que negar la deuda. Él sacó un recibo y los dos testigos jurados dieron fe de que debía dicha cantidad. El juez dio fe de este testimonio y me mandó que pagase dicha suma y yo no pude marcharme hasta haberles devuelto los trescientos dinares. Me encolericé y me propuse causarles todo el daño posible, arrepintiéndome de no haberles castigado y me fui cubierto de vergüenza.

» Esto es lo más extraordinario que me ha ocurrido durante el desempeño de mi cargo.»

El gobernador de Bulaq refirió:

« ¡Sultán! ¡Señor nuestro! He aquí lo más extraordinario que me ha ocurrido en el ejercicio de mi cargo:»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el gobernador de Bulaq prosiguió:] « Me encontraba muy atribulado. Una noche, en este estado de ánimo, me hallaba sentado en mi casa cuando alguien llamó a la puerta. Dije a uno de los criados: "Mira quién está en la puerta". Salió y volvió pálido, había cambiado de color, las venas le palpitaban. Le pregunté: "¿Qué te ha ocurrido?" "En la puerta hay un hombre desnudo, medio cubierto de piel, espada en mano, cuchillo al cinto y que viene acompañado de una partida de hombres parecidos. Pregunta por ti." Empuñé la espada y salí a ver a esos individuos. Eran tal como los había descrito el criado. Pregunté: "¿Qué os ocurre?" "Somos ladrones y esta noche hemos conseguido un botín muy grande. Te lo cedemos para que con él puedas solucionar el asunto que te preocupa y pagues así tu deuda." Les pregunté: "¿Dónde está lo robado?" Me entregaron una gran caja llena de vasos de oro y de plata. Al verlo me alegré y me dije: "Pagaré mi deuda y aún me quedará otro tanto". Lo cogí y lo metí en mi casa. Me dije: "No es honrado dejar que se marchen sin nada". Cogí los cien mil dinares que tenía y se los entregué, dándoles las gracias por el favor que me hacían. Tomaron el dinero y se marcharon a su trabajo en medio de las tinieblas de la noche sin que nadie les viese. Al amanecer me di cuenta de que todo lo que contenía la caja era cobre dorado y estaño, cuyo importe total no pasaría de los quinientos dirhemes. Esto me supo muy mal, pues había perdido mis dinares y a una pena se añadía otra.

» Esto es lo más extraordinario que me ha ocurrido durante el desempeño de

mi cargo.»

El gobernador del Viejo El Cairo refirió:

« ¡Sultán! ¡Señor nuestro! He aquí lo más extraordinario que me ha ocurrido en el desempeño de mi cargo. Había mandado ahorcar a diez ladrones y había puesto a cada uno en una horca recomendando a los guardianes que los guardasen y que no dejasen que la gente se llevase a ninguno de ellos. Al día siguiente fui a contemplarlos y vi a dos ajusticiados en la misma horca. Pregunté a los guardianes: "¿Quién ha hecho esto? ¿Dónde está la horca de la que pendía el segundo ajusticiado?" Dijeron que no sabían nada, pero cuando me dispuse a hacerles apalear me explicaron: "Sabe, Emir, que ayer nos quedamos dormidos y al despertarnos vimos que nos habían robado un ajusticiado con la horca de la que colgaba. Temíamos que nos castigases, cuando hemos visto acercarse a un campesino con un asno. Le hemos cogido y matado y le hemos colgado en substitución del que se nos ha robado con la horca". Les pregunté: "¿Qué llevaba el campesino?" "Una alforja encima del asno." "¿Qué contiene?" "No lo sabemos." "¡Traédmela!" Me la colocaron delante y mandé que la abriesen: apareció un hombre muerto y descuartizado. Al verlo me quedé admirado y me dije: "¡Gloria a Dios que ha hecho ahorcar a este campesino por ser el culpable de este homicidio! El Señor no es injusto con sus siervos"[124].»

HISTORIA DEL CAMBISTA Y DEL LADRÓN

SE cuenta que un cambista llevaba una bolsa llena de oro. Pasó al lado de un grupo de ladrones y uno de los pícaros exclamó: « Yo soy capaz de robarle la bolsa» . Sus colegas le preguntaron: « ¿Cómo lo harás?» « Mirad» , replicó. Le siguió hasta su casa. El cambista entró y arrojó la bolsa encima de una mesa. Como tenía ganas de evacuar una necesidad entró en el retrete para satisfacerla y llamó a su esclava diciendo: « ¡Tráeme el aguamanil!» La esclava tomó el aguamanil y le siguió al retrete, dejando la puerta abierta. El ladrón entró, cogió la bolsa y se marchó a reunirse con sus compañeros a los que explicó lo ocurrido…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ladrón les explicó a sus compañeros lo ocurrido] con él cambista. Le replicaron: « ¡Por Dios! ¡Has dado un buen golpe! No todos podrían hacerlo. Pero ahora debe haber salido el cambista del retrete y al no encontrar la bolsa habrá empezado a pegar y a infligir un castigo doloroso a la esclava. Es como si hubieses hecho algo que no merezca reconocimiento. Si eres un verdadero pícaro sabrás librar a la esclava de los golpes y del castigo» . Les replicó: « Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere libraré a la esclava y me quedaré con la bolsa» . El ladrón regresó a la casa del cambista y llegó cuando estaba castigando a la esclava por la desaparición de la bolsa. Llamó a la puerta y aquél preguntó: « ¿Quién hay?» « Soy el criado de tu vecino en la alcaicería.» Le abrió y le preguntó: « ¿Qué te pasa?» « Mi señor te saluda y te dice: “¿Es que has perdido la razón? ¿Cómo dejas una bolsa como ésta en la puerta de la tienda marchándote y dejándola abandonada? Si la hubiese encontrado un extraño la hubiese cogido y se la hubiese llevado”. Si mi dueño no la hubiese visto y guardado la habrías perdido.» A continuación sacó la bolsa y se la mostró. El cambista, al verla, dijo: « ¡Ésta es mi misma bolsa!» , y extendió la mano para cogerla. Pero el ladrón le dijo: « No te la entregaré hasta que hayas escrito un recibo para mi señor en que hagas constar que has recibido la bolsa por mediación mía, pues yo temo que él no me dé crédito cuando le diga que te la he entregado. Te la daré en seguida que hayas escrito y puesto tu sello en el recibo» . El cambista entró a escribir el recibo de la bolsa de acuerdo con lo que le había dicho y entretanto el ladrón se marchó con el dinero dejando libre a la esclava de todo castigo.

HISTORIA DE ALA AL-DIN, VALÍ DE QUS, Y DEL ESTAFADOR

SE refiere que Ala al-Din, valí de Qus, estaba cierta noche sentado en su casa cuando compareció una persona de hermosa figura y de aspecto respetable. Llegaba, ya entrada la noche, acompañado por un criado que transportaba una caja encima de la cabeza. Al estar en la puerta dijo a uno de los pajes del Emir: «Entra e informa al señor de que deseo hablar con él de algo secreto». El muchacho entró y le informó. El valí ordenó que le hiciesen entrar. El Emir, al ver delante a una persona respetable y de buen aspecto, la hizo sentar a su lado y la trató con deferencia. Le preguntó: «¿Qué te ocurre?» Le dijo: «Soy un bandolero dispuesto a arrepentirse y a volver al lado de Dios (¡ensalzado sea!) por tu mediación. Deseo que me ayudes a conseguirlo, ya que me he puesto bajo tu jurisdicción y bajo tu protección. Tengo esta caja que contiene objetos por un importe de casi cuarenta mil dinares. Tú eres la persona más digna de poseerla. Dame de tus bienes, conseguidos lícitamente, mil dinares para que me sirvan de capital y me ayuden a cambiar de vida, pues ellos me disuadirán de volver a pecar. ¡Dios (¡ensalzado sea!) te lo pagará!» A continuación abrió la caja para enseñar al valí su contenido: había en ella objetos de orfebrería, metales preciosos, anillos y perlas. El gobernador se quedó estupefacto al verlo, se alegró muchísimo y llamó a su tesorero al que dijo, «¡Tráeme tal bolsa!» Ésta contenía mil dinares.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el tesorero le dio la bolsa y él se la entregó al visitante quien, al cogerla, le dio las gracias por su buena acción y en seguida se marchó a sus quehaceres en medio de las tinieblas de la noche.

Al llegar el día el valí mandó llamar al jefe de los orfebres y le mostró los objetos que contenía. El perito dictaminó que todo aquello era de estaño y de cobre y que las gemas, los anillos y las perlas eran de vidrio. El valí se apesadumbró muchísimo e hizo buscar al estafador, pero nadie pudo darle alcance.

RELATO DE IBRAHIM B. AL-MAHDI A AL-MAMÚN ACERCA DE UNA ESCLAVA CON LA QUE SE CASÓ

SE cuenta que el Emir de los creyentes, al-Mamún, dijo a Ibrahim b. al-Mahdi[125]: « Cuéntanos lo más prodigioso que hayas visto» . Respondió: « ¡Oír es obedecer, Emir de los creyentes! Sabe que cierto día salí para distraerme. El paseo me llevó a cierto lugar en el que percibí un olorcillo de comida que me apeteció. Me paré, perplejo, Emir de los creyentes, sin decidirme a marcharme ni atreverme a entrar en aquel sitio. Levanté la vista y vi una ventana detrás de la cual había una mano con la muñeca correspondiente y ambas eran las más hermosas que jamás hubiera visto. La razón voló de mi cabeza, y aquella mano y aquella muñeca me hicieron olvidar el olorcillo de la comida y empecé a buscar una treta para poder llegar a aquel lugar. Cerca de la casa en cuestión estaba la tienda de un sastre. Me acerqué a éste, le saludé y él me devolvió el saludo. Le pregunté: "¿De quién es esta casa?" Respondió: "De un hombre que es comerciante". "¿Cómo se llama?" "Fulano hijo de Zutano y sólo admite como comensales a los comerciantes." Mientras nosotros estábamos hablando se aproximaron dos hombres nobles e inteligentes. El sastre me explicó que eran los amigos más íntimos del hombre en cuestión y me dio sus nombres. Yo azucé mi cabalgadura hasta darles alcance y les dije: "¡Ojalá pueda ser vuestro rescate! Fulano os espera", y les acompañé hasta llegar a la puerta. Entré y conmigo pasaron los dos hombres. El dueño de la casa, al verme con ellos, no tuvo la menor duda de que yo era amigo de ambos. Me acogió bien y me colocó en un sitio distinguido. A continuación nos acercaron la mesa y yo me dije: "Dios me ha concedido lo que ansiaba al darme tal comida. Ahora sólo falta la mano y la muñeca". Pasamos, para continuar la fiesta, a otra habitación y vi que ésta estaba llena de cosas agradables. El dueño de la casa me trataba con cortesía y me dirigía la palabra en primer lugar, pues creía que era huésped de sus huéspedes; éstos, a su vez, me trataban con todos los miramientos, pues pensaban que yo era amigo del dueño de la casa. No dejaron de colmarme de atenciones mientras bebíamos las copas. Después entró una doncella que parecía una rama de sauce, muy graciosa y de buen aspecto. Tomó el laúd, inició algunas notas y recitó estos versos:

¿Es que esto no constituye un prodigio? Una misma casa nos acoge a ti y a mí; pero tú ni te acercas ni hablas.
Pero los ojos descubren los secretos del corazón y las entrañas se desgarran por el fuego que los devora:
Guiños de los ojos, fruncir de cejas, continuos parpadeos y saludos de manos.

» Mis entrañas, ¡oh, Emir de los creyentes!, se removieron; se apoderó de mí una gran emoción al contemplar su gran hermosura y al meditar en la delicadeza de los versos que acababa de cantar. Envidiando su habilidad en el canto le dije: "¡Te falta aún algo, esclava!" Ella, enojada, soltó el laúd de la mano y dijo: "¿Desde cuándo tenéis por contertulios a los estúpidos?" Me arrepentí de lo que había dicho y me di cuenta de que los presentes me lo reprobaban. Me dije: "Acabo de reducir a la nada todo lo que esperaba". Para evitar las censuras no encontré más subterfugio que el de pedir un laúd diciendo: "Os voy a mostrar el detalle que faltaba en la melodía que ha tocado". Los allí presentes dijeron: "Te escuchamos de buen grado". Me entregaron un laúd, templé las cuerdas y canté estos versos:

Éste es tu enamorado plegado en su tristeza; las lágrimas corren por su cuerpo de enamorado.
Con una mano pide al Misericordioso el consuelo de su pena mientras que con la otra sujeta sus entrañas.
¡Oh, tú que le ves muriendo deshecho de amor! La muerte se la da un ojo y una mano.

» La joven, de un salto, se arrojó a besar mis pies diciendo: "¡Te pido perdón, señor mío! ¡Por Dios! No sabía que fueses tan experto y jamás he oído una tocata parecida". Los allí reunidos empezaron a alabarme y a felicitarme, pues habían experimentado un gran placer. Cada uno de ellos me rogó que cantara y yo toqué una música emocionante. Todos los oyentes quedaron como ebrios, perdieron la razón y se marcharon a su casa. Quedé a solas con el huésped y la esclava. Aquél bebió conmigo varias copas y me dijo: "¡Señor mío! Mi vida ha transcurrido sin provecho, pues no he conocido a un hombre como tú con anterioridad. ¡Por Dios, señor mío! ¿Quién eres? Así conoceré al comensal que Dios me ha concedido esta noche". Empecé a dar rodeos para no tener que darle mi nombre, pero él me conjuró y yo se lo dije. Cuando supo quién era, de un salto se puso de pie…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mahdi prosiguió:] « … el dueño de la casa se puso de pie diciendo: "¡Me maravillaría que tal mérito no perteneciese a una persona como tú! El destino me ha hecho un regalo por el cual he de darle las gracias. Pero tal vez esto sea un sueño, pues si no ¿cómo había de visitarme un familiar del Califa en mi mismo domicilio y pasar esta noche como mi comensal?" Yo le rogué que se sentara y así lo hizo. Empezó a

preguntarme, de modo muy amable, por la causa de mi presencia en su casa y yo le expliqué toda la historia desde el principio hasta el fin, sin ocultarle nada. Dije: “La comida ha dejado satisfecho mi apetito, pero en cuanto a la mano y a la muñeca no he conseguido mi deseo”. Me replicó: “También satisfarás tu deseo de la mano y la muñeca si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere”. A continuación dijo: “¡Fulana! ¡Di a Mengana que venga!” Mandó que desfilasen todas sus esclavas, una a una, pero yo no vi a la que me interesaba. Por fin dijo: “¡Por Dios, señor mío! Sólo faltan mi madre y mi hermana y, ¡por Dios!, las he de hacer venir y te las he de mostrar”. Me maravillé de su gran generosidad y mucha cortesía y dije: “¡Dios quiera que yo sea tu rescate! Pero empieza por tu hermana”. “¡De mil amores!”, me contestó. Mandó que bajase y ésta me mostró la mano. ¡Eran la mano y la muñeca que yo había visto! Dije: “¡Dios haga que yo sea tu rescate! Ésta es la joven cuya mano y cuya muñeca me han llamado la atención”. Mi anfitrión mandó a los pajes que corriesen a buscar los testigos al instante. Éstos comparecieron. A continuación ordenó que le llevasen dos bolsas de oro, cada una de las cuales contenía diez mil monedas de oro. Dijo a los testigos: “Éste es nuestro señor, Ibrahim b. al-Mahdi, tío del Emir de los creyentes, que pide en matrimonio a mi hermana Fulana. Dad fe de que yo se la doy en matrimonio y de que él le entrega una dote de diez mil dinares de oro”. Después me dijo: “Te doy en matrimonio a mi hermana Fulana por la dote antecitada”. Respondí: “Y yo la acepto y estoy conforme”. Él dio una de las bolsas a su hermana y la otra a los testigos. A continuación añadió: “¡Señor nuestro! Deseo prepararte una habitación para que puedas dormir con tu mujer”. Tanta generosidad me confundía y me avergonzaba el tener que celebrar la boda en casa de mi cuñado. Le dije: “¡Mándamela a mi casa!” Te juro, Emir de los creyentes, que me la envió con un ajuar ante el cual mi domicilio era pequeño a pesar de ser grande. En seguida tuve con ella este joven que está aquí delante de ti.»

Al-Mamún se admiró de la generosidad de este hombre y exclamó: ¡Por Dios! Jamás he oído hablar de un hombre como éste» . Ibrahim b. al-Mahdi envió a buscar a su cuñado porque quería verle y le presentó al Califa. Éste le trató afablemente y quedó maravillado de su distinción y buenas maneras, por lo que hizo de él uno de sus cortesanos. ¡Dios es el Donador, el Benefactor!

RELATO EN QUE SE DEMUESTRA LA VIRTUD Y LA UTILIDAD DE LA LIMOSNA

SE cuenta que un rey dijo a las gentes de sus dominios: « He de cortar la mano a aquel de mis súbditos que dé limosna» . Todos los habitantes se abstuvieron de dar limosna y ninguno de ellos podía hacer limosna a otro. Cierto día un pobre, muerto de hambre, se acercó a una mujer y le dijo: « ¡Dame algo de limosna!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer] le replicó: « ¿Cómo he de darte una limosna si el rey corta la mano de todo aquel que la hace?» « ¡Te ruego, por Dios (¡ensalzado sea!), que me des algo de limosna!» , le insistió. La mujer, al ser rogada en nombre de Dios, se apiadó de él y le dio dos mendrugos. La noticia llegó al rey quien le mandó comparecer y cuando la tuvo delante mandó que le cortaran las dos manos.

Más tarde, el rey dijo a su madre: « Quiero casarme. Cásame con una mujer bonita» . Le contestó: « Entre nuestras siervas hay una que no tiene par. Pero tiene un defecto grave» . « ¿Cuál es?» « Tiene amputadas las dos manos.» « Quiero verla.» Se la llevaron y al contemplarla se enamoró, se casó con ella y consumó el matrimonio. La mujer era la que había dado los dos mendrugos al pedigüeño, por lo cual le habían cortado las dos manos. Una vez casada las concubinas le tuvieron envidia y escribieron al rey diciéndole que ella era una libertina y que ya había dado a luz un muchacho. El rey escribió a su madre una carta mandándole que abandonase a su mujer en el desierto regresando ella después. La madre lo hizo así: la acompañó al desierto y después de abandonarla, regresó. La mujer se puso a llorar y a sollozar amargamente por lo que le ocurría. Mientras caminaba llevando al niño en el cuello pasó junto a un río y se arrodilló para beber, pues estaba sedienta por lo fatigoso de la marcha y por la mucha pena. Al bajar la cabeza cayó el niño en el agua. La madre se sentó a llorar amargamente la pérdida de su hijo. Mientras lloraba pasaron dos hombres que le dijeron: « ¿Por qué lloras?» « Llevaba a mi hijo en el cuello —les contestó— y se ha caído al agua.» « ¿Desearías que te lo sacásemos?» « ¡Sí!» Los dos invocaron a Dios (¡ensalzado sea!) y el muchacho volvió a su lado sin daño alguno. Le preguntaron: « ¿Te gustaría que Dios te devolviese las manos?» « Sí.» Ambos invocaron a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) y sus dos manos reaparecieron más hermosas de lo que habían sido. Le dijeron: « ¿Sabes quiénes somos?» « ¡Dios es el más sabio!» « Nosotros somos los dos mendrugos de pan que diste como limosna al pordiosero. Tu limosna fue la causa de que perdieses las manos. ¡Alaba a Dios (¡ensalzado sea!) que te ha devuelto las manos y tu hijo!» La joven alabó a Dios (¡ensalzado sea!) y le glorificó.

EL ASCETA ISRAELITA

Se cuenta que entre los hijos de Israel había un asceta cuyos familiares hilaban algodón. Cada día vendía lo hilado, compraba algodón y con la ganancia adquiría los alimentos que su familia necesitaba para la jornada. Cierto día salió, vendió lo hilado y tropezó con un hermano que se le quejó de sus necesidades. Le entregó el importe de lo hilado y volvió al lado de su familia sin algodón y sin comida. Le preguntaron: « ¿Dónde está el algodón y la comida?» Les contestó: « He encontrado a Fulano, quien se me ha quejado de sus necesidades. Le he dado el importe de lo hilado» . « Y ¿qué haremos si no tenemos nada que vender?» Tenían una jofaina rota y una jarra. Las llevó al mercado, pero nadie se las compró. Mientras estaba en el zoco pasó por su lado un hombre que llevaba un pez…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [pasó por su lado un hombre que llevaba un pez] hediondo e hinchado que nadie le había querido comprar. El dueño del pez le dijo: « ¿Me vendes tu mercancía a cambio de la mía?» « Sí.» Le entregó la jofaina y la jarra, cogió el pez y se marchó con él junto a su familia. Le preguntaron: « ¿Qué haremos con este pez?» « Lo asaremos y nos lo iremos comiendo hasta que Dios (¡ensalzado sea!) nos depare otro alimento.» Lo cogieron, le abrieron el vientre y en el interior encontraron una perla. Se lo comunicaron al anciano quien les dijo: « ¡Fijaos! Si está agujereada pertenece a alguien; si no lo está constituye un don que Dios os hace» . Se fijaron y vieron que estaba agujereada, Al amanecer se la llevó a un amigo que era experto. Éste le preguntó: « ¡Fulano! ¿De dónde has sacado esta piedra?» « Dios (¡ensalzado sea!) nos la ha entregado.» « Vale mil dirhemes y yo te doy por ella dicha suma; pero llévala a Fulano, que es más rico y más experto.» Se la llevó y éste le dijo: « No vale más de setenta mil dirhemes» . Le entregó los setenta mil dirhemes, el asceta llamó a los faquines y éstos le llevaron el dinero hasta la puerta de su casa. Un pobre se le acercó y le dijo: « ¡Dame algo de lo que Dios (¡ensalzado sea!) te ha dado!» El jeque contestó: « Ayer era un igual tuyo. ¡Coge la mitad de la suma!» Dividida la suma en dos partes iguales, cada uno de ellos cogió la que le correspondía. Entonces el pobre le dijo: « ¡Coge y guarda todo tu dinero, pues Dios te bendice! Tu Señor me ha enviado» a ti como mensajero para ponerte a prueba» . El jeque exclamó: « ¡Loado y gloriado sea Dios!» Él y su familia vivieron en la abundancia hasta que les llegó la muerte.

HISTORIA DE ABU HASSAN AL-ZIYADI

SE refiere que Abu Hassan al-Ziyadi refería: « Cierto día me encontraba en una gran estrechez hasta el punto de que no me daban respiro ni el verdulero, ni el panadero ni los restantes proveedores; la miseria me agobiaba pero yo no hallaba medio para librarme de ella. Mientras me encontraba en esta situación, sin saber qué hacer, entró mi esclavo y me dijo: "En la puerta hay un hombre, peregrino, que quiere visitarte". "¡Déjalo pasar!" Entró. Era un hombre del Jurasán. Me saludó y le devolví el saludo. A continuación me dijo: "¿Eres tú Abu Hassan al-Ziyadi?" "Sí; ¿qué deseas?" "Soy un extranjero que voy a cumplir la peregrinación. Tengo una suma de dinero. Es muy pesada para llevarla conmigo. Desearía depositar en tu casa estos diez mil dirhemes hasta que regrese después de haber cumplido la peregrinación. Si vuelve la caravana y no me ves es que he muerto. Entonces esa suma será tuya, como regalo mío; pero, si regreso, me la devolverás." Le contesté: "¡Hazlo así si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere!" Sacó una bolsa y yo dije al criado: "¡Dame la balanza!" Trajo la balanza y el visitante pesó el dinero, me lo entregó y se marchó a sus quehaceres.

» Yo pagué a los proveedores y liquidé mis deudas…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Ziyadi prosiguió]: « … liquidé mis deudas gastando a troche y moche diciéndome: "Si vuelve, Dios ya nos facilitará alguna cosa". Al día siguiente se me presentó el criado y me dijo: "Tu amigo, el jurasaní, está en la puerta". "Déjale pasar", le repliqué. Entró y me dijo: "Estaba decidido a emprender la peregrinación, pero acabo de recibir la noticia de la muerte de mi padre y me he resuelto a regresar. Dame él dinero que ayer te dejé en depósito". Al oír estas palabras me llené de una desesperación tal como nadie, jamás, ha experimentado otra igual. Me quedé perplejo sin saber qué contestar, porque si negaba que me había confiado el depósito me iba a exigir que lo jurase y esto constituiría una afrenta para mí en la última vida; si le decía que lo había gastado, iba a chillar y a avergonzarme. Le dije: "¡Dios te guarde! Mi casa, ésta, no está fortificada y no es apropiada para guardar tal cantidad. Al recibir tu depósito lo he reexpedido a casa de uno que ahora lo custodia. Ven mañana, si Dios lo quiere, a recogerlo". Se marchó y yo pasé la noche sin saber qué hacer, preocupado por lo que ocurriría cuando regresase el jurasaní. No pegué ojo en toda la noche ni pude conciliar el sueño. Me dirigí al esclavo y le dije: "¡Ensíllame la mula!" Me replicó: "¡Señor mío! ¡Estamos en la primera vela! ¡Apenas ha empezado la noche!" Regresé al lecho sin conseguir conciliar el sueño; seguí despertando al muchacho y éste continuó sin hacerme caso hasta que despuntó la aurora, momento en el cual me ensilló la

mula. Monté sin saber hacia dónde ir, por lo que abandoné las riendas encima del cuello del animal, pues yo estaba absorbido por mis pensamientos y preocupaciones. La mula echó a andar por el lado oriental de Bagdad. Mientras avanzaba tropecé con un grupo de gentes. Me aparté de ellos, abandoné el camino que llevaba y seguí otro. Pero la gente me siguió y al ver que llevaba taylasán[126] corrieron para darme alcance. Me preguntaron: "¿Conoces el domicilio de Abu Hassan al-Ziyadi?" "Yo soy", les repliqué. Me dijeron: "¡Acude ante el Emir de los creyentes!" Los acompañé hasta encontrarme en presencia de al-Mamún. Éste me preguntó: "¿Quién eres?" "Uno de los funcionarios del cadí Abu Yusuf, soy un alfaquí y un tradicionero". "¿Cómo te llamas?" "Abu Hassan al-Ziyadi." "¡Cuéntame tu historia!" Le conté lo que había sucedido y él se puso a llorar abundantemente. Dijo: "¡Ay de ti! El Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) no me ha dejado dormir, en toda la noche, por tu culpa. Apenas había cerrado los ojos me dijo en sueños: '¡Ayuda a Abu Hassan al-Ziyadi!' Me desperté, pero como no te conocía volví a dormirme. De nuevo se me apareció y exclamó: '¡Ay de ti! ¡Ayuda a Abu Hassan al-Ziyadi!' Me desperté, pero como no te conocía volví a dormirme. Otra vez se me apareció el Profeta y me dijo: '¡Ay de ti! ¡Ayuda a Abu Hassan al-Ziyadi!' Después ya no pude conciliar el sueño y he permanecido desvelado toda la noche. Desperté a mis cortesanos y los envié a buscarte por todos los rincones". A continuación me dio diez mil dirhemes y dijo: "Esto es lo del jurasaní". Luego me dio otros diez mil dirhemes y dijo: "Gástalos en arreglar tus asuntos". Luego me dio treinta mil dirhemes y dijo: "Éstos son para que atiendas a tus gastos. Cuando llegue el día del desfile del cortejo de la peregrinación, ven y te concederé algún empleo". Salí llevándome el dinero y me dirigí a mi casa. Recé la oración de la mañana y poco después se presentó el jurasaní. Le hice entrar en mi casa y le saqué la bolsa de dinero diciéndole: "Esto es lo que te pertenece". Me replicó: "Éste no es mi mismo dinero". "Tienes razón." "¿Por qué?" Le referí toda la historia y él rompió a llorar y exclamó: "¡Por Dios! Si me hubieses dicho la verdad desde el primer momento no te los hubiese reclamado. Yo, ahora, por Dios, no he de recuperarlos…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el jurasaní prosiguió]: « "…y eres libre de hacer con ellos lo que quieras". Se marchó.

» Yo arreglé mis asuntos y el día de la formación del cortejo de peregrinos me dirigí ante la puerta de al-Mamún y entré a verle. Estaba sentado. Cuando me tuvo delante me hizo acercar, sacó un nombramiento de debajo de su oratorio y dijo: "Aquí te nombro juez de la noble ciudad de Medina, a partir del barrio

occidental, desde la Puerta de la Paz en adelante. Te asigno un sueldo de tanto y tanto al mes. ¡Teme a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) y conserva la intercesión del Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!)!" Los que estaban presentes se admiraron de estas palabras y me preguntaron lo que significaban. Yo les expliqué toda la historia desde el principio hasta el fin y este hecho se difundió entre las gentes.»

Abu Hassan al-Ziyadi fue juez de la noble ciudad de Medina hasta su muerte, ocurrida bajo el reinado de al-Mamún. ¡Dios tenga misericordia de él!

UN CASO DE GENEROSIDAD

SE refiere que hubo un hombre muy rico que perdió todo lo que tenía y se quedó sin nada. Su esposa le aconsejó que fuese a ver a algún amigo para que le ayudase a rehacer su situación. El hombre fue a visitar a un amigo y le expuso la necesidad en que se encontraba. El amigo le prestó quinientos dinares para que comerciase con ellos. Como en su origen había sido joyero cogió el dinero, se marchó al zoco de los joyeros y abrió una tienda para comprar y vender. Mientras estaba sentado en la tienda se le acercaron tres hombres y le preguntaron quién era su padre. Les contestó que había muerto. Le preguntaron: «¿Ha dejado algún descendiente?» «Ha dejado el siervo que tenéis aquí delante.» «¿Y quién sabe que eres su hijo?» «Los comerciantes del zoco.» «Reúnelos para que den fe de que tú eres su hijo.» Los congregó y lo atestiguaron. Los tres hombres, entonces, sacaron un saco que contenía treinta mil dinares, joyas y metales preciosos. Dijeron: «Tu padre nos había dado esto en depósito». Se marcharon y se le presentó una mujer que le compró parte de aquellas joyas por valor de quinientos dinares, ofreciéndole por ello tres mil. Se lo vendió. Inmediatamente después el hombre tomó los quinientos dinares que le había prestado su amigo, se los llevó a éste y le dijo: «Toma los quinientos dinares que te pedí prestados. Dios me ha favorecido y me ha puesto en situación desahogada». El amigo le replicó: «Yo te los he regalado deshaciéndome de ellos. Quédatelos y llévate esta hoja, pero no la leas hasta que hayas llegado a tu casa y entonces obra según lo que en ella se dice». El hombre cogió el dinero y la hoja y se marchó a su casa. Al abrirla encontró escritos estos versos:

Los hombres que te visitaron eran de mi familia: mi padre, mi tío paterno, mi tío materno Salih b. Alí.
Igualmente has vendido al contado a mi madre; las riquezas y las joyas te las he enviado yo.
No he querido capitidisminuirte con esto: he querido evitarte el riesgo de la vergüenza.

CASO PRODIGIOSO DE VIDENCIA

SE cuenta de un hombre de Bagdad que vivía en completo desahogo y tenía grandes riquezas. Pero éstas se le agotaron, su situación cambió y se quedó sin nada consiguiendo comer sólo a costa de inauditos esfuerzos. Cierta noche mientras dormía cohibido y amedrentado vio en sueños a una persona que le decía: « ¡Tu fortuna se encuentra en El Cairo! ¡Ve, corre a buscarla!»

Emprendió el viaje a El Cairo, llegó al atardecer y fue a dormir en una mezquita. Cerca de la mezquita había una casa y Dios (¡ensalzado sea!) dispuso que una partida de ladrones entrase en la mezquita para asaltar la casa. Los habitantes de ésta se despertaron al oír el movimiento de los ladrones y empezaron a chillar. El valí de la ciudad y sus hombres acudieron a auxiliarles. Los ladrones huyeron. El valí entró en la mezquita y encontró dormido al bagdadí. Le detuvo y le hizo azotar con golpes muy dolorosos hasta que estuvo a punto de morir. Le encarceló y le tuvo tres días en prisión. Después le hizo comparecer y le preguntó: « ¿De qué país eres?» « ¡De Bagdad!» « ¿Y qué motivos te han traído a El Cairo?» « He visto en sueños una persona que me decía: "¡Tu fortuna se encuentra en El Cairo! ¡Vete!" Al llegar a El Cairo me he dado cuenta de que la fortuna prometida eran los azotes que me has mandado dar.» El valí se rió de buena gana dejando al descubierto sus molares. Le dijo: « ¡Hombre de poco entendimiento! Yo he visto en sueños tres veces a una persona que me decía: "Hay una casa de Bagdad situada en tal barrio y cuyo aspecto es éste. En su patio hay un jardincillo y debajo del surtidor se encuentran riquezas enormes. Ve allí y cógelas". Yo, a pesar de esto, no me he movido y tú, tonto, has emprendido el viaje de una ciudad a otra por una visión que has tenido en el curso de una pesadilla» . Le dio a continuación unos dirhemes y le dijo: « Utilízalos para regresar a tu ciudad» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre] tomó los dirhemes y regresó a Bagdad, pues la casa que el valí le había descrito era la suya propia. Al llegar a su domicilio cavó debajo del surtidor y encontró una gran riqueza. De este modo Dios le dio un gran tesoro. Éste es un caso prodigioso.

EL CALIFA MUTAWAKKIL Y LA ESCLAVA MAHBUBA

SE cuenta que en el alcázar del Emir de los creyentes al-Mutawakkil Ala Allah había cuatrocientas concubinas: doscientas eran griegas y las otras doscientas, árabes nacidas esclavas y abisinias. Ubayd b. al-Tahir regaló a al-Mutawakkil cuatrocientas esclavas: doscientas blancas y doscientas árabes y abisinias. Entre éstas había una esclava árabe de Basora llamada Mahbuba. Era de una belleza sorprendente, prodigiosa; graciosa, sabía tocar el laúd, cantaba bien, componía versos y escribía con muy buena letra. Al-Mutawakkil se apasionó por ella y no sabía pasar una hora separado de ella. La mujer, al darse cuenta de su pasión, se enorgulleció y empezó a tratarlo con desdén. El Califa se enfadó muchísimo, se alejó de ella e impidió que los moradores del palacio le dirigiesen la palabra. Así transcurrieron algunos días, pero al-Mutawakkil la seguía amando. Cierto día, por la mañana, dijo a sus contertulios: « Esta noche he soñado que me había reconciliado con Mahbuba» . Le contestaron: « ¡Rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que te reconcilie con ella estando despierto!» Mientras estaban hablando se presentó una criada que habló en secreto a al-Mutawakkil. Éste se levantó de la tertulia y se dirigió al harén. La criada le había dicho en secreto: « Hemos oído cantar y tocar el laúd en la habitación de Mahbuba y desconocemos la causa» . Al llegar a su habitación oyó que cantaba, acompañándose con el laúd, estos versos:

Recorro el palacio, pero no veo a nadie a quien quejarme, a quien hablar.
Parece como si hubiera cometido una rebelión cuya culpa ni el mismo arrepentimiento puede lavar.
¿Encontré un intercesor junto al rey que me ha visitado en sueños y se ha reconciliado conmigo?
Pero cada vez que aparece la mañana él vuelve a marcharse y a separarse de mí.

Al-Mutawakkil se admiró mucho al oír estos versos y darse cuenta de tan extraordinaria coincidencia, puesto que Mahbuba había tenido un sueño semejante al suyo. Entró en su habitación. Una vez dentro, ella, al oírle, se apresuró a levantarse, a arrojarse a sus pies y a besárselos. Le dijo: « ¡Por Dios, señor mío! He visto esto mismo en mis sueños de la noche pasada. Al despertarme he compuesto esos versos» . Al-Mutawakkil le dijo: « ¡Por Dios! Yo he visto lo mismo en sueños» . Ambos se abrazaron y se reconciliaron. El Califa permaneció a su lado siete días con sus noches. Mahbuba escribió en su mejilla el nombre de pila de al-Mutawakkil, que era Chafar. El Califa al ver escrito en su mejilla, con almizcle, su nombre, recitó estos versos:

Es una escritora quien ha escrito en su mejilla Chafar. ¡Daría mi vida por lo que ha escrito en su mejilla, lo que veo!

Si las yemas de sus dedos han escrito en la mejilla una línea. ¡Cuántas líneas han trazado sobre mi corazón!

¡Oh, tú que de entre todas las criaturas pones a Chafar! ¡Que Dios escancie a Chafar la bebida de tu vino!

Cuando murió al-Mutawakkil se consolaron de su muerte todas las esclavas menos Mahbuba…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando murió al-Mutawakkil, Mahbuba le lloró hasta su fin y fue sepultada a su lado. ¡Dios tenga misericordia de ambos!

HISTORIA DE WARDAM EL CARNICERO

SE cuenta que en el tiempo de al-Hakim Bi-Amri-Llah[127] había en El Cairo un hombre llamado Wardan que vendía carne de oveja. Todos los días, una mujer iba a verle y le daba un dinar (cuyo peso equivalía a cerca de dos dinares y medio egipcios) y le decía: « Dame un cordero» . Iba acompañada de un faquín con su espuerta. El carnicero cogía el dinar y le daba el cordero. El faquín lo cogía, lo cargaba y se lo llevaba a su domicilio. Al día siguiente, al amanecer, volvía. El carnicero ganaba cada día un dinar. Así transcurrió un largo lapso de tiempo.

Cierto día, Wardan, el carnicero, meditó en las cosas de aquella mujer y se dijo: « Cada día, sin faltar ni uno, esta mujer me compra por valor de un dinar. Esto es algo raro» . Wardan interrogó al faquín en ausencia de la mujer. Le contestó: « Yo estoy profundamente maravillado. Cada día me hace llevar tu cordero; los comestibles como frutas, tapas y velas, por valor de otro dinar y dos garrafas de vino que compra a un cristiano y que también le cuestan un dinar. Cargo con todo ello y me voy con ella a los jardines del visir. Al llegar allí me venda los ojos para que no vea el lugar en que piso y me coge de la mano, con lo cual no sé adónde voy. Me dice: “Suéltalo aquí”. Ella tiene ya preparada una espuerta vacía que me da. Me coge de nuevo por la mano y me conduce al lugar en que me ha tapado los ojos con la venda. Allí la dejo y ella me da diez dirhemes» . El carnicero exclamó: « ¡Dios acuda en su ayuda!» Siguió pensando en este asunto, aumentó su desazón y pasó la noche muy intranquilo.

Wardan el carnicero refiere: « Al amanecer vino como de costumbre, me dio el dinar, cogió el carnero y se lo entregó al faquín. Yo confié la tienda a un chico y la seguí por donde no podía verme» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Wardan prosiguió]: « No me cansé de observarla y seguirla sin que me viera: salió de El Cairo y se dirigió a los Jardines del Visir. Me escondí mientras vendaba los ojos al faquín y después la seguí de un sitio a otro hasta que llegó al Monte, a un lugar que tenía una gran piedra. Allí descargó la espuerta del faquín y yo esperé hasta que hubo reconducido a este hombre y regresado al lugar que contenía la gran piedra. Sacó todo lo que contenía la espuerta y desapareció. Me acerqué a la piedra, la removí, entré y vi que detrás de ella había un tabique de bronce abierto y unas escaleras que bajaban. Descendí por ellas poco a poco hasta llegar a un largo vestíbulo que tenía mucha luz. La seguí hasta tropezar con la puerta de una habitación. Desde un ángulo de la entrada la observé y vi que una escalera arrancaba del lado de la puerta. Trepé por ella y llegué junto a una pequeña

abertura que daba en una sala. Miré y vi que la mujer había cogido y despedazado el cordero, había cortado sus mejores bocados, los había colocado en una fuente y echaba el resto a un oso de enorme figura que se comió todo lo que le daban hasta el último bocado. Ella cocinó lo sobrante y cuando hubo terminado comió hasta hartarse. Después preparó las frutas, las tapas y el vino y empezó a beber en una copa mientras escanciaba al oso en un gran bol de oro, hasta que ambos estuvieron completamente ebrios. Ella se desnudó y se tendió. El oso se acercó y la poseyó, mientras ella le concedía todo lo más fino que pueda darse a uno de los hijos de Adán hasta que hubo terminado. El oso se sentó un momento para saltar en seguida, de nuevo, sobre ella y poseerla. Al terminar volvió a descansar. Así fue siguiendo hasta haberla poseído diez veces, momento en el cual ambos cayeron rendidos, sin movimiento. Me dije: "Es el momento de aprovechar la oportunidad". Me puse en marcha y con mi cuchillo, que corta el hueso con más facilidad que la carne, me acerqué. Al llegar junto a ellos me di cuenta de que no tenían ni pulso de tan fatigados como estaban. Coloqué el cuchillo en el cuello del oso y lo apreté hasta dejar separada la cabeza del cuerpo. Tuvo un violento estertor, parecido a un trueno, y la mujer volvió en sí, asustada. Al ver al oso degollado y a mí de pie, con el cuchillo en la mano, dio un alarido tan grande que yo creí que expiraba. Me dijo: "Wardan. ¿Éste es el jugo de mis beneficios?" Le repliqué: "¡Enemiga de ti misma! ¿Es que no quedan hombres y tienes que hacer una cosa tan vituperable?" Inclinó la cabeza hacia el suelo, sin contestarme, y contempló al oso que tenía la cabeza separada del tronco. Me dijo: "¡Wardan! ¿Qué prefieres: hacer caso de lo que te voy a decir que será causa de tu salvación…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió]: « "y te enriquecerá para toda la vida, o contrariarme, lo cual será causa de tu muerte?" Respondí: "Prefiero hacerte caso. Dime lo que deseas". "¡Degüéllame como has degollado a este oso, toma de este tesoro todo lo que necesites y sigue tu camino!" Le repliqué: "¡Yo soy mejor que ese oso! ¡Vuelve junto a Dios (¡ensalzado sea!), arrepiéntete ante Él! Me casaré contigo y viviremos el resto de nuestra vida con este tesoro" "¡Wardan! ¡Deja de pensar en mí! ¿Cómo he de poder vivir después de su muerte? ¡Por Dios! ¡Si no me matas yo te mataré! Si me contrarías, estás perdido. Ésta es mi decisión y basta." Le contesté: "¡Te mataré y te irás a la maldición de Dios!" La cogí por los cabellos, la degollé y se fue maldita por Dios, por los ángeles y todos los hombres.

» Después me fijé en el lugar: estaba repleto de oro, de gemas y perlas en tal cantidad como ningún rey podía poseer. Cogí la espuerta, la llené lo más que

pude y la tapé con la camisa que llevaba. La cargué, salí del tesoro y me puse en marcha, sin descanso. Cuando menos lo esperaba apareció un grupo de diez hombres de al-Hakim Bi-Amri-Llah que precedían a éste, quien me dijo: "¡Wardan!" "¡Aquí estoy, rey!" Me preguntó: "¿Has matado al oso y a la muchacha?" "¡Sí!" "Entonces deposita lo que llevas en la cabeza y tranquilízate: todas las riquezas que transportas son tuyas. Nadie te las discute." Coloqué la espuerta ante el Califa. Éste la descubrió y la contempló. Me dijo: "Cuéntame lo ocurrido con aquellos dos, a pesar de que yo lo conozco como si hubiese estado con vosotros". Le conté todo lo ocurrido y él dijo: "¡Es cierto!" Añadió: "¡Wardan! ¡Acompáñanos!" Me fui con él y encontramos cerrado el tabique del tesoro. Me dijo: "Ábrelo, Wardan, pues nadie más que tú puede abrir este tesoro, ya que va ligado a tu nombre y a tu persona". "¡Por Dios! No me atrevo a abrirlo." "¡Acércate con la bendición de Dios!" Me acerqué a él, me puse bajo la protección de Dios (¡ensalzado sea!), extendí mi mano hacia el tabique y lo levanté como si fuese la cosa más ligera del mundo. Al-Hakim me dijo: "Baja y saca lo que contiene, ya que está encantado a tu nombre, a tu figura y a tus cualidades desde el momento en que fue constituido y en que tú mataste al oso y a la mujer con tus propias manos. Yo sabía que esto acaecería y he estado esperando que aconteciese hasta que ha sucedido".» Wardan refiere: « Bajé y le llevé todo lo que contenía el tesoro. Él mandó llamar unas recuas de acémilas, lo cargó en ellas, se lo llevó y me dio la espuerta con todo lo que contenía. La cogí, me la llevé a casa y me abrí una tienda en el zoco» .

Éste zoco existe todavía y se llama Zoco de Wardan.

HISTORIA QUE TRATA DE LA CURA DE LA EXCESIVA CONCUPISCENCIA DE LAS MUJERES

SE cuenta también que un sultán tenía una hija cuyo corazón se había prendado de un esclavo negro. Éste le arrebató la virginidad. La muchacha se volvió hasta tal punto ávida del placer de la carne que no podía pasar ni una hora sin tener relaciones. Contó lo que le ocurría a una de las nodrizas, quien le contestó: « No hay animal más potente que el mono» . Un amaestrador de monos pasó debajo de su ventana llevando uno enorme. Ella se desveló la cara y miró al mono haciéndole un guiño. El animal rompió sus cadenas y corrió a su lado. Ella lo ocultó en un rincón de su habitación y le dio de comer de noche y de día ayuntándose con él. Su padre lo descubrió y quiso matarla.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la muchacha se enteró, se disfrazó de mameluco, montó a caballo, tomó consigo una mula a la que cargó de oro, metales preciosos, ropas, riquezas indescriptibles y se llevó al mono con ella dirigiéndose a El Cairo. Se instaló en una casa sita en un lugar despoblado y todos los días compraba la carne a un joven carnicero. Siempre llegaba después del mediodía, pálida, con el rostro descompuesto. El joven se dijo: « No cabe duda de que a este mameluco le pasa algo extraordinario» . Cierta vez, en que como de costumbre fue por la carne, el mozo la siguió sin que le viera. Refiere:

« No paré de ir en pos de ella, sin que me descubriera, de un sitio a otro hasta que llegó a un lugar situado en descampado. Entró y yo la observé desde un rincón. Vi que se instalaba en aquel sitio, encendía fuego, cocía la carne y comía hasta hartarse, dando el resto a un mono que estaba con ella. El animal comió también hasta saciarse. Después ella se quitó los vestidos que llevaba y se puso un traje de mujer preciosísimo. Entonces descubrí que era una hembra. A continuación sacó el vino, bebió y escanció al mono. Éste la cubrió y la poseyó una decena de veces, hasta que se desmayó. El animal la cubrió con un tapiz de seda y se retiró a su rincón. Yo corrí al lugar; el mono me descubrió y quiso despedazarme, pero yo, rápido, con el cuchillo que llevaba le abrí el vientre. La joven, sobresaltada y aterrada volvió en sí y vio al mono malparado. Dio un alarido enorme que casi le costó la vida y cayó desmayada. Al reponerse me dijo: “¿Qué te ha movido a hacer tal cosa? ¡Por Dios! ¡Has de hacer lo mismo conmigo!” Yo la traté afablemente y le aseguré que era capaz de ayuntarme tantas veces como el mono y así la serené y me casé con ella. Pero me fue imposible cumplirlo, pues no resistía. Expliqué mi caso a una vieja diciéndola lo que ocurría a mi mujer. La anciana se comprometió a arreglarlo y me dijo: “Es necesario que me traigas una cazuela llena de vinagre virgen y otra con un ratl

de madera de pelitre”. Le entregué estas cosas y las colocó en un caldero que puso al fuego e hizo hervir mucho. Luego me mandó que me ayuntase con mi mujer. Yo la poseí hasta que cayó desmayada. La vieja la cogió, sin que ella se diese cuenta, y sentándola sobre el caldero hizo que el humo entrase por sus partes. De éstas cayó algo: eran dos gusanos. El uno era negro y el otro amarillo. La vieja explicó: “El primero se ha engendrado de las cópulas con el negro y el segundo con las del mono”.

» Al volver en sí del desmayo permaneció cierto tiempo a mi lado sin pedirme el débito, porque Dios la había curado de su ninfomanía. Yo me quedé maravillado…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] « … y le expliqué toda la historia.»

El joven vivió con ella la vida más dulce y feliz y adoptó a la vieja como madre. Permanecieron juntos marido, mujer y vieja en la vida más tranquila y feliz, hasta que se presentó el Destructor de las dulzuras y el separador de los amigos. ¡Loado sea el Viviente que nunca muere! ¡En su mano están el poderío y el reino!

HISTORIA DEL CABALLO DE ÉBANO

SE cuenta que en el tiempo más antiguo vivía un gran rey muy poderoso. Tenía tres hijas, semejantes a un plenilunio sin nubes, a jardines en flor. Tenía, además, un hijo varón que era como la luna llena. Cierto día, mientras estaba sentado en el trono de su imperio, se presentaron ante él tres sabios. El primero llevaba un pavo de oro; el segundo, una trompeta de bronce, y el tercero, un caballo de marfil y de ébano. El rey les preguntó: « ¿Qué significan estas cosas? ¿Qué utilidad tienen?» El dueño del pavo explicó: « Este pavo grita y agita sus alas a cada hora que transcurre, sea de día o sea de noche» . El dueño de la trompeta dijo: « Si esta trompeta se coloca en la puerta de la ciudad, hace el oficio de guardián, ya que si entra en ella un enemigo, la trompeta da la alarma, lo reconoce y lo pone en retirada» . El dueño del caballo explicó: « ¡Señor mío! Si un hombre monta en este caballo, será conducido al país que desee» . El rey les replicó: « No os recompensaré hasta haber probado la utilidad de estos inventos» . Probó el pavo, y vio que era tal como lo había descrito su dueño; probó la trompeta, y comprobó que respondía exactamente a la descripción de su dueño. El rey dijo a los dos sabios: « ¡Pedidme lo que deseéis!» « Cada uno de nosotros quiere casarse con una de tus hijas.» Luego se adelantó el dueño del caballo, besó el suelo delante del rey y le dijo: « ¡Rey del tiempo! ¡Concédeme lo mismo que has concedido a mis amigos!» « Espera que pruebe lo que has traído.» Entonces se adelantó el hijo del rey y dijo: « ¡Padre! Yo montaré ese caballo, y comprobaré sus cualidades» . El rey replicó: « ¡Hijo mío! ¡Pruébalo como quieras!» El muchacho se acercó al corcel y espoleó, pero no se movió de su sitio. Preguntó: « ¿Dónde está el sabio que decía que este caballo andaba?» El hombre se acercó al hijo del rey y le enseñó la manivela de la subida. Le dijo: « Da la vuelta a esta llave» . El hijo del rey lo hizo así, y el caballo se estremeció y se echó a volar hacia las nubes con el hijo del rey. Voló ininterrumpidamente hasta perderse de vista. El hijo del rey se quedó perplejo, y se arrepintió de haber montado en el caballo. « ¡Este sabio ha buscado el medio de aniquilarme! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Empezó a examinar todos los miembros del animal, y mientras hacía esto descubrió algo que parecía la cabeza de un gallo en el hombro derecho del caballo; en el hombro izquierdo había otra pieza igual. El príncipe dijo: « No veo ningún otro signo, aparte de estos dos botones» . Apretó el que estaba en el lado derecho, y el caballo aumentó la velocidad y la altura. Volviéndose luego hacia el hombro izquierdo, tocó el botón, lo movió y los movimientos del corcel se hicieron más lentos y empezó a bajar poco a poco, con cuidadosos movimientos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe comprobó con ello las virtudes del caballo, y el corazón se le llenó de alegría y de gozo. Dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por los favores que le había hecho al salvarlo de la muerte. Fue descendiendo durante todo el día, ya que había subido muy alto. Mientras bajaba, movía la cabeza del animal a su placer: bajaba o subía, según quisiera. Cuando se hubo familiarizado con el caballo, llegó a una región de la tierra y empezó a contemplar lo que había en sus comarcas y ciudades, que no conocía ni había visto en toda su vida. Entre las muchas cosas que distinguió había una ciudad, de bellos edificios, construida en medio de una tierra verde, floreciente, con muchos árboles y ríos. Se dijo: « ¡Quién supiera el nombre de esta ciudad y la región en la que se encuentra!» Empezó a dar vueltas en torno a la misma y a examinarla a derecha e izquierda. El día se iba, y el sol estaba a punto de ponerse. Se dijo: « No encontraré un lugar más hermoso que esta ciudad para pasar la noche. Dormiré en ella, y cuando llegue la mañana regresaré al lado de mi familia, a la sede de mi reino, y explicaré a mis parientes y a mi padre lo que me ha ocurrido; les contaré lo que han contemplado mis ojos» . Empezó a buscar un lugar seguro para él y para su caballo, y no encontró ninguno que le agradara. En esto descubrió en el centro de la ciudad un alcázar que se levantaba por los aires y que estaba rodeado por anchas murallas de elevadas almenas. El príncipe se dijo: « Este lugar es magnífico» . Empezó a maniobrar con el botón que hacía descender el caballo, y no paró de bajar hasta que se posó en la azotea del alcázar. Descabalgó y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Empezó a dar vueltas en torno al caballo, lo contempló y dijo: « ¡Por Dios! ¡Quien te ha hecho de este modo es un experto sabio! Si Dios (¡ensalzado sea!) me devuelve a mi país y a mi familia salvo, reuniéndome con mi padre, he de colmar de favores y regalos a un sabio como éste» . Se sentó en la azotea del palacio, y allí permaneció hasta que todos estuvieron durmiendo. Tenía mucha hambre y sed, ya que no había comido nada desde que se separó de su padre. Se dijo: « En un palacio como éste no deben faltar alimentos» . Dejó allí el caballo y bajó para ver si encontraba algo de comida. Vio una escalera y descendió por ella: fue a parar a una sala cubierta de mármoles, ante la cual quedó boquiabierto, por lo bien construida que estaba; pero no encontró ningún ser viviente ni oyó el menor ruido, Se detuvo y miró a derecha e izquierda, sin saber hacia dónde dirigirse. Se dijo…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe se dijo:] « Lo mejor que puedo hacer es volver al lugar en que he dejado el caballo y pasar la noche a su lado; por la mañana montaré y me iré.» Mientras así reflexionaba, vio una luz

enfrente de él. Miró bien y descubrió un grupo de doncellas, entre las cuales había una tan esbelta como el Alif, cuya belleza parecía la de la luna radiante, tal como ha dicho el poeta:

> Vino, sin previa cita, en la oscuridad de las tinieblas, tal como si fuese la luna llena cuando aparece por encima del horizonte.
> Esbelta, no halla entre las criaturas quien pueda compararse con ella en el fulgor de su belleza o en el esplendor de su aspecto.
> Apenas mis ojos contemplaron sus bellezas, grité: « ¡Gloria a Aquel que creó el hombre de un coágulo!» [128]
> Pido a Dios que la proteja de los ojos de todos los hombres. Di: « Busco refugio en el Señor de las gentes y de la aurora» [129].

La adolescente aquella era hija del rey de la ciudad. Su padre la quería muchísimo, y tanto era su afecto por ella, que le construyó aquel alcázar. Cada vez que se sentía angustiada, marchaba al alcázar con sus doncellas y permanecía en él uno, dos o más días, después de los cuales volvía a su serrallo. Aquella noche había ido allí para distraerse y divertirse. Avanzaba rodeada de sus doncellas, a las que custodiaba un criado espada al cinto. Entraron en el alcázar, tendieron los tapices, encendieron las maderas olorosas en los pebeteros y empezaron a jugar y a distraerse. Mientras así se divertían y pasaban el rato, el hijo del rey cayó de repente sobre el criado, lo abofeteó, lo derribó, le arrebató la espada, se lanzó sobre las criadas que había con la princesa y las dispersó a derecha e izquierda. La joven, al ver lo hermoso y guapo que era, le dijo: « Tal vez tú seas aquel que ayer me pidió a mi padre en matrimonio, y que mi padre rechazó asegurando que era feo. ¡Por Dios! ¡Mi padre ha mentido! ¿Cómo puede haber dicho esas palabras, si tú eres hermoso?»

Quien pidió en matrimonio a la joven fue el hijo del rey de la India, y el padre de la muchacha lo había rechazado porque era feo, mas la princesa creyó que quien tenía delante era el que la había pedido. Se acercó hacia él, lo abrazó, lo besó y lo hizo sentar a su lado. Las doncellas le decían: « ¡Señora! Éste no es el que te ha pedido en matrimonio a tu padre: aquél era feo, y éste es guapo. El que pidió la mano a tu padre —y le fue negada— no podría ser ni criado de éste. Este joven debe ser un gran personaje» . Las jóvenes se dirigieron junto al criado, que seguía tumbado, y lo hicieron volver en sí. Asustado, se puso en pie de un salto y buscó su espada, pero no la encontró a mano. Las doncellas le dijeron: « El que te ha arrebatado la espada y te ha derribado, está sentado junto a la hija del rey» . El monarca había encargado a aquel criado la vigilancia de su hija para evitar que le ocurriese algo malo o deshonroso.

El criado se dirigió hacia la cortina, la levantó y vio a la princesa sentada junto al príncipe. Al verlos, dijo a éste: « ¡Señor! ¿Eres un ser humano, o un

genio?» El muchacho replicó: « ¡Ay de ti, el más nefasto de los esclavos! ¿Cómo puedes confundir a los hijos de los reyes, a los césares, con los demonios descreídos?» Empuñó la espada y añadió: « ¡Soy el yerno del rey, puesto que me he casado con su hija y me ha mandado que entrase!» El criado admitió: « ¡Señor mío! Si eres un ser humano, como aseguras, ella sólo te corresponde a ti; tú eres más digno de ella que los otros» . El criado corrió a ver al rey dando gritos, rasgándose las vestiduras y tirándose tierra sobre la cabeza. El rey, al oír el escándalo preguntó: « ¿Qué desgracia te ha ocurrido? Me intranquilizas el corazón. ¡Infórmame rápidamente y sé breve!» « ¡Rey! ¡Acude en auxilio de tu hija! Se ha apoderado de ella uno de los demonios de los genios que tiene aspecto de hombre, pues ha adoptado la figura de los hijos de los reyes. ¡Entiéndetelas con él!» Al oír estas palabras el rey se dispuso a matarlo y le dijo: « ¿Cómo has podido abandonar a mi hija y dejar que se apodere de ella este intruso?» El rey se dirigió al alcázar en que estaba su hija, y al llegar a él encontró a las esclavas en pie. Les preguntó: « ¿Qué le ha ocurrido a mi hija?» Respondieron: « Mientras estábamos sentadas con ella, sin sospechar nada, apareció de repente ese joven que se parece a la luna llena, pues jamás hemos visto un rostro más hermoso; venía armado con una espada desenvainada. Le hemos preguntado qué le ocurría, y nos ha dicho que le has dado tu hija en matrimonio. No sabemos nada más, e ignoramos si es un ser humano o un genio, aunque, sea como fuere, es casto y educado; no hace nada malo» . El rey se tranquilizó al oír aquello. Levantó poco a poco la cortina y vio al príncipe, sentado junto a su hija y conversando. Su aspecto era magnífico, y su cara parecía la de la luna resplandeciente. Celoso de su hija, no supo contenerse: levantó la cortina, entró con la espada desenvainada y cayó sobre ambos como un ogro. El príncipe dijo a la muchacha: « ¿Es tu padre?» « Sí.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh, rey feliz!, de que entonces se puso en pie de un salto, cogió la espada y lanzó un grito terrible, que sobrecogió al rey; temió que el príncipe, más ágil, lo atacase con la espada; por ello, envainó la suya y esperó a que el joven se acercara. El rey lo acogió cortésmente y le preguntó: « ¡Muchacho! ¿Eres un ser humano o un genio?» « Si no fuese por respeto a tu hija, vertería tu sangre. ¿Cómo te atreves a emparentarme con los demonios? Yo soy hijo de los reyes llamados Cosroes, los cuales, si quisiesen, se apoderarían de tu reino, harían conmover tu grandeza y tu autoridad y te arrebatarían cuanto encierran tus Estados» . El rey, al oír estas palabras quedó intimidado y temió por su vida. Le dijo: « Si, tal como afirmas, eres hijo de reyes, ¿cómo has entrado, sin permiso, en mi palacio, y violado mi honor al acercarte a mi hija, cuyo

esposo aseguras ser, pues pretendes que yo te he casado con ella? Todos los hijos de los reyes que me la han pedido en matrimonio han muerto a mis manos. ¿Quién te va a salvar de mi cólera? Si doy un grito a mis esclavos y a mis pajes y les ordeno que te maten, lo harán en el acto. ¿Quién podrá salvarte de mis manos?» El príncipe replicó: « Estoy admirado de tu poco entendimiento: ¿es que acaso buscas para tu hija un esposo más hermoso que yo? ¿Es que has visto a alguien que posea un corazón más firme, que sea más generoso en la recompensa o que tenga más poder, más soldados y esclavos que yo?» El rey replicó: « ¡No, por Dios! Aunque hubiera sido preferible, muchacho, que me la hubieses pedido en matrimonio delante de testigos; no te la habría negado. Lo que me afrenta es el que te cases con ella en secreto» . « Dices la verdad, rey. Pero si reúnes a tus esclavos, a tus criados y a tus tropas para que me maten, como afirmas, te cubrirás de vergüenza, y la gente ya no podrá saber si eres leal o mientes. Me inclino a creer que aceptarás lo que te voy a sugerir.» « ¡Habla!» « He aquí lo que te digo: o nos medimos tú y yo en lucha singular, y quien mate al otro será el más digno de poseer el reino, o me dejas en paz esta noche, y al amanecer atacaré a tus tropas, a tu ejército y a tus pajes, a condición de que me digas su número.» « Son cuarenta mil caballeros, sin contar los esclavos y sus siervos, que suman otros tantos.» « Cuando amanezca, ordena que salgan a mi encuentro y diles…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe prosiguió:] « … y diles: “Éste me ha pedido mi hija en matrimonio, a condición de que lo ataquéis todos a la vez; pretende que os vencerá y os intimidará; que vosotros no lo venceréis”. Luego dejas que yo los ataque, si me matan, éste será el mejor modo de guardar tu secreto y salvar tu honor. Pero si yo los venzo, seré el yerno que el rey desea» . El soberano al oír estas palabras se admiró de su salida y aceptó su idea, a pesar de lo mucho que le sorprendía su decisión de enfrentarse solo con todas las tropas que le había descrito. Se sentaron a hablar, y el rey llamó al criado y le dijo que fuese a buscar en seguida al visir para que reuniese todas las tropas, debidamente armadas, y las hiciese montar a caballo. El criado corrió en busca del visir y lo informó de la disposición del rey. El ministro llamó a los jefes del ejército y a los grandes del reino y les ordenó que montasen a caballo y saliesen armados.

Hasta aquí lo referente a ellos. En cuanto al rey, siguió hablando con el joven, y admirando su inteligencia y su educación. La aurora los sorprendió conversando, y entonces el soberano se levantó, se dirigió al trono, ordenó a sus tropas que montasen a caballo y ofreció al príncipe un magnífico corcel, uno de

sus mejores caballos. Mas el príncipe dijo: « ¡Rey! No montaré hasta estar en presencia de las tropas y haberlas revistado» . « ¡Como quieras!» Ambos se dirigieron al patio de armas. El joven echó un vistazo a tan numeroso ejército. El rey gritó: « ¡Atención todos! Este joven ha venido a pedirme a mi hija por esposa. Nunca he visto a nadie más bello, de corazón más firme ni de ánimo más valeroso. Asegura que él solo os vencerá a todos, que os pondrá en fuga, y pretende que aunque fueseis cien mil seríais pocos para él. Por consiguiente, en cuanto os ataque recibidlo con la punta de vuestras lanzas y el filo de vuestras espadas, pues se ha metido en una empresa bien difícil» . Luego añadió, dirigiéndose al príncipe: « ¡Vamos, hijo mío! Haz con ellos lo que te plazca» . « ¡Rey! No eres justo conmigo. ¿Cómo he de poder combatir a pie cuando ellos van a caballo?» « Te dije que montases a caballo, y te has negado. Aquí tienes los caballos: escoge el que prefieras.» « No me gusta ninguno; sólo montaré en el que me ha traído hasta aquí.» « ¿Dónde está tu caballo?» « ¡Encima de tu alcázar!» « ¿En qué parte?» « En la azotea.» El rey al oír estas palabras replicó: « Es la primera vez que das muestra de no estar cuerdo. ¡Ay de ti! ¿Cómo un caballo puede estar en la azotea? Ahora mismo vamos a saber si dices verdad o mentira» . El rey se volvió hacia uno de sus cortesanos, y le dijo: « Ve a mi palacio y trae lo que encuentres en la azotea» . Todos estaban maravillados de las palabras del joven. Se decían unos a otros: « ¿Cómo hará el caballo para bajar desde el techo por la escalera? ¡Jamás hemos oído nada parecido!»

El mensajero enviado por el rey subió hasta lo más alto y vio un caballo en pie; nunca había visto otro más hermoso. Se acercó hacia él, lo examinó y vio que era de oro y de marfil. Otros cortesanos habían subido también detrás del mensajero, y al ver el caballo se burlaron y dijeron: « ¿Sobre este caballo quiere el joven hacer lo que ha dicho? ¡Está loco! Veremos qué es lo que ocurre» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los cortesanos se decían:] « Lo más probable es que le ocurra algo grave.»

Levantaron el caballo por las patas y se lo llevaron al rey. Lo dejaron ante éste y toda la gente empezó a contemplarlo y a admirarse de lo bien hecho que estaba, de su estupenda silla y de las riendas. El mismo soberano se maravilló en grado sumo y declaró que era hermoso. Preguntó: « ¡Joven! ¿Es éste tu caballo?» « Sí, rey, éste es mi caballo: verás que hace cosas prodigiosas.» « Coge tu corcel y móntalo.» « No subiré hasta que se hayan alejado las tropas.» El soberano mandó a los soldados que estaban a su alrededor que se alejasen a la distancia de un tiro de flecha. El joven le dijo: « Voy a montar en mi caballo y cargaré contra tu ejército, al que dispersaré a diestra y a siniestra y

les partiré el corazón» . « ¡Haz lo que quieras! ¡No te detengas ante ellos, pues ellos no se detendrán ante ti!»

El hijo del rey se dirigió al caballo y montó; los soldados se extendieron en fila ante él, diciéndose unos a otros: « Cuando el muchacho llegue ante nuestras líneas, lo cogeremos con la punta de las lanzas y el filo de las espadas» . Uno de ellos observó: « ¡Por Dios, qué desgracia! ¿Cómo vamos a matar a un muchacho de rostro tan hermoso y tan buen aspecto?» Otro añadió: « ¡Por Dios! ¡No llegaremos hasta él sino con mucho trabajo! El muchacho no habría hecho esto si no estuviera seguro de su propio valor y destreza» .

El joven, ya sobre el caballo movió la llave de subida. Todas las miradas estaban fijas en él, para ver lo que hacía. El caballo empezó a moverse, a agitarse y a hacer los movimientos más raros que jamás hizo caballo alguno. Llenó su vientre de aire y empezó a ascender y a subir por los aires. El rey, al ver que se elevaba y subía, arengó a sus tropas: « ¡Ay de vosotros! ¡Cogedlo antes de que escape!» Sus visires y funcionarios le replicaron: « ¡Rey! ¿Es que hay quien pueda coger al pájaro que vuela? Éste es un mago prodigioso. Dios te ha librado de él. Da gracias a Dios (¡ensalzado sea!) que te ha salvado de sus manos» . El rey, después de ver lo que el príncipe había hecho, regresó a su alcázar, fue a visitar a su hija y le explicó lo que le había sucedido con el hijo del rey en la plaza de armas. Comprobó que estaba triste por su partida. Poco después enfermó gravemente y tuvo que guardar cama. Su padre, al vería en este estado, la estrechó contra su pecho, la besó entre los ojos y le dijo: « ¡Hija mía! Loa a Dios (¡ensalzado sea!) y dale gracias por habernos salvado de ese mago tan experto» , y volvió a explicarle lo que había visto hacer al príncipe y cómo se había remontado por los aires. Pero ella no hacía caso de sus palabras y lloraba y sollozaba cada vez con más desconsuelo. Se decía: « ¡Por Dios! No comeré ningún alimento ni beberé ningún líquido hasta que Dios nos haya reunido» . El rey, su padre, quedó muy preocupado por ello, y el estado de su hija le entristecía el corazón. Todas las muestras de afecto sólo servían para aumentar su pasión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al príncipe:

Cuando se hubo remontado en el aire, encontrándose solo, empezó a meditar en la hermosura y belleza de la joven. Había preguntado a los cortesanos del rey el nombre de éste y de su ciudad, y le habían dicho que era la ciudad de Sana. Aceleró la marcha hasta llegar al reino de su padre, empezó a evolucionar por encima de la ciudad, dirigióse a palacio y se posó en la azotea. Dejó en ésta el

caballo, bajó en busca de su progenitor, entró en su habitación y lo halló triste y cabizbajo a causa de su ausencia. El padre, al verlo, corrió hacia él, lo abrazó, lo estrecho contra su pecho y se alegró muchísimo. El príncipe le preguntó por el sabio que había fabricado el caballo, diciendo: « ¡Padre! ¿Qué ha hecho de él la suerte?» « ¡Hijo mío! ¡Dios no bendiga a tal sabio ni la hora en que lo vi, ya que ha sido la causa de tu partida! Está encarcelado, hijo mío, desde el día en que te marchaste.» El príncipe rogó que lo pusieran en libertad, que le sacasen de la prisión y que lo llevasen a su presencia. Cuando lo tuvo delante, el rey le regaló un traje de honor y le hizo muchos dones, pero no lo casó con su hija. Esto fue causa de que el sabio se enfadase muchísimo y se arrepintiese de lo que había hecho y de haber enseñado al hijo del rey el secreto del caballo y cómo se manejaba. El rey dijo al príncipe: « Mi opinión es que no debes acercarte más a ese caballo ni volver a montar en él a partir de hoy, pues no conoces bien sus características y te ofuscas» . El príncipe le explicó todo lo que le había ocurrido con la princesa de aquella ciudad y con el rey, su padre.

« Si aquel rey hubiera querido matarte, lo habría hecho; pero tu hora está lejos aún.»

El príncipe vivía atormentado por el amor que sentía hacia la hija del señor de Sana. Se dirigió al caballo, montó en él, movió la llave de subida y se remontó por los aires. Al amanecer, el padre no lo encontró. Subió a lo más alto del palacio, lleno de tristeza, y vio que su hijo se elevaba por los aires. Se entristeció al ver que se iba, y se arrepintió muchísimo de no haber escondido el artefacto. Se dijo: « ¡Por Dios! Si regresa, me desharé del caballo para tener tranquilo el corazón en lo que respecta a mi hijo» . Después volvió a llorar y a sollozar…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey volvió a sollozar] de pena.

Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a su hijo: siguió volando por los aires, sin interrupción, hasta llegar a la ciudad de Sana, y descendió en el mismo lugar que la primera vez. Procurando ocultarse, avanzó hasta el sitio en que había encontrado a la hija del rey, pero no halló ni a ésta, ni a las doncellas, ni al criado que la custodiaba. Esto lo contrarió, y empezó a recorrer el alcázar en su busca. La halló en un salón distinto de aquel en que se había reunido con ella por primera vez: estaba en cama, rodeada por las doncellas y las nodrizas. Entró y las saludó. La joven, al oírlo, corrió hacia él, lo abrazó y empezó a besarlo entre los ojos y a estrecharle contra su seno. Él le dijo: « ¡Señora mía! El estar separado de ti este tiempo me ha intranquilizado» . « Yo soy quien ha estado intranquila. Si tu ausencia llega a durar un poco más, habría muerto sin

remedio.» « ¡Señora mía! ¿Qué piensas de lo que me ha ocurrido con tu padre y de lo que éste ha hecho conmigo? Si no hubiese sido por tu amor —¡oh, seducción de los mundos!—, habría hecho en él un escarmiento para que sirviera de ejemplo a todos los mirones. Pero como te amo a ti, a él lo aprecio.» « ¿Cómo puedes estar lejos de mí, y cómo puedo gustar de la vida alejada de ti?» « ¿Me obedecerás y harás caso de mis palabras?» « Di lo que quieras, pues haré lo que tú me propongas; no te contrariaré en nada.» « Ven conmigo —propuso el príncipe— a mi país y a mi reino.» « ¡De buen grado!»

El joven se alegró mucho al oír su respuesta, la cogió de la mano y le hizo jurar lo que había dicho, poniendo a Dios (¡ensalzado sea!) por testigo de lo que decía. Subió con ella a lo más alto de la azotea del castillo, montó en el caballo y la hizo subir en la grupa. La ató a él con nudos muy seguros, y movió la clavija correspondiente. El caballo se elevó por los aires con los dos. Al verlo, las doncellas empezaron a gritar e informaron a sus padres, quienes corrieron a la azotea del alcázar, y el soberano, elevando la vista al cielo, distinguió el caballo de ébano, que surcaba el aire con ambos. Completamente turbado, gritó: « ¡Príncipe! Te conjuro, por Dios, a que te apiades de mí y de mi esposa para que no nos separes de nuestra hija» . El hijo del rey no le contestó, mas pensó que la joven estaría arrepentida de separarse de su padre y de su madre, por lo que le preguntó: « ¡Seducción de la época! ¿Quieres que te devuelva a tus padres?» « ¡Señor mío! ¡Por Dios, no tengo ese propósito! Quiero estar a tu lado dondequiera que estés, pues el amor que te tengo es superior a todo, incluso superior a mis padres.» El príncipe se alegró mucho al oír aquello y aceleró la marcha del caballo para que la joven no se cansase. Viajaron sin interrupción hasta avistar una verde pradera, en la que había una fuente de agua corriente. Bajaron, comieron y bebieron, y después el príncipe volvió a montar en el caballo y subió a la joven a su grupa, atándola a su propio cuerpo con cuerdas muy seguras, temeroso de que se cayera. Viajaron de nuevo hasta llegar a la ciudad de su padre, rebosantes de alegría. Quiso mostrar a la princesa la sede de su poder y el reino de su padre, para que comprendiera que éste era más poderoso que el padre de ella. Descendió en un jardín en que el rey acostumbraba pasear, y la introdujo en un palacete de su padre. Dejó el caballo en la puerta y recomendó a la joven que lo vigilase.

« Quédate aquí hasta que venga por ti un mensajero, pues ahora voy a ver a mi padre para prepararte un palacio y mostrarte mi reino.» La joven se alegró mucho y le replicó: « ¡Haz lo que quieras!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe creyó oportuno que la

joven fuese recibida en la ciudad con fiestas y honores, como era propio de las mujeres de su rango. El hijo del rey penetró en la ciudad y fue a saludar a su padre, el cual, al verlo, se alegró mucho, salió a su encuentro y le dio la bienvenida. El príncipe le dijo: « Sabe que he traído conmigo a la hija del rey del que te he hablado. La he dejado en las afueras de la ciudad, en un jardín, y he venido a informarte de su llegada para que prepares un cortejo y salgas a recibirla, a fin de mostrarle tu poder, tu ejército y tus servidores» . « De buen grado» , replicó el rey. Mandó en seguida a sus súbditos que adornasen bien la ciudad, y él montó a caballo de acuerdo con el protocolo más solemne y con sus mejores galas. Marchaban con él sus soldados, los grandes del reino, todos sus súbditos y los criados. El príncipe sacó de su alcázar joyas, vestidos y todo lo que atesoran los reyes, y preparó para la joven un palanquín de brocado verde, rojo y amarillo, con esclavas indias, griegas y abisinias y sacó tesoros en gran cantidad. Después el príncipe dejó el palanquín y a los que en él estaban y corrió al jardín, y entró en el palacete en que había dejado a la joven, pero no encontró ni a ella ni el caballo. Entonces se abofeteó el rostro, se desgarró los vestidos y empezó a recorrer el lugar, mientras en su mente se agitaban las más confusas ideas. Cuando estuvo más sereno se dijo: « ¿Cómo ha podido descubrir el manejo del caballo, si yo no se lo he enseñado? Tal vez el sabio persa que lo construyó se haya apoderado de él y haya raptado a la joven para vengarse del comportamiento de mi padre con él» . Buscó a los guardianes del jardín y les preguntó por las personas con quienes se habían cruzado: « ¿Habéis visto si alguien ha entrado en el jardín?» « Sólo hemos visto al sabio persa. Ha entrado a recoger hierbas medicinales.» Al oír la contestación el joven se convenció entonces de que el raptor de la muchacha era el sabio persa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el destino había dispuesto que cuando el hijo del rey abandonara a la joven en el palacete del jardín para ir al palacio de su padre a fin de preparar la recepción, entrase en él el sabio persa, que iba a recoger algunas hierbas útiles. Aspiró el aroma del almizcle y de los perfumes que exhalaba el cuerpo de la princesa, y olfateándolos, el sabio llegó hasta el palacete, descubrió el caballo que había hecho él y se detuvo en la puerta. Se alegró mucho al contemplar su caballo, ya que estaba triste desde que lo perdiera. Se aproximó a su obra, reconoció todas sus partes y vio que estaba intacto. Se dispuso a montar y marcharse, pero antes se dijo: « He de ver qué es lo que ha traído el hijo del rey con el caballo» . Entró en el palacete y encontró a la joven sentada. Era como un sol, alto ya en el horizonte, con la atmósfera clara. El sabio comprendió en seguida que aquella joven era mujer de alta posición,

raptada por el príncipe gracias al caballo y abandonada en el pabellón, mientras él se dirigía a la ciudad para preparar el séquito con el que debía hacer su entrada en la misma. Se presentó y besó el suelo delante de ella; la princesa levantó los ojos, lo observó y vio que era feo y deforme. « ¿Quién eres?» , le preguntó. « Soy un mensajero del príncipe, el cual me ha enviado con la orden de que te traslade a otro jardín próximo a la ciudad.» « ¿Y dónde está el príncipe?» « En la ciudad, con su padre; vendrá a buscarte con un gran séquito.» « ¿Y el hijo del rey no ha encontrado más mensajero que tú?» Rióse el sabio y replicó: « ¡Señora! No te engañes por la fealdad de mi cara y mi deforme persona. La elección de un mensajero de aspecto horripilante se debe a los celos que causas al príncipe y a lo mucho que te quiere; por lo demás, tiene esclavos blancos y negros, siervos, vasallos e innumerables parientes.»

La joven quedó convencida, lo creyó…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven] salió con él y cogió al sabio por la mano y le dijo: « ¡Padre mío! ¿Qué caballo me has traído?» « Señora: montarás en el mismo caballo que te ha traído hasta aquí.» « ¡Pero yo no puedo montarlo sola!» Sonrió él sabio al comprender lo fácil que iba a resultarle raptarla. Le replicó: « Yo montaré contigo» . Subió el sabio al corcel, la joven montó en la grupa, y él la ató fuertemente a su propio cuerpo, sin que ella supiera qué iba a hacer. Tocó la clavija de subida, y el vientre del caballo se llenó de aire, se movió, se agitó y empezó a ascender por los aires, hasta que la ciudad se perdió de vista. La joven le dijo: « ¿Qué haces? ¿No me has dicho que eras un mensajero del hijo del rey?» El sabio replicó: « ¡Afrente Dios al hijo del rey, malvado!» « ¡Ay de ti! ¿Cómo desobedeces la orden que te ha dado tu señor?» « Él no es mi señor. ¿Sabes quién soy yo?» « Sólo sé lo que tú me has dicho.» « Todo lo que te he referido ha sido una trampa que os he tendido a ti y al hijo del rey. Yo estaba triste por haber perdido el caballo que ahora nos lleva por los aires. Es una obra mía, que me arrebató el príncipe. Pero ahora lo he recuperado y me he apoderado de ti, y voy a abrasarle el corazón del mismo modo que él ha abrasado el mío, pues jamás volverá a recuperar el caballo. En cuanto a ti, tranquiliza tu corazón y alégrate, pues yo te seré más útil que él.»

La joven se abofeteó el rostro, exclamando: « ¡Qué pena! ¡Ni he conseguido a mi amado, ni me he quedado con mi padre y con mi madre!» Lloró amargamente por lo que le sucedía, mientras avanzaba sin descanso hacia el país de los rum. Descendieron en una verde pradera, con riachuelos y árboles, que se extendía cerca de la ciudad en la cual vivía un rey muy importante. Aquel día, el rey de la ciudad había salido de caza; cruzó por la pradera y vio al sabio, que

estaba de pie, a la joven, junto a él, y al caballo. Antes de que se diera cuenta de nada, los esclavos del rey cayeron sobre él y sobre la joven, se apoderaron del caballo y los llevaron a presencia del rey. Éste, al ver el feo aspecto y la mala presencia del sabio, que contrastaba con la hermosura y belleza de la joven, le dijo: « ¡Señora mía! ¿Qué parentesco tiene contigo este anciano?» El sabio se apresuró a decir: « Es mi esposa, la hija de mi tío paterno» . Pero la joven lo desmintió: « ¡Rey! ¡Juro por Dios que no lo conozco y que no es mi esposo! Al contrario: se ha apoderado de mí mediante engaño, por fuerza» . El rey mandó entonces apalear al sabio. Lo apalearon hasta dejarlo medio muerto; después ordenó que lo llevasen a la ciudad y lo metiesen en la cárcel. Así lo hicieron. El rey se llevó consigo a la joven y el caballo, sin saber las propiedades de éste ni cómo se manejaba.

Hasta aquí lo referente al sabio y a la joven.

He aquí lo que hace referencia al hijo del rey. Se puso ropas de viaje, tomó el dinero que necesitaba y partió, triste y abatido. Fue de país en país y de ciudad en ciudad, preguntando por el caballo de ébano. Todos cuantos lo oían lo tomaban por loco. Esto duró cierto tiempo, sin que nadie le diera noticia alguna. Se dirigió a la ciudad del padre de la joven y allí preguntó por la muchacha, pero no habían sabido nada más de ella, y el rey estaba muy afligido por su pérdida. Volvió atrás y se dirigió al país de los rum, donde preguntó por ellos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe entró en una posada y vio un grupo de comerciantes que estaban sentados hablando. Se acomodó cerca de ellos, y oyó que uno decía: « ¡Compañeros! ¡He visto el mayor prodigio!» « ¿En qué consiste?» « En cierta ciudad —y citó el nombre de la ciudad en que se encontraba la joven— oí que sus habitantes relataban algo maravilloso: El rey había salido cierto día de caza acompañado por un grupo de cortesanos y grandes del reino. Al llegar a la campiña, cruzaron una verde pradera y encontraron en ella a un hombre, a una mujer y un caballo de ébano. El hombre era feo, de pésimo aspecto, mientras que la mujer era una adolescente hermosa, bella, guapa, perfecta, esbelta, y el caballo de ébano era uno de los prodigios, pues nunca se ha visto uno más hermoso ni mejor hecho.» Los presentes inquirieron: « ¿Y qué hizo el rey?» « Detuvo al hombre y le preguntó por la joven; él aseguró que era su esposa, la hija de su tío paterno, pero la muchacha desmintió sus palabras. El rey mandó que lo apaleasen y lo metieran en la cárcel. En cuanto al caballo de ébano, no sé lo que han hecho de él.» El hijo del rey se acercó al comerciante y empezó a interrogarlo con buenos modales, hasta enterarse de los nombres de la ciudad y de su rey. Cuando el príncipe se hubo enterado de ambos

pasó la noche contento, y al amanecer salió, se puso en camino y no se detuvo hasta llegar a dicha ciudad. Al entrar en ella lo detuvieron los porteros, pues querían conducirlo ante su rey para que éste le preguntara quién era, qué lo llevaba a la ciudad y cuál era el oficio en que sobresalía, ya que aquel soberano tenía por costumbre preguntar a los extranjeros por su persona y por su oficio. Mas el príncipe llegó a la ciudad al atardecer, a una hora en que no era posible conducirlo ante el soberano o preguntar lo que había que hacer con él. Los porteros lo llevaron a la cárcel y lo dejaron en ella. Cuando los guardianes vieron lo hermoso y bello que era, no se atrevieron a meterlo en una celda y le permitieron que se quedase con ellos fuera de las rejas. Sirvieron la cena y comió con ellos hasta hartarse. Luego empezaron a hablar, se acercaron al hijo del rey y le preguntaron: «¿De qué país eres?» «De Persia, del país de los Cosroes.» Se echaron a reír, y uno de ellos dijo: «¡Persia! He oído la historia y las aventuras de mucha gente, he visto su situación, pero nunca he visto ni oído a otro más embustero que un persa que tenemos en la cárcel». Y otro guardián añadió: «Ni yo he visto persona de peor figura y de más mal aspecto». Él preguntó entonces: «¿Qué os ha hecho creer que es embustero?» «Asegura que es un sabio. El rey lo encontró cuando iba de caza. Iba acompañado por una muchacha hermosa, maravillosa, preciosa, perfecta, esbelta y de buenas proporciones; tenía además un caballo negro de ébano, como jamás hemos visto otro. La joven está ahora con el rey, el cual se ha enamorado de ella; pero esa mujer está loca, y si ese hombre fuese un sabio, como asegura, la habría curado. El rey se esfuerza en que recupere su sano juicio. El caballo de ébano está en el tesoro del rey, y tenemos en la cárcel al hombre de mal aspecto. Al llegar la noche llora y se lamenta tristemente por su suerte, y no nos deja dormir.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al príncipe se le ocurrió entonces una idea para conseguir su propósito. Los carceleros, al irse a dormir, lo metieron en una celda y cerraron la puerta. Oyó que el sabio lloraba y sollozaba por lo que le había ocurrido, y decía en persa: «¡Ay de mí! ¿Qué es lo que he hecho al príncipe? ¿Y qué hice con la joven? ¡No la dejé en paz, y no conseguí mi propósito! Y todo porque he obrado mal. He tratado de alcanzar lo que no merecía ni era propio para un hombre como yo. ¡Quien busca lo que no le conviene, cae del mismo modo que yo!» El príncipe, al oír las palabras que el sabio decía en persa le dijo: «¿Hasta cuándo va a durar este llanto y estos gemidos? ¿Es que crees que lo que a ti te ha ocurrido no le ha pasado a nadie más?» El sabio se consoló con él y se quejó del estado en que se hallaba y las molestias que le causaba.

Al día siguiente, por la mañana, los porteros llevaron al príncipe ante el rey e informaron a éste de que había llegado el día anterior, a una hora a la cual no habían podido introducirlo. El soberano lo interrogó: « ¿De qué país eres? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Por qué has venido a esta ciudad?» « En persa me llamo Harcha; mi patria es Persia; soy sabio, y mi especialidad es la Medicina. Curo las enfermedades y a los locos. Recorro los países y las ciudades con el fin de aumentar mis conocimientos. Cuando encuentro a un enfermo, lo curo. Tal es mi profesión.» El rey se alegró mucho al oír estas palabras, y le dijo: « ¡Sabio virtuoso! Has llegado aquí en el momento en que te necesitamos» . Le explicó toda la historia de la joven, y añadió: « Si la curas y la libras de su demonio, te daré todo lo que me pidas» . « Dime cuántos días hace que le dio el arrebato de locura, y cómo has conseguido a la joven, al sabio y el caballo.» El soberano le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin. Después añadió: « El sabio está en la prisión» . « ¡Rey feliz! ¿Qué has hecho del caballo?» « Sigue en mi poder, guardado en una habitación.» El príncipe se dijo: « Lo mejor de todo será ver el caballo primero. Si está en buen estado y no le ha sucedido nada, habré conseguido lo que deseo. Si veo que carece de movimientos, idearé una treta para librar a mi amor» . Volviéndose hacia el rey le dijo: « ¡Rey! Necesito ver el citado caballo; tal vez encuentre en él algo que me ayude a curar a la joven» . « ¡De buen grado!» El rey se puso de pie, lo cogió de la mano y le llevó junto al caballo. El príncipe dio vueltas en torno al caballo, lo examinó bien y comprobó que estaba perfectamente, que no le faltaba nada. Se alegró mucho, y dijo: « ¡Dios haga fuerte al rey! Quiero visitar a la joven para ver lo que tiene. Espero que Dios la cure por mi mano y con el auxilio del caballo» . Ordenó que custodiasen el caballo y fue con el rey a la habitación en que estaba la joven. El príncipe, al entrar, vio que se hallaba postrada y deprimida; no estaba loca, pero fingía estarlo para que nadie se acercase a ella. Al verla en este estado, le dijo: « ¡Ningún daño te ha de alcanzar, seducción de los mundos!»

La observó, la trató cortésmente y se dio a conocer. Al reconocerle la muchacha lanzó un grito de alegría y cayó desmayada. El rey creyó que aquel desvanecimiento sería debido al miedo. El príncipe le dijo al oído: « ¡Seducción de los mundos! ¡Salva mi sangre y la tuya! ¡Ten paciencia y valor! Nos encontramos en un estado que exige constancia; hemos de buscar un medio para librarte de este poderoso rey. La treta será la siguiente: Me presentaré ante él y le diré que la causa de tu enfermedad es un espíritu maligno, que yo le garantizo tu curación siempre que te separe de él. Entonces te abandonará el espíritu maligno, y si el rey viene a verte, recíbelo con buenas palabras para que vea que te has curado gracias a mí. Así llegaremos a conseguir nuestro deseo» . « Oír es obedecer» , contestó la princesa.

El joven salió de su habitación y se dirigió, alegre y contento, al encuentro del rey. « ¡Rey feliz! Para tu contento, he diagnosticado su enfermedad, y he logrado

curarla. Entra a saludarla y háblale con dulzura y suavidad; prométele cuanto la pueda complacer y conseguirás de ella lo que desees.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey fue a ver a la princesa. Ésta se puso de pie y besó el suelo delante de él; le dio la bienvenida, y el rey se alegró muchísimo y ordenó a las esclavas y a los criados que permaneciesen a su servicio, que la condujesen al baño y que preparasen joyas y vestidos. Se presentaron a ella, la saludaron, y ella les devolvió el saludo con las palabras más bellas y su mejor dicción. Después le pusieron un regio vestido, le colocaron en el cuello un collar de aljófares, la llevaron al baño y la sirvieron. La sacaron del baño como una luna llena. Al llegar ante el rey, lo saludó y besó el suelo delante de él. El rey se alegró muchísimo y dijo al príncipe: « Todo esto es debido a tu bendición. ¡Dios aumente, en nuestro favor, tus poderes!» El príncipe replicó: « La curación definitiva sobrevendrá cuando tú, con todos tus cortesanos y soldados, hayas ido al lugar en que la encontraste y lleves contigo el caballo de ébano que estaba a su lado para que yo pueda allí atar al demonio, sujetarlo y matarlo, a fin de que no vuelva jamás a apoderarse de ella» . « De mil amores» , replicó el rey. Mandó que llevaran el caballo de ébano a la pradera en que lo habían encontrado con la joven y el sabio persa. El soberano montó, en compañía de su ejército, y acompañó a la muchacha sin saber lo que el príncipe iba a hacer. Al llegar al prado, el joven, que aún se hacía pasar por médico, mandó que colocasen el caballo y a la joven algo alejados del rey y de las tropas, a una distancia a la que alcanzase la vista. Dijo al rey: « Con tu permiso voy a quemar incienso y a recitar exorcismos, para encadenar al demonio y evitar que vuelva a apoderarse de ella. Después montaré en el caballo de ébano y haré que la joven se coloque detrás de mí. El caballo se moverá y avanzará hasta ti. Entonces habrá terminado la curación y tú podrás hacer de ella lo que te plazca» . El rey se alegró mucho. El príncipe montó en el caballo y colocó a la joven detrás de él, mientras el rey y todas sus tropas lo miraban; la ató fuertemente a sí mismo, y accionó la clavija de subida. El caballo ascendió con ambos por los aires. Los soldados se quedaron mirando hasta que los perdieron de vista, y el rey esperó su regreso durante medio día. Pero no volvieron. Entonces se desesperó, se arrepintió mucho y se entristeció por verse separado de la joven. En unión de su ejército, regresó a la capital.

Esto es lo que a él se refiere.

Entretanto, el príncipe, lleno de alegría, se dirigió a la ciudad de su padre y se posó encima del palacio. Hizo bajar a la princesa, la dejó en un lugar seguro y corrió a ver a sus padres. Los saludó y los informó de la llegada de la princesa.

Ambos se alegraron mucho.

Y aquí termina, por ahora, lo referente al hijo del rey, al caballo y a la joven.

En cuanto al soberano de los rum, una vez en su ciudad se retiró a su palacio, triste y cabizbajo. Sus ministros acudieron a consolarlo y le decían: « Quien te ha arrebatado a la joven es un mago. ¡Loado sea Dios, que te ha librado de su magia y de sus engaños!» Fueron hablándole así hasta que lograron convencerlo.

El príncipe, por su parte, ofreció grandes banquetes a los habitantes de la ciudad y…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que las fiestas duraron un mes. Después celebró su boda con la joven, y fueron muy felices. Esto es lo que a él se refiere.

En cuanto a su padre, rompió el caballo de ébano y destruyó su máquina. Después, el príncipe escribió al padre de la joven explicándole cómo se encontraba, que se había casado con ella y que la joven se encontraba con él en el mejor de los estados. Envió la carta con un mensajero, junto con regalos y preciosos obsequios. El embajador, al llegar a la ciudad del suegro, que era Sana, en el Yemen, entregó el mensaje y los regalos al rey. Éste, al leerla, se alegró mucho, aceptó los regalos y honró a su portador. Después preparó un magnífico obsequio para su yerno, el príncipe, y lo envió por medio del mismo mensajero. Éste regresó e informó a su señor de lo mucho que se había alegrado el rey, el padre de la joven, al enterarse de la boda de su hija.

El príncipe escribía cada año a su suegro y le hacía regalos. Así continuaron hasta que murió el padre del príncipe; éste le sucedió en el trono, gobernó con justicia a sus súbditos y se comportó rectamente. El país le estaba sometido, y las criaturas de Dios le prestaban obediencia. En la más dulce de las vidas, del modo más cómodo y tranquilo, transcurrieron sus días hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el separador de las multitudes, el aniquilador de los palacios, el constructor de las tumbas. ¡Gloria a Dios, el Viviente, el que no muere, Aquel que tiene en la mano el Imperio y el Señorío!

HISTORIA DE UNS AL-UCHUD Y DE SU AMADA WARD FI-L-AKMAM

SE cuenta también que en lo más antiguo del tiempo y en las épocas y siglos pasados vivía un rey muy importante, poderoso y fuerte. Tenía un visir llamado Ibrahim. La hija de éste era de una prodigiosa hermosura, de una belleza despampanante y perfecta; tenía una amplia comprensión y una educación exquisita; gustaba de las tertulias, el vino, los rostros hermosos, los buenos versos, las historias más atractivas. Sus cualidades hacían que de ella se prendasen todos los entendimientos tal y como dijo uno de sus descriptores:

> Me he enamorado de la que es la seducción de turcos y árabes. Discute conmigo de derecho, de gramática y de literatura.
> Dice: « Yo estoy en acusativo, pero tú me pones en genitivo; ¿por qué a ése que es el agente no le pones en acusativo?»
> Le respondo: « ¡Que mi cuerpo y mi alma constituyan tu rescate! ¿Es que no sabes que el tiempo cambia?
> Si un día niegas los cambios del tiempo fíjate el nudo de la cabeza con la cola» [130].

Se llamaba Ward Fi-l-Akmam. Le habían dado este nombre por la gran delicadeza de sus líneas y por la perfección de su hermosura. El rey se complacía en invitarla, dada su exquisita educación. El soberano tenía por costumbre reunir durante el año a los grandes del reino para jugar a pelota. Cuando llegó el día señalado para dicho juego, la hija del ministro se sentó junto a una ventana para contemplarlo. Mientras jugaban distinguió entre los soldados a un muchacho de magnífico aspecto, de rostro radiante, boca sonriente, alto y de anchas espaldas. Le contempló con insistencia, pues la vista no se cansaba de mirarlo. Dijo a su nodriza: « ¿Cómo se llama ese joven tan hermoso que está entre los soldados?» Le contestó: « ¡Hija mía! ¡Todos son bellos! ¿Cuál es?» « Espera y te lo enseñaré.» La joven cogió una manzana y se la tiró. Él levantó la cabeza y vio a la hija del visir asomada a la ventana como si fuese la luna llena en medio de la esfera celeste. Antes de poder separar la vista de ella ya estaba locamente enamorado y recitaba los versos del poeta:

> ¿Me has lanzado una flecha del arco o son tus ojos los que han herido al corazón enamorado al verte?
> La flecha tallada que me llega repentinamente ¿viene de una ventana o de un ejército?

Cuando hubieron terminado de jugar preguntó a la nodriza: « ¿Cómo se llama el joven que te he mostrado?» « Uns al-Uchud.» La joven sacudió su cabeza y

se tendió en el lecho con el pensamiento agitado; exhaló suspiros y recitó estos versos:

No se equivocó quien te puso por nombre Uns al-Uchud[131], ya que eres afable y generoso.
¡Oh, rostro de luna llena cuya faz ilumina al universo y se extiende sobre todos los seres!
Tú eres único entre todo el género humano; los testigos le dicen: « Tú eres bello» .
Tus cejas son el Nun escrito; tus pupilas son el Sad que se contempla con amor[132].
Tu talle es la tierna rama la cual, cuando se la solicita, da con largueza.
Tú superas en fuerza a todos los caballeros del mundo y siempre sobresales por tu extrema belleza.

Al terminar de recitar estos versos los escribió en una hoja de papel, los envolvió en un pedazo de seda bordada en oro y los colocó debajo de la almohada. Una doncella la estaba contemplando: se acercó y charló con ella hasta que se durmió. Le robó la hoja que tenía debajo del cojín, la leyó y se dio cuenta de que se había enamorado de Uns al-Uchud. Una vez leída la hoja volvió a colocarla en su sitio. Al despertarse dijo a la señora Ward Fi-l-Akmam: « ¡Señora! Puedo darte consejos y te tengo afecto. Sabe que la pasión es algo poderoso y que el guardarla oculta funde el hierro y causa enfermedades y malestares, mientras que quien revela su pasión no merece censura» . Ward Fi-l-Akmam preguntó: « ¡Dueña mía! ¿Cuál es el remedio de la pasión?» « ¡La unión!» « ¿Y cómo se consigue la unión?» « ¡Señora mía! Se consigue con la correspondencia, con las palabras dulces y multiplicando los saludos. Esto hace que los amantes se reúnan y soluciona los casos más difíciles. Si tú, señora mía, sufres algo de esto yo soy la persona más adecuada para celar tu secreto, para llevar a buen término tu deseo y trasladar tu correspondencia.» Ward Fi-l-Akmam perdió la cabeza de alegría al oír estas palabras pero se contuvo hasta ver en qué iba a parar el asunto. Se dijo: « Nadie sabe lo que me sucede. No se lo confesaré a esta muchacha hasta haberla puesto a prueba» . La dueña siguió: « ¡Señora mía! Me ha parecido ver en sueños a un hombre que se me acercaba y decía: “Tu señora y Uns al-Uchud se aman: auxíliales, llévales las cartas, haz lo que desean y guárdales el secreto. Así obtendrás un gran bien”. Te acabo de referir lo que he soñado y a ti te toca decidir» . Ward Fi-l-Akmam contestó a su doncella, después de haber oído el relato del sueño…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la princesa preguntó:] « ¿Sabes guardar los secretos, muchacha?» « ¿Cómo no he de guardar los secretos si soy de sangre noble?» La joven le entregó la hoja en que había escrito los versos y le dijo: « ¡Lleva esta carta a Uns al-Uchud y tráeme su respuesta!» La joven la tomó y se la llevó a éste. Al llegar ante él le besó las manos, le saludó con mil zalemas y le entregó el papel. Él lo leyó, comprendió lo que quería decir y a continuación escribió en el dorso estos versos:

Intento separar y ocultar la pasión de mi corazón, pero mi estado refleja mi amor.
Si mis lágrimas desbordan digo: « Tengo una herida en la pupila» , para que el censor no se dé cuenta de mi situación y comprenda.
Era libre y no sabía lo que era el amor. Ahora estoy enamorado, con el corazón apasionado.
Os expongo mi historia quejándome en ella, de mi pena y de mi amor para conmoveros e inspiraros compasión;
la he punteado con lágrimas de mis ojos para que os deis cuenta de lo que me ha sucedido por vuestra causa.
¡Que Dios proteja un rostro cuya belleza hace de velo, del cual la luna es esclava y al que sirven los astros!
¡Por la hermosura de aquella cuya pareja jamás he visto! Las ramas aprenden a cimbrearse en la elegancia de su talle.
Os pido, sin intentar con ello fastidiaros, que nos visitemos: la unión es el objetivo.
Os entrego mi persona, tal vez la aceptéis. Para mí la unión constituye el Paraíso y la separación, el Infierno.

Dobló el pliego, lo besó, se lo entregó y le dijo: « ¡Doncella! ¡Habla bien de mí a tu señora!» « Oír es obedecer» , le replicó. Cogió la carta, regresó al lado de la joven y le entregó el papel. Ésta lo besó y lo colocó encima de su cabeza. Después lo abrió, lo leyó, comprendió su significado y escribió al pie estos versos:

¡Oh, tú, cuyo corazón ha sido presa de nuestra belleza! Ten paciencia, pues tal vez obtengas la satisfacción de tu amor.
Estamos convencidos de que tu amor es verdadero y de que te ha alcanzado, en el corazón, lo mismo que ha herido al nuestro.
Responderíamos a tus deseos de unión con la unión, pero los censores nos impiden realizaría.

El exceso de pasión, cuando llega la noche, alumbra fuegos en nuestras entrañas.
El viento del sur abrasa nuestros lechos y tal vez las cargas del amor atormentan nuestros cuerpos.
En el amor es ley esconder la pasión; no levantéis las cortinas descorridas.
Mis entrañas han quedado prendidas por el amor de una gacelita. ¡Ojalá nunca se marchase de nuestra patria!

Al terminar la poesía dobló el papel y lo entregó a la dueña, quien lo tomó y salió de la habitación de Ward Fi-l-Akmam, hija del visir. Pero aquélla tropezó con el chambelán, quien le preguntó: « ¿Adónde vas?» « Al baño» , le contestó. Pero se turbó y la hoja se le cayó al cruzar la puerta. Esto es lo que se refiere a la hija del visir.

He aquí lo que hace referencia a la hoja: Un criado la vio abandonada en el suelo y la recogió. El visir, al salir del harén, se había sentado en un estrado. El criado le llevó la hoja que había recogido y, mientras aquél seguía sentado en el mismo sitio, se le acercó y, llevando el papel en la mano, le dijo: « ¡Señor mío! He encontrado esta carta abandonada en nuestra casa» . El visir se la arrebató de la mano. Como estaba plegada la abrió y leyó los versos escritos en ella ya citados; los leyó y entendió su sentido. Se fijó en la letra y se dio cuenta de que era la de su hija. Corrió a ver a la madre llorando a lágrima viva hasta dejar calada su barba. Su esposa le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Qué te hace llorar?» « Coge esta hoja y mira lo que contiene» , le contestó. Cogió la hoja, la leyó y vio que encerraba la correspondencia entre su hija, Ward Fi-l-Akmam, con Uns al-Uchud. La madre también rompió a llorar, pero conteniendo las lágrimas dijo al visir: « ¡Señor mío! El llorar carece de utilidad. Lo mejor que se puede hacer es pensar bien en él asunto para proteger tu honor y guardar oculto lo que le pasa a tu hija» . La esposa empezó a distraerle y a hacerle soportables las penas. Él le replicó: « Temo que mi hija se haya enamorado. ¿Es que no sabes que el sultán ama a Uns al-Uchud apasionadamente? Me preocupan dos cosas en este caso: la primera me afecta a mí, puesto que se trata de mi hija, y la segunda al sultán, dado que Uns al-Uchud goza de estima junto a él. Tal vez esto termine en un grave conflicto. ¿Tú qué opinas?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para él cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que su esposa le contestó: « Espera hasta que haya rezado la plegaria de la recta dirección» . Rezó las dos arracas canónicas y cuando hubo terminado dijo a su esposo: « En medio del Mar de los Tesoros hay un monte llamado al-Takla —el hecho de que se llame así se

explicará más adelante—. Nadie puede llegar hasta él si no es a costa de fatigas. Construye allí una casa para nuestra hija». El visir se puso de acuerdo con su esposa para construir un fuerte castillo, para instalar en él a su hija e irle suministrando víveres año tras año, abandonándola en compañía de sus damas y de sus servidores. Reunió carpinteros, albañiles y arquitectos y los envió a dicho monte en el que construyeron un fuerte castillo como no se había visto igual. Prepararon los víveres y las cabalgaduras y el visir fue a ver a su hija en medio de la noche ordenándole que se dispusiese para la marcha. El corazón de ésta presintió que iba a separarse del amado. Al ver los preparativos para el viaje rompió a llorar copiosamente y escribió sobre la puerta, para que Uns al-Uchud se enterase, el gran dolor que se había apoderado de día que llegaba a poner carne de gallina, a fundir las rocas y hacer correr las lágrimas. Escribió estos versos:

¡Por Dios, oh casa! Si mi amigo pasa por la mañana saludando con el ademán,
salúdale de nuestra parte del modo más puro y fragante, puesto que él no sabe dónde pasamos la noche.
Ignoro adonde nos conducen ni por qué se me llevan tan rápida y velozmente,
en medio de las tinieblas de la noche, mientras los pájaros del bosque, apoyados en las ramas, lloran y sollozan por nosotros.
Por su boca dice una lengua invisible: « ¡Qué dolor causa la separación a los amantes!»
Cuando he visto repleta la copa de la separación y que el destino escanciaba de ella sin cesar,
lo he mezclado con la hermosa paciencia en busca de una excusa, pero ahora, la paciencia, no me sirve de consuelo.

Al concluir estos versos montó y emprendió el viaje cruzando campiñas y desiertos, llanuras y pedregales hasta llegar al Mar de los Tesoros. Levantaron las tiendas en la orilla del mar, prepararon una gran nave y la hicieron embarcar en ésta junto con su séquito. El visir les había mandado que llegados al monte, cuando la hubiesen dejado en el castillo con su séquito, regresasen con la nave y una vez desembarcados destruyesen ésta. Marcharon mar adentro, hicieron todo lo que les habían mandado y regresaron llorando por lo que había sucedido. Esto es lo que hace referencia a su asunto.

He aquí lo que hace referencia a Uns al-Uchud: Al despertar de su sueño rezó la oración de la mañana, montó a caballo y fue a ponerse a disposición del sultán. Según su costumbre, pasó por delante de la puerta del visir para ver si encontraba a alguien del séquito de éste; que veía con cierta frecuencia. Se fijó en la puerta

y vio los versos ya citados.

Perdió el conocimiento, el fuego prendió en sus entrañas y tuvo que regresar a su domicilio sin conseguir estarse quieto en ningún sitio. Siguió inquieto y atormentado hasta la caída de la noche. Entonces se disfrazó y salió alocado en medio de las tinieblas, sin saber hacia dónde se dirigía, sin conocer el camino que iba a seguir. Marchó sin parar durante toda la noche y parte del día siguiente: el sol empezó a abrasar, los montes a quemar y la sed le atormentó. Vio un árbol cerca del cual corría un torrente; se dirigió hacia él, se sentó a su sombra, junto a la orilla del agua y quiso beber, pero su boca no encontró gusto. Su color cambió, el rostro le palideció; sus pies estaban hinchados de tanto andar. Lloró abundantemente, derramó lágrimas y recitó estos versos:

El enamorado se emborracha con el amor de su amado: siempre van en aumento la pasión y su llama.
Vaga, alocado por el amor: carece de refugio y ningún alimento le sienta bien.
¿Cómo puede ser agradable la vida a un amante que está separado de su amado? ¡Sería algo prodigioso!
Me derrito mientras aumenta mi pasión por él; mis lágrimas corren a raudales por la mejilla.
¿Volveré a verla? ¿Contemplaré alguna de sus moradas y con ello se curará mi corazón afligido?

Al terminar de recitar estos versos lloró hasta dejar empapado el suelo. Después se levantó y se marchó de aquel lugar. Mientras recorría las campiñas y desiertos le salió al encuentro un león cuyo cuello quedaba envuelto por los pelos de la cabeza, que era grande como una cúpula; su boca era más amplia que una puerta y sus colmillos, semejantes a los de un elefante. Uns al-Uchud, al verlo, se convenció de que iba a morir, se volvió en dirección de la alquibla, pronunció la profesión de fe y se preparó para el tránsito. Había leído en los libros que quien adula al león, le seduce, ya que le gustan las buenas palabras y le complacen las loas. Empezó a decirle: « ¡León del bosque, Dueño de la llanura, Rey de la selva, Padre de los héroes, Sultán de los animales! Soy un enamorado que arde de pasión; cuando me separé del amado perdí la razón: atiende a mis palabras, ten compasión de mi desvarío y de mi pasión» . El león, al oír sus palabras, retrocedió, se sentó encima de la cola y levantando la cabeza hacia el joven empezó a jugar con las manos y el rabo. Uns al-Uchud al ver estas maniobras recitó:

¡León del desierto! ¿Es que vas a darme muerte antes de que encuentre a quien me ha esclavizado?

Ni soy una presa ni poseo grasa; la pérdida del que amo me ha enflaquecido.
La separación del amado ha consumido mi vida y mi aspecto es el de un muerto en su sudario.
¡Rey del desierto! ¡Héroe del combate! ¡Haz que el censor no se alegre de mi pena!
Soy un amante que se ahoga en sus lágrimas; la separación del amado me intranquiliza.
Mis preocupaciones, por él, en medio de las tinieblas de la noche, me han sacado, por amor, fuera de mí.

Cuando terminó de recitar estos versos el león se puso en pie y se le acercó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el león se le acercó] gallardamente, con los ojos llenos de lágrimas. Al llegar a su lado le lamió con la lengua y empezó a andar ante él haciéndole señas para que le siguiese. Marchó en pos suyo y el león anduvo algún tiempo delante del muchacho hasta que subió a la cima de un monte y bajó de él. En el polvo descubrió las huellas de una caravana y reconoció que se trataba de la de Ward Fi-l-Akmam. Siguió sus pasos y el león, al ver que reanudaba el camino, comprendió que iba a seguir las huellas de su amada, y se marchó a sus quehaceres. Uns al-Uchud no cesó de andar, día y noche, siguiendo las huellas que le condujeron hasta el mar embravecido cuyas olas entrechocan. Al llegar a la orilla del océano, desaparecían. Se dio cuenta de que allí se habían embarcado y se habían adentrado en el mar. Perdió la esperanza de darle alcance, derramó lágrimas y recitó estos versos:

La meta está lejos y mi paciencia es escasa, pues estoy separado del amado. ¿Cómo he de llegar hasta ésta sobre las olas del mar?
¿Cómo he de tener paciencia cuando mis entrañas mueren de amor y el sueño ha sido substituido por la vela?
Desde el día en que ella dejó su morada y partió, mi corazón me abrasa y arde.
El Oxus y el Yaxartes de mis lágrimas corren como el Éufrates; su corriente lleva más agua que el diluvio.
Los párpados se han ulcerado por el flujo de las lágrimas; el corazón se ha quemado por el fuego y las chispas.
El ejército del dolor y de la pasión se ha apoderado de mí, mientras que el de mi paciencia emprendía la huida derrotado.

Hubiese arriesgado mi vida por su amor, pues esto me era más fácil de arriesgar.
¡Que Dios no reprenda el ojo que, en el campamento de la tribu, ha contemplado su belleza, superior a la de la luna llena!
He sido herido por unos grandes ojos negros cuyas flechas, disparadas por un arco sin cuerda, han asaeteado mi corazón.
Me ha sacudido con su cuerpo, flexible como la rama de sauce entre los árboles.
Ansío reunirme con ella para curar la pasión, la melancolía y la tristeza.

Por ella vivo afligido desde la mañana hasta la noche y todo esto ha ocurrido por la seducción de una mirada. Recitados estos versos lloró hasta caer desvanecido. Permaneció sin sentido mucho tiempo. Al volver en sí se volvió a derecha e izquierda y no distinguió a nadie en la campiña. Temió que las fieras le atacasen y se subió a la cima de un monte elevado. Mientras estaba en ella oyó una voz humana que hablaba en el interior de una gruta. Prestó atención y se dio cuenta de que se trataba de un asceta qué había abandonado el mundo y que se ocupaba en las prácticas de devoción. Llamó por tres veces en la cueva sin que le contestase ni saliese a abrir. Exhaló entonces profundos suspiros y recitó estos versos:

¿Cuál es el camino que conduce a la meta abandonando preocupaciones, amarguras, fatigas
y todos los terrores que me hacen encanecer la cabeza y el corazón en plena adolescencia?
No encuentro a nadie que me socorra en mi pasión ni un amigo que me haga soportables el tormento y la pena.
¡Cuántos tormentos he tenido que aguantar en él amor! Parece como si mi destino, ahora, se hubiese vuelto contra mí.
¡Qué lamentable! Un amante ardiente y desconsolado que ha tenido que apurar el cáliz del desvío y de la separación.
Tiene fuego en el corazón; las entrañas se remueven y la mente, por los aguijonazos de la separación, se confunde.
¡Qué día terrible aquel en que fuiste a su casa y viste sobre la puerta lo que estaba escrito!
¡Lloraste hasta empapar la tierra de lágrimas, pero te escondiste de vecinos y extraños!
¡Oh, asceta, que vives encerrado en la gruta! Parece como si hubieras probado el amor, pero te hubieses retirado.
Después de todo esto —si esto es todo—, si alcanzo mi deseo ya no volveré a tener ni fatigas ni preocupaciones.

Apenas había terminado sus versos cuando la puerta se abrió y oyó a alguien que decía: « ¡Qué pena!» Entró, saludó al asceta y éste le devolvió el saludo. Le preguntó; « ¿Cómo te llamas?» « Uns al-Uchud.» « ¿Por qué has venido a este lugar?» Le contó toda su historia desde el principio hasta el fin y le explicó lo que le había ocurrido. El asceta rompió a llorar y le dijo: « ¡Uns al-Uchud! Desde hace veinte años permanezco en este lugar y no he visto nunca a nadie hasta ayer. Oyendo llantos y sollozos miré en la dirección de donde venían y vi gran número de gentes y tiendas levantadas junto a la orilla del mar. Había allí una nave en la que embarcaron algunos de ellos y se internaron en el océano. Algunos regresaron con la nave y la barrenaron, marchándose hacia el interior. Opino que aquellos que se internaron en el mar y no volvieron, son los que tú buscas, Uns al-Uchud. Sufres una gran pena, pero tienes disculpa ya que no se ha visto jamás un enamorado sin suspiros» . El asceta recitó estos versos:

¡Uns al-Uchud! Tú crees que no he sufrido el amor, pero la pasión también me agobia.
Desde mi niñez, desde que mamé la leche, supe lo que era el amor y la pasión.
Lo experimenté durante algún tiempo hasta que lo conocí. Si le preguntas por mí, te dirá que me recuerda.
He apurado la copa de la pasión con sus penas e inquietudes; por ello me encuentro reducido al grueso de mi piel.
Antes era fuerte, pero mi vigor ha desaparecido; el ejército de mi resistencia fue vencido por la espada de las miradas.
No esperes alcanzar, en el amor, la unión, sin sufrir crueldades: en los tiempos las cosas más contrapuestas van enlazadas.
El amor ha decretado para todos los amantes que no tengan consuelo, pues sería una innovación nefasta.

Al terminar el asceta de recitar estos versos se dirigió hacia Uns al-Uchud y le abrazó…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [él asceta le abrazó] acompañándole con su llanto mientras los montes devolvían el eco. Lloraron hasta caer desmayados. Al volver en sí, se juraron por Dios (¡ensalzado sea!) que serían amigos. El asceta dijo a Uns al-Uchud: « Esta noche rezaré e interrogaré a Dios, por ti, sobre lo que debes hacer» . Le replicó: « ¡De buen grado!» Esto es lo que se refiere a Uns al-Uchud.

He aquí lo que se refiere a Ward Fi-l-Akmam: Al llegar al monte, una vez la hubieron dejado en el castillo, examinó éste y al ver su disposición lloró y dijo: « ¡Por Dios! Eres un lugar magnífico: sólo falta que esté aquí el amado Uns al-Uchud» . Vio que en la isla había pájaros y mandó a uno de su séquito que tendiesen trampas para cazarles y que pusiesen en jaulas, en el interior del palacio, a todos los que capturasen. El servidor hizo lo que le habían mandado. Después se sentó junto a una de las ventanas del castillo y recordando lo que le había pasado sintió aumentar al punto la pasión, el afecto y el desvarío. Rompió a llorar y recitó estos versos:

¿A quién me quejaré de la pasión que siento, de mi pena, del dolor por la separación del amado?
Es una llama oculta entre las costillas que no dejo trasparentar por temor del espía.
Me he transformado en una especie de astilla por causa de la separación, del ardor y del sollozo.
¿Dónde está el ojo del amado para que pueda ver cómo me he transformado en un árbol esquilmado?
Me han vejado al ocultarme en un lugar al cual no puede llegar mi amado.
Pido al sol que lleve mil saludos desde el momento de la aurora hasta el crepúsculo.
A un amante que con su belleza afrenta a la misma luna cuando surge por encima de una caña.
Si la rosa imita su mejilla yo le digo: « ¡No te le pareces, pues también me perteneces!»
Su boca contiene una dulce saliva que refresca el ardor de la llama.
¿Cómo he de consolarme de su pérdida si es mi corazón y mi vida; quien me hace enfermar y desfallecer; mi amigo y mi médico?

Al caer las tinieblas aumentó su pena, se acordó del tiempo pasado y recitó estos versos:

Las tinieblas aumentan, la pasión excita mi mal, el deseo intensifica mi dolor.
El aguijón de la separación sigue clavado en mis entrañas; el pensamiento me deja inerme.
La pasión me inquieta; el deseo, me abrasa; las lágrimas revelan un secreto de qué modo escondido.
No hay ningún síntoma de amor que yo no conozca: estoy delgado cual astilla, exhausto, dolorido.

El infierno de mi corazón arde en llamas y las entrañas se abrasan en su calor.

No pude contenerme al despedirme de ellos en el día de la separación, ¡qué angustia!, ¡qué arrepentimiento!

¿Quién le informará de lo que me ha sucedido? Basta con que soporte con paciencia lo que ha escrito la pluma.

¡Por Dios! Jamás he olvidado su amor. Juro de verdad según las leyes del amor.

¡Oh noche! Saluda al amado, haz de mensajero, y atestigua, según lo que sabes, que no pego el ojo en todo tu transcurso.

Esto es lo que se refiere a Ward Fi-l-Akmam.

He aquí lo que hace referencia a Uns al-Uchud: El asceta le dijo: « Baja al valle y tráeme fibra de palma» . Descendió y se la llevó. El asceta la cogió, la trenzó e hizo una especie de cesta como las que se hacen de paja. Le dijo: « Uns al-Uchud: en el fondo del valle hay una planta que germina y se seca sobre sus raíces. Baja y llena todo este capazo. Átala, arrójala al mar y embárcate. Navega hacia el interior del mar y tal vez consigas tu deseo, pues quien no se arriesga no consigue su objetivo» . « ¡Oír es obedecer!» , le replicó. El joven se despidió del asceta y se marchó a ejecutar lo que le había indicado después de que éste hubo rezado por él. Uns al-Uchud bajó al fondo del valle e hizo lo que le había dicho el asceta. Al estar con su capazo en alta mar empezó a soplar un viento que le arrastró haciéndole perder de vista la costa. Navegó ininterrumpidamente; una ola le levantaba y otra le bajaba, mientras él contemplaba los prodigios y amenazas que el océano encerraba. Los hados le arrojaron, al cabo de tres días, sobre el monte Takla y desembarcó en él hambriento y sediento como si fuese un polluelo recién salido del cascarón. En aquel lugar encontró ríos de agua corriente, pájaros que cantaban sobre las ramas, árboles cargados de frutos, bien formando bosquetes, bien aislados. Comió los frutos, bebió el agua de los ríos y empezó a andar. Descubrió a lo lejos un punto blanco y hacia él se dirigió avanzando hasta llegar: se trataba de un fuerte y magnífico castillo. Se acercó a la puerta y vio que estaba cerrada. Se quedó sentado en ella durante tres días. Mientras permanecía allí se abrió y salió un criado. Vio que Uns al-Uchud estaba sentado y le preguntó: « ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído hasta aquí?» « Vengo de Ispahán y he viajado por el mar con mis mercaderías. Pero la nave que me transportaba ha naufragado y las olas me han arrojado a la superficie de esta isla.» El criado rompió a llorar y le abrazó. Le dijo: « ¡Que Dios te guarde, cara de amigo! Yo soy de Ispahán y allí vive una prima a la que amaba cuando era pequeño, pues estaba enamorado de ella. Gentes más fuertes que nosotros tomaron nuestra ciudad y yo pasé a formar parte del botín cuando aún era pequeño, cortaron mi miembro y me vendieron

como esclavo. Ésta es mi condición» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que una vez le hubo saludado y dado la bienvenida le introdujo en el patio del alcázar. Uns al-Uchud, al entrar, distinguió un gran estanque rodeado por árboles y arbustos de cuyas ramas pendían jaulas de plata con puerta de oro. En su interior los pájaros cantaban y alababan al Rey de las Recompensas. Al llegar ante la primera la contempló y vio que guardaba una tórtola. El pájaro, al verle, levantó la voz y exclamó: « ¡Oh, Generoso!» , y Uns al-Uchud cayó desmayado. Al volver en sí empezó a suspirar y recitó estos versos:

¡Oh, tórtola! ¿Estás enamorada como yo? Pues ruega al Señor y canta: « ¡Oh, Generoso!»
¡Quién supiera si tu gorjeo es de alegría o de una pena de amor que tienes en el corazón!
¿Son sollozos de pasión por los amigos que se fueron o quedaste rezagada lánguida y enferma?
¿O has perdido tu amor, como yo, y el alejamiento de éste hace reaparecer la vieja pasión?
¡Que Dios proteja a un amante leal de cuya pérdida no me consolaré aunque mis huesos se carcoman!

Al terminar de recitar estos versos lloró hasta caer desmayado. Al volver en sí echó a andar hasta llegar a la segunda jaula en la que encontró un palomo. Éste, al verle, cantó y dijo: « ¡Oh, Eterno! ¡Te doy las gracias!» Nuevos suspiros se apoderaron de Uns al-Uchud y recitó estos versos:

El palomo ha prolongado su zureo diciendo: « ¡Oh, Eterno! ¡Te doy las gracias por todas mis necesidades!»
Es posible que Dios, con su favor, me reúna, en el transcurso de este viaje, con el amado.
Tal vez me visite con sus labios de miel añadiendo más amor a mi pasión.
Dije (mientras el fuego se alumbraba en el corazón hasta abrasar mi sangre
y las lágrimas caían como gotas de sangre e inundaban en su correr mis mejillas):
« Jamás ha habido una criatura sin sufrir penas, pero yo sabré soportar mi aflicción.

¡Por el poder de Dios! Cuando Éste me reúna en un momento tranquilo con mi dueño
daré a los enamorados mis bienes ya que son seres que viven según mi ley.
Libertaré a los pájaros de su prisión y sustituiré la tristeza por la alegría.»

Al terminar estos versos se dirigió a la tercera jaula y encontró en ella a un ruiseñor que al verle empezó a cantar. Al oírlo recitó estos versos:

El ruiseñor tiene una voz delicada que me admira: parece ser la voz del enamorado que canta el ardor de la pasión.
¡Qué piedad para los enamorados! ¡Cuántas noches han pasado, intranquilos, por él amor, el deseo y la prueba!
Parece como si ellos, por su gran pasión hubiesen sido creados, para su tormento, sin mañana y sin sueño.
Cuando enloquecí por aquel al que amo, la pasión me aherrojó y me encadenó a su manera de ser.
Las lágrimas caían de mis ojos y yo le dije: « La cadena de las lágrimas se ha estirado y me ha sujetado» .
El deseo creció, la distancia aumentó y quedaron perdidos los tesoros de mi paciencia; el exceso de la pasión me venció.
Si el destino fuese ecuánime y me reuniese con aquel a quien amo; si la protección de Dios me recubriese,
me quitaría los vestidos delante de mi amado para que viese cómo se ha consumido mi cuerpo por la separación, el alejamiento y el desvío.

Al terminar de recitar estos versos se dirigió hacia la cuarta jaula y vio en ella un ruiseñor que empezó a gorjear y a cantar en cuanto vio a Uns al-Uchud. Éste, al oír sus trinos, derramó lágrimas y recitó estos versos:

El ruiseñor, durante la aurora, tiene una voz que embelesa al amante de la música.
Uns al-Uchud se queja de una pasión y ha borrado todas sus huellas.
¡Cuántas veces hemos oído una voz cuya ternura ha impresionado al duro hierro y a la piedra!
El céfiro de la mañana nos ha hablado del jardín al que perfuman las flores.
Hemos gozado, por la mañana, de música, de los olores del céfiro y de los pájaros;
hemos pensado en el amante ausente, mientras las lágrimas corrían a

torrentes, copiosas como la lluvia.
La llama de fuego que hay en nuestras entrañas se avivaba igual como las chispas que desprenden las brasas.
¡Conceda Dios a un amante enamorado reunirse con su amada, verla!
Los enamorados tienen una disculpa patente pero sólo la conocen los expertos.

Una vez hubo terminado de recitar estos versos dio unos pasos y vio la jaula más hermosa de todas las que allí había. Al acercarse se dio cuenta de que encerraba a la paloma silvestre, la del bosque, que es tan famosa. Zureaba de amor y tenía un collar de gemas perfectamente alineadas en el cuello. La contempló con atención y vio que estaba abatida y callada en la jaula. El joven al comprender su situación, derramó lágrimas y recitó estos versos:

¡Palomo silvestre! ¡Te saludo, hermano de los enamorados, pues formas parte del grupo de los amantes!
Amo a una esbelta gacela cuya mirada corta más que el filo de la espada.
El amor abrasa mi corazón y mis entrañas; mi cuerpo está delgado y enfermo.
Me está prohibida la dulzura de los alimentos e idénticamente se me han negado las delicias del sueño.
La paciencia y la tranquilidad me han abandonado mientras el amor y la pasión se han instalado en mí.
¿Cómo me ha de ser grata la vida después de su partida si es mi alma, mi deseo, mi objetivo?

Una vez hubo terminado Uns al-Uchud sus versos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el palomo silvestre se admiró de su melancolía pues había escuchado sus versos. Zureó, moduló y cantó de un modo perfecto, que casi parecía que hablaba, y así, la voz de lo invisible recitó estos versos:

¡Oh, tú, amante! Me haces recordar el tiempo de mi juventud ya marchita.
Era un amante cuya forma me sedujo, cuya reluciente belleza me enamoró.

Su voz, que provenía desde el boscaje de las dunas, me entusiasmó y me gustó más que la de la chirimía.
Un cazador tendió sus redes y lo cogió cuando decía: « ¡Si me abandonase en el aire!»
Había esperado que aquel cazador tuviese piedad o al verme enamorado se compadeciese de mí.
¡Que Dios le castigue pues me ha separado, por la fuerza, de mi amado!
Mi pasión por él va en aumento y el fuego de la lontananza me consume.
¡Que Dios proteja a un amante apasionado que ha experimentado el amor y ha sufrido mis penas
y que al verme prisionero en la jaula tenga piedad de mi amigo y me liberte!

Uns al-Uchud se volvió hacia su amigo de Ispahán y le preguntó: « ¿Qué significa este alcázar? ¿Quién lo ha construido?» « Lo ha construido el visir de tal rey para su hija, temeroso de que a ésta le ocurran las vicisitudes de la suerte y las travesuras del destino. La ha instalado aquí, junto con su séquito. El castillo sólo se abre una vez al año, que es cuando traen las provisiones.» El joven se dijo: « He conseguido mi propósito pero la espera será larga» . Esto es lo que se refiere a Uns al-Uchud.

He aquí lo que se refiere a Ward Fi-l-Akmam: A ésta no le apetecía ni comer, ni beber ni estar sentada ni dormir. Su pasión, su dolor y su desvarío iban en aumento; recorría los rincones del castillo sin encontrar una salida y derramando torrentes de lágrimas recitaba:

Me han encarcelado, a viva fuerza, lejos de mi amor y en mi prisión me han apenado.
Han abrasado mi corazón con el fuego de la pasión, al separar de mi vista al amado.
Me han aprisionado en un alcázar que ha sido edificado en un monte que a su vez fue creado en medio de las olas.
Si querían que le olvidase sólo han conseguido que aumente mi amor.
¿Cómo he de consolarme cuando todo lo que me pasa tiene su raíz en una mirada al rostro del amado?
Paso todo el día entristecida y toda la noche pienso en él.
Durante mi soledad me acompaña su recuerdo mientras, al mismo tiempo, me entristezco por no encontrarle de veras.
¡Quién supiera si después de todo esto el destino permitirá que le vuelva a ver!

Una vez recitados estos versos subió a la azotea del palacio y haciendo de sus

vestidos de Baalbek una cuerda se ató a ellos y se descolgó hasta llegar al suelo. Llevaba puestos sus mejores trajes y ceñía su cuello un collar de gemas. Recorrió aquellas campiñas y llanuras hasta llegar a la orilla del mar. En el interior de éste divisó un pescador con su lancha, en pleno trabajo, y al que los vientos habían llevado hasta la isla. Al volverse vio a Ward Fi-l-Akmam, se asustó y quiso huir. Ella le llamó, le hizo muchas señas y recitó estos versos:

¡Oh, pescador! ¡No tienes de qué asustarte! Soy una mujer del género humano.
Deseo que contestes a mi súplica y que oigas mis palabras que son de buena fuente.
Ten piedad (¡Dios te proteja!) de mi ardor juvenil: ¿es que tus ojos han visto a un amado que huya?
Amo a un muchacho hermoso cuyo rostro supera a la faz del sol y a la luz de la luna.
La gacela, cuando ve sus miradas, dice: « Soy su esclava» , y después se excusa.
La belleza ha inscrito en sus mejillas una línea admirable llena de significados, a pesar de su brevedad.
Quien ve la luz de la pasión avanza por el camino recto, mientras que quien le abandona es un descreído y un incrédulo.
Si quieres presentármelo, ¡qué alegría! Te ofrecería, por verle, todos los tesoros:
Jacintos y cosas parecidas; clarísimas perlas y toda clase de gemas.
Es posible que mi amado satisfaga un día mi deseo pero por ahora mi corazón se funde y se despedaza de pasión.

El pescador lloró, sollozó y gimió al oír sus palabras y se acordó de su juventud, cuando le dominaba la pasión, le señoreaba el amor, se enamoraba, enloquecía y los fuegos de la mocedad le abrasaban. Recitó estos versos:

¡Qué excusa más clara tiene mi amor! Miembros enfermos y lágrimas a borbotones;
ojos en vela durante la tiniebla y un corazón ardiendo como ascuas.
Hemos sufrido el amor desde la juventud y sabemos distinguir lo mucho de lo poco.
Después, por amor, vendimos nuestra persona, para conseguir la unión con un amante alejado.
Arriesgamos la vida pues era posible que la venta nos diese beneficio.
Es ley de los amantes que el que compra la unión con el amado consigue el mayor provecho.

Cuando hubo terminado los versos, el pescador aproximó la lancha a la costa y le dijo: « Embarca y te llevaré al lugar que quieras» . Subió ella, zarparon y apenas se habían separado de la costa cuando se levantó un viento de popa que la empujó haciéndoles perder, rápidamente, la tierra de vista. El pescador no sabía hacia dónde iban y la violencia del viento duró tres días, al cabo de los cuales, con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!), se calmó. La barca continuó navegando hasta llegar a una ciudad situada junto a la orilla del mar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el pescador ancló en ella. Pertenecía a un rey poderoso, llamado Dirbas que, en aquel momento, estaba sentado con su hijo en el alcázar real, al lado de una ventana que daba al océano. Al volverse ambos hacia el mar divisaron y contemplaron aquella barca: transportaba a una adolescente que parecía ser la luna llena sobre el horizonte; en sus orejas llevaba unos pendientes de piedras carísimas y un collar de gemas preciosas. El rey se dio cuenta de que era hija de grandes o de reyes. Bajó del alcázar y saliendo por la puerta del mar vio cómo la embarcación anclaba junto a la orilla: la muchacha dormía mientras el pescador se ocupaba de atracar la nave. El rey la despertó de su sueño y al desvelarse rompió a llorar.

El soberano le preguntó: « ¿De dónde vienes? ¿De quién eres hija? ¿Cuál es la causa que te ha traído aquí?» Ward Fi-l-Akmam contestó: « Soy la hija de Ibrahim, visir del rey Samij. La causa de mi venida constituye un asunto portentoso, una cosa extraordinaria» . Le refirió toda su historia desde el principio hasta el fin sin ocultarle nada. Los suspiros le salieron del pecho y recitó estos versos:

Las lágrimas han lacerado mis párpados y corren y se sueltan maravillosamente, por mi angustia
a causa de un amigo que siempre habita en mi corazón pero con el cual nunca consigo la unión
Tiene un rostro magnífico, relumbrante, fresco cuya belleza supera la de turcos y árabes.
El sol y la luna se inclinan cuando aparece y se ponen, por amor, a su disposición.
Su negra mirada encierra la magia pues te muestra un arco presto a disparar las flechas.
¡Oh, tú, a quien he expuesto mi situación para que me disculpes! Ten piedad de un amante con el que juega la pasión.

El amor me ha traído al centro de vuestra playa; mi resolución es débil; de vos espero el respeto.
Cuando alguien llega, en busca de protección, a la tierra del generoso y éste le auxilia, aumenta su valor.
¡Esperanza mía! Cubre con un velo las vicisitudes de los enamorados y sé, señor, causa de su reunión.

Al terminar estos versos contó al rey su historia desde el principio hasta el fin, lloró de nuevo y recitó estos otros:

Vivimos y hemos visto la maravilla del amor. ¡Que todos los meses sean para ti como Rachab[133]!
¿No es maravilloso que el día de la partida, con mis lágrimas encendiese una llama en las vísceras?
¿Que los párpados de mis ojos llovieran sangre y que sobre el blanco de mi mejilla despuntase el oro?
En ella, por su color de azafrán, parece que esté el vestido de José cubierto de la sangre falsa[134].

Al oír estas palabras el rey se dio cuenta de su pasión y de su pena y le dijo: « ¡No temas ni te preocupes! Has conseguido tu deseo pues he de hacerte alcanzar lo que ambicionas y he de unirte al que buscas. Escucha estas palabras mías» , y empezó a recitar:

¡Hija de nobles! Has alcanzado tu propósito y tu meta. Tendrás buenas noticias. No te preocupes por nada.
Hoy reuniré riquezas y se las mandaré a Samij escoltadas por caballeros y camellos de raza.
Le mandaré sacos de almizcle y brocados; blanquísima plata y oro.
Sí: le daré noticia de mí por escrito diciéndole que quiero ser su pariente y suegro.
Hoy pasaré el día esforzándome en ayudarte para conseguir que se acerque el que quieres.
He gustado el plato de la pasión largo tiempo y hoy reconozco y disculpo a quien apura el cáliz del amor.

Al terminar de recitar estos versos se dirigió a sus tropas, llamó al visir, le hizo cargar riquezas sin cuento y le mandó que las llevase al rey Samij diciendo: « Es necesario que me traigas una persona llamada Uns al-Uchud que reside en su corte. Dile: “Mi rey desea ser tu pariente gracias al matrimonio de su hija con

Uns al-Uchud. Es necesario que le mandes conmigo para que establezcamos el contrato de bodas en el reino de su padre”» . El rey Dirbas escribió además una carta de este tenor al rey Samij y se la entregó al ministro exhortándole a que le llevase Uns al-Uchud. Le dijo: « Si no me lo traes te quitaré tus rentas» . « ¡Oír es obedecer!» , contestó el visir. Se marchó con los presentes y cuando llegó ante el rey Samij le saludó de parte del rey Dirbas y le entregó la carta y los presentes que llevaba. El rey Samij al leer la epístola y descubrir en ella el nombre de Uns al-Uchud se puso a llorar a lágrima viva. Dijo al visir que le había sido enviado: « ¿Dónde está Uns al-Uchud? Se marchó y no sabemos adónde. Tráemelo y te daré el doble de todas las riquezas que me has traído» . Volvió a llorar, derramó abundantes lágrimas, y recitó estos versos:

Devuélveme a mi amado; no necesito riquezas; no quiero regalos de joyas y perlas.
Tenía una luna llena que subía desde el horizonte de la belleza.
Superaba a todos en hermosura e inteligencia y no podía parangonarse ni con una gacela.
Era una rama de sauce que daba como fruto la seducción.
Pero la rama no es de naturaleza capaz de aprisionar el entendimiento de los hombres.
Le he criado cuando era un niño en una cuna de ternura
y ahora por su causa estoy triste y preocupado.

Volviéndose al visir que le había entregado los regalos y la carta le dijo: « Vuelve junto a tu señor e infórmale de que Uns al-Uchud hace un año que está ausente, que su dueño ignora dónde ha ido y que carece de noticias suyas» . El visir replicó: « Señor mío: mi dueño me ha dicho: “Si no regresas con él, te destituiré del visirato y no entrarás en mi ciudad”. ¿Cómo, pues, he de regresar sin él?» El rey Samij dijo al visir Ibrahim: « Acompáñale con los hombres necesarios e id en busca de Uns al-Uchud por todos los lugares» . « ¡Oír es obedecer!» Reunió cierto número de sus cortesanos y acompaño al visir del rey Dirbas, emprendiendo ambos la búsqueda de Uns al-Uchud.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cada vez que pasaban junto a un grupo de beduinos o de gente preguntaban por Uns al-Uchud diciendo: « ¿Ha pasado cerca de vosotros una persona llamada así y cuya descripción es tal y tal?» Les contestaban: « No le conocemos» . Recorrieron sin descanso ciudades y alquerías, buscaron por planicies y montañas, por campiñas y desiertos hasta

que llegaron a la orilla del mar, embarcaron en una nave y lo recorrieron hasta llegar al monte Takla. El visir del rey Dirbas preguntó al del rey Samij: «¿Por qué se llama este monte así?» Le contestó: «Porque en tiempos antiguos se instaló en él un genio femenino perteneciente a la raza de genios de la China. Amaba a un hombre y éste la amaba. Aquélla temía la venganza de sus familiares. Cuando la pasión se le hizo insoportable buscó un lugar de la tierra en el que pudiera pasar inadvertida para sus congéneres. Halló este monte que estaba alejado de hombres y genios, cuyo camino no podrían encontrar ni éstos ni aquéllos. Entonces raptó al muchacho, le colocó en él y regresó al lado de su familia, visitando a hurtadillas al amado. Así vivió un largo período de tiempo y dio a luz, en el monte, a numerosos hijos. Todos los comerciantes y viajeros que cruzaban el mar cerca de este monte oían el llanto de las criaturas que se asemejaba al de una mujer que hubiese perdido sus hijos. Entonces preguntaban: "¿Vive aquí alguna madre que haya perdido sus hijos?"»

El visir del rey Dirbas quedó boquiabierto de estas palabras. Siguieron viaje hasta llegar al alcázar: llamaron a la puerta y ésta se abrió saliendo a recibirles un criado que reconoció en Ibrahim al visir del rey Samij y le besó la mano. Entraron y en el patio, entre los criados, descubrieron un hombre depauperado que era Uns al-Uchud. El visir les preguntó: «¿De dónde ha salido éste?» Le contestaron: «Es un comerciante que ha perdido en un naufragio todos sus bienes. Sólo se ha salvado él y vive arrobado». El visir le dejó, se marchó al interior del castillo, pero no encontró ni rastro de su hija. Preguntó a los criados que estaban allí y le explicaron: «No sabemos cómo ha podido marcharse. Con nosotros ha permanecido muy poco tiempo». El visir lloró abundantemente y recitó estos versos:

¡Oh, casa, en la que los pájaros gorjeaban y cuyos umbrales estaban floridos!
Después llegó el amante, llorando por su pasión, y vio que las puertas estaban abiertas.
Ojalá supiera dónde se ha perdido mi vida, cerca de una casa cuyos dueños han partido;
en ella todo era espléndido, sus chambelanes eran soberbios y altivos.
Estaba cubierta por telas de brocado, ¡quién supiera adonde han ido a parar sus dueños!

Al terminar de recitar estos versos lloró y se levantó, exclamando: «¡No hay modo de huir del decreto de Dios ni hay escapatoria ante lo que dispone y ordena!» Subió a la azotea del palacio y encontró el vestido de Baalbek atado a las almenas del castillo y que colgaba hasta el suelo; se dio cuenta de que su hija había escapado por aquel lugar para vagar en su melancolía. Descubrió dos

pájaros: un cuervo y un búho, sacó de ello un mal augurio, exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

He venido a la casa del amigo con la esperanza de encontrar huellas que apagasen mi pasión y mi dolor,
pero no he encontrado en ella al amado ni más habitantes que un cuervo y un búho de mal agüero.
Una voz misteriosa ha dicho: « Fuiste injusto al separar a dos amantes:
ahora prueba el dolor que les causaste y vive apenado entre lágrimas y comezones» .

Bajó de lo alto del palacio llorando y mandó a los criados que saliesen a recorrer el monte en busca de su señora. Lo hicieron pero no la encontraron. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Uns al-Uchud: Cuando se cercioró de que Ward Fi-l-Akmam había partido dio un alarido terrible y cayó desmayado. Permaneció así mucho rato y creyeron que el Misericordioso le había causado un éxtasis y que estaba absorto en su contemplación; desesperaron de que Uns al-Uchud volviese en sí. El corazón del visir Ibrahim estaba apenado por la pérdida de su hija Ward Fi-l-Akmam y el visir del rey Dirbas quería regresar a su país, a pesar de no haber conseguido el objetivo de su viaje. Se despidió del visir Ibrahim, padre de Ward Fi-l-Akmam, y le dijo: « Desearía llevar conmigo a este pobre; es posible que Dios (¡ensalzado sea!) haga que gracias a su baraka el corazón de mi soberano se apiade de mí ya que él sufre arrobamientos. Después lo enviaré a Ispahán, su patria, que está cerca de nuestro país» . Ibrahim le contestó: « ¡Haz lo que quieras!» Cada uno de ellos se marchó a su patria y el visir del rey Dirbas se llevó consigo a Uns al-Uchud…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dirbas se llevó a Uns al-Uchud] que seguía sin conocimiento. Durante tres días viajaron sin que volviese en sí: iba tendido en el lomo de un mulo sin saber si le transportaban o no. Al recuperar el conocimiento preguntó: « ¿En qué lugar estoy?» « Estás en el séquito del visir del rey Dirbas» , le contestaron. Inmediatamente corrieron a informar a éste de que había vuelto en sí. Le envió agua de rosas y azúcar. Le dieron de beber, le reanimaron y siguieron el viaje hasta llegar a las inmediaciones de la ciudad del rey Dirbas. Éste mandó decir a su visir: « Si no traes contigo a Uns al-Uchud más vale que no te acerques jamás» . El visir, al leer el mensaje, se acongojó, ya que él no sabía que Ward Fi-l-Akmam se encontraba junto a su rey, ignoraba la causa

por la que éste le había enviado a buscar a Uns al-Uchud y desconocía que el rey quisiese emparentarse con él. Por su parte el joven no sabía adónde iban ni tenía noticia de que el visir había sido enviado en su busca, mientras que éste ignoraba que él era Uns al-Uchud. El visir al ver que el joven había vuelto en sí le dijo: « El rey me ha despachado con una misión que no he cumplido. Al enterarse de mi regreso me ha enviado una carta diciéndome: "Si no has cumplido la misión no entres en mi ciudad"» . El muchacho le preguntó: « ¿Y cuál era el encargo?» El visir le refirió toda la historia. Uns al-Uchud le dijo: « No temas y preséntate al rey. Llévame contigo, pues yo te garantizo que Uns al-Uchud comparecerá» . El visir se alegró mucho y preguntó: « ¿Es verdad lo que dices?» « ¡Sí!» Montó a caballo, llevó al joven consigo y se presentó con él ante el rey. Éste, cuando tuvo a los dos delante, preguntó: « ¿Dónde está Uns al-Uchud?» Éste replicó: « ¡Rey! Yo sé el lugar en que está Uns al-Uchud» . « ¿Dónde se encuentra?» « En un sitio muy cerca. Pero antes cuéntame qué es lo que deseas de él y yo te lo presentaré.» « ¡De buen grado! Pero éste es un asunto del que hay que hablar en privado.» Mandó a la gente que se marchase, se quedó a solas con él y le refirió toda la historia desde el principio hasta el fin. Uns al-Uchud le dijo: « Dame un traje precioso, haz que me lo pongan y yo te traeré, en seguida, a Uns al-Uchud» . Le dieron un traje de corte, se lo puso y dijo: « Yo soy Uns al-Uchud, por más que pese a los envidiosos» . Sus miradas desgarraron todos los corazones y recitó estos versos:

En la soledad me acompaña el recuerdo del amado, alejando de mí la tristeza.
Sólo dispongo de las lágrimas de mis ojos, las cuales, cuando desbordan, aligeran mis suspiros.
Mi amor es enorme; no hay otro que se le pueda comparar. Mi caso, en pasión y desvarío, es prodigioso:
paso las noches con los párpados abiertos, sin dormir. Lleno de deseo fluctúo entre el fuego y el paraíso.
Había tenido la bella paciencia pero la he perdido. El amor sólo me ha sometido a pruebas.
Mi cuerpo ha enflaquecido por el dolor de la separación. Las ansias han cambiado mi forma y mi aspecto:
las lágrimas me han causado llagas en los párpados y ya no puedo dominarlas.
Mis fuerzas han decrecido, he perdido el corazón, ¡cuántos dolores he sufrido, el uno del otro en pos!
Mi corazón y mi cabeza se asemejan por las canas a causa de una mujer hermosa, la más hermosa de las mujeres.
Contra su voluntad nos separaron cuando ella sólo ansiaba encontrarme,

reunirse conmigo.

¡Ojalá supiera si después de la separación y del alejamiento el destino me permitirá volver junto a mi amada!

El libro de la separación ¿será cerrado después de haber sido abierto? ¿La alegría de la reunión borrará mis penas?

¿Mi amado vivirá en la casa como mi comensal y mis penas se transformarán en tranquilo goce?

Al terminar de recitar estos versos exclamó el rey: « Sois dos amantes de verdad; sois un par de luceros en el cielo del amor. Lo que os ha ocurrido es maravilloso, lo que os ha pasado portentoso» . Le refirió toda la historia de Ward Fi-l-Akmam hasta el fin y el muchacho preguntó: « ¡Rey del tiempo! ¿Dónde está ella ahora?» « Está conmigo.» El rey mandó llamar al cadí y a los testigos, estableció el contrato matrimonial y los honró e hizo presentes. Después, el rey Dirbas envió un mensajero al rey Samij para que le informase de todo lo que le había sucedido con Uns al-Uchud y Ward Fi-l-Akmam. El rey Samij se alegró muchísimo y le contestó con una carta en la que decía: « Ya que la celebración del matrimonio ha tenido lugar en tus estados, es necesario que las fiestas y la consumación se celebren en el mío» . Preparó camellos, corceles y hombres y los envió por los dos amantes.

Cuando el rey Dirbas recibió la carta abrumó a los dos jóvenes con grandes riquezas y mandó que un grupo de sus tropas los escoltase. Así llegaron a su ciudad. Fue un día solemne como nunca se había visto. El rey Samij reunió a todos los cantores y músicos, dio banquetes y las fiestas duraron siete días. Durante cada uno de éstos el rey daba preciosos trajes de honor y colmaba de regalos a sus invitados. Después Uns al-Uchud pasó a visitar a Ward Fi-l-Akmam, la abrazó y ambos se sentaron a llorar de alegría y satisfacción. Recitó estos versos:

Ha llegado la alegría mientras la pena y la tristeza desaparecían. Nos hemos reunido dando celos a los envidiosos.

Sopla el perfumado céfiro de la unión que vivifica el corazón, las entrañas y el cuerpo.

La felicidad de la avenencia brilla perfumada y la alegre noticia de nuestra unión se difunde.

No creáis que lloramos de pena: nuestros lacrimales rebosan de alegría.

¡Cuántos terrores hemos visto! ¡Pero ya han pasado! Tuvimos paciencia con lo que despertaba nuestra angustia.

En un instante de amor he olvidado terrores tan grandes como para encanecer.

Al terminar de recitar el verso se abrazaron y se mantuvieron así hasta caer desmayados…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [cayeron desmayados] por la satisfacción que sentían de verse reunidos. Al volver en sí, Uns al-Uchud recitó estos versos:

¡Qué dulces son las noches de la realización del deseo, cuando mi amado es equitativo!
¡Cuando la unión no sufre interrupciones y ha terminado la separación en la lejanía!
El destino ha corrido a nuestro encuentro después de habernos rehuido, de haberse alejado.
La buena suerte ha plantado ante nosotros sus estandartes y hemos bebido una copa pura.
Estamos reunidos y mutuamente nos hemos quejado del dolor, de las noches transcurridas en el dolor.
¡Hemos olvidado el pasado, señores! El Misericordioso ha borrado lo sucedido.
¡Qué dulce y suave es la vida! La unión no hace más que aumentar mi pasión.

Al terminar de recitar estos versos se abrazaron y fueron a echarse en la habitación más solitaria. En ella hicieron tertulia, recitaron versos y se explicaron hermosas historias hasta que se hundieron en el mar de la pasión. Así transcurrieron siete días sin que ellos hiciesen distinción entre el día y la noche de tan grande como eran la alegría, las dulzuras, la tranquilidad y la belleza; parecíales que los siete días eran uno solo, sin que éste tuviera mañana. Pero supieron del transcurso de los días de la semana cuando se presentó un grupo de cantores. Entonces Ward Fi-l-Akmam, maravillada, recitó estos versos:

A pesar del enfado de los envidiosos y del espía hemos obtenido del amado lo que deseábamos.
La unión nos ha permitido abrazarnos sobre cojines de brocado y de seda fina.
Sobre edredones de cuero rellenos de plumas de pájaro de las mejores especies.
El vino ha sido sustituido por la saliva del amor que está por encima de

todos los demás.
A causa de las dulzuras de la unión no sabemos si ha transcurrido mucho o poco tiempo.
Han pasado siete noches y, ¡cosa extraordinaria!, no nos hemos dado cuenta.
Felicitadme por la semana y decid: « ¡Que Dios prolongue tu unión con el amado!»

Al terminar de recitar estos versos Uns al-Uchud la besó un centenar de veces y recitó estos otros:

Ha llegado el día de la alegría y de las felicitaciones, ha venido la amada desde lejos y me ha rescatado.
Me ha agasajado con la dulce unión y me ha hablado con palabras delicadas y agradables.
Me ha escanciado la bebida de la familiaridad hasta que lo que me ha escanciado me ha hecho desprenderme de la realidad.
Hemos disfrutado, gozado y yacido juntos. Después hemos bebido juntos en medio de cantos.
A causa de la mucha alegría no hemos distinguido un día de otro.
¡Que cada amante consiga la bella unión y que le llegue la alegría como a mí me ha llegado!
¡Que no conozca el amargo sabor de la separación y que el Señor le dé tanta alegría como a mí me ha dado!

Al terminar de recitar estos versos salieron de su habitación, dieron regalos, vestidos de honor, dones y presentes a la gente. Después Ward Fi-l-Akmam mandó que les reservasen el baño público y dijo a su marido: « ¡Refresco de mis ojos! Querría verte en el baño, solo, sin compañía» , y llena de alegría recitó estos versos:

¡Oh, tú, que desde antiguo me posees —el tiempo actual no puede prescindir del pasado—!
¡Oh, tú, de quien no puedo prescindir, no buscando más comensal!
¡Luz de mis ojos! ¡Vamos al baño! Verás el paraíso en medio del infierno.
Lo perfumaremos con madera de Nadd hasta que su aroma se difunda por todo el país.
Perdonaremos al destino todas sus culpas y daremos gracias a la bondad de nuestro Señor, el Misericordioso.
Al verte en el baño diré: « ¡Te felicito, amado mío, por todos los bienes!»

Al concluir de recitar estos versos se marcharon al baño, pasaron el rato agradablemente en él y después volvieron a su palacio. Vivieron en la más dulce de las vidas hasta que se les presentó el destructor de las felicidades y el separador de los amigos. ¡Gloria a Aquel que no cambia ni muere! ¡A Él vuelven todas las cosas!

ABU NUWÁS Y HARÚN AL-RASID

SE cuenta que cierto día Abu Nuwás se quedó solo y preparó un magnífico festín. Reunió toda clase de guisos y de platos, todo aquello que podía gustar a los labios y a la lengua. A continuación salió en busca de un buen amante para que le acompañara en el banquete, exclamando: « ¡Señor mío! ¡Dueño mío! Te ruego que hagas que encuentre alguna persona merecedora de tal banquete, apta para ser hoy mi comensal» . Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando vio a tres genios de belleza: parecían ser hijos de unos magos. Eran de distinto color, pero de igual hermosura. El cimbreo de su talle despertaba la pasión, tal y como dijo quien dijo:

Pasé al lado de dos genios y dije: « ¡Os amo!» Los dos genios contestaron:
« ¿Eres rico?» Repliqué: « ¡Y generoso!» Concluyeron: « ¡Vamos los dos!»

Abu Nuwás pertenecía a esta escuela: disfrutaba y gozaba con los hermosos y recogía la rosa en las mejillas en flor tal como dice el poeta:

Es un anciano con el fuego de la juventud: ama a los hermosos y gusta de la diversión:
se levanta por la mañana sintiéndose de Mosul, ciudad de la pureza, pero no piensa más que en Alepo[135].

Abu Nuwás se acercó a aquellos jóvenes y los saludó. Le recibieron con el máximo respeto, pero se dispusieron a continuar su camino. Abu Nuwás los interceptó recitando estos versos:

¡No os marchéis con otro! Tengo tesoros de cosas buenas:
vino excelente traído por los monjes del monasterio,
carne de cordero y varias especies de pájaros.
¡Comed de esto! ¡Bebed el vino añejo que aleja todo mal!
¡Gozad unos con otros y acariciad, entre todos, mi miembro!

Los jóvenes, al comprender sus versos, se inclinaron a complacerle y le dijeron:

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los jóvenes le dijeron:] « ¡Oír es obedecer!» Le acompañaron a su domicilio y allí encontraron todo lo que les había descrito en los versos. Se sentaron, comieron, bebieron, disfrutaron, gozaron y pidieron a Abu Nuwás que dijera cuál de ellos era más hermoso y perfecto, el de mejor aspecto y más bien proporcionado. Después de dar un par de besos a uno de ellos recitó estos dos versos:

¡Rescataría, con mi vida, el lunar que tiene en la mejilla! Pero ¿cómo se puede rescatar este lunar con dinero?
¡Bendito sea Quien creó sus mejillas sin bozo y asentó en una la máxima belleza que es ese lunar!

Besó en los labios al segundo y señalándole recitó este par de versos:

El amado tiene un lunar en la mejilla que parece almizcle sobre un campo de puro alcanfor.
Mi mirada queda absorta al verlo y el lunar responde: « ¡Bendito sea el Profeta!»

Después de haber besado diez veces al tercero recitó, señalándole, estos versos:

Un joven que sujeta el vino entre las manos funde el oro en copa de plata.
Pasea, como el escanciador, una copa de vino mientras sus pupilas llevan otras dos.
Hermoso; es un hijo de turcos, una gacela. Su cintura está entre los dos montes de Hunayn[136].
Si mi espíritu está tranquilo en Bagdad, mi corazón vacila entre dirigirse a uno de estos dos sitios:
a Diyar Bakr, hacia donde le atrae un amor, y a la tierra de las dos mezquitas.

Cada uno de los jóvenes había vaciado dos veces consecutivas la copa. Cuando le llegó el turno, Abu Nuwás la cogió y recitó este par de versos:

No aceptes el vino si no te lo ofrece una gacela que se parezca, por su delicadeza, al vino.
El vino no alegra a quien lo bebe, a menos de que lo escancie un rostro puro.

Vació la copa y ésta siguió circulando. Al llegar otra vez a Abu Nuwás la alegría le embargó y recitó estos versos:

Ofrece a tu comensal copas de vino sin descanso y haz que las sigan otras copas.
Presentadas por la mano de un copero de labios rojos, hermoso, cuya saliva después de la siesta parezca almizcle o miel.
No aceptes el vino si no lo ofrece la mano de una gacela la cual, al besarla en la mejilla, sea más dulce que el vino.

La embriaguez se apoderó de Abu Nuwás y no distinguió ya la mano de la cabeza; se lanzó sobre los jóvenes con besos y abrazos, entrelazaba pierna con pierna sin darse cuenta del pecado, sin avergonzarse, y recitó estos versos:

El único que goza de dulzuras es el joven que bebe teniendo como comensales a los hermosos.
Éste le canta; aquél, cuando le excita, levanta la copa bebiendo a su salud.
Cuando necesita el beso de uno de ellos, aquél le sorbe la boca.
¡Benditos sean! He pasado un día feliz con ellos y ha sido completamente dulce.
Hemos bebido vino puro y mezclado y de aquél que se duerme hacemos nuestra víctima.

Mientras así discurrían alguien llamó a la puerta. Le permitieron entrar y vieron que se trataba del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid. Todos se pusieron de pie y besaron el suelo ante él. Abu Nuwás, por temor al Califa, se despejó en el acto de la embriaguez. Éste le preguntó: « ¡Abu Nuwás!» « ¡Heme aquí, Emir de los creyentes! ¡Que Dios te auxilie!» « ¿Qué significa todo esto?» « ¡Emir de los creyentes! ¡Es una situación por la que no hay que preguntar!» « ¡Abu Nuwás! He pedido a Dios (¡ensalzado sea!) que me inspire, y te he nombrado, después, alcadí de los alcahuetes.» « ¿Es que deseas darme en propiedad dicho cargo, Emir de los creyentes?» « ¡Sí!» « ¡Emir de los creyentes! ¿Es que has de depositar alguna queja ante mí?» El Califa se indignó, se volvió y se marchó lleno de rabia. Pasó la noche ciego de furor contra Abu Nuwás, mientras éste pasaba la más feliz y alegre de todas las suyas. Al amanecer, cuando el sol hubo salido y ya estaba alto, el poeta despidió a los muchachos, se puso el traje de corte y salió de su casa en busca del Emir de los creyentes. Éste, cuando disolvía el Consejo, acostumbraba a pasar a la sala de audiencias, llamaba a poetas, comensales y músicos y hacía ocupar a cada uno un sitio del cual no podía marcharse. Aquel día había levantado el Consejo,

dirigido a la sala de audiencias, llamado a los contertulios y los había colocado en su lugar. Abu Nuwás, al llegar, quiso ocupar su sitio de costumbre. El Emir de los creyentes llamó a Masrur, el verdugo, y le mandó que quitase a Abu Nuwás los vestidos que llevaba, que le atase encima la albarda de un asno, que le ligase en la cabeza un cabestro y una cincha alrededor del torso y que le pasease por los departamentos de las esclavas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa ordenó que le pasease] por el harén y por todas las dependencias de palacio para que se burlasen de él; que después le cortase la cabeza y se la llevase. Masrur contestó: « Oír es obedecer» . Empezó a hacer lo que le había mandado el Califa y le paseó por las celdas del palacio que eran tantas como días tiene el año. Abu Nuwás era chistoso y todos los que le veían le regalaban algo: al terminar el recorrido tenía toda la bolsa llena de dinero. Mientras se encontraba en esta situación, Chafar, el barmekí, entró de regreso de una misión importante que le había encomendado el Emir de los creyentes. Reconoció a Abu Nuwás a pesar del estado en que le hallaba y le preguntó: « ¡Abu Nuwás!» « ¡Heme aquí!» « ¿Qué falta has cometido para merecer este castigo?» « No he cometido más pecado que el dedicar a nuestro señor, el Califa, mis mejores versos y él me ha regalado sus mejores vestidos.» Cuando el Emir de los creyentes oyó esto rompió a reír, a pesar de la rabia que le llenaba el corazón. Le perdonó y mandó que le dieran una bolsa de dinero.

ANÉCDOTAS QUE HACEN REFERENCIA A PERSONAS GENEROSAS, CORTESES Y AMABLES

SE cuenta que un habitante de Basora compró una esclava y la educó del mejor modo posible, la instruyó y se enamoró de ella por completo. Gastó todos sus bienes en darle fiestas y diversiones: así se arruinó y la pobreza le agobió. La joven le dijo: « ¡Señor mío! Véndeme, pues necesitas mi importe y me entristece el estado de necesidad en que te encuentras. Será preferible para ti que me vendas y utilices lo que cobres por mí. ¡Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) te facilite un sustento más amplio!» La estrechez de su situación le hizo aceptar. La cogió, la llevó al mercado y el corredor se la presentó al Emir de Basora que se llamaba Abd Allah b. Maamar. La chica le gustó y la compró por quinientos dinares, cuyo importe pagó a su dueño. Cuando éste la hubo cogido y se disponía a marcharse, la joven rompió a llorar y recitó estos dos versos:

¡Que te sea útil el dinero que has obtenido! A mí no me queda más que la pena y la meditación.
Diré a mi espíritu, que se encuentra en la peor situación: « Tanto si te gusta como si no, tu amado ha partido» .

El dueño, al oír estos versos, exhaló suspiros y recitó estos otros:

Este asunto no presenta para ti ninguna escapatoria y no encontrarás más que la muerte. ¡Perdona!
Por la mañana y por la noche tu recuerdo será mi contertulio y a él confiaré un corazón lleno de preocupaciones.
¡Que la paz sea sobre ti, pues no nos visitaremos ni nos reuniremos si Ibn Maamar no lo permite!

Abd Allah b. Maamar, al oír los versos de los dos, al ver su pena, dijo: « ¡Por Dios! No seré el responsable de vuestra separación. Me parece claro que sois un par de amantes. ¡Hombre! Coge el dinero y la esclava y que Dios os bendiga a los dos, ya que la separación de los amantes es la cosa más penosa para éstos» . Los dos le besaron la mano, se marcharon y continuaron juntos hasta que les separó la muerte. ¡Gloria a Dios que no conoce la muerte!

LOS AMANTES DE LA TRIBU DE BANU UDRA

Se cuenta que entre los Banu Udra[137] había un hombre muy agradable el

cual no había vivido ni un solo día sin saber lo que era el amor. Se enamoró de una hermosa mujer de su propia tribu y le envió cartas durante varios días, pero ella le trató con dureza y se alejó de él. El amor, la pasión y el desvarío le causaron una grave enfermedad que le obligó a guardar cama a pesar de que no dormía. La gente se enteró de lo que le ocurría y todo el mundo supo de su pasión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la enfermedad se fue agravando y sus dolores creciendo hasta que estuvo a punto de morir. Sus familiares hablaban a los de ella para que acudiese a visitarle, pero la muchacha se negó hasta que le anunciaron que estaba a punto de morir. Entonces se enterneció y le hizo el honor de acudir a visitarle. Los ojos del enfermo, al verla, se llenaron de lágrimas y recitó:

> ¡Por vida tuya! Si pasa junto a ti mi entierro y las parihuelas van a hombros de cuatro hombres
> ¿no seguirás el cortejo para saludar la tumba de un muerto depositado en la fosa?

Ella, al oír estas palabras, lloró abundantemente y dijo: « ¡Por Dios! ¡Nunca hubiese creído que tu amor por mí hubiese llegado hasta este extremo, hasta ponerte en brazos de la muerte! Si lo hubiese sabido te habría auxiliado y me hubiese entregado a ti» . El hombre, al oír sus palabras, derramó lágrimas tan abundantes como la lluvia y recitó estas palabras del poeta:

> Se ha acercado cuando la muerte se interponía entre ella y yo y ha ofrecido la unión cuando la unión ya no servía de nada.

Sufrió un estertor y murió. Ella se le echó encima para besarle y llorar. Lloró sin parar hasta que cayó desmayada a su lado. Al volver en sí recomendó a sus familiares que la enterrasen en la misma tumba cuando muriera. Con los ojos llenos de lágrimas recitó este par de versos:

> Hemos vivido sobre la faz de la tierra una vida agradable: la tribu, la familia y la patria estaban contentos con nosotros.
> El destino y la suerte rompieron nuestra compañía y el sudario nos ha reunido en su interior.

Al terminar los versos lloró de nuevo y siguió llorando y sollozando hasta que cayó desmayada. Permaneció así durante tres días y después murió siendo enterrada en la misma tumba del joven. Ésta es una de las historias más maravillosas de amor.

EL VISIR DEL YEMEN Y SU HERMANO

Se cuenta que el señor Badr al-Din, visir del Yemen, tenía un hermano, un prodigio de hermosura, que le causaba muchas preocupaciones. Buscó quien le instruyera y encontró a un jeque venerable, serio, religioso y casto. Le instaló en una casa situada al lado de la suya. Permaneció en esta situación durante algunos días. Cada día iba al domicilio del señor Badr al-Din para enseñar a su hermano y después regresaba a su casa. El corazón del jeque se quedó prendado del joven, la pasión fue creciendo y vivía en una inquietud constante. Un día se quejó al muchacho de su situación. Éste le replicó: « ¿Cómo he de hacerlo? Yo no puedo separarme de mi hermano ni de día ni de noche. Él siempre está a mi lado como puedes ver» . El jeque le dijo: « Mi casa está junto a la vuestra. Cuando tu hermano duerma será fácil levantarte e ir al retrete. La gente de la casa creerá que duermes. Entonces ven junto a la pared de mi azotea y yo te acogeré al otro lado del muro. Permanecerás conmigo un rato y después volverás sin que se entere tu hermano» . El joven dijo: « ¡Oír es obedecer!» El jeque preparó regalos dignos de su rango. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al joven: Se metió en el retrete y esperó hasta que su hermano se hubo acostado. Permaneció allí y dejó que transcurriese parte de la noche para que su hermano se quedara dormido. Después se dirigió hacia el muro y encontró al jeque de pie, esperando. Le tendió la mano, el joven la cogió, y le hizo entrar en su casa. Aquélla era una noche de luna llena. Se sentaron a hablar mientras pasaban del uno al otro los vasos de vino. El jeque empezó a cantar mientras la luna les iluminaba con sus rayos: estaban en plena fiesta, en una orgía, sumergidos en las dulzuras del placer y en un bienestar que dejaba confuso al entendimiento y a la vista, pues era imposible de describir. En ese momento se despertó el señor Badr al-Din y vio que faltaba su hermano. Se levantó asustado y vio que la puerta estaba abierta. Salió, oyó hablar, trepó por la pared a la azotea, vio que la luz irradiaba desde la casa vecina; al observar desde detrás del muro vio a los contertulios que se pasaban la copa. El jeque se dio cuenta de su presencia y, con la copa en la mano, entonando una melodía, recitó estos versos:

Me ha escanciado vino de la saliva de su boca y me ha saludado con el

bozo y regiones vecinas.
Ha pasado toda la noche abrazado conmigo mejilla contra mejilla un hermoso que no tiene par en el género humano.
Pero ha aparecido la luna llena (Badr) iluminándonos. Le ruego que no nos denuncie a su hermano.

El señor Badr al-Din al oír estos versos fue amable y dijo: « ¡Por Dios! ¡No os denunciaré!» , y les abandonó en plena fiesta.

HISTORIA DE DOS ADOLESCENTES QUE SE AMABAN

Se cuenta que un joven y una joven estudiaban en una escuela. El joven se enamoró de la muchacha…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven se enamoró de la muchacha] apasionadamente. Un día, mientras sus compañeros estaban distraídos, aquél cogió la pizarra de la joven y escribió estos dos versos:

¿Qué dices acerca de quien se ha puesto enfermo por lo mucho que te quiere y está fuera de sí?
Se queja del dolor, del tormento que le causa la pasión y no puede esconder lo que tiene en el corazón.

La joven tomó la pizarra, vio que en ella había versos, los leyó, comprendió su significado y escribió debajo de los del joven estos otros dos:

Cuando vemos un amante que sufre por la pasión le concedemos el favor.
Él conseguirá el amor que espera de nosotros y sea de nosotros lo que sea.

El maestro entró en aquel instante, mientras ambos estaban distraídos, encontró la pizarra, la cogió y leyó lo que contenía. Se apiadó de ellos y escribió en la misma pizarra, debajo de sus versos, estos otros dos:

Es propio de quien te ama el no temer las consecuencias, puesto que el amante sólo piensa en su pasión.

No temáis al maestro, pues él ha experimentado, a veces, el amor.

El dueño de la joven entró en aquel instante en la escuela y encontró su pizarra. La cogió y leyó lo que habían escrito el joven, la joven y el maestro. Él, entonces, puso debajo de todo, en el extremo inferior, este par de versos:

¡Que Dios no os separe en toda la eternidad! ¡Que quien os censure quede desconcertado y deshecho!
En cuanto al maestro, ¡por Dios!, mis ojos no han visto jamás mejor mediador que él.

El dueño de la muchacha mandó llamar al cadí y a los testigos y extendió su contrato matrimonial con el joven allí mismo. Preparó un banquete y les hizo numerosos regalos. Ambos vivieron felices y contentos hasta que les llegó el destructor de las dulzuras y el separador de los amigos.

EL POETA AL-MUTALAMMIS Y SU MUJER

Se cuenta que al-Mutalammis huyó de la corte del rey al-Numán b. al-Mundir y estuvo ausente durante mucho tiempo hasta el punto de que creyeron que había muerto. Tenía una mujer muy hermosa que se llamaba Umayma cuya familia la aconsejaba que volviera a casarse. Ella se negó, pero le insistieron dado el gran número de los que aspiraban a su mano. Finalmente la forzaron a casarse de nuevo. Accedió de mala gana a hacerlo y la esposaron con un hombre de su tribu mientras ella continuaba queriendo muchísimo a su primer esposo, al-Mutalammis. En la misma noche en que debía consumarse la boda con aquel hombre al que odiaba, regresó su esposo, al-Mutalammis. Oyó cómo los de su tribu tocaban las flautas y los adufes y descubrió los signos de la fiesta. Preguntó a unos muchachos por la causa de ésta y le contestaron: « Casan a Umayma, la mujer de al-Mutalammis, con Fulano y esta noche se consumará el matrimonio» . Aquél, al oír tales palabras, se las ingenió para entrar en la casa con un grupo de mujeres y vio a la pareja sentada en el lecho. Cuando el novio se acercó a la mujer, ésta suspiró profundamente, lloró y recitó estos versos:

¡Ojalá supiera —tantas son las vicisitudes— en qué país te encuentras, Mutalammis!

Su marido, al-Mutalammis, que era un célebre poeta, le contestó diciendo:

¡Umayma! Sabe que estoy en la casa de al lado y que te he deseado en cada alto de la caravana.

El recién casado comprendió de lo que se trataba y se marchó apresuradamente recitando estos versos:

Era feliz, pero la noche me trae lo contrario mientras vosotros os reunís en una habitación espaciosa.

La dejó y se marchó. Al-Mutalammis se reunió con su mujer y vivieron del modo más confortable, puro y exquisito, hasta que los separó la muerte. ¡Gloria a Aquel que gobierna los cielos y la tierra!

HARÚN AL-RASID Y ZUBAYDA

Se cuenta que el Califa Harún al-Rasid amaba profundamente a la señora Zubayda, a la que había hecho construir un jardín de recreo en el que había un lago de agua rodeado por un cinturón de árboles a través del cual llegaba el agua desde todas partes. Los árboles entrelazaban sus ramas hasta el punto de que si alguien iba a bañarse en dicho estanque nadie podía verle por la frondosidad del follaje. Un día la señora Zubayda se dirigió al jardín, fue a la alberca…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zubayda] observó su belleza, se maravilló de su esplendor y de la imagen de los árboles reflejados en ella. Era un día muy caluroso. Se desnudó y se metió en el estanque que no llegaba a cubrirla y empezó a echarse agua con un aguamanil de plata: el líquido corría por encima de su piel. El Califa se enteró de lo que hacía y salió del palacio para verla desde detrás de las hojas de los árboles: la vio desnuda, mostrando lo que debía estar oculto. Zubayda, al notar que el Emir de los creyentes estaba escondido detrás de las hojas de los árboles y al darse cuenta de que la veía desnuda, se volvió, le miró y se avergonzó tapando sus partes con las manos, pero sin llegar a ocultarlo todo de tan grande y grueso como era.

El Califa, admirado de lo que había visto, se marchó al momento recitando estos versos:

Mis ojos han visto lo que me apena y mi angustia crece por la separación.

Pero no pudo continuar el verso por lo que mandó a buscar a Abu Nuwás. Cuando le tuvo ante él le dijo: « Recítame un poema que empiece:

> Mis ojos han visto lo que me apena y mi angustia crece por la separación.»

Abu Nuwás contestó: « ¡Oír es obedecer!» , y en un abrir y cerrar de ojos improvisó y recitó estos versos:

> Mis ojos han visto lo que me apena y mi angustia crece por la separación
> de la gacela que me ha seducido bajo la sombra de dos árboles de loto.
> Se echaba el agua por encima con aguamaniles de plata.
> Ella me vio y ocultó con las manos sus partes, pero no las cubrió del todo.
> ¡Ojalá pudiera estar encima una o dos horas!

El Emir de los creyentes sonrió, le hizo un regalo y se marchó satisfecho.

HARÚN AL-RASID Y LOS TRES POETAS

Se cuenta que cierta noche el Emir de los creyentes, al-Rasid, se desveló, se levantó y empezó a pasear por el palacio. Tropezó con una esclava que daba traspiés de tan borracha como estaba. Él la amaba y la quería mucho. Empezó a jugar con ella y la atrajo hacia sí: la túnica se le cayó y se le desabrocharon los vestidos. El Califa le pidió relaciones, pero ella le contestó: « ¡Déjame hasta mañana, Emir de los creyentes! No estoy preparada para recibirte, ya que no sabía que tú fueras a venir» . El Califa la dejó y se marchó. Al llegar el día y aparecer el sol con su luz le mandó un paje para hacerle saber que el Emir de los creyentes iba a ir a su habitación. Ella le dio esta respuesta:

> El día borra las palabras de la noche.

Al-Rasid dijo a sus invitados: « Recitadme una poesía que contenga las palabras:

> El día borra las palabras de la noche.»

Le contestaron: « Oír es obedecer» . Al-Raqasi se acercó y recitó estos versos:

¡Por Dios! ¡Si tú pudieses tener mi pasión, el reposo te abandonaría!
Una muchacha que ni visita ni es visitada. Te ha dejado lleno de pasión y abrumado.
Después de habértelo prometido se ha negado diciendo: « El día borra las palabras de la noche» .

Después se adelantó Abu Musab y recitó:

¿Cuándo te tranquilizarás tú que tienes el corazón inquieto? Ni duermes ni gozas de tranquilidad.
¿No te basta con las lágrimas del ojo y que su recuerdo encienda el fuego en las entrañas?
Él sonrió y dijo maravillado: « El día borra las palabras de la noche» .

Después se adelantó Abu Nuwás y recitó:

El amar continúa mientras se rompen los pactos. Nos hemos declarado, pero no ha servido de nada.
Una noche la encontré, borracha, en el palacio; la embriaguez era adorno del pudor.
La túnica desgarrada se le cayó de los hombros; el vestido se le desabrochó.
La marcha hacía balancear sus pesadas nalgas y la rama de su cuerpo del que colgaban dos pequeñas granadas.
Le dije: « ¡Prométeme tu amor de manera sincera!» Me contestó: « ¡Mañana podrás visitarme!»
Al día siguiente acudí y le dije: « ¡Lo prometido!» Contestó: « El día borra las palabras de la noche» .

El Califa mandó que diesen una bolsa de oro a los dos primeros poetas y que a Abu Nuwás le cortasen el cuello. Le dijo: « ¡Tú estabas ayer con nosotros en palacio durante la noche!» « ¡Por Dios! ¡He dormido en mi casa! Pero tú me has indicado con tus palabras el contenido de la poesía. Dios (¡ensalzado sea!), que es el mejor de los seres dotados de palabra, ha dicho: “Los poetas son seguidos por los seductores. ¿No los ves cómo andan errantes por todos los valles y dicen lo que no hacen?”[138]» El Califa le perdonó y mandó que le diesen dos bolsas de dinero. A continuación se marcharon.

MUSAB B. ZUBAYR Y AISA BINT TALHA

Se cuenta que Musab b. Zubayr encontró en Medina a Azza que era una de las mujeres más inteligentes. Le dijo: « He decidido casarme con Aisa Bint Talha y querría que tú fueses a ver qué tal es» . Azza fue y volviendo al lado de Musab dijo: « He visto su cara: es más hermosa que la salud; tiene dos ojos muy grandes debajo de los cuales nace una nariz aguileña, dos mejillas suaves y una boca que parece una granada. El cuello es un aguamanil de plata y debajo aparece un torso del que sobresalen dos pechos como dos granadas; sigue un vientre gracioso que contiene un ombligo que parece una cajita de marfil; sus nalgas son dunas de arena; los muslos, carnosos, y las piernas, dos columnas de mármol. Los pies son demasiado grandes, pero tú te olvidarás de ellos cuando la necesites» . Una vez le hubo hecho Azza esta descripción, Musab se casó con Aisa y tuvo relaciones con ella.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Azza invitó a su casa a Aisa y a las mujeres quraisíes y recitó en presencia de Musab estos versos:

La boca perfumada de las muchachas es dulce al beso y a la sonrisa.
Únicamente la he probado con el pensamiento, pero con el pensamiento nos gobierna él Omnisciente.

La noche en que Musab tuvo relaciones con ella, no la dejó antes de haberla poseído siete veces. Una cliente suya, al encontrarle por la mañana, le dijo: « ¡Que yo sea tu rescate! ¡En todo eres perfecto, hasta en esto!»

Una mujer refiere: « Yo estaba en casa de Aisa Bint Talha cuando el marido entró. Ella le salió al encuentro. Él se echó encima de ella, que resollaba y producía sonidos desarticulados al tiempo que hacía unos movimientos prodigiosos, verdaderas maravillas. Yo lo oía. Cuando Aisa salió de la habitación le dije: “¿Cómo haces esto estando en tu casa yo, que soy mujer noble, de buena familia y de rango?” Me contestó: “La mujer ha de dar a su marido cuantos incentivos pueda y sus mejores caricias; ¿qué es lo que encuentras de reprobable en esto?” “Sería preferible que lo hicieses de noche.” “Esto ocurre durante el día. Por la noche lo hago mejor. Cuando él me ve siente despertar su concupiscencia, se excita y me tiende la mano. Yo le obedezco y sucede lo que has visto”.»

VERSOS DE ABU-L-ASWAD SOBRE SU ESCLAVA

Me he enterado de que Abu-l-Aswad compró una esclava que era tuerta de nacimiento. Le gustaba mucho a pesar de que sus familiares le criticaban. Admirado de estas censuras dio vuelta a sus manos y recitó este par de versos:

Me la critican cuando no tiene más defecto que el de tener algunas manchas en los ojos.
Pero si en los ojos tiene algún defecto en cambio su cuerpo es esbelto por encima y grueso por debajo.

HARÚN AL-RASID Y LAS DOS ESCLAVAS

Se cuenta que el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, pasaba una noche entre dos esclavas: una mediní y la otra kufí. La primera le acariciaba los pies y la segunda las manos. La mediní conseguía que la mercancía se levantase. La kufí le dijo: « Veo que quieres apropiarte, tú sola, del capital. Dame mi parte» . La mediní contestó: « Malik, que lo sabía de Hisam b. Urwa, quien lo había oído referir a su padre y éste había conocido al Profeta, refiere: “Quien resucita una tierra muerta, la hace suya para sí y sus descendientes”.» La kufí dio un empujón a la mediní, lo cogió todo con sus manos y dijo: « Al-Amas que lo sabe de Jaytama que lo sabe de Abd Allah b. Masud y éste del Profeta refiere: “La caza pertenece a quien la coge y no a quien la levanta”.»

HARÚN AL-RASID Y LAS TRES ESCLAVAS

Se cuenta que Harún al-Rasid estaba en el lecho con tres esclavas: una mequí, otra mediní y la tercera iraquí. La mediní extendió la mano hacia el miembro del Califa y lo frotó hasta que se enderezó. Entonces la mequí lo atrajo hacia sí. La mediní le dijo: « ¿Qué significa este atrevimiento? Malik, quien lo sabe de al-Zuhri y éste de Abd Ala b. Salim y éste de Said b. Zayd y éste del Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!), refiere: “La tierra muerta pertenece a quien la resucita”» . La mequí replicó: « Nos ha referido Sufyán, quien lo sabe de Abu Zinad y éste de al-Aarach y éste de Abu Hurayara, que el Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) dijo: “La caza pertenece a quien la coge y no a quien la levanta”» . La iraquí dio un empujón a las dos y dijo: « Esto me pertenece hasta que no se haya decidido vuestra disputa» .

HISTORIA DEL MOLINERO Y DE SU MUJER

Se refiere que había un hombre que tenía un molino; un asno hacía girar las muelas. Tenía una mala mujer, pues él la quería mientras que ella le aborrecía y amaba a un vecino; éste, a su vez, la odiaba y se mantenía apartado de ella. Una noche, en sueños, el marido vio a un hombre que le decía: « Excava en el lugar tal de la circunferencia que describe el asno al hacer girar las muelas y encontrarás un tesoro» . Al despertarse contó el sueño a su esposa y le mandó que guardase él secreto, pero ella lo reveló al vecino…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer se lo reveló al vecino] al que amaba con el fin de conquistarlo. El hombre le prometió que la visitaría aquella misma noche. Excavó en la circunferencia del molino, encontró el tesoro y lo sacó. El vecino le preguntó: « ¿Qué haremos con esto?» « Lo dividiremos en dos partes iguales. Después tú te divorciarás de tu mujer; yo me las ingeniaré para separarme de mi marido y tú te casarás conmigo. Cuando estemos unidos, todo el dinero estará en nuestro poder» . El vecino le dijo: « Temo que el demonio te tiente a tomar a otro hombre: el dinero en casa es como el sol en el mundo. La mejor solución consiste en que yo guarde todo el dinero hasta que tú te las ingenies para deshacerte de tu marido y venir a mi lado» . La mujer le replicó: « Yo temo lo mismo que tú y por tanto no te entregaré mi parte de dinero, ya que yo soy quien te ha revelado su existencia» . Al oír estas palabras la ambición incitó al hombre a matarla. La asesinó y la sepultó en la fosa del tesoro. La llegada del día le impidió terminar de disimular el crimen. Cogió el dinero y huyó.

El molinero se despertó y al no encontrar a su esposa se dirigió al molino. Puso al asno en la muela y le hizo marchar. De repente se paró. El molinero le apaleó de la manera más dura, pero cuanto más le pegaba más retrocedía, ya que la mujer muerta le asustaba y le impedía avanzar. A todo esto el molinero no sabía cuál era la causa que motivaba la inmovilidad del asno. Cogió un cuchillo y lo azuzó reiteradamente sin conseguir que se moviese de su sitio. Encolerizado, le dio una puñalada en el costado y el animal cayó muerto. Al aclarar el día el hombre encontró muertos al asno y a su mujer; ésta ocupaba el lugar del tesoro. Se encolerizó por la pérdida de éste y por la muerte de su mujer y del asno. Esto le motivo una profunda pena. La causa de todo había sido el haber revelado a su esposa el secreto en vez de haberlo tenido oculto.

HISTORIA DEL PALURDO Y DE LOS DOS PÍCAROS

Se cuenta que un palurdo andaba llevando en la mano las riendas de un asno que marchaba detrás de él. Le vieron dos pícaros. Uno de ellos dijo a su compañero: « Voy a robar este asno a ese hombre» . « ¿Cómo lo cogerás?» , le preguntó el otro. « Sígueme y te lo mostraré.» Le siguió. El primer pícaro se acercó hacia el asno, le quitó la cabezada y entregó el animal a su compañero, colocando las riendas encima de su propia cabeza y siguiendo el camino en pos del palurdo, hasta que se dio cuenta de que su amigo había desaparecido con el asno. Entonces, el pícaro, se detuvo tirando de las riendas y no anduvo más. El palurdo se volvió dándose cuenta de que las riendas iban a morir en la cabeza de un hombre. Le preguntó: « ¿Quién eres?» « Soy tu asno. Mi historia es maravillosa: Mi madre era muy vieja y piadosa. Un día me presenté, borracho, ante ella. Me dijo: "¡Hijo mío!" Yo cogí un bastón y la apaleé. Ella me maldijo y Dios (¡ensalzado sea!) me transformó en un asno y me hizo llegar a tu poder, en el cual he permanecido durante todo este tiempo. Se ve que hoy mi madre se ha acordado de mí, que Dios ha hecho que se apiadase. Habrá rezado por mí y Dios me ha transformado otra vez en un hombre.» El palurdo le dijo: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Por Dios, hermano mío! No tomes a mal las cosas que he hecho contigo, como montarte, etc.» . El pícaro se marchó y el dueño del asno regresó a su casa abrumado de pena y de tristeza. Su mujer le preguntó: « ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde está el asno?» « Tú no estás enterada de la historia de ese asno. Voy a contártela.» Le refirió todo y ella exclamó: « ¡Ay de nosotros! ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) nos perdone! ¿Cómo hemos podido utilizar durante tanto tiempo a un hijo de Adán?» Ella hizo limosnas y pidió perdón a Dios, mientras el hombre se quedó encerrado en casa algunos días, sin trabajar. Su esposa le dijo: « ¿Hasta cuándo estarás quieto en casa sin hacer nada? Ve al mercado, compra un asno y trabaja con él» . Se marchó al zoco y fue a pasar junto a un asno que era el suyo propio que estaba en venta. Al reconocerlo se acercó a él, le colocó la boca en su oreja y le dijo: « ¡Ay de ti, desgraciado! ¿Has vuelto a embriagarte y a apalear a tu madre? ¡Yo no volveré a comprarte!» Después le dejó y se marchó.

ABU YUSUF, HARÚN AL-RASID Y ZUBAYDA

Se cuenta que cierto día, a la hora de la siesta, el Emir de los creyentes Harún al-Rasid se marchó a la cama. Al llegar al lecho en que dormía encontró en la colcha una mancha fresca de esperma. Esto le dejó turulato y profundamente turbado. Se apenó muchísimo y mandó llamar a la señora Zubayda. Cuando la tuvo delante le preguntó: « ¿Qué es esto que está encima de la colcha?» Lo miró y replicó: « Esto es esperma, Emir de los creyentes» . « ¡Dime la verdad acerca del origen de esta esperma! ¡De lo contrario, ahora mismo te maltrato!» « ¡Por

Dios, Emir de los creyentes! Ignoro la causa y soy del todo inocente respecto de lo que me acusas.» El Califa mandó llamar al cadí Abu Yusuf, le explicó la historia y le mostró la esperma. El cadí Abu Yusuf levantó la cabeza hacia el techo y vio que tenía una hendidura. Dijo: «¡Emir de los creyentes! El murciélago tiene un semen como el del hombre; esto es de murciélago». Pidió una lanza y él mismo hurgó en la hendidura de donde cayó el murciélago. Harún al-Rasid dejó de sospechar, pues…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Harún al-Rasid dejó de sospechar, pues] demostraba la inocencia de Zubayda. Ésta declaró en voz alta su alegría al verse reconocida inocente y mandó dar a Abu Yusuf una gran recompensa.

Tenía Zubayda un gran número de frutas de fuera de la estación y sabía que en su jardín había muchas más de la misma clase. Preguntó: «Imán de la religión, ¿cuál de estas dos clases de frutas prefieres? ¿Las que están aquí o las que están fuera?» «Nuestra escuela —contestó— dispone que no debe sentenciarse contra lo que está ausente. Cuando se presenta se juzga.» Zubayda le hizo mostrar las dos clases de fruta. Él probó las dos. Le preguntó: «¿Qué diferencia hay entre ellas?» «Cada vez que he querido sentenciar en favor de una de ellas, la otra ha interpuesto recurso.» Al-Rasid al oír estas palabras se rió y le dio un regalo. Zubayda le hizo entrega de la recompensa que le había prometido y Abu Yusuf se marchó satisfecho.

Observad la virtud de este imán y cómo gracias a él se demostró la inocencia de la señora Zubayda y cómo descubrió la verdadera causa.

EL CALIFA AL-HAKIM Y EL COMERCIANTE

Cierto día al-Hakim Bi-Amri-Llah iba a caballo en medio de su séquito. Pasó junto a un jardín y vio en él a un hombre rodeado por esclavos y criados. Le pidió de beber y aquél le escanció diciendo: «¡Emir de los creyentes!, ¿quieres honrarme deteniéndote un momento en este jardín?» El rey y sus oficiales se apearon en él.

Dicho hombre sacó cien tapices, cien cojines de cuero, cien almohadas, cien bandejas de fruta, cien fuentes llenas de dulces y cien vasos repletos de sorbetes azucarados. La razón de al-Hakim Bi-Amri-Llah quedó absorta ante esto y le dijo: «¡Hombre! ¡Tu caso es extraordinario! ¿Es que sabías que íbamos a venir para tenemos preparado todo esto?» «¡No, por Dios, Emir de los creyentes! No sabía que fueseis a venir. Yo soy un comerciante, uno de tus súbditos. Tengo cien

concubinas y cuando el Emir de los creyentes me ha honrado deteniéndose en mi casa he mandado a cada una de ellas que me enviase la comida al jardín. Entonces cada una me ha mandado uno de sus tapetes y la comida y la bebida de que disponía, ya que cada una me entrega, cada día, una fuente de comida, una bandeja de refrescos, un plato de fruta, una bandeja de dulces y una copa de sorbete. Así como cada día; nada más que esto.» El Emir de los creyentes, al-Hakim Bi-Amri-Llah, se postró dando gracias a Dios (¡ensalzado sea!), diciendo: « ¡Loado sea Dios que ha sido tan generoso con uno de nuestros súbditos que ha permitido que pueda alimentar al Califa y a su guardia sin necesidad de preparativo alguno, con las sobras de su comida!» Mandó que el tesorero le entregase todos los dirhemes acuñados aquel año: ascendían a tres millones setecientos mil y no montó a caballo hasta que hubo recibido dicha suma y se la hubo dado a aquel hombre, diciendo: « Gástalo según tus necesidades. Tu nobleza vale más que esto» . A continuación el rey montó a caballo y se fue.

ANUSIRWAN Y LA CAMPESINA

Se cuenta que el rey justo Cosroes Anusirwan[139] salió cierto día de caza y persiguiendo a una gacela se alejó de su escolta. Mientras corría en pos de ella vio que estaba cerca de una aldea. Como tenía mucha sed se dirigió hacia ella y pidió de beber en la puerta de una casa situada a lo largo de la calle. Salió a abrirle una joven. Le contempló, volvió a meterse en su casa, exprimió una caña de azúcar, mezcló su jugo con agua, lo colocó en una copa, lo espolvoreó con una especia que parecía polvo y se la ofreció a Anusirwan. Éste miró la copa y viendo algo que parecía polvo bebió a sorbos hasta terminar. Después dijo a la adolescente: « ¡Joven! El agua es buena, pero ¡cuánto más dulce sería si no hubieses puesto por encima ese polvillo que la amarga!» « ¡Huésped! Ese polvillo lo he puesto con intención.» « ¿Por qué lo has hecho?» « Me he dado cuenta de que tenías mucha sed y he temido que te sentase mal si lo bebías todo de un trago. Si no hubiese habido ese polvillo lo hubieras bebido de un tirón, de prisa y te habría perjudicado.» El rey justo, Anusirwan, se admiró de tan acertadas y meditadas palabras y se dio cuenta de que quien las había pronunciado era perspicaz e inteligente. Le preguntó: « ¿Cuántas cañas has empleado para obtener esta agua?» « Una sola.» Anusirwan se admiró y pidió el registro del jarach de aquel pueblo. Vio que pagaba pocos impuestos. En su interior se resolvió aumentar los tributos en cuanto regresase a la corte diciendo: « Un pueblo en que una sola caña permite preparar tal cantidad de agua no puede pagar impuestos tan bajos» . Se marchó y continuó cazando hasta el fin del día. Después volvió al mismo pueblo, pasó solo por delante de aquella puerta y pidió agua para beber. Salió la misma joven, le miró, le reconoció, y volvió adentro

para preparar el agua. Como tardaba en salir, Anusirwan le dio prisa y preguntó: « ¿Por qué has tardado tanto?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven contestó:] « Porque una sola caña no ha dado la cantidad que necesitabas y he tenido que exprimir tres cañas sin obtener la cantidad que salió de la primera.» « ¿Cuál es la causa?» « La causa está en que la intención del Sultán ha cambiado.» « ¿De dónde lo sacas?» « Hemos oído decir a los sabios que cuando la intención del Sultán cambia con respecto de un pueblo, desaparece la felicidad de éste y disminuyen sus bienes.» Anusirwan rompió a reír, abandonó la resolución que había tomado y se casó inmediatamente con la joven, ya que estaba admirado de su inteligencia, de su agudeza y de su elocuencia.

EL AGUADOR Y LA MUJER DEL ORFEBRE

Se cuenta que en la ciudad de Bujara había un aguador que llevaba el agua a la casa de un orfebre desde hacía treinta años. El orfebre tenía una mujer muy hermosa, bella, distinguida, religiosa y casta. Un día, el aguador, según su costumbre, vertió el agua en la cisterna. La mujer estaba en medio del patio. Aquél se acercó a ésta, le cogió la mano, se la acarició, se la estrechó y a continuación se marchó y la dejó. Al llegar su esposo del mercado la mujer dijo: « Querría que me contaras qué has hecho hoy en el mercado para atraerte las iras de Dios (¡ensalzado sea!)» . « ¡No he hecho nada que pueda desagradar a Dios (¡ensalzado sea!)!» , replicó el marido. La esposa insistió: « ¡Sí, por Dios! Tú has hecho algo que ha encolerizado a Dios. Si no me cuentas lo que has hecho y no me explicas toda la verdad no continuaré en tu casa, no volverás a verme ni te volveré a ver» . « Te contaré lo que he hecho hoy de modo verídico: estaba sentado en la tienda según es mi costumbre y ha venido una mujer, quien me ha encargado que le hiciese un brazalete y se ha ido. Yo le he hecho uno de oro y lo he guardado aparte. Cuando ha regresado se lo he entregado. Ha alargado la mano y yo le he colocado la pulsera en el brazo, quedándome perplejo ante la blancura de su mano y la belleza de su muñeca que cautivaban al que las contemplaba. Me he acordado de las palabras del poeta:

Brazos que se enorgullecen con la hermosura del brazalete como el fuego
que flamea sobre el agua corriente,

como si ellos y el oro que los rodea fuesen agua circundada por fuego.

Entonces yo he cogido su mano, la he estrechado y la he estrujado.» La mujer exclamó: « ¡Dios es el más grande! ¿Por qué has cometido este pecado? Ese aguador que desde hace treinta años viene a nuestra casa, sin que jamás se haya propasado, hoy me ha cogido la mano, me la ha acariciado y estrujado» . El marido dijo: « ¡Pidamos a Dios el perdón, mujer! Yo me arrepiento de lo que he hecho y tú pide perdón a Dios por mí» . La esposa exclamó: « ¡Que Dios nos perdone a los dos y nos dé el mejor fin!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al día siguiente el aguador se echó a los pies de la mujer, se arrastró por el polvo y le pidió perdón diciendo: « ¡Señora mía! Perdóname lo que Satanás me incitó a hacer, tentándome y extraviándome» . « ¡Vete a tus quehaceres! Ese pecado no es culpa tuya sino de mi marido que hizo lo que hizo en la tienda. Dios le ha aplicado la ley del talión en este mundo.» Se dice que cuando esta mujer contó a su esposo, el orfebre, lo que el aguador había hecho, aquél exclamó: « ¡Golpe por golpe! Si más hubiera hecho yo, más hubiese hecho el aguador» .

Estas palabras se han transformado en un refrán que aún circula entre la gente. La mujer debe ser sincera con su marido por dentro y por fuera y contentarse con poco, si no puede dar mucho, guiándose por el ejemplo de Aisa la verídica y Fátima la florida (¡Dios esté satisfecho de ambas!)[140] para continuar la tradición de nuestros antepasados.

COSROES, SIRIN Y EL PESCADOR

Se cuenta que a Cosroes, que era un rey de reyes, le gustaba mucho el pescado. Cierto día estaba sentado en su habitación con Sirin, su esposa, cuando se presentó un pescador con un pez muy grande que regaló al soberano. Éste, admirado de tal presente, mandó darle cuatro mil dirhemes. Sirin, le dijo: « ¡Qué feo es lo que haces!» « ¿Por qué?» « Porque si después de hoy regalas a uno de tus nobles esta suma, la tendrá en poco diciendo: “Me ha dado la misma cantidad que regaló al pescador”. Si le das menos dirá: “Me desprecia, puesto que me da una suma inferior a la del pescador”.» Cosroes contestó: « Tienes razón, pero está mal que los reyes retiren los dones que han dado. Ahora ya está hecho» . Sirin le dijo: « Yo idearé el modo de que puedas recuperar tu regalo» . « ¿Cómo

lo harás?» « Si quieres verlo, llama al pescador y pregúntale: "¿Este pescado es macho o hembra?" Si te dice que es macho, dile que lo queríamos hembra y si te dice que es hembra, dile que lo queríamos macho.» Cosroes mandó que alcanzasen al pescador.

Le hicieron volver atrás. Era un hombre inteligente y listo. Cosroes le preguntó: « ¿Este pescado es macho o hembra?» El pescador besó el suelo y contestó: « Este pez es hermafrodita, no es macho ni hembra» . Cosroes se rió de estas palabras y mandó que le diesen otros cuatro mil dirhemes. El pescador fue a buscar al tesorero, tomó los ocho mil dirhemes, los colocó en un saco que llevaba, se lo echó a la espalda y se dirigió hacia la salida. Se le cayó un dirhem y el pescador se quitó el saco, se inclinó y recogió el dirhem. El rey y Sirin le estaban contemplando. Ésta dijo a aquél: « ¡Rey! ¿Has visto la avaricia y la bajeza de este hombre? Se le cae un dirhem y no es capaz de dejarlo para que lo recoja uno de tus criados» . Al oír estas palabras el soberano montó en cólera y dijo: « ¡Sirin! ¡Tienes razón!» , y mandó que le recondujesen al pescador. Le dijo: « ¡Villano! ¡Tú no eres un hombre! ¿Cómo te has quitado ese saco del hombro para inclinarte a recoger un solo dirhem? ¡Eres demasiado avaro para dejarlo ahí!, ¿eh?» El pescador besó el suelo y le dijo: « ¡Que Dios prolongue la vida del rey! Si he levantado del suelo ese dirhem no ha sido por el valor que pueda tener; lo he recogido porque en una de sus dos caras está la efigie del rey y en la otra su nombre: he temido que alguien lo pisara sin darse cuenta. Esto hubiese constituido una afrenta para el nombre o la figura del rey y yo hubiese sido el culpable» .

El soberano se admiró muchísimo de las palabras que acababa de pronunciar y mandó que le diesen otros cuatro mil dirhemes. Después ordenó que los pregoneros proclamasen por todo su reino: « ¡Que nadie se deje guiar por la opinión de su mujer! Quien la sigue pierde con cada dirhem otros dos» .

YAHYA AL-BARMIKÍ Y EL POBRE

Se cuenta que Yahya b. Jalid al-Barmikí salió del palacio del Califa y se marchó a su casa. Vio en su puerta a un hombre. Al acercarse a él, éste se puso de pie, le saludó y le dijo: « ¡Yahya! Necesito tus riquezas y he tomado a Dios como mediador entre ambos» . Yahya mandó que le diesen una habitación en su palacio y ordenó al tesorero que le entregase cada día mil dirhemes y que le diesen la misma comida que a él. Dicho hombre vivió así durante todo un mes: así recibió treinta mil dirhemes y temiendo que Yahya le quitase el mucho dinero que le había dado, se marchó, sin decir nada.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que refirieron lo ocurrido a Yahya, quien exclamó: « ¡Por Dios! Si hubiese permanecido aquí conmigo toda su vida le hubiera continuado favoreciendo y le hubiese honrado con mi hospitalidad» .

Las virtudes de los barmikíes fueron innumerables; sus buenas cualidades carecen de límite, y muy especialmente las de Yahya b. Jalid que era un océano de nobles acciones, tal como dice el poeta:

He preguntado a la generosidad: « ¿Eres libre?» Me ha contestado: « No: soy esclava de Jalid b. Yahya» .
Pregunté: « ¿Por compra?» Contestó: « ¡Déjate de eso! Me han heredado de padre a hijo» .

MUHAMMAD AL-AMIN Y CHAFAR B. MUSA

Se cuenta que Chafar b. Musa al-Hadi tenía una esclava, tocadora de laúd, llamada al-Badr al-Kabir. En su época no había mujer más hermosa ni de mejores proporciones ni de más buen hablar ni más experta en el canto y en la música que ella; era muy hermosa, agradable y perfecta. Muhammad al-Amin, hijo de Zubayda, oyó hablar de ella y rogó a Chafar que se la vendiese. Éste le replicó: « Tú sabes que una persona como yo no vende a las esclavas ni trata con sus concubinas. Si no hubiese sido criada en mi casa, te la mandaría como regalo y no me negaría a entregártela» .

Cierto día, Muhammad al-Amin, hijo de Zubayda, fue a casa de Chafar a pasar la velada. Éste le presentó cuantas cosas podían hacerle agradable su estancia entre amigos y mandó a su esclava al-Badr al-Kabir que cantase y tocase. La joven afinó el instrumento y entonó las mejores melodías. Muhammad al-Amin b. Zubayda se entretenía bebiendo y con la música. Mandó a los coperos que escanciasen a Chafar en abundancia hasta que le emborrachasen. Entonces se marchó a su palacio llevándose a la joven, pero no la tocó. Al día siguiente mandó invitar a Chafar. Cuando hubieron servido las bebidas ordenó a la joven que cantase desde detrás de una cortina. Chafar, al oír la voz, la reconoció y se indignó, pero no dejó transparentar el enfado por su nobleza de alma y por su elevado valor; no manifestó cambio alguno con respecto de su huésped. Al terminar la sesión, Muhammad al-Amin b. Zubayda mandó a uno de sus cortesanos que llenase de dirhemes y dinares, así como de toda clase de gemas, jacintos, trajes preciosos y objetos de valor, la barca en que debía marcharse Chafar. Aquél lo hizo así puesto que colocó en la embarcación mil bolsas de monedas y mil de perlas; cada una de éstas costaba veinte mil

dirhemes. Siguió colocando los regalos más preciados hasta que los marineros pidieron auxilio diciendo: « ¡La barca no puede transportar nada más!» Al-Amin mandó que lo llevaran todo al domicilio de Chafar.

Así obran los grandes. ¡Apiádese Dios de ellos!

LOS BARMIKÍES Y SAID B. SALIM AL-BAHILI

Se cuenta que Said b. Salim al-Bahili refería: « En la época de Harún al-Rasid me encontraba en grandes dificultades, pues tenía muchísimas deudas que pesaban sobre mis espaldas. Era incapaz de liquidarlas, carecía de procedimientos para conseguir nuevos plazos y vivía perplejo sin saber qué hacer, ya que los deudores me ponían en graves apuros para que los pagase: los principales de ellos bloqueaban mi puerta; los que tenían reclamaciones que hacer se lanzaban contra mí y los acreedores no me soltaban. Mis moratorias eran insuficientes por más que aguzase el ingenio. Al ver el mal cariz y el desagradable aspecto que tomaban mis asuntos me dirigí a ver a Abd Allah b. Malik al-Juzai y le pedí que me auxiliase con su consejo y que me condujese a la puerta del consuelo con su buen criterio. Abd Allah b. Malik al-Juzai me dijo: "Sólo los barmikíes pueden salvarte de tu prueba, de tu aflicción, de tu estrechez y de tu pena". Le pregunté: "Pero ¿quién puede soportar su orgullo y aguantar su despotismo?" "¡Aguántalo todo para salvar tu situación!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Al llegar la noche *trescientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Bahili prosiguió:] « Le dejé y me marché a ver a al-Fadl y a Chafar, hijos de Yahya b. Jalid. Les referí mi historia y les expuse mi situación. Me contestaron: "¡Que Dios te auxilie con su ayuda y haga, con sus dones, que puedas prescindir del auxilio de sus criaturas! ¡Que Él te conceda abundantemente sus favores y te favorezca en abundancia prescindiendo de todo intermediario! ¡Él es Todopoderoso, Omnisciente y Agradable con todos sus esclavos!" Los dejé, regresé junto a Abd Allah b. Malik con el pecho angustiado, sin saber qué pensar, con el corazón hecho trizas y le repetí lo que me habían dicho. Me dijo: "Lo mejor es que te quedes hoy conmigo para ver qué es lo que Dios (¡ensalzado sea!) te destina". Permanecí con él un rato. De repente se acercó mi paje y dijo: "¡Señor mío! Ante nuestra puerta hay muchos mulos con sus correspondientes cargas. Los acompaña un hombre que dice: 'Yo soy el administrador de al-Fadl b. Yahya y de Chafar b. Yahya'". Abd Allah b. Malik dijo: "Espero que tu consuelo haya llegado. Ve y averigua de qué se trata". Le dejé y me dirigí a mi casa a todo correr. Vi ante la puerta de ésta un

hombre que llevaba una carta en la que había escrito: “Cuando has estado con nosotros hemos escuchado tus palabras. Después de tu marcha nos hemos ido a ver al Califa y le hemos explicado que las vicisitudes del destino te habían transformado en un pedigüeño. Nos mandó que te enviásemos un millón de dirhemes de la hacienda pública. Le dijimos: ‘Esta suma la invertirá en pagar a sus acreedores y en satisfacer sus deudas, ¿qué le quedará para pagar sus gastos?’ Ha ordenado que te enviemos trescientos mil dirhemes de más. Cada uno de nosotros, de sus propios bienes, te manda un millón de dirhemes, con lo cual el total asciende a tres millones trescientos mil dirhemes, con los cuales podrás poner remedio a tu situación y arreglar tus asuntos”.»

¡Observad la generosidad de esos nobles! ¡Apiádese Dios (¡ensalzado sea!) de ellos!

TRAICIÓN DE UNA MUJER

Se cuenta que una mujer empleó contra su esposo la siguiente trampa: Un viernes éste le llevó un pescado y le mandó que lo cocinase y lo preparase para después de la oración. Después se marchó a sus asuntos. En el ínterin se presentó el amigo de la mujer y la invitó a asistir a una boda que se celebraba en su domicilio. Ella aceptó y colocó el pez en una jarra llena de agua, se marchó con él y permaneció ausente de su casa hasta el viernes siguiente. El esposo la buscó por las casas y preguntó por ella sin que supiesen darle noticia. Al viernes siguiente la mujer sacó el pez vivo del agua y reuniendo a la gente la incitó contra su marido. Éste les explicó la historia…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre les explicó la historia], pero no quisieron creerle, diciendo: « ¡El pez no podría estar vivo después de ese plazo!» Demostraron que estaba loco, le encarcelaron y se burlaron de él. El marido derramó lágrimas y recitó estos versos:

Es una vieja que tiene un cargo en el mundo de las maldades: su rostro tiene las huellas de sus torpezas.
Si tiene la menstruación, hace de alcahueta; si no, de adúltera. Pasa el tiempo cometiendo adulterio unas veces y otras ejerciendo el lenocinio.

LA MUJER VIRTUOSA Y LOS DOS VIEJOS

Se cuenta que en lo más antiguo del tiempo, y en las edades y épocas más remotas, vivía una piadosa mujer de los Hijos de Israel. Era muy devota y acudía todos los días al templo. Al lado de éste había un jardín. Al salir del templo entraba en él y realizaba las abluciones. El jardín tenía como guardianes dos viejos. Ambos se enamoraron de esta mujer y la solicitaron. Rehusó. Le dijeron: « Si no te nos entregas, te acusaremos de adulterio» . La joven les replicó: « ¡Dios me basta frente a vuestras maquinaciones!» Los viejos abrieron la puerta del jardín y gritaron. Acudió la gente de todas partes preguntando: « ¿Qué os ocurre?» Explicaron: « Hemos descubierto a esta joven cometiendo adulterio con un muchacho que ha conseguido escapársenos» .

En aquella época los pregoneros hacían público el pecado del adúltero durante tres días, al cabo de los cuales le lapidaban. Durante dicho plazo proclamaron su culpa. Los dos viejos acudían cada día junto a la mujer, le colocaban las manos encima de la cabeza y le decían: « ¡Loado sea Dios que te ha castigado!» Cuando se disponían a lapidaria, Daniel, que entonces tenía doce años, les siguió. Éste fue su primer milagro (¡que Dios bendiga y salve a nuestro Profeta y a él!). Siguió al grupo, lo alcanzó y dijo: « ¡No os lancéis a lapidarla hasta que yo haya decidido entre ellos!» Le colocaron una silla, se sentó y separó a los dos viejos: él fue el primero que interrogó separadamente a los testigos. Preguntó a uno: « ¿Qué has visto?» Le refirió lo ocurrido. Preguntó: « ¿En qué lugar del jardín ha ocurrido?» « En el lado oriental, debajo de un peral.» A continuación interrogó al segundo sobre lo que había visto. Le explicó lo ocurrido. Le preguntó: « ¿En qué lugar del jardín?» « En el lado occidental, debajo de un manzano.» A todo esto la joven seguía de pie, con la cabeza y las manos levantadas hacia el cielo, rogando a Dios que la salvase. Dios (¡ensalzado sea!) hizo descender un rayo de castigo que abrasó a los dos viejos. Así, Dios (¡ensalzado sea!) demostró la inocencia de la joven. Éste fue el primero de los prodigios del profeta Daniel (¡sobre él sea la paz!).

CHAFAR EL BARMEKÍ, Y EL VIEJO

Se cuenta que cierto día salió el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, acompañado por el cortesano Abu Ishaq, Chafar el barmekí y Abu-Nuwás. Pasearon por el desierto y descubrieron a un viejo apoyado en su asno. Harún al-Rasid dijo a Chafar: « ¡Pregunta a ese viejo de dónde viene!» Chafar le preguntó: « ¿De dónde vienes?» « ¡De Basora!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chafar preguntó:] « ¿Adónde vas?» « ¡A Bagdad!» « ¿Qué vas a hacer allí?» « Buscar una medicina para mi ojo.» Harún al-Rasid dijo: « ¡Chafar! ¡Embrómalo!» « Si le tomo el pelo voy a oírle decir cosas que no podré repetir.» « ¡Por la autoridad que tengo sobre ti! ¡Embrómalo!»

Chafar le dijo: « Te voy a dar una medicina que te será de utilidad y por la que no tienes que darme ningún regalo» . « ¡Dios (¡ensalzado sea!) te pagará por mí con una recompensa de mayor valor que la mía!» « ¡Calla y deja que te describa esta medicina que no prescribiré a nadie más que a ti!» « ¿En qué consiste?» Chafar dijo: « Toma tres onzas de soplo de viento, tres onzas de rayos de sol, tres onzas de luz de luna, tres onzas de luz de candela: mézclalo todo y colócalo al viento durante tres meses. Después ponlo en un mortero sin fondo y machácalo durante tres meses. Cuando lo hayas reducido a polvo, colócalo en una fuente rota y déjalo tres meses más al viento. Después ponte tres dracmas de este medicamentó antes de irte a dormir. Sigue la medicación durante tres meses y te curarás, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere» .

El viejo, cuando hubo oído las palabras de Chafar, se puso en pie sobre su asno y dejó escapar una pedorrera desconcertante diciendo: « Estos pedos son tu recompensa por la medicina que me has descrito. Si la preparo y Dios me concede la cura te regalaré una esclava que te servirá durante tu vida de tal modo que Dios, gracias a su intercesión, acortará tus días. Cuando hayas muerto, Dios enviará tu alma al fuego. El dolor de tu esclava hará que te ensucie el rostro con su mierda; sollozará, se abofeteará, gemirá y dirá: “¡Imbécil! ¡Qué idiota eres!”»

Harún al-Rasid se rió hasta caerse de espaldas y mandó que diesen tres mil dirhemes al viejo.

EL CALIFA UMAR Y EL BEDUINO

Refiere el jerife Husayn b. Riyán que el Emir de los creyentes Umar b. al-Jattab[141] estaba sentado, cierto día, juzgando entre la gente y gobernando a sus súbditos. Tenía a su lado a los hombres más perspicaces y expertos de sus compañeros. Mientras estaba sentado se le acercó un joven muy hermoso, con los vestidos limpios, que iba acompañado por otros dos, también hermosos, que le arrastraban a la fuerza. Le colocaron delante del Emir de los creyentes, Umar b. al-Jattab. Éste los miró y les hizo un gesto con la mano para que dejasen libre al prisionero y que éste se acercase. Preguntó a los dos jóvenes: « ¿Qué os ha

ocurrido con él?» Contestaron: «Emir de los creyentes: somos hermanos carnales y respetamos de verdad la ley. Teníamos un padre muy anciano, hábil en la dirección de sus negocios, respetado por sus contríbulos, incapaz de cometer una villanía y conocido por sus virtudes. Nos educó cuando éramos pequeños y nos ha colmado de favores al ser mayores…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los jóvenes prosiguieron:] «… reunía las mejores cualidades con los méritos que más cuentan, tal y como ha dicho el poeta:

> Dicen: «¿Abu al-Saqr pertenece a la tribu de Sayban?» Les contesto: «¡No! ¡Per vida mía! ¡La tribu le pertenece a él!»
> ¡Cuántos padres fueron respetados por la nobleza de sus descendientes! Así, el Enviado de Dios exaltó a Adnan.

»Un día se dirigió a su huerta para pasear entre los árboles y recoger los frutos maduros que éstos tuviesen. Ese joven le mató. Pedimos justicia según la ley divina y exigimos el tallón por su crimen; queremos que sea juzgado según te ha mandado Dios.» Umar lanzó una mirada terrible al joven y le dijo: «Has oído las palabras de estos dos muchachos, ¿qué dices como contestación?» El joven en cuestión tenía el corazón firme y la lengua fluyente; se había despojado de los vestidos de la timidez para ponerse los del valor: sonrió, habló con la dicción más pura, saludó con bellas palabras al Emir de los creyentes y después siguió: «¡Por Dios, Emir de los creyentes! He estado atento a la acusación y han dicho la verdad al explicarte lo que ha ocurrido, pues "la Orden de Dios es un Decreto promulgado"[142]. Sin embargo yo te expondré ahora mi historia y a ti te incumbirá resolver: Sabe, Emir de los creyentes, que soy un árabe de la estirpe más pura, de aquellos que son los más nobles debajo de la capa del cielo. Crecí en las casas del desierto. Mis gentes fueron afligidas por años negros, adversos. Salí de mi región con la familia, los bienes y los hijos y recorrí distintos caminos, entre las huertas, con unas camellas de noble raza a las que tenía en gran estima. Las acompañaba un semental de noble origen, padre de muchos hijos, de buen aspecto y del cual las camellas habían tenido numerosa descendencia: andaba entre ellas como si fuese un rey con la corona. Una de las camellas se dirigió hacia el huerto de su padre, pues los árboles asomaban por encima del muro y empezó a arrancar las hojas con los labios. Inmediatamente apareció a través de una abertura del muro el padre de éstos: resollaba de rabia, echaba chispas y llevaba en la mano derecha una piedra; se balanceaba como el

león cuando se dispone a atacar: lanzó la piedra al semental y le mató, pues le había tocado en un punto vital. Al verlo caer a mi lado noté que en mi corazón se encendían las brasas de la indignación. Recogí la misma piedra y se la tiré: fue la causa de su muerte; recibió el daño que había causado y fue muerto con lo que había matado. Al recibir la pedrada dio un alarido terrible, gritó quejándose y yo me apresuré a marcharme del sitio en que estaba; pero estos dos jóvenes me alcanzaron, me sujetaron, me han traído ante ti y aquí me han plantado» . Dijo Umar: « ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) esté satisfecho de él!» Añadió: « Has confesado lo que has hecho y es imposible salvarte. Es necesario que sufras la ley del talión "ya no es momento de buscar refugio"[143]» . El joven replicó: « Oír es obedecerte; puesto que ha sentenciado el imán me conformo con ello ya que ha juzgado según la ley del Islam. Pero tengo un hermano pequeño al que su viejo padre, antes de morir, legó una suma importante. Después fue a reunirse con el Excelso, me encargó del asunto y tomando a Dios por testigo dijo: "Esto pertenece a tu hermano. ¡Guárdaselo con cuidado!" Yo tomé la riqueza y la enterré. Nadie más que yo sabe dónde está. Si mandas que me maten ahora mismo se perderá el dinero y yo seré la causa de que el chiquillo, el día del juicio en que Dios juzgue a sus criaturas, te la reclame. Si me concedes un plazo de tres días arreglaré los asuntos del joven y regresaré para que se cumpla la sentencia dejando un garante de mis palabras» . El Emir de los creyentes bajó la cabeza y después, mirando a los que estaban presentes, preguntó: « ¿Quién de vosotros sale fiador de su vuelta?» El muchacho miró a los magnates que estaban en la audiencia y señaló a Abu Darr[144] diciendo: « Éste será mi fiador y responderá por mí» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Umar (Dios, ¡ensalzado sea!, esté satisfecho de él) preguntó: « ¡Abu Darr! ¿Has oído estas palabras? ¿Garantizas a este muchacho hasta que vuelva?» « ¡Sí, Emir de los creyentes! Le serviré de garante durante los tres días.» El Califa quedó satisfecho y permitió al joven que se marchase.

El plazo terminó: había casi pasado o pasado la hora fijada sin que se presentase el muchacho ante la audiencia de Umar, que estaba rodeado por los compañeros como la luna por las estrellas. Abu Darr había llegado y los dos acusadores esperaban preguntando: « ¿Dónde está el criminal? ¡Abu Darr! ¿Cómo ha de volver el que ha huido? Nosotros no nos iremos de aquí hasta que nos lo traigas para que podamos tomar nuestra venganza» . Abu Darr replicó: « ¡Juro por el rey Omnisciente que si terminan los tres días y el muchacho no se presenta haré efectiva la garantía y me entregaré al imán!» Umar (¡Dios esté

satisfecho de él!) exclamó: « ¡Por Dios! Si el muchacho se retrasa ejecutaré en Abu Darr lo que me impone la ley del Islam» . Los ojos de todos los presentes se llenaron de lágrimas, los mirones suspiraban, el tumulto crecía y los principales compañeros proponían a los dos jóvenes que aceptasen el precio de la sangre, haciéndose merecedores del elogio de todos. Ellos rehusaron y exigieron el talión. Mientras la gente se agitaba y se arremolinaba llena de tristeza en torno de Abu Darr llegó el muchacho, quien se colocó ante el imán, le saludó con buenos modos, con el rostro brillante de sudor. Le dijo: « He entregado el chiquillo a su hermano, le he explicado sus asuntos y le he informado del lugar en que está el dinero. Desafiando el calor del mediodía he venido a cumplir mi deber de hombre libre» . La gente se admiró de su buena fe, de su fidelidad y de que se hubiese presentado, valeroso, para recibir la muerte. Uno dijo: « ¡Qué muchacho más generoso! ¡Cómo cumples la promesa y desafías las dificultades!» El muchacho replicó: « ¿Es que no estáis convencidos de que cuando llega la muerte, nadie escapa? He cumplido lo prometido para que no se diga: "La buena fe ha desaparecido de entre los hombres"» . Abu Darr intervino: « ¡Por Dios, Emir de los creyentes! Salí garante de este joven sin saber de la tribu que era, sin haberle visto con anterioridad. Cuando, dejando aparte a todos los presentes, me indicó a mí diciendo: "Éste me garantizará", no me pareció bien rechazarlo, pues la hombría impedía defraudarle en su propósito (puesto que no había ningún mal en complacerlo) para que no se dijera: "La virtud ya no existe entre las gentes"» . En este momento los dos muchachos exclamaron: « ¡Emir de los creyentes! Hacemos don a este muchacho de la sangre de nuestro padre, ya que la fiereza ha cedido ante la generosidad. Así no se dirá: "La bondad ha desaparecido de entre los hombres"» . El imán se alegró del perdón del muchacho y de la buena fe y de la fidelidad a la palabra empeñada por parte de éste; comentó favorablemente la hombría de Abu Darr poniéndole por encima de sus demás cortesanos y expresó su agradecimiento a los dos jóvenes por su generosidad, loándolos y dándoles las gracias con las palabras del poeta:

> Quien hace bien a los hombres recibirá la recompensa. El bien no se pierde entre los hombres y Dios.

El Califa propuso a los dos jóvenes pagarles la indemnización debida por la muerte de su padre con cargo a la hacienda pública, pero le contestaron: « Nosotros le perdonamos por amor de Dios, el Generoso, el Alto. Quien lo hace con esta intención no hace seguir el don de reproche o daño» .

AL-MAMÚN Y LAS PIRÁMIDES

Se cuenta que al-Mamún, hijo de Harún al-Rasid, al visitar Egipto (¡Dios lo proteja!) quiso demoler las pirámides para apoderarse de lo que contenían. Intentó derribarlas, pero no pudo a pesar de todos sus esfuerzos y del mucho dinero que invirtió.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mamún] consiguió solamente abrir en una de ellas una pequeña brecha y se dice que en su interior encontró la misma cantidad de dinero que había invertido para abrirla, ni más ni menos. Cogió lo que había hallado y abandonó su propósito.

Las pirámides son tres y constituyen una de las maravillas del mundo: en toda la superficie de la tierra no se encuentra nada comparable ni en solidez ni en perfección ni en altura. Fueron edificadas con grandes piedras. Los albañiles que las construyeron horadaban cada piedra por sus dos extremidades colocando en las mismas barras de hierro verticales; después horadaban otra piedra, la colocaban encima de otra y vertían plomo fundido en los agujeros. Así, colocándolas ordenadamente, según las reglas de la ingeniería, elevaron cada pirámide por los aires cien codos de los que utilizaban en aquel tiempo. Las pirámides tienen cuatro caras, cada una de las cuales se levanta oblicuamente hasta la cima a lo largo de una altura de trescientos codos.

Los historiadores de la antigüedad dicen que en el interior de la pirámide occidental se encuentran treinta cámaras de granito rojo repletas de preciosas gemas, de grandes riquezas, de estatuas prodigiosas, de instrumentos, de armas magníficas, las cuales están engrasadas con ungüentos preparados según un arte especial que impedirá que se oxiden hasta el día del juicio. En ella se encuentran vidrios irrompibles que se pueden plegar; drogas compuestas; aguas preparadas.

En la segunda pirámide se encuentran las historias de los sacerdotes escritas sobre tablas de granito. Cada sacerdote tiene la suya en la cual está inscrita su ciencia y en la que constan los prodigios de su arte y de sus acciones. En sus paredes están dibujadas personas que parecen ídolos que realizan con sus manos toda clase de oficios. Estas figuras están sentadas en sus escalones. Cada pirámide tiene un tesoro que la custodia y guardias que la vigilan a través del transcurso del tiempo para apartar de ellas las calamidades.

Las maravillas de las pirámides dejan perplejos a los inteligentes y a los perspicaces. Hay numerosos versos que las describen. Entre ellos están las palabras del poeta:

> El ánimo de los reyes, cuando éstos quieren pasar a la posteridad, les lleva a hablar con la lengua de los edificios.

¿No ves las dos pirámides? Han permanecido inmutables a través de las vicisitudes del tiempo.

Otro dice:

Observa las dos pirámides y presta atención a lo que cuentan del tiempo pretérito.
Si pudiesen hablar nos explicarían lo que ha hecho el tiempo desde el principio hasta el fin.

Otro dice:

¡Amigos míos! ¿Hay debajo del cielo un edificio que pueda compararse, por su perfección, con las pirámides de Egipto?
Son construcciones que asustan al tiempo cuando todas las cosas que hay sobre la faz de la tierra se asustan ante el tiempo.
Mi vista se pierde al contemplar el prodigio de su construcción mientras que mi pensamiento no acierta a adivinar su finalidad.

Otro dice:

¿Dónde ha ido a parar el constructor de las pirámides? ¿Qué se ha hecho de su gente? ¿En qué época vivió? ¿Dónde está su sepultura?
Los monumentos sobreviven algún tiempo al constructor pero más tarde les alcanza la muerte y los derriba.

EL LADRÓN Y EL NEGOCIANTE

Se cuenta que un ladrón se arrepintió de su conducta ante Dios (¡ensalzado sea!) del modo más perfecto posible. Abrió una tienda en la que se dedicó a vender telas y así transcurrió cierto tiempo. Un día cerró su negocio y se marchó a su casa. Aquella noche un hábil ladrón se vistió igual que el dueño y sacando de su manga las llaves dijo al guardián del zoco: « Enciéndeme esta candela» . El guardián la cogió y fue a encenderla.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el ladrón abrió la tienda, encendió otra vela que llevaba con él y cuando regresó el guardián le encontró sentado en su interior, con el cuaderno de cuentas en la mano y siguiendo los números con los dedos. Así siguió hasta la aurora. Entonces dijo al guardián: «Tráeme un camellero con su camello para que pueda transportar unas mercancías». Le condujo al arriero con su camello y le entregó cuatro fardos de ropa que hizo cargar en el animal. Después cerró la tienda, dio dos dirhemes al guardián y se marchó detrás del botín. El vigilante estaba convencido de que se trataba del dueño de la tienda. Al aparecer la aurora y al aclarar el día se presentó el verdadero dueño. El guardián le saludó con la máxima efusión a causa de los dos dirhemes. El dueño no entendía sus palabras y se admiraba. Al abrir la tienda encontró ríos de la cera de la vela y descubrió a un lado el cuaderno de cuentas. Examinó las existencias y vio que le faltaban cuatro fardos de tela. Preguntó al guardián: «¿Qué ha ocurrido?» Le contó lo que había hecho durante la noche y la conversación que había sostenido con el camellero para el transporte. Le dijo: «¡Tráeme al camellero que se ha llevado los fardos esta mañana!» «¡Oír es obedecer!», le replicó. Se lo presentó. El dueño le preguntó: «¿Adonde has llevado esta mañana los fardos?» «Al dique tal; los he embarcado en la nave de Fulano.» «Acompáñame hasta ella.» Le condujo al lugar y le dijo: «Ésta es la nave y ése su dueño». Preguntó al barquero: «¿Adonde has llevado al comerciante con sus telas?» «A tal lugar. Ha tomado un camellero, ha cargado los fardos en el animal y se ha ido. Ignoro a qué lugar.» «Tráeme el camellero al que has entregado los fardos de ropa». Se lo presentó. Le preguntó: «¿Adonde has llevado las ropas y al comerciante que has recogido de la nave?» «A tal lugar.» «¡Acompáñame hasta él y muéstramelo!» El camellero le condujo hasta un lugar alejado de la orilla, le mostró la tienda en la que había depositado las telas y le indicó el almacén del falso comerciante. El dueño se acercó al almacén, lo abrió, encontró los cuatro fardos de tela tal y como se los habían quitado y se los entregó al camellero. El ladrón los había recubierto con su túnica. También la entregó al camellero, quien lo cargó todo en el animal. Después cerró el almacén y se marchó en compañía del arriero. El ladrón llegaba en aquel momento y le siguió. Al ver cómo cargaba la tela en la nave le dijo: «¡Hermano mío! ¡Que Dios te proteja siempre! Has recuperado tus telas sin que falte nada. ¡Devuélveme mi túnica!» El comerciante rompió a reír y le devolvió la túnica sin molestarle. Después cada uno de ellos se fue por su lado.

MASRUR E IBN AL-QARIBI

Se cuenta que una noche el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, estaba muy inquieto. Dijo a su visir Chafar b. Yahya al-Barmikí: «Esta noche estoy

desvelado y la angustia invade mi pecho; no sé qué hacer» . Su criado, Masrur, que estaba delante de él, rompió a reír. El Califa le preguntó: « ¿De qué te ríes? ¿Es que te ríes burlándote de mí? ¿O es que te has vuelto loco?» Le contestó: « ¡No, Emir de los creyentes!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Masrur prosiguió:] « … ¡Por tu parentesco con el Señor de los Enviados! Lo he hecho involuntariamente porque ayer salí a pasear por las afueras del alcázar y avancé hasta llegar al Tigris. Vi que la gente estaba allí reunida. Me paré y vi que un cómico distraía a la gente. Se llamaba Ibn al-Qaribi; al recordar ahora sus palabras me he puesto a reír. Te pido, Emir de los creyentes, que me perdones» . El Califa le dijo: « ¡Tráeme ahora mismo a ése!» Masrur salió corriendo hasta alcanzar a Ibn al-Qaribi y le dijo: « ¡Responde a la llamada del Emir de los creyentes!» « ¡Oír es obedecer!» , le replicó. Masrur le dijo: « Te pongo una condición: cuando te presentes ante el Califa y éste te dé alguna recompensa, tú te quedarás únicamente con la cuarta parte y me darás el resto a mí» . « ¡No! Tú te quedarás la mitad y yo la otra mitad.» « ¡No!» « Pues yo me quedaré con el tercio y tú con los dos tercios.» Masrur, después de oponerse, aceptó la distribución y le llevó consigo. Ibn al-Qaribi se presentó ante el Emir de los creyentes, le saludó con las fórmulas de rigor y se quedó plantado ante él. El Califa le dijo: « Si tú no me haces reír te daré tres golpes con esta bolsa» . Ibn al-Qaribi se dijo: « ¿Qué daño me pueden causar tres golpes con tal bolsa si yo no noto ni los latigazos?» Empezó a hablar explicando cosas que habrían hecho reír a una persona enfadada y refirió toda clase de chistes sin que el Emir de los creyentes se pusiese a reír ni tan siquiera sonriese. Ibn al-Qaribi al principio se maravilló; luego se quedó perplejo y al final se atemorizó. El Emir de los creyentes le dijo: « ¡Te has ganado los palos!» Cogió la bolsa y le dio un golpe. La bolsa tenía cuatro piedras cada una de las cuales pesaba dos ratl. Recibió el golpe en el cuello, dio un grito terrible y acordándose de lo que había pactado con Masrur exclamó: « ¡Perdón, Emir de los creyentes! ¡Escucha dos palabras!» « ¡Di lo que te parezca!» « Masrur me ha impuesto una condición: hemos acordado que de los bienes que yo reciba del Emir de los creyentes me quedaré un tercio y le daré los dos tercios a él. Ha aceptado este reparto después de una enconada discusión. Por consiguiente, ahora, no puedes darme más palos, puesto que el primero es la parte que me corresponde. Los dos golpes que faltan son su parte, ya que yo ya he recibido la mía. Él está aquí. ¡Dale su parte, Emir de los creyentes!» El Califa, al oír estas palabras, rompió a reír y se cayó de espaldas. Llamó a Masrur y le dio un golpe. Éste chilló: « ¡Emir de los creyentes! ¡Yo me

conformo con el tercio! ¡Dale los otros dos a él!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que él Califa se rió y mandó que diesen mil dinares a cada uno de ellos. Ambos se marcharon con lo que el Califa les había dado.

EL PRÍNCIPE ASCETA

Se cuenta que el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, tuvo un hijo que a la edad de dieciséis años se retiró del mundo y aceptó la regla de los ascetas y devotos.

Acostumbraba a visitar los cementerios y decía: « ¡Erais los dueños del mundo, pero eso no os ha salvado puesto que habéis bajado a la tumba! ¡Ojalá supiera qué es lo que habéis dicho y qué es lo que se os ha dicho![145]» Lloraba de un modo terrible y desgarrador y recitaba las palabras del poeta:

> Los entierros me asustan en cualquier momento y el llanto de las plañideras me entristece.

Cierto día el Califa pasó por su lado rodeado de su séquito: le escoltaban los ministros, los grandes del reino y los magnates del Imperio. Se dieron cuenta de que el hijo del Emir de los creyentes llevaba una aljuba de lana encima del cuerpo y que le ceñía la cabeza una cinta del mismo material. Se decían los unos a los otros: « Este crío constituye la vergüenza del Emir de los creyentes ante los demás reyes. Si éste le riñese abandonaría la vida que lleva» . El Emir de los creyentes oyó estas palabras y le dijo: « ¡Hijo mío! Tú me avergüenzas con la vida que llevas» . El joven le miró y no le contestó. A continuación miró a un pájaro que estaba en una de las almenas del palacio y le dijo: « ¡Pájaro! ¡Por el poder de tu Creador baja a posarte en mi mano!» El animal se colocó en la mano del joven. Éste añadió: « ¡Vuelve al lugar que ocupabas!» El pájaro regresó. Después dijo: « ¡Pósate en la mano del Emir de los creyentes!» El ave no quiso descender. El joven dijo a su padre: « ¡Emir de los creyentes! ¡Tú eres quien me avergüenza ante los santos por el mucho cariño que tienes a los bienes mundanales! He decidido separarme de ti y no regresaré a tu lado si no es en la otra vida» .

El joven se marchó a Basora y empezó a trabajar como alfarero ganando

cada día un dirhem y un daniq[146]. El daniq le servía para alimentarse y daba el dirhem de limosna. Abu Amir al-Basrí refiere: « Una pared de mi casa se derrumbó y me dirigí al lugar en que se estacionaban los obreros para contratar a un hombre que me la levantase. Mi vista cayó en un hermoso joven que tenía un rostro radiante. Le saludé y le dije: "¡Amigo mío!: ¿querrías trabajar?" "Sí." "Acompáñame y levantarás una pared." "Antes te he de imponer una condición." "¿Cuál es, amigo mío?", le pregunté. Me respondió: "Mi jornal será de un dirhem y un daniq y cuando el almuédano llame a la oración me permitirás que acuda a rezar con la comunidad". "Acepto", le repliqué. Le tomé conmigo y le llevé a mi casa. Trabajó de una manera tal como nunca había visto con anterioridad. Le recordé que había llegado la hora de la comida y me dijo: "¡No importa!" Entonces me di cuenta de que estaba ayunando. Al oír el llamamiento a la plegaria me dijo: "Ya sabes la condición". "Sí", le contesté. Se quitó la túnica, y realizó las abluciones de manera tan hermosa como yo no había visto nunca. Después se marchó a la oración y rezó con la comunidad. Regresó, en seguida, al trabajo y cuando oyó la llamada del asr hizo las abluciones y corrió a rezar; después regresó al trabajo. Yo le dije: "¡Amigo mío! Ya ha terminado la jornada de trabajo, pues para los obreros termina con la oración del asr". Contestó: "¡Gloria a Dios! Mi jornada dura hasta la noche". Trabajó hasta la caída de la tarde y yo le di dos dirhemes. Me preguntó: "¿Qué significa esto?" Le dije: "¡Por Dios! Éste es el salario que te mereces por lo que te has esforzado en servirme". Me tiró los dos dirhemes exclamando: "No deseo propinas sobre lo que hemos acordado entre nosotros". No pude convencerle, le di el dirhem y el daniq y se marchó. Al día siguiente fui, muy de mañana, al mismo lugar pero no le encontré. Pregunté por él y se me contestó: "Aquí sólo viene los sábados". Al sábado siguiente me dirigí al mismo lugar y le encontré. Le dije: "¡En él nombre de Dios! ¡Favoréceme con tu trabajo!" "¡Con la condición que sabes!" "¡Naturalmente!" Le llevé a mi casa y empecé a observarle sin que él me viese: cogía un puñado de barro, lo colocaba en la pared y las piedras corrían a colocarse unas encima de otras. Yo exclamé: "¡Así obran los santos de Dios!" Trabajó todo el día con mayor rendimiento que el anterior. Al llegar la noche le di su salario: lo cogió y se marchó. El tercer sábado acudí al mismo lugar, pero no le encontré. Pregunté por él y se me contestó: "Está enfermo y yace en la tienda de Fulana". Era ésta una vieja mujer bien conocida por su piedad; tenía una choza de cañas en el cementerio. Corrí a la cabaña, entré y le encontré tumbado en el suelo, sin nada debajo; apoyaba la cabeza en un ladrillo y su rostro estaba circundado de resplandor.

Le saludé y me devolvió el saludo. Me senté junto a su cabeza y empecé a llorar por lo joven que era, porque estaba solo y por lo mucho que se esforzaba en servir al Señor. Le pregunté: "¿Tienes algún deseo?" "¡Sí!" "¿Cuál?" "Vuelve mañana a primera hora: me encontrarás muerto. Lávame, cava mi tumba sin

decir nada a nadie y amortájame en esta aljuba que llevo puesta después de descoserla y haber buscado lo que hay en el bolsillo: sacarás lo que éste contiene y lo guardarás. Cuando hayas rezado por mí y me hayas tapado con el polvo irás a Bagdad y esperarás a que el Califa Harún al-Rasid salga de palacio: le entregarás lo que hayas encontrado en mi bolsillo y le darás saludos de mi parte." A continuación pronunció la profesión de fe, loó a su Señor con las palabras más elocuentes y recitó estos versos:

Haz llegar a al-Rasid el depósito de aquél a quien ha llegado la muerte: al hacerlo tendrás tu recompensa.
Dile: "Un extranjero, que deseaba verte, te ha invocado desde lejos con profundo amor.
Ni el odio ni la desgana le alejaron de ti ya que, para él, el besar tu mano, era un acto pío.
Pero de ti le separaba, padre mío, el deseo de abstenerse de los bienes de tu mundo".

» Después de esto el muchacho pidió perdón a Dios…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho pidió perdón a Dios] « e imploró la bendición y la paz del Señor de los puros[147]. Recitó algunos versículos del Corán y musitó estos versos:

¡Padre mío! ¡No te dejes extraviar por las satisfacciones del mundo! La vida tiene un fin y los placeres se agotan.
Cuando te enteres de los males de un pueblo has de darte cuenta de que tú eres el responsable.
Cuando acompañes a un entierro a la tumba, has de saber que tú, después de él, has de ser transportado.»

Abu Amir de Basora refiere: « Cuando el muchacho hubo terminado de manifestar su última voluntad y de recitar estos versos me marché y me dirigí a mi casa. Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, corrí a su lado: lo encontré muerto (¡Dios tenga misericordia de él!). Lo lavé, descosí su aljuba y en el interior encontré un jacinto que debía valer miles de dinares. Me dije: "¡Por Dios! ¡Este muchacho ha practicado en el mundo el más perfecto ascetismo!" Después, una vez que le hube enterrado me marché a Bagdad, me acerqué hasta

las inmediaciones del palacio del Califa y me puse a esperar a al-Rasid hasta que salió. Corrí a su encuentro y le entregué el jacinto. Al verlo lo reconoció y cayó desmayado. Sus criados me detuvieron. Al volver en sí ordenó a éstos: "¡Soltadle! ¡Conducidle con los mayores miramientos al alcázar!" Hicieron lo que les había mandado. Cuando hubo regresado a palacio me mandó llamar y me introdujeron ante él. Me preguntó: "¿Qué se ha hecho del dueño de este jacinto?" Le contesté: "¡Ha muerto!" Le conté lo sucedido. Se puso a llorar diciendo: "¡Qué aprovechado ha sido el muchacho! ¡Qué pérdida para el padre!" A continuación gritó: "¡Fulana!" Se presentó una mujer que al verme quiso volver atrás, pero él le dijo: "¡Ven! ¡No te preocupes de éste!" Se acercó y saludó. El Califa le arrojó el jacinto. Al verlo dio un grito terrible y cayó desmayada. Al volver en sí dijo: "¡Emir de los creyentes! ¿Qué ha hecho Dios de mi hijo?" El Califa me dijo: "¡Cuéntale lo ocurrido!" El soberano empezó a llorar y yo informé a la mujer de lo sucedido. Ella rompió a sollozar diciendo con voz débil: "¡Cuánto deseaba verte de nuevo, regocijo de mis ojos! ¡Ojalá te hubiese podido escanciar de beber cuando no encontrabas a nadie que lo hiciese! ¡Ojalá hubiese sido tu contertulio cuando no tenías con quien hablar!" Derramó abundantes lágrimas y recitó estos versos:

Lloro por alguien que ha muerto en el extranjero, solo, sin un amigo al que confiar su pasión.
Después de haber sido honrado, de haber tenido numerosa compañía, se ha encontrado solo, aislado, sin nadie.
Los hombres pueden darse cuenta de lo que el transcurso de los días encierra: la muerte jamás ha exceptuado a ninguno de nosotros.
¡Oh, ausente! Mi Señor había dispuesto que te marchases: después de haber permanecido a mi lado te alejaste.
La muerte me arrebata la esperanza de encontrarte, hijo mío, pero nos veremos mañana, en el día del juicio.

» Yo pregunté: "¡Emir de los creyentes! ¿Era tu hijo?" Me contestó: "Sí; antes de hacerme cargo del Califato frecuentaba a los sabios y trataba a las personas pías. Al subir yo al trono se alejó de mí, se marchó de mi lado. Entonces dije a su madre: 'Este muchacho ha abandonado el mundo para consagrarse a Dios (¡ensalzado sea!); es posible que sufra fatigas y pruebas. Dale ese jacinto para que pueda utilizarlo en un momento de necesidad'. Ella se lo entregó conjurándole a que lo cogiera y la obedeció. Después nos dejó en nuestra vida profana, se alejó de nosotros y ha vivido solo hasta encontrar, puro y temeroso, a Dios, excelso y todopoderoso". Después añadió: "Muéstrame su tumba". Salí con él y le acompañé para enseñarle la fosa. Rompió a llorar y a sollozar hasta caer desmayado. Al volver en sí pidió perdón a Dios y exclamó: "¡Nosotros somos de

Dios y a Él volvemos!" Rezó por él y después me rogó que me quedase a su lado. Le dije: "¡Emir de los creyentes! El ejemplo de tu hijo es para mí la mayor de las amonestaciones". Recité estos versos:

Soy extranjero pero no busco refugio junto a nadie: sería extranjero aunque permaneciese en mi patria.
Soy extranjero: no tengo familia ni hijos; no tengo a nadie en quien pueda refugiarme.
Busco refugio en las mezquitas y en ellas vivo: mi corazón jamás se separará de ellas.
¡Loado sea Dios, Señor de los mundos, por el favor que hace de dejar el espíritu en el cuerpo!»

EL AMOR DEL MAESTRO DE ESCUELA

Un buen hombre refiere: « Pasé junto a un maestro que estaba en una escuela enseñando a leer a los chiquillos. Tenía buen aspecto y un rostro hermoso. Me acerqué a él. Me hizo sentar a su lado y yo le interrogué sobre las primeras letras, la gramática, la poesía y la lexicografía: me contestaba perfectamente a todas las preguntas. Le dije: "¡Que Dios te ayude en tus proyectos! Tú conoces perfectamente todo lo que te he preguntado". Desde entonces le frecuenté durante cierto tiempo y cada día le descubría una nueva cualidad. Me dije: "Esto es algo prodigioso en un maestro que da clase a los chiquillos, ya que todas las personas inteligentes están de acuerdo en que los maestros están algo chiflados". Le dejé y le seguí frecuentando algunos días. Uno de ellos acudí según mi costumbre, pero encontré cerrada la puerta de la escuela. Pregunté a los vecinos y respondieron: "Se le ha muerto alguien en su casa". Me dije: "Es necesario que vaya a darle el pésame". Corrí a su puerta, llamé y salió a abrirme una esclava quien me preguntó: "¿Qué quieres?" "Ver a tu dueño." "Está solo, profundamente afligido." "Dile: 'Tu amigo Fulano pretende darte el pésame'." Fue y se lo dijo. El maestro le replicó: "Déjale entrar". La joven me permitió que pasase y yo me presenté ante él: estaba sentado, solo, con el turbante en la cabeza. Le dije: "¡Que Dios te conceda una gran recompensa! Todos nosotros hemos de seguir ese camino. ¡Ten paciencia!" Después le pregunté quién se había muerto. Me replicó: "¡La persona a la que más quería y amaba!" "¿Tu padre?" "No." "¿Tu madre?" "No." "¿Tu hermano?" "No." "¿Uno de tus parientes?" "No." "¿Pues qué relación tenía contigo?" "¡Era mi amada!" Me dije: "Ésta es la primera muestra que da de ser corto de entendederas". Le consolé: "Encontrarás otras más hermosas que ella". "No la

he llegado a conocer para poder decir que hay mujeres más hermosas que ella." Me dije: "Ésta es la segunda tontería". Seguí: "¿Y cómo te has enamorado sin verla?" Me contestó: "Estaba sentado en la ventana cuando pasó un hombre por la calle cantando este verso:

¡Oh, Umm Amr! ¡Dios te recompense por tu generosidad! ¡Devuélveme mi corazón donde quiera que se encuentre!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre prosiguió:] « "Al oír estas palabras me dije: 'Si esta Umm Amr tuviese en el mundo quien pudiera comparársela, los poetas no la cantarían a ella'. Así me enamoré de ella. Dos días más tarde volvió a cruzar el mismo hombre recitando este verso:

Cuando el asno se llevó a Umm Amr, ni aquél ni ésta regresaron.

» "Estas palabras me han hecho saber que ella ha muerto. Empecé a llorar por ella y así llevo tres días."

» Me marché después de haberme cerciorado de lo escaso de su inteligencia.»

EL MAESTRO DE ESCUELA ESTÚPIDO

Se cuenta, acerca de la escasa inteligencia de los maestros de escuela, que estando uno de ellos en la clase entró un hombre instruido, se sentó a su lado y empezó a ponerle a prueba. Se dio cuenta de que sabía gramática, lexicografía y poesía; estaba bien educado y era inteligente y agradable. Se admiró de ello y exclamó: « ¡Pero si los maestros que enseñan a los niños en las escuelas jamás están bien de la cabeza!» Cuando se despedía del alfaquí, éste le dijo: « Tú serás mi huésped esta noche» . Aceptó su invitación y fueron juntos hasta la casa de éste. El maestro le trató con deferencia, sirvió la comida, cenaron y bebieron. Después se sentaron a conversar hasta el fin del primer tercio de la noche. Tras esto el alfaquí preparó un lecho para su huésped y él se marchó al harén. El invitado se tumbó y se disponía a dormir cuando oyó un gran griterío en el harén. Preguntó: « ¿Qué ocurre?» Le contestaron: « ¡Ha sucedido algo muy gordo al jeque! ¡Está a punto de morir!» El huésped dijo: « ¡Llevadme ante él!» Le

condujeron. Entró y le vio desmayado, con la sangre corriendo por el lecho. Le roció el rostro con agua y cuando volvió en sí, le preguntó: « ¿Qué significa esta situación? Cuando te has separado de mí te encontrabas de magnífico humor y con la piel intacta. ¿Qué te ha ocurrido?» Le contestó: « ¡Hermano mío! Al dejarte me he sentado a meditar en las obras de Dios (¡ensalzado sea!). Me he dicho: "Todo lo que Dios ha creado en el hombre sirve de algo ya que Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) ha puesto las dos manos para coger, los dos pies para andar, los dos ojos para ver, los dos oídos para oír, el miembro viril para la cópula, etc., excepto estos dos testículos que no sirven de nada". Entonces he cogido mi navaja, los he cortado y me ha ocurrido esto» .

El huésped se marchó de su lado diciendo: « ¡Qué razón tienen los que dicen: "Todos los maestros que enseñan a los niños no están en su razón cabal aunque dominen todas las ciencias"!»

EL MAESTRO DE ESCUELA ANALFABETO

Se refiere que había un ordenanza que no sabía leer ni escribir pero que se las ingeniaba para enredar a la gente y tener de qué comer. Cierto día le pasó por la cabeza abrir una escuela y enseñar en ella a leer a los niños. Reunió pizarras y modelos de escritura, y los colgó de un lugar aumentando el volumen de su turbante. Se sentó en la puerta del local y la gente, al pasar y verle con su gran turbante, con las pizarras y los modelos de caligrafía creía que era un excelente alfaquí y le llevaba a sus hijos. El pícaro decía a uno: « Escribe» , a otro: « Lee» , y los estudiantes se daban clase unos a otros. Cierto día, mientras estaba sentado en la puerta de la escuela según tenía por costumbre, apareció una mujer que venía desde lejos llevando en la mano un escrito. El pícaro se dijo: « No cabe duda de que esta mujer se acerca a mí para que le lea la carta que trae. ¿Qué he de hacer con ella si yo no sé leer lo que está escrito?» Pensó en esfumarse, huyendo, pero la visitante le alcanzó antes de que pudiera desaparecer. Le preguntó: « ¿Adónde vas?» « Voy a rezar la oración del mediodía. Vuelvo en seguida.» « ¡Falta aún mucho para el mediodía! ¡Léeme esta carta!» La cogió del revés, poniéndolo de abajo arriba y empezó a mirarla: unas veces sacudía el turbante, otras arqueaba las cejas o aparentaba enfadarse. El esposo de aquella mujer estaba ausente y la carta era suya. Ésta al ver los gestos del maestro se dijo: « No cabe duda de que mi esposo ha muerto y de que este alfaquí no se atreve a decirme "Ha muerto"» . Le preguntó: « ¡Señor mío! ¡Si es que ha muerto, dímelo!» El pícaro sacudió la cabeza y calló. La mujer siguió: « ¿Tengo que desgarrar mis vestidos?» « ¡Desgarra!» « ¿Tengo que abofetearme en la cara?» « ¡Abofetéate!» La mujer recogió la carta, regresó a su domicilio y empezó a llorar en compañía de sus hijos. Algunos vecinos oyeron el llanto y

preguntaron qué le ocurría. Se les contestó: « Ha recibido una carta anunciando la muerte de su esposo» . Un hombre dijo: « Estas palabras son falsas ya que aquél me escribió ayer diciéndome que estaba bien de salud y que regresaría dentro de diez días» . Este hombre corrió al momento junto a la mujer y le dijo: « ¿Dónde tienes la carta que has recibido?» La cogió y la leyó. Decía: « Me encuentro perfectamente de salud y regresaré dentro de diez días. Os he enviado una cobertura y un brasero» . La mujer cogió la carta y volvió a ver al alfaquí. Le dijo: « ¿Qué te ha movido a hacer conmigo tal cosa?» , y le explicó lo que le había leído el vecino acerca de la buena salud de su esposo y de que éste había enviado una cobertura y un brasero. Le replicó: « Dices la verdad, perdóname, buena mujer. En aquel momento yo estaba de mal humor y preocupado…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el pícaro prosiguió:] « … al ver que el brasero venía envuelto en la cobertura creí que había muerto y había sido envuelto en el sudario» . La mujer no comprendió la treta y dijo: « ¡Tienes disculpa!» Cogió la carta y se marchó.

EL REY Y LA MUJER VIRTUOSA

Se cuenta que un rey salió disfrazado para observar qué era lo que hacían sus súbditos. Llegó a una gran alquería y entró solo en ella. Tenía mucha sed y se paró ante la puerta de una de las casas que componían el cortejo y pidió agua. Una mujer hermosa salió con un bocal y se lo entregó. El rey bebió. Al examinar a la mujer se prendó de ella y la solicitó. La mujer, que le había reconocido, le hizo entrar en su casa y sentarse. Le sacó un libro y le dijo: « Mira este libro mientras yo arreglo mis cosas. Vuelvo en seguida» . El rey se sentó a examinarlo: contenía admoniciones contra el adulterio y trataba de los castigos con que Dios había amenazado a quienes lo cometieran. Al rey se le puso la carne de gallina, se arrepintió ante Dios, llamó a la mujer, le devolvió el libro y se fue. El marido de la mujer estaba ausente. Cuando regresó le explicó lo ocurrido. El hombre se quedó perplejo y dijo: « Temo que el deseo del rey haya caído en ella» , y desde aquel momento no se atrevió a tener más relaciones con ella. Así transcurrió un tiempo. La mujer contó a sus parientes lo que le sucedía con su marido y éstos lo pusieron en conocimiento del rey. Cuando estuvieron ante éste le dijeron: « ¡Dios conceda poder al rey! Este hombre ha tomado en arriendo una tierra nuestra para cultivarla. Lo ha hecho durante algún tiempo, pero después la ha dejado sin labrar; sin embargo no la devuelve para que

nosotros podamos arrendarla a quien la trabaje a pesar de que él no la cultiva. La tierra, así, se estropea y nosotros tememos que se descomponga a causa de la falta de cuidado: cuando la tierra no se siembra, degenera» . El rey preguntó: « ¿Qué es lo que te impide sembrar tu campo?» « ¡Dios conceda poder al rey! —contestó el marido—. Me he enterado de que el león ha entrado en mi tierra; yo le temo y no me atrevo a acercarme, pues sé que carezco de fuerza para resistir al león» . El rey comprendió de lo que se trataba y le dijo: « ¡Oh, tú! El león no ha pisado jamás tu tierra; es una tierra buena para ser sembrada: cultívala con la bendición de Dios, pues el león no le hará ningún daño» . El rey mandó dar a los esposos un magnífico regalo y los despidió.

EL PÁJARO RUJJ

Se cuenta que un hombre magrebí había viajado por todas las regiones del mundo y había cruzado desiertos y mares. Los hados le arrojaron a una isla en la que permaneció mucho tiempo, después de lo cual regresó a su país llevando una especie de caña que había constituido una pluma del ala de un polluelo del rujj que aún no había salido del huevo. Dicho recipiente podía contener nueve odres de agua. Se dice que la envergadura del ala de un polluelo de rujj, cuando sale del huevo, es de mil brazas. La gente se admiraba de aquella pluma al verla. Este hombre, que se llamaba Abd al-Rahmán al-Magribí, era más conocido por « el Chino» porque había vivido mucho tiempo en China. Acostumbraba a contar cosas prodigiosas y entre ellas la siguiente: « Estaba viajando por el mar de la China…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Magribí refirió:] « Estaba viajando por el mar de la China con algunas personas más, y avizoraron una isla en la lejanía. La nave fue a anclar junto a ella. Vieron que era grande y amplia. Los viajeros desembarcaron para recoger agua y madera, llevando consigo hachas, cuerdas y odres. Aquel hombre fue a tierra con ellos. Vieron que en la isla había una gran cúpula blanca, reluciente, cuya longitud era de cien brazas. Se dirigieron hacia ella, se acercaron y descubrieron que se trataba de un huevo de rujj. Empezaron a golpearlo con hachas, piedras y palos hasta sacar de él un polluelo que era tan grande como una montaña abrupta. Sólo consiguieron arrancarle una pluma del ala a base de reunirse y tirar todos a la vez, a pesar de que no habían terminado de formarse las plumas del animal. Cogieron la carne que pudieron del pollo, se la llevaron, cortaron la raíz de la pluma y desplegaron

las velas del buque navegando durante toda la noche hasta la salida del sol; el viento era favorable a la embarcación en que viajaban. De repente apareció el rujj como si fuese una nube inmensa: llevaba en sus patas una piedra grande como una montaña, era mayor que el buque. Sobrevoló la nave y soltó la piedra encima: el bajel, que era ligero, esquivó la roca y ésta cayó al mar en medio del terror de todos. Pero Dios había dispuesto que escapasen y les salvó de la muerte. Cocieron la carne y la comieron: los ancianos de barba blanca se despertaron al día siguiente con la barba negra; después de este acontecimiento ninguno de los que habían probado aquella carne volvió a encanecer. Dicen que la causa de haberse vuelto jóvenes y de no volver a envejecer fue el haber hervido la carne con que estaba en el caldero con madera del árbol de las flechas; otros aseguran que se debió a la carne del polluelo del rujj. Esto constituye uno de los mayores prodigios.»

HISTORIA DE ADÍ B. ZAYD Y HIND

Se refiere que al-Mundir b. Said, rey de los árabes, tenía una hija llamada Hind. El día de Pascua, fiesta cristiana, la muchacha se dirigió a la Iglesia Blanca para comulgar. Tenía entonces once años y era la mujer más bella de su tiempo y de su época. Aquel día había llegado a Hira, Adí b. Zayd llevando un regalo de Cosroes para el rey al-Numán. Fue a la Iglesia Blanca para comulgar: era un hombre alto, de buen porte, hermosos ojos, mejillas lisas e iba acompañado de sus servidores. Al lado de Hind, la hija de al-Numán, había una esclava llamada María, quien estaba enamorada de Adí, a pesar de lo cual no había podido decírselo. Al verle en la iglesia dijo a Hind: « ¡Mira a ese joven! ¡Por Dios! ¡Es el más hermoso de todos los que has visto!» Hind preguntó: « ¿Quién es?» « Adí b. Zayd.» Hind dijo: « Temo que me reconozca si me acerco a él para que me vea» . « ¿Cómo te ha de reconocer si no te ha visto jamás?» , objetó María. Se acercaron a él: estaba bromeando con los pajes que le acompañaban. Era superior a todos ellos por la belleza, por la elegancia de su dicción, por la elocuencia de su lengua y por el magnífico vestido que llevaba. Hind, al verle, se enamoró, se quedó con el pensamiento en suspenso y cambió de color. María, al darse cuenta de la inclinación de la joven le dijo: « ¡Háblale!» Ella le dijo algo y se marchó. Adí, al verla y oír sus palabras se enamoró, se quedó con el pensamiento en suspenso, con el corazón palpitante y cambió de color hasta el punto de que los otros jóvenes se inquietaron por él. Mandó en secreto a uno de ellos que la siguiese y que averiguase quién era. Así lo hizo y regresó para informarle de que se trataba de Hind, hija de al-Numán. Adí salió de la iglesia sin darse cuenta de que estaba en la calle, de tan grande como era su pasión. Recitó este par de versos:

¡Oh, amigos míos! ¡Sed muy felices! Si os dirigís hacia algún país,
paraos conmigo ante la morada de Hind; después marchaos y anunciad la noticia.

Al terminar de recitar estos versos se retiró a su casa y pasó la noche desvelado, sin gozar de las dulzuras del sueño.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al día siguiente se le presentó María. La recibió con cortesía mientras que con anterioridad no le había hecho caso. Le preguntó: « ¿Cuál es tu propósito?» « Tengo algo que pedirte.» « Dime de qué se trata, pues, ¡por Dios!, no puedes pedirme nada que yo no te dé.» Le refirió que le amaba y que deseaba estar a solas con él. Consintió en ello a condición de que se las ingeniase para reunirle con Hind. La hizo entrar en una taberna que había en una calle de Hira y la satisfizo. María, al salir, se fue en busca de Hind y le dijo: « ¿Es que no quieres ver a Adí?» « ¿Cómo he de hacerlo? La pasión por él no me deja estar quieta desde ayer.» « Yo haré que vaya a tal y cual lugar. Así le verás desde el palacio.» Hind replicó: « ¡Haz lo que quieras!» Se pusieron de acuerdo sobre el sitio al que iría. Adí acudió a la cita y Hind le vio: poco faltó para que se cayese desde lo alto del palacio. Dijo: « ¡María! Me moriré si no tiene relaciones conmigo esta noche» . La joven cayó desmayada y sus criadas la condujeron a palacio. María corrió ante al-Numán y le informó de lo que pasaba a su hija, explicándole toda la verdad: le dijo que estaba locamente enamorada de Adí y que si no se casaba con él se cubriría de vergüenza y moriría de amor, lo cual constituiría la ignominia del rey ante los árabes: no había más remedio que casarla con Adí. Al-Numán bajó un rato la cabeza meditando en el problema y repitiendo muchas veces: « ¡Somos de Dios y a Él volvemos![148] ¡Ay de ti! ¿Cómo nos las arreglaremos para dársela por mujer? Yo no quiero empezar a hablar de ello» . Le replicó: « Él está más enamorado y más ansioso que ella. Yo me las ingeniaré para conseguirlo sin que él sepa que tú estás al corriente de todo; así no tendrás de qué avergonzarte, rey» . María se marchó a ver a Adí, le explicó lo que ocurría y le dijo: « Prepara un banquete y después invita al rey. Cuando empiece a beber vino pídele la mano de su hija y no te la negará» . « Temo molestarle y que eso sea causa de nuestra enemistad.» « He venido a verte después de haber hablado con él.» Regresó junto a al-Numán y le dijo: « Pídele que te invite en su casa» . El rey replicó: « No veo inconveniente» . Al cabo de tres días al-Numán pidió a Adí que le invitase a comer, a él y a los cortesanos, en su domicilio. Adí aceptó y al-Numán acudió. Cuando empezó a beber, aquél se acercó a éste y le pidió su hija en matrimonio.

El rey le aceptó, le casó y le entregó a su hija después de tres días. Vivieron tres años felices, en la mejor y más regalada vida.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después al-Numán se enfadó con Adí y le mató. Hind sintió muchísimo su pérdida, construyó un convento en las afueras de Hira, se hizo monja y continuó llorándole y lamentándose por él hasta que murió. Dicho convento existe aún hoy en las afueras de Hira.

DOS POETAS Y UNA MUJER HERMOSA

Se refiere que Dibil al-Juzai contaba: « Un día estaba sentado en la puerta del barrio de al-Karj; de pronto pasó a mi lado una esclava tan hermosa que nunca había visto otra que fuera mejor proporcionada. Andaba cimbreándose y atraía hacia sí la mirada de todos los videntes: me enamoré de ella en cuanto la vi; mi corazón empezó a palpitar y parecía que iba a volar de mi pecho. Adelantándome recité este verso:

> Las lágrimas de mis ojos, por ella, caen en tromba y el sueño ha abandonado mis párpados.

» Ella volvió su cara hacia mí, me miró e improvisó rápidamente este verso:

> ¡Esto es bien poco para quien ha sido invitado con una mirada de ojos lánguidos!

» La rapidez de su respuesta y la agudeza de su contestación me impresionó. Contesté improvisando el verso:

> ¿El corazón de mi dueño es compasivo con aquel que llora?

» Me contestó en seguida, sin vacilación, con este verso:

> Si tú buscas nuestro amor, entérate de que el amor entre los dos es un préstamo.

» Jamás habían entrado por mi oído palabras más dulces ni había visto un rostro más hermoso. Para probarla, improvisé un verso con rima y metro distintos. Dije:

¿Crees que el tiempo nos alegrará con la unión y reunirá a uno y otro amante?

» Se sonrió: nunca había visto yo una boca más hermosa ni unos labios más dulces. Me contestó a continuación, sin vacilar, con este verso:

¿Es que crees que el tiempo y el destino tienen que ver entre nosotros? Tú eres el tiempo y has de alegrarnos con la unión.

» Corrí hacia ella y empecé a besarle las manos diciendo: "¡Jamás hubiese creído que el tiempo me deparase una ocasión como ésta! ¡Sigue mis pasos, no porque yo te lo mande o te obligue, sino por tu libre albedrío y por tu afecto hacia mí!" Eché a andar y ella me siguió. Yo no disponía, entonces, de una casa que pudiera satisfacer a una mujer como ella. Mi amigo Muslim b. al-Walid tenía un hermoso domicilio. Me dirigí hacia él. Llamé a la puerta y salió a abrirme. Le saludé y le dije: "Los buenos amigos se guardan para ocasiones como ésta". Me replicó: "¡De mil amores! ¡Entrad los dos!" Pasamos y nos encontramos con que no teníamos ni cinco céntimos. Muslim me entregó un tapete y me dijo: "Ve al mercado y véndelo; compra con su importe la comida y demás cosas que necesites". Me marché corriendo al zoco y lo vendí. Compré la comida y las demás cosas necesarias y regresé. Me encontré con que Muslim se había retirado con ella a una cava. Al oír que llegaba corrió hacia mí y me dijo: "¡Que Dios te recompense, Abu Alí, por el favor que me has hecho, y que él te conceda sus beneficios considerándolo como una de tus buenas acciones el día del juicio!" Cogió la comida y las bebidas que llevaba y cerró la puerta en mis mismas narices. Me indigné con sus palabras y me quedé sin saber qué hacer, mientras él seguía detrás de la puerta vibrando de placer. Al verme en ese estado me dijo: "¡Por vida mía, Abu Alí! ¿Quién es el autor de este verso?:

He pasado la noche en sus brazos mientras mi amigo la pasaba con el corazón inquieto, pero con los miembros puros."

» Mi cólera subió de punto y le dije: "¿Y quién es el autor de estos otros?:

¿Quién es el que lleva en la cintura cien cuernos que sobresalen por encima de la estatua de Manaf[149]?"

» Empecé a injuriarle, a reprocharle su mala conducta y su falta de hombría. Él callaba y no decía nada. Cuando hube terminado de insultarle sonrió y dijo: "¡Ay de ti, tonto! Has entrado en mi casa, has vendido mi tapete y te has gastado mi dinero. Yo soy quien tendría que indignarse, alcahuete". Me dejó y regresó al lado de la muchacha. Le dije: "¡Por Dios! Estás en lo cierto al llamarme tonto y alcahuete". Me marché de su puerta con una pena tan grande que sus huellas duran, en mi corazón, hasta hoy. Jamás he vuelto a dar con aquella muchacha ni he oído contar nada de ella.»

ISHAQ AL-MAWSULÍ Y EL COMERCIANTE

Se cuenta que Ishaq b. Ibrahim al-Mawsulí refería: « Ocurrió que un día me harté de estar siempre de servicio en la corte del Califa: monté en un corcel y me marché al despuntar el día dispuesto a dar un paseo por el desierto para distraerme. Dije a mis pajes: "Si viene un mensajero del Califa o cualquier otra persona decid que he madrugado para ir a solucionar mis asuntos y que no sabéis adonde he ido". Me marché solo y recorrí la ciudad hasta el momento en que apretó el calor. Entonces me detuve en una calle llamada Haram…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mawsulí prosiguió:] « Entonces me detuve en una calle llamada Haram para ponerme a cubierto de los ardores del sol a la sombra de una casa que tenía un amplio alero que se proyectaba en la calle. No hacía mucho que estaba allí cuando apareció un criado negro que conducía las riendas de un asno encima del cual vi que iba montada una joven que se sentaba en un tapete incrustado de aljófares; llevaba vestidos tan preciosos que ya no podían serlo más; sus extremidades eran perfectas, delicadas y su aire delicioso. Pregunté a un transeúnte de quién se trataba y me contestó: "Es una cantante". Mi corazón quedó prendado de ella desde el instante en que la vi y ya no pude quedarme quieto a lomos de mi montura. Ella entró en la casa junto a cuya puerta yo me había refugiado y yo empecé a meditar en la estratagema de que me valdría para llegar a su lado. Mientras yo permanecía inmóvil, se acercaron dos hombres jóvenes y hermosos, llamaron a la puerta y el dueño de la casa los dejó pasar. Yo me colé con ellos, los cuales creyeron que era el dueño quien me había llamado. Permanecimos sentados un rato; después nos sirvieron la comida y comimos. Más tarde nos ofrecieron las bebidas e inmediatamente después se presentó la esclava llevando un laúd en sus manos. Cantó y nosotros bebimos. Yo me levanté para ir a evacuar una necesidad. El dueño preguntó a los

dos hombres quién era yo. Le contestaron que no me conocían. Exclamó: "¡Éste es un buscón, pero es simpático! Hacedle buena cara". Regresé y me senté en mi sitio. La joven cantó, con voz deliciosa, estos dos versos:

Di a la gacela, que no es tal gacela, y al antílope de ojos alcoholados que no es tal antílope:
Con sus distintivos de varón no es una mujer; los pasos de la mujer no son los del varón.

» Lo cantó muy bien mientras los reunidos bebían admirados. Cantó después distintas melodías y entre ellas una mía que contenía estos dos versos:

Las ruinas están solas y los amigos las han abandonado.
Están desiertas después de haber sido frecuentadas: están solas y borrosas.

» Esta canción la sacó mejor que la primera. Después entonó distintas melodías, antiguas y modernas, con buen acompañamiento y entre ellas recitó una mía que contenía estos dos versos:

Di a aquella que se aleja riñéndote, que te deja de lado:
"Has conseguido lo que has conseguido aunque sea jugando."

» Yo le pedí que repitiese la canción para corregirla, pero uno de los dos hombres estalló: "¡Jamás hemos visto un pícaro de rostro más duro que el tuyo! ¿Es que no te basta con ser un gorrón para aún tener, encima, que envanecerte? En ti se cumple el refrán que dice 'Pícaro y aguafiestas'". Bajé la cabeza avergonzado y no contesté. Su amigo quería que me dejase en paz pero no lo conseguía. Se levantaron para rezar la oración y yo me retrasé un poco, tomé el laúd, tensé las cuerdas y lo afiné de un modo perfecto. En seguida, corrí a mi sitio y recé con ellos. Una vez terminada la plegaria el hombre en cuestión volvió a reprenderme, a censurarme y a insolentarse conmigo mientras yo callaba. La joven tomó el laúd y al tocarlo se dio cuenta de lo ocurrido. Preguntó: "¿Quién ha tocado mi laúd?" Contestaron: "¡Ninguno de nosotros!" "¡Sí, por Dios! Lo ha tocado alguien que es muy experto en este arte, ya que ha arreglado y afinado las cuerdas con mano de maestro." Dije: "¡Yo he sido quien lo ha afinado!" Exclamó: "¡Que Dios te proteja! ¡Cógelo y toca!" Lo tomé y empecé una melodía prodigiosa, tan difícil que casi era capaz de matar a los vivos y de resucitar a los muertos. Recité estos versos:

Tenía un corazón que me daba la vida, pero se ha abrasado y quemado en

el fuego.
No he conseguido su amor, pues la criatura sólo tiene lo que Dios le da.
Si lo que yo he probado es el saber de la pasión no cabe duda que lo prueba quien ama.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mawsulí prosiguió:] « Cuando hube terminado de recitar estos versos ninguno de los allí reunidos consiguió mantenerse en su lugar: corrieron a sentarse ante mí rogándome: "¡Que Dios te proteja, señor nuestro! ¡Cántanos algo más!" Les contesté: "¡De mil amores!" Acompañándome con la música entoné estos versos:

¿Quién auxiliará a uno cuyo corazón se derrite con las calamidades? Las desgracias le llegan por todas partes.
Era ilícita, para quien me ha asaeteado el corazón con sus flechas, la sangre que ha derramado de mis entrañas.
El día de la separación se hizo patente que había decidido apartarse por falsas sospechas.
Ha derramado mi sangre que sin el amor no hubiese podido verter. ¿Habrá quien vengue y reclame mi sangre?

» Al terminar estos versos ninguno de ellos pudo contenerse. Se incorporaron para poderse revolcar por el suelo de tan grande como era su emoción. Solté el laúd y me dijeron: "¡Que Dios te proteja! ¿No nos cantarás nada más? ¡Por Dios (¡ensalzado sea!) que te concederá mayores favores!" Les repliqué: "¡Señores! Yo os cantaré una canción y otra y otra y otra y os diré quién soy: soy Ishaq b. Ibrahim al-Mawsulí y, ¡por Dios, que me muestro orgulloso con el Califa cuando me busca! Pero vosotros, hoy, me habéis hecho oír las palabras gruesas que me repugnan. ¡Por Dios! No articularé ni una letra ni me sentaré entre vosotros hasta que no hayáis expulsado a ese insensato que está entre vosotros". Su amigo le dijo: "¡Mira que tú! ¡Ya te había advertido que ibas a quedar mal!" Le cogieron, le sacaron y yo, tomando el laúd, les canté las mismas canciones que había entonado la esclava. Después dije al dueño de la casa que ésta había caído en gracia a mi corazón y que no renunciaría a ella. Aquel hombre me replicó: "Es tuya, pero con una condición". "¿Cuál es?" "Que vivas en mi casa durante un mes. Entonces, la esclava, con todas sus joyas y vestidos, te pertenecerá." "¡Acepto!", le contesté. Permanecí con él durante un mes sin que nadie supiese dónde me encontraba. El Califa me había mandado a buscar por todos los sitios

sin averiguar nada. Al terminar el plazo del mes me entregó la esclava y todos los objetos de valor que le pertenecían y además me regaló otro criado. Regresé a mi casa como si fuese el dueño de todo el mundo, de tan grande como era mi alegría por poseer a aquella mujer. Me dirigí inmediatamente a ver a al-Mamún. Al llegar ante él me dijo: "¡Ay de ti, Ishaq! ¿Dónde has estado?" Le expliqué toda mi historia. Me ordenó: "¡Traedme ese hombre ahora mismo!" Le indiqué su casa y el Califa mandó a buscarle. Al tenerle delante le preguntó por lo ocurrido y él se lo contó. El Califa le dijo: "Eres un hombre de valor. Es conveniente que recompense tu hombría", y mandó darle cien mil dirhemes. Me dijo: "Ishaq: preséntame a la esclava". Se la llevé. Ella cantó, le gustó y se alegró muchísimo. Me dijo: "Quiero que todos los viernes me dé un concierto. Vendrá aquí y cantará desde detrás de una cortina". A continuación mandó que le diesen cincuenta mil dirhemes. ¡Por Dios! Aquella salida mía fue ventajosa para mí y para los demás.»

TRES AMANTES DESGRACIADOS

Refiere al-Utbí: « Cierto día estaba sentado con un grupo de personas cultas y nos contábamos anécdotas de distintas personas. La conversación nos llevó a hablar de los amantes y cada uno de nosotros empezó a explicar algo. Entre nosotros estaba un anciano que callaba.

» Cuando todos hubimos contado nuestra historia aquél preguntó: "¿Queréis que os cuente una historia como jamás habéis oído?" Le contestamos: "¡Sí!" Refirió:

» "Sabed que yo tenía una hija que estaba enamorada de un joven sin que nosotros lo supiéramos. Este joven amaba a su vez a una cantante y ésta a mi hija. Un día, en cierta fiesta, coincidí con la cantante y el joven."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el anciano prosiguió:] « "La primera cantó este par de versos:

> Para los amantes, el llanto significa la humildad del amor.
> Y muy especialmente para aquel amante que no encuentra con quién desahogarse.

» "El joven le dijo: '¡Estupendo, por Dios, señora mía! ¿Es que me exhortas a

morir?' La cantante replicó desde detrás de la cortina: '¡Si me amas, muere!' El joven apoyó la cabeza en el cojín, entornó los ojos y cuando la copa, al dar la vuelta, llegó hasta él y le movimos para despertarle le encontramos muerto. Nos reunimos en torno suyo, nuestra alegría desapareció, nos entristecimos y nos marchamos al momento. Al regresar a mi domicilio mi familia me reprendió por haber regresado antes de la hora anunciada. Referí lo que había ocurrido con el joven para que quedasen pasmados. Mi hija oyó el relato: salió de la habitación en que yo me encontraba y se metió en otra. Yo corrí en pos de ella, entré en la misma habitación y la encontré apoyada en un cojín del mismo modo como yo había explicado que se había quedado el joven: la moví y me di cuenta de que había muerto. La preparamos para sepultarla y dispusimos su entierro para el día siguiente; lo mismo hizo la familia del muchacho. Al ir por el camino del cementerio nos encontramos con un tercer entierro. Preguntamos por él: era el de la cantante. Ésta, al enterarse de la muerte de mi hija, hizo lo mismo que ella y expiró. Los tres fueron enterrados el mismo día." Ésta es la historia más prodigiosa que he oído que haga referencia a los amantes.»

LOS AMANTES DE LA TRIBU DE TAYY

Se cuenta que al-Qasim b. Adí refiere, habiéndolo oído de un hombre de la tribu de Tamim, lo siguiente: « Salí en busca de una camella que se me había extraviado y llegué junto a un pozo de agua de la tribu de Tayy. Vi allí dos grupos de personas, el uno junto al otro, cada uno de los cuales parecía empeñado en una discusión. Los contemplé y distinguí en uno de los grupos un joven al que la enfermedad había dejado consunto como si fuese un anciano entrado en años. Mientras yo le contemplaba él recitó estos versos:

¿Qué ocurre a mi amada que no me visita? ¿Es avaricia u olvido?
Me he puesto enfermo y todos mis familiares han acudido a verme, ¿qué te ocurre para que yo no te vea entre los visitantes?
Si tú fueses el enfermo yo correría a tu lado: no me lo impediría ninguna amenaza.
Tú no estás entre ellos y yo estoy solo. La pérdida del amante, ¡oh, reposo mío!, es terrible.

» Una joven del otro grupo oyó sus palabras y se precipitó a su lado seguida por toda su familia que quería impedirlo. El joven se dio cuenta, se incorporó de un salto y corrió a su encuentro mientras sus familiares intentaban sujetarle: él y ella intentaban escapar de sus respectivos parientes; lo consiguieron y se

precipitaron el uno en brazos del otro, se abrazaron y cayeron muertos en el suelo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibn Adí prosiguió:] « Un anciano salió de las tiendas de la tribu y fue a colocarse al lado de los difuntos y llorando a lágrima viva exclamó: "¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos! ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) tenga misericordia de vosotros dos! ¡No os habéis podido reunir en la vida, pero yo os reuniré en la muerte!" Mandó que los preparasen para el entierro, los lavó, los amortajó en el mismo sudario y los enterró en la misma fosa. La gente rezó por los dos y los enterró en el mismo nicho. No quedó nadie, ni varón ni hembra, de los dos grupos que no llorase y se abofetease por ellos. Pregunté al viejo por la historia de ambos y me contestó: "Ella era mi hija y él mi sobrino. Se enamoraron el uno del otro hasta el punto que has visto". Exclamé: "¡Que Dios te bendiga! ¿Y por qué no los casaste?" "Temía el deshonor y la vergüenza y ahora me he cubierto de ambos." Ésta es una de las historias más maravillosas sobre amantes.»

EL AMANTE LOCO

Abu-l-Abbas al-Mubarrad refiere: « Me dirigía a al-Barid con un grupo de personas. Pasamos junto al monasterio de Heraclio y nos detuvimos a su sombra. Un hombre se me acercó y me dijo: "El monasterio está ocupado por locos y entre ellos hay uno que habla como un sabio. Si le vieses te maravillarías de sus palabras". Nos levantamos todos y entramos en el convento. Vimos a un hombre sentado en su celda encima de un tapete de cuero, tenía la cabeza descubierta y la mirada clavada en la pared. Le saludamos y nos devolvió el saludo sin dirigirnos, tan siquiera, una mirada furtiva. Uno le dijo: "¡Recita un verso! Cuando oye declamar una poesía habla". Yo recité este dístico:

¡Oh, tú, el mejor de los seres humanos que descienden de Eva! Sin ti, el mundo no sería ni hermoso ni bueno.
Eres aquel a quien Dios mostró su faz; conseguiste la eternidad sin envejecer ni encanecer.

» Al oír mis palabras se volvió hacia nosotros y recitó:

Dios sabe cuán triste estoy, pero no puedo explicar la causa de mi dolor.
Tengo dos almas: la primera está en un país, y la segunda en otro.
Creo que el alma que tengo lejos, es igual que la que aquí está: creo que sufre lo que ésta sufre.

» A continuación preguntó: "¿He hablado bien o mal?" Le contestamos: "¡Magnífico! ¡Nada de mal!" Alargó la mano a una piedra que tenía al lado y la cogió. Creímos que iba a tirárnosla y huimos. Pero él empezó a darse golpes con ella en el pecho diciendo:

¡No temáis! ¡Acercaos a mí y oíd algo que quiero contaros!" Volvimos a su lado y recitó estos versos:

Cuando poco antes del amanecer hicieron poner en cuclillas los camellos, la colocaron en la silla y mi amor se marchó con la caravana.
Mis ojos la miraron desde los hierros de la cárcel. Lleno de dolor, mientras resbalaban las lágrimas, dije:
"¡Detente, camellero, para que yo pueda despedirme de ella! La despedida y la separación marcan mi fin.
Yo mantengo mi juramento: no dejo de amarla. ¡Ojalá supiera qué se ha hecho de la promesa que me hizo!"

» Luego me miró y me dijo: "¿Tú sabes lo que ha sucedido?" "¡Sí! Han muerto (¡que Dios tenga misericordia de ellos!)" Cambió de color y se incorporó de un salto. Me preguntó: "¿Cómo sabes que han muerto?" "Si estuviesen vivos, no te hubiesen abandonado así." "¡Dices la verdad, por Dios! Ya no me apetece más la vida." Un estertor recorrió sus venas y cayó de bruces. Corrimos a su lado, le agitamos pero vimos que había muerto en la misericordia de Dios. Todo esto nos dejó admirados y nos entristecimos muchísimo por su pérdida. Le amortajamos y le enterramos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mubarrad prosiguió:] « Al regresar a Bagdad nos presentamos ante al-Mutawakkil. Éste vio que nuestro rostro tenía el aspecto de haber llorado. Me preguntó: "¿Qué es eso?" Le expliqué toda la historia y se entristeció. Me dijo: "¿Qué te incitó a hacer tal cosa? ¡Por Dios! ¡Si no supiese que estás arrepentido te castigaría!" El Califa permaneció triste, durante todo el día, por la muerte del loco.»

Abu Bakr b. Muhammad al-Anbarí refiere: « En uno de mis viajes salí de Anbar dirigiéndome a Amuriyya en el territorio de los griegos. En el camino me aposenté en el Monasterio de las Luces, que se encontraba en un pueblo cercano de Amuriyya. El prior del monasterio y jefe de los monjes salió a recibirme. Se llamaba Abd al-Masih. Me hizo entrar en el convento y vi que lo habitaban cuarenta monjes. Aquella noche me honraron con la mejor hospitalidad. Al día siguiente me marché: les había visto cumplir sus deberes religiosos con una devoción inigualable. Terminados mis asuntos en Amuriyya regresé a Anbar. Al año siguiente emprendí la peregrinación a la Meca. Mientras yo daba las vueltas rituales en torno del templo descubrí al monje, a Abd al-Masih que, acompañado por cinco frailes de su convento, también las daba. Al convencerme de que era él en persona me acerqué y le dije: "¿Eres tú el monje Abd al-Masih?" "¡No! Yo soy Abd Allah, el deseoso." Yo empecé a besarle las canas, llorando, y después le cogí la mano y me lo llevé a un lado del templo diciéndole: "¡Cuéntame el motivo que te ha hecho convertirte!" Me contestó: "Ha sido un gran prodigio: un grupo de ascetas musulmanes pasó por el pueblo en que está el convento. Mandaron a un joven que les fuese a comprar la comida. Éste encontró en el zoco a una joven cristiana que vendía el pan; era una de las mujeres más hermosas. El muchacho se enamoró de ella en cuanto la vio y cayó de bruces, desmayado. Al volver en sí regresó al lado de sus compañeros y les explicó lo que le había ocurrido. Añadió: '¡Seguid vuestra vía, pues yo ya no os acompaño!' Sus amigos le reprendieron y le exhortaron, pero no les hizo caso. Le abandonaron. El muchacho entró en la aldea y se sentó en la puerta de la tienda de aquella mujer. Ésta le preguntó qué deseaba y él le explicó que estaba enamorado de ella. La joven no le tomó en serio y el muchacho permaneció en el mismo sitio, sin probar bocado, durante tres días, mirándola constantemente a la cara. La muchacha, al ver que no se iba, fue en busca de sus familiares y les explicó lo que ocurría. Apalearon y lapidaron al joven; le rompieron las costillas y le partieron la cabeza sin conseguir que se marchase. Entonces, los habitantes del pueblo decidieron matarle. Uno de ellos vino a buscarme y me informó de lo que ocurría. Corrí al lado del joven y le encontré tumbado: limpié la sangre que le corría por el rostro, me lo llevé al convento y le curé las heridas. Permaneció a mi lado durante catorce días. Cuando pudo andar salió del convento…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el monje Abd Allah prosiguió:] « "…y fue corriendo a la puerta de la joven, se sentó y empezó a mirarla. Ésta,

al verle, se acercó a él y le dijo: '¡Por Dios! Me he apiadado de ti. ¿Quieres entrar en mi religión? Yo me casaré contigo'. '¡Dios me guarde de abandonar la religión de la unidad para entrar en la del politeísmo[150]!' 'Pues acompáñame, ven a mi casa, satisface en mí tu deseo y vete.' '¡No! No quiero perder doce años de ascetismo por el goce de un solo instante.' '¡Pues entonces, vete!' 'Mi corazón no me lo permite.' La joven le volvió la espalda. Al cabo de un rato se acercaron a él los mozos del pueblo, le lapidaron y cayó de bruces murmurando: '¡Dios es mi protector! ¡Él ha hecho descender el Corán! ¡Él protege a los píos!'[151] Yo salí del convento, hice que los mozos le soltasen, levanté su cabeza del suelo y le oí decir: '¡Dios mío! ¡Reúneme con ella en el Paraíso!' Le transporté al monasterio, pero murió antes de llegar. Lo saqué del pueblo, cavé una fosa y lo sepulté. Mediada la noche, aquella mujer, que estaba en la cama, dio un grito. Toda la familia corrió a su lado y la interrogó por lo que le había ocurrido. Ella refirió: 'Mientras dormía ha entrado el musulmán. Me ha cogido por la mano y me ha conducido al Paraíso. Al llegar ante la puerta el guardián me ha prohibido que entrase diciendo: '¡El Paraíso está prohibido a los infieles!' Yo me he convertido en sus manos y he cruzado la puerta con el joven. He contemplado palacios y árboles que no os puedo describir. Él me ha conducido a un alcázar de pedrería y me ha dicho: 'Ésta es nuestra morada. Yo no entraré más que contigo. Dentro de cinco días, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, estarás a mi lado'. Después alargó la mano a un árbol que estaba junto a la puerta de dicho alcázar, arrancó dos manzanas y me las dio diciendo: 'Come ésta y guarda esta otra para mostrarla a los monjes'. Comí una: jamás he probado nada mejor."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven prosiguió:] « "'Luego, tomándome de la mano me ha acompañado hasta casa. Al despertarme he notado que mi boca aún conservaba el sabor de la manzana y me he dado cuenta de que tenía la otra.' La joven mostró una manzana que resplandecía en medio de las tinieblas nocturnas como si fuese una perla. Trasladaron a la joven y a la manzana al convento: nos narró su sueño y nos ofreció la manzana: jamás habíamos visto ningún fruto de este mundo que pudiera comparársele. Cogí un cuchillo y la corté en tantos pedazos como monjes éramos. Nunca habíamos comido nada más dulce ni de aroma más exquisito. Dijimos: 'Tal vez ése haya sido un demonio que se le ha aparecido para apartarla de su religión'. Sus familiares la recogieron y se la llevaron. Desde aquel momento la joven se abstuvo de comer y de beber. Cinco noches después se levantó de la cama, salió de su casa y se dirigió a la tumba del musulmán: se arrojó encima de ella y expiró sin que sus familiares sospecharan nada de lo que ocurría. Al amanecer

llegaron al pueblo dos ancianos musulmanes vestidos con trajes de pelo acompañados por dos mujeres. Dijeron: '¡Habitantes de este pueblo! ¡Por Dios! (¡ensalzado sea!). Ha muerto aquí una santa musulmana y a nosotros nos incumbe, y no a vosotros, ocuparnos de ella'. Los villanos buscaron a la muchacha y la hallaron muerta encima de la tumba. Exclamaron: '¡Ésta es una de nuestras correligionarias que ha muerto en nuestra religión! ¡Nosotros la enterraremos!' Los dos jeques replicaron: '¡No! Ella ha muerto dentro del Islam y a nosotros nos corresponde el cuidar de sus honras fúnebres'. La discusión y la querella subió de tono, por lo que uno de los jeques dijo: 'He aquí la prueba de que se ha convertido al Islam: reunid a los cuarenta monjes del convento para que intenten separarla de esa tumba: si pueden levantarla del suelo, eso será indicio de que es cristiana; si no lo consiguen, se acercará uno de nosotros y la levantará; si puede hacerlo será indicio de que es musulmana'. Los lugareños aceptaron esta proposición, reunieron a los cuarenta monjes y ayudándose los unos a los otros intentaron levantarla sin conseguirlo; entonces le ataron un calabrote a la cintura y tiraron de él sin más resultado que el de romperlo sin lograr que se moviese. Los lugareños se acercaron y repitieron la misma operación sin conseguir arrancarla de su sitio. Cuando vieron que eran incapaces de llevársela a pesar de todos sus esfuerzos dijeron a uno de los dos jeques: '¡Acércate y cógela!' Se acercó, la envolvió en su manto y dijo: '¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso! ¡Por la fe del Enviado de Dios! (¡Él le bendiga y le salve!)'. La levantó hasta su pecho y los musulmanes se marcharon con ella a una gruta que estaba en las cercanías. La depositaron en ella y las dos mujeres la lavaron y la amortajaron. Luego los dos jeques rezaron sobre el cadáver y la enterraron junto a la tumba del joven. Después se marcharon. Todos nosotros habíamos presenciado este hecho. Al quedarnos a solas dijimos: 'La verdad es más digna de ser seguida[152]. La verdad se nos ha mostrado clara y patentemente. No podemos tener una prueba más tajante de la verdad del islamismo que esa que hemos visto con nuestros propios ojos'. A continuación yo, todos los monjes del convento y todos los habitantes del pueblo nos convertimos al Islam. A continuación pedimos a los habitantes de la Chazira que nos enviasen un alfaquí para que nos instruyera en los preceptos del Islam y en los dogmas de su religión. Vino un piadoso doctor que nos enseñó las prácticas y los dogmas del Islam y hoy todos nosotros nos encontramos en un gran bienestar. ¡Alabado sea Dios! ¡Démosle las Gracias!"»

ABU ISA Y QURRAT AL-AYN

Amr b. Masada refiere: « Abu Isa, hijo de al-Rasid y hermano de al-Mamún, se había enamorado de Qurrat al-Ayn, esclava de Alí b. Hisam. La muchacha

también le amaba pero Abu Isa escondía su pasión, no la revelaba ni se quejaba a nadie de ella de tal modo que nadie sospechaba su secreto. Todo esto lo hacía porque era magnánimo y valeroso. Había procurado comprársela a su dueño por todos los medios, pero no había podido lograrlo. Cuando se le terminó la paciencia y su pasión hubo alcanzado su límite extremo, cuando vio que era incapaz de arreglárselas para conseguir su propósito, se presentó ante al-Mamún en un día de audiencia, cuando ya se había retirado todo el público. Dijo: "¡Emir de los creyentes! Si tú pones hoy de improviso a prueba a tus altos funcionarios distinguirás de los demás a aquellos que son dignos. Sabrás el puesto que merece cada uno y la medida de su capacidad". Abu Isa, al decir esto, procuraba arreglarse una ocasión en la que poder visitar a Qurrat al-Ayn en casa de su dueño. Al-Mamún contestó: "Tu opinión es certera". A continuación mandó que le aprestasen una barca llamada La Volante. Se la acercaron y embarcó acompañado por un grupo de sus cortesanos. El primer alcázar en que entró fue el de Hamid al-Tawil al-Tusí. Llegaron cuando éste no les esperaba y le encontraron…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [prosiguió Masada: «… le encontraron] sentado encima de una estera: ante él se hallaban cantores que tañían con sus manos los instrumentos de música tales como laúdes, flautas y otros. Al-Mamún permaneció allí un rato. Después le ofrecieron de comer carne de cuadrúpedos, pero ningún guiso de carne de pájaros. Al-Mamún no tocó nada de lo que se le ofreció. Abu Isa dijo: "¡Emir de los creyentes! Hemos venido aquí de repente; su dueño no esperaba nuestra visita. ¡Marchémonos a una casa que esté preparada para recibirte!" El Califa y sus cortesanos se levantaron y acompañados por el hermano de aquél, Abu Isa, se marchó a casa de Alí b. Hisam. Éste cuando se enteró de la llegada del soberano le recibió de la mejor manera posible y besó el suelo ante él. A continuación acompañó a sus visitantes al alcázar y abrió la puerta de un salón como nadie, jamás, había visto otro igual: el suelo, las paredes y las columnas estaban recubiertos de mármol de todas clases y éste, a su vez, estaba decorado con pinturas griegas; el suelo estaba recubierto por esteras del Sind sobre las cuales reposaban alfombras de Basora. Dichas alfombras se extendían a todo lo largo y lo ancho de la habitación. Al-Mamún se sentó un rato y contempló la casa, el techo y las paredes. Después dijo: "¡Danos algo de comer!" En el mismo instante le presentó cerca de cien platos, entre ellos unos de gallinas y otras aves, sopas, fritos y platos fríos. Una vez hubo comido dijo: "¡Dadnos algo de beber, Alí!" Le ofreció un vino reducido a la tercera parte de su volumen a base de cocer en él frutos y especies olorosas;

lo sirvió en vasos de oro, de plata y de cristal que ofrecían pajes semejantes a la luna llena. Éstos vestían telas de Alejandría tejidas en oro y llevaban botellas de cristal que colgaban del pecho y que contenían agua de rosas almizclada. Al-Mamún se admiró muchísimo de lo que veía y exclamó: "¡Abu-l-Hasán!" Éste se puso de pie en un salto, besó la alfombra y se colocó ante el Califa diciendo: "¡Heme aquí, Emir de los creyentes!" "Haz que oigamos alguna canción emocionante." "¡De buen grado, Emir de los creyentes!" Mandó a uno de sus servidores que fuese a buscar a las esclavas cantoras. El criado se ausentó y en un abrir y cerrar de ojos compareció acompañado por diez esclavos que llevaban diez tronos de oro. Colocaron éstos en el suelo y al cabo de un instante comparecieron diez esclavas que parecían lunas resplandecientes y arriates en flor: vestían de brocado negro y tocaban su cabeza con diademas de oro. Avanzaron hasta sentarse en los tronos y cantaron toda suerte de melodías. Al-Mamún se fijó en una de ellas y quedó fascinado por su gracia y por su buen aspecto. Le preguntó: "¿Cómo te llamas?" "Sachchach, Emir de los creyentes." "¡Cántame algo, Sachchach!" La joven inició una melodía y recitó estos versos:

Me puse en marcha temerosa, a hurtadillas; avancé como el adalid que ve dos leoncillos en la aguada.
Mi espada era la humildad; mi corazón estaba apasionado y a la vez tímido pues temía que le observasen los ojos del enemigo.
Así me presenté ante una muchacha suave como la gacela que busca al hijo extraviado entre las dunas.

» Al-Mamún le dijo: "¡Magnífico, muchacha! ¿De quién son estos versos?" "De Amr b. Madi Karib al-Zubaydí y la música de Maabad." Al-Mamún, Abu Isa y Alí b. Hisam bebieron. Se marcharon las diez esclavas y acudieron otras diez. Cada una iba vestida con telas yemeníes tejidas en oro. Se sentaron en las sillas y cantaron distintas melodías. Al-Mamún se fijó en una de ellas que parecía un antílope salvaje. Le dijo: "¿Cómo te llamas, muchacha?" "Zabya, Emir de los creyentes." "¡Cántanos algo, Zabya!" La joven gorjeó con sus labios y recitó este par de versos:

Mujeres nobles, huríes incapaces de cualquier desmán, comparables a las gacelas de la Meca cuya caza está prohibida.
Creerías, al oír la suavidad de sus palabras, que son adúlteras pero el Islam les impide cometer cualquier pecado.

» Cuando hubo terminado de recitar estos versos, al-Mamún le dijo: "¡Estupendo!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mamún prosiguió:] « "¿De quién son estos versos?" "De Charir y la música de Ibn Suraych." Al-Mamún y sus contertulios bebieron otra ronda mientras las esclavas se retiraban y eran substituidas por otras diez que parecían jacintos y que vestían brocado rojo tejido en oro incrustado de perlas y aljófares: llevaban la cabeza descubierta. Se sentaron en las sillas y cantaron distintas melodías. Al-Mamún se fijó en una de ellas que parecía el sol del día. Le preguntó: "¿Cómo te llamas, esclava?" "Fatin, Emir de los creyentes." "¡Cántanos algo, Fatin!" Moduló unas melodías y recitó estos versos:

Concédeme la unión contigo, pues éste es el momento. ¡La separación que he soportado es más que suficiente!
Tú eres aquel cuyo rostro reúne todas las bellezas y yo he agotado ya toda mi paciencia.
He pasado mi vida deseándote: ¡ojalá que todo lo pasado me sirva para llegar a un acuerdo!

» El Califa exclamó: "¡Estupendo, Fatin! ¿De quién son estos versos?" "De Adí b. Zayd. La música es muy antigua." Al-Mamún, Abu Isa y Alí b. Hisam bebieron otra ronda mientras se retiraban aquellas esclavas y eran substituidas por otras diez que parecían perlas. Vestían trajes tejidos con oro rojo y llevaban cinturones incrustados de aljófares. Al-Mamún dijo a una de ellas que parecía ser una rama de sauce: "¿Cómo te llamas, esclava?" "Rasa, Emir de los creyentes." "¡Cántanos algo, Rasa!" Moduló unas melodías y recitó estos versos:

Ojos como brotes en flor que curan la pasión: se parece a la gacela cuando mira.
He bebido el vino de su mejilla y he luchado por la copa hasta que se plegó.
Pasó la noche a mi lado y yo permanecí junto a ella diciéndome: "Esto era lo que deseaba".

» Al-Mamún exclamó: "¡Estupendo, esclava! ¡Canta algo más!" La joven besó el suelo ante el Califa y entonó este verso:

Salí, poco a poco, a ver el cortejo nupcial vistiendo una camisa

exquisitamente perfumada.

» Al-Mamún se impresionó muchísimo al oír este verso y cuando la muchacha se dio cuenta de ello volvió a repetirlo. A continuación el Califa dijo: "¡Acercad La Volante!" Y se dispuso a embarcar y marcharse. Pero Alí b. Hisam le detuvo diciendo: "¡Emir de los creyentes! Tengo una esclava que he comprado por diez mil dinares y que se ha adueñado de todo mi corazón. Quiero presentársela al Emir de los creyentes. Si le gusta y le place pasará a ser de su propiedad. En caso contrario, deja que te cante algo". "¡Tráemela!" Salió una joven que parecía una ramita de sauce con dos ojos negros arrobadores y con unas cejas que parecían arcos. Llevaba en la cabeza una corona de oro rojo incrustada en perlas y aljófares y debajo una cinta en la que estaba escrito, con crisolita, este verso:

Es un genio; un genio la ha enseñado a herir los corazones con un arco sin cuerda.

» La esclava andaba como si fuese una gacela fugitiva y era capaz de enloquecer a un asceta. No se detuvo hasta haberse sentado en la silla.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « Al-Mamún, al verla, quedó pasmado de su belleza y de su hermosura y el corazón de Abu Isa empezó a hacerse añicos mientras que su rostro palidecía y apenas podía contenerse. Al-Mamún le preguntó: "¿Qué te ocurre, Abu Isa, para ponerte tan intranquilo?" "¡Emir de los creyentes! Es debido a una enfermedad que me molesta de cuando en cuando." "¿Es que conoces de antes a esta esclava?" "¡Sí, Emir de los creyentes! ¿Es que puede esconderse la luna?" Al-Mamún le preguntó a ella: "¿Cómo te llamas, esclava?" "Qurrat al-Ayn, Emir de los creyentes." "¡Cántanos algo, Qurrat al-Ayn!" La joven entonó estos dos versos:

Los amados se han apartado de ti aprovechando las tinieblas de la noche.
Al amanecer estaban ya en camino con los peregrinos.
Levantaron las tiendas del poderío alrededor de sus pabellones y se escondieron detrás de velos de brocado.

» El Califa le dijo: "¡Estupendo! ¿De quién son estos versos?" "De Dibil al-Juzaí; la música es de Zarzur al-Sagir." Abu Isa la miraba y se ahogaba en

lágrimas constituyendo la admiración de todos los contertulios. La joven se volvió hacia al-Mamún y dijo: "¡Emir de los creyentes! ¿Me permites que cambie las palabras de esta música?" "¡Canta lo que quieras!"

» Tocó una melodía y entonó estos versos:

Cuando tú satisfaces al amigo y éste te satisface, guarda, del modo más celoso posible, en el secreto, tu amor.
Evita el dar de qué hablar a los censores, pues el maldiciente casi siempre busca la separación de los amantes.
Dicen que el amante, cuando está cerca del amado, se ahoga; que la lejanía cura la pasión.
Hemos intentado curamos por todos los medios, pero no lo hemos conseguido. Más vale estar cerca que lejos.
Pero el estar cerca no sirve de nada si aquel al que amas no te responde.

» Cuando hubo terminado de recitar estos versos dijo Abu Isa: "¡Emir de los creyentes!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Isa prosiguió:] « "Aunque me cubra de vergüenza me quedaré tranquilo. ¿Me permites que le conteste?" "¡Sí! Di lo que quieras." Abu Isa se tragó las lágrimas y recitó estos dos versos:

He callado y no he dicho que estoy enamorado. He intentado ocultarme, a mí mismo, este amor.

Si el amor se ha hecho patente en mis ojos ha sido debido a estar al lado de la luna deslumbrante.

» Qurrat al-Ayn cogió el laúd, lo afinó, tocó unas melodías y recitó estos versos:

Si fuera verdad lo que dices no te hubieses contentado con simples deseos.

No hubieses sabido prescindir de una joven de prodigiosa belleza, espiritual.

Lo que tú aseguras no son más que palabras pronunciadas con la punta de la lengua.

» Al terminar Qurrat al-Ayn estos versos Abu Isa rompió a llorar, a sollozar y a lamentarse con sinceridad. Después levantó la cabeza y exhalando profundos suspiros recitó estos versos:

Debajo de mis vestidos se encuentra un cuerpo extenuado; en mi corazón hay una pena que todo lo inunda.

La enfermedad de mi corazón es crónica; mis ojos están inundados por un mar de lágrimas.

Cada vez que una persona inteligente me deja en paz aparece un censor para reñirme por mi amor.

¡Dios mío! ¡No puedo ya soportar más todo esto! ¡Dame la muerte o un rápido consuelo!

» Cuando Abu Isa hubo terminado de recitar estos versos, Alí b. Hisam dio un salto, corrió a sus pies y se los besó. Dijo: ¡Señor mío! ¡Dios ha oído tu plegaria, ha oído lo que le pedías en secreto y te la concede con todos sus bienes y ropas, siempre y cuando el Emir de los creyentes no la quiera para él!" Al-Mamún intervino: "Aunque la desease se la entregaría a Abu Isa y le ayudaría en la consecución de su deseo".

» Al-Mamún embarcó en *La Volante*. Abu Isa se quedó en espera de Qurrat al-Ayn, la recogió y se marchó, muy satisfecho, con ella a su casa. ¡Fíjate en lo grande que era la hombría de Alí b. Hisam!»

AL-AMIN Y SU TÍO IBRAHIM B. AL-MAHDÍ

Se cuenta que al-Amin, hermano de al-Mamún, fue de visita a casa de su tío Ibrahim b. al-Mahdí. Encontró en ella una esclava que tocaba el laúd: era una de las mujeres más hermosas. Su corazón se inclinó hacia ella y lo hizo patente a su tío Ibrahim. Éste se la envió con un hermoso vestido y preciosos aljófares. Al-Amin, al verla, creyó que su tío había sostenido relaciones con ella y se negó, por esta causa, a poseerla. Aceptó los regalos que la acompañaban pero se la devolvió. Cuando un criado explicó todo esto a Ibrahim, éste tomó una camisa de seda bordada y escribió en el faldón este par de versos:

¡No! ¡Juro por Aquel ante el que se inclinan las frentes que desconozco lo que se esconde debajo del camisón;
y lo que encierra su boca! Sólo hemos hablado y cambiado miradas.

A continuación mandó a la muchacha que se pusiese aquella camisa, le entregó un laúd y se la envió de nuevo. Al presentarse ante el Califa besó el suelo, afinó el laúd y le cantó estos versos:

Has puesto al descubierto lo que pensabas al devolver el regalo: tu repugnancia por mí se ha hecho patente.
Si te repugna algo de lo ocurrido, perdona, como Califa, lo que hace tiempo que ha ocurrido.

Cuando hubo terminado estos versos, al-Amin descubrió lo que estaba escrito

en el faldón de la camisa y ya no pudo contenerse.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Amin] atrajo hacia sí a la esclava, la besó, le asignó una habitación, dio las gracias a su tío Ibrahim por el regalo y le concedió el gobierno de al-Rayy.

EL CALIFA AL-MUTAWAKKIL Y AL-FATH B. JAQAN

Se refiere que al-Mutawakkil tomaba una medicina y todo el mundo le enviaba regalos de gran valor y de todas clases. Al-Fath b. Jaqan le hizo el presente de una esclava virgen que era la mujer más hermosa de su tiempo; llevaba ésta un vaso de cristal lleno de vino rojo y una copa en la que, en negro, estaban escritos estos versos:

Cuando el imán ha terminado de tomar la medicina, tras la cual han venido la salud y el bienestar,
no hay mejor cura que la de beber este vino en una copa tal;
rompa después el sello que le ha sido regalado[153], pues es cosa conveniente para después de la medicina.

La joven se presentó ante el Califa cuando éste tenía al lado al médico Yuhanna. Éste, al leer los versos, se sonrió y exclamó: « ¡Por Dios, Emir de los creyentes! Al-Fath conoce la medicina mejor que yo. No contravengas, Emir de los creyentes, lo que te ha mandado» .

El Califa siguió el consejo del médico, tomó la medicina tal como indicaban los versos y Dios le curó y satisfizo sus deseos.

DISCUSIÓN SOBRE EL MÉRITO DE LOS SEXOS

Una persona bien enterada refiere: « Jamás he visto mujer de entendimiento más agudo, de inteligencia más perspicaz, de ciencia más profunda, de conocimientos más extensos ni de costumbres más delicadas que una mujer predicadora, de Bagdad. Se llamaba Sayyidat al-Masayj. Vino a la ciudad de Hama el año 561 y predicó a las gentes, desde el pulpito, de un modo aleccionador. Los alfaquíes, los juristas y las personas instruidas acudían a su

domicilio, le proponían problemas de derecho y discutían con ella las cuestiones difíciles. Un día fui a verla acompañado por un amigo, hombre culto. Al tomar asiento, junto a ella, nos ofreció una bandeja de frutos y se sentó detrás de una cortina. Un hermano suyo, muy hermoso, se quedó a nuestro lado para servirnos.

Cuando hubimos terminado de comer empezamos a asaetearla con cuestiones jurídicas y yo le propuse un problema que estaba en discusión entre los imanes. La mujer empezó a contestar y yo la escuchaba mientras que mi amigo estaba absorto en la contemplación del rostro del hermano, admirando su hermosura y haciendo caso omiso de lo que explicaba. Aquella mujer le veía desde detrás de la cortina. Al terminar de hablar se volvió hacia él y le dijo: "¡Creo que tú eres uno de esos que prefieren los hombres a las mujeres!" Él le contestó: "¡Así es!" "¿Por qué?" "Porque Dios ha hecho al varón superior a la hembra…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre prosiguió:] « "…y a mí me gusta lo bueno y desprecio lo malo". Aquella mujer rompió a reír y replicó: "¿Serás equitativo conmigo si te discuto en este tema?" "Sí."

» El visitante empezó: "¿Cuál es la prueba de que el varón es superior a la hembra? Las pruebas son de dos clases: las que facilita la tradición y las que suministra el entendimiento. Las que se basan en la tradición reposan en el Corán y en la azuna. Dios (¡ensalzado sea!) dice: 'Los hombres están por encima de las mujeres, porque Dios ha favorecido a unos respecto de otros[154], y añade: 'Pedid el testimonio de dos testigos elegidos entre vuestros hombres. Si no encontráis dos hombres requerid a un hombre y dos mujeres'[155]. Dice también en el versículo de las herencias: 'Si hubiese varios hermanos, varones y hembras, al varón corresponde una parte igual a la de dos hembras'[156]. En estos casos, Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) da preferencia al varón sobre la hembra e indica que la hembra vale la mitad del varón, puesto que éste le es superior. En cuanto a la azuna, ésta nos refiere que el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) estipuló que el precio de la sangre de la mujer fuese la mitad que el del hombre. Los argumentos racionales muestran que el varón es activo y la mujer pasiva y el elemento agente tiene más valor que el paciente".

» La alfaquí le replicó: "Has hablado correctamente, señor mío, pero —¡por Dios!— has expuesto, con tu propia lengua, pruebas que van en contra de ti y has dado argumentos que no te favorecen, sino que te perjudican. La razón de esto es que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha puesto al varón por encima de la hembra teniendo en cuenta la virilidad y en esto no discrepamos; pero, desde este aspecto, el niño, el muchacho, el joven, el hombre maduro y el viejo son iguales,

no existe ninguna diferencia entre ellos. Si la superioridad derivase de su virilidad, tu propia naturaleza te haría sentirte satisfecho tanto con el viejo como con el joven, ya que no hay diferencia de sexo entre ellos. La discusión entre nosotros se ha iniciado acerca de las cualidades que hacen agradable la compañía y el placer. Sobre esto no me has dado ninguna prueba que demuestre la superioridad del hombre sobre la mujer".

» Le contestó: "¡Señora mía! ¿Es que no sabes cómo se distingue el muchacho por las bellas proporciones de su talle, por su mejilla sonrosada, por lo agradable de su sonrisa y por la dulzura de sus palabras? El joven es, en todos estos aspectos, superior a la mujer. La prueba de ello es que se refiere del Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) que dijo: 'No clavéis vuestra mirada en los jóvenes, pues tienen los ojos como las huríes'. A nadie se oculta la superioridad del hombre sobre la mujer. ¡Qué bellas son las palabras de Abu Nuwás!:

> La menor de sus virtudes es que está libre de la menstruación y del embarazo.

» "El poeta dice:

> El imán Abu Nuwás, que sienta autoridad en materia de juergas y libertinaje, dice:
> '¡Gentes que amáis las mejillas con bozo! ¡Gozad ahora de las dulzuras que no se encuentran en el Paraíso!'

» "Cuando alguien, describiendo a una esclava, emplea él hipérbole y quiere alabarla, compara sus cualidades con las de un joven…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre prosiguió:] « "…ya que éste es más bello. Así dice un poeta:

> Con caderas de joven se balancea en el amor del mismo modo que una rama de sauce batida por el aquilón.

» "Si el muchacho no tuviera más valor y fuera más bello no compararía con él a la esclava. Sabe (¡Dios, ensalzado sea, te proteja!) que el joven es dócil, complaciente, de trato y costumbres agradables y enemigo de las querellas, sobre todo cuando empieza a brotarle el bozo, a salirle el bigote y a teñirse sus

mejillas con el color rojo de la juventud. ¡Qué bellas son estas palabras de Abu Tamam!:

El censor dice: 'El pelo apunta en sus aladares'. Respondo: '¡No sigas! ¡Esto no le perjudica!'
Cuando empezó a avanzar con sus caderas, brotó el bigote sobre la perla de sus dientes,
y la rosa juró del modo más solemne que no separaría jamás sus gracias de aquellas mejillas,
le hablé, sin pronunciar palabra, con los párpados, y él me contestó con las cejas.
Su belleza es la que tú sabes y el pelo le protege de quienes le solicitan.
Sus atractivos son más dulces y más hermosos desde que ha apuntado el bozo y ha brotado el bigote.
Aquellos que me censuran el que le ame cuando se refieren a nosotros dos, dicen: 'Su dueño'.

» "Otro dice:

Los censores dicen: '¿Qué significa esta pasión por un joven? ¿No ves el pelo que crece en sus mejillas?'
Respondo: '¡Por Dios! Si quien se burla de mí contemplase la rectitud que hay en sus ojos no se aguantaría'.
¿Quién es el que vive en una tierra estéril? ¿Cómo marcharse de ella cuando llega la primavera?

» "Otro dice:

Los censores dicen de mí: '¡Ya se ha consolado!' ¡Mienten! Aquel al que toca la pasión no se consuela.
No me contentaba cuando en su mejilla sólo florecía la rosa, ¿cómo he de consolarme ahora que alrededor de la rosa ha brotado el mirto?

» "Otro dice:

Es un joven cuyas miradas trémulas y el bozo se ayudan en dar muerte a los hombres:
Vierte la sangre con una espada de narciso con vaina de mirto.

» "Otro dice:

No me ha emborrachado con su vino; son sus pelos los que embriagan a la gente.

Cada uno de sus atractivos envidia al otro pero todos, a la vez, querrían ser el bozo.

» ”Éstas son las cualidades que poseen los jóvenes y que no tienen las mujeres. Con ellas les basta para vanagloriarse y distinguirse de las hembras.”

» La alfaquí le contestó: ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te dé la salud! Tú te has impuesto el sostener la discusión y has hablado, y no poco, aduciendo pruebas en favor de tu tesis. Pero ahora ‘la verdad se ha hecho patente’[157]; no te apartes de su sendero y si no te contentas con una exposición sumaria te la haré en detalle. ¡Que Dios te proteja! ¿Qué parangón puede tener el joven respecto de la muchacha? ¿Quién puede comparar el cordero con la vaca? La mujer es suave al hablar, hermosa; es una rama de basilisco con una boca semejante a la manzanilla, cabellos como riendas, mejillas como anémonas, cara como manzanas, labios como vino, pecho como granadas y cuello como ramas; tiene una figura esbelta, un cuerpo bien proporcionado; el perfil es el de una espada reluciente; la frente, despejada; cejijunta, con los ojos sombreados de negro. Si habla, brota de sus labios una cascada de perlas y atrae los corazones con la agudeza de su espíritu; si sonríe crees que la luna llena se muestra entre sus labios; si mira dirías que sus pupilas desenvainan espadas. La mujer reúne todas las bellezas y ella es el eje en tomo al cual giran nómadas y sedentarios. Tiene dos labios rojos más suaves que la manteca, más dulces al gusto que la miel…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió:] « “…su pecho parece una carretera entre dos colinas en el cual se encuentran dos senos como dos arquetas de marfil; su vientre tiene suaves cauces y frescura de flor; sus muslos, bien repletos, parecen columnas de perla y sus nalgas ondulantes constituyen un mar de cristal o montes de luz; sus pies son delicados, sus manos lingotes de oro puro. ¡Desgraciado! ¿Desde cuándo se pueden comparar los seres humanos con los genios? ¿Es que ignoras que los grandes reyes y los más nobles señores se han humillado siempre ante las mujeres y de ellas hicieron depender todas las delicias? Las mujeres dicen: ‘Sujetamos al hombre por el cuello y le robamos el corazón’. ¡A cuántos ricos han hecho pobres! ¡A cuántos poderosos han humillado! ¡A cuántos nobles han sometido!

» ”Las mujeres han seducido a los literatos, han vuelto frescos a los piadosos, han empobrecido a los ricos y han reducido a la nada a personas de posición

desahogada. A pesar de todo ello las personas inteligentes las aman y honran más y más y no consideran que esto constituya una falta o una humillación. ¡Cuántas criaturas han desobedecido, por ellas, a su señor y han causado el enojo de su padre y de su madre! Y todo porque su corazón se ha enamorado de una mujer. ¿Es que no sabes, desgraciado, que para ellas se construyen los palacios, se tienden las cortinas, se compran los esclavos y corren las lágrimas? Para ellas son el almizcle, las joyas y él ámbar; por su causa se reúnen los ejércitos, se construyen los cuarteles, se almacenan las provisiones y se cortan los cuellos. Quien dijo que decir 'mundo' equivale a decir 'mujeres' dijo la verdad.

» "Los nobles hadices que has citado constituyen una prueba en contra tuya en vez de serlo a favor, ya que el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: 'No clavéis vuestra mirada en los jóvenes, pues tienen los ojos como las huríes'. Compara a los jóvenes con las huríes del Paraíso, pero no cabe duda de que aquello con lo que se compara es superior a la cosa comparada. Si las mujeres no fuesen más hermosas y mejores ¿por qué iba a comparar con ellas otros seres? Respecto a eso que has dicho de que la joven se compara con el muchacho, no es así, al contrario: el muchacho se compara a la muchacha y se dice: 'Este joven parece una muchacha'. Las pruebas que has querido sacar de los versos nacen de aberraciones de la naturaleza a este respecto. Dios (¡ensalzado sea!) ha reprendido en su noble libro y ha reprobado las acciones abominables de los sodomitas habituales, a los perversos contraventores, al decir: '¿Iréis a los varones de los mundos y abandonaréis lo que vuestro Señor os ha creado en vuestras esposas? ¡Vosotros sois gentes transgresoras![158]' Tales son los que equiparan al hombre con la mujer dada la perversión de su vicio y su irreligiosidad; siguiendo a sus deseos y a Satanás hasta el punto de decir: 'La mujer tiene doble uso'. Todos éstos se han apartado del recto camino de los hombres, tal y como dice el más autorizado de ellos, Abu Nuwas:

> Delgada la cintura, hombruna, sirve a la vez para el invertido y el mujeriego.

» "Has hablado de la belleza que encierra el nacimiento de la barba y la salida del bigote aumentando la hermosura y la perfección del joven, pero, ¡por Dios!, te has salido del buen camino y has dicho algo que no es verdad, puesto que el bozo transforma a las perfecciones de la belleza en suciedades". A continuación recitó estos versos:

> La aparición del cabello en su cara venga al amante de las injusticias cometidas con él.
> Jamás he visto una cara sucia de humo sin que el cuello se pareciese al carbón.

Cuando todo el papel está negro ¿por dónde crees que ha de pasar la pluma?
Si prefieren a éste en vez de aquél es debido a la ignorancia de la verdad.

» Una vez hubo terminado de recitar estos versos, siguió diciendo: "¡Gloriado sea Dios, el Grande!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió:] « "… ¿Es que no sabes que el placer sólo se encuentra en las mujeres, que la dicha durable sólo se halla en ellas? Es así porque Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha prometido a sus profetas y a sus santos que tendrán en el Paraíso a las huríes de ojos negros y que éstas constituirán la recompensa de sus buenas acciones. Si Dios (¡ensalzado sea!) hubiese sabido que la delicia del placer se encuentra en seres distintos de la mujer, se los hubiese prometido como recompensa. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: 'Hay tres cosas que amo en vuestro mundo: las mujeres, los perfumes y la tranquilidad que mis ojos hallan en la oración'. Si Dios ha colocado pajes como criados de los profetas y de los santos en el Paraíso[159] es debido a que éste constituye la mansión de las delicias y dulzuras, que no sería perfecta de no tener pajes como criados. Pero el uso de éstos con otro fin es algo reprobable y maldito. ¡Qué bien se expresó el poeta al decir!:

Que el hombre busque el trasero es reprobable; los hombres que buscan la vagina son nobles.
¡Cuántos elegantes y finos, después de haber pasado la noche entre las nalgas de un muchacho, aparecen por la mañana malolientes!
Sus vestidos se han coloreado con la mierda del ano mostrando así su vileza y su vicio.
No pueden negarlo, ya que sus vestidos están sucios, en pleno día, por las manchas de los excrementos.
¡Cuán grande es la diferencia con aquel que ha dormido con una hurí que queda con la vista encantada!
Cuando se separan, ésta le regala un perfume cuyo buen olor impregna la casa.
El garzón no puede medirse con ella: ¿acaso se compara el áloe fragante con la mierda?"

» La joven concluyó: "Vosotros me habéis hecho abandonar las reglas del pudor y prescindir de las maneras de las mujeres nobles para hablar de cosas

torpes e ilícitas que no son propias de los sabios. Pero 'el pecho de los hombres decentes encierra, como en una tumba, los secretos'; las tertulias se celebran en la intimidad y los actos se juzgan según las intenciones. Yo pido perdón a Dios, el Grande, por mí, por vosotros y por el resto de los musulmanes. Él es el Perdonador, el Misericordioso".

» Después de esto se calló y no contestó a ninguna de las demás preguntas que le hicimos. Nos marchamos de su lado contentos por lo mucho que nos había edificado su conversación y tristes por tener que separarnos de ella.»

ABU SUWAYD Y LA VIEJA HERMOSA

Refiere Abu Suwayd: « Un día entré con un grupo de amigos en un jardín para comprar algunos frutos. Junto al mismo encontramos a una anciana de cara lozana, pero con los cabellos de la cabeza blancos: estaba arreglándolos con un peine de marfil. Nos paramos a su lado, pero no nos hizo caso ni se cubrió la cabeza. Le dije: "¡Anciana! Si tiñeses tus cabellos de negro serías más hermosa que una adolescente. ¿Qué es lo que te impide hacerlo?" Volvió la cabeza hacia mí…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la anciana] « … abrió los ojos y recitó estos dos versos:

> He teñido lo que el tiempo ya había teñido, pero el tinte se ha ido y ha quedado el de la edad.
> ¡Ah, de aquellos días en que andaba con el vestido de mi juventud y recibía por delante y por detrás!

» Le dije: "¡Que Dios te proteja, vieja! ¡Qué sincera eres al expresar tu gusto por los placeres prohibidos y cómo mientes al decir que te has arrepentido de tus pecados!"»

ALÍ B. MUHAMMAD Y LA ESCLAVA MUNIS

Se refiere que Alí b. Muhammad b. Abd Allah b. Tahir vio expuesta, para ser vendida, una esclava llamada Munis: era magnífica, estaba instruida y era

poetisa. Le preguntó: « ¿Cómo te llamas?» Le contestó: « ¡Que Dios te proteja, Emir! Me llamo Munis» . El Emir sabía previamente su nombre. Bajó un momento la cabeza, la levantó en seguida y recitó este verso:

> ¿Qué dices de aquel a quien, a causa de tu amor, le ha sorprendido una desgracia que le ha dejado aturdido?

Ella replicó: « ¡Que Dios proteja al Emir!» , e improvisó este verso:

> Si viésemos a un amante afligido por la pasión, a nosotros nos incumbiría favorecerle.

Le gustó esta contestación, la compró por setenta mil dirhemes y tuvo con ella a su hijo Ubayd Allah b. Muhammad que fue muy célebre.

LAS DOS MUJERES Y SUS RESPECTIVOS AMANTES

Refiere Abu-l-Ayna: « En nuestro barrio vivían dos mujeres. Una de ellas tenía por amante a un hombre y la otra a un jovenzuelo. Una noche se reunieron en la azotea de una de ellas que estaba cerca de mi casa. No sabían que yo estuviese dentro y la amante del jovenzuelo dijo a la otra: “¡Hermana mía! ¿Cómo puedes soportar la dureza de su barba cuando se extiende sobre tu pecho y te besa, cuando te pasea los bigotes por encima de los labios y de tus mejillas?” La otra replicó: “¡Necia! ¿Es que el árbol es bello sin hojas o el pepino sin sus pelillos? ¿Es que has visto en el mundo algo más horrible que un tiñoso sin pelo? ¿No te das cuenta que la barba en el hombre es como las trenzas en la mujer? ¿Cuál es la diferencia que hay entre la mejilla y la barba? ¿Es que ignoras que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha creado en el cielo un ángel que dice: ‘¡Gloria a Aquel que ha embellecido al hombre con la barba y a la mujer con las trenzas!’? Si la barba no fuese algo bello, como las trenzas, no aparecerían citadas a la par, necia. ¿Cómo podría tenderme debajo de un adolescente que va más rápido que yo y que concluye antes de que yo empiece, abandonando a un hombre que cuando huele abraza, entra lentamente y cuando termina vuelve a la carga; que se mueve estupendamente y cuando concluye empieza de nuevo?” La amante del muchacho escuchó con aflicción estas palabras y replicó: “¡Por el Señor de la Kaaba! ¡Planto a mi jovenzuelo!”»

HISTORIA DEL COMERCIANTE ALÍ EL EGIPCIO, HIJO DEL COMERCIANTE HASAN EL JOYERO, DE BAGDAD

SE cuenta que vivía en El Cairo un comerciante que tenía muchas riquezas, monedas, aljófares, gemas y friscos; su número era tal que no podía contarse. Se llamaba Hasan el joyero de Bagdad. Dios le había concedido un hijo de rostro muy bello, esbelto, con mejillas sonrojadas, guapo, perfecto y de buen aspecto, al cual había dado el nombre de Alí el egipcio. Le hizo aprender el Corán, la ciencia, la elocuencia y las letras. Había descollado en todas las ciencias y se dedicaba al comercio bajo la dirección de su padre. Éste cayó enfermo y se agravó. Cuando se convenció de que iba a morir mandó llamar a su hijo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el padre] le dijo: « Hijo mío: este mundo es perecedero y el otro eterno; “todas las personas han de probar la muerte”[160] y ahora, hijo mío, se está acercando mi fin. Quiero hacerte unas recomendaciones; si las sigues nunca dejarás de vivir seguro y feliz hasta que te reúnas con Dios (¡ensalzado sea!); si no las sigues te ocurrirán siempre mayores contrariedades y te arrepentirás de haber desobedecido mis consejos» . El muchacho le contestó: « ¡Padre mío! ¿Cómo no he de escucharte y cumplir tu última voluntad? El obedecerte es para mí un deber religioso y el hacer caso de tus palabras constituye una obligación» . El padre le dijo: « ¡Hijo mío! Te dejo como herencia fincas, casas, objetos y bienes en cantidad innumerable de tal modo que aunque gastases cada día quinientos dinares no notarías su disminución. Pero, hijo mío, teme a Dios, cumple lo que disponen los preceptos de la religión y sigue al Elegido (¡Dios le bendiga y le salve!) en todo lo que él nos ha legado y mandado y que consta en su azuna: Haz siempre buenas acciones, da limosnas y busca la compañía de las gentes de bien, piadosas e instruidas. Te recomiendo a los pobres y necesitados; no seas tacaño ni mezquino; huye del trato de los malos y de las personas dudosas y preocúpate de tus criados y familiares con cariño; trata igualmente a tu mujer, pues ella pertenece a una familia distinguida y la has dejado encinta. ¡Tal vez Dios te conceda una noble descendencia!» Siguió dándole consejos, llorando y diciéndole: « ¡Hijo mío! ¡Reza a Dios, el Generoso, el Señor del gran Trono, para que te libre de toda preocupación y que te conceda consuelo inmediato!» El muchacho lloraba a lágrima viva y le dijo: « ¡Padre mío! ¡Por Dios! ¡Me destroza el oírte estas palabras! ¡Parece como si te despidieras!» Le contestó: « ¡Sí, hijo mío! Sé cuál es mi situación. ¡No olvides mis consejos!» A continuación aquel hombre recitó la profesión de fe y los versículos del Corán hasta que llegó el momento señalado. Entonces rogó a su hijo: « ¡Acércate, hijo mío!» Se acercó, le besó, tuvo un estertor, el alma se

separó del cuerpo y fue a parar al seno de la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!).

El hijo se entristeció muchísimo, los gritos resonaron en toda la casa y acudieron los amigos de su padre. Empezaron a preparar el cadáver para la sepultura, hicieron un entierro solemne y le transportaron en parihuelas hasta el oratorio. Rezaron por él y continuaron el camino hasta el cementerio en donde le enterraron leyendo los fragmentos apropiados del magnífico Corán. Después regresaron a su domicilio, dieron el pésame a su hijo y cada uno de los asistentes se marchó a sus quehaceres.

El hijo rezó las plegarias del viernes, mandó recitar íntegro el texto del Corán durante cuarenta días y permaneció encerrado en su domicilio sin salir ni tan siquiera para dirigirse al oratorio. Todos los viernes visitaba la tumba de su padre. Rezó sin descanso, leyó el Corán y se consagró a ejercicios de devoción hasta que fueron a visitarle unos amigos, hijos de comerciantes, que le saludaron y le dijeron: « ¿Hasta cuándo seguirás en esta tristeza en que te encuentras, sin acudir ni a tu trabajo ni atender a tus negocios ni reunirte con tus compañeros? Todo esto es excesivo y causará mayores daños a tu cuerpo» . En esta visita sus amigos iban acompañados del maldito Iblis, quien los tentaba. Empezaron a pintarle la vida con bellos colores para que los acompañase al zoco; Iblis le incitaba a complacerlos y accedió a salir con ellos abandonando su casa…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho abandonó su casa] porque así lo quería Dios (¡gloriado y ensalzado sea!). Salió con ellos de la casa. Le dijeron: « Monta en tu mulo y marchémonos a tal jardín para divertirnos en él y disipar tu tristeza y tus preocupaciones» . Montó en su mula, se hizo acompañar por un esclavo y se dirigió, con los demás, al jardín. Una vez en éste uno de ellos preparó el almuerzo y lo sirvió. Comieron, se distrajeron y se quedaron para conversar hasta el fin del día. A continuación montaron y cada uno de ellos se marchó a su casa. Al día siguiente, por la mañana, volvieron a visitarle y le dijeron: « ¡Acompáñanos!» « ¿Adónde?» , les preguntó. « A tal jardín; es más bonito y más distraído que el de ayer.» Montó en su mula y les acompañó al jardín que habían propuesto. Una vez en él uno de los contertulios se separó para preparar el almuerzo, lo sirvió y lo acompañó con vino embriagante. Comieron. Después sirvieron la bebida. Les preguntó: « ¿Qué es esto?» Le contestaron: « Esto es lo que disipa la tristeza y causa la alegría» . Siguieron ensalzando el vino hasta que le convencieron y les acompañó en la bebida. Permanecieron bebiendo y hablando hasta el fin del día. Entonces cada uno de ellos se dirigió a su casa. Alí, el egipcio, se había emborrachado con la bebida y se presentó a su

esposa en esta situación. Ella le preguntó: « ¿Qué te ocurre que estás trastornado?» « Hoy nos hemos dedicado a la juerga y a la distracción. Uno de nuestros amigos nos ha traído un agua de la que han bebido mis compañeros y yo les he acompañado; después me ha entrado este mareo.» « ¡Señor mío! —le dijo su mujer—. ¿Es que has olvidado los consejos de tu padre y haces lo que te prohibió frecuentando a amigos dudosos?» « ¡Son hijos de comerciantes y no personas dudosas! Son gentes que saben vivir, que se divierten.» Siguió saliendo cada día con sus compañeros. Iban visitando un lugar tras otro, comiendo y bebiendo. Al fin le dijeron: « Ha terminado nuestro turno y ahora te incumbe a ti el invitar» . « ¡De buen grado! ¡Seréis bien venidos!» Al día siguiente tenía preparado todo lo necesario; comida y bebida más abundante que la que le habían ofrecido; llevó consigo cocineros, camareros, cafeteros, y se marcharon a la isla de Roda, junto al nilómetro, en donde permanecieron un mes entero dedicados a comer, a beber, a escuchar música y a regocijarse. Una vez transcurrido el mes se dio cuenta de que había gastado una gran suma de dinero, pero el maldito Iblis le sugirió: « Aunque cada día gastases lo mismo que has gastado, tus riquezas no se agotarían» . No se preocupó, pues, por lo que gastaba, y siguió con el mismo tren de vida durante tres años, a pesar de que su esposa le advertía y le recordaba los consejos de su padre. Pero él no le hizo caso. Hasta el momento en que vio que se le había agotado todo lo que poseía en metálico. Entonces vendió sus joyas y empleó en lo mismo su importe, hasta que lo agotó; vendió sus casas y fincas y al fin no le quedó nada. Una vez liquidados uno tras otro los cortijos y jardines se encontró arruinado, sin tener nada que le perteneciera más que la casa en que vivía. Empezó por arrancar sus mármoles y maderas y a malgastar lo que obtenía de su venta. Al fin, viendo que no poseía ya nada más para transformar en dinero, vendió la casa y dilapidó su importe. El comprador fue a verle y le dijo: « Búscate otro domicilio, pues yo necesito mi casa» . Alí meditó y al darse cuenta de que no tenía nada, excepción hecha de su mujer que le había dado un hijo y una hija, que le exigiese tener una casa ya que no le quedaba ni un solo criado y sólo debía preocuparse de sí mismo y de su familia, tomó una habitación en un patio y se instaló en ella. ¡Después de haber vivido en el poder y el bienestar, de haber poseído numerosos criados y riquezas, había llegado a no tener ni tan siquiera para el pan cotidiano! Su esposa le dijo: « Yo ya te había advertido sobre todo esto y te había dicho: “Observa los consejos de tu padre”, pero tú no me hiciste caso. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¿De dónde van a alimentarse nuestros hijos pequeños? ¡Vamos! ¡Visita a tus amigos, a los hijos de los comerciantes! Tal vez ellos te den algo con que podamos comer hoy» . Salió a visitar a sus amigos, uno tras otro, pero todo aquel a quien se dirigía fruncía el ceño y le hacía oír palabras desagradables y molestas; ninguno le dio nada y tuvo que volver al lado de su esposa y reconocer: « Ninguno me ha dado nada» . Ella se fue a la casa de los

vecinos para pedir algo…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer pidió algo] con que poder comer aquel día y se dirigió a visitar a una mujer que la conocía desde hacía algún tiempo. Ésta, cuando la vio llegar, cuando vio su situación, le salió al encuentro, le hizo una buena acogida, lloró y preguntó: «¿Qué es lo que os ha ocurrido?» Le refirió todo lo que había pasado a su esposo, y la otra le dijo: «¡Sé la bien venida! Pídeme todo lo que necesites sin preocuparte». «¡Que Dios te recompense por tanto bien!» Le regaló todo lo que ella y su familia podían necesitar durante un mes entero. Lo aceptó y regresó a su domicilio. Su esposo, al verla, rompió a llorar y le preguntó: «¿De dónde has sacado todo esto?» «Cuando le he explicado a Fulana lo ocurrido no me ha negado nada y me ha dicho: "Pídeme todo lo que necesites".» El marido le dijo: «Ya que tú dispones de todo esto yo me iré a un sitio cualquiera. Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) me consuele».

Se despidió de su mujer, besó a sus hijos y se marchó sin saber adónde dirigirse. Avanzó sin descanso hasta llegar a Bulaq. Vio allí un buque que se disponía a aparejar rumbo a Damieta. Uno de los amigos de su padre le salió al encuentro, le saludó y le preguntó: «¿Adónde vas?» «¡A Damieta! Tengo allí unos amigos. Voy a buscarlos y a hacerles una visita; después regresaré.» El otro le llevó a su casa, le trató con todos los honores, le dio provisiones para el viaje, le regaló unos dinares y le hizo embarcar en el buque que zarpaba para Damieta. Al llegar a ésta desembarcó sin saber hacia dónde dirigirse. Mientras vagaba al azar le encontró un comerciante que se apiadó de él. Le llevó consigo a su casa y le dio alojamiento durante algún tiempo. Alí pensó: «¿Hasta cuándo he de permanecer en casa de otros?» Abandonó la casa de aquel comerciante y encontró un buque dispuesto a partir hacia Siria. El hombre que le había alojado le dio algunos víveres y le embarcó en aquel barco en el cual navegó hasta llegar a la costa de Siria. Desembarcó y emprendió viaje hasta llegar a Damasco. Mientras recorría las calles de esta ciudad le descubrió un hombre de bien que se lo llevó a su casa. Permaneció en ésta algún tiempo. Después se marchó, encontró una caravana que se dirigía hacia Bagdad y le pasó por la mente el marcharse con ella. Volvió al lado del comerciante en cuya casa se había hospedado, se despidió de él, y emprendió viaje con la caravana. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) hizo que un comerciante se apiadase de él; le llevó consigo, le invitó a comer y beber hasta llegar a una jomada de Bagdad. Aquí una partida de salteadores de caminos atacó a la caravana y se apoderó de todo lo que transportaba. Fueron muy pocas las personas que se salvaron y todos los que la

componían procuraron buscar un lugar en el que refugiarse. Alí, el egipcio, se dirigió en línea recta hacia Bagdad. Llegó a sus puertas en el momento del ocaso, cuando los porteros se disponían ya a cerrar. Les dijo: « ¡Dejadme entrar!» Le dejaron pasar y le preguntaron: « ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?» « Soy un hombre de El Cairo; traía mercancías, mulos, acémilas, esclavos y pajes; me había adelantado a ellos con el fin de buscar un almacén en que dejar mis efectos. Mientras montado en mi mula me alejaba, una partida de salteadores de caminos me ha asaltado, me ha robado mi mula y mis bienes y me he salvado con dificultad en el último instante.» Le trataron bien y le dijeron: « ¡Sé bien venido! Puedes pasar la noche, hasta que llegue la mañana, con nosotros» . Le prepararon un sitio apropiado y Alí, buscando en el bolsillo, encontró un dinar que aún era de aquellos que le había regalado el comerciante de Bulaq. Lo entregó a uno de los porteros y le dijo: « Cógelo y compra algo de comer» . Lo cogió, se marchó al zoco, compró y regresó con pan y carne cocida. Comieron y pasaron juntos la noche. Después uno de los porteros le acompañó ante un comerciante de Bagdad. Alí le contó su historia, aquél le creyó e imaginó que se trataba de un comerciante propietario de numerosos bienes. Le enseñó su tienda, le trató con todos los honores y mandó que le llevasen de su casa un magnífico vestido que le regaló. Después le acompañó al baño.

Alí el egipcio, hijo de Hasan el joyero, refiere: « Entré con él en el baño y al salir me llevó consigo a su domicilio en donde se nos había preparado la comida. Almorzamos juntos y pasamos un rato agradable. Dijo a uno de sus esclavos: “¡Masud! Acompaña a tu señor y muéstrale las dos casas que están en tal lugar: entrégale la llave de aquella que le guste más”. Me fui con el esclavo y llegamos a un barrio en el que había tres casas nuevas, una al lado de otra, pero estaban cerradas. Abrió la primera y la examiné. Salimos y nos dirigimos a la segunda: la abrió y la visité. Me preguntó: “¿Cuál de las dos llaves prefieres?” Le repliqué: “Esa casa tan grande, ¿de quién es?” “Nuestra.” “Ábrela para que pueda visitarla.” “No la necesitas para nada.” “¿Por qué?” “No está habitada. Todo aquel que la ocupa aparece muerto a la mañana siguiente. Ni tan siquiera abrimos la puerta para sacar al muerto: le extraemos por la azotea desde una de estas dos casas. Por esto mi patrón la ha abandonado diciendo: ‘Jamás volveré a cederla a nadie’”. “Ábremela para que pueda verla”, insistí, puesto que en mi interior decía: “Esto es lo que yo necesito: pasaré la noche en ella, al día siguiente apareceré muerto y dejaré de estar preocupado por la situación en que me encuentro”. Me abrió, entré y vi que era un gran caserón que no podía compararse con ningún otro. Dije al esclavo: “Yo prefiero esta casa. Dame la llave”. “No te la entregaré sin antes consultar con mi señor.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que fueron en busca de éste. Alí el egipcio refiere: « Le dije: “Sólo habitaré en el gran caserón”. El dueño corrió hacia Alí el egipcio y le replicó: “¡Señor mío! ¡No necesitas para nada esa casa!” “Sólo permaneceré en ella y no me preocupa lo que se dice.” “Pues entonces levantaremos un acta notarial entre los dos en la que estipularemos que si te sucede algo yo no soy responsable.” “¡Conforme!”»

Llamaron a dos testigos jurados y escribieron el documento. El dueño de la casa se quedó con él y le entregó la llave. Alí la cogió y entró en la casa. El comerciante le envió, por un esclavo, un colchón. Éste lo colocó en el estrado que estaba detrás de la puerta y se marchó.

Alí el egipcio entró inmediatamente después y descubrió un pozo que estaba en el patio interior y sobre el cual colgaba un cubo. Lo bajó hasta el fondo, lo sacó lleno de agua, hizo las abluciones rituales, rezó las oraciones de rigor y se sentó un rato. El esclavo le llevó la cena desde la casa de su señor y le entregó un candil, una vela, un candelabro, una taza, un aguamanil y una palangana. A continuación se marchó y regresó a casa de su dueño. Encendió la vela, cerró alegremente, rezó la oración vespertina y se dijo: « Vamos: ve a por el colchón y duérmete en él: es mejor eso que continuar aquí» . Cogió el colchón, lo llevó al piso de encima y encontró una gran sala cuyo techo estaba dorado, cuyo suelo y cuyas paredes estaban recubiertos de mármol policromado. Extendió el colchón, se sentó en él, recitó una parte del gran Corán y apenas había terminado oyó que una persona llamaba: « ¡Alí b. Hasan! ¿Te bajo el dinero?» Replicó: « ¿Dónde está el dinero que vas a bajar?» Al terminar de decir esto empezó a caerle oro encima como si lo tirasen con una catapulta. El dinero cayó sin cesar hasta inundar la habitación por completo. Al terminar, la voz dijo: « Déjame en libertad para que pueda marcharme a mis quehaceres. Mi servidumbre ha terminado» . Alí el egipcio replicó: « Te conjuro por el nombre de Dios, el Grande, a que me expliques de dónde procede este oro» . « Desde tiempos remotos este dinero estaba ligado a tu nombre por un encantamiento. Nos acercábamos a todo aquel que entraba en esta casa y decíamos: “Alí, hijo de Hasan, ¿te bajamos el dinero?” El huésped se asustaba de nuestras palabras y empezaba a chillar. Nosotros descendíamos, le cortábamos el cuello y nos marchábamos. Cuando tú has llegado te hemos llamado por tu nombre y por el de tu padre. Te hemos dicho: “¿Te bajamos el dinero?”, y has contestado: “¿Y dónde está el dinero?” Con esto hemos reconocido que tú eres el dueño y te lo hemos entregado. Aún tienes otro tesoro en el país del Yemen. Sería conveniente que te pusieses en camino, que te hicieses cargo de él y que te lo trajeses aquí. Pero ahora quiero que me dejes en libertad para marcharme a mis quehaceres.» « ¡Por Dios! ¡No te libertaré a menos de que me traigas hasta aquí aquello que poseo en el Yemen!» « Si te lo traigo, ¿me dejarás en libertad?,

¿harás lo mismo con el criado de aquel tesoro?» « ¡Sí!» « ¡Júramelo!» Se lo juró. Cuando el genio se disponía a marcharse, Alí el egipcio le dijo: « ¡Tengo aún algo que pedirte!» « ¿De qué se trata?» « Mi esposa y mis hijos están en El Cairo, en tal lugar. Es preciso que me los traigas del modo más cómodo, sin que sufran daño» . « Te los traeré, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, en medio de un cortejo, en una litera, acompañados por criados y eunucos, al mismo tiempo que te traemos el tesoro del Yemen.» Le pidió un plazo de tres días para hacerle entrega de todo y se marchó.

Alí empezó a recorrer la habitación buscando un lugar en que poner a buen recaudo todo el oro. Descubrió una losa de mármol, situada en el extremo del salón, que tenía un resorte. Movió éste, la losa se movió y apareció una puerta. La abrió. Entró en un gran tesoro que contenía sacos de tela cosida. Cogió éstos, los llenó de oro y los fue metiendo en el interior del tesoro hasta haberlo almacenado todo. Después cerró la puerta, echó la llave y colocó la losa de mármol en su sitio. Bajó y fue a sentarse en el banco que estaba detrás de la puerta. Mientras estaba sentado oyó que alguien llamaba. Se levantó, abrió y encontró al esclavo del dueño de la casa. Éste, al verle allí, corrió junto a su señor…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el esclavo corrió junto a su señor] para darle la buena nueva. Al llegar al lado de éste exclamó: « ¡Señor mío! El comerciante al que has albergado en la casa poblada por los genios está sano y salvo. Se encuentra sentado en el banco que está detrás de la puerta» . El huésped, muy contento, se levantó y se dirigió a aquel lugar llevando el desayuno. Al ver a Alí le abrazó y le besó en la frente. Le preguntó: « ¿Qué es lo que Dios ha hecho contigo?» « Algo bueno: he pasado toda la noche en la sala de mármol del piso de encima.» « ¿Te ha ocurrido algo o has visto algo?» « No; he recitado las partes apropiadas del gran Corán y me he dormido hasta la mañana. Acabo de levantarme, hacer las abluciones, rezar, bajar aquí y sentarme en este banco.» « ¡Loado sea Dios que te ha salvado!» , concluyó el mercader. Le dejó en el caserón y le mandó esclavos, mamelucos, esclavas y tapices. Limpiaron la casa de pies a cabeza, la amueblaron a la perfección y se quedaron para servirle tres mamelucos, tres esclavos y cuatro muchachas. El resto regresó a casa de su señor. Los comerciantes, al enterarse de la llegada de Alí, empezaron a enviarle toda suerte de regalos preciosos incluyendo comidas, bebidas y ropas. Le llevaron con ellos al mercado y le preguntaron: « ¿Cuándo llegarán tus mercancías?» Les contestó: « Dentro de tres días» .

Al cabo de este plazo se le presentó el esclavo del primer tesoro, el mismo

que había hecho llover el oro en el caserón, y le dijo: « Sal al encuentro del tesoro que te traigo del Yemen, y de tu familia. Viene en compañía de estas riquezas y grandes mercancías transportadas a lomos de mulos, caballos y camellos, criados y mamelucos todos los cuales son genios» . Aquel criado había ido a Egipto y había encontrado a la esposa y a los hijos de Alí que en ese momento estaban desnudos y muy hambrientos. Los había transportado en una litera fuera de El Cairo y los había vestido con magníficas ropas procedentes del tesoro del Yemen.

Una vez se hubo presentado ante Alí y le hubo informado, éste corrió en busca de los comerciantes y les dijo: « Acompañadme fuera de la ciudad para recibir la caravana en que vienen mis mercancías. Honradme llevando a vuestras mujeres para que reciban a la mía» . Replicaron: « ¡Oír es obedecer!» Mandaron a buscar a sus familiares, todos juntos fueron a instalarse en un jardín de la ciudad y se sentaron a conversar. Mientras hablaban se levantó una nube de polvo en el desierto. Se incorporaron para ver cuál era su origen y al disiparse vieron aparecer mulos, hombres, camellos, criados y portadores de antorchas que avanzaron cantando y bailando hasta llegar a su lado. Entonces el arráez de los camelleros se presentó ante Alí el egipcio, hijo del comerciante Hasan, el joyero; le besó la mano y dijo: « ¡Señor mío! Nos hemos retrasado en el camino. Queríamos llegar ayer pero como tememos a los salteadores de caminos hemos empleado cuatro días, puesto que hemos aguardado en nuestro campamento hasta que Dios (¡ensalzado sea!) los ha apartado de nuestra ruta» . Los comerciantes se levantaron, montaron en sus mulos y escoltaron a la caravana, mientras que sus esposas quedaban rezagadas para hacer compañía a la familia del comerciante Alí el egipcio. Después cabalgaron todos juntos y entraron en la ciudad formando un gran cortejo. Los comerciantes estaban admirados ante unos mulos que transportaban cajas enormes; sus esposas se habían quedado boquiabiertas ante los vestidos de la esposa y de los hijos del comerciante Alí. Decían: « Vestidos como éstos no los tiene ni el mismo rey de Bagdad, ni sus hijos, ni ningún otro soberano, ni los magnates, ni los comerciantes» . El cortejo avanzó sin descanso: los hombres iban con el comerciante Alí y las mujeres acompañaban a la familia de éste. Así llegaron al caserón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que echaron pie a tierra, metieron los mulos con sus cargas en el centro del patio, descargaron los fardos y los guardaron en el almacén. Las mujeres pasaron con la familia de Alí al salón: parecía un jardín en flor y estaba recubierto con magníficos tapices. Se sentaron contentos y alegres y permanecieron así hasta el mediodía. Entonces sirvieron a

todo el mundo un estupendo almuerzo con toda clase de comidas y dulces. Comieron, tomaron deliciosas bebidas y se perfumaron con agua de rosas e incienso. Después se despidieron y hombres y mujeres se marcharon a su casa. En cuanto hubieron llegado a ésta le enviaron regalos según sus posibilidades mientras que sus mujeres hacían otros a la familia de Alí. De este modo recibieron esclavos y esclavas, mamelucos, y distintas cosas como granos, azúcar y muchos otros bienes que no se enumeran.

El mercader de Bagdad, el dueño de la casa en que habitaba Alí se quedó con él, sin apartarse de su lado. Le dijo: « Deja que los esclavos y criados metan los mulos y las restantes bestias en un lugar cualquiera para que reposen» . « No; deben partir esta misma noche hacia tal sitio.» A continuación les dio permiso para que saliesen de la ciudad y emprendieran camino en seguida. Apenas oyeron que les concedía licencia, se despidieron de Alí, salieron fuera de la ciudad y remontaron el vuelo por los aires dirigiéndose hacia su morada. Alí permaneció con el dueño de la casa en que se hospedaba durante un tercio de la noche. Después se separaron y el otro se marchó a su casa. Entonces, el comerciante Alí subió a ver a su familia y la saludó. Dijo: « ¿Qué es lo que os ha ocurrido desde el momento en que me marché?» La esposa explicó el hambre, la indigencia y las fatigas sufridas.

Él le dijo: « ¡Loado sea Dios que os ha salvado! ¿Cómo habéis venido?» « ¡Señor mío! Yo dormía, con mis hijos, la noche pasada y no sé cómo, fuimos levantados del suelo y empezamos a volar por los aires sin que nos ocurriese ningún daño. Volamos sin interrupción hasta que se nos depositó en un lugar que tenía el aspecto de ser un campamento de beduinos. Estaba lleno de mulos cargados de fardos y había allí una litera sostenida por dos grandes animales; alrededor de ella había criados, pajes y hombres. Les pregunté: “¿Quiénes sois? ¿Qué significan estos fardos? ¿En qué lugar nos encontramos?” Me contestaron: “Somos los criados del comerciante Alí, el egipcio, hijo de Hasan el joyero. Nos ha mandado a buscaros y que os conduzcamos a la ciudad de Bagdad”. Pregunté: “¿Bagdad está a mucha o a poca distancia?” Contestaron: “Muy cerca. Sólo nos separa de ella la negrura de la noche”. Me hicieron subir en la litera y al amanecer os encontramos en seguida. En ningún momento hemos sufrido molestias.» Alí le preguntó: « ¿Quién os ha dado estos trajes?» « El almocadén de la caravana sacó estas ropas de una de las cajas que iba a lomos de los mulos y nos puso, a mí y a mis hijos, estas túnicas. Después cerró la caja de la que había sacado las telas y me hizo entrega de la llave diciendo: “Guárdala para entregársela a tu marido”. Aquí la tengo.» Le entregó la llave. Alí le preguntó: « ¿Reconocerías la caja?» « Sí, la conozco.» Bajaron juntos al almacén y la mujer encontró la que le interesaba. Dijo: « Ésa es la caja de la que sacó las telas» . Alí cogió la llave, la metió en la cerradura y la abrió. La encontró llena de muchísimas telas y de las llaves de todas las cajas. Empezó a abrir una caja

detrás de otra y encontró en ellas joyas y metales preciosos tales como no los poseía ningún rey. Después las cerró, cogió las llaves y subió con su mujer al salón. Le dijo: « Todo esto es debido a la generosidad de Dios (¡ensalzado sea!)» . A continuación la condujo a la losa de mármol que tenía el resorte: lo movió abriendo la puerta del tesoro. Entraron ambos y le mostró el oro que había depositado allí. Ella le preguntó: « ¿De dónde te viene todo esto?» « Del favor de mi Señor. Te dejé en El Cairo y me marché…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí prosiguió: « Me marché]… sin saber adónde dirigirme. Anduve hasta llegar a Bulaq y aquí encontré un navío que iba hacia Damieta. Me embarqué en él y al llegar a esta ciudad me encontró un comerciante que había conocido a mi padre. Me llevó consigo, me trató bien y me preguntó: "¿Adónde vas?" Le contesté: "Quiero ir a Damasco, en Siria. Allí tengo amigos"» . Alí contó a su mujer todo lo que le había ocurrido del principio al fin. Ella le dijo: « ¡Señor mío! Todo esto se debe a la bendición de tu padre, cuando rezó por ti, antes de la muerte diciendo: "Ruego a Dios que no te cause una pena sin hacerla seguir de una alegría inmediata". ¡Loado sea Dios que te ha sacado de apuros y te ha concedido más de lo que te había quitado! Te conjuro por Dios, señor mío, a que no vuelvas a frecuentar amigos de dudosa condición y a que temas a Dios (¡ensalzado sea!) pública y privadamente» . La mujer siguió dándole buenos consejos y él le contestó: « ¡Acepto tus recomendaciones y ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que aparte de nosotros a los malos compañeros y que nos auxilie a obedecerlo y a seguir la azuna de su Profeta (¡Él le bendiga y le salve!)!»

Alí, su esposa y sus hijos vivieron en la más feliz de las vidas. Alquiló una tienda en el zoco de los comerciantes, colocó en ella una parte de las joyas y de las preciosas mercancías y se instaló en su puesto rodeado por sus hijos y sus mamelucos pasando a ser el más excelso de los comerciantes de la ciudad de Bagdad. El rey de ésta oyó hablar de él y envió un mensajero a buscarle. Éste le dijo: « Contesta al rey, pues manda a buscarte» . « Oír es obedecer» , contestó. Preparó un regalo regio: llenó cuatro jarros de oro rojo, los recubrió de perlas y gemas como no las tenía igual ningún soberano y tomando los vasos se dirigió a ver al rey. Al entrar ante éste besó el suelo, pronunció las fórmulas de rigor deseándole toda clase de bienes y poderío y habló del modo más hermoso posible. El rey le dijo: « ¡Comerciante! Tú constituyes la alegría de nuestro país» . « ¡Rey del tiempo! Tu esclavo te trae un regalo y espera de tu generosidad que lo aceptes.» Le colocó los cuatro vasos delante y los destapó. El soberano se fijó en el contenido y vio que contenían gemas sin par, cuyo valor

equivalía a montañas de dinero. Le dijo: « Acepto tu regalo, comerciante, y si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere te recompensaré con un don igual» . Alí besó la mano del rey y se marchó. El soberano convocó a los magnates del reino y les preguntó: « ¿Cuántos reyes han pedido a mi hija en matrimonio?» Le contestaron: « ¡Muchos!» « ¿Hay alguno de ellos que me haya hecho un regalo comparable a éste?» « ¡No! —contestaron todos a la vez—. Ninguno de ellos te ha hecho un regalo parecido.» « He consultado a Dios (¡ensalzado sea!) acerca del matrimonio de mi hija con este comerciante. ¿Qué opináis vosotros?» « Resuelve el asunto como te parezca.» El rey mandó a los eunucos que cogiesen los cuatro jarros con lo que contenían y que los llevasen al serrallo. Después se reunió con su esposa, colocó los jarros delante de ella y los destapó. Ésta se dio cuenta de que no tenía nada que pudiese compararse con ellos o con una parte de ellos. Le preguntó: « ¿De qué rey procede esto? ¿Es que algún rey te ha pedido en matrimonio a nuestra hija?» « No; esto es el regalo de un comerciante egipcio que ha venido a instalarse en nuestra ciudad. Al enterarme de su llegada le he enviado un mensajero para hacerle presentar ante nosotros con el fin de conocerle y de comprarle alguna joya, si la tenía, para el equipo de nuestra hija. Ha obedecido a nuestra llamada y ha acudido haciéndose preceder por estos cuatro jarrones que nos ha ofrecido como regalo. Es un muchacho hermoso, respetable, de buen entendimiento y magnífico aspecto hasta el punto de que podría ser el hijo de un rey. Al verle, mi corazón se ha sentido atraído por él, mi pecho ha respirado y he querido casarle con mi hija. He expuesto el caso a los magnates del reino y les he preguntado: "¿Cuántos reyes han pedido a mi hija en matrimonio?" Me han contestado: "Muchos". Les he preguntado: "¿Alguno de ellos me ha hecho un regalo comparable a éste?" Todos han contestado: "No, por Dios, rey del tiempo. Ninguno de ellos posee algo parecido a esto". He replicado: "He consultado a Dios (¡ensalzado sea!) acerca del matrimonio de mi hija, ¿qué opináis vosotros?" Han contestado: "Resuelve el asunto como te parezca". ¿Cuál es tu respuesta?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que su esposa le contestó: « El asunto incumbe a Dios y a ti, rey del tiempo. Se hará aquello que Dios quiera» . El rey replicó: « Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere la casaremos con este joven» . El rey pasó aquella noche y al amanecer del día siguiente se dirigió a su despacho y mandó llamar al comerciante Alí el egipcio y a los demás comerciantes de Bagdad. Se presentaron todos, se quedaron de pie delante del rey y cuando éste les mandó sentarse se sentaron. El rey dijo: « Que se presente el cadí de la Audiencia» . Éste se colocó delante del rey quien le dijo: « ¡Alcadí! ¡Escribe el

contrato matrimonial de mi hija con el comerciante Alí el egipcio!» Alí interrumpió: « ¡Perdone nuestro señor el sultán! Un comerciante como yo no puede ser el yerno del rey» . « ¡He decidido que seas mi yerno y además conferirte el cargo de visir!» El soberano le dio al momento el traje de visir y le mandó que se sentase en el lugar que le correspondía por su rango. Alí dijo: « ¡Rey del tiempo! Tú me has favorecido con todo esto y me has colmado de dones; escucha algo que tengo que decirte» . « ¡Habla sin temor!» « Ya que tu voluntad soberana quiere casar a tu hija, mejor sería que él marido fuese mi hijo.» « ¿Es que tienes un hijo?» « Sí.» « ¡Tráele!» Cuando el joven llegó ante el rey besó el suelo y se quedó en pie respetuosamente. El rey le contempló y vio que era más bello y más hermoso que su hija, tanto por la armonía de sus proporciones como por su aspecto. Le preguntó: « ¿Cómo te llamas, hijo mío?» « ¡Sultán, señor nuestro! Me llamo Hasan.» El muchacho tenía entonces catorce años. El rey dijo al cadí: « Escribe el contrato matrimonial de mi hija, Husn al-Uchud, con Hasan hijo del comerciante Alí el egipcio» . Se puso por escrito el contrato y el asunto concluyó del mejor modo posible marchándose todos los que estaban en la audiencia a sus quehaceres. Los comerciantes acompañaron hasta su domicilio al visir Alí el egipcio. Allí le felicitaron por su encumbramiento y se despidieron. Alí el egipcio entró a hablar con su esposa. Ésta vio que llevaba la túnica propia del visirazgo y le preguntó: « ¿Qué significa esto?» El marido le contó toda la historia desde el principio hasta el fin y añadió: « El rey ha casado a su hija Husn al-Uchud con mi hijo Hasan» . La mujer se alegró muchísimo.

Transcurrida la noche, al día siguiente, Alí se dirigió a la audiencia y el rey le dispensó una magnífica acogida haciéndole sentar a su lado, aproximándole hacia sí. Le dijo: « ¡Visir! Hemos decidido celebrar las fiestas y presentar tu hijo a nuestra hija» . « ¡Señor nuestro! ¡Sultán! Lo que te parece bien es bueno.» El rey mandó iniciar las fiestas: engalanaron la ciudad y se celebraron fiestas durante treinta días en medio de la alegría y el alborozo. Al cabo de los treinta días, Hasan, hijo del visir Alí, fue presentado a la hija del rey y gozó de su belleza y hermosura. La esposa del soberano, al conocer al esposo de su hija, le quiso muchísimo, y también tuvo gran alegría al conocer a su madre. El rey mandó que construyesen un palacio para Hasan, hijo del visir Alí. Edificaron rápidamente un gran alcázar al que pasó a habitar el hijo del visir. Su madre permaneció con él algunos días, al cabo de los cuales regresó a su domicilio. La reina dijo a su esposo: « ¡Rey del tiempo! La madre de Hasan no puede vivir con su hijo abandonando al visir ni puede vivir con el visir abandonando a su hijo» . « Tienes razón» , replicó el soberano. Éste mandó que construyesen un tercer palacio al lado del de Hasan para que lo ocupase el visir. Construyeron este tercer edificio en pocos días y el rey mandó que trasladasen a él todas las cosas de Alí. Las trasladaron y éste se instaló en él. Así tuvieron tres palacios que comunicaban entre sí. Cuando el rey quería conversar con el visir iba a verle de

noche o le mandaba llamar y lo mismo hacía Hasan con respecto de sus padres. De este modo vivieron juntos, felices y satisfechos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [vivieron satisfechos] durante un lapso de tiempo. Después el rey se debilitó, le acometió una enfermedad y convocó a los grandes del reino. Les dijo: «Estoy gravemente enfermo y es posible que la enfermedad sea mortal. Os he mandado llamar para pediros consejo. Dadme el consejo que creáis mejor». «¿En qué deseas que te aconsejemos, oh, rey?» «Yo ya soy viejo y estoy enfermo; temo que los enemigos del reino se apoderen de él después de mi muerte. Quiero que os pongáis todos de acuerdo sobre la persona a la que reconoceréis como mi sucesor en vida mía con el fin de que quedéis todos contentos.» Replicaron: «Todos nosotros estamos satisfechos con Hasan, hijo del visir Alí, esposo de tu hija. Nos hemos dado cuenta de que es inteligente, perfecto, despierto y que sabe cuáles son las obligaciones de grandes y chicos». «¿Estaríais conformes con él?» «¡Sí!» «Es posible que digáis esto delante de mí, cuando aún vivo, y que una vez haya muerto digáis otra cosa.» Todos a la vez replicaron: «Nuestras palabras y nuestro pensamiento íntimo son una misma cosa; no cambiaremos de opinión: estamos contentos de Hasan con lo mejor de nuestro corazón, en lo más recóndito de nuestro cuerpo». «Pues si es así, haced que comparezca el cadí de la noble *xara* y todos los chambelanes, funcionarios y grandes del reino para concluir el acto de la mejor manera posible.» Replicaron: «¡Oír es obedecer!» Se marcharon e invitaron a todos los ulemas y magnates. Al día siguiente se reunieron en la Audiencia y enviaron un mensajero al rey pidiéndole permiso para entrar a visitarle. Lo concedió. Entraron, lo saludaron y le dijeron: «Aquí estamos todos reunidos». El rey les dijo: «¡Príncipes de Bagdad! ¿Quién queréis que sea rey después de mí? Así yo, en vida, antes de mi muerte, ante todos vosotros, le haré reconocer». Todos a la vez replicaron: «Estamos de acuerdo en que sea Hasan, hijo del visir Alí, esposo de tu hija». «Si es así, id todos a buscarle y traedle aquí.» Los magnates se dirigieron al serrallo y dijeron: «¡Acompáñanos para ir a ver al rey!» «¿Por qué?» «Para algo que te interesa a ti y también a nosotros.» Se presentaron ante el rey y Hasan besó el suelo ante el soberano. Éste le dijo: «¡Siéntate, hijo mío!» Se sentó. El rey añadió: «¡Hasan! Los príncipes y todos los grandes están de acuerdo en nombrarte rey después de mi muerte. Me dispongo a hacerte jurar en vida para que la cosa quede solucionada». Hasan se levantó al instante, besó el suelo delante del soberano y replicó: «¡Rey! ¡Señor nuestro! Entre los magnates hay personas que tienen más años y más capacidad que yo. ¡Líbrame pues de esta carga!» Todos

los emires protestaron: « Sólo estaremos contentos si tú eres nuestro rey» . « Mi padre tiene más años que yo. Ambos somos una misma cosa. No está bien que yo pase por delante de él.» Su padre le replicó: « A mí sólo me satisface lo que satisface a mis amigos. Ellos están de acuerdo y conformes en que tú los gobiernes, ¡no contraríes ni la voluntad del rey ni la de tus amigos!» Hasan, avergonzado ante el rey y su padre, inclinó la cabeza hacia el suelo. El soberano preguntó a los nobles: « ¿Estáis satisfechos con él?» « ¡Con él estamos satisfechos!» , replicaron. Entonces, todos juntos, recitaron siete veces la *Fatiha*[161]. El rey dijo: « ¡Alcadí! Redacta un acta notarial en la que los príncipes se comprometan a nombrar sultán a Hasan, esposo de mi hija, el cual será su rey» . El cadí escribió el acta y la firmó después de que todos los nobles le hubieron reconocido por rey. El mismo soberano le prestó juramento y le hizo sentar en el trono. Entonces todos los asistentes besaron las manos del rey Hasan, hijo del visir, mostrando así que le obedecerían. Aquel mismo día Hasan gobernó con mucho acierto e hizo regalos valiosos a los grandes del reino. Después, levantó la sesión y acercándose al padre de su esposa le besó las manos. Éste le dijo: « ¡Hasan! Ten temor de Dios en tus actos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Hasan] le replicó: « ¡Padre mío! ¡Gracias a tus plegarias tendré éxito!» Hasan se marchó a su palacio y su esposa, su madre y sus servidoras le salieron al encuentro y le besaron las manos diciendo: « ¡Bendito día!» , y le felicitaron por su investidura. A continuación dejó su alcázar y pasó al de sus padres. Éstos se alegraron mucho por la regia investidura que Dios le había concedido. Alí, su padre, le recomendó que gobernase en el temor de Dios y que fuese indulgente con sus súbditos. Pasó una noche feliz y satisfecho y al día siguiente rezó la oración canónica y se marchó a la audiencia. El ejército entero y los dignatarios se presentaron ante él. Gobernó, hizo favores, prohibió lo reprobable, nombró y destituyó y estuvo ocupado en mandar hasta que el día se terminó. Puso fin a la audiencia del mejor modo posible, licenció a los soldados y todos se marcharon a sus asuntos. Después pasó al serrallo y se dio cuenta de que la salud de su suegro iba empeorando. Le dijo: « ¡Que no te ocurra nada!» El suegro abrió los ojos y dijo: « ¡Hasan!» « ¡Heme aquí, señor mío!» « Mi fin está próximo: preocúpate por tu esposa y por su madre. ¡Ten temor de Dios! ¡Respeta a tus padres! ¡Teme al rey que da la última recompensa y recuerda que Dios manda ser justo y bienhechor!» Hasan contestó: « ¡Oír es obedecer!» El viejo rey vivió aún tres días más, al cabo de los cuales se trasladó a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Le lavaron, le amortajaron, recitaron las oraciones canónicas y el Corán durante cuarenta días

completos. Después el rey Hasan, hijo del visir, gobernó por sí mismo a sus súbditos y todos sus días fueron felices: su padre siguió siendo el visir de la diestra y nombró a otra persona para que fuese el visir de la siniestra. Sus asuntos se desarrollaron favorablemente y fue rey de Bagdad durante mucho tiempo. La hija del rey le dio tres hijos varones que le sucedieron en el reino. Vivieron la más feliz y dulce de las vidas hasta que les llegó el destructor de los placeres y el separador de los amigos. ¡Gloria a Aquel que es Eterno, en cuya mano está el hacer y deshacer!

LA TIRANÍA DEL PRÍNCIPE SE DEBE A LA MALDAD DE LOS SÚBDITOS

SE cuenta que un peregrino tuvo un sueño muy pesado. Al despertarse no encontró ni rastro de la caravana. Se puso en marcha, pero perdió el camino por lo que siguió avanzando hasta llegar a una tienda. En la puerta de ésta halló a una vieja a cuyo lado dormitaba un perro. Se acercó, saludó a la anciana y le pidió que le diese algo de comer. Ella le contestó: « Vete a aquel valle, da caza a las serpientes que necesites, yo te las asaré y tú te las comerás» . « ¡Yo no podría jamás cazar y comer serpientes!» « Yo te acompañaré y las cazaré; no temas.» Le acompañó, seguida del perro, cazó todas las serpientes que necesitaba y empezó a asarlas. El peregrino, que temía quedarse hambriento y débil, no tuvo más remedio que comerlas. Le entró sed y pidió a la vieja que le diese algo de beber. Le replicó: « ¡Ahí tienes la fuente! ¡Bebe en ella!» Era un agua amarga, nunca había bebido otra con tan mal gusto cuando estaba sediento. Bebió y luego volvió al lado de la vieja y le dijo: « ¡Tú y el sitio en que te encuentras y habitas constituye un prodigio!…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el peregrino prosiguió:] « … ¿Cómo puedes alimentarte con esta comida? ¿Cómo puedes beber tal agua?» La vieja preguntó: « ¿Cómo es vuestro país?» Le contestó: « En nuestro país las casas son amplias y espaciosas, los frutos maduros y dulces, las aguas abundantes y potables, la comida exquisita, las carnes grasas y el ganado abunda. Todo es bueno y magnífico: hay bienes tan abundantes como sólo se encuentran en el paraíso que Dios (¡ensalzado sea!) ha prometido a las criaturas que sean fieles» . La vieja replicó: « He oído todo esto, pero dime: ¿tenéis un sultán que gobierna injustamente?, ¿vosotros estáis en su poder?, ¿si alguien comete una falta se incauta de bienes y le da muerte?, ¿si quiere os expulsa de vuestra casa y extirpa hasta vuestras raíces?» « Todo eso es posible.» La vieja siguió: « ¡Por Dios! Si esta comida, si esta vida muelle y tan dulces bienes van ligados a la tiranía y a la opresión, constituyen un veneno mortal mientras que nuestro sustento, tomado en la seguridad, constituye una excelente medicina. ¿Es que no has oído que la causa de todo bienestar, según el Islam, es la seguridad? Estos bienes proceden de la justicia del sultán, él califa de Dios en la tierra, de su buena administración. Los antiguos sultanes preferían tener menos aparato intimidatorio pues bastaba que los súbditos le viesen para que le temieran, pero los sultanes de nuestra época prefieren más la intimidación y las medidas coercitivas ya que las gentes, ahora, no son como las antiguas. Nuestra época constituye la era de los hombres malvados y de malas razones ya que son estúpidos, crueles, envidiosos e inicuos. Por consiguiente, si el sultán (¡que Dios le guarde!) que vive entre ellos fuese

indulgente, débil y sin energía no cabe duda de que ello constituiría la causa de la ruina del país. Ya lo dice el refrán: “Cien años de tiranía del sultán antes que uno solo de tiranía de un súbdito contra otro”. Cuando el pueblo se muestra indócil Dios le da por sultán a un tirano o a un rey prepotente. Así se nos cuenta en la historia el caso de al-Machchach b. Yusuf. Cierto día se le envió un billete en que estaba escrito: “¡Teme a Dios y no maltrates a sus criaturas con tantos medios!” Al-Machchach leyó el billete desde el púlpito y como era elocuente dijo: “¡Gentes! Dios (¡ensalzado sea!) me ha dado el poder que tengo sobre vosotros…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que [al-Machchach prosiguió: « “Dios me ha dado el poder que tengo sobre vosotros] como castigo de vuestras malas acciones. Si yo muero, no os libraréis de la tiranía mientras continuéis haciendo mal, ya que Dios (¡ensalzado sea!) ha creado muchos seres parecidos a mí y si yo no estuviese aquí, tendríais a otro peor, más duro, más inicuo que yo, tal y como dice el poeta:

> No hay poder alguno que esté por encima del de Dios y no hay opresor que a su vez no caiga bajo otro opresor.

» ”La tiranía se hace temer pero la justicia es lo mejor. ¡Roguemos a Dios que mejore nuestro estado!”»

HISTORIA DE LA ESCLAVA TAWADDUD

SE cuenta que vivía en Bagdad un hombre muy poderoso; tenía riquezas y fincas y era un gran comerciante, pero Dios no le había dado la descendencia que deseaba. Transcurrió cierto lapso de tiempo sin que le naciese ni una niña; el comerciante fue entrando en años, sus fuerzas se fueron debilitando, se le curvó la espalda y se multiplicaban sus achaques y preocupaciones; temía perder sin fruto sus riquezas en el caso de no tener un hijo que le heredase y que conservase su nombre. Rezó humildemente a Dios (¡ensalzado sea!), ayunó durante el día, por la noche hizo votos a Dios (¡ensalzado sea!) el Vivo, el Inmutable; visitó a los santones y multiplicó sus actos de humildad ante Dios (¡ensalzado sea!). Éste aceptó su plegaria, se apiadó de sus súplicas y al cabo de pocos días, cuando cohabitó con una de sus mujeres, ésta quedó encinta en el mismo instante. Transcurridos los meses dio a luz un hijo varón que parecía un pedazo de luna. El padre cumplió los votos, dio gracias a Dios (¡loado y ensalzado sea!), hizo limosnas, vistió a viudas y huérfanos. La séptima noche, después del nacimiento, le dio el nombre de Abu-l-Husn. Las nodrizas le amamantaron, los mamelucos y los criados le llevaron en brazos hasta que hubo crecido, fue mayor y se hubo desarrollado. Estudió, entonces, el magnífico Corán, las prescripciones del Islam y la casuística de la verdadera religión; la escritura, la poesía, la aritmética, el tiro de flechas y llegó a ser único en su tiempo, el más hermoso de sus contemporáneos: bello rostro, lengua elocuente, andaba contoneándose; sus miradas enloquecían; tenía las mejillas sonrojadas, la frente brillante y el bozo floreciente, tal como dijo uno de sus descriptores:

> La primavera del bozo ha despertado en su mejilla, pero la rosa ¿cómo puede perdurar después de la primavera?
> ¿Es que no ves las plantas que crecen encima de su aladar que parece una violeta que se muestra detrás de las hojas verdes?

Abu-l-Husn vivió algún tiempo con su padre, en la más completa felicidad mientras éste se sentía feliz y contento con él. Cuando llegó a la pubertad su padre le hizo sentar un día a su lado y le dijo: « ¡Hijo mío! Mi plazo se va acercando y llega ya el momento de mi muerte: no me falta más que encontrar a Dios, poderoso y excelso. Te dejo en herencia lo que sería suficiente incluso para el hijo de tu hijo: dinero en metálico, aldeas, fincas y jardines. ¡Hijo mío! En la administración de lo que te lego, teme a Dios (¡ensalzado sea!) y no sigas más que aquel que te ayude» . Al cabo de poco tiempo aquel hombre enfermó y murió. Su hijo dispuso un espléndido funeral, le enterró, regresó a su casa y pasó días y noches llorándole. Después acudieron sus amigos y le dijeron: « Quien deja un sucesor como tú no muere. Todo lo pasado, pasado está. El guardar luto

es cosa propia de las muchachas y de las mujeres que llevan una vida separada». Insistieron sin parar hasta que se marchó al baño. Los amigos entraron con él…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los amigos entraron con él] y pusieron fin a su dolor. Abu-l-Husn olvidó los consejos de su padre y estupefacto ante sus grandes bienes pensó que el destino le iba a dejar siempre en la misma situación, que sus riquezas jamás tendrían fin. Comió, bebió, disfrutó, se divirtió, hizo regalos y dones, dilapidó el oro, se aficionó a comer pollos, a descorchar botellas de buen vino, oía burbujear el alcohol al salir de las botellas y se entretenía con los cantores. Este estado de cosas duró hasta que el dinero empezó a faltar: su situación decayó, los que habían vivido a su lado se marcharon y se quedó solo. Después de haberse deshecho de lo que pudo, sólo le quedó una esclava que había pertenecido a la herencia que le había dejado su padre. Esta esclava no tenía igual: hermosa, bella, perfecta, esbelta, bien proporcionada; conocía las artes y las letras y tenía todas las cualidades que se admiran; descollaba por encima de todos sus contemporáneos y era más célebre que una bandera por su gracia. A la belleza se sumaba la teoría y la práctica; andaba cimbreándose y era de porte distinguido a pesar de que sólo medía cinco pies; llevaba en sí la buena suerte y sus sienes parecían ser dos lunas del mes de *saaban* en creciente; sus cejas eran un par de arcos y sus ojos se parecían a los de las gacelas; la nariz era el filo de una espada; sus mejillas un par de anémonas; la boca, el sello de Salomón; los dientes, collares de perlas y el ombligo podía contener una onza de aceite de moringa; su cintura era más delgada que el cuerpo de un amante extenuado por la pasión al que el silencio hubiera hecho enfermar y sus nalgas eran más pesadas que dos dunas. En resumen: por su hermosura y su belleza merecía las palabras del poeta:

> Si se acerca seduce con la belleza de sus formas; si se aleja mata por el dolor de la separación.
> Se parece al sol, a la luna y a las ramas; la dureza y el coqueteo no entran en sus maneras.
> Los jardines del Edén se encuentran debajo del seno de su camisa y la luna situada en el cielo aparece por encima de sus collares.

Parecía ser la luna cuando surge por el horizonte, la gacela que pace, una muchachita de nueve más cinco años capaz de avergonzar a la luna y al sol, tal como dijo el elocuente y hábil poeta:

Se parece a la luna llena cuando ésta tiene cinco y cinco y cuatro días[162].
No es culpa mía si me ha transformado en lo que ella era la noche del novilunio.

Tenía una piel pura y un aliento que parecía ser el céfiro; parecía haber sido creada de la luz y formada de cristal; sus mejillas eran sonrojadas, y tenía proporciones justas. Tal como dijo uno de sus descriptores:

Aparece entre el amarillo del azafrán, el blanco de la plata, sonrosada, despidiendo perfume de sándalo.
Es una flor en un jardín o una perla en una montura de oro o un ídolo en el templo.
Es esbelta; si su estatura le dice: «¡Crece!», sus caderas le objetan: «¡Quédate quieta y no te muevas!»
Cuando le pido la unión, su belleza responde: «¡Acepto!», pero su coquetería aconseja: «¡No lo hagas!»
¡Gloria a Aquel que la hizo bella y que hace ir a su amante en las historias de los censores!

Embobaba a quien la veía con su belleza y hermosura, con la suavidad de su sonrisa; con las miradas de sus ojos que lanzaban flechas, le hería. A pesar de todo esto era elocuente al hablar y sabía componer versos.

Cuando el dueño hubo agotado todos sus bienes, y se dio cuenta de la mala situación en que se encontraba y que no le quedaba más que esta esclava, se quedó tres días sin probar bocado ni descansar durmiendo. La esclava le dijo: «¡Señor mío! Condúceme ante el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la esclava dijo: «Condúceme a Harún al-Rasid,] el quinto de los califas abbasíes, y pídele por mí diez mil dinares. Si encuentra que soy muy cara, dile: "Emir de los creyentes, mi esclava vale mucho más de esto. Examínala y su valor aumentará ante tus ojos, ya que no tiene igual y sólo puede convenir a una persona como tú"». La esclava prosiguió: «¡Señor mío! No me vendas por menos de lo que te he dicho, pues es muy poco para una mujer como yo». Su dueño no sabía cuál era su valor ni que era una mujer única en su tiempo. La condujo ante el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, y se la ofreció, diciendo lo que le había dicho. El Califa preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» «Tawaddud.» «¡Tawaddud! ¿Qué ciencias sabes?»

« ¡Señor mío! La gramática, la poesía, el derecho canónico, la interpretación del Corán, la filología; conozco la música, la ciencia de partición de herencias, la aritmética, la geometría, la topografía y las antiguas tradiciones; conozco de memoria el magnífico Corán y sé leerlo según las siete, las diez y las catorce lecturas; conozco el número de sus azoras, de sus versículos, de sus partes, mitades, cuartos, octavos y décimos; el número de prosternaciones que exige su lectura y el de sus letras; sé lo que hay en él de abrogado y sus letras; cuáles son sus azoras mediníes y mequíes y las causas que motivaron su revelación; domino las tradiciones proféticas por estudio y tradición, sé cuáles arrancan de los compañeros del Profeta y cuáles proceden de la generación siguiente. He estudiado las ciencias exactas, la geometría, la filosofía, la medicina, la lógica, la retórica y la composición; he aprendido de memoria muchos textos científicos, me he preocupado de la poesía y sé tocar el laúd; sé acompañarme con él en el canto, conozco la técnica de tocar y arreglar las cuerdas y si canto y bailo, seduzco; si me arreglo y me perfumo, mato. En resumen: he llegado a un punto que sólo alcanzan "quienes están enraizados en la ciencia"[163].»

El Califa Harún al-Rasid, al oír tales palabras en muchacha tan joven, se admiró mucho de la elocuencia que demostraba poseer su lengua y volviéndose a su dueño le dijo: « Voy a hacer venir a quienes la van a examinar de todo lo que pretende saber. Si contesta te pagaré su importe y aun más. Si no contesta puedes quedarte con ella» . El dueño contestó: « ¡De mil amores, Emir de los creyentes!» El Califa escribió al Emir de Basora ordenándole que le enviase a Ibrahim b. Sayyar, el poeta, que era la persona más versada, de su tiempo, en dialéctica, elocuencia, poesía y lógica; le ordenó que convocase a los lectores del Corán, a los sabios, médicos, astrólogos, científicos, geómetras y filósofos. Ibrahim era más sabio que todos.

Al cabo de poco tiempo se presentaron todos en el palacio del Califa sin saber lo que ocurría. El Emir de los creyentes los llamó a su audiencia y les ordenó que se sentasen.

Se sentaron. Después mandó que compareciese la esclava Tawaddud. Ésta entró, se quitó el velo y se mostró como si fuese una estrella refulgente. Le ofrecieron una silla de oro. Saludó a todos y dijo con lengua elocuente: « ¡Emir de los creyentes! Ordena que los sabios, los lectores del Corán, los médicos, los astrólogos, los científicos, los geómetras y los filósofos aquí presentes discutan conmigo» . El Califa dijo: « Os pido que discutáis con esta joven en materia de religión y que rechacéis sus argumentos» . Contestaron: « Hemos oído y obedecemos a Dios y a ti, Emir de los creyentes» . La joven inclinó la cabeza y preguntó: « ¿Quién de vosotros es el alfaquí, el recitador del Corán, el tradicionero?» Uno de ellos contestó: « Yo soy el hombre que buscas.» « ¡Pregúntame lo que quieras!» « ¿Has leído el libro de Dios, el Todopoderoso, y conoces lo abrogante y lo abrogado? ¿Has meditado sobre sus versículos y sus

letras?» « ¡Sí!» « Te interrogaré entonces sobre los deberes religiosos estrictos y las normas inmutables. Dime, esclava, esto: ¿Quién es tu Señor? ¿Quién es tu Profeta? ¿Quién es tu imán? ¿Cuál es tu alquibla? ¿Quiénes son tus hermanos? ¿Cuál es tu norma de vida? ¿Cuál es tu senda?» Tawaddud contestó: « Dios es mi Señor; Mahoma (¡Él le bendiga y le salve!), mi Profeta; el Corán, mi imán; la Kaaba, mi alquibla; los creyentes, mis hermanos; el bien, mi norma de vida, y la azuna, mi senda» . El Califa se admiró al oír unas palabras tan elocuentes en una muchacha tan joven. Le preguntó: « ¡Esclava! Dime con qué conoces a Dios (¡ensalzado sea!)» . « ¡Con el entendimiento!» « ¿Qué es el entendimiento?» « El entendimiento es de dos clases: el donado y el adquirido.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la esclava prosiguió:] « El entendimiento donado es el que Dios, Todopoderoso y excelso, concede a las criaturas según le place, y el adquirido es aquel que consigue el hombre gracias a la educación y al recto conocimiento.» « ¡Estupendo! Pero ahora dime ¿dónde reside el entendimiento?» « Dios lo ha colocado en el corazón y ha hecho ascender sus rayos hasta el cerebro, en el cual tienen su sede.» « ¡Magnífico! Dime ¿cómo conoces al Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!)?» « Por la lectura del libro de Dios (¡ensalzado sea!), por las aleyas, por los argumentos, las pruebas y los milagros.» « Muy bien; dime ¿cuáles son las obligaciones religiosas estrictas y las normas inmutables?» « Las obligaciones religiosas estrictas son cinco: Dar testimonio de que no hay más dios que el Dios único, que carece de asociados y que Mahoma es su esclavo y su enviado; realizar la oración; pagar el azaque; guardar el ayuno de Ramadán y peregrinar al templo sagrado de Dios, si se tienen medios para ello; las normas inmutables son cuatro: la noche y el día, el sol y la luna; en ellos se basan la vida y la esperanza y el hombre no sabe si al fin de los tiempos serán destruidas.» « Perfectamente. Dime ¿cuáles son las prácticas de la fe?» « Las prácticas de la fe son: la oración, el azaque, el ayuno, la peregrinación, la guerra santa y evitar las cosas prohibidas.» « Perfectamente, pero dime ¿por qué estás de pie al principio de la oración?» « Para manifestar el deseo de servir a Dios y declarar que él es mi dueño.» « Dime: ¿cuántas son las obligaciones que Dios ha impuesto para antes de empezar la oración?» « La pureza ritual, cubrir las vergüenzas, quitarse los vestidos sucios, ponerse erguido en un lugar puro, orientarse en dirección a la alquibla, mantenerse en posición de firmes, tener propósito, pronunciar la fórmula “Dios es grande” y proceder a la *sacralización*.» « ¡Magnífico! Pero dime: ¿cómo sales de tu casa para dirigirte a la oración?» « Con la intención de tomar parte en el culto.» « ¿Con qué intención entras en la mezquita?» « Con la de servir a Dios.» « ¿Por qué te vuelves de cara

a la alquibla?» « Por tres mandamientos divinos y uno de la azuna.» « Muy bien. Dime ahora cuál es el inicio de la oración, cuál su fin y cuál su *sacralización*.» « La oración empieza con el estado de pureza legal, la *sacralización* con la fórmula "Dios es grande", y su conclusión, con la expresión "Y la paz", que la cierra.» « ¿Qué debe pensarse del que omite la oración?» « En el *Sahih* hay una tradición que dice: "Quien abandona la oración intencionadamente, sin causa que lo justifique, no está dentro del Islam".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el faquí prosiguió:] « ¡Magnífico! Dime ¿qué es la oración?» « La oración es el nexo que existe entre el esclavo y su Señor. Tiene diez virtudes: ilumina el corazón, aclara el rostro, satisface al Misericordioso, pone rabioso a Satanás, aleja las dificultades, libra de las asechanzas del enemigo, aumenta la misericordia, pone a cubierto de la venganza divina, acerca al esclavo a su Señor e impide las acciones torpes y reprobables. La oración es una de las obligaciones de precepto y constituye la pilastra de la fe.» « Muy bien. Ahora dime, ¿cuál es la llave de la oración?» « Las abluciones.» « ¿Cuál es la llave de las abluciones?» « La invocación del nombre de Dios.» « ¿Cuál es la llave de la invocación?» « La certeza.» « ¿Cuál es la llave de la certeza?» « La confianza en Dios.» « ¿Cuál es la llave de la confianza en Dios?» « La esperanza.» « ¿Cuál es la llave de la esperanza?» « La obediencia.» « ¿Cuál es la llave de la obediencia?» « El reconocimiento de la unidad de Dios (¡ensalzado sea!) y la aceptación de su cualidad de Señor.» « ¡Magnífico! Dime ¿cuáles son las normas para practicar la oración?» « Según la escuela del imán al-Safií, Muhammad b. Idris (¡Dios esté satisfecho de él!), son seis: la intención de lavarse la cara, lavarse las dos manos hasta el codo, pasar la mano lavada por la cabeza, lavarse los dos pies hasta los tobillos y hacerlo todo en este orden. Según la azuna son necesarias diez cosas: invocar el nombre de Dios, lavarse las palmas de las manos antes de meterlas en el recipiente, enjuagarse la boca, aspirar agua por la nariz, lavarse toda la cabeza, lavarse los dos oídos por fuera y por dentro con agua limpia, pasarse los dedos por la barba, lavarse los dedos de las manos y de los pies uno por uno, dar preferencia a la diestra sobre la siniestra y hacer todas estas purificaciones por tres veces consecutivas. Una vez terminadas las abluciones se dice: "Atestiguo que no hay sino el Dios único, sin asociados. Atestiguo que Mahoma es su esclavo y enviado. ¡Dios mío! ¡Haz que sea uno de los que se arrepienten! ¡Haz que sea uno de los que se purifican! ¡Gloria a ti, Señor mío! ¡Al loarte doy testimonio de que no hay más Dios que Tú! ¡Te pido perdón y ante Ti me arrepiento!" En una noble tradición se refiere que el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) dijo:

“Quien pronuncie esta plegaria después de cada ablución verá que se le abren las ocho puertas del Paraíso y entrará por la que quiera”.» « ¡Magnífico! Cuando un hombre quiere realizar la ablución ¿qué ángeles y demonios están a su lado?» « Cuando alguien se prepara para la ablución corren los ángeles a su lado derecho y los demonios al izquierdo. En el momento en que al principio de las abluciones cita a Dios (¡ensalzado sea!), los demonios emprenden la huida y los ángeles le recubren con una tienda de luz a la que sostienen cuatro cuerdas, cada una de las cuales va a terminar en un ángel que canta las alabanzas a Dios (¡ensalzado sea!) y le pide perdón mientras aquél está en silencio o invoca el nombre de Dios. Si no menciona este último, todopoderoso y excelso, al principio de las abluciones y no guarda silencio, los demonios se apoderan de él en el mismo momento en que se alejan los ángeles; los demonios empiezan a tentarle hasta que le llenan de dudas y le hacen cometer faltas en la ablución. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: “Las abluciones bien hechas alejan al demonio y ponen a cubierto de la tiranía del sultán”. También ha dicho que “aquel al que sorprende una desgracia cuando aún no ha realizado las abluciones, él es el único responsable”.» « ¡Muy bien! Dime, ¿qué debe hacer una persona cuando se despierta?» « Una persona, al despertarse de dormir, debe lavarse las manos por tres veces antes de meterlas en el recipiente.» « ¡Muy bien! Dime algo sobre las prescripciones del baño.» « Las prescripciones del baño son las siguientes: tener intención, meter todo el cuerpo en el agua, la cual debe llegar a todos los pelos y a toda la piel. Se recomienda que le precedan las abluciones, frotar el cuerpo, separar los cabellos y dejar para lo último el lavado de los pies.» « Bien.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el faquí prosiguió:] « Dime cuáles son los motivos que permiten hacer las abluciones con tierra en vez de agua, cuáles son sus preceptos y cuáles sus recomendaciones.» « Los motivos son siete: falta de agua, temor de que pase la hora de la oración, necesidad de economizar el agua, haberse extraviado en el camino, enfermedad, tener fracturas en los huesos, estar herido. Las recomendaciones son cuatro: propósito, disponer de tierra, pasarla por la cara y por las manos. Se recomienda: invocar el nombre de Dios y dar preferencia al lado derecho sobre el izquierdo.» « ¡Estupendo! Dime cuáles son las condiciones de la oración, sus columnas y sus recomendaciones.» « Las condiciones de la oración son cinco: pureza de los miembros, cubrir las desnudeces, realizarla en las horas fijadas, bien sea por conocerlas, bien sea por conjetura; orientarse en dirección de la alquibla y situarse en un lugar puro. Las columnas son: tener propósito, pronunciar la

fórmula “Dios es el más grande”, la *sacralización* y quedarse de pie, si es posible, durante la recitación de la *Fatiha* y la pronunciación de la fórmula “En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso” y de los versículos pertinentes según indica la escuela del imán al-Safií. Inclinarse, quedarse en esta posición; obrar con calma y sin premura, prosternarse, mantenerse unos instantes así y sentarse entre dos adoraciones. Recitar la última profesión de fe y sentarse. Rezar por el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) y pronunciar la primera fórmula del fin de la oración e intención de poner fin a ésta declarándola verbalmente. Las recomendaciones son las siguientes: la invitación a la plegaria por el almuédano; mantenerse de pie; levantar las manos en el momento de la *sacralización*, oración inicial, expresión de la fórmula “Busco refugio en Dios frente a Satanás, él lapidado”, decir “Amén”, recitar una azora después de la *Fatiha*, pronunciar la fórmula “Dios es el más grande” en el momento de pasar de una posición a otra y decir “Dios escucha a quien le loa. ¡Señor nuestro! ¡Escucha nuestra loa!” Rezar en voz alta los fragmentos en que así está establecido y en voz baja los demás. Recitar la profesión de fe por primera vez, sentarse en cuclillas e implorar la bendición sobre el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!); implorar la bendición sobre su familia en la última profesión de fe y en la segunda salutación.» « ¡Muy bien! Pero dime: ¿sobre qué cosas se impone la limosna?» « Sobre él oro, la plata, los camellos, las vacas, las ovejas, el granó, la cebada, mijo, habas, arroz, aceite y dátiles.» « ¡Muy bien! Dime ¿cuál es el porcentaje del azaque sobre el oro?» « No se paga contribución si se posee menos de veinte mizcales; si llega a veinte, se paga medio mizcal, y cuando pasa de esta cantidad, según la proporción correspondiente.» « Dime ahora cuál es el porcentaje del azaque sobre la plata.» « No se paga cuando la cantidad es inferior a doscientos dirhemes. Si llega a los doscientos el impuesto es de cinco dirhemes y si excede se paga según esta proporción.» « ¡Magnífico! ¿Cuál es el porcentaje del azaque sobre los camellos?» « Por cada cinco camellos, hasta veinticinco, una oveja; por veinticinco camellos una camella en estado.» « ¡Perfecto! Pero ahora háblame del ayuno y de sus preceptos.» « Son preceptos para el ayuno: la intención, la abstención de todo alimento y bebida, de toda unión sexual y el evitar el vómito. Es obligatorio para toda persona que haya llegado a la pubertad y esté en pleno uso de sus facultades mentales, que no tenga la menstruación ni esté en el puerperio. Hay que observarlo desde la aparición del novilunio de Ramadán o desde el momento en que se tiene noticia de que éste se ha observado, noticia que ha de ser dada por persona digna de fe y que ha de ser aceptada como verdadera por quien la recibe. Es obligación del que ayuna manifestar su propósito de cumplir con esta prescripción, adelantar la hora del desayuno y retrasar la de la cena; no hablar, de no ser para decir algo bueno, mencionar a Dios o recitar el Corán.» « ¡Bien! Dime cuáles son las cosas que invalidan el ayuno.» « La aplicación de ungüentos, de colirios, cubrirse del polvo

del camino, tragar saliva, derramar semen en sueños o a la vista de una mujer extraña; la sangría y la aplicación de sanguijuelas. Todo esto invalida el ayuno.» « Perfectamente. Háblame de la oración que se celebra con motivo de las dos fiestas[164].» « Consiste en realizar dos arracas según dispone la suna sin previo aviso por el almuédano ni indicación de incorporarse. Pero dicen: "la oración reúne a los creyentes". En la primera se pronuncia siete veces la fórmula "¡Dios es el más grande!", sin contar la vez que se recita en el momento de la *sacralización*. En la segunda se pronuncia cinco veces sin tener en cuenta la vez que se pronuncia en el momento de incorporarse, según la escuela del imán al Safií (¡Dios, ensalzado sea, le tenga en su misericordia!).»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y dos*, refiere:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el faquí prosiguió:] « ¡Perfectamente! Explícame cómo se reza la oración propia de los eclipses de sol y de luna.» « Consta de dos arracas sin previa llamada del almuédano ni invitación a incorporarse. En cada arraca, el orante repetirá las incorporaciones, inclinaciones y prosternaciones por dos veces; se sentará, hará la profesión de fe y pronunciará la fórmula que sirve para impetrar la bendición.» « ¡Muy bien! Infórmame ahora de la plegaria que se emplea para implorar la lluvia.» « Consta de dos arracas sin previa llamada del almuédano ni invitación a incorporarse. Se pronuncia la profesión de fe y la fórmula que sirve para impetrar la bendición. Después predicar en un sermón y se impetrará el perdón de Dios (¡ensalzado sea!) en lugar de la fórmula "Dios es el más grande" que se emplea con el motivo de las dos fiestas. A continuación se investirá el manto poniéndolo de abajo arriba, rezará y suplicará humildemente.» « ¡Muy bien! Ahora háblame de la oración dispar.» « La menor implica una sola arraca y la mayor once.» « Perfecto. Háblame de la oración de la mañana.» « La oración menor de la mañana consta de dos arracas y la mayor de doce.» « Bien; háblame del retiro religioso.» « Es una práctica recomendada.» « ¿Cuáles son sus condiciones?» « El tener propósito de realizarlo y que quien lo practique no salga de la mezquita a menos de que sea absolutamente necesario; que no tenga relación con las mujeres, que ayune y que no hable.» « Bueno; háblame de las condiciones en que es necesario realizar la peregrinación.» « Ser mayor de edad, tener entendimiento cabal, ser musulmán y tener medios para realizarlo. Es obligatorio una sola vez en la vida, antes de morir.» « ¿Cuáles son las obligaciones del peregrino?» « El ponerse el vestido de peregrino, el permanecer de pie en el monte Arafa, dar las vueltas de ritual a la Kaaba, correr entre las colinas de Safa y Marwa y el cortar o afeitarse el cabello.» « ¿Cuáles son las obligaciones del peregrino que visita la Meca fuera del período legal?» « El

ponerse el vestido de peregrino, el dar las vueltas a la Kaaba y la carrera.» « ¿Qué cosas debe hacer el que se pone el vestido de peregrino?» « Quitarse todas las prendas que estén cosidas, abstenerse de perfumes, no cortarse los pelos ni las uñas y renunciar a la caza y a las relaciones sexuales.» « ¿Cuáles son las cosas que deben recomendarse en la peregrinación?» « Pronunciar la fórmula "¡Aquí estoy. Señor!" Dar las vueltas de ritual a la llegada y en el momento de marcharse, pasar la noche en Muzdalifa y en Mina y tirar las piedras.» « ¡Estupendo! ¿En qué consiste la guerra santa? ¿Cuáles son sus fundamentos?» « Condiciones de la guerra santa son: ataque previo por parte de los infieles, asistencia a la misma de un imán, preparación adecuada y decisión al hacer frente al enemigo. Se recomienda que se incite al combate según las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): "¡Profeta! ¡Incita a los creyentes al combate!"%4%» « ¡Bien! Háblame ahora de las leyes y recomendaciones que existen sobre la compraventa.» « Son condiciones de la compraventa: la oferta y la aceptación; si lo que se vende es un esclavo del que se saca provecho hay que intentar convertirlo al Islam; hay que evitar el obtener un beneficio que tenga carácter de usura. Las recomendaciones son: el derecho a desdecirse y a mejorar la oferta antes de que se separen las dos partes tal y como ha dicho el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!): "Comprador y vendedor tienen derecho a cambiar de opinión hasta el momento de separarse".» « ¡Perfecto! Dime cuáles son las cosas que no pueden venderse la una sin la otra.» « Recuerdo, sobre esto, una tradición auténtica que remonta a Nafí, quien oyó al Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) prohibir que se vendiesen los dátiles frescos por otros secos; los higos frescos por otros secos; la carne seca por otra fresca, la manteca fresca por la pasada y, en fin, los productos alimenticios de la misma especie entre sí.» El faquí, al oír estas palabras, se dio cuenta de que la muchacha era inteligente, perspicaz, aguda y muy versada en derecho, tradición, comentarios al Corán y otras muchas cosas. Se dijo: « Es necesario que me invente algo para dejarla malparada ante la tertulia del Emir de los creyentes» . Le dijo: « ¡Muchacha! ¿Qué significa lexicológicamente la palabra "abluciones"?» « Ablución significa limpieza, falta de toda cosa impura.» « ¿Qué significa lexicológicamente la palabra "oración"?» « ¡Pedir el bien!» « ¿Qué significa lexicológicamente "ablución completa"?» « Purificación.» « ¿Y ayuno?» « Abstinencia.» « ¿Y azaque?» « Aumento.» « ¿Y peregrinación?» « Dirección a una meta.» « ¿Y guerra santa?» « ¡Defensa!» Aquí se terminaron las argucias del faquí…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [aquí se ter-minaron las argucias del faquí] quien se puso de pie y exclamó: « Da testimonio por mí, Emir de los

creyentes, de que esta joven conoce el *fiqh*[165] mejor que yo» .

La muchacha le dijo: « ¿Puedo hacerte una pregunta a la cual me contestarás rápidamente si eres docto?» « ¡Pregunta!» « ¿Cuáles son las flechas de la religión?» « Son diez: La primera consiste en la profesión de fe que constituye la comunidad religiosa; la segunda, la oración o sea el espíritu religioso; la tercera, el azaque o sea la purificación; la cuarta el ayuno que constituye el Paraíso; la quinta, la peregrinación, que es la *xara*; la sexta, la guerra santa que es una condición cuyo cumplimiento por unos cuantos sirve para los demás; la séptima y la octava ordenar el bien y prohibir el mal y constituyen el celo; la novena, la comunidad musulmana que constituye el amor entre los correligionarios, y la décima, el estudio de la ciencia religiosa que constituye la senda loable.» La joven exclamó: « ¡Perfectamente! Sólo te falta una pregunta: ¿cuáles son las raíces del Islam?» « ¡Cuatro! La pureza de la fe; la buena intención; observancia de las prescripciones y la fidelidad a la palabra empeñada.» « Falta una pregunta: bien si la respondes; si no la contestas te quitaré el vestido.» « ¡Pregunta, esclava!» « ¿Cuáles son las ramas del Islam?» El sabio permaneció callado un rato sin decir nada. La joven le gritó: « ¡Quítate tu traje y yo te las aclararé!» El Emir de los creyentes intervino: « Explícaselas y yo te daré los vestidos que lleva.» « Las ramas del Islam son veintidós: Atenerse al libro de Dios (¡ensalzado sea!); amoldarse a la conducta de su Enviado (¡Él le bendiga y le salve!); abstenerse de causar daño; comer los alimentos permitidos y evitar los prohibidos; restituir lo mal adquirido a su legítimo dueño; arrepentirse; conocer la ley religiosa; amar al Excelso; seguir la revelación coránica; creer en los Enviados; temer las innovaciones; estar preparado para pasar a la otra vida; tener la fe sólida; perdonar cuando se tiene poder; ayudar al débil; tener paciencia en el infortunio; conocer a Dios (¡ensalzado sea!); conocer lo que Él envió a su Profeta; resistir al maldito Iblis; resistir a las propias pasiones; ser constante frente a las tentaciones y sentir devoción ante Dios.»

El Emir de los creyentes, al oír esto, mandó al faquí que se despojase de sus vestidos y del *taylasán*[166]. El sabio se quitó ambos y se marchó confuso y avergonzado de la tertulia del Emir de los creyentes.

Otro hombre se irguió ante ella y le dijo: « ¡Esclava! ¡Contéstame a unas pocas preguntas!» « ¡Interroga!» « ¿Cuáles son las condiciones para que la venta, con pago anticipado, sea válida?» « Que se conozca el importe, la calidad y el plazo de entrega.» « Perfecto, pero ¿cuáles son las prescripciones y las recomendaciones que se refieren a la comida?» « Son prescripciones el reconocer que Dios (¡ensalzado sea!) es Quien concede el alimento y la comida y estarle agradecido por ello.» « ¿En qué consiste el agradecimiento?» « En el uso que la criatura hace de todas las cosas creadas por Dios y que Él le dona según el fin con que fueron creadas.» « ¿Cuáles son las recomendaciones de comida?» « El pronunciar la fórmula: “En el nombre de Dios”, lavarse las

manos, sentarse sobre el lado izquierdo, comer con los tres dedos y tomar de lo que está frente a nosotros.» « ¡Bien! Háblame de cuál es el modo correcto de comer.» « Coger bocados pequeños y mirar poco al vecino.» « ¡Perfecto!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre prosiguió:] « Explícame ahora algo sobre los principios básicos del corazón y las consecuencias correlativas.» « Son tres y tres. El primer principio consiste en tener una fe sólida y su consecuencia consiste en rehuir la infidelidad; el segundo consiste en observar la azuna y en consecuencia implica rehuir de las innovaciones peligrosas; el tercero consiste en obedecer y tiene por consecuencia rehuir la rebelión.» « ¡Perfecto! Háblame de las condiciones de la ablución ritual.» « Para realizarla es necesario ser musulmán, tener discernimiento, disponer de agua pura y carecer de impedimentos materiales y canónicos.» « Bien. Háblame de la fe.» « La fe se divide en nueve partes: fe en el ser Adorado; fe en las intenciones del que va a adorar; fe en los atributos de la divinidad; fe en las dos manotadas[167]; fe en la predestinación; fe en los versículos abrogantes; fe en los versículos abrogados; creer en Dios, en sus ángeles y en los textos por Él revelados y en sus Enviados; creer en la predestinación de lo bueno y de lo malo y de lo dulce y lo amargo.» « Perfectamente. Háblame de las tres cosas que excluyen a las otras tres.» « Sí; Sufyán al-Tawrí refiere que el Profeta dijo: “Hay tres cosas que excluyen a otras tres: el tener a menos a los píos excluye el Paraíso; el desprecio a los soberanos hace perder la vida y el no preocuparse por el ahorro hace desaparecer el dinero”.» « Muy bien. Explícame cuáles son las llaves de los cielos y cuántas puertas tienen éstos.» « Dios (¡ensalzado sea!), ha dicho: “se abrirá el cielo y será todo puertas”[168], y el Profeta (¡Él le bendiga y le salve!), ha dicho: “El número de puertas del cielo no lo sabe más que Aquel que ha creado el cielo; cada uno de los hijos de Adán tiene en el cielo dos puertas: una por la cual desciende su sustento y una por la cual ascienden sus obras. La puerta por la que se le baja el alimento no se cierra hasta que ha llegado su fin y la puerta por donde entran sus obras, hasta que no ha ascendido su espíritu”.» « Bien. Háblame ahora de una cosa, de media cosa y de ninguna cosa.» « La cosa es el creyente, la media cosa el hipócrita y ninguna cosa, el infiel.» « Bueno. Háblame de los corazones.» « Existe: el corazón sano, el enfermo, el arrepentido, el consagrado a Dios y el iluminado. El corazón sano es el del amigo de Dios, Abraham; él enfermo es el del infiel; el arrepentido es el de los temerosos de Dios; el consagrado a Él es el de nuestro señor, Mahoma, al que Dios bendiga y salve; el iluminado es el de sus fieles. Los corazones de los doctos son de tres clases: el pendiente del mundo, el pendiente de la última vida y el

pendiente de su Señor. Se dice que hay tres clases de corazones: el dependiente que es el del infiel; el inexistente, que es el del hipócrita y el firme que es el del creyente. También se dice que el corazón del creyente es de tres clases: el henchido por la luz y por la fe, el herido por el temor de la separación y el que teme el abandono.» « Perfectamente.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la joven dijo: « ¡Emir de los creyentes! Me ha interrogado hasta cansarme. Ahora voy a hacerle dos preguntas y si me las contesta, pues bien; pero si no las responde le quitaré sus vestidos y se marchará en paz» . El alfaquí le dijo: « ¡Pregúntame lo que quieras!» « ¿Qué dices de la fe?» « La fe hace hablar con la lengua, ser verídico con el corazón y hace actuar a los miembros. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: “El hombre no tiene una fe completa hasta que consigue tener estas cinco cosas: confianza en Dios, abandono a Dios, conformidad con la voluntad de Dios, complacerse con sus órdenes y que todas sus cosas pertenezcan a Dios. Entonces es uno de los que aman a Dios y de los que dan o niegan por complacer a Dios, tiene una fe íntegra”.» « Háblame del deber de los deberes; del deber que está antes que cualquier otro deber; del deber que necesitan todos los deberes; del deber que comprende todos los otros deberes; de la azuna que entra en el deber y de la azuna con la cual se completa el deber.» El sabio calló, no contestó. El Emir de los creyentes mandó a la muchacha que lo explicase y ordenó al faquí que se quitase él vestido y se lo entregase. Entonces ella dijo: « ¡Alfaquí! El deber de los deberes consiste en él conocimiento de Dios (¡ensalzado sea!); él deber que está antes que cualquier otro deber lo constituye la pronunciación de la fórmula “No hay dios sino el Dios y Mahoma es él enviado de Dios”; el deber que necesitan todos los otros deberes es el de la ablución; el deber que encierra todos los otros deberes lo constituye el baño completo; la azuna que entra en el deber es aquella que prescribe pasar los dedos abiertos por en medio de la barba espesa y la azuna con la cual se completa el deber es la circuncisión» . Después de estas aclaraciones quedó de manifiesto la incapacidad del jurista. Éste se puso de pie y dijo: « ¡Emir de los creyentes! Doy testimonio ante Dios de que esta joven conoce la jurisprudencia mejor que yo o que cualquier otra persona» . Se quitó el vestido y se marchó avergonzado.

He aquí el relato de lo acaecido con el lector del Corán: la joven se dirigió hacia los restantes sabios que quedaban presentes y preguntó: « ¿Quién de vosotros es el lector, el sabio que domina las siete lecturas canónicas, la gramática y la lexicografía?» El lector fue a sentarse delante de ella y le preguntó: « ¿Has leído el libro de Dios (¡ensalzado sea!) y has estudiado sus

aleyas, los versículos abrogantes y los abrogados, los puntos claros y oscuros, las azoras reveladas en la Meca y en Medina? ¿Has comprendido su interpretación y la conoces según las distintas cadenas de transmisores y según las distintas escuelas de lectura?» « Sí.» « Pues bien: háblame del número de azoras del Corán; cuántas décimas partes hay; dime el número de aleyas, letras y prosternaciones; cuántos son los profetas en él mencionados; cuántas son las azoras mediníes y cuántas las mequíes; ¿qué número de animales voladores recita en él?» « ¡Señor mío! El Corán tiene ciento catorce azoras, de las cuales son mequíes setenta y mediníes cuarenta y cuatro; tiene seiscientas veintiuna décimas, seis mil doscientas treinta y seis aleyas, setenta y nueve mil cuatrocientas treinta y nueve palabras y trescientas veintitrés mil seiscientas setenta letras. El lector recibe diez favores por cada letra. Las prosternaciones son catorce.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Tawaddud prosiguió:] « En el Corán se mencionan veinticinco profetas cuyos nombres son: Adán, Noé, Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, José, Eliseo, Jonás, Lot, Salé, Hud, Suayb, David, Salomón, Du-l-Idris, Elías, Juan, Zacarías, Job, Moisés, Aarón, Jesús y Mahoma (¡Dios bendiga y salve a todos!). Se mencionan nueve animales voladores cuyos nombres son: el mosquito, la abeja, la mosca, la hormiga, la abubilla, el cuervo, la langosta, el ababil y el pájaro de Jesús (¡sobre éste sea la paz!) que es el murciélago.» « Muy bien. Dime cuál es la mejor azora del Corán.» « La de la vaca.» « ¿Cuál es el versículo más sublime?» « El del trono[169], que consta de cincuenta palabras, cada una de las cuales lleva implícitas cincuenta bendiciones.» « ¿Cuál es el versículo que contiene nueve milagros?» « Aquel en que Dios (¡ensalzado sea!) dice: “En la creación de los cielos y de la tierra; en la variación de las noches y los días; en el barquichuelo que se desliza por el mar llevando lo que es útil a los hombres (en el agua que Dios hace descender del cielo, con la que vivifica la tierra después de su muerte; en la distribución, por ella, de toda clase de bestias; en el cambio de los vientos y de las nubes sumisas entre el cielo y la tierra, eso son aleyas, milagros, para la gente que razona)”[170].» « ¡Magníficamente! Dime ahora cuál es la aleya más justa.» « Cuando Dios (¡ensalzado sea!) dice: “Dios manda la justicia, la beneficencia y la caridad para con los allegados, y prohíbe la torpeza, lo reprobable y la injusticia”[171].» « ¿Cuál es el versículo más ávido?» « “¿Cada hombre de ellos ambiciona el ser introducido en un Paraíso de ensueño?[172].”» « ¿Cuál es el versículo que induce más a la esperanza?» « Aquel en que Dios dice: “¡Aquellos de mis siervos que fueron inicuos consigo mismos! ¡No desesperéis de la

misericordia de Dios! Dios perdona todos los pecados. Él es el Indulgente, el Misericordioso”[173].» « Muy bien. Dime ¿según qué escuela de lectura recitas tú el Corán?» « Según la que siguen los habitantes del Paraíso, que es la de Nafi.» « ¿En qué versículo los profetas son acusados de mentir?» « En el que Dios dice: “Le trajeron su camisa manchada con falsa sangre”[174], refiriéndose a los hermanos de José.» « ¿En qué versículo los descreídos dicen la verdad?» « Aquel en que Dios dice: “Los judíos dicen: ‘Los cristianos no tienen ningún fundamento’. Los cristianos dicen: ‘Los judíos no tienen ningún fundamento’, pero todos ellos leen la Escritura”[175]. Aquí todos dicen la verdad.» « ¿Cuál es el versículo en que Dios habla en persona?» « Cuando Él (¡ensalzado sea!) dice: “No he creado a los genios y a los humanos más que para que me adoren”[176].» « ¿En qué versículo hay un discurso de los ángeles?» « Aquel en el que Dios dice: “nosotros cantamos tu loor y te glorificamos[177]”.» « Háblame del versículo: “busco refugio en Dios contra el Demonio lapidado[178]”.» « Buscar refugio en Él es un deber que Dios nos ha impuesto cumplir antes de iniciar la lectura del Corán; esto queda probado con sus propias palabras: “Cuando lees el Corán busca refugio en Dios contra el Demonio lapidado”.» « Dime en qué consiste la fórmula de buscar refugio y cuáles son sus variantes.» « Hay quienes buscan el refugio de Dios con las palabras “Busco refugio en Dios, el Oyente, el Omnisciente, frente al Demonio lapidado”. Otros dicen: “Busco refugio en Dios, el fuerte”. La mejor fórmula es la del magnífico Corán que recoge la azuna. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) cuando empezaba la lectura del Corán decía: “Busco refugio en Dios frente al Demonio lapidado”. Se refiere, procedente de Nafi, quien lo sabía por su padre, que el Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) cuando se levantaba a rezar por la noche decía: “Dios es el más grande; a Él sean dados todos los loores; ¡Gloria a Dios al amanecer y al atardecer!” Después añadía: “Busco refugio en Dios frente a Satanás, el lapidado y frente a las tentaciones e insinuaciones de los demonios”. Se refiere en una tradición que remonta a Ibn Abbas (¡Dios esté satisfecho de ambos!): “En la primera revelación que Gabriel llevó al Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) enseñó a éste a buscar refugio diciéndole: ‘Di, Mahoma: Busco refugio en Dios el Oyente, el Omnisciente’. Después añade: ‘En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso’, y continúa: ‘¡Predica en el nombre de tu Señor, el que te ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo’”[179].»

El lector del Corán al oír estas palabras quedó admirado de la bella dicción, de la elocuencia, de la sabiduría y de la superioridad de la joven. Le preguntó: « ¡Muchacha! ¿Qué dices acerca de las palabras de Dios: “En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso”? ¿Constituyen un versículo del Corán?» « Sí; constituyen un versículo en la azora de la Hormiga[180]; también constituyen un versículo entre cada dos azoras, pero las discrepancias de los doctos sobre esto

son muchas.» « ¡Muy bien!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el lector del Corán prosiguió:] « Dime ¿por qué no se ha escrito "En el nombre de Dios, él Clemente, el Misericordioso" al principio de la azora "El Arrepentimiento"[181]?» « La azora "El Arrepentimiento" fue revelada para rescindir el pacto que existía entre el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) y los politeístas. El Profeta envió a Alí b. Talib (¡que Dios le ennoblezca el rostro!) a aquéllos, en un día en que celebraban una reunión, para que les recitase la azora de "El Arrepentimiento", pero prescindiendo de la fórmula "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso".» « Explícame las virtudes que tiene la fórmula "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso" y los beneficios que reporta.» « Se refiere que el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!), dijo: "Jamás he recitado la fórmula 'En el nombre de Dios, él Clemente, el Misericordioso' sin que me haya reportado una bendición". También se le atribuyen estas palabras: "¡Juro por el Señor del poder y por su propio poder! Siempre que se pronuncien las palabras 'En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso' sobre un enfermo, éste curará, poco después, de su dolencia". Se refiere que cuando Dios creó el Trono, éste se balanceó terriblemente. Entonces Dios escribió encima: "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso", e inmediatamente dejó de temblar. Cuando fue revelada al Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) la fórmula "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso", exclamó: "Estoy a cubierto de tres cosas: del terremoto, de la metamorfosis y del anegamiento". Las virtudes de esta fórmula son inmensas, numerosas sus bendiciones y su explanación sería muy larga. Una tradición del Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) dice: "El día del juicio se presentará un hombre y se computarán sus buenas acciones: si no se le encuentra ni una se le enviará al fuego. El condenado dirá: '¡Dios mío! Tú no eres justo conmigo'. Dios —todopoderoso y excelso— preguntará: '¿Por qué?' El hombre dirá: '¡Señor! Tú te has atribuido los epítetos de 'el Clemente' y 'el Misericordioso' y ahora quieres castigarme con el fuego'. Dios, todopoderoso y excelso, concluirá: 'Yo me he dado los epítetos de 'el Clemente' y 'el Misericordioso' ¡Conducid a este siervo mío al Paraíso, pues soy el más misericordioso de los misericordiosos!'"» « Perfectamente. Dime cuál fue el inicio de la fórmula "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso".» « Cuando Dios (¡ensalzado sea!) reveló el Corán escribieron: "En tu nombre, Dios mío". Pero Dios (¡ensalzado sea!) hizo descender este versículo: "Di: '¡Rogad a Dios o rogad al Clemente! Con cualquier palabra con que le invoquéis os escuchará. Él posee los nombres más hermosos' "[182].

Entonces escribieron: “En el nombre de Dios, el Misericordioso”. Cuando reveló el versículo: “Vuestro dios es un solo Dios. No hay Dios fuera de Él, el Clemente, el Misericordioso”[183], escribieron: “En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso”.» El lector del Corán al oír estas palabras bajó la cabeza y se dijo: « Esta chica es el prodigio de los prodigios. ¿Cómo puede esta joven discurrir acerca del origen de la fórmula “En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso”? Es necesario que me las ingenie para vencerla» . En voz alta añadió: « ¡Muchacha! ¿Dios ha revelado el Corán de una sola vez o por partes?» « Gabriel, el Seguro (¡sobre él sea la paz!), lo transportó a la tierra; lo bajó desde el lugar en que su Señor lo tenía y lo entregó a su Profeta, Mahoma, señor de los enviados y sello de los profetas, con los mandamientos y las prohibiciones, con las promesas y las amenazas, con las leyendas y los proverbios, en un plazo de veinte años. Le fue haciendo entrega de las aleyas por separado, según requerían los acontecimientos.» « Muy bien. Dime cuál fue la primera azora revelada al Enviado de Dios (¡que Él le bendiga y le salve!).» « Según Ibn Abbas fue la de “El Coágulo”[184]; según Chabir b. Abd Allah la de “El Arropado”[185]. Las demás azoras y aleyas fueron reveladas después.» « Dime cuál fue la última aleya revelada.» « El versículo[186] que trata de la usura, pero hay quien asegura que fue ésta: “Cuando llegue el auxilio de Dios y la victoria”[187].»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el lector del Corán prosiguió:] « Perfectamente: dime cuántos compañeros del Profeta recogieron el Corán en vida de Éste (¡que Dios le bendiga y le salve!).» « Cuatro: Ubayy b. Kaab, Zayd b. Tabit, Abu Ubayda Amir b. al-Charrah y Utman b. Affan (¡Dios se apiade de todos ellos!).» « Bien. Dime algo acerca de los fundadores de las escuelas de lectura del Corán.» « Son cuatro: Abd Allah b. Masud, Ubayy b. Kaab, Muad b. Chabal y Salim b. Abd Allah.» « ¿Y qué dices de las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): “y lo que fue sacrificado ante los ídolos”[188]?» « Se refiere a los ídolos que estaban erigidos y eran adorados prescindiendo de Dios (¡ensalzado sea!) y frente a los cuales hay que buscar refugio en Dios.» « ¿Y qué dices de las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): “Tú sabes lo que hay en mi alma, pero yo no sé lo que hay en tu alma”[189]?» « Significan “tú conoces mi verdad y lo que yo poseo, pero yo no conozco lo que tú tienes”. Prueba de ello son sus palabras: “Tú, tú conoces perfectamente lo oculto”[190]. También se dice que significan “Tú conoces mi esencia mientras yo no conozco la tuya”.» « ¿Qué dices de las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): “¡Oh, los que creéis! No se os prohíben los manjares que Dios os ha declarado lícitos”[191]?» « Me ha referido mi jeque (¡Dios tenga misericordia de él!), quien lo sabía por el tradicionero al-Dahhak,

que estas palabras se dirigían a un grupo de musulmanes, los cuales habían dicho: “Despedacemos nuestros vestidos y pongámonos cilicios”. Este versículo fue revelado para ellos. Qutada dice en cambio que este versículo fue revelado haciendo alusión a algunos compañeros del Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!). Eran los tales Alí b. Abí Talib, Utman b. Musab y otros que decían: “Nos mutilaremos, nos pondremos vestidos de cerda y nos consagraremos al ascetismo”, y entonces fue revelado este versículo.» « ¿Qué dices de las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): “Dios tomó a Abraham por amigo”[192]?» « Amigo es el pobre necesitado; según otros es aquel que ama a Dios, que abandona todas las cosas de un modo irrevocable para dirigirse hacia Dios (¡ensalzado sea!).» El lector del Corán cuando se dio cuenta de que la muchacha pasaba de un raciocinio a otro con la ligereza de la nube que atraviesa el cielo, que no vacilaba ni un instante en la respuesta, se puso de pie y dijo: « ¡Emir de los creyentes! Doy fe de que esta joven sabe más que yo acerca de la lectura del Corán» . En el mismo momento la muchacha exclamó: « Yo te haré una sola pregunta: si la contestas, bien; si no lo consigues, te desposeeré de tus vestidos» . El Emir de los creyentes dijo: « ¡Interrógale!» La joven preguntó: « ¿Qué me dices de un versículo que contiene veintitrés *kaf*?, ¿y del que contiene dieciséis *mim*?, ¿y del que contiene ciento cuarenta *ayn*? ¿Cuál es la sección del Corán en la que falta la fórmula de glorificación de Dios?» El lector fue incapaz de responder y la joven le dijo: « ¡Quítate tus vestidos!» Se los quitó. La doncella añadió: « ¡Emir de los creyentes! El versículo que contiene dieciséis *mim* se encuentra en la azora de Hud y es aquella en la que Dios dice: “Se le dijo: ‘¡Noé! Desembarca en paz y desciendan sobre ti las bendiciones’”[193], etc. El versículo que contiene veintitrés veces la letra *kaf* se encuentra en la azora de “La Vaca” y es el de la Fe[194]; el versículo que contiene cuarenta veces la letra *ayn* se encuentra en la azora “El Muro” y es aquel en que Dios (¡ensalzado sea!) dice: “Moisés escogió, entre sus gentes, a setenta hombres para venir a nuestra cita”[195]. Cada hombre tiene dos ojos. La sección del Corán que no contiene la fórmula de glorificación de Dios es “La Hora se acerca, la luna se hiende”[196] y la azora “El Clemente” y “El Acontecimiento”» . El lector se despojó de sus vestidos y se fue avergonzado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se presentó ante ella un médico experto, quien le dijo: « Basta ya de las ciencias religiosas y tratemos un poco de las de los cuerpos. Háblame del hombre y cómo ha sido creado, ¿cuántas venas hay en su cuerpo?, ¿cuántos huesos?, ¿cuántas vértebras?, ¿dónde se encuentra la primera de las venas?, ¿por qué se llama a Adán, Adán?» Le contestó: « Se llama

Adán por su *udma*, es decir, por el color moreno que tiene; también se dice que es por haber sido creado del barro de la tierra. Su pecho fue hecho con el polvo de la Kaaba; la cabeza, con el de oriente; los pies, con el de occidente. Dios le creó siete puertas en la cabeza. Son: dos ojos, dos oídos, dos narices y la boca. Además le hizo dos orificios: uno delante y otro detrás. En los dos ojos reside el sentido de la vista; en los dos oídos, el de la audición; en las dos narices, el del olfato, y en la boca, el del gusto. Ha hecho la lengua para que el hombre pueda manifestar sus ideas y le ha formado a partir de cuatro elementos que son: el agua, el polvo, el fuego y el aire. La bilis es amarilla y tiene la naturaleza del fuego: es caliente y seca; la atrabilis tiene la naturaleza de la tierra y es húmeda y seca; la flema tiene la naturaleza del agua y es fría y húmeda; la sangre tiene la naturaleza del aire y es cálida y húmeda. Dios ha puesto en el hombre trescientas sesenta venas, doscientos cuarenta huesos y tres espíritus: el animal, el racional y el natural, dando a cada uno de ellos unas propiedades específicas. Ha colocado, además, en él: un corazón, un bazo, dos pulmones, seis intestinos, un hígado, dos riñones, dos nalgas, el cerebro, la piel y los cinco sentidos: oído, vista, olfato, gusto y tacto. Ha puesto el corazón en el lado izquierdo del pecho y el estómago delante del corazón. Los pulmones son el abanico del corazón. El hígado se encuentra en el lado derecho, enfrente del corazón. Ha creado él diafragma y los intestinos, ha formado la caja torácica dándole la forma de una red gracias a las costillas» . « ¡Muy bien! Dime ahora cuántas cavidades hay en la cabeza del hombre.» « Hay tres cavidades que contienen cinco facultades que se llaman los sentidos internos. Son: el sentido común, la imaginación, el raciocinio, la percepción y la memoria.» « Bien. Háblame del sistema óseo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Tawaddud prosiguió:] « Se compone de doscientos cuarenta huesos y se divide en tres partes: cabeza, tronco y extremidades. La cabeza se divide en cráneo y cara. El cráneo se compone de ocho huesos, a los cuales se añaden los cuatro del oído; la cara se divide en mandíbula superior y mandíbula inferior: la superior contiene once huesos y la inferior uno solo, pero a ella se añaden los dientes que son treinta y dos; hay además el hueso que tiene la forma de la letra *lam*. El tronco se divide en la espina dorsal, el pecho y el vientre. La espina dorsal se compone de veinticuatro huesos llamados vértebras; el pecho está constituido por el esternón y las costillas; éstas son en número de veinticuatro, a doce por cada lado. El vientre se compone de dos femorales, el sacro y el coxis. Las extremidades se dividen: en dos superiores y dos inferiores. Cada una de las superiores consta de una espalda integrada por el omóplato y la clavícula y en segundo lugar del brazo, formado

por un solo hueso; tercero: el antebrazo, compuesto por dos huesos, el cubito y el radio, y en cuarto lugar la mano que se divide en: muñeca, metacarpo y dedos. La muñeca consta de ocho huesos dispuestos en dos filas, cada una de las cuales está compuesta por cuatro; el metacarpo se compone de cinco huesos y los dedos, que son en número de cinco. Cada uno de éstos está formado por tres huesos que se llaman falanges, excepción hecha del pulgar que sólo consta de dos. Cada extremidad inferior se divide: Primero: en muslo que está formado por un solo hueso; segundo: la pierna que está compuesta por tres: tibia, peroné y rótula; tercero: el pie que se divide, a semejanza de la mano, en tarso, metatarso y dedos. El tarso consta de ocho huesos alineados en dos filas: la primera de dos y la segunda de cinco; el metatarso tiene cinco huesos; los dedos son en número de cinco y cada uno de ellos está compuesto por tres falanges, excepción hecha del pulgar que sólo tiene dos.» « Bien. Háblame acerca de las raíces de las venas.» « El origen de la aorta, de la cual nacen todas las demás venas, es múltiple y su número sólo lo conoce el Creador. Se dice que hay trescientas sesenta venas como he dicho con anterioridad. Dios ha colocado la lengua como intérprete; los ojos, como antorcha, las narices como respiraderos, las manos como alas. El hígado es la sede de la compasión; el bazo, de la alegría, y los riñones, del engaño. Los pulmones son el ventilador del cuerpo; el estómago, su despensa, y el corazón su fundamento: cuando el corazón está sano, está sano todo el cuerpo; cuando enferma, enferma todo el cuerpo.» « Háblame de los síntomas e indicios manifiestos que denotan las enfermedades de los miembros externos y de los órganos internos.» « Ciertamente. Si el médico es experto, observa el estado del cuerpo y saca indicios tocando las manos que pueden estar duras, calientes, secas, frías, húmedas. El reconocimiento externo da noticias acerca de las enfermedades internas. Así: ojos amarillos indican la ictericia; la espalda doblada es síntoma de una enfermedad en los pulmones.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el médico dijo:] « Perfectamente, pero ¿qué dices de los síntomas internos?» « La determinación de las enfermedades por medio de los síntomas internos reposa en seis reglas: Primero: en ver lo que hace el enfermo; segundo: examinar lo que saca del cuerpo; tercero: los dolores que sufre; cuarto: el punto doliente; quinto: los pies, y sexto: el sudor.» « Dime a qué son debidos los dolores de cabeza.» « A comer más de la cuenta antes de haber digerido lo primero, poniendo un hartón encima de otro: esto ha hecho desaparecer naciones enteras. Quien desee llegar a viejo debe comer temprano y no cenar tarde; tener pocas relaciones con mujeres; gastarse poco, esto es, no multiplicar ni las sangrías ni las ventosas; debe dividir el vientre

en tres partes: una para la comida, otra para el agua y la tercera para respirar, ya que los intestinos del hombre miden dieciocho palmos y es necesario dedicar seis a la comida, seis a la bebida y seis al aire. Si el hombre anda con paso dulce esto le beneficiará, sentará mejor a su cuerpo y le completará conforme dice Dios (¡ensalzado sea!): "No recorras la tierra con insolencia"[197].» « Muy bien. Dime cuáles son los síntomas de la ictericia y qué se puede temer de ella.» « Se conoce por el color amarillo y por tener la boca amarga y seca; el apetito disminuye, el pulso aumenta. Quien tiene estos síntomas debe esperar fiebre alta, pleuritis, fístulas, ictericia, inflamaciones, úlceras intestinales y mucha sed. Todos éstos son los síntomas de la ictericia.» « Bien. Infórmame de los síntomas de la atrabilis y qué cabe esperar que ocurra a quien la padece si consigue apoderarse del cuerpo.» « Engendra falsos apetitos, multiplica las tentaciones, las inquietudes y las penas. En estos casos es necesario expulsar la bilis para que no genere la melancolía, la lepra, el cáncer, dolores en el bazo o úlceras intestinales.» « Bien; dime en cuántas partes se divide la medicina.» « Se divide en dos partes: una trata del diagnóstico de las enfermedades y la otra del modo de devolver la salud.» « Dime si hay una hora que sea más favorable que otras para tomar las medicinas.» « Cuando la savia corre por el leño, cuando el grano crece en el racimo y aparece la estrella Saad al-Suud[198] es el momento del día más favorable para tomar los medicamentos y expulsar la enfermedad.» « Dime a qué hora debe beber el hombre para que la bebida le complazca, le siente bien y perciba mejor su aroma penetrante.» « Si espera un rato después de comer. El poeta dice:

> No te apresures a beber después de la comida, pues llevarías a tu cuerpo, por las bridas, a la enfermedad.
> Después de haber comido espera un rato; así, hermano mío, podrás conseguir tu propósito.»

« Háblame del alimento que no produce molestias.» « Es aquel que se come cuando se tiene hambre, que cuando se ingiere no llena los flancos tal y como ha dicho el sabio Galeno: "Quien tenga ganas de comer hágalo poco a poco y no se perjudica". Terminaremos con estas palabras del Profeta, el que Dios bendiga y salve: "El estómago es la casa de la enfermedad y el régimen constituye el principio de la salud". Esto es así porque el origen de todas las enfermedades son las indigestiones.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el médico prosiguió:] « ¿Qué dices

del baño?» « Jamás hay que entrar cuando se está harto. El Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ha dicho: "¡Qué estupendo es el baño! Limpia el cuerpo y hace recordar al fuego".» « ¿Cuál es el mejor establecimiento de baños?» « El que tiene agua dulce, local espacioso y aire acondicionado para tener cuatro temperaturas: la de otoño, la de verano, la de invierno y la de primavera.» « ¿Cuál es el mejor alimento?» « El que preparan las mujeres, el que requiere poca fatiga y que una vez comido se digiere fácilmente. La mejor comida es la sopa de caldo según dice el Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!): "La superioridad de la sopa de caldo sobre los demás alimentos es comparable a la que existe entre Aisa y las demás mujeres".» « ¿Qué comida es la mejor?» « La carne, porque el Profeta (a quien Dios bendiga y salve), ha dicho: "La mejor de las comidas es Ta carne que reúne en sí las dulzuras de esta vida y las de la otra".» « ¿Cuál es la carne mejor?» « La de oveja. Prescinde de la carne curada que no es buena para nada.» « Háblame de las frutas.» « Cómelas cuando están en sazón y no las toques fuera de temporada.» « ¿Qué dices del beber agua?» « No la bebas hasta saciarte ni de un trago, pues te causaría mareos y te produciría otras molestias. No la bebas recién salido del baño ni después del coito ni después de la comida. El joven debe esperar que hayan transcurrido quince minutos y el viejo, cuarenta; nunca hay que bebería en el momento de despertarse.» « Muy bien. Háblame acerca del beber vino.» « ¿Es que no te basta con la reprobación que se encuentra en el libro de Dios (¡ensalzado sea!) cuando dice: "Ciertamente el vino, el juego de *maysir*, los ídolos y las flechas son abominaciones procedentes de la actividad de Satanás. ¡Evitadle! Tal vez seáis los bienaventurados"?[199] El Altísimo dice: "Te preguntan sobre el vino y el juego de *maysir*. Responde: 'En ambas cosas hay gran pecado y utilidad para los hombres, pero su pecado es mayor que su utilidad'"[200]. El poeta ha dicho:

¡Oh, bebedor de vino! ¿No te avergüenzas de beber algo que Dios ha prohibido?

¡Déjalo y no hagas tal cosa, pues en ella, realmente, hay un castigo de Dios!

» Otro poeta ha dicho en este mismo sentido:

Bebí vino hasta que perdí la razón; ¡qué mala bebida es la que suprime la razón!

» Entre los beneficios del vino está el que disuelve los cálculos renales, refuerza los intestinos, disipa las preocupaciones, incita a la generosidad, preserva la salud, ayuda a la digestión, devuelve la salud del cuerpo, hace desaparecer las enfermedades de las articulaciones, expulsa del cuerpo los malos humores, incita a la alegría y a la satisfacción, despierta el instinto, fortifica la vejiga, refuerza el hígado, elimina las obstrucciones, sonroja la cara, elimina las cosas superfluas de la cabeza y del cerebro, retrasa la fecha de aparición de las canas y si Dios (¡todopoderoso y excelso!) no lo hubiera prohibido, nada habría en la superficie de la tierra que pudiese ocupar su puesto. En cambio el juego del *maysir* es un verdadero juego de azar.» « ¿Qué clase de vino es el mejor?» « El que ha fermentado ochenta o más días y que se ha obtenido a partir de uvas blancas que no recuerdan él agua: no hay nada comparable sobre la faz de la tierra.» « ¿Qué dices de las sangrías?» « Deben aplicarse al que tiene un exceso de sangre y no a aquel que le falte. Quien quiere sangrarse debe hacerlo con luna en cuarto menguante; en un día sin nubes ni viento ni lluvia, o sea él diecisiete del mes; si coincide con un martes su efecto será más sensible. Para el cerebro, para los ojos y para despejar la cabeza no hay cosa más conveniente que la sangría.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el médico prosiguió:] « Háblame de las mejores aplicaciones de la sangría.» « Lo más conveniente es aplicarla en ayunas, pues entonces aumentan el entendimiento y la memoria. Se refiere del Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) que cada vez que alguien se le quejaba de dolor de cabeza o de pies le decía: "¡Sángrate!" Cuando él iba a sangrarse no comía nada salado para que no le produjese sarna ni comía después cosas ácidas.» « ¿Qué días son los que no son aptos para aplicar las sangrías?» « Los sábados y los miércoles. Quien se sangra en ellos debe censurarse a sí mismo; hay que evitar el hacerlo cuando hace mucho calor o mucho frío. Los días más convenientes son los de la primavera.» « ¡Háblame del coito!» Al oír estas

palabras la muchacha se inclinó, bajó la cabeza y se avergonzó por respeto al Emir de los creyentes. A continuación añadió: « ¡Emir de los creyentes! No soy incapaz de contestar, pero me avergüenza el tener que hacerlo a pesar de que tengo la respuesta en la punta de la lengua» . El Califa le ordenó: « ¡Muchacha! ¡Habla!» Ella dijo: « En el coito hay numerosas virtudes y cualidades agradables, entre ellas: que aligera el cuerpo repleto de atrabilis, que calma la pasión del amor, engendra él afecto, tranquiliza el corazón y elimina el nerviosismo. En verano y en otoño es más perjudicial que en invierno y primavera» . « Explícame sus ventajas.» « Hace desaparecer las preocupaciones y las tentaciones, calma la pasión y la cólera y alivia las úlceras; todo esto en los individuos de temperamento frío y seco. El abusar de él debilita la vista, engendra dolores en las piernas, en la cabeza y en la espalda. ¡Evita el coito con una mujer vieja! Tiene consecuencias mortales. El imán Alí (¡Dios ennoblezca su rostro!) dijo: "Hay cuatro cosas que matan y aniquilan el cuerpo: entrar en el baño cuando se está harto; comer guisos salados; cohabitar cuando se acaba de comer y con mujer enferma. Estas cosas debilitarán tus fuerzas, y harán enfermar tu cuerpo. La vieja constituye un veneno mortal". Una autoridad ha dicho: "Evita el casarte con una vieja, aunque fuese más rica que Qarun"[201].» « ¿Cuál es el mejor coito?» « El que tiene lugar con una mujer joven, de hermoso talle, de preciosa mejilla, de noble estirpe y de seno opulento: aumentará tus fuerzas, la salud de tu cuerpo y será tal como ha dicho uno de sus descriptores:

> Cualquier mirada le hace saber, por revelación, lo que tú deseas, sin necesidad de gestos ni explicaciones.
> Cuando tú miras el prodigio de sus bellezas te parece que éstas constituyen un jardín.»

« Háblame del momento más conveniente para realizar el coito.» « Cuando es de noche, después de haber digerido la cena; cuando es de día, después del almuerzo.» « Dime cuáles son los frutos mejores.» « La granada y el limón.» « ¿Cuál es la mejor verdura?» « La escarola.» « Dime cómo se forma la esperma en el hombre.» « El hombre tiene una vena que irriga a las otras y a la que afluye el líquido de trescientas sesenta venas. A continuación la sangre arterial se introduce en el testículo izquierdo en el cual se cuece al calor del temperamento de los hijos de Adán transformándolo en un humor espeso, blanco, con un olor semejante al de la savia de la palma.» « Perfectamente. Dime ahora cuál es el pájaro que emite esperma y menstrua.» « El murciélago, o sea el panique.» « Dime cuál es la cosa que vive mientras está prisionera y muere en cuanto respira el aire.» « El pez.» « ¿Cuál es la serpiente que pone huevos?» « El dragón.»

El médico era ya incapaz de hacer más preguntas y se calló. La joven dijo: « ¡Emir de los creyentes! Me ha interrogado mientras ha podido. Yo le voy a hacer una sola pregunta: si no la contesta me será lícito arrebatarle su traje» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa dijo: « ¡Pregúntale!»

La joven le interrogó: « ¿Qué me dices de una cosa que se parece a la tierra por su redondez? Sus vértebras y su punto de apoyo están ocultos a los ojos; cuesta poco, es poco apreciado, tiene el pecho estrecho y el cuello aherrojado a pesar de que no sea un esclavo fugitivo en los grillos ni un ladrón detenido; ha sido vencido pero no en la guerra, ha sido derrotado pero no en él combate. El tiempo devora su vigor y el agua bebe su mayor parte; a veces le golpean sin culpa y le utilizan con exceso. Se reúne después de la separación, es humilde pero no por adulación; está embarazado sin llevar un hijo en su seno, se inclina sin necesidad de apoyo, se ensucia y se purifica, reza y se transforma; copula sin miembro, lucha sin timón, da reposo y se reposa; le muerden y no grita. Es el más complaciente de los comensales y está alejado cuando hace calor; se separa de la mujer por la noche y la abraza de día. Su morada son los ángulos en las casas de los nobles» . El médico permaneció callado y no contestó nada; se quedó perplejo ante lo que le sucedía, permaneció con la cabeza gacha un rato y no abrió la boca. La joven le dijo: « ¡Médico! ¡Habla o te quito el vestido!» Se puso de pie y dijo: « ¡Emir de los creyentes! Doy fe de que esta joven sabe más medicina que yo o que cualquier otra persona. Nada puedo contra ella» . Se quitó el traje que llevaba encima y salió corriendo. El Emir de los creyentes le dijo: « ¡Acláranos qué es lo que has dicho!» « ¡Emir de los creyentes! Se trata del botón y del ojal.»

He aquí lo que le ocurrió con él astrólogo. La joven dijo: « Que se ponga de pie aquel de vosotros que sea astrólogo» . Éste se acercó hacia ella y se sentó delante. Al verlo rompió a reír y le dijo: « ¿Tú eres el astrólogo, el contable, él escriba?» « Sí.» « Pregunta lo que quieras, pues Dios es quien concede el éxito.» « Háblame del Sol, de su orto y de su ocaso.» « Sabe que el Sol sale por determinados puntos y se pone por otros. Los puntos del orto se encuentran hacia oriente y los del ocaso hacia occidente. Cada uno de ambos hemisferios mide ciento ochenta grados. Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho: “¡Juro por el Señor de los orientes y de los occidentes!”[202] y “Él es Quien colocó al Sol como claridad y a la Luna como luz, y dispuso las mansiones de ésta a fin de conocer el número de los años y el cómputo”[203]. La Luna, pues, es el sultán de la noche y el Sol el sultán del día; y ambos giran en el transcurso del tiempo. Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho: “No es conveniente ni que el Sol alcance a la Luna ni que la noche

adelante al día. Cada uno navega en una esfera”[204].» « Dime: cuando llega la noche ¿qué se hace del día?; cuando llega el día ¿qué se hace de la noche?» « Dios engarza el día en la noche y engarza la noche en el día[205].» « Cita las mansiones de la Luna.» « Son veintiocho: al-Sartan, al-Butayn, al-Turayya, al-Dabaran, al-Haqa, al-Hana, al-Dira, al-Natra, al-Tarf, al-Chabha, al-Zubra, al-Sarfa, al-Awwa, al-Simak, al-Gafar, al-Zubani, al-Iklil, al-Qalb, al-Sawla, al-Naaim, al-Balda, Saad al-Dabih, Saad al-Bula, Saad al-Suud, Saad al-Ajbiyya, al-Farg al-Muqaddam, al-Farg al-Muajar y al-Risa. Estas mansiones han sido enumeradas según el orden del alfabeto *hawwar* y encierran en sí un secreto tenebroso que sólo conoce Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) y las personas muy doctas. Su correlación con los doce signos del Zodíaco es la siguiente: a cada signo le corresponden dos mansiones y un tercio, así: al-Sartan, al-Butayn y un tercio de al-Turayya pertenecen al Carnero; dos tercios de al-Turayya, al-Dabaran y dos tercios de al-Haqa pertenecen al Toro; un tercio de al-Haqa, al-Hana y al-Dira pertenecen a los Gemelos; al-Natra, al-Tarf y un tercio de al-Chabha pertenecen al Cangrejo; dos tercios de ésta, al-Zubra, y los dos tercios de al-Sarfa pertenecen al León; un tercio de ésta, al-Awwa y al-Simak pertenecen a la Virgen; al-Gafar, al-Zubani y un tercio de al-Iklil pertenecen a la Balanza; dos tercios de al-Iklil, al-Qalb y los dos tercios de al-Sawla pertenecen al Escorpión; un tercio de ésta, al-Naaim y al-Balda pertenecen a Sagitario; Saad al-Dabih, Saad al-Bula y un tercio de Saad al-Suud pertenecen a Capricornio; dos tercios de Saad al-Suud, Saad al-Ajbiyya y dos tercios de al-Farg al-Muqaddam pertenecen a Acuario; un tercio de ésta, al-Farg al-Muajar y al-Risa pertenecen a los Peces.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el astrólogo le dijo: « ¡Magnífico! Háblame de los planetas, de su naturaleza, él tiempo que permanecen en los signos del Zodíaco; sus buenos y malos influjos; en qué signos tienen su domicilio, su exaltación y en qué otros tiene lugar su caída» . La joven replicó: « La sesión es muy breve pero te lo mencionaré: los siete planetas son: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. El Sol es cálido, seco, maléfico en la conjunción y benéfico en la oposición. Permanece treinta días en cada signo; la Luna es fría y benéfica y permanece dos días y un tercio en cada signo; Mercurio es maleable: benéfico cuando está relacionado con los benéficos y maléfico cuando está relacionado con los maléficos, permanece en cada signo diecisiete días y medio; Venus es temperado y benéfico, permanece en cada signo veinticinco días; Marte es maléfico y permanece diez meses en cada signo; Júpiter es benéfico, permanece en cada signo un año; Saturno es frío, seco y

maléfico y permanece en cada signo treinta meses. El Sol tiene su domicilio en el León, su exaltación en el Carnero y su caída en Acuario; la Luna tiene su domicilio en el Cangrejo, su exaltación en el Toro y su caída en el Escorpión y su exilio en Capricornio; Saturno tiene su domicilio en Capricornio y Acuario, su exaltación en la Balanza y su caída en el Carnero y su exilio en el Cangrejo y el León; Júpiter tiene su domicilio en los Peces y en Sagitario, su exaltación en el Cangrejo, su caída en Capricornio y su exilio en los Gemelos y en él León; Venus tiene su domicilio en el Toro, su exaltación en los Peces, su caída en la Balanza y su exilio en el Carnero y el Escorpión; Mercurio tiene su domicilio en los Gemelos y la Virgen, su exaltación en la Virgen, su caída en los Peces y su exilio en el Toro; Marte tiene su domicilio en el Carnero y en el Escorpión, su exaltación en Capricornio, su caída en él Cangrejo y su exilio en la Balanza» . El astrólogo, al darse cuenta de su habilidad, de su sabiduría, de la elocuencia de sus palabras y de su inteligencia intentó encontrar una argucia para avergonzarla delante del Emir de los creyentes. Le dijo: « ¡Esclava! ¿Lloverá este mes?» La joven bajó la cabeza y permaneció meditando durante un largo rato hasta el punto de que el Emir de los creyentes creyó que era incapaz de responder. El astrólogo le preguntó: « ¿Por qué no me contestas?» « No te contestaré a menos de que el Emir de los creyentes me conceda permiso para hacerlo.» Éste dijo: « ¿Y por qué ha de ser así?» « Porque quiero que me des una espada para cortar el cuello a este mazdeo» . El Califa y todos los que estaban con él rompieron a reír. La joven siguió: « ¡Astrólogo! Existen cinco cosas que sólo las conoce Dios (¡ensalzado sea!)» .

A continuación recitó el versículo del Corán: « Al lado de Dios está la Ciencia de la Hora. Él hace descender la lluvia torrencial. Sabe lo que hay en las matrices, mientras que ninguna persona sabe lo que tendrá mañana ni sabe en qué tierra morirá. Dios es omnisciente, está bien informado» [206]. « ¡Perfectamente! Yo sólo quería ponerte a prueba.» « Sabe que los autores de los calendarios poseen indicios y signos que hacen referencia a los astros en relación con su posición en el momento de principiar el año y hay gentes que tienen conocimientos empíricos sobre esta materia.» « ¿Cuáles son?» « Cada día de la semana está bajo la influencia de un planeta. Si el primer día del año es un domingo, éste depende del Sol y esto indica —pero Dios es más sabio— opresión por parte de los reyes, de los sultanes y de los gobernadores; malos pastos y escasez de lluvias. Entre las gentes tendrán lugar graves sublevaciones y las cosechas de cereales serán buenas excepción hecha de la de lentejas que será mala. La uva se perderá, el lino será caro y el trigo barato desde el principio del mes de Tuba hasta el fin de Barmahat; habrá numerosas guerras entre los reyes y bienes muy abundantes. Pero Dios es más sabio.» « Háblame del lunes.» « Depende de la Luna y es indicio de que los asuntos se desarrollarán bien, de que los gobernadores serán íntegros; el año tendrá muchas lluvias, los anales

serán buenos pero la simiente del lino se perderá; el trigo será barato en el mes de Kiyahk, habrá numerosas epidemias y morirán la mitad de las ovejas y de las cabras; las uvas serán numerosas, la miel escasa y el algodón barato. Pero Dios es más sabio.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el astrólogo prosiguió:] « Háblame del martes.» « Depende de Marte, lo cual indica que en ese año morirán grandes personajes, que habrá destrucciones importantes, mucha pérdida de sangre y que los granos serán caros; que las lluvias serán escasas, el pescado, raro: unos días habrá más y otros menos; la miel y las lentejas serán baratas; la semilla de lino, cara. En ese año habrá buena cosecha de maíz pero no de los demás cereales. Habrá numerosas guerras entre los reyes, las muertes violentas abundarán y morirán numerosos asnos. ¡Pero Dios es el más sabio!» « ¡Háblame del miércoles!» « Depende de Mercurio, lo cual indica que en ese año habrá grandes reyertas entre la gente; nacerán numerosas enemistades; las lluvias serán suficientes; algunos sembrados se estropearán y las defunciones de animales domésticos y niños serán numerosas. Habrá muchas batallas navales y el trigo será caro desde Barmuda hasta Misra[207]; los demás granos serán baratos; habrá muchos truenos y relámpagos, la miel será cara; las palmeras darán fruto abundante, el lino y el algodón darán buenas cosechas, pero él rábano y la cebolla serán caros. ¡Pero Dios es más sabio!» « ¡Háblame del jueves!» « Depende de Júpiter e indica que los visires serán justos, que los jueces serán íntegros y que los pobres y los religiosos recibirán numerosos bienes; las lluvias, los frutos, los árboles y los cereales serán abundantes; el lino, el algodón, la miel y la uva serán baratos y los peces abundarán. ¡Pero Dios es más sabio!» « Háblame del viernes.» « Depende de Venus y esto indica tiranía por parte de los genios más poderosos, conversaciones con falsía y calumnias. El rocío será abundante; el otoño agradable en el país; los precios serán asequibles en una región pero no en otra; en mar y en tierra habrá grandes desgracias; la semilla de lino será cara y él precio del trigo, en el mes de Hatur será alto y bajo en el mes de Amsir[208]. La miel será cara, la uva y los melones se perderán. ¡Pero Dios es el más sabio!» « ¡Háblame del sábado!» « Depende de Saturno e indica la influencia de los esclavos, de los griegos y de aquellas personas que no tienen en sí nada de bueno en ellas ni en quien las rodea; habrá carestía y sequía, abundantes nubes; morirán muchos hombres y ¡guay de los habitantes de Egipto y de Siria que padecerán la injusticia del Sultán! Los sembrados apenas serán bendecidos y los cereales se perderán. ¡Pero Dios es más sabio!» El astrólogo se inclinó y bajó la cabeza. La joven le dijo: « ¡Astrólogo! Yo te haré una sola

pregunta y si no me la contestas te quitaré el traje» . « ¡Pregunta!» « ¿Dónde se encuentra la morada de Saturno?» « ¡En el séptimo cielo!» « ¿Y la de Júpiter?» « ¡En el sexto!» « ¿Y la de Marte?» « ¡En el quinto!» « ¿Y la del Sol?» « ¡En el cuarto!» « ¿Y la de Venus?» « ¡En el tercero!» « ¿Y la de Mercurio?» « ¡En el segundo!» « ¿Y la de la Luna?» « ¡En el primero!» « ¡Perfectamente! Te falta una sola pregunta.» « ¡Interroga!» « ¡Dime en cuántas partes se dividen los astros!» El astrólogo permaneció callado sin encontrar respuesta. La joven le dijo: « ¡Quítate el vestido!» Se lo quitó y ella lo cogió. El Emir de los creyentes le dijo: « ¡Expónnos la contestación a tu pregunta!» « ¡Emir de los creyentes! Se dividen en tres casos: unos que están colgados del cielo de este mundo como si fuesen candiles e iluminan la tierra; otros que se arrojan a los demonios cuando intentan oír a hurtadillas. Dios (¡ensalzado sea!) dice: "Hemos adornado el cielo del mundo con candilejas haciendo de ellas meteoritos para lanzarlos contra los demonios"[209]. La tercera clase cuelga del aire para iluminar los mares y lo que éstos contienen.» El astrólogo intervino: « Nos falta hacerle una pregunta. Si la contesta me declararé vencido» . « ¡Pregunta!» , replicó la muchacha.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el astrólogo dijo: « Dime cuatro cosas contrarias dispuestas según otras cuatro cosas contrarias» . « El calor y el frío, la humedad y la sequedad. A partir del calor Dios ha creado el fuego cuya naturaleza es cálida y seca; a partir de la sequedad ha creado la tierra cuya naturaleza es fría y seca; a partir del frío ha creado el agua cuya naturaleza es fría y húmeda; a partir de la humedad ha creado el aire cuya naturaleza es cálida y húmeda. Después Dios creó los doce signos del Zodíaco que son: El Carnero, el Toro, los Gemelos, el Cangrejo, el León, la Virgen, la Balanza, el Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y los Peces, y los dispuso según sus cuatro naturalezas: tres son signos de fuego; otros tres, de tierra; tres de aire y tres de agua. El Carnero, el León y Sagitario son signos de fuego; el Toro, la Virgen y Capricornio, de tierra; los Gemelos, la Balanza y Acuario, de aire y el Cangrejo, el Escorpión y los Peces, de agua.» El astrólogo se puso de pie y exclamó: « ¡Dad testimonio de que ella sabe más que yo!» , y se marchó derrotado.

A continuación el Emir de los creyentes dijo: « ¿Dónde está el filósofo?» Un hombre se acercó a él y preguntó: « Explícame qué es el tiempo en sí mismo, cuáles son sus días y qué cosas guardan relación con él» . « Tiempo es el nombre que se da a las horas de la noche y del día; ambas son medida del curso del Sol y de la Luna en sus respectivas esferas tal y como dice el Ensalzado: "Tienen una aleya en la noche, de la que separamos el día, cuando los humanos están en tinieblas. El Sol corre hacia un domicilio que le pertenece. Ése es el decreto del

Poderoso, del Omnisciente”[210].» « Háblame de cómo el hijo de Adán se hizo incrédulo.» « Se refiere que el Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!) dijo: “La incredulidad circula en el hijo de Adán del mismo modo que la sangre en las venas, cuando él vitupera al mundo, al destino, a la noche y a las horas”. También ha dicho: “Que ninguno de vosotros vitupere al destino porque el destino es Dios; que ninguno de vosotros vitupere al mundo”, y añade: “¡Que Dios no auxilie a quien me vitupere! Ninguno de vosotros debe vituperar la Hora, pues ‘No cabe duda de que la Hora viene’[211]. Ninguno de vosotros debe vituperar la tierra pues Dios (¡ensalzado sea!) dice: ‘Os creamos de la tierra, a ella os devolveremos y de ella os sacaremos otra vez’[212]”.» « Dime cuáles son los cinco seres que comieron, bebieron y no salieron ni del riñón ni del vientre de sus progenitores.» « Son Adán, Simón, la camella del Profeta Salé, la cabra de Ismael y el pájaro que Abu Bakr el Verídico vio en la caverna.» « Dime quiénes son los cinco seres que se encuentran en el Paraíso sin ser hombres ni genios ni ángeles.» « El lobo de Jacob, el perro de los moradores de la caverna, el asno de Esdras, la camella de Salé y Duldul y el mulo del Profeta (¡Él le bendiga y le salve!).» « Dime qué hombre rezó la oración sin estar ni en el cielo ni en la tierra.» « Salomón, cuando rezó en la estera que se había llevado el viento.» « Dime quién es el que al rezar la oración de la mañana vio a una esclava que le estaba vedada; que al llegar al mediodía ya le era lícita; que mediada la tarde volvía a estarle vedada; que a la puesta del sol le volvía a ser lícita, que al fin del crepúsculo le era de nuevo vedada y que al día siguiente por la mañana le era lícita.» « Ese hombre vio por la mañana una esclava de otro y por tanto le era ilícita; al mediodía la había comprado y le era lícita; mediada la tarde la libertó y pasó a ser ilícita; a la puesta del sol, se casó con ella y volvió a serle lícita; al fin del crepúsculo la repudió y le quedó vedada y a la mañana siguiente revocó el divorcio y le fue lícita de nuevo.» « Háblame de una tumba que andaba con su ocupante.» « El pez de Jonás después de haber engullido a éste.» « Dícese una región en la cual el sol salió una sola vez y no volverá a aparecer hasta el día del juicio.» « Es el fondo del mar cuando Moisés lo golpeó con su bastón y se abrió en doce partes, según el número de tribus; el Sol lo iluminó entonces, pero no reaparecerá de nuevo hasta el día del juicio.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el filósofo prosiguió:] « Dime cuál fue el primer faldón que se arrastró sobre la faz de la tierra.» « El de Agar, cuando quedó avergonzada ante Sara; por ello se ha transformado en una costumbre de los árabes[213].» « Dime cuál es la cosa que respira sin tener vida.» « Dios (¡ensalzado sea!) dice: “¡Por el alba cuando respira!”[214]»

« Escucha bien; un grupo de palomas volando llega a un árbol alto; unas se posan en la copa y otras al pie del árbol. Las que están encima del árbol dicen a las que están debajo: “Si una de vosotras sube, seréis el tercio de todo el grupo y si baja una de nosotras, los dos grupos seremos iguales”. ¿Cuántas palomas había?» « Eran doce en total: siete se posaron en la copa y cinco al pie. Si subía una, las que estaban en la copa llegaban a ser dos veces más que las que quedaban abajo; si bajaba una el número de las de abajo pasaba a ser igual al de las de arriba. Pero Dios es más sabio.» El filósofo se quitó los vestidos y escapó disparado.

He aquí su discusión con al-Nazzam: La joven se volvió hacia los sabios allí presentes y preguntó: « ¿Cuál de vosotros es capaz de discutir en todas las artes y en todas las ciencias?» Al-Nazzam se acercó a ella y le dijo: « No creas que soy igual que los demás» . « Estoy convencida de que serás el derrotado ya que tú te vanaglorias y Dios me ayudará en contra de ti para que pueda despojarte de tus vestidos. Sería mejor que enviases a alguien para que te trajese otros de repuesto.» « ¡Por Dios! ¡He de vencerte! Haré en ti un escarmiento del que hablarán las gentes generación tras generación.» « ¡Tendrás que expiar con penitencia tu juramento!» Al-Nazzam preguntó: « Dime las cinco cosas que Dios formó antes de la creación de las criaturas.» « El agua, la tierra, la luz, las tinieblas y los frutos.» « Dime qué es lo que Dios ha creado con su mano omnipotente.» « El Trono, el árbol Tuba, Adán y el jardín del Edén: estas cosas Dios las creó con su mano omnipotente; a los restantes seres les dijo: “¡Sed!”, y fueron.» « Dime quién fue tu padre en el Islam.» « Mahoma, al que Dios bendiga y salve.» « ¿Quién fue el padre de Mahoma?» « ¡Abraham, el amigo de Dios!» « ¿Cuál es la fe del Islam?» « Dar testimonio de que no hay dios sino el Dios y que Mahoma es el Enviado de Dios.» « Dime ¿cuál es tu principio y cuál es tu fin?» « Mi origen fue una gota de esperma sucio y mi fin un cadáver repugnante; mi principio fue el polvo y el polvo será mi término como dice el poeta:

> Fui creado del polvo y me transformé en una persona elocuente al preguntar y al responder.
> Volveré al polvo y formaré parte de él como si nunca hubiese sido creado de él.»

« Dime cuál es la cosa que empezó siendo madera y terminó siendo un ser vivo.» « El bastón de Moisés cuando éste le arrojó al valle y se transformó en una serpiente rastrera con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!).» « ¿Qué opinas de las palabras de Dios (¡ensalzado sea!): “en él tengo otras ventajas”[215]?» « Moisés plantaba su bastón en el suelo y florecía, daba frutos, arrojaba una sombra que le resguardaba del calor y del frío; le llevaba cuando estaba cansado, y cuando dormía protegía el ganado de las fieras.» « Dime quién fue la mujer

nacida de un hombre sólo y el hombre nacido exclusivamente de la mujer.» « Eva salió de Adán y Jesús nació de María.» « Háblame de cuatro fuegos: el que come y bebe, él que come y no bebe; el que bebe y no come y el que ni come ni bebe.» « El fuego que come y no bebe es el de este mundo; el fuego que come y bebe es él del infierno; el fuego que bebe y no come es el del Sol, y el fuego que ni come ni bebe es él fuego de la Luna.» « Dime qué es lo que está abierto y qué es lo que está cerrado.» « ¡Al-Nazzam! Abierto es aquello que permite la zuna y cerrado es lo que dispone el Corán.» « Explícame estos versos del poeta:

El habitante de la tumba[216] tiene el alimento junto a la cabeza; cuando prueba dicha comida, habla.
Se pone de pie y anda hablando o callado pero después vuelve a la tumba de la que se le había hecho levantar.
En vida no merece honores; muerto, no hay quien le llore.»

« Se trata de la pluma.» « Explícame estos versos del poeta:

Tiene dos bolsillos casi completos, la sangre fluye fácilmente; las orejas son encamadas; la boca está abierta.
Se parece al gallo cuando se pica en el vientre y vale, cuando se le pone precio, medio dirhem.»

« Es la tinta.» « Explícame estos versos del poeta:

Di a los científicos, a las personas inteligentes y cultas; a todo jurista experto, de rango:
Decidme: « ¿cuál es el pájaro que veréis en tierra de árabes y extranjeros,
que no tiene carne ni sangre; que no tiene ni plumaje ni plumas?
Se come cocido o frío; se come asado cuando se le saca del fuego.
Tiene dos colores: uno como la plata y otro, gracioso, con el cual el oro no puede compararse.
No se ve ni vivo ni muerto. ¿Es que no me dirás quién constituye este prodigio?»

La joven le replicó: « ¡Cuanta palabrería para preguntarme por el huevo que vale cuatro cuartos!» « Dime: ¿cuántas palabras pronunció Dios a Moisés?» « Se refiere, atribuyéndolo al Enviado de Dios (¡Él le bendiga y le salve!), que dijo: “Dios dijo a Moisés mil quinientas quince palabras”.» « Dime quiénes fueron los

catorce que hablaron al Señor de los mundos.» « Los siete cielos y las siete tierras cuando dijeron: “Venimos obedientes”[217].»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Nazzam prosiguió:] « Háblame de Adán y cómo fue creado.» « Dios creó a Adán de barro y al barro de espuma; a la espuma, del mar; al mar de las tinieblas; a las tinieblas de la luz; a la luz, de un pez; al pez, de una roca; a la roca de un jacinto; al jacinto, del agua; y al agua de su omnipotencia según el Altísimo ha dicho: “Cuando quiere una cosa, su Orden consiste en decir ‘¡Sé!’ y es”[218].» Al-Nazzam preguntó: « Explícame estas palabras del poeta:

Lo come sin tener ni boca ni vientre; los árboles y los animales constituyen su alimento.
Si lo alimentas toma fuerzas y vive, pero si le das de beber agua, muere.»

« Es el fuego.» « Dime a qué aludió el poeta:

Son dos amigos que se abstienen de todas las dulzuras: pasan todo lo largo de la noche abrazados.
Protegen a la familia de cualquier desgracia y en el momento del orto del Sol se separan.»

« Las dos hojas de la puerta.» « Háblame de las puertas del infierno.» « Son siete y a ellas se alude en este pareado:

Chahannam, Laza y al-Hatim; cuenta además al-Sair y también Saqar,
después de éstas Hachim y Hawiya; éstas son las puertas en pocas palabras.»

« Dime a qué alude él poeta:

Tiene largas trenzas por detrás mientras va y viene;
Tiene un ojo que no prueba él sueño, que no llora ni derrama una lágrima.
Jamás en su vida se puso un traje, pero puso toda clase de vestidos a la gente.»

« Es la aguja.» « Háblame del *Sirat*[219]: ¿qué es?, ¿qué longitud y qué anchura

tiene?» « Tiene una longitud de tres mil años: mil bajando, mil subiendo y mil por terreno llano; es más estrecho que el filo de la espada y más fino que un cabello.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Nazzam prosiguió:] « Dime ¿cuántas veces puede interceder nuestro Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) ante el Señor?» « Tres veces.» « ¿Abu Bakr fue el primero en convertirse al Islam?» « Sí.» « ¡No! Alí se convirtió antes que Abu Bakr.» « Alí trató al Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!) desde la edad de siete años y Dios le concedió el don de la fe, a pesar de su tierna edad, sin que antes jamás se hubiese postrado ante un ídolo.» « Dime quién fue mejor, ¿Alí o al-Abbas?» , preguntó al-Nazzam. La joven se dio cuenta de que esto constituía una treta, pues si respondía que Alí había sido mejor que al-Abbas, no tendría perdón ante el Emir de los creyentes. Bajó la cabeza un rato: unas veces se sonrojaba y otras palidecía. Al fin respondió: « Tú me interrogas sobre dos personas virtuosas; cada una de ellas ha tenido sus méritos. Volvamos a la conversación de antes» . El Califa Harún al-Rasid, al oírla, se puso de pie y le dijo: « ¡Magnífico, por el Señor de la Kaaba, Tawaddud!» Ibrahim al-Nazzam le preguntó: « Explícame estos versos del poeta:

> Esbelta; dulce al gusto; remeda a las lanzas, pero no tiene punta.
> Todos los hombres sacan beneficios de ella y se come, después del crepúsculo vespertino, en Ramadán.»

Replicó: « Es la caña de azúcar» . « Contéstame a una serie de preguntas.» « ¿Cuáles son?» « ¿Qué cosa es más dulce que la miel? ¿Qué es más afilado que la espada? ¿Qué es más rápido que el veneno? ¿Cuál es la delicia de un instante? ¿Cuál es la alegría que dura tres días? ¿Cuál es el día más dulce? ¿Cuál es la felicidad que dura una semana? ¿Cuál es la verdad a la cual da crédito incluso quien anda errado? ¿Cuál es la prisión de la tumba? ¿Cuál es la felicidad del corazón? ¿Cuál es el engaño del alma? ¿Cuál es la muerte de la vida? ¿Cuál es la enfermedad que no tiene cura? ¿Cuál es la vergüenza que no tiene remedio? ¿Cuál es el animal que no vive en los lugares habitados, que ocupa las ruinas y odia al hijo de Adán? Fue creado con la naturaleza de siete seres tiránicos.» « Escucha la respuesta a tus preguntas y despójate de tus vestidos, si quieres que te lo explique.» El Emir de los creyentes le dijo: « Habla primero y después se quitará el traje» . La joven dijo: « Lo que es más dulce que la miel es el amor que tienen los hijos cariñosos a sus padres; lo que es más afilado que la espada es la lengua; lo que es más rápido que el veneno es el ojo del aojador; la delicia de

un instante es el coito; la alegría que dura tres días, es el depilatorio de las mujeres; el día más dulce es aquel en que se obtiene un beneficio en el negocio; la felicidad que dura una semana, es la esposa; la verdad a la que da crédito incluso quien anda errado, es la muerte; la prisión de la tumba, la constituye el mal hijo; la felicidad del corazón, la de la mujer que obedece al marido, pero también se dice que es la carne cuando desciende al corazón, el cual recibe con ello regocijo; el engaño del alma es el esclavo rebelde; la muerte de la vida la constituye la pobreza; la enfermedad que no tiene cura es el mal carácter; la vergüenza que no tiene remedio es la hija perversa; el animal que no vive en los lugares habitados, que ocupa las ruinas, odia al hijo de Adán y que fue creado con siete naturalezas tiránicas es la langosta: su cabeza se parece a la del caballo; su cuello, al del toro; sus alas, a las del águila; sus patas, a las del camello; su cola, a la de la serpiente; su vientre, al del escorpión y sus cuernos, a los de la gacela.»

El Califa Harún al-Rasid se quedó boquiabierto ante su agudeza e inteligencia. Dijo a al-Nazzam: « ¡Quítate tu traje!» El sabio exclamó: « Sed, todos los presentes, testimonios de que doy fe de que esta muchacha sabe más que yo y que cualquier otro sabio» . Se quitó el traje, se lo entregó y dijo: « ¡Tómalo y que Dios no te lo bendiga!»

El Emir de los creyentes mandó que le entregaran otros vestidos para que se cubriera. A continuación el Califa dijo: « ¡Tawaddud! Te falta aún cumplir algo que has prometido: jugar al ajedrez» . Mandó llamar al maestro de ajedrez, al de cartas y al de chaquete. Acudió y se sentó enfrente de ella; las piezas fueron alineadas. Él abrió la partida, jugó y cada uno de sus movimientos fue rápidamente contrarrestado por la joven…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el maestro fue contrarrestado por la joven] que terminó ganándole. El maestro al ver el jaque mate exclamó: « Yo he querido darte ventaja para que creyeras que eras experta. Pero vuelve a alinear las fichas y te haré ver.» Alinearon las piezas por segunda vez. El maestro se decía: « Abre bien tus ojos, pues de lo contrario te va a vencer» . Jugó moviendo las piezas con previo cálculo y no paró de jugar hasta que la joven le dijo: « ¡Jaque mate!» Al verlo quedó admirado de su maestría y de su inteligencia. Tawaddud rompió a reír y le dijo: « ¡Maestro! En la tercera partida jugaré sin reina, sin la torre de la derecha y sin el caballo de la izquierda. Si me vences te quedarás con mi traje, pero si yo te gano te arrebataré el tuyo» . « Acepto la condición.» Alinearon las fichas y la joven retiró la reina, la torre y el caballo y le dijo: « ¡Empieza, maestro!» Movió una pieza y pensó: « ¡Con tal ventaja le ganaré en esta partida!» Ella, avanzaba lentamente hasta que consiguió hacerse

con una reina; después le embotelló con sus piezas y con sus peones, lo distrajo, le ofreció una pieza para que la comiese; la comió y Tawaddud exclamó: « La medida está llena y la carga a punto. ¡Come hasta hartarte! ¡Te matará la gula, hijo de Adán! ¿Es que no te has dado cuenta de que te la entregaba para engañarte? Éste es el jaque mate» . A continuación añadió: « ¡Quítate el vestido!» El maestro replicó: « Déjame cuando menos los zaragüelles y Dios te lo recompensará» . A continuación juró que no volvería a jugar al ajedrez con nadie mientras Tawaddud estuviese en el reino de Bagdad. Se quitó el vestido, se lo entregó y se marchó.

Se acercó luego el jugador de chaquete. Ella le dijo: « Si te venzo hoy ¿qué me darás?» « Diez vestidos de brocado de Constantinopla bordados en oro; diez vestidos de terciopelo y mil dinares. Si te gano sólo te pido que des testimonio escrito de que te he vencido.» « ¡Juguemos ahora mismo!» Jugó el maestro, perdió y se marchó balbuciendo en lengua franca: « ¡Por los bienes del Emir de los creyentes! ¡En ningún país se encuentra otra muchacha igual!»

El Emir de los creyentes hizo que acudieran los principales músicos. Se presentaron. Le preguntó: « ¿Sabes algo de música?» « Sí.» El Emir de los creyentes mandó que le entregasen un laúd, gastado y usado, que debía de haber pertenecido a algún amante consumido por la separación. De él había dicho el poeta:

> Riegue Dios la tierra en la que ha brotado la leña que constituye el laúd de un músico; en ella crecieron ramas y las raíces arraigaron.
> Cuando el árbol era verde cantaron en él los pájaros y una vez seco cantan con él las doncellas.

Le llevaron un laúd que estaba guardado en una funda de raso rojo con borlas de seda amarilla. Quitó la funda, sacó el laúd; encima del instrumento estaba grabado:

> Una rama hermosa se ha transformado en el laúd de una joven que canta a sus apreciados contertulios.
> Ella canta y el laúd la acompaña como si la inspirase para expresar la melodía de los ruiseñores.

La joven lo tomó en su seno, lo apoyó en el pecho y se inclinó encima de él como la madre que va a amamantar a su hijo; tocó doce melodías que impresionaron a todos los presentes; a continuación entonó:

> ¡Dejad de huir! ¡Abandonad vuestro desprecio! ¡Por vuestra razón! Mi

corazón no se consuela lejos de vosotros.

Apiadaros de quien está triste, llora, sufre y está enamorado y aprisionado por vuestro amor.

El Emir de los creyentes, emocionado, exclamó: « ¡Que Dios te bendiga y tenga misericordia del que ha sido tu maestro!» La joven se levantó y besó el suelo ante él. El Emir de los creyentes mandó que le llevasen el dinero y pagó a su dueño cien mil dinares. A la joven le dijo: « ¡Tawaddud! ¡Pídeme lo que quieras!» « Te ruego que me devuelvas a mi dueño, a aquel que me ha vendido.» « ¡Conforme!» , y la devolvió; además le entregó cinco mil dinares; y nombró al joven su comensal perpetuo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa nombró al joven su comensal] atribuyéndole una renta de mil dinares mensuales. El joven vivió con su esclava Tawaddud la vida más deliciosa.

¡Oh rey! Lo que admira en esta muchacha es la elocuencia, la profundidad de sus conocimientos, su gran inteligencia y el dominio perfecto que tenía de todas las ciencias. Fíjate en la hombría del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, que le llevó a hacer un regalo tan importante a su dueño y aún le dijo: « ¡Pídeme un deseo!» , y el que ella solicitase el ser devuelta a su señor. El Emir de los creyentes no sólo la devolvió sino que le regaló cinco mil dinares y nombró comensal a su dueño. Después de los califas abbasíes (¡que Dios, ensalzado sea, tenga misericordia para con todos!) ¿dónde se encuentra tal generosidad?

GRUPO DE ANÉCDOTAS QUE ALUDEN A LA FALTA DE INTERÉS POR LOS BIENES MUNDANALES, A LA FALTA DE CONFIANZA QUE EN ELLOS CABE TENER Y COSAS RELACIONADAS CON ÉSTAS

EL ÁNGEL DE LA MUERTE Y EL REY ASCETA

SE refiere, ¡oh rey feliz!, que un antiguo rey de reyes, cierto día quiso salir a caballo en medio de una comitiva de magnates y grandes de su reino para mostrar a las criaturas las maravillas de su magnificencia. Mandó a sus compañeros, los emires y los grandes del reino, que se preparasen para acompañarle; ordenó al mayordomo que cuidaba de su guardarropía que le llevase sus vestidos más preciosos, aquellos que eran propios de un rey cuando desea mostrarse con toda su pompa; dispuso que le llevasen sus mejores caballos y sus corceles más famosos. Así lo hicieron. Escogió, entre todos sus vestidos, aquellos que eran más hermosos y los caballos que prefería. Se puso el traje, montó en el corcel e inició la marcha acompañado por su séquito, llevando un collar formado por pedrerías y toda clase de perlas y jacintos. Cabalgaba en su corcel, en medio de sus tropas, vanagloriándose de su poder y fuerza. Iblis se acercó a él, colocó la mano en sus manos y le insufló por la nariz el orgullo y la admiración de su propio valer. Se dijo: « ¿Quién hay en el mundo que se pueda comparar conmigo?» Demostró su orgullo y su vanagloria, dejó transparentar su soberbia y su grandeza sin dirigir la mirada a nadie, de tan enorme como era su orgullo. De pronto un hombre vestido de harapos se paró ante él y le saludó. No le devolvió el saludo. El otro cogió las riendas del caballo. El rey le dijo: « ¡Quita las manos! ¡Tú no sabes de quién son las riendas que sujetas!» « Tengo algo que pedirte.» « Espera a que me apee y luego dime lo que necesitas.» « Es un secreto y sólo puedo decírtelo al oído.» El rey inclinó la cabeza y el otro le dijo: « Yo soy el Ángel de la Muerte y quiero llevarme tu espíritu.» « ¡Dame tiempo para que pueda volver a mi palacio y despedirme de mi familia, de mis hijos y de mis vecinos!» « ¡No! ¡No volverás a tu palacio ni volverás a verlos! Ha concluido el plazo de tu vida» , y en seguida, mientras aún estaba a lomos del caballo, le arrebató el alma y el rey cayó muerto.

El Ángel de la Muerte se marchó de aquí y fue a buscar a un hombre pío del cual Dios (¡ensalzado sea!) estaba satisfecho. Le saludó y el hombre le devolvió el saludo. El Ángel de la Muerte le dijo: « ¡Hombre pío! Tengo que pedirte algo en secreto» . « Dime al oído qué es lo que deseas.» « Soy el Ángel de la Muerte.» « ¡Bien venido! ¡Gracias a Dios que has llegado! Hace ya mucho tiempo que estaba esperando tu llegada. ¡Cuán larga me ha parecido tu ausencia! ¡Deseaba tanto que llegases!» El Ángel de la Muerte le dijo: « Si tienes algo que hacer, conclúyelo.» « No tengo trabajo más importante que el de correr al

encuentro de mi Señor (¡gloriado y ensalzado sea!).» « ¿Cómo quieres que me lleve tu alma? Se me ha mandado que te la arrebate como tú prefieras, como tú escojas.» « Concédeme el tiempo de hacer la ablución y empezar a rezar; cuando esté prosternado, coge mi alma, pues estaré adorando a Dios.» « Mi Señor (¡gloriado y ensalzado sea!) me ha ordenado que no te arrebate el alma de no ser con tu conformidad, del modo que escojas. Haré lo que has dicho.»

Aquel hombre hizo las abluciones, empezó a rezar y el Ángel de la Muerte le arrebató el espíritu mientras estaba prosternado. Dios (¡ensalzado sea!) lo transportó a la sede de su misericordia, de su satisfacción y de su perdón.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE Y EL REY RICO

Se cuenta que un rey había reunido grandes riquezas, en tal cantidad que era imposible contarlas; había atesorado toda clase de cosas que Dios (¡ensalzado sea!) había puesto en este mundo. Cuando quiso gozar de los muchos bienes que poseía se construyó un palacio elevado y fuerte, un palacio propio de reyes y lo dispuso para sí; colocó dos puertas fortificadas y distribuyó los pajes, los soldados y los porteros como quiso. Un día mandó al cocinero que le hiciese un guiso exquisito y reunió a sus familiares, a su séquito, a sus amigos y a sus criados para que comiesen con él y gozasen de su liberalidad. Después se sentó en el trono del reino y de su señorío y apoyándose en el cojín se dijo: « ¡Alma mía! He reunido para ti todos los bienes de la tierra; ahora goza y gasta de todos estos bienes que te serán de utilidad con una larga vida y buena suerte» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se presentó en el exterior del palacio un hombre vestido con harapos, que llevaba un saco colgando del cuello y que tenía el aspecto de un pedigüeño que buscase algo de comer. Con la aldaba de la puerta de palacio dio un golpe terrible que casi hizo temblar él edificio e hizo balancear el estrado del rey. Los pajes se asustaron, de un salto se plantaron en la puerta y gritaron: « ¡Caminante! ¡Ay de ti! ¿Qué has hecho? ¡Qué malas costumbres! Espera a que termine de comer el rey y te daremos lo que te ha de bastar» . El caminante replicó: « Decid a vuestro dueño que salga para que pueda hablarle. Tengo algo que pedirle; se trata de un asunto grave e importante» . « ¡Vete, miserable! ¿Quién eres tú para mandar a nuestro señor que te salga al encuentro?» « ¡Decídselo!» Los pajes corrieron a su dueño y le informaron. El rey les interrogó: « ¿Y no le habéis detenido? ¿No habéis desenvainado la espada y le

habéis echado a la calle?» En este mismo momento dio un golpe más fuerte que el primero. Los pajes corrieron a su encuentro con palos y armas y se lanzaron sobre él para detenerle. Pero el hombre les gritó: « ¡Quedaos en vuestro sitio! Yo soy el Ángel de la Muerte» . Todos los corazones temieron; las inteligencias quedaron perplejas; la resolución desapareció; sus venas empezaron a temblar y eran incapaces de mover sus miembros. El rey les dijo: « Decidle: Coge a otro en vez de mí» . El Ángel de la Muerte replicó: « No me llevaré a otro; he venido porque ha terminado el plazo de tu vida, para separarte de las riquezas y de los bienes que has amontonado y guardado en tus tesoros» . El rey exhaló amargos suspiros, rompió a llorar y dijo: « ¡Que Dios maldiga el tesoro que me ha deslumbrado y descarriado impidiendo el que me consagrase a servir a mi Señor! Creía que ese dinero me sería de utilidad y hoy es causa de mi pesar y de mi aflicción. Me marcho con las manos vacías y pasa a pertenecer a mis enemigos» . Dios concedió la palabra al dinero y éste dijo: « ¿Por qué me maldices? ¡Maldícete a ti mismo! Dios (¡ensalzado sea!) nos ha creado a ambos del polvo; a mí me puso en tus manos para que conmigo adquirieses tu viático para la vida futura, dándome como limosna a los pobres, a los necesitados y a los débiles; haciéndome fructificar con la construcción de hospitales, mezquitas, puentes y acueductos de modo que yo te fuese de utilidad en la última vida. Pero tú me has amasado, me has atesorado; me has gastado únicamente para satisfacer tus caprichos; no has dado las gracias a Dios por mí; al contrario, te has mostrado ingrato. Ahora, entrégame a tus enemigos y quédate con tu pena y tu arrepentimiento. ¿Cuál es mi culpa para que tú me injuries?»

El Ángel de la Muerte cogió, en seguida, el alma del rey, que se encontraba en el estrado, antes de que pudiera probar un bocado del guiso y cayó muerto desde encima del trono. Ha dicho Dios (¡ensalzado sea!):« hasta que se alegraron por lo que les llegaba; entonces los cogimos bruscamente: ellos están desesperados» [220].

EL ÁNGEL DE LA MUERTE Y EL REY DE ISRAEL

Se cuenta de un rey de Israel que fue un tirano. Cierto día mientras estaba sentado en el trono de su reino vio que entraba un hombre por la puerta de palacio; tenía un aspecto asqueroso, un semblante aterrador. Indignado por su aparición, asustado por el aspecto, se puso en pie de un salto y preguntó: « ¿Quién eres, oh hombre? ¿Quién te ha permitido entrar? ¿Quién te ha mandado venir a mi casa?» « Me lo ha mandado el dueño de la casa. A mí no me anuncian los chambelanes ni necesito permiso para presentarme ante los reyes ni me asusta la autoridad de los sultanes ni sus múltiples soldados. Yo soy aquel que no respeta a los tiranos. Nadie puede escapar a mi abrazo: soy el destructor de las dulzuras, el

separador de los amigos.» El rey cayó por el suelo al oír estas palabras y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, quedándose sin sentido. Al volver en sí dijo: « ¡Tú eres el Ángel de la Muerte!» « ¡Sí!» « ¡Te ruego, por Dios, que me concedas el aplazamiento de un día tan sólo para que pueda pedir perdón por mis culpas, buscar la absolución de mi Señor y devolver las riquezas que encierra mi tesoro a sus legítimos dueños; así no tendré que pasar las angustias del juicio ni el dolor del castigo!» « ¡Ay! ¡Ay! No tienes medio de hacerlo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Ángel de la Muerte prosiguió:] « ¿Cómo te he de conceder un día si los días de tu vida están contados, si tus respiros están inventariados, si tu plazo de vida está predeterminado y registrado?» « ¡Concédeme una hora!» « La hora también está en la cuenta. Ha transcurrido mientras tú te mantenías en la ignorancia y no te dabas cuenta. Has terminado ya con tus respiros: sólo te queda uno.» « ¿Quién estará conmigo mientras sea llevado a la tumba?» « Únicamente tus obras.» « ¡No tengo obras buenas!» « No cabe duda de que tu morada estará en el fuego, que en el porvenir te espera la cólera del Todopoderoso.» A continuación le arrebató el alma y el rey se cayó del trono al suelo.

Los clamores de sus súbditos se dejaron oír; se elevaron voces, clamores y llantos. Si hubiesen sabido lo que le preparaba la ira de su Señor los llantos aún hubiesen sido mayores, sus lamentos y sollozos más fuertes y más abundantes.

ALEJANDRO MAGNO Y EL REY DE UNA TRIBU SALVAJE

Se refiere que Alejandro, el de los dos Cuernos, encontró en sus viajes un pueblo débil que no poseía ninguno de los bienes de este mundo: abrían las tumbas de sus difuntos junto a la puerta de sus casas y se preocupaban siempre de ellas, les quitaban el polvo, las limpiaban, las visitaban y adoraban a Dios (¡ensalzado sea!). No tenían más alimento que las hierbas secas y los frutos salvajes. Alejandro, el de los dos Cuernos, envió un mensajero para pedir a su rey que acudiese ante él. No quiso y contestó: « Yo no le necesito» . Entonces, Alejandro, el de los dos Cuernos, fue a visitarle y le preguntó: « ¿Cuál es vuestra situación? ¿Cómo estáis? Veo que no tenéis ni oro ni plata; me doy cuenta de que desconocéis los bienes de este mundo» . « Los bienes de este mundo no sacian a nadie» , le replicó. Alejandro dijo: « ¿Por qué abrís las tumbas junto a vuestra puerta?» Le contestaron: « Para tenerlas siempre delante de nuestros ojos. Al contemplarlas nos acordamos de la muerte, no nos olvidamos de la vida futura y

el amor de los bienes mundanales desaparece de nuestro corazón y no nos distrae de la adoración de nuestro Señor (¡ensalzado sea!)» . « ¿Y cómo coméis la hierba?» « Porque nos repugna transformar nuestro vientre en la tumba de animales y porque las dulzuras de la gula no pasan más allá de la garganta.» El rey alargó la mano, sacó la calavera de un hombre y la colocó delante de Alejandro. Le dijo: « ¡Bicorne! ¿Sabes quién era el dueño de esto?» « ¡No!» « Era uno de los reyes de este mundo que fue injusto con sus súbditos; los tiranizó, oprimió a los débiles y empleó su tiempo en amasar las futilidades de esta vida. Dios le arrebató su alma e hizo del fuego su morada. Ésta es su cabeza.» Alargó la mano y colocó otra calavera ante Alejandro. Le preguntó: « ¿Sabes quién es éste?» « No.» « Era un rey de la tierra; era justo con sus súbditos, amable con sus sujetos e inferiores. Dios le arrebató el alma, le dio por morada él Paraíso y le concedió un puesto elevado.» El rey colocó la mano en la cabeza del Bicorne y le dijo: « ¡Ojalá supieras cuál de estas dos calaveras vas a ser!» El Bicorne rompió a llorar a lágrima viva, le estrechó contra el pecho y le dijo: « ¡Si tú quisieses ser mi compañero te nombraría mi visir y repartiría contigo mi reino!» « ¡Guárdate! ¡Guárdate de hacerlo! No deseo tal cosa.» « ¿Por qué?» « Porque todos los hombres son tus enemigos a causa de las riquezas y del poder que te fueron dados, pero en cambio todos son mis amigos verdaderos dada mi pobreza, mi mezquindad; dado que nada poseo ni nada ambiciono de este mundo; dado que nada me interesa ni nada apetezco, ya que sólo busco lo que necesito.»

Alejandro le estrechó contra su pecho, le besó entre los ojos y se marchó.

ANUSIRWAN, EL REY JUSTO

Se cuenta que el rey justo, Anusirwan, se puso enfermo cierto día y mandó a sus secretarios y hombres de confianza que recorriesen las distintas regiones de su reino, las provincias de su Estado, en busca de un viejo ladrillo de cualquier ciudad arruinada para curarse con él. Dijo a sus amigos que los médicos se lo habían prescrito. Recorrieron todas las regiones y todas las provincias de sus Estados y regresaron. Le dijeron: « En todo tu imperio no hemos encontrado ciudad alguna en ruinas ni un ladrillo viejo» . Anusirwan se alegró mucho y dio gracias a Dios. Dijo: « Había querido hacer una experiencia con mis dominios y una prueba en mi imperio para saber si quedaba en ellos un lugar devastado y reconstruirlo. Ahora que ya no queda ningún lugar sin aprovechar, quiere decir que los asuntos del Estado están en orden, que el desarrollo de los negocios es normal y que su florecimiento ha llegado a la perfección» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y cinco*, refirió:

—Sabe, ¡oh rey!, que aquéllos antiguos soberanos dedicaban sus esfuerzos y trabajos en hacer más productiva una nación, más abundante en ella el bienestar. Sabían y no dudaban de lo que dicen los sabios y aseguran los doctos, esto es: que la religión depende del rey, que éste depende del ejército; que el ejército depende del dinero; el dinero depende de la riqueza del país y ésta de tratar con justicia a sus productores. Por esto no se ponían de acuerdo con ningún opresor, ni malvado; no permitían a sus cortesanos que abusasen de sus sujetos, pues sabían que un régimen no se consolida con la injusticia, puesto que cuando un tirano se apodera de regiones y provincias éstas se arruinan, sus moradores emigran y huyen a otros países; entonces él reino decae, disminuyen los ingresos, el tesoro se vacía y la vida se hace insufrible para los súbditos que no aman al tirano y no se cansan de maldecirlo: el rey no puede gozar de su reino y las causas que han de causar su destrucción aparecen rápidamente.

EL JUEZ ISRAELITA Y SU MUJER

Se cuenta que un juez israelita tenía una mujer muy hermosa, casta, paciente y de buen carácter. El juez quiso realizar la peregrinación a Jerusalén. Dejó encomendadas sus funciones a su hermano y le confió la esposa. El hermano había oído hablar de la belleza y de la hermosura de su cuñada y se había enamorado de ella. Una vez se hubo marchado el juez, corrió a verla y le hizo proposiciones. La mujer se negó y se propuso defender su virtud. Multiplicó las solicitudes, pero ella siguió resistiéndose. Al desesperar de obtenerla pensó que tal vez ella informase a su esposo de sus solicitudes. Entonces mandó llamar falsos testimonios para que la acusasen de adulterio.

El caso fue elevado al rey de aquel tiempo quien mandó lapidarla. Cavaron una fosa, la metieron en ella y le tiraron piedras hasta cubrirla. El cuñado dijo: « ¡Que esta fosa constituya su tumba!» Llegada la noche, la víctima empezó a exhalar gemidos por lo mucho que sufría. Un hombre que se dirigía al pueblo oyó sus lamentos, se acercó a la fosa, la sacó y se la llevó a su mujer para que ésta la curase. Así lo hizo hasta que se repuso. Aquella mujer tenía un niño que confió a su huésped. Ésta lo cuidaba y dormía con él en una habitación. Un malvado la vio, ansió poseerla y mandó que le hiciesen proposiciones deshonestas. Ella se negó y el pretendiente decidió asesinarla. Llegada la noche entró en la habitación mientras dormía y blandiendo un cuchillo se acercó a ella y apuñaló, sin darse cuenta, al chiquillo. Al ver lo que había hecho se llenó de miedo, salió corriendo de la casa y Dios, así, la salvó de sus manos. Al día siguiente la mujer del juez encontró al niño asesinado a su lado. Al entrar la

madre le dijo: « ¡Tú le has asesinado!» La apaleó de modo muy doloroso y quiso matarla. En aquel momento apareció el padre e impidió que lo hiciese exclamando: « ¡Por Dios! ¡No lo harás!» La mujer huyó sin saber adónde dirigirse. Tenía algunos dirhemes. Cruzó un pueblo en el que sus habitantes estaban reunidos en torno de un hombre crucificado en un tronco y que aún vivía. Preguntó: « ¡Gentes! ¿Qué le ha sucedido?» Le contestaron: « Ha cometido un delito que se paga con la muerte o con una multa de tantos dirhemes» . « ¡Tomad los dirhemes y libertadlo!» El reo se arrepintió en sus manos e hizo votos de servirla, hasta que le llegara la muerte, por amor de Dios. Le construyó una ermita, la instaló en ella y empezó a hacer leña y a llevarle alimentos. La mujer se consagró al ascetismo; todos los enfermos y delicados que acudían a ella sanaban inmediatamente por su intercesión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que por la voluntad de Dios (¡ensalzado sea!) ocurrió que su cuñado, el que la había hecho lapidar, se puso enfermo con una llaga en la cara; la mujer que le había apaleado, se volvió leprosa, y el malvado que la había pretendido, se quedó paralítico. El juez, el marido, regresó de la peregrinación y preguntó a su hermano por la esposa. Le contestó: « Ha muerto» . El marido se entristeció y estuvo cierto de que se encontraba junto a Dios. Entretanto se extendía la fama de la mujer pía y las gentes de las regiones más alejadas de la tierra, en todo lo largo y ancho de su superficie, acudían a su ermita. El juez dijo a su hermano: « ¿Por qué no vas a ver a esa asceta? Tal vez Dios te conceda la cura por su intercesión» . « ¡Hermano mío! ¡Llévame ante ella!» El marido de la mujer leprosa también oyó hablar y llevó a su esposa; lo mismo ocurrió con la familia del malvado que vivía paralítico. Llevaron a éste a su presencia. Todos coincidieron a la puerta de su choza. La asceta podía ver desde el interior de la misma a todos los que acudían sin que la viesen. Los visitantes esperaron que llegase su siervo; rogaron a éste que los permitiese pasar y así lo hizo. La mujer, de pie al lado de la puerta, con el velo puesto y cubierta contempló a su marido, al ladrón y a la mujer; los reconoció sin que ellos la reconociesen y les dijo: « ¡Oh éstos! No os curaréis de los males que os afligen hasta que hayáis confesado vuestros pecados. Si la criatura confiesa su culpa y se arrepiente ante Dios (¡ensalzado sea!), Éste le concede lo que pide» . El juez dijo a su hermano: « ¡Hermano mío! ¡Arrepiéntete ante Dios y no te emperres en tu rebelión! Esto será lo mejor para tu curación» . Entonces una voz invisible pronunció estos versos:

Hoy están reunidos el oprimido y el opresor y Dios desvela un secreto

que estaba oculto.

En este lugar los pecadores quedan humillados y Dios exalta a quienes le han obedecido.

Nuestro Señor y Dueño descubre aquí la verdad aunque el rebelde se enfade o moleste.

¡Ay de aquel que desafía o encoleriza al Señor como si no supiese que Dios castiga!

¡Oh tú que buscas el poder! El poder —¡ay de ti!— se encuentra en el temor de Dios. ¡Confía en Dios!

Entonces el hermano del juez exclamó: « Ahora diré la verdad: he hecho con tu mujer esto y esto; tal es mi culpa» . La leprosa dijo: « Yo tenía en mi casa una mujer; la he acusado sin saber si era verdad; la apaleé con toda la intención; tal es mi culpa» . El paralítico dijo: « Yo me acerqué a esa mujer para matarla después de haberle hecho proposiciones deshonestas, porque no quería prostituirse, y maté a un niño que estaba a su lado. Ésta es mi culpa» . La mujer exclamó: « ¡Dios mío! ¡Igual como les has mostrado la vileza del pecado muéstrales el poder de la obediencia! ¡Tú eres todopoderoso sobre todas las cosas!» Dios, Todopoderoso y Excelso, los curó. El juez se fijó en ella, la contempló y la examinó atentamente. La asceta le interrogó: « ¿Cuál es la causa de estas miradas?» « Yo tenía una mujer. Si no hubiese muerto diría que eras tú.» La asceta se dio a conocer y ambos loaron a Dios, Todopoderoso y Excelso, por el favor que les había hecho al reunirlos de nuevo. El hermano del juez, el ladrón y la mujer empezaron a pedirle perdón; los perdonó. Todos se consagraron a adorar a Dios en aquel lugar y a servir a la asceta hasta que los separó la muerte.

LA MUJER SALVADA DEL NAUFRAGIO

Uno de los seguidores del Profeta refiere: « Daba las vueltas a la Kaaba en una noche tenebrosa cuando oí una voz apenada que, hablando desde el fondo de un corazón afligido, decía: “¡Oh, Generoso! ¡Pon tu Gracia antigua, mi corazón cumplirá siempre con tu pacto!” Al oír estas palabras de tal voz mi corazón se conmovió y estuvo a punto de ser víctima de la muerte. Corrí en la dirección de la que venía la voz y me encontré con una mujer. Le dije: “¡La paz sea sobre ti!” “¡Y sobre ti la paz y la misericordia y la bendición de Dios!”, me replicó. Añadí: “Te pregunto en el nombre de Dios, el Inmenso, ¿cuál es el pacto que tu corazón observa siempre?” “Si tú no me conjurases por el Todopoderoso no te revelaría tales secretos. ¡Fíjate qué es lo que tengo conmigo!” Distinguí que llevaba un niño

en brazos, el cual dormía y roncaba. La mujer refirió: “Salí a realizar la peregrinación a esta casa cuando estaba embarazada de este niño. Embarqué en un buque pero las olas se encabritaron contra nosotros, los vientos nos fueron desfavorables y el buque en que íbamos naufragó. Yo conseguí ponerme a salvo encima de unos maderos y dar a luz al chiquillo. Mientras le tenía apoyado en mi seno y las olas me azotaban de mala manera…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió:] « “…me alcanzó uno de los marineros del buque y me dijo: ‘¡Por Dios! Ya te apetecía cuando estabas a bordo, pero ahora te he conseguido. Entrégate a mí o te echaré al mar’. Repliqué: ‘¡Ay de ti! ¿Lo que has visto no constituye para ti un escarmiento y una admonición?’ ‘Lo he visto muchas veces y siempre me he salvado. No me preocupa.’ ‘¡Hombre! Estamos en una dificultad y sólo podemos esperar la salvación obedeciendo a Dios; no desobedeciéndole.’ Él insistió, yo me asusté y dije para engañarle: ‘¡Ten paciencia mientras duerme este niño!’ Él me lo arrancó del pecho y lo tiró al agua. Al ver la acción tan depravada que había hecho con el niño, mi corazón se descompuso, mi pena se hizo punzante y dirigiendo mi cabeza al cielo exclamé: ‘¡Oh, Tú, que te interpones entre el hombre y su corazón: interponte entre mí y este león! Tú eres poderoso sobre todas las cosas’. ¡Por Dios! Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando un brazo de mar lo arrastró fuera de la madera y me quedé sola. Mi angustia, mi pena y mi amor por el niño fueron en aumento y recité:

¡Alegría de mis ojos! ¡Querido mío! Mi hijo se ha perdido y el dolor me lacera la piel.
Veo mi cuerpo ahogado y los arrebatos de la pasión abrasan mis entrañas.
En mi pena no tengo ningún consuelo más que tu gracia, oh, apoyo mío.
Tú, Señor, ves el dolor que me aflige a causa de la separación de mi hijo.
Reúne a los que están separados y ten piedad. La esperanza que pongo en ti es mi mayor apoyo.

» ”En esta situación permanecí durante un día y una noche. Al amanecer vi aparecer en la lejanía una vela. Las olas y los vientos me fueron empujando y arrastrándome hacia aquel buque cuya vela distinguía. Sus tripulantes me recogieron, me embarcaron y allí me dejaron. Miré en torno y descubrí a mi hijo que estaba entre ellos. Me arrojé a cogerle y exclamé: ‘¡Gentes! ¡Éste es mi hijo! ¿Cómo puede estar con vosotros?’ Replicaron: ‘Mientras navegábamos el buque se detuvo bruscamente y apareció un animal que parecía una gran ciudad.

Este niño iba montado en su lomo chupándose el dedo. Lo recogimos'. Al oír este relato les expliqué mi historia y lo que me había ocurrido con él. Di gracias a mi Señor por cuanto me había concedido e hice voto de no abandonar su Templo ni su servicio. Desde entonces me concede cualquier cosa que le pido". Alargué la mano a la bolsa para darle algo, pero ella exclamó: "¡Aléjate de mí, hombre vano! Te he referido su largueza y su generosidad y ¿he de aceptar algún don de una mano distinta de la suya?" No pude conseguir que aceptase nada de mí. La dejé y me marché de su lado recitando estos versos:

¡Cuántos son los dones ocultos de Dios cuya comprensión escapa a la comprensión del perspicaz!
¡Cuántas alegrías llegan después de estar en apuros y consuelan la quemazón del corazón afligido!
¡Cuántas fatigas pasadas por la mañana son seguidas por la alegría al llegar la noche!
El día en que los asuntos te opriman, pon tu confianza en el Único, el Eterno, el Altísimo.
Confíate a la intercesión del Profeta. Todas las criaturas triunfarán si intercede el Profeta.

» Aquella mujer siguió consagrada al ascetismo, sin apartarse del Templo, hasta que le llegó la muerte.»

EL NEGRO ASCETA

Se refiere que Malik b. dinar (¡Dios, ensalzado sea, tenga misericordia de él!) contaba: « La lluvia empezó a faltarnos en Basora. Salimos muchas veces a hacer rogativas por la lluvia sin que viésemos indicios de ser escuchados. Salí con Ata al-Sulami, Tabit al-Banani, Machi al-Bakka, Muhammad b. Wasi, Ayyub al-Sijtiyani, Habib al-Farisi, Hassan Ibn Sinan, Utba al-Gulam y Salih al-Muzani para ir al oratorio. Los muchachos salieron de las escuelas. Rezamos pidiendo la lluvia pero no vimos indicios de ser escuchados. El día cayó, la gente se fue y yo me quedé con Tabit al-Banani en el oratorio. Al hacerse noche oscura vimos un negro, de hermoso rostro, piernas esbeltas y vientre lleno, que se acercaba. Llevaba puesto un manto de lana; si se hubiese calculado el valor de todo lo que llevaba encima se hubiese visto que no pasaba de dos dirhemes. El negro cogió agua, hizo las abluciones, se dirigió al *mihrab* y rezó dos arracas con desenvoltura: en ambas se puso firme, se inclinó y prosternó de la misma manera. A continuación levantó la vista al cielo y exclamó: "¡Dios mío! ¡Señor

mío! ¿Hasta cuándo vas a negar a tus criaturas algo que no disminuye tus bienes? ¿Es que se ha terminado lo que posees o es que se han agotado los tesoros de tu reino? ¡Te conjuro por el amor que me tienes a que nos rocíes con tu lluvia inmediatamente!" No había terminado de hablar cuando ya el cielo estaba cubierto de nubes y la lluvia empezó a caer como si estuviesen vaciando odres: no pudimos salir del oratorio sin meternos en el agua hasta la rodilla.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Malik prosiguió:] « Estábamos maravillados del negro.»

Malik refiere: « Yo me presenté ante él y le dije: "¡Ay de ti, negro! ¿No te avergüenzas de lo que has dicho?" Se volvió hacia mí y preguntó: "¿Qué es lo que he dicho?" "Has dicho: 'Por él amor que me tienes'. ¿Cómo sabes que te ama?" "¡Aléjate de mí, tú que te despreocupas de las almas! ¿Dónde estaría yo si Él no hubiese venido en mi auxilio con la unidad y me hubiese infundido su conocimiento? ¿Es que crees que me hubiese ayudado de este modo si no me amase? Su amor por mí equivale al mío por Él." Le dije: "Quédate un rato conmigo y que Dios te tenga en su misericordia". "Soy un esclavo y tengo obligaciones que cumplir respecto de mi pequeño dueño."»

Malik refiere: « Empezamos a seguir sus pasos desde lejos y vimos que entraba en casa de un mercader de esclavos. Ya había pasado la mitad de la noche y la otra mitad parecía larga. Nos marchamos. Al día siguiente por la mañana fuimos a visitar al negrero y le preguntamos: "¿Tienes un esclavo para vendernos como criado?" "Sí; tengo cerca de cien esclavos y todos están en venta." Empezó a mostrarnos chico tras chico y así vimos setenta sin encontrar al que me interesaba. Me dijo: "¡No tengo más!" Cuando íbamos a salir nos metimos en una habitación en ruinas que estaba detrás de la casa y allí encontramos, de pie, al negro. Dije: "¡Ése es! ¡Por el Señor de la Kaaba!" Volví al lado del mercader y le dije: "¡Véndeme este muchacho!" Me contestó: "¡Abu Yahya! Este muchacho es de mal agüero, es un vago que se pasa toda la noche llorando y consagra el día a hacer penitencia". Repliqué: "¡Por esto le quiero!" Le llamó; él muchacho acudió aturdido. El vendedor me dijo: "Cógelo por el precio que quieras, pero después no me hagas responsable de sus defectos". Lo compré por veinte dinares y le pregunté: "¿Cuál es tu nombre?" "Maymun." Le cogí de la mano y pos marchamos a mi casa. El esclavo se volvió a mí y me preguntó: "¡Dueño mío en la tierra! ¿Por qué me has comprado? Yo no soy apropiado para dedicarme al servicio de los hombres". "Te he comprado porque soy yo quien quiere consagrarse a tu servicio y lo haré de buen grado." "¿Por qué?" "¿No estabas ayer en el oratorio?" "¿Es que me has visto?" "Yo soy el que

ayer te dirigió la palabra."

Siguió andando hasta entrar en una mezquita. Rezó dos arracas y exclamó: "¡Dios mío! ¡Señor mío! ¡Dueño mío! El pacto secreto que había entre nosotros dos ha sido descubierto por las criaturas y yo me encuentro avergonzado delante de todos los seres, ¿cómo puede serme ya agradable la vida cuando aquello que existe entre nosotros dos es conocido por un tercero? ¡Te conjuro a que me quites el alma ahora mismo!" Se prosternó y yo esperé un rato, pero no levantó la cabeza. Le sacudí: había muerto (¡que Dios, ensalzado sea, tenga misericordia de él!). Extendí sus manos y sus pies y le contemplé: estaba sonriendo; él color negro de su rostro se había vuelto blanco e irradiaba una luz como la de la luna nueva. Mientras nosotros estábamos maravillados por lo ocurrido un joven cruzó la puerta y se acercó. Dijo: "¡La paz sea sobre vosotros! ¡Que Dios aumente nuestra recompensa y la vuestra mediante la intercesión de nuestro hermano Maymun! Aquí está el sudario: amortajadle". Me dio dos lienzos como nunca había visto otros iguales. Le amortajamos en ellos.»

Malik refiere: « Hoy su tumba constituye el lugar ante él cual se pide el don de la lluvia y en donde se solicitan los favores a Dios, Todopoderoso y Excelso. ¡Qué bello es lo que dijo un poeta en este sentido!:

El corazón de los místicos tiene por morada un jardín, un jardín celeste protegido por los velos de Dios de la vista de los demás mortales.
Cuando beben en él el vino puro perciben con su aroma el céfiro de la familiaridad con Dios.
Su secreto queda entre ellos y el Amado; está oculto a todo el mundo excepto para el corazón del místico.

UN MATRIMONIO JUDÍO ASCETA

Se cuenta que entre los hijos de Israel había un hombre excelente que se distinguía por la devoción a su Señor, por su renuncia a los bienes de este mundo a los cuales había borrado de su corazón. Su esposa le auxiliaba en sus ocupaciones y le obedecía en todas las circunstancias; ambos vivían de la fabricación de bandejas y abanicos en lo cual empleaban todo el día. Al caer la tarde aquel hombre salía con lo que había fabricado con sus manos y recorría con ello calles y caminos en busca de un comprador a quien vendérselo. El matrimonio practicaba constantemente el ayuno.

Un día habían pasado toda la jornada ayunando y trabajando. Al caer la tarde el marido salió, como de costumbre, llevando lo que había fabricado, en busca de quien se lo comprase. Cruzó por delante de la puerta de uno consagrado

a la vida mundanal, persona de posición desahogada y noble. El asceta era un hombre de rostro hermoso, guapo; la mujer del dueño de la casa se enamoró de él; su corazón se inclinó apasionadamente hacia él. Como su marido estaba ausente, la mujer llamó a una criada y le dijo: « Tal vez puedas ingeniártelas para meter a ese hombre en nuestra casa» . La criada se dirigió hacia él y le llamó para comprarle los objetos que llevaba en la mano.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la esclava] le dijo: « Entra, pues mi señora quiere comprar algo de eso que llevas en la mano después de haberlo visto y probado» . El asceta creyó que la muchacha decía la verdad y no pensó que en la propuesta hubiese algo de malo. Entró y se sentó como le había mandado. La muchacha cerró la puerta. La dueña de la casa salió de su habitación, le cogió por la chilaba, tiró de ella y le metió en su cuarto. Le dijo: « ¡Cuánto deseaba poder estar a solas contigo! ¡Por tu causa había agotado mi paciencia! Esta habitación está perfumada con incienso; la cena está preparada y el dueño de la casa estará ausente esta noche; yo me entrego a ti. Los reyes, los jefes, los grandes personajes han solicitado reiteradamente mis favores, pero yo no he hecho caso a ninguno de ellos…» La mujer siguió hablando mucho rato en este sentido, mientras que el asceta no levantaba la cabeza del suelo, pues estaba avergonzado ante Dios (¡ensalzado sea!) y temía el castigo doloroso de la vida futura tal como dice el poeta:

> ¡A cuántas grandes señoras no he poseído impedido por la vergüenza!
> Ésta ha constituido la protección adecuada. En cuanto desaparece la vergüenza, desaparece la protección.

El asceta ansiaba poderse librar de ella pero no podía. Dijo: « Quiero pedirte algo» . Preguntó: « ¿Qué es?» « Agua pura. Subiré al lugar más alto de la casa para utilizarla y para lavarme una impureza que no me es posible mostrarte.» « La casa es grande y tiene rincones y lavabos preparados.» « Mi propósito es subir a un lugar alto.» La mujer dijo a la criada: « Hazle subir al mirador que está en la parte alta de la casa» . Lo acompañó hasta el lugar más alto que allí había, le entregó un jarro de agua y el hombre hizo las abluciones y rezó dos arracas; a continuación miró hacia el suelo para saltar: estaba muy lejos y temió quedar hecho trizas al llegar abajo. Meditó en lo grave que es desobedecer a Dios, en lo terrible del castigo de Éste y tuvo en poco ofrecerle su propia vida y su misma sangre. Exclamó: « ¡Dios mío! ¡Señor mío! Ya ves lo que me ha ocurrido; mi situación no te es desconocida: Tú eres todopoderoso» . Una voz

misteriosa recitó estos versos:

El corazón y el entendimiento me guían hacia Ti; Tú conoces los secretos más recónditos.
Si hablo, te llamo; si callo, es que en Ti medito.
¡Oh, Tú, a quien no puede añadírsete otro segundo! El desgraciado que por Ti vive, ante Ti se inclina en la necesidad.
Tengo una esperanza que mis pensamientos confirman; tengo un corazón que, como sabes, palpita.
El rendir la vida es la cosa más difícil que pueda suceder, pero si Tú lo has dispuesto es bien fácil.
Si, empero, concediéndome un favor me salvas, esto, ¡oh, esperanza mía!, está en tu poder.

El hombre se arrojó desde lo alto del mirador. Dios le envió un ángel, quien le recogió en sus alas y le depositó en el suelo sano, sin que le hubiese ocurrido nada desagradable. Cuando estuvo en el suelo firme loó a Dios, Todopoderoso y Excelso, porque le había concedido su apoyo y misericordia y le había salvado. Regresó sin nada al lado de su mujer; llegaba con retraso. Entró sin nada La mujer le preguntó por la causa del retraso y por lo que se le había escapado de la mano, ¿qué había hecho de ello?, ¿cómo volvía sin nada? El marido le explicó la tentación de que había sido víctima y que se había tirado desde un lugar semejante; que Dios le había salvado. La esposa exclamó: « ¡Loado sea Dios que te ha librado de la tentación y se ha interpuesto entre tú y la prueba!» Añadió: « ¡Hombre! Los vecinos están acostumbrados a ver encendido nuestro homo todas las noches. Si hoy ven que no alumbramos el fuego sabrán que no tenemos nada. Para dar las gracias a Dios debemos esconder la dificultad en que nos encontramos y empalmar el ayuno de esta noche con el de ayer haciéndolo en honor de Dios (¡ensalzado sea!)» . La mujer se dirigió al homo, lo llenó de leña y lo encendió para engañar a los vecinos. Entretanto recitaba estos versos:

Ocultaré la pena y la pasión que me afligen y encenderé el fuego para engañar a los vecinos.
Estoy satisfecha de todo aquello que llega por un decreto de mi Señor; es posible que al ver mi humildad Él quede satisfecho de mí.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después de haber encendido el fuego ella y su esposo hicieron las abluciones rituales y se pusieron a orar. Una vecina les pidió permiso para coger lumbre del horno y le contestaron: « ¡Tú misma!» La mujer, al llegar al horno para coger el fuego, gritó: « ¡Fulana! ¡Ven antes de que se te queme el pan!» La mujer dijo al esposo: « ¿Qué dices de esto, hombre?» « Levántate y ve a ver.» La mujer se incorporó, se dirigió al horno y lo encontró lleno de pan riquísimo, blanco. La mujer cogió los panecillos y corrió al lado de su marido dando gracias a Dios, Todopoderoso y Excelso, por sus grandes beneficios y sus dones generosos. Comieron pan, bebieron agua y loaron a Dios, alabado sea. La mujer dijo al esposo: « Ven y vamos a rezar a Dios (¡ensalzado sea!). Es posible que Él nos conceda algo que nos enriquezca y evite que continuemos fatigándonos en el trabajo, llevando esta mala vida; así podríamos consagrarnos al ascetismo y a su servicio» . El marido dijo: « Sí» , y el hombre empezó a rezar a su Señor; la mujer dijo « amén» a la plegaria. Inmediatamente después el techo se hundió y cayó un jacinto que iluminó, con su luz, toda la casa. Ambos esposos redoblaron sus rezos en acción de gracias y se pusieron muy contentos por tener tal joya. Rezaron hasta que Dios (¡ensalzado sea!) quiso. Hacia el fin de la noche se quedaron dormidos. La mujer en sueños, vio que entraba en el Paraíso; en él contempló numerosos almimbares alineados en filas y sitiales colocados ordenadamente. Preguntó: « ¿Qué significan estos almimbares?, ¿y estos sitiales?» Se le respondió: « Éstos son los almimbares de los profetas y ésos los sitiales de los verídicos y de los píos» . Preguntó: « ¿Dónde está el sitial de mi marido?» « Es ése.» Lo contempló y vio que tenía un hueco en un lado. Preguntó: « ¿Qué significa este hueco?» « Es el hueco que ocupaba el jacinto que os cayó a través del techo de vuestra casa.» La mujer se despertó llorando y entristecida porque en el sitial de su esposo, situado entre los sitiales de los justos, faltaba algo. Dijo: « ¡Hombre! ¡Reza a tu Señor para que vuelva a colocar este jacinto en el lugar que le corresponde! Sufrir hambre y fatigas durante unos pocos días es preferible a que tu sitial tenga un hueco en medio de los de los virtuosos» . El hombre rezó, el jacinto ascendió y le vieron cruzar a través del techo. Ambos vivieron pobres y devotos hasta que encontraron a Dios, Todopoderoso y Excelso.

AL-HACHCHACH Y EL HOMBRE PIADOSO

Se cuenta que al-Hachchach b. Yusuf al-Taqafi andaba buscando a un hombre noble. Cuando le tuvo delante le dijo: « ¡Enemigo de Dios! ¡Dios te ha puesto en mi mano! ¡Llevadle a la prisión! ¡Encadenadle con una cadena fuerte y pesada! ¡Construid encima suyo una celda para que no pueda salir ni nadie entrar!» Aquel hombre fue llevado a la prisión y llamaron al herrero, quien se

presentó con las cadenas. Cada vez que el herrero daba un golpe de martillo, aquel hombre levantaba la cabeza, miraba al cielo y exclamaba: «¿No le pertenecen la creación y el mundo?» [221] Una vez el herrero hubo concluido, los carceleros construyeron encima una celda y dejaron al preso solo en ella. La pena y la tristeza se apoderaron de él y la fuerza de las circunstancias le llevó a recitar:

¡Oh deseo del místico! ¡Tú constituyes mi deseo! En tu generosidad sin fin confío.
No desconoces la situación en que me encuentro y una sola mirada tuya constituye mi ambición y mi deseo.
Me han encarcelado y me han infligido el tormento. ¡Ay de mí que estoy lejos y solo!
Pero si estoy solo la mención de tu nombre me acompaña; durante la noche, mientras no puedo pegar ojo, eres mi contertulio.
Si Tú estás contento de mí, nada hay que me preocupe. Tú sabes qué es lo que encierra mi corazón.

Al cerrar la noche el carcelero le colocó un guardián al lado y se marchó a su casa. Al día siguiente corrió a la cárcel: las cadenas estaban tiradas en el suelo y no había ni rastro del hombre. El carcelero se asustó y estuvo cierto de que iba a morir. Regresó a su casa, se despidió de su familia, cogió el sudario, metió los aromas con que se unge el muerto en la manga, se presentó ante al-Hachchach y se plantó delante de él. Éste notó el olor de los bálsamos y preguntó: «¿Qué significa esto?» «¡Señor mío! Yo los he traído.» «¿Por qué has traído esto aquí?» El carcelero le explicó la fuga de aquel hombre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al-Hachchach exclamó: «¡Ay de ti! ¿Le oíste decir algo?» «Sí. Cuando el herrero estaba fijando las cadenas con el martillo él miraba hacia el cielo y decía: "¿No le pertenecen la creación y el mundo?"» Al-Hachchach le dijo: «¿No has comprendido? Aquel al que mencionaba en tu presencia le ha puesto en libertad en tu ausencia». Acerca de esto se ha compuesto, con el correr del tiempo, unos versos:

¡Oh Señor! ¡Cuántas aflicciones has alejado de mí! Sin Ti no podría estar ni sentado ni de pie.
¡De cuántos y cuántos asuntos sin solución me has salvado! ¡De cuántas y cuántas y cuántas aflicciones!

EL HERRERO TAUMATURGO

Se refiere que un hombre pío se enteró de que en tal y tal ciudad había un herrero que metía la mano en el fuego y cogía el hierro al rojo vivo sin sufrir el menor daño. Dicho hombre se dirigió a aquella ciudad, preguntó por el herrero y se le indicó su domicilio. Al verle le contempló y vio que hacía lo que se le había dicho. Esperó hasta que hubo concluido su trabajo. Entonces se acercó a él, le saludó y le dijo: « Desearía ser tu huésped esta noche» . « ¡De mil amores!» Le condujo a su casa, cenó con él y durmieron juntos. El huésped no vio ni que se levantase ni que se dedicase al rezo. Se dijo: « Tal vez se haya escondido» . Pasó con él una segunda y una tercera noche sin ver que cumpliese más que las obligaciones religiosas estrictas; no realizaba las recomendadas y por la noche sólo se levantaba un momento. Le dijo: « Hermano mío. He oído hablar del carisma que Dios te ha concedido y lo he visto por mis propios ojos; a continuación he intentado ver las prácticas de ascetismo que realizas, pero no he visto que hicieses nada que sea propio para recibir los carismas, ¿de dónde te vienen?»

El herrero dijo: « Te contaré la causa. Yo estaba enamorado apasionadamente de una muchacha y la solicité con insistencia, sin conseguirla, pues estimaba en mucho la castidad. Vino un año de una gran sequía, de un gran hambre; la comida faltaba y la necesidad iba en aumento. Un día, mientras estaba en mi casa, llamaron a la puerta. Salí a abrir y la encontré en el dintel. Me dijo: "¡Hermano mío! Estoy muy hambrienta y levanto mi cabeza hacia ti. ¡Dame de comer por amor de Dios!" Le repliqué: "¿Es que no sabes cuán grande es mi amor y lo mucho que sufro por tu culpa? No te daré nada de comer hasta que te entregues a mí". "¡Morir es preferible a desobedecer a Dios!" Se marchó, volvió al cabo de dos días y me dijo lo mismo que la primera vez: le contesté igual. Entró en la casa y se sentó: estaba a punto de morir. Coloqué la comida delante de ella. Derramó lágrimas y exclamó: "¡Aliméntame por amor de Dios, Todopoderoso y Excelso!" Repliqué: "¡No lo haré, por Dios, a menos de que te entregues!" "La muerte es preferible a tener que sufrir el castigo de Dios (¡ensalzado sea!)." Se levantó, dejó allí el alimento…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer dejó el alimento] « y salió recitando estos versos:

> ¡Oh, Tú, el Único cuyos beneficios alcanzan a todas las criaturas!: oye mi queja, observa lo que me sucede.

La miseria y la desgracia me han afligido, y me abruman de tal modo que me impiden hablar.
Estoy como el sediento que ve con sus propios ojos el agua, pero ni los ojos se bañan ni puede beber.
El hambre me empujaba a obtener la comida, pero sus delicias son pasajeras mientras que el pecado perdura.

» Estuvo ausente dos días al cabo de los cuales volvió a llamar a la puerta. Salí. El hambre le había debilitado la voz. Me dijo: "¡Hermano mío! Las privaciones me han agostado y no puedo mostrar mi faz a nadie más que a ti, ¿me darás de comer por amor de Dios (¡ensalzado sea!)?" "¡No… a menos de que te entregues!" Entró, se sentó en la casa. Yo no tenía preparada la comida. Cuando se hubo cocido y la hube puesto en la escudilla, Dios (¡ensalzado sea!) me tocó con su gracia. Me dije: "¡Ay de ti! Esta mujer está mal de la cabeza y de religión. Se ha abstenido de comer hasta el momento en que ya no puede aguantar más de tan grande como es el hambre que padece. Ha rechazado la comida una vez tras otra mientras que tú no cesas de desobedecer a Dios (¡ensalzado sea!)". Exclamé en voz alta: "¡Dios mío! Me arrepiento ante Ti por lo que me obcecaba la mente". Cogí la comida, me presenté ante ella y le dije: "¡Come, pues no te ocurrirá ningún mal! Lo hago por amor de Dios, Todopoderoso y Excelso". La mujer levantó los ojos al cielo y exclamó: "¡Dios mío! Si dice la verdad, hazle inmune al fuego en este mundo y en el otro. Tú eres todopoderoso y puedes oír la plegaria". La dejé allí y fui a apagar el fuego del brasero. Era invierno y hacía frío. Un tizón me cayó encima pero yo no noté ningún dolor por voluntad de Dios, Todopoderoso y Excelso. Entonces se me hizo patente que su plegaria había sido escuchada. Cogí la brasa con la mano y no me quemé. Fui a presentarme ante la mujer y le dije: "¡Alégrate! ¡Dios ha escuchado tu plegaria!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el herrero continuó:] « El bocado se le cayó de la mano y exclamó: "¡Dios mío! Así como me has mostrado que mi plegaria, en lo que a este hombre afecta, ha sido atendida, coge ahora mismo mi espíritu. Tú eres poderoso sobre todas las cosas". En el mismo momento Dios se apoderó de su alma. (¡Él tenga misericordia de ella!)»

Acerca de esto la voz del pueblo ha compuesto:

Ella rezó y el Señor escuchó su plegaria y se apiadó del culpable que la había solicitado.

Le mostró, cumplido, lo que para él había pedido y le concedió la gracia que imploraba.
Había acudido a su puerta en espera de un don; se acercó a él en medio de una desgracia.
Él la incitaba a la concupiscencia y a satisfacer la pasión; esperaba conseguir su propósito.
Pero no sabía lo que Dios se proponía hacer con él; le llegó el arrepentimiento sin que se lo propusiera.
Los decretos de Dios son provisiones: el que los recibe, aunque no le estén destinados, corre a su encuentro.

EL ASCETA QUE ERA PROPIETARIO DE UNA NUBE

Se cuenta que había un célebre asceta de los hijos de Israel, consagrado a las prácticas religiosas y al rezo. Cuando rogaba a su Señor, Éste le escuchaba, le daba cuanto pedía y sus deseos eran atendidos. Deambulaba por los montes y pasaba en vela la noche. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) le había cedido una nube que le acompañaba dondequiera que iba y le escanciaba agua en gran cantidad para que pudiese realizar las abluciones y beber. Así siguieron las cosas hasta que el transcurso del tiempo hizo languidecer sus rezos: Dios le quitó la nube y dejó de atender a sus peticiones. Esto le entristeció, le llenó de pena y empezó a pensar con nostalgia en él tiempo en que Dios le concedía tal milagro; suspiraba, gemía y se desesperaba. Una noche, mientras dormía, oyó que se le decía: « Si quieres que Dios te devuelva la nube, ve en busca del rey tal, en tal y cual país. Pídele que rece por ti. Entonces, Dios (¡ensalzado sea!) te devolverá la nube y la impulsarás hacia ti gracias a la bendición de sus benditas plegarias» . La voz recitó estos versos:

Ve en busca del pío Emir en pos de obtener satisfacción de tu grave problema.
Si él reza a Dios tendrás lo que pides y caerá la lluvia.
Él es el rey más poderoso y no tiene igual entre los soberanos.
Junto a él encontrarás una cosa que será nuncio de felicidad y de alegría.
Atraviesa, para llegar hasta él, los desiertos y recorre, ininterrumpidamente, las distancias.

Aquel hombre cruzó los países hasta llegar al territorio que se le había indicado en sueños. Preguntó por el rey y se le indicó dónde estaba. Se dirigió a su palacio. En la puerta encontró un paje sentado en un trono magnífico; estaba

estupendamente vestido. El hombre se detuvo, le saludó y el paje le devolvió el saludo y le preguntó: « ¿Cuál es tu deseo?» « Yo soy un hombre injusto y he venido a ver al rey para exponerle mi historia.» « Hoy no hay modo de que puedas verle. Ha señalado un día a la semana para que le visiten las personas que tienen algo que pedirle. Sólo entran en ese día, que es tal. Ve, sigue tu camino hasta que llegue el día en cuestión.» Aquel hombre reprobó que el rey se mantuviese alejado de las gentes y pensó: « ¿Cómo es posible que éste sea uno de los santos de Dios, Todopoderoso y Excelso?» En este estado de ánimo esperó el día que se le había dicho. Refiere: « Cuando llegó el día que me había dicho el portero entré en el palacio; ante la puerta encontré algunas gentes que estaban esperando permiso para pasar. Esperé con ellos hasta que salió un ministro que llevaba un traje magnífico y al que precedían criados y esclavos. Dijo: "¡Entren los que tengan que hacer peticiones!" Entraron y yo me metí con el grupo. El rey estaba sentado y ante él estaban los grandes del reino dispuestos según su posición y su rango. El visir se quedó en pie y empezó a introducir a uno en pos de otro hasta que llegó mi turno. Cuando el visir me hubo presentado, el rey me miró y dijo: "¡Sé bien venido, dueño de la nube! Siéntate y espera hasta que pueda atenderte". Me quedé perplejo ante sus palabras, reconociendo su alto rango y su virtud. Cuando hubo terminado de despachar a las gentes y hubo concluido con ellas se levantó; el ministro y los grandes del reino hicieron lo mismo. El rey me cogió de la mano y me introdujo en su palacio. Junto a la puerta vi un esclavo negro que llevaba un magnífico vestido, con el casco en la cabeza; a la derecha y a la izquierda tenía cotas de malla y arcos. Se acercó al rey, dispuesto a cumplir órdenes y a satisfacer sus necesidades. Abrió la puerta del alcázar y entré llevado de la mano por el rey. Topamos, delante de nosotros, con un pabelloncito. El rey, en persona, lo abrió y entramos en un lugar en ruinas, deshecho. Pasó a una habitación que no tenía más que el tapiz para la plegaria, el recipiente para las abluciones y algunas hojas de palma. Se quitó los vestidos que llevaba puestos, se puso una burda túnica de lana blanca y tocó su cabeza con un sombrero de fieltro. Luego se sentó y me hizo sentar. Llamó a su esposa. "¡Fulana!" Respondió: "¡Heme aquí!" "¿Sabes a quién tenemos hoy por huésped?" "¡Sí! Al dueño de la nube." "Sal; no te preocupes de él."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el asceta prosiguió:] « El rey dijo: "Hermano mío, ¿quieres conocer nuestra historia o bien que recemos inmediatamente por ti?" "Desearía conocer vuestra historia. Es lo que más deseo." El rey refirió: "Mis padres y mis abuelos me legaron el reino que pasó de uno a otro primogénito hasta que el último murió y el poder vino a mis manos.

Dios había hecho que éste me fuese odioso, pues yo quería peregrinar por la tierra y dejar que los hombres resolviesen por sí mismos sus asuntos. Mas pronto temí que estallase la discordia entre ellos, que se perdiesen las leyes divinas y que desapareciese la unidad de la religión. Dejé, entonces, las cosas como estaban y ahora doy a cada funcionario un gran sueldo, me visto el traje regio, pongo a los esclavos al lado de la puerta para aterrorizar a los malvados y defender a la gente de bien aplicando las penas prescritas. Una vez hecho esto regreso a mi casa, me quito aquellos vestidos y me pongo las ropas que ves. Ésta, mi prima, es mi compañera en el ascetismo y me ayuda a ser devoto. De día trabajamos estas hojas de palma y rompemos el ayuno cuando llega la noche. En esta situación hemos pasado cerca de cuarenta años. Quédate con nosotros —y que Dios te tenga misericordia— hasta que hayamos vendido esta estera; cenarás, pasarás la noche aquí y después te irás con lo que deseas si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere".»

El asceta refiere: « Al terminar el día vino un niño de cinco años que cogió la estera que habían fabricado, la llevó al mercado, la vendió por un *qirat*, compró pan y habas y regresó con esto. Comimos juntos y pasé la noche con ellos. A medianoche se incorporaron y rezaron llorando. Al amanecer el rey dijo: "¡Dios mío! ¡Ése es tu esclavo que te pide que le devuelvas su nube! ¡Tú puedes hacerlo, Dios mío! ¡Muestra que le contestas y devuélvele su nube!" Su mujer decía amén cuando ya estaba formándose la nube. Me dio la buena noticia, yo me despedí de los dos y me marché seguido por mi nube del mismo modo que antes. Desde entonces todo lo que he pedido a Dios (¡ensalzado sea!) por la intercesión de ellos dos, me ha sido concedido. He improvisado estos versos:

Ciertamente mi Señor tiene los esclavos más puros cuyos corazones discurren por el jardín de su sabiduría.
El movimiento de su cuerpo se ha calmado porque en el interior de su corazón sólo hay intenciones puras.
Los ves callados, humildes ante su Señor porque contemplan lo oculto como si estuviese descubierto.

EL PRISIONERO MUSULMÁN Y LA CRISTIANA

Se refiere que el Emir de los creyentes, Umar b. al-Jattab (¡Dios esté satisfecho de él!), preparó un ejército de musulmanes al que despachó contra el enemigo. Avanzó sobre Siria y sitió con rigor una de sus fortalezas. Entre los musulmanes había dos hermanos a los que Dios había hecho resueltos y valientes frente al enemigo. El jefe de la fortaleza había dicho a sus lugartenientes y a los

paladines que tenía con él: « Si esos dos musulmanes fuesen hechos prisioneros con algún engaño o muertos, vosotros bastaríais para hacer frente a los demás» . No cesaron de preparar emboscadas, de idear añagazas, de idear trampas y celadas hasta que uno de los dos hermanos fue hecho prisionero y el otro murió mártir. El musulmán prisionero fue llevado ante él comandante de la fortaleza. Éste, al verle, dijo: « Matarlo sería una desgracia; devolverlo a los musulmanes, me molesta» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el comandante prosiguió:] « Desearía que entrase en la religión cristiana; así sería un auxiliar y un colaborador.» Uno de los patricios dijo: « ¡Comandante! Yo le expondré a las tentaciones hasta que reniegue de su religión. Será así porque los árabes aprecian mucho a las mujeres y yo tengo una hija hermosa y bella. En cuanto la vea se enamorará» . « ¡Tuyo es el musulmán! ¡Llévatelo!» Le condujo a su domicilio. Vistió a su hija con unos vestidos muy hermosos que hacían descollar su hermosura natural. Hizo entrar al musulmán y mandó servir la comida. La muchacha cristiana se quedó plantada, ante él, como si fuese una criada obediente a su señor que espera órdenes y está dispuesta a cumplirlas. El musulmán, al darse cuenta de la situación en que se encontraba, se confió a Dios (¡ensalzado sea!), bajó la vista y se dedicó a adorar a su Señor y a leer el Corán. Tenía una hermosa voz y su canturreo hacía mella en el alma: la joven cristiana se enamoró apasionadamente y le amó con delirio. Esta situación se prolongó durante siete días hasta que empezó a decir: « ¡Ojalá que él acepte que yo me haga musulmana!» Las circunstancias la hicieron recitar estos versos:

¿Te apartas de mí mientras que mi corazón hacia ti se inclina? Sea mi vida vuestro rescate; mi corazón, vuestra morada.
Yo estoy satisfecha de abandonar mi familia y de renegar de una religión que hay que defender con la punta de la espada.
Atestiguo que Dios no tiene más Señor que Él. Esto está claro y no cabe duda alguna.
Tal vez Él decrete mi unión con quien me rehúye y refresque un corazón al que agobian la pasión y el amor.
Las puertas que estaban cerradas se han abierto y ha visto satisfechos sus deseos quien había sufrido las penas.

Cuando se hubo agotado su paciencia, con el corazón oprimido, la joven se arrojó en sus brazos y dijo: « ¡Te conjuro, por tu religión, a que escuches mis

palabras!» « ¿Qué palabras?» « ¡Expónme el Islam!» El musulmán le expuso su fe y ella se convirtió; después cumplió la purificación y él le explicó cómo se reza. Una vez lo hubo hecho, la muchacha dijo: « ¡Hermano mío! Tú has sido la causa de mi conversión al Islam y deseo vivir en tu compañía» . « El Islam prohíbe el matrimonio a menos de que haya dos testigos jurados, el pago de una dote, y un procurador que represente a la mujer: yo no veo ni los testigos, ni la dote ni el procurador. Pero si tú te las ingenias para que podamos salir de este lugar, espero poder alcanzar el territorio musulmán y te prometo que no tendré más mujer que tú.» « Ya me las ingeniaré» , contestó la chica. Llamó a su padre y a su madre y les dijo: « El corazón de este musulmán se ha enternecido y quiere entrar en nuestra religión. Yo me he ofrecido a él pero me ha replicado: "No está bien que yo me case en el pueblo en que ha sido muerto mi hermano. Si pudiese irme de él mi corazón se tranquilizaría y haría lo que se pide de mí". No hay inconveniente en que me dejéis ir con él a otra ciudad. Yo salgo fiadora ante vosotros dos y el rey de que hará lo que deseáis» . El padre corrió a ver al Emir y le informó de lo que ocurría. Éste se alegró mucho y le mandó que se marchase con la muchacha al pueblo que ésta había indicado. Salieron, llegaron al pueblo y permanecieron en él todo el día. Al caer la noche reemprendieron el viaje y corrieron camino adelante como dice un poeta:

Dijeron: « ¿Está inminente la partida?» Contestó: « ¿Cuántas veces se amenaza con la partida?
Mi único trabajo consiste en cruzar el desierto, en recorrer la tierra milla tras milla.
Si las personas amadas se marchan a otro lugar, yo las acompaño como un caminante más.
Tomo a mi pasión como guía para que me conduzca hacia ellas: me muestra la senda sin necesidad de otro guía» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que viajaron durante toda la noche. El joven montaba en el corcel y llevaba en la grupa a la muchacha. No pararon de andar hasta que se hizo inminente la aparición de la aurora; entonces se alejó del camino, hizo que se apease la joven, hicieron las abluciones y rezaron la oración de la mañana. Mientras estaban en este lugar oyeron el ruido de las armas, el tintineo de las riendas, voces humanas y el repicar de los cascos de los caballos. Le dijo: « ¡Fulana! Éstos son los cristianos que nos persiguen; nos han alcanzado y no tenemos medio de rehuirles, pues el caballo está cansado y agotado hasta el

punto de que no puede dar ni un paso» . « ¡Ay de ti! ¿Tienes miedo?» « Sí.» « ¿Y dónde está el poder de tu Señor y el auxilio que presta a quienes le imploran y que tú me has explicado? ¡Vamos! ¡Humíllate ante Él e implórale! Tal vez venga en nuestro auxilio y nos socorra con su gracia. ¡Gloriado y ensalzado sea!» « ¡Por Dios que voy a hacer lo que dices!» Ambos se humillaron ante Dios (¡ensalzado sea!), y el joven recitó estos versos:

Aunque llevase coronas y diademas te necesitaría a todas horas.
Tú constituyes mi mayor deseo; si mi mano conquistase lo que apetece ya no tendría ninguna necesidad.
No niegas nada de lo que posees; la corriente de tu generosidad desciende continua, a borbotones.
Yo, por mi desobediencia, merecería pasar inadvertido, pero la luz de tu perdón, ¡oh Clemente!, todo lo ilumina.
¡Oh Tú que libras de las penas! ¡Pon fin a la desgracia que me aflige! ¿Quién, si no Tú, puede librarme en tal dificultad?

Mientras él rezaba la joven iba diciendo « amén» a sus invocaciones. El galope de los caballos se iba acercando. El joven oyó la voz de su hermano, el que había muerto mártir, que le decía: « ¡Hermano mío! ¡No temas! La comitiva que viene es una comitiva de Dios: os envía sus ángeles para que sean testigos de vuestra boda. Dios (¡ensalzado sea!) os ha equiparado con los ángeles y os ha concedido una recompensa propia de los bienaventurados y de los mártires. Ha encogido la tierra para vosotros y al amanecer te encontrarás en los montes de Medina. Cuando te reúnas con Umar b. al-Jattab (¡Dios esté satisfecho de Él!) salúdale en mi nombre y dile: “Que Dios te recompense el bien que has hecho al Islam: has sido prudente y esforzado”.» Los ángeles levantaron en aquel instante la voz y saludaron a él y a su mujer diciendo: « Dios (¡ensalzado sea!) te había casado con ella dos mil años antes de la creación de vuestro primer padre, Adán (¡sobre él sea la paz!)» . Los dos esposos desbordaron de alegría, satisfacción, paz y seguridad; su fe creció y aquellos seres temerosos de Dios se cercioraron de que estaban en la buena senda.

Al despuntar la aurora rezaron la plegaria de la mañana. Umar b. al-Jattab (¡Dios esté satisfecho de él!) la rezaba cuando aún era oscuro; a veces acudía al *mihrab* seguido únicamente por dos hombres y empezaba la oración por la azora de « Los rebaños» o de « Las mujeres» [222] y así despertaba al que aún dormía, hacía las abluciones quien tenía que hacerlas y acudía el que estaba lejos, con lo cual cuando terminaba la primera arraca la mezquita ya estaba llena de gente; la segunda arraca la rezaba con una azora corta, breve. Aquel día hizo la primera arraca con una azora breve, sucinta; lo mismo hizo con la segunda. Cuando hubo pronunciado la salutación que da fin al rezo unió a sus

compañeros y dijo: «¡Acompañadnos al encuentro de los esposos!» Sus compañeros se quedaron estupefactos y no comprendieron sus palabras. Seguido por éstos Umar llegó hasta la puerta de la ciudad. El muchacho, que había distinguido las banderas de la ciudad en cuanto había aclarado la luz, se acercó hacia la puerta seguido de su esposa. Umar y los musulmanes le salieron al encuentro. Una vez en el interior de Medina, Umar (¡Dios esté satisfecho de él!) mandó preparar un banquete. Los musulmanes se sentaron a la mesa y comieron. El joven consumó el matrimonio y Dios (¡ensalzado sea!) le concedió hijos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dios le concedió hijos] que combatieron en la senda de Dios y que conservaron, para su vanagloria, el recuerdo de su genealogía. ¡Qué hermoso es lo que se ha dicho en este sentido!:

Te veo ante la puerta llorando y quejándote y sólo te contestan los otros pedigüeños.
¿Te han aojado o te ha ocurrido una desgracia, o bien te separa un velo de la puerta del amigo?
¡Desgraciado! Grita hoy e invoca el nombre de Dios; arrepiéntete como los hombres se arrepintieron y volvieron hacia Él.
Es posible que la lluvia del perdón lave lo pasado y que la recompensa cale a los pecadores.
A veces el preso se libera a pesar de estar en grillos y queda libre quien era prisionero del castigo.

Ambos esposos vivieron la más cómoda de las vidas en la mayor felicidad hasta que les alcanzó el destructor de las dulzuras y el separador de las compañías.

LA PRINCESA CRISTIANA Y EL MUSULMÁN

Se cuenta que Sidi Ibrahim al-Jawwas (¡Dios tenga misericordia de él!) refería: «En cierta época mi espíritu me incitaba a visitar el país de los incrédulos; intenté quitármelo de la cabeza, pero no pude; procuré desechar la idea, pero fue imposible. Entonces me puse en camino, recorrí sus regiones, crucé sus comarcas; la ayuda de Dios me protegía y su protección me seguía; no

encontré ningún cristiano que no apartase su mirada de mí y que no se alejase. Llegué a una ciudad y junto a la puerta encontré un grupo de esclavos cubiertos de armas, con mazas de hierro en la mano. Al verme se acercaron y me dijeron: "¿Eres médico?" Contesté: "Sí". "Pues acude a la llamada del rey." Me condujeron ante el soberano: era un rey poderoso, de noble rostro; cuando entré me miró y me preguntó: "¿Eres médico?" "Sí." "Conducidle ante ella, pero antes de que entre explicadle la condición." Me sacaron y me dijeron: "El rey tiene una hija a la que aqueja una grave enfermedad; los médicos no han sabido curarla; todos los médicos que se presentan ante ella y la tratan, sin curarla, son condenados a muerte por el rey. Di qué te parece". "El rey ha mandado que me conduzcáis ante ella; introducidme pues." Me acompañaron ante su puerta. En cuanto llegué, llamaron. Gritó quien estaba en el interior: "Haced entrar al médico que posee el secreto portentoso", y recitó:

Abrid la puerta pues ha llegado el médico. Observad a mi alrededor: tengo un secreto portentoso.
¡Cuántos vecinos están lejos! ¡Cuántas personas que viven lejos están cerca!
Yo, entre vosotros, era una extraña y el verídico ha querido que fuese familiar a un extranjero.
Nos ha reunido el vínculo de la fe: mirad qué amante y qué amado.
Él me invitó a reunimos mientras espías y vigilantes intentaban impedirlo.
Dejad de censurarme y abandonad vuestra maledicencia, pues yo —¡ay de vosotros!— no os he de hacer caso.
Yo no me pliego por lo que es fugaz y transitorio; me propongo alcanzar lo eterno; lo inmutable.»

El mercader refiere: « Un hombre muy anciano abrió rápidamente la puerta y dijo: "¡Entra!" Entré y vi una amplia habitación cubierta por flores de toda clase; una cortina tapaba uno de los ángulos detrás de la cual se oía un leve gemido que salía de un cuerpo extenuado. Me senté delante del velo y quise saludar con la fórmula musulmana. Pero me acordé de las palabras del Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!): "No pronuncies el saludo con la fórmula 'La paz sea sobre ti' cuando te encuentres a judíos y cristianos. Cuando los encuentres en la calle, fuérzales a pasar por el lado más estrecho". Me abstuve, pero ella me dijo desde detrás de la cortina: "¡Jawwas! ¿Dónde está el saludo que indica la unidad de Dios y la pureza?"»

Refiere: « Esto me admiró y pregunté: "¿De dónde me conoces?" "Cuando los corazones y las ideas son puras la lengua expresa lo que encierra el pensamiento. He pedido a Dios, ayer, que me mandase uno de sus santos para que por su mediación me llegase la salvación. Desde uno de los ángulos de mi

habitación se me ha gritado: 'No te entristezcas: te enviaré a Ibrahim al-Jawwas'". Le pregunté: "¿Cuál es tu historia?" "Hace ya cuatro años que se me hizo patente la verdad: Él es el que habla, el Intimo, el Allegado, el Contertulio. Mi familia clavó en mí los ojos, hicieron cábalas y me creyeron loca. Todos los médicos que por su encargo entraban a verme me han molestado; todos sus visitantes me han fastidiado". Pregunté: "¿Y qué te ha hecho adoptar esta creencia?" "Pruebas evidentes y prodigios manifiestos; cuando se te ilumina el camino distingues al guía y al guiado."»

El narrador refiere: « Mientras yo estaba hablando con ella se acercó el viejo que la tenía bajo su custodia y le preguntó: "¿Qué hace tu médico?" "Ha diagnosticado la enfermedad y ha acertado con la medicina."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Jawwas prosiguió]: « El viejo me demostró su alegría y su alborozo, me trató con afecto y cariño y corrió ante el rey para informarle. Éste ordenó que se me tratase con generosidad. Continué visitándola durante siete días. Ella me dijo: "¡Abu Ishaq! ¿Cuándo huiremos al país del Islam?" "¿Cómo podrás salir? ¿Quién te ayudará?" "El mismo que te hizo llegar hasta mí y que te condujo a mi presencia." "¡Qué bien has hablado!" Al día siguiente salimos por la puerta de la fortaleza ocultos a todos los ojos, pues cuando Él quiere que algo sea dice "Sé" y es» .

El narrador refiere: « Jamás vi a nadie más constante que esa muchacha en el ayuno y en la oración; durante siete años vivió cerca del Templo Sagrado de Dios, allí murió y la tierra de La Meca cubrió su tumba. ¡Que Dios haga descender sobre ella la misericordia y se apiade del autor de estos versos!:

Cuando me trajeron el médico ya eran patentes las huellas de las lágrimas abundantes y de la enfermedad.
Levantó el velo que me cubría el rostro y debajo vio un alma sin aliento y sin cuerpo.
Les dijo: "Es difícil que se cure, pues el amor tiene un secreto imposible de comprender"
Dijeron: "Si los hombres no saben lo que tiene y no han podido explicar claramente sus causas
¿cómo ha de ser eficaz la medicina?" Contesté: "Dejadme hacer, pues yo no juzgo por meras suposiciones".»

Se cuenta que un Profeta se había retirado a un monte elevado; a sus pies brotaba el agua de una fuente. Pasaba el día sentado en la cima del monte, en un lugar en que no podía verle la gente, rezando a Dios (¡ensalzado sea!) y observando a las personas que acudían allá. Cierto día, mientras estaba sentado contemplando la fuente, vio llegar a un caballero que descabalgó de su corcel, se quitó un saco que llevaba al cuello, descansó y bebió agua; después se marchó dejando abandonado allí el saco que contenía monedas de oro. Apareció otro hombre que se dirigía a la fuente: cogió el saco de dinero, bebió agua y se marchó sin contratiempo. Más tarde apareció un leñador llevando un hato muy pesado de leña a sus espaldas. Se sentó junto a la fuente y bebió agua. Entonces regresó el caballero que antes había estado allí, muy nervioso, y preguntó al leñador: « ¿Dónde está la bolsa que dejé aquí?» « No tengo idea.» El caballero desenvainó la espada y de un golpe mató al leñador. Registró sus vestidos, no encontró nada, lo abandonó allí y continuó su camino. El Profeta exclamó: « ¡Señor mío! ¡Uno roba mil dinares y otro asesina impunemente!» Dios le reveló: « Preocúpate de tus oraciones, pues el gobierno del Universo no te incumbe. Sabe que el padre de ese caballero había distraído mil monedas de oro del haber del padre del hombre que se las ha robado. He dado al hijo el dinero que pertenecía al padre. Por su parte, el leñador había asesinado al padre de este caballero y por ello el hijo ha aplicado la ley del talión» . Aquel Profeta exclamó: « ¡No hay más Dios que Tú, ensalzado seas! ¡Tú conoces lo desconocido!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que un poeta ha compuesto sobre este tema:

El Profeta vio lo que podía verse con la vista y empezó a preguntar por lo sucedido.
Sus ojos habían visto lo que no habían comprendido: Dijo: « ¡Señor mío! ¿Qué es esto? El asesinado era inocente;
el otro ha conseguido la riqueza sin fatiga mientras que al aparecer tenía aspecto de pordiosero.
Aquél murió después de haber vivido sin cometer culpa importante, ¡oh Creador del género humano!»
« El dinero pertenecía al padre del que has visto llegar a recoger su herencia sin fatiga.
El leñador había asesinado al padre de ése; el hijo ha aplicado el talión y ha conseguido la victoria.

¡Siervo nuestro! Deja de pensar en esto, pues nosotros hemos metido en las criaturas secretos que escapan a la agudeza de la vista.

Acepta nuestras decisiones y humíllate ante nuestro poder, pues nuestra omnipotencia actúa para el bien y para el mal.»

CONVERSIÓN DE UN LIBERTINO

Un hombre pío refería: « Era barquero en el Nilo y pasaba de la orilla oriental a la occidental. Cierto día estaba sentado en mi barquichuelo. Se acercó un anciano de rostro radiante, se detuvo ante mí y me saludó. Le devolví el saludo. Me dijo: "¡Llévame, por amor de Dios (¡ensalzado sea!)!" Contesté: "¡Sí!" "¡Dame de comer, por Dios!" "Sí." Subió a la barca y le transporté a la orilla oriental; llevaba puesta una túnica remendada y una cantimplora y un bastón en la mano. Cuando estuvo a punto de desembarcar me dijo: "Quiero confiarte un depósito". "¿De qué se trata?" "Me ha sido revelado que mañana al mediodía vendrás a buscarme y me encontrarás muerto debajo de aquel árbol. Me lavarás, me amortajarás en el sudario que encontrarás debajo de mi cabeza y me enterrarás en estas arenas después de haber rezado por mí. Cogerás esta túnica remendada, la cantimplora y el bastón. Entrégaselo a quien se te presente pidiéndolo." Me admiré de sus palabras y así pasé aquella noche. Al día siguiente esperé la hora que me había indicado pero al llegar él mediodía me olvidé. Ya mediaba la tarde cuando tuve la revelación. Corrí y le hallé muerto debajo del árbol; junto a su cabeza encontré un sudario nuevo que exhalaba un olor de almizcle. Le lavé, le amortajé, recé por él, abrí la fosa y le enterré. A continuación crucé el Nilo y llegué cuando ya era de noche a la orilla occidental llevando el hábito remendado, la cantimplora y el bastón. Al día siguiente, cuando despuntó la aurora y se hubo abierto la puerta de la ciudad vi aparecer a un joven cuya vida de libertino conocía; vestía preciosos vestidos y en la mano llevaba restos de alheña. Avanzó hasta llegar junto a mí y dijo: "Fulano". "Aquí estoy." "¡Dame el depósito!" "¿En qué consiste?" "Un hábito remendado, una cantimplora y un bastón." "¿Quién te los da?" "No sé nada; ayer por la noche en la boda de Fulana velé, cantando, hasta la llegada de la aurora. Me dormí pero no pude pegar los ojos, puesto que se plantó ante mí una persona. Me dijo: 'Dios (¡ensalzado sea!) se ha llevado consigo el espíritu del santón Fulano y te ha colocado a ti en su lugar. Ve a ver a Fulano, el transbordador, y recibe el hábito remendado, la cantimplora y el bastón, pues él santón se lo ha dejado en depósito." Saqué las cosas y se las entregué. Allí mismo se quitó sus vestidos, se puso el hábito, se marchó y me dejó. Me puse a llorar por no haber sido elegido para suceder al santo. Llegada la noche me dormí y vi en sueños al Señor Todopoderoso (¡bendito y ensalzado sea!) quien me dijo: "¡Esclavo mío! ¿Es que

te pesa el que yo haya concedido a uno de mis siervos el retorno junto a Mí? Ésta es una gracia mía que doy a quien quiero, pues yo soy poderoso por encima de todas las cosas".

» Yo recité estos versos:

El amante, que aspira al Amado, debe carecer de deseos; ¡si tú supieras que todas tus ambiciones te están vedadas!
Si Él quiere acercarse a ti será un favor, una condescendencia; si se aparta de ti no puedes reprobarlo.
Si cuando se aparta de ti no experimentas alegría, vete; aquel sitio no te corresponde.
Si no sabes distinguir cuando está lejos de cuando está cerca, es que ya has avanzado y que el amor progresa.
Si Tú me concedes el señorío de las pasiones o bien mi amor por Ti me conduce a la muerte,
el que Tú huyas de mí, te apartes o te acerques da igual: no se puede reprender a quien se cree feliz.
El único propósito de mi amor por Ti consiste en agradarte; si quieres estar lejos me da igual.»

EL ISRAELITA PÍO

Se cuenta que uno de los mejores hijos de Israel era muy rico y tenía un hijo bueno, afortunado. Llegó el momento de la muerte de aquel hombre. Su hijo acudió a sentarse en su cabecera. Dijo: « ¡Señor mío! ¡Confíame tu última voluntad!» « ¡Hijo mío! ¡No jures en el nombre de Dios, sea de verdad, sea en falso!» Aquél hombre murió y el hijo sobrevivió al padre. Se divulgó lo que éste le había recomendado entre los hijos de Israel. Un desaprensivo acudía ante el hijo y le decía: « Tu padre tenía tal y tal cosa mía y tú lo sabes: dame lo que me pertenece o presta juramento». El muchacho, ateniéndose a la última recomendación de su padre, le daba todo lo que le pedía. Los desaprensivos no dejaron de hacer esto hasta que agotaron sus bienes y la pobreza le agobió. El muchacho tenía una mujer piadosa y afortunada y dos hijos pequeños. Le dijo: « Las gentes han multiplicado sus peticiones; mientras tenía algo he ido pagando pero ahora ya no nos queda nada; si vuelven a pedirme algo ni yo ni tú podremos darlo. Lo mejor sería ponernos a salvo e irnos a un lugar en que nadie nos conozca; nos ganaremos el sustento como la otra gente». El matrimonio se embarcó con sus dos hijos sin que él supiese adonde dirigirse. « Dios decide. No hay contradictor de su decisión.» [223] La voz de las circunstancias dijo:

¡Oh tú que escapas de tu casa rehuyendo a los enemigos! ¡Te llega la felicidad en el momento de la huida!

No te acongojes por tener que marcharte: el poder del emigrante, es tanto mayor cuanto más lejos va de su patria.

Si la perla permaneciese en su concha, la corona de los reyes no sería su morada.

El buque naufragó y aquel hombre se salvó sobre un madero; la mujer sobre otro y cada uno de los hijos en otro. Las olas los separaron. La mujer llegó a un país; uno de los hijos a otro país y el segundo fue recogido por la tripulación de una nave en alta mar. Las olas arrojaron al padre a una isla apartada. Puso pie en tierra, hizo las abluciones con el agua del mar, entonó la llamada a la oración y rezó la plegaria.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que inmediatamente surgieron del mar seres de distintas figuras que rezaron con él. Cuando terminó se dirigió a un árbol que había en la isla y comió sus frutos los cuales le quitaron el hambre; más tarde encontró una fuente de agua, bebió de ella, y dio gracias a Dios, todopoderoso y excelso. Pasó así tres días rezando; los seres marinos surgían para rezar con él. Al cabo de los tres días oyó que un pregonero gritaba: « ¡Hombre pío que has respetado la voluntad de tu padre, que has observado la voluntad divina: no te entristezcas! Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) te devuelve lo que salió de tus manos. En esta isla hay grandes tesoros, riquezas y bienes: Dios quiere que tú los heredes. Se encuentran en tal y tal sitio de la isla. Ve a buscarlos, pues nosotros te enviaremos naves. Haz bien a los hombres y atráelos hacia ti: Dios, todopoderoso y grande, inclinará sus corazones hacia ti» . Se dirigió al lugar de la isla indicado y Dios le descubrió los tesoros. Los navegantes empezaron a frecuentarla y les hizo grandes beneficios. Les decía: « Si vosotros enviáis a las gentes hacia mí yo les daré tal y tal cosa y les daré esto y esto» . La gente de los países y de las regiones acudieron allí y al cabo de diez años la isla estaba ya poblada y el joven había pasado a ser el rey; todo aquel que acudía en busca de refugio recibía algún favor. Su renombre se extendió por todo lo largo y ancho de la tierra.

Su hijo mayor había ido a parar a un hombre que le educó y le instruyó; el menor había caído en manos de otro que le crió, le educó con esmero y le enseñó el comercio. La mujer había pasado a depender de un comerciante quien le confió sus bienes y le prometió no molestarla y ayudarla a servir a Dios, todopoderoso y excelso. Viajaba en un buque por los distintos países y la acompañaba adondequiera que fuese. El hijo mayor oyó hablar de aquel rey y

se dirigió en su busca sin saber quién era. El rey, apenas llegó, le concedió en seguida su confianza y le nombró su secretario. El otro hijo oyó hablar de aquel rey justo y pío. Fue a reunirse con éste y realizó el viaje sin saber de quién se trataba. En cuanto se presentó ante el soberano éste le invistió con el cargo de administrador de sus asuntos. Así pasaron cierto tiempo a su servicio sin que ninguno de ellos supiese quién era el otro. El comerciante junto al cual estaba la mujer oyó hablar de aquel rey como hombre bondadoso y generoso con todo el mundo. Tomó consigo un lote de telas preciosas y objetos de regalo propios de su país y se embarcó acompañado por aquella mujer hasta llegar a la costa de la isla. Desembarcó, se presentó ante el rey y le ofreció los regalos. El soberano los contempló, se alegró mucho con ellos y mandó dar una gran recompensa al visitante. Entre los regalos se encontraban fármacos y el rey quiso que el comerciante le diese a conocer sus nombres y le explicase sus propiedades. El soberano rogó: « Permanece esta noche en nuestro domicilio» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre] contestó: « Tengo en la nave una persona bajo mi custodia. Le he prometido que yo me ocuparía personalmente de ella; es una mujer piadosa, cuyas plegarias son escuchadas y sus consejos me han dado siempre buenos resultados» . El rey dijo: « Mandaré personas de confianza para que pasen con ella la noche y custodien todo lo que posee» . El comerciante aceptó la propuesta y se quedó junto al rey. Éste envió a su secretario y a su intendente diciéndoles: « Id y guardad durante la noche, si Dios lo quiere, el barco de este hombre» . Se marcharon, subieron al buque y él uno se sentó en la proa y el otro en la popa. Ambos rezaron a Dios, todopoderoso y excelso, durante una parte de la noche. Después uno de ellos dijo al otro: « '¡Fulano! El rey nos ha mandado estar de guardia y hemos de procurar no dormirnos. Ven aquí y hablaremos de las alternativas de la suerte, de los favores que hemos recibido y de las pruebas que hemos pasado» . El otro explicó: « ¡Hermano mío! Entre las muchas pruebas que he sufrido está la de que él Destino me separó de mis padres y de un hermano que se llamaba igual que tú. El motivo de ello fue él haber embarcado mis padres en tal y tal sitio; los vientos nos fueron contrarios, nuestro buque se fue a pique y Dios nos separó 'a unos de otros» . « ¿Y cómo se llamaba tu madre?» « ¡Fulana!» « ¿Y tu padre?» « Mengano.» Un hermano se echó en brazos del otro exclamando: « ¡Por Dios! ¡Tú eres realmente mi hermano!» El uno explicó al otro lo que le había ocurrido desde la niñez. La madre oía lo que decían pero ocultó sus sentimientos y esperó. Al llegar la aurora uno dijo al otro: « Ven, hermano mío, lo contaremos en mi casa» . « Sí.» Ambos se marcharon. Llegó aquel hombre y encontró a la mujer

muy descompuesta. Le preguntó: « ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué desgracia te ha alcanzado?» « Esta noche me has enviado a quienes me querían mal; ambos me han turbado de esta manera.» El comerciante se enfadó, se marchó a ver al rey y le informó de lo que habían hecho sus dos hombres de confianza.

El rey, a pesar de que los amaba, pues estaba seguro de su fidelidad y devoción, les mandó comparecer inmediatamente e hizo acudir a la mujer para que declarase la trastada que le habían hecho. Se la llevaron. El soberano le preguntó: « ¡Mujer! ¿Qué te ha pasado con estos dos hombres de confianza?» « ¡Oh, rey! ¡Te pido por Dios, el Grande, él Señor del Trono magnífico, que les mandes que repitan lo que hablaban ayer!» « Decid de lo que hablabais y no ocultéis nada.» Repitieron sus palabras. El rey se incorporó encima de su estrado, dio un grito enorme, se arrojó a su encuentro y los abrazó exclamando: « ¡Por Dios! ¡Vosotros sois mis dos hijos!» La mujer se destapó el rostro y dijo: « ¡Y yo, por Dios, soy su madre!» Así se reunieron y vivieron en la más dulce y regalada de las vidas hasta que la muerte les llamó. ¡Gloria a Aquel que conduce a la criatura hacia su salvación y que no defrauda sus esperanzas y deseos! ¡Qué hermoso es lo que se dijo en este sentido!:

Cada cosa tiene su tiempo; Dios ordena, ¡oh hermano!, concederla o negarla.
No te aflijas por las desgracias que te abruman pues el desahogo nos llega tras las dificultades.
¡Cuántas veces el afligido ve aparecer dificultades que en su interior le reservan alegrías!
¡Cuántas veces una persona es vil a los ojos de la gente y acaba colmado por los bienes de Dios!
Éste, al que la amargura y el daño hirieron, al que el tiempo cargó de calamidades,
al que el destino separó de los seres que amaba y todos ellos, después de haber convivido se separaron,
a éste, pues, Dios le ha devuelto sus bienes, le ha reunido con su familia. En todas las cosas hay indicios del Señor.
¡Gloria a Aquel cuyo poder engloba a todos los seres, cuya omnipresencia denotan todos los signos!
Él es el Vecino, pero ninguna mente puede comprenderlo y a pesar de su cercanía es imposible llegar a él por los caminos.

EL SANTO LEPROSO

Abu-l-Hasan al-Darrach refiere: « Había estado muchas veces en La Meca (¡que Dios aumente su respeto!). La gente me seguía por lo bien que conocía el camino y los pozos de agua. Cierto día quise ir al Templo sagrado de Dios y visitar la tumba de su Profeta (¡Él le bendiga y le salve!). Me dije: "Conozco el camino e iré solo". Así llegué hasta Qadisiyya. Entré, me dirigí a la mezquita y encontré a un leproso sentado en el *mihrab*. Al verme, me dijo: "Abu-l-Hasan: te pido que me acompañes hasta La Meca". Me dije: "He rehuido a todos mis compañeros, ¿cómo, pues, he de ir con leprosos?" Respondí: "No quiero ningún compañero". El solicitante calló ante mis palabras. Al día siguiente por la mañana reanudé, solo, el camino y avancé, sin compañía hasta llegar a Acaba. Entré en la mezquita y una vez dentro me encontré al leproso en el *mihrab*. Me dije: "¡Gloria a Dios! ¿Cómo ha podido llegar éste hasta aquí antes que yo?" El leproso levantó su cabeza, sonriendo, y dijo: "¡Abu-l-Hasan! Dios permite hacer al débil cosas que admiran al fuerte". Pasé aquella noche perplejo ante lo que había visto. Al amanecer reemprendí el camino, solo. Al llegar a Arafa me dirigí a la mezquita y ¡allí estaba aquel hombre sentado en el *mihrab*! Me eché sobre él y le dije: "¡Señor mío! ¡Te pido que me acompañes!", y empecé a besarle los pies. Me replicó: "¡No es posible!" Empecé a llorar y a sollozar porque me impedía acompañarle. Me dijo: "¡Tranquilízate! El llanto…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el leproso prosiguió: « "…el llanto] y los sollozos no te servirán de nada."

» A continuación recitó estos versos:

¿Lloras porque estoy lejos? Tú eres quien se ha alejado e intentas retornar cuando esto ya no es posible.
Has observado mi debilidad, mi enfermedad manifiesta y has dicho: "Es un enfermo incapaz de avanzar y de retroceder".
¿Es que no ves que Dios —cantado sea en su excelsitud— concede favores que las criaturas no pueden imaginarse?
Si soy a la vista de los ojos tal como me ves, si mi cuerpo está extenuado por la enfermedad hasta el punto que se ve;
si carezco de viático que me permita alcanzar el lugar al que van las caravanas para adorar a mi Señor,
todavía tengo un Creador que me concede sus gracias en secreto; Él no tiene igual y yo no puedo pasar sin Él.
Vete en paz y déjame en mi soledad: el peregrino solitario goza de la compañía del Único.

» Lo dejé. Desde entonces, cada vez que llegaba a un lugar, veía que el leproso me había precedido. Cuando llegué a Medina perdí su rastro, no volví a verle. Encontré a Abu Yazid al-Bistami, a Abu Bakr al-Sibli y a una turbamulta de santones. Les conté mi historia y me quejé de lo que me había sucedido. Dijeron: "¡Bah! ¡Jamás conseguirás su compañía después de lo sucedido! Ése es Abu Chafar el Leproso. Por su santidad se obtienen las lluvias y gracias a su *baraca* son escuchadas las plegarias". Al oír estas palabras aumentó mi deseo de reunirme con él por lo que recé a Dios pidiendo que me hiciese encontrarlo. Mientras estaba de pie en el monte Arafat noté que alguien me estiraba por detrás. Me volví y encontré a aquel leproso; al verle di un grito tremendo y caí desmayado. Al volver en mí ya había desaparecido. Mi deseo por reunirme de nuevo con él aumentó y todos los caminos de la tierra me parecieron estrechos. Recé a Dios (¡ensalzado sea!) para que me permitiese volver a verlo. Al cabo de pocos días alguien me estiró por detrás. Al volverme me dijo: "Te exhorto a que te acerques y me pidas lo que desees". Le pedí que rezase por mí tres oraciones: la primera para que Dios me hiciese amar la pobreza; la segunda, que no me acostase ninguna noche sabiendo si tendría al siguiente qué comer, y la tercera, que Él me permitiese ver su rostro generoso. El Leproso rezó estas tres oraciones y luego desapareció. Dios escuchó sus plegarias: en cuanto a la primera, Dios me hizo amar la pobreza, y, ¡por Dios!, nada hay en el mundo que me sea más querido; por la segunda, desde aquel año, jamás me he acostado sabiendo lo que iba a comer el día siguiente, pero, a pesar de ello, Dios no ha permitido que me faltase nada. Ahora espero que Dios me conceda la tercera como Dios me ha concedido ya las otras dos: Él es el Generoso, el Virtuoso. ¡Apiádese Dios (¡ensalzado sea!) de quien dijo!:

La abstinencia y la humildad constituyen la figura del pobre; su vestido está hecho de remiendos.
La palidez constituye su adorno, igual como la luna se engalana en sus últimas noches.
La larga plegaria nocturna le ha adelgazado; las lágrimas fluyen abundantes de sus párpados.
En su domicilio le acompaña el recuerdo de Dios y su contertulio, por las noches, es el Todopoderoso.
El pobre, cuando recurre a Él, es ayudado del mismo modo que los rebaños y los pájaros.
Por su causa Dios fulminó su castigo y por su virtud descienden las lluvias.
Si un día reza pidiendo que no suceda una calamidad, muere el tirano y queda impotente el violento.
Todas las criaturas están enfermas, próximas a la muerte; él es el médico lleno de compasión.

Su rostro resplandece; si se le observa el corazón se purifica, reluce de luz.

¡Oh, tú, que te apartas de los pobres, que no ves su virtud! Te lo ocultan, ¡ay de ti!, los pecados.

Tú esperas alcanzarlo pero estás atenazado: los pecados te impiden conseguir tu deseo.

Si conocieses su poder les harías caso y las lágrimas correrían como ríos de tus ojos.

¿Cómo puede percibir el olor de las flores el que está resfriado? El precio de las telas sólo lo conoce el comisionista.

Corre hacia tu Señor, solicita la unión con Él; puede ser que los hados te ayuden en el esfuerzo.

Ojalá puedas estar tranquilo de no estar lejos ni ser mal visto y consigas lo que deseas y lo que prefieras.

Su contemplación es posible para todo aquel que espera. Dios es el Único, el Todopoderoso.

HISTORIA DE HASIB KARIM AL-DIN

SE cuenta que en lo más antiguo del tiempo, y en las edades más remotas, vivía un sabio griego llamado Daniel. Tenía estudiantes y discípulos, y los sabios de Grecia estaban sometidos a sus órdenes y confiaban en su saber. Sin embargo, no tenía descendencia masculina. Una de las noches, al pensar en ello, rompió a llorar porque no tenía ningún hijo que pudiese heredar su saber. Pensó que Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) acepta las plegarias de los que a Él se dirigen, que no hay porteros suficientes para vigilar las puertas de su generosidad; que concede sin cuento a quien le place, y que nunca desatiende al pedigüeño, sino al contrario, lo colma de bienes y favores. Rezó a Dios (¡ensalzado sea el Generoso!) para que le concediese un hijo que pudiera sucederle y que lo colmase de favores. Después regresó a su casa, cohabitó con su mujer y ésta quedó encinta aquella misma noche.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que algunos días después, el sabio tuvo que embarcar: la nave naufragó, y todos sus libros se perdieron en el mar; él consiguió subirse a un madero de la nave y salvar sólo cinco hojas de los manuscritos, que se perdieron. Al regresar a su casa metió dichas hojas en un cofre y lo cerró. Como la gravidez de su mujer era ya manifiesta, le dijo: « Has de saber que la hora de mi muerte está próxima, que se acerca el momento de mi tránsito del mundo de lo terreno al de lo eterno; tú estás embarazada y es posible que cuando des a luz después de mi muerte, sea un varón; si es así, ponle el nombre de Hasib Karim al-Din; críalo y dale una buena educación. Cuando sea mayor y te pregunte: "¿Qué herencia me ha dejado mi padre?", le entregas estas cinco hojas. Una vez las haya leído y comprendido su significado, será el sabio mayor de su tiempo» . Se despidió de la esposa, sufrió un estertor y abandonó el mundo, para pasar a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Sus familiares y amigos lo lloraron. Después lo lavaron, salieron provisionalmente para enterrarlo, y regresaron a su casa.

Al cabo de pocos días, la esposa dio a luz un hermoso niño, al que puso de nombre Hasib Karim al-Din, tal como le recomendara su difunto esposo. Apenas hubo dado a luz, mandó comparecer a los astrólogos, los cuales calcularon la posición de los astros respecto al ascendente y al nadir. Después le dijeron: « ¡Mujer! Has de saber que este recién nacido vivirá muchos días, pero sólo después de haber pasado un grave peligro en plena juventud; si se salva, adquirirá la ciencia y la sabiduría» . Los astrólogos se marcharon a sus quehaceres. La madre lo amamantó durante dos años, y después lo destetó. Al cumplir los cinco años, lo llevó a una escuela para que aprendiese algo, pero no lo consiguió. Lo

sacó entonces de la escuela para que aprendiera un oficio, pero no tuvo mayor éxito ni consiguió que saliese de sus manos trabajo alguno. Por todo ello, la madre lloraba. Las gentes le decían: « ¡Que se case! Tal vez así se preocupe de su esposa y aprenda un oficio» . La madre lo prometió con una muchacha y lo casó. Pero transcurrió cierto tiempo sin que el joven aprendiese ningún oficio. Tenía unos vecinos que eran leñadores. Acudieron a la madre y le dijeron: « Compra un asno, una cuerda y un hacha para tu hijo. Vendrá con nosotros al monte, hará leña, nos repartiremos los beneficios y podrá emplear su parte en subvenir a vuestras necesidades» . La madre se alegró muchísimo al oír la proposición de los leñadores, y compró para su hijo el asno, la cuerda y el hacha; condujo a éste ante los leñadores, se lo confió y les recomendó que tuviesen cuidado de él. Le dijeron: « No te preocupes por este mozo: nuestro Señor lo proveerá, pues es el hijo de nuestro jeque» . Le tomaron consigo, se marcharon al monte, cortaron leña, cargaron sus asnos, regresaron a la ciudad, vendieron la leña e invirtieron el beneficio en atender a las necesidades de la familia. El segundo y el tercer días cargaron sus asnos y se marcharon a hacer leña. Durante bastante tiempo siguieron llevando esta vida.

Cierto día en que salieron a hacer leña, les sorprendió una lluvia torrencial; corrieron a refugiarse en una gran cueva. Hasib Karim al-Din se separó del grupo y se sentó, solo, en uno de los rincones de la misma; al golpear automáticamente el suelo con el hacha, oyó que debajo de ésta sonaba a hueco. Al comprobarlo, excavó durante un rato y descubrió una losa redonda, provista de una anilla. Al verla, se alegró y llamó a todos los leñadores.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que éstos acudieron, y al ver la losa se apresuraron a levantarla. Debajo encontraron una puerta y la abrieron: hallaron un pozo lleno de miel de abejas. Un leñador dijo a los otros: « Este pozo está lleno de miel; lo único que hemos de hacer es ir a la ciudad, regresar con recipientes, meter la miel en ellos, venderla y repartirnos el beneficio. Uno de nosotros debe quedarse aquí para custodiar el hallazgo» . Hasib Karim al-Din propuso: « Yo me quedaré, y lo vigilaré hasta que regreséis y traigáis los recipientes» . Dejaron a Hasib Karim al-Din vigilando el pozo, se marcharon a la ciudad, regresaron con los recipientes, los llenaron de miel, los cargaron en los asnos, volvieron a la ciudad y vendieron la miel. Luego volvieron por segunda vez al pozo, y así hicieran durante cierto tiempo: vendían en la ciudad, regresaban al pozo, recogían la miel, y Hasib Karim al-Din se quedaba guardando el pozo. Cierto día se dijeron: « Hasib Karim al-Din es quien ha encontrado el pozo; mañana regresará a la ciudad y nos hará la reclamación correspondiente para cobrar el

importe de la miel. Dirá: “Yo soy quien la descubrió”. El único modo de evitarlo consiste en meterlo en el pozo, sacar la miel que queda y abandonarlo dentro. Así morirá de pena, sin que nadie se entere» .

Todos se pusieron de acuerdo sobre lo que había que hacer. Reanudaron el camino y no se detuvieron hasta llegar al pozo. Dijeron: « ¡Hasib! Baja al pozo y llénanos los recipientes con la miel que en él queda» . Hasib se metió en él, les llenó los recipientes con la miel que quedaba, y les dijo: « ¡Subidme! ¡Ya no queda nada!» Nadie le contestó: cargaron los asnos, se marcharon a la ciudad y lo abandonaron, sólo, en el pozo. Hasib empezó a pedir auxilio, a llorar y a decir: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Moriré de pena!» Esto es lo que se refiere a Hasib Karim al-Din.

He aquí ahora lo que hicieron los leñadores. Al llegar a la ciudad vendieron la miel y se dirigieron a ver a la madre de Hasib; llegaron llorando, y le dijeron: « ¡Ojalá puedas sobrevivir muchos años a tu hijo Hasib!» « ¿Cuál ha sido la causa de su muerte?» « Estábamos sentados en la cima del monte y empezó a llover a mares. Corrimos a una cueva para ponernos a cubierto de aquel aguacero; de repente, el asno de tu hijo se desbocó y corrió hacia el río; el muchacho salió en pos de él para cogerlo; pero en el valle había un lobo muy grande, que despedazó a tu hijo y devoró al asno.» La madre, al oír las palabras de los leñadores, se abofeteó el rostro, se cubrió la cabeza de polvo y se vistió de luto. Los leñadores le llevaban de comer y de beber todos los días.

Esto es lo que hace referencia a su madre.

He aquí lo referente a los leñadores. Abrieron tiendas, se transformaron en comerciantes y no pararon de comer, beber, reírse y divertirse.

En cuanto a Hasib Karim al-Din, rompió a llorar y a sollozar. Mientras estaba sentado así, en el fondo del pozo, le cayó encima un gran escorpión. Se puso de pie y lo mató. Después reflexionó y se dijo: « Si el pozo estaba lleno de miel, ¿de dónde viene este escorpión?» Se incorporó e inspeccionó el lugar a derecha e izquierda; descubrió un hilo de luz por el lugar en que había caído el animal. Sacó el cuchillo, y con él empezó a ampliar el agujero hasta dejarlo del tamaño de una ventana. Salió por él y anduvo un cierto tiempo por el interior, hasta llegar a un enorme vestíbulo. En él tropezó con una gran puerta de hierro negro, que tenía una cerradura de plata; encima de la cerradura había una llave de oro. Se acercó a la puerta, miró a través del agujero de la llave y vio que dentro había mucha luz. Cogió la llave, abrió la puerta, pasó al interior y anduvo un rato hasta llegar a un gran estanque, en el cual relucía algo parecido al agua; siguió andando y vio que se trataba de una elevada colina de crisolita verde, encima de la cual había un trono de oro, incrustado de piedras de todas clases…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche cuatrocientas ochenta y cinco, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que alrededor de éste había sitiales: unos eran de oro; otros, de plata, y otros, en fin, de topacio. Al llegar junto a los sitiales, los contó y vio que eran doce mil. Subió hasta el trono, que estaba levantado en el centro de los sitiales, se sentó en él y se dedicó a admirar aquel estanque y los sitiales allí instalados y así permaneció hasta que lo invadió el sueño y se quedó dormido. Se despertó al oír resoplar, silbar y un gran barullo; abrió los ojos y vio que los sitiales habían sido ocupados por grandes serpientes, cada una de las cuales medía cien codos. Aterrado, empezó a tragar saliva; desesperando de escapar vivo, advirtió que los ojos de las serpientes brillaban como brasas mientras estaban instaladas en sus sitiales. Miró hacia el estanque y descubrió que estaba lleno de serpientes pequeñas, en tal cantidad, que sólo Dios (¡ensalzado sea!) hubiese podido apreciar su número. Al cabo de un rato apareció una serpiente enorme, del tamaño de un mulo, y en su dorso iba una bandeja de oro, en cuyo centro había una serpiente, que relucía como el cristal. Tenía un rostro humano y hablaba de un modo elocuente. Al aproximarse a Hasib Karim al-Din, lo saludó. El muchacho le devolvió el saludo. Una de las serpientes instaladas en un sitial se acercó a la bandeja, cogió a la serpiente que iba en ella y la colocó en un sitial. La recién llegada se dirigió a las demás en su lengua, y todas bajaron de sus sitiales y se postraron ante ella. Les hizo un gesto y se sentaron. A continuación, la serpiente dijo a Hasib Karim al-Din: « No temas nada de nosotras, joven. Yo soy la reina y la sultana de las serpientes» . El corazón de Hasib Karim al-Din se tranquilizó al oír estas palabras. La reina pidió a aquellas serpientes que sirviesen algo de comer. Llevaron manzanas, uvas, granadas, pistachos, almendras, nueces y plátanos. Lo colocaron delante de Hasib Karim al-Din. La reina de las serpientes añadió: « ¡Bien venido, joven! ¿Cómo te llamas?» « Me llamo Hasib Karim al-Din.» « ¡Hasib! Come de estos frutos, pues no tenemos ningún otro alimento. No temas nada malo por nuestra parte.» Hasib, al oír las palabras de la serpiente, comió hasta hartarse y loó a Dios (¡ensalzado sea!). Cuando hubo satisfecho su apetito, quitaron los manteles que tenía delante. La reina de las serpientes dijo: « ¡Hasib! Infórmame de dónde eres, quién te ha traído hasta este lugar y qué te ha sucedido» . Hasib le explicó todo lo que había ocurrido a su padre, su propio nacimiento y cómo su madre lo había llevado a la escuela cuando tenía cinco años, sin conseguir que aprendiese nada; cómo, luego, trató de darle un oficio y le compró un asno, con lo que se convirtió en leñador; cómo había encontrado el pozo de miel y cómo lo habían abandonado sus compañeros, los leñadores, en el interior; cómo había caído el escorpión, al que había matado, y cómo había ampliado la hendidura por la que se había deslizado el animal, con lo cual logró salir del pozo y alcanzar una puerta de hierro, que había abierto y que le permitió llegar hasta la reina de las serpientes, con la que estaba hablando. Añadió: « Ésta es mi historia, desde el

principio hasta el fin. ¡Sólo Dios sabe lo que me ocurrirá después de todo esto!» La reina de las serpientes, una vez hubo oído el relato de Hasib Karim al-Din desde el principio hasta el fin le dijo: « Sólo te han de ocurrir cosas buenas» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Yo, Hasib, quiero que te quedes conmigo cierto tiempo para que te pueda contar mi historia e informarte de las cosas prodigiosas que me han sucedido.» « De buen grado haré lo que me mandes.»

La reina explicó: « Sabe, Hasib, que en la ciudad de El Cairo vivía un rey de Israel que tenía un hijo llamado Buluqiya. Este rey era sabio, asceta; estaba siempre inclinado sobre los libros de ciencia. Al enfermar, cuando le llegó la hora de la muerte, acudieron a visitarlo los magnates del reino para saludarlo. Cuando éstos hubieron llegado a su lado y lo hubieron saludado, les dijo: "¡Súbditos míos! Sabed que se acerca el momento de mi marcha de esta vida a la última. No tengo nada que recomendaros, salvo a mi hijo Buluqiya; cuidaos de él". Luego añadió: "Doy fe de que no hay más dios que el Dios"[224]. A continuación sufrió un estertor y se separó de este mundo, para ir a parar a la misericordia de Dios. Lo prepararon, lo lavaron y lo enterraron con gran solemnidad. Entonces nombraron sultán a su hijo Buluqiya. Éste era justo con sus súbditos, y bajo su gobierno, el pueblo vivió tranquilo. Un día abrió los tesoros de su padre para examinarlos: entró en uno de los almacenes y encontró una puerta; la abrió y pasó a un pequeño camerino en el cual había una columna de mármol blanco, y, sobre ella, una caja de ébano. Buluqiya la cogió, la abrió y encontró en su interior un cofrecito de oro. Lo abrió y halló un mensaje. Lo leyó: era la descripción de Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), que iba a ser enviado al fin de los tiempos como señor de los primeros y de los últimos profetas. Buluqiya, al leer este libro y reconocer las bellas cualidades de nuestro señor Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!), notó que su corazón quedaba prendado de él. Reunió a los grandes del reino de Israel —brujos, sacerdotes y monjes—, les habló de aquel escrito y se lo leyó. Les dijo: "¡Gentes! Es necesario que desenterremos a mi padre y lo quememos". "¿Por qué hemos de quemarlo?" "Me ha ocultado este escrito, no me lo ha mostrado. Lo ha extraído de la Torá y de los escritos de Abrahán; lo ha guardado en su tesoro y no ha hablado a nadie de ello." "¡Rey nuestro! Tu padre ya ha muerto, y ahora es polvo. A Dios incumbe juzgarlo. No lo saques de su tumba." Buluqiya, al oír las palabras de los grandes de Israel, se dio cuenta de que no lo dejarían apoderarse del cuerpo de su padre. Se marchó, pues, a ver a su madre y le dijo: "¡Madre mía! He visto, en el tesoro de mi padre, un escrito que contiene la descripción de Mahoma (¡Dios

le bendiga y le salve!). Se trata del Profeta que será enviado al fin del tiempo. Mi corazón ha quedado prendado de él y deseo ponerme en viaje por los países con el fin de encontrarlo. Si no consigo hallarlo moriré de pena, pues siento un profundo afecto por él". Se quitó el traje, se puso un manto y unos zuecos y añadió: "¡Madre mía! No te olvides de mí en las plegarias". La mujer rompió a llorar y le dijo: "¿Cuál va a ser nuestra situación después de tu partida?" "Soy incapaz de esperar, y he confiado mis cosas y las tuyas a Dios (¡ensalzado sea!)."

» Salió como peregrino hacia Damasco, sin que se enterase de ello ninguno de sus súbditos. Llegó a la orilla del mar, vio una embarcación, subió a bordo con los demás pasajeros y navegó hasta llegar a una isla. Desembarcó en la isla como los demás pasajeros. Se separó del grupo, se sentó bajo un árbol, el sueño se apoderó de él y se durmió. Al despertarse regresó al buque para reembarcar, pero vio que la nave ya había zarpado. La isla estaba poblada de serpientes tan grandes como camellos o palmeras, que cantaban a Dios, todopoderoso y excelso, y rogaban por Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), proclamando la unidad de Dios, alabándolo. Buluqiya, al verlo, se admiró en grado sumo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Los reptiles, al ver a Buluqiya, se reunieron en torno de él. Uno de ellos le preguntó: "¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu nombre? ¿Adónde vas?" "Me llamo Buluqiya y soy israelita. He emprendido un viaje, sin dirección fija, por amor a Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), al que busco. ¿Quiénes sois vosotras, nobles criaturas?" "Somos habitantes del infierno. Dios (¡ensalzado sea!) nos ha creado para que atormentemos a los infieles." "¿Y por qué estáis aquí?" "Has de saber, Buluqiya, que, dado el mucho hervor que reina en el infierno, éste respira dos veces al año: una, en invierno, y otra, en verano. Los grandes calores son consecuencia de su ebullición: al expulsar el vapor nos saca de sus entrañas, y cuando inspira, nos reabsorbe." "¿Hay en el infierno serpientes de mayor tamaño que el vuestro?" "Nosotras salimos con el escape del vapor infernal gracias a que somos pequeñas. En el infierno hay serpientes por encima de cuya nariz podría pasearse la mayor de nosotras sin que lo notase." "Pero vosotras rezáis a Dios e invocáis la bendición sobre Mahoma. ¿Cómo tenéis conocimiento de Mahoma, al que Dios bendiga y salve?" "¡Buluqiya! El nombre de Mahoma está grabado en la puerta del Paraíso. Dios ha creado todas las cosas: Paraíso e Infierno, cielo y tierra, a causa de Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), y ha asociado el nombre del Profeta al suyo propio en todos los lugares. Por eso nosotras amamos a Mahoma, a quien Dios bendiga y salve." Buluqiya

amó aún más a Mahoma y tuvo mayores deseos de encontrarlo, al oír las palabras de las serpientes.

» Se despidió de éstas y se puso en marcha hasta llegar a la orilla del mar; encontró una nave anclada junto a la costa de la isla. Embarcó en ella con los demás pasajeros, y navegaron ininterrumpidamente hasta llegar a otra isla. Desembarcó en ella, anduvo un rato y tropezó con serpientes grandes y chicas, cuyo número sólo Dios podía conocer. Entre ellas había una serpiente, blanca como el cristal, que estaba sentada en una bandeja de oro; dicha bandeja iba a lomos de una serpiente parecida a un elefante: se trataba de la reina de las serpientes, y era yo, Hasib.»

Hasib preguntó a la reina de las serpientes: « ¿Y qué contestaste a Buluqiya?» « ¡Hasib! Al ver a Buluqiya, lo saludé y éste me devolvió el saludo. Le pregunté: "¿Quién eres? ¿Cuál es tu asunto? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?" "Soy un israelita, me llamo Buluqiya y estoy viajando por amor a Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!); voy en su búsqueda, pues me he enterado de sus virtudes en un libro revelado." Y luego me preguntó: "Y tú, ¿quién eres? ¿Qué asuntos tienes? ¿Quiénes son estas serpientes que están a tu alrededor?" "Buluqiya: yo soy la reina de las serpientes. Si llegas a reunirte con Mahoma, al que Dios bendiga y salve, salúdalo de mi parte." Buluqiya se despidió de mí, embarcó en una nave y viajó hasta llegar a Jerusalén. En esta ciudad vivía un hombre que poseía todas las ciencias, que dominaba la Geometría, la Astronomía, las Matemáticas, la magia natural y las ciencias del espíritu. Había leído la Torá, los Evangelios, los Salmos y los rollos de Abrahán. Se llamaba Affán. En uno de sus libros constaba que todo aquel que se pusiese el anillo de Salomón podría mandar a los hombres, a los genios, a los pájaros, a los animales y a todos los seres creados. Había leído, en un libro, que al morir nuestro señor Salomón, había sido depositado en un ataúd, que transportaron más allá de los siete mares. El anillo había quedado puesto en su dedo, y ningún hombre ni genio había podido apoderarse de él, ni ningún navegante había podido atravesar, con su buque…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió: « … nadie había podido atravesar] los siete mares que habían cruzado con el ataúd. En otro libro había hallado la descripción de una hierba que, al exprimirla y untarse los pies con su jugo, permitía andar a pie sobre la superficie de cualquiera de los mares creados por Dios (¡ensalzado sea!), sin mojarse. Pero nadie puede obtener esa hierba si no está con él la reina de las serpientes. Buluqiya, al llegar a Jerusalén, se sentó en un lugar para adorar a Dios

(¡ensalzado sea!). Mientras estaba inclinado adorando a Dios, se acercó a él Affán y lo saludó. Él le devolvió el saludo. Luego Affán observó a Buluqiya y vio que estaba leyendo la Torá y que estaba sentado adorando a Dios. Se acercó a él y le dijo: "¡Oh, hombre! ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?" "Me llamo Buluqiya, vengo de El Cairo y he emprendido el viaje en busca de Mahoma, al que Dios bendiga y salve." "¡Acompáñame a mi casa y serás mi huésped!" "¡De buen grado!"

» Affán cogió a Buluqiya de la mano, lo condujo a su casa, lo trató con toda clase de consideraciones y después le dijo: "¡Infórmame, hermano mío, de tu historia! ¿Quién te ha dado a conocer a Mahoma —al que Dios bendiga y salve— para llegar a inclinar tu corazón hacia él, para inducirte a ponerte en viaje, y precisamente por este camino?" Buluqiya le explicó toda la historia desde el principio hasta el fin. Affán casi perdió la razón al oír sus palabras, y se admiró muchísimo de lo ocurrido. Después dijo a Buluqiya: "Llévame ante la reina de las serpientes, y yo te reuniré con Mahoma —al que Dios bendiga y salve—. Está aún muy lejos la época de la aparición de Mahoma. Cuando nos hayamos apoderado de la reina de las serpientes, la meteremos en una jaula e iremos a ver con ella las hierbas que crecen en los montes; cuando pasemos al lado de una hierba, ésta hablará y nos explicará sus propiedades gracias al poder de Dios (¡ensalzado sea!). Yo he leído en los libros que existe una planta que tiene la siguiente virtud: quien la coge, la exprime y se embadurna los pies con su jugo, puede andar por todos los mares que ha creado Dios (¡ensalzado sea!), sin mojarse los pies. Una vez tengamos en nuestro poder a la reina de las serpientes, ella nos conducirá hasta esa hierba. Al encontrarla, la arrancaremos, la exprimiremos y recogeremos su jugo. Después pondremos en libertad a la reina de las serpientes, y nos untaremos los pies con dicho líquido. Así cruzaremos los siete mares y llegaremos a la tumba de nuestro señor Salomón. Cogeremos el anillo que tiene en el dedo y tendremos el poder que tenía nuestro señor Salomón; así conseguiremos nuestro propósito. Después nos internaremos por el mar de las Tinieblas, beberemos el agua de la vida y Dios nos hará inmortales hasta el fin del tiempo, y así podremos reunimos con Mahoma, al que Dios bendiga y salve".

» Buluqiya, al oír las palabras de Affán, replicó: "¡Affán! Yo te llevaré junto a la reina de las serpientes, y te mostraré el lugar en que se encuentra". Affán hizo una caja de hierro y cogió dos copas: una la llenó de vino, y otra, de leche. Affán y Buluqiya se pusieron en marcha y anduvieron de noche y de día hasta llegar a la isla en que vivía la reina de las serpientes. Desembarcaron en ella y la recorrieron. Affán depositó la caja en el suelo, hizo una trampa y colocó las dos copas: la llena de vino y la llena de leche. Después se alejaron de la caja y se ocultaron durante un rato. La reina de las serpientes se acercó a la caja, contempló las dos copas, y cuando percibió el olor de la leche, se apeó del lomo de la serpiente que la transportaba, salió de la bandeja, se metió en la caja, se

acercó a la copa que contenía el vino y lo bebió; una vez hubo concluido, la cabeza le dio vueltas y se quedó dormida. Affán, al verlo, se acercó a la caja y dejó encerrada en ella a la reina de las serpientes. Después, él y Buluqiya la cogieron y se marcharon. La reina, al despejarse, vio que se encontraba en el interior de una jaula de hierro, que era transportada en la cabeza de un hombre que iba al lado de Buluqiya. La reina de las serpientes, al ver a aquél, le dijo: "¿Es ésta la recompensa de quien no ha hecho daño a los hombres?" Buluqiya contestó: "¡Nada temas de nosotros, reina de las serpientes! Jamás te haremos daño. Pero queremos que nos indiques cuál es la hierba que, una vez cogida y exprimida, aquel que se unta los pies con su jugo puede recorrer todos los mares que Dios (¡ensalzado sea!) ha creado, sin mojarse. Una vez hayamos encontrado dicha hierba, la cogeremos, te devolveremos a tu puesto y te pondremos en libertad". Affán y Buluqiya condujeron a la reina de las serpientes hacia los montes en que crecían las hierbas, y pasaron revista a todas ellas; cada hierba rompió a hablar y a informarles de sus distintas propiedades con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!). Mientras estaban recorriendo los prados, las plantas iban hablando a derecha e izquierda, explicando sus propiedades. De pronto, una hierba empezó a decir: "Todo aquel que me coge, me exprime, guarda mi jugo y se unta los pies, puede cruzar todos los mares que Dios (¡ensalzado sea!) ha creado, sin mojarse la planta de los pies". Affán, al oír el discurso de la hierba, se quitó la caja de la cabeza, cogió la planta en cantidad suficiente, la hizo pedazos, la exprimió, recogió el jugo, lo colocó en dos botellas y las guardó; el líquido restante lo emplearon para embadurnarse los pies. Buluqiya y Affán cogieron de nuevo a la reina de las serpientes, anduvieron de día y de noche, la dejaron en la isla de la que la habían sacado, y Affán abrió la puerta de la caja. La reina salió de su interior y, una vez fuera, les preguntó: "¿Qué vais a hacer con el jugo?" "Nos untaremos los pies hasta haber cruzado los siete mares y llegado a la tumba de nuestro señor Salomón y cogido el anillo que tiene en el dedo." "¡Ojalá no consigáis quitárselo!" "¿Por qué?" "Dios (¡ensalzado sea!) concedió este anillo a Salomón como un don especial, ya que le había rogado, diciendo: '¡Señor mío! ¡Perdóname! ¡Dame un señorío que nadie, después de mí, tenga!'[225] Dios no os ha dado, pues, el anillo a vosotros. Os hubiese sido más útil haber cogido una hierba que estaba entre las demás y que hace inmortal a aquel que la come, hasta el momento en que suene el primer trompetazo del día del juicio. Con la que habéis cogido no alcanzaréis vuestro propósito." Al oír estas palabras, ambos se arrepintieron en grado sumo y siguieron su camino.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:]

« Esto es lo que a ellos se refiere.

» He aquí lo que hace referencia a la reina de las serpientes. Al llegar ésta junto a sus huestes, vio que se encontraban en mal estado: las fuertes se habían debilitado, y las débiles habían muerto. Las serpientes se alegraron mucho de volver a ver a su reina, se reunieron a su alrededor y le preguntaron: "¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado?" La reina les refirió todo lo que le había sucedido con Affán y Buluqiya. Después reunió a sus tropas y se marchó con ellas al Monte Qaf, en el cual invernaba, mientras que el estío lo pasaba en el lugar en que la había encontrado Hasib Karim al-Din. La serpiente concluyó: « ¡Hasib! Ésta es mi historia, y lo que a mí me ha sucedido» .

Hasib quedó muy admirado de las palabras de la serpiente. Después dijo: « Desearía de tu generosidad que mandases a alguno de tus servidores que me sacara de nuevo a la superficie de la tierra para poderme reunir con mi familia» . « ¡Hasib! No puedes marcharte de nuestro lado hasta que llegue el invierno. Entonces vendrás con nosotras al Monte Qaf: contemplarás las colinas, las arenas, los árboles y los pájaros que loan al Dios Único, Todopoderoso; verás los *marid*, los *efrit* y los genios, cuyo número sólo Dios conoce» . Hasib Karim al-Din se quedó preocupado, meditabundo, al oír las palabras de la reina de las serpientes. Le dijo: « Cuéntame qué es lo que ocurrió a Affán y Buluqiya cuando se separaron de ti y se marcharon. ¿Cruzaron los siete mares? ¿Llegaron a la tumba de nuestro señor Salomón? Si llegaron a ella, ¿lograron o no coger el anillo?»

La reina refirió: « Has de saber que cuando Affán y Buluqiya se separaron de mí, se embadurnaron los pies con aquel jugo y se marcharon andando sobre la superficie del mar, admirando todas sus maravillas. Viajaron sin descanso de mar en mar, y así atravesaron los siete mares. Una vez los hubieron cruzado, llegaron a una montaña muy alta, que remontaba por los aires y que era toda ella de esmeralda. En la cima había una fuente de agua corriente; todo el polvo era almizcle. Al llegar a este lugar, se alegraron mucho y exclamaron: "¡Hemos conseguido nuestro deseo!" Siguieron su camino hasta llegar a un monte altísimo; lo atravesaron y descubrieron a lo lejos una caverna de aquel mismo monte recubierta por una gran cúpula que irradiaba luz. Al distinguir la cueva, se dirigieron hacia ella. Entraron y vieron un trono de oro, cuajado de toda clase de joyas. Alrededor había una serie de sitiales cuyo número sólo Dios (¡ensalzado sea!) era capaz de conocer. Vieron al señor Salomón durmiendo encima del trono, vestido con una túnica de seda verde, bordada en oro, que tenía incrustadas las joyas más preciosas, y con la mano derecha apoyada en el pecho. El anillo, puesto en uno de los dedos, despedía un brillo tal, que superaba al de todas las gemas que había en el lugar. Affán enseñó a Buluqiya conjuros y encantamientos, y le dijo: "Recita estos conjuros y no interrumpas los mismos hasta que me haya apoderado del anillo". Affán se acercó al solio. De pronto

apareció una enorme serpiente por debajo del trono, emitiendo un terrible silbido, que hizo temblar todo el lugar, y, arrojando chispas por la boca, dijo a Affán: "¡Si no retrocedes, morirás!" El sabio estaba absorto en la recitación de los conjuros, y no se preocupó de la serpiente. Ésta resopló ferozmente, hasta el punto de que casi incendió el lugar, y exclamó: "¡Ay de ti! ¡Si no vuelves atrás, te abraso!" Buluqiya, al oír estas palabras, salió de la cueva. Affán no se preocupó y siguió avanzando hacia el señor Salomón, alargó su mano, tocó el anillo y quiso hacerlo resbalar del dedo. Pero la serpiente sopló encima de él y lo abrasó, transformándolo en un montón de cenizas. Esto es lo que a él se refiere.

» He aquí lo que hace referencia a Buluqiya. Al darse cuenta de lo ocurrido, cayó desmayado.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « El Señor (¡excelso sea en su excelsitud!) mandó a Gabriel que bajara a la tierra antes de que la serpiente soplara sobre él. Descendió rápidamente y encontró a Buluqiya desmayado, y a Affán, incinerado por el aliento de la serpiente. Gabriel se acercó al primero, lo hizo volver en sí, y cuando hubo recuperado el sentido, lo saludó y le preguntó: "¿Desde dónde vinisteis a este lugar?" Buluqiya le contó toda la historia desde el principio al fin. A continuación añadió: "Yo sólo vine a este lugar por causa de Mahoma, al que Dios bendiga y salve. Affán me explicó que aquél será enviado al fin de los tiempos, y que sólo conseguiría reunirse con él quien viviera hasta entonces; que nadie viviría tanto a menos que bebiese el agua de la vida, y que ésta no se puede conseguir si no es utilizando el anillo de Salomón (¡sobre el cual sea la paz!). Yo lo he acompañado hasta aquí, donde ha ocurrido esto; él está aquí quemado, y yo, no. Desearía que me informases sobre Mahoma: ¿cuándo vivirá?" Gabriel le replicó: "Buluqiya: sigue tu camino, pues el tiempo de Mahoma aún está lejos". Gabriel subió inmediatamente al cielo. Buluqiya empezó a llorar amargamente y a arrepentirse de lo que había hecho; meditó en las palabras: "¡Ojalá nadie consiga apoderarse del anillo!", y quedó perplejo y llorando. Descendió del monte y anduvo sin cesar hasta que se aproximó a la orilla del mar. Se sentó un rato en ella para admirar el monte, los mares y las islas. Pasó la noche en aquel sitio, y al amanecer se untó los pies con el jugo que habían sacado de la planta, y se internó en el mar, andando durante días y noches y admirando los terrores, los prodigios y las exquisiteces que encierra. Avanzó sin cesar por la superficie de las aguas, y así llegó a una isla que parecía ser el Paraíso. Buluqiya puso pie en ella y admiró sus bellezas. La recorrió; era una isla grande, cuyo polvo era azafrán; sus guijarros, jacintos y gemas preciosas; su maleza, jazmines; crecían en ella los árboles más hermosos, los arrayanes más brillantes y perfumados. Tenía

fuentes de agua corriente; sus maderas eran de áloe de Comor y de Sumatra; sus juncos, cañas de azúcar, y a su alrededor, rosas, narcisos, jazmines, claveles, lilas y violetas. Todo ello, con sus formas y colores característicos; los pájaros gorjeaban en sus ramas; sus trinos eran melodiosos. La isla era amplia, poseía abundantes bienes y encerraba en sí toda clase de bellezas y hermosuras: los pájaros cantaban con trinos más puros que los de las cuerdas del laúd; los árboles eran altísimos; sus arbustos hablaban; sus ríos corrían mansamente, y el agua suave de las fuentes salía a borbotones; las gacelas jugaban; las terneras vagaban, y los pájaros que cantaban sobre las ramas habrían podido consolar al amante más afligido. Buluqiya se admiró de encontrarse en aquella isla y se dio cuenta de que había perdido el camino que había seguido hasta entonces con Affán. Paseó por la isla y la contempló hasta la tarde. Una vez hubo caído la noche, trepó a un árbol elevado para dormir en su copa. Meditaba acerca de las bellezas del lugar cuando, de repente, el mar se encrespó, y salió de él un animal enorme, el cual lanzó un alarido que hizo temblar a todos los de la isla. Buluqiya, sentado en lo alto de la copa del árbol, lo observó y comprobó que se trataba de una bestia gigantesca; al cabo de un momento empezaron a salir del mar, en pos de él, bichos de todas clases; en la pata de cada uno de ellos había una piedra preciosa, que iluminaba tanto como una antorcha: la claridad de las joyas era tal, que llegaron a iluminar la isla como si fuese de día. Al cabo de un rato acudió de toda la isla un número de animales que sólo Dios puede evaluar. Buluqiya los examinó y vio las fieras del desierto: leones, panteras, leopardos y otras clases de animales terrestres. Las fieras de tierra avanzaron hasta reunirse con las del mar, en la costa de la isla, y empezaron a hablar hasta la llegada de la aurora. Al amanecer se separaron, y cada una de ellas se marchó a sus quehaceres. Buluqiya, al verlas, se asustó. Bajó de la copa del árbol, se acercó a la orilla del mar, se untó los pies con el jugo que llevaba y volvió a internarse en el océano y a avanzar por su superficie día y noche, hasta llegar a un monte altísimo, a cuyo pie se extendía un valle sin fin, constituido por piedras de magnetita llenas de fieras: leones, liebres y panteras. Buluqiya subió al monte y paseó por él de un lugar a otro, hasta que cayó la tarde; entonces se sentó en uno de sus picachos, junto al mar. Empezó a comer peces secos que el mar había arrojado a la playa. Mientras estaba sentado tomando este alimento, se precipitó sobre él una enorme pantera, que quiso despedazarlo. Buluqiya, al ver que el animal se disponía a destriparlo, se untó los pies con el jugo que tenía y se internó por el tercer mar, huyendo de la fiera. En medio de una noche tenebrosa, pues era noche cerrada, y envuelto en un furioso huracán, emprendió la marcha por la superficie de las aguas. Anduvo sin parar hasta llegar a otra isla. Puso pie en ella y vio que tenía árboles verdes y secos. Cogió algunos de sus frutos, comió y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!); recorrió el lugar hasta la caída de la tarde.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió: « Buluqiya recorrió el lugar…] y durmió allí. Al amanecer exploró sus regiones y las recorrió durante diez días, al cabo de los cuales regresó a orillas del mar, se untó los pies y se internó en el cuarto mar. Avanzó de día y de noche hasta llegar a otra isla: su suelo era de arena, blanca, estéril; en ella no había ningún árbol ni sembrado. La recorrió durante un rato y vio que en ella anidaban los sacres. Al darse cuenta de ello, se untó los pies e inició el recorrido del quinto mar. Avanzó sobre las aguas de día y de noche hasta llegar a una pequeña isla, cuyo suelo y cuyas montañas parecían ser de cristal; en ella se encontraban los filones de los cuales se extrae el oro y los árboles más magníficos que había visto en el curso de su viaje; sus flores eran de color de oro. Buluqiya puso pie en la isla y la recorrió hasta la caída de la tarde. Cuando la noche desplegó sus tinieblas, las flores iluminaron el lugar como si fuesen luceros. Buluqiya se admiró mucho y exclamó: "¡Las flores que hay en esta isla son aquellas que, cuando el sol las seca, caen al suelo, el viento las arrastra y las reúne debajo de las piedras, y se transforman en el elixir que sirve para fabricar el oro!" Pasó la noche en aquel lugar, y al amanecer, al salir el sol, se untó los pies con el jugo que tenía y se internó por el sexto mar. Anduvo día y noche hasta llegar a otra isla. Puso pie en ella y la recorrió durante un rato. Observó que se componía de dos montes, recubiertos por muchísimos árboles, cuyos frutos parecían cabezas humanas colgadas por los cabellos; descubrió otra clase de árboles cuyos frutos eran pájaros colgados por los pies; otros árboles ardían como el fuego y daban unos frutos parecidos al áloe; si caía una parte de aquellos frutos, inmediatamente se quemaba. Unos frutos reían, y otros, lloraban. Buluqiya descubrió numerosos portentos en aquella isla. Regresó a la orilla del mar y viendo un gran árbol, se sentó a su pie hasta la caída de la tarde. Cuando se hizo de noche, se subió a la copa y empezó a meditar en las obras de Dios. Mientras pensaba en ello, el mar se agitó y salieron las sirenas: cada una de ellas llevaba en la mano una joya, que iluminaba tanto como una antorcha. Avanzaron hasta llegar al pie del árbol. Se sentaron, jugaron, bailaron y disfrutaron bajo la mirada de Buluqiya. Siguieron así, sin dejar de jugar, hasta la llegada de la aurora: entonces volvieron a sumergirse en el mar. Buluqiya quedó muy admirado de ellas, descendió de la copa del árbol, se untó los pies con el jugo que tenía y se internó por el séptimo mar. Avanzó ininterrumpidamente durante dos meses enteros, sin ver montes, ni islas, ni tierras, ni valles, ni costas, hasta el fin de aquel mar. Tenía un hambre tan intensa, que cogía los peces y se los comía. En este estado siguió andando hasta llegar a una isla con numerosos árboles y abundantes ríos. Puso pie en ella y empezó a recorrerla y a examinarla a derecha e izquierda. Era cerca del mediodía. Avanzó hasta encontrar un manzano. Extendió la mano para coger y

comer, cuando una persona gritó desde el mismo: "¡Si te acercas a este árbol y comes algo de él, te partiré en dos mitades!" Buluqiya se fijó en quien hablaba: era un hombre que tenía cuarenta codos de altura (según los codos en uso en aquella fecha). Al verlo, se asustó muchísimo y se abstuvo de tocar el árbol. Buluqiya le preguntó: "¿Por qué me impides comer de este árbol?" "Porque tú eres un hombre, y tu padre Adán olvidó el pacto hecho con Dios, le desobedeció y comió de este árbol." "¿Quién eres? ¿A quién pertenece esta isla? ¿De quién es este árbol? ¿Cómo te llamas?" "Me llamo Sarahiya. Este árbol y la isla pertenecen al rey Sajr; yo soy uno de sus criados, y me ha encargado de la custodia de la isla." A continuación, Sarahiya preguntó a Buluqiya: "¿Quién eres? ¿De dónde vienes a este país?" Buluqiya le contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. Sarahiya replicó: "¡No temas!" En seguida le sirvió alimento, y Buluqiya comió hasta hartarse. Después se despidieron, y Buluqiya anduvo sin parar durante diez días. Cruzó montes y arenales hasta que descubrió una nube de polvo flotando en el aire. Avanzó en la dirección de donde provenía y oyó voces, gritos y un gran tumulto. Se acercó al lugar de donde llegaban, y así alcanzó un gran valle, cuya longitud era de dos meses. Miró hacia el lugar de donde venían los gritos y vio hombres a caballo que combatían y derramaban su sangre, que formaba un verdadero río. Su voz parecía la del trueno; empuñaban lanzas, espadas, barras de hierro, arcos, venablos; sostenían una enconada batalla. Buluqiya se asustó muchísimo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Mientras él se mantenía a la expectativa, los combatientes lo vieron, se contuvieron y suspendieron el combate. Un grupo de ellos se le acercó y quedó admirado de su forma. Un caballero avanzó y le preguntó: "¿Qué cosa eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo has podido encontrar el camino y llegar a nuestro país?" "Soy uno de los hijos de Adán; llego, errante, por amor a Mahoma, que Dios bendiga y salve. Pero he perdido el camino." El caballero le explicó, mientras sus compañeros se admiraban de la forma y de las palabras del visitante: "Nosotros no hemos visto jamás a un hijo de Adán, ni ninguno de ellos ha llegado a nuestra tierra". Buluqiya le preguntó: "¿Qué clase de criaturas sois vosotros?" "Somos genios." "¡Caballero! ¿Cuál es la causa de vuestra guerra? ¿Dónde está vuestra morada? ¿Cuál es el nombre de esta tierra y de este valle?" "Nuestra morada está en la Tierra Blanca. Dios (¡ensalzado sea!) nos manda venir cada año a esta región para combatir a los genios incrédulos." "¿Dónde está la Tierra Blanca?" "Detrás del Monte Qaf, a una distancia de setenta y cinco años de viaje. Esta tierra se llama de Saddad b. Ad, y nosotros venimos a ella para combatir. No tenemos más ocupación que la de loar y santificar a Dios.

Nuestro rey se llama Sajr. Ahora debes acompañarnos para que él te vea y te contemple.” Los genios transportaron a Buluqiya a su morada. Éste vio grandes tiendas de seda verde en un número tal que sólo Dios (¡ensalzado sea!) puede conocerlo; entre ellas había una de seda roja, que tenía una anchura de mil codos: sus cuerdas eran de tela azul, y sus pivotes, de oro y de plata. Buluqiya se quedó admirado ante ella. Lo acompañaron hasta introducirlo en la tienda: era la del rey Sajr. Avanzaron hasta llegar ante éste. Buluqiya clavó la vista en el rey, que estaba sentado en un gran trono de oro rojo, incrustado de perlas y aljófares. A la derecha del rey estaban los genios, y a su izquierda, los sabios, emires, grandes del reino y demás personalidades. El rey Sajr, al verlo, mandó que entrasen. Se presentaron ante su soberano, y Buluqiya avanzó, lo saludó y besó el suelo ante sus manos. El rey Sajr le devolvió el saludo y le dijo: “Acércate a mí, hombre”. Buluqiya se aproximó hasta él. Entonces el rey ordenó que le colocasen una silla a su lado, y los servidores lo hicieron así. Sajr le ordenó que se sentase en la silla. Buluqiya se sentó. El rey le preguntó: “¿Qué clase de ser eres?” “Soy un hijo de Adán; soy un israelita.” “Cuéntame tu historia y refiéreme todo lo que te ha ocurrido. ¿Cómo has llegado hasta esta tierra?”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Buluqiya explicó al rey todos sus viajes, desde el principio hasta el fin, y Sajr quedó admirado de sus palabras. A continuación, ordenó a los sirvientes que extendiesen los manteles. Los pusieron, colocaron platos de oro rojo, platos de plata y platos de bronce. Unos contenían cincuenta camellos hervidos; otros, veinte; otros, cincuenta cabezas de ganado; había allí mil quinientos servicios. Buluqiya, al ver aquello, quedó completamente admirado. Seguidamente, los genios empezaron a comer, y Buluqiya los acompañó hasta quedar harto, y a continuación dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Inmediatamente después se llevaron los guisos y sirvieron las frutas. Luego alabaron todos a Dios (¡ensalzado sea!) y rezaron por su profeta Mahoma, al que Él bendiga y salve. Buluqiya quedó boquiabierto al oírles citar el nombre de Mahoma. Dijo al rey Sajr: “Quiero hacerte algunas preguntas”. “¡Pregunta lo que desees!” “¡Rey! ¿Quiénes sois? ¿Cuál es vuestro origen? ¿Cómo podéis conocer a Mahoma, al que Dios bendiga y salve, hasta el punto de rezar por él y quererlo?” El rey Sajr le contestó: “¡Buluqiya! Dios (¡ensalzado sea!) ha creado el fuego en siete estratos, uno encima de otro; entre cada uno de ellos hay un abismo de mil años de distancia. Ha dado al primero el nombre de Chahanna, y lo ha destinado para los creyentes en rebeldía que hayan muerto sin arrepentirse. El segundo se llama Laza, y lo ha destinado a los incrédulos; el tercero se denomina Chahim, y está destinado a Gog y Magog; el cuarto, Sair, lo ha destinado a los secuaces de Iblis;

el quinto, Saqar, está preparado para aquellos que descuidan la plegaria; el sexto se llama al-Mutama, y está destinado a los judíos y cristianos, el séptimo se llama al-Hawiya, y en él arderán los hipócritas. Tales son los siete estratos", Buluqiya observó: "¿La Chahanna constituye el menor de todos sus castigos, ya que se encuentra en la parte superior?" "Sí; es el menor de todos, a pesar de que en ella se encuentran mil montes de fuego; cada uno de éstos tiene setenta mil valles de fuego; cada valle, setenta mil ciudades de fuego; cada ciudad, setenta mil fortalezas de fuego; cada fortaleza, setenta mil casas de fuego; cada casa, setenta mil sitiales de fuego, y cada sitial, setenta mil clases de tormento. ¡Oh, Buluqiya! En cada uno de los siete estratos de fuego no hay tormentos más ligeros que en los otros, ya que la Chahanna se encuentra en el primer piso. El número y clase de tormentos de esas capas sólo lo conoce Dios (¡ensalzado sea!)." Buluqiya cayó desmayado al oír las palabras del rey Sajr. Al volver en sí, rompió a llorar y exclamó: "¡Oh, rey! ¿Cuál será nuestra suerte?" "¡Buluqiya! No temas, y sabe que todo aquel que ama a Mahoma no se quemará en el fuego, y se salvará de éste gracias al Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!). El fuego huirá delante de todos aquellos que pertenezcan a su religión. Dios ha creado del fuego. Las primeras criaturas que Él puso en la Chahanna fueron dos seres pertenecientes a su ejército. Uno de dios se llamó Jalit, y el otro, Malit. Dio a Jalit la figura de león, y a Malit, la de lobo. La cola de Malit estaba hecha a la manera de una hembra: tenía un color moteado. La cola de Jalit tenía la contextura de un varón; ésta poseía la forma de una serpiente; aquélla, la de una tortuga; la longitud de la cola de Jalit era de veinte años de camino. Dios (¡ensalzado sea!) mandó que las dos colas se uniesen, y de ello nacieron serpientes y escorpiones, cuya morada es el fuego, pues Dios atormenta, por su medio, a los que envía al infierno. Las serpientes y los escorpiones se reprodujeron y se multiplicaron. Luego Dios (¡ensalzado sea!) mandó que las colas de Jalit y Malit se uniesen y cohabitasen por segunda vez. Se reunieron, cohabitaron y la cola de Jalit fecundó la cola de Malit, la cual tuvo siete varones y siete hembras, que fueron desarrollándose hasta hacerse mayores. Entonces se unieron varones y hembras, que obedecieron al padre, salvo uno, que se rebeló y fue convertido en gusano; este gusano es Iblis, a quien Dios maldiga. Iblis había sido un arcángel de Dios, a Quien sirvió hasta el punto de ser elevado al cielo, colocado junto al Clemente y transformado en jefe de los arcángeles."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey Sajr prosiguió:] « "Al crear Dios a Adán (¡sobre él sea la paz!), mandó a Iblis que se prosternase, pero éste se negó a hacerlo. Dios (¡ensalzado sea!) lo desterró y le maldijo. Iblis, al reproducirse, dio origen a los demonios. Los seis varones que nacieron antes que

él, dieron origen a los genios creyentes, y nosotros somos de su estirpe. Tal es nuestro origen, Buluqiya.” Buluqiya se admiró de las palabras del rey Sajr. A continuación dijo: “¡Rey! Desearía que ordenaras a uno de tus sirvientes que me llevara a mi país”. “No podemos hacerlo, a menos que nos lo mande Dios (¡ensalzado sea!); pero si quieres marcharte de nuestro lado, mandaré que acuda ante ti uno de mis corceles. Montarás en su lomo, y le ordenaré que te conduzca hasta los confines de mis Estados; una vez te encuentres en éstos, hallarás a las gentes del rey Barajiya. Al ver el caballo lo reconocerán, te harán descender de su lomo y nos lo devolverán. No podemos hacer nada más.” Buluqiya, al oír estas palabras, se puso a llorar, y replicó: “¡Haz lo que quieras!” El rey mandó que le llevasen el caballo. Lo condujeron ante él, y colocaron a Buluqiya encima. Le recomendaron: “¡No te bajes de la silla, ni des golpes ni incites a gritos al corcel! Si hicieses esto, te mataría. No dejes de cabalgar en silencio hasta que se detenga. Entonces, baja del lomo y sigue tu camino.” “¡De buen grado!”, replicó Buluqiya. Montó a caballo, cabalgó un buen rato entre las tiendas y siguió su marcha hasta pasar por las cocinas del rey Sajr. Buluqiya se fijó en las calderas colgadas: en cada una había cincuenta camellos, mientras el fuego llameaba por debajo. El viajero, al ver tales vasijas y contemplar su tamaño, quedó completamente admirado de ello, mientras las contemplaba. El rey, al ver que Buluqiya miraba la cocina con interés, creyó que tenía hambre y ordenó que le acercasen dos camellos asados. Así lo hicieron, y los ataron detrás de él, a la grupa del caballo. Se despidieron, y éste viajó hasta llegar al confín de los dominios del rey Sajr. El caballo se detuvo, y Buluqiya se apeó y se sacudió el polvo del viaje. Unos hombres se acercaron, examinaron el caballo, lo reconocieron, se hicieron cargo de él y se pusieron en marcha junto a Buluqiya, hasta llegar al rey Barajiya. Buluqiya, al presentarse ante el rey, lo saludó. Barajiya le devolvió el saludo. Estaba sentado en un magnífico pabellón, rodeado por todas sus tropas, paladines y reyes de los genios, que se extendían a derecha e izquierda. El rey mandó a Buluqiya que se acercase. Le obedeció. Después le ordenó que se sentase a su lado y fueron extendidos los manteles: el rey Barajiya se encontraba en la misma situación que Sarj. Cuando sirvieron los guisos, comieron, y Buluqiya lo hizo también hasta quedar harto, después de lo cual dio las gracias a Dios (¡ensalzado sea!). El rey preguntó a su huésped: “¿Cuándo te has separado del rey Sarj?” “Hace dos días.” “¿Sabes cuál es la distancia que has recorrido en ese par de días? Has hecho un trayecto de setenta meses.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey Barajiya prosiguió:] « “Al montar a caballo, éste ha sabido en seguida que eras un hijo de Adán, se ha asustado y tratado de tirarte de su lomo. Por eso le han puesto por lastre ese par

de camellos.” Buluqiya, al oír las palabras del rey Barajiya, se admiró y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberlo salvado. El rey Barajiya añadió: “Cuéntame todo lo que te ha ocurrido y cómo has llegado a este país”. Buluqiya le refirió todo lo que le había acontecido y cómo había viajado hasta llegar al país en que se encontraba. El rey se admiró mucho al oír sus palabras. Buluqiya permaneció a su lado dos meses.»

Hasib, al oír el relato de la reina de las serpientes, se admiró mucho y le dijo: « Desearía que tu bondad y amabilidad ordenase a uno de tus servidores que me condujese a la faz de la tierra, para poder reunirme con mi familia.» La reina de las serpientes replicó: « Hasib Karim al-Din: has de saber que si regresas a la superficie de la tierra, te reúnes con tu familia y entras en un baño y te lavas, yo moriré en cuanto termines de limpiarte, pues esto será la causa de mi muerte» . « ¡Te juro que no entraré en un baño mientras viva! Si tengo necesidad de lavarme, lo haré en mi casa.» « ¡Aunque me lo juraras cien veces, no te daría crédito jamás! Esto no puede ser. Has de saber que tú, hijo de Adán, no eres digno de confianza. Tu padre, Adán, hizo una promesa a Dios y la rompió, a pesar de que Éste (¡ensalzado sea!) lo había moldeado en arcilla cuarenta días y había hecho que los ángeles se postraran ante él. Después de todo esto, Adán faltó y rompió el pacto, contrariando la orden de su Señor.» Hasib se calló al oír estas palabras, rompió a llorar y así permaneció durante diez días. Después le dijo: « Refiéreme lo que sucedió a Buluqiya al cabo de los dos meses de permanecer junto al rey Barajiya» .

La reina de las serpientes refirió: « Sabe, Hasib, que al cabo de los dos meses de estar con el rey Barajiya, se despidió de él y empezó a recorrer la tierra de día y de noche, hasta llegar a un monte muy elevado. Se encaramó a él, y al llegar a la cima halló un ángel muy grande que, sentado, glorificaba a Dios (¡ensalzado sea!) y bendecía a Mahoma. Ante el ángel había una tabla, con una parte escrita en blanco y otra en negro; la estaba contemplando, con las alas extendidas: una hacia Oriente, y la otra, hacia Occidente. Buluqiya se acercó a él y lo saludó. El ángel le devolvió el saludo y le preguntó: “¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?” “Soy un hombre y pertenezco al pueblo israelita. Viajo por amor a Mahoma, al que Dios bendiga y salve, y me llamo Buluqiya.” “¿Qué te ha sucedido para venir a parar a esta tierra?” Le refirió todo lo que le había sucedido y lo que había visto en su viaje. El ángel se quedó pasmado al oír las palabras de Buluqiya. Éste le preguntó: “Ahora dime tú qué es lo que está escrito en esta tabla y qué haces aquí. ¿Cómo te llamas?” “Me llamo Miguel, y estoy encargado de hacer que se sucedan los días y las noches. Tal es mi trabajo hasta el día del juicio.” Buluqiya, al oír estas palabras, quedó muy admirado del aspecto, contextura y grandes dimensiones del ángel. Se despidió de éste y viajó de noche y de día, hasta llegar a una gran pradera; cruzó por ella y encontró siete ríos y muchos árboles. El viajero quedó boquiabierto ante una

pradera tan grande; recorrió sus lindes y tropezó con un árbol altísimo, a cuyo pie se encontraban cuatro ángeles. Buluqiya se acercó a ellos y observó su forma: uno tenía el aspecto propio de un hombre; el segundo parecía un animal salvaje; el tercero era un pájaro, y el cuarto tenía la forma de un toro[226]. Estaban ocupados en loar a Dios (¡ensalzado sea!). Iban diciendo: "¡Señor mío! ¡Dueño mío! ¡Patrón mío! ¡Por tu verdad y por la gloria de tu profeta Mahoma, al que Dios bendiga y salve! ¡Perdona a cada uno de los seres que has creado a semejanza mía, y sé misericordioso con ellos! Tú eres poderoso sobre todas las cosas". Buluqiya quedó pasmado al oír estas palabras y se alejó de ellos, y anduvo noche y día, hasta llegar al Monte Qaf. Subió a su cima y encontró en ella un gran ángel, sentado, que estaba loando y santificando a Dios, al tiempo que rezaba por Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!). Se dio cuenta de que el ángel cerraba y abría las manos, las plegaba y las extendía. Mientras hacía esto, Buluqiya se acercó y lo saludó. El ángel le devolvió el saludo y le preguntó: "¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?" "Soy un israelita, un hombre, y me llamo Buluqiya. Viajo por amor a Mahoma, a quien Dios bendiga y salve. Mas he perdido el camino." Le refirió todo lo que le había ocurrido, y al terminar le preguntó: "Y tú, ¿quién eres? ¿Qué monte es éste? ¿Qué significa este trabajo que haces?" El ángel replicó: "Sabe, Buluqiya, que éste es el Monte Qaf, que rodea al mundo. Tengo en mi poder, aquí abajo, toda la tierra creada por Dios, y cuando Éste (¡ensalzado sea!) quiere que pase algo en el mundo, ya un terremoto, ya una sequía, ya un año de prosperidad, o de guerras, o de paz, me manda que lo haga. Yo permanezco aquí en mi puesto. Sabe que mi mano sujeta las raíces de la Tierra".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Buluqiya preguntó: "¿Ha creado Dios en el Monte Qaf alguna región distinta de ésta en la que te encuentras?" "¡Sí! Ha creado una tierra blanca como la plata, cuya extensión sólo Él conoce; la habitan ángeles cuya comida y bebida la constituyen las loas y la santificación de Dios; la continua plegaria por Mahoma, a quien Dios bendiga y salve. Todos los viernes se reúnen en este monte y rezan a Dios durante toda la noche hasta que llega la mañana, y los beneficios de estas loas, santificaciones y sacrificios, los entregan a los pecadores que pertenecen a la nación de Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!) y a todo aquel que cumple con la ablución del viernes. Así actuarán hasta el día de la resurrección." Buluqiya preguntó al ángel: "¿Ha creado Dios más montes detrás del de Qaf?" "Sí; detrás del Monte Qaf hay una cordillera que tiene una longitud de quinientos años de viaje, cubierta de nieve y hielo, la cual rechaza los calores de la Chahanna para proteger el mundo; si no fuese por esa cordillera, el mundo

quedaría abrasado por el calor de la Chahanna. Detrás del Monte Qaf hay cuarenta países, cada uno de los cuales es cuarenta veces más grande que nuestro mundo: unos son de oro; otros, de plata, y otros de jacinto. Cada uno de los países de esas regiones tiene un color propio; Dios los ha poblado de ángeles, cuyo único trabajo consiste en loar, santificar, exaltar y cantar su gloria; rezan a Dios por la nación de Mahoma —al que Dios bendiga y salve—, y no conocen ni a Eva ni a Adán, ni el día ni la noche. Sabe, Buluqiya, que la tierra consta de siete estratos, superpuestos uno encima de otro, y que Dios ha creado un ángel, cuyo poder y características sólo Él, todopoderoso y excelso, conoce. Dicho ángel soporta las siete tierras sobre sus espaldas. Debajo de él, Dios ha colocado una piedra; bajo ésta, un toro; bajo el toro, un pez, y debajo de éste, un mar inmenso. Dios (¡ensalzado sea!) informó a Jesús (¡sobre él sea la paz!) de la existencia de este pez, y Jesús rogó: '¡Señor mío! ¡Permíteme ver ese pez de modo bien claro!' Dios mandó a uno de sus ángeles que llevase a Jesús junto al pez para que lo viese. El ángel fue a buscar a Jesús, lo tomó consigo y lo transportó al mar en el que se encontraba el pez. Le dijo: '¡Contempla, Jesús, el pez!' Jesús miró, pero no lo vio. Inmediatamente después, él pez pasó ante Jesús, rápido como el relámpago. Jesús, al verlo, cayó desmayado. Al volver en sí, Dios se mostró ante él y le dijo: '¡Jesús! ¿Has visto el pez? ¿Te has dado cuenta de su longitud y de su anchura?' Respondió: '¡Señor mío! ¡Por tu poder y tu gloria! No lo he visto, pues ha pasado ante mí una luz inmensa cuya longitud era la de tres días de marcha. Ignoro qué es lo que puede ser tal resplandor'. Dios le replicó: '¡Jesús! El relámpago que ha cruzado ante ti y cuya longitud era de tres días, es la cabeza del toro. Sabe, Jesús, que cada día creo cuarenta peces como ése'". Buluqiya quedó perplejo al oír tales palabras sobre el poder de Dios. Preguntó al ángel: "¿Qué es lo que Dios ha puesto debajo del mar en el que nada el pez?" "Debajo del mar se encuentra una inmensa cámara de aire; bajo ésta, el fuego, y bajo el fuego, una enorme serpiente, que se llama Falaq. Si no fuese porque dicha serpiente teme a Dios (¡ensalzado sea!), engulliría todo lo que tiene encima: aire, fuego y el ángel, con todo lo que sostiene, sin que éste se diera cuenta."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ángel prosiguió:] « "…Dios (¡ensalzado sea!), al crear la serpiente la inspiró: 'Quiero confiarte un depósito en custodia. ¡Guárdalo!' La serpiente replicó: 'Haz lo que quieras'. Dios prosiguió: '¡Abre la boca!'. La abrió, y Dios metió la Chahanna en su vientre. Le dijo: 'Guarda la Chahanna hasta el día del juicio'. Cuando llegue éste, Dios ordenará a sus ángeles que marchen con cadenas y arrastren con ellas la Chahanna hasta el lugar del juicio. Allí, Dios (¡ensalzado sea!) ordenará a la Chahanna que abra sus puertas. Las abrirá, y de ellas saldrán chispas más grandes que los montes". Al

oír las palabras que pronunciaba el ángel, Buluqiya rompió a llorar amargamente. Se despidió de él y se marchó en dirección a Occidente, hasta llegar junto a dos seres que estaban sentados junto a una puerta enorme y cerrada. Al aproximarse vio que uno tenía el aspecto de un león, y el otro, el de un toro. Los saludó, y los animales le devolvieron el saludo. Ambos le preguntaron: "¿Qué cosa eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?" "Soy un hijo de Adán —replicó Buluqiya—, y estoy viajando por amor a Mahoma, al que Dios bendiga y salve. Pero he perdido mi camino". Luego preguntó él a su vez: "¿Quiénes sois? ¿Qué significa esta puerta ante la cual os encontráis?" "Somos los guardianes de la puerta que estás contemplando. Nuestro único trabajo consiste en loar y santificar a Dios y en rezar por Mahoma, al que Dios bendiga y salve". Buluqiya, al oír tales palabras, se admiró y preguntó: "¿Qué es lo que hay detrás de esa puerta?" "No lo sabemos." "¡Por la verdad de vuestro Señor, el Excelso! ¡Abrid la puerta para que pueda ver qué hay detrás!" "No podemos abrirla nosotros ni ninguna de las criaturas; sólo el fiel Gabriel, el Seguro, puede hacerlo." Buluqiya, al oír tales palabras, se humilló ante Dios (¡ensalzado sea!) y rogó: "¡Señor mío! Envíame a Gabriel, el Seguro, para que me abra esta puerta y pueda ver lo que hay en su interior". Dios escuchó su plegaria y mandó a Gabriel, el Seguro, que bajase a la tierra y abriese la puerta en que confluyen los dos mares, para que Buluqiya lo viese. El ángel descendió al lado de Buluqiya, lo saludó, se colocó al lado de la puerta y la abrió. Inmediatamente después, le dijo: "¡Cruza esta puerta, pues Dios me ha mandado que te la abriese!" Buluqiya pasó al otro lado y empezó a andar. Gabriel cerró la puerta y subió al cielo. El viajero encontró detrás de la puerta un mar inmenso: una mitad era de agua salada, y la otra, de agua dulce. Bordeando el mar había dos montes de rojos rubíes. Emprendió el camino hasta alcanzar dichos montes. Vio que estaban poblados de ángeles, dedicados a loar y santificar a Dios. Buluqiya los saludó, y ellos le devolvieron el saludo. Les preguntó qué era aquel mar y qué representaban los dos montes. Le replicaron: "Este sitio está debajo del Trono. Este mar es el que transmite las mareas a todos los mares del mundo. Nosotros dividimos sus aguas y las repartimos por las distintas regiones: las saladas las canalizamos hacia las tierras salobres, y las dulces, hacia regiones de agua potable. Esos dos montes los ha creado Dios (¡ensalzado sea!) para conservar estas aguas. Esto es lo que se nos ha mandado hacer hasta el día del juicio". Luego le preguntaron a él: "¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?" Buluqiya les contó su historia desde el principio hasta el fin. Después les preguntó por el camino que debía seguir. Le dijeron: "Cruza por encima de las aguas de este mar". Buluqiya tomó parte del jugo que aún le quedaba, se untó los pies, se despidió de ellos y se puso a andar, de día y de noche, sobre la superficie del mar. Mientras iba andando tropezó con un hermoso joven, que también cruzaba la superficie de las aguas. Se acercó a él y lo saludó. El joven le devolvió el saludo. Al alejarse de él, descubrió a cuatro

ángeles que cruzaban la superficie de las aguas raudos como relámpagos cegadores. Buluqiya siguió avanzando y se detuvo en medio de su camino. Una vez llegaron ante él, los saludó y les dijo: "Por la verdad del Todopoderoso y Excelso, quiero preguntaros: ¿Cómo os llamáis? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais?" Uno de ellos le replicó: "Me llamo Gabriel". El segundo dijo: "Y yo Israel". El tercero manifestó: "Y yo Micael". Y el cuarto concluyó: "Y yo Azrael". Los cuatro ángeles añadieron: "En la región de Oriente ha aparecido un enorme dragón, que ha derruido mil ciudades y ha devorado a sus habitantes. Dios (¡ensalzado sea!) nos ha mandado que vayamos a su encuentro, lo capturemos y lo arrojemos a la Chahanna". Buluqiya quedó absorto ante ellos al ver su fuerte contextura, y siguió viajando noche y día, según su costumbre, hasta llegar a una isla. Puso pie en ella y la recorrió durante un rato.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Buluqiya] «tropezó con un hermoso muchacho, cuyo rostro desprendía luz. Al aproximarse a él vio que estaba sentado junto a dos mausoleos, llorando y sollozando. Se acercó más a él y lo saludó. Él le devolvió el saludo. Buluqiya le preguntó entonces: "¿Qué te sucede? ¿Cómo te llamas? ¿Qué significan estas dos tumbas aquí construidas y junto a las cuales te hallas sentado? ¿Por qué lloras?" El joven se dirigió a Buluqiya sollozando tan amargamente, que dejó empapado el vestido de lágrimas. Respondió: "Sabe, ¡oh, hermano mío!, que tengo una historia prodigiosa, un relato extraordinario. Pero querría que te sentases a mi lado para que me contaras lo que has visto durante tu vida y me informases de la causa que te ha traído a este lugar, así como de tu nombre y adonde te diriges. Después, yo te contaré mi historia". Buluqiya se sentó al lado del joven y le refirió desde el principio hasta el fin todo lo que le había ocurrido en el viaje. Le explicó que, una vez muerto su padre, había abierto la puerta, y entrado en un saloncito, donde encontró la caja que contenía el libro con la descripción de Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!); le hizo notar que su corazón había quedado prendado de aquél, y que se había puesto en viaje por su amor, y le refirió todo lo que había acaecido hasta llegar a su lado. Luego añadió: "Éste es mi relato completo, pero Dios es más sabio, y yo ignoro qué es lo que me ocurrirá después". El joven, al oír estas palabras, suspiró y dijo: "¡Pobre de ti! ¿Qué es lo que has visto durante tu vida? Sabe, Buluqiya, que yo he contemplado a nuestro señor Salomón cuando aún estaba en vida; he visto cosas innumerables y sin cuento. Mi historia es maravillosa, y mi relato, prodigioso. Querría que permanecieras aquí para poder contarte mi vida y explicarte por qué permanezco en este lugar".»

Hasib, al oír las palabras que pronunciaba la serpiente, se quedó admirado y dijo: «¡Reina de las serpientes! ¡Te conjuro, en nombre de Dios, a que me

pongas en libertad y mandes a uno de tus criados que me saque a la faz de la tierra! Te juro que nunca en la vida entraré en un baño» . « No lo haré jamás. No creo en tu juramento.» Al oír estas palabras, rompió a llorar, y todas las serpientes derramaron lágrimas por él y empezaron a interceder ante su reina en favor de Hasib. Le decían: « Te pedimos que mandes a una de nosotras que lo saque a la superficie de la tierra: él te jura que no entrará en un baño en toda su vida» . La reina de las serpientes, que se llamaba Yamlija[227], al oír lo que le decían se acercó a Hasib y le hizo prestar juramento. Luego ordenó a una serpiente que lo sacase a la superficie de la tierra. La serpiente se acercó a él para sacarlo fuera, pero Hasib rogó a la reina: « Me gustaría que terminaras de contarme la historia del muchacho que estaba sentado al lado de Buluqiya, aquel al que encontró entre las dos tumbas» . La reina prosiguió:

« Sabe, Hasib, que Buluqiya se sentó junto al muchacho y le refirió toda la historia, desde el principio hasta el fin, para que el otro, a su vez, le contase la suya, le explicase lo que le había ocurrido a lo largo de su vida y le refiriese por qué estaba sentado entre los dos mausoleos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *cuatrocientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « El joven le replicó: "¡Qué maravilla has visto, desgraciado! Yo he contemplado al señor Salomón en su propia época, y he visto prodigios innumerables que no se pueden contar. Sabe, hermano mío, que mi padre era un rey llamado Tigmus, que gobernaba en la región de Kabul y a los Banu Sahlan, una tribu de diez mil valientes, cada uno de los cuales, a su vez, administraba cien ciudades, cien fortalezas, con sus correspondientes murallas; mi padre era señor de siete sultanes, quienes le llevaban las riquezas de Oriente y de Occidente. Era recto en sus actos, y Dios (¡ensalzado sea!) le había concedido todo esto y le había dado un gran imperio; pero no tenía ningún hijo. El deseo de toda su vida había sido el que Dios le concediese un hijo varón a quien poder dejar su imperio al morir.

» "Cierto día interrogó a los sabios, a los astrólogos, a los entendidos en horóscopos y les dijo: 'Haced las observaciones y determinad mi ascendente. ¿Me concederá Dios, en el transcurso de mi vida, un hijo varón a quien poder legar mi reino?' Los astrólogos abrieron los libros, hicieron el cálculo del ascendente y descendente y averiguaron su signo. Le dijeron: '¡Oh, rey! Tú tendrás un hijo varón, pero éste sólo nacerá de la hija del rey de Jurasán'. Tigmus se alegró mucho al oír estas palabras, y dio tales riquezas a los astrólogos y a los sabios, que no se pueden contar ni enumerar, y ellos se marcharon a sus quehaceres.

» "El rey tenía un gran visir, que era un hábil caballero y un gran paladín, cuyo valor equivalía al de mil caballeros. Se llamaba Ayn Zar. El rey le dijo:

‘¡Oh, visir! Quiero que te prepares para emprender un viaje al país del Jurasán, con el fin de que pidas, como esposa, para mí, a la hija de su rey, Bahrawan’, y explicó a su visir Ayn Zar lo que le habían dicho los astrólogos. Éste, al oír las palabras de su rey, salió al momento e hizo los preparativos para el viaje. Luego marchó de la ciudad con las tropas, con los héroes y los soldados. Esto es lo que hace referencia al visir.

» ”He aquí ahora lo que se refiere al rey Tigmus. Preparó mil quinientas cargas de seda, gemas, perlas, jacintos, oro, plata y piedras preciosas, y dispuso una gran cantidad de objetos para la boda. Lo colocó todo a lomos de camellos y mulos, y lo consignó a su visir Ayn Zar. Escribió una carta que decía: la paz al rey Bahrawan: Sabe que hemos reunido a los astrólogos, a los sabios y a los entendidos, quienes nos han dicho que tendremos un hijo varón sólo en el caso de que nos casemos con tu hija. Por ello he dispuesto que el visir Ayn Zar vaya a verte llevándote multitud de objetos para la boda. El visir me representa en todo este asunto, y le he confiado la conclusión del contrato de bodas. Espero de tu benevolencia que atiendas al visir en sus deseos, que son los míos propios, sin demora ni dilación. El bien que le hagas, será bien venido. No me contraríes en esto. Sabe, rey Bahrawan, que Dios me ha concedido el señorío de Kabul y el gobierno de los Banu Sahlan y que me ha dado un gran imperio. Una vez me haya casado con tu hija, tú y yo seremos soberanos por igual, y yo te enviaré cada año riquezas que te bastarán. Esto es lo que de ti espero’.

» ”El rey Tigmus selló la carta y se la entregó a su visir, ordenándole que se pusiera en camino hacia el Jurasán. El visir viajó sin descanso hasta llegar a las inmediaciones de la ciudad del rey Bahrawan. Informaron a éste de la llegada del visir del rey Tigmus. Al oírlo, dispuso que los emires se preparasen para la recepción, se preocupó de las comidas y bebidas y demás asuntos, incluyendo el forraje para los caballos. Luego ordenó que salieran al encuentro del visir Ayn Zar. Cargaron los fardos y emprendieron la marcha hasta llegar ante éste. Colocaron los fardos en el suelo, se apearon los soldados y se saludaron unos y otros. Permanecieron en aquel sitio durante diez días, comiendo y bebiendo. Después montaron a caballo y se dirigieron a la ciudad. El rey Bahrawan salió al encuentro del visir del rey Tigmus, lo saludó, lo cogió de la mano y lo acompañó a la ciudadela. El visir ofreció en seguida al rey los fardos, los regalos y todas las riquezas, y además le entregó la carta. El soberano la cogió, la leyó y se dio cuenta de lo que quería decir, pues entendió su significado. Se alegró mucho por ello, y dispensó al mensajero una magnífica acogida. Le dijo: ‘¡Pide lo que desees! Si el rey Tigmus me pidiera mi propia vida, se la daría’. El rey Bahrawan se marchó en aquel mismo momento a ver a su hija, a su madre y a sus parientes, les explicó el asunto y les pidió consejo. Le respondieron: ‘Haz lo que desees’”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] « “El rey regresó junto a Ayn Zar y le comunicó que su deseo sería complacido. El visir permaneció al lado de Bahrawan dos meses, al cabo de los cuales dijo a éste: ‘Desearíamos que nos hicieses don de aquello que nos ha traído hasta aquí, pues regresaríamos a nuestro país’. El soberano replicó: ‘¡De buen grado!’ Mandó que se preparase la boda y se dispusiese el equipo. Así se hizo. Después ordenó comparecer a los visires, a todos los príncipes y a los grandes del reino. Acudieron todos. Mandó luego llamar a los monjes y a los sacerdotes y éstos también se presentaron, y celebraron el matrimonio de la hija de Bahrawan con el rey Tigmus. El rey Bahrawan preparó los objetos necesarios para el viaje, y entregó tales regalos, presentes y gemas a su hija, que apenas se pueden describir. Mandó cubrir de alfombras y engalanar del modo más hermoso las calles de la ciudad: el visir Ayn Zar y la hija del rey Bahrawan emprendieron el viaje de regreso. Tigmus, al enterarse de esto, mandó preparar la fiesta y engalanar su ciudad. Luego consumó el matrimonio con la hija de Bahrawan rompiendo su virginidad. Pocos días después la princesa quedó en estado y transcurridos los meses correspondientes dio a luz un hijo varón que se parecía a la luna en la noche del plenilunio. El rey, al saber que su esposa había dado a luz un varón, se alegró muchísimo y mandó buscar a los sabios, a los astrólogos y a los expertos en predicciones. Les dijo: ‘Deseo que determinéis el ascendente y el descendente de este recién nacido, y que me digáis qué es lo que le ocurrirá durante su vida’. Los sabios y los astrólogos determinaron el ascendente y el descendente y vieron que se trataba de un muchacho que sería feliz si lograba superar en su juventud, a los quince años, algunas contrariedades: si conseguía seguir viviendo después de esta edad, gozaría de un gran bienestar y sería un rey poderoso, más importante que su padre: su felicidad sería inmensa, aniquilaría a sus enemigos y tendría una vida feliz. ¡Dios es el más sabio! El rey se alegró mucho al oír esto, le dio el nombre de Chansah y lo entregó a las nodrizas y a las amas. Su crianza fue feliz. Cuando cumplió los cinco años, el padre le enseñó a leer y empezó por el Evangelio. Después lo instruyó en el arte de la guerra y aprendió el manejo de la lanza y de la espada antes de cumplir los siete años; dedicado a la caza y a la pesca, convirtióse en un paladín en todos los ejercicios propios de la caballería. Su padre se alegraba muchísimo cada vez que oía hablar de su habilidad en todas las artes de la guerra.

» ”Cierto día, el rey Tigmus ordenó a sus soldados que montasen a caballo para salir de caza y de pesca. Le obedecieron, y el rey y su hijo Chansah montaron en sus corceles y empezaron a recorrer campiñas y desiertos dedicados a su deporte favorito, hasta que, al atardecer del tercer día, el príncipe

se lanzó en pos de una gacela de color admirable, que corría delante de él. Al ver que la gacela huía, se empeñó en seguirla y aceleró la marcha en pos de la presa, acompañado por siete esclavos de Tigmus, quienes, al ver a su señor lanzado detrás del animal, espolearon a sus corceles de carrera y lo siguieron. Corrieron sin descanso hasta llegar junto al mar, y entonces todos se precipitaron sobre la gacela para cogerla. El animal, para escapar, se arrojó al agua.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] « “Había en ésta una embarcación de pescadores, y la gacela saltó a su interior. Chansah y los esclavos se apearon de los corceles, subieron a la barca y se apoderaron de la gacela. Al disponerse a volver a la costa, el príncipe descubrió una gran isla y dijo a los mamelucos que le acompañaban: ‘Desearía llegar hasta la isla’. ‘Oír es obedecer’, replicaron. Se dirigieron con la barca hacia aquel lugar. Al llegar, desembarcaron y la recorrieron. Después regresaron a la barca, subieron a ella y, llevando siempre consigo la gacela, se dirigieron hacia la tierra de la que habían salido. Pero cayó la tarde, se extraviaron en el mar, y el viento, que empezó a soplar, arrastró la nave hacia el interior del océano. Durmieron hasta el amanecer, y al despertarse no reconocieron el sitio en que se encontraban, y siguieron navegando. Esto es lo que a ellos se refiere.

» ”He aquí ahora lo que hace referencia al rey Tigmus, padre de Chansah. Al no ver a su hijo y creer que lo había perdido, ordenó a los soldados que se dividieran en grupos y que cada uno siguiese un camino distinto. Emprendieron la búsqueda del hijo del rey, y una sección llegó a la orilla del mar y encontró al mameluco que se había quedado al cuidado de los caballos. Se acercaron a él y le preguntaron por su dueño y por los otros seis mamelucos. Les refirió lo que había sucedido. Tomando con ellos al mameluco y el caballo, regresaron junto al rey y le explicaron todo. El soberano, al oír tales palabras, rompió a llorar amargamente y, arrojando la corona que llevaba en la cabeza, se mordió las manos de arrepentimiento. En seguida escribió numerosas cartas y las envió a todas las islas del mar; reunió cien navíos, embarcó en ellos su ejército y mandó que recorrieran el mar en busca de su hijo Chansah. Luego, tomando consigo el resto del ejército y de las tropas, regresó a su ciudad muy apenado. La madre, al enterarse de lo ocurrido, se abofeteó la cara e inició el duelo. Esto es lo que a ellos se refiere.

» ”He aquí lo que hace referencia a Chansah y a los mamelucos que lo acompañaban. Siguieron perdidos por el mar, y quienes los buscaban recorrieron aquellas aguas durante diez días sin encontrarlos. Entonces regresaron ante el rey y le explicaron lo sucedido. Entretanto, un viento huracanado arrastró la

embarcación hasta una isla, Chansah y los seis mamelucos desembarcaron y recorrieron aquel lugar hasta llegar a una fuente de agua corriente, situada en su centro. Cerca de ésta divisaron un hombre que estaba sentado. Se acercaron a él, lo saludaron, y el hombre les devolvió el saludo. Luego les habló en una lengua que se parecía al gorjeo de los pájaros. Chansah se admiró mucho al oír tal lenguaje. Aquel hombre se volvió a derecha e izquierda, y mientras ellos seguían boquiabiertos, se partió en dos mitades, y cada una de ellas se fue en una dirección distinta. Mientras ellos permanecían inmóviles, se les acercaron hombres de todas clases en innumerable cantidad: aparecían por todas las laderas del monte, y al llegar a la fuente, cada uno de ellos se partía en dos y se acercaba a Chansah y a los mamelucos para devorarlos. El príncipe, al ver que aquellos hombres se disponían a comérselos, huyó, junto con sus mamelucos, perseguido por aquellos hombres, que lograron devorar a tres de sus acompañantes. Los otros tres, con Chansah, consiguieron subir a la barca y empujar ésta hacia el centro del mar. Navegaron noche y día sin saber adónde los llevaba la nave: habían matado a la gacela, y de ella se alimentaban. Los vientos los empujaron a otra isla que tenía árboles, ríos, frutos y jardines; los frutos eran de todas clases, y los ríos corrían al pie de los árboles: parecía que la isla era un paraíso. Chansah se admiró al ver aquella isla, y preguntó a los mamelucos: '¿Cuál de vosotros desembarcará para darnos noticia de cómo es?' Uno de los mamelucos se ofreció: 'Yo iré a ver de qué se trata y os traeré informes'. Chansah replicó: 'Eso no puede ser. Desembarcad los tres y averiguad qué hay en la isla, mientras yo espero vuestro regreso en la barca'. Chansah hizo desembarcar a los tres esclavos para que fuesen de descubierta."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] « "Saltaron a tierra, la recorrieron por Levante y Poniente y no encontraron a nadie. Después avanzaron hacia el centro y hallaron una ciudadela de mármol blanco, cuyos edificios eran de cristal purísimo. En el centro había un jardín con toda clase de frutos secos y frescos, y que es imposible describir; también había aromas de todas clases. La fortaleza encerraba árboles frondosos y frutales; en sus ramas cantaban los pájaros. En el centro de los árboles se encontraba una gran alberca, a cuya orilla se erguía un magnífico pabellón, repleto de sillas, que rodeaban un trono de oro rojo con incrustaciones de gemas y jacintos. Los mamelucos, al ver la belleza de la ciudadela y del jardín, los recorrieron de derecha a izquierda, pero no encontraron a nadie. Salieron de la ciudadela y regresaron junto a Chansah, al que informaron de lo que habían visto. Cuando Chansah, el hijo del rey, hubo oído el informe, les dijo: 'He de ver personalmente tal ciudadela'. El

príncipe desembarcó y se marchó con los tres mamelucos. Llegaron a la ciudadela y entraron en ella. Chansah se quedó admirado de la belleza del lugar. Recorrieron el jardín, comieron sus frutos y no descansaron. Al atardecer se dirigieron a las sillas, y Chansah se sentó en el trono colocado en el centro, y a cuyos lados estaban dispuestas las sillas. Una vez sentado, el príncipe empezó a meditar y a llorar, por hallarse separado del solio de su padre, alejado de su país, de sus conciudadanos y de sus parientes. A su lado lloraban los tres mamelucos. Mientras así estaban, se oyó un enorme tumulto que procedía del mar; se volvieron en aquella dirección y vieron más monos que langostas hay en una de sus nubes. La isla y la ciudadela pertenecían a las monas, las cuales, al ver la barca en que había llegado Chansah, la habían hundido junto a la orilla del mar y habían marchado al encuentro del príncipe, que se encontraba sentado en su ciudadela.”»

La reina de las serpientes dijo: « Todo esto, Hasib, pertenece al relato que hizo a Buluqiya el muchacho que estaba sentado entre las dos tumbas» . Hasib le preguntó: « ¿Y qué hizo Chansah con las monas?»

La reina de las serpientes prosiguió:

« El príncipe se había sentado en el trono, mientras sus esclavos permanecían a derecha e izquierda. La llegada de estos animales los llenó de terror. Una multitud de monas se adelantó, se acercó al trono en que estaba sentado el príncipe y besó el suelo ante él; luego, poniendo la mano en el pecho permanecieron un instante inmóviles. En seguida llegó otro grupo, que llevaba dos gacelas: las sacrificaron, las llevaron a la fortaleza, las desollaron, las hicieron pedazos y las asaron hasta que estuvieron a punto para ser comidas. Entonces las colocaron en bandejas de oro y plata, extendieron los manteles e hicieron señas a Chansah y a sus compañeros para que comiesen. El príncipe bajó del trono y cenó en compañía de las monas y de los mamelucos, hasta que quedó harto. Luego las monas quitaron los manteles y sirvieron las frutas. Comieron éstas y dieron gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Chansah preguntó a las monas más viejas: “¿Quiénes sois? ¿A quién pertenece este lugar?” Le contestaron por señas: “Sabe que este lugar pertenecía a nuestro señor Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Venía aquí una vez al año para contemplarlo, y después se marchaba”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Las monas añadieron: “Sabe, ¡oh rey!, que tú eres desde ahora nuestro sultán, que nosotras estamos a tu servicio. Come y bebe, pues haremos todo lo que nos mandes”. Las monas se levantaron, besaron el suelo ante él, y cada una de ellas

se marchó a sus quehaceres. Chansah durmió en el trono, y los mamelucos pasaron la noche en las sillas que había a su alrededor. Al día siguiente llegaron los cuatro ministros principales de los monos, acompañados por su séquito: fueron llenando la sala, disponiéndose en ella hilera tras hilera. Los ministros se acercaron e indicaron a Chansah que los rigiese con justicia. Después mandaron a los demás monos que se retirasen, y sólo quedaron los que estaban asignados al servicio del rey. Luego aparecieron otros monos trayendo perros que parecían caballos, con las cabezas sujetas por cadenas. El príncipe quedó admirado del tamaño de los perros. Los ministros de los monos le hicieron señal de que montase y los siguiese. Chansah y sus tres mamelucos montaron en los perros, y, rodeados por el ejército de los monos, se pusieron en camino. Parecían una nube de langostas: unos iban a pie, y otros montados en los perros; el príncipe estaba boquiabierto ante lo que veía. Pasaron por la orilla del mar, y Chansah, al darse cuenta de que su barca había sido hundida, se volvió a los ministros de los monos y les preguntó: "¿Dónde está la barca que había aquí?" Le contestaron: "Sabe, ¡oh rey!, que en cuanto llegaste a nuestra isla, supimos que ibas a ser nuestro sultán, y temiendo que quisieras escaparte cuando nos presentáramos ante ti, hundimos la barca". Chansah, al oír tales palabras, se volvió a los mamelucos y les dijo: "Ya no tenemos medio que nos impulse a escapar de estos monos. Tendremos paciencia, puesto que así lo ha decretado Dios (¡ensalzado sea!)". Siguieron caminando hasta llegar a la orilla de un río, junto al cual se encontraba un monte muy elevado. El príncipe lo observó y vio que en él había numerosísimos ogros. Volviéndose a los monos, les preguntó: "¿Quiénes son esos ogros?" Le contestaron: "Sabe, ¡oh, rey!, que esos ogros son nuestros enemigos y que venimos a combatirlos". Chansah se admiró de ellos y del gran tamaño que tenían: montaban en caballos, y unos tenían cabezas de toro, y otros, de camellos. Los ogros, al ver el ejército de los monos, se lanzaron al ataque hasta llegar a la orilla del río, y empezaron a arrojar piedras tan grandes como columnas, con lo que hicieron una gran mortandad. El príncipe, al ver que los ogros vencían a los monos, gritó a sus mamelucos: "¡Sacad los arcos y las flechas! ¡Lanzad dardos hasta que los matéis y los alejéis de nosotros!" Hicieron lo que les mandaba su señor, y una gran calamidad cayó sobre los monstruos, pues mataron a muchos y los derrotaron; los vencidos se dieron a la fuga. Los monos, al ver lo que había hecho Chansah, se metieron en el río y, guiados por éste, persiguieron a los ogros hasta que los perdieron de vista, después de infligirles un duro castigo. Siguieron en pos de ellos, hasta llegar a un monte muy elevado. Chansah lo contempló y vio una lápida de mármol, en la que estaba escrito: "Sabe, ¡oh, tú, que has llegado a esta tierra!, que eres sultán de esos monos, que no puedes escaparte de ellos a menos que pases al lado oriental de este monte, lo cual representa una marcha de tres meses, durante los cuales cruzarás entre fieras, ogros, *marids* y *efrits*. Después llegarás al océano que circunda al ecúmene; si pasas por el lado

occidental, lo cual representa una marcha de cuatro meses, irás a parar al principio del Valle de las Hormigas, y penetrarás en él. No estarás a salvo de dichos animales hasta que alcances un monte elevado, que arde como el fuego y que mide diez días de marcha”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chansah siguió leyendo en la lápida:] « “Llegarás entonces a un gran río, cuya corriente es tan veloz que deslumbra la vista. Dicho río se seca todos los sábados. A su orilla hay una ciudad cuyos habitantes son todos judíos, que niegan la fe de Mahoma; entre ellos no hay ningún musulmán. En todo su país no hay más ciudades. Mientras tú permanezcas con los monos, éstos vencerán a los ogros. Sabe que esta lápida la ha escrito Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!).” Después de leer aquello, el príncipe rompió a llorar amargamente y, volviéndose hacia sus mamelucos, les explicó lo que en ella había escrito. Montó de nuevo, y el ejército de los monos cerró filas a su alrededor y se pusieron en marcha, muy contentos por la victoria que habían obtenido sobre sus enemigos, y regresaron a su ciudadela. Chansah permaneció en ésta, como sultán de los monos, durante un año y medio. Al cabo de este tiempo ordenó a sus soldados que se dispusieran para salir de caza y de pesca. Montaron a caballo el príncipe, los mamelucos y los monos, y recorrieron campiñas y desiertos y no pararon de ir de lugar en lugar hasta que Chansah reconoció el Valle de las Hormigas, que señalaba la lápida de mármol. Al verlo, ordenó echar pie en tierra en aquel lugar. Descabalgaron los monos y permanecieron allí, comiendo y bebiendo durante diez días. Una noche, el príncipe llamó aparte a sus mamelucos y les dijo: “Vamos a huir. Cruzaremos el Valle de las Hormigas y nos dirigiremos a la Ciudad de los Judíos. Tal vez Dios nos libre de estos monos y podamos seguir nuestro camino”. Le contestaron: “Oír es obedecer”. Esperaron a que hubiese transcurrido parte de la noche, y entonces el príncipe y los mamelucos se incorporaron, tomaron sus armas —espadas, puñales y demás útiles de guerra— y se pusieron a andar desde las primeras horas de la noche hasta la aurora. Los monos, al despertarse, no encontraron a Chansah ni a sus mamelucos y se dieron cuenta de que se les habían escapado. Un grupo montó a caballo y emprendió el camino oriental, mientras que otro grupo, también montado, se internaba por el Valle de las Hormigas. Éste descubrió al príncipe y a sus mamelucos, que se internaban en el Valle, por lo cual aceleraron la marcha. Chansah y sus mamelucos los descubrieron a su vez, y apretaron la marcha. Apenas había transcurrido una hora cuando ya los monos los atacaban e intentaban darles muerte. Pero de repente aparecieron las hormigas, que salieron de debajo del

suelo como una nube de langosta; cada una de ellas tenía el tamaño de un perro. Al ver a los monos se lanzaron contra ellos y se comieron unos cuantos; los monos mataron gran cantidad de hormigas, pero la victoria fue de éstas; una sola hormiga podía lanzarse contra un mono, atenazarlo con las mandíbulas y partirle en dos mitades, mientras que sólo un grupo de diez monos podía montarse en una hormiga, dominaría y partirla en dos. El combate, encarnizadísimo por ambos bandos, duró hasta la caída de la tarde; al oscurecer, Chansah y sus mamelucos escapaban por el fondo del Valle.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Al amanecer, los monos volvieron a dar alcance al príncipe. Éste, al verlos, gritó a sus mamelucos: "¡Atacadlos con las espadas!" Desenvainaron y cargaron contra los monos, que se acercaban a derecha e izquierda. Un mono gigantesco, con unos caninos que parecían los colmillos de un elefante, arremetió contra uno de los mamelucos y, de un mordisco, lo partió en dos. Los monos cargaron en tromba contra Chansah, pero éste consiguió huir hacia el fondo del Valle, en el cual distinguió un gran río, en cuya orilla había una cantidad enorme de hormigas. Éstas, al ver que el príncipe se acercaba, lo rodearon. Un mameluco, con la espada, partió una hormiga en dos. El ejército de las hormigas, al ver esto, cerró filas en torno al mameluco y lo mató. Mientras ocurría esto, los monos descendían de la cima del monte y volvían a cercar a Chansah, el cual al ver la obstinación con que lo perseguían, se desnudó y se arrojó al río. Lo mismo hizo el último esclavo que le quedaba. Nadaron hasta llegar al centro de la corriente. Chansah distinguió un árbol en la orilla opuesta, extendió la mano hacia una de sus ramas, la agarró, tiró de ella y subió a la orilla. En cambio, la corriente pudo más que el mameluco y lo arrastró hacia el monte, contra el cual quedó destrozado. El príncipe se quedó solo en tierra firme: escurrió sus vestidos y los secó al sol, mientras entre monos y hormigas se desarrollaba un encarnizado combate. Después, los monos se retiraron hacia su país. Esto es lo que se refiere a los monos y a las hormigas.

» He aquí ahora lo referente a Chansah. Lloró hasta la llegada de la tarde. Entonces entró en una cueva y se instaló en ella, lleno de terror y desesperado por la pérdida de sus esclavos. Pasó la noche en ella, hasta la llegada de la aurora. Entonces se puso en marcha y anduvo noches y días comiendo únicamente yerbas. Así llegó a un monte, que ardía como si fuese de fuego. Cruzó por él hasta llegar a un río que se secaba todos los sábados. Se dio cuenta de que era un río muy grande en cuya orilla había una populosa ciudad: la ciudad de los judíos, aquella que estaba descrita en la lápida. Permaneció en el lugar en

que se encontraba, hasta la llegada del sábado, hasta que el río se secó. Lo cruzó y llegó a la ciudad, en la que no vio a nadie. La recorrió hasta llegar a la puerta de una casa. La abrió y entró: sus ocupantes permanecían mudos. Les dijo: "Soy un extranjero hambriento". Le dijeron por señas: "Come y bebe, pero no hables". Se sentó con ellos, comió, bebió y durmió allí aquella noche. Al anochecer, el dueño de la casa lo saludó, le dio la bienvenida y le preguntó: "¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?" Chansah rompió a llorar al oír las palabras del judío, le refirió su historia y le habló de la ciudad de su padre. El judío quedó admirado y le replicó: "Jamás hemos oído hablar de esa ciudad. Sólo hemos oído decir a las caravanas de comerciantes, que hay un país llamado el Yemen". El príncipe le dijo: "Ese país del que te han hablado los comerciantes, ¿está lejos de aquí?" "Los caravaneros aseguran que desde su país hasta aquí tardan dos años y tres meses." "¿Cuándo llega la caravana?" "El año próximo".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Al oír estas palabras, el príncipe rompió a llorar amargamente y se entristeció por lo que les había ocurrido a él y a sus mamelucos, por encontrarse separado de su padre y de su madre y por todo lo sucedido en el curso del viaje. El judío lo animó: "¡No llores, muchacho! ¡Quédate con nosotros hasta que llegue la caravana, y te enviaremos con ella hacia tu país!" El príncipe aceptó y se quedó con el judío dos meses; todos los días recorría las callejas de la ciudad. En cierta ocasión en que, como de costumbre, paseaba de un lado para otro, oyó a un pregonero que decía: "¿Quién quiere ganar mil dinares y una esclava hermosa, de portentosa belleza, trabajando para mí desde la mañana hasta el mediodía?" Nadie le contestó. Chansah, al oír las palabras del pregonero, se dijo: "Si el trabajo no fuera peligroso, el anunciante no ofrecería mil dinares y una esclava hermosa por un trabajo que sólo dura desde la mañana hasta el mediodía". El príncipe se acercó al pregonero y le dijo: "Yo haré ese trabajo". Al oírlo, lo tomó consigo y lo condujo a una casa magnífica. Entraron los dos, y el príncipe se dio cuenta de que se encontraba en un hogar de persona acomodada. Había allí un comerciante judío, sentado en una silla de ébano. El pregonero se quedó en pie delante de él y le dijo: "¡Comerciante! Hace ya tres meses que pregono en la ciudad y sólo me ha contestado este joven". El comerciante, al oír las palabras del pregonero, dio la bienvenida a Chansah, lo tomó consigo, lo hizo entrar en una magnífica habitación y ordenó a los esclavos que le diesen de comer. Extendieron los manteles y sirvieron toda suerte de guisos. El comerciante y el príncipe comieron y se lavaron las manos. Después sirvieron los sorbetes y bebieron. Luego el comerciante se incorporó, entregó a Chansah una bolsa con

mil dinares e hizo entrar una esclava preciosa, guapísima. Le dijo: "Coge esta esclava y el dinero, a cambio del trabajo que harás". El príncipe lo cogió e hizo sentarse a la esclava a su lado. El comerciante le dijo: "Mañana harás el trabajo". Después se marchó de la habitación, y Chansah pasó aquella noche con la joven. Al día siguiente, por la mañana, se marchó al baño. El comerciante mandó a sus esclavos que le llevasen una túnica de seda. Le entregaron un magnífico manto, lo esperaron a que saliera del baño, le pusieron el manto y lo acompañaron de nuevo a la casa. El comerciante ordenó a sus esclavos que le llevasen el arpa, el laúd y los sorbetes, y así lo hicieron. Pusiéronse a beber, a jugar y a divertirse, hasta que hubo transcurrido la mitad de la noche. Entonces el comerciante se retiró a su habitación, y Chansah estuvo con la esclava hasta el amanecer. Fue al baño, y al regresar de éste, se le acercó el comerciante, el cual le dijo: "Quiero que me hagas el trabajo". "¡Oír es obedecer!", replicó el príncipe. El comerciante mandó a los esclavos que le llevasen dos muías. Así lo hicieron. Montó en una de ellas y ordenó a Chansah que hiciera lo mismo con la otra. Le obedeció. El príncipe y el comerciante cabalgaron hasta el mediodía, hora a la cual llegaron a un monte muy alto, cuya cima se perdía en las nubes. El comerciante descabalgó y ordenó a Chansah que hiciese lo mismo. Dio a éste un cuchillo y una cuerda, y le dijo: "Quiero que sacrifiques esta mula". El príncipe se remangó los vestidos, se acercó a la mula, le ató las cuatro patas con la cuerda y la tumbó en el suelo; cogió el cuchillo, la degolló y le cortó las cuatro patas y la cabeza, con lo cual quedó transformada en un montón de carne. El comerciante dijo entonces: "Te mando que le abras el vientre y te introduzcas en él. Yo lo coseré y tú te quedarás dentro. Permanecerás en él una hora y me irás explicando todo lo que veas en su interior". Chansah abrió el vientre del animal, se metió en él y el comerciante lo cosió, lo abandonó y se alejó…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió: « El comerciante se alejó] ocultándose en un recoveco del monte. Al cabo de un rato cayó sobre la mula un pájaro enorme, la agarró y remontó el vuelo hasta la cima del monte. Quiso comérselo, mas el príncipe, al darse cuenta de las intenciones del animal, abrió el vientre de la mula y salió. El pájaro se asustó al verlo, levantó el vuelo y se marchó. Chansah se puso en pie, empezó a mirar a derecha e izquierda y no vio a nadie: sólo había allí cadáveres de hombres que se habían secado al sol. Al descubrirlos, se dijo: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" Miró hacia el pie del monte y descubrió al comerciante, que lo estaba observando. Al verlo, le gritó: "¡Échame las piedras que están a tu alrededor y te indicaré el camino para bajar!" Chansah le arrojó

cerca de doscientas piedras: eran jacintos, crisolitas y piedras preciosas. Luego el príncipe le dijo: "¡Muéstrame el camino y volveré a echarte piedras otra vez!" El comerciante recogió las piedras, las cargó en la mula que había montado y se marchó sin contestarle. Chansah se quedó solo en la cima. Pidió auxilio a Dios y rompió a llorar. Permaneció en él durante tres días, al cabo de los cuales empezó a andar. Recorrió el monte durante dos meses comiendo hierbas. Anduvo sin interrupción hasta llegar a sus estribaciones. Una vez en su falda, descubrió a lo lejos un valle repleto de árboles, frutos y pájaros. Loó a Dios, el Único, el Todopoderoso, y se alegró muchísimo al reconocer dicho valle. Se dirigió hacia él, andando sin descanso durante una hora, hasta llegar a una hondonada por la que corría un torrente; siguiendo el curso de éste, llegó al valle que había visto y lo examinó a derecha e izquierda. Sin dejar de mirar a todas partes, llegó a un palacio muy alto, que se remontaba por los aires.

» Se acercó, y al llegar a la puerta encontró a un anciano de buen aspecto, cuyo rostro irradiaba luz. Tenía en la mano un bastón de jacinto y permanecía junto a la puerta del palacio. El príncipe se acercó a él y lo saludó. El anciano le devolvió el saludo, le dio la bienvenida y le dijo: "¡Siéntate, hijo mío!" Chansah se sentó junto a la puerta. El jeque le preguntó: "¿Por dónde has llegado a esta tierra, que jamás ha pisado un hijo de Adán? ¿Adónde vas?" El príncipe rompió a llorar amargamente al oír las palabras del anciano, pues recordó lo mucho que había sufrido; el llanto lo ahogaba. El jeque lo consoló: "¡Hijo mío! Deja de llorar, pues laceras mi corazón". Fue a buscar algo de comer, se lo puso delante y lo invitó: "Come". Chansah comió hasta quedar harto y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Luego el jeque insistió: "¡Hijo mío! Quiero que me cuentes tu historia y me refieras lo que te ha ocurrido". El príncipe se echó a llorar y le contó todo lo que le había sucedido, desde el principio de sus aventuras hasta su llegada allí. El viejo se admiró muchísimo al oír el relato. Chansah le preguntó: "Quiero que me informes de quién es el dueño de este valle y a quién pertenece este magnífico palacio". "Sabe, hijo mío —replicó el viejo—, que el valle y todo lo que contiene, así como este palacio y sus dependencias, pertenecen a Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Yo me llamo el jeque Nasr, rey de los pájaros. Sabe que el señor Salomón me ha confiado este palacio…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el jeque Nasr prosiguió: « "Salomón] me ha enseñado el lenguaje de los pájaros y me ha nombrado gobernador de todos los que hay en el mundo. Una vez al año vienen los pájaros a este alcázar. Yo les paso revista y después se van. Ésta es la causa de que yo viva aquí." Chansah lloró amargamente al oír las palabras del jeque Nasr. Le

dijo: “¡Padre mío! ¿De qué medio me valdré para regresar a mi país?” “Sabe, ¡oh, hijo mío!, que estás en las inmediaciones del Monte Qaf y que no puedes marcharte hasta que lleguen los pájaros. Yo te confiaré a uno de ellos, que te conducirá a tu país. Quédate conmigo en este alcázar, come, bebe y distráete en estos lugares, hasta que lleguen los pájaros.” El príncipe se quedó con el anciano y se dedicó a recorrer el valle, a comer sus frutos, a distraerse, reírse y jugar. Vivió en la más muelle de las vidas hasta que llegaron los pájaros, procedentes de sus domicilios, para rendir visita al jeque Nasr. Éste, cuando supo que llegaban las aves se puso de pie y dijo al príncipe: “¡Chansah! Coge estas llaves y abre las habitaciones del alcázar. Puedes ver lo que contienen, excepción hecha de tal departamento: guárdate de abrirlo. Si me desobedeces, lo abres y entras, jamás conseguirás ningún bien”. Hizo esta recomendación al príncipe, insistió en ella y se marchó a recibir a los pájaros. Éstos, al ver al jeque Nasr, se acercaron a él y le fueron besando las manos, especie tras especie. Esto es lo que hace referencia al jeque Nasr.

» He aquí ahora lo referente a Chansah. Se puso en pie, empezó a recorrer el alcázar y visitó todas las habitaciones hasta llegar a aquella que el jeque Nasr le había prohibido abrir. Miró la puerta de la habitación y quedó admirado, puesto que tenía una cerradura de oro. Se dijo: “Esta habitación es más hermosa que todas las otras. ¡Ojalá supiera qué hay en ella y qué ha impulsado al jeque a prohibirme la entrada! He de entrar y ver qué es lo que contiene. Lo que está destinado al siervo, debe cumplirse”. Alargó la mano, abrió la puerta de la habitación y entró. Vio que tenía un gran estanque, y que al lado de éste había un pabellón pequeño, construido de oro, plata y cristal; las ventanas eran de rubí; el suelo, de berilo verde; esmeraldas y gemas engarzadas en él, hacían las veces del mármol. En el centro se levantaba un surtidor de oro, lleno de agua, y alrededor de él, figuras de animales y pájaros, de oro y plata; el agua salía de su interior. Al soplar el viento y penetrar por sus oídos, cada una de estas figuras cantaba con la voz propia de la especie que representaba. Al lado del surtidor había un gran salón, en el cual se encontraba un enorme trono de rubíes, con perlas y gemas incrustadas. Encima había un palio de seda verde, cuajado de aljófares y piedras valiosísimas: tenía unas cincuenta brazas de anchura, y debajo del mismo había una sala en la que se guardaba el tapete que había pertenecido a Salomón (¡sobre él sea la paz!). Chansah vio que aquel alcázar estaba rodeado por un gran jardín que tenía árboles, frutas y riachuelos. En torno al mismo había sembrados de rosas de color, mirtos, rosas blancas y toda clase de olorosas flores. Cuando soplaba el céfiro, los árboles cimbreaban sus ramas. El príncipe comprobó que en aquel jardín había árboles de todas las especies y frutos secos y frescos, y que todo ello estaba contenido en aquel departamento. Al comprobarlo, quedó maravillado y empezó a recorrer el jardín y el pabellón, admirando todos los prodigios que contenían. Miró la alberca y descubrió que sus

guijarros eran piedras preciosas, aljófares de gran valor, gemas incomparables. En el departamento vio gran cantidad de cosas.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chansah] « entró en el pabellón y subió al trono, que estaba colocado sobre una plataforma situada en el lado del surtidor; pasó al gabinete que había encima y durmió un rato en él. Al despertarse empezó a andar, salió por la puerta de la habitación y se sentó en una silla que había delante de la misma. Estaba admirado de lo hermoso del lugar. Entonces llegaron tres pájaros, que parecían palomos; se posaron al lado del estanque, jugaron un rato, se quitaron las plumas que llevaban puestas y se transformaron en tres muchachas que parecían lunas: en todo el mundo no había otras iguales. Se metieron en la alberca, nadaron, jugaron y se rieron. Al verlas, Chansah quedó pasmado de su hermosura, de su belleza, de la perfección de sus proporciones. Salieron del agua y empezaron a recorrer y contemplar el jardín. El príncipe, al verlas salir, casi perdió el conocimiento: se puso de pie y avanzó para alcanzarlas. Al llegar cerca, las saludó y ellas le devolvieron el saludo. Las interrogó: "¿Quiénes sois, hermosas señoras? ¿De dónde venís?"

» La pequeña replicó: "Venimos de los reinos de Dios (¡ensalzado sea!) para distraernos en este lugar". El príncipe, pasmado de su belleza, dijo a la pequeña: "Ten compasión de mí, sé indulgente conmigo e interésate por mi estado y por lo que me ha ocurrido en mi vida"» "¡No importunes y sigue tu camino!" Chansah lloró desconsoladamente al oír aquellas palabras, exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

Ella se me mostró, en el jardín, con un vestido verde, y los cabellos sueltos.
Le pregunté: "¿Cómo te llamas?" Me contestó: "Yo soy aquella que tuesta el corazón de los enamorados sobre brasas".
Me quejé a ella de la pasión que me afligía. Me contestó: "Te quejas, sin saberlo, a una piedra".
Le dije: "Si tu corazón es una piedra, sabe que Dios ha hecho brotar agua purísima de las piedras".

» Las jóvenes se rieron al oír los versos del príncipe, jugaron, cantaron y se entretuvieron. El joven les llevó algunos frutos: comieron, bebieron y pasaron la noche en compañía de Chansah. Al día siguiente, por la mañana, se pusieron los vestidos de plumas, tomaron el aspecto de aves y levantaron el vuelo para dirigirse a sus ocupaciones. El príncipe estuvo a punto de perder el conocimiento

al ver que se transformaban en pájaros y que desaparecían de su vista; lanzó un grito terrible y cayó desmayado. Así permaneció durante todo el día. Mientras él estaba tumbado en el suelo, el jeque Nasr, que había vuelto de su reunión con los pájaros, empezó a buscar a Chansah para confiárselo a las aves y devolverlo así a su país. Al no encontrarlo, sospechó en seguida que había entrado en la habitación prohibida. El jeque había dicho a los pájaros: "Tengo conmigo un joven al que los hados han traído a esta tierra desde un país lejano. Quiero que lo toméis con vosotros y lo conduzcáis a su patria". Le habían contestado: "Oír es obedecer".

» El jeque Nasr buscó sin descanso a Chansah hasta llegar a la puerta de la habitación que le había prohibido abrir. La halló abierta. Entró y vio al príncipe desmayado, tendido al pie de un árbol. Le llevó un poco de agua perfumada, le roció la cara, recuperó el conocimiento y miró…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven miró] « a derecha e izquierda. Al ver que sólo estaba el anciano a su lado, aumentó su pesar y recitó estos versos:

Se mostró como la luna llena en la noche feliz; extremidades delicadas, cintura esbelta.
Tiene unas pupilas que cautivan, con su magia, el entendimiento; su boca compite con el rubí encarnado de la rosa.
Sus negros cabellos resbalan por la espalda. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado con las serpientes que están en sus bucles!
A pesar de la suavidad de las formas, su corazón es más duro que la roca con el amante.
Lanza las flechas de sus miradas con el arco de sus cejas; hace blanco y no yerra, aunque tire lejos.
¡Oh, su belleza! Sobrepuja a toda la hermosura y no tiene rival entre los seres creados.

» El jeque Nasr, al oír estos versos, le dijo: "¡Hijo mío! ¿No te había dicho que no abrieses la puerta de la habitación y que no entrases? ¡Cuéntame qué es lo que has visto! Refiéreme tu historia y dame a conocer lo que te ha ocurrido". El príncipe se lo contó todo y le informó de lo que le había ocurrido con las tres muchachas mientras él había estado allí. El jeque, al oír sus palabras, le dijo: "Sabe, hijo mío, que esas muchachas son hijas de genios. Cada año vienen a este lugar, juegan y se divierten hasta la caída de la tarde, y después regresan a su

país". "¿Dónde está su país?", preguntó Chansah. "En verdad, hijo mío, no lo sé. Pero ven conmigo, ten valor y yo te enviaré a tu país con los pájaros. ¡Aleja de ti ese amor!" El príncipe dio un grito al oír aquellas palabras y cayó desmayado. Al volver en sí, replicó: "¡Padre mío! Yo no puedo regresar a mi país hasta que me haya desposado con esas muchachas. Sabe, padre mío, que no volveré a acordarme de mi familia aunque tenga que morir a tu lado". Lloró y añadió: "Yo me contento con ver la cara de la que-amo, aunque sólo sea una vez al año". Exhaló unos suspiros y recitó:

¡Ojalá el espectro del amado no apareciese de noche ante el amante! ¡Ojalá esta pasión no hubiese sido creada para los hombres!
Si no estuviese en llamas mi corazón por haberte recordado, tampoco resbalarían por mi mejilla las lágrimas.
Yo hago que el corazón tenga paciencia de día y de noche, mientras mi cuerpo se consume con el fuego del amor.

» El príncipe se arrojó a los pies del jeque Nasr, se los besó y le dijo: "¡Ten misericordia de mí, y Dios la tendrá de ti! ¡Ayúdame en mis dificultades, y Él te ayudará!" El jeque replicó: "¡Hijo mío! ¡Por Dios! No conozco a esas muchachas y no sé cuál es su país. Si te has enamorado de una de ellas, quédate conmigo para volver a verlas dentro de un año, pues volverán en este mismo día del próximo año. Cuando esté próxima su llegada, te esconderás en el jardín, debajo de un árbol. Al posarse junto a la alberca, se pondrán a nadar, a jugar y se alejarán de sus vestidos. Coge entonces el que pertenezca a aquella a la que amas. Cuando lo vean, saltarán a tierra para vestirse. Aquella a la que quites el vestido, te dirá con palabras dulces, y sonriendo amablemente: 'Dame el vestido, hermano mío, para que pueda vestirme y taparme'. Si escuchas sus palabras y se lo entregas, jamás llegarás a conseguir tu deseo, puesto que se lo pondrá, se marchará al lado de sus familiares y no volverás a verla nunca más. Pero si te apoderas del vestido y lo conservas en tu poder, colocándotelo debajo del brazo, y no se lo entregas hasta que yo regrese de la reunión de los pájaros, os pondré de acuerdo y te mandaré a tu país en su compañía. Esto es lo único que puedo hacer por ti, hijo mío".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « El corazón del príncipe se tranquilizó al oír las palabras del anciano, y permaneció con éste otro año, durante el cual contaba los días transcurridos en espera del regreso de los pájaros. Próxima ya la fecha, el jeque Nasr dijo a

Chansah: “Obra según te he recomendado con los vestidos de las muchachas: yo voy a recibir a los pájaros”. “¡Oír es obedecer, padre mío!”, replicó el príncipe. El jeque salió al encuentro de los pájaros. Una vez se hubo marchado, Chansah entró en el jardín y se escondió debajo de un árbol, en dónde no podían verlo. Permaneció así el primero, el segundo y el tercer días, sin que apareciesen las muchachas. Estaba intranquilo, lloraba, y los gemidos brotaban de su corazón entristecido. No paró de llorar hasta perder el conocimiento. Al cabo de un rato volvió en sí y empezó a mirar el cielo, la tierra y el estanque. Su corazón palpitaba violentamente. En esto aparecieron en los aires tres pájaros que parecían palomos, aunque del tamaño de águilas. Se posaron junto al estanque, se volvieron a derecha e izquierda, y, no viendo a ningún ser humano ni a ningún genio se quitaron los vestidos, se metieron en el estanque y empezaron a jugar, a reírse y a solazarse desnudas, de tal modo que parecían lingotes de plata. La mayor de ellas dijo: “Temo, hermanas mías, que haya alguien oculto en ese pabellón”. La mediana replicó: “¡Hermana! ¿No sabes que es de la época de Salomón y que no han entrado en él genios ni hombres?” La pequeña intervino, riendo: “¡Por Dios, hermanas! Si hay alguien oculto en ese lugar, es sólo para raptarme a mí”. Jugaron y rieron mientras el corazón de Chansah palpitaba por el exceso de pasión; oculto debajo del árbol, las veía sin ser visto por ellas. Nadaron hasta llegar al centro del estanque, con lo que se alejaron de sus vestidos. El príncipe se puso de pie, corrió velozmente y cogió el vestido de la pequeña, aquella de la cual se había enamorado su corazón y que se llamaba Samsa. Las muchachas se volvieron y vieron a Chansah. El corazón les latió desacompasadamente, se metieron bajo el agua y se acercaron a la orilla. Comprobaron que el rostro del príncipe era como el de la luna en una noche de plenilunio.

» Le preguntaron: “¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta este lugar para robar el vestido de la señora Samsa?” “Acercaos a mí y os contaré lo que me ha ocurrido.” La señora Samsa interrogó: “¿Cuál es tu historia? ¿Por qué has cogido mis ropas? ¿Cómo es que me has reconocido entre mis hermanas?” “¡Luz de mis ojos! Sal del agua para que te cuente mi historia. Te referiré todo lo que me ha ocurrido y te explicaré cómo te conozco.” “¡Señor mío! ¡Luz de mis ojos y fruto de mi corazón! Dame el vestido para que me pueda tapar e iré junto a ti.” “¡Hermosa señora! No puedo darte el vestido, pues el amor me mataría. No te lo entregaré hasta que llegue el jeque Nasr, rey de los pájaros.” La señora Samsa, al oír estas palabras, replicó al príncipe: “Si no me quieres dar el vestido, aléjate un poco para que puedan salir mis hermanas a la orilla, vestirse y darme algo con que taparme”. “Oír es obedecer”, replicó Chansah. Se dirigió hacia el pabellón y entró. La hermana mayor de la señora Samsa dio a ésta un pedazo de su vestido, con el cual no podía levantar el vuelo, y se lo puso. La señora Samsa se mostró como si fuera la luna cuando sale o una gacela cuando retoza, y echó a

andar hasta llegar al lado del príncipe. Lo halló sentado en el trono. Lo saludó, se sentó cerca de él y le dijo: "¡Rostro hermoso! Tú eres aquel que me ha matado y que se ha matado a sí mismo. Pero cuéntanos lo que te ha ocurrido para que sepamos tu historia". Chansah rompió a llorar al oír estas palabras de la señora Samsa, y las lágrimas calaron sus vestidos. La joven, al darse cuenta de que estaba enamorado de ella, se puso de pie, lo cogió de la mano, lo hizo sentar a su lado y le secó las lágrimas con su propia manga, diciendo: "¡Rostro hermoso! Deja de llorar y refiéreme qué es lo que te ha ocurrido". El príncipe le explicó lo que le había sucedido y lo que había visto.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « la señora Samsa, al oír sus palabras, suspiró y le dijo: "¡Señor mío! Si estás enamorado de mí, devuélveme mis vestidos para que me los ponga. Iré, con mis hermanas, a ver a mi familia y le explicaré que te has enamorado de mí. Después regresaré a tu lado y te llevaré a mi país". El príncipe lloró a lágrima viva al oír estas palabras, y replicó: "¿Es que Dios te permite darme muerte injustamente?" "¡Señor mío! ¿A causa de qué he de matarte?" "En cuanto te pongas el traje, te irás de mi lado y yo moriré al instante." La señora Samsa y sus hermanas rompieron a reír al oír estas palabras. La joven dijo: "¡Tranquilízate! ¡Alegra tus ojos, pues he de casarme contigo!" Se inclinó hacia él, le abrazó, le estrechó contra el pecho y le besó entre los ojos y en la mejilla; permanecieron abrazados una hora. Después se separaron y se sentaron en el trono. La hermana mayor salió del pabellón y se dirigió al jardín: cogió algunos frutos y plantas olorosas y se los llevó. Comieron, bebieron, disfrutaron, rieron y jugaron. El príncipe era muy bello, esbelto y bien proporcionado. La señora Samsa le dijo: "¡Amigo mío! Te juro por Dios que te quiero con un gran amor y que jamás me separaré de ti". El joven se tranquilizó al oír sus palabras, se echó a reír y siguieron jugando. En esto apareció el jeque Nasr, que regresaba de su reunión con los pájaros. Cuando llegó, todos se pusieron de pie, lo saludaron y le besaron las manos. El jeque les dio la bienvenida. Después los invitó a sentarse, y así lo hicieron. Nasr dijo a la señora Samsa: "Este joven te ama apasionadamente. Trátalo bien en nombre de Dios, pues es un personaje importante, hijo de reyes; su padre gobierna el país de Kabul y posee un vasto imperio". La señora Samsa, al oír estas palabras, replicó: "Oír tu orden es obedecerla". Luego besó la mano del jeque Nasr y permaneció de pie delante de él. El jeque le dijo: "Si lo que dices es verdad, júrame en nombre de Dios que no lo traicionarás jamás en la vida". La muchacha prestó juramento solemne de no traicionarlo jamás y de casarse con él. Luego añadió: "Sabe, jeque Nasr, que no me apartaré jamás de su lado". Una vez la señora

Samsa hubo jurado, el jeque dijo a Chansah: "¡Loado sea Dios, que os ha puesto de acuerdo!" El príncipe se alegró muchísimo. Él y la señora Samsa se quedaron tres meses con el jeque Nasr comiendo, bebiendo, jugando y riendo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « transcurrido este tiempo, la señora Samsa dijo: "Quiero que nos marchemos a tu país y que te cases conmigo. Viviremos allí". "¡Oír es obedecer!", contestó el príncipe. Éste pidió consejo al jeque Nasr, diciendo: "Queremos ir a mi país", y le explicó todo lo que le había dicho la señora Samsa. El jeque le contestó: "Idos, pues, y cuida de ella". "Oír es obedecer", concluyó el príncipe. La joven pidió su vestido, diciendo al jeque: "Dile que me entregue mi vestido para que pueda ponérmelo". El jeque intervino: "¡Dale el vestido!" El príncipe replicó: "¡Oír es obedecer!", y fue corriendo al pabellón, regresó con el vestido y se lo entregó a la joven. Ella lo cogió y se lo puso. Luego dijo a Chansah: "Súbete en mi espalda, cierra los ojos y tápate los oídos para que no oigas la música de las esferas que giran mientras vamos volando. Cógete bien a las plumas de mi vestido y procura no caerte". El príncipe se subió a horcajadas. Estaba ya a punto de remontar el vuelo, cuando el anciano dijo a la muchacha: "¡Espera! Voy a describirte el país de Kabul, pues temo que os equivoquéis de camino". Ella permaneció quieta mientras le describía el país y le recomendaba a Chansah. Ambos se despidieron de él, y Samsa saludó a sus hermanas y les dijo: "Volved junto a la familia y explicadle lo que me ha ocurrido con el príncipe". Levantó el vuelo en seguida, veloz como los vientos o el relámpago, mientras sus hermanas se elevaban con otro rumbo, para informar a su familia de lo que había sucedido a la señora Samsa con Chansah.

» La señora Samsa voló sin interrupción desde la mañana hasta la noche, llevando siempre a Chansah en sus espaldas. Al atardecer distinguió en la lontananza un valle cuajado de árboles y riachuelos. Dijo al príncipe: "Quiero descender en ese valle para pasar la noche entre sus árboles y sus plantas". "¡Haz lo que te plazca!", replicó el príncipe. Perdió altura, se posó en el valle, y Chansah saltó a tierra y la besó entre los ojos. Permanecieron sentados una hora junto al río. Después se incorporaron y recorrieron el valle observando lo que contenía y comiendo sus frutos. No se cansaron de corretear hasta la noche. Entonces se colocaron debajo de un árbol y durmieron hasta el día siguiente. La señora Samsa se levantó y dijo al príncipe que subiera de nuevo en su espalda. Así lo hizo, y la joven se remontó en seguida, volando sin parar desde la mañana hasta el mediodía. Mientras recorrían el camino, descubrieron la región que el jeque Nasr les había descrito. La señora Samsa, al darse cuenta de ello,

descendió hasta un prado amplio, bien sembrado, en el cual pastaban las gacelas y había fuentes de agua corriente, frutos olorosos y amplios riachuelos. Al tocar tierra, Chansah saltó al suelo y la besó entre los ojos. Ella le dijo: "¡Amado mío! ¡Consuelo de mis ojos! ¿Sabes la distancia que hemos recorrido?" "¡No!" "¡Treinta meses de viaje!" "¡Loado sea Dios, que nos ha salvado!", exclamó el príncipe. Se sentaron el uno al lado del otro y comieron, bebieron, jugaron y se divirtieron. De pronto aparecieron dos mamelucos. Uno de ellos era el que se había quedado al cuidado de los caballos cuando Chansah había subido a la barca de los pescadores, y el otro pertenecía al grupo que lo había acompañado de caza y de pesca. Al ver al príncipe lo reconocieron, lo saludaron y le dijeron: "Con tu permiso, correremos al lado de tu padre para darle la buena nueva de tu llegada". El príncipe replicó: "Id e informad a mi padre. Después traed tiendas de campaña, pues permaneceremos en este lugar durante siete días para poder descansar y dar tiempo a que salga el cortejo a recibirnos. Entraremos acompañados de un séquito de honor".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « los dos esclavos volvieron junto al rey y le dijeron: "¡Enhorabuena, rey del tiempo!" Tigmus, al oír las palabras de sus dos esclavos, les preguntó: "¿Por qué me dais la enhorabuena? ¿Es que ha vuelto mi hijo Chansah?" "Sí: tu hijo ha dejado de estar ausente, está cerca de ti, en el prado de Kirani." El soberano se alegró muchísimo al oír las palabras de sus dos mamelucos, y cayó desmayado a causa de la gran alegría que experimentó. Al volver en sí, ordenó al visir que diese un traje de corte a cada uno de los mamelucos y que les entregase una cantidad de dinero. Les dijo: "Tomad estas riquezas como recompensa por la buena noticia que me habéis traído, sea falsa o verdadera". Los dos mamelucos le replicaron: "Nosotros no mentimos. Acabamos de estar a su lado; lo hemos saludado y besado las manos, y nos ha ordenado que le llevemos tiendas, ya que permanecerá en el prado de Kirani durante siete días, hasta el momento en que vayan los visires y los grandes del reino a recibirlo". "Y, ¿cómo se encuentra mi hijo?" "Está con una hurí. Parece que ambos se hayan escapado del paraíso." El rey, al oír tales palabras, mandó tocar tambores y trompetas, y la buena noticia se difundió. Luego despachó mensajeros en todas las direcciones de la ciudad, para dar la grata nueva a la madre de Chansah y a las mujeres de los emires, de los visires y de los grandes del reino. Los mensajeros se dispersaron por la capital e informaron a las gentes del regreso del príncipe. El rey Tigmus preparó las tropas y los soldados y emprendió el camino hacia el prado de Kirani. Chansah seguía sentado junto a la señora Samsa. Las tropas se acercaron al príncipe, el cual se puso de pie y salió a

su encuentro. Los soldados, al reconocerlo, descabalgaron, se acercaron a él, lo saludaron y le besaron las manos. Chansah siguió pasando revista a las tropas hasta llegar ante su padre. El rey Tigmus, al ver a su hijo, se arrojó a sus brazos desde el lomo del caballo, lo abrazó y lloró copiosamente. Después volvió a montar, y lo mismo hizo el príncipe, mientras los soldados se colocaban a ambos lados. Reanudaron la marcha y llegaron junto al río, en donde descabalgaron las tropas y los soldados; levantaron las tiendas y los pabellones e izaron los estandartes. Repicaron los tambores y las flautas; los címbalos y las trompetas tocaron. El rey Tigmus mandó a los tapiceros que levantasen una tienda de seda roja para la señora Samsa. Hicieron lo que les habían mandado, y la señora Samsa se quitó el traje de plumas, se dirigió a la tienda y se instaló en ella. Mientras estaba allí, el rey Tigmus y su hijo Chansah acudieron a saludarla. La joven, al ver a Tigmus, se puso de pie y besó el suelo ante él. El rey se sentó, y colocó a su hijo a la derecha y a la señora Samsa a la izquierda. Dio la bienvenida a ésta e interrogó al príncipe: "¡Cuéntame qué te ha ocurrido durante tu ausencia!" Le refirió todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin. El rey, al oír las palabras de su hijo, se admiró muchísimo y, dirigiéndose a la señora Samsa, exclamó: "¡Loado sea Dios, que ha hecho que me reunieses con mi hijo! Esto, realmente, es un favor inmenso"[228].»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey prosiguió:] « "Quiero que me pidas lo que te apetezca, para que yo pueda honrarte ofreciéndotelo." La señora Samsa dijo: "Deseo que me construyas un palacio en el centro de un jardín, al pie del cual corran las aguas". "¡Oír es obedecer!" Mientras así hablaban, apareció la madre de Chansah acompañada por las mujeres de los emires, de los visires y de los grandes de la ciudad. El joven, al verla, salió de la tienda para recibirla: estuvo abrazado a ella durante una hora. La madre derramó lágrimas de alegría y recitó estos versos:

> La alegría ha cargado sobre mí hasta el punto de que el mucho gozo me ha hecho llorar.
> ¡Oh, ojos! Las lágrimas han pasado a constituir tu naturaleza: lloras de alegría y de pena.

» El uno se quejó al otro de lo mucho que lo había hecho sufrir la separación y el dolor. Más tarde, el padre se trasladó a su tienda, y la madre y Chansah fueron a la tienda de éste, en la cual se sentaron a conversar. Mientras hablaban se presentaron los mensajeros, que anunciaron la llegada de la señora Samsa.

Dijeron a la madre del príncipe: “Samsa viene hacia aquí, pues desea saludarte”. La madre se puso de pie y salió a recibirla; la saludó, y ambas estuvieron reunidas durante una hora. Después, las dos, acompañadas por las mujeres de los emires y de los magnates del reino, se dirigieron a la tienda de la señora Samsa. Entraron en ella y se sentaron. Entretanto, el rey Tigmus repartió regalos pródigamente y honró a sus súbditos, pues estaba muy contento por el regreso de su hijo.

» Permanecieron en aquel lugar durante diez días, comiendo, bebiendo y pasando la más tranquila de las vidas. Al cabo de este plazo, el rey mandó a sus tropas que montasen a caballo y se dirigiesen a la ciudad. El rey y los soldados lo hicieron así. Los visires y los chambelanes se distribuyeron a su derecha e izquierda y marcharon sin descanso hasta entrar en la capital. La madre de Chansah y la señora Samsa se dirigieron a su domicilio. La ciudad se engalanó magníficamente, sonaron los tambores y los címbalos, y la ciudad se vistió de joyas y tapices; extendieron brocados preciosos debajo de los cascos de los caballos. Los magnates se alegraron, hicieron regalos, los espectadores quedaron estupefactos, y los pobres y desamparados fueron alimentados. Celebraron grandes fiestas durante diez días, y la señora Samsa se alegró muchísimo al ver todo aquello. Después, el rey Tigmus mandó en busca de los albañiles, arquitectos y sabios, y les ordenó que construyesen un palacio en aquel jardín. Contestaron que obedecerían; empezaron los preparativos para construir el alcázar, y lo terminaron del mejor modo posible. Chansah, al enterarse de la construcción del palacio, dijo a los artífices que le llevaran una columna de mármol blanco, que la excavasen e hiciesen un hueco en forma de caja. Ellos obedecieron. El príncipe cogió el vestido de vuelo de la señora Samsa, lo colocó en el interior de la columna, lo enterró en los fundamentos del alcázar y ordenó a los albañiles que encima construyesen las bóvedas que debían sostener el palacio. Una vez terminado éste, lo tapizaron: era un magnífico alcázar en medio del jardín, a cuyo pie corrían los riachuelos. El rey Tigmus ordenó entonces que se celebraran las bodas de Chansah. Las fiestas fueron magníficas: jamás se habían visto otras iguales. Condujeron a la señora Samsa a aquel palacio, y después, cada uno de los presentes se marchó a sus quehaceres. La señora Samsa aspiró el olor del traje de plumas…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [« la señora Samsa aspiró el olor del traje de plumas] con el cual había volado, y descubrió el lugar en que estaba. Deseó volverlo a tener, pero esperó hasta mediada la noche, hasta que Chansah estuvo sumido en el sueño. Entonces se levantó, se dirigió hacia la columna sobre

la que reposaban las bóvedas y cavó a su alrededor hasta alcanzar la columna en la cual estaba encerrado el vestido: quitó el sello de plomo que lo cerraba, sacó el traje y levantó el vuelo al momento. Fue a posarse en lo más alto del palacio y gritó a las gentes: "Quiero que vayáis a buscar a Chansah para que pueda despedirme de él". Informaron a éste, el cual corrió hacia ella. Vio que estaba encima de la azotea del palacio y que tenía puesto el vestido de plumas. Le dijo: "¿Cómo has hecho esto?" "¡Amado mío! ¡Regocijo de mis ojos y fruto de mi corazón! ¡Por Dios! Te quiero muchísimo y me ha alegrado enormemente el conducirte hasta tu país, trasladarte a tu tierra, haber conocido a tu padre y a tu madre. Si tú me amas de la manera que yo te amo, irás a buscarme a la Ciudadela de las Gemas, a Takni." Levantó el vuelo y fue a reunirse con sus familiares.

» Chansah, al oír las palabras de la señora Samsa, estuvo a punto de morir de dolor y cayó desmayado. Fueron a buscar a su padre y le informaron de todo. El soberano marchó al alcázar, entró a ver a su hijo y lo encontró tendido en el suelo. Tigmus rompió a llorar, pues comprendió que el príncipe estaba verdaderamente enamorado de la señora Samsa. Le roció el rostro con agua de rosas y volvió en sí. Al ver a su padre junto a él, rompió a llorar por encontrarse separado de su esposa. El soberano le preguntó: "¿Qué es lo que te ha ocurrido, hijo mío?" "Sabe, ¡oh, padre!, que la señora Samsa es hija de genios, y que yo la amo, estoy enamorado de ella y me gusta su belleza. Yo tenía su vestido, sin el cual ella no podía volar. Se lo cogí y lo oculté en una columna que tenía forma de cofre, puse un sello de plomo encima y la coloqué en los fundamentos del palacio. Ella ha removido todo, lo ha cogido, se lo ha puesto y ha levantado el vuelo. Después se ha posado encima de la azotea y me ha dicho: 'Te quiero muchísimo y me ha alegrado enormemente el hacerte llegar a tu país, el trasladarte a tu tierra y el haberte reunido con tu padre y con tu madre. Si tú me amas de la manera que yo te amo, vendrás a buscarme a la Ciudadela de las Gemas, a Takni'. Seguidamente ha levantado el vuelo y ha emprendido su camino." El rey Tigmus replicó: "¡Hijo mío! No te preocupes por eso: reuniremos a los mejores comerciantes y a los grandes viajeros de este país y les preguntaremos dónde está dicha ciudadela. Cuando lo sepamos nos dirigiremos a ella e iremos en busca de la familia de la señora Samsa, con la esperanza de que Dios (¡ensalzado sea!) te la devuelva". El rey salió inmediatamente, mandó comparecer a sus cuatro ministros y les dijo: "Reunid a todos aquellos ciudadanos que se dediquen al comercio y a los viajes, y preguntadles por Takni, la Ciudadela de las Gemas. A todo aquél que conozca la ciudadela e indique su camino le entregaréis cincuenta mil dinares". Los visires, al oír estas palabras, contestaron: "¡Oír es obedecer!" Se marcharon inmediatamente e hicieron lo que les había mandado el rey: empezaron a interrogar a los comerciantes y viajeros acerca de dónde estaba la Ciudadela de

las Gemas, Takni. Ninguno de ellos supo dar noticias. Regresaron ante el soberano y lo informaron de ello. El rey, al oír sus palabras, se puso en pie y mandó que llevasen a su hijo, Chansah, magníficas concubinas y esclavas que sabían tocar los instrumentos y bellísimas cantoras tales y como sólo las poseen los reyes, para ver si así olvidaba el amor de la señora Samsa. Le llevaron lo que había ordenado. Después el rey despachó correos y espías a todos los países, islas y comarcas, para que se informasen de dónde estaba la Ciudadela de las Gemas, Takni. Hicieron pesquisas durante dos meses, pero nadie les supo dar razón. Regresaron junto al rey y lo informaron del resultado. El soberano rompió a llorar amargamente y fue a ver a su hijo, al cual encontró sentado entre las concubinas, las esclavas y las tocadoras de arpa, cítara y demás instrumentos, que no conseguían consolarlo por la pérdida de la señora Samsa. Le explicó: "¡Hijo mío! No he hallado a nadie que conozca tal ciudadela. Te daré una esposa más hermosa que Samsa". Chansah, al oír estas palabras, rompió a llorar, las lágrimas invadieron sus ojos y recitó estos versos:

> He perdido la paciencia y he conservado el amor: el exceso de éste ha hecho enfermar mi cuerpo.
> ¿Cuándo me reunirá el tiempo con Samsa? El fuego de la separación ha carcomido mis huesos.

» Existía una gran enemistad entre el rey Tigmus y el rey de la India. El primero había atacado al segundo y había matado a sus hombres y robado sus riquezas. El rey de la India se llamaba Kafid; tenía soldados, ejércitos, campeones, y disponía de mil paladines, cada uno de los cuales gobernaba mil tribus, y cada una de éstas podía movilizar cuatro mil caballeros. Dicho rey tenía cuatro ministros, a cuyas órdenes estaban reyes, grandes, príncipes, emires y numerosas tropas. Gobernaba mil ciudades, y en cada una de ellas tenía mil fortalezas. Era un rey poderoso, cuyos ejércitos llenaban la totalidad de la tierra. Cuando el rey Kafid, soberano de la India, se enteró de que el rey Tigmus se encontraba preocupado por el amor de su hijo y que había abandonado el gobierno y el reino hasta el punto de que sus ejércitos habían perdido su potencia mientras que él vivía preocupado y apenado a causa del amor de su hijo, reunió a los ministros, emires y magnates de su reino y les dijo: "¿Es que no sabéis que el rey Tigmus ha atacado nuestro país, ha matado a mi padre y a mis hermanos y se ha apoderado de nuestras riquezas? ¿Hay alguno de vosotros al que no haya matado algún pariente, o le haya arrebatado sus bienes, o robado sus rentas, o aprisionado a sus familiares? Hoy he oído decir que se encuentra preocupado a causa del amor de su hijo Chansah, que su ejército se ha debilitado. Es el momento de vengarnos. Preparaos para salir a su encuentro, disponed las armas para el ataque. No vaciléis, pues vamos a atacarle: mataremos a él y a su hijo y

nos apoderaremos de su país”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que «al oír estas palabras, le contestaron: “¡Oír es obedecer!” Empezaron sus preparativos y se dedicaron exclusivamente a aprestar las armas y las provisiones: durante tres meses reunieron los ejércitos, y cuando éstos estuvieron completos, cuando los soldados y los paladines estuvieron preparados, sonaron los tambores, tocaron las trompetas e izaron los estandartes y las banderas. El rey Kafid se puso al frente de los soldados, y sus ejércitos avanzaron hasta llegar a los confines del país de Kabul, que era el Estado del rey Tigmus. Al entrar en él lo saquearon, maltrataron a sus moradores, degollaron a las personas importantes e hicieron prisioneros a los plebeyos. La noticia llegó a oídos del rey Tigmus, el cual se encolerizó y reunió a los grandes del reino, a los ministros y a los príncipes de sus Estados. Les dijo: “¿Sabéis que Kafid ha invadido nuestro territorio? Lo está ocupando y busca la guerra. Viene con un ejército, campeones y soldados en tal cantidad, que sólo Dios sabe su número. ¿Qué opináis?” “¡Rey del tiempo! Creemos que debemos salir a combatirlo: lucharemos contra él y lo expulsaremos de nuestro territorio.” “¡Preparaos para la guerra!” Mandó que les entregaran cotas de malla, corazas, yelmos, espadas y todas esas armas de guerra que aniquilan a los campeones y destruyen a los jefes de las tropas. Los soldados, las compañías y los paladines se concentraron; se dispusieron para el combate e izaron las banderas; redoblaron los tambores, sonaron las trompetas, los címbalos y las flautas. El rey Tigmus avanzó, al frente de su ejército, al encuentro del rey Kafid. La marcha continuó sin descanso hasta llegar a las inmediaciones donde se encontraba el invasor. Tigmus acampó en un valle llamado Zahran, situado en la frontera de Kabul. Allí escribió una carta, que envió al rey Kafid con un mensajero del ejército. Decía: “Te hacemos saber, rey Kafid, que has obrado como un miserable. Si fueses rey, hijo de rey, no habrías hecho tal cosa, ni invadido mi país, ni robado los bienes de sus habitantes, ni maltratado a mis súbditos. ¿Es que no sabes que todo esto constituye una iniquidad por tu parte? Si yo hubiese sabido que ibas a atacar mi reino, te habría salido al encuentro antes de que pudieses llegar a él; te habría impedido invadirlo. Vuelve atrás, deja de proceder mal y no pasará nada. Pero si no te retiras, te habrás de enfrentar conmigo a lanzazos en el campo de batalla”. Selló la carta, se la entregó a un oficial de sus tropas y lo despachó en compañía de unos espías, para que éstos obtuvieran informes. El soldado tomó la misiva y corrió al encuentro del rey Kafid. Al acercarse adonde se encontraba distinguió, desde lejos, las tiendas levantadas: eran de seda de raso, coronadas por banderas de

seda azul. Entre las tiendas había una enorme, de seda roja, alrededor de la cual se encontraba un gran ejército. Avanzó hasta ésta, preguntó de quién era y se le contestó: "Es la tienda del rey Kafid". Vio que en el centro de la misma había un hombre sentado en un trono con gemas incrustadas, y junto a él estaban los visires, los emires y los grandes del reino. Mostró la carta que llevaba, y un grupo de los soldados del rey Kafid le salió al encuentro, se hizo cargo de la misiva y se la llevó al rey. Éste la tomó, y al leerla comprendió lo que quería decir y escribió la contestación: "Hacemos saber al rey Tigmus que estamos resueltos a tomar venganza, a lavar la afrenta, a arruinar su reino, rasgar los velos, matar a los grandes y cautivar a los pequeños. Mañana apareceré para luchar en la palestra, y te haré conocer la guerra y la lanza". Selló la carta y se la entregó al mensajero del rey Tigmus. Éste la cogió y se fue.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el mensajero] « al llegar, besó el suelo ante su rey, le entregó el mensaje y lo informó de lo que había visto. Dijo: "He visto caballeros, héroes e infantes innumerables, cuyo número es imposible evaluar; sus fuerzas son incontables". El rey leyó la carta, comprendió lo que quería decir y montó en cólera. Mandó a su visir, Ayn Zar, que tomase mil caballeros y atacase al ejército del rey Kafid, al mediar la noche, que cayese en medio de sus soldados y que los matase. El visir contestó: "¡Oír es obedecer!" Montó a caballo y salió con sus tropas al encuentro del rey Kafid, el cual tenía un visir llamado Gatrafán. Le ordenó que montase a caballo, que tomase cinco mil jinetes, saliese al encuentro del ejército del rey Tigmus, lo atacara y matase a sus soldados. Gatrafán hizo lo que le mandaba Kafid, y avanzó con sus tropas contra el rey Tigmus. Cabalgaron hasta medianoche, y recorrieron la mitad del camino. Entonces, el visir Gatrafán cargó contra Ayn Zar. Chocaron los hombres y se inició una violenta batalla. Combatieron unos con otros hasta el amanecer, hora a la cual los soldados del rey Kafid habían sido derrotados y volvieron grupas, iniciando la huida. El rey, al verlo, se encolerizó y les dijo: "¡Ay de vosotros! ¿Qué os ha ocurrido para llegar a perder a vuestros héroes?" "¡Rey del tiempo! —replicaron—. Una vez hubo montado a caballo el visir Gatrafán, nos dirigimos en busca del rey Tigmus. Marchamos sin cesar hasta mediar la noche y recorrer la mitad del camino. Entonces encontramos a Ayn Zar, el visir del rey Tigmus, quien nos salió al encuentro con soldados y héroes. La batalla se desarrolló junto al río Zahrán, y, sin saber cómo, nos encontramos en medio de sus tropas, frente por frente. Combatimos con ardor desde mediada la noche hasta la aurora. Murieron muchísimos hombres. El visir Ayn Zar empezó a chillar ante los elefantes y los hirió. La fuerza de los golpes asustó a los animales,

que derribaron a los caballeros y se dieron a la fuga, de tal modo que nadie podía ver nada por la gran cantidad de polvo levantado. La sangre corría a raudales. Si nosotros no hubiésemos llegado aquí como fugitivos, todos habríamos muerto." Al oír estas palabras, el rey Kafid exclamó: "¡Que el sol no os bendiga! ¡Que se enfade con vosotros y os cubra de ignominia!"

» El visir Ayn Zar volvió al lado del rey Tigmus y le explicó lo sucedido. El soberano lo felicitó por haber escapado con vida, se alegró muchísimo y mandó que redoblasen los timbales y tocasen las trompetas. Después contó las bajas de su ejército y vio que le habían matado cien de sus más valientes y resueltos caballeros. El rey Kafid, por su parte, preparaba a sus soldados, milicias y ejércitos, y avanzaba hacia el centro del campo. Se alinearon fila tras fila y formaron en un fondo de quince filas, en cada una de las cuales había diez mil caballeros. Tenía, además, trescientos héroes montados en elefantes, y había elegido a los más valientes y audaces. Izaron banderas y estandartes mientras redoblaban los timbales y tocaban las trompetas; los paladines avanzaban en busca del combate. El rey Tigmus había dispuesto su ejército fila tras fila en un fondo de diez. Cada una de ellas tenía diez mil caballeros; disponía, además, de cien héroes que cabalgaban a ambos lados de él. Una vez alineadas las tropas, los caballeros avanzaron, los ejércitos acudieron al encuentro, y la superficie de la tierra resultó pequeña para contener a tantos caballos. Resonaban los tambores y los timbales, las flautas, las trompetas y los añafiles, y los oídos ensordecían ante el relinchar de los caballos y los gritos de los hombres. El polvo se levantó por encima de las cabezas, y el encarnizado combate duró desde el principio del día hasta la llegada de las tinieblas. Entonces los ejércitos se separaron y volvieron a sus campamentos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « el rey Kafid pasó revista a sus tropas y vio que había perdido cinco mil hombres, por lo cual se encolerizó. El rey Tigmus pasó también revista a sus tropas y comprobó que había perdido tres mil de sus más valientes caballeros, por lo cual se indignó muchísimo. Al día siguiente, el rey Kafid salió al campo de batalla e hizo lo mismo que el día anterior: ambos reyes estaban resueltos a alcanzar la victoria. El rey Kafid gritó a sus tropas: "¿Quién de vosotros saldrá a la palestra para abrir la puerta de la guerra y del combate?" Un campeón, llamado Barkik, se adelantó montado en un elefante: era un héroe magnífico. Avanzó, bajó del lomo del elefante, besó el suelo ante el rey Kafid y le pidió permiso para salir a luchar. Luego volvió a montar en el animal, lo condujo al campo y gritó: "¿Hay quien quiera batirse conmigo? ¿Quién combate? ¿Quién lucha?" El rey Tigmus, al oír esto, se volvió

hacia sus soldados y les dijo: "¿Quién de vosotros luchará con ese campeón?" Inmediatamente se destacó de las filas un caballero montado en un gran corcel, se dirigió al rey, besó el suelo ante él y le pidió permiso para iniciar el combate. Salió al encuentro de Barkik, y al llegar éste, le dijo: "¿Quién eres tú que te atreves a medirte conmigo solo? ¿Cómo te llamas?" "Me llamo Gadanfar b. Kahil." "He oído hablar de ti cuando estaba en mi país. ¡Vamos! ¡Lucharemos entre las filas de los héroes!" Gadanfar, al oír estas palabras, sacó una maza de hierro que llevaba debajo del muslo, mientras Barkik empuñaba la espada. Lucharon encarnizadamente. Al cabo de un rato, Barkik dio un mandoble a Gadanfar que fue a perderse en el yelmo, sin causarle el menor daño. Gadanfar, al recibir el golpe, replicó con un mazazo que hizo caer el cuerpo de su enemigo encima del elefante. Inmediatamente se presentó otra persona, que le preguntó: "¿Quién eres tú para haber matado a mi hermano?", y, cogiendo un venablo, lo lanzó contra Gadanfar; lo alcanzó en el muslo y se clavó en la cota. El héroe, al verlo, desenvainó la espada y, de un mandoble, partió en dos mitades a su enemigo, que cayó muerto en el suelo en medio de un charco de sangre. Luego, Gadanfar se retiró para presentarse al rey Tigmus. Kafid, al ver aquello, gritó a sus soldados: "¡Acudid a la palestra! ¡Combatid contra sus caballeros!" El rey Tigmus también acudió con sus tropas y sus soldados y lucharon encarnizadamente. Los caballos relinchaban contra los caballos, los hombres gritaban contra los hombres, las espadas se desenvainaban, y todos los caballeros famosos avanzaban; los caballeros marchaban frente a los caballeros, y los cobardes huían del lugar en que se daban cita las lanzas; los timbales redoblaban, y las trompetas sonaban. Los hombres oían únicamente el tumultuoso griterío y el chocar de las armas. Allí murieron muchísimos héroes, y el combate continuó hasta que el sol descendió de la cúpula del firmamento. Entonces el rey Tigmus se retiró con sus tropas y sus milicias y volvió a su campamento, lo mismo que el rey Kafid. El primero pasó revista a sus hombres y vio que había perdido cinco mil caballeros, y que cuatro banderas habían sido despedazadas. Al comprobarlo, se indignó muchísimo. Kafid pasó también revista a sus hombres y vio que había perdido seiscientos de sus más valientes paladines, y que nueve banderas habían sido desgarradas. Se suspendió el combate durante tres días, al cabo de los cuales el rey Kafid escribió una carta, que envió con un mensajero de su ejército, dirigida a un rey que se llamaba Faqun al-Kalb. El mensajero partió. Kafid lo llamaba, pues era pariente suyo por parte de madre. Cuando Faqun se hubo enterado de lo que ocurría, reunió su ejército y sus milicias y se dirigió al lugar en que se encontraba el rey Kafid.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « mientras el rey Tigmus estaba tranquilamente sentado, se le presentó un mensajero y le dijo: “He visto que se levantaba una nube de polvo en la lejanía, que ascendía hasta lo más alto del aire”. El rey Tigmus ordenó a un grupo de sus soldados que saliesen en descubierta para ver de qué se trataba. Marcharon para cumplir la orden, y luego regresaron y dijeron: “¡Oh, rey! Hemos visto la nube de polvo; al cabo de un rato el aire lo ha dispersado, y hemos podido contar siete banderas, debajo de cada una de las cuales marchaban tres mil caballeros; se dirigía hacia el campamento del rey Kafid”. Cuando el rey Faqun al-Kalb llegó ante Kafid, lo saludó y le preguntó: “¿Qué te ocurre? ¿Qué significa esta batalla en la que te encuentras?” Kafid contestó: “¿Es que no sabes que el rey Tigmus es mi enemigo, el asesino de mis hermanos y de mi padre? He venido a combatirlo y a vengarme”. “¡Que el Sol te bendiga!” El rey Kafid tomó consigo al rey Faqun al-Kalb, lo condujo a su tienda y se alegró mucho de su llegada. Esto es lo que hace referencia al rey Tigmus y al rey Kafid.

» He aquí ahora lo que se refiere a Chansah. Durante dos meses no vio a su padre ni permitió que entrase a hacerle compañía ninguna de las concubinas que estaban a su servicio. Todo ello lo llenó de una gran inquietud. Preguntó a uno de los de su séquito: “¿Qué le ocurre a mi padre que no viene a verme?” Le explicaron lo que le había ocurrido con el rey Kafid. El príncipe dijo: “¡Traedme mi corcel para que vaya a reunirme con mi padre!” “Oír es obedecer”, le contestaron. Le llevaron el corcel, y cuando lo tuvo delante, el príncipe se dijo: “Yo estoy preocupado por mis cosas. Lo mejor será que monte en mi caballo y me dirija a la ciudad de los judíos. Una vez llegue a ella, Dios hará que encuentre al comerciante que me tomó a sueldo para trabajar. Tal vez haga conmigo lo que hizo la primera vez. Nadie sabe dónde se encuentra la felicidad”. Montó a caballo y, tomando consigo mil jinetes, se puso en camino.

» Las gentes decían: “Chansah va a reunirse con su padre para combatir a su lado”. Cabalgaron sin descanso hasta la caída de la tarde. Entonces acamparon en una gran pradera y pernoctaron en ella. Una vez se hubieron dormido y el príncipe hubo comprobado que todos los soldados dormían, se levantó sigilosamente, se puso el cinturón, montó en su corcel y emprendió el camino de Bagdad, ya que había oído decir a los judíos que cada dos años llegaba una caravana de Bagdad. El príncipe se decía: “Cuando llegue a Bagdad, me incorporaré a la caravana hasta llegar a la ciudad de los judíos”. Resuelto a ello, emprendió el camino. La tropa, al despertarse y no encontrar a Chansah ni a su corcel, montaron a caballo y empezaron a buscarlo por todas partes sin encontrar ni rastro de él. Corrieron a reunirse con su padre y lo informaron de lo que había hecho su hijo. El soberano se encolerizó de un modo terrible. Arrojó la diadema de su cabeza y exclamó: “¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡He perdido a mi hijo mientras el enemigo me acosa!” Los príncipes y los ministros le

aconsejaron: “¡Ten paciencia, rey del tiempo! ¡La paciencia trae consigo la felicidad!”

» Chansah, por su parte, estaba triste, preocupado, por encontrarse separado de su padre y de su amada; tenía el corazón herido, los ojos derramaban lágrimas, y permanecía insomne noche y día. A su vez, el padre, cuando se enteró de que había perdido todas sus tropas y milicias, abandonó el campo de batalla a su enemigo y regresó a la capital. Entró en ella, cerró las puertas, fortificó las murallas y huyó delante del rey Kafid. Éste se presentaba una vez al mes para plantear batalla. Permanecía al pie de sus muros durante siete noches y ocho días, y después se retiraba con las tropas a su campamento para curar a los hombres que estaban heridos. Los habitantes de la capital del Tigmus se dedicaban —en cuanto el enemigo se retiraba de sus muros— a arreglar las armas, fortificar y construir catapultas. El rey Tigmus y el rey Kafid continuaron esta guerra durante siete años sin interrupción.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « esto es lo que a ellos se refiere.

» He aquí lo que hace referencia a Chansah. Recorrió tierras y desiertos sin interrupción, y cada vez que llegaba a una ciudad preguntaba por la Ciudadela de las Gemas, Takni. Nadie sabía darle razón. Le replicaban: “¡Jamás hemos oído tal nombre!” Preguntó después por la Ciudad de los Judíos, y un comerciante le dijo que estaba en los confines orientales del ecúmene, y añadió: “Ven con nosotros este mes a la ciudad de Mizraqán, que se encuentra en la India. Desde ésta seguiremos hacia Jurasán; desde aquí nos dirigiremos a la ciudad de Simaún, y luego al Jwarizm. La Ciudad de los Judíos se encuentra muy cerca de esta región, pues sólo hay un año y tres meses de camino”. Chansah esperó a que la caravana se pusiese en marcha, se unió a ella y así llegó a Mizraqán. Al entrar en ella empezó a preguntar por la Ciudadela de las Gemas, Takni, pero nadie pudo informarlo. De nuevo se puso en camino la caravana, y él volvió a incorporarse a ella hasta llegar a la India. Entraron en una ciudad y preguntó por la Ciudadela de las Gemas, Takni, pero nadie le supo dar noticia. Le contestaron: “¡Jamás hemos oído tal nombre!” Tuvo que soportar enormes fatigas durante el viaje, tan grandes, que las más pequeñas fueron el hambre y la sed. Partieron de la India y viajaron ininterrumpidamente hasta llegar al país del Jurasán, rindiendo viaje en Simaún. Entró en ésta y preguntó por la Ciudad de los Judíos. Le dieron informes y le describieron el camino. Reanudó la marcha noche y día hasta llegar al sitio en que había huido de los monos. Siguió viajando día y noche hasta alcanzar el río en cuya orilla se encontraba la Ciudad de los Judíos. Se sentó al borde del río y esperó a que llegase el sábado y se secase por la voluntad de Dios (¡ensalzado

sea!). Entonces lo cruzó y se dirigió al domicilio del judío en cuya casa se había hospedado por primera vez. Saludó a él y a toda la gente de la casa. Se alegraron mucho de volverlo a ver, le dieron de comer y de beber y luego le preguntaron: "¿Dónde has estado todo este tiempo?" Les contestó: "En el reino de Dios (¡ensalzado sea!)". Pasó la noche en aquella casa, y al día siguiente recorrió la ciudad. Encontró a un pregonero, que gritaba: "¡Oh, hombres! ¿Quién de vosotros quiere ganar mil dinares y una hermosa esclava por el trabajo de sólo medio día?" Chansah gritó: "¡Yo haré el trabajo!" El pregonero le dijo: "¡Sígueme!" Lo siguió hasta llegar a la casa del comerciante judío, el mismo ante quien lo había conducido la primera vez. El pregonero dijo al dueño de la casa: "Este muchacho hará el trabajo que deseas". El comerciante exclamó: "¡Bien venido!" Lo tomó consigo, lo introdujo en una habitación y le dio de comer y de beber. El príncipe comió y bebió. El comerciante le entregó los mil dinares y la hermosa esclava; y el joven pasó con ésta la noche. Al día siguiente por la mañana tomó la esclava y los dinares y los entregó al judío en cuya casa había pernoctado la primera vez. Luego regresó al domicilio de su patrón, montaron ambos a caballo y marcharon hasta llegar al pie de un monte altísimo, que se perdía en los aires. El comerciante sacó una cuerda y un cuchillo y dijo a Chansah: "¡Sacrifica ese caballo!" El príncipe tendió al animal, le ató las patas con la cuerda, lo degolló, lo desolló, le cortó las patas y la cabeza y le hendió el vientre conforme le mandaba el comerciante. Después, éste dijo a Chansah: "¡Métete en el vientre del caballo para que yo lo cosa y tú quedes en su interior! Dime todo lo que veas dentro. Éste es el trabajo por el cual te he pagado el sueldo". El príncipe se introdujo en el vientre del caballo, el comerciante cosió el corte, y luego, alejándose del animal, fue a esconderse. Al cabo de un rato apareció un pájaro enorme, lanzóse en picado, agarró el caballo y se remontó con él hasta las nubes, para posarse en la cima del monte. Una vez se hubo detenido en ella, quiso comerse el caballo. Cuando Chansah se dio cuenta de ello, abrió el vientre, salió, asustó al pájaro y éste remontó el vuelo, siguiendo su camino. El príncipe se incorporó, miró al comerciante y lo vio allá abajo, al pie del monte, tan pequeño que parecía un gorrión. Le preguntó: "¿Qué quieres, comerciante?" "¡Échame algunas de esas piedras que están a tu alrededor, y te mostraré el camino para que puedas descender!" "¡Tú eres aquel que se portó tan mal conmigo hace cinco años! Sufrí hambre y sed, soporté grandes fatigas y numerosos riesgos. Me has vuelto a traer a este lugar porque buscas mi muerte. ¡Por Dios que nada he de echarte!" A continuación, el príncipe cogió el camino que conducía hasta el jeque Nasr, rey de los pájaros.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe] « anduvo día y noche sin parar, llorando, con el corazón triste. Cuando tenía hambre, comía las plantas de la tierra, y cuando tenía sed bebía el agua de los ríos. Así llegó hasta el alcázar del señor Salomón. Encontró al jeque Nasr sentado junto a su puerta. Se acercó a él y le besó las manos. El jeque Nasr le dio la bienvenida y lo saludó. Después le preguntó: "¡Hijo mío!" ¿Qué es lo que te ha ocurrido para volver a este lugar? Te habías ido de aquí con la señora Samsa, contento y sin preocupaciones". El príncipe rompió a llorar y le explicó todo lo que había hecho la señora Samsa en el momento en que despegó. "Ella —dijo— añadió: 'Si me amas ven a buscarme a la Ciudadela de las Gemas. Takni'". El jeque se admiró de ello y exclamó: "¡Por Dios, hijo mío, que no sé dónde está! ¡Juro por el señor Salomón que jamás, en mi vida, he oído el nombre de esa ciudadela!" El príncipe inquirió: "¿Qué he de hacer? Moriré de amor y pasión". El jeque Nasr replicó: "Espera a que vengan los pájaros. Les preguntaremos si saben dónde está Takni, la Ciudadela de las Gemas. Tal vez alguno de ellos lo sepa". El corazón de Chansah se tranquilizó, entró en el palacio y se dirigió a la habitación donde se hallaba el estanque en que había visto a las tres muchachas. Permaneció algún tiempo con el jeque Nasr. Mientras estaba sentado como de costumbre, éste exclamó: "¡Hijo mío! Se aproxima la época de la llegada de los pájaros". El príncipe se alegró mucho al oír aquello. Habían transcurrido pocos días cuando las aves hicieron acto de presencia. El jeque Nasr se dirigió al joven y le dijo: "¡Hijo mío! ¡Apréndete estos nombres y acude a ver a los pájaros!" Las aves se fueron acercando, especie tras especie, y saludaron a Nasr. El jeque les preguntó por Takni, la Ciudadela de las Gemas. Contestaron: "¡Jamás, en nuestra vida, hemos oído hablar de ella!" Chansah rompió a llorar; suspiró y cayó desmayado. El jeque llamó a un gran pájaro y le dijo: "Conduce a este muchacho al país de Kabul". Luego le describió la región y el camino que a ella conducía. El pájaro replicó: "¡Oír es obedecer!" El príncipe montó en el dorso del ave y el jeque le dijo: "Ten cuidado y procura que el aire no te haga inclinarte, pues serías despedazado por el viento; tápate los oídos para que ni la música de las esferas celestes ni el rugido de los mares los perjudique". Aceptó los consejos de Nasr. El pájaro despegó con él, se remontó por los aires y voló con él día y noche. Luego fue a posarse junto al rey de las fieras, que se llamaba Sah Badri. El pájaro dijo al príncipe: "Hemos perdido el camino que conduce a tu país y que nos ha descrito el jeque Nasr". Se disponía a reanudar el vuelo, cuando el príncipe le dijo: "Vete a tus quehaceres y abandóname en esta tierra para que muera en ella o pueda regresar a mi país". El pájaro lo dejó ante el rey de las fieras, Sah Badri, y se fue a sus quehaceres. Éste lo interrogó diciendo: "¡Hijo mío! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes con este gran pájaro? ¿Cuál es tu historia?" El príncipe se lo refirió todo desde el principio hasta el fin. El rey de las fieras se admiró de su relato y exclamó: "¡Juro por el señor Salomón que no conozco dicha Ciudadela,

pero honraremos a todo aquel que nos dé informes, y te enviaremos a ella!" El príncipe lloró amargamente y esperó un poco hasta que el rey de las fieras, Sah Badri, se acercó para decirle: "Ven, hijo mío. Coge estas tabletas y aprende lo que contienen. Cuando lleguen las fieras, las interrogaremos sobre esa Ciudadela".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « al cabo de un rato empezaron a llegar las fieras, especie tras especie, y fueron saludando al rey Sah Badri. Éste les preguntó por la Ciudadela de las Gemas, Takni. Le contestaron todas: "No sabemos nada de esa Ciudadela ni hemos oído citarla". El príncipe rompió a llorar y a arrepentirse por no haberse marchado con el pájaro que lo había traído hasta allí desde la residencia del jeque Nasr. El rey de las fieras le dijo: "¡Hijo mío! No te apenes. Tengo un hermano mayor, el rey Simaj, que fue prisionero del rey Salomón por haberse sublevado contra éste. Él y el jeque Nasr son más viejos que cualquier genio. Tal vez sepa algo de esa ciudad, pues gobierna a los genios de este país". El rey de las fieras hizo montar al príncipe en el lomo de una de ellas y envió con él una carta de recomendación a su hermano. el animal empezó a correr en aquel mismo momento y avanzó durante días y noches, llevando a Chansah, hasta llegar a los dominios del rey Simaj. Entonces se detuvo en un lugar solitario, alejado de donde estaba el rey. El príncipe bajó del lomo del animal y siguió a pie hasta llegar ante el rey Simaj. Le besó las manos y le entregó la carta. La leyó, entendió su significado, le dio la bienvenida y le dijo: "¡Por Dios, hijo mío! ¡No he visto ni oído hablar de esa ciudadela jamás en mi vida!" Chansah empezó a llorar y a suspirar. El rey Simaj pidió: "Cuéntame tu historia y dime quién eres, de dónde vienes y adónde vas". Le explicó todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin, y el soberano quedó muy admirado. Le dijo: ¡Hijo mío! Creo que ni el mismo rey Salomón llegó a ver o a oír hablar de tal ciudadela durante su vida. Sin embargo, conozco a un ermitaño que vive en el monte. Es muy anciano. Le obedecen todos los pájaros, fieras y genios de todas las especies, ya que no ceja en la recitación de letanías contra los reyes de los genios, hasta el punto de que le obedecen a la fuerza, dada la gran eficacia de los ritos y embrujos que posee. Todos los pájaros y todas las fieras están a su servicio. Yo me rebelé contra el señor Salomón y fui su prisionero, pero quien me venció fue ese monje, con sus tretas sin par, con sus encantamientos y con sus embrujos. Así permanecí a su servicio. Sabe que él ha recorrido todas las regiones y todos los climas; conoce todos los caminos, las comarcas, las provincias, las fortalezas y las ciudades. Creo que no hay lugar que desconozca. Te voy a enviar a su lado. Tal vez él pueda guiarte a esa ciudadela. Si

él no te indica dónde está, nadie podrá hacerlo, ya que es a él a quien obedecen todos los pájaros, las fieras y los genios. Todos acuden a su lado. Gracias al poder de sus embrujos, ha logrado hacerse un bastón en tres pedazos, que planta en el suelo. Si recita conjuros ante el primero, sale de él carne y sangre; si los recita ante el segundo, sale leche; si los recita ante el tercero, brota trigo y cebada. Después saca el bastón del suelo y regresa a su convento, que se llama "Monasterio del Diamante". Este monje-mago hace con sus manos cosas prodigiosas. Es brujo, mago, taimado, intrigante, malvado, y se llama Yagmus. Posee todas las fórmulas mágicas y conjuros. Es necesario que te envíe a él con un gran pájaro que tiene cuatro alas".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « el rey Simaj lo hizo subir a un pájaro enorme que tenía cuatro alas, cada una de las cuales medía treinta codos hachimíes. Tenía patas parecidas a las del elefante, y volaba sólo dos veces al año. El rey Simaj tenía un vasallo llamado Timsún, que cada día robaba dos dromedarios del Iraq para despedazarlos y dárselos a comer a aquel pájaro. En cuanto Chansah se hubo colocado encima, el rey Simaj ordenó al animal que lo condujese ante el monje Yagmus. El pájaro lo sujetó en su dorso y emprendió la marcha con él, avanzando días y noches hasta llegar al Monte de las Ciudadelas y del Convento del Diamante. El príncipe se apeó al lado del convento y vio que Yagmus, el monje, estaba en el interior de la iglesia rezando. Se acercó a él, besó el suelo y permaneció erguido. El monje le dijo: "¡Bien venido seas, hijo mío!; eres extraño en este país, y tu patria queda lejos. Cuéntame cuál es el motivo de tu venida a este lugar". Chansah rompió a llorar y le contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. El monje quedó extraordinariamente admirado al oírlo, y le dijo: "¡Por Dios, hijo mío! Jamás en mi vida he oído hablar de esa ciudadela ni he conocido a quien de ella haya oído hablar o la haya visto, pese a que yo ya vivía en la época de Noé, el Profeta de Dios, y que desde entonces hasta que el rey Salomón, hijo de David, se hizo cargo del poder, goberné a las fieras, a los pájaros y a los genios. Creo que ni el mismo Salomón ha oído hablar de tal ciudadela. Pero ten paciencia, hijo mío, hasta que acudan los pájaros, las fieras y los genios vasallos. Los interrogaré. Tal vez alguno de ellos pueda informarnos y darnos alguna noticia. Dios (¡ensalzado sea!) te facilitará las cosas". El príncipe permaneció algún tiempo con el monje. Mientras él estaba allí, acudieron los pájaros, las fieras y los genios en tropel. El príncipe y el monje les preguntaron por la Ciudadela de las Gemas, Takni, pero ninguno dijo: "Yo la he visto" o "Yo he oído hablar de ella". Todos decían: "No he visto esa ciudadela ni he oído hablar de ella". Chansah lloraba, sollozaba y suplicaba a Dios (¡ensalzado sea!).

Mientras se encontraba en esta situación, apareció un pájaro que cerraba el grupo de las aves. De color negro y recia contextura, en cuanto descendió de lo más alto de la atmósfera fue a besar la mano del monje. Éste le preguntó por Takni, la Ciudadela de las Gemas. El pájaro contestó: "¡Monje! Nosotros vivimos detrás del Monte Qaf, en una montaña de cristal situada en una tierra grande. Yo y mis hermanos éramos polluelos, y mi padre y mi madre salían cada día a buscar su sustento y el nuestro. En cierta ocasión se marcharon y permanecieron ausentes siete días, durante los cuales padecimos un hambre atroz. Al octavo día regresaron llorando. Les preguntamos: '¿Qué es lo que ha motivado vuestra ausencia?' Contestaron: 'Nos ha salido al encuentro un *marid*, que nos ha raptado y conducido a Takni, la Ciudadela de las Gemas, para llevarnos ante el rey, Sahlán. Éste, al vernos, ha querido matarnos. Pero le hemos dicho: 'Tenemos polluelos pequeños. ¡Sálvanos de la muerte!' Si mi padre y mi madre estuviesen aún vivos, darían informes, sin duda, de la ciudadela". Chansah lloró amargamente al oír estas palabras, y dijo al monje: "Deseo que ordenes a este pájaro que me conduzca al nido de su padre y de su madre, en el Monte de Cristal, situado detrás del Monte Qaf". El eremita dijo al pájaro: "¡Oh, pájaro! Quiero que obedezcas a este muchacho en todo lo que te mande", "¡Oír es hacer caso de lo que tú dices!", replicó el pájaro. Éste hizo subir al príncipe en su dorso y remontó el vuelo. Voló sin interrupción días y noches, hasta llegar al Monte de Cristal. Descendió en él, se detuvo un rato y luego, haciéndolo subir de nuevo a su lomo, se remontó por los aires y voló durante dos días sin interrupción, hasta llegar a la tierra en la que se encontraba el nido de sus padres.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el pájaro] « descendió en él y dijo: "¡Chansah! Éste es el nido en que estuvimos". El príncipe rompió a llorar amargamente y dijo al pájaro: "Quiero que me lleves a la región que recorrían tu padre y tu madre para conseguiros el sustento". "¡Oír es obedecer, Chansah!", replicó el pájaro. Lo cogió, se remontó con él y cruzó los cielos durante siete noches y ocho días, hasta llegar a un monte muy elevado. Hizo descender al príncipe de su lomo y le dijo: "Detrás de este monte no conozco ningún país". Chansah, vencido por el sueño, durmió en la cima de la montaña. Al despertarse vio un relámpago a lo lejos que iluminaba, con su luz, el horizonte. Este resplandor y el relámpago lo dejaron perplejo, sin darse cuenta de que se trataba de la luz de la fortaleza que él buscaba. Estaba separado de ella por una distancia de dos meses; era de jacinto rojo, y sus casas, de oro amarillo; tenía mil torres de metales preciosos que surgían del Océano de las Tinieblas, y por ello se llamaba la Ciudadela de las Gemas, Takni, puesto que estaba construida con piedras y

metales preciosos. Era una gran fortaleza, su rey se llamaba Sahlán, y era el padre de las tres muchachas. Esto es lo que se refiere a Chansah.

» He aquí lo que hace referencia a la señora Samsa. Ésta, al huir del lado de Chansah, corrió junto a sus padres y les explicó lo que le había ocurrido con el príncipe; les refirió su historia y los informó de que él había recorrido la Tierra y visto sus maravillas; les dijo que él la amaba y que ella le correspondía, y les contó lo que había sucedido entre ambos. El padre y la madre, al oír estas palabras, le replicaron: "Dios no te permite obrar así con él". El padre refirió el asunto a sus vasallos, los *marid* de los genios, y les dijo: "¡Aquel de vosotros que vea un hombre, que me lo traiga!" La señora Samsa informó a su madre que Chansah estaba enamorado de ella, y le dijo: "No hay más remedio: Él ha de venir, ya que yo, cuando remonté el vuelo desde el techo del castillo de su padre, le dije: 'Si es que me amas, ven a buscarme a Takni, la Ciudadela de las Gemas'".

» Chansah, al ver aquel relámpago deslumbrador, marchó en aquella dirección para ver de qué se trataba. La señora había enviado a uno de sus servidores a hacer cierto trabajo al Monte Qarmus. Mientras éste se dirigía hacia dicho lugar, vio a lo lejos un hombre. Entonces se acercó y lo saludó. Chansah se asustó ante aquel ser, pero le devolvió el saludo. El siervo le preguntó: "¿Cuál es tu nombre?" "¡Me llamo Chansah! Soy el prisionero de un hada llamada señora Samsa, pues me he prendado de su belleza y de su hermosura. La amo con locura. Pero ella ha huido de mi lado después de haberla introducido en el alcázar de mi padre." Le refirió todo lo que le había ocurrido con ella. El príncipe, mientras hablaba al *marid*, lloraba. El siervo, al ver que Chansah lloraba, se apiadó de él y le dijo: "¡No llores! Has conseguido tu deseo. Sabe que ella te quiere muchísimo y que ha contado a su padre y a su madre que tú la amas. Todos los que viven en la ciudadela te aprecian; conque tranquilízate y deja de llorar". El *marid* lo colocó encima de sus hombros y lo condujo hasta la Ciudadela de las Gemas, Takni. Envió un mensajero al rey Sahlán, a la señora Samsa y a la madre de ésta, para informarlos de la llegada de Chansah. Cuando los mensajeros los informaron, todos se alegraron muchísimo. El rey Sahlán mandó a sus servidores que salieran al encuentro de Chansah, y él y todos sus criados, *efrits* y *marids*, acudieron a recibir al príncipe.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « cuando el rey Sahlán, padre de la señora Samsa, llegó junto a Chansah, lo abrazó. Éste besó las manos del rey, el cual mandó que diesen al príncipe un traje de Corte, de seda, de distintos colores, bordado en oro y con incrustaciones de joyas. Luego le puso una corona jamás

vista por los reyes humanos, y le entregó un enorme caballo, sacado de los cuadros de los genios. El príncipe montó en él, y los servidores lo hicieron a su derecha y a su izquierda. Él y el rey avanzaron en el centro de un inmenso cortejo, hasta llegar a la puerta del alcázar. Entonces se apearon el rey y Chansah: se hallaban en un magnífico palacio, cuyas paredes estaban construidas con aljófares, rubíes y las gemas más preciosas. El cristal, la crisolita y las esmeraldas formaban su suelo. El príncipe se admiraba de todo y lloraba, mientras el rey y la madre de la señora Samsa secaban sus lágrimas y le decían: "Deja de llorar y no te entristezcas. Comprende que has conseguido lo que deseabas". Al llegar al centro del palacio salieron a recibirlo hermosas muchachas, esclavos y pajes. Lo hicieron sentar en un bello lugar y se quedaron de pie dispuestos a servirlo. El príncipe se encontraba perplejo ante la belleza de aquel sitio: las paredes se habían construido con toda clase de metales y con las más preciosas gemas. El rey Sahlán se dirigió a la sala del trono y ordenó a los esclavos y pajes que llevasen ante él a Chansah para sentarlo a su lado. Fueron por él y lo hicieron entrar. El rey se puso de pie y lo hizo sentar en su estrado, junto a él. A continuación llevaron las mesas, comieron y bebieron y luego se lavaron las manos. Después se presentó la madre de la señora Samsa, saludó al príncipe y le dio la bienvenida diciéndole: "Has conseguido tu deseo después de muchas fatigas. Puedes cerrar los ojos al insomnio. ¡Loado sea Dios que te ha salvado!" Inmediatamente después corrió al lado de su hija, la señora Samsa, y la condujo ante Chansah. Al llegar ante éste lo saludó, le besó las dos manos y bajó la cabeza, avergonzada de encontrarse ante él y ante su padre y su madre. Luego acudieron sus hermanas, aquellas que la habían acompañado al alcázar del jeque Nasr; besaron las manos del príncipe y lo saludaron. La madre de la señora Samsa le dijo: "¡Sé bien venido, hijo mío! Mi hija ha obrado mal contigo, pero no la reprendas por lo que te ha hecho, pues ha sido por lo mucho que nos quiere". El príncipe, al oír aquello, exhaló un grito y cayó desmayado. El rey se admiró de lo que ocurría. Le rociaron la cara con agua de rosas, mezclada con almizcle y algalia. Volvió en sí, miró a la señora Samsa y exclamó: "¡Loado sea Dios que me ha hecho conseguir mi deseo, que ha apagado mi fuego hasta el punto de no quedar rescoldos en mi corazón!" La señora Samsa le dijo: "Te has salvado del fuego, Chansah. Pero ahora querría que me contases qué es lo que te ha ocurrido después de mi marcha. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí a pesar de que la mayoría de los genios no conocen la Ciudadela de las Gemas, Takni? Nosotros no reconocemos a ningún rey, y nadie conoce ni ha oído hablar del camino que conduce a este lugar". El príncipe le explicó todo lo que le había ocurrido y cómo había conseguido llegar. Le refirió lo sucedido entre su padre y el rey Kafid, y lo mucho que había sufrido en el camino, los peligros y los prodigios que había visto. Y añadió: "Todo esto ha sido por tu causa, señora Samsa". La madre le contestó: "Has conseguido tu deseo, y la señora Samsa es

una esclava que te regalamos". Al oír esto, el príncipe se alegró mucho. La reina siguió: "Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, el próximo mes celebraremos las fiestas de vuestra boda. Después te marcharás a tu país y te daremos mil *marid*, de los que son nuestros servidores. Si concedes permiso, al más insignificante de ellos, para que mate al rey Kafid y a sus gentes, lo hará en un abrir y cerrar de ojos. Cada año te mandaremos más gente; bastará con que ordenes a uno de ellos que aniquile a todos tus enemigos, para que así lo haga…"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la madre de Samsa prosiguió: « "… un solo *marid* aniquilará a todos tus enemigos] desde el primero hasta el último." Luego, el rey Sahlán se sentó en el trono y mandó a los grandes del reino que preparasen una gran fiesta y engalanasen la ciudad durante siete días, con sus noches. Contestaron que le iban a obedecer y se marcharon al momento para iniciar los preparativos de las fiestas. Éstas duraron dos meses, al cabo de los cuales se celebró la solemne boda de la señora Samsa con el príncipe. Resultaron unas fiestas como nunca se habían visto otras semejantes. Luego condujeron a Chansah hasta la señora Samsa. Vivió con ella durante dos años en la más feliz y regalada de las vidas, comiendo y bebiendo. Luego dijo a la señora Samsa: "Tu padre prometió enviarme a mi país, siempre y cuando permanezcamos un año allí y otro aquí". "¡Oír es obedecer!", replicó su mujer. Al caer la tarde, la joven fue a ver a su padre y le recordó lo que le había dicho Chansah. El rey lo aprobó: "¡De acuerdo! Mas espera hasta principios de mes, para que preparemos vuestros servidores". La joven refirió al príncipe lo que le había dicho su padre, y aquél esperó el plazo fijado. Cuando se cumplió éste, el rey Sahlán permitió a sus vasallos que se marchasen y sirviesen a la señora Samsa y Chansah hasta llegar al país de éste. Prepararon un magnífico trono de oro rojo, con incrustaciones de perlas y aljófares, coronado por un palio de seda verde recamada con toda clase de colores y repujados de las más preciosas gemas; todos los que lo veían quedaban absortos. Chansah y la señora Samsa subieron al trono y eligieron cuatro vasallos para que lo transportasen. Cada uno lo tomó por un lado, y levantaron el trono. La señora Samsa se despidió de su madre, de su padre, de sus hermanas y de sus familiares. El rey montó a caballo al lado de Chansah. Los servidores que llevaban la litera se pusieron en marcha, y el rey Sahlán los acompañó hasta el mediodía. Entonces, los servidores dejaron la litera en el suelo, se apearon de nuevo, se despidieron unos de otros, y el rey recomendó al príncipe que cuidase de la señora Samsa y, a la vez, encareció a sus vasallos que los protegiesen. Mandó a éstos que levantasen de nuevo el trono, la señora Samsa y Chansah se despidieron de nuevo, y el soberano regresó a su palacio. El rey

había regalado a su hija trescientas esclavas bellísimas, y a Chansah, trescientos mamelucos que eran hijos de los genios. Se subieron todos en la litera, y los cuatro servidores la transportaron volando entre el cielo y la tierra, recorriendo cada día la distancia de treinta meses. De este modo prosiguieron el viaje ininterrumpidamente durante diez días. Uno de los vasallos conocía el país de Kabul, y al verlo mandó que descendiesen en la gran ciudad que se encontraba en él. Era la capital del rey Tigmus, y en ella descendieron…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los genios descendieron en la capital del rey Tigmus] « llevando a Chansah y a la señora Samsa.

» El rey Tigmus había sido derrotado por sus enemigos, y tuvo que huir para refugiarse en su capital, donde quedó estrechamente cercado por el rey Kafid. Había pedido la paz a éste, pero no la había conseguido. Tigmus se dio cuenta de que no tenía medio alguno para salvarse del rey Kafid, y resolvió ahorcarse para morir y librarse de aquellas dificultades y penas. Se despidió de los visires y de los emires y entró en su palacio para saludar por última vez a todas las personas de su harén, lodos sus súbditos lloraban, sollozaban, gritaban y guardaban luto. Mientras ocurría todo esto, llegaron los vasallos al alcázar que se encontraba en el interior de la ciudadela. Chansah les mandó que depositasen la litera en el centro de la sala de audiencias, y así lo hicieron. La señora Samsa, el príncipe, las esclavas y los mamelucos se apearon. Se dieron cuenta de que los habitantes de la ciudad sufrían un terrible asedio y pasaban grandes penalidades. El príncipe dijo a la señora Samsa: "¡Amada de mi corazón! ¡Mira en qué circunstancias se encuentra mi padre!" Cuando la princesa vio el lamentable estado en que se encontraban su padre y sus súbditos, dijo a los servidores que atacasen violentamente al ejército de los sitiadores y que los matasen. Y añadió: "¡Que no quede ni uno solo!" El príncipe mandó a uno de los vasallos, muy fuerte, llamado Qaratas, que le trajese, encadenado, al rey Kafid. Los vasallos fueron a buscar a éste llevando consigo la litera. Marcharon sin descanso hasta dejar la plataforma en el suelo; pusieron encima una tienda y esperaron la medianoche. Entonces atacaron al rey Kafid y a sus tropas y los aniquilaron. Unos siervos cogían ocho o diez hombres de los que iban montados en los elefantes, remontaban el vuelo por los aires con ellos y los dejaban caer: quedaban despedazados en el aire. Otros destrozaban las tropas con mazas de hierro. El siervo llamado Qaratas se dirigió en un instante a la tienda del rey Kafid, atacó a éste mientras estaba sentado en el lecho, lo raptó y se remontó con él por los aires. El prisionero chillaba de miedo. Voló sin descanso hasta depositarlo en la plataforma, delante del príncipe. Éste mandó a cuatro vasallos que levantasen la plataforma y la tuviesen suspendida en

el aire. El rey Kafid apenas había tenido tiempo de abrir los ojos cuando se vio suspendido entre el cielo y la tierra. Empezó a abofetearse la cara y a admirarse de lo que le ocurría. Esto es lo que hace referencia al rey Kafid.

» He aquí lo que se refiere al rey Tigmus. Poco faltó para que muriese de alegría al ver a su hijo. Lanzó un grito penetrante y cayó desmayado. Le rociaron el rostro con agua de rosas. Al volver en sí se abrazaron padre e hijo y lloraron copiosamente. El rey Tigmus no sabía que los vasallos estaban combatiendo al rey Kafid. Samsa se dirigió hacia el rey, padre de Chansah, le besó las manos y le dijo: "¡Señor mío! Sube a lo más alto de tu alcázar y verás el combate que sostienen los vasallos de mi padre". El rey Tigmus subió a lo más alto del palacio. Él y la señora Samsa se sentaron para contemplar el ataque de sus vasallos. Éstos atacaban a todo lo largo y ancho del ejército enemigo: unos golpeaban con barras de hierro a los elefantes y a quienes los montaban, aplastándolos de tal modo que era imposible distinguir a los hombres de los animales; otros se acercaban a un grupo de fugitivos, y con un solo grito caían muertos; otros cogían unos veinte caballeros, se remontaban con ellos por los aires y los dejaban caer al suelo, en donde se hacían pedazos. Entretanto, Chansah, su padre y su esposa, presenciaban el combate.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « el rey Kafid también lo veía desde lo alto de la plataforma, y lloraba. La batalla duró dos días, y los vasallos exterminaron hasta el último enemigo. Entonces, Chansah mandó que le acercasen la plataforma, la bajasen al suelo y la depositasen en el centro de la ciudadela del rey Tigmus. La llevaron e hicieron lo que les había mandado su señor, el rey Chansah. A continuación el rey Tigmus mandó a un vasallo, llamado Simwal, que cogiese al rey Kafid y lo encerrase, cargado de cadenas y grillos, en la Torre Negra. Simwal cumplió lo que se le había mandado. El rey Tigmus mandó que redoblaran los timbales y envió mensajeros a la madre de Chansah. Corrieron ante ella y la informaron de que su hijo había regresado y había realizado tales hechos. Ella se alegró mucho, montó a caballo y corrió a su lado. Chansah, al verla, la estrechó contra su pecho, y la mujer cayó desmayada por la mucha alegría. Le rociaron el rostro con agua de rosas, y al volver en sí lo abrazó y lloró de satisfacción. Cuando la señora Samsa se enteró de su llegada, fue a verla. La saludó, y ambas se abrazaron durante un rato. Después se sentaron a hablar. El rey Tigmus abrió las puertas de la ciudad, envió mensajeros a todas las comarcas y éstos difundieron en ellas las buenas noticias. Empezaron a llegar presentes y regalos; los emires, las tropas y los príncipes de las distintas regiones acudieron a saludarlo y a felicitarlo por la victoria y por la salvación de

su hijo. Este estado de cosas duró cierto tiempo: las gentes acudían a verlo llevando regalos y grandes presentes. Después, el rey mandó que se celebrase por segunda vez la boda solemne de la señora Samsa, ordenó que se engalanase la ciudad, y la esposa fue conducida ante Chansah vistiendo preciosos trajes y joyas. El príncipe consumó el matrimonio y regaló a su esposa cien hermosas esclavas para su servicio. Al cabo de algunos días, la señora Samsa fue a visitar al rey Tigmus e intercedió por el rey Kafid. Le dijo: "Ponlo en libertad para que pueda volver a su país. Si te causa algún daño, mandaré a uno de mis vasallos que lo rapte y te lo traiga". "Oír es obedecer", replicó el rey. Mandó a Simwal que condujese al rey Kafid ante él. Llegó con cadenas y grillos y besó el suelo ante Tigmus. Éste ordenó que le quitasen los grillos y así lo hicieron. A continuación le hizo montar en un caballo malformado y le dijo: "La reina Samsa ha intercedido por ti. ¡Vete a tu país! Si vuelves a atacarme, ella ordenará a uno de sus vasallos que te traiga aquí de nuevo". El rey Kafid volvió a su país en el peor de los estados…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey Kafid volvió a sus Estados] « y Chansah, su padre y la señora Samsa, vivieron en la más dulce, feliz y agradable vida, en la alegría más completa.

» Todo esto es lo que contó el muchacho sentado entre las dos tumbas a Buluqiya. A continuación añadió: "Yo soy Chansah, aquel que ha visto todo esto, amigo mío, Buluqiya". Éste se admiró del relato. Luego, Buluqiya, el viajero por amor a Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), preguntó a Chansah: "¡Amigo mío! ¿Qué significan estas dos tumbas? ¿Por qué estás sentado entre ambas? ¿Por qué lloras?" Chansah le contestó: "Sabe, Buluqiya, que nosotros vivimos en la más dulce y feliz de las vidas y en la alegría más completa. Pasábamos un año en nuestro país, y otro en la Ciudadela de las Gemas, Takni. Siempre íbamos sentados en la plataforma, y los siervos la trasladaban volando entre el cielo y la tierra". Buluqiya preguntó: "¡Amigo mío! ¡Chansah! ¿Cuál es la distancia que separaba la ciudadela de vuestro país?" El príncipe contestó: "Cada día recorríamos una distancia de treinta meses, y llegábamos a la ciudadela en diez días. Este estado de cosas prosiguió durante diez años. Ocurrió que en uno de los viajes que hacíamos como de costumbre, llegamos a este lugar e hicimos descender en él la plataforma para recrearnos en esta isla. Nos colocamos en la orilla de este río, comimos y bebimos. La señora Samsa dijo: 'Quiero bañarme en este lugar'. Ella y sus esclavas se quitaron los vestidos, se metieron en el agua y nadaron. Yo me paseaba por la orilla del río dejando que las esclavas jugasen con la señora Samsa. De repente apareció un gran tiburón, uno de los animales

del mar, y mordió a mi esposa en una pierna. Ella dio un grito y cayó muerta en el acto. Las esclavas salieron del río, huyendo de aquel tiburón y dirigiéndose a la tienda. Después, algunas esclavas la cogieron y la condujeron, muerta, a la tienda. Al verla, caí desmayado. Me rociaron el rostro con agua. Al volver en mí rompí a llorar y ordené a los vasallos que cogiesen la plataforma y la llevasen a sus familiares, informándoles de lo que había ocurrido a la señora Samsa. Los vasallos fueron a presentarse a sus familiares y los informaron de lo que le había sucedido. Poco tiempo después, sus familiares llegaron a este lugar, la lavaron, la amortajaron, la enterraron y celebraron los funerales. Quisieron que yo me fuese con ellos a su país, pero dije a su padre: 'Quiero pedirte que me abras una fosa al lado de la de Samsa; haré de ésta mi tumba. Tal vez cuando muera seré enterrado en ella'. El rey Sahlán dio orden a sus vasallos de que hicieran lo que yo deseaba. Después se marcharon de mi lado y me dejaron solo aquí, sollozando y llorando por ella. Tal es mi historia y la causa de que yo viva entre estas dos tumbas". Luego recitó estos versos:

Desde que os habéis ausentado, señores, la cosa ya no es la cosa; aquel vecino amable ya no es vecino.
Ni el amigo al cual, en su época, había tratado, es ya amigo, ni las luces dan ya luz para mí.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « Buluqiya se admiró muchísimo de las palabras de Chansah y dijo: "¡Por Dios! Creía haber recorrido y dado la vuelta a buena parte de la Tierra; mas, ¡por Dios!, que al oír tu relato he olvidado todo lo que he visto". A continuación dijo a Chansah: "Espero de tu generosidad y de tu favor, amigo mío, que me indiques el camino de la salvación". Chansah se lo mostró. Buluqiya se despidió de él y se marchó.»

Todo este relato fue lo que contó la reina de las serpientes a Hasib Karim al-Din. Éste le preguntó: « ¿Cómo es que sabes estas historias?» Le contestó: « Sabe, ¡oh, Hasib!, que yo envié a Egipto, hace veinticinco años, una gran serpiente que llevaba una carta de salutación a Buluqiya, para que se la entregase a éste. La serpiente se marchó y la llevó a Bint Samuj. Ésta tenía una hija en la tierra de Egipto. Cogió la carta y se marchó hasta Egipto. Preguntó a las gentes por Buluqiya y le indicaron por dónde debía ir. Cuando llegó ante él y lo vio, lo saludó y le entregó la carta. Él la leyó y comprendió su significado. Luego preguntó a la serpiente: "¿Vienes de parte de la reina de las serpientes?" Contestó: "Sí". Le dijo: "Quiero acompañarte a ver a la reina de las serpientes, pues tengo algo que

pedirle". "¡Oír es obedecer!", respondió la mensajera. Lo tomó consigo y lo condujo hasta llegar ante Bint Samuj, su madre. Lo confió a ésta y se despidió de ella. Se marcharon, y la serpiente le dijo: "¡Cierra los ojos!" Los cerró. Al abrirlos se vio en este monte en el cual me encuentro. La serpiente lo acompañó ante aquella que le había entregado la carta y la saludó. Le preguntó: "¿Has entregado la misiva a Buluqiya?" "Sí, se la he entregado y él ha venido conmigo. Aquí está." Buluqiya se adelantó, saludó a aquella serpiente y la interrogó acerca de la reina de las serpientes. Le contestó: "La reina de las serpientes se ha marchado, con sus ejércitos y sus tropas, al Monte Qaf. Cuando llega el verano, regresa siempre a esta región. Al marcharse al monte me nombra su lugarteniente, hasta que vuelve. Si tienes algún deseo, dímelo y lo satisfaré". Buluqiya le replicó: "Quiero que me traigas aquellas plantas que hacen que aquél que las exprime y bebe su zumo, ni enferma, ni encanece, ni muere". La serpiente le contestó: "¡No te las traeré hasta que no me hayas explicado lo que te ha ocurrido desde el momento en que te separaste de la reina y te marchaste con Affán a la tumba del señor Salomón!" Buluqiya le contó toda su historia desde el principio hasta el fin, y le refirió en detalle lo que había sucedido a Chansah. A continuación añadió: "Satisface mi deseo para que pueda regresar a mi país". La serpiente exclamó: "¡Juro por el señor Salomón que no conozco el camino que conduce hasta esa hierba!" Luego dijo a la serpiente que había conducido a Buluqiya: "¡Llévalo de nuevo a su país!" "Oír es obedecer", replicó. Le dijo: "¡Cierra los ojos!" Los cerró, y al volverlos a abrir Buluqiya se encontró en el Monte al-Muqattam. Echó a andar hasta llegar a su casa.»

Cuando la reina de las serpientes regresó del Monte Qaf, su lugarteniente acudió a saludarla y le dijo: «Buluqiya te saluda», y a continuación le refirió todo lo que éste le había contado, es decir, lo que había visto en sus viajes y su encuentro con Chansah. Después, la reina de las serpientes dijo a Hasib Karim al-Din: «Ésa es quien me ha dado a conocer esta historia, Hasib». Éste le dijo: «¡Reina de las serpientes! ¡Cuéntame qué es lo que ocurrió a Buluqiya cuando llegó a Egipto!» Le refirió: «Sabe, Hasib, que cuando Buluqiya se separó de Chansah, viajó de día y de noche hasta llegar a un gran mar. Se untó los pies con el jugo que tenía y cruzó la superficie de las aguas hasta llegar a una isla cubierta de árboles y con abundantes ríos y frutos: parecía el Paraíso. Recorrió la isla y encontró un árbol enorme, cuyas hojas semejaban las velas de un barco. Se acercó a él y vio que debajo había un mantel extendido, y sobre éste, toda clase de guisos, exquisitos. En la copa del árbol había un gran pájaro de perlas y esmeraldas verdes; los pies eran de plata, y el pico, de un rojo rubí; las gemas más preciosas formaban sus plumas. Loaba a Dios (¡ensalzado sea!) y rezaba por Mahoma (¡Él lo bendiga y lo salve!)».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que «Buluqiya, al ver aquel enorme pájaro, le preguntó: "¿Quién eres? ¿A qué te dedicas?" Le contestó: "Yo soy uno de los pájaros del Paraíso. Sabe, amigo mío, que Dios (¡ensalzado sea!) expulsó a Adán del Paraíso, y con él salieron cuatro hojas con las cuales tapaba sus vergüenzas. Estas hojas cayeron al suelo: una de ellas se la comió un gusano, que se transformó en el gusano de seda; la segunda se la comió una gacela, que se transformó en la gacela de almizcle; la tercera se la comió una abeja, y desde entonces dio miel; la cuarta cayó en la India y dio origen a las especies. Yo, por mi parte, he recorrido toda la Tierra, hasta que Dios me concedió este lugar y en él me instalé. Los santones y los jefes religiosos vienen todos los viernes a este lugar para visitarme; comen estos frutos y son los huéspedes de Dios (¡ensalzado sea!). Así los invita todos los viernes por la noche. Después, los manteles son llevados al Paraíso. Estos guisos nunca se consumen ni se alteran". Buluqiya comió de ellos, y, una vez hubo terminado, dio las gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Entonces apareció al-Jadir (¡sobre él sea la paz!). Buluqiya le salió al encuentro, lo saludó y quiso marcharse, mas el pájaro le dijo: "¡Siéntate, Buluqiya, en presencia de al-Jadir (¡sobre él sea la paz!)!" Buluqiya se sentó y al-Jadir le dijo: "¡Cuéntame quién eres y refiéreme toda tu historia!" Buluqiya le relató lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin, hasta el momento en que había llegado al sitio en que se encontraba sentado ante Jadir. Después le preguntó: "¡Señor mío! ¿Cuál es la distancia que separa este lugar de Egipto?" Le

contestó: “¡Noventa y cinco años!” Buluqiya, al oír estas palabras, rompió a llorar. En seguida se arrojó a besar la mano de al-Jadir y le dijo: “Líbrame de tanta distancia y Dios te recompensará, ya que yo estoy a punto de morir y no tengo escapatoria”. Al-Jadir le dijo: “Pide a Dios (¡ensalzado sea!) que me permita conducirte hasta Egipto antes de que te mueras”. Buluqiya rompió a llorar y se humilló ante Dios (¡ensalzado sea!). Él aceptó su plegaria e inspiró a al-Jadir (¡sobre él sea la paz!), quien lo condujo a su familia. Al-Jadir (¡sobre él sea la paz!) dijo a Buluqiya: “¡Levanta la cabeza! Dios ha aceptado tu plegaria y me ha inspirado el que te conduzca a Egipto. Cógete bien a mí y cierra los ojos”. Buluqiya se colgó de al-Jadir (¡sobre él sea la paz!), se agarró a él y cerró los ojos. Al-Jadir dio un paso, y después dijo a Buluqiya: “¡Abre los ojos!” Al abrirlos se encontró ante la puerta de su casa. Dio la vuelta para despedirse de al-Jadir (¡sobre él sea la paz!), pero no encontró ni sus huellas.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que « Buluqiya entró en la casa. Su madre, al verlo, dio un grito terrible, y de la gran alegría que experimentó cayó desmayada. Le rociaron el rostro con agua hasta que volvió en sí. En cuanto hubo recuperado el conocimiento lo abrazó y lloró a torrentes. Buluqiya tan pronto lloraba como reía. Sus familiares, parientes y amigos, acudieron a felicitarlo por haberse salvado. La noticia se difundió por todo el país, y le llegaron regalos desde todas las regiones. Los tambores redoblaron; las trompetas sonaron, y se alegraron todos muchísimo. Después, Buluqiya les refirió toda su historia, los informó de todo lo que le había sucedido y cómo al-Jadir lo había dejado en la puerta de su casa. Se admiraron mucho y rompieron a llorar hasta desahogarse.»

Esto fue lo que la reina de las serpientes contó a al-Hasib Karim al-Din. Éste se admiró de todo, pero rompió a llorar y dijo a la reina de las serpientes: « ¡Quiero regresar a mi país!» « Temo, ¡oh, Hasib!, que cuando llegues a tu patria faltes a la promesa, rompas el juramento que has hecho y entres en un baño.» El joven le juró solemnemente: « ¡Jamás en mi vida entraré en un baño!» La reina dijo a una serpiente: « Haz salir a la superficie de la tierra a Hasib Karim al-Din» . Lo llevó de un lado para otro hasta dejarlo en la superficie de la tierra, junto a la boca de un pozo abandonado. El joven se puso a andar hasta llegar a la ciudad. Se dirigió hacia su casa al atardecer, cuando el sol amarilleaba. Llamó a la puerta, y su madre le abrió. Al ver a su hijo dio un grito de alegría y se arrojó en sus brazos, llorando. Al oír el llanto, salió la esposa y vio a su marido. Lo saludó, le besó las manos y todos se alegraron muchísimo. Entraron en su casa. Una vez Hasib se hubo sentado e instalado entre su familia,

preguntó por los leñadores que trabajaban con él y que se habían marchado, dejándolo en la cisterna. La madre le dijo: « Vinieron a verme y me dijeron: “Un lobo se ha comido a tu hijo en el Valle”. Ahora son comerciantes y tienen riquezas y tiendas, y la vida les es fácil. Cada día nos traen de comer y de beber, y así han hecho hasta ahora» . Dijo a su madre: « Mañana irás a verlos y les dirás: “Hasib Karim al-Din ha regresado de su viaje. Venid a verlo y a saludarlo”.» Al amanecer, la madre fue a recorrer las casas de los leñadores y les dijo lo que le había encargado su hijo. Los leñadores cambiaron de color al oír estas palabras, y contestaron: « ¡Oír es obedecer!» , y cada uno de ellos le dio un vestido de seda, bordado en oro, diciéndole: « Da esto a tu hijo para que se lo ponga, y dile: “Mañana vendrán a verte”» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó la mujer. Luego regresó junto a su hijo, le explicó lo ocurrido y le entregó lo que le habían dado. Esto es lo que hace referencia a Hasib Karim al-Din.

He aquí ahora lo que se refiere a los leñadores. Éstos reunieron a un grupo de comerciantes y les explicaron lo que les ocurría con Hasib Karim al-Din. Les preguntaron: « ¿Qué hacemos ahora?» Los comerciantes replicaron: « Cada uno de vosotros debe entregarle la mitad de lo que posee y de sus esclavos» . Todos estuvieron de acuerdo con esta opinión. Cada uno de ellos tomó la mitad de sus bienes y acudieron a verlo. Lo saludaron, le besaron las manos y se lo entregaron, diciendo: « Esto proviene de tu generosidad. Estamos en tu poder» . Hasib los aceptó y les dijo: « Lo pasado, pasado está. Así estaba decretado por Dios (¡ensalzado sea!), y lo predestinado se realiza, por más precauciones que se tomen» . Le dijeron: « Acompáñanos a pasear por la ciudad, e iremos al baño» . « He prestado juramento de que jamás en la vida entraré en el baño.» « Ven, pues, a ver nuestras cosas y serás nuestro huésped.» « ¡Oír es obedecer!» , replicó él. Se marchó con ellos a su casa, y cada uno lo hospedó durante una noche. Esta situación duró siete noches. Hasib era rico y tenía fincas y tiendas. Reunió a los comerciantes de la ciudad y les explicó todo lo que le había sucedido y lo que había visto. Se convirtió en uno de los hombres de negocios más importante. En esta situación vivió algún tiempo.

Cierto día salió a pasear por la ciudad, y al pasar por delante de la puerta de un baño, que pertenecía a un amigo suyo, éste lo vio; corrió hacia él, lo saludó, lo abrazó y le dijo: « ¡Hónrame entrando y tomando un baño para que yo pueda hacerte los honores de la hospitalidad!» Le replicó: « ¡He jurado no entrar jamás en la vida en el baño!» El bañista exclamó: « ¡Que mis tres mujeres queden repudiadas por triple repudio si tú no entras conmigo en el baño y te lavas!» Hasib Karim al-Din le dijo: « Así, amigo mío, ¿quieres que mis hijos queden huérfanos y arruinar mi casa cargando mis espaldas con un pecado?» El bañista se arrojó a los pies de Hasib Karim al-Din, los besó y le dijo: « Por lo que más quieras, te pido que entres en el baño. ¡Que el pecado caiga sobre mis espaldas!» Acudieron todos los operarios del baño y todos los clientes que en él había:

rodearon a Hasib Karim al-Din, lo metieron en el edificio, le quitaron los vestidos y lo arrojaron al baño. En cuanto lo metieron, Hasib se puso a un lado, se colocó junto a la pared y vertió el agua sobre su cabeza. De repente se lanzaron sobre él veinte hombres, exclamando: « ¡Síguenos! ¡Estás en deuda con el sultán!» Enviaron a uno de ellos a informar al visir del sultán. El hombre se marchó y lo informó. El visir montó a caballo, y, acompañado por sesenta mamelucos, fue al baño. Se reunió con Hasib Karim al-Din, al cual saludó amablemente, dio al bañista cien dinares y mandó que ofreciesen a Hasib un caballo para que montase en él. El visir y Hasib montaron, y lo mismo hizo la escolta. Los acompañaron hasta llegar al alcázar del sultán. El visir y Hasib se apearon y se sentaron. Pusieron los manteles, comieron y bebieron, y después se lavaron las manos. El visir le regaló dos trajes de Corte, cada uno de los cuales valía cinco mil dinares. Le dijo: « Sabe que Dios ha tenido misericordia de nosotros y nos ha hecho el favor de enviarte. El sultán está a punto de morir comido por la lepra. Los libros nos han indicado que su vida está en tus manos» .

Hasib se admiró de lo que ocurría. Él, el visir y los cortesanos cruzaron las siete puertas del palacio hasta llegar ante el rey. Éste se llamaba Karazdán y era soberano de los persas y de los Siete Climas. Tenía a su servicio cien sultanes, que se sentaban en tronos de oro rojo, y diez mil héroes, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes cien lugartenientes y cien verdugos, con la espada y el hacha en la mano. El rey estaba adormecido y tenía la cara envuelta en un lienzo; gemía a causa de la enfermedad. Al ver aquello, Hasib Karim al-Din quedó perplejo, pues el rey Karazdán le inspiraba mucho respeto. Besó el suelo ante él y rogó por su salud. A continuación se le acercó el gran visir, que se llamaba Samhur; le dio la bienvenida y lo hizo sentar en un trono de oro, a la diestra del rey Karazdán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que pusieron los manteles, comieron, bebieron y se lavaron las manos. Después, el visir Samhur se puso de pie. Todos los allí presentes se incorporaron en señal de respeto. El visir se acercó a Hasib Karim al-Din y le dijo: « Todos nosotros estamos a tu servicio. Te daremos todo lo que pidas. Si pidieras la mitad del reino, te la entregaríamos, ya que la curación del rey está en tus manos» . Lo cogió de la mano, lo condujo ante el rey y le destapó la cara ante el muchacho. La observó y vio que la enfermedad había alcanzado su apogeo. Quedó muy admirado. El visir se inclinó sobre la mano del joven y la besó; después dijo: « Te pedimos que cures a este rey. Te daremos lo que pidas. Esto es lo que de ti necesitamos» . Hasib contestó: « Sí; ciertamente yo soy hijo de Daniel, el profeta de Dios, pero no tengo nada de su ciencia. Me obligaron a practicar la medicina durante treinta días, pero no pude

aprender nada. ¡Cuánto desearía saber algo de dicha ciencia para poder curar al rey!» El visir le dijo: « No nos entretengas con tus palabras. Aunque se reuniesen todos los sabios de Oriente y de Occidente, tú serías el único capaz de curar al rey» . « ¿Cómo he de curarlo, si yo no conozco ni su enfermedad ni la manera de curarla?» « ¡Tú sabes perfectamente cuál es su medicina! El remedio lo constituye la reina de las serpientes, y tú sabes el lugar en que está, la has visto, has estado con ella.» Al oír Hasib estas palabras, se dio cuenta de que todo esto era consecuencia de su entrada en el baño. Empezó a arrepentirse cuando ya de nada le servía el arrepentimiento. Les dijo: « ¿La reina de las serpientes? Yo no la conozco ni he oído ese nombre en toda mi vida» .

El visir le replicó: « No niegues que la conoces, pues yo tengo pruebas de que has pasado dos años con ella» . « Ni la conozco, ni la he visto, ni he oído hablar de ella hasta este momento.»

El visir mandó que le diesen un libro, lo abrió, empezó a calcular y leyó: « La reina de las serpientes se reunirá con un hombre, que permanecerá con ella dos años. Después se separará de ella y saldrá a la superficie de la tierra. Si entra en un baño, el vientre se le volverá negro» . A continuación dijo a Hasib: « ¡Mírate el vientre!» Él se lo miró y vio que estaba negro. Hasib les dijo: « ¡Mi vientre está negro desde el día en que me dio a luz mi madre!» « He tenido apostados en cada baño tres mamelucos para que observasen a todos los que entraban, viesen cómo tenían el vientre y me informasen. Cuando tú has entrado en el baño, se fijaron en tu vientre; al ver que era negro, me han enviado un mensajero con la noticia, cuando ya desesperábamos de encontrarte. Sólo necesitamos que nos muestres el lugar por el que has salido a la superficie. Luego puedes marcharte a tus quehaceres, pues nosotros podremos apoderarnos de la reina de las serpientes y tenemos a alguien que nos la puede traer.»

Hasib se arrepintió mucho de haber entrado en el baño; pero de nada le servía ya el arrepentimiento. Los príncipes y los visires insistieron para que les diese informes de la reina de las serpientes, hasta que agotaron todos los argumentos, pues él se obstinaba: « No he visto eso ni he oído hablar de ello» . Harto ya, el visir mandó llamar al verdugo. Lo condujeron ante él y le ordenó que quitase los vestidos a Hasib y que lo apalease duramente. Así lo hizo, hasta dejarlo en un estado próximo a la muerte. El visir le dijo: « Tenemos la prueba de que tú conoces el lugar en que está la reina de las serpientes. ¿Por qué lo niegas? Muéstranos el sitio por el cual saliste, y márchate de nuestro lado. Tenemos una persona que se apoderará de ella y no recibirás ningún daño» . Luego lo trató con suavidad, y mandó que le diesen un traje de Corte, bordado en oro y cuajado de gemas. Hasib obedeció la orden del ministro y le dijo: « Te mostraré el sitio por el que salí» . El visir se alegró muchísimo al oír estas palabras. Él, Hasib y todos los emires montaron a caballo y se pusieron en camino, precedidos por el ejército. Viajaron sin interrupción hasta que llegaron al monte. Hasib los hizo

entrar en la cueva, llorando y suspirando. Los emires y los visires echaron pie a tierra y siguieron detrás del joven, hasta llegar al pozo por el cual había salido. El visir se acercó, se sentó, fumigó el lugar, pronunció conjuros, leyó encantamientos, sopló y balbució, pues era un mago experto, un brujo que conocía las ciencias del espíritu y otras. Al terminar el primer conjuro, leyó el segundo y luego el tercero. Cuando se terminaban los sahumerios, añadía más al fuego. Luego añadió: « ¡Sal, reina de las serpientes!» Las aguas del pozo disminuyeron y se abrió una puerta enorme: detrás de ella se oyó un tumulto espantoso, semejante a un trueno, hasta el punto de que parecía que el pozo se iba a derrumbar. Todos los presentes cayeron desmayados, y algunos murieron. Por el pozo salió una serpiente tan grande como un elefante. Sus ojos echaban chispas que parecían brasas. Llevaba en el dorso una bandeja de oro rojo, con incrustaciones de perlas y de aljófares. En la bandeja iba una serpiente que iluminaba el lugar; su rostro parecía el de un ser humano, y hablaba con elocuencia: era la reina de las serpientes. Se volvió a derecha e izquierda, y su mirada fue a clavarse en Hasib Karim al-Din. Le dijo: « ¿Dónde está el juramento que me hiciste y la palabra que empeñaste de no entrar jamás en un baño? Pero no hay treta que nos libre de lo predestinado, ni hay modo de huir de lo que se lleva escrito en la frente. Dios ha decretado que mi vida tenga fin por tu mano. Dios lo ha dispuesto así, y quiere que yo sea muerta para que el rey Karazdán se cure de su enfermedad» . La reina de las serpientes rompió a llorar amargamente, y Hasib empezó a sollozar al ver sus lágrimas. Cuando el maldito visir Samhur vio a la reina de las serpientes, alargó la mano para cogerla. Ella le dijo: « ¡Detén tu mano, maldito! De lo contrario, soplaré y te transformaré en un montón de ceniza» . Dirigiéndose a Hasib, añadió: « Acércate, cógeme con tu mano y ponme en ese plato que tenéis ahí; luego colócatelo en la cabeza, pues mi muerte ha de venir por tu mano: así está decretado desde la eternidad, y no hay subterfugio que pueda evitarlo» .

Hasib la cogió, la colocó en el plato y puso éste encima de su cabeza: el pozo volvió a su primitivo estado. Se pusieron en camino, llevando Hasib en la cabeza el plato en el que iba la reina de las serpientes. Mientras recorrían el camino, la reina le dijo en secreto: « ¡Hasib! Escucha el consejo que voy a darte. Si has faltado a la promesa, has roto el juramento y has hecho estas cosas, es porque te estaba predestinado desde la eternidad» . « Oír es obedecer. ¿Qué es lo que me mandas, reina de las serpientes?» « Cuando llegues a casa del visir, éste te dirá: “¡Degüella a la reina de las serpientes y córtala en tres pedazos!” Niégate y no lo hagas. Dile: “Yo no sé degollar”, a fin de que sea él, con su propia mano, quien me sacrifique y haga de mí lo que desea. Una vez me haya matado y cortado en pedazos, llegará un mensajero del rey Karazdán, pues éste le dirá que acuda. Colocará mi carne en una marmita de bronce, y antes de marcharse junto al rey, la pondrá encima del horno. Te dirá: “Enciende fuego debajo de esta marmita

hasta que salga la espuma de la carne. Cuando rebose la espuma, cógela, ponía a enfriar en una botella y espera hasta que esté fresca. Entonces te la bebes y desaparecerán todos los dolores de tu cuerpo. Cuando rebose la segunda espuma recógela, colócala en otra botella y espera que regrese de ver al rey para bebérmela y curar así mi enfermedad de riñones". Te dará las dos botellas y se marchará a ver al rey. En cuanto se haya ido, aviva el fuego debajo de la marmita hasta que rebose la espuma primera. Recógela y guárdala en una botella; pero no la bebas, pues si la bebieses no obtendrías nada de bueno. Cuando rebose la segunda espuma, colócala en la segunda botella, espera que se enfríe y guárdala para bebértela. Cuando el visir regrese de visitar al rey y te pida la segunda botella, le darás la primera y aguardarás para ver lo que le sucede.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina de las serpientes prosiguió:] « Luego beberás de la segunda botella: entonces tu corazón pasará a ser la sede de la sabiduría. Luego sacas la carne, la pones en un plato de bronce y se la das a comer al rey. Una vez le haya llegado al vientre, tápale el rostro con un pañuelo y espera hasta el mediodía, hasta que se le refresque el vientre. Después le das algo de beber. Quedará sano como estaba antes, y se habrá curado de su enfermedad gracias al poder de Dios (¡ensalzado sea!). Escucha este consejo que te doy, y guárdalo con todo cuidado» .

Siguieron el camino sin interrupción, hasta llegar a casa del visir. Éste dijo a Hasib: « ¡Entra conmigo en casa!» Una vez hubieron entrado el visir y Hasib, los soldados se separaron, y cada uno se fue a sus quehaceres. Hasib se quitó de la cabeza el plato en que estaba la reina de las serpientes. El visir le dijo: « ¡Degüella a la reina de las serpientes!» Él replicó: « Yo no sé degollar, y jamás en mi vida he degollado a nadie. Si quieres, hazlo tú mismo con tu propia mano» . El visir Samhur cogió a la reina de las serpientes del plato en que se encontraba, y la degolló. Al verlo, Hasib rompió a llorar amargamente. Samhur se rió de él y le dijo: « ¡Tonto! ¡Llorar por la muerte de una serpiente!» Después, el visir la cortó en tres pedazos, que colocó en una marmita de bronce; luego se sentó para esperar que se cociese la carne. Mientras estaba sentado, llegó un mameluco de parte del rey y le dijo: « El rey te manda llamar. Acude en seguida» . El visir contestó: « ¡Oír es obedecer!» Se incorporó, entregó a Hasib dos botellas, y le dijo: « Aviva el fuego en que está la marmita hasta que salga la primera espuma de la carne. Una vez haya salido, recógela de encima de la carne y colócala en una de estas botellas. Espera hasta que se enfríe y bébetela. Una vez la hayas bebido, tu cuerpo se curará y no te quedará ningún dolor ni enfermedad. Cuando rezume la segunda espuma, colócala en la otra botella y guárdala. Cuando la

carne esté a punto, saca la marmita del fuego y guárdala hasta que yo regrese de ver al rey; la beberé, ya que padezco de dolor en los riñones, y es posible que al bebería se me cure» . El visir se marchó a ver al rey, después de haber hecho a Hasib estas recomendaciones. Éste avivó el fuego debajo de la marmita, hasta que rebosó la primera espuma. La recogió y la colocó en una de las botellas, que guardó; siguió avivando el fuego, hasta que rebosó la segunda: la recogió y la colocó en la otra botella; también la guardó. Cuando la carne estuvo cocida, apartó la marmita del fuego y se sentó a esperar al visir. Éste, al regresar de ver al rey, preguntó a Hasib: « ¿Qué has hecho?» « He realizado el trabajo.» « ¿Qué has hecho de la primera botella?» « Acabo de beberme el contenido.» « ¡Pero tu cuerpo no ha cambiado en nada!» « Noto que mi cuerpo arde desde la cabeza hasta los pies, como si tuviera fuego.» El taimado visir Samhur se calló el secreto, y para engañar a Hasib, le dijo: « Dame la otra botella. Voy a beber su contenido. Tal vez me cure y me libre de esta enfermedad que tengo en los riñones» . El visir se bebió el contenido de la primera botella, se le cayó de la mano y se hinchó: en él se hizo verdad aquel refrán: « El que cava una fosa para su amigo, cae en ella» . Al ver aquello, Hasib se admiró y tuvo miedo de beber de la segunda botella. Pensó en la recomendación de la serpiente, y se dijo: « Si el contenido de la segunda fuese perjudicial, al visir no le hubiera apetecido» . Se confió a Dios (¡ensalzado sea!) y se lo bebió. Apenas lo había tragado cuando Dios (¡ensalzado sea!) inundó su corazón con todas las fuentes de la sabiduría, le abrió los ojos a la ciencia y experimentó una gran alegría y bienestar. Cogió la carne que estaba en la marmita, la colocó en un plato de bronce y salió de casa del visir. Levantó la cabeza hacia el cielo y vio los siete cielos y todo lo que contenían, hasta el árbol del Loto del extremo confín[229]; entendió la revolución de las esferas: Dios se lo había desvelado. Observó los planetas y las estrellas fijas, y entendió cómo se realizaba la marcha de los astros. Contempló el aspecto de las tierras y de los mares, y de ello dedujo la Geometría, la Astrología, la ciencia de las esferas, la Aritmética y todo lo relacionado con ellas, y comprendió el mecanismo de los eclipses de Sol y de Luna. Miró a la tierra y vio las minas, plantas y árboles; conoció todas sus propiedades y beneficios, y de ello dedujo la Medicina, la magia natural y la Química, así como la fabricación del oro y de la plata.

No paró de andar hasta llegar al palacio del rey Karazdán. Entró y besó el suelo ante éste, diciéndole: « ¡Que tu cabeza permanezca salva y sobreviva al visir Samhur!» El rey se encolerizó terriblemente al enterarse de la muerte de su visir, y lloró desconsolado; los visires, los emires y los grandes del reino lo acompañaron en el llanto. El rey Karazdán dijo: « Hace un momento que el visir Samhur estaba a mi lado gozando de una magnífica salud. Se marchó con objeto de ver si la carne estaba ya cocida para traérmela. ¿Cuál ha sido la causa de su muerte? ¿Qué desgracia le ha ocurrido?» Hasib contó al rey todo lo que había

ocurrido a su visir, desde el momento en que bebió el contenido de la botella hasta que se hinchó y reventó. El rey se entristeció muchísimo y dijo a Hasib: « ¿Qué me ocurrirá después de la muerte de Samhur?» « ¡No te preocupes, oh, rey del tiempo! Yo te curaré en tres días, y no dejaré en tu cuerpo ni huella de la enfermedad.» El pecho del rey Karazdán se dilató y dijo a Hasib: « Hace ya muchos años que quiero curarme de esta enfermedad» . Hasib fue por la marmita, la colocó ante el rey, sacó un pedazo de carne de la reina de las serpientes, se la dio a comer a Karazdán y lo tapó; le extendió sobre la cara un pañuelo, se sentó a su lado y le mandó dormir. Durmió desde el mediodía hasta la puesta del sol: el pedazo de carne circuló por su vientre. Entonces lo despertó, le dio algo de beber y le mandó que se volviese a dormir. Durmió toda la noche, hasta la mañana. Al amanecer hizo con él lo mismo que había hecho el día anterior, y así hasta que se hubo comido los tres pedazos de carne en tres días. La piel del rey se secó, y después se le desprendió por completo. El soberano empezó a transpirar, el sudor le corrió desde la cabeza hasta los pies y quedó curado. En su piel no quedó ni huella de la enfermedad. Después, Hasib le dijo: « Es necesario que ahora vayas al baño» . Lo llevó al baño, se lavó y lo hizo salir. Su cuerpo parecía una vara de plata, tan sano como antes y gozando de mejor salud que la que había tenido hasta entonces. A continuación se puso el traje más precioso, se sentó en el trono y permitió a Hasib Karim al-Din que se sentase con él. Éste se colocó a su lado. El rey mandó que extendiesen los manteles y fueron extendidos. Los dos comieron, bebieron y se lavaron las manos. Después ordenó que sirviesen las bebidas. Las llevaron y bebieron. Luego, todos los emires, visires, soldados, grandes del reino y personas principales acudieron a felicitarlo por haber recuperado la salud y el bienestar. Redoblaron los tambores, la ciudad se engalanó, y cuando todos estuvieron reunidos ante el soberano para felicitarlo, les dijo: « ¡Visires, príncipes, grandes del reino! Éste es Hasib Karim al-Din, el que me ha curado de la enfermedad. Sabed que lo nombramos nuestro gran visir en sustitución del visir Samhur» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey prosiguió:] « Quien lo ama, me ama; quien lo honra, me honra; quien lo obedece, me obedece.» Le contestaron: « Oír es obedecer» . Se pusieron todos en pie y acudieron a besar la mano de Hasib Karim al-Din. Lo saludaron y lo felicitaron por haber sido nombrado visir. Después, el rey le dio un precioso traje tejido en oro rojo, cuajado de perlas y aljófares; el más pequeño de éstos costaba cinco mil dinares. Le regaló trescientos mamelucos, trescientas muchachas que parecían lunas, trescientas esclavas abisinias y quinientas muías cargadas de riquezas. Le dio

asimismo bestias de carga, ganado, búfalos y vacas en tal cantidad, que es imposible describirlo. Después mandó a los visires, emires, magnates, grandes del reino y plebeyos, que le hiciesen regalos. Hasib Karim al-Din montó en un caballo, y, seguido por los emires, visires, grandes del reino y todas las tropas, se dirigió al palacio que le había asignado el rey. Se sentó en un trono, y los emires y los ministros se adelantaron y lo felicitaron por haber sido nombrado visir. Todos se pusieron a su servicio. La madre experimentó una gran alegría y lo felicitó por el nombramiento. Sus familiares también acudieron a darle la enhorabuena por haber salido con bien y haber sido nombrado ministro. Después acudieron sus compañeros, los leñadores, y lo felicitaron por el cargo que acababa de obtener. Él volvió a montar a caballo y se dirigió al alcázar del visir Samhur. Lo selló, se incautó de todo lo que contenía y se lo llevó a su casa.

Él, que había sido un ignorante que no sabía ni leer ni escribir, se convirtió en un sabio que conocía todas las ciencias, por voluntad de Dios. La fama de su sabiduría y de su ciencia se difundieron por todos los países, y fue conocido por la inmensa profundidad de su saber en Medicina, Astronomía, Geometría, Astrología, Química, magias natural y espiritual y todas las demás ciencias.

Cierto día preguntó a su madre: « ¡Madre! Mi padre Daniel era un sabio excelso. Dime qué libros y qué otras cosas ha dejado» . La madre, al oír aquellas palabras, le llevó la caja en que su padre había depositado las cinco hojas que le quedaban de los libros que perdiera en el mar. Le dijo: « De todos los libros de tu padre sólo han quedado las cinco hojas que están en este cofre» . Lo abrió, cogió las cinco hojas, las leyó y dijo: « ¡Madre! Estas hojas forman parte de un libro. ¿Dónde está el resto?» « Tu padre emprendió un viaje por mar con todos sus libros. La nave naufragó con él, y los libros se perdieron. Dios (¡ensalzado sea!) lo salvó del naufragio, pero de todos sus libros no quedaron más que estas cinco hojas. Tu padre regresó con ellas del viaje y me dijo: “Tal vez des a luz a un hijo varón. Coge estas hojas y guárdalas. Cuando sea mayor, si pregunta por lo que he dejado, dile: ‘Tu padre sólo ha dejado esto’”.»

Hasib Karim al-Din supo todas las ciencias y se dedicó a comer, a beber y a darse la vida más muelle y cómoda, hasta que se le presentó el destructor de las delicias, el separador de los amigos.

Esto es lo último que sabemos de la historia de Hasib b. Daniel. ¡Que Dios tenga misericordia de él! ¡Dios es más sabio!

HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA[230]

SAHRAZAD se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas catorce* (a), Dunyazad dijo:

—¡Hermana! Si no duermes, cuéntanos una de tus bellas historias con la cual podamos distraernos del insomnio de esta noche.

El rey intervino:

—Que sea el relato de Aladino y la lámpara maravillosa.

Sahrazad replicó:

—¡De mil amores! Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que en una ciudad de China vivía un pobre sastre. Tenía un hijo, llamado Aladino, el cual, desde pequeño, fue un pilluelo y un tunante. Al cumplir los diez años, su padre quiso enseñarle un oficio, pero como era pobre y no podía gastar dinero para hacerlo instruir en un arte, carrera o profesión, lo llevó a su tienda para enseñarle el oficio de sastre. Mas como el muchacho era un tunante, que únicamente estaba acostumbrado a jugar con los muchachos del barrio, tan pronto como se sentaba en la tienda, esperaba que su padre saliese de ella con cualquier motivo o para ver a un cliente; entonces Aladino corría a los jardines a reunirse con los demás granujillas de su edad. Ésta era su conducta. Además, no obedecía a sus progenitores ni aprendía oficio alguno. El padre cayó enfermo a consecuencia del dolor y la pena que le causaban las picardías de su hijo, y murió. Y Aladino siguió comportándose de la misma manera. Su madre, entonces, al ver que su hijo era un pillastre que nunca serviría de nada, vendió la tienda y todo lo que contenía y se dedicó a hilar algodón, a fin de mantenerse ella y al pillo de su hijo Aladino. Éste, tan pronto como se vio libre de la rígida tutela del padre, se hizo más fresco y granuja, y acudía a su casa únicamente a las horas de comer. La pobre y desdichada madre vivió de lo que sus manos hilaban hasta que Aladino cumplió los quince años.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas quince* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que cierto día en que el muchacho estaba sentado en el barrio jugando con los amigotes, se acercó un derviche magrebí y se detuvo a contemplar con interés a Aladino, sin preocuparse de sus compañeros. El derviche procedía de los países más remotos de Occidente, y era un mago capaz, con sus artes, de colocar una montaña encima de otra, era astrólogo. Cuando hubo observado a Aladino a su sabor, se dijo: « Este muchacho es el que me interesa. He salido de mi país en su búsqueda» . Llevó aparte a uno de los muchachos y lo interrogó acerca de Aladino: de quién era hijo, y de todas las circunstancias que a él se referían. Luego se acercó a él, se lo llevó aparte y le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Eres tú hijo de fulano, el sastre?» « Sí, señor mío. Pero mi

padre hace tiempo que murió.» El magrebí, al oír esto, abrazó a Aladino, lo besó, y un mar de lágrimas rodó por sus mejillas. El muchacho se quedó admirado al ver lo que le sucedía al magrebí, y le preguntó: « ¿Qué te hace llorar, señor mío? ¿Dónde conociste a mi padre?» El extranjero, con voz triste y entrecortada, exclamó: « ¡Hijo mío! ¿Cómo me haces tal pregunta después de haberme dicho que tu padre, mi hermano, ha muerto? Porque tu padre era mi hermano. Yo iba de regreso a mi país, después de una larga ausencia, contento porque tenía la esperanza de verlo y hallar consuelo a su lado, y tú me acabas de decir que ha muerto. Pero la sangre no me engaña. Tú eres el hijo de mi hermano, y yo te habría reconocido entre todos los muchachos, aunque tu padre, cuando yo me marché, aún no se había casado» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas dieciséis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el magrebí prosiguió:] « Ahora me falta la alegría y el consuelo que esperaba encontrar, después de mi ausencia, junto a tu padre, al que quería ver antes de morir. La separación me ha abrumado, pero no hay modo de escapar a la realidad ni argucia que exima del Secreto de Dios (¡ensalzado sea!).» Y añadió: « ¡Hijo mío! Tú eres el único consuelo que me queda ahora. Tú sustituyes a tu padre, pues eres su sucesor, y quien tiene un descendiente no ha muerto, hijo mío» . Sacó diez dinares y se los entregó a Aladino: « ¡Hijo mío! ¿Dónde está vuestra casa? ¿Dónde está tu madre, la mujer de mi hermano?» Aladino cogió el dinero y le mostró el camino de su casa. El mago añadió: « Hijo mío, coge este dinero, dáselo a tu madre, salúdala de mi parte y dile que tu tío ha vuelto de su viaje por el extranjero. Si Dios quiere, mañana iré a vuestra casa para saludarla, ver el lugar en que ha vivido mi hermano y contemplar su tumba» . Aladino besó la mano del magrebí y se fue corriendo, lleno de alegría, a buscar a su madre. Estaba contento y le dijo: « ¡Madre mía! Te traigo la buena noticia de que mi tío ha regresado de su viaje y te manda saludos» . La mujer replicó: « ¡Hijo mío! ¿Es que te burlas de mí? ¿Quién es tu tío? ¿De dónde has sacado un tío con vida?» « ¡Cómo, madre! ¿Me dices que no tengo tíos ni parientes vivos? Ese hombre es mi tío. Me ha abrazado, me ha besado llorando y me ha encargado que te lo refiriese.» « Sí, hijo. Sé que tenías un tío, pero murió y no sé que tengas otro.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas diecisiete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que al día siguiente, el magrebí salió y empezó a buscar a Aladino, ya que su corazón no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Mientras recorría las callejuelas de la ciudad tropezó con el muchacho, que estaba jugando, como era su costumbre, con los demás tunantes.

Lo cogió de la mano, lo abrazó, lo besó y, sacando dos dinares de su bolsa, le dijo: « Ve junto a tu madre, dale estos dos dinares y dile: “Mi tío quiere cenar con nosotros; toma estos dos dinares y haz una buena cena”. Pero, ante todo, muéstrame otra vez el camino de vuestra casa» . Aladino contestó: « De buen grado, tío» , y, andando delante de él, le enseñó el camino que conducía a su domicilio. El magrebí lo dejó y se fue a sus asuntos. Aladino entró en su casa, informó a su madre, le entregó los dos dinares y le dijo: « Mi tío quiere cenar con nosotros» .

La madre del muchacho salió inmediatamente al mercado, compró todo lo necesario, regresó a su domicilio y empezó a preparar la cena. Pidió a sus vecinos que le prestasen los platos y la vajilla que necesitaba. Al llegar la hora de la cena, dijo a Aladino: « ¡Hijo mío! La cena ya está preparada. Es posible que tu tío no conozca el camino de la casa. Ve a recibirlo en la calle» . « De buen grado.» Mientras hablaban llamaron a la puerta. Aladino salió, la abrió y encontró al mago magrebí, acompañado por un criado que llevaba comidas y frutos. Aladino los hizo entrar, pero el criado se marchó a sus quehaceres, y el magrebí corrió a saludar a la madre del muchacho y rompió a llorar. Le preguntó: « ¿En qué sitio acostumbraba sentarse mi hermano?» La madre de Aladino se lo indicó, y el visitante se dirigió a él, se prosternó y empezó a besar el suelo, diciendo: « ¡Ah! ¡Qué desgracia y qué mala suerte he tenido al perderte, hermano mío, arteria de mis ojos!» Siguió llorando y lamentándose, hasta el punto de que la madre de Aladino se convenció de que verdaderamente era su cuñado. El llanto y los sollozos hicieron que se desmayara. La mujer lo levantó del suelo y le dijo: « De nada sirve el que te mates» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas dieciocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que empezó a consolarlo, lo hizo sentar, y, una vez hubo ocupado ella su sitio, antes de que pusiese la mesa, le refirió: « ¡Mujer de mi hermano! No te admires de que no me hayas visto ni conocido durante todo el tiempo en que estuviste casada con mi difunto hermano. Hace ya cuarenta años que dejé este país, que me ausenté de mi patria, para emprender viaje hacia la India, el Sind y el país de los árabes. Crucé Egipto, y durante cierto tiempo viví en una gran ciudad, una de las maravillas del mundo. Luego continué el viaje hacia el remoto Occidente, donde estuve treinta años. Cierto día en que estaba sentado, ¡oh mujer de mi hermano!, empecé a pensar en mi terruño, en mi patria y en mi hermano, aumentaron mis ganas de verlo y empecé a llorar y a sollozar por estar tan lejos y tan separado de él. Finalmente, mi ansia de volverlo a ver me impulsó a emprender el viaje hacia esta tierra, que es mi lugar de nacimiento, mi patria chica, con el fin de ver nuevamente a mi hermano. Me dije: “¡Oh, hombre! ¡Cuánto tiempo hace que estás ausente de tu

patria y de tu país! Tienes un solo hermano. ¡Vamos! ¡Emprende el viaje y ve a verlo antes de morir! ¿Quién puede conocer las vicisitudes de la fortuna y las alternativas del destino? Sería una gran desgracia morir sin haber visto de nuevo a mi hermano. ¡Loado sea Dios! Él te ha concedido grandes riquezas, y, en cambio, quizá tu hermano se encuentre en una situación angustiosa y pobre. Tú podrías volver a verlo y ayudarle". Me incorporé en seguida y me preparé para el viaje. Leí la *Fatiha*[231] después de la oración del viernes, me embarqué y llegué a esta ciudad tras muchas fatigas, antes de que el Señor (¡glorificado y ensalzado sea!) me dejase ver vuestros lares. Entré en la ciudad, y mientras recorría ayer sus calles vi a mi sobrino, Aladino, que jugaba con los muchachos, y, ¡por el Gran Dios, oh mujer de mi hermano!, mi corazón se partió desde el momento en que lo contemplé, pues la sangre siente inclinación por la sangre. Decíame el corazón que aquél era mi sobrino; todas mis fatigas y penas desaparecieron en cuanto lo vi, y casi eché a volar de alegría. Cuando él me informó de que mi hermano había sido acogido en el seno de Dios (¡ensalzado sea!), me desmayé a causa de la mucha pena y tristeza. Tal vez Aladino te haya explicado el dolor que se apoderó de mí. Solo he encontrado algo de consuelo en el muchacho, como sucesor que es del difunto, ya que quien deja posteridad, no muere» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas diecinueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que cuando vio llorar a la madre de Aladino, el magrebí se volvió hacia el muchacho para darle ocasión de que olvidase a su esposo y tener motivo de consolarla y llevar a buen término su plan. Le dijo: « ¡Hijo mío, Aladino! ¿Qué oficio has aprendido? ¿En qué te ocupas? ¿Haces algo que os permita vivir a ti y a tu madre?» Aladino, lleno de vergüenza, enrojeció y bajó la cabeza. La madre replicó: « ¿De qué? No sabe nada. ¡Jamás he visto a un muchacho tan fresco como éste! Se pasa todo el día jugando con los muchachos desocupados del barrio que son iguales a él. Su padre (¡oh, qué pena!) murió por su causa. Y yo, desgraciada de mí, me fatigo noche y día hilando algodón para poder conseguir dos mendrugos de pan para ambos. A veces me dan intenciones de cerrarle la puerta, no abrírsela más y dejar que se gane el sustento y viva por su cuenta. Yo ya soy vieja y no tengo fuerzas para ganar el sustento de un joven así. ¡Dios mío! Tengo que trabajar para vivir cuando necesito quien me sustente» . El magrebí dijo al muchacho: « ¡Sobrino! ¿Por qué te portas así? ¡Esto es una vergüenza, impropia de hombres de tu temple! Tienes entendimiento, hijo mío, y eres hijo de gentes de bien. Es humillante que tu anciana madre tenga que sustentarte. Eres ya un hombre, y has de pensar en el modo de vivir. Hijo mío, fíjate en los maestros de oficios, que gracias a Dios son muchos en nuestro país, y escoge el arte que más te guste. Yo

te colocaré; así, cuando seas mayor, podrás vivir de tu oficio. Es posible que no te guste el oficio de tu padre. Si es así, escoge otro, el que te plazca. Dime cuál te gusta y yo te ayudaré en todo lo que pueda, hijo» . Al ver que Aladino callaba, comprendió que no le gustaba ningún oficio, salvo el de ser un vago. Añadió: « ¡Hijo de mi hermano! No te quiero cansar. Si no quieres aprender un oficio, te abriré una tienda de comerciante de telas preciosas; te enseñaré a conocer a la gente, tomarás y darás, venderás y comprarás y serás célebre en toda la ciudad» . Aladino se alegró mucho al oír que su tío quería hacer de él un comerciante, ya que estaba convencido de que todos los comerciantes visten trajes bonitos y elegantes. Miró a su tío, se echó a reír e inclinó la cabeza; con este lenguaje de circunstancias quería significar que aceptaba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veinte* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el magrebí lo entendió así: que deseaba ser comerciante. Le dijo: « Al aceptar que te haga comerciante y te abra una tienda, demuestras ser un hombre. Si Dios quiere, mañana te llevaré al zoco y te compraré un hermoso vestido de comerciante; después te buscaré una tienda y cumpliré la promesa que te he hecho» . La madre de Aladino seguía teniendo algunas dudas acerca de que el magrebí fuese su cuñado; pero cuando le oyó prometer a su hijo que le abriría una tienda de comerciante con telas, capital y demás, convencióse de que en realidad lo era, pues un extraño no haría tal cosa con su hijo. Amonestó a éste para que dejase las vaciedades que llenaban su cabeza, se hiciese un hombre y obedeciera a su tío como si fuese su padre; insistió en que recuperase el tiempo que había perdido en travesuras con sus compañeros. Después, la madre de Aladino se levantó, preparó la mesa, puso la cena y se sentaron a comer y a beber. El magrebí hablaba con Aladino de asuntos de negocio y cosas parecidas y aquella noche no tuvo sueño el muchacho a causa de su mucha alegría. El magrebí, al ver que era una hora avanzada, se marchó a su casa y les prometió que regresaría por la mañana para ir a buscar con Aladino un corte de traje de comerciante.

En efecto, al día siguiente, llamó a la puerta, y la madre del joven le abrió. No quiso entrar; se limitó a preguntar por Aladino para llevárselo al mercado. Salió el muchacho, dio los buenos días al tío y le besó la mano. Éste lo cogió, se marchó con él al mercado, entró en una tienda de telas y pidió un vestido completo de comerciante, de los más caros. El mercader le mostró varios. El magrebí dijo a Aladino: « Escoge, hijo mío, el que más te guste» . El muchacho se alegró mucho al ver que su tío lo dejaba escoger, eligió uno, y el magrebí pagó su importe. Luego llevó al baño a Aladino. Se bañaron, bebieron un jarabe, el muchacho se puso el traje nuevo y, muy alegre y satisfecho, se acercó a su tío, le dio las gracias, le besó la mano y le agradeció su generosidad.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche, *quinientas veintiuna* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que al salir del baño, el tío lo condujo al zoco de los comerciantes y le dijo que viese cómo se compraba y vendía. « Hijo mío, es necesario que te familiarices con la gente, especialmente con los mercaderes, para que aprendas de ellos cómo se realizan los negocios, ya que éste va a ser tu oficio.» Lo llevó también a ver la ciudad, las mezquitas y todos los lugares de esparcimiento. Después entraron en una tienda en que servían guisos, y les dieron de comer con vajilla de plata. Comieron y bebieron hasta hartarse. Salieron a pasear, y el magrebí enseñó a Aladino las grandes avenidas y los edificios públicos, y entraron en el palacio del sultán, en donde le mostró todos los lugares importantes y hermosos. Después lo llevó al hotel de los comerciantes extranjeros, en el cual se hospedaba. Algunos de los comerciantes invitaron a cenar al magrebí. Aceptaron, se sentaron a la mesa, y el magrebí les dijo: « Éste es el hijo de mi hermano. Se llama Aladino» . Después de comer y beber, y habiendo llegado la noche, llevó al joven a casa de la madre. La pobre mujer, cuando vio que su hijo parecía un comerciante, perdió la razón de alegría y empezó a dar las gracias al magrebí por su generosidad: « ¡Cuñado! Toda mi vida no será bastante para darte las gracias y alabarte por el bien que has hecho a mi hijo» . « ¡Cuñada! Siempre he sido bondadoso, y éste es mi hijo. Para mí constituye un deber el ocupar el puesto de su padre. Ten confianza.» « Ruego a Dios, por la gloria de los santos antiguos y modernos, que te preserve y te dé larga vida, cuñado, para que puedas proteger a este muchacho huérfano y que él siempre te obedezca, esté a tus órdenes y haga únicamente aquello que le mandes.» « ¡Mujer de mi hermano! Aladino es un hombre inteligente, desciende de padres honrados. Espero que Dios haga de él el sucesor de su padre y sea tu consuelo. Únicamente me apena el que mañana sea viernes, pues no podré abrirle la tienda, ya que los viernes casi todos los comerciantes, después de la oración, salen a los jardines y paseos. Pero, si Dios quiere, el sábado, si así lo decide el Creador, haremos nuestro trabajo. Sin embargo, mañana vendré a veros y saldré con Aladino para enseñarle los jardines y las avenidas que hay fuera de la ciudad. Es posible que aún no los conozca; verá a los comerciantes y a los grandes personajes que van a pasear por allí, y así los conocerá, y ellos lo conocerán.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintidós* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el magrebí se marchó, pasó la noche en su domicilio, y al día siguiente fue a casa del sastre y llamó a la puerta. Aladino estaba muy contento con el vestido que llevaba y por los favores que

había recibido el día anterior: baño, comida, bebida y trato con la gente. Estuvo pensando que por la mañana vendría su tío para llevarlo a visitar los jardines. Por eso no pudo pegar un ojo en toda la noche, esperando que se hiciera de día. En cuanto oyó que llamaban a la puerta, salió corriendo como una centella y la abrió; era su tío, que lo abrazó, lo besó, lo cogió de la mano y se marcharon juntos. « ¡Sobrino! —le dijo—, hoy te enseñaré algo que no has visto jamás en tu vida» , y empezó a bromear con él y a decirle cosas agradables. Salieron por la puerta de la ciudad, y el magrebí empezó a cruzar los jardines y a mostrarle las mejores avenidas y los grandes y maravillosos palacios. Cada vez que veían un pabellón, una quinta o un alcázar, el magrebí se paraba y preguntaba a Aladino: « ¿Te gusta, hijo mío?» Aladino creía volar en alas de la fantasía, al ver aquellas cosas jamás soñadas. Estuvieron visitando lugares hasta que se fatigaron. Entraron en un gran jardín que alegraba el ánimo y tranquilizaba la vista. Los surtidores brotaban entre flores, y las aguas salían de las bocas de leones hechos de cobre amarillo que parecía oro. Se sentaron al lado de una alberca y descansaron un rato, mientras Aladino, muy contento, bromeaba con su tío y se solazaba con él… como si fuese su verdadero tío.

El magrebí, al cabo de un rato, se puso de pie, se quitó el cinturón, sacó una bolsa llena de comida, frutas y otras cosas, y dijo a Aladino: « ¡Hijo de mi hermano! Tienes hambre. Ven y come lo que te apetezca» . Aladino se acercó y comió, acompañado por el magrebí. Comieron con gusto, les sentó bien y descansaron. El magrebí le dijo: « ¡Sobrino! Ponte en pie, si es que ya has descansado; andaremos un poco e iremos más adelante» . Aladino se incorporó, y estuvieron paseando de jardín en jardín hasta que los hubieron visto todos y llegaron al pie de un monte muy elevado. Aladino, que jamás en su vida había salido de la puerta de la ciudad y nunca había andado tanto, dijo al magrebí: « ¡Tío! ¿Adónde nos dirigimos? Hemos dejado atrás todos los jardines, y delante tenemos un monte. Si falta mucho camino no tendré fuerzas para andar, pues me caigo de fatiga. Delante de nosotros ya no hay jardines. Dejémoslo y volvamos a la ciudad» . « Hijo mío: éste es el camino. Los jardines aún no se han terminado, ya que nosotros vamos a ver un jardín como no lo tienen ni los mismos reyes. Todos los jardines que hemos visto no son nada en comparación con éste. Reúne todas tus fuerzas para andar, pues gracias a Dios eres un hombre.» Empezó a animar a Aladino con buenas palabras y le refirió historias portentosas, falsas y verdaderas, hasta que llegaron al lugar que le interesaba y por el cual había abandonado los países de Occidente y se había dirigido a China. Cuando hubieron llegado, el magrebí dijo: « ¡Hijo de mi hermano! Siéntate y descansa, pues éste es el lugar al que veníamos. Ahora, y si Dios quiere, te haré ver cosas tan prodigiosas como no las ha visto persona alguna en el mundo; nadie ha contemplado lo que tú vas a ver» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintitrés* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el magrebí prosiguió:] « Ahora descansa, busca unos leños y unas astillas secos para poder encender el fuego. Te mostraré algo, sobrino, que no te costará nada» . Aladino ardió en deseos de ver lo que iba a hacer su tío. Olvidó la fatiga, se levantó en el acto y empezó a reunir pequeños leños y madera seca, hasta que el magrebí le dijo: « Ya basta, sobrino» . Entonces sacó del bolsillo una caja, la abrió y cogió de ella el incienso que necesitaba: lo encendió, lo difundió, y pronunció exorcismos y palabras ininteligibles. Tinieblas, sacudidas y convulsiones de la tierra precedieron a la aparición de una hendidura en la misma. Aladino, asustado, trató de huir. El brujo magrebí, al ver que quería escapar, se puso rojo de ira, pues todos sus esfuerzos quedarían frustrados si Aladino se iba. Ambicionaba obtener un tesoro que sólo podía abrir este muchacho. Al ver que se disponía a huir, se incorporó, levantó la mano y le dio un golpe en la cabeza que casi le hizo saltar los dientes. Aladino cayó sin sentido en el suelo, mas a poco volvió en sí, gracias a las artes mágicas del magrebí, y rompió a llorar, diciendo: « ¡Tío! ¿Qué es lo que he hecho para merecer este golpe?» El magrebí, con el deseo de atraérselo, le dijo: « ¡Hijo mío! Yo quiero hacer de ti un hombre. No me desobedezcas, pues soy tu tío y es como si fuese tu padre. Haz lo que te diga, y dentro de poco olvidarás dolores y fatigas al ver cosas prodigiosas» . La tierra, que se había abierto delante del mago, mostraba en su interior una losa de mármol con una anilla de cobre fundido. El magrebí se volvió a Aladino y le dijo: « Si haces lo que te voy a decir, serás más rico que todos los reyes juntos. Por esto, hijo mío, es por lo que te he pegado; aquí se encuentra un tesoro consignado a tu nombre, y tú, en cambio, querías despreciarlo y huir. Ahora presta atención, mira como he abierto la tierra con mis exorcismos y mis conjuros» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veinticuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el magrebí prosiguió:] « Debajo de la piedra que tiene la anilla está el tesoro de que te he hablado. Pon tu mano en el aro y levanta la losa, ya que ningún hombre, aparte de ti, puede abrirla; nadie puede poner el pie en el interior del tesoro, pues está reservado para ti. Pero es necesario que oigas atentamente lo que te voy a enseñar y que no dejes escapar ni una sola letra de mis palabras. Todo esto, hijo mío, es por tu bien, ya que el tesoro es enorme. Los reyes de la tierra no tienen nada parecido, y este tesoro nos pertenece a los dos» . El pobre Aladino olvidó la fatiga, el golpe y el llanto, y quedó estupefacto ante las palabras del magrebí. Se alegró al pensar que iba a ser tan rico, que los reyes serían unos pobres al lado de él. « Tío —contestó—, mándame todo lo que quieras, pues obedeceré tus órdenes.» « Sobrino. Tú eres para mí como un hijo, y aún más por el hecho de ser el hijo

de mi hermano. Tú eres mi heredero y mi sucesor, hijo.»

Se acercó a él, lo besó y continuó: « ¿Para quién sirven mis fatigas, hijo mío? Todas te benefician a ti, pues con ellas te harás un hombre riquísimo. No me desobedezcas en nada. Coge esa anilla y levántala tal como te he dicho» . « ¡Tío! Esa anilla es muy pesada para mí; yo solo no puedo levantarla. Acércate y ayúdame a tirar de ella, pues yo soy muy pequeño.» « Sobrino, si yo te ayudo no podremos hacer nada, y nuestra fatiga será en vano. Pon la mano en la anilla, tira y se levantará en el acto. Ya te he dicho que nadie más que tú puede tocarla. En el momento de tocarla pronuncia tu nombre, el de tu padre y el de tu madre, y en seguida se levantará sin que notes el peso.» El muchacho se animó, hizo lo que le había dicho el magrebí y levantó la losa con toda facilidad; en cuanto hubo pronunciado los nombres de su padre y de su madre, tal como le había dicho el brujo, la losa se levantó y la echó a un lado…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veinticinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que apareció un subterráneo con una puerta, a la que se llegaba por una escalera de unos doce peldaños. El magrebí le dijo: « ¡Aladino! Fíjate y haz exactamente todo lo que te voy a decir; no te olvides de nada. Baja con mucho cuidado al fondo del subterráneo; una vez abajo encontrarás un lugar dividido en cuatro partes: en cada una de ellas verás cuatro jarrones de oro y otros objetos de oro y plata; no los toques ni cojas nada de ellos; sigue adelante hasta llegar al cuarto compartimiento, y procura que tu ropa no toque los jarrones ni las paredes; no te detengas ni un momento, pues si lo hicieras, inmediatamente te metamorfosearías y te transformarías en una piedra negra. Al llegar al cuarto compartimiento verás una puerta: ábrela, y pronuncia los nombres que has dicho al levantar la losa. Entra: te encontrarás en un jardín, adornado con árboles y frutos. Avanza cincuenta codos por el camino que tengas delante: llegarás a un salón, del cual arranca una escalera de unos treinta peldaños. Fíjate en el techo…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintiséis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el magrebí prosiguió:] « … verás que de él cuelga una lámpara. Cógela, vuelca el aceite que contiene y colócala en tu seno sin preocuparte por tus vestidos, ya que no tiene verdadero aceite. Al regresar puedes cortar de los árboles lo que te apetezca, pues serán de tu propiedad mientras conserves la lámpara en la mano» . Al terminar de hablar, el magrebí se sacó un anillo del dedo y lo colocó en uno de los dedos de Aladino. Le dijo: « ¡Hijo mío! Este anillo te salvará de todo peligro o miedo que pudiera sorprenderte, siempre que cumplas todo lo que te he dicho. Vamos, baja, ten

valor, sé resuelto y no temas, pues ya eres un hombre y no un niño. Dentro de poco tendrás tal fortuna, que serás la persona más rica del mundo» . Aladino decidióse al fin: bajó al subterráneo y encontró las cuatro salas, en cada una de las cuales había cuatro jarrones de oro. Las cruzó, tal como le había indicado el magrebí, con todo cuidado y diligencia, y se internó en el jardín. Avanzó hasta llegar al pabellón, subió por la escalera, entró en la sala, encontró la lámpara, la apagó, vertió el aceite que contenía y la guardó en su seno. Luego bajó al jardín, y empezó a admirar los árboles, poblados de pájaros, que ensalzaban con sus trinos al Creador, el Grande, y que no había visto a la ida. Los árboles daban como frutos valiosísimas piedras preciosas, de todas las formas y colores: verdes, blancas, amarillas, rojas, etc. Brillaban más que los rayos del sol al mediodía. Eran indescriptibles, y ni en el tesoro del rey más rico de la Tierra se habría encontrado ni una sola que se pudiese comparar con aquéllas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintisiete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino contempló aquellas maravillas, que lo dejaban perplejo y le robaban el entendimiento. Observándolas bien advirtió que los tales frutos eran grandes piedras preciosas: esmeraldas, diamantes, jacintos, perlas y otras gemas que dejaban absorto. Como el muchacho no había visto jamás en su vida estas cosas, y aún no tenía la edad suficiente para reconocer el valor de aquellas pedrerías, creyó que eran de vidrio o de cristal. Llenó de ellas sus bolsillos y empezó a buscar uvas, higos u otros frutos, fuesen comestibles o no. Al parecer, todos eran de vidrio, y empezó a meterse en el bolsillo todas las variedades de frutos que daban los árboles, incapaz de reconocer su precio. Como no conseguía realizar su deseo de comer, se dijo: « Recogeré todos estos objetos de vidrio y jugaré con ellos en casa» . Fue cortándolos y guardándoselos en los bolsillos y en el seno hasta que no le cupieron más; siguió cortando y los sujetó en el cinturón, y mientras lo hacía dijo que los pondría en su casa como adorno, pues creía que eran de vidrio, según se ha dicho.

Después apresuró la marcha por el temor que le inspiraba su tío el magrebí. Cruzó las cuatro estancias, recorrió el subterráneo, sin preocuparse de los jarrones de oro, a pesar de que habría podido coger al regreso lo que hubiese querido. Llegó a la escalera, subió por ella, y cuando ya le faltaba poco —el último peldaño, que era más alto que los demás restantes y que no podía subir solo por lo cargado que iba—, dijo al magrebí: « ¡Tío! Dame la mano y ayúdame a subir» . « ¡Hijo mío! Dame la lámpara, y al quitarte ese lastre, quedarás más ligero.» « Tío, la lámpara no me pesa en absoluto. Dame la mano, y cuando haya subido te entregaré la lámpara.» El brujo magrebí, a quien sólo le interesaba la lámpara, insistió al muchacho para que se la diera, mas él se

negó, pues como se la había colocado en el fondo del vestido y tenía encima las bolsas de piedras preciosas, no llegaba con la mano. El mago seguía insistiendo, pero el muchacho no podía…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintiocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que […el muchacho no podía,] por lo cual el magrebí se enfadó, sin que Aladino pudiera complacerlo. El mago se cegó al ver que no conseguía su deseo, pese a que el muchacho le decía sinceramente que se la entregaría en cuanto saliese del subterráneo. El magrebí, creyendo que Aladino no quería darle la lámpara, se enfureció más, perdió la esperanza de obtenerla y, haciendo conjuros y exorcismos, arrojó incienso en el fuego. La losa se levantó por sí sola y cerró la salida por la fuerza de la magia. El suelo quedó cubierto por la lápida como antes, y Aladino se quedó debajo sin poder salir.

Aquel mago era extranjero, y no era pariente de Aladino, como había dicho; fingió serlo con el único fin de obtener la lámpara por medio del muchacho, única persona que podía sacarla a la luz. El maldito magrebí cerró el suelo sobre Aladino y lo abandonó para que muriese de hambre. Aquel hombre era un hechicero de África, del más lejano Occidente. Desde pequeño había sido aficionado a la magia y a todas las ciencias ocultas, pues la ciudad de Ifriqiyya era célebre por el cultivo de estas ciencias, y en dicha ciudad estuvo estudiando desde su más tierna edad. Había llegado a dominar todas las ciencias ocultas, y gracias a los grandes conocimientos adquiridos tras cuarenta años de exorcismos y conjuros, había llegado a descubrir, cierto día, que al fin de las ciudades de China había una, llamada Al-Qalas, en la cual se conservaba un tesoro tan fabuloso como no podría soñar ninguno de los reyes del mundo. Lo más maravilloso era que en dicho tesoro había una lámpara prodigiosa, y que aquel que la poseyera no tendría en la Tierra rival, ni en riqueza ni en poder. El rey más poderoso de la Tierra no tendría ni siquiera una fracción del poder o de la riqueza que implicaban la posesión de tal lámpara.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas veintinueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que al descubrir esto el magrebí gracias a su ciencia, y comprobar que dicho tesoro sólo podía ser sacado a la luz por un muchacho llamado Aladino, de pobre origen y que vivía en dicha ciudad, hizo inmediatamente los preparativos para el viaje a China, conforme hemos explicado, y siguió tal conducta con Aladino porque pensó que gracias al muchacho llegaría a poseer la lámpara. Pero sus esfuerzos resultaron vanos, y perdió la esperanza de conseguirla. Entonces se propuso matar a Aladino, y

gracias a su magia cerró la tierra encima del muchacho. ¡Pero no hay quien mate al Eterno! Con esto quería también evitar que Aladino saliese de allí con la lámpara. Inmediatamente emprendió el camino de regreso a su país, lleno de tristeza, pues había perdido toda esperanza de conseguir su deseo. Esto es lo que se refiere al hechicero.

He aquí lo que hace referencia a Aladino. Tan pronto como se hubo cerrado el suelo, empezó a llamar a gritos a su supuesto tío para que le diese la mano y poder así salir de allí. Mas al ver que no le contestaba nadie, comprendió que aquel hombre le había tendido una trampa y que no era su tío, sino un embustero y un brujo. Aladino desesperó de la vida y reconoció, apenado, que no tenía modo de salir a la superficie. Empezó a llorar y a sollozar por lo que le había ocurrido. Al cabo de un rato se incorporó y bajó para ver si Dios (¡ensalzado sea!) le facilitaba una puerta por donde salir. Miró a derecha e izquierda, pero sólo vio tinieblas y cuatro paredones que lo rodeaban, ya que el magrebí, con su magia, había cerrado todas las puertas, incluso la del jardín en que había estado Aladino, para que no pudiese encontrar un sitio por el que salir a la superficie, y precipitar así su muerte. Aladino lloró aún más fuerte y gimió con más intensidad al ver que todas las puertas, incluso la del jardín, estaban cerradas, pues había esperado encontrar algún consuelo en el interior. Al no hallar paso, gritó y lloró como el que ha perdido toda esperanza y, volviendo atrás, se sentó en los peldaños de la escalera del subterráneo por los cuales había entrado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [Aladino se sentó en la escalera del subterráneo.] Pero cuando Dios (¡sea ensalzado y alabado!) quiere que algo suceda, dice « sé» y es. Él es quien, en medio de la angustia, hace nacer la alegría. Cuando Aladino iba a descender al subterráneo, el hechicero magrebí le puso un anillo en el dedo diciéndole: « Este anillo te salvará de toda angustia, preocupación y pesar; alejará de ti todas las calamidades, y será tu auxiliar dondequiera que estés» . Todo esto había ocurrido por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!), para que fuese la causa de la salvación de Aladino. Mientras estaba sentado, sollozando y llorando, habiendo perdido ya toda esperanza de escapar con vida, mientras era presa de la pena y de una fuerte tristeza, empezó a retorcerse las manos, tal como es costumbre en el afligido, y a levantarlas pidiendo la intercesión de Dios. Clamaba: « ¡Atestiguo que no hay más Dios que Tú, el Único, el Grande, el Todopoderoso, el Victorioso, el que da la vida y la muerte, el que hace y resuelve las cosas, el que soluciona los problemas y las dificultades! Me basta Contigo, pues eres el mejor de los intercesores. Atestiguo que Mahoma es tu esclavo y tu enviado. ¡Dios mío! Por la gracia que aquél goza junto a Ti, ¡sálvame de mi aflicción!»

Mientras así oraba, iba mostrando su pena con retorcimientos de manos y otros gestos. En uno de estos movimientos frotó el anillo, e inmediatamente se irguió ante él un esclavo, que le dijo: « Heme aquí. Tu esclavo está delante. Pide todo lo que desees, pues yo sirvo a quien tiene en la mano el anillo, el anillo de mi señor» . Aladino quedó estupefacto contemplándolo. Parecía uno de los genios de nuestro señor Salomón, y estaba de pie ante él. Su aspecto terrorífico lo asustó, pero cuando oyó decir al esclavo: « Pide todo lo que desees pues yo soy tu esclavo ya que el anillo de mi señor está en tu mano» , recuperó el aliento y meditó en las palabras que le había dicho el magrebí al entregarle el anillo. Se alegró mucho, animóse y le dijo: « ¡Esclavo del señor del anillo! Quiero que me saques a la superficie» . Tan pronto como acabó de pronunciar estas palabras, abrióse la tierra, y Aladino se encontró junto a la puerta del tesoro, fuera, en la superficie del mundo. Veíase de nuevo al aire libre, después de haber permanecido tres días bajo tierra, sentado en el tesoro, en medio de tinieblas. La luz del día y los rayos del sol le dieron en el rostro y le fue imposible abrir los ojos: tuvo que abrirlos un poco y volverlos a cerrar hasta que pudieron soportar la luz y desprenderse de las tinieblas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que cuando pudo abrir bien los ojos, comprobó que estaba sobre la superficie de la tierra. Se alegró mucho, y quedó maravillado al comprobar que estaba sobre la puerta del tesoro, al cual había descendido al abrirla el hechicero magrebí. Esta puerta ajustaba exactamente, y la tierra estaba tan nivelada a su alrededor, que era imposible descubrir que hubiese allí alguna puerta. Su admiración iba en aumento, y llegó a creer que se encontraba en un lugar distinto, pues no pudo reconocer que estaba en el mismo sitio hasta haber encontrado el lugar en que encendieron el fuego con la leña y las astillas, el sitio en que el brujo magrebí había incensado y exorcizado. Aladino miró a derecha e izquierda y vio los jardines a lo lejos. Observó el camino, reconoció que era el mismo de la ida y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!), que lo había sacado de aquel subterráneo y librado de la muerte cuando ya había perdido la esperanza de salvarse. Se incorporó, empezó a seguir el camino de la ciudad, que ya conocía, entró en la misma, se dirigió a su casa y se presentó a su madre. Al verla, fue tal su alegría por encontrarse a salvo, que cayó al suelo desmayado por el miedo y la fatiga sufridos, por la gran satisfacción que experimentaba y por el hambre.

Su madre estaba triste desde el momento en que él la dejó, y lloraba y sollozaba. Cuando lo vio entrar se alegró mucho, pero al ver que caía desmayado en el suelo se entristeció de nuevo; mas esto no le impidió correr hacia él, rociarle el rostro con agua y pedir a sus vecinos algunos perfumes, que le dio a

oler. Al cabo de poco volvió en sí. Le pidió que le diese algo de comer, y le dijo: « ¡Madre! Hace tres días que no como nada» . La mujer le preparó algo con lo que tenía y se lo sirvió: « ¡Hijo mío! Come y reponte. Cuando hayas descansado me contarás qué te ha sucedido. No te lo pregunto ahora, pues estás fatigado» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino comió y bebió, y cuando hubo descansado y recuperado el aliento dijo: « ¡Ah, madre! Tendría perfecto derecho a quejarme de ti por haberme entregado a ese hombre maldito, que quería perderme y matarme. Sabe que he visto la muerte con mis propios ojos, y a ello me ha elevado ese maldito hombre al cual tú creías mi tío. Si no hubiese sido por Dios (¡ensalzado sea!), que me ha salvado de sus manos, tú y yo, madre, habríamos sido sus víctimas, dado el mucho bien que el condenado había prometido hacerme y el mucho afecto en que aparentaba tenerme. Sabe, madre, que es un malvado mago magrebí, embustero, artero, taimado, hipócrita. No creo que los demonios que están debajo del suelo puedan compararse con él. ¡Confúndalo Dios en todos los libros! Oye, madre, lo que hizo conmigo este maldito, pues todo lo que te voy a decir es la pura verdad. Repara en cómo ha mentido el condenado, en lo que han quedado las promesas que había hecho de otorgarme toda clase de favores, en el cariño que aparentaba tenerme… Todo lo hizo para poder darme muerte. ¡Gracias a Dios, que me ha salvado! Escucha todo lo que ha hecho este maldito…»

Y refirió todo a su madre, mientras lloraba de alegría: le contó desde el momento en que lo había dejado; cómo el magrebí lo había llevado al monte en que estaba oculto el tesoro, los exorcismos, etc. Y prosiguió: « Luego, madre, me dio un golpe que me hizo perder el conocimiento; fui presa de gran miedo cuando se abrió la tierra a mis pies gracias a su magia; temblé cuando vi los truenos, mientras oscurecía por el incienso y los conjuros. El miedo me empujaba a la huida, y cuando él vio que me disponía a escapar, me injurió y me pegó, pues una vez abierto el tesoro él no podía descender por sí mismo, ya que lo abrió ante mí por venir consignado a mi nombre, no al suyo. Él, como brujo experto, sabía que este tesoro debía abrirse ante mí y ser de mi propiedad» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [Aladino prosiguió:] « Después de haberme pegado volvió a tratarme bien para que descendiese en busca del tesoro que había abierto, y alcanzase su deseo. Antes de hacerme bajar me puso en el dedo un anillo, que se quitó de la mano. Ya abajo, encontré cuatro habitaciones llenas de oro, plata y otras cosas, que sobraban para mí, pues el

maldito me había recomendado no tocar nada. Luego fui a salir a un jardín con grandes árboles, cuyos frutos hacían volar la fantasía: todos eran, madre, de cristales policromos. Cuando llegué al pabellón en que se hallaba esta lámpara, la cogí en seguida, la volqué y vertí el líquido que contenía.» Aladino sacó la lámpara que guardaba en el pecho y se la enseñó a su madre, así como también las piedras preciosas que había recogido en el jardín. Eran dos grandes bolsas, llenas de unas gemas como ningún rey del mundo podía soñar; pero Aladino, que no conocía su valor, creía que eran de vidrio. Siguió hablándole a su madre: « Después de haber cogido la lámpara me marché y me dirigí a la puerta del tesoro, desde la cual llamé al maldito magrebí que fingía ser mi tío, para que me diese la mano y me ayudase a salir fuera, pues yo iba cargado de cosas que me pesaban y no podía subir por mí mismo. No quiso ayudarme y me dijo: "Dame la lámpara y luego te daré la mano y te sacaré". Como había puesto la lámpara en el fondo del vestido y las bolsas encima, no llegaba a alcanzarla para poder dársela. Le dije: "Tío, no puedo darte la lámpara; cuando esté fuera te la entregaré". Pero él no me quería sacar, pues su intención era coger la lámpara y después cerrar el suelo para que pereciera, que es lo que hizo al fin. Esto es lo que me ha sucedido, madre, con ese infame hechicero» . Aladino le refirió toda la historia hasta terminar y empezó a injuriar indignado y furioso al magrebí diciendo: « ¡Ah! ¡Maldito mago! ¡Sucio, malvado, cruel, inhumano, artero, hipócrita, impío!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la madre añadió: « Sí, hijo mío. Es un descreído e hipócrita, que aniquila a las gentes con su magia. Pero demos gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberte salvado de los engaños y de las añagazas de ese maldito hechicero, del que llegué a creer que era en verdad tu tío» . Como el muchacho llevaba tres días sin pegar un ojo, se fue a la cama y durmió. Lo mismo hizo su madre.

Aladino estuvo durmiendo hasta el día siguiente a mediodía. Al despertarse pidió algo de comer, pues estaba hambriento. Su madre le dijo: « ¡Hijo mío! No tengo nada que darte, pues todo lo que tenía te lo comiste ayer. Aguarda un poco, pues tengo algunos hilados; iré a venderlos al zoco, y con lo que me den compraré algo de comer» . « ¡Madre! Guarda los hilados, no los vendas. Dame la lámpara que traje; la venderé, y con lo que me den compraré para los dos. Creo que la lámpara vale más que los hilados.» La madre le llevó la lámpara, pero al ver que estaba muy sucia le dijo: « Aquí está la lámpara, hijo mío; pero está sucia. Si la lavamos y le sacamos brillo, podremos venderla a mejor precio» . Cogió un poco de arena y empezó a frotar la lámpara. Apenas había dado una pasada cuando apareció un genio de aspecto horripilante, de una

estatura tan enorme que parecía un gigante. Le dijo: « ¡Di lo que quieres de mí! Soy tu esclavo; soy el esclavo de quien tiene en la mano esta lámpara; mas no soy el único, pues la lámpara maravillosa que ves en tu mano tiene muchos esclavos» . La madre de Aladino, al ver aquella horrorosa figura fue presa del miedo, se le trabó la lengua y no pudo hablar, ya que no estaba acostumbrada a ver espectros semejantes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [la madre] cayó desmayada. Aladino, que estaba de pie algo alejado y que ya había visto al genio del anillo en el subterráneo, en cuanto oyó las palabras que el genio dirigía a su madre, corrió a coger la lámpara que ésta tenía en la mano y dijo: « ¡Esclavo de la lámpara! Tengo hambre. Quiero que me traigas guisos tan exquisitos que estén por encima de la imaginación» . El genio estuvo ausente un abrir y cerrar de ojos, y volvió con una preciosa mesa, grande, de plata purísima; en ella había doce platos con guisos variados, todos de excelente calidad, dos copas de plata y dos botellas de auténtico vino añejo, y, además, pan blanco como la nieve. La colocó delante de Aladino y se marchó. El muchacho roció con agua de rosas el rostro de su madre y le dio a oler los mejores perfumes hasta que volvió en sí, y le dijo: « Madre, incorpórate, pues vamos a comer estos alimentos que Dios (¡ensalzado sea!) nos ha facilitado» . Al ver una mesa de plata tan grande, la mujer quedó maravillada y preguntó a su hijo: « ¡Hijo mío! ¿Quién ha sido la generosa persona que ha acudido a remediar nuestra hambre y nuestra pobreza? Le debemos un gran beneficio. Está claro que el sultán, enterado de nuestra situación, nos ha enviado esto» . « Madre, no es éste el momento de hacer preguntas. Ven, vamos a comer, pues tenemos hambre.» Se sentaron a la mesa y comieron. La madre de Aladino comió cosas que en su vida había probado. Comieron con excelente apetito, pues estaban hambrientos, y aquellos manjares eran propios de reyes. Además, ignoraban su precio, pues nunca habían visto cosas semejantes. Después de hartarse, aún les sobró para la cena y para el día siguiente. Luego se lavaron las manos y se sentaron a hablar.

La madre de Aladino preguntó: « ¡Hijo mío! Explícame ahora lo que ha ocurrido con el esclavo-genio; gracias a Dios ya hemos comido, hemos quedado satisfechos y no puedes decirme que tengas hambre» . Aladino le refirió todo lo que le había sucedido con el esclavo desde el momento en que ella cayó desmayada de terror. La mujer se maravilló mucho y le dijo: « ¡Luego, es cierto que los genios se muestran a los hombres! Yo, hijo mío, jamás en mi vida había visto uno. Creo que éste es el mismo que te salvó cuando estabas en el tesoro» . « No era éste, madre. El esclavo que se te ha aparecido es siervo de la lámpara.» « ¿Cómo es eso, hijo mío?» « Este esclavo no tiene la misma forma

que el del anillo; el que has visto, es siervo de la lámpara.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [la madre preguntó:] « Entonces, ¿ese maldito que se me ha aparecido y casi me ha hecho morir de terror es siervo de la lámpara?» « Sí.» « Hijo mío, por la leche que te he dado de mamar, te ruego que te deshagas de la lámpara y del anillo, ya que causan un miedo enorme. Yo no podría soportar verlos de nuevo. Además, se ha prohibido a los hombres tener tratos con ellos, pues el Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!) nos ha puesto en guardia contra los genios.» « Madre, tus palabras son órdenes para mí, pero las que acabas de pronunciar, no. Me es imposible desprenderme de la lámpara o del anillo. Tú has visto el favor que nos han hecho cuando estábamos hambrientos. Sabe, madre, que, cuando descendí en busca del tesoro, el embustero del brujo magrebí no me pidió ni el oro ni la plata de que estaban repletas las cuatro salas, sino únicamente que le llevase la lámpara, pues él conocía bien sus propiedades. Si no hubiese conocido su importancia, jamás se habría tomado tantas molestias y fatigas, ni hubiese venido desde su país hasta el nuestro para buscarla, ni me habría encerrado cuando yo no le entregué la lámpara. Madre, necesitamos guardar y conservar con cuidado esta lámpara, ya que constituye nuestro medio de vida y nuestra riqueza. No podemos mostrársela a nadie. Lo mismo ocurre con el anillo; no puedo quitármelo del dedo, pues si no hubiera sido por él, no me habrías vuelto a ver con vida, pues habría muerto enterrado junto al tesoro. ¿Cómo puedo quitármelo de la mano? ¿Quién sabe las desgracias, fatigas, acontecimientos y calamidades que puede depararme el tiempo, y de los cuales puede salvarme el anillo? Mas, por complacerte, esconderé la lámpara y no volverás a verla jamás.» La madre consideró que su hijo tenía razón. « Hijo mío, haz lo que quieras. Por mi parte, no deseo volver a verlos, ni quiero contemplar nuevamente la terrorífica imagen que vi.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino y su madre tuvieron para dos días con los alimentos que les había llevado el genio. Cuando se hubo terminado la comida, Aladino cogió uno de los platos que le había llevado el esclavo. Era de oro puro, mas el muchacho no lo sabía. Se dirigió al mercado, y lo vio un judío más malicioso que el diablo. El muchacho le ofreció el plato, y cuando el judío lo hubo contemplado, se retiró con Aladino a un rincón para que nadie lo viese. Lo examinó bien y comprobó que era de oro puro. Pero ignoraba si Aladino conocía o no su precio. Le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Por cuánto vendes el plato?» « Tú sabes lo que vale» , le contestó. El judío permaneció indeciso

sobre lo que había de dar a Aladino, ya que éste le había dado una respuesta de experto. De momento pensó en pagarle poco, mas temió que el muchacho conociese el precio; luego pensó darle mucho, pero se dijo: « Tal vez sea un ignorante que desconoce su valor» . Se sacó del bolsillo un dinar de oro y se lo entregó. Aladino se marchó corriendo en cuanto tuvo el dinar en la mano, y el judío comprobó así que el muchacho desconocía el precio del plato. Por eso se arrepintió de haberle dado un dinar de oro en vez de una moneda de sesenta céntimos. Aladino no se entretuvo. Fue al panadero, compró pan, cambió su dinar y regresó junto a su madre, a la que entregó el pan y el cambio. « Madre, ve y compra lo que necesitemos.» Ésta se levantó, fue at mercado y adquirió todo lo que necesitaban; después, comieron y reposaron.

Aladino, cada vez que se le terminaba el dinero, cogía uno de los platos y se lo llevaba al judío, el cual los adquiría a un precio irrisorio. Habría querido rebajar algo, pero como la primera vez le dio un dinar, temió que si le bajaba el precio se marchase el muchacho a venderlos a otro, y él perdiese tan magnífica ganancia. Aladino le siguió vendiendo plato tras plato, hasta que sólo le quedó la mesa en la cual había traído los platos el esclavo. Como ésta era muy grande y pesada, fue por el judío, lo llevó a su casa y se la mostró. Al ver el tamaño, le entregó diez dinares, y el muchacho los tomó. Aladino y su madre fueron comiendo con los diez dinares hasta que éstos se terminaron. Entonces, el muchacho sacó la lámpara y la frotó: inmediatamente apareció el esclavo de la vez anterior…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el esclavo le dijo: « Pide, señor mío, lo que desees, pues yo soy tu esclavo, soy esclavo del dueño de la lámpara» . Aladino le ordenó: « Tengo hambre y quiero que me traigas una mesa igual que me trajiste anteriormente» . En un abrir y cerrar de ojos, el esclavo le llevó una mesa igual a la anterior, sobre la cual había doce magníficos platos con los guisos más exquisitos, así como botellas de vino excelente y pan blanco. La madre de Aladino salió al darse cuenta de que su hijo se disponía a frotar la lámpara, pues no quería ver nuevamente al genio. Al cabo de un rato volvió a entrar, contempló la mesa llena de platos de plata y de exquisitos guisos, cuyo aroma se esparcía por toda la casa. Quedó pasmada. Aladino le dijo: « Fíjate, madre, ¡y tú que me decías que tirase la lámpara! Contempla los beneficios que nos reporta» . « Hijo mío, que Dios multiplique los bienes que te concede, pero yo no quiero verla.» Se sentaron a la mesa, comieron y bebieron hasta hartarse y guardaron lo que les sobró para el día siguiente. Cuando se les hubo terminado, Aladino escondió debajo de su vestido uno de los platos y salió en busca del judío para vendérselo. El destino quiso que pasase junto a la tienda de un orfebre,

hombre de bien, pío y temeroso de Dios.

Cuando el anciano orfebre vio a Aladino, le dijo: « Hijo mío, ¿qué es lo que quieres? Son ya muchas las veces que te veo pasar por aquí y tener tratos con ese judío, al cual le das algo. Creo que ahora llevas algún objeto y vas en su busca para vendérselo. ¿No sabes, hijo mío, que procuran adquirir los bienes de los musulmanes, de los que creen en el único Dios (¡ensalzado sea!), a precio regalado, y que siempre engañan a los creyentes? En especial ese judío, con el que tienes tratos y en cuyas manos has caído, es un bribón. Si posees algo, hijo mío, y quieres venderlo, muéstramelo sin temor, pues te pagaré lo que Dios (¡ensalzado sea!) manda» . Aladino mostró el plato al jeque, y éste lo examinó, lo pesó en la balanza y preguntó a Aladino: « ¿Era como éste el que vendiste al judío?» « Sí, era exacto y de la misma forma.» « ¿Cuánto te pagaba?» « Un dinar.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el jeque exclamó:] « ¡Ah! ¡Maldito sea el que engaña a los siervos de Dios (¡ensalzado sea!)!» Miró a Aladino y añadió: « Hijo mío, ese judío ladrón te ha estafado y se ha burlado de ti, ya que esto es de plata purísima; lo he pesado, y he visto que vale sesenta dinares. Si quieres aceptar su importe, tómalo» . El viejo orfebre contó los sesenta dinares, y Aladino los aceptó y le dio las gracias por haberle descubierto el engaño del judío. Así, cada vez que terminaba el importe de un plato, le llevaba otro. Con ello fueron enriqueciéndose, pero no dejaron de vivir modestamente, sin grandes dispendios.

El muchacho dejó de ser un gandul y de tratar con los jovenzuelos, y empezó a frecuentar a los hombres de bien. Cada día iba al zoco de los mercaderes, trataba con los mayoristas y detallistas y se informaba de la situación de los negocios, de los precios de las mercancías y de otras muchas cosas. Iba también al mercado de los orfebres y al de los joyeros, y en éste se entretenía contemplando las piedras preciosas. Entonces pudo comprobar que el contenido de las dos bolsas que había llenado con los frutos de los árboles durante su visita al tesoro no eran ni de vidrio ni de cristal, sino que se trataba de piedras preciosas; se percató de que poseía unas riquezas tales como nunca las tendría el más poderoso de los reyes. Examinó todas las gemas que había en el zoco de los joyeros, y vio que la mayor de ellas no podía compararse con la más pequeña de las suyas. Todos los días iba al zoco de los joyeros, trababa nuevos conocimientos, hacía amigos y les preguntaba por las ventas y las compras, por las adquisiciones y las cesiones, por lo caro y lo barato.

Cierto día por la mañana, después de haberse levantado y vestido, salió, según su costumbre, y se dirigió al mercado de los joyeros. Mientras paseaba, oyó al

pregonero anunciar: « ¡Por orden del dispensador de mercedes, el rey del tiempo, el señor de la época! ¡Todo el mundo cerrará sus almacenes y tiendas y entrará en sus domicilios, pues la señora Badr al-Budur, hija del sultán, quiere ir al baño! ¡Todo aquel que desobedezca la orden será condenado a muerte, y su sangre caerá sobre su cuello!» Aladino sintió deseos de contemplar a la hija del sultán. Se dijo: « Todos hablan de su gran hermosura y belleza. Mi mayor deseo consiste en verla» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino empezó a pensar cómo se las arreglaría para ver a la señora Badr al-Budur. Y llegó a la conclusión de que lo mejor sería colocarse detrás de la puerta del baño, a fin de poder verle la cara en el momento en que entrase. Poco antes de la hora fijada, corrió al baño y se escondió detrás de la puerta. Nadie podía verlo en el sitio en que estaba. Salió la hija del sultán, atravesó las calles y llegó al baño. Al entrar levantó el velo que le cubría la cara y se vio un rostro que parecía el sol brillando o una perla única. Era tal como dijo uno de sus descriptores:

> Mujer en cuyos párpados se cosecha el elixir de la magia, en cuyas mejillas se recoge la rosa.
> Las tinieblas de la noche están formadas por la oscuridad de sus cabellos, la cual se esfuma ante la luz de su frente.

Levantó el velo que le cubría la cara y Aladino, al contemplarla, exclamó: « ¡Verdaderamente su forma constituye un canto de alabanza al Gran Creador! ¡Gloria a Aquel que la ha creado y la ha adornado con tanta belleza y hermosura!» El muchacho perdió su fuerza, su razón quedó confusa, su vista, turbada, y el amor hizo presa en su corazón. Regresó a su casa y, aturdido, se presentó a su madre. Ésta le dirigió la palabra, pero él no le hizo caso. Le acercó la comida, mas él siguió como inconsciente. La madre le preguntó entonces: « ¡Hijo mío! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te duele algo? Dime qué es lo que te ha pasado. Te estás portando de un modo desacostumbrado, pues te hablo y no me contestas» . Aladino había creído hasta entonces que todas las mujeres eran como su madre. Había oído hablar de la hermosura de la señora Badr al-Budur, la hija del sultán, pero hasta entonces no supo qué era la belleza. Volviéndose hacia su madre, le dijo: « ¡Déjame!» La madre le insistió para que comiese, y él se acercó, comió un poco y fue a tumbarse en la cama. Toda la noche estuvo esperando que llegara la aurora. Al día siguiente permaneció en el mismo estado, y la madre no sabía qué hacer, pues no tenía idea de lo que le había ocurrido. Pensó que tal vez se encontrase enfermo. « ¡Hijo mío! Si sientes algún dolor o

alguna cosa, dímelo, para que vaya a buscar el médico. Hoy se encuentra en esta ciudad un médico del país de los árabes al que ha enviado a buscar el sultán. Tiene fama de ser muy experto. Si estás enfermo, iré y lo llamaré.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino, al ver que su madre se disponía a ir a buscar al médico, le contestó: « ¡Madre! Estoy bien; no me encuentro enfermo. Yo creía que todas las mujeres eran igual que tú, pero ayer vi a la señora Badr al-Budur, hija del sultán, cuando iba al baño» . Le explicó todo lo que le había ocurrido y añadió: « Es posible que hayas oído pregonar: "Que nadie abra su tienda ni permanezca en la calle, porque la señora Badr al-Budur va a ir al baño". Yo la he visto tal como es, pues cuando llegó a la puerta de éste, se quitó el velo que le cubría la cara. Al contemplar su figura, al ver su noble forma, he sentido por ella un gran amor, y la pasión me ha traspasado todos los miembros; ya no podré tener reposo hasta conseguirla. Por eso pienso pedirla en legítimo matrimonio al sultán, su padre» . La madre creyó que su hijo había perdido la razón. « ¡Hijo mío! ¡Dios te proteja! Está claro que has perdido la razón. ¡Vamos! Reponte y no seas loco.» « Ni he perdido la razón, ni soy un loco, ni tus palabras pueden cambiar para nada mis intenciones. No podré descansar si no obtengo la sangre de mi corazón, a la hermosa Badr al-Budur. Quiero pedirla por esposa a su padre el sultán.» « ¡Hijo mío! ¡Por tu vida! ¡No hables de esa manera! Alguien podría oírte y decir que estás loco. Olvida eso. ¡Vaya por Dios! ¡Ir a pedirla al sultán! No sé cómo harías la petición, si es que hablas en serio. ¿Y a quién mandarías a pedirla?» « ¿Quién iba a hacer semejante petición? Tú estás aquí, ¿y quién me es más fiel que tú? Deseo que tú, personalmente, hagas la petición.» « ¡Hijo mío! ¡Dios me libre de ello! ¿Acaso crees que he perdido la razón como tú? ¡Quítate esa idea de la cabeza! Piensa. ¿De quién eres hijo? De un sastre, el más pobre e ínfimo de los sastres que viven en esta ciudad. Yo, tu madre, procedo también de una familia muy pobre. ¿Cómo me he de atrever a pedir en matrimonio a la hija del sultán, a aquella a la que su padre no quiere casar ni con los hijos de los reyes ni de los sultanes, a no ser que tengan el mismo grado de poder, de rango y de nobleza? Basta que estén un poquito por debajo de él para que los rechace.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino dejó que su madre acabara de hablar. Entonces dijo: « ¡Madre! Sé todo lo que has dicho y estoy convencido de ello. Sé que soy hijo de pobres, pero eso no altera en modo alguno mi resolución. Te ruego, ya que soy tu hijo y tú me quieres, que me hagas este

favor, pues en caso contrario me perderás, ya que si no obtengo a la amada de mi corazón la muerte repentina se apoderará de mí. Sea como fuere, soy tu hijo» . La madre lloró de pena y argumentó: « ¡Hijo mío! Soy tu madre y no tengo más hijo ni más amor que tú. Mi mayor deseo lo constituye el hacerte feliz y el casarte. Pero si quieres contraer matrimonio, te buscaré a una muchacha que sea de nuestra condición y sangre. En seguida me preguntará si tienes oficio, tierras, negocio o jardín de que vivir. Si yo no puedo contestar a gentes pobres como nosotros, ¿cómo he de atreverme, hijo, a pedir a la hija del rey de la China, que no tiene quien pueda precederla o seguirla? Piensa en ello. ¿Y quién la pide? El hijo de un sastre. Sé perfectamente que si hablase de esto nos vendría la mayor desgracia, pues nos expondríamos a un gran peligro ante el sultán, y tal vez nos costase la vida a los dos. Y yo misma, ¿cómo podría atreverme a correr ese riesgo y a tener tal desvergüenza? ¡Hijo mío! ¿De qué modo podría pedir para ti a la hija del sultán? ¿Cómo podría llegar ante él? Y si me interrogaran, ¿qué les respondería? Lo más probable es que creyeran que estoy loca. Supón que llegase ante el soberano: ¿qué regalo le ofrecería a Su Majestad?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [la madre prosiguió:] « Es cierto que el sultán es magnánimo y no despide a nadie que vaya a pedirle justicia, clemencia, protección o dones. Es generoso y concede sus beneficios al allegado y al extraño. Pero estos dones los da a quien se los merece o a quien le ha servido en la guerra o en la defensa del país. Dime ahora tú: ¿qué es lo que has hecho por el sultán o por el reino hasta el punto de merecer tal favor? Además no estás a la altura de la gracia que pides, y no es posible que el rey te conceda lo que solicitas. Quien se presenta al sultán y le pide favores necesita, por su parte, ofrecerle algo, como tú has dicho, que sea conveniente a Su Majestad. ¿Cómo te es posible pensar en presentarte a él y pedirle la mano de su hija, sin llevar ningún regalo digno de él?» « ¡Madre mía! Hablas con razón y piensas lógicamente. Yo tendría que haber reflexionado en todo lo que tú me has hecho pensar, pero, madre, el amor por la hija del sultán, por la señora Badr al-Budur, ha penetrado hasta lo más profundo de mi corazón y no podré reposar si no la consigo. Me has hecho meditar en algo que había olvidado, y esto es lo que me incita ahora a pedirle, por tu mediación, a la hija. Tú, madre mía, me has dicho: "¿Qué regalo puedes ofrecer al sultán, de acuerdo con lo que es costumbre entre las gentes?" Pero el caso es que yo tengo un presente y un regalo que, según creo, ni los mismos reyes tienen algo igual o que se le pueda comparar.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [Aladino prosiguió:] « Lo que yo creía que eran vidrios o cristales son piedras preciosas, y sospecho que todos los reyes del mundo juntos no tienen nada que pueda compararse con la más pequeña de mis piedras. He tratado con los joyeros, y he comprendido que son gemas de un valor inmenso: son las que traje del tesoro en las bolsas. Si quieres hacerme el favor… Tenemos un plato de porcelana china; tráemelo. Lo llenaré a rebosar con estas joyas, y lo llevarás como regalo al sultán. Estoy seguro de que con ello te será fácil el asunto, podrás presentarte delante de él y exponerle mi deseo. Si tú no me ayudas a conseguir a la señora Badr al-Budur, puedes estar convencida de que moriré. No te preocupes por el regalo: son piedras de un valor inmenso. Serénate, madre. He ido muchas veces al mercado de los joyeros y he visto que éstos vendían piedras a precios altísimos, inconcebibles, a pesar de que no eran ni la cuarta parte de hermosas que las nuestras. Como lo he visto, estoy seguro de que mis gemas valen una cantidad fabulosa; Vamos, madre, haz lo que te he dicho y tráeme el plato de porcelana china que te he pedido. Colocaremos en él las joyas y veremos qué tal quedan» .

La madre le llevó el plato de porcelana, mientras se decía: « Ahora veremos si es verdad o no lo que dice mi hijo de estas joyas» . Colocó el plato delante de Aladino, y éste sacó las gemas de las bolsas y empezó a alinearlas en él. Colocó piedras de todas las clases, hasta dejarlo lleno. Entonces la madre dirigió la mirada al plato, pero no pudo fijar la vista en él, a causa de los rayos de luz, el brillo y el resplandor que irradiaban aquellas gemas. Quedó aturdida, aunque no acababa de creer que su precio fuese tan elevado. Pensó que tal vez era cierto lo que decía su hijo, y que ningún rey tenía gemas iguales. Aladino se volvió hacia ella y le dijo: « Has visto, madre, que éste es un gran regalo, propio de un sultán. Estoy seguro de que te recibirá con mucho honor y te tratará con todos los miramientos. Ahora, ya no tienes ninguna excusa. Haz el favor de coger el plato e ir a palacio» . « Sí, hijo mío. El regalo es de un gran valor, de mucho precio; tal como has dicho, nadie posee una cosa comparable; pero, ¿quién tiene el valor de presentarse al sultán y de pedir a su hija Badr al-Budur? Yo no me siento capaz, cuando me pregunte: “¿Qué quieres?”, de contestar: “A tu hija”. Sabe, hijo mío, que mi lengua se trabará. Pero supongamos que, por voluntad de Dios, me armo de valor y le digo: “Quiero emparentarme contigo mediante el matrimonio de tu hija, la señora Budur, con mi hijo Aladino”. En el momento en que lo haga sospecharán que estoy loca y me expulsarán entre afrentas y burlas, además de que correremos peligro de muerte. A pesar de todo, hijo mío, sacaré fuerzas de flaqueza por complacerte. Pero si el rey me recibe y me trata con atención por el regalo que le llevo, y después le pido…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [la madre prosiguió: « Si le pido] al sultán el matrimonio de su hija, él me preguntará, según es costumbre entre la gente: "¿Qué posesiones tienes? ¿A cuánto ascienden tus ingresos?" ¿Qué he de contestarle? Tal vez, hijo mío, me lo pregunte antes de pedir informes tuyos» . Aladino le replicó: « El sultán no te dirá eso cuando vea el tamaño de las gemas. Por consiguiente, no es necesario que pienses en lo que no va a ocurrir. Vamos, ve y pídele su hija para mí. Ofrécele estas joyas y no te esfuerces en hacerme difícil la cosa antes de tiempo. Ya sabes que tengo la lámpara, y, con ella, todo cuanto pida. Tengo la esperanza de que con ella podré satisfacer al sultán si me pide algo» .

Aladino y su madre pasaron toda la noche hablando de lo mismo. Al llegar el día, su madre estaba animada por lo que le había explicado su hijo acerca de las virtudes y utilidad de la lámpara, que facilitaba todo lo que se le pedía. Aladino, al ver que su madre se había resuelto, temió que hablase de la lámpara a la gente. Le dijo: « ¡Madre! Guárdate de hablar con nadie de esa lámpara y de sus virtudes, pues ella constituye nuestro bien. Presta atención y no digas nada de ella para que no la perdamos, pues entonces se acabaría nuestro bienestar» . « No temas nada, hijo mío.» Cogió el plato con las gemas y salió inmediatamente para poder entrar en la audiencia antes de que se aglomerase la gente. Envolvió el plato en una servilleta, se dirigió con él a palacio y llegó a la sala de la audiencia cuando aún no estaba llena. Vio entrar al visir y a algunos grandes del reino, y poco después la sala quedó llena de ministros, grandes del reino, cortesanos, emires y nobles. Luego entró el sultán; los ministros, los cortesanos, los grandes y demás personas se quedaron de pie, y el soberano se sentó en el trono; los cortesanos estaban con los brazos cruzados, en espera de que les mandara sentarse. Les ordenó que ocupasen su sitio, y cada uno se instaló en el que le correspondía. Presentaron al sultán las peticiones, y éste fue resolviendo todos los asuntos sobre la marcha, hasta que se terminó la audiencia. Entonces el sultán se levantó y se dirigió a sus habitaciones particulares, mientras se marchaban todas las personas que estaban en la sala.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la madre de Aladino, que había llegado de las primeras, encontró un sitio en el que colocarse; pero como nadie le había dirigido la palabra para presentarla al sultán, se quedó allí hasta que terminó la audiencia y el soberano se levantó, entró en sus habitaciones particulares, y todas las personas que estaban allí se retiraron. La madre de Aladino, al ver que el sultán se levantaba del trono y se dirigía a sus habitaciones, se marchó a su casa. Al veda con el plato en la mano, su hijo creyó que le había ocurrido algo, y no quiso preguntarle nada. Ella misma lo informó de lo ocurrido,

y terminó diciendo: « ¡Gracias sean dadas a Dios, hijo mío, que me ha dado valor! Hoy he conseguido un sitio en la audiencia, a pesar de no haber podido hablar al sultán. Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, volveré y le hablaré. Hoy han sido muchas las personas que no han podido hablar con él. Está tranquilo, hijo, que mañana sin falta le hablaré, para complacerte. Y lo que tenga que ser, será» .

Aladino se alegró mucho al oír las palabras de su madre, y empezó a contar, impaciente, las horas que faltaban para hacer la petición. A la mañana siguiente, la madre de Aladino se levantó y se dirigió con el plato a la audiencia del sultán; pero vio que estaba cerrada la sala. Preguntó a la gente, y le contestaron: « El sultán sólo concede audiencia tres días por semana» . No tuvo más remedio que volver a su casa. Acudía a la audiencia todos los días, y cuando estaba abierta permanecía en ella, de pie, hasta que se terminaba, y luego regresaba a su casa. Los restantes días encontraba la sala cerrada. Hizo esto durante una semana. El sultán la veía en cada sesión. El último día permaneció de pie, como de costumbre, hasta el final de la recepción, sin atreverse a adelantarse o hablar. El sultán se levantó para dirigirse a sus habitaciones particulares. El gran visir estaba a su lado. El soberano, volviéndose hacia éste, le dijo: « ¡Visir! Hace seis o siete días que en cada audiencia veo a esta vieja que viene aquí trayendo algo debajo de sus ropas. ¿Sabes, visir, de qué se trata y qué es lo que quiere?» « ¡Nuestro señor, el sultán! Las mujeres tienen pocas entendederas y quizás ésta venga a quejarse ante ti de su esposo o de alguno de sus familiares.» El sultán, no satisfecho de la contestación del visir, le mandó que si aquella mujer volvía otra vez a la audiencia, se la presentase inmediatamente. El visir, saludando, contestó: « ¡Oír es obedecer, señor!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la madre de Aladino se había acostumbrado ya a aquello e iba cada día a la audiencia: entraba y se colocaba en pie delante del sultán. La espera la fatigaba muchísimo, pero con tal de complacer a Aladino, cualquier fatiga le parecía ligera. Cierto día en que llegó a la audiencia como de costumbre, se quedó de pie delante del sultán. Éste, al verla, dijo al visir: « Ésa es la mujer de la que te hablé. Haz que venga a mi presencia. Veremos cuál es su petición y satisfaremos su necesidad» . El ministro presentó a la madre de Aladino ante el sultán. La mujer hizo una reverencia, le deseó larga vida y toda suerte de felicidades, y besó el suelo ante él. El sultán le dijo: « ¡Mujer! Hace muchos días que te veo en la audiencia sin decirme nada. Dime si necesitas algo, para poder complacerte» . Ella besó el suelo de nuevo y le dijo: « ¡Sí, por la vida de tu cabeza, rey del tiempo! Necesito algo, pero antes concédeme tu perdón para que pueda exponer mi súplica al oído de nuestro señor

el sultán, pues es posible que tu Majestad considere absurda mi petición» . El sultán, generoso por temperamento, le concedió el perdón y mandó que saliesen inmediatamente todos los que estaban con él. Se quedó solo con el gran visir. Entonces le dijo: « Di lo que deseas, pues estás bajo la protección de Dios (¡ensalzado sea!)» « ¡Rey del tiempo! ¡Pido también tu perdón!» « Lo tienes. ¡Dios te perdone!» « ¡Sultán, señor! Tengo un hijo llamado Aladino. Cierto día oyó que el pregonero mandaba que nadie abriese las tiendas ni saliese a las calles de la ciudad, porque la señora Badr al-Budur, hija de nuestro señor el sultán, iba al baño. Mi hijo, al oírlo, quiso contemplarla y se escondió en un lugar desde el que podía verla perfectamente sin ser visto: se colocó detrás de la puerta de la casa de baños. Cuando ella llegó pudo verla a su talante, más de lo que deseaba. Desde entonces, rey del tiempo, no ha vivido. Me ha rogado que la pidiese en matrimonio a tu Majestad, y yo no he podido quitarle esta idea de la cabeza, ya que el alma se ha apoderado de su corazón hasta el punto de decirme: "¡Madre! Si no obtengo mi deseo, no cabe duda de que moriré". Pido a tu Majestad que sea generoso y nos perdone a mí y a mi hijo esta demanda tan atrevida, y que no nos castigue» .

El rey se echó a reír y le preguntó: « ¿Qué es lo que traes en ese paquete?» La madre de Aladino, al ver que el sultán se reía y no se enfadaba por sus palabras, sino que le hacían gracia, abrió la servilleta y le ofreció el plato de las gemas. En cuanto hubo quitado la servilleta, toda la sala quedó iluminada como por candelabros y arañas. El rey quedó aturdido ante los rayos que desprendían las gemas y empezó a admirar el tamaño, volumen y hermosura de las mismas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el rey,] estupefacto, exclamó: « ¡Jamás hasta ahora había visto piedras comparables a éstas en hermosura, tamaño y belleza! Creo que en mi tesoro no tengo ninguna que se pueda comparar con ellas» . Volviéndose hacia su visir, le preguntó: « ¿Qué dices, visir? ¿Has visto en tu vida gemas semejantes a éstas?» « ¡Jamás las he visto, señor nuestro, sultán! Y no creo que en el tesoro de mi señor, el rey, se encuentre una que sea igual a la más pequeña de éstas.» « Quien me ha regalado estas piedras, ¿no merece ser el esposo de mi hija, Badr al-Budur? Creo que nadie lo merece más que él.» La lengua del visir se trabó de pena al oír aquello. Experimentaba un gran pesar, puesto que el rey le había prometido casar a Badr al-Budur con su hijo. Al cabo de un momento contestó: « ¡Rey del tiempo! ¡Sea generosa tu Majestad conmigo! Me tienes prometido que la señora Badr al-Budur se casará con mi hijo. Tu Majestad debe ser lo suficientemente magnánima para concederme un plazo de tres meses, y, si Dios quiere, el regalo que le hará mi hijo será mayor que éste» . El rey sabía que esto era imposible no sólo para su

ministro, sino incluso para el rey más poderoso. Quiso hacer uso de su generosidad y le concedió un plazo de tres meses, conforme le había pedido. Volviéndose a la madre de Aladino, le dijo: « Dile a tu hijo que queda prometido a mi hija, pero que, siendo necesario preparar el equipo y las cosas imprescindibles, tendrá que esperar tres meses» . La madre aceptó la respuesta, dio las gracias al sultán, hizo los votos augurales por él, y se marchó.

Llena de alegría voló, más que corrió, hasta llegar y entrar en su casa. Su hijo Aladino se puso contento al ver su cara sonriente, y de un modo especial porque volvía en seguida, sin la tardanza de los días anteriores; además, no llevaba el plato. « Si Dios quiere, madre, me traes una magnífica noticia. Las maravillosas gemas han surtido efecto. Habrás sido recibida por el sultán, éste se habrá mostrado generoso contigo y habrá escuchado tu petición.» La madre le explicó todo: cómo la había acogido el sultán, y cómo él y el visir se habían admirado del número y tamaño de las piedras; finalmente, cómo le había dicho que su hija quedaba prometida a Aladino. « Pero, hijo mío, el visir le ha hablado en voz baja antes de que me hiciese la promesa. Después de haberle hablado éste en secreto, me ha prometido que el matrimonio se celebrará dentro de tres meses. Temo que el visir prepare algo que haga cambiar el pensamiento del rey.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino, al oír las palabras de su madre y que el sultán se había comprometido para el cabo de tres meses, se alegró mucho y se tranquilizó. Dijo: « El sultán ha hecho la promesa para dentro de tres meses. Es un largo plazo, pero yo estoy muy contento» . Dio las gracias a su madre y rogó a Dios que le concediese toda clase de bienes por las fatigas que había pasado, y añadió: « ¡Por Dios, madre! Tengo la sensación de que he estado en la tumba y de que tú me has sacado de ella. Alabo a Dios (¡ensalzado sea!) porque me ha convencido de que no hay en el mundo persona más rica o feliz que yo» .

Aladino esperó que transcurrieran dos de los tres meses. Cierto día, a la hora de la puesta del sol, la madre de Aladino salió al mercado para comprar aceite. Vio que todos los zocos estaban cerrados, que la ciudad entera estaba engalanada y que la gente había colocado velas y flores en las ventanas. Los oficiales y soldados iban a caballo, formando cortejo con las antorchas y candelabros encendidos. Admirada de tanta pompa y ornato, entró en una tienda de aceites que estaba abierta, compró el aceite que necesitaba y preguntó al dueño: « ¡Por vida tuya, tío! Dime qué es lo que hoy ocurre en la ciudad para que las gentes hayan puesto tantos adornos. Los zocos y todas las casas están engalanadas, y las tropas, formadas» . « ¡Mujer! Tú no debes de ser de esta ciudad, ¿verdad?» « Sí, soy de aquí.» « ¿Eres de esta ciudad y no te has enterado de que el hijo del gran

visir se casa esta noche con la señora Badr al-Budur, hija del sultán? El novio se halla ahora en el baño, y ésa es la causa de que las tropas estén formadas, en espera de que salga para escoltarlo a palacio, junto a la hija del sultán.» La madre de Aladino quedó consternada y perpleja. ¿Cómo daría a su hijo esta noticia desgarradora, cuando el pobre esperaba hora tras hora que transcurrieran los tres meses? Volvió en seguida a su casa, y dijo a Aladino: « ¡Hijo mío! Quiero informarte de un asunto, pero me apena hacerlo porque te entristecerá» . « ¡Dime de qué se trata!» « El sultán ha faltado a la promesa que te había hecho de darte a su hija la señora Badr al-Budur. Esta noche la casará con el hijo del visir. Ya te dije que me dio muy mala espina que le hablara al sultán al oído delante de mí.» « ¿Y cómo te has enterado de que el hijo del visir celebra esta noche su boda con la señora Badr al-Budur, la hija del sultán?» La madre le explicó que cuando salió a comprar aceite vio la ciudad engalanada, y los oficiales y grandes del reino formados en espera de que el hijo del visir saliese del baño, ya que aquella noche se celebraría la boda. Al oírlo, Aladino se puso febril de pena, pero al poco rato, acordándose de la lámpara, se alegró y dijo a su madre: « ¡Por tu vida, madre! Creo que el hijo del visir no disfrutará con ella como imagina. No hablemos más de esto y prepáranos la comida. Después de cenar me encerraré en mi habitación un momento, hasta encontrar la solución» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que en efecto, Aladino entró en su estancia, cerró la puerta, sacó la lámpara y la frotó; el esclavo compareció en el acto. « ¡Pide lo que desees! Soy tu esclavo; yo y todos los esclavos de la lámpara somos los servidores de aquel que tiene esta lámpara en su mano.» « ¡Oye! Pedí al sultán que me diese en matrimonio a su hija. Él me la concedió, señalándome un plazo de tres meses. Pero no ha mantenido su promesa, sino que la ha entregado al hijo del visir, el cual se propone esta noche unirse con ella. Te mando, si es que eres un siervo fiel de la lámpara, que esta noche, cuando veas juntos en el lecho al novio y a la novia, los traigas en su cama hasta aquí. Eso es todo.» « ¡Oír es obedecer! Si deseas alguna otra cosa, mándame cuanto quieras.» « Sólo deseo lo que te he dicho.» El esclavo se marchó y Aladino salió a terminar de cenar con su madre. Al llegar la hora en que el esclavo debía estar de vuelta, se levantó, entró en su habitación y, al cabo de poco tiempo, el esclavo compareció con los dos novios metidos en la cama. Al verlos, Aladino se alegró muchísimo. Dijo al esclavo: « Saca a este criminal de aquí y llévalo a dormir al retrete» . El esclavo condujo en el acto al hijo del visir al retrete, pero antes de salir le sopló y lo dejó paralizado, en una situación lamentable. A continuación el esclavo volvió junto a Aladino y le dijo: « ¿Necesitas algo más? ¡Dímelo!» « Vuelve mañana para recogerlos y llevarlos a su habitación.» « Oír es

obedecer.» El esclavo se marchó. Aladino no daba crédito a sus ojos. A pesar de que ardía de amor, desde hacía tiempo, por la señora Badr al-Budur, al ver a ésta en su casa supo guardar con ella las normas de la buena educación y le dijo: « ¡Hermosa señora! No creas que te he hecho traer aquí para ofender tu honor. ¡Dios me guarde! Ha sido para no permitir que otro goce de ti, ya que tu padre, el sultán, me dio palabra de casarme contigo. Está, pues, tranquila y segura» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo! de que la princesa, al verse en una casa tan humilde y oír las palabras de Aladino, se llenó de terror y de miedo; quedó estupefacta y le fue imposible contestar a Aladino. Éste se desnudó, colocó la espada entre él y la princesa y durmió a su lado en la misma cama sin hacerle ninguna violencia, ya que sólo quería impedir su matrimonio con el hijo del visir. La señora Badr al-Budur pasó la peor noche de su vida. El hijo del visir permaneció en el retrete sin poderse mover, por el pánico que le había causado el esclavo. A la mañana siguiente, éste se presentó sin que Aladino tuviese necesidad de frotar la lámpara.

Le dijo: « ¡Señor mío! Si deseas algo, mándamelo, pues lo haré con gusto» . « Llévalos donde estaban.» El esclavo hizo lo que le había mandado Aladino en un abrir y cerrar de ojos. Transportó y colocó en su habitación del serrallo al hijo del visir y a la señora Badr al-Budur, tal como estaban, muertos de miedo al verse trasladados de un sitio a otro sin saber quién lo hacía. Apenas el esclavo los dejó en su habitación, el sultán acudió a ver a su hija. El hijo del visir, al oír que se abría la puerta, se levantó de la cama, pues creyó que el único que podía entrar era el sultán. Esto lo molestó mucho, ya que habría querido calentarse un poco, pues aún no había tenido tiempo de reponerse del frío que cogió en el retrete. Se levantó y se vistió.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el soberano entró en la habitación de su hija Badr al-Budur, la besó entre los ojos, le dio los buenos días y le preguntó si estaba contenta de su esposo. La princesa no le contestó: se limitó a mirarlo airada. El padre insistió varias veces, pero ella no respondió ni una sola palabra. El sultán salió de su habitación y fue a ver a su esposa para informarle de lo que había ocurrido con la señora Badr al-Budur. La reina, para que el sultán no se enfadara con la princesa, le dijo: « ¡Oh, rey del tiempo! Esto es la costumbre de la mayoría de las recién casadas al día siguiente a la boda. Están avergonzadas y disimulan de esta forma. No la reprendas. Dentro de unos días volverá a su estado habitual y hablará con la gente. Ahora la vergüenza, ¡oh,

rey!, le impide explicarse. Voy a ir a verla» .

La reina se levantó, se vistió y fue a visitar a su hija, la señora Badr al-Budur. Se acercó a ella, le dio los buenos días y la besó entre los ojos. Mas la princesa no dijo nada. La reina pensó: « Debe de haberle ocurrido algo portentoso para que esté turbada de esta forma» . Le preguntó: « ¡Hija mía! ¿Cuál es el motivo de este estado? Dime qué es lo que te ha pasado para que no me contestes» . La señora Badr al-Budur levantó la cabeza: « ¡No me reprendas, madre! Mi obligación consistía en salir a tu encuentro con el máximo respeto y cortesía, ya que tú me has honrado al venir aquí. Pero confío en que escuches la causa de mi conducta. Esta noche ha sido para mí la peor de mi vida. Apenas nos habíamos acostado, madre, cuando alguien, cuyo aspecto ni siquiera conozco, cogió el lecho y nos transportó a un lugar oscuro, sucio y pobre» . Siguió explicándole todo lo que le había ocurrido; cómo le habían arrebatado al novio, y cómo otro muchacho sustituyó a aquél, colocó la espada entre ambos y permaneció con ella hasta por la mañana. Luego añadió: « Entonces volvió el que nos había transportado y nos trajo de nuevo a nuestra habitación. Nos acababa de dejar cuando entró mi padre, el sultán. Tal vez se haya enfadado conmigo, pero tengo la esperanza de que tú se lo explicarás todo y de que él no me castigará ni me reñirá por no haberle contestado» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la reina dijo entonces: « ¡Hija mía! Guárdate de repetir esto delante de nadie, para que no digan que la hija del sultán ha perdido la razón. Has hecho bien en no decírselo a tu padre, y ¡ten cuidado! Ten cuidado, hija mía, y no se lo cuentes a nadie» . « ¡Madre! Te he hablado en pleno uso de mis facultades mentales; no he perdido la razón. Eso es lo que me ha ocurrido; y si no me crees, pregúntale a mi novio.» « ¡Vamos, hija mía! Quítate de la cabeza esas fantasías, ponte tus trajes y contempla las fiestas que en tu honor se celebran en la ciudad, y la alegría que reina en nuestros dominios con motivo de tu boda. Escucha los tambores y los cantos, mira los adornos que se han puesto para alegrarte, hija mía.» La reina mandó comparecer inmediatamente a las camareras, las cuales vistieron y arreglaron a la señora Badr al-Budur. La reina se fue a ver al sultán y le dijo que la princesa había pasado una noche de pesadillas y visiones. Y añadió: « No le riñas por no haberte contestado» . Luego mandó llamar en secreto al hijo del visir y le preguntó acerca de lo sucedido, para ver si era cierto o no lo que le había dicho su hija. El novio, que tenía miedo de perder a la novia, aparentó la más perfecta ignorancia: « ¡Señora! No tengo ni idea de lo que me dices» . La reina quedó convencida de que su hija había sido víctima de pesadillas y sueños. Las fiestas continuaron durante aquel día: las bailarinas, bailaron; los cantores, cantaron, y

todos los instrumentos de música, tocaron. La reina, el visir y el hijo de éste se esforzaron en mantener animada la fiesta, con el fin de alegrar a la señora Badr al-Budur y apartar la pena que la embargaba. Hicieron todo cuanto pudiera ser causa de alegría, para distraerla de sus pensamientos. Pero ella seguía callada, pensativa y meditabunda, al recordar lo que le había ocurrido aquella noche. Desde luego, lo peor le había ocurrido al hijo del visir, que se vio obligado a dormir en el retrete. Pero él lo había desmentido y procuró olvidarlo, pues temía perder a la esposa y el honor, y, sobre todo, porque sabía que todo el mundo lo envidiaba, al ver la gran suerte que había tenido con su ascenso de rango y, además, por la gran belleza de la señora Badr al-Budur.

Aladino salió aquel día y vio el regocijo que reinaba en la ciudad y en el palacio. Rió a gusto al oír a la gente que hablaba del gran honor y de la mucha suerte que había tenido el hijo del visir, pues se había convertido en yerno del sultán, y en su honor se hacían aquellas fiestas. El muchacho se dijo: « ¡Pobres de vosotros! Lo envidiáis porque no sabéis lo que le ha ocurrido esta noche» . Al llegar la noche, Aladino entró en su habitación, frotó la lámpara, y el esclavo compareció en el acto.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino le mandó que le llevase a la hija del sultán con su novio, de idéntica forma que la noche anterior, antes de que el hijo del visir le arrebatase la virginidad. Hizo con éste lo mismo que la noche anterior: lo cogió, lo puso a dormir en el retrete y lo dejó paralizado de terror y de miedo. Aladino colocó la espada entre él y la señora Badr al-Budur, y se durmió. Por la mañana volvió a comparecer el esclavo y trasladó a los novios a su habitación. Aladino estaba muy contento por lo que hacía al hijo del visir.

El sultán, al levantarse por la mañana, fue a visitar a su hija, para ver si lo recibía como el día anterior. Tan pronto como se hubo despertado, se levantó, se vistió, fue al alcázar de su hija y abrió la puerta. El hijo del visir se levantó inmediatamente, saltó de la cama y empezó a vestirse, mientras las costillas le crujían de frío, pues el esclavo acababa de dejarlos en el mismo instante en que entraba el sultán. Éste se acercó a su hija, que seguía en la cama. Levantó el embozo, le dio los buenos días, la besó entre los ojos y le preguntó cómo se encontraba. La muchacha había enarcado las cejas, no le contestó nada y clavó en él una mirada furibunda. El sultán se enfadó al no recibir contestación, pensó que algo debía de haberle ocurrido y, desenvainando la espada, le dijo: « ¿Qué es lo que te ha ocurrido? ¡O me lo explicas o ahora mismo te quito la vida! ¿Es así como me respetas y me honras? ¡Te dirijo la palabra y tú no me contestas!» La muchacha, al ver a su padre encolerizado y con la espada desenvainada, quedó

aterrorizada, y, levantando la cabeza, dijo: « ¡Noble padre! No te enfades conmigo ni te precipites en tu enojo, ya que el modo de comportarme tiene disculpa. Oye lo que me ha ocurrido. Es seguro que me perdonarás y que tu Majestad se mostrará indulgente conmigo, como es tu costumbre, dado el afecto en que me tienes, cuando hayas oído el relato de lo que me ha ocurrido estas dos últimas noches» . Y le explicó todo a su padre, añadiendo: « ¡Padre mío! Si no me crees, pregunta a mi novio y él informará a tu Majestad de todo, ya que no sé lo que han hecho con él al separarlo de mi lado, ni sé dónde lo han puesto» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán se entristeció, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Enfundó la espada, se acercó a ella, la besó y le dijo: « ¡Hija mía! ¿Por qué no me lo dijiste la noche pasada para que yo pudiera defenderte del tormento y del susto que has pasado esta noche? Ánimo; ponte en pie y procura olvidar eso, pues esta noche pondré guardias para que te protejan y no te vuelva a ocurrir lo mismo» . El sultán volvió a su alcázar y mandó llamar urgentemente al visir. Cuando hubo llegado, le preguntó: « ¿Qué piensas, visir, de este asunto? ¿Te ha explicado tu hijo lo que les ha ocurrido?» « ¡Rey del tiempo! No he visto a mi hijo ayer ni hoy.» El sultán le refirió todo lo que le había contado su hija, y añadió: « Deseo que te enteres, a través de tu hijo, de si es verdad, ya que es posible que mi hija, a causa del miedo, no sepa qué es lo que le ha ocurrido, pese a que creo que me ha dicho la verdad» .

El visir se marchó, mandó llamar a su hijo y le preguntó si todo lo que le había contado el sultán era o no verdad. El muchacho contestó: « ¡Padre mío! ¡Visir! ¡La señora Badr al-Budur está lejos de mentir! Todo lo que ha dicho es cierto. Para nosotros han sido las dos noches más nefastas, en vez de ser las noches de la felicidad y de la alegría. Pero lo que me ha ocurrido a mí es mucho peor, pues yo, en vez de dormir en la cama con mi esposa, he pasado la noche en el retrete de un lugar sombrío, aterrorizador, maloliente, y con las costillas encogidas de frío» . Le explicó todo lo ocurrido y terminó: « ¡Noble padre! Te ruego que hables con el sultán para que me libre de este matrimonio. Para mí constituye un gran honor ser el yerno del sultán, y mucho más teniendo en cuenta que el amor de la señora Badr al-Budur ha hecho mella en mi corazón, pero no tengo fuerzas para soportar una sola noche más como las dos pasadas» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el visir se entristeció y se afligió, pues deseaba aumentar el rango de su hijo y engrandecerlo haciéndolo yerno del sultán; se quedó pensativo y perplejo ante este asunto sin saber qué

hacer, pues le era muy penoso aceptar que se disolviese el matrimonio después de haber rezado a los diez santos para que llegase a ser realidad. Exclamó: « ¡Hijo mío! Ten paciencia y veremos lo que ocurre la próxima noche. Pondremos guardias para que os protejan, no perderás este gran honor que sólo tú has alcanzado» . El visir regresó al lado del sultán, para confirmarle que era cierto lo que le había dicho la señora Badr al-Budur. El sultán le replicó: « Pues si es así, no necesitamos la boda» . El soberano ordenó que cesaran las fiestas inmediatamente y que se anulase la boda. Los habitantes de la ciudad se admiraron de este hecho tan extraordinario, y más cuando vieron que el visir y su hijo salían del serrallo tan afligidos y encolerizados, que daban pena. Se preguntaron: « ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué se ha anulado la boda y se ha disuelto el matrimonio?» Pero nadie supo la causa, aparte Aladino, quien se reía para sus adentros. El matrimonio quedó anulado. El sultán y el visir habían olvidado ya la promesa que hicieran a la madre de Aladino, y ni siquiera sospechaban quién era el promotor de lo ocurrido.

Aladino esperó a que hubiesen pasado los tres meses para que pudiera celebrarse su matrimonio con la señora Badr al-Budur, según la promesa del sultán. En cuanto terminó el plazo, envió a su madre ante el sultán para que le exigiera el cumplimiento de lo prometido. La madre del joven se dirigió al serrallo. El sultán, al entrar en la audiencia y ver a la madre de Aladino en pie delante de él, recordó que tres meses antes le había prometido casar a su hija con su hijo. Volviéndose al visir le dijo: « ¡Visir! Ésta es la mujer que me regaló las gemas y a la que nosotros dimos palabra para cumplirla a los tres meses. Que se presente ante mí» . El visir llevó a la mujer a presencia del sultán. Ella lo saludó, y le deseó mucho poder y eterno bienestar. El sultán le preguntó qué era lo que deseaba. « ¡Rey del tiempo! Hace tres meses me prometiste que al término de este plazo casarías a mi hijo Aladino con tu hija la señora Badr al-Budur.» El rey se quedó perplejo ante tal petición, y muy en particular al ver que la madre de Aladino tenía el aspecto de una pobre, una de las personas más ínfimas. Pero el regalo que le había hecho era de un valor inmenso, incalculable, Volviéndose al visir le preguntó: « ¿Cuál es tu opinión? Realmente, yo le he dado mi palabra, aunque, por otra parte, está bien claro que se trata de gentes pobres, no de personas distinguidas» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la envidia mataba al visir, y más aún la tristeza que sentía por lo ocurrido a su hijo. Pensó: « ¿Cómo un ser así ha de casarse con la hija del sultán, mientras mi hijo se ve privado de este honor?» Contestó: « ¡Señor mío! Eso es fácil. Lo mejor es alejar a este pretendiente, pues no conviene a tu Majestad dar en matrimonio la hija a un

hombre que no sabemos quién es» . El sultán preguntó: « ¿Y cómo podremos alejarlo si yo le he dado mi palabra, y la palabra de un rey es sagrada?» « ¡Señor mío! Mi consejo es el siguiente: pídele cuarenta platos de oro puro, repletos de gemas como las que te trajo aquel día, y, además, que cuarenta esclavos y otras tantas esclavas te traigan los platos.» « ¡Por Dios, visir! Tu consejo es certero, ya que no podrá obtenerlo, y así podremos librarnos de él.» Dirigiéndose a la madre de Aladino, le dijo: « Ve y dile a tu hijo que mantengo la promesa que le hice, siempre que pueda hacer un regalo de bodas a mi hija. Le pido cuarenta platos de oro puro, llenos de gemas idénticas a las que me trajiste. Me los entregarán cuarenta esclavas, que vendrán acompañadas por cuarenta esclavos a su servicio. Si tu hijo puede enviar esto, yo lo casaré con mi hija» .

La madre de Aladino regresó a su casa, moviendo la cabeza y diciendo: « ¿De dónde sacará mi pobre hijo esos platos y las piedras preciosas? Para las piedras y los platos supongamos que vuelva al tesoro y los recoja de los árboles, a pesar de que no creo que pueda hacerlo… Pero admitamos que lo haga. Mas, ¿de dónde sacará las esclavas y los esclavos?» Siguió hablando consigo misma hasta llegar a su casa. El joven estaba esperándola. Cuando llegó ante él, le dijo: « ¡Hijo mío! ¿No te había dicho que no pensases en conseguir a la señora Badr al-Budur? Es algo imposible para gentes como nosotros» . « Cuéntame qué es lo que ocurre.» « ¡Hijo mío! El sultán me ha recibido muy bien, según su costumbre. Aparentemente estaba bien dispuesto hacia nosotros; he hablado con él en tu nombre y le he dicho: “El tiempo que fijaste ya ha transcurrido, y tu Majestad ha de disponer el matrimonio de tu hija, la señora Badr al-Budur, con mi hijo Aladino”. El sultán se ha vuelto hacia tu enemigo, el maldito visir, y le ha hablado. Éste le ha contestado en voz baja, y entonces el soberano me ha dado la contestación.» Explicó a Aladino lo que le había pedido, y añadió: « ¡Hijo mío! Pide que le des una contestación inmediata, pero yo creo que no tenemos nada que responder» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino se echó a reír y dijo a su madre: « ¡Madre mía! ¿Eres tú quien dices que no tenemos nada que contestar y que el asunto es de difícil solución? Tranquilízate.

Trae algo para que podamos comer, y luego, si Dios quiere, tendrás la respuesta. El sultán me ha pedido algo que considera imposible, lo mismo que tú, para apartarme de la señora Badr al-Budur. Pero en realidad ha pedido lo menos que yo podía pensar. Vamos, ve a buscar algo de comer y déjame para que yo traiga la contestación» . La madre se marchó al mercado a comprar lo que necesitaba, y Aladino entró en su habitación, cogió la lámpara y la frotó; el esclavo apareció en el acto. « Pide, señor mío, lo que desees.» « He pedido en

matrimonio a la hija del sultán, pero éste me exige cuarenta platos de oro puro, cada uno de los cuales ha de pesar diez *artal*[232]. Deben estar llenos de las gemas que hay en el jardín del tesoro, y cuarenta esclavas han de llevar los respectivos platos, y cada una de ellas irá acompañada por un criado, o sea, en total, cuarenta criados. Quiero que me traigas todo esto.» « ¡Oír es obedecer, señor mío!» Desapareció, y al cabo de un momento reapareció con las cuarenta esclavas, cada una de ellas acompañada por un esclavo, que llevaba en la cabeza un plato de oro puro lleno de valiosísimas gemas. Los colocó delante de Aladino y le dijo: « Esto es lo que me has pedido. Dime si necesitas algo más o deseas algún otro servicio» . « De momento, nada más. Cuando lo necesite te volveré a llamar.»

El esclavo desapareció, y al cabo de un rato volvió la madre de Aladino. Entró en su casa, vio los esclavos y las jóvenes y se quedó maravillada. Exclamó: « ¡Todo esto procede de la lámpara! ¡Dios la conserve en poder de mi hijo!» Antes de que se quitase el vestido de calle, Aladino le dijo: « ¡Madre! Ha llegado el momento de actuar. Coge todo lo que ha pedido el sultán, y antes de que éste se retire a sus habitaciones particulares, preséntate a él, para que vea que puedo conseguir todo lo que me pida y aún más. Así sabrá que el visir le engaña, ya que entre ambos creen haberme puesto en un aprieto» .

Aladino se levantó, abrió la puerta e hizo salir a las jóvenes y a los esclavos de dos en dos. Cada esclava llevaba al lado a su criado. Ocuparon todo el barrio, y la madre de Aladino se colocó delante. Al ver un espectáculo tan portentoso, todos los vecinos salieron a contemplar la belleza y hermosura de las jóvenes, cuyos vestidos estaban tejidos en oro y llevaban gemas incrustadas. El más modesto de aquellos vestidos valía miles de dinares. Al fijarse en los platos vieron que desprendían rayos cuya luz era más intensa que la del sol. Cada uno de ellos estaba cubierto por un pedazo de tela bordado en oro e incrustado de piedras valiosísimas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que todo el barrio admiró aquel espectáculo. La madre de Aladino precedía la comitiva, y los esclavos y esclavas la seguían en perfecto orden. Los transeúntes se detenían a contemplar aquello y alababan al gran Creador. Llegaron al palacio, y la madre de Aladino entró con ellos en él. Los funcionarios, los chambelanes y los jefes del ejército quedaron mudos de admiración ante un espectáculo que no habían visto nunca en su vida, y muy especialmente al ver a las esclavas, cada una de las cuales cautivaba el entendimiento de todos los seres, ya fuesen chambelanes, jefes del ejército del sultán o hijos de los magnates. Quedaron boquiabiertos ante los costosos vestidos que llevaban y los platos que transportaban en la cabeza, en los

cuales no podían fijar la vista por los muchos destellos y rayos que desprendían. Los maestros de ceremonia corrieron a advertir al sultán de lo que ocurría, y éste dio orden de que entrasen en la audiencia.

La madre de Aladino entró la primera, y cuando se hubieron colocado delante del sultán, lo saludaron todos a una con la máxima educación y elegancia; le desearon el máximo poder y toda clase de bienestar, se quitaron los platos de la cabeza y los colocaron delante del soberano; después levantaron los tapetes que los cubrían y se quedaron de pie con las manos juntas. El sultán fue presa de gran estupor, quedó perplejo ante la hermosura de las esclavas, que estaba por encima de toda descripción, y casi perdió la razón al ver los platos de oro llenos de gemas que deslumbraban la vista. No acertaba a comprender cómo se había podido reunir todo aquello en una hora. Mandó que las esclavas trasladasen los platos al alcázar de la señora Badr al-Budur. Así lo hicieron las jóvenes. A continuación, la madre de Aladino se adelantó y dijo al sultán: « ¡Señor mío! Esto es muy poco en comparación de la gran nobleza de la señora Badr al-Budur. Ella merece bastante más» . El sultán se volvió al visir y le preguntó: « ¿Qué dices, visir? Quien en tan poco tiempo ha podido reunir tal riqueza, ¿no merece ser el yerno del sultán, y que la hija de éste sea su esposa?» El visir estaba más admirado que el sultán ante tal prodigio, pero seguía muriéndose de envidia, y ésta iba en aumento al ver que el soberano estaba satisfecho del regalo y las arras. No pudiendo negar la verdad ni decir al sultán que Aladino no era merecedor de su hija, para evitar que el sultán diese en matrimonio a su hija Badr al-Budur buscó una argucia. « ¡Señor mío! Todos los tesoros del mundo no pueden compararse ni con una uña de tu hija Badr al-Budur. Tu Majestad ha sobrevalorado esto.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán comprendió en seguida que aquellas palabras eran dictadas por la envidia. Volviéndose a la madre de Aladino, le dijo: « ¡Mujer! Ve a tu hijo y dile que acepto su regalo y que mantengo mi promesa. Mi hija será su esposa, y él será mi yerno. Dile que venga aquí para que yo lo conozca, pues de mí sólo ha de recibir honores y atenciones. Esta misma noche empezarán las fiestas nupciales. Haz que venga en seguida, sin demora» . La madre de Aladino regresó a su casa tan rápidamente que el viento casi no la alcanzaba, volaba de alegría para dar la buena noticia a su hijo, pues veía a éste en camino de convertirse en yerno del sultán. En cuanto a éste, al marcharse la madre de Aladino dio por concluida la audiencia, entró en el alcázar de la señora Badr al-Budur y mandó que las jóvenes trajeran los platos, para examinarlos junto con su hija. Al tenerlos delante, la señora Badr al-Budur contempló las gemas y quedó absorta. Exclamó: « ¡No creo que en los

tesoros que hay en el mundo se encuentre ni una sola de estas gemas!» Las examinó detenidamente, admiró su belleza y hermosura y comprendió que todo venía de su nuevo novio y que se lo había enviado para halagarla. Como estaba apenada y entristecida por lo ocurrido con el anterior —el hijo del visir—, se alegró mucho y se regocijó al ver las gemas y la belleza de las esclavas. El padre, al contemplar su alegría y ver que olvidaba las preocupaciones y las penas, también se alegró, y le preguntó: « ¡Hija mía! ¡Señora Badr al-Budur! ¿Te gusta todo esto? Creo que este novio es más guapo que el hijo del visir. Si Dios quiere, hija mía, serás muy feliz con él» . Esto es lo que hace referencia al sultán.

He aquí lo que se refiere a Aladino. Cuando la madre llegó a la casa, iba tan alegre que se reía. Al verla así, estuvo seguro de que le llevaba una buena noticia. Le dijo: « ¡Alabado sea Dios eternamente! He conseguido mi deseo» . « ¡Buenas noticias, hijo mío! Tranquiliza tu corazón y alégrate, pues has alcanzado lo que querías. El sultán ha aceptado tu presente como regalo de boda y arras de la señora Badr al-Budur. Ella es tu novia, y esta noche, hijo mío, se celebrará la ceremonia nupcial y consumarás la boda con la princesa. El sultán ha hecho público que tú eres su yerno, y ha añadido: “Las nupcias se celebrarán esta noche”. Además, me ha dicho: “Ve a buscar a tu hijo; que venga aquí para que yo lo conozca y lo reciba con todo respeto y ceremonia”. Hijo mío, ha terminado mi misión. Lo que queda por hacer es cosa tuya.»

Aladino se acercó a su madre, le besó Ja mano, le dio las gracias y multiplicó las manifestaciones de agradecimiento por sus favores. Luego entró en su alcoba, cogió la lámpara y la frotó. El esclavo se presentó inmediatamente: « ¡Heme aquí! ¡Pide lo que desees!» « Quiero que me lleves a un baño que no tenga par en el mundo; tráeme una túnica y vestidos de Corte de un valor tal que ni los reyes los tengan parecidos.» « ¡Oír es obedecer!» El genio lo cogió y lo llevó a un baño mejor que el de los mismos reyes y cesares. Era todo de mármol y coral, y estaba adornado con maravillosas pinturas, cuya vista asombraba; toda la sala estaba incrustada de piedras preciosas. No había nadie en ella. En cuanto entró Aladino, se le acercó un genio de aspecto agradable, que lo lavó y bañó a su entera satisfacción.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que después de salir del baño, se dirigió a la antesala. Sus vestidos habían desaparecido, y, en cambio, había un equipo completo de regios trajes. Luego le acercaron los sorbetes y el café con ámbar. Bebió, y una multitud de esclavos acudió a ponerle tan preciosos vestidos. Se vistió y se perfumó.

Sabes perfectamente, lector, que Aladino era hijo de un pobre sastre, pero

ahora nadie lo hubiese sospechado, antes bien, habría dicho: « Éste es el más grande de los hijos de los reyes de la Tierra» . ¡Loado sea Aquél que hace cambiar, mientras Él sigue inmutable! A continuación se presentó el esclavo de nuevo, lo cogió y lo dejó en su casa. Le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Necesitas alguna cosa?» « Sí; quiero que me traigas cuarenta y ocho esclavos. Veinticuatro irán delante de mí, y los otros veinticuatro me seguirán. Irán con sus caballos, vestidos y armas. Todas las cosas que lleven, así como los arneses de sus caballos, serán de la mejor calidad, de forma que no tengan par ni en los mismos tesoros de los reyes. Me traerás además un corcel que sea la montura de un césar, con arreos de oro y todos ellos con engarces de piedras preciosas. Deseo, asimismo, cuarenta y ocho mil dinares y que entregues mil a cada mameluco, pues quiero dirigirme al palacio del sultán. No tardes, ya que no puedo salir sin tener todo lo que te he dicho. Tráeme además doce esclavas, únicas en belleza: vestirán los trajes más preciosos, y acompañarán a mi madre hasta el palacio del sultán. Cada una llevará ropas propias de las esposas de los reyes.» « ¡Oír es obedecer!»

Estuvo ausente un momento, y luego reapareció para entregarle todo lo que le había pedido. Llevaba por las riendas un corcel como no había otro entre los caballos de pura raza árabe; los arreos eran de telas preciosas bordadas en oro. Aladino llamó a su madre, le presentó a las doce esclavas y le dio los vestidos que tenía que ponerse para ir, en compañía de éstas, al palacio del sultán. Luego despachó a palacio a uno de los mamelucos que le había dado el genio, para que viera si el sultán había salido o no de sus habitaciones particulares. El mameluco fue más rápido que el relámpago, y regresó inmediatamente. Le dijo: « ¡Señor mío! El sultán te espera» . Aladino montó a caballo, y delante y detrás de él se dispusieron los mamelucos, tan hermosos y guapos, que hacían alabar al Señor que los había creado. Tiraban monedas de oro delante de su dueño, Aladino, el único que los superaba en belleza y hermosura. Pero no se pregunta acerca de los hijos de los reyes. ¡Gloria al Donador, al Eterno! Todo esto era debido a las virtudes de la lámpara maravillosa, cuyo dueño obtenía hermosura, belleza, riquezas y saber. Todas las gentes quedaron boquiabiertas de la generosidad y largueza de Aladino, y se admiraron al verlo tan hermoso, bello, educado y digno. Alababan al Misericordioso por su noble figura, hacían votos por él a pesar de que sabían que era hijo de Fulano, el sastre. Nadie lo envidiaba, y todos decían: « ¡Se lo merece!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la comitiva avanzaba hacia el palacio del sultán derramando oro, mientras las gentes, grandes y pequeños, deseaban a Aladino toda suerte de felicidades. Llegó a la puerta del serrallo

precedido y seguido por los mamelucos, que arrojaban el oro a los espectadores. El sultán había mandado llamar a los grandes del reino, para explicarles que se había comprometido a casar a su hija con Aladino, y ordenarles que esperasen la llegada de éste y saliesen todos a recibirlo. Avisó también a los emires, visires, chambelanes, tenientes y oficiales del ejército: todos acudieron a la puerta del serrallo para esperar a Aladino. Al llegar éste, y cuando trataba de apearse para cruzar a pie la puerta, se adelantó hacia él uno de los emires, que había sido designado por el sultán para ello, y le dijo: « ¡Señor mío! Hay orden de que pases montado en tu corcel y de que te apees en la puerta de la audiencia» . Todos los reunidos lo precedieron a pie; entró y lo condujeron a la puerta de la audiencia; algunos cortesanos se acercaron a él y sujetaron el estribo del caballo, otros se colocaron a derecha e izquierda de él, y otros le dieron la mano y lo ayudaron a apearse. Los emires y magnates del reino lo precedieron y acompañaron a la sala de audiencias, hasta llegar a las proximidades del trono del sultán. Éste bajó en seguida de su estrado e impidió que besase el tapiz; lo besó y lo hizo sentar junto a él, a su diestra. Aladino saludó, formuló sus mejores votos y se comportó como exige el protocolo real. Luego añadió: « ¡Señor nuestro el sultán! La generosidad de tu Majestad ha resuelto concederme a la señora Badr al-Budur, tu hija, a pesar de que no soy merecedor de tan gran honor, pues soy el más ínfimo de tus esclavos. ¡Dios te conserve y te dé larga vida! En realidad, ¡oh, rey!, mi lengua es incapaz de darte las gracias por este gran favor que me has concedido, y que escapa a toda medida. Espero que tu Majestad me haga don de un terreno apropiado para construir en él un palacio digno de la señora Badr al-Budur» . El sultán estaba admirado de ver a Aladino con una túnica real; no hacía otra cosa sino contemplar su belleza y hermosura, y los hermosos y estupendos mamelucos, dispuestos a servirlo. La estupefacción del sultán subió de punto cuando llegó la madre de Aladino vestida con trajes magníficos y costosos; parecía una reina. Se fijó en las doce esclavas, todas educación y respeto, que la precedían dispuestas a servirla. El sultán advirtió asimismo la elocuencia y elegancia de las palabras de Aladino, y todos los presentes se quedaron boquiabiertos. El visir se estaba muriendo de envidia, y tenía el corazón en llamas. El sultán, después de haber oído los votos que hacía el joven, y al comprobar su importancia, su modestia y elocuencia, lo estrechó contra su pecho y lo besó. « Lamento, hijo mío, no haberte conocido antes.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán, al ver el aspecto de Aladino se alegró mucho y mandó en el acto que tocase la música y la charanga. Se levantó y, tomando consigo a Aladino, se dirigió al serrallo. Los criados extendieron el mantel, y sirvióse la cena. El sultán ocupó su sitio, e invitó a

Aladino a sentarse a su derecha. Los visires, grandes del reino y magnates también se sentaron en el orden dispuesto por el protocolo. Los músicos siguieron tocando, y por el palacio se extendió la alegría. El sultán iba preguntando a Aladino, y éste le contestaba con la máxima corrección y elocuencia, como si hubiese sido educado en un palacio de reyes y él fuera un cortesano. Y cuanto más hablaba, más contento y alegre se ponía el sultán, pues oía sus bellas respuestas y su elocuencia. Al terminar de comer y beber retiraron los manteles y el sultán mandó comparecer a los jueces y a los testigos. Éstos se presentaron, anudaron el vínculo y escribieron el acta matrimonial de Aladino con la señora Badr al-Budur. El joven quiso marcharse en seguida, pero el sultán lo retuvo, diciéndole: « ¿Dónde vas? Ven, hijo mío. La fiesta aún no ha terminado, la boda está celebrada, el contrato se ha concluido, y el acta se ha puesto por escrito» , « ¡Señor mío, el rey! Mi deseo consiste en construir un palacio a la señora Badr al-Budur que sea digno de su sangre y de su posición. No quiero tener relaciones con ella sin haberlo edificado. Si Dios lo quiere, en la construcción del serrallo tu esclavo pondrá la máxima diligencia, y, bajo la inspección de tu Majestad, empleará el tiempo mínimo. Es verdad que ansió estar junto a la señora Badr al-Budur, pero antes he de esforzarme en su servicio.» El sultán le replicó: « Busca, hijo mío, el terreno que creas más apropiado para tu propósito, y cógelo: todo te pertenece. Pero el mejor es el gran solar que está aquí, enfrente de mi palacio. Si te gusta, construye en él el tuyo» . « Mi máxima ambición consiste en estar cerca de tu Majestad.» Aladino se despidió del sultán, salió, montó a caballo, y sus mamelucos hicieron lo mismo delante y detrás de él. Todo el mundo hacía votos por su prosperidad. Exclamaban: « ¡Cuánto se lo merece!»

Llegó a su casa, se apeó del corcel, se dirigió a su habitación y frotó la lámpara. Inmediatamente apareció el esclavo: « ¡Señor mío! Pide lo que desees» . « Quiero que me hagas un gran servicio, si es que puedes. Constrúyeme rápidamente un palacio frente al del sultán. El edificio ha de ser portentoso, tanto, que los reyes nunca hayan visto uno igual; debe estar completo, con todos sus servicios: tapices regios, etc.» El esclavo contestó: « Oír es obedecer» …

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el esclavo contestó: « Oír es obedecer»] y desapareció. Antes de que despuntase la aurora, regresó al lado de Aladino y le dijo: « ¡Señor mío! El palacio ha sido construido de acuerdo con todos tus deseos. Si quieres verlo ahora mismo, ven» . Levantóse Aladino, y el esclavo lo trasladó al palacio en un abrir y cerrar de ojos. El joven se quedó perplejo al verlo: todas las piedras eran de ágata, mármol, pórfido y mosaico. El esclavo lo hizo entrar en un tesoro repleto de oro de todas clases, plata y piedras preciosas, en tal número que era imposible contarlas, calcularlas o determinar su

precio o su importe. Luego lo llevó a otro lugar, en el que vio todo lo necesario para la mesa: platos, cucharas, jarros, bandejas de oro y de plata, cántaros y vasos. Desde aquí pasaron a la cocina: allí estaban los cocineros y todos los objetos necesarios para la misma, los cuales también eran de oro y de plata. Otra habitación estaba llena de cajas, atiborradas de regios vestidos: tejidos indios y chinos bordados en oro, y brocados. Todo ello en tal cantidad, que causaba pasmo. Siguió entrando en otras muchas habitaciones, todas llenas de objetos cuya descripción es imposible. Visitó los establos, ocupados por caballos como no los tenía ningún rey de la tierra; pasó luego a una armería, atestada de riendas y sillas valiosísimas, adornadas con perlas, piedras y otros objetos. Y todo esto lo habían hecho en una sola noche. Aladino quedó atónito y estupefacto ante aquéllas riquezas como no podía tenerlas el mayor rey de la tierra. El palacio estaba lleno de criados y esclavas, que encantaban con su fascinante belleza. Pero lo más maravilloso de todo era el quiosco que había en el interior, con veinticuatro saloncitos, todo de esmeraldas, jacintos y otras piedras preciosas. Uno de los salones no había sido terminado, pues Aladino deseaba que el sultán se viera incapaz de concluirlo. Cuando hubo visitado todo el palacio, el joven se alegró y regocijó mucho. Volviéndose al esclavo le dijo: « Tengo que pedirte algo que falta, pues me descuidé antes» . « ¡Pide, señor mío, lo que desees!» « Quiero una gran alfombra de brocado, toda ella bordada en oro, para extenderla desde mi palacio al del sultán, a fin de que la señora Badr al-Budur, cuando venga aquí, no tenga que pisar el suelo.» El esclavo se ausentó un momento y regresó. « ¡Señor mío! Lo que me has pedido ya está aquí.» Dijo que lo acompañara, y le mostró una alfombra de indescriptible belleza que se extendía desde el palacio del sultán al de Aladino. Luego el esclavo llevó al joven a su casa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que empezaba a despuntar el día. El sultán se levantó, abrió la ventana de la habitación, miró por ella y vio, delante de su alcázar, un nuevo edificio. Se frotó los ojos, los abrió cuanto pudo y miró de nuevo: volvió a ver un gran alcázar, que dejaba perplejo a cualquiera. Vio también la alfombra que iba desde su palacio hasta el otro. Los porteros y todos los habitantes de palacio estaban perplejos ante este prodigio. Entretanto llegó el visir, que vio también el nuevo palacio y la alfombra, y quedó admirado. Se presentó al sultán, empezaron a hablar de tan prodigioso asunto y quedaron estupefactos, incapaces de comprender cómo habían podido realizar aquello que estaban viendo con sus propios ojos. Decían: « Es verdad. No creemos que un palacio como éste puedan construirlo los reyes» . El sultán, volviéndose al visir le preguntó: « ¿Crees que Aladino merece ser el novio de mi hija Badr al-Budur? Fíjate y contempla ese magnífico edificio y estas riquezas, que ninguna mente

humana puede imaginar» . Pero el visir, que envidiaba a Aladino, replicó: « ¡Rey del tiempo! Este palacio, esas construcciones y esas riquezas sólo pueden venir por medio de la magia, ya que no hay ningún hombre en el mundo, ni el más poderoso de los reyes, ni el rico más opulento, que pueda construir en una sola noche tales edificios» . « Lo que más me admira de ti —replicó el sultán— es que siempre piensas mal de Aladino. Creo que todo esto nace de la envidia que le tienes. Tú estabas presente cuando le regalé ese terreno, que me había pedido para construir en él un palacio a mi hija, y yo le cedí delante de ti esa tierra para que lo levantase. Quien ha dado a mi hija, como regalo de bodas, unas gemas que no pueden ni soñar los reyes, ¿ha de ser incapaz de construir un palacio como éste?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el visir comprendió entonces que el sultán quería mucho a Aladino, y la envidia subió de punto. Pero como él no podía hacer nada en contra, se calló y no supo qué contestar.

Aladino vio que alboreaba y que se acercaba el momento de dirigirse al serrallo para continuar la boda. Por su parte, los emires, visires y grandes del reino ya se habían presentado al sultán para asistir a la ceremonia. Aladino frotó la lámpara, y el esclavo se presentó como siempre y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Pide lo que desees, pues yo estoy ante ti para servirte!» « Voy a dirigirme al palacio del sultán, ya que hoy se celebra la boda. Necesito diez mil dinares y quiero que me los traigas.» El esclavo se ausentó, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo de regreso con los diez mil dinares. Aladino salió, montó a caballo, los mamelucos se colocaron delante y detrás de él y se dirigieron a palacio, arrojando monedas de oro a la muchedumbre, que desbordaba de entusiasmo por él y por su generosidad. Los emires, altos funcionarios y soldados que estaban esperando su llegada, en cuanto lo vieron corrieron ante el sultán y lo informaron. Éste se levantó, salió a su encuentro, lo abrazó, lo besó, lo cogió de la mano, lo hizo entrar en palacio y lo sentó a su derecha.

Toda la ciudad estaba engalanada; en palacio tocaban los músicos, y los divos cantaban. El sultán mandó servir la comida, y los criados y mamelucos se apresuraron a obedecer. Extendieron un mantel digno de una mesa de reyes. El sultán, Aladino, los grandes del reino y los altos dignatarios se sentaron, comieron y bebieron hasta hartarse. La alegría era extraordinaria en el palacio y en la ciudad. Todos los grandes del reino estaban contentos, y los habitantes del imperio rebosaban de satisfacción. Los magnates de las provincias y las autoridades de las regiones más alejadas habían acudido para asistir a las fiestas de la boda de Aladino. El sultán no acababa de comprender por qué la madre de Aladino había ido a visitarlo con vestidos tan pobres, teniendo un hijo tan rico. Las gentes

acudían al palacio del sultán para presenciar la boda, pero al ver la nueva construcción, se quedaban maravillados, sin saber cómo un palacio tan grande había podido ser construido en una sola noche. Todos hacían votos por Aladino y decían: « ¡Dios lo haga feliz! ¡Dios mío, él se lo merece! ¡Dios bendiga sus días!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que terminada la comida, Aladino se despidió del sultán, montó a caballo y, acompañado por los mamelucos, se dirigió a su palacio para preparar la recepción de su esposa, la señora Badr al-Budur. La multitud lo vitoreaba a coro: « ¡Dios te haga feliz! ¡Dios aumente tu poder! ¡Dios te conceda larga vida!» Un gran cortejo, sobre el cual hacía llover el oro, lo acompañó hasta su palacio. Una vez en él, descabalgó y se sentó en el salón. Los mamelucos permanecieron de pie ante él con los brazos cruzados. Al cabo de un momento sirvieron las bebidas, él dio órdenes a todos los mamelucos, esclavos, criados y a cuantos se hallaban en el alcázar, para que estuvieran preparados a recibir a la señora Badr al-Budur, su novia. Llegada la tarde, el ambiente refrescó, cedió el calor del sol, y el sultán mandó a los soldados, emires del reino y visires que bajasen a la plaza. Así lo hicieron, y el sultán bajó con ellos. Entonces Aladino se incorporó, y, acompañado por sus mamelucos, montó a caballo, salió a la plaza y demostró que era un perfecto caballero, ya que en el torneo celebrado no hubo quien pudiera hacerle frente. Montaba un caballo que no tenía igual entre los de la más pura raza árabe. Su novia, la señora Badr al-Budur, lo estaba contemplando desde una de las ventanas del palacio, y al verlo tan guapo y tan bravo, se enamoró profundamente de él y casi echó a volar de alegría.

Hubo unos cuantos lances, en que los caballeros demostraron su habilidad, pero Aladino los superó a todos. Después, el sultán regresó a su alcázar, y Aladino al suyo. Al llegar la noche, los grandes del reino y los visires fueron a buscar a Aladino y, formando un cortejo, se dirigieron al celebérrimo baño real. El joven entró, se bañó y se perfumó. En la antesala se puso un traje más maravilloso que el que había llevado hasta entonces, y montó a caballo. Los soldados y emires se colocaron delante y detrás de él, y, formando un gran séquito, lo acompañaron. Cuatro visires con la espada desenvainada lo rodeaban, y todos los habitantes de la ciudad, los forasteros y los soldados, lo precedían en cortejo, llevando antorchas, tambores, flautas y toda clase de instrumentos. Lo acompañaron hasta su palacio, en donde se apeó. Entró en él, y se sentó; lo mismo hicieron los visires y emires que iban con él. Los mamelucos sirvieron bebidas y dulces y dieron de beber a toda la multitud del cortejo, cuyo número era incalculable. Aladino dio órdenes a sus mamelucos, y éstos, colocándose en

la puerta del alcázar, empezaron a arrojar monedas de oro a los espectadores.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán volvió a su palacio después de las fiestas y ordenó que se formase inmediatamente el cortejo de su hija, la señora Badr al-Budur, y que la condujeran al serrallo de Aladino, su novio. Los soldados y magnates que habían figurado en el cortejo de Aladino, montaron a caballo; los criados y doncellas salieron con antorchas y acompañaron a la señora Badr al-Budur en una gran procesión. Así llegaron al palacio de su novio, Aladino. La madre de éste iba al lado de la princesa, y las precedían las mujeres de los visires, emires, grandes y magnates. Las acompañaban las cuarenta y ocho esclavas que Aladino le había regalado, y cada una de ellas empuñaba una gran antorcha de alcanfor y de ámbar, dentro de un candelabro de oro incrustado de aljófares. Salieron del palacio todos los hombres y mujeres que en él había, y marcharon juntos, delante de la princesa, hasta dejarla en el serrallo de su novio; luego la acompañaron a sus habitaciones, la cambiaron de vestidos y la prepararon para ser contemplada. Finalmente, la condujeron a las habitaciones de Aladino. Éste se presentó ante ella; su madre seguía al lado de la señora Badr al-Budur, y cuando el esposo le quitó el velo, la madre pudo contemplar la hermosura y belleza de la desposada. Se fijó, además, en el palacio en que se encontraba: todo él había sido hecho de oro y piedras preciosas; las arañas eran de oro con incrustaciones de esmeraldas y jacintos. Se dijo: « Creía que el serrallo del sultán era grande, pero éste es único. Ni el mayor de los césares o de los reyes puede disponer de uno igual, y no creo que en todo el mundo haya quien pueda construir uno parecido» . La señora Badr al-Budur también contempló y admiró la suntuosidad del palacio.

Después colocaron la mesa, comieron, bebieron y se pusieron alegres. Se presentaron cuarenta y ocho esclavas, cada una de las cuales llevaba en la mano un instrumento de música, y al mover los dedos y tocar las cuerdas dejaron oír melodías tan suaves que arrebataban el corazón de los oyentes. La admiración de la señora Badr al-Budur iba en aumento, y se decía: « Jamás en mi vida he oído un repertorio como éste» . Dejó de comer y se dedicó a escuchar, mientras Aladino le escanciaba el vino y le cogía la mano. La felicidad y el bienestar más completo reinaban entre todos, y fue una noche tan estupenda que ni el mismo Alejandro Magno había disfrutado, en su época, otra igual. Cuando hubieron terminado de comer y beber quitaron la mesa, y Aladino se retiró con su esposa y tuvo relaciones con ella.

Llegada la mañana, el tesorero ofreció al joven una túnica preciosa, uno de los más estupendos vestidos de los reyes. Él se la puso. Le ofrecieron café con ámbar y lo bebió. Luego mandó que preparasen los caballos, y, precedido y

seguido por sus mamelucos, se dirigió al palacio del sultán. Entró al llegar a él, y los criados corrieron a informar al soberano de la llegada de Aladino.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán se levantó en seguida, salió a recibirlo, lo estrechó contra su pecho y lo besó como si fuera su hijo. Lo sentó a su derecha, y los visires, emires, altos funcionarios y grandes del reino le dieron la enhorabuena. El sultán lo felicitó, lo bendijo y mandó que llevasen el desayuno. Lo sirvieron y lo tomaron todos los reunidos. Después de haber comido y bebido hasta la saciedad, cuando los criados hubieron retirado los manteles que tenían delante, Aladino se volvió hacia el sultán y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Quiere honrarme hoy tu Majestad viniendo a comer con la señora Badr al-Budur, tu querida hija? Pueden acompañar a tu Majestad todos los visires y grandes del reino» . « Naturalmente, hijo mío.»

Dio órdenes en seguida a los visires, grandes del reino y altos funcionarios. Montó a caballo y éstos lo imitaron. Aladino hizo lo mismo, y así llegaron a su alcázar. El sultán entró en el palacio y contempló el edificio, su construcción y las piedras que lo componían, todas de ágata y coral. Quedó mudo y perplejo ante aquel esplendor, riqueza y magnitud. Volviéndose al visir, le dijo: « ¿Qué dices, visir? ¿Has visto alguna vez una cosa parecida a ésta? Los reyes más grandes del mundo, ¿pueden disponer de tantos bienes, oro y joyas como los que nosotros vemos en este palacio?» « ¡Señor mío, el rey! Esto no lo puede hacer ningún rey ni ningún hijo de Adán; todos los hombres de la tierra no podrían construir un serrallo como éste, y no hay artífices para realizar un trabajo parecido, a no ser que sea, como ya dije a tu Majestad, una obra de magia.» El sultán vio que el visir, siempre que hablaba de Aladino, lo hacía lleno de envidia, e intentaba convencerlo de que todo aquello no era obra humana, sino mágica. Por eso exclamó: « ¡Basta ya, visir! Deja esos pensamientos, pues sé lo que te hace hablar de esta manera» . Aladino, que iba delante del sultán, lo hizo entrar en el quiosco. El rey contempló el techo abovedado, las ventanas y las rejas. Todo era de esmeraldas, jacintos y otras piedras preciosas. Se quedó atónito y perplejo. Recorrió el quiosco y contempló todas las maravillas que encerraba. Descubrió la ventana que, por voluntad de Aladino, había quedado sin terminar. Al verlo, exclamó: « ¡Qué pena, ventana, que no te hayan terminado!»

Volviéndose hacia el visir, le dijo: « ¿Sabes por qué no se ha terminado esta ventana y su reja?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el visir replicó: « Creo que su

imperfección debe de atribuirse a que tu Majestad ha precipitado la boda de Aladino, y éste no ha tenido tiempo de concluirla» . Entretanto, el joven había ido a visitar a su esposa, la señora Badr al-Budur, para informarla de la llegada de su padre, el sultán. Cuando regresó, éste le preguntó: « ¡Hijo mío, Aladino! ¿Cuál es la causa de que la reja de este quiosco no esté terminada?» « ¡Rey del tiempo! Dada la premura de la boda, los artífices no han tenido tiempo para concluirla.» « Deseo terminarla yo.» « ¡Dios haga durar tu poder, oh rey! Así habrá un recuerdo tuyo en el palacio de tu hija.» El sultán mandó llamar inmediatamente a los joyeros y a los orfebres, y ordenó que se les entregase, de su tesoro, todo el oro, las perlas y las piedras preciosas que necesitaran. Los orfebres y joyeros se presentaron, y el sultán les mandó que terminasen la reja del quiosco.

Entretanto, la señora Badr al-Budur salió al encuentro de su padre el sultán. Cuando éste la tuvo a su lado, vio que tenía la cara sonriente. La estrechó contra su pecho, la besó, la tomó consigo y entraron en el palacio, acompañados por todo el séquito. Era la hora de la comida. Se había preparado una mesa para el sultán, la señora Badr al-Budur y Aladino, y otra para el visir, los altos funcionarios, los mayores dignatarios, jefes del ejército, chambelanes y lugartenientes. El sultán se sentó entre su hija y su yerno. El rey cogió comida y la probó. Quedó admirado de los guisos y de la exquisitez de la comida. Delante de ellos, en pie, había ochenta esclavas, cada una de las cuales podría decir a la luna: « ¡Apártate, que yo me pondré en tu lugar!» Todas llevaban en la mano un instrumento musical. Los afinaron, tañeron sus cuerdas y tocaron unas melodías que alegraban a los corazones tristes. El sultán se puso alegre y contento, y pasó el rato de modo muy agradable. Exclamó: « ¡Realmente, los reyes y los césares no pueden hacer otro tanto!» Empezaron a comer y beber, y la copa fue pasando de mano en mano hasta que quedaron satisfechos. Los invitados se trasladaron luego a otra sala, en donde les sirvieron dulces, frutas de todas clases y otros postres variados. Comieron hasta saciarse. El sultán se levantó para contemplar si el trabajo de los orfebres y artistas estaba en consonancia con el del resto del palacio. Inspeccionó su labor, los vio trabajando y advirtió que había una gran diferencia entre lo que ellos hacían y lo que ya había hecho.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que lo informaron de que habían cogido todas las joyas de su tesoro, pero que no bastaban. Entonces, el sultán mandó abrir el gran tesoro y ordenó que les diesen todo lo necesario, y que si no tenían bastante con ello, que tomasen lo que le había regalado Aladino. Así lo hicieron los orfebres, pero no tuvieron ni para terminar la mitad de la reja del quiosco que faltaba. Entonces, el sultán mandó que se incautasen de todas las joyas de sus ministros y los grandes del reino. Así lo hicieron y continuaron

trabajando, pero tampoco bastó. A la mañana siguiente, Aladino subió a inspeccionar el trabajo de los artífices, y pudo comprobar que aún no habían terminado ni la mitad de la reja que faltaba. Les ordenó que deshiciesen todo lo que habían hecho y que entregasen las joyas a sus dueños. A cada uno le fue devuelto lo suyo. Luego, los artífices fueron a ver al soberano y le explicaron lo que Aladino les había mandado hacer. « ¿Qué os ha dicho? ¿Por qué lo ha decidido así? ¿Por qué no quiere que se termine la reja? ¿Por qué ha deshecho vuestra obra?» « ¡Señor nuestro! Lo único que sabemos es que nos ha mandado deshacer todo lo que habíamos hecho.» El sultán mandó que le llevasen el caballo, montó en él y se dirigió al alcázar de su yerno.

Aladino, después de haber despedido a los artífices y los orfebres, entró en su habitación, frotó la lámpara y apareció el esclavo. « ¡Pide lo que desees! Tu esclavo está ante ti.» « Quiero que termines la reja del quiosco, que aún está por concluir.» « Inmediatamente.» Se ausentó un momento, regresó y dijo: « ¡Señor mío! He concluido lo que me has mandado.» Aladino subió al quiosco y vio que todas las rejas estaban terminadas. Mientras las estaba contemplando entró un eunuco y le dijo: « ¡Señor mío! El sultán ha venido y espera en la puerta del serrallo» . Aladino bajó a recibirlo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el soberano, al verlo, le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Por qué has hecho esto, y no has permitido que los orfebres terminasen la reja del quiosco? Así no habría quedado falta alguna en tu palacio» . « ¡Rey del tiempo! Si quedó incompleta, fue por mi voluntad, ya que soy capaz de concluirla. No podía permitir que tu Majestad visitase un palacio en el que hubiera algo incompleto. Para que veas que he podido terminarla, sube al quiosco y fíjate si en las rejas del mismo hay algo incompleto.» el rey subió al alcázar, entró en el quiosco y empezó a mirar a derecha e izquierda; todas las rejas estaban acabadas. Al comprobarlo, abrazó a Aladino y empezó a besarlo y decirle: « ¡Hijo mío! ¿Qué significa este portento? En una sola noche has hecho una cosa para la cual los orfebres necesitan meses. ¡Por Dios! No creo que haya nadie en el mundo que se te parezca.» « ¡Dios te perpetúe la vida! Tu esclavo no merece estos elogios.» « ¡Por Dios, hijo mío! Tú eres digno de todos los elogios, ya que haces cosas que no pueden realizar todos los artífices del mundo.»

El sultán descendió y entró en las habitaciones de su hija para descansar. La vio contentísima por su suerte. Después de haber descansado un rato junto a ella, regresó a su alcázar.

Aladino montaba cada día a caballo, y, acompañado por sus mamelucos, recorría la ciudad. Sus servidores iban delante y detrás de él echando monedas de oro a la multitud, que se agolpaba a derecha e izquierda, lodo el mundo, el

extraño y el allegado, el próximo y el lejano, llegó a querer a Aladino por su gran generosidad. El joven aumentó los subsidios de los pobres y de los indigentes, y los distribuyó personalmente. Con estas acciones alcanzó una gran fama en todo el imperio, y los grandes del reino y emires acudían a comer en su mesa, y hacían votos por su poder y salud. Dedicaba su tiempo a la caza, a los torneos, a la equitación y a las justas que se celebraban delante del sultán. La señora Badr al-Budur, cada vez que lo veía, a lomos del caballo, en un encuentro singular, sentía aumentar su amor por él y se decía que Dios le había hecho un gran bien al permitir que le ocurriera aquello con el hijo del visir, conservándola así para su verdadero esposo, Aladino.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que su buena fama iba creciendo con los días, así como el amor que todos le tenían. Él iba creciendo en importancia a los ojos de las gentes.

Un enemigo del sultán emprendió la guerra contra éste, el cual preparó un ejército para oponerse a él, y entregó el mando a Aladino. El joven partió al frente de las tropas, y salió al encuentro del enemigo. Éste disponía de un enorme ejército. Aladino desenvainó la espada, lo atacó, y empezó la guerra y la matanza. El combate fue enconado, pero Aladino deshizo al enemigo, lo puso en fuga, mató a la mayoría de sus soldados, se apoderó de sus riquezas y enseres y logró un botín inmenso. Regresó como un gran vencedor. Entró en la ciudad, que se había engalanado de alegría, y el sultán salió a recibirlo y a felicitarlo. Lo abrazó, lo besó, y todo el imperio celebró una gran fiesta. El sultán y Aladino se dirigieron al palacio de éste, en el cual los esperaba su esposa, la señora Badr al-Budur, quien, llena de alegría, lo besó en la frente y lo condujo a sus aposentos. Al cabo de un rato llegó el sultán, se sentaron, y las esclavas sirvieron sorbetes. Bebieron, y el soberano mandó que todo el reino celebrase la victoria de Aladino sobre el enemigo. Así, para todos los súbditos, soldados y gentes, no hubo más que Dios en el cielo y Aladino en la tierra. Y le quisieron aún más, ya que unía a su gran generosidad el hecho de haber defendido el imperio, de ser un completo caballero y haber derrotado al enemigo. Esto es lo que hace referencia a Aladino.

He aquí lo que hace referencia al mago magrebí. Regresó a su país, en el que permaneció durante todo este tiempo, apenado por lo mucho que había sufrido inútilmente por conseguir la lámpara, y todo ello en vano, ya que cuando tenía el bocado en la boca aquélla escapó de sus manos. Al recordar lo que le pasó con el muchacho, lleno de cólera injuriaba a Aladino, y algunas veces llegaba a decir: «Estoy contento, porque ese bastardo ha muerto bajo tierra. Y aún tengo la esperanza de llegar a conseguir la lámpara, pues está bien guardada».

Cierto día preparó la arena, formó las figuras, las puso en orden y las examinó para comprobar la muerte de Aladino y la conservación de la lámpara en el subterráneo. Se fijó atentamente en las figuras « madres» e « hijas» y no encontró la lámpara. La ira se apoderó de él. Volvió a repetir la interrogación para verificar la muerte de Aladino, y no lo encontró en el tesoro. Su furia fue en aumento, y mucho más al comprobar que aún vivía en la faz de la tierra, al saber que el joven había salido del subsuelo y se había apropiado de la lámpara por la cual él había experimentado penas y fatigas como no las hubiese podido soportar ningún hombre. Se dijo: « Por esa lámpara he pasado unas penas y fatigas que nadie habría soportado. Y ese maldito la obtiene sin ningún esfuerzo, y no cabe duda de que si ha descubierto sus propiedades no habrá nadie en el mundo que sea más rico que él» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el magrebí, al convencerse de que Aladino había logrado salir del subterráneo y utilizado los bienes de la lámpara, se dijo: « He de ingeniármelas para darle muerte» . Extendió la arena por segunda vez, examinó las figuras y vio que Aladino era inmensamente rico y que se había casado con la hija del sultán. La envidia le encendió el semblante de indignación, se levantó en seguida, se preparó y emprendió el viaje hacia China. Al llegar a la capital del sultanato en que vivía Aladino, entró en la ciudad y se hospedó en una hostería. Oyó que las gentes no hablaban más que de la majestuosidad del palacio de Aladino. Después de descansar, vistióse y empezó a recorrer las calles de la ciudad. Todas las gentes con quienes se cruzaba describían la suntuosidad del palacio y hablaban de la hermosura y belleza de Aladino, de su generosidad, de su nobleza y de sus buenas costumbres. El magrebí se acercó a un transeúnte y le preguntó: « ¡Hermoso joven! ¿Quién es ése al que tanto alabáis?» « ¡Vaya, hombre! Debes de venir de un país muy remoto cuando no has oído hablar del emir Aladino, cuya fama debe de haber llegado a los más apartados rincones y cuyo palacio constituye una de las maravillas de la tierra. ¿Cómo no te has enterado de una cosa como ésta y no conoces el nombre de Aladino, al que nuestro Señor aumente el poder y la alegría?» El magrebí respondió: « Mi mayor deseo consiste en contemplar el palacio. Si quieres guiarme… Soy extranjero» . « De buen grado.» Se echó a andar delante de él y lo condujo al serrallo de Aladino. El magrebí lo contempló detenidamente y comprendió que todo procedía de la lámpara. Exclamó: « ¡Ah, ah! He de cavar una fosa para este maldito hijo de un sastre, que antes no tenía qué cenar. Si el destino me ayuda, lograré que su madre vuelva junto a la rueca, tal como estaba antes, y a él le quitaré la vida» . Regresó a la hostería corroído por la envidia que le tenía a Aladino.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el hechicero magrebí, de nuevo en su hostal, tomó los instrumentos astrológicos y consultó a la arena para averiguar dónde estaba la lámpara. Vio que se hallaba en el palacio y que Aladino no la llevaba encima. Se alegró mucho de ello, y exclamó: « El quitar la vida a ese maldito es fácil, y yo tengo un medio de conseguir la lámpara» . Se dirigió a un calderero y le dijo: « Hazme unas cuantas lámparas y cóbrame por ellas lo que quieras. Pero deseo que las hagas de prisa» . « Oír es obedecer» , replicó el calderero. Y se puso a trabajar hasta acabarlas. Cuando estuvieron listas el magrebí le pagó el precio que le pidió, las cogió, regresó a la hostería, las puso en un cesto y empezó a recorrer las calles y los zocos de la ciudad, gritando: « ¡Cambio lámparas viejas por nuevas!» Las gentes se reían de él y decían: « No cabe duda de que está loco, para cambiar lámparas nuevas por viejas» . Y empezaron a seguirlo, y los niños corrían detrás y se burlaban de él. Pero él, impertérrito, siguió recorriendo la ciudad hasta llegar al pie del serrallo de Aladino. Gritó con todas sus fuerzas, mientras los muchachos chillaban: « ¡Un loco, un loco!»

El destino quiso que la señora Badr al-Budur estuviese en el quiosco y oyera el pregón y los gritos de los muchachos, pero no supo lo que ocurría. Mandó a una de sus esclavas: « Ve y mira quién es el que vocea y qué es lo que anuncia» . La joven se alejó y vio a un hombre que gritaba: « ¡Cambio lámparas viejas por nuevas!» , y que los muchachos se burlaban de él. La criada regresó e informó a su dueña: « Señora, es un hombre que vocea: “¡Cambio lámparas viejas por nuevas!”, y los chicos lo siguen y se burlan de él» . La señora Badr al-Budur se echó a reír. Aladino se había descuidado la lámpara en el serrallo, sin meterla en un armario y cerrarla. Una de las esclavas la vio y dijo: « ¡Señora! Tengo una idea. He visto en las habitaciones de mi señor una lámpara vieja. Permite que se la demos a ese hombre a cambio de una nueva, y veremos si dice verdad o mentira» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que la princesa dijo: « Trae aquí la lámpara vieja que dices haber visto en las habitaciones de tu señor Aladino» . La señora Badr al-Budur ignoraba por completo lo que era aquella lámpara, las virtudes que tenía y que, gracias a ellas, su marido, Aladino, había llegado a tan alta posición. En aquel momento sólo quería probar cómo estaba la razón de aquel hombre que cambiaba lo nuevo por lo viejo. La joven subió a las habitaciones de Aladino y regresó con la lámpara al lado de la señora Badr al-

Budur. Poco podían pensar la mala fe y la astucia del hechicero magrebí. La princesa mandó al jefe de los eunucos que bajase a cambiar aquella lámpara por otra nueva. El hombre la cogió, bajó y se la dio al magrebí, el cual le entregó una lámpara nueva a cambio; el jefe de tos eunucos se la llevó a la señora Badr al-Budur. Ésta la contempló, vio que era realmente nueva y se echó a reír, pues creyó que aquel hombre estaba mal de la cabeza.

El mago, tan pronto como cogió la lámpara y se cercioró de que era la del tesoro, la escondió en su pecho, dejó las otras lámparas a las gentes que querían cambiar, y se echó a correr, hasta encontrarse fuera de la ciudad. Cruzó la llanura y esperó que llegara la noche. Después de comprobar que no había nadie allí, sacó la lámpara del pecho, la frotó, y en el acto apareció el genio, quien le dijo: « Aquí está tu esclavo. Pídeme lo que desees» . « Quiero que quites del sitio en que se encuentra el palacio de Aladino, junto con sus habitantes y todo lo que él contiene, y lo traslades a mi país, en África, y que me lleves a mí también. Tú conoces mi patria. Quiero que este palacio se encuentre en mi país, entre jardines.» « Oír es obedecer. Cierra los ojos y vuélvelos a abrir, y te encontrarás con el palacio en tu tierra» . Efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos el magrebí y el palacio de Aladino, con todo lo que contenía, se encontraron instalados en África. Esto es lo que hace referencia al hechicero magrebí.

Volvamos junto al sultán y a Aladino. Al día siguiente por la mañana, el sultán, al despertarse, como sentía mucho afecto y cariño por su hija, la señora Badr al-Budur, hizo como cada mañana: abrir la ventana y mirar por ella. Así, y de acuerdo con su hábito, abrió la ventana para ver a su hija…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [el sultán] se asomó para contemplar el alcázar de Aladino, pero no vio nada. Únicamente estaba el solar, el mismo solar de antes, sin la menor huella de los cimientos de un edificio. Quedó como alelado y empezó a frotarse los ojos, pues quizás estuviesen turbios o faltos de luz. Volvió a mirar, pero tuvo que convencerse de que no había huellas del serrallo, ni nada que atestiguase el que había existido. Quedó inmovilizado por unos momentos, hasta que dio unas palmadas, y las lágrimas empezaron a resbalar por sus barbas, pues ignoraba lo que había sucedido a su hija. Por medio de un mensajero, mandó llamar al visir. Éste acudió, y encontró al soberano en un estado lamentable. El visir le dijo: « ¡Perdón, rey del tiempo! ¡Dios te libre del mal! ¿Por qué estás apenado?» « ¿Es que no sabes lo que ocurre?» « En absoluto, señor. ¡Por Dios! ¡No tengo noticias de nada!» « ¿Aún no has mirado en dirección al palacio de Aladino?» « Sí, señor mío. Ahora está cerrado.» « Ya veo que no sabes nada. Anda, mira por la ventana y dime dónde está el palacio de Aladino.» El visir miró desde la ventana en la dirección del palacio de Aladino

pero no encontró el palacio ni nada que se le pareciera. Quedó perplejo y el sultán le dijo: « ¿Sabes ahora la causa de mi tristeza? ¿Has visto el palacio de Aladino, del cual decías que aún estaba cerrado?» « ¡Rey del tiempo! Ya informé oportunamente a tu Majestad de que ese serrallo y todas sus cosas me parecían obra de magia.» El rey, encolerizado, le preguntó: « ¿Dónde está Aladino?» « Ha salido de caza.» El soberano ordenó que algunos oficiales y soldados fuesen a buscar inmediatamente a Aladino y lo llevasen a su presencia encadenado. Los oficiales y los soldados partieron y alcanzaron al joven: « ¡Señor nuestro, Aladino! No nos reprendas, ya que el sultán nos ha mandado que te cojamos, que te atemos y te encadenemos. Esperamos que nos perdones, pues estamos a las órdenes del rey y no podemos contrariarlo» . Aladino, al oír hablar así a los oficiales y a los soldados se quedó boquiabierto y la lengua se le trabó, ya que ignoraba la causa. Les preguntó: « ¡Hombres! ¿No sabéis qué es lo que ha motivado esta orden del sultán? Yo sé que soy inocente y que no he cometido ninguna falta contra el sultán o contra el Estado» . « ¡Señor nuestro! No sabemos nada.» Aladino se apeó de su corcel y les dijo: « Haced conmigo lo que os ha mandado el sultán, pues la orden ha de ser obedecida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que encadenaron, ataron y ligaron a Aladino y lo condujeron a la ciudad. El pueblo, al verlo así, creyó que el sultán iba a cortarle la cabeza; y como lo querían mucho, se reunieron, tomaron sus armas, salieron de las casas y siguieron a los soldados para ver lo que iba a suceder. Los soldados llegaron con Aladino al palacio, entraron e informaron al sultán. Éste mandó que el verdugo le cortase inmediatamente la cabeza. Al enterarse el pueblo de la orden del sultán, bloqueó las puertas del palacio y despachó mensajeros al soberano, para decide: « Atacaremos el palacio y a todos los que están dentro, incluyéndote a ti, si Aladino recibe el más pequeño daño» . El visir entró a informar al sultán: « ¡Rey del tiempo! Están dispuestos a acabar con nosotros. Lo más prudente es perdonar a Aladino para evitar que nos ocurra algo. El pueblo ama más a éste que a nosotros» .

El verdugo, después de haber extendido el tapete de las ejecuciones, colocó en él a Aladino, le vendó los ojos y dio tres vueltas, en espera de la última orden del sultán. Éste, al ver que el pueblo estaba atacando y subía al palacio para derruirlo, dio orden en seguida al verdugo, de que pusiera en libertad al condenado, y despachó a un pregonero para que anunciase al pueblo que había perdonado a Aladino y que lo indultaba. El muchacho, al verse libre, se acercó al sultán y le dijo: « ¡Señor! Ya que tu Majestad me ha hecho gracia de la vida, hónrame diciéndome cuál es mi culpa» . « ¡Traidor! ¿Aún no la conoces?» Volviéndose al visir, le dijo: « Llévalo a la ventana para que vea dónde está su

palacio» . El visir hizo lo que le mandaban y Aladino miró en dirección a su palacio; el solar estaba exactamente igual que antes de construir en él el palacio; no vio ni rastro de éste. Se quedó perplejo, indeciso sin saber lo que había ocurrido. Al hallarse junto al sultán, éste le preguntó: « ¿Qué es lo que has visto? ¿Dónde está tu palacio? ¿Dónde está mi hija, mi única hija, sangre de mi corazón?» « ¡Rey del tiempo! Ignoro por completo lo ocurrido.» « Sabe, Aladino, que te he perdonado para que busques a mi hija y te enteres de lo ocurrido. No te presentes sin ella. Si no me la devuelves, ¡por vida de mi cabeza que he de cortarte el cuello!» « Conforme, rey del tiempo. Pero dame un plazo de cuarenta días. Si transcurrido este plazo no te la he traído, puedes decapitarme y hacer de mí lo que quieras.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el sultán admitió: « Accedo a concederte el plazo que me has pedido, mas no creas que podrás escapar a mi mano, pues te haré traer hasta aquí aunque estés por encima de las nubes o te encuentres bajo la superficie de la tierra» . « ¡Sultán! ¡Señor mío! Sea como ha dicho tu Majestad: si no te la devuelvo dentro de dicho plazo, me presentaré ante ti para que me decapites.» El pueblo, al ver de nuevo a Aladino, se alegró mucho. La afrenta y la vergüenza sufridas, así como la alegría de los envidiosos, hicieron de Aladino un hombre cabizbajo y perplejo, que se puso a recorrer la ciudad como un autómata, incapaz de comprender lo que había podido ocurrir. Durante dos días permaneció en la capital, sin tener idea de lo que debía hacer para encontrar a su esposa y averiguar qué había sido del palacio. Algunas personas, en secreto, le llevaron de comer y beber. Luego salió de la ciudad y se internó en el campo, sin saber qué dirección seguir.

Andando a la ventura, llegó a la orilla de un río, y aquí, desesperado por lo que le había ocurrido, estuvo a punto de arrojarse al agua. Pero como era un buen musulmán, que reconocía a un solo Dios, al que en su interior temía, se detuvo en la misma orilla e hizo sus abluciones. Al meter las manos en el agua para lavarse los dedos rozó el anillo, y en el acto compareció un genio, quien le dijo: « ¡Heme aquí! Tu esclavo está ante ti. Pide lo que desees» . Aladino se alegró mucho al verlo. Le contestó: « ¡Siervo! Quiero que me devuelvas mi palacio, y que con él regrese mi esposa, la señora Badr al-Budur, y todo lo que contenía» . « ¡Señor mío! Me es completamente imposible hacer lo que pides, ya que éste depende de los esclavos de la lámpara. No me atrevo a enfrentarme con ellos.» « Si no puedes hacerlo, cógeme y depósitame al lado de mi palacio, cualquiera que sea el país en que esté.» « Oír es obedecer, señor mío.» En un abrir y cerrar de ojos, el genio lo dejó en África, al lado del alcázar, donde estaba su esposa. En aquel momento caía la noche. La tristeza y la pena que lo

embargaban desaparecieron al contemplar su palacio, y volvió a confiar en Dios después de haber creído que jamás volvería a ver a su esposa. Empezó a pensar en la oculta bondad de Dios Todopoderoso, que le había concedido el auxilio del anillo, y cómo habría perdido la esperanza de no haberle facilitado Dios el siervo del anillo. Se alegró y olvidó la tristeza y los cuatro días durante los cuales no había podido dormir. Se acercó al palacio y se quedó dormido debajo de un árbol, ya que, como hemos dicho, el palacio estaba fuera de la ciudad, entre jardines.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que durmió tranquilamente aquella noche. (Quien tiene una cabeza de carnero al fuego no duerme en toda la noche; pero quien se ha fatigado y ha pasado cuatro días sin pegar un ojo, duerme de cualquier manera.) Se despertó al amanecer, con los trinos de los pájaros. Se acercó a un río que pasaba por allí y que corría en dirección a la ciudad. Se lavó las manos y la cara, hizo las abluciones y rezó la oración matutina. Luego regresó y se sentó al pie de la ventana del alcázar de la señora Badr al-Budur. Ésta vivía terriblemente apenada por estar separada de su esposo y del sultán, su padre, así como por la angustia que le causaba el maldito hechicero magrebí. Todos los días, al salir el sol, se levantaba y se echaba a llorar. Por la noche no podía dormir, y no quería comer ni beber. Cuando terminaba su oración matutina, entraba su doncella a vestirla.

El destino quiso que aquel día ésta abriese la ventana para hacerle contemplar los árboles y riachuelos, a fin de distraerla. La criada se asomó y vio a Aladino, su señor, sentado bajo las ventanas del palacio. Dijo a la señora Badr al-Budur: « ¡Señora, señora! ¡Mi señor, Aladino, está sentado al pie del alcázar!» La princesa corrió a mirar por la ventana y le vio. Aladino levantó la cabeza y la descubrió. Ella lo saludó, y él le devolvió el saludo. Ambos estaban locos de alegría. La princesa le dijo: « Ven a mi lado por la puerta secreta, ya que el maldito no está ahora aquí» . Dio órdenes a la criada, la cual bajó y le abrió la puerta secreta. Aladino entró por ella; su esposa, la señora Badr al-Budur, lo esperaba en la puerta. Se abrazaron, se besaron y rompieron a llorar de alegría. Se sentaron. Aladino le dijo: « Señora Badr al-Budur: primeramente quiero preguntarte algo: yo dejé una lámpara vieja, de cobre, en mis habitaciones, en tal sitio» . La princesa suspiró y le dijo: « ¡Ah, amado mío! ¡Ésta ha sido la causa de nuestra desgracia!» « ¿Cómo han ocurrido las cosas?» La señora Badr al-Budur lo informó de todo desde el principio hasta el fin, y le explicó cómo habían cambiado la lámpara vieja por una nueva. Y añadió: « Al día siguiente, por la mañana, nos encontramos en este país. El que me engañó en el cambio me explicó que todo se había realizado gracias a la fuerza de su magia y por medio

de aquella vieja lámpara; añadió que era magrebí, de África, y que nos encontrábamos en su país» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que cuando la señora Badr al-Budur hubo terminado de hablar, Aladino le preguntó: « Dime qué es lo que ese maldito se propone hacer contigo, y de qué te habla» . « Cada día viene una sola vez; quiere que yo lo ame y que te sustituya por él, que te olvide y que no piense más en ti. Me dice que mi padre, el sultán, te ha decapitado, y añade que tú eres hijo de un pobre, y que él fue quien te hizo rico. Me habla cariñosamente, pero sólo ha obtenido de mí lágrimas y llanto, y ni una sola palabra amable.» « ¿Sabes dónde ha dejado la lámpara?» « Siempre la lleva consigo, y no se separa de ella un instante. Él mismo, cuando me explicó lo que te he referido, sacó la lámpara —la llevaba encima— y me la enseñó.» Aladino se alegró mucho al oír estas palabras: « ¡Señora Badr al-Budur! Escúchame: voy a salir, y volveré cuando me haya cambiado de vestido. No te asombres de ello. Pon una criada de servicio permanente junto a la puerta secreta, para que me abra en cuanto me vea. Ya idearé algo para dar muerte a este maldito» . Aladino salió por la puerta del palacio y echó a andar hasta encontrar a un campesino. Le dijo: « ¡Hombre! ¿Quieres cambiar mis vestidos por los tuyos?» El campesino se negó a hacerlo, pero Aladino lo obligó. Le quitó los vestidos y se los puso, y le dio en cambio los suyos, que eran magníficos. Luego siguió por el camino de la ciudad hasta entrar en ésta. Se dirigió al zoco de los perfumistas y compró a uno de ellos dos dracmas de un narcótico muy fuerte y de efectos instantáneos; le costó dos dinares. Regresó por el mismo camino hasta llegar al palacio, y cuando lo vio la criada le abrió la puerta secreta.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y dos* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que se presentó a su esposa, la señora Badr al-Budur, y le dijo: « Escúchame: quiero que te vistas y te arregles, que abandones la tristeza. Cuando venga el maldito magrebí, acógelo cordialmente, con cara sonriente, e invítalo a que venga a cenar contigo. Aparenta haber olvidado a tu amado Aladino y a tu padre; hazle ver que lo amas apasionadamente y pídele vino tinto para beber. Muéstrate muy alegre y contenta, y bebe a su salud. Escánciale dos o tres vasos de vino hasta que pierda el dominio de sí mismo. Entonces pones estos polvos en el vaso y lo llenas de vino. En cuanto beba la copa en que hayas puesto los polvos, caerá de espaldas como si estuviese muerto» . La señora Badr al-Budur, después de oír las palabras de Aladino contestó: « Me duele tener que hacer esto; mas para librarnos de la

vileza de ese maldito, que me ha acongojado al separarme de ti y de mi padre, considero lícito darle muerte» . Aladino comió y bebió con su esposa hasta calmar el hambre, e inmediatamente después salió del palacio. La señora Badr al-Budur mandó llamar a su peinadora, quien la arregló y adornó. Luego se puso sus mejores vestidos y se perfumó. Entonces llegó el maldito magrebí. Al verla de esta forma se alegró mucho, y más aún cuando la princesa lo recibió sonriente, contra lo que era su costumbre. Con eso aumentaron la pasión y el amor que por ella sentía. La princesa le hizo sentar a su lado y le dijo: « ¡Amado mío! Si quieres, ven esta noche a cenar conmigo. Ya estoy harta de la tristeza, pues he pensado que aunque estuviese triste durante mil años, ¿qué sacaría de ello? Aladino no puede escapar de su tumba. He meditado en tus palabras de ayer, es decir, en que mi padre quizá lo habrá mandado matar, dada la gran pena que habrá sentido al verse separado de mí. No te extrañe verme hoy de distinto humor que ayer; es que he resuelto tomarte por amante y amigo en sustitución de Aladino, ya que no puedo disponer de otro hombre más que de ti. Espero, pues, que esta noche vengas a cenar conmigo y a beber vino. Deseo que me des a probar el de tu país, el de África, que debe de ser muy bueno. Aquí tengo vino, pero es de nuestro país, y tengo muchas ganas de probar el del vuestro» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y tres* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que el magrebí, al ver el amor que demostraba tenerle la señora Badr al-Budur, que había olvidado la tristeza, pensó que aquello era natural, al haber perdido toda esperanza de volver a reunirse con Aladino. Se alegró mucho y dijo: « ¡Alma mía! Obedeceré todo lo que quieras mandarme. Tengo en casa una jarra de vino de nuestro país, que ha estado guardada bajo tierra durante ocho años. Voy ahora mismo a sacar la cantidad que necesitamos, y regreso en seguida» .

Para que el engaño fuese más perfecto, la muchacha añadió: « ¡Amado mío! ¡No vayas tú! Envía a uno de tus criados para que nos traiga una jarra, y quédate sentado junto a mí, para que me distraiga con tu compañía» . « ¡Señora! Yo soy el único que sabe dónde está la jarra. No tardaré en volver.» El magrebí se marchó, y al cabo de un rato volvió con una cantidad de vino suficiente. La señora Badr al-Budur le dijo: « Te has fatigado y yo te he molestado, amado mío» . « ¡En absoluto, luz de mis ojos! Me honro sirviéndote.» La princesa y el mago se sentaron a la mesa y empezaron a comer. Ella pidió de beber, y la criada le llenó en seguida la copa. Después sirvió al magrebí. La señora Badr al-Budur bebía a su salud y por su felicidad, y él lo hacía a la salud de ella.

La princesa era única por su elocuencia y por la dulzura de sus palabras. Empezó a conversar con él, a deslumbrarlo y a hablarle con sentidas y dulces palabras, a fin de encandilarlo más. El magrebí creyó que todo aquello era

sincero, y no podía sospechar que era una trampa que le tendía para darle muerte. La pasión y el amor del hechicero iban en aumento al descubrir las alusiones que le hacía; la cabeza le dio vueltas, y sólo vio el mundo a través de los ojos de ella. Cuando sirvieron la cena, la señora Badr al-Budur comprobó que el vino se le había subido a la cabeza. Le dijo: «En nuestro país tenemos una costumbre que no sé si tenéis o no en el vuestro». «¿De qué se trata?» «Al finalizar la cena, el amante toma el vaso de la amada y bebe en él.» La princesa le quitó el vaso, lo llenó de vino y ordenó a la esclava que le diese su copa, en la que había mezclado el vino con el narcótico, siguiendo las instrucciones que había dado la princesa, pues todos los esclavos y doncellas del palacio deseaban la muerte del mago y estaban de acuerdo con la señora Badr al-Budur acerca de esto. La joven le entregó la copa, y el mago, al oír sus palabras y ver que ella bebía en su copa y que le entregaba la suya para que bebiese en ella, al ver todas estas muestras de amor, se creyó que era Alejandro el Magno. La princesa le dijo, mientras movía sus caderas y ponía su mano sobre la de él: «¡Alma mía! Tienes mi copa y yo tengo la tuya: así beben los amantes, el uno en el vaso del otro». La señora Badr al-Budur levantó el vaso, se lo bebió y lo dejó en la mesa. Se acercó al hechicero y lo besó en la mejilla; éste, completamente trastornado, se llevó el vaso a la boca y se lo bebió de un trago sin preocuparse de si en el vaso había algo o no: inmediatamente cayó de espaldas, como si estuviese muerto, y el vaso se le escapó de la mano. La señora Badr al-Budur se alegró de ello, las esclavas bailaron de alegría y abrieron las puertas del alcázar a Aladino, su señor, el cual entró…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y cuatro* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [Aladino entró] y subió a las habitaciones de su esposa; encontró a ésta sentada cerca del magrebí, que parecía muerto. Se acercó a la princesa, la besó, le dio las gracias por lo que había hecho, se puso muy contento y le dijo: «Vete con tus esclavas a las habitaciones del interior y déjame solo para que haga mi trabajo». La señora Badr al-Budur y sus esclavas hicieron lo ordenado por Aladino. Éste cerró la puerta detrás de ellas, se acercó al magrebí, le metió la mano en el pecho y le quitó la lámpara. Luego desenvainó la espada y le cortó la cabeza. A continuación frotó la lámpara, y se presentó el genio, quien le dijo: «¡Heme aquí, señor mío! ¿Qué quieres?» «Que saques el palacio de este país, que lo transportes al país de China y lo coloques en el lugar en que estaba, enfrente del palacio del sultán.» «¡Señor mío! ¡Oír es obedecer!» Aladino fue a reunirse con su esposa, Badr al-Budur, la estrechó contra su pecho y la besó; ésta le correspondió, y ambos se sentaron a hablar. Entretanto, el genio trasladaba el palacio hasta dejarlo en su sitio, enfrente del alcázar del sultán. El joven dijo a las

esclavas que les acercaran una mesa, y él y su esposa, la señora Badr al-Budur, se sentaron y empezaron a comer y a beber, llenos de alegría y satisfacción, hasta quedar hartos. Después se trasladaron a la sala de las bebidas y de la conversación. Se sentaron, bebieron, hablaron, y se besaron apasionadamente. ¡Hacía tanto tiempo que no estaban juntos! Siguieron así hasta que el vino se les subió a la cabeza y les entró sueño. Se acostaron y durmieron con toda felicidad. Por la mañana, Aladino y su esposa se levantaron. Acudieron las esclavas de ella, que la vistieron, la arreglaron y la engalanaron. Aladino se puso su mejor traje, y ambos seguían locos de alegría por estar de nuevo juntos. Y Badr al-Budur estaba particularmente contenta porque iba a ver a su padre. Esto es lo que se refiere a Aladino y a la princesa.

En cuanto al sultán, después de haber puesto en libertad a Aladino, siguió triste por la pérdida de su hija. Como era hija única, se pasaba todo el tiempo sentado y llorando por ella, como si fuese una mujer. Todos los días, al levantarse, corría a abrir la ventana y a mirar en la dirección en que había estado el palacio de Aladino, y lloraba hasta que se le secaban los ojos y se le inflamaban los párpados. Aquél día, al levantarse, según su costumbre, abrió la ventana, miró y vio delante un edificio. Se restregó los ojos, volvió a mirar y convencióse de que era el palacio de Aladino. Ordenó inmediatamente que ensillaran los caballos, montó y se dirigió al palacio del yerno. Éste, al ver que se acercaba, salió a su encuentro a la mitad del camino, lo cogió de la mano y lo hizo subir a las habitaciones de su hija, que también ardía en deseos de ver a su padre. La muchacha bajó a recibirlo a la puerta de la escalera que daba a la sala de la planta. El padre la abrazó y besó llorando, y ella hizo lo mismo. Aladino los hizo subir a las habitaciones del piso superior y se sentaron. El sultán empezó preguntándole cómo se encontraba y qué le había ocurrido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y cinco* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que su hija le explicó todo lo que le había sucedido: « ¡Padre mío! No recuperé el aliento hasta ayer, al ver a mi esposo, que es quien me ha salvado de las manos del peor hombre magrebí, de un maldito mago. No creo que haya habido hombre más malo en toda la faz de la tierra, y si no hubiera sido por mi amado Aladino, jamás habría escapado de él, ni tú me hubieses vuelto a ver nunca más. Yo estaba sumida en una gran pena y tristeza, no sólo por encontrarme separada de ti, sino también porque me encontraba lejos de mi marido, al cual agradeceré siempre el haberme salvado de aquel maldito mago» . La señora Badr al-Budur explicó a su padre todo lo que había ocurrido y le refirió lo que había hecho el magrebí, y cómo se portó con ella; cómo se había disfrazado de vendedor de lámparas, que cambiaba las viejas por otras nuevas. Y prosiguió: « Me pareció que esto se debía a su falta de razón,

y empecé a reírme de él, sin sospechar su engaño ni su propósito. Cogí la lámpara vieja que estaba en la habitación de mi esposo, y envié a un eunuco a que la cambiase por otra nueva. Al día siguiente por la mañana, padre, el palacio, con todo lo que contenía y todos nosotros dentro, nos encontrábamos en África. Yo desconocía las virtudes de la lámpara de mi esposo. Al llegar Aladino, éste ideó una estratagema, que nos permitió apoderarnos del magrebí. Si mi esposo no hubiera llegado, aquel hombre perverso me habría poseído por la fuerza. Aladino me dio unos polvos y yo los puse en una copa de vino que ofrecí al mago. Éste se la bebió, y cayó como si hubiera muerto. Luego entró mi esposo y no sé qué es lo que hizo para trasladarnos de nuevo aquí» . Aladino continuó: « Cuando lo vi tendido como un muerto, a causa del narcótico, dije a la señora Badr al-Budur: "Vete con tus esclavas a las habitaciones superiores". Así lo hizo ella, con lo que se ahorró un espectáculo terrible. Me acerqué al maldito magrebí, metí la mano en su pecho y le quité la lámpara que la señora Badr al-Budur me había dicho que llevaba siempre encima. Una vez la tuve en mi poder, desenvainé la espada y corté la cabeza de aquel maldito. Luego utilicé la lámpara y ordené a los esclavos de la misma que devolviesen el palacio a su lugar primitivo, con todos sus moradores. Si tu Majestad duda de mis palabras, levántate, acompáñame y verás al maldito magrebí» . El rey fue con Aladino a la habitación y vio el cadáver. El soberano dio órdenes para que se llevaran de allí inmediatamente el cuerpo, lo quemaran y aventasen sus cenizas. Después abrazó y besó a Aladino, y le dijo: « Discúlpame, hijo mío, pues he estado a punto de quitarte la vida por la canallada de ese maldito mago que te había hecho caer en esta trampa. Lo que iba a hacer contigo, hijo mío, tiene disculpa, ya que me veía privado de mi única hija, a la cual quiero más que a mi propio reino. Tú sabes que los padres quieren mucho a sus hijos, y con mayor razón yo, que sólo tengo a la señora Badr al-Budur» . Pidió perdón a Aladino y volvió a besarlo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y seis* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que Aladino le dijo: « ¡Rey del tiempo! No ibas a hacer conmigo nada que fuese contrario a la *xara*[233]; yo, por mi parte, también tenía culpa. De todo ha tenido la culpa ese maldito magrebí» .

El sultán ordenó que se engalanase la ciudad y así se hizo. Se celebraron grandes fiestas, y el pregonero anunció por la ciudad: « Hoy es un día solemne, y para celebrar el regreso de la señora Badr al-Budur, hija del sultán, y de su esposo Aladino, las fiestas durarán un mes de treinta días» .

Pero no había terminado aún el maleficio del magrebí, a pesar de haber quemado su cadáver y aventado sus cenizas por el aire. Aquel hechicero tenía un hermano más peligroso aún que él en cuanto a magia, geomancia y astrología.

Podría aplicársele aquel refrán: « Era un haba que tenía dos mitades» .

Cada hermano vivía en una región del mundo, para llenar éste con su magia, insidias y engaños. Cierto día, el hermano del magrebí quiso saber cómo se encontraba su hermano. Tomó la arena, la echó, dedujo las figuras, las contempló, se fijó en ellas atentamente y vio que su hermano ocupaba una tumba, que había muerto. Apenado por ello, volvió a echar la arena para comprobar cómo se había producido la muerte y en qué lugar había expirado. Descubrió que había muerto vilmente en China, a manos de un joven llamado Aladino. Se dispuso a partir inmediatamente. Durante un mes viajó a través de tierras, desiertos y montes, hasta que llegó a China, a la capital del sultanato en la cual vivía Aladino. Se dirigió al hotel de los extranjeros, alquiló una habitación y descansó un rato. Luego salió a recorrer las calles de la ciudad, con objeto de estudiar la forma de conseguir su deseo: vengarse en Aladino de la muerte de su hermano. Entró en un café del mercado, que era un gran edificio en el cual se reunía muchísima gente. Unos jugaban a la *minqala*; otros, a las damas; otros, al ajedrez y demás pasatiempos. Tomó asiento y oyó que los que estaban a su lado hablaban de una mujer vieja, asceta, llamada Fátima, que permanecía constantemente retirada en su oratorio de las afueras de la ciudad, dedicada al servicio de Dios; decían que sólo visitaba la ciudad dos días al mes, y que tenía grandes carismas. El magrebí, al oír estas palabras, se dijo: « Tal vez encuentre lo que busco si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere. Por medio de esta mujer alcanzaré mi propósito» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y siete* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que se acercó a la gente que estaba hablando de los carismas de esta vieja asceta y dijo a uno de ellos: « ¡Tío! Os he oído hablar de los carismas de una santona llamada Fátima. ¿Dónde está? ¿Dónde vive?» El interpelado replicó: « Es extraño que siendo de nuestra ciudad no hayas oído hablar de los carismas de nuestra señora Fátima. Está claro que eres extranjero, ya que no has oído hablar de los ayunos, de la renuncia al mundo y de la hermosa piedad de esta asceta» . « Tienes razón, señor mío. Soy extranjero, que llegó a vuestra ciudad ayer por la tarde. Espero que me expliques los carismas de esa virtuosa mujer y me digas dónde vive, ya que me ha ocurrido una desgracia y quiero ir a visitarla. Espero que rece, y confío en que, por su intercesión, Dios, Todopoderoso y Excelso, me libre de mi aflicción.» El hombre le explicó todo lo referente a la asceta Fátima, y luego, cogiéndolo de la mano, salió con él fuera de la ciudad y le mostró el camino que conducía a una cueva, situada sobre una colina. El magrebí le dio cordialmente las gracias por su amabilidad, y regresó a su habitación del hotel.

Al día siguiente, Fátima bajó a la ciudad. El hechicero magrebí salió del hotel

por la mañana y vio que la gente estaba aglomerada. Se acercó para enterarse de lo que ocurría y vio a Fátima de pie. Todo el que tenía un dolor, se acercaba y le pedía la *baraca*[234] y una oración. En cuanto ella lo tocaba, quedaba curado del dolor. El mago magrebí estuvo siguiendo a la anciana hasta que ésta regresó a su cueva. Esperó la llegada de la noche, y para hacer tiempo se dirigió a un tugurio y bebió algo. Luego salió de la ciudad y se dirigió a la cueva de la asceta Fátima. Al entrar vio que ésta dormía sobre un pedazo de estera. Se acercó a ella, se sentó encima de su vientre, desenvainó el puñal y le dio un grito. Ella se despertó, abrió los ojos y vio que estaba sentado encima de ella un magrebí, con un puñal desenvainado, que quería matarla. Se asustó, y el magrebí le dijo: « ¡Oye! Si hablas o gritas, te mato ahora mismo. Levántate y haz todo lo que te voy a decir» . Le juró que si hacía lo que le iba a mandar, no la mataría. Se levantó el mago, y ella se incorporó. El magrebí le dijo: « Cambia tus vestidos por los míos» . Ella le entregó toda su ropa, incluso la venda de la cabeza, el delantal y el manto. « Ahora me embadurnas con algo, para que el color de mi cara sea igual que el de la tuya.» Fátima se dirigió al interior de la cueva y regresó con un tarro de crema. Tomó un poco de ésta en la palma de la mano y le untó todo el rostro, el cual adquirió el mismo color que el de la vieja. Le entregó su bastón y le enseñó cómo debía andar y comportarse en la ciudad. Le puso en el cuello su rosario y, finalmente, le entregó el espejo, diciéndole: « Fíjate: en nada te diferencias de mí» . Contemplóse el magrebí, y vio que era idéntico a Fátima. Luego el malvado violó su promesa; le pidió una cuerda, y cuando la anciana se la entregó, la ahorcó con ella en la cueva. Una vez muerta, la arrastró y la arrojó a una cisterna.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y ocho* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que después regresó a la cueva y se durmió hasta la llegada del día. Entonces se levantó, bajó a la ciudad y se colocó al pie del palacio de Aladino. Las gentes, convencidas, de que era la asceta Fátima, se reunieron en torno de él. Empezó a hacer lo mismo que hacía la vieja: colocaba la mano encima de los enfermos, y a uno le leía la *Fatiha*; a otro, una *azora* cualquiera, y rezaba por un tercero. La muchedumbre era grande, y el vocerío tal, que la señora Badr al-Budur lo oyó y dijo a las doncellas: « Ved lo que produce este alboroto» . El *agá* de los eunucos fue a enterarse, y le dijo: « ¡Señora! El alboroto es debido a la señora Fátima. Si quieres pedir la *baraca*, mándame que te la traiga» . La princesa replicó: « Ve y tráemela, pues hace tiempo que oigo hablar de ella constantemente: de sus carismas y de sus virtudes. Tengo muchas ganas de verla para gozar de su *baraca*. Las gentes cuentan y no acaban» .

El *agá* de los eunucos se marchó y volvió con el hechicero magrebí, que iba

disfrazado aparentando ser Fátima. Al llegar ante la señora Badr al-Budur empezó a rezar por ella, y nadie sospechó que no era Fátima. La princesa se acercó a ella, la saludó, la hizo sentar a su lado y le dijo: « ¡Señora Fátima! Me gustaría que te quedases siempre conmigo para gozar de tu *baraca* y poder aprender, con tu ejemplo, los caminos del ascetismo y de la piedad, a fin de imitarte en ellos» . Esto era lo que deseaba el maldito hechicero. Luego, para hacer más perfecto el engaño, le dijo: « ¡Señora! Yo soy una pobre mujer que vive en el campo. Las personas como yo no son dignas de residir en los palacios de los reyes» . « No te preocupes, señora Fátima. Te daré un lugar de mi casa en el que puedas consagrarte al ascetismo. Jamás entrará nadie a molestarte. Desde aquí adorarás a Dios mejor que desde tu cueva.» « Oír es obedecer, señora. No te contradiré en tus palabras, pues las palabras de los hijos de los reyes no se pueden contradecir ni desobedecer. Pero te pido que me dejes comer, beber y vivir a solas en mi habitación, sin que nadie entre en ella; no necesito buenos manjares; me basta con que cada día me honres mandándome a tu esclava a la celda con un pedazo de pan y un sorbo de agua. Cuando quiera comer, lo haré en mi habitación.» El maldito hablaba así por el temor de que, al levantarse el velo para comer, lo denunciaran la barba y el bigote. La señora Badr al-Budur contestó: « ¡Señora Fátima! Tranquilízate. Se hará lo que tú quieras. Ven conmigo y te mostraré la habitación que quiero asignarte para que permanezcas con nosotros» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y nueve* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que condujo al hechicero al departamento que había elegido para él. Le dijo: « ¡Señora Fátima! Aquí residirás. Esta habitación te pertenece, y en ella vivirás en paz y en la contemplación más perfecta» . El magrebí le dio las gracias por su bondad y rezó por ella. La señora Badr al-Budur le mostró luego el pabellón y el quiosco de piedras preciosas, que tenía veinticuatro ventanas. Le preguntó: « ¿Qué piensas de este prodigioso palacio, señora Fátima?» « ¡Por Dios, hija mía! Es maravilloso en extremo, y no creo que se encuentre en el mundo otro igual. Es enorme. ¡Lástima que le falte algo que lo haría aún más hermoso y bonito!» « ¡Señora Fátima! ¿Cuál es el defecto? ¿Qué es lo que lo haría más hermoso? Dímelo, pues yo creía que era perfecto.» « ¡Señora! Le falta tener colgado de la cúpula un huevo del ave *ruj*. Si el huevo en cuestión estuviese colgado en la cúpula, este palacio no tendría par en todo el mundo.» « ¿Qué pájaro es ése? ¿Dónde se encuentran sus huevos?» « Es un ave muy grande, que transporta los camellos y los elefantes en sus garras, y vuela con ellos. Se encuentra frecuentemente en el monte Qaf. El maestro que ha construido este palacio puede traer uno de esos huevos.» Era la hora de comer, y las esclavas pusieron la mesa. La señora Badr

al-Budur se sentó e invitó a comer con ella al maldito hechicero magrebí. Mas éste rehusó, y se dirigió a la habitación que le había asignado la princesa, donde las criadas le sirvieron la comida.

Al oscurecer, Aladino regresó de la caza, y la señora Badr al-Budur salió a su encuentro y lo saludó. Él la abrazó y besó; comprobó que estaba algo triste, ya que, contra su costumbre, no reía. Le dijo: « ¿Qué te ocurre, amada mía? Dime, ¿te ha sucedido algo que te preocupe?» « No me ha pasado nada, querido. Es que creía que a nuestro palacio no le faltaba nada, ¡oh, Aladino!, luz de mis ojos; mas ahora me parece que si en la cúpula superior estuviese colgado un huevo del pájaro *ruj*, en todo el mundo no habría un palacio como el nuestro.» « ¿Y por eso te has preocupado? Es muy fácil para mí solucionar eso. Tranquilízate, dime lo que te apetece y yo te lo traeré inmediatamente, en un instante, aunque esté en el fin del mundo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [Aladino] después de haber calmado a la señora Badr al-Budur y de haberle prometido todo lo que ella quería, entró en su habitación, tomó la lámpara y la frotó. El genio se presentó en seguida y le dijo: « ¡Pide lo que desees!» « Quiero que me traigas un huevo de *ruj* y que lo cuelgues en la cúpula del alcázar.» El genio frunció el ceño, se indignó y gritó con voz terrible: « ¡Ingrato! ¿No te basta con que yo y todos los siervos de la lámpara estemos a tu servicio? ¿Es que ahora vas a pedirnos que te traigamos a nuestra señora para que os sirva de distracción, colgada de la cúpula del palacio, a ti y a tu esposa? ¡Por Dios! Mereceríais que os convirtiese ahora mismo en cenizas, y que aventase éstas. Pero como tú y tu esposa ignoráis de lo que se trata y no sabéis lo que se esconde detrás de las apariencias, os perdono, pues sois inocentes. La culpa es del maldito hermano del magrebí, el hechicero, que está aquí y se hace pasar por la asceta Fátima; lleva los mismos vestidos de ésta, a la que ha dado muerte en su cueva; encubierto en su disfraz e imitándola en todo, ha venido hasta aquí para matarte y vengar así a su hermano. Él es quien ha inducido a tu mujer a que te pidiera esto» . El genio desapareció. Aladino, al oír aquello, estuvo a punto de perder la razón, y sus miembros temblaron, pues el genio le había hablado con voz de trueno. Se rehízo en seguida, salió de la habitación y entró en la de su esposa fingiendo que le dolía la cabeza, pues sabía que Fátima era famosa por tener la virtud de curar todos los dolores. La señora Badr al-Budur, al ver que se quejaba de dolor, le preguntó: « ¿Qué te pasa?» « Me duele mucho la cabeza.» La princesa mandó llamar a Fátima para que le pusiera las manos en la cabeza. Aladino preguntó: « ¿Quién es Fátima?» Su esposa le dijo que había hospedado en el palacio a la asceta. Las criadas fueron a buscar al maldito magrebí y volvieron con él. Aladino salió a su encuentro

fingiendo que no sabía nada. Lo saludó como si se hubiese tratado de Fátima, besó el limbo de su manga y le dio la bienvenida, diciendo: « ¡Señora Fátima! Espero que me hagas un favor, pues sé que tienes el don de curar los dolores; me acaba de entrar un gran dolor de cabeza» . El maldito magrebí apenas pudo dar crédito a tales palabras, pues eran las que él deseaba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el hermoso relato.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y una* (a), refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey del tiempo!, de que [él magrebí] se acercó a Aladino dispuesto a poner la mano en su cabeza y a curarle el dolor. Al llegar junto a él, colocó una mano encima de su cabeza mientras metía la otra debajo de sus ropas y desenfundaba un puñal para matarlo. Aladino seguía todos sus movimientos. Esperó a que hubiese sacado el puñal, y entonces se lo arrancó de la mano y se lo clavó en el corazón. La señora Badr al-Budur, al verlo, dio un grito y exclamó: « ¿Qué ha hecho esta virtuosa asceta para que hayas cometido el enorme pecado de verter su sangre? ¿Es que no tienes temor de Dios para matar así a una mujer virtuosa, cuyos carismas son célebres?» « No he matado a Fátima, sino al asesino de Fátima. Éste es el hermano del maldito hechicero magrebí, aquel que te raptó y te trasladó a África junto con el palacio. Este maldito ha llevado a cabo una serie de engaños: ha matado a Fátima, se ha puesto sus vestidos y ha venido hasta aquí para vengar en mí a su hermano. Luego te sugirió que me pidieras el huevo de *ruj* para que éste fuera la causa de mi muerte. Si dudas de mis palabras, acércate y mira a quién he matado.» Aladino levantó el velo del magrebí, y la señora Badr al-Budur vio a un hombre de poblada barba. Entonces comprendió la verdad. « ¡Amado mío! Por dos veces te he puesto en peligro de muerte.» « No te preocupes, Badr al-Budur; en honor de tus ojos acepto con alegría todo lo que venga de ti.» Al oír estas palabras, la princesa se precipitó hacia él, lo abrazó, lo besó y le dijo: « ¡Amado mío! ¡Me quieres tanto!» Aladino la besó, la estrechó contra su pecho, y el amor que se tenían fue en aumento. En aquel instante se presentó el sultán, y el joven le refirió todo lo que había ocurrido con el hermano del hechicero magrebí; le mostraron el cadáver. El soberano mandó que lo quemaran y aventasen sus cenizas, lo mismo que se había hecho con su hermano.

Aladino y su esposa siguieron viviendo en paz y tranquilidad, libres de todo peligro. Al cabo de algún tiempo murió el sultán, y Aladino se sentó en el trono del reino. Gobernó, fue justo con los súbditos, y todas las gentes lo amaron. Él y su esposa pasaron toda la vida tranquilos, felices y contentos, hasta que llegó el destructor de las dichas y el separador de los amigos.

SINDBAD EL MARINO

ME he enterado de que en el tiempo en que Harún al-Rasid era Califa y Emir de los creyentes, vivía en Bagdad un hombre llamado Sindbad el faquín, que se ganaba la vida como mozo de cuerda transportando bultos encima de la cabeza. Cierto día elevaba un fardo muy pesado; hacía mucho calor, se cansó, sudó y se sofocó. Al pasar por la casa de un comerciante, habían barrido y regado, y la temperatura era allí muy agradable. Junto a la puerta había un ancho banco. El faquín dejó su carga sobre el banco para descansar y respirar un poco.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que por la puerta salía un airecillo fresco y un aroma penetrante. El faquín respiró con fruición y se sentó en un extremo del banco. Desde allí oyó tocar instrumentos de cuerda, y escuchó unas voces muy bellas, que recitaban poesías. Oyó asimismo los trinos de los pájaros: tórtolas, ruiseñores, mirlos, pichones de collar y perdices, que alababan a Dios con sus cantos y gorjeos. Quedó admirado y emocionado. Se acercó a la puerta y vio un gran jardín lleno de garzones, esclavos, criados y eunucos, en una cantidad tal como no tienen los reyes ni sultanes. Volvió a aspirar el aroma de una comida exquisita, compuesta de todas clases de guisos y de excelentes bebidas. Levantó sus ojos al cielo y exclamó: « ¡Gloria a Ti, oh Señor, oh Criador, oh Sustentador, que provees sin tasa a quien te place! ¡Dios mío! Te pido perdón por todas las culpas y me arrepiento ante Ti de las faltas. ¡Señor! No me resisto a tu ciencia ni a tu poder. Tú no tienes que dar cuenta de lo que haces, y eres Omnipotente sobre todas las cosas. ¡Gloria a Ti! Haces rico o pobre a quien quieres; poderoso, a quien te place, y humillas a quien te apetece. No hay más Dios sino Tú. ¡Cuán grande es tu dignidad! ¡Cuán fuerte es tu poder! ¡Qué hermoso es tu comportamiento! Concedes tus favores a aquel de tus siervos que te place. El dueño de este lugar vive con el máximo desahogo, disfruta con los mejores perfumes, con los guisos más exquisitos y con toda clase de bebidas excelentes. Has dispuesto y predestinado a tus criaturas como has querido: unas se fatigan, otras descansan; unas son felices, otras, como yo, viven con trabajo y humildad» . Luego recitó estos versos:

¡Cuántos miserables disfrutan sin descanso del bienestar en la sombra y en la umbría!
Me levanto completamente fatigado: ¡cuán maravillosa es mi vida, y qué pesada mi carga!
Otros, en cambio, son felices sin esfuerzo, y el destino jamás los ha

abrumado como a mí.
Disfruta toda su vida de la alegría y del poder; bebe y come.
Pero todas las criaturas proceden del mismo tronco. Yo soy igual que éste, y éste es mi igual.
Sin embargo, la diferencia que existe entre nosotros dos es la misma que hay entre el vino y el vinagre.
Pero no quiero blasfemar contra Ti, pues Tú eres sabio y gobiernas con justicia.

Sindbad el faquín, cuando hubo terminado de recitar sus versos, se dispuso a recoger el fardo y marcharse. Pero entonces salió por la puerta un muchacho muy joven, de hermoso rostro, talla agradable y bellos vestidos. Cogió de la mano al faquín y le dijo: « Entra a hablar con mi señor, que te manda llamar» . El faquín trató de negarse, pero no pudo. Dejó el fardo en el vestíbulo, junto a la puerta, y siguió al paje a través de la casa; vio que era hermosa, acogedora y señorial. Un gran salón estaba ocupado por nobles señores y personajes importantes. Había en él flores de todas clases, perfumes, pastas secas, frutas y los más variados y exquisitos guisos, así como vinos de las mejores cepas, instrumentos musicales y preciosas esclavas. Cada uno de los asistentes ocupaba el puesto que le correspondía según su rango, y en la testera del salón había un respetable anciano, de aladares cubiertos de canas. Su figura era agradable; su aspecto, grato, y aparentaba ser una persona respetable, digna y poderosa. Sindbad, admirado, se dijo: « ¡Por Dios! Este lugar es un pedazo del paraíso, o tal vez el alcázar de un rey o de un sultán» . Se portó cortésmente, saludó a todos, expresó sus mejores deseos y besó el suelo delante de ellos. Después se quedó inmóvil, cabizbajo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad quedó cabizbajo] y humilde. El dueño lo invitó a sentarse, y él lo hizo así. Le dijo que se acercara, y empezó a hablarle afablemente y a darle la bienvenida. Le ofreció los mejores guisos. Sindbad empezó a comer diciendo: « En el nombre de Dios» , hasta quedar harto y satisfecho. Exclamó: « ¡Alabado sea Dios en todos los casos!» Se lavó las manos y le dio las gracias al dueño. Éste le dijo: « ¡Bien venido! ¡Tu día sea feliz! ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio?» « ¡Señor mío! Me llamo Sindbad el faquín. Me gano la vida transportando fardos en la cabeza.» El dueño, sonriendo, le dijo: « Sabe, ¡oh, faquín!, que te llamas igual que yo; yo soy Sindbad el marino. Pero, faquín, deseo que me recites los versos que has improvisado mientras estabas en la puerta» . El faquín, avergonzado, respondió:

« Te conjuro, en nombre de Dios, a que no me riñas. La fatiga, las dificultades y la pobreza enseñan al hombre la mala educación y la estulticia» . « No te avergüences, pues te has convertido en mi hermano. Recita los versos, ya que me ha gustado oírtelos declamar cuando estabas junto a la puerta.»

El faquín recitó los versos, y su interlocutor se emocionó al escucharlos. Le dijo: « ¡Faquín! Sabe que mi historia es maravillosa, y que te referiré todo lo que he pasado y lo que me ha ocurrido antes de conseguir este bienestar y de instalarme donde me ves. He alcanzado este desahogo y he llegado a este puesto después de grandes fatigas, pesares y muchísimos terrores. ¡Cuántas penas y desgracias he tenido que soportar! He hecho siete viajes, y cada uno de ellos ha constituido una aventura capaz de dejar perplejo a cualquiera. Todo me ha ocurrido por voluntad del destino, pues no hay modo de escapar ni huir de lo que está escrito» .

PRIMER RELATO DE SINDBAD EL MARINO
CONTIENE SU PRIMER VIAJE

« Sabed, nobles señores, que mi padre fue un gran comerciante y una persona de valía, inmensamente rico. Cuando murió, yo era aún pequeño, y me dejó en herencia dinero, fincas y tierras. Al llegar a la mayoría de edad me hice cargo de todo: comí los guisos más exquisitos, bebí los mejores vinos, vestí hermosos ropajes y frecuenté el trato de las jóvenes. Pasé algún tiempo en compañía de amigos y conocidos, en la creencia de que esto iba a durar eternamente, que iba a serme de utilidad. Continué en esta situación por algún tiempo, al cabo del cual recobré el conocimiento y me di cuenta de mi inconsciencia. Pero entonces mis bienes se habían concluido, y mi situación había cambiado, puesto que había perdido todo lo que poseía. Entonces me asusté. Recordé que había oído referir a mi padre una historia de nuestro señor Salomón, hijo de David (¡sobre él sea la paz!), que decía: “Hay tres cosas que son mejores que otras tres: el día de la muerte es mejor que el día del nacimiento; un perro vivo vale más que un león muerto, y es preferible la tumba a un palacio”. Reuní todos los objetos y vestidos que me quedaban y los vendí, así como mis fincas y todo cuanto poseía. Reuní tres mil dirhemes. Entonces se me ocurrió emprender un viaje hacia lejanos países, y recordé las palabras de un poeta, que dijo:

Según el esfuerzo, se llega a las cimas; quien busca las cumbres pasa las noches en vela.
Quien busca las perlas debe bucear en el mar, y así consigue el señorío y

la riqueza.
Quien quiere subir sin fatiga, malgasta la vida en busca de un imposible.

» Al fin me decidí y compré mercancías, objetos y las cosas que necesitaba para el viaje. Me dispuse a navegar y embarqué. Con un grupo de comerciantes descendí por el río hasta Basora, y luego cruzamos el mar durante días y noches: pasamos de isla en isla, de mar en mar y de tierra en tierra. Por doquiera pasábamos, vendíamos, comprábamos y cambiábamos nuestras mercancías. Seguimos nuestro viaje hasta llegar a una isla que parecía un jardín del paraíso. El capitán de la embarcación mandó anclar, y así lo hicieron los marinos: echaron las anclas, ataron la escalera, y todas las personas que iban en el buque desembarcaron en la isla; construyeron hogares, encendieron fuego en ellos y se dedicaron a varias ocupaciones: unos cocinaron, otros lavaron, y otros se dedicaron a pasear; yo fui uno de éstos, pues recorrí los distintos lugares de la isla. Los pasajeros se habían reunido para comer, beber, distraerse y jugar.

» El capitán del navío, mientras nosotros nos esparcíamos, permaneció de pie a la orilla del mar. De pronto chilló con su voz más fuerte: "¡Pasajeros! ¡Salvaos! ¡Corred! ¡Embarcad de prisa en la nave y abandonad vuestras cosas! ¡Salvad vuestras vidas! La isla en que estáis no es tal isla: es un pez enorme, que se ha parado en medio del mar. La arena se ha amontonado encima, y desde hace tiempo han crecido en ella los árboles. Ha notado el calor que despedía el fuego que habéis encendido, se ha puesto en movimiento, y ahora se dispone a sumergirse en el mar con todos vosotros. ¡Salvaos y abandonad vuestras cosas!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sindbad prosiguió así su relato: « Los pasajeros, al oír las palabras del capitán, corrieron y se precipitaron por subir al navío. Abandonaron sus efectos, los utensilios, las cacerolas y los hornos y unos consiguieron llegar a la embarcación y otros no, pues la isla se movió, descendió a las profundidades del mar con todos los que aún quedaban encima de él, y luego el agitado mar y las tumultuosas olas se cerraron sobre sus lomos.

» Yo me contaba entre los que no pudieron reembarcar, por lo que me hundí también. Pero Dios (¡ensalzado sea!) me salvó y me hizo escapar de morir ahogado, ya que puso al alcance de mi mano un gran tronco de madera que habían utilizado para lavar. Me así a él y me senté a horcajadas; fui chapoteando con los pies a modo de remos, mientras las olas me empujaban a derecha e izquierda. El capitán había desplegado velas y zarpado con los que consiguieron reembarcar, sin preocuparse de los que habían quedado en el agua. Seguí mirando el buque hasta que lo perdí de vista. Entonces creía que iba a morir.

» En esta situación permanecí dos noches y un día. El viento y las olas me fueron favorables, pues me arrojaron al pie de una escarpada isla cubierta de árboles, que proyectaban su sombra en el mar. Cogí una rama de un árbol muy alto y trepé por ella; vi que tenía los pies hinchados, y que en las plantas de los mismos había señales de que los peces habían comido sin que yo me hubiese dado cuenta de ello, dado lo grave de mi situación, la angustia y el cansancio. Me tendí en la playa como si estuviese muerto. Perdí el conocimiento y quedé sumido en un profundo sueño. En este estado permanecí hasta el día siguiente.

» Me desperté cuando ya el sol estaba alto, y vi que mis pies se habían hinchado. Me entristecí al comprobar la situación en que me encontraba, y anduve un trozo a rastras y otro de rodillas. La isla estaba repleta de árboles frutales y de fuentes de agua dulce. Comí frutas, y así pasé unos cuantos días y noches. Pude rehacerme, recuperé el ánimo, mis movimientos se hicieron más seguros y empecé a pensar en recorrer la isla y pasear entre los árboles que Dios (¡ensalzado sea!) había creado. Me hice un bastón con una rama de árbol y me apoyé en él.

» Cierto día, en que paseaba de esta manera por una región de la isla, distinguí a lo lejos una silueta. Creí que se trataba de una fiera o de un animal marino. Me acerqué a ella y vi que se trataba de un enorme caballo, atado junto a la orilla. Me aproximé a él, pero un grito horrible me asustó y quise volver atrás. Vi que me llamaba un hombre que había salido de debajo de la tierra: "¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Qué ha motivado tu venida a este lugar?" Le contesté: "¡Señor mío! Sabe que soy un extranjero que viajaba en un buque. Naufragué con algunos otros navegantes. Dios me deparó un tronco de madera, en el que monté a horcajadas y en el cual las olas me han arrojado a esta isla". Al oír mis palabras, me cogió por la mano y me dijo: "¡Ven conmigo!"

» Me hizo bajar a una mazmorra subterránea, entró en otra habitación y me hizo sentar en la testera de la misma. Me trajo algo de comer, y yo, como estaba hambriento, comí hasta hartarme. Luego me preguntó por mi situación y por lo que me había ocurrido. Le referí todo lo que me había pasado desde el principio hasta el fin, y él se quedó admirado de mi historia. Al terminar mi relato, dije: "¡Dios te proteja, señor mío! No me reprendas, pues te he explicado mi verdadera situación y lo que me ha ocurrido. Ahora desearía que me informaras de quién eres y cuál es la causa que te hace permanecer en esta habitación subterránea, así como por qué tienes atada esa yegua al lado del mar". "Sabe que formo parte de una multitud de hombres diseminados por esta isla. Somos los palafreneros del rey Mihrachán, y cuidamos de sus caballos.

» "Cada mes, cuando aparece la luna nueva, traemos aquí las mejores yeguas que aún no han sido cubiertas, y las atamos en la isla. Nos escondemos en estas habitaciones subterráneas para que no nos vea nadie. Algún caballo marino huele a las yeguas, sale a la orilla y, al no ver a nadie, salta sobre una y la cubre.

Luego quiere llevársela consigo, pero no puede porque está atada. Entonces el macho relincha y le da coces y cabezadas. Los relinchos son para nosotros la señal de que ya la ha fecundado, y entonces salimos chillando hacia él. El macho se asusta y se sumerge en el mar, mientras la yegua queda preñada y da a luz un potro o una potra que valen un tesoro, pues no se encuentra sobre la faz de la tierra ninguno que los iguale. Ahora ha llegado el momento de salir el caballo. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, te llevaré conmigo ante el rey Mihrachán…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el hombre prosiguió: « “…Si Dios quiere te llevaré ante el rey Mihrachán] y te mostraré nuestro país. Sabe que de no habernos encontrado no habrías visto nunca a nadie en este lugar y hubieses muerto de miseria, sin que nadie hubiera sabido nada más de ti. Gracias a mí, podrás vivir y regresar a tu patria”. Hice votos por él, y le di las gracias por su bondad y su virtud. Mientras así hablábamos, salió el caballo marino, dio un gran relincho y saltó encima de la yegua. Cuando hubo satisfecho su deseo, quiso llevársela consigo, pero no pudo; mientras el macho relinchaba y daba coces, el palafrenero empuñó la espada y cogió un escudo; salió por la puerta de la habitación y llamó a sus compañeros: “¡Adelante! ¡Hacia el corcel!” Avanzaba golpeando con la espada en el escudo; salió una multitud de lanceros gritando. El corcel se asustó, se arrojó al mar como si fuese un búfalo, y desapareció debajo del agua. El hombre se detuvo un momento y esperó a que sus compañeros se acercasen. Cada uno llevaba una yegua. Al verme con él, me preguntaron qué me había ocurrido. Yo les repetí la historia. Se acercaron a mí, extendieron el mantel, y me invitaron.

» Comí con ellos. Después se levantaron, montaron a caballo y me invitaron a hacer lo mismo. Viajamos sin interrupción hasta llegar a la ciudad del rey Mihrachán. Se presentaron ante éste y lo informaron de mi historia. El rey me mandó llamar. Me hicieron entrar y me colocaron delante de él. Yo lo saludé, y él me devolvió el saludo, me dio la bienvenida y me trató honrosamente. Me preguntó cómo me encontraba, y yo le expliqué todo lo que me había ocurrido y todo lo que había visto. Él se admiró mucho y exclamó: “¡Hijo mío! ¡Por Dios que te has librado de un modo inesperado! De no ser así, jamás habrías podido escapar de tales adversidades. ¡Demos gracias a Dios por tu salvación!” Me hizo regalos, me colmó de honores, me convirtió en uno de sus íntimos y me halagó con palabras y buenos tratos. Me nombró administrador del puerto de mar y escribano de todos los buques que tocaran tierra allí.

» Permanecí allí a su lado para cuidar de sus intereses, y él empezó a hacerme dones y favorecerme de varias formas. Me regaló un hermoso vestido

de Corte, y me nombró mediador y defensor de los intereses privados. Así continué durante cierto tiempo. Siempre que paseaba por la orilla del mar preguntaba a los comerciantes, a los viajeros y a los marinos la dirección en la que se encontraba la ciudad de Bagdad, con la esperanza de que quizás alguno de ellos me informase y yo pudiera marchar hacia allí, pues ya estaba harto de tan larga ausencia. Mas he aquí que cierto día entré a ver al rey Mihrachán y vi junto a él una muchedumbre de indios. Los saludé, me devolvieron el saludo, me dieron la bienvenida y me preguntaron de qué país era. Les contesté, y a mi vez les pregunté por su patria.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « … Me dijeron que eran gentes de distintas procedencias: unos eran de Sakiriyya[235], de la más noble de sus castas, que no vejaba ni violentaba a nadie; otros eran brahmanes; éstos jamás beben vino, pero viven felices y tranquilos, en medio del juego y de la música; poseen camellos, caballos y ganados. Me explicaron que los indios se dividen en setenta y dos sectas, de lo cual me quedé boquiabierto. En el reino de Mihrachán vi, entre otras, una isla llamada Kabil, en la cual se oye él repicar de adufes y tambores durante toda la noche. Los habitantes de las islas y los viajeros me informaron de que sus habitantes eran gente serena y sensata. También vi en sus aguas un pez que medía doscientos codos de longitud, y otro con cara de búho.

» Durante aquel viaje vi muchas cosas maravillosas, pero si os las contase me extendería demasiado. Seguí visitando aquellas islas, hasta que cierto día en que estaba a orilla del mar, con un bastón en la mano, según mi costumbre, vi que una nave se acercaba repleta de comerciantes. Cuando llegó al puerto, la registré. El capitán arrió las velas, echó las anclas, tiró la escala, y los marineros bajaron a tierra todo lo que transportaba el buque. El desembarque fue lento, y yo, en pie, efectué el registro. Pregunté al capitán: "¿Ha quedado algo en tu buque?" "Sí, señor mío. Tengo aún mercancías en la cala, puesto que su dueño pereció ahogado en cierta isla, mientras navegábamos. Sus mercancías han quedado confiadas a nosotros, y nos proponemos venderlas y sacar su precio para entregárselo a su familia, que reside en la ciudad de Bagdad, morada de paz." "¿Cómo se llamaba el dueño de esas mercancías?" "Sindbad el marino."

» Al oír estas palabras, clavé la mirada en él, lo reconocí y grité con fuerza: "¡Capitán! He aquí al dueño de esas mercancías, pues soy Sindbad el marino, el que desembarcó en la isla al mismo tiempo que los demás comerciantes. Cuando el pez se movió con nosotros y tú nos avisaste, sólo pudo embarcar parte de la gente. Yo no pude hacerlo, pero Dios (¡ensalzado sea!) me protegió y me salvó

de morir ahogado, gracias a uno de los troncos en que habían lavado los viajeros. Me subí a él, chapoteé con los pies, y los vientos y las olas me empujaron hacia esta isla. Puse el pie en ella, y Dios (¡ensalzado sea!) me auxilió y me permitió encontrar a los palafreneros del rey Mihrachán, quienes me condujeron hasta esta ciudad y me presentaron a su rey. Referí a éste toda mi historia, y él me favoreció y me nombró escribano del puerto de esta ciudad. Así he prosperado en su servicio y he alcanzado su favor. Esos fardos que tienes constituyen mis mercancías y son mi propiedad".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « El capitán replicó: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Ya no quedan personas fieles ni honradas". "¡Capitán! ¿Por qué dices eso? Tú me has escuchado, y yo te he referido mi historia." "Es que tú, al oírme decir que tengo unas mercancías cuyo dueño se ha ahogado, quieres apropiarte de ellas sin derecho alguno, y esto constituye un pecado. Nosotros hemos visto cómo él se ahogaba. Con él había otros muchos pasajeros, y ninguno se ha salvado. ¿Cómo puedes pretender que eres el dueño de las mercancías?" "¡Capitán! Escucha mi historia y atiende mis palabras. Verás cómo digo la verdad; la mentira es un distintivo de los hipócritas." Le referí todo lo que me había sucedido con él desde el momento en que zarpamos de la ciudad de Bagdad hasta llegar a la isla en que nos hundimos, y añadí algunos detalles de hechos ocurridos entre nosotros dos. El capitán y los comerciantes vieron entonces que decía la verdad, me reconocieron y me felicitaron por haberme salvado. "¡Por Dios! ¡No creíamos que hubieses podido escapar del naufragio! ¡Dios te ha concedido una nueva vida!"

» Me entregaron mis mercancías, y encima de los fardos encontré escrito mi nombre; no faltaba nada. Los abrí, saqué un objeto precioso, muy caro, y di instrucciones a los marineros de que lo desembarcasen. Lo llevé al rey, se lo ofrecí como regalo y lo informé que se trataba de la nave en que yo había viajado. Le dije que habían llegado todas mis mercancías, sin faltar nada, y que aquel regalo lo había sacado de ellas. El rey se admiró mucho de todo aquello, y vio que era verdad cuanto le había referido. Como me quería, me honró más y más, y a cambio de mi regalo me hizo muchísimos dones. Después vendí mis efectos y los objetos que llevaba, y gané muchísimo. Compré mercaderías, objetos y utensilios de aquélla ciudad.

» Cuando los comerciantes que iban en el buque iban a reemprender el viaje, embarqué todo lo que poseía y fui a ver al rey: le di las gracias por sus favores y por su generosidad, y le pedí permiso para regresar a mi país, junto a mi familia.

Me lo concedió, y en el momento de la partida me regaló gran número de productos de aquella ciudad. Me despedí de él, embarqué y emprendimos el viaje con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!). Tuvimos buena estrella, el destino nos fue favorable, y no paramos de navegar noche y día hasta que llegamos, sin novedad, a Basora. Desembarcamos y permanecimos poco tiempo en ella. Yo estaba contento por haberme salvado y haber podido regresar a mi tierra.

» Luego me dirigí a Bagdad, morada de paz, llevando muchos fardos, utensilios y objetos muy valiosos. Corrí a mi barrio, entré en mi casa, y acudieron a verme todos mis parientes y amigos. Me compré gran número de eunucos, criados, mamelucos, concubinas y esclavos. Adquirí casas, fincas y terrenos en mayor cantidad que los que había tenido. Empecé a frecuentar el trato de los amigos y conocidos, aún más estrechamente que antes. Olvidé todas las fatigas, penas, añoranzas y terrores que había sufrido durante el viaje, y sólo me preocupé de los placeres, de las alegrías, de los guisos exquisitos y de las buenas bebidas y continué viviendo de esta manera.

» Esto es lo que hace referencia a mi primer viaje. Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, os contaré la historia del segundo de mis siete viajes.»

Sindbad el marino invitó a cenar a Sindbad el faquín y mandó que le diesen cien mizcales de oro. Le dijo: « Hoy nos has alegrado con tu compañía» . El faquín le dio las gracias, cogió lo que le regalaba y se marchó a sus asuntos, admirándose mucho al pensar en aquello que puede suceder a las personas. Pasó la noche en su domicilio, y al llegar la mañana siguiente corrió a casa de Sindbad el marino y entró. Éste le dio la bienvenida, lo honró, lo hizo sentar a su lado, y cuando llegaron los restantes amigos, les sirvieron de comer y beber. El tiempo transcurrió agradable y alegremente.

SEGUNDO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

Sindbad el marino empezó a explicar: « Sabed, hermanos míos, que yo vivía en la más dulce de las vidas y en la felicidad más absoluta, conforme os conté ayer» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Pero cierto día se me ocurrió emprender un viaje por otras tierras, ya que en mi interior ansiaba volver a comerciar y a recorrer los países y las islas y hacer buenos negocios. Resuelto a hacerlo, saqué gran parte de mis riquezas y compré con

ellas mercancías y objetos apropiados para el viaje, las embalé y me dirigí a la orilla del río. Encontré un buen buque, nuevo, que tenía una hermosa vela de tela, numerosos tripulantes y aparejos. Mandé embarcar mis fardos, y subí a bordo junto con una multitud de comerciantes. Zarpamos aquel mismo día, y navegamos felizmente de mar en mar y de isla en isla. En todos los lugares en que anclábamos, recibíamos a los comerciantes, a los magnates del reino, a los vendedores y a los compradores. Vendíamos, comprábamos y cambiábamos las mercancías.

» Así seguimos hasta que el hado nos condujo a una hermosa isla con multitud de árboles cargados de frutos maduros, flores olorosas, pájaros cantores y riachuelos cristalinos. Pero en ella no había casas ni hogares de fuego. El capitán ancló junto a la costa, y los comerciantes y viajeros desembarcaron en la misma, contemplaron los árboles y los pájaros que en ella vivían y alabaron al Dios único y todopoderoso, admirados del poder del Rey omnipotente. Yo desembarqué al mismo tiempo que los demás, me senté al lado de una fuente de agua cristalina, y como llevaba algo de comer, me instalé en aquel lugar y me comí lo que Dios (¡ensalzado sea!) me había deparado. El céfiro era muy agradable, y el tiempo, magnífico, por lo que me entró la pesadez del sueño: me quedé dormido con aquella brisa tan placentera y aquellos penetrantes perfumes.

» Al levantarme no encontré a nadie. El buque había zarpado, sin que nadie de los pasajeros o tripulantes se acordasen de mí; me habían abandonado en la isla. Me volví a derecha e izquierda pero no vi a nadie más. Me entró un terror profundo, hasta el punto de que por poco me estalla el corazón de pena y tristeza. Me había quedado sin ninguna de las ventajas del mundo, y no tenía qué comer o beber; además estaba solo. Desesperé de la vida y dije: “Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe. Si la primera vez me salvé y encontré quien me llevase consigo desde aquella isla hasta la civilización, esta vez no creo que vuelva a tener la misma suerte”. Empecé a llorar y a lamentarme, y me entró tal rabia, que me maldije a mí mismo por lo que había hecho: volver a viajar y fatigarme, después de haberme instalado cómodamente en mi casa y en mi país, en donde vivía satisfecho y tenía a mi disposición comidas, bebidas y vestidos magníficos, sin necesitar dinero ni mercancías.

» Me arrepentí de haber abandonado Bagdad y emprendido un viaje por mar después de haber sufrido tantas fatigas y haber estado a punto de morir en el primero. Exclamé: “¡Nosotros somos de Dios, y a Él volvemos!” Me volví casi loco. Me puse de pie rabiosamente y empecé a recorrer la isla en todas direcciones, sin poder detenerme en ningún sitio. Después me subí a un árbol altísimo y extendí la mirada en derredor, sin ver más que agua, árboles, pájaros, islas y arenas. Al mirar más atentamente distinguí algo blanco y muy grande que había en la isla. Bajé del árbol, me dispuse a ver de qué se trataba y marché en aquella dirección. Era una gran cúpula blanca, muy elevada y de gran

circunferencia. Me acerqué, di la vuelta en torno a ella y no encontré ninguna puerta ni tuve fuerza ni agilidad suficientes, dado lo lisa que era, para trepar por ella. Señalé el sitio en que me encontraba y medí su circunferencia: tenía cincuenta pasos justos.

» Empecé a pensar qué hacer para conseguir entrar, pues se acercaba la noche. De repente se ocultó el sol. Pensé que tal vez había sido tapado por una nube, pero como estábamos en verano me extrañó. Levanté la cabeza y vi un pájaro enorme, de gigantesco cuerpo y descomunal envergadura de alas, que surcaba el aire. Había tapado el sol a su paso. Me admiré muchísimo, y recordé una historia…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « … Recordé una historia] que había oído hacía tiempo a los viajeros y caminantes: En una isla vivía un pájaro enorme, llamado *ruj*, que alimentaba a sus polluelos con elefantes. Entonces me convencí de que la cúpula que estaba viendo era un huevo de *ruj*, y me admiré de la creación de Dios (¡ensalzado sea!). Mientras me encontraba en esta situación, el pájaro descendió sobre la cúpula, empezó a incubarla con las alas, y apoyando las patas en el suelo por detrás, se durmió encima. ¡Gloria a Aquel que no duerme! Entonces deshice el turbante que llevaba en la cabeza, lo doblé y lo trencé hasta que quedó transformado en una cuerda; me ceñí la cintura con él y me até al pie de aquel pájaro lo más fuertemente que pude. Me dije: "Éste tal vez me conduzca a los países habitados y civilizados. Prefiero hacer esto a continuar en la isla". Pasé aquella noche en vela, temeroso de dormirme y de que el pájaro arrancase a volar estando yo inconsciente.

» Al hacerse de día, el ave se levantó del huevo, dio un grito fortísimo y se elevó conmigo por los aires. Creí que había llegado a las nubes. Luego descendió hasta posarse en el suelo, en un lugar elevado. En cuanto toqué tierra me apresuré a desatarme, pues temía que el bicho advirtiese mi presencia; pero no notó nada. Luego de haber desatado el turbante y de haberme desligado de su pata empecé a andar por aquel lugar. El *ruj* cogió algo entre sus garras y se echó a volar de nuevo. Me fijé en lo que llevaba: era una serpiente enorme, que transportaba en dirección al mar. Me admiré mucho de todo esto, y paseé por el lugar. Me encontraba en un altozano, a cuyo pie corría un río profundo y ancho, encajonado entre montañas elevadísimas, cuyas cimas no alcanzaba a distinguir; nadie tiene fuerzas suficientes para escalarlas. Al ver aquello, me dije: "¡Ojalá me hubiese quedado en la isla, que era más hermosa que este lugar desértico! Por lo menos allí había variadas clases de fruta para comer, y riachuelos en los

que beber. En cambio, aquí no hay ni árboles, ni frutos, ni ríos. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Escapo de una calamidad para caer en otra mayor y más peligrosa!”

» Me puse en pie, traté de animarme y empecé a recorrer el valle. Todo su suelo estaba cubierto de diamantes; los metales preciosos y las gemas afloraban por doquier; había porcelana y ónice: ésta es una piedra dura, seca, que ni el hierro ni la roca pueden tallar ni partir; únicamente puede hacerse esto con la piedra de plomo. Todo el valle estaba lleno de serpientes y víboras, cada una de las cuales tenía el tamaño de una palmera; eran tan enormes, que podrían muy bien tragarse un elefante. Aparecían por la noche y se ocultaban durante el día, dado el temor que les infundían el pájaro *ruj* y las águilas, que, no sé por qué razón, las cogen para despedazarlas. Me arrepentí de lo que había hecho, mientras exclamaba: “¡Por Dios! He precipitado mi muerte”.

» Se acercaba la noche, y yo seguía recorriendo el valle en busca de un lugar en el que poder dormir, pues aquellas serpientes me causaban pánico. Me había olvidado de comer y de beber, preocupado sólo de salvar mi vida. Distinguí cerca una cueva y me encaminé hacia ella. La boca era estrecha. Me metí, vi una gran piedra junto a la puerta, la empujé y cerré con ella la entrada. Me dije: “Al menos aquí estaré a seguro. Cuando se haga de día, saldré y veré qué es lo que hace el destino”. Me metí más hacia el interior de la cueva y vi que en el fondo había una enorme serpiente, que dormía incubando sus huevos. Temblé de miedo, los pelos se me erizaron, y me entregué en manos del destino. Permanecí despierto casi toda la noche, y al llegar la aurora removí la piedra que obstruía la entrada y salí de la cueva como si fuese un borracho; iba mareado por lo largo de la vela, por el hambre y por el miedo.

» Mientras me encontraba en este estado, cayó una res sacrificada delante de mí, sin que viese a nadie. Me admiré mucho de ello y recordé una historia que había oído contar, hacía mucho tiempo, a comerciantes, viajeros y trotamundos. Decían que en los montes de los diamantes había grandes horrores y que nadie podía llegar hasta ellos, pero que los comerciantes que negociaban con estas piedras empleaban un truco para conseguirlas: tomaban una res, la sacrificaban, la desollaban, cortaban la carne a pedazos y la echaban desde lo alto del monte al valle. La carne caía aún fresca, y se adherían a ella algunas de estas piedras. Los comerciantes la dejaban hasta el mediodía, hora a la cual bajaban las águilas y los *ruj*, cogían la carne entre sus garras y remontaban el vuelo con ella hasta la cima del monte. Entonces, los comerciantes corrían hacia ellos, gritaban y los asustaban, y los animales dejaban la carne; los hombres conseguían así las piedras que se habían adherido, y luego abandonaban la carne a los pájaros y a las fieras llevándose las piedras a su país. Nadie podía conseguir los diamantes si no era por este medio» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Al ver la res sacrificada, me acordé de este relato, me acerqué a ella, recogí muchas piedras preciosas, me las metí en los bolsillos y entre las ropas: en la cintura, turbante y en todos los huecos. Mientras hacía esto vi caer una gran res. Me até a ella con el turbante, me tendí de espaldas y me la coloqué encima del pecho; me agarré a ella y la mantuve elevada. De pronto, un águila se abatió sobre la presa, la cogió entre sus garras y levantó el vuelo, mientras yo seguía colgado de ella. Se posó en lo más alto del monte, y ya iba a empezar a desgarrarla, cuando se oyó un gran griterío y ruido con leños. El águila, asustada, levantó el vuelo y yo me desprendí de la res. Mis vestidos estaban tintos de sangre.

» Me quedé allí, y pude ver cómo el comerciante que había asustado al águila se acercaba a la res. Al verme, fue presa del temor. Se acercó a la carne, la removió y no encontró nada. Lanzó un grito y exclamó: "¡Qué desilusión! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Refugiémonos en Dios frente a Satanás, el Lapidado!" En su dolor, daba palmadas y decía: "¡Qué pérdida! ¿Qué significa esto?" Me acerqué hacia él, y me preguntó: "¿Quién eres? ¿Cómo has venido hasta este lugar?" "No te asustes ni tengas miedo. Soy un hombre de bien, un comerciante, y mi historia es larga y prodigiosa. La manera cómo he llegado hasta aquí constituye un portentoso relato. No temas, pues recibirás de mí lo que te ha de hacer feliz, ya que tengo multitud de diamantes, y te daré de ellos una cantidad suficiente. Una cualquiera de mis piedras es más hermosa que todo lo que tú pudieras procurarte. No te asustes ni temas." Entonces aquel hombre me dio las gracias, me bendijo y habló conmigo. Los comerciantes —cada uno de los cuales había tirado una res—, al oír que yo hablaba con su compañero, se acercaron. Al llegar junto a nosotros nos saludaron, me felicitaron por haberme salvado y me llevaron con ellos.

» Yo les referí toda mi historia, lo mucho que había sufrido durante mi viaje, y les expliqué cómo había conseguido llegar allí. Al dueño de la res de la cual me había colgado, le di una buena parte de mis diamantes. Se alegró mucho, me bendijo y me dio las gracias. Los comerciantes me dijeron: "¡Por Dios! ¡Éste te ha concedido una nueva vida, pues nadie antes que tú ha conseguido llegar a este sitio y escapar de él! ¡Gracias a Dios, que te ha salvado!" Pasamos la noche en un lugar agradable y seguro, y yo estaba muy contento por haber podido escapar del valle de las serpientes y llegar a un país civilizado. Cuando se hizo de día levantamos el campo, emprendimos la marcha por aquel gran monte y vimos numerosas serpientes en el valle. Estuvimos andando hasta llegar a un jardín situado en una grande y hermosa isla, en la que están los árboles de los que se extrae el alcanfor. Cada uno de ellos arroja una sombra que puede cobijar a cien

hombres. Cuando se quiere obtener el alcanfor, se hace un agujero, con un instrumento largo, en la parte más alta, y se recoge el agua de alcanfor que cae, y que se espesa como la goma; este líquido es la savia del árbol. Después, el árbol se seca y sólo sirve para leña.

» En esa isla hay unos animales llamados rinocerontes. Pastan en ella de la misma manera que las vacas o los búfalos en nuestro país, pero el cuerpo de esos animales es mayor que el de un camello, y se alimentan de forraje. Son unas bestias enormes, provistas de un grueso cuerno en medio de su cabeza; la longitud de éste es de diez codos, y en él se distingue la figura de un hombre. También hay vacas. Los marinos, los viajeros y los trotamundos que recorren los montes y las tierras nos han referido que el rinoceronte puede llevar un gran elefante clavado en el cuerno, y pasta, con él, en la isla y en las playas sin darse cuenta. El elefante muere clavado en el cuerno, y el calor del sol va derritiendo sus grasas, que caen en la cabeza del rinoceronte, le entran en los ojos y lo ciegan. Entonces el animal se tiende en la playa hasta que llega el ave *ruj*, lo coge con sus garras y vuela con él para entregárselo, junto con lo que lleva en el cuerno, como alimento para sus polluelos.

» En aquella isla vi muchas especies de búfalos que no existen entre nosotros. También había muchísimos diamantes, como los que yo había guardado en mi bolsillo. Mis compañeros me los cambiaron por mercancías y otros objetos, me dieron dirhemes y dinares y yo seguí viajando con ellos, visitando los países y contemplando lo creado por Dios, de valle en valle y de ciudad en ciudad. Vendimos y compramos hasta llegar a Basora. Permanecimos en ella algunos días, después de los cuales yo me vine a Bagdad…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « … Después yo me vine a Bagdad,] morada de paz. Me dirigí a mi barrio y entré en mi casa llevando muchísimos diamantes de todas clases, grandes riquezas, objetos y mercancías magníficas. Me reuní con mis familiares y parientes; hice limosnas, regalos y dones a todos mis allegados y amigos, y volví a comer bien, a beber mejor, a llevar buenos vestidos y a tener una intensa vida de relación. Olvidé todo lo que había sufrido. Mi vida transcurrió feliz, tranquila y alegre entre la música y los juegos. Todos los que se enteraban de mi regreso acudían a verme, a interrogarme por mi viaje y por la situación de los distintos países. Yo los informaba y les contaba lo que había pasado y lo que había sufrido. Se admiraban de mis muchas penalidades, y me felicitaban por haberme salvado. Esto es lo último que me ocurrió durante mi segundo viaje. Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, os contaré lo que me sucedió en el tercer viaje.»

Cuando Sindbad el marino hubo terminado de contar su historia a Sindbad el faquín, todos los presentes estaban admirados. Cenaron, y entonces Sindbad el marino ordenó que entregasen a su homónimo cien mizcales de oro. Los cogió y se marchó a sus cosas, admirado de lo mucho que había llegado a sufrir Sindbad el marino. Cuando estuvo en su casa, rezó por él.

Al amanecer del día siguiente, Sindbad el faquín, siguiendo la orden de su homónimo, se dirigió al domicilio de éste. Entró y le dio los buenos días. Recibió la bienvenida y se sentó con él hasta que hubieron llegado todos los amigos y contertulios. Comieron, bebieron, se distrajeron y estuvieron alegres y contentos. Después, Sindbad el marino empezó a hablar.

TERCER VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

Dijo: « Sabed y oíd, hermanos, la historia de este viaje, pues es más maravillosa que las precedentes. Dios conoce mejor que nadie sus misterios, y es el más sabio. Así, cuando hacía ya tiempo que regresé del segundo viaje, estaba satisfecho, feliz y contento por haberme salvado, pues había obtenido muchísimos bienes conforme os conté ayer —Dios me había hecho recuperar todo lo que habla perdido—. Permanecí en Bagdad cierto lapso de tiempo, viviendo feliz, satisfecho, alegre y tranquilo. Pero mi espíritu me impulsó de nuevo a viajar, a ver otras cosas, y se apoderó de mí la tentación de comerciar y obtener ganancias y beneficios. 'El espíritu nos empuja siempre al mal.'[236] Me decidí, y compré muchas mercancías apropiadas para los viajes por mar, las enfardé para la travesía y me dirigí con ellas hasta Basora.

» Me acerqué a la orilla del mar, vi una gran nave repleta de comerciantes y pasajeros, gentes de bien y personas excelentes y buenas, religiosas, bienhechoras y piadosas. Me embarqué con ellas y navegamos con la bendición, la ayuda y el auxilio de Dios, y con buenos augurios de tener un magnífico viaje, sin incidentes. Navegamos de mar en mar, de isla en isla y de ciudad en ciudad. Visitábamos todos los lugares por los que pasábamos, y en ellos vendíamos y comprábamos. Estuvimos contentos y felices hasta que, cierto día en que navegábamos por alta mar, en donde las olas entrechocan, el capitán, que estaba en un lado de la embarcación oteando la superficie del agua, empezó a abofetearse la cara, plegó velas, mandó echar las anclas, se mesó la barba, desgarró sus vestidos y empezó a gritar a grandes voces. Le preguntamos: "¡Capitán! ¿Qué ocurre?" "¡Dios os bendiga, pasajeros! Sabed que el viento nos ha arrastrado hasta el medio del mar. El destino, para nuestro mal, nos ha hecho llegar al Monte de los Monos. Jamás ha escapado nadie de los que han desembarcado en este lugar. Mi corazón presiente que moriremos todos."

» Cuando el capitán terminó de hablar, los monos ya rodeaban la nave por

todas partes. Había tantos, que parecían una nube de langosta. Se extendieron por toda la nave y por tierra. No quisimos matar, golpear ni expulsar a ninguno por miedo a que nos matasen, dado su gran número, ya que éste vence al valor. Temíamos que saquearan nuestros víveres y nuestras cosas. Eran unos bichos muy repugnantes: tenían pelos como las crines del león, su aspecto asustaba, y nadie podía entender lo que decían. Eran salvajes con los hombres; tenían los ojos amarillos, el rostro negro, y el cuerpo, menudo. Su alzada era de unos cuatro palmos. Subieron por las cuerdas del ancla, las cortaron con los dientes y rompieron todos los cables que estaban en las bandas de la nave: el viento empujó la nave, la arrastró y fue a encallar en el monte. Los monos se agarraron a todos los mercaderes y comerciantes y desembarcaron en la isla; se apoderaron de la nave y de todo lo que contenía, y se marcharon. Mientras permanecimos en aquella isla, comimos de sus frutos, verduras y productos naturales, y bebimos el agua de sus ríos. En medio de ella descubrimos un gran edificio, y nos dirigimos hacia él. Era un castillo bien construido, con murallas elevadas y una puerta de madera de ébano, que se abría sobre dos batientes. Entramos en él y fuimos a parar a un sitio que parecía un patio muy grande. Alrededor había muchas puertas altas, y en el centro, un banco grande y elevado. Junto a los hornos estaba colgada una batería de cocina, y a su alrededor, muchos huesos. Pero no encontramos a nadie. Todo esto nos admiró mucho, y nos sentamos un rato en el patio.

» Nos quedamos dormidos hasta la puesta del sol. Entonces tembló la tierra bajo nuestros pies, oímos que alguien gritaba en el aire y vimos que desde lo más alto del castillo bajaba hacia nosotros un ser enorme, con figura humana: negro, de estatura tan elevada, que parecía ser una palmera gigante; sus ojos parecían carbones encendidos, y sus colmillos eran semejantes a los del cerdo; su desmesurada boca parecía la abertura de un pozo; los labios eran como los de un camello, y le colgaban hasta el pecho; las orejas, como dos tapetes, le caían por los hombros, y sus uñas parecían las garras de las fieras. Al ver aquella aparición perdimos el conocimiento, el terror nos invadió, el miedo aumentó, y permanecimos inmóviles como muertos por el miedo, temor y espanto.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Cuando hubo descendido, se sentó un momento en el banco. Después se levantó y se acercó a nosotros, me cogió a mí y me levantó del suelo: me palpó y me dio vueltas como si se tratara de un pequeño bocado. Me reconoció del mismo modo que el matarife hace con la res que va a degollar. Me encontró débil por el mucho terror y flaco por la mucha fatiga y el viaje: no tenía carne. Entonces me soltó y cogió

a otro; le hizo lo mismo que había hecho conmigo y lo soltó también. Así fue palpándonos y reconociéndonos uno tras otro, hasta que llegó al capitán del buque. Era un hombre grueso, robusto, de anchas espaldas, fuerte y recio. Éste le gustó: lo agarró del mismo modo que el matarife sujeta a la res, lo tiró al suelo y le aplastó el cuello con el pie. Luego cogió un largo asador, se lo metió por la garganta y lo sacó por el ano, encendió un buen fuego, colocó encima el cuerpo del capitán y fue dándole vueltas sobre los carbones hasta que la carne estuvo en su punto. Lo sacó del fuego, se puso delante de él y lo trinchó como un hombre trincha un pollo. Empezó a cortar la carne con las uñas y fue comiendo hasta dejar sólo la piel y los huesos; los tiró a un lado del castillo, se sentó un rato y después se tumbó y se quedó dormido encima del banco; al roncar emitía un ruido semejante al mugir de los carneros o de los animales en el momento en que los sacrifican. Durmió hasta por la mañana, y entonces se levantó y se fue.

» Cuando nos cercioramos de que estaba lejos, hablamos y lloramos al considerar la forma en que íbamos a perder la vida, y dijimos: "¡Ojalá hubiésemos muerto ahogados, o los monos nos hubiesen comido! Era preferible a morir asados en las brasas. Es terrible. Pero lo que Dios quiere que sea, es, y no hay fuerza ni poder más que en Dios, el Altísimo, el Grande. Ya hemos muerto de angustia, y nadie sabrá nunca lo que nos ha sucedido. No hay medio de escapar de este lugar". Salimos y recorrimos la isla en busca de un lugar en el que ocultarnos. Cualquier muerte nos parecía poca cosa comparada con la que nos reservaba aquel monstruo. Cayó la tarde sin que encontrásemos lugar en que ocultarnos. Tan asustados estábamos, que volvimos al castillo y nos sentamos un poco. Al cabo de un momento la tierra tembló de nuevo bajo nosotros y volvió a aparecer aquel negro. Se acercó a nosotros y volvió a hacer la misma operación, hasta que encontró uno que le gustó. Lo cogió e hizo con él lo mismo que hiciera con el capitán el día anterior: lo asó y se lo comió sentado en aquel banco. Durmió toda la noche de un tirón, roncando con un ruido que parecía ser el estertor de un animal degollado. Al hacerse de día se levantó y se marchó.

» Nos reunimos y volvimos a hablar: "¡Por Dios! ¡Más valdría arrojarnos al mar y morir ahogados, antes que permanecer esperando este género de muerte, que es horrible!" Uno dijo: "¡Oíd mis palabras! Hemos de ingeniárnoslas para darle muerte: así nos libraremos de nuestra preocupación, y los musulmanes se salvarán de un enemigo, de su opresor". Yo les dije: "¡Oíd, hermanos! Si hemos de matarlo, cojamos estos maderos y transportemos parte de esta leña para hacer con ella una embarcación. Después de haberla construido nos las ingeniaremos para darle muerte, subiremos al bote y nos internaremos en el mar a la buena de Dios, o bien permaneceremos aquí hasta que pase cerca un buque y podamos embarcar en él. Si no pudiésemos matarle, embarcaríamos, nos meteríamos mar adentro, y, aunque nos ahogáramos, habríamos evitado el ser sacrificados y asados al fuego. Si nos salvamos nos salvamos, y si nos ahogamos

morimos mártires”. Todos lo aprobaron: “¡Por Dios! Ésta es una opinión certera, y un buen modo de obrar”.

Nos pusimos de acuerdo sobre el asunto y empezamos a ponerlo en práctica. Transportamos los maderos fuera del castillo, construimos un bote, lo colocamos en la orilla del mar y depositamos en él algunos víveres. Después regresamos al castillo.

» Al caer la tarde, la tierra tembló bajo nosotros, y el negro compareció: parecía un perro rabioso. Empezó a palparnos y a darnos vueltas uno tras otro; cogió uno e hizo con él lo mismo que con los dos anteriores: se lo comió y se durmió encima del banco; sus ronquidos parecían truenos. Entonces nos levantamos, cogimos dos de los asadores de hierro y los pusimos al fuego hasta que se quedaron al rojo vivo y se asemejaron a dos brasas. Nos acercamos con ellos al negro, que seguía durmiendo y roncando. Se los introdujimos en sus ojos y los apretamos con todas nuestras fuerzas, metiéndolos hasta el fondo; sus ojos quedaron destruidos, y él dio un grito enorme que nos atemorizó. Se levantó, rápido, del banco y empezó a buscarnos a tientas; y nosotros podíamos esquivarlo, pues había quedado privado de la vista. Pero, aun así, creímos que había llegado la hora de nuestra muerte, y desesperamos de salvarnos. A tientas se dirigió hacia la puerta y salió gritando. Nosotros seguíamos aterrorizados, pues la tierra temblaba debajo de nosotros por la fuerza de sus gritos. Salió del castillo en busca de auxilio para capturarnos. Volvió acompañado de una hembra, más grande que él y de aspecto aún más salvaje. Al verlo al lado de un ser más repugnante aún, quedamos completamente aterrorizados. Corrimos al bote que habíamos construido, nos embarcamos y nos hicimos a la mar. Pero ellos cogieron grandes piedras y empezaron a tirárnoslas, y así murieron lapidados casi todos los nuestros; sólo quedamos tres.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « El bote nos llevó a una isla. Anduvimos hasta que nos sorprendió la noche. Dormimos un poco, y despertamos de nuestro sueño; vimos que una gran serpiente, de cuerpo enorme y dilatado vientre, nos había rodeado, y, dirigiéndose a uno de nosotros, lo engulló hasta los hombros y luego tragó lo que quedaba; oímos cómo se rompían sus huesos en el vientre. Luego se marchó. Atemorizados, empezamos a pensar en la suerte que nos aguardaba. Dijimos: “¡Por Dios! ¡Esto es algo portentoso! ¡Cada nuevo género de muerte es peor que el anterior! Nos alegrábamos de haber escapado del negro, y ahora nos encontrábamos con algo peor. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Por Dios! Nos hemos salvado del negro y de morir ahogados, pero ¿cómo lograremos salir de esta nueva

calamidad?” Nos pusimos de pie, recorrimos la isla, comimos sus frutos y bebimos el agua de sus ríos. No nos detuvimos hasta el atardecer, en que encontramos un árbol grande y alto. Nos subimos a él y dormimos en la copa. Yo trepé hasta la rama más alta.

» Al llegar la noche volvió la serpiente y buscó a derecha e izquierda. Después se acercó al árbol en que nos encontrábamos, trepó hasta alcanzar a mi compañero y lo engulló hasta los hombros; se enroscó en el árbol y oí el ruido que producían los huesos al romperse dentro de su vientre; luego se lo acabó de tragar. Yo lo vi con mis propios ojos. Después, la serpiente bajó del árbol y se fue. Yo seguí allí el resto de la noche. Cuando se hizo de día y brilló la luz, bajé de la copa con el aspecto de un muerto, tales eran mi terror y mi miedo. Quería arrojarme al mar para quedar libre de las preocupaciones de este mundo, pero no me fue fácil librarme de la vida, pues ésta nos es cara. Me até un sólido madero a lo largo de los pies, y otros, iguales, al lado izquierdo, al derecho y en el vientre, y uno ancho, del mismo tamaño que el de los pies, encima de la cabeza. Había atado los tableros firmemente, y me tendí en el suelo dispuesto a dormir en medio de ellos. Los tablones me rodeaban como si estuviese en una maqsura. Al llegar la noche vino la serpiente, según su costumbre, me miró e intentó cogerme; pero no pudo engullirme, pues yo me encontraba en aquella posición, y los maderos me defendían por todas partes; me rodeó, mas no pudo alcanzarme. Yo lo contemplaba todo con mis propios ojos y eran tales mi miedo y terror, que parecía un muerto.

» Repetidas veces la serpiente se alejó y volvió a acercarse, pero siempre que intentaba darme alcance para engullirme, se lo impedían aquellos tableros, que me protegían por todas partes. Siguió haciendo lo mismo desde la puesta del sol hasta que apareció la aurora, se hizo claro y salió el sol. En este momento se marchó enfurecida. Yo extendí la mano y me quité los maderos: estaba como si fuese un muerto por lo mucho que me había hecho sufrir aquel animal. Me puse de pie y empecé a andar hasta llegar a un extremo de la isla. Desde allí miré hacia el mar y vi una nave en la lejanía, en medio de las olas. Cogí una gran rama de árbol, hice señas con ella y me puse a gritar. Al verme, dijeron: “Vayamos hacia allí, pues tal vez se trate de un hombre”. Se acercaron más y oyeron mis gritos. Entonces llegaron a mi lado y me llevaron con ellos a la nave. Me preguntaron cómo había llegado allí, y yo les expliqué todo lo que me había ocurrido y las muchas calamidades sufridas, desde el principio hasta el fin. Se admiraron grandemente de todo y me dieron vestidos y cubrieron mis desnudeces. Después me ofrecieron alimentos. Yo comí hasta hartarme, y luego bebí agua fresca, con lo cual mi corazón recuperó fuerzas, y mi alma se tranquilizó, y me sentí invadido por un gran bienestar: Dios (¡ensalzado sea!) me había devuelto a la vida después de estar muerto. Alabé a Dios (¡ensalzado sea!) y le di las gracias por sus abundantes favores. Me reanimé tanto, después de

haber estado seguro de mi muerte, que llegué a imaginar que todo aquello había sido un sueño. Viajamos con buenos vientos y con la complacencia de Dios (¡ensalzado sea!), hasta que divisamos una isla llamada Salahita, y el capitán mandó fondear en ella.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Todos los comerciantes y pasajeros desembarcaron, sacaron sus mercancías y vendieron y compraron. El dueño de la embarcación se volvió hacia mí y me dijo: "Escucha: Tú eres un pobre extranjero, y nos has explicado que has sufrido muchas penalidades. Deseo serte útil y ayudarte a volver a tu país, para que en lo futuro me quedes agradecido". "Sí lo estaré, y rogaré por ti." "Sabe que venía con nosotros un viajero, al cual perdimos; ignoramos si vive o ha muerto, pues no hemos oído decir nada de él. Deseo entregarte sus fardos para que los vendas en esta isla y cuides de ellos. Te daré una comisión que equivalga a tu fatiga y a tu trabajo. Lo restante lo guardaremos hasta estar de regreso en Bagdad. Allí preguntaremos por su familia, y le entregaremos las mercancías sobrantes y el importe de lo vendido. ¿Quieres cogerlas y desembarcar en esta isla para venderlas, como hacen los comerciantes?" "¡De buen grado, señor mío! A ti te corresponde el mérito y el favor." Rogué por él y le di las gracias por lo que hacía. Mandó a los mozos y a los marineros que desembarcaran aquellas mercancías y que me las entregasen.

» El escribano del navío dijo: "¡Capitán! ¿Qué son esos fardos que sacan los marineros y los mozos? ¿A nombre de quién debo inscribirlos?" "Al de Sindbad el marino. Éste es el que venía con nosotros; naufragó en la isla, y ya no hemos vuelto a saber nada más de él. Quiero que este extranjero los venda. Cogeremos su importe, le daremos una cantidad correspondiente a su trabajo, y guardaremos el resto hasta que regresemos a Bagdad. Si lo encontramos le daremos su importe, y si no, se lo entregaremos a sus familiares, que residen allí." El escribano replicó: "Tus palabras son correctas, y tu opinión, certera". Cuando oí las palabras del capitán me dije: "¡Por Dios! Yo soy Sindbad el marino, uno de los que naufragaron en la isla".

» Contuve mi impaciencia hasta que desembarcaron los comerciantes y se reunieron para hablar de cosas referentes a la venta y a la compra. Me acerqué al capitán y le pregunté: "¡Señor mío! ¿Sabes cómo era el dueño de estos fardos que me has entregado para que los venda?" "Sólo sé de él que era un hombre de Bagdad, llamado Sindbad el marino. Anclamos en una isla en la que perdimos muchas personas, entre ellas, Sindbad. Y hasta este momento no tenemos noticias suyas." Entonces di un grito, y le dije: "¡Dios me libre! Yo soy Sindbad el

marino, y no me ahogué. Cuando anclaste en la isla, desembarcaron los comerciantes y los pasajeros. Yo estaba entre ellos, y llevaba unos alimentos, que me comí en un rincón, deleitándome de encontrarme en aquel lugar. Me entró modorra y me quedé profundamente dormido. Al levantarme no encontré el buque ni a nadie. Estos bienes son míos, y estas mercancías me pertenecen. Todos los que comercian en diamantes me han visto aparecer en la cima del Monte de los Diamantes, y atestiguarán que yo soy Sindbad el marino, pues yo les referí mi historia y lo que me había sucedido con vosotros en la nave". Les dije que, habiéndome dormido, me habían dejado abandonado en la isla, y que cuando me desperté no encontré a nadie y que me había ocurrido lo que me había ocurrido.

» Los comerciantes y pasajeros, al oír mis palabras, se agruparon en torno a mí. Unos creían que decía la verdad, y otros opinaban que era un embustero. En éstas, uno de los comerciantes, al oírme citar el Monte de los Diamantes, se puso de pie, se acercó a mí y dijo: "¡Oíd mis palabras, compañeros! Cuando os referí lo más maravilloso que había visto en mis viajes, os conté que echábamos reses sacrificadas en el Valle de los Diamantes, y que yo había arrojado, como los demás, y conforme era mi costumbre, una res, colgado a la cual subió un hombre. Vosotros no me quisisteis creer y me tratasteis de embustero". "¡Sí! Nos contaste todo eso, pero no te creemos." "Éste es el hombre que subió colgado de mi res; es el que me dio tal cantidad de magníficos diamantes, tan caros, que no tienen semejantes, y me recompensó con mucho más de lo que me hubiese proporcionado mi res. Lo llevé conmigo a Basora, desde donde regresó a su país, y nosotros nos despedimos de él y regresamos al nuestro. Es éste, el que nos ha dicho que se llama Sindbad el marino, y que nos acaba de contar cómo zarpó la nave y cómo se quedó en aquella isla. Haceos cargo de que este hombre ha venido aquí para que deis crédito a lo que os expliqué. Todas esas mercancías le pertenecen. Nos habló de ellas al reunirse con nosotros. Está bien claro que dice la verdad."

» El capitán, al oír las palabras de aquel comerciante, se levantó rápidamente, se acercó a mí y me estuvo mirando fijamente un rato. Me preguntó: "¿Qué contraseñas tienen tus mercancías?" Le repliqué: "Pues éstas y éstas"; y le expliqué las cosas que habían sucedido entre nosotros desde el momento en que me embarqué en Basora. Se convenció de que yo era Sindbad el marino, me abrazó, me saludó y me felicitó por haberme salvado. Luego dijo: "¡Señor mío! ¡Tu historia es portentosa, y lo que te ha sucedido, prodigioso! ¡Loado sea Dios, que nos ha reunido y te ha devuelto tus mercancías y tus bienes!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Vendí las mercancías, y gracias a mi experiencia gané mucho en aquel viaje. Me felicité por haberme salvado y recuperado mis bienes. Vendimos y compramos en aquellas islas, hasta llegar al país del Sind, en donde también vendimos y compramos. En aquel mar vi una incontable cantidad de cosas portentosas y extraordinarias, entre ellas, un pez en forma de vaca, y otro, en forma de asno; un pájaro que salía de una concha marina, ponía sus huevos y los empollaba en el agua, sin abandonar jamás el mar.

» Seguimos navegando, y Dios permitió que el viento nos fuese favorable y el viaje transcurriese sin contratiempo hasta la llegada a Basora. Permanecí en ésta unos cuantos días, y después me dirigí a la ciudad de Bagdad. Fui a mi barrio, entré en mi casa, saludé a mis familiares, amigos y conocidos, contento por haberme salvado y haber regresado a mi país, junto a mis familiares, a mi ciudad y a mi hogar. Di limosnas y regalos, vestidos a viudas y huérfanos, y me reuní con mis amigos y mis contertulios. Volví a comer bien, a beber, a jugar, a disfrutar y a relacionarme con la gente. Olvidé todo lo que me había ocurrido, las muchas calamidades y terrores sufridos. En este viaje gané tales riquezas, que no se pueden contar ni evaluar. Esto es lo más maravilloso que yo vi en aquel viaje. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, volved mañana y os referiré la historia del cuarto viaje. Es más prodigiosa que las anteriores.»

Sindbad el marino, como ya tenía por costumbre, mandó que diesen al faquín cien mizcales de oro. Ordenó que extendieran el mantel y pusieron la mesa. Llenos de asombro por aquella historia, cenaron juntos, y después se marcharon a sus quehaceres. Sindbad el faquín cogió el oro que le había mandado dar su homónimo, y se marchó, boquiabierto de admiración, por lo que había oído contar a Sindbad el marino. Pasó la noche en su casa, y al amanecer se levantó, rezó la oración matutina, se dirigió a casa de Sindbad el marino, entró y lo saludó. Éste lo recibió con alegría y satisfacción, lo hizo sentar a su lado hasta que hubieron llegado todos sus amigos y les hubieron servido la comida. Comieron, bebieron y disfrutaron. Entonces empezó a hablar y a contarles la historia del cuarto viaje.

CUARTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

Sindbad el marino refirió: « Sabed, hermanos, que cuando regresé a Bagdad me reuní con mis amigos y conocidos y viví en la más completa tranquilidad, satisfacción y alegría. Pronto olvidé los sufrimientos pasados, y me dediqué únicamente a frecuentar el trato con los amigos y conocidos, a distraerme y a disfrutar de la más dulce de las vidas. Pero mi mal espíritu me incitó a viajar de nuevo por otros países. Deseé tratar con los extranjeros y vender y obtener

beneficios. Me decidí a hacerlo, compré magníficas mercancías, apropiadas para un viaje por mar, enfardé más bultos que los de costumbre y, desde Bagdad, me dirigí a Basora. Embarqué mis bultos y me reuní a un grupo de las más importantes personas de Basora. Emprendimos el viaje, y la nave, con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!), nos transportó por el mar tumultuoso, de olas procelosas.

» Viajamos sin contratiempo durante un período de noches y de días, de isla en isla y de mar en mar hasta que cierto día nos acometieron unas rachas de viento. El capitán mandó echar las anclas en medio del océano, temeroso de que nos fuésemos a pique. Mientras tanto rezábamos y suplicábamos a Dios (¡ensalzado sea!). Una tromba de viento huracanado cayó sobre nosotros, desgarró las velas y las hizo pedazos. Las gentes, todos los fardos, objetos y bienes que éstas transportaban se fueron a pique. Yo estuve nadando medio día, y, cuando ya me daba por perdido, Dios (¡ensalzado sea!) puso a mi alcance un tablón que había pertenecido a la nave, y, junto con un grupo de comerciantes, me encaramé en él.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Pegados unos a otros, nos pusimos a horcajadas sobre el tablón y remamos con las piernas. Las olas y los vientos nos fueron favorables, y así navegamos un día y una noche. Al día siguiente, por la mañana, se levantó un viento huracanado, el mar se encrespó, y las olas y el viento fueron aumentando en furia. Las olas nos arrojaron a una isla cuando ya estábamos medio muertos por el insomnio, la fatiga, el frío, el hambre, el miedo y la sed. Anduvimos por las orillas de aquella isla y encontramos una planta, muy abundante, de la cual comimos para rehacernos un poco. Pasamos aquella noche en la costa. Al amanecer nos levantamos, recorrimos la costa y descubrimos una construcción en la lejanía. Emprendimos el camino en dirección a aquel edificio, y no nos detuvimos hasta llegar a la puerta. Mientras estábamos parados ante ella, salió una multitud de individuos desnudos, que no nos dijeron nada: nos cogieron y nos llevaron delante de su rey, el cual nos dijo que nos sentáramos. Así lo hicimos.

» Nos sirvieron una comida que no habíamos probado ni visto jamás. A mí, a diferencia de mis compañeros, no me apeteció. El no comer fue para mí un favor que Dios (¡ensalzado sea!) me concedió, puesto que gracias a ello aún estoy con vida. Mis compañeros, después de ingerir aquella comida, perdieron la razón, empezaron a devorar como locos y cambiaron de aspecto. Luego les ofrecieron aceite de nuez de coco, se lo dieron de beber y los cebaron con él. Cuando hubieron bebido este líquido, los ojos de mis amigos se desorbitaron, y

empezaron a comer de aquel guiso de manera muy distinta a la que tenían por costumbre. Me quedé perplejo ante lo que les ocurría, y sentí pena por ellos. El temor que me infundían aquellos seres desnudos me llenó de preocupación. Al fijarme bien en ellos vi que eran magos, y el rey, un ogro. Llevan ante él a todos aquéllos que llegan a su país, que ven en el valle o en los caminos. Les hacen comer aquel guiso y los ceban con aceite, que les dilata el vientre y les permite comer mucho; con ello pierden la razón, se les ofusca el entendimiento y se transforman en seres estúpidos. Luego les dan a comer mayores cantidades de aquél guiso y a beber más aceite; así los ceban y los engordan. Después los sacrifican, los asan y se los sirven de comida a su rey. En cambio, los amigos del rey se comen la carne humana sin asarla ni cocinarla.

» Al ver lo que hacían, me desesperé por mí y por mis amigos, los cuales habían perdido la razón, hasta el punto de no saber lo que hacían con ellos. Los indígenas los entregaron a una persona, que cada día los sacaba a apacentar como si fuesen animales. El miedo y el hambre me debilitaron, y caí enfermo. Mi carne llegó a ser como un pergamino lleno de huesos. Al verme así me abandonaron, y ninguno de ellos volvió a acordarse de mí; yo no les preocupé lo más mínimo hasta el punto de que cierto día me las ingenié para escapar y recorrer la isla. Vi a un pastor que estaba sentado en una roca que se elevaba en medio del mar. Al mirar atentamente vi que era el hombre al que habían confiado a mis compañeros para que los llevase a pacer; junto a él había otros muchos. Al verme, comprendió en seguida que estaba en pleno uso de mis facultades mentales, y que no me había sucedido lo mismo que a mis compañeros. Me hizo un signo, que quería decir: “Da la vuelta, sigue el camino que está a tu derecha, y te llevará a la carretera principal”.

» Volví hacia atrás, como aquel hombre me había dicho, y vi un camino a mi derecha. Me eché a andar por él, descansando a ratos, hasta que perdí de vista al hombre que me había señalado el camino. El sol se había ocultado, y las tinieblas se habían derramado por doquier. Me senté para descansar y dormir, pero aquella noche tenía tanto miedo, hambre y cansancio, que no pude conciliar el sueño. A medianoche me levanté, reemprendí el camino y estuve andando hasta el amanecer, hasta que apareció el sol por encima de las colinas y de los valles. Estaba agotado, hambriento y sediento; comí hierbas secas y plantas hasta quedar harto. Luego me levanté, y estuve andando todo el día y toda la noche; cuando tenía hambre comía plantas.

» Seguí caminando siete días con sus siete noches. Al llegar la mañana del octavo día distinguí a lo lejos una forma confusa. Me dirigí hacia ella, y llegué después de la puesta del sol. La miraba desde lejos, con el corazón temeroso por lo mucho que había sufrido. Se trataba de un grupo de personas que recolectaban pimienta. Al verme, corrieron a mi encuentro y me rodearon por todas partes. Me preguntaron: “¿Quién eres? ¿De dónde vienes?” Les contesté: “Sabed, gentes,

que soy un pobre y desgraciado extranjero". Les referí todas las desgracias y calamidades que había sufrido.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Exclamaron: "¡Esto constituye algo maravilloso! Pero, ¿cómo te libraste de los negros? ¿Cómo has conseguido escapar de ellos? Son muchos, y se comen a los hombres; nadie consigue escapar, ni puede cruzar sus dominios sin peligro". Les expliqué todo lo que me había ocurrido con ellos, cómo se habían apoderado de mis compañeros y les habían dado a comer un guiso que yo no quise probar. Me felicitaron por haberme salvado, y se admiraron de todo lo que me había sucedido. Me hicieron quedar con ellos hasta que terminaron su trabajo. Me dieron de comer, y, como estaba hambriento, comí hasta quedar harto. Descansé un rato, luego me embarcaron en un buque y me llevaron a su isla. Me presentaron a su rey. Yo lo saludé, y él me acogió favorablemente, me honró y me preguntó cómo me encontraba. Le referí todo lo que me había ocurrido desde que salí de Bagdad hasta aquel momento.

» El soberano y todos los que estaban presentes en la audiencia se admiraron mucho de mi prodigiosa historia. El rey me dijo que me sentase a su lado, yo le obedecí. Mandó que nos acercaran la comida. Comí hasta saciarme, me lavé las manos y di las gracias a Dios por sus favores. Luego dejé al rey y record la ciudad; era una villa populosa, con muchos habitantes y bienes, muchas subsistencias, zocos, mercaderías, vendedores y compradores. Me alegré mucho por haber llegado allí. Mis inquietudes desaparecieron, y me familiaricé con sus habitantes. Éstos y su rey me trataron con más deferencia y honor que a sus propios compatriotas y que a los mismos magnates de la ciudad. Vi que tanto los grandes como los humildes montaban, sin ensillar, estupendos corceles, lo cual me admiró mucho. Pregunté al rey: "¡Señor mío! ¿Por qué no montas con silla? Ésta permite descansar al caballero y aumenta sus fuerzas". "¿Cómo se hace esa silla? Jamás en la vida hemos visto una, ni hemos montado en ella." "¿Me permites que te haga una, para que montes en ella y veas lo cómoda que es?" "Hazla." "Dame maderas."

» El rey mandó que me facilitaran todo lo que pidiese. Mandé llamar a un experto carpintero y le enseñé a hacer sillas de montar. Después cogí lana, la cardé e hice un fieltro. Pedí piel y con ella forré la silla y la dejé tersa; coloqué las correas y la cincha, y luego se la llevé al herrero y le expliqué cómo se hacían los estribos. Él me hizo uno grande, que yo limé y cubrí con estaño, y lo ligué con tiras de seda. Entonces me acerqué a uno de los mejores corceles del rey, lo ensillé, dejé colgando los estribos, le puse las riendas y se lo presenté al

rey. Éste se admiró y quedó satisfecho. Me dio las gracias y montó muy contento por tener aquella silla. Para pagar mi trabajo me entregó una gran cantidad de dinero. Su visir, al ver la silla, me pidió una igual, y yo se la hice. Siguieron luego las peticiones de los grandes del reino y de los magnates. El carpintero y el herrero no tardaron en aprender su trabajo, y empezamos a hacer sillas y estribos y a venderlas a los grandes y a los nobles. Así reuní grandes riquezas, y ocupé un lugar de distinción entre ellos. Me fueron queriendo cada vez más, a medida que iba subiendo de rango junto al rey, a sus cortesanos, a los terratenientes y a los grandes del reino.

» Cierto día me senté en presencia del rey, lleno de alegría y de satisfacción. El soberano me dijo: "Tú eres honrado y respetado entre nosotros, y no sabríamos separarnos de ti ni podríamos consentir que te marchases de nuestra ciudad. Quiero que me obedezcas, sin réplica, en lo que te voy a decir". "¿Qué es lo que me pides, rey? No te replicaré, ya que me has abrumado de favores, beneficios y dones. ¡Alabado sea Dios! Me he convertido en uno de tus servidores." "Quiero casarte con una de nuestras mujeres: hermosa, salada, agradable, rica y guapa. Fijarás aquí tu residencia, y vivirás a mi lado, en mi palacio. No me contraríes." Al oír las palabras del rey me avergoncé, callé y no le di ninguna contestación. Entonces me preguntó: "¿Por qué no me contestas, hijo mío?" "¡Señor mío! ¡Rey del tiempo! ¡A ti te incumbe mandar!" Entonces mandó llamar al cadí, a los testigos y a mi esposa. Apareció una mujer de noble rango, rica, de estupenda belleza y dueña de fincas e inmuebles.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « El rey] me concedió una casa grande e independiente, me dio criados y eunucos y me asignó rentas y sueldos. Viví en reposo, satisfacción y alegría, y olvidé todas las penas, fatigas y desgracias que me habían sucedido. Me dije: "Si regreso a mi país, me la llevaré conmigo". Pero todas las cosas están predestinadas para el hombre, y nadie sabe lo que le ha de ocurrir. Yo la quería, y ella me amaba mucho; nos habíamos compenetrado, y durante algún tiempo vivimos en la más dulce de las existencias y en el máximo bienestar. Dios (¡ensalzado sea!) dispuso que muriese la esposa de mi vecino; éste era amigo mío, y corrí a darle el pésame por la difunta. Lo encontré muy abatido, afligido, fatigado y obseso. Para consolado, le dije: "¡No te entristezcas tanto por tu mujer! Dios te dará otra mejor, y si Él (¡ensalzado sea!) quiere, vivirás mucho". Llorando a lágrima viva, me contestó: "¡Amigo mío! ¿Cómo he de poderme casar con otra? ¿Cómo me la cambiará Dios por otra mejor, si sólo me queda un día de vida?" "¡Hermano mío! ¡Vuelve a tu razón! ¡No te augures la muerte, pues te encuentras

perfectamente, tienes una magnífica salud!" "¡Amigo mío! Te juro, por tu vida, que mañana me perderás, y no volverás a verme." "¿Cómo es eso?" "Me sepultarán con mi mujer. En nuestro país tenemos esta costumbre: si muere la mujer, el esposo es enterrado vivo con ella, y si es el marido quien muere, se hace lo mismo con la mujer, que ninguno de ellos disfrute de la vida después de la muerte de su compañero." Exclamé; "¡Por Dios! Ésta es una costumbre detestable, y nadie puede soportarla".

» Mientras estábamos hablando, llegaron casi todos los habitantes de la ciudad, y dieron a mi amigo el pésame, por él y por su esposa. Empezaron a preparar a la difunta según era su costumbre. Después llevaron un ataúd y la metieron en él; el hombre los acompañó. Salieron con los dos fuera de la ciudad y se dirigieron a un lugar situado al pie de un monte, que daba al mar. Al llegar, levantaron una gran piedra, y debajo apareció una abertura que parecía la boca de un pozo. Por ella echaron a la difunta, pues debajo del monte había una mina. Después se dirigieron al hombre, lo ataron por el pecho con una cuerda y lo bajaron por la sima, con una jarra de agua dulce y siete panes. Cuando llegó al fondo, se desató, tiraron de la cuerda y taparon la boca del pozo con la gran piedra, tal como estaba antes, y se marcharon a sus quehaceres, dejando a mi amigo, junto a su mujer, en la cisterna. Me dije: "Esta muerte es peor que la primera". Entré a ver al rey, y le pregunté: "¡Señor mío! ¿Por qué enterráis a los vivos con los muertos?" "Ésa es la costumbre de nuestro país: si muere el esposo, enterramos con él a su esposa, y si muere ésta, enterramos vivo al marido, para que no se separen en la vida ni en la muerte. Tal es la costumbre de nuestros antepasados." "¡Rey! Si el hombre es extranjero, como yo, y muere antes su esposa, ¿haréis con él lo mismo que habéis hecho con éste?" "Sí; lo enterramos con ella, y hacemos con él lo que has visto."

» La tristeza y la pena más profundas me desgarraron el corazón; casi perdí el entendimiento, pues empecé a temer que mi mujer muriese antes que yo y que me enterraran vivo con ella. Para tranquilizarme, me dije: "Tal vez yo muera primero, y, además, nadie sabe quién se irá antes, y quién lo hará después". Fui distrayéndome con mis asuntos, pero había pasado poco tiempo cuando mi mujer cayó enferma, y a los pocos días, murió. Una gran multitud vino a darnos el pésame a mí y a la familia de mi mujer. El mismo rey, siguiendo su costumbre, se presentó también. Después la lavaron y la amortajaron con sus más preciosos vestidos y con sus adornos, collares y alhajas de gemas. Una vez vestida, la colocaron gil el ataúd, la cogieron en andas y la llevaron a aquella montaña. Levantaron la piedra que cubría la boca, de la sima y la arrojaron en ella. Todos mis amigos y los familiares de mi esposa se despidieron de mí, mientras yo gritaba: "¡Soy un extranjero!" Pero ni escucharon mis palabras ni me hicieron caso. Me cogieron, me ataron por la fuerza y, siguiendo su costumbre, me pusieron al lado siete panes y una jarra de

agua, y me descolgaron por la sima. Era una cueva enorme, situada debajo de la montaña. Me dijeron: "Quítate la cuerda". Yo no quise desatarme, y ellos la arrojaron al interior. Después taparon la boca de la sima con la piedra y se marcharon a sus quehaceres.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Había allí multitud de muertos, y su atmósfera era fétida y desagradable. Me censuré a mí mismo por lo que había hecho: "¡Por Dios! ¡Me merezco todo lo que me ha ocurrido!" No distinguía la noche del día, me alimentaba poco y bebía menos, pues temía que se me terminasen los víveres y el agua. Dije: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¿Qué diablos me habrá impulsado a casarme en esta ciudad? Salgo de una calamidad y caigo en otra peor. ¡Por Dios! Este género de muerte es horrible. ¡Ojalá me hubiese ahogado en el mar o hubiera muerto en el monte! Habría sido mejor que esta muerte". No cesaba de censurarme, dormía encima de los huesos de los muertos, pedía auxilio a Dios (¡ensalzado sea!) y anhelaba la llegada de la muerte, sin llegar a encontrarla en medio de mi desesperación.

» En este estado permanecí hasta que el hambre quemó mis entrañas, y la sed me inflamó. Entonces me senté, busqué el pan a tientas, comí un poco y bebí un sorbo de agua. Luego me incorporé, me puse de pie y empecé a recorrer un lado de aquella cueva. Vi que era muy ancha, y que el fondo estaba vacío; en el suelo había muchos cadáveres y huesos carcomidos desde hacía mucho tiempo. Así me preparé un alojamiento en un lugar de la cueva algo alejado del sitio en que se hallaban los muertos más recientes, y dormía en él. Mis víveres iban disminuyendo sensiblemente. Comía una vez al día, y bebía un solo trago de agua. En esta situación, un día, mientras estaba sentado y meditando acerca de lo que haría cuando se me terminasen los víveres y el agua, vi que quitaban la piedra de su sitio y que la luz llegaba hasta mí. Dije: "¿Qué es esto?" La gente estaba de pie alrededor de la boca de la sima, y bajaron a un hombre muerto y, con él, viva, a su mujer, que lloraba y gritaba. La bajaron con muchos víveres y agua. Yo la observaba, sin que ella me viese. Taparon la boca de la sima con la piedra, y se marcharon a sus quehaceres.

» Me puse de pie, empuñé la tibia de un muerto, me acerqué a ella y le di un golpe en la cabeza, que la hizo caer desmayada; luego le di otro y otro hasta que murió. Cogí el pan, el agua y todo lo que llevaba consigo: numerosos adornos, costosos vestidos, collares, joyas y piedras preciosas. Me senté en el lugar de la cueva que había adecentado para poder dormir. Comí lo imprescindible para mantenerme, a fin de alargarlo. Permanecí en la cueva algún tiempo, y mataba

a cuantos vivos llegaban junto con los muertos, para apoderarme del alimento y del agua.

» Cierto día en que estaba durmiendo, me desperté al oír un ruido en un lado de la cueva. Me dije: "¿Qué es esto?" Me incorporé y me dirigí hacia allí, empuñando la tibia de un muerto. Una bestia huyó al notar mi presencia. La perseguí hasta el fondo de la cueva y descubrí un rayo de luz, pequeño como una estrella. Aparecía y desaparecía a intervalos. Empecé a andar en aquella dirección, y conforme me acercaba, la luz era más clara y grande. Entonces vi que la caverna tenía una hendidura que daba al aire libre. Me dije: "Esta grieta tiene que tener una causa: o es otra entrada al cementerio como aquella por la que me bajaron, o una brecha abierta aquí". Medité un rato, y luego seguí avanzando hacia la luz. Se trataba de un agujero abierto por las fieras para entrar en la gruta y devorar a los muertos. Al comprobarlo, me calmé, mi corazón se tranquilizó, y entonces estuve seguro de volver a la vida. Me parecía estar soñando. Me las ingenié para trepar por la brecha, y me encontré a orillas del mar, sobre un monte que se encontraba entre dos bahías y separaba la isla de la ciudad, de tal modo que nadie podía llegar hasta él. Loé a Dios (¡ensalzado sea!), le di las gracias, me alegré mucho, y mi corazón recuperó sus fuerzas. Entré de nuevo a la cueva para recoger los víveres y el agua que había ahorrado. Cogí ropa de los muertos y la sustituí por la que llevaba encima. Tomé asimismo collares, joyas, aljófares, perlas y objetos de plata y de oro, con incrustaciones de gemas; lo envolví todo en ropa, lo saqué por la brecha y me instalé a orillas del mar.

» Cada día iba a la caverna, sacaba cosas de ella y mataba a cuantos enterraban vivos, tanto si eran hombres como mujeres, y me apoderaba de sus víveres y agua. Después salía y me sentaba para esperar a que Dios (¡ensalzado sea!) me concediese la salvación por medio de un buque que pasase por allí. Todos los objetos de orfebrería que veía en la cueva los sacaba y los empaquetaba en los vestidos de los muertos. Llevé esta vida durante algún tiempo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Un día, mientras estaba sentado a orillas del mar meditando en mi situación, vi una nave. Cogí un vestido blanco, que había pertenecido a un muerto, lo até a un bastón y corrí con él por la orilla haciendo señales, hasta que me vieron desde el barco. Se acercaron, oyeron mis voces y me enviaron una lancha con tripulantes.

» Cuando estuvieron cerca, me gritaron: "¿Quién eres? ¿Cómo estás en este sitio? ¿Cómo has podido llegar a este monte, en el que nunca hemos visto a

nadie?" "Soy un mercader, e iba en una nave que naufragó. Pude encaramarme a un madero, y Dios me ha ayudado haciéndome llegar con mis bultos, después de gran fatiga, a este lugar, gracias a mi esfuerzo y mi destreza." Me llevaron con ellos y transportaron todo lo que yo había cogido de la caverna, y que estaba envuelto en vestidos y crespones fúnebres. Ya en la nave, me llevaron ante el capitán, quien me preguntó: "¿Cómo has podido llegar a ese lugar? Es un gran monte, en cuyo interior hay una ciudad. He recorrido muchas veces este mar, he pasado frente al monte y no he visto más que bestias feroces y pájaros". "Soy comerciante, y viajaba a bordo de una gran nave que naufragó. Todas mis cosas, telas y vestidos, fueron a parar al agua. Yo las coloqué sobre un gran tablón de la nave, y el poder divino y mi fortuna me han ayudado y me han traído a este monte, en donde he esperado que pasase alguien para recogerme." Callé lo que me había ocurrido en la ciudad y en la caverna, temeroso de que en la nave hubiera alguien de la ciudad.

» Ofrecí al capitán algunas de las cosas que llevaba, y le dije: "¡Señor! Tú me has sacado del monte. Acepta la compensación que te ofrezco por el bien que me has hecho". Él lo rechazó y me dijo: "Nunca aceptamos nada. Cuando encontramos un náufrago en el mar o en una isla, lo recogemos, le damos de comer y de beber; si está desnudo, lo vestimos, y cuando llegamos a un puerto, le hacemos un regalo, lo favorecemos y le ayudamos en nombre de Dios (¡ensalzado sea!)". Entonces le deseé larga vida. Seguimos navegando de isla en isla y de mar en mar. Siempre que pensaba en lo que pasé en aquella macabra cueva casi me volvía loco. Gracias a Dios (¡ensalzado sea!) llegamos a Basora sin contratiempos. Desembarqué, permanecí unos cuantos días allí y luego me dirigí a Bagdad. Fui a mi barrio, entré en mi casa, en donde me reuní con mi familia y mis amigos. Se alegraron y me felicitaron por mi salvación, y yo reuní todas las cosas que había traído, hice limosnas y dones, vestí a huérfanos y viudas, viví satisfecho y alegre, y de nuevo me dediqué a la vida social, a los amigos, a distraerme y divertirme.

» Esto es lo más maravilloso de cuanto me ocurrió en el cuarto viaje. Cenemos ahora, hermano mío, y vuelve mañana, según tu costumbre, y te contaré lo que me ocurrió en el quinto viaje. Es más maravilloso y prodigioso que lo anterior.»

Mandó que le entregasen cien mizcales de oro, extendieron el mantel, cenaron todos y se marcharon a sus casas llenos de admiración, ya que cada relato era más interesante que el anterior. Sindbad el faquín regresó a su casa muy satisfecho, contento y admirado. Al amanecer se levantó, rezó la oración matutina y se dirigió a casa de Sindbad el marino. Le dio los buenos días, y éste lo acogió bien y le mandó que se sentara a su lado hasta que llegasen los demás amigos. Comieron, bebieron, disfrutaron, se entretuvieron y se dedicaron a hablar. Sindbad el marino tomó la palabra y dijo:

QUINTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y seis* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad comenzó:] « Sabed, hermanos, que, al regresar del cuarto viaje, me dediqué a distraerme, a disfrutar y a divertirme. Olvidé todo lo que me había sucedido y sufrido, dada la mucha alegría que experimentaba por la ganancia y los beneficios obtenidos. Mi espíritu me incitó a emprender otro viaje y a visitar nuevos países e islas. Empecé a comprar mercancías de gran valor, apropiadas para los viajes por mar, enfardé los bultos, salí de Bagdad y me dirigí a Basora. Recorrí la orilla y vi una nave grande, alta y hermosa, que me gustó. La compré; todo su aparejo era nuevo; tomé a sueldo a un capitán y marinos. Embarqué en ella con mis esclavos y pajes, cargué mis bultos, y una multitud de comerciantes subió a la nave con sus mercancías y me pagó el pasaje. Viajamos en la más completa felicidad, con buenos augurios y notables ganancias. Fuimos de isla en isla y de mar en mar, desembarcando, vendiendo y comprando.

» Seguimos navegando hasta llegar a una isla deshabitada, llena de ruinas, con una enorme cúpula blanca. Desembarcamos, la examinamos y vimos que se trataba de un huevo de *ruj*. Los comerciantes desembarcaron también y lo contemplaron; y como no sabían que era un huevo de *ruj*, lo golpearon con piedras, lo rompieron y salió de él mucha agua; luego descubrieron el polluelo de *ruj*, lo sacaron fuera, lo sacrificaron y obtuvieron mucha carne. Yo estaba a bordo cuando esto ocurría, y ellos no me habían informado. Uno de los pasajeros me dijo: "¡Señor mío! Ven a ver el huevo que habíamos tomado por una cúpula". Cuando vi que los comerciantes lo golpeaban, les grité: "¡No hagáis eso, pues el pájaro *ruj* vendrá, destrozará nuestra nave y nos aniquilará!"

» No escucharon mis palabras, y mientras nos encontrábamos así, el sol se ocultó, el día se oscureció, y sobre nosotros apareció una nube que ennegreció el aire. Levantamos la cabeza para ver lo que se había interpuesto entre nosotros y el sol, y vimos que era un *ruj*. El pájaro, al ver que el huevo había sido roto, nos persiguió dando graznidos. Su compañera se le unió, y ambos empezaron a revolotear sobre la nave, graznando con una voz más fuerte que el trueno. Yo chillé al capitán y a los marinos: "¡Avante! ¡Buscad la salvación antes de que perezcamos!" El capitán corrió a ejecutar la orden, los comerciantes embarcaron apresuradamente, la nave zarpó, y abandonamos la isla. Los pájaros, al ver que bogábamos hacia alta mar, hicieron ver que se marchaban, mientras nosotros apresurábamos la marcha. Los *ruj* volvieron a perseguirnos

hasta que nos alcanzaron y cada uno llevaba en las patas una gran roca del monte. El pájaro macho nos arrojó su piedra, pero el capitán detuvo la nave y evitó, por un pelo, que cayera sobre la nave; la piedra fue a hundirse en el mar al lado del buque. La nave se levantó de tal manera que pudimos ver el fondo. Luego nos arrojó su piedra la hembra; era más pequeña que la primera, pero el destino hizo que cayese en la popa de la nave: la rompió, y el timón voló en veinte pedazos. Todo fue a parar al mar. Yo intenté salvarme, y Dios (¡ensalzado sea!) me facilitó un tablón. Me agarré a él, me subí y empecé a remar con los pies. El viento y las olas me ayudaron a avanzar.

» La nave se había ido a pique cerca de una isla que estaba en medio del mar, y los hados me arrojaron, con permiso de Dios (¡ensalzado sea!) a dicha isla. Puse el pie en ella cuando ya estaba en el límite de mis fuerzas y a punto de morir de tanta fatiga, cansancio, hambre y sed como había sufrido. Permanecí tumbado un rato en la orilla del mar, hasta que descansé y me serené. Después empecé a andar por la isla, y vi que parecía uno de los jardines del paraíso. Sus árboles estaban cargados de frutos, la surcaban riachuelos, los pájaros cantaban a Aquel que es Todopoderoso y Eterno. Había también multitud de flores de distintas especies. Comí frutos hasta hartarme, bebí el agua de los riachuelos hasta saciarme, y alabé a Dios (¡ensalzado sea!) por estos favores.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Permanecí sentado hasta que se hizo de noche. Entonces, casi muerto de fatiga y de miedo, me levanté; no oí ninguna voz ni vi a nadie. Dormí hasta por la mañana. Entonces me puse en pie, paseé entre los árboles y fui a parar a una noria que había cerca de una fuente. Junto a la noria estaba sentado un anciano de buen aspecto, con un taparrabos formado por hojas de árbol. Me dije: “Tal vez este viejo sea también un náufrago”. Me acerqué a él, lo saludé y me devolvió el saludo por señas, sin hablarme. Le dije: “¡Jeque! ¿Cuál es el motivo de que permanezcas en este lugar?” Movió la cabeza, gimió e hizo un gesto con la mano, que quería decir: “Ponme encima de tus hombros y llévame al otro lado de la acequia”. Me dije: “Haz una buena acción con éste, y transpórtalo adonde te ha dicho. Tal vez el cielo te recompense”. Me acerqué a él, lo puse sobre mis hombros y lo llevé al lugar que me había indicado. Le dije: “Baja despacio”. Pero, en vez de bajar, enroscó las piernas en torno a mi cuello. Me fijé en sus pies y vi que eran negros y ásperos como la piel del búfalo. Me asusté y quise quitármelo de encima, pero él me estrechó el cuello con sus muslos y me apretó de tal forma que empecé a verlo todo negro, perdí el conocimiento y caí al suelo. Entonces aflojó las piernas y me golpeó en la espalda y en los hombros, causándome un dolor tan intenso

que me puse en pie con él encima.

» Ya estaba cansado de tenerlo sobre mí, cuando me hizo señas de que me metiese entre los árboles. Me dirigí en busca de los mejores frutos. Si le desobedecía, me daba con los pies golpes más dolorosos que latigazos. Siempre me indicaba con la mano el lugar hacia el que quería ir y yo me dirigía a él. Si disminuía la marcha o me retrasaba, me golpeaba. Era una especie de esclavo suyo. En esto, llegamos al centro de la isla. Orinaba y defecaba encima de mis hombros, y no se bajaba de día ni de noche. Cuando quería dormir, enroscaba las piernas en mi cuello y descansaba un poco. En seguida se incorporaba y me pegaba. Yo me levantaba con él y salía corriendo. No le podía desobedecer, pues me hacía sufrir mucho. Me censuré por haberme apiadado de él. Continué en esta situación, ya en el límite del agotamiento, y me dije: "Le he hecho un bien, y él me ha replicado con daño. ¡En todo lo que me resta de vida, jamás haré un favor a nadie!" Rogaba incesantemente a Dios (¡ensalzado sea!) que me enviara la muerte.

» Así viví algún tiempo. Cierto día lo conduje a un lugar de la isla en que crecían numerosas calabazas, algunas de las cuales estaban secas. Cogí una grande, la abrí por la parte superior y la vacié. Luego fui a una viña y la llené de zumo de uva. Después la tapé, la coloqué al sol y la dejé unos cuantos días, hasta que se transformó en vino puro. Todos los días bebía un poco para reponerme algo de la fatiga que me causaba aquel demonio rebelde. Después de beber me sentía reconfortado. Un día se dio cuenta de que bebía. Me preguntó con la mano: "¿Qué es eso?" "Algo estupendo, que fortalece el corazón y alegra el espíritu"; y empecé a correr y a bailar entre los árboles. Cuando me vio en aquel estado, me pidió que le diese la calabaza para beber. Se la entregué, bebió todo lo que quedaba y la tiró al suelo. Se alegró y empezó a saltar encima de mis hombros; quedó borracho por completo, y entonces todos sus miembros y músculos se relajaron y empezó a balancearse encima de mí. Al darme cuenta de su embriaguez y de que había perdido el conocimiento, desenrosqué sus pies de mi cuello, me incliné con él hasta el suelo y lo dejé caer.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Después de tanto tiempo de llevarlo encima, apenas podía creer que me había librado de él. Temí que volviera en sí de la embriaguez y que me castigara. Para evitarlo, cogí una piedra de las que había entre los árboles, me acerqué a él y le machaqué la cabeza mientras dormía: la carne se mezcló con la sangre, y murió. ¡Que Dios no se apiade de él! Ya tranquilizado, recorrí la isla y me dirigí a la parte de la costa en que ya había estado. Permanecí algún tiempo en aquélla isla comiendo

de sus frutos, bebiendo de sus ríos y oteando el horizonte para ver si pasaba algún barco.

» Cierto día me encontraba sentado, meditando en lo que me había ocurrido, y me decía: "¿Quién sabe si Dios me conservará la salud y me permitirá regresar y reunirme con mi familia y mis amigos?" En aquel mismo momento apareció una nave en medio del tormentoso mar, cuyas olas entrechocaban. Yo me acerqué a la orilla, y cuando me vieron se acercaron y formaron un círculo alrededor de mí. Me preguntaron cómo me encontraba y por qué había llegado a aquella isla. Les expliqué mi situación y lo que me había ocurrido. Se admiraron mucho y dijeron: "El hombre que se subió encima de tus hombros se llamaba 'El anciano del mar', y no pudo salvarse ninguno de cuantos cayeron debajo de sus extremidades. Tú eres el único. ¡Alabado sea Dios que te ha salvado!" Me dieron alimentos y comí hasta hartarme. Me regalaron algunos vestidos, y cubrí mis vergüenzas con ellos. Me llevaron con ellos al barco, y estuvimos navegando días y noches.

» Los hados nos llevaron a una ciudad de edificios muy altos y cuyas casas daban al mar. Se llamaba la Ciudad de los Monos. Al llegar la noche, las gentes que vivían en ella salían por las puertas que daban al océano, subían en las barcas y en las naves y dormían en el mar, pues tenían miedo de que los simios que poblaban los montes los atacasen durante la noche. Desembarqué para visitar la ciudad, y la nave zarpó sin que yo me enterase. Me arrepentí de haber bajado a tierra, y me acordé de mis compañeros y de lo que ya nos ocurriera una vez con los monos. Me senté y me puse a llorar de tristeza. Uno de los habitantes de aquella ciudad se acercó y me dijo: "¡Señor mío! ¿Eres extranjero?" "Sí, soy extranjero, y pobre. Viajaba a bordo de una nave que ancló aquí; he desembarcado para visitar la ciudad, y al regresar no la he encontrado." "¡Levántate y sube en la barca con nosotros! Si te quedas en la ciudad durante la noche, los monos te matarán." "De buen grado." Me puse de pie, subí a la barca con ellos y nos alejamos una milla de la costa. Allí pasamos la noche. Al amanecer regresaron todas las barcas a la ciudad, desembarcamos, y cada uno de ellos se dirigió a sus ocupaciones. Y esto se repetía cada noche, pues aquel que se quedaba en la ciudad durante la misma, era muerto por los monos. Durante el día, los monos abandonaban la ciudad, comían los frutos de los árboles y dormían en los montes, hasta el atardecer. Entonces regresaban a la ciudad.

» Esta población está situada en lo más alejado del país de los negros. Lo más curioso de todo lo que me ocurrió con sus habitantes fue que uno de ellos, en cuya barca había dormido, me dijo: "¡Señor mío! Tú, que eres extranjero en esta ciudad, ¿sabes algún oficio que puedas ejercer?" "¡No, por Dios, hermano mío! No tengo oficio ni sé hacer nada. Soy comerciante, dueño de bienes y fincas. Tenía una nave propia, que iba cargada con grandes riquezas y mercancías, pero se despedazó en el mar y se hundió con todo lo que contenía.

Yo fui lo único que —con el permiso de Dios— se salvó del naufragio, ya que Dios me facilitó un madero en el que me subí a horcajadas, y me libró de morir ahogado.” Entonces el hombre me trajo un saco y me dijo: “Coge este saco, llénalo de guijarros y sal con un grupo de mis conciudadanos. Yo haré que te acompañen, y te recomendaré. Haz lo que ellos hagan, y tal vez realices algo que te ayude en tu viaje y te devuelva a tu país”. Me condujo fuera de la ciudad. Recogí pequeños guijarros y llené con ellos el saco. Un grupo salió de la ciudad, y aquel hombre me recomendó a ellos, diciendo: “Éste es un extranjero. Llevadlo con vosotros y enseñadle la cosecha. Tal vez él pueda sacar algo para vivir, y vosotros recibiréis la recompensa del cielo”. Respondieron: “¡De buen grado!” Me dieron la bienvenida y me llevaron con ellos. Cada uno transportaba un saco semejante al mío, lleno de guijarros.

» Estuvimos andando hasta llegar a un amplio valle en el que había muchos árboles altos, a los que nadie podía trepar, así como muchos monos. Éstos, al vernos, huyeron y se encaramaron en los árboles. Los hombres empezaron a tirarles las piedras que llevaban en los sacos, y los monos contestaban cortando los frutos que tenían los árboles y arrojándolos contra los hombres. Me fijé en lo que tiraban las bestias, y vi que eran nueces de coco. Al ver en qué consistía el trabajo, escogí un gran árbol encima del cual había muchos monos, me acerqué a él y empecé a apedrear a los animales. Éstos cortaron las nueces, me las arrojaron, y yo las recogí, como hacían los demás. Aún no había terminado con las piedras del saco, y ya había reunido gran cantidad de cocos. Cuando terminamos el trabajo, lo reunimos todo, y cada uno se llevó cuanto pudo. Luego regresamos a la ciudad. Fui a buscar a mi amigo, el hombre que me había acompañado hasta el grupo, le ofrecí todo lo que había recogido, y le di las gracias por su bondad. Me replicó: “Coge todo eso, véndelo y quédate con lo que saques”. Me dio la llave de una habitación de su casa y añadió: “Deja en el cuarto los cocos que te sobren. Sal todos los días con este mismo grupo, tal como lo has hecho hoy. Los cocos que traigas en mal estado, sepáralos, véndelos y quédate con el dinero; los restantes los guardas en el mismo sitio. Tal vez reúnas bastantes y te sean de utilidad para tu viaje”. “¡Dios (¡ensalzado sea!) te recompense!”

» Todos los días llenaba mi saco de piedras, salía con el grupo y hacía lo que me habían enseñado. Unos me recomendaron a otros, y me indicaron los árboles en que había más frutos. Así viví algún tiempo, durante el cual almacené gran cantidad de excelentes cocos y vendí otros muchos. Reuní bastante dinero, y empecé a comprar todo lo que veía y me gustaba. Mi situación mejoró, y mi crédito fue subiendo en toda la ciudad. Este estado de cosas duró algún tiempo. En cierta ocasión, en que estaba a orillas del mar, vi que llegaba una nave y anclaba allí. En ella viajaban comerciantes con sus mercancías. Empezaron a vender, a comprar y a negociar con nueces de coco y otras cosas. Fui a ver a mi

amigo, lo informé de que había llegado la nave y le comuniqué que yo quería emprender el viaje hacia mi país. Me contestó: "Tu opinión es certera". Me despedí de él, le di las gracias por los favores que me había hecho, me dirigí a la nave, me presenté al capitán, le pagué el precio de mi pasaje y embarqué con todos los cocos y demás cosas que tenía. Zarpamos…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « Zarpamos] aquel mismo día, y fuimos navegando de isla en isla y de mar en mar. En cada isla en la que hacíamos escala, vendía y cambiaba los cocos, y Dios me dio, en cambio, mayores riquezas que las que había perdido. Pasamos por una isla en la que había mucha canela y pimienta. Algunas personas nos contaron que habían visto en cada umbela de pimienta una hoja muy grande, que la cubría y la preservaba del agua cuando llovía; cuando dejaba de llover, la hoja se retraía y colgaba de la umbela. En esta isla compré mucha pimienta y canela a cambio de cocos. Pasamos también por la Isla Asarat, en la cual se encuentra la madera de áloe, y poco después, a una distancia de cinco días, llegamos a otra isla, en la cual se cría la madera de China, que es aún mejor que la de áloe. Los habitantes de esta isla viven en más malas condiciones que los de la isla del áloe, y su religión es mucho peor: son lascivos, beben vino, no tocan a oración e incluso desconocen ésta.

» Después llegamos al país en el que se pescan las perlas. Yo di a los pescadores de perlas unas cuantas nueces de coco, y les dije: "Sumergíos para comprobar mi suerte y fortuna". Se hundieron en el agua, que estaba como un espejo, y sacaron unas perlas enormes, valiosísimas; me dijeron: "¡Por Dios, señor! ¡Tienes buena suerte!" Cargué en la nave todo lo que habían sacado, y partimos con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!). Seguimos viajando hasta llegar a Basora. Desembarqué en esta ciudad, permanecí en ella poco tiempo y me dirigí a Bagdad. Entré en mi barrio y luego en mi casa. Saludé a mis familiares y amigos, que me felicitaron por haber escapado con vida, y yo almacené todas las mercancías y objetos. Vestí a los huérfanos y a las viudas, di limosnas e hice regalos a mis familiares, amigos y conocidos. Dios me había dado cuatro veces más de lo que perdí. Las ganancias y los beneficios me hicieron olvidar las muchas fatigas sufridas, y volví a mi antigua vida de relación y sociedad. Esto es lo más extraordinario que me ocurrió durante el quinto viaje. Pero ahora cenad, y mañana volved y os contaré lo que me ocurrió en el sexto viaje. Es más prodigioso que todo lo explicado hasta ahora.»

Extendieron los manteles y cenaron; al terminar, ordenó que le dieran cien mizcales de oro a Sindbad el faquín. Éste los cogió y se marchó, boquiabierto de

todo lo que había oído. Sindbad el faquín durmió en su casa, y al día siguiente, por la mañana, se levantó, rezó la oración y se marchó a casa de Sindbad el marino. Se presentó ante éste, quien lo mandó sentarse. Se instaló a su lado, y estuvieron hablando hasta que llegaron los restantes. Conversaron, extendieron los manteles, disfrutaron y se alegraron. Entonces, Sindbad el marino empezó a referirles la historia de su sexto viaje.

SEXTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

« Sabed, hermanos, amigos y compañeros, que al regresar del quinto viaje olvidé todo lo que había sufrido, gracias a la distracción, a la alegría, a la satisfacción y al descanso. Viví durante algún tiempo en el regocijo más completo. Cierto día, mientras estaba sentado en la más completa tranquilidad y satisfacción, vino a verme un grupo de comerciantes, en los cuales se veían aún las huellas del viaje. Entonces me acordé de los días en que yo llegaba de viaje, y la alegría que me daba el encontrar a mi familia, parientes y conocidos, la satisfacción que experimentaba al hallarme de nuevo en mi país. Sentí de nuevo el cosquilleo del viaje y el cansancio, y me decidí a emprender la marcha. Compré mercancías preciosas, carísimas, apropiadas para un viaje por mar. Cargué mis bultos, y, dejando Bagdad, me dirigí a Basora. En ésta vi una gran nave, repleta de comerciantes y personas de valía que llevaban buenas mercancías. Embarqué mis fardos y zarpamos felizmente de la ciudad de Basora.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « No paramos de viajar, de lugar en lugar y de ciudad en ciudad. Comprábamos, vendíamos y visitábamos los países; nos acompañaba la buena suerte, teníamos un buen viaje y hacíamos excelentes negocios. Cierto día, mientras navegábamos, el capitán del navío dio un chillido, gritó, tiró el turbante, se abofeteó la cara, se mesó la barba y cayó sobre cubierta. Todos los pasajeros y comerciantes se reunieron en torno a él, y le preguntaron: “¡Capitán! ¿Qué ocurre?” “Sabed que nos hemos perdido; hemos salido del mar en que nos encontrábamos, para penetrar en otro cuyas rutas desconocemos. Si Dios no nos salva, pereceremos todos. ¡Rogad a Dios (¡ensalzado sea!) para que nos saque de esta situación!” Se puso de pie, subió al palo mayor y quiso desplegar las velas. El viento aumentó, se volvió contra la popa y rompió el timón cerca de unos escollos que había a flor de agua. El capitán bajó del mástil, exclamando: “¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el

Altísimo, el Grande! Nadie puede hacer frente al destino. ¡Por Dios! Hemos caído en un lugar de perdición, y no tenemos escapatoria posible". Todos los pasajeros se pusieron a llorar y se despidieron unos de otros, pues su vida se había terminado y habían perdido toda esperanza. La nave se dirigió hacia los arrecifes y se estrelló; los maderos se soltaron, y todos los que iban a bordo naufragaron. Algunos se ahogaron, mientras que otros consiguieron poner pie en el monte y subir por él. Yo también tuve esta suerte.

» Habíamos ido a parar a una gran isla en la cual habían naufragado muchísimos buques, según dedujimos de las provisiones que había en la playa, arrastradas hasta allí por las olas desde el lugar del naufragio. Había tales riquezas en aquella playa, que uno se quedaba perplejo. Recorrí la isla, y en su centro descubrí una fuente de agua potable, que nacía en un extremo del monte y desaparecía en el otro, en el lugar opuesto. Todos los pasajeros treparon por la montaña en dirección a la isla, se dispersaron por ella y quedaron estupefactos y como locos al ver la gran cantidad de objetos y riquezas que había allí. En mitad de aquella fuente había una gran cantidad de aljófares, gemas, jacintos y regias perlas. Parecían guijarros, y cubrían el lecho del arroyo que corría por aquel valle. Todo el fondo de la fuente relucía por la gran cantidad de gemas y otros objetos preciosos que había en él.

» Vimos una multitud de áloes chinos y de Coromandel, así como una fuente de ámbar crudo, que, por el gran calor, corría desde la fuente hasta la orilla del mar, como si fuese cera; los monstruos marinos salían allí, se lo tragaban y volvían a sumergirse; luego el ámbar se les calentaba en el vientre, lo vomitaban y se solidificaba en la superficie del agua: entonces cambiaba de color y de aspecto, y las olas lo arrastraban a otras playas, en las que los viajeros y los comerciantes que podían reconocerlo, lo recogían y vendían. El ámbar crudo y puro que no se tragaban aquellos bichos, corría por los bordes de la fuente y se solidificaba en contacto con la tierra. Al salir el sol se fundía el ámbar, y por todo el valle se extendía un olor semejante al del almizcle. Luego, al ponerse el sol, volvía a solidificarse. Nadie puede adentrarse por el ámbar crudo ni andar por él, ya que el monte rodea a la isla por todas partes y es imposible escalarlo.

» Recorrimos la isla contemplando los prodigios que Dios (¡ensalzado sea!) había creado en ella. Estábamos perplejos y aterrorizados a la vez. Reunimos en la playa unos cuantos víveres y los administramos rigurosamente. Comíamos una vez al día o cada dos días, ante el temor de acabar las existencias y morir de hambre. Tan pronto como moría uno, lo amortajábamos con las ropas que el mar arrojaba a la playa y lo enterrábamos. Sobrevivimos muy pocos, y todos teníamos las entrañas enfermas a causa del mar. Seguimos así durante muy poco tiempo, pues perecieron mis amigos y compañeros, uno tras otro. Enterramos a los que iban muriendo, y finalmente me quedé solo en la isla, con muy pocos víveres. Lloré por mí y me dije: "¡Ay de ti! Si hubieses muerto antes que tus

compañeros, éstos te habrían lavado y amortajado. ¡Pero no hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Algún tiempo después, cavé una profunda fosa en la playa, y me dije: “Cuando me debilite y sepa que me llega la muerte, me tenderé en la fosa y moriré en ella; el viento arrastrará la arena, me cubrirá y quedaré sepultado en ella”. Seguí reprochándome por mi poco entendimiento; por haber abandonado mi país y mi ciudad y emprendido un viaje por tierras extrañas, después de haber sufrido tanto en los anteriores viajes. En todos ellos había sufrido mucho, y cada uno había sido más duro y fatigoso que el anterior. Entonces, al creer que no conseguiría escapar sano y salvo, me arrepentí de mis viajes por mar y de haber reincidido sin necesidad, pues disponía de tantas riquezas, que nunca conseguiría agotar ni gastar ni siquiera la mitad. Tenía lo que me era suficiente y aún más. Medité y me dije: “Este río tiene principio y fin; estoy seguro de que pasará por un lugar civilizado. Tengo que construir una lancha pequeña en la cual pueda sentarme; luego la pondré en el torrente, me embarcaré y seguiré el curso del agua. Si encuentro salida, me habré salvado con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!). Si no la encuentro, moriré en el río, lo cual es preferible a continuar aquí”.

» Me puse a trabajar apresuradamente, reuní maderas de áloes chino y de Coromandel, las até con las cuerdas que habían formado parte de los cables de los navíos naufragados, y aproveché los tablones de un mismo tamaño para poner encima las maderas y hacer una balsa que tuviera aproximadamente la anchura del río. Las até con nudos fuertes. Recogí las gemas, los aljófares, los objetos preciosos y las mayores perlas, que parecían guijarros, y otras cosas, como el ámbar crudo, que abundaban en la isla. Las coloqué en la balsa, en la que también puse todo lo que había ido reuniendo en la isla. Cogí luego los víveres que me quedaban e impulsé mi bote por el río. Coloqué dos maderas, una en cada lado, a manera de remos, y recité los versos del poeta:

¡Parte del lugar en que sufres, abandona la casa y lamenta [la muerte de] quien la ha construido!
Encontrarás una tierra que sustituya a ésta, pero no hallarás un alma que reemplace a la tuya.
No temas los acontecimientos que traigan las noches, pues todas las desgracias se dirigen a su fin.
Quien esté destinado a morir en un lugar, no morirá en otro.
No envíes a tu mensajero si se trata de un caso difícil: el alma no tiene

más mensajero que ella misma.

» Avancé por el río hasta llegar al sitio en que el agua se metía debajo del monte. Al pasar por allí me quedé en las tinieblas más absolutas. Seguí navegando hasta llegar a una angostura: los lados de la balsa chocaron con las piedras del monte, mientras mi cabeza rozaba el techo. No podía volver atrás, y me reprochaba por lo que había hecho, pensando: "Si esto se estrecha más será muy difícil que pase la balsa o que pueda volver atrás, y moriré aquí". El riachuelo era tan angosto por aquella parte, que me tendí de bruces mientras continuaba avanzando sin distinguir el día de la noche, dada la gran oscuridad reinante. Estaba asustado y temía morir. Seguí avanzando por el riachuelo, que se ensanchaba y estrechaba alternativamente. La oscuridad y la fatiga me rindieron, y me quedé dormido de bruces encima de la balsa. Ésta siguió avanzando sin interrupción.

» Al despertar me encontré en plena luz. Abrí los ojos y vi que me encontraba en un lugar muy amplio, la balsa estaba atada a una isla, mientras a mi alrededor formaba círculo un grupo de indios y de abisinios. Cuando vieron que me incorporaba, se acercaron hacia mí y me hablaron en su lengua, pero yo no los entendí. Creí que todo era un sueño, motivado por el cansancio y el temor. Siguieron hablándome, sin que yo entendiese sus palabras ni les diera respuesta alguna. Entonces se adelantó uno de ellos y me dijo en árabe: "¡La paz sea sobre ti, hermano nuestro! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo es que has llegado hasta este lugar? Nosotros somos agricultores y campesinos. Hemos venido aquí a regar y sembrar nuestros campos, y te hemos encontrado dormido encima de la balsa. La hemos detenido y atado cerca de nosotros, para que pudieses despertarte con tranquilidad. Cuéntanos la causa de tu venida a este lugar". "¡Dios te proteja, señor mío! Pero dame algo de comer, pues estoy hambriento. Luego, pregúntame lo que quieras." Se apresuró a traerme alimento, y yo comí hasta hartarme. Ya repuesto y calmado, alabé a Dios (¡ensalzado sea!) por todo, me alegré de haber salido del río y llegado hasta allí, y les expliqué todo lo que me había ocurrido, desde el principio hasta el fin, así como lo que había sufrido, por lo angosto del río.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió:] « Hablaron entre sí y dijeron: "Hemos de llevarlo con nosotros y presentarlo a nuestro rey, para que le cuente lo que le ha sucedido". Me llevaron con ellos, después de cargar con la balsa y todo su contenido: riquezas, bienes, aljófares, gemas y objetos de orfebrería. El soberano me saludó, me dio la bienvenida y me

preguntó por las cosas que me habían sucedido. Le informé de todo lo que me había pasado, desde el principio hasta el fin. El rey se admiró mucho de mi relato y me felicitó por haberme salvado. Entonces me dirigí a la balsa, tomé una buena cantidad de gemas, aljófares, áloes y ámbar crudo, y se lo ofrecí. El soberano lo aceptó, me trató con todos los miramientos y me instaló en una habitación de su palacio.

» Entré en relaciones con los grandes y magnates, que me trataron muy bien, y no abandoné el palacio. Todos cuantos llegaban a la isla me preguntaban por los asuntos de mi país. Yo los informaba y, a mi vez, les preguntaba por los de ellos. Cierto día, el rey me preguntó por la situación de mi país y por el modo en que el Califa administra Bagdad. Le referí la justicia con que gobernaba. Se admiró mucho, y me dijo: "¡Por Dios! El gobierno del Califa es sabio, y su administración, loable. Has conseguido que lo ame. Quiero preparar un regalo y enviárselo por medio de ti". "Oír es obedecer, señor nuestro. Se lo entregaré, y le informaré de que tú eres su amigo sincero."

» Seguí en la Corte de aquel rey, llevando una buena vida, siendo honrado y respetado, durante un lapso de tiempo. Cierto día, mientras estaba en palacio, me enteré de que un grupo de habitantes de aquella ciudad estaba preparando una embarcación para salir de viaje hacia Basora. Me dije: "Nada podría convenirme más que partir con ese grupo". Corrí, al momento, a besar la mano del rey y a decirle que deseaba partir con el grupo que iba a zarpar, puesto que ansiaba regresar a mi país, junto a mi familia. "A ti corresponde decidir —me dijo—. Pero si quieres quedarte con nosotros serás bien tratado, pues nos place tu compañía." "¡Señor mío! Me has abrumado con tus favores y regalos, pero yo ansío volver a ver a mis allegados, a mi patria y a mis parientes." Entonces mandó llamar a los comerciantes que habían fletado el navío, me recomendó a ellos, me regaló muchas cosas y pagó además mi pasaje. Me confió un gran presente para el Califa Harún al-Rasid, que vivía en Bagdad. Me despedí del rey y de todos los amigos, y embarqué con los comerciantes. Zarpamos con viento favorable, el viaje resultó feliz, y nosotros confiábamos en Dios (¡loado y ensalzado sea!).

» Viajamos de mar en mar y de isla en isla y llegamos felizmente a Basora, con el permiso de Dios. Desembarqué, y pasé en dicha población unos días y unas noches, hasta que me hube preparado y facturado mis bultos. Entonces me dirigí a Bagdad, ciudad de la paz, y me presenté ante el Califa Harún al-Rasid. Le ofrecí el presente y lo informé de todo lo que me había ocurrido. Después almacené mis bienes y mis mercancías y me dirigí a mi barrio; mis familiares y amigos acudieron a visitarme. Repartí regalos entre todos mis parientes, e hice limosnas y dones.

» Al cabo de algún tiempo, el Califa mandó a buscarme y me preguntó por el motivo del regalo y de dónde procedía éste. Le dije: "¡Emir de los Creyentes!

¡Por Dios! No sé el nombre de la ciudad de procedencia ni el camino que a ella conduce. Naufragué con el buque en que viajaba, y puse pie en una isla. En ésta construí una balsa, y descendí por un río que cruzaba por el centro de la misma". Le expliqué todo lo que me había sucedido en el viaje, cómo el río me había conducido a la ciudad, todo lo que me había ocurrido en ella, y el motivo por el cual se me había confiado el regalo. El Califa se admiró mucho de esto y mandó a los cronistas que escribiesen mi historia y la depositaran en su biblioteca para que sirviese de instrucción a quien la leyere. Me honró en gran manera, y volví a vivir en Bagdad como había vivido anteriormente, olvidando —en medio de aquella vida muelle, el placer y la distracción— todo lo que me había ocurrido y lo mucho que había sufrido.

» Esto es lo que me sucedió en el sexto viaje, hermanos míos. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, mañana os relataré el séptimo viaje, que es el más maravilloso y prodigioso.»

Mandó extender el mantel, y cenaron. Sindbad el marino ordenó entregar a su homónimo cien mizcales de oro. Éste los cogió. Todos se marcharon, admirados hasta el extremo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sindbad el faquín durmió en su casa. Al día siguiente rezó la oración matutina y se dirigió a casa de Sindbad el marino. Éste recibió a los contertulios. Cuando todos hubieron llegado, empezó a contar la historia del séptimo viaje.

SÉPTIMO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO

« Sabed, contertulios, que cuando regresé del sexto viaje volví a vivir de la misma manera, a llevar una vida muelle, alegre, tranquila y distraída, igual que anteriormente.

» Durante cierto tiempo viví tranquilo y alegre de noche y de día, pues había obtenido grandes ganancias y realizado enormes beneficios. Pero en mi interior deseaba volver a recorrer los países, navegar por el mar, tratar a los comerciantes y oír sus noticias. Me decidí a hacerlo otra vez, y enfardé objetos preciosos, apropiados para un viaje por mar, y los trasladé desde Bagdad a Basora. Descubrí una nave preparada para zarpar, en la que iba un grupo de grandes comerciantes. Me embarqué y me hice amigo de ellos. Emprendimos el viaje felizmente y con buena salud. El viento nos fue favorable hasta llegar a la ciudad de Sin.

» Estábamos muy alegres y contentos, y hablábamos acerca de las cosas del viaje y del negocio. En esto se levantó un viento huracanado que venía de la proa de la nave, y cayó un terrible aguacero, que nos empapó a nosotros y nuestras mercancías. Cubrimos éstas con lona y arpillera para que la lluvia no las dañase, y empezamos a rezar a Dios (¡ensalzado sea!) y a suplicarle que amainara el temporal. El capitán se levantó, se ciñó el cinturón, arremangóse y se encaramó por el mástil. Miró a derecha e izquierda, y luego a los que iban a bordo: se abofeteó el rostro y se mesó la barba. Le preguntamos: "¿Qué ocurre, capitán?" "¡Pedid a Dios (¡ensalzado sea!) que nos saque del lugar en que nos encontramos! ¡Llorad y despedíos unos de otros! Sabed que el viento nos ha vencido y nos ha arrojado al último de los mares del mundo." Bajó del mástil, abrió su caja, sacó una bolsa de algodón y extrajo un polvo que parecía ceniza. Lo mojó en el agua y esperó un poco; después lo olió. Luego sacó de la caja un librito y leyó en él. Dijo: "Sabed, pasajeros, que este libro contiene una noticia muy rara; dice que quien llega a esta tierra no se salva ni muere. Este lugar se llama Región de los Reyes, y en ella se encuentra la tumba de nuestro señor Salomón, hijo de David (¡la paz sea con ambos!). Hay enormes serpientes, de aspecto aterrador. Aquí vive un pez que se traga a todos los barcos que llegan a esta región".

» Al oír decir estas cosas al capitán nos maravillamos mucho. Apenas había terminado de hablar, cuando la nave empezó a levantarse por encima del agua. Luego descendió, y oímos un grito muy fuerte, parecido a un trueno. Nos asustamos y quedamos como muertos, seguros de que íbamos a perecer. Era el pez, que avanzaba hacia la nave como si fuese un monte elevado. Nos horrorizamos y empezamos a llorar, dispuestos a morir, mientras contemplábamos el terrorífico aspecto de aquel animal. De repente apareció un segundo pez, que avanzaba también hacia nosotros; jamás habíamos visto una cosa semejante. Estábamos despidiéndonos unos de otros, cuando un tercer pez, mayor que los otros dos, avanzó también a nuestro encuentro. Perdimos el juicio y la razón, y el miedo y el temor nos dejaron aturdidos.

» Los tres peces empezaron a dar vueltas alrededor de la nave: estaba bien claro que los tres querían tragársela. Entonces se levantó un viento muy fuerte, que empujó el barco hacia arriba y luego lo dejó caer en una profunda sima. La nave se rompió, sus maderas se disgregaron, y todos los bultos, comerciantes y pasajeros, fueron a parar al agua. Me quité todas las prendas que llevaba puestas y me quedé con una sola; después nadé un poco, me agarré a una de las tablas de la nave y me puse a horcajadas sobre ella. Las olas y el viento me zarandeaban, y yo me aferraba al tablón; las olas me levantaban y me dejaban caer. Estaba desconsolado, lleno de miedo, hambriento y sediento. Empecé a censurarme por lo que había hecho y por haberme expuesto de nuevo a aquello después de haber vivido tranquilo. Me dije: "¡Ah, Sindbad el marino! Tú no escarmientas, y cada

vez sufres desgracias y fatigas, pero no te sirven de lección para que dejes de viajar por mar. Si te arrepintieses te mentirías a ti mismo. Aguanta todo lo que te ocurre, pues bien te lo mereces".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « Yo me decía:] "Todo lo ha dispuesto Dios (¡ensalzado sea!) para que dejes de tener tanta codicia. Todo lo que estoy sufriendo es consecuencia de mi avidez, pues ya tengo enormes riquezas". Al recobrar la razón, me dije: "Ahora me arrepiento ante Dios (¡ensalzado sea!), sinceramente, de mi pasión por los viajes. Mientras viva, no volveré a pronunciar la palabra Viaje' ni a pensar en ella". Continué humillándome ante Dios (¡ensalzado sea!) y llorando. Me acordé de la tranquilidad, alegría, satisfacción y regocijo en que había vivido. Así estuve dos días, y entonces llegué a una gran isla con multitud de árboles y ríos. Comí los frutos de sus árboles y bebí el agua de sus ríos, hasta quedar satisfecho y recuperar el aliento y el valor.

» Recorrí la isla y vi en la otra orilla un gran río de impetuosa corriente. Me acordé de la balsa que había construido en el otro viaje y me dije: "Tengo que hacer otra igual. Tal vez me salve de esta situación. Si escapo con bien, me arrepentiré ante Dios (¡ensalzado sea!) de mi pasión por los viajes; y si muero, mi corazón quedará libre de fatigas y penas". Me puse a trabajar para obtener la madera de aquellos árboles: sándalo de inmejorable calidad, como nunca he visto otro igual. Pero entonces no sabía de qué se trataba. Una vez tuve la suficiente madera, se me ocurrió recoger lianas y plantas y trenzarlas a modo de cuerda, con la que até la balsa. Me dije: "Si me salvo, habrá sido por la gracia de Dios". Embarqué en ella y avancé por el río hasta alejarme de allí. Estuve avanzando tres días, y durante este tiempo pude dormir algo, aunque no probé bocado. Cuando estaba sediento, bebía de la corriente. La fatiga, el hambre y el miedo me habían convertido en una especie de polluelo mareado.

» La balsa me transportó hasta el pie de un elevado monte, atravesado por el río. Al darme cuenta de ello, temí que me ocurriese como en el viaje anterior. Traté de detener la balsa y desembarcar en la falda del monte, pero el agua la arrastró por el subsuelo. Entonces me convencí de que iba a perecer, y dije: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" La balsa recorrió una pequeña distancia y fue a salir a un amplio valle, en el cual el agua hacía un ruido semejante al del trueno y su corriente parecía la del viento. Me aferre a la balsa, temeroso de caerme de ella. Los remolinos me empujaban a derecha e izquierda, pero la balsa no cesaba de seguir el curso del río, sin que yo pudiera detenerla ni lograra dirigirla hacia la orilla. Al fin fue a parar junto a una

hermosa ciudad, con buenos edificios y poblada por muchísima gente. Sus habitantes, cuando me vieron sobre la balsa y que ésta iba arrastrada por la corriente del centro del río, echaron sus redes y la sacaron hasta dejarla en tierra firme. A causa del hambre, el insomnio y el miedo, caí desmayado.

» Uno de los reunidos, hombre de edad avanzada, un viejo respetable, me dio la bienvenida y me regaló numerosos vestidos, con los que cubrí mis vergüenzas. Me llevó con él, me hizo entrar en el baño y me dieron bebidas que podían resucitar a un muerto, y perfumes muy intensos. Cuando salimos del baño me llevó a su casa y entré con él. Sus familiares se alegraron de mi llegada. Me hizo sentar en un lugar agradable y me preparó un guiso exquisito. Comí hasta quedar harto, y alabé a Dios (¡ensalzado sea!), que me había salvado. Sus pajes me acercaron agua caliente y me lavé las manos. Después se aproximaron las esclavas con toallas de seda. Me sequé las manos y me limpié la boca. Hecho esto, el viejo se puso en pie en seguida y me asignó una habitación aislada en un extremo de la casa. Sus pajes y esclavas me servían, atendían todas mis necesidades e intereses, y se preocupaban de mí.

» Permanecí en aquella casa tres días como huésped. Con tan buena comida, excelente bebida y magníficos perfumes, recuperé el ánimo, se calmó mi terror, mi corazón se tranquilizó y descansé. El cuarto día, el jeque se acercó a mí y me dijo: "¡Nos haces felices, hijo mío! ¡Loado sea Dios que te ha salvado! ¿Quieres venir conmigo a orillas del mar? Irás al mercado, venderás tus mercancías y cobrarás su precio. Quizá puedas comprar con su importe algo con qué comerciar". Permanecí callado un momento y me dije: "¿Dónde están esas mercancías? ¿Cuál es la causa de estas palabras?" El anciano añadió: "¡Hijo mío! No te preocupes ni pienses. Ven conmigo al mercado. Si vemos a alguien que dé por tus mercancías un precio que te satisfaga, yo lo cobraré por ti; pero si nadie hace una oferta conforme, yo te las guardaré en mis almacenes hasta que llegue el día de la venta y de la compra". Medité en lo que me ocurría, y me dije: "Obedécele, y así verás qué clase de mercancías son ésas". Le contesté: "Acepto, anciano tío. Lo que tú hagas, bien hecho estará. No puedo contrariarte en nada". Me dirigí con él al zoco y vi que había desatado la balsa en que llegué, pues era de madera de sándalo. El pregonero empezó…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « El pregonero empezó] a vocear. Acudieron los mercaderes y abrieron la subasta; pujaron hasta llegar a los mil dinares. Ésta fue la mayor oferta. El anciano se volvió hacia mí y me dijo: "¡Escucha, hijo mío! Éste es el precio actual de tu mercancía. Puedes venderla o esperar. En este último caso, yo te la guardaré en mis

depósitos hasta que aumente el precio, y entonces la venderemos en tu nombre". "¡Señor mío! Este asunto te incumbe a ti. Haz lo que quieras." "Hijo mío, ¿me vendes a mí la mercancía si pujo cien dinares de oro más?" "Sí; te la vendo y acepto el precio." Ordenó a los criados que llevasen la madera a sus almacenes, y yo regresé con él a su casa, en donde nos sentamos. Contó el importe de la madera, me ofreció unas bolsas y colocó en ellas el dinero. Las cerró con un candado de hierro y me entregó la llave.

» Al cabo de algunos días con sus noches, el jeque me dijo: "¡Hijo mío! Quiero proponerte algo que me gustaría que aceptases". Le pregunté: "¿De qué se trata?" "Sabe que ya soy un hombre anciano y que no tengo ningún hijo; sólo tengo una hija muy joven, bien formada, hermosa y con mucho dinero. Me gustaría casarla contigo y que te quedases con ella en nuestro país. Yo te daría todo lo que poseo, pues ya soy un anciano, y ocuparías mi lugar." Yo no dije ni una palabra. Él continuó: "Hazme caso en lo que te digo, hijo mío. Sólo busco tu bien. Si me escuchas, te casaré con mi hija y serás, de hecho, mi hijo. Todo lo que poseo será para ti. Si quieres comerciar y volver a tu país, nadie te lo impedirá, pues es de tu incumbencia. Haz lo que quieras". Le contesté: "¡Por Dios, anciano tío! Tú eres para mí como un padre. He sufrido tantos terrores, que ya no tengo opinión ni experiencia. Haz lo que quieras".

» El anciano mandó a sus pajes que fuesen a buscar al cadí y a los testigos. Acudieron y me casaron con su hija. Dio un gran convite, y la fiesta resultó muy alegre. Después me llevó a su lado y vi que era muy hermosa, bella y bien proporcionada. Vestía toda suerte de lujosos vestidos, bordados, gemas, objetos de orfebrería, collares y aljófares que valían miles de monedas de oro; nadie hubiera podido calcularlo. Cuando estuve con ella, me gustó y nos amamos. Permanecí a su lado durante algún tiempo, a plena satisfacción, hasta que su padre fue llamado por Dios (¡ensalzado sea!). Lo preparamos, lo enterramos, y yo quedé en propiedad de todo lo que poseía: heredé todos sus pajes, y éstos quedaron a mi disposición y a mi servicio. Los comerciantes me nombraron para ocupar el cargo de decano que dejaba vacante mi suegro. Nunca habían hecho nada sin consultar con él, pues era el más anciano. Yo ocupé el mismo cargo, y una vez hube tratado a los habitantes de aquella ciudad, me di cuenta de que cada mes sufrían una metamorfosis, pues les salían alas, con las cuales se remontaban hasta las nubes. Únicamente los niños y mujeres quedaban en la ciudad. Me dije: "A principios del próximo mes preguntaré a uno de ellos. Tal vez me lleven consigo al sitio adonde se dirigen".

» En efecto, a primeros de mes cambiaron de color y se metamorfosearon. Entré en casa de uno de ellos y le dije: "¡Te conjuro, por Dios, a que me lleves contigo para que yo pueda curiosear y regresar con vosotros!" "No puede ser", me replicó. Pero yo continué insistiendo hasta que lo convencí. Me colgué de él y levantó el vuelo conmigo, sin que hubiese advertido a ninguno de mis familiares,

ni a mis pajes, ni a mis amigos. Aquel hombre voló tan alto, que oí cómo los ángeles en lo alto de las esferas loaban a Dios. Me admiré de ello, y exclamé: "¡Gloria a Dios! ¡Loado sea Dios!" Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando salió fuego del cielo y por poco nos abrasa a todos. Descendieron y me arrojaron encima de un monte elevado, pues estaban muy enfadados conmigo. Se marcharon y me abandonaron. Me quedé solo en el monte, censurándome por lo que había hecho. "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Siempre que escapo de una desgracia, caigo en otra mayor!"

» No supe qué hacer ni dónde ir. De pronto aparecieron dos pajes que parecían lunas. Cada uno llevaba una vara de oro, en la que se apoyaba. Me acerqué a ellos y los saludé. Me devolvieron el saludo, y les pregunté: "¡Por Dios! ¿Quiénes sois y qué hacéis?" "Somos siervos de Dios (¡ensalzado sea!)." Uno de ellos me entregó una de las varas de oro rojo que llevaba, y se marcharon dejándome solo. Empecé a recorrer la cresta del monte apoyándome en ella y meditando en lo que podían significar aquellos jóvenes. Entonces salió de debajo de tierra una serpiente: llevaba en la boca a un hombre que se había tragado hasta el ombligo. Gritaba y decía: "¡Dios calvará de toda desgracia a aquel que me salve!" Me acerqué a la serpiente, la golpeé la cabeza con la vara de oro y vomitó al hombre…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sindbad prosiguió: « La serpiente vomitó al hombre,] el cual me dijo: "Ya que me he salvado de la serpiente gracias a tu intervención, no te abandonaré, pues te has convertido en mi compañero en este monte". Le di la bienvenida y empezamos a andar. Una gran multitud se acercó a nosotros. Al fijarme, vi entre ellos al hombre que me había cargado sobre sus espaldas y emprendido el vuelo conmigo. Me acerqué a él, le pedí que me disculpara, lo traté cortésmente y le dije: "¡Amigo mío! ¿Es así como se comportan unos amigos con otros?" "Tú eres el causante de nuestra ruina, al alabar a Dios cuando te llevaba sobre mis espaldas." "¡No me reprendas! No sabía nada de eso. Ya no diré nada más." Aceptó llevarme consigo siempre que no me acordara de Dios ni lo alabara mientras me llevase sobre sus espaldas. Me colocó encima, emprendió el vuelo conmigo como la primera vez y me dejó en mi casa.

» Mi mujer salió a mi encuentro, me saludó y me felicitó por haberme salvado. Me dijo: "Después de esta escapada no salgas más con esa gente ni trates con ella, pues son hermanos de los demonios y no pueden pronunciar el nombre de Dios (¡ensalzado sea!)". "¿Y cómo se entendía tu padre con ellos?"

“Mi padre no era de su especie ni obraba como ellos. Y ya que ha muerto, creo que lo mejor que puedes hacer es vender cuanto poseemos y comprar mercancías. Luego nos podemos marchar a tu país, junto a tu familia. No hay razón alguna para que permanezca aquí después de haber muerto mis padres.”

» Yo lo hice así. Vendí todo, y esperé que alguien se marchase para partir con él. Poco después se dispuso a marchar un grupo de habitantes; pero al no encontrar naves, compraron madera y se construyeron un gran barco. Me puse de acuerdo con ellos y les pagué los pasajes al contado. Embarcamos mi mujer y yo con todo lo que teníamos, abandonando únicamente las casas y las fincas. Navegamos de isla en isla y de mar en mar. El viento nos fue favorable, y pudimos llegar felizmente a Basora. Pero no nos detuvimos aquí, sino que alquilamos otra nave, a la que trasladamos todo, y nos dirigimos a Bagdad. Entré en mi barrio, me dirigí a mi casa y vi a mis familiares, compañeros y amigos. Almacené en mis depósitos todas las mercancías. Mis familiares hicieron el cálculo del tiempo que había estado ausente durante el séptimo viaje, y vieron que era de veintisiete años, hasta el punto de que habían perdido la esperanza de verme.

Los informé de todo lo que me había ocurrido. Se admiraron muchísimo y me felicitaron por haberme salvado. Yo me arrepentí ante Dios (¡ensalzado sea!) de mi manía viajera, y con ello puse fin a mi serie de viajes. Di gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberme devuelto al lado de mi familia, a mi país y a mi patria.

» Y aquí tienes toda mi historia, Sindbad el faquín.» Éste dijo a su homónimo: « ¡Por Dios! ¡No me reprendas por lo que dije de ti!»

Ambos vivieron familiarmente, apreciándose mutuamente, felices y contentos, hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el separador de las multitudes, el aniquilador de los palacios y el constructor de las tumbas, o sea, el escanciador de la muerte. ¡Gloria a Dios, el Eterno, el que no muere!

HISTORIA DE LOS GENIOS Y DEMONIOS ENCERRADOS EN JARROS DESDE LOS TIEMPOS DE SALOMÓN (¡SOBRE ÉL SEA LA PAZ!)

ME he enterado también, de que en lo más antiguo del tiempo y en las épocas y períodos pasados vivió en la ciudad de Damasco, en Siria, un rey, Califa, llamado Abd al-Malik b. Marwán. Cierto día en que estaba sentado con los grandes de su reino, con los reyes y los sultanes, se empezó a hablar de las naciones del pasado, se citaron hechos de nuestro señor, Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) y del señorío y poder que Dios (¡ensalzado sea!) le había dado sobre hombres, genios, pájaros, animales salvajes y otros seres. Dijeron: « Hemos oído decir a quienes nos precedieron, que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) jamás ha hecho a ningún ser favores semejantes a los que concedió a Salomón. Éste llegó a hacer cosas que nadie ha podido repetir; por ejemplo encerró a los genios, espíritus y demonios en jarros de bronce que tapó con plomo, en el que imprimió su sello» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Talib refirió que un hombre había embarcado en un navío con un grupo de personas, dirigiéndose hacia la India. Navegaron sin cesar hasta que un viento tempestuoso los desvió hacia una de las tierras de Dios (¡ensalzado sea!). Esto ocurrió en medio de la negra noche. Cuando se hizo de día salieron de las cuevas que había en aquel lugar hombres de color negro, con el cuerpo desnudo: parecían salvajes y no comprendían las palabras de los viajeros. Uno de su misma raza era el rey, única persona que sabía el árabe. Al ver la nave y a los que en ella estaban, el reyezuelo, acompañado por unos cuantos de los suyos, se acercó, los saludó, los acogió bien y les preguntó qué religión tenían. Le explicaron quiénes eran. Les aseguró: « No os sucederá nada malo» . Al insistir en cuál era su religión se dio cuenta de que cada uno de ellos pertenecía a distinta creencia. Les preguntó por el Islam y la misión de nuestro señor, Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!). Los navegantes le contestaron: « No sabemos qué es lo que dices ni tenemos noticia de tal religión» . El rey les dijo: « Sois los primeros hijos de Adán que llegan hasta nosotros» . Después los obsequió con carne de aves, de animales salvajes y de peces, ya que aquella gente no tenía otro tipo de comida. Los navegantes desembarcaron para visitar la ciudad y vieron que un pescador echaba la jábega en el mar para pescar. Al retirarla salió en su interior un vaso de bronce, cubierto de plomo, y precintado con el sello de Salomón b. David (¡sobre ambos sea la paz!). El pescador lo retiró, lo rompió y empezó a salir un humo azul que remontó hasta la cúspide del cielo.

« Entonces —refirió— oímos una voz terrible que decía: “¡Perdón! ¡Perdón,

profeta de Dios!” El humo se transformó en una persona de aspecto espantoso, de talla muy elevada cuya cabeza alcanzaba al monte. Después lo perdieron de vista. Poco faltó para que los navegantes quedasen exánimes, mientras que los negros ni tan siquiera se preocuparon. El hombre en cuestión se dirigió al reyezuelo y le preguntó por lo ocurrido. Le contestó: “Ése es uno de los genios aprisionados por Salomón b. David. Cuando éste se enfadó con ellos los metió en estos jarros, los selló con plomo y los echó al mar. La mayor parte de las veces en que los pescadores arrojan la red sacan estos recipientes. Al romperlos escapan los genios, los cuales, creyendo que Salomón aún vive, se arrepienten y exclaman: ‘¡Perdón, profeta de Dios!’”»

El Emir de los creyentes, Abd al-Malik b. Marwán, se admiró de estas palabras y exclamó: « ¡Gloriado sea Dios! ¡Qué gran poder tenía Salomón!» Al-Nabiga Dubyaní estaba entre los asistentes a la reunión y dijo: « Talib dice verdad en lo que cuenta, y la prueba está en las palabras del primer sabio:

> Y acerca de Salomón cuando Dios le dijo: “Ocupa el poder y gobierna rectamente.
> Honra, a quien te obedezca, por su sumisión; a aquel que te desobedezca, enciérralo a perpetuidad”.

» Por eso los encerró en jarras de bronce y los arrojó al mar.» Estas palabras gustaron al Emir de los creyentes. Dijo: « ¡Por Dios! ¡Me gustaría ver uno de esos vasos!» Talib b. Sahl le contestó: « ¡Señor! Tú puedes conseguirlo sin moverte de tu país. Envía a tu hermano, Abd al-Aziz b. Marwán, para que te los traiga de los países de Occidente: haz que escriba a Musa b. Nusayr ordenándole montar a caballo y recorrer el Occidente hasta llegar a ese monte del que hemos hablado. Te traerá todos los jarros que le pidas, ya que la tierra en la que termina su provincia se une a ese monte» . El Emir de los creyentes encontró aceptable la idea y dijo: « Talib: has dicho verdad. Quiero que tú seas el mensajero que vaya a llevar la orden a Musa b. Nusayr. Tendrás bandera blanca y podrás coger todo el dinero, honores o cualquier otra cosa que desees. Yo me cuidaré de tu familia» . Respondió: « ¡De buen grado, Emir de los creyentes!» « ¡Ve rápido con la bendición y el auxilio de Dios (¡ensalzado sea!)!»

El Califa mandó que le entregasen una carta para su hermano Abd al-Aziz, gobernador de Egipto, y otra para Musa, su representante en Occidente, en la que ordenaba a éste que se encargase personalmente de la búsqueda de las jarras salomónicas, dejando interinamente a su hijo como gobernador del país; que tomase guías, que gastase cuanto dinero fuera preciso; que llevase todos los hombres que quisiese y que lo hiciese todo sin entretenerse ni buscar excusas. Después selló las dos cartas, se las entregó a Talib b. Sahl, le mandó que fuese diligente y que desplegase las banderas por encima de su cabeza. El Califa le dio

riquezas, caballeros y peones para que le sirviesen de ayuda en el camino y mandó que todos los gastos de su casa corriesen a su cargo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Talib b. Sahl y sus compañeros salieron de Siria, cruzaron las comarcas y llegaron a Egipto, en donde los recibió el gobernador de este país. Lo hospedó con él y lo trató con los máximos honores todo el tiempo que permaneció a su lado. Después le dio un guía que lo condujo hacia el Alto Egipto y hasta alcanzar al emir Musa b. Nusayr.

Cuando éste se enteró de su llegada salió a recibirle y se alegró mucho. Talib le entregó la carta; aquél la cogió, la leyó, comprendió lo que quería decir y colocándola encima de la cabeza dijo: « Oír es obedecer al Emir de los creyentes» . Le pareció oportuno llamar a los más altos funcionarios. Cuando estuvieron reunidos expuso lo que le parecía la carta. Le contestaron: « ¡Emir! Si buscas alguien que te indique el camino de ese sitio puedes llevar al jeque Abd al-Samad b. Abd al-Qaddus al-Samudí; es un hombre experto, que ha viajado mucho, en el desierto y en el mar; que conoce las personas, los prodigios de cada lugar, las tierras y las comarcas. Llévalo, pues te conducirá adonde quieras ir» . Mandó que do llamasen y cuando lo tuvo delante vio que era un hombre muy anciano en el que habían hecho mella los años y el transcurso del tiempo.

El emir Musa lo saludó y le dijo: « ¡Jeque Abd al-Samad! Nuestro señor, el Emir de los creyentes Abd al-Malik b. Marwán nos ha mandado esto y esto. Yo conozco poco esos países y esas pistas; ¿quieres intervenir en el cumplimiento de la voluntad del Califa?» El jeque contestó: « Sabe, Emir, que esa ruta es abrupta, muy escabrosa y tiene pocos caminos» . « ¿Qué distancia hay?» « Dos años y algunos meses, de ida, y otro tanto de vuelta. En el camino hay toda clase de dificultades, terrores, prodigios y maravillas. Pero tú eres un hombre dedicado a hacer la guerra santa, nuestro país está cerca del enemigo y tal vez los cristianos se aprovechen de tu ausencia. Es preciso que nombres lugarteniente a alguien que se ocupe de las cosas del reino.» « Tienes razón.» El Emir nombró lugarteniente a su hijo Harún, estableció con él un pacto y ordenó a los soldados que no le desobedeciesen, que hiciesen todo lo que les mandara. Escucharon sus palabras y le obedecieron, puesto que Harún era muy valiente, buen caballero y héroe perfecto.

El jeque Abd al-Samad le indicó que el lugar en que se encontraba lo que el Emir de los creyentes quería, distaba cuatro meses de camino; estaba situado a las orillas del mar y era formado por casas pegadas las unas a las otras, tenía yerbas y fuentes. Añadió: « ¡Representante del Emir de los creyentes! Dios nos hará fácil el camino gracias a tu bendición» . El Emir Musa le preguntó: « ¿Crees

que algún rey ha pisado esa tierra antes que nosotros?» «Sí, Emir de los creyentes: esta tierra pertenece a Darán, el griego, rey de Alejandría.» Viajaron sin cesar hasta que llegaron a un castillo. Dijo: «Adelántate conmigo hasta este castillo que constituye un ejemplo para el que se instruye». El emir Musa se acercó al castillo, acompañado por el jeque Abd al-Samad y sus principales compañeros. Llegaron a la puerta: estaba formada por largas columnatas y escaleras. Dos de éstas eran de mármol policromado sin igual; el techo y las paredes estaban hechos de oro, plata y pedrería; encima de la puerta había una lápida en la que había una inscripción griega. El jeque Abd al-Samad preguntó: «¿He de leerla, Emir de los creyentes?» (sic.) «Adelántate y léela con la bendición de Dios. En este viaje hemos tenido tu *baraka*.» La leyó. Se trataba de los siguientes versos:

Después de lo que hicieron, ves que las gentes lloran por la pérdida del imperio.
Este palacio constituye el fin de la historia de unos señores que se han reunido en el polvo.
La muerte los destruyó y los dispersó: la tierra se ha hecho cargo de todo lo que atesoraron.
Parece que hubiesen dejado sus monturas para descansar un instante y volver.

El emir Musa lloró hasta caer desvanecido. Exclamó: «¡No hay dios sino el Dios, el Viviente, el Eterno, el que nunca deja de ser!» Entró en el alcázar y contempló las estatuas y los frescos que contenía. Encima de la segunda puerta vio escritos unos versos. Dijo: «¡Acércate, jeque, y lee!» Se aproximó y leyó:

En lo más antiguo del tiempo, ¡cuántas gentes vivieron y pasearon por sus habitaciones!
Pero fíjate en lo que ha hecho el transcurso del tiempo:
Todos repartieron los bienes que habían reunido, legaron la suerte a ése y se marcharon.
¡Cuántos gozaron aquí sus bienes! ¡Cuántos comieron! Pero el polvo se los ha comido a todos.

El emir Musa lloró abundantemente y lo transitorio de esta vida le hizo palidecer. Exclamó: «¡Se nos ha creado para algo importante!» Recorrieron el palacio, que carecía de moradores, en donde no se veían ni huellas de vida: patios y habitaciones estaban vacíos. En el centro había una cúpula muy alta, que se encaramaba por los aires. A su alrededor había cuatrocientas tumbas. El emir

Musa se acercó a éstas. Una de ellas, construida en mármol, tenía labrados estos versos:

¡Cuántas veces he luchado! ¡Cuántas veces he sido atrevido! ¡Cuántos seres he contemplado!
¡Cuánto he comido! ¡Cuánto he bebido! ¡A cuántas cantantes he escuchado!
¡Cuántas órdenes he dado! ¡Cuántas cosas he prohibido! ¡Cuántos castillos que eran inexpugnables, los he asediado, los he registrado y he sacado de ellos joyas para las bellas!
Pero en mi ignorancia transgredí los límites, procurando obtener una paz que ha sido caduca.
¡Muchacho! Haz bien tus cuentas antes de que tengas que apurar la copa de la muerte.
Dentro de poco arrojarán tierra encima de ti y te quedarás sin vida.

El emir Musa y quienes le acompañaban rompieron a llorar. Se aproximaron a una cúpula que tenía ocho puertas de madera de sándalo con clavos de oro; estaba cuajada de incrustaciones de plata que parecían astros y relucían en ella toda clase de aljófares. En la primera puerta se encontraban estos versos:

Lo que he dejado en herencia no lo he dejado por generosidad, sino a causa del destino y de un decreto que sigue su curso entre el género humano.
¡Cuánto tiempo viví feliz y contento, defendiendo mis bienes como el feroz león!
No tenía descanso; era tan avaro que ni aunque me echasen al fuego hubiese dado un grano de mostaza.
Pero el destino me tocó trayéndome el decreto de Dios, el Grande, el Creador;
Mi muerte fue repentina y a pesar de mi poder no puede detenerla;
ni los ejércitos que había reunido, ni el amigo ni el vecino me fueron de utilidad ni me sirvieron de auxilio.
Durante toda la vida me fatigué en un viaje, a veces fácil, a veces difícil, bajo la égida de la muerte.
Todas tus riquezas, antes del alba, pasarán a pertenecer a otro, mientras que a ti vendrán a buscarte el portador de las parihuelas y el sepulturero.
El día del juicio final te encontrarás solo ante Dios con una carga de pecados y faltas.
¡Procura que el mundo no te extravíe con sus falsas galas, y fíjate en lo

que ocurre a tus familiares y vecinos!

Cuando el emir Musa oyó estas palabras rompió a llorar amargamente hasta caer desmayado. Al volver en sí entró en la cúpula y vio una tumba muy grande, de aspecto aterrador, encima de la cual había una lápida de hierro chino. El jeque Abd al-Samad se acercó y leyó: « En el nombre de Dios, Viviente y Eterno; en el nombre de Dios que ni engendra ni fue engendrado, que no tiene a nadie que sea su igual; en el nombre de Dios Todopoderoso y Fuerte; en nombre del Viviente, del que nunca muere» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd al-Samad leyó:] « Tú, que llegas a este lugar, medita en lo que ves, en el transcurso del tiempo y en la marcha de los acontecimientos. No te dejes extraviar por las galas, las falsedades, las calumnias, el relumbrón y las vanidades de este mundo: todo ello fascina, engaña y traiciona; sus cosas son un préstamo que en cualquier momento puede quitar el prestamista al prestado; es como la pesadilla para el que duerme o como el sueño para el que sueña; son lo mismo que el espejismo en la estepa, que para el sediento parece agua: el demonio hace que el hombre crea que son bellas hasta el momento de la muerte. Tales son las cualidades del mundo: no confíes ni sientas inclinación por ellas, pues traicionan a quien las aprecia y les pide ayuda. No caigas en sus redes ni te dejes ligar a sus faldones. Yo poseí cuatro mil caballos alazanes en un solo establo, me casé con mil muchachas vírgenes, de senos turgentes, que parecían lunas y eran hijas de reyes; tuve mil hijos que parecían leones feroces, y viví mil años sin preocupaciones de ningún género. Reuní riquezas que eran imposibles de conseguir para los demás reyes, mientras creía que el bienestar iba a ser eterno, sin tener fin. Pero, sin que me diese cuenta, llegó el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos, el que vacía las habitaciones y arruina las cosas florecientes haciendo morir a grandes y pequeños, a críos, muchachos y madres. En este castillo nos quedamos tranquilos hasta que descendió sobre nosotros el juicio del Señor de los mundos, Señor de los cielos y de la tierra. Entonces la voz de la verdad se hizo patente y nos cogió: cada día fueron muriendo dos de nosotros y así pereció una gran cantidad. Cuando vi que la muerte entraba en nuestra casa, que se aposentaba entre nosotros y que nos ahogábamos en el mar de la perdición, mandé llamar a un secretario y le ordené que escribiese estas poesías y estas reflexiones; dispuse que con ayuda del compás se grabasen en estas puertas, lápidas y tumbas. Yo tenía un ejército de mil veces mil caballeros armados con lanzas, cotas de malla, espadas afiladas y veloces caballos. Les

mandé que vistiesen las largas cotas de malla, que ciñesen las cortantes espadas, que empuñasen las terribles lanzas y que montasen en los veloces caballos. Cuando el decreto del Señor de los mundos, del Señor de la tierra y de los cielos, descendió sobre nosotros les dije: "¡Soldados! ¡Militares! ¿Sois capaces de impedir que me suceda lo que me envía el Rey Todopoderoso?" Los soldados y los militares no pudieron hacerlo. Replicaron: "¿Cómo hemos de combatir a Aquel al que no puede ocultar ningún chambelán, a Aquel que tiene una puerta sin portero?" Les ordené: "¡Traedme mis riquezas!" Éstas consistían en mil pozos; en cada uno de éstos había mil quintales de oro rojo y toda clase de perlas y aljófares, plata blanca y tesoros que no podía poseer ningún otro rey de la tierra. Hicieron lo que les había mandado. Cuando hubieron dejado las riquezas ante mí les dije: "¿Podríais salvarme con todas estas riquezas? ¿Podrían comprarme un solo día de vida?" Como no pudieron hacerlo, se sometieron al Destino y a la Voluntad de Dios. Yo soporté con paciencia el Decreto y las aflicciones que Dios me mandaba hasta que cogió mi alma y me hizo habitar la tumba. ¿Preguntas cuál es mi nombre? Soy Kus b. Saddad b. Ad, el Grande.» En la lápida estaban escritos estos versos:

Si me recordáis después de mi vida, después del transcurso de los días y de los acontecimientos, sabed que soy Ibn Saddad, aquel que fue rey de todo el género humano, de toda la tierra y de todo lugar.

Todos los pueblos rebeldes de Egipto, de Siria y de Adnán se me sometieron.

Mi poder era tal que humillaba a sus reyes y todos los habitantes de la tierra me temían.

Tenía en mi mano tribus y ejércitos; las tierras y sus habitantes me temían.

Cuando montaba a caballo veía a mis tropas encima de sus corceles en número de miles de miles.

Poseí riquezas sin cuento y las guardé para hacer frente a las vicisitudes del tiempo.

Quise, en un momento, rescatar la vida con mis bienes.

Pero Dios rehusó apartarse de la ejecución de sus designios: aquí estoy solo, separado de mis hermanos.

Me llegó la muerte, aquella que separa a los hombres, y me transportó desde la gloria a la humillación.

He encontrado todo lo que con anterioridad hice: soy su rehén y soporto la culpa.

Cuida que tu alma esté en el buen camino y guárdate de la sucesión de los acontecimientos.

El emir Musa lloró hasta caer desmayado al ver la desgracia que había caído sobre esas gentes. Mientras recorrían los alrededores del castillo y contemplaban sus salones y lugares de recreo, encontraron una mesa con cuatro patas de mármol en la que estaba escrito: « en esta mesa comieron mil reyes tuertos y otros mil que tenían sanos los dos ojos. Todos han abandonado este mundo y residen en los sepulcros y en las tumbas» . El emir Musa copió todo esto y no se llevó, al salir del castillo, más que la mesa.

Los soldados se pusieron en marcha y el jeque Abd al-Samad se colocó delante para mostrarles el camino. Así pasaron el primero, el segundo y el tercer día. Llegaron a una colina muy elevada y vieron en su cima a un jinete de bronce; en la punta de la lanza había una amplia lámina que brillaba tanto que casi deslumbraba la vista. En ella estaba escrito: « ¡Oh tú que llegas a este lugar! Si no conoces el camino que conduce a la ciudad de bronce, frota la mano del jinete. Girará y después se parará. Sigue en la dirección que te indique y no temas ni te preocupes: te conducirá hasta la ciudad de bronce» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el emir Musa frotó la mano del caballero y éste giró como si fuese un relámpago cegador, dirigiéndose en una dirección distinta de la que llevaban los viajeros. Éstos se dirigieron por el camino que señalaba: era el buen camino. Lo recorrieron sin parar durante días y noches y atravesaron lejanos países. Cierto día, mientras iban andando, encontraron una columna de piedra negra en la cual había una persona sumergida en el suelo hasta los sobacos. Tenía dos grandes alas y cuatro manos, dos de las cuales se parecían a las manos de los hombres y otras dos a las del león, pues tenían garras. El cabello de su cabeza se parecía a la cola de los caballos y sus ojos eran dos carbones encendidos; tenía un tercer ojo en la frente que parecía ser el de un leopardo, y de él se desprendían chispas de fuego; era negro y largo y gritaba: « ¡Gloria al Señor! ¡Él me ha condenado a este suplicio atroz, a este tormento doloroso hasta el día del juicio!» Los viajeros, al verle, perdieron el juicio y quedaron estupefactos al ver su forma: volvieron la espalda y huyeron.

El emir Musa preguntó al jeque Abd al-Samad: « ¿Quién es éste?» « No lo sé.» « Acércate a él y averigua de qué se trata. Tal vez él nos descubra su secreto y tú puedas informarnos.» El jeque replicó: « ¡Que Dios proteja al Emir! Tengo miedo» . « ¡No temáis! Él se abstendrá de atacaros dada la situación en que se encuentra.» El jeque Abd al-Samad se acercó y le preguntó: « ¡Oh tú! ¿Cómo te llamas? ¿Qué es lo que te sucede? ¿Qué es lo que haces en este lugar y con esta figura?» Le contestó: « Yo soy un *efrit* y me llamo Dahis b. al-Amas y estoy aquí, inmovilizado por el poder de Dios, secuestrado por la fuerza de Dios y

castigado hasta que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) quiera» . El emir Musa dijo: « ¡Jeque Abd al-Samad! Pregúntale por qué se encuentra encadenado a esta columna» . Se lo preguntó y el *efrit* contestó: « Mi historia es prodigiosa: algunos hijos de Iblis tenían un ídolo de cornalina roja y yo estaba encargado de él. Lo adoraba un excelso rey del mar, grande y poderoso, que guiaba un ejército de miles de miles de soldados que ante él luchaban con las espadas y acudían a su llamada en los momentos de peligro. Los genios que le obedecían estaban bajo mis órdenes y bajo mis deseos; obedecían todo lo que les mandaba con mis palabras y todos se habían sublevado contra Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Yo entraba en el interior del ídolo y les mandaba y les prohibía.

» La hija de aquel rey se prosternaba frecuentemente ante el ídolo y lo adoraba: era la mujer más hermosa y más bella de aquel tiempo: su beldad y su resplandor eran extraordinarios. Yo se la describí a Salomón (¡sobre él sea la paz!). Éste envió un mensajero a su padre diciéndole: "Cásame con tu hija, destruye el ídolo de cornalina y atestigua que no hay dios sino el Dios y que Salomón es el Profeta de Dios. Si lo haces tendrás lo que tengamos y te faltará lo que nos falte. Si no aceptas, iré a buscarte al frente de un ejército al cuál no podrás resistir: prepara una contestación a mi pregunta y disponte a morir. Iré a por ti al frente de tal número de soldados que llenarán el espacio, y te dejaré como el ayer que ya ha transcurrido". Cuando llegó el mensajero de Salomón (¡sobre él sea la paz!) el rey se indignó, se hizo el orgulloso y se creció. Dijo a sus ministros: "¿Qué es lo que opináis de Salomón, hijo de David? Me ha enviado un mensajero para exigirme que le dé mi hija en matrimonio, que rompa mi ídolo de cornalina y que acepte su religión". Le replicaron: "¡Poderoso rey! ¿Es que Salomón puede obrar contigo así? Tú te encuentras en el centro de este mar inmenso. Si él viniese en tu busca no podría hacerte nada puesto que los genios rebeldes combatirían a tu lado y tú pedirías ayuda al ídolo que adoras y éste te prestaría su auxilio y su concurso. Lo justo es que consultes a tu señor (querían decir al ídolo de cornalina roja) y que escuches su respuesta. Si te dice que salgas a combatirlo, combátelo, y si no no lo hagas". El rey salió inmediatamente y se dirigió al ídolo. Hizo las ofrendas y los sacrificios y después, prosternándose ante él, empezó a llorar y recitó:

¡Señor mío! Yo conozco tu poder. Salomón quiere romperte,
¡Señor mío! Pido tu auxilio. Manda y obedeceré tu orden.»

El *efrit* encadenado a la columna siguió diciendo al jeque Abd al-Samad: « Yo, ignorante y tonto de mí, me metí, sin reflexionar en el poder de Salomón, en el interior del vientre y recité:

Yo no le temo, pues conozco todas las cosas. Si me declara la guerra, me pondré en marcha y le arrancaré el alma.

» Al oír mi respuesta el corazón del rey se tranquilizó y se decidió a hacer la guerra y a combatir a Salomón, al Profeta de Dios (¡sobre él sea la paz!). Cuando llegó el mensajero de Salomón le dio una paliza muy dolorosa y una contestación terrible, enviándole amenazas con el mismo mensajero. Le hizo decir: "Te nutres de falsas esperanzas y me amenazas con vanas palabras. O vienes tú a mi encuentro o salgo yo al tuyo". Al estar de nuevo el mensajero ante Salomón, contó a éste todo lo que le había ocurrido y sucedido. Al oírlo Salomón, el Profeta de Dios, se resolvió a marchar y su resolución fue firme: preparó sus ejércitos de genios, hombres, fieras, pájaros e insectos y dio orden a su visir Dimiryat, rey de los genios, de que reuniese a los *efrits* de todas las regiones: así reunió seiscientos millones de diablos. Mandó a Asaf b. Barajiya que movilizase sus ejércitos de hombres: el número ascendió a más de un millón. Preparó las armas y las municiones. Salomón y su ejército de genios y hombres montaron en la alfombra mágica: los pájaros volaron por encima de sus cabezas y los animales marcharon por el suelo. Descendió en el campamento del rey, rodeó la isla y llenó la tierra con sus ejércitos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el *efrit* prosiguió:] « Después mandó decir a nuestro rey: "Yo ya he venido: rechaza por la fuerza lo que ha llegado o sométete, reconoce mi misión, rompe tu ídolo, adora al Único, al Venerado, cásame con tu hija y tú y quienes te rodean pronunciad: 'Doy testimonio de que no hay más Dios sino el Dios' y 'Doy testimonio de que Salomón es el Profeta de Dios'. Si dices esto tendrás la paz y la tranquilidad. Si no lo dices no encontrarás, en toda la isla, una fortaleza que te salve de mí. Dios (¡bendito y ensalzado sea!) ha puesto los vientos a mis órdenes. Yo les he mandado que me transporten hasta aquí en la alfombra mágica y voy a hacer contigo un escarmiento y un castigo ejemplares". El mensajero se presentó ante el rey y le entregó el mensaje del Profeta de Dios, Salomón (¡sobre él sea la paz!). El rey replicó: "Lo que me pide no entra en mis cálculos. Dile que saldré a hacerle frente". El mensajero volvió junto a Salomón y le entregó la respuesta.

» A continuación el rey mandó llamar a los habitantes de sus tierras, reunió un millón de genios que le obedecían y aun los reforzó con *marids* y demonios que habitaban las islas del mar y las cimas de los montes. A continuación preparó a sus tropas, abrió los depósitos de armas y las distribuyó entre sus soldados. Por su parte, el Profeta de Dios, Salomón (¡sobre él sea la paz!), puso en línea de

combate a sus soldados y mandó a las fieras que se dividiesen en dos filas, una a la derecha y otra a la izquierda de sus tropas. Mandó a los pájaros que se colocasen sobre las islas y que, en el momento del ataque, arrancasen con sus picos los ojos de los combatientes, abofeteándoles al mismo tiempo con sus alas; dispuso que las fieras desgarrasen sus corceles, y aquéllas le contestaron: "Oír es obedecer a Dios y a ti, Profeta de Dios". Salomón, el Profeta de Dios, se instaló en un trono de mármol que tenía incrustaciones de oro y estaba chapeado con láminas del mismo metal. Colocó a su derecha al visir Asaf b. Barajiya y a su izquierda al visir Dimiryat; los reyes de los hombres estaban a su derecha y los reyes de los genios a su izquierda; las fieras, las víboras y las serpientes estaban delante. A continuación cargaron contra nosotros todos a la vez y nos combatieron con ardor durante dos días en un amplio campo de batalla.

» Al tercer día cayó sobre nosotros la desgracia y se cumplió en nosotros el decreto de Dios (¡ensalzado sea!). Yo, con mis ejércitos, fui el primero en cargar contra Salomón. Exhorté a mis soldados: "¡Permaneced firmes en vuestros puestos hasta que yo me haya adelantado y desafiado a Dimiryat!" Éste avanzó como si fuese una ingente montaña: echaba llamas de fuego y el humo remontaba por el aire. Se acercó y me fulminó con un rayo de fuego; su flecha pudo más que mi fuego. Me dio un alarido terrible y yo imaginé que el cielo se caía; las mismas montañas temblaron al oír su voz. Luego dio órdenes a sus soldados y éstos cargaron contra nosotros todos a la vez; nosotros les salimos al encuentro chillando los unos a los otros. El fuego creció y el humo remontó por los aires; los corazones estaban a punto de despedazarse.

» La guerra adquirió toda su dureza mientras los pájaros combatían en el aire y las fieras chocaban en la tierra. Yo luchaba con Dimiryat hasta que los dos quedamos agotados, pero yo me debilité más rápidamente y mis amigos y mis soldados flaquearon; mis filas fueron deshechas. El Profeta de Dios, Salomón, gritó: "¡Coged ese enorme, nefasto y vituperable gigante!" Los hombres cargaron contra los hombres, los genios contra los genios, nuestro rey fue vencido y nosotros caímos prisioneros de Salomón. Las tropas de éste cargaron sobre nuestras fuerzas avanzando con los flancos protegidos por las fieras, mientras que los pájaros que sobrevolaban nuestras cabezas arrancaban los ojos a nuestros combatientes, unas veces con las garras y otras con el pico; de vez en cuando los abofeteaban con sus alas mientras que las fieras mordían a los caballos y despedazaban a los hombres. La mayoría de éstos quedó muerta de bruces como si fuesen troncos de palmera.

» Yo escapé de las manos de Dimiryat, pero éste me persiguió durante tres meses hasta darme alcance. Así caí en la situación en que me encuentro.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después de que el genio encadenado en la columna les hubo contado su historia desde el principio, le preguntaron: « ¿Cuál es el camino que conduce a la Ciudad de Bronce?» Llegamos ante la ciudad: nos separaban de ella veinticinco puertas, pero ni una sola era visible ni se podía distinguir su emplazamiento en las murallas: parecía como si todo fuese un pedazo de monte o un hierro fundido en un único molde. Los viajeros, el emir Musa y el jeque Abd al-Samad se apearon y se afanaron en encontrar una puerta o un camino que condujese al interior. No lo consiguieron. El emir Musa dijo: « ¡Talib! ¿Qué medio tenemos para entrar en esta ciudad? Hemos de encontrar una puerta por la que podamos pasar» . Le contestó: « ¡Que Dios proteja al Emir! Descansemos dos o tres días y buscaremos un medio (si Dios lo quiere) para llegar hasta la ciudad y entrar» . Entonces el emir Musa mandó a uno de sus pajes: « Monta en un camello y da la vuelta a la ciudad. Tal vez encuentres el indicio de una puerta o una hendidura en el lugar en que se encuentre» .

El paje dio la vuelta alrededor en dos días con sus noches, a pesar de llevar un buen paso y de no haberse detenido a descansar. Al tercer día se reunió con sus compañeros: estaba maravillado de lo largo y alto de la ciudad. Dijo: « ¡Emir! El lugar mejor para entrar en la ciudad es éste en el que estáis acampados» . El emir Musa tomó consigo a Talib b. Sahl y al jeque Abd al-Samad y juntos subieron a un monte que estaba enfrente de la ciudad y desde el cual se dominaba ésta. Una vez en la cima vieron una ciudad; jamás habían visto otra mayor ojos humanos: los palacios eran muy elevados, sus cúpulas relucientes; sus casas, hermosas, y los riachuelos corrían; sus árboles daban frutos, sus jardines eran perfumados: era una ciudad que tenía las puertas fortificadas, pero estaba vacía y abandonada, sin habitantes; el búho silbaba en sus barrios y los pájaros de presa volaban por sus plazas; los cuervos graznaban en sus manzanas y en sus calles llorando por aquellos que la habían habitado.

El emir Musa se detuvo lamentándose de que careciese de habitantes, de que estuviese arruinada y sin pobladores. Exclamó: « ¡Gloria a Dios, al que no cambian ni las épocas ni los tiempos, Creador, con su poder, de las criaturas!» Mientras él alababa a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) se volvió hacia un lado y descubrió siete láminas de mármol blanco que brillaban a lo lejos. Se acercó a ellas. Había una inscripción grabada. Mandó que se leyese lo que estaba escrito. El jeque Abd al-Samad se adelantó, la contempló y leyó la exhortación, la amonestación y la advertencia que contenía para las personas dotadas de entendimiento. Sobre la primera lápida estaba escrito en lengua griega: « ¡Hijo

de Adán! No intentes distraerte de lo que tienes delante; ya te han distraído de ello tus años y tu edad. ¿Es que no sabes que la copa de la muerte se te está llenando y que pronto te la darán a beber? Obsérvate antes de bajar a la tumba. ¿Adónde han ido a parar los que dominaron los países, los que han poseído esclavos y han conducido ejércitos? ¡Por Dios! Cayó sobre ellos el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos, el que arruina las casas más florecientes, quien los trasladó desde los amplios alcázares a las estrechas tumbas» . Debajo de la lápida estaban escritos estos versos:

¿Adónde han ido a parar los reyes constructores de la tierra? Se separaron de lo que habían construido y edificado.
Han pasado a ser, con sus mismas construcciones, rehenes de las tumbas; han pasado a ser huesos carcomidos.
¿Adónde han ido a parar sus ejércitos que no sirvieron de protección ni fueron útiles? ¿Adónde ha ido a parar lo que reunieron en la tierra, lo que atesoraron?
Les llegó, repentinamente, una orden del Señor del Trono, de la cual no les salvaron ni riquezas ni fortalezas.

El emir Musa sollozó y dejó resbalar las lágrimas sobre sus mejillas exclamando: « ¡Por Dios! El ascetismo en este mundo constituye el mejor viático y la mejor conducta» . Mandó que le diesen tintero y papel y escribió el contenido de la primera lápida. Después se acercó a la segunda lápida. En ella estaba escrito: « ¡Hijo de Adán! ¿Qué te ha hecho distraer de pensar en la eternidad, qué te ha hecho olvidar la llegada de la muerte? ¿Es que no sabes que el mundo es morada de perdición en la que nadie queda eternamente? Mientras tú lo contemplas, te pierdes. ¿Dónde están los reyes que habitaban en Iraq y poseyeron todas las regiones? ¿Dónde están los que habitaron Isbahán y el país del Jurasán? Los llamó la muerte y le contestaron, el pregonero de la destrucción los invitó y ellos aceptaron. De nada les sirvió lo que construyeron y lo que edificaron; lo que atesoraron e inventariaron no les fue útil» . Al pie de la lápida estaban escritos estos versos:

¿Dónde están aquellos que construyeron y edificaron palacios cual no existen otros?
Reunieron ejércitos y tropas temerosos de tenerse que inclinar ante el poder de Dios, y quedaron humillados.
¿Dónde están los sasánidas que poseían fuertes castillos? Abandonaron la tierra y es como si nunca hubiesen existido.

El emir Musa lloró y exclamó: « ¡Por Dios! ¡Hemos sido creados para algo grande!» A continuación copió la inscripción. Se acercó a la tercera lápida…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el emir Musa se acercó a la tercera lápida] y vio que estaba escrito: « ¡Hijo de Adán! Estás ofuscado por el amor al mundo y desobedeces la orden de tu Señor. Tú estás satisfecho y contento de cada día de tu vida que pasa, pero prepara el viático para el día del juicio y disponte a contestar a las preguntas delante del Señor de las criaturas» . En la parte inferior de la lápida estaban escritos estos versos:

¿Dónde están los que han habitado todos los países, el Sind y la India, que pecaron y se enorgullecieron?
Los negros y los abisinios se sometieron a su poder y lo mismo hicieron los nubios cuando se pusieron insolentes y se crecieron.
No busques noticias en lo que hay en sus tumbas. ¡Ahí no encontrarás ningún indicio!
Los acontecimientos más nefastos los alcanzaron, no los salvaron los palacios que construyeron.

El emir Musa rompió a llorar amargamente. Se acercó a la cuarta lápida y vio que estaba escrito: « ¡Hijo de Adán! ¿Cuánto tiempo te concederá aún tu Señor mientras tú te encuentras inmerso en el mar de tus pasiones? ¿Es que te ha sido revelado que no vas a morir? ¡Que tus días, tus noches y tus horas alegres no te extravíen! ¡Date cuenta de que la muerte constituye tu fin y que se encaramará a tus espaldas! Tras el día que transcurre sigue la mañana y la noche. Está en guardia frente al ataque de la muerte y prepárate para él. Me parece que has perdido tu tiempo. Escucha mis palabras: Confía en el Señor de los señores, pues el mundo es inconstante: el mundo es como una tela de araña» . Vio escritos debajo de la lápida estos versos:

¿Dónde está el hombre que ha construido estas torres, que encargó su edificación y las elevó?
¿Dónde está la gente de los castillos, los que los habitaron? Todos se han marchado de esas ciudadelas.
Hoy son rehenes de sus tumbas, en espera de un día en que todos los pensamientos serán visibles.
Únicamente Dios (¡ensalzado sea!) es inmutable. Él ha sido siempre digno de los honores.

El emir Musa lloró y copió todo esto: bajó de lo alto del monte con una idea del mundo. Al reunirse con su ejército dedicaron todo el día a meditar en el modo de entrar en la ciudad. El emir Musa dijo a su visir Talib b. Sahl y a todo el séquito que tenía a su alrededor: « ¿Qué medio hemos de emplear para conseguir entrar en la ciudad y ver sus maravillas? Tal vez encontremos lo que nos haga gratos ante el Emir de los creyentes» . Talib b. Sahl dijo: « ¡Que Dios conceda siempre sus bienes al Emir! Construiremos una escalera y subiremos por ella. Tal vez Dios permita que lleguemos a la puerta por el interior» . « Esto es lo que se me había ocurrido —replicó Musa—; es una excelente idea.» Llamó a los carpinteros y herreros y les mandó que hiciesen madera y construyesen una escalera, chapeada con hierro. Así lo hicieron, la reforzaron y trabajaron en ella durante un mes entero. Los hombres se agruparon a su alrededor, la levantaron, la apoyaron en las murallas y quedó perfectamente ajustada como si hubiese sido hecha con anterioridad para tal fin. El emir Musa se admiró de ello y exclamó: « ¡Que Dios os bendiga! La habéis hecho tan bien como si hubieseis tomado las medidas. ¡Vamos! ¿Quién de vosotros sube por esta escalera, trepa a lo alto de las murallas, las recorre e imagina el modo de bajar a la ciudad para ver lo que sucede y después nos informa de cómo se abren las puertas?» Uno de sus hombres dijo: « ¡Emir! Yo subiré y bajaré a abrir» . « ¡Sube y que Dios te bendiga!»

Aquel hombre trepó por la escalera hasta llegar a lo alto. Después se puso de pie, miró a la ciudad, aplaudió con las manos y gritó desde lo alto: « ¡Estupendo!» , y se arrojó al interior: la carne se separó de sus huesos. El emir Musa exclamó: « Si esto lo hace una persona cuerda, ¿qué haría un loco? Si obramos de esta manera con todos nuestros compañeros no quedará ni uno y nos veremos imposibilitados de conseguir nuestro deseo y el del Emir de los creyentes. ¡Ensillad las monturas, que no tenemos por qué ver esta ciudad!» Uno de sus hombres le dijo: « Tal vez otro sea más firme que el anterior» . Subieron un segundo, un tercero, un cuarto y un quinto, y no pararon de trepar hombres por la escalera, uno tras otro, hasta que hubieron subido doce: todos hacían lo mismo que había hecho el primero. El jeque Abd al-Samad dijo: « Eso sólo puedo hacerlo yo: el que ha probado hacer algo no es lo mismo que el que no lo ha probado» . El emir Musa exclamó: « ¡No lo hagas! No te dejaré que subas a esas murallas, ya que, si tú murieses, sería la causa de la muerte de todos nosotros: no quedaría ni uno solo con vida, ya que eres el guía de nuestra gente» . El jeque replicó: « Tal vez yo lo consiga por la voluntad de Dios (¡ensalzado sea!)» .

Todos los reunidos estuvieron conformes en que subiese. El jeque se separó, pronunció la fórmula « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso» , y a continuación empezó a trepar por la escalera pronunciando constantemente el nombre de Dios y leyendo los versículos salvadores, aplaudió y quedó con la

vista fija. Todos le gritaron: « ¡Jeque Abd al-Samad! ¡No lo hagas! ¡No te eches abajo!» , y añadieron: « ¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos! Si el jeque se echa abajo moriremos todos» . Abd al-Samad rompió a reír a carcajada limpia, se sentó un largo rato durante el cual meditó en Dios y recitó las aleyas de la salvación. Después se puso de pie y exclamó con su voz fuerte: « ¡Oh, Emir! ¡No os ocurrirá nada malo! Dios, todopoderoso y excelso, gracias a su *baraca*, ha disipado las tentaciones y las zancadillas de Satanás. ¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso!» El Emir le preguntó: « ¿Qué has visto, jeque?» « Al llegar a lo alto de la muralla he contemplado diez muchachas, parecían lunas, que…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd al-Samad prosiguió: « He contemplado diez muchachas que] haciendo señas con las manos me decían: "¡Ven con nosotras!", al tiempo que me parecía que debajo se encontraba un mar de agua. Quise echarme de igual modo como habían hecho mis compañeros, pero al ver a éstos, muertos, me abstuve, recité una parte del libro de Dios (¡ensalzado sea!), y Éste alejó de mí sus tretas: la aparición se alejó, no me tiré abajo y Dios apartó sus añagazas y embrujos. No cabe duda de que esto es un ardid ideado por los habitantes de la ciudad para alejar de ella a quien desee contemplarla o apetezca entrar. Ahí están nuestros compañeros muertos en el suelo» . Empezó a andar por las murallas hasta alcanzar las dos torres de bronce. Vio que guardaban dos puertas de oro sin cerradura ni señal alguna que hiciese sospechar que se podían abrir.

El jeque permaneció allí observando todo el tiempo que Dios quiso. En el centro de la puerta estaba dibujado un caballo de bronce que tenía una mano extendida como si indicase algo. Tenía una inscripción que el jeque leyó: « Aprieta el clavo que está en el ombligo del caballero por doce veces consecutivas: la puerta se abrirá» . Se fijó en el caballero y vio que, en efecto, tenía un clavo fuerte y sólido en el vientre. Lo frotó doce veces y la puerta se abrió en el acto haciendo un ruido similar al del trueno. El jeque Abd al-Samad, que era un hombre virtuoso y entendido en multitud de lenguas y escrituras, cruzó la entrada y se encontró en un largo corredor. Bajó unas escaleras y se encontró en un lugar con hermosos estrados en los cuales se encontraban gentes muertas: encima de su cabeza había magníficos escudos, espadas afiladas, arcos tendidos y flechas preparadas. Detrás de la puerta había unas columnas de hierro, compartimientos de madera, buenas cerraduras y sólidos parapetos.

El jeque Abd al-Samad se dijo: « Tal vez las llaves las tengan estas personas» . Los miró detenidamente y vio con sus propios ojos un jeque que

parecía ser el que tenía más edad de todos los durmientes: se encontraba entre éstos, pero situado en un estrado. El jeque Abd al-Samad se dijo: « ¿Cómo podría saber si las llaves de la ciudad las tiene este viejo? Tal vez sea el portero de la ciudad y todos esos sus ayudantes» . Se le acercó, le levantó los vestidos y encontró las llaves colgadas de su cintura. Al verlas se puso muy contento y estuvo a punto de perder la razón por la gran alegría que experimentaba. Cogió las llaves, se acercó a las puertas, abrió las cerraduras, empujó las hojas, obstáculos y defensas: la puerta cedió con el estrépito de un trueno, de tan grande y fuerte como era.

El jeque y todos sus compañeros exclamaron: « ¡Dios es el más grande!» , quedando satisfechos. El emir Musa se puso muy contento al ver sano y salvo al jeque Abd al-Samad, que había abierto la puerta de la ciudad. Sus compañeros le dieron las gracias por lo que había hecho y los expedicionarios se apresuraron a entrar cruzando la puerta. El emir Musa les gritó: « ¡Soldados! Si entramos todos y nos ocurre algo, nadie se salvará. Entraremos la mitad y la otra mitad nos aguardará» . El emir Musa cruzó la puerta con la mitad de la tropa, que iba armada de pies a cabeza. Encontraron a los compañeros que habían muerto y los enterraron. Descubrieron porteros, criados, chambelanes y oficiales que dormían encima de lechos de seda: parecía como si estuviesen muertos. Entraron en el mercado de la ciudad: era grande y estaba encuadrado por soberbios edificios bien alineados. Las tiendas estaban abiertas, las balanzas colgadas, los bronces alineados y las tiendas repletas por toda clase de mercancías. Los comerciantes estaban muertos en sus propias tiendas: la piel se les había secado y los huesos estaban carcomidos: constituían una admonición para el que quisiese reflexionar.

Así encontraron cuatro distintos zocos cuyas tiendas estaban llenas de riquezas. Pasaron de largo y se dirigieron al mercado de los tejidos: estaba repleto de sedas, brocados y telas de todos los colores bordados en oro rojo y blanca plata; pero sus dueños estaban muertos y yacían tumbados en pedazos de cuero: parecía que estaban a punto de hablar. Los dejaron allí y se marcharon al zoco de los aljófares, perlas y jacintos. De aquí siguieron hacia la lonja y encontraron a todo el mundo muerto yaciendo encima de tejidos de seda: sus tiendas estaban repletas de oro y plata. Siguieron caminando hasta llegar al zoco de los perfumistas: sus tiendas estaban repletas de perfumes de todas clases, de vasijas de almizcle, ámbar, de madera de áloe, de ámbar gris, alcanfor y muchas otras cosas. Pero todos sus comerciantes estaban muertos, no tenían nada de comer.

Al salir del zoco de los perfumistas, encontraron cerca de él un palacio bien construido, sólido. Entraron y vieron las banderas desplegadas, las espadas desenvainadas, los arcos tendidos; los escudos sujetos con cadenas de oro y de plata, y los cascos dorados con oro rojo. En los vestíbulos de este palacio había bancos de marfil chapeado con oro brillante y cubiertos de seda. Estaban

sentados unos hombres, cuya piel había quedado pegada a los huesos y de los que el ignorante hubiese creído que estaban dormidos, cuando en realidad habían muerto por falta de alimentos. El emir Musa se detuvo para glorificar y santificar a Dios (¡alabado sea!). Se fijaba en la hermosura del palacio, en lo bien hecho que estaba, en lo estupendo de su efecto y en la buena distribución de sus servicios. La mayor parte de su decoración era de lapislázuli verde y a su alrededor estaban escritos estos versos:

¡Oh, hombre! Fíjate en lo que ves y está en guardia antes de que llegue el momento de la partida.
Prepárate el viático lo mejor que puedas, pues toda persona que vive en una casa, habrá de marcharse.
Fíjate en éstos: Embellecieron su domicilio, pero ahora son polvo, son prisioneros de sus actos.
Construyeron y de nada les sirvieron sus edificios. Ahorraron y de nada les sirvieron sus riquezas cuando llegó el momento del fin de su vida.
¡Cuántas cosas, que no les estaban predestinadas, ansiaban tener! Pero se han marchado a la tumba sin que la esperanza les sirviese de nada.
Han sido abatidos desde las alturas de su poderío hasta la estrechez de la tumba. ¡Qué mala caída!
Después de haber sido sepultados llegó una persona que preguntaba: « ¿Dónde están los tronos, las coronas y los brocados?
¿Dónde están esos rostros velados, ocultos a la vista por cortinas y velos?»
La tumba, en nombre de los difuntos, ha contestado a su interlocutor: « La rosa se ha separado de sus mejillas.
Durante mucho tiempo comieron y bebieron y ahora, después de la buena comida, son comidos» .

El emir Musa lloró hasta caer desmayado y ordenó que copiasen esta poesía. Entró en el alcázar…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el emir Musa entró en el alcázar] y se encontró en una gran habitación que tenía cuatro pabellones muy altos, puestos unos enfrente de otros, amplios y con incrustaciones de oro y de plata de los más variados colores. En el centro había un gran mosaico de mármol, encima del cual se encontraba una tienda de brocado. Dichos pabellones tenían varias divisiones y en cada una de éstas había un surtidor muy historiado con cubetas de mármol y el agua fluía al pie de los pabellones. Los cuatro arroyuelos corrían a

reunirse en una gran alberca de mármol policromado. El emir Musa dijo al jeque Abd al-Samad: « ¡Entremos en este pabellón!» Entraron en el primero y vieron que estaba repleto de oro, de blanca plata, de perlas, de aljófares, de jacintos y de gemas preciosas. Hallaron cajas repletas de brocado rojo, amarillo y blanco. Pasaron después al segundo pabellón y abrieron sus armarios: estaban llenos de armas, de instrumentos de guerra, de cascos dorados, de cotas davidianas, de espadas indias, de lanzas de al-Jatt, de mazas de Jwarizm y otras muchas clases de armas de guerra y de combate. Pasaron al tercero y encontraron en él armarios cerrados con enormes candados que estaban disimulados con grandes cortinas adornadas con toda suerte de bordados. Abrieron uno de ellos y vieron que estaba lleno de armas con ornamentos de oro, plata y gemas.

Pasaron al cuarto pabellón en el que también encontraron armarios. Los abrieron y los encontraron llenos de vajillas confeccionadas con oro y plata: había vasos de cristal, copas incrustadas de perlas, vasos de coral, etc. Cogieron lo que más les gustaba y cada uno de los soldados cargó con lo que pudo. Cuando se disponían a salir de esta habitación descubrieron en el centro del palacio una puerta de madera de tekka con incrustaciones de marfil y de ébano y chapeada con reluciente oro. Estaba disimulada por una cortina corrida, de seda, cubierta de bordados de toda clase. La puerta estaba cerrada con candados de blanca plata que se abrían mediante una combinación, sin necesidad de llave. El jeque Abd al-Samad se acercó a las cerraduras y consiguió abrirlas gracias a su maestría, audacia y habilidad. Entraron todos en un vestíbulo de mármol a cuyos lados caían cortinas en las que estaban bordados toda clase de fieras y pájaros: todos eran de oro rojo y blanca plata; los ojos eran de perlas y jacintos, de tal modo que dejaban estupefactos a quienes los veían. A continuación pasaron a una habitación bien hecha. El emir Musa y el jeque Abd al-Samad se quedaron estupefactos al verla. La cruzaron y pasaron a otra que era de mármol pulido, con incrustaciones de perlas que hacían creer al que las contemplaba que se trataba de corrientes de agua, de tal modo que, si alguien hubiese pasado por ella, habría resbalado.

El emir Musa mandó al jeque Abd al-Samad que arrojase objetos encima del suelo para que pudiesen cruzar por él. Hizo lo que le mandaban y se las ingenió hasta el punto de que pudieron cruzar hasta una gran habitación construida con piedras chapeadas de oro rojo. Nadie recordaba haber visto jamás algo tan hermoso. En el centro de aquélla había otra, grande, de mármol, ceñida a su alrededor por una serie de ventanas en las que estaban incrustados bastones de esmeraldas de tal precio que ningún rey podía poseerlos. Había allí una tienda de brocado sostenida por columnas de oro rojo en la cual estaban dibujados pájaros cuyos pies eran de verdes esmeraldas; debajo de cada pájaro había una red de perlas relucientes. La tienda cubría un surtidor a cuyo lado se encontraba un

lecho completamente incrustado de perlas, aljófares y jacintos. Encima se encontraba una adolescente que parecía ser el sol reluciente: nadie había visto jamás otra mujer más hermosa; llevaba puesto un traje repujado con perlas y tocaba su cabeza con una diadema de oro rojo y con turbante de aljófares; ceñía su garganta un collar de gemas en cuyo centro había una perla rutilante y a cada lado de ésta había otra cuya luz podía competir con la del sol: parecía que la mirasen y la contemplasen a derecha e izquierda.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el emir Musa quedó boquiabierto al ver su hermosura, perplejo al contemplar su belleza, el rubor de sus mejillas y la negrura de sus cabellos: cualquiera que la hubiese contemplado la hubiese creído con vida, no hubiese dicho que estaba muerta. Le dijeron: « ¡Muchacha! ¡La paz sea sobre ti!» Talib b. Sahl hizo notar al Emir: « ¡Que Dios te haga feliz en tus cosas! Esa joven está muerta, no tiene alma; ¿cómo, pues, ha de contestar al saludo?» Añadió: « ¡Oh, Emir! Esa muchacha es una muñeca bien hecha. Después de su muerte le han vaciado los ojos, los han metido en un baño de mercurio y los han vuelto a colocar en su lugar: por eso brillan así, como si moviese las pestañas; por eso, quien la mira, cree que parpadea cuando en realidad está muerta» . El emir Musa exclamó: « ¡Gloria a Dios que ha sometido a todos los hombres a la muerte!» El lecho que reposaba la joven estaba encima de un estrado al que se llegaba a través de unos escalones. En ellos había dos esclavos: el uno blanco, y el otro, negro. Cada uno empuñaba con la siniestra un bastón de acero y con la diestra una espada incrustada de perlas que deslumbraba a quienes clavaban la vista en ella.

Delante de los esclavos había una placa de oro en la que se hallaba la siguiente inscripción: « ¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso! ¡Loado sea Dios, creador del hombre! ¡Él es el Señor de los señores, el causante de todas las causas! ¡En el nombre de Dios, el Eterno, el Imperecedero! ¡En el nombre de Dios que juzga y destina! ¡Oh, hombre! ¿Qué es lo que te hace confiar en la esperanza? ¿Qué es lo que te distrae de pensar en que te [legará el fin? ¿Es que no sabes que la muerte te llama y procura arrebatarte, cuanto antes, el alma? Prepara tus provisiones para el viaje y busca tu viático en este mundo, pues pronto has de separarte de él. ¿Dónde está Adán, padre del género humano? ¿Dónde está Noé y su descendencia? ¿Dónde están los reyes, los cosroes y los césares? ¿Dónde están los reyes de la India y del Iraq? ¿Dónde están los reyes de los países? ¿Dónde están los amalecitas y los gigantes? Sus casas quedaron desiertas y abandonaron a su familia y a su patria. ¿Dónde están los reyes de los persas y de los árabes? Todos murieron y se transformaron en carroña. ¿Dónde

están los señores que ocupaban altos puestos? Todos murieron. ¿Dónde están Qarún y Hamán? ¿Dónde está Saddad b. Ad? ¿Dónde están Kannán y Du-l-Awtad? ¡Por Dios! Se los ha llevado Aquel que corta la vida y ha dejado desiertas sus mansiones. Pero ¿habían preparado el viático para el día de la cita? ¿Se habían dispuesto para contestar al Señor de las criaturas? ¡Visitante! Si no me conoces, yo te daré a conocer mi nombre y mi estirpe: soy Tarmuz, descendiente de los reyes amalecitas que gobernaron con justicia sus tierras, que fueron soberanos de lo que ningún rey jamás tuvo: he sido justa en los juicios, equitativa con mis súbditos; di y regalé. Viví muchísimo tiempo en medio de alegrías y en una vida muelle, libertando a esclavas y esclavos, hasta que se presentó ante mí la llamada de la muerte y la ruina se alojó en mí. Ocurrió así: Habíamos pasado siete años sin que cayese ni una gota de agua del cielo, sin que brotase ni una mala hierba sobre la faz de la tierra. Nos comimos los alimentos que teníamos; después nos abalanzamos sobre las bestias de carga y las devoramos y no nos quedó nada. Entonces mandé que me trajesen mis tesoros, los inventarié y se los entregué a hombres de confianza para que con ellos recorriesen los países, sin descuidar ni una sola ciudad, buscando algo de comer. Pero no lo encontraron y regresaron a nuestro lado después de una larga ausencia. Entonces sacamos nuestras riquezas y tesoros a la luz del día y cerramos las puertas de nuestra ciudad entregándonos a la voluntad de Dios, confiando nuestro asunto al rey: perecimos todos, como puedes ver, dejando en pie lo que construimos y lo que atesoramos. Esto es lo ocurrido. Una vez nos alcanza la muerte no queda de nosotros más que el recuerdo» .

En la parte inferior de la lápida vieron escritos estos versos:

¡Hijo de Adán! No te dejes engañar por la esperanza. Bástete saber que tendrás que separarte de todo lo que reúnas.

Veo que buscas el mundo con sus espejismos. Antes que tú se han precipitado en pos de éstos las generaciones pasadas y los antiguos.

Acumularon bienes lícitos e ilícitos, pero el hado no los olvidó cuando llegó la hora.

Condujeron pelotones de soldados, amontonaron tesoros, construyeron palacios y partieron hacia la tumba, hacia una angostura de la tierra en la que quedaron dormidos, presos, por lo que hicieron.

Como si fuesen viajeros que en medio de la noche echasen pie a tierra delante de una casa que no admite huéspedes.

Su dueño diría: « ¡Gentes! ¡No tengo sitio! ¡Volved a ensillar y partid!»

Todos, temerosos, no sabrían gozar ni del descanso ni del viaje.

Prepárate un viático de buenas obras que mañana te dará alegría, pues sólo el temor del Señor permite obras.

El emir Musa rompió a llorar al oír estas palabras. La lápida seguía: « ¡Por Dios! El temor de Dios es el principio de todas las cosas y de la verdadera ciencia; es el Único punto de apoyo seguro. La muerte constituye una verdad manifiesta, una promesa cierta. Ella, ¡oh, visitante!, constituye el último objetivo, el único refugio. Escarmienta en los que te han precedido y que yacen, ya, en el polvo y apresúrate en el camino que conduce a la otra vida. ¿Es que no te das cuenta de que las canas te llaman a la tumba; de que tus cabellos blancos te anuncian la muerte? Está seguro de que has de partir y rendir cuentas. ¡Hijo de Adán! Tu corazón se ha endurecido. ¿Qué te ha extraviado del camino de Dios? ¿Dónde están las generaciones pasadas? ¡Sirvan de ejemplo para quien medita! ¿Dónde están los reyes de China, hombres valientes y poderosos? ¿Dónde está Ad b. Saddad y todo lo que construyó y edificó? ¿Dónde está Namrud que se mostró insolente y orgulloso? ¿Dónde está el Faraón que renegó de Dios y fue incrédulo? Todos han sido sometidos por la muerte y de ellos no queda más que el recuerdo: ésta no excluye ni pequeños ni grandes, ni mujeres ni hombres. El Deparador de la vida, el que cubre la noche con el día, se los ha llevado. ¡Oh, tú que has sabido llegar hasta aquí con tus compañeros! No os dejéis seducir por las cosas mundanales ni por su vanidad: todo engaña y traiciona. Este mundo es falaz y falso. Feliz el esclavo que conoce sus culpas, que teme a su Señor, hace buenas obras y prepara el viático para el día de la cita. Aquel que llegue a nuestra ciudad, entre en ella y Dios le facilite el camino, podrá coger todas las riquezas que quiera, pero no tocará nada de lo que hay encima de mi cuerpo, ya que cubre mis vergüenzas y constituye mi ajuar de cosas terrenas. ¡Que tema a Dios y no toque nada, pues perecería! Esto lo he escrito para que sirva de consejo a quien me visite y de legado al que entre. Y la paz. Ruego a Dios que os libre de la maldad de los países y las enfermedades» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al oír estas palabras el emir Musa rompió a llorar amargamente hasta que cayó desmayado. Al volver en sí puso por escrito cuanto había visto y meditó acerca de lo que había observado. Dijo a sus compañeros: « ¡Traed las alforjas y llenadlas de todas estas riquezas, de estos vasos, objetos y pedrerías!» Talib b. Sahl dijo al emir Musa: « ¡Oh, Emir! ¿Vamos a dejar a esa joven sin quitarle lo que lleva encima? No hay nada que pueda compararse con ello ni tan siquiera ahora. Cuantas más riquezas cojas mejor regalo podrás hacer para atraerte la buena voluntad del Emir de los creyentes» . « ¡Vaya! ¿Es que no has oído el consejo que nos da la joven en la lápida? Es necesario que seamos fieles; no hemos de ser unos traidores.» El visir Talib replicó: « ¿Por unas palabras hemos de abandonar tales riquezas y

semejantes gemas? Ella ya está muerta: ¿qué ha de hacer con aderezos propios de este mundo, que constituyen las delicias de los vivos? Un vestido de algodón basta para tapar a esta joven, pues; nosotros somos más dignos que ella de tener estas cosas» . Se acercó a la escalera, subió los escalones y se colocó» entre las dos columnas y entre las dos personas. Una de: éstas lo alanceó por la espalda, y la otra, con la espada que tenía en la mano, le cortó la cabeza: Talib cayó muerto. El emir Musa exclamó: « ¡Que Dios no se apiade de tu lecho de muerte! Estas riquezas bastaban, pero la avaricia pone en evidencia a quien la siente» . Mandó a los soldados que entrasen y cargasen a los camellos con las riquezas y las joyas. A continuación les ordenó que cerrasen la puerta del mismo modo que estaba.

Volvieron a ponerse en marcha hasta llegar a un monte muy elevado desde el que se divisaba el mar. Ese monte tenía muchas cavernas en las que habitaban negros que se cubrían y tapaban la cabeza con pieles. Sus palabras, eran ininteligibles. Al ver a la columna se asustaron y huyeron en dirección de las cavernas, a cuyas puertas estaban sus mujeres y sus hijos. El emir Musa preguntó: « ¡Jeque Abd al-Samad! ¿Qué gentes son éstas?» « Son los que busca el Emir de los creyentes.» Descabalgaron, plantaron las tiendas y descargaron las riquezas. Apenas habían tenido tiempo de instalarse en el lugar y ya el rey de los negros, que sabía árabe, descendía del monte y se acercaba a la columna. Al llegar ante el emir Musa lo saludó. Éste le devolvió el saludo y lo trató bien. El rey de los negros preguntó al Emir: « ¿Sois hombres o genios?» « Somos hombres. Pero no cabe duda de que vosotros sois genios, pues vivís aislados en ese monte que está lejos del mundo habitado. Además tenéis una talla enorme.» El rey de los negros le replicó: « Somos seres humanos que descendemos de Cam, hijo de Noé (¡sobre él sea la paz!). Este mar es conocido con el nombre de Karkar» . « ¿Y cómo lo sabéis si no os ha llegado, hasta esta tierra, un Profeta al que le haya sido revelado?» « Sabe, Emir, que de este mar surge una persona que ilumina con su luz todo el horizonte. Con una voz que puede oír quien está próximo y quien está lejos, grita: "¡Hijos de Cam! ¿Os avergonzáis ante Quien ve y no es visto? Decid: 'No hay dios sino el Dios. Mahoma es el enviado de Dios'. Yo soy Abu-l-Abbas al-Jidr". Antes nos adorábamos a nosotros mismos, pero al-Jidr nos ha invitado a adorar al señor de las criaturas y hemos aprendido las palabras que debemos pronunciar.»

El emir Musa preguntó: « ¿De qué palabras se trata?» « "No hay más dios que el Dios único, no tiene asociado alguno y a Él pertenece el poderío, a Él hay que alabar. Vivifica y mata y es Todopoderoso." Sólo nos aproximamos a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) con estas palabras; no conocemos otras. La noche de los viernes se extiende una luz por la superficie de la tierra y oímos una voz que dice: "¡Loado y santificado sea el señor de los ángeles y del espíritu! Existe lo que Dios quiere, y lo que no quiere no existe. Todos los bienes proceden de Dios. No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande".» El emir Musa le

dijo: « Somos siervos del rey de los musulmanes, Abd al-Malik b. Marwán, y hemos venido en busca de unos vasos de cobre que se encuentran en vuestro mar. En su interior viven encadenados, desde la época de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!), unos demonios. Nos ha ordenado que le llevemos alguno de ellos para poderlo ver y contemplar» . El rey de los negros contestó: « ¡De mil amores!»

Invitó a sus huéspedes a comer pescado y mandó a los buzos que fuesen al mar a buscar algunos vasos de Salomón. Sacaron doce. El emir Musa, el jeque Abd al-Samad y los soldados se alegraron muchísimo por haber satisfecho el deseo del Emir de los creyentes. A continuación el emir Musa regaló muchísimas cosas e hizo grandes presentes al rey de los negros. Éste, a su vez, regaló al emir Musa uno de los portentos del mar: un pez con forma humana. Después dijo: « Seréis mis huéspedes durante tres días y os alimentaré con la carne de este pez» .

El emir replicó: « Es necesario que nos llevemos alguno para que el Emir de los creyentes pueda verlo. Le va a gustar más que los vasos de Salomón» . Se despidieron, emprendieron el regreso y viajaron sin interrupción hasta que llegaron a Siria. Se presentaron ante el Emir de los creyentes, Abd al-Malik b. Marwán, y Musa le contó todo lo que había visto, los versos que había leído y las máximas y exhortaciones que había aprendido. Le contó lo que había sucedido a Talib b. Sahl. El Emir de los creyentes exclamó: « ¡Ojalá hubiese estado con vosotros para ver con mis propios ojos lo que habéis visto!» Cogió los jarros, mandó abrir uno detrás de otro y los genios fueron saliendo y exclamando: « ¡Me arrepiento, Profeta de Dios! ¡Jamás volveré a hacer esto!» Abd al-Malik b. Marwán se admiró mucho de todo esto. Para las hijas del mar, aquellos peces cuya carne les había dado a comer el rey de los negros, construyeron un estanque de madera, lo llenaron de agua y las colocaron en él, pero murieron de calor. Después el Emir de los creyentes mandó que le acercasen las riquezas y las repartió entre los musulmanes…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa repartió las riquezas entre los musulmanes] diciendo: « Dios no ha concedido a nadie el poder que dio a Salomón, hijo de David» . Musa pidió al Emir de los creyentes que nombrase a su hijo para sucederle en el gobierno de sus provincias, pues él quería marcharse a la noble Jerusalén para adorar a Dios. El Emir de los creyentes concedió el cargo a su hijo, y Musa se marchó a la noble Jerusalén, en la que murió.

Aquí termina la historia de la ciudad de bronce tal y como ha llegado hasta nosotros. Pero Dios es más sabio.

HISTORIA QUE TRATA DE LA ASTUCIA DE LAS MUJERES Y DE SU GRAN PICARDÍA

TAMBIÉN me han contado que en lo más antiguo del tiempo y en lo más remoto de las edades hubo un rey que tenía muchos soldados y auxiliares, y era generoso y rico; pero había llegado a cierta edad y no tenía ningún hijo varón. Preocupado por ello, se dirigió a Dios por mediación del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!) y le pidió, en nombre de la majestad de sus honorables profetas, santones y mártires próximos a Él, que le diera un hijo varón que heredase el reino después de su muerte y que fuese la niña de sus ojos. Acto seguido, se dirigió a la habitación en que vivía, mandó llamar a su prima, que era su esposa, y se unió a ella: la esposa, con la ayuda de Dios, quedó embarazada y así estuvo hasta el momento del parto. Entonces dio a luz un hijo varón, cuyo rostro era como el de la luna en su decimocuarta noche. El niño creció hasta la edad de cinco años.

En la corte de aquel rey había un hombre muy sabio y experto que se llamaba Sindibad. Le confió el niño. Cuando el niño tuvo diez años, el sabio le enseñó las ciencias y la literatura, de tal modo que en aquellos tiempos nadie podía competir con el muchacho en cuanto a conocimiento de las ciencias y de las letras, ni en inteligencia. Cuando su hijo alcanzó este grado, el rey mandó traer caballeros árabes para que le enseñaran la formación del caballero, y el muchacho llegó a ser tan hábil que atacaba y volteaba en los torneos, superando a sus contemporáneos y a los de su condición.

Un día, el sabio consultó los astros y levantó el ascendente del muchacho: si en el espacio de siete días, el muchacho pronunciaba una sola palabra, moriría. El sabio se dirigió al rey, padre del muchacho, y lo informó de ello. « ¿Cuál es tu parecer y tu consejo, sabio?» , le preguntó el padre. « Mi parecer, ¡oh, rey!, y lo que yo creo que debe hacerse —contestó el sabio—, es llevarlo a un lugar de placeres donde pueda oír música y donde pueda permanecer hasta que hayan pasado los siete días.» El rey mandó llamar a una de sus propias concubinas, la más hermosa, y le entregó el muchacho, diciéndole: « Acoge a tu señor en tu palacio y tenlo junto a ti, y que no baje del palacio hasta dentro de siete días» . La joven tomó de la mano al príncipe, y lo instaló en su palacio, en el que había cuarenta habitaciones. En cada habitación había diez doncellas, cada una de las cuales tenía un instrumento musical: si una de las doncellas tocaba, el palacio bailaba al son de su música. Alrededor del palacio discurría un río, en cuyas orillas crecían toda clase de árboles frutales y olorosos.

El muchacho era de una belleza y armoniosidad indescriptibles. Pasó una noche en el palacio y, al verlo, el amor llamó al corazón de la favorita del rey, y no pudiendo dominarse se lanzó sobre él. « Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere —le dijo entonces el muchacho—, cuando salga y vaya a ver a mi padre, lo pondré al corriente de esto y te matará.» Entonces, la concubina se presentó ante el rey y

se echó sobre él, llorando y sollozando. « ¿Qué tienes? ¿Cómo está tu señor? ¿Acaso no está bien?» « Mi dueño —contestó la joven—, mi señor ha querido poseerme y matarme; yo me he negado, he huido y no quiero volver ni junto a él ni al palacio.» Al oír tales palabras, el padre del muchacho se enfureció, convocó a sus visires y les dio orden de que mataran a su hijo. « El rey —se decían los visires— ha decidido matar a su hijo; si lo mata, no cabe duda de que se arrepentirá, ya que lo quiere y el muchacho vino al mundo cuando el rey ya desesperaba. Luego os lo reprochará, diciendo: « ¿Por qué no os ingeniasteis para impedir que lo matara?» Y los visires acordaron unánimemente que harían lo posible para impedir que el rey matase a su hijo. El primero de ellos se adelantó y dijo: « Hoy os defenderé yo del mal que pudiera hacer el rey» . Se levantó y fue a ver al rey. Se colocó ante él, le pidió permiso para hablar y el rey se lo concedió. « Rey —le dijo—, aunque el destino te hubiera concedido mil hijos, tú no debieras querer matar ni siquiera a uno basándote en las palabras de una concubina, ya que ésta podría ser o verídica o mentirosa. Quizá se trate de una insidia suya contra tu hijo.» « ¿Conoces alguna historia acerca de sus astucias?» , le preguntó el rey.

« Sí, ¡oh rey!, sé de un soberano que sentía gran pasión por las mujeres. Un día, en que estaba solo en su palacio, su mirada se posó en una mujer hermosa y agradable que estaba en la azotea de su casa, y apenas la vio, no pudo evitar enamorarse de ella. Preguntó qué casa era y le contestaron: “Es la casa de fulano, tu ministro”. En seguida el rey mandó llamar a su ministro, y cuando lo tuyo ante sí le dio orden de que saliera a inspeccionar ciertas regiones del reino y de que luego regresara. Y el ministro partió siguiendo las órdenes del rey. Apenas hubo partido, el rey, por medio de astucias, entró en casa del ministro. Cuando la mujer lo vio, lo reconoció, se puso de pie, le besó manos y pies, le dio la bienvenida y se colocó lejos de él, deseosa de servirle. “Señor nuestro, ¿cuál es la causa de tu bendita presencia? Esto no es propio de una mujer como yo.” “El apasionado amor y el ardiente deseo que siento por ti me han conducido a esto.” Ella volvió a besar el suelo, y prosiguió: “Señor nuestro, yo sólo puedo ser concubina de los siervos del rey. ¿De qué procede esta gran suerte de gozar de tal consideración junto a ti?” El rey alargó su mano hacia ella, mas la mujer exclamó: “¡Aún no ha llegado el momento de esto! Ten paciencia, ¡oh, rey!, y quédate en mi casa todo el día de hoy para que pueda prepararte algo de comer”. El rey se sentó sobre el estrado de su ministro, y la mujer se levantó y le trajo un libro de máximas y de buena literatura para que fuese leyendo mientras ella preparaba la comida. El rey lo tomó, se puso a leer y en él encontró máximas y sentencias que le hicieron desistir de su idea de fornicar y le apartaron de sus intenciones de cometer pecado.

» Cuando la mujer hubo preparado la comida, que se componía de noventa platos, la puso ante él, y el rey empezó a comer una cucharada de cada plato.

Aunque los guisos eran diferentes, el sabor era el mismo. El rey se asombró mucho, y le preguntó a la mujer: "Veo que los guisos son diferentes mientras que el sabor es el mismo". "¡Dios haga feliz al rey! —exclamó la mujer—. Es un ejemplo que he querido darte para que puedas meditar sobre él." "¿Y cuál es el motivo de ello?" "¡Dios haga prosperar el estado de nuestro señor, el rey! —prosiguió la mujer—. En tu palacio hay noventa concubinas de varias clases, y en cambio el sabor de ellas siempre es el mismo." Al oír tales palabras el rey se avergonzó, se levantó en seguida y salió de la casa, sin hacerle mal alguno, en dirección a su palacio; pero, por la gran vergüenza que sentía, olvidó su sello bajo la almohada. Apenas se había sentado, se presentó su ministro, que se adelantó hacia él, besó el suelo y, después de darle los informes que le había enviado a recoger, se marchó. Al entrar en su casa, se sentó en su estrado, y, al meter su mano por debajo de los cojines, halló el sello del rey. Lo recogió y lo guardó junto a su corazón, y se mantuvo apartado de su mujer durante un año entero, sin ni siquiera hablarle, sin que ella pudiera comprender el motivo de su enojo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « Cuando hubo transcurrido mucho tiempo, como ella supiera la causa, mandó llamar a su padre, le contó lo ocurrido y le dijo que su marido se había mantenido apartado de ella durante un año entero. El padre le respondió que se quejaría del marido cuando éste estuviera ante el rey. Y, en efecto, un día en que fue a ver al rey encontró allí al ministro, y, en presencia del juez del ejército, se quejó del ministro con las siguientes palabras: "¡Dios haga prosperar al rey! Yo tenía un hermoso jardín que cultivaba con mis propias manos y en el que había gastado mi haber, por lo cual dio frutos y la cosecha fue buena. Lo regalé a ese ministro tuyo, que comió los frutos que le gustaron y luego lo dejó abandonado: no volvió a regarlo y por ello sus flores se marchitaron, su esplendor desapareció y sus condiciones cambiaron". "Rey, este hombre ha dicho la verdad con sus palabras —contestó el ministro—. A mí me gustaba y comía sus frutos; pero un día en que fui a él observé las huellas del león, temí por mi persona y por eso me mantuve apartado." El rey comprendió que la huella que el ministro había encontrado era su sello, olvidado en aquélla casa, y dijo: "Ministro, puedes regresar tranquilo y seguro a tu jardín, porque el león no se ha acercado a él. En efecto, me han contado que llegó hasta él; pero, te juro por mi padre y por mis antepasados, que no ha hecho ningún daño". "Entonces, oír es obedecer", contestó el ministro. Y regresó a su casa, mandó llamar a su mujer, hizo las paces con ella y tuvo confianza en su castidad.

» También he oído contar, rey, de un mercader que viajaba mucho y que

tenía una mujer hermosa a la que quería mucho y de la que estaba celoso. Por ello compró un loro que informaba a su dueño de cuanto ocurría en su ausencia. Pero la mujer del mercader, mientras éste se hallaba en uno de sus viajes, se enamoró de un joven que iba a verla durante la ausencia del marido, le concedió sus favores y se unió a él. Cuando el marido regresó de su viaje, el loro le contó lo ocurrido, diciéndole: "Dueño mío, durante tu ausencia un joven turco acudía a casa de tu esposa, y ella lo trataba con gran deferencia". El hombre quiso matar a su mujer; pero cuando ella se enteró le dijo: "¡Teme a Dios, hombre, y vuelve en ti! ¿Acaso un pájaro tiene entendimiento y puede comprender? Si quieres que te lo demuestre, para que puedas conocer cuándo dice verdad y cuándo miente, vete esta noche y duerme en casa de alguno de tus amigos. Al amanecer acércate al loro y hazle preguntas y así podrás saber si dice o no la verdad".

» El hombre marchó a casa de un amigo, donde pasó la noche. Esa noche la mujer cogió un trozo de alfombra con el cual tapó la jaula del loro, luego se puso a verter agua sobre la alfombra, a dar viento con un abanico, al mismo tiempo que ponía junto al loro una lámpara para que pareciera el fulgor del relámpago, y estuvo dando vueltas a un molinillo hasta la mañana. Cuando volvió el marido, ella le dijo: "Señor mío, interroga al loro". Él se acercó al animal para hablarle y hacerle preguntas acerca de la pasada noche. "Mi señor, ¿quién podía ver u oír nada la pasada noche?", contestó el loro. "¿Por qué?" "Por la lluvia y el viento, y por los truenos y los relámpagos." "Has mentido, porque nada de eso ocurrió la pasada noche." "Yo no he dicho sino lo que yo mismo he visto y he oído." El marido consideró que todo lo que había dicho acerca de su mujer era falso, y quiso hacer las paces con ella. "¡Por Dios! No haré las paces contigo hasta que no mates al loro que dijo mentiras acerca de mí", repuso su mujer. Y entonces él mató al animal, y durante algunos días permaneció con su mujer. Pero un día vio cómo el joven turco salía de su casa y se dio cuenta de que el loro había dicho la verdad y que su mujer le había mentido, y se arrepintió de haber dado muerte al pájaro. En seguida se dirigió hacia su mujer y la mató, jurando que nunca más volvería a casarse con mujer alguna.

» Te he contado esto, ¡oh, rey! —concluyó el primer visir—, para que sepas cuán grande es la astucia de las mujeres y comprendas que la precipitación engendra arrepentimiento.»

Y el rey desistió de dar muerte a su hijo. Pero al día siguiente la concubina volvió a acercarse a él, besó el suelo y le dijo: « Rey, ¿cómo has olvidado mis derechos? Ahora, los reyes han oído decir que tú has mandado una cosa y tu visir no la ha cumplido. ¡La obediencia al soberano se demuestra cumpliendo sus órdenes! Todos saben que tú eres justo y equitativo. Por lo tanto, hazme justicia en relación con tu hijo.

» Me he enterado de que un hombre solía ir diariamente a las orillas del Tigris a lavar ropa. Iba allí con su hijo, el cual, mientras el padre lavaba, se dedicaba a

nadar por el río sin que su padre se lo prohibiera. Pero un día, mientras estaba nadando, sus brazos se cansaron y estaba a punto de ahogarse. Su padre, al darse cuenta, se echó al agua para salvarlo; pero el chico, cuando su padre lo cogió, se agarró a él, y así padre e hijo se ahogaron juntos. Lo mismo te ocurrirá a ti, ¡oh, rey! Si no me proteges de tu hijo y me haces justicia respecto a él, temo que os ahoguéis ambos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « También me he enterado, acerca de la astucia de los hombres, de uno que se enamoró de una mujer hermosa y atractiva, que tenía marido al que amaba y él le correspondía. Aquella mujer era virtuosa y casta, y por ello el hombre que la amaba no halló medio de llegar hasta ella. Pensó que ya había pasado mucho tiempo y que era oportuno valerse de astucias. El marido de la mujer tenía un paje al que había educado en su casa y al que consideraba fiel. El enamorado fue a ver al paje y tanto lo aduló, con regalos y beneficios, que al fin el paje acabó por estar dispuesto a obedecerle en lo que le pidiera. Un día el enamorado le dijo: "Oye, ¿por qué no me dejas entrar en la casa cuando tu señora haya salido?" "De mil amores", contestó el paje. Cuando su dueña salió para el baño y cuando su dueño partió para su tienda, el paje se presentó ante su amigo y lo llevó de la mano hasta meterlo en la casa y le enseñó todo lo que en ella había. El enamorado ya estaba decidido a valerse de la astucia para conquistar a la mujer, y por ello tomó la clara de huevo que había traído en un recipiente, se acercó a la cama del dueño de la casa y la derramó sobre ella sin que el esclavo lo viese, y luego salió de la casa y se marchó a sus quehaceres.

» Al cabo de un rato, el dueño regresó a su casa, y al echarse en la cama para descansar halló una cosa húmeda, que cogió con la mano. Al verla creyó que se trataba de esperma humano, y tras dirigir una mirada llena de ira al muchacho, le preguntó dónde estaba su dueña, a lo que éste contestó que había ido al baño y regresaría en breve. Pero la sospecha del hombre se había transformado en certeza y estaba convencido de que era esperma humano, por lo cual mandó a su esclavo: "Sal en seguida, y haz que vuelva tu dueña". Cuando la mujer estuvo ante él, se abalanzó sobre ella, la golpeó violentamente, la cogió por los hombros e intentó degollarla, mas ella pidió auxilio a los vecinos y éstos acudieron. "Este hombre —les dijo— quiere matarme, pero yo no sé que haya cometido ninguna falta." Los vecinos le dijeron al marido: "No tienes motivos para reprocharle nada: o la repudias o la guardas junto a ti, según está establecido, ya que nosotros conocemos su castidad por haber sido durante mucho tiempo vecina nuestra, y no sabemos que haya hecho nada malo". "Yo

he visto en mi cama esperma semejante al de los hombres, e ignoro la causa.” “Enséñame eso”, dijo uno de los vecinos, y después de haberlo visto añadió: “Tráeme fuego y un recipiente”. Cuando el hombre le entregó lo que le había pedido, el vecino tomó la clara de huevo, y la coció al fuego, la comió y también dio a los presentes que así estuvieron seguros de que se trataba de clara de huevo, y el hombre supo que había sido injusto con su mujer y que ella era inocente. Los vecinos intervinieron e hicieron las paces, después de que él la había repudiado, y así la malicia de aquel hombre, al urdir una estratagema contra la mujer sin que ella se enterase, resultó inútil.

» Sabe, pues, ¡oh, rey!, que esto tiene como origen la malicia masculina.»

Entonces el rey ordenó que dieran muerte a su hijo. Pero en aquel momento se adelantó el segundo visir, besó el suelo ante el rey y le dijo: « Rey, no te precipites en dar muerte a tu hijo, pues su madre lo echó al mundo cuando tú ya desesperabas de tener hijos varones, y nosotros esperamos que él constituya un tesoro para tu reino y conserve tus riquezas. Ten paciencia, rey, quizás él tenga una prueba de su inocencia y hablará para demostrarla. En cambio, si tú te apresuras a matarlo, te arrepentirás al igual que se arrepintió el mercader» . « ¿Cómo fue eso, y cuál es la historia?» , preguntó el rey. « Me he enterado, ¡oh, rey!, de que un mercader que era avaro en el comer y en el beber partió un día hacia cierto país. Mientras iba por los mercados tropezó con una vieja que llevaba dos panes y le preguntó si quería vendérselos. “Sí”, contestó la vieja, y él, tras ofrecerle un precio bajísimo, se los compró, marchó a su domicilio y los comió aquel día. Al día siguiente volvió al mismo lugar y encontró a la vieja con dos panes, que le compró; y así siguió la cosa durante veinte días. Pero luego la vieja se ausentó. Preguntó por ella, pero nadie le supo dar razón. Cierto día, mientras andaba por una de las calles de la ciudad, la vio, se paró, la saludó y le preguntó el motivo de su ausencia y por qué había dejado de venderle los dos panes. Al oír sus palabras, la vieja no quería contestarle, pero la conjuró a que le informara. “Oye la respuesta, mi señor —dijo entonces la vieja—. Yo estaba al servicio de un individuo que tenía dolor de riñones. Tenía un médico que tomaba harina, la mezclaba con manteca y la dejaba durante toda la noche sobre el lugar dolorido. Por la mañana yo cogía la harina, hacía dos panes con ella y luego la vendía a ti o a otros. El hombre ha muerto, y yo he dejado de tener los dos panes.” “¡Nosotros somos de Dios y a Él hemos de regresar! —exclamó el mercader al oír aquellas palabras—. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « y no cesó

de vomitar hasta que enfermó y se arrepintió, cuando su arrepentimiento de nada podía servirle.

» Y me he enterado, ¡oh, rey!, acerca de la astucia de las mujeres, que un hombre, que pertenecía al séquito de un rey, tenía una amante y la amaba. Cierto día el hombre, según lo convenido entre los dos, envió a su esclavo a casa de ella con un mensaje escrito. El esclavo permaneció junto a la mujer y empezó a jugar con ella; la joven se sintió inclinada hacia él y lo abrazó contra su pecho. Entonces el esclavo le pidió que se unieran, y ella accedió. Pero mientras se hallaban en tal situación, el dueño del esclavo llamó a la puerta y la muchacha cogió al esclavo y lo ocultó en un sótano que tenía la casa; luego abrió la puerta. Entró espada en mano y se sentó en la cama de la mujer. Ésta se puso a bromear y a juguetear con él, a abrazarlo contra su pecho y a besarlo y, al fin, se unió a él. Pero, de repente, el marido de la mujer llamó a la puerta. "¿Quién es?", le preguntó el hombre. "Mi marido." "¿Qué hago? ¿Qué estratagema he de adoptar?" "Levántate —le dijo la mujer—, desenvaina tu espada y colócate en el pasillo: allí me insultas y lanzas improperios contra mí, y cuando mi marido entre, vuelve la espalda y márchate." Así lo hizo él. Cuando el marido entró, vio que el tesorero del rey estaba en pie, con la espada desenvainada en la mano, e insultaba y amenazaba a su mujer; pero cuando vio al marido de su amante se avergonzó, envainó la espada y salió de la casa. El hombre preguntó a su esposa: "¿Cuál es la causa de todo esto?", y ella contestó: "¡Bendita sea la hora en que has venido! Has librado a un alma creyente de la muerte. Yo estaba sentada en la azotea, hilando, cuando un esclavo perseguido y fuera de sí entró en casa temblando de miedo de ser matado. Y ese hombre, con la espada desenvainada, corría tras él deseoso de cogerlo, por lo cual el esclavo se puso ante mí, me besó manos y pies y dijo: 'Señora mía, líbrame de quien injustamente quiere matarme'. Y yo lo escondí en el sótano de nuestra casa. Cuando ese hombre entró con la espada desenvainada y me preguntó por el esclavo, negué haberlo visto y entonces él se puso a insultarme y a amenazarme según has visto. Alabado sea Dios que te ha traído a casa, porque yo estaba perpleja y no había nadie para salvarme". "Sí, has hecho bien, mujer —le dijo el marido—. Dios te recompense por haber obrado rectamente." A continuación se dirigió al sótano y llamó al esclavo: "Sal fuera —le dijo—, y no te ocurrirá nada malo". Salió del sótano, muy asustado, mientras el hombre le decía: "Tranquilízate, no te sucederá nada malo", al tiempo que se compadecía de lo que le había ocurrido. El esclavo dio las gracias, elevando plegarias a Dios por él, y salieron juntos, sin que el marido supiera lo que había urdido su mujer.

» Sabe, ¡oh, rey!, que todo esto forma parte de la malicia femenina. Por lo tanto, no te fíes de lo que dicen las mujeres.» Y el rey desistió de nuevo de dar muerte a su hijo.

Mas al tercer día la concubina volvió a presentarse ante él, besó el suelo y le

dijo: « ¡Oh, rey!, véngame de tu hijo y no te fíes de lo que dicen tus visires, pues los malos ministros no tienen nada de bueno. No seas como aquel rey que confió en uno de sus pérfidos ministros» . « ¿Cómo fue eso?» « ¡Rey feliz y de recto consejo! Me he enterado de que un rey tenía un hijo al que amaba y honraba mucho y al que prefería a sus demás hijos. “Padre mío —le dijo un día este hijo —, quiero salir de caza.” El rey mandó hacer los preparativos, al mismo tiempo que daba orden a su visir de que acompañara a su hijo para servirle y ayudarle en lo que pudiera necesitar. El ministro tomó consigo todo lo que necesitaba el muchacho para el viaje: servidumbre, lugartenientes y pajes, y salieron de caza con ellos; así llegaron a un terreno muy verde, abundante en hierbas, pastos, agua y caza.

» El hijo del rey se acercó al ministro y le dijo que el sitio le había gustado, por lo cual todos permanecieron allí algunos días durante los cuales el hijo del rey se halló muy bien y a gusto. Cuando el príncipe dio orden de partir, pasó ante él una gacela que se había separado de sus compañeras, y quiso darle caza y ganarla. “Quiero seguir a esta gacela”, le dijo al ministro. “Haz lo que quieras”, respondió éste. El muchacho la persiguió solo y le dio caza durante todo el día, hasta que atardeció y se hizo de noche. La gacela había subido a un lugar desierto. La noche cerró sobre el muchacho y éste quiso volver atrás; pero como no sabía dónde ir siguió cabalgando, indeciso, hasta el amanecer. Siguió andando, con su temor a cuestas, hambriento y sediento, sin saber adónde se dirigía, hasta que llegó el mediodía y el calor fue grande. Entonces se halló frente a una ciudad, de casas elevadas y sólidas murallas, desierta y en ruinas, en la que sólo moraban búhos y cuervos. Mientras estaba parado ante la ciudad, maravillado de la forma en que estaba construida, su mirada se posó en una mujer bella y agradable que lloraba sentada junto a uno de los muros de la ciudad. Se acercó a ella y le preguntó quién era. “Soy la hija de Tamima, hija de Tabbaj, rey de la Tierra Gris. Cierto día en que salí para satisfacer una necesidad, un *efrit* de los genios me agarró y echó a volar llevándome entre cielo y tierra; pero como le cayó encima una llama de fuego y lo quemó, yo caí en este lugar, en el que estoy desde hace tres días, hambrienta y sedienta. Al verte ha renacido en mí el deseo de la vida.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « El hijo del rey se apiadó de ella, la hizo montar a caballo tras él y le dijo: “Tranquilízate y alégrate porque, si Dios me devuelve junto a mi pueblo y a mi familia, yo haré que vuelvas junto a los tuyos”. Tras decir esto se puso en marcha muy contento. La mujer que estaba sentada detrás de él le dijo: “Príncipe, déjame bajar junto a

ese muro, pues tengo una necesidad". Él se paró, la ayudó a bajar y la esperó mientras ella se escondía tras el muro. De allí mismo salió una detestable visión. Al hijo del rey, al verla, se le puso la piel de gallina, perdió la razón, se asustó de ella y cambió completamente su actitud. Aquella mujer dio un salto y montó a caballo detrás de él, conservando la peor figura que pudiera tener. "¿Por qué —le dijo— ha cambiado tu rostro?" "He recordado una cosa y estoy preocupado." "Pide ayuda contra esta cosa a los ejércitos y a los valientes de tu padre." "Lo que me preocupa ni se asusta ni teme a los ejércitos." "Entonces, defiéndete mediante los bienes y los tesoros de tu padre." "Lo que me preocupa no puede satisfacerse ni con bienes ni con tesoros." "Vosotros sostenéis que hay en el cielo un Dios que ve sin ser visto y que es omnipotente sobre todas las cosas." "Sí, sólo tenemos a Él." "Dirígele tus plegarias, quizá pueda librarte de mí." Entonces el hijo del rey alzó los ojos hacia el cielo y pronunció devotamente y de todo corazón la siguiente invocación: "¡Dios mío! Te pido ayuda contra esta cosa que me preocupa", y señaló con la mano a la mujer, que cayó al suelo quemada como si fuese carbón. Él alabó a Dios, le dio las gracias y prosiguió la marcha, mientras Dios le hacía fácil la marcha y le indicaba el camino. Y así llegó a la vista de su ciudad y se reunió con el rey, su padre, después de haber perdido toda esperanza de vida. Todo esto le ocurrió a causa del parecer del ministro que había partido con él para hacerle morir durante el viaje. Pero Dios (¡ensalzado sea!) le ayudó.

» Te he explicado esto, ¡oh, rey!, para que sepas que los malos ministros no tienen buenas intenciones ni buenos deseos hacia su rey. Por lo tanto, ve con cuidado.»

El rey le hizo caso, escuchó sus palabras y dio orden de que mataran a su hijo.

Mas entró el tercer visir y dijo: « Hoy seré yo quien os evitará la mala acción del rey» . Entró a presencia del rey, besó el suelo y le dijo: « ¡Oh, rey!, yo soy tu consejero y te sirvo fielmente, a ti y a tu reino. Quiero darte un consejo acertado: no te precipites en dar muerte a tu hijo, niña de tus ojos y fruto de tu corazón, pues es posible que su culpa sea leve y que esta concubina la haya agrandado a tus ojos. Me contaron que los habitantes de dos pueblos se mataron por una gota de miel» . « ¿Cómo fue eso?» « Sabe, ¡oh, rey!, que un cazador fue a cazar fieras al campo. Entró un día en una cueva del monte y halló una oquedad llena de miel de abejas; recogió cierta cantidad en un odre que llevaba consigo, se lo cargó a la espalda y lo llevó a la ciudad. Le acompañaba un perro de caza al que quería mucho. El cazador se paró ante la tienda de un vendedor de aceite y le ofreció el odre de miel. Éste lo compró y lo abrió; pero al sacar la miel para verla, cayó una gota y un pájaro se lanzó sobre ella. Ahora bien, el vendedor de aceite tenía un gato, que se abalanzó sobre el pájaro; pero el perro del cazador lo vio, saltó sobre el gato y lo mató. Entonces el mercader de aceite

la emprendió con el perro del cazador y le dio muerte, por lo cual el cazador se lanzó sobre el vendedor de aceite y le mató. El cazador y el mercader de aceite eran de dos pueblos distintos, cuyos habitantes, al enterarse de lo ocurrido, tomaron las armas y sus pertrechos de guerra y, movidos por la ira, se lanzaron unos contra otros. Los dos ejércitos se dieron batalla y guerrearon hasta que murieron muchísimos, cuyo número sólo Dios (¡ensalzado sea!) sabe.

» Por otra parte, acerca de la astucia de las mujeres me han contado que una mujer a la que su marido le había dado un dirhem para comprar arroz, tomó la moneda y se dirigió a un vendedor de arroz. Éste le dio el arroz y empezó a bromear con ella, a echarle miradas amorosas y a decirle: "El arroz sólo es bueno con azúcar. Si quieres azúcar, entra en mi casa durante un rato". La mujer entró en su tienda y el mercader le dijo a su dependiente: "Pesa un dirhem de azúcar", al mismo tiempo que le hacía una seña. El esclavo tomó el mandil de la mujer, vació el arroz y en su lugar puso tierra, y en vez de azúcar puso piedras. Luego ató el mandil y lo dejó junto a la mujer. Ésta, antes de salir de la tienda del mercader, cogió su mandil y marchó a su casa convencida de que contenía arroz y azúcar. Al llegar a su casa puso el mandil ante su marido, quien halló en él tierra y piedras, por lo cual, cuando la mujer vino con la olla, le dijo: "¿Acaso te dije que estaba construyendo una casa para que me trajeras tierra y piedras?" La mujer comprendió que el dependiente del vendedor la había engañado. Pero, mientras iba con la olla en la mano, le dijo a su marido: "Hombre, estaba preocupada y en lugar de traer la criba traje la olla". "¿Y por qué estabas preocupada?", le preguntó el marido. "El dirhem que llevaba se me cayó en el mercado y por vergüenza de ponerme a buscarlo ante la gente, pero sin resignarme a perderlo, recogí la tierra del lugar en que me cayó dispuesta a pasarla por un cedazo, e iba a traer la criba y en lugar de ella traje la olla." A continuación fue a por la criba y se la entregó a su marido, diciéndole: "Críbala tú, ya que tu vista es mejor que la mía". El hombre se puso a cribar la tierra, hasta que el rostro y la barba se le llenaron de polvo, sin que se diese cuenta de la astucia ni comprendiera lo ocurrido.

» Esto, ¡oh, rey!, forma parte de la astucia de las mujeres. Fíjate en el dicho de Dios (¡ensalzado sea!): "Su astucia es grande"[237], y también en sus palabras: "La astucia del diablo es poca cosa ante la de las mujeres"[238].»

Después de haber escuchado las palabras del visir, que le satisficieron y lo convencieron, desistió de su propósito, y tras haber meditado acerca de los versículos que el visir le había recitado, el rey desistió de su decisión de dar muerte a su hijo, ya que el consejo le pareció bueno a su pensamiento y a su mente.

Pero al cuarto día, la concubina entró a presencia del rey, besó el suelo ante él y le dijo: « ¡Rey feliz y de recto parecer! Yo te he expuesto claramente mi justo derecho, y tú me has tratado injustamente y has dejado de castigar a mi

adversario, porque es tu hijo y es sangre de tu corazón. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) me ayudará contra ti de la misma manera que ayudó al hijo del rey contra el ministro de su padre» . « ¿Y cómo fue eso?» « Érase un rey antiguo que tenía un hijo único. Cuando este hijo llegó a edad viril, su padre le dio por esposa la hija de otro rey, que era hermosa y atractiva. Ésta tenía un primo que había pedido su mano al rey su padre, pero ella no había querido casarse con él. El primo, cuando se enteró de que se había casado con otro, se llenó de celos y decidió enviar regalos al ministro del rey con cuyo hijo ella se había casado. Y, en efecto, le envió numerosos regalos y mucho dinero, al mismo tiempo que le pedía que buscara la manera de matar al hijo del rey con algún ardid que le causara la muerte, o bien que le diera con algo que le hiciera renunciar a casarse con la mujer. Y, entre otras cosas, le mandó decir: "Visir, los celos que se han encendido en mí contra mi prima son los que me han inducido a esto". Cuando los regalos llegaron al ministro, éste los aceptó y le contestó de la siguiente manera: "Tranquilízate, no te preocupes, obtendrás de mí cuanto pretendes".

» Entretanto, el rey, padre de la muchacha, había enviado a decir al hijo del rey que se personara en su palacio para consumar el matrimonio con su hija. Cuando el escrito llegó al hijo del rey, su padre le dejó partir acompañado del ministro al que le habían enviado los regalos, y envió como escolta de ambos mil caballeros, portadores de regalos, palanquines, pabellones y tiendas. El ministro partió con el hijo del rey, llevando en la conciencia la intención de jugarle alguna mala pasada, y en el corazón el propósito de causarle daño. Al llegar al desierto, el ministro se acordó de que en cierta montaña había una fuente de agua conocida con el nombre de al-Zahra, y todo hombre que de ella bebía, se convertía en mujer. Acordándose de eso, el ministro mandó parar la comitiva en las proximidades de la fuente, montó a caballo y le dijo al hijo del rey: "¿Quieres venirte conmigo a ver una fuente de agua que hay por estos parajes?" El príncipe montó a caballo y echó a andar detrás del ministro de su padre: nadie iba con ellos, y él ignoraba lo que el otro había tramado en su interior. Anduvieron hasta llegar a aquella fuente. El hijo del rey desmontó, se lavó las manos, bebió, y quedó convertido en mujer. Cuando se dio cuenta de ello se puso a gritar y a llorar hasta que se desmayó. El ministro se le acercó, triste por lo ocurrido, y le preguntó qué le había pasado. El joven se lo explicó, y el ministro, al oír sus palabras, lo compadeció y se puso a llorar por lo que le había acaecido al hijo de su rey. "¡Dios (¡ensalzado sea!) te ayude en esta desgracia! —le decía—. ¿Cómo te ha ocurrido esta desgracia y tan gran desdicha precisamente en el momento en que nosotros, contentísimos, estamos en camino porque debes ir a consumar el matrimonio con la hija del rey? No sé si debemos o no ir junto a ella. Tú debes decidir: ¿qué me ordenas que haga?" "Regresa junto a mi padre y cuéntale lo ocurrido: yo no me moveré de aquí hasta que no me haya pasado esta calamidad o haya muerto de dolor." Y, acto seguido, el joven escribió a su padre una carta

en la que le informaba de lo ocurrido.

» El ministro tomó la carta y emprendió el regreso a la ciudad del rey, dejando a los soldados, al joven y a las tropas que les acompañaban, satisfecho en su interior de la mala jugada que había gastado al hijo del rey. Cuando entró a presencia del monarca le contó lo ocurrido y le entregó el escrito de su hijo. El rey se compadeció mucho de su hijo. Mandó llamar a los sabios y a los adivinos para que le explicasen la desgracia que había caído sobre el joven; pero nadie supo darle explicación. En cuanto al ministro, envió una nota al primo de la joven para darle la buena noticia de lo que le había ocurrido al hijo del rey. El primo, apenas recibió la carta, se alegró muchísimo, sintió grandes deseos de casarse con su prima y envió al ministro grandes regalos y mucho dinero, al mismo tiempo que le daba profundas gracias.

» Durante tres días y tres noches el hijo del rey permaneció junto a aquella fuente, sin comer ni beber, y se confió, en cuanto le había acaecido, a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!), que jamás ha defraudado a quien en Él se confía. La cuarta tarde se presentó ante él un caballero, que llevaba corona sobre la cabeza y parecía un hijo de rey, y que le preguntó: "Joven, ¿quién te trajo aquí?" El joven le contó lo ocurrido, es decir, que había emprendido viaje para encontrarse con su mujer y consumar el matrimonio, y que el ministro le había llevado hasta una fuente cuya agua había bebido y le había ocurrido lo que le había ocurrido: cada vez que el joven se ponía a hablar, le entraban ganas de llorar y sollozaba. Cuando el caballero hubo escuchado sus palabras, se compadeció de su situación y le dijo: "El ministro de tu padre es quien te ha causado esta desgracia, pues sólo un hombre y nadie más conoce esta fuente". Acto seguido el caballero le mandó montar a caballo con él y el joven obedeció. "Vente conmigo a mi casa, serás mi huésped esta noche", le dijo. "Dime quién eres para que pueda ir contigo", le respondió el muchacho. "Yo soy el hijo del rey de los genios, y tú eres hijo de un rey de los hombres. Tranquilízate y deja de llorar, pues me es fácil lograr que cesen tus preocupaciones y tus sinsabores." Y el joven, tras dejar su ejército y sus soldados, partió con él.

» Anduvieron desde el amanecer hasta medianoche. "¿Sabes cuánto camino hemos recorrido en este tiempo?", le preguntó el hijo del rey de los genios. "No lo sé." "Hemos recorrido lo que una persona a buen paso puede recorrer en un año." El hijo del rey se asombró y le preguntó: "¿Qué haré? ¿Cómo podré regresar junto a mi familia?" "Esto no ha de preocuparte, es asunto mío. Cuando salgas de tu enfermedad, volverás junto a tu familia más de prisa que en un abrir y cerrar de ojos: esto es cosa sencilla para mí." El joven, tras oír las palabras del genio, dio saltos de alegría y creyó estar soñando. "¡Alabado sea el Todopoderoso que puede hacer feliz a un desgraciado!", exclamó, y quedó muy contento.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « Siguieron andando hasta el amanecer en que llegaron a un terreno verdeante y florido, en el que había elevados árboles, pájaros que gorjeaban, jardines maravillosos y hermosos palacios. El hijo del rey de los genios desmontó y mandó desmontar al joven. Cuando éste hubo bajado, lo tomó de la mano y los dos juntos entraron en uno de aquellos palacios. El príncipe vio un gran rey y un poderoso monarca, con el que permaneció aquel día, comiendo y bebiendo, hasta que llegó la noche. Entonces el hijo del rey de los genios se levantó, montó a caballo, hizo montar tras él al hijo del rey de los hombres, salieron de noche y cabalgaron sin cesar hasta el alba. Entonces se encontraron ante una tierra negra, sin cultivos, rocosa y con piedras _ negras como si se tratase de un pedazo de infierno. "¿Cómo se llama esta tierra?", preguntó el hijo del rey de los hombres. "Se llama Tierra Negra y pertenece a uno de los reyes de los genios, que se llama Du-l-Chanahayin. Ningún rey puede pisarla ni entrar en ella sin su permiso. Quédate aquí hasta que le pidamos permiso para entrar." El joven se quedó quieto y el otro desapareció durante un rato, y cuando regresó reemprendieron el camino y siguieron andando hasta llegar a una fuente de agua que brotaba de montes negros. "Desmonta", le dijo al joven el caballero, y descabalgó. "Bebe de esta fuente." El joven bebió y, en un instante, por obra del poder divino, volvió a ser hombre como antes. La alegría que sintió no podía ser mayor, y preguntó: "Hermano mío, ¿cómo se llama esta fuente?" "Se llama Fuente de las Mujeres, y la mujer que de ella bebe queda transformada en hombre. Eleva alabanzas a Dios y agradécele tu salvación, y luego monta en tu caballo."

» El hijo del rey se prosternó para dar gracias a Dios (¡ensalzado sea!), luego montó a caballo y los dos prosiguieron ligeros la marcha durante el resto del día hasta llegar al país de aquel genio. El joven pernoctó en su casa, en la más feliz de las vidas, y los dos comieron y bebieron hasta que cayó la noche. "¿Quieres regresar esta noche junto a tu familia?", le preguntó el hijo del rey de los genios. "Sí quiero, pues siento necesidad de ello." Entonces, el hijo del rey de los genios llamó a uno de los esclavos de su padre, llamado Rachiz, y le dijo: "Toma y llévate a este joven, transpórtalo sobre tu cuello de tal manera que al amanecer esté sin falta junto a su suegro y a su esposa". "Oír es obedecer. De mil amores", le contestó Rachiz, y desapareció durante un momento para volver con aspecto de *efrit*. Cuando el joven lo vio se asustó y quedó indeciso. "Nada malo te ocurrirá —le dijo entonces el hijo del rey de los genios—; monta en tu caballo y luego montad ambos sobre su cuello." "Subiré yo solo y dejaré el caballo aquí", replicó el joven, y, después de bajar del caballo, montó sobre el cuello del *efrit*. "Cierra los ojos", le dijo el hijo del rey de los genios. Cerró los ojos, y el *efrit* se

echó a volar entre cielo y tierra y siguió volando sin que el joven se diera cuenta de nada, y cuando apenas había empezado el último tercio de la noche se halló en el palacio de su suegro. Al descender en el castillo el *efrit* le dijo: "Baja", y cuando hubo bajado, añadió: "¡Abre los ojos! Éste es el palacio de tu suegro y de su hija", y lo dejó y se fue. Al hacerse de día, cuando se calmó el temor del joven, bajó de la azotea del palacio, y su suegro, al verlo, se acercó a recibirlo y se maravilló de verlo sobre el castillo. "Estoy acostumbrado a ver que las personas entren por la puerta —observó—, y, en cambio, tú bajas del cielo." "Ocurrió lo que quiso Dios (¡gloriado y ensalzado sea!)", contestó el joven. El rey se asombró de ello y se alegró de su salvación, y cuando se levantó el sol mandó a su ministro que preparara grandes festines, y así se hizo.

» Se celebró la boda, el joven consumó el matrimonio y permaneció allí durante dos meses, al cabo de los cuales partió con su esposa camino de la ciudad de su padre. El primo de la mujer murió de envidia y de celos porque el hijo del rey había consumado el matrimonio y Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) le había ayudado contra él y contra el visir de su padre. El joven llegó con su esposa en las mejores condiciones y con perfecta alegría junto a su padre, que lo recibió con sus soldados y sus ministros. Y así yo, ¡oh, rey!, ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que te ayude contra tus visires y pido que me hagas justicia en relación con tu hijo.»

Cuando el rey hubo oído todas estas cosas, dio orden de que mataran a su hijo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al cuarto día el cuarto visir entró a ver al rey, besó el suelo y le dijo: « ¡Dios consolide al rey y lo apoye! ¡Oh, rey!, ve despacio en lo que has decidido hacer, pues las personas razonables nada hacen sin medir las consecuencias. Un autor de proverbios dice: "A quien no reflexiona en las consecuencias, el tiempo no es su amigo". Y a quien hace algo sin meditarlo, le ocurre lo que le ocurrió al bañero con su mujer» . « ¿Qué le ocurrió al bañero con su mujer?» , le preguntó el rey. « Me he enterado, ¡oh, rey!, que al empleado de un baño, al que concurrían personas notables y próceres, se le presentó un día un joven, hijo de un ministro, de hermoso aspecto, grueso y corpulento. El hombre se dispuso a servirle. Cuando el joven se desnudó, el bañero no pudo verle el miembro, que le desaparecía entre los-muslos dada su gordura, y sólo se veía una pequeña parte, del tamaño de una avellana. El bañero lo lamentó y batió palmas, ante lo cual el joven le preguntó: "¿Qué te ocurre?" "Mi señor —le respondió—, me lamento por ti, pues estás en gran inferioridad y a pesar de ser muy atractivo, bello y de buen aspecto, no

tienes nada que te permita gozar como a los demás hombres.” “Tienes razón —le dijo el joven—, pero me has recordado algo en lo que no pensaba.” “¿Qué?” “Toma este dinar y tráeme una hermosa mujer para que pueda probar con ella.” El bañero tomó el dinar, fue a su mujer y le dijo: “Esposa, ha venido al baño un joven hijo de un ministro, hermoso como la luna llena, pero que no tiene miembro como el de los demás hombres, sino una cosa del tamaño de una avellana. Yo lo he lamentado, dada su juventud, y él me ha dado este dinar y me ha rogado que le llevara una mujer para probar con ella. Tú mereces más que ninguna otra este dinar; no puede ocurrimos ningún mal, puesto que yo estaré escondido y tú permanecerás un rato a su lado, riéndote de él, y conseguirás este dinar”.

» La mujer del bañero, que era una de las mujeres más hermosas de su época, tomó el dinar, se arregló, se puso sus mejores vestidos y salió con su marido, el cual la introdujo en una habitación vacía en la que se hallaba el hijo del ministro. Cuando entró a su presencia vio que era un joven hermoso, de buen aspecto, parecido a la luna llena, y quedó asombrada ante tanta belleza y gracia. Por su parte, cuando el joven la vio quedó con el ánimo en suspenso y desde aquel momento la deseó. Quedaron juntos, cerraron la puerta, y entonces el joven cogió a la mujer, la estrechó contra su pecho y la abrazó, hasta que salió un miembro del tamaño del de un asno, y así montó durante largo rato a la mujer del bañero, mientras ella lloraba y gritaba debajo de él, moviéndose y zarandeándose. De repente, el bañero empezó a llamarla y a decirle: “¡Basta ya, Umm Muhammad, sal! Tu niño de pecho ha estado demasiado tiempo sin ti”. El joven le decía que fuera junto a su hijo y que regresara luego, pero ella contestaba: “Si me apartara de tu lado, me moriría; en cuanto a mi hijo, lo dejaré morir de llanto, o bien, que crezca huérfano de madre”. Y así continuó con el joven hasta que éste se satisfizo en ella diez veces, mientras el marido chillaba al otro lado de la puerta, la llamaba, gritaba y lloraba y pedía auxilio sin obtenerlo. Y seguía diciendo: “¡Me ha matado!”, y no lograba llegar hasta su mujer. La aflicción y los celos del bañero fueron tales que subió a la azotea de la casa de baños, se tiró desde ahí y murió.

» También, ¡oh, rey!, me han contado otra historia acerca de la astucia de las mujeres.» « ¿Qué te han contado?» « Un joven libertino vio una mujer, bella, elegante, graciosa y perfecta, que no tenía igual. Se enamoró de ella y sintió por ella una ardiente pasión; pero la mujer no había cometido jamás adulterio ni deseaba cometerlo. Sucedió que cierto día su marido partió para determinado país, y entonces cada día y varias veces el joven le enviaba mensajes, a los que ella no contestaba. Entonces el joven se presentó a una vieja que habitaba cerca de su casa, y, después de saludarla, se quejó del amor que se había apoderado de él y de la pasión que sentía por aquélla mujer, y le dijo que le gustaría poseerla. “Yo me comprometo a arreglar el asunto —dijo la vieja—; no te preocupes, pues

yo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, lograré lo que deseas.” Al oírla hablar así, el joven le dio un dinar y se marchó. Por la mañana la vieja fue a ver a la mujer y reanudó las relaciones que había tenido con ella y empezó a visitarla diariamente, a comer y a cenar en su casa e incluso a aceptar alimentos para sus hijos. Aquella vieja siguió divirtiendo y entreteniendo agradablemente a la mujer, hasta el punto de que la corrompió y no podía separarse de ella ni un instante.

» Al salir de casa de la mujer, la vieja tomó durante algunos días la costumbre de untar un trozo de pan con grasa y pimienta y de dárselo a una perra, por lo que ésta empezó a seguirla por su clemencia y su bondad. Cierto día la vieja tomó mucha pimienta y grasa y se la ofreció: los ojos de la perra, después de haber comido, empezaron a lagrimear a causa del ardor de la pimienta. El animal iba tras ella llorando y la joven se asombró mucho y le dijo: “Madre mía, ¿por qué llora esta perra?” “Hija mía —le contestó la vieja—, esta perra tiene una extraña historia: era una mujer joven, graciosa, bella y agradable, amiga y compañera mía. Un joven del barrio se enamoró de ella y la amaba mucho y apasionadamente hasta el extremo de que se vio obligado a guardar cama, y varias veces al día le enviaba recados con la esperanza de que ella tuviera compasión de él; pero ella se negaba. Yo le aconsejé y le dije: ‘Hija mía, obedécele en todo lo que te diga, y ten piedad y compasión de él’. Mas ella no aceptó mis consejos, hasta que el joven perdió la paciencia y se quejó a unos amigos suyos que se valieron de magia con ella y transformaron su aspecto humano en canino.

» ”La joven, al enterarse de lo ocurrido, ver el estado en que se hallaba y la transformación que había experimentado, y al no hallar ser humano sino yo que tuviera compasión de ella, se vino a mi casa a implorar mi benevolencia, besándome manos y pies, mientras lloraba y sollozaba. Yo al reconocerla, le dije: ‘Yo te aconsejé a menudo, pero mis consejos de nada te han servido’.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja prosiguió:] « “Pero, hija mía, cuando la vi en tal situación, me conmoví y la invité a quedarse conmigo. Ahora se halla en este estado, y cada vez que recuerda su anterior condición, llora.” Al oír las palabras de la vieja, la joven quedó aterrorizada y exclamó: “¡Madre mía! Por Dios, me has dado miedo con este relato”. “¿De qué tienes miedo?”, le preguntó la vieja. “Un hermoso joven me ama y me ha enviado muchas veces mensajes, pero yo los he rechazado. Ahora temo que me ocurra lo que le ocurrió a esta perra.” “Pues ten cuidado, hija mía, y no lo contraríes: temo mucho por ti. Si no sabes dónde está, descríbemelo y yo te llevaré junto a

él, pero no permitas que nadie te quiera mal.” La joven se lo describió, y ella se hizo la indiferente y le hizo creer que no lo conocía. “Ahora iré a preguntar por él”, concluyó la vieja. Cuando se alejó, fue a ver al joven y le dijo: “Tranquilízate. Ya he engañado a la joven. Mañana al mediodía irás y te plantarás al principio de la calle hasta que yo vaya a buscarte y te lleve a su casa, donde podrás pasar feliz el resto del día y toda la noche”. El joven se alegró mucho, le dio dos dinares y añadió: “Cuando haya satisfecho mi deseo te daré diez dinares más”. La vieja regresó junto a la joven y le dijo: “Ya lo he encontrado y le he hablado de tu asunto; pero está muy indignado contra ti y resuelto a hacerte daño. Sin embargo, yo he insistido en que venga mañana a la hora de la oración del mediodía”. La mujer se alegró mucho y le dijo: “Madre mía, si se aplaca y viene mañana al mediodía te daré diez dinares”. “Cuando venga, recuerda que sólo a mí se deberá”, replicó la vieja.

» Al llegar el día la vieja le dijo: “Prepara la comida, embellécete, ponte tus mejores vestidos, mientras voy a buscarlo y lo traigo”. La joven empezó a embellecerse y a preparar la comida mientras la vieja salía a esperar al joven. Pero éste no se presentó, y ella se puso a buscarlo y al no hallarle se dijo: “¿Qué hago? ¿Habrá de perderse la comida que la joven ha preparado y los dinares que me ha prometido? No he de permitir que este ardid se frustre, sino que buscaré otro joven y se lo llevaré”. Y mientras daba vueltas por la calle vio a un joven hermoso y de buen ver, en cuyo rostro se apreciaban huellas de un viaje. Se acercó a él, lo saludó y le preguntó: “¿Quieres comer y beber y tener una joven dispuesta?” “¿Dónde está eso?”, preguntó el hombre. “En mi casa”, fue la respuesta; y el hombre se fue con ella. La vieja iba delante, sin saber que aquel hombre era el marido de la joven. Al llegar a la casa llamó, la joven abrió y corrió presurosa a vestirse y perfumarse. La vieja introdujo al joven en el salón, pues era muy astuta.

» Cuando entró la joven y su mirada se posó en su marido, junto al cual estaba sentada la vieja, con astucia y habilidad se apresuró inmediatamente a trazarse un plan. Se quitó el zapato del pie y apostrofó al marido: “¿Dónde está la fidelidad que nos juramos? ¿Cómo te atreves a traicionarme y a obrar conmigo de este modo? Cuando me enteré de que habías regresado quise poner a prueba tu fidelidad por medio de esta vieja, que te ha hecho caer en la trampa que te preparé. Ahora estoy segura acerca de ti: has violado el compromiso que había entre tú y yo. Creía que eras puro, antes de que te viera con mis propios ojos en compañía de esta vieja: tú te das a las mujeres perversas”. Y empezó a pegarle en la cabeza con el zapato, mientras él hacía protestas de inocencia jurándole que jamás la había traicionado ni había hecho nunca nada de lo que ella le acusaba. Él juraba en nombre de Dios (¡ensalzado sea!), pero ella seguía pegándole, al mismo tiempo que lloraba y gritaba, llamando: “¡Acudid, musulmanes!”, y cuando él le tapaba la boca, ella le mordía. El hombre estaba ya sumiso, le

besaba manos y pies; pero ella no se contentaba y seguía pegándole con la mano. Luego, la mujer le hizo seña a la vieja de que le sujetase la mano. La vieja se adelantó y empezó a besarle manos y pies hasta que logró que los dos se sentaran. Una vez sentados, el marido se puso a besar la mano de la vieja, y a decirle: "¡Dios (¡ensalzado sea!) te recompense con toda clase de bienes, ya que me has salvado de ella!" Y la vieja quedó asombrada ante la astucia y el ingenio de aquella mujer. He aquí un ejemplo, ¡oh, rey!, de la astucia y del ingenio de las mujeres.»

Después de que el rey hubo oído al visir sacó la moraleja de su relato y renunció a dar muerte a su hijo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al quinto día la concubina volvió a presentarse llevando en la mano una copa de veneno: pidió ayuda, se abofeteó las mejillas y la cara, y le dijo: « ¡Oh, rey!, o me haces justicia, vengándome de tu hijo, o me beberé esta copa de veneno y moriré; así mi culpa recaerá sobre ti hasta el día del juicio. Estos visires tuyos me tachan de astuta y redomada; mas no hay en el mundo gente más redomada que ellos. ¿No has oído nunca, ¡oh, rey!, la historia del orífice y la mujer?» « ¿Qué les ocurrió, mujer?» , preguntó el rey.

« Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que había un orífice que sentía pasión por las mujeres y el vino. Cierto día en que fue a casa de un amigo, al observar una de las paredes de la casa vio el retrato de una mujer como jamás se había visto más bella, más atractiva y agradable. El orífice la contempló largo rato y, maravillado ante la belleza de aquel retrato, se enamoró de la mujer, hasta el extremo de enfermar y estar a punto de morir. Un amigo fue a visitarlo y, después de sentarse, le preguntó por su estado y por qué se quejaba. "Hermano mío —le contestó—, toda mi enfermedad y todo lo que me ha ocurrido procede de un apasionado amor: me he enamorado de una figura pintada en la pared de la casa de fulano, amigo mío." Su amigo le reprochó y le dijo: "La causa de esto es tu estupidez. ¿Cómo se te ocurre enamorarte de un retrato que no puede ni perjudicar ni ser provechoso, que ni ve ni oye, ni toma ni prohíbe?" "El pintor sólo puede haberlo pintado tomando modelo de una hermosa mujer." "Quizá quien la pintó se la inventara." "De todos modos, ahora yo muero de amor por ella y si hay en el mundo mujer que se asemeje a la del retrato, yo ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que me prolongue la vida hasta que pueda verla."

» Cuando los visitantes se marcharon, preguntaron por el autor de aquel retrato, y al enterarse de que había marchado hacia determinada ciudad, le escribieron una carta en la que le exponían el lamentable estado del amigo y le

pedían detalles acerca de aquel retrato: cuál era el modelo, si lo había imaginado él o si había visto en el mundo una persona semejante. Les contestó así: "Pinté ese retrato tomando como modelo la cantante de cierto ministro que vive en la ciudad de Cachemira, en la India". Cuando el orífice, que vivía en Persia, se enteró de la noticia hizo sus preparativos y emprendió viaje hacia la India, y llegó a aquella ciudad tras grandes fatigas. Entró y se estableció en ella. Un día fue a la tienda de un perfumista de la ciudad, que era hábil, inteligente y lleno de tacto, y le preguntó por el rey y por su vida. "Nuestro rey —le contestó el perfumista— es justo y lleva una vida recta, hace el bien a los habitantes de su reino y es equitativo con sus súbditos. A nadie en el mundo odia, excepto a los magos: si le cae entre manos un mago o una maga, lo manda echar a un pozo fuera de la ciudad y allí lo abandona hasta que muere de hambre." A continuación, el orífice le hizo preguntas acerca de sus ministros, y el perfumista le contó la vida de cada uno de ellos y la situación en que se hallaba. Al fin, la conversación recayó en aquella cantante y el perfumista le dijo: "Está en casa de tal ministro".

» El orífice tuvo paciencia durante algunos días, hasta que ideó una astucia. Y cuando llegó una noche de lluvia, de truenos y de vientos huracanados, el orífice salió, recabó los servicios de unos salteadores y se dirigió a casa del dueño de la joven, dispuso una escala de garfios y subió a lo más alto del palacio. De ahí bajó al patio y vio que todas las esclavas dormían, cada cual en su cama, y también vio un lecho de mármol sobre el cual se hallaba una joven semejante a la luna cuando surge en la noche decimocuarta del mes. Se acercó a ella, se sentó junto a la cabecera de la cama, tiró de la cortina y apareció otra cortina de oro. A la cabeza y a los pies de la cama había una vela en un candelabro de oro brillante, y las dos velas eran de ámbar. Debajo de la almohada y junto a la cabeza de la esclava había una caja de plata, cerrada, en la cual se hallaban todas sus joyas. El orífice sacó un cuchillo con el que hirió el trasero de la joven, haciéndole una herida muy visible. La joven despertó asustada y aterrorizada. Cuando le vio tuvo miedo de gritar, y calló. Luego, creyendo que quería apoderarse de sus joyas, le dijo: "Toma la caja con lo que en ella hay: de nada te serviría matarme. Me pongo bajo tu protección y a ti te confío mi honor". El hombre tomó la caja con lo que en ella había, y se marchó.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « Por la mañana se vistió, tomó la caja en la que estaban las joyas, y fue a ver al rey de la ciudad. Después de besar el suelo ante él, le dijo: "¡Oh, rey!, soy un hombre que quiere aconsejarte. Soy nativo del Jurasán. He dejado mi patria y he venido

a ti impulsado por la fama que se ha difundido acerca de tu buena conducta y de tu justicia para con tus súbditos. Por eso he querido ponerme bajo tu bandera. Al llegar a esta ciudad al terminar el día, encontré la puerta cerrada y me dispuse a dormir fuera. Mientras dormitaba vi cuatro mujeres, una de las cuales iba montada en una escoba y otra cabalgaba sobre un abanico, y me di cuenta, ¡oh, rey!, de que eran brujas que entraban en la ciudad. Una de ellas se me acercó, me empujó con el pie y me golpeó con una cola de zorra que llevaba en la mano; me hizo daño; pero yo pude darle de rechazo con mi cuchillo y con él la herí en el trasero, mientras ella escapaba. Al herirla, ella huyó ante mí y se le cayó esta caja con todo su contenido. La cogí, la abrí y en ella encontré estas preciosas joyas. Tómalas, yo no la necesito, pues soy un individuo que va deambulando por las montañas y en mi interior he rechazado el mundo, renunciando a él y a cuanto contiene: yo busco la faz de Dios (¡ensalzado sea!)". Y, tras dejar la caja ante el rey, el orífice se marchó.

» Apenas hubo salido, el rey abrió la caja, sacó las joyas que había en su interior y las fue mirando: halló un collar que había regalado al ministro que era dueño de la joven. Lo llamó y cuando lo tuvo ante sí, le dijo: "¿Es éste el collar que te regalé?" El ministro, después de haberlo mirado e identificado, le contestó: "Sí. Yo se lo regalé a una esclava cantora que tengo". "Pues dile que venga inmediatamente", mandó el rey. Y cuando tuvo ante sí la esclava, el rey le dijo al ministro: "Destápale el trasero y mira si tiene o no una herida". "Sí, mi señor, tiene una herida", le dijo el ministro al rey, después de haber puesto al descubierto el trasero de la esclava y haber visto la herida de cuchillo. "¡No cabe duda ni vacilación de que ésta es la bruja de que me habló el asceta!", exclamó el rey. Dio orden de que la echaran al pozo de los magos, y aquel mismo día la echaron en el pozo. Cuando llegó la noche y el orífice se hubo enterado de que su ardid había tenido éxito, fue a ver al guardián del pozo llevando una bolsa con mil dinares. Se sentó y estuvo charlando con él hasta el final del primer tercio de la noche. Luego empezó a hablar al guardián con las siguientes palabras: "Sabe, hermano mío, que esta joven es inocente de la culpa de que se le acusa, y yo soy el culpable de ello", y así le fue contando toda la historia desde el principio hasta el fin, y concluyó: "Toma, hermano mío, esta bolsa en la que hay mil dinares y dame la joven para que yo pueda partir con ella hacia mi tierra. Estos dinares te serán más útiles que tener presa a la esclava: toma nuestra recompensa y los dos rezaremos pidiendo tu bienestar y tu paz". Después de haber oído la historia, el guardián quedó asombrado ante tanta astucia y ante su éxito. A continuación, y después de haber cogido la bolsa con su contenido, le entregó la joven, pero con la condición de que no permaneciese con ella ni siquiera una hora en aquella ciudad. El orífice la cogió en seguida y partió raudo hasta que llegó a su tierra, conseguido su objetivo.

» ¡Ya ves, ¡oh, rey!, de qué tipo es la picardía y la astucia de los hombres!

Tus ministros te distraen de hacerme justicia. Pero mañana, ¡oh, rey!, tú y yo nos presentaremos ante un juez justo, para que Él me haga justicia de ti.»

El rey, al oír aquellas palabras, mandó matar a su hijo. Pero se presentó el quinto visir y, después de inclinarse ante él, le dijo: « ¡Gran rey! Ve despacio y no te apresures en dar muerte a tu hijo, pues es posible que la prisa engendre arrepentimiento. Temo que debas arrepentirte como aquel hombre que no volvió a reír nunca más en su vida» . « ¿Cómo fue la cosa?» , preguntó el rey.

« Me he enterado, ¡oh, rey!, de que un hombre que poseía varias casas y dinero, criados, esclavos e inmuebles, murió dejando un hijo pequeño. Cuando éste se hizo mayor se entregó a la comida y a la bebida, a escuchar músicas y canciones, a mostrarse generoso y a hacer regalos, y así acabó con los bienes que le había dejado su padre y no le quedó nada.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « Entonces vendió esclavos, concubinas e inmuebles, gastó todo lo que poseía gracias a su padre o a otros, y quedó pobre.

» Entonces se puso a trabajar con los obreros y en tal situación estuvo durante un año. Cierto día, mientras estaba sentado junto a una pared en espera de que alguien solicitase sus servicios, se le acercó un hombre bien vestido y de buen aspecto, que lo saludó: “¿Me conociste antes de ahora, tío?”, le preguntó el joven. “No te conocí, hijo mío, pero veo en ti señales de un pasado bienestar, mientras que ahora te hallas en esta situación.” “El destino divino siguió su curso. ¿Hay algo en que pueda servirte, tío de rostro amable?” “Quiero que me sirvas en una cosa muy sencilla, hijo mío.” “¿Cuál es, tío?” “En mi morada, en una sola casa, hay diez viejos, pero no hay quien pueda servirnos. Te daremos de comer y de beber hasta saciarte, y también te daremos dinero y otras cosas. Tal vez Dios, por medio de nosotros, te devuelva la felicidad.” “Oír es obedecer”, repuso el joven. “Pero debo ponerte una condición”, prosiguió el viejo. “¿Qué condición, tío?” “Que tú, hijo mío, guardes el secreto de lo que nos veas hacer, y que si nos ves llorar no nos preguntes la causa de nuestro llanto.” “De acuerdo, tío.” “Vente conmigo, con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!), hijo mío.” Y el joven siguió al viejo, que lo llevó a un establecimiento de baños, le hizo entrar, le mandó quitarse los harapos que llevaba y envió un hombre en busca de vestidos hermosos y de buena tela. El hombre volvió con un hermoso vestido de excelente tejido que el viejo le mandó ponerse, y luego marchó con él a su casa, junto a su grupo.

» Cuando el joven entró vio que era una casa alta, sólidamente construida, espaciosa, con salones y estancias unas frente a otras. En cada estancia había un

surtidor sobre el cual cantaban pájaros, y ventanas que, por todas partes, daban a un hermoso jardín. El viejo le hizo entrar en uno de los salones, recubierto de mármol de colores, cuyo techo estaba incrustado de lapislázuli y oro brillante, y en el cual estaba extendida una alfombra de seda: diez viejos vestidos de luto, sentados uno frente a otro, lloraban y sollozaban. El joven se asombró y estuvo a punto de pedirle explicaciones al viejo; pero se acordó de la condición que le habían impuesto y retuvo su lengua.

» El viejo le dio al joven una caja con treinta mil dinares, al tiempo que le decía: "Hijo mío, gasta con precaución, para nosotros y para ti, el contenido de esta caja de la mejor manera posible. Tú, que eres persona de confianza, conserva lo que te he entregado". "Oír es obedecer", repuso el joven; y, en efecto, fue gastando para ellos durante cierto número de días y de noches. Luego, uno de ellos murió; sus compañeros lo cogieron, lo lavaron, lo envolvieron en la mortaja y lo sepultaron en el jardín que había detrás de la casa. La muerte se los fue llevando uno tras otro, hasta que sólo quedó el viejo que lo había contratado. Él y el joven siguieron en la casa, solos, durante cierto número de años. Luego, el viejo enfermó, y cuando el joven ya no tuvo esperanzas de que quedara en vida, se le acercó, le expresó su dolor y le dijo: "Tío, yo os he servido y no os he negado mis servicios ni un solo instante durante doce años. Os di consejos y os serví con toda mi buena voluntad y todas mis fuerzas". "Sí, hijo mío, tú nos has servido hasta que Dios, Todopoderoso y Grande, llamó hacia Él a esos viejos: no podemos hurtarnos a la muerte." "Mi señor, tú estás en peligro, y yo quiero que me informes de la causa de vuestros llantos, de vuestros continuos sollozos, de vuestra tristeza y de vuestra inquietud." "Hijo mío, no es preciso que lo sepas, no me obligues a hacer lo que no puedo hacer. Yo he pedido a Dios (¡ensalzado sea!) que no le ocasione a nadie las desgracias que me ocurrieron a mí. Si quieres salvarte de los males que cayeron sobre nosotros, ¡no abras esa puerta! —y le señaló con la mano la puerta, poniéndole en guardia—. En cambio, si quieres que te ocurra lo que a nosotros, ábrela y así sabrás la causa de lo que nos viste hacer; pero te arrepentirás cuando el arrepentimiento ya no te sirva de nada."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « La enfermedad del viejo se agravó, y murió. El joven lo lavó con sus propias manos, lo amortajó y lo enterró junto a sus compañeros. Y se quedó en aquel lugar del que había pasado a ser dueño absoluto y definitivo; pero seguía preocupado y pensativo por el estado en que había visto a los viejos. Cierto día, mientras reflexionaba sobre las palabras del anciano y su advertencia de que no

abriera la puerta, se le ocurrió ir a verla. Se acercó y buscó hasta dar con una puerta delgada sobre la que la araña había tejido su tela, y que estaba cerrada con cuatro candados de acero. Al verla se acordó de lo que le había dicho el viejo y se marchó, y aunque durante siete días su mente le impulsó a abrir la puerta, logró dominarla. Al octavo día su instinto lo venció y se dijo: "Yo he de abrir esa puerta y ver qué me ocurre una vez abierta: nada puede evitar que se cumpla la decisión de Dios (¡ensalzado sea!), y nada puede ocurrir si no es por su voluntad". Se levantó y abrió la puerta, después de romper los candados. Una vez abierta, vio un estrecho pasillo por el que echó a andar y por el que anduvo durante tres horas, al cabo de las cuales salió a la orilla de un gran río. El joven quedó asombrado, pero se puso a andar por la orilla mirando a diestra y siniestra. De repente, una enorme águila bajó del cielo, agarró al joven entre sus garras y se echó a volar entre cielo y tierra hasta una isla en medio del mar en la que lo dejó caer, y luego desapareció volando. El joven estaba perplejo ante lo que le sucedía y no sabía dónde ir.

» Cierto día, mientras estaba sentado, apareció ante sus ojos, en el mar, como si fuera una estrella en el cielo, la vela de una embarcación. El ánimo del joven quedó pendiente de aquel barco, pensando que quizás en él se hallase su salvación, y siguió mirándolo hasta que llegó junto a él. Entonces se dio cuenta de que se trataba de un barco de marfil y ébano, cuyos remos eran de sándalo y áloe, recubierto de láminas de oro brillante y en el que iban diez mujeres vírgenes, hermosas como la luna. Las mujeres, al verlo, salieron de la embarcación, le besaron las manos y le dijeron: "Tú eres el rey esposo". Una joven, hermosa como el sol que brilla en medio de un cielo sereno, que llevaba en la mano un mandil de seda que contenía un vestido real y una corona de oro incrustada con varias clases de jacintos, se le acercó, le puso el vestido, lo coronó y lo llevó en brazos a la embarcación, en la que el joven pudo apreciar varias clases de alfombras de seda de colores. A continuación las mujeres desplegaron las velas y pusieron rumbo a alta mar.

» El joven dijo: "Cuando partí con ellas creí que se trataba de un sueño. No sabía adónde me llevaban, pero cuando estuve cerca de tierra vi que estaba llena de soldados, cuyo número sólo Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) sabe, vestidos con corazas. Me presentaron cinco caballos marcados que llevaban sillas de oro incrustadas de perlas y piedras preciosas de fabuloso precio. Tomé uno, monté en él, mientras los otros cuatro andaban junto a mí. Cuando estuve a caballo, las banderas y los estandartes fueron desplegados por encima de mí y empezaron a batir tambores y timbales. Los soldados se alinearon a derecha e izquierda, y yo empecé a dudar de si dormía o estaba despierto. Seguí andando sin querer creer que me hallaba en tal cortejo, convencido de que soñaba, hasta que llegamos a la vista de un prado verde, en el que había palacios, jardines, árboles, ríos, flores y pájaros que alababan al Dios único y todopoderoso. Mientras todos se hallaban en

tal situación, de entre los castillos y los jardines surgieron soldados, como si se tratara de un torrente impetuoso, hasta que el prado estuvo lleno. Al llegar junto a mí, los soldados se detuvieron, y uno de ellos, el rey, se adelantó solo, a caballo, delante de algunos nobles de su séquito que le seguían a pie".

» Cuando el rey llegó junto al joven, descabalgó, y también el muchacho se apeó del caballo. Cambiaron los mejores saludos y luego, después de haber vuelto a montar, el rey le dijo al joven: "Ven con nosotros, eres mi huésped". El joven se puso en marcha con él e iban charlando mientras el cortejo, bien formado, marchaba ante ellos, hasta el castillo del rey. Entonces desmontaron y entraron todos, mientras el rey y el joven iban cogidos de la mano.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el ministro prosiguió:] « El rey hizo sentar al joven en una silla de oro y se sentó junto a él. Cuando se quitó el velo del rostro, he aquí que el rey era una joven bella como el sol cuando aparece en un cielo sereno, de buen ver, amable, elegante y perfecta, graciosa y maravillosa. El joven vio ante sí una gran ventura y felicidad, y quedó asombrado ante tal belleza y gracia: "Sabe, ¡oh, rey! —le dijo la reina—, que yo soy la reina de este país. Todos los soldados, los caballeros y los infantes que has visto son mujeres: no hay hombres entre ellos. Entre nosotros, los hombres labran y siembran la tierra, la siegan y cultivan, trabajan en hacer próspero el país y se ocupan de todos los menesteres de interés público. En cambio, las mujeres gobiernan, ocupan los cargos y forman el ejército". El joven quedó muy asombrado de todo eso. Mientras así estaban, entró el ministro, era una vieja de cabello cano, respetable y de venerable aspecto. La reina le dijo: "Manda venir al juez y a los testigos", y la vieja se marchó.

» Entonces da reina trató afablemente al joven y con palabras amables intentó eliminar su timidez. Luego se le acercó y le preguntó: "¿Quieres que sea tu esposa?" El joven se levantó, besó el suelo ante ella, mas ella se lo impidió. "Mi señora —le contestó el joven—, yo valgo menos aún que los siervos que están a tu servicio." "¿No has visto todos los siervos, los soldados, los bienes, las arcas y los tesoros?" "Sí." "Todo esto está a tu disposición: puedes disponer libremente de ello, y dar y regalar lo que te parezca bien." Luego le señaló una puerta cerrada y le dijo: "De todo puedes disponer según tu voluntad, excepto de esta puerta: no la abras, pues si la abres te arrepentirás cuando ya el arrepentimiento no pueda servirte de nada". Aún no había acabado de hablar, cuando se presentó el ministro acompañado del juez y de los testigos. Todos eran viejas, cuyos cabellos les caían sobre la espalda, mujeres de venerable aspecto.»

Refiere el narrador: « Cuando estuvieron ante la reina, ella les mandó que estipularan las condiciones del matrimonio, y el joven se casó con ella. Los banquetes fueron preparados y los soldados reunidos. Después de haber comido y bebido, el joven marchó con ella a consumar el matrimonio, comprobó que era virgen y le tomó su virginidad.

» Con ella permaneció durante siete años, en la vida más placentera y cómoda, feliz y lujosa que sea posible. Pero un día se acordó de la puerta que no debía abrir y pensó: "Si no llevase a tesoros más bellos y mejores de los que he visto no me habría prohibido que la abriera". Fue y abrió la puerta: allí estaba el pájaro que lo había transportado desde la orilla del mar y lo había depositado en la isla. Al verlo, el pájaro le dijo: "¡No sea jamás bien venido este desdichado rostro!" Al ver al pájaro y oír sus palabras, el joven huyó; pero el pájaro lo persiguió, lo agarró y echó a volar con él entre cielo y tierra durante una hora, al cabo de la cual lo depositó en el lugar en que lo había cogido, y desapareció. El joven se sentó, volvió en sí, y al recordar la felicidad, el poder y el honor de que había gozado, al recordar que los soldados marchaban ante él y que mandaba y prohibía, se echó a llorar y sollozar. Durante dos meses permaneció en la orilla del mar en que lo había depositado el pájaro, en espera de poder regresar junto a su esposa.

» Una noche, mientras estaba desvelado, triste y pensativo, alguien, cuyas palabras oía pero al que no podía ver, le dijo: "¡Cuán grandes son las delicias! ¡Nunca, nunca se te devolverá lo que perdiste! ¡Entristécete más aún!" Cuando el joven lo oyó, perdió la esperanza de volver a ver a la reina y de reanudar la felicidad de que gozaba. Entró en la casa en la que habían vivido los viejos, y así supo que a ellos les había ocurrido lo que a él, y que ésa era la causa de su llanto y de su desazón, y les excusó. Luego, el malestar y la preocupación se apoderaron de él, entró en el salón y siguió llorando y sollozando. Dejó de comer y de beber, de usar buenos perfumes, y dejó de reír hasta que halló la muerte, y entonces lo enterraron junto a los viejos.

» Sabe, ¡oh, rey!, que el apresuramiento no es cosa loable, sino que engendra arrepentimiento. Yo te he dado este consejo.»

Cuando el rey hubo oído esas palabras, hizo caso, aceptó el consejo y renunció a dar muerte a su hijo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al sexto día la mujer volvió a presentarse ante el rey, llevando en la mano un cuchillo desenvainado. « Sabe, mi señor —le dijo—, que me mataré si no aceptas mi queja y no haces prevalecer mis derechos a que sea respetado tu honor contra quienes me atacaron, es decir,

contra tus visires, que sostienen que las mujeres son astutas, pillas y engañosas, pues con ello pretenden hacerme perder cuanto me corresponde y quieren que el rey se olvide de considerar mi derecho. Yo ahora ante ti, por medio de la historia del hijo de un rey que se reunió con la mujer de un mercader, te demostraré que los hombres son más astutos que las mujeres.» « ¿Qué le ocurrió al hijo del rey con aquella mujer?» , preguntó el rey.

« Me he enterado que había un mercader celoso —contó la mujer— que tenía una mujer hermosa y atractiva. Eran tales su miedo y sus celos que él y su esposa no habitaban en la ciudad, sino que había levantado fuera de ella un palacio aislado de cualquier otro edificio. El mercader lo había construido sólido, con altos muros, puertas fortificadas, cerraduras resistentes; cuando se dirigía a la ciudad, cerraba las puertas y se llevaba las llaves, colgadas al cuello. Cierto día, mientras se hallaba en la ciudad, el hijo del rey de aquella comarca, que había salido fuera de las murallas a pasear y a solearse en la amplia llanura, al ver tanto espacio desierto estuvo mirando a su alrededor durante mucho rato, hasta que su mirada cayó sobre el palacio, y vio una hermosísima mujer asomada a una de sus ventanas. Al verla quedó perplejo ante su belleza y atractivo, y aunque quiso llegar a ella no le fue posible. Llamó entonces a uno de sus pajes, le mandó traer tintero y papel, sobre el cual escribió unas cuantas palabras en que explicaba el estado en que se hallaba por el amor que sentía hacia ella, fijó el mensaje en la punta de una flecha y la lanzó al interior del palacio. La flecha cayó mientras la mujer paseaba por el jardín. Mandó a una de sus doncellas que corriera a recoger aquel papel y, después de haber leído el escrito y de conocer el amor, el afecto y la pasión que el hijo del rey le manifestaba en él, le escribió la respuesta en la que le hacía saber que ella estaba aún más enamorada de él. A continuación lo buscó desde la ventana del palacio, lo divisó, le lanzó su respuesta y al verlo se sintió todavía más enamorada. Cuando el hijo del rey la vio, se colocó junto al palacio: "Échame una cuerda —le dijo—, para que pueda atar a ella esta llave, que tú guardarás". La mujer le echó la cuerda, él ató la llave y después marchó a ver a sus ministros y les manifestó su amor hacia aquella mujer, y añadió que no podía esperar más para poseerla. Uno de sus ministros le preguntó por sus planes, y le pidió órdenes. "Quiero —le dijo el hijo del rey— que me metas en una caja, digas que contiene cosas tuyas y se la entregues en depósito a ese mercader para que la guarde en su palacio, hasta que yo, dentro de unos días, haya conseguido lo que deseo de aquélla mujer; luego le pedirás que te devuelva la caja." "De mil amores", repuso el ministro.

» El hijo del rey se dirigió a casa del ministro, se metió en una caja, que éste cerró y llevó al palacio del mercader. Cuando éste vio al visir, le besó las manos y le preguntó: "¿El ministro, mi señor, necesita algo en que pueda servirle?" "Quiero —le contestó— que coloques esta caja en el mejor lugar que tengas." El mercader ordenó a los faquines que se llevaran la caja, la hizo transportar al

palacio y la colocó en un depósito. Y luego se marchó. Entonces la mujer se dirigió hacia donde estaba la caja y la abrió con la llave que tenía: de la caja salió un joven hermoso como la luna. Después de verlo, ella se puso sus mejores vestidos y entró con él en el salón, donde permanecieron juntos, comiendo y bebiendo, durante siete días; pero cada vez que venía su marido, ella metía al príncipe en la caja y lo encerraba en ella. Al cabo de unos días el rey preguntó por su hijo, y el ministro, apresuradamente, fue a casa del mercader a pedirle la caja.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « Entretanto, el mercader, contra su costumbre, había regresado al palacio apresuradamente y había llamado a la puerta. Al oírlo, su mujer cogió al hijo del rey y lo metió en la caja, pero olvidó cerrarla. Cuando el mercader y los faquines llegaron al palacio, levantaron la tapa de la caja: allí estaba, dormido, el hijo del rey. El mercader lo vio y lo reconoció; se presentó al ministro y le dijo: "Entra tú mismo y coge al hijo del rey, pues ninguno de nosotros puede tocarlo". El ministro fue, lo cogió y se marcharon todos. Cuando se hubieron marchado, el mercader repudió a su mujer y juró que no volvería a casarse.

» También me han contado, ¡oh, rey!, que una persona de elevada posición fue un día al mercado y encontró a un muchacho cuya venta se anunciaba; lo compró, se lo llevó a su casa y le encargó a su mujer que se ocupara de él. El muchacho permaneció en la casa durante cierto tiempo. Un buen día el hombre le dijo a su mujer: "Ve mañana al jardín a dar un paseo y a divertirte y distraerte". "De mil amores", le contestó su mujer. El muchacho, al oír estas palabras, cogió alimentos, que preparó aquella misma noche, así como bebidas, dulces y frutas, y luego se dirigió al jardín y depositó la comida bajo un árbol, las bebidas debajo de otro y los dulces y la fruta debajo de un tercero, junto al camino que habría de recorrer la mujer de su dueño.

» Por la mañana, el dueño mandó al muchacho que acompañara a su señora al jardín, y encargó que llevaran los manjares, las bebidas y la fruta que pudieran necesitar. La mujer salió a caballo junto con el muchacho y llegaron al jardín. Apenas entraron en él, un cuervo graznó y el muchacho le dijo: "Has dicho bien". "¿Sabes qué ha dicho el cuervo?", le preguntó la dueña. "Sí, mi señora", fue la respuesta. "¿Y qué ha dicho?" "Mi señora, ha dicho: 'Bajo este árbol hay comida: venid a comerla'." "Veo que comprendes el lenguaje de los pájaros." "Sí." La mujer se acercó al árbol y halló la comida preparada. La comieron y la mujer quedó asombrada del muchacho, pues creyó que comprendía verdaderamente el lenguaje de los pájaros. Continuaron el paseo por

el jardín. Otro cuervo graznó, y el muchacho repitió: “Has dicho bien”. “¿Qué dice?”, le preguntó su dueña. “Dice, mi señora, que debajo de aquel árbol hay un recipiente de agua perfumada con almizcle, y también vino rancio.” Ella se dirigió hacia allí, y hallaron el agua y el vino, con lo cual aumentó el asombro de la mujer y fue mayor su admiración por el muchacho. La mujer se sentó con él a beber, y después de haber bebido siguieron andando hacia cierto lugar del jardín. Un tercer cuervo graznó, y el muchacho volvió a decir: “Has dicho verdad”. “¿Qué dice?”, le preguntó la señora. “Dice que bajo aquel árbol hay fruta y dulces.” Fueron allí y encontraron fruta y dulces. Comieron una parte y luego prosiguieron su paseo por el jardín.

» Otro cuervo graznó, y el muchacho cogió una piedra y la lanzó contra él. “¿Por qué tiras contra él? ¿Qué ha dicho?”, preguntó la mujer. “Mi señora, dice ciertas palabras que no puedo repetirte.” “Dilas, no tengas vergüenza de mí: entre tú y yo no hay relaciones de las cuales debas avergonzarte.” El muchacho seguía negándose a hablar, y la mujer seguía insistiendo, hasta que ella lo convenció haciendo un juramento. Entonces el muchacho le contó: “El cuervo dice: ‘Haz con tu dueña lo que ella hace con su marido’”. Al oír tales palabras la mujer se echó a reír hasta caer de espaldas. “Esto es poca cosa —exclamó—, y yo no puedo negarme a ello.” Se colocó bajo uno de los árboles, extendió una alfombra y lo llamó para que satisficiese sus deseos. Pero he aquí que detrás del muchacho apareció el dueño, que lo estaba mirando. Lo llamó y le dijo: “¿Qué tiene tu dueña que está echada ahí y llora?” “Mi señor, cayó de un árbol y se mató, y el propio Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) le ha devuelto la vida; por eso se ha echado un poco, para descansar.” Cuando la mujer vio a su marido ante ella, se levantó fingiendo encontrarse mal y sentir dolores. “¡Ay, mi espalda! —decía—. ¡Ay, mi costado! ¡Venid, amigos, no permaneceré con vida!” Y así quedó burlado su marido. Llamó al muchacho, le mandó que trajera el caballo de su dueña y que la hiciera montar, y cuando hubo montado el marido tomó uno de los estribos, el muchacho tomó el otro, y le decía: “Dios te dará fuerzas y te curará”.

» Éste, ¡oh, rey!, es uno de los numerosos ejemplos de la astucia y de la picardía de los hombres. Por consiguiente, tus visires no deben hacerte desistir de la intención de ayudarme y vengarme.» Y se echó a llorar.

Cuando el rey la vio llorar, a ella, su concubina favorita, mandó que mataran a su hijo. Entonces entró el sexto visir, besó el suelo ante él y dijo: « Dios (¡ensalzado sea!) haga poderoso al rey. Yo te aconsejo y te recomiendo que vayas despacio en el asunto de tu hijo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Las cosas falsas se asemejan al humo, mientras que la verdad es firme y sólida y su luz hace desaparecer las tinieblas de la mentira. La picardía de las mujeres es grande. Dios dijo en su libro: "Vuestra astucia es grande"[239]. En efecto, me han contado la historia de una mujer que urdió contra los magnates del estado un ardid que no tuvo igual en el pasado.» « ¿Cómo fue eso?» , preguntó el rey.

« Me he enterado, ¡oh, rey!, que una mujer, hija de mercaderes, estaba casada con un hombre que viajaba mucho. Una vez, el marido partió para lejanas tierras y estuvo ausente durante mucho tiempo. Su ausencia empezaba a ser demasiado larga para ella, y así se enamoró de un hermoso joven, hijo de mercaderes. Lo amaba y era correspondida. Un día el joven se peleó con un hombre y éste se quejó de él ante el gobernador de la ciudad, que lo mandó encarcelar. La noticia llegó hasta su amante, la mujer del mercader, que se indignó sobremanera. Se puso sus mejores vestidos, fue a casa del gobernador y le entregó un escrito que decía: "Aquel a quien has encarcelado y reducido a prisión es mi hermano, fulano, que se ha peleado con mengano; pero las personas que testimoniaron contra él dieron falso testimonio, por lo cual ha sido encarcelado injustamente. Ahora bien, yo no tengo a nadie que mire y vele por mí. Por eso pido de la gracia de nuestro señor que mi hermano sea puesto en libertad".

» Cuando el gobernador leyó el escrito, la miró, se enamoró de ella y le dijo: "Entra en la casa mientras yo le mando traer a mi presencia. Luego te llamaré y te lo podrás llevar". "Mi señor —le contestó la mujer—, yo sólo puedo confiar en Dios (¡ensalzado sea!), pues soy extranjera y, por consiguiente, no puedo entrar en casa de nadie." "No lo pondré en libertad hasta que hayas entrado en mi casa y yo haya satisfecho mis deseos en ti." "Si es esto lo que quieres, sólo podrás conseguirlo viniendo a mi casa: allí te sentarás, dormirás y descansarás durante todo el día." "¿Dónde está tu casa?" "En tal sitio." Y tras decir esto salió, mientras el gobernador se quedaba con el corazón en llamas.

» La mujer, después de salir, se dirigió al juez del lugar y le habló así: "Señor nuestro, cadí". "Aquí estoy." "Examina mi causa, y ¡Dios te dará la recompensa!" "¿Quién te ha causado mal?", preguntó el cadí. "Mi señor: tengo un solo hermano. Me ha encargado que venga a verte porque el gobernador lo ha encarcelado ya que dieron falso testimonio contra él diciendo que había cometido un abuso. Yo sólo te pido que intercedas por mí junto al gobernador." El cadí la miró con atención, se enamoró de ella y le dijo: "Entra en casa junto a las mujeres y descansarás un rato con nosotros. Entretanto, yo mandaré decir al gobernador que ponga en libertad a tu hermano. Si supiera la cantidad que debe, la pagaría por satisfacer mi pasión contigo, pues tú, con tu hermosa manera de obrar, me has gustado". "Si tú, nuestro señor, obras así, ya no pueden hacérsele reproches a nadie más." "Si no quieres entrar en mi casa —prosiguió el cadí—,

sigue tu camino.” “Si verdaderamente, mi señor, quieres que sea así, en mi casa la cosa será más disimulada y mejor que en la tuya, donde hay mujeres y criados y gentes que entran y salen. Yo soy una mujer inexperta en tales asuntos, pero la necesidad me obliga a hacerlo.” “¿Dónde está tu casa?”, le preguntó entonces el cadí. “En tal sitio”, le contestó la mujer; y le dio cita para el mismo día en que había citado al gobernador.

» Luego, tras salir de la presencia del cadí, fue a casa del visir, al que contó su historia y le expuso la necesidad que tenía de que pusieran en libertad a su hermano, al que el gobernador había encarcelado. El visir Ja solicitó y le dijo: “Hemos de satisfacer nuestros deseos en ti y luego mandaremos poner en libertad a tu hermano”. “Si sólo quieres eso, sea, pero en mi casa, donde la cosa estará más oculta para mí y para ti. La casa no está lejos y tú bien sabes cuánta limpieza y comodidad son necesarias.” “¿Dónde está tu casa?”, preguntó el visir. “En tal sitio”, y lo citó para el día de marras. Salió de ver al visir y se dirigió al rey de la ciudad, le expuso su caso y le pidió que pusiera en libertad a su hermano. “¿Quién lo encarceló?”, le preguntó el rey. “El gobernador.” Mientras escuchaba sus palabras, su corazón quedó preso de pasión por ella y le mandó entrar con él en el palacio hasta que hubiera enviado a decir al gobernador que pusieran en libertad a su hermano. “Esto, ¡oh, rey! —le dijo la mujer—, te es fácil obtenerlo sea con mi voluntad, sea contra ella. Si el rey quiere eso, yo me considero honrada; pero si el rey viene a mi casa, me honrará trasladando allí sus nobles pasos, como dice el poeta:

> Mis dos amigos, ¿habéis visto u oído hablar de la visita de aquel cuyas nobles cualidades se han revelado junto a mí?”

» “No he de contrariarte en eso”, concluyó el rey. Y la mujer le señaló el mismo día que a los otros y le indicó dónde estaba su casa.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Al salir de la presencia del rey, fue a ver a un carpintero y le dijo: “Quiero que me hagas un armario de cuatro pisos, uno encima de otro, cada piso con puerta que cierre. Dime cuánto te debo y te pagaré”. “Cuesta cuatro dinares; pero si tú, respetable señora, me concedes tus gracias, esto es lo que yo quiero y nada más te cobraré.” “Si así ha de ser, entonces házmelo de cinco pisos, con sus correspondientes cerraduras.” “De mil amores”, le contestó el carpintero, y ella le pidió que le llevara el armario el día señalado. “Señora —observó el carpintero —, siéntate aquí y en seguida tendrás lo que necesitas. Luego yo iré a tu casa.”

Ella se sentó en su casa hasta que acabó el armario de cinco pisos; luego se fue a su casa y lo puso en el salón. A continuación tomó cuatro vestidos, los llevó al tintorero y mandó que se los tiñera cada uno de un color distinto, y después se puso a preparar guisos, bebidas, perfumes, frutas y substancias olorosas. Cuando llegó el día de la cita, se puso su más lujoso vestido, se embelleció y se perfumó, extendió en el suelo del salón magníficas alfombras y se sentó a esperar al que llegara.

» El cadí llegó antes que los demás. Cuando lo vio, ella se levantó, besó el suelo ante él, y luego lo cogió y lo hizo sentar en el diván y se echó con él a divertirse. Mas cuando el cadí quiso satisfacer su deseo, ella le indicó: "Mi señor, quítate el vestido y el turbante y ponte esta túnica amarilla y este velo sobre tu cabeza. Entretanto, yo traeré comidas y bebidas, y después podrás satisfacer tu deseo". Ella cogió sus vestidos y su turbante, mientras él se ponía la túnica y el velo sobre la cabeza. En aquel momento, alguien llamó a la puerta. "¿Quién llama a la puerta?", le preguntó el cadí. "Es mi marido." "¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde iré?" "No temas, te meteré en este armario." "Haz lo que mejor te parezca", concluyó el cadí. Y ella, entonces, lo tomó de la mano, lo introdujo en el piso inferior del armario y cerró la puerta. Acto seguido fue a abrir: era el gobernador. Cuando lo vio, besó el suelo ante él, lo cogió de la mano y lo hizo sentar en el diván, diciéndole: "Señor mío, ésta es tu casa y esta habitación es como si fuese la tuya: yo soy tu esposa y una de tus criadas. Todo el día de hoy estarás conmigo. Por lo tanto, quítate los vestidos que llevas y ponte este vestido encarnado, que es un vestido de noche". Le puso en la cabeza un retal de trapo y, después de haber recogido sus vestidos, se echó en el diván junto a él; él jugó con ella y ella jugó con él, y cuando él alargó la mano hacia ella, ésta le dijo: "Señor nuestro, este día es tuyo por completo, nadie lo compartirá contigo. Pero, por tu gracia y favor, escríbeme una nota para que saquen a mi hermano de la cárcel y así yo quedaré tranquila". "Oír es obedecer; me parece magnífico", y escribió una carta a su tesorero en la que le decía: "Apenas recibas este escrito, pon en libertad a fulano sin dilación ni retraso, y no digas ni una palabra al portador de la presente". Cuando la hubo sellado, ella la cogió y se puso de nuevo a jugar con él sobre el diván.

» En aquel momento alguien llamó a la puerta. "¿Quién será?", le preguntó el gobernador. "Mi marido." "¿Qué debo hacer?" "Métete en ese armario hasta que consiga echarlo y vuelva junto a ti." Lo cogió y le hizo entrar en el segundo piso, y luego cerró la puerta. Todo esto ocurría mientras el cadí escuchaba lo que decía la mujer. Entonces ella se dirigió a la puerta y la abrió: el recién llegado era el visir. La mujer besó el suelo ante él, lo recibió, lo sirvió y le dijo: "Nos honras con tu visita a esta casa, señor nuestro. ¡Dios no nos estropee esta ocasión!"

» Lo hizo sentar en el diván y le dijo: "Quítate este vestido y el turbante y

ponte este traje holgado". Él se desvistió y la mujer le hizo ponerse una túnica azul con capucha roja. "Señor nuestro, quítate los vestidos de visir: en este momento éstos son los vestidos para el convite, para estar alegre y para dormir". Cuando el visir se los hubo puesto, empezaron a juguetear sobre el diván, pero él quería satisfacer sus deseos, mientras que la mujer se Jo impedía. "Hay tiempo, mi señor", le decía. Mientras estaban hablando, alguien llamó a la puerta. "¿Quién es?", le preguntó el visir. "Mi marido", contestó la mujer. "¿Qué vamos a hacer?" "Levántate y métete en ese armario hasta que yo pueda echar a mi marido y pueda volver junto a ti, y no temas", y así le hizo entrar en el tercer piso del armario, y después de haberlo cerrado, salió a abrir: era el rey. Apenas lo vio, la mujer besó el suelo ante él, lo tomó de la mano y le hizo entrar en la testera del salón. Le mandó sentarse en el diván y le habló: "¡Me has honrado, oh, rey! Si te ofreciésemos el mundo y todo lo que contiene, eso no equivaldría ni a uno solo de los pasos que has dado para venir a verme".»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Después de que el rey se hubo acomodado en el diván, la mujer le dijo: "Permite que te diga una sola palabra". "Habla y di lo que quieras." "Descansa, mi señor, y quítate el vestido y el turbante." Los vestidos que el rey llevaba aquel día valían mil dinares, y la mujer, cuando se los hubo quitado, le puso un vestido usado que sólo valía diez dirhemes, ni uno más. Luego empezó a divertirse y a juguetear con él. Y todo esto ocurría mientras los que estaban en el armario oían lo que hacían los dos, pero no podían hablar. Cuando el rey alargó la mano hacia el cuello de la mujer, queriendo satisfacer sus deseos, ella observó: "Tiempo no nos falta. Yo ya te prometí todo eso, y obtendrás de mí lo que te alegrará." Mientras estaban hablando, alguien llamó a la puerta. "¿Quién será?", preguntó el rey. "Es mi marido." "Échalo por las buenas, pues si no lo echaré yo por la fuerza." "De ninguna manera, ¡oh, mi señor!: ten paciencia mientras lo echo valiéndome de mi experiencia." "Y yo, ¿qué haré?" Entonces la mujer lo cogió de la mano y lo hizo entrar en el cuarto piso del armario y cerró tras él. Fue a abrir: era el carpintero. Una vez dentro, la saludó y ella preguntó: "¿Qué armarios son esos que me has hecho?" "¿Qué tiene, mi señora?" "Este piso es estrecho." "Que no, es ancho." "Entra tú mismo y échale una mirada: ya verás como no cabes en él." "Caben cuatro personas", y tras decir esto, el carpintero se metió en él, y ella cerró la puerta del quinto piso. Entonces la mujer cogió el mensaje del gobernador y fue a ver a su tesorero, que lo cogió, lo leyó, lo besó y puso en libertad al amante de aquella mujer. Ésta le contó cuanto había hecho, y él preguntó: "Y ahora, ¿qué vamos a hacer?" "Nos trasladaremos a otra ciudad:

después de lo hecho no debemos permanecer aquí.” Prepararon lo que tenían, lo cargaron sobre camellos y acto seguido partieron para otra ciudad.

» Entretanto, las cinco personas permanecieron tres días en los compartimientos del armario sin comer, y tenían urgente necesidad de orinar, pues no lo hacían desde tres días atrás. Y así, el carpintero orinó sobre la cabeza del sultán, éste sobre la del visir, el visir sobre el gobernador, y el gobernador sobre el cadí. Este último empezó a gritar: “¿Qué es esta porquería? ¿No nos basta la situación en que nos hallamos para que os orinéis encima?” “Dios aumente tu recompensa, cadí”, dijo el gobernador, levantando la voz, y al oírle, el cadí reconoció que era el gobernador. Éste, a su vez, chilló: “¿Qué porquería es ésta?” “Dios aumente tu recompensa, gobernador”, exclamó en voz alta el visir. Y el gobernador, al oírle, reconoció que era el visir. Y éste también preguntó a gritos qué era aquella porquería, a lo cual el rey levantó la voz y dijo: “Dios haga aún mayor la recompensa para ti, visir”.

» Luego, cuando el rey hubo oído las palabras del visir, lo reconoció, calló y no reveló su personalidad. “Dios maldiga a esta mujer por lo que nos ha hecho —exclamó el visir—. Nos ha traído a su casa a todos los grandes dignatarios del Estado excepto al rey.” “Callad —replicó el rey al oírle hablar de este modo—; yo he sido el primero en caer en la red de esta perversa prostituta.” El carpintero, cuando oyó tales palabras, les dijo: “¿Y yo qué culpa tengo? Yo construí para ella este armario por cuatro dinares de oro y vine a cobrar el precio. Ella ha obrado astutamente conmigo y me ha hecho entrar en este compartimiento, y lo ha cerrado a mi espalda”. Y se pusieron a hablar entre sí y consolaron al rey y lograron hacerle olvidar su tristeza.

» Entretanto, los vecinos de la casa acudieron y hallaron la casa vacía. Pero uno de ellos observó, dirigiéndose a otro: “Ayer estaba nuestra vecina, la mujer de fulano; pero ahora no se oye la voz de nadie ni se ve a persona alguna. Derribad estas puertas y ved qué es lo que ocurre en realidad, para que el gobernador o el rey, cuando se enteren de esto, no nos metan en la cárcel y tengamos que arrepentimos de no haberlo hecho antes”. Y, en efecto, los vecinos echaron abajo las puertas, entraron y encontraron el armario de madera en el que había varios hombres que se quejaban de hambre y de sed. “¿Acaso hay genios en esta casa?”, se preguntaron. “Recojamos leña —dijo uno de ellos— y prendámosle fuego.” “No lo hagáis”, les gritó el cadí.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Los vecinos se decían: “Los genios toman forma humana y hablan como los hombres”. Cuando el cadí les oyó hablar así, recitó algunos versículos del noble Corán y les dijo:

“Acercaos al armario en que nos hallamos”. Así lo hicieron y él continuó: “Yo soy fulano, y vosotros sois mengano y zutano. Aquí dentro estamos más de uno”. “¿Quién te trajo aquí? —preguntaron los vecinos—. Dinos cómo fue la cosa.” Entonces les informó del asunto, desde el principio hasta el fin, y los vecinos mandaron venir a un carpintero que abrió el compartimiento del cadí, y lo mismo hizo por el gobernador, el visir, el rey y el carpintero: cada uno llevaba el vestido que le había dado la mujer, y cuando estuvieron fuera se miraron y se rieron unos de otros. A continuación salieron y buscaron a la mujer; pero no vieron ni rastro de ella. Y como se había marchado con todo lo que llevaban encima, cada uno mandó a buscar un vestido a su casa. Los trajeron, se taparon y salieron a presencia de las gentes.

» Ves, pues, mi señor, de qué ardid se valió aquella mujer con aquella gente.

» También me han contado que un hombre deseó ver en vida la “noche del destino”[240]. Una noche dirigió su mirada hacia el cielo y vio los ángeles, las puertas del cielo (que estaban abiertas) y que cada cosa en su sitio se prosternaba. Después de esta visión le dijo a su mujer: “Mujer, Dios me ha mostrado la noche del destino. Me avisaron de que cuando la viera expresara tres deseos y éstos se cumplirían. Por ello te pido tu parecer: ¿qué debo decir?” La mujer respondió: “Di: ‘Dios mío, haz mayor mi miembro’.” Él lo dijo y su miembro se hizo tan grande como una calabaza, hasta el extremo de que el hombre no podía levantarse, por lo cual, cuando quería unirse a su mujer, ésta huía de una parte a otra. “¿Qué voy a hacer? —le dijo el hombre—. Y, sin embargo, es una cosa que tú has querido para satisfacer tu concupiscencia.” “¡Pero yo no quiero que sea tan largo!” El hombre alzó su cabeza hacia el cielo: “¡Dios mío! —exclamó—, ¡sálvame de este asunto y líbrame de él!” Y he aquí que el hombre quedó privado de miembro. Su mujer, al verlo, le apostrofó: “Ya no te necesito, puesto que ya no tienes miembro”. “La causa de todo esto —repuso el hombre— es tu desdichado parecer y tu mala manera de obrar: yo podía expresarle tres deseos a Dios, con los cuales habría conseguido todos los bienes en éste y en el otro mundo. Dos ya han pasado, y sólo me queda uno.” “Invoca a Dios para que vuelvas a ser como antes.” Él imploró a su Señor y volvió a ser como antes.

» Todo esto, ¡oh, rey!, ocurre a causa de la mala manera de obrar de la mujer. Yo te lo he recordado para que puedas darte mejor cuenta de la estulticia y de la estrechez de mente de las mujeres, así como de su perversa manera de obrar. No hagas caso a las palabras de la mujer y no des muerte a tu hijo, sangre de tu corazón, para no destruir después de tu muerte todo recuerdo de ti.» Y así, el rey desistió una vez más de mandar matar a su hijo.

Pero el séptimo día la concubina se presentó ante el rey, gritando. Había mandado encender un gran fuego que luego había llevado a presencia del rey teniendo cogida el asa del brasero. « ¿Por qué haces eso?» , le preguntó el rey.

« Si no me haces justicia en relación con tu hijo, yo me arrojaré a ese fuego. Odio ya tanto la vida, que antes de venir aquí he escrito mi testamento, he hecho mandas con mis bienes y he decidido morir. Luego tú te arrepentirás de mala manera, como se arrepintió el rey por haber castigado a la guardiana del baño.»
« ¿Cómo es eso?» , preguntó el rey. La mujer explicó: « Me he enterado, ¡oh, rey!, de que una mujer piadosa, continente y virtuosa, solía acudir al palacio de un rey, donde se disfrutaba de su bendita influencia y ella era tenida en gran consideración. Un día, según su costumbre, entró en el palacio y se sentó junto a la esposa del rey, la cual le dio un collar que valía mil dinares, diciéndole: "¡Oh, mujer!, toma este collar y guárdalo hasta que salga del baño y te lo pida". El baño estaba en el palacio. La mujer tomó el collar y se sentó en un lugar de las habitaciones de la reina a esperar que ésta entrase en el baño y saliera de él. Luego puso el collar bajo la estera de oración y empezó a rezar. Pero mientras salía y regresaba de satisfacer sus necesidades, llegó un pájaro, tomó el collar y lo colocó en una grieta que había en un rincón del palacio. Cuando la reina salió del baño, pidió el collar a la guardiana, mas ésta no lo halló y por mucho que lo buscó no pudo ni dar con su rastro. "Por Dios, hija mía —decía la mujer—, nadie ha estado junto a mí. Cuando lo cogí lo puse debajo de mi estera de oración. Ahora bien, no sé si algún criado me ha visto hacer esto y aprovechando mi ensimismamiento mientras rezaba, lo ha cogido. Sólo Dios (¡ensalzado sea!) puede saberlo." Cuando el rey oyó esto, mandó a su mujer que hiciera dar tortura a la guardiana por medio de fuego y de fuertes bastonazos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « Pero, a pesar de que la mujer fue torturada de varias maneras, nada confesó ni acusó a nadie. Entonces el rey mandó que la encarcelaran y le pusieran grilletes. Y fue encarcelada. Un día el rey se sentó en el centro de su palacio, que estaba rodeado de agua, y junto a él estaba su mujer. Su mirada se posó en un pájaro que sacaba el collar de una grieta que había en un rincón. Llamó en voz alta a una esclava, que atrapó al pájaro y le arrebató el collar. Y así supo el rey que había castigado injustamente a la guardiana, se arrepintió de lo hecho y mandó que la trajeran a su presencia. Cuando llegó, empezó a besarle la cabeza, a llorar y a pedirle perdón, declarando que estaba arrepentido de lo hecho, y mandó que le dieran dinero en abundancia, pero ella se negó a aceptarlo. Luego le pidió permiso al rey, y se marchó, jurándose que nunca más volvería a entrar en casa de nadie. Y así anduvo errando por los montes y por los valles, adorando a Dios (¡ensalzado sea!) hasta su muerte.

» En cuanto a la malicia de los hombres, también me han contado, ¡oh, rey!,

que dos pichones, uno macho y otro hembra, habían recogido en su nido durante el invierno trigo y cebada. Al llegar el verano los cereales se empequeñecieron y disminuyeron de tamaño. Entonces el macho le dijo a la hembra: "¡Tú te has comido el grano!", y ella le contestó: "No, por Dios, no he comido nada". Pero él no la creyó, la golpeó con las alas y con el pico hasta matarla. Cuando volvieron los fríos, los granos recobraron su tamaño anterior y así el macho supo que había matado injustamente y sin merecerlo a su hembra, y se arrepintió de ello, pero cuando el arrepentimiento de nada podía servirle. Se dejó caer y se puso a emitir lamentos por ella y a llorar de pena. No volvió a acercarse a comida ni a bebida y fue debilitándose continuamente hasta que murió.

» En cuanto a la astucia de los hombres en relación con las mujeres, también me ha sido contada una historia aún más rara que todas éstas.» « Dime lo que sepas» , pidió el rey. « Sabe, ¡oh, rey!, que la hija de un monarca, que no había en su época quien pudiera competir con ella en cuanto a belleza, hermosura, esbeltez de talle, equilibrio de proporciones, elegancia y distinción y en hacer perder la cabeza a los hombres, siempre solía decir: "En mi época no hay quien me iguale". Todos los hijos del rey la pedían por esposa, pero ella no aceptaba a ninguno. Se llamaba Datmá. "No me casaré —decía— sino con quien consiga vencerme en un torneo, a espada y lanza. Si alguien logra vencerme yo me casaré con él de todo corazón; pero si le puedo, me apoderaré de su caballo, de sus armas y de sus vestidos, y escribiré sobre su frente: 'Éste es el liberto de Fulana'." Los hijos de reyes acudían de todas partes, lejanas o próximas, pero ella los vencía y los deshonraba, se apoderaba de sus armas y los marcaba a fuego.

» El hijo de un rey de Persia, llamado Bahram, oyó hablar de ella y desde su lejano país se puso en marcha llevando consigo dinero, caballos, hombres y tesoros reales, y llegó junto a ella. Apenas llegado, envió al padre de la princesa un magnífico regalo y el rey recibió al príncipe con muchos honores. Luego éste envió a decirle, por medio de uno de sus ministros, que quería casarse con su hija; pero el padre le contestó: "Hijo mío, yo no tengo ningún poder sobre mi hija Datmá, ya que ha jurado que sólo se casará con quien pueda vencerla en combate singular". "Yo —dijo el príncipe— salí de mi ciudad sólo para esto." "Mañana —replicó el rey— te encontrarás con ella." Al día siguiente el padre envió un mensajero a su hija y la previno. Cuando ella lo supo se preparó para la lucha, se puso sus arreos de guerra y se dirigió al campo de batalla, mientras el príncipe se acercaba a ella. La gente que se había enterado de la noticia había acudido de todas partes. Datmá, que se había colocado su ceñidor y se había velado el rostro, avanzó. Entonces apareció el príncipe en plena forma, revestido de la más sólida armadura bélica y completamente equipado. Se lanzaron el uno contra el otro, y durante mucho tiempo voltearon, combatiendo y luchando. Datmá, viendo en el joven un valor y una caballerosidad que no había hallado en

otros, tuvo miedo de que la pusiera en evidencia ante los presentes, completamente segura de que acabaría vencida. Por ello, quiso burlarle y valerse de astucia: se descubrió el rostro, que apareció más brillante que la luz de la luna. Al verlo, el hijo del rey quedó perplejo: sus fuerzas le fallaron y su voluntad se paralizó. Ella, entonces, lo desarzonó y lo tuvo entre sus manos cuál gorrión entre las garras del águila, mientras que el príncipe, asombrado ante su aspecto, no sabía lo que hacían de él. Ella se apoderó de su caballo, de sus armas y de sus vestidos, lo marcó a fuego, y lo soltó.

» Una vez repuesto de su asombro, el príncipe estuvo durante unos días sin comer ni beber ni dormir, a causa de la derrota sufrida, mientras el amor por la mujer se había alojado en su corazón. Mandó a un esclavo de su padre con una carta en la que le decía que no podía regresar a su país, pues había de lograr su propósito o morir. Cuando el escrito le llegó al padre, éste se entristeció y quería enviarle ejércitos y soldados; pero sus ministros impidieron que lo hiciera y le indujeron a tener paciencia. Entonces, el hijo del rey se valió de la astucia para lograr su propósito: se disfrazó de viejo decrépito y fue al jardín de la hija del rey, al que ella iba la mayoría de los días. Se acercó al encargado del jardín y le dijo: "Soy un extranjero de lejano país. En mi juventud, y todavía hoy, fui experto en agricultura y en el cultivo de plantas y flores y nadie sabe de ello tanto como yo". El jardinero se alegró mucho al oírlo, le hizo entrar en el jardín, lo presentó a sus subalternos y así quedó empleado para cuidar de los árboles y de los frutos.

» Cierto día, mientras se hallaba en tal situación, los esclavos entraron en el jardín llevando mulos que transportaban alfombras y recipientes. Al preguntar de qué se trataba, le respondieron: "La hija del rey quiere pasear por este jardín". Él se alejó, cogió parte de los vestidos y adornos que había traído de su país, los llevó al jardín, se sentó ante algunas de aquellas cosas preciosas y se puso a temblar como si esto fuera causado por su vejez.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la concubina prosiguió:] « Al cabo de un rato llegaron las doncellas y los criados, entre ellas la hija del rey, hermosa como luna entre las estrellas. Pasearon por el jardín, cogiendo frutos, y vieron a un hombre sentado bajo un árbol: era el hijo del rey. Se dirigieron hacia él y al verlo se dieron cuenta de que era un viejo cuyas manos y pies temblaban y ante el cual había vestidos, cosas preciosas y regalos. Al verle quedaron asombradas ante el estado en que se hallaba y le preguntaron qué hacía con aquellos vestidos y aquellas cosas preciosas. "Con estos vestidos quiero casarme con una de vosotras." Se burlaron en sus barbas y le dijeron: "Si te casaras, ¿qué harías con

ella?" "Le daría un beso, uno sólo, y después me divorciaría." "Te doy por esposa a esta doncella", dijo la hija del rey. Él se dirigió hacia la doncella, apoyado en su bastón, tembloroso y a trompicones, la besó y le dio aquellos vestidos y objetos preciosos. La doncella quedó satisfecha, todas juntas se rieron de él y se marcharon a su casa. Al día siguiente entraron en el jardín, se acercaron al viejo y lo hallaron sentado en el mismo sitio, y ante él había vestidos y objetos preciosos en mayor número que el día anterior. Se sentaron junto a él y le preguntaron: "Viejo, ¿qué haces con estos vestidos?" "Con ellos quiero casarme con una de vosotras, al igual que hice ayer." "Te doy por esposa a esta doncella", le respondió la hija del rey. Él se le acercó, la besó y le dio aquellos objetos preciosos, y ellas se marcharon a su casa.

» Cuando la hija del rey vio las joyas y los objetos preciosos que había dado a sus doncellas, pensó: "Yo los merezco más que ellas. Ningún mal puede venirme de esto". Cuando fue de día, salió sola de su casa bajo la apariencia de una doncella, ocultándose hasta llegar junto al viejo. Y al llegar junto a él, le dijo: "Viejo, yo soy la hija del rey. ¿Quieres casarte conmigo?" "De mil amores." Sacó para ella las joyas y los objetos preciosos de más valor y de mayor precio, se los dio y se levantó para besarla mientras ella estaba tranquila y segura. Mas cuando estuvo junto a ella, la cogió con fuerza, la estiró sobre el suelo y le robó su virginidad. Luego le dijo: "¿No me reconoces?" "¿Quién eres?" "Soy Bahram, el hijo del rey de Persia. He cambiado mi aspecto y me he alejado de mi familia y de mi reino por tu causa." Ella se levantó de debajo de él, silenciosa, sin contestarle y sin decir ni palabra sobre lo que le había ocurrido, pensando: "Si le matara, ¿de qué me serviría haberlo matado?" Reflexionó un poco y se dijo: "Sólo me queda huir con él a su país". Reunió sus riquezas y sus objetos preciosos y mandó avisarle de que también él recogiese lo que poseía. Se pusieron de acuerdo en cuanto a la noche en que partirían. Luego, tras haber montado en sendos corceles, se pusieron en marcha de noche y al surgir el día ya habían atravesado lejanos países. Prosiguieron el viaje hasta llegar a Persia, cerca de la ciudad del padre de él, quien, cuando se enteró de su llegada, fue a recibirlo con soldados y ejércitos, muy contento. Al cabo de unos días envió un magnífico regalo al padre de Datmá y le escribió una carta en la que le informaba de que su hija estaba con él, y solicitaba su ajuar nupcial. Cuando los regalos le llegaron al padre de Datmá, los aceptó, acogió con honor a quienes los habían traído y quedó muy contento. Luego mandó preparar los banquetes, hizo venir al cadí y a los testigos, escribió una carta al hijo del rey, regaló trajes de corte a los mensajeros que habían traído el escrito del rey de Persia y envió a su hija el ajuar. Y así, el hijo del rey de Persia permaneció con ella hasta la muerte.

» Ves, pues, ¡oh, rey!, hasta dónde llega la astucia de los hombres respecto a las mujeres. Yo no renunciaré a mi derecho hasta que muera.» Y, una vez más, el rey mandó que mataran a su hijo. Pero entonces se adelantó el séptimo visir,

besó el suelo ante él y dijo: « ¡Oh, rey!, dame tiempo para que pueda darte este consejo: quien tiene paciencia y obra con cautela ve colmadas sus esperanzas y consigue lo que desea; en cambio, quien se precipita, habrá de arrepentirse. Yo he visto lo que ha urdido esta mujer para inducir al rey a actos imprudentes. Este humilde siervo tuyo, inundado por tu gracia y magnanimidad, quiere aconsejarte. Yo soy, ¡oh, rey!, quien mejor conoce la astucia de las mujeres, yo sé lo que nadie sabe. Y sobre esto me han contado la historia de la vieja y del hijo del mercader.» « ¿Cómo es esa historia, visir?» , preguntó el rey.

« ¡Oh, rey!, me han contado que un mercader rico tenía un hijo al que quería mucho. Un día, el joven le dijo a su padre: "Padre mío, quiero expresarte un deseo y si me lo concedes sentiré gran alegría". "¿Cuál es, hijo mío? Dímelo para que pueda concedértelo, pues aunque se tratase de la luz de mis ojos cumpliría tu deseo." "Quiero que me des algún dinero para que pueda marchar con los mercaderes camino de Bagdad, para verla y contemplar los palacios de los califas, pues los hijos de los mercaderes me han descrito todo eso y ardo en ganas de verlo." "Hijo mío —le respondió el padre—, ¿quién podrá soportar tu ausencia?" "Te he dicho esto —prosiguió el hijo—, y tanto si quieres como si no, lo haré, pues ha nacido en mí un deseo tal que sólo cesará cuando yo haya llegado a Bagdad."»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *quinientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Cuando el padre se dio cuenta de que su hijo estaba decidido a partir, le preparó mercaderías por valor de treinta mil dinares y lo dejó partir con mercaderes de su confianza, a quienes lo confió. Y, tras despedirse de él, regresó a su casa. El muchacho realizó el viaje sin interrupción con sus compañeros, los mercaderes, hasta que llegaron a Bagdad, la Ciudad de la Paz. Una vez allí, el joven fue al mercado a alquilar una casa hermosa y agradable que había despertado su asombro y su admiración. Había en ella pájaros que gorjeaban y salones uno frente a otro; los suelos eran de mármol de colores y los techos estaban recubiertos de lapislázuli. Al preguntar al portero cuánto costaba el alquiler mensual, éste le contestó que diez dinares. "¿Lo dices en serio o te burlas de mí?", preguntó el muchacho. "¡Por Dios! —replicó el portero—. ¡No digo más que la verdad! Y es que todos los que han vivido en esta casa sólo se han quedado una o dos semanas." "¿Por qué?", preguntó entonces el muchacho. "Hijo mío —prosiguió el portero—, cuantos la han habitado han salido de ella o enfermos o muertos. Esta casa ha cobrado esta fama entre la gente y nadie se atreve a vivir en ella. Por esto te he dicho que el alquiler es esa cantidad." Cuando el joven hubo oído todo eso quedó muy asombrado y pensó que indudablemente en

aquella casa había algo que daba lugar a muertes y enfermedades. Tras reflexionar, pidió a Dios ayuda contra Satanás (¡lapidado sea!), apartó de sí aquella preocupación y se quedó a vivir en ella, mientras se dedicaba a la compraventa. Y así pasaron unos días sin que a él, que vivía en aquella casa, le ocurriese nada de cuanto le había dicho el portero.

» Un día, mientras se hallaba sentado junto a la puerta de su casa, pasó una vieja de cabello gris que parecía una serpiente de aspecto repulsivo, la cual, alabando y bendiciendo a Dios, iba apartando las piedras y cualquier obstáculo que pudiera haber en la calle. Vio al joven sentado junto a su puerta, lo miró y manifestó su asombro de que se hallase allí. "Mujer —le preguntó el joven—, ¿me conoces, o ves en mí parecido con otra persona?" Al oír la vieja sus palabras se acercó a él, lo saludó y le preguntó: "¿Cuánto tiempo hace que vives en esta casa?" "Dos meses, madre." "Por eso estoy asombrada. Ni yo, hijo mío, te conozco ni tú me conoces, y tampoco te pareces a nadie: estoy asombrada porque nadie ha vivido en esta casa sin salir de ella muerto o enfermo. Hijo mío, no me cabe duda de que tu juventud está en peligro. ¿No has subido nunca a la azotea del palacio, ni has observado desde el mirador que hay allí?" Y, tras decir esto, la vieja se marchó.

» Cuando la vieja hubo desaparecido, el joven se puso a meditar en sus palabras, diciéndose: "No he subido nunca a la azotea del palacio, ni sé que haya allí mirador alguno". Entró en seguida en la casa, y empezó a dar vueltas hasta que en un rincón, entre los árboles, vio una hermosa puerta cubierta de telarañas, y se dijo: "Tal vez la araña tejió su tela sobre esta puerta porque la muerte está tras ella". Dándose ánimo con el dicho de Dios: "No nos ocurrirá sino lo que Dios ha fijado"[241], abrió aquella puerta y empezó a subir por una hermosa escalera hasta llegar a lo alto: allí vio un mirador. Se sentó un momento para descansar y mirar a su alrededor y distinguió un hermoso lugar, limpio, encima del cual había un asiento que dominaba todo y que se asomaba a Bagdad. En aquel asiento había una mujer hermosa cual hurí, que le robó en seguida todo el corazón y le arrebató el sentido y el espíritu, sumiéndole en las dificultades con que tropezó Job y en la tristeza que había sentido Jacob. Cuando el joven la vio, tras observarla atentamente, pensó: "Quizá se diga que nadie puede vivir en esta casa sin morir o enfermar a causa de esta mujer. ¡Ojalá supiera cómo ingeniármelas para salvarme, puesto que he perdido la cabeza!" Bajó de la azotea del palacio pensando en su caso y se sentó. Pero apenas se había sentado, salió y se quedó a la puerta, perplejo ante lo que le sucedía. Y entonces vio avanzar a la vieja por la calle, mentando a Dios y alabándole. Al vería, el joven se levantó, la saludó y le dijo: "Madre, yo me encontraba bien con buena salud hasta que tú me dijiste que abriera la puerta: he visto el mirador. Lo he abierto y desde su parte superior he mirado y he visto cosas que me han dejado estupefacto. Pero creo que he de dormir y sé que nadie sino tú puede ser mi médico".

» La vieja, al oírlo, se echó a reír y le dijo: “Ningún mal te ocurrirá, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere”. Al oír tales palabras, el joven entró en su casa y salió con cien dinares: “Tómalos, madre, y trátame como el dueño puede tratar a su esclavo; pero hazme llegar pronto a un fin, porque si yo muriese a ti te pedirían cuenta de mi sangre el día del juicio”. “De mil amores —respondió la vieja—; pero quiero que tú, hijo mío, me ayudes con habilidad y así podrás conseguir lo que pretendes.” “¿Qué quieres?” “Quiero que me ayudes yendo al mercado de la seda: pregunta por la tienda de Abu-l-Fath b. Qaydam. Cuando te hayan indicado quién es, siéntate en su tienda, salúdale y dile que te dé el velo femenino bordado de oro que él posee, que es el más hermoso que hay en su tienda. Cómpraselo, hijo mío, a elevado precio y guárdalo hasta mañana en que, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, iré a verte.” Y tras decir eso, la vieja se marchó.

» Aquella noche el joven durmió sobre ascuas. Al llegar el día cogió mil dinares, se dirigió al mercado de la seda, preguntó por la tienda de Abu-l-Fath y uno de los mercaderes se la indicó. Al llegar allí vio pajes, criados y eunucos. Era un hombre de venerable aspecto, rico y, para colmo de bienes, marido de aquella mujer que no tenía igual ni siquiera entre los hijos de rey. Al ver al mercader, el joven lo saludó, y éste le devolvió el saludo y lo invitó a sentarse. Se sentó junto al mercader y dijo: “Mercader, quisiera ver tal velo para examinarlo”. El mercader mandó al esclavo que fuera al fondo de la tienda y trajera el paquete de seda. Cuando lo tuvo ante sí, lo abrió y sacó de él algunos velos: el joven quedó asombrado ante su belleza y vio precisamente aquel velo. Se lo compró al mercader por cincuenta dinares y, contento, se marchó con él a su casa.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió:] « Entonces apareció la vieja. Cuando el joven la vio, se levantó y le entregó el velo. “Tráeme unas ascuas”, pidió la vieja, y cuando el joven se las trajo, ella acercó un extremo del velo al fuego, lo quemó y luego lo dobló como estaba antes. Lo cogió y marchó a casa de Abu-l-Fath. Al llegar allí, llamó a la puerta y la mujer del mercader, al oír su voz, se levantó y abrió, porque la vieja era la comadre de la madre de la joven, y precisamente la conocía por ser amiga de ella. “¿Qué quieres, madre mía? —le preguntó la joven—. Mi madre salió de aquí con dirección a su casa.” “Hija mía —repuso la vieja—, ya sé que tu madre no está aquí, porque yo estaba con ella en su casa; pero he venido a la tuya porque temía que pasase el momento de la oración. Quiero hacer en tu casa las abluciones porque sé que eres persona limpia y que tu casa es pura.” La mujer le permitió entrar en su casa y cuando la vieja estuvo dentro saludó a la dueña y rogó a Dios

por ella. Luego tomó el aguamanil y fue al retrete. Allí hizo las abluciones rituales, rezó y volvió junto a la mujer y le dijo: "Hija mía, creo que en el sitio en que he hecho la oración han andado siervos y supongo que es impuro. Búscame, pues, otro lugar en que pueda rezar, pues creo que mi oración no ha sido válida". La mujer la tomó de la mano y le dijo: "Madre mía, ven a rezar a mi cama, aquella en la que se sienta mi marido". Cuando la vieja estuvo en la cama se puso a rezar y a pronunciar el nombre de Dios, haciendo las genuflexiones rituales; pero, aprovechando la distracción de la joven, puso, sin que la vieran, el velo bajo la almohada. Acabada su plegaria, invocó las bendiciones de Dios sobre la dueña de la casa y se marchó.

» Al final del día el mercader volvió a casa y se sentó en la cama. La mujer le trajo comida, de la que comió lo que necesitaba, se lavó las manos y, al apoyarse en la almohada, vio que bajo ella asomaba un extremo del velo. Lo sacó y, al verlo, lo reconoció y supuso que su mujer había cometido adulterio. La llamó y le preguntó: "¿De dónde has sacado este velo?" Ella le juró de la manera más solemne: "No ha entrado nadie más que tú". El mercader, por miedo al escándalo, calló, diciéndose: "Si empezase a hablar de este tema quedaría deshonrado en Bagdad", pues era contertulio del Califa, y por lo tanto no pudo hacer más que callar, sin decir ni palabra a su mujer.

» La mujer se llamaba Mahziyya. El marido la llamó y le dijo: "Me han dicho que tu madre está en cama y que no está bien del corazón, tanto que todas las mujeres están en su casa y lloran. Te mando que salgas y vayas a su casa". La mujer fue a casa de su madre y al entrar vio que gozaba de salud, pero se sentó un momento. Y entonces vio entrar a los faquines que traían sus cosas desde casa del mercader y que trasladaban todos los enseres que había en casa de la mujer. La madre, al ver eso, preguntó: "¿Qué te ha ocurrido, hija mía?" Ella dijo que nada sabía y la madre se echó a llorar y se entristeció porque su hija se había separado de aquel hombre.

» Al cabo de unos días la vieja fue a ver a la joven mientras ésta se hallaba en casa de su madre, la saludó afectuosamente y le dijo: "Hija mía, querida, ¿qué te ha ocurrido? Tienes el espíritu descompuesto". Luego fue a ver a la madre de la joven y le preguntó: "Hermana, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué le ha ocurrido a la chica con su marido? Me han dicho que la ha repudiado: ¿qué culpa ha cometido para hacer necesario todo eso?" "Quizá —le contestó la madre— por medio de tu *baraca* su marido regrese a ella. Ruega por mi hija, hermana, tú que cumples el ayuno y pasas las noches orando." Al cabo de un tiempo, cuando la madre, la vieja y la joven se hallaban juntas de conversación, la vieja le dijo a la joven: "Hija mía, ¡no estés triste! Dentro de unos días yo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, te reuniré con tu marido". Y, a continuación, se dirigió a casa del joven y le dijo: "Prepáranos un buen banquete, pues te traeré la joven esta noche". El joven mandó traer comidas y bebidas para las dos mujeres y se

dispuso a esperarlas.

» Entretanto, la vieja había ido a casa de la madre de la joven y le había dicho: “Hermana, en mi vecindad se celebra una fiesta nupcial. Deja que tu hija venga conmigo para que se divierta y así acaben sus preocupaciones y cavilaciones. Luego te la devolveré tal como la tomé”. La madre de la joven le mandó que se pusiera sus mejores vestidos, la atavió con sus mejores joyas y trajes de gala, y la joven salió con la vieja mientras la madre las acompañaba hasta la puerta y seguía recomendándole a la vieja: “Cuida de que ninguna criatura de Dios (¡ensalzado sea!) vea a la chica, porque tú bien conoces la posición de su marido junto al Califa. No tardes y regresa con ella a la mayor brevedad posible”. La vieja marchó con la joven, y ambas llegaron a casa del muchacho: la muchacha creía que aquélla era la casa en que se celebraba la boda. Cuando entró en ella y se halló en el salón…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió: « Cuando se halló en el salón] el joven corrió hacia ella, la abrazó y le besó manos y pies. Por su parte, la joven quedó maravillada ante la belleza del muchacho y creyó que aquel lugar y todas las substancias olorosas, así como los alimentos y bebidas que allí había, era un sueño. Cuando la vieja notó el asombro de la joven exclamó: “¡Sea el nombre de Dios sobre ti, hija mía! No temas, yo estoy aquí sentada y no te abandonaré ni un momento: tú haces para él y él hace para ti”. Entonces la joven se sentó, con gran vergüenza, pero el muchacho se puso a juguetear con ella, a hacerla reír y a entretenerla con poesías y relatos, hasta que ella quedó contenta y feliz, comió y bebió. Una vez satisfecha, tomó el laúd y se puso a cantar y se sintió inclinada y enternecida por la belleza del joven, el cual, al ver eso, se embriagó sin vino y perdió la cabeza. La vieja salió, y por la mañana, al regresar junto a ellos, les dio los buenos días y le preguntó a la joven: “¿Cómo has pasado la noche, señora mía?” “Bien, gracias a tu gran habilidad y a tus buenas artes de intermediaria.” “¡Ea!, vayamos junto a tu madre.” Pero cuando el joven oyó las palabras de la vieja, le dio cien dinares y le dijo: “Déjala en mi casa esta noche”.

» La vieja se marchó, fue a ver a la madre de la joven y le dijo: “Tu hija te saluda. La madre de la esposa la ha invitado a pasar esta noche con día”. “Hermana mía —le contestó la madre—, salúdalas de mi parte. Si la muchacha está contenta con eso, no hay ningún mal en que pase la noche ahí hasta que esté satisfecha. Vuelva, pues, cuando quiera. Yo sólo temo por los disgustos que le puede ocasionar su marido.” Y así, la vieja siguió valiéndose de un ardid tras otro con la madre, y la joven permaneció en aquella situación durante siete días, en

cada uno de los cuales la vieja recibió cien dinares del joven. Pasados esos días, la madre de la joven le dijo a la vieja: "Tráeme en seguida a mi hija, pues mi corazón está preocupado por ella. La duración de su ausencia se ha prolongado y yo empiezo a estar intranquila". La vieja salió indignada por sus palabras y fue a ver a la joven. La tomó de la mano y las dos mujeres se alejaron del joven mientras éste quedaba dormido en su lecho por la embriaguez del vino, y así llegaron junto a la madre de la joven. Aquélla se acercó, feliz y contenta, a su hija y tuvo gran satisfacción al verla: "Hija mía —le dijo—, mi corazón estaba preocupado por ti y dije a mi hermana, la vieja, palabras que la molestaron". "Ve a besarle las manos y los pies —le sugirió la joven—, pues ella ha satisfecho todos mis deseos como un servidor. Si no haces lo que te mando, ya no seré tu hija ni tú serás mi madre." Por ello, la madre se reconcilió inmediatamente con la vieja.

» Entretanto, el joven, al volver de su embriaguez, no vio a la joven, y sin embargo estaba contento por lo que había conseguido, pues había alcanzado su propósito. La vieja fue a ver al joven, lo saludó y le preguntó: "¿Qué opinas de lo que he hecho?" "¡Qué bien has pensado, qué bien has actuado!", exclamó él. "Ahora, ven, arreglemos lo que hemos arruinado y devolvamos a esta joven a su marido, pues hemos sido nosotros la causa de su separación." "¿Qué hacer?" "Debes ir a la tienda del mercader, saludarle y sentarte ahí. Yo pasaré por delante de la tienda y tú, cuando me veas, te levantarás en seguida y te acercarás a mí. Me cogerás, me tirarás del vestido, me insultarás, me asustarás, me pedirás el velo y le dirás al mercader: 'Tú, mi señor, ¿recuerdas el velo que te compré por cincuenta dinares? Ha ocurrido, señor, que mi mujer se lo puso; mas por haberse quemado una de las puntas, se lo entregó a esa vieja para que se lo llevara a zurcir. Pero la vieja lo cogió y se marchó sin que la haya visto desde entonces'." "De mil amores", contestó el joven.

» Se dirigió inmediatamente a la tienda del mercader y cuando llevaba un rato sentado allí vio pasar por delante de la tienda a la vieja, que llevaba entre las manos un rosario[242] mediante el cual elevaba alabanzas a Dios. Cuando la vio, se puso en pie, la arrastró por el vestido y empezó a insultarla e injuriarla, mientras ella hablaba amablemente y le decía: "Hijo mío, tienes disculpa". La gente del mercado se arremolinó alrededor de ellos, preguntando por lo ocurrido. "Señores —explicó el joven—, yo le compré a este mercader por cincuenta dinares un velo que mi mujer sólo llevó puesto durante una hora y se puso a incensarlo: saltó una chispa y quemó uno de sus extremos. Por ello, se lo entregamos a esta vieja para que lo llevase a arreglar y luego nos lo devolviese; pero desde aquel día no la volvimos a ver." "¡Este joven ha dicho la verdad! —observó la vieja—. Sí, yo recogí el velo y entré en una de las casas en que suelo entrar y lo olvidé en cierto lugar, pero no sé en cuál. Yo soy una pobre mujer y tuve miedo del dueño del velo, por lo cual no quise volver a presentarme ante él."

Mientras ocurría todo eso, el mercader, marido de la mujer, escuchaba las palabras de ambos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir prosiguió: « … El mercader escuchaba las palabras] desde la primera a la última. Cuando el mercader se enteró del asunto que aquella vieja astuta había montado con el joven, se levantó y exclamó: "¡Dios es grande! Pido perdón a Dios excelso por mis pecados y por mis suposiciones". Y, tras alabar a Dios que le había permitido descubrir la verdad, se adelantó y le dijo a la vieja: "¿Tú sueles venir a nuestra casa?" "Hijo mío, yo suelo ir a tu casa y a otras casas para pedir limosna; pero desde aquel día nadie me ha dado razón del velo." "¿Le has pedido el velo a alguien de nuestra casa?", preguntó entonces el mercader. "Mi señor, he ido a la casa y he preguntado, pero sus ocupantes me dijeron que el mercader había repudiado a su mujer. Por ello, me marché y, después de eso, no he vuelto a preguntar nada a nadie hasta hoy." "Deja a esa vieja que siga su camino —concluyó el mercader dirigiéndose al joven— puesto que el velo lo tengo yo." Lo sacó y lo entregó al zurcidor ante los presentes. Luego fue a ver a su esposa, le dio dinero y se la trajo consigo después de haberle dado un montón de excusas, además de haber pedido perdón a Dios, sin saber lo que había hecho la vieja.

» Esto, ¡oh, rey! —prosiguió el visir—, forma parte de la astucia de las mujeres.» Luego continuó: « ¡Oh, rey!, también me he enterado de que un hijo de un rey salió solo a pasear y pasó junto a un jardín floreciente, lleno de árboles, fruta, pájaros y arroyuelos, que corrían a través de aquel jardín. Al muchacho le gustó el lugar, se sentó, sacó del bolsillo frutas secas que traía y se puso a comer. Mientras lo hacía, vio que de aquel lugar se levantaba hacia el cielo una gran columna de humo. El hijo del rey tuvo miedo y se subió a un árbol, en el que se escondió. Una vez en la copa, vio salir del arroyo un *efrit* que llevaba sobre su cabeza una caja de mármol cerrada con un candado. Depositó la caja en aquel jardín, la abrió y de ella salió una mujer hermosa como el sol cuando surge en el cielo por la mañana. El *efrit* la hizo sentarse ante sí para mirarla, luego apoyó la cabeza en su pecho y se durmió; pero ella le tomó la cabeza, la apoyó sobre la caja y se puso a pasear. Su mirada se posó en aquel árbol y en él vio al hijo del rey y le hizo señas de que bajara; pero él no quería, y entonces ella le conjuró diciendo: "Si no bajas y haces conmigo lo que yo te diga, despertaré al *efrit* de su sueño y le diré que estás ahí y te matará en seguida". El muchacho tuvo miedo y bajó, y entonces ella le besó manos y pies y le invitó a que la satisficiera. Él accedió, y cuando hubo acabado la mujer le dijo: "Dame ese anillo que llevas en la mano". Él le entregó el anillo, que la

mujer ató en un pañuelo de seda que llevaba y en el que ya había cierto número de anillos, más de ochenta, y puso el anillo junto con los demás. "¿Qué haces con esos anillos?", le preguntó el hijo del rey. "Este *efrit* —le contestó la mujer— me raptó del palacio de mi padre y me puso en esa caja, y luego la cerró con un candado. Dondequiera que va, me lleva sobre la cabeza y es tan celoso que no puede estar sin mí ni siquiera un instante y me impide hacer lo que yo quiero. Por ello, juré que no impediría a nadie que se uniera conmigo. Estos anillos son tantos como los hombres que se han unido a mí, pues a cada uno de ellos le pedí el anillo y lo puse en este pañuelo. Sigue tu camino —prosiguió la mujer— y así yo podré esperar a otra persona, pues él no se levantará por ahora". El muchacho no se atrevía a creerlo, pero se marchó y llegó a casa de su padre.

» El rey ignoraba el ardid de que se había valido aquella mujer con su hijo, sin temer ni calcular las consecuencias. Por ello, cuando se enteró de que había perdido el anillo, dio orden de que mataran al muchacho; se levantó de donde estaba sentado y entró en su palacio. Pero los ministros le hicieron desistir del propósito de matar a su hijo, y una noche el rey los mandó llamar y cuando todos estuvieron presentes, se levantó a recibirlos y les dio las gracias por haberle hecho desistir de su propósito. También el muchacho les dio las gracias exclamando: "¡Qué bien habéis actuado con mi padre para que yo no perdiera la vida! Yo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, os recompensaré con bien". Acto seguido, el muchacho les explicó la causa de haber perdido el anillo y ellos, después de haber rogado a Dios que le diese larga vida y mucho poder, salieron de la sesión.

» Ves, pues, ¡oh, rey! —concluyó el visir—, cuánta es la astucia de las mujeres y lo que ellas hacen de los hombres.» Y así el rey renunció a dar muerte a su hijo.

Al octavo día, una vez amanecido, después de que el padre tomó asiento en la sala de audiencias, entró su hijo llevado de la mano por su preceptor Sindibad. Besó el suelo ante él y se puso a hablar con gran elocuencia. Dirigió alabanzas a su padre, a los visires, a los notables del Estado, y les dio las gracias, tras trazar su panegírico. Estaban presentes en la sesión los sabios, los príncipes, los militares y los nobles, y todos quedaron maravillados de la elocuencia y facilidad de palabra del hijo del rey, así como de la belleza de su elocución. Su padre, al oír todo eso, se sintió muy contento de él, lo llamó y lo besó en la frente. Luego llamó también a su preceptor Sindibad y preguntó cuál había sido la causa de que su hijo callara durante siete días. « Mi señor, era mejor que no hablase —contestó el preceptor —, pues yo tenía miedo de que muriese durante este período. Yo, mi señor, sabía eso desde el día de su nacimiento, pues cuando examiné su ascendente, me lo indicó. Pero, para felicidad del rey, ahora el mal está ya lejos del muchacho.» El rey quedó satisfecho y preguntó a sus visires: « Si yo hubiese matado a mi hijo, ¿de quién habría sido la culpa: mía, de la mujer o de Sindibad, el

preceptor?» Los presentes callaron, sin dar respuesta. Y Sindibad, el preceptor del muchacho, le dijo al hijo del rey: « Responde tú, hijo mío» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el hijo del rey empezó: « Me he enterado de que a un mercader se le presentaron invitados en su casa. Mandó a su esclava con una jarra a que fuera al mercado a comprar leche. Ella recogió la leche y se dispuso a regresar a casa de su dueño; pero mientras iba por la calle pasó por encima de ella, volando, un buitre que llevaba una serpiente entre sus garras, con las que la atenazaba: una gota del veneno de la serpiente cayó en la jarra sin que la mujer se diese cuenta. Al llegar a casa, su dueño tomó la leche y la bebió, él y sus invitados; pero apenas habían ingerido, cayeron muertos todos. Mira, ¡oh, rey!, ¿de quién era la culpa en este caso?» Uno de los presentes consideró que la culpa era de los hombres que habían bebido la leche, mientras que para otro la culpa era de la mujer por haber dejado destapada la jarra, sin tapadera, y entonces Sindibad, el preceptor del muchacho, le preguntó: « ¿Tú qué dices, hijo mío?» « Digo que la gente se equivoca. La culpa no es ni de la mujer ni de los hombres. Lo que ocurre es que había llegado el último fin de aquellas personas y de su vida, y el que murieran de aquella manera había sido decretado por el destino.» Cuando los presentes lo oyeron, quedaron asombrados y alzaron voces de plegaria por el hijo del rey, diciéndole: « Señor, tú nos has dado una respuesta que no tiene igual: eres el hombre más sabio de tu época» . « Yo no soy sabio —dijo el hijo del rey después de haberlos escuchado—. El jeque ciego, el niño de tres años y el de cinco son más sabios que yo.» « Muchacho, cuéntanos la historia de esos tres que son más sabios que tú» , pidieron las personas presentes.

« Me he enterado —relató el hijo del rey— que érase un mercader, muy rico, que viajaba mucho por todos los países, el cual, queriendo ir a determinada ciudad, preguntó a uno que había regresado de allí: “¿Qué mercancía es más apreciada allá?” “La madera de sándalo —le contestaron— se vende muy cara.” Entonces el mercader invirtió todo su dinero en comprar madera de sándalo y partió para aquella ciudad. Cuando llegó, el día estaba a punto de acabar y una vieja, que conducía su rebaño, le dijo al mercader: “¿Quién eres, hombre?” “Soy un mercader extranjero”, fue la respuesta. “¡Ten cuidado con los habitantes de este lugar! —prosiguió la vieja—. Son gente astuta y ladrona: engañan al extranjero para aprovecharse de él y despojarle de lo que posee. Ya estás advertido.” Y, tras decir esto, se marchó. Al llegar el día uno de los moradores de la ciudad lo encontró, lo saludó y le preguntó: “Señor, ¿de dónde vienes?” “De tal país.” “¿Qué mercancía traes contigo?” “Madera de sándalo, pues me he

enterado de que tiene gran valor entre vosotros.” “¿Quién te dio esta errónea información? Nosotros encendemos el fuego bajo la olla con esa madera, y por eso vale entre nosotros lo mismo que la leña corriente.” Cuando el mercader oyó las palabras de aquel hombre se entristeció y se arrepintió, pero no sabía si creerle o no. A continuación, el mercader se paró en una posada de la ciudad y se dispuso a encender el fuego con sándalo y aquel hombre al verlo le dijo: “¿Quieres vender este sándalo? Por cada medida podrás obtener una llena de lo que quieras”. “Te lo vendo”, repuso el mercader, y el hombre transportó a su casa todo el sándalo que tenía aquél mientras que el vendedor pensaba exigir oro por la cantidad de leña que el comprador había retirado.

» Al día siguiente, mientras el mercader paseaba por la ciudad, un habitante, tuerto y de ojos azules, se tropezó con él. Miró al mercader y exclamó: “¡Tú eres quien me estropeó el ojo! ¡No he de dejarte libre jamás!” El mercader negó, alegando que ello no era posible; se reunió gente alrededor de ellos y le dijeron al tuerto que esperara hasta el día siguiente en que el mercader le pagaría el precio del ojo. El mercader buscó quien le garantizara y así le dejaron ir, y él se marchó. Ahora bien, durante la lucha que había sostenido con el ciego su sandalia se rompió, se vio obligado a pararse en la tienda de un zapatero, al que le entregó la sandalia diciéndole: “Arréglamela y con lo que te pagaré quedarás satisfecho”.

» Se marchó y se encontró con algunas personas que estaban sentadas jugando, y él estaba tan preocupado y afligido que se sentó junto a ellas. Le pidieron que jugase, y él se puso a jugar con ellas. Le ganaron, y le dejaron escoger entre dos cosas: o beberse el mar o ceder todo su dinero. “Dadme tiempo hasta mañana”, les pidió el mercader, y se marchó preocupado por lo que había hecho, sin saber qué sería de él. Pensativo, preocupado y afligido se sentó en cierto lugar y vio pasar a la vieja, la cual, volviendo el rostro hacia él, le preguntó: “¿Los habitantes de este lugar han podido contigo? Veo que estás preocupado por lo que te ha ocurrido”. Entonces él le contó de cabo a rabo todo lo que le había acaecido. “¿Quién montó el truco del sándalo? Entre nosotros el sándalo vale diez dinares por *ratl*. Pero yo te aconsejaré y espero que te sirva de salvación. Ve a tal puerta. Allí se sienta un viejo ciego que es un sabio, conoce todas las cosas y tiene mucha experiencia, tanto que la gente le pregunta lo que quiere y él les indica la solución acertada, pues es experto en astucias, magia y engaños, y es un pícaro. Por la noche todos los malhechores se reúnen en su casa. Ve, pues, a su casa, y ocúltate a los ojos de tus contrincantes, de manera que puedas oír sus palabras pero ellos no te puedan ver. Dado que él les pone al corriente de la parte vencedora y de la vencida, quizá puedas oírle algún argumento que te libre de tus contrincantes.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe prosiguió:] « El mercader dejó a la vieja, se dirigió al lugar que ella le había indicado, se escondió allí y miró al viejo, que se sentó cerca de él. Al cabo de un rato vinieron los hombres que recibían consejos de él, y cuando estuvieron ante el viejo, lo saludaron, se saludaron entre sí y se sentaron alrededor de él. Al mirarlos, el mercader se dio cuenta de que entre los recién llegados figuraban sus cuatro contrincantes. El viejo les dio comida de la que comieron, y luego cada uno se fue adelantando y contando lo que había ocurrido durante el día. Y así se adelantó el hombre de la madera de sándalo e informó al viejo de lo que le había ocurrido durante el día y cómo había comprado sándalo a un hombre sin pagar, pues la venta se había concertado a cambio de una medida llena de lo que el vendedor quisiera. "Tu contrincante te engañó", observó el viejo. "¿Cómo puede haberme engañado?" "Si él te dijese: 'Tomaré a cambio una medida llena de oro o de plata', ¿se la darías?" "Claro que se la daría, y aún saldría yo ganando." "Y si te dijese: 'Tomaré una medida llena de pulgas, mitad machos y mitad hembras', ¿qué harías?" Y así aquél se enteró de que podían pescarle. Luego se adelantó el tuerto: "Viejo, hoy he visto a un extranjero de ojos azules. He discutido con él, lo he agarrado y le he dicho: 'Tú me estropeaste el ojo', y no lo he soltado hasta que un grupo me garantizó que volvería y me daría satisfacción por mi ojo". "Si quisiera vencerte, te vencería", observó el viejo. "¿Cómo podría vencerme?" "Si te dijese: 'Sácate el ojo, yo me sacaré el mío y los pesaremos; si el peso de mi ojo es igual que el del tuyo, tú habrás dicho la verdad'. Luego te pagaría el precio del ojo y mientras tú quedarías ciego él podría seguir viendo con su segundo ojo." Y así se enteró de que el mercader le podría vencer con tal argumento.

» Luego se adelantó el zapatero y le dijo al jeque: "Viejo, hoy he visto a un hombre que me ha entregado su sandalia para que se la arreglase. '¿No me pagas?' le pregunté. 'Arréglala —me contestó— y obtendrás de mí lo que te satisfaga'. Ahora bien, a mí sólo me satisfarán todos sus bienes". "Si él quisiera recoger su sandalia sin darte nada, podría recogerla", observó el viejo. "¿Cómo?" "Te diría: los enemigos del sultán han sido derrotados, sus adversarios son débiles y ha aumentado el número de sus hijos y auxiliares: ¿estás satisfecho o no?' Si tú le contestaras: 'Estoy satisfecho', recogería su sandalia y se marcharía, y si le dijeses que no, la cogería y con ella te golpearía en la cara y en la nuca." Y así el zapatero se enteró de que había sido engañado. Luego se adelantó el hombre que había jugado juego de azar con él, y le dijo al jeque: "Viejo, me encontré con un hombre, jugamos, le gané y le dije: 'Si te bebes el mar, te daré todo mi haber; pero si no lo bebes, habrás de darme tus bienes'". "Si él quisiera vencerte —le respondió el viejo—, podría hacerlo." "¿Cómo?" "Te diría: 'Sostenme la desembocadura del mar con la mano y ofrécemela, y yo lo beberé'. Tú no

podrás hacerlo, y de esta manera él te habrá ganado.” » Cuando el mercader hubo oído todo eso supo de qué argumentos podría valerse contra sus contrincantes. Después, todos se alejaron del viejo y también el mercader se fue. Al día siguiente vino a verle el que había jugado con él para que se bebiese el mar. “Sostenme la desembocadura del mar —le dijo el mercader— y me lo beberé.” Y al no poder hacerlo, el mercader lo venció y el jugador de ventaja se rescató por cincuenta dinares y se fue. Vino luego el zapatero, y al pedirle que le satisficiese, el mercader le dijo: “El sultán ha vencido a sus enemigos, ha destruido a sus adversarios y ha tenido numerosa descendencia: ¿estás satisfecho o no?” “Sí, lo estoy.” Y así pudo recoger su sandalia sin compensación, y el otro se marchó. A continuación se presentó el tuerto y le pidió el precio de su ojo. “Quítate el ojo y yo me quitaré el mío —le dijo el mercader— y los pesaremos. Si pesan lo mismo, tú has dicho verdad y podrás recoger el precio de tu ojo.” “Dame tiempo”, le respondió el tuerto; pero luego hizo las paces con el mercader por cien dinares y se marchó. Vino entonces el que le había comprado el sándalo. “¿Qué me das?” “Acordamos que por cada medida de sándalo yo te daría una medida de otra cosa. Si quieres, tómate la medida de oro y plata.” “Sólo la aceptaré llena de pulgas —repuso el mercader—, mitad machos y mitad hembras.” “¡Yo no puedo hacer cosas de este tipo!”, prorrumpió el hombre. Y así el mercader lo venció, y el comprador se rescató por cien dinares después de haberle devuelto el sándalo. El mercader vendió el sándalo como quiso, embolsó el dinero y salió de aquella ciudad en dirección a su tierra.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe prosiguió:] « En cuanto al niño de tres años —dijo el hijo del rey—, érase una vez un libertino a quien le gustaban las mujeres y que había oído hablar de una mujer hermosa y atractiva que vivía en una ciudad distinta de la suya. Partió, pues, en dirección a la ciudad en que ella moraba, se llevó consigo un regalo y le escribió un mensaje en el que le describía los grandes sufrimientos de amor y de afecto por ella y cómo el amor le había obligado a abandonar su ciudad para dirigirse a la de ella. Ésta le permitió que fuera a su casa y cuando él llegó y entró, ella se levantó, lo recibió con honor y respeto, le besó las roanos y lo agasajó magníficamente con comidas y bebidas. Ahora bien, ella tenía un niño de tres años al que dejó abandonado para dedicarse a guisar los manjares. “Anda, vámonos a la cama”, le dijo el hombre. “Mi hijo nos está mirando”, contestó ella. “Es un niño pequeño —añadió el hombre—, que ni entiende ni sabe hablar.” “Si tú supieras cuánto sabe, no hablarías de ese modo.” Cuando el niño comprendió que el arroz estaba ya cocido, se echó a llorar a lágrima viva. “¿Por qué lloras, hijo mío?”, le

preguntó la madre. “Sírveme arroz y ponme también manteca.” La mujer se lo sirvió, le puso también manteca y el niño comió. Luego se echó de nuevo a llorar. “¿Por qué lloras, hijo mío?”, le preguntó la madre. “Madre —respondió el niño —, échame también azúcar.” “¡Tú no eres sino un niño maldito!”, exclamó entonces el hombre, enfurecido contra él. “¡Por Dios! —le dijo el niño—, tú eres el único maldito, pues te has tomado esta molestia y has abandonado tu ciudad en busca de adulterio. En cuanto a mí, mi llanto estaba causado por una cosa que tenía en el ojo y que he expulsado con mis lágrimas, y después de eso he comido arroz, manteca y azúcar, y estoy satisfecho. Por tanto, ¿quién de nosotros es el maldito?” El hombre se avergonzó ante las palabras de aquel niño pequeño: el sermón le hizo efecto y se arrepintió en seguida, no le hizo nada a la mujer, y regresó a su ciudad arrepentido hasta la muerte.

» En cuanto al niño de cinco años —siguió contando el hijo del rey—, me he enterado, ¡oh, rey!, de que cuatro mercaderes formaron sociedad por mil dinares, y después de haberíos reunido los metieron en una sola bolsa con la cual partieron para comprar mercancías. Por el camino vieron un hermoso jardín y entraron en él, dejando la bolsa a la guardiana de aquel jardín. Entraron, estuvieron paseando, comieron y bebieron, y se distrajeron. “Yo tengo perfume —dijo uno de ellos—, venid, lavémonos la cabeza con esta agua corriente y perfumémonos.” “Necesitamos un peine”, observó otro. “Pidámoslo a la guardiana —añadió un tercero—. Quizá tenga un peine.” Uno de ellos fue a ver a la guardiana y le dijo: “Dame la bolsa”. “No —repuso la guardiana—, si no venís todos juntos o si tus compañeros no me dan orden de que te la dé.” Sus compañeros estaban en un lugar en el que la guardiana podía verlos y oír sus palabras; por eso, el hombre les dijo a sus compañeros: “No quiere darme nada”. “¡Dáselo!”, le dijeron ellos. Y ella, tras oír sus palabras, le dio la bolsa, que el hombre tomó y salió huyendo.

» Cuando ellos vieron que tardaba, fueron a ver a la guardiana y le dijeron: “¿Por qué no quieres darle el peine?” “Él sólo me ha pedido la bolsa y yo se la he dado con vuestro permiso. Luego ha salido de aquí, siguiendo su camino.” Al oír las palabras de la guardiana se abofetearon el rostro, la agarraron y le dijeron: “Nosotros sólo te hemos dado permiso para que le dieras un peine”. Entonces cogieron a la mujer y la llevaron a presencia del cadí. Cuando estuvieron ante él le contaron su historia, y el cadí obligó a la guardiana a que indemnizara la pérdida de la bolsa, y para esa indemnización hubo de obligar a algunos de sus acreedores. La guardiana salió atónita…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe prosiguió: « La

guardiana salió atónita] sin saber dónde iba. Un niño de cinco años se tropezó con ella, y al verla tan perpleja le dijo: "¿Qué te ocurre, madre?" Pero ella no le contestó, desdeñándole por su corta edad. El niño repitió la pregunta una, dos y tres veces, hasta que ella le contó: "Unas personas entraron en el jardín y me dejaron una bolsa que contenía mil dinares bajo condición de que no la entregaría a ninguno de ellos sino en presencia de todos. Entraron en el jardín, a pasear y solazarse, y luego uno de ellos salió y me dijo: 'Dame la bolsa'. Yo le contesté: 'Cuando vengan tus compañeros'. 'Tengo permiso de ellos', añadió. Pero yo no quise entregarle la bolsa. Entonces él se volvió hacia sus compañeros y les gritó: 'No quiere darme nada', y ellos me ordenaron: '¡Dáselo!' Ellos estaban cerca de mí, y así yo le di la bolsa, que él recogió, y se marchó. Al ver que tardaba, sus amigos se acercaron a mí y me preguntaron: '¿Por qué no le das el peine?' '¡No me ha hablado de peine; sólo se ha referido a la bolsa!', exclamé, y entonces me cogieron y me llevaron ante el cadí, el cual me fuerza a devolver la bolsa". "Dame un dirhem —le dijo entonces el niño—; con él podré comprarme golosinas, y te diré algo con que podrás salvarte." La guardiana le dio un dirhem al tiempo que le decía: "¿Qué has de decirme?" "Vuelve al cadí —le aconsejó el niño— y dile que entre tú y ellos se había convenido que tú no darías la bolsa sino en presencia de los cuatro." La guardiana regresó a presencia del cadí y le contó lo que le había sugerido el niño. "¿Era verdaderamente esto lo convenido entre vosotros y ella?", les preguntó el cadí a los mercaderes. "Sí", contestaron. "Entonces, traedme a vuestro compañero —sentenció el cadí— y tendréis la bolsa." Y así la guardiana salió indemne sin que le ocurriera ningún perjuicio, y se marchó a sus asuntos» .

Después de que el rey, los visires y todos los que asistían a aquella sesión hubieron oído las palabras del príncipe, todos le dijeron al rey: « Señor nuestro, el rey, este hijo tuyo es la persona más elocuente de su época» . Y todos alzaron plegarias a Dios por el muchacho, y el rey abrazó a su hijo contra su pecho, lo besó entre los ojos y le preguntó lo que le había ocurrido con la mujer. El hijo del rey juró en nombre de Dios grande y de su noble profeta que había sido ella la que le había tentado. El rey le creyó y añadió: « Te doy carta blanca acerca de la mujer; si quieres, manda matarla, o haz lo que quieras» . « Expúlsala de la ciudad» , le dijo el muchacho a su padre.

Y así el hijo del rey vivió con su padre en la más cómoda y feliz de las vidas hasta que llegó a ellos el destructor de las dulzuras y el separador de los amigos.

Y éste es el final de lo que nos ha llegado acerca de la historia del rey, de su hijo, de La concubina y de los siete visires.

HISTORIA DE CHAWDAR, HIJO DEL MERCADER UMAR, Y DE SUS DOS HERMANOS

TAMBIÉN me he enterado de que un mercader llamado Umar tenía tres hijos: uno se llamaba Sálim, el más pequeño Chawdar y el mediano Salim. Los había criado hasta que fueron hombres, pero amaba a Chawdar más que a sus dos hermanos. Cuando fue manifiesto que el padre amaba más a Chawdar, los otros dos hijos sintieron celos y odio contra él. El padre comprendió que odiaban a su hermano y, como tenía ya muchos años, temió que, cuando muriese, Chawdar tuviera dificultades con ellos. Por eso, mandó venir a algunos de sus parientes, así como a partidores de herencia reconocidos por el cadí, y cierto número de hombres de ciencia, y les dijo: « Traed mis riquezas y mis telas» . Cuando se las trajeron, prosiguió: « Hombres, dividid estos bienes y estas telas en cuatro partes, según la *xara*» , y cuando las hubieron repartido, a cada hijo le dio una parte y él se quedó con otra; pensó: « Éstos son mis bienes que he repartido entre ellos. Ahora ellos no han de recibir nada más de mí, ni ninguno ha de recibir nada de los demás. Así que si muero no surgirán discusiones entre mis hijos, pues he repartido mi herencia en vida. El dinero que me he reservado será para mi mujer, la madre de estos hijos, para que así ella pueda vivir» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después de poco tiempo murió el padre; pero ninguno estuvo contento con lo que había hecho Umar. Es más, los dos hermanos mayores le pidieron a Chawdar que su parte fuera aumentada y le dijeron: « Tú tienes el dinero de nuestro padre» . Chawdar y sus hermanos se citaron ante los jueces, donde se presentaron los musulmanes que habían asistido a la partición y que depusieron diciendo lo que sabían, pero el juez declaró un no ha lugar para todos, y así Chawdar perdió parte de su haber y también sus hermanos salieron perdiendo en el pleito. Durante algún tiempo los dos dejaron en paz a Chawdar; pero luego volvieron a proceder con astucia contra él, se citaron de nuevo ante los jueces y los tres perdieron dinero por pagarles. Y así siguieron yendo de un juez a otro, perdiendo dinero los tres, hasta que hubieron consumido todo su haber y los tres quedaron pobres. Luego los dos hermanos de Chawdar se dirigieron a su madre, se burlaron de ella, se apoderaron de su fortuna, la golpearon y la expulsaron de la casa. Ella se dirigió a su hijo Chawdar y le dijo: « Tus hermanos han hecho conmigo tal y tal cosa, y se han apoderado de mi dinero» , e invocó sobre ellos las maldiciones de Dios. « Madre —le dijo Chawdar—, no los maldigas, pues Dios los castigará por lo que han hecho. Pero, madre, yo soy pobre y también mis hermanos son pobres, pues los pleitos traen consigo pérdida de dinero. Muchas veces he tenido pleitos con ellos ante los

jueces y no nos ha servido de nada; al contrario, hemos perdido todo lo que nos había dejado nuestro padre y la gente nos ha deshonrado con sus deposiciones. ¿Debo yo ahora pleitear por ti contra ellos y citarlos ante los jueces? Esto es algo que no se hará. Pero tú quédate en mi casa, y el mendrugo que yo como te lo dejaré. Y ruega a Dios por mí: Dios me dará de comer a mí y a ti, y déjales que Dios les dé el castigo por lo que han hecho y consuélate con el dicho:

Si un ignorante te oprime, déjale y espera el momento para vengarte del opresor.
Evita la injusticia perjudicial, pues si un monte oprimiese a otro, el opresor sería aniquilado.»

Y se puso a tranquilizar a su madre, hasta que ella quedó satisfecha y se quedó en su casa. Él se procuró una red y se dedicó a ir al mar, a los estanques y a todos los lugares en que había agua. Cada día iba a un lugar distinto. Un día sacaba diez, otro veinte, otro treinta monedas que gastaba para su madre, y comía y bebía bien. En cambio, sus hermanos no se dedicaban a ningún oficio ni a la compraventa, y así se vieron sumidos en la desgracia y la ruina. Gastaron todo lo que le habían arrebatado a su madre y se convirtieron en míseros mendigos, carentes de todo y pelados: se presentaban ante su madre y se humillaban mucho ante ella, quejándose de hambre. El corazón de la madre es compasivo: ella les daba pan enmohecido, y si había quedado algún alimento les decía: « Comed de prisa y marchaos antes de que vuelva vuestro hermano, porque se disgustaría al veros aquí y su corazón se endurecería conmigo, y así haríais que me avergonzara ante él» . Y, por eso, ellos comían de prisa y se marchaban. Cierto día se presentaron ante su madre y ella les puso delante comida y pan para que comiesen; mas he aquí que entró su hermano Chawdar. La madre quedó avergonzada y se asustó, temiendo que se enojase con ella, e inclinó la cabeza hasta el suelo de vergüenza ante su hijo; pero éste les sonrió a la cara y les dijo: « ¡Bien venidos seáis, hermanos míos! Éste es un día bendito. ¿Qué ha ocurrido para que vengáis a visitarme hoy?» Y al decir eso los abrazó, fue amable con ellos y continuó: « Ya sabía yo que no me dejaríais intranquilo por vuestra ausencia, que vendríais a mí y que no dejaríais pasar mucho tiempo sin vernos a mí y a vuestra madre» . « ¡Por Dios! —contestaron—. Nosotros, hermano, teníamos muchísimas ganas de verte; sólo nos retenía la vergüenza por todo lo ocurrido entre nosotros. Pero ahora nos hemos arrepentido; aquello era sin duda obra del diablo (¡Dios, ensalzado sea, le maldiga!). No podemos tener salud y bendición sino junto a ti y a nuestra madre.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la madre exclamó: «Hijo mío, ¡Dios blanquee tu cara y aumente tu prosperidad! Eres muy generoso». «Bien venidos —repitió Chawdar—, quedaos conmigo, pues Dios es generoso y yo gozo de mucha prosperidad.» Hizo las paces con ellos, y los dos pasaron la noche en su casa y cenaron con él. Al día siguiente, después de haberse desayunado, Chawdar cargó con la red y marchó confiando en la gracia de Aquel que abre las puertas de la prosperidad, mientras sus hermanos salían y permanecían ausentes hasta el mediodía. Cuando regresaron, su madre les dio de comer, y por la tarde volvió el hermano, trayendo carne y verdura. Durante un mes siguieron así: Chawdar pescaba, vendía los pescados y gastaba lo obtenido con su madre y sus dos hermanos, quienes comían y se divertían. Hasta que un día ocurrió que Chawdar tomó la red, se fue al mar, la echó y al retirarla salió vacía. Volvió a echarla, y de nuevo salió vacía. «En este lugar no hay peces», pensó, y se trasladó a otro lugar, en el que echó la red; pero también salió vacía. Se dirigió a otro sitio y desde la mañana hasta la tarde se fue trasladando sin lograr pescar ni siquiera un solo pez. «Es extraño —se dijo—. ¿El mar se ha vaciado de peces? ¿Cuál será la causa?» Cargó con la red al hombro, y regresó, preocupado y afligido por sus hermanos y su madre, pues no sabía qué les iba a llevar para la cena. Pasó ante una panadería, y vio que la gente se arremolinaba para comprar pan, con los dirhemes en la mano, mientras que el panadero no les prestaba atención. Se paró, suspirando, y el panadero le dijo: «Bien venido, Chawdar: ¿quieres pan?» Él calló, pero el panadero insistió: «Si no tienes dinero toma lo que necesites, tienes plazo para pagarme». «Dame por valor de diez medias monedas de cobre.» «Toma, ahí van otras diez monedas: mañana me darás pescado por valor de veinte.» «De mil amores», contestó Chawdar.

Tomó el pan y con las diez monedas compró carne y verdura, diciéndose: «Mañana Dios hará cesar todos los contratiempos»; se fue a su casa, donde su madre guisó los alimentos. Cenó y se fue a dormir. Al día siguiente tomó la red; pero cuando su madre le dijo: «Siéntate a desayunarte», le contestó: «Desayunaos tú y mis hermanos», y se dirigió hacia el mar, donde echó la red una, dos y tres veces, cambiando de un lugar a otro hasta el *asr*, pero sin pescar nada. Entonces cargó con la red, y echó a andar, afligido. Su camino pasaba forzosamente por delante de la panadería. Cuando el panadero vio a Chawdar, le preparó el pan y el dinero y le dijo: «Ven, toma y vete: si hoy no me traes pescado, ya me lo traerás mañana». Y como quisiera excusarse, el panadero añadió: «Ve tranquilo, no es preciso que te excuses. Si hubieses pescado algo, lo llevarías contigo. Por eso, cuando te vi con las manos vacías, comprendí que no habías pescado nada. Aunque mañana no pesques nada, ven sin apuro a buscar pan: tienes crédito». Al tercer día, Chawdar fue de estanque en estanque hasta el *asr*, mas como no lograse sacar nada, fue a la panadería y tomó pan y dinero. Y

así siguió la cosa durante siete días.

Pero luego se halló en dificultad, y decidió ir aquel día al lago de Qarún. Cuando estaba a punto de echar la red, vio que se acercaba un magrebí montado en un mulo, y que llevaba puesto un vestido suntuoso. La mula llevaba una alforja tejida de oro, y de oro era también cuanto llevaba encima. El magrebí bajó de la mula y le dijo: « ¡La paz sea sobre ti, oh, Chawdar!, ¡oh, hijo de Umar!» « ¡Sobre ti sea la paz, mi señor peregrino!» , contestó nuestro hombre. « Chawdar —prosiguió el magrebí—, te necesito: si me obedeces obtendrás mucho bien, serás mi amigo y proveerás a mis necesidades.» « Mi señor peregrino —respondió Chawdar—, dime qué hay en tu mente y te obedeceré. No tengo por qué contradecirte.» « Recita la *fatiha*.» Chawdar la recitó con él, y entonces el magrebí sacó un cordón de seda y le dijo: « Átame las manos a la espalda y aprieta bien el nudo, luego me echarás en el lago y esperarás un poco: si ves que saco la mano del agua antes de que yo aparezca, echa la red y sácame en seguida; pero si me ves sacar los pies, sabe que he muerto. Me dejarás, cogerás la mula y la alforja, irás al bazar de los mercaderes y allí encontrarás un judío llamado Sumaya: dale la mula y él te dará cien dinares. Cógelos, guarda el secreto de lo ocurrido y sigue tu camino» . Chawdar le ató las manos bien prietas, mientras el magrebí seguía diciéndole que apretara bien. Luego añadió: « Empújame hasta echarme en el lago» , y Chawdar le empujó, lo echó y él se hundió. Chawdar esperó un rato, y de repente aparecieron los pies del magrebí y así supo que había muerto. Cogió la mula, lo abandonó y se fue al bazar de los mercaderes. Allí vio a un judío sentado en una silla a la puerta de su almacén, que al ver la mula exclamó: « ¡El hombre ha muerto!» , y añadió: « ¡Sólo la codicia le ha hecho perecer!» Tomó la mula de mano de Chawdar y le dio cien dinares, instándolo a que guardara el secreto. Chawdar tomó el dinero y se marchó. Le compró al panadero el pan que necesitaba, y le dijo: « Toma este dinar» . El panadero le cobró lo que le debía y le dijo: « Aún debo darte pan durante dos días» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego Chawdar fue al carnicero, a quien entregó otro dinar y, tras recoger la carne, le dijo: « Quédate con el resto a cuenta» . Compró verdura y marchó a su casa, donde se encontró con que sus hermanos le pedían a su madre algo de comer, mientras ella les decía: « Tened paciencia hasta que vuelva vuestro hermano, pues no tengo nada» . Chawdar entró y dijo: « Tomad y comed» . Ellos se lanzaron sobre el pan como dos ogros. Le dio a su madre el resto del oro, diciéndole: « Toma, madre. Si mis hermanos vinieran y te pidieran comida mientras yo esté ausente, dales dinero para que se

la compren y puedan comer» . Y luego se fue a dormir. Por la mañana cogió la red, se dirigió al lago de Qarún, se detuvo y cuando estaba a punto de echar la red, vio que se acercaba otro magrebí montado sobre una mula, mejor vestido que el que había muerto. Llevaba una alforja y dos arcas, una en cada bolsa. « ¡La paz sea sobre ti, Chawdar!» , le dijo. « ¡Sobre ti sea la paz, mi señor peregrino!» , fue la respuesta. « ¿Se presentó ayer ante ti un magrebí montando una mula como ésta?» , preguntó el recién llegado. Chawdar tuvo miedo y dijo que no, añadiendo que no había visto a nadie, pues temía que si le preguntaba dónde había ido y le contestaba que se había ahogado en el lago, quizás éste le acusaría de haberlo asesinado. Por eso, no hizo sino negar. « ¡Miserable! —exclamó el magrebí—. Aquél era mi hermano y se me había adelantado.» « No sé nada.» « ¿No le ataste las manos a la espalda y lo echaste al lago después de decirte él: “Si mis manos emergen, échame la red y sácame en seguida; pero si aparecen mis pies, significa que he muerto. Toma entonces la mula y llévasela al judío Sumaya; éste te dará cien dinares”? —preguntó el magrebí—. Pero salieron los pies —continuó—, y tú cogiste la mula y se la llevaste al judío, que te dio cien dinares.» « Puesto que sabes eso, ¿por qué me lo preguntas?» , observó Chawdar. « Quiero que hagas conmigo lo mismo que hiciste con mi hermano.» Y al decir esto, sacó un cordón de seda y dijo: « Átame las manos a la espalda y échame al agua: si me ocurre lo que a mi hermano, coge la mula, llévasela al judío y cóbrale cien dinares» . « Acércate» , concluyó Chawdar. El magrebí se adelantó y Chawdar le ató las manos a la espalda y luego lo empujó hasta que cayó en el lago y se hundió. El pescador esperó un rato, hasta que surgieron los pies. « Murió y se fue al infierno —sentenció Chawdar—. Si Dios quiere, todos los días se me presentarán magrebíes, yo les ataré las manos a la espalda y ellos morirán. A mí me basta con sacar cien dinares por cada muerto.» Y, tras coger la mula, se marchó.

Cuando el judío le vio, exclamó: « ¡El otro ha muerto!» « ¡Ojalá puedas vivir tú!» , le auguró Chawdar. « He aquí la recompensa de los codiciosos.» Y al cogerle la mula, el judío le dio cien dinares que Chawdar se embolsó. Luego se dirigió a su madre y se los dio. « Hijo mío —le preguntó su madre—, ¿de dónde los has sacado?» Cuando se lo hubo explicado todo, ella le dijo: « No volverás a ir al lago de Qarún, pues temo por ti a causa de los magrebíes» . « Madre, yo no hago más que echarlos con su aprobación. ¿Qué he de hacer? Éste es un trabajo por el que todos los días sacamos cien dinares, y, además, yo vuelvo a casa pronto. Por Dios, no dejaré de ir al lago de Qarún hasta que desaparezca toda huella de magrebíes y hasta que ninguno de ellos quede con vida.» Al tercer día fue al lago, y mientras estaba allí apareció un magrebí montado en una mula, que llevaba una alforja, y estaba aún más adornado que los dos primeros. « ¡La paz sea sobre ti, oh, Chawdar!, ¡oh, hijo de Umar!» , le dijo. « ¿De dónde me conocerán todos éstos?» , se preguntó Chawdar, y correspondió a su saludo.

« ¿Pasaron por este lugar magrebíes?» « Dos» , contestó Chawdar. « ¿Y dónde han ido?» « Yo les até las manos a la espalda, los eché en este lago y se ahogaron: también tú seguirás la misma suerte.» El magrebí sonrió y dijo: « Infeliz, cada persona tiene su plazo señalado» . Bajó de la mula y añadió: « Chawdar, haz conmigo lo mismo que hiciste con ellos» , y al decir eso sacó el cordón de seda. « Pon las manos a la espalda —le dijo Chawdar—, para que te ate, pues tengo prisa y ya he perdido tiempo.»

El magrebí colocó las manos tras la espalda, y él se las ató y le empujó hasta que cayó en el lago. Se dispuso a esperar y he aquí que el magrebí sacó las manos y le dijo: « ¡Infeliz! ¡Echa la red!» Chawdar echó la red y lo sacó a tierra: tenía agarrados dos peces de color rojo como el coral, uno en cada mano. « Abre las dos arcas» , le dijo. Chawdar las abrió y el magrebí puso un pez en cada una, las cerró y abrazó a Chawdar contra su pecho, lo besó en las mejillas a derecha e izquierda, y exclamó: « ¡Líbrete Dios de desgracia! Por Dios, si no me hubieses echado la red y me hubieses sacado, habría seguido agarrando estos dos peces a pesar de estar bajo agua y habría muerto sin poder salir» . « Mi señor peregrino, en nombre de Dios —imploró Chawdar—, infórmame acerca de los dos que se ahogaron y dime la verdad acerca de esos dos peces y del judío.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el magrebí empezó: « Chawdar, sabe que los dos que se ahogaron eran mis hermanos: el uno se llamaba Abd al-Salam y el segundo Abd al-Ahad; yo me llamo Abd al-Samad. También el judío es hermano nuestro y se llama Abd al-Rahim: no es judío sino musulmán de rito malekí. Nuestro padre nos enseñó a resolver los encantamientos, a conquistar tesoros y a practicar la magia, y nosotros nos dedicamos a ella hasta que los *marid* y los *efrit* quedaron a nuestro servicio. Éramos cuatro hermanos, y nuestro padre, que se llamaba Abd al-Wadud, murió dejándonos muchas cosas. Nos repartimos los tesoros, bienes y talismanes hasta que llegó el turno de los libros. Los repartimos, pero surgieron diferencias entre nosotros acerca de un libro titulado: *Relatos de los antiguos*, un libro sin par, al que no podía ponérsele precio ni dársele equivalente en joyas, porque en él se citaban todos los tesoros y la manera de resolver los encantamientos. Nuestro padre lo utilizaba mucho y nosotros estudiábamos cada año un pequeño fragmento. Cada uno de nosotros quería poseerlo para poder conocer todo lo que contenía. Cuando surgió la discusión, a una de nuestras reuniones asistió el maestro de nuestro padre. Él lo había educado y le había enseñado la magia y la adivinación, y se llamaba al-Kahín al-Abtán.

» Nos dijo: “Entregadme el libro”, y cuando se lo hubimos dado, añadió:

“Vosotros sois los hijos de mi hijo, y por ello no os puedo perjudicar a ninguno. Quien quiera este libro, que busque la manera de conquistar el tesoro de Samardal y que me entregue la esfera celeste, el recipiente de *kuhl*, el anillo y la espada. El anillo tiene a su servicio un genio llamado al-Raad al-Qasif, y ningún rey ni sultán puede resistir a quien posee este anillo, hasta el extremo de que si quisiera dominar a lo largo y lo ancho de la tierra podría hacerlo. En cuanto a la espada, si es desenvainada contra un ejército y quien la lleva la agita, el ejército queda derrotado, y si quien la posee, al mismo tiempo que la agita le ordenara: ‘Aniquila este ejército’, de aquella espada saldría un relámpago de fuego que mataría a todos los soldados de dicho ejército. Quien posee la esfera celeste y quiere ver todos los países, desde oriente a occidente, puede verlos y visitarlos permaneciendo sentado, con tal de que dirija la esfera hacia el lugar que quiere ver y mire dentro de ella: verá aquella región y todos sus habitantes como si estuvieran ante él. Además, si se enojase contra una ciudad y dirigiese la esfera hacia el sol con la intención de quemarla, se quemaría. En cuanto al recipiente de *kuhl*, quien se unte un poco podrá ver los tesoros de la tierra. Pero he de poneros una condición: quien no logre conquistar este tesoro no será digno de poseer el libro; en cambio, quien lo conquiste y me traiga esas cuatro cosas merecerá tenerlo”. Aceptamos la condición, y él nos dijo: “Hijos míos, sabed que el tesoro de Samardal se halla en poder de los hijos del rey Rojo. Vuestro padre me contó que había intentado conquistar ese tesoro, pero no lo pudo lograr. Es más, los hijos del rey Rojo se le escaparon a un lago de Egipto que se llama lago de Qarún, en el que se arrojaron. Él los siguió hasta Egipto, pero nada pudo contra ellos porque se le escaparon en dicho lago, que estaba encantado”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Kahín prosiguió: « “Vuestro padre] regresó, preocupado, sin haber logrado arrebatar el tesoro de Samardal a los hijos del rey Rojo. Cuando no pudo ya hacer nada contra ellos, vino a verme y se me quejó. Yo consulté los astros por él y vi que ese tesoro sólo podía ser conquistado por obra de un joven egipcio llamado Chawdar b. Umar (pues él haría posible el apoderarse de los hijos del rey Rojo), que aquel joven era pescador, que vuestro padre podría hallarle junto al lago de Qarún, así como que el hechizo sólo se desvanecería si Chawdar ataba las manos tras la espalda de aquel a quien le correspondía la suerte y lo echaba en el lago, donde podría combatir con los hijos del rey Rojo. Aquel a quien el destino señalase, podría apoderarse de los hijos del rey Rojo; en cambio, quien no estuviera predestinado a ello perecería, y sus pies aparecerían sobre el agua, mientras que asomarían las manos de aquel que había de salvarse, y entonces éste necesitaría que

Chawdar le echase la red y lo sacase del agua”». Añadió: «Mis hermanos dijeron: “Nosotros iremos, aunque hayamos de perecer”, y yo dije: “Yo también iré”. Por el contrario, ese hermano nuestro que tiene aspecto de judío indicó que él no tenía motivo para hacerlo. Y así, acordamos que él marcharía a Egipto disfrazado de mercader judío y que si alguno de nosotros hallaba la muerte en el lago, él recogería la mula y la alforja que le ofreciese el pescador y le daría cien dinares.

» Cuando el primero de nosotros se presentó ante ti, los hijos del rey Rojo lo mataron, y también mataron a mi segundo hermano; pero no han podido conmigo y yo me he apoderado de ellos.» «¿Dónde están los que cogiste?», preguntó Chawdar. «¿No has visto que los metí en las arcas?» «¡Pero si eran peces!» «No son peces —prosiguió el magrebí—, sino *efrits* con aspecto de peces. Pero, sabe, Chawdar, que el tesoro sólo podrá ser conquistado por mediación de ti. ¿Me obedecerás y vendrás conmigo a las ciudades de Fez y Mequínez para que así conquistemos el tesoro? Yo te daré lo que me pidas y serás para siempre hermano mío —te lo prometo ante Dios—, y luego podrás regresar junto a tu familia con el ánimo contento.» «Mi señor peregrino —repuso Chawdar—, yo tengo a mi cargo a mi madre y a mis hermanos…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chawdar dijo: «Tengo a mi cargo a mi madre y a mis hermanos,] y soy yo quien provee a su sustento. Si me voy contigo, ¿quién les proporcionará pan para comer?» «Es una excusa fútil, pues si se trata de los gastos yo te daré mil dinares, que entregarás a tu madre para que los gaste hasta que tú regreses a tu país. Por otra parte, si te ausentas, volverás antes de cuatro meses.» Al oír hablar de mil dinares, Chawdar exclamó: «Dame los mil dinares, peregrino, para que pueda dejárselos a mi madre, y me iré contigo». Entonces el magrebí sacó los mil dinares y Chawdar, después de haberlos cogido, se presentó ante su madre y la informó de lo que habían hablado él y el magrebí, y añadió: «Toma estos mil dinares, y gasta de ellos para ti y para mis hermanos. Yo parto con el magrebí para el Occidente. Estaré ausente durante cuatro meses y obtendré mucha prosperidad. Ruega por mí, madre mía». «Hijo —le contestó la mujer—, me afliges y temo por ti.» «Madre, ningún mal puede ocurrirle a quien está protegido por Dios. Además, el magrebí es una buena persona.» Y empezó a elogiarle. «¡Dios haga bueno su corazón hacia ti! Vete con él, hijo mío, quizá te dé algo», concluyó la madre. Chawdar se despidió de ella y partió. Cuando llegó junto al magrebí Abd al-Samad, éste le preguntó: «¿Consultaste a tu madre?» «Sí, y ella ha rezado por mí.» «Entonces, monta detrás de mí.»

Chawdar montó a lomos de la mula y los dos anduvieron desde el *zuhr* hasta el *asr*. Chawdar tenía hambre, pero se dio cuenta de que el magrebí no llevaba nada de comer. « Mi señor peregrino —observó—, quizás olvidaste coger algo para que comiéramos durante el viaje.» « ¿Tienes hambre?» , preguntó el magrebí. « Sí.» Él y Chawdar desmontaron y el magrebí le mandó bajar la alforja, y así lo hizo. « ¿Qué deseas, hermano?» , preguntó entonces el magrebí. « Cualquier cosa.» « En nombre de Dios, dime qué deseas.» « Pan y queso.» « ¡Infeliz! Pan y queso no son cosas adecuadas; pide algo bueno.» « En estos momentos cualquier cosa es buena para mí.» « ¿Te gusta el pollo asado?» « Sí.» « ¿Te gusta el arroz con miel?» « Sí.» « ¿Te gusta tal plato y tal otro?» Y así siguió hablando hasta citar veinticuatro clases de guisos, hasta el extremo de que Chawdar pensó: « ¿Estará loco este hombre? ¿De dónde va a traerme los platos que ha citado, pues no hay ni cocina ni cocinero? He de decirle que ya basta» , y dijo en voz alta: « ¡Basta! ¿Me haces apetecer estos manjares cuando no veo nada?» « Sé bien venido, Chawdar.» Y, metiendo mano en la alforja, sacó un plato de oro en el que había dos pollos asados calientes. Metió de nuevo la mano y sacó un plato de oro que contenía carne de cordero asada al asador, y así siguió sacando cosas de la alforja hasta completar los veinticuatro guisos que había mencionado. Chawdar quedó atónito. « Come, infeliz» , le animó el magrebí. « Mi señor —observó Chawdar—, ¿pusiste en esta alforja cocina y gente que guise?» El magrebí sonrió y contestó: « Esta alforja está encantada y tiene un servidor. Si nosotros, en cualquier momento, pidiésemos mil clases de guisos, el servidor nos los traería preparándolos en un instante» . « ¡Qué magnífica alforja!» , exclamó Chawdar.

Luego los dos comieron hasta hartarse y tiraron lo que les sobró. El magrebí colocó los platos vacíos en la alforja, metió la mano en ella y la sacó con una jarra de la que bebieron, hicieron las abluciones rituales y rezaron la oración del *asr*. Luego puso la jarra en la alforja, colocó también las dos arcas y después de haber cargado todo sobre la mula, montó en ella y dijo a Chawdar: « Monta. Reanudamos la marcha. ¿Sabes, Chawdar, cuánto camino hemos recorrido desde Egipto hasta aquí?» « Por Dios que no lo sé.» « Hemos recorrido el camino de un mes entero.» « ¿Cómo puede ser?» « Chawdar, sabe que la mula que está debajo de nosotros es un *marid*, que puede recorrer en un día la distancia de un año; pero, por serte agradable, ha ido más despacio.» Espolearon al animal y prosiguieron el viaje hacia el Occidente. Por la noche, el magrebí sacó de la alforja la cena y a la mañana siguiente el desayuno, y durante cuatro días siguieron andando hasta la mitad de la noche de cada jornada. A medianoche desmontaban, dormían, y por la mañana reemprendían el viaje. Chawdar le pedía al magrebí lo que quería y éste se lo sacaba de la alforja.

Al quinto día llegaron a Fez y Mequínez[243], y entraron en la ciudad. Una vez dentro, todas las personas que veían al magrebí le saludaban y le besaban las

manos. Siguieron adelante hasta llegar a una puerta a la que el magrebí llamó. La puerta se abrió y apareció una muchacha hermosa como la luna: « Rahma, hija mía —le dijo el magrebí—, ábrenos la puerta del palacio» . « En seguida, padre» , y entró moviendo las caderas de tal manera que Chawdar perdió la cabeza y se dijo: « Ésta es la hija de un rey» . La muchacha la abrió, tomó la alforja de la mula y le dijo a ésta: « Vete, y Dios te bendiga» . Y he aquí que el suelo se abrió, la mula se hundió y el suelo volvió a quedar como antes. « ¡Dios protector! —exclamó Chawdar—. ¡Alabado sea Dios que nos salvó cuando estábamos sobre ella!» « No te asombres, Chawdar —le tranquilizó el magrebí —. Ya te dije que la mula era un *efrit*. Y ahora, pasa con nosotros.»

Una vez en la habitación, Chawdar quedó maravillado por la cantidad de tapices suntuosos que había en ella, así como por todos los objetos artísticos y pendientes de piedras preciosas y de joyas que vio. Cuando estuvieron sentados, el magrebí le dijo a la joven: « Rahma, trae aquel envoltorio de vestidos» . La joven se levantó y regresó a poco con un envoltorio que puso ante su padre. Éste lo abrió, sacó de él un vestido que valía mil dinares, y dijo: « Póntelo, Chawdar, y sé bien venido» . Se lo puso y quedó tan hermoso como un rey del Occidente. Luego el magrebí puso la alforja ante sí, metió la mano y sacó varios platos con diferentes guisos hasta dejar puesta una mesa de cuarenta platos. « Mi señor —le dijo entonces a Chawdar—, acércate, come y excúsanos…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el magrebí dijo a Chawdar: « … come y excúsanos,] pues no sabemos qué guisos deseas. Dinos lo que quieras y te lo prepararemos en seguida.» « Por Dios, mi señor peregrino, a mí me gustan todos los manjares y ninguno me disgusta. No me preguntes, pues, nada, y tráeme lo que se te ocurra: lo comeré.»

Chawdar permaneció veinte días en casa del magrebí, y cada día éste le mandaba ponerse un vestido nuevo, sacaba la comida de la alforja y no compraba ni carne ni pan y ni siquiera guisaba, sino que extraía de la alforja cuanto necesitaba, incluso varias clases de fruta. El vigesimoprimer día el magrebí le dijo a Chawdar: « Ven conmigo, pues hoy es el día señalado para conquistar el tesoro de Samarda!» . Chawdar partió con él, y anduvieron a pie hasta el límite de la ciudad. Una vez fuera de ella, cada uno montó en una mula y prosiguieron el camino hasta el mediodía, en que llegaron a un arroyo de agua fluyente, donde Abd al-Samad desmontó y le dijo: « Desmonta, Chawdar» , y se apeó. Luego hizo una señal con la mano y llamó a dos esclavos, que cogieron las muías y se dirigieron cada uno por distinto camino y desaparecieron por poco tiempo. Luego uno de los esclavos se acercó con una tienda, que levantó, y el

otro trajo una alfombra que extendió en la tienda poniendo alrededor cojines y almohadas. Luego uno de los esclavos fue a coger las arcas en que estaban metidos los dos peces, mientras que el otro traía la alforja. « Ven aquí, Chawdar» , dijo el magrebí. Chawdar se sentó junto a él. El magrebí sacó de la alforja los platos de comida y comieron.

El magrebí, después de coger las dos arcas, pronunció conjuros encima, y desde su interior salieron dos voces que dijeron: « Estamos aquí para servirte, ¡oh adivino del mundo! ¡Ten piedad de nosotros!» , y siguieron pidiendo ayuda mientras el magrebí seguía pronunciando conjuros hasta que las dos arcas se quebraron reduciéndose a pedazos, que volaron. Aparecieron entonces dos personas con las manos atadas a la espalda, que decían. « ¡Ten piedad, oh adivino del mundo! ¿Qué quieres hacer de nosotros?» « Quiero quemaros —respondió el magrebí—, a menos de que os comprometáis a hacerme conquistar el tesoro de Samardal.» « Te lo prometemos; te haremos conquistar el tesoro con tal de que hagas venir a Chawdar el pescador, ya que el tesoro sólo puede ser conquistado por mediación de él y nadie sino Chawdar b. Umar puede entrar en él.» « Ya he traído al que mencionáis. Está aquí, os oye y os ve.» Entonces se comprometieron con el magrebí a hacerle conquistar el tesoro, y éste los dejó en libertad. Luego sacó un estuche cilíndrico y pedazos de coral rojo que colocó sobre el estuche. Tomó un incensario, puso carbón en él, sopló una vez y encendió fuego. Trajo luego incienso y le dijo a Chawdar: « Chawdar, yo voy a recitar los conjuros y a echar incienso; pero cuando empiece con los conjuros ya no podré hablar, pues serían nulos. Por ello, quiero enseñarte qué debes hacer para lograr tu propósito» . « Enséñamelo» , le contestó Chawdar.

« Sabe —continuó el magrebí— que cuando yo pronuncie los conjuros y esparza el incienso, el agua del arroyo se secará y aparecerá ante ti una puerta de oro tan grande como la de la ciudad, con dos aldabas de metal precioso. Baja hacia la puerta y llama suavemente; espera un poco, llama con la segunda aldaba un poco más fuerte que con la primera y espera otro poco. Luego llama tres veces, una tras otra, y cuando oigas que alguien te dice: “¿Quién llama a la puerta de los tesoros sin saber desligar los encantamientos?”, tú dirás: “Soy Chawdar el pescador, hijo de Umar”, y él te abrirá la puerta. Por ella saldrá una persona con una espada en la mano y te dirá: “Si tú eres ese hombre, ofrece el cuello para que te decapite”. Tú le ofrecerás el cuello: no temas, pues cuando él levante la mano con la espada y te golpee caerá ante ti y al cabo de un momento lo verás reducido a un ser sin alma, mientras que tú no sentirás ningún dolor por el golpe ni te ocurrirá nada. En cambio, si le desobedeces, te matará. Luego, cuando por haber obedecido hayas reducido a nada su hechizo, entra y sigue andando hasta que veas otra puerta. Llama y saldrá, montado sobre un corcel, un jinete con lanza al hombro, que te dirá: “¿Qué te ha traído hasta este lugar en el que no puede entrar ningún ser humano ni genio?”, y al decir eso agitará la lanza

contra ti. Tú le mostrarás el pecho y él te golpeará, pero al instante caerá y verás cómo queda reducido a cuerpo sin alma; pero si te opones, te matará. Después entrarás por la tercera puerta: saldrá a tu encuentro un hombre armado de arco y flechas, que apuntará para herirte. Muéstrale el pecho: él te herirá, pero caerá ante ti reducido a cuerpo sin alma; mas si desobedeces, te matará. Luego llegarás ante la cuarta puerta…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el magrebí prosiguió: « … llegarás ante la cuarta puerta] y llamarás: te abrirán y saldrá un león de enorme tamaño que querrá asaltarte y abrirá las fauces para indicar que quiere comerte. No temas y no huyas, sino que cuando el león esté junto a ti, ofrécele la mano y él, después de mordería, caerá al instante muerto, mientras que a ti no te ocurrirá nada. Después entrarás por la quinta puerta y se te acercará un esclavo negro que te preguntará quién eres. Dile que eres Chawdar. "Si eres ese hombre —te contestará—, abre la sexta puerta." Entonces acércate a la puerta y di: "¡Oh Jesús, di a Moisés que abra la puerta!" Y ésta se abrirá. Entra: Hallarás dos serpientes, una a la izquierda y otra a la derecha, cada una de las cuales tendrá las fauces abiertas y ambas se lanzarán inmediatamente sobre ti. Ofréceles las manos y cada una morderá una; pero si desobedeces, te matarán. Luego avanzarás hacia la séptima puerta y llamarás: aparecerá tu madre y te dirá: "Bien venido, hijo mío, acércate para que pueda saludarte". Entonces tú habrás de contestarle: "Permanece lejos de mí y quítate los vestidos".

» Ella observará: "Hijo mío, soy tu madre, tengo ciertos derechos por haberte amamantado y criado: ¿por qué quieres desnudarme?" Tú dile: "Si no te quitas los vestidos, te mataré", y al decir eso, vuelve la vista hacia tu derecha y verás una espada colgada de la pared. Cógela, desenváinala y amenázala, diciéndole: "Desnúdate". Ella empezará a adularte y a humillarse, pero tú no deberás tener compasión, y cada vez que ella se quite algo, le dirás: "Quítate el resto", y sigue amenazándola con que la matarás hasta que se quite todo lo que lleve y caiga al suelo. Solo entonces habrás desligado los encantamientos, habrás inutilizado los hechizos y estarás salvado. Entra, pues, y hallarás en el tesoro oro a montones. No te preocupes de ello. En cambio, en el centro del lugar del tesoro verás un recinto cubierto por una tienda. Aparta la tienda y verás dormido en un lecho de oro al adivino Samardal, sobre cuya cabeza habrá una cosa redonda que brilla como la luna: es la esfera celeste. El adivino ceñirá espada, en un dedo llevará puesto un anillo y al cuello una cadena en la que está el recipiente de *kuhl*. Tráeme los cuatro tesoros. Procura no olvidar ninguna de las cosas que te he indicado, y no desobedezcas pues te arrepentirías y habría de temerse por tu

vida.» Luego, el magrebí repitió por segunda, tercera y cuarta vez las instrucciones hasta que Chawdar dijo: « Ya lo aprendí. Pero, ¿quién podrá afrontar estos hechizos que me has citado y soportar tan terribles pruebas?» « Chawdar, no temas, se trata de fantasmas sin alma» , y el magrebí siguió tranquilizándolo hasta que Chawdar concluyó: « Me encomendaré a Dios» .

Entonces el magrebí Abd al-Samad esparció el incienso y estuvo recitando conjuros durante un rato: he aquí que el agua desapareció, se pudo ver el lecho del arroyo y apareció la puerta del tesoro. Chawdar bajó, llamó y oyó que alguien le decía: « ¿Quién llama a las puertas de los tesoros sin saber desligar los encantamientos?» « Yo soy Chawdar b. Umar» , respondió. La puerta se abrió y salió una persona con la espada desenvainada y le mandó que ofreciera el cuello. Él así lo hizo, y la persona le dio, pero cayó en seguida al suelo. Así ocurrió también con el segundo encantamiento, hasta que hubo acabado con los encantamientos de las siete puertas. Entonces salió su madre y le dijo: « Paz, hijo mío» . « ¿Quién eres?» , preguntó Chawdar. « Soy tu madre y tengo ciertos derechos sobre ti por haberte amamantado y criado y por haberte llevado en mi seno durante nueve meses, hijo mío.» « ¡Quítate los vestidos!» « Tú eres mi hijo, ¿cómo puedes desnudarme?» « Desnúdate o haré caer tu cabeza con esta espada.» Y, alargando la mano, tomó la espada, la desenvainó y la acercó a la mujer, insistiendo: « Si no te desnudas, te mataré.» La discusión entre ellos se prolongó; pero luego, como Chawdar la amenazase cada vez más, ella se quitó una prenda. '« Quítate el resto» , le ordenó Chawdar. Y discutió durante un buen rato hasta que ella se quitó otra prenda. Y así siguió la cosa, mientras ella le decía: « ¡Hijo mío, la educación que te di no ha dado fruto!» Le quedaba ya sólo la última prenda. « ¡Hijo mío! —imploró entonces la mujer—, ¿acaso es de piedra tu corazón para que me ultrajes haciéndome descubrir mis desnudeces? Hijo mío, esto es pecado.» « Tienes razón: no te quites la última prenda» , le contestó Chawdar. Apenas hubo pronunciado tales palabras, ella se puso a gritar diciendo: « ¡Se equivocó! ¡Golpeadle!» , y entonces llovieron sobre él muchos golpes, numerosos como gotas de lluvia. Los servidores del tesoro se lanzaron sobre él y le dieron un golpe en la nuca que él no olvidó nunca más en su vida. Lo echaron fuera por la puerta del tesoro, y las puertas se cerraron como estaban antes.

Cuando lo hubieron echado por la puerta, el magrebí lo cogió en seguida, mientras las aguas volvían a quedar como antes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Abd al-Samad, el magrebí, leyó unas palabras mágicas por Chawdar, éste se repuso y volvió en sí del vapuleo.

« ¿Qué hiciste, infeliz?» , le preguntó. « Superé todos los obstáculos —contestó Chawdar— y llegué ante mi madre. Tuvimos una larga discusión, hermano, y ella empezó a quitarse los vestidos hasta que sólo le quedó la última prenda. “No me hagas tal afrenta —me dijo—, porque es pecado descubrir las partes vergonzosas.” Y yo, compasivo, le dejé la última prenda. Entonces ella se puso a gritar: “¡Se equivocó! ¡Golpeadle!”, y varias personas, que no sé dónde estaban, se lanzaron sobre mí y me dieron tal golpe que estuve a punto de morir, y me echaron fuera. No sé qué me ocurrió después.» « ¿No te dije que no desobedecieras? —le apostrofó el magrebí—. Nos has perjudicado a ti y a mí. Si se hubiese quitado la última prenda habríamos conseguido nuestro objetivo. Ahora, en cambio, deberás permanecer conmigo hasta el año próximo, hasta el mismo día que hoy.» En seguida llamó a los dos esclavos, que desmontaron la tienda, cargaron con ella y desaparecieron durante un rato, para regresar con las dos muías. Chawdar y el magrebí montaron cada uno en una mula y regresaron a la ciudad de Fez.

Chawdar se quedó en casa del magrebí, y comía bien y bebía bien, y cada día éste le regalaba un suntuoso vestido, hasta que el año pasó y llegó el día señalado. « Éste es el día señalado —le dijo el magrebí—. Ven conmigo.» « Sí» , fue la respuesta. Salieron fuera de la ciudad y allí encontraron a los dos esclavos con las dos muías. Montaron en ellas y anduvieron hasta llegar al arroyo. Los dos esclavos levantaron la tienda, dispusieron las alfombras, el magrebí sacó el mantel, y, después de haberse alimentado, sacó el estuche y los trozos de coral como había hecho la primera vez; encendió fuego, preparó el incienso y le dijo a Chawdar: « Chawdar, quiero darte mis instrucciones» . « Mi señor peregrino, si hubiese olvidado el golpe que recibí en la nuca, habría podido olvidar las instrucciones que me diste» , observó Chawdar. « ¿Las aprendiste bien?» « Sí.» « Ve con cuidado y no creas que la mujer sea tu madre, pues no es más que una aparición bajo aspecto de tu madre, que pretende que te equivoques. Si la primera vez saliste vivo, esta vez, si te equivocas, los servidores te dejarán muerto en el suelo.» « Si me equivocase merecería que me quemaran» , concluyó Chawdar.

Entonces el magrebí esparció el incienso, formuló los conjuros y el arroyo se secó. Chawdar se adelantó hacia la puerta, llamó y la puerta se abrió. Superó los siete encantamientos hasta llegar ante su madre. « Bien venido, hijo mío» , le dijo ésta. « ¿De qué soy tu hijo, maldita? ¡Desnúdate!» Mas ella empezó a ponerle obstáculos y a quitarse una prenda tras otra hasta que sólo le quedó la última prenda. « ¡Desnúdate, maldita!» , le ordenó Chawdar. Y ella se quitó también la última prenda y se convirtió en fantasma sin alma. Chawdar entró y vio oro a montones, pero no se preocupó de ello. Llegó al recinto y vio al adivino Samardal dormido, ceñido de espada, con el anillo en el dedo y el recipiente de *kuhl* sobre el pecho, y vio también la esfera celeste sobre su cabeza. Se adelantó, le quitó la

espada, cogió el anillo, la esfera celeste y el recipiente de *kuhl*, y salió. Entonces empezó a sonar una música para él, al mismo tiempo que los siervos le decían: « Chawdar, ¡felicidades por lo que has obtenido!» La música siguió sonando hasta que él salió del lugar del tesoro y llegó junto al magrebí que dejó de pronunciar conjuros y de esparcir incienso, se levantó, lo abrazó y lo saludó. Chawdar le entregó los cuatro tesoros, que él cogió. Llamó a los dos esclavos, que se llevaron la tienda y volvieron con las dos muías, sobre las que ellos montaron para regresar a la ciudad de Fez.

El magrebí mandó traer la alforja y empezó a sacar de ella platos con los distintos guisos, preparando la mesa ante él. « Hermano Chawdar, come» , le dijo el magrebí. Y Chawdar comió hasta quedar satisfecho. El magrebí vació los guisos sobrantes en otros platos y volvió a colocar los vacíos en la alforja. « Chawdar —dijo en este momento el magrebí Abd al-Samad—, dejaste tu tierra y tu ciudad por nosotros, y nos has ofrecido lo que de ti necesitábamos. Por ello, tienes ante nosotros el derecho de expresar tus deseos: di lo que quieras, Dios (¡ensalzado sea!) te lo concederá y nosotros seremos la causa. Pide sin apuro lo que quieras, pues bien lo mereces.» « Mi señor —dijo Chawdar—, pido a Dios y luego a ti que me dé esta alforja.» Él se la ofreció: « Tómala, tuya es. Si algo más deseas, nosotros te lo daremos. Pero, infeliz, ésta sólo te servirá para proporcionarte comida, mientras que tú te has cansado por nosotros, que te habíamos prometido que volverías a tu ciudad con el ánimo consolado. Con esta alforja podrás comer. Pero te daremos otra alforja llena de oro y joyas, y te devolveremos a tu ciudad para que puedas convertirte en mercader y ganar para ti y para tu familia sin necesidad de gastar. Comed, tú y tu familia, del contenido de esta alforja. La manera de usarla es la siguiente: extiende la mano dentro y di: “Siervo de esta alforja, por los majestuosos nombres que te mandan, tráeme tal plato de comida”, y él te traerá lo que hayas pedido, incluso si cada día le pidieses mil platos.»

Acto seguido mandó venir a un esclavo con una mula, llenó para Chawdar una alforja: una parte de oro y la otra de joyas y metales preciosos. « Monta en esta mula —le dijo entonces—. El esclavo andará ante ti y te mostrará el camino hasta dejarte ante la puerta de tu casa. Cuando llegues a ella, toma las dos alforjas y entrégale la mula para que me la devuelva. No cuentes a nadie el secreto de la alforja. A Dios te encomendamos.» « ¡Dios aumente tu prosperidad!» , y, tras decir esto, Chawdar puso las dos alforjas sobre la mula, montó en ella y el esclavo echó a andar ante él. La mula siguió al esclavo durante todo aquél día y la noche. Al día siguiente, por la mañana, entró por Bab al-Nasr, donde vio a su madre sentada y que decía: « Dadme algo, por amor de Dios» . Su mente se ofuscó, bajó de la mula y se echó en sus brazos. Ella, al verle, prorrumpió en sollozos. Chawdar la hizo montar en la mula, mientras él andaba a pie junto al estribo. Al llegar a su casa, hizo bajar a su madre, tomó las

dos alforjas y dejó la mula al esclavo, que la cogió y marchó junto a su dueño. Tanto el esclavo como la mula eran genios.

Chawdar lamentó mucho que su madre se viera obligada a pedir limosna, y cuando entró en su casa le preguntó: « Madre mía, ¿están bien mis hermanos?» « Están bien.» « ¿Por qué pides limosna en la calle?» « Porque tengo hambre, hijo mío.» « Antes de partir te di cien dinares el primer día, cien más el segundo y el día de mi partida te di mil más.» « Hijo mío, tus hermanos me engañaron y me los arrebataron, diciéndome que querían hacer compras. Me los quitaron y me echaron de casa. Por eso me he visto obligada a pedir limosna por las calles, pues tenía mucha hambre.» « Madre mía, puesto que he regresado no habrá de ocurrirte ningún mal, no te entristezcas por nada. ¡He aquí una alforja llena de oro y joyas: hay para gastar con profusión!» « ¡Hijo mío, bendito seas! ¡Esté Dios contento de ti y aumente sus gracias para ti! Ve, hijo mío, y tráenos pan, porque yo voy a dormir con mucha hambre y sin cena.» Chawdar se rió y le dijo: « ¡No faltaba más, madre! Pide lo que quieras comer y yo te lo ofreceré en seguida sin necesidad de ir a comprarlo al mercado y sin que sea preciso nadie para guisarlo.» « Hijo mío, no veo que traigas nada contigo.» « Tengo en la alforja toda clase de guisos.» « Hijo mío, cualquier cosa que me ofrecieran, satisfaría mi hambre.» « Has dicho verdad, pues cuando no hay nada el hombre se conforma con cualquier cosa por pequeña que sea; pero cuando lo hay, desea comer cosas ricas. Yo tengo muchas; pídeme lo que desees.» « Hijo mío, pan caliente y un pedazo de queso.» « Madre, esto no es propio de tu categoría.» « Tú bien conoces mi categoría. Dame, pues, de comer lo que sea digno de mi categoría.» « Para tu condición, madre, es preciso carne asada, pollo asado, arroz con pimienta. Y también intestinos rellenos, calabazas rellenas, cordero relleno, costillas rellenas, *kunafa* con almendras, miel de abeja con azúcar, *qataif* y *baqlawa*.» [244] Entonces ella, creyendo que su hijo le tomaba el pelo y se burlaba de ella, exclamó: « ¡Ay, ay! ¿Qué te ocurre? ¿Estás soñando o te has vuelto loco?» « ¿Cómo sabes que me he vuelto loco?» « Porque me estás citando toda clase de guisos suculentos. ¿Quién se los puede pagar? ¿Y quién sabe guisados?» « Por mi vida, te daré de comer en seguida todo lo que he mencionado», le contestó Chawdar. « ¡Pero si no veo nada!» « Tráeme la alforja.» Se la trajo, la tocó, vio que estaba vacía y se la entregó. Chawdar metió las manos en ella y fue sacando platos llenos, hasta que hubo sacado todo lo que había dicho. « Hijo mío —observó la madre—, la alforja es pequeña y estaba vacía: no había nada en ella. Tú has sacado todos esos platos: ¿dónde estaban?» « Sabe, madre —dijo Chawdar—, que esta alforja me la dio el magrebí. Es una alforja encantada y tiene un criado, de manera que cuando se quiere algo y se le recitan los nombres mágicos, diciéndole: “Siervo de esta alforja, tráeme tal plato”, él lo trae.» « Entonces, ¿yo podría extender la mano y pedir algo?», preguntó la madre. « Extiéndela.» Ella alargó la mano y pronunció estas

palabras: «Por los majestuosos nombres que te mandan, ¡oh, siervo de esta alforja!, tráeme costillas rellenas», y vio que el guiso estaba en la alforja. Acercó la mano, lo cogió y halló riquísimas costillas rellenas. Luego pidió pan y todos los platos que quería. «Madre —le dijo Chawdar—, cuando hayas acabado de comer, echa en otros platos lo que haya sobrado y vuelve a meter en la alforja los platos vacíos, porque sólo así se realiza el encantamiento. Y guarda cuidadosamente la alforja.» La madre sirvió los guisos y guardó la alforja, al mismo tiempo que su hijo le decía: «Madre, guarda el secreto y quédate con esta alforja. Siempre que quieras algo, sácalo de ella, da limosna y de comer a mis dos hermanos, tanto en mi presencia como estando yo ausente». Y al decir esto se pusieron a comer. Y he aquí que entraron sus dos hermanos.

Se habían enterado del hecho por una persona del barrio, que les había dicho: «Ha llegado vuestro hermano montado en una mula delante de la cual iba un esclavo, y llevaba un hermoso vestido sin par». Y ellos se dijeron: «¡Ojalá no hubiésemos hecho nunca ningún mal a nuestra madre! No cabe duda de que ella le contará lo que hemos hecho. ¡Qué avergonzados quedaremos ante él!» Pero uno de ellos había añadido: «Nuestra madre tiene buen corazón, y aunque le haya contado lo ocurrido, nuestro hermano aún tiene mejor corazón que ella para nosotros. Si le presentamos excusas, él las aceptará». Y así se habían dirigido a su presencia.

Chawdar se levantó al verlos, los saludó afectuosamente y les dijo: «Sentaos y comed», y ellos se sentaron y se pusieron a comer (estaban débiles por el hambre sufrida) y siguieron comiendo hasta hartarse. «Hermanos —les dijo Chawdar—, tomad los guisos que han sobrado y repartidlos entre los pobres y los desvalidos.» «Hermano —repusieron—, déjalos para la cena.» «Para la cena tendréis más aún», replicó Chawdar. Ellos sacaron fuera los guisos que habían sobrado, y a cada pobre que pasaba le decían: «Toma y come». Y así lo hicieron hasta que no quedó nada.

Luego devolvieron los platos y Chawdar le dijo a su madre que los pusiera en la alforja.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que por la noche entró en la habitación y sacó de la alforja un servicio de cuarenta platos. Se sentó entre sus dos hermanos y le indicó a su madre que trajera la cena, y ella, al entrar en la habitación, vio que los platos estaban llenos. Puso la mesa y fue trayendo los guisos hasta completar los cuarenta platos, y así comieron. Después de haber cenado, Chawdar les dijo a sus hermanos: «Tomad y dad de comer a los pobres y a los desvalidos». Ellos tomaron los guisos sobrantes y los repartieron. Después de

haber acabado la cena, Chawdar sacó dulces. Comieron, y les indicó que ofrecieran los restantes a los vecinos. Lo mismo ocurrió al día siguiente al desayuno, y así durante diez días. « ¿Cuál es la causa de todo eso? —le preguntó entonces Sálim a Salim—. Nuestro hermano nos da un banquete por la mañana, otro al mediodía y otro por la noche. Luego nos ofrece dulces, y todo lo que sobra lo distribuye entre los pobres. Esto sólo pueden hacerlo los sultanes. ¿De dónde le viene tanta dicha? ¿Por qué no le pedimos explicaciones acerca de estos distintos guisos y de los dulces? Además, observo que todo lo que sobra lo reparte entre los pobres y los desvalidos, y nunca le vemos comprar nada, ni encender fuego, y no tiene ni cocina ni cocinero.» « ¡Yo no lo sé, por Dios! —le contestó su hermano—. Pero, ¿sabes quién puede informarnos de cómo están verdaderamente las cosas?» « Sólo nuestra madre puede informarnos», concluyó el otro. Y así trazaron un plan contra la madre y se presentaron ante ella mientras el hermano estaba ausente. « Madre, tenemos hambre», le dijeron. « ¡Estad contentos!», respondió ésta, y entró en la habitación, pidió cuanto quería al siervo de la alforja y les ofreció comida caliente. « Madre —observaron los dos hermanos—, este guiso está caliente, pero tú no has guisado ni has encendido fuego.» « Todo esto procede de la alforja.» « ¿Qué alforja es ésa?», le preguntaron los dos. « La alforja está encantada, y la petición que yo hago es un encantamiento.» Y les explicó el asunto diciéndoles que guardaran el secreto. « Guardaremos el secreto, madre, pero enséñanos cómo se hace eso.» Ella les enseñó y ellos alargaron la mano y empezaron a sacar todo lo que pedían. (Sin embargo, su hermano nada sabía de eso.)

Cuando estuvieron enterados de las cualidades de la alforja, Sálim le dijo a Salim: « Hermano, ¿hasta cuándo habremos de permanecer con Chawdar como siervos, comiendo gracias a su caridad? ¿Por qué no urdimos un plan contra él y le quitamos la alforja?» « ¿Cuál es tu plan?» « Vendamos a nuestro hermano al capitán del mar de Suez.» « ¿Cómo nos arreglaremos para venderlo?» « Vayamos a ver a ese capitán e invitémosle junto con dos de sus hombres, y tú confirmarás lo que yo le diré a Chawdar. Ya verás lo que haré al final de la tarde.» Puestos de acuerdo para vender a su hermano, fueron a casa del capitán del mar de Suez. Sálim y Salim entraron y le dijeron: « Capitán, hemos venido a verte por un asunto que te agradará» . « Bien» , contestó el capitán. « Somos dos hermanos —contaron—, y tenemos un tercer hermano, perverso e inútil. Nuestro padre murió y nos dejó cierta cantidad de dinero que repartimos: él tomó la parte que le correspondía de la herencia y la gastó en juergas y libertinajes. Cuando fuimos pobres, nos dominó y empezó a denunciarnos a los jueces diciendo que nos habíamos apoderado de su dinero y del dinero de su padre. Y así seguimos pleiteando ante los jueces hasta que perdimos nuestros bienes. Él esperó un poco y luego nos denunció por segunda vez hasta que logró empobrecernos, sin dejar de molestarnos. Ahora hemos agotado nuestra paciencia y queremos que nos lo

compres.» « ¿Podéis urdir un plan y traérmelo aquí? —preguntó el capitán—. Yo le enviaré en seguida al mar.» « No podemos traerlo aquí, pero tú serás nuestro invitado. Es más, tráete contigo dos personas, pero no más, de manera que cuando él se haya dormido, lo cogeremos entre los cinco y le pondremos una mordaza en la boca, y tú, con el favor de la noche, te lo llevarás fuera de la casa. Luego haz con él lo que quieras.» « De mil amores —respondió el capitán—. ¿Queréis venderlo por cuarenta dinares?» « Sí —aprobaron los dos hermanos—. Después de cenar ve a la calle tal y allí te esperará uno de nosotros.» « De acuerdo, podéis marchar» , concluyó el capitán.

Entonces los dos hermanos se presentaron ante Chawdar, y al cabo de un rato Sálim se adelantó y le besó las manos. « ¿Qué hay, hermano?» , le preguntó Chawdar. « Sabe que tengo un amigo que, durante tu ausencia, me invitó varias veces a su casa y le debo las mil amabilidades que tuvo conmigo. Hoy lo saludé y me invitó, pero cuando yo le respondí que no podía dejar a mi hermano, añadió: “Tráelo también”. “No aceptará —le indiqué—. Pero si tú y tus dos hermanos (que estaban sentados junto a él) queréis ser nuestros invitados, nos haréis gran placer.” Y así los invité. Yo creía que no aceptarían la invitación; pero al invitarlo, a él y a sus hermanos, aceptó y me dijo que lo esperara junto a la Bab al-Zawiya, pues vendría con sus hermanos. Me temo, pues, que vengan, y tengo vergüenza ante ti. ¿Quieres hacerme el favor de agasajarlos esta noche? Tu prosperidad, hermano, es mucha. Si no aceptas, permíteme que los lleve a casa de algún vecino.» « ¿Para qué llevarlos a casa de un vecino? ¿Acaso es estrecha nuestra casa o no tenemos qué darles de cenar? ¡Avergüénzate de haberme pedido mi parecer! Tú debes preparar para ellos ricos manjares y dulces en abundancia. Y si trajeses gente a casa mientras yo estuviera ausente, pídele a tu madre que te traiga comidas en abundancia. Ve y tráelos, para que las bendiciones recaigan sobre nosotros.»

Sálim le besó la mano, se marchó y por la tarde se sentó junto a la Bab al-Zawiya. Ellos se presentaron. Los recogió y los hizo entrar en su casa. « ¡Bien venidos!» , les dijo Chawdar al verlos, y los hizo sentar y se sentó con ellos sin saber lo que llevaban oculto en su mente. Pidió la cena a su madre y ella empezó a sacar platos de la alforja, mientras él decía: « Trae tal plato» . Y así hasta tener ante sí cuarenta platos. Todos comieron a saciedad, y se levantó la mesa. Los marineros creían que todos esos honores se los debían a Sálim. Después del primer tercio de la noche, Chawdar mandó traer dulces. Sálim los iba sirviendo mientras Chawdar y Salim seguían sentados hasta que quisieron irse a dormir. Chawdar se levantó y todos marcharon a la cama. Él se durmió y entonces los otros, ayudándose unos a otros, agredieron a Chawdar, el cuál cuando despertó ya tenía la mordaza en la boca. Lo ataron, cargaron con él y salieron de la casa con el favor de la noche.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que lo enviaron a Suez, donde le pusieron grilletes en los pies, y allí empezó en silencio a servir, y durante un año entero estuvo trabajando como los prisioneros y los esclavos. Esto es lo que se refiere a Chawdar.

En cuanto a sus dos hermanos, por la mañana se presentaron ante su madre y le dijeron: «Madre, nuestro hermano Chawdar aún no se ha despertado». «Despertadlo.» «¿Dónde duerme?», preguntaron. «Con los huéspedes.» «Quizá se haya ido con ellos mientras dormíamos. Nuestro hermano, madre, había tomado gusto a los países extranjeros y le placía penetrar en los tesoros. Nosotros le oímos hablar con los magrebíes que le decían "Te vendrás con nosotros y te daremos el tesoro".» «¿Ha estado con los magrebíes?», preguntó entonces la madre. «¿No fueron nuestros invitados?» «Entonces quizá se haya ido con ellos —concluyó la mujer—. Dios lo guiará en su camino, pues está protegido por una buena estrella y no cabe duda de que nos traerá mucha prosperidad.» Pero se echó a llorar porque le disgustaba estar separada de Chawdar. «¡Maldita! —exclamaron entonces los dos hermanos—. ¡Vaya cariño que sientes por Chawdar mientras que nuestra ausencia o presencia te es completamente indiferente! ¿No somos nosotros igual que Chawdar, hijos tuyos?» «Sois hijos míos, pero sois perversos y nunca me habéis hecho ningún bien. Desde que murió vuestro padre no he obtenido de vosotros nada bueno, mientras que Chawdar me ha dado mucho. Él me satisfizo y me trató con honor. Es, pues, justo que llore por él porque él ha hecho bien tanto a mí como a vosotros.»

Cuando los dos hermanos oyeron sus palabras, la insultaron y la golpearon. Entraron en la habitación y se pusieron a buscar la alforja hasta que dieron con ella. Tomaron las joyas de la primera bolsa de la alforja y el oro de la segunda, y también la alforja mágica, y le dijeron: «Éstas son cosas de nuestro padre». «¡No, por Dios! —exclamó la madre—. Son cosas de vuestro hermano Chawdar. Las trajo de las regiones del Occidente.» «Mientes, ya que se trata de cosas de nuestro padre y nosotros dispondremos libremente de ellas.» Y al decir eso, se repartieron el oro y las joyas; pero empezaron a discutir por la alforja mágica. Sálim decía: «Yo la cogeré», y Sálim decía: «La cogeré yo», y así surgió discusión entre ellos. «Hijos míos —intervino la madre—, la alforja de las joyas y del oro ya os la habéis repartido; pero ésta ni puede dividirse ni valorarse en dinero, y si fuese cortada en dos trozos, su magia cesaría. Dejádmela a mí: cuando queráis, sacaré para vosotros lo que queráis comer, y yo me conformaré con comer un bocado de pan. Si además me dais algo para vestirme, será por vuestra bondad, y cada uno de vosotros podrá tratar libremente con la gente. Sois

hijos míos y yo soy vuestra madre. Dejadme en paz, pues quizá vuestro hermano vuelva y entonces pasaréis apuros con él.» Pero no aceptaron sus palabras y aquella noche siguieron discutiendo.

Un arquero del rey, que estaba invitado en una casa próxima a la de Chawdar, cuya puerta estaba abierta, los oyó, se asomó a la puerta y así pudo oír toda la discusión y también todas las palabras que pronunciaron acerca del reparto. Por la mañana el arquero se presentó ante el rey, que se llamaba Sams al-Dawla (que era rey de Egipto en aquellos días), y le contó lo que había oído. El rey mandó llamar a los dos hermanos de Chawdar, les hizo venir, los sometió a tortura y acabaron por confesar. Les arrebató las dos alforjas, después de haberlos encarcelado, al mismo tiempo que señaló a la madre de Chawdar una renta suficiente. Esto es lo que a ellos se refiere.

En cuanto a Chawdar, durante un año entero estuvo sirviendo en Suez. Al cabo del año, mientras se hallaba con otros en una nave, se levantó un viento que lanzó la embarcación en que se encontraba contra un escollo. La nave se rompió, y los que en ella iban naufragaron. Sólo Chawdar logró llegar a tierra, pues todos los demás perecieron. Una vez en tierra, Chawdar echó a andar y llegó a las tiendas de unos árabes nómadas que le preguntaron por su situación. Él les contó que era marinero de una nave, y les refirió su historia. En el campamento había un mercader de Chadda, que tuvo compasión de él y le preguntó: « ¿Quieres entrar a mi servicio, egipcio? Yo te vestiré y te llevaré conmigo a Chadda» . Y así Chawdar entró al servicio del mercader, partió con él y los dos llegaron a Chadda, donde el mercader le trató con mucha deferencia. Más tarde, el mercader, su dueño, partió en peregrinación y se lo llevó consigo a La Meca. Cuando entraron en la ciudad; Chawdar se dirigió al recinto sagrado para cumplir con las vueltas de ritual alrededor de la Kaaba. Pero cuando las estaba cumpliendo tropezó con su amigo el magrebí, Abd al-Samad, que también estaba cumpliendo con el ritual.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al verlo lo saludó, le preguntó por su estado y Chawdar se echó a llorar y le contó todo lo que le había ocurrido. Entonces el magrebí lo llevó a su casa, lo trató con honor, le dio un vestido que no tenía igual y le dijo que las desgracias habían acabado para él. Le adivinó su suerte por medio de arena y así se enteró de lo que les había acaecido a sus dos hermanos. « Sabe, Chawdar —le dijo entonces—, que a tus hermanos les ha ocurrido tal y tal cosa, y que ahora están encarcelados en las prisiones del rey de Egipto. Sé bien venido —añadió luego—, hasta que acabes tus prácticas religiosas. Ya verás que sólo te acontecerá bien.» « Permíteme, señor —replicó

Chawdar—, que vaya a despedirme del mercader con el que estoy y luego volveré junto a ti.» « ¿Tienes dinero?» « No.» « Ve a despedirte amablemente de él, ya que entre las gentes de bien quien nos da el pan tiene derechos sobre nosotros. Y vuelve en seguida.» Se fue a despedir del mercader, y le dijo: « Me he encontrado con mi hermano» . « Ve a buscarlo y le ofreceremos un banquete.» « No lo necesita, pues está en buena posición y tiene mucha servidumbre.» Entonces el mercader, después de darle veinte dinares, añadió: « Quedas libre» . Chawdar lo saludó y al alejarse de él vio a un pobre al que le dio los veinte dinares. Luego fue a casa del magrebí Abd al-Samad y se quedó con él hasta que dieron fin a las prácticas de la peregrinación.

El magrebí le dio el anillo que había cogido del tesoro de Samardal y le dijo: « Toma este anillo. Con él podrás obtener cuanto quieras, pues tiene un servidor llamado al-Raad al-Qasif. Cuando necesites cualquier cosa de este mundo, frota el anillo y aparecerá el servidor. Todo lo que le ordenes, él lo hará» . Y frotó el anillo ante él. Apareció el servidor, que pronunció estas palabras: « Heme aquí, mi señor. Lo que pidas te traeré. ¿Quieres repoblar una ciudad en ruinas o quieres arruinar una ciudad floreciente? ¿Quieres matar a algún rey o derrotar un ejército?» « Raad —le dijo el magrebí—, éste ha pasado a ser tu dueño. A ti te lo confío» , y, después de despedirlo, le dijo a Chawdar: « Frota el anillo y aparecerá su servidor: mándale lo que quieras y él no te desobedecerá. Vuelve a tu país y conserva el anillo, pues por mediación de él podrás derrotar a tus enemigos. No olvides el valor de este anillo» . « Mi señor, con tu permiso, me volveré a mi tierra.» « Frota el anillo y se presentará ante ti el servidor. Monta sobre él y dile: “Llévame hoy mismo a mi tierra”, y no dejará de cumplir tu orden.» Chawdar se despidió de Abd al-Samad, frotó el anillo y apareció al-Raad al-Qasif, que le dijo: « Heme aquí: pide y se te dará» . « Llévame a Egipto hoy mismo» , mandó Chawdar. « Así se hará» , y, después de cargarle sobre sí, se remontó por los aires con él; voló desde el mediodía hasta medianoche, en que bajó con él en casa de su madre, y luego desapareció. Chawdar se presentó ante su madre. Al verlo, ésta se puso en pie y llorando lo saludó y le contó lo que les había ocurrido a sus hermanos con el rey, y cómo éste los había mandado apalear y se había apoderado de la alforja mágica y también de la que contenía oro y joyas. Cuando Chawdar oyó todo eso, no tomó a la ligera el apuro de sus hermanos, y le dijo a su madre: « No te entristezcas por eso, pues en este mismo momento te enseñaré lo que voy a hacer: voy a traer aquí a mis dos hermanos» . Frotó el anillo y apareció el servidor, que le dijo: « Heme aquí: pide y se te dará» . « Te mando que me traigas a mis hermanos de las prisiones del rey.» El servidor se metió bajo tierra y salió a la superficie en medio de la cárcel.

Sálim y Salim estaban muy mal y muy afligidos por el dolor del encarcelamiento, y deseaban la muerte, tanto que el uno le decía al otro: « ¡Por Dios, hermano, hace ya mucho que soportamos esta desgracia! ¿Hasta cuándo

habremos de seguir en esta cárcel? La muerte sería un descanso para nosotros» . Mientras se hallaban en tal situación, la tierra se abrió y de ella surgió al-Raad al-Qasif que cargó con ellos y volvió a meterse bajo tierra. Se desmayaron de miedo y cuando recuperaron el sentido se hallaron en su casa y vieron a su hermano Chawdar sentado junto a la madre. « ¡Salud, hermanos! —les dijo Chawdar—. ¡Habéis venido!» Ellos bajaron el rostro hacia el suelo y se echaron a llorar. « No lloréis, pues fue el diablo y la codicia los que os impulsaron a hacer lo que hicisteis. ¿Cómo pudisteis venderme? Pero yo me consuelo pensando en José, a quien sus hermanos hicieron más de lo que vosotros habéis hecho conmigo, cuando lo echaron en el pozo…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chawdar prosiguió:] « … arrepentíos ante Dios y pedidle perdón. Él os perdonará pues Él es el indulgente, el misericordioso. Yo ya os he perdonado. Por tanto, sed bien venidos y no se os hará ningún mal.» Y les dirigió palabras amables hasta que se tranquilizaron. Luego les contó todo lo que había sufrido y lo que le había ocurrido hasta el momento en que se reunió con el jeque Abd al-Samad. Les informó también acerca del anillo. « ¡Hermano, perdónanos esta vez! —imploraron los dos—. Si volviésemos a obrar como lo hicimos, haz con nosotros lo que quieras.» « No importa. Pero, decidme, ¿qué os hizo el rey?» « Nos apaleó, nos amenazó y se apoderó de las dos alforjas.» « ¡Vamos a ver!» , y frotó el anillo: apareció el servidor y, al verlo, sus hermanos tuvieron miedo por creer que Chawdar mandaría que los matara, por lo cual se acercaron a su madre y le dijeron: « Madre, a ti nos encomendamos. Madre, intercede por nosotros» . « Hijos míos, no tengáis miedo» , respondió la madre. Entretanto, Chawdar le había dicho al servidor: « Te ordeno que me traigas todas las joyas y todas las demás cosas que hay en la cámara del tesoro del rey, sin dejar nada. Tráeme también la alforja mágica y la alforja de las joyas que el rey arrebató a mis hermanos» . « Oír es obedecer» , respondió el servidor, y desapareció inmediatamente. Reunió cuanto había en la cámara del tesoro real y trajo las dos alforjas con todo su contenido, y después de poner cuanto había en la cámara del tesoro ante Chawdar, le dijo: « Mi señor, nada he dejado en la cámara del tesoro» . Chawdar mandó a su madre que guardara la alforja de las joyas y, después de poner ante sí la mágica, le dijo al servidor: « Te mando que me construyas esta misma noche un elevado palacio y que lo decores con pinturas de oro y lo tapices suntuosamente. Antes de que amanezca habrás de haberlo acabado todo» . « Tendrás lo que pides» , y desapareció bajo tierra. Chawdar sacó comida, todos comieron y se fueron a dormir contentos.

Mientras tanto el servidor había reunido a sus ayudantes y les había mandado construir el palacio. Unos se pusieron a tallar piedras, otros a levantar paredes, otros a encalar, otros a esculpir y otros a tapizar. Todavía no había amanecido cuando el palacio estaba ya acabado y a punto. Entonces el servidor se presentó ante Chawdar: « Señor —le dijo—, el palacio está acabado y dispuesto. Si quieres, puedes ir a verlo» . Chawdar, junto con su madre y sus hermanos, fue: y vieron que aquel palacio no tenía igual, que el entendimiento quedaba perplejo ante su magnífica distribución, por lo que Chawdar se sintió satisfecho. El palacio se alzaba en una calle de mucho tránsito, y a pesar de ello nada le había costado. « ¿Quieres vivir en este palacio?» , le preguntó Chawdar a su madre. « Sí, hijo mío.» Y rogó a Dios por él. Chawdar frotó el anillo y cuando el servidor le dijo: « Heme aquí» , Chawdar le dijo: « Te mando que me traigas cuarenta jóvenes blancas y hermosas, cuarenta jóvenes negras, cuarenta mamelucos y cuarenta esclavos» . « Así se hará» , contestó el servidor; y con cuarenta de sus ayudantes marchó a la India, al Sind y a Persia: cada vez que veían una hermosa joven o un muchacho, lo raptaban. El servidor dio orden a otros cuarenta genios de que trajeran graciosas jóvenes negras; otros cuarenta trajeron los esclavos y todos juntos se dirigieron a casa de Chawdar. Se los presentaron y le gustaron. « Trae para cada uno un vestido muy suntuoso —mandó—. Trae también un vestido para mi madre y otro para mí.» El servidor le llevó todo lo que le había pedido. Y así vistió a las jóvenes y les dijo: « Ésta es vuestra dueña. Besadle la mano y no la desobedezcáis; blancos y negros la serviréis» . Mandó vestir a los siervos, que le besaron la mano en señal de sumisión, y también hizo vestir a sus hermanos. Al final, Chawdar quedó semejante a un rey y sus dos hermanos fueron como visires. Como la casa era espaciosa, aposentó a Sálim y sus esclavas en un lado y a Salim y sus doncellas en otro, y él y su madre se alojaron en el nuevo palacio: cada uno se halló en el lugar que le había destinado, casi como un sultán. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al tesorero del rey. Quiso coger de la cámara del tesoro una cosa que necesitaba y al entrar en ella no vio nada, sino que la encontró semejante al dicho de aquel poeta:

> Eran colmenas florecientes, pero cuando las abejas se marcharon quedaron vacías.

Lanzó un grito y cayó sin sentido. Al volver en sí salió de la cámara del tesoro, dejando la puerta abierta. Se presentó ante el rey Sams al-Dawla y le dijo: « Emir de los creyentes, te comunico que esta noche la cámara del tesoro ha sido vaciada» . « ¿Qué has hecho de mis bienes que se hallaban en la cámara del tesoro?» , le apostrofó el rey. « ¡Por Dios! Nada he hecho de ellos —replicó el tesorero—. Ignoro por qué motivo está vacía. Ayer fui y estaba llena; pero hoy al

entrar en ella la hallé vacía y sin nada. Las puertas estaban cerradas, no se había abierto ninguna galería ni los candados habían sido forzados, ni ningún ladrón entró en ella.» « ¿Han desaparecido también las dos alforjas?» , preguntó el rey. « Sí» , contestó. Al oír la respuesta afirmativa casi perdió el sentido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey se levantó y mandó al tesorero: « Ve delante de mí» . Éste echó a andar, el rey lo siguió y así llegaron a la cámara del tesoro, pero nada hallaron en ella. El rey se afligió y exclamó: « ¿Quién ha saqueado mi tesoro sin temer mi ira?»

Salió muy enojado y reunió el Consejo de Estado. Acudieron los jefes militares y cada uno creía que el rey estaba enojado con él. « Militares —empezó el rey—, sabed que esta noche mi tesoro ha sido saqueado. No sé quién lo ha hecho, robándome sin temor a mi ira.» « ¿Cómo ocurrió?» , preguntaron los presentes. « Preguntádselo al tesorero.» Interrogado, éste contestó: « Ayer la cámara del tesoro estaba llena, mientras que hoy al entrar la hallé vacía: ni se ha abierto ninguna galería ni la puerta está rota» . Todos los militares quedaron asombrados ante tales palabras, pero ninguno de ellos supo dar respuesta. Pero el arquero que tiempo atrás había acusado a Sálim y a Salim se presentó ante el rey y le dijo: « ¡Oh, rey de nuestro tiempo! Durante la noche he visto albañiles que trabajaban, y cuando fue de día contemplé un palacio que no tiene igual. Pregunté a algunas personas acerca de ello y me contaron que Chawdar regresó, construyó ese palacio y que posee siervos y esclavos; que trajo muchos bienes y que sacó a sus dos hermanos de la cárcel y que ahora se halla en su casa como si fuera un sultán» . « Mirad en la cárcel» , mandó el rey. Fueron a ver, pero no hallaron ni a Sálim ni a Salim.

Regresaron y comunicaron al rey lo que había ocurrido. « ¡Ya hemos dado con mi adversario! —exclamó éste—, pues la misma persona que libró a Sálim y a Salim de la cárcel es la que ha saqueado mi tesoro.» « ¿Quién es, mi señor?» , preguntó un visir. « Su hermano Chawdar, y es él quien se ha apoderado de las dos alforjas. Visir, manda en seguida un Emir con cincuenta hombres para sellar todos sus bienes, y para que le detenga a él y a sus hermanos, y los traiga aquí a fin de que yo pueda colgarlos.» Pronunció estas palabras con gran cólera, y añadió: « ¡Venga! ¡De prisa! Envía un Emir para que me lo traiga y pueda matarlo» . « Ten compasión —aconsejó el visir—. Dios es misericordioso y no se apresura a castigar al esclavo que le ha desobedecido. En efecto, quien puede construir un palacio en una sola noche, como han contado, no puede ser comparado a nadie en el mundo. Temo, pues, que Chawdar le cause algún daño al Emir. Por lo tanto, ten paciencia hasta que yo pueda urdir un plan y puedas ver

cómo están en realidad las cosas: de todos modos conseguirás lo que quieres, ¡oh, rey de nuestro tiempo!» « Piensa en lo que debe hacerse, visir.» « Manda al Emir a casa de Chawdar e invítalo. Yo, en tu interés, me dedicaré a él, le demostraré benevolencia y le pediré noticias de su situación. Y luego veremos: si es poderoso, habremos de valernos de la astucia; si no, lo arrestarás y harás con él lo que pretendes.» « Manda a invitarlo» , concluyó el rey. Y dio orden a un Emir llamado Utmán para que fuera a casa de Chawdar, lo invitara y le dijera: « El rey te invita a un banquete» , y añadió: « No regreses sino con Chawdar» .

Aquel Emir era tonto y fatuo. Cuando bajó de su caballo, vio ante la puerta del palacio un eunuco sentado en una silla; pero éste, cuando el emir Utmán llegó, no se levantó e hizo como si nadie se hubiese acercado a él, a pesar de que con el emir Utmán venían cincuenta hombres. « Esclavo —dijo el emir Utmán apenas llegó—, ¿dónde está tu dueño?» « En el palacio» , le contestó el esclavo, y siguió echado. El emir Utmán se indignó y exclamó: « Esclavo de mala hora, ¿no me tienes respeto? ¡Yo te hablo y tú permaneces echado como un sinvergüenza!» « Vete —le contestó el eunuco—, y no hables tanto.» Apenas oyó tales palabras, el Emir se sintió presa de gran cólera y sacó la maza con la intención de golpear al eunuco, sin saber que era un genio. Así que cuando el genio le vio sacar la maza, se levantó, se acercó a él, le arrebató la maza de la mano y le golpeó cuatro veces. Al verle hacer eso los cincuenta hombres se indignaron de que pegara a su señor, y desenvainaron las espadas con la intención de matar al esclavo. « ¡Ah! ¿Conque desenvainái s las espadas, perros?» Y al decir eso el genio se lanzó contra ellos e hirió a todos los que tocó con la maza y los ahogó en su sangre; y así hasta que todos quedaron derrotados ante él. Los soldados huían, pero el genio les seguía pegando hasta que todos estuvieron lejos de la puerta del palacio. Sólo entonces regresó y se sentó en su silla, sin preocuparse de nada.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el emir Utmán y quienes le habían acompañado marcharon derrotados y apaleados. Al llegar ante el rey Sams al-Dawla le informaron de cuanto les había sucedido: « ¡Oh rey de nuestra época! —contó el emir Utmán—, cuando llegué ante la puerta del palacio vi a un eunuco sentado en una silla de oro con aire altanero. Cuando vio que me acercaba a él, así como antes estaba sentado, se echó, despreciándome, y no se puso en pie. Le hablé, pero él siguió echado. Por eso, me enojé y empuñé la maza contra él para golpearle; pero el eunuco me arrebató la maza de la mano y con la misma me golpeó a mí y a mis soldados, echándolos por tierra, y huimos de él sin poder sujetarle» . « ¡Enviad contra él cien hombres!» , mandó, indignado, el rey.

Cuando llegaron cerca del genio éste se lanzó contra ellos con la maza y los golpeó hasta que desaparecieron de su presencia. Regresó y se sentó en la silla. Los hombres regresaron y al llegar ante el rey le contaron el asunto con las siguientes palabras: « ¡Oh, rey de nuestro tiempo!, hemos huido de su presencia porque tuvimos miedo de él» . « Que vayan contra el eunuco doscientos hombres» , mandó el rey. Y fueron, pero el eunuco los derrotó y volvieron sobre sus pasos. Entonces el rey mandó llamar al visir: « Visir, te ordeno que vayas a luchar con quinientos hombres y que me traigas en seguida aquí a ese eunuco, a su dueño Chawdar y a los hermanos de éste» . « ¡Oh, rey de nuestro tiempo! —contestó el visir—, yo no necesito soldados: iré solo y sin armas.» « Ve, pues, y haz lo que mejor te parezca.»

El visir se despojó de sus armas, se puso un vestido blanco, tomó en la mano un rosario y echó a andar solo, sin compañía, hasta que llegó al palacio de Chawdar y halló al esclavo sentado. Al verlo, el visir se le acercó, sin armas, y educadamente se sentó junto a él y lo saludó: « ¡La paz!» « La paz sea sobre ti, ser humano. ¿Qué quieres?» Al oírle decir: « Ser humano» , el visir comprendió que e] esclavo era un genio y el miedo le puso carne de gallina; pero le contestó: « Mi señor, ¿está tu dueño Chawdar?» « Sí, está en el palacio.» « Mi señor, ve a decirle: "El rey Sams al-Dawla te invita, ha preparado un banquete, te manda saludar y te dice: 'Tú debes honrar mi casa y asistir al banquete'".» « Espera aquí: voy a consultarle acerca de lo que debo hacer» , respondió el eunuco. El visir permaneció respetuosamente allí y el *marid* subió al palacio y le dijo a Chawdar: « Sabe, mi señor, que el rey te envió un Emir y yo le golpeé; venía con cincuenta hombres, a los que derroté. Luego mandó cien, a los que también desbaraté, y más tarde doscientos y los puse en fuga. Al fin ha enviado un visir desarmado para invitarte a que participes a un banquete. ¿Qué te parece?» « Ve y tráeme al visir» , contestó Chawdar. El genio bajó y le dijo al visir: « Ven a hablar con mi señor» . « De mil amores» , y subió y se presentó ante Chawdar: y pudo ver que era más poderoso que un rey, pues estaba sentado en un diván como el rey no poseía ninguno igual. Su espíritu quedó turbado ante la belleza del palacio y ante la manera en que estaba decorado y tapizado, hasta el extremo de que él, comparado con Chawdar, parecía un pobre hombre. Besó el suelo y pronunció invocaciones a Dios en favor de Chawdar, que le preguntó: « ¿Qué quieres, visir?» « Señor mío; el rey, Sams al-Dawla, tu amigo, te manda sus saludos y desea verte. Te ha preparado un banquete: ¿Quieres contentarlo?» « Puesto que dice ser mi amigo, salúdalo y dile que venga él a mi casa.» « Muy bien.»

Chawdar sacó el anillo, lo frotó y apareció el servidor. « Tráeme un vestido que sea de los mejores» , y cuando el servidor se lo hubo traído, invitó al visir a que se lo pusiera, y así lo hizo. « Ve —añadió Chawdar— y cuéntale al rey lo que te he dicho.» El visir se fue con aquel vestido como el que nunca había llevado

igual, y se presentó al rey a quien informó de las condiciones en que se hallaba Chawdar, y alabó su palacio y lo que contenía, y dijo: « Chawdar te ha invitado» . « ¡Soldados, levantaos!» , mandó el rey. Todos los soldados se pusieron en pie y el rey prosiguió: « Montad sobre vuestros corceles y traedme el mío para ir a casa de Chawdar» . El rey montó en su caballo y, con los soldados, se dirigió a casa de Chawdar.

Entretanto, Chawdar le había dicho al genio: « Quiero que me traigas genios de entre tus ayudantes, que tengan aspecto de hombres y que sean para mí como soldados, que permanezcan en el patio de la casa para que el rey los pueda ver y se quede tan asustado y atemorizado que le tiemble el corazón. Y así sabrá que mi ira es más terrible que la suya» .

El genio trajo doscientos genios robustos y fuertes con aspecto de soldados, que llevaban armas suntuosas, y el rey cuando llegó y vio aquella gente de tan belicoso aspecto quedó asustado. Subió al palacio, se presentó ante Chawdar y lo halló sentado en medio de una opulencia que nunca han tenido reyes ni sultanes. Lo saludó, llevándose las manos a la cabeza en señal de reverencia; pero Chawdar ni se levantó ni lo recibió con el debido honor y ni siquiera lo invitó a sentarse, sino que lo dejó de pie.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey fue presa de tal temor que no pudo ni sentarse ni salir. Pensó: « Si me tuviera miedo no me trataría con tal desprecio. A lo mejor me castiga por lo que hice contra sus hermanos» . « ¡Oh rey del tiempo! —dijo finalmente Chawdar—, no es digno de persona de tu categoría oprimir a las gentes y arrebatarles sus bienes.» « Mi señor, no me reprendas —contestó el rey—, la codicia me empujó a hacer eso. El destino divino ha seguido su curso. Además, si no existiese el pecado no existiría el perdón» , y siguió excusándose ante Chawdar por lo que había hecho, pidiéndole perdón y presentándole sus excusas, y entre las excusas recitó estos versos:

¡Oh, persona de nobles antepasados, de natural indulgente, no me reproches por lo que ha ocurrido por mi culpa!
Si has cometido un perjuicio, te perdonamos; y si soy yo quien lo cometió, perdóname tú.

Y siguió portándose sumisamente ante él. « ¡Dios te perdone!» , le dijo al fin Chawdar, y lo invitó a sentarse. El rey se sentó: Chawdar le regaló el vestido del perdón y mandó a sus hermanos que prepararan la mesa. Después de haber comido, dio vestidos a las personas del séquito real y las trató con deferencia.

Hecho todo eso, el rey dio orden de partida y salió de casa de Chawdar. Todos los días iba al palacio de Chawdar y sólo celebraba las reuniones de su Consejo en su casa, y así nació entre los dos un fuerte afecto y siempre estaban juntos. Las cosas siguieron así durante mucho tiempo.

Un buen día, el rey, en un aparte con su visir, le dijo: « Visir, temo que Chawdar me mate y se apodere de mi reino» . « ¡Oh rey de nuestro tiempo! —le contestó el visir—, no tengas miedo de que te arrebate el reino: en el estado en que se halla, Chawdar es más poderoso que el rey y arrebatarte el reino sería una humillación para su grandeza. Si temes que te mate, piensa que tienes una hija: dásela por esposa y así tú y él seréis una misma cosa.» « Visir, haz de intermediario entre yo y él» , contestó el rey. « Invítalo a tu palacio —sugirió el visir— y organizaremos una velada en un salón. Manda a tu hija que se arregle de la manera más elegante y que pase ante él por la puerta del salón. Cuando la vea se enamorará de ella. Si nos damos cuenta de que ocurre así, yo me inclinaré hacia él y le enteraré de que es tu hija; pero tú sigue hablando de cosas varias y diversas, como si no supieras nada de todo esto, hasta que él te la pida por esposa. Cuando le hayas dado a la joven por esposa, tú y él seréis una sola cosa, y podrás estar tranquilo por ti. Si luego muriese, heredarías muchas cosas.» « Has dicho bien, visir» , concluyó el rey. Preparó la recepción tras invitar a Chawdar. Se presentó en el palacio del sultán y estuvieron sentados en un salón con gran cordialidad hasta el final del día.

Entretanto, el rey había mandado decir a su esposa que la joven se arreglase de la manera más elegante posible y que pasase con ella junto a la puerta del salón. La esposa hizo como le había mandado, pasó con la muchacha y así Chawdar la vio: era hermosa y atractiva, sin par. Después de haber fijado bien la mirada en ella, Chawdar lanzó un ¡oh! de asombro, sus miembros se derritieron y fue presa de pasión, ardiente deseo, violento amor y profundo enamoramiento, mientras la palidez se difundía por su rostro. « ¡No te ocurra ningún mal! —le dijo el visir—. ¿Qué te sucede? Te veo alterado y dolorido.» « Visir, ¿de quién es hija esa muchacha? —preguntó Chawdar—. Me ha arrebatado el corazón y la mente.» « Es la hija del rey, tu amigo. Si te gusta, yo hablaré con el rey para que te la conceda por esposa.» « Visir, háblale, y yo, lo juro por mi vida, te daré lo que me pidas y le daré al rey como regalo nupcial lo que quiera: seremos amigos y nos convertiremos en yerno y suegro.» « Es absolutamente necesario que consiga tu propósito» , concluyó el visir. En seguida le habló al rey en secreto y le dijo: « ¡Oh rey de tu tiempo! Chawdar, tu amigo, quiere emparentar contigo y ha recurrido a mí para que te diga que le concedas la mano de tu hija, la princesa Ásiya. No me defraudes, acepta mi intercesión. Lo que pidas de dote, él te lo dará.» « El regalo nupcial ya me ha llegado, y a la muchacha la puede considerar como esclava a su servicio. Se la daré por esposa y el favor será suyo por haber aceptado.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que durmieron aquella noche y, cuando llegó el día, el rey reunió su Consejo en el que hizo participar tanto a los magnates como a la gente del pueblo; incluso se presentó el Sayj al-Islam[245], y Chawdar pidió la mano de la joven. « Ya he recibido la dote» , dijo el rey. Y así establecieron el contrato matrimonial. Chawdar dio orden de que trajeran la alforja en que se hallaban las joyas y se la dio al rey como dote de la muchacha. Batieron los tambores, sonaron las flautas, se organizaron las distintas fases de la ceremonia nupcial, y Chawdar consumó el matrimonio; así el rey y él fueron una sola cosa. Vivieron con el rey durante algún tiempo. Luego el rey murió y los soldados invitaron a Chawdar a ser sultán, mas por mucho que ellos insistían él se negaba a serlo. Finalmente accedió y le nombraron sultán. Entonces Chawdar mandó construir una mezquita sobre la tumba del rey Sams al-Dawla, instituyendo una fundación pía. La tumba se halla en el barrio de los Ballesteros.

La casa de Chawdar se hallaba en el barrio de los yemeníes. Cuando fue elegido rey construyó allí palacios y una mezquita, y el barrio tomó su nombre y se llamó « Barrio de Chawdar» . Reinó durante algún tiempo y nombró ministros a sus dos hermanos: Sálim ministro de la derecha y Sálim ministro de la izquierda. Y así siguieron las cosas durante un año exacto.

Cierto día Sálim le dijo a Salim: « Hermano, ¿hasta cuándo durará este estado de cosas? ¿Habremos de pasar toda nuestra vida como criados de Chawdar, sin gozar del señorío y felicidad, mientras Chawdar siga vivo?» « ¿Y cómo vamos a matarlo para poderle arrebatar el anillo y la alforja?» « Tú sabes más que yo —le dijo Salim a Sálim—. Urde un plan para matarlo.» « Si urdiese un plan para matarlo, ¿aceptarías que yo fuera rey y tú ministro de la derecha, y que el anillo fuese mío y la alforja tuya?» « Aceptaría» , contestó el hermano. Se pusieron de acuerdo en matar a Chawdar, impulsados por el afecto hacia las cosas terrenales y por el deseo de mandar.

Salim y Sálim, después de haber preparado su plan contra Chawdar, le dijeron: « Hermano, queremos vanagloriarnos de ti. Ven a nuestra casa, a comer a nuestra mesa: nos alegraremos de ello» . Siguieron alabándolo y diciéndole que los contentara y comiera en su casa, hasta que Chawdar accedió. « De acuerdo —dijo—. ¿En casa de cuál de vosotros se celebrará el banquete?» « En mi casa —contestó Sálim—, y después de haber participado en mi banquete irás a la de mi hermano.» « Muy bien» , concluyó Chawdar, y marchó con Sálim a su casa. Éste preparó un banquete poniendo veneno en la comida. Cuando lo comió, su carne y sus huesos se redujeron a pedazos. Sálim se lanzó a apoderarse del anillo; pero como éste se resistiera a salir, cortó con un cuchillo el dedo de su hermano.

Frotó el anillo y se presentó el *marid*, que dijo: «Heme aquí. Pide lo que quieras». «Coge a mi hermano y mátalo. Luego coge a los dos, al envenenado y al interfecto, y arrójalos ante los soldados.» Cogió a Salim y lo mató. Cargó con los dos muertos, salió con ellos, y los arrojó ante los jefes del ejército que estaban sentados en la mesa de la sala de huéspedes de la casa. Éstos, cuando vieron a Chawdar y a Salim muertos, dejaron de comer y, asustados, le preguntaron al *marid*: «¿Quién hizo esto con el rey y con el ministro?» «Su hermano Sálim.» En aquel momento apareció Sálim, que les dijo: «Soldados, comed y alegraos. Yo me he apoderado del anillo de mi hermano Chawdar. A este genio, que es el servidor del anillo y que se halla ante vosotros, le he mandado matar a mi hermano Salim para que no contendiera conmigo por el reino, pues era un traidor y temía que me traicionase. Y éste es Chawdar, muerto. Ahora yo soy vuestro rey. ¿Me aceptáis como tal? Si no, frotaré el anillo y el servidor os matará a todos, grandes y pequeños».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los soldados contestaron: «Te aceptamos como rey y soberano». Luego Sálim mandó que sus hermanos fueran enterrados y que se reuniese el Consejo. A los funerales de Chawdar asistió mucha gente, mientras que otras muchas personas marcharon en cortejo ante Sálim. Cuando llegaron al lugar del Consejo, Sálim se sentó en el trono y todos le prestaron acatamiento formal como nuevo soberano. «Quiero extender el contrato matrimonial con la mujer de mi hermano», dijo el nuevo rey. «Espera a que acabe el período señalado por la ley» [246], le observaron. «Yo no conozco ni período ni nada. Juro por mi cabeza que esta noche consumaré el matrimonio con ella.» Se redactó el contrato matrimonial y se envió un mensajero a informar de ello a la esposa de Chawdar, la hija del rey Sams al-Dawla.

«Decidle que venga», dijo la joven. Y cuando llegó Sálim fingió estar contenta y le dio la bienvenida; pero le puso veneno en el agua y lo mató. Luego cogió el anillo y lo rompió para que nadie pudiera poseerlo, destruyó la alforja y mandó informar al Sayj al-Islam. También mandó decir a los soldados: «Elegíos un nuevo rey que sea vuestro sultán».

—Esto es —concluyó Sahrazad— punto por punto cuanto nos ha sido contado de la historia de Chawdar. Pero también me han relatado esta historia.

HISTORIA DE ACHIB, GARIB Y SAHIM AL-LAYL

ME he enterado también de que en lo más antiguo del tiempo vivía un rey de reyes muy poderoso, que se llamaba Kundamir. Era un rey valiente, un paladín valeroso. Pero era ya viejo y entrado en años. Dios (¡ensalzado sea!) le había concedido, en su vejez, un hijo varón que recibió el nombre de Achib por su gran belleza y hermosura. Lo confió a las sirvientas, nodrizas, esclavas y mujeres. Así fue creciendo, haciéndose mayor, y cumplió los siete años. Entonces, el padre le puso al cuidado de un sacerdote que tenía su misma religión. Éste le enseñó lo que era la fe y la incredulidad durante tres años completos, al cabo de los cuales el muchacho había desarrollado su inteligencia, era resuelto, pensaba lógicamente, tenía intuición y era elocuente y filósofo notable. Discutía con los sabios y asistía a las tertulias de los eruditos. El padre se admiró mucho al ver esto. Después le enseñó a montar a caballo y a combatir con la lanza y con la espada, y así llegó a ser un valiente caballero.

Al cumplir los diez años ya había superado, en todo, a sus contemporáneos y conocía todas las triquiñuelas de la guerra: se transformó en un ser prepotente, orgulloso, en un verdadero demonio. Salía de caza y pesca escoltado por mil jinetes, emprendía algazúas contra los caballeros, cortaba los caminos, cautivaba a los hijos de los reyes y de los grandes señores. Las quejas se multiplicaron ante su padre y éste mandó a cinco esclavos y les chilló: « ¡Detened a ese perro!» Los esclavos cargaron contra Achib y lo ataron. El rey mandó que lo apaleasen y así lo hicieron, hasta que el dolor le hizo caer desmayado. El rey lo encarceló en una mazmorra en la que no se podía distinguir ni el techo del suelo, ni la anchura de la longitud. Pasó toda una noche encerrado. Los emires se acercaron al rey, besaron el suelo ante él e intercedieron por Achib. El soberano lo puso en libertad.

El príncipe disimuló con su padre durante diez días, al cabo de los cuales, una noche, mientras estaba dormido, le cortó la cabeza con la espada. Al amanecer, Achib se sentó en el trono de su padre y mandó a sus gentes que se colocasen delante de él, que tomasen sus aceros, desenvainasen las espadas y se colocasen a su derecha e izquierda. Los hombres quedaron perplejos. Achib los increpó: « ¡Gentes! ¿Es que no habéis visto lo que ha sucedido a vuestro rey? Favoreceré a quien me obedezca, pero a quien me desobedezca lo trataré del mismo modo que a mi padre» . Al oír estas palabras temieron que los maltratase y le dijeron: « Tú eres el rey y el hijo del rey» . Besaron el suelo ante él y Achib les dio las gracias y se puso muy contento. Mandó que sacasen los tesoros y las telas: les regaló preciosos vestidos, los colmó de riquezas y todos lo quisieron y lo obedecieron. Dio trajes de corte a todos los lugartenientes y jeques de los árabes, tanto a los independientes como a los vasallos, y así se atrajo al país. Los súbditos lo obedecieron.

Achib gobernó, mandó y prohibió durante cinco meses. Al cabo de éstos tuvo

un sueño que le hizo despertar asustado y aterrorizado sin poder volver a dormir hasta la mañana. Entonces se sentó en el trono y los soldados formaron dos filas: una a su derecha y otra a su izquierda. El rey mandó llamar a los oneirólogos y astrólogos y les dijo: « ¡Interpretad mi sueño!» « ¿Qué sueño ha tenido el rey?» , le preguntaron. « He visto a mi padre ante mí con el miembro viril al descubierto. De él salía algo que tenía el tamaño de una abeja, pero ha ido creciendo hasta alcanzar el tamaño de un enorme león con garras que parecían puñales. He tenido miedo. Mientras yo estaba inmóvil el león se ha abalanzado sobre mí y me ha destrozado el vientre con sus garras. Me he despertado asustado, aterrorizado.» Los oneirólogos se miraron los unos a los otros y meditaron antes de dar la respuesta. Dijeron: « ¡Gran rey! Ese sueño indica que tu padre tendrá otro hijo. Entre vosotros dos nacerá la enemistad y él te vencerá. Ya que has tenido este sueño, ¡ponte en guardia!» Achib exclamó al oír estas palabras: « ¡No tengo ningún hermano al que temer! ¡Todo lo que habéis dicho es mentira!» « Te hemos dicho lo que sabemos.» El rey se abalanzó sobre ellos y los abofeteó. Después corrió al alcázar de su padre, pasó revista a sus concubinas y encontró a una joven que estaba encinta de siete meses. Llamó a dos de sus esclavos y les dijo: « Tomad esta joven, llevadla al mar y ahogadla» . La cogieron de la mano y la condujeron al mar disponiéndose a cumplir sus instrucciones. Pero se fijaron en que era muy hermosa, perfecta, y dijeron: « ¿Por qué hemos de ahogar a esta joven? Llevémosla al bosque y viviremos magníficamente con ella» . Marcharon de día y de noche hasta que se hubieron alejado de su patria. La condujeron a un bosque que tenía muchísimos árboles, frutos y riachuelos. Cada uno de ellos quería gozarla y decía al otro: « Yo lo haré antes que tú» . Mientras se querellaban los sorprendió un grupo de negros que desenvainó las espadas y cargaron contra dios. El combate, la lucha, la pelea, fue encarnizada y no cesó hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, los dos esclavos cayeron muertos. La concubina siguió recorriendo, sola, el bosque, alimentándose de sus frutos y bebiendo sus aguas. En esta situación vivió hasta que dio a luz a un muchacho moreno, radiante y simpático al que dio el nombre de Garib por haber nacido en tierra extraña. Cortó el cordón umbilical, lo arropó en sus harapos y empezó a amamantado, con el corazón lleno de tristeza recordando el bienestar y la felicidad en que se había encontrado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la muchacha, llena de pena y muy triste, permaneció en el bosque amamantando a su hijo, atemorizada por encontrarse sola. Cierto día apareció un grupo de caballeros e infantes en marcha. Llevaban consigo halcones y perros de caza y transportaban a lomos de

sus caballos cigüeñas, garzas, gansos iraquíes, mergos y otros pájaros marinos; fieras, liebres, gacelas, onagros, polluelos de avestruz, linces, adives y leones. Los caminantes se adentraron en el bosque y encontraron a la joven que tenía al niño en el regazo y lo amamantaba. Se acercaron y le preguntaron: « ¿Eres una mujer o un genio?» « ¡Señores de los árabes! —les replicó—. Soy una mujer.» Informaron de esto a su príncipe que se llamaba Mirdás y gobernaba a los Banu Qahtán. Había salido de caza acompañado por quinientos magnates de su tribu y de las tribus amigas. Habían cazado sin cesar hasta llegar junto a la joven. La contemplaron y ella les explicó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin.

El rey se admiró y mandó a sus familiares y allegados que continuasen con la caza y así llegaron al territorio de los Banu Qahtán. Mirdás instaló a la muchacha en una habitación individual y le asignó cinco esclavas como sirvientas. La quiso mucho, tuvo relaciones con ella y la dejó encinta. Al terminar el plazo del embarazo dio a luz a un muchacho varón. Le puso por nombre Sahim al-Layl. Fue criado por las nodrizas al mismo tiempo que su hermano. Así creció y fue instruyéndose bajo la vigilancia del emir Mirdás. Éste los confió a un alfaquí quien les enseñó las cosas tocantes a la religión; más tarde los consignó a los valientes beduinos quienes les enseñaron el manejo de la espada, de la lanza y a tirar venablos. Al cumplir los quince años ambos habían aprendido cuanto podían necesitar y habían superado a los más valientes de su tribu. Garib y su hermano eran capaces de cargar contra mil caballeros. Mirdás tenía muchísimos enemigos, pero sus árabes eran más valientes que nadie, todos eran maravillosos jinetes de cuyo furor nadie podía escapar. En la vecindad vivía un príncipe de los árabes que se llamaba Hassán b. Tabit. Era su amigo. Éste, que había pedido en matrimonio a una de las muchachas más nobles de su pueblo, reunió a todos sus amigos entre los cuales se encontraba Mirdás, el señor de los Banu Qahtán. Mirdás aceptó la invitación y acudió acompañado por trescientos caballeros dejando a otros cuatrocientos para que custodiasen su harén. Cabalgó hasta reunirse con Hassán quien salió a recibirlo y le hizo sentar en el lugar más distinguido. Todos los caballeros acudían con motivo de las bodas: dio banquetes y Hassán fue feliz con su matrimonio. Después los beduinos regresaron a sus lares.

Mirdás, al llegar a su tribu, vio muertos en el suelo mientras los pájaros revoloteaban a diestra y a siniestra. Tuvo un sobresalto, entró en su tribu y Garib, que llevaba puesta la cota de malla salió a felicitarlo por su regreso. Mirdás le preguntó: « ¿Qué ha ocurrido, Garib?» « Nos ha atacado al-Hamal b. Machid con su tribu: venía acompañado por quinientos caballeros» , respondió. La causa del combate había sido una hija de Mirdás llamada Mahdiyya. Jamás se había visto otra mujer más hermosa. Al-Hamal, señor de los Banu Nabhán, se había enterado. Tomando consigo quinientos hombres se presentó a Mirdás y le pidió su hija en matrimonio. Éste no aceptó y lo despidió. Entonces al-Hamal se puso a

espiar el campo de Mirdás y cuando éste se marchó en virtud de la invitación de Hassán, montó con sus caballeros, atacó a los Banu Qahtán, mató gran cantidad de sus paladines y obligó a huir a los demás a refugiarse en los montes.

Garib y su hermano, acompañados de cien caballeros, habían salido de caza y regresaron al mediar el día: vieron que al-Hamal y sus hombres se habían apoderado de su campo y todo lo que contenía, que habían raptado a las muchachas y entre ellas a Mahdiyya, la hija de Mirdás, llevándosela con los prisioneros. Garib, al ver esta situación, perdió el conocimiento y chilló a su hermano Sahim al-Layl: « ¡El hijo de la maldita…! ¡Han saqueado nuestro campo, se han apoderado de nuestro harén! ¡Sus y a ellos! ¡Ataquemos y libertemos al harén y a las mujeres!» Sahim y Garib cargaron con sus cien caballeros contra el enemigo. El furor de Garib no podía medirse y empezó a segar cabezas y a escanciar el vaso de la muerte a los guerreros. Así llegó hasta Hamal y pudo contemplar a Mahdiyya que estaba prisionera. Cargó contra Hamal, lo alanceó desde su corcel y lo derribó, de tal modo que antes de mediar la tarde había dado muerte a la mayoría de sus enemigos, había puesto en fuga a los demás y había libertado a los prisioneros, que habían regresado a sus casas. Garib llevaba la cabeza de al-Hamal en la punta de la lanza y recitaba estos versos:

Yo soy aquel que es conocido en el día de la pelea: los genios de la tierra se asustan ante mi imagen.
Tengo una espada que cuando mi diestra la agita, la muerte aparece por la siniestra.
Tengo una lanza: si la miras verás que tiene una punta parecida a la del creciente.
Me llamo Garib y soy un valiente de mi pueblo: no me preocupa el que mis hombres sean pocos.

Apenas había terminado de recitar estos versos cuando apareció Mirdás, vio los muertos tumbados y los pájaros revoloteando a diestra y a siniestra. Perdió la razón, su corazón sufrió un sobresalto, pero Garib lo tranquilizó, lo felicitó por llegar en tan buen estado y lo informó de todo lo que había ocurrido a la tribu desde el momento de su ausencia. Mirdás le dio las gracias por lo que había hecho y le dijo: « ¡Garib! ¡De algo ha servido la educación que has recibido!» Mirdás se dirigió a su tienda mientras los hombres se reunían a su alrededor. Todas las gentes de la tribu loaban a Garib y decían: « ¡Emir! ¡Si no hubiese sido por Garib no se hubiese salvado nadie de la tribu!» Mirdás le dio las gracias por lo que había hecho.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib, al matar a al-Hamal que había hecho prisionera a Mahdiyya y al poner a ésta en libertad, había quedado asaeteado por su mirada, estaba completamente enamorado. Su corazón no podía olvidarla y la pasión y el amor llegaron a tal punto que le impidieron gozar de las dulzuras del sueño y del placer de beber y comer.

Montaba en su corcel, subía a los montes, recitaba versos y volvía a la caída de la tarde. Las huellas de la pasión y el desvarío se hicieron patentes. Confió el secreto a uno de sus amigos y la noticia se divulgó por toda la tribu hasta llegar a Mirdás. Éste relampagueó y tronó; se incorporó y se sentó; rugió y rebufó; insultó al sol y a la luna y exclamó: « ¡Ésta es la recompensa de quien educa a los hijos del adulterio! Si no mato a Garib el oprobio me abrumará» . Pidió consejo a un hombre inteligente de la tribu y le preguntó si debía matar a Garib. Le reveló su secreto y el otro le contestó: « ¡Oh, Emir! ¡Ayer salvó a tu hija de la cautividad! Si de todos modos has decidido matarlo manda que lo haga otro para que nadie pueda sospechar de ti» . « ¡Pues idea una treta para matarle! ¡Tú eres quien puede saberlo!» « ¡Emir! Obsérvalo hasta el momento en que salga de caza. Toma contigo cien caballeros y escóndete en una caverna. Cogedlo por sorpresa, cargad sobre él y hacedlo pedazos. Entonces quedarás libre de la vergüenza.» « ¡Es un buen consejo!»

Mirdás escogió ciento cincuenta caballeros valientes y bravos como amalecitas, y les recomendó e incitó a matar a Garib. Vigiló a éste hasta que salió de caza y se perdió entre los valles y montes. Entonces corrió con sus infames caballeras. Se emboscaron en el camino que Garib tenía que recorrer al regresar de caza para salirle al encuentro y atacarlo, y mientras Mirdás y sus hombres estaban ocultos entre los árboles aparecieron quinientos valientes que los acometieron, mataron a sesenta, capturaron a noventa y ataron a Mirdás.

La causa era la siguiente: Una vez muerto al-Hamal, su gente, puesta en fuga, huyeron sin parar hasta llegar junto al hermano de éste. Lo informaron de lo que había ocurrido. Se puso en pie, reunió a sus valientes, escogió quinientos caballeros, cada uno de los cuales medía cincuenta codos, y se puso en camino para vengar a su hermano. Gayó sobre Mirdás y sus hombres y ocurrió entre ellos lo que tenía que ocurrir. Una vez tuvo prisionero a éste y sus compañeros, mandó a sus hombres que descabalgasen y reposasen. Les dijo: « ¡Gentes! ¡Los ídolos nos han facilitado la empresa de tomar venganza! ¡Custodiad a Mirdás y sus hombres para que les dé la peor de las muertes!» Mirdás al verse atado se arrepintió de lo que había hecho y dijo: « ¡Ésta es la recompensa de la injusticia!» Los enemigos durmieron felices por su victoria mientras que Mirdás y sus amigos, atados, desesperaban de la vida y daban por descontada la muerte. Esto es lo que se refiere al rey Mirdás.

He aquí lo que hace referencia a Sahim al-Layl: Había quedado herido en el

primer choque con al-Hamal y corrió a presentarse a su hermana, Mahdiyya. Ésta le salió al encuentro, le besó las manos y le dijo: « ¡Que ningún mal alcance a tus manos y que tus enemigos no se alegren con tu daño! Si no hubiese sido por ti y por Garib no hubiésemos escapado a nuestros atacantes. Sabe, hermano mío, que tu padre ha salido a la cabeza de ciento cincuenta caballeros para dar muerte a Garib. Tú sabes que sería una deshonra matar a Garib, pues él salvó vuestro honor y protegió vuestros bienes» . La luz se transformó en tinieblas ante los ojos de Sahim cuando oyó estas palabras. Se puso el traje de guerra, montó en su corcel, y corrió a buscar a su hermano en el lugar en que estaba cazando. Éste había capturado numerosas presas. Le salió al encuentro, lo saludó y le dijo: « ¡Hermano mío! ¿Te marchas sin decirme nada?» « ¡Por Dios! No te lo dije porque estás herido y quería que descansases.» « ¡Hermano! ¡Ten cuidado con mi padre!» Le refirió todo lo que había ocurrido y que había salido con ciento cincuenta caballeros que estaban dispuestos a darle muerte. Garib replicó: « ¡Dios deshará su estratagema!» Garib y Sahim al-Layl emprendieron el regreso hacia sus lares y así transcurrió toda la tarde.

Continuaron cabalgando durante la noche y al llegar al valle en que estaban sus contríbulos oyeron el relincho de los caballos en medio de las tinieblas. Sahim exclamó: « ¡Hermano! ¡Ahí está mi padre con sus hombres! Se han escondido en el valle. ¡Alejémonos!» Garib se apeó del caballo, entregó las riendas a su hermano y le dijo: « ¡Quédate aquí hasta que yo regrese!» Se marchó, se acercó al campamento, reconoció que no eran de su tribu y les oyó mencionar a Mirdás diciendo: « ¡Le mataremos en nuestro país!» Entonces se dio cuenta de que Mirdás, su tío, estaba encadenado entre ellos. Exclamó: « ¡Por vida de Mahdiyya! No me marcharé antes de haber libertado a su padre y maltratado a sus enemigos» . Se acercó hacia Mirdás, lo encontró sujeto con cuerdas y se sentó a su lado. Le dijo: « ¡Tío! ¡Ojalá te salves de esta humillación y escapes a la captura!» Mirdás, al ver a Garib, perdió la razón y le dijo: « ¡Hijo mío! Estoy bajo tu protección. ¡Sálvame en recompensa de la educación que te he dado!» Garib preguntó: « Si te salvo, ¿me darás a Mahdiyya?» « ¡Hijo mío! ¡Por la religión en que creo! ¡Ella será tuya para siempre!» Lo puso en libertad y le dijo: « Ve junto a los caballos. Allí está tu hijo Sahim al-Layl» . Mirdás se reunió con su hijo Sahim y éste se alegró al verlo y lo felicitó por haberse salvado. Garib siguió desatando a sus contríbulos, uno después de otro, hasta dejar en libertad a los noventa y, todos juntos, huyeron lejos de sus enemigos. Garib les dio caballos y armas y les dijo: « Montad a caballo y atacad separados a los enemigos gritando: “¡Gentes de Qahtán!” Cuando se despierten alejaos de su inmediación» . Garib esperó a que llegase el último tercio de la noche y chilló: « ¡Gentes de Qahtán!» Sus contríbulos dieron la misma voz; los montes hicieron eco y los vencedores creyeron que sus enemigos los atacaban. Cogieron las armas y combatieron entre sí…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [combatieron entre sí,] pues creían que los qahtán los acometían. Se causaron muchas víctimas mientras Garib y los suyos permanecían apartados. Al amanecer, Garib, Mirdás y los noventa hombres cayeron sobre el resto de los enemigos, mataron un gran número y pusieron en fuga a los restantes. Los Banu Qahtán capturaron los caballos que huían, tomaron las provisiones preparadas y regresaron a su campo. Mirdás apenas llegaba a creer que se encontraba en libertad. Avanzaron sin descanso hasta llegar a su tribu. Los que habían permanecido en el campamento se alegraron mucho de verlos llegar sanos. Cada uno se dirigió a su tienda y lo mismo hizo Garib. Los jóvenes de la tribu, grandes y chicos, acudieron a felicitarlo. Al ver a Garib con todos los muchachos en torno, Mirdás se llenó de un odio más fuerte que antes. Volviéndose a sus familiares, les dijo: « El odio por Garib va en aumento en mi corazón. Me enoja ver a todos ésos a su alrededor y mañana me pedirá la mano de Mahdiyya» . Un consejero le observó: « ¡Emir! ¡Pídele algo que no pueda conseguir!» Mirdás se regocijó.

Al día siguiente se sentó en su estrado. Los beduinos formaron en círculo a su alrededor. Garib acudió acompañado por sus hombres y los jóvenes. Se acercó a Mirdás y besó el suelo ante él. Éste se alegró de que hubiese acudido, se puso de pie y le hizo sentar a su lado. Garib dijo: « ¡Tío! Me hiciste una promesa: mantenía» . « ¡Hijo mío! ¡Ella te pertenece para siempre! Pero tú eres pobre.» « ¡Tío! Pide lo que quieras, pues yo atacaré en su propio territorio a los jefes de los beduinos y acometeré a los reyes en sus ciudades. Te traeré tales riquezas que podrás cubrir Oriente y Occidente.» Mirdás dijo: « ¡Hijo mío! ¡Juro por todos los ídolos que no entregaré a Mahdiyya más que a aquel que tome venganza en mi nombre de la afrenta que he sufrido!» « ¡Dime, tío, de qué rey he de vengarte! Iré a su encuentro y le romperé el trono en la cabeza.» « ¡Hijo mío! Yo tenía un hijo que era el héroe de los héroes. Salió un día de caza con cien campeadores. Fueron de valle en valle y se alejaron por entre los montes, hasta llegar al Valle de las Flores y al castillo de Ham b. Sit b. Saddad b. Jalad.

En aquel lugar, hijo mío, vivía un hombre negro, tan alto que su estatura llegaba a los noventa codos; tenía por armas los árboles que derribaba al suelo. Al llegar mi hijo a aquel valle, este gigante le salió al encuentro y lo mató al mismo tiempo que a los cien caballeros. Sólo escaparon tres paladines, que me trajeron la noticia y me informaron de lo ocurrido. Reuní a mis hombres y salí a atacar al monstruo. Pero no pudimos con él y fuimos vencidos. ¡Tú debes vengarme, hijo mío, pues he jurado que no casaré a mi hija más que con aquel que vengue a mi hijo!» Garib contestó: « Yo iré al encuentro de ese amalecita y con la ayuda de

Dios (¡ensalzado sea!) te vengaré de él» . Mirdás replicó: « ¡Garib! Si le vences te apoderarás de tesoros y riquezas que el fuego no podrá destruir» . El joven dijo: « ¡Jura que me casarás con tu hija para que mi corazón se conforte y yo pueda marchar en busca de mi suerte!» Prestó juramento y fueron testigos los principales personajes de la tribu.

Garib se marchó muy alegre por haber conseguido sus esperanzas y entró a ver a su madre. Le refirió todo lo ocurrido, y ella le dijo: « ¡Hijo mío! Date cuenta de que Mirdás te odia y que te envía a ese monte para hacerte perecer, para privarme de tu cariño. Llévame contigo y marchémonos del territorio de este tirano» . « ¡Madre mía! No me iré antes de haber conseguido mi deseo, antes de haber vencido a mi enemigo.» Garib durmió hasta el día siguiente, hasta que aclaró y se hizo de día. Montó a caballo cuando se le hubieron reunido sus amigos, los jóvenes: un grupo de doscientos caballeros valientes, cargados de armas. Dijeron a Garib: « Nosotros vamos contigo: te ayudaremos y te haremos compañía durante el camino» . Garib se alegró mucho y dijo: « ¡Que Dios os lo pague con bien! ¡Vamos!» Garib y sus amigos marcharon durante el primer y segundo día y al atardecer acamparon al pie de un monte muy elevado y dieron de comer a sus caballos. Garib paseó por el monte y llegó a una cueva de la cual salía luz. Se acercó a la entrada y vio a un hombre de trescientos cuarenta años: las cejas le cubrían los ojos y el bigote (le tapaba la boca. Garib, al verlo, sintió respeto por él y quedó admirado de su aspecto. El anciano le dijo: « ¡Hijo mío! Pareces ser uno de esos idólatras que adoran las piedras sin preocuparse del Rey Todopoderoso, Creador de la noche, del día y del firmamento que gira» .

Las venas de Garib palpitaron al oír las palabras del jeque. Le dijo: « ¿Dónde está ese Señor para que pueda adorarlo y gozar de su vista?» « ¡Hijo mío! Nadie, en el mundo, puede ver a ese gran Señor: él ve pero no es visto; está en un lugar altísimo pero está presente en todas partes por medio de sus obras: es el Creador del Universo, el Ordenador del tiempo, el Creador de los hombres y de los genios, es quien ha enviado a los profetas para guiar a los hombres por el buen camino. Hace entrar en el paraíso a quien le obedece y mete en el fuego a quien le desobedece.» « ¡Tío! ¿Qué dice aquel que adora a este gran Señor que es Todopoderoso?» « Hijo mío, yo pertenezco a los adíes[247] que habían oprimido a los países y eran descreídos. Dios les envió un profeta que se llamaba Hud, pero no le hicieron caso; entonces los aniquiló con un viento mortal; yo y alguno de mis familiares creíamos y nos salvamos del castigo. También he presenciado lo que sucedió a los tamud con su profeta Salih. Dios (¡ensalzado sea!) envió, después de Salih, a un profeta llamado Abraham, el Amigo de Dios, quien se presentó ante Nemrod b. Kanaán y entre ambos pasó lo que pasó. Mis familiares, aquellos que habían creído, murieron y yo me he consagrado a adorar a Dios en esta cueva. Dios (¡ensalzado sea!), a pesar de que no lo merezco, me concede el sustento.» Garib preguntó: « ¿Qué debo decir para pertenecer a los fieles de este

gran Señor?» « Di: “No hay más dios que el Dios; Abraham es el amigo de Dios”.» Garib se sometió de corazón y de palabra. El jeque le dijo: « ¡Que la dulzura del Islam y de la fe se conserven sólidas en tu corazón!» Le enseñó parte de las obligaciones rituales y de los libros sagrados y le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» « Me llamo Garib.» « ¿Adónde vas, Garib?» Éste le contó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin y así llegó a la historia del Ogro del Monte en cuya búsqueda iba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el viejo le dijo: « ¡Garib! ¿Estás loco? ¿Cómo vas al encuentro del Ogro del Bosque tú solo?» « ¡Señor mío! Me acompañan doscientos caballeros.» El jeque dijo: « ¡Garib! Aunque llevases diez mil no podrías vencerle. Se llama El Ogro y come a los hombres. ¡Pidamos a Dios que nos libre de él! Es uno de los hijos de Cam: su padre era Hindí, el que pobló la India, que de él ha tomado nombre. Tenía que suceder al padre, que le había dado el nombre de Sadán el Ogro. Era, hijo mío, un tirano desvergonzado, un genio satánico: sólo comía seres humanos. Antes de morir, su padre le prohibió que siguiera haciéndolo pero no le hizo caso y siguió en rebeldía. Entonces su padre lo expulsó, después de una guerra y mucho trabajo, y le prohibió volver a (la India. Vino a esta tierra, se hizo fuerte en ella, se instaló y ahora asalta en el camino al viandante, refugiándose en su morada que está en este valle. Ha tenido cinco hijos robustos y fuertes, cada uno de los cuales puede hacer frente a mil campeadores. Ha reunido grandes riquezas, ganados, caballos, camellos y vacas con los cuales ha llenado el valle. Temo que te ocurra algo. Ruega a Dios (¡ensalzado sea!) para que te conceda la victoria, recitando la profesión de fe monoteísta. Cuando cargues contra los infieles di: “¡Dios es el más grande!”, pues estas palabras causan la pérdida de los descreídos» . El jeque le dio una maza de acero que pesaba cien *ratl* y en la que había diez anillas. Cuando aquel que la empuñaba la blandía, las anillas hacían un rumor similar al trueno; le regaló una espada incrustada de pedrerías relumbrantes que tenía una longitud de tres codos y una anchura de tres palmos: si hubiese golpeado una piedra la hubiese partido en dos mitades; le dio una cota, un escudo y un libro sagrado diciendo: « Ve a tus gentes e invítalas a abrazar el Islam» .

Garib salió muy contento por haberse convertido y al llegar ante sus compañeros éstos le hicieron una buena acogida y le preguntaron: « ¿Qué te ha mantenido apartado de nosotros durante tanto tiempo?» Les refirió todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin, les invitó a convertirse y todos se sometieron a Dios. Al día siguiente Garib montó a caballo y fue a despedirse del jeque. Después salió y corrió a reunirse con sus hombres. Tropezó con un

caballero cubierto por la armadura y del que sólo se veían los ojos. Éste cargó sobre Garib diciendo: « ¡Quítate todo lo que llevas, oh, el más vil de los beduinos! ¡Si no lo haces te mato!» Garib le acometió a su vez y entre ambos se inició un combate capaz de encanecer al recién nacido y de fundir de terror a las rocas más sólidas. El beduino, en cierto momento, levantó la celada: era Sahim al-Layl, el hermano de madre de Garib, e hijo del rey Mirdás.

La causa de su salida y de que hubiese ido en aquella dirección era la siguiente: Cuando Garib se puso en camino para marchar al encuentro del Ogro del Monte, Sahim estaba ausente. A su regreso no encontró a Garib. Se presentó ante su madre y la encontró llorando. Le preguntó por la causa del llanto y ella le refirió todo lo sucedido y el viaje que había iniciado su hermano. Sahim fue incapaz de descansar: todo lo contrario: se puso los arreos de guerra, montó en su corcel y marchó hasta alcanzar a su hermano. Así sucedió entre ambos lo que sucedió. Garib lo reconoció en el momento en que Sahim levantó su celada. Lo saludó y le preguntó: « ¿Por qué has hecho esto?» « Para saber cuál es mi capacidad de combate en relación a la tuya y cómo peleas con la espada y con la lanza.» Se pusieron los dos en camino; Garib expuso a Sahim los principios del Islam y éste se convirtió. Luego viajaron sin interrupción hasta que llegaron al valle. El Ogro del Monte cuando vio la nube de polvo que levantaban los expedicionarios gritó: « ¡Hijos míos! ¡Montad a caballo y traedme esta presa!» Los cinco montaron y salieron al encuentro. Garib al ver que los cinco energúmenos los atacaban espoleó a su caballo y gritó: « ¿Quiénes sois? ¿A qué raza pertenecéis? ¿Qué deseáis?» Falhún hijo de Sadán, el Ogro del Monte, que era el mayor de los cinco, chilló: « ¡Bajad de vuestros caballos y ataos unos a otros para que os podamos conducir ante nuestro padre, quien asará a unos y hervirá a los otros! Hace mucho tiempo que no ha comido ningún ser humano» .

Garib, al oír estas palabras, cargó contra Falhún y agito la maza. Las anillas hicieron un ruido como el trueno y Falhún quedó sin saber qué hacer. Garib le golpeó y aunque el golpe fue ligero cayó de espaldas como si fuese una gran palmera. Sahim y algunos de sus compañeros se apearon, lo ataron y le pusieron una cuerda en el cuello: le aprisionaron como si se tratase de una vaca. Cuando los otros vieron a su hermano preso cargaron a una contra Garib; éste capturó a cuatro, pero el quinto consiguió huir y presentarse ante su padre. Sadán le preguntó: « ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están tus hermanos?» « Los ha capturado un niño imberbe que mide cuarenta codos.» El Ogro del Monte exclamó al oír las palabras de su hijo: « ¡Que el sal no os conceda más bendición!» Salió del castillo, arrancó de cuajo un árbol enorme y fue en busca de Garib y de sus acompañantes. El Ogro iba a pie, pues no había caballo capaz de soportarlo dado el tamaño de su cuerpo. Su hijo le seguía. Avanzó sin tregua hasta descubrir a Garib y cargó contra sus hombres sin pronunciar una palabra: con un solo golpe de árbol se deshizo de cinco; atacó a Sahim al-Layl y lo golpeó; pero éste se

apartó y el golpe cayó en el vacío. El Ogro se enfadó, soltó el árbol que tenía en la mano y agarró a Sahim levantándolo del mismo modo que lo hubiera hecho el halcón con un gorrión. Garib, al ver a su hermano en las manos del Ogro chilló: « ¡Dios es el más grande! ¡Por la gloria de Abraham, el amigo de Dios, y de Mahoma a quien Él bendiga y salve!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Garib] azuzó a su corcel hacia el Ogro del Monte, sacudió la maza, resonaron las anillas y gritando: « ¡Dios es el más grande!» , golpeó al Ogro en las costillas. Cayó al suelo desmayado y entretanto Sahim se escapó de entre sus manos. Cuando el Ogro volvió en sí se encontró atado y aherrojado. Su hijo, al ver que se encontraba prisionero, huyó corriendo. Garib lo persiguió con su corcel, le golpeó con la maza en la espalda, le hizo caer del caballo, lo ató y lo colocó al lado de sus hermanos y de su padre. Los ligaron sólidamente con las cuerdas y los encerraron como si fuesen camellos. A continuación siguieron caminando hasta llegar a la fortaleza. La encontraron repleta de tesoros, riquezas y regalos y hallaron mil doscientos persas atados y encadenados. Garib se sentó en la silla del Ogro del Monte, que había pertenecido a Sas b. Sit b. Saddad b. Ad; colocó a la diestra a su hermano Sahim y distribuyó a sus compañeros a diestra y a siniestra. Después mandó que le llevasen al Ogro del Monte y le dijo: « ¿Cómo te encuentras, maldito?» « ¡Señor mío! Del peor modo que puedo: humillado, envilecido; yo y mis hijos estamos atados como si fuésemos camellos.» « ¿Quieres entrar en mi religión, que es la religión del Islam que reconoce la existencia de un Dios uno, Rey omnisciente creador de la luz y de las tinieblas, creador de todas las cosas; no hay dioses: sólo es Él, Rey retribuidor? Has de reconocer la misión profética de su amigo, Abraham (¡con él sea la paz!).» El Ogro del Monte y sus hijos se convirtieron de modo sincero y entonces mandó que los desatasen. Les quitaron las ligaduras y Sadán el Ogro rompió a llorar, se acercó a los pies de Garib y se los besó. Lo mismo hicieron sus hijos. Pero Garib se lo impidió y permanecieron de pie con los demás.

El joven dijo: « ¡Sadán!» « ¡Heme aquí, señor mío!» « ¿Quiénes son esos persas?» « Son el botín que he conseguido de los persas, y no son los únicos.» « ¿Pues quién más hay?» « La hija del rey Sabur, rey de los persas. Se llama Fajr Tach y tiene consigo cien doncellas que parecen lunas.» Garib, al oír las palabras de Sadán se admiró y preguntó: « ¿Cómo los has conseguido?» « ¡Príncipe! Yo, mis hijos y cinco de mis esclavos salimos de campaña, pero no encontramos ninguna presa en nuestro camino. Nos dispersamos por la campiña y el desierto pero no encontramos un alma; así, buscando botín de que

apoderarnos, para no regresar sin nada, llegamos hasta Persia. Divisamos una polvareda y enviamos a un esclavo para que averiguase de qué se trataba. Estuvo ausente un rato y al regresar dijo: "¡Señor mío! Es la reina Fajr Tach, hija del rey Sabur, rey de los persas, turcos y dailamitas. La acompañan dos mil caballeros y están en camino". Dije al esclavo: "¡Traes una buena noticia! ¡No podía haber mejor botín que éste!" Mis hijos y yo cargamos contra los persas: matamos a trescientos caballeros y apresamos mil doscientos, y nos apoderamos de la hija de Sabur y de todos los regalos y riquezas que llevaba. Todo lo trajimos a esta fortaleza.»

Garib, al oír las palabras de Sadán preguntó: « ¿Te has propasado con la reina Fajr Tach?» « ¡No, por vida de mi cabeza! ¡Lo juro por la religión que acabo de adoptar!» « Has realizado una buena acción, Sadán, ya que el Rey del mundo, su padre, reunirá ejércitos para ir en busca de su hija y destruirá las tierras de quienes la han raptado. El destino no es amigo de quien no sabe valorar las consecuencias. ¿Dónde está esa muchacha, Sadán?» « He colocado a ella y a sus esclavas en un pabellón en que están solas.» « ¡Muéstrame ese lugar!» « ¡Oír es obedecer!» Garib y Sadán el Ogro se dirigieron al alcázar de la reina Fajr Tach. La encontraron apenada, humillada, llorando de tristeza al recordar el fausto y el poder en que había vivido. Garib, al vería, creyó que se encontraba cerca de la luna. Alabó a Dios, el Oyente, el Omnisciente. Fajr Tach miró a Garib y se dio cuenta de que era un valiente caballero, un bravo cuyos ojos testimoniaban a su favor y no en contra. La princesa se puso de pie, le besó las manos y después se inclinó para besarle los pies. Le dijo: « ¡Héroe del tiempo! Estoy bajo tu protección. Líbrame de este ogro, pues temo que me arrebate la virginidad y que después me coma. Llévame contigo y serviré a tus esclavas» . Garib replicó: « Estás a seguro hasta que te reúnas con tu padre y ocupes tu puesto» . La joven le deseó larga vida y gran poder.

Garib mandó que se pusiese en libertad a los persas y los soltaron. Volviéndose hacia Fajr Tach le dijo: « ¿Cuál ha sido el motivo de que abandonases tu alcázar y te vinieses a esta campiña y desierto para que te raptasen los salteadores de caminos?» « Señor mío: Mi padre, las gentes de su reino, los turcos, los dailamitas y los magos adoran el fuego y no hacen caso del Rey Todopoderoso. En nuestros estados hay un templo llamado Casa del Fuego y acuden a él, en cada fiesta, las hijas de los magos y los servidores del fuego y permanecen allí durante un mes entero, mientras duran las fiestas. Mis esclavas y yo nos dirigíamos a él, según es costumbre. Mi padre me había dado dos mil caballeros para que me custodiasen. Pero este ogro nos atacó, mató a unos, capturó al resto y nos encerró en este castillo. Esto es lo ocurrido, héroe de los valientes. ¡Que Dios te libre de las vicisitudes del tiempo!» Garib le replicó: « No temas; yo te llevaré a tu alcázar, a la sede de tu poder» . La princesa hizo las invocaciones de rigor y le besó manos y pies. Garib se marchó de su lado dando

órdenes para que la tratasen con deferencia. Pasada la noche se levantó, hizo las abluciones y rezó dos *arracas* de acuerdo con la religión de nuestro padre Abraham, el amigo de Dios (¡sobre él sea la paz!). Lo mismo hicieron el Ogro, sus hijos y todos los compañeros de Garib, quienes rezaron detrás de él. Garib se volvió a Sadán y le dijo: « ¡Sadán! ¿No me haces visitar el Valle de las Flores?» « Sí, señor mío.»

Sadán, sus hijos, Garib y sus hombres y la reina Fajr Tach y sus esclavas se pusieron en marcha. Sadán mandó a sus esclavos y esclavas que matasen reses y guisasen la comida que a continuación ofreció entre los árboles. Tenía ciento cincuenta esclavos y mil esclavas que apacentaban camellos, vacas y ganado. Garib y sus gentes se dirigieron con él al Valle de las Flores. Vio que era algo prodigioso y halló allí árboles alineados y aislados, pájaros que cantaban entre las ramas, ruiseñores que trinaban y tórtolas que modulaban sus melodías llenando con sus voces los lugares creados por el Misericordioso.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que otros ruiseñores cantaban con voces que parecían humanas (la lengua hubiese sido incapaz de describir aquellos árboles); las palomas de collar enamoraban con su voz a los hombres y les respondían los papagayos con una lengua bien elocuente. Los árboles estaban cargados de frutas y de cada especie existían los dos géneros: había granadas agrias y dulces; melocotón almendrado y alcanforado, almendras del Jurasán y albaricoques, cuyas ramas se mezclaban con las del sauce y el naranjo amarillo que asemejaban las llamas del fuego, las mandarinas inclinaban sus ramas, los limones constituían la medicina de cualquier enfermo y los agrios curaban la ictericia; había dátiles de todas clases: rojos y amarillos, y todos eran obra de Dios, el Grande. De un lugar como éste es del que ha dicho el poeta enamorado:

> Los pájaros cantaban junto al estanque despertando el anhelo en el corazón del enamorado.
> Ese lugar es como el Paraíso gracias a sus perfumes: Hay sombras, frutos y agua corriente.

El Valle gustó a Garib y mandó que se levantasen en él las tiendas de Fajr Tach, la sasánida. Las plantaron entre aquellos árboles y extendieron por el suelo magníficas alfombras. Garib se sentó, le llevaron la comida, y comió hasta quedar harto. A continuación llamó: « ¡Sadán!» « ¡Heme aquí, señor!» « ¿Tienes vino?» « Sí; tengo una cava llena de vino añejo.» « Tráenos un poco.» Sadán mandó a diez esclavos que fuesen a buscarlo. Llevaron mucho vino. Comieron,

bebieron, disfrutaron, y se pusieron contentos. Garib, recordando a Mahdiyya, recitó estos versos:

Recuerdo los días en que estaba a tu lado, pues en mi corazón arde la llama de la pasión.
¡Por Dios! ¡No me he separado de ti voluntariamente; han sido las vicisitudes de la suerte las que me han exiliado!
Salud, recuerdos y mil saludos os envío; yo estoy afligido y agonizante.

Comieron, bebieron y disfrutaron durante tres días: después regresaron al castillo. Garib llamó a su hermano Sahim. Éste compareció. Le dijo: « Coge cien caballeros y ve a ver a tu padre, a tu madre y a tu familia, los Banu Qahtán. Tráetelos a este lugar para que vivan en él hasta el fin de los tiempos. Yo me voy al país de los persas para entregar la reina Fajr Tach a su padre. Tú y tus hijos, Sadán, permaneceréis en este castillo hasta que yo regrese» . « ¿Por qué no me llevas contigo a Persia?» , preguntó Sadán. Garib replicó: « Porque has capturado a la hija de Sabur, rey de los persas. Si los ojos de éste te vieran, comería tu carne y bebería tu sangre» . El Ogro del Monte rompió a reír a carcajada limpia al oír estas palabras: parecía que fuese el rumor del trueno: « ¡Señor mío! —contestó—. ¡Por vida de tu cabeza! Si me encontrase con los daylamíes y los persas les escanciaría la copa de la muerte» . « Sería como tú dices, pero te quedas en la fortaleza hasta que yo regrese.» « ¡Oír es obedecer!» Sahim se puso en camino. Garib se dirigió hacia Persia acompañado por sus hombres, los Banu Qahtán, que escoltaban a la reina Fajr Tach y sus servidores. Así avanzaron en busca de la capital de Sabur, rey de los persas. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Sabur: Esperaba que su hija regresase del templo del fuego, pero no volvió cuando debía. El corazón del rey se llenó de inquietud. Tenía cuarenta visires. El mayor de ellos, que era el más experto y más sabio, se Llamaba Daydán. El rey le dijo: « ¡Visir! Mi hija se retrasa y no tengo ninguna noticia suya a pesar de que ya tenía que haber vuelto. Envía un mensajero al templo del fuego para que averigüe la verdad de lo sucedido» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el ministro. Salió, llamó al jefe de los correos y le dijo: « Ve inmediatamente al templo del fuego» . El correo se puso en marcha, llegó al templo y preguntó a los sacerdotes por la hija del rey. Le contestaron: « No la hemos visto en todo el año» . El mensajero volvió sobre sus pasos y cuando llegó a la ciudad de Isbanir se presentó ante el visir y le informó. El visir corrió ante el rey Sabur y le dio la noticia. El soberano se puso en pie de un brinco, tiró la corona al suelo, se mesó la barba y cayó desmayado al suelo. Le rociaron la cara con agua, volvió en sí y rompió a llorar con el corazón apenado. Recitó las palabras del poeta:

Después de tu marcha pedí auxilio a la paciencia y al llanto. El llanto acudió obediente, pero la paciencia no respondió.

El transcurso de los días nos ha separado, pero es costumbre del tiempo el mostrarse traidor.

El rey llamó a diez jefes y mandó que montasen a caballo con diez mil caballeros. Cada uno debía dirigirse a una región en busca de la reina Fajr Tach. Montaron a caballo y cada jefe se dirigió con sus hombres hacia una provincia. La madre de la princesa y sus esclavas se vistieron de negro, se cubrieron de ceniza y se sentaron a llorar y sollozar. Esto es lo que a ellas se refiere.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de lo que había sucedido a Garib en el camino de estas cosas portentosas. Viajó durante diez días. El undécimo descubrió una nube de polvo que se levantaba hasta lo más alto del cielo. Garib mandó llamar al jefe que mandaba a los persas y éste acudió. Le dijo: «Acláranos la causa de esa polvareda que se ha levantado». «Oír es obedecer», replicó, y a continuación guió a su corcel hasta meterlo debajo del polvo. Descubrió a quienes la levantaban, los interrogó y uno de ellos le contestó: «Nosotros somos los Banu Hattal y nuestro emir es al-Samsam b. al-Charrah. Vamos en busca de una presa y nuestras gentes suman cinco mil caballeros». El persa regresó, espoleando a su corcel, a presentarse ante Garib. Le informó de lo que ocurría. Garib chilló a los Banu Qahtán y a los persas: «¡Coged vuestras armas!» Las empuñaron y avanzaron. Los árabes les salieron al encuentro gritando: «¡Botín! ¡Botín!» Garib los increpó: «¡Perros árabes! ¡Que Dios os pierda!» Cargó y aguantó el choque como un héroe. Decía: «¡Dios es el más grande! ¡Gloria a la religión de Abraham, el Amigo (¡sobre el cuál sea la paz!)!» Iniciado el combate se multiplicaron los encuentros, la espada entró en funciones y el tumulto creció.

Lucharon sin tregua hasta que se desvaneció el día y llegó la noche. Entonces se separaron los contendientes. Garib vio que habían matado a cinco Banu Qahtán y setenta y tres persas mientras que habían muerto más de quinientos caballeros de los de Samsam. Éste descabalgó y no pudo comer ni dormir. Dijo a sus gentes: «Jamás en mi vida he visto a un combatiente como ese muchacho: unas veces ataca con la espada, otras con la maza. Pero mañana me dejaré ver en el campo de batalla, lo buscaré en la palestra de los sables y las lanzas y haré pedazos a esos árabes». La reina Fajr Tach salió a recibir a Garib cuando éste regresó junto a los suyos. Lloraba de terror por lo que había sucedido, y besó el pie del joven, que aún estaba en el estribo. Le dijo: «¡Que tu mano no se seque ni

puedan injuriarte jamás tus enemigos, oh, caballero del tiempo! ¡Loado sea Dios que te ha salvado en este día! Tengo miedo de que estos árabes te causen algún mal» . Garib rompió a reír en su propia cara al oír estas palabras, la tranquilizó y calmó diciendo: « No temas, reina. Aunque los enemigos llenasen todo este desierto, los aniquilaría gracias a la fuerza del Altísimo» . La princesa le dio las gracias y le deseó que venciese a sus enemigos. A continuación se marchó junto con sus doncellas.

Garib se apeó, se lavó las manos y la sangre de los infieles y todos pasaron la noche en guardia hasta la mañana. Entonces los dos contendientes montaron a caballo y se dirigieron al campo de batalla, a la palestra del combate y de la lanza. Quien primero llegó allí fue Garib: condujo a su corcel aproximándose a los infieles y les gritó: « ¿Hay algún campeón que no sea perezoso y quiera salir a medirse conmigo?» Salió un gigante tremebundo que pertenecía a la raza de Ad. Atacó a Garib diciendo: « ¡Pedazo de árabe! ¡Coge lo que te llega! ¡Prepárate a morir!» Llevaba una maza de hierro que pesaba veinte *ratl*. Levantó la mano y dio un golpe a Garib. Pero éste se apartó y la maza se hundió un codo en el suelo. El gigante se curvó en el momento de pegar y Garib le alcanzó con su maza y le rompió la frente: cayó al suelo y Dios se apresuró a conducir su espíritu al fuego. Garib corrió arriba y abajo y provocó a un combate singular. Se presentó otro enemigo y lo mató; y lo mismo ocurrió con el tercero y el décimo. Todo aquél que acudía a medirse con él, quedaba muerto. Los infieles al ver que Garib combatía y mataba, se retrayeron y se retiraron. Su príncipe los miró y les dijo: « ¡Que Dios no os bendiga! ¡Yo me mediré con él!» Se puso los arreos de guerra y condujo su corcel hasta colocarse a la altura de Garib en el campo de batalla. « ¡Ay de ti, perro de los árabes! —le dijo—. ¿Cómo te atreves a hacerme frente en el campo de batalla y a matar a mis hombres?» Garib le replicó: « ¡Prepárate a combatir y a vengar la muerte de tus caballeros!» Samsam cargó contra Garib, quien le aguardó con pecho firme y corazón admirable. Los dos combatieron con sus mazas de tal modo que ambos bandos estaban perplejos: todos los ojos estaban clavados en ellos. Corrieron por la palestra y se golpearon por dos veces, pero Garib evitaba los golpes que Samsam daba en la lucha y el combate. Un mazazo de Garib alcanzó a Samsam, le hendió el pecho y le hizo caer muerto en el suelo. Los hombres de éste cargaron a la vez contra Garib, quien se abalanzó sobre ellos al grito de « ¡Dios es el más grande! ¡Él hace conquistar y vencer y abandona a quien no cree en la religión de Abraham, su Amigo (¡sobre el cual sea la paz!)!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando los infieles oyeron

mencionar al Rey Todopoderoso, el Único, el Temible, aquel al que no alcanzan las miradas mientras Él ve todas las cosas, se miraron unos a otros y dijeron: « ¿Qué significan estas palabras que nos hielan la sangre, debilitan nuestras fuerzas y acortan nuestra vida? Jamás hemos oído palabras mejores» . Chillaron: « ¡Dejad de combatir hasta que hayamos preguntado el significado de estas palabras!» Pararon el combate, se apearon de los caballos, se reunieron sus jefes, conferenciaron y decidieron ir junto a Garib. Dijeron: « Irán a verle diez de los nuestros» . Eligieron diez de sus mejores hombres, los cuales se dirigieron al campamento de Garib.

Éste y sus hombres se habían marchado a sus tiendas admirados de que el enemigo hubiese renunciado al combate. Entonces llegaron los diez hombres que pidieron ser recibidos por Garib. Besaron el suelo, le desearon gloria y larga vida y éste les preguntó: « ¿Por qué os habéis retirado del combate?» « ¡Señor nuestro! Nos han atemorizado las palabras que nos has dirigido.» « ¿Qué ídolos adoráis?» « Adoramos a Wadd, Suwa y Yagut[248], señores de la tribu de Noé.» « Pues nosotros adoramos a Dios (¡ensalzado sea!), Creador de todas las cosas, que concede el sustento a todos los seres vivos, que ha creado los cielos y la tierra; que ha plantado los montes y hecho brotar las fuentes de agua a través de las piedras; que hace crecer los árboles y da el sustento a las fieras que habitan el desierto. Él es el Dios Único, el Todopoderoso.» El pecho de sus oyentes se dilató al oír las palabras que se referían al credo monoteísta. Exclamaron: « ¡Este Dios es un gran Señor! ¡Es clemente y misericordioso! ¿Qué debemos decir para ser musulmanes?» « No hay dios sino el Dios de Abraham, y éste es el amigo de Dios.» Los diez se convirtieron sinceramente. Garib les dijo: « Para mostrar la dulzura de la conversión que tenéis en vuestros corazones id junto a vuestras gentes, exponedles los principios del Islam. Si se convierten, se habrán convertido; de lo contrario los quemaremos con el fuego» .

Los diez se marcharon, llegaron junto a sus gentes, les expusieron la religión del Islam y les explicaron el camino de la verdad y de la fe. Se convirtieron externa e internamente y corrieron, a pie, a presentarse a Garib. Besaron el suelo ante éste, le desearon poder y alto rango y dijeron: « ¡Señor nuestro! Nosotros somos tus esclavos. Mándanos lo que quieras. Te oiremos y te obedeceremos y no nos separaremos de ti, ya que Dios nos ha puesto en el buen camino por tu mediación» . Garib los recompensó y les dijo: « Podéis ir a vuestras casas y poneros en camino con vuestros bienes y vuestros hijos precediéndonos al Valle de las Flores, al castillo de Sas b. Sit, hasta el momento en que yo haya hecho entrega de Fajr Tach, hija de Sabur, rey de los persas, y regrese a vuestro lado» . « Oír es obedecer» , le replicaron. Se pusieron en camino inmediatamente y se dirigieron a su tribu la mar de contentos por haberse convertido. Expusieron el Islam a sus familias y a sus hijos y todos lo aceptaron. Destruyeron sus casas, cogieron sus riquezas y ganados y se marcharon al Valle de las Flores. El Ogro

del Monte salió a recibirlos, pues Garib les había recomendado: « Si sale a haceros frente el Ogro del Monte y quiere combatir, recordadle que “Dios (¡ensalzado sea!) es el Creador de todas las cosas”. Cuando oiga mencionar el nombre de Dios (¡ensalzado sea!) renunciará al combate y os acogerá bien» . El Ogro y su hijo salieron a combatirlos, pero los emigrantes les citaron el nombre de Dios (¡ensalzado sea!) y entonces les hicieron una magnífica acogida y les preguntó qué les ocurría. Le refirieron todo lo sucedido con Garib, lo cual alegró mucho a Sadán, quien los invitó a acampar y los cubrió de bienes. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Garib: Se había puesto en camino con la reina Fajr Tach y se había dirigido hacia la ciudad de Isbanir. Viajaron durante cinco días. Al sexto se levantó una nube de polvo. Envió a un persa para que averiguase de qué se trataba. Éste corrió hacia la nube de polvo y regresó más rápido que el pájaro cuando vuela. Dijo: « ¡Señor mío! Esa polvareda la levantan mil caballeros, compañeros nuestros, a los cuáles ha enviado el rey en busca de la reina Fajr Tach» . Cuando Garib se enteró de esto mandó a sus hombres que descabalgasen y levantasen las tiendas. Así se hizo. Los hombres de la reina Fajr Tach recibieron a los recién llegados e informaron y explicaron a Tumán, que era quien los mandaba, que la princesa estaba con ellos. Tumán, al oír hablar del rey Garib, entró a saludable, besó el suelo ante él y le preguntó qué tal se encontraba la reina. Garib mandó que lo condujesen a su tienda. Tumán entró, le besó las manos y los pies, la informó de lo que había sucedido a su padre y a su madre y ella le explicó todo lo que le había ocurrido y cómo Garib la había librado del Ogro de la Montaña.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Fajr Tach le contó a Tumán] que a no ser por el príncipe, el Ogro la hubiese devorado. Añadió: « Es necesario que mi padre le ceda la mitad del reino» . Tumán besó las manos y los pies de Garib y le dio las gracias por sus favores y concluyó: « ¡Señor mío! Con tu permiso voy a regresar a la ciudad de Isbanir para dar la buena nueva al rey» . Le contestó: « Ve y obra la recompensa» . Tumán se marchó y Garib siguió el viaje en pos de él. El primero apretó la marcha hasta llegar a vista de Isbanir al-Madain. Subió al castillo y besó el suelo delante del rey Sabur. Éste le preguntó: « ¿Qué noticias hay, mensajero de bien?» « No te lo digo hasta que me hayas concedido una recompensa.» « Dame la buena noticia y te dejaré satisfecho.» « ¡Rey del tiempo! Te anuncio la llegada de la reina Fajr Tach.» El rey Sabur cayó desmayado al oír mencionar a su hija. Le rociaron con agua de rosas, volvió en sí y chilló a Tumán: « ¡Acércate y dímelo!» Éste se aproximó y le

explicó todo lo que había ocurrido a la reina Fajr Tach. El rey, al oírlo, aplaudió y exclamó: « ¡Pobre Fajr Tach!» Mandó que diesen a Tumán diez mil dinares y le hizo don de la ciudad y provincia de Isbahán. A continuación llamó a sus emires y les dijo: « Montad todos a caballo para salir a recibir a la reina Fajr Tach» . Un criado particular corrió a informar a la madre y al harén de la noticia. Todas se alegraron mucho. La madre regaló un vestido al criado y le dio mil dinares. Los habitantes de la ciudad se enteraron y engalanaron los zocos y las casas.

El rey y Tumán montaron a caballo y anduvieron hasta dar vista a Garib. Entonces, el rey Sabur descabalgó y avanzó a pie para recibir a Garib. Éste hizo lo mismo y ambos, al encontrarse, se abrazaron y se saludaron. Sabur se inclinó y besó las dos manos de Garib, dándole las gracias por sus favores. Plantaron unas tiendas enfrente de otras y Sabur entró a saludar a su hija. Ésta se puso de pie, lo abrazó y le refirió todo lo que le había ocurrido y el modo cómo Garib la había librado de la prisión del Ogro del Monte. Su padre le dijo: « ¡Por vida tuya, hermosa señora! ¡He de cubrirlo de regalos!» « ¡Padre! ¡Hazlo tu yerno para que te sirva de auxilio frente a tus enemigos! Es un valiente.» Pronunció estas palabras porque su corazón estaba pendiente de Garib. « ¡Hija mía! ¿Es que no sabes que el rey Jirad Sah ha tirado el brocado y ha regalado cien mil dinares? Es el rey de Siraz y su provincia y posee un Estado, un ejército y soldados.» Fajr Tach replicó: « ¡Padre! ¡No quiero a quien me has citado! ¡Si me fuerzas a casarme con quien no quiero me mataré!» El rey se marchó y fue a ver a Garib. Éste se levantó e hizo sentar al soberano, quien no se saciaba de mirarlo. Se dijo: « ¡Por Dios! ¡Mi hija tiene disculpa por haberse enamorado de este beduino!» Más tarde sirvieron la comida, comieron y durmieron. Al día siguiente se pusieron en marcha y llegaron a la ciudad en la que entraron el rey y Garib, cabalgando el uno junto al otro. Aquél fue un día memorable. Fajr Tach entró en su alcázar, en la sede de su gloria; la madre y las criadas la recibieron llenas de alegría y alborozo. El rey Sabur se sentó en el trono de su reino e hizo sentar a Garib a su derecha. Los reyes, los chambelanes, los príncipes y los ministros de la diestra y la siniestra felicitaron al rey por haber hallado a su hija. El rey dijo a los grandes de su reino: « Quien me ame, que haga regalos a Garib» . Los donativos cayeron encima de éste como la lluvia.

Garib permaneció acogido a la hospitalidad durante diez días, al cabo de los cuales quiso marcharse. El rey le conjuró, por su religión, a que no lo hiciera y a que se quedase durante un mes. Garib le replicó: « ¡Rey! He pedido en matrimonio una hija de los árabes y quiero volver a su lado» . « ¿Quién es más hermosa, tu prometida o Fajr Tach?» « ¡Rey del tiempo! Hay la misma diferencia que entre el esclavo y el amo.» « La princesa es tu esclava, ya que tú la libraste de las garras del Ogro, Ella no tendrá otro marido.» Garib se levantó, besó el suelo y dijo: « ¡Rey del tiempo! Tú eres el rey y yo soy un pobre hombre. Tal vez tú pidas un gran regalo de bodas» . El rey Sabur le replicó:

« ¡Hijo mío! Sabe que el rey Jirad Sah, señor de Siraz y su comarca, la ha pedido en matrimonio y le ha ofrecido una dote de cien mil dinares. Pero yo te he escogido a ti entre todas las gentes para que seas la espada de mi reino, el escudo de mi venganza» . Volviéndose a sus grandes, les dijo: « ¡Sed testigos, súbditos míos, de que concedo en matrimonio a mi hija Fajr Tach a mi hijo Garib!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey] estrechó la mano de Garib y la princesa pasó a ser su mujer. Garib intervino: « ¡Dime la dote que quieres que te traiga! En el castillo de Sasa tengo innumerables riquezas y tesoros» . « ¡Hijo mío! No quiero ni dinero ni tesoros y no aceptaré más dote que la cabeza de Chamraqán, rey del Dast y de la ciudad de al-Ahwaz.» « ¡Rey del tiempo! Iré con mis gentes y regresaré trayendo prisionero a tu enemigo; arruinaré su país.» El rey le deseó toda suerte de bienes, una vez que se hubieron marchado las gentes y los grandes. Pero, en realidad, el rey creía que si Garib combatía con Chamraqán, rey del Dast, no regresaría jamás.

Al día siguiente el rey y Garib montaron a caballo. Aquél mandó a los solidados que montasen y así lo hicieron. Cabalgaron y se apearon en la palestra. El rey les dijo: « ¡Jugad con las lanzas y alegrad mi corazón!» Los campeadores persas jugaron entre sí. Garib dijo: « ¡Rey del tiempo! Deseo que permitas que me mida con los caballeros persas, pero con una condición» . « ¿Cuál es?» « Vestiré sobre mi cuerpo un vestido ligero, cogeré una lanza despuntada y me recubriré con un chal teñido de color de azafrán. Me mediré con el valiente y el campeador que quiera hacerme frente con una lanza bien afilada. Si me vence, le donaré mi vida, pero si le venzo lo marcaré en el pecho y saldrá del campo.» El rey ordenó al jefe del ejército que hiciese salir a los héroes persas. Escogió mil doscientos caballeros persas, los más valientes y diestros. El rey les dijo en persa: « Aquel de vosotros que dé muerte a este beduino podrá expresar su deseo y lo satisfaré» . Los campeones se precipitaron al encuentro de Garib, cargaron contra él y se distinguió entre lo real y lo falso, entre lo serio y la broma. El joven exclamó: « ¡En Dios me apoyo! ¡En el Dios de Abraham, su amigo, Aquel que es Todopoderoso, al que nada se le oculta, el Único, el Potente, al que no ven los ojos!»

Un gigantesco héroe persa avanzó. Garib no le dio más tiempo de estar parado que aquel que necesitó para saber que su pecho estaba recubierto de azafrán. En cuanto se dio la vuelta Garib lo alanceó en el cuello, lo derribó por el suelo y sus garzones se lo llevaron de la palestra. Se aproximó otro y lo venció y lo mismo ocurrió con el tercero, cuarto y quinto. No paró de vencer a un héroe en pos de otro hasta que todos se dieron cuenta de que Dios (¡ensalzado sea!) le

auxiliaba. Todos salieron del campo y les sirvieron la comida. Comieron. Les ofrecieron las bebidas y bebieron. Garib bebió también y se quedó aturdido. Se levantó para ir a evacuar una necesidad y cuando quiso volver al comedor se perdió y entró en el pabellón de Fajr Tach. Ésta perdió la razón al verlo y ordenó a sus doncellas: « ¡Marchaos a vuestros puestos!» Todas se dispersaron y fueron a sus lugares. La princesa se acercó a Garib y le besó la mano diciéndole: « ¡Bien venido mi señor, aquel que me salvó del Ogro! Yo soy tu esclava para siempre» . Lo arrastró al lecho y lo abrazó. La pasión se apoderó de Garib, quien la poseyó y pasó con ella toda la noche. Esto es lo ocurrido. El rey, entretanto, creía que Garib se había marchado.

Al día siguiente Garib se presentó ante el rey, quien se levantó y le hizo sentar a su lado. Los reyes entraron después, besaron el suelo y se alinearon a derecha e izquierda y se dedicaron a hablar del valor de Garib. Decían: « ¡Gloria a Aquel que le ha dado tanto valor a pesar de ser tan joven!» Mientras hablaban vieron por una de las ventanas del palacio una nube de caballos que se acercaba. El rey gritó a los correos: « ¡Ay de vosotros! ¡Traedme noticia de quiénes son los que levantan la polvareda!» Uno de los caballeros corrió hasta los que llegaban y regresó diciendo: « ¡Rey! Debajo de la polvareda hemos encontrado cien caballeros cuyo Emir se llama Sahim al-Layl» . Garib exclamó al oír estas palabras: « ¡Señor mío! ¡Es mi hermano! Le había mandado a un negocio. Salgo a su encuentro» . Garib y sus cien caballeros Banu Qahtán montaron a caballo; mil persas se les unieron. El gran séquito —pero no hay grandeza más que en Dios— y Garib avanzaron hasta reunirse a Sahim al-Layl. Los dos hermanos echaron pie a tierra y se abrazaron. Después volvieron a montar. Garib le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Has conducido a tus gentes a la fortaleza de Sasa y al Valle de las Flores?» « ¡Hermano! El perro traidor, al oír que te habías apoderado del castillo del Ogro del Monte se irritó aún más y exclamó: “Si no me marcho de este campo, Garib vendrá y me arrebatará a mi hija Mahdiyya sin pagarme la dote”. Ha cogido a su hija, su gente, su familia y sus bienes y se ha marchado al Iraq, ha entrado en Kufa y ha pedido la protección del rey Achib, ofreciendo a éste como mujer a su hija Mahdiyya.»

Garib, al oír las palabras de su hermano Sahim al-Layl estuvo a punto de morir de dolor. Exclamó: « ¡Juro por la religión del Islam, por la religión de Abraham, el amigo de Dios! ¡Juro por Dios, el Grande, que he de ir al Iraq y encender allí la guerra!» Él y su hermano entraron en la ciudad. Condujo a éste a palacio y ambos besaron el suelo. El rey se levantó en honor de Garib y saludó a Sahim. Garib explicó al rey lo que había ocurrido y el soberano mandó que se le reuniesen diez jefes, cada uno de los cuales habría de llevar diez mil caballeros escogidos entre los más valientes árabes y persas.

Éstos hicieron los preparativos en tres días. Garib se puso en marcha y fue a la fortaleza de Sasa. El Ogro del Monte y sus hijos salieron a recibirle. Iban a pie.

Besaron los pies de Garib, que estaban en el estribo. Éste contó al Ogro del Monte lo que había ocurrido. El Ogro le contestó: « ¡Señor mío! Instálate en tu fortaleza, pues yo, mis hijos y mis soldados iremos al Iraq. Destruiré la ciudad de Rustaq y te traeré maniatados del modo más seguro a todos sus ejércitos» . Garib le dio las gracias y dijo: « ¡Sadán! Iremos juntos» . El Ogro hizo sus preparativos en el acto, y realizó lo que Garib le había mandado. Todos se pusieron en marcha, dejando mil caballeros en la fortaleza para que la custodiasen. Así viajaron dirigiéndose al Iraq. Esto es lo que se refiere a Garib.

He aquí lo que hace referencia a Mirdás: Condujo a su tribu hasta llegar a territorio del Iraq. Entonces tomó consigo un buen regalo y marchó a Kufa ofreciéndoselo a Achib. Después besó el suelo, hizo las invocaciones de rigor y dijo: « ¡Señor mío! Vengo para pedirte protección» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Achib ordenó:] « Dime quién te ha maltratado para que pueda defenderte de él. Te protegería aunque se tratara de Sabur, rey de los persas, turcos y daylamíes.» « ¡Rey del tiempo! Me ha ofendido un adolescente al que he criado en mi seno, al cual hallé en el regazo de su madre que estaba en un valle. Me casé con la madre y tuve un hijo con ella al que llamé Sahim al-Layl. Su hijo se llama Garib. Éste ha crecido a mi amparo transformándose en un rayo ardiente y una gran calamidad: ha dado muerte a Hassán[249], señor de los Banu Nabhán, ha matado hombres y atemorizado a los caballeros. Yo tengo una hija que sólo es digna de un rey. Me la pidió en matrimonio y le exigí que me trajese la cabeza del Ogro del Monte. Fue al encuentro de éste, lo venció, lo capturó y lo transformó en uno de sus secuaces. He oído decir que ha cambiado de religión e invita a las gentes a que entren en su creencia. Ha salvado del Ogro a la hija del rey Sabur y se ha apoderado de la fortaleza de Sasa b. Sit b. Saddad b. Ad que encierra el tesoro de generaciones pasadas y recientes. Se ha ido a devolver la hija de Sabur a su padre y regresará con los bienes de los persas.» Achib palideció al oír las palabras de Mirdás, se sintió incómodo y se dio por muerto. Dijo: « ¡Mirdás! ¿La madre de ese muchacho está contigo o con él?» « Conmigo, en mi tienda.» « ¿Cómo se llama?» « Nusra.» Achib exclamó: « ¡Es ella! ¡Mándala venir!» Achib, al vería, la reconoció y exclamó: « ¡Maldita! ¿Dónde están los dos esclavos que envié contigo?» « Los dos se dieron muerte por mí.» Achib desenvainó la espada y la partió en dos mitades. La sacaron de allí y la echaron. En el corazón de Achib había entrado la tentación. Dijo: « ¡Mirdás! ¡Cásame con tu hija!» « ¡Es una de tus esclavas y te casaré con ella, pues yo soy uno de tus siervos!» Achib dijo: « Quiero ver a Garib, hijo del adulterio, para darle muerte y hacerle probar

distintas clases de tortura» . Mandó que diesen a Mirdás treinta mil dinares, cien piezas de seda bordada en oro, cien tapetes, pañuelos y collares de oro como dote de su hija. Mirdás se marchó llevando esta gran dote y se esforzó en aderezar a Mahdiyya. Esto es lo ocurrido a ésos.

He aquí lo que hace referencia a Garib: Viajó hasta llegar a la Chazira, que es la primera región del Iraq: es una ciudad importante y fuerte. Garib mandó hacer alto en ella. Los habitantes de la ciudad al ver que un ejército acampaba allí cerraron las puertas, pusieron las murallas en pie de guerra, corrieron ante el rey y Je informaron. Éste miró desde las ventanas de palacio y vio que se trataba de un ejército en marcha compuesto de persas. Preguntó: « ¡Gentes! ¿Qué quieren esos persas?» « ¡No lo sabemos!» El rey se llamaba al-Damig, ya que rompía la cabeza de los héroes en el campo de batalla. Entre sus servidores había un hombre muy despierto que parecía una llama y que se llamaba el León del Desierto. El soberano lo llamó y le dijo: « Ve al encuentro de ese ejército y entérate de quiénes son, qué desean de nosotros y vuelve en seguida» . El León del Desierto salió rápido como el viento. Llegó hasta las tiendas de Garib y todos los árabes se pusieron de pie y le preguntaron: « ¿Quién eres? ¿Qué quieres?» « Vengo aquí como mensajero del señor de la ciudad para ver a vuestro señor.» Lo tomaron consigo y lo condujeron entre tiendas, pabellones y estandartes hasta la tienda de Garib. Entraron ante éste y le informaron. Dijo: « ¡Traédmelo!» Se lo llevaron. Cuando estuvo ante Garib besó el suelo y le deseó larga vida y poder. Éste le preguntó: « ¿Qué quieres?» « Soy el mensajero de al-Damig, señor de la ciudad de al-Chazira, que es hermano del rey Kundamir, señor de la ciudad de Kufa y de la tierra del Iraq.»

Garib rompió a llorar al oír las palabras del mensajero. Clavó la vista en éste y le preguntó: « ¿Cómo te llamas?» « ¡León del Desierto!» « Pues ve ante tu señor y dile: “El señor de esas tiendas se llama Garib b. Kundamir, señor de Kufa, cuyo hijo le dio muerte. Va a tomar venganza de Achib, el perro traidor”.» el mensajero corrió ante el rey al-Damig, muy contento, y besó el suelo. El rey preguntó: « ¿Qué hay, ¡oh!, León del Desierto?» « ¡Señor mío! el dueño de ese ejército es el hijo de tu hermano» , y a continuación le refirió sus palabras. El rey creyó que todo eso era un sueño y preguntó: « ¡León del Desierto! ¿Es verdad lo que dices?» « ¡Por vida de tu cabeza! ¡Es la verdad!» El soberano mandó a los grandes de su reino que montasen a caballo. Montaron y lo mismo hizo el rey. Se pusieron en marcha y llegaron a las tiendas. Garib, al enterarse de la llegada del rey al-Damig salió a recibirle y ambos se abrazaron. Se saludaron y Garib condujo al soberano a las tiendas. Se sentaron en estrados de honor y al-Damig se alegró mucho al ver a Garib, el hijo de su hermano. Aquél se volvió hacia éste y le dijo: « En mi corazón hay un pesar: el no haber podido vengar a tu padre. Pero no tengo poder para hacer frente a ese perro de hermano tuyo, pues su ejército es numeroso mientras el mío es pequeño» . Garib

replicó: « ¡Tío! Yo he venido a tomar venganza, a lavar la afrenta y a librar a ese país de su dominio» . « ¡Sobrino! Tú has de tomar dos venganzas: la de tu padre y la de tu madre.» Garib preguntó: « ¿Por qué la de mi madre?» « Achib, tu hermano, la ha matado.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Garib preguntó:] « ¿Por qué?» Su tío le refirió todo lo que había ocurrido a su madre y cómo Mirdás había casado a su hija con Achib, quien se disponía a consumar el matrimonio. La razón huyó de la cabeza de Garib al oír las palabras de su tío; se desmayó y estuvo a punto de morir. Al volver en sí chilló a sus soldados: « ¡A caballo!» , pero el tío le dijo: « ¡Sobrino! Espera que haga mis preparativos, que monte a caballo con mis hombres y que te acompañe junto a tu estribo» . « ¡Tío! ¡No tengo paciencia! ¡Haz tus preparativos y reúnete conmigo en Kufa!»

Garib emprendió el viaje y llegó ante la ciudad de Babel, cuyos habitantes se atemorizaron. Vivía en ella un rey llamado Ghamak que disponía de veinte mil caballeros propios más otros cincuenta mil que se le habían reunido y habían levantado sus tiendas frente a Babel. Garib escribió una carta y se la envió al dueño de esta ciudad. El mensajero se puso en camino y al llegar a la entrada gritó: « ¡Soy un mensajero!» El portero corrió ante el rey Ghamak y le explicó la llegada del mensajero. El rey dijo: « ¡Traédmelo!» Fue a buscarlo y regresó con él. El mensajero besó el suelo ante el rey y le dio el mensaje. Ghamak rompió el sello y leyó. Estaba escrito: « Loado sea Dios, señor de los mundos, señor de todas las cosas, que da el alimento a todo ser viviente. Él es poderoso sobre todas las cosas. Envía este mensaje Garib, hijo del rey Kundamir, señor del Iraq y de la tierra de Kufa, a Ghamak. Cuando recibas esta carta, la única respuesta que puedes dar consiste en romper los ídolos y reconocer la unicidad del Rey omnisciente, Creador de la luz y de las tinieblas, Creador de todas las cosas, Todopoderoso. Si no haces lo que te mando haré que este día sea para ti el peor. La paz sea con aquellos que siguen el camino recto, que temen las consecuencias del castigo y obedecen al Rey altísimo, al Señor de la última vida y de ésta, al que dice “sé”, y “es”» . Los ojos de Chamak no se atrevían a dar crédito a lo que leían; su cara palideció y chilló al mensajero: « ¡Ve a tu dueño y dile: “Mañana por la mañana tendrá lugar el encuentro y el combate y quedará claro quién es el verdadero dueño”!» .

El mensajero regresó junto a Garib y le informó de lo que había ocurrido. Éste mandó a sus hombres que tomasen las armas. Chamak plantó sus tiendas delante de las de Garib y alineó ejércitos que parecían las olas del mar embravecido. Todos pasaron la noche con el firme propósito de empezar el

combate. Al amanecer, los dos contendientes extendieron sus filas, repicaron los timbales, montaron a caballo los jinetes y el tumulto llenó la tierra y el espacio. Los campeadores se adelantaron. El primero que se plantó en el campo de la lid y del combate fue el Ogro del Monte, que llevaba un árbol horroroso al hombro. Gritó entre las dos hileras de combatientes: « ¡Soy Sadán, el Ogro! ¿Hay quien quiera combatir conmigo? ¿Hay quien quiera hacerme frente? ¡Que no venga ni el perezoso ni el impotente!» Chilló a sus hijos: « ¡Ay de vosotros! ¡Venid con la leña y el fuego, pues tengo hambre!» Éstos llamaron a sus esclavos, los cuales amontonaron la leña y encendieron el fuego en medio del campo. Un hombre infiel, un gigante poderoso salió a hacerle frente llevando en la mano un palo que parecía el mástil de una embarcación. Se lanzó contra Sadán y le dijo: « ¡Ay de ti, Sadán!» Éste, al oír el grito del enemigo, adoptó su posición más aterradora, hizo girar el árbol en el aire e hirió al enemigo: éste intentó parar el golpe con el palo, pero el árbol dio con todo su peso sobre él y las dos armas chocaron contra la cabeza del prepotente amalecita destrozándola: cayó como el tronco de una palmera. Sadán gritó a sus esclavos: « ¡Asad este cordero tan rollizo! ¡Asadlo de prisa!» Se apresuraron a desollarlo, a asarlo y a servírselo a Sadán, el Ogro, el cual lo comió y chupó sus huesos.

Un escalofrío de terror corrió por el campo de los infieles al ver lo que Sadán hacía con su compañero. Se descompusieron, cambiaron de color y se dijeron unos a otros: « El Ogro se comerá a todo aquel que salga a hacerle frente, chupará sus huesos y le privará del céfiro de la vida» . Intimidados por el Ogro y sus hijos se negaron a seguir combatiendo y a continuación huyeron a su país. Entonces Garib gritó a su gente: « ¡Cargad contra los que huyen!» Persas y árabes se lanzaron sobre las huestes del rey de Babel diezmándolas con la espada, matando más de veinte mil. Ante la puerta se formó un remolino y murieron muchísimos enemigos, pues no pudieron cerrarla: árabes y persas la cruzaron en pos de ellos y Sadán, que se había apoderado de la maza de un muerto, la agitó ante la gente y se mezcló en la pelea: asaltó el palacio de Ghamak, se dirigió hacia éste y de un golpe de maza lo derribó, desmayado, por el suelo. Sadán cargó contra todos los que estaban en palacio, causando estragos. Entonces gritaron: « ¡Paz!

¡Paz!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sadán les replicó: « ¡Atad a vuestro rey!» Lo ataron lo cogieron y lo llevaron ante Sadán. Sadán los condujo, como si fuesen reses que van al matadero, ante Garib.

Entretanto, la mayor parte de los habitantes de la ciudad había muerto por la

espada. Chamak, rey de Babel, al volver en sí del desmayo vio que estaba atado y que el Ogro decía: « Esta noche cenaré con el rey Chamak» . Al oírlo, éste se dirigió a Garib y le dijo: « ¡Estoy bajo tu protección!» « ¡Conviértete y te salvarás del Ogro y del castigo del Viviente, del que no muere!» Chamak se convirtió, externa e internamente, y Garib mandó que le quitasen las ligaduras. A continuación expuso la religión del Islam a los prisioneros y todos se convirtieron y se pusieron al servicio de Garib. Chamak fue a su ciudad, sacó comidas y bebidas y pasaron la noche junto a Babel. Al día siguiente Garib mandó levantar el campo y viajaron hasta llegar a Mayya Fariqin: vieron que la ciudad estaba vacía. Sus habitantes se habían enterado de lo ocurrido en Babel y habían huido dejando vacías sus casas. Prosiguieron la marcha hasta llegar a la ciudad de Kufa. Informaron a Achib de lo que ocurría y éste se apresuró a reunir a sus campeadores, a los que dio a conocer la llegada de Garib. Les mandó que cogiesen las armas para ir a hacer frente a su hermano. Pasó revista a sus hombres y vio que disponía de treinta mil caballeros y diez mil peones. Mandó alistar aún más gente y acudieron cincuenta mil entre caballeros e infantes. Se puso al frente de sus tropas y marchó durante cinco días hasta encontrar el ejército de su hermano que había acampado en Mosul.

Achib levantó sus tiendas ante las de Garib. Éste escribió una carta y volviéndose hacia sus hombres preguntó: « ¿Quién llevará este mensaje a Achib?» Sahim al-Layl se puso en pie de un salto y dijo: « ¡Rey del tiempo! Yo llevaré tu carta y traeré la respuesta» . Entregó el mensaje a Sahim, que no se detuvo hasta encontrarse frente a la tienda de Achib. Avisaron a éste, quien replicó: « ¡Traédmelo!» Le hicieron pasar y le preguntó: « ¿De dónde vienes?» « Vengo —replicó Sahim— de parte del rey de los persas y de los árabes, yerno de Cosroes, señor del mundo. Te envía una carta. ¡Contéstale!» « ¡Dame la carta!» Se la entregó y Achib quitó el sello, la leyó y vio que decía: « ¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso! ¡La paz sea sobre su amigo, Abraham!» Y después: « Reconoce, en el mismo momento en que recibas esta carta, la unidad del Rey generoso, del Causante de todas las cosas, del que hace andar a las nubes, y abandona el culto de los ídolos. Si te conviertes serás mi hermano y nos gobernarás; yo te perdonaré la culpa que cometiste al matar a mi padre y a mi madre y no te reprenderé por lo que hiciste. Pero si no haces lo que te mando te cortaré el cuello, destruiré tu país y me desharé de ti. Te he dado un consejo. La paz sea con aquellos que siguen el recto camino y obedecen al Rey altísimo» .

Achib comprendió en seguida la amenaza que encerraban las palabras de Garib. Los ojos se le desorbitaron, le castañetearon los dientes y estalló de cólera. Rompió la carta y la tiró al suelo. Esto no gustó a Sahim, quien gritó a Achib: « ¡Que Dios seque tu mano por hacer tal cosa!» Achib mandó a sus hombres: « ¡Coged a este perro y hacedlo pedazos con vuestra espada!» Cargaron contra

Sahim, el cual, a su vez, desenvainó la espada y se abalanzó sobre ellos, matando a más de cincuenta héroes; después, se desligó y llegó al lado de su hermano cubierto de sangre. Garib le preguntó: « ¿Cómo estás así, Sahim?» Éste le contó todo lo ocurrido y Garib exclamó lleno de ira: « ¡Dios es el más grande!» Los tambores repicaron en son de guerra, los héroes montaron a caballo y los infantes se alinearon; los valientes se reunieron, los caballos caracolearon en el campo, los infantes se cubrieron de hierro y de gruesas cotas de malla: ciñeron la espada y agarraron la larga lanza. Achib y sus hombres montaron a caballo y los contendientes se acometieron.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el juez de guerra pronunció una imparcial sentencia con boca cerrada y sin hablar. La sangre corrió a torrentes y sobre la tierra se repujó un tapete magnífico: la gente se mezcló con la gente y el combate creció en fragor y violencia: los pies resbalaban, pero el valiente se mantenía enhiesto; el cobarde se replegaba y huía, mas el combate no cesó hasta el fin del día, hasta la llegada de la noche con sus tinieblas. Entonces repicaron los tambores mandando a los combatientes que se separasen unos de otros y cada bando regresó a sus tiendas para pasar la noche. Al día siguiente repicaron los timbales incitando a la guerra y al combate, vistieron los instrumentos de la lucha y ciñeron las buenas espadas empuñando la negra lanza. Montaron en hermosos corceles de poco pelo y gritaron: « ¡Hoy, batalla sin tregua!» Los ejércitos se alinearon como si fuesen el mar embravecido. El primero en abrir la lucha fue Sahim: condujo su corcel entre las dos filas y jugó con dos espadas y dos lanzas de modos tan variados que las personas de seso estaban perplejas. Después gritó: « ¿Hay algún combatiente, algún luchador que no esté ni cansado ni impedido?»

Un caballero infiel se presentó: parecía un tizón al rojo. Pero Sahim no le dio tiempo de plantarse ante él, pues lo alanceó y lo derribó. Venció también al segundo y lo mató; al tercero, lo despedazó; al cuarto, lo aniquiló, y mató a todos los que se presentaron hasta el mediodía; en este momento había matado doscientos campeones. Entonces Achib chilló a sus hombres que se lanzasen al ataque y así los héroes chocaron con los héroes: el combate se generalizó y aumentó el barullo. Las brillantes espadas tintinearon, los hombres acometieron a los hombres y se encontraron en situación difícil; la sangre fluyó y se desbordó, las calaveras pasaron a ser las sandalias de los caballos y el encarnizado combate siguió sin descanso, hasta que terminó el día y llegó la noche con sus tinieblas. Entonces, los contendientes se separaron, se dirigieron a sus tiendas y permanecieron en ellas hasta la mañana siguiente en que ambos bandos montaron a caballo y marcharon en busca de guerra y combate. Los

musulmanes esperaron a que Garib cabalgase debajo de las banderas según tenía por costumbre. Al no aparecer éste, Sahim envió a un esclavo a la tienda de su hermano. Pero no lo encontró. Preguntó a los pajes y le contestaron: « Nada sabemos» . Sahim experimentó una gran pena, salió e informó a los musulmanes. Éstos se abstuvieron de entablar combate, pues dijeron: « Si Garib se ha ido, sus enemigos nos aniquilarán» .

La causa de la ausencia de Garib era algo prodigioso, la citaremos con orden: cuando Achib regresó a su tienda después de haber combatido a su hermano Garib, llamó a uno de sus servidores que se llamaba Sayyar y le dijo: « ¡Oh, Sayyar! Te he guardado en espera de un día como éste: te mando que te introduzcas entre las filas de Garib, que llegues hasta la tienda del rey y que lo traigas aquí, mostrándome así tu habilidad» . « Oír es obedecer» , le replicó. El esbirro se marchó y llegó a la tienda de Garib cuando ya era noche cerrada, cuando todos los hombres se habían ido a la cama. Sayyar se quedó plantado como si estuviese de servicio. Garib tuvo sed y le pidió agua. Le llevó una taza de agua en la que había mezclado un narcótico. En cuanto Garib terminó de beber, su cabeza fue a dar con los pies. Sayyar le envolvió en un manto, se lo cargó encima y lo transportó hasta llegar a la tienda de Achib. Una vez en ella se quedó firme y arrojó el preso a sus pies. Achib preguntó: « ¿Qué es esto, Sayyar?» « Esto es tu hermano Garib» . Achib se alegró y dijo: « ¡Que los ídolos te bendigan! ¡Suéltalo y despiértalo!» Le dio a oler vinagre y volvió en sí. Abrió los ojos y vio que estaba atado y en una tienda que no era la suya. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Su hermano le chilló: « ¿Conque reúnes soldados contra mí, perro? ¿Quieres matarme y vengar a tu padre y a tu madre? Hoy te reuniré con ellos y haré que el mundo descanse, libre de ti» . « ¡Perro infiel! ¡Verás cómo se tuercen los acontecimientos, verás quién es el oprimido por el Rey Todopoderoso y Omnisciente, Aquel que va a meterte en el infierno en donde estarás inerme y serás atormentado! Ten piedad de ti mismo y di conmigo: “No hay dios, sino el Dios de Abraham, el amigo de Dios”.» Achib se inflamó de cólera al oír las palabras de Garib, empezó a rugir, chillar e injuriar a su dios de piedra. Mandó llamar al verdugo y pidió el tapete de las ejecuciones. Acudió su visir, quien en su interior era musulmán, pero que aparentaba ser infiel, besó el suelo y dijo: « ¡Rey del tiempo! Ten paciencia y no te precipites hasta que veamos quién es el vencedor y quién el vencido. Si somos los vencedores, siempre podemos matarlo, pero si somos los vencidos el tenerlo en nuestras manos nos dará fuerza» . Los emires exclamaron: « ¡El visir tiene razón!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Achib mandó que encadenasen y pusiesen en cepos a Garib y lo dejó en su tienda custodiado por mil héroes. Las gentes de Garib vieron por la mañana que habían perdido su rey y no lo encontraban: parecían un rebaño que hubiese perdido su pastor. Sadán, el Ogro, les dijo: « ¡Soldados! Coged las armas y confiad en vuestro Señor. ¡Él os defenderá!» Los árabes y los persas montaron a caballo después de haberse vestido de hierro y puesto las cotas de malla. Los jefes se mostraron, los abanderados avanzaron y el Ogro del Monte, llevando en las manos un palo que pesaba doscientas *ratl*, salió al campo. Lo recorrió de un lado a otro y dijo: « ¡Adoradores de ídolos! ¡Dejaos ver! ¡Hoy es el día del choque! Quien me ha conocido ha tenido bastante con mis malos tratos; me daré a conocer para quien no me conozca: yo soy Sadán, paje del rey Garib. ¿Hay quien quiera combatir? ¿Hay quien quiera luchar? ¡Que no se acerquen ni el cobarde ni el impotente!» Un campeón de los incrédulos avanzó: parecía que fuese una brasa de fuego. Cargó contra Sadán, quien lo acogió con un trancazo que le rompió las costillas. El enemigo cayó al suelo sin alma.

El Ogro gritó a sus hijos y esclavos. « ¡Encended el fuego! ¡Asad bien a todos los infieles que caigan, aderezadlos, dejadlos hasta que estén en su punto y servídmelos como almuerzo!» Hicieron lo que les mandaba. Encendieron el fuego en medio del campo de batalla, pusieron a asar al muerto y cuando estuvo bien, se lo sirvieron a Sadán, quien comió su carne y chupó sus huesos. Los infieles, al ver lo que había hecho el Ogro del Monte, se atemorizaron muchísimo. Achib gritó a su gente: « ¡Ay de vosotros! ¡Cargad contra ese ogro! ¡Heridlo con vuestras espadas! ¡Hacedlo pedazos!» Veinte mil hombres se abalanzaron sobre Sadán, mientras los infantes lo rodeaban y arrojaban dardos y venablos. Le causaron veinticuatro heridas y la sangre corrió por el suelo. Estaba luchando solo y los campeones musulmanes se abalanzaron sobre los politeístas invocando el auxilio de Dios, Señor de los mundos. La batalla y el combate duró hasta el fin del día. Entonces los contendientes se separaron. Sadán quedó prisionero: parecía que estuviese borracho de tanta sangre como había perdido. Lo ataron fuertemente y lo colocaron al lado de Garib. Éste, al ver prisionero también a Sadán, exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Preguntó: « ¡Sadán! ¿Cómo estás así?» « Señor mío: Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha decretado las penas y las alegrías, da éstas y aquéllas.» « Dices la verdad, Sadán.» Achib pasó la noche contento y dijo a sus hombres: « Mañana montad a caballo y acometed al ejército de los musulmanes hasta que no quede ni uno» . « ¡Oír es obedecer!» , le replicaron.

He aquí lo que hace referencia a los musulmanes: Pasaron la noche deshechos, llorando por su rey y por Sadán. Sahim les dijo: « ¡Soldados! ¡No os preocupéis, pues Dios (¡ensalzado sea!) os devolverá pronto la alegría!» Sahim, llegada la medianoche se marchó al campamento de Achib, cruzó tiendas y

pabellones hasta llegar al sitio en que éste se encontraba sentado en el trono de su poder. Los reyes le rodeaban. Sahim estaba disfrazado de paje. Se acercó a una vela encendida, la despabiló, depositó en ella polvo de un narcótico y salió al exterior. Esperó a que el humo llegase hasta Achib y sus reyes. Todos cayeron al suelo como si estuviesen muertos. Sahim los dejó así, corrió a la tienda que servía de cárcel y en ella encontró a Garib y Sadán. La custodiaban mil caballeros medio dormidos. Sahim les chilló: « ¡Ay de vosotros! ¡No durmáis! ¡Vigilad a vuestro enemigo y encended las velas!» Sahim empezó a encenderlas con una madera que llevaba repleta de narcótico y dio una vuelta en torno de la tienda. El humo narcotizante entró por las narices de los dos prisioneros y se durmieron, pero también se narcotizaron todos los soldados de la vigilancia y quedaron dormidos. Sahim al-Layl llevaba vinagre en una esponja. Se la hizo oler hasta que volviesen en sí. Los libró de las cadenas y argollas y ambos le miraron, hicieron votos por él y se alegraron de verlo. Cargaron con todas las armas de los guardianes. Sahim dijo a los dos: « Id al ejército» . Se marcharon. Sahim entró en el pabellón de Achib, lo envolvió en un manto, lo cargó a hombros y se dirigió a las tiendas de los musulmanes. El señor, el Misericordioso, lo ocultó hasta que estuvo en la tienda de Garib. En ella abrió el manto. Garib miró lo que había en su interior y encontró a su hermano Achib atado. Exclamó: « ¡Dios es el más grande! ¡Conquista! ¡Victoria!» Garib dijo: « Sahim: ¡Despiértalo!» Éste se aproximó y le hizo oler vinagre e incienso. El prisionero abrió los ojos y se encontró atado, sujeto. Bajó la cabeza al suelo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib le dijo: « ¡Maldito! ¡Levanta la cabeza!» La levantó y vio que se encontraba entre persas y árabes, que su hermano estaba sentado en el trono de su reino, en la sede de su gloria. Calló, no dijo nada y Garib chilló: « ¡Desnudad este perro!» Lo desnudaron y lo cubrieron de latigazos hasta que el cuerpo se le debilitó y perdió el sentido. Cien caballeros fueron los encargados de vigilarlo.

Apenas había terminado Garib de torturar a su hermano cuando se oyeron en las tiendas de los infieles gritos de: « ¡No hay dios sino el Dios! ¡Dios es el más grande!» El rey al-Damig, tío de Garib, era el causante. Una vez partido éste de la Chazira, esperó diez días. Después se puso en camino con veinte mil caballeros y anduvo hasta llegar a las inmediaciones del campo de batalla. Despachó a un mensajero para que le informase. Éste permaneció ausente un día y al regreso informó al rey al-Damig de lo que había sucedido a Garib con su hermano. El soberano esperó la llegada de la noche y entonces, al grito de « Dios es el más grande» , había acometido a los infieles espada en mano.

Garib y sus gentes oyeron estos gritos. Éste se dirigió a su hermano Sahim al-Layl y le dijo: « Averíguanos lo que ocurre en ese ejército y la causa de que se grite “Dios es el más grande”» . Sahim se dirigió al lugar del encuentro y preguntó a los pajes. Le informaron de que el rey al-Damig, tío de Garib, había llegado con veinte mil caballeros y había dicho: « ¡Juro por el amigo de Abraham que no he de abandonar al hijo de mi hermano! ¡He de portarme como un valiente, rechazar a los incrédulos y dejar satisfecho al Rey Todopoderoso!» Inmediatamente después había cargado con sus hombres, en medio de las tinieblas de la noche, contra los infieles.

Sahim al-Layl regresó junto a su hermano Garib y lo informó de lo que había hecho su tío. Garib gritó a sus hombres: « ¡Coged vuestras armas y montad a caballo! ¡Ayudad a mi tío!» Sus soldados montaron, cargaron contra los infieles pasándolos al filo de la cortante espada de tal modo que al amanecer habían matado casi cincuenta mil, habían hecho prisioneros treinta mil y habían puesto en fuga, a todo lo largo y ancho de la tierra, al resto. Los musulmanes volvieron a su campo triunfalmente, victoriosos, y Garib montó a caballo y salió a recibir a su tío al-Damig. Saludó a éste y le dio las gracias por lo que había hecho. Al-Damig le dijo: « ¿Quién sabe si el perro ha caído en esta batalla?» Garib le replicó: « ¡Tranquilízate, tío! ¡Alégrate! Sabe que lo tengo atado» . Al-Damig se alegró muchísimo, entraron en la tienda, recorrieron a pie el lugar, pasaron al pabellón y no encontraron a Achib. Garib chilló: « ¡Gloria a Abraham, el amigo de Dios (¡sobre él sea la paz!)! ¡Qué mal día es éste! ¡Qué desgracia!» Llamó a los pajes y añadió: « ¡Ay de vosotros! ¿Dónde está mi enemigo?» « Cuando montaste a caballo fuimos contigo, puesto que no nos mandaste tenerlo en prisión» . « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» , exclamó Garib, y dirigiéndose a su tío añadió: « No te apresures ni te entristezcas. ¿Dónde puede ir? Vamos a buscarlo.»

El paje de Achib, Sayyar, era el causante de su huida. Éste había permanecido oculto entre las tropas y apenas pudo creer que Garib montase y se fuese sin dejar quien custodiase a su enemigo. Esperó, cogió a Achib, se lo cargó a la espalda y se lo llevó hacia el campo. El preso estaba sin sentido a causa del fuerte dolor. Anduvo muy de prisa durante la noche y al día siguiente llegó junto a una fuente de agua que estaba junto a un manzano. Dejó a Achib en el suelo, le lavó la cara y su dueño abrió los ojos. Contempló a Sayyar y le dijo: « Llévame a Kufa, en donde podré reponerme, reunir caballeros, soldados y tropas y vencer a mi enemigo. Sayyar: tengo hambre» . Su servidor se dirigió al bosque, cazó una cría de avestruz, la llevó a su dueño y la sacrificó. Después, reunió leña, encendió fuego con pedernal, la asó, se la dio a comer y le hizo beber agua de la fuente. Achib recuperó fuerzas. Entonces, Sayyar se acercó a un campamento de beduinos, robó un corcel y lo llevó a Achib. Éste montó y se dirigieron a Kufa. Viajaron unos días hasta llegar cerca de la ciudad. El gobernador salió a recibir al

rey Achib, lo saludó y vio que estaba débil por el tormento que le había infligido su hermano. El rey entró en la ciudad, convocó a los médicos y les dijo: «¡Curadme en menos de diez días!» Contestaron: «¡Oír es obedecer!» Los médicos se preocuparon de Achib y le curaron la enfermedad que le había causado el tormento. Entonces mandó a su visir que escribiese cartas a todos sus lugartenientes. Escribió veintiuna y las envió. Éstos reunieron tropas y se dirigieron rápidamente a Kufa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib había quedado muy triste por la fuga de Achib. Había despachado tras él mil campeadores y los había repartido por todos los caminos. Viajaron día y noche, pero no encontraron rastro. Regresaron e informaron a Garib. Éste mandó llamar a su hermano Sahim, mas no lo encontró. Temió que le hubiese sucedido alguna desgracia. Experimentó una pena muy profunda. Mientras estaba así Sahim entró y besó el suelo ante él. Garib, al vedo, le salió al encuentro y le preguntó: «¿Dónde estabas, Sahim?» «¡Rey! He llegado hasta Kufa y he visto que ese perro de Achib ha conseguido alcanzar la sede de su poderío. Ha mandado a los médicos que lo curasen de sus heridas y así lo han hecho, devolviéndole la salud. Ha escrito cartas y las ha enviado a los lugartenientes, los cuales acuden a su lado con tropas.»

Garib mandó a sus soldados que se pusiesen en marcha. Levantaron las tiendas y se dirigieron hacia Kufa. Al llegar a esta ciudad la encontraron rodeada por un ejército semejante al mar tumultuoso, pues no tenía ni principio ni fin. Garib acampó con sus soldados frente a los incrédulos, plantaron las tiendas e izaron las banderas. Las tinieblas cayeron sobre los dos bandos, que encendieron fuegos; los dos contendientes montaron las guardias hasta que apareció el día. El rey Garib, entonces, hizo las abluciones y rezó dos *arracas* de acuerdo con lo prescrito por la religión de nuestro padre Abraham, el amigo de Dios (¡sobre él sea la paz!). Después mandó repicar a los tambores de guerra y así se hizo. Las banderas flamearon y los caballeros vistieron sus armas y montaron en sus corceles, dejándose ver en busca del campo de batalla. El primero que inició las hostilidades fue el rey al-Damig, tío del rey Garib, quien condujo su corcel por entre las dos filas de contendientes y se mostró entre los dos bandos jugando con dos lanzas y dos espadas. Los caballeros quedaron perplejos y los contendientes admirados. Gritó: «¿Hay quien quiera combatir? Que no se acerque ni el perezoso ni el impotente. Yo soy el rey al-Damig, hermano del rey Kundamir». Salió a combatir con él un caballero de los infieles que era un héroe: parecía una llama de fuego. Cargó contra al-Damig sin decir una palabra y éste le salió al

encuentro y le alanceó en el pecho: la punta de la lanza salió por el hombro y Dios se apresuró a conducir su alma al infierno, ¡qué mala morada! Un segundo salió a hacerle frente, y lo mató; se presentó el tercero y lo mató, y así siguió hasta matar a setenta y seis hombres, campeadores. Entonces los enemigos y los héroes rehuyeron el combate.

El incrédulo Achib gritó a los suyos: « ¡Ay de vosotros! ¡Gentes! Si combatís todos, uno después de otro, no va a quedar ni uno solo ni de pie ni sentado. ¡Cargad contra él todos a la vez para dejar a la tierra libre de ellos! ¡Haced que la cabeza de sus jefes ruede bajo los cascos de los caballos!» Entonces tremolaron el espantoso estandarte y se abalanzaron unos contra otros. La sangre corrió y se derramó por el suelo, el juez de la guerra decidió y no fue injusto en su sentencia. Los valientes se clavaron en la palestra con pie firme, mientras los cobardes daban la vuelta y huían. Combatieron hasta que el día se fue y llegó la noche con sus tinieblas; la lucha, el encuentro y el entrechocar de los sables siguió hasta que la oscuridad fue completa; entonces los infieles hicieron repicar el tambor de la retirada, pero esto no satisfizo a Garib, quien cargó contra los politeístas. Los creyentes, los monoteístas le siguieron. ¡Cuántas cabezas y cuellos cortaron! ¡Cuántas manos y espinas dorsales descoyuntaron! ¡Cuántas rodillas y nervios destrozaron! ¡Cuántos jóvenes y ancianos mataron! La llegada de la mañana vio como los politeístas emprendían la fuga y la huida; en el momento de aparecer la clara aurora estaban vencidos y los musulmanes los persiguieron hasta el mediodía. Hicieron prisioneros a más de veinte mil y los ataron.

Garib hizo alto ante la puerta de Kufa y mandó a sus pregoneros que anunciasen a la ciudad citada que dejaría en paz y tranquilidad a quienes dejasen el culto de los ídolos y proclamasen la unidad del Rey omnisciente, Creador de los hombres, de la luz y de las tinieblas. Anunciaron por las calles de la ciudad lo que había dicho: perdón a todos los que se convirtiesen, fuesen grandes o chicos: todos salieron a renovar la profesión de fe musulmana delante del rey Garib. Éste se alegró muchísimo; su pecho respiró y descansó. A continuación preguntó por Mirdás y su hija Mahdiyya y le informaron que había acampado detrás del Monte Rojo. Mandó a buscar a su hermano Sahim; éste acudió y le dijo: « Ve a buscar noticias de tu padre» . Sahim montó en el corcel y no se entretuvo: agarró la lanza de negro brillo y emprendió el camino hacia el Monte Rojo. Buscó, pero no encontró noticias ni restos de gente. Halló a un jeque árabe muy anciano, decrépito por los muchos años. Sahim preguntó por los hombres y adonde habían ido. Le contestó: « ¡Hijo mío! Cuando Mirdás se enteró de que Garib había ocupado Kufa se llenó de pavor. Cogió a su hija y a sus familiares, a todas las doncellas y esclavos y se internó por esa campiña y ese desierto. No sé adónde se dirige» . Sahim, al oír las palabras del jeque, regresó junto a su hermano y le informó. Garib experimentó una pena muy grande, se sentó en el trono del reino de su padre, abrió sus tesoros y distribuyó las riquezas entre todos sus paladines.

Se instaló en Kufa y envió espías a que averiguasen lo que había sido de Achib. Ordenó que se presentasen los grandes del reino y éstos acudieron sumisos. Lo mismo hicieron los habitantes de la ciudad. Les regaló vestidos suntuosos y les recomendó sus súbditos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que un día montó a caballo y salió de caza acompañado por cien caballeros; marchó hasta llegar a un valle cuajado de muchos árboles frutales, de riachuelos y pájaros, que servía de pasto a las gacelas y a los gamos, y en el cual reposaba el espíritu de las adversidades. Permanecieron allí durante todo el día —era un buen día— y pasaron la noche. Al día siguiente, Garib, después de hacer las abluciones, rezó dos arracas, loó a Dios (¡ensalzado sea!) y le dio las gracias. De repente se oyeron gritos y se levantó un tumulto en aquel prado. Garib dijo a Sahim: « Averigua qué nuevas hay» . Se marchó al momento y corrió hasta ver riquezas robadas, caballos furiosos, mujeres presas y niños que chillaban. Preguntó a los pastores: « ¿Qué ocurre?» Contestaron: « Éste es el harén y las riquezas de Mirdás, señor de los Banu Qahtán, y los bienes de toda la tribu que estaba con él. Ayer Chamraqán mató a Mirdás, se apoderó de sus bienes, aprisionó a sus familiares y capturó todas las riquezas de la tribu. Chamraqán actúa de acuerdo con su costumbre de bandolero y de ladrón de caminos: es un hombre fuerte, prepotente, al que no pueden hacer frente ni los árabes ni los reyes, ya que él es “lo peor del lugar”» .

Al enterarse Sahim de la muerte de su padre, de la captura de su harén y del saqueo de sus riquezas, regresó al lado de su hermano Garib y le informó. El fuego aumentó y la fiebre de la ira rugió para ir a lavar la afrenta y tomar venganza. Garib y sus hombres montaron a caballo en busca de la oportunidad. Avanzaron hasta llegar junto a unos hombres y Garib les chilló: « ¡Dios es el más grande! Él hace frente a aquel que oprime, es injusto e incrédulo» . En una sola carga mató a veintiún valientes. Después se plantó en el campo de batalla con un corazón que no era el de un cobarde. Preguntó: « ¿Dónde está Chamraqán? Que avance para que pueda darle a gustar el vaso de la ignominia y librar de él al país» . No había terminado Garib de pronunciar estas palabras cuando ya tenía plantado, ante él, a Chamraqán, quien era como un gigante enorme o como un pedazo de monte: completamente vestido de hierro, parecía un hombre muy elevado. Cargó contra Garib como un gigante prepotente, sin decir ni una palabra ni saludar. Garib, a su vez, le salió al encuentro como el león feroz. Chamraqán tenía una barra de hierro chino tan pesada, que si hubiese caído sobre un monte lo hubiese destruido. Avanzó con ella en la mano y golpeó a Garib en la cabeza. Pero éste evitó el golpe y la maza se hundió medio codo en el suelo. Garib se

apoderó de la maza y golpeó a Chamraqán en los nudillos de la mano, rompiéndole los dedos. La maza se le cayó de la mano, pero Garib se inclinó desde lo alto de la silla, la agarró más rápido que el rayo cegador y volvió a golpearle en las costillas de un lado. Chamraqán cayó como si fuese una alta palmera. Sahim le rodeó los brazos con una cuerda. Los caballeros de Garib cayeron sobre los de Chamraqán: mataron a cincuenta y el resto huyó, derrotado; no pararon de correr hasta llegar a su tribu, a la que anunciaron a gritos su regreso. Todos los que estaban en la fortaleza salieron a recibirlos, preguntaron qué había pasado y les informaron de lo ocurrido. Cuando oyeron que su señor estaba prisionero corrieron a liberarlo y se dirigieron al valle.

El rey Garib tenía prisionero a Chamraqán, cuyos paladines habían huido. Aquél se apeó del caballo y mandó que le llevasen a éste. Chamraqán hizo acto de sumisión diciendo: « ¡Estoy bajo tu protección, caballero del tiempo!» « ¡Perro beduino! —le replicó Garib—. ¿Asaltas en el camino a los servidores de Dios (¡ensalzado sea!)? ¿No temes al Señor de los mundos?» « ¡Dueño mío! ¿Qué es eso del Señor de los mundos?» « ¡Perro! ¿A qué ídolo adoras?» « Adoro a una divinidad hecha de dátiles, manteca y miel. En ciertas fechas me la como y hago otra.» Garib rió, divertido, hasta caerse de espaldas y le dijo: « ¡Desgraciado! Únicamente hay que adorar a Dios (¡ensalzado sea!), que te ha creado a ti, que ha creado todas las cosas, que da el sustento a todo ser vivo, al que nada se oculta y que es todopoderoso» . « ¿Y dónde está ese gran Señor para que pueda adorarlo?» « Sabe que esa divinidad se llama Allah y es quien ha creado los cielos y la tierra, quien hace brotar los árboles y fluir los ríos, que ha creado las fieras y los pájaros, el paraíso y el infierno. Está oculto a nuestra vista; ve y no es visto. Se encuentra en el lugar más alto y es quien nos ha creado y nos da de comer, ¡glorificado sea! No hay más dios que Él.» Chamraqán escuchó las palabras de Garib; sus oídos y corazón se abrieron, se le puso carne de gallina y exclamó: « ¡Señor mío! ¿Qué he de decir para ser uno de vosotros, para que ese gran Señor esté satisfecho de mí?» « Di: “No hay más dios que el Dios de Abraham, y éste es su amigo y su enviado”.» Chamraqán pronunció la profesión de fe y quedó inscrito entre la gente de la felicidad. Garib le preguntó: « ¿Has probado la dulzura del Islam?» « Sí.» « ¡Pues soltad sus ataduras!» Lo desataron y Chamraqán besó el suelo ante Garib. Mientras ocurría esto se levantó una nube de polvo que tapó el horizonte.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib dijo: « Sahim: ve a ver qué es ese polvo» . Éste marchó como si fuese un pájaro cuando levanta el vuelo, estuvo ausente un rato, regresó y dijo: « ¡Rey del tiempo! Esa nube de polvo es de los

Banu Amir, los compañeros de Chamraqán». Garib dijo a éste: «¡Monta a caballo! Ve al encuentro de tus hombres y proponles que se conviertan al Islam. Si te obedecen estarán a salvo, pero si se niegan los pasaremos por la espada». Chamraqán montó y dirigió su corcel hasta alcanzar a sus hombres. Los llamó, le reconocieron, descabalgaron y se acercaron a él. Dijeron: «¡Nos alegra que te hayas salvado, señor nuestro!» «¡Gentes mías! Quien me obedezca estará a salvo, y partiré con este sable a quien me desobedezca.» «¡Mándanos lo que quieras, pues no desacataremos tu orden!» «Decid conmigo: "No hay dios sino es el Dios de Abraham y éste es su amigo".» «¡Señor nuestro! ¿De dónde has sacado estas palabras?» Les contó todo lo que le había ocurrido con Garib y añadió: «¡Gentes mías! ¿Es que no sabéis que en el campo de batalla, en las lides de la guerra y en el manejo de la lanza valgo tanto como todos vosotros? Pues un solo hombre me ha hecho prisionero y me ha hecho probar la humillación y el envilecimiento». Cuando sus hombres oyeron esto pronunciaron las palabras declarando la unicidad de Dios. Chamraqán los condujo ante Garib y ante éste renovaron su profesión de fe, hicieron votos por su poder y por su gloria y después besaron el suelo. Les dijo: «Id a vuestra tribu y explicadles el Islam». Chamraqán intervino: «¡Señor! Nuestras gentes no volverán a separarse de ti. Iremos a buscar a nuestros hijos y volveremos a tu lado». Garib replicó: «¡Gentes! Id y reuníos conmigo en la ciudad de Kufa». Chamraqán y sus hombres montaron a caballo, alcanzaron a su tribu y expusieron a sus mujeres e hijos el Islam. Se convirtió hasta el último. Destruyeron sus cosas y sus tiendas y se pusieron en marcha hacia Kufa llevando sus caballos, camellos y ganado.

Garib había llegado a Kufa y sus caballeros, formando un cortejo, habían salido a recibirle. Entró en el alcázar del rey, se sentó en el trono de su padre y los caballeros se extendieron a su derecha e izquierda. Los espías se presentaron ante él y le informaron de que su hermano había conseguido llegar ante al-Chaland b. Karkar, señor de la ciudad de Omán, en la tierra del Yemen. Garib, al oír las nuevas de su hermano gritó a sus gentes: «¡Soldados! ¡Preparad vuestras provisiones de viaje para dentro de tres días!» Invitó a treinta mil prisioneros que había hecho al principio de la batalla a convertirse al Islam y a acompañarle. Veinte mil se convirtieron. Los restantes diez mil se negaron y los mató. Más tarde llegó Chamraqán con sus gentes. Besaron el suelo ante él y Garib les regaló suntuosos vestidos y nombró a aquél almocadén de sus tropas diciendo: «¡Chamraqán! Tú, y tus más notables contríbulos, montad, tomad veinte mil caballeros, formad la vanguardia de mi ejército y dirigíos hacia el país de al-Chaland b. Karkar, señor de la ciudad de Omán». «¡Oír es obedecer!», contestó. Dejaron sus mujeres y niños en Kufa y se marcharon.

Garib pasó revista al harén de Mirdás y cuando su mirada se posó en Mahdiyya, que se encontraba entre las mujeres, cayó desmayado. Le rociaron la cara con agua de rosas y al volver en sí la abrazó, se fue con ella a una

habitación, se sentaron y durmieron juntos, sin tocarse, hasta la llegada de la aurora. Garib fue, entonces, a sentarse en el trono de su reino, colmó de favores a su tío al-Damig y le nombró su lugarteniente para todo el Iraq recomendándole que cuidase de Mahdiyya hasta que regresase de la algazúa que emprendía contra su hermano. Su tío obedeció sus órdenes. Garib se puso en marcha con veinte mil caballeros y diez mil infantes, dirigiéndose hacia la tierra de Omán en el país del Yemen.

Achib había conseguido llegar a la ciudad de Omán con sus gentes derrotadas. Los habitantes de la ciudad vieron la nube de polvo; su rey al-Chaland b. Karkar la divisó también y mandó a sus correos que averiguasen de qué se trataba. Estuvieron ausentes un rato y regresaron para decirle: « En el interior de esa polvareda hay un rey que se llama Achib que es señor del Iraq» . Al-Chaland se admiró de que Achib fuese a su tierra: cuando se convenció de que así era, dijo a sus hombres: « ¡Salid a recibirlo!» Los soldados salieron a recibir a Achib y levantaron las tiendas junto a la puerta de la ciudad. Achib, llorando y con el corazón triste, acudió a ver a Chaland. Éste tenía por esposa a una sobrina de Achib que le había dado hijos. Por esto, al ver a su cuñado en ese estado le dijo: « ¡Dime qué es lo que te pasa!» Le contó todo lo que le había ocurrido con su hermano desde el principio hasta el fin y añadió: « ¡Oh, rey! Él manda a las gentes que adoren al Señor de los cielos y les prohíbe que den culto a los ídolos y demás divinidades» . Al-Chaland se enfadó e indignó al oír estas palabras y exclamó: « ¡Juro por el sol que posee la luz que no he de dejar en pie ni una casa de los súbditos de tu hermano! ¿Dónde has dejado a esas gentes? ¿Cuántos son?» « Los he dejado en Kufa y son cincuenta mil caballeros.» El rey llamó a sus hombres y al visir Chawamard. Le dijo: « Coge setenta mil hombres, ve al encuentro de los musulmanes y tráemelos vivos para que pueda torturarlos de todos los modos posibles» . Chawamard montó a caballo y al frente del ejército se dirigió hacia Kufa. Viajó el primero y el segundo día y lo mismo hizo hasta el séptimo. Durante la marcha los soldados se internaron por un valle que tenía árboles, riachuelos y frutos. Chawamard ordenó a…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chawamard ordenó a] sus gentes que acampasen y descansasen hasta medianoche. A esta hora Chawamard levantó el campo y les mandó que se pusiesen en marcha. Él montó en su corcel y se puso a su frente. Anduvieron hasta la llegada de la aurora en que llegaron a un valle con muchos árboles, cuyas flores exhalaban un penetrante perfume y en el que cantaban los pájaros y cimbreaban las ramas.

El demonio le insufló la tentación en su pecho y recitó estos versos:

Me sumerjo en el mar de tumultuosas olas con mi ejército y gracias a mi esfuerzo y mi fuerza hago prisioneros.
Sabed, caballeros de este país, que los caballeros me temen y defiendo a mis gentes.
Apresaré a Garib, al que cargaré de cadenas, y regresaré contento: mi alegría será completa.
Me pondré la armadura, cogeré mi equipo y por todas partes me meteré en la batalla.

Apenas había terminado de pronunciar Chawamard estas palabras cuando ya aparecía entre los árboles un caballero alto, cubierto de hierro. Gritó a Chawamard: « ¡Tente en pie, bandido de árabe! ¡Quítate los vestidos y tus arreos, apéate de tu caballo y sálvate!» Al oír estas palabras la luz se transformó en tinieblas a los ojos de Chawamard. Desenvainó la espada y cargó sobre al-Chamraqán chillando: « ¡Bandido de árabe! ¿Te atreves a cortarme el camino a mí, que soy el jefe del ejército de al-Chaland b. Karkar, enviado por éste para llevarle a Garib y sus hombres en cadenas?» Al-Chamraqán exclamó al oír estas palabras: « ¡Cómo me refrescas el corazón!», y cargó contra su enemigo recitando estos versos:

Yo soy el caballero bien conocido en el campo de batalla; el enemigo teme mi lanza y mi espada.
Yo soy al-Chamraqán en quien se confía en los malos ratos. Entre los hombres, los caballeros conocen mis lanzazos.
Garib es mi príncipe, mi imán y mi señor: es aquel que, en el día que se encuentran los enemigos, es el héroe.
Es un príncipe asceta, religioso y valiente, que aniquila al enemigo en el ardor del combate.
Invita a la religión del Amigo salmodiando versículos, por más que pese a los ídolos de los incrédulos.

Al-Chamraqán había salido con sus hombres de la ciudad de Kufa y había viajado sin interrupción durante diez días. Al undécimo habían hecho alto hasta la medianoche. A esta hora al-Chamraqán había dado la orden de partir. Éste montó en su corcel y se puso a su frente, yendo a parar a dicho valle, en el que oyó recitar a Chawamard lo que se ha citado anteriormente. Cargó contra él como un león feroz, le golpeó con la espada y lo partió en dos mitades. Después esperó la llegada de los jefes que le seguían y les informó de lo que ocurría. Les dijo: « Cada grupo de cinco de vosotros cogerá cinco mil hombres y contorneará el valle. Yo me quedaré con los Banu Amir. En cuanto me alcance el primer enemigo yo cargaré contra él gritando: “¡Dios es el más grande!” Al oír este

grito cargad vosotros también chillando: "¡Dios es el más grande!" ¡Atacadlos, acometedlos con vuestras espadas!» Contestaron: « ¡Oír es obedecer!» Fueron en busca de sus campeones y les informaron de lo que había que hacer y se dispersaron por el valle en el momento de romper la aurora. Vieron que llegaba un tropel de gente que parecía un rebaño y que fue ocupando la llanura y el monte. Entonces al-Chamraqán y los Banu Amir cargaron gritando: « ¡Dios es el más grande!» Los creyentes y los incrédulos lo oyeron. Los primeros replicaron desde todas partes: « ¡Dios es el más grande! ¡Concede el triunfo y la victoria y humilla a los incrédulos!» Los montes y las colinas, los desiertos y los prados hicieron eco diciendo: « ¡Dios es el más grande!» Los infieles quedaron perplejos y se acometieron unos a otros con la afilada espada. Los puros musulmanes atacaron a su vez como si fueran una llama de fuego y ya sólo se vio el volar de las cabezas, el correr de la sangre, los cobardes indecisos y cuando se pudieron distinguir las caras se habían exterminado ya los dos tercios de los infieles. Dios precipitó su marcha hacia el fuego (¡qué pésima morada es!). El resto inició la fuga y se dispersaron por el desierto. Los musulmanes los persiguieron haciendo prisioneros a unos y matando a otros hasta el mediodía. Cuando regresaron a su campo habían hecho siete mil prisioneros. Sólo consiguieron escapar veintiséis mil incrédulos, la mayoría heridos. Los musulmanes regresaron triunfantes, victoriosos y reunieron los caballos, los pertrechos, los fardos y las tiendas y lo enviaron a Kufa con mil caballeros.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al-Chamraqán y los soldados del Islam bajaron de sus caballos y expusieron a los prisioneros su religión. Éstos se convirtieron externa e internamente. Les quitaron las ligaduras y los abrazaron. Al-Chamraqán pasó a ser jefe de un gran ejército. Dejó descansar a sus hombres durante un día y una noche. Al amanecer se puso en marcha hacia el país de al-Chaland b. Karkar, mientras los mil caballeros con el botín se ponían en marcha, llegaban a Kufa e informaron al rey Garib de lo que había ocurrido. Éste se puso contento y dirigiéndose al Ogro del Monte le dijo: « Monta a caballo, toma veinte mil hombres y sigue a al-Chamraqán» . El Ogro, Sadán, montó a caballo; sus cinco hijos hicieron lo mismo y al frente de veinte mil caballeros se dirigieron hacia la ciudad de Omán.

Los infieles, vencidos, habían llegado a su ciudad llorando, lamentándose por la desgracia sufrida. Al-Chaland b. Karkar les preguntó: « ¿Qué desgracia os ha ocurrido?» Le contaron lo sucedido y exclamó: « ¡Ay de vosotros! ¿Cuántos eran?» « ¡Rey! Tenían veinte estandartes y debajo de cada estandarte iban mil caballeros.» El rey, al oír estas palabras, chilló: « ¡Que el sol no os conceda su

bendición! ¡Ay de vosotros! ¿Os habéis dejado vencer por veinte mil hombres siendo vosotros setenta mil? Chawamard podía competir, solo, en el campo de batalla, con tres mil hombres» . Desenvainó la espada con gran enojo y gritó a los que estaban a su lado: « ¡Cargad contra ésos!» Los presentes desenvainaron la espada, atacaron a los fugitivos, los mataron hasta el último y los echaron a los perros. Después, al-Chaland llamó a su hijo y le dijo: « Coge cien mil caballeros, ve al Iraq y destrúyelo por completo» . El rey al-Chaland tenía un hijo que se llamaba al-Qurachán. En el ejército no había caballero mejor que él, ya que era capaz de hacer frente a tres mil caballeros. Al-Qurachán sacó las tiendas fuera de la ciudad y corrieron a reunírsele los héroes, los hombres; tomaron sus armas, se pusieron sus arreos de guerra y partieron fila tras fila.

Al-Qurachán iba al frente de todo el ejército y, orgulloso de sí mismo, recitaba estos versos:

Yo soy al-Qurachán y mi nombre es famoso; he vencido a nómadas y sedentarios.
¡Cuántos caballeros, cuando les he dado muerte, han mugido como una vaca al caer al suelo!
¡A cuántos soldados he vencido haciendo rodar su cabeza como una pelota!
Voy a realizar una algazúa en el Iraq y haré correr la sangre de los enemigos como lluvia.
Haré prisioneros a Garib y sus héroes: serán ejemplo para la gente que sabe ver.

Avanzaron durante doce días. Mientras marchaban distinguieron una polvareda que cubría el horizonte. Al-Qurachán gritó a los correos: « ¡Traedme noticia de qué significa esa nube!» Éstos salieron corriendo pasando por debajo de los estandartes; regresaron junto a al-Qurachán y le dijeron: « ¡Rey! ¡Es la polvareda de los musulmanes!» El príncipe se alegró y preguntó: « ¿Los habéis contado?» « Hemos contado veinte estandartes.» « ¡Juro por mi religión que no he de enviar contra ellos ni un hombre! Iré yo solo y transformaré sus cabezas en cascos para los caballos.» Esa polvareda era la que levantaba al-Chamraqán. Éste distinguió el ejército de infieles y vio que formaba olas como las del mar tormentoso. Mandó a sus hombres que hiciesen alto y levantasen las tiendas. Se detuvieron y plantaron las tiendas al tiempo que rezaban al Rey omnisciente, Creador de la luz y de las tinieblas, Señor de todas las cosas, que ve y no es visto y que se encuentra en el lugar más alto (¡gloriado y ensalzado sea!). No hay dios sino Él. Los incrédulos hicieron alto, levantaron sus tiendas. Su jefe les dijo: « Coged vuestras armas, haced vuestros preparativos y dormid armados. Cuando llegue el último tercio de la noche, montad a caballo y aplastad ese puñado de

hombres» .

Pero los espías de al-Chamraqán estaban alerta y oyeron lo que urdían los incrédulos. Regresaron a su campo e informaron a al-Chamraqán. Éste se volvió a sus paladines y les dijo: « ¡Preparad vuestras armas! Cuando llegue la noche, traedme los mulos y los camellos, campanillas y objetos que repiquen. Colocadlos en el cuello de los camellos y de los mulos» . Tenían más de veinte mil camellos y mulos. Esperaron hasta que los infieles se hubieron dormido. Entonces al-Chamraqán mandó a su gente que montase. Montaron, se confiaron a Dios y pidieron al Señor de los mundos que les concediese la victoria. Después les dijo: « Conducid los camellos y las bestias de carga hacia los infieles y azuzadlos con la punta de las lanzas» . Hicieron lo que les mandaba con todos los mulos y camellos y después cargaron sobre las tiendas de los incrédulos. Las campanillas, campanas y ajorcas resonaron y los musulmanes avanzaron detrás gritando: « ¡Dios es el más grande!» Los montes y colinas se hicieron eco de la mención del Rey altísimo que posee la fuerza y la majestad. Los caballos, al oír este fragor, se lanzaron sobre las tiendas en que dormían los soldados.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los politeístas se levantaron aturdidos, cogieron las armas y se acometieron entre sí hasta matarse la mayoría. Al fijarse vieron que no había ningún musulmán muerto, observaron que éstos estaban montados a caballo y armados; se dieron cuenta de que todo había sido una estratagema. Al-Qurachán gritó a los soldados que le quedaban: « ¡Hijos del adulterio! Lo que queríamos hacer con ellos, lo han hecho con nosotros. Su treta ha vencido a la nuestra» . Se disponían a lanzarse al ataque cuando vieron que se levantaba una nube de polvo que tapaba el horizonte; el viento la hacía subir y flamear quedando colgada en el aire. Debajo de la polvareda brillaban los cascos y relampagueaban las corazas; todos los que iban debajo eran excelsos héroes que ceñían espadas indias y empuñaban flexibles lanzas. Los infieles, al ver]a polvareda, rehusaron el combate y cada uno de los contendientes envió un correo que se internó por debajo de la polvareda, regresó e informó de que se trataba de musulmanes.

El ejército que llegaba era el del Ogro del Monte que había despachado Garib. Su jefe, avanzando al frente, se reunió con el ejército de los píos musulmanes. Entonces al-Chamraqán y los suyos cargaron, como si fuesen una llama de fuego, contra los incrédulos, y ensañaron en éstos sus espadas cortantes y las vibrantes lanzas rudayníes: el día se transformó en tinieblas y el mucho polvo cegó la vista; los valientes se plantaron firmes y los cobardes huyeron por la campiña y el desierto; la sangre cayó en el suelo como si fuese una ola en el

rompiente. La lucha y el combate siguieron hasta el fin del día y la llegada de la noche con sus tinieblas. Los musulmanes se separaron de los incrédulos, se dirigieron a sus tiendas, comieron y durmieron hasta que se disiparon las tinieblas y llegó el día con su sonrisa. Los musulmanes rezaron la oración de la mañana y montaron para acudir a la batalla.

Una vez hubieron dejado de combatir, al-Qurachán vio que la mayoría de sus hombres estaban heridos y que dos tercios habían muerto por la espada y por la lanza. Dijo a sus soldados: « ¡Gentes! Mañana me dejaré ver en el campo de batalla, en la palestra de la guerra, en donde se alancea y desafiaré a los valientes» . Al día siguiente, cuando se hizo claro, ambos montaron a caballo y el griterío subió de punto, desenfundaron las armas, bajaron las negras lanzas y formaron en fila de combate. El primero que abrió la puerta de la batalla fue al-Qurachán b. al-Chaland b. Karkar diciendo: « ¡Que hoy no se presente el perezoso o el impotente!» Esto ocurría mientras al-Chamraqán y el Ogro estaban bajo los estandartes. Un almocadén de los Banu Amir avanzó e hizo frente a al-Qurachán en el campo de batalla. Los dos se atacaron como si fuesen machos cabríos dándose cornadas durante un lapso de tiempo, al cabo del cual al-Qurachán se abalanzó sobre el almocadén, lo agarró por el cuello de la armadura, lo atrajo hacia sí arrancándolo de la silla, lo derribó en el suelo y lo mantuvo sujeto. Los infieles lo ataron y lo llevaron a sus tiendas. Al-Qurachán corrió arriba y abajo incitando al combate y salió un segundo almocadén. Lo capturó e hizo lo mismo: así, antes del mediodía, había hecho prisioneros a siete jefes. Entonces al-Chamraqán gritó de tal modo que resonó en el campo y lo oyeron los dos ejércitos; avanzó contra al-Qurachán con el corazón firme y recitó estos versos:

Yo soy al-Chamraqán, el del corazón fuerte; todos los caballeros temen mi carga.
He destruido castillos y los he dejado llorando y suspirando por la pérdida de sus hombres.
¡Qurachán! Estás cerca del buen camino: abandona la senda de la perdición.
Acepta que hay un solo Dios en lo alto del cielo, que ha hecho correr los mares y ha anclado los montes.
Si el hombre se hace musulmán, el día de mañana encontrará refugio en un paraíso y apartará de sí el tormento eterno.

Al-Qurachán, al oír las palabras de al-Chamraqán, resopló, se inflamó, injurió al sol y a la luna y cargó sobre al-Chamraqán recitando estos versos:

Yo soy al-Qurachán, el valiente de la época: los leones de al-Sara temen

mi figura.

He dominado las fortalezas y he cazado las fieras: todos los caballeros temen combatirme.

¡Chamraqán! Si no crees lo que digo, ¡acércate y lucha conmigo!

Al-Chamraqán cargó contra al-Qurachán con el corazón fuerte: se acometieron con las espadas mientras las filas se alborotaban y empuñando las lanzas se acometían; el griterío aumentó y no descansaron del combate y de la lucha hasta la caída de la tarde y el fin del día. En este momento al-Chamraqán se abalanzó sobre al-Qurachán, le descargó la maza en el pecho y lo derribó por el suelo como si fuese un tronco de palmera. Los musulmanes lo sujetaron y lo ataron con cuerdas como si fuese un camello. Los incrédulos, al ver que su señor estaba prisionero, cargaron contra los musulmanes ciegos por el celo de la ignorancia, intentando librar a su dueño. Los paladines de los creyentes los rechazaron dejándolos tendidos en el suelo: el resto huyó en busca de la salvación mientras la espada tintineaba en su nuca. Los musulmanes los persiguieron hasta que los dispersaron por montes y desiertos. Después los dejaron, regresando al botín: multitud de caballos y tiendas, ¡qué estupendo botín! Más tarde al-Chamraqán expuso el Islam a al-Qurachán, lo amenazó, pero no se convirtió. Le cortaron el cuello y pusieron la cabeza en la punta de una lanza. Se pusieron en camino en dirección de la ciudad de Omán.

He aquí lo que hace referencia a los incrédulos: Informaron al rey de la muerte de su hijo y de la destrucción de su ejército. Al-Chaland, al oír esta noticia, tiró su corona por el suelo y se abofeteó el rostro hasta que la sangre le salió por las narices, cayendo desmayado en el suelo. Le rociaron la cara con agua de rosas, volvió en sí y gritó a su visir: «Escribe cartas a todos los lugartenientes y ordénales que no descuiden ni a un caballero, ni a un lancero ni a un arquero; que acudan todos». Las cartas fueron escritas y enviadas por correos. Los lugartenientes hicieron sus preparativos y se pusieron en marcha con un ejército de ciento ochenta mil hombres. Prepararon las tiendas, los camellos y los corceles y se disponían a partir cuando al-Chamraqán y Sadán, el Ogro, hicieron su aparición acompañados por setenta mil caballeros que parecían feroces leones: todos iban cubiertos por sus armaduras.

Al-Chaland se alegró mucho al ver que llegaban los musulmanes y exclamó: «¡Juro por el sol que da luz que no dejaré vivo a ningún enemigo ni tan siquiera para que pueda dar noticia de lo ocurrido; derruiré el Iraq y tomaré venganza por la muerte de mi hijo, el caballero legendario: el fuego de mi ira no se enfriará!» Volviéndose hacia Achib añadió: «¡Perro del Iraq! ¡Éstos son los beneficios que nos has traído! ¡Juro por el ser al que adoro que si no tomo venganza de mi enemigo te haré morir de un modo terrible!» Achib experimentó un gran pesar al oír estas palabras y empezó a censurarse a sí mismo. Esperó a que los

musulmanes acampasen, levantasen sus tiendas y la noche oscureciera. Él se encontraba aislado en las tiendas con sus familias. Les dijo: « ¡Primos! Sabed que cuando los musulmanes han avanzado, al-Chaland y yo hemos sentido un gran temor y me he dado cuenta de que él ya no puede protegerme ni de mi hermano ni de nadie. Opino que debéis venir conmigo, en cuanto las guardias se adormezcan, y marchar junto al rey Yaarib b. Qahtán, ya que éste posee muchos ejércitos y es más fuerte» . Sus hombres al oír esto dijeron: « Así es» . Les mandó que encendiesen el fuego en la puerta de las tiendas y que se pusiesen en marcha en medio de las tinieblas de la noche. Hicieron lo que les había mandado y cruzaron sin cesar muchos países.

Por la mañana, el rey al-Chaland y doscientos sesenta mil soldados cubiertos de hierro y cotas de malla se despertaron. Repicaron los tambores y formaron en fila para alancearse y combatir. Al-Chamraqán, Sadán y cuarenta mil caballeros, héroes, valientes, montaron a caballo. Bajo cada estandarte había mil caballeros valientes adiestrados en el combate. Los dos ejércitos se alinearon dispuestos a combatir y alancear: desenfundaron la espada, y prepararon la punta de las lanzas para dar de beber la copa de la muerte. Sadán fue el primero que inició la lucha: parecía un monte de granito o un *marid*; mató a un paladín de los incrédulos que se atrevió a hacerle frente, lo arrojó al suelo y gritó a sus hijos y pajes: « ¡Encended el fuego y asadme al muerto!» Hicieron lo que les había mandado, se lo sirvieron asado, se lo comió y chupó los huesos, mientras los incrédulos lo miraban desde lejos. Exclamaron: « ¡Por el sol que da la luz!» , y se aterraron por tener que combatir con Sadán. Al-Chaland gritó a sus hombres: « ¡Matad a ese asqueroso!» Un almocadén de los infieles salió al campo y Sadán lo mató: fue matando caballero tras caballero hasta dejar tendidos a treinta. Entonces, los malditos incrédulos renunciaron a seguir luchando con Sadán diciendo: « ¿Quién puede combatir con los genios y ogros?» Pero al-Chaland les objetó: « ¡Cargad a la vez ciento contra él y traédmelo prisionero o muerto!»

Cien caballeros se abalanzaron, espada y lanza en la mano, sobre Sadán. Éste les salió al encuentro, más fuerte que la roca, proclamando la unidad del Rey que retribuye, al que nadie puede apartar de su fin. Exclamó: « ¡Dios es el más grande!» Los acometió con la espada, empezó a segar cabezas y de la primera acometida mató a setenta y cuatro. El resto huyó. Al-Chaland chilló a diez generales cada uno de los cuáles tenía a sus órdenes mil campeones. Les dijo: « ¡Asaetead su caballo para que Sadán caiga al suelo! ¡Agarradlo!» Diez mil caballeros se lanzaron sobre Sadán, quien los esperó con el corazón fuerte. Al-Chamraqán y los musulmanes vieron que los infieles se lanzaban contra Sadán y al grito « ¡Dios es el más grande!» , salieron a acometerlos. Pero antes de que hubiesen podido llegar junto a Sadán, el caballo de éste había sido derribado y el Ogro se encontraba prisionero. Los musulmanes atacaron a los incrédulos hasta la caída de la noche, cuando ya no se pudo ver: las cortantes espadas repicaban,

los caballeros valientes se sostenían firmes, mientras los cobardes quedaban sin aliento. Los musulmanes estaban entre los infieles como una mancha blanca sobre el toro negro.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los combates y la lucha se prolongaron hasta la llegada de las tinieblas: entonces se separaron. Los incrédulos habían perdido innumerables soldados. Al-Chamraqán y sus hombres se retiraron muy apenados por la pérdida de Sadán: no les apetecía ni comer ni dormir. Calcularon sus muertos y vieron que no llegaban a mil. Al-Chamraqán dijo: « ¡Soldados! Mañana me mostraré en el campo de batalla, en la palestra de la lucha y del combate. Mataré a sus héroes, aprisionaré a sus familias, los reduciré a cautividad y rescataré a Sadán si el Rey retribuidor, Aquel a quien nada aparta de sus designios, lo permite» . Estas palabras tranquilizaron el corazón de los musulmanes. Se alegraron, se separaron y se dirigieron a sus tiendas.

Por su parte, al-Chaland entró en su pabellón y se sentó en el trono de su reino. Sus súbditos formaron un círculo a su alrededor. Mandó que le llevasen a Sadán. Lo colocaron ante él y le increpó: « ¡Perro de perros! ¡Oh, el más ínfimo de los árabes! ¡Leñador que has dado muerte a mi hijo al-Qurachán, héroe del tiempo que mataba a los campeadores y derribaba a los valientes!» Sadán replicó: « Lo ha matado al-Chamraqán, jefe del ejército del rey Garib, señor de los caballeros, y yo lo he asado y lo he comido porque tenía hambre» . Los ojos de al-Chaland se desorbitaron al oír las palabras de Sadán. Mandó que le cortasen el cuello. El verdugo se acercó a Sadán para cumplir su oficio. Entonces éste se revolvió en sus ligaduras, las rompió, se abalanzó sobre el verdugo, le arrebató la espada, le cortó la cabeza, se dirigió hacia al-Chaland, lo derribó del trono y huyó: cayó sobre los que estaban presentes, mató veinte hombres de la casa del rey, y los restantes jefes huyeron. Se levantó el griterío entre el ejército de los incrédulos; Sadán acometió a todos los que encontró por delante golpeando a diestra y a siniestra. Entonces le abrieron paso, cruzó por este corredor y acometiendo a todos con la espada salió de sus tiendas y se dirigió a las de los musulmanes.

Éstos estaban escuchando el alboroto de los incrédulos y decían: « Tal vez les llegan refuerzos» . Mientras permanecían atónitos Sadán hizo acto de presencia. Se alegraron muchísimo por su llegada y quien más satisfacción tuvo fue al-Chamraqán. Éste lo saludó y lo mismo hicieron los musulmanes, felicitándolo por haberse salvado. Hasta aquí lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a los incrédulos: Volvieron al pabellón, junto a

su rey, una vez hubo desaparecido Sadán. El rey les dijo: « ¡Gentes! ¡Juro por el sol que da la luz! ¡Juro por las tinieblas de la noche y la luz del día! ¡Juro por los planetas! Hoy he creído que no escapaba a la muerte. Si su mano llega a alcanzarme me hubiese comido y para él no hubiese sido ni tan siquiera lo que un grano de trigo, de cebada o cualquier otro cereal» . « ¡Rey del tiempo! —le replicaron—, jamás hemos visto hacer a nadie lo que ha hecho este ogro.» « Gentes mías: mañana empuñad vuestras armas, montad en vuestros corceles y derribad a los enemigos bajo los cascos de vuestros caballos.»

He aquí lo que se refiere a los musulmanes: Contentos por la victoria y la liberación de Sadán el Ogro volvieron a reunirse. Al-Chamraqán les dijo: « Mañana, en el campo de batalla, os mostraré lo que hago, lo que debe hacer uno como yo. ¡Juro por el amigo de Abraham que les daré mala muerte y que los acometeré con la cortante espada de tal modo que las personas inteligentes quedarán perplejas! He decidido atacar sus alas derecha e izquierda. Cuando veáis que cargo contra el rey, que se mantendrá debajo de los estandartes, seguid en pos de mí para que Dios decrete algo que ha de suceder» .

Las dos partes pasaron la noche en guardia hasta que se hizo de día y el sol se mostró a la vista. Entonces, montaron a caballo en menos de un abrir y cerrar de ojos, el cuervo de la separación graznó y se observaron unos a otros. Se dispusieron en orden de guerra y de combate. El primero que comenzó las hostilidades fue al-Chamraqán, quien corrió arriba y abajo en busca de combate. Al-Chaland y sus hombres se disponían a atacar cuando vieron que se levantaba una nube de polvo que tapaba el horizonte y oscurecía el día; los cuatro vientos disolvieron la polvareda y debajo aparecieron caballeros con corazas, valientes héroes, espadas cortantes, lanzas afiladas y hombres que parecían fieras, incapaces de sentir temor o miedo. Los dos ejércitos renunciaron al combate en cuanto vieron la polvareda, y enviaron mensajeros para que averiguasen de qué se trataba y qué gentes eran las que llegaban levantando tanto polvo. Los correos fueron, se metieron debajo de la nube y se perdieron de vista. Después de un rato regresaron. El correo de los incrédulos informó que los recién llegados constituían un ejército musulmán mandado por su rey Garib. El correo de los musulmanes regresó e informó de la llegada del rey Garib y sus hombres. Se alegraron mucho de su llegada. Condujeron sus caballos al encuentro de su rey, se apearon, besaron el suelo ante él, lo saludaron y…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [lo saludaron y] se colocaron a su alrededor. Garib les dio la bienvenida contento porque estaban salvos. Llegaron a las tiendas, le levantaron un pabellón y colocaron los estandartes. El rey Garib se

sentó en el trono del reino; los grandes se colocaron en torno suyo y le contaron todo lo que le había ocurrido a Sadán.

Por su parte los incrédulos buscaron a Achib, pero no lo encontraron ni entre ellos ni en sus tiendas. Informaron de su huida a al-Chaland b. Karkar y éste se sulfuró, se mordió los dedos y dijo: « ¡Juro por el sol que da luz que es un perro traidor! ¡Ha huido con sus malditas gentes por la campiña y el desierto! Para rechazar a este enemigo va a ser necesario un duro combate. Estad seguros de vosotros mismos, fortificad vuestros corazones y estad en guardia ante los musulmanes» .

El rey Garib dijo a sus hombres: « Estad seguros de vosotros mismos, fortificad vuestros corazones y pedid auxilio a vuestro Señor rogándole que os conceda la victoria sobre vuestro enemigo» . Le contestaron: « ¡Oh, rey! Verás lo que hacemos al cargar en la palestra, al encontrarnos en el campo de la guerra y el combate» . Los dos bandos durmieron hasta que apareció la aurora, se hizo de día y salió el sol por encima de las colinas y las llanuras. Garib rezó dos *arracas* según la religión de Abraham, el Amigo (¡sobre el cuál sea la paz!), y escribió una carta que envió con su hermano Sahim a los incrédulos. Cuando llegó ante éstos le preguntaron: « ¿Qué quieres?» « Deseo ver a quien os manda.» « Quédate aquí mientras vamos a preguntarle qué hay que hacer contigo.»

Sahim se quedó allí y dios fueron a ver a al-Chaland y le informaron de la situación. Dijo: « ¡Traédmelo!» Lo condujeron ante él. Preguntó: « ¿Quién te envía?» « El rey Garib al que Dios ha concedido el gobierno de los árabes y de los persas. Toma su carta y da tu contestación.» Al-Chaland cogió la carta, la desdobló, la leyó y vio que decía: « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Señor eterno, el Único grande, el que conoce todas las cosas, Señor de Noé, Salih, Hud y Abraham, Señor de todas las cosas. Salud a quienes siguen el recto camino, temen las consecuencias de la perdición y obedecen al Rey más excelso, siguen la buena senda y prefieren la última vida a la terrena» . Y después: « Al-Chaland, no adores más que al Dios único, todopoderoso, creador de la noche y del día y de la esfera que gira; el que ha enviado a los píos profetas, hace correr los ríos, ha levantado el cielo, ha extendido la tierra, ha hecho brotar los árboles, ha concedido alimento a los pájaros en su nido y a las fieras en el desierto. Él es Dios, el Todopoderoso, el Indulgente, el que perdona, Aquél a quien las miradas no alcanzan y hace que el día suceda a la noche. Es quien ha mandado a los mensajeros y ha revelado las escrituras. Sabe, ¡oh, Chaland!, que no hay más religión que la de Abraham, el Amigo. Si te conviertes escapas a la espada cortante en esta vida y al tormento del fuego en la otra. Si no aceptas el Islam te prometo la destrucción, la ruina de tu país y la pérdida de todo rastro. Envíame a Achib, el perro, para que pueda vengar a mi padre y a mi madre» . Al-Chaland, leída la carta, dijo a Sahim: « Di a tu dueño que Achib ha huido con sus hombres y que no sabemos adónde ha ido. Al-Chaland no renuncia

a su religión y mañana combatiremos. El sol nos ayudará» . Sahim volvió junto a su hermano, le informó de lo ocurrido y durmieron hasta que amaneció. Entonces, los musulmanes cogieron las armas de guerra, montaron en los veloces corceles y mencionaron públicamente al Rey conquistador, Creador del cuerpo y del alma. Pronunciaron en voz alta la fórmula « Dios es el más grande» y repicaron los tambores de guerra hasta que la tierra vibró. Los valientes caballeros y los nobles paladines hablaron y se dirigieron al combate haciendo temblar el suelo.

El primero que comenzó la lucha fue al-Chamraqán, quien condujo su corcel al campo de la lid y jugó con la espada y los dardos de tal modo que quedaron perplejos todos los poseedores de razón. Después gritó: « ¿Hay algún luchador? ¿Hay algún combatiente? Que hoy no se presente ni el cansado ni el impotente: yo soy quien ha matado a al-Qurachán b. Chaland. ¿Quién sale a luchar para vengarlo?» Al-Chaland, al oír mencionar a su hijo, gritó a sus hombres: « ¡Hijos de adulterinas! ¡Traedme ese caballero que ha matado a mi hijo para que coma su carne y beba su sangre!» Cargaron contra él cien campeadores: mató a la mayoría y puso en fuga a su Emir. Al-Chaland, al ver lo que había hecho al-Chamraqán gritó a sus hombres: « ¡Cargad todos a la vez contra él!» Tremolaron el estandarte que asusta y las gentes se abalanzaron sobre las gentes. Garib y al-Chamraqán cargaron con sus hombres: los dos bandos chocaron como si se tratara de mares. Las espadas yemeníes y las lanzas desgarraron pechos y vientres y los contendientes vieron con sus propios ojos al ángel de la muerte. El polvo remontó hasta lo más alto del cielo; los oídos quedaron sordos, las lenguas callaron y la muerte se presentó en todos los lugares. Los valientes permanecieron firmes y los cobardes volvieron la espalda.

El combate siguió sin interrupción hasta que terminó el día y los tambores repicaron ordenando la separación de los contendientes. Se alejaron unos de otros y cada bando volvió a su tienda.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib se sentó en el trono de su reino, en la sede de su poderío. Sus amigos se alinearon en torno suyo. Dijo: « Estoy muy preocupado por la fuga de ese perro de Achib, pues no sé adónde ha ido: si no le alcanzo y tomo venganza, moriré de dolor» . Su hermano Sahim al-Layl avanzó, besó el suelo y dijo: « ¡Rey! Voy a dirigirme al ejército de los incrédulos y averiguaré algo de ese perro traidor que es Achib» . « Ve y trae noticias verídicas de ese cerdo.» Sahim se vistió como los infieles y se dirigió a las tiendas de éstos. Los encontró dormidos, embriagados por la guerra y el combate; sólo permanecían despiertos los guardianes. Sahim cruzó por los

pabellones y encontró al rey dormido sin que nadie estuviese a su lado. Se acercó a él, le hizo oler un narcótico y quedó como muerto. Sahim salió, tomó un mulo, enrolló al rey en un tapiz y lo colocó sobre el animal, poniendo encima una estera. Se puso en camino, llegó al pabellón de Garib y entró ante el rey. Los presentes no le reconocieron y preguntaron: « ¿Quién eres?» Rompió a reír, se destapó la cara y le reconocieron. Garib preguntó: « ¿Qué carga traes, Sahim?» « ¡Rey! Éste es al-Chaland b. Karkar.» Lo desenrolló y Garib lo reconoció. Dijo: « ¡Sahim! ¡Despiértalo!» Le hizo oler vinagre e incienso y Chaland expulsó el narcótico que tenía en la nariz, abrió los ojos y se encontró entre los musulmanes. Preguntó: « ¿Qué pesadilla es ésta?» , y volvió a cerrar los ojos y se durmió. Sahim le pegó diciendo: « ¡Abre los ojos, maldito!» Preguntó: « ¿Dónde estoy?» « ¡Ante el rey Garib b. Kundamir, rey del Iraq!» Al-Chaland exclamó al oír estas palabras: « ¡Rey! ¡Estoy bajo tu protección! Sabe que no tengo ninguna culpa y que ha sido tu hermano quien nos ha hecho salir a combatirte: nos ha puesto enfrente uno de otro y ahora ha huido» . Garib preguntó: « ¿Sabes su camino?» « ¡Juro por el sol que da la luz que no sé adónde ha ido!» Garib mandó que lo cargaran de cadenas y que lo vigilasen.

Todos los jefes se dirigieron a sus tiendas. Al-Chamraqán se dirigió a sus hombres y les dijo: « ¡Primos! Quiero hacer esta noche una acción que me conceda el reconocimiento del rey Garib» . « ¡Haz lo que quieras! —le replicaron—. Nosotros oiremos y obedeceremos tu orden.» « Coged vuestras armas. Yo os acompañaré. Andad suavemente de modo que ni las hormigas os descubran. Abríos en círculo alrededor de las tiendas de los incrédulos y cuando oigáis que grito: “¡Dios es el más grande!”, gritad: “¡Dios es el más grande!” Retiraos inmediatamente, dirigíos hacia la puerta de la ciudad y pediremos a Dios (¡ensalzado sea!) que nos conceda la victoria.» Sus hombres cogieron todas las armas y aguardaron la llegada de la medianoche. Formaron un círculo en torno de los incrédulos y esperaron un rato hasta que al-Chamraqán golpeó con la espada su escudo y dijo: « ¡Dios es el más grande!» La voz resonó en el valle y sus hombres hicieron coro diciendo: « ¡Dios es el más grande!» El eco recorrió todo el valle, los montes, las arenas, las colinas y todos los lugares algo elevados. Los incrédulos se despertaron aturdidos y se acometieron unos a otros. La espada corrió entre ellos; los musulmanes se retiraron, avanzaron sobre las puertas de la ciudad, mataron a los porteros, penetraron en la urbe y se apoderaron de todas las riquezas y de las mujeres. Esto es lo que ocurrió con al-Chamraqán.

El rey Garib, al oír el griterío de « Dios es el más grande» , montó a caballo y lo mismo hizo el ejército, hasta el último soldado. Sahim se puso al frente y se aproximó al lugar del combate, viendo que los Banu Amir habían efectuado una incursión contra los infieles escanciándoles la copa de la muerte. Volvió atrás e informó a su hermano de lo que había. Éste rezó por al-Chamraqán, mientras los incrédulos seguían acometiéndose entre sí con la cortante espada, empleando sus

mejores fuerzas, hasta que se hizo de día y la luz se extendió por todas partes. Entonces Garib chilló a sus gentes: « ¡Hombres nobles! ¡Cargad! ¡Contentad al Rey omnisciente!» Las gentes puras cayeron sobre los libertinos y la cortante espada jugó su papel mientras la afilada lanza penetraba en el pecho de los hipócritas incrédulos. Éstos quisieron entrar en su ciudad, pero al-Chamraqán les salió al encuentro con sus primos y se encontraron cogidos entre dos filas de enemigos. Mataron un gran número y el resto se dispersó por el campo y el desierto.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que persiguieron espada en mano a los incrédulos, los dispersaron en la llanura y en la montaña y después regresaron a la ciudad de Omán. El rey Garib entró en el alcázar de al-Chaland, se sentó en el trono de su reino y sus compañeros formaron un círculo a su diestra y a su siniestra. Mandó que le llevaran a al-Chaland. Fueron por éste rápidamente y lo colocaron ante el rey Garib, quien le expuso los fundamentos del Islam. No quiso convertirse y mandó que lo crucificasen en la puerta de la ciudad. Lo asaetearon hasta dejarlo como un erizo. Garib, después, hizo regalos a al-Chamraqán y le dijo: « Tú eres el dueño de la ciudad, su gobernador, el señor que puede hacer y deshacer, ya que la has conquistado con tu espada y con tus hombres» . Al-Chamraqán besó el pie del rey Garib, le dio las gracias e hizo votos para que sus victorias, bienes y poder fuesen duraderos. Más tarde Garib abrió los tesoros del rey al-Chaland, miró lo que contenían y lo distribuyó entre los jefes, abanderados y combatientes; también repartió a las muchachas y a los muchachos. Estuvo repartiendo riquezas durante diez días.

Cierta noche, mientras dormía, tuvo un sueño terrible. Se despertó sobresaltado y aterrorizado, y desveló a su hermano Sahim. Le dijo: « Me he visto, en sueños, en un valle muy espacioso. Se abalanzaban sobre nosotros dos pájaros, los más grandes que nunca haya visto. Tenían unas garras como lanzas. Caían sobre nosotros, que estábamos aterrorizados. Esto es lo que he visto» . Sahim al oír estas palabras replicó: « ¡Rey! Esto indica un gran enemigo. Permanece en guardia» . Garib no consiguió dormir durante el resto de la noche. Al día siguiente, por la mañana, pidió su caballo y montó en él. Sahim le preguntó: « ¿Adónde vas, hermano?» « He amanecido muy acongojado y quiero viajar durante diez días para distraerme.» « ¡Llévate mil caballeros!» « ¡No! Iremos tú y yo solos.»

Garib y Sahim recorrieron valles y prados y no pararon hasta llegar a un gran valle con muchos árboles y frutos, aromáticas flores y pájaros en las ramas, a los que contestaba el ruiseñor con sus mejores trinos; la tórtola llenaba

el lugar con su voz; el ruiseñor con su canto desvelaba al que dormía; el mirlo tenía voz casi humana y el papagayo contestaba a la paloma de collar y al palomo del modo más elocuente. Las ramas de los árboles contenían toda clase de frutos comestibles en sus dos especies. Este valle les gustó. Comieron sus frutos, bebieron en sus arroyuelos y se sentaron a la sombra de los árboles. La modorra se apoderó de ellos y se durmieron. ¡Gloria a Aquel que no duerme! Mientras dormían aparecieron dos *marids* terribles, cada uno de los cuales agarró a un príncipe por el cuello y lo levantó hacia lo más alto del cielo, hasta colocarlos por encima de las nubes. Sahim y Garib se despertaron encontrándose entre el cielo y la tierra. Miraron a los que los trasladaban y vieron que eran dos genios: uno de ellos tenía cabeza de perro y el otro de mono y eran altos como palmeras. Su pelo se parecía a las cerdas de los caballos y sus garras eran como las de las fieras. Garib y Sahim al verse en esta situación dijeron: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!»

La causa de todo esto era que un rey de los reyes de los genios, que se llamaba Maraas, tenía un hijo, de nombre Saiq, el cual amaba a una doncella de los genios que se llamaba Nachma. Saiq y Nachma estaban reunidos en aquel valle metamorfoseados en pájaros. Sahim y Garib los habían visto y creyéndolos pájaros los habían asaeteado. Pero sólo alcanzaron a Saiq, cuya sangre empezó a correr. Nachma se afligió, lo agarró, y echó a volar llena de terror temiendo que le ocurriese lo mismo que a Saiq. Voló sin descanso hasta depositar a éste en la puerta del alcázar de su padre. Los porteros lo transportaron hasta dejado ante el padre, Maraas. Éste, al ver a su hijo con un venablo en el costado exclamó: « ¡Hijo! ¿Quién te ha hecho tal cosa? Arruinaré su país y apresuraré su fin aunque sea el más poderoso de los reyes de los genios» . El muchacho abrió los dos ojos y respondió: « ¡Padre mío! Es un ser humano el que me ha matado en el Valle de las Fuentes» . Apenas hubo pronunciado estas palabras murió. El padre se abofeteó hasta que le salió sangre por la boca y gritó a dos *marids*: « Id al Valle de las Fuentes y traedme a todos los que se encuentren en él» . Los dos *marids* corrieron hasta el Valle, descubrieron a Garib y Sahim durmiendo, los agarraron y los condujeron ante Maraas. Sahim y Garib, al despertarse, se encontraron entre el cielo y la tierra y exclamaron: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los dos genios los depositaron delante de Maraas, el cual estaba sentado en el trono de su reino. Parecía un monte enhiesto. Su cuerpo tenía cuatro cabezas: una de león, otra de elefante, la tercera de tigre y la cuarta de leopardo. Los dos genios colocaron a Garib y Sahim ante

Maraas y dijeron: « ¡Rey! Éstos son los dos que hemos encontrado en el Valle de las Fuentes» . El rey los miró con ojos brillantes de cólera, resoplando y rugiendo; de su nariz salían chispas. Todos los presentes quedaron aterrorizados. Dijo: « ¡Perros humanos! ¡Habéis matado a mi hijo y habéis puesto fuego en mis entrañas!» Garib preguntó: « ¿Y quién era tu hijo, ése al que hemos matado? ¿Quién ha visto a tu hijo?» « ¿No erais vosotros los que estabais en el Valle de las Fuentes? Visteis a mi hijo que estaba metamorfoseado en pájaro, lo asaeteasteis con el arco y ha muerto.» « ¡Por el Señor, el Grande, el Único, el Eterno, el que es Omnisciente! ¡Juro por su amigo Abraham que no sé quién lo ha matado y que no hemos visto ningún pájaro ni tropezado con fieras ni aves!» Maraas al oír que Garib juraba por el nombre de Dios, por su poderío y por su Profeta Abraham, el amigo, se dio cuenta de que era musulmán. Maraas adoraba al fuego prescindiendo del Rey potente. Gritó a sus hombres: « ¡Traedme a mi señor!» Le llevaron un horno de oro que colocaron delante de él. Encendieron fuego, colocaron sahumerios y se levantaron llamas: una verde, otra azul y una tercera amarilla. El rey y todos los presentes las adoraron, mientras Garib y Sahim proclamaban la unicidad de Dios (¡ensalzado sea!), le loaban y daban fe de que Dios es todopoderoso.

El rey levantó la cabeza y vio que Garib y Sahim permanecían en pie, que no se prosternaban. Exclamó: « ¡Perros! ¿Qué os pasa que no os prosternáis?» Garib replicó: « ¡Ay de vosotros, malditos! Las genuflexiones sólo son para el Dios que es adorado, que ha creado a todos los seres de la nada, que hace surgir el agua de la dura roca, que hace que el padre tenga compasión del recién nacido, del cual no se puede decir que está sentado o que está de pie, el Señor de Noé, Salih, Hud y Abraham, su amigo. Él es quien ha creado el Paraíso y el fuego, quien ha creado a los árboles y sus frutos. Él es Dios, el Único, el Todopoderoso» . Los ojos de Maraas se desorbitaron al oír estas palabras y gritó a sus hombres: « ¡Atad a estos dos perros! ¡Acercadlos a mi señor!» Ataron a Sahim y Garib y quisieron arrojarlos al fuego. En aquel preciso momento una de las almenas del palacio cayó en el brasero, que se rompió; el fuego se apagó y la ceniza voló por el aire. Garib exclamó: « ¡Dios es el más grande! Hace conquistar y concede la victoria humillando a los incrédulos. Dios está por encima de los que adoran el fuego y prescinden del Rey todopoderoso» . Maraas exclamó: « Tú eres un mago y has embrujado a mi señor para que le ocurriese esto» . « ¡Loco! —le refutó Garib—. Si el fuego tuviese el secreto y la prueba de su divinidad evitaría todo aquello que le perjudica.» Maraas, al oír estas palabras, blasfemó y juró por el fuego, exclamando: « ¡Juro por mi religión que únicamente os daré muerte por medio del fuego!»

Mandó que los encarcelaran, llamó a cien *marid* y les ordenó que reuniesen mucha leña y le prendiesen fuego. Así lo hicieron y se levantó una gran hoguera, que permaneció encendida hasta la mañana. Entonces Maraas montó en un

elefante que llevaba a cuestas un trono de oro montado de pedrería. A su alrededor se colocaron las tribus de genios que tenían las figuras más variadas. Después le llevaron a Sahim y Garib. Éstos, al ver la llama de fuego, pidieron auxilio al Único, al Todopoderoso, al Creador de la noche y del día, el Grande al que no llegan las miradas mientras él las alcanza, el Amable, el Bien informado. Rezaron sin cesar: una nube avanzó desde occidente hasta oriente dejando caer una lluvia tan copiosa como el mar proceloso. El fuego se apagó. El rey y sus soldados se asustaron y entraron en palacio. El rey se dirigió al visir y a los grandes del reino y les dijo: « ¿Qué opináis de estos dos hombres?» « ¡Rey! Si no dijesen la verdad no hubiesen ocurrido estas cosas. Nosotros decimos que tienen razón, que son sinceros.» El rey dijo: « Se me ha hecho manifiesta la verdad: carece de sentido adorar al fuego. Si fuese un dios hubiese impedido que la lluvia lo apagara y que la piedra rompiera su brasero transformándolo en cenizas. Creo en el que ha creado el fuego y la luz, las tinieblas y el calor. ¿Qué decís?» Le replicaron: « ¡Oh, rey! Nosotros seguimos, oímos y obedecemos» . El rey mandó llamar a Garib. Lo llevaron ante él. Le salió al encuentro, lo abrazó y lo besó en la frente y lo mismo hizo con Sahim. A continuación se agolparon los soldados alrededor de Sahim y Garib y les besaron las manos y la cabeza.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que más tarde el rey Maraas se sentó en el trono de su reino, colocó a Garib a su derecha y Sahim a su izquierda. Dijo: « ¡Seres humanos! ¿Qué diremos para convertirnos en musulmanes?» Garib le contestó: « No hay dios sino el Dios de Abraham y éste es su amigo» . El rey y todos sus súbditos se convirtieron interna y externamente. Garib les enseñó a orar. Después, acordándose de sus hombres suspiró. El rey de los genios le dijo: « ¡La preocupación se ha ido y ha llegado la alegría y la satisfacción!» Garib le dijo: « ¡Rey! Tengo muchos enemigos y temo que causen algún daño a los míos» . Le explicó lo que le había ocurrido con su hermano Achib desde el principio hasta el fin. El rey de los genios replicó: « ¡Rey de los hombres! Yo enviaré en tu lugar a alguien para que vea qué sucede a tu gente. No te dejaré marchar hasta que esté satisfecho de contemplar tu rostro» . Llamó a dos genios terroríficos. Uno se llamaba Kaylachán y el otro al-Qurachán. Al llegar los dos genios besaron el suelo. Les dijo: « Id al Yemen y averiguad qué hacen los soldados de sus ejércitos» . Contestaron: « Oír es obedecer» . Los dos genios arrancaron a volar dirigiéndose hacia el Yemen. Esto es lo que hace referencia a Garib y a Sahim.

He aquí lo que se refiere al ejército de los musulmanes: Por la mañana se dirigieron al alcázar del rey Garib para servirle. Los criados les dijeron: « El rey y su hermano han montado a caballo al amanecer y han salido» . Los jefes

montaron y recorrieron valles y montes, siguiendo siempre las huellas, hasta llegar al Valle de las Fuentes. Hallaron las armas de Garib y Sahim abandonadas y a los dos corceles paciendo. Exclamaron: « ¡Cierto! ¡El rey se ha perdido en este lugar! ¡Gloria al amigo de Abraham!» Se dividieron en varios grupos y buscaron por el Valle y los montes durante tres días. Pero no consiguieron ningún dato. Prepararon los funerales, mandaron ir a los correos y les dijeron: « Recorred campos, castillos y ciudadelas buscando nuevas de nuestro rey» . « Oír es obedecer» , respondieron. Se separaron y cada uno de ellos se dirigió a una región distinta. Achib se enteró por sus espías de que su hermano había desaparecido y que no encontraban sus huellas. Se alegró mucho, sacó buenos augurios y presentándose ante el rey Yaarib b. Qahtán, le pidió auxilio y éste se lo concedió dándole doscientos mil amalecitas. Achib avanzó con sus tropas hasta acampar ante la ciudad de Omán. Al-Chamraqán y Sadán le salieron al encuentro y presentaron combate: murieron muchísimos musulmanes; los restantes entraron en la ciudad, cerraron la puerta y pusieron las murallas en estado de defensa.

Entonces llegaron los dos genios al-Kaylachán y al-Qurachán: vieron que los musulmanes estaban sitiados y aguardaron la llegada de la noche. Entonces empezaron a atacar a los incrédulos con la cortante espada, con la espada de los genios: cada una medía doce brazos, de tal modo que si un hombre hubiese dado con ella en una piedra, la hubiese partido. Atacaron al grito: « ¡Dios es el más grande! ¡Conquista, vence y humilla a los que no creen en la religión del Amigo de Abraham!» Cargaron contra los descreídos y mataron muchísimos. Su boca y su nariz despedían llamas. Los infieles, salidos de sus pabellones, vieron cosas tan prodigiosas que les hicieron poner carne de gallina, se atolondraron y perdieron la razón: agarraron sus armas y se acometieron entre sí mientras los dos genios seguían segando sus cuellos y gritaban: « ¡Dios es el más grande! ¡Nosotros somos vasallos del rey Garib, amigo del rey Maraas, rey de los genios!» La espada siguió girando en ruedo hasta mediada la noche: los infieles imaginaban que todos los montes estaban llenos de genios: cargaron las tiendas, los fardos y las riquezas sobre sus camellos y emprendieron la marcha. El primero en huir fue Achib.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los musulmanes se reunieron, quedaron maravillados de cuanto ocurría a los infieles y temieron que las tribus de los genios les causasen daño. Los dos *marids* continuaron atacando a los incrédulos hasta que los dispersaron por los campos y el desierto: sólo escaparon a los genios cincuenta mil hombres de los doscientos mil que eran al principio; vencidos y heridos regresaron a su país. Los genios dijeron: « ¡Soldados! El rey Garib, vuestro señor, y su hermano os saludan. Ambos son huéspedes del rey Maraas, rey de los genios, y dentro de poco volverán a vuestro lado» . Los soldados al oír nuevas de Garib se alegraron muchísimo y replicaron: « ¡Que Dios os pague con bien, nobles gentes!» Los dos genios regresaron, se presentaron ante los reyes Garib y Maraas y los encontraron sentados. Les contaron lo que había ocurrido y lo que habían hecho y los reyes les recompensaron. El corazón de Garib se tranquilizó. Entonces el rey Maraas dijo: « ¡Hermano mío! Quiero que visites nuestra tierra: te mostraré la ciudad de Jafet, hijo de Noé, sobre el cual sea la paz» . « ¡Rey! ¡Haz lo que bien te parezca!» Maraas pidió dos corceles para los hermanos. Él, Garib y Sahim montaron y mil genios constituyeron su escolta. Se pusieron en camino como si fuesen un pedazo de montaña hendido a todo lo largo. Contemplaron valles y montes hasta llegar a la ciudad de Jafet, hijo de Noé (¡sobre él sea la paz!). Los habitantes de la ciudad, grandes y chicos, salieron a recibir a Maraas y éste entró en medio de un gran cortejo. Subió al palacio de Jafet, hijo de Noé, se sentó en el trono de su imperio que era de mármol con barras de oro incrustadas y una altura de diez escalones. Estaba tapizado con toda suerte de sedas policromas. Cuando los habitantes de la ciudad hubieron ocupado su sitio les dijo: « ¡Descendientes de Jafet, hijo de Noé! ¿Qué es lo que han adorado vuestros padres y vuestros abuelos?» « Hemos visto que nuestros padres adoraban el fuego y los hemos imitado. Pero tú estás más informado.» « ¡Gentes! Hemos visto que el fuego es una de las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!), el cual ha creado todas las cosas. Al darme cuenta de esto me he sometido al Dios único, el Todopoderoso, el Creador de la noche, del día y de la esfera que gira; Aquel a quien la vista no alcanza mientras que él ve las miradas. Él es el Sutil, el Bien informado. ¡Someteos! Os salvaréis de la ira del Omnipotente y en la vida futura del tormento del fuego.» Se convirtieron interna y externamente.

Maraas cogió a Garib de la mano y le mostró el alcázar de Jafet y de sus hijos; le enseñó los prodigios que contenía. Después lo llevó al arsenal y le mostró las armas de Jafet. Pudo ver una espada colgada de un clavo de oro. Garib preguntó: « ¡Oh, rey! ¿A quién pertenece?» « Ésta es la espada de Jafet, hijo de Noé, con la cual acometía a hombres y genios. El sabio Chardum la templó y grabó en el dorso los grandes nombres: si se golpeara con ella un monte lo derruiría. Se llama al-Mahiq: destruye todo aquello que toca, sea hombre o

genio.» Garib, al oír estas palabras que aludían a las virtudes de la espada, dijo: « Quiero examinada» . « Puedes hacer lo que quieras» , le replicó Maraas. Garib extendió la mano, cogió la espada y la sacó de la vaina: despidió un relámpago, la muerte se mostró y brilló por el filo. Tenía una longitud de doce palmos por una anchura de tres. Garib quiso empuñarla y el rey Maraas le dijo: « Si puedes luchar con ella, cógela» . Garib replicó: « De acuerdo» . La empuñó como si fuese un bastón. Los hombres presentes quedaron boquiabiertos y exclamaron: « ¡Magnífico, señor de los caballeros!» Maraas le dijo: « Pon la mano en este tesoro por el cual han suspirado los reyes de la tierra, monta a caballo y te mostraré la ciudad» . Garib y Maraas montaron y los hombres y los genios se pusieron a su disposición.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los siguieron a pie cruzando entre alcázares y casas vacías, por calles y puertas doradas. Salieron por las puertas de la ciudad y contemplaron jardines repletos de árboles frutales, de arroyuelos de agua corriente, de pájaros que cantaban la loa del Todopoderoso y Eterno. Pasearon hasta la llegada de la tarde y entonces regresaron y pasaron la noche en el alcázar de Jafet, hijo de Noé. Al llegar les acercaron la mesa y comieron. Garib se volvió al rey de los genios y dijo: « ¡Oh, rey! Deseo volver junto a mis hombres y mis soldados. No sé qué es de ellos desde que me he marchado» . Maraas contestó, al oír las palabras de Garib: « ¡Hermano mío! ¡Por Dios! ¡No quiero separarme de ti y no te dejaré marchar hasta que haya transcurrido un mes completo durante el cual pueda contemplarte!» Garib no pudo contradecirle y permaneció un mes entero en la ciudad de Jafet comiendo y bebiendo. El rey Maraas le dio magníficos regalos, metales preciosos, joyas, esmeraldas, rubíes, diamantes, monedas de oro y plata, almizcle y ámbar, piezas de seda bordadas en oro; regaló a Garib y a Sahim sendos trajes de corte cosidos en oro y con bordados y dio a Garib una diadema ceñida de perlas y aljófares que no tenía precio. Colocó todo esto en cargas, llamó a quinientos genios y les dijo: « ¡Preparaos para salir de viaje mañana, pues conduciréis al rey Garib y a Sahim a su país!» « Oír es obedecer» , le replicaron. Pasaron la noche pensando en el momento de la partida. Pero llegado este momento aparecieron

repentinamente caballos, tambores y añafiles armando una algarabía que ocupaba toda la tierra: eran setenta mil genios volantes y buceadores cuyo rey se llamaba Barqán.

La causa de la llegada de este gran ejército era un hecho admirable, emocionante, prodigioso que explicaremos ordenadamente.

Este Barqán era el dueño de la Ciudad del Coral encarnado y del Alcázar de Oro. Gobernaba la cumbre de cinco montañas en cada una de las cuales vivían quinientos mil genios. Él y sus súbditos adoraban el fuego prescindiendo del Rey Todopoderoso. Dicho rey era primo de Maraas. Entre los súbditos de éste había un genio incrédulo que se había hecho musulmán por hipocresía; después, separándose de sus compatriotas, se había marchado al Valle del Coral, entrado en el alcázar del rey Barqán y besado el suelo ante él. Tras hacer votos por la larga duración de su gloria y de sus bienes le había informado de la conversión de Maraas. Barqán preguntó: « ¿Y cómo ha dejado su religión?» El hipócrita se lo refirió todo. El rey, al oír sus palabras resopló, resolló e injuriando al sol, a la luna y al fuego que desprende chispas, exclamó: « ¡Juro por mi religión que mataré a mi primo, a sus súbditos y a ese hombre! ¡No perdonaré ni a uno de ellos!» Llamó a los genios, eligió setenta mil *marids* y se puso en camino con ellos hasta llegar a la ciudad de Chabarsa, cercándola conforme hemos dicho. El rey Barqán se detuvo enfrente de la puerta de la ciudad y levantó su tienda. Maraas llamó a un genio y le dijo: « Ve a ese ejército, averigua qué es lo que quiere y tráeme rápidamente noticias» . El genio corrió y entró en la tienda de Barqán. Los *marids* se precipitaron sobre él y le preguntaron: « ¿Quién eres?» « ¡Un mensajero de Maraas!» Lo cogieron y lo colocaron ante Barqán. El mensajero se prosternó y le dijo: « ¡Señor mío! Mi dueño me manda para saber qué ocurre» . « Vuelve ante tu señor y dile: “Es tu primo Barqán que ha venido a saludarte”.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el genio volvió junto a su señor y le informó. Éste dijo a Garib: « Siéntate en tu trono mientras voy a saludar a mi primo y regreso» . Montó a caballo y se dirigió al campamento. Barqán había preparado una estratagema para hacer salir a Maraas y cogerlo. Los genios se

reunieron a su alrededor y les dijo: « Cuando veáis que lo abrazo, cogedlo y atadlo» . « ¡Oír es obedecer!» Llegó el rey Maraas y entró en el pabellón de su primo. Éste le salió al encuentro y lo abrazó. Los genios se abalanzaron sobre él, lo sujetaron y lo encadenaron. Maraas miró a Barqán y le preguntó: « ¿Qué es esto?» « ¡Perro de los genios! —le replicó—. ¿Cómo abandonas tu religión, la religión de tus padres y de tus abuelos, y aceptas una religión que no conoces?» Maraas contestó: « ¡Primo! Me he dado cuenta de que la religión de Abraham, el Amigo, es la verdadera, que no es falsa» . « ¿Quién te la ha expuesto?» « Garib, rey del Iraq. Él ocupa un puesto muy importante a mi lado.» « ¡Juro por el fuego y la luz, por la sombra y el calor que os mataré a todos!» Barqán encarceló a Maraas.

El paje de éste, al ver lo que había sucedido a su dueño, huyó a la ciudad e informó a los hombres del rey Maraas de lo que había sucedido a su señor. Chillaron y montaron a caballo. Garib preguntó: « ¿Qué ocurre?» Le explicaron lo que sucedía. Gritó a Sahim: « ¡Ensíllame uno de los dos corceles que me ha regalado el rey Maraas!» « ¡Hermano! ¿Vas a combatir contra los genios?» « Sí: los acometeré con la espada de Jafet, hijo de Noé, y pediré ayuda al Señor, al amigo de Abraham (¡sobre él sea la paz!). Él es el Señor y el Creador de todas las cosas.» Le ensilló un caballo bayo, escogido entre los de los genios; parecía una fortaleza. Cogió las armas, salió, montó y fue junto con los soldados; éstos llevaban puestas las armaduras. Barqán y sus hombres montaron a caballo y las dos partes se prepararon, alineándose para el combate. El primero en iniciar el encuentro fue el rey Garib: condujo su corcel al campo de batalla y desenvainó la espada de Jafet, hijo de Noé (¡sobre él sea la paz!). Ésta despidió un relámpago que ofuscó los ojos de todos los genios y llenó sus corazones de terror. Garib jugó con la espada de tal modo que el entendimiento de los genios quedó perplejo. Después gritó: « ¡Dios es el más grande! Yo soy el rey Garib, del Iraq. No hay más religión que la religión de Abraham el Amigo» .

Barqán exclamó al oír las palabras de Garib: « Éste es el que ha hecho cambiar de religión a mi primo. ¡Juro por mi fe que no volveré a sentarme en mi trono hasta que haya cortado la cabeza de Garib, hasta que no le haya hecho morir y mi primo y sus gentes recuperen la religión que tenían! Aniquilaré al que me contradiga» . Montó en un elefante blanco como el papel que parecía una torre bien defendida. Chilló, le aguijoneó con una punta de acero y clavó ésta en sus carnes. El elefante barritó y avanzó hacia el campo de batalla, hacia el lugar del combate y del alanceo. Se acercó a Garib y le increpó: « ¡Perro de hombre! ¿Qué te ha movido a meterte en nuestra tierra para pervertir a mi primo y a sus gentes hasta el punto de hacerles abandonar su religión? ¡Hoy es el último de tus días en este mundo!» Garib replicó: « ¡Largo de aquí, oh el más ínfimo de los genios!» Barqán tomó un dardo, lo blandió y lo lanzó contra Garib. No hizo blanco. Tomó el segundo y lo lanzó. Garib lo agarró en el aire, lo blandió a su vez

y lo devolvió en dirección del elefante. Penetró por un costado de éste y salió por el otro: el animal cayó muerto en el suelo: Barqán fue revolcado por tierra como si fuese una elevada palmera. Garib no le dio tiempo a moverse de su sitio: le acometió con la espada de Jafet, hijo de Noé, y le golpeó en el cuello. Barqán perdió el conocimiento. Los genios se abalanzaron y lo ataron. Los genios incrédulos, al ver lo sucedido a su rey, quisieron liberarlo: cargaron contra Garib. Los creyentes cargaron a su vez, al lado de éste. ¡Por Dios! ¡Qué excelente hombre fue Garib! Satisfizo al Señor que escucha y sació su sed de combate con la espada encantada que partía a todo aquel que tocaba; una vez muerto, el alma corría a transformarse en ceniza en el fuego. Los creyentes cargaron contra los genios incrédulos, lanzaron dardos de fuego y el humo se extendió por todas partes. Garib corría a izquierda y derecha mientras los enemigos se dispersaban ante él. El rey Garib llegó hasta el pabellón del rey Barqán, llevando a su lado a Kaylachán y a Qurachán. Mandó a éstos: « ¡Libertad a vuestro dueño!» Lo pusieron en libertad y rompieron los grillos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey Maraas gritó: « ¡Traedme mis armas y mi corcel volador!» , pues el rey tenía dos caballos que volaban por el aire. Había regalado uno a Garib y se ‘había quedado con el otro. Se lo llevaron, y una vez que hubo revestido las armas cargó con Garib. Los dos corceles volaban y sus soldados les seguían gritando: « ¡Dios es el más grande! ¡Dios es el más grande!» La tierra, los montes, los valles y las colinas hacían eco a su grito. Dieron fin a la persecución después de haber matado más de treinta mil genios y demonios. Regresaron a la ciudad de Jafet, hijo de Noé, y se sentaron en los puestos de honor. Mandaron buscar a Barqán, pero no lo encontraron. Esto sucedía porque después de haberlo hecho prisionero se habían despreocupado de él para consagrarse a la guerra. Uno de los *efrits*, paje suyo, había tropezado con él, lo había puesto en libertad y lo había conducido junto a sus hombres. Barqán había encontrado una parte muerta y la otra en fuga. Entonces remontó el vuelo hacia el cielo y descendió en la Ciudad del Coral, en el Palacio de Oro. El rey Barqán se sentó en el trono de su reino. Sus súbditos, los que habían escapado de la muerte, acudieron, entraron y lo felicitaron por haberse salvado. Les dijo:

« ¡Gentes! ¿Cómo me he salvado si ha perecido mi ejército, si me han hecho prisionero deshonrándome ante las tribus de los genios?» « ¡Rey! Mientras haya reyes habrá vencidos y vencedores.» « ¡No tengo más remedio que vengarme, que lavar mi afrenta! Si no lo hago quedaré avergonzado ante las tribus de los genios.» A continuación escribió cartas y envió mensajeros a las tribus de las fortalezas. Éstos, obedientes, acudieron armados. Barqán pasó revista y vio que disponía de trescientos veinte mil genios prepotentes y demonios. Le preguntaron: « ¿Necesitas algo?» « ¡Preparaos para salir de viaje dentro de tres días!» « ¡Oír es obedecer!» Esto es lo que hace referencia al rey Barqán.

He aquí lo que hace referencia a Maraas: Al regresar y buscar a Barqán no lo encontró y esto le disgustó. Exclamó: « ¡Si le hubiésemos hecho guardar por cien genios, no hubiese escapado! Pero ¿adónde habrá ido?» Maraas dijo a Garib: « Sabe, hermano mío, que Barqán es un traidor; no parará hasta haberse vengado. No hay duda de que reunirá sus hombres y que vendrá a nuestro encuentro. Me propongo alcanzarle ahora que está debilitado a consecuencia de su derrota» . Garib contestó: « Ésta es una opinión certera y nada hay que oponer» . Maraas añadió: « ¡Hermano! Permite que los genios os conduzcan a vuestro país y déjame combatir a los infieles para lavar las ofensas que he hecho a Dios» . « ¡No! ¡Juro por el Indulgente, el Generoso, el Que está oculto, que no me iré de esta tierra hasta haber aniquilado a todos los genios incrédulos, hasta que Dios haya conducido sus almas al fuego (¡qué pésima morada es!)! Sólo se salvarán aquellos que adoren a Dios, el Único, el Todopoderoso. Pero voy a enviar a Sahim a la ciudad de Omán, pues tal vez así se cure de su enfermedad.»

Sahim estaba débil. Maraas gritó a los genios: « ¡Llevad a Sahim, con todas estas riquezas y regalos, a la ciudad de Omán!» Contestaron: « ¡Oír es obedecer!» Cogieron a Sahim y los regalos y se marcharon a la tierra de los hombres. Después, Maraas escribió cartas a sus castillos y a todos sus gobernadores. Acudieron en número de ciento sesenta mil y se prepararon y emprendieron la marcha en busca de la Ciudad del Coral y del Palacio de Oro. En un día recorrieron la distancia de un año. Entraron en un valle en el que acamparon para descansar. Permanecieron allí hasta que amaneció. Se disponían a marchar cuando avanzó la vanguardia enemiga, cuyos genios se acercaban chillando. Los dos ejércitos se encontraron en aquél valle. Cargaron unos contra otros y la muerte hizo acto de presencia entre ellos: el combate fue haciéndose cada vez más violento, el suelo temblaba, la situación fue empeorando, llegó el momento serio, desapareció el de la broma, dejóse de oír el « dijo» y « se dice» , las vidas se acortaron y los infieles se encontraron en situación humillada y vil. Garib entró en combate proclamando al Único, el Adorado, al Que se pide ayuda. Cortó cuellos y las cabezas rodaron por el polvo.

Al atardecer habían muerto cerca de setenta mil infieles. En este momento repicó el tambor ordenando el cese del combate y se separaron unos de otros.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces Maraas y Garib se dirigieron a su tienda después de haber limpiado sus armas. Les llevaron la cena y comieron contentos por haber salido con vida, pues les habían matado más de diez mil genios.

Por su parte Barqán llegó a su tienda muy preocupado por los soldados que le habían matado. Dijo: « ¡Gentes! Si seguimos combatiendo durante tres días, ésos nos aniquilarán hasta el último» . « ¿Qué haremos, oh rey?» « Atacarlos por la noche, cuando duerman. No quedará ni uno solo de ellos para dar noticia. Coged vuestras armas y cargad contra vuestros enemigos como si fuesen un solo hombre.» « ¡Oír es obedecer!» , le replicaron. Se prepararon para el combate. Entre ellos había un genio que se llamaba Chandal, cuyo corazón estaba inclinado al Islam. Al ver lo que los incrédulos se disponían a hacer, escapó y se presentó ante Maraas y el rey Garib y les informó de lo que fraguaban los infieles. Maraas se volvió a Garib y le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Qué hay que hacer?» Contestó: « Caeremos esta noche sobre los incrédulos y los dispersaremos por el campo y el desierto gracias a la fuerza del Rey Todopoderoso» . Llamó a los jefes de los genios y les dijo: « Coged los instrumentos de guerra y que hagan lo mismo vuestros hombres. Cuando caiga la noche marchad de cien en cien, por vuestro propio pie, a esconderos en el monte dejando las tiendas vacías. En el momento en que veáis al enemigo en vuestro campamento, caed sobre él desde todas partes. Sed decididos y confiad en vuestro Señor, pues venceremos. Yo estaré con vosotros» .

Al llegar la noche, unos avanzaron a las tiendas pidiendo auxilio al fuego y a la luz. Cuando estuvieron en el campamento, los fieles cargaron sobre los incrédulos pidiendo auxilio al Señor de los mundos. Decían: « ¡Oh, el más misericordioso de los misericordiosos! ¡Oh, creador de todas las criaturas!» Antes de llegar la aurora todos los enemigos estaban segados, muertos: los incrédulos eran sombras sin alma. Los que escaparon corrieron al campo, por las llanuras. Maraas y Garib regresaron victoriosos, triunfantes, saquearon las riquezas de los infieles y durmieron hasta que llegó el día. Entonces emprendieron la marcha en dirección a la Ciudad de Coral y el Palacio de Oro.

Por su parte, cuando Barqán vio que el combate giraba contra él y que le habían matado la mayoría de sus hombres, dio media vuelta y huyó con los soldados que le quedaban. Llegó a la ciudad, entró en el alcázar, reunió a sus súbditos y les dijo: « ¡Hijos míos! Quien tenga alguna cosa que la coja y me siga al monte Qaf, a la residencia del rey al-Azraq, señor del castillo de Ablaq. Éste nos vengará» . Cogieron su harén, sus hijos y sus bienes y se marcharon al monte Qaf.

Maraas y Garib llegaron después a la Ciudad de Coral y al Castillo de Oro. Vieron que las puertas estaban abiertas y que no había nadie que les informase. Maraas y Garib recorrieron la Ciudad de Coral y el Castillo de Oro. Los fundamentos de las murallas eran de esmeralda; sus puertas, de coral rojo con clavos de plata; el techo de las casas y de los alcázares, de áloe y sándalo. Pasearon, recorrieron sus calles y azucaques y así llegaron al Palacio de Oro. Pasaron de vestíbulo en vestíbulo y cuando llegaron al interior se encontraron ante un edificio de regio rubí cuyas baldosas eran esmeraldas y jacintos. Maraas y Garib entraron en el alcázar y quedaron boquiabiertos ante su hermosura. Pasaron de un sitio a otro y así cruzaron siete corredores. Al llegar al interior del palacio encontraron cuatro estrados, uno enfrente de otro, pero ninguno era igual. En el centro del alcázar había un surtidor de oro rojo en el cuál estaban esculpidos leones de oro y el agua salía por su boca. Vieron algo que dejaba perplejo el entendimiento: un pórtico cuya testera estaba cubierta de tapices tejidos con seda de colores. Había en él dos sillas de oro rojo incrustado de perlas y aljófares. Maraas y Garib se sentaron en el solio de Barqán y reunieron su gran corte en el Palacio de Oro.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib preguntó a Maraas: « ¿En qué meditas?» « ¡Rey de los hombres! He enviado cien hombres en busca de noticias del lugar en que se encuentra Barqán para poder ir tras él.» Permanecieron en el Palacio de Oro durante tres días. Los genios regresaron con la noticia de que Barqán se había dirigido al monte Qaf pidiendo la protección del rey al-Azraq. Éste se la había concedido. Maraas dijo a Garib: « ¿Qué dices, hermano mío?» « Que si no los atacamos nos atacarán.» Maraas y Garib mandaron a los

soldados que tomasen provisiones para un viaje de tres días. Se prepararon, y cuando estaban a punto de partir aparecieron los genios que habían transportado a Sahim y los regalos. Se aproximaron a Garib y besaron el suelo. Éste les preguntó por sus súbditos. Le contestaron: « Al huir del combate, tu hermano Achib se ha dirigido junto a Yaarib b. Qahtán, después ha seguido hasta la India, se ha presentado ante su rey y le ha referido todo lo que le había ocurrido con su hermano. Ha pedido protección y se la ha concedido. Este rey ha enviado cartas a todos sus gobernadores, ha reunido tropas que parecen el mar tempestuoso, que no tiene ni principio ni fin. Está resuelto a arruinar el Iraq» . Garib exclamó oír estas palabras: « ¡Perezcan los infieles! Dios (¡ensalzado sea!) hará vencer al Islam y yo les acometeré con la espada y la lanza» . Maraas intervino: « ¡Rey de los hombres! ¡Juro por el nombre supremo de Dios[250] que he de acompañarte a tu reino, aniquilar tus enemigos y hacerte conseguir tu deseo!» Garib le dio las gracias y pasaron la noche firmemente resueltos a partir.

Al día siguiente marcharon hacia el monte Qaf y avanzaron todo el día en dirección de la fortaleza al-Ablaq y de la Ciudad de Mármol. Toda esta ciudad estaba construida en piedra y mármol. La había levantado Bariq b. Faquí, padre de los genios; también había construido el castillo de al-Ablaq, al que había dado este nombre porque lo había edificado con adobes de plata y de oro; en ninguna otra región había un castillo como éste. Cuando se aproximaron a la Ciudad de Mármol y sólo les separaba de ella media jornada, hicieron alto para descansar. Maraas envió gente para que le informasen de la situación. El correo se ausentó, regresó y dijo: « ¡Rey! En la Ciudad de Mármol hay tal número de genios que excede al de las hojas de los árboles y a las gotas de lluvia» . Maraas preguntó: « ¿Qué hemos de hacer, rey de los hombres?» « ¡Rey! Divide tus fuerzas en cuatro partes que se situarán alrededor del campamento. Después chillarán: "¡Dios es el más grande!" Una vez pronunciada esta fórmula se retirarán. Esto se hará mediada la noche y verás lo que ocurre con las tribus de los genios.» Maraas llamó a sus hombres y los dividió conforme había dicho Garib. Tomaron las armas y aguardaron hasta la medianoche. Entonces se pusieron en marcha, se situaron alrededor del ejército enemigo y gritaron: « ¡Dios es el más grande! ¡Gloria a la religión del amigo de Abraham, sobre el cual sea la paz!» Los incrédulos al oír estas palabras se despertaron aterrorizados, agarraron sus armas y combatieron entre sí hasta que apareció la aurora: había muerto su mayor parte. Garib gritó a los genios creyentes: « ¡Cargad sobre los incrédulos restantes! ¡Yo estoy a vuestro lado! ¡Dios os concederá la victoria!» Maraas y las tropas de éste avanzaron. Garib desenvainó su espada al-Mahiq, que era una espada de los genios, y cortó narices, rompió filas, venció a Barqán, lo hirió y le quitó la vida: cayó del caballo teñido por su propia sangre. Lo mismo hizo con el rey al-Azraq. Por la mañana no quedaba en pie ni un infiel ni tan siquiera para dar noticias de la batalla.

Maraas y Garib entraron en el alcázar de al-Ablaq y vieron que sus paredes eran de adobes de oro y de plata; el dintel de las puertas era de cristal y de esmeraldas verdes; había allí un surtidor y una fuente cuyo suelo estaba recubierto por seda recamada con tiras de oro cuajadas de aljófares. Encontraron riquezas que no podían medirse ni describirse. A continuación entraron en un harén en el que encontraron hermosas mujeres. Garib recorrió todo el harén y entre las doncellas encontró una tan hermosa como jamás había visto otra igual. Llevaba puesta una túnica que costaba mil dinares y a su alrededor estaban cien esclavas que levantaban los faldones del traje con ganchos de oro: parecía la luna entre las estrellas. Garib perdió la razón al ver a esta muchacha, quedó perplejo y preguntó a unas doncellas: « ¿Quién es esta adolescente?» Le contestaron: « Es Kawkab al-Sabah, la hija del rey al-Azraq» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib se volvió al rey Maraas y le dijo: « ¡Rey de los genios! Quiero casarme con esta muchacha» . Le contestó: « El palacio y todo lo que contiene —riquezas y genios— te pertenece, pues si tú no hubieras ideado la estratagema que ha aniquilado a Barqán, al rey al-Azraq y sus soldados, ellos nos hubiesen matado a todos. Las riquezas son tus riquezas y sus gentes son tus esclavos» . Garib le dio las gracias por estas palabras tan hermosas. Se acercó a la muchacha, la miró atentamente y quedó tan enamorado que se olvidó de Fajr Tach, hija del rey Sabur, rey de persas y turcos, y de Mahdiyya. La madre de esa muchacha era hija del rey de la China. El rey al-Azraq la había raptado de su alcázar, violándola y dejándola encinta. Dio a luz a esa muchacha que por su belleza y su hermosura recibió el nombre de Kawkab al-Sabah: era la reina de las hermosas. Su madre murió cuando ella tenía cuarenta días y las nodrizas y los criados cuidaron de ella hasta que hubo cumplido los diecisiete años. Al llegar a esta edad ocurrió lo relatado, murió su padre y Garib se enamoró locamente de ella. Aquélla misma noche cohabitó con ella y vio que era virgen, que odiaba a su padre y que se alegraba de que hubiese muerto.

Garib mandó derruir el castillo de al-Ablaq y así lo hicieron. Garib lo repartió entre los genios y a él le tocaron veintiún mil ladrillos de oro y plata; la parte del

dinero y de piedras preciosas que le correspondió es incalculable, innumerable. El rey Maraas, después, tomó consigo a Garib y le enseñó el monte Qaf y sus prodigios. Se pusieron en viaje hacia la fortaleza de Barqán. Al llegar a ella la derruyeron, repartieron sus riquezas y regresaron a la fortaleza de Maraas. Permanecieron en ésta durante cinco días. Después Garib quiso marchar a su país. Maraas le dijo: « ¡Rey de los hombres! Yo iré a tu lado hasta dejarte en tu reino» . « ¡No, por el amigo de Abraham! No quiero que te fatigues. Sólo me llevaré a tus súbditos al-Kaylachán y al-Qurachán.» « ¡Rey! Llévate también diez mil genios de a caballo. Estarán a tu servicio.» « No tomaré más que aquellos que te he dicho.» Maraas mandó a mil genios que transportasen la parte de botín que había correspondido a Garib y que acompañasen a éste a su reino; dio orden a al-Kaylachán y al-Qurachán para que marchasen con Garib y le obedeciesen, y ambos dijeron: « ¡Oír es obedecer!» Garib dijo a los genios: « Coged las riquezas y a Kawkab al-Sabah» . Garib estaba a punto de partir en el caballo volador cuando Maraas le dijo: « ¡Hermano mío! Este corcel sólo puede vivir en nuestra tierra: si va a la tierra de los hombres, morirá. Pero tengo un caballo que corre más que cualquier otro del Iraq o de país alguno» . Mandó que le llevasen dicho corcel. Se lo presentaron y Garib quedó satisfecho al verlo. Ataron el caballo, al-Kaylachán lo cogió, al-Qurachán cargó con todo lo que pudo y Maraas abrazó a Garib y rompió a llorar por tener que separarse de él. Dijo: « ¡Hermano mío! Si te ocurre algo a lo que no puedas sobreponerte, manda a buscarme. Yo acudiré con mi ejército y juntos arruinaremos la tierra y todo lo que sostiene» . Garib le dio las gracias por sus favores y por su fidelidad al Islam.

Los dos genios con Garib y el corcel viajaron durante dos días y dos noches durante los cuales recorrieron una distancia de cinco años llegando hasta las inmediaciones de la ciudad de Omán. Descendieron cerca de ella para descansar. Garib se volvió hacia al-Kaylachán y le dijo: « Ve y averigua qué hacen mis súbditos» . El genio fue y volvió. Dijo: « ¡Rey! Un ejército de infieles como el mar proceloso acomete a tu ciudad, ataca. Los tambores de guerra repican y al-Chamraqán ha salido al campo para combatir» . Garib, al oír estas palabras, exclamó: « ¡Dios es el más grande!» Añadió: « ¡Kaylachán! ¡Ensíllame el caballo, dame las armas y la lanza! Hoy se verá clara la diferencia que hay en el campo de batalla y en la palestra entre el caballero y el cobarde» . Al-Kaylachán le entregó lo que le había pedido. Garib cogió las armas, ciñó la espada de Jafet, hijo de Noé, montó en el caballo marino y avanzó hacia el ejército y los soldados. Al-Kaylachán y al-Qurachán le dijeron: « Tranquiliza tu corazón y deja que vayamos nosotros al encuentro de los incrédulos: los dispersaremos por el campo y el desierto de tal modo que no quedará ni uno con vida, ni siquiera para avisar al fuego. Todo ello con el auxilio de Dios, el Altísimo, el Todopoderoso» . Garib les replicó: « ¡Juro por el amigo de Abraham que no os dejaré combatir mientras yo me sostenga a lomos de mi caballo!»

La culpa de la presencia de aquél ejército la tenía Achib.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que había llegado con el ejército de Yaarib b. Qahtán y había asediado a los musulmanes: Al-Chamraqán y Sadán, a los que se habían unido al-Kaylachán y al-Qurachán, le habían hecho frente, habían derrotado el ejército de los incrédulos y Achib había tenido que huir. Había dicho a sus contríbulos: « ¡Gentes! Si regresamos junto a Yaarib b. Qahtán después de haber perdido sus tropas, dirá: "¡Hombres! Si no hubiese sido por vosotros, mis soldados no hubiesen muerto", y nos matará hasta el último. Opino que hemos de dirigirnos a la India y presentarnos ante su rey, Tarkanán, para que éste nos vengue» . Le contestaron: « ¡Llévanos y que el fuego te bendiga!» Viajaron días y noches hasta llegar a la ciudad de la India. Pidieron audiencia al rey Tarkanán, y éste permitió a Achib que entrase. Pasó, besó el suelo, hizo los votos de rigor y dijo: « ¡Oh, rey! Protégeme y el fuego que da chispas te protegerá y te guardará; protégeme y la noche te custodiará con sus oscuras tinieblas» . El rey de la India miró a Achib y le preguntó: « ¿Quién eres? ¿Qué quieres?» « Soy Achib, rey del Iraq. Mi hermano me ha ofendido y se ha convertido al Islam; los súbditos le han seguido, se ha apoderado de mi país y me va expulsando de un sitio a otro. He llegado hasta aquí para pedir tu protección y tu favor.» El rey de la India se levantó, volvió a sentarse y dijo: « ¡Juro por el fuego que te vengaré! ¡No consentiré a nadie que adore a algo distinto del fuego!» Llamó a su hijo y le dijo: « Hijo mío: haz tus preparativos, ve al Iraq, aniquila todo lo que encuentres allí, encadena a todos los que no adoren el fuego y castígalos para que sirvan de ejemplo. Pero no los mates. Tráemelos para que pueda atormentarlos de formas distintas, hacerles gustar la humillación y servir de escarmiento a todos los que reflexionan en nuestro tiempo» . Escogió ochenta mil combatientes de a caballo, otros ochenta mil sobre jirafas; además les dio diez mil elefantes, cada uno de los cuáles llevaba un palanquín de sándalo con barras de oro y con chapas y clavos de oro y de plata. En cada palanquín había un estrado de oro y esmeralda. Envió con ellos literas de campaña en cada una de las cuales cabían ocho combatientes con todas sus armas.

El hijo del rey era el hombre más valiente de su época y nadie podía comparársele en valor. Se llamaba Rad Sah. Empleó diez días en los preparativos y se puso en marcha como una nube: viajó durante dos meses hasta llegar a la ciudad de Omán. La cercó. Achib estaba contento pues creía que iba a vencer. Al-Chamraqán, Sadán y todos sus héroes salieron al campo de combate. Repicaron los tambores y relincharon los caballos en el justo momento en que observaba al-Kaylachán y regresaba a informar al rey Garib, el cual montó a caballo, según hemos dicho, espoleó su corcel y se introdujo entre las filas de los incrédulos para ver quién avanzaba e iniciaba el combate. Sadán el Ogro se aproximó, ofreció combate singular y uno de los héroes de la India se le puso delante: Sadán no le dio ni tiempo de asegurar el pie; le acometió con la maza y le trituró los huesos: cayó al suelo. Apareció un segundo campeador y lo mató; al tercero lo tumbó por tierra.

Sadán siguió combatiendo hasta dar muerte a treinta enemigos. Entonces se le puso delante un paladín indio que se llamaba Battás al-Aqrán. Era el caballero de su tiempo y en el campo de batalla equivalía a cinco mil caballeros; era tío del rey Tarkanán. Al enfrentarse a Sadán le dijo: « ¡Bandido de árabe! ¡Has tenido el atrevimiento de matar a los reyes y paladines de la India, a hacer prisioneros a sus caballeros! Hoy es tu último día en este mundo» . Los ojos de Sadán se inyectaron en sangre al oír estas palabras, cargó sobre Battás y le dio un mazazo. Pero no hizo blanco y doblándose al peso de la maza cayó al suelo. Al volver en sí se encontró atado, encadenado. Lo encerraron en una tienda. Al-Chamraqán, al ver a su amigo prisionero, exclamó: « ¡Por la religión del amigo de Abraham!» Espoleó su corcel y cargó contra Battás al-Aqrán. Combatieron un rato: Battás cayó, luego, sobre al-Chamraqán, lo agarró por la armadura, lo arrancó de la silla y lo tiró al suelo. Los indios lo encadenaron y lo llevaron a su tienda. Battás siguió venciendo a un jefe tras otro e hizo prisioneros a veinticuatro musulmanes. Los musulmanes, al ver esto, experimentaron una gran pena. Garib, al darse cuenta tomó de debajo de la rodilla una maza de oro que pesaba ciento veinte *ratl*: era la maza de Barqán, rey de los genios.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Garib] guió su caballo marino que

corrió como si fuese viento a ráfagas y avanzó hasta colocarse en el centro del campo. Gritó: « ¡Dios es el más grande! ¡Conquista y da la victoria! ¡Humilla a los que no creen en la religión de Abraham, su amigo!» Cargó contra Battás, le golpeó con la maza y cayó al suelo. Se volvió hacia los musulmanes, vio a su hermano Sahim al-Layl y le dijo: « ¡Ata a ese perro!» Sahim se precipitó sobre Battás al oír las palabras de Garib, lo ató fuertemente y lo cogió. Los caballeros musulmanes habían quedado admirados ante aquel campeón y los incrédulos se preguntaban unos a otros: « ¿Quién es este caballero que ha salido de sus filas y ha hecho prisionero a nuestro jefe?» Todo esto ocurría mientras Garib invitaba a combate singular. Un jefe indio se presentó. Garib le golpeó con la maza y cayó tendido al suelo. Al-Kaylachán y al-Qurachán lo ataron y se lo entregaron a Sahim. Garib fue apresando campeador tras campeador hasta llegar a cincuenta y dos de los más valientes. Al terminar el día el tambor de la retirada repicó y Garib, abandonando la palestra, se dirigió hacia las filas musulmanas. El primero en salirle al encuentro fue Sahim, quien le besó el pie, que estaba en el estribo. Dijo: « ¡Que tu mano no se seque, oh, caballero del tiempo! Dinos cuál de los valientes eres» . Entonces Garib se quitó la celada, y lo reconoció. Sahim gritó: « ¡Gentes! Éste es vuestro rey, vuestro señor, Garib, que ha llegado de la tierra de los genios» . Los musulmanes, al oír citar a su rey, descabalgaron, se le acercaron a pie y le besaron los dos pies, que estaban en el estribo. Lo saludaron, se alegraron de que estuviese salvo y entraron en la ciudad de Omán. Garib se apeó ante el trono, y las gentes, llenas de alegría, se situaron a su alrededor. Acercaron la comida y comieron. Después les contó todo lo que le había sucedido en el monte Qaf con las tribus de los genios. Los asistentes se admiraron muchísimo y dieron gracias a Dios por haberlo salvado.

Al-Kaylachán y al-Qurachán no se apartaban del lado de Garib. Éste mandó a los reunidos que se marchasen a la cama, y se fueron a su casa. Únicamente quedaron a su lado los dos genios. Les preguntó: « ¿Podéis llevarme hasta Kufa para estar con mi harén, y traerme otra vez aquí al fin de la noche?» « ¡Señor nuestro! Lo que pides es la cosa más fácil de hacer.» Entre Kufa y Omán hay sesenta días de marcha para un caballero que vaya rápido. Al-Kaylachán dijo a al-Qurachán: « ¡Yo lo llevaré a la ida y tú lo traerás de vuelta!» Al-Kaylachán lo cogió y al-Qurachán lo acompañó. En menos de una hora llegaron a Kufa, dejándolo en la puerta de palacio. Garib se presentó ante su tío al-Damig. Al verlo, lo saludó y le preguntó: « ¿Cómo están mis mujeres Fajr Tach[251] y Mahdiyya?» « Ambas están en perfecto estado y buena salud.» El criado entró en el harén para anunciar la llegada de Garib. Las mujeres se alegraron, chillaron de gozo y dieron una propina al criado. A continuación entró Garib y salieron a saludarle, y hablaron. Al-Damig acudió también y Garib explicó todo lo que le había sucedido con los genios. Al-Damig y las mujeres quedaron admirados. Después, Garib pasó el resto de la noche con Fajr Tach. Al acercarse

la aurora salió en busca de los dos genios, se despidió de su familia, de su harén y de su tío al-Damig. Se subió a la espalda de al-Qurachán y al-Kaylachán lo acompañó. Cuando empezaron a disiparse las tinieblas ya estaba en la ciudad de Omán. Tomó las armas, su gente hizo lo mismo y mandó abrir las puertas. Entonces apareció un caballero procedente de las filas de los incrédulos que llegaba acompañado por al-Chamraqán, Sadán el Ogro y todos los jefes prisioneros a los cuales había puesto en libertad. Los entregó a Garib, rey de los musulmanes. Éstos se alegraron mucho al verlos salvos y puestas las armaduras, montaron a caballo, repicaron los tambores de guerra, de batalla y de combate. Los incrédulos también salieron y se dispusieron en filas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el primero en abrir la batalla fue el rey Garib. Desenvainó su espada al-Mahiq, que era la espada de Jafet, hijo de Noé (¡sobre él sea la paz!), condujo su corcel entre las dos filas y gritó: « ¡Quien me conoce ha evitado mi mano, que daña! Para quien no me conoce me presentaré yo mismo: soy el rey Garib, rey del Iraq y del Yemen. Soy Garib, el hermano de Achib» . Rad Sah, el hijo del rey de la India, al oír las palabras de Garib ordenó a sus jefes: « ¡Traedme a Achib!» Se lo llevaron y le dijo: « Esta guerra sabes que es tu guerra: tú has sido la causa de ella. Ahí está tu hermano en el campo de batalla, en la palestra de la guerra y del combate. Ve a luchar con él y tráemelo prisionero para que lo coloque boca abajo sobre los lomos de un camello, haga un escarmiento de él y lo pueda llevar a la India» . « ¡Rey! —replicó Achib—, envía a otra persona. Hoy me encuentro débil.» Rad Sah se inflamó de cólera y rebufó al oír estas palabras. Exclamó: « ¡Juro por el fuego que da chispas, por la luz, las tinieblas y el calor, que si no sales a batirte con tu hermano y me lo traes inmediatamente, te cortaré la cabeza y pondré fin a tu vida!»

Achib condujo su corcel al campo intentando hacerse el valiente. Se acercó a su hermano y le dijo: « ¡Perro de los árabes! ¡Oh, el más vil de los montadores de tiendas! ¿Te atreves a compararte con los reyes? ¡Coge lo que te llega y regocíjate con tu muerte!» El rey Garib le contestó a estas palabras: « ¿Qué rey eres tú?» « Soy tu hermano y hoy es el último de tus días en este mundo.»

Garib, al cerciorarse de que se trataba de su hermano Achib exclamó: « ¡Venganza por mi padre y por mi madre!» Entregó su espada a al-Kaylachán y cargando con la maza le dio un golpe de gigante prepotente que poco faltó para hacerle salir las costillas. Después lo agarró por el cuello, tiró de él, lo arrancó de la silla, lo arrojó al suelo y lo entregó a los dos genios que lo ataron fuertemente trasladándolo después humillado y capitidisminuido. Garib estaba alegre, pues había capturado a su enemigo. Recitó:

He conseguido mi deseo y ha concluido la fatiga. ¡Gloria y gracias a Dios que es nuestro Señor!
He crecido vilipendiado, pobre y despreciado, pero Dios me ha concedido todos sus favores.
Poseo países y he sometido a los hombres. Pero sin Ti, Señor, no hubiese podido hacerlo.

Rad Sah, al ver lo que había sucedido a Achib con su hermano Garib, pidió su corcel, se puso la armadura, empuñó las armas y salió al campo de batalla. Condujo a su corcel hasta llegar cerca del rey Garib en el campo de la lucha. Le gritó: « ¡Oh, el más vil de los árabes! ¡Leñador! ¿Es que tu fuerza ha llegado hasta el punto de atreverte a aprisionar a los reyes y a los héroes? ¡Baja de tu caballo, átate, besa mi pie, pon en libertad a mis campeadores y acompáñame a mi reino! Irás cargado de cadenas para que pueda perdonarte y hacer de ti un jeque en nuestro país en donde tendrás un bocado de pan» . Garib al oír estas palabras rompió a reír hasta caerse de espaldas. Replicó: « ¡Perro rabioso! ¡Lobo roñoso! ¡Verás contra quién van a volverse las circunstancias!» Llamó a Sahim y le dijo: « ¡Tráeme a los prisioneros!» Se los llevó y Garib les cortó el cuello. Rad Sah, al verlo, se abalanzó de modo terrible contra Garib y le acometió como lo haría un gigante prepotente. Avanzaron, retrocedieron y chocaron sin cesar hasta que llegaron las tinieblas y repicaron los tambores ordenando el fin del combate.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces le dijo su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se separaron unos de otros y cada

rey se dirigió a su campamento en donde los felicitaron por haberse salvado. Los musulmanes dijeron al rey Garib: «El prolongar tanto el combate no es costumbre tuya, ¡oh, rey!» «¡Gente! He combatido con héroes y con elefantes, pero no he visto jamás a nadie que luchase tan bien como este héroe. Quería desenvainar contra él la espada de Jafet y acometerle rompiéndole los huesos y poniendo fin a sus días. Pero lo he dejado, pensando en cogerlo prisionero para que pueda hacerse musulmán.» Esto es lo que se refiere a Garib.

He aquí lo que hace referencia a Rad Sah: Entró en su pabellón, subió al estrado y se sentó en el trono. Se presentaron ante él los grandes de su pueblo y le preguntaron por el combate. Les contestó: «¡Juro por el fuego que da chispas, que jamás en mi vida he visto un héroe como ése! Mañana lo cogeré prisionero y lo conduciré humillado y capitidisminuido».

Descansaron hasta que por la mañana repicaron los tambores llamando a la guerra. Se prepararon para combatir con la lanza y la maza, ciñeron la espada y empezó el alboroto. Montaron en los mejores corceles, salieron de las tiendas y llenaron la tierra: colinas, llanuras y lugares amplios. El primero en abrir el combate y la batalla fue el adelantado caballero, el león feroz, del rey Garib. Corrió arriba y abajo y gritó: «¿Hay algún valiente, alguien que quiera combatir? ¡Que hoy no se presenten ni el perezoso ni el impotente!» No había terminado de pronunciar sus palabras cuando ya estaba allí Rad Sah montado en un elefante que parecía una cúpula. En el dorso del elefante iba un palanquín sujeto con correas de seda. El conductor del animal estaba sentado entre las orejas de éste y llevaba un gancho en la mano con el cual gobernaba al animal haciéndole ir a derecha e izquierda. El elefante se acercó al caballo de Garib. El corcel al ver algo que no había visto nunca se encabritó de miedo. Garib se apeó, lo entregó a al-Kaylachán, desenvainó la espada al-Mahiq y se acercó, por su propio pie, a Rad Sah, hasta colocarse enfrente del elefante. El príncipe indio, cuando se veía inferior a un caballero enemigo salía a hacerle frente sobre el palanquín del elefante llevando consigo un objeto llamado «lazo», que es una especie de red muy amplia por la base y muy estrecha por encima. En un extremo lleva una anilla con un cordón de seda con lo cual atrapa al caballo y al caballero al dejarla caer encima, se tiraba del cordón, caía el caballero del corcel y quedaba prisionero. Por este método había vencido a muchos caballeros. Cuando Garib estuvo cerca, Rad Sah cogió en la mano el lazo y lo arrojó sobre Garib, tiró de él, lo colocó a lomos del elefante y mandó al conductor que lo llevase a su campo. Pero al-Kaylachán y al-Qurachán, que no se separaban de Garib, al ver lo que había sucedido a éste sujetaron al elefante. Garib, que se debatía en el interior del lazo, lo desgarró mientras al-Kaylachán y al-Qurachán, abalanzándose sobre Rad Sah, lo dominaban, lo ataban con una cuerda de fibra de palma y se lo llevaban.

Los combatientes de ambos lados se precipitaron unos contra otros como si

fuesen dos mares que se encuentran o dos montes cuando chocan. El polvo se levanto hasta la cima de los cielos y los dos ejércitos se quedaron a ciegas: el combate se encarnizó, corrió la sangre, y las acometidas furiosas, los lanzazos y el choque de las espadas alcanzaron su máxima saña, sin cesar hasta que el día desapareció y llegó la noche con sus tinieblas. Los tambores ordenaron el alto y los ejércitos se separaron. Aquel día murieron muchos de los musulmanes allí presentes y en su mayoría quedaron heridos por los atacantes que les acometían a lomos de las jirafas y de los elefantes. Esto preocupó mucho a Garib quien mandó curar a los heridos y volviéndose a los grandes de su país les preguntó: « ¿Qué opináis?» Replicaron: « ¡Oh, rey! Los elefantes y las jirafas son los únicos que nos causan daño. Si consiguiéramos librarnos de ellos venceríamos» . Al-Kaylachán y al-Qurachán dijeron: « Nosotros dos desenvainaremos nuestras espadas, caeremos sobre ellos y mataremos a su mayoría» . Un hombre de Omán, que había sido consejero de al-Chaland, se adelantó e intervino: « ¡Rey! La seguridad de este ejército reside en mí si tú me haces caso y me escuchas» . Garib volviéndose hacia los jefes les dijo: « Obedeced a este maestro en todo lo que os diga» . Replicaron: « ¡Oír es obedecer!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que dicho hombre escogió diez jefes y les preguntó: « ¿Cuántos héroes tenéis en vuestras filas?» « Diez mil» , le respondieron. Los tomó consigo, se los llevó al arsenal, les dio cinco mil ballestas y les enseñó cómo se disparaba con ellas. Apenas apareció la aurora los incrédulos se prepararon. Sacaron los elefantes y las jirafas y sus hombres se presentaron con todas las armas, pusieron las bestias y los héroes delante de su propio ejército. Garib y sus paladines montaron a caballo y formaron filas. Los timbales repicaron y las fieras y los elefantes avanzaron. Aquel hombre dio un grito a los saeteros: « ¡Preparad las flechas y los proyectiles!» Los dardos y el plomo fueron disparados y entraron en las entrañas de los animales. Éstos chillaron, derribaron a los campeadores y a los hombres que transportaban y los aplastaron con sus patas. Los musulmanes cargaron contra los incrédulos y los rodearon por la derecha y la izquierda, mientras los elefantes los aplastaban y los dispersaban por el campo y el desierto. Los musulmanes con sus cortantes espadas los persiguieron. Pocos fueron los que se salvaron de las jirafas y de los elefantes.

El rey Garib y sus hombres regresaron contentos por haber vencido. Repartieron el botín y permanecieron cinco días en su campamento. Después, el rey Garib se sentó en el trono de su reino y mandó a buscar a su hermano Achib. Le dijo: « ¡Perro! ¿Por qué vas en busca de los reyes para que nos combatan?

Pero el Todopoderoso me concede la victoria sobre ti. Conviértete al Islam y estarás a salvo, no vengaré en ti la muerte de mi padre y de mi madre, te haré rey, como eres, y me pondré a tus órdenes». Achib replicó a las palabras de Garib: «¡No abandonaré mi religión!» Garib le aherrojó y encargó de su custodia a cien esclavos fuertes. Se volvió hacia Rad Sah y le preguntó: «¿Qué dices de la religión del Islam?» «¡Señor mío! Yo entraré en tu religión, pues si no hubiese sido buena y verdadera no nos hubierais vencido. Extiende tu mano, pues yo atestiguo que no hay más dios que el Dios y que el amigo Abraham es el enviado de Dios.» Garib se alegró por su conversión y le dijo: «¿La dulzura de la fe se ha asentado en tu corazón?» «¡Sí, señor mío!» Garib preguntó: «¡Rad Sah! ¿Quieres volver a tu país y a tu reino?» «¡Oh, rey! Mi padre me matará porque he abandonado su religión.» «Yo te acompañaré, te instalaré en tu tierra hasta que, con el auxilio de Dios, el Generoso, el Liberal, te obedezcan las regiones y los súbditos.» Rad Sah le besó la mano y el pie. Garib hizo grandes regalos al hombre cuyo consejo había sido causa de la derrota del enemigo y lo colmó de riquezas. Volviéndose a al-Kaylachán y al-Qurachán dijo: «¡Genios!» «Aquí estamos.» «Quiero que me llevéis a la India.» «Oír es obedecer.» Garib tomó consigo a al-Chamraqán y a Sadán, a los cuales transportó al-Qurachán, mientras que Garib y Rad Sah iban a lomos de al-Kaylachán: marcharon a la India.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces su hermana le dijo:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: «¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que emprendían el viaje a la puesta del sol y antes de que terminase la noche ya se encontraban en Cachemira. Los dos genios descendieron en un palacio y los viajeros bajaron por las escaleras. Tarkanán había recibido noticia, por los derrotados, de lo que había sucedido a su hijo y a su ejército, que sus hombres estaban muy apenados y que su hijo ni dormía ni hallaba consuelo en nada. Tarkanán estaba pensando en esto y en lo que había sucedido cuando de repente se presentó ante él un grupo. El rey miró con estupor a su hijo y a sus acompañantes: quedó sobrecogido a causa del aspecto de los genios. Rad Sah, su hijo, se volvió hacia él y le increpó: «¡Traidor! ¡Adorador del fuego! ¡Ay de ti! ¡Deja de adorar al fuego y rinde homenaje al Rey Todopoderoso, al creador de la noche y del día, a Aquel que no ven los ojos!» El padre, que tenía una maza de hierro, al oír estas palabras, la arrojó

contra su hijo. Pero marró el golpe y cayó en un ángulo del palacio demoliendo tres piedras. Le replicó: « ¡Perro! ¡Has perdido el ejército y has abandonado tu religión y vienes a quitarme la mía!» Garib se abalanzó sobre él, le dio un palmetazo en el cuello y lo derribó. Al-Kaylachán y al-Qurachán lo ataron fuertemente. Todas las mujeres huyeron.

Garib se sentó en el trono del reino y dijo a Rad Sah: « ¡Juzga a tu padre!» Volviéndose Rad Sah hacia éste, le dijo: « ¡Viejo perdido! Conviértete y te salvarás del fuego y de la cólera del Todopoderoso» . Tarkanán replicó: « Moriré según mi religión» . Garib, entonces, desenvainó la espada al-Mahiq, le acometió y cayó al suelo partido en dos mitades. Dios se apresuró a enviar su espíritu al fuego (¡qué pésima morada es!). Mandó luego que lo colgasen de la puerta del alcázar y lo colgaron colocando una mitad a la derecha y la otra a la izquierda. Después pernoctaron hasta que se hizo de día. Garib dijo a Rad Sah: « ¡Ponte el traje real!» Se lo puso y se sentó en el solio de su padre. Garib se sentó a su diestra y al-Kaylachán, al-Qurachán, al-Chamraqán y Sadán el Ogro se colocaron a derecha e izquierda. El rey Garib les dijo: « Atad a todo rey que entre y no dejéis que escape de vuestras manos ningún jefe» . Contestaron: « ¡Oír es obedecer!» Los jefes subieron al palacio del rey para ponerse a su servicio. El primero en llegar fue el Gran Almocadén. Vio al rey Tarkanán colgado y partido en dos mitades. Se quedó perplejo, estupefacto y sin saber qué hacer. Al-Kaylachán se abalanzó sobre él, lo agarró por el cuello, lo tiró al suelo, lo ató y lo arrastró al interior del palacio. Lo sujetó fuertemente y lo guardó. Al salir el sol llevaba atados ya trescientos cincuenta jefes, a los que había colocado ante Garib. Éste les dijo: « ¡Hombres! ¿Habéis visto a vuestro rey? Está colgado en la puerta de palacio» . Preguntaron: « ¿Quién ha hecho con él semejante cosa?» « Yo lo he hecho con el auxilio de Dios (¡ensalzado sea!). Haré lo mismo con aquel que me desobedezca.» « ¿Qué nos pides?» « Yo soy Garib, rey del Iraq; yo soy quien ha dado muerte a vuestros héroes. Rad Sah ha adoptado la religión del Islam y será con vosotros un gran rey, equitativo. Convertíos al Islam y estaréis a salvo. No os neguéis, pues os arrepentiríais.» Pronunciaron la profesión de fe y quedaron inscritos entre la gente bienaventurada. Garib les preguntó: « ¿Se ha asentado firmemente en vuestros corazones la dulzura de la fe?» « Sí» , respondieron. Garib mandó ponerlos en libertad. Los soltaron. Les hizo regalos y les dijo: « Id a vuestros hombres, exponedles los principios del Islam. Conservad la vida de quien se convierta, pero matad a quien rehúse» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso. Entonces su hermana le dijo:

—¡Hermana mía! ¡Qué hermosa, qué bella, dulce y agradable es esta historia!

—Pues esto no es nada —contestó— en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y si el rey me permite quedarme.

El soberano se dijo: « ¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de su historia!»

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se marcharon, reunieron a los hombres que tenían bajo su mando y a los cuáles gobernaban, les informaron de lo que ocurría, les expusieron la doctrina del Islam y se convirtieron todos, excepción hecha de unos cuantos, a los que mataron. Informaron a Garib de lo que habían hecho y éste loó y alabó a Dios (¡ensalzado sea!), exclamando: « Alabado sea Dios que nos ha facilitado la empresa sin necesidad de tener que combatir» . Garib se quedó cuarenta días en Cachemira de la India, organizando el país, derruyendo los templos y los lugares donde se adoraba el fuego y construyendo mezquitas y aljamas para sustituirlos. Rad Sah había empaquetado en gran número regalos y presentes que no tienen descripción, y los había cargado en barcos. Garib se subió a la espalda de al-Kaylachán, y Sadán y al-Chamraqán montaron en la de al-Qurachán después de despedirse unos de otros. Viajaron hasta el fin de la noche. Al aparecer la aurora ya estaban en la ciudad de Omán. Sus habitantes salieron a recibirlos, los saludaron y se alegraron de su regreso. Garib, al llegar a la puerta de Kufa mandó que llevasen ante él a su hermano Achib. Cuando compareció mandó crucificarlo. Sahim llevó ganchos de hierro, los colocó bajo sus tendones y lo levantaron por encima de la puerta de Kufa. Además mandó que le arrojasen dardos y lo asaetearon hasta quedar como un puerco espín.

Después, Garib entró en Kufa, pasó a su palacio, se sentó en el trono del reino y gobernó todo el día hasta la llegada de la noche. Entonces entró en el harén. Kawkab al-Sabah le salió al encuentro y lo abrazó. Lo mismo hicieron las concubinas, que lo felicitaron por haberse salvado. Pasó aquel día y la noche con Kawkab al-Sabah. Al amanecer se lavó, rezó la oración de la mañana, se sentó en el trono de su reino e inició las fiestas de su boda con Mahdiyya: sacrificaron tres mil cabezas de ganado lanar, dos mil del vacuno, mil cabras, quinientos camellos, y cuatro mil gallinas y muchas ocas y quinientos caballos. Jamás en el Islam de aquella época se había celebrado otra boda como ésa. Garib tuvo relaciones con Mahdiyya, le arrebató la virginidad y permaneció en Kufa durante diez días. Al cabo de este tiempo recomendó a su tío que fuese justo con sus súbditos, y tomando consigo sus campeadores y su harén fue en busca de los barcos con los regalos y los presentes. Repartió las naves con todo lo que contenían y todos sus hombres se enriquecieron. Siguieron viaje hasta la ciudad de Babel. Hizo don de ésta a su hermano Sahim al-Layl nombrándole sultán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que permaneció con él durante diez días. Al cabo de éstos se pusieron en camino hasta llegar a la fortaleza de Sadán, el Ogro, y descansaron en ella durante cinco días. Aquí Garib dijo a al-Kaylachán y al-Qurachán: « Id a Isbanir al-Madain, entrad en el alcázar de Cosroes, averiguad cómo está Fajr Tach y traedme uno de los allegados del rey para que me explique lo que ha ocurrido» . Contestaron: « ¡Oír es obedecer!» Se pusieron en marcha hacia Isbanir al-Madain y mientras corrían entre el cielo y la tierra descubrieron un ejército que avanzaba semejante a un mar encrespado. Al-Kaylachán dijo a al-Qurachán: « Bajemos a ver qué es este ejército» . Descendieron y recorrieron las filas de los incrédulos. Vieron que eran persas. Preguntaron a algunos de ellos: « ¿De quién es este ejército? ¿Adónde vais?» Les replicaron: « En busca de Garib, para matarle a él con todos los suyos» . Cuando oyeron estas palabras se dirigieron al pabellón del rey que era jefe de las tropas y que se llamaba Rustam. Esperaron hasta que los persas quedaron dormidos en su lecho y Rustam en su estrado. Cogieron el estrado y lo llevaron a la fortaleza de Garib. Llegaron a las tiendas de éste antes de la medianoche. Entonces se presentaron en la puerta del pabellón y pidieron permiso para entrar. Garib al oír sus palabras se sentó y dijo: « ¡Entrad!» Pasaron llevando el lecho en que dormía Rustam.

Garib preguntó: « ¿Quién es ése?» « Un rey persa que viene al frente de un gran ejército para matarte a ti y a tus hombres. Te lo traemos para que te informe de lo que desees.» Garib les dijo: « ¡Traedme cien caballeros!» Cuando los tuvo ante sí ordenó: « ¡Desenvainad las espadas y colocaos junto a la cabeza del persa!» Hicieron lo que les mandaba y lo despertaron. Abrió los ojos y vio encima de su cabeza una cúpula de espadas. Cerró los ojos y exclamó: « ¡Qué pesadilla más horrorosa!» Al-Kaylachán le pinchó con la punta de la espada. Rustam se sentó y preguntó: « ¿Dónde estoy?» « Estás ante la majestad del rey Garib, el yerno del rey de los persas. ¿Cómo te llamas? ¿Adónde vas?» Al oír citar a Garib, meditó y se dijo: « ¿Estoy durmiendo o despierto?» Sahim le dio un golpe y le dijo: « ¿Por qué no contestas a lo que te dicen?» Levantó la cabeza y preguntó: « ¿Quién me ha sacado de la tienda en la cual yo me encontraba entre mis hombres?» Garib le contestó: « Te han traído estos dos genios» . Al ver a al-Kaylachán y al-Qurachán se cagó en sus vestidos.

Los dos genios mostraron sus colmillos, desenvainaron las espadas y le dijeron: « ¿Es que no te adelantas para besar la tierra ante el rey Garib?» Asustado por los dos genios se dio cuenta de que no estaba durmiendo. Se incorporó, besó el suelo y dijo: « ¡Que el fuego te bendiga y prolongue tu vida, oh, rey!» Garib replicó: « ¡Perro persa! ¡No hay que adorar al fuego, que sólo sirve para calentar la comida!» « ¿A quién hay que adorar?» « A Quien te ha creado y formado, a Quien ha creado los cielos y la tierra.» « ¿Y qué he de

decir para ser un fiel de ese Señor y entrar en vuestra religión?» «Dirás: "No hay dios sino el Dios de Abraham, el amigo de Dios".»

El persa pronunció la profesión de fe y quedó inscrito entre los bienaventurados. Luego dijo: «Sabe, señor mío, que tu suegro, el rey Sabur, quiere darte muerte y que me ha despachado con cien mil hombres y me ha ordenado que no deje vivo ni a uno solo de vosotros». Garib, al oír estas palabras, dijo: «Éste es el pago que recibo por haber librado a su hija de la pena y de la muerte. Pero Dios le recompensará por lo que ha pensado hacer». A continuación preguntó: «¿Cómo te llamas?» «Rustam, jefe de Sabur.» «También serás jefe en mi ejército. ¡Rustam! ¿Cómo está la reina Fajr Tach?» «¡Que tu vida dure, oh rey del tiempo!» «¿Cuál ha sido la causa de su muerte?» «¡Señor mío! Cuando marchaste en busca de tu hermano, una concubina se presentó ante el rey Sabur, tu suegro, y le preguntó: "¡Señor mío! ¿Has mandado a Garib que durmiese con la señora Fajr Tach?" Contestó: "¡No! ¡Lo juro por el fuego!" A continuación desenvainó la espada, fue en busca de su hija y la increpó: "¡Depravada! ¿Cómo has dejado dormir contigo a ese beduino que ni te ha dado dote ni ha celebrado ceremonia nupcial?" "¡Padre mío! Tú le diste permiso para que durmiese conmigo." "¿Y ha tenido relaciones contigo?" La princesa calló y bajó la cabeza hacia el suelo. El rey llamó a las nodrizas y a las concubinas y les dijo: "¡Atad a esta prostituta! ¡Observad sus partes!" La examinaron y dijeron: "¡Rey! Ha perdido la virginidad". El rey se abalanzó sobre la princesa dispuesto a matarla. Pero su madre se interpuso entre los dos y dijo: "¡Rey! ¡No la mates, pues sería una infamia! Encarcélala en una celda hasta que muera". La encarceló hasta la llegada de la noche. Entonces envió a buscarla a dos de sus allegados, a los que había dicho: "Alejaos con ella y arrojadla al río Chayhún.

Pero no lo digáis a nadie". Hicieron lo que les había mandado. Su recuerdo ha desaparecido y su tiempo ha pasado.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los ojos de Garib perdieron de vista al mundo, al oír estas palabras, y furioso exclamó: «¡Juro por el Amigo que iré en busca de ese perro, lo mataré y arruinaré su país!» Envió cartas a al-Chamraqán, y a los señores de Mayyafariquin y Mosul. Después volviéndose hacia Rustam le preguntó: «¿Cuántos soldados tienes?» «Traigo cien mil caballeros persas.» «Toma diez mil caballeros míos, ve en busca de los tuyos y tenlos entretenidos con un combate. Yo iré en pos de ti.» Rustam y los diez mil caballeros montaron y marcharon en busca de los persas. Rustam se decía: «Haré algo que me traerá los beneficios del rey Garib». Caminaron durante

siete días, se aproximaron al ejército persa y cuando sólo los separaba media jornada, Rustam dividió el ejército en cuatro divisiones y les dijo: « Rodead a los persas y cargad sobre ellos con la espada» . « ¡Oír es obedecer!» , le replicaron. Cabalgaron desde la caída de la tarde hasta medianoche, rodearon a los persas que estaban tranquilos desde la desaparición de Rustam. Los musulmanes cayeron sobre ellos gritando: « ¡Dios es el más grande!» Los persas se despertaron: la espada corrió entre ellos, los pies resbalaron y el Rey omnisciente se enojó con ellos. Rustam fue el fuego que prendió la leña seca. Apenas había terminado la noche cuando todo el ejército persa se repartía entre muertos, fugitivos o heridos. Los musulmanes se apoderaron de los fardos, tiendas, depósitos, riquezas, caballos y camellos. Después se instalaron en las tiendas y descansaron hasta la llegada del rey Garib. Éste vio lo hecho por Rustam, cómo había urdido la estratagema, matado a los persas y destrozado su ejército. Le hizo grandes regalos y le dijo: « ¡Rustam! Tú eres quien ha derrotado a los persas: todo el botín te pertenece» . Rustam besó la mano del rey, le dio las gracias y descansaron durante todo el día. Después se pusieron en marcha en busca del rey de los persas.

Los vencidos llegaron y entraron en el palacio del rey Sabur quejándose con ayes por la gran desgracia sufrida. El rey Sabur les preguntó: « ¿Qué os ha ocurrido? ¿Quién os ha atacado?» Le refirieron lo que les había sucedido y cómo habían sido atacados en medio de las tinieblas de la noche. Sabur preguntó: « ¿Quién os ha sorprendido?» « ¡El jefe de tu ejército! —le replicaron—. Ahora se ha convertido al Islam. Garib no se ha acercado a nosotros.» El rey, al oír esto, tiró su corona por el suelo y exclamó: « ¡Hemos perdido todo el valor!» Se volvió a su hijo Ward Sah y le dijo: « ¡Hijo mío! Tú eres el único que puede solucionar este asunto» . « ¡Juro por tu vida, padre mío —le contestó—, que te traeré a Garib y a todos sus grandes atados con cuerdas! ¡Juro que aniquilaré a todos sus soldados!» Contó a sus hombres y vio que tenía doscientos veinte mil. Pasaron la noche resueltos a partir. A la mañana siguiente, cuando estaban a punto de ponerse en marcha, vieron una polvareda que remontaba a lo alto y cerraba el horizonte impidiendo ver a los que miraban. El rey Sabur estaba montado a caballo para despedir a su hijo. Al ver esa gran polvareda gritó a un correo: « Ve a averiguarme qué hay en esa nube» . Fue, regresó y dijo: « ¡Señor mío! Garib y sus paladines están aquí» . Entonces los persas descargaron los fardos y dispusieron sus hombres en línea de combate y guerra.

Garib se acercó a Isbanir al-Madain y vio que los persas se habían dispuesto a presentar combate y a luchar. Entonces arengó a su gente. Sabur dijo: « ¡Cargad contra ellos y que el fuego os bendiga!» Tremolaron los estandartes, los árabes y los persas se juntaron y cargaron nación contra nación: corrió la sangre a ríos y todos pudieron contemplar la muerte por sus propios ojos. Los valientes avanzaron; los cobardes volvieron la espalda y emprendieron la fuga. El combate

y la lucha siguió ininterrumpidamente hasta que terminó el día. Entonces repicaron los tambores de la separación, y se alejaron unos de otros. El rey Sabur mandó que levantasen las tiendas junto a la puerta de la ciudad y el rey Garib plantó las suyas enfrente de las de los persas. Cada bando se retiró a su campo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al día siguiente montaron en los caballos fuertes, veloces; se levantó el griterío, cogieron las lanzas y vistieron los arreos de guerra. Los héroes valerosos, los leones del combate, avanzaron, El primero en abrir la puerta de la lid fue Rustam. Condujo su corcel hasta el centro de la palestra y gritó: « ¡Dios es el más grande! ¡Soy Rustam, el jefe de los héroes árabes y persas! ¿Hay algún combatiente? ¿Hay quien luche? ¡Que no se me acerque hoy ni el cansado ni el impotente!» Se le presentó el persa Tumán. Éste cargó contra aquél y aquél contra éste. Se arremetieron repetidas veces. Rustam saltó sobre su enemigo y le golpeó con una maza que pesaba setenta *ratl*, hundiéndole la cabeza en el pecho: Tumán cayó muerto en el suelo, ahogado en su propia sangre. Esto no desanimó al rey Sabur, quien mandó a sus hombres que atacasen. Cargaron a los musulmanes pidiendo ayuda al sol que da la luz. Los musulmanes pedían auxilio al Rey Todopoderoso. Los persas eran más numerosos que los árabes, por lo que escanciaron a éstos la copa de la muerte. Entonces Garib chilló y avanzó con resolución desenvainando la espada al-Mahiq, la espada de Jafet. Cargó a los persas llevando junto a sus estribos a al-Kaylachán y a al-Qurachán. No paró de revolverse con su espada hasta llegar al portaestandarte, al cual golpeó de plano en la cabeza con la espada. Cayó desmayado en el suelo y los dos genios lo cogieron y lo trasladaron a su tienda.

Los persas, al ver caída su bandera, dieron media vuelta y huyeron en busca de las puertas de su ciudad. Los musulmanes los persiguieron espada en mano, llegaron a las puertas, se apelotonaron en días y murió allí un gran número de hombres. Los persas no pudieron cerrar las puertas y Rustam, al-Chamraqán, Sadán, al-Damig, Sahim, al-Kaylachán, al-Qurachán y todos los héroes musulmanes y los caballeros que profesaban el dogma de la unicidad acometieron a los persas embotellados en las puertas: la sangre de los incrédulos corrió por los azucaques como un torrente. Entonces pidieron gracia: los musulmanes levantaron las espadas, los persas tiraron sus armas y fueron conducidos, como si fuesen un rebaño, a las tiendas de los musulmanes. Garib volvió a su pabellón, se quitó las armas, y después de lavarse la sangre de los incrédulos se puso el traje real y se sentó en el trono de su reinó. Mandó a buscar al rey de los persas y se lo llevaron. Lo colocaron ante él. Exclamó: « ¡Perro de

los persas! ¿Qué te movió a hacer con tu hija lo que hiciste? ¿Cómo puedes creer que yo no soy el marido que le conviene?» « ¡Rey! ¡No me reprendas por lo que hice! Ya me he arrepentido de ello. Si he salido a combatirte ha sido porque te tenía miedo.» Garib, al oír estas palabras, mandó que lo azotasen y lo apaleasen. Hicieron lo que les mandaba hasta que dejó de quejarse. A continuación lo metieron con los demás presos. Garib mandó llamar a los persas, les expuso los fundamentos del Islam y se convirtieron ciento veinte mil. El resto fue pasado por la espada. Todos los persas que estaban en la ciudad se convirtieron. Garib montó a caballo y en el centro de un gran cortejo entró en Isbanir al-Madain y se sentó en el trono de Sabur, rey de los persas. Dio regalos, distribuyó el botín y el oro e hizo dones a los persas, los cuáles lo amaron y le desearon victorias, poder y larga vida.

La madre de Fajr Tach recordó a su hija y organizó los funerales. El palacio se llenó de gritos y ayes. Garib los oyó, entró en el lugar de donde salían y preguntó: « ¿Qué ocurre?» La madre de Fajr Tach se le acercó y dijo: « ¡Señor mío! Tu presencia me ha hecho recordar a mi hija y he dicho: “Si estuviese bien se habría alegrado de tu llegada”» . Garib lloró por ella y se sentó en el trono. Dijo: « ¡Traedme a Sabur!» Se lo llevaron preso en sus argollas. Le increpó: « ¡Perro persa! ¿Qué has hecho de tu hija?» « Se la entregué a Fulano y a Zutano y les dije: “Ahogadla en el río Chayhún”» . Garib mandó llamar a los dos hombres y les preguntó: « Lo que ha dicho ése ¿es verdad?» Le contestaron: « ¡Sí! Pero no la ahogamos. Tuvimos compasión de ella y la dejamos en la orilla del Chayhún diciéndole: “Procura salvarte y no vuelvas a la ciudad, pues Sabur te mataría a ti y a nosotros”. Esto es lo que sabemos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib al oírlo mandó llamar a los astrólogos. Acudieron y les ordenó: « Trazad las líneas en la arena y averiguad cómo se encuentra Fajr Tach: ¿está aún viva o ha muerto?» Hicieron la figura y dijeron: « ¡Rey del tiempo! Para nosotros es manifiesto que la reina vive y que ha dado a luz un varón. Ambos se encuentran en una taifa de genios. Ella permanecerá lejos de ti veinte años. Calcula, pues, cuántos años has empleado en tu viaje» . Garib calculó el tiempo que había durado su ausencia y vio que habían sido ocho años. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Envió mensajeros a las fortalezas y alcazabas que obedecían a Sabur. Todos se declararon sumisos.

Una vez estaba sentado en el alcázar y vio levantarse una nube de polvo que tapó los países y oscureció el horizonte. Llamó a al-Kaylachán y al-Qurachán y les dijo: « Traedme noticia de lo que viene en esa nube» . Los dos genios se

pusieron en camino, se metieron debajo de la nube, capturaron a uno de sus caballeros y lo llevaron a Garib. Lo colocaron ante éste y le dijeron: «Interrógalo, pues es del ejército». Garib preguntó: «¿De quién es este ejército?» «¡Rey! Es el rey Ward Sah, señor del Siraz, que viene a combatirte.»

La causa de esto era la siguiente: Sabur, rey de los persas, combatió con Garib y sucedió entre ambos lo que sucedió. Pero el hijo del rey Sabur huyó con un puñado de los soldados del ejército de su padre. Caminó hasta llegar a la ciudad de Siraz y se presentó ante el rey Ward Sah. Besó el suelo ante él mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. El rey le dijo: «¡Levanta la cabeza, muchacho! Dime qué es lo que te hace llorar». «¡Rey! Nos ha vencido un rey de los árabes llamado Garib. Se ha apoderado del reino de mi padre, ha matado a los persas y les ha escanciado la copa de la muerte.» Le contó todo lo ocurrido con Garib desde el principio hasta el fin. Ward Sah, al oír las palabras del hijo de Sabur preguntó: «¿Mi esposa está bien?» «Garib se ha apoderado de ella.» Entonces exclamó: «¡Juro por vida de mi cabeza que no dejaré sobre la faz de la tierra ni un beduino ni un musulmán!» A continuación escribió cartas y las envió a sus lugartenientes. Éstos acudieron. Los contó y vio que eran ochenta y cinco mil. A continuación abrió sus depósitos, distribuyó corazas y armas a sus hombres y se puso en marcha con ellos hasta llegar a Isbanir al-Madain. Acamparon todos ante la puerta de la ciudad.

Al-Kaylachán y al-Qurachán se acercaron, besaron la rodilla de Garib y dijeron: «¡Señor nuestro! Satisface nuestros corazones y concédenos este ejército». Les replicó: «¡Os pertenece!» Entonces los dos genios remontaron el vuelo y fueron a descender en el pabellón de Ward Sah. Lo hallaron sentado en el trono de su poderío. El hijo de Sabur estaba sentado a su diestra y los jefes, formando dos filas, se extendían a su alrededor. Estaban deliberando sobre el modo de dar muerte a los musulmanes. Al-Kaylachán se adelantó y raptó al hijo de Sabur; al-Qurachán raptó a Ward Sah. Condujeron a los dos ante Garib. Éste mandó apaleados hasta que perdieron el conocimiento. Los dos genios regresaron al campo enemigo, desenvainaron su espada (nadie podía llevar ninguna de esas espadas) y acometieron a los infieles. Dios precipitó el alma de éstos al fuego (¡qué pésima morada es!). Los incrédulos distinguieron únicamente dos espadas brillantes que segaban hombres como si segasen granos, pero no vieron a nadie. Abandonaron las tiendas y huyeron a lomos de su caballo. Los genios los persiguieron durante dos días y aniquilaron gran número de ellos. Después regresaron, besaron la mano de Garib y éste les agradeció lo que habían hecho. Les dijo: «Todo el botín de los incrédulos os pertenece a vosotros dos. No lo repartiréis con nadie más». Los genios hicieron los votos de rigor y se marcharon, recogieron sus bienes y permanecieron tranquilos en su país. Esto es lo que hace referencia a Garib y sus hombres.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los incrédulos no pararon de huir hasta que llegaron a Siraz, donde guardaron luto por sus muertos. El rey Ward Sah tenía un hermano llamado Sirán, el Brujo. En aquella época no había nadie más experto que él en el arte de la magia. Vivía lejos de su hermano en una fortaleza que tenía numerosos árboles, ríos, pájaros y flores. Entre él y la ciudad de Siraz había una distancia de medio día. Los vencidos se dirigieron a esa fortaleza y se presentaron llorando y gritando ante Sirán el Brujo. Les preguntó: « ¡Gentes! ¿Por qué lloráis?» Le explicaron lo sucedido y cómo los dos genios habían raptado a su hermano Ward Sah y al hijo de Sabur. La luz se transformó en tinieblas ante los ojos de Sirán al oír esto. Dijo: « ¡Juro por mi religión que mataré a Garib y a sus hombres, que no les dejaré en pie ni una casa ni con vida a quien pueda explicar lo sucedido!» A continuación salmodió unas palabras, invocó al Rey Rojo y éste acudió. Le dijo: « Ve a Isbanir al-Madain y acomete a Garib mientras esté sentado en su trono» , « ¡Oír es obedecer!» , le replicó. Anduvo sin parar hasta encontrarse ante Garib. Éste, al verlo, desenvainó su espada al-Mahiq y le acometió. Lo mismo hicieron al-Kaylachán y al-Qurachán. Se abalanzaron sobre el ejército del Rey Rojo y le mataron quinientos treinta soldados e hirieron gravemente al mismo rey. Éste y sus soldados heridos huyeron y no pararon de correr hasta alcanzar la Fortaleza de los Frutos. Se presentaron ante Sirán, el Brujo, lamentándose y quejándose. Le dijeron: « ¡Oh, Sabio! Garib posee la espada encantada de Jafet, hijo de Noé, que despedaza a todo aquel al que toca. Además le acompañan dos genios del Monte Qaf que le ha regalado el rey Maraas. Él es quien ha dado muerte a Barqán al llegar al Monte Qaf, él es quien ha matado al rey al-Azraq y ha aniquilado a muchísimos genios» .

El Brujo, al oír las palabras del Rey Rojo le dijo: « ¡Vete!» Éste se marchó a sus quehaceres. El Brujo pronuncio unos conjuros y acudió un genio llamado Zuazi; le dio una cantidad de narcótico en polvo y le dijo: « Dirígete a Isbanir al-Madain, busca el alcázar de Garib, metamorfoséate en un gorrión y obsérvale hasta que se duerma y no quede nadie con él. Coge entonces el narcótico, colócaselo en la nariz y tráemelo» . Zuazi replicó: « ¡Oír es obedecer!» Se apresuró a llegar a Isbanir al-Madain, tomó la figura de un gorrión, buscó el alcázar de Garib y se colocó en una de sus ventanas esperando a que llegase la noche. Los reyes se marcharon a la cama y Garib durmió en su estrado. El genio aguardó hasta que hubo conciliado el sueño: descendió, sacó el narcótico en polvo y lo colocó en su nariz: su aliento se extinguió. Lo envolvió en una sábana del lecho, se lo cargó a las espaldas y se marchó como si fuese el viento tempestuoso. Antes de la llegada de la medianoche ya se encontraba en la

Fortaleza de los Frutos. Se presentó ante Sirán, el Brujo. Éste le dio las gracias por lo que había hecho y quiso matarlo mientras se encontraba narcotizado. Uno de sus hombres impidió que lo hiciese diciendo: « ¡Sabio! Si lo matas arruinarán nuestro país los genios, ya que el rey Maraas, su amigo, nos atacará con todos sus súbditos» . « ¿Qué hacemos con él?» « ¡Arrójalo en el Chayhún mientras está narcotizado y nadie sabrá quién lo ha arrojado; se ahogará y nadie sabrá nada de él!» El Sabio mandó al genio que cogiese a Garib y lo arrojase en el Chayhún.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando estaba a punto de soltarlo, el genio tuvo lástima de él, hizo una balsa de madera, lo ató a ella con cuerdas y la soltó; Garib fue a parar al centro de la corriente. Después se marchó. Esto es lo que hace referencia a Garib.

He aquí lo que se refiere a su gente: Al amanecer marcharon a ponerse a su servicio, pero no lo encontraron; hallaron únicamente el rosario encima del lecho. Esperaron a que saliera y no salió. Buscaron al chambelán y le dijeron: « Entra en el harén y busca al rey, pues no tiene costumbre de estar ausente a esta hora» . El chambelán entró y preguntó a quienes estaban en él. Le replicaron: « Desde ayer no lo hemos visto» . El chambelán volvió junto a los palaciegos y los informó. Quedaron perplejos y se dijeron unos a otros: « Veamos si ha salido a pasear por los jardines» . Preguntaron a los jardineros: « ¿El rey ha pasado por vuestro lado?» Contestaron: « No lo hemos visto» . Se preocuparon, buscaron por todos los jardines y regresaron, al terminar el día, llorando. Al-Kaylachán y al-Qurachán recorrieron la ciudad, pero no encontraron ninguna huella suya. Regresaron tres días después, sus súbditos se vistieron de negro y se lamentaron ante el Señor de los Mundos, quien hace lo que quiere. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que afecta a Garib: Viajó durante cinco días tumbado en la balsa, que era arrastrada por la corriente. Ésta le llevó al mar salado y las olas jugaron con ella, esto le removió el vientre y vomitó el narcótico. Abrió los ojos y se encontró en medio del mar, con las olas jugando con él. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Ojalá supiera quién me ha hecho esto!» Mientras estaba perplejo ante lo que le sucedía vio aparecer una nave en marcha. Con su manga hizo señales a los pasajeros, que se acercaron a él y lo recogieron. Le preguntaron: « ¿Quién eres? ¿De qué país?» Les replicó: « Dadme de comer y de beber para que pueda recuperar mis fuerzas. Después os diré quién soy» . Le sirvieron agua y le dieron de comer. Comió, bebió y Dios le devolvió la razón. Preguntó: « ¡Gentes! ¿De qué país sois? ¿Qué religión profesáis?» Contestaron: « Nosotros somos de al-Karch y adoramos un ídolo que

se llama Minqás» . « ¡Perros! ¡Que la desgracia os alcance a vosotros y al ídolo! Sólo se adora a Dios, el cual ha creado todas las cosas y dice “Sé” y es.» Entonces los pasajeros se abalanzaron con todas sus fuerzas, como demonios, sobre Garib y quisieron sujetarlo. Él estaba sin armas, pero de cada puñetazo quitaba la vida a uno. Derribó hasta cuarenta hombres, pero eran tantos que lo ataron sólidamente y dijeron: « Lo mataremos cuando lleguemos a nuestra tierra para que así pueda verlo nuestro rey» . Siguieron el viaje hasta llegar a la ciudad de al-Karch.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la había construido un amalecita prepotente. En cada una de sus puertas había colocado la estatua, en cobre, de una persona, que estaba encantada; cuando entraba en la ciudad un extranjero aquella estatua tocaba una trompeta que se oía en toda la ciudad: lo detenían y lo mataban si no aceptaba su religión. Al entrar Garib la estatua gritó, chilló muy fuerte hasta el punto de llenar de pavor el corazón del rey, el cual se levantó y entró a ver a su ídolo. Éste vomitaba humo y fuego por la boca, la nariz y los ojos. Satanás se había metido en su vientre y habló con su lengua diciendo: « ¡Oh, rey! Ha caído en tu poder uno que se llama Garib y es rey del Iraq. Manda a las gentes que abandonen su religión y que adoren a su Señor. Cuando te lo presenten, no le dejes con vida» . El rey salió y se sentó en el trono. Entraron con Garib y lo colocaron ante aquél. Dijeron: « ¡Oh, rey! Hemos encontrado a este muchacho que no cree en nuestro dios. Era un náufrago» . Le contaron la historia de Garib. Les replicó: « ¡Llevadlo a la Casa del Gran ídolo y degolladlo ante él! Tal vez quede satisfecho de nosotros» . El visir dijo: « ¡Oh, rey! No conviene degollarlo, pues moriría en seguida» . Añadió: « Lo encarcelaremos, recogeremos leña y encenderemos fuego» . Recogieron leña hasta la mañana y prendieron fuego.

El rey y las gentes de la ciudad acudieron al lugar del suplicio. Mandaron que llevaran a Garib. Fueron por éste para conducirlo, pero no lo encontraron. Regresaron e informaron al rey de que había huido. Preguntó: « ¿Y cómo ha huido?» « Hemos encontrado las cadenas, y los grillos por el suelo; las puertas estaban cerradas.» El rey exclamó: « ¿Ha volado al cielo o se lo ha tragado la tierra?» Contestaron: « No lo sabemos» . El rey dijo: « Iré a ver a mi dios, le preguntaré por él y me informará adonde ha ido» . Se dirigió al ídolo para prosternarse ante él, pero no lo encontró: el rey, abriendo y cerrando los ojos, decía: « ¿Estoy dormido o despierto?» Se volvió hacia el visir y le preguntó: « ¡Visir! ¿Dónde está mi dios? ¿Dónde está el prisionero? ¡Juro por mi religión, ¡oh perro de los visires!, que si tú no me hubieses aconsejado quemarlo lo

hubiese degollado! Él es quien ha robado mi dios y ha huido. ¡He de vengarme!» Desenvainó la espada y cortó el cuello del visir.

La causa de la desaparición de Garib y del ídolo era algo maravilloso: Garib, una vez encarcelado en la celda, se sentó al lado de la cúpula en la que se encontraba el ídolo. Garib se incorporó para pronunciar el nombre de Dios (¡ensalzado sea!) y rezó al Excelso y Todopoderoso. El genio que residía en el ídolo y que hablaba con la lengua de éste lo oyó y se avergonzó de sí mismo exclamando: « ¡He de avergonzarme ante quien me ve sin que yo le vea!» Se presentó ante Garib, se arrojó a sus pies y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Qué es lo que he de decir para ser uno de los tuyos, para entrar en tu religión?» « Di: "No hay dios sino el Dios de Abraham y éste es su amigo".» El genio pronunció la profesión de fe y quedó inscrito entre las gentes bienaventuradas. Dicho genio se llamaba Zalzal b. Muzalzil, y su padre era uno de los más grandes reyes de los genios. Libró a Garib de los grillos, cogió al ídolo y con ambos se remontó a lo más alto del cielo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey. Éste fue a preguntar al ídolo acerca de Garib, pero no lo encontró y ocurrió lo que ocurrió con el visir, al que dio muerte. Los soldados del rey, al ver lo sucedido se negaron a continuar adorando al ídolo: desenvainaron su espada, mataron al rey, se acometieron unos a otros y la espada giró en ruedo entre ellos durante tres días hasta aniquilarse completamente y quedar sólo dos hombres vivos. Uno de ellos era más fuerte que el otro y lo mató. Pero los chiquillos se unieron contra el superviviente y lo mataron. Después se acometieron entre sí y se exterminaron por completo. Las mujeres y las muchachas huyeron a las aldeas y a las fortalezas: la ciudad quedó vacía, habitada únicamente por el búho. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Garib: Zalzal b. al-Muzalzil lo cogió y lo llevó a su patria situada en las islas del Alcanfor, del Castillo de Cristal y del Carnero encantado, puesto que el rey al-Muzalzil tenía un carnero de varios colores al que había recubierto de sedas y brocados bordados en oro rojo y al cual hacía su dios. Un día, al-Muzalzil y sus súbditos se presentaron ante el carnero y lo encontraron inquieto. El rey exclamó: « ¡Dios mío! ¿Qué es lo que te pone nervioso?» El demonio que estaba metido en el vientre del carnero replicó: « ¡Muzalzil! Tu hijo se ha convertido a la religión del Amigo, Abraham, en manos de Garib, señor del Iraq» . Le refirió todo lo que había ocurrido desde el principio hasta el fin. El rey salió perplejo después de haber oído las palabras del carnero, se sentó en el trono y mandó llamar a los magnates de su reino.

Éstos acudieron. Les contó lo que había oído al ídolo. Quedaron admirados. Preguntaron: « ¿Qué haremos, oh, rey?» « Cuando venga mi hijo y veáis que lo abrazo, sujetadlo» . Replicaron: « ¡Oír es obedecer!»

Al cabo de dos días, al-Zalzal se presentó acompañado por Garib, llevando el ídolo del rey de al-Karch ante su padre. En cuanto cruzó la puerta del palacio los soldados cargaron contra él y contra Garib, los sujetaron y los condujeron ante el rey al-Muzalzil. Éste miró a su hijo con ojos de enfado y le dijo: « ¡Perro de los genios! ¿Has abandonado tu religión, la religión de tus padres y de tus abuelos?» Replicó: « ¡He entrado en la verdadera religión! Y ¡ay de ti! ¡Conviértete al Islam y te salvarás de la cólera del Rey Todopoderoso, Creador de la noche y del día!» Al-Muzalzil se enfadó con su hijo y le replicó: « ¡Hijo del adulterio! ¿Te atreves a dirigirme tales palabras?» Mandó que lo encarcelasen, y lo encarcelaron. Después se volvió hacia Garib y le dijo: « ¡Desperdicio de hombre! ¿Cómo te las has arreglado para engañar a mi hijo y sacarlo de su religión?» Le replicó: « Lo he sacado del extravío y lo he conducido al buen camino; lo he librado del fuego y lo he conducido al paraíso; le he quitado la incredulidad y lo he llevado a la fe» . El rey chilló a un genio llamado Sayyar y le dijo: « ¡Coge a este perro de hombre y déjalo en el Valle del Fuego para que muera!»

Era éste un valle en que hacía mucho calor, que ardía como las brasas. Todo aquel que descendía a él, moría, no alcanzaba a vivir ni una hora. Todo el valle estaba rodeado por montañas altísimas, lisas, sin salida. El maldito Sayyar se aproximó, cogió a Garib, remontó el vuelo con éste y se dirigió a al-Rub al-Jarab. Le faltaba una sola hora de vuelo para llegar. El genio estaba tan cansado de llevar a Garib que bajó a un valle con muchos árboles, riachuelos y frutos. El genio se posó en el suelo, fatigado, e hizo descender a Garib de su espalda, pues estaba agotado. El genio quedó dormido de fatiga y roncó. Garib aprovechó para librarse de las cadenas, cogió una pesada roca, la dejó caer encima de su cabeza, le trituró los huesos y el genio murió en el acto. Garib recorrió el valle.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Garib] vio que se encontraba en una isla rodeada por el mar. Dicha isla era amplia y en ella había todos los frutos que apetecen a los labios y a la lengua. Garib empezó a comer de sus frutos y a beber de sus ríos. Pasó en ella años y años: pescaba peces y los comía. Vivió así, aislado, siete años. Mientras cierto día estaba sentado descendieron del cielo dos genios llevando cada uno de ellos un hombre. Vieron a Garib y le preguntaron: « ¡Oh, tú! ¿Quién eres? ¿A qué tribu perteneces?» Los cabellos de Garib habían crecido y le habían confundido con un genio. Le preguntaron cómo se

encontraba y respondió. « Yo no soy un genio» . Les explicó lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin. Se apiadaron de él y uno de los dos genios le dijo: « Quédate en este sitio hasta que hayamos llevado a estos dos corderos a nuestro rey para que almuerce con uno y cene con el otro. Volveremos después a buscarte y te llevaremos a tu país» . Garib les dio las gracias y les preguntó: « ¿Dónde están los dos corderos que lleváis?» « ¡Son estos dos hombres!» Garib exclamó: « Pido protección al Dios de Abraham, el Amigo, Señor de todas las cosas, Él es todopoderoso» . Los dos genios remontaron el vuelo y Garib se quedó esperándolos.

Al cabo de dos días acudió uno de ellos con un alquicel, lo tapó, lo cogió y levantó el vuelo hasta lo más alto del aire, hasta que se perdió el mundo de vista. Garib oyó los loores que los ángeles daban a Dios. Una centella de fuego iba al alcance del genio, el cual huyó en busca de la tierra, pero cuando no le faltaba para llegar más que la distancia de un tiro de lanza, la centella se le aproximó y lo alcanzó. Garib se dio cuenta y se apeó de la espalda. La centella hizo blanco y redujo el genio a ceniza. Pero Garib se había apeado en el mar: se hundió un trecho como el de dos estaturas y salió a la superficie. Nadó durante todo aquel día y la noche; siguió nadando y perdiendo fuerzas durante el día siguiente y se convenció de que iba a morir. Al llegar el tercer día, cuando ya desesperaba de la vida, se le apareció un monte elevado. Se dirigió hacia él, puso pie en tierra, recuperó fuerzas con las plantas de la tierra y descansó todo el día y la noche. Después subió a la cima y bajó por la otra vertiente.

Anduvo durante dos días y llegó a una ciudad que tenía árboles, ríos, murallas y torres. Cuando estuvo ante las puertas de la ciudad, los porteros le salieron al paso, lo detuvieron y lo llevaron ante su reina. Ésta se llamaba Chan Sah. Tenía quinientos años. Le presentaban a todo el que entraba en la ciudad: lo cogía, dormía con él y una vez terminado el acto lo mataba. Había matado a muchísimas personas. Llevaron a Garib y le gustó. Le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál es tu religión? ¿De qué país eres?» « Me llamo Garib y soy rey del Iraq. Mi religión es el Islam.» Le dijo: « Abandona tu religión, acepta la mía; me casaré contigo y te haré rey» . Garib la miró con ojos de enfado y le replicó: « ¡Ay de ti y de tu religión!» Ella le replicó: « ¿Insultas a mi ídolo que es de coral rojo cuajado de perlas y aljófares? ¡Hombres! ¡Encarceladlo en la cúpula del ídolo! Tal vez su corazón se enternezca» . Lo encarcelaron en la cúpula del ídolo, cerraron las puertas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cuál le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [cerraron las puertas] y se marcharon a sus quehaceres. Garib clavó la vista en el ídolo de coral rojo y vio

que llevaba en el cuello un collar de perlas y aljófares. Se acercó a él, lo cogió y lo estrelló contra el suelo: el ídolo quedó hecho añicos y Garib se durmió hasta el día siguiente. Entonces la reina se sentó en el trono y dijo: « ¡Hombres! ¡Traedme el prisionero!» Fueron en busca de Garib, abrieron la cúpula, entraron y hallaron el ídolo destrozado. Se abofetearon la cara hasta que la sangre brotó de sus ojos y después se acercaron a Garib para sujetarlo. Éste les hizo frente, a uno le dio un puñetazo, y murió; a otro lo mató, y así se deshizo de veinticinco. El resto huyó. Se presentaron ante la reina Chan Sah chillando. Les preguntó: « ¿Qué ocurre?» Respondieron: « El prisionero ha destruido tu ídolo y ha matado a tus hombres» . La informaron de lo que ocurría. La reina tiró la corona por el suelo y exclamó: « ¡Los ídolos no tienen valor!» Montó a caballo con mil paladines, se dirigió a la casa del ídolo y encontró a Garib cuando salía de la cúpula: se había apoderado de una espada y había iniciado el combate con los héroes y había derribado por tierra a éstos. Chan Sah se fijó en la bravura de Garib y quedó loca de amor. Exclamó: « ¡Para nada necesito el ídolo! ¡Sólo deseo que Garib duerma en mi seno durante el resto de mi vida!» Dijo a sus hombres: « ¡Alejaos de él!» Se separaron. Ella se acercó, murmuró unos encantamientos y los brazos de Garib se detuvieron, sus extremidades superiores se debilitaron y la espada se le cayó de la mano. Lo cogieron, lo ataron y quedó humillado, abatido, perplejo.

Chan Sah fue a sentarse al trono de su reino y mandó a sus súbditos que se marchasen, se quedó a solas con Garib y le increpó: « ¡Perro de árabe! ¿Has roto mi ídolo y matado a mis hombres?» « ¡Sí, maldita! ¡Si hubiese sido un dios se habría defendido!» « ¡Acuéstate conmigo y te perdonaré lo que has hecho!» « ¡No lo haré!» « ¡Juro por mi religión que te he de atormentar de mala manera!» Cogió agua, pronunció unos conjuros y roció con ella a Garib transformándolo en un mono. Le dio de comer y de beber, lo metió en una celda y lo confió a un guardián durante dos años. Un día mandó a buscarlo y se lo llevaron. Le preguntó: « ¿Me harás caso?» Dijo que sí con la cabeza. La reina se alegró mucho y lo libró del encantamiento. Lo invitó a comer y comieron juntos. Él jugó con ella y la besó. Ella se tranquilizó. Al llegar la noche se acostó y le dijo: « ¡Ven y haz tu faena!» « De acuerdo» , le replicó. Montó encima de su pecho, la agarró por el cuello, se lo rompió y no se separó de su lado hasta que hubo perdido el alma. Entonces vio un depósito que estaba abierto, entró y encontró una espada cuajada de aljófares y una adarga de hierro chino. Se armó de pies a cabeza y esperó hasta la mañana. Salió y se plantó ante la puerta del alcázar. Llegaron los emires y quisieron ocupar su puesto de servicio, pero tropezaron con Garib que vestía todas las armas. Les dijo: « ¡Oh, gentes! ¡Abandonad la adoración de los ídolos! ¡Adorad al Dios omnisciente. Creador de la noche y del día, Señor de los hombres, Resucitador de los huesos, Creador de todas las cosas y Todopoderoso!» Los incrédulos, al oír estas palabras, se abalanzaron sobre Garib y éste les salió al encuentro como si fuese un león feroz.

La lucha se inició y mató a gran número de enemigos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cayó la noche: ellos se amontonaban contra él, todos se esforzaban en cogerle. De repente aparecieron mil genios que acometieron a los incrédulos. A su frente iba Zalzal b. al-Muzalzil, quien se mantenía delante de todos. Las cortantes espadas iniciaron el trabajo y escanciaron la muerte. Dios (¡ensalzado sea!) precipitó su alma al fuego hasta el punto de que no quedó ni un súbdito de Chan Sah para contarlo. Sus súbditos gritaron: « ¡Paz! ¡Paz!» , y creyeron en el Rey retribuidor, en Aquel al que nada le distrae de nada, que hace morir a los césares y aniquila a los prepotentes. Señor de esta vida y de la última. Después, al-Zalzal saludó a Garib y lo felicitó por haberse salvado. Garib le preguntó: « ¿Quién te ha explicado mi situación?» « ¡Señor mío! Mi padre me encarceló y te envió al Valle del Fuego. Permanecí en la cárcel dos años. Después me puso en libertad. Un año después volví a mi primitivo estado: maté a mi padre y los soldados me obedecieron. Hace ya un año que los gobierno. Me acosté teniéndote a ti en el pensamiento y en sueños he visto que estabas combatiendo a las gentes de Chan Sah. He tomado conmigo estos mil genios y he acudido a tu lado.»

Garib quedó admirado de esta coincidencia. Cogió las riquezas de Chan Sah, se apoderó de los bienes de sus súbditos, nombró un gobernador de la ciudad y los genios se cargaron a Garib y las riquezas y fueron a pasar la noche en la ciudad de Zalzal. Garib fue huésped de aquél durante seis meses, al cabo de los cuales quiso partir. Zalzal preparó los regalos y ordenó a tres mil genios que le llevasen las riquezas de la ciudad de al-Karch reuniéndolas con las de Ghan Sah. Después les mandó que transportasen todos los regalos y tesoros y el propio Zalzal colocó encima de sus hombros a Garib y emprendió el viaje hacia Isbanir al-Madain. Antes de la medianoche ya habían llegado. Garib vio que la ciudad estaba cercada y sitiada por un ejército semejante al mar tumultuoso. Garib preguntó a Zalzal: « ¡Hermano mío! ¿Cuál es la causa del asedio? ¿De dónde viene este ejército?» Garib se apeó en la azotea del alcázar y llamó: « ¡Kawkab al-Sabah! ¡Mahdiyya!» Ambas se despertaron admiradas y dijeron: « ¿Quién nos llama a esta hora?» « ¡Yo, vuestro señor, Garib, el de las hazañas prodigiosas!»

Las dos señoras, al oír las palabras de su dueño, se alegraron y lo mismo ocurrió con las doncellas y los criados. Garib bajó y las dos mujeres se le echaron encima con gran algazara. Resonó el barullo en el palacio, los jefes se levantaron del lecho y preguntaron: « ¿Qué ocurre?» Subieron y preguntaron a los eunucos: « ¿Ha dado a luz alguna concubina?» « ¡No! ¡Pero alegraos! ¡El rey Garib está aquí!» Los emires se regocijaron y el rey, después de haber saludado

al harén, se presentó ante sus compañeros. Éstos le salieron al encuentro, le besaron las manos y los pies, alabaron a Dios (¡ensalzado sea!) y lo loaron. Garib se sentó en el trono y llamó a sus amigos. Éstos acudieron y se sentaron a su alrededor. Les preguntó por el ejército sitiador y le contestaron: « ¡Oh, rey! Hace tres días que ha acampado. Lo forman genios y hombres y no sabemos lo que quieren. No hemos combatido ni parlamentado con ellos» . Garib dijo: « Mañana les enviaré un mensaje y veremos qué es lo que quieren» . Sus hombres añadieron: « Su rey se llama Murad Sah y cuenta con cien mil caballeros, trescientos mil infantes y doscientas clases de genios» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la causa de la llegada de ese ejército y del sitio de la ciudad de Isbanir era maravillosa. El rey Sabur había entregado su hija a dos hombres y les había dicho: « ¡Ahogadla en el Chayhún!» Se la llevaron y le dijeron: « Sigue tu camino, pero no vuelvas a aparecer ante tu padre, pues te mataría y nos mataría también a nosotros» . Fajr Tach se alejó confusa, sin saber adónde ir. Exclamó: « ¡Ah! ¡Si tus ojos, Garib, vieran mi situación, el estado en que me encuentro!» No paró de ir de región en región y de valle en valle, hasta llegar a un valle con muchos árboles y riachuelos en cuyo centro se levantaba una fortaleza formada por elevados edificios, de sólida construcción, que parecía ser uno de los jardines del paraíso. Fajr Tach abrió la puerta de la ciudadela y entró. La encontró recubierta con tapices de seda, en ella había numerosos vasos de oro y plata, y llegó ante cien hermosísimas doncellas. Éstas, al ver a Fajr Tach, se pusieron de pie y la saludaron, creyendo que era una de las mujeres de los genios. Le preguntaron por su estado, y les contestó: « Yo soy la hija del rey de los persas» , y les refirió todo lo que le había ocurrido. Las jóvenes se entristecieron al oír sus palabras, su corazón se apiadó, y le dijeron: « Tranquiliza tu alma y refresca tus ojos. Aquí tienes de qué comer, beber y vestirte, y todas nosotras estaremos a tu servicio» . Fajr Tach hizo los votos de rigor, y ellas le acercaron la comida y comió hasta hartarse. Fajr Tach preguntó a las doncellas: « ¿Quién es el dueño de este alcázar y vuestro gobernador?» « Nuestro señor —contestaron— es el rey Salsal b. Dal. Viene aquí una noche al mes, y se marcha por la mañana a gobernar sus tribus.»

Fajr Tach permaneció con ellas durante cinco días, y dio a luz un varón que parecía la luna. Cortaron el cordón umbilical, le alcoholaron los ojos y le dieron el nombre de Murad Sah. Se crió al pecho de su madre. Al cabo de poco llegó el rey Salsal, montado en un elefante tan blanco como el papel; era esbelto como una torre bien hecha, y a su alrededor iban las taifas de los genios.

Al entrar en el alcázar le salieron al encuentro las cien jóvenes y besaron el

suelo. Con ellas iba Fajr Tach. El rey, al verla, preguntó a las concubinas: « ¿Quién es esa joven?» « La hija de Sabur, rey de los persas, de los turcos y de los daylamíes» , replicaron. Preguntó: « ¿Y quién la ha traído hasta este lugar?» Le contaron todo lo que le había ocurrido, y el rey tuvo compasión y le dijo: « No te entristezcas y espera a que crezca tu hijo y se haga mayor. Entonces yo me dirigiré al país de los persas, le cortaré la cabeza a tu padre y haré sentar a tu hijo en el trono de los persas, de los turcos y de los daylamíes» . Fajr Tach besó la mano del rey e hizo los votos de rigor. Permaneció allí criando a su hijo, el cual se educó con los hijos de los reyes que montan a caballo y salen de caza y pesca.

El muchacho aprendió a cazar fieras y feroces leones y se acostumbró a comer su carne. Su corazón se hizo más fuerte que una roca. Al cumplir los quince años empezó a razonar y preguntó a su madre: « ¡Madre mía! ¿Quién es mi padre?» « ¡Hijo mío! Tu padre es Garib, rey del Iraq. Yo soy la hija del rey de los persas» , y a continuación le explicó toda su historia. Al oírla, preguntó: « ¿Y mi abuelo mandó que te matasen a ti y a mi padre?» « ¡Sí!» « ¡Juro por la educación que me has dado —exclamó el muchacho—, que iré a la ciudad de tu padre y que, en tu presencia, le cortaré la cabeza y los pies!» Fajr Tach se alegró de sus palabras.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Murad Sah acostumbraba cabalgar con los doscientos genios; creció con ellos, hicieron incursiones, cortaron los caminos y no cesaron de andar hasta llegar al país de Siraz. Lo atacaron, y Murad Sah se adelantó hacia el castillo del rey, al que cortó la cabeza mientras estaba sentado en su trono, y mató a gran número de sus soldados. Los demás exclamaron: « ¡Paz! ¡Paz!» , y corrieron a besar las rodillas de Murad Sah. Éste los contó y vio que eran diez mil caballeros. Montaron a caballo y se pusieron a su servicio. Marcharon a Balj y mataron a sus habitantes, aniquilaron a sus soldados y se apoderaron de sus gentes. Avanzaron hacia Nurain, y Murad Sah iba ya al frente de treinta mil caballeros. El dueño de la ciudad se sometió y le ofreció riquezas y dones. El príncipe, con sus treinta mil caballeros, marchó contra la ciudad de Samarcanda, la de Persia. La tomó. Avanzó sobre Ajlat y la ocupó. Siguieron adelante y se apoderaron de todas las ciudades que encontraron. Murad Sah era ya jefe de un ejército inmenso, entre el que repartía las riquezas y los dones de las ciudades. Sus hombres lo querían por su valentía y su generosidad. Así llegaron ante Isbanir al-Madain. Dijo: « ¡Esperad hasta que traiga el resto de mi ejército, ponga la mano sobre mi abuelo, lo coloque ante mi madre y dé satisfacción a su corazón cortándole el cuello!» Envió a buscar a su

madre, y por eso hubo de estar tres días sin combatir.

En este período llegó Garib acompañado por al-Zalzal y los cuarenta mil genios que transportaban las riquezas y los regalos. Preguntó de quién era el ejército sitiador, y le dijeron: « No sabemos de dónde son. Están ahí desde hace tres días y no nos atacan» . Fajr Tach llegó, abrazó a su hijo Murad Sah y éste le dijo: « ¡Quédate en mi tienda hasta que te traiga a tu padre!» La madre rezó al Señor de los mundos, Señor de los cielos y de la tierra, para que le concediese la victoria. Al día siguiente montó a caballo. Lo mismo hicieron doscientos genios, que se colocaron a su derecha, mientras los reyes de los hombres se colocaban a su izquierda. Redoblaron los tambores de la guerra. Al oírlos, Garib montó a caballo, salió e invitó a sus gentes al combate. Los genios se colocaron a su derecha, y los hombres a su izquierda. Murad Sah avanzó con vestido de guerra, condujo su caballo a derecha e izquierda y gritó: « ¡Gentes! Sólo combatiré con vuestro rey. Si me vence, pasará a ser dueño de los dos ejércitos, pero si lo venzo yo, lo mataré del mismo modo que a otro» . Garib, al oír las palabras de Murad Sah, exclamó: « ¡Perro de los árabes! ¡Ojalá te pierdas!» Se lanzaron el uno contra el otro y se acometieron con sus lanzas hasta romperlas; después lucharon con las espadas, hasta que las mellaron; siguieron acometiéndose y separándose hasta mediar el día: los caballos cayeron muertos, y entonces siguieron luchando a pie. Murad Sah se lanzó sobre Garib, lo cogió, lo levantó en el aire y trató de tirarlo contra el suelo. Pero Garib lo cogió por las orejas, tiró de ellas con fuerza y Murad Sah creyó que el cielo se abatía sobre la tierra. Gritó con todas sus fuerzas: « ¡Estoy bajo tu protección, oh, caballero del tiempo!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Garib lo ató. Los genios amigos de Murad Sah cargaron para librarlo, pero Garib les salió al encuentro con mil de los suyos, que vencieron a los de Murad Sah. Gritaron: « ¡Paz! ¡Paz!» , y arrojaron las armas al suelo. Garib se sentó en su pabellón, que era de seda verde, bordada en oro rojo y adornada con piedras y aljófares. Mandó que le llevasen a Murad Sah, y colocaron a éste ante él con los cepos y los grillos. El príncipe, al ver a Garib, bajó avergonzado la cabeza hacia el suelo. Garib lo increpó: « ¡Perro de los árabes! ¿Qué te ha llevado a montar a caballo para combatir a los reyes?» « ¡Señor mío! No me reprendas, pues tengo disculpa.» « ¿Por qué?» « ¡Señor mío! Sabe que he emprendido esta campaña para vengar a mi padre y a mi madre en la persona de Sabur, rey de los persas. Él quería matar a los dos, pero mi madre se salvó, y no sé si llegó a matar o no a mi padre.» Garib exclamó, al oír estas palabras: « ¡Por Dios! ¡Tienes disculpa! Pero, ¿quién es tu padre? ¿Quién es tu madre? ¿Cómo se llama tu padre? ¿Cómo se llama tu madre?» « Mi padre

se llama Garib, y es rey del Iraq. Mi madre se llama Fajr Tach, y es hija de Sabur, rey de los persas.» Garib, al oír sus palabras, dio un alarido y cayó desmayado. Lo rociaron con agua de rosas. Al volver en sí, preguntó: « ¿Tú eres el hijo de Garib y de Fajr Tach?» « ¡Sí!» « ¡Eres un caballero, hijo de un caballero! ¡Quitadle los grillos a mi hijo!» Sahim y al-Kaylachán se acercaron y lo soltaron. Garib lo abrazó, lo hizo sentar a su lado y le preguntó: « ¿Dónde está tu madre?» « Conmigo, en mi tienda.» « ¡Tráemela!» Murad Sah montó a caballo, fue a su tienda, y sus compañeros lo felicitaron por haberse salvado. Le preguntaron por su situación y replicó: « No es momento de preguntar» . Se presentó a su madre, le refirió lo que había ocurrido, y ella se alegró mucho. La llevó ante su padre y se abrazaron. Fajr Tach y Murad Sah se convirtieron al Islam. Ambos invitaron a su ejército a abrazar el Islam, y todos lo aceptaron interior y externamente. Garib se alegró con su conversión. Luego mandó que le llevasen al rey Sabur. Reprendió a éste y a su hijo por lo que habían hecho, y les expuso la religión del Islam. Se negaron a aceptarla, y por ello los crucificó en la puerta de la ciudad. Engalanaron la ciudad, sus habitantes se alegraron, y ciñeron a Murad Sah con la corona de Cosroes, nombrándolo rey de los persas, turcos y daylamíes. Garib nombró rey del Iraq a su tío al-Damig. Todos los países y los hombres obedecieron a Garib. Éste ocupó el trono de su reino, gobernó con justicia, y todas las gentes lo amaron. Vivieron en la más feliz de las vidas, hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos. ¡Gloria a Aquel cuya vida y poder son eternos, cuyos beneficios sobre las criaturas son magníficos!

Esto es lo que nos ha llegado de la historia de Garib.

HISTORIA DE ABD ALLAH B. MAAMAR AL-QAYSI

SE cuenta también que Abd Allah b. Maamar al-Qaysi refirió: « Un año fui en peregrinación a la casa sagrada de Dios. Una vez terminada la peregrinación fui a visitar la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!). Una noche, mientras estaba sentado en al-rawda, entre la tumba y el almimbar oí un leve gemido, que emitía una voz dulce. Presté atención a ésta. Decía:

¿Te ha conmovido el gemido de las palomas del loto, y ha desvelado el dolor en el pecho?
¿O te ha perturbado el recuerdo de una bella que ha despertado la tentación en la mente?
¡Qué larga es la noche para un enfermo de amor, que se queja de la pasión y de su poca paciencia!
Has hecho velar a quien se abrasa en el ardor de una pasión que quema como la brasa.
La luna da fe de que estoy enamorado y amo con pasión a una mujer parecida a la luna.
No creía que pudiera enamorarme; hasta haberlo experimentado, no lo sabía.

» La voz calló. Yo no sabía de dónde procedía, y me quedé perplejo. Oí un nuevo gemido, y volvió a recitar:

¿Te ha conmovido la visita del fantasma de Rayya en medio de la noche de profundas tinieblas?
El amor, con su insomnio, visita tus pupilas, y el fantasma que se presenta excita tu corazón.
Grité a las tinieblas, que parecían un mar tempestuoso, cuyas olas entrechocan:
"¡Oh, noche! Eres demasiado larga para el amante, cuya única ayuda y auxilio reside en la aurora."
La noche me contestó: "¡No te quejes de mi duración! Amor implica humillación actual"

» Cuando reanudó los versos, me levanté y me dirigí hacia el punto del que salía la voz. Antes de que hubiese terminado de recitar los versos, ya estaba a su lado: era un muchacho imberbe. Las lágrimas habían abierto en sus mejillas dos surcos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:]» « Le dije: "¡Qué magnífico, muchacho!" Preguntó: "¿Quién eres?" "Abd Allah b. Maamar al-Qaysi." "¿Necesitas algo?" "Estaba sentado en *al-rawda*, y lo único que me ha extasiado de la noche ha sido tu voz. ¡Daría mi alma por sacarte del apuro en que te encuentras!" "Siéntate." Así lo hice. El muchacho explicó: "Yo soy Utba b. al-Hubab b. al-Mundir b. al-Chamuh al-Ansari. Una mañana me dirigía a la mezquita de al-Ahzab e hice en ella las arracas y las prosternaciones. Después me aislé para adorar a Dios. Entonces aparecieron unas mujeres contoneándose que parecían lunas. En medio iba una doncella de prodigiosa hermosura, de belleza perfecta. Se detuvo ante mí y me dijo: '¡Oh, Utba! ¿Qué dices de la unión con quien busca unirse a ti?' Luego me dejó y se fue. Después ya no hallé noticias ni rastro de ella. Estoy sin saber qué hacer, y voy de un sitio a otro". Dio un grito y cayó al suelo desmayado. Luego volvió en sí: parecía que el brocado de sus mejillas se hubiese teñido de azafrán. Recitó estos versos:

Con mi corazón os veo en lejanos países. ¿Me veis con el vuestro, a pesar de la distancia?
Mi corazón y mi mirada están tristes por vos: mi alma se ha quedado con vosotros, y a mí sólo me queda vuestro recuerdo.
No gustaré de la vida hasta que os vuelva a ver, aunque me encuentre en el Edén o en el Paraíso eterno.

» Le dije: "¡Utba! ¡Hijo de mi tío! ¡Arrepiéntete ante tu Señor y pídele perdón por tu culpa, pues has de comparecer ante Él!" "¡Apártate! —me replicó —. No me consolaré de mi amor hasta que hayan regresado los dos recolectores de la acacia." Seguí a su lado hasta que se levantó la aurora. Entonces le dije: "¡Ven! Vamos a la mezquita". Permanecimos en ésta hasta haber hecho la oración del mediodía. Entonces se acercaron las mujeres, pero la muchacha no estaba entre ellas. Le dijeron: "¡Oh, Utba! ¿Qué piensas de la muchacha que quiere unirse contigo?" Les preguntó el nombre de la muchacha, y le contestaron: "Rayya, hija de al-Gitrif al-Sulaymi". El joven levantó la cabeza y recitó estos versos:

¡Oh, mis dos amigos! Muy temprano Rayya ha emprendido la marcha, con su tribu, hacia al-Samawa.
¡Oh, mis dos amigos! Ya no puedo llorar, pero ¿hay alguien que tenga una lágrima para cedérmela en préstamo?

» Le dije: "¡Utba! He venido con mucho dinero y quiero emplearlo en

ayudar a los hombres dignos. ¡Por Dios! Lo gastaré para que consigas satisfacer tu deseo y aún más. ¡Vamos a la asamblea de los Ansar!" Anduvimos hasta llegar a su reunión. Los saludé y me devolvieron el saludo. Les dije: "¡Oh, asambleístas! ¿Qué tenéis que decir de Utba y de su padre?" "¡Que pertenecen a los señores árabes!" "Sabed que ha sido herido por la desgracia del amor. Pido que me ayudéis a alcanzar a al-Samawa." Me replicaron: "¡Oír es obedecer!" Montaron a caballo, y lo mismo hicieron los hombres que estaban con nosotros. Así llegamos al lugar que ocupaban los Banu Sulaym.

» Al-Gitrif supo que estábamos allí y salió, presuroso, a recibirnos. Dijo: "¡Larga vida tengáis, nobles!" Le respondieron: "¡Y que tú vivas! Somos tus huéspedes". "¡Estáis bajo el amparo de la más noble hospitalidad!" Se apeó. A continuación gritó: "¡Esclavos! ¡Descabalgad!" Éstos echaron pie a tierra, extendieron los manteles, colocaron los cojines y sacrificaron camellos y carneros. Le dijimos: "No probaremos tu comida hasta haberte expuesto nuestro deseo". "¿Qué necesitáis?" "Te pedimos en matrimonio a tu noble hija, para Utba b. al-Hubab b. al-Mundir, de gran renombre y de noble alcurnia." "¡Amigos míos! Aquélla que me pedís en matrimonio es dueña de sí misma. Entraré y la informaré." Se levantó enfadado, y fue a ver a Rayya. Ésta le preguntó: "¡Padre mío! ¿Qué ocurre, que te veo airado?" "Los compañeros del Profeta se han presentado ante mí para pedirte en matrimonio." "Son nobles señores. ¡Que el Profeta pida perdón a Dios por ellos con su mejor oración! ¿Y para cuál de ellos me piden en matrimonio?" "Para un muchacho llamado Utba b. al-Hubab." La muchacha comentó: "He oído decir de ese Utba que cumple lo que promete y que consigue lo que pide". "¡Juro que jamás te casaré con él! Me he enterado de parte de tus relaciones con él." "No hay nada de eso, pero juro que a los Ansar no se les puede dar una mala respuesta. Trátalos bien." "¿Cómo?" "Exígeles una gran dote: ellos renunciarán." "¡Bien dicho!" El padre salió apresuradamente y dijo: "La muchacha de la tribu acepta, pero pide una dote digna de ella. ¿Quién sale fiador?" Abd Allah exclamó: "¡Yo!" El padre dijo: "Pido por ella mil brazaletes de oro rojo, cinco mil dirhemes de la moneda de Hachar, cien piezas de paño y tela del Yemen y cinco vasículos de ámbar". Yo le contesté: "Lo tendrás; pero ¿consientes?" "¡Consiento!"

» Abd Allah despachó algunos Ansar a Medina, la ciudad iluminada. Llevaron todo aquello de lo que había salido fiador, se degollaron camellos y ganado menor, y las gentes acudieron a comer. Refiere Abd Allah: « Permanecimos así durante cuarenta días. Después, al-Gitrif dijo: "¡Coged lo que os he prometido!" La colocamos en un palanquín, y su padre le dio treinta acémilas de regalos. Nos despedimos y él se marchó. Nos pusimos en camino. Marchamos hasta llegar a una jornada de distancia de Medina, la iluminada. Entonces se nos presentaron unos jinetes en busca de botín. Creo que eran los Banu Sulaym. Utba b. al-Hubab cargó contra ellos y mató unos cuantos hombres, pero cayó herido por una

lanzada. Recibimos auxilio de los habitantes de la región, que rechazaron a nuestros enemigos, pero Utba había muerto. Nosotros gritábamos: "¡Pobre Utba!" La joven lo oyó, se arrojó del camello, se inclinó sobre él y empezó a gritar desconsoladamente, recitando estos versos:

> Tuve paciencia, no porque fuese paciente, sino porque me convencía a mí misma de que me reuniría contigo.
> Si mi alma hubiese sido justa, se hubiese precipitado al encuentro de la muerte, precediéndote antes que toda otra criatura.
> Después de ti y de mí, nadie más será justo con un amigo, ni un alma estará de acuerdo con otra.

» Exhaló un gemido y murió. Abrimos una sola tumba para los dos, los cubrimos de tierra y yo regresé a la región ocupada por mis contríbulos. En ella permanecí siete años. Después regresé al Hichaz, y entré en Medina la iluminada para hacer una visita piadosa. Me dije: "¡Por Dios! ¡He de volver a la tumba de Utba!" Fui a ella y vi que encima había un árbol muy alto, del que colgaban pedazos de ropa rojos, amarillos y verdes. Pregunté al dueño de la tierra: "¿Cómo se llama este árbol?" Respondió: "El árbol de los dos esposos". Permanecí junto a la tumba un día y una noche. Después me marché. Éste fue mi último encuentro con él. ¡Dios (¡ensalzado sea!) se apiade de él!»

HISTORIA DE HIND BINT AL-NUMÁN

SE cuenta también que Hind bint al-Numán era la mujer más hermosa de su época. Su belleza y gracia le fueron contadas a al-Hachchach, el cual la pidió por esposa, y gastó por ella mucho dinero. La desposó y se comprometió a darle, además de la donación nupcial, doscientos mil dirhemes. Después de haber consumado el matrimonio, permaneció largo tiempo con la mujer. Un día entró en su habitación mientras ella se contemplaba en el espejo y decía:

> Hind es una potra árabe, hija de caballos de raza, a la que posee un mulo.
> Si diese a luz una potra, ¡qué bella sería!; mas si diese a luz un mulo, sería el mulo quien lo habría echado al mundo.

Al-Hachchach, al oír esos versos, se volvió atrás sin entrar, antes de que la mujer se diera cuenta de su presencia. Al-Hachchach quiso repudiarla y le envió a Abd Allah b. Táhir para que le notificara el divorcio, y éste, cuando estuvo ante ella, le dijo: « Al-Hachchach Abu Muhammad te dice que quedaban por darte, de la dote, doscientos mil dirhemes. Helos aquí, los he traído. Me ha encargado que te comunicara el divorcio» . « Sabe, ¡oh, Ibn Táhir! —respondió la mujer—, que, aunque permanecí con él, ¡por Dios!, no he sido feliz ni un solo día. ¡Por Dios, nunca me habré de arrepentir de que nos hayamos separado! Estos doscientos mil dirhemes son para ti, por la buena noticia que me has traído de que quedo libre del perro de Taqif.»

Después de estos hechos, el Emir de los creyentes Abd al-Malik b. Marwán recibió noticia de ella y le describieron la belleza de la mujer, su atractivo, su constitución, sus armónicas proporciones, lo dulce que sonaban sus palabras y cuán afectuosas eran sus miradas. Mandó pedirla por esposa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche seiscientas ochenta y dos, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Hind le envió un escrito en el que le decía: « Después de loar a Dios e invocar la bendición sobre su profeta Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que el perro lamió el vaso» . Cuando el Emir de los creyentes acabó de leer el escrito de Hind, se echó a reír por sus palabras y le escribió el dicho del Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!): « Si el perro lamiera el recipiente del agua para las abluciones de uno de vosotros, éste lo habrá de lavar siete veces, una de ellas con tierra» . Y añadió: « Lava y echa el detrito del lugar de uso» .

Cuando Hind hubo leído el escrito del Emir de los creyentes, no pudo desobedecer y le respondió en estos términos: « ¡Alabanza a Dios (¡ensalzado

sea!)! Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que no estipularé el contrato matrimonial sino con una condición. Y si preguntas: "¿Cuál es?", yo te contesto: "Que al-Hachchach lleve mi palanquín hasta la ciudad en que te hallas, que vaya descalzo y con los vestidos que lleva puestos"» .

Cuando Abd al-Malik hubo leído el escrito, rio mucho y largamente y envió un mensajero a al-Hachchach ordenándole que hiciera aquello. Al-Hachchach, al enterarse de los deseos del Emir de los creyentes, aceptó y se sometió a las órdenes. Mandó avisar a Hind de que se preparara, y ella lo hizo y preparó un palanquín de viaje. Al-Hachchach anduvo con su séquito hasta la puerta de Hind, y cuando ella hubo montado a lomos del camello y también hubieron montado sus esclavas y su servidumbre, él, que estaba descalzo, se apeó, cogió las riendas del camello para conducirlo y se puso en marcha con ella. Ella empezó a burlarse, a reírse y a mofarse de él, junto con su bañadora y sus doncellas. Luego dijo a aquélla: « Quita la tienda del palanquín del camello» . Así lo hizo, y el rostro de Hind tropezó con el de él, y cuando ella se rio en su cara, al-Hachchach recitó estos versos:

Tú ríes, ¡oh Hind!, ¡pero cuántas noches te dejé despierta y en llanto!

Y ella le contestó con estos dos versos:

Ya que nuestras almas se han salvado, no nos importan los bienes y las cosas que perdimos.
Los bienes pueden ganarse de nuevo, y la gloria puede volver, una vez curado el hombre del mal y evitada la muerte prematura.

Y siguió riendo y bromeando hasta que estuvo cerca de la ciudad del Califa. Cuando llegó, echó al suelo un dinar que llevaba en la mano y le dijo: « Camellero, se nos ha caído un dirhem: búscalo y dánoslo» . Al-Hachchach miró al suelo y sólo vio un dinar. « Es un dinar» , observó. « Es un dirhem» , replicó la mujer. « No, es un dinar» , insistió él. « ¡Alabanza a Dios —concluyó la mujer— que ha transformado el dirhem caído en un dinar! Dánoslo.» Al-Hachchach se avergonzó de esto. La acompañó al palacio del Emir de los creyentes, Abd al-Malik b. Marwán, y ella entró en su Corte y llegó a ser su esposa favorita.

HISTORIA DE JUZAYMA B. BISR AL-ASADÍ

SAHRAZAD se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche seiscientas ochenta y tres, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en tiempo del Emir de los creyentes Sulaymán b. Abd al-Malik, vivía un hombre llamado Juzayma b. Bisr, de la tribu de los Banu Asad. Su hombría era conocida: poseía abundantes riquezas, hacía el bien y beneficiaba a sus hermanos. Y así ocurrió hasta que, con el transcurso del tiempo, enfermó y necesitó de la ayuda de sus hermanos de fe a quienes antes había beneficiado y asistido generosamente. Durante algún tiempo le ayudaron y le dieron dinero; mas luego se cansaron, y cuando Juzayma se dio cuenta del cambio que habían experimentado en relación con él, fue a ver a su mujer, que era su prima, y le habló así: « Prima, he notado en mis hermanos un cambio, y he decidido permanecer en casa hasta que muera» . Cerró la puerta tras sí y permaneció en casa, alimentándose con lo que tenía, hasta que también eso se acabó. Él se quedó sin saber qué hacer.

Ahora bien, mientras Ikrima al-Fayyad al-Rabií, gobernador de la Chazira, que lo conocía, celebraba sesión, citóse el nombre de Juzayma b. Bisr. « ¿Cómo está?» , preguntó Ikrima al-Fayyad. « En muy malas condiciones —le contestaron—. Ha cerrado su puerta y permanece en su casa.» « Esto le ha ocurrido a causa de su excesiva generosidad —dijo Ikrima al-Fayyad—. ¿Cómo se explica que Juzayma b. Bisr no haya hallado quien lo asista con su dinero y pague su deuda?» « No ha encontrado nada de todo eso» , le contestaron.

Cuando llegó la noche, el gobernador cogió cuatro mil dinares, los puso en una sola bolsa y, tras mandar que ensillaran su montura, salió a hurtadillas de su casa, montó a caballo y marchó con uno de sus pajes, que llevaba la bolsa. Anduvo hasta pararse ante la puerta de Juzayma. Cogió la bolsa de manos de su paje, le mandó que se alejara, se adelantó hacia la puerta y la empujó por sí mismo. Acudió a su encuentro Juzayma y él le ofreció la bolsa, diciéndole: « Mejora con esto tu situación» . El otro cogió la bolsa, pero al ver que pesaba, la dejó en el suelo. Agarró al caballo por las bridas y le preguntó: « ¿Quién eres, para que pueda ofrecer mi alma por tu rescate?» « No he venido a ti en tales momentos para que me reconocieses» , respondió Ikrima. « No te soltaré hasta que me hayas dicho quién eres.» « Yo soy el que soluciona las dificultades de los hombres generosos.» « Dime más de ti.» « No» , concluyó Ikrima, y se fue.

Juzayma se acercó a su prima con la bolsa y le comunicó: « Alégrate. Dios ha traído alegría próxima y buena, pues sólo con que fueran dirhemes estas monedas, ya sería mucho. Levántate y enciende luz» . Mas ella contestó: « Me es imposible encender luz» . Y así él se pasó la noche tocando el dinero con la mano, y aunque reconoció el tamaño de los dinares, no quería creer que

realmente lo fueran.

Mientras tanto, Ikrima regresó a su casa, donde se encontró con que su mujer lo había echado en falta. Preguntó por él, y se enteró de que había montado a caballo. Por ello, desaprobando la acción de su marido, sospechó de él y le dijo: « El gobernador de la Chazira, después de transcurrida parte de la noche, no sale solo, sin sus pajes y a hurtadillas, si no es para acercarse a una mujer o a una concubina» . « Dios sabe si salí para acercarme a una de estas dos mujeres» , se excusó Ikrima. Pero ella insistió: « Dime para qué saliste» . « Salí a tales horas para que nadie supiese que era yo.» « Debes informarme de todo.» « ¿Guardarás el secreto si te lo digo?» , le preguntó Ikrima. « Sí» , contestó ella. E Ikrima le contó, palabra por palabra, la historia y cómo habían ido las cosas. Y añadió: « ¿Quieres que te lo jure?» « No, no —replicó la mujer—, mi corazón se ha tranquilizado y ha quedado satisfecho después de cuanto me has dicho.»

En cuanto a Juzayma, por la mañana pagó a sus acreedores y puso en orden sus cosas. Luego se preparó a ver a Sulaymán b. Abd al-Malik, que entonces se hallaba en Palestina. Cuando se paró ante su puerta y pidió al chambelán permiso para entrar, éste entró e informó al Califa de que él estaba allí. Juzayma era conocido por su grandeza de ánimo, y Sulaymán lo conocía bien: le permitió entrar. Una vez dentro, lo saludó como se saluda a un Califa. « Juzayma, ¿qué te retuvo lejos de mí?» , preguntó Sulaymán b. Abd al-Malik. « Mi mala situación» , contestó. « ¿Y qué te impidió venir a verme?» « Mi debilidad, Emir de los creyentes.» « Y ahora, ¿con qué medios has venido?» « Sabe, Emir de los creyentes, que estaba en mi casa, avanzada la noche, cuando un hombre llamó a mi puerta e hizo esto y esto.» Y Juzayma le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin. « ¿Conoces al hombre?» , preguntó Sulaymán. « No lo conozco, Emir de los creyentes. Iba disfrazado, y sólo le oí decir: “Yo soy el que soluciona las dificultades de los hombres generosos”.» Sulaymán b. Abd al-Malik se interesó mucho por el asunto, preocupado por saber de quién se trataba. Y añadió: « Si lo conociera, lo recompensaría por su generosidad» . Luego le concedió a Juzayma el mando de una provincia y lo nombró gobernador de la Chazira, en lugar de Ikrima al-Fayyad, y Juzayma marchó directamente a la Chazira. Cuando estuvo cerca, Ikrima salió a recibirlo, y lo mismo hicieron los habitantes de la Chazira.

Una vez los dos jefes se hubieron saludado, todos se pusieron en marcha y entraron en la ciudad. Juzayma se alojó en el palacio del gobierno y mandó que Ikrima respondiera de su gestión y que se hicieran las cuentas. Una vez hechas, resultó que Ikrima debía crecidas cantidades, que Juzayma le mandó pagar; pero Ikrima contestó: « No tengo modo de pagar ninguna parte del dinero» . « Has de pagarlo.» « No tengo dinero: haz lo que creas conveniente.» Y Juzayma mandó que lo encarcelaran.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y cuatro* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después de haberlo encarcelado, Juzayma mandó reclamarle lo que debía; pero el otro dijo que le comunicaran: « Yo no soy de esos que guardan sus bienes a expensas de su honor. Haz, pues, lo que quieras» . Y Juzayma dio orden de que le pusieran grilletes y lo tuvieran en la cárcel. Allí permaneció durante un mes o más, hasta que se debilitó y el encarcelamiento arruinó su salud.

Algún tiempo más tarde, la noticia llegó a la mujer de Ikrima y se entristeció mucho. Llamó a una de sus esclavas, muy inteligente y experta, y le dijo: « Ve en seguida a la puerta del emir Juzayma b. Bisr y dile que quieres darle un consejo. Si alguien te pregunta cuál es, contéstale que sólo se lo dirás al Emir en persona. Cuando estés en su presencia, dile que quieres estar a solas con él, y cuando te hayas quedado a solas con el gobernador, dile: "¡Qué es lo que has hecho! ¡No has sabido recompensar al que soluciona las dificultades de los hombres generosos sino con la cárcel y mandando que le pongan grilletes!"»

La mujer hizo cuanto se le había mandado. Cuando Juzayma hubo oído sus palabras, exclamó en alta voz: « ¡Pobre de él! ¡Conque era él!» « Sí» , le contestó la doncella. Inmediatamente mandó que trajeran su montura y que la ensillaran. Mandó llamar a los notables de la ciudad, los reunió en su casa, se dirigió con ellos a la puerta de la cárcel y la abrió. Juzayma y sus acompañantes entraron y vieron a Ikrima sentado, completamente cambiado, porque los golpes recibidos y el dolor sufrido lo habían debilitado mucho. Al ver al gobernador, Ikrima se avergonzó y bajó la cabeza; pero Juzayma se adelantó y se inclinó sobre su cabeza para besarla. « ¿A qué se debe esta acción tuya?» , preguntó Ikrima, después de haber levantado la cabeza hacia él. « A tus nobles acciones y a mi mala recompensa.» « ¡Dios nos perdone a nosotros y a ti!» , exclamó Ikrima.

Juzayma mandó al carcelero que soltara los grilletes, y luego dio orden de que se los pusieran a él mismo. « ¿Qué pretendes hacer?» , le preguntó Ikrima. « Quiero experimentar todo lo que tú has experimentado.» « Te conjuro a que no lo hagas» , imploró Ikrima, y salieron los dos y se fueron a casa de Juzayma. Ikrima quiso marchar, y se despidió de él; pero éste se lo impidió. « ¿Qué quieres?» , preguntó Ikrima. « Quiero devolverte a tu puesto: la vergüenza que siento ante tu mujer es mayor de la que siento ante ti.» Mandó que limpiaran el baño, y así se hizo. Entraron en él los dos, y Juzayma en persona se encargó de servir a su invitado. Al salir del baño le regaló un vestido precioso, lo hizo montar a caballo, cargó en él mucho dinero y se puso en marcha hacia su casa, donde le pidió permiso para disculparse ante su esposa, a la que presentó sus excusas. Luego le pidió a Ikrima que partiera con él para presentarse a Sulaymán b. Abd

al-Malik —que entonces se hallaba en al-Ramla—, y cuando él accedió, ambos emprendieron la marcha hasta llegar a presencia de Sulaymán b. Abd al-Malik.

El chambelán entró junto al Califa y le comunicó la llegada de Juzayma b. Bisr; esto lo molestó, y exclamó: « ¿El gobernador de la Chazira se presenta sin que se lo hayamos ordenado? ¡Esto sólo puede deberse a un acontecimiento grave!» , y le dio permiso para entrar. Él entró, pero antes de saludar, el Califa le preguntó: « ¿Qué hay, Juzayma?» « Cosas buenas, Emir de los creyentes.» « ¿Qué te trae?» « He dado con el restaurador de las dificultades de los hombres generosos y he querido que te alegrases viéndolo, ya que estabas interesado en conocerlo y noté en ti deseos de verlo.» « ¿Quién es?» , preguntó el Califa. « Ikrima al-Fayyad.» Y el Califa permitió a este último que se acercara. Cuando estuvo cerca de él, Ikrima le dirigió el saludo que se debe a los Califas. Sulaymán, después de darle la bienvenida, le mandó que se acercara a su sitial y le dijo: « Ikrima, el bien que hiciste a Juzayma sólo te ocasionó disgustos» , y añadió: « Escribe en un pedazo de papel aquello que precisas y todo lo que te sea necesario» . Así lo hizo, y el Califa dio orden de que satisficieran en seguida sus peticiones. Mandó que se le dieran diez mil dinares además de los deseos que había expresado, y veinte vestidos además de los que había pedido por escrito. Luego pidió una lanza y unió al nombre de Ikrima la enseña de la Gobernación de la Chazira, de Armenia y del Adzerbaiján, diciéndole: « El destino de Juzayma está en tus manos. Si quieres, confírmalo; si no, destitúyelo» . « Al contrario, Emir de los creyentes; lo repondré en su cargo.»

Después, los dos salieron de presencia del Califa y siguieron siendo gobernadores de Sulaymán mientras éste fue Califa.

HISTORIA DEL SECRETARIO YUNUS CON AL-WALID B. SAHL

SE cuenta también que durante el califato de Hisam b. Abd al-Malik vivía un hombre famoso, llamado Yunus el Secretario. Éste partió para Siria junto con una esclava muy hermosa y atractiva, que llevaba consigo cuanto pudiera necesitar. Valía cien mil dirhemes. Al acercarse a Siria, la caravana se detuvo cerca de un estanque, y Yunus se paró, tomó parte de los alimentos que traía y sacó una botella de vino. En aquel momento, montado sobre un caballo bayo, llegó un joven de buena presencia y agradable aspecto acompañado por dos criados. Saludó a Yunus y le preguntó: « ¿Aceptas un invitado?» « Sí» , contestó. Y así, tras detenerse junto a él, el recién llegado le dijo: « Danos de beber de tu bebida» . Cuando Yunus lo hubo hecho, el joven añadió: « Si no te molesta, cántanos algo» . Y Yunus cantó el siguiente verso:

> Ella tiene en sí tanta belleza como ningún ser humano encierra, y, en su amor, dulces me son lágrimas y vigilias.

El joven sintió gran alegría, y Yunus le dio varias veces de beber, hasta que quedó embriagado. « Di a tu esclava que cante» , le pidió el invitado. Y ésta cantó el siguiente verso:

> Es una hurí: mi corazón ha quedado perplejo ante sus gracias. No la igualan ni la rama, ni el Sol, ni la Luna.

El invitado se sintió muy conmovido de alegría, y Yunus le dio de beber varias veces. Se quedó junto a él hasta que hicieron la oración de la tarde. Entonces su invitado preguntó a Yunus: « ¿Qué te trajo a este país?» « Quiero saldar mis deudas y mejorar mis condiciones.» « ¿Me vendes esta esclava por treinta mil dirhemes?» « ¡Cuánto necesito de la gracia de Dios! De Él vendrá el aumento.» « ¿Te conformarías con cuarenta mil?» « Con esta cantidad pagaría mi deuda, pero me quedaría con las manos vacías.» « Me quedo con ella por cincuenta mil dirhemes, y además te daré un vestido, los gastos de tu viaje, y te asociaré a mis condiciones de vida mientras vivas.» « Te la vendo» , consintió Yunus. « ¿Tienes confianza en mí? —se atrevió a decir el invitado—. Yo te pagaría mañana el precio y me la llevaría ahora mismo. ¿O prefieres que permanezca contigo y que mañana te dé el precio?» La embriaguez, la vergüenza y el miedo, impulsaron a Yunus a contestarle: « Sí, me fío de ti. Tómalo y ¡Dios te bendiga con ella!» Entonces el invitado ordenó a uno de sus dos esclavos: « Hazla montar sobre tu montura, monta tú detrás y márchate con ella» . Luego montó él a caballo, saludó a Yunus y se marchó.

Poco después de haberse alejado del vendedor, éste se puso a meditar y se

dio cuenta de que se había equivocado al venderla. « ¿Qué he hecho? —pensó—. He entregado mi esclava a un hombre al que ni conozco ni sé quién es. Además, y suponiendo que lo conociera, ¿cómo podría llegar hasta él?» Se sentó a pensar, hasta que hizo la oración de la mañana. Sus compañeros entraron en Damasco, mas él permaneció sentado allí, indeciso, sin saber qué hacer, hasta que el sol lo molestó, se cansó de estar allí, y decidió entrar en Damasco. Pero a continuación pensó: « Si entro en la ciudad, ¿quién me asegura de que no venga el enviado y no me halle? Y así cometería otro crimen contra mí mismo» . Se sentó a la sombra de un muro que allí había. Cuando el día ya declinaba, vio venir a su encuentro a uno de los dos siervos que iban con el joven. Al verlo, Yunus sintió inmenso placer y pensó: « No conozco alegría mayor por una cosa que la que experimento en estos instantes al ver al siervo» . El esclavo se acercó a él y le dijo: « Mi señor, hemos tardado» . Pero Yunus nada dijo del desasosiego que se había apoderado de él. « ¿Sabes quién es el hombre que compró la esclava?» , preguntó el siervo. « No» , contestó Yunus. « Es al-Walid b. Sahl, príncipe heredero.» Pero Yunus, cuando oyó tales palabras, no dijo ni una palabra. « Levántate y monta a caballo» , prosiguió el siervo, que traía consigo una montura. Lo hizo montar y ambos emprendieron la marcha, y al llegar a casa de al-Walid entraron en ella.

Cuando la esclava vio a su antiguo dueño, fue a su encuentro y lo saludó. « ¿Qué te ha ocurrido con el que te compró?» , le preguntó Yunus. « Me alojó en esta habitación y dio orden de que me dieran todo lo que pudiera necesitar.» Yunus estuvo sentado un rato junto a ella, y luego vio venir al siervo del dueño de la casa, quien le mandó que se levantara. Marchó con el siervo, y junto con él entró a ver a su señor, al que halló sentado en su estrado y comprobó que era su invitado del día anterior. « ¿Quién eres?» , le preguntó. « Yunus el Secretario.» « Sé bien venido. Por Dios, tenía grandes deseos de verte, pues de cuando en cuando he oído hablar de ti. ¿Cómo dormiste esta noche?» « Bien, ¡Dios (¡ensalzado sea!) pueda hacerte feliz y poderoso!» Y el Emir le dijo: « Quizá te hayas arrepentido de lo que hiciste ayer y te hayas dicho: “Entregué mi esclava a un hombre al que ni conozco ni sé su nombre, y ni siquiera sé de qué ciudad es”» . Yunus exclamó: « ¡No quiera Dios, Emir, que yo me haya arrepentido por la mujer! Si la hubiese regalado al Emir, habría sido el más pequeño de los regalos que se le podían hacer.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y cinco* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Yunus prosiguió:] » En efecto, esta esclava no está a tono con tu posición social» . « ¡Por Dios! —exclamó al-Walid —, me he arrepentido de habértela quitado, y he pensado: “Este hombre es

extranjero y no me conoce. En mi prisa por quedarme con la esclava, la tomé de improviso y obré con ligereza". ¿Recuerdas el trato que hicimos?» « Sí.» « Muchacho, trae el dinero» , mandó el Emir, y cuando se lo hubieron traído, añadió: « Muchacho, tráeme mil quinientos dinares» . Y cuando se los trajeron dijo: « Éste es el precio de tu esclava: tómalo. Estos otros mil dinares son por la buena opinión que tuviste de mí, y los quinientos son para los gastos de tu viaje y para lo que has de comprar para tus familiares. ¿Estás contento?» « Sí» , dijo Yunus, y le besó las manos y le dijo: « ¡Por Dios!, me has llenado los ojos, las manos y el corazón» . « ¡Por Dios! —replicó al-Walid—, aún no me he quedado a solas con la esclava ni me he saciado de su canto. Traédmela.»

La esclava acudió, y al-Walid mandó que se sentara; y entonces, el Emir le dijo: « Canta» , y ella recitó estos versos:

Tú que reúnes en ti toda la belleza, que tienes carácter dulce y eres galante.
Toda la belleza está en los turcos y en los árabes; y, sin embargo, en todos ellos no hay quien te iguale, gacela mía.
¡Oh, hermosa!, sé benévola con quien te ama, concédele una promesa tuya, aunque sólo sea en forma de un espectro de fantasma.
El humillarme y el desvergonzarme por ti es dulce, y es agradable a mis ojos estar velando de noche.
No soy el primero que se enamoró locamente de ti.
¡Cuántos hombres mataste antes que a mí!
Estoy contento de poseerte como mi parte de las cosas mundanas; me eres más querido que mi alma y mi fortuna.

Al-Walid quedó muy satisfecho de la esclava y alabó a Yunus por la buena educación que le había dado y las enseñanzas que le prodigó. Dijo: « Muchacho, dale una montura ensillada y equipada para que monte en ella, y un mulo para que transporte sus cosas. Yunus —añadió—, si te enteras de que el poder ha llegado a mí, ven a verme, y ¡por Dios!, llenaré tus manos de bienes y elevaré tu suerte haciendo que seas rico mientras viva» . Yunus recogió el dinero y se marchó.

Cuando el Califato llegó a manos de al-Walid, Yunus se presentó a él, y por Dios que mantuvo la promesa que le había hecho y lo honró. Vivió con él en la más feliz de las vidas y en elevadísima posición. Su situación mejoró, y aumentaron sus bienes, y así, entre bienes muebles e inmuebles Yunus llegó a poseer lo que podía necesitar hasta su muerte y bastarle luego a sus herederos. Permaneció siempre con al-Walid hasta que éste fue asesinado. ¡Dios (¡ensalzado sea!) se haya apiadado de él!

HISTORIA DE HARÚN AL-RASID Y LA MUCHACHA ÁRABE

CUÉNTASE que un día el Emir de los creyentes Harún al-Rasid iba con Chafar al-Barmakí y encontró a cierto número de muchachas que escanciaban agua. Se paró junto a ellas para beber, y una de las jóvenes se volvió hacia las otras y recitó estos versos:

Mujer, di a tu fantasma que se aleje de mi yacija a la hora del sueño,
para que yo descanse y se apague el fuego que arde en mis huesos.
Es una consunción de amor que las palmas de las manos van revolviendo sobre una alfombra de enfermedad.
En cuanto a mí, me hallo como sabes: la unión contigo, ¿podrá ser duradera?

Al Emir de los creyentes le gustaron la belleza y la elocuencia de la joven.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Emir dijo en voz alta: « Hija de nobles, ¿son tuyos estos versos o los citas de otro?» « Son míos.» « Si tus palabras son verídicas, recítame otros cambiando la rima, pero conservando el significado.» Ella recitó:

Mujer, di a tu fantasma que se aleje de mi yacija a la hora de dormir,
para que yo descanse y se apague el fuego que arde en mi cuerpo.
Es una consunción de amor, que las palmas de las manos van revolviendo sobre una alfombra de angustia.
En cuanto a mí, me hallo como sabes: la unión contigo, ¿acaso tiene precio?

« También estos versos son plagios», dijo el Califa. « También son míos.» « Si son tuyos, recita otros con el mismo significado, pero con distinta rima.» Y ella dijo:

Mujer, di a tu fantasma que se aleje de mi yacija a la hora del descanso,
para que yo descanse y se apague el fuego que arde en el corazón.
Es una consunción de amor, que las palmas de las manos van revolviendo sobre una alfombra de insomnio.
En cuanto a mí, me hallo como sabes: la unión contigo, ¿puede ser recta y fiel?

« También esos versos son plagios» , insistió el Califa. « No, son palabras mías» , protestó la joven. « Pues si las palabras son tuyas —dijo Harún al-Rasid —, cambia la rima y recita otros de idéntico significado.» Y ella recitó:

> Mujer, di a tu fantasma que se aleje de mi yacija a la hora del sopor.
> Para que yo descanse y se apague el fuego que arde en mis costillas.
> Es una consunción de amor que las palmas de las manos van revolviendo sobre una alfombra de lágrimas.
> En cuanto a mí, me hallo como sabes: la unión contigo, ¿acaso podrá volver?

« A qué familia de esta tribu perteneces» , le preguntó el Califa. « A aquella cuya tienda está en el centro, y cuyo poste es el más elevado.» Y el Emir de los creyentes supo así que la joven era hija del jefe de la tribu. « ¿Y tú —preguntó entonces la joven—, a qué tribu de pastores de caballos perteneces?» « A la que tiene el árbol más alto y los frutos más maduros.» Entonces la joven besó el suelo y exclamó: « ¡Dios te ayude, Emir de los creyentes!» Y después de pronunciar las invocaciones de ritual debidas al Califa, se fue junto con las jóvenes árabes.

« He de casarme con ella» , dijo el Califa a Chafar. Y éste fue a ver al padre de la joven y le dijo: « El Emir de los creyentes quiere a tu hija por esposa» . « De mil amores —contestó— hacemos donación de una joven a nuestro señor el Emir de los creyentes.» La preparó y se la llevó. Harún casó con ella, consumó el matrimonio y la tuvo por una de sus mujeres más queridas. A su padre le dio ganado en abundancia, que le aseguró su bienestar entre los árabes.

Cuando el padre entregó el alma a Dios, la noticia de su muerte llegó al Califa, que entró a ver, cabizbajo, a la mujer. Cuando ella lo vio con señales de pesadumbre, se levantó, fue a su habitación, se quitó sus suntuosos vestidos, se vistió de luto y celebró ceremonias fúnebres en memoria de su padre. « ¿Cuál es la causa de todo esto?» , le preguntaron. « Mi padre ha muerto» , contestó.

Algunas personas fueron a ver al Califa y lo informaron de lo ocurrido. « ¿Quién te dio esa noticia?» , le preguntó el Califa, que había ido a verla. « Tu rostro, Emir de los creyentes.» « ¿Cómo mi rostro?» « Desde que me establecí en tu casa, sólo te he visto de esa manera aquella vez: yo sólo sentía inquietud por mi padre, dada su edad. ¡Viva tu cabeza, Emir de los creyentes!» Las lágrimas resbalaron por los ojos del Califa, que le testimonió el pésame.

Durante cierto tiempo, la mujer vivió afligida por su padre, hasta que se reunió con él. ¡Dios tenga misericordia de todos ellos!

RELATOS DE AL-ASMAÍ A HARÚN AL-RASID ACERCA DE LAS MUJERES Y ACERCA DE SU FORMA DE HACER POESÍAS

CUÉNTASE que cierta noche un invencible insomnio se apoderó de Harún al-Rasid. Se levantó de su cama, y, muy turbado, se puso a pasear de habitación en habitación. Cuando se hizo de día, ordenó: « Traedme a al-Asmaí» . El eunuco se dirigió a los porteros y les dijo: « El Emir de los creyentes os dice: “Enviad a buscar a al-Asmaí”» . Cuando llegó, informaron al Emir de los creyentes, quien dio orden de que lo hicieran entrar. Le mandó sentarse, le dio la bienvenida y le dijo: « Al-Asmaí, quiero que me cuentes la mejor historia que hayas oído acerca de las mujeres y de su forma de hacer poesías» . « De mil amores —contestó al-Asmaí—. Muchas he oído, pero sólo me han gustado los tres versos que tres doncellas recitaron.»

Sahrazad, se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y siete* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa le dijo: « ¡Cuéntame la historia!»

« Sabe, Emir de los creyentes —empezó al-Asmaí—, que durante un año residí en Basora. Cierto día en que el calor era insoportable, salí a buscar un sitio donde echar la siesta, pero no lo podía hallar. Andando a derecha e izquierda vi un pórtico barrido y regado en el que había un asiento de madera, y sobre él se veía una ventana abierta, a través de la cual salía olor a almizcle. Entré en el pórtico, me senté en el banco, y estaba a punto de tumbarme en él cuando oí la dulce voz de una mujer, que decía: “Hermanas, nos hemos sentado hoy aquí para divertirnos. Ea, juguémonos trescientos dinares: cada una de nosotras dirá un verso, y los trescientos dinares serán para aquella que recite el más dulce y más hermoso”. “Muy bien”, respondieron las otras mujeres. La mayor recitó un verso, que decía:

> Mi amante me gusta cuando, durante el sueño, viene a visitarme a mi lecho; mas si me visitara cuando estoy despierta, aún sería más bello.

La mediana recitó el siguiente:

> Sólo el fantasma de mi amor me ha visitado en sueños, y yo le he dicho: « ¡La paz! ¡Bien venido seas!»

Y la más joven recitó:

Entrego mi alma y mi familia por el rescate de aquel al que todas las noches veo cual compañero de lecho. Su perfume es mejor que el almizcle.

» Entonces yo me dije: “Si la belleza corre pareja con la recitación, ¡sería cosa perfecta!” Bajé del banco, y estaba a punto de marcharme cuando se abrió la puerta y salió una joven: “Siéntate, jeque”, me dijo. Volví a subir al banco, me senté de nuevo, y ella me ofreció un trozo de papel: vi en él una escritura muy bella, de alifs muy rectos, has muy cóncavas y waws muy redondas[252]. En él decía: “Comuniquemos al jeque (¡Dios prolongue su existencia!) que somos tres hermanas y que nos hemos sentado a divertirnos. Hemos puesto en juego trescientos dinares, que habrán de ser para la que recite el verso más dulce y bello. Te hemos elegido juez del certamen: juzga según te parezca. ¡La paz!”

» “Dame tintero y una hoja de papel”, dije a la joven. Ella desapareció, para salir al cabo de un momento y dirigirse hacia mí con un tintero plateado y plumas doradas. Y yo escribí los siguientes versos:

Yo cuento, como hombre que ha probado y soportado diversas vicisitudes, la historia de unas jóvenes que cierta vez se pusieron a charlar.

Eran tres jóvenes de belleza igual a la de las estrellas vírgenes de la mañana. Ellas señoreaban un corazón atormentado de amante.

Se apartaron cuando ya muchos ojos se habían dormido, e hicieron como que no veían al que se había colocado aparte.

Ellas revelaron lo que ocultaban en su interior, y precisamente así: tomaron como diversión y juego la poesía.

Una, hermosa, desvergonzada, orgullosa e inexperta, dijo, con aire sonriente, y mostrando una boca de dulce parlería y de frescos dientes agudos:

“Mi amante me gusta cuando, durante el sueño, viene a visitarme a mi lecho; mas si me visitara cuando estoy despierta, aún sería más bello”.

Al acabar sus palabras, que ella adornó con una sonrisa, la mediana suspiró y dijo con emoción:

“Sólo el fantasma de mi amor me ha visitado en sueños, y yo le he dicho: ‘¡La paz! ¡Bien venido seas!’”

Pero bien dijo la más joven, recitando como réplica, con palabras más voluptuosas y más dulces:

“Entrego mi alma y mi familia por el rescate de aquel al que todas las noches veo cual compañero de lecho. Su perfume es mejor que el almizcle.”

Después de meditar sobre lo que dijeron y después de haber formado el juicio que había de emitir, no dejé a los entendedores motivo de duda.

Sentencié en el certamen poético a favor de la menor, pues consideré que lo que ella dijo estaba más cerca de la verdad.»

Refiere al-Asmaí: « Entregué la hoja a la joven, y cuando ella subió, miré hacia la casa y vi que estaban bailando y palmoteando, y que había una fiesta. Dije: “No hace falta que siga aquí”. Bajé del banco con la intención de irme; pero la joven me llamó y me dijo: “Siéntate, al-Asmaí”. “¿Quién te informó de que soy al-Asmaí?”, le pregunté. “Jeque —me contestó—, podíamos ignorar tu nombre, pero no podíamos desconocer tu poesía.” Entonces me senté; la puerta se abrió, y salió la primera joven, con un plato de fruta y otro de dulces. Comí fruta y dulces y le di las gracias por lo que había hecho. Quise marcharme, pero la joven me llamó y me dijo: “Al-Asmaí, siéntate”. Levanté la mirada hacia ella y vi una mano rosada en una manga amarilla, y creí que era la luna que asomaba por debajo de las nubes. Arrojó una bolsa que contenía trescientos dinares, y dijo: “Esto es mío. Es un regalo que te hago por tu sentencia”» . « ¿Por qué —preguntó entonces el Emir de los creyentes— le diste la palma a la más joven?» Y al-Asmaí contestó: « Emir de los creyentes (¡Dios prolongue tu existencia!). La mayor dijo: “Me gusta si durante el sueño visita mi lecho”, y ésta es una posibilidad remota, que depende de una condición que puede realizarse o no. En cuanto a la mediana, la sombra de un fantasma pasó ante ella en sueños y ella la saludó. En cambio, la más joven dijo en su verso que había yacido realmente en el lecho de su amor, y que de él respiró alientos mejores que el almizcle, y se declaró dispuesta a rescatar la vida del hombre con la suya y con la de su familia. Ahora bien, se rescata con la propia vida sólo a aquel que nos es más querido que la vida misma» . « Bien hiciste, al-Asmaí» , contestó el Califa. Y como recompensa por su historia le dio otros trescientos dinares.

HISTORIA DE ABU ISHAQ IBRAHIM AL-MAWSILÍ, EL CORTESANO, CON EL DIABLO

CUENTA Abu Ishaq Ibrahim al-Mawsilí: « Le pedí a al-Rasid que me concediera un día para permanecer a solas con mi familia y con mis hermanos, y él me concedió permiso para hacerlo un sábado. Fui a mi casa y me puse a preparar comidas y bebidas y todas las cosas que necesitaba. Mandé a los porteros que cerraran las puertas y que no dejaran entrar a nadie. Mientras estaba en mi habitación rodeado de mis mujeres, se presentó un hermoso viejo, de venerable aspecto. Iba vestido de blanco, con una camisa tersa, llevaba un taylasán en la cabeza, y en la mano un bastón con puño de plata. De él emanaba un agradable perfume, que llenó la casa y el pórtico. Me sentí preso de gran indignación porque había llegado hasta mí, y resolví despedir a los porteros. El viejo me saludó muy amablemente, y yo, tras corresponder a su saludo, lo invité a que se sentara. Una vez sentado empezó a contarme historias árabes, y así mi cólera se disolvió y creí que mis pajes habían querido proporcionarme un placer haciendo entrar a un hombre como aquél, dada su educación literaria y sus buenos modos. "¿Quieres comer?", le pregunté. "No lo necesito", contestó. "¿Y tampoco beber?" "Eso queda a tu parecer", me dijo, Yo me bebí un ratl, y él otro tanto. "Abu Ishaq —me dijo el viejo—, ¿quieres cantarnos alguna cosa para que podamos oír algo de tu arte, con el cual has superado a aficionados y profesionales?" Sus palabras me irritaron; pero tomando la cosa a broma, cogí el laúd, toqué y canté. "¡Bien, Abu Ishaq!" exclamó. Me indigné aún más y pensé: "No le basta con haber entrado sin permiso y con haberme hecho las propuestas que me ha hecho, sino que encima me llama por mi nombre, sin reparar en cómo debe dirigírseme la palabra". "¿Quieres cantar de nuevo —prosiguió el viejo—, y te recompensaremos?"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y ocho* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Ishaq prosiguió:] « Entonces yo me impuse ese esfuerzo. Tomé el laúd y canté con toda atención y cuidado, pues había dicho que me recompensaría. Él quedó satisfecho y exclamó: "Muy bien, mi señor". Y añadió: "¿Me permites que cante?" "Haz lo que quieras", contesté. Pero consideré que tenía poco seso al pretender cantar en mi presencia después de lo que había oído de mí. Tomó el laúd, lo tocó y…, ¡por Dios!, me pareció que el laúd hablaba en pura lengua árabe. Con voz dulce y melodiosa, se puso a cantar estos versos:

Tengo un corazón lleno de llagas. ¿Quién quiere venderme por él otro que

carezca de llagas?

La gente se ha negado a comprármelo. ¿Quién querrá comprar una cosa usada a cambio de una sana?

Gimo por el ardiente deseo que siento en mis costillas, al igual que aquel a quien la bebida se le fue de través, y está llagado.

» Y, ¡por Dios! —siguió contando Abu Ishaq—, creí que las puertas, las paredes y todas las cosas que había en la casa lo coreaban y cantaban con él, tan hermosa era su voz. Incluso me pareció, ¡por Dios!, oír a mis miembros y a mis vestidos corearle. Quedé atónito, sin poder ni hablar ni moverme, tanto quedó afectado mi corazón. Luego cantó estos versos:

Ea, palomas de la duna, regresad, pues yo anhelo tristemente volver a escuchar vuestra voz.

Ellas se posaron en un bosquecillo y casi me mataron, y estuve a punto de revelarles mis secretos.

Llamaron, con su arrullo, a una querida persona lejana, como si hubieran bebido el fuego del vino o se hubiese apoderado de ellas la locura.

Mis ojos jamás vieron palomas como ésas: lloran sin que sus pupilas derramen lágrimas.

» Y a continuación cantó también los siguientes versos:

Céfiro del Nachd: cuando soplas desde el Nachd, tu nocturno pasar aumenta tristeza sobre tristeza.

Una paloma arrulló en el esplendor del alba, sobre las ramas del sauce y del laurel.

Ella lloró como puede llorar un joven por un ardiente afecto, y manifestó deseos de amor que yo no revelaba.

Dicen que quien ama se cansa cuando está cerca de la amada, y que el alejamiento puede curar el amor.

Nos hemos curado con todos los remedios; pero nada ha podido curar el amor que hay en nosotros. Y, sin embargo, mejor es tener cerca la morada de la amada, que tenerla lejos.

Aunque de nada sirva esta proximidad si la persona que amas no siente amor.

» “Ibrahim —dijo el viejo—, canta la canción que acabas de oír, modula las tuyas sobre este motivo y enséñalo a tus esclavas.” “Repítemelo”, le pedí. “No es preciso que te lo repita, pues lo has aprendido perfectamente.” Luego

desapareció de mi presencia.

» Me levanté, atónito, empuñé y desenvainé la espada y fui a la puerta del harén, pero la hallé cerrada. “¿Qué oísteis?”, pregunté a las mujeres. “Hemos oído la canción más exquisita y más hermosa.” Salí, turbado, hacia la puerta de la casa. La hallé cerrada y pregunté a los porteros por el viejo: “¿Qué viejo? —dijeron—. ¡Por Dios, que hoy no ha entrado nadie aquí!” Retrocedí, pensando en la visita del viejo, y he aquí que, desde un lado de la casa, me llamaba diciéndome: “¡Nada ha de ocurrirte, Abu Ishaq! Soy Abu Murra, y hoy te he acompañado a beber. ¡No temas!”

» Monté a caballo para ir a ver a al-Rasid, al que informé del asunto. “Repite los motivos que aprendiste de él”, me dijo. Cogí el laúd y toqué: los motivos habían quedado bien grabados en mi mente. Al-Rasid disfrutó, y aunque no era asiduo de la bebida, bebió y me dijo: “¡Ojalá hubiésemos gozado un solo día de él como pudiste hacerlo tú!” Y mandó que me dieran un regalo, que yo cogí y me marché» .

HISTORIA QUE CHAMIL B. MAAMAR CUENTA AL EMIR DE LOS CREYENTES, HARÚN AL-RASID

CUÉNTASE que el siervo Masrur refirió lo siguiente:

« El Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, padecía cierta noche un insomnio invencible. Me preguntó: “Masrur, ¿qué poeta hay en la antecámara?” Yo salí al pasillo, y al ver a Chamil b. Maamar al-Udrí, le dije: “Acude a la llamada del Emir de los creyentes”. “Oír es obedecer”, contestó. Entré, y él conmigo; se halló ante Harún al-Rasid, a quien saludó como debe saludarse a los califas. Harún, después de devolverle el saludo y haberle mandado que se sentara, le dijo: “Chamil, ¿conoces alguna historia maravillosa?” “Sí, Emir de los creyentes. ¿Cuál prefieres? ¿Aquella de la que he sido testigo y yo mismo he presenciado, o la que he oído y de la cual me acuerdo?” “Cuéntame aquella de la que fuiste testigo y presenciaste.” “Muy bien, Emir de los creyentes. Escúchame bien y préstame oídos.”

» Al-Rasid cogió la almohada de seda roja bordada de oro y llena de plumas de avestruz, la colocó bajo sus piernas, apoyó sus codos en ella y dijo: “Adelante, cuenta tu historia, Chamil”.

» Y Chamil empezó: “Sabe, Emir de los creyentes, que yo sentía afecto por una joven, a la que amaba y frecuentaba…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas ochenta y nueve* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chamil prosiguió: » ”yo frecuentaba a la joven] ya que era el objeto de mis deseos y de mis anhelos. Su familia hubo de partir debido a la escasez de pastos, y durante algún tiempo no vi a la joven; pero el ardiente deseo de verla me turbó y me atrajo hacia ella, por lo cual se me ocurrió partir para dirigirme a donde ella estaba. Una noche, este deseo mío me incitó a dirigirme donde ella. Ensillé mi camella, me puse el turbante y mis vestidos viejos, ceñí la espada, enarbolé la lanza y tras montar en mi montura salí en busca de mi amada apresurando la marcha, en una noche oscura y de densa tiniebla. Afronté la dificultad de bajar valles y subir montañas, oyendo por doquier los rugidos de los leones y el aullido de los lobos: estaba asustado, con el corazón alborotado, y mi lengua no cesaba de mencionar a Dios (¡ensalzado sea!). Mientras marchaba en tal estado, me entró sueño, y la camella me llevó por camino distinto del que yo debía seguir. El sueño me venció, y pronto noté que algo tropezaba con mi cabeza. Desperté, asustado y horrorizado, y me hallé ante árboles y arroyos: los pájaros, posados en las ramas, murmuraban sus versos y sus motivos, y los árboles de aquel prado estaban densamente entrelazados. Me apeé de la camella, cogí sus riendas, traté suavemente de librarme de los árboles y así logré salir con el animal de entre

aquellos árboles a una tierra desierta. Arreglé la silla de la camella y me acomodé sobre ella, sin saber dónde ir ni conocer a qué lugar habría de llevarme el destino. Agucé la mirada en aquella zona desierta, y en el centro de ella distinguí un fuego. Espoleé la camella y marché hacia él. Al llegar, me acerqué y observé mejor: vi levantada una tienda de piel de camello, con una lanza hincada en el suelo, una montura en pie, algunos caballos parados, y unos camellos pastando. Pensé: 'Esta tienda debe pertenecer a persona muy importante, pues no veo ninguna otra en esta comarca' Me adelanté hacia la tienda y dije: 'La paz sea sobre vosotros, gentes de la tienda, y la misericordia y las bendiciones divinas'. Un joven de diecinueve años, parecido a la luna cuando surge, con el valor retratado en la mirada, salió de la tienda hacia mí y contestó: 'Y también sobre ti, hermano árabe, sean la paz, la misericordia y las bendiciones divinas. Creo que has extraviado el camino'. 'Así es, en efecto —le contesté—. Indícame el camino bueno, y Dios se apiade de ti.' 'Hermano árabe —dijo—, este país nuestro está lleno de fieras, y la noche es oscura, lúgubre, muy tenebrosa y fría. Yo no te garantizo que las fieras no te desgarren. Quédate aquí conmigo y tendrás todo bienestar y comodidad, y cuando llegue mañana, yo te indicaré el camino bueno.' Bajé de mi camella y la até a su propia tienda. Me quité los vestidos que llevaba, me aligeré y me dispuse a sentarme durante algún tiempo. Entretanto, el joven cogió un cordero, lo degolló, encendió y alimentó el fuego, entró en la tienda, y después de haber sacado aromas en polvo y sal buena, empezó a cortar pedazos de aquella carne y, a medida que los iba asando al fuego, me los iba ofreciendo, ya suspirando, ya llorando. En cierto momento se puso a sollozar con fuerza y a llorar a lágrima viva, y recitó los siguientes versos:

> Sólo ha quedado un respiro fugaz, y un ojo de pupila atónita. En sus miembros no ha quedado ninguna articulación que no esté herida de perdurable enfermedad.
> Sus lágrimas corren, y sus vísceras están en llamas; mas él está silencioso.
> Incluso sus enemigos, movidos a compasión, lloran por él. ¡Ay, de quien inspira piedad incluso a los escarnecedores!"

» Añadió Chamil: "Y entonces, Emir de los creyentes, comprendí que el joven estaba enamorado y triste: ¡Nadie conoce mejor el amor que quien ha experimentado su gusto! Me dije: '¿Le pido explicaciones?' Pero renuncié. '¿Cómo voy a atreverme a preguntarle —me dije— estando en su morada?' Por ello, aparté mi primer impulso y comí de aquella carne a medida de mi necesidad. Al acabar de comer, el joven se levantó, entró en la tienda y sacó una jofaina limpia y un hermoso aguamanil, así como un mandil de seda, cuyos extremos estaban bordados de oro rojo, y trajo también un recipiente lleno de

agua de rosas, mezclada con almizcle. Quedé asombrado ante su amabilidad y cortesía, y me dije: '¡Jamás vi tanta amabilidad en el desierto!' Nos lavamos las manos y charlamos un rato juntos. Luego mi anfitrión se levantó, entró en la tienda y corrió una cortina de seda roja. 'Entra, ¡oh, jefe árabe! —me dijo—, y ocupa tu lecho, puesto que esta noche te habrás cansado y te habrás fatigado mucho por tu viaje.' Entré y me hallé ante un lecho de brocado verde. Me quité los vestidos que traía y pasé una noche como jamás la había pasado en mi vida…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chamil prosiguió:] » "Estuve pensando en el caso del joven hasta que la noche cayó por completo, los ojos se cerraron, y yo solamente oía una voz, suave como jamás había oído otra ni más dulce ni más agradable. Levanté la cortina que había echado entre nosotros y vi junto al joven a una muchacha. ¡Nunca he visto rostro más bello! Los dos lloraban y se quejaban de los males de amor, del ardiente afecto, de la pasión y del gran deseo que sentían de unirse. Pensé: 'Por Dios que es extraño. ¿Quién será esta segunda persona? Cuando entré en esta tienda sólo vi a ese joven; no había nadie con él. No cabe duda —seguí diciéndome—, ésta es una hija de los genios, que ama a este joven, y él se ha apartado con ella a este lugar, y lo mismo ha hecho ella'. La observé con más atención y vi que era una mujer árabe, que si se hubiese descubierto el rostro, habría confundido de vergüenza al luminoso Sol. La tienda se había iluminado con la luz de su rostro. Cuando me di cuenta de que era su amada, me acordé de los celos del amante, y, después de dejar caer la cortina, me cubrí el rostro y me dormí. Por la mañana me puse mis vestidos, hice las abluciones para la oración, realicé ésta según la obligación religiosa, y luego le dije a mi anfitrión: 'Hermano árabe, ¿quieres indicarme el camino bueno, y así me harás un favor?' Él me miró y me contestó: 'Despacio, jefe árabe. La hospitalidad dura tres días, y no seré yo quien te deje marchar antes que se cumplan los tres días'.

» "Así —prosiguió Chamil—, permanecí con él tres días. Al cuarto nos pusimos a hablar, y yo le pregunté cuál era su nombre y su ascendencia. 'En cuanto a mi ascendencia, pertenezco a los Banu Udra, y mi nombre es Fulano, hijo de Mengano, y mi tío es Zutano.' Pues bien, Emir de los creyentes —explicó Chamil—, ¡era mi primo y pertenecía a una de las más nobles familias de los Banu Udra! 'Primo —me atreví a decir—, ¿cuál es la causa de que te hayas aislado, según veo, en este desierto, y por qué has abandonado tu bienestar y las comodidades de tus padres, tus esclavos y tus doncellas?' Cuando él, ¡oh Emir de los creyentes!, oyó mis palabras, los ojos se le llenaron de lágrimas y lloró mucho. 'Hermano —explicó—, yo amaba a mi prima, me había prendado de

ella, estaba muy enamorado y loco de amor hasta el extremo de no poderme separar de ella. Mi afecto por esa mujer llegó a ser tan grande, que la pedí por esposa a mi tío, pero él se negó y la casó con un individuo de los Banu Udra, el cual, una vez consumado el matrimonio, se la llevó a la localidad en la que vivía desde un año atrás. Cuando ella se hubo alejado de mí y, por tanto, no pude ya verla, los sufrimientos del amor, mi violenta pasión y mi afecto me indujeron a dejar a mi familia, y abandonar mi tribu, mis amigos y todos mis bienes. Y así me he aislado en esta tienda en este desierto, y me he familiarizado con esta mi soledad.' '¿Dónde están sus moradas?', pregunté. 'Están aquí cerca —contestó—, en lo alto de esa montaña. Cada noche, cuando todos duermen, y la noche es tranquila, ella, con paso quedo, se escapa de la tribu, procurando que nadie la vea. Yo consigo mi propósito hablando con ella, y lo mismo le ocurre a la mujer. Heme aquí ahora en esta situación, consolándome con ella durante un rato en la noche para que Dios pueda realizar lo predestinado: o, a pesar de los envidiosos, el asunto se resuelve en favor mío, o Dios, que es el mejor juez, sentenciará contra mí.'

» Chamil añadió: "Cuando, ¡oh Emir de los creyentes!, el joven me hubo informado del asunto, la cosa me disgustó y quedé perplejo, herido de celoso celo por él. 'Hermano —dije—, ¿quieres que te aconseje un ardid gracias al cual, si Dios quiere, obtendrás éxito y prosperidad y gracias al cual Dios hará cesar tus sinsabores?' 'Sí, primo', contestó. 'Cuando sea de noche y venga la joven, ponía sobre mi camella, que tiene un andar rápido. Monta tú en tu corcel y yo montaré sobre una de esas camellas y marcharé durante toda la noche con vosotros; así, antes de que sea de día habremos atravesado desiertos y estepas; tú habrás conseguido lo que deseas y te habrás adueñado de la mujer de tu corazón. La tierra de Dios es vastísima. Mientras viva, yo te ayudaré con mi espíritu, mis bienes y mi espada.'

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y una* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chamil prosiguió:] » "El joven dijo, cuando hubo oído todo esto: 'Espera que se lo pregunte a ella primo. Ella es inteligente, llena de tacto y clarividente'."

» Chamil añadió: "Y así, cuando cayó la noche y llegó la hora en que ella solía venir, él la esperó en el momento convenido; mas ella, contra su costumbre, se retrasó. Vi que el joven salía por la puerta de la tienda para aspirar el viento que soplaba procedente del lugar por donde debía venir, para oler su perfume. Y recitó estos versos.

El viento del Este me trae una brisa que sale de un poblado en el que mora

la amada.

¡Oh viento!, hay en ti una señal de la amada: ¿sabes, pues, cuándo vendrá?

» ”Luego entró en la tienda, se sentó durante una hora y lloró. ‘Primo —observó—, esta noche le ha ocurrido algo a mi prima: o le ha sucedido una desgracia, o algún obstáculo le ha impedido venir a verme. Quédate en tu sitio —añadió— hasta que vuelva a ti con noticias.’ Tomó su espada y su escudo y desapareció un rato en la noche. Luego regresó con algo en la mano. Me llamó, y yo me apresuré a acudir junto a él. ‘Hermano —me preguntó—, ¿sabes qué ha sucedido?’ ‘No, por Dios’, contesté. ‘Esta noche he sido herido con la muerte de mi prima. Ella venía hacia nosotros; pero en el camino un león la desgarró, y sólo ha quedado de ella esto que ves.’ Y echó al suelo lo que llevaba en la mano: eran los cartílagos de la joven y los huesos que habían quedado. Lloró a lágrima viva, arrojó el arco de su mano, tomó un saco y me dijo: ‘No te muevas hasta que vuelva junto a ti, si Dios quiere’. Se echó a andar y desapareció, para regresar al cabo de un tiempo trayendo en la mano una cabeza de león, que arrojó al suelo. Pidió agua y yo se la di. Lavó la boca del león y se puso a besarla y a llorar, entristeciéndose cada vez más. Y recitó estos versos:

León, tú que te lanzabas de cabeza a los peligros, has perecido y me has causado disgusto después de la muerte de la amada.

Me has dejado solo, después de haber sido su compañero, y has convertido las entrañas de la tierra en su tumba fija.

Yo le digo al destino, que me ha causado dolor al separarnos: ‘No quiera Dios que tú me hagas ver a otra compañera semejante a ella’.

» ”‘Primo —me dijo—, en nombre de Dios, por el parentesco y el lazo de sangre que hay entre nosotros, te pido que guardes mi última voluntad, porque ahora me vas a ver muerto ante ti. Cuando eso haya ocurrido, lávame, envuélveme en este vestido con cuanto queda de los huesos de mi prima, entiérranos en una sola tumba, y escribe sobre ella estos versos:

Sobre la superficie de la tierra vivimos una vida de bienestar, unidos siempre con casa y morada próximas.

El tiempo y sus vicisitudes separaron nuestra unión, pero el sudario nos reunió en el seno de la tierra.’

» ”Y lloró copiosamente. Entró en la tienda, y durante un rato estuvo oculto a mis miradas. Luego salió y empezó a suspirar y a gritar; y después de un

estertor, murió. Me entró tanta pena y tan gran disgusto, que de tanto dolor que sentía por él, estuve a punto de reunirme con él en la tumba. Me acerqué e hice lo que me había mandado hacer: los envolví a los dos en el sudario, los enterré en un mismo sepulcro, y estuve tres días junto a la tumba. Luego me puse en camino, y durante dos años fui a visitar su sepulcro. Esto, Emir de los creyentes, es lo que les ocurrió".

» A al-Rasid le gustó el relato de Chamil. Y por ello le regaló un traje de Corte y le hizo un hermoso regalo.»

HISTORIA DEL BEDUINO CON MARWÁN B. AL-HAKAM Y EL EMIR DE LOS CREYENTES, MUAWIYA

CUÉNTASE también, ¡oh rey feliz!, que un día el Emir de los creyentes Muawiya estaba sentado, en Damasco, en una de sus salas de audiencia. Las ventanas de los cuatro lados de la estancia estaban abiertas, de manera que el aire podía penetrar por doquier. Se hallaba sentado, mirando en una dirección determinada. Era un día muy caluroso, no soplaba ninguna brisa, y como era mediodía, el calor era violento. Y he aquí que el Califa vio andar a un hombre, el cual quemado por el calor del suelo y descalzo, andaba a saltos. Lo miró mejor y dijo a sus contertulios: « ¿Creó Dios (¡alabado y ensalzado sea!) persona más desgraciada que quien se ve obligado a moverse con tal tiempo y a tal hora, como ése?» « Quizás —observó alguien— venga a ver al Emir de los creyentes.» « ¡Por Dios! —añadió Muawiya—, si viene a mí le daré lo que quiere; y si tuvo que soportar injusticia, lo ayudaré. Muchacho, permanece ahí, junto a la puerta, y si ese beduino pidiese entrar a mi presencia, no le impidas el acceso.» El siervo salió, y, en efecto, el beduino se llegó a él. « ¿Qué quieres?» , le preguntó. « Quiero ver al Emir de los creyentes» , contestó el árabe. « Entra.» Y él entró y saludó al Califa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y dos* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Muawiya le preguntó: « ¿De qué tribu eres?» « De los Banu Tamim.» « ¿Qué te ha traído aquí a tales horas?» « He venido a quejarme a ti y a pedirte protección.» « ¿Contra quién?» « Contra tu gobernador Marwán b. al-Hakam.» Y se puso a recitar estos versos:

¡Oh, Muawiya, hombre generoso, clemente y bueno! ¡Oh, persona liberal y docta, recta y noble!
He venido a ti cuando no hallé en la tierra otro camino. ¡Auxilio! No defraudes mi esperanza de obtener justicia.
Sé generoso conmigo y justo con el prepotente que me ha afligido con una injusticia tal, que más leve me habría sido la muerte.
Me ha arrebatado a Suad y se ha puesto a contrariarme. Ha sido tirano e inicuo y me ha hecho perder mi familia.
Y se ha propuesto matarme; pero la muerte se ha retrasado porque yo aún no he terminado la parte de vida que me fue asignada.

Cuando Muawiya lo oyó recitar estos versos, casi echando fuego por la boca, le dijo: « ¡Bien venido, hermano beduino! Cuenta tu historia y expón tu

situación» . « Emir de los creyentes —empezó a decir el beduino—, yo tenía una esposa, de la que estaba enamorado y prendado. Vivía feliz y contento, poseía buen número de camellos, de los cuales obtenía mis medios de vida. Pero vino un mal año, que hizo morir camellos y caballos, y me quedé sin nada. Cuando disminuyó todo lo que poseía, mis bienes se desvanecieron y yo me hallé en mala situación, fui despreciado y malquerido por quien antes deseaba visitarme. Y así, cuando el padre de mi mujer se enteró de la triste condición y de la miseria en que me agitaba, me arrebató la hija, se desentendió de mí y me echó con malas palabras. Entonces fui a ver a tu gobernador, Marwán b. al-Hakam, con la esperanza de que me ayudara. Mandó llamar al padre de ella y lo interrogó acerca de mi situación. "No lo conozco en absoluto", contestó. "¡Dios beneficie al Emir! —exclamé—. Si le parece bien, que mande venir a la mujer, interróguela acerca de lo que ha dicho su padre, y la verdad saldrá a luz." El gobernador la mandó llamar, y la hizo venir; pero cuando la tuvo ante sí, ella le gustó y él se convirtió en enemigo mío y me negó toda ayuda. Incluso se indignó conmigo y me mandó encarcelar. Yo creí caer de los cielos, y me hallé como si el viento me hubiese transportado a un lugar lejano. El gobernador le dijo al padre de la mujer: "¿Quieres dármela como esposa por mil dinares y diez mil dirhemes? Así te garantizaría librarla de ese árabe". Al padre le gustó el cambio y accedió a ello. Y así me condujeron ante el Emir, y éste, después de haberme mirado cual león enfurecido, me ordenó: "¡Beduino, repudia a Suad!" "¡No me divorciaré de ella!", contesté. Y entonces él me entregó a sus esbirros, que me sometieron a las más diversas clases de tortura, por lo cual no tuve más remedio que repudiarla. Y así lo hice. Marwán me metió en la cárcel, en la que permanecí hasta que hubo pasado el período de apartamiento señalado por la Ley, entonces se casó con ella y me puso en libertad. Ahora yo he venido aquí a rogarte, a pedirte protección y a hallar refugio en ti.» Y luego recitó estos versos:

Hay en mi corazón un fuego, y en el fuego una llama ardiente.
Mi cuerpo está atacado por una enfermedad, ante la cual el médico queda perplejo.
Hay ascuas en mi corazón, y en las ascuas, centellas. Los ojos derraman lágrimas, y son lágrimas abundantes.
Sólo en mi Señor puede haber ayuda, y luego en el Emir de los creyentes.

Se emocionó, castañeteó los dientes, cayó desmayado y empezó a retorcerse como serpiente a punto de morir.

Cuando Muawiya hubo oído sus palabras y sus versos, sentenció: « Ibn al-Hakam ha traspasado los límites que señala la religión. Ha cometido una injusticia y ha obrado contra una mujer musulmana» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y tres* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Muawiya] prosiguió: « Árabe: tú me has contado una historia de la que jamás oí igual» . Y, tras pedir tintero y papel, escribió así a Marwán b. al-Hakam: « Me ha sido referido que tú has rebasado los límites señalados por la religión en perjuicio de tus súbditos. Un gobernador debe apartar su mirada de las pasiones y mantenerse lejos de los placeres» . Escribió luego otras muchas cosas, que resumo, entre ellas los siguientes versos:

¡Desgraciado, ay de ti! Fuiste investido con un cargo cuyo valor desconoces. Pide, pues, perdón a Dios por el acto de adulterio que has cometido.
El pobre joven, sollozando, vino a mí a quejarse de la separación y de los disgustos sufridos.
Hago ante Dios un juramento, que no dejaré de cumplir; sí, y en caso de que no lo cumpla, me separo de mi religión y de mi fe:
Si desobedeces a cuanto te he escrito, te convertiré en carne para buitres.
Repudia a Suad, y, debidamente provista, cárgala sobre una montura con al-Kumayt y con Nasr b. Dubyán.

Dobló el escrito, lo selló con su sello, mandó venir a al-Kumayt y a Nasr b. Dubyán, los dos de quienes se valía, a causa de su honradez, en los asuntos importantes. Ellos recogieron la carta y se pusieron en camino hasta llegar a Medina. Se presentaron a Marwán b. al-Hakam, lo saludaron, le entregaron el escrito y lo informaron de cómo estaban las cosas. Marwán se puso a leer la carta y lloró. Luego se levantó, se dirigió a Suad y la informó de todo. Como no podía desobedecer a Muawiya, la repudió en presencia de al-Kumayt y de Nasr b. Dubyán. Luego los proveyó para el viaje, y la mujer partió acompañada de los dos. Marwán escribió a Muawiya así:

Emir de los creyentes, no tengas prisa, pues yo cumplo tu deseo de buen grado y con buena voluntad.
Nada ilícito cometí, cuando la mujer me gustó. ¿Por qué, pues, soy tachado de traidor y adúltero?
Irá a ti un sol que no hay igual junto al Califa entre hombres y genios.

Selló el escrito y lo entregó a los dos enviados, los cuales se pusieron en camino y llegaron junto a Muawiya, a quien entregaron la carta. Él la leyó y

exclamó: « Hizo bien en obedecer. Pero ha exagerado en cuanto a la joven» . Luego mandó que la hicieran entrar, y cuando la miró, vio una hermosa figura de la que no había visto igual ni en belleza, ni en gracia, ni en prestancia, ni en porte. Habló con ella y se dio cuenta de que se expresaba con elegancia. « Mandad que venga el beduino» , ordenó. Se lo trajeron, en muy triste estado por las vicisitudes de la fortuna. « Beduino —le preguntó el Califa— ¿podrías hallar modo de consolarte sin ella? Yo te daría a cambio algunas de mis esclavas, de senos vírgenes, bellas como la luna, y, junto con cada esclava, mil dinares. Te asignaría, además, de la caja del Estado, una pensión anual que te bastase y te hiciera rico.» Cuando el beduino oyó las palabras de Muawiya, lanzó un suspiro tal, que el Califa creyó que iba a morir. « ¿Qué tienes?» , le preguntó cuando se hubo repuesto. El beduino contestó: « Tengo el espíritu triste y estoy en malas condiciones. He pedido protección a tu justicia contra el abuso de Ibn al-Hakam. ¿A quién habré de pedirla contra el tuyo?» Y recitó estos versos:

No me pongas (¡Dios te libre del ángel del infierno!) en el estado de quien, ante el intenso calor, pide protección al fuego.
Devuelve a Suad a un hombre turbado y afligido, que por ella se halla noche y día apenado y con recuerdos.
Desata mis lazos, y no seas avaro en concedérmela. Si lo haces, yo no seré ingrato.

« ¡Por Dios, Emir de los creyentes! —prosiguió el árabe—, aunque me dieses el califato que se te ha concedido, no lo aceptaría sin Suad.» Y recitó este verso:

Mi corazón enamorado sólo quiere a Suad. Para mí, su amor ha venido a ser bebida y alimento.

« Tú —objetó entonces Muawiya— reconoces que la repudiaste, y Marwán confiesa que se ha divorciado de ella. Nosotros la haremos escoger: si elige a otra persona que no seas tú, nosotros la casaremos con dicha persona; si te elige a ti, te la daremos.» « Hazlo» , advirtió el beduino. « ¿Qué dices, Suad? —preguntó entonces Muawiya—. ¿A quién prefieres: al Emir de los creyentes, con su honor, su poder, sus palacios, su soberanía, sus bienes y cuanto has visto en su casa, o a Marwán b. al-Hakam, con su violencia y su abuso, o a este beduino, con su hambre y su miseria?» Y ella recitó estos versos:

Éste, aunque padezca hambre y se halle en la estrechez, me es más querido que mi gente y mi vecindario.
E incluso que quien lleva corona, o que su gobernador Marwán, o que

cualquier otro que posea dirhemes o dinares.

«¡En nombre de Dios Emir de los creyentes! —añadió—, yo no lo abandonaría nunca ni por las vicisitudes del tiempo ni por las traiciones del destino: es un viejo compañero mío a quien no se puede olvidar, y tuvo por mí un amor que no puede borrarse. Ahora, yo tengo el deber de sufrir con él la mala suerte, al igual que gocé con él en los días felices.»

Muawiya quedó asombrado de su sensatez, su amor y su fidelidad, y mandó que le dieran diez mil dirhemes. Acto seguido los entregó al beduino, y éste se marchó junto con su mujer.

HISTORIA DE DAMRA B. AL-MUGIRA, CONTADA POR HUSAYN AL-JALÍ A HARÚN AL-RASID

CUÉNTASE que el insomnio se apoderó una noche de Harún al-Rasid. Mandó llamar a al-Asmaí y a Husayn al-Jalí, y les dijo: « Contadme algo. Empieza tú, Husayn» . « Sí, Emir de los creyentes —contestó—. Cierto año salí de Bagdad para bajar a Basora, llevando un panegírico en honor de Muhammad b. Sulaymán al-Rabí. Éste lo agradeció y mandó que me quedara en su casa. Otro día salí en dirección al al-Mirbad, por la vía de los Muhallabíes; pero me entró mucho calor y me acerqué a una puerta para pedir de beber. Tropecé con una joven semejante a una rama curvada de árbol, de ojos lánguidos, cejas finas y largas, mejillas llenas y ovaladas, que llevaba puesta una camisa del color de las flores de granado y un manto de Sanaa. El candor de sus manos destacaba sobre el rojo de su camisa, y bajo la camisa brillaban dos senos como dos granadas, un vientre parecido a una pieza de tejido copto doblada, con dobleces iguales a los de un papel blanco, y rellena de almizcle. Ella, ¡oh, Emir de los creyentes!, llevaba al cuello un collar de oro rojo, que le colgaba entre los senos, y en medio de su frente se mecía un mechón negro como el azabache. Tenía las cejas unidas, ojos grandes, mejillas llenas y ovaladas y nariz aguileña, bajo la cual se veían hermosos labios, y dientes como perlas. Iba completamente perfumada, y andaba de arriba a abajo, agitada y turbada, hiriendo con su andar el corazón de sus admiradores, mientras que sus piernas llenas apagaban el sonido de las ajorcas que llevaba en los tobillos, tal como dijo el poeta:

Cada parte de sus bellezas presenta una muestra de su gracia.

» Al principio, ¡oh, Emir de los creyentes!, me sentí subyugado; mas luego me acerqué a ella para saludarla y me di cuenta de que la casa, el pórtico y la calle estaban saturados de perfume de almizcle. La saludé y ella me devolvió el saludo con palabras suaves y corazón triste, sediento de amor. Y le dije: “Mi señora, soy un jeque extranjero. Estoy sediento. ¿Te molestaría mandar que me trajeran agua para beber? Dios te recompensará por ello”. “Aléjate, jeque —me contestó—, pues otros pensamientos me preocupan, no he de darte de beber o de comer.”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y cuatro*, refirió:

—¡Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Husayn prosiguió:] « “¿Por qué motivo, mi señora?”, pregunté. “Porque amo a una persona que no me trata con justicia, y suspiro por un ser que no me quiere. Y, por añadidura, estoy sometida

a la vigilancia de espías." "Mi señora —observé—, aquel a quien tú deseas y que no te quiere, ¿puede hallarse sobre la superficie de la tierra?" "Sí —contestó—, y la causa de ello es su belleza, su gracia y su porte." "¿Y por qué te estás parada en este sitio?", le pregunté. "Éste es su camino y ésta es la hora en que suele pasar." "Mi señora, ¿os habéis hallado juntos alguna vez y habéis cambiado palabras que hayan originado este amor?" Ella suspiró profundamente, y las lágrimas corrieron por sus mejillas, como rocío que cae sobre una rosa, y a continuación recitó estos versos:

Éramos como dos ramas de sauce sobre un jardín, y aspirábamos el fruto de las delicias, en reposada vida.
Mas alguien, al cortarla, aisló esta rama de aquélla. ¡Ay, quién vio un ser en soledad que anhela a otro que también está solo!

» Proseguí: "Mujer, ¿a qué límites ha llegado tu amor por ese joven?" "¡Veo el sol en las paredes de su casa familiar, y creo que el sol es él! Puede ocurrir que lo vea de repente, y entonces quedo perpleja: sangre y alma se me escapan del cuerpo, y durante una o dos semanas no puedo razonar." "Perdona —repuse —, pues yo también me hallo en el mismo estado por amor. Mi espíritu es presa de amorosa pasión, tengo el cuerpo consumido y estoy débil; mas veo que tu color está alterado y que tienes la piel delicada, lo cual me lleva a pensar en desgracias de amor. ¿Y cómo es posible no enamorarse, dado que vives en la región de Basora?" "¡Por Dios! —confesó—, antes de enamorarme de ese joven yo era muy coqueta, bella y perfecta, y había cautivado a todos los reyes de Basora, hasta que aquel joven me sedujo a mí." "Mujer —le pregunté—, ¿qué os separó?" "Las vicisitudes del tiempo —contestó—. Nuestra historia es verdaderamente curiosa: el día de Nawruz me senté e invité a cierto número de muchachas de Basora, entre ellas a la mujer de Sirán, que le había costado ochenta mil dirhemes, pagados a Utmán. Ella me apreciaba y sentía cariño por mí. Apenas entró, se me echó encima y casi me redujo a pedazos con pellizcos y mordiscos. Luego nos dirigimos a saborear bebidas en espera de que estuviese preparada la comida, para que nuestro placer fuera completo. Ella me divertía y yo la solazaba, y, así, unas veces yo estaba encima de ella y otras ella encima de mí. En la embriaguez, su mano tropezó con el lazo de mis calzones, y lo desató inocentemente, y así, jugando, los calzones se me bajaron. Cuando estábamos en tal situación entró de improviso: vio aquel espectáculo, se indignó, se apartó de mí y salió.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y cinco* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven prosiguió:] » ”Y yo, jeque, desde hace tres años sigo presentándole mis excusas, me muestro cortés con él, e imploro su benevolencia; pero él no se digna ni dirigirme la mirada, ni me escribe palabra, ni ningún mensajero viene de su parte a hablarme, ni quiere escucharme un momento.”

» “Mujer, ¿el joven es árabe o persa?” “¡La desgracia caiga sobre ti! —exclamó—: es uno de los reyes de Basora.” “¿Es viejo o joven?” Me miró de reojo y exclamó: “¡Eres estúpido! Es como la luna en una noche de plenilunio, no tiene arrugas y es imberbe; y su único defecto es la aversión que siente hacia mí”. “¿Cómo se llama?” “¿Qué pretendes hacer?” “Haré cuanto pueda para encontrarme con él, a fin de conseguir que podáis uniros.” “Quiero poner una condición: que le lleves una nota.” “Nada tengo que oponer”, dije. “Se llama Damra b. al-Mugira —explicó la mujer—, su *kunya* es Abu-l-Sajá, y su palacio está en al-Mirbad”. Y a continuación gritó: “¡Ah de la casa! Traedme tintero y papel”. Se arremangó y dejó al descubierto dos brazos que parecían de plata, y, después de haber escrito la fórmula: “En el nombre de Dios”, prosiguió: “Mi señor: el hecho de que omita la invocación de agüero al principio de mi escrito, es indicio de que he agotado todos los recursos. Sabe que si mi plegaria hubiese sido atendida, tú no me habrías abandonado, pues a menudo recé porque no me dejaras; pero tú te has separado de mí. Si el amoroso celo no hubiese superado en mí el desánimo, tu sierva no se habría tomado la molestia de escribir esta nota; pero este celo de ha servido de ayuda, a pesar de que ella desespere ya de ti, pues sabe que te negarás a contestarle. Su mayor deseo, mi señor, es verte cuando pases por el camino en dirección a aquel pórtico: así resucitarías un alma muerta. Aún más apreciaría que tú escribieses de tu mano (¡Dios le conceda toda gracia!) un mensaje que pueda hacer las veces de aquellos íntimos coloquios que mantuvimos en las pasadas noches, que tú bien recuerdas. Mi señor, ¿no soy yo tu apasionada amante? Si tú contestaras a mi petición, te lo agradecería y elevarías alabanzas a Dios. La paz”. Yo cogí el escrito y salí.

» Por la mañana me dirigí a la puerta de la casa de Muhammad b. Sulaymán. Allí me encontré con una reunión de reyes, y vi a un joven que adornaba la reunión y superaba en belleza y gracia a cuantos allí estaban. El Emir le había mandado sentarse en el lugar de honor, en lo alto, junto a él. Pregunté quién era: se trataba precisamente de Damra b. al-Mugira. “Razón tiene —me dije— aquella pobrecilla para haberse enamorado”. Luego me levanté, me dirigí a al-Mirbad y me detuve junto a la puerta de la casa de Damra. Y entonces lo vi llegar con su séquito. Me acerqué a él, y después de pronunciar numerosísimas invocaciones, le entregué el mensaje. Cuando lo hubo leído y comprendido el significado, me dijo: “Jeque, ya la hemos sustituido. ¿Quieres ver a la sustituía?” “Sí”, contesté. Él llamó en voz alta a una joven: era una mujer que avergonzaba al Sol y a la Luna por su belleza, de senos llenos y redondos, y andaba como

quien tiene prisa y sin temor. Él le entregó el mensaje y le dijo: “Contéstale”. Y la mujer, después de haberlo leído, palideció al comprender cuanto se decía en él. “Jeque —me dijo Damra—, pide perdón a Dios, por lo que has traído.”

» Pues bien, Emir de los creyentes, salí arrastrando los pies, fui a verla y, después de haber pedido permiso, entré. “¿Qué noticias me traes?”, preguntó la mujer. “Desgracia y desesperación —respondí—. No te preocupes más de él.” “¿Y dónde están Dios y el poder divino?”, inquirió la mujer. Luego mandó que me dieran quinientos dinares, y yo salí.

Al cabo de unos días pasé por aquel lugar. Vi pajes y caballeros y entré: eran los amigos de Damra, que le pedían volviera con él; mas ella decía: “No, por Dios, no le volveré a mirar la cara”. Me prosterné, ¡oh, Emir de los creyentes!, para dar gracias a Dios, y gozar con la derrota de Damra. Luego me acerqué a la mujer, que me enseñó un escrito en el cual, después del “en el nombre de Dios”, estaba escrito: “Mi señora, si no tuviese compasión de ti (¡Dios prolongue tu vida!) describiría parte de lo que ocurrió por tu culpa y te presentaría mis excusas por haber sido tú injusta conmigo, pues fuiste tú quien pecó contra ti misma y contra mí, tú la que demostraste no mantenerte fiel a los pactos, ser poco fiel a ellos y preferir otra persona a nosotros. Tú has decaído en tu amor hacia mí. ¡Dios es aquel a quien debe pedirse ayuda por lo que ha sucedido por tu libre voluntad! ¡La paz!” Y me mostró los regalos y las cosas preciosas que le habían traído, que valían treinta mil dinares.

» La volví a ver más tarde. Damra se había casado con ella.» « Si Damra —dijo al-Rasid— no se me hubiese adelantado, yo me habría casado con ella.»

HISTORIA DE ISHAQ B. IBRAHIM AL-MAWSILÍ Y EL DIABLO

CUÉNTASE que Ishaq b. Ibrahim al-Mawsilí relató: « Una noche estaba en mi casa. Era invierno, las nubes estaban desparramadas por el cielo, y la lluvia caía como si hubiesen abierto las bocas de los odres, lo cual impedía el ir y venir de las gentes por los caminos, ya que todo era agua y barro. Yo estaba triste, pues ninguno de mis amigos había venido a mi casa ni yo podía ir a las suyas a causa del mal tiempo. "Tráeme algo que pueda entretenerme", le dije a mi paje. Éste me trajo comida y bebida; pero no me fue de provecho, pues no había quien me hiciese compañía. Miraba continuamente por las ventanas, contemplando las calles, hasta que llegó la noche. Me acordé entonces de una esclava a la que amaba y que pertenecía a uno de los hijos de al-Mahdí: ella sabía cantar bien y tocar varios instrumentos. "¡Si se hallara conmigo —pensé— estaría completamente contento, y mi noche pasaría pronto a pesar de todas mis preocupaciones y de mi turbación!" Y entonces, he aquí que alguien llama a la puerta y dice: "¿Puede entrar una persona querida que está en la puerta?" "Quizás —me dije— el árbol del deseo dio frutos" y me dirigí hacia la puerta: era mi amiga. Llevaba un vestido de lana verde, con el que se había envuelto, y sobre la cabeza un trozo de seda de brocado que la protegía de la lluvia; estaba llena de barro hasta las rodillas, y, a causa del gotear de los canalones, la ropa se le había mojado. Presentaba un extraño aspecto. "Mi señora —pregunté—, ¿qué te ha traído por aquí con tanto barro como hay por las calles?" "Vino a verme tu mensajero —contestó ella— y me describió el ardiente afecto y el fuerte deseo que tenías de mí y no he podido sino acceder a venir y apresurarme a acudir a tu casa." Yo quedé asombrado…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y seis* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Mawsilí prosiguió:] » …pero no quise decirle que no había enviado a nadie. "¡Alabanza a Dios —exclamé— que nos ha reunido después de la dolorosa espera que he tenido que soportar! Si hubieses tardado un poco más en acudir, yo habría corrido hacia ti, pues siento ardiente afecto por ti y por ti experimento gran pasión. Trae el agua", dije al paje. Éste se acercó con un gran recipiente en el que había agua caliente, que la mujer precisaba. Mandé al paje que vertiera agua sobre los pies de ella y yo mismo me cuidé de lavarlos. Luego pedí uno de los vestidos más suntuosos y se lo hice poner, después de haberle quitado cuanto llevaba encima. Nos sentamos. Pedí que nos trajeran comida, pero ella se negó a comer. "¿Quieres beber?", le pregunté. "Sí." Yo tomé una copa, y ella preguntó: "¿Quién cantará?" "Yo, mi señora." "¡No quiero!", exclamó. "Entonces, alguna de mis esclavas." "¡No quiero!" "Canta tú entonces", le dije. "Yo tampoco." "Entonces, ¿quién cantará

por ti?" "Sal a buscar quien cante por mí." Por obedecerle salí, pero sin ninguna esperanza, convencido de que no encontraría a nadie con un tiempo como aquél. Seguí andando hasta llegar a la calle, y allí encontré un ciego que golpeaba el suelo con su bastón, y decía: "¡Dios recompense a aquellos entre quienes me hallaba! Si cantaba, no me escuchaban; y si estaba callado, me despreciaban". "¿Eres cantor?", le pregunté. "Sí." "¿Quieres acabar la noche en nuestra casa y darnos alegría?" "Si lo quieres —dijo—, cógeme de la mano." Se la cogí y me eché a andar hasta mi casa. "Mi señora —le conté—, te he traído un cantor ciego: nos deleitaremos con él, y él no nos verá." "Tráemelo", me dijo. Yo lo hice entrar y lo invité a comer. Él comió con parquedad y luego se lavó las manos. Le ofrecí bebida, se bebió tres copas, y entonces me preguntó quién era. "Soy Ishaq b. Ibrahim al-Mawsilí", le contesté. Y él replicó: "He oído hablar de ti. Me alegro de beber contigo". "Mi señor —le dije—, me alegro de tu alegría." "Cántame algo, Ishaq" —añadió el ciego—. Yo cogí el laúd, en broma, y le dije: "Oír es obedecer". Después de haber cantado, y cuando mi voz calló, él me dijo: "Ishaq, has estado casi a la altura de un cantor". Me sentí empequeñecido, y arrojé el laúd lejos de mí. "¿No hay en tu casa quien sepa cantar bien?", —preguntó el ciego—. "Hay una mujer." "Dile que cante." "¿Debe cantar? ¿Tienes confianza en su canto?" "Sí." Y ella cantó. "Nada bueno has hecho", declaró el ciego; y ella, indignada, se desprendió del laúd y observó: "Lo mejor que podíamos hacer lo hemos hecho ya. Si tú sabes algo, dánoslo como limosna". "Que me traigan un laúd que ninguna mano haya tocado jamás." Yo di orden al criado, y éste trajo un laúd nuevo. El ciego lo templó y tocó en él una melodía desconocida para mí y se puso a cantar estos versos:

Una persona amada, que conoce las horas de visitar, viajó entre tinieblas, envuelto en la noche.
Y de pronto oímos su saludo y sus palabras: ¿Puede entrar una persona querida que está en la puerta?»

Refiere Ishaq: « la joven me miró de través y me dijo: "¿No podía tu corazón guardar durante un momento un secreto entre tú y yo sin que se lo revelases a este hombre?" Yo le juré que nada había dicho, le presenté excusas, y me puse a besarle las manos, hasta que al fin ella sonrió: Luego me dirigí al ciego, y le dije: "Canta, mi señor".

Él cogió el laúd y cantó este verso:

A menudo visité a las mujeres hermosas, y a menudo con mi mano toqué las extremidades coloreadas de los dedos.

» Entonces observé: “Mi señora, ¿cómo ha podido saber lo que estamos haciendo?” “Es verdad”, reconoció ella. Luego nos alejamos de él, pero él dijo que quería orinar. “Muchacho —dije—, toma la vela y ve delante.” El ciego salió. Como tardase, fuimos a buscarlo; pero no pudimos dar con él, y sin embargo, las puertas estaban cerradas, y las llaves en su sitio. No sabíamos, pues, si había subido al cielo o se había metido bajo tierra. Entonces comprendí que era Iblis y que me había servido de intermediario. Volví atrás y me acordé de los versos de Abu Nuwás:

Me asombro de la soberbia del diablo y de la perfidia de sus ocultos designios.
Desdeñó, con soberbia, postrarse ante Adán, y luego se convirtió en alcahuete de su progenie» .

HISTORIA DE ABU ISHAQ CON EL JOVEN

CUENTA Ibrahim Abu Ishaq: « Yo era adicto a los Barmakíes. Cierto día, en que estaba en mi casa, llamaron a la puerta, y mi paje salió y regresó a poco, diciéndome: “En la puerta hay un joven hermoso que pide permiso para ser introducido”. Le concedí permiso y entró un joven que presentaba huellas de enfermedad. “Hace ya tiempo —declaró— que trato de hallarte. Te necesito.” “¿Qué quieres?”, le pregunté. Él sacó trescientos dinares, los colocó ante mí y contestó: “Te pido que los aceptes de mi parte y que halles un motivo para dos versos que he escrito”. Le pedí que los recitara, y él se puso a recitar y a decir:

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la *noche seiscientas noventa y siete* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven recitó:]

» Por Dios, mirada mía culpable contra mi corazón, ¡apaga con mis lágrimas la picazón de la tristeza!
El tiempo está entre quienes, en mi habitación, me reprochan; mas yo no lo vería, aunque estuviese envuelto en mi mortaja.

» Yo le compuse un motivo que imitaba el lamento y se lo canté. El joven se desmayó, y yo creí que estaba muerto. Cuando volvió en sí, me pidió que lo repitiera; pero yo le rogué, en nombre de Dios, que me dispensara de ello, observando: “Temo que te mueras”. “¡Ojalá quisiera el cielo que así fuese!” Y siguió humillándose y suplicando, hasta que sentí compasión de él y repetí el motivo. Entonces lanzó un gemido mayor aún que el primero, por lo cual ya no me cupo la menor duda de que había muerto; pero no cesé de rociarle con agua de rosas hasta que volvió en sí, y se sentó. Alabé a Dios por su salvación, y al mismo tiempo que ponía ante él sus dinares, le dije: “Toma tu dinero y vete”. “No los necesito —contestó el joven—, y tendrás otros tantos si repites el motivo.” Al oír mencionar el dinero me alegré, pero observé: “Lo repetiré, con tres condiciones: primera, que tú te quedes conmigo y comas de mi comida para reforzarte; segunda, que bebas lo necesario para que toque tu corazón; y tercera, que me cuentes tu historia”. Y él empezó su relato: “Soy vecino de Medina. Cierta vez salí a pasear, y, con mis hermanos, tomé el camino del Aqiq cuando vi, junto con varias jóvenes que parecían una rama totalmente cubierta por el rocío, una mujer cuyas miradas seguramente no se apartarían sino después de haber arrebatado el alma de aquel a quien miraba. Las mujeres permanecieron a la sombra hasta que cayó el día, y entonces se marcharon. Noté entonces que mi corazón tenía heridas, que sólo lentamente podrían cicatrizar. Volví más tarde

a inquirir noticias de ella, pero no vi a nadie, y entonces me dediqué a seguir la pista por los mercados, mas sin poder averiguar noticias. Enfermé del disgusto y conté mi historia a un pariente, que me dijo: 'No desesperes: Estos días de primavera aún no han acabado, y el cielo hará caer lluvia, y entonces ella saldrá, y también lo haremos nosotros para que consigas tu propósito'. Yo me tranquilicé con tales palabras. Al fin, el camino de Aqiq se llenó a causa de la lluvia, la gente salió de sus casas, y yo, mis amigos y mis parientes, salimos también y nos sentamos en el mismo lugar que otrora. Pasó poco tiempo, y las mujeres se acercaron, hermosas como caballos de carrera. Entonces le susurré a una joven, pariente mía: 'Di a esa mujer: 'Ese hombre te comunica que bien dijo quien compuso este verso:

> Ella me lanzó una flecha que dio, como en el blanco, en el corazón; luego volvió la espalda, pero tornó a abrir una herida y cicatrices'.'

» "La joven se dirigió a ella y se lo dijo. Y la mujer contestó:

» "'Dile: Bien dijo quien respondió con este otro verso:

> Hay en nosotros un sentimiento igual al de que te quejas. Ten paciencia. Quizás en breve tendremos una alegría que curará los corazones.'

» "Me abstuve de decir nada más, por miedo al escándalo, y me levanté para marcharme. También ella se levantó. La seguí, ella me vio, y así supe dónde estaba su casa. Ella venía a mí y yo iba a ella, hasta que nos unimos, pero nos vimos tantas veces, que la cosa se divulgó y fue pública, y su padre se enteró. Seguí haciendo todo lo posible por encontrarla, le conté todo a mi padre, y éste, después de reunir a toda nuestra familia, fue a ver al padre de ella con la intención de pedirla por esposa. 'Si me hubiese dicho esto antes de que él la deshonrase, habría accedido —dijo el padre—; pero la cosa es ya del dominio público y yo no quiero confirmar las palabras de la gente'." Entonces —siguió contando Ibrahim— yo le repetí el motivo, y él, después de indicarme dónde vivía, se marchó. Y así surgió la amistad entre nosotros.

» Más adelante. Chafar b. Yahya tuvo una tertulia, y yo, según mi costumbre, asistí y canté la poesía del joven. Él se conmovió, bebió varios vasos y me dijo: "¡Ay de ti! ¿De quién es este motivo?" Le conté la historia del joven, y él me mandó montar a caballo para que fuera a tranquilizarlo pues lograría su propósito. Fui a buscar al joven y se lo llevé. Chafar le mandó repetir la historia, y él la contó. "Quedas bajo mi protección —declaró Chafar— hasta que te cases con ella." El joven se tranquilizó y se quedó con nosotros. Por la mañana, Chafar montó a caballo y fue a ver a al-Rasid, a quien refirió el asunto. Al Califa le gustó

el relato y mandó que todos acudiéramos a su presencia, pidió que se repitiera el motivo, y luego bebió. Entonces mandó escribir una carta al gobernador del Hichaz ordenándole que hiciera acudir a su presencia, tratándolos con honor, al padre de la mujer y a la familia de ella, y que hiciera grandes gastos por ellos. Pasó poco tiempo, y todos acudieron: al-Rasid hizo señal de que trajeran al hombre, y éste vino y le mandó que casara a su hija con el joven, le dio cien mil dinares y éste regresó a su familia. El joven siguió formando parte del grupo de Chafar hasta que ocurrió lo que ocurrió, y entonces regresó con su gente a Medina. ¡Dios tenga misericordia de las almas de todos ellos!»

HISTORIA DEL VISIR ABU AMIR IBN MARWÁN

CUÉNTASE que al visir Abu Amir b. Marwán le habían regalado un apuesto paje cristiano, como jamás habían visto otro más hermoso los ojos. El sultán al-Nasir lo vio y preguntó: «¿De dónde vino éste?» «Vino de Dios», fue la respuesta. «¿Pretendes intimidarnos con las estrellas y hacernos prisioneros con las lunas?», dijo el sultán. El visir se excusó, pero luego se dedicó a preparar un regalo, que envió al sultán por mediación del paje, al que dijo: «Tú también formarás parte del regalo; pero si no fuera por necesidad, no te habría dejado ir». Y escribió estos dos versos:

Mi señor, esta luna caminó hacia vuestro horizonte: más adecuado es el horizonte que la tierra para tener luna.
Yo os contento con mi alma, alma preciosa. Jamás vi antes de mí quien estuviese satisfecho de regalar su corazón.

Y esto le gustó al sultán al-Nasir, que regaló mucho dinero al visir, y éste aumentó en el favor y prestigio de que gozaba junto al soberano.

Después de estos hechos le regalaron al visir una esclava que se contaba entre las mujeres más hermosas del mundo. Él temió que le contaran esto a al-Nasir y que el sultán se la pidiera, y ocurriera con la esclava la misma historia que con el paje. Por ello, se apresuró a preparar un regalo mayor aún que el primero, y lo envió por medio de la esclava…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y ocho* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que [el visir envió el regalo] con estos versos escritos por él:

Mi señor, éste es el sol, y antes llegó la luna para que los dos astros pudieran encontrarse.
Es una conjunción de astros que predice felicidad. ¡Ojalá puedas estar tú con ellos eternamente entre un río y un jardín del paraíso!
Por Dios, no hay tercero que pueda competir con ellos en belleza, al igual que no hay quien pueda compartir contigo el reino de la tierra.

Con lo cual su posición junto al sultán fue doblemente sólida.

Más adelante, uno de los enemigos del visir lo acusó ante al-Nasir, diciendo que quedaba en él un residuo de amor por el paje y que él cuando estaba excitado por el vino, gustaba de recordarlo y se arrepentía amargamente de

haberlo regalado al sultán. « No hables de él —amenazó el sultán— o haré volar tu cabeza.» Sin embargo, simulando que era el joven quien lo hacía, le escribió este mensaje: « Mi señor, sabes que has estado a solas conmigo, y que yo siempre he estado magníficamente bien contigo. Y ahora, aunque me hallo en casa del sultán, me gustaría estar a solas contigo, pero temo la cólera real» . Envió el escrito por mediación de un pajecillo, al que encargó dijera al visir que procedía de aquél, y que el rey no le había hablado para nada. Cuando Abu Amir lo hubo leído y el criado trató de engañarlo, él sospechó la trampa y escribió estos versos detrás del pedazo de papel:

¿Acaso es natural que, después de duras experiencias, el hombre prudente corra de cabeza a la selva del león?
Yo no soy de aquellos a quienes el amor ciega la cabeza, y no ignoro lo que afirman los envidiosos.
Si yo, obediente, te regalé mi alma, ¿cómo puede volver atrás el alma después de haber abandonado el cuerpo?

Cuando al-Nasir se enteró de la respuesta, quedó asombrado de la sagacidad del visir y, después de esto, no volvió a prestar oídos a quien lo acusaba. Más tarde le preguntó: « ¿Cómo te las arreglaste para evitar caer en la trampa?» « Porque mi sensatez no se alía con la pasión» , contestó.

HISTORIA DE AHMAD AL-DANIF Y DE HASÁN SUMÁN CON DALILA LA TAIMADA Y SU HIJA ZAYNAB LA ASTUTA

CUÉNTASE que en tiempos del califato de Harún al-Rasid, vivía un hombre llamado Ahmad al-Danif y otro que se llamaba Hasán Sumán, ambos maestros en engaños e intrigas, que tenían en su haber empresas extraordinarias. Por ello, el Califa había dado a Ahmad un vestido de Corte y le había nombrado capitán de la parte derecha, y a Hasán Sumán, otro vestido de Corte y el nombramiento de capitán de la parte izquierda. A cada uno de ellos le asignó un sueldo de mil dinares mensuales, y cada uno tenía bajo su mando cuarenta hombres. Además, Ahmad al-Danif estaba al mando de la policía del país. Cierto día, Ahmad, junto con Hasán Sumán y las personas que estaban bajo sus órdenes, salieron a caballo en compañía del Emir Jalid, el gobernador, mientras el heraldo gritaba: « Según lo decretado por el Califa, no hay en Bagdad más capitanes que Ahmad al-Danif para la parte derecha y Hasán Sumán para la parte izquierda. Deben ser obedecidos y respetados» .

Había en la ciudad una vieja llamada Dalila la Taimada, que tenía una hija llamada Zaynab la Astuta. Ambas oyeron el pregón. « Mira, madre —dijo Zaynab a Dalila—, éste es Ahmad al-Danif, que vino fugitivo de El Cairo y ha realizado tantas bribonadas en Bagdad que ha caído en gracia al Califa y ha sido nombrado capitán de la parte derecha de la ciudad, mientras que ese tiñoso de Hasán Sumán es capitán de la parte izquierda y tiene mesa dispuesta para comer y cenar. Mientras ellos perciben un sueldo de mil dinares mensuales cada uno, nosotras estamos sentadas en esta casa sin hacer nada, sin posición alguna y sin gozar de consideración: no hay quien pregunte por nosotras.»

El marido de Dalila había sido antaño capitán de Bagdad y cobraba del Califa un sueldo mensual de mil dinares; pero al morir dejó dos hijas: una, casada, que tenía un hijo llamado Ahmad al-Laqit; y otra, soltera, que se llamaba Zaynab la Astuta. Dalila sabía realizar astucias, engaños y enredos, e incluso había engañado a la serpiente y la había obligado a salir de su madriguera: el diablo mismo habría podido aprender de ella a engañar. Su marido había sido guardián del palomar del Califa, con un sueldo de mil dinares al mes. Él criaba las palomas mensajeras que llevaban escritos y mensajes, y cada volátil era, llegado el momento de necesitarlo, más querido por el Califa que cualquiera de sus hijos.

Zaynab dijo a su madre: « Anda, realiza alguna fechoría. ¡A lo mejor así nos hacemos famosas en Bagdad, y logramos el sueldo de nuestro padre!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *seiscientas noventa y nueve* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la madre contestó: « ¡Por tu vida,

hija mía!, juro que tramaré engaños en Bagdad mejores aún que los de Ahmad al-Danif y de Hasán Sumán» . Se echó el velo sobre el rostro, vistió, como los ascetas sufíes, un vestido que le llegaba hasta los talones y una chupa de lana y se arrolló un ancho ceñidor; cogió un aguamanil, lo llenó de agua hasta el cuello, puso en la boca del aguamanil tres dinares y lo cubrió con fibras de palma. Luego se ciñó con un rosario tan grande como una carga de leña y, tras enarbolar un estandarte hecho con trapos rojos y amarillos, salió gritando: « ¡Dios, Dios!» Su lengua iba pronunciando alabanzas al Señor, mientras su corazón galopaba en los campos de las cosas malas, y, entretanto, ella iba estudiando para dar con alguna fechoría para cometer en la ciudad.

Anduvo así de calleja en calleja hasta llegar a un callejón barrido y regado, cubierto de mármol, en el que vio una puerta curvada con umbral de mármol, y, de pie en la puerta, un portero magrebí. La casa pertenecía al jefe de los ujieres del Califa, y el dueño de la casa tenía plantaciones y terrenos y disfrutaba de amplia asignación. El Emir se llamaba Hasán Sarr al-Tariq, y había recibido este nombre porque hería antes de hablar. Estaba casado con una hermosa joven a la que amaba, y ella le había hecho jurar la noche de bodas que no se casaría con ninguna otra mujer y que no pernoctaría jamás fuera de casa. Pero cierto día el marido fue al diván y vio que cada Emir tenía consigo uno o dos hijos. Antes él había entrado en el baño, se había mirado la cara en un espejo y había notado que los pelos blancos de su barba ocultaban los negros, y se había dicho: « ¿Quien te arrebató a tu padre no habrá de darte hijo?» . Y por eso se dirigió, indignado, a su esposa. « ¡Buenas noches!» , le deseó la mujer. « ¡Apártate de mi presencia! —exclamó el Emir—. Desde el día que te vi no he tenido bien.» « ¿Por qué?» « La noche de bodas me hiciste jurar que no tomaría otra mujer fuera de ti, y he aquí que hoy he visto que cada Emir tiene consigo un hijo, e incluso algunos tienen dos. Entonces he pensado en la muerte, yo que no he tenido ni hijo ni hija: quien carece de hijos varones, no es recordado. Ésta es la causa de mi ira, pues tú eres estéril y jamás podrás quedar encinta de mí.» « ¡En nombre de Dios! —exclamó la mujer—. Yo he roto los morteros a fuerza de machacar lana y drogas. Yo no tengo culpa alguna. Tú eres el estéril, pues eres un mulo de nariz chata: tu esperma está diluido, no deja encinta a las mujeres ni proporciona hijos.» « Cuando regrese de mi viaje, tomaré otra mujer» , dijo él. « Mi destino está en las manos de Dios» , contestó ella. Él se fue, pero ambos estaban arrepentidos por las injurias que se habían dicho.

Mientras la mujer estaba asomada a la ventana, semejante a un escaparate de joyería, por las cosas preciosas que llevaba encima, he aquí que Dalila, que estaba allí parada, la vio, y al distinguir sus adornos y sus valiosos vestidos, se dijo: « Dalila, ¿no podrías sacar a esta joven de casa de su esposo y despojarla de las cosas preciosas, de los vestidos y de todo?» Se paró, y debajo de la ventana del palacio se puso a repetir en voz alta el nombre de Dios. « ¡Dios, Dios!» ,

decía. La joven vio a la vieja, vestida con ropajes blancos que parecían una cúpula de luz, y que, ataviada a la manera de los místicos, decía: « ¡Venid, amigos de Dios!»

Entretanto, las mujeres del barrio se habían asomado a la ventana y decían: « ¡Dad alimentos, por la gracia de Dios! Ésta es una vieja en cuyo rostro se transparenta la luz» . Y Jatún, la esposa del Emir Hasán, dijo, llorando, a su doncella: « Baja, besa la mano del jeque Abu Alí, el portero, y dile: “Deja entrar a la vieja para que podamos lograr la bendición”» . La doncella bajó, y después de besar « la mano del portero, le dijo: « Mi señora te dice: “Deja que esa mujer entre a ver a la señora para que podamos lograr su bendición.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la doncella prosiguió:] » ”Quizá su baraca pueda extenderse sobre nosotros”» . El portero se adelantó a besar la mano de Dalila; mas ella se lo impidió. « Aléjate de mí, no sea que hagas inútil mi ablución —exclamó—. También tú eres de los elegidos y bienquistos de los santos de Dios. Dios te librará de este estado de servidumbre, Abu Alí.» El Emir le debía al portero tres meses de sueldo: éste estaba sin dinero y no sabía cómo obtenerlo del Emir. « Madre mía —dijo a Dalila—, dame de beber de tu aguamanil a fin de que pueda gozar de tu bendita gracia.» La mujer cogió el aguamanil de su hombro, le hizo dar una vuelta en el aire, y movió la mano hasta que la estopa saltó de la boca del aguamanil y los tres dinares cayeron al suelo. El portero los vio y los recogió, diciéndose: « Esto nos ha llegado por la gracia de Dios. Esta vieja es una de las que proporcionan lo que necesitamos, ya que, por inspiración, ha sabido lo que me faltaba, y, sabiendo que necesito dinero para los gastos, ha hecho que obtuviese tres dinares del aire» . Luego cogió la mano de Dalila y le dijo: « Tía, toma los tres dinares que cayeron al suelo de tu aguamanil» . La vieja exclamó: « ¡Quítalos de delante! Yo soy de aquellas que jamás se ocuparían en cosas de este mundo. Toma y disfruta tú de ellos, en lugar de lo que debes obtener del Emir» . « ¡Es una provisión que nos viene por la gracia de Dios! —exclamó el portero—. ¡Se trata de una verdadera intuición milagrosa!» En aquel momento, la doncella, después de besar la mano de Dalila, la hizo subir junto a su señora. La vieja, al entrar, se dio cuenta de que la dueña de la doncella podía compararse a un tesoro cuyos encantamientos habían sido resueltos. Jatún le dio la bienvenida y le besó la mano. « Hija mía —dijo la vieja —, he venido a ti sólo por consejo.» La mujer le ofreció comida, pero la vieja la rechazó: « Hija mía, yo sólo como alimento del paraíso. Guardo continuamente ayuno, que sólo rompo cinco días al año. Pero, hija mía, veo que estás turbada y quiero que me expliques la causa de tu turbación» . « Madre mía —contestó la

joven—, la noche de bodas hice jurar a mi marido que no se casaría con ninguna mujer fuera de mí; pero ahora, cuando ha visto los hijos de otras personas, ha experimentado deseo de tenerlos y me ha dicho: “Tú eres estéril”, y yo le he contestado: “y tú un mulo que no puede dejar encinta”. Él salió indignado, diciendo: “Cuando vuelva del viaje tomaré otra mujer”. Por ello, madre mía, temo que me repudie y tome otra mujer. Él posee terrenos y plantaciones y un espléndido sueldo, y si tuviese hijos de otra mujer, éstos entrarían en posesión del dinero y de las tierras en lugar de mí.» « Hija mía —preguntó Dalila—, ¿no conoces a mi jeque Abu-l-Hamalat? Todo aquel que tiene una deuda y lo visita, Dios le cancela la deuda; y si va a visitarlo una mujer estéril, concibe.» « Madre mía —contestó Jatún—. Desde el día en que consumé el matrimonio yo no he salido de casa ni siquiera para testimoniar pésames ni para felicitar.» « Hija mía, yo te llevaré conmigo y haré que visites a Abu-l-Hamalat. Echarás tu carga de penas junto a él y le harás un voto. Quizá tu marido, cuando regrese de su viaje, se una a ti y quedes encinta de hembra o varón. Tanto si es hembra como si es varón, el que des a luz será derviche del jeque Abu-l-Hamalat.»

La joven se puso todos sus adornos preciosos y el vestido más suntuoso que poseía. « Echa una mirada por la casa» , dijo a su doncella, y ésta contestó: « Oír es obedecer, mi señora» . Cuando bajó, el jeque Abu Alí, el portero, se acercó a ella. « ¿Dónde vas?» , le preguntó. « Voy a visitar al jeque Abu-l-Hamalat» , contestó ella. « ¡Pueda yo ayunar un año entero! —exclamó el portero—. Esta vieja es una santa llena de santidad. Mi señora, pertenece a aquellos que tienen poderes sobrenaturales, pues me ha dado tres dinares de oro rojo, adivinando milagrosamente mi caso: sin que yo le pidiese nada, supo que estaba necesitado.»

La vieja salió con la joven, esposa del emir Hasán Sarr al-Tariq, mientras Dalila la Taimada le decía: « Si Dios quiere, hija mía, cuando hayas visitado al jeque Abu-l-Hamalat tendrás un consuelo, y con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!) quedarás en estado. Gracias a la bendición de ese jeque, tu marido te amará y no volverá a pronunciar palabras que te causen pena» . « ¡Lo visitaré, madre!» , exclamó la joven. Entretanto, la vieja pensaba: « ¿Dónde la despojaré y dónde le arrebataré los vestidos, con tanta gente que va y viene?» « Hija mía —le dijo entonces—, mientras andamos, tú sigue detrás de mí con tal que no me pierdas de vista, pues esta tu madre es mujer que tiene un gran peso: quien tiene una carga la echa sobre mí, y quienes quieren hacer un voto me lo dan a mí y me besan las manos.» Así, la joven se echó a andar detrás y a cierta distancia, mientras la vieja iba delante. Llegaron al zoco de los mercaderes, y las ajorcas que la mujer llevaba en los tobillos, y sus falsas trenzas tintineaban por las monedas de metal que de ellas colgaban. La joven pasó junto a la tienda del hijo de un joven mercader, llamado Sidi Hasán, que era muy hermoso y de mejillas imberbes. Éste, al verla avanzar, se puso a mirarla a hurtadillas. Al verlo, la vieja

le hizo seña a la mujer. « Siéntate en esta tienda —le dijo— hasta que yo vuelva.» La joven obedeció y se acomodó ante la tienda del hijo del mercader, el cual le lanzó una mirada que le había de causar mil suspiros. Entonces la vieja se dirigió hacia él, lo saludó y le preguntó: « ¿No te llamas Sidi Hasán? ¿No eres hijo del mercader Muhsin?» « Sí —contestó él—, ¿quién te dijo mi nombre?» « Ciertos bienhechores me indicaron tu persona. Sabe que esa joven es mi hija, y que su padre era un mercader que, al morir, le dejó mucho dinero. Ha llegado a la pubertad, y los sabios dicen: "Búscale marido a tu hija, y no mujer a tu hijo" Ella, en toda su vida, no ha salido sino hoy. Pero me ha llegado un aviso divino, y yo, en mi interior, me he propuesto que te cases con ella. Si eres pobre, te daré capital y te abriré dos tiendas en lugar de una.» El joven pensó: « Le he pedido a Dios una esposa, y Él me ha concedido tres cosas: una bolsa de dinero, un útero y un vestido» . Y contestó a la vieja: « Madre mía, está muy bien eso que me has sugerido, pues hace ya mucho tiempo que mi madre me dice: "Quiero darte esposa"; pero yo no accedo, sino que le contesto: "Sólo me casaré después de haber visto a la mujer con mis propios ojos"» . « Levántate, sígueme —le indicó la vieja— y te la enseñaré desnuda.» Él se levantó, cogió mil dinares y se dijo: « Quizá necesite algo. Así la compraremos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven se dijo: Así la compraremos] » y pagaremos además los gastos del contrato matrimonial» . « Anda a cierta distancia de ella —le dijo la vieja— y no la pierdas de vista.» Entretanto, se decía: « ¿Dónde llevaré al hijo del mercader, que ya ha cerrado su tienda, para despojar a él y a la joven?» Se echó a andar, seguida por la joven y detrás de ésta, iba el hijo del mercader. Llegaron a una tintorería, en la que había un maestro tintorero llamado Hachch Muhammad, que podía parecerse al cuchillo del vendedor de colocasia que corta macho y hembra, pues, en efecto, a éste le gustaba tanto comer higos como granadas. Al oír el tintineo de las ajorcas de los tobillos, levantó los ojos y vio a la mujer y al joven. Mas he aquí que llegó la vieja, se sentó junto a él, lo saludó y le dijo: « ¿Eres Hachch Muhammad, el tintorero?» « Sí —contestó el hombre—, soy Hachch Muhammad el tintorero. ¿Qué quieres?» « Personas bienhechoras me indicaron tu nombre. Mira: esa hermosa joven es mi hija, y este joven imberbe y gracioso, mi hijo. Yo los he criado y he gastado mucho dinero en educarlos. Has de saber que tengo una gran casa; pero amenaza ruina y la he apuntalado con madera. El arquitecto me dijo: "Puesto que existe la posibilidad de que te caiga encima, vete a vivir a otra casa hasta que la hayas arreglado; luego puedes volver a morar en ella." Por eso salí en busca de lugar en qué alojarme, y ciertos bienhechores me indicaron tu

nombre. Deseo, pues, alojar en tu casa a mi hija y a mi hijo.» El tintorero pensó: « Esto que me llega es manteca sobre la hogaza» , y le dijo: « Es cierto, poseo una casa con salón y piso superior; mas no puedo renunciar a ninguna de las habitaciones, pues las utilizo para mis huéspedes y para los trabajadores del añil» . « Hijo mío —insistió ella—, a lo sumo por uno o dos meses, es decir, hasta que hayamos arreglado la casa. Además, somos extranjeros. Deja, pues, que el local de los huéspedes sea común entre nosotros y tú, y, por tu vida, hijo mío, que si quieres que tus huéspedes sean los nuestros, serán bienvenidos: comeremos y dormiremos con ellos.» Entonces el tintorero le dio las llaves: una grande; otra pequeña y una tercera curva, y le explicó: « La llave grande es la de la casa; la curva es la del salón, y la pequeña, la del piso superior» . Dalila cogió las llaves, la joven la siguió, y, siempre tras ella, el hijo del mercader. Llegó así a una calleja, vio la puerta, la abrió e hizo entrar a la joven. « Hija mía —le dijo—, ésta es la casa del jeque Abu-l-Hamalat —y le señaló el salón—; sube al piso superior, quítate el velo y espera a que yo me presente.» La joven subió al piso superior y se sentó. Entonces se acercó el hijo del mercader, al que la vieja recibió con estas palabras: « Siéntate en el salón hasta que yo vuelva con mi hija para que puedas verla» . El joven entró y se acomodó en el salón. Entonces la vieja se dirigió a la joven, para decirle: « Quiero visitar a Abu-l-Hamalat antes de que venga gente. Hija mía, temo por ti» . « ¿Por qué?» « Hay un hijo mío, un imbécil, que no distingue el verano del invierno, y que siempre anda desnudo. Es el subalterno del jeque. Si una hija de rey, como tú, entra a visitar al jeque, él la agarra por el cuello, le arranca las orejas y le desgarra los vestidos de seda. Por consiguiente, quítate tus joyas y tus vestidos de manera que yo los guarde hasta que hayas acabado tu piadosa visita.» La joven se quitó las joyas y los vestidos y se los entregó a la vieja, que le dijo: « Yo los colocaré por ti en la tienda del jeque, para que de ello derive bendición» . Entonces la vieja, dejándola en paños menores, cogió todo, salió y lo escondió donde estaba la escalera. Luego entró a ver al hijo del mercader, al que halló esperando a la joven. « ¿Dónde está tu hija, para que yo la vea?» , preguntó el joven. La vieja se golpeó el pecho, y el joven le preguntó: « ¿Qué te ocurre?» , y ella respondió: « ¡Ojalá perezca el mal vecino y no existan vecinos envidiosos! Ellos te han visto entrar conmigo, me han preguntado quién eres y yo les he contestado que había pedido para mi hija la mano de este esposo. Ellos me han envidiado por tu causa y le han dicho a mi hija: “¿Se ha cansado tu madre de mantenerte para casarte con un leproso?” Por eso les juré que te vería desnudo» . « ¡Yo me refugio en Dios contra los envidiosos!» , exclamó él. Y se desnudó los brazos, y la vieja vio que eran como de plata. « Nada temas —lo tranquilizó Dalila—, yo te la dejaré ver desnuda, al igual que ella te verá desnudo.» Y él dijo: « Dile que venga para que me vea» . Y se quitó la piel de marta, el cinturón, el puñal y todos los vestidos, hasta que quedó en paños menores; luego puso los mil dinares sobre las ropas. « Dame tus

cosas —sugirió la vieja— para que las guarde.» Las cogió, las puso sobre las de la joven, cargó con todo ello y salió por la puerta, que cerró tras los dos, y se marchó a sus asuntos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dalila] dejó cuanto llevaba en casa de un vendedor de especias, y luego se dirigió al tintorero, al que halló sentado, esperándola. « Con la voluntad de Dios, espero que la casa os haya gustado» , dijo él. « Hay una bendición de Dios en aquella casa —contestó Dalila—. Volveré con los faquines, que traerán nuestras ropas y nuestros muebles. Entretanto, mis hijos han pedido pan y carne. Toma este dinar: proporciónales pan y carne y ve a comer con ellos.» « ¿Y quién me guardará la tintorería y la ropa de la gente que hay en ella?» , observó el tintorero. « Tu dependiente.» « De acuerdo» , concluyó él. Y tomando un plato y una tapadera, se fue a buscar la comida. Esto es lo que hace referencia al tintorero. Luego volveremos a hablar de él.

Sigamos por ahora con la vieja. Retiró de casa del vendedor de especias la ropa de la joven y del hijo del mercader, entró en la tintorería y dijo al empleado del tintorero: « ¡Ve a buscar a tu maestro! Hasta que no volváis los dos, yo no me iré» . « Oír es obedecer» , contestó el muchacho. Dalila cogió cuanto había en la tintorería y dijo a un arriero, fumador de haxix, que estaba sin trabajo desde hacía una semana. « ¡Ven, arriero!» y cuando llegó, le preguntó: « ¿Conoces a mi hijo, el tintorero?» « Lo conozco» « Ha tenido la desgracia de quebrar y le han quedado deudas por saldar. Cada vez que era encarcelado, yo lo sacaba de la cárcel. Pero ahora deseamos demostrar su insolvencia, para lo cual devolveré la ropa a sus propietarios. Y quiero que me des tu asno para transportar las cosas de la gente. Toma este dinar como precio del alquiler del animal, y cuando yo me haya ido, empuñas el hacha, vacías el contenido de las tinajas y luego rompes jarras y tinajas, de manera que si se hiciese un peritaje por indicación del cadí, no pueda hallarse nada en la tintorería.» « Yo estoy obligado con el maestro, y además haré cualquier cosa por amor de Dios» , contestó. Entonces Dalila cogió la ropa y la cargó en el asno. Aquel que todo lo sabe la encubrió. Se dirigió a su casa y fue a ver a su hija Zaynab. « Madre mía, mi corazón estaba impaciente por ti —dijo—. ¿Qué líos has armado?» « He hecho cuatro jugarretas a cuatro personas: al hijo de un mercader, a la mujer del jefe de los ujieres, a un tintorero y a un arriero, y te he traído todas sus ropas en el asno del arriero.» « Madre mía —dijo Zaynab—, ya no podrás cruzar la ciudad a causa del jefe de los ujieres, a cuya mujer le arrebataste la ropa; por el hijo del mercader, al que despojaste; por el tintorero, pues te apoderaste de la ropa de

la gente que había en su tintorería; y a causa del arriero, dueño del asno.» « ¡Bah, hija mía! —exclamó Dalila—, a mí sólo me preocupa el arriero, pues me conoce.»

En cuanto al maestro tintorero, después de preparar el pan y la carne y haber puesto todo sobre la cabeza de su empleado, pasó ante la tintorería y vio que el arriero estaba rompiendo las tinajas. En la tienda no había quedado ropa alguna, y toda la tintorería estaba arruinada; « ¡Levanta la mano, arriero!» , gritó, y éste se paró. « ¡Alabado sea Dios por tu salvación, maestro! —exclamó—. Mi corazón estaba preocupado por ti.» « ¿Por qué hacías eso? ¿Qué me ocurrió?» « Quebraste, y han puesto por escrito las pruebas de tu insolvencia.» « ¿Quién te lo dijo?» , preguntó el tintorero. « Tu madre me lo contó y me mandó romper las jarras y vaciar las tinajas, por temor a que cuando viniera el perito hallase algo en la tintorería.» « ¡Dios te confunda! —maldijo el tintorero—. Hace mucho que mi madre murió.» Y se golpeó el pecho, quejándose: « ¡Ay! ¡Mi dinero y los bienes de la gente se han perdido!» El arriero exclamó: « Pues yo he perdido mi asno. Tintorero, devuélveme mi asno; se lo llevó tu madre» . Pero el tintorero lo amenazó con los puños, chillando: « ¡Tú tráeme a la vieja!» Y el otro le contestó: « ¡Y tú mi asno!» Alrededor de ellos se fue congregando gente.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que alguien preguntó: « ¿Qué ocurre, maestro Muhammad?» « Yo os contaré la historia» —intervino el arriero. Y les explicó todo lo que le había sucedido, para acabar—: « Yo creí que el maestro me lo agradecería; en cambio, se ha golpeado el pecho y ha dicho: "¡Mi madre murió!" Pero yo quiero que me dé mi asno, pues me ha hecho esta jugarreta para arrebatármelo» . « Maestro Muhammad —observó la gente—, indudablemente debes conocer a esa vieja, ya que le confiaste la tintorería con cuanto contenía.» « No la conozco —repuso el tintorero—; pero hoy mismo, ella, su hijo y su hija se han alojado en mi casa.» « A fe mía —dijo uno— que el tintorero debe responder del asno.» « ¿Por qué?» , le preguntaron. « Porque el arriero entregó su asno a la vieja al ver que el tintorero le había confiado la tintorería con cuanto ella encerraba.» « Maestro —sugirió otro—, puesto que has alojado a la vieja en tu casa, has de devolverle el asno.» Luego se marcharon todos a la casa. De ellos se hablará más adelante.

En cuanto al hijo del mercader, esperó a que la vieja volviese con su hija, mientras la joven seguía esperando a que Dalila viniese con la licencia de su hijo, el elegido de Dios, el subalterno del jeque Abu-l-Hamalat; pero ella no regresaba. Entonces se levantó para hacer su visita piadosa, y al entrar tropezó con el hijo del mercader, quien le dijo: « Ven aquí. ¿Dónde está tu madre, que

me trajo aquí para casarme contigo?» «Mi madre murió —contestó ella—. ¿Eres tú su hijo, el elegido de Dios, el subalterno del jeque Abu-l-Hamalat?» «Ésa no es mi madre. Es una vieja enredadora, que me ha engañado e incluso me ha arrebatado mis vestidos y los mil dinares.» «También a mí me ha engañado —exclamó la joven—. Me trajo aquí para que visitase a Abu-l-Hamalat, y me ha desnudado.» El hijo del mercader dijo a la joven: «A no ser tú, no sé quién ha de devolverme mis vestidos y los mil dinares». Ella protestaba: «Y yo sólo a ti te considero responsable de mi ropa y mis joyas: ¡tráeme a tu madre!»

Entonces entró el tintorero. Al ver que tanto el hijo del mercader como la joven estaban desnudos, les preguntó: «Decidme, ¿dónde está vuestra madre?» La joven le contó cuanto le había ocurrido a ella, y el joven refirió lo que le había sucedido a él. El tintorero se quejó: «¡Ay! ¡Mis bienes y los de la gente se han perdido!» A lo que añadió el arriero: «¡Ay, mi asno! ¡Qué pérdida! ¡Devuélveme mi asno, tintorero!» «Es una vieja enredadora —sentenció el tintorero—. Salid, voy a cerrar la puerta.» «Sería vergonzoso para ti —observó el hijo del mercader— que hayamos entrado en tu casa vestidos y salgamos de ella desnudos.» El tintorero le dio un vestido a él y otro a la joven, a la que devolvió a su casa. Ya hablaremos luego del regreso de su marido.

En cuanto al tintorero, cerró su tintorería y manifestó al hijo del mercader: «Ven con nosotros en busca de la vieja para entregarla al jefe de policía». Y éste lo acompañó, el arriero se unió a ellos, y los tres entraron en casa del jefe de policía, ante el que se quejaron. «Gente, ¿qué os ha ocurrido?» Y cuando le hubieron contado lo ocurrido, les dijo: «¡Cuántas viejas hay en la ciudad! Id vosotros, buscadla, cogedla y yo os la haré confesar». Y ellos empezaron a dar vueltas, buscándola. Ya volveremos a hablar de ello.

Entretanto, la vieja Dalila la Taimada le decía a su hija: «Zaynab, hija mía, quiero hacer alguna otra jugarreta». La hija contestó: «Madre mía, temo por ti». «Soy —insistió la madre— como las vainas de las habas, que resisten el agua y el fuego.» Se puso un vestido de criada de gran señor y salió con intenciones de armar algún lío. Pasó por una calle en la que había alfombras extendidas por el suelo y lámparas de aceite colgadas; oyó cantos y redobles de adufe, y vio una esclava que llevaba a hombros un niño vestido con calzones bordados de plata y hermosas ropas. Llevaba en la cabeza un fez coronado de perlas, y al cuello, un collar de oro con piedras preciosas y un manto de terciopelo. Era la casa del jefe del gremio de mercaderes de Bagdad, y el niño, su hijo. El jefe tenía además una hija virgen que había sido pedida por esposa, y precisamente aquel día se celebraba el noviazgo. Un grupo de mujeres y de cantoras estaba con la madre de la joven, y como quiera que cada vez que ella subía o bajaba las escaleras el niño se le echaba encima, había llamado a la esclava y le había dicho: «Toma a tu señor y hazlo jugar hasta que acabe la

reunión» . Cuando la vieja Dalila entró en la calle y vio al niño a hombros de la esclava, le preguntó a ésta: « ¿Qué fiesta se celebra hoy en casa de tu señora?» « El noviazgo de su hija, y hay cantoras en su casa.» La vieja pensó: « ¡Ay, Dalila, la única mala pasada que puedes hacer es raptar el niño a esta esclava!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Dalila] sin embargo, dijo en voz alta: « ¡Qué vergüenza! ¡Qué desgracia!» Y sacando del bolsillo un disco de latón parecido a un dinar, dijo la vieja a la muchacha, que era una infeliz: « Toma este dinar, ve a tu señora y dile: "Umm al-Jayr está contenta de ti, pues tú le has hecho favores. El día de la fiesta, ella y sus hijas vendrán y harán regalos a las peinadoras con motivo de la boda"» . « Madre mía —dijo la esclava —, éste mi señor cada vez que ve a su madre se coge a ella.» « Déjamelo mientras vas y vuelves.» La esclava tomó la pieza y entró, mientras la vieja, al tener al niño, se fue a otra calle, le quitó las joyas y los vestidos que llevaba y se dijo: « Dalila, así como fuiste capaz de engañar a la esclava arrebatándole el niño, serías hábil si tramases alguna jugarreta y lo empeñases por algún objeto que valiese mil dinares» . Y se dirigió al zoco de los joyeros, donde vio a un orífice judío que tenía ante sí un cesto lleno de joyas. Y pensó: « Serías astuta si engañaras a este judío, le quitases joyas por valor de mil dinares y empeñases al niño por las joyas» . El judío se volvió a mirar, vio al niño con la vieja y reconoció que era el hijo del jefe del gremio de mercaderes. El judío era muy rico, pero envidiaba a su vecino cuando éste lograba alguna venta y él nada había vendido. « ¿Qué quieres, mi señora?» , preguntó a Dalila. « ¿Eres tú el maestro Esdras, el judío?» (pues ella había preguntado previamente su nombre). Contestó: « Sí» . Ella prosiguió: « La hermana de este niño, la hija del jefe del gremio, ha sido pedida por esposa y hoy celebra su noviazgo. Necesita joyas: danos dos pares de ajorcas de oro, para los tobillos, un par de brazaletes de oro, pendientes de perlas, un ceñidor, un puñal y un anillo» . Y Dalila cogió objetos por valor de mil dinares, y añadió: « Me llevo estos objetos preciosos con una condición: mis dueños tomarán lo que les guste y yo te traeré el precio. Y quédate con este niño» . « Sea como quieres» , dijo el judío. La vieja cogió las joyas y se marchó a su casa. « ¿Qué jugarretas hiciste?» , preguntó su hija. « He urdido una estratagema: he raptado al hijito del jefe del gremio de mercaderes y lo he despojado. Luego lo he empeñado a un judío por objetos que valen mil dinares.» « Ya no podrás ir por la ciudad» , le dijo su hija.

Mientras tanto, la esclava había llegado a presencia de su dueña y le había dicho: « Mi señora: « Umm al-Jayr te saluda y está contenta de ti: el día en que se celebre la reunión, vendrá con sus hijas y harán los regalos» . « ¿Dónde está tu

señor?» , preguntó la señora. « Se lo dejé a ella por miedo a que se agarrase a ti. Y la vieja me ha dado una propina para las cantoras.» « Toma tu propina» , dijo la dueña a la jefa de las cantoras. Ésta la tomó, y vio que era un disco de latón. Entonces la dueña le dijo a la esclava: « ¡Desvergonzada! Baja a ver qué es de tu señor» . Bajó, pero no halló ni al niño ni a la vieja, y, dando un grito, cayó de bruces. La alegría de la gente se transformó en dolor. En aquel momento entraba el jefe del gremio de mercaderes, al que su mujer le contó todo lo sucedido, y él salió en busca del niño al mismo tiempo que todos los mercaderes se echaban a la calle con el mismo objeto. El jefe no cejó de buscar a su hijo hasta que le vio, desnudo, en la tienda del judío. « ¡Pero si es mi hijo!» , exclamó. « Sí» , le contestó el judío. El padre cogió al niño y ni siquiera preguntó por sus vestidos; tan grande era su alegría por haberlo hallado. Pero cuando el judío vio que el mercader cogía a su hijo, se agarró a él y le dijo: « ¡Dios ayude al Califa contra ti!» « ¿Qué te pasa, judío?» , preguntó el mercader, y éste le contó: « La vieja tomó de mí, para tu hija, objetos preciosos por valor de mil dinares, y en prenda me dejó este niño. Y yo se los di sólo porque ella me dejó a este niño como garantía de lo que cogió. Además, tuve confianza en ella porque sabía que este niño era tuyo» . « Mi hija no necesita joyas —dijo el jefe del gremio—. Y… tráeme los vestidos del niño.» « ¡Musulmanes venid en mi auxilio!» , gritó el judío. Y entonces aparecieron el arriero, el tintorero y el hijo del mercader, que iban dando vueltas en busca de la vieja. Les preguntaron al mercader y al judío la causa de la discusión, y los dos les contaron lo ocurrido. « Es una vieja enredadora que ya nos engañó antes a nosotros» , exclamaron los tres. Y, a su vez, les contaron cuanto les había sucedido con ella. « Puesto que hallé a mi hijo —manifestó el jefe del gremio—, sean sus vestidos su rescate. Y si encuentro a la vieja, se los pediré a ella.» Y se marchó con su hijo; la madre se alegró mucho de volverlo a ver salvo.

« Y vosotros ¿dónde vais?» —preguntó el judío a los tres—. « En busca de la vieja» , contestaron. « Dejadme ir con vosotros» , propuso el judío. Y añadió: « ¿Alguno de vosotros la conoce?» « Yo la conozco» , respondió el arriero. « Si vamos todos juntos no podremos dar con ella y se nos escapará —añadió el judío —. En cambio, que vaya cada uno de nosotros por su cuenta, y la tienda del barbero Hachch Masud, el Magrebí, será nuestro punto de reunión.» Y así, cada uno marchó por distinto camino.

Entretanto, la vieja había salido para hacer otra de las suyas. El arriero la reconoció y, echándosele encima le dijo: « ¡Ay de ti! ¿Hace mucho que te dedicas a este asunto?» « ¿Qué te ocurre?» , preguntó Dalila. « ¡Mi asno! ¡Devuélvemelo!» « ¡Calla, hijo mío! Corre un velo sobre lo que Dios oculta. ¿Pides tu asno, o las cosas de la gente?» « Yo sólo quiero mi asno.» « Ya vi que eras pobre. Deposité tu asno en casa del barbero magrebí. Párate a distancia para que me llegue a él y, amablemente, le diga que te lo entregue.» Se acercó al

magrebí, le besó la mano y se echó a llorar. « ¿Qué tienes?» , preguntó éste. « Hijo mío: mira a ese joven que está ahí parado. Está enfermo: se expuso a la corriente y el aire lo enloqueció. Solía dedicarse a la compra de asnos, y por ello, cuando está en pie, no hace más que decir: “¡Mi asno!”; y si se sienta: “¡Mi asno!”; y si anda: “¡Mi asno!” Un médico me dijo que ha perdido la razón y sólo podrá curarse si le quitan dos muelas y se le cauterizan dos veces los pelos que recubren sus sienes. Toma este dinar, llámalo y dile: “Yo tengo tu asno”.» « Ayunaré un año entero —dijo el barbero— si no le entrego el asno en su mano.» Como tenía dos empleados, le mandó a uno de ellos: « Ve a calentar dos hierros» . Luego, y mientras la vieja se había ido a sus asuntos, llamó al arriero, y cuando llegó, le dijo: « ¡Desgraciado! Yo tengo tu asno, ven a cogerlo, y, por mi vida que te lo entregaré en mano» . Lo cogió, y apenas entró con él en una habitación oscura, le dio un puñetazo que lo hizo caer al suelo. Los tres lo arrastraron, le ataron manos y pies, y el magrebí le arrancó dos muelas, le cauterizó dos veces las sienes, y luego lo dejó ir. « ¿Por qué me has hechos esto, magrebí?» , preguntó el arriero al levantarse. Y éste le contestó: « Tu madre me ha informado de que has perdido la razón porque cuando estabas enfermo te expusiste a la corriente, y ahora, si estás en pie, dices: “¡Mi asno!”; y si estás sentado, repites: “¡Mi asno!”; y si andas, lo mismo: “¡Mi asno!” He aquí el asno en mano» . « De Dios recibirás el castigo por haberme arrancado dos muelas.» « ¡Pero si tu misma madre me lo dijo!» , y le contó cuanto le había dicho la vieja. « ¡Dios le haga difícil la vida!» , exclamó el arriero. Y él y el magrebí se marcharon, discutiendo. El magrebí abandonó la tienda, y al regresar no halló nada. En efecto, mientras el magrebí se había ido con el arriero, la vieja cogió cuanto había en la tienda y se fue junto a su hija, a la que explicó cuanto había hecho.

En cuanto al barbero, al ver su tienda vacía, la emprendió con el arriero: « Tráeme a tu madre» , le dijo. « Pero si no es mi madre —replicó—. Es una taimada que ha engañado a mucha gente y se ha apoderado de mi asno.» En aquel momento llegaron el tintorero, el judío y el hijo del mercader, y al ver que el magrebí discutía con el arriero y que éste tenía las sienes cauterizadas, le preguntaron: « ¿Qué te ha pasado, arriero?» Y él les contó lo que le había sucedido, y lo mismo hizo el magrebí, quien refirió su historia. « Es una vieja bribona —le dijeron— que nos ha engañado.» Y le contaron lo ocurrido. Entonces el barbero cerró su tienda y se fue con ellos a casa del gobernador. « Sólo tú puedes resolver nuestra situación y devolvernos nuestro dinero» , dijeron todos. Pero el gobernador exclamó: « ¡Cuántas viejas hay en la ciudad! ¿Alguno de vosotros la conoce?» El arriero contestó: « Yo la conozco; pero danos a diez de tus hombres» . El arriero salió con los hombres del gobernador, mientras los otros seguían detrás. Y el arriero se puso a dar vueltas con todos ellos hasta que, de repente, vieron que la vieja Dalila se acercaba. El arriero y los

hombres del gobernador la prendieron y la llevaron ante éste; se detuvieron bajo la ventana del palacio en espera de que aquél saliese. Pero ocurrió que los hombres del gobernador se durmieron a causa de la larga vela que habían tenido con él, y la vieja se hizo la dormida. También se adormecieron el arriero y sus compañeros. Entonces Dalila se escapó y entró en el harén del gobernador. Besó las manos de la señora del harén y le preguntó: « ¿Dónde está el gobernador?» « Duerme. ¿Qué quieres?» « Mi marido, vendedor de esclavos, me entregó cinco para que los vendiera mientras está de viaje. El gobernador se encontró conmigo y convino en que me los compraría por mil dinares y doscientos de propina para mí, y me dijo que se los llevara a su casa, y yo los he traído.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el gobernador tenía apartados mil dinares, y le había dicho a su mujer: « Guárdalos para comprar esclavos» . Así, cuando la señora oyó las palabras de la vieja, quedó convencida de que su marido había arreglado el asunto, y preguntó: « ¿Dónde están los esclavos?» « Mi señora —contestó la vieja—, duermen bajo la ventana del palacio en que tú estás.» La señora se asomó a la ventana, y al ver al magrebí que llevaba vestidos de esclavo, y también al hijo del mercader —que tenía aspecto de mameluco—, y al tintorero, al arriero y al judío, todos los cuales parecían esclavos rapados, se dijo: « Cada uno de estos esclavos vale más de mil dinares» . Abrió la caja y le entregó a la vieja los mil dinares, diciéndole: « Ve, y espera a que el gobernador despierte de su sueño. Entonces le pediremos los otros doscientos dinares» . « Mi señora, cien de esos dinares son para ti por la jarra de bebida que he bebido. Los otros, guárdamelos para cuando vuelva.» Y añadió: « Déjame salir por la puerta secreta» . Y la dueña la hizo salir por allí. Dios la protegió, y ella llegó junto a su hija, que le preguntó: « Madre mía, ¿qué has hecho?» « Hija mía, puse en práctica un truco gracias al cual le he timado estos mil dinares a la mujer del gobernador, y le he vendido a mis cinco perseguidores: el arriero, el judío, el tintorero, el barbero y el hijo del mercader, a quienes he hecho pasar por esclavos. Pero hija mía, nadie puede causarme mayor daño que el arriero, pues me conoce.» « Madre mía, estate tranquila. Bástete ya con lo hecho, porque no siempre sale indemne la jarra.»

Cuando el gobernador despertó de su sueño, su mujer le dijo: « Estoy contenta de ti por los cinco esclavos que le compraste a la vieja» . « ¿Qué esclavos?» , preguntó él; y su mujer repuso: « ¿Por qué lo niegas? Si Dios quiere alcanzarán, como tú, elevados cargos.» « ¡Por mi cabeza —exclamó el gobernador— que no he comprado esclavos! ¿Quién dice tal?» « La vieja corredora con la que conviniste el precio y a la que prometiste dar por ellos mil

dinares, y otros doscientos para ella.» « ¿Y tú le has dado el dinero?» « Sí. Yo misma he visto con mis propios ojos a los esclavos: cada uno de ellos lleva un vestido que vale mil dinares. Y he mandado decir a los hombres de la guardia que los vigilen.» Entonces el gobernador bajó, y vio al judío, al arriero, al magrebí, al tintorero y al hijo del mercader. « ¡Hombres! —preguntó—, ¿dónde están los cinco esclavos que hemos comprado a la vieja por mil dinares?» , y ellos contestaron: « Aquí no hay esclavos. Sólo hemos visto a estas cinco personas, que dieron con la vieja y la prendieron. Todos nosotros nos quedamos dormidos, y ella se escapó y entró en el harén. Luego vino una esclava a preguntarnos: "Las cinco personas que trajo la vieja, ¿están con vosotros?", y le contestamos: "Sí"» . « ¡Por Dios! —exclamó el gobernador—. Éste es el engaño mayor de todos.» Y los cinco dijeron: « Sólo tú puedes hacer que recuperemos nuestras cosas» . « Vuestra dueña, la vieja, os ha vendido a mí por mil dinares» , protestó el gobernador. « ¡Dios no lo quiera! —exclamaron los cinco—. Todos nosotros somos hombres libres y no se nos puede vender. Ya nos veremos contigo ante el Califa.» « Sólo vosotros —acabó diciendo el gobernador— le enseñasteis a la vieja el camino de mi casa. Por consiguiente, os venderé como galeotes, cada uno por doscientos dinares.»

Entretanto, el emir Hasán Sarr al-Tariq, que había regresado de su viaje, se encontró con que a su mujer le habían robado, y ella le contó todo lo que le había ocurrido. « Mi único enemigo es el gobernador» , declaró el Emir. Y se presentó ante él y lo apostrofó: « ¿Tú permites a las viejas andar por la ciudad engañando a la gente y robando sus bienes? Esto es responsabilidad tuya, y no conozco quién pueda responder de las cosas de mi mujer sino tú. Y a vosotros —dijo luego a los cinco—, ¿qué os ha ocurrido?» Ellos le contaron todo lo que les había sucedido. « Sois víctimas de injusticias sufridas» , añadió. Y, dirigiéndose al gobernador: « Y tú, ¿por qué los encarcelas?» « Porque esos cinco fueron quienes enseñaron a la vieja el camino de mi casa, y así me ha quitado mis mil dinares y ha vendido a éstos a mi mujer.» Pero los cinco intervinieron: « Emir Hasán, tú has de ser nuestro protector en este pleito» . Entonces el gobernador le dijo al Emir Hasán: « Las cosas de tu mujer corren de mi cuenta, y yo garantizo que la vieja será apresada. Pero ¿quién de vosotros la conoce?» « Nosotros la conocemos —contestaron todos—. Envía con nosotros a diez hombres y la cogeremos.» Y él les dio los diez hombres. « Seguidme —dijo el arriero—, porque yo la reconocería aunque tuviese ojos zarcos.»

Y he aquí que la vieja Dalila salía de una calle. La cogieron y la llevaron a casa del gobernador, quien, al verla, le preguntó: « ¿Dónde están las cosas de la gente?» « Nada he cogido, ni he visto nunca a ésos» , protestó la vieja. « Tenla encerrada hasta mañana» , dijo el gobernador al carcelero. « La cojo pero no la meto dentro, pues temo que me haga alguna y yo sea responsable.» Entonces el gobernador montó a caballo llevando consigo a la vieja y a las demás personas,

y salió de la ciudad en dirección a la orilla del Tigris. Llamó al farolero y le mandó que crucificara a Dalila, colgándola de los pelos. Éste la izó con las poleas, y el gobernador, después de dejar diez hombres de guardia, se marchó a su casa.

Vinieron las tinieblas, el sueño venció a los guardianes, y entonces apareció un beduino. Éste había oído cómo un hombre le decía a un amigo suyo: « ¡Alabado sea Dios por tu salvación! ¿Dónde estuviste durante tu ausencia?» « En Bagdad, y comí tortillitas con azúcar y miel.» Y entonces el beduino se había dicho: « Lo mejor es entrar en Bagdad para comer tortillitas de azúcar y miel» . Pero el beduino no había visto nunca en su vida Bagdad, ni había estado en ella. Montó en su caballo y se puso en camino, murmurando: « ¡Debe ser delicioso comer tortillitas de azúcar y miel! ¡Por el honor de los árabes que no he de comer sino tortillitas de azúcar y miel!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el beduino] había llegado así cerca del lugar en que estaba crucificada Dalila que le oyó murmurar tales palabras. « ¿Qué eres?» , preguntó el beduino a Dalila cuando estuvo cerca de ella. « ¡Jeque de los árabes! Estoy bajo tu protección» , contestó. « ¡Dios te libre! ¿Por qué has sido crucificada?» Y Dalila le explicó: « Tengo un enemigo, mercader de aceite, que fríe tortillitas de miel y azúcar. Me paré a comprarle algunas, y como quiera que escupí, mi saliva cayó en las tortillitas y él me denunció ante el gobernador, el cual dio orden de que fuese crucificada, diciendo: “Sentencio que cojáis diez *ratl* de tortillitas de azúcar y miel por cuenta de ella y se las hagáis comer mientras esté crucificada. Si se las come, soltadla; si no, dejadla”. Y ahora siento náuseas ante los dulces» . El beduino exclamó: « ¡Por el honor de los árabes! He venido de mi tribu precisamente para comer tortillitas con miel. Las comeré yo por ti» . Pero la vieja le dijo: « Sólo quien sea colgado en mi lugar podrá comerlas» . El truco hizo efecto en el beduino. La soltó, y Dalila lo ató en su lugar, después de haberle quitado los vestidos que llevaba. Se los puso ella, se colocó el turbante, montó en el caballo del beduino y marchó a casa con su hija. « ¿Cómo regresáis así?» , le preguntó Zaynab. « Me han crucificado.» Y le contó todo lo que le había ocurrido con el beduino. Esto es lo que se refiere a Dalila.

Y he aquí lo que hace referencia a los guardianes. Cuando uno de ellos se despertó, despertó a sus compañeros y éstos se dieron cuenta de que el día ya se había levantado. Uno alzó los ojos y llamó: « ¡Dalila!» « ¡Por Dios!, nosotros no comemos hogazas de harina —contestó el beduino—. ¿Habéis traído las tortillitas de azúcar y miel?» « ¡Pero si es un beduino!» , exclamaron todos, y le preguntaron: « Beduino, ¿dónde está Dalila? ¿Quién la soltó?» « Yo la solté. Ella

no puede comer a disgusto tortillitas de azúcar y miel porque le dan asco.» Y así los guardianes se enteraron de que el beduino, al desconocer la verdadera condición de la vieja, se había dejado engañar. Y se dijeron unos a otros: « ¿Huimos o esperamos aquí a que se cumpla lo que Dios ha decretado para nosotros?» En aquel momento se acercaba el gobernador con los hombres a quienes Dalila había engañado. « ¡Ea! —ordenó a los guardias—, soltad a Dalila.» Y el beduino intervino: « No comemos hogazas de harina. ¿Habéis traído tortillitas de miel?» El gobernador levantó los ojos hacia la cruz y, en lugar de la vieja, vio al beduino. « ¿Qué significa esto?» , preguntó a los guardias. « Haznos gracia, señor» , contestaron. « Contadme lo ocurrido.» « Nosotros habíamos velado contigo en las rondas nocturnas, y por eso nos dijimos: “Dalila está crucificada”, y nos quedamos dormidos. Al despertar hemos visto a este beduino crucificado. Estamos, pues, a merced tuya.» « Hombres —dijo el gobernador—, aquélla es una bribona. El perdón de Dios sea sobre vosotros.» Entonces soltaron al beduino, que la emprendió con el gobernador: « ¡Dios ayude al Califa contra ti! No sé quién puede responder de mi caballo y de mis bienes sino tú» . El gobernador lo interrogó, y el beduino relató su historia. « ¿Por qué la soltaste?» , le preguntó, asombrado, el gobernador. « Yo no sabía que fuera una bribona.» Y los cinco hombres engañados, exclamaron: « Gobernador, no reconocemos más responsable que a ti. En efecto, nosotros la entregamos y, por tanto, tú eres responsable. ¡Ya nos veremos en el diván del Califa!»

Entretanto, Hasán Sarr al-Tariq había subido al diván. Y entonces llegaron el gobernador, el beduino y los cinco hombres, que decían: « ¡Somos víctimas de una injusticia!» « ¿Quién os hizo injusticia?» , preguntó el Califa. Y cada uno de ellos se adelantó y contó lo que le había ocurrido. « Emir de los creyentes —dijo el gobernador—, ella me engañó y me vendió a esos cinco por mil dinares, a pesar de que eran hombres libres.» « Todo lo que os fue arrebatado, lo recuperaréis por mi mano» , sentenció el Califa. A continuación, y dirigiéndose al gobernador, le dijo: « Te encargo que prendas a la vieja» . Pero el gobernador movió el collar y dijo: « No acepto tal encargo, puesto que la colgué en la cruz y ella engañó a este beduino, que la soltó y lo colgó a él en su lugar, apoderándose de su caballo y de sus vestidos» . « ¿Pues a quién sino a ti puedo encargar que me traiga la vieja?» « Encarga de ello a Ahmad al-Danif. Él cobra mensualmente un sueldo de mil dinares. Ahmad al-Danif tiene cuarenta y un esbirros, cada uno de los cuales cobra cien dinares al mes.» « Capitán Ahmad» , llamó el Califa. « Heme aquí, Emir de los creyentes.» « Te encargo que me traigas a la vieja.» « Garantizo que la traeré» , dijo Ahmad al-Danif. Y el Califa retuvo junto a sí a los cinco y al beduino.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Ahmad al-Danif y sus esbirros fueron al cuartel y se preguntaron: « ¿Cómo nos las arreglaremos para cogerla? ¡Cuántas viejas hay en la ciudad!» « ¿Qué me aconsejas?» , preguntó Ahmad a Hasán Sumán. Uno de ellos, llamado Alí Kitf al-Chamal, protestó ante Ahmad al-Danif: « ¿Por qué pedís consejo a Hasán Sumán? ¿Acaso es tan importante?» « Alí —dijo Hasán— ¿por qué me desprecias? ¡Por el gran nombre de Dios, os juro que no os acompañaré esta vez!» Y se levantó, furioso. « ¡Jóvenes! —ordenó Ahmad al-Danif—, que cada jefe coja diez hombres y vaya con ellos a un barrio a buscar a Dalila.» Alí Kitf al-Chamal marchó con diez hombres, y así hicieron todos los jefes. Cada grupo se dirigió a un barrio; pero antes de ir y de separarse, los hombres se dijeron: « Nos reuniremos en tal barrio, en tal calle» .

Entretanto, en la ciudad se había divulgado la noticia de que Ahmad al-Danif había sido encargado de prender a Dalila la Taimada. « Madre mía —observó Zaynab—, si eres realmente hábil, trata de engañar a Ahmad al-Danif y sus hombres.» « Hija mía —repuso Dalila—, yo sólo temo a Hasán Sumán.» « ¡Por mi mechón! —exclamó la joven—, te traeré los vestidos de los cuarenta y un guardias.» Se levantó, se puso un vestido y el velo y se dirigió a un mercader de especias que tenía un local con dos puertas. Después de saludarlo, le ofreció un dinar y le dijo: « Toma este dinar en compensación por tu local y préstamelo hasta el final del día» . Éste le entregó las llaves, y Zaynab, montada en el asno del arriero, fue a buscar alfombras, que extendió en el local, y en cada rincón puso una mesa con alimentos y vino. Luego, con el rostro descubierto, se colocó junto a la puerta. Apareció entonces Alí Kitf al-Chamal y su grupo. Ella le besó la mano. Al ver que era una hermosa joven, Alí se prendó de ella. « ¿Qué quieres?» , le preguntó. « ¿Eres el capitán Ahmad al-Danif?» « No, mas pertenezco a su grupo y me llamo Alí Kitf al-Chamal.» « ¿Dónde vais?» « Vamos buscando a una vieja bribona que se ha apoderado de los bienes de la gente, y nuestro propósito es prenderla. ¿Y tú, quién eres y qué haces?» Y ella explicó: « Mi padre era tabernero en Mosul. Al morir me dejó mucho dinero. Y vine a esta ciudad por miedo a los oficiales judiciales, y al preguntar a la gente quién me podría proteger, me dijeron que solamente Ahmad al-Danif podía hacerlo» . « Hoy mismo te pondrás bajo su protección» , dijeron los hombres. Ella añadió: « Entonces, dadme este gusto: comed un bocado y bebed un poco de agua» . Cuando accedieron, ella los hizo entrar, y los hombres comieron y bebieron vino. Ella les dio un narcótico, les quitó los vestidos, y al igual que había hecho con ellos, hizo con los demás. Cuando Ahmad al-Danif se puso a buscar a Dalila, no sólo no la encontró, sino que ni siquiera vio a ninguno de sus esbirros. Andando, llegó junto a la joven, que le besó la mano. Al verla, se enamoró. « ¿Eres tú el capitán Ahmad al-Danif?» , preguntó Zaynab. « Sí, y tú, ¿quién eres?» « Soy forastera, de Mosul. Mi padre era tabernero. Murió y me dejó

mucho dinero, por lo cual yo, temerosa de los oficiales judiciales, me lo traje aquí y abrí esta taberna. Pero el gobernador me ha fijado un impuesto. Mi intención era ponerme bajo tu protección, ya que tú eres más digno de tener lo que tomaría el gobernador.» «No le des nada, y sé bien venida», dijo Ahmad al-Danif. «Entonces, dame este gusto: come de mi comida.» Él entró, comió y bebió vino, y cayó al suelo embriagado; ella le dio un narcótico, le arrebató los vestidos, cargó todo sobre el caballo del beduino y sobre el asno del arriero, y, después de hacer volver en sí a Alí Kitf al-Chamal, se marchó. Cuando éste volvió en sí, se encontró desnudo y vio que Ahmad al-Danif y los demás estaban narcotizados. Los hizo volver en sí mediante un antídoto, y ellos, al despertar, vieron que estaban desnudos. «¿Qué significa esto, muchachos?», preguntó Ahmad al-Danif. «Estábamos buscando a la vieja para prenderla, pero esta desvergonzada nos ha atrapado. ¡Qué contento se pondrá Hasán Sumán! Mas… esperemos a que lleguen las tinieblas de la noche, y entonces nos iremos.»

Entretanto, Hasán Sumán preguntaba al guardián: «¿Dónde están los hombres?» Y mientras lo interrogaba acerca de ellos, los vio venir sin vestidos. Hasán Sumán recitó estos versos:

> Las gentes se parecen en sus propósitos, pero las personas se distinguen por los resultados.
> Hay entre los hombres sabios e ignorantes, así como entre las estrellas unas son luceros y otras apenas brillan.

«¿Quién os engañó y os despojó?», les preguntó. «Nos comprometimos a buscar a la vieja, y, en cambio, una hermosa joven nos ha despojado.» «¡Qué cosa tan estupenda hizo!», exclamó Hasán Sumán. Y ellos preguntaron: «¿La conoces, Hasán?» «La conozco, y también conozco a la vieja.» «¿Y qué diremos al estar ante el Califa?», lloriquearon. «Danif —prosiguió Sumán—, tú menea el collar ante él y si te pregunta por qué no la prendiste, contéstale: "Yo no la conozco. Encarga a Hasán Sumán de que la prenda". Y si el Califa me encarga que la prenda, así lo haré.» Y se fueron a dormir.

Por la mañana subieron al diván del Califa y besaron el suelo. «¿Dónde está la vieja, capitán Ahmad?», preguntó el Califa. Ahmad meneó el collar. «¿Por qué haces eso?», y él contestó: «Yo no la conozco. Encarga a Hasán Sumán que la prenda, pues él la conoce, tanto a ella como a su hija». Y Hasán Sumán observó: «Ella no ha tramado todas estas jugarretas impulsada por codicia de las cosas de la gente, sino para poner de relieve su habilidad y la de su hija, con el fin de que le señales a la vieja el sueldo de su marido y le des a su hija una paga igual que la de su padre». Y siguió intercediendo por ella para que no la mataran, comprometiéndose a llevarla ante el Califa. «¡Juro por mis antepasados —exclamó el Califa— que si ella devuelve las cosas de la gente, obtendrá gracia y

se beneficiará de tu intercesión!» «Dame el perdón para ella, Emir de los creyentes», pidió Sumán. «Ella se beneficiará de tu intercesión», repitió el Califa. Y le entregó el pañuelo del perdón.

Sumán bajó y fue a casa de Dalila, a la que llamó en alta voz. Le respondió su hija Zaynab. «¿Dónde está tu madre?», le preguntó. «Arriba.» «Dile que traiga las cosas de la gente y que se venga conmigo ante el Califa: le lie traído el pañuelo del perdón. Si no viene por las buenas, ella será la culpable.» Dalila bajó, se ató al cuello el pañuelo y le entregó las cosas de la gente, que había cargado en el asno del arriero y en el caballo del beduino. Pero Sumán observó: «Faltan los vestidos de mi jefe y los de sus hombres». «¡Por el gran nombre de Dios, juro que no fui yo quien los despojó!» «Dices verdad admitió Sumán. En efecto, ésta ha sido una jugarreta de tu hija Zaynab, que te ha dado un buen golpe.» Y marchó con ella al diván del Califa.

Una vez allí, Hasán se adelantó, puso ante él las cosas de la gente y le presentó a Dalila. Al verla, el Califa mandó que fuese arrojada sobre la alfombra de la sangre. «¡Sumán —exclamó Dalila—, estoy bajo tu protección!» Sumán se levantó, besó las manos del Califa y dijo: «Perdón, pero tú ya la has perdonado». «En efecto, por consideración a ti, la perdono. Ven aquí, vieja, ¿cómo te llamas?» «Mi nombre es Dalila.» «No eres sino una taimada y una bribona.» Y, así, fue llamada «Dalila la Taimada». «¿Por qué urdiste todas esas jugarretas y nos diste tanto trabajo?», preguntó el Califa. «Yo no he urdido todo eso por desear los bienes de la gente, sino porque he oído hablar de las bribonadas que Ahmad al-Danif ha hecho en Bagdad, y las de Hasán Sumán, y me dije: "Yo también haré lo que ellos". He aquí que devuelvo a la gente sus cosas.» «Invoco la ley de Dios entre yo y ella —interrumpió el arriero—, puesto que no bastándole con haber raptado mi asno, engañó al barbero magrebí, que me quitó las muelas y me cauterizó por dos veces los cabellos de las sienes.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces el Califa mandó que le dieran cien dinares al arriero y cien al tintorero. «Ve a restaurar tu tintorería», dijo a este último. Ambos pronunciaron invocaciones en favor del Califa y se marcharon. El beduino, después de recoger sus vestidos y el caballo, exclamó: «¡No me está permitido entrar en Bagdad para comer tortillitas de azúcar y miel!» Todos aquellos que tenían algo suyo por recuperar, lo cogieron y se marcharon.

«Pídeme lo que quieras, Dalila», la animó entonces el Califa. Y ella dijo: «Mi padre era tu jefe de mensajes. Yo he criado palomas mensajeras, y mi marido era capitán en Bagdad. Deseo lo que le correspondía a él, mientras que

mi hija desea lo que le correspondía a su padre» . El Califa mandó que colmaran los deseos de las dos mujeres. « Yo te pido ser portera de la posada» , dijo Dalila. El Califa había construido una posada de tres pisos para que se alojaran los mercaderes. Para montar guardia en la posada habían sido nombrados cuarenta esclavos y cuarenta perros, que el Califa había arrebatado al rey de los Sulaymaniyya, cuando lo depuso, y había hecho collares para los perros. En la posada había un cocinero, que guisaba la comida para los esclavos y daba de comer carne a los perros. « Dalila —dijo el Califa—, yo te nombraré inspectora de la posada; pero si algo se perdiese, tú serías responsable.» « Muy bien —contestó la vieja—. Pero manda que mi hija se aloje en el palacio que se halla cerca de la puerta de la posada. Ese palacio tiene azotea, y la cría de palomas sólo puede hacerse en un local espacioso.» El Califa dio orden de que se colmase el deseo de Dalila, y su hija trasladó todas sus cosas al palacio que estaba junto a la puerta de la posada. Y le entregó las cuarenta aves que transportan cartas.

En cuanto a Zaynab, colgó en su habitación en el palacio los cuarenta vestidos junto con el de Ahmad al-Danif. El Califa nombró a Dalila la Taimada jefa de los cuarenta esclavos, a los cuales ordenó que la obedecieran. Y luego ella eligió, detrás de la puerta de la posada, el lugar en que estar sentada. Diariamente subía al diván para ver si el Califa necesitaba enviar alguna carta a lejanos países, y no bajaba del diván hasta el final del día. Los cuarenta esclavos vigilaban la posada, y cuando caían las tinieblas, los perros eran puestos en libertad para que montaran guardia durante la noche.

Y éstas son las aventuras de Dalila la Taimada en la ciudad de Bagdad.

HISTORIA DE ALÍ AL-ZAYBAQ AL-MISRÍ

HE aquí lo que hace referencia a Alí al-Zaybaq al-Misrí. Era un pícaro que vivía en El Cairo en la época de un hombre llamado Salah al-Misrí, jefe del diván de Egipto. Alí tenía cuarenta secuaces. Los hombres de Salah al-Misrí le tendían trampas a Alí el Pícaro, con la intención de que cayera en ellas; pero cuando lo buscaban, comprobaban que se había escurrido como se escurre el mercurio. Por ello lo habían apodado al-Zaybaq al-Misrí.

Cierto día Alí estaba sentado en el cuartel entre sus hombres, cuando, de repente, el corazón se le acongojó y sintió oprimido el pecho. Al verlo sentado allí, con el rostro fruncido el guardián del local le preguntó: « ¿Qué te ocurre, jefe? Si el pecho te oprime, vete a dar una vuelta por El Cairo, pues paseando por los zocos de la ciudad se te pasarán las preocupaciones» . Alí se levantó y salió a pasear por El Cairo; pero su pena y su aflicción crecieron. Al pasar ante una taberna se dijo: « Entra y bebe» . Se metió dentro y vio que en la taberna había siete filas de personas. « ¡Tabernero! —llamó—, yo me siento solo.» El tabernero lo acomodó en una habitación solo, le sirvió vino, y él bebió hasta perder el conocimiento. Luego salió de la taberna y se puso a pasear por El Cairo, y siguió andando por las calles hasta llegar al Darb Al-Ahmar mientras la calle quedaba desierta ante él a causa del respeto que inspiraba. Alí miró a su alrededor y vio a un aguador que daba de beber con un vaso de hojalata, e iba gritando por la calle: « ¡Oh, Tú, que indemnizas! La única bebida es la hecha con pasas, la única unión es la que se verifica con el ser amado, y sólo el inteligente se sienta en el lugar de honor» . Alí le dijo: « Ven aquí, dame de beber» . El aguador lo examinó y le ofreció el vaso. Alí, después de mirar en su interior, agitó el agua para limpiar el vaso y vertió el contenido en el suelo. « ¿No bebes?» , le preguntó el aguador; y Alí le contestó: « Dame de beber» . Le llenó el vaso. Alí lo cogió, lo agitó y vertió nuevamente el agua; y así volvió a hacerlo por tercera vez. « Si no quieres beber, me voy» , le dijo el aguador. « Dame de beber.» Le llenó el vaso y se lo entregó. Alí lo cogió, lo bebió y luego le dio un dinar; pero el aguador lo miró con desprecio y le dijo: « ¡Dios te haga prosperar, Dios te haga prosperar, oh, muchacho! Los ínfimos de una gente son los grandes de otra» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Alí el Pícaro agarró al aguador por la chilaba y desenvainó ante su rostro un magnífico puñal, es decir, hizo como aquel a quien se referían estos dos versos:

Con tu puñal hiere al pendenciero, y no temas a nadie sino a la ira del Creador.
Evita la gente vil y no dejes nunca de estar entre las personas nobles.

« Mi viejo —le dijo—, piensa un poco: tu odre, por muy caro que costase, valdría tres dirhemes, y los dos vasos que he derramado equivalen a un *ratl* de agua.» « Es cierto» , admitió el aguador. « Pues si yo te he dado un dinar de oro, ¿por qué me desprecias? ¿Has visto persona más valiente y más generosa que yo?» « He visto a una persona más valiente y más noble que tú, y mientras las mujeres sigan pariendo en la tierra, no habrá un hombre más valiente y generoso que él.» « ¿Quién es ése a quien viste y que es más valiente y más generoso que yo?» El aguador le contó: « Sabe que mi historia es curiosa. Mi padre era jefe de los aguadores que repartían en El Cairo el agua para beber. Murió dejándome cinco camellos, un mulo, una tienda y una casa; pero el hombre pobre no puede enriquecerse, y cuando se enriquece, muere. Entonces me dije: "Me iré al Hichaz" y compré una reata de camellos y contraje continuamente deudas hasta quedar endeudado por quinientos dinares. Y todo eso se perdió durante la peregrinación. Entonces me dije: "Si regreso a El Cairo, la gente me hará encarcelar por el dinero que me prestó". Y me uní a los peregrinos de Siria, llegué a Alepo, y desde Alepo me trasladé a Bagdad. Pregunté allí por el jefe de los aguadores de la ciudad, y me preguntó por mi situación, y yo le conté todo lo que había ocurrido. Limpió una tienda para mí, me dio un odre y utensilios de trabajo, y yo con la confianza puesta en Dios, empecé a dar vueltas por la ciudad una mañana muy temprano. Le ofrecí el vaso a una persona para que bebiera, pero gruñó: "¿Cómo voy a beber si no he comido nada? Hoy me invitó un avaro y puso ante mí dos vasos. Yo le dije: 'Hijo de un avaro, ¿me has dado algo de comer para que me ofrezcas de beber?' Por lo tanto, aguador, hasta que no haya comido algo, puedes irte; luego me darás de beber". Me dirigí a una segunda persona, que me dijo: "¡Dios te ayude!" Y así seguí hasta el mediodía: nadie me había dado nada. "¡Ojalá no hubiese venido nunca a Bagdad!", exclamé. En aquel momento tropecé con gente que iba corriendo. La seguí y vi un gran cortejo de personas que avanzaban de dos en dos, todos vestidos con turbantes y fajas de muselina, sombreros de fieltro y espadas de acero. "¿De quién es este séquito?", pregunté a uno. "Es el séquito del capitán Ahmad al-Danif", contestó. "¿Qué cargo ostenta?" "Es jefe del diván y capitán de Bagdad. A él le incumbe la policía de la ciudad, y cada mes el Califa le da mil dinares, y cada uno de sus hombres cobra cien. Hasán Sumán cobra lo mismo que él: mil dinares. Ahora bajan del diván y se dirigen a su cuartel." Ahmad al-Danif me vio y me dijo: "Ven acá, dame de beber". Llené el vaso y se lo ofrecí; agitó el agua para limpiar el vaso y la tiró, y así hizo por segunda vez. A la tercera bebió, como tú has hecho, sorbiendo con los labios. "¿De dónde eres, aguador?"' me preguntó; y

yo le contesté: “De El Cairo”. “¡Haga Dios vivir El Cairo y a sus habitantes! —exclamó—. ¿Por qué has venido a esta ciudad?” Yo le conté mi historia y le di a entender que estaba endeudado y que había huido por las deudas y la pobreza. “Bien venido seas”, me dijo, y me dio cinco dinares. Luego indicó a sus hombres: “Buscad la faz de Dios y haced una buena obra”. Y cada uno de ellos me dio un dinar. “Jeque —añadió Ahmad—, mientras estés en Bagdad obtendrás de nosotros esta cantidad cada vez que nos des de beber.” Yo procuré frecuentar su trato, y empezó a venirme bien de aquella gente. Al cabo de unos días calculé cuánto había ganado: vi que mis ahorros ascendían a mil dinares, y por eso creí oportuno volverme a mi tierra. Fui a ver a Ahmad al cuartel y le besé las manos. “¿Qué quieres?”, me preguntó. “Quiero partir”, le contesté, y le recité estos versos:

Las estancias de un extranjero en cualquier país son como edificar castillos en el aire.
El soplar del viento derrumba lo que edificó. Por consiguiente, el extranjero ha decidido marchar.

» Y añadí: “La caravana se dirige a El Cairo, y mi intención es ir a reunirme con mi familia”. Me dio una mula y cien dinares, y me dijo: “Jeque, queremos enviar algo por medio de ti. ¿Conoces a los habitantes de El Cairo?” “Sí”, le aseguré.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ahmad dijo:] » “Entonces, toma este escrito, llévaselo a Alí al-Zaybaq al-Misrí y dile: ‘Tu jefe te saluda y se halla junto al Califa’.” Cogí la carta, partí y entré en El Cairo. Mis acreedores me vieron y yo les pagué cuanto les debía. Luego me he dedicado a hacer de aguador, pero no he podido entregar la carta porque no sé dónde vive Alí al-Zaybaq al-Misrí» .

« Jeque, tranquilízate y sosiégate —le dijo Alí—, pues yo soy Alí al-Zaybaq al-Misrí, el primero de los satélites del capitán Ahmad al-Danif. Dame, pues, la carta.» El aguador se la entregó, y cuando Alí la abrió y la leyó, vio escritos en ella estos versos:

¡Oh, adorno de los bellos! Te he escrito sobre un papel que anda con los vientos.
Si hubiera sabido volar, habría volado por el deseo de verte. Mas, ¿cómo puede volar quien tiene cortadas las alas?

Y a continuación: « ¡La paz de parte del capitán Ahmad al-Danif a Alí al-Zaybaq al-Misrí, el mayor de sus hombres! Lo que te hacemos saber es que he apuntado a Salah al-Din al-Misrí y le he hecho tantas, que lo he sepultado vivo. Sus secuaces me han rendido homenaje, y con ellos también Alí Kitf al-Chamal, y he sido nombrado capitán de la ciudad de Bagdad en el diván del Califa, y también he sido designado jefe de la policía de la ciudad. Si sigues fiel al pacto hecho entre yo y tú, ven a mí y quizá logres dar algún buen golpe en Bagdad que te acerque al servicio del Califa, y él pueda asignarte un sueldo y unas rentas y te construya un cuartel. Esto es cuanto deseo. ¡La paz!» . Una vez leído el escrito, Alí lo besó, se lo puso sobre la cabeza en señal de respeto y le dio al aguador diez dinares por la buena noticia que le había traído. Luego se marchó al cuartel, fue a ver a sus secuaces, a quienes dio la noticia y les dijo: « Os encomiendo uno a otro» . Luego se quitó lo que llevaba puesto, se puso una capa y un fez, cogió una caja en la que había una larga lanza de madera —de la especial que se usa para fabricar lanzas—, de veinticuatro codos de largo y que constaba de varios trozos desmontables. El guardián le preguntó: « ¿Cómo? ¿Te vas precisamente cuando la caja está vacía?» « Cuando llegue a Siria —contestó Alí— os enviaré lo necesario.» Y se fue por su camino. Encontró una caravana de camellos que partía, y allí vio al jefe del gremio de los mercaderes junto con cuarenta mercaderes. Éstos habían cargado sus cosas, mientras que los bultos del jefe estaban en el suelo. Vio también que el jefe de la caravana, un sirio, les decía a los muleros: « Que me ayude uno de vosotros» . Pero ellos lo insultaron y lo injuriaron. « Sólo con este jefe es oportuno que yo parta» , pensó Alí, que era un hermoso joven imberbe. Se adelantó hacia el jefe, lo saludó, y éste, después de darle la bienvenida, le preguntó: « ¿Qué quieres?» « Tío, te he visto solo, a pesar de que tu equipaje se compone de cuarenta mulos. ¿Por qué no trajiste gente para ayudarte?» « Hijo mío, había contratado a dos muchachos, a los que vestí y puse en el bolsillo de cada uno doscientos dinares. Ellos me ayudaron hasta llegar al convento de los derviches y luego huyeron.» « ¿Dónde vais?» « A Alepo.» « Yo te ayudaré» , le propuso Alí. Cargaron los bultos y se pusieron en camino, y el jefe del gremio de mercaderes, tras montar a lomos de su mula, se puso también en marcha. El jefe sirio se sintió feliz por tener a Alí consigo y se prendó de él. Al caer la noche todos pararon, comieron y bebieron, y cuando llegó el momento de dormir, Alí se colocó cerca del jefe y fingió estar dormido, mientras éste se acostaba cerca de él. Entonces Alí se levantó de su sitio y se sentó cerca de la puerta de la tienda del mercader. El jefe de la caravana, al darse vuelta con la intención de abrazar a Alí no lo encontró. Pensó: « Quizás había dado cita a alguien que se lo cogió; pero yo soy más digno de tenerlo, y por ello le entretendré otra noche. Alí siguió en la puerta de la tienda del mercader hasta que se acercó el alba. Entonces entró y se durmió junto al jefe, el cual, al despertar y verle allí, pensó: « Si le pregunto dónde estuvo, me abandonará y se

irá» . Por ello siguió disimulando, y así llegaron cerca de una cueva junto a la cual empezaba un bosque. En aquel bosque había un león feroz, y los miembros de la caravana, cada vez que pasaban por allí, echaban suertes entre ellos y entregaban al león al que la suerte había designado. Echaron suertes y le tocó precisamente al jefe del gremio de mercaderes. En aquel momento el león les cortó el camino, en espera de la persona que, como botín, le había de corresponder de la caravana. El jefe del gremio de mercaderes, muy emocionado, habló al jefe de la caravana: « ¡Dios no te permita poseer fortuna y haga inútil tu viaje! Te encargo de que, después de mi muerte, entregues mis cosas a mis hijos» . « ¿Cuál es la causa de toda esta historia?» , preguntó Alí el Pícaro. Y lo pusieron al corriente del asunto. « ¿Y por qué huís ante la fiera? Yo me encargo de matarla.» Entonces el jefe de la caravana se dirigió al mercader y le repitió aquellas palabras. « Si lo mata —prometió el mercader— le daré mil dinares.» « También nosotros le daremos algo» , añadieron los demás mercaderes. Alí se levantó, se quitó la capa y quedaron al descubierto armas de guerra de buen acero. Cogió una espada de acero, dio vuelta a la espiral y se plantó solo ante el león, gritándole. La fiera se abalanzó sobre él; pero Alí al-Misrí mientras el jefe de la caravana y los mercaderes lo miraban, le clavó la espada entre los ojos y lo partió en dos mitades. « No temas, tío» , le dijo al jefe de la caravana. « Hijo mío, desde ahora soy tu siervo.» El mercader se levantó, lo abrazó y lo besó en la frente, le entregó los mil dinares, y cada mercader le dio veinte dinares. Alí entregó todo el dinero al mercader, y todos se pusieron a dormir. Por la mañana emprendieron la marcha hacia Bagdad y llegaron al Bosque de los Leones y al Valle de los Perros, donde se encontraron con un beduino prepotente y salteador de caminos, que iba con una cábila. El beduino, con los suyos, los asaltó, y la gente huyó ante los asaltantes. « Mi fortuna se ha perdido» , lloriqueó el mercader. Entonces se adelantó contra ellos Alí, revestido de coraza de cuero, llena de cascabeles. Sacó su lanza, montó las diversas partes, robó uno de los caballos del beduino, montó en él y dijo al salteador: « Baja a luchar conmigo con la lanza» y, mientras, agitaba los cascabeles. Los caballos del beduino se asustaron a causa de los cascabeles, y Alí golpeó la lanza del beduino y la partió. Luego lo hirió en el cuello y le saltó los sesos. Al ver actuar a Alí, la gente del beduino se lanzó contra él. « ¡Dios es grande!» , exclamó Alí, se lanzó contra ellos, los derrotó y ellos huyeron. Entonces Alí levantó los sesos del beduino con la punta de la lanza, y los mercaderes, después de haberle hecho regalos, se pusieron en marcha y llegaron a Bagdad. Alí el Pícaro pidió al mercader su dinero, y cuando éste se lo hubo dado, lo entregó al jefe de la caravana, diciéndole: « Cuando vayas a El Cairo, pregunta por mi cuartel y entrega el dinero al guardián» . Luego se fue a dormir.

Por la mañana entró en la ciudad y dio vueltas por ella preguntando por el cuartel de Ahmad al-Danif; mas nadie se lo indicó. Entonces se echó a andar y

llegó a la plaza de al-Nafd, donde jugaban unos niños, entre ellos un muchacho llamado Ahmad al-Laqit. Alí se dijo: « No pidas noticias sino a los más pequeños» y, volviéndose sobre sí mismo, vio a un vendedor de dulces, al que le compró *halawa*. Entonces llamó a los niños. En seguida, Ahmad al-Laqit apartó a los niños, se adelantó y preguntó a Alí: « ¿Qué quieres?» Alí le dijo: « Yo tenía un hijo, que murió. Lo he visto en sueños y pedía *halawa*, y la he comprado. Ahora quiero dar un pedazo a cada niño» . Dio un trozo a Ahmad al-Laqit, y éste al mirarlo, vio que a él iba pegado un dinar. « ¡Vete! —exclamó—, ¡yo no hago porquerías! Pregunta quién soy yo.» « Hijo mío, no acepta el salario sino el pícaro y no facilita el salario sino el pícaro. He dado vueltas por la ciudad buscando el cuartel de Ahmad al-Danif, pero nadie me lo ha dicho. Este dinar será tu paga si me indicas dónde está el cuartel de Ahmad al-Danif.» El niño contestó: « Yo correré delante de ti, y tú correrás detrás de mí. Cuando esté cerca del cuartel, daré un puntapié a una piedra, la lanzaré contra la puerta, y así sabrás cuál es» . El niño se echó a correr, y Alí tras él, hasta que el muchacho dio un puntapié a una piedra y la lanzó contra la puerta del cuartel, y así Alí lo reconoció.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí] entonces cogió al muchacho con la intención de arrebatarle el dinar; pero no lo consiguió. « Vete —le dijo entonces—, mereces respeto, pues eres sagaz, muy inteligente y muy valeroso. Si Dios quiere que me nombren capitán del Califa, haré de ti uno de mis muchachos.» El muchacho se marchó. Alí al-Zaybaq al-Misrí se acercó al cuartel y llamó a la puerta. « Guardián, abre la puerta —mandó Ahmad al-Danif —, ésta es la manera de llamar de Alí al-Zaybaq al-Misrí.» Abrió la puerta y Alí llegó a presencia de Ahmad al-Danif. Lo saludó, lo besó y lo abrazó, y los cuarenta lo saludaron también. Luego Ahmad al-Danif le mandó ponerse un vestido, diciéndole: « Cuando el Califa me nombró capitán suyo, vistió a mis satélites, y yo reservé este vestido para ti» . Lo hicieron sentar entre ellos, en el centro de la reunión. Trajeron comida, de la que comieron, y bebidas, de las que estuvieron bebiendo hasta llegar la mañana, por lo que quedaron borrachos. « Ve con cuidado y no corretees por Bagdad —dijo Ahmad al-Danif a Alí al-Misrí—. Permanece en el cuartel.» Pero Alí preguntó: « ¿Por qué? ¿Acaso vine para permanecer encerrado? He venido para corretear» . « Hijo mío, no creas que Bagdad es como El Cairo. Ésta es Bagdad, la sede del Califato, en la que hay muchos pícaros: la mala vida crece en ella como las malas hierbas surgen de la tierra.» Y Alí permaneció tres días en el cuartel.

« Quiero hacerte llegar junto al Califa —le dijo Ahmad—, para que te señale

un sueldo.» « Cuando llegue el momento» , contestó Alí. Y Ahmad lo dejó y se fue a sus asuntos.

Cierto día, mientras Alí estaba en el cuartel, se le acongojó el corazón y se le oprimió el pecho. « ¡Ea! —se dijo a sí mismo—, vete a dar una vuelta por Bagdad y se te ensanchará el pecho.» Salió y fue de calle en calle. En el mercado vio una tienda, entró en ella, comió, salió para lavarse las manos y tropezó con cuarenta esclavos, que llevaban espadas de acero y fieltros y marchaban de dos en dos. Al final de la comitiva, y montada sobre una mula, iba Dalila la Taimada, con penacho dorado y casco de acero en la cabeza, cota de mallas y demás cosas por el estilo. Dalila salía del diván e iba hacia la posada. Al ver a Alí al-Zaybaq al-Misrí, lo miró atentamente: notó que se parecía a Ahmad al-Danif en lo alto y robusto; que llevaba capa, albornoz, espada de acero, etcétera; que en su rostro se leía el valor, lo cual era un testimonio favorable para él. Marchó hacia la posada y se reunió con su hija Zaynab. Cogió la tableta geomántica, dispuso la arena y apareció patente que se llamaba Alí al-Misrí, y que su buena estrella habría de vencer la suerte de ella y de su hija Zaynab. « Madre mía, ¿qué has deducido de tu geomancia?» « Hoy he visto —contestó ella— un joven que se parece a Ahmad al-Danif, y temo que se entere de que tú has despojado a éste y a sus hombres, que entre en la posada y nos haga alguna jugarreta para vengar a su jefe y a sus cuarenta. Creo que se aloja en el cuartel de Ahmad al-Danif.» « ¿Y eso qué importa? —inquirió Zaynab—. Creo que ya has hecho tus cálculos acerca de él.» A continuación, la joven se puso el vestido más suntuoso que poseía y salió a dar vueltas por la ciudad. La gente, al verla, quedaba prendada de ella, mientras ella prometía y violaba su promesa, escuchaba y las hacía de todas clases. Fue de zoco en zoco hasta que vio que Alí al-Misrí se acercaba a ella. Lo rozó con el hombro, se volvió hacia él y le dijo: « ¡Dios haga vivir a quienes ven!» Alí exclamó: « ¡Qué graciosa eres! ¿A quién perteneces?» « A un bellaco como tú.» « ¿Eres casada o soltera?» « Soy casada.» « ¿Nos vemos en tu casa o en la mía?» « Yo soy hija de un mercader, y también mi marido es mercader, y nunca salí hasta hoy. Había preparado comida y quería comer; pero no tuve ganas. Y cuando te vi, mi corazón se prendó de ti. ¿Puedes hacerme este favor, y comer un bocado en mi casa?» Alí contestó: « El que sea invitado, que acepte la invitación» . Y ella se echó a andar de calle en calle, seguida por Alí. Pero mientras iba andando tras ella, Alí pensó: « ¿Cómo puedes hacer eso? Eres extranjero, y se dice: “¡Quien comete adulterio en tierra extraña, Dios lo devuelve a su casa desilusionado!” Despídela, pues, con buenos modos» . Y le dijo así: « Toma este dinar y señala otro momento que no sea éste» . Pero ella exclamó: « ¡Por el gran nombre de Dios! Esto es imposible. Tú vendrás conmigo a esa casa y yo seré afectuosa contigo» . Entonces él la siguió, y llegaron al umbral de una casa que tenía un gran portón, y la aldaba estaba cerrada. « Abre esa aldaba» , dijo la joven. « ¿Dónde está la llave?» « Se

ha perdido.» « Quien abre una aldaba sin llave es un delincuente, y el juez debe castigarlo. Yo no conozco ningún modo de abrirlo sin llave.» Ella se levantó el velo del rostro y Alí le echó una mirada a la que siguieron mil suspiros. Luego Zaynab dejó caer su velo sobre la aldaba y, tras pronunciar los nombres de la madre de Moisés, la abrió sin llave, entró, y el joven la siguió; en el interior vio espadas y armas de acero. Ella se quitó el velo y se sentó con él. « Cumple lo que Dios ha decretado acerca de ti» , pensó Alí, y se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla; mas la joven, poniendo su mano sobre la mejilla, objetó: « Sólo de noche puede haber afecto» . Trajo una mesa servida, y vino. Los dos comieron y bebieron. Luego ella se levantó para llenar el aguamanil en el pozo, derramó agua sobre sus manos y él se las lavó. Mientras estaban así, la mujer se golpeó el pecho y exclamó: « Mi marido tenía un anillo de jacinto que le habían dado como prenda por quinientos dinares. Yo me lo puse, y como me iba ancho, reduje el aro con cera. Cuando hice bajar el cubo, el anillo se me cayó al pozo. Vuélvete, pues, hacia la puerta, para que yo me desnude y baje al pozo a cogerlo» . « Sería una vergüenza para mí que bajases tú y yo permaneciera aquí; bajaré yo mismo.» Se quitó la ropa, se ató a la cuerda, y Zaynab lo bajó al pozo en el que había mucha agua. « La cuerda es corta —dijo Zaynab—: suéltate y baja.» Alí se desató, bajó al agua y se zambulló sin conseguir llegar al fondo.

Entretanto, la mujer se puso de nuevo el velo, cogió los vestidos de Alí y se fue junto a su madre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zaynab se fue junto a su madre] a la que contó: « He despojado a Alí al-Misrí y lo he echado al pozo del Emir Hasán, el dueño de la casa. ¡Le costará bastante salvarse!»

El dueño de la casa, el Emir Hasán, estaba ausente, pues se hallaba en el diván. Cuando regresó y vio que su casa estaba abierta, preguntó al criado: « ¿Por qué no echaste la aldaba?» « Mi señor, la cerré con mis propias manos» , aseguró el criado. « Entonces, ¡juro por mi cabeza que en mi casa ha entrado un ladrón!» El Emir Hasán entró en la casa y dio vueltas por ella, pero no vio a nadie. « Llena el cubo para que pueda hacer las abluciones» , dijo al criado. Éste cogió el cubo y lo echó abajo; pero mientras lo iba subiendo notó que pesaba; se asomó al pozo, y al ver a un individuo acurrucado en el cubo, lo dejó caer de nuevo y gritó: « ¡Mi señor, del pozo ha subido un *efrit*!» . « Ve a buscar cuatro alfaquíes —le dijo el Emir Hasán— para que lean el Corán y se vaya.» Y cuando los alfaquíes llegaron, les dijo: « Poneos alrededor de este pozo y leed el Corán a este *efrit*» . Luego acudieron el esclavo y el criado y echaron el cubo. Alí al-Misrí se colgó de él, se escondió y esperó pacientemente a que el cubo

estuviera cerca de ellos. Entonces saltó del cubo y se sentó entre los alfaquíes, que se golpearon el rostro, mientras decían: « ¡Al *efrit*, al *efrit*!» Pero el Emir Hasán, al darse cuenta de que Alí era un hermoso joven, preguntó: « ¿Eres un ladrón?» « No» , contestó Alí. « Entonces, ¿para qué bajaste al pozo?» « Me quedé dormido y tuve una polución. Por ello bajé al Tigris para hacer ablución completa. Cuando me hube arrojado, el agua me arrastró bajo el suelo, hasta que salí por este pozo.» « Di la verdad» , insistió el Emir. Y Alí le contó todo lo que le había ocurrido. El Emir lo hizo salir de la casa con un vestido viejo, y Alí se fue al cuartel de Ahmad al-Danif, a quien contó lo sucedido. « ¿No te dije —observó Ahmad— que hay en Bagdad mujeres que engañan a los hombres?» Y entonces, Alí Kitf al-Chamal le dijo: « ¡Juro por el gran nombre de Dios! Dime: ¿cómo lograste ser capitán de malandrines en El Cairo, puesto que te has dejado despojar por una joven?» Esto le sentó mal a Alí, y se arrepintió de haber salido. Cuando Ahmad al-Danif le hubo dado otro vestido, Hasán Sumán le dijo: « ¿Conoces a la joven?» « No» , contestó. « Pues bien, es Zaynab, la hija de Dalila la Taimada, la portera de la posada del Califa. Alí, ¿has caído en sus redes?» « Sí.» « Has de saber que ella robó los vestidos de tu jefe y los de todos sus satélites» , prosiguió Hasán. « ¡Eso es una ignominia para vosotros!» , exclamó Alí. « ¿Y qué quieres hacer ahora?» « Mi intención es casarme con ella.» « ¡Nunca, nunca lo conseguirás! Consuela a tu corazón acerca de ella.» « ¿Cómo lograría casarme con ella, oh, Sumán?» , preguntó Alí. « Yo te lo diré con mucho gusto. Si bebes de mi mano y marchas bajo mi bandera, lograrás tu propósito.» « De acuerdo.» « Entonces, quítate los vestidos, Alí.» Alí se desnudó, y el otro cogió un caldero, puso a hervir en él algo parecido a pez, y con el ungüento lo untó, hasta que Alí quedó semejante a un esclavo negro. Le untó labios y mejillas, esparció sobre sus ojos colirio rojo, le hizo ponerse vestidos de siervo, trajo una mesa con un cordero asado y vino, y le dijo: « En la posada hay un esclavo cocinero, y ahora tú eres igual que él. Él necesita del mercado sólo carne y verdura. Dirígete a él con buenos modos, y, hablándole en el lenguaje de que se valen los esclavos, salúdale y dile: “Hace ya mucho que no nos hemos encontrado juntos en una tienda de *buza*”. Él te contestará: “Yo estoy ocupado y he de atender a cuarenta esclavos, para los cuales guiso la comida y la cena, y luego he de dar de comer a los perros y preparar la mesa para Dalila y para su hija Zaynab.” Pero tú insistes: “Vente a comer cordero asado y a beber *buza*”. Entra con él en el cuartel, embriágalo y luego pregúntale cuántos platos guisa, qué da de comer a los perros, dónde está la llave de la cocina y la de la despensa. Él te lo dirá, porque el borracho explica todo lo que calla cuando está sereno. Luego dale un narcótico y ponte sus vestidos y los cuchillos a la cintura. Coge la espuerta de la verdura y ve al mercado; compra carne y verdura, y luego ve a la despensa y prepara la comida. Cógela y entra hasta donde está Dalila, en la posada. Echa un narcótico en la comida para narcotizar a los perros, a los

esclavos, a la misma Dalila y a su hija Zaynab. Luego sube al palacio y tráete aquí todos los vestidos que allí haya. Y si pretendes casarte con Zaynab, tráete también las cuarenta palomas que transportan las cartas» .

Alí salió. Vio al esclavo cocinero, lo saludó y le dijo: « Hace ya mucho que no nos hemos encontrado en la tienda de *buza*» . « Yo estoy ocupado en guisar para los esclavos y los perros» , contestó el negro. Alí lo cogió, lo embriagó y le preguntó: « ¿Cuántos platos de comida preparas?» Y el cocinero contestó: « Todos los días, cinco para comer y cinco para cenar. Además, ayer me pidieron un sexto plato, que fue *zarada*, y un séptimo plato, un guiso de granos de granada» . « ¿Y cómo sirves las comidas que preparas?» « Pongo la mesa para Zaynab, y luego para Dalila. Luego doy de comer a los esclavos, y después a los perros, y a todos ellos les doy de comer carne suficiente; lo menos que les puede bastar es un *ratl*.» Pero el destino hizo que Alí se olvidara de pedir las llaves. Despojó al negro de sus vestidos y se los puso él, cogió la espuerta y fue al mercado, donde compró la carne y la verdura.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que luego regresó, cruzó la puerta de la posada y vio que Dalila estaba sentada inspeccionando a los que entraban y salían. Vio también a los cuarenta esclavos armados, pero se armó de valor. Mas cuando lo vio Dalila, lo reconoció y exclamó: « ¡Atrás, jefe de ladrones! ¿Quieres hacerme alguna jugarreta en la posada?» Alí al-Misrí, que iba disfrazado de esclavo, se volvió hacia Dalila y le dijo: « ¿Qué dices, portera?» « ¿Qué has hecho del esclavo cocinero? Dime, ¿qué has hecho de él? ¿Lo has matado o le has dado un narcótico?» Pero Alí preguntó: « ¿Qué esclavo cocinero? ¿Acaso hay otro esclavo cocinero que no sea yo?» « ¡Mientes! Tú eres Alí al-Zaybaq al-Misrí.» « Portera —dijo Alí en el habla de los esclavos—, ¿los de El Cairo son blancos o negros? Yo no quiero servir más.» « ¿Qué te ocurre, primo?» , le preguntaron entonces los esclavos. « Éste no es vuestro primo —interrumpió Dalila—. Éste es Alí al-Zaybaq al-Misrí y, al parecer, ha narcotizado a vuestro primo o lo ha matado.» « Pero si éste es nuestro primo Saad Allah el cocinero» , protestaron los negros. Dalila insistió: « No es vuestro primo, sino Alí al-Misrí, que se ha teñido la piel» . « ¿Qué Alí? Yo soy Saad Allah» , exclamó Alí. Pero Dalila insistió: « Yo tengo grasa para hacer la prueba» . Y trajo grasa, con la que le untó el brazo y lo frotó; pero lo negro no se fue. « Déjalo ir para que nos prepare la comida» , insistieron los esclavos. « Si éste es vuestro primo —observó Dalila— sabrá lo que le pedisteis ayer y sabrá cuántos platos debe guisar diariamente.» Ellos le preguntaron acerca de los platos de los que le habían pedido la noche anterior, « Lentejas y arroz, caldo, estofado, agua de rosas y un

sexto plato: *zarada*; y un séptimo plato: granos de granada; y lo mismo para cenar.» « ¡Ha dicho la verdad!» , exclamaron los esclavos. Pero la vieja insistió: « Entrad con él: si reconoce la cocina y la despensa, significa que es vuestro primo. Si no, matadlo» .

Ahora bien, resulta que el cocinero había criado un gato, y todas las veces que él iba a entrar en la cocina, el animal se paraba ante la puerta; luego, cuando él entraba, el gato saltaba sobre su hombro. Al entrar Alí, el gato lo vio y saltó sobre su hombro. Alí se lo quitó de encima, el gato corrió hasta la cocina, y Alí adivinó que el animal sólo había podido pararse ante la puerta de la cocina. Cogió entonces las llaves, y al ver que en una de ellas se veían restos de plumas, supo que aquélla era la llave de la cocina. La abrió, dejó la verdura y salió. El gato corrió ante él, dirigiéndose a la puerta de la despensa. Alí supuso que sería la despensa, cogió las llaves y vio que una de ellas tenía huellas de grasa, y comprendió que era la llave de la despensa, y la abrió. Los esclavos observaron: « Dalila, si hubiera sido un extraño no habría sabido cuál era la cocina ni cuál la despensa, ni habría reconocido, entre todas las llaves, la de cada sitio. Por tanto, no cabe duda de que es nuestro primo Saad Allah» . Dalila insistió: « Sólo por medio del gato ha reconocido los locales y las llaves por lo que había pegado a ellas. Yo no me trago este cuento» .

Alí entró en la cocina, guisó la comida y subió la mesa a Zaynab y vio en su palacio todos los vestidos. Luego bajó, sirvió la mesa a Dalila y dio de comer a los esclavos y a los perros. Y lo mismo hizo para la cena. Ahora bien, la puerta de la posada sólo se abría y cerraba al levantarse y ponerse el Sol. Después Alí gritó: « ¡Habitantes de la posada!: los esclavos han empezado la vela para la guardia, hemos soltado los perros. El que quiera subir, que no se censure más que a sí mismo» . Alí había retrasado el dar de comer a los perros. Había puesto veneno en la comida y luego la había llevado a los animales, por lo que los perros, después de haber comido, murieron. Narcotizó a todos los esclavos, y también a Dalila y a su hija Zaynab. Entonces subió, cogió todos los vestidos y las palomas mensajeras, abrió la posada, salió y se echó a andar hasta llegar al cuartel. Hasán Sumán lo vio y le preguntó qué había hecho, y Alí le contó todo lo ocurrido. Hasán le dio las gracias, y luego, después de haber recogido los vestidos, se puso a hervir hierbas, lo lavó con la mezcla y Alí quedó blanco como antes. Entonces Alí se dirigió al esclavo, le puso sus vestidos, le dio un antídoto y el negro se levantó y marchó a casa del verdulero, donde cogió las verduras y regresó a la posada.

Esto es lo que se refiere a Alí al-Zaybaq al-Misrí.

En cuanto a Dalila la Taimada, cuando amaneció, un mercader de los que vivían en la posada salió de su habitación y vio que la puerta de la posada estaba abierta, que los esclavos estaban narcotizados, y los perros, muertos. Fue a ver a Dalila y la halló también narcotizada y con un pedazo de papel al cuello. Tenía

sobre la cabeza una esponja con un antídoto, que el mercader puso debajo de la nariz de Dalila, y ésta volvió en sí. « ¿Dónde estoy?» , preguntó al volver en sí. El mercader contestó: « He bajado y he visto que la puerta de la posada estaba abierta. También te he encontrado narcotizada, y lo mismo a los esclavos. En cuanto a los perros, los he hallado muertos» . Dalila cogió el pedazo de papel y vio escrito en él: « Todo esto lo ha hecho Alí al-Misrí» . Hizo oler el antídoto a los esclavos y a su hija Zaynab, y dijo a los negros: « ¿No os dije que era Alí al-Misrí? —y luego ordenó—: Guardad oculto el asunto» . Se dirigió entonces a su hija. « ¿Cuántas veces te dije que Alí no dejaría de vengarse? Ha obrado así como respuesta a lo que le hiciste. Más aún podría haberte hecho; pero se ha limitado a esto en honor a ti y como prueba de que quiere que haya amistad entre nosotros.»

Luego Dalila se quitó la indumentaria de hombre, se vistió de mujer, se ató el pañuelo al cuello y se dirigió al cuartel de Ahmad al-Danif.

Cuando Alí hubo entrado en el cuartel con los vestidos y con las palomas mensajeras, Sumán entregó al guardián el precio de otras cuarenta palomas, que éste había comprado, cocinado y colocado ante los hombres. De pronto Dalila llamó a la puerta, y Ahmad al-Danif exclamó: « Ésta es la manera de llamar de Dalila. Guardián, levántate y ve a abrirle» . El guardián fue a abrir, y Dalila entró.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sumán preguntó: « ¿Qué te trajo aquí, vieja de mal agüero? ¡Tú y tu hermano Zurayq, el pescadero, tramasteis juntos!» « Capitán —reconoció Dalila—, la culpa es mía. He aquí mi cabeza. Pero, dime: ¿quién de vosotros es el joven que me hizo esa jugada?» « Es el primero de mis hombres» , contestó Ahmad al-Danif. « Entonces intercede ante él para que me traiga las palomas mensajeras y lo demás, y así me haréis un gran favor.» « ¡Dios te recompense, Alí! —exclamó Hasán Sumán—. ¿Por qué guisaste esos pájaros?» « Yo no sabía que fuesen palomas mensajeras» , contestó Alí. « ¡Guardián! —llamó Ahmad—, trae una ración.» El aludido la trajo, y la mujer cogió un trozo de paloma, lo masticó y observó: « ¡Esto no es carne de paloma mensajera! Yo las alimento con almizcle, y por eso su carne tiene gusto a almizcle» . « Si tu deseo es coger las palomas mensajeras, colma previamente el deseo de Alí al-Misrí» , le dijo Sumán. Y la vieja preguntó: « ¿Cuál es su deseo?» « Que le des por esposa a tu hija Zaynab.» « Sólo por las buenas puedo dominarla.» « Entrégale las palomas» , aconsejó entonces Hasán a Alí al-Misrí. Éste se las dio, y la mujer las recogió, contenta. « Es absolutamente necesario que nos des una respuesta definitiva» , dijo Sumán. Y ella contestó: « Si su

intención es casarse con ella, he de observar que la jugarreta que ha hecho no puede ser calificada de hábil. La verdadera habilidad consistiría en que la pidiese por esposa a su tío, el capitán Zurayq, que es su tutor, y que suele gritar: "¡Una medida de pescado por dos monedas de cobre!" En su tienda hay colgado un saco, en cuyo interior ha puesto dos mil piezas de oro» . Cuando los asistentes oyeron hablar así a la vieja, se pusieron en pie y exclamaron: « ¿Qué son estas palabras, desvergonzada? ¡Tú quieres hacernos perder a nuestro hermano Alí al-Misrí!»

En cuanto a Dalila, se alejó de ellos, se dirigió a la posada y dijo a su hija: « Alí al-Misrí te ha pedido a mí por esposa» . La mujer se alegró, ya que, en el fondo, se había enamorado de él por la continencia de que había dado muestra con ella. Le preguntó a su madre qué había ocurrido, y Dalila le contó lo sucedido, y añadió: « Le he puesto como condición el que te pida por esposa a tu tío, y así lo he enviado al encuentro de la muerte» .

En cuanto a Alí al-Misrí, se volvió hacia sus compañeros y preguntó: « ¿Qué tipo es ese Zurayq? ¿Qué hace?» , y le contestaron: « Era el jefe de los gamberros del Iraq, capaz de horadar una montaña, de coger las estrellas, de robar el colirio de los ojos. En todo esto no tiene igual. Pero se arrepintió de sus acciones, abrió una pescadería y con esta ocupación ha reunido dos mil dinares, que ha colocado en una bolsa; ha atado a la bolsa un cordón de seda, en el que ha puesto campanillas y cencerros de cobre; luego ha atado el cordón a una estaca por el interior de la puerta de la tienda y lo ha unido a la bolsa. Siempre que abre la tienda, cuelga la bolsa y grita: "¿Dónde estáis, bribones de El Cairo, rufianes del Iraq, granujas de Persia? Zurayq el pescadero ha colgado una bolsa en su tienda y será para quien demuestre ser hábil y logre cogerla con algún truco". Los malhechores codiciosos vienen con intención de cogerla; pero no lo consiguen, porque él, mientras fríe y enciende fuego, tiene bajo sus pies discos de plomo. Cuando alguien que codicia el dinero va a apoderarse de la bolsa aprovechándose de su descuido, Zurayq le da con un disco de plomo, lo aniquila y le mata. Alí, si te atreves a intentar apoderarte de ella, serás como quien se golpea el rostro en un funeral sin saber ni siquiera quién es el muerto. Tú no tienes fuerza para medirte con él, pues significaría para ti un serio peligro. No necesitas para nada casarte con Zaynab: quien prescinde de una cosa, también puede vivir sin ella» . « ¡Eso sería una vergüenza, hombre! —replicó Alí—. Debo imprescindiblemente apoderarme de la bolsa. Por tanto, traedme vestidos de mujer.» Se los dieron, se los puso, se tiñó con alheña y se puso un velo. Luego degolló un cordero, cogió la sangre y sacó los intestinos, los limpió y los volvió a cerrar por la parte inferior. Los rellenó de sangre y se los ató al muslo. Encima se puso las bragas, se calzó zuecos, se hizo senos con buches de pájaro, que llenó de leche; se enrolló a la cintura un poco de tela, puso algodón entre esto y su barriga y se fajó por encima con un paño completamente almidonado. Y así todos los

que le veían exclamaban: « ¡Qué hermosas asentaderas!» . Pasó un arriero, y Alí, después de darle un dinar, montó en el asno, con el que partió hacia la tienda de Zurayq el pescadero. Allí vio la bolsa colgada y comprobó que en ella se veía oro. Zurayq estaba friendo pescado. « Arriero, ¿qué olor es éste?» , preguntó Alí. « Es el olor de los pescados de Zurayq.» « Soy una mujer en estado, ese olor me molesta. Cógeme, pues, un trozo de pescado.» El arriero se dirigió a Zurayq y le dijo: « ¿Acaso te has propuesto hacer notar el olor a las mujeres en estado? Viene conmigo la mujer del Emir Hasán Sarr al-Tariq, que está encinta y ha notado el olor. Dame un trozo de pescado para ella, pues el feto se mueve en su vientre. ¡Oh, protector, oh Dios mío, líbranos de las desgracias de este día!» Zurayq cogió un trozo de pescado con la intención de freírlo; pero el fuego se había apagado, por lo cual se fue adentro a encenderlo. Entretanto, Alí al-Misrí se había sentado, y, haciendo presión en los intestinos, los cortó, y la sangre empezó a correr por entre las piernas. « ¡Ay, mi costado! ¡Ay, mi espalda!» , se quejaba. El arriero se volvió, vio que la sangre corría, y preguntó: « Mi señora, ¿qué tienes?» Alí, que iba disfrazado de mujer, contestó: « ¡He abortado!» Zurayq se asomó; mas al ver la sangre huyó de la tienda, asustado. « ¡Dios haga dura tu vida, Zurayq!, maldijo el arriero. La mujer ha abortado y ahora tú no podrás soportar la indignación del marido. ¿Por qué le hiciste notar el olor, mientras yo te pedía que me dieras un trozo de pescado para ella y tú no querías?» El arriero cogió su asno y siguió su camino. Mientras tanto, cuando Zurayq había huido del interior de su tienda, Alí alargó la mano hacia la bolsa. La alcanzó; pero el oro que en ella había sonó, y tintinearon campanillas, cencerros y anillos. « ¡Tu engaño ha salido a luz, sinvergüenza! Querías jugármela en mis propias barbas, disfrazado de mujer, ¿eh? Pues coge lo que te llega.» Y le lanzó un disco de plomo, que no dio en el blanco. Zurayq echó mano de otro; mas la gente, protestando contra él, interrumpió: « ¿Eres comerciante o luchador? Si eres comerciante, baja la bolsa y evita perjuicios a la gente» . Y Zurayq concluyó: « Bueno, en nombre de Dios» .

Entretanto, Alí había marchado al cuartel, donde Sumán le preguntó qué había hecho, y él le refirió cuanto le había ocurrido. A continuación se quitó las prendas femeninas y dijo: « Sumán, tráeme vestidos de palafrenero» . Y cuando se los hubo traído, los cogió y se los puso. Cogió luego un plato y cinco dirhemes y fue a ver a Zurayq el pescadero, el cual le preguntó: « ¿Qué quieres, maestro?» Alí le enseñó los dirhemes que llevaba en la mano, y Zurayq quería darle el pescado que había en la tabla. Pero Alí le dijo: « Sólo aceptaré pescado caliente» . Zurayq puso pescado en la sartén con la intención de freírlo; pero como el fuego se había apagado, entró a encenderlo. Entonces Alí alargó la mano para coger la bolsa, y llegó a tocar su extremo; pero tintinearon las campanillas, los anillos y los cencerros. « Tu jugada no me engañó, a pesar de que viniste disfrazado de palafrenero. Te reconocí por la manera de llevar en la

mano el dinero y el plato.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zurayq] lanzó contra él un disco de plomo. Alí al-Misrí se apartó, y el disco dio en una escudilla de barro llena de carne caliente. La escudilla se rompió, y la carne y el caldo grasiento se derramaron sobre la espalda del cadí, que pasaba por allí. Todo le cayó sobre el pecho y hasta los testículos. «¡Ay mis pelotas! —chilló el cadí—. ¡Maldito desventurado! ¿Quién me ha hecho esta faena?» «Señor nuestro —le contestó la gente—, es un muchacho pequeño que ha tirado una piedra y ha caído en la escudilla. ¡Dios nos libre de males peores!» Miraron alrededor y vieron el disco de plomo y a Zurayq el pescadero que lo había lanzado. Protestaron y le dijeron: «Zurayq, Dios no permite esto. Baja la bolsa, y será mejor para ti.» «Si Dios quiere, la bajaré», contestó Zurayq.

Entretanto, Alí al-Misrí había regresado al cuartel, donde se presentó a sus compañeros, que le preguntaron dónde estaba la bolsa. Él les contó todo lo acaecido, y ellos le dijeron: «¡Has malgastado dos terceras partes de tu habilidad!» Él se quitó lo que llevaba puesto, se disfrazó de mercader y salió. Vio a un encantador de serpientes que llevaba un saco de piel, en el cual iban serpientes, y una alforja, que contenía sus cosas, y le dijo: «Encantador, quiero que des un espectáculo ante mis hijos, y obtendrás recompensa». Y lo llevó al cuartel, donde le dio de comer y lo narcotizó. Luego se puso sus vestidos y se dirigió a Zurayq el pescadero, se acercó a él y tocó la flauta. «¡Dios te sustente!», le deseó Zurayq. Pero Alí sacó las serpientes y las echó ante él, y Zurayq, lleno de miedo ante aquellos animales, huyó al interior de la tienda. Alí cogió las serpientes, las metió en el saco de piel, extendió la mano hacia la bolsa y llegó a tocar un extremo; pero tintinearon los anillos, los cencerros y las campanillas. Y entonces Zurayq le dijo: «Tú sigues tratando de hacerme jugarretas, y ahora incluso te has disfrazado de encantador de serpientes». Y lanzó contra él un disco de plomo. Se acercaba entonces un soldado, tras el cual iba un palafrenero, y el disco dio en la cabeza de este último, que cayó al suelo. «¿Quién lo ha derribado al suelo?», preguntó el soldado. «Ha sido una piedra caída del tejado», le explicó la gente, y el soldado se marchó. Pero algunas personas miraron y vieron el disco de plomo, y por ello protestaron ante Zurayq. «Baja la bolsa», le dijeron. «Si Dios quiere, esta noche la bajaré», aseguró el pescadero.

Alí siguió engañando a Zurayq hasta hacerle siete jugarretas, pero sin lograr apoderarse de la bolsa. Devolvió sus vestidos al encantador de serpientes, le dio también sus cosas y lo compensó. Luego volvió a la tienda de Zurayq y lo oyó

decir: « Si esta noche dejo la bolsa en la tienda, él abrirá una brecha y se la llevará. Así, pues, me llevaré la bolsa a mi casa» . Se levantó, barrió la tienda, bajó la bolsa, se la puso en el pecho, y Alí lo siguió hasta cerca de su casa. Al ver que en casa de su vecino se celebraba una fiesta, Zurayq se dijo: « Iré primero a casa y le entregaré la bolsa a mi mujer. Luego me vestiré y volveré a la fiesta» . Y marchó, mientras Alí seguía detrás de él.

Zurayq estaba casado con una esclava negra, una de las libertas del visir Chafar, y había tenido de ella un hijo varón al que puso el nombre de Abd Allah. Él le había prometido a su mujer que con la bolsa pagaría los gastos de la circuncisión, y que cuando casara al muchacho, gastaría el contenido en la fiesta nupcial.

Zurayq se presentó a su mujer con la cara triste. « ¿Cuál es la causa de tu tristeza?» , le preguntó su mujer. « Dios me ha entristecido enviándome un bribón que me ha hecho siete jugarretas para robarme la bolsa, pero no ha podido arrebatármela.» « Dámela y la guardaré yo para la boda del muchacho» , le aconsejó su esposa. Y Zurayq se la entregó.

Entretanto, Alí al-Misrí se había escondido en una habitación desde la cual podía ver y oír. Zurayq se quitó lo que llevaba puesto, se puso su traje de fiesta y dijo a su mujer: « Umm Abd Allah, guarda la bolsa. Yo me voy a la fiesta» . « Tiempo tendrás luego de ir» , dijo ella, y Zurayq se echó a dormir. Entonces Alí, andando de puntillas, cogió la bolsa, fue a la casa en que se celebraba la fiesta y allí se puso a observar. Entretanto, Zurayq vio en sueños que un pájaro cogía la bolsa. Despertó asustado y dijo a Umm Abd Allah: « Anda, ve a ver si está la bolsa» . Ella fue a verlo, y al no hallarla, se golpeó el rostro con las manos. « ¡Qué negra es tu suerte, Umm Abd Allah! —lloriqueó—. El bribón ha cogido la bolsa.» « ¡Por Dios! —exclamó Zurayq—, nadie sino el bribón de Alí ha podido hacerlo. ¡Nadie sino él la ha cogido! ¡He de recuperarla!» Su mujer lo amenazó: « Si no traes la bolsa, te cerraré la puerta y dormirás en la calle» .

Zurayq se dirigió a la fiesta, vio que el granuja de Alí estaba mirando, y se dijo: « Éste es el que me ha quitado la bolsa. Pero él reside en el cuartel de Ahmad al-Danif» . Por eso, Zurayq se le adelantó, llegó al cuartel, lo escaló por detrás, bajó y se encontró con que los hombres dormían. De repente, Alí llamó a la puerta. « ¿Quién está en la puerta?» , preguntó Zurayq. « Alí al-Misrí.» « ¿Trajiste la bolsa?» Alí, creyendo que le preguntaba Sumán, contestó: « Sí, la traje. Abre la puerta» . « No puedo abrirte sin antes haberla visto, pues entre yo y tu jefe hemos hecho una apuesta.» « Entonces extiende la mano» , le dijo Alí. Zurayq alargó la mano tras la puerta, y Alí le entregó la bolsa. La cogió, salió por el mismo sitio que había bajado, y se fue a la fiesta, mientras Alí seguía allí, en la puerta, sin que nadie le abriese. Por eso golpeó con violencia, y los hombres se despertaron, diciendo: « Ésta es la manera de llamar de Alí al-Misrí» . El guardián abrió la puerta y le preguntó: « ¿Has traído la bolsa?» « Basta de

bromas, Sumán. ¿No te la he entregado desde detrás de la puerta y tú me juraste que no me abrirías si no te enseñaba la bolsa?» « ¡Por Dios! —exclamó Sumán —, no la he cogido sino que ha sido el propio Zurayq quien lo ha hecho.» « Es absolutamente necesario que la vuelva a traer» , dijo Alí. Y salió en dirección a la fiesta.

Allí oyó que el bufón decía: « ¡Bravo, Abu Abd Allah! ¡Lo mismo te deseo para tu hijo!» « La suerte está de mi parte» , pensó Alí, y se dirigió a casa de Zurayq, subió por la parte posterior del edificio y se introdujo en él. Vio que la mujer dormía, la narcotizó, se puso su vestido, cogió al niño y se puso a buscar un cesto en el cual había pastas, de las que Zurayq, dada su avaricia, se había apoderado en la fiesta.

Zurayq volvió a su casa. Llamó a la puerta, y Alí, fingiendo ser la mujer, le preguntó: « ¿Quién está en la puerta?» « Abu Abd Allah» , contestó Zurayq. « Juré que no abriría la puerta si no traías la bolsa.» « La he traído.» « Dámela antes de que te abra la puerta.» Alí deslizó el cesto, y Zurayq puso en él la bolsa. Alí el pícaro la cogió, y luego, después de haber narcotizado al muchacho, despertó a la mujer, bajó por donde había subido y se fue al cuartel. Fue a ver a sus compañeros y les enseñó la bolsa y el muchacho que había traído consigo. Ellos le dieron las gracias, y Alí les repartió las pastas, de las que comieron. « Sumán —dijo entonces Alí—, este muchacho es hijo de Zurayq. Tenlo escondido.» Sumán lo cogió y lo ocultó. Trajo luego un cordero, lo degolló y lo entregó al guardián, que lo guisó como comida y lo envolvió en una mortaja para que pareciera un muerto.

En cuanto a Zurayq, durante un rato siguió junto a la puerta; pero luego llamó violentamente. « ¿Trajiste la bolsa?» , le preguntó su mujer. « ¿No la cogiste tú en el cesto que me echaste?» « No he echado ningún cesto ni he visto ninguna bolsa ni la he cogido.» « ¡Por Dios! —exclamó Zurayq—, ese granuja de Alí llegó antes que yo y se la ha llevado.» Miró en la casa y vio que faltaban las pastas y que el muchacho no estaba. « ¡Ay, mi niño!» , exclamó. La mujer se golpeó el pecho y amenazó: « ¡Nos veremos ante el visir! Nadie sino el pícaro que te hace las jugarretas ha matado a mi hijo, y ello por tu culpa» . « Yo garantizo que volveré a traer al niño» , aseguró Zurayq.

A continuación, y después de haberse atado al cuello un pañuelo, se dirigió al cuartel de Ahmad al-Danif. Llamó a la puerta, el guardián le abrió, y él llegó a presencia de los hombres. « ¿Qué te trae?» , le preguntó Sumán. « Interceded por mí ante Alí al-Misrí para que me entregue a mi hijo, y yo le perdonaré el robo de la bolsa de oro.» Sumán le dijo: « ¡Ojalá Dios te recompense, Alí! ¿Por qué no me dijiste que era tu hijo?» « Pues, ¿qué le ha ocurrido?» , preguntó Zurayq, y Sumán le explicó: « Le dimos de comer pasas, se atragantó y murió: ¡éste es!» « ¡Pobre hijo mío! ¿Qué le diré a su madre?» Desató la mortaja y… vio que era un cordero. « Me asustaste, Alí» , dijo entonces. Le entregaron a su hijo, y

Ahmad al-Danif le dijo: « Tú habías colgado la bolsa para quien fuese capaz de cogerla. Si algún granuja la hubiese cogido, habría sido para él. Por consiguiente, ahora es propiedad de Alí al-Misrí» . « Y yo se la regalo» , exclamó Zurayq. « Tómala para Zaynab, la hija de tu hermana» , le dijo Alí al-Zaybaq al-Misrí. « La acepto.» « La pedimos por esposa para Alí al-Misrí» , declararon todos. « Sólo por las buenas puedo con ella.» Y cogió a su hijo y la bolsa. « ¿Aceptas la petición de matrimonio de nuestra parte?» , insistió Sumán. « Sólo la acepto de quien puede ofrecer la donación nupcial.» « ¿En qué consiste tal donación?» Ella ha jurado que no la poseerá sino quien le traiga el vestido de Qamar, la hija de Esdras, el judío, y también todas sus demás cosas…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zurayq prosiguió:] » …la corona, la guirnalda y la babucha de oro.» « Si no te entrego esta noche el vestido de Qamar, no tendré derecho a pedir a Zaynab por esposa» , aseguró Alí. Todos protestaron: « ¡Pero Alí, morirás si le haces alguna jugarreta!» « ¿Por qué?» « Esdras el judío es un mago astuto y engañador que se vale de los genios. Posee fuera del reino un palacio cuyos muros están hechos de un ladrillo de oro y otro de plata. Este palacio sólo es visible cuando él está en su interior; cuando él no está, el palacio se esfuma. Esdras echó al mundo una hija llamada Qamar, a la que ofreció, de un tesoro, ese vestido. El judío pone el vestido en un recipiente de oro, abre las ventanas del palacio y grita: "¿Dónde están los bribones de Egipto, los rufianes del Iraq y los granujas de Persia? Quien logre apoderarse del vestido, suyo será". Todos los bribones han intentado cogerlo mediante estratagemas, pero no han podido conseguirlo, y él los ha transformado en monos y asnos.» « Yo he de cogerlo a toda costa —dijo Alí—, y será el vestido de novia de Zaynab, la hija de Dalila la Taimada.»

Alí se dirigió a la tienda del judío. Vio que éste, hombre ordinario y rudo, tenía una balanza, un cesto, oro y plata, y las cajas para el dinero, y también vio en su tienda una mula. El judío se levantó, cerró la tienda y colocó el oro y la plata en dos sacos, que puso en unas alforjas, y éstas, sobre la mula. Montó en ella y se echó a andar hasta llegar fuera de la ciudad. Alí al-Misrí lo seguía, pero el judío no se había dado cuenta de ello. Esdras sacó tierra de un saco que llevaba en el bolsillo, pronunció conjuros, la esparció por el aire, y Alí el Pícaro vio un palacio sin par. La mula, que era un genio maléfico del que se valía el judío, subió las escaleras con Esdras, y, una vez hubo éste bajado las alforjas de la mula, el animal se fue y desapareció. El judío se sentó en el palacio, y, mientras Alí miraba cuanto hacía, trajo una vara de oro, colgó de ella un recipiente de oro con cadenas, también de oro, y colocó en el recipiente el vestido, que Alí vio

desde detrás de la puerta. Y el judío gritó: « ¿Dónde están los bribones de Egipto, los rufianes del Iraq y los granujas de Persia? Este vestido será de quien logre apoderarse de él con habilidad» . Al acabar de decir esto, pronunció otras palabras mágicas, y ante él apareció una mesa de vino, y él bebió. Alí se dijo: « Tú podrás apoderarte de ese vestido sólo cuando él esté borracho» , y se colocó a su espalda y desenvainó un sable de acero. El judío se volvió, pronunció palabras mágicas y mandó a la mano de Alí: « Detén el sable» . La mano de Alí se paró en el aire con el sable. Alí extendió su mano izquierda; pero también se detuvo en el aire, y lo mismo le ocurrió con el pie derecho. De esta forma, Alí quedó apoyado en el suelo con un pie. Entonces el judío deshizo el encantamiento, y Alí al-Misrí volvió a quedar como antes. El judío preparó con arena una tableta geomántica, y por ella averiguó que aquel hombre se llamaba Alí al-Misrí. « Ven aquí —dijo—. ¿Quién eres y qué haces?» « Soy Alí al-Misrí, un secuaz de Ahmad al-Danif. He pedido por esposa a Zaynab, la hija de Dalila la Taimada, y me han señalado como donación nupcial el vestido de tu hija. Por ello, si quieres salvarte, entrégamelo y quedarás a salvo» . « Te lo daré después de que hayas muerto —le contestó el judío—. Mucha gente ha urdido estratagemas para apoderarse del vestido, pero no ha logrado arrebatármelo. Si quieres aceptar mi consejo, te salvarás. Te han pedido el vestido sólo para hacerte morir, y si yo no hubiera visto que tu suerte prevalecerá sobre la mía, ya te habría decapitado.» Alí, contento por el hecho de que el judío había averiguado que su buena suerte prevalecería sobre la de él, le dijo: « Es absolutamente necesario que me apodere del vestido, y tú quedarás salvado.» « ¿Es verdaderamente ésta tu intención? ¿Verdaderamente?» « Sí.» El judío cogió una jofaina, la llenó de agua, y mientras iba recitando conjuros, dijo: « Sal de la forma humana y adopta las semblanzas de un asno» . Lo roció con agua, y Alí se transformó en asno, con cascos y orejas largas, y se puso a rebuznar. Después, el judío trazó alrededor de él un círculo, que se convirtió en pared, y él siguió bebiendo hasta la mañana. « Yo montaré en ti y así mi mula podrá descansar» , dijo luego. Colocó el vestido, el recipiente, la vara y las cadenas en una alacena, y salió después de haber pronunciado palabras mágicas sobre Alí, que lo siguió. Le puso las alforjas sobre su espalda, y montó en él. El palacio se esfumó, y el judío marchó montado en Alí. Desmontó en su tienda, y allí vació el saco de oro y el de plata en los cajones que tenía ante él. Ató a Alí, quien, a pesar de tener el aspecto de asno, sentía y razonaba, aunque no podía hablar.

En esto llegó un hombre, hijo de mercader, a quien el tiempo le había sido esquivo y no halló oficio más agradable que el de aguador. Cogió brazaletes y anillos de su esposa y fue a ver al judío. « Dame el precio de estos brazaletes para que con ello pueda comprarme un asno» , le dijo. « ¿Qué quieres transportar?» , le preguntó el judío. « Maestro, colocaré en él recipientes llenos de agua del río, y con lo que de ellos saque podré comer.» « Entonces, coge este

asno.» El hijo del mercader le entregó los brazaletes y cogió el asno. El judío le entregó el cambio, y aquél marchó a su casa junto con Alí al-Misrí, atado. Alí pensó: « Cuando el arriero me haya puesto los maderos y el odre, y haya hecho diez viajes, las fuerzas me faltarán y moriré» . La mujer del aguador se acercó a él para darle su ración de forraje; pero Alí le dio con la cabeza un golpe que la hizo caer de espaldas. Saltó sobre ella, y con el hocico le pegó en la cabeza, y entonces desenvainó lo que su padre le había dado. La mujer se puso a gritar, y los vecinos se acercaron y apalearon a Alí, apartándolo de encima del pecho de la mujer. Entonces llegó a casa el marido, que quería salir con el agua, y la mujer le dijo: « O me repudias o devuelves este asno a su dueño» . « ¿Qué ocurrió?» « Es un diablo en forma de asno, pues saltó encima de mí, y si los vecinos no lo hubiesen apartado de sobre mi pecho, habría hecho conmigo cosas vergonzosas.» Entonces el hombre cogió a Alí y marchó a casa del judío. Éste le preguntó: « ¿Por qué me lo devuelves?» « Ha cometido con mi mujer una acción torpe.» El judío le devolvió su dinero, y el aguador se fue. Entonces el judío se dirigió a Alí y le apostrofó: « ¡Maldito! ¿Con que sí, eh? ¿Te vales de astucias para que tu dueño te devuelva a mí?

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el judío prosiguió:] » Ya que no has querido ser asno, te convertiré en distracción de grandes y pequeños» . Cogió el asno, montó en él y salió fuera de la ciudad. Una vez allí, sacó la ceniza, pronunció palabras mágicas y la esparció por el aire: apareció el palacio. El judío subió, quitó la alforja del asno, cogió los dos sacos del dinero, sacó la vara, colgó de ella el recipiente con el vestido y, lo mismo que cada día gritó: « ¿Dónde están los bravucones de todos los países? ¿Quién será capaz de arrebatarme este vestido?» Luego, y como había hecho antes, pronunció conjuros y apareció una mesa ante él, y comió. Pronunció más conjuros, apareció el vino, y bebió. Luego sacó una jofaina con agua, hizo conjuros, y con aquella agua roció al asno, diciéndole: « Cambia de aspecto y recobra el que tenías antes» . Y Alí volvió a ser hombre como antes. Entonces el judío le dijo: « Alí, acepta el consejo y bástete con el mal que de mí recibiste. No es necesario que te cases con Zaynab ni que te apoderes del vestido de mi hija, pues esto no te será fácil. Mejor es que dejes de lado tu codicia; si no, por medio de la magia te transformaré en oso o en mono y excitaré contra ti un genio maléfico que te empujará hasta el monte Qaf» . Alí contestó: « Esdras, ya me he comprometido a arrebatar el vestido y debo hacerlo. Entonces te salvarás; si no, te mataré» . El judío exclamó: « Alí, eres como las nueces: si no se abren, no se pueden comer» . Cogió una jofaina con agua, pronunció palabras mágicas y lo roció con agua, diciéndole: « Sé un

oso» . E inmediatamente Alí quedó convertido en oso. El judío le puso un collar al cuello, le ató la boca e hincó en el suelo una estaca de hierro. Luego se puso a comer y a echarle trozos de comida y derramar encima lo que sobraba del vaso. Por la mañana, el judío se levantó, quitó el recipiente con el vestido y dirigió palabras mágicas al oso, que lo siguió hasta su tienda. Se sentó en la tienda, vació el oro y la plata en los cajones, y ató a la tienda la cadena que el oso llevaba al cuello. Alí sentía y comprendía, pero no podía hablar.

Un mercader se presentó en la tienda del judío y le dijo: « Maestro, ¿me vendes ese oso? Yo tengo esposa, que es mi prima, y le han aconsejado que coma carne de oso y que se unte con su grasa» . El judío se alegró y se dijo: « Lo venderé, lo degollarán y así me quedaré tranquilo» , mientras Alí pensaba: « Si éste quiere degollarme, la salvación sólo puede venirme de Dios» . « El oso es un regalo que te hago» , le dijo el judío; y el mercader cogió el oso. Pasó ante un carnicero y le dijo: « Coge tus utensilios y vente conmigo» . El carnicero cogió los cuchillos y lo siguió. Luego se adelantó, ató al oso y se puso a afilar el cuchillo para degollarlo. Mas cuando Alí al-Misrí vio que se le acercaba, huyó de él, echándose a volar entre cielo y tierra, y siguió volando hasta que descendió en el palacio del judío.

La causa de todo ello había sido que el judío, después de haber dado el oso al mercader, había ido a su palacio, su hija lo había interrogado, y él le había contado cuanto le había ocurrido. La joven le había aconsejado: « Manda venir a un genio y pregúntale acerca de Alí al-Misrí para ver si es verdaderamente Alí o algún otro hombre que hace jugarretas» . El judío había pronunciado las palabras mágicas, y cuando tuvo ante sí al genio, le preguntó si aquella persona era realmente Alí al-Misrí o algún otro hombre que hacía jugarretas. Y entonces el genio lo raptó, lo llevó ante el judío y le dijo: « Éste es verdaderamente Alí al-Misrí. El carnicero lo había atado ya, había afilado el cuchillo y estaba empezando a degollarlo. Yo se lo he arrebatado y lo he traído» . Entonces el judío cogió una jofaina de agua, pronunció conjuros y roció con agua a Alí, diciendo: « Recobra tu forma humana» . Y Alí volvió a ser como antes. Qamar, la hija del judío, al ver que Alí era un hermoso joven, se enamoró de él, y también Alí se prendó de Qamar. « ¡Maldito! —exclamó Qamar—: ¿por qué pides mi vestido, para que mi padre haya de hacerte todas esas cosas?» Y Alí le explicó: « Me he comprometido a arrebatarlo para Zaynab la Astuta, a fin de casarme con ella» .

Qamar insistió: « Muchos otros han ideado trucos contra mi padre para arrebatarle mi vestido, sin poderlo conseguir. Déjate de codicia» . « No; es absolutamente necesario que me apodere de él; así tu padre podrá salvarse; de lo contrario, lo mataré.» El padre intervino: « Ya ves, hija mía cómo este maldito pide su muerte —y añadió, dirigiéndose a Alí—: Te voy a transformar en perro» . Cogió una jofaina, con inscripciones, en la que había agua, pronunció palabras mágicas y roció a Alí, diciendo: « Toma el aspecto de perro» . Y Alí se

transformó en perro. El judío y su hija se pusieron a beber hasta la mañana. Entonces el judío se levantó, retiró el vestido y el recipiente, montó a lomos de la mula y dijo ciertas palabras mágicas al perro, que lo siguió. Todos los perros ladraban tras él, hasta que pasó ante la tienda de un ropavejero, el cual se levantó e impidió que los perros lo molestaran. Entonces Alí se echó a dormir ante él, y el judío se volvió pero no lo encontró. El ropavejero, después de haber limpiado su tienda y con el perro tras él, marchó hacia su casa. Al entrar, la hija del ropavejero miró a su alrededor y vio al perro. Se cubrió el rostro y dijo a su padre: « Padre mío, ¿por qué traes extraños y los haces entrar en nuestra casa?» « Hija mía, ¡pero si es un perro!» « No, éste es Alí al-Misrí, hechizado por el judío.» El ropavejero se volvió al animal y le preguntó: « ¿Eres Alí al-Misrí?» Y el perro dijo con la cabeza: « Sí» . Entonces le preguntó a su hija: « ¿Por qué lo ha hechizado el judío?» « A causa del vestido de su hija Qamar. Pero yo puedo salvarlo.» « Si esto ha de acabar bien, ha llegado la ocasión de hacerlo.» « Si se casara conmigo, lo salvaría.» Y Alí asintió con la cabeza. La joven cogió un recipiente con inscripciones, pronunció nombres mágicos y entonces se oyó un fuerte grito, a causa del cual el recipiente le cayó de las manos. La joven se volvió y comprobó que quien había gritado era la esclava de su padre. « Mi señora —le dijo la esclava—, ¿es éste el pacto que había entre yo y tú? Sólo yo te enseñé este arte, y tú quedaste de acuerdo conmigo en que no harías nada sin consultarme previamente, y que quien se casara contigo también se casaría conmigo y habría de ser una noche mío y otra tuyo.» « Sí» , contestó la joven. Al oír las palabras de la esclava, el ropavejero preguntó a su hija: « ¿Y quién le ha enseñado a la esclava a hacer eso?» « Padre, ella es la que me lo enseñó a mí. Ahora le preguntaré de quién lo aprendió ella.» Interrogó a la joven, y ésta explicó: « Sabe, señor mío, que cuando yo estaba con Esdras el judío, solía acercarme a él a escondidas mientras leía los conjuros, y cuando se iba a su tienda, yo abría los libros y leía en ellos. Y así aprendí las ciencias ocultas. Cierto día, el judío se emborrachó y me pidió que fuera a la cama con él. Yo me negué, diciendo que no le permitiría tal cosa si antes no se hacía musulmán. Él no quiso, y yo le pedí: “Llévame al zoco del sultán para venderme”. Y él me vendió a ti y vine a tu casa, donde enseñé el arte a mi dueña, imponiéndole la condición de que no haría nada antes de consultarme, y de que quien se casase con ella, también se casaría conmigo, y lo tendríamos una noche yo y otra ella» . Después de haber dicho esto, la esclava cogió una jofaina con agua, pronunció conjuros sobre ella y salpicó al perro, diciendo: « Recobra tu forma humana» . Y Alí volvió a ser hombre como antes. El ropavejero lo saludó y le preguntó por qué estaba hechizado, y Alí le contó todo cuanto le había ocurrido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el ropavejero le preguntó: « ¿Te satisfacen mi hija y la esclava?» « Sí, pero es absolutamente necesario que coja a Zaynab» , contestó Alí.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta. « ¿Quién está en la puerta?» , preguntó la esclava, y le contestaron: « Qamar, la hija del judío. ¿Está con vosotros Alí al-Misrí?» La joven preguntó: « Hija del judío, ¿qué harías si estuviese con nosotros?» y, dirigiéndose a la esclava, le dijo: « Esclava, baja a abrir la puerta» . La esclava abrió la puerta a Qamar, y ésta entró y vio a Alí, el cual, al verla, le preguntó: « Hija de perro, ¿qué te trajo aquí?» « Doy testimonio de que no hay más Dios que el Dios y que Mahoma es el enviado de Dios» , y así se hizo musulmana. Entonces preguntó a Alí: « En la religión musulmana, ¿son los hombres quienes dan la dote a las mujeres, o éstas a aquéllos?» Alí contestó: « Son los hombres quienes dan dote a las mujeres» . « He venido como dote tuya con el vestido, la vara, las cadenas y la cabeza de mi padre, tu enemigo y enemigo de Dios.» Y arrojó ante él la cabeza de su padre, añadiendo: « Ésta es la cabeza de mi padre, tu enemigo y enemigo de Dios» .

He aquí por qué Qamar había matado a su padre: Cuando el judío metamorfoseó a Alí en perro, ella había visto en sueños a una persona que le decía: « Abraza el islamismo» , y ella se había convertido al Islam, y luego invitó a su padre a que se hiciera musulmán; pero él se había negado. Cuando su padre se negó a abrazar el Islam, lo narcotizó y lo mató.

Alí cogió las cosas y dijo al ropavejero: « Mañana nos encontraremos ante el Califa para que yo me case con tu hija y la esclava» . Y salió contento, llevando consigo las cosas, camino del cuartel. Tropezó con un vendedor de dulces, que, palmoteando, decía: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! El trabajo de los hombres se ha convertido en pecado y sólo prospera con engaños. En nombre de Dios, te pido que pruebes esta *halawa*» . Alí cogió un pedazo y lo comió. Pero el dulce contenía narcótico, y así el vendedor lo narcotizó, le arrebató el vestido, la vara y las cadenas, los metió en la caja de los dulces, cargó con la caja y la bandeja de la *halawa* y se echó a andar. Entonces apareció un cadí, que lo llamó y le dijo: « Ven aquí, vendedor de dulces» . Éste se detuvo, dejó el soporte en el suelo, colocó la bandeja sobre él y preguntó: « ¿Qué quieres?» « *Halawa* y peladillas.» Cogió una parte en la mano y añadió: « Esta *halawa* y Os tas peladillas están adulteradas» . El cadí sacó *halawa* del bolsillo interior y dijo al vendedor de dulces: « ¡Mira cómo está hecha ésta y qué rica es! Cómela, y hazla igual» . El vendedor cogió y comió; pero como contenía un narcótico, quedó narcotizado. El cadí cogió el soporte, la caja, el vestido y las demás cosas, colocó al vendedor en el interior del soporte, cargó con todo ello y marchó al cuartel de Ahmad al-Danif. Aquel cadí no era sino Hasán Sumán.

He aquí la explicación del hecho. Después de que Alí se comprometió a

apoderarse del vestido y salió en busca de él, sus compañeros no habían vuelto a saber de él. Y Ahmad al-Danif había dicho: « Jóvenes, salid a buscar a vuestro hermano Alí al-Misrí» . Ellos fueron a buscarlo por la ciudad. Hasán Sumán salió disfrazado de cadí, encontró al vendedor de dulces y reconoció en él a Ahmad al-Laqit. Le dio un narcótico, le arrebató el vestido y marchó con él al cuartel.

En cuanto a los cuarenta, habían estado dando vueltas, buscando, por las calles de la ciudad. Entre los amigos de Alí también había salido Alí Kitf al-Chamal, el cual, al ver una multitud, se había dirigido hacia aquellas gentes reunidas, y entre ellas había visto a Alí al-Misrí, narcotizado. Al ser reanimado, Alí vio gente reunida a su alrededor. Alí Kitf al-Chamal le dijo: « Vuelve en ti» . Alí preguntó: « ¿Dónde estoy?» Alí Kitf al-Chamal y sus amigos le dijeron: « Te hemos visto narcotizado, pero no sabemos quién lo ha hecho» . « Un vendedor de dulces me narcotizó y me arrebató las cosas. ¿Dónde ha ido?» « No hemos visto a nadie. Pero ven, volvamos juntos al cuartel.» Y se dirigieron al cuartel. En él encontraron a Ahmad al-Danif, que los saludó y preguntó: « Alí, ¿has traído el vestido?» « Traía el vestido y las demás cosas, e incluso la cabeza del judío; pero un vendedor de dulces me encontró, me narcotizó y me arrebató todo.» Y contó cuanto le había ocurrido, para acabar: « Si viese al vendedor de dulces, lo castigaría» . Entonces salió de una habitación Hasán Sumán: « ¿Trajiste las cosas, Alí?» , preguntó. « Las traje, e incluso traje la cabeza del judío —contestó Alí—, pero tropecé con un vendedor de dulces, que me narcotizó y me arrebató el vestido y lo demás. No sé dónde ha ido, y si supiese dónde está, lo mataría. ¿Sabes tú, Hasán, adonde fue el vendedor de dulces?» « Yo sé dónde está.» Hasán se levantó, entró en una habitación y Alí pudo ver al vendedor de dulces, narcotizado. Le dio un antídoto, y aquél, al abrir los ojos, se halló ante Alí al-Misrí, Ahmad al-Danif y los cuarenta. Despertó, sobresaltado, y preguntó: « ¿Dónde estoy? ¿Quién me cogió?» ; y Sumán le explicó: « Yo te cogí» . « ¡Bribón! —intervino Alí al-Misrí—, ¿te atreves a cometer tales acciones?» , y quería degollarlo. Pero Sumán intervino: « ¡Aparta la mano! Éste es ahora sobrino tuyo» . « ¿De qué mi sobrino?» « Es Ahmad al-Laqit, hijo de la hermana de Zaynab.» « ¿Por qué hiciste eso, Laqit?» , preguntó Alí. « Mi abuela, Dalila la Taimada, me mandó hacerlo. Zurayq el pescadero se encontró con mi abuela Dalila la Taimada, y le dijo: “Alí al-Misrí es una persona extraordinariamente hábil, y no cabe duda de que matará al judío y vendrá con el vestido”. Entonces mi abuela mandó que me presentara y me dijo: “Ahmad, ¿conoces a Alí al-Misrí?”. Y yo contesté: “Lo conozco. Yo lo guié al cuartel de Ahmad al-Danif”. “Ve, pues, y tiéndele tus redes: si lo vieses venir con las cosas, busca algún ardid y arrebátaselas.” Yo deambulé por las calles de la ciudad, hasta que vi a un vendedor de dulces, al que le di diez dinares por el vestido, los dulces y los utensilios. Y sucedió lo que sucedió.» Entonces Alí al-Misrí le dijo: « Ve a ver a tu abuela y a Zurayq, el pescadero, les haces saber que he traído las cosas junto

con la cabeza del judío, y añades: “Acudid mañana a su encuentro al diván del Califa, y recoged de él la dote de Zaynab”» . Ahmad al-Danif se sintió contento de todo aquello y exclamó: « ¡Alí, la educación que has recibido no ha defraudado!»

Por la mañana, Alí al-Misrí cogió el vestido, el recipiente, la vara, las cadenas de oro y la cabeza de Esdras el judío en la punta de una lanza y marchó al diván con su tío y sus jóvenes. Todos besaron el suelo ante el Califa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió su relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa se volvió y vio a un joven, que era el más valiente entre los hombres. Preguntó por él a los presentes, y Ahmad al-Danif le contó: « Emir de los creyentes, éste es Alí al-Zaybaq al-Misrí, jefe de los pícaros de El Cairo y el primero de mis satélites» . El Califa, después de haberlo mirado, lo apreció porque leyó claramente en su rostro el valor, que testimoniaba a favor de él y no en contra suya. Alí se levantó y arrojó la cabeza del judío ante el Califa, diciendo: « ¡Ojalá tus enemigos sigan la suerte de éste, Emir de los creyentes!» « ¿De quién es esta cabeza?» , preguntó el Califa. « De Esdras, el judío.» « ¿Y quién lo mató?» Alí al-Misrí le contó, desde el principio hasta el fin, cuanto le había ocurrido. « No creí que tú le hubieras matado, porque era un mago.» « Emir de los creyentes, mi Señor hizo posible que lo matara.» El Califa envió el gobernador al palacio, y éste vio al judío sin cabeza. Se lo llevaron en un ataúd y lo colocaron ante el Califa, quien mandó que lo quemaran. Entonces se adelantó Qamar, la hija del judío. Después de besar el suelo ante el Califa le informó de que era la hija de Esdras el judío y de que se había hecho musulmana. Renovó por segunda vez ante el Califa su fe islámica, y le dijo: « Intercede ante ese pícaro de Alí al-Zaybaq al-Misrí para que se case conmigo» . Y nombró al Califa procurador suyo para la boda con Alí. El Califa regaló a Alí al-Misrí el palacio del judío con lo que contenía, y añadió: « Expón tus deseos» . « Quiero permanecer sobre tu alfombra y comer en tu mesa.» « ¿Tienes satélites?» « Tengo cuarenta, pero están en El Cairo.» « Manda a decirles que vengan de El Cairo. Alí, ¿tienes cuartel?» « No.» « Yo le regalo mi cuartel con cuanto contiene, Emir de los creyentes» , intervino Hasán Sumán. « Tu cuartel seguirá siendo tuyo, Hasán.» Y el Califa mandó al tesorero que entregase diez mil dinares al arquitecto para que construyese un cuartel con cuatro pórticos y cuarenta habitaciones para los satélites de Alí. A continuación insistió: « ¿Necesitas algo más para que yo ordene que sea hecho?» « ¡Oh, rey del tiempo! Que intercedas cerca de Dalila la Taimada para que me deje casar con su hija Zaynab y acepte como dote el vestido y las cosas de la hija del judío.» Dalila aceptó la intercesión del Califa, y cogió el recipiente, el vestido, la

vara y la cadenas de oro. Se extendió el contrato matrimonial, y también el de la hija del ropavejero, de la esclava y de Qamar, la hija del judío. El Califa asignó un sueldo a Alí y dispuso para él una mesa preparada para la comida y una para la cena, pagas diarias, sueldos para la tropa y una gratificación. Y Alí al-Misrí celebró las bodas durante treinta días. Mandó un escrito a sus hombres de El Cairo, en el que les contaba los honores recibidos del Califa, y añadía: « Es absolutamente necesario que vengáis para llegar a tiempo de asistir a la fiesta nupcial, pues me he casado con cuatro muchachas» . Y sus cuarenta satélites llegaron a tiempo para la fiesta nupcial. Los mandó alojar en el cuartel, los agasajó mucho, y luego los presentó al Califa, que les regaló vestidos. Las peinadoras presentaron a Zaynab a Alí con el vestido, y éste, al consumar el matrimonio, halló que era como perla no agujereada y como potra que nadie sino él había montado. Luego consumó el matrimonio con las tres jóvenes, a las que encontró de perfecta belleza y gracia.

Más tarde, y mientras Alí al-Misrí estaba una noche de guardia junto al Califa, éste le dijo: « Alí, deseo que me cuentes, desde el principio hasta el fin todo lo que te ocurrió» . Alí le contó cuanto le había sucedido con Dalila la Taimada, Zaynab la Astuta y Zurayq el pescadero. Entonces el Califa dio orden de que se pusiera por escrito y se colocara en la biblioteca del reino. Y así se escribió cuanto le había sucedido a Alí, y se colocó entre las crónicas de la mejor comunidad del género humano. Luego todos vivieron en la más cómoda y feliz de las vidas, hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el que separa a los amigos. Y Dios (¡alabado y ensalzado sea!) sabe más.

HISTORIA DE ARDASIR Y DE HAYAT AL-NUFUS

CUÉNTASE también, ¡oh rey feliz!, que había en la ciudad de Siraz un gran rey llamado al-Sayf al-Azam Sah, de avanzada edad, que no había tenido hijos. Reunió a médicos y doctores y les dijo: « Tengo ya muchos años y vosotros conocéis mi situación, y las condiciones y las ordenanzas del reino. Temo por mis súbditos después de mi partida, pues no he tenido hijos» . Y ellos contestaron: « Nosotros te prepararemos con drogas algo que, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, te será útil» . Le prepararon un medicamento, que el rey utilizó, luego se unió a su mujer, y con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!), que dice a una cosa: « Sé» , y la cosa es, la mujer quedó en estado, y al cabo de los meses de gestación, dio a luz un hijo varón, hermoso como la luna, al que el rey puso el nombre de Ardasir. El niño creció y se desarrolló, y aprendió las ciencias y las bellas letras hasta que llegó a la edad de quince años.

Había en el Iraq otro rey, llamado Abd al-Qadir, que tenía una hija, bella como la luna llena cuando aparece, que se llamaba Hayat al-Nufus. Ella sentía aversión hacia los hombres, hasta el extremo de que en su presencia nadie podía hablar de ellos. Los reyes de Persia la habían pedido por esposa a su padre; pero cuando éste le hablaba a la joven, ella respondía: « Nunca haré tal cosa. Y si me obligases a hacerlo, me mataría» .

El hijo del rey, Ardasir, oyó hablar de la belleza de la joven. Se enamoró e informó de ello a su padre. Éste, al ver el estado de su hijo, tuvo compasión de él, y todos los días le prometía que lo casaría con ella. Envió a su visir al padre de la muchacha para pedirla por esposa; pero éste se negó. Y cuando el visir, al regresar de junto al rey Abd al-Qadir, le informó de lo que le había ocurrido con éste y le comunicó que no había sido aceptado, al rey le sentó mal la cosa y, preso de gran cólera, exclamó: « ¿Es lógico que uno como yo mande pedir algo a un rey y éste no la acepte?» Y ordenó que se pregonase al ejército que sacara las tiendas e hiciera los preparativos con gran diligencia, incluso a riesgo de pedir empréstitos para afrontar los gastos. El rey se dijo: « No he de volverme atrás hasta que no haya destruido el país del rey Abd al-Qadir, haya matado a sus hombres, borrado toda huella de él, y me haya apoderado de sus bienes» . Cuando su hijo Ardasir se enteró de esto, se levantó de la cama, fue a ver a su padre, el rey, besó el suelo ante él, y le dijo: « ¡Oh, rey al-Azam!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ardasir prosiguió:] » …No hagas semejante cosa ni armes a estos paladines y soldados, ni gastes tus riquezas, pues tú eres más fuerte que él, y si levantases contra él este ejército, destruirías sus regiones y su país, matarías a sus hombres y a sus paladines, y te apoderarías de

sus bienes, así como también él daría muerte a los tuyos. Todo lo que le ocurra al padre y las demás cosas que sucedan por tu culpa, llegarán a conocimiento de la hija, y ella se matará, y yo, por su causa, moriré pues no podré vivir después sin ella» . « Entonces, hijo mío, ¿cuál es tu parecer?» , le preguntó el rey. « Yo me dirigiré a resolver mi problema. Me vestiré de mercader y me las ingeniaré para llegar ante ella y veré cómo puedo lograr mi deseo.» « ¿En verdad has decidido este camino?» « Sí, padre mío.» El rey llamó al visir y le dijo: « Marcha con mi hijo, fruto de mi corazón. Ayúdale en sus propósitos, vela por él y guíale con tu iluminado consejo. Haz mis veces con él» . « Oír es obedecer» , contestó el visir. El rey le dio a su hijo trescientos mil dinares de oro, joyas, gemas, cosas preciosas, utensilios, tesoros y cosas semejantes. Luego el muchacho fue a ver a su madre, le besó las manos y le pidió que le bendijera, y ella lo hizo. La mujer abrió sus arcas, sacó joyas, collares, objetos preciosos, vestidos, regalos y todo lo que se había atesorado desde la época de los reyes anteriores, cosas que no podían valorarse en dinero. Ardasir cogió cuantos esclavos, pajes y monturas podía necesitar para su viaje, y más aún. Luego se vistió de mercader y también el visir y los que con ellos iban, saludó a sus padres, a su familia y a sus parientes, y todos emprendieron la marcha por desiertos y estepas, durante noches y días. Después de haber andado largo trecho, Ardasir recitó estos versos:

Mi pasión crece por los ardientes deseos y el afecto, y no hay quien me ayude contra la tiranía del destino.
Contemplo las Pléyades y Arturo cuando aparecen, como si yo, por mi pasión, me hubiese convertido en adorador suyo.
Observo la aparición del lucero del alba, y cuando llega, enloquezco de deseo y mi pasión crece.
Juro por vosotros que jamás me he apartado del culto de vuestro amor. No soy sino uno que vela con ojos abiertos y sufre de amor.
Si lo que espero es difícil de obtener, aumenta en mí la consunción. Después de vuestra marcha, disminuye mi paciencia y escasea quien me ayude.
Tendré paciencia hasta que Dios nos reúna, para rabia de los enemigos y de quien nos envidia.

Al acabar de recitarlos, se desmayó: El visir le roció el rostro con agua de rosas, y cuando volvió en sí le dijo: « Hijo de rey, ten paciencia, pues el resultado de la paciencia es la alegría: ahora tú marchas hacia lo que deseas» . Y siguió halagándole y consolándole hasta que se tranquilizó, y entonces se pusieron a andar velozmente. Después de haber caminado durante cierto tiempo, el hijo del rey se acordó de su amor y recitó estos versos:

¡Demasiado se ha prolongado el alejamiento! Entretanto, la preocupación y la aflicción aumentan, la sangre de mi corazón arde en una llama de fuego.

Mi cabeza ha encanecido por la pasión de amor que me hirió, mientras las lágrimas manan de los ojos.

Lo juro, ¡oh, mi deseo!, ¡oh, mi mayor esperanza!, por Aquel que creó el universo, y en él las ramas y las hojas:

He soportado este amor por ti, ¡oh, mi esperanza!, mientras quien amó entre los hombres no pudo soportar tanto.

Preguntad por mí a la noche, y ella os dirá si, en toda su duración, mi párpado se cierra.

Al acabar de recitar, lloró a lágrima viva y se quejó por los fuertes sufrimientos de amor que padecía. El visir volvió a halagarlo y consolarlo, y le prometió que conseguiría su deseo. Marcharon unos cuantos días hasta que, después de salir el sol, llegaron a la Ciudad Blanca. Entonces el visir le dijo: «Alégrate, ¡oh, hijo de rey!, con toda suerte de alegrías, y mira la Ciudad Blanca que buscabas». El hijo del rey se sintió muy contento y recitó estos versos:

¡Oh, mis dos amigos!, tengo el corazón enamorado y estoy loco de amor. Mi afecto es estable, y la pasión, asidua.

Me lamento como el huérfano de madre, a quien el dolor obligó a estar en vela. Y cuando cae para mí la noche, no hay quien se apiade de mi amor.

Cuando los vientos vienen de vuestra tierra, noto que llega el consuelo a mi corazón.

Mis párpados se derraman como nubes cargadas de lluvia, y mi corazón nada en su mar fluyente.

Cuando llegaron a la Ciudad Blanca, entraron en ella y preguntaron por la posada de los mercaderes y el albergue de la gente rica. Se lo indicaron, y el príncipe y el visir se alojaron allí, alquilando tres almacenes para ellos. Les dieron las llaves, los abrieron, depositaron sus mercancías y sus cosas, y allí permanecieron hasta haber descansado. Entonces el visir se dedicó a buscar una solución al problema del hijo del rey.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el visir le dijo al hijo del rey: «Se

me ha ocurrido una cosa que creo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, que te proporcionará bien» . Ardasir le contestó: « ¡Oh, visir de los buenos consejos!, haz cuanto se te haya ocurrido, y Dios quiera dirigir bien tu parecer» . « Quiero alquilar para ti una tienda en el zoco de los vendedores de vestidos. Tú te sentarás allí, porque todos, pueblo y notables, necesitan ir a ese zoco. Creo que si permaneces en la tienda y la gente te observa, sus corazones se sentirán atraídos hacia ti y tú te prepararás a conseguir lo que pides, pues tu aspecto es hermoso, los ánimos se inclinarán hacia ti, y quien te mire se alegrará.» « Haz lo que bien te parezca y quieras.» El visir se levantó en seguida, se puso su vestido más suntuoso, y lo mismo hizo el hijo del rey. El visir se puso en el bolsillo una bolsa con mil dinares, y ambos salieron a pasear por la ciudad. La gente les miraba, asombrada ante la belleza del hijo del rey, y decía: « ¡Alabado sea quien ha creado a este joven de un líquido vil, y bendito sea Dios, el mejor de los creadores!» Mucho se habló de él y dijeron: « Éste no es hombre, sino un noble ángel» ; mientras otros decían: « ¿Acaso Ridwán, el portero del paraíso, dejó la puerta sin guardar y por ella salió este joven?» La gente se puso a seguirle hasta el zoco de los tejidos, donde los dos entraron y se detuvieron. Se acercó a ellos un viejo que inspiraba respeto y veneración, los saludó y ellos correspondieron al saludo. « Mis señores —preguntó el mercader—, ¿necesitáis algo que nosotros podamos honrarnos en satisfacer?» El visir preguntó: « ¿Quién eres, jeque?» « Soy el alarife del zoco.» « Entonces, sabe que este joven es mi hijo y que quiero alquilar para él una tienda en el zoco, para que se establezca y aprenda a vender y comprar, a aceptar y ofrecer, que adquiera la manera de obrar de un mercader.» « Oír es obedecer» , contestó el alarife. E inmediatamente les trajo la llave de una tienda, y dio orden a los corredores de que la barrieran. La barrieron y la limpiaron. El visir mandó traer para la tienda un alto estrado relleno de plumas de avestruz, sobre el cual iba un pequeño tapete, bordado de oro rojo alrededor. También mandó poner una almohada, y mercancías y telas de las que habían traído consigo, con las cuales llenó la tienda.

Al día siguiente, el joven llegó, abrió la tienda y se sentó sobre aquel estrado, teniendo de pie ante sí a dos esclavos ataviados con los más bellos vestidos, mientras que en la parte inferior de la tienda puso dos esclavos, de los mejores que había en Abisina. El visir le había aconsejado que ocultara a la gente su verdadera identidad, pues esto le habría de ayudar a conseguir sus deseos. Le dejó y se volvió al almacén, recomendándole que le tuviera diariamente al corriente de cuanto le ocurriese en la tienda. El joven permaneció sentado en la tienda, brillando de belleza como una luna llena. Las personas, unas de otras, oyeron hablar de él y de su belleza, e iban donde estaba Ardasir aunque no necesitaran nada. Acudían al zoco para ver su belleza y su gracia, su porte y su figura, y elevaban alabanzas a Dios (¡ensalzado sea!) que le había creado y formado. Era tal la muchedumbre en aquel zoco que nadie podía cruzar por él. El

hijo del rey se volvía a derecha e izquierda, asombrado por la gente que quedaba extasiada ante él, esperando trabar amistad con alguno de los allegados al poder, que pudiera darle noticias de la hija del rey. Pero como no hallara la manera de hacerlo, se le acongojó el pecho. En cuanto al visir, todos los días le prometía que le haría lograr su propósito. Y así siguió la cosa durante mucho tiempo.

Cierto día, mientras Ardasir estaba sentado en su tienda, se presentó una mujer anciana, de aspecto venerable, educado y respetable, ataviada con hermosos vestidos de paz, y seguida por dos esclavas bellas como la luna. La vieja se detuvo junto a la tienda, observó un momento al joven, y luego exclamó: « ¡Alabado sea Quien creó este rostro y perfeccionó esta hechura!» Saludó luego a Ardasir, y el joven, después de corresponder a su saludo, la hizo sentar a su lado. La vieja preguntó. « ¿De qué país eres, oh, rostro hermoso?» « Soy de una parte de la India, madre mía, y he venido a esta ciudad para visitarla.» « Noble forastero ¿qué mercancías, qué cosas y qué telas tienes? Muéstrame algo apropiado para los reyes.» El joven contestó: « ¿Quieres que te enseñe algo hermoso? Tengo todo lo apropiado a la categoría de su poseedor» . « Hijo mío, quiero algo costoso y bello, lo de más precio que tengas.» « Debes decir previamente para quién quieres la mercancía, para que yo pueda enseñarte lo que esté en consonancia con la posición de quien la pide.» « Es justo, hijo mío. Quiero algo para mi señora Hayat al-Nufus, hija del rey Abd al-Qadir, dueño de esta tierra y de este país.» Al oír las palabras de la vieja, el hijo del rey casi enloqueció de alegría, y el corazón le latió con fuerza. Extendió las mano tras sí sin dar órdenes ni a sus mamelucos ni a sus esclavos, sacó una bolsa que contenía cien dinares, y se los entregó a la vieja, diciéndole: « Esta bolsa es para que te laves los vestidos» . A continuación alargó la mano hacia un enorme fardo, del que sacó un vestido que valdría diez mil dinares o más, y añadió: « Este vestido es parte de lo que he traído a vuestra tierra» . La vieja miró el vestido, le gustó y preguntó: « ¿Cuánto por este vestido, oh, persona de perfectas cualidades?» « No quiero precio alguno.» Ella le dio las gracias, pero volvió a hacer la pregunta, y él insistió: « ¡Por Dios!, no aceptaré ningún precio. Es un regalo de mi parte a la princesa, y si la princesa no lo acepta será un regalo mío para ti. ¡Alabado sea Dios, que hizo que nos encontráramos! Si un día necesitara alguna cosa, espero contar con tu ayuda para conseguirla» La vieja quedó asombrada ante la belleza de estas palabras, su gran generosidad y su acabada educación, y le dijo: « ¿Cómo te llamas, mi señor?» « Ardasir.» « ¡Por Dios, este nombre es magnífico! Se lo ponen a los hijos de rey, mientras que tú tienes aspecto de hijo de mercaderes.» « Mi padre me puso este nombre por el gran cariño que sentía por mí. Además, el nombre nada quiere decir.» La vieja siguió asombrada, pero insistió: « Hijo mío, acepta el precio de tu mercancía» . Ardasir juró que no aceptaría nada, y entonces la vieja le dijo: « Amigo mío, sabe que la franqueza es la más elevada de las virtudes. La generosidad que me demuestras debe tener

su razón. Dame, pues, a conocer tu asunto y tu intimidad, y si por ventura necesitases algo, yo te ayudaré a conseguirlo» . Entonces Ardasir puso su mano en la de ella, le hizo prometer que guardaría el secreto, y le contó toda su historia exponiéndole su amor por la hija del rey y la situación en que se hallaba por su causa. La vieja meneó la cabeza y dijo: « Esto está bien. Pero, hijo mío, los sabios dicen, en el refrán: "Si quieres que no te obedezca, manda lo que no se puede hacer". Tú, hijo mío, eres mercader, y aunque poseyeras las llaves de los tesoros, no serías sino un mercader. Si quieres alcanzar una categoría superior a la tuya, pide la hija de un cadí o la hija de un emir. ¿Por qué, hijo mío, pides precisamente la hija del rey de este tiempo y de esta época? Es una mujer virgen, que desconoce este mundo. No ha visto en su vida más palacio que aquel en que se halla, y a pesar de su joven edad es inteligente y llena de tacto, hábil y sagaz, juiciosa, recta y perspicaz. Su padre no ha tenido más hijo que ella, y la quiere más que a sí mismo. Todos los días va a verla y le desea los buenos días, y todos cuantos viven en el palacio la temen. No creas, hijo mío, que nadie pueda hablarle ni lo más mínimo de una cosa semejante. Yo no puedo hacer nada. Por Dios, hijo mío, mi corazón te aprecia y quisiera que pudieses estar cerca de ella. Pero te daré a conocer algo con lo cual quizá Dios cure tu corazón: yo arriesgaré por ti mi vida y mi dinero para que logres alcanzar cuanto deseas» . « ¿Qué es ese algo, madre mía?» « Pídeme la hija de un visir o la de un emir. Si me pides eso, accederé a tu petición: nadie puede, de un solo salto, subir de la tierra al cielo.» El joven, con gracia y buen sentido, le dijo: « Madre mía, tú eres mujer inteligente que sabes cómo van las cosas. Cuando a alguien le duele la cabeza, ¿acaso se venda la mano?» « No, por Dios, hijo mío.» « Pues así mi corazón no pide a nadie más que a ella, y sólo su amor me ha matado. ¡Por Dios!, estoy perdido si no hallo guía que me ayude. Por Dios, madre mía, ten compasión por el hecho de que estoy en tierra extranjera y muévete a piedad por las lágrimas que derramo.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la vieja dijo: « ¡Por Dios, hijo mío!, mi corazón se parte ante tus palabras, pero nada puedo hacer» . « Pido de tu bondad que lleves este mensaje de mi parte, se lo hagas llegar a la princesa y le beses las manos por mí.» La vieja tuvo compasión de Ardasir y le dijo: « Escríbele lo que quieras, y yo se lo entregaré» . Al oír tales palabras el joven casi voló de alegría. Pidió tintero y pluma, y le escribió estos versos:

¡Oh, Hayat al-Nufus!, concede generosa tu amor a un enamorado al que la separación ha destruido.

Yo estaba entre delicias y llevaba una hermosa vida, pero hoy estoy turbado y extraviado.
El insomnio es mi compañero a todo lo largo de la noche, y toda la noche tuve por compañero de vela a las penas.
Ten piedad de un enamorado afligido y atormentado, cuyos párpados se han llagado por la pasión.
Cuando surge la aurora él está embriagado por el vino de la pasión.

Acabó de escribir el mensaje, lo dobló, lo besó y se lo entregó a la vieja. Luego echó mano a la caja y sacó para ella otra bolsa con cien dinares, que le ofreció, diciéndole: « Reparte estos dinares entre las esclavas» . La vieja lo esquivó, diciendo: « ¡Por Dios, hijo mío!, yo no he hecho nada para merecer esto» . Él le dio las gracias, y añadió: « Debes aceptarlos» . La vieja los cogió, le besó las manos y se fue.

Cuando se presentó ante Hayat al-Nufus, le dijo: « Mi señora, te he traído algo que ningún habitante de nuestra ciudad posee. Procede de un gracioso joven, que no hay más hermoso que él sobre la superficie de la tierra» . « Nodriza, ¿de dónde es ese joven?» « De una parte de la India. Me ha dado este vestido, tejido con oro e incrustaciones de perlas y de gemas, que equivalen al reino de Cosroes y de César.» Cuando la princesa extendió el vestido, el palacio brilló por su luz, por su magnífica hechura y las grandes piedras y gemas de las que estaba sembrado. Todos los que estaban en el palacio quedaron maravillados. La hija del rey lo miró, notó su gran valor y que su precio equivalía a los impuestos de un año entero del reino de su padre. Le preguntó a la vieja: « Nodriza, ¿este vestido es de su parte o de parte de otro?» « De su parte.» « Nodriza, ¿este mercader es de nuestra ciudad o extranjero?» « Es extranjero, mi señora, y sólo hace poco que ha llegado a nuestra ciudad. ¡Por Dios!, posee servidumbre y séquito, es hermoso de rostro, de justa estatura, de sentimientos nobles y de generoso corazón. ¡Sólo tú eres más hermosa que él!» La hija del rey observó: « Es extraño. ¿Cómo puede este vestido, que no tiene precio hallarse en poder de un mercader? ¿Cuánto te ha dicho que vale, nodriza?» « ¡Por Dios, mi señora!, no me ha indicado el costo, sino que me ha dicho: “No quiero precio alguno. Es un regalo de mi parte a la hija del rey, puesto que no es digno de nadie sino de ella”. Y me ha devuelto el oro que me habías dado, jurando que no lo aceptaría.» « Si la princesa no acepta el vestido, tuyo es» , añadió. La hija del rey exclamó: « ¡Por Dios!, esto significa gran generosidad y abundante liberalidad No quisiera que esta acción suya le acarrease perjuicios. ¿Por qué, nodriza, no le preguntaste si necesitaba algo para que pudiéramos concedérselo?» « Mi señora, se lo he preguntado y le he dicho: “¿Necesitas algo?” Y él me ha contestado: “Tengo un deseo“, pero no me ha informado de la cosa, sino que se ha limitado a darme este mensaje, diciéndome: “Entrégaselo a la reina”.» Hayat al-Nufus se lo cogió

a la vieja, lo abrió y lo leyó hasta el final. En seguida se alteró, perdió la razón, se puso pálida y le dijo a la vieja: « ¡Ay de ti, nodriza! ¿Qué puede decirse a este perro que se atreve a hablar de ese modo a la hija del rey? ¿Qué relación hay entre yo y este perro para que me escriba? ¡Por Dios, el Grande, Señor de Zamzam y de al-Hatim que si no temiese a Dios (¡ensalzado sea!), mandaría prender a ese perro, le ataría las manos, le arrancaría los orificios nasales y le cortaría la nariz y las orejas para que sirviera de ejemplo a los demás! Y luego le crucificaría en la puerta del zoco en que está su tienda» . Al oír tales palabras, la vieja palideció, tembló toda ella y la lengua se le trabó, armándose de valor, dijo: « Bien, mi señora. Pero, ¿qué hay en el mensaje que te ha turbado de tal manera? ¿No es una súplica, con lamentaciones por su estado de pobreza o por injusticias sufridas, mediante la cual te ruega que seas benévola con él o que hagas cesar la injusticia?» « No, por Dios, nodriza: son versos y palabras deshonrosas. Sin embargo, nodriza, en ese perro se da una de estas tres cosas: o es un loco sin razón, o quiere morir, o para lograr sus propósitos conmigo le ayuda una persona poderosa y fuerte y un gran monarca. También podría ser que él haya oído decir que yo soy una de las prostitutas de esta ciudad que duerme una o dos noches junto a quien las solicita, y me envía versos deshonrosos para sacarme de quicio con estas cosas.» « Por Dios, mi señora, has dicho verdad. Pero no te preocupes de este perro ignorante: tú estás en tu palacio, elevado, sólido y bien construido, al que los pájaros no pueden llegar y por el que no pasan los vientos. En cambio, él está en la tierra. Sin embargo, escríbele una carta, repréndele sin omitir ningún reproche y amenázale solemnemente con la muerte. Dile: « ¿De qué me conoces, perro de mercader, para escribirme, oh persona que durante toda su vida ha ido errando por desiertos y estepas tratando de ganar un dirhem y un dinar? Si no despiertas de tu sueño y no te apartas de tu embriaguez, por Dios que mandaré que te crucifiquen en la puerta del zoco en el que está tu tienda» . Pero la hija del rey observó: « Temo que si le escribo, él se haga ilusiones» . « ¿Qué valor y qué categoría es la suya para que se atreva con nosotros? Es más, debemos escribirle para quitarle todo atrevimiento y para que aumente su miedo.» Y la vieja siguió insistiendo ante la hija del rey, hasta que ésta mandó traer tintero y pluma, y le escribió estos versos:

¡Oh, tú, que pretendes estar enamorado y afligido y que te pasas las noches en vela, entre pasiones y preocupaciones!

Iluso, ¿cómo te atreves a pedir unirte con la luna? ¿Acaso puede alguien conseguir de la luna lo que desea?

Yo te aconsejo que escuches mis palabras: corta por lo sano, pues te hallas entre muerte y peligros.

Si repites la petición que has hecho, te llegará de nuestra parte un castigo terrible.

Sé, pues, educado, ten tacto, sé inteligente y sagaz. He aquí que yo, con mi poesía y dándote noticias mías, te he dado un consejo.
Juro por Aquel que creó las cosas de la nada y que adornó la bóveda celeste con las estrellas que lucen,
Que si repites cuanto dices te crucificaré sobre un tronco de árbol.

Hayat al-Nufus dobló el escrito y se lo entregó a la vieja, y ésta lo cogió y se marchó.

Llegó a la tienda del joven y se lo entregó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja le dijo a Ardasir:] « Lee la respuesta, y sabe que la princesa ha leído el escrito, y ha montado en cólera. Yo la he calmado con buenas palabras hasta que ella ha redactado la respuesta» . Ardasir cogió el escrito con alegría, lo leyó y comprendió bien su significado. Al acabar de leerlo, lloró a lágrima viva, por lo que el corazón de la vieja se entristeció y le dijo: « Hijo mío, ¡no haga Dios llorar tu ojo y no te entristezca el corazón! ¿Qué respuesta más amable podías esperar a tu escrito después del gesto que hiciste?» « Madre mía ¿qué puedo hacer más amable que esto ya que ella me amenaza con crucificarme o matarme y me prohíbe escribirle? ¡Por Dios!, veo que para mí mejor es morir que seguir con vida. Mas, pido de tu benevolencia que cojas este mensaje y se lo entregues.» « Escribe, y yo me comprometo a traerte la respuesta y, ¡por Dios!, yo arriesgaré por ti mi vida para que consigas tu propósito, incluso aunque tuviera que morir por serte agradable.» Él le dio las gracias, le besó las manos y le escribió a la princesa estos versos:

Me amenazáis de muerte por el amor que os tengo: hallar la muerte sería un descanso para mí. Además, la muerte está decretada.
Para el amante la muerte es más leve que una larga vida expulsado y rechazado.
Si visitáis a uno que ama y que dispone de pocos amigos, recordad que la buena obra de los hombres engendra reconocimiento.
Si habéis decidido hacer algo, hacedlo, pues yo soy vuestro esclavo, y el esclavo es un prisionero.
¿Qué hacer, pues no puedo resignarme a renunciar a ti?
¿Cómo puede ser esto posible ya que el corazón del amante está obligado a amar?
Señores míos, tened compasión de un enfermo de amor por vos.
Quien ama a personas libres es digno de excusa.

Dobló el escrito y se lo entregó a la vieja, a la que le dio dos bolsas con doscientos dinares. Ella no quería aceptarlos, pero Ardasir la conjuró a que lo hiciera. La vieja los aceptó y, tras decirle: « Es absolutamente preciso que te haga conseguir tu propósito pese a tus enemigos» , se marchó.

Se presentó a Hayat al-Nufus y le entregó el mensaje. « ¿Qué significa esto, nodriza? ¿Mantenemos correspondencia para que tú vayas y vengas? Temo que la cosa se descubra y que quedemos deshonradas.» La vieja dijo: « ¿Cómo podría ser, mi señora? ¿Quién podría decir tales palabras?» La princesa cogió el escrito, lo leyó, entendió bien su significado, dio una palmada y exclamó: « ¡Nos ha caído una desgracia con éste! ¡Y ni siquiera sabemos de dónde ha venido ese joven!» « ¡Por Dios, mi señora!: te conjuro a que le escribas un mensaje; pero debes hablar con dureza y decirle: “Si, después de esto, me envías otro mensaje, mandaré que te decapiten”.» « Nodriza; bien sé que eso no acabará así, y me parece mejor no entablar correspondencia. Y si este perro no para, a pesar de las amenazas anteriores, mandaré que le decapiten.» « Escríbele una carta comunicándole estas intenciones.» La hija del rey mandó traer tintero y papel, y escribió a Ardasir, amenazándole, estos versos:

¡Oh, tú, que ignoras las desgracias del tiempo! ¡Oh, tú, que tienes corazón deseoso de unirse a mí!
Reflexiona, iluso: ¿puede alcanzarse el cielo? ¿Puedes tú unirte a la luna esplendorosa?
Mandaré que te quemen en un fuego cuya llama no se apaga, y te encontrarás muerto con espadas destructoras.
Además, amigo, incurrirías en otros tormentos, en torturas secretas que hacen salir canas.
Atiende mi consejo, desiste de amarme y renuncia a tu entendimiento: no es cosa adecuada para ti.

Dobló la carta y se la entregó a la vieja, mientras ella se sentía en una situación extraña a causa de estas palabras. La vieja cogió el escrito y se marchó.

Se presentó al joven, y se lo entregó. Éste lo cogió y lo leyó. Calló y bajó la cabeza hacia el suelo trazando líneas con sus dedos, sin decir palabra. Entonces la vieja intervino: « Hijo mío, ¿por qué no dices palabra y no me das respuesta?» « Madre mía, ¿qué he de decir puesto que ella me amenaza, es cada vez más violenta y su odio va en aumento?» « Escríbele una carta diciéndole lo que quieres y yo te defenderé. Su corazón se calmará, porque yo os he de unir a los dos.» Él le dio las gracias por su amabilidad, le besó las manos y escribió a la princesa estos versos:

¡Por Dios! ¡Qué corazón, que no se enternece ante un enamorado ni ante un amante que anhela unirse a los seres queridos,
Ni ante párpados siempre llagados, cuando lo recubren las negras tinieblas de la noche!
Sed generosa y liberal, tened compasión y dad limosna a una persona a la que el amor hizo enfermar, abandonando a sus seres queridos,
Que pasa toda la noche sin saber qué es sueño; que está en llamas y al mismo tiempo se ahoga en un mar de lágrimas.
No cortes los deseos de mi corazón, pues está triste y afligido, y palpita de amor.

Luego dobló la carta, se la entregó a la vieja junto con trescientos dinares, y le dijo: « Éstos servirán para lavarte las manos» . Ella le dio las gracias, le besó las manos y se fue. Entró a presencia de la hija del rey y le entregó el escrito. Ella lo cogió, lo leyó hasta el final y lo arrojó lejos de sí. Se levantó y, andando sobre zuecos de oro incrustados de perlas y aljófares, llegó al castillo de su padre con la ira en los ojos, por lo que nadie se atrevió a hacerle preguntas sobre su estado de ánimo. Al llegar al palacio, Hayat al-Nufus preguntó por el rey su padre, y las esclavas y concubinas le dijeron: « Mi señora, salió de caza» . Ella volvió atrás como león enfurecido, y no habló con nadie hasta el cabo de tres horas, cuando el semblante se le aclaró y la ira se hubo calmado. Entonces la vieja, al ver que la turbación y la cólera que sentía habían desaparecido, se adelantó, besó el suelo ante ella y dijo: « Mi señora, ¿adónde se dirigían tus nobles pasos?» La reina le respondió: « Al palacio de mi padre» . « Mi señora, ¿no había nadie que pudiera darte lo que necesitabas?» « Fui con el único fin de informarle de lo que me había ocurrido con ese perro de mercader, para excitar a mi padre contra él a fin de que le mandase detener y para que, junto con todos los que hay en su zoco, les crucificase junto a sus tiendas y no permitiese que ningún mercader extranjero resida en nuestra ciudad.» « Mi señora, ¿sólo por este motivo fuiste a ver a tu padre?» « Sí. Pero no le encontré, y vi que estaba ausente porque había ido de caza. Y ahora espero a que regrese.» La vieja exclamó: « Mi señora, ¡me refugio en Dios, el Oyente, el Omnisciente! Tú, por la gracia de Dios, eres la persona más inteligente. ¿Cómo puedes decirle al rey tales palabras, dictadas por el arrebato, que nadie debiera divulgar?» « ¿Por qué?» « Suponte que hubieses hallado al rey en su palacio y que le hubieses puesto al corriente de esta historia, que él hubiese mandado prender a los mercaderes, hubiese ordenado que les colgaran ante sus tiendas y que la gente les hubiese visto, ¿no habrían pedido informes del asunto, diciendo: “¿Por qué motivo han sido ahorcados?”, y como respuesta se les habría dicho: “Querían deshonrar a la hija del rey”.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la nodriza prosiguió:] » Al contar lo que de ti se diría, la gente estaría en desacuerdo, y unos dirían: "Permaneció con ellos durante diez días, fuera del palacio, hasta que se hartaron de ella", y otros habrían dicho cosa distinta. Mi señora, la honra es como la leche: la más pequeña partícula de polvo la mancha; y es como el vidrio: cuando se rompe, no se puede arreglar. Guárdate, pues, de informar a tu padre o a otra persona de este asunto, para que, mi señora, tu honra no se cubra de vergüenza. No sacarías ningún provecho de cuanto dijera la gente. Valora con tu magnífica mente mis palabras, y si no las encuentras acertadas, haz lo que quieras.» Cuando la hija del rey hubo oído esas palabras de la vieja, reflexionó sobre ellas y llegó a la conclusión de que eran acertadísimas, y entonces le dijo: « Nodriza, lo que has dicho es acertado; pero la ira había inundado mi corazón» . « Tu intención de no decir nada le será grata a Dios (¡ensalzado sea!), puesto que no has informado a nadie. Pero hay otra cosa: no podemos callar ante la desfachatez de ese perro, el más vil de los mercaderes. Escríbele, pues, una carta, diciéndole: "¡Oh, la persona más innoble de los mercaderes! Si no me hubiese encontrado con que el rey estaba ausente, a estas horas ya habría mandado que tú y todos tus vecinos fueseis crucificados. Pero hay una cosa que no has de pasar por alto en este asunto: y es que yo juro, en nombre de Dios (¡ensalzado sea!), que si volvieses a escribir palabras de ese tipo, haría desaparecer todo rastro de ti de sobre la superficie de la tierra". Exprésate con palabras duras, que le hagan desistir de ese propósito y le despierten de su estupidez.» Hayat al-Nufus preguntó: « ¿Desistirá con tales palabras de sus propósitos?» « ¿Pues cómo no habría de desistir? Además, yo le hablaré y le informaré de lo ocurrido.» La princesa pidió tintero y papel y escribió a Ardasir estos versos:

Tus esperanzas están aferradas al deseo de unirte conmigo, y tratas de alcanzar tus fines.
Pero la ilusión mata al hombre, y sus deseos le ocasionan desgracias.
Tú no eres persona de elevada profesión, no tienes séquito, no eres ni sultán ni ministro.
E incluso si tu acto procediese de un igual mío, él se volvería atrás, encanecido por los malos tratos y la guerra.
Por ahora perdonaré lo que has cometido, con la esperanza de que tú, arrepentido, ceses a partir de este momento de repetirlo.

Luego le entregó el escrito a la vieja, y le dijo: « Nodriza: reprende a ese perro para que no le corte la cabeza y quede comprometida en su pecado» .

« ¡Por Dios, mi señora, que no he de dejarle vía de escape!» Cogió el escrito y se fue.

Al llegar junto al joven, le saludó, él correspondió a su saludo y ella le entregó la carta. Él la cogió, la leyó, meneó la cabeza y exclamó: « ¡Nosotros somos de Dios y a Él hemos de volver!» , y añadió: « Madre, ¿qué he de hacer, dado que mi paciencia ha llegado al límite y mi cuerpo ha enflaquecido?» « Ten paciencia, hijo mío. Quizá Dios haga que ocurra alguna novedad confortadora. Entre tanto, escribe lo que tienes en el corazón, y yo te traeré la respuesta. Cálmate, pues, y estate tranquilo porque yo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, te uniré a ella.» El joven pronunció invocaciones por la vieja y escribió a la princesa una carta en la que figuraban estos versos:

Ya que en el amor no hay quien me dé protección, y la tiranía de mi pasión es mortal y mortífera,
Yo soporto de día en las vísceras una llama de fuego, y en mis noches no hallo lugar de descanso.
¡Oh, mi máximo deseo! ¿Cómo no me atrevo a esperar en ti, y me contento con lo que me ha ocurrido por tu amor?
Pido al Señor del Trono que me conceda resignación, pues me he perdido a causa del amor por las hermosas,
Y que decrete a mi favor una pronta unión, para que al fin esté contento, pues estoy sumido en las dificultades de la pasión.

Dobló el escrito, se lo entregó a la vieja, y luego sacó para ella una bolsa con cuatrocientos dinares. La vieja recogió todo y se fue. Se presentó a la hija del rey y le entregó el escrito; pero ella no lo leyó, sino que preguntó: « ¿Qué es este papel?» « Mi señora, es la respuesta al escrito que tú has dirigido a ese perro de mercader.» « ¿No le has reprendido como te dije?» « Sí, y ésta es su respuesta.» Ella cogió la carta y la leyó hasta el final. Se volvió hacia la vieja y le dijo: « ¿Y éste es el resultado de tus palabras?» « Mi señora, ¿acaso no dice en la respuesta que desiste, que está arrepentido y que se excusa por lo acaecido?» « ¡No, por Dios! Aún hace más declaraciones de amor.» « Mi señora, escríbele una carta y ya te contarán lo que haré de él.» « No necesito ni escribir ni contestar.» « Es absolutamente preciso que contestes para que yo le reprenda y le arrebate toda esperanza.» « Córtale toda esperanza, pero sin que esto vaya acompañado de carta.» « Para reprenderle y cortarle toda esperanza es absolutamente preciso que le lleve un escrito.» Y entonces Hayat al-Nufus pidió pluma y papel, y le escribió estos versos:

Te he reprendido largo tiempo, mas los reproches no te impidieron seguir.
¿Cuántas veces habré de prohibirte que obres así, con poesías escritas

de mi puño y letra?

Oculta tu amor, no lo manifiestes nunca; y si desobedecieres, yo no tendré miramientos contigo.

Si volvieses a decir lo que estás diciendo, he aquí que el mensajero de la muerte ha venido ya a anunciar tu fin.

Entonces, en breve verás cómo los vientos, en tempestad, soplan contra ti, y cómo las aves de rapiña en el desierto te cubrirán.

Vuélvete a acciones mejores, y en ellas tendrás éxito; mas si te propusiste hacer cosas torpes e indecentes, eso te perderá.

Cuando acabó de escribir los versos, Hayat al-Nufus arrojó, indignada, el papel de la mano. La vieja recogió el escrito y se fue. Se presentó al joven, y éste cogió el mensaje. Lo leyó hasta el final y así supo que la princesa no tendría compasión de él, sino que cada vez se indignaría más. Comprendió que jamás podría llegar a ella, y por eso se le ocurrió escribir la respuesta e invocar la ayuda de Dios contra ella. Y entonces le escribió estos versos:

¡Mi Señor! Por los cinco planetas te conjuro a que me salves de aquella por cuyo amor me hallo en tribulaciones.

Tú sabes la llama de pasión que hay en mí, y mi grave dolencia por quien no tiene compasión de mí.

No se apiada por las desgracias que me han sobrevenido. ¡Qué tirana es, pese a mi debilidad, y cuán injusta es conmigo!

Voy errando por abismos sin fin, y no he dado, ¡oh, gente!, con persona que me asista.

¡Cuántas noches me paso, mientras el ala de la tiniebla nocturna se extiende, renovando en mi interior y poderosamente mis lamentos!

Y no he hallado consuelo a vuestro amor. ¿Cómo habré de consolarme si mi paciencia quedó destruida en la pasión?

¡Oh, pájaro de la separación! Dime: ¿está ella a seguro de los males por las vicisitudes y las tribulaciones del tiempo?

Luego dobló el escrito y se lo entregó a la vieja, a la que le dio una bolsa con quinientos dinares. La vieja cogió el mensaje y se fue. Se presentó a la hija del rey y se lo entregó. Cuando ésta lo hubo leído y entendido bien, lo arrojó de la mano y le dijo: « ¡Vieja de mal agüero! Hazme saber el motivo de cuanto me ha ocurrido por tu culpa, por tu astucia y por qué él te ha gustado, hasta el extremo de escribir mensaje tras mensaje, mientras tú seguías llevando misivas entre nosotros, hasta conseguir que entre él y nosotros surgiese una correspondencia e historias. A cada mensaje tú decías: “Te evitaré el mal de su parte y haré cesar sus palabras”; pero hablabas así sólo para que yo le escribiese una carta y tú

fueses y vinieses entre nosotros. ¡Has difamado mi honra! ¡Eunucos, prendedla!» Y mandó a los eunucos que la azotaran; así lo hicieron y la sangre manó de todo el cuerpo de la vieja, que se desmayó. Hayat al-Nufus mandó a las esclavas que se la llevaran, y ellas la arrastraron por los pies hasta el fin del palacio. También mandó a una doncella que estuviese junto a ella, y cuando volviese de su desmayo le dijese: « La reina ha hecho un juramento, y es que tú no volverás a este palacio ni entrarás en él. Y si volvieses, ella mandaría que te hiciesen pedazos» . Cuando la vieja volvió en sí del desmayo, la esclava le repitió lo que la reina le había dicho. Contestó: « Oír es obedecer» . Luego las esclavas trajeron una jaula y mandaron a un faquín que transportara a la nodriza a su casa. El faquín cumplió la orden y la acompañó a su casa. La princesa envió luego a un médico con orden de cuidarla con toda solicitud hasta que se curase, y así lo hizo el médico.

Cuando se repuso, la vieja montó a caballo y se dirigió a ver al joven. Éste estaba muy triste, porque ella había dejado de ir a verle, y deseaba noticias de la anciana. Al verla, se dirigió hacia ella, la recibió, la saludó y vio que estaba enferma. Le preguntó por su salud, y ella le puso al corriente de cuanto le había ocurrido con la reina. El joven se disgustó mucho y, tras dar una palmada, exclamó: « ¡Por Dios! Siento lo que te ha ocurrido. Pero, madre, ¿por qué la reina odia a los hombres?» Ella le explicó: « Hijo mío, sabe que ella posee un hermoso jardín: no lo hay más bello sobre la superficie de la tierra. Una noche se quedó dormida en él, y mientras estaba en lo mejor del sueño, soñó que había bajado al jardín y había visto cómo un cazador montaba su red y esparcía a su alrededor granos, y después se sentaba a distancia para ver qué presa caía. A poco, los pájaros acudían a coger granos, y un macho quedó prendido en la red y empezó a debatirse en ella. Los pájaros huyeron, y, entre ellos, también su hembra; pero estuvo alejada sólo un rato. Luego volvió a él, se acercó a la red e intentó romper la malla que cogía la pata de su macho, y siguió trabajando con el pico hasta que la rompió y puso en libertad a su pareja. Todo esto ocurrió mientras el cazador dormía. Cuando despertó, miró la red y al ver que estaba rota la arregló, volvió a esparcir grano y se sentó a cierta distancia de la red. Al cabo de cierto tiempo los pájaros volvieron a reunirse allí y entre ellos también se contaban la hembra y el macho de antes. Los pájaros se acercaron a recoger los granos, y entonces la hembra quedó cogida en la red y empezó a debatirse. Todas las palomas echaron a volar, incluso el macho al que antes ella había puesto en libertad; pero el macho no volvió. Al cazador le había vencido el sueño y no despertó sino al cabo de mucho tiempo. Despertó de su sueño y vio a la hembra del pájaro en la red. Se levantó, se acercó, le sacó las patas de la red y la degolló. Entonces la hija del rey despertó asustada y exclamó: “¡Así obran los hombres con las mujeres! La mujer es solícita con el hombre, corre en su auxilio cuando él se halla en dificultad; mas luego, si el Señor decretó algo contra ella y

es ella la que se encuentra en dificultad, él la deja y no la libra, y el favor que ella le hizo resulta inútil. ¡Maldiga Dios a quien confía en los hombres! No reconocen el bien que les hacen las mujeres". Y, a partir de ese día, empezó a odiar a los hombres» . « Madre mía —le preguntó el hijo del rey a la vieja—, ¿sale alguna vez la princesa por la calle?» « No, hijo mío. Pero posee un jardín que es uno de los más hermosos lugares de esparcimiento de esta época. Todos los años, cuando los frutos están maduros, ella baja y pasea por él durante un día entero. No duerme sino en su palacio y baja al jardín sólo por la puerta secreta que a él lleva. Ahora quiero hacerte saber una cosa, de la que, si Dios quiere, derivará bien para ti. Has de saber que para la época de los frutos sólo falta un mes, y que entonces ella bajará a pasear por el vergel. Te aconsejo que a partir de hoy frecuentes al guardián de dicho jardín y te arregles para que entre tú y él nazca amistad y hermandad. Él no permite que ninguna criatura de Dios entre en ese jardín, porque está junto al palacio de la hija del rey. Yo te informaré, con dos días de antelación, del día en que la princesa bajará, y tú, según tu costumbre, irás allí, entrarás en el jardín y buscarán la manera de pasar la noche en él. Cuando la hija del rey baje, tú ya estarás escondido en algún lugar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja prosiguió:] » Cuando la veas, déjate ver y cuando ella te vea, te amará, pues el amor pasa por encima de todas las cosas. Sabe, hijo mío, que cuando te mire quedará seducida de amor por ti, ya que tienes hermoso aspecto. Tranquilízate, pues, y cálmate, hijo mío: yo he de reuniros a ti y a ella.» El joven le besó la mano, le dio las gracias y le regaló tres piezas de tejido de seda alejandrina y tres piezas de raso de distintos colores; de cada pieza salían: un corte para camisas, otro para calzones y un pañuelo para hacer el sombrero; y también tejido de algodón de Baalbak para los forros, con lo que ella obtuvo tres vestidos completos, cada uno mejor que el otro. Le entregó además una bolsa con seiscientos dinares, y le dijo: « Esto es para la modista» . La vieja cogió todo y dijo: « Hijo mío, ¿quieres saber el camino de mi casa? Yo también debo saber dónde vives» . « Sí» , contestó el joven, y envió con ella a un esclavo para conocer su morada y hacerle saber dónde estaba la suya. Cuando la vieja se hubo marchado, el hijo del rey se levantó y dio orden a sus pajes de que cerraran la tienda. Fue a ver al visir y le contó, desde el principio hasta el fin cuanto le había ocurrido con la vieja. El visir, después de haber oído las palabras del hijo del rey, le dijo: « Hijo mío, si Hayat al-Nufus sale y tú no le caes en gracia, ¿qué harás?» « No tengo más medio en mi mano que pasar de los dichos a los hechos y arriesgar por ella mi vida raptándola de entre su servidumbre, hacerla montar a caballo detrás de mí y dirigirme con ella a

desierto abierto. Si lo logro, habré conseguido mi fin; y si muero antes de hora, hallaré descanso de esta odiosa vida.» « Hijo mío, ¿con esta mentalidad vives? ¿Cómo podremos partir, dado que larga distancia nos separa de nuestro país? ¿Y cómo puedes obrar así con uno de los reyes del tiempo, que tiene a sus órdenes cien mil caballeros? ¿Quién nos asegura que no mande a algunos de sus soldados que nos corten los caminos? Esta manera de obrar no es favorable a nuestros intereses, y una persona inteligente no actúa así.» « ¿Pues cómo he de obrar, oh, visir de los buenos consejos? Yo moriré sin duda alguna.» « Ten paciencia hasta mañana, hasta que veamos ese jardín, conozcamos su situación y sepamos qué relaciones se anudarán entre nosotros y el jardinero del lugar.»

Por la mañana, el visir y el hijo del rey se levantaron. El primero cogió mil dinares, y ambos se pusieron en marcha. Llegaron al jardín y vieron que tenía altas y sólidas paredes, muchos árboles, arroyos abundantes en aguas, y hermosos frutos; sus flores olían bien sus pájaros gorjeaban: parecía uno de los jardines del paraíso. En su interior había un hombre de edad, sentado en un banco. Cuando vio a los dos y observó su aspecto, y después de que ellos le hubieron saludado, se levantó, correspondió a su saludo y dijo: « Señores, ¿necesitáis algo que yo pueda honrarme en satisfacer?» Y el visir le contestó: « Sabe, ¡oh, jeque!, que somos forasteros. Hemos sentido mucho calor y nuestra casa está lejos, al extremo de la ciudad. Pedimos de tu bondad que aceptes de nosotros estos dos dinares, nos compres algo de comer y nos abras la puerta de este jardín para que podamos sentarnos en un lugar a la sombra en el que haya agua fresca para refrescarnos. Esto hasta que tú nos traigas la comida, de la que comeremos nosotros y tú: nosotros ya estaremos descansados y seguiremos nuestro camino» . El visir echó mano al bolsillo y sacó dos dinares que colocó en la mano del jardinero. Éste, que tenía setenta años, nunca había tenido cosas de ese tipo: al ver en su mano los dos dinares, la mente se le trastornó. Abrió en seguida la puerta, les hizo entrar, y les acomodó bajo un árbol frutal que daba mucha sombra, y les dijo: « Sentaos este lugar, y no penetréis en el jardín porque hay en él una puerta secreta que lleva al palacio de la princesa Hayat al-Nufus» . « No nos moveremos de nuestro sitio» , le aseguraron los dos. El anciano jardinero se fue a comprar lo que los dos le habían encargado y estuvo ausente un rato, para regresar con un faquín que llevaba en la cabeza un cordero asado y pan. Los tres comieron y bebieron y charlaron durante algún tiempo. Luego el visir se volvió a derecha e izquierda, y se puso a mirar los distintos lugares del jardín, en cuyo interior distinguió un edificio de elevada construcción, pero ya ruinoso por viejo, el revoque de cuyas paredes estaba agrietado y sus pilares estaban medio derruidos. « Jeque —le preguntó el visir—, ¿este jardín es de tu propiedad o lo has alquilado?» « Mi señor, ni es de mi propiedad ni lo he alquilado: sólo soy el guardián.» « ¿Cuál es tu sueldo?» « Un dinar al mes, mi señor.» « Tus dueños son injustos contigo, sobre todo si tienes familia.» « ¡Por

Dios, mi señor! Mi familia consta de ocho hijos y yo.» « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» , exclamó el visir. « ¡Desgraciado! Haces que yo también esté preocupado por ti, por Dios. ¿Qué dirías de quien te proporcionase bien para esa familia que tienes?» « Mi señor, cualquier bondad que hicieras sería poner junto a Dios (¡ensalzado sea!) una buena acción para el momento de necesidad.» « Sabe, jeque, que este jardín es un hermoso lugar; incluso tiene ese edificio; pero está viejo y en ruinas. Quiero mandarlo restaurar, blanquear y pintar con hermosos colores, para que se convierta en la cosa más hermosa de este jardín. Cuando venga el dueño y vea que el edificio está arreglado y embellecido, indudablemente te preguntará acerca de su restauración. Si te pregunta, tú le contestarás: "Mi señor, lo he restaurado al ver que estaba en ruina y, precisamente porque estaba en ruina y sucio, nadie lo utilizaba ni podía parar en él. Por eso lo he restaurado y he hecho gastos". Y si te preguntase de dónde sacaste el dinero gastado, explícale: "De mi dinero, y ello para congraciarme contigo y con la esperanza de lograr tus favores". No cabe duda de que te recompensará por lo que gastaste por el lugar. Mañana mandaré que vengan albañiles, encaladores y pintores a reparar este edificio y te daré lo prometido.» Y, a continuación, sacó del bolsillo una bolsa con quinientos dinares y le dijo: « Toma estos dinares y gástalos para tu familia, y haz que recen por mí y por este hijo mío» . El hijo del rey preguntó: « ¿Por qué todo eso?» , y el visir le contestó: « Ya verás el resultado» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al ver aquel oro, el viejo casi perdió la razón: se echó a los pies del visir para besárselos y se puso a pronunciar invocaciones por él y por su hijo. Cuando los dos estaban a punto de marcharse, les dijo: « Os espero mañana. Dios (¡ensalzado sea!) no me separará de vosotros, ni de día ni de noche» .

Al día siguiente, el visir acudió a aquel lugar y preguntó por el arquitecto, y cuando éste se presentó, lo cogió y se dirigió al jardín. El jardinero se alegró de verle. El visir le entregó al arquitecto el precio de su salario y de cuanto necesitaban los obreros para restaurar aquel edificio. Los obreros arreglaron las paredes, encalaron y pintaron. « Maestros —les dijo el visir a los pintores—, parad mientes en mis palabras y comprended bien mi intención y mi deseo. Sabed que poseo un jardín parecido a éste. Una noche, mientras dormía, vi en sueños que un cazador extendía la red y esparcía granos a su alrededor. Los pájaros se reunieron para recoger los granos y un macho quedó prendido en la red, mientras los demás huían y entre ellos la hembra de aquel macho; mas luego, la hembra, que solamente estuvo alejada un poco, regresó sola y royó la

malla que aprisionaba el pie de su macho hasta que lo salvó, y entonces se echó a volar. En aquel momento el cazador dormía. Al despertar de su sueño vio que la red estaba rota. La arregló, esparció granos por segunda vez y se fue a sentar lejos, en espera de que la caza cayese en la red. Los pájaros volvieron a recoger granos y entre ellos estaban también el macho y la hembra de antes: ella quedó cogida en la red, todos los pájaros escaparon, y entre ellos también su macho; pero éste no regresó junto a ella. El cazador se levantó, cogió la hembra y la degolló. En cuanto al macho, después de haber huido con los pájaros, fue apresado por un ave de rapiña que le degolló, bebió su sangre y comió su carne. Quiero que vosotros me pintéis todo este sueño, según os he contado, con buena pintura, situando la escena entre las decoraciones del jardín, sus paredes, sus árboles y sus pájaros, y que pintéis la figura del cazador con su red y, además, todo lo que le ocurrió al pájaro macho con el ave de rapiña cuando ésta le cogió. Si hacéis lo que os he explicado, y si después de verlo me gusta, os daré cuanto os pondrá contentos, además de vuestro salario.» Los pintores oyeron sus palabras y se esmeraron en la elección de los colores y pusieron mucha atención. Cuando todo quedó acabado se lo enseñaron al visir, a quien le gustó la pintura: al mirar la representación del sueño que había descrito a los pintores, la halló tal cual; por eso, tras felicitarles, les hizo magníficos regalos. Luego, y según su costumbre, llegó el hijo del rey y entró en aquel edificio sin saber lo que había hecho el visir. Miró la pintura y vio representados el jardín, el cazador, la red, los pájaros y aquel macho que estaba entre las garras del ave de rapiña, la cual, después de haberle degollado, bebía su sangre y comía su carne. Quedó muy asombrado. Volvió junto al visir y le dijo: « ¡Oh, visir de los buenos consejos! He visto hoy una maravilla tal que si se grabara en los lacrimales de los ojos constituiría una enseñanza para quien medita» . « ¿Qué es, mi señor?» « ¿No te conté el sueño que tuvo la hija del rey y que es la causa de su odio hacia los hombres?» « Sí.» « ¡Por Dios, visir! Entre los frescos he visto representado precisamente el sueño, con colores, como si hubiese sido testigo ocular. Y he de decirte otra cosa que le escapó a la hija del rey y que ella no vio, y sobre la cual habremos de basarnos para conseguir nuestro propósito.» « ¿Qué es, hijo mío?» « He visto que el macho, después de haberse alejado de su hembra cuando ésta quedó cogida en la red, no volvió junto a ella porque fue capturado por un ave de rapiña, que lo degolló y bebió su sangre y comió su carne. Si la hija del rey hubiese visto el sueño por completo, lo habría contado hasta el final y habría visto con sus propios ojos cómo el pájaro macho era cogido por el ave de rapiña. Ésta fue la causa de que no volviera junto a ella y de que la hembra no fuera librada de la red» . Y el visir exclamó: « ¡Rey feliz, por Dios, que esta cosa es extraña y maravillosa!»

Entretanto, el hijo del rey seguía asombrado ante aquella pintura, seguía lamentando que la hija del rey no hubiese visto el sueño hasta el final, y decía: « ¡Ojalá hubiese visto aquel sueño hasta el final o le volviese a ver de nuevo por

completo, aunque fuera en medio de una pesadilla!» El visir entonces le explicó: « Tú me preguntaste por qué motivo reedificaba aquella casa y yo te contesté que ya verías el resultado: ahora se te hace manifiesto su fin porque soy yo quien dio esas órdenes y mandé a los pintores que representaran el sueño y que pusieran el pájaro macho entre las garras del ave de rapiña que ya le había degollado y que estaba bebiendo su sangre y comiendo su carne. De manera que si la hija del rey viniese aquí y viese esa pintura, vería la representación de aquel sueño y contemplaría al pájaro que era degollado por el ave de rapiña, y lo perdonaría y dejaría de odiar a los hombres» . Al oír esas palabras, el hijo del rey le besó las manos al visir, dándole las gracias por cuanto había hecho, y le dijo: « Uno como tú debiera ser primer ministro del rey. ¡Por Dios! Si consigo mi propósito y vuelvo contento junto al rey, le informaré de esto para que te honre aún más, aumente tu rango y escuche tus palabras» . El visir le besó la mano.

Luego se dirigieron al viejo jardinero y le dijeron: « ¡Mira qué hermoso es este lugar!» , y el viejo contestó: « Todo esto ha ocurrido bajo tus auspicios» . Los dos añadieron: « Viejo, si te preguntasen acerca de la restauración de este palacio, tú dirás: “Lo he reparado con mi dinero”, para que de ello saques bien y recompensa» . « Oír es obedecer» , —contestó el viejo. Y el hijo del rey ya no dejó de estar con él. Esto es lo que hace referencia al visir y al hijo del rey.

En cuanto a Hayat al-Nufus, después de que cesaron los escritos y la correspondencia, y la vieja hubo desaparecido de la presencia de Hayat al-Nufus, ésta se alegró mucho, pensando que el joven ya habría partido para su país. Ciento día y de parte de su padre, le ofrecieron un plato tapado, en el que ella, al destaparlo, halló buena fruta. Preguntó: « ¿Llegó ya el tiempo de esta fruta?» « Sí.» « ¡Oh! ¡Podríamos disponernos ahora a dar un paseo por el jardín!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que las esclavas dijeron: « ¡Magnífica idea, mi señora! ¡Por Dios, paseemos por este jardín!» « ¿Pero cómo vamos a hacerlo si sólo la nodriza nos hacía pasear por él todos los años, explicándonos la diferencia entre los distintos árboles? ¡Y yo la he mandado golpear impidiéndole que viniera a mí! Ahora me arrepiento de lo que hice, ya que, en todo caso, es mi nodriza y tiene sobre mí los derechos que derivan del haberme criado. ¡Pero no hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Al oír las palabras de la princesa, todas las esclavas se levantaron, besaron el suelo ante ella y le dijeron: « Te conjuramos por Dios, señora nuestra, a que la perdones y mandes que se presente» . « ¡Por Dios! Ya he decidido hacerlo. ¿Quién de vosotras irá a ella? Yo le he preparado un hermoso vestido.» Dos esclavas se adelantaron, una

llamada Bulbul y la otra Sawad al-Ayin. Eran las primeras esclavas de la hija del rey y de sus más íntimas, hermosas y graciosas. « Nosotras iremos a verla, ¡oh, reina!» , le dijeron. « Haced lo que bien os parezca.»

Las dos mujeres se dirigieron a casa de la nodriza, llamaron a la puerta y entraron a su presencia. La vieja las reconoció, las estrechó contra su pecho y les dio la bienvenida. Las dos doncellas, una vez acomodadas, le dijeron: « Nodriza, la reina te ha perdonado y está contenta de ti» . Mas la vieja exclamó: « ¡No! ¡Nunca, aunque hubiese de beber la copa de la muerte! ¿Acaso he olvidado la vergüenza sufrida ante quien me quería y quien me odiaba, cuando mis vestidos fueron manchados de sangre y estuve a punto de morir por los muchos palos? Y después fui arrastrada por los pies como perro muerto, hasta ser arrojada fuera de la puerta. ¡Por Dios, que no he de volver jamás junto a ella ni quiero verla más!» Las doncellas suplicaron: « No quieras que sea en balde nuestra venida a ti. ¿Dónde irá a parar el honorable trato que tenías con ella? ¡Mira quién vino y entró en tu casa! ¿Quieres alguien de más elevada posición que nosotras junto a la hija del rey?» « ¡Me refugio en Dios! —exclamó la vieja—. Ya sé que valgo menos que vosotras; pero la hija del rey había elevado mi situación entre sus esclavas y la servidumbre, hasta el extremo de que si me hubiese enojado con la primera de ellas, ésta habría muerto en su piel.» Ellas insistieron: « Las cosas están como estaban, no han cambiado en absoluto. Aún más, están mejor que antes, ya que la hija del rey se ha humillado ante ti y ha pedido hacer las paces sin ningún intermediario» . « ¡Por Dios! Si no hubieseis venido vosotras yo no habría vuelto junto a la princesa aunque hubiese mandado que me mataran si no lo hacía.» Las dos doncellas le dieron las gracias por sus sentimientos.

La vieja se levantó en el acto, se puso sus vestidos, salió con las dos, y las tres se pusieron en marcha hasta llegar a presencia de la hija del rey. Cuando entraron, la joven se levantó, y la vieja exclamó: « ¡Dios, Dios! ¿La culpa es mía o tuya, princesa?» « La culpa es mía —reconoció la hija del rey—. El perdón y la complacencia han de venir de ti. ¡Por Dios, mi nodriza! Tú estás muy elevada en mi estimación, tienes sobre mí derechos que proceden del haberme criado. Pero tú sabes que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha repartido entre sus criaturas cuatro cosas: carácter, vida, alimento y muerte, y no está en manos del hombre rechazar el decreto divino. Yo no fui dueña de mí misma ni pude dominarme. Sin embargo, nodriza, estoy arrepentida de lo que hice.» Entonces el enfado de la vieja desapareció. Se levantó, besó el suelo ante Hayat al-Nufus y la princesa pidió que trajesen un vestido suntuoso, que le mandó ponerse. La vieja quedó muy contenta con el vestido, mientras siervas y esclavas estaban en pie ante ella. Cuando la reunión acabó, la princesa le dijo a la vieja: « Nodriza, ¿en qué punto está la fruta y los frutos de nuestro jardín?» « ¡Por Dios, mi señora! He visto en la ciudad la mayor parte de los frutos; pero hoy me informaré sobre este asunto y te daré la respuesta.» Luego, y con los mayores

honores, se despidió de ella y se fue a ver al hijo del rey.

Éste la recibió con alegría, la abrazó, se sintió feliz por su llegada y se le abrió el corazón ya que desde hacía mucho tiempo esperaba verla. La vieja le contó cuanto le había ocurrido con la hija del rey y cómo ésta tenía la intención de bajar al jardín en determinado día.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la vieja preguntó: « ¿Hiciste lo que te dije con el portero del jardín? ¿Le ha alcanzado algún beneficio de tu parte?» « Sí, se ha convertido en amigo mío. Estamos completamente de acuerdo, y si le necesitase, no cabe duda de que me contentaría.» Y le contó lo que había hecho el visir: cómo había mandado pintar el sueño que había tenido la hija del rey, es decir, la historia del cazador, de la red y del ave de rapiña. La vieja se alegró mucho al oír tales palabras, y dijo: « En nombre de Dios te conjuro a que pongas a tu visir en el centro de tu corazón, pues esta acción suya demuestra su profunda sabiduría, y, además, te ha ayudado a conseguir tu propósito. Levántate en seguida, hijo mío, entra en el baño y ponte el vestido más suntuoso: no nos queda astucia más eficaz que ésta. Preséntate al portero y obra de manera que te deje dormir en el jardín: aunque le diesen la tierra llena de oro, él no debería permitir que nadie entrase en él. Cuando estés dentro, escóndete para que los ojos no puedan verte, y permanece escondido hasta que me oigas decir: "¡Oh, Tú, cuyos favores están ocultos! Sálvanos de los que tememos". Entonces saldrás de tu escondite y mostrarás tu belleza y gracia; pero escóndete entre los árboles, ya que tu belleza haría avergonzar a la luna. Y esto hasta que la princesa Hayat al-Nufus te haya visto y su corazón y sus miembros estén repletos de amor por ti. Entonces habrás alcanzado tu objetivo y tu propósito, y tus preocupaciones desaparecerán» . « Oír es obedecer» , concluyó el joven, y sacó una bolsa con mil dinares, que la vieja aceptó, y se marchó.

En cuanto al hijo del rey, entró en el baño. Se perfumó, se puso su más suntuoso vestido regio, un collar en el que había reunidas varias clases de joyas valiosas, y un turbante tejido con franjas de oro rojo y rodeado de perlas y gemas. Sus mejillas se pusieron rosadas; sus labios, rojos; sus párpados como los de la gacela. Se balanceaba como persona atontada por el vino. Estaba totalmente lleno de belleza y gracia, y su arrogante figura hacía avergonzar a las ramas de los árboles. Se puso en el bolsillo una bolsa con mil dinares, y echó a andar hasta llegar al jardín. Llamó a la puerta. El portero le contestó y le abrió. Al verle, se sintió muy contento, y le saludó con todo honor; pero al darse cuenta de que su rostro estaba triste, le preguntó por su estado. « Sabe, viejo, que hasta ahora viví junto a mi padre, tratado con toda consideración. Jamás, hasta hoy,

levantó su mano contra mí. Mas ahora entre él y yo hubo ciertas palabras, y me insultó, me abofeteó, me pegó con el bastón y me expulsó. Yo no tengo ningún amigo y he tenido miedo de las perfidias del tiempo. Tú sabes que el enojo de los padres no es cosa fútil. Por eso vine a ti, tío mío, ya que mi padre te conoce, y pido de tu bondad que me dejes que me quede en el jardín hasta el final y también que pernocte en él hasta que Dios arregle las cosas entre mi padre y yo.» Una vez oídas sus palabras, el jardinero, preocupado por lo que le había ocurrido al joven con su padre, le preguntó: « Mi señor, ¿me permites que vaya a ver a tu padre, que entre a su presencia y sea la causa de la reconciliación entre vosotros dos?» « Tío, sabe que mi padre tiene un carácter insoportable, y si le propusieses la reconciliación mientras tiene el ánimo encendido, no te daría respuesta» . « Oír es obedecer, mi señor, ven, pues, a mi casa conmigo y haré que pernoctes entre mis hijos y mi familia, y nadie nos reprochará esto.» « Tío, cuando estoy enojado sólo puedo estar solo.» El viejo insistió: « Pero siento que hayas de dormir solo en el jardín, teniendo yo casa» . « Tío, tengo un motivo para hacer esto: lo hago para que acabe la turbación de mi espíritu; yo sé que mi padre estará contento si permanezco aquí, y así me congraciaré con él.» « Si no hay otro medio, te traeré una alfombra para que puedas dormir sobre ella, y una manta para taparte.» « Muy bien, tío.» El jardinero se levantó, le abrió la puerta del jardín y le entregó la alfombra y la manta. Pero el viejo ignoraba que la hija del rey deseaba salir al jardín. Esto es lo que hace referencia al hijo del rey.

He aquí lo que hace referencia a la nodriza. Cuando se presentó ante la hija del rey y le informó de que los frutos ya habían madurado en los árboles, ésta le dijo: « Nodriza, mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, bajarás conmigo al jardín a pasear; pero manda a alguien para que informe al guardián de que mañana nosotras estaremos con él en el jardín» . La nodriza mandó decir al viejo: « La reina estará mañana en el jardín; tú no dejarás en el jardín ni regantes ni trabajadores, no permitirás que ninguna criatura de Dios entre en él» . Cuando el encargo de la hija del rey llegó al jardinero, éste reguló el flujo de las aguas, se dirigió al joven y le dijo: « La hija del rey es la dueña de este jardín. Pero tú tienes disculpa, mi señor, porque este lugar es tu lugar, porque yo sólo vivo de tus beneficios. Mas mi lengua está bajo mis pies, y por ello te informo de que la princesa Hayat al-Nufus quiere salir al jardín con nosotros apenas sea de día y ha dado orden de que no permita que haya nadie en el jardín que la pueda ver. Y ahora te pido, por favor, que salgas del jardín durante este día, ya que la princesa sólo se queda hasta el mediodía. Luego tendrás tiempo de permanecer en él durante meses, temporadas y años» . Entonces Ardasir le preguntó: « Jeque, ¿acaso te ha ocurrido alguna vez por nuestra causa algún perjuicio?» « ¡No, por Dios, mi señor! Sólo honor me ha venido de tu parte.» « Si las cosas son así, de nuestra parte sólo te podrá acaecer bien. Yo me esconderé en este jardín y hasta que la hija del rey no haya regresado a su palacio nadie me verá.» El jardinero

insistió: « Mi señor, con que ella viese tan solo la sombra de un ser humano, mandaría que me cortaran la cabeza» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe insistió:] « Haré que nadie me vea, nadie en absoluto. Seguramente tú no tienes hoy nada para tu familia» . Y alargó la mano a la bolsa, sacó quinientos dinares, y le dijo: « Toma este oro y gástalo para tu familia. Así estarás tranquilo por ellos» . Cuando el viejo vio el oro, se sintió empequeñecido y, después de insistir junto al hijo del rey para que no se dejase ver en el jardín, lo dejó allí, sentado.

En cuanto a la hija del rey, apenas se hizo de día y sus doncellas entraron a su presencia, les dio orden de que abrieran la puerta secreta que llevaba al jardín en que se levantaba aquel edificio. Se puso un vestido regio, sembrado, de perlas, piedras preciosas y gemas, debajo del cual llevaba una camisa fina adornada con jacintos, y debajo de todo cosas que la lengua es incapaz de describir, por las que los corazones quedan atónitos y por cuyo amor se vuelven valientes los cobardes. Llevaba en la cabeza una corona de oro rojo incrustada de perlas y gemas, y se cimbreaba al andar sobre zuecos adornados con tersas perlas y forrados de oro rojo, con piedras engarzadas y metales preciosos. Puso la mano en el hombro de la vieja y dio orden de salir por la puerta secreta. Pero la vieja, que había echado una mirada al jardín y lo había visto lleno de criados y esclavas que comían frutos y enturbiaban las aguas para divertirse jugando y paseando en aquel día, le dijo a la reina: « Tú eres persona de gran inteligencia y perfecta sensatez, y bien sabes que no es precisa esta servidumbre en el jardín. Si salieses del palacio de tu padre, en tal caso sería señal de respeto hacia ti que la servidumbre fuese contigo. En cambio, mi señora, sales por la puerta secreta para dirigirte al jardín de manera que no te vea ninguna de las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!)» . La princesa contestó: « Es cierto, nodriza. ¿Qué debo hacer?» « Manda a los criados que se vuelvan a casa. Te digo esto especialmente en señal de respeto hacia el rey.» Ella mandó a los criados que se fueran, y entonces la nodriza prosiguió: « Aún quedan algunos criados malintencionados: diles que se vayan y que queden contigo sólo dos doncellas con las cuales podamos distraernos» . Cuando la nodriza vio que el ánimo de la princesa se había tranquilizado y estaba dispuesto, le dijo: « Ahora daremos un hermoso paseo. Anda, ven ahora con nosotras al jardín» . La hija del rey se levantó, colocó una mano sobre el hombro de la nodriza y, junto con las dos doncellas que marchaban delante, salió por la puerta secreta bromeando con ellas y cimbreándose en sus vestidos. La nodriza iba delante de ella, le señalaba los árboles, le hacía probar sus frutos, yendo de un lugar a otro. Y así estuvo andando

con ellas hasta llegar a aquel edificio. La reina lo vio, notó que estaba restaurado y observó: « Nodriza, ¿no ves que este palacio ha sido reedificado y que las paredes han sido encaladas?» « ¡Por Dios, mi señora! Algo he oído decir acerca de ello: que el jardinero compró telas a un grupo de mercaderes y luego las vendió, y que con lo obtenido compró ladrillos, cal, yeso, piedras, etc. Le pregunté qué había hecho con todas esas cosas, y me contestó: "Restauré el edificio, que estaba en ruinas". Y añadió: "Los mercaderes me han pedido el dinero que les debo y yo les he dicho que esperasen a que la hija del rey bajase al jardín, viese el edificio y le gustase, pues cuando saliera obtendría de ella lo que quisiera darme y les daría a los mercaderes lo que les correspondía". Entonces le pregunté: "¿Qué te indujo a hacer eso?", y me contestó: "Noté que iba a menos, que sus pilares estaban en ruinas y que el revoque estaba agrietado, pero que nadie era tan generoso como para restaurarlo, y por eso contraje una deuda sobre mi honor y lo restauré. Y ahora espero que la hija del rey obre conmigo como conviene". Entonces yo le indiqué: "La hija del rey es toda bondad y generosidad". El jardinero hizo todo eso sólo porque deseaba un beneficio de tu parte» . Hayat al-Nufus le dijo: « ¡Por Dios! Él lo ha restaurado con generosidad y ha obrado como hombre liberal. Llama a la tesorera» . La vieja llamó a la tesorera, que se presentó en seguida ante la hija del rey, y ésta le mandó que diera al jardinero dos mil dinares. La vieja envió un mensajero al jardinero, que cuando llegó a su presencia le dijo: « Has de obedecer las órdenes de la princesa y presentarte a ella» . Cuando el jardinero oyó que el enviado le decía tales palabras, todos sus miembros le temblaron, notó que las fuerzas le faltaban, y se dijo: « No cabe duda de que la hija del rey ha visto al joven; por consiguiente, hoy será el más desgraciado de mis días» . Salió y llegó a su casa, donde les contó lo ocurrido a su mujer y a sus hijos. Expresó sus últimas voluntades, se despidió de ellos y ellos le lloraron. Luego echó a andar y se presentó ante la hija del rey, con el rostro amarillo como el azafrán de la India y casi cayó al suelo cuan largo era. La vieja, que había comprendido todo, le avisó con sus palabras: « Jeque, besa el suelo y da gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Bendice a la reina con fervor, pues cuando le he dicho que tú has restaurado el viejo edificio, se ha sentido contenta y te ha concedido dos mil dinares como recompensa. Tómalos y vuélvete a tus asuntos» . El jardinero oyó las palabras de la nodriza, recogió los dos mil dinares, besó el suelo ante la hija del rey, la bendijo y regresó a su casa, donde su familia se sintió feliz por volverle a ver y pronunció bendiciones por aquel que había sido la causa de toda aquella providencia.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que hace referencia a ellos.

He aquí lo que hace referencia a la vieja. Ésta dijo: « Mi señora, ahora este lugar es hermoso y jamás vi casa mejor blanqueada ni pintura más agradable. ¿Quién sabe si lo mejor está dentro o fuera? ¿Quién sabe si el jardinero, al encalar el exterior, habrá dejado el interior como estaba? Anda, entremos a ver» . La nodriza entró con la hija del rey, que iba tras ella. Las dos mujeres se encontraron con que el edificio estaba pintado y decorado interiormente de manera magnífica. La hija del rey volvió la vista a derecha e izquierda, llegó a la testera del salón y se puso a mirar atentamente y largo rato, y entonces la nodriza comprendió que su ojo había visto la representación de aquel sueño, por lo cual retuvo junto a sí a las dos esclavas para que no la distrajeran. Cuando la hija del rey acabó de mirar la representación del sueño, se volvió, asombrada, hacia la vieja, dio una palmada, y le dijo: « Nodriza, ven a ver algo maravilloso, que si estuviese grabado en los dos lacrimales de los ojos constituiría una enseñanza para quien medita» . « ¿Qué es, mi señora?» « Llégate a la testera del salón, mira y cuéntame lo que veas.» La vieja entró, vio la representación del sueño y salió atónita, diciendo: « ¡Por Dios, mi señora! Esta es la representación del jardín, del cazador, de la red y de todo lo que viste en sueños. Por consiguiente, cuando el macho voló, sólo un grave impedimento le impidió volver junto a su hembra para librarla de la red del cazador. Así es, porque he visto el macho entre las garras del ave de rapiña, que lo había degollado, había bebido su sangre, había desgarrado su carne y la comía. Ésta, mi señora, fue la causa de que no volviera junto a ella a librarla de la red. Pero, mi señora, lo maravilloso estriba en la representación de este sueño con colores: si hubieses querido hacerlo tú misma no habrías podido retratarlo con esa exactitud. ¡Por Dios! Esto es algo maravilloso, digno de registrarse para la historia. Quizás, mi señora, los ángeles encargados de cuidarse de los hijos de Adán, al saber que el pájaro macho había sido juzgado injustamente —así lo hicimos y le reprochamos que no volviera— han puesto en claro su excusa, poniéndola de manifiesto. Acabo de verlo precisamente ahora degollado entre las garras del ave de rapiña» . « Nodriza, éste es el pájaro acerca del cual ha tenido su curso el decreto y el destino divino: nosotros hemos cometido una injusticia con él.» La vieja dijo: « Mi señora, Dios (¡ensalzado sea!) juzgará todas las injusticias. Ahora la verdad nos ha sido revelada y la excusa del pájaro macho queda clara: si las garras del ave de rapiña no le hubiesen cogido y el ave misma no le hubiese degollado y se hubiese bebido su sangre y comido su carne, él no habría tardado en volver junto a la hembra; habría vuelto y la habría librado de la red. Mas nada puede hacerse contra la muerte, sobre todo del hombre, el cual soporta hambre y da de comer a su esposa, se desnuda por vestirla, se enajena a su familia por contentarla, y desobedece a sus padres por obedecerle a ella. Ella conoce sus secretos y lo que

oculta, y no sabe prescindir de él ni un solo momento hasta el extremo de que si se ausenta una noche, los ojos de ella no pueden dormir. Para ella no hay cosa más querida que su hombre, y le ama más que a sus mismos padres. Cuando los dos van a dormir, se abrazan, el hombre le pone la mano bajo el cuello y ella la pone bajo el de él, y hacen como dijo el poeta:

> Le puse mi brazo como almohada, dormí tendido a su lado, y le dije a la noche: « Sé larga, pues la luna llena ha salido»
> ¡Qué noche de la que Dios no creó igual! Su principio fue dulce, mas amargo su fin.

» Y después de esto, él la besa y ella le besa. Entre las muchas cosas que le ocurrieron a un rey con su esposa, una fue ésta: ella enfermó y murió, y él se enterró vivo junto a ella; se sintió feliz por morir, dado el amor que sentía hacia ella y la inmensa ternura que había entre ellos. Lo mismo le ocurrió a un rey, que enfermó y murió, y cuando fueron a enterrarle, la mujer dijo a su familia: "Dejad que me sepulte viva con él; si no, me suicidaré, y vosotros seréis responsables de mi muerte"; y entonces los familiares, al ver que ella no habría de desistir de tal propósito, la dejaron hacer: ella se echó en la tumba con él, por lo mucho que le amaba y por el gran afecto que sentía hacia él» . Y la vieja siguió contándole historias de hombres y mujeres hasta que el odio que ella sentía en su corazón contra los hombres desapareció. Cuando la vieja se dio cuenta de que el amor por los hombres había vuelto a poner pie en ella, le dijo: « Llegó el momento de pasear por el jardín» .

Salieron ambas de aquel edificio y echaron a andar entre los árboles. De repente, la mirada del hijo del rey se posó en la princesa, y observó su aspecto y la armonía de las formas, el color rosado de las mejillas y el negro del ojo, la suprema gracia, belleza y armonía. Quedó muy asombrado, y al mirarla fijamente perdió la cabeza de amor: su pasión sobrepasó todo límite, sus miembros no pensaron sino en servirla, sus costados quedaron inflamados por el fuego de amor: se desmayó y cayó al suelo, sin sentido. Al volver en sí, se dio cuenta de que la princesa había desaparecido de su vista y le quedaba oculta entre los árboles.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe] lanzó un profundo suspiro y recitó estos versos:

> Cuando mis ojos vieron su espléndida belleza, mi corazón se desgarró por

ardiente afecto y amor,

Y me encontré echado y extendido en el suelo, y la hija del rey no supo lo que había en mí.

Anduvo, cimbreándose, y destruyó un corazón de enamorado, esclavo de amor. En nombre de Dios, ten piedad y misericordia de mi pasión.

¡Señor mío! Acerca el día de mi unión con ella y concédeme la sangre de mi corazón antes de que baje al sepulcro.

Pueda yo besarla diez y diez y diez veces, y sean besos sobre la mejilla de parte del desolado consumido de amor.

Entretanto, la vieja seguía guiando en el paseo por el jardín a la hija del rey, hasta que llegó al lugar en que estaba el hijo del rey. Entonces exclamó: « ¡Oh, Tú, cuyos favores están ocultos! Sálvanos de lo que tememos» . Cuando el hijo del rey oyó las palabras convenidas, salió de su escondite y, muy orgulloso y pagado de sí, echó a andar y a deambular entre los árboles con un porte que hacía avergonzar a las ramas; su frente estaba coronada de sudor y sus mejillas purpúreas se asemejaban al crepúsculo. ¡Gloria a Dios, el Altísimo, por lo que ha creado! La mirada de la hija del rey se posó en él, le miró y siguió observándole largo rato, admirando la belleza y la gracia, el porte y la proporción de los miembros; la exquisitez de los ojos, que aventajaban en belleza a los de las gacelas; la figura, que avergonzaba a las ramas de los sauces. Su mente quedó turbada, el corazón quedó prendado, y él la hirió en el corazón con las flechas de sus ojos. Ella preguntó: « Nodriza, ¿de dónde nos vino este joven de hermosa figura?» « ¿Dónde está, mi señora?» « Está aquí cerca, entre los árboles.» La vieja se volvió a derecha e izquierda, como si no lo supiese, y luego exclamó: « ¿Quién le enseñó a ese joven el camino de este jardín?» Pero Hayat al-Nufus insistió: « ¿Pero quién nos informará acerca de este joven? ¡Alabado sea quien creó a los hombres! Nodriza, ¿le conoces?» « Mi señora, es el joven que por mediación mía mantenía correspondencia contigo.» La princesa, que estaba sumergida en el mar de su amor y en el fuego de su pasión y de su afecto, le dijo: « Nodriza, ¡qué hermoso es este joven! Tiene rostro gracioso, y creo que no hay sobre la superficie de la tierra persona más bella que él» . Cuando la vieja comprendió que el amor por Ardasir se había apoderado de Hayat al-Nufus, dijo: « ¿No te dije, mi señora, que era un hermoso joven de rostro gracioso?» « Nodriza, las princesas no saben cómo está hecho el mundo ni las cualidades de quien en él vive. Ellas nunca frecuentan la gente, ni han tomado ni dado. Nodriza, ¿cómo podrá llegarse a él? ¿con qué estratagema podré dirigirme a él, qué le diré y qué me dirá?» La vieja interrumpió: « ¿Qué vamos a hacer ahora? Estamos en buen lío por tu culpa» . « Nodriza, sabe que nadie sino yo morirá de amor. Ahora estoy segura de que moriré en seguida, y la culpa de todo ello será el fuego de mi amor.» La vieja oyó sus palabras, comprendió su amor y su pasión, y le dijo:

« Mi señora, no hay manera de conseguir que venga a ti, y tú estás excusada de ir junto a él porque aún eres pequeña. Pero ven conmigo: yo iré delante de ti hasta llegar junto a él. Yo le hablaré, tú no tendrás por qué avergonzarte, y así, en un abrir y cerrar de ojos, surgirá amistad entre vosotros» . « Ve delante de mí —dijo la princesa—: el destino de Dios no puede rechazarse.» La nodriza se levantó junto con la princesa, y ambas se acercaron al hijo del rey, que permanecía sentado como una luna llena. Al llegar junto a él, la vieja le dijo: « Joven, mira quién llegó ante ti: es la hija del rey del tiempo, Hayat al-Nufus. Reconoce su valer y aprecia que haya venido a ti. Por respeto a ella, levántate y permanece en pie» . El joven se levantó en seguida, y su ojo tropezó con el de la princesa: cada uno de los dos se embriagó sin vino, y el amor y la pasión de Ardasir por la mujer crecieron desmedidamente. La hija del rey abrió los brazos lo mismo hizo el joven y los dos se abrazaron llenos de deseo. El amor y la pasión les vencieron, y ambos se desmayaron y cayeron al suelo, donde permanecieron largo tiempo. La vieja, temiendo el escándalo, les hizo entrar en el edificio, y ella se sentó en la puerta. « Aprovechad la ocasión para pasear, pues la princesa duerme» , les dijo a las doncellas, y éstas regresaron al palacio. Luego los dos amantes recobraron el sentido y se vieron dentro del edificio. « En nombre de Dios te conjuro, señora de las hermosas —dijo el joven—, dime: ¿sueño o desvarío?» Luego los dos se abrazaron y se emborracharon sin vino, quejándose de los sufrimientos de amor. Y el joven recitó estos versos:

El sol surge de su rostro luminoso, así como de sus mejillas se alza la rojez del crepúsculo.
Donde quiera que se muestre, a sus miradas se esfuma de vergüenza ante él el astro del horizonte.
Si aparece el relámpago de una sonrisa de su boca, surge la aurora y se disipa la tiniebla nocturna.
Si su erguido cuello se dobla, sienten celos, entre el follaje, las ramas del sauce.
Para mí, la vista de ella me hace prescindir de cualquier cosa. Invoco para ella la protección del Dios de la gente y de la aurora.
Ella prestó a la luna parte de sus bellezas; el sol quiso imitarla, mas no pudo.
¿De dónde puede tener el sol caderas con las cuales andar suavemente? ¿De dónde puede poseer la luna sus bellezas físicas y morales?
Quien me reprocha el estar totalmente arrebatado por su amor, o disiente o concuerda en juicio acerca de ella.
Ella es la que se ha adueñado de mi corazón con su mirada. ¿Qué les ha quedado a los corazones de los enamorados?

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando Ardasir hubo terminado de recitar los versos, la hija del rey lo estrechó contra su pecho y le besó en la boca y entre los ojos. El joven recuperó el sentido y empezó a quejársele de lo mucho que le había hecho sufrir el amor, la pasión, el afecto y el desvío; lo mucho que le había atormentado la dureza de su corazón. Al oír estas palabras, la joven le besó manos y pies y se descubrió la cabeza con lo cual se espesaron las tinieblas y salió la luna. Le dijo: « ¡Amado mío! ¡Fin de mi deseo! ¡Ojalá no hubiese existido el día en que yo te rechacé! ¡Dios quiera que no vuelva jamás!» Después se abrazaron, lloraron y la hija del rey recitó estos versos:

¡Oh, tú, que avergüenzas a la luna y al sol del día! Decidiste matarme con tu rostro y éste ha sido injusto.
Con la afilada espada de la mirada ha hendido mis vísceras y ¿adónde se puede huir para escapar a la mirada?
Tus cejas parecen un arco que ha disparado a mi corazón una flecha de pasión y de fuego.
Tus mejillas constituyen para mí el paraíso pero ¿puede tener paciencia mi corazón para esperar la cosecha?
Tu cintura cimbreante es una rama en flor; de tal rama se cosechan los frutos.
Me has atraído hacia ti a la fuerza y me has obligado a velar. Tu amor me ha arrebatado la timidez.
¡Que Dios te auxilie con su luz, acerque lo que está lejos y aproxime el momento de la cita!
Ten piedad de un corazón que se abrasa en tu amor, del corazón enfermo que pide la protección de tu excelencia.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos la pasión la desbordó, perdió los estribos y empezó a derramar torrentes de lágrimas: abrasó el corazón del muchacho, el cual se azaró de amor y de pasión. Se acercó a la joven, la besó las manos y lloró mucho. Siguieron reprendiéndose, conversando y recitando versos hasta que el almuédano llamó para la plegaria del mediodía y nada más que esto se interpuso entre ellos. Entonces se separaron. La hija del rey dijo: « ¡Luz de mis ojos! ¡Corazón mío! Ha llegado la hora de la separación. ¿Cuándo volveré a encontrarte?» Estas palabras hirieron al joven como si fuesen una flecha por lo que exclamó: « ¡Por Dios! ¡No quiero oír hablar de separación!» Ella salió del alcázar y él se volvió para verla y vio que exhalaba un gemido capaz de derretir

a las piedras, que derramaba lágrimas tan abundantes como la lluvia. El muchacho se anegó en el mar de las tribulaciones y recitó estos versos:

¡Oh, deseo del corazón! Mi preocupación aumenta por lo mucho que te quiero. ¿Qué haré?
Tu rostro, siempre cuando aparece, es como la aurora. Tus cabellos tienen el color que asemeja la noche.
Tu cintura es una rama cuando se pliega movida por el viento del norte.
Las miradas de tus ojos se parecen a las de la gacela cuando la sujetan hombres generosos.
Tu cintura se consume agobiada por las graves cadenas: éstas son pesadas y aquélla esbelta.
El vino de tu saliva es la más dulce bebida, es almizcle puro, agua limpísima.
¡Oh gacela de la tribu! ¡Deja de atormentarme! ¡Permite que vea tu imagen!

Al oír estos versos la hija del rey volvió a su lado y le abrazó con el corazón ardiendo, abrasándose en el fuego que había alumbrado la separación y al que sólo podían poner fin los besos y los abrazos. Ella exclamó: « Un proverbio corriente dice: “Más vale tener paciencia que perder al amado”. He de idear algún medio para que volvamos a encontrarnos» . Se marchó y de tanto como sufría no sabía dónde ponía los pies. Anduvo sin parar hasta meterse en su habitación. El joven, lleno de pasión y extravío, había quedado privado de las dulzuras del sueño.

La reina no gustó la comida, perdió la paciencia y se debilitó. Al llegar la mañana llamó a su nodriza. Ésta, al llegar, la encontró alterada. Le dijo: « No me preguntes qué es lo que me sucede, pues todo lo que me pasa es por causa tuya. ¿Dónde está el amado de mi corazón?» La vieja replicó: « ¡Señora mía! ¿Cuándo se ha separado de ti? ¿Es que ha estado separado de ti más que esta noche?» La princesa replicó: « ¿Es que puedo pasar más de una hora sin él? ¡Ve, arréglatelas y reúneme con él rápidamente! ¡Estoy a punto de perder el alma!» « ¡Señora mía! ¡Ten paciencia para que yo pueda idear un medio adecuado y reuniros sin que nadie lo sospeche!» « ¡Por Dios, el Grande! Si no me lo traes hoy mismo hablaré al rey y le informaré de que me has corrompido. Él mandará cortarte la cabeza.» « ¡Te ruego, por Dios, que tengas paciencia! Éste es un asunto peligroso.» La vieja siguió humillándose ante ella hasta que consiguió que le concediera un plazo de tres días. La joven la dijo: « ¡Nodriza! Los tres días van a parecerme tres años. Si transcurre el cuarto día sin que me lo hayas traído precipitaré tu muerte» . La nodriza salió y se marchó a su casa. Al llegar el cuarto día llamó a las peinadoras de la ciudad y les pidió lo mejor que tuviesen

para engalanar a una mujer virgen. Le llevaron lo que les había pedido, es decir, lo mejor que había. Luego mandó a buscar al muchacho y cuando éste estuvo presente, abrió una caja, sacó de ella un fardo que contenía un vestido de mujer que valía cinco mil dinares y un cinturón repujado con toda clase de aljófares. Le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Querrías reunirte con Hayat al-Nufus?» « ¡Sí!» La vieja sacó una navaja y lo afeitó; después le cubrió de colirios, le desnudó y extendió la alheña desde las uñas al hombro y desde la articulación de los pies hasta el muslo; tiñó el resto de su cuerpo y quedó como si fuese una rosa roja sobre lápidas de mármol. Al cabo de un rato le lavó, le limpió, sacó una camisa y se la puso; encima de esto colocó una túnica regia, se la ajustó al cuerpo, le puso el velo y le enseñó cómo debía andar. Le dijo: « Adelanta la pierna izquierda y pon más atrás la derecha» . Hizo lo que le había mandado y anduvo delante de ella como si fuese una hurí salida del paraíso. Le dijo: « Ten valor porque ahora vas a ir al alcázar del rey. En la puerta del mismo encontrarás soldados y criados: si te asustas ante ellos o vacilas te mirarán te reconocerán y sólo nos ocurrirán desgracias, pues nos quitarán la vida. Si no tienes valor para hacerlo, dímelo» . « Esto no me asusta. ¡Tranquilízate y refresca tus ojos!» La mujer echó a andar delante de él y ambos llegaron ante la puerta del palacio que estaba repleta de criados. La vieja se volvió hacia Ardasir para ver si estaba o no impresionado. Vio que mostraba su estado normal, que no estaba alterado. Al llegar la vieja, el jefe de los criados la reconoció; vio que la seguía una esclava cuya descripción era capaz de dejar perpleja a la razón. Se dijo: « La vieja es la nodriza pero la que la sigue detrás no tiene, en nuestra tierra, quien se le parezca ni quien pueda comparársele por la belleza y la distinción… a menos de que sea la reina Hayat al-Nufus; pero ésta vive aislada y no sale nunca ¡ojalá supiera cómo ha salido a la calle! ¿quién sabe si ha salido con o sin el permiso del rey?» . El jefe de los criados se puso de pie para averiguar de qué se trataba. Le siguieron treinta criados. La vieja, al darse cuenta, perdió la cabeza y exclamó: « ¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos! Sin duda, vamos a perder la vida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el jefe de los criados oyó estas palabras y se llenó de angustia pues conocía el natural violento de la hija del rey y sabía que ésta tenía subyugado a su padre. Se dijo: « Tal vez el rey ha mandado a la nodriza que sacase a su hija por algún motivo y no quiere que nadie se entere. Si yo me atrevo a ponerme en su camino se enfadará conmigo y se dirá: “Este eunuco se me ha aproximado para ver quién era” y se apresurará a hacerme matar. No tengo por qué hacer esto» . Volvió la espalda; los treinta criados regresaron con él hacia la puerta y la limpiaron de la gente que había

aglomerada. La nodriza pasó y saludó con la cabeza. Los treinta criados se mantuvieron firmes en señal de respeto y le devolvieron el saludo. Cruzó la puerta y el hijo del rey hizo lo mismo. Atravesaron otras puertas y así pasaron ante los centinelas, protegidos por el manto de Dios. Llegaron ante la séptima puerta, que era la entrada principal, ante el trono del Rey, desde la cual se llegaba a los departamentos de las concubinas, a las habitaciones del harén y al alcázar de la hija del rey. La vieja sé detuvo allí y dijo: « ¡Hijo mío! Hemos llegado hasta aquí, ¡Gloria a Quien nos ha hecho llegar a este lugar! ¡Hijo mío! Conviene que os reunáis de noche, pues ésta cubre con su velo al temeroso» . « Dices la verdad ¿cómo lo haremos?» « Escóndete en este lugar oscuro.» El joven se sentó en el pozo mientras la vieja se iba a otro sitio dejándolo allí hasta el fin del día. Entonces volvió a por él, le sacó, cruzaron los dos la puerta del alcázar y avanzaron sin cesar hasta llegar a la habitación de Hayat al-Nufus. La nodriza llamó a la puerta. Acudió una joven esclava quién preguntó: « ¿Quién hay en la puerta?» La nodriza replicó: « ¡Yo!» La joven fue a pedir permiso a su señora para dejar entrar a la nodriza. La princesa dijo: « Abre la puerta y déjala entrar con quien la acompaña» . Ambos entraron, avanzaron y la nodriza, al volverse hacia Hayat al-Nufus, vio que ésta había preparado la habitación, alineado los candiles, extendido los tapices sobre estrados y divanes, que había colocado los cojines y encendido las velas que estaban en candelabros de oro y de plata; había extendido los manteles, colocado los frutos y los dulces y perfumado el salón con almizcle, áloe y ámbar. Estaba sentada entre candiles y velas, pero la luz de su rostro vencía a todas las demás. Al ver a la nodriza exclamó: « ¡Oh nodriza! ¿Dónde está el amado de mi corazón?» « ¡Señora mía! No le he encontrado ni he conseguido verle. Pero te traigo a su hermana uterina que es la que está aquí.» « ¿Pero estás loca? ¡Yo no necesito a su hermana! ¿Es que cuando a un hombre le duele la cabeza le atan la mano?» « ¡No, por Dios, señora mía! Pero fíjate en ella y guárdala contigo si te place.» Quitó el velo de la cara del príncipe y cuando la princesa le reconoció se puso de pie, le abrazó y le estrechó contra su pecho. Después cayeron los dos desmayados. Permanecieron así un rato. La nodriza les roció con agua de rosas y volvieron en sí. La princesa le dio un beso en la boca y mil besos más y recitó estos versos:

El amado de mi corazón me ha visitado en las tinieblas. Me he puesto en pie, en su honor, hasta que él se ha sentado.

Dije: « ¡Oh, mi deseo! ¡Oh, mi único anhelo! ¿Me has visitado de noche sin tener miedo de la ronda?»

Contestó: « He tenido miedo, pero el amor se ha apoderado de mi espíritu y de mi alma» .

Nos abrazamos y permanecimos unidos un rato. Aquí estamos seguros, no hay que temer a los guardianes.

Después nos levantamos, sin haber cometido pecado, levantando la orla de nuestros vestidos a los que no había cubierto nada de malo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que en cuanto hubo terminado de recitar los versos le dijo: « ¿Es cierto que te veo en mi domicilio y que tú eres mi comensal y mi contertulio?» El amor prendió en ella y la pasión ardió hasta el punto de que por la mucha alegría estuvo a punto de perder la razón. La joven recitó estos versos:

Rescataría con mi alma a aquel que me ha visitado en medio de las tinieblas. Esperaba el momento en que había de cumplir su promesa.
De repente me llegó su tierno llanto. Le he dicho: « ¡Bienvenido!»
Le he dado mil besos en la mejilla y le he abrazado mil veces mientras estaba velado.
Dije: « He alcanzado todo cuanto esperaba. Como es debido, gracias sean dadas a Dios» .
Hemos pasado la noche como hemos querido —¡qué hermosa noche!— hasta que la aurora ha disipado las tinieblas.

Al llegar la mañana le escondió en un rincón de su casa en el que nadie podía verlo. Cuando llegó la noche le hizo salir y ambos se sentaron a comer. El joven la dijo: « Tengo el propósito de volver a mi patria y dar nuevas de ti a mi padre para que éste mande a su visir a visitar a tu padre y te pida en matrimonio» . « ¡Amado mío! Temo que cuando vuelvas a tu tierra y a tu gobierno te olvides de mí y prescindas de mi amor o que tu padre no esté conforme con estas palabras. Yo moriría. La salud está en el buen consejo: quédate conmigo, en mis brazos y mírame a la cara como yo miro a la tuya hasta que se me haya ocurrido el medio de salir, en la misma noche, contigo. Iremos a tu patria. Yo he perdido la esperanza y desespero de mis familiares» . « Oír es obedecer» , replicó el príncipe. Se quedó con ella haciendo la misma Vida y bebiendo vino. Una noche el vino no les sentó bien: no pudieron descansar ni dormir hasta que apareció la aurora.

Un rey había mandado al padre de la princesa un regalo en el cual figuraba un collar de estupendas perlas compuesto de veintinueve granos: en el tesoro del rey no había otro igual. Éste dijo: « Tal collar sólo es digno de mi hija Hayat al-Nufus» . Se volvió a un criado al cual la princesa había hecho saltar las muelas en un incidente. El rey le llamó y le dijo: « Coge este collar y entrégalo a Hayat al-

Nufus. Dile: “Un rey ha enviado un regalo a tu padre. No hay riquezas suficientes para pagarlo. Póntelo en el cuello”» . El criado lo cogió diciéndose: « ¡Dios, ensalzado sea! ¡Haz que sea su último adorno en este mundo! ¡Ella me ha impedido utilizar mis muelas!» Llegó a la habitación y vio que la puerta estaba cerrada y que la vieja dormía en el dintel. La desveló y ella se despertó asustada. Le preguntó: « ¿Qué deseas?» « El rey me ha enviado a hablar con su hija.» « No tengo aquí la llave. Vete hasta que la encuentre.» La vieja se había llenado de terror y buscaba salvarse. El criado, al ver que la vieja se movía lentamente, tuvo miedo de llegar tarde ante el rey: movió y sacudió la puerta hasta romper el cerrojo y la puerta se abrió. Entró, se metió hacia dentro y llegó hasta la séptima puerta. Al encontrarse en la habitación privada vio que ésta estaba recubierta de magníficos tapetes y que había velas y lámparas. El criado quedó admirado pero pasó adelante hasta llegar al lecho que estaba recubierto por una cortina de brocado encima de la cual había una red de joyas. Levantó la cortina y encontró a la hija del rey durmiendo; en su regazo dormía un muchacho más hermoso que ella. Alabó a Dios (¡ensalzado sea!) que le había creado de agua impura y exclamó: « ¡lodo esto es maravilloso por parte de aquella que odiaba a los hombres! ¿Por dónde habrá venido hasta aquí? Creo que ella me arrancó las muelas por esto» . Colocó la cortina en su puesto y se dirigió hacia la puerta. La princesa se despertó asustada y vio al criado, Kafur. Le llamó pero no le contestó. Bajó del lecho, le alcanzó, le cogió por el faldón, lo colocó encima de su cabeza, le besó los pies y le dijo: « ¡Oculta lo que Dios oculta!» « ¡Que Dios no te proteja ni a ti ni a aquel que te guarda! Tú me hiciste saltar las muelas diciendo: “Que nadie me hable de las cualidades de los hombres”.» Se separó de ella, salió corriendo, cerró la puerta y colocó ante ésta un criado para que la guardara. Se presentó ante el rey. Y éste le preguntó: « ¿Has entregado el collar a Hayat al-Nufus?» . « ¡Por Dios! Tú mereces más que todo esto.» « ¿Qué ha sucedido? ¡Dilo! ¡Apresúrate a hablar!» « Sólo te lo diré a solas.» « Dilo aunque no estemos solos.» « ¡Concédeme el perdón!» El rey le arrojó el pañuelo del perdón. El criado dijo: « ¡Oh, rey! Me he presentado ante la reina Hayat al-Nufus y la he encontrado en una habitación recubierta de tapices; dormía teniendo en el seno a un muchacho. Los he dejado encerrados y me he presentado ante ti» . Al oír estas palabras, el rey se puso de pie, empuñó la espada y gritó al jefe de los criados. « Toma tus hombres, preséntate ante Hayat al-Nufus y tráemela con aquel que está con ella; tráelos encima del lecho en que duermen pero antes tápalos con una colcha» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el criado salió con todos sus

hombres, entraron en la habitación, y encontraron a la princesa de pie, llorando y sollozando. Lo mismo hacía el hijo del rey. El jefe de los criados dijo al joven: « ¡Tiéndete en el lecho como estabas! ¡La hija del rey debe hacer lo mismo!» La princesa temió por Ardasir y le dijo: « ¡No es el momento de discutir!» Los dos se tendieron y los criados los transportaron hasta dejarlos ante el rey. Quitaron la colcha y la princesa se puso de pie. El rey la miró y quiso cortarle el cuello. El muchacho se interpuso y dijo: « ¡Oh, rey! La culpa no es de ella sino mía. ¡Mátame antes que a ella!» El rey se acercó para darle muerte, pero Hayat al-Nufus se interpuso y le dijo: « ¡Mátame a mí y no a él! Él es hijo del al-Azam, señor de todo lo largo y ancho de la tierra» . Al oír las palabras de su hija el rey se volvió hacia el gran visir que era un mal consejero y le preguntó: « ¿Qué opinas, visir, de todo el asunto?» « Lo que digo es que cualquiera que se encontrase en estas circunstancias tendría necesidad de mentir. Has de cortar su cabeza después de haberlos torturado de las formas más variadas.» El rey llamó al verdugo. Éste acudió con su gente. El rey le dijo: « Coged a esta carne de horca y cortadle el cuello; después haréis lo mismo con esta desvergonzada y quemaréis los dos cadáveres. No me preguntéis otra vez lo que habéis de hacer» . El verdugo colocó la mano encima de la mano de la joven para cogerla pero el rey le tiró un objeto que tenía en la mano y poco faltó para que lo matase. Le increpó: « ¡Perro! ¿Cómo puedes ser misericordioso mientras yo estoy enfadado? ¡Cógela por los cabellos y tira de ellos hasta que caiga de bruces!» Hizo lo que le mandaba el rey y la arrastró de bruces. Lo mismo hizo con el muchacho. Así llegaron al lugar del suplicio. Cortó un pedazo de ropa del traje, vendó los ojos del muchacho y desenvainó la espada. Se entretenía con el joven en espera de que alguien intercediese por la princesa, dejando a ésta para más tarde. Volteó la espada por tres veces. Todos los soldados lloraban y pedían a Dios que alguien intercediese por ambos. El verdugo levantó la mano. En el mismo instante una nube de polvo cubrió el horizonte: Era el rey, el padre del muchacho. Al ver que pasaba el tiempo y que no tenía ninguna noticia de su hijo había reunido un gran ejército y había salido, en persona, en busca suya. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey Abd al-Qadir: Al ver la polvareda preguntó: « ¡Gentes! ¿Qué ocurre? ¿Qué es esa nube de polvo que tapa la vista?» El gran visir se incorporó y se marchó a averiguar de qué se trataba, a saber de qué iba. Encontró muchísimos hombres, tantos que parecían una nube de langostas pues eran innumerables, sin cuento; habían cubierto los montes, los valles y las colinas. El visir regresó al lado del rey y le informó de lo que sucedía. Éste le dijo: « ¡Ve y averigua qué es lo que quiere este ejército, cuál es la causa de su venida a nuestro país. Pregunta quién es su jefe, salúdale en mi nombre y pregúntale el porqué de su presencia aquí. Si tiene algo que hacer le ayudaremos; si tiene que tomar venganza de algún rey, le acompañaremos; si

quiere regalos se los daremos. Éste es un ejército muy poderoso y tememos que su violencia se haga sentir en nuestra tierra» . El visir se puso en marcha, cruzó entre soldados y pajes y anduvo desde la aurora hasta el crepúsculo vespertino: llegó ante los portadores de espadas doradas, a las tiendas coronadas por estrellas; se presentó ante príncipes, ministros, chambelanes y lugartenientes y no se detuvo hasta llegar ante el sultán. Vio que era un gran rey. Los grandes del reino, al verle, le gritaron: « ¡Besa el suelo! ¡Besa el suelo!» Besó el suelo y se incorporó. Pero se lo gritaron por segunda y tercera vez hasta que levantó la cabeza y, queriendo incorporarse, cayó a todo lo largo de tanto respeto como experimentaba. Una vez ante el rey le dijo: « ¡Que Dios prolongue tus días, aumente tu poder y eleve tu dignidad, oh, rey feliz! Después de esto te comunico que el rey Abd al-Qadir te saluda y besa el suelo ante ti; te pregunta cuál es el motivo de tu venida. Si vas a tomar venganza de algún rey, él montará a caballo y se pondrá a tu servicio. Si vienes en busca de algo que le es posible conseguir, se pondrá a tus órdenes» . El rey contestó: « ¡Mensajero! Ve a tu Señor y dile: “El rey al-Azam tiene un hijo que está ausente desde hace tiempo; sus noticias llegaban con mucho retraso y ha perdido su rastro. Si está en la ciudad le tomará consigo y se marchará; pero si le ha ocurrido alguna cosa o le habéis causado algún daño, su padre arruinará vuestro país, saqueará vuestras riquezas, matará vuestros hombres y capturará vuestras mujeres”. Vuelve rápidamente junto a tu dueño e infórmale de esto antes de que le alcance la desgracia.» « Oír es obedecer» , contestó el ministro. Se disponía a partir cuando los chambelanes le gritaron: « ¡Besa el suelo! ¡Besa el suelo!» Lo besó veinte veces y se alzó con el alma en la nariz. Salió del pabellón del rey y no paró de correr, meditando en el caso de aquel soberano y en el gran número de sus soldados, hasta llegar ante Abd al-Qadir. Éste estaba pálido, lleno de pánico, tembloroso. Le informó de lo que había sucedido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al rey le entraron sospechas y temió por sí y por sus hombres. Preguntó: « ¡Visir! ¿Quién es el hijo de ese rey?» « Su hijo es aquel al que has mandado dar muerte. ¡Loado sea Dios que no ha apresurado su fin! Su padre hubiese destruido nuestro país y saqueado nuestros bienes.» « ¡Mira que mal consejo diste al indicarnos que había de matarlo! ¿Dónde está el muchacho hijo de ese rey generoso?» « ¡Oh, rey poderoso! Tú has mandado matarle.» El soberano al oír estas palabras quedó perplejo y gritó desde lo más hondo de su corazón: « ¡Ay de vosotros! ¡Advertid al verdugo que no lo mate!» Éste acudió al momento. Cuando estuvo ante el soberano dijo: « ¡Rey del tiempo! Le he cortado el cuello conforme has mandado» . « ¡Perro!

¡Si es verdad lo que dices vas a reunirte con él!» « ¡Oh, rey! ¡Tú me has mandado que lo matase sin que te lo preguntase por segunda vez!» « ¡Pero yo estaba enojado! Di la verdad antes de perder la vida.» « ¡Oh, rey! Está sujeto por las cadenas de la vida.» El soberano se tranquilizó al oír esto y mandó que le llevasen al muchacho. Cuando le tuvo delante se puso de pie, le besó en la boca y le dijo: « ¡Hijo mío! Pido perdón a Dios, el Grande, por cuanto te he hecho. No digas a tu padre, el rey al-Azam, lo que haya de menguar mi posición» . « ¡Rey del tiempo! —replicó el muchacho—. ¿Dónde está el rey al-Azam?» « Ha venido por tu causa.» « ¡Juro por tu honor que no me iré de aquí hasta haber rehabilitado mi decoro y el de tu hija de la acusación que se nos ha hecho!: ella es virgen. Manda que vengan nodrizas y comadronas para que la examinen ante ti. Si no es virgen te permitiré que derrames mi sangre, pero si lo es, quedará patente nuestra inocencia.» El rey llamó a las comadronas. Éstas examinaron a la princesa y vieron que era virgen. Se lo dijeron al rey y le pidieron regalos. Se los concedió. También hizo regalos a todas las mujeres del harén. Sacaron los recipientes de perfumes y los grandes del reino se perfumaron y se pusieron muy alegres. Después el rey abrazó al muchacho, le trató con honor y respeto y le mandó que fuese al baño con sus propios criados. Al salir le dio un magnífico traje de corte, le puso una corona de aljófares y le ciñó con un cinturón de seda bordada con oro rojo que estaba incrustado de perlas y aljófares. Le hizo montar en un caballo hermosísimo que llevaba una silla de oro incrustada de perlas y aljófares y mandó a los grandes de su reino y a los magnates de su imperio que montasen también y se pusiesen a su servicio hasta que llegase junto a su padre. Recomendó al muchacho que dijese a aquél, al rey al-Azam: « El rey Abd al-Qadir escucha tus órdenes y obedecerá lo que quieras mandarle o prohibirle» . El muchacho contestó: « Así lo diré» . Se despidió y se marchó al encuentro de su padre. Éste, al verlo, perdió la razón de alegría. Se incorporó, se acercó a pie hasta él y se abrazaron. La alegría y el regocijo se extendieron por el ejército del rey al-Azam. Todos los visires, los chambelanes los soldados y los oficiales besaron el suelo ante el príncipe y se alegraron de su vuelta. Aquel fue un día de gran alegría. El hijo del rey concedió permiso a los que le acompañaban, súbditos del rey Abd al-Qadir, para que recorriesen el ejército del rey al-Azam sin que nadie les molestase: así verían el gran número de soldados y el poder del sultán. Todos aquéllos que habían visto al muchacho sentado en el mercado de los ropavejeros quedaban estupefactos de que hubiese consentido en desempeñar tal papel dada su elevada posición y su alto rango. Pero su amor y su inclinación por la hija del rey le habían puesto en esta necesidad.

Las noticias del gran ejército se difundieron y llegaron hasta Hayat al-Nufus. Ésta miró desde lo más alto del palacio y se fijó en los montes: vio que estaban llenos de soldados y tropas. La princesa se encontraba presa en el palacio de su padre, en espera de órdenes, hasta que supiesen lo que mandaba hacer con ella el

rey: o quedaba satisfecho y la ponía en libertad o la mataba y quemaba su cadáver. Hayat al-Nufus, al ver el ejército y al enterarse que pertenecía a al-Azam temió que el príncipe se olvidase de ella y que su padre le distrajese y se marchase, pues entonces Abd al-Qadir la mataría. En su celda tenía una esclava afectada a su servicio. Le dijo: « Ve en busca de Ardasir, hijo del rey, y no temas. Cuando llegues ante él, besa el suelo, di quién eres y añade: "Mi señora te saluda. Ahora está encarcelada en el alcázar de su padre, en espera de sus órdenes: puede perdonarla o castigarla. Te ruega que no la olvides ni la abandones: hoy eres todopoderoso y nadie podrá desobedecer cualquier cosa que ordenes. Si te parece bien librarla de su padre y tenerla a tu lado sería un favor de tu parte, pues ella sufre todas estas contrariedades por tu causa. Si esto no te parece bien por haber conseguido tu propósito, habla a tu padre: que no se marche hasta que quede en libertad y le haya prometido y asegurado que no la castigará ni la matará. Aquí terminan las palabras. ¡Que Dios no te entristezca! ¡La Paz!"»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la esclava, una vez ante el príncipe, le repitió las palabras de su señora. Éste, al oírla, rompió a llorar a lágrima viva y le dijo: « Di a Hayat al-Nufus, mi señora, yo soy su esclavo, prisionero de su amor, que no olvido lo que existe entre los dos ni la amargura del día de la separación. Dile, después de haberle besado los pies: "Yo hablaré a mi padre de ella y éste enviará a su visir a pedirte por esposa, el mismo que te pidió por primera vez en matrimonio. Él no podrá desobedecer. Si tu padre envía a alguien para pedirte la opinión, no le contraríes pues yo no me marcharé a mi país si no es contigo"» . La esclava volvió junto a su señora, le besó las manos y le dio el mensaje. Al oírlo, la princesa rompió a llorar de alegría y loó a Dios (¡ensalzado sea!). Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia al joven: Llegada la noche se quedó a solas con su padre. Éste le había preguntado cómo se encontraba y qué le había sucedido. El príncipe le había referido todo desde el principio hasta el fin. El soberano le preguntó: « ¿Qué quieres que haga, hijo mío? Si tú quieres destruir a Abd al-Qadir, arruinaré su país, saquearé sus riquezas y violaré su harén» . « No quiero esto, padre. No me ha hecho nada que merezca causarle daño. Quiero unirme con ella y pido de tu bondad que prepares un regalo y se lo envíes a su padre. Ha de ser un regalo precioso: lo mandarás con tu visir, el que es de buen consejo» . « ¡Oír es obedecer!» , le contestó su padre. El rey fue al lugar en que guardaba sus tesoros desde hacía mucho tiempo y sacó todas las cosas preciosas. Se las mostró a su hijo y éste quedó encantado. Mandó llamar al visir y lo envió

todo por su mediación. Le mandó que lo llevase al rey Abd al-Qadir y que le pidiese en matrimonio a su hija para su hijo. Añadió: « Le dirás: “Acepta este regalo y dame tu contestación”» . El visir marchó en busca del rey Abd al-Qadir.

Éste permanecía triste desde el momento de la partida del muchacho; estaba muy preocupado, pues esperaba la destrucción de su reino y su propia ruina. Entonces llegó el visir quien le saludó y besó el suelo ante él. El rey se puso de pie y le recibió con honores. El visir avanzó apresuradamente, se dejó caer a sus pies y se los besó diciendo: « ¡Perdón, oh rey del tiempo! Personas de tu rango no se incorporan por un ser como yo que soy el más ínfimo de los esclavos, de los criados. Sabe, ¡oh rey!, que el príncipe ha hablado con su padre y le ha explicado parte de tu generosidad y de tu bondad con él. El rey te da las gracias por todo y te ha preparado un regalo que te envía por medio de los criados que están ante ti. Te saluda, te distingue y te honra» . Abd al-Qadir, dado su gran miedo, no dio crédito a lo que oía hasta que le mostraron el regalo. Al contemplarlo se dio cuenta de que era un presente que estaba por encima de todas las riquezas y al cual no podía alcanzar ninguno de los reyes de la tierra. Quedó abrumado y poniéndose de pie dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!), le loó y dio gracias al joven.

El visir le dijo: « ¡Rey generoso! Oye mis palabras: Sabe que el rey al-Azam te ha enviado un mensajero, pues desea ser tu pariente. He venido con la intención de pedirte a tu hija, la señora bien guardada, la joya protegida, Hayat al-Nufus, para que él la case con su hijo Ardasir. Si aceptas esta demanda y estás satisfecho de ella ponte de acuerdo conmigo acerca de las arras» . El rey contestó a estas palabras: « ¡Oír es obedecer! Por mi parte, bien. Pero la muchacha ha alcanzado la mayoría de edad y es a ella a quien toca decidir. Sabe que todo depende de ella» . Volviéndose al jefe de los criados le dijo: « Ve a ver a mi hija e infórmale de la situación» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el criado. Se marchó, llegó al alcázar del harén, se presentó a la princesa, besó sus manos y la explicó lo que le había dicho el rey. Le preguntó: « ¿Qué dices en contestación a estas palabras?» Contestó: « ¡Oír es obedecer!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el jefe de los criados del harén, al oír estas palabras, regresó junto al rey y le dio la respuesta. Éste se alegró muchísimo. Mandó que diesen al visir un traje de corte y ordenó que le entregasen diez mil dinares. Dijo: « Llévale la contestación al rey y pídele permiso para que yo vaya a visitarle» . El visir contestó: « ¡Oír es obedecer!» . Abandonó al rey Abd al-Qadir y anduvo sin descanso hasta encontrarse ante el rey al-Azam. Le dio la contestación y le refirió las palabras que había dicho. Al-

Azam se alegró mucho y él perdió la cabeza de alegría, el pecho se le dilató y quedó satisfecho. El rey al-Azam concedió permiso al rey Abd al-Qadir para que éste acudiera a visitarle. Al día siguiente el rey Abd al-Qadir montó a caballo, se presentó ante al-Azam y éste salió a recibirle con el máximo honor y respeto. Ambos se sentaron y el príncipe quedó de pie ante ellos. Un orador del séquito del rey Abd al-Qadir pronunció un elocuente discurso y felicitó al hijo del rey por haber conseguido su propósito de casarse con la reina, la señora hija de reyes. Una vez se hubo sentado el orador el rey al-Azam mandó que le llevasen una caja llena de perlas, aljófares y cincuenta mil dinares. Dijo al rey Abd al-Qadir: « Yo soy el procurador de mi hijo para todo lo que está establecido» . Éste reconoció haber recibido la dote en la cual figuraban cincuenta mil dinares con motivo de la boda de su hija, la señora, hija de reyes, Hayat al-Nufus. Después de estas palabras hicieron acto de presencia los jueces y los testigos y escribieron el contrato matrimonial de la hija del rey Abd al-Qadir con el hijo del rey al-Azam, Ardasir. Fue un día señalado que causó alegría a todos los amantes y enojo a los envidiosos y malévolos. Se organizaron banquetes y se enviaron invitaciones. Después el príncipe consumó el matrimonio y vio que su mujer era una perla sin perforar, una potra a la que nadie había cabalgado, una perla única, guardada, una joya protegida. Así se lo comunicaron a Abd al-Qadir.

Después el rey al-Azam preguntó a su hijo si tenía algún deseo que realizar antes de partir. Contestó: « ¡Sí, oh rey! Sabe que quiero tomar venganza del visir que nos ha causado daño y del eunuco que inventó la mentira» . El rey al-Azam envió, al acto, un mensajero al rey Abd al-Qadir pidiéndole el visir y el eunuco. Éste se los entregó. Cuando los tuvo en su poder mandó ahorcarlos en la puerta de la ciudad. Después aún permanecieron allí un corto espacio de tiempo al cabo del cual pidieron permiso al rey Abd al-Qadir para que su hija se preparase para el viaje. Éste la preparó y la instaló en una litera de oro rojo incrustada de perlas y aljófares y arrastrada por nobles corceles. La princesa se llevó consigo todas sus doncellas y criadas y la nodriza recuperó el puesto que tenía antes de la huida. El rey al-Azam y su hijo montaron a caballo. Lo mismo hizo el rey Abd al-Qadir y todos los súbditos de su reino para ir a despedir a su yerno y a su hija. Fue un día que se cuenta entre los más bellos. Cuando se hubieron alejado de la ciudad el rey al-Azam conjuró a su suegro para que volviese a ella. Se despidió de él y Abd al-Qadir regresó a la capital después de haberle estrechado contra su pecho, besado la frente, dado las gracias por sus favores y haberle recomendado su hija. Una vez despedido del rey al-Azam y del príncipe volvió junto a aquélla, la abrazó y ella le besó las manos. Ambos rompieron a llorar por haber llegado la hora de la separación. El rey volvió hacia su reino y al-Azam, el príncipe y su esposa siguieron viaje hasta llegar a su patria en donde volvieron a celebrar las fiestas nupciales.

Vivieron en la más dulce, feliz y cómoda vida hasta que les llegó el destructor

de las dulzuras, el separador de los amigos, arruinador de los palacios, el constructor de las tumbas.

Así termina la historia.

HISTORIA DEL MATRIMONIO DEL REY BADR BASIM, HIJO DEL REY SAHRAMÁN, CON LA HIJA DEL REY SAMANDAL

TAMBIÉN se cuenta, ¡oh rey feliz!, que en lo antiguo del tiempo y en las épocas y siglos pasados, vivía en la tierra de los persas un rey que se llamaba Sahramán. Ocupaba el Jurasán, y tenía cien concubinas pero ninguna de éstas, en todo lo largo de su vida, le había dado un hijo, ni varón ni hembra. Un día meditaba en esto y se encontraba muy afligido porque había transcurrido la mayor parte de su vida y no tenía ningún hijo varón que pudiese heredar el reino a su muerte, tal y como él lo había heredado de sus padres y abuelos. Esto lo llenaba de gran pena y aflicción. Cierto día, mientras estaba sentado, se presentó ante él uno de sus mamelucos, que le dijo: « ¡Señor mío! En la puerta espera una esclava acompañada por el comerciante. ¡Jamás he visto una mujer más hermosa!» El rey ordenó: « ¡Que entren!» Pasaron ambos. El rey, al verla, se dio cuenta de que era una lanza de Rudayna. Iba envuelta en un velo de seda bordado en oro. El comerciante le destapó la cara, y su hermosura deslumbró el lugar; se soltaron sus siete trenzas, que llegaron hasta las ajorcas como si fuesen colas de caballo; sus ojos parecían como alcoholados; sus caderas eran pesadas y de ellas surgía una cintura delgada capaz de curar la enfermedad del doliente y de apagar el fuego del enamorado. Tal como dijo el poeta en estos versos:

Me he enamorado de ella, que contiene en sí toda la belleza; está repleta de gracia y dignidad.
Ni es alta ni es baja, pero la saya es estrecha para tales caderas.
Su estatura es la justa, y así no peca ni por mucho ni por poco.
El negro cabello avanza hasta las ajorcas, pero su rostro resplandece como el día.

El rey se admiró del aspecto, belleza y proporciones de la joven y preguntó al comerciante: « ¡Jeque! ¿Por cuánto vendes esta esclava?» « ¡Señor mío! —contestó—, la he comprado por dos mil dinares a otro comerciante. La he tenido conmigo durante tres años y he viajado con ella. Hasta llegar aquí he gastado en ella tres mil dinares. Te la ofrezco como regalo.» El rey mandó que le diesen un lujoso traje de Corte y diez mil dinares. Los cogió, besó la mano del rey, le dio las gracias por su favor y generosidad y se marchó. El rey entregó la muchacha a las peinadoras y les dijo: « Arreglad y engalanad a esta esclava. Preparadle una habitación y dejadla en ella» . Mandó a los chambelanes que le llevasen cuanto pudiera necesitar.

El imperio de aquel rey estaba a orillas del mar, y su capital se llamaba Ciudad Blanca. Llevaron a la esclava a un departamento con ventanas que daban al mar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey fue a ver a la esclava, pero ésta ni se puso de pie ni le hizo caso. El rey dijo: « Al parecer, ha estado con gentes que no la han educado» . El soberano se dirigió hacia la muchacha y se dio cuenta de que era un portento de hermosura, belleza y armónicas proporciones; que su cara parecía el disco de la luna cuando está llena y el del sol resplandeciente cuando brilla en el cielo puro. Quedó estupefacto porque era un portento de hermosura y armónicas proporciones. Loó a Dios, el Creador (¡excelso sea su poder!). Se acercó a la joven, se sentó a su lado, la estrechó contra su pecho, la sentó en sus rodillas y sorbió la saliva de su boca que encontró más dulce que la miel. A continuación mandó que sirviesen en las mesas los guisos más exquisitos y los platos más variados. El rey comió y fue dando de comer a la esclava hasta que ésta quedó harta. Pero ella no pronunció ni una sola palabra. El rey le explicaba, cosas y le preguntaba su nombre, pero ella seguía sin decir palabra, sin darle contestación, manteniendo la cabeza baja. La salvaba de la cólera del rey su gran hermosura, belleza y dignidad. El rey se dijo: « ¡Gloria a Dios que ha creado a esta esclava! ¡Qué graciosa es! Pero no habla. La perfección sólo pertenece a Dios (¡ensalzado sea!)» . El soberano le preguntó a las doncellas: « ¿Habla?» Le contestaron: « Desde que ha llegado no ha dicho una sola palabra; no la hemos oído decir nada» . El rey mandó llamar a doncellas y concubinas y les dijo que la distrajeran, pues tal vez así hablara. Esclavas y concubinas realizaron toda clase de payasadas y juegos y cantaron hasta el punto de dejar impresionados a los allí reunidos. La esclava las miraba sin reírse y seguía callada, sin hablar. El pecho del rey se acongojó: despidió a las esclavas, se quedó a solas con ella, se desnudó y la desnudó él mismo y contempló su piel: vio que parecía un lingote de plata y sintió por ella una gran pasión: le arrebató la virginidad puesto que se dio cuenta de que era virgen y se alegró muchísimo por esto. Se dijo: « ¡Por Dios! ¡Qué maravilla! ¿Cómo pueden haber dejado virgen los comerciantes a una joven tan hermosa, bien proporcionada y de buen ver como ésta?» El rey se sintió completamente atraído por ella: se separó de las restantes concubinas y favoritas y permaneció con ella durante un año entero, que pasó tan rápido como si hubiese sido un día. Pero ella seguía sin hablar. Cierto día en que la pasión y el amor le desbordaban le dijo: « ¡Oh, anhelo de las almas! Te amo muchísimo, y por tu causa me he apartado de todas las jóvenes, concubinas, mujeres y favoritas, y te considero como mi parte de las cosas terrenas. Hace un año que estoy contigo y ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que con su gracia haga compasivo tu corazón y me hables. Si eres muda, dímelo por señas para que yo deje de sentir deseos de oírte hablar. Espero que Dios

(¡glorificado sea!) me conceda, por ti, un hijo varón que herede el reino a mi muerte. Yo me encuentro solo, sin nadie que pueda heredarme y ya soy viejo. Te conjuro, por Dios, si me amas, que me contestes» . La esclava bajó su cabeza y meditó. Después la levantó, sonrió al rey, y éste creyó que un relámpago había iluminado la habitación. Dijo ella: « ¡Oh, rey magnánimo, león valiente! Dios ha escuchado tu plegaria. Me has dejado encinta y se aproxima el momento del parto, pero no sé si el feto es varón o hembra. Si no me hubieses dejado encinta jamás te habría dicho ni una sola palabra» . El semblante del rey se puso radiante de alegría al oír estas palabras, contento como estaba la besó las manos y la cabeza y exclamó: « ¡Loado sea Dios que me ha concedido las cosas que deseaba! Primero, oírte hablar, y luego saber que te he dejado encinta» . El rey se marchó de su lado y se sentó en el trono de su reino. Por instantes se iba poniendo más contento. Mandó al visir que repartiese cien mil dinares entre los pobres, mendigos, viudas y demás necesitados, como limosna y en acción de gracias. El visir hizo lo que le había mandado el rey. Después, éste regresó junto a la esclava, se sentó a su lado, la abrazó y la estrechó contra su pecho. Le dijo: « ¡Señora mía! ¡Reina de mi amor! ¿Por qué has guardado silencio conmigo durante un año entero, día y noche, cuando estabas despierta y dormías? ¿Por qué no me has hablado en todo el año hasta hoy? ¿Cuál ha sido la causa de tu silencio?» La esclava contestó: « ¡Oye, oh rey del tiempo! Sabe que soy una pobre extranjera, afligida, y que estoy separada de mi madre, de mi familia y de mi hermana» . El rey, al oír estas palabras, comprendió lo que quería decir. Replicó: « No hay motivo para decir que eres pobre, pues todo mi reino, todos mis bienes y todo lo que yo puedo está a tu servicio, ya que soy tu esclavo. Puedes decir: “Estoy separada de mi madre, de mi familia y de mi hermano”. Pero infórmame del lugar en que se encuentran: los mandaré buscar y te los traeré» . « ¡Rey feliz! Me llamo Chulnar la Marina, y mi padre era uno de los reyes del mar. Al morir nos legó el reino. Vivimos en él, pero un rey nos atacó y nos arrebató el reino. Tengo un hermano que se llama Salih, y mi madre es una de las mujeres del mar. Yo discutí con mi hermano y juré que saldría al encuentro de un hombre de los que habitaban la tierra. Salí y me senté en la orilla de la isla al-Qamar. Un hombre pasó por mi lado, me cogió, me llevó a su casa y quiso poseerme pero yo le golpeé en la cabeza hasta dejarlo casi muerto. Me sacó y me vendió al hombre al que me compraste. Éste fue excelente, piadoso, observante de la religión, todo hombría. Si tu corazón no me hubiese amado y no me hubieses preferido al resto de tus concubinas no habría permanecido contigo ni un instante y me habría arrojado al mar desde esta ventana, para ir en busca de mi madre y de mi familia. Pero me avergonzaría hacerlo estando encinta pues creerían que he obrado mal y no me harían caso, aunque les contara que un rey me había comprado con su dinero haciéndome su único goce en el mundo, prefiriéndome a las demás esposas y restantes mujeres. Ésta es mi historia. Y la

paz.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey le dio las gracias y la besó entre los ojos una vez oídas estas palabras. Le dijo: « ¡Por Dios, señora mía, luz de mis ojos! Yo no puedo apartarme de ti ni un solo instante, y si me abandonaras, moriría en el acto. ¿Qué haremos?» « ¡Señor mío! Se aproxima el momento de dar a luz y quiero que esté presente mi familia para que me cuide, puesto que las mujeres de la tierra no saben cómo dan a luz las hijas del mar, y éstas, a su vez, no saben cómo alumbran las hijas de la tierra. Cuando venga mi familia, yo me reconciliaré con ella y ella se reconciliará conmigo» . « Pero, ¿cómo pueden andar por el mar sin mojarse?» « Nosotros andamos por el mar como vosotros por la tierra, gracias a la baraca de los nombres grabados sobre el anillo de Salomón, hijo de David, sobre el cual sea la paz. ¡Rey! Cuando llegue mi familia y mis hermanos, yo les explicaré que tú me has comprado con tu dinero y que me has tratado con gracia y benevolencia. Es necesario que ellos den crédito a mis palabras, que vean tu posición por sus propios ojos y se convenzan de que eres un rey, hijo de un rey.» El soberano le dijo: « ¡Señora mía! Haz lo que bien te parezca, pues yo te obedeceré en todo lo que quieras hacer» . « Sabe, ¡oh rey del tiempo! que nosotros recorremos el mar con los ojos abiertos, que vemos lo que contiene y observamos el sol, la luna, las estrellas y el cielo como si estuviésemos sobre la faz de la tierra; el estar sumergidos no nos molesta. Sabe también que en el mar hay muchas especies y tipos muy variados de todas las clases de seres que hay en la tierra. Sabe también que todo lo que hay en la tierra es bien poca cosa en relación con lo que hay en el mar.» El rey quedó admirado ante estas palabras. La mujer sacó de su seno dos pedazos de áloe de Qumr. Cogió un poco, encendió un brasero, arrojó un pedazo de áloe, silbó con fuerza y empezó a decir unas palabras que nadie era capaz de comprender. Se levantó una gran humareda. El rey miraba fijamente. La esclava le dijo: « ¡Señor mío! Ve a esconderte en un rincón para que te muestre a mi hermano, mi madre y mi familia, y tú los veas desde un lugar en que no te puedan ver. Quiero que vengan aquí y en este sitio, y ahora vas a ver cosas maravillosas y te admirarás de las distintas figuras y variadas formas que Dios (¡ensalzado sea!) ha creado» . El rey se puso de pie en seguida, se metió en un recoveco y clavó los ojos en lo que hacía. La joven empezó a fumigar y a pronunciar conjuros: el mar se encrespó, se agitó y salió de él un muchacho joven, de resplandeciente belleza, que parecía la luna llena: frente radiante, mejillas rojas, cabellos como perlas y aljófares. Era el ser que más se parecía a su hermana. En esta circunstancia se podían recitar estos dos versos:

La luna está llena sólo una vez al mes. Pero la belleza de tu cara cada día está completa.

La luna sólo está una vez en el centro de una constelación, y, en cambio, todos los corazones te tienen en el centro.

Al cabo de un momento salió del mar una vieja encanecida, acompañada por cinco jóvenes que parecían lunas y que se parecían mucho a Chulnar. Después, el rey vio a un joven, a la vieja y a las cinco doncellas que andaban por encima del agua. Así se aproximaron a la joven y se acercaron a la ventana. Chulnar los observó y salió a recibirlos llena de alegría y satisfacción. Al verla la reconocieron, entraron, la abrazaron y rompieron a llorar con fuerza. Dijeron: « ¡Chulnar! ¡Cómo has podido abandonarnos durante cuatro años! No sabíamos el lugar en que te encontrabas. Y, ¡por Dios!, el dolor de estar separados de ti nos hacía subestimar el mundo, y no hemos probado la comida ni la bebida ni un solo día. Por lo mucho que te queremos hemos llorado de noche y de día» . La joven besó la mano de su hermano y la de su madre. Sus primas se sentaron un rato a su lado preguntándola por su situación, qué le había ocurrido y cómo se encontraba. Les contestó: « Sabed que cuando me separé de vosotros y salí del mar, me senté en la playa de una isla. Un hombre se apoderó de mí y me vendió a un comerciante. Éste me trajo hasta esta ciudad y me vendió, por diez mil dinares, a su rey, el cual me ha cuidado, ha abandonado a todas sus mujeres, concubinas y favoritas y se ha desentendido de todo cuanto tenía y de todo lo que hay en la ciudad, sólo para atenderme a mí» . El hermano, oídas estas palabras, dijo: « ¡Loado sea Dios que ha colmado nuestro deseo haciendo que te encontremos! Hermana: quiero que vuelvas con nosotros a nuestro país, junto a nuestra familia» . El rey, al oír las palabras del hermano, estuvo a punto de perder la razón, pues temía que la joven hiciese caso de sus palabras, y que él fuese incapaz de impedirlo a pesar de su mucho amor. Quedó muy perplejo y con mucho miedo de perderla. La joven Chulnar, oídas las palabras de su hermano, le dijo: « ¡Hermano mío! ¡Por Dios! El hombre que me ha comprado es el rey de esta ciudad; es un rey muy poderoso, un hombre inteligente, magnánimo y muy generoso, que me ha tratado con todos los miramientos. Es noble, tiene muchas riquezas y ningún hijo, ni varón ni hembra. Me ha hecho toda clase de favores y mucho bien. Desde el día en que llegué, jamás he oído una palabra molesta. Siempre me ha tratado con dulzura y nunca ha hecho nada sin pedirme consejo; yo me encuentro magníficamente a su lado y con todas las comodidades. Si lo abandonase moriría, pues no puede estar separado de mí ni un instante. Si yo me separase de él, también moriría, pues lo amo muchísimo por la multitud de favores que me ha concedido y por el tiempo que hace que vivo con él. Si mi padre viviera, mi rango junto a éste no sería como el que tengo junto al rey grande, excelso, poderoso. Además, espero un hijo de él. ¡Gracias a Dios

que me hizo ser hija del rey del mar y ha hecho que mi esposo sea el rey más poderoso de la tierra! Dios (¡ensalzado sea!) no me ha desilusionado, y me ha recompensado con bien.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chulnar prosiguió] » El rey no tiene hijos varones ni hembras, y pido a Dios (¡ensalzado sea!) que me conceda un varón que pueda heredar de este rey grande sus posesiones y alcázares» . El hermano y las primas se tranquilizaron al oír sus palabras y le dijeron: « ¡Chulnar! Tú sabes la posición de que gozas ante nosotros; conoces el amor que te tenemos; te consta que te apreciamos más que a nadie; estás convencida que sólo queremos para ti una vida tranquila, sin penas ni fatigas. Si te encuentras mal, ven con nosotros a nuestro país, junto a nuestra familia; si aquí te encuentras bien y eres poderosa y feliz, esto es lo que nosotros deseamos y queremos: sólo buscamos tu bienestar en cualquier circunstancia» . Chulnar replicó: « ¡Por Dios! Me encuentro magníficamente, feliz y contenta» . El rey se alegró, su corazón quedó tranquilo al oír estas palabras, se lo agradeció, aumentó su amor por ella y éste arraigó en lo más hondo de su corazón, pues comprendió que ella lo amaba del mismo modo que él a ella; que quería permanecer a su lado hasta el nacimiento del hijo. La joven, es decir, Chulnar la Marina, mandó a sus doncellas que acercasen las mesas con comida de todas clases. Chulnar en persona había preparado la comida en la cocina. Las criadas les llevaron la comida, los dulces y las frutas. La joven y su familia comieron. Después, éstos le dijeron: « ¡Chulnar! Tu señor es un extraño para nosotros; hemos entrado en su casa sin su permiso, sin que él sepa que estamos aquí. Tú le darás las gracias en nuestro nombre por su cortesía y por habernos dado de comer sin estar reunidos con él, sin verlo y sin que él nos viera; él no ha estado en nuestra mesa, no ha comido con nosotros y no existe entre él y nuestra familia el lazo del pan y la sal» . Todos dejaron de comer, se enfadaron con la joven y empezó a salir fuego a llamas por su boca. El rey, al ver esto, perdió la razón a causa del miedo que le dieron. Chulnar los tranquilizó y se dirigió a la habitación en que estaba el rey, su señor. Le dijo: « ¡Señor mío! ¿Has visto y oído lo agradecida que te estoy y el elogio que de ti he hecho a mi familia? ¿Has oído lo que me han dicho? Querían llevarme con ellos junto a nuestros parientes, a nuestro país» . « Lo he oído y lo he visto. ¡Que Dios te recompense con bien! No me he dado cuenta hasta ahora del mucho amor que te tengo. No me cabe duda: me amas.» « ¡Señor mío! ¿Es que la recompensa del que hace bien no es el bien? Tú me has tratado generosamente, me has agobiado con tus favores y veo que me amas muchísimo. Me has dado toda clase de satisfacciones, me has preferido a todas

las que amabas y querías. ¿Cómo iba a poder aceptar mi corazón el separarse de ti, el marcharse de tu lado? ¿Cómo iba a poder hacerlo si tú me tratas bien y con cuidado? Mas ahora quiero pedirte que vengas a saludar a mi familia, a verla, a que te vean y a que entre vosotros nazca la amistad y el afecto. Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que mi hermano, mi madre y mis primas te quieren muchísimo, porque les he dicho lo reconocida que te estoy. Han dicho: "No nos separaremos de tu lado para volver a nuestro país hasta haber visto al rey y haberlo saludado". Quieren verte y franquearse contigo.» El rey le replicó: « Oír es obedecer. Ése es mi deseo» . Se levantó del sitio en que estaba, se dirigió hacia ellos y los saludó con las mejores palabras. Todos se apresuraron a ponerse de pie, lo acogieron amablemente y él se sentó en el alcázar y comió con ellos en la mesa. Permanecieron juntos durante treinta días, al cabo de los cuales quisieron marcharse a sus lares. Se despidieron del rey y de Chulnar la Marina. El soberano los calmó de honores, y ellos se marcharon.

Chulnar llegó al fin del embarazo y dio a luz un niño que parecía la luna en plenilunio. Esto llenó al rey de alegría, ya que no había tenido en toda su vida ningún hijo, ni varón ni hembra. Las fiestas y las ceremonias duraron siete días, que transcurrieron felices y tranquilos. El séptimo día acudieron la madre de la reina Chulnar, su hermano y todas sus primas, pues se habían enterado del alumbramiento de Chulnar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey, contento de su llegada, los recibió y les dijo: « Me he dicho que no daría nombre a mi hijo hasta que vinieseis y se lo pusieseis vosotros de acuerdo con vuestros conocimientos» . Le pusieron el nombre de Badr Basim, y todos estuvieron conformes con él. Luego presentaron el niño a su tío materno, Salih. Éste lo tomó en sus manos, se apartó de los reunidos, paseó por la habitación a derecha e izquierda, salió de ella y se arrojó al mar, andando por él hasta que el rey lo perdió de vista. Éste, al ver que cogía a su hijo, se alejaba con él y se sumergía en el mar, desesperó y empezó a llorar y a sollozar. Chulnar, al verlo en aquel estado, le dijo: « ¡Rey del tiempo! No temas ni te entristezcas por tu hijo. Yo quiero a mi hijo más que tú. Pero mi hijo está con mi hermano; por tanto, no te preocupes por el mar y no temas que se ahogue. Si mi hermano supiera que el pequeño había de sufrir algún daño, no habría hecho lo que ha hecho. Te traerá inmediatamente sano a tu hijo si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» . Al cabo de un rato, el mar se agitó, se movió y salió el tío del niño con el hijo del rey. Anduvo por el mar hasta llegar junto a ellos, llevando al niño en brazos; éste estaba callado, mientras su cara parecía la luna en la noche de plenilunio. El tío del pequeño miró al rey y le dijo: « Quizá temías

que ocurriese algún percance cuando descendí con tu hijo al mar» . « Sí, señor mío. Temía por él y no creía que pudiera escapar sano.» « ¡Rey de la tierra! Nosotros le hemos puesto un colirio especial que conocemos y le hemos recitado los nombres grabados en el anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre el cual sea la paz!). Hacemos lo que te he mencionado con todos los recién nacidos. No temas que se ahogue o sofoque cuando se sumerja en un mar cualquiera: nosotros andamos por el mar como vosotros por la tierra.» A continuación sacó del bolsillo un folio escrito y sellado con los nombres mágicos inscritos. Lo rompió y lo abrió, y de él cayeron joyas enfiladas como un collar: había jacintos, aljófares, trescientas varas de esmeralda y trescientas de piedras tan grandes como huevos de avestruz; despedían una luz más brillante que la del sol y la luna. Dijo: « ¡Oh rey del tiempo! Estas joyas y estos jacintos son un regalo que yo te hago, ya que jamás te hemos hecho regalos antes, pues no sabíamos el lugar en que se encontraba Chulnar y no teníamos ni rastro ni noticias suyas. Al ver que te has unido a ella y que nosotros hemos pasado a ser una única cosa, te hemos traído este regalo, y con mucha frecuencia, si Dios quiere, te traeremos otros como éste, ya que los aljófares y los jacintos abundan entre nosotros más que los guijarros en la tierra. Sabemos distinguir los buenos de los malos, y conocemos todos los caminos y lugares en que se encuentran. Para nosotros, esto es cosa fácil» . El entendimiento del rey quedó estupefacto, y su corazón, perplejo, al contemplarlos. Exclamó: « ¡Una sola de estas joyas equivale a mi reino!» El rey dio las gracias a Salih el Marino, miró a la reina Chulnar y le dijo: « Estoy avergonzado ante tu hermano. Ha sido bondadoso conmigo y me ha regalado este magnífico presente, que no puede tener ningún ser de la tierra» . Chulnar dio las gracias a su hermano por lo que había hecho. Éste dijo: « ¡Oh, rey del tiempo! Tú te has hecho merecedor de nuestro agradecimiento con anterioridad. Era necesario que lo hiciéramos, puesto que tú trataste bien a mi hermana y nosotros nos metimos en tu casa y comimos de tus provisiones. El poeta ha dicho:

> Si antes de que Sada llorase hubiese llorado yo, me habría curado del amor antes de tener que arrepentirme.
> Pero ella ha llorado antes que yo, y su llanto me ha excitado. Dije: “El mérito está en quien empieza”» .

Salih añadió: « Aunque permaneciéramos a tu servicio, ¡oh rey del tiempo!, durante mil años, no podríamos recompensarte: ante tus merecimientos, esto sería muy poca cosa» . El rey le dio las gracias efusivamente.

Salih, su madre y sus primas permanecieron con el rey durante cuarenta días, al cabo de los cuales Salih, hermano de Chulnar, besó el suelo ante el rey, el esposo de su hermana. Éste le preguntó: « ¿Qué quieres, Salih?» « ¡Rey del

tiempo! Nos has tratado con favor. Pero pido a tu generosidad que nos concedas tu permiso para marchar junto a nuestra familia, a nuestra tierra, junto a nuestros parientes, a nuestro hogar. No por ello dejaremos de servirte a ti, a nuestra hermana y a nuestro sobrino. ¡Por Dios, oh rey del tiempo!, me molesta separarme de ti; pero, ¿qué haremos si nosotros hemos crecido en el mar, y la tierra no nos sienta bien?» El rey, al oír sus palabras, se puso de pie y se despidió de Salih el Marino, de su madre y de sus primas. Todos lloraron por tener que separarse. Le dijeron: « Dentro de poco volveremos a tu lado para no separarnos jamás. Os visitaremos de cuando en cuando» . Levantaron el vuelo, se dirigieron al mar, y al llegar a éste desaparecieron de la vista.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey trató bien y honró cada vez más a Chulnar; el pequeño crecía normalmente, y sus tíos, sus tías, su abuela y sus primas iban a verlo frecuentemente, se presentaban en la residencia del rey y permanecían con éste uno o dos meses. Después volvían a sus lares. La hermosura, la belleza y el buen sentido del muchacho fueron en aumento, y así llegó a cumplir los quince años: era único en su perfección, inigualable por su buen aspecto y proporciones. Aprendió a escribir y a leer; estudió la Historia, la Gramática y la Lexicografía; practicó el tiro de dardos, el manejo de la lanza, la caballería y todo aquello que deben conocer los hijos de los reyes. Todos los habitantes de la ciudad, fuesen hombres o mujeres, hablaban de la hermosura del muchacho, pues era extraordinario, perfecto, y podía describirse con las palabras del poeta:

> El bozo ha trazado dos líneas de azabache sobre una mejilla rosa como la manzana: es ámbar sobre perla.
> Cuando mira, la muerte se halla en sus pupilas; la embriaguez se halla en sus mejillas, no en el vino.

El rey lo quería muchísimo. Mandó llamar a los visires, emires, grandes del imperio y magnates del reino y les hizo jurar, del modo más solemne, que reconocerían como rey a Badr Basim después de la muerte de su padre. Se lo juraron solemnemente y se alegraron de haberlo hecho, pues el rey era generoso con todo el mundo, hablaba con persuasión, hacía favores y no decía más que lo que era conveniente para las personas. Al día siguiente, el rey, los grandes del imperio, los emires y todos los soldados recorrieron la ciudad y regresaron a palacio. Al llegar cerca de éste, el rey se apeó y se puso al servicio de su hijo: él, los emires y los grandes del reino le llevaron la gualdrapa: cada

uno de los emires y de los grandes del reino llevaba la gualdrapa un momento. Avanzaron hasta llegar al vestíbulo del alcázar, mientras el príncipe seguía a caballo. Después se apeó, su padre y los emires lo abrazaron y lo hicieron sentar en el trono del reino. El padre y los emires se quedaron de pie ante él. Badr Basim gobernó a las gentes: depuso a los malvados, y nombró a los justos. Gobernó hasta poco antes del mediodía. Entonces se levantó del trono del reino y fue a ver a su madre. Chulnar la Marina, tocado con la diadema: parecía que era la luna. La madre, al verlo acompañado por el rey, que lo precedía, salió a su encuentro, lo besó, lo felicitó por haber conseguido el poder e hizo los votos de rigor por él y por su padre, deseándole larga vida y el triunfo sobre sus enemigos. El príncipe se sentó al lado de su madre y descansó. Al llegar la hora del asr, montó a caballo; los emires lo precedieron, y así llegaron al hipódromo en el que jugó con las armas acompañado por su padre y los grandes de su reino, hasta el anochecer. Después regresó al alcázar, siempre precedido por sus súbditos. Cada día montaba a caballo, iba al hipódromo, y de regreso se sentaba a gobernar a las gentes, haciendo justicia al Emir y al pobre.

Así siguió durante un año entero. Después aprendió a salir de caza y recorrió los países y las regiones de las que era soberano, instaurando la paz y la tranquilidad y obrando como obran los reyes. En fuerza, valentía y justicia era único entre las gentes de su tiempo.

Cierto día, el rey, padre de Badr Basim, enfermó. Su corazón latió con fuerza y se dio cuenta de que iba a trasladarse a la morada eterna. La enfermedad fue agravándose hasta que estuvo a punto de morir. Mandó llamar a su hijo y le recomendó que se cuidase de sus súbditos, de su madre, de los grandes del reino y de todos sus cortesanos. Pidió a éstos que jurasen obediencia por segunda vez a su hijo del modo más solemne. Después de esto vivió unos cuantos días, y luego se fue al seno de la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Su hijo Badr Basim, su esposa Chulnar, los emires, los visires y los grandes del reino, quedaron muy tristes, construyeron un mausoleo y lo enterraron en él. Guardaron luto durante un mes entero. Salih, hermano de Chulnar, la madre de ambos y sus primas acudieron a dar el pésame por la muerte del rey. Dijeron: « ¡Chulnar! El rey ha muerto y le ha sucedido este experto muchacho; quien deja un sucesor como éste no muere: este muchacho es incomparable, es un león valiente…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los familiares de Chulnar prosiguieron:] » …una luna reluciente» . A continuación se presentaron ante el rey Badr Basim los grandes del reino y los magnates y le dijeron: « ¡Rey! No hay inconveniente en entristecerse por la muerte del rey, pero la tristeza sólo es

propia de las mujeres. No te entristezcas por la muerte de tu padre: ya ha muerto y te ha dejado como sucesor. Quien deja un heredero como tú, no muere». Siguieron consolándolo y tranquilizándolo. Lo llevaron al baño, y al salir de él se puso un traje precioso, tejido en oro e incrustado de aljófares y jacintos; colocó la corona del rey encima de su cabeza y se sentó en el trono del reino para arreglar los asuntos de la gente, hacer justicia al débil frente al fuerte y dar su derecho al pobre frente al Emir. Sus súbditos lo quisieron muchísimo, y así siguió todo durante un año. Frecuentemente acudía a visitarlo su familia marina. Su vida fue cómoda y tranquila durante largo espacio de tiempo.

Cierta noche su tío fue a visitar a Chulnar. La saludó. Ella salió a su encuentro, lo abrazó y lo hizo sentar a su lado. Le preguntó: «¡Hermano mío! ¿Cómo te encuentras? ¿Cómo se encuentran mi madre y mis primas?» «¡Hermana! Se encuentran perfectamente y felices. Sólo les falta el ver tu rostro.» Chulnar le dio algo de comer. Comió y hablaron. Salih citó la hermosura, la belleza, las buenas proporciones, la caballerosidad y el recto entendimiento del rey Badr Basim. Éste se encontraba tumbado. Cuando oyó que su madre y su tío lo citaban y hablaban de él, fingió dormir y prestó atención a sus palabras. Salih dijo a su hermana Chulnar: «Tu hijo tiene ya diecisiete años y aún no se ha casado. Tememos que le ocurra alguna cosa y no tenga hijos. Querría casarlo con una reina del mar que tuviera su belleza y su hermosura». «¡Cítamelas, pues yo las conozco!», replicó Chulnar. Empezó a enumerarlas una detrás de otra, pero la princesa objetaba: «Ésta no la quiero para mi hijo. Sólo lo casaré con aquella que sea su igual en belleza y hermosura; en recto entendimiento y en piedad; en educación y honradez, y que pertenezca a su rango y a su linaje». Salih le dijo: «¡No conozco ninguna otra princesa del mar! Te he enumerado más de cien y no te ha gustado ni una sola. Pero, hermana mía, mira a ver si tu hijo duerme o no». La madre lo tocó y vio que mostraba los signos de estar dormido. Le contestó: «Duerme. ¿Qué tienes que decirme? ¿Por qué quieres que duerma?» «¡Hermana mía! Me acuerdo de una de las hijas del mar que convendría a tu hijo, pero temo citarla si él está despierto, pues su corazón quedaría prendado de amor y tal vez no podamos obtenerla; él, nosotros y los grandes del reino nos fatigaríamos en vano. El poeta ha dicho:

> El amor, cuando se inicia, es como una gota de agua; pero cuando alcanza su plenitud es como un amplio mar.»

Su hermana, al oír estas palabras, le pidió: «Dime de qué muchacha se trata, cómo se llama. Yo conozco a las princesas del mar y a las que no lo son. Si viese que le convenía, la pediría a su padre en matrimonio aunque tuviera que gastar por ella todo lo que poseo. Dime quién es y no temas, pues mi hijo está durmiendo». «Temo que esté despierto. El poeta ha dicho:

Lo he amado en cuanto me han mencionado sus cualidades: hay veces que el amor entra por el oído antes que por los ojos.»

Chulnar insistió: « Di, sé breve y no temas, hermano» . « ¡Por Dios, hermana! ¡La única que conviene a tu hijo es la reina Chawhara, hija del rey Samandal! Es tan bella, hermosa y guapa como él, y no hay en la tierra ni en el mar mujer más graciosa ni más dulce. Es hermosa, guapa, esbelta y bien proporcionada: mejillas sonrosadas, frente brillante, cabellos como ojos de hurí, caderas pesadas, talle esbelto y rostro hermoso; si lo volviese, avergonzaría a las vacas salvajes y a las gacelas; al andar llenaría de celos a la rama de sauce; si se quitase el velo avergonzaría al Sol y a la Luna y haría sus siervos a quienes la viesen. Sus labios son dulces y sus formas graciosas» . Al oír las palabras de su hermano, replicó: « ¡Hermano mío! ¡Por Dios que dices la verdad! Yo la he visto muchas veces, pues fue mi compañera cuando las dos éramos pequeñas, pero ahora no nos reconoceríamos a causa de la lejanía. Hace ahora dieciocho años que no la veo. ¡Por Dios! ¡Sólo ella conviene a mi hijo!» Badr Basim había oído y comprendido todas las palabras que habían dicho desde el principio hasta el fin: había oído también la descripción de la muchacha citada por Salih, es decir, Chawhara, hija del rey Samandal, y se había enamorado de oídas. Fingió que seguía durmiendo mientras que en su corazón, y por su causa, prendía una llama de fuego y se ahogaba en un mar cuyas costas no se encuentran y en el que no hay reposo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Salih miró a su hermana Chulnar y dijo: « ¡Por Dios, hermana mía! Ningún rey del mar es tan estúpido como su padre ni tan violento como él. No digas nada a tu hijo de esa muchacha hasta que la hayamos pedido a su padre. Si éste consiente, daremos gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Si rehúsa y no la casa con tu hijo, nos quedaremos tranquilos y pediremos otra princesa» . Chulnar concluyó: « ¡Tu opinión es buena!» ambos callaron y se fueron a dormir.

Pero en el corazón de Badr Basim había prendido una llama de amor por la reina Chawhara. Ocultó lo que le ocurría y no dijo nada ni a su madre ni a su tío, a pesar de que, a causa de su amor, estaba sobre brasas. Al día siguiente, tío y sobrino fueron al baño y se lavaron. Salieron y bebieron los sorbetes; les acercaron la comida. El rey Badr Basim, su madre y su tío comieron hasta quedar hartos. Se lavaron las manos. Salih se puso de pie y dijo al rey y a su madre, Chulnar: « Con vuestro permiso he resuelto marcharme al lado de mi madre, pues ya hace algunos días que estoy con vosotros. La familia debe estar

preocupada por mí y me esperará». El rey Badr Basim dijo a su tío Salih: «¡Quédate hoy con nosotros!» Éste le hizo caso, el rey añadió: «Ven al jardín conmigo, tío». Fueron al jardín y empezaron a pasear y a distraerse. Badr Basim se sentó debajo de un árbol que daba sombra, disponiéndose a descansar y dormir. Pero el recordar la descripción de la muchacha, hecha por su tío Salih, lo hermosa y lo guapa que era, rompió a llorar con abundantes lágrimas y recitó estos versos:

Si se me dijera, mientras la llama del fuego arde, y el fuego prende en el corazón y en las vísceras:
«¿Qué es lo que prefieres? ¿Ver a la persona amada, o un sorbo de agua cristalina?». Contestaría: «Verla».

Se quejó, gimió, lloró y recitó estos versos:

«¿Quién me protege del amor de una graciosa gacela que tiene un rostro como el sol o tal vez más hermoso?»
Mi corazón no sentía inquietud por su amor, pero ha prendido en él la llama de amor por la hija de Samandal.

Su tío, Salih, al oír estas palabras, dio una palmada y exclamó: «¡No hay más dios que Dios! ¡Mahoma es el mensajero de Dios! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» A continuación le preguntó: «¡Hijo mío! ¿Oíste lo que hablé con tu madre referente a la reina Chawhara? ¿Oíste la descripción de sus cualidades?» Badr Basim contestó: «Sí, tío. Escuché vuestras palabras y me he enamorado de oídas. Mi corazón ha quedado prendado, y no tengo paciencia para estar lejos de ella». «¡Rey! Permite que vuelva junto a tu madre y la informe del asunto. Le pediré permiso para llevarte conmigo y para pedir la mano de la reina Chawhara en tu nombre. Después nos despediremos, y yo y tú regresaremos junto a tu madre. Temo que ésta se enfade conmigo si te llevo sin su permiso; tendría razón de enfadarse, pues yo sería la causa de vuestra separación, del mismo modo que fui la causa de que ella se marchase de nuestro lado. Además, la ciudad quedaría sin rey, y tus súbditos no tendrían quien los gobernara y se preocupara de sus asuntos. Los asuntos del Estado redundarían en tu perjuicio, y el reino se escaparía de tu mano.» Badr Basim, oídas las palabras de su tío Salih, objetó: «Sábese tío, que si vuelvo al lado de mi madre para pedirle consejo, no me permitirá marcharme. Ni volveré a su lado ni le pediré jamás consejo». Rompió a llorar ante él y siguió: «Me iré contigo sin que ella lo sepa. Después volveré». Al oír las palabras de su sobrino, quedó perplejo y respondió: «¡Pido auxilio a Dios, (¡ensalzado sea!) en cualquier circunstancia!»

Salih al verlo en esta situación, al darse cuenta de que no quería regresar junto a su madre y que, en cambio, quería marcharse con él, sacó de su dedo un anillo que tenía grabados algunos nombres de Dios, (¡ensalzado sea!), y se lo entregó al rey Badr Basim. Le dijo: « Póntelo en el dedo: nunca te ahogarás, y estarás a cubierto de los daños que pudieran causarte los animales y peces marinos» . El rey Badr Basim cogió el anillo que le daba su tío Salih y lo colocó en su dedo. A continuación, ambos se sumergieron en el mar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que marcharon sin descanso hasta llegar al alcázar de Salih. La abuela, la madre de su madre, estaba sentada y rodeada por sus allegados. Vio al rey. Éste y Salih entraron y le besaron las manos. La abuela se puso de pie, lo abrazó y lo besó entre los ojos. Dijo: « ¡Que tu venida sea bendita, hijo mío! ¿Cómo has dejado a tu madre Chulnar?» « Está perfectamente bien y en buena salud. Te saluda a ti y a sus primas.» A continuación, Salih explicó a su madre lo que le había sucedido con su hermana, Chulnar, y que el rey Badr Basim se había enamorado de la reina Chawhara, hija del rey Samandal, de oídas; le explicó toda la historia desde el principio hasta el fin, y añadió: « Él ha venido para pedirla a su padre por esposa» . La abuela del rey Badr Basim se enfadó mucho con Salih al oír sus palabras; se turbó, se apesadumbró y dijo: « ¡Hijo mío! Has cometido una falta al citar a la reina Chawhara, hija del rey Samandal, ante el hijo de tu hermana. Sabes que el rey Samandal es un estúpido que carece de entendimiento, violento y que no está dispuesto a ceder a su hija Chawhara en matrimonio. Todos los reyes del mar la han pedido por esposa y él no ha aceptado, no ha complacido a ninguno de ellos; al contrario, los ha rechazado, diciéndoles: "¿Quiénes sois vosotros comparados con su belleza, hermosura y otras cosas?" Tememos pedirla por esposa a su padre, pues nos la negaría como se la ha negado a otros. Nosotros somos personas de honor y volveríamos humillados» . Salih replicó a las palabras de su madre: « ¡Madre mía! ¿Qué hay que hacer? El rey Badr Basim se ha enamorado de esa muchacha al oír que yo se la describía a mi hermana Chulnar. Es necesario que se la pidamos por esposa a su padre, aunque yo tenga que dilapidar todo mi reino. El muchacho dice que si no se casa morirá de amor por ella» . Añadió: « Sabe que mi sobrino es tan hermoso y tan guapo como ella. Su padre era rey de todos los persas, y ahora lo es él. Es el único hombre que conviene a Chawhara. Estoy resuelto a coger joyas, jacintos y prendas y llevárselas a Samandal como regalo de él. Le pediré su hija en matrimonio. Si se negase alegando que él es un rey, le contestaría que el muchacho también es un rey, hijo de rey; si alegase que la muchacha es hermosa, le respondería que Badr Basim

es más hermoso que ella; si alegara la extensión de su reino, le replicaría que el reino de mi sobrino es mayor que el suyo o el de su padre, que tiene más soldados y servidores y, en verdad, su reino es mayor que el del padre de la princesa. He de darme prisa en llevar a término el deseo de mi sobrino pues de lo contrario perdería el descanso, ya que yo soy el culpable de todo esto, y ya que yo lo he arrojado al mar en busca de esa muchacha, me apresuraré a casarlo con ella. Dios (¡ensalzado sea!) me auxiliará en esto» . Su madre le dijo: « Haz lo que quieras, pero guárdate de excitarlo al hablar con él, pues ya conoces su estupidez y violencia. Temo que te maltrate, puesto que no reconoce el poder de nadie» . « Oír es obedecer» , concluyó Salih. Se incorporó, cogió dos sacos repletos de aljófares, jacintos, varitas de esmeraldas, metales preciosos y toda clase de gemas. Las hizo cargar a hombros de sus pajes y se marchó con éstos y su sobrino al alcázar del rey Samandal. Le pidió audiencia y se la concedió. Una vez ante él, besó el suelo y lo saludó con buenas palabras. El rey Samandal, al verlo, salió a su encuentro, lo trató con los máximos honores y le mandó que se sentase. Una vez hubo ocupado su sitio, le dijo: « ¡Bendita sea tu llegada! ¡Te has hecho esperar, Salih! Dinos cuál es tu deseo para que lo satisfagamos» . Salih se puso de pie, besó el suelo otra vez y le dijo: « ¡Rey del tiempo! Mi deseo sólo pueden satisfacerlo Dios y el rey valeroso, el león valiente por cuyo magnífico nombre viajan los caminantes; su generosidad, su magnanimidad, gracia, perdón y dones, se han divulgado por todas las regiones y países» . Abrió los dos sacos, extrajo los aljófares y todo lo que contenían y lo extendió ante Samandal. Le dijo: « ¡Rey del tiempo! ¡Acepta mi regalo, concédeme tu favor! Al recibirlo dejarás obligado a mi corazón» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y siete* refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que Samandal preguntó: « ¿Por qué me haces este don? Cuéntame tu historia y dime qué necesitas. Si puedo solucionar tu asunto, lo solucionaré ahora mismo y no tendrás que esforzarte en tu necesidad; pero si así no fuese, recuerda que Dios sólo impone al alma lo que puede soportar» . Salih se incorporó, besó el suelo tres veces y dijo: « ¡Rey del tiempo! Tú tienes poder para solucionar mi necesidad: está en tu mano y tú eres su señor. No puedo imponer al rey una fatiga innecesaria ni estoy loco para pedirle algo que no esté en su mano. Un sabio ha dicho: “Si quieres ser obedecido, pide lo que se pueda hacer”. El rey —al que Dios guarde— puede resolver el asunto que me ha traído aquí» . « ¡Pide tu deseo, explícame tu asunto y solicita lo que quieres!» « ¡Rey del tiempo! Sabe que he venido a ti para implorar, para pedir a la perla única, a la joya virgen, a la reina Chawhara, hija de nuestro señor. ¡No defraudes al que ha venido hasta ti!» El rey, al oír estas palabras, rompió a reír hasta caerse

de espaldas, y se burló diciendo: « ¡Salih! ¡Creía que eras un hombre inteligente, un buen muchacho que sólo procuraba conseguir lo que es justo y que sólo hablaba con rectitud! ¿Qué te ha pasado por la cabeza para pedir algo así y tener una idea tan loca como la de pedirme en matrimonio a la hija de los reyes que tienen países y regiones? ¿Es que tú puedes llegar a rango tan alto? ¿Es que tu entendimiento ha disminuido hasta el punto de dirigirme estas palabras?» Salih replicó: « ¡Que Dios conceda salud al rey! Yo no la pido para mí, aunque podría hacerlo porque soy su igual y aún más que tú, ya que, como sabes, mi padre era un rey de los reyes del mar, aunque tú lo seas hoy. Pero yo sólo la pido en matrimonio para el rey Badr Basim, señor de las regiones persas. Su padre era el rey Sahramán, y sabes que era de carácter violento. Si crees que eres un gran rey, piensa que Badr Basim lo es más que tú; si tu hija es bella, Badr Basim es más hermoso, más bien formado, de mejor posición y más pura estirpe que ella; él es el caballero de nuestro tiempo. Si accedes a lo que te pido —¡oh rey del tiempo!—, las cosas quedarán en su sitio, pero si te creces ante nosotros, no nos tratarás con justicia ni seguirás el camino recto. Has de saber que la reina Chawhara, hija de nuestro señor el rey, ha de casarse, puesto que el sabio dice: "A la mujer sólo le quedan el matrimonio o la tumba". Si te decides a casarla, el hijo de mi hermana es preferible a todas las demás gentes» . El rey se puso furioso al oír las palabras de Salih, y poco le faltó para perder la razón y para que el alma abandonase su cuerpo. Le replicó: « ¡Perro de los hombres! ¿Seres como tú se atreven a dirigirme tales palabras, a citar a mi hija en la audiencia, a asegurar que el hijo de tu hermana Chulnar tiene el mismo rango que mi hija? ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu hermana? ¿Quién es su hijo? ¿Quién es su padre? ¿Cómo puedes dirigirme tales palabras y pronunciar semejante discurso? Vosotros sois perros comparados con ella» . A continuación, llamó a sus pajes y les dijo: « ¡Muchachos! ¡Coged la cabeza de esta carne de horca!» Desenvainaron las espadas, y Salih empuñó la suya. Lo acometieron, y Salih huyó hacia la puerta del alcázar. Cuando llegó a ésta, vio a sus primos, parientes, familiares y pajes, que constituían un grupo de más de mil caballeros acorazados de hierro, de cotas de malla. Empuñaban la lanza y las blancas espadas. Al ver que salía en aquel estado, le preguntaron: « ¿Qué ocurre?» Les refirió lo sucedido. Su madre los había enviado para que le prestasen auxilio. Al oír las explicaciones, comprendieron que el rey era un estúpido, un tirano. Saltaron del lomo de sus caballos, desenvainaron las espadas y entraron en el alcázar en busca del rey Samandal. Lo encontraron sentado en el trono de su reino, sin preocuparse por ellos y furioso contra Salih. Vieron a sus criados, pajes y auxiliares que no estaban preparados para la lucha. Samandal, al verlos con las espadas desenvainadas, gritó a sus hombres: « ¡Ay, de vosotros! ¡Coged la cabeza de esos perros!» En pocos momentos, la gente del rey Samandal quedó vencida y emprendió la fuga. Salih y sus hombres cogieron a Samandal y lo ataron.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Chawhara, al despertarse, se enteró de que su padre había sido hecho prisionero y de que sus servidores habían muerto. Salió del alcázar y huyó a una isla, donde se subió a un árbol alto y se ocultó en la copa.

En el momento del choque entre los dos bandos, algunos soldados del rey Samandal habían huido. Badr Basim los había visto y les había preguntado por lo sucedido. Le refirieron lo acaecido. Al oír que el rey Samandal había caído prisionero, Badr Basim huyó, pues se dijo: « Esta guerra ha empezado por mi causa. Es a mí a quien buscan» . Emprendió la fuga en busca de la salvación sin saber adónde se dirigía. Los eternos hados lo llevaron a la isla en que se encontraba Chawhara, la hija del rey Samandal. Llegó junto al mismo árbol y se tumbó para descansar, ¡pero no sabía que aquel a quien se busca no tiene reposo y que nadie conoce lo que los hados le ocultan! Mientras estaba tumbado levantó la mirada hacia la copa del árbol y descubrió a Chawhara. Vio que era como la luna cuando surge por el horizonte. Exclamó: « ¡Gloria al Grande de este ser portentoso! ¡Él es el Creador de todas las cosas y es todopoderoso! ¡Gloria a Dios, el Altísimo, el Creador de las formas! ¡Por Dios! Si es cierto lo que creo, ésta es Chawhara, la hija del rey Samandal. Es de suponer que cuando se ha enterado de la guerra, ha huido y llegado hasta esta isla, ocultándose en la copa de este árbol. Si no es la reina Chawhara, se trata de una mujer más hermosa que ella» . Se quedó pensando en esto, y se dijo: « Me acercaré a ella y le preguntaré por su situación. Si es Chawhara, yo mismo le pediré que se case conmigo. Éste es mi deseo» . Se puso de pie y dijo a Chawhara: « ¡Oh, máximo deseo! ¿Quién eres? ¿Quién te ha traído a este lugar?» Chawhara contempló a Badr Basim y vio que se parecía a la luna cuando se muestra entre un claro de negras nubes, se dio cuenta de que era esbelto y tenía una hermosa sonrisa. Contestó: « ¡Persona de buenos modos! Yo soy la reina Chawhara, hija del rey Samandal. He venido a este lugar porque Salih y su ejército han combatido contra mi padre, han matado a sus soldados y han hecho prisionero a él y a algunos de sus hombres. He huido por temor de que me sucediera algo» . Y añadió: « He huido por temor a que me matasen, y no sé lo que le habrá ocurrido a mi padre» . El rey Badr Basim se admiró mucho al oír sus palabras, por esta prodigiosa coincidencia. Dijo: « No hay duda de que he conseguido mi deseo al quedar prisionero su padre» . La miró y le dijo: « Baja, señora mía, pues yo soy víctima de tu amor: tus ojos me han hecho prisionero. Esta guerra y estas batallas se han desencadenado a causa de nosotros dos. Sabe que yo soy el rey Badr Basim, hijo del rey de los persas. Salih es mi tío materno, y ha acudido a visitar a tu padre para pedirte en

matrimonio para mí. Yo he abandonado mi reino por tu causa. El que ahora nos hayamos encontrado constituye una extraordinaria casualidad. Ven, baja a mi lado e iremos los dos al alcance de tu padre. Yo pediré a mi tío Salih que lo ponga en libertad, y me casaré contigo de acuerdo con la Ley» . Al oír las palabras de Badr Basim, Chawhara se dijo: « Por culpa de esta maldita carne de horca ha ocurrido esto: mi padre se encuentra prisionero, sus chambelanes y su séquito han muerto, y yo he tenido que escapar de mi palacio y venir, a la fuerza, a esta isla. Si no empleo con él una astucia con la que pueda reducirlo, él se apoderará de mí y conseguirá su deseo, ya que está enamorado, y no se reprende jamás al enamorado, cualquiera que sea la cosa que haga» . Ella lo engañó con buenas palabras y suaves discursos, de tal modo que él no sospechó el engaño que había preparado en secreto. Le dijo: « ¡Señor mío! ¡Luz de mis ojos! ¿Tú eres el rey Badr Basim, hijo de la reina Chulnar?» « Sí señora mía.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche setecientas cuarenta y nueve, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Chawhara exclamó:] « ¡Que Dios haga pedazos a mi padre, haga desaparecer su reino y no le conceda consuelo ni lo libre del exilio! ¡Por Dios! Es un hombre corto de entendimiento y de escasa previsión si espera encontrar a un muchacho más hermoso que tú, de mejor contextura. ¡Rey del tiempo! No me reprendas por lo que él ha hecho. Si tú me quieres, yo te quiero mucho más, pues he caído en la red de tu amor y soy una de tus víctimas, ya que el amor que tú sientes ha pasado a mí, y en ti sólo ha quedado la décima parte del que yo siento» . La joven descendió de la copa del árbol, se acercó a él, se aproximó, lo abrazó, lo estrechó contra su pecho y lo besó. El rey Badr Basim, al ver lo que hacía con él, notó que su amor por ella aumentaba, que su pasión crecía y creyó que lo amaba de verdad. Empezó a abrazarla y a besarla y a continuación dijo: « ¡Reina! ¡Por Dios! Mi tío Salih sólo me ha descrito la cuadragésima parte de tus encantos y ni un solo cuarto de carate de los veinticuatro carates» . Chawhara lo estrechó contra su pecho y pronunció unas palabras que él no entendió; luego le escupió en la cara y le dijo: « ¡Abandona tu figura humana! ¡Transfórmate en un pájaro, en el más hermoso de los pájaros, con plumas blancas, pico y patas rojas!» Apenas había terminado de decirlo cuando el rey Badr Basim se convirtió en un pájaro más hermoso que los demás. Se sacudió, se quedó a sus pies y miró a Chawhara. Al lado de ésta había una sirvienta que se llamaba Marsina. La miró y le dijo: « ¡Por Dios! ¡Si no temiera por mi padre, que está prisionero de su tío, lo mataría! ¡Que Dios no le conceda ningún bien! ¡Qué desgraciada ha sido para nosotros su llegada! Es el culpable de toda esta guerra. ¡Muchacha! Cógelo, llévalo a la Isla de la Sed y déjalo en ella para que muera de sed» . La joven lo cogió y se lo llevó a la isla.

Cuando se disponía a abandonarlo, se dijo: « ¡Por Dios! El dueño de esta belleza y hermosura no merece morir de sed» . Lo sacó de la Isla de la Sed y lo llevó a una isla que tenía muchos árboles, frutos y ríos. Lo dejó en ella, regresó junto a su señora y le dijo: « Lo he dejado en la Isla de la Sed» . Esto es lo que se refiere a Badr Basim.

He aquí ahora lo que hace referencia a Salih, tío del rey Badr Basim. Cuando se hubo apoderado del rey Samandal y dado muerte a sus soldados y criados y hecho prisionero al soberano, fue en busca de Chawhara, pero no la encontró. Entonces regresó junto a su madre y le preguntó: « ¡Madre mía! ¿Dónde está el hijo de mi hermana, Badr Basim?» « ¡Por Dios, hijo mío! Lo ignoro; no sé adónde ha ido. Cuando se enteró de que estabas combatiendo contra el rey Samandal y que entre ambos se había iniciado la guerra, se asustó y huyó.» Salih sintió pena por su sobrino al oír las palabras de su madre. Dijo: « ¡Madre mía! ¡Por Dios! Nos hemos portado mal con el rey Badr Basim. Temo que perezca o que caiga en poder de alguno de los soldados del rey Samandal, o bien que tropiece con él la hija del rey, Chawhara. Esto nos llenaría de vergüenza ante su madre, de la cual no recibiríamos ningún bien, ya que yo me lo llevé sin su permiso» . Despachó en pos del rey a sus servidores y espías, que se distribuyeron por todas las regiones del mar. No encontraron ninguna noticia, por lo que regresaron a informar a Salih. La preocupación y la pena de éste fueron en aumento, y su pecho se acongojó por la desaparición del rey Badr Basim. Esto es lo que hace referencia al asunto del rey Badr Basim y de su tío Salih.

He aquí lo que se refiere a su madre, Chulnar la Marina: después de haber bajado al mar Badr Basim con su tío Salih, esperó el regreso del primero. Como tardase en tener noticias suyas, esperó muchos días, al cabo de los cuales se sumergió en el mar y fue a ver a su madre. Ésta, al verla, salió a recibirla, la besó, la abrazó y lo mismo hicieron sus primas. A continuación preguntó a su madre por el rey Badr Basim. Aquélla le contestó: « ¡Hija mía! Llegó aquí con su tío. Éste cogió jacintos y aljófares y se marchó con el joven a visitar al rey Samandal para pedirle su hija en matrimonio. Éste no consintió y se excedió en palabras con tu hermano. Yo envié en auxilio de éste cerca de mil caballeros, y se inició la guerra entre éstos y los hombres del rey Samandal. Dios concedió la victoria a tu hermano, quien mató a soldados y cortesanos e hizo prisionero al rey Samandal. La noticia llegó hasta tu hijo, y éste, temiendo por él, huyó de nuestro lado sin que nosotros pudiéramos impedirlo. Desde entonces no ha vuelto ni sabemos nada de él» . Chulnar preguntó por su hermano Salih, y la madre le dijo: « Está sentado en el trono del reino, en el sitio del rey Samandal. Ha averiguado en todas las regiones para saber algo de tu hijo o de la reina Chawhara» . Chulnar, al oír las palabras de su madre, se entristeció mucho por la desaparición de su hijo y se enfadó con su hermano Salih, quien lo había llevado consigo y se había sumergido en el mar sin su permiso. Dijo: « Madre mía, temo que ocurra

algo en nuestro reino, pues he venido a veros sin informar a ninguno de sus habitantes. Temo que si retraso mucho mi regreso, se altere el orden, y el poder se escape de nuestras manos. La mejor idea consiste en que yo regrese y despache sus asuntos hasta que Dios solucione el caso de mi hijo. Pero no os olvidéis de mi hijo, no os despreocupéis de él, pues si le ocurriese alguna desgracia, yo moriría sin remedio, ya que para mí sólo él existe en el mundo, y sólo disfruto porque él vive» . « ¡Hija mía! ¡De mil amores! No me preguntes si nos ha dolido su ausencia y su alejamiento.» La madre de Chulnar mandó personas a que lo buscasen, y la madre del muchacho regresó a su reino con el corazón triste, llorando y llena de angustia.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a ella se refiere.

He aquí ahora lo que hace referencia al rey Badr Basim: la reina Chawhara lo había metamorfoseado en pájaro y ordenado a una criada que lo llevase a la Isla de la Sed, diciéndole: « Déjalo en ella para que muera de sed» . Pero la criada lo había dejado en una isla verde, con frutos, árboles y ríos. Empezó a comer los frutos y a beber de los ríos, y así siguió durante días y noches, conservando siempre su figura de pájaro, sin saber adónde dirigirse, pues no sabía volar. Cierto día, llegó un cazador dispuesto a cazar algo con que alimentarse. Vio al rey Badr Basim, que tenía el aspecto de un pájaro de plumas blancas con el pico y las patas rojos; cautivaba el corazón de quien lo veía, y dejaba encandilado el entendimiento. El cazador lo miró y quedó boquiabierto. Se dijo: « Éste es un pájaro estupendo. Jamás he visto otro tan bello como él y con esa forma» . Tiró la red, lo cazó, entró con él en la ciudad y se dijo: « Lo venderé y cobraré buen precio» . Un habitante de la ciudad salió a su encuentro y le preguntó: « ¡Cazador! ¿Cuánto cuesta este pájaro?» « Si lo compras, ¿qué harás de él?» « Lo degollaré y me lo comeré.» « Mi corazón no quiere que sea degollado ni comido este pájaro. Quiero regalarlo al rey, el cual me dará más dinero del que tú me darías y no sólo no lo degollará, sino que lo contemplará, pues se extasiará en su hermosura y belleza. Yo, que soy cazador, no he visto en toda mi vida, ni en el mar ni en la tierra, un pájaro como éste. Si tú lo quisieras, me darías como máximo un dírham, y yo, ¡por Dios, el Altísimo!, no lo venderé.» A continuación, el cazador se dirigió a la casa del rey. Éste, al ver la belleza y la hermosura del animal y el color rojo del pico y de las patas, mandó a un criado que lo comprase. Éste se acercó al cazador y le preguntó: « ¿Vendes este pájaro?» « No, es un regalo que ofrezco al rey.» El criado lo cogió, lo llevó ante el rey y repitió a éste lo que le había dicho el cazador. El rey lo cogió y entregó diez dinares al cazador. Éste los aceptó, besó el suelo y se marchó. El

criado llevó el pájaro al alcázar del rey, lo metió en una buena jaula, la colgó y le puso comida y bebida. El rey, al bajar, preguntó al criado: « ¿Dónde está el pájaro? Tráelo para que lo vea, pues ¡por Dios que es magnífico!» El criado lo colocó ante el rey, y éste comprobó que no comía nada. Exclamó: « ¡Por Dios! No sé por qué no come para alimentarse» . Después mandó que le sirviesen de comer. Acercaron las mesas, y el rey se puso a comer. El pájaro, al ver la carne, la comida, los dulces y la fruta comió de todo lo que había en el mantel que estaba ante el rey. Éste quedó perplejo y admirado de que comiera de aquello, y lo mismo ocurrió a todos los que estaban presentes. El rey dijo a los criados y a los mamelucos que estaban a su alrededor: « ¡En mi vida he visto un pájaro que comiera como éste!» Mandó que fuesen a buscar a su esposa para que lo viera. El criado fue a sus habitaciones, y cuando estuvo ante ella, le dijo: « ¡Señora mía! El rey te manda a buscar para que veas el pájaro que ha comprado. Cuando hemos servido la comida, ha saltado de su jaula, ha caído en la mesa y está comiendo de todo lo que hay en ella. Ven, señora mía, y lo verás. Es de buen ver, y constituye uno de los prodigios del tiempo» . Al oír las palabras del criado, la reina fue apresuradamente a verlo. Observó al pájaro, se tapó la cara y se marchó. El rey corrió tras ella y le preguntó: « ¿Por qué te has tapado la cara si sólo estaban las criadas y los criados que tienes a tu servicio, y tu esposo?» « ¡Rey! Ese pájaro no es un pájaro: es un hombre como tú.» Al oír las palabras de su esposa, le dijo: « ¡Mientes! ¡Estás gastándome una broma! ¿Cómo puede no ser un pájaro?» « ¡Por Dios! No te gasto ninguna broma; te digo toda la verdad. Ese pájaro es el rey Badr Basim, hijo del rey Sahramán, señor del país de los persas; su madre es Chulnar la Marina.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey preguntó: « ¿Y cómo ha llegado a esta forma?» « La reina Chawhara, hija del rey Samandal, lo ha metamorfoseado.» Seguidamente le contó todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin: que había pedido a su padre, en matrimonio, a Chawhara; que aquél no había aceptado, que su tío Salih había combatido al rey Samandal, le había vencido y hecho prisionero. El rey quedó muy admirado al oír las palabras de su esposa. Esta reina, su mujer, era la bruja más experta de su tiempo. El rey le dijo: « ¡Te conjuro, por mi vida, a que lo libres de su encantamiento y no lo dejes sufrir! ¡Que Dios (¡ensalzado sea!), corte la mano de Chawhara! ¡Qué mala, qué descreída es! ¡Cuán experta es en engaños y añagazas!» Su esposa dijo: « ¡Badr Basim! ¡Entra en ese armario!» El rey le mandó que entrase, y Badr Basim, al oír las palabras del soberano, entró. La esposa del rey se tapó la cara, cogió una taza con agua y entró detrás de él.

Pronunció unas palabras ininteligibles sobre el agua, y dijo: « ¡Por el poder de estos nombres magníficos! ¡Por las aleyas solemnes! ¡Por Dios! (¡ensalzado sea!), ¡creador de los cielos y la tierra, que resucita a los muertos, distribuye el sustento y marca el fin de la vida! ¡Abandona la figura que tienes y recupera la figura con la que Dios te creó!» Apenas terminó de pronunciar estas palabras cuando el pájaro sufrió una conmoción y recuperó su primitiva forma. El rey comprobó que se trataba de un muchacho muy hermoso: en toda la tierra no había otro más bello. El rey Badr Basim, al verse en aquel estado, exclamó: « ¡No hay más dios que Dios! Mahoma es el mensajero de Dios. ¡Gloria al Creador de las criaturas, al que concede el sustento y marca el fin de la vida!» Luego besó la mano del rey e hizo votos por una larga vida. El rey besó a Badr Basim en la cabeza y le dijo: « ¡Badr Basim! ¡Cuéntame tu historia, desde el principio hasta el fin!» Le refirió todo lo que le había sucedido, sin ocultarle nada. Después, el rey dijo: « ¡Badr Basim! Dios te ha librado de la brujería. ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Qué vas a emprender?» « ¡Rey del tiempo! Pido de tu generosidad que hagas preparar una embarcación, un grupo de tus criados y todo lo que pueda necesitar: hace mucho tiempo que estoy ausente, y temo que el reino se me escape. No creo que mi madre siga con vida, dado que yo estoy separado de ella. Lo más probable es que haya muerto de tristeza, ya que no sabe lo que me ha ocurrido e ignora si estoy vivo o muerto. Te pido, ¡oh, rey!, que completes tus favores para conmigo concediéndome lo que te he pedido.» El rey accedió al contemplar su belleza, hermosura y elocuencia. Dijo: « ¡Oír es obedecer!» Mandó aparejar una nave y embarcó en ella todo lo que podía serle necesario, y un grupo de sus criados se fue con él. Después de despedirse del rey, Badr Basim embarcó y zarparon. Recorrieron el mar con la ayuda del viento y navegaron ininterrumpidamente durante diez días. Al undécimo día se levantó un viento huracanado, y la nave empezó a subir y a bajar. Los marinos no podían gobernarla y siguieron en esta situación. Las olas jugaban con ellos y los arrastraban hacia los arrecifes, contra los cuales acabó por estrellarse la nave. Se ahogaron todos menos el rey Badr Basim, quien logró asir un madero cuando ya estaba a punto de perecer. El mar arrastró el madero sin que el rey supiese adónde iba ni encontrase medio alguno de dominarlo. El agua y los vientos siguieron arrastrando el madero durante tres días; al cuarto fue a parar a la costa. En ella encontró una ciudad blanca como una paloma. Estaba edificada en una isla, junto a la orilla del mar; tenía altos contrafuertes, hermosos edificios, elevadas paredes, y el mar se estrellaba contra sus murallas. El rey Badr Basim, al ver la isla y comprobar que había en ella una ciudad, se alegró muchísimo, pues estaba a punto de morir de hambre y de sed. Llegó a tierra y se dispuso a subir a la ciudad. Una serie de mulos, asnos y caballos, tan numerosos como los granos de arena, se acercaron a él, lo empujaron y le impidieron que se apartase del mar y subiese a la ciudad. Entonces, a nado, fue hacia la parte posterior de la

ciudad y puso pie en tierra: no encontró a nadie. Se dijo: « ¡Ojalá supiera a quién pertenece esta ciudad, ya que no tiene rey, ni nadie la habita! ¿De dónde procederán aquellos mulos, asnos y caballos que me han impedido entrar?» Mientras pensaba esto, andaba sin saber adónde iba. Más tarde vio a un viejo. El rey Badr Basim, al acercarse, lo saludó. El viejo le devolvió el saludo y lo miró. Lo encontró hermoso y le dijo: « ¡Muchacho! ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha traído a esta ciudad?» Él contó toda su historia, desde el principio hasta el fin, y el viejo le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿No has encontrado a nadie en tu camino?» « No, padre. Pero me admira el que esta ciudad carezca de habitantes.» El jeque le dijo: « ¡Hijo mío! Sube a la tienda para evitar tu muerte» . Badr Basim subió y se sentó en la tienda. El jeque le dio algo de comer y le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Pasa al interior de la tienda! ¡Gloria a Quien te ha salvado del demonio de vieja!» El rey Badr Basim se asustó mucho. Comió lo que le ofrecía el jeque, hasta quedar harto, se lavó las manos y, mirando a su huésped, preguntó: « ¡Señor mío! ¿Cuál es la causa de tus palabras? Me haces sentir miedo de la ciudad y de sus habitantes» . El jeque le contestó: « Sabe, hijo mío, que ésta es una ciudad encantada, cuya dueña es una reina bruja que parece un demonio; es sacerdotisa, bruja, traidora y enredadora. Los caballos, mulos y asnos que has visto eran seres como tú y como yo, hijos de Adán, pero forasteros. Todo aquel que llega hasta aquí y es joven como tú, es prendido por esa bruja descreída. Vive con él durante cuarenta días, al cabo de los cuales lo encanta transformándole en un mulo, o en un caballo, o en un asno, o en uno de esos animales que has visto a orillas del mar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el viejo prosiguió:] » Ha embrujado a todos los habitantes de la ciudad. Cuando tú intentaste poner pie en tierra, temieron que te embrujara como a ellos y te dijeron por señas, pues tuvieron compasión de ti: “No subas para que no te vea la bruja. Tal vez haga contigo lo mismo que hizo con nosotros”. La bruja se ha apoderado de esta ciudad con su magia. Se llama la reina Lab, lo cual, en árabe, quiere decir “Ecuación del Sol”.» El rey Badr Basim, al oír estas palabras, se asustó muchísimo y empezó a temblar como si fuese una caña azotada por el viento. Exclamó: « ¡Ya me creía salvado de la aflicción en que me encontraba por causa de la magia, cuando he aquí que los hados me arrojan a un lugar aún peor!» Se quedó meditando en lo que le sucedía. El jeque lo observó y vio que estaba lleno de miedo. Le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Ven, siéntate en la entrada de la tienda y observa a las criaturas! Fíjate en sus vestidos, en sus colores, y cómo están embrujadas. No temas, pues la reina y toda la ciudad me aprecian y me tratan bien: ni me atemorizan el

corazón ni preocupan el pensamiento». El rey Badr Basim, al oír aquellas palabras, salió y se sentó en el umbral de la puerta a observar. La gente cruzaba por delante; vio que estaba constituida por un número incalculable. Al ver al muchacho, se aproximaron al viejo y le preguntaron: «¡Jeque! ¿Éste es el que has cazado o has hecho prisionero hoy?» «Es el hijo de mi hermano. Habiéndome enterado de que su padre había muerto, lo mandé a buscar y lo traje aquí para apagar el fuego de la pasión que me inspira.» «Este muchacho tiene una hermosa juventud, y tememos que la reina Lab, jugándote una mala pasada, te lo arrebate, ya que ama a los jóvenes hermosos.» «La reina no desobedecerá mis órdenes, pues ella me trata con miramientos y me ama. Cuando sepa que es mi sobrino, no se atreverá a tocarlo, ni le hará el menor daño, ni me causará preocupaciones con él.» El rey Badr Basim permaneció muchos meses con el jeque. Comió y bebió, y el viejo le tomó gran afecto.

Cierto día, según su costumbre, Badr Basim estaba sentado en la tienda del viejo. De pronto aparecieron mil criados con espadas desenvainadas y distintas clases de vestidos, ceñidos con cinturones incrustados de aljófares. Montaban caballos de raza árabe y ceñían espadas indias. Al llegar ante la tienda del viejo, lo saludaron y siguieron adelante. Tras ellos aparecieron mil criadas, que parecían otras tantas lunas. Llevaban vestidos de raso y seda, bordados en oro y repujados con aljófares de todas las clases. Todas empuñaban lanzas. En el centro iba una muchacha, a lomos de una yegua árabe, que llevaba una silla de oro incrustada con toda clase de aljófares y jacintos. Avanzaron sin interrupción hasta llegar a la tienda del viejo. Lo saludaron y siguieron adelante. Luego apareció la reina Lab, acompañada por un gran cortejo. Avanzó hasta llegar a la tienda del jeque. Distinguió al rey Badr Basim, que estaba sentado en ella: parecía la luna en el día del plenilunio. La reina Lab, al verlo, se quedó asombrada de su belleza y hermosura, boquiabierta, y se enamoró de él. Se acercó a la tienda, se apeó y se sentó junto al rey Badr Basim. Preguntó al jeque: «¿De dónde has sacado esta belleza?» «Es mi sobrino. Hace poco que ha venido.» «¡Déjale que pase una noche conmigo para que pueda hablar con él!» «¿Pero sin embrujarlo?» «¡Sí!» «¡Júramelo!» La reina le juró que no le causaría daño alguno ni lo embrujaría. A continuación ordenó que le llevasen una hermosa yegua ensillada y embridada con riendas de oro. Todo lo que llevaba la montura era oro incrustado de aljófares. Regaló mil dinares al jeque y le dijo: «¡Que te sirvan de ayuda!» La reina Lab se llevó consigo al rey Badr Basim. Éste parecía la luna en la noche decimocuarta. Acompañó a la reina. Todos los espectadores contemplaban su hermosura y se lamentaban diciendo: «¡Por Dios! ¡Este muchacho no merece que lo embruje esta maldita!» El rey Badr Basim oía las palabras de la gente y callaba, pues se había confiado a Dios (¡ensalzado sea!).

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cabalgaron hasta llegar a la puerta del alcázar, seguidos por su séquito. Al llegar ante ésta echaron pie a tierra los criados, los emires y los grandes del reino. La reina ordenó a los chambelanes que diesen orden de marcharse a los grandes del reino. Éstos besaron el suelo y se fueron. La reina, los criados y las jóvenes entraron en el alcázar. El rey Badr Basim observó y vio un palacio como nunca había visto otro igual: sus paredes estaban construidas con oro, y en el centro del mismo, en un jardín, había una gran alberca con mucha agua. Clavó la vista en el jardín y vio que estaba repleto de pájaros que cantaban con trinos y gorjeos, alegres y tristes; dichos pájaros tenían toda clase de formas y colores. El rey Badr Basim comprendió que se trataba de un gran reino. Exclamó: « ¡Gloria a Dios, que con su generosidad y magnanimidad concede el alimento incluso a quien no lo adora!» La reina se sentó junto a una ventana para contemplar el jardín. Estaba en un estrado de marfil, sobre el cual había un elevado colchón. El rey Badr Basim se sentó a su lado. Ella le besó y le estrechó contra su pecho. Después mandó a los criados que acercasen la mesa. Pusieron una mesa de oro rojo, incrustada de perlas y aljófares, sobre la cual había guisos de todas clases. Ambos comieron hasta quedar hartos; después se lavaron las manos. Las esclavas les llevaron vasos de oro, plata y cristal, flores de todas clases y bandejas de fruta seca. La reina mandó llamar a las cantoras. Acudieron diez esclavas que parecían lunas. Llevaban toda clase de instrumentos musicales. La reina llenó una copa y la bebió; luego llenó otra y se la entregó al rey Badr Basim. Éste la cogió y la bebió. Así siguieron bebiendo hasta quedar hartos. La reina mandó a las jóvenes que cantaran toda clase de melodías, y el rey Badr Basim creyó que hasta el alcázar bailaba de alegría: se sintió transportado, feliz, y olvidó que se encontraba en tierra extraña. Se dijo: « Esta reina es una hermosa muchacha. Jamás me marcharé de su lado, ya que su reino es mayor que el mío, y ella es más guapa que la reina Chawhara» . Siguió bebiendo en su compañía hasta la caída de la tarde. Entonces encendieron los candiles y las velas, se quemaron perfumes en los pebeteros, y ambos siguieron bebiendo hasta embriagarse. Las cantoras seguían cantando. Cuando la reina Lab estuvo borracha, se levantó de su sitio, se tendió en el lecho y mandó a las esclavas que se marchasen. A continuación mandó al rey Badr Basim que durmiese a su lado. Éste pasó la noche con ella dándose la mejor vida.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina, al despertarse, entró en el baño que había en el alcázar. El rey Badr Basim la acompañó. Ambos se lavaron. Al salir del baño, la reina le regaló preciosos vestidos y mandó que les llevasen la vajilla de beber. Las esclavas la acercaron. Bebieron. La reina se puso de pie, cogió de la mano al rey Badr Basim y los dos se sentaron en el trono. Ordenó que sirviesen la comida y comieron. Se lavaron las manos. Las criadas les acercaron vasos para beber, frutas, flores y frutas secas. Comieron y bebieron, y las esclavas cantaron toda suerte de melodías hasta la caída de la tarde. Siguieron comiendo, bebiendo y divirtiéndose durante cuarenta días. Entonces, la reina preguntó: « ¡Badr Basim! ¿Qué es mejor, este lugar o la tienda de tu tío el verdulero?» « ¡Por Dios, reina! Esto es mucho mejor. Mi tío es un asceta que vende verduras.» La reina se echó a reír al oír sus palabras. Durmieron del mejor modo hasta la llegada de la mañana. Al despertarse, el rey Badr Basim no encontró a su lado a la reina Lab. Exclamó: « ¡Ojalá supiera adonde ha ido!» Empezó a inquietarse por su ausencia y quedó perplejo. Ella estuvo ausente largo tiempo. El rey se preguntó: « ¿Adonde habrá ido?» Se vistió y empezó a buscarla, pero no la encontró. Se dijo: « Tal vez haya ido al jardín» . Fue al jardín y vio un riachuelo de agua corriente, a cuyo lado había un pájaro blanco. Junto a su orilla había un árbol, cuya copa estaba repleta de pájaros de distintos colores. Observó a los pájaros sin que éstos lo vieran. De pronto, un pájaro negro que estaba en la copa se abatió sobre el pájaro blanco y empezó a besarlo como hacen los palomos. A continuación, poseyó por tres veces al pájaro blanco. Al cabo de un rato, este último se metamorfoseó y tomó figura humana. Entonces comprobó que era la reina Lab, y que el pájaro negro era un hombre embrujado al que ella amaba, razón por la cual ella se convertía en pájaro para poder copular con él. El rey sintió celos y se enfadó con la reina Lab a causa de ello. Volvió a su habitación y se tendió a dormir en la cama. Al cabo de un rato apareció la reina Lab, la cual le besó y le gastó algunas bromas, mientras él seguía ardiendo de cólera; no le dijo ni una sola palabra. La reina se dio cuenta de lo que le ocurría y comprendió que la había visto mientras, transformada en pájaro, copulaba con el macho. Pero no dejó transparentar nada y calló lo que pensaba. El joven, una vez que hubo satisfecho su deseo le dijo: « ¡Reina! Deseo que me concedas permiso para ir a la tienda de mi tío; yo lo quiero mucho, y ya hace cuarenta días que no lo he visto» . « Ve y no tardes en regresar, pues yo no puedo separarme de ti ni vivir sin ti ni un momento.» « ¡Oír es obedecer!»

Badr Basim montó y se fue a la tienda del jeque verdulero. Éste salió a recibirlo, le dio la bienvenida, lo abrazó y le preguntó: « ¿Cómo te va con esa descreída?» « Me encontraba bien, feliz y con buena salud pero esta noche, mientras dormía a mi lado se ha desvelado. Al no verla, me he puesto los vestidos y he empezado a buscarla. Así, he llegado al jardín» . Le refirió todo lo que había visto: el río y los pájaros que estaban en la copa del árbol. El jeque, al oír sus

palabras, le dijo: « ¡Mantente en guardia! Sabe que todos los pájaros que estaban en el árbol son jóvenes forasteros de los que ella se ha enamorado, y a los que ha transformado en pájaros. El pájaro negro que viste era uno de sus mamelucos, al que ella amaba mucho. Pero el hombre se enamoró de una esclava, y entonces la reina lo transformó en un pájaro negro.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el verdulero prosiguió:] » Cada vez que siente deseo de él, se transforma a sí misma en pájaro para poder copular ya que le ama muchísimo. Si se entera de que tú sabes lo que sucede, procurará causarte daño; pero no te intranquilices, pues nada ha de sucederte mientras yo te proteja: no temas. Soy musulmán y me llamo Abd Allah. En mi época no hay mago más experto que yo, aunque sólo empleo la magia en caso de absoluta necesidad, y muchas veces neutralizo el influjo de esa maldita y salvo de ella a la gente. No me preocupo de ella, ya que nada puede hacer contra mí; al contrario: ella me teme muchísimo a mí y del mismo modo me temen todos los magos que, como ella, se encuentran en la ciudad. Su religión los hace adorar el fuego y prescindir del Rey todopoderoso. Vuelve mañana a verme. Me explicarás qué es lo que ha hecho contigo, pues esta noche se esforzará en causar tu ruina. Pero yo te diré cómo te has de portar con ella para escapar a sus tretas» . El rey Badr Basim se despidió del jeque y regresó junto a la reina. La encontró sentada, esperándolo. Al verlo, salió a recibirlo, lo hizo sentar, le dio la bienvenida y mandó que sirviesen de comer y beber. Comieron hasta quedar hartos. Luego se lavaron las manos. A continuación, la reina mandó servir las bebidas. Bebieron juntos hasta mediada la noche. Ella se inclinaba hacia él sirviéndole las copas. Lo embriagó, y perdió el sentido y la razón. Al verle así, se puso de pie y dijo: « ¡Te conjuro, por Dios, por Aquel al que adoras! Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad, contestarás a lo que te pregunte?» El joven, que estaba borracho, replicó: « Sí, señora mía.» « ¡Señor mío! ¡Luz de mis ojos! Cuando te despertaste, y no me hallaste a tu lado ¿me buscaste? ¿fuiste al jardín y viste un pájaro negro que saltaba encima mío? Pues ahora voy a contarte la verdad: Ese pájaro era uno de mis mamelucos, al que yo quería muchísimo. Pero cierto día se enamoró de una de mis esclavas. Yo me llené de celos y lo metamorfoseé en un pájaro; luego maté a la esclava. Aún hoy en día no puedo aguardar un momento cuando le deseo. Entonces me transformo en un pájaro hembra, voy a su lado y él salta encima de mí y me posee conforme has visto. ¿Es por esto por lo que estás enfadado? ¡Juro por el fuego y por la luz, por la sombra y el calor, que ha aumentado el amor que por ti siento, y que tú constituyes mi parte de los bienes de este mundo!» Badr Basim, que estaba

ebrio, le contestó: « Has comprendido perfectamente la causa de mi enfado; no hay ninguna más» . La reina le abrazó, le besó y fingió tenerle un gran amor. Durmieron el uno al lado del otro. Mediada la noche, la reina se levantó. Badr Basim estaba despierto, pero fingió dormir. Miraba disimuladamente y veía cuanto iba haciendo. Vio que sacaba algo rojo de una bolsa del mismo color; lo sembró en el centro del alcázar y se transformó en un río fluyente como el mar; cogió un puñado de cebada, lo extendió por el suelo y lo regó con aquel agua: inmediatamente crecieron las espigas. Las segó, las molió y sacó una harina fina; la colocó en un sitio y volvió al lado de Badr Basim para dormir hasta la mañana. El rey Badr Basim se levantó, se lavó la cara y pidió permiso a la reina para ir a ver el jeque. Se lo concedió. Corrió junto al jeque y lo informó de lo que había visto. El jeque se echó a reír al oír sus palabras y exclamó: « ¡Por Dios! Esta bruja descreída se ha propuesto engañarte. No te preocupes de ella» . Sacó un *ratl* de *sawiq* y le dijo: « Coge esto, y cuando ella lo vea y te pregunte: "¿Qué es esto? ¿Qué hemos de hacer con ello?", la contestas: "Cuanto mayores bienes, mejor". Luego comes de esto. Ella te ofrecerá su *sawiq* y te dirá: "Come este *sawiq*". Finge que lo comes, pero come sólo del que yo te he dado, y guárdate de comer ni un solo grano del suyo, pues si lo comieses, aunque sólo fuera un grano, ella te embrujará, te tendría en su poder y te metamorfosearía, diciendo: "¡Abandona tu figura humana!" Tú dejarías tu forma y te transformarías en lo que ella quisiese. Si no comes del suyo, su brujería será vana y no te causará ningún daño. Lab se avergonzará muchísimo de su fracaso y te dirá: "Te he gastado una broma". Se aproximará a ti y te mostrará su amor y cariño. Pero todo será hipocresía y astucia. Por tu parte, muéstrale afecto y dila: "¡Señora mía! ¡Luz de mis ojos! Come *sawiq* de éste y fíjate en lo dulce que es". Una vez lo haya probado, aunque tan sólo sea un grano, toma un poco de agua con tu mano, arrójasela a la cara y dile: "Abandona tu figura humana y transfórmate en…", y entonces la conviertes en lo que quieras. Abandónala, ven a verme y ya idearé alguna cosa» . Badr Basim se despidió del jeque, se marchó, subió al alcázar y se presentó ante Lab. Ésta le dijo: « ¡Sé bienvenido!» Salió a su encuentro, lo besó y le dijo: « ¡Señor mío! Has tardado en venir a mi lado» . « He estado con mi tío.» Vio que la reina tenía *sawiq*. Le dijo: « Mi tío me ha dado a comer este *sawiq*» . « ¡Pero si aquí tenemos otro mejor!» La reina colocó su *sawiq* en un plato, y el del joven, en otro. Le dijo: « ¡Come de éste! ¡Es mejor que el tuyo!» El joven fingió comerlo. Cuando la mujer vio que comía, cogió con la mano un poco de agua, lo roció con ella y le dijo: « ¡Abandona tu figura, carne de horca, y transfórmate en un mulo tuerto y de mal aspecto!» Pero él no se metamorfoseó. La reina, al ver que seguía igual, se acercó a él, lo besó entre los ojos y le dijo: « ¡Amado mío! ¡Estaba bromeando contigo! No cambies tus sentimientos para conmigo a causa de esto» . « ¡Señora mía! Nunca he cambiado

respecto a ti. Estoy convencido de que me amas. Por tanto, come de mi *sawiq*.» La bruja cogió un puñado. En cuanto le llegó al estómago, sufrió una conmoción. El rey Badr Basim cogió un poco de agua en la mano, la roció y la dijo: « ¡Abandona tu figura humana y transfórmate en una mula gris!» En un instante quedó metamorfoseada. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, y empezó a frotarle los pies con su rostro. Badr Basim quiso embridarla, pero ella no admitió las riendas. El joven la dejó allí, fue a ver al jeque y le explicó lo que había ocurrido. El anciano le dio unas riendas y le dijo: « Coge éstas y pónselas» . El joven las cogió y se marchó con ellas. La mula, al verlo, se le acercó. Badr Basim le puso las riendas, montó en ella, salió del alcázar y se dirigió en busca del jeque Abd Allah. Éste, al verla, le dijo: « ¡Dios (¡ensalzado sea!) te ha humillado, maldita!» El jeque siguió: « ¡Hijo mío! Tú ya no tienes que permanecer en este país: monta en ella y ve donde quieras. Guárdate de entregar las riendas a nadie» El rey Badr Basim le dio las gracias, se despidió de él y se puso en camino. Anduvo durante tres días al cabo de los cuales divisó una ciudad. Un viejo de hermosas canas salió a su encuentro y le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿De dónde vienes?» « De la ciudad de esta bruja.» « Esta noche eres mi huésped.» El joven aceptó. Ambos hicieron el camino juntos. Una mujer vieja, al ver la mula, rompió a llorar y dijo: « ¡No hay más dios sino el Dios! Esta mula se parece a la de mi hijo, la cual murió. Mi corazón está afligido. Te conjuro por Dios, señor mío, a que me la vendas» . « ¡Madre mía, por Dios! ¡No puedo venderla!» « ¡Te conjuro, por Dios, a que no rechaces mi petición! Mi hijo morirá sin remedio si no le compro esta mula.» Siguió insistiendo en la petición. Badr Basim dijo: « ¡Sólo la venderé por mil dinares!» El joven se decía: « ¿De dónde va a sacar esta vieja los mil dinares?» Pero ella sacó de su cinturón los mil dinares. El rey Badr Basim, al verlos, dijo: « ¡Madre mía! Te he gastado una broma, pues no puedo venderla» . El viejo lo miró y le dijo: « ¡Hijo mío! En nuestro país, nadie miente. Todo aquel que miente, es castigado con la muerte» . Badr Basim bajó de la mula…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Badr Basim bajó de la mula] y la entregó a la mujer vieja. Ésta le quitó las bridas de la boca, cogió un poco de agua con la mano, la roció y dijo: « ¡Hija mía! ¡Abandona esta forma y recupera la que tenías!» Al momento recuperó su prístina figura; ambas mujeres se abrazaron. El rey Badr Basim comprendió que aquella vieja era su madre, la cual lo había engañado. Intentó huir, pero la vieja silbó con fuerza y se presentó ante ella un *efrit* que parecía un monte enorme. El rey Badr Basim se asustó y se quedó quieto. La vieja montó en el dorso del *efrit*, su hija se colocó

detrás de ella y colocó al rey delante. El *efrit* levantó el vuelo, y al cabo de un rato llegaron al alcázar de la reina Lab. Ésta se sentó en el trono de su reino y, volviéndose hacia el rey Badr Basim, lo increpó: « ¡Carne de horca! Has llegado a este lugar y has obtenido lo que deseabas, pero ahora te mostraré lo que voy a hacer contigo y con ese jeque verdulero. Cuanto mejor lo trato, peor me replica. Tú sólo conseguiste tu propósito gracias a su ayuda» . Cogió agua, lo roció y le dijo: « ¡Sal de la figura que tienes y toma la de un pájaro de mal ver, el más repugnante de todos!» Inmediatamente se transformó en un ave de mal aspecto. Lab lo metió en una jaula y lo dejó privado de comida y bebida. Una esclava lo vio, se apiadó de él y le dio de comer y beber sin que lo supiese la reina.

Cierto día en que la criada vio distraída a su dueña, salió y fue a ver al jeque verdulero. Lo informó de lo sucedido y le dijo: « La reina Lab está resuelta a matar a tu sobrino» . El jeque le dio las gracias por la noticia y le dijo: « Es necesario que le quite la ciudad y que te nombre a ti reina en lugar suyo» . Silbó de modo estridente, y en seguida apareció ante él un *efrit* con cuatro alas. Le dijo: « Coge a esta joven y llévala a la ciudad de Chulnar la Marina y de su madre Farasa. Ambas son las brujas más expertas que hay sobre la faz de la tierra» . Luego dijo a la joven: « Cuando estés ante ellas, infórmalas de que el rey Badr Basim está prisionero de la reina Lab» . El *efrit* se la cargó encima y remontó el vuelo con ella. Al cabo de una hora descendió en el alcázar de Chulnar la Marina. La esclava se apeó en la azotea del palacio, se presentó ante la reina Chulnar, besó el suelo ante ella y la informó de lo que había ocurrido a su hijo, desde el principio hasta el fin. La reina se acercó a ella, la trató con honor, le dio las gracias y mandó que redoblaran los tambores por la ciudad anunciando a sus habitantes y a los grandes del reino el hallazgo del rey Badr Basim. Chulnar la Marina, su madre Farasa y su hermano Salih convocaron a todas las tribus de genios y a los ejércitos del mar, ya que los reyes de los genios permanecían sumisos después de la captura del rey Samandal. Todos remontaron el vuelo por los aires, descendieron en la ciudad de la bruja, saquearon su alcázar, mataron a todos los que encontraron en él, ocuparon la ciudad y mataron a todos los infieles que estaban en ella, en un abrir y cerrar de ojos. La reina dijo a la joven: « ¿Dónde está mi hijo?» La muchacha cogió la jaula y se la llevó. Le indicó que el pájaro era Badr Basim, diciendo: « Éste es tu hijo» . La reina Chulnar lo sacó de la jaula, tomó un poco de agua en la mano, lo roció y dijo: « ¡Abandona esta figura y toma la que tenías con anterioridad!» Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, sufrió una conmoción y se transformó en un ser humano como antes. La madre, al verlo en su figura natural, se acercó a él, lo abrazó y lloró a lágrima viva. Su tío Salih, su abuela Farasa y sus primas le besaron las manos y los pies. La reina Chulnar mandó a buscar al viejo Abd Allah, le dio las gracias por el favor con que había tratado a su hijo y lo casó con la esclava que le había enviado con noticias de su hijo. Consumó el matrimonio.

A continuación le entregó el gobierno de aquella ciudad e hizo comparecer a todos los musulmanes que en ella había para que reconocieran al jeque Abd Allah y juraran y prometieran que permanecerían sumisos a su servicio. Dijeron: « ¡Oír es obedecer!» A continuación se despidieron del jeque Abd Allah y se marcharon de su ciudad. Cuando hubieron entrado en el alcázar, sus súbditos salieron a su encuentro muy alegres y contentos, y engalanaron la ciudad durante tres días, para festejar el regreso de su rey Badr Basim.

Después, el rey Badr Basim dijo a su madre: « ¡Madre! Sólo falta que me case con aquella a la que amo para que estemos todos juntos» . « ¡Hijo mío! Tu opinión es excelente, pero esperemos hasta saber cuál es la hija de rey que te conviene.» Su abuela Farasa, sus primas y su tío dijeron: « ¡Badr Basim! Todos te ayudaremos a alcanzar lo que deseas» . A continuación, cada uno se incorporó y se marchó a investigar por los países. Lo mismo hizo Chulnar la Marina: despachó, montadas en el cuello de los genios, a sus criadas, y les dijo: « No dejéis ninguna ciudad ni ningún alcázar real sin haber visto a las muchachas más hermosas» . El rey Badr Basim, al ver que se preocupaban tanto por él, dijo: « ¡Madre mía! A mí sólo me satisface Chawhara, la hija del rey Samandal, ya que Chawhara es una joya, como indica su nombre» . La madre contestó: « Me doy por enterada de tu deseo» . Inmediatamente mandó a buscar al rey Samandal. Al instante lo tuvo ante ella. Mandó llamar al rey Badr Basim. Cuando éste hubo acudido, lo informó de la llegada del rey Samandal. El joven entró a ver a éste, el cual, cuando se acercó, se puso de pie, lo saludó y le dio la bienvenida. El rey Badr Basim le pidió su hija Chawhara en matrimonio. Le contestó: « Ella está a tu servicio, es tu esclava, te pertenece» . El rey Samandal envió a unos amigos a su país para que se presentasen a su hija Chawhara y la informasen de que su padre se encontraba con el rey Badr Basim, hijo de Chulnar la Marina. Los mensajeros remontaron el vuelo por el aire, estuvieron ausentes un rato y regresaron con la reina Chawhara. La muchacha, al ver a su padre, se acercó a él y lo abrazó. Éste la miró y le dijo: « ¡Hija mía! Sabe que te he casado con este rey valiente y león feroz de Badr Basim, hijo de la reina Chulnar. Es el hombre más guapo, perfecto, poderoso y noble de su tiempo: sólo te conviene a ti, y tú eres la única que a él le conviene» . Chawhara contestó: « ¡Padre mío! Yo no puedo contradecirte. Haré lo que tú quieras: las preocupaciones y las penas han terminado, y yo soy una de sus criadas» . Inmediatamente comparecieron los aleadles y los testigos y escribieron el contrato matrimonial de Badr Basim, hijo de la reina Chulnar la Marina, con la reina Chawhara. Sus súbditos engalanaron la ciudad, dieron rienda suelta a la alegría, pusieron en libertad a los presos, y el rey concedió vestidos a las viudas y a los huérfanos, regaló trajes de corte a los magnates del reino, emires y grandes. Se celebraron muchas fiestas y convites, mañana y tarde, durante diez días. Luego presentaron la novia al rey Badr Basim con nueve vestidos. Éste

regaló un traje de Corte al rey Samandal y lo mandó a su país, junto a sus súbditos y parientes.

Vivieron la vida más dulce y los días más felices comiendo, bebiendo y disfrutando, hasta que compareció el destructor de las dulzuras, el disgregador de los amigos.

Éste es el fin de su historia. ¡Dios tenga piedad de todos ellos!

HISTORIA DE SAYF AL-MULUK Y BADIA AL-CHAMAL

SABE, ¡oh rey feliz!, que en lo antiguo del tiempo y en las épocas pretéritas, vivía un rey de reyes persa que se llamaba Muhammad b. Sabaik. Gobernaba el país del Jurasán. Todos los años realizaba una algazúa por el territorio de los incrédulos de la India, el Sind, China la Transoxiana, países de infieles y otros. Era un rey justo, valiente, noble y generoso. A este rey le gustaba escuchar las discusiones, relatos, versos, historias, cuentos, conversaciones nocturnas y las biografías de los antiguos. Concedía numerosos dones a aquel que le relataba una historia prodigiosa. Se dice que cuando se le presentaba un narrador extranjero con un relato prodigioso y se lo refería, si le gustaban sus palabras y lo encontraba hermoso, le concedía un precioso traje de corte, le regalaba mil dinares, le hacía montar en una yegua ensillada y embridada, le vestía de arriba a abajo y le hacía grandes regalos que aquel hombre cogía y se marchaba por su camino.

Ocurrió que un hombre se presentó ante él con una historia maravillosa. Se la refirió. Le gustó y quedó admirado de sus palabras. Mandó que le diesen un magnífico regalo en el cual se contaban mil dinares del Jurasán y un caballo magníficamente enjaezado. Las noticias de este rey se difundieron por todos los países y un hombre, llamado Hasán, el mercader, las oyó. Era generoso, noble, poeta, virtuoso.

Dicho rey tenía un visir que era un envidioso, lleno de malos vicios y que no apreciaba a la gente fuese pobre o rica. Cada vez que se presentaba ante el rey una persona a la que éste regalaba algo, se llenaba de envidia y decía: « Esto va a arruinar el tesoro y el país. El rey se ha acostumbrado a esto» . Estas palabras eran pura envidia y celos del visir. El rey oyó hablar de Hasán el Mercader y mandó a buscarle. Éste compareció. Le dijo: « ¡Mercader Hasán! El visir me lleva la contraria y me reprende a causa del dinero que regalo a los poetas, a los mercaderes, a los que explican relatos y versos. Quiero que me cuentes una buena historia, un relato portentoso, algo que nunca haya oído. Si tu historia me gusta te haré donación de un gran país con sus ciudadelas que pasará a incrementar tus actuales posesiones, te ofreceré todo mi reino y te nombraré mi gran visir: te sentarás a mi derecha y gobernarás a mis súbditos. Pero si no me traes lo que te pido me incautaré de todos tus bienes y te expulsaré de mi reino» . El mercader Hasán replicó: « ¡Oír es obedecer nuestro señor el rey! Pero el esclavo te pide que le concedas un año de tiempo. Al término de éste te contaré una historia que jamás, en toda tu vida, habrás oído igual o mejor» . « Te concedo el plazo de un año entero.» A continuación el soberano le regaló un traje de corte precioso y se lo hizo vestir: « Ve a tu casa, pero no puedes montar a caballo ni ir ni venir hasta que habiendo transcurrido el año entero me hayas traído lo que te he pedido. Si lo traes tendrás dones especiales y podrás regocijarte con lo que te he prometido. Pero si no lo traes no habrá más relación entre nosotros dos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche> *setecientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el mercader Hasán besó el suelo ante él y salió.

Escogió cinco de sus esclavos, que supiesen leer y escribir, virtuosos, inteligentes, instruidos y entregó a cada uno de ellos cinco mil dinares. Les dijo: « Yo os he educado en espera de este día: ayudadme a conseguir el deseo del rey y salvadme de su mano» . Le preguntaron: « ¿Qué es lo que quieres hacer? ¡Nosotros te serviremos de rescate!» « Quiero que cada uno de vosotros se marche de viaje a un país y que en él busque a los sabios, a los literatos, a los instruidos, a los narradores de relatos portentosos e historias extraordinarias. Buscad la historia de Sayf al-Muluk y traédmela. Si encontráis a alguien que la conozca preguntadle el precio y dadle todo el oro y toda la plata que pida y si os pidiera mil dinares, dadle lo que podáis y prometedle que le llevaréis el resto. A aquel de vosotros que encuentre esta historia y me la traiga, le daré preciosos trajes de honor, muchísimos dones y será, para mí, la persona más querida.» El mercader Hasán dijo a uno: « Tú irás al país del Hind y del Sind: recorrerás sus regiones y provincias» . Dijo a otro: « Tú irás al país de los persas y China. Recorrerás sus regiones» . Al tercero le dijo: « Tú irás al país del Jurasán y recorrerás sus regiones y provincias» . Al cuarto le dijo: « Tú irás a los países de occidente y recorrerás sus regiones, provincias y rincones» . Al quinto le dijo: « Tú irás a Siria, Egipto y sus regiones y distritos» .

El comerciante esperó un día de buen agüero y les dijo: « Salid hoy de viaje y esforzaos en obtener lo que me interesa: no os distraigáis aunque ello os cueste la vida» . Se despidieron de él y cada mameluco se marchó en la dirección que se le había mandado. Cuatro de ellos permanecieron ausentes durante cuatro meses: buscaron pero no encontraron nada. El pecho del comerciante Hasán se angustió cuando regresaron los cuatro mamelucos y le informaron de que habían recorrido ciudades, países y climas en busca del deseo de su señor pero que no habían encontrado nada.

El quinto mameluco siguió viaje hasta llegar a Siria y alcanzar la ciudad de Damasco. Vio que ésta era una hermosa y segura ciudad que tenía árboles, ríos, frutos y pájaros que loaban al Dios único, al Todopoderoso, al Creador de la noche y del día. Permaneció en dicha ciudad unos días preguntando por el encargo de su señor. Pero nadie le contestó. Se disponía a emprender viaje hacia otro lugar cuando tropezó con un muchacho que corría enredándose en los faldones de su traje. El mameluco le preguntó: « ¿Qué te pasa para correr así si vas incómodo? ¿Adónde vas?» « Tenemos aquí un jeque virtuoso que cada día, a esta hora, se sienta en la silla y cuenta anécdotas, historias y narraciones como

nadie ha oído jamás. Yo corro a ocupar un sitio próximo a él y temo que no voy a poder conseguirlo dada la multitud de gente.» El mameluco le dijo: « ¡Llévame contigo!» El muchacho le replicó: « ¡Apresura el paso!» El mameluco cerró su puerta y corrió a su lado hasta llegar al lugar en que el jeque hablaba a la gente. Vio que el jeque tenía una cara tranquila. Estaba sentado en su silla y narraba a la gente. Se sentó cerca de él y prestó oído a su relato. El jeque dejó de hablar en el momento del ocaso. La gente que había escuchado la historia se marchó de su alrededor. Entonces, el mameluco se adelantó y le saludó. Le devolvió el saludo y le trató con deferencia y honor. El mameluco le dijo: « Tú, señor mío, el jeque, eres un hombre excelente, respetable. Tu historia es buena. Yo querría preguntarte algo» . « ¡Pregunta lo que quieras!» « ¿Sabes la historia de Sayf al-Muluk y Badia al-Chamal?» « ¿De quién has oído estas palabras? ¿Quién te ha informado de esto?» El mameluco contestó: « No lo he oído a nadie. Yo vengo de un país lejano en busca de esta historia. Te daré el precio que pidas por ella si es que la sabes y tienes la caridad de comunicármela y la generosidad de tus buenos modos me la explica. Si pudiera disponer de mi propia alma te la entregaría con tal de saber esa historia» . El jeque le contestó: « Tranquilízate, la tendrás. Pero es una historia para ser contada durante la velada y que no puede contarse a nadie en medio de la calle. Yo no doy esta historia a cualquiera» . « ¡Por Dios, señor mío! ¡No seas avaro conmigo y pídeme lo que quieras!» « Si quieres esa historia dame cien dinares y yo te la entregaré, pero con cinco condiciones.» Cuando el mameluco se dio cuenta de que el jeque la sabía y se la iba a dar se alegró mucho y le dijo: « Te daré cien dinares y otros diez de propina; acepto las condiciones que digas» . « Ve, tráeme el oro y obtendrás tu deseo.» El mameluco se levantó, besó la mano del jeque y se marchó, muy contento, a su domicilio. Tomó los ciento diez dinares, los guardó en una bolsa y al día siguiente se levantó, se vistió, cogió los dinares y se los llevó al jeque. Vio que éste estaba sentado junto a la puerta de su casa. Le saludó y le devolvió el saludo. Le entregó los ciento diez dinares. El jeque los cogió, se incorporó, entró en su casa e hizo pasar al mameluco y tomar asiento, le ofreció tinta, papel y pluma, le presentó un libro y le dijo: « Copia de este libro la velada de Sayf al-Muluk que buscabas» . El mameluco se sentó y escribió hasta terminar de copiar el libro. Después, el viejo la leyó y la corrigió. Le dijo: « ¡Hijo mío! La primera condición consiste en que no has de contar esta historia ni en la calle ni delante de mujeres, doncellas, esclavos, gente estúpida o niños. Sólo la puedes leer ante emires, reyes, visires, sabios exégetas y gente por el estilo» . El esclavo aceptó las condiciones, besó la mano del jeque, se despidió de él y se marchó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que aquel mismo día, muy contento, emprendió el viaje de regreso y dada la gran alegría que sentía por haber conseguido la velada de Sayf al-Muluk apresuró la marcha hasta llegar a su país. Envió a uno de sus hombres para dar la buena noticia a su dueño diciéndole: « Tu esclavo llega salvo y ha conseguido tu deseo» . Cuando el mameluco llegó a la ciudad de su señor y le envió el mensajero, sólo faltaban diez días para que expirase el plazo concedido por el rey al mercader Hasán. El mameluco se presentó ante el comerciante, le explicó lo que le había ocurrido y éste se alegró muchísimo. Después se retiró a descansar a su habitación y entregó a su señor el libro en que estaba la historia de Sayf al-Muluk y Badia al-Chamal. Al verla regaló al esclavo los trajes más preciosos que tenía, diez corceles de pura raza, diez camellos, diez mulos, tres esclavos negros y dos mamelucos.

El comerciante cogió la historia, la copió de su puño y letra, con aclaraciones, se presentó ante el rey y le dijo: « ¡Rey feliz! Te traigo una velada, una hermosa historia como no has oído otra más bella jamás» . El rey, al oír las palabras del comerciante Hasán, mandó que compareciesen, inmediatamente, todos los emires inteligentes, todos los sabios de renombre, los literatos, poetas, personas de buena educación. El comerciante Hasán se sentó y leyó la historia al rey. Éste y todos los que con él estaban quedaron admirados al oírla. Los allí presentes la conceptuaron de extraordinaria y le colmaron de oro, plata y aljófares. El rey mandó que se entregase al comerciante Hasán un traje de corte precioso, el mejor de todos; le concedió el gobierno de una gran ciudad con sus fortalezas y aldeas, le nombró un gran visir y le hizo sentar a su diestra. A continuación mandó a los escribas que pusiesen por escrito, con tinta de oro, esta historia y la colocasen en su biblioteca particular. Cada vez que se sentía con el corazón oprimido mandaba llamar al comerciante Hasán quien se la leía:

He aquí el contenido de esta historia:

En lo antiguo del tiempo, en las épocas y siglos pasados, vivía en Egipto un rey llamado Asim b. Safwán. Era un rey generoso y liberal, de buen aspecto, respetable. Tenía muchos países, castillos, fortalezas, ejércitos, soldados y un visir llamado Faris b. Salih. Todos ellos adoraban al sol y al fuego y prescindían del rey todopoderoso, excelso, omnipotente. Dicho rey era muy viejo: la edad, los achaques y las enfermedades le habían debilitado, puesto que había vivido ciento ochenta años. No tenía ningún hijo varón ni hembra. Esto le causaba preocupaciones y penas de noche y de día. Cierto día estaba sentado en el trono de su reino. Los emires, los visires, los almocadenes y los grandes del reino estaban a su servicio como tenían por costumbre y según su rango. Los emires que acudían ante él iban acompañados por uno o dos hijos y el rey les envidiaba pues se decía: « Cada uno de ellos está feliz y contento con sus hijos, mientras que yo moriré el día de mañana sin tener a quien dejar mi reino, mi trono, mis

aldeas, mis tesoros y mis riquezas: todo irá a manos de gentes extrañas y nadie me recordará jamás, no quedará memoria de mí en el mundo» . El rey Asim se sumergió en el mar de sus pensamientos; tenía tantas penas y preocupaciones en su corazón que rompió a llorar, bajó del trono y se sentó en el suelo sollozando y gimiendo. Al ver el visir y los grandes del reino que estaban presentes lo que hacía gritaron a las gentes: « Marchad a vuestro domicilio hasta que el rey se reponga de lo que le sucede» . Se marcharon y solo quedó el visir. Cuando el rey se dominó, el visir besó el suelo ante él y le dijo: « ¡Rey del tiempo! ¿Cuál es la causa de este llanto? Dime cuál es el rey o señor de fortalezas o emir o grande del reino que te ha ofendido, dame a conocer aquel que te ha desobedecido, ¡oh rey!, para que todos nosotros podamos caer sobre él y arrancarle el alma de entre sus flancos» . El rey ni contestó ni levantó la cabeza. El visir besó el suelo ante él por segunda vez y le dijo: « ¡Rey del tiempo! Yo soy como si fuera tu hijo y tu esclavo: tú me has educado; si yo no llego a saber la causa de tu pena, preocupación y dolor en que te encuentras, ¿quién va a saberlo y a ocupar mi puesto ante ti? Dime cuál es la causa de tu llanto» . Pero el rey ni habló ni abrió la boca ni levantó la cabeza: continuó llorando, quejándose en voz alta, sollozando y gimiendo cada vez más. El visir esperaba. Después le dijo: « Si no me dices la causa me mataré ahora mismo ante tu vista: cuando menos no te veré preocupado» . Entonces, el rey Asim levantó la cabeza, secó sus lágrimas y dijo: « ¡Visir del buen consejo! Déjame en mi aflicción y en mi pena. La tristeza que hay en mi corazón ya basta» . « ¡Dime, oh rey, la causa de este llanto! Tal vez Dios te conceda por mi mano la causa de tu alegría.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey explicó: « ¡Oh visir! No lloraba ni por dinero ni por caballos ni por cosas semejantes. Lloraba porque soy un hombre de edad, ya tengo cerca de ciento ochenta años y no he tenido ningún hijo varón ni hembra. Cuando yo muera me enterrarán, borrarán mi nombre y se perderá mi memoria. Los extranjeros se apoderarán de mi trono y de mi reino y nadie se acordará más de mí» . El visir contestó: « ¡Rey del tiempo! Yo tengo cien años más que tú y jamás he tenido un hijo. Noche y día vivo preocupado y apenado pensando lo que podemos hacer los dos. He oído hablar de que Salomón, hijo de David, sobre ambos sea la paz, tiene un gran Señor que es todopoderoso. Es preciso que vaya a visitarle con un regalo para que ruegue a su Señor. Tal vez Él nos conceda a cada uno un hijo» .

El visir se preparó para el viaje, tomó consigo un magnífico presente y se marchó en busca de Salomón, hijo de David, sobre los cuales sea la paz. Esto es lo que hace referencia al visir.

He aquí lo que hace referencia a Salomón hijo de David, sobre ambos sea la paz. Dios (¡ensalzado sea!) le inspiró y le dijo: « ¡Salomón! El rey de Egipto te ha enviado a su gran visir con regalos y presentes que son tales y tales. Envía a tu visir Asaf b. Barjiya para que le reciba en los lugares de fin de etapa con honores y víveres. Cuando esté ante ti dile: "El rey te ha mandado para pedir esto y esto. Tú necesitas eso y eso". A continuación exponle los principios de la fe» . Salomón mandó a su visir Asaf que tomase consigo parte de vasallos y que saliese al encuentro del visitante en los fines de etapa con buenos alimentos y honores. Asaf se puso en camino con todo lo que era necesario para recibirlo. Avanzó hasta encontrar a Faris, visir del rey de Egipto. Lo recibió, lo saludó y lo trató con honor; lo mismo hizo con quienes le acompañaban. Le ofreció víveres y piensos en los fines de etapa y le dijo: « ¡Sé bien venido! ¡Buena acogida a los huéspedes que llegan! Alegraos, pues obtendréis lo que deseáis. Tranquilizaos, regocijaos, alegrad vuestro pecho» . El visir se dijo: « ¿Quién les habrá informado de lo que quiero?» Dirigiéndose a Asaf b. Barjiya le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Quién os ha informado de nuestra llegada y de nuestros deseos?» « ¡Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) nos lo ha explicado!» « ¿Y quién ha informado a nuestro señor Salomón?» « El Señor de los cielos y de la tierra, el Dios creador de todos los seres.» « ¿Y quién es ese gran dios?» Asaf b. Barjiya le preguntó: « ¿Pero vosotros no le adoráis?» Faris, el visir del rey de Egipto, replicó: « Nosotros adoramos al sol y nos prosternamos ante él» . « ¡Visir Faris! El sol es un astro como los demás y ha sido creado por Dios (¡gloriado y ensalzado sea!). El sol no es ningún dios, pues unas veces está presente y otras oculto. Nuestro Señor está siempre presente, nunca se oculta y es todopoderoso.» Viajaron algo más y llegaron a las inmediaciones de donde estaba el solio del rey Salomón hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) Éste mandó a sus tropas de hombres, genios y otros seres que se alineasen a lo largo de su camino: las fieras del mar, los elefantes, los tigres, las panteras, todos se colocaron a lo largo del camino formando dos filas: cada fiera puso a los suyos en un sitio. Lo mismo hicieron los genios: cada uno de ellos se mostró a los ojos, sin esconderse, con su aterradora figura, y en sus distintas formas: todos se alinearon formando dos filas. Las aves extendieron sus alas sobre las criaturas para darles sombra y los pájaros empezaron a cantar con todas sus lenguas y voces. Los egipcios se asustaron al llegar ante ellos y no se atrevieron a continuar adelante. Asaf les dijo: « Pasad entre ellos, avanzad y no les tengáis miedo: son súbditos de Salomón hijo de David y ninguno os causará daño» . A continuación Asaf pasó entre ellos. Detrás suyo siguieron todas las criaturas y entre éstas el grupo formado por el visir del rey de Egipto que seguía adelante lleno de terror. Avanzaron sin cesar hasta encontrarse en la ciudad. Los acomodaron en la casa de los huéspedes, los trataron con todos los honores y durante tres días les hicieron preciosos regalos de hospitalidad. Después los condujeron ante Salomón, Profeta de Dios, sobre el

cual sea la paz. Al entrar se dispusieron a besar el suelo ante él pero Salomón, hijo de David, se lo impidió y dijo: « Ningún hombre de sobre la faz de la tierra debe adorar a nadie más que a Dios, excelso y poderoso, que es el creador de la tierra, de los cielos y de todo lo demás. Aquel de vosotros que quiera permanecer de pie, que permanezca. Pero ninguno de vosotros debe quedar erguido para servirme» . Le obedecieron: el visir Faris se sentó; algunos de sus criados de rango inferior se quedaron de pie para servirle. Cuando hubieron tomado asiento, extendieron los manteles y comieron todos a la vez hasta hartarse. A continuación Salomón ordenó al visir de Egipto que le dijese lo que necesitaba para concedérselo. Le dijo: « Habla sin temor y exponme la causa de tu venida. Has venido aquí para conseguir lo que voy a decirte: es esto y esto. El rey de Egipto que te ha enviado se llama Asim, es un viejo de mucha edad, de salud delicada al que Dios (¡ensalzado sea!) no le ha concedido ningún hijo, ni varón ni hembra. Esto le llena de pena, preocupación y le hace estar pensativo de día y de noche. Cierto día, mientras estaba sentado en el trono de su reino, ocurrió lo siguiente: se han presentado ante él los visires, los emires y los grandes del reino. Ha visto que unos iban acompañados por dos hijos, otros por uno, otros por tres. Se aproximaban a él seguidos por sus descendientes y permanecían así, a su servicio. Esto le ha llevado a pensar en sí mismo y abrumado de tristeza se ha dicho: "¿Quién va a apoderarse del reino después de mi muerte? Tal vez lo ocupe un hombre extraño y será como si yo no hubiese existido". Esto le ha hecho ahondar en sus pensamientos y ha seguido meditabundo y triste hasta que las lágrimas han desbordado de sus ojos. Se ha tapado el rostro con el pañuelo, ha llorado amargamente, ha bajado del trono y se ha sentado en el suelo llorando y sollozando sin que nadie, más que Dios (¡ensalzado sea!) supiera lo que pasaba en su corazón: sólo veían que estaba sentado en el suelo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Salomón] explicó al visir Faris la pena y el llanto que había experimentado el rey y lo sucedido entre éste y su visir desde el principio hasta el fin. Después, dirigiéndose a Faris le preguntó: « ¿Es cierto que el rey te dijo esto?» « ¡Profeta de Dios! Lo que has dicho es cierto y verídico. Pero, ¡oh, Profeta de Dios!, cuando yo hablaba con el rey de este asunto no había nadie con nosotros: ¿quién te ha explicado todas estas cosas?» « Me ha informado mi Señor, el cual conoce la traición en los ojos y lo que encierran los pechos.» Entonces, el visir Faris dijo: « ¡Profeta de Dios! Ése tiene que ser un Señor generoso y grande, todopoderoso» . A continuación el visir Faris y todos los que le acompañaban se convirtieron. Después, el Profeta de Dios, Salomón, dijo al visir: « Tú me traes tal y tal regalo» . « ¡Sí!» « Los acepto

todos pero, a mi vez, te los regalo. Tú y tus compañeros descansad en el lugar en que os hospedáis hasta que haya desaparecido la fatiga de vuestro viaje. Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere satisfaré tu deseo del modo más completo de acuerdo con la voluntad de Dios (¡ensalzado sea!) Señor de la tierra y del Cielo, Creador de todas las criaturas.» A continuación, el visir Faris se fue a su residencia y al día siguiente acudió ante el señor Salomón. El Profeta de Dios, Salomón, le dijo: « Cuando llegues ante el rey Asim b. Safwán y os hayáis reunido los dos, subid a la copa de tal árbol y quedaos sentados y callados. Durante el intermedio que separa las dos oraciones, cuando ya refresca el calor del mediodía, bajad al pie del árbol y buscad: hallaréis dos culebras saliendo. La cabeza de una de ellas será como la de un mono y la de la otra como la de un genio. En cuanto las veáis tiradles dardos y matadlas. A partir de la cabeza cortad un palmo y otro tanto desde la cola. Os quedarán sendos pedazos de carne. Hervidlos con cuidado, dadlos de comer a vuestras mujeres y por la noche dormid con ellas: quedarán embarazadas con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!) y darán a luz hijos varones» . Salomón, sobre el cual sea la paz, sacó un anillo, una espada y un envoltorio que contenía dos túnicas cuajadas de aljófares y dijo: « ¡Visir Faris! Una vez hayan crecido vuestros hijos y hayan alcanzado la pubertad dad una de estas túnicas a cada uno de ellos. En el nombre de Dios: Dios (¡ensalzado sea!), ha satisfecho tu deseo y ya no te falta más que ponerte en viaje con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!), ya que el rey espera tu llegada noche y día y sus ojos miran constantemente el camino» . El visir Faris se acercó al Profeta de Dios, Salomón hijo de David (¡sobre ambos la paz!), se despidió de él, salió de su palacio después de besarle las manos y viajó durante todo el resto del día lleno de alegría por haber conseguido su deseo. Apresuró la marcha noche y día y no paró de viajar hasta llegar a las inmediaciones de Egipto. Entonces despachó a uno de sus criados para que informase al rey Asim. Éste, al saber que llegaba habiendo conseguido su deseo, se alegró muchísimo. Sus cortesanos, grandes del reino y todos sus soldados, se alegraron de que el visir Faris llegase salvo. Al encontrarse el rey y el visir, éste echó pie a tierra besó el suelo ante el soberano y le dio la buena nueva de que había conseguido completamente su deseo; le expuso la fe y el islam y el rey Asim se convirtió. Dijo al visir Faris: « Ve a tu casa, descansa esta noche, descansa durante una semana, entra en el baño y después ven para que yo te explique algo sobre lo que hemos de deliberar» . El visir Faris besó el suelo ante él y se marchó a su casa acompañado por su séquito, pajes y criados. Descansó durante ocho días al cabo de los cuales se presentó ante el rey y le explicó todo lo que le había sucedido con Salomón hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). A continuación añadió: « Ven tú solo conmigo, acompáñame» . El rey y el visir tomaron dos arcos con dos flechas, subieron encima del árbol, se acomodaron y guardaron silencio hasta que fue el momento de la siesta; siguieron inmóviles hasta la hora del

atardecer. Bajaron y vieron dos culebras que salían de la raíz del árbol. El rey las miró y le gustaron, pues tenían collares de oro. Dijo: « ¡Visir! Estas dos serpientes tienen collares de oro. ¡Por Dios! ¡Esto es algo maravilloso! Cojámoslas, coloquémoslas en una caja y contemplémoslas» . El visir le replicó: « Ambas han sido creadas por Dios para que sirvan de algo. Arroja tú tu flecha y yo echaré la mía» . Los dos tiraron, las mataron, las cortaron un palmo por la parte de la cola y otro tanto por la de la cabeza y lo tiraron. Con el resto se marcharon al palacio del rey, llamaron al cocinero, le dieron esa carne y le dijeron: « Cuece bien esta carne con salsa de cebolla y especias, colócala en dos escudillas y tráenosla en el mismo momento en que esté. No tardes» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el cocinero cogió la carne, la llevó a la cocina, la hirvió de modo perfecto y la aderezó. A continuación llenó dos escudillas y las presentó al rey y al visir. El rey cogió una y el visir la otra e hicieron comer a sus esposas. Después pasaron la noche con ellas.

Transcurrieron tres meses. El rey estaba preocupado y se decía: « ¡Ojalá supiera si será o no cierto!» Un día, mientras su esposa estaba sentada, el feto se movió en su vientre. Así se dio cuenta de que estaba encinta. Palideció, llamó a un criado, el mayordomo, que estaba a su lado y le dijo: « Ve a buscar al rey dondequiera que se encuentre y dile: “¡Rey del tiempo! Te doy la buena nueva de que nuestra señora está embarazada, pues el feto se ha movido en su vientre”» . El criado, contento, salió rápidamente, vio al rey, que estaba solo, con la mano en la mejilla y pensando. El criado se le acercó, besó el suelo ante él y le explicó que su esposa estaba encinta. Al oír las palabras del criado se puso de pie por la mucha alegría que experimentaba, le besó las manos y la cabeza y le regaló e hizo don de todo lo que llevaba encima. Dijo a todos los que estaban en la audiencia: « ¡Quienes me amen pueden hacerle regalos!» Los allí presentes regalaron al criado dinero, aljófares, jacintos, caballos, mulos, jardines y otras muchas cosas que no pueden enumerarse ni contarse.

El visir se presentó en aquel momento ante el rey y le dijo: « ¡Rey del tiempo! Hace un momento estaba sentado en mi casa solo, preocupado y meditabundo pensando en el embarazo de mi mujer. Me decía: “¡Ojalá supiera si Jatún ha quedado encinta o no!” De pronto se ha presentado un criado quien me ha dado la buena noticia de que mi mujer, Jatún, está encinta, de que el feto se ha movido en su vientre y ha cambiado de color. He tenido tal alegría que le he regalado todas las ropas que llevaba encima, le he entregado mil dinares y le he nombrado jefe de todos los criados» . El rey Asim replicó: « ¡Visir! Dios (¡bendito y ensalzado sea!) nos ha concedido su favor, gracia, benevolencia y

generosidad, dándonos a conocer la verdadera religión, honrándonos con sus dones y beneficios, sacándonos de las tinieblas y conduciéndonos a la luz. Quiero hacer dones a mis súbditos y que queden contentos» . El visir le replicó: « Haz lo que quieras» . « ¡Visir! Ve, ahora mismo, a poner en libertad a todos los presos que están en las cárceles por crímenes o por deudas; a todos aquellos que han cometido alguna falta. Después concederemos recompensas a quienes las merezcan y eximiremos de la contribución territorial, durante tres años, a las gentes. Haz que pongan una cocina alrededor de los muros de la ciudad y manda a los cocineros que cuelguen en ellos todos los utensilios de cocina; que cocinen toda suerte de guisos día y noche. Todos los habitantes de la ciudad y de las regiones que están a su alrededor, estén cerca o lejos, podrán comer, beber y llevárselo a su casa. Manda que se alegren, engalanen la ciudad durante siete días y que no cierren sus tiendas ni de día ni de noche.» El visir se marchó inmediatamente, hizo lo que el rey le había mandado. Engalanaron la ciudad, la ciudadela y las torres del modo más hermoso; se pusieron los mejores vestidos. Las gentes se dedicaron a comer, beber y jugar. El alborozo siguió hasta que la mujer del rey, terminado el plazo, hubo dado a luz un hijo varón que se parecía a la luna en una noche de plenilunio. Le pusieron por nombre Sayf al-Muluk. La mujer del visir también dio a luz un varón hermoso como una lámpara. Le pusieron por nombre Said.

Los dos muchachos llegaron a la edad de la razón. Cada vez que el rey los veía, se alegraba muchísimo. Cuando los dos hubieron cumplido los veinte años, el rey se reunió a solas con el visir Faris y le dijo: « ¡Visir! Me pasa por la cabeza algo que quiero hacer, pero antes te pido consejo» . « ¡Haz lo que te pasa por la cabeza, pues tu idea debe ser buena!» « ¡Visir! Yo soy ya un hombre viejo, anciano, entrado en años. Deseo encerrarme en una ermita para adorar a Dios (¡ensalzado sea!) y transferir mi reino y mi poder a mi hijo, Sayf al-Muluk. Es ya un buen muchacho, experto caballero y tiene buen entendimiento, magnífica instrucción, es honesto y sabe mandar ¿qué dices, visir, sobre esto?» « ¡La idea es buena, feliz y bendita! Si tú lo haces, yo haré lo mismo que tú y mi hijo Said será su visir. Es un buen muchacho, inteligente y agudo. Los dos permanecerán juntos y nosotros podremos aconsejarles, orientarles en sus asuntos e indicarles el camino recto» . El rey Asim dijo a su visir: « Escribe cartas y envíalas con los correos a todas las regiones, comarcas, fortalezas y ciudadelas que nos pertenecen. Manda a sus grandes que se presenten en tal mes en la Plaza del Elefante» . El visir Faris salió inmediatamente y escribió a todos los gobernadores y comandantes de fortalezas que eran vasallos del rey Asim mandándoles que se presentasen en tal mes. Ordenó también que acudiesen aquellos que vivían en ciudades tanto si estaban cerca como lejos. El rey Asim, después de haber pasado la mayor parte del plazo, mandó a los tapiceros que levantasen las cúpulas en el centro de la plaza, que las engalanasen del mejor modo posible y

que colocasen el gran trono que sólo utilizaba el rey durante las solemnidades. Hicieron rápidamente todo lo que les había ordenado y colocaron el trono. Los tenientes, chambelanes y emires acudieron. El rey también se presentó y mandó que se pregonase a la gente: « ¡En el nombre de Dios! ¡Acudid a la Plaza!» Los emires, los visires, los dueños de regiones y aldeas acudieron y se colocaron al servicio del rey como tenían por costumbre. Se colocaron según su rango: unos se sentaron, otros permanecieron de pie. Las gentes acudieron en masa. El rey ordenó que se extendieran los manteles. Fueron extendidos. Comieron, bebieron e hicieron votos por el rey. Éste ordenó a los chambelanes que prohibiesen marcharse a los allí presentes. Gritaron: « ¡Que ninguno de vosotros se marche hasta haber oído las palabras del rey!» Levantaron las cortinas y el rey dijo: « ¡Quienes me aman deben quedarse para oír mis palabras!» Todos los asistentes se sentaron, ya tranquilos, pues antes se habían asustado. El rey se puso de pie y les conjuró a que nadie se levantase de su sitio. Les dijo: « ¡Emires, visires, grandes del Reino, pequeños y grandes, todos los que aquí estáis! ¿Sabéis que recibí este reino como herencia de mis padres y mis abuelos?» Contestaron: « ¡Sí, oh rey! ¡Todos lo sabemos!» Siguió: « Vosotros y yo adorábamos al sol y a la luna, pero Dios (¡ensalzado sea!) nos ha concedido la verdadera fe, nos ha salvado de las tinieblas conduciéndonos a la luz; Dios (¡gloriado y ensalzado sea!), nos ha conducido a la religión del Islam. Sabed que yo soy ya un pobre hombre viejo, un anciano entrado en años y decrépito. Quiero retirarme a un oratorio para consagrarme a adorar a Dios (¡ensalzado sea!), y pedirle perdón por mis faltas pasadas. Éste es mi hijo, Sayf al-Muluk, quien gobernará. Sabéis que es un buen muchacho, elocuente, está al corriente de los asuntos y es inteligente, virtuoso y justo. Quiero cederle ahora mismo mi reino, nombrarle vuestro rey en sustitución mía, hacerle sentar en el solio en mi lugar para marcharme yo a adorar a Dios (¡ensalzado sea!) en un oratorio. Mi hijo, Sayf al-Muluk será rey y os gobernará. ¿Qué decís vosotros?» Todos se pusieron de pie, besaron el suelo y contestaron que oír era obedecer. Dijeron: « ¡Rey nuestro! ¡Protector nuestro! Aunque nos dieras por sucesor a uno de tus esclavos, le obedeceríamos, escucharíamos tus palabras y acataríamos tu orden ¿cómo, pues, no aceptar a tu hijo Sayf al-Muluk? Lo reconocemos y quedamos satisfechos con él» . El rey Asim b. Safwán se incorporó, bajó del trono e hizo sentar a su hijo en el gran estrado. Se quitó la corona de la cabeza y la colocó en la de su hijo y ciñó su cintura con el cinturón real; después, el rey Asim ocupó una silla al lado de su hijo. Los emires, los visires, los grandes del reino y toda la gente besaron el suelo ante él y se quedaron de pie diciéndose unos a otros: « Él es digno del reino; es más indicado que cualquier otro para poseerlo» . Gritaron pidiendo protección e hicieron votos para que su reinado fuese próspero y victorioso. Sayf al-Muluk distribuyó oro y plata por encima de sus cabezas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sayf al-Muluk] regaló trajes de corte e hizo presentes y dones. Al cabo de un instante el visir Faris se levantó, besó el suelo, dijo: « ¡Emires! ¡Grandes del reino! ¿Sabéis que yo soy el visir de los visires desde antes de que subiese al trono el rey Asim b. Safwán? Éste acaba de abdicar la corona y ha investido a su hijo.» Contestaron: « ¡Sí! Sabemos que tu visirato se transmite de padres a hijos» . Siguió: « Pues ahora dimito e invisto a éste, a mi hijo Said. Es inteligente, experto y está bien informado, ¿qué decís todos vosotros?» Replicaron: « Tu hijo Said es el único que puede ser visir del rey Sayf al-Muluk. El uno es digno del otro» . En ese momento se incorporó el visir Faris, se quitó el turbante que indicaba su cargo de visir y lo colocó encima de la cabeza de su hijo Said. Colocó ante éste la tinta de visir. Los chambelanes y emires dijeron: « ¡Es digno del visirato!» En aquel momento el rey Asim y el visir Faris salieron, abrieron los tesoros y regalaron preciosos trajes de honor a los reyes, emires, visires, grandes del reino y a todas las gentes y dieron gratificaciones y premios. Escribieron nuevos nombramientos y sellos con las armas de Sayf al-Muluk y del visir Said hijo del visir Faris. Las gentes permanecieron en la ciudad durante una semana, al cabo de la cual se marcharon todos a su provincia y a su domicilio.

El rey Asim tomó consigo a su hijo Sayf al-Muluk y lo mismo hizo el visir con Said. Entraron en la ciudad, se dirigieron al alcázar, mandaron comparecer al tesorero y le dieron orden de que les llevase el sello, la espada y el envoltorio. El rey Asim dijo: « ¡Hijos míos! ¡Acercaos! Cada uno de vosotros puede coger algo de este regalo» . El primero en extender la mano fue Sayf al-Muluk, el cual cogió el envoltorio y el anillo. Said, extendió la mano y cogió la espada y el sello. Ambos besaron la mano del rey y se marcharon a su domicilio. Sayf al-Muluk había cogido el envoltorio, pero ni lo había abierto ni examinado. Lo arrojó encima del lecho que compartía, de noche, con su visir Said, ya que ambos tenían por costumbre dormir el uno al lado del otro. Extendieron el tapiz de dormir y se acostaron dejando encendidas las candelas. Así llegó la medianoche. Sayf al-Muluk se despertó, vio el envoltorio junto a su cabeza y se dijo: « ¡Quién sabe lo que contendrá el envoltorio que nos ha regalado el rey!» Lo cogió, tomó una vela y salió de la cama dejando dormir a Said. Entró en la despensa, lo abrió y vio que contenía una túnica hecha por los genios; la desdobló y se dio cuenta de que era única en su especie; en la parte interior, en el dorso de la misma, halló bordada en oro la figura de una muchacha de belleza portentosa. La contempló, el entendimiento le voló de la cabeza y quedó locamente enamorado de aquella mujer. Cayó desmayado al suelo y empezó a llorar y sollozar; se abofeteó la cara, golpeó el pecho, la besó y a continuación recitó este par de versos:

El amor, cuando nace, es un riachuelo al que conducen y guían los hados.
Hasta que la llama de la pasión prende en el hombre: entonces ocurren grandes cosas que no pueden soportarse.

Sayf al-Muluk siguió sollozando, llorando, abofeteándose la cara y golpeándose el pecho hasta que el visir Said se despertó, contempló la cama y se dio cuenta de que Sayf al-Muluk no estaba. Vio una sola vela y se dijo: « ¿Adonde habrá ido Sayf al-Muluk?» Cogió la vela y recorrió todo el alcázar hasta llegar a la despensa en que se encontraba el príncipe. Vio que éste lloraba y sollozaba amargamente. Le dijo: « ¡Hermano mío! ¿Cuál es la causa de este llanto? ¿Qué te ha ocurrido? Cuéntamelo; infórmame de lo ocurrido» . Sayf al-Muluk ni le contestó ni levantó la cabeza, antes al contrario: siguió llorando, sollozando y golpeándose el pecho con la mano. Said, al verle en esta situación, dijo: « Soy tu visir y tu hermano. Hemos crecido juntos. Si no me expones tus asuntos y no me explicas tu secreto ¿a quién te vas a confiar?» Durante una hora Said siguió humillándose y besando el suelo, pero Sayf al-Muluk ni se volvió hacia él ni le dirigió una sola palabra, al contrario: siguió llorando. Al darse cuenta Said de su situación se apenó por él. Salió, cogió una espada, regresó a la despensa en que estaba Sayf al-Muluk y colocando la punta de la espada en su propio pecho le dijo: « ¡Hermano mío! ¡Vuelve en ti! ¡Si no me cuentas lo que te ocurre me mataré, pues no puedo verte en esta situación!» Entonces, Sayf al-Muluk levantó la cabeza hacia su visir Said y le dijo: « ¡Hermano mío! Me avergüenza el tener que decirte y explicarte lo que me ha ocurrido» . « ¡Te conjuro por Dios, señor de los señores, libertador de los siervos, creador de todas las causas, el Único, el Misericordioso, el Generoso, el Donador, a que me cuentes, sin avergonzarte, lo que te ha ocurrido! Yo soy tu esclavo, tu visir y el consejero de todos tus asuntos.» « ¡Ven y mira este retrato!» Said contempló la imagen durante una hora y vio que encima de la cabeza de la figura estaba escrito con perlas alineadas: « Esta imagen es la de Badia al-Chamal, hija de Samaj b. Saruj, rey de reyes de los genios creyentes que viven en la ciudad de Babel y habitan en el jardín de Iram b. Ad, el Grande» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el visir Said dijo al rey Sayf al-Muluk: « ¡Hermano mío! ¿Sabes qué mujer es la que representa el retrato para poder buscarla?» « ¡No, por Dios, hermano mío! No sé quién es la persona representada.» « ¡Ven! Lee esta inscripción.» Sayf al-Muluk se acercó, leyó la inscripción que estaba encima de la diadema y comprendió su significado. Un grito escapó de lo más hondo de su corazón: « ¡Ah! ¡Ah!» , chilló. Said le dijo:

« ¡Hermano mío! Si existe la mujer aquí representada, se llama Badia al-Chamal y se encuentra en este mundo yo me apresuraré, sin pérdida de tiempo, a ir en su búsqueda para satisfacer tu deseo pero ¡por Dios, hermano mío! ¡No te entregues al llanto y ocupa el trono para que la gente del reino acuda a tu servicio! En cuanto llegue el día manda llamar a los comerciantes, a los pordioseros ambulantes, a los turistas y a los pobres e interrógalos acerca de las características de esa ciudad. Tal vez alguno de ellos, con la bendición de Dios (¡glorificado y ensalzado sea!), y con su ayuda, nos indique el jardín de Iram» .

Al amanecer, Sayf al-Muluk se colocó en el trono; se había puesto aquella túnica, ya que no podía estar ni de pie ni sentado ni conciliar el sueño si no la tenía con él. Acudieron los emires, los visires, los soldados y los grandes del reino. Cuando la audiencia estuvo dispuesta y se hubo colocado todo el mundo en su sitio, el rey Sayf al-Muluk dijo a su visir Said: « Adelántate hacia ellos y diles: "El rey está inquieto, pues ayer no durmió; se encuentra enfermo"» . El visir Said avanzó y dijo a la gente lo que le había mandado el rey. El rey Asim, al oírlo, no estuvo tranquilo y llamó a médicos y astrólogos. Con éstos acudió a visitar a su hijo Sayf al-Muluk. Le examinaron y le prescribieron jarabes. Pero el rey continuó como estaba durante tres meses. El rey Asim dijo, enojado, a los médicos allí presentes: « ¡Perros! ¡Ay de vosotros! ¿Es que todos sois incapaces de curar a mi hijo? ¡Si no le curáis al instante os mataré a todos!» El jefe principal de los médicos replicó: « ¡Oh, rey del tiempo! Sabemos que éste es tu hijo; tú sabes que nosotros no ahorramos esfuerzos para curar al extraño, ¿cómo no hemos de cuidar con interés a tu hijo? Pero éste tiene una enfermedad grave. Si quieres conocerla te la expondremos y te la explicaremos» . El rey Asim preguntó: « ¿Qué es lo que habéis averiguado de la enfermedad de mi hijo?» El jefe de los médicos contestó: « ¡Rey del tiempo! Tu hijo, ahora, está enamorado y no tiene medio para conseguir su deseo» . El rey se enfadó con ellos y les dijo: « ¿De dónde sacáis que mi hijo está enamorado? ¿Cómo ha podido enamorarse?» « ¡Pregúntaselo a su hermano, el visir Said! Éste es quien sabe la verdad del caso.» El rey Asim salió, se marchó solo al trono y llamó a Said. Le dijo: « Dime la verdad acerca de la enfermedad de tu hermano» . « ¡La ignoro!» El rey dijo al verdugo: « ¡Coge a Said, véndale los ojos y córtale el cuello!» El joven se asustó y exclamó: « ¡Rey del tiempo! ¡Concédeme el perdón!» « ¡Habla y lo tendrás!» « ¡Tu hijo está enamorado!» « ¿De quién?» « De la hija del rey de reyes de los genios: ha visto su retrato en la túnica que contenía el paquete que os regaló Salomón, el Profeta de Dios.» El rey Asim se marchó, entró en la habitación de su hijo Sayf al-Muluk y le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Qué es ese retrato del cual te has enamorado? ¿Por qué no me has informado?» El muchacho contestó: « ¡Padre mío! ¡Me avergonzaba el decírtelo y no podía comunicárselo a nadie ni recordarlo! Ahora te has enterado de mi situación. Mira a ver cómo puedo curarme» . « ¿Qué

procedimiento emplearemos? —dijo el padre—. Si fuese hija de hombres idearíamos algo para conseguirla, pero esta muchacha es una de las hijas de los genios. ¿Quién podrá conseguirla de no ser Salomón, hijo de David? Éste es quien puede lograrla. ¡Hijo mío! Levántate ahora mismo, ten valor, monta a caballo y sal de caza y de pesca, juega en el hipódromo, dedícate a comer, a beber y saca las penas y preocupaciones de tu corazón. Yo te traeré cien hijas de reyes y no necesitarás para nada a las hijas de los genios que no son de nuestra especie y sobre las cuales nada podemos.» El joven replicó: « ¡Ni renunciaré ni buscaré a otra!» El rey preguntó: « ¿Y qué hay que hacer, hijo mío?» « Llama a todos los comerciantes, a los viajeros y a los que recorren países. Les interrogaremos sobre esto. Tal vez Dios nos indique dónde están el jardín de Iram y la ciudad de Babel.» El rey ordenó a Asim que mandase a todos los comerciantes de la ciudad, a todos los extranjeros que había en ella y a todos los arraeces del mar que acudieran ante él. Cuando los tuvo delante les preguntó por la ciudad e isla de Babel y por el jardín de Iram. Ninguno de ellos conocía tales sitios ni había oído hablar de ellos. Al ir a levantar la sesión uno de ellos dijo: « ¡Rey del tiempo! Si te interesa saber eso vete a China; es una gran ciudad. Tal vez alguno de sus habitantes te indique lo que buscas» . Sayf al-Muluk intervino: « ¡Padre! ¡Prepara un buque para que yo me marche al país de China!» « ¡Hijo mío! ¡Permanece en el trono de tu reino y gobierna a tus vasallos! Yo me iré a la China y me encargaré, en persona, del asunto.» Sayf al-Muluk replicó: « ¡Padre mío! Este es un asunto que es de mi incumbencia. Sólo yo puedo intentar ir en su busca. ¿Qué puede ocurrir si me concedes permiso para marcharme? Me pondré en camino, estaré ausente cierto tiempo y si encuentro alguna noticia habré conseguido mi deseo y si no la encuentro el viaje me habrá servido de distracción y me sacará de la pena. Así todo me será más llevadero. Si salgo con vida volveré sano y salvo a tu lado.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey observó a su hijo y no encontró manera de poder disuadirle de lo que quería hacer. Le concedió permiso para el viaje, preparó cuarenta buques y veinte mil mamelucos, sin contar el séquito. Le dio riquezas y tesoros y todas las armas que podía necesitar. Le dijo: « ¡Vete, hijo mío, con bien, salud y satisfacción! Te confío a Aquel ante el cual no se pierden los depósitos» . El padre y la madre le despidieron, embarcaron el agua, los víveres, las armas y los soldados y zarparon. Navegaron hasta llegar a la ciudad de China.

Los habitantes de China, al oír decir que habían llegado cuarenta barcos cargados con hombres, municiones, armas y tesoros, creyeron que eran

enemigos que acudían a combatirlos y a asediarlos. Cerraron las puertas de su ciudad y prepararon las catapultas. El rey Sayf al-Muluk al enterarse de esto les envió dos mamelucos de su séquito. Les dijo: « Id ante el rey de la China y decidle: "Éste es el rey Sayf al-Muluk hijo del rey Asim. Ha venido a tu ciudad como huésped. Quiere visitar tu país durante cierto tiempo. No quiere ni combatir ni luchar. Si le recibes desembarcará; si no le recibes regresará sin causar molestias ni a ti ni a los habitantes de tu ciudad"» . Los mamelucos llegaron ante la ciudad y gritaron a sus habitantes: « ¡Somos mensajeros del rey Sayf al-Muluk!» Les abrieron las puertas, los acompañaron y los presentaron ante su rey que se llamaba Qafu Sah. Antes de esta fecha había conocido al rey Asim. Cuando se enteró de que el rey que llegaba era Sayf al-Muluk hijo del rey Asim, concedió trajes de corte a los mensajeros, ordenó que se abriesen las puertas de la ciudad y preparó los regalos de hospitalidad. Él, en persona, salió acompañado por sus cortesanos, al encuentro de Sayf al-Muluk. Ambos se abrazaron. Le dijo: « ¡Bien venido seas con todos los que te acompañan! Yo soy tu esclavo; soy esclavo de tu padre. Mi ciudad está a tu disposición y te daré todo lo que me pidas» . A continuación le ofreció los dones de bienvenida y víveres en los lugares del campamento. El rey Sayf al-Muluk, su visir Said, los cortesanos y sus soldados montaron a caballo, marcharon por la orilla del mar y entraron en la ciudad. Los timbales y los instrumentos que anunciaban las buenas noticias repicaron. Permanecieron en la ciudad cuarenta días durante los cuales recibieron una magnífica hospitalidad. Después, el rey, preguntó: « ¡Hijo de mi hermano! ¿Cómo te encuentras? ¿Te gusta mi país?» Sayf al-Muluk contestó: « ¡Dios (¡ensalzado sea!) siga satisfecho de ti, oh rey!» « Algún asunto te ha hecho venir aquí. ¿Qué quieres de mi país? Te satisfaré.» « ¡Oh, rey! Mi historia es prodigiosa. Consiste en que me he enamorado del retrato de Badia al-Chamal.» El rey de China tuvo compasión y misericordia de él y rompió a llorar. Le preguntó: « ¿Y qué quieres ahora, Sayf al-Muluk?» « Quiero que mandes acudir a todos los viajeros, turistas y trotamundos para que yo pueda preguntarles por la dueña de tal imagen. Tal vez alguno de ellos me informe.» El rey Qafu Sah despachó chambelanes, lugartenientes y criados ordenándoles que le llevasen a todos los viajeros y turistas que hubiese en el país. Eran un gran número. Los reunieron ante el rey Qafu Sah. A continuación el rey Sayf al-Muluk les preguntó por la ciudad de Babel y los jardines de Iram. Pero nadie le supo contestar. El rey Sayf al-Muluk se quedó perplejo ante lo que le sucedía. Entonces, uno de los arraeces del mar, allí presentes, le dijo: « ¡Rey! Si quieres saber de tal ciudad y jardín vete a las islas que están en la India» .

El rey Sayf al-Muluk ordenó que acercasen los buques. Embarcaron agua, víveres y todo lo que necesitaban. Sayf al-Muluk y su visir Said subieron a bordo después de haberse despedido del rey Qafu Sah. Viajaron por el mar durante cuatro meses con vientos favorables, salvos y tranquilos. Cierto día se levantó un

huracán, las olas les llegaban por todos lados, la lluvia caía y el mar se había transformado por la fuerza del viento. El furor de éste hizo chocar unas naves con otras, todas se rompieron y lo mismo sucedió con los botes salvavidas. Todos se ahogaron, excepción hecha de Sayf al-Muluk y un grupo de mamelucos que quedaron en una lancha pequeña. Entonces, por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!) se calmó el viento y salió el sol. Sayf al-Muluk abrió los ojos, pero no vio ninguna nave. Sólo había cielo, agua y los que con él estaban en la pequeña lancha. Dijo a los mamelucos que se habían salvado: « ¿Dónde están los buques y los botes de salvamento? ¿Dónde está mi hermano Said?» Le contestaron: « ¡Rey del tiempo! ¡Ni quedan buques ni lanchas de salvamento! Los que iban a bordo no han escapado; todos se han ahogado, siendo pasto de los peces» . Sayf al-Muluk exhaló un gemido y pronunció las palabras que no avergüenzan a quien las dice: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Se abofeteó la cara y quiso arrojarse al agua. Pero los mamelucos se lo impidieron diciéndole: « ¡Rey! ¿De qué te serviría hacerlo? Tú mismo eres el que has causado todo esto. Si hubieses escuchado las palabras de tu padre no te hubiese sucedido nada. Pero todo estaba predestinado así desde lo más antiguo por el Creador de las almas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los mamelucos le dijeron: » Así estaba predestinado por el Creador de las almas] con el fin de que ocurra al esclavo lo que Dios ha prescrito. Los astrólogos dijeron a tu padre, en el momento de tu nacimiento: “Este tu hijo sufrirá toda clase de calamidades”. Por eso no nos queda más remedio que tener paciencia hasta que Dios nos libre de las penas en que nos encontramos» . Sayf al-Muluk repitió: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡No hay escapatoria ni modo de huir ante el decreto de Dios (¡ensalzado sea!)!» . A continuación recitó estos versos:

¡Por el Misericordioso! He quedado, sin duda, perplejo ante lo que me sucede. El Tentador me ha llegado por donde yo no esperaba.
Tendré paciencia hasta que la gente se entere de que he sabido soportar algo más amargo que el acíbar.
Mi paciencia no tiene el sabor de la coloquíntida, a pesar de que he aguantado algo que quemaba más que la brasa.
No tengo modo de escapar a tal situación: confío mi salvación al que dispone los asuntos.

Permaneció sumido, a continuación, en un mar de pensamientos y las

lágrimas resbalaron por sus mejillas como lluvia abundante. Después quedó dormido durante una hora. Al despertarse buscó algo de comer y comió hasta hartarse: retiraron los víveres de delante suyo y la barca siguió navegando con ellos sin que supiesen en qué dirección marchaba. Las olas y los vientos los fueron impulsando noche y día durante largo espacio de tiempo: los víveres se les agotaron. La mucha hambre, sed e intranquilidad les hicieron quedar sin saber qué hacer. De pronto, a lo lejos, descubrieron una isla hacia la cual les arrastraban los vientos. Llegaron a ella, anclaron, salieron del bote en el que quedó uno solo de ellos y se internaron por la isla. Vieron que tenía numerosos frutos de todas las especies y comieron hasta hartarse. Descubrieron sentada entre los árboles, una persona de aspecto extraordinario: cara larga, barba y piel blanca. Llamó a uno de los mamelucos por su nombre y le dijo: « ¡No comas de esos frutos, pues están verdes! Ven a mi lado y te daré de comer de estos que están maduros» . El mameluco le examinó y creyó que era uno de los náufragos que había conseguido llegar a la isla. Se alegró muchísimo de verle y se dirigió hacia él hasta llegar a su lado. ¡Pero aquel mameluco no sabía lo que el Destino le había señalado ni lo que estaba escrito en su frente! Al llegar el mameluco a su lado, aquel hombre, que era un genio, se colocó de un salto encima de sus hombros, le ciñó con una de sus piernas el cuello y la otra la dejó caer sobre su espalda. Le dijo: « ¡Ponte en marcha! ¡No te salvarás de mí! ¡Eres mi asno!» El mameluco rompió a llorar y llamando a sus compañeros decía: « ¡Señor mío! ¡Salid y salvaos de esta arboleda! ¡Huid! Uno de sus habitantes ha montado encima de mis hombros y el resto va a vuestro encuentro, pues quieren montaros igual como a mí» . Al oír las palabras que decía el mameluco huyeron todos y subieron al bote. Pero los genios los persiguieron diciéndoles: « ¿Adonde vais? ¡Venid! ¡Quedaos entre nosotros para que podamos montar encima de vuestra espalda: os daremos de comer y de beber, pero seréis nuestros asnos!» Al oír estas palabras aceleraron su huida mar adentro y se alejaron de ellos confiándose a Dios (¡ensalzado sea!). Siguieron en esta situación durante un mes, hasta que descubrieron otra isla. Desembarcaron en ella y vieron que tenía árboles frutales de distintas clases. Se dedicaron a comer. De repente vieron que algo brillaba a lo lejos en el camino. Se aproximaron, lo examinaron y observaron que tenía un aspecto desagradable, que semejaba una columna de plata. Un mameluco le dio un puntapié: era una persona de ojos grandes y cabeza partida tapada por una de sus orejas, ya que cuando dormía colocaba una oreja debajo de la cabeza y con la otra se tapaba. Este ser agarró al mameluco que le había dado el puntapié y se lo llevó hacia el interior de la isla. Ésta se encontraba repleta de ogros que comían seres humanos. El mameluco llamó a sus compañeros y les dijo: « ¡Salvaos! ¡Ésta es la isla de los ogros que comen seres humanos! ¡Quieren despedazarme y comerme!» Al oír estas palabras, emprendieron la huida, dejaron la tierra y subieron a la barca sin haber recogido

ningún fruto. Navegaron unos cuantos días. Cierto día descubrieron otra isla: al llegar a ella vieron que estaba formada por un monte altísimo. Treparon por él. Estaba recubierto por una selva con muchísimos árboles. Estaban hambrientos y se dedicaron a comer sus frutos sin darse cuenta de que desde detrás de los árboles se les avecinaban personas de aspecto terrorífico, cada una de las cuales tenía una estatura de cincuenta codos; los colmillos les salían de la boca como si fuesen las defensas del elefante. Descubrieron un negro que estaba sentado en un pedazo de fieltro colocado encima de una piedra; a su alrededor había multitud de negros dispuestos a servirle. Éstos se acercaron a Sayf al-Muluk y a sus mamelucos y los condujeron ante el rey. Le dijeron: « ¡Hemos encontrado estos pájaros entre los árboles!» El rey estaba hambriento: cogió dos mamelucos, los degolló y se los comió.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sayf al-Muluk, al ver lo que sucedía, temió por su vida, rompió a llorar y recitó estos dos versos:

Las calamidades se han hecho familiares a mi vida y yo, después de haberme mantenido apartado, he simpatizado con ellas: el hombre generoso es sociable.
Mis preocupaciones no son de una sola clase. ¡Gracias a Dios las tengo a miles!

Suspiró profundamente y recitó estos dos versos:

El Destino me ha asaeteado con desgracias: mi corazón está repleto de flechas.
Ahora, cuando me alcanza un dardo, éste se rompe sobre los demás.

El rey, al oír su llanto y sus quejas, dijo: « Estos pájaros tienen buena voz; su canto me gusta: colocad cada uno de ellos en una jaula» . Los enjaularon y los colgaron encima de la cabeza del rey para que éste pudiese oír su voz. Sayf al-Muluk y sus mamelucos permanecían en las jaulas. Los negros les daban de comer y de beber. Ellos lloraban a ratos o reían o hablaban o permanecían callados, mientras el rey de los negros disfrutaba con su voz. Así siguieron durante cierto tiempo.

Aquel rey tenía una hija casada que vivía en otra isla. Ésta oyó decir que su padre tenía unos pájaros de buena voz y envió una comisión a su padre para

pedirle que le enviase unos cuantos. Le mandó a Sayf al-Muluk con tres mamelucos en cuatro jaulas. Los mensajeros que habían ido a buscarlos se los llevaron. Al verlos, le gustaron y mandó que los colgasen encima de su cabeza. Sayf al-Muluk estaba maravillado de todo lo que le ocurría y meditando en su anterior poderío rompió a llorar. Lo mismo hicieron los otros tres mamelucos. La hija del rey creía que estaban cantando. Ésta cuando se apoderaba de algún habitante de Egipto o de otro país, tenía por costumbre, si le gustaba, concederle un rango importante a su lado. Por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!), quedó prendada de la belleza, hermosura y bellas proporciones de Sayf al-Muluk en cuanto le vio y mandó que le tratasen con miramientos. Cierto día Sayf al-Muluk se quedó a solas con la mujer. Ésta le pidió que se uniese a ella, pero el príncipe no quiso. Le dijo: « ¡Señora mía! Yo soy un hombre extranjero afligido por el amor de aquel a quien amo; no me apetece unirme a nadie más que a él» . La hija del rey empezó a halagarle y a solicitarle; pero él se abstuvo y la mujer no pudo acercársele ni llegar hasta él de modo alguno. Al ver su impotencia, la mujer se enfadó con él y con sus mamelucos y les mandó que la sirviesen llevándola el agua y la leña. En esta situación vivieron durante cuatro años. Esta vida se hizo insoportable para Sayf al-Muluk. Envió un mensajero a la reina, pues tal vez ésta se decidiese a libertarle y dejarle seguir su vida descansando de las fatigas que sufría. La mujer mandó comparecer a Sayf al-Muluk y le dijo: « Si accedes a satisfacer mi deseo dejaré en libertad a ti y a tus compañeros y así podrás volver a tu país sano y salvo» . La mujer siguió suplicando y halagándole pero él no quiso complacerla por lo cual, enfadada, se marchó de su lado. Sayf al-Muluk y sus mamelucos continuaron sirviéndola en la misma isla.

Los habitantes de ésta los conocían por « los pájaros de la hija del rey» de tal modo que ninguno de los habitantes de la ciudad osaba hacerles daño. La hija del rey estaba segura y convencida de que encontrarían modo de escapar de la isla. Ellos, por su parte, pasaban dos o tres días sin comparecer, recorriendo el campo, haciendo madera en todas las regiones de la isla para llevarla a la cocina de la hija del rey. Permanecieron en esta situación durante cinco años.

Cierto día Sayf al-Muluk y sus mamelucos estaban sentados en la orilla del mar hablando de lo que les sucedía. Sayf al-Muluk clavó la vista en sí mismo y en sus mamelucos; al verse en tal lugar se acordó de su padre, de su madre y de su hermano Said; recordó el poder de que había gozado y rompió a llorar; el llanto y los sollozos fueron en aumento; los mamelucos le siguieron. Después le dijeron: « ¡Rey del tiempo! ¿Hasta cuándo vamos a llorar? El llanto no sirve de nada y todo esto estaba escrito en nuestras frentes por un decreto de Dios, Todopoderoso y excelso. La pluma, corre según lo que Dios ha decidido y sólo la paciencia tiene utilidad. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!), que nos ha probado con estas calamidades, tal vez nos libre de ellas» . Sayf al-Muluk les replicó: « ¡Hermanos míos! ¿Qué haríamos para librarnos de esta maldita? No veo medio

de escapar a menos de que Dios nos libre de ella con su gracia. Pero se me ocurre que podríamos huir; así podríamos descansar de estas fatigas» . « ¡Rey del tiempo! ¿A qué lugar iremos de esta isla si toda ella está poblada por ogros que comen a los seres humanos? A cualquier lugar hacia el que nos dirijamos los encontraremos y entonces o nos comerán o nos aprisionarán o nos devolverán a nuestro puesto y entonces la hija del rey se enfadará con nosotros.» Sayf al-Muluk les replicó: « Yo haré algo por vosotros. Tal vez Dios nos ayude a salvarnos y consigamos escapar de esta isla» . Le preguntaron: « ¿Qué harás?» « Cortaremos estas largas maderas y trenzaremos sus cortezas haciendo una cuerda. Ataremos unos maderos a otros, construiremos una balsa, la meteremos en el mar, la cargaremos de frutas, haremos remos y nos embarcaremos. Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) nos conceda el medio de escapar, pues Él es poderoso sobre todas las cosas. Tal vez Dios nos conceda vientos favorables que nos conduzcan a la tierra de la India, salvándonos así de esta maldita.» Le replicaron: « Es una buena idea» .

Se pusieron muy contentos y empezaron a cortar, en seguida, los maderos para hacer la balsa. Después trenzaron las cuerdas para atar los maderos unos a otros y trabajaron así durante un mes. Cada día, al terminar la jornada, cogían algo de madera y la llevaban a la cocina de la hija del rey dedicando el resto del día a construir la balsa. Así siguieron hasta concluirla.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que una vez concluida la echaron al agua y la cargaron con los frutos que daban los árboles de la isla y la aparejaron al caer el día: no dijeron a nadie lo que habían hecho. A continuación embarcaron en la balsa y navegaron por el mar durante cuatro meses sin saber adónde iban. Se les concluyeron las provisiones y sufrieron gran hambre y mucha sed. El mar se encrespó y se cubrió de espuma y las olas crecieron. Un horroroso cocodrilo se acercó a ellos, tendió una pata, agarró a uno de los mamelucos y lo engulló. Sayf al-Muluk rompió a llorar al ver lo que el cocodrilo había hecho con su compañero. Él y el otro mameluco se acurrucaron lo más lejos posible del sitio por donde había salido el cocodrilo: estaban atemorizados. Siguieron así hasta que cierto día divisaron un gran monte, de aspecto terrorífico, tan alto que remontaba los aires. Se pusieron contentos. Después apareció una isla. Muy satisfechos apresuraron la marcha en aquella dirección. Mientras así hacían el mar se agitó, las olas crecieron y su estado empeoró. Un cocodrilo sacó la cabeza, extendió la pata, agarró al único mameluco que le quedaba a Sayf al-Muluk y lo engulló. El príncipe, ya solo, llegó a la isla y se esforzó en alcanzar la cima del monte. Observó y descubrió una selva. Se internó por ella, recorrió por entre los árboles

y empezó a comer sus frutos. Descubrió que en su copa había más de veinte monas, cada una de las cuales era más grande que un mulo. Al descubrir a tales monas se llenó de terror. Los monos bajaron, le rodearon por todos lados y echaron a andar delante suyo indicándole por señas que los siguiera. Se pusieron en marcha y Sayf al-Muluk fue tras ellos. Avanzaron sin descanso seguidos por el príncipe. Así llegaron a una fortaleza de altos edificios, sólidamente construida. Entraron en ella y lo mismo hizo el príncipe. Éste vio que estaba repleta de objetos preciosos, aljófares y metales nobles hasta tal punto que la lengua era incapaz de describirlo. En la fortaleza había un muchacho sin bozo: era de elevada estatura. A Sayf al-Muluk le gustó aquel muchacho en cuanto le vio: era el único ser humano que había en la fortaleza. El joven, al ver a Sayf al-Muluk, quedó maravillado en extremo. Le preguntó: « ¿Cómo te llamas? ¿De qué país eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡Cuéntame tu historia y no me ocultes nada!» Sayf al-Muluk replicó: « ¡Por Dios! No he llegado hasta aquí por mi voluntad ni era ése mi propósito. Lo único que puedo hacer es seguir andando de un sitio a otro hasta conseguir mi objetivo» . « ¿Y cuál es?» « Yo soy de Egipto y me llamo Sayf al-Muluk. Mi padre es el rey Asim b. Safwán.» A continuación le contó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin. Aquel muchacho se puso al servicio de Sayf al-Muluk diciendo: « ¡Rey del tiempo! Yo estuve en Egipto y oí que tú te habías marchado al país de la China. Pero China está lejos de aquí. ¡Qué maravilloso es esto! ¡Qué portentoso!» Sayf al-Muluk replicó: « Tus palabras son ciertas. Pero después, de la China me dirigí a la India. Nos sorprendió un viento huracanado que encabritó el mar y destrozó todos los navíos que yo tenía» , y siguió contándole todo lo que le había ocurrido, concluyendo: « Así he llegado a tu lado, a este lugar» . El joven le dijo: « ¡Hijo del rey! ¡Basta ya de las desgracias que te han ocurrido durante tu ausencia! ¡Gracias a Dios que te ha hecho llegar a este sitio! Quédate conmigo para que yo pueda disfrutar contigo hasta mi muerte. Tú serás rey de esta región que comprende esta isla, sin límites. Estos monos son artesanos y te harán aquí cualquier cosa que les pidas» . Sayf al-Muluk replicó: « ¡Hermano! No podré detenerme en ningún sitio hasta haber conseguido mi deseo, aunque para ello tenga que recorrer el mundo pidiendo lo que deseo. Tal vez Dios me haga conseguir mi propósito o me lleve a un lugar en el que encuentre la muerte» . El muchacho se volvió hacia un mono, le hizo un signo y el animal se ausentó por un momento. Regresó acompañado por unos monos que llevaban atados pañuelos de seda a la cintura. Pusieron los manteles sobre los que colocaron cerca de cien platos de oro y plata que contenían toda clase de guisos. Los monos se quedaron de pie, tal y como acostumbran a hacer los servidores de los reyes cuando están ante éstos. El joven hizo gesto a los chambelanes para que se sentasen. Se sentaron quedando en pie únicamente aquellos que tenían costumbre de servir. Comieron hasta quedar hartos. Después quitaron los manteles y llevaron las

palanganas con aguamaniles de oro. Se lavaron las manos. Llevaron los vasos de bebida casi en número de cuarenta. Cada vaso contenía una clase de bebida. Bebieron, disfrutaron y se alegraron pasando un buen rato. Mientras comían los monos bailaban y jugaban. Sayf al-Muluk al ver todo esto quedó admirado y olvidó las desgracias que le habían ocurrido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al llegar la noche encendieron las velas y las colocaron en candelabros de oro y plata. Después llevaron las bandejas con fruta seca y del tiempo. Comieron. Al llegar la hora de acostarse, extendieron los tapices y durmieron. Al día siguiente por la mañana se levantó según tenía por costumbre, despertó a Sayf al-Muluk y le dijo: « Asoma tu cabeza por esa ventana y mira lo que sucede debajo» . Miró y vio que los monos habían ocupado toda la explanada y toda la tierra: sólo Dios (¡ensalzado sea!) era capaz de conocer el número de monos. Sayf al-Muluk dijo: « Estos monos son muy abundantes: llenan todo el terreno. ¿Por qué se han reunido ahora?» El muchacho le explicó: « Ésta es la costumbre que tienen ellos y todos los que hay en la isla. Algunos han hecho un viaje de dos o tres días para llegar. Acuden todos los sábados y permanecen aquí hasta que despierto de dormir y saco la cabeza por esta ventana. En cuanto me ven besan el suelo ante mí y se marchan a su trabajo» . Sacó la cabeza por la ventana, le vieron, besaron el suelo ante él y se marcharon. Sayf al-Muluk se quedó con el muchacho durante un mes entero. Después, se despidió y se marchó. El muchacho mandó a un grupo de monos, cerca de cien, que le acompañasen. Estuvieron al servicio de Sayf al-Muluk durante siete días, hasta que llegaron a los confines de la isla. Entonces se despidieron de él y regresaron a sus lares. El príncipe siguió el viaje solo a través de montes, colinas, campos y desiertos durante cuatro meses: un día pasaba hambre, otras andaba harto; un día comía hierbas y otros frutos de los árboles. Empezó a arrepentirse del disparate que había hecho al marcharse de junto al joven y estaba ya decidido a volver sobre sus pasos. Pero vio algo confuso, negro, que brillaba a lo lejos y se dijo: « ¿Será esto una aldea de negros? ¿Qué será? No regresaré hasta haber averiguado qué es ese bulto» . Al aproximarse vio que se trataba de un alcázar con edificios elevados. Lo había construido Jafet, hijo de Noé (¡sobre el cual sea la paz!). Era el castillo que menciona Dios (¡ensalzado sea!) en su noble libro al decir: « Un pozo abandonado y un palacio bien construido» . Sayf al-Muluk se sentó junto a la puerta del alcázar y se dijo: « ¡Ojalá supiera qué hay en el interior de este alcázar! ¿Qué rey habrá en él? ¿Quién me informará de la verdad? ¿Sus habitantes serán hombres o genios? Se sentó para meditar durante una hora, pero no encontró a nadie que entrara o

saliera. Se puso de pie, paseó, se confió a Dios y entró en el palacio. Encontró en el camino siete vestíbulos, pero no halló a nadie. Descubrió tres puertas a su derecha y una delante sobre la cual estaba corrida una cortina. Se adelantó hacia ésta, levantó la cortina con la mano, cruzó el dintel y se encontró en un gran pabellón recubierto por tapices de seda. En la testera del mismo había un trono de oro en el cual estaba sentada una joven cuyo rostro parecía la luna; vestía trajes regios y parecía una novia en la noche en que es entregada al marido. A los pies del trono había cuarenta manteles encima de los cuales se veían escudillas de oro y plata. Todas estaban repletas de exquisitos guisos. Sayf al-Muluk, al ver a la joven se aproximó a ella y la saludó. Ella le devolvió el saludo y le preguntó: « ¿Eres un ser humano o un genio?» « Soy un hombre escogido, puesto que soy un rey hijo de rey.» « ¿Qué quieres? Aquí tienes comida. Después me contarás tu historia desde el principio hasta el fin y cómo has llegado hasta este lugar.» Sayf al-Muluk se sentó en una mesa, quitó la tapadera de una escudilla y como estaba hambriento comió de aquellos guisos hasta quedar harto. Se lavó la mano, subió al trono y se sentó junto a la muchacha. Ésta le preguntó: « ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha hecho llegar hasta aquí?» Sayf al-Muluk le contestó: « Mi relato es largo» . « Dime de dónde vienes, cuál ha sido la causa de tu venida hasta aquí y qué deseas.» « Cuéntame tú —replicó el príncipe— qué haces aquí, cómo te llamas, quién te trajo y por qué estás sentada, sola, en este lugar.» La muchacha explicó: « Me llamo Dawlat Jatún y soy la hija del rey de la India. Mi padre habita la ciudad de Sarandib y posee el jardín más grande y más hermoso que hay en toda la India. En él hay una gran alberca. Cierto día, acompañada por mis esclavas, entré en el jardín; nos desnudamos, nos metimos en el agua y empezamos a jugar y a distraernos. Antes de que yo pudiera darme cuenta, algo parecido a una nube descendió; me arrebató de entre mis esclavas y se remontó conmigo volando entre cielo y tierra. Me decía: “¡Dawlat Jatún! No temas, tranquiliza tu corazón”, siguió volando durante un espacio de tiempo y me bajó en este alcázar. Inmediatamente después se transformó en un muchacho hermoso, guapo, joven y de limpios vestidos. Me preguntó: “¿Me conoces?” Contesté: “No, señor mío”. Explicó: “Yo soy el hijo del rey al-Azraq, rey de los genios. Mi padre habita la fortaleza de al-Qulzum y le acatan seiscientos mil genios, voladores y buceadores. Ha ocurrido lo siguiente: yo seguía mi camino y me dirigía a mis quehaceres. Entonces te vi, me enamoré de ti, descendí, te rapté de en medio de tus esclavas y te he traído a este alcázar, que está bien construido, y en el cual tengo mi morada y domicilio. Ni hombres ni genios podrán llegar jamás hasta él. Desde aquí a la India hay una distancia de ciento veinte años de camino. Puedes estar segura de que no volverás jamás a ver el país de tu padre y de tu madre. Quédate conmigo en este lugar, ten corazón y pensamiento tranquilos, pues yo te traeré todo lo que me pidas”. Después me abrazó, me besó…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la muchacha prosiguió: » …me besó] y repitió: "Quédate aquí. Nada temas". Me dejó sola, se ausentó un rato y regresó con estos manteles, tapices y alfombras. Viene todos los miércoles y al llegar come y bebe conmigo, me besa y me abraza, pero aún sigo siendo virgen, tal y como Dios (¡ensalzado sea!) me creó, pues él no me ha hecho nada. Mi padre se llama Tach al-Muluk y no tiene ninguna noticia mía ni ha hallado huella de mí. Ésta es mi historia. Cuéntame la tuya» . Sayf al-Muluk le dijo: « Mi relato es largo y temo que contándotelo pase el tiempo y nos sorprenda el *efrit*» . « Se ha marchado de mi lado un rato antes de tu llegada. No volverá hasta el miércoles. Siéntate, tranquilízate, no te inquietes y cuéntame todo lo que te ha ocurrido desde el principio hasta el fin.» « ¡Oír es obedecer!» , replicó Sayf al-Muluk y empezó a contar su historia desde el principio hasta el fin, hasta completarla. Al hablar de Badia al-Chamal los ojos de la joven se llenaron de lágrimas y lloró abundantemente. Exclamó: « ¡No pensaba esto de ti, Badia al-Chamal! ¡Cómo pasa el tiempo, Badia al-Chamal! Cómo no te acuerdas de mí y preguntas "¿Adonde fue mi hermana Dawlat Jatún?"» El llanto fue en aumento y empezó a lamentarse porque Badia al-Chamal no se acordaba de ella. Sayf al-Muluk dijo: « ¡Dawlat Jatún! ¿Eres un ser humano o un genio? ¿De dónde deduces que sea tu hermana?» « ¡Es mi hermana de leche! He aquí la causa: mi madre salió a pasear por el jardín. La sorprendieron los dolores del parto y me dio a luz al aire libre. La madre de Badia al-Chamal y el séquito de ésta se encontraban en el jardín. Los dolores del parto la sorprendieron y dio a luz en un extremo del jardín. Envió a mi madre una de sus esclavas para pedirle comida y lo que era necesario para una parturienta. Mi madre le envió lo que la había pedido y la invitó a sus habitaciones. Cogió a Badia al-Chamal y con ésta se acercó a mi madre, la cual amamantó a aquélla. Permanecieron con nosotros en el jardín durante dos meses, al cabo de los cuales se marcharon a su país. Entregó un objeto a mi madre diciéndola: "Si me necesitas acudiré ante ti en el centro del jardín". Badia al-Chamal y su madre venían todos los años a pasar una temporada con nosotros y después regresaban a su país. Si yo —¡oh, Sayf al-Muluk!— fuera mi madre y te viera en nuestro país mientras estuviéramos reunidos, según tenemos por costumbre, con nuestros huéspedes, me las ingeniaría para hacerte conseguir tu deseo. Pero ahora me encuentro en este lugar y no tienen noticias mías. ¡Si las tuvieran y supieran que estoy aquí! Son suficientemente poderosos para salvarme. Pero a Dios (¡ensalzado y gloriado sea!) incumbe el mandar. ¿Qué haré?» Sayf al-Muluk le dijo: « Ven, sígueme y huiremos hacia donde Dios (¡ensalzado sea!) quiera» . « ¡No podemos hacerlo!

Aunque recorriéramos la distancia de un año ese maldito nos alcanzaría en un instante y nos aniquilaría.» « Yo me esconderé en un sitio. Cuando pase cerca de mí le daré un mandoble con la espada y le mataré.» « ¡No podrás matarle a menos de que mates su alma!» « ¿Y dónde la tiene?» « Le he preguntado por ella muchas veces, pero no me ha dicho el lugar. Cierto día me ocurrió esto: se lo pregunté con insistencia, se enfadó conmigo y me dijo: "¡Cuánto me preguntas por mi alma! ¿Por qué preguntas por ella?" Le repliqué: "Hatim. Tú eres la única persona, excepción hecha de Dios, que tengo. Mientras me dure la vida estaré apegada a ti, pero si no conservo tu espíritu y lo coloco entre mis ojos ¿cómo podré vivir después de tu muerte? Si supiese dónde está tu alma la guardaría como si fuese mi ojo derecho". Entonces me explicó: "En el momento de mi nacimiento los astrólogos predijeron que mi alma sería muerta por un hijo de rey humano. Por ello la he cogido y la he colocado en el buche de un gorrión; a éste lo metí en una cajita, la cajita en un cajón, el cajón en el interior de siete cajas y las cajas debajo de una losa de mármol, junto al océano de esta región, pues está lejos del país de los hombres y ninguno de ellos puede llegar hasta él. Ya te lo he dicho. Pero no se lo cuentes a nadie, pues es un secreto que existe entre nosotros dos".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la muchacha prosiguió:] » …Yo le objeté: "¿Y a quién puedo contárselo si eres la única persona que llega aquí? ¡Por Dios que has metido tu alma en una grande y fuerte ciudadela a la que nadie puede llegar! ¿Cómo habrá de llegar hasta ella un hombre? Suponiendo lo que es imposible, que Dios haya decretado lo que han dicho los astrólogos. ¿Cómo podría llegar un hombre hasta ahí?" Dijo: "Tal vez sea uno que tenga en el dedo el anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Llegaría hasta allí, pondría la mano en que estuviera el anillo encima del agua y, a continuación, diría: "¡Por el poder de estos conjuros! ¡Que salga el alma de fulano!" El cajón saldría al acto, rompería todas las cajas, la gaveta, sacaría al gorrión de la cajita, le estrangularía y yo moriría"» . Sayf al-Muluk exclamó: « ¡El hijo del rey soy yo! ¡Éste es el anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!)!. ¡Está en mi dedo! ¡Vamos a la orilla del mar para ver si sus palabras son verdad o mentira!» Los dos se pusieron en marcha y llegaron a la orilla del mar. Dawlat Jatún se detuvo en la playa. Sayf al-Muluk se metió en el agua hasta que ésta le llegó a la cintura. Dijo: « ¡Por el poder de los conjuros y talismanes de este anillo! ¡Por el poder de Salomón (¡sobre el cual sea la paz!) que salga el alma de fulano, hijo del rey al-Azraq, el genio!» Las aguas se encresparon y surgió un cajón. Sayf al-Muluk lo cogió, lo golpeó con piedras y lo rompió. Hizo lo mismo

con las cajas y la gaveta; sacó de la cajita al gorrión y ambos regresaron al alcázar y se instalaron en el trono. De repente una polvareda horripilante, algo enorme apareció volando y gritando: « ¡Hijo del rey! ¡No me mates! ¡Consérvame la vida! ¡Haz que sea tu esclavo y yo te facilitaré tu propósito!» Dawlat Jatún dijo: « ¡El genio llega! ¡Mata al gorrión para que ese maldito no entre en el palacio, te lo arrebate y te mate a ti y después a mí!» El príncipe estranguló al gorrión. Éste murió y el genio cayó al suelo reducido a un montón de ceniza negra. Jatún exclamó: « ¡Nos hemos librado de las manos de ese maldito! ¿Qué haremos?» Sayf al-Muluk replicó: « ¡Pidamos auxilio a Dios (¡ensalzado sea!) que es quien nos ha puesto a prueba! Él nos ayudará a salvarnos y a salir de la situación en que nos encontramos» . El príncipe sacó de cuajo unas diez puertas del palacio. Éstas eran de sándalo y áloe con clavos de oro y plata. Cogió cordones de seda y brocado de los que allí habían, ató las puertas unas con otras y con el auxilio de Dawlat Jatún las llevó al mar, las metió en él y quedaron transformadas en una balsa que amarró a la orilla. Regresaron a palacio, cogieron los vasos de oro y plata, los aljófares, jacintos y metales preciosos y trasladaron todo lo que contenía el palacio, de poco peso y mucho valor. Lo colocaron en la balsa y embarcaron en ella confiándose a Dios (¡ensalzado sea!), Aquel que acoge y no defrauda a quien en Él confía. Utilizaron dos maderos como remos, rompieron amarras y dejaron que la balsa siguiera su camino en el mar. En esta situación navegaron durante cuatro meses hasta que se les terminaron los víveres y la angustia les hizo mella. Estaban afligidos y rogaron a Dios que les salvara de la situación en que se encontraban. Durante su ruta, Dawlat Jatún apoyaba su espalda contra Sayf al-Muluk mientras éste dormía; cuando él daba la vuelta, la espada estaba entre ambos. De este modo, una noche, mientras Sayf al-Muluk dormía y Dawlat Jatún velaba, la balsa bordeó un espolón de tierra y se metió en un puerto repleto de buques. La princesa observó las naves y oyó hablar a un hombre con el jefe de los capitanes de barco. Al oír la voz del arráez se dio cuenta de que se encontraba en el puerto de una ciudad, comprendió que habían llegado a la civilización. Se alegró muchísimo y despertó a Sayf al-Muluk diciendo: « Incorpórate y pregunta a ese arráez por el nombre de esta ciudad y de este puerto» . El príncipe, contento, se incorporó y le dijo: « ¡Hermano mío! ¿Cuál es el nombre de esta ciudad? ¿Cómo se llama este puerto? ¿Cuál es el nombre de su rey?» El arráez le replicó: « ¡Rostro de burlón! ¡Barba fría! Si no conoces ni el puerto ni la ciudad ¿cómo has podido llegar hasta aquí?» « Soy extranjero. Iba a bordo de un navío de comerciantes que naufragó. Se ahogaron todos sus tripulantes, pero yo conseguí subir a unos maderos y llegar hasta aquí. Te he hecho una pregunta y en ella nada hay de malo.» « Ésta es la ciudad de Amariyya y el puerto se llama Kamin al-Bahrayn.» Dawlat Jatún se alegró mucho al oír estas palabras y exclamó: « ¡Loado sea Dios!» Sayf al-Muluk le preguntó: « ¿Qué pasa?» « ¡Sayf

al-Muluk! ¡Albricias! ¡La buena noticia está próxima! El rey de esta ciudad es mi tío, el hermano de mi padre…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven prosiguió:] » …que se llama Alí al-Muluk. Di al arráez: "El sultán de esta ciudad, Alí al-Muluk ¿se encuentra bien?"» Se lo preguntó y el arráez le contestó indignado: « Tú dices: "¡Por vida mía! ¡Jamás he estado aquí! ¡Soy un extranjero!" ¿Quién, pues, te ha informado del nombre del dueño de la ciudad?» Dawlat Jatún se alegró. Conocía al arráez que se llamaba Muin al-Din, pues era uno de los capitanes de su padre. El capitán había salido en su busca en el momento de su desaparición y no encontrándola había seguido dando vueltas hasta llegar a la ciudad de su tío. La joven le dijo a Sayf al-Muluk: « Dile: "¡Muin al-Din! Ven y habla con tu señora"» . Le llamó y le dijo lo que le había indicado. El capitán se enfadó muchísimo al oír las palabras de Sayf al-Muluk y le dijo: « ¡Perro! ¿Quién eres? ¿Cómo me conoces? —y dirigiéndose a sus marineros les dijo—: ¡Traedme un bastón de fresno para que me acerque a ese hombre de mal agüero y le parta la cabeza!» Tomó el bastón se dirigió hacia Sayf al-Muluk y descubrió la balsa en la que vio cosas estupendas, maravillosas. Quedó perplejo. Aguzó la vista y vio a Dawlat Jatún que estaba sentada como si fuese un pedazo de luna. El capitán preguntó: « ¿Quién está contigo?» « Una muchacha que se llama Dawlat Jatún.» Al oír estas palabras el capitán cayó desmayado, pues al oír el nombre había reconocido a su señora, a la hija de su rey. Al volver en sí dejó la balsa y lo que contenía, se marchó a la ciudad, subió al alcázar del rey y pidió audiencia. El chambelán se presentó ante el rey y le dijo: « El capitán Muin te trae una buena noticia» . Le concedió permiso para entrar. Se presentó ante el rey, besó el suelo ante él y le dijo: « ¡Rey! ¡Tienes una buena noticia! Dawlat Jatún, la hija de tu hermano, ha llegado perfectamente a esta ciudad. Se encuentra en una balsa. La acompaña un joven semejante a la luna en la noche de plenilunio» . El rey se alegró muchísimo de oír noticias de su sobrina, dio un precioso traje de honor al arráez y mandó, al acto, que engalanasen la ciudad porque se había salvado la hija de su hermano. Mandó a buscarla y llegó acompañada de Sayf al-Muluk. El rey saludó a los dos y los felicitó por haberse salvado. Inmediatamente después envió un mensajero a su hermano para informarle de que su hija estaba con él. Tach al-Muluk, padre de Dawlat Jatún, reunió sus tropas, se puso en camino, llegó junto a su hermano Alí al-Muluk y se reunió a su hija Dawlat Jatún. Todos sintieron gran alegría. Tach al-Muluk permaneció una semana con su hermano. Después tomó consigo a su hija y a Sayf al-Muluk y emprendieron el viaje hasta llegar a la ciudad de Sarandib, capital del padre. Dawlat Jatún se reunió con su

madre y todos se pusieron contentos de que se hubiese salvado. Tuvieron lugar fiestas y así fue un día grande como no se había visto otro. El rey trató con honor a Sayf al-Muluk y le dijo: « ¡Sayf al-Muluk! Tú te has comportado bien conmigo y con mi hija. Yo no podría recompensarte por ello, pues sólo puede hacerlo el Señor de los mundos. Querría que ocupases el trono en mi lugar y que gobernases el país de la India. Te regalo mi reino, mi trono, mis tesoros, mis criados. Todo esto constituye el don que te hago» . Sayf al-Muluk se incorporó, besó el suelo ante el rey, le dio las gracias y le dijo: « ¡Rey del tiempo! Acepto todo lo que me has regalado y te lo devuelvo como regalo mío: Yo, rey del tiempo, no quiero ni reino ni poder. Sólo deseo que Dios (¡ensalzado sea!) me haga alcanzar mi propósito» . « ¡Sayf al-Muluk! Mis tesoros te pertenecen. Coge lo que desees sin consultarme. ¡Que Dios te pague, por mí, tanto bien!» « ¡Que Dios haga poderoso al rey! Ni las riquezas ni el poder contribuyen a satisfacer mi deseo. Pero ahora me gustaría visitar esta ciudad y ver sus calles y sus plazas.» Tach al-Muluk mandó que le llevasen un estupendo corcel. Le ofrecieron una yegua de noble raza ensillada y embridada. Montó, fue al zoco y cruzó las calles de la ciudad. Mientras miraba a derecha e izquierda descubrió a un muchacho que llevaba una capa y anunciaba venderla en almoneda por quince dinares. Contempló al joven y vio que se parecía a su hermano Said. Era él mismo; sólo había mudado algo el color por la larga ausencia y las fatigas del viaje. Pero no acabó de reconocerlo. Dijo a los que estaban a su alrededor: « ¡Traedme ese muchacho para que le interrogue!» Se lo acercaron y dijo: « ¡Detenedlo! ¡Llevadlo al alcázar en que me alojo! ¡Dejadle allí hasta que yo regrese de mi excursión!» Los esbirros entendieron que les decía: « ¡Detenedlo! ¡Llevadlo a la cárcel!» Se dijeron: « Tal vez éste sea uno de sus mamelucos que haya huido» . Lo detuvieron, lo condujeron a la prisión, le pusieron argollas y le dejaron sentado. Sayf al-Muluk regresó de la excursión y subió al alcázar, habiéndose olvidado ya de Said; nadie se lo recordó. Said se quedó en la cárcel. Cuando sacaron a los presos para los trabajos, el joven salió con ellos, trabajó junto a los cautivos y se ensució de mala manera. En esta situación permaneció durante un mes. Recordaba su pasado y se decía: « ¿Cuál será la causa de que me hayan encarcelado?» Sayf al-Muluk, entregado a los placeres y otras cosas se había descuidado de él. Cierto día, mientras estaba sentado, empezó a pensar en su hermano Said y preguntó a los mamelucos que estaban con él: « ¿Dónde está el mameluco que cogisteis tal día?» Contestaron: « ¿Es que no nos dijiste “Llevadlo a la cárcel”?» « No os dije esas palabras. Os dije: “Llevadlo al alcázar en que me alojo”» . Mandó a los chambelanes a que fuesen a buscar a Said. Le condujeron con los grillos. Le quitaron las cadenas y le colocaron ante Sayf al-Muluk. Éste le preguntó: « ¡Muchacho! ¿De qué país eres?» « Soy de Egipto y me llamo Said; soy hijo del visir Faris.» Sayf al-Muluk bajó del trono, se dirigió hacia él, se arrojó en sus brazos, se colgó de su cuello y de tanta alegría como

experimentaba rompió a llorar copiosamente. Le dijo: «¡Hermano Said! ¡Gracias a Dios! ¡Estás vivo y te veo! Yo soy tu hermano Sayf al-Muluk, hijo del rey Asim». Al oír estas palabras y reconocerle, ambos se abrazaron y lloraron conjuntamente. Todos los presentes quedaron admirados. Sayf al-Muluk ordenó que acompañasen al baño a Said. Le condujeron al baño. Al salir de éste le pusieron un vestido precioso y lo condujeron a la audiencia de Sayf al-Muluk. Éste le hizo sentar a su lado en el solio. El rey Tach al-Muluk se alegró muchísimo al enterarse de la reunión del príncipe con su hermano Said. Acudió y los tres se sentaron para contarse lo que les había sucedido desde el principio hasta el fin.

Said explicó: «¡Hermano, Sayf al-Muluk! Al naufragar la embarcación y ahogarse los mamelucos yo, con un grupo de éstos, conseguí encaramarme a un madero. El mar nos arrastró durante todo un mes y después, el viento, por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!) nos arrojó a una isla. Hambrientos, pusimos pie en ella, nos internamos entre los árboles, comimos sus frutos y sólo nos preocupamos de alimentarnos sin darnos cuenta de que se nos acercaban gentes que parecían *efrites*. Saltaron sobre nosotros, montaron encima de nuestros hombros y nos dijeron: "¡Llevadnos! ¡Sois nuestros asnos!" Yo pregunté al que me montaba: "¿Qué eres? ¿Por qué has montado en mí?" Al oír estas palabras estrechó mi cuello con su pierna y estuve a punto de morir; con el otro pie me golpeó en la espalda y creí que me la iba a destrozar. Caí de bruces en el suelo. A causa del hambre y de la sed no tenía fuerzas. Al caer se dio cuenta de que yo estaba hambriento. Me cogió por la mano y me condujo hasta un peral que tenía numerosos frutos. Me dijo: "Come de este árbol hasta hartarte". Comí hasta la saciedad y me puse en marcha sin poderlo evitar. Poco es lo que anduve, pues aquella persona se plantó de un salto encima de mis hombros. Yo corría a trechos, a ratos andaba y trotaba. Él seguía a horcajadas y decía: "¡Jamás en mi vida he visto un asno como tú!" Cierto día reunimos algunos racimos de uva, los colocamos en un hoyo, los prensamos con nuestros pies. El hoyo se transformó en una gran alberca. Esperamos algún tiempo y regresamos al hoyo. El sol había tocado de lleno en el zumo, el cual se había transformado en vino. Bebimos, nos embriagamos, nuestras caras se sonrojaron y empezamos a cantar y a bailar debido a los efectos del vino. Preguntaron: "¿Qué es lo que os ha sonrojado la cara haciéndoos cantar y bailar?" Contestamos: "¡Es el zumo de uva!" Nos condujeron a un valle del cual no pudimos distinguir ni la anchura ni la longitud. Todo él estaba repleto de vides: era imposible ver la primera o la última. Cada racimo pesaba veinte *ratl* y todos eran fáciles de vendimiar. Allí vi un hoyo grande, mayor que un gran estanque. Lo llenamos de uva, la prensamos con los pies e hicimos lo mismo que habíamos hecho la primera vez y se transformó en vino. Les dijimos: "¡Está a punto! ¿Con qué lo beberéis?" "Hemos tenido unos asnos como vosotros, pero nos los comimos. Guardamos las cabezas. Dadnos de beber en su cráneo." Les escanciamos. Bebieron y se quedaron dormidos. Eran

cerca de doscientos. Nos dijimos unos a otros: "¡No les basta con montarnos que aún han de comernos! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Los embriagaremos por completo, los mataremos, quedaremos libres de ellos y nos salvaremos de su mano". Los despertamos y empezamos a llenarles las calaveras y a escanciarles. Decían: "¡Es amargo!" Les replicábamos: "¿Por qué decís 'Es amargo'? Quien dice esto y no bebe diez veces muere en el mismo día". Temieron morir y nos dijeron: "¡Escanciad hasta que hayamos bebido diez veces!" Cuando terminaron de beber dicha cantidad estaban ya tan borrachos que las fuerzas les faltaron. Los arrastramos tirándoles de la mano, reunimos madera de vid en gran cantidad, la colocamos encima y alrededor suyo y le prendimos fuego. Nos colocamos a lo lejos para ver lo que les pasaba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y dos* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Said prosiguió:] Extinguido el fuego nos acercamos y vimos que se habían transformado en montones de ceniza. Alabé a Dios que nos había librado de ellos y salimos del interior de la isla en busca de la costa del mar. Allí nos separamos. Yo me puse en marcha con dos mamelucos y así llegamos a un gran bosque, muy poblado de árboles. Mientras estábamos comiendo se nos acercó una persona de elevada estatura, de larga barba, orejas colgantes y ojos que parecían tizones encendidos. Llevaba por delante un rebaño numeroso al que apacentaba. Cerca de él había otros grupos de seres del mismo aspecto. Al vernos se alegró, nos hizo los saludos de rigor, nos acogió y dijo: "¡Sed bien venidos! Venid conmigo. Degollaré una de las ovejas de este rebaño, la asaré y os la daré a comer". Le preguntamos: "¿Dónde está tu domicilio?" "Cerca de ese monte. Id en aquella dirección hasta encontrar una cueva y entrad. En su interior hallaréis muchos huéspedes como vosotros. Id y quedaos con ellos para que os preparemos la hospitalidad." Creímos que sus palabras eran ciertas y nos marchamos hacia allí. Entramos en ella y vimos los huéspedes que esperaban: todos estaban ciegos. Cuando entramos uno de ellos decía: "Yo estoy enfermo". Otro añadía: "Y yo me encuentro débil". Les preguntamos: "¿Cómo decís eso? ¿Cuál es la causa de vuestra debilidad y de vuestra enfermedad?" Replicaron: "¿Quiénes sois?" "¡Somos los huéspedes!" "¿Cómo habéis caído en las manos de ese maldito? ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Este ogro come a los seres humanos y es quien nos ha cegado, pues quiere devorarnos." Les preguntamos: "El ogro ¿cómo os ha cegado?" "Ahora mismo os cegará a vosotros igual que hizo con nosotros." "¿Cómo lo hará?" "Os ofrecerá vasos de leche y os dirá: 'Estáis cansados del viaje. Tomad esta leche, bebedla'. Una vez la hayáis bebido estaréis como

nosotros.” Yo me dije: “Sólo podemos salvarnos con una estratagema”. Cavé un hoyo en el suelo y me senté encima. Al cabo de un momento entró el maldito ogro trayéndonos los vasos de leche. Me entregó un vaso y dio uno a cada uno de mis compañeros. Dijo: “Habéis venido por tierra y estáis sedientos. Tomad esta leche. Bebed mientras aso la carne”. Yo cogí el vaso y me lo acerqué a la boca, pero lo vacié en el hoyo gritando: “¡Ah! ¡He perdido los ojos! ¡Me he quedado ciego!” Tapé los ojos con las manos y me puse a llorar y a gritar mientras el ogro reía y me decía: “¡No temas!” Mis dos compañeros bebieron la leche y quedaron ciegos. El maldito se levantó al instante, cerró la puerta de la cueva, se acercó a mí, palpó mis costados y reconoció que estaba delgado, que no tenía nada de carne. Palpó a otro, vio que estaba grueso y se alegró. Degolló tres ovejas, las despellejó, tomó el asador de hierro, colocó en él la carne, lo colocó sobre el fuego y lo asó. Se la ofreció a mis dos compañeros. Comieron y él los acompañó. Después sacó un odre lleno de vino, bebió, se puso a dormir cabeza abajo y empezó a roncar. Me dije: “Ahora está sumergido en el sueño ¿cómo lo mataré?” Me acordé de los asadores, cogí dos de ellos, los coloqué al fuego y esperé hasta que estuvieron como una brasa. Me puse de pie, me estreché el cinturón y me puse en marcha. Cogí los dos asadores de hierro con la mano, me acerqué al maldito, se los metí en los ojos y me apoyé con toda mi fuerza. Incitado por los deseos de vivir se puso de pie y ciego como estaba quiso agarrarme. Yo huí por el interior de la cueva mientras él me perseguía. Pregunté a los ciegos que estaban allí: “¿Qué hay que hacer con este maldito?” Uno me contestó: “¡Said! ¡Ven! ¡Sube a esta ventana! Encontrarás una espada bien afilada. Cógela y ven a mi lado para que te diga lo que has de hacer”. Subí a la ventana, cogí la espada y me acerqué al hombre. Dijo: “Cógela bien y golpéale en la cintura: morirá en el acto”. Me acerqué hacia él, corrí en pos suyo. El ogro estaba cansado de tanto correr y se acercó a los ciegos para matarlos. Yo me aproximé, le di un mandoble en la cintura y quedó partido en dos mitades. Chilló y dijo: “¡Hombre! ¡Si quieres matarme dame otro golpe!” Me disponía a darle el segundo mandoble cuando aquel que me había indicado dónde estaba la espada gritó: “¡No se lo des! ¡No moriría! ¡Al contrario, volvería a la vida y nos mataría!”

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Said prosiguió] » Yo me atuve a las instrucciones que me daba y no le volví a herir. El maldito expiró. El hombre en cuestión me dijo: “Ven, abre la cueva y déjanos salir. Tal vez Dios nos auxilie y podamos descansar de este lugar”. Repliqué: “No nos puede ocurrir ningún daño. Descansemos aquí, degollemos unas ovejas y bebamos ese vino, pues la tierra es

larga”. Permanecimos en aquel sitio durante dos meses. Comíamos las ovejas y los frutos.

» Cierto día, mientras estábamos sentados a la orilla del mar, vimos a lo lejos una gran nave. Hicimos señales y llamamos a sus tripulantes. Pero éstos tenían miedo al ogro, pues sabían que en la isla había un monstruo que devoraba a los hijos de Adán, por lo cual emprendieron la huida. Nosotros hicimos más señales con la extremidad de nuestro turbante y nos aproximamos más a ellos chillando. Uno de los viajeros que tenía la vista muy aguda dijo: “¡Viajeros! ¡Veo que ésas son figuras de hombres como nosotros! ¡No tienen aspecto de ogros!” Se fueron aproximando poco a poco hasta llegar cerca. Cuando se convencieron de que éramos seres humanos nos saludaron y les devolvimos el saludo. Nos felicitaron y nos dieron las gracias por haber matado al maldito ogro. Recogieron fruta de la isla como vituallas. Subimos a bordo y navegamos con ellos. El viento nos fue favorable durante tres días, al cabo de los cuales se levantó un aire huracanado y las tinieblas cubrieron la atmósfera. Al cabo de una hora el temporal había arrastrado a la nave estrellándola en un monte. El buque se hizo añicos y sus tablones se separaron. Dios, el Grande, dispuso que yo pudiera colgarme de uno de sus palos y montar encima a horcajadas. Durante dos días fui arrastrado. Después se levantó un viento favorable y empecé a utilizar mis pies como remos durante una hora hasta que Dios (¡ensalzado sea!) me hizo llegar salvo a tierra. Así entré en esta ciudad en la que era un extraño, solo, aislado, sin saber qué hacer. El hambre me había descompuesto y yo había hecho un gran esfuerzo. Me llegué al zoco, me tapé como pude y quitándome esta túnica me dije: “La venderé y comeré con lo que me den hasta que Dios decrete lo que ha de suceder”. Después, hermano, cogí la túnica con las manos. La gente la examinó y fue pujando hasta el momento que tú llegaste, me viste y mandaste que me condujeran al alcázar. Pero los pajes me detuvieron y me encarcelaron. Después de un tiempo te acordaste de mí y me mandaste comparecer. Te he explicado lo que me ha sucedido. ¡Loado sea Dios que nos ha reunido!»

Sayf al-Muluk y Tach al-Muluk, padre de Dawlat Jatún, quedaron muy admirados del relato que acababan de oír al visir Said. Tach al-Muluk, padre de Dawlat Jatún, preparó un hermoso departamento para Sayf al-Muluk y su hermano Said. Dawlat Jatún acudía a visitar a Sayf al-Muluk, conversaba con éste y le daba las gracias por sus favores. El visir Said le dijo: « ¡Oh, reina! Queremos que nos auxilies a conseguir su deseo» . « Sí; me apresuraré a ayudarle para que consiga lo que apetece, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere.» Volviéndose hacia Sayf al-Muluk le dijo: « ¡Tranquilízate y refresca tus ojos!» Esto es lo que se refiere a Sayf al-Muluky a su visir Said.

He aquí lo que hace referencia a la reina Badia al-Chamal: Ésta recibió noticias del regreso junto a su padre y a su reino de su hermana Dawlat Jatún y dijo: « He de ir sin falta a visitarla y a saludarla. Iré magníficamente arreglada

con joyas y brazaletes» . Fue a verla y cuando estaba cerca de la residencia de Dawlat Jatún, ésta salió a recibirla, la saludó, la abrazó y la besó entre los ojos. La reina Badia al-Chamal le dio la enhorabuena por haberse salvado y ambas se sentaron a conversar. Badia al-Chamal preguntó a Dawlat Jatún: « ¿Qué te ha ocurrido durante la ausencia?» « ¡Hermana mía! ¡No me preguntes por lo ocurrido! ¡Cuántas desgracias han de soportar las criaturas!» « ¿Y cómo ha sido?» La princesa empezó a contar: « ¡Hermana mía! Yo me encontraba en aquel formidable alcázar y de él me raptó el hijo del rey al-Azraq» . A continuación le explicó todo el resto de la historia desde el principio hasta el fin; habló de Sayf al-Muluk, lo que le ocurrió a éste en el alcázar y las muchas fatigas y miedos que había pasado hasta llegar al castillo al-Musayyad; cómo el príncipe había dado muerte al hijo del rey al-Azraq, cómo había arrancado las puertas de cuajo y con ellas había construido una balsa; cómo había fabricado unos remos y cómo había llegado hasta allí. La reina Badia al-Chamal quedó boquiabierta. A continuación añadió: « ¡Por Dios, hermana mía! ¡Ésta es una de las cosas más prodigiosas!» « Querría contarte una historia, pero la vergüenza me impide hacerlo.» Badia al-Chamal preguntó: « ¿De dónde viene la vergüenza? Tú eres mi hermana y compañera. Entre nosotras dos hay mucho afecto y yo sé que tú sólo me quieres bien. ¿Por qué te has de avergonzar ante mí? Dime lo que tengas que decir y no te avergüences ni me ocultes nada» . Dawlat Jatún explicó: « Él vio tu retrato en la túnica que tu padre había enviado a Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!). Éste, sin abrirla ni ver lo que contenía, se la remitió al rey Asim b. Safwán, rey de Egipto, como uno más de los regalos que le enviaba. El rey Asim, sin abrirla, se la regaló a su hijo Sayf al-Muluk. Éste la cogió, la desdobló y estaba a punto de ponérsela cuando vio tu imagen, se enamoró de ella, salió en tu busca y le acontecieron todas esas calamidades por tu causa» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Badia al-Chamal se sonrojó y se avergonzó delante de Dawlat Jatún. Exclamó: « ¡Esto no ocurrirá jamás! ¡Los hombres no concuerdan con los genios!» Dawlat Jatún empezó a describirle el buen aspecto, la magnífica figura y la caballerosidad de Sayf al-Muluk; le alabó sin tregua y le citó todas sus cualidades hasta que dijo: « ¡Hermana mía! ¡Por Dios (¡ensalzado sea!) y por mí! ¡Ven! ¡Habla con él! ¡Dile una sola palabra!» « ¡No he oído las palabras que acabas de pronunciar! ¡No te haré caso!» Badia al-Chamal hablaba como si nada hubiese oído, como si no hubiese hecho mella en su corazón la pasión de Sayf al-Muluk, su buen aspecto, la magnífica figura y su caballerosidad. Dawlat Jatún se humilló ante ella y le besó los pies diciéndole: « ¡Badia al-Chamal! ¡Por la leche de la que nos hemos amamantado las dos!

¡Por la figura grabada en el anillo de Salomón (¡sobre el cual sea la paz!), escucha estas palabras mías! En el alcázar al-Musayyad le he prometido que conseguiría que viera tu rostro. ¡Te conjuro, por Dios, a que se lo muestres, aunque sea una sola vez y para complacerme! Tú le mirarás a tu vez» . Lloró, se rebajó y le besó las manos y los pies hasta que accedió diciendo: « ¡Por ti le mostraré mi cara una sola vez!» El corazón de Dawlat Jatún se tranquilizó; besó las manos y los pies de Badia al-Chamal y se marchó. Se dirigió al alcázar principal, en el que estaba el jardín, y mandó a las esclavas que lo cubriesen de tapices y pusiesen en él un solio de oro; que colocasen, alineados, vasos con bebidas. A continuación fue a ver a Sayf al-Muluk y al visir Said. Ambos estaban sentados en su puesto. Dio al príncipe la buena noticia de que había conseguido su propósito y alcanzado su deseo. Le dijo: « Tú y tu hermano id al jardín, entrad y ocultaos a la vista de la gente de tal modo que ninguno de los que están en el alcázar os pueda ver. Yo acudiré a vuestro lado con Badia al-Chamal» . Sayf al-Muluk y Said fueron al lugar que les había indicado Dawlat Jatún. Al entrar hallaron un estrado de oro sobre el cual estaban alineados cojines. También había comida y bebidas. Se sentaron un rato y a Sayf al-Muluk, al recordar a su amada, se le oprimió el pecho y las olas de la pasión y del deseo le acometieron. Se puso en pie, echó a andar y salió del vestíbulo del alcázar. Said, su hermano, le siguió, pero el príncipe le dijo: « ¡Hermano mío! Siéntate en tu sitio y no me sigas hasta que yo haya regresado» . Said se sentó. Sayf al-Muluk bajó al jardín, se internó en él ebrio del vino de la pasión, absorto por el mucho amor y los celos. El deseo le había vencido y el cariño le había conmovido. Recitó estos versos:

¡Oh, Badia al-Chamal! ¡Sólo te tengo a ti! ¡Ten compasión de mí que soy prisionero de tu amor!
Tú eres mi deseo, el objeto de mi atención y de mi alegría. Mi corazón no desea querer a nadie más.
¡Ojalá supiera si tú estás enterada de mi llanto! Paso todo lo largo de la noche insomne, con los ojos anegados en llanto.
¡Ordena al sueño que visite mis párpados! Tal vez así, en sueños, te vea.
¡Ten compasión, en el amor, de un enamorado! ¡Sálvale de los sobresaltos de tu dureza!
¡Ojalá Dios aumente tu belleza y tu alegría y todos tus enemigos puedan servirte de rescate!
Todos los amantes se han reunido bajo mi bandera y todas las hermosas bajo la tuya.

Siguió llorando y recitó este par de versos:

La hermosa sin par será siempre objeto de mi deseo, puesto que

constituye mi secreto en lo más íntimo del corazón.
Si hablo, hablo de su belleza; si callo, ella constituye mi pensamiento.

Continuó llorando a lágrima viva y recitó además estos versos:

En mi corazón hay una llama que lo abrasa. Vos constituís mi deseo y la pasión se prolonga.
Me inclino hacia vos; a nadie más pretendo. Espero vuestro consentimiento. ¡Cuántas cosas soporta el amante!
Todo a fin de que tengáis compasión de una persona cuyo cuerpo está extenuado por el amor, cuyo corazón está enfermo.
¡Tened piedad! ¡Sed generosos! ¡Haced bien! ¡Sed virtuosos! Yo no me marcho de vuestro lado ni me aparto.

Siguió llorando y recitó también este par de versos:

Al llegar tu amor me asaltaron las preocupaciones; el sueño me ha abandonado al mismo tiempo que llegaba la dureza de tu corazón.
El mensajero me ha dicho que tú estabas enfadada. ¡Que Dios me guarde del mal que se ha anunciado!

Said, cansado de esperarlo, salió del alcázar y fue a buscarlo por el jardín. Le vio andando desorientado mientras recitaba:

¡Por Dios! ¡Por Dios el Grande! ¡Por Aquel que recita en el Corán la azora del Creador!
Apenas mi mirada ha visto la belleza de quien veo y ya tu persona, ¡oh, Badia!, es mi compañera por la noche.

Said se reunió con su hermano Sayf al-Muluk y ambos empezaron a pasear por el jardín y a comer de sus frutos. Esto es lo que hace referencia a Said y a Sayf al-Muluk.

He aquí lo que se refiere a Dawlat Jatún. Ésta y Badia al-Chamal llegaron al alcázar y entraron. Los criados lo habían ya arreglado con toda clase de ornamentos y habían hecho todo lo que les había mandado Dawlat Jatún: habían preparado un solio de oro para que Badia al-Chamal se sentase en él. Ésta, al descubrir el estrado, se sentó. Al lado había una ventana que daba al jardín. Los criados sirvieron los guisos más exquisitos. Las dos mujeres comieron. Dawlat Jatún le preparó los bocados hasta dejarla satisfecha. Pidieron toda suerte de dulces. Los criados los sirvieron y comieron los que les parecieron suficientes. Se

lavaron las manos, prepararon las bebidas, los vasos de vino, los aguamaniles y las copas. Dawlat Jatún servía y escanciaba a Badia al-Chamal. Llenaron las copas y bebieron las dos. Badia al-Chamal miró al jardín por la ventana que tenía al lado: contempló los frutos y las ramas. Pero observaba en la dirección en que estaba Sayf al-Muluk. Vio que éste paseaba por el jardín seguido por el visir Said; oyó cómo el primero recitaba versos y distinguió las lágrimas que corrían a mares. Aquella mirada le iba a causar mil pesares.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el vino la había embriagado. Volviéndose a Dawlat Jatún le dijo: « ¡Hermana mía! ¿Quién es ese joven que he visto en el jardín? Está perplejo, turbado, triste y afligido» . « ¿Permites que venga aquí? Así lo veremos.» « Si puedes hacerle venir, hazlo.» Dawlat Jatún le llamó: « ¡Hijo del rey! ¡Sube a nuestro lado! ¡Tráenos tu belleza y tu hermosura!» Sayf al-Muluk reconoció la voz de Dawlat Jatún. Subió al alcázar. Sus ojos se posaron en Badia al-Chamal y cayó desmayado. Dawlat Jatún le roció con agua de rosas. Volvió en sí y se puso de pie, besó el suelo ante Badia al-Chamal y ésta quedó estupefacta ante tal belleza y hermosura. Dawlat Jatún dijo: « ¡Sabe, oh reina! que éste es Sayf al-Muluk, aquel que me ha salvado por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!). A él le han ocurrido toda suerte de desgracias por tu causa. Deseo que le concedas tu favor» . Badia al-Chamal rompió a reír y dijo: « ¿Qué hombre hay que respete los pactos? Los hombres no pueden sentir cariño. ¿Cómo los va a respetar este joven?» Sayf al-Muluk intervino: « ¡Oh, reina! ¡Jamás faltaré a la fidelidad! ¡Todas las criaturas no son iguales!» Rompió a llorar delante de ella y recitó estos versos:

¡Badia al-Chamal! Ten piedad de un espectro extenuado y afligido, a causa de una mirada embrujadora, enloquecedora.
¡Por las bellezas que reúnen tus mejillas, el blanco y el rojo oscuro de las anémonas.
No te ensañes abandonando a un enfermo: mi cuerpo está marchito por la larga separación!
Tal es mi deseo, tal es el término de mi esperanza: mi propósito consiste en unirme a ti según la medida de mis posibilidades.

Rompió a llorar desesperadamente, la pasión y el desvarío se adueñaron de él y la saludó con estos versos:

Os saluda un amante locamente enamorado. Los generosos se portan bien

con los generosos.

¡Os saludo! ¡Que jamás me falte vuestra imagen! ¡Que ninguna reunión, que ningún lugar de reposo quede privado de vos!

Estoy celoso de vos y sólo pronuncio vuestro nombre. El amante se inclina siempre por el amante.

No dejéis de conceder vuestros favores a aquel que os ama. El descontento le aparta, está afligido.

Contemplo los astros brillantes y éstos me impresionan. Mi coche transcurre lentamente a causa de mi gran pasión.

He perdido la paciencia y no sé qué hacer ¿qué palabras he de pronunciar para pedir amor?

En el momento del enfado, recibid la paz de Dios; os saluda quien no sabe qué hacer pero tiene paciencia.

Era tan grande su afecto y su pasión que recitó también estos otros versos:

¡Señores míos! Si me propusiera otro amor que no fuera el vuestro no conseguiría que me concedierais mi deseo y lo que apetezco.

¿Quién, dejándoos aparte, posee la belleza para que yo pueda dirigirme hacia él?

¡Jamás podré consolarme del amor! Por vos he aniquilado mi vida y mi último aliento.

Al terminar los versos lloró amargamente. Badia al-Chamal le habló: « ¡Hijo del rey! Temo que de acceder a todo no conseguiré ni tu afecto ni tu amor. Parece que el bien que hacen los hombres es poco y que sus engaños son muchos. Sabe que el señor Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!), se unió con Bilquis por amor, pero después, habiendo visto otra mujer más hermosa, se apartó de ella» . Sayf al-Muluk le replicó: « ¡Ojos míos! ¡Alma mía! Dios no ha creado a todos los hombres iguales. Yo, si Dios quiere, cumpliré mi promesa y-moriré a tus pies. Verás lo que hago para mantener en pie lo que digo. ¡Dios sale garante de lo dicho!» Badia al-Chamal replicó: « ¡Siéntate y tranquilízate! ¡Júrame por tu religión que pactamos que ninguno de nosotros traicionará al otro! Dios (¡ensalzado sea!) castigará al que traicione» . Sayf al-Muluk, al oír estas palabras, se sentó. Cada uno entregó la mano a su compañero y juraron que ninguno de ellos buscaría otro compañero ni entre los genios ni entre los hombres. A continuación permanecieron abrazados durante una hora y rompieron a llorar por la mucha alegría que experimentaban. La pasión se enseñoreó de Sayf al-Muluk, el cual recitó estos versos:

Lloro de amor, de pasión y de angustia a causa de aquel que aman mi corazón y mi alma.

Vuestra larga separación ha aumentado mis dolores. Mi brazo es incapaz de aproximarme a quien amo.

Mi tristeza, por aquello que ya no puede soportar mi paciencia, ha aclarado a los censores parte de mi llaga.

Mi paciencia es bien poca después de haber sido mucha; no tengo fuerza para arreglarlo.

¡Ojalá supiera si Dios me reunirá con mi deseo y si mi pena curará de los dolores y la enfermedad!

Una vez hubieron jurado Badia al-Chamal y Sayf al-Muluk, éste se puso en pie y echó a andar. Lo mismo hizo aquélla. Le acompañaba una esclava que llevaba algo de comida y también una botella repleta de vino. Badia al-Chamal se sentó. La esclava colocó delante la comida y el vino. Un instante después llegaba Sayf al-Muluk. La joven le acogió bien, le saludó, se abrazaron y se sentaron…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [se sentaron]… a cenar y a beber. Badia al-Chamal refirió: « ¡Hijo del rey! Cuando entres en el jardín de Iram verás levantada una tienda enorme de raso rojo; su interior será de seda verde. Entra en la tienda y fortifica tu corazón. Verás una vieja sentada en un trono de oro rojo incrustado de perlas y aljófares. Pasa y salúdala con corrección y respeto. Mira en la dirección del trono; debajo encontrarás unas sandalias tejidas con varitas de oro incrustadas de metales. Coge esas sandalias, bésalas y colócalas encima de la cabeza. Después, colócalas debajo del hombro derecho y plántate, sin pronunciar una palabra, ante la vieja. Mantén gacha la cabeza. Permanecerás callado, si ella te interroga y te pregunta: "¿De dónde vienes? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién te ha enseñado este lugar? ¿Por qué has cogido estas sandalias?" Pero cuando entre esta esclava mía, hablarás con ella, la tratarás con miramientos y halagarás sus entendederas con palabras. Quizá, Dios (¡ensalzado sea!) haga que su corazón tenga piedad de ti y te conceda lo que deseas» . A continuación llamó a la joven, que se llamaba Marchana, y le dijo: « ¡Por la estima en que te tengo! Haz esto hoy mismo y no me traiciones. Si así haces, hoy quedas libre ante la faz de Dios (¡ensalzado sea!) y recibirás toda suerte de favores; tú serás la persona que más estime y sólo a ti explicaré mis secretos» . Le replicó: « ¡Señora mía! ¡Luz de mis ojos! Dime qué es lo que necesitas para que pueda hacerlo: está sobre mi cabeza y mis ojos» .

« Transporta, sobre tus hombros, a este ser humano y condúcelo al jardín de Iram, junto a mi abuela, la madre de mi padre; llévalo a su tienda y obsérvalo: Cuando tú y él hayáis entrado en la tienda y hayas visto que él ha cogido las sandalias, se ha puesto a su servicio y que ella le pregunta: "¿De dónde procedes?, ¿por qué camino has venido?, ¿quién te ha traído hasta este lugar?, ¿por qué has cogido estas sandalias?, dime qué es lo que necesitas para que pueda concedértelo", tú entrarás, rápida, en ese momento, la saludarás y le dirás: "¡Señora mía! Yo lo he traído aquí. Es el hijo del rey de Egipto; es quien ha ido al alcázar al-Musayyad y ha dado muerte al hijo del rey al-Azraq salvando a la reina Dawlat Jatún y devolviéndosela, sana y salva, a su padre. Lo he traído ante ti para que te informe y te dé la buena nueva de su salvación y que tú le concedas regalos". A continuación añade: "¡Te conjuro, por Dios, señora mía! ¿El muchacho es hermoso?" Ella contestará: "Sí". Dile: "Es un hombre serio, valiente y de honor; es dueño y rey de Egipto y encierra en sí toda clase de cualidades loables". Cuando te pregunte: "¿Qué desea?", contesta: "Mi señora Badia al-Chamal te saluda y te pregunta hasta cuándo permanecerá en casa soltera, sin contraer matrimonio. El tiempo va pasando. ¿Qué os proponéis al dejarla sin casar? ¿Por qué no la casas aún en vida y en vida de su madre, tal y como se hace con las hijas?" Si te pregunta: "¿Y cómo lo haremos? Si ella conociera a alguien o alguien le pasase por el pensamiento y nos lo hiciera saber, nosotros consentiríamos con su deseo, mientras estuviese en el límite de lo posible". Entonces dile: "Señora mía, tu hija te dice: 'Quisisteis casarme con Salomón (¡sobre el cual sea la paz!), y dibujasteis mi retrato en la túnica. Pero yo no le correspondía. Envió la túnica al rey de Egipto. Éste se la entregó a su hijo, el cual me vio bordada allí y se enamoró de mí. Abandonó el reino de su padre y de su madre, se separó del mundo y de sus cosas y se marchó en busca de su destino. Por mí ha pasado los mayores peligros y daños'".»

La joven se cargó a Sayf al-Muluk y le dijo: « ¡Cierra los ojos!» Cerró los ojos, ella remontó el vuelo por el aire y al cabo de un rato le dijo: « ¡Hijo del rey! ¡Abre los ojos!» Los abrió y se encontró en un jardín: era el jardín de Iram. Marchana, la esclava, añadió: « ¡Sayf al-Muluk! Entra en esta tienda» . El príncipe mencionó los nombres de Dios, cruzó la puerta, aguzó la vista y vio a la vieja sentada en el trono; las criadas estaban a su servicio. Se acercó a ella con corrección y respeto; tomó las sandalias, las besó e hizo lo que le había dicho Badia al-Chamal. La vieja le preguntó: « ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿De qué país eres? ¿Quién te ha traído hasta este lugar? ¿Por qué has cogido y besado estas sandalias? ¿Cuándo me has manifestado un deseo que yo no haya cumplido?» En ese momento entró la joven Marchana. Saludó a la vieja con corrección y respeto y dijo lo que le había ordenado Badia al-Chamal. La vieja, al oír estas palabras, la riñó y se enfadó con ella, increpándola: « ¿Cómo pueden estar de acuerdo hombres y genios?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Sayf al-Muluk intervino: « Yo estaré siempre de acuerdo contigo, seré tu paje y moriré por amor tuyo; observaré mi pacto y no miraré más que a ti: verás cómo digo la verdad y no miento; observarás mi buena conducta contigo, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» . La vieja meditó durante una hora con la cabeza baja y dijo: « ¡Hermoso muchacho! ¿Guardarás el pacto y la promesa?» « ¡Sí! ¡Lo juro por Quien ha levantado los cielos y ha extendido la tierra: observaré el pacto!» La vieja añadió: « Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, he de acceder a tu deseo. Ve ahora mismo al jardín, observa lo que hay en él, come sus frutos sin par, pues en el mundo no se encuentran otros iguales, hasta que yo haya mandado a buscar a mi hijo Sahyal. Éste acudirá, hablaré con él del asunto y si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, sólo saldrá bien, pues él no me contraría ni se aparta de mis órdenes. Te casaré con su hija Badia al-Chamal. Puedes estar tranquilo: ella será tu esposa, Sayf al-Muluk» . Al oír tales palabras, éste le dio las gracias, le besó las manos y los pies y la dejó para dirigirse al jardín. La vieja se volvió hacia la joven y le dijo: « Ve a buscar a mi hijo Sahyal, fíjate en qué región o lugar está y haz que comparezca ante mí» . La joven se marchó, buscó al rey Sahyal, se reunió con él y le hizo acudir ante su madre. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Sayf al-Muluk: salió a pasear por el jardín y le vieron cinco genios, súbditos del rey al-Azraq, que se preguntaron: « ¿Quién es éste? ¿Quién le habrá traído hasta este lugar? Tal vez sea quien mató al hijo del rey al-Azraq» . Se dijeron unos a otros: « Busquemos una estratagema e interroguémosle. Informémonos de sus propios labios» . Poco a poco se dirigieron hacia Sayf al-Muluk y le alcanzaron en los confines del jardín. Se sentaron a su lado y le preguntaron: « ¡Hermoso muchacho! Has hecho bien al matar al hijo del reí al-Azraq y salvar de sus manos a Dawlat Jatún. Era un perro traidor que se había apoderado de ella mediante engaño. Si Dios no te hubiese puesto en su camino jamás se hubiese salvado, ¿cómo le mataste?» Sayf al-Muluk los examinó y les dijo: « Lo maté gracias a este anillo que llevo en el dedo» . Esto les confirmó que él era quien lo había matado. Dos le sujetaron las manos y otros dos, los pies. El quinto le tapó la boca para que no gritara y no le oyeran los súbditos del rey Sahyal y lo salvasen. Se lo cargaron encima, remontaron el vuelo con él y no pararon de volar hasta descender ante su rey. Le colocaron ante éste y dijeron: « ¡Rey del tiempo! Te traemos al asesino de tu hijo» . « ¿Dónde está?» « ¡Éste es!» « ¿Eres tú quien mataste a mi hijo, al aliento de mi corazón, a la luz de mis ojos, sin razón ninguna, sin que te hubiese faltado?» Sayf al-Muluk le replicó: « ¡Sí, yo lo maté! Pero lo hice porque era

injusto y tirano: raptaba a los hijos de los reyes y los llevaba al pozo abandonado y al alcázar al-Musayyad. Los separaba de su familia y los corrompía. Lo maté con el anillo que tengo en el dedo. Dios se apresuró a llevar su alma al fuego ¡y qué pésima morada es!» El rey al-Azraq quedó convencido de que él era el asesino de su hijo. Entonces llamó a su visir y le dijo: « Éste es el asesino de mi hijo; no cabe la menor duda. ¿Qué me aconsejas que haga? ¿Debo matarlo del modo más horrible? ¿Debo imponerle el tormento más doloroso? ¿Qué he de hacer?» El gran visir contestó: « ¡Córtale los miembros!» Otro aconsejó: « ¡Dale cada día una buena paliza!» Un tercero sugirió: « ¡Córtalo por la mitad!» El cuarto indicó: « ¡Córtale todos los dedos y quémale al fuego!» El quinto aconsejó: « ¡Crucifícalo!» Así, cada uno de ellos fue dando su opinión.

El rey al-Azraq tenía un príncipe de alto rango, buen conocedor de los asuntos, experto en las vicisitudes del destino. Éste intervino: « ¡Rey del tiempo! He de decirte unas palabras. El buen consejo reside en que escuches lo que te voy a aconsejar» . Este Emir era el consejero de su reino, el primero de los príncipes de su imperio; el rey atendía a sus consejos, seguía su opinión y no le contradecía en nada. El Emir se puso de pie, besó el suelo ante él y dijo: « ¡Rey del tiempo! Si te doy una opinión en este asunto ¿la seguirás? ¿me concederás el perdón?» « ¡Di francamente tu parecer, pues tienes el perdón!» « ¡Rey del tiempo! Tú, prescindiendo de mi consejo, haciendo caso omiso de mis palabras, puedes matar a éste. Pero ahora no es el momento oportuno de matarlo: él está en tu mano, bajo tu protección y es tu prisionero; cuando lo busques lo encontrarás; podrás hacer de él lo que quieras. Pero ten paciencia, rey del tiempo, pues éste entró en el jardín de Iram para casarse con Badia al-Chamal, hija del rey Sahyal, pasando a ser uno de ellos. Tus súbditos lo han detenido y te lo han traído; esto lo sabes tú, pero también lo saben ellos. Si tú le matas, el rey Sahyal intentará vengarse de ti, será tu enemigo y vendrá con su ejército a causa de su hija. Tú no puedes oponerte a su ejército y no tienes poder para hacerle frente.» El rey al-Azraq escuchó estas palabras y mandó encarcelarlo. Esto es lo que hace referencia a Sayf al-Muluk.

He aquí lo que hace referencia a la señora Badia al-Chamal: Ésta se reunió a su padre Sahyal y despachó a su esclava en busca de Sayf al-Muluk; pero no lo encontró. Regresó ante su señora y le dijo: « No lo he hallado en el jardín» . Entonces mandó llamar a los jardineros y les preguntó por Sayf al-Muluk. Le contestaron: « Nosotros le vimos sentado debajo de ese árbol. De repente, cinco súbditos del rey al-Azraq se le acercaron, hablaron con él, se lo cargaron encima, le taparon la boca, remontaron el vuelo con él y se marcharon» . La señora Badia al-Chamal, al oír tales palabras, no pudo contenerse: se encendió de furor, corrió ante su padre, el rey Sahyal, y le dijo: « ¡Cómo! ¿Tú eres un rey y los súbditos del rey al-Azraq vienen a nuestro jardín, raptan a nuestro huésped y se marchan, salvos, con el preso? ¡Y todo estando tú en vida!» Su madre le

incitaba y le decía: «¡Mientras tú vivas nadie debe atacarnos!» El rey le contestó: «¡Madre!, ése hombre ha matado al hijo del rey al-Azraq, que era un genio. Dios le ha abandonado en las manos del rey. ¿Cómo he de ir contra éste y atacarle por culpa de un hombre?» La madre le replicó: «¡Ve ante él y reclámale nuestro huésped! Si está con vida y te lo entrega, cógelo y vuelve. Pero si le ha matado, apodérate del rey al-Azraq, de sus hijos, de sus mujeres y de los vasallos que se encuentren con él y tráemelos bien vivos para que les degüelle con mi propia mano. Arruina sus casas. ¡Si no ejecutas lo que te he ordenado creeré que la leche y la educación que te he dado, han sido en vano!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey Sahyal se puso en movimiento en seguida y ordenó a sus soldados que salieran para honrar a su madre, hacer caso de sus deseos y satisfacer a las personas que amaba, realizando así lo que estaba decretado desde la eternidad. El rey Sahyal se puso en marcha con su ejército y viajaron sin cesar hasta llegar ante el rey al-Azraq. Los dos ejércitos chocaron y el rey al-Azraq con sus hombres quedó vencido. Sus hijos, grandes y pequeños, los grandes y los magnates de su reino quedaron prisioneros. Fueron atados y conducidos ante el rey Sahyal, que les preguntó: «¡Azraq! ¿Dónde está Sayf al-Muluk, el hombre que era mi huésped?» «¡Sahyal! Tú eres un genio y yo soy un genio. ¿Por causa del hombre que ha matado a mi hijo haces tú esto? Él es el asesino de mi hijo, refresco de mi corazón, aliento de mi alma. ¿Cómo has podido realizar tales hechos y has derramado la sangre de éste y éste, de mil genios?» «¡Déjate de tales palabras! Si aún está vivo, tráelo; yo te pondré en libertad y soltaré a tus hijos, aquellos que he hecho prisioneros. Pero si le has matado, te degollaré a ti y a tus hijos.» El rey al-Azraq preguntó: «¡Rey! ¿Le prefieres a mi hijo?» «Tu hijo era un libertino que raptaba a los hijos e hijas de los reyes encerrándolos en el alcázar al-Musayyad y en el pozo abandonado y los corrompía.» «Sayf al-Muluk está en mi poder. Nos reconciliaremos con él.» Hicieron las paces y al-Sahyal le dio trajes de honor y estableció un contrato en el que al-Azraq y Sayf al-Muluk arreglaban el problema de la muerte del hijo del primero. Al-Sahyal se hizo cargo del príncipe y le concedió una magnífica hospitalidad. El rey al-Azraq y su ejército permanecieron con él durante tres días. Después al-Sahyal tomó consigo a Sayf al-Muluk y lo condujo ante su madre. Ésta se alegró muchísimo. Sahyal quedó encantado de la belleza, perfección y hermosura del príncipe y éste le contó toda su historia, desde el principio hasta el fin, y lo que le había sucedido con Badia al-Chamal. El rey Sahyal, después, dijo: «¡Madre mía! Ya que a ti te satisface el casarlo, yo oigo y obedezco todas las órdenes que te causen

satisfacción. Cógelo, llévalo a Sarandib y da una gran fiesta nupcial. Es un hermoso muchacho que ha sufrido muchas fatigas por causa de mi hija». La mujer y sus servidoras marcharon sin cesar hasta llegar a Sarandib. Entraron en el jardín que pertenecía a la madre de Dawlat Jatún. Badia al-Chamal le vio después de llegar a la tienda y la vieja les contó lo que había ocurrido con el rey al-Azraq y cómo el príncipe había estado a punto de morir en la prisión de dicho rey. Pero de nada sirve volver a repetirlo.

A continuación el rey Tach al-Muluk, padre de Dawlat Jatún, reunió a los grandes del reino y celebró el matrimonio de Badia al-Chamal y Sayf al-Muluk; dio preciosos regalos y mandó dar un banquete a todas las gentes.

Después, el príncipe besó el suelo ante el rey Tach al-Muluk y dijo: «¡Rey del perdón! Tengo algo que pedirte, pero temo que me dejes desilusionado». El rey replicó: «Aunque me pidieras mi propia alma no te la negaría, dado el bien que has hecho». «Quiero pedirte en matrimonio, para mi hermano Said, a Dawlat Jatún. Así todos seremos tus esclavos.» «¡Oír es obedecer!», replicó el soberano. Reunió por segunda vez a los grandes de su reino y puso por escrito el contrato matrimonial de su hija Dawlat Jatún con Said. Terminada la redacción del contrato se distribuyó oro y plata y el rey mandó que se engalanase la ciudad. Se celebraron las fiestas y Sayf al-Muluk y Said consumaron su matrimonio en la misma noche: el primero con Badia al-Chamal y el segundo con Dawlat Jatún.

Sayf al-Muluk se quedó a solas durante cuarenta días con Badia al-Chamal. Uno de los días ésta le dijo: «¡Hijo del rey! ¡Te queda en el corazón un pesar!» «¡Dios no lo quiera! He satisfecho mi deseo y jamás volveré a tener ningún pesar. Pero querría reunirme con mi padre y mi madre en Egipto y ver si continúan bien o no». La mujer mandó a un grupo de sus criados que le trasladasen a él y a Said a Egipto. Llegaron al lado de su familia y Sayf al-Muluk se reunió con su padre y su madre. Said hizo lo mismo. Permanecieron allí durante una semana. Después los dos se despidieron de sus padres y regresaron a la ciudad de Sarandib. Siempre que deseaban ver a su familia iban y volvían. Sayf al-Muluk y Badia al-Chamal vivieron en la más dulce y feliz de las vidas. Lo mismo ocurrió con Said y Dawlat Jatún. Así fue hasta que les alcanzó el destructor de las dulzuras y el separador de los amigos. ¡Gloria a Dios, el Viviente, el que no muere, creador de las criaturas a las que ha destinado la muerte! Él es el primero, sin principio ni fin ni límite.

HISTORIA DE HASÁN DE BASORA, EL ORFEBRE

SE cuenta también que en lo más antiguo del tiempo, en épocas pasadas y siglos remotos, vivió un hombre que era comerciante y estaba instalado en tierra de Basora. Este comerciante tenía dos hijos varones y muchísimas riquezas. Dios, el Oyente, el Omnisciente, dispuso que el comerciante muriera, compareciendo ante la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!) y abandonando aquellas riquezas. Los dos hijos lo prepararon y lo enterraron. Después partieron las riquezas y cada uno se quedó la mitad y abrió una tienda. Uno de ellos era mercader de cobre y el otro orfebre. Cierto día, mientras éste se hallaba sentado en su tienda, apareció un persa que recorría el mercado cruzando entre la gente. Pasó por la tienda del orfebre, observó su producción y la contempló como un experto. Le gustó. El joven orfebre se llamaba Hasán. El persa meneó la cabeza y dijo: « ¡Por Dios! ¡Eres un buen orfebre!» Continuó mirando su trabajo y leyendo en un libro viejo que tenía en la mano. La gente admiraba la hermosura, belleza, talle y bellas proporciones de Hasán. A la hora del *asr* la gente desalojó las tiendas. Entonces el persa se acercó a Hasán y le dijo: « ¡Hijo mío! Eres un hermoso muchacho. ¿Qué libro es éste? Yo no tengo hijos, pero sé un arte que no tiene par en el mundo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el persa prosiguió:]

—» Mucha gente me ha preguntado por él para que se lo enseñara, mas no he querido explicárselo a nadie. Pero me permitiré explicártelo y hacer de ti mi hijo; extenderé un velo que te separará de la pobreza y podrás descansar con este oficio de las fatigas del martillo, carbón y fuego» . Hasán replicó: « ¡Señor mío! ¿Cuándo me lo enseñarás?» « Mañana vendré aquí y en tu propia presencia transformaré el cobre en oro puro.» Hasán se alegró y se despidió del persa. Marchó a ver a su madre, entró, la saludó y comió con ella, pero se encontraba absorto, distraído y sin atención. La madre le preguntó: « ¿Qué te pasa, hijo mío? ¡Guárdate de escuchar las palabras de la gente, en especial las de los persas! No los obedezcas en nada, pues son unos enredones que ejercen el arte de la alquimia y engañan a la gente robándoles sus riquezas y gastándolas en cosas fútiles» . « ¡Madre mía! Nosotros somos pobres y no tenemos nada que puedan apetecer. Por tanto no se molestarán en engañarnos. Me ha visitado un hombre persa, que es un buen anciano y tiene aspecto de ser un hombre bondadoso: Dios lo ha mandado en mi auxilio.» La madre, indignada, calló. El hijo siguió meditabundo y no pudo conciliar el sueño en toda la noche por la gran alegría que le causaban las palabras del persa. Al amanecer se levantó, cogió las llaves y abrió la tienda. El persa acudió. Hasán se puso en pie y quiso besarle las manos.

Pero aquél se lo impidió y no lo admitió. Después dijo: « ¡Hasán! Pon el crisol y monta el soplete» . Hizo lo que el persa le mandaba y encendió el carbón. El persa siguió: « ¡Hijo mío! ¿Tienes cobre?» « Tengo una bandeja rota.» Le mandó que recortase el metal y lo dejase en pequeños pedazos; luego lo arrojó al crisol e inyectó aire con el soplete hasta que quedó fundido. El persa metió la mano en un turbante, sacó una hoja doblada, la abrió y espolvoreó en el crisol por peso de medio dirhem. El polvo en cuestión parecía ser un *kohol* amarillo. Ordenó a Hasán que inyectase aire con el soplete y éste hizo lo que le había mandado, hasta que todo se hubo transformado en un lingote de oro. Hasán, al verlo, quedó boquiabierto; las ideas se le confundieron por la alegría que experimentaba. Tomó el lingote, lo examinó por todos lados, tomó la lima y vio que era oro puro, de la mejor ley. Había perdido la razón y quedado estupefacto por la gran alegría. Se inclinó y besó la mano del persa quien le dijo: « ¡Toma este lingote, llévalo al zoco, véndelo, cobra su precio y no hables!» . Hasán se marchó al zoco y entregó el lingote al corredor. Éste lo cogió, lo limó y vio que era oro puro y abrió la subasta con diez mil dirhemes. Los comerciantes fueron pujando y lo vendió por quince mil dirhemes. Hasán tomó el dinero, se marchó a su casa y contó a su madre todo lo que había hecho. Dijo: « ¡Madre mía! He aprendido a hacerlo» . La madre rompió a reír y replicó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después, turbada, se calló. Hasán, ignorante de todo, cogió un mortero y se fue con él en busca del persa. Éste seguía sentado en la tienda. Se lo colocó delante y el hombre preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué quieres hacer con este mortero?» « Lo meteremos en el fuego y haremos lingotes de oro.» El persa rompió a reír y replicó: « ¡Hijo mío! ¿Estás loco para llevar al zoco dos lingotes en el mismo día? ¿Es que no sabes que la gente nos reprueba? Perderíamos la vida. Una vez que te haya enseñado este arte, hijo mío, no debes utilizarlo más que una vez al año, pues ello te basta para ir viviendo de año en año» . « Tienes razón, señor mío.» Se sentó en la tienda, montó el crisol y echó carbón en el fuego. El persa le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué quieres?» . « ¡Que me enseñes el arte!» El persa rompió a reír y dijo: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Eres corto de entendederas, hijo. Este arte no te conviene. ¿Es que alguien, en plena vida, lo enseña en medio de la calle o en los zocos? Si nos ponemos a trabajar en este lugar la gente se echará sobre nosotros diciendo: “¡Hacen alquimia!” El Gobernador oirá hablar de nosotros y perderemos la vida. Si quieres que te enseñe este arte, hijo mío, acompáñame a mi casa» . Hasán se puso en pie, cerró

la tienda y se marchó con el persa. Pero en el camino recordó las palabras de su madre y por la cabeza le pasaron mil sospechas.

Se detuvo y permaneció mirando el suelo durante una hora. El persa se volvió hacia él y al verlo rompió a reír y le dijo: « ¿Estás loco? Yo, en mi corazón, sólo te deseo bien; en cambio tú crees que te voy a perjudicar. Si es que temes venir a mi casa, yo iré a la tuya y te enseñaré en ella» . « Sí, tío.» « ¡Pues ve delante!» Hasán le precedió y se dirigió hacia su casa. El persa le seguía detrás. Así llegaron a su domicilio. Hasán entró en la casa y encontró a su madre. Le explicó que el persa había llegado con él y que estaba esperando en la puerta. La madre arregló y puso en orden la casa y una vez terminadas sus faenas se marchó. Entonces Hasán permitió al persa que entrara. Entró y el muchacho tomó una bandeja y se marchó al mercado para comprar de comer. Fue y regresó con la comida. La colocó ante él y le dijo: « ¡Come, señor mío! Así existirá entre nosotros el lazo del pan y de la sal. Dios (¡ensalzado sea!) castiga al que traiciona la alianza del pan y de la sal» . « Dices verdad, hijo mío» , replicó el persa sonriéndose. A continuación añadió: « ¡Quién sabe el poder del pan y de la sal!» El persa se acercó a Hasán y comieron juntos hasta quedar hartos. Después, aquél, dijo: « ¡Hasán, hijo mío! Danos algunos dulces» . Hasán marchó al zoco y regresó con diez bandejas de dulces. El joven estaba muy contento de las palabras del persa. Le ofreció los dulces y comieron parte de ellos. El anciano le dijo: « ¡Dios te recompense con bien, hijo mío! Las gentes que se parecen a ti son dignas compañeras; se les descubren los secretos y se les enseña lo que es útil. Hasán, trae los utensilios» . El muchacho apenas daba crédito a estas palabras. Salió corriendo como si fuera un potro al que se diera suelta en primavera, fue a la tienda, tomó los instrumentos y regresó. Los colocó delante de él. El persa sacó un pedazo de papel y le dijo: « ¡Hasán! Juro por el pan y la sal que si tú no me fueses más querido que mi hijo, no te enseñaría este arte. Sólo me queda este papel de elixir, pero fíjate cuando machaque los simples y los coloque ante ti. Sabe hijo mío, Hasán, que por cada diez *ratl* de cobre has de poner medio dirhem de esto que contiene el papel. Entonces los diez *ratl* se transforman en oro purísimo. Añadió: En este papel hay tres onzas egipcias de piedra filosofal. Cuando se termine lo que contiene te fabricaré más» . Hasán cogió la hoja y vio que contenía algo amarillo, más menudo aún que lo de la vez anterior. Preguntó: « ¡Señor mío! ¿Cómo se llama? ¿Dónde se encuentra? ¿De qué se fabrica?» El persa se rio por la avidez demostrada por Hasán y le replicó: « ¿Por qué preguntas? ¡Trabaja en silencio!» Hasán sacó un recipiente que tenía en su casa, lo cortó, lo arrojó en el crisol y puso encima un poco de polvo que contenía aquel papel: se transformó en un lingote de oro puro. Hasán se alegró muchísimo al verlo y se quedó perplejo y preocupado examinando el lingote. El persa sacó rápidamente una bolsita que llevaba en la cabeza, la cortó y colocó el contenido en un pedazo de dulce. Dijo: « Hasán: tú eres mi hijo, me eres más

caro que mi espíritu y mis bienes. Tengo una hija y te casaré con ella» . « Yo soy tu paje. Dios (¡ensalzado sea!) tendrá en cuenta cualquier cosa que hagas conmigo.» « ¡Hijo mío! Sé comprensivo, ten paciencia y recibirás bien.» A continuación le entregó el pedazo de dulce. Hasán lo cogió, le besó la mano y se lo metió en la boca sin saber lo que el Destino le había preparado. Engulló el dulce: la cabeza le cayó a los pies, y perdió el mundo de vista. El persa, al verlo en poder de la desgracia, se alegró mucho. Se puso en pie y dijo: « ¡Ya has caído, carne de horca, perro árabe! ¡Hace muchos años que te busco! ¡Te he encontrado, Hasán!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se quitó el cinturón, lo ató y le ligó, juntos, pies y manos. Cogió una caja, sacó las cosas que contenía; metió a Hasán en el interior y lo encerró en ella. Vació otra caja, metió en ella todos los bienes propiedad del joven y los lingotes de oro hechos la primera y la segunda vez y la cerró. Salió, fue al zoco, contrató un faquín y éste cargó con las dos cajas y las llevó a un barco anclado que había sido fletado por el persa. El capitán le estaba esperando. Los marineros, al verlo, le salieron al encuentro, cargaron las dos cajas y las colocaron en el buque. El persa chilló al capitán y a los marineros: « ¡En marcha! ¡El asunto está listo! ¡Hemos conseguido nuestro deseo!» El capitán chilló al equipaje: « ¡Levad las anclas! ¡Desplegad las velas!» La nave se puso en marcha con viento favorable. Esto es lo que hace referencia al persa y a Hasán.

He aquí lo que se refiere a la madre de Hasán: Ésta aguardó hasta la cena, pero como ni oyera voces, ni tuviera noticia alguna se dirigió a la casa: la encontró abierta y no vio a nadie en ella. No encontró ni las cajas ni las riquezas y comprendió que su hijo había desaparecido cumpliéndose así el destino. Se abofeteó la cara, desgarró sus vestidos y empezó a gritar y a emitir alaridos de dolor. Decía: « ¡Hijo! ¡Fruto del corazón!» Recitó estos versos:

Mi paciencia disminuye y mi ansiedad crece. Después de vuestra marcha aumentan mis sollozos y mis gemidos.

¡Por Dios! He agotado la paciencia después de vuestra partida. Después de haber perdido la esperanza ¿cómo puedo tener paciencia?

¿Cómo he de disfrutar del sueño después de la marcha de mi amado? ¿Quién goza llevando una vida vil?

Te has marchado y has dejado desierta la casa, solos a sus habitantes. Has enturbiado la pureza de mi fuente, tan clara hasta ahora.

Eras mi auxilio en todas las calamidades, mi fuerza, mi honra y mi

intermediario con los hombres.

El día en que permanecías lejos de mi vista, no existía hasta que estabas de regreso.

Siguió llorando y sollozando hasta la mañana. Los vecinos acudieron a preguntarle por su hijo y les explicó lo que había sucedido con el persa. Convencida de que no le volvería a ver jamás, empezó a dar vueltas, llorando, por la casa. Mientras recorría su domicilio vio escritas en la pared dos líneas. Mandó llamar al alfaquí quien se las leyó. Decían:

Cuando el sueño me venció apareció, antes del amanecer, el fantasma de Layla. Mis compañeros dormían en el desierto.

Al desvelarme para ver el fantasma que había acudido vi el aire vacío, la meta lejana.

La madre de Hasán, al oír tales versos, gritó y dijo: « ¡Sí, hijo mío! La casa se ha quedado vacía y la meta está lejos» . Los vecinos le rogaron que tuviera paciencia y le auguraron que se reuniría pronto con su hijo; después se despidieron. La madre de Hasán siguió llorando durante toda la noche y el día. Construyó en el centro de la casa una tumba sobre la cual puso el nombre de Hasán y la fecha en que había desaparecido; no se separó ya de la tumba desde el momento de la desaparición de su hijo. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia a su hijo Hasán y al persa. Éste era un mago que odiaba muchísimo a los musulmanes. Cada vez que se apoderaba de uno de éstos le mataba; era un estupendo y maldito alquimista, como sobre él dijo el poeta:

Es un persa; su padre era un perro y su abuelo también: no puede esperarse bien de un perro que desciende de otro perro.

Ese maldito se llamaba Bahram el mago y todos los años raptaba y degollaba a un musulmán para conseguir un tesoro. Cuando hubo triunfado mediante su estratagema de Hasán el orfebre, viajó con éste desde el principio del día hasta la noche. Entonces el buque ancló junto a la tierra. Al día siguiente, al salir el sol, la nave reanudó el viaje. El persa mandó a sus esclavos y pajes que le llevasen la caja en que se encontraba Hasán. La llevaron, la abrieron, le sacaron de ella, le hicieron oler vinagre y le puso en la nariz unos polvos. Hasán tosió, vomitó el narcótico, abrió los ojos y miró a derecha e izquierda. Se encontró en alta mar mientras la nave seguía su ruta. El persa estaba sentado a su lado. Se dio cuenta de que había sido víctima de la astucia del maldito persa y que había caído en

aquello que su madre temía. Pronunció las palabras que no avergüenzan a quien las dice, o sea, « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos! ¡Señor mío! Sé bondadoso conmigo en la ejecución de tus deseos y haz que tenga resignación en las desgracias, Señor de los mundos.» A continuación se volvió hacia el persa y le habló con palabras suaves. Le dijo: « ¡Padre mío! ¿Qué significan estos actos? ¿Dónde están el pan, la sal y los juramentos que me has hecho?» El otro le miró y le replicó: « ¡Perro! ¿Es que uno como yo reconoce el pan y la sal? He matado novecientos noventa y nueve jóvenes como tú. Tú serás el milésimo» . Le chilló y Hasán calló: se dio cuenta de que la saeta del destino le había alcanzado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces aquel maldito mandó que le quitasen las ligaduras. Después le dieron un poco de agua mientras el mago reía y le decía: « ¡Juro por el fuego y la luz, la tiniebla y el calor que jamás había creído que cayeras en mi red! Pero el fuego me ha dado fuerzas y me ha ayudado a capturarte para que pudiera realizar mi deseo de regresar contigo y hacerle así un sacrificio para que quede satisfecho de mí» . « ¡Has traicionado el pan y la sal!» El mago levantó la mano y le dio un golpe. Hasán cayó y mordió el suelo con sus dientes: se desmayó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. El mago ordenó que le encendiesen fuego. Hasán preguntó: « ¿Qué harás con él?» « Esto es el fuego, el señor de la luz y de las chispas. Yo le adoro. Si tú le adoras como yo, te regalaré la mitad de mis riquezas y te casaré con mi hija» . Hasán le chilló: « ¡Ay de ti! Tú eres todopoderoso, Creador de la noche y del día: ¡Eso es una desgracia y no una religión!» El persa se enfadó y le replicó: « ¿No aceptas y entras en mi religión, perro árabe?» Hasán no le contestó. El maldito persa se incorporó y se prosternó ante el fuego ordenando a sus pajes que pusiesen a Hasán de bruces. El mago le azotó con un látigo anudado de piel hasta que le desgarró los flancos. Hasán pedía clemencia, pero no le era concedida; pedía auxilio, mas nadie acudía. Levantó su vista hacia el Rey Todopoderoso y pidió la intercesión del Profeta elegido: la paciencia se había terminado y las lágrimas corrían sobre sus mejillas como si fuesen lluvia. Recitó estos dos versos:

¡Paciencia ante tu ciencia en los juicios, Dios mío! Si eso te satisface yo tengo paciencia.

Hemos sido vejados, ofendidos y maltratados. Tal vez con tu benevolencia perdonarás lo pasado.

A continuación el persa mandó a los esclavos que se sentasen y ordenó que le dieran algo de comer y de beber. Lo sirvieron pero Hasán se negó a comer y a beber. El persa le atormentaba de noche y de día a todo lo largo del camino. Pero el joven tenía paciencia y se mostraba humilde ante Dios (¡gloriado y ensalzado sea!). El corazón del mago era cada vez más duro con él. Navegaron sin cesar por el mar durante tres meses. Hasán era constantemente atormentado por el mago. Al cabo de los tres meses, Dios (¡ensalzado sea!) envió un viento contra la embarcación: el mar se enturbió, el fuerte viento hizo cabecear a la nave. El capitán y los marineros dijeron: « Esto, ¡por Dios!, ocurre a causa de este muchacho, al que este mago hace tres meses que está atormentando. Esto no es lícito ante Dios (¡ensalzado sea!)» . Fueron en busca del mago y mataron a sus pajes y a todos los que le acompañaban. El mago, al ver que mataban a sus pajes se convenció de que iba a morir; temiendo por sí mismo quitó las ligaduras a Hasán, le quitó los vestidos de harapos que llevaba, le puso otro, se reconcilió con él y le prometió que le enseñaría su arte y le devolvería a su país. Añadió: « ¡Hijo mío! ¡No me reprendas por lo que he hecho contigo!» « ¿Cómo he de tener confianza en tí?» « ¡Hijo mío! Si la culpa no existiera ¿cómo iba a existir el perdón? Todo lo que te he hecho no tenía más objeto que el de ver hasta dónde llegaba tu paciencia. Tú sabes que todas las cosas están en manos de Dios.» Los marineros y el capitán se alegraron de verlo en libertad. Hasán hizo votos por ellos y loó y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). El viento se calmó, las tinieblas se disiparon; el viento sopló favorablemente y el viaje siguió bien. Hasán preguntó al mago: « ¡Persa! ¿Adónde vas?» « ¡Hijo mío! Me dirijo al monte de la nube en el cual se encuentra el elixir que empleamos en la alquimia.» Juró por el fuego y por la luz que no ocultaba nada a Hasán. El corazón de éste se tranquilizó y se alegró al oír las palabras del persa. Comía, bebía y dormía con él, y éste le vestía con sus trajes. Siguieron viajando durante otros tres meses al cabo de los cuales la nave ancló ante una tierra muy larga repleta de guijarros blancos, amarillos, azules, negros y de todos los colores. Al detenerse la nave, el persa se incorporó y dijo: « ¡Hasán! ¡Ven, desembarca! Hemos llegado a nuestro objetivo, a donde queríamos» . Hasán desembarcó con el persa y éste recomendó sus cosas al capitán. Hasán y el persa se marcharon, se alejaron de la nave y se perdieron de vista. El mago se sentó, sacó del bolsillo un tambor de cobre y una acción de seda con hilos de oro que llevaba inscritos nombres mágicos y golpeó el tambor. Inmediatamente, al terminar, se levantó una nube desde el suelo. Hasán se admiró de lo que había hecho, pero se llenó de miedo y se arrepintió de haber desembarcado con él; perdió el color. El persa lo vio y le preguntó: « ¿Qué te sucede, hijo mío? ¡Juro por el fuego y la luz que no has de temer nada de mí! Si no fuera porque sólo conseguiré mi deseo gracias a tu nombre, no te hubiese hecho desembarcar. Aguarda toda suerte de bienes, pues esta polvareda la produce algo que nosotros montaremos y que nos ayudará a

cruzar esta tierra, evitándonos las fatigas» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al cabo de poco, debajo de la nube, se vieron tres camellos de pura raza. El persa montó en uno, Hasán en otro y los transportó al tercero. Viajaron durante siete días. Al octavo llegaron a una amplia tierra. Al apearse vieron una cúpula que se levantaba sobre cuatro columnas de oro rojo. Descendieron de los camellos, entraron en el pabellón, comieron, bebieron y descansaron. En un momento dado, Hasán vio algo elevado y preguntó: « ¿Qué es eso, tío?» El mago replicó: « Es un palacio» . « ¿Por qué no entramos en él para descansar y visitarlo?» El mago se indignó: « ¡No me menciones ese palacio!» Pertenece a un enemigo mío y hay una historia acerca de lo sucedido entre nosotros dos. No es éste momento de contártela» . Golpeó el tambor, acudieron los camellos, volvieron a montar y prosiguieron el viaje durante siete días. Al octavo el mago dijo: « ¡Hasán! ¿Qué ves?» « Nubes y niebla que se extienden desde Oriente a Occidente.» « No son ni nubes ni niebla: es un monte elevado en el cual chocan las nubes; en él no hay nubes dada la gran altura de su cima, su gran elevación. Éste es el monte al que me dirigía. En su cima está lo que buscamos, eso por lo cual te he traído conmigo, puesto que sólo puedo conseguirlo por tu mano.» Hasán desesperó de conservar la vida y dijo al mago: « ¡Por aquel al que adoras y en cuya religión crees! ¿Qué necesidad es ésa por la que me has traído aquí?» « La alquimia sólo puede ejercerse con una hierba que crece en el lugar por donde pasan y chocan las nubes. Éste es el monte y la hierba se halla en su cima. Cuando consigamos la hierba te haré ver algo de este arte.» De tanto miedo como tenía, Hasán replicó: « Sí, señor mío» . Desesperaba ya de salir con vida y lloraba por encontrarse separado de su madre, de su familia y de su patria; se arrepintió de haber contrariado a su madre y recitó este par de versos:

Contempla los hechos de tu Señor como si te trajeran la alegría inmediata que deseas.
No desesperes cuando te alcanza una desgracia ¡cuánta bondad divina puede encontrarse en esa desgracia!

Siguieron el viaje hasta llegar al monte. Se detuvieron en su pie y Hasán vio que en la cima del monte había un alcázar. Preguntó al mago: « ¿Qué es este alcázar?» « Es la morada de los genios, de los ogros y de los demonios.» Se apeó del camello y mandó a Hasán que bajase. Después se acercó a éste, le besó en la cabeza y le dijo: « No me reprendas por lo que te hice. Yo me preocuparé de ti

mientras subes al alcázar, pero es preciso que tú no me ocultes nada de lo que traigas. Tú y yo nos lo repartiremos por mitad» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó. A continuación, el persa abrió un saco, extrajo de él un molinillo y una cierta cantidad de grano. Molió este último, amasó con la harina tres tortas, encendió fuego y las coció. Después sacó el tambor de cobre, y la ación. Repicó en el tambor acudieron camellos de raza y escogió uno de ellos: lo degolló y lo despellejó. A continuación se volvió a Hasán y le dijo: « Escucha, hijo mío, Hasán, lo que te voy a recomendar» . « ¡Sí!» « Métete en este pellejo. Yo coseré la piel y la dejaré en el suelo. Acudirán los pájaros de presa, quienes te recogerán y subirán volando contigo hasta lo más alto del monte. Tú coge este cuchillo. Cuando hayan terminado su vuelo y tú estés convencido de que te han depositado en la cima, abre la piel con el cuchillo y sal. Los pájaros se asustarán y se alejarán volando de tu lado. Entonces asómate por la cima del monte y háblame para que yo pueda informarte de lo que has de hacer.» Le preparó las tres tortas y una cantimplora con agua, colocó esto a su lado en el interior de la piel y después la cosió. El persa, luego, se alejó. Se acercó un ave de presa, lo cogió y remontó el vuelo con él hacia lo más alto del monte, depositándolo allí. Hasán, al darse cuenta de que el ave le había depositado en la cima, hendió la piel, salió de ella y llamó al persa. Éste se puso muy contento al oír sus palabras y bailó de alegría. Le dijo: « Ponte a andar en la dirección de tu espalda y dime todo lo que veas» . Hasán obedeció. Vio muchos huesos y mucha leña de quemar. Le explicó todo lo que veía. El mago le replicó: « Esto es lo que buscaba y quería. Coge seis botes de leña y échamelos, pues con ellos practicaremos la alquimia» . Le arrojó los seis hatos. El mago, al tenerlos consigo, gritó a Hasán: « ¡Carne de horca! ¡He conseguido el servicio que quería que me prestaras! Si quieres puedes quedarte en ese monte o si lo prefieres puedes matarte arrojándote aquí abajo» . El mago se marchó y Hasán exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Ese perro me ha engañado» . Se sentó a llorar por sí mismo y recitó estos versos:

Cuando Dios quiere que suceda algo a un hombre por más que éste sea inteligente, tenga buen oído y vista.
Lo hace sordo de oídos, ciega su corazón y le quita la inteligencia del mismo modo que se quitan los cabellos.
Una vez realizada su voluntad le devuelve el entendimiento para que reflexione.
No preguntes cómo ocurrió lo ocurrido: Todas las cosas tienen lugar según el decreto y la voluntad de Dios.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se puso en marcha y anduvo por la cima del monte a derecha e izquierda. Se convenció de que estaba destinado a morir y siguió paseando hasta llegar a la otra vertiente. Descubrió, en el flanco del monte, las olas del mar azul de ondas encrespadas y espumosas; cada una de ellas era tan alta como un monte enorme. Se sentó, recitó la sección que más convenía del Corán y rogó a Dios (¡ensalzado sea!) que le facilitase o bien la muerte o bien la salvación de esas calamidades. Rezó por sí mismo las oraciones propias del entierro y se arrojó al mar. Las olas, gracias al favor que Dios (¡ensalzado sea!) le había concedido, le transportaron, por decreto de Dios (¡ensalzado sea!) sano y salvo por el mar. Hasán se alegró, salió del agua indemne y le dio las gracias y lo alabó. Empezó a andar buscando algo de comer.

Mientras hacía esto, se encontró, de pronto, en el mismo lugar en que había estado con Bahram el mago. Siguió andando un rato y llegó a un gran alcázar que se elevaba por los aires. Entró. Era el palacio sobre el cual había preguntado al mago recibiendo la respuesta: « Este alcázar es de mi enemigo» . Hasán se dijo: « ¡Por Dios! ¡Es necesario que entre en este alcázar! Tal vez Dios me conceda una alegría» . Se acercó y vio que la puerta estaba abierta. La cruzó y vio, en el vestíbulo, un banco. En él estaban sentadas dos jóvenes que parecían la luna en la noche del plenilunio. Delante tenían un tablero de ajedrez y jugaban. Una de ellas levantó la cabeza, lo vio y dio un grito de alegría. Exclamó: « ¡Por Dios! ¡Éste es un ser humano! Creo que es el que ha traído este año Bahram el mago» . Al oír tales palabras, Hasán se arrojó al suelo ante ellas, rompió a llorar a lágrima viva y dijo: « ¡Señoras mías! ¡Yo soy ese desgraciado!» La hermana menor dijo a la mayor: « Da fe, hermana mía, de que éste es mi hermano, ante la ley y el tribunal de Dios: moriré si muere y viviré si vive; me alegraré de sus alegrías y sentiré sus penas» . A continuación se puso de pie, lo abrazó, lo besó, lo cogió de la mano y le hizo entrar en el alcázar. Su hermana le acompañaba. Le quitó los harapos que llevaba puestos, le llevó una túnica propia de un rey y se la endosó. Le preparó comida de todas clases y se la ofreció. Ella y su hermana se sentaron a comer con él. Le dijeron: « Cuéntanos tu historia con ese perro perverso y brujo desde el momento en que caíste en su poder hasta que te libraste de él. Nosotras te contaremos lo que nos ha ocurrido con él desde el principio hasta el fin para que estés en guardia cuando lo vuelvas a ver» . Hasán, al oír estas palabras y la buena acogida que le hacían, se tranquilizó, recuperó sus entendederas y les refirió todo lo que le había ocurrido con él desde el principio hasta el fin. Le preguntaron: « ¿Y le interrogaste acerca de este alcázar?» « Sí; le pregunté y me contestó: “No quiero oír hablar de él, pues este alcázar pertenece a los demonios y los espíritus malignos”. Las dos jóvenes se encolerizaron de mala manera y exclamaron: « ¿Es que ese descreído nos coloca entre los demonios y los espíritus malignos?» Hasán dijo: « ¡Sí!» La pequeña, la hermana

de Hasán, exclamó: «¡Por Dios! ¡He de matarlo del peor modo posible privándole del aliento del mundo!» «¿Cómo llegarás hasta él y le matarás?», preguntó Hasán. Le contestó: «Él vive en un jardín que se llama al-Musayyad. Lo he de matar dentro de poco». Su hermana intervino: «Hasán, ha dicho la verdad y todo lo que ha contado de ese perro es cierto. Pero cuéntale toda nuestra historia para que le quede en la cabeza».

La muchacha más joven refirió: «Sabe, hermano mío, que nosotras somos hijas de reyes y que nuestro padre es el rey de reyes de los genios; es muy importante, y tiene genios, auxiliares y criados que son *marides*. Dios (¡ensalzado sea!) le concedió siete hijas de su única mujer. Él es completamente tonto, celoso y engreído de tal modo que no nos quiso casar con ningún hombre. Mandó llamar a sus ministros y amigos y les preguntó: "¿Conocéis algún lugar en el que no pueda llamar ningún viandante, sea hombre o sea genio? Debe tener muchos árboles, frutos y ríos". Le preguntaron: "¿Qué vas a hacer, oh rey del tiempo?" "Quiero llevar ahí a mis siete hijas." "¡Oh, rey! Lo más apropiado para ellas es el alcázar del Monte de las Nubes que ha construido un *efrit* de los genios *marides* que se sublevaron en tiempos de Salomón (¡sobre el cual sea la paz!). Desde que éste los aniquiló no lo han ocupado ni genios ni hombres, ya que está muy alejado y nadie puede llegar hasta él; a su alrededor hay árboles, frutos y ríos y por éstos fluye un agua más dulce que la miel y más fresca que la nieve. Cualquier leproso, enfermo de elefantiasis o de otra enfermedad la bebe y queda curado al acto." Cuando nuestro padre oyó tales palabras nos envió a este alcázar escoltadas por un ejército de genios. Acumuló aquí cuanto podíamos necesitar. Cuando quiere montar a caballo toca un tambor, acuden todos sus soldados, escoge a los que le han de acompañar y concede licencia al resto. Si quiere que seamos nosotras las que vayamos, ordena a los brujos de su séquito que nos hagan comparecer. Vienen, nos cogen y nos conducen ante él para que goce de nuestra compañía y satisfacemos nuestros deseos con él. Después nos devuelve a nuestra morada. Tenemos cinco hermanas que han salido de caza por este desierto, en el cual se encuentran tal cantidad de fieras que es imposible contarlas. Dos de nosotras, por turno, hemos de quedarnos aquí para preparar la comida. Ahora nos toca a mí y a esta hermana prepararles la comida. Rogábamos a Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) que nos deparase un ser humano para distraernos con él. ¡Gracias a Dios que te ha hecho llegar a nuestro lado! Tranquilízate y alegra tus ojos, pues no te ha de ocurrir ningún daño». Hasán se alegró y exclamó: «¡Gracias a Dios que nos ha conducido por este camino de salvación y que ha hecho que los corazones tengan compasión de nosotros!» La joven se puso de pie, le cogió por la mano, le hizo entrar en una habitación y sacó ropas y tapices tales como ninguna criatura podía poseer.

Al cabo de un rato regresaron sus hermanas de caza y pesca. Les explicaron la historia de Hasán y se alegraron mucho de su llegada. Entraron en su

habitación, le saludaron y le felicitaron por haberse salvado. Se quedó con ellas viviendo en la más dulce vida y en la más feliz alegría: salía con ellas de caza y pesca, y mataba a las presas. Hasán vivía amigablemente con ellas y en esta situación siguió hasta que su cuerpo se hubo repuesto y curado de lo que había padecido: recuperó fuerzas, engordó y echó carnes debido a lo bien tratado que estaba y a permanecer con ellas en aquel lugar: se divertía con ellas en aquel palacio fastuoso, en todos los jardines y entre las flores. Las jóvenes le trataban bien y le hablaban dulcemente haciéndole olvidar las fatigas. Las muchachas estaban cada vez más contentas y también él lo estaba, incluso más que ellas. La pequeña explicó a sus hermanas la historia de Bahram el mago y cómo éste las había llamado genios malignos, demonios y ogros. Le juraron que lo matarían.

Al año siguiente el maldito llegó con un hermoso joven musulmán que parecía la luna. Le llevaba encadenado y completamente extenuado por el tormento. Desembarcó con él al pie del alcázar en el que se encontraba Hasán con las muchachas. Aquél estaba sentado junto al río, debajo de los árboles. Al verlo, el corazón de Hasán empezó a palpitar. Cambió de color y palmoteo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Hasán] dijo a las muchachas: « ¡Por Dios, hermanas mías! ¡Ayudadme a matar a este maldito! Él ha venido y lo tenéis en vuestro puño; lo acompaña, preso, un musulmán de buena familia; le martiriza con toda clase de torturas dolorosas. Voy a matarlo, a tranquilizar mi corazón, a librar a ese joven de sus tormentos para ganar la recompensa y para que ese musulmán regrese, salvo, a su patria y se reúna con sus amigos, familiares y personas queridas. Esto constituirá una buena acción por vuestra parte y recibiréis la recompensa de Dios (¡ensalzado sea!)» . Las muchachas le replicaron: « Hay que escuchar a Dios, obedecerlo y hacerte caso, Hasán» . Se pusieron el velo, tomaron los instrumentos de guerra, ciñeron las espadas y ofrecieron a Hasán un espléndido corcel; le pusieron todos sus arreos y le armaron del mejor modo. Todos se pusieron en marcha. Alcanzaron al mago cuando éste ya había degollado el camello y, atormentando al muchacho, decía: « ¡Métete en esta piel!» Hasán se le aproximó por la espalda sin que aquél se diese cuenta: chilló aturdiéndose y atontándole. Acercándose le increpó: « ¡Levanta tu mano, maldito! ¡Enemigo de Dios y de los musulmanes! ¡Perro! ¡Traidor! ¡Adorador del fuego! ¡Viandante por el camino extraviado! ¿Cómo adoras al fuego y a la luz? ¿Cómo juras por las tinieblas y el calor?» El mago se volvió y reconoció a Hasán. Le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Cómo te salvaste? ¿Por dónde bajaste al suelo?» « Me salvó Dios. Éste ha entregado tu alma en mano de tus enemigos. Del mismo modo que me atormentaste a lo largo del camino,

incrédulo y zendo, has caído en la angustia y te has apartado de la recta senda. Ni madre ni hermano ni amigo ni pacto solemne te han de salvar; tú eres quien ha dicho que Dios se venga del que traiciona el pan y la sal. ¡Tú has traicionado el pan y la sal y Dios te ha hecho caer en mi poder! ¡No podrás escapar de mí!» « ¡Por Dios, hijo mío! Me eres más querido que mi propia vida, que la luz de mis ojos.» Hasán se acercó a él, se apresuró a darle un golpe en el cuello y la espada salió brillando con los tendones. Dios precipitó su alma en el fuego ¡qué pésima morada! Hasán tomó el saco que llevaba, lo abrió, sacó el tambor y la ación, repiqueteó con ésta sobre aquél y al momento, como relámpagos, acudieron los camellos. Quitó las ligaduras del joven, le hizo montar en un camello y en los restantes colocó los víveres y el agua. Le dijo: « Vete a donde quieras» . Dios le había librado de las dificultades gracias a la mediación de Hasán. El joven se marchó. Las muchachas se alegraron muchísimo al ver cómo Hasán cortaba la cabeza del mago. Formaron círculo a su alrededor admiradas de su valentía y de su bravura. Le dieron las gracias por lo que había hecho, le felicitaron por haberse salvado y añadieron: « ¡Hasán! Has hecho algo que ha saciado al sediento y que ha satisfecho al Rey, al Excelso» . Regresó con las muchachas al palacio y siguió con ellas comiendo, bebiendo, jugando y divirtiéndose. De tanto como le gustaba vivir con ellas olvidó a su madre.

Siguió en esta vida agradable hasta que un día se levantó, desde el suelo, una polvareda enorme que oscureció el horizonte. Las jóvenes le dijeron: « ¡Hasán! Métete en tu habitación y escóndete; si prefieres ir al jardín, ocúltate entre los árboles y las vides; no te ocurrirá nada malo» . Marchó, entró, se escondió en su habitación y la cerró por dentro. Al cabo de un rato aclaró la polvareda y debajo distinguió un ejército que avanzaba como si fuese el mar tumultuoso. Lo había enviado el rey, padre de las muchachas. Éstas alojaron con muchos miramientos a los soldados durante tres días y, transcurridos éstos, les preguntaron cómo se encontraban y qué noticias llevaban. Respondieron: « El rey nos envía a buscaros» . « ¿Qué quiere el rey?» « Un rey prepara una gran boda y quiere que estéis presentes en la ceremonia para que os divirtáis.» « ¿Cuánto tiempo permaneceremos ausentes de nuestro domicilio?» « El tiempo de ir, volver y quedaros allí durante dos meses.» Las jóvenes entraron en el alcázar e informaron a Hasán de lo que ocurría. Le dijeron: « Este sitio te pertenece; nuestra casa es la tuya. Tranquilízate, refresca tus ojos y no temas ni te entristezcas, ya que nadie puede llegar hasta este lugar. Tranquiliza tu corazón y distrae tu pensamiento hasta que volvamos a tu lado. Aquí tienes las llaves de todas nuestras habitaciones pero, hermano nuestro, por el derecho que concede la amistad te conjuramos a que no abras esta puerta, ya que no la necesitas para nada» . Después se despidieron y se marcharon acompañadas por los soldados. Hasán se quedó solo en el palacio. El pecho se le angustió, terminó la paciencia, la pena creció, se sintió intranquilo y se entristeció muchísimo por hallarse

separado de ellas. El palacio, a pesar de su tamaño, le pareció pequeño. Al verse aislado e intranquilo y al acordarse de ellas recitó estos versos:

Todo el espacio se ha vuelto pequeño ante mis ojos; todos mis pensamientos son confusos.
Desde el momento en que mis amados han partido se ha enturbiado mi serenidad; las lágrimas desbordan mis ojos.
El sueño ha abandonado mi pupila desde el momento de su partida; todos mis pensamientos son negros.
¿Volverá el tiempo a unirnos con nuestro deseo? ¿Volveré a regocijarme con ellos y a ser su contertulio?

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que empezó a salir de caza, solo, por la campiña; cobraba las piezas, las degollaba y las comía. La soledad y la inquietud por estar aislado fueron en aumento. Recorrió el alcázar, husmeó por todas partes, abrió las habitaciones de las jóvenes y encontró en ellas riquezas capaces de hacer perder la razón a cuantos las viesen. Pero, como las muchachas estaban ausentes, nada le satisfacía y su corazón se inflamaba al pensar en la puerta que su hermana le había recomendado que no abriese; que no se acercase ni la traspasara jamás. Se dijo: « Mi hermana me ha recomendado que no abra esa puerta, puesto que tras ella hay algo que no quiere que vea nadie. ¡Por Dios! ¡He de abrirla y ver lo que contiene aunque eso haya de causarme la muerte!» Cogió la llave y abrió; pero no vio ninguna riqueza; sólo distinguió, en la testera del lugar, una escalera construida con ónix yemení. Subió por ella hasta llegar a la azotea del alcázar. Se dijo: « Esto es lo que me prohibía hacer» . Recorrió la terraza y descubrió, al pie del palacio, un lugar lleno de cultivos, jardines, árboles, flores, animales y pájaros que cantaban y loaban a Dios el Único, el Todopoderoso. Clavó los ojos en aquellos paseos y descubrió un mar proceloso cuyas olas entrechocaban. Siguió paseando por el palacio, a derecha e izquierda, hasta llegar a un pabellón construido sobre cuatro columnas. En él se hallaba un asiento que tenía engarzadas toda clase de piedras: jacintos, esmeraldas, rubíes y gemas. Estaba construido de ladrillos de oro, plata, jacintos y verdes esmeraldas. En el centro había una alberca repleta de agua que contenía un enrejado de sándalo y áloe que tenía incrustadas varitas de oro rojo, esmeralda verde y toda suerte de aljófares y perlas; cada grano de éstas tenía el tamaño de un huevo de paloma. Al lado de la alberca, había un trono de madera de áloe cuajado de perlas, aljófares entrelazados con oro rojo, gemas coloreadas de todos los tipos y

metales preciosos; todo ello dispuesto simétricamente. A su alrededor había pájaros que cantaban con distintas voces y que alababan a Dios (¡ensalzado sea!) con sus más bellos trinos y más variadas melodías. Un palacio como ése no lo habían poseído ni Cosroes ni César. Hasán había quedado estupefacto ante lo que veía. Se sentó para contemplar lo que le rodeaba. Permanecía quieto y admiraba lo bien hecho que todo estaba, la hermosura de las perlas y jacintos que contenía, la perfección de todo lo que allí había y los sembrados y pájaros que alababan a Dios, el Único, el Todopoderoso; examinaba los indicios del poder de Dios (¡ensalzado sea!) que quedaban manifiestos en la construcción de dicho alcázar que era algo imponente. De pronto aparecieron diez pájaros que llegaban por el lado de tierra y se dirigían hacia el pabellón y la alberca. Cuando Hasán se dio cuenta de que se dirigían a la alberca a beber agua se ocultó, pues temía que le vieran y huyeran. Los pájaros se posaron en un árbol muy grande y hermoso y dieron vueltas en torno de éste. Hasán se fijó en un pájaro mayor, estupendo, que era más bonito que los otros. Éstos le rodeaban y estaban a su servicio. El muchacho quedó admirado. Aquel pájaro empezó a picotear a los otros nueve, mostrándose superior a éstos que huían de él. Hasán lo observaba todo desde lejos. Después se sentaron en el trono. Cada animal abrió con sus garras la piel y salió: se trataba de un vestido de plumas de cuyo interior surgieron diez muchachas vírgenes cuya hermosura afrentaba a la de la luna. Se quitaron los trajes, se metieron todas en la alberca, se lavaron y empezaron a jugar y a retozar. El pájaro que las mandaba salpicaba y sumergía a la fuerza a las demás que huían de ella, pues no podían alcanzarla con su mano. Hasán al verla perdió la razón y la inteligencia y comprendió que las jóvenes le habían prohibido abrir la puerta por eso. El muchacho quedó prendado al contemplar su belleza, hermosura, su talle y bellas proporciones. La muchacha jugaba, bromeaba y salpicaba de agua a las demás mientras Hasán las observaba y suspiraba por no poder encontrarse a su lado. Su entendimiento había quedado perplejo y su corazón preso en su amor: cayó en las redes de la pasión: los ojos miraban mientras el corazón ardía y el alma era presa del sufrimiento. Hasán rompió a llorar de pasión por su belleza y en sus entrañas prendieron las brasas del afecto, una llama cuyas chispas no se apagan y una pasión cuya impresión no se esconde. Las muchachas salieron de la alberca sin descubrir a Hasán. Éste no las perdía de vista y seguía admirando su belleza y hermosura, sus atractivos y sus buenos modos. Al volver la vista contempló a la muchacha mayor, que estaba desnuda y descubrió entre sus muslos una cúpula magnífica, redondeada, con cuatro pilastras: parecía un tazón de plata o de cristal que recordaba el decir del poeta:

> Cuando quitó el vestido que cubría sus partes encontré un desfiladero que era tan angosto como mi carácter y mis recursos.

Metí la mitad y ella suspiró. Le pregunté: « ¿Por qué?» Respondió: « Por lo que falta» .

Cada una de ellas se puso el vestido al salir del agua. La joven mayor se cubrió con una túnica verde y su belleza sobrepujó a la hermosura de los horizontes; su rostro relució más que la luna llena cuando aparece por el horizonte y sus cimbreos superaron los de las ramas haciendo perder la cabeza por la incitación del deseo. Era tal como dijo el poeta:

Apareció una muchacha nerviosa; el sol la había pedido en préstamo la mejilla.
Llevaba puesta una camisa verde, verde como las ramas del granado.
Le pregunté: « ¿Cómo se llama este vestido?» Respondió con palabras de dulce significado:
« Hemos despedazado el corazón de nuestros enamorados y el céfiro quema los corazones» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que las muchachas, puestos los vestidos, se sentaron a hablar y reír mientras Hasán no las perdía de vista y seguía sumergido en el mar del amor y perdido en el valle de sus pensamientos. Se decía: « ¡Por Dios! Mi hermana me dijo: “No abras esa puerta” únicamente a causa de estas muchachas, pues debía temer que me prendase de alguna de ellas» . Siguió observando los encantos de la joven que era el ser más perfecto creado por Dios en su época, pues sobrepujaba con su belleza a todos los seres humanos. Tenía una boca que parecía el sello de Salomón; un cabello negro como la noche en que el amante triste se separa de la amada; su frente brillaba como la luna de ramadán; los ojos competían con los de las gacelas; nariz resplandeciente y aguileña; mejillas como anémonas; labios que parecían de coral y dientes alineados como perlas engarzadas en un collar de oro; el cuello parecía un lingote de plata que se hubiese extendido sobre una rama de sauce; el vientre tenía pliegues y rincones sobre los cuales levantaba sus súplicas el amante; el ombligo tenía capacidad para una onza del mejor almizcle perfumado. Los muslos eran llenos y redondos como si fuesen columnas de mármol o dos cojines de pluma de avestruz; entre ellos se veía algo que era mayor que un gran collado o que una liebre con las orejas gachas: tenía azoteas y columnas. Esta muchacha sobrepujaba en belleza y en talle a la rama de sauce y a la caña de bambú. Tal como dijo el poeta enamorado:

Es una muchacha cuya saliva compite con la miel: tiene una mirada más penetrante que la espada india.
Al moverse avergüenza a las ramas de sauce y cuando sonríe aparece en su boca un relámpago.
He comparado su mejilla a rosas ensartadas, pero se ha apartado y ha dicho: « ¿Quién se atreve a compararme con la rosa y
a decir que mi seno se parece a la granada? ¿no se avergüenza? ¿Desde cuándo el granado tiene ramas como la que sostiene mi seno?
¡Juro por mi belleza, mis ojos, y la sangre de mi corazón; por el paraíso que se encuentra en mi amor y lo duro que resulta mi separación!
Si vuelve a compararme le privaré de la dulzura de mi unión; le castigaré apartándome de él.
Dicen: "En el jardín hay rosas ensartadas". Pero sus rosas no son como mi mejilla ni sus ramas como mi talle.
Si en los jardines encuentra algo que se me parezca ¿qué es lo que ha venido a pedirme?»

Las muchachas no pararon de reír y jugar bajo la mirada de Hasán que seguía de pie. Éste se olvidó de comer y beber hasta la tarde. La muchacha dijo a sus compañeras: « ¡Hijas de reyes! El tiempo pasa y nuestro país queda lejos. Hemos estado a placer en este lugar. Marchémonos y regresemos a nuestro domicilio» . Cada una de ellas se puso el vestido de plumas; una vez endosados volvieron a ser aves como antes y remontaron todas el vuelo llevando en el centro a la muchacha. Hasán desesperó. Quería levantarse y bajar pero no podía ponerse en pie. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. La pena se apoderó de él y recitó estos versos:

Si después de vuestra partida conozco las dulzuras del sueño, jamás seré fiel a un pacto.
Después de vuestra partida no he pegado los ojos; no he tenido reposo después de vuestra marcha.
Creo veros en sueños, ¡ojalá los sueños fuesen realidad!
Aunque no lo necesite quiero dormir, ¡quizás os encuentre en sueños!

Hasán anduvo un poco sin acertar a seguir el camino para descender a la planta inferior del palacio. Se arrastró hasta llegar a la puerta de su habitación. Entró, cerró tras él y se tendió, enfermo, sin poder comer ni beber. Estaba sumergido en el mar de sus pensamientos. Lloró y se lamentó hasta el día siguiente. Al amanecer recitó estos versos:

Por la tarde los pájaros han levantado el vuelo gritando; pero quien muere de amor no tiene alas.

Guardo secreto el relato de mi amor mientras puedo, pero cuando me desborda la pasión queda al descubierto.

El fantasma de aquel cuyo rostro se parece a la aurora viene de noche a visitarme. Mi noche, en la pasión, no conoce aurora.

Me lamento por ella mientras que los que no aman, duermen; los vientos de la pasión juegan conmigo.

He dado suelta a mis lágrimas; después a mis bienes, a mi sangre, a mi razón y a mi alma. En la generosidad reside la ganancia.

Las peores desgracias y penas se experimentan cuando las hermosas resisten.

Dicen que es pecado unirse a las mujeres castas y que es lícito derramar la sangre de los enamorados.

El único remedio del amante extenuado reside en darse con generosidad en amor, aunque sea en broma.

Grito de pasión y de dolor por el amado; gritar es el único bien del apasionado.

Al salir el sol abrió la puerta de su cuarto y subió al sitio en que había estado; se sentó allí, enfrente del pabellón, hasta la caída de la noche. Pero no acudió ningún pájaro. Permaneció sentado en su espera y lloró muchísimo, hasta el punto de caer desmayado y quedar tumbado en el suelo. Al volver en sí se arrastró y fue a la parte baja del palacio. Llegó la noche; el mundo le pareció algo desdeñable; siguió llorando y sollozando durante toda la noche. Así llegó la aurora y el sol se levantó sobre colinas y llanuras. Ni comía, ni bebía, ni dormía, ni podía estarse quieto; durante el día vivía perplejo y durante la noche desvelado, estupefacto y ebrio por el pensamiento que le atormentaba, dada la mucha pasión. Recitó las palabras del poeta:

¡Oh, tú, que afrentas los rayos del sol matutino! ¡Oh, tú, que, sin saberlo, desbancas las ramas!

¿Permitirán los días que vuelvas y apagues los fuegos encendidos en mis entrañas?

¿Nos reunirá el abrazo en el momento del encuentro y tu mejilla rozará con la mía y tu seno se apoyará en el mío?

¿Quién ha hablado de las dulzuras del amor? En el amor hay días más amargos que el acíbar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, que mientras él era presa de la pasión se levantó una polvareda desde el suelo. Se apresuró a bajar al alcázar y a ocultarse, pues se dio cuenta de que llegaban las dueñas del castillo. Al cabo de un rato descabalgaron los soldados y rodearon el alcázar. Las siete muchachas se apearon, entraron en el palacio, se quitaron los arreos y las armas de guerra que llevaban puestos. Pero la hermana menor, la hermana de Hasán, no se quitó las armas sino que corrió a la habitación del joven. No le vio. Le buscó y le encontró en una celda: estaba débil, delgado; el cuerpo había enflaquecido y tenía los huesos deshechos; se había vuelto pálido y los ojos se le habían hundido en la cara por lo poco que había comido y bebido y las muchas lágrimas que había derramado a causa de su pasión y de su amor por la muchacha. Su hermana, la genio, al verlo en esta situación quedó estupefacta, perdió la mesura y le preguntó por lo que le ocurría, por la situación en que se encontraba y por el mal que le había herido, añadiendo: « ¡Cuéntamelo, hermano mío, para que yo pueda ingeniármelas y hacer desaparecer tu mal! ¡Yo seré tu rescate!» El joven rompió a llorar amargamente y recitó:

El enamorado, cuando se ha apartado de él la amada, no puede estar más que triste y atormentado.
Su interior está enfermo, su exterior lleno de pasión. Lo primero lo debe a la memoria y lo segundo al pensamiento.

Al oírle recitar esto su hermana quedó admirada de su elocuencia, de su facilidad de palabra, y de la hermosa dicción de que daba muestras al responderle en verso. Le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Cuándo has caído en la situación en que te encuentras? ¿Cuándo te ha sucedido esto? Veo que hablas en verso y derramas abundantes lágrimas. ¡Te conjuro por Dios y por el sagrado lazo de amor que hay entre nosotros, hermano mío, a que me expongas tu situación y me des a conocer tu secreto! No temas daño por mi parte por aquello que te haya podido suceder en nuestra ausencia; mi pecho está acongojado, la vida me es dura por tu causa» . El muchacho suspiró, derramó lágrimas tan abundantes como la lluvia y replicó: « ¡Hermana mía! Temo que si te lo explico no me ayudes a conseguir mi deseo y me dejes morir de pena sumergido en mi desgracia» . « ¡Hermano mío! ¡Por Dios! ¡No te abandonaré aunque me cueste la vida!» Le explicó lo que le había sucedido y lo que había visto al abrir la puerta. Le informó de que la causa de las penas y de las aflicciones era el amor que sentía por la muchacha a la que había visto; que estaba enamorado de ella; que llevaba diez días sin probar bocado ni beber. Rompió a llorar amargamente y recitó estos dos versos:

Devolved, como tenía, el corazón a la víscera; las pupilas al sueño; después, partid.

¿Creéis que las noches cambian el pacto de amor? ¡Muera aquel que cambia!

Su hermana le acompañó en el llanto, se apiadó de su situación y tuvo misericordia de su exilio. Le dijo: « ¡Hermano mío, tranquilízate y refresca tus ojos! Arriesgaré mi vida por ti y perderé mi existencia por satisfacerte. Aunque me cueste la vida he de idear una estratagema para que consigas, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, tu propósito. Pero te aconsejo, hermano mío, que ocultes tu secreto a mis hermanas y que no expongas a ninguna de ellas tu situación, pues los dos perderíamos la vida. Si te preguntan si has abierto la puerta contesta: "Jamás la he abierto, pero tenía el corazón preocupado porque estabais separadas de mí; deseaba veros y estaba solo en el palacio"» . « Sí; eso es lo correcto.» Hasán la besó en la cabeza, tranquilizó sus ideas y dio reposo a su pecho. Antes, por haber abierto la puerta, había temido a su hermana. Pero después de haber estado a punto de morir, por el mucho miedo, recuperó el ánimo. Pidió a la muchacha algo de comer. Ésta salió de su habitación y fue llena de pena y llorando a ver a sus hermanas. Le preguntaron qué le ocurría y les respondió que estaba preocupada por su hermano que se encontraba enfermo y que no había probado bocado desde hacía diez días. Le preguntaron por la causa de la enfermedad y contestó: « Lo largo de nuestra ausencia hasta el punto de que le ha entrado morriña. Estos días que hemos permanecido lejos de él, le han parecido más largos que mil años. Tiene perdón porque es un extranjero y estaba solo. Le hemos dejado aislado, sin nadie que le hiciese compañía y le distrajese. En todo caso es un muchacho joven y tal vez se haya acordado de su madre, que es una mujer mayor, y haya pensado que debe estar llorando de tristeza por él a todo lo largo de la noche y durante todas las horas del día. Hemos de consolarle con nuestra compañía» . Sus hermanas, al oír estas palabras, rompieron a llorar, llenas de tristeza, y le dijeron: « ¡Por Dios que tiene disculpa!» Salieron al encuentro de los soldados, los despidieron y entraron a saludar a Hasán. Vieron que su belleza se había alterado; su rostro, palidecido; su cuerpo, adelgazado. Rompieron a llorar de compasión, se sentaron a su lado, le trataron con cariño y tranquilizaron su corazón contándole todos los prodigios y maravillas que habían visto y lo que había ocurrido entre el novio y la novia. Las muchachas permanecieron a su lado durante un mes entero; le trataron con cariño y amabilidad, pero su enfermedad siguió empeorando. Siempre que le veían así lloraban copiosamente y el llanto más abundante era el de la hermana menor.

Al cabo de un mes las muchachas desearon montar a caballo y salir de caza y pesca. Se decidieron a hacerlo y rogaron a su hermana pequeña que las acompañase, pero ella les replicó: « ¡Por Dios, hermanas mías! No puedo

acompañaros dejando a mi hermano en este estado. Antes debe desaparecer la situación en que se encuentra y curar. Me quedaré con él para atenderlo» . Al oír estas palabras le dieron las gracias por su generosidad y añadieron: « Serás recompensada por todo lo que haces con este extranjero» . La dejaron en el alcázar, montaron a caballo y tomaron consigo provisiones para veinte días.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la hermana pequeña se quedó con Hasán en el palacio. Cuando calculó que sus hermanas se habían alejado mucho se acercó a su hermano y le dijo: « Levántate y muéstrame el lugar en que has visto a las muchachas» . Respondió: « ¡En el nombre de Dios, en seguida!» Se puso muy contento y se convenció de que iba a conseguir su propósito. Quiso incorporarse para ir a enseñarle el sitio, pero no tuvo fuerzas para andar. La joven lo cogió en brazos y lo llevó al alcázar. Cuando llegaron a la azotea le mostró el lugar en que había visto a las muchachas, le enseñó el trono y la alberca de agua. Su hermana le dijo: « Descríbeme el modo cómo han llegado» . Le explicó lo que había visto y en especial lo que se refería a la joven de la que se había prendado su corazón. Al oír su descripción la reconoció: palideció y se puso nerviosa. El muchacho le preguntó: « ¡Hermana mía! Tu rostro ha palidecido y estás intranquila» . « ¡Hermano! Sabe que esa joven es la hija del rey de reyes de los genios, del rey más poderoso. Su padre es señor de hombres y genios; de brujos y sacerdotes; de clanes y servidores; de regiones y numerosas ciudades. Posee un sinfín de riquezas y nuestro padre es uno cualquiera de sus lugartenientes. Dado los muchos soldados de que dispone, la magnitud de su reino y la gran cantidad de riquezas que posee nadie puede hacerle frente. Ha concedido a las muchachas que has visto, sus hijas, terrenos que miden un año completo a lo largo y a lo ancho. Este territorio lo ha rodeado por un río al que nadie, sea genio o sea hombre, puede alcanzar. Dispone de veinticinco mil amazonas que guerrean con la lanza y con la espada; cada una de ellas monta a caballo, ciñe los instrumentos de guerra y es capaz de hacer frente a mil caballeros valientes. Siete de éstas, por su valor y adiestramiento, equivalen a todas las restantes o aún más. Ha confiado el gobierno de la región que te he citado, a su hija mayor, la cual es la mayor de las hermanas. Es más valiente, caballeresca, hábil, lista y bruja que todos sus súbditos. Las muchachas que la acompañaban eran los grandes de su reino, sus servidoras y sus allegadas. El manto de plumas con el cual vuelan es un producto de la magia de los genios. Si quieres poseer a esa muchacha y casarte con ella quédate aquí y espérala. Esas muchachas acuden a este lugar al principio de cada mes. Cuando veas que llegan ocúltate y guárdate de aparecer, pues si te viesen perderíamos todos la vida.

Fíjate en lo que te digo y consérvalo en la memoria. Permanece en un lugar próximo de aquel en que ellas estén y obsérvalas sin que te vean. Una vez se hayan desnudado pon tus ojos en el manto de plumas que pertenece a la mayor, ésa a la que deseas. Cógelo y no toques nada más. Esto te permitirá llegar a su país. Mientras tengas el vestido, tendrás a la mujer. Pero ¡ay de ti si te dejas engañar! Ella te dirá: "¡Oh, tú, que has robado mi vestido, devuélvemelo, ya que yo estoy ante ti, a tu disposición y en tu poder!". Si se lo entregas, te matará, arruinará nuestros palacios y matará a nuestro padre. Entérate ahora de lo que te va a suceder: Sus hermanas, al darse cuenta del robo del vestido, levantarán el vuelo y la dejarán sola. Entonces te acercarás a ella, la cogerás por los cabellos y la atraerás hacia ti: la poseerás y será tu propiedad. Después guarda bien el manto de plumas, pues mientras esté en tu poder ella será tuya, será tu prisionera, ya que no podrá levantar el vuelo hacia su país si no es con él. Cuando te hayas apoderado de ella, cógela en brazos, bájala a tu habitación, pero no le dejes ver que te has apoderado del vestido» . El corazón de Hasán se tranquilizó al oír las palabras de su hermana; su temor desapareció y cesó su dolor. Se puso de pie, la besó en la cabeza y bajó de la azotea. Ambos se fueron a dormir y él se cuidó de sí mismo hasta la mañana.

Al salir el sol se puso de pie, abrió la puerta, subió a la azotea, se sentó y no se movió hasta la caída de la tarde. Su hermana le llevó algo de comer y de beber. Después durmió.

Este sistema de vida siguió hasta que apareció el novilunio del nuevo mes. Hasán, al ver el creciente, se puso al acecho de las muchachas. Éstas aparecieron como el relámpago. Al verlas se escondió en un lugar desde donde las veía y no le veían. Los pájaros descendieron y cada uno se posó en un sitio. Se quitaron los mantos y lo mismo hizo la joven a la que amaba. Esto ocurría en un sitio muy próximo de aquel donde estaba Hasán. La joven se metió en la alberca con sus hermanas. Entonces el muchacho se incorporó, anduvo un poco, escondiéndose, y Dios lo ocultó. Cogió el manto sin que ninguna de ellas lo viese, puesto que jugaban unas con otras. Al terminar salieron y cada una se puso su traje de plumas. La que él amaba buscó su vestido, pero no lo encontró. Gritó, se abofeteó la cara y desgarró sus ropas. Las hermanas se acercaron y le preguntaron qué le ocurría. Les explicó que había perdido su vestido de plumas. Lloraron, gritaron y se abofetearon la cara. Pero cuando se aproximó la noche no pudieron continuar a su lado y la dejaron en el pabellón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Hasán, al ver que levantaban el vuelo y que la abandonaban, escuchó con atención y oyó que decía: « ¡Oh, tú,

que has cogido mi vestido y me has desnudado! Te ruego que me lo devuelvas para cubrir mis vergüenzas. ¡Ojalá Dios no te haga probar mi pesar!» Hasán, al oír estas palabras, perdió la razón de amor, quedó aún más prendado de ella y no pudo contenerse. Abandonó el lugar en que se encontraba y corrió a arrojarse encima. La cogió, la atrajo hacia sí, la llevó a la parte inferior del castillo, la metió en su habitación y le dio un manto suyo. Ella seguía llorando y mordiéndose las manos. Hasán cerró la puerta, corrió a buscar a su hermana y le informó de que la había conseguido y que se había apoderado de ella haciéndola bajar a su habitación. Añadió: « Ahora está sentada llorando y mordiéndose las manos» . Su hermana, al oír estas palabras, se incorporó, se dirigió a la habitación y entró. La encontró llorando y triste. Besó el suelo ante ella y la saludó. La joven le increpó: « ¡Muchacha! ¡Hija de reyes! ¿Las gentes como tú hacen cometer atentados detestables con las hijas de los reyes? Tú sabes que mi padre es un rey poderoso, que todos los reyes de los genios le respetan y temen su ira; dispone de brujos, sabios, sacerdotes, demonios y *marides* a los que nadie puede resistir; sólo Dios conoce el número de criaturas que le obedecen; ¿cómo, pues, os parece bien, hijas de reyes, acoger a seres humanos enseñándoles nuestra situación y la vuestra? Si no fuese así ¿cómo habría llegado este hombre hasta nosotras?» La hermana de Hasán replicó: « ¡Hija del rey! Este hombre es un perfecto caballero; no se propone nada deshonesto. Pero él te ama y las mujeres fueron creadas para los hombres. Si él no te amase no habría enfermado por ti hasta el punto de morir de amor» . Siguió contándole toda la historia del amor de Hasán como éste se la había referido: cómo habían llegado volando las muchachas y se habían bañado; que ella era la única que le había gustado, puesto que era la que podía sumergir a las demás en la alberca mientras que ninguna de las otras podía extender su mano en contra. Al oír estas palabras la joven desesperó de salvarse. La hermana de Hasán se puso de pie, se marchó y regresó con una túnica preciosa que le hizo vestir. Le llevó algo de comer y beber. Comieron juntas las dos jóvenes y la hermana tranquilizó el corazón y calmó el temor que la otra sentía. La trató con cariño y dulzura y le dijo: « ¡Concédele tu mirada, pues está muerto de amor por ti!» Siguió hablándole con cariño, tranquilizándola y halagándola. Pero la joven siguió llorando hasta la aparición de la aurora. Cuando se convenció de que había caído y que no tenía posibilidad de escapar, se tranquilizó, detuvo su llanto y dijo a la hermana de Hasán: « ¡Hija del rey! Dios ha decretado que mi destino sea el de estar ausente y separada de mi país, mi familia y mis hermanas. ¡Hay que tener una bella paciencia con lo que mi Señor ha decretado!» La hermana de Hasán la instaló en la habitación más hermosa del palacio. Siguió a su lado, consolándola y tranquilizándola hasta que se resignó, se ensanchó su pecho y rompió a reír, dejando de lado la pena y la angustia que experimentaba por encontrarse separada de su familia, de la patria, de sus hermanas, de su padre y de su reino.

Entonces la hermana de Hasán fue a buscar a éste y le dijo: « ¡Vamos! ¡Entra a verla en su habitación y bésale manos y pies!» Acudió, hizo lo que le había indicado y la besó entre los ojos diciendo: « ¡Hermosa señora! ¡Vida del espíritu! ¡Regocijo de los videntes! Tranquiliza tu corazón. Yo sólo te he capturado para transformarme en tu esclavo hasta el día de la resurrección. Ésta, mi hermana, es tu servidora y yo, señora mía, sólo quiero casarme contigo según la azuna de Dios y de su Profeta y marcharme a mi país. Tú y yo viviremos en la ciudad de Bagdad. Te compraré doncellas y esclavos. Tengo madre, una de las mejores mujeres, que estará a tu servicio. No hay país más hermoso que el nuestro. Todo lo que éste contiene es mejor que lo de cualquier otra región: sus habitantes, sus súbditos, son gentes buenas, de rostro luminoso» . Mientras le hablaba, la halagaba y ella no contestaba ni una letra, alguien llamó a la puerta del alcázar. Hasán salió a ver quién llamaba: Eran las muchachas que regresaban de caza. Se alegró de volverlas a ver, salió a recibirlas, y las saludó. Éstas le desearon que se encontrase bien y con salud y el joven hizo las mismas manifestaciones. Después se apearon de los caballos, entraron en el alcázar y cada una de ellas se fue a su habitación. Se cambiaron los vestidos usados por hermosas ropas. Habían salido de caza y habían cobrado gran número de gacelas, vacas salvajes, liebres, fieras, hienas, etcétera. Degollaron una parte de estos animales y el resto lo enjaularon en el palacio. Hasán, de pie entre ellas, con la cintura ceñida, los degollaba mientras ellas jugaban y se divertían muchísimo. Cuando terminaron de sacrificar los animales se sentaron para preparar algo de comer. Hasán, entonces, se acercó a la hermana mayor y le besó la cabeza. Después besó la cabeza de las restantes. Le dijeron: « ¡Hermano nuestro! Tú te has humillado ante nosotras. Nos admira el mucho amor en que nos tienes siendo, como eres, un hombre y nosotras genios» . Las jóvenes rompieron a llorar y el muchacho hizo lo mismo. Le preguntaron: « ¿Qué ocurre? ¿Qué te hace llorar? Tu llanto nos amarga el día de hoy. Parece ser que deseas volver a ver a tu madre y a tu país. Si tal es tu deseo haremos nuestros preparativos y te acompañaremos a tu patria, junto a las personas a las que amas» . Les replicó: « ¡Por Dios! ¡No quiero separarme de vosotras!» « Entonces, ¿cuál de nosotras te ha turbado hasta el punto de preocuparte?» Hasán tuvo vergüenza de contestar que era el amor por la joven que estaba escondida el que le hacía estar así, temeroso de que le reprendieran. Calló y no les explicó nada de lo que le ocurría. Pero su hermana se puso de pie y les dijo: « Ha sido presa del pájaro del amor. Os pide que le ayudéis a domesticarlo» . Todas las jóvenes se volvieron hacia él y le dijeron: « Nosotras estamos a tu servicio: haremos cualquier cosa que nos pidas, pero cuéntanos tu historia y no nos ocultes nada de lo que te sucede» . Hasán, volviéndose a su hermana, dijo: « ¡Cuéntales lo que me ha sucedido, ya que yo siento vergüenza y no puedo decir tales palabras!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la joven contó: « ¡Hermanas mías! Cuando salimos de viaje y dejamos solo a este desgraciado, Hasán se encontró intranquilo y temeroso de que alguien le saliese al encuentro. Ya sabéis que los hijos de Adán son miedosos. Abrió la puerta que conduce a la azotea del palacio mientras se sentía angustiado y solo; subió, se sentó allí y contempló el valle sin perder de vista la puerta por temor de que alguien penetrase en el alcázar. Cierto día, mientras estaba allí sentado, vio que diez pájaros se acercaban hacia él, pues venían hacia el alcázar. Volaron sin cesar hasta posarse en la alberca que está al pie del mirador. Hasán clavó la vista en el más hermoso, en el que picoteaba a los demás que no podían extender sus manos hacia él. A continuación llevaron las garras a sus collares, abrieron los vestidos de plumas y salieron: cada uno de ellos se había transformado en una joven parecida a la luna en la noche del plenilunio y se quitaron los vestidos que llevaban puestos mientras Hasán las contemplaba. Se metieron en el agua y jugaron. La muchacha mayor las sumergía sin que ninguna de ellas pudiese extender su mano hacia ella que era la de rostro más hermoso, la de talle más sutil y la de vestidos más limpios. Continuaron así hasta mediada la tarde. Entonces, salieron de la alberca, se pusieron los vestidos, se metieron en el manto de plumas y, volviéndole la espalda, remontaron el vuelo. Quedó con el corazón preocupado: el fuego prendió en sus entrañas a causa del pájaro mayor y se arrepintió de no haberle robado el manto de plumas. Enfermó. Se quedó en la azotea del palacio esperándola; perdió el apetito, la sed y el sueño. En esta situación continuó hasta que apareció el creciente. Mientras se encontraba allí sentado, las jóvenes se presentaron de nuevo según su costumbre: se quitaron los vestidos y se metieron en la alberca. Hasán robó el manto de la mayor, puesto que se había dado cuenta de que no podía levantar el vuelo sin él. Lo cogió y lo escondió bien, temeroso de que lo descubrieran y lo mataran. Esperó hasta que remontaron el vuelo. Entonces se puso en pie, la capturó y bajó con ella a los aposentos inferiores del palacio.» Sus hermanas preguntaron: « ¿Y dónde está?» « Está con él en tal aposento.» « ¡Hermana! ¡Descríbenosla!»

La pequeña siguió: « Es más hermosa que la luna en la noche del plenilunio; su rostro es más brillante que el sol; su saliva más dulce que un sorbete; su cintura más esbelta que una caña; tiene mirada de hurí; rostro luminoso; frente brillante; un pecho que parece de aljófares y dos senos como granadas; sus mejillas parecen dos manzanas; el vientre tiene pliegues y el ombligo parece de marfil repleto de almizcle; las piernas parecen dos columnas de mármol. Arroba los corazones con sus miradas alcoholadas, con la esbeltez del talle, la pesadez de sus caderas y con palabras capaces de curar al enfermo. De hermosas formas y graciosa sonrisa, aseméjase a la luna en el plenilunio» . Las jóvenes, escuchada

esta descripción, se volvieron a Hasán y le dijeron: « Deja que la veamos» . El muchacho, lleno de amor, las acompañó hasta la habitación en que se encontraba la hija del rey. Abrió la puerta, entró y ellas lo siguieron. Al verla y al contemplar su belleza, besaron el suelo ante ella, quedaron boquiabiertas de la hermosura de su aspecto y lo lindo de sus cualidades. Le dijeron: « ¡Por Dios, hija del gran rey! Esto es algo enorme. Si tú oyeras lo que las mujeres dicen de ese hombre, quedarías boquiabierta ante él durante toda tu vida. Está completamente enamorado de ti, pero no te solicita para ninguna mala acción y sólo te pide algo lícito. Si supiéramos que las muchachas pueden prescindir de los hombres, le hubiésemos disuadido de su deseo, a pesar de que no te ha enviado ningún mensajero y se ha presentado, en persona, ante ti. Nos ha dicho que ha quemado el manto de plumas; de lo contrario se lo hubiésemos arrebatado» . Después, una de las jóvenes se puso de acuerdo con la princesa, realizó las negociaciones para el matrimonio y estipuló las condiciones del mismo con Hasán. Hasán le dio la mano y la intermediaria, obtenido el consentimiento, la casó con él. Las muchachas prepararon las cosas que eran propias de la hija de un rey y condujeron a Hasán ante ella. Éste abrió la puerta, le quitó el velo, le arrebató la virginidad y su amor por ella creció así como la pasión. Al conseguir su deseo se felicitó y recitó estos versos:

Tu figura seduce; tus ojos son de hurí; en tu cara gotea el agua de la belleza.
Has quedado grabada en mi retina del mejor modo: la mitad eres jacinto, el tercio aljófar,
El quinto almizcle y el sexto ámbar. Te pareces a una perla, pero brillas más.
Eva no ha dado a luz a nadie que pueda comparársete y en el paraíso eterno no existe una mujer como tú.
Atorméntame si quieres, pues es ley de amor; si quieres perdonarme, a ti te incumbe.
¡Oh, adorno del mundo! ¡Oh, sumo deseo! ¿Quién puede prescindir de la belleza de tu rostro?

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que las otras jóvenes estaban plantadas detrás de la puerta. Cuando oyeron los versos le dijeron: « ¡Hija del rey! ¿Has oído las palabras de este ser humano? ¿Cómo puedes censurarnos si recita versos sobre tu amor?» La princesa, al oír esto, sonrió y se puso contenta y alegre.

Hasán permaneció con ella durante cuarenta días; estaba contento, feliz, satisfecho y alegre. Las jóvenes renovaban cada día, en su honor, la alegría, los dones, los regalos y los presentes. Entre ellas el muchacho se encontraba bien y la princesa estaba tan satisfecha que terminó por olvidar a su familia.

Al cabo de los cuarenta días Hasán vio en sueños a su madre: estaba apenada, con los huesos descoyuntados, el cuerpo exhausto y el rostro pálido: había cambiado su situación mientras él se encontraba estupendamente. La madre, al verlo así, le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Hasán! ¿Cómo puedes ser feliz en el mundo y olvidarme? Mira la situación en que me encuentro después de tu marcha: yo no te olvido; mi lengua no dejará de mencionarte hasta el momento de la muerte. Para no olvidarte te he construido, en casa, una sepultura. ¿Viviré, hijo mío, para volver a verte a mi lado y vivir juntos como en el pasado?» Hasán se despertó llorando y sollozando; las lágrimas resbalaban por sus mejillas como si fuesen agua de lluvia. Se encontraba triste, afligido y no podía ni contener el llanto ni reconciliar el sueño; no podía estar quieto ni tener paciencia. Al amanecer las jóvenes fueron a verlo y a distraerse con él conforme tenían por costumbre. Pero no les hizo caso. Preguntaron a su esposa qué le ocurría. Replicó: « No lo sé» . Le dijeron: « ¡Pregúntaselo!» Se acercó a él y le dijo: « ¿Qué te sucede, señor mío?» Hasán, entre suspiros y lamentos, le informó de lo que había visto en sueños. Después recitó este par de versos:

Hemos permanecido irresolutos y perplejos buscando una vecindad imposible de alcanzar.
Las calamidades del amor crecen sobre nosotros: pesado es el lugar que en nosotros ocupa el amor.

Su esposa les explicó lo que había dicho. Las jóvenes, al oír al verso, tuvieron piedad de su situación y le dijeron: « ¡En el nombre de Dios! Haz lo que bien te plazca. Nosotras no podemos impedirte que vayas a visitarla; al contrario: te auxiliaremos en todo lo que podamos. Pero para ello es necesario que no cortes tus relaciones con nosotras y nos visites, aunque sólo sea una vez al año» . Les replicó: « ¡Oír es obedecer» ! Las jóvenes se pusieron en seguida de pie, prepararon víveres y engalanaron a la novia con joyas, vestidos y muchas cosas de gran valor cuya descripción es imposible. Para él prepararon regalos que ninguna pluma puede describir. Después, repicaron en el tambor y de todas partes acudieron camellos de raza. Escogieron algunos para que transportasen todo lo que habían preparado e hicieron montar a Hasán y su esposa. Les llevaron veinticinco literas de pro y cincuenta de plata. Los acompañaron durante tres días en los cuales recorrieron una distancia de tres meses. Entonces se despidieron de los dos y se dispusieron para el regreso. La hermana pequeña rompió a llorar hasta el punto de desmayarse. Al volver en sí recitó este par de

versos:

¡Ojalá jamás hubiese existido el día de la separación que arrebata el sueño a las pupilas!
Ha roto, entre nos y vos, la unión destruyendo las fuerzas y el cuerpo.

Al terminar estos versos se despidió de ellos. Hasán le había asegurado que una vez llegado a su país, reunido con su madre y tranquilizado su corazón, acudiría a verlas una vez cada seis meses. La joven le dijo: « Si algún asunto te preocupase o temieses alguna faena, toca el tambor del mago y acudirán los camellos. Monta, regresa a nuestro lado y no te separes de nosotras» . Hasán se lo juró. Después les rogó que regresasen y, tras despedirse, se marcharon tristes por tener que separarse de él. Pero su hermana pequeña estaba más triste que las demás: no podía estarse quieta, había perdido la paciencia y lloraba noche y día. Esto es lo que a ellas se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Hasán: Viajó durante toda la noche y el día y cruzó con su esposa campiñas, desiertos, valles y terrenos rocosos por la mañana y por la tarde. Dios les prescribió que quedaran a salvo y así llegaron a la ciudad de Basora. Siguieron camino hasta hacer arrodillar sus camellos en la puerta de su casa. Desmontaron, despidió los camellos, se acercó a la puerta para abrirla y oyó que su madre lloraba y con voz tenue, por el fuego que abrasaba su corazón, recitaba estos versos:

¿Cómo ha de gustar el sueño quien vive en el insomnio y vela durante la noche mientras las gentes reposan?
Poseía bienes, familia y poder, pero ha pasado a ser un extraño y a vivir solo.
La brasa ardiente está entre sus costillas; tiene tal amor que no admite más.
Ha sido vencido por la pasión y ésta le señorea; gime, a pesar de su ánimo, por lo que ha llegado.
El amor le mantiene triste, cabizbajo; las lágrimas lo atestiguan.

Hasán rompió a llorar al oír sollozar y llorar a su madre. Llamó con fuerza a la puerta. La madre preguntó: « ¿Quién hay?» « ¡Abre!» , contestó. Abrió, le vio y al reconocerlo cayó desmayada. El muchacho la trató con cuidado hasta que volvió en sí. Entonces se abrazaron y ella le besó. Trasladó, después, sus cosas y objetos al interior de la casa, mientras la princesa examinaba a Hasán y a su madre. Ésta, cuando hubo tranquilizado su corazón, puesto que Dios la había reunido con su hijo, recitó estos versos:

El tiempo tuvo misericordia de mi situación y se apiadó de mi largo sufrimiento.
Uniéndome con lo que ansiaba y poniendo fin a lo que temía.
Perdonémosle de las faltas que cometió en el pasado e incluso la de haber vestido mi cabeza con cabellos blancos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Hasán y su madre se sentaron a conversar. Ella le preguntó: « ¿Cómo te trató el persa, hijo mío?» Le contestó: « ¡Madre! No era un persa sino un mago que adoraba al fuego prescindiendo del Rey Todopoderoso» . A continuación le explicó lo que había hecho con él desde el momento en que emprendieron el viaje hasta aquél en que le metió dentro de la piel de camello, le cosió en el interior y los pájaros le agarraron y le depositaron en la cima de la montaña; le explicó las criaturas muertas como consecuencia de los engaños del mago que había hallado en la cima del monte; éste los había abandonado allí después de haber satisfecho sus instintos; le refirió cómo se había arrojado al mar desde la cima y cómo Dios (¡ensalzado sea!) le había salvado y le había conducido hasta el alcázar de las muchachas, una de las cuales se había convertido en su hermana; cómo había vivido con ellas y cómo Dios le había hecho apoderarse del mago; después le explicó cómo se había enamorado de la adolescente y la había cazado, y le terminó de referir la historia hasta el momento en que Dios los había unido. La madre quedó boquiabierta al oír su relato y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) porque estaba bien y con salud. Se acercó a los fardos, los examinó y le preguntó por ellos. Le dijo lo que contenían. La madre se alegró muchísimo. Después se aproximó para hablar con la princesa y la trató afectuosamente. Al verla quedó estupefacta ante tanta belleza, se alegró y se maravilló de su hermosura, belleza, talle y justas proporciones. Dijo: « ¡Hijo mío! ¡Loado sea Dios que te ha salvado y ha permitido que regreses sin contratiempos!» Después se sentó al lado de la joven, la trató con cariño y la tranquilizó. Al día siguiente por la mañana se dirigió al mercado, compró diez de las más preciosas túnicas que había en la ciudad, preparó magníficos tapices e hizo que la princesa se pusiese lo mejor de todo aquello. Después se acercó a su hijo y le explicó: « ¡Hijo mío! Con semejantes riquezas no podemos vivir en esta ciudad. Sabes que somos personas pobres: la gente nos acusará de practicar la alquimia. Pongámonos en viaje y marchémonos a Bagdad, ciudad de la paz; así estaremos bajo la protección del Califa. Tú abrirás una tienda, venderás y comprarás y temerás a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!). Éste te auxiliará con esos bienes» . Hasán escuchó estas palabras, las encontró

justas y al momento salió, vendió la casa, hizo comparecer los camellos, cargó en ellos todos sus bienes y enseres; ayudó a montar a su madre y a su esposa y viajaron sin descanso hasta llegar a orillas del Tigris. Allí alquiló una embarcación para llegar a Bagdad, trasladó a ella todos sus bienes y enseres, hizo embarcar a su madre y a su esposa y después subió él a bordo. El viento le fue favorable y al cabo de diez días divisaron Bagdad. Al verla se alegraron. El buque entró con ellos en la ciudad e inmediatamente después desembarcaron. Hasán alquiló un almacén en una caravanera y trasladó a éste las mercancías que tenía en la nave. Pasaron la noche en la fonda. Al día siguiente cambió los vestidos que llevaba puestos. El corredor, al verlo, le preguntó si necesitaba algo y lo que quería. Le contestó: « Quiero una casa amplia y espaciosa» . Le mostró las casas de que disponía. Le gustó una que había pertenecido a un visir. Hasán la compró por cien mil dinares de oro y le pagó su precio. Después volvió a la fonda en que se había hospedado y trasladó todas sus riquezas y enseres a la casa. Salió al zoco a comprar los vasos, tapices y demás enseres que necesitaba; además compró criados y un pequeño esclavo para la casa.

Vivió tranquilo con su esposa en la más dulce y alegre de las vidas durante tres años. Su mujer le dio dos hijos: a uno le llamó Nasir y al otro Mansur. Después de este tiempo se acordó de sus amigas, las muchachas; pensó en los favores que le habían hecho y en cómo le habían ayudado a conseguir su propósito. Deseó volver a verlas. Recorrió los zocos de la ciudad comprando joyas, telas preciosas y golosinas como ellas no habían visto ni conocido jamás. Su madre le preguntó por la causa de la compra de tales regalos. Le replicó: « He decidido ponerme en viaje para ir a ver a mis hermanas, aquellas que me hicieron tanto bien; la situación desahogada en que ahora me encuentro es debida a sus beneficios y favores. Quiero ir, a verlas y regresar en breve si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» . « ¡Hijo mío! ¡No te ausentes!» « Sabe (¡oh, madre!) que te quedarás con mi esposa. El manto de plumas está guardado en una caja enterrada en el suelo. Vigila para que no lo encuentre, pues si lo cogiese remontaría el vuelo llevándose a sus hijos. Yo, al no tener noticias de ella, moriría de dolor. Sabe, madre, que te prevengo para que no hables de esto con ella. Sabe también que es hija de un rey de los genios y que ninguno de éstos es más grande ni posee mayores ejércitos y riquezas que él. Sabe también que ella gobierna a sus propios súbditos y que su padre la quiere mucho. Es una mujer de mucho valor: por tanto sírvela tú misma y no le permitas que cruce la puerta o que se asome por la ventana o por encima de la tapia. Yo temo que el soplo del viento la dañe. Si le ocurriese alguna desgracia yo me suicidaría.» La madre le replicó: « ¡Dios me libre de no hacerte caso, hijo mío! ¿Es que estoy loca para desobedecerte y que tengas que hacerme tales recomendaciones? Vete tranquilo y sin preocupaciones. Cuando regreses, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, volverás a verla y te explicará mi comportamiento. Pero, hijo mío, no te

entretengas más que el tiempo necesario para el camino» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el hado había querido que la mujer oyera las palabras que decía a su madre sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Hasán salió fuera de la ciudad, tocó el tambor y al instante aparecieron los camellos. Cargó veinte con regalos del Iraq, se despidió de su madre, esposa e hijos. Uno de éstos tenía un año y el otro dos. Regresó al lado de su madre, le dio sus consejos por segunda vez, montó y se puso en camino para ir a ver a sus hermanas. Viajó sin cesar noche y día por valles, montes, llanuras y pedregales durante diez días. El undécimo llegó al alcázar. Entró a ver a sus hermanas llevándoles sus regalos. Cuando le vieron se alegraron muchísimo y le felicitaron por encontrarse a salvo. Su hermana engalanó el alcázar por dentro y por fuera. Cogieron los regalos, y le instalaron en una habitación, como de costumbre. Le preguntaron por su madre y por su esposa y les refirió que ésta había dado a luz dos hijos. Su hermana menor, al verle tan bien, se puso muy contenta y recitó este verso:

> Pregunto al viento, cuando sopla, por vos; sólo vos habéis ocupado siempre mi corazón.

Permaneció con ellas como huésped honrado durante tres meses. Vivía alegre, contento, satisfecho y feliz, dedicado a la caza y a la pesca. Ésa es su historia.

He aquí la historia que hace referencia a su madre y a su esposa. Después de la marcha de Hasán, ésta permaneció con su madre el primero y segundo día. El tercero le dijo: « ¡Gloria a Dios! ¡He vivido con él durante tres años sin haber ido nunca al baño!» Rompió a llorar y la madre se apiadó de ella. Le dijo: « ¡Hija mía! Nosotras somos extrañas en este lugar y tu marido no está en la ciudad. Si estuviera aquí permanecería a tu servicio. Yo no conozco a nadie. Pero, hija mía, te calentaré agua y te lavaré la cabeza en el baño de casa» . « ¡Señora mía! Si dijeras tales palabras a las esclavas, éstas pedirían ser vendidas en el zoco y no querrían seguir contigo. Pero, señora mía, los hombres tienen excusa, pues padecen de celos y su razón les dice que si la mujer sale de casa va a cometer una torpeza. Las mujeres, señora mía, no son todas iguales: sabes bien que nadie puede conseguir impedir a la mujer hacer lo que quiere ni puede guardaría ni protegerla ni impedirla ir al baño, o a otro lugar cualquiera o hacer lo que le plazca.» Rompió a llorar, se lamentó de su situación y se recriminó por encontrarse en tierra extraña. La madre se apiadó de su situación y comprendió

que era verdad lo que le había dicho. Preparó los utensilios que eran necesarios para tomar un baño las dos, los cogió y salieron. Al entrar en el baño se desnudaron. Todas las mujeres la miraron, loaron a Dios (¡ensalzado y gloriado sea!) y contemplaron la bella figura creada por Él. Todas las mujeres que pasaban por la puerta entraban a contemplarla. La noticia se difundió por la ciudad, las mujeres se aglomeraron y no se podía entrar en el baño dado el gran número de mujeres que lo llenaban.

Coincidió este hecho portentoso con la ida al baño, aquel día, de una de las esclavas del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, llamada Tuhfa la del Laúd. Ésta observó la aglomeración de mujeres y vio que no se podía transitar dado el gran número de viejas y jóvenes. Preguntó por lo que ocurría y le informaron de la joven que allí estaba. Se aproximó, la miró y la examinó: ante su belleza y hermosura quedó con la razón en suspenso y alabó a Dios, Todopoderoso y Excelso, por los hermosos seres que había creado. No siguió adelante ni se lavó: se quedó sentada admirando a la joven hasta que ésta, habiendo terminado de lavarse, salió y se vistió añadiendo belleza a su belleza. Cuando salió de la terma se sentó en el tapiz y los almohadones. Las mujeres la miraban. Se volvió hacia ellas y salió. Tuhfa la del Laúd, la esclava del Califa, salió en pos de ella, averiguó la casa en que vivía y regresó al alcázar del Califa sin detenerse hasta llegar a presencia de la señora Zubayda. Besó el suelo ante ella y ésta preguntó: « ¡Tuhfa! ¿Cuál es la causa de que te hayas retrasado en el baño?» « ¡Señora mía! He visto un prodigio como jamás han visto hombres ni mujeres; esto me ha distraído, ha turbado mi entendimiento y me ha dejado perpleja hasta el punto de no lavarme ni la cabeza.» « ¿Y qué era, Tuhfa?» « ¡Señora mía! En el baño he visto una joven acompañada por dos muchachos pequeños que parecían dos lunas como no se han visto antes ni se verán después; pero en todo el mundo no hay una mujer como ella. Juro por tus favores, señora mía, que si el Emir de los creyentes la conociera, mataría a su esposo para apoderarse de ella, ya que no hay mujer que pueda comparársela. He preguntado por el marido y me han respondido: “Es un comerciante que se llama Hasán al-Basrí”. La he seguido, al salir del baño, hasta que ha entrado en su casa. Ésta es la del visir, aquélla que tiene dos puertas, una cara al río y la otra cara a la tierra. Temo, señora mía, que si el Emir de los creyentes oye hablar de ella, va a violar la Ley, a matar al marido y a casarse con ella.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la señora Zubayda replicó: « ¡Ay de ti, Tuhfa! ¿Esa muchacha alcanza tal grado de belleza y hermosura como para hacer que el Emir de los creyentes trueque su religión por el mundo y por su

causa desobedezca la ley? Es preciso que vea a esa muchacha. Si no es tal como dices haré que te corten el cuello, libertina. En el harén del Emir de los creyentes hay trescientas sesenta jóvenes, tantas como días tiene el año, ¿es posible que ninguna se parezca a la que citas?» « ¡Señora! ¡No, por Dios! En todo Bagdad no hay una mujer como ésa; ni tan siquiera la hay ni en la tierra de los persas o de los árabes. Dios, Todopoderoso y Excelso, no ha creado otra igual que ella.»

Entonces, la señora Zubayda, llamó a Masrur. Éste compareció y besó el suelo ante ella. Le dijo: « Masrur: ve a la casa del visir, una de cuyas puertas da al río y la otra a la tierra. Tráeme a la adolescente, a los hijos de ésta y la vieja que encuentres allí. Vuelve en seguida y no te entretengas». « ¡Oír es obedecer!» , contestó Masrur. Se marchó, corrió a la puerta de la casa y llamó. La anciana, la madre de Hasán, salió y preguntó: « ¿Quién está en la puerta?» « ¡Masrur, el criado del Emir de los creyentes!» Le abrió la puerta, le saludó y le preguntó qué necesitaba. Contestó: « La señora Zubayda, hija de al-Qasim y esposa del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid, sexto de los descendientes de al-Abbás, tío paterno del Profeta (¡Dios le bendiga y le salve!), te manda llamar, al igual que a la mujer de tu hijo y a tus nietos. Las mujeres le han hablado de su belleza y hermosura» . La madre de Hasán replicó: « ¡Masrur! Nosotros somos extranjeros; el esposo de la muchacha, mi hija, no se encuentra en la ciudad; él no me ha autorizado a salir ni a mí ni a ella ni a ninguna de las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!). Temo que ocurra alguna cosa y que al regresar mi hijo se suicide. Pido de tu bondad, Masrur, que no nos obligues a hacer lo que no podemos» . « ¡Señora mía! Si creyera que esto constituye un peligro para vosotros no os obligaría a salir. Pero la señora Zubayda quiere verla y después la dejará regresar. No me contradigas, pues te arrepentirás. Del mismo modo como ahora os llevo os traeré de nuevo aquí, a salvo, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere.» La madre de Hasán no pudo negarse. Pasó al interior, arregló a la joven y salió con ella y con sus hijos siguiendo a Masrur. Éste las precedía en el camino al alcázar del Califa. Las hizo pasar hasta colocarlas ante la señora Zubayda. Besaron el suelo ante ella y formularon los votos de rigor. La joven tenía el rostro cubierto. La señora Zubayda le dijo: « ¿Por qué no destapas tu cara para que la vea?» La joven besó el suelo ante ella y descubrió un rostro que avergonzaba a la luna en el momento de aparecer por el horizonte del cielo. La señora Zubayda, al verla, clavó los ojos en ella; el alcázar resplandeció con su luz y el brillo de su cara. Ante tanta hermosura Zubayda quedó estupefacta; lo mismo ocurrió a todos los que estaban allí. Todo aquel que la veía enloquecía y no podía decir palabra. La esposa del Califa se puso de pie, se acercó a la princesa, la estrechó contra su pecho, la obligó a sentarse a su lado en el trono y mandó que engalanasen el alcázar. A continuación ordenó que le llevasen una túnica del más precioso tejido y un collar hecho con las más valiosas gemas. Ella misma se lo endosó a la princesa y le dijo: « ¡Hermosa señora! Me has dejado admirada y

mi vista se recrea en ti, ¿qué tesoros posees?» « ¡Señora mía! Tengo un vestido de plumas. Si me lo pusiese ante ti verías cosas magníficas, quedarías admirada de él y hablarían de su belleza, de generación en generación, todos aquellos que lo viesen.» « ¿Y dónde está ese vestido?» « En el domicilio de mi suegra. Pídeselo.» La señora Zubayda dijo: « ¡Madre! Te conjuro a que vayas y me traigas el vestido de plumas para que podamos ver lo que hace; después volverás a recuperarlo» . « ¡Señora mía! ¡Es una embustera! ¿Es que se ha visto alguna vez una mujer con un vestido de plumas? ¡Así sólo van los pájaros!» La princesa terció: « ¡Por tu vida señora! Ella tiene un vestido de plumas que es mío. Está en una caja enterrada en una alhacena que hay en la casa» . La señora Zubayda se quitó del cuello un collar de aljófares que valía tanto como los tesoros de Cosroes y de César y le dijo: « ¡Madre mía! ¡Toma este collar!» Se lo entregó y añadió: « ¡Te conjuro, por mi vida, a que vayas y me traigas el vestido para poder verlo! Después te lo volverás a llevar» . La anciana juró que jamás había visto tal vestido y que no sabía cómo conseguirlo. La señora Zubayda chilló a la vieja, le arrancó la llave y llamó a Masrur. Éste compareció y le dijo: « Coge esta llave, ve a la casa, ábrela y entra en la alhacena cuya puerta es así y asá. En el centro hay una caja. Sácala, fuérzala, coge el vestido de plumas que contiene y tráelo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Masrur] contestó: « ¡Oír es obedecer!» Tomó la llave que le tendía la señora Zubayda y se marchó. La anciana madre de Hasán lo acompañó: lloraba y se arrepentía de haber hecho caso a la muchacha y haberla llevado al baño, ya que ésta sólo lo había utilizado como un medio. Llegó a la casa con Masrur y abrió la alhacena. Éste entró, sacó la caja, extrajo de ella la camisa de plumas, la envolvió en un paño y la llevó a la señora Zubayda. Ésta la cogió, la miró por todas partes y quedó admirada de lo bien hecha que estaba. Después se la entregó a la princesa y le preguntó: « ¿Es éste tu vestido de plumas?» « ¡Sí, señora!» La joven alargó su mano hasta el traje, y lo cogió llena de alegría; lo examinó y vio que estaba intacto, como antes, que no había caído ni una pluma. Se puso contenta y se acercó a la señora Zubayda. Tomó la camisa, la abrió, colocó a sus hijos en su seno, se metió dentro y, por un decreto de Dios Excelso y Todopoderoso, se transformó en un pájaro. La señora Zubayda y todos los allí presentes quedaron admirados, boquiabiertos por lo que había hecho. La princesa empezó a balancearse, a andar, bailar y jugar. Nadie la perdía de vista; todos estaban maravillados de sus actos. A continuación dijo con lengua elocuente: « ¡Señora mía! ¿Es esto hermoso?» Todos contestaron: « ¡Sí, señora de la belleza! ¡Todo lo que haces es magnífico!» « Pues lo que voy a hacer será más hermoso aún, señora.» Extendió las alas y

remontó el vuelo con sus hijos: se colocó encima de la cúpula y se detuvo en la azotea de la habitación. Todas las pupilas estaban fijas en ella. Gritaron: « ¡Por Dios! ¡Esto es prodigioso, maravilloso! ¡Jamás lo habíamos visto!» Dispuesta a levantar el vuelo hacia su país y acordándose de Hasán dijo: « ¡Escuchad, señores!» y recitó:

¡Oh, tú, que abandonaste esta morada y te marchaste raudo y veloz junto a tus seres queridos!
¿Es que creías que yo era feliz entre vosotros, que vuestra vida no me disgustaba?
Cuando fui aprisionada y quedé prendida en las redes del amor, él hizo de éste mi cárcel y se alejó.
Cuando escondió mi traje quedó convencido de que yo no iba a rogar al Único, al Todopoderoso.
Y entonces recomendó a su madre que lo guardase en un rincón; fue injusto y tirano conmigo.
Yo oí lo que decían y lo aprendí de memoria en espera de obtener un beneficio creciente y abundante.
Mi ida al baño sólo fue un medio; por mí, los entendimientos quedaron perplejos.
La esposa de al-Rasid quedó admirada de mi belleza después de haberme examinado de izquierda a derecha.
Dije: "¡Mujer del Califa! Poseo un vestido de plumas magníficas, preciosas;
Si me lo pusiera verías cosas maravillosas capaces de hacer desaparecer las preocupaciones y disipar las angustias".
La mujer del Califa me preguntó: "¿Dónde está?" Contesté: "En casa de ése está oculto".
Masrur corrió a buscarlo y lo trajo: relucía de luz.
Lo tomé de sus manos y lo abrí; vi el hueco y los botones.
Me metí en el interior con mis hijos; extendí las alas y emprendí la huida.
¡Madre de mi esposo! Infórmale, cuando vuelva, que si quiere reunirse conmigo ha de abandonar su casa.

Al terminar de recitar estos versos la señora Zubayda le dijo: « ¿Por qué no desciendes a nuestro lado para que podamos gozar de tu belleza, señora de las hermosas? ¡Gloria a Quien te ha concedido tal elocuencia y esplendor!» « ¡Jamás volveré al pasado!» , y a continuación, dirigiéndose a la madre de Hasán, que estaba triste y desamparada, le dijo: « ¡Por Dios, señora mía, madre de Hasán! Me aflige el separarme de ti. Si regresa tu hijo y los días de la separación le son largos y ansia reunirse conmigo y los vientos del amor y el

deseo le agitan, puede venir a buscarme a la isla de Waq». A continuación remontó el vuelo con sus hijos en busca de su país. Al verlo, la madre de Hasán, rompió a llorar y se abofeteó la cara hasta caer desmayada. Al volver en sí la señora Zubayda le dijo: « ¡Señora peregrina! Yo no sabía que esto iba a ocurrir; si me lo hubieses advertido no te hubiese llevado la contraria. Pero yo no he sabido que ella fuese un genio-pájaro volador hasta ahora. Si hubiese conocido esta característica suya no le hubiese permitido ponerse el traje ni la hubiese dejado coger a sus hijos. ¡Señora! ¡Perdóname!» La anciana no supo qué decir y contestó: « ¡Quedas perdonada!» Después salió del alcázar del Califa y anduvo sin parar hasta llegar a su casa. Entró y se abofeteó en la cara hasta caer desmayada. Al volver en sí, se encontró desolada por la ausencia de la princesa, de sus nietos y de su hijo y recitó estos versos:

El día de vuestra separación me hace llorar por el daño que me causa vuestra marcha.
Grité por el dolor de la separación que me abrasaba; las lágrimas ulceraban con su fluir mis párpados.
¡Tal es la separación! ¿Volveremos a encontrarnos? Vuestra marcha ha hecho que deje de guardar el secreto.
¡Ojalá volváis a guardar el pacto de fidelidad! Tal vez, si volvéis, yo recupere mi buena suerte.

A continuación cavó en la casa tres tumbas y se acercó a ellas para llorar a todo lo largo de la noche y a todas las horas del día. Al prolongarse la ausencia de su hijo y aumentar su intranquilidad, ansia y tristeza, recitó estos versos:

Tu imagen está clavada en el dorso de mis párpados. Pienso en ti tanto en la sístole como en la diástole.
Tu amor recorre mis huesos como recorre la savia los frutos de las ramas.
El día que no te veo mi pecho se angustia y los censores no me reprochan.
¡Oh, tú, cuyo amor me domina y cuyo afecto llega más allá de la locura!
Teme al Misericordioso y sé clemente: tu amor me ha hecho probar las angustias de la muerte.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la madre de Hasán siguió llorando

noche y día por su hijo, su nuera y sus nietos. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que se refiere a su hijo Hasán: Éste llegó junto a las muchachas, las cuales le conjuraron a que permaneciese con ellas durante tres meses. Al cabo de éstos prepararon riquezas y diez fardos: cinco de oro y cinco de plata; dispusieron además una carga de víveres. Le pusieron en camino, salieron con él y le conjuraron a que regresase. En el momento de la despedida se acercaron a abrazarlo. La menor de las hermanas se le acercó, lo abrazó y rompió a llorar hasta caer desmayada. Después recitó estos dos versos:

¿Cuándo se apagará el fuego de la separación con vuestro regreso y conseguiré mi deseo de volver a vivir como vivimos?
El día de la separación me asusta y me daña. El adiós, señores míos, aumenta mi debilidad.

Después se acercó la segunda; lo abrazó y recitó este par de versos:

Me despido de ti como me despediría de la vida; perderte es lo mismo que perder un contertulio.
Después de tu marcha el fuego abrasa mis entrañas mientras que cuando estás cerca me encuentro en el paraíso de la felicidad.

Después se acercó la tercera; lo abrazó y recitó este par de versos:

Dejamos de despedirnos el día de la separación por inconstancia o malhumor.
Tú eres, en verdad, mi espíritu, ¿cómo puedo separarme de mi propio espíritu?

Después se le acercó la cuarta; lo abrazó y recitó este par de versos:

La historia de su partida me hizo llorar, cuando en el momento de la partida me lo dijo.
La lágrima es la confidencia que depositó en mi oído y que resbala por mis ojos.

Después se le acercó la quinta; lo abrazó y recitó este par de versos:

¡No partáis! Yo no tengo fuerza para acompañaros y despedirme del que parte.

Ni paciencia para soportar la partida, ni lágrimas que derramar sobre el campamento abandonado.

Después se le acercó la sexta; lo abrazó y recitó este par de versos:

Cuando la caravana se puso en marcha con ellos, mientras el deseo desgarraba el corazón, dije:
« Si hubiese tenido el poder de un rey me hubiese apoderado de todos los navíos por la fuerza.»

Después se acercó la séptima; lo abrazó y recitó este par de versos:

Si ves la hora de la despedida, ten paciencia y no permitas que la separación te desgarre.
Espera un pronto regreso, pues el corazón que se marcha, regresa.

A continuación Hasán se despidió de ellas, lloró por el dolor de tener que separarse hasta caer desmayado y recitó estos versos:

El día de la separación mis ojos derramaron perlas como lágrimas que se ordenaron formando un collar.
El camellero guió con su canto la caravana sin que yo me resignase, tuviese paciencia ni pudiese aplacarme.
Me despedí de ellos, me separé con tristeza, abandoné mi domicilio y dejé de frecuentar los sitios habituales y el campamento.
Volví atrás sin saber el camino; sólo estaba tranquilo viéndote en el camino de vuelta.
¡Señor mío! Escucha las noticias de amor y evita que tu corazón olvide lo que digo.
¡Oh, alma! Desde que te has separado de ellas, abandona las dulzuras de la vida y renuncia al deseo de vivir.

Después recorrió de prisa el camino, noche y día, hasta llegar a Bagdad, la ciudad de la paz, protegida por el califato abbasí, sin sospechar nada de lo que había ocurrido durante su viaje. Entró en su casa y saludó a su madre. Vio que el cuerpo de ésta había enflaquecido y que sus huesos se habían descoyuntado por los sollozos, el insomnio, el llanto y los lamentos; había quedado como un palillo y era incapaz de responder palabra. Despidió a los camellos y se acercó a ella. Al verla en tal situación entró en la casa, buscó a su esposa y a sus hijos y no encontró ni rastro. A continuación examinó la alhacena: la encontró abierta; la

caja había sido forzada y el vestido no estaba. Entonces comprendió que su esposa había conseguido el traje de plumas y que había remontado el vuelo llevándose a sus hijos. Volvió junto a su madre cuando ésta se hubo repuesto del desmayo. Le preguntó por su esposa y por sus hijos y rompió a llorar. Respondió: « ¡Hijo mío! Dios (¡ensalzado sea!) te recompensará con creces por su pérdida. Éstas son las tres tumbas» Al oír tales palabras, Hasán emitió un grito terrible y cayó desmayado.

Permaneció inconsciente desde el amanecer hasta el mediodía haciendo crecer la pena que ya tenía su madre, la cual desesperó de poder salvarle la vida. Al volver en sí lloró, se abofeteó el rostro, desgarró los vestidos y deambuló por la casa sin saber qué hacer. A continuación recitó este par de versos:

Las quejas de las gentes sobre el dolor de la separación me precedieron;
vivos y muertos temieron la partida.
Pero jamás he oído o visto un dolor como el que encierran mis flancos.

Al terminar de recitar estos versos, cogió la espada, la desenvainó y se acercó a su madre increpándola: « ¡Es que no sabías la verdad! ¡Voy a cortarte el cuello y a matarte!» « ¡Hijo mío! ¡No lo hagas! Te contaré. ¡Envaina la espada y siéntate para que te pueda contar lo ocurrido!» Una vez hubo envainado la espada se sentó a su lado y la madre le refirió la historia desde el principio hasta el fin. Añadió: « ¡Hijo mío! Si no la hubiese visto llorar pidiendo ir al baño y no hubiese temido que al volver tú iba a quejársete con lo cual te enfadarías conmigo, no la hubiese acompañado; si Zubayda no se hubiese enfadado conmigo y arrebatado la llave a viva fuerza, no le hubiese entregado el vestido ni aun muerta. Tú sabes, hijo mío, que ninguna mano es tan larga como la del Califa. Cuando le mostraron el vestido lo cogió y lo miró por todos lados, pues debía temer que algo se hubiese estropeado; vio que no le faltaba nada y se alegró. Cogió a sus hijos y los sujetó a su cintura. La señora Zubayda, para honrarla y en homenaje a su belleza, se quitó todo lo que llevaba encima y se lo dio. Entonces, tu mujer se cubrió con el manto de plumas, se movió en su interior y quedó transformada en un pájaro; recorrió el alcázar bajo la mirada de todos los presentes que quedaron admirados de su belleza y hermosura. Después, remontó el vuelo, se posó encima del palacio y mirándome dijo: “Si regresa tu hijo y las noches de la separación le son largas, ansia reunirse conmigo y los vientos del amor y del deseo le agitan, puede abandonar su patria y venir a las islas de Waq”. Esto es lo que ella dijo mientras tú estabas ausente» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al oír estas palabras Hasán dio un alarido enorme y cayó desmayado; estuvo inconsciente hasta la caída del día. Cuando volvió en sí se abofeteó la cara y se revolcó por tierra como si fuera una serpiente. La madre se sentó a su cabecera para llorar hasta mediada la noche. Cuando Hasán se recuperó del desmayo rompió a llorar y recitó estos versos:

¡Deteneos y observad la situación de aquel al que abandonáis! Tal vez, después de haber sido duros tengáis misericordia.
Si lo observáis no lo reconoceréis a causa de su enfermedad; como si, ¡por Dios!, no le conocierais.
A causa de vuestro amor él es un muerto; si no fuese por los gemidos se contaría entre los muertos.
No creáis que la separación es fácil; el enamorado prefiere la muerte a la separación.

Al terminar de recitar estos versos se puso en pie y empezó a recorrer la casa sollozando, llorando y lamentándose durante cinco días; en ellos no probó bocado ni bebió. Su madre se le acercó y le conjuró y rogó a que dejase de llorar. Pero no hizo caso de sus palabras y siguió llorando y sollozando; su madre intentaba calmarlo, pero él no le hacía caso. Recitó estos versos:

¿Es así como se recompensa el amor de los esposos? ¿O es una costumbre de las gacelas de ojos negros?
¿Es que, entre sus labios, no está el panal de miel que gotea o el dulce licor?
¡Contadme la historia de aquel que muere de amor! El consuelo da vida a quien está triste[253].

Hasán siguió llorando hasta la mañana. Entonces sus ojos se cerraron y vio a su esposa, triste y llorando. Se despabiló, gritó y recitó este par de versos:

Tu imagen no se aparta de mí ni un instante: la he consagrado el lugar más noble de mi corazón.
Si no tuviese la esperanza de reunirme contigo no viviría ni un segundo y no descansaría si no fuese por tu figura que se me aparece en sueños.

Al día siguiente por la mañana fueron en aumento los sollozos y el llanto; ojos anegados en lágrimas, corazón triste, insomne durante la noche y sin probar bocado vivió durante un mes entero. Al cabo de este plazo le pasó por la cabeza el ponerse en viaje e ir a visitar a sus hermanas, las cuales le ayudarían a

conseguir el deseo de reunirse con su esposa. Hizo que acudiesen los camellos, cargó cincuenta dromedarios con preciosos regalos del Iraq, montó en uno de ellos y encargó a su madre que cuidase de la casa; excepción hecha de unos cuantos objetos, dejó todo lo demás en depósito y a continuación se puso en camino para ir a reunirse con sus hermanas por si acaso ellas podían ayudarlo a reunirse con su esposa. Anduvo sin cesar hasta llegar al alcázar de las jóvenes situado en el Monte de las Nubes. Al encontrarse ante ellas les ofreció los regalos. Se alegraron mucho, lo felicitaron por llegar sano y salvo y le preguntaron: « ¡Hermano nuestro! ¿Cuál es la causa de tu vuelta? Hace tan solo dos meses que estabas con nosotras» . Hasán rompió a llorar y recitó estos versos:

Veo que está pensativo por la pérdida de su amada: no goza ni de la vida ni de sus delicias.
Mi enfermedad constituye un mal desconocido para el médico, pero ¿es que quien no es médico puede curar las enfermedades?
¡Oh, tú, que me has privado de las delicias del sueño y me has abandonado haciendo que pregunte por ti al viento cuando sopla!
Aún está próximo el tiempo en que estaba con mi amado cuyos atractivos hacían derramar lágrimas a mis ojos.
¡Oh, tú, que corres por su país! Es posible que el aspirar tu aroma dé vida al corazón.

Al terminar de recitar estos versos dio un alarido y cayó desmayado. Las muchachas, llorando, se sentaron a su alrededor y esperaron a que volviese en sí. Entonces recitó este par de versos:

Es posible que el destino, tascando sus riendas, me devuelva el amado: el tiempo es voluble.
Que el hado me ayude a conseguir mis deseos y que a estas cosas sigan otras.

Al terminar de recitar estos versos lloró amargamente y cayó desmayado. Al volver en sí recitó este otro par:

¡Por Dios! ¡Oh, tú, límite de mi enfermedad y de mis males! ¿Estás satisfecho? Yo estoy contento con mi amor.
¿Te alejarás sin causa ni culpa mía? ¡Vuelve a mí y ten piedad de tu pasada partida!

Cuando hubo terminado de recitar estos versos lloró amargamente y cayó

desmayado. Al volver en sí recitó estos versos:

El sueño me ha abandonado; el desvelo ha llegado; el ojo derrama abundantes lágrimas que estaban guardadas.
Llora con lágrimas que parecen rojas conchas; crecen y se multiplican a lo largo de su curso.
¡Oh, enamorados! La pasión me ha hecho regalo de un fuego que arde entre las costillas.
Cuando te cito, las lágrimas que derramo van acompañadas de relámpagos y truenos.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos lloró hasta caer desmayado. Al volver en sí recitó estos otros:

¿No estuvisteis próximos en el amor y en la pena como nosotros? ¿Nuestro amor por vos no fue el mismo que sentíais por nos?
¡Maldiga Dios al amor! ¡Qué amargo es! ¡Ojalá supiera qué es lo que el amor desea de nosotros!
Vuestros hermosos rostros se muestran ante nuestra vista dondequiera que estemos y aunque la distancia sea mucha.
Mi corazón está absorto pensando en vuestra tribu; el zureo de la paloma me turba.
¡Oh, paloma que pasas la noche llamando a tu compañero! Aumentas mi pasión y haces que la tristeza sea mi compañera.
Has hecho que mis párpados lloren sin fatiga por unas señoras que hemos perdido de vista.
En cada momento, en cada instante, gemimos por ellas; en la cerrada y negra noche la deseo.

Cuando hubo terminado de pronunciar estas palabras, su hermana corrió hacia él: lo halló desmayado. Gritó, se abofeteó la cara y sus hermanas se le acercaron. Al darse cuenta de que Hasán estaba desmayado, se inclinaron, llorando, hacia él. Al verle así no se les ocultó más la pasión, el desvarío, el amor y el cariño que le atormentaban. Le preguntaron por su situación. Llorando les explicó todo lo que había ocurrido durante su ausencia y cómo su esposa, después de coger a sus hijos, había remontado el vuelo. Se entristecieron y le preguntaron por lo que había dicho en el momento de marcharse. Contestó: « ¡Hermanas mías! Dijo a mi madre: “Si regresa tu hijo y las noches de la separación le son largas, ansia reunirse conmigo y los vientos del deseo le agitan, puede venir a las islas Waq”» . Al oír tales palabras las jóvenes empezaron a hacerse signos y

hablar. Cada una de ellas miraba a su hermana mientras Hasán las observaba. Después, inclinaron un rato la cabeza hacia el suelo, la levantaron y exclamaron: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Dirigiéndose a Hasán añadieron: « ¡Levanta tu mano al cielo! Si puedes alcanzarlo, conseguirás reunirte con tu esposa…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *setecientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [las muchachas dijeron a Hasán: » …Si puedes alcanzar con la mano el cielo, te reunirás con tu esposa] y con tus hijos» . Al oír estas palabras las lágrimas resbalaron por sus mejillas como si fuesen lluvia y empaparon sus vestidos. Recitó estos versos:

Las rojas mejillas y las pupilas me han turbado; la llegada del insomnio me ha hecho perder la paciencia.
Mi cuerpo se consume por la dureza de las bellas; no queda en él acento de vida como creen las gentes.
Ojos de hurí que brillan como los de gacelas, descubren una belleza capaz de enamorar a los santos si la vieran.
Andan como el céfiro matutino cuando cruza los arriates; su amor me ha causado pena e intranquilidad.
Mis esperanzas quedaron prendidas de una de sus bellas; por eso se abrasa mi corazón en la llama del fuego.
Muchacha de miembros armoniosos, graciosa; la aurora reside en su cara y la tiniebla en su cabello.
Me turbó. ¡Pero cuántos héroes quedaron impresionados por los párpados y las pupilas de las hermosas!

Cuando hubo terminado de recitar estos versos rompió a llorar. Las jóvenes lo acompañaron con sus lágrimas, se apiadaron, tuvieron compasión de él y lo trataron con cariño aconsejándole que tuviese paciencia y deseándole que volviese a reunirse con su esposa. Su hermana se acercó y le dijo: « ¡Hermano mío! ¡Tranquilízate! ¡Refresca tus ojos! Ten paciencia y conseguirás tu deseo. Quien tiene paciencia y espera consigue lo que quiere. La paciencia constituye la llave de la alegría. El poeta ha dicho:

Deja que los hados corran según sus riendas y duerme tranquilo por la noche.
En el tiempo que transcurre entre cerrar los ojos y abrirlos Dios transforma una cosa en otra» .

La joven siguió: « Fortalece tu corazón y ten valor. Quien ha de vivir diez años no muere a los nueve. Las lágrimas, las penas, la tristeza hacen enfermar. Quédate con nosotras, descansa y yo idearé el medio para que te reúnas con tu esposa y con tus hijos si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» .

Hasán lloró amargamente y recitó estos versos:

Si se curase la enfermedad de mi cuerpo, no se curaría la que hay en mi corazón.
El único remedio para las enfermedades de amor consiste en la unión del amante con el amado.

A continuación se sentó al lado de su hermana. Ésta le habló, lo consoló y le preguntó por la causa que había motivado la partida de su esposa. Se lo explicó. Le dijo: « ¡Por Dios, hermano mío! Yo quería decirte que quemaras el traje de plumas pero el demonio hizo que me olvidara» . Siguió hablando con él y tratándolo con cariño. Pero su situación le pareció insoluble, su intranquilidad creció. Recitó estos versos:

Se apoderó de mi corazón un amigo al que traté con cariño, pero no hay modo de detener el decreto de Dios.
Poseía toda la belleza de los árabes. Es una gacela a la que mi corazón servía de pasto.
He puesto mi paciencia y mi astucia en su amor; lloro por ella cuando de nada sirve el llanto.
Era una hermosa que tenía siete más siete años, que parecía ser la luna cuando tiene cinco más cinco más cuatro días[254].

La hermana se dio cuenta de la pasión, el desvarío de amor y el cariño que le tenía. Entonces se dirigió, llorando y con el corazón triste, a sus hermanas; continuó el llanto ante ellas, se echó encima, les besó los pies y les rogó que ayudasen a su hermano a conseguir su propósito, a reunirse con sus hijos y su mujer. Les rogó que ideasen un medio para que pudiese llegar a las islas Waq. Siguió llorando ante sus hermanas hasta que les contagió las lágrimas y le dijeron: « ¡Tranquiliza tu corazón! Si Dios quiere nos esforzaremos en reunirle con tu familia» .

El joven permaneció con ellas un año entero durante el cual no cesó de derramar lágrimas. Dichas muchachas tenían un tío, hermano de su padre, que se llamaba Abd al-Quddus. Éste quería muchísimo a la hermana mayor y acudía una vez al año a visitarla para atender a sus necesidades. Las jóvenes le habían referido la historia de Hasán y lo que había acaecido a éste con el mago y cómo

había conseguido darle muerte. Esto le había alegrado. El tío había entregado a la hermana mayor una bolsa conteniendo un sahumerio diciéndole: « ¡Hija de mi hermano! Si alguna cosa te preocupa, si te sucede algo desagradable o te ocurre cualquier cosa, pon este sahumerio en el fuego y cita mi nombre. Yo acudiré en seguida para satisfacer tu necesidad» . Estas palabras las había pronunciado al principio del año. La joven dijo a una de sus hermanas: « Ha transcurrido un año completo y mi tío aún no ha venido. Álzate, enciende el fuego y tráeme la caja que contiene el sahumerio» . La otra se levantó la mar de alegre y le llevó la caja. La abrió, cogió un poco y se lo dio a su hermana. Ésta lo tomó y lo echó al fuego pronunciando el nombre de su tío. Aún no se había disipado cuando ya se levantaba, por la desembocadura del valle, una polvareda. Al cabo de un rato se disolvió el polvo y debajo apareció el jeque montado en un elefante que barritaba. Cuando llegó al alcance de la vista de las jóvenes empezó a hacerles señales con las manos y los pies. Al cabo de un rato las alcanzó. Se apeó del elefante, entró a verlas y las abrazó. Ellas le besaron las manos y lo saludaron. Después se sentó; las jóvenes hablaron con él y le preguntaron por su ausencia. Contestó: « Ahora me encontraba sentado al lado de mi mujer, vuestra tía. Al percibir el olor del sahumerio me he apresurado a venir a vuestro lado y he montado en ese elefante. ¿Qué es lo que quieres, hija de mi hermano?» Le contestó: « ¡Tío! Estábamos deseosas de verte, ya que ha transcurrido un año. Tú no acostumbras a estar ausente más de un año» . « Estaba ocupado. Pero tenía decidido venir a veros mañana.» Le dieron las gracias, hicieron los votos de rigor y se sentaron para hablar con él.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la mayor dijo: « ¡Tío! Ya te hemos contado la historia de Hasán al-Basrí que, raptado por Bahram el mago, dio muerte a éste; te hemos contado que se enamoró de una muchacha, hija del gran rey, la cual le hizo sufrir mucho y pasar toda clase de amarguras para terminar apoderándose y casándose con ella y que después regresó a su país» . « Sí; ¿qué le ha ocurrido?» « Después de haberle dado dos hijos lo ha traicionado: ha cogido a los niños y ha huido a su país mientras él estaba ausente. Dijo a su madre: “Si regresa tu hijo y las noches de la separación le son largas, ansia reunirse conmigo y los vientos del amor y del deseo le agitan, puede abandonar su patria y venir a las islas de Waq”.» El viejo movió la cabeza, se mordió los dedos, bajó la cabeza hacia el suelo y empezó a golpear la tierra con los dedos; se volvió a derecha e izquierda y meneó la cabeza. Hasán, que estaba escondido, lo observaba. Las mujeres dijeron a su tío: « ¡Contéstanos! ¡Tenemos el corazón deshecho!» Levantó la cabeza hacia ellas y replicó: « ¡Hijas mías! Ese hombre

se fatigará mucho, se expondrá a grandes peligros y enormes dificultades, pero no podrá llegar a las islas de Waq». Las jóvenes, entonces, llamaron a Hasán. Éste acudió, se aproximó al jeque Abd al-Quddus, le besó la mano y lo saludó. El viejo se alegró de verlo y le hizo sentar a su lado. Las muchachas le dijeron: «¡Tío! Expón a nuestro hermano la verdad de lo que has dicho». Explicó: «¡Hijo mío! Olvida este gran tormento, pues no podrás llegar nunca a las islas Waq, aunque fueses un genio volador o una estrella fugaz. Te separan de esas islas siete valles, siete mares y siete grandes cordilleras. ¿Cómo has de poder llegar hasta ese lugar? ¿Quién te llevaría? ¡Te conjuro, por Dios, a que desistas inmediatamente y a que no pienses más en ello!» Hasán, al oír las palabras del viejo Abd al-Quddus, rompió a llorar hasta caer desmayado. Las muchachas se sentaron a su alrededor llorando. La hermana menor desgarró sus vestidos y se abofeteó la cara hasta caer desmayada. El jeque Abd al-Quddus se apiadó y tuvo compasión de todos al ver su situación y la gran pena, dolor y aflicción que experimentaban. Les dijo: «¡Callad!» Dirigiéndose a Hasán añadió: «¡Tranquiliza tu corazón y alégrate! Conseguirás tu deseo, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere. ¡Hijo mío! Ponte en pie, ten valor y sígueme». Después de despedirse de las muchachas y haber hecho acopio de valor lo siguió lleno de alegría, pues su deseo iba a realizarse. El jeque Abd al-Quddus llamó al elefante y éste acudió. Montó en él y Hasán se colocó en la grupa.

Anduvieron sin cesar durante tres días con sus noches a la velocidad del relámpago cegador. Así llegaron a un gran monte cuyas piedras eran todas de color azul. En dicho monte había una cueva cerrada con una fuente de hierro chino. El jeque tomó de la mano a Hasán y lo ayudó a descabalgar. Después despidió al elefante, se acercó a la puerta de la cueva y llamó. La puerta se abrió y apareció un esclavo negro y calvo que parecía un *efrit*. Con la diestra empuñaba una espada y con la siniestra un escudo de acero. Al ver al jeque Abd al-Quddus soltó la espada y el escudo, se le acercó y le besó la mano. El jeque cogió a Hasán de la mano y entró con él. El esclavo cerró la puerta tras ellos. Hasán observó que era una cueva muy grande y espaciosa que tenía un vestíbulo, con bóveda. Marcharon sin cesar durante una milla. Entonces llegaron a una gran explanada y se dirigieron hacia un rincón en el que había dos puertas enormes de bronce amarillo. El jeque Abd al-Quddus abrió una de ellas, entró, la volvió a cerrar y dijo a Hasán: «¡Quédate junto a esta puerta y no la abras ni entres hasta que yo haya regresado a tu lado, lo cual haré pronto!» El jeque estuvo ausente durante una hora. Regresó con un caballo ensillado y embridado: no galopaba sino que volaba y el polvo no le alcanzaba. El jeque dijo a Hasán: «¡Monta!» Después abrió la segunda puerta y apareció una tierra espaciosa. Una vez hubo montado el joven, los dos salieron por esa puerta y recorrieron dicha región. El jeque le dijo: «¡Hijo mío! Coge esta carta y ve al lugar al que te lleve este corcel. Cuando se detenga en la puerta de una caverna como ésta, pon

pie en tierra, coloca las riendas en el arco de la silla y déjalo en libertad Si después entrase en la cueva no lo sigas; permanece en la puerta durante cinco días sin cansarte. El sexto día acudirá ante ti un jeque negro, trajeado de negro, pero con luenga barba blanca que le llegará hasta el ombligo. Cuando lo veas, bésale las manos, agárrate al faldón de su traje, ponlo encima de tu cabeza y llora ante él hasta que se apiade de ti y te pregunte qué es lo que necesitas. Entonces dile lo que quieres y entrégale esta carta: la cogerá sin decirte ni una palabra, se volverá adentro y te dejará solo. Quédate en el mismo sitio durante otros cinco días; no te canses, pues el sexto día volverás a verlo y se acercará. Si acude en persona puedes estar seguro de que conseguirás tu propósito; si acude uno de sus servidores tienes que comprender que quiere matarte. Y la paz. Sabe, hijo mío, que aquel que se expone al peligro encuentra la muerte.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd al-Quddus prosiguió:] » …Si temes por tu vida no te expongas a la muerte, pero si no tienes miedo aquí tienes lo que te interesa. Te he explicado las cosas: si quieres regresar al lado de tus amigas, aquí tienes el elefante: te conducirá junto a mis sobrinas, éstas te facilitarán medios para llegar a tu país, te devolverán a tu patria y Dios te recompensará por la pérdida de la muchacha de la que te has enamorado» . Hasán contestó al jeque: « Si no consigo mi deseo ¿cómo puede serme útil la vida?

¡Por Dios! No desistiré hasta conseguir reunirme con mi amada o que la muerte me alcance» . Rompió a llorar y recitó estos versos:

Al perder mi amor y aumentar mi desvarío me detuve a gritar mi dolor y mi abatimiento.
Mi amor por él me llevó a besar la tierra en que había estado su campamento, pero sólo sirvió para aumentar mi pesar.
¡Cuide Dios de los que se alejan! En mi corazón queda su recuerdo. Me he reunido con las penas abandonando la dulzura.
Me dicen: “¡Paciencia!” Pero la paciencia se marchó con ella. El día de la marcha se encendieron mis suspiros.
Sólo me asustaron los adioses y sus palabras: “Una vez me haya ido recuérdame y no te olvides de mi compañía”.
Después de su partida ¿en quién encontraré consuelo? Eran mi esperanza tanto en el bienestar como en la pena.
¡Oh, pena mía, cuando regresé después de la despedida! Mis odiosos enemigos se alegraron de mi vuelta.

¡Qué tristeza! Esto es lo que temía. ¡Oh, pasión! ¡Aumenta la llama de mi corazón!

Después de la marcha de mis amigos he perdido la vida. Si regresasen ¡qué alegría! ¡qué satisfacción!

¡Por Dios! Mi llanto por su pérdida no se ha derramado a mares; al contrario: cae gota tras gota.

Al oír sus versos y sus palabras el jeque Abd al-Quddus, comprendió que no renunciaría a su deseo y que los consejos no le harían mella. Quedó convencido de que iba a arriesgarse a perder la vida. Le dijo: « Sabe, hijo mío, que son siete las islas Waq y que en ellas reside un gran ejército. Todo él está formado por mujeres vírgenes. Los habitantes de las islas son genios, demonios, *marides*, brujos y distintos clanes de gentes similares: no regresa ninguno de los viajeros que los visita ni jamás uno de éstos ha conseguido llegar a su país. Te conjuro, por Dios, a que regreses en seguida al lado de tu familia. Tú sabes que la muchacha, en cuya búsqueda vas, es hija del rey de todas estas islas ¿cómo has de poder alcanzarla? Escúchame hijo mío y tal vez Dios te compense con creces por su pérdida» . Hasán replicó: « ¡Por Dios, señor mío! Aunque se me hiciera pedazos por ella, mi pasión y mi cariño no harían más que crecer. Es necesario que vea a mi esposa y a mis hijos y que llegue a las islas Waq. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, no regresaré más que con ella y mis hijos» . El jeque Abd al-Quddus replicó: « ¿Entonces debes continuar el viaje?» « Sí; sólo quiero pedirte que reces por mí pidiendo ayuda y fuerza. Tal vez Dios me reúna dentro de poco con lo que deseo: mi esposa y mis hijos.»

Rompió a llorar de tanta pasión como experimentaba y recitó estos versos:

Vos constituís mi deseo y sois la más bella criatura: Me sois tan querido como el oído y la vista.

Os habéis enseñoreado de mi corazón que ha pasado a ser vuestra morada; después de que os marchásteis, señores míos, constituye mi amargura.

No creáis que yo me he apartado de vuestro amor; vuestro amor causa la pena del mezquino.

Os marchásteis y desde el momento de vuestra partida perdí mi alegría; mi serenidad se ha transformado en inmensa pena.

Me abandonásteis: el dolor me lleva a contemplar los astros y lloro con lágrimas que se parecen a grandes gotas de lluvia.

¡Oh, noche! Sé larga para aquél que, intranquilo por el mucho amor, vela observando la paz de la luna.

¡Oh, viento! Si soplas en el lugar en que han acampado, dales mi saludo, pues la vida es breve.

Diles algo del dolor que experimento; mis amigos nada saben de mí.

Al terminar Hasán de recitar estos versos rompió a llorar a lágrima viva hasta caer desmayado. Al volver en sí el jeque Abd al-Quddus le dijo: « ¡Hijo mío! Tú tienes madre: no la hagas experimentar el dolor de tu pérdida» . « ¡Señor mío! O regresaré con mi esposa o me llegará la muerte.» Lloró, sollozó y recitó estos versos:

¡Por el amor! La separación no ha alterado vuestro pacto y yo no soy de los que traicionan los pactos.
Tengo tales sentimientos que si se los explicase a la gente dirían: "La locura lo domina".
Pasión, tristeza, sollozo, quemazón; quien vive de este modo ¿cómo puede vivir?

Cuando hubo terminado de recitar estos versos, el jeque Abd al-Quddus comprendió que no renunciaría a su propósito ni aun a riesgo de la vida. Le entregó la carta, rogó por él, le recomendó lo que debía hacer y le dijo: « En la carta te recomiendo a Abu-l-Ruways, hijo de Bilqis, hija de Muin; es mi jefe y mi maestro; todos los hombres y los genios lo respetan y lo temen. Ahora vete con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!)» . Hasán tomó su camino, dio rienda suelta al corcel y éste voló más rápido que el relámpago. Durante diez días sin interrupción corrió a lomos del animal. Así llegó ante un anciano muy viejo más negro que la noche; que ocluía el horizonte comprendido entre oriente y occidente. El caballo relinchó al acercarse. Acudieron a reunirse con él otros caballos tan numerosos como el agua de la lluvia cuyas gotas no se pueden contar ni calcular. Los otros corceles empezaron a acariciarse con el de Hasán mientras éste se asustaba y tenía miedo. Pero Hasán no paró de avanzar rodeado de caballos, hasta llegar a la cueva que le había descrito el jeque Abd al-Quddus. El caballo se detuvo ante su puerta. Hasán se apeó, colocó las riendas encima de la silla y el corcel entró en ella. Hasán se quedó en la puerta, conforme le había mandado el jeque, meditando, perplejo y agitado, en cuáles podían ser las consecuencias de su aventura y sin saber lo que iba a suceder.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz! de que permaneció al lado de la puerta durante diez días con sus noches; desvelado, triste, perplejo meditaba en cómo había abandonado su familia, patria, amigos y compañeros; los ojos lloraban; el corazón estaba triste. Pensando en su madre, reflexionando en lo que le había

ocurrido, en la separación de su esposa y sus hijos y en lo que había sufrido, recitó estos versos:

Junto a vos está la cura de mi corazón, corazón que se me ha escapado; de mis párpados caen lágrimas a raudales.
Separación, tristeza, pasión, ausencia, alejamiento de la patria y amor, siempre en aumento, son mis males.
Yo sólo soy un enamorado lleno de pasión: la desgracia lo ha afligido separándolo de quien ama.
Si mi amor me ha lanzado a tal desgracia decidme ¿a qué hombre generoso no han alcanzado las vicisitudes del destino?

Apenas acababa Hasán de recitar estos versos cuando ya aparecía el anciano Abu-l-Ruways; era negro y llevaba vestidos negros. Hasán, al verlo, lo reconoció por la descripción que le había hecho el jeque Abd al-Quddus; se acercó a él, acarició con las mejillas sus pies y le cogió uno de éstos y lo puso encima de su cabeza llorando. El jeque Abu-l-Ruways le preguntó: «¿Qué necesitas, hijo mío?» Hasán le alargó la carta con la mano y se la entregó. El jeque la cogió y se metió en la cueva sin contestarle. Hasán siguió en su sitio, llorando al lado de la puerta, tal como le había dicho el jeque Abd al-Quddus. Permaneció allí sin moverse durante otros cinco días. Presa de la intranquilidad, del temor y del insomnio lloró por el dolor de la separación, por el largo insomnio y recitó estos versos:

¡Gloria al Todopoderoso del cielo! El amante está inquieto.
Quien no ha probado el fruto del amor no sabe lo que es la fatiga de la pena.
Si pudiese contener las lágrimas, derramaría ríos de sangre.
¡Cuántos amigos tienen el corazón duro y viven ávidos de la desgracia de los demás!
Si se muestra compasivo, le respondo: “No me quedan más lágrimas”.
Fui a envolverme en un manto, pero el ojo de la desgracia me hirió.
Las fieras lloran por mi soledad y lo mismo hacen los habitantes del cielo.

Hasán no paró de llorar hasta la aparición de la aurora. Entonces el jeque Abu-l-Ruways salió a verlo vestido de blanco. Con la mano le hizo gestos para que entrase. Hasán pasó. El jeque lo cogió de la mano y entró con él en la cueva. El muchacho se puso muy contento y quedó convencido de que iba a conseguir su deseo. El jeque y Hasán anduvieron durante medio día hasta llegar a un arco de medio punto cerrado por una puerta de acero. El anciano abrió la puerta y

entró con Hasán. Se encontraron en un vestíbulo con bóveda de piedra de ónice incrustada en oro. Siguieron avanzando hasta llegar a una gran habitación de mármol en cuyo centro había un jardín con toda case de árboles, flores y frutos. Los pájaros, sobre los árboles, gorjeaban loando a Dios, el Rey todopoderoso. En la habitación había cuatro testeras unas enfrente de otras; en cada una de ellas había un estrado y en su centro un surtidor. En cada ángulo del mismo se encontraba la estatua de un león de oro. En cada estrado había un trono en el cual estaba sentada una persona que tenía delante numerosos libros y una serie de incensarios de oro con brasas y sahumerios. Delante de cada uno de estos jeques se hallaban unos estudiantes que leían los libros. Cuando llegó Hasán con el viejo todos se pusieron de pie y los trataron bien. Abu-l-Ruways se acercó a ellos y les hizo señas para que alejasen a los presentes. Así lo hicieron y los cuatro jeques se quedaron solos. Se sentaron delante de Abu-l-Ruways y le preguntaron qué ocurría a Hasán. Entonces aquél dijo a éste: « Cuenta a los reunidos tu historia y todo lo que te ha ocurrido desde el principio hasta el fin» . El muchacho rompió a llorar a lágrima viva y les refirió su historia. Al terminar todos los ancianos gritaron: « ¿Es éste el chico encerrado por el mago dentro de un pellejo y subido por las águilas al Monte de la Nube?» Hasán contestó que sí. Entonces se acercaron al jeque Abu-l-Ruways y le dijeron: « ¡Maestro! Bahram se las ingenió para hacerle subir al Monte pero ¿cómo consiguió bajar? ¿qué prodigios vio en la cima del monte?» El jeque Abu-l-Ruways dijo: « ¡Hasán! ¡Cuéntales cómo bajaste del monte e infórmales de los prodigios que viste!» Les explicó lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin y cómo había vencido al mago y le había dado muerte. Les refirió cómo le había traicionado su esposa llevándose a sus hijos y todos los horrores y penalidades pasadas. Los allí presentes se admiraron de lo que les había sucedido. Después se acercaron al jeque Abu-l-Ruways y le dijeron: « ¡Jeque de los jeques! ¡Por Dios! Este joven es un desgraciado. Tal vez tú puedas ayudarlo salvando a su mujer y a sus hijos» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu-l-Ruways replicó:] « ¡Hermanos míos! Es un asunto difícil, peligroso. Este joven es la única persona que conozco que detesta la vida. Vosotros sabéis que es difícil llegar a las islas Waq y que nadie llega a ellas sin exponerse a perder la vida; sabéis cual es la fuerza de sus habitantes y de sus servidores. Yo he jurado no pisar su país y no causarles molestias. ¿Cómo podría llegar éste hasta la hija del gran rey y quién podría llevarlo hasta ella y auxiliarlo en un tal asunto?» Contestaron: « ¡Jeque de los jeques! Este hombre ha sido presa del amor, ha puesto en peligro su vida y ha

llegado hasta ti con una carta de tu hermano, el jeque Abd al-Quddus. Por tanto, es necesario que le ayudes» . Hasán besó los pies de Abu-l-Ruways, levantó el faldón de su traje y lo colocó encima de su cabeza llorando. Le dijo: « Te conjuro, por Dios, a que me reúnas con mis hijos y esposa, aunque ello haya de costarme la vida y la sangre» . Los allí presentes rompieron a llorar e intervinieron: « Da su salario a este desgraciado, hazlo como un favor a tu hermano el jeque Abd al-Quddus» . Les contestó: « Este joven es un desgraciado que no sabe lo que está ante él. Pero le ayudaremos dentro del límite de lo posible» . Hasán se alegró al oír estas palabras y besó las manos de todos los presentes, unos tras otros, al tiempo que les pedía auxilio. Abu-l-Ruways tomó una hoja de papel y tinta y escribió una carta. La selló y se la entregó a Hasán con una bolsa de piel que contenía sahumerios y los instrumentos de hacer fuego como eslabón, etcétera. Le dijo: « Guarda esta bolsa: cuando te encuentres en alguna dificultad quema un poco de su contenido y llámame. Yo acudiré a tu lado y te libraré de él» . A continuación mandó a uno de los presentes que hiciese comparecer, inmediatamente, a uno de los *efrites* de los genios voladores. Éste acudió al acto. El jeque le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» « Soy tu esclavo Dahnas b. Faqtás.» « ¡Acércate!» Se acercó. El jeque Abu-l-Ruways colocó su boca en el oído del *efrit* y le dijo unas palabras a las que éste asintió con la cabeza. El jeque dijo a Hasán: « ¡Hijo mío! Monta sobre los hombros de este *efrit*, Dahnas el volador. Cuando remonte el vuelo hacia el cielo oirás que los ángeles cantan las glorias de Dios en el firmamento, pero tú no lo alabes, pues perecerías tú y él» . « ¡Jamás hablaré!» , replicó Hasán. El jeque añadió: « ¡Oh, Hasán! Después de marcharte con él, a la hora de la aurora del segundo día, te depositará en una tierra blanca, pura como el alcanfor. Una vez en ella avanzarás, solo, durante diez días hasta llegar a la puerta de la ciudad. Cuando estés ante ella, entra y pregunta por su rey. Al llegar ante éste salúdalo, bésale la mano y dale esta carta. Presta atención a cualquier cosa que te indique» . Hasán replicó: « ¡Oír es obedecer!» Se puso en pie al mismo tiempo que el *efrit*. Los jeques se despidieron y le recomendaron al genio. Éste lo colocó encima de su hombro y remontó el vuelo hasta la cúspide de los cielos volando con él día y noche hasta que oyó, en el firmamento, los cánticos de los ángeles. Al llegar la aurora lo depositó en una tierra blanca como el alcanfor, lo dejó y se marchó. Hasán, al darse cuenta de que estaba en aquella tierra y de que nadie lo acompañaba, anduvo día y noche durante diez días hasta llegar a la puerta de la ciudad. Entró, preguntó por el rey y le guiaron. Le dijeron: « Se llama el rey Hassún, es rey de la tierra del alcanfor y tiene ejércitos y soldados que llenan todo lo largo y ancho de la tierra» . Hasán pidió audiencia y se la concedió. Al encontrarse ante él se dio cuenta de que era un gran rey. Besó el suelo ante él. El soberano le preguntó: « ¿Qué necesitas?» Hasán besó la carta y se la entregó. La cogió, la leyó y meneó un momento la cabeza. Luego dijo a uno de sus

cortesanos: « Coge a este muchacho y alójalo en la casa de los huéspedes» . Lo acompañaron y lo hospedaron allí. Residió en ella durante tres días comiendo y bebiendo, pero sin tener a su lado más que un criado. Éste hablaba con él, lo trataba con miramientos y le preguntaba por su historia y el modo cómo había llegado a aquel país. Hasán le informó de todo lo que le había sucedido y de la situación en que se encontraba. Al cuarto día, el muchacho lo cogió y le hizo comparecer ante el rey. Éste le dijo: « ¡Hasán! Tú has llegado hasta mí pues quieres entrar en las islas Waq según nos dice el jeque de los jeques. ¡Hijo mío! Yo te mandaría estos días, pero en tu camino se encuentran muchos peligros y campiñas sin agua que encierran grandes terrores. Ten paciencia pues sólo ha de ocurrir te bien. No cabe duda de que he de ingeniármelas para hacerte conseguir lo que deseas si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere. Sabe, hijo mío, que aquí hay un ejército de daylamíes que quieren invadir las islas Waq; tienen preparados armas, caballos y refuerzos, pero no podrán ponerse en campaña. ¡Hijo mío!, a causa del jeque de los jeques, Abu-l-Ruways b. Bilqis b. Muin, yo no puedo negarte nada y no puedo hacer más que satisfacer tu deseo. Dentro de algún tiempo llegarán los navíos de las islas Waq; falta ya poco. Cuando toque tierra uno de éstos te haré embarcar, y te recomendaré a su equipaje para que te traten bien y te hagan llegar a las islas Waq. A todos aquellos que te pregunten por tu situación y tu historia, responde: “Soy pariente del rey Hassún, señor de la tierra del alcanfor”. Cuando la nave ancle en la isla Waq y el capitán te diga: “¡Desembarca!”, desembarca. Verás numerosos bancos en todas partes de la tierra. Escoge uno, siéntate debajo y no te muevas. Cuando la noche despliegue sus tinieblas y veas que el ejército de mujeres rodea las mercancías, extiende tu mano, sujeta a la que se siente encima del banco del cual estás tú y pídele su protección. Sabe, hijo mío, que si ella acepta protegerte conseguirás tu deseo y te reunirás con tu esposa y tus hijos. Si no te protege puedes entristecerte, desesperar de la vida y estar seguro de que vas a morir. ¡Hijo mío! Tú te expones al peligro y yo sólo puedo hacer esto.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Hassún prosiguió:] » …Sabe que si no hubieses tenido el auxilio del Señor del cielo no hubieses llegado hasta aquí» . Hasán, al oír las palabras del rey Hassún, rompió a llorar hasta caer desmayado. Al volver en sí recitó este par de versos:

No hay escapatoria: tengo un número de días fijado para vivir; cuando estos días concluyan, moriré.

Si tuviera que luchar con los leones en la selva los vencería mientras

durase mi plazo.

Cuando Hasán hubo terminado de recitar sus versos, besó el suelo ante el rey y dijo: « ¡Gran rey! ¿Cuántos días faltan para que lleguen los navíos?» « Un mes; permanecen aquí, para la compraventa, un par de meses. Después regresan a su país. No esperes partir antes de que hayan transcurrido seis meses completos.» El rey ordenó a Hasán que se marchase a la casa de los huéspedes y mandó que le llevasen cuanto pudiera necesitar: comida, bebida, vestidos y todo aquello que es propio de los reyes. Permaneció en la casa de los huéspedes durante un mes, al cabo del cual llegaron los navíos. El rey, acompañado por Hasán y los comerciantes, salió a recibirlos. El muchacho se dio cuenta de que se trataba de naves que transportaban un gentío inmenso, tan numeroso que parecía un montón de guijarros y cuyo número sólo lo conocía el Creador. La nave estaba en medio del mar y pequeñas barcas transportaban las mercancías a la costa. Hasán permaneció entre ellos hasta que sus tripulantes hubieron trasladado las mercancías a tierra e iniciaron la compraventa.

Cuando sólo faltaban tres días para la partida el rey mandó comparecer a Hasán; le preparó lo que necesitaba, le hizo grandes regalos y lo recomendó al capitán de la nave. Le dijo: « Lleva contigo, en el buque, a este muchacho y no informes a nadie. Haz que llegue a la isla Waq y déjalo allí; no regreses con él» « ¡Oír es obedecer!» , replicó el capitán. Después el rey dio consejos a Hasán y le dijo: « No expliques a ninguno de tus compañeros de viaje tu situación; no refieras a nadie tu historia, pues morirías» . « ¡Oír es obedecer!» , contestó el muchacho. Éste se despidió del rey después de hacer votos por su larga vida y desearle que venciese a todos sus rivales y enemigos. El rey le dio las gracias, le deseó que escapase con vida y consiguiese su propósito. Después le confió al capitán. Éste le cogió, lo metió en un cofre, embarcó éste en un bote y no lo sacó de su interior, en el navío, hasta que vio que la gente estaba ocupada en el acondicionamiento de las mercancías.

Los buques zarparon y navegaron durante diez días. El día undécimo llegaron a tierra. El capitán le desembarcó de la nave. Hasán al encontrarse en tierra vio bancos en tal número que sólo Dios lo conocía. Anduvo hasta llegar a uno que no tenía par. Se ocultó debajo. Al llegar la noche apareció tal número de mujeres que parecían una plaga de langosta. Avanzaban a pie, empuñando la espada desenvainada y protegidas por una cota de malla. Las mujeres examinaron las mercancías y se distrajeron con ellas. Después se sentaron a descansar. Una de ellas se sentó en el banco debajo del cual estaba escondido Hasán. Éste cogió el faldón de su traje, lo colocó encima de su cabeza, se acercó a ella y le besó, llorando, manos y pies. Le dijo: « ¡Oh, tú! ¡Levántate antes de que nadie te vea y te mate!» Entonces Hasán salió de debajo del banco, se puso en pie y le besó las manos. Le dijo: « ¡Señora mía! ¡Estoy bajo tu protección!» Rompió a llorar y

añadió: « ¡Ten misericordia de aquel que está separado de su familia, de su esposa y de sus hijos; de aquel que corre a reunirse con ellos arriesgando su vida! ¡Ten misericordia de mí y serás recompensada con el Paraíso! ¡Si no quieres acogerme te ruego por Dios, el Grande, El que todo lo oculta, que me escondas!» Los mercaderes lo observaban mientras él le hablaba. La mujer, al oír estas palabras y ver su humildad, tuvo compasión y su corazón se apiadó. Se dio cuenta de que si había arriesgado su vida y llegado hasta aquel lugar, era debido a algún asunto importante. Entonces le dijo: « ¡Hijo mío! Tranquiliza tu alma, refresca tus ojos, ten corazón y pensamiento firmes, vuelve a tu lugar y permanece escondido debajo del banco, como estabas antes, hasta la próxima noche. Dios hace todo lo que quiere» . Se despidió de él y Hasán se escondió debajo del banco del mismo modo que antes. Los soldados pasaron la noche: encendieron velas hechas con una mezcla de áloe y ámbar. Al día siguiente las naves se acercaron a tierra y los comerciantes se dedicaron a desembarcar mercancías y objetos hasta la caída de la noche. Hasán, llorando y con el corazón triste, permaneció escondido debajo del banco sin saber lo que le reservaba el destino. Mientras así estaba, llegó la mujer comerciante que le había tomado bajo su protección: le dio una cota de mallas, una espada, un cinturón dorado y una tanza. A continuación se marchó de su lado por temor a los soldados. Hasán al ver estos objetos comprendió que la comerciante se los había dado para que se los pusiera. El joven endosó la cota de mallas, se colocó el cinturón, ciñó la espada debajo de la axila y empuñó la lanza. Después se sentó en el banco mientras su lengua no paraba de pronunciar el nombre de Dios (¡ensalzado sea!); al contrario, le pedía que le hiciese pasar inadvertido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que mientras estaba sentado se acercaron las antorchas, los fanales y las velas y reapareció el ejército de mujeres. Hasán se incorporó y se mezcló con ellas como si fuese una más. Al acercarse la aurora, Hasán y los soldados se pusieron en marcha hasta llegar a sus tiendas. Cada una se metió en la suya y Hasán lo hizo en la de una de ellas: era la de la mujer que le había concedido protección. Una vez en el interior soltó las armas, se quitó la cota de malla y el velo. Hasán soltó a su vez las armas, miró a su dueña y vio que tenía los ojos azules y la nariz grande: era una calamidad entre las calamidades; era el ser más feo de la creación: rostro picado de viruelas, cejas despobladas; dientes rotos, mejillas arrugadas, cabellos blancos, boca babosa. Era tal como el poeta dijo de una parecida:

En los ángulos de su cara hay nueve calamidades: cada una de ellas

muestra un infierno.
Rostro repugnante y feo como si fuese de un cerdo que remueve lo sucio y come.

Era calva como una serpiente pelada. La vieja se admiró al ver a Hasán y le preguntó: « ¿Cómo has llegado hasta este país? ¿Qué nave te ha traído? ¿Cómo te has salvado?» Quedó maravillada de que hubiese podido llegar y le interrogó. Entonces Hasán cayó a sus pies, los frotó con su rostro y rompió a llorar hasta caer desmayado. Cuando volvió en sí recitó estos versos:

¿El transcurso de los días, cuándo permitirá la reunión y nos unirá con el amado después de habernos separado?
¿Cuándo conseguiré aquello que me satisface? Los reproches tienen fin y el amor es eterno.
Si el Nilo llevase tanta agua como mis lágrimas no quedaría ningún desierto en el mundo:
Habría inundado el Hichaz, todo Egipto y el Iraq.
Y todo esto porque te alejaste de mí, amigo mío; tenme compasión y regresa.

Cuando hubo terminado de recitar estos versos cogió el faldón de la vieja, lo colocó encima de su cabeza y rompió a llorar pidiéndole su protección. La anciana se dio cuenta de su amor, turbación, dolor y pena; su corazón se apiadó, le concedió su protección y le dijo: « ¡No temas!» Le preguntó qué le ocurría y él le refirió todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin. La vieja quedó admirada de su historia y le dijo: « Tranquiliza tu corazón y tu pensamiento; no temas; has conseguido tu deseo y si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, conseguirás lo que necesitas» . Hasán se alegró muchísimo al oírla. La vieja mandó que compareciesen los alcaides de su ejército. Era el último día del mes. Cuando los tuvo delante dijo: « Salid y congregad todas las tropas para mañana por la mañana. Que nadie desobedezca, pues quien falte será castigado con la muerte» . Contestaron: « ¡Oír es obedecer!» y se marcharon. Dieron orden a todas las tropas para que se preparasen para partir al día siguiente por la mañana. Después regresaron a informar de lo que habían hecho. Así se enteró Hasán de que ella era la jefe del ejército, su consejero y su comandante. El joven no se quitó las armas de encima del cuerpo durante todo aquel día. La vieja en cuya casa estaba, se llamaba Sawahi y la apodaban Umm al-Dawahi. Antes de que terminase de emitir órdenes y prohibiciones apareció la aurora. Las tropas salieron de sus acantonamientos, pero la vieja no les acompañó. Una vez se hubieron marchado dejando vacías sus bases Sawahi dijo a Hasán: « ¡Acércate, hijo mío!» El joven se aproximó y se detuvo ante ella, la cual, a su

vez, se acercó y le preguntó: « ¿Cuál es la causa que te ha hecho arriesgar tu vida y entrar en nuestro país? ¿Cómo puedes ir en busca de la muerte? Cuéntame la verdad de todo tu asunto y no temas nada de mí; no temas pues te he dado mi palabra y te he puesto bajo mi protección y mi clemencia, ya que tu situación me ha conmovido. Si me cuentas la verdad te ayudaré a conseguir tus deseos aunque ello haya de costarme la vida y la pérdida del espíritu. Desde el momento en que has llegado ante mí, no corres ningún peligro y no permitiré a ninguno de los habitantes de las islas Waq que te cause daño» .

Hasán le contó toda su historia desde el principio al fin y la explicó lo sucedido con su esposa y con los diez pájaros: cómo la había cazado y se había casado con ella; cómo habían vivido juntos y le había dado dos hijos y cómo después de descubrir dónde estaba el vestido de plumas había remontado el vuelo llevándose los niños. No le ocultó ningún detalle de lo que había sucedido desde el primer día hasta aquel en que se encontraba. La vieja movió la cabeza después de haber oído sus palabras. Exclamó: « ¡Gloria a Dios que te ha salvado, que te ha hecho llegar hasta aquí y que te ha puesto en mi poder! Si hubieses caído en otras manos hubieses perdido la vida y no hubieses conseguido tu deseo. La pureza de tu intención, tu amor, tu gran pasión por tu esposa e hijos es lo que te permite realizar tu deseo. Si tú no la amases y no estuvieses enamorado no te hubieses arriesgado por ella. ¡Alabado sea Dios que te ha salvado! Es necesario que satisfagamos tu deseo y te auxiliemos a buscarla hasta que, en el plazo más breve, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, consigas lo que apeteces. Pero sabe, hijo mío, que tu esposa vive en la séptima de las islas Waq y que de ésta nos separan siete meses de viaje de día y de noche. Nos marcharemos desde aquí a una región que se llama “Región de los Pájaros”, ya que el piar y el aletear de éstos impide oír a una persona lo que dice otra…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sawahi prosiguió:] » …en este país andaremos durante once días con sus noches. Después saldremos de él y entraremos en una tierra llamada “Tierra de las fieras”, ya que en ella sólo se oyen los gritos de las fieras, de las hienas y de los animales; el ulular de los lobos y el rugido de los leones. La cruzaremos en veinte días al cabo de los cuales estaremos en una tierra llamada “Tierra de los Genios”. Los gritos de éstos, las llamas de los fuegos, las chispas y el humo que salen de su boca, sus suspiros y sus insolencias nos cerrarán el camino, nos ensordecerán y nos cegarán: no veremos ni oiremos; no podremos volvernos atrás, pues todo aquel que lo hace, muere. El caballero que cruza esa región tiene que llevar pegada la cabeza al arco de su silla y no levantarla durante tres días. Después nos encontraremos ante

un gran monte y un río de gran caudal. Ambos están junto a las islas Waq. Sabe, hijo mío, que estas tropas están formadas por muchachas vírgenes y que el rey que las gobierna es una mujer de las siete islas Waq. Un jinete experto necesitaría un año entero para recorrer las siete islas. Junto a la orilla de ese río hay otro monte que se llama "Monte de Waq". Se llama así debido a un árbol cuyas ramas parecen ser cabezas de hombres. Éstas gritan todas a la vez, cuando sale el sol: "¡Waq! ¡Waq! ¡Gloria al Rey de las criaturas!" Al oír estas palabras sabremos que el sol ha salido. Cuando el sol se pone gritan también: "¡Waq! ¡Waq! ¡Gloria al Rey de las criaturas!" Entonces sabremos que el sol se ha puesto. Ningún hombre puede vivir entre nosotras, llegar hasta aquí o pisar nuestra tierra. Desde allí hasta donde reside la reina que gobierna nuestra tierra, hay una distancia de un mes. Todos los súbditos que hay en esos lugares están a su disposición y lo mismo ocurre con las tribus de los genios y de los demonios. Acatan, además, sus órdenes, brujos cuyo número sólo sabe Quien los ha creado. Si tú tienes miedo puedo hacerte acompañar por alguien que te lleve a la costa y que te presente a quien pueda hacerte embarcar y alcanzar tu país. Pero, si tu corazón prefiere permanecer entre nosotras, no he de impedírtelo y tú vivirás conmigo hasta que consigas realizar tu propósito si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» . Hasán replicó: « ¡Señora mía! ¡No me separaré de ti hasta haberme reunido con mi esposa o haber perdido la vida!» La vieja le dijo: « Esto es cosa fácil: tranquiliza tu corazón y conseguirás lo que deseas si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere. Pero es necesario que yo informe a la reina de tu presencia para que ésta pueda ayudarte a conseguir tu propósito» . Hasán hizo votos por ella, le besó las manos y la cabeza y le dio las gracias por lo que había hecho y por su gran generosidad. La acompañó pensando en las consecuencias de su acto, en los terrores que había sufrido durante su exilio y empezó a llorar y a sollozar. Recitó estos versos:

El céfiro sopla desde el lugar en que está el amado y tú me ves enloquecer por mi gran amor.
La noche de la unión constituye una mañana luminosa, mientras el día de la separación es una noche oscura.
El adiós del amigo es cosa bien difícil; la separación del contertulio es un asunto grave.
Sólo a él me quejo de su dureza; en todo el género humano no existe un amigo sincero.
No encuentro consuelo por vuestra separación; un reprobable censor no puede consolar mi corazón.
¡Oh, belleza única! Mi amor también es único.
¡Oh, tú que no tienes par! Mi corazón tampoco lo tiene.
Todo aquel que pretende vuestro amor y teme las censuras es digno de ser

censurado.

A continuación la vieja ordenó que repicaran los tambores dando la orden de partida; el ejército, la vieja y Hasán se pusieron en marcha. Éste avanzaba sumergido en el mar de sus pensamientos, fastidiado y recitando versos mientras la anciana le aconsejaba tener paciencia y lo consolaba. Pero él no le hacía caso ni oía lo que le decía.

Anduvieron sin cesar hasta llegar a la primera de las siete islas, la de los Pájaros. Al penetrar en ella Hasán creyó que el mundo se había vuelto al revés dado el continuo piar de las aves; esto le causó dolor de cabeza, confundió sus pensamientos, le cegó la vista y le tapó los oídos. Sintió gran temor y se convenció de que iba a morir. Se dijo: « Si la Tierra de los Pájaros es así ¿cómo será la de las fieras?» La vieja llamada Sawahi al ver su situación rompió a reír y le dijo: « ¡Hijo mío! Si te pones así en la primera de las islas, ¿qué harás cuando crucemos las otras? Ruega a Dios, humíllate ante Él y pídele que te ayude en las dificultades en que te encuentras y que te haga conseguir tus deseos» . Viajaron sin cesar hasta haber cruzado la Tierra de los Pájaros. Al salir de ésta entraron en la de los genios. Hasán, al verlos, se asustó y se arrepintió por haber acompañado a las amazonas hasta aquel lugar. Pidió auxilio a Dios (¡ensalzado sea!) y siguió la marcha junto a las tropas. Al abandonar este territorio llegaron al río, acamparon al pie del grande y elevado monte y levantaron las tiendas a la orilla del río. La vieja colocó aquí un estrado de mármol cuajado de perlas, aljófares y lingotes de oro rojo e hizo sentar a Hasán en él. A continuación le mostró a las tropas. Éstas colocaron las tiendas a su alrededor, descansaron un rato y después comieron, bebieron y durmieron tranquilas porque habían llegado a su país. Hasán se había cubierto la cara con un velo para que sólo pudiesen verle los ojos. Un grupo de amazonas se acercó a la orilla del río, se quitó los vestidos y se metió en el agua. El muchacho las contempló mientras ellas se lavaban, jugaban y se distraían sin saber que un muchacho las estaba observando, ya que creían que era la hija de un rey. Hasán se excitó al verlas sin sus vestidos, pues contempló las distintas formas de lo que había entre sus muslos: labios tensos, redondeados, gruesos, carnosos, anchos, perfectos y extendidos. Sus caras sin velo parecían lunas y sus cabellos negros constituían la noche que cubría al día. Todas ellas eran hijas de reyes. La vieja había levantado un estrado y había ordenado a Hasán que se sentase encima. Cuando las jóvenes hubieron terminado de bañarse salieron del agua desnudas, como si fuesen lunas en la noche de su plenitud. La anciana había ordenado a todas las tropas que se reuniesen ante la tienda del muchacho, que se quitasen los vestidos y que se metiesen en el río para lavarse, pues si su esposa estaba entre ellas la reconocería. La vieja interrogó pelotón tras pelotón, pero sólo obtuvo la respuesta: « ¡Señora mía! ¡No está entre ésas!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que finalmente se adelantó una joven que tenía a su servicio treinta criadas vírgenes, con los senos tersos. Se quitaron los vestidos y entraron en el agua. La joven empezó a corretear con las criadas: las arrojaba al río y las zambullía. Así siguieron durante una hora. Después, salieron del agua, se sentaron y ofrecieron a su señora toallas de seda ribeteadas de oro. Las cogió y se secó. Luego le dieron los vestidos, las joyas y los adornos, hechos por los genios. Los cogió, se los puso y se dirigió con sus criadas hacia las tropas. El corazón de Hasán, al verla, tuvo un sobresalto. Dijo: «Ésta es la que más se asemeja al pájaro que vi en la alberca que está en el alcázar de las jóvenes, mis hermanas. Igual que ésta, aquélla jugueteaba con su séquito». La anciana le preguntó: «¡Hasán! ¿Es ésta tu esposa?» «¡No, señora mía! ¡Por vida de tu cabeza! Ésta no es mi esposa y no la he visto jamás en mi vida. Entre todas las jóvenes que hay en la isla no he visto ni una sola que pueda compararse con mi esposa, ni por el talle, ni por la armonía del cuerpo ni por la belleza ni por la hermosura.» La vieja le dijo: «¡Descríbemela y dame a conocer todas sus cualidades para que yo pueda imaginarla! Conozco a todas las muchachas de las islas Waq, ya que soy la comandante y la gobernadora de todas las tropas de mujeres. Si me la describes la reconoceré e idearé el modo de que la recuperes». Hasán explicó: «Mi esposa tiene un rostro precioso, cintura prodigiosa, tersas mejillas, senos turgentes, grandes ojos negros, gruesas piernas, dientes blancos, dulce lengua; todo su ser es delicado como si fuese una flexible rama; tiene hermosas cualidades, rojos labios, ojos alcoholados y labios delgados; en su mejilla derecha hay un lunar y en su vientre, debajo del ombligo, una señal. Su rostro brilla como la luna redonda; tiene el cuerpo delgado, las caderas pesadas y su saliva es capaz de curar al enfermo como si fuese el Kawtar o el Salsabil». La anciana dijo: «¡Dame más detalles y que Dios aumente tu amor!» Hasán siguió: «Mi mujer tiene un rostro hermoso, mejilla tersa, cuello largo, mirada alcoholada, mejillas como anémonas y boca que parece un sello de cornalina; sus dientes, brillantes como el relámpago, hacen olvidar la copa y el aguamanil. Ha sido formada en el templo de la delicadeza. Entre sus muslos se encuentra el solio del califato: no hay un santuario tal entre los lugares sagrados; es como dijo con razón, en su alabanza, el poeta:

El nombre de aquel que me deja perplejo tiene letras bien conocidas.
Son cuatro por cinco y seis por diez[255].

Hasán rompió a llorar y cantó este *mawwal*[256]:

Mi amor por vos es el amor de un indio que ha perdido su agujero[257].

La vieja bajó la cabeza hacia el sudo y permaneció así durante una hora de tiempo. Después la levantó hacia Hasán y dijo: « ¡Gloria a Dios, todopoderoso! Yo me he preocupado por ti, Hasán, pero ¡ojalá no te hubiese conocido! Al oír la descripción de la mujer que acabas de citar como tu esposa la he identificado: es la hija mayor del gran rey que gobierna todas las islas Waq. ¡Abre tus ojos y piensa en tu asunto! Si estás durmiendo, despierta, ya que no podrás llegar hasta ella jamás; y si llegas no podrás alcanzarla, ya que os separa lo mismo que separa el cielo de la tierra. Desiste, hijo mío, y no te arrojes a la perdición ni causes la mía propia. Creo que no tienes posibilidad de éxito. Vuélvete desde donde estás para que no perdamos la vida» . La vieja temía por sí misma. Hasán rompió a llorar amargamente al oír sus palabras y cayó desmayado. La vieja le roció el rostro con agua hasta que volvió en sí. Siguió llorando y las lágrimas empaparon sus vestidos debido a la pena y pasión que le habían causado las palabras de la vieja. Desesperando de la vida, le dijo: « ¡Señora mía! ¿Cómo he de volver atrás después de haber llegado hasta aquí? Jamás hubiera creído que tú fueses incapaz de hacerme conseguir mi deseo y más teniendo en cuenta que tú eres la comandante y la gobernante del ejército de las amazonas» . Le replicó: « ¡Por Dios, hijo mío! Si eliges una de esas muchachas, te la daré a cambio de tu esposa, pues si cayeras en manos del rey yo no encontraría ningún recurso para salvarte. Te conjuro, por Dios, a que escuches mis palabras y escojas una de esas muchachas prescindiendo de aquélla. Regresarás inmediatamente a tu país sano y salvo. No hagas que te cause alguna pena, pues tendría que lanzarte a grandes peligros y fuertes dificultades de las que nadie podría salvarte» . Entonces, Hasán bajó la cabeza, rompió a llorar y recitó:

Dije a mis censores: « No me critiquéis» . Mis párpados fueron creados para el llanto.
Las lágrimas desbordaron de mis ojos e inundaron las mejillas; mis amigos me han rechazado.
Dejadme en el amor que ha adelgazado mi cuerpo ya que, del amor, me gusta mi locura.
¡Amigos míos! Mi pasión por vosotros va en aumento ¿qué os sucede que no tenéis piedad de mí?
Después de haber prometido y concluido un pacto conmigo, os mostráis injustos. Habéis traicionado mi compañía, y me habéis abandonado.
El día de la separación, cuando partisteis, fui abrevado, al alejaros, con el líquido de la humillación.
¡Oh, corazón! ¡Ámalos! ¡Ojos! ¡Derramad abundantes lágrimas!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que cuando hubo terminado de recitar sus versos rompió a llorar hasta caer desmayado. La vieja le roció el rostro con agua hasta que volvió en sí. Insistió: « ¡Señor mío! ¡Vuelve a tu país! Si yo te acompañase a la ciudad, los dos perderíamos la vida ya que la reina, al enterarse, me reprendería por haberte introducido en su país y en sus islas a las que no ha llegado ningún ser humano, me mataría por haberte llevado conmigo y por haberte mostrado las vírgenes que viste en el río a pesar de que no las ha tocado ningún macho ni se las ha acercado ningún hombre» . Hasán le juró que jamás las miraría con malas intenciones. La vieja, sin embargo, insistió: « ¡Hijo mío! ¡Vuelve a tu país y yo te daré riquezas, tesoros y regalos que te harán olvidar a todas las mujeres! Escucha mis palabras, regresa lo antes posible y no arriesgues tu vida. Te he dado un consejo» . Hasán, al oírla, rompió a llorar, le acarició los pies con sus mejillas y dijo: « ¡Señora mía! ¡Dueña mía! ¡Pupila de mis ojos! ¿Cómo he de regresar después de haber llegado a este lugar y sin haber visto a quien quiero? Me he acercado al domicilio del amado y espero encontrarlo en plazo breve. Tal vez encuentre algún recurso para reunirme con él» . A continuación recitó estos versos:

¡Reyes de belleza! ¡Piedad para el esclavo de los párpados que se han enseñoreado del reino de Cosroes!
Habéis superado el olor del almizcle y habéis sobrepasado, como flor, las bellezas de la rosa;
Donde estáis sopla el céfiro suave; la brisa sopla impregnada de perfume.
¡Censor! Déjate de criticar y de darme consejos; has venido a aconsejarme con malas artes.
¿Cómo puedes censurarme y reprenderme si no tienes experiencia de mi pasión?
Me han cautivado unos ojos lánguidos y me han arrojado al amor con violencia, con ímpetu.
Derramo lágrimas cuando compongo versos: he aquí mi historia rimada, mi canción.
Sus mejillas sonrojadas han fundido mi corazón y mis miembros arden como si fuesen brasas.
¡Vosotros dos! ¡Decidme! Cuando deje de explicar mi historia ¿con qué relato aliviaré el pecho?
He amado a las hermosas a todo lo largo de mi vida. Después, Dios hará que ocurran nuevos sucesos.

El corazón de la vieja tuvo piedad de Hasán cuando hubo terminado de recitar estos versos. Se acercó a él, le tranquilizó y le dijo: « ¡Tranquiliza el alma, alegra tus ojos y saca la pena que tienes en el pensamiento! ¡Por Dios! Expondré mi vida al mismo tiempo que la tuya para que puedas conseguir tu propósito o iré en busca de la muerte» . El corazón de Hasán se tranquilizó, su pecho respiró y se sentó para hablar con la anciana hasta el fin del día. Al llegar la noche las jóvenes se marcharon. Unas entraron en el alcázar que estaba en la ciudad y otras pernoctaron en las tiendas. Entonces la anciana, tomando consigo a Hasán, entró en la ciudad y lo llevó a un lugar solitario en el que nadie pudiera verlo e informar a la reina de su presencia, pues ésta le daría muerte y haría lo mismo con quien le había llevado. Ella misma le sirvió y le fue inspirando miedo ante la violencia del gran rey, padre de su esposa. Hasán lloraba ante ella y decía: « ¡Señora mía! Para mí he escogido la muerte, puesto que odio la vida mundanal. Si no me reúno con mi esposa y con mis hijos me expondré a los mayores peligros o iré en busca de la muerte» . La vieja empezó a meditar en lo que debía hacer para conseguir que llegase ante su esposa y se reuniese con ella; en la treta que debía emplear para favorecer a ese desgraciado que se exponía a la muerte y al que el miedo o cualquier otra consideración no le hacían desistir de su propósito. Él no se preocupaba de su propia vida. El autor del refrán dice: « El enamorado no escucha las palabras de quien no lo está» .

La muchacha que era reina de la isla en que se encontraban se llamaba Nur al-Huda. Esta reina tenía siete hermanas, todas ellas vírgenes, que vivían junto a su padre, el gran rey, el cual gobernaba las siete islas y las regiones Waq. El trono de este rey se encontraba en la mayor de todas las ciudades que había en aquella tierra. Su hija mayor era Nur al-Huda y gobernaba la ciudad y las regiones en que se encontraba Hasán. La anciana, al ver que éste ardía en deseos de reunirse con su esposa y con sus hijos, se dirigió al alcázar de la reina Nur al-Huda, se presentó ante ella y besó el suelo. La vieja era tenida en mucha estima, pues había criado a todas las hijas del rey y gozaba, ante éstas, de autoridad y respeto; además, era apreciada por el soberano. La reina Nur al-Huda se puso de pie en el momento en que vio a la anciana, la abrazó, la hizo sentar a su lado y le preguntó por su viaje. Le contestó: « ¡Por Dios, señora mía! Ha sido un viaje bendito y te he traído un regalo que te daré en seguida. Pero, ¡oh, reina!, la época y el tiempo me han hecho traer una cosa prodigiosa que deseo mostrarte para que tú me auxilies a conseguir su deseo» . La reina preguntó: « ¿De qué se trata?» La anciana le explicó toda la historia de Hasán desde el principio hasta el fin; al hablar temblaba como si fuese una caña azotada por un viento huracanado, y acabó cayendo ante la hija del rey diciendo: « ¡Señora mía! Una persona que estaba escondida debajo de un banco, junto a la orilla del mar, me pidió protección. Yo se la concedí y la he traído conmigo, con el ejército de mujeres; llevaba armas y así nadie le ha reconocido. Le hecho entrar en la ciudad. He

intentado atemorizarla hablando de tu violencia, de tu mal genio y de tu fuerza. Pero cada vez que le amenazaba, empezaba a recitar versos y decía: “Iré a ver a mi esposa y mis hijos o moriré; pero no regresaré a mi país sin ellos”. Él ha arriesgado su vida al venir a las islas Waq. Jamás en mi vida he visto un hombre de corazón más firme ni que sea más valiente. El amor le ha hecho alcanzar el límite de lo posible» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina, oídas estas palabras y habiendo meditado en la historia de Hasán, se enfadó muchísimo. Durante un rato tuvo inclinada la cabeza hacia el suelo. Después la levantó, miró a la vieja y la increpó: « ¡Vieja de mal agüero! ¿Tu desvergüenza ha llegado hasta el punto de importar varones, pasearlos por las islas Waq y traerlos a mi presencia sin temer mi ira? ¡Juro por la cabeza del rey que si no tuvieses sobre mí el derecho que te concede el haberme criado, hubiese matado del modo más terrible a los dos, a ti y a él, ahora mismo para que constituyerais un escarmiento para los viajeros que fuesen contigo, maldita, y para que no volviese a cometerse un acto tan enorme que nadie, hasta la fecha, había realizado! Sal y traémelo ahora mismo para que lo vea» .

La vieja se marchó aturdida y sin saber adonde ir. Decía: « Toda la desgracia que cae sobre mí de parte de la reina, me la ha enviado Dios por mediación de Hasán» . Anduvo hasta encontrarse ante el joven. Le dijo: « ¡Ven a hablar con la reina, oh, tú, que has llegado al fin de tu vida!» Salió con ella mientras su lengua no dejaba de mencionar a Dios (¡ensalzado sea!). Decía: « ¡Dios mío! ¡Sé bondadoso conmigo en tus decretos! ¡Líbrame de tus castigos!» , La vieja lo acompañó hasta dejarlo ante la reina Nur al-Huda. La anciana le había recomendado en el camino lo que tenía que decirle. Al hallarse en presencia de la soberana se dio cuenta de qué ésta se había puesto el velo. Hasán besó el suelo ante ella, la saludó y recitó este par de versos:

¡Haga durar Dios sin preocupaciones tu poderío y te conceda cuanto desees!
¡Que Nuestro Señor te conceda fuerza y gloria! ¡Que el Todopoderoso te ayude contra tus enemigos!

Al terminar de recitar estos versos, la reina hizo señas a la vieja para que ésta le interrogara en su presencia, pues quería oír las contestaciones. La anciana le dijo: « La reina te devuelve el saludo y te pregunta cómo te llamas, de qué país vienes, cómo se llama tu esposa y tus hijos por los cuales has venido; cómo se

llama tu país» . Hasán, haciéndose el fuerte y con el auxilio de los hados contestó: « ¡Reina del tiempo y de la época! ¡Señora única de nuestro siglo! Yo me llamo Hasán, el de las muchas penas, y soy de la ciudad de Basora; desconozco el nombre de mi esposa, pero los nombres de mis hijos son Nasir y Mansur» . La reina, al oír sus palabras y el relato preguntó: « ¿Y desde dónde se ha llevado a tus hijos?» « ¡Reina! ¡Desde la ciudad de Bagdad, sede del califato!» « ¿Os ha dicho algo en el momento de remontar el vuelo?» « Dijo a mi madre: "Si regresa tu hijo y los días de la separación le son largos, ansia de reunirse conmigo y los vientos del deseo y del amor le agitan, puede venir a buscarme a las islas de Waq".» La reina Nur al-Huda movió la cabeza y dijo: « Si no te amara no hubiese dicho a tu madre esas palabras; si ella no te quisiera y gustara de tu compañía no le hubiese dicho dónde residía ni te hubiese invitado a ir a su país» . Hasán dijo: « ¡Señora de los reyes! ¡Gobernadora de todos, ricos y pobres! Te he contado lo sucedido y no te he ocultado nada. Yo pido protección a Dios y a ti. ¡No me oprimas, ten compasión de mí y ganarás una recompensa y una remuneración! ¡Ayúdame a reunirme con mi esposa y con mis hijos; devuélveme mi perdida felicidad, la alegría de mis ojos y ayúdame a volverlos a ver!» Rompió a llorar, a gemir y a quejarse y recitó este par de versos:

Te daré las gracias mientras zuree la paloma de collar y todavía no habré cumplido mi deber.
Me moveré entre copiosos favores reconociendo que tú eres el origen y la causa.

La reina Nur al-Huda inclinó la cabeza hacia el suelo, la movió durante largo rato y después la levantó y le dijo: « Te tengo compasión; me he apiadado de ti y he decidido mostrarte a todas las muchachas de la ciudad y de las regiones de mi isla. Si descubres a tu esposa te la entregaré pero, si no la encuentras, te mataré y te crucificaré en la puerta de la casa de la vieja» . Hasán replicó: « Acepto la condición, reina del tiempo» . A continuación recitó estos versos:

Animasteis mi pasión de amor y quedasteis tranquilos; mantuvisteis en vela mis párpados ulcerados y os dormisteis.
Me prometisteis que no tardaríais en cumplir vuestra promesa, pero en cuanto os hicisteis con las riendas traicionasteis.
Os amé desde la infancia, cuando no sabía lo que era el amor; no me matéis, pues he sido vejado.
¿Es que no teméis a Dios y vais a matar a un enamorado que pasa la noche observando las estrellas mientras la gente duerme?
¡Por Dios, gentes mías! Cuando muera escribid sobre la losa de mi tumba: « Éste fue un enamorado» .

Tal vez, algún joven como yo, herido de amor, al ver mi tumba me salude.

Al concluir de recitar estos versos dijo: « Acepto la condición que me has impuesto; ¡no hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Entonces la reina Nur al-Huda ordenó que todas las muchachas de la ciudad acudiesen a palacio y desfilasen ante él. Mandó a la vieja Sawahi que ella misma bajase a la ciudad y que condujese a todas las jóvenes al alcázar. La reina hacía que las muchachas se presentasen de cien en cien ante Hasán. Así le presentó todas las que habitaban en la ciudad, pero no encontró, entre ellas, a su esposa. La reina le interrogó y le dijo: « ¿Has visto a ésas?» « ¡Por tu vida, reina! ¡No está!» La soberana se encolerizó y dijo a la vieja: « ¡Entra y saca todas las que viven en el alcázar! ¡Muéstraselas!» Las miró a todas pero, entre ellas, no encontró a su esposa. Dijo a la reina: « ¡Por vida de tu cabeza, oh reina, no está!» La soberana se indignó y chilló a todos los que estaban a su alrededor: « ¡Cogedlo! ¡Arrastradlo boca abajo! ¡Cortadle la cabeza para que nadie más, siguiendo sus pasos, arriesgue su vida para espiarnos, cruzar nuestro país y hollar nuestra tierra y nuestras islas!» Le tiraron al suelo, le arrastraron de bruces, le pusieron por encima los faldones de su propio traje, le vendaron los ojos, desenvainaron la espada encima de su cabeza y se quedaron en espera de órdenes. Entonces Sawahi se acercó a la reina, besó el suelo ante ella, se agarró a sus faldones y los colocó encima de su cabeza. Le imploró: « ¡Reina! ¡Por el derecho que me concede el haberte criado! ¡No te precipites con él! Sabes que es un desgraciado extranjero que ha arriesgado su vida y sufrido más peripecias que las que haya podido soportar persona alguna. Dios, Todopoderoso y Excelso, le ha salvado de la muerte para toda su vida. Él ha oído hablar de tu justicia; ha venido a tu país y se ha puesto bajo tu protección. Si le matas los viajeros divulgarán noticias diciendo que tú maltratas a los forasteros y que los matas. En cualquier circunstancia él está bajo tu poder y podrás matarle con tu espada si su mujer no aparece en el país; en cualquier momento en que desees hacerle comparecer yo podré traértelo. Yo le protegí porque deseaba que ejercieras la magnanimidad que me debes a causa del derecho que me concede el haberte criado; conociendo tu justicia y tu equidad le garanticé que lo ayudarías a conseguir su deseo; si yo me hubiese imaginado esto no le hubiese introducido en la ciudad. Al contrario, me dije: “La reina se alegrará de verlo y de oír sus versos, las hermosas y elocuentes palabras que dice y que asemejan perlas engarzadas”. A éste, que ha entrado en nuestro país y ha comido de nuestros víveres es necesario que le tratemos con miramientos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sawahi prosiguió: » …es necesario que le tratemos con miramientos] y más aún teniendo en cuenta que yo le prometí que lo reuniría contigo y tú sabes que la separación es dura y mortal sobre todo cuando se está lejos de los hijos. Ha visto a todas nuestras mujeres excepción hecha de ti: ¡Muéstrale tu cara!» La reina se sonrió y contestó: « ¿De dónde ha de ser él mi esposo? ¿Cómo puede haber tenido dos hijos conmigo? ¿Por qué he de enseñarle mi cara?» Mandó que llevasen a Hasán ante ella. Lo introdujeron y lo colocaron delante. La reina descubrió su cara. Hasán, al verla, dio un alarido y cayó desmayado. La vieja le trató con cariño hasta que volvió en sí. Al despertar de su desmayo recitó:

¡Oh, céfiro que soplas de la tierra del Iraq hacia los ángulos del país de quien dijo Waq!
Informa a los amigos de mi muerte por haber gustado comida de amor, de sabor amargo.
¡Amada mía! Sé generosa y ten indulgencia: mi corazón se consume por el tormento de la separación.

Cuando hubo terminado de recitar sus versos se puso de pie, miró a la reina y dio un grito tan fuerte que poco faltó para que el palacio se derrumbase encima de todos los que cobijaba. A continuación volvió a caer desmayado. La vieja lo trató amorosamente y cuando recuperó el sentido le preguntó qué le ocurría. Replicó: « Esta reina o es mi esposa o es la persona que más se le parece» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relata para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina chilló a la anciana: « ¡Ay de ti, nodriza! ¡Este extranjero está loco o chiflado, pues me mira fijamente a la cara!» La vieja le replicó: « ¡Oh reina! Tiene disculpa. No le reprendas, pues en el refrán se dice: “El enfermo de amor no tiene remedio y se parece al loco”» . Hasán rompió a llorar amargamente y recitó este par de versos:

Veo sus huellas y muero de pasión; derramo mis lágrimas sobre su domicilio.
Ruego a Aquel que me puso a prueba con su separación que me conceda el favor de su regreso.

Hasán dijo a la reina: « ¡Por Dios! Tú no eres mi esposa, pero eres la persona

que más se le parece» . La reina Nur al-Huda rompió a reír hasta caer de espaldas y tener que apoyarse por un lado. Le contestó: « ¡Amado mío! Cólmate, mírame con atención y contéstame a lo que te voy a preguntar; déjate de locuras, perplejidades e indecisiones, pues está próxima la hora de tu regocijo» . Hasán le dijo: « ¡Señora de reyes! ¡Refugio de pobres y ricos! He enloquecido desde el instante en que te vi, ya que tú eres mi esposa o eres la persona que más se le parece. Pregúntame ahora mismo lo que quieras» . « ¿En qué cosas se parece tu mujer a mí?» « ¡Señora mía! La hermosura, la belleza, la armonía de tus proporciones, la dulzura de tus palabras, el color de tus mejillas, el relieve de tus senos, etcétera, se parecen a los suyos.» La reina se volvió a Sawahi Umm al-Dawahi y le dijo: « ¡Madre mía! Vuelve a llevarlo al lugar en que le tenías y sírvele tú misma hasta que yo haya examinado su caso. Si este hombre tiene honor hasta el punto de conservar la amistad y el afecto, es necesario que le ayudemos a conseguir su deseo, y más aún cuando ha venido a nuestra tierra y ha comido nuestros alimentos a pesar de las calamidades del viaje, de los peligros y terrores que ha tenido que soportar. Cuando le hayas acompañado a tu casa recomiéndale a tus servidores y vuelve en seguida. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, todo será para bien» .

La vieja salió llevándose a Hasán, condujo a éste a su casa y ordenó a sus doncellas, criados y eunucos que se pusiesen a su servicio mandándole que le llevaran todo lo que necesitase y que no descuidasen nada. Después regresó rápidamente al lado de la reina y ésta le ordenó que empuñase las armas y tomase consigo mil valientes amazonas de a caballo. La anciana Sawahi cumplió la orden: se puso la coraza, congregó los mil jinetes y cuando los tuvo ante sí corrió ante la reina para informarla. Ésta la ordenó que marchasen a la ciudad del gran rey, su padre, que fuese a ver a su hermana Manar al-Sana y le dijese: « Pon a tus dos hijos las cotas de malla que les has confeccionado y envíaselos a su tía. Ésta tiene ganas de verlos» . « Te recomiendo, madre mía —añadió—, que ocultes el asunto de Hasán. Cuando tengas a los niños le dirás: “Tu hermana te ruega que le hagas una visita”. Tan pronto como te haya entregado a los chicos y salga para venir a visitarme, tú te adelantarás con ellos y la dejarás que avance lentamente. Tú ven por un camino que no sea el suyo, anda sin parar de noche y de día y procura que nadie se entere de este asunto. Yo te juro del modo más solemne que si mi hermana es su esposa y los dos muchachos son sus hijos, no impediré a Hasán el que se marche con su familia…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nur al-Huda prosiguió:] » …lo ayudaré y favoreceré el regreso a su país.»

La vieja creyó en sus palabras sin saber lo que aquella desvergonzada ocultaba en su interior: si no era su esposa o los chicos no se le parecían iba a matarlo. La reina añadió: « ¡Madre mía! Si mis ideas son exactas su esposa es mi hermana Manar al-Sana. Pero Dios es más sabio; esa descripción corresponde con la suya y todos los detalles que ha citado: belleza prodigiosa y hermosura resplandeciente sólo corresponden a mis hermanas y de modo especial a la menor» . La vieja le besó la mano, regresó al lado de Hasán y le informó de lo que la reina le había dicho. El entendimiento del muchacho voló de alegría, se acercó a la anciana y le besó la cabeza. Ésta añadió: « ¡Hijo mío! ¡No me beses la cabeza! Tengo el corazón en la boca; sea este beso la dulzura de la salvación; tranquiliza tu alma, alegra tus ojos, dilata tu corazón y no tengas escrúpulos de besarme en la boca, pues yo he sido la causa de que te reúnas con ella; tranquiliza tu corazón y pensamiento, respira sin fatiga, alegra tus ojos y tranquiliza tu ánimo» . A continuación se despidió de él y se marchó. Hasán recitó estos dos versos:

Tengo cuatro testigos de mi amor por vos cuando en cualquier pleito dos son suficientes:
Los latidos de mi corazón, la excitación de mis miembros, la delgadez del cuerpo y el tartamudeo de mi lengua.

A continuación recitó este par de versos:

Hay dos cosas que aunque mis ojos derramaran lágrimas por vos hasta el punto de estropearse
Yo no podría pagar ni en su décima parte: la flor de la juventud y la separación de los amigos.

La anciana empuñó sus armas, tomó consigo mil caballeros bien equipados y se marchó hacia la isla en que vivía la hermana de la reina y anduvo sin cesar hasta llegar a ella. Entre la ciudad de Nur al-Huda y la de su hermana había una distancia de tres días. Sawahi, al llegar, corrió a buscar a la hermana de la reina, Manar al-Sana, la saludó de parte de Nur al-Huda y le informó de que ésta deseaba verla al mismo tiempo que a sus hijos; le informó de que su hermana estaba molesta con ella por el largo tiempo que llevaba sin ir a visitarla. La reina Manar al-Sana le replicó: « Mi hermana tiene razón y yo estoy en falta con ella por lo poco que la veo. Pero ahora iré» . Ordenó que le preparasen las tiendas en el exterior de la ciudad y tomó los presentes y regalos que más podían convenir a su hermana. El rey, su padre, estaba mirando desde las ventanas del alcázar y vio las tiendas levantadas. Preguntó por la causa y le contestaron: « La reina Manar

al-Sana ha levantado sus tiendas en aquel camino, ya que se dispone a visitar a su hermana Nur al-Huda» . El rey, al oír esto, ordenó al ejército que la acompañase y sacó del tesoro riquezas, comestibles, bebidas, regalos y aljófares en tal cantidad que se hace imposible describirlo. Las siete hijas del rey eran hermanas uterinas excepción hecha de la menor. La mayor se llamaba Nur al-Huda; la segunda Nachm al-Sabah, la tercera Sams al-Duha, la cuarta Sachar al-Durr, la quinta Qut al-Qulub, la sexta Saraf al-Banat y la séptima Manar al-Sana. Ésta era la menor y la mujer de Hasán; las demás sólo eran sus hermanas por parte de padre. La vieja se acercó y besó el suelo ante Manar al-Sana. Ésta le preguntó: « ¿Tienes algún deseo, madre mía?» La reina, Nur al-Huda, tu hermana, te manda que cambies los vestidos a tus hijos, les pongas la cota de malla que tú les hiciste y que se los envíes. Yo los tomaré conmigo, me adelantaré y seré el mensajero que anunciará tu llegada» . Manar al-Sana, al oír las palabras de la anciana, inclinó la cabeza hacia el suelo, cambió de color y permaneció reflexionando largo rato. Después movió la cabeza, la dirigió hacia la vieja y le dijo: « ¡Madre mía! Mis entrañas se han asustado y mi corazón palpita desde el momento en que has mencionado a mis hijos: ningún hombre ni varón ni hembra ni genio les ha visto la cara desde el momento de su nacimiento. Yo tengo celos del mismo céfiro cuando sopla» . La vieja preguntó: « ¿Qué significan estas palabras, señora mía? ¿Es que no tienes confianza en tu hermana?

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la vieja prosiguió:] » Ten claro el entendimiento: no puedes contradecir a la reina en este asunto, pues ella se enfadaría contigo. Pero, señora mía, tus hijos son pequeños y tienes disculpa por sentir miedo; el amor hace mal pensar. Hija mía: tú conoces mi afición y mi amor por ti y por tus hijos; yo os he criado antes que a éstos. Los tomaré bajo mi responsabilidad: les ofreceré mis mejillas, les abriré mi corazón, los colocaré en su interior; no necesito consejos sobre estas cosas; tranquilízate, alegra tus ojos y envíaselos. No puedo adelantarte más allá de uno o dos días» . La anciana insistió tanto y tanto temía la cólera de su hermana que accedió a dejarlos marchar con la vieja sin saber lo que el destino ocultaba. Los llamó, los hizo entrar en el baño, los arregló, les cambió sus vestidos por las cotas de malla y se los entregó a la nodriza. Ésta aceleró la marcha, como si fuera un pájaro, por un camino distinto del ordinario e hizo lo que le había ordenado la reina Nur al-Huda; anduvo sin descanso, temiendo siempre que ocurriese cualquier cosa a los niños y así llegó a la ciudad de la reina Nur al-Huda; cruzó el río, entró en la villa y corrió a presentarse, con los niños, ante la soberana, su tía. Ésta, al verlos, se alegró, los abrazó, los estrechó contra su pecho y sentó a uno en la rodilla derecha y al otro

en la izquierda. A continuación, volviéndose hacia la vieja le dijo: « Tráeme a Hasán ahora mismo; yo le he dado mi promesa, le he salvado del filo de mi espada, ha encontrado asilo en mi casa y ha vivido entre mis servidores después de haber pasado miedos y calamidades; después de haber superado peligros mortales y crecientes. Pero, a pesar de todo, aún no se ha salvado de tener que beber la copa de la muerte y de perder el hábito de la vida» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la vieja le preguntó: « Si te lo traigo ¿vas a reunirle con los niños? Si resulta que éstos no son sus hijos ¿vas a perdonarlo y permitirle que regrese a su país?» La reina al oír estas palabras se enfadó de mala manera y dijo: « ¡Ay de ti, vieja de mal agüero! ¿Hasta cuándo vas a intrigar en favor de ese hombre extranjero que se ha atrevido a venir hasta nosotras, que ha levantado nuestro velo y ha visto nuestra situación? ¿Es que él cree que una vez llegado a nuestro país, vista nuestra cara y profanado nuestro honor ha de regresar al suyo sano y salvo para explicar nuestra situación en su país y a sus gentes, transmitiendo nuestras noticias a los reyes de todas las regiones de la tierra? Los comerciantes las difundirían por todas partes diciendo: "Un hombre consiguió entrar en las islas Waq tras cruzar el país de los brujos y de los sacerdotes y hollar las tierras de los genios, de las fieras y de los pájaros regresando salvo". ¡Esto no ocurrirá jamás! ¡Lo juro por el Creador y Constructor del cielo, por Aquel que alisó la tierra y la extendió, por el Creador de las criaturas, cuyo número conoce, que si no son sus hijos he de matarlo! Yo misma le cortaré el cuello con mi mano» . A continuación dio un chillido a la vieja, la cual se cayó de miedo; dio orden al chambelán de que la escoltase con veinte mamelucos y les dijo: « ¡Acompañad a esta vieja y traedme inmediatamente al joven que está en su casa!» La anciana salió acompañada por el chambelán y los mamelucos; estaba pálida, sus venas palpitaban. Avanzó hasta su casa y entró a ver a Hasán. Éste, al verla, le salió al encuentro, le besó las manos y la saludó; ella no se lo devolvió. Le dijo: « Ve a hablar con la reina. ¿Es que no te dije: "Vete a tu país y déjate de todo esto"? Tú no escuchaste mis palabras. Te dije: "Te daré cosas que nadie tiene pero vuelve en seguida a tu país". Pero tú ni me obedeciste ni me escuchaste, al contrario, me contradijiste y preferiste la muerte para ti y para mí. Ahí tienes lo que escogiste: la muerte está próxima. Ve a hablar con esa perversa, desvergonzada, libertina y tirana» .

Hasán salió con las ideas deshechas y el corazón triste y amedrantado. Decía: « ¡Salvador! ¡Sálvame! ¡Dios mío! ¡Sé indulgente conmigo en aquellas penas que hayas decretado! ¡Oh, el más misericordioso de los misericordiosos! ¡Protégeme!» Desesperando de la vida avanzó escoltado por los veinte mamelucos, el chambelán y la anciana. Se presentaron a la reina. Hasán vio a sus hijos Mansur y Nasir sentados en el regazo de la soberana, quien los trataba con cariño y los distraía. Al verlos los reconoció, dio un alarido y cayó desmayado por la gran alegría que experimentaba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al volver en sí los reconoció; los chiquillos, al ver a su padre, llevados por su gran amor, escaparon del regazo de

la reina y corrieron junto a Hasán. Dios, Todopoderoso y Excelso, les concedió la palabra y dijeron: «¡Padre!» La anciana y todos los presentes rompieron a llorar llenos de misericordia y compasión por él. Exclamaron: «¡Alabado sea Dios que os ha reunido con vuestro padre!» Hasán, al volver en sí del desmayo, abrazó a sus hijos y volvió a perder el conocimiento. Al recuperarlo recitó estos versos:

¡Juro que mi alma es incapaz de soportar la separación aunque la unión hubiera de causarme la muerte!
Vuestra imagen me dice: «El encuentro tendrá lugar mañana». Pero ¿viviré yo, a pesar de los enemigos, mañana?
¡Juro por vosotros, señores míos, que desde el día en que os marchasteis, no he vuelto a gozar de la vida!
Si Dios ha decretado que muera por mi amor con vos, moriré por vos como un buen mártir.
Hay una gacela que pace en las entretelas de mi corazón, mientras su figura, como el sueño, huye de mis ojos.
Si ella, en el campo de la ley, negase haber derramado mi sangre, la que hay sobre sus dos mejillas testimoniaría en contra suyo.

La reina, al darse cuenta de que los niños eran sus hijos y la señora Manar al-Sana su esposa, aquella en cuya búsqueda había ido, se enfadó de manera inimaginable.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nur al-Huda] chilló a Hasán y éste cayó desmayado. Al volver en sí recitó estos versos:

Os marchasteis, pero sois la persona más próxima a mis entrañas; os alejasteis, pero vivís presente en mi corazón.
¡Por Dios! Mi corazón no se inclina hacia nadie más; yo tengo mucha paciencia ante la tiranía del tiempo.
Paso las noches pensando en vuestro amor; en mi corazón hay suspiros y llamas.
Soy un muchacho que no podía soportar ni un
instante la separación. ¿Qué haré ahora que han transcurrido seis meses?
Tengo celos del céfiro que te acaricia; tengo celos por la hermosa mujer.

Hasán cayó desmayado al terminar de recitar estos versos. Al volver en sí se dio cuenta de que le habían sacado arrastrándolo de bruces. Se puso de pie y empezó a andar enredándose en los faldones de su traje; apenas creía que estuviese a salvo después de lo que la reina le había hecho sufrir. Esto dolió a la vieja Sawahi, la cual no pudo hablar a la reina de lo que hacía referencia a Hasán dado el gran enfado de la soberana. Una vez fuera del alcázar, el muchacho echó a andar desorientado, sin saber ni adonde ir, hacia dónde dirigirse ni qué camino tomar. La tierra le pareció angosta a pesar de lo ancha que es; no encontró a nadie que le hablara con afecto, ni que lo consolara; no halló a nadie a quien consultar ni a quien dirigirse en busca de refugio. Creyó que iba a morir, ya que no podía marcharse ni conocía a quien pudiera acompañarlo ni sabía el camino ni podía atravesar de nuevo el Valle de los Genios ni la Tierra de las Fieras ni las islas de los Pájaros. Desesperó de la vida. Rompió a llorar hasta caer desmayado. Al volver en sí pensó en sus hijos, en su esposa, en cómo ésta había llegado junto a su hermana y en lo que podía sucedería por causa de la reina. Se arrepintió de haber llegado hasta esas regiones y por no haber querido escuchar a nadie. Recitó estos versos:

Dejad que mis pupilas lloren por la pérdida de los que amo: es difícil que me consuele mientras mis penas aumentan.
He bebido el vaso de las vicisitudes de la separación hasta el fin. ¿Quién es el que tiene fuerza ante la pérdida de los seres amados?
Habéis extendido entre vos y yo el tapiz de los reproches; ¿cuándo te plegarás, tapiz de los reproches, lejos de nosotros?
Volé mientras vosotros dormíais; asegurabais que yo me había olvidado de vuestro amor, cuando lo único que he olvidado ha sido el olvido.
Mi corazón ansia la unión con vosotros: vosotros sois mis médicos; ¡guardaos de los medicamentos!
¿Es que no veis lo que me ha sucedido con vuestra separación? Me he humillado ante los iguales y los que no lo son.
He ocultado vuestro amor cuando la pasión delataba; mi corazón siempre se ha cocido en el fuego del amor.
Tened piedad y misericordia de mi situación, ya que yo he sido fiel al pacto de amor en secreto y en la confidencia.
¡Ah! ¿Es que crees que el transcurso de los días me reunirá con vos? Sois mi corazón, y mi alma por vos arde.
Mi corazón está herido por la separación. ¡Ojalá nos enviéis noticias de vuestra tribu!

Una vez terminó de recitar los versos siguió andando hasta salir al exterior de la ciudad. Llegó al río y remontó su orilla sin saber hacia dónde iba. Esto es lo

que hace referencia a Hasán.

He aquí lo que se refiere a su esposa Manar al-Sana: Al día siguiente de la partida de la anciana se dispuso a emprender el viaje. Cuando ya estaba decidida a salir, llegó el chambelán del rey, su padre. Besó el suelo ante ella…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el chambelán]… le dijo: « ¡Oh reina! Tu padre, el gran rey, te saluda y te pide que te presentes ante él» . La joven, acompañada por el chambelán, fue a ver qué deseaba el soberano. Éste la hizo sentar a su lado, encima del estrado, y le dijo: « ¡Hija mía! Esta noche he tenido un sueño y estoy asustado por ti, pues temo que como consecuencia de este viaje, caigas en una gran dificultad» . « ¡Padre mío! ¿Por qué? ¿Qué has visto en sueños?» El rey explicó: « Me ha hecho el efecto de que entrabas en un tesoro. Éste estaba repleto de grandes riquezas, aljófares y muchos jacintos. De todo el tesoro sólo me gustaban siete perlas que eran lo más precioso que había allí. De las siete escogí una: la más pequeña, hermosa y de mayor luz. Me gustaba tanto que la cogí con la mano y salí del tesoro. Una vez cruzada la puerta abrí la mano lleno de alegría y besé la perla. De pronto apareció un pájaro extraordinario que venía de un país lejano, puesto que no se parecía a los del nuestro. Desde el cielo se avalanzó encima mío, me arrebató la perla que tenía en la mano y se alejó por el mismo lugar por donde había llegado. La pena, la tristeza y la angustia hicieron presa de mí; me asusté de un modo inconcebible y me desperté del sueño. Al desvelarme me encontraba triste y afligido por causa de la perla. Llamé inmediatamente a los oneirólogos y a los ocultistas y les conté mi sueño. Me dijeron: “Tienes siete hijas: perderás a la menor, la cual te será arrebatada por la fuerza y sin tu consentimiento”. Tú eres la menor de mis hijas, eres la que más quiero y aprecio… y ahora tú te marchas al lado de tu hermana. No sé lo que te puede hacer. No vayas y vuélvete a tu alcázar» . Las palabras del padre, oídas que fueron por Manar al-Sana, hicieron palpitar su corazón, temió que ocurriese algo a sus hijos y bajó la cabeza durante rato. Después miró a su padre y le dijo: « ¡Oh, rey! La reina Nur al-Huda ha preparado fiestas en mi honor y espera mi llegada hora tras hora; hace cuatro años que no me ha visto. Si desisto de visitarla se enfadará conmigo. Permaneceré a su lado, como máximo, un mes y después volveré a tu lado. ¿Quién puede recorrer nuestro país y llegar a las islas Waq? ¿Quién puede llegar a la Tierra Blanca y al Monte Negro, alcanzar la isla del alcanfor y a la fortaleza de los pájaros? ¿Cómo podría atravesar el Valle de los Pájaros y después el de las Fieras y el de los Genios y alcanzar nuestras islas? Si un extranjero llegase hasta aquí naufragaría en los mares de la perdición. Tranquilízate y refresca tus ojos en lo que se refiere a mi viaje: no

hay nadie que pueda hollar nuestra tierra» . Siguió dando razones a su padre hasta que éste le concedió permiso para partir.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey mandó a mil caballeros que la acompañasen hasta el río; debían permanecer en este lugar hasta que llegase a la ciudad y entrase en el alcázar de su hermana. Les ordenó que permaneciesen a su lado hasta que la recogieran y la devolvieran junto a su padre. Luego le aconsejó que sólo permaneciese dos días con su hermana y que regresase inmediatamente. La princesa dijo: « ¡Oír es obedecer!» Se puso en pie y salió. Su padre la acompañó para despedirse. Las palabras del padre habían hecho mella en su corazón y temía que sucediera algo a sus hijos. Pero de nada sirve encastillarse contra los embates del destino.

Se puso en camino y durante tres días con sus noches avanzó sin cesar hasta llegar al río. Levantaron las tiendas en la orilla. Después lo cruzó acompañada por algunos pajes y escoltada por su séquito y sus visires.

Al llegar a la ciudad de la reina Nur al-Huda se dirigió al alcázar, se presentó ante su hermana y vio que sus hijos estaban al lado de ésta llorando y gritando: « ¡Padre!» Las lágrimas resbalaron de los ojos de la princesa. Estrechó a los chiquillos contra su pecho y les preguntó: « ¿Habéis visto a vuestro padre? ¡Ojalá no hubiera existido la hora en que lo abandoné! Si hubiese sabido que aún estaba vivo os hubiese llevado junto con él» . Sollozó por sí misma, por su esposo y por el llanto de los niños y recitó estos versos:

¡Amigos míos! A pesar de la distancia y la dureza os amo y me enternezco dondequiera que estéis.
Mi mirada se vuelve en vuestra busca y mi corazón se queja por los días pasados con vosotros.
¡Cuántas noches pasamos libres de angustia, amándonos, gozando de la fidelidad y del cariño!

Nur al-Huda, al ver cómo abrazaba a los niños y decía: « ¡Yo hice eso conmigo y con mis hijos arruinando mi familia!» , no la saludó y la increpó: « ¡Libertina! ¿Cómo tienes esos hijos? ¿Te has casado con alguien sin que lo supiese tu padre o has cometido adulterio? Si es esto último hay que castigarte y si te has casado sin que lo supiéramos nosotros ¿por qué has abandonado a tu esposo llevándote a tus hijos…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que [Nur al-Huda prosiguió: » …por qué te has llevado a tus hijos] separándolos de su padre, regresando a nuestro país y ocultándolos? ¿Es que creías que no nos íbamos a enterar? Dios (¡ensalzado sea!) que conoce perfectamente las cosas ocultas nos ha desvelado tu historia y ha puesto al descubierto tu situación mostrando tus vergüenzas» . Después ordenó a sus servidores que la detuviesen. La cogieron, Nur al-Huda la cargó con argollas y cadenas de hierros y le dio una paliza muy dolorosa que le desgarró la piel; luego la arrastró tirando de los cabellos y la encerró en la cárcel. Escribió una carta al gran rey, su padre, en la que le contaba toda la historia y le decía:

« Se ha presentado en nuestra tierra un hombre. Mi hermana Manar al-Sana ha confesado que es su esposo legal habiendo tenido, con él, dos hijos; los ha mantenido ocultos ante nosotros y nadie lo hubiese descubierto de no haber llegado ese hombre, ese ser humano; se llama Hasán y nos ha informado que se había casado con mi hermana, la cual vivió en su casa un largo período de tiempo. Después se marchó llevándose los niños sin que él lo supiera. Pero avisó a su madre a la que dijo: “Di a tu hijo, que si tiene nostalgia, que venga a buscarme a las islas Waq”. Encontramos en nuestra tierra a ese hombre y entonces mandé a la vieja Sawahi que trajese a la madre y a los niños. Manar al-Sana se preparó para el viaje, pero yo había ordenado a la vieja que me trajese a los niños antes de que ella llegase. Por tanto se adelantó con éstos; después mandé a buscar al hombre que aseguraba ser su esposo. Al llegar ante mí y ver a los chiquillos los reconoció. Entonces me convencí de que éstos eran sus hijos y Manar al-Sana su esposa; de que las palabras de aquel hombre eran verdad y de que él no había cometido ninguna falta; comprendí que la falta y la culpa recaían sobre mi hermana; temí que nuestra reputación padeciese entre los habitantes de las islas. Cuando esa libertina traidora se presentó ante mí, me enfadé con ella, la azoté de modo doloroso y la arrastré tirando de su cabellos. Te he informado de lo que ocurre, pero es a ti a quien incumbe el asunto. Haremos lo que nos mandes. Tú sabes que nuestra reputación depende de este asunto, pues constituye una ignominia para todos. Si los habitantes de la isla se enteran nos haremos proverbiales ante ellos. Es necesario que nos contestes inmediatamente» .

Entregó la carta a un mensajero, el cual se puso en camino. El gran rey, al leerla, se encolerizó enormemente contra su hija Manar al-Sana. Contestó a Nur al-Huda con una carta en la que decía:

« Te entrego el caso a ti y te concedo poder sobre su vida. Si la cosa es tal como dices, mátala sin pedirme consejo» .

Al recibir la carta de su padre la leyó y mandó a buscar a Manar al-Sana. Ésta compareció ante ella anegada en su propia sangre, con el cabello recogido, sujeta por una pesada cadena de hierro y cubierta por un vestido de pelo. La colocaron ante la reina. Permaneció quieta, humillada, despreciada. Al verse tan

abatida y caída tan bajo meditó en el puesto tan alto que había ocupado y rompió a llorar amargamente. Recitó este par de versos:

¡Señor! Mis enemigos se esfuerzan en perderme y aseguran que no tengo salvación.
Pero espero que Tú hagas vanas sus obras. ¡Señor! Tú eres el refugio de los que temen y esperan.

Siguió llorando hasta caer desmayada. Al volver en sí recitó estos dos versos:

Las vicisitudes se me han hecho familiares y yo misma, después de haberme mantenido apartada, he vuelto a tratarlas, pues quien es generoso es sociable.
Las preocupaciones que me oprimen no son de una clase; gracias a Dios lo son de miles.»

A continuación recitó este par de versos:

¡Cuántas desgracias se abaten sobre el hombre sin que éste pueda hacerles frente! Pero Dios tiene la salida.
Cuando sus argollas iban cerrándose más y más llegó la salvación. Ya había creído que no llegaría.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina mandó que le llevasen una escalera de madera y ordenó a los criados que la extendieran y la atasen con la espalda apoyada en las escaleras. Extendieron sus brazos y los ataron con cuerdas. Después le descubrieron la cabeza y ligaron los cabellos a la escalera de madera. La piedad había desaparecido del corazón de la reina. Manar al-Sana al verse tan humillada y envilecida gritó y lloró, pero nadie acudió en su auxilio. Dijo: « ¡Hermana mía! ¡Qué cruel es tu corazón conmigo! ¿No te apiadas de mí ni de esos niños pequeños?» La dureza de la reina aumentó al oír estas palabras. La injurió y le dijo: « ¡Enamoradiza! ¡Desvergonzada! ¡Qué Dios no tenga piedad de quien de ti la tenga! ¿Cómo he de apiadarme de ti, traidora?» Manar al-Sana, estirada como estaba, replicó: « ¡Invoco contra ti al señor del cielo ya que me calumnias! ¡Soy inocente! ¡Por Dios! ¡No he cometido adulterio! Me he casado legalmente y mi Señor sabe si lo que digo es cierto o no. La dureza de tu

corazón ha indignado al mío ¿cómo me acusas de adulterio sin saberlo? Pero mi Señor me librará de ti. Si esa acusación de adulterio que me haces es verdad ¡que Dios me castigue por ello!» La reina meditó en las palabras que había oído y le replicó: « ¿Cómo me diriges ese discurso?» Se acercó a ella y la azotó hasta que perdió el sentido. Le rociaron la cara con agua, al volver en sí, los golpes, las ligaduras apretadas y las injurias sufridas habían marchitado su belleza. La joven recitó este par de versos:

Si he cometido algún pecado y he hecho algo reprobable
Yo me arrepiento por lo pasado y acudo a vos pidiendo perdón.

Nur al-Huda se indignó aún más al oír estos versos. La increpó: « ¡Desvergonzada! ¿Aún hablas delante mío y te disculpas, en verso, por las barbaridades que has hecho? Querría devolverte a tu marido para ver tu libertinaje y tu desvergüenza, ya que todavía te vanaglorias de las torpezas, barbaridades y excesos que has cometido» . Mandó a los pajes que le llevasen un azote de palma. Se lo entregaron. Se acercó a la víctima, se remangó y empezó a azotarla desde la cabeza hasta los pies; después pidió un látigo anudado de tal modo que si con él se hubiese azuzado a un elefante hubiese emprendido una rápida marcha. Se acercó de nuevo y la azotó por la espalda, en el vientre y en todos sus miembros hasta que perdió el conocimiento.

La vieja Sawahi, al ver lo que hacía la reina, huyó llorando y maldiciéndola. Pero la reina chilló a los criados: « ¡Traedmela!» Se avalanzaron sobre ella, la sujetaron y se la llevaron. Mandó que la tendieran en el suelo y entonces dijo a las doncellas: « Arrastradla de bruces y sacadla» . La arrastraron y se la llevaron. Esto es lo que a ellas se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Hasán: Se cargó de paciencia, anduvo por la orilla del río y avanzó hacia la campiña. Estaba perplejo y afligido y desesperaba de la vida. Aturdido por la dureza de lo que le había sucedido no distinguía la noche del día y avanzaba sin cesar. Así llegó junto a un árbol; había una hoja colgada en él. La cogió, la examinó y vio que tenía escritos estos versos:

He dispuesto tus cosas desde que estabas en embrión dentro del vientre de tu madre.
Hice su corazón tan generoso contigo que hasta te meció en sus brazos.
Nos te bastamos frente a cualquier preocupación
o pena que te aflija.
Ponte en pie y adóranos, pues te conduciremos de la mano a través de tus preocupaciones.

Hasán, al terminar de leer la hoja, quedó convencido de que se salvaría de las dificultades y que conseguiría reunise con los suyos. Dio un par de pasos y se halló solo en un lugar desierto y peligroso en el que no había nadie que le hiciese compañía. La soledad y el miedo le hacían perder el corazón. Ese sitio aterrador hacía temblar a sus miembros. Recitó estos versos:

¡Oh, céfiro de la mañana! Si cruzas por la tierra en que están mis caros, dáles mis más copiosos saludos.
Diles que soy rehén de la pasión y que mi pena está por encima de cualquier otra.
Es posible que el céfiro me traiga su recuerdo y vivifique estos huesos carcomidos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que siguió andando por la orilla del río; encontró dos niños pequeños que eran hijos de brujos y magos: tenían delante una varita de bronce en que estaban grabados los talismanes; junto a la varita tenían un birrete de piel de tres piezas en el cual se habían grabado en acero los nombres y los sellos. Ambos objetos estaban en el suelo. Los dos niños se pelearon y golpearon por ellos hasta el punto de hacerse sangre. Uno decía: « ¡Yo seré el único en tener la varita!» y el otro le replicaba: « ¡No! ¡Seré yo!» Hasán se interpuso y los separó. Les preguntó: « ¿Por qué os querelláis?» Le contestaron: « ¡Oh, tío! Haznos justicia. Tal vez Dios (¡ensalzado sea!), te ha conducido para que juzgues de acuerdo con la verdad» . « Contadme vuestra historia y yo sentenciaré.» « Somos hermanos uterinos. Nuestro padre era un mago poderoso que vivía en una cueva de este monte. Al morir nos legó el birrete y la varita. Mi hermano dice: “Yo seré el único en tener la varita” y yo digo: “¡No! ¡Seré yo!” Juzga y líbranos al uno de las manos del otro.» Hasán, una vez oídos, les dijo: « ¿Cuál es la diferencia que hay entre la varita y el birrete? ¿Cuál es su poder? Según las apariencias la varita vale seis *chudad* y el birrete tres» . « ¡Tú no conoces sus virtudes!» « ¿Cuáles son?» « Cada uno de estos objetos tiene poderes ocultos; la varita por sí sola vale tanto como la contribución territorial de todas las islas Waq y lo mismo ocurre con el birrete.» Hasán le dijo: « ¡Hijos míos! Os conjuro, por Dios, a que me expliquéis sus virtudes» . « ¡Tío! Son inmensas. Nuestro padre vivió durante ciento treinta y cinco años mejorando sus cualidades hasta conseguir el máximo de perfección: involucró en ellas secretos ocultos, las utilizó para servicios extraordinarios y las dispuso a semejanza del firmamento que gira y a ellos sometió todos los

encantamientos. Cuando hubo concluido de perfeccionarlos le sorprendió la muerte, pues ésta ha de alcanzar, sin remedio, a cada uno de nosotros. El birrete tiene las siguientes propiedades: todo aquel que se lo coloca en la cabeza se hace invisible y nadie lo ve mientras lo tiene puesto; todo aquel que posee la varita gobierna a siete taifas de genios y todos ellos lo obedecen y ejecutan las órdenes y decisiones de quien la tiene; cuando éste golpea con ella el suelo se humillan ante él todos los reyes y todos los genios acuden a servirlo» . Hasán, al oír estas palabras, inclinó la cabeza hacia el suelo. Se dijo: « ¡Por Dios! Con la varita y el birrete, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quisiera, vencería. Además, ahora, yo tengo más derecho que ellos a poseerlos. He de idear el modo de conseguirlos para poder emplearlos en mi salvación y en la de mi esposa y mis hijos de las manos de esta reina injusta. Nos marcharemos de este lugar depresivo en el cual no hay ningún ser humano y del cual no se puede escapar. Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) me ha conducido hasta estos dos niños para que me apodere de la varita y el birrete» . Levantó la cabeza y les dijo: « Si queréis que yo zanje la cuestión he de imponeros una prueba. Quien venza a su compañero se quedará con la varita y el que pierda cogerá el birrete. Sólo después de haberos examinado y puesto a prueba sabré lo que merece cada uno de vosotros» . « ¡Tío! Te encomendamos que nos examines, nos pongas a prueba y juzgues lo que bien te parezca.» Hasán les preguntó: « ¿Me haréis caso y estaréis conformes con mis palabras?» « Sí.» « Cogeré una piedra y la tiraré; aquel de vosotros que consiga llegar primero hasta ella y que la coja antes que su compañero, recibirá la varita; el que quede atrás y no la consiga tendrá el birrete.» « Aceptamos tus palabras y estamos conformes.» Hasán cogió una piedra y la lanzó con tanta fuerza que se perdió de vista. Los dos muchachos echaron a correr. En cuanto se alejaron, Hasán cogió el birrete y se lo puso, tomó la varita en la mano y se marchó del sitio en que estaba para comprobar si eran verdad sus palabras acerca de los secretos de su padre. El chico más pequeño ganó la carrera, cogió la piedra y regresó al sitio en que se encontraba Hasán. Pero no vio ni rastro de éste. Gritó a su hermano: « ¿Dónde está el hombre que hacía de juez entre nosotros?» El otro replicó: « No lo veo; no sé si ha subido al cielo altísimo o ha descendido al fondo de la tierra» . Los dos le buscaron, pero no le vieron, mientras Hasán seguía inmóvil en su sitio. Se insultaron el uno al otro y exclamaron: « La varita y el birrete se han perdido; no es ni tuya ni mío. Nuestro padre nos había dicho estas mismas palabras pero tú y yo hemos olvidado sus advertencias» . Ambos volvieron sobre sus pasos.

Hasán, con el birrete en la cabeza y la varita en la mano, entró en la ciudad sin que nadie le viera. Penetró en el alcázar y se dirigió al sitio en que estaba Sawahi Dat al-Dawahi. Entró con el birrete puesto y la vieja no lo vio; siguió avanzando y llegó a un estante repleto de vidrio y porcelanas chinas que estaba encima de la cabeza de la anciana. Lo tiró con la mano al suelo. Sawahi Dat al-Dawahi chilló y se abofeteó la cara. Se puso de pie, volvió a colocar en su sitio

todo lo que había caído y se dijo: « ¡Por Dios! Creo que la reina Nur al-Huda me ha enviado un demonio que es el que me ha hecho esta faena. ¡Ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que me libre de ella y me salve de su enojo! ¡Señor mío! Si ella ha hecho tanto mal, azotando y maltratando a su hermana, que tan cara es a su padre ¿qué hará con aquel que le es extraño, como es mi caso, cuando se enfade?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sawahi prosiguió:] « ¡Te conjuro, demonio, en nombre del Compadeciente, el Generoso, el Todopoderoso, el Omnipotente creador de hombres y genios, en nombre del que ha grabado el anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) a que me hables y me contestes!» Hasán dijo: « Yo no soy un demonio, sino Hasán, el enamorado, el amante, el perplejo» . Se destocó la cabeza y se apareció a la anciana, la cual le reconoció. Se lo llevó aparte y le preguntó: « ¿Qué te ha pasado en la cabeza para venir hasta aquí? ¡Vete! ¡Escóndete! Si esa desvergonzada ha infligido a tu esposa el castigo que la ha infligido a pesar de ser su hermana, ¿qué hará si te coge?» A continuación le refirió todo lo que había sucedido a su esposa y los tormentos y angustias que pasaba; le contó también el castigo que ella misma había sufrido. Añadió: « La reina se ha arrepentido de haberte dejado en libertad y ha despachado un mensajero para que te lleve ante ella; lo recompensará con un quintal de oro y le concederá el cargo que yo desempeñaba; ha jurado que cuando tú vuelvas te matará junto con tu esposa y tus hijos» . La anciana rompió a llorar y mostró a Hasán lo que la reina le había hecho. Hasán la acompañó en el llanto y le dijo: « ¡Señora mía! ¿Cómo escapar de estas regiones y de esta reina injusta? ¿Qué medio he de emplear para salvar a mi mujer y a mis hijos y regresar, después, a mi país?» « ¡Ay de ti! ¡Escapa tú solo!» « ¡No! He de salvar a mi mujer y a mis hijos aunque sea en contra de la voluntad de la reina.» « ¿Cómo podrás librarlos a la fuerza? Vete y escóndete, hijo mío, hasta que Dios (¡ensalzado sea!) te conceda algún medio.» Hasán le enseñó la varita de cobre y el birrete. La anciana, al verlos, se alegró muchísimo y exclamó: « ¡Gloria a Aquel que hace resucitar a los huesos cuando ya son carroña![258] ¡Por Dios, hijo mío! Tú y tu mujer estabais bien muertos, pero ahora, hijo mío, os habéis salvado los dos junto con tus hijos. Yo reconozco la varita y sé quién es su autor. Él fue mi maestro en brujería. Era un gran sabio que empleó ciento treinta y cinco años en terminar la varita y el birrete. Una vez los hubo perfeccionado, le llegó la muerte, que acude sin remedio. Le oí decir a sus hijos: “¡Hijos míos! Estos dos objetos no harán vuestra fortuna, pues vendrá un extranjero y os los arrebatará por la fuerza sin que sepáis cómo”. Le preguntaron: “¡Padre! ¡Dinos

cómo llegará a arrebatárnoslos!" Les contestó: "No lo sé"» . La anciana siguió: « ¡Hijo mío! ¡Dime cómo llegaste a apoderarte de ellos!» Hasán le explicó cómo se los había quitado a los dos muchachos. La anciana, al oírlo, se alegró y le dijo: « Como tu esposa y tus hijos están en tu poder oye lo que te voy a decir: yo no puedo continuar junto a esta desvergonzada después de haberme dado tormento. Yo me marcharé a la cueva de los brujos y viviré con ellos hasta la muerte. Tú, hijo mío, ponte el birrete y empuña la varita. Preséntate ante tu esposa y tus hijos en el lugar en que están ahora; golpea el suelo con la varita y di: "¡Servidores de estos nombres!" Éstos se presentarán ante ti. Cuando aparezca uno de los jefes de las tribus mándale lo que desees y prefieras» . Hasán se despidió de la anciana, se puso el birrete, cogió la varita y entró en el lugar en que se encontraba su esposa: la vio carente de todo, sujeta a la escalera y con los cabellos atados a ésta; lloraba, tenía el corazón triste, se encontraba en el peor de los estados y no sabía por dónde escapar con sus hijos que jugaban al pie de la escalera. Los miraba y lloraba por lo que le había ocurrido, por los tormentos y golpes dolorosos que había soportado. Cuando la vio en tan mala situación recitó estos versos:

No queda más que un aliento que tremola y un ojo cuya pupila está apagada.
Y un amante en cuyas entrañas arde el fuego aunque él calle.
El censor se apiada por lo que ve ¡ay de aquel de quien se apiada el que injuria!

Hasán, al ver el tormento, la humillación y la ignominia en que se encontraba su esposa rompió a llorar hasta caer desmayado. Al volver en sí y ver cómo jugaban sus hijos y al darse cuenta de que su madre se había desmayado por el gran dolor que sentía, se quitó el birrete de la cabeza. Los niños gritaron: « ¡Padre!» Él volvió a ponérselo al tiempo que sus gritos hacían volver en sí a la mujer. Ésta no pudo verlo; los niños lloraban y gritaban: « ¡Padre!» La madre, al oír que se acordaban del padre y lloraban, notó que el corazón se le desgarraba y que sus entrañas se hendían. Desde el fondo de sus entrañas, con el corazón dolorido, exclamó: « ¿Dónde estáis? ¿Dónde está vuestro padre?» Después, acordándose del tiempo en que había permanecido con los seres amados y pensando en lo que le había ocurrido tras su marcha, rompió a llorar tan amargamente que las lágrimas resbalaron sobre sus mejillas, las ulceraron y fueron a empapar el suelo; la gran cantidad de lágrimas le anegaban la cara y como no tenía libres las manos para secárselas, las moscas se saciaban sobre su piel. La pobre mujer no tenía más recurso que el llanto ni otro consuelo que el de recitar versos. Recitó los siguientes:

Recuerdo el día de la separación después de alejarme de quien me despidió; las lágrimas corrían a ríos a mi alrededor.

El camellero de la caravana entonó la *hida* pero yo no encontré ni paciencia ni consolación n el corazón se quedó conmigo.

Regresé sin saber el camino; no me recuperé n de la angustia ni del dolor ni de la pasión.

Pero lo más doloroso fue que a mi regreso se me acercó un malvado de aspecto humilde.

¡Oh, alma! Ya que el amado ha partido, abandona las dulzuras de la vida y no ansíes la vida eterna.

¡Amigo mío! Escucha la historia de mi amor, que tu corazón oiga lo que digo:

Yo cuento mi pasión que va engarzada a hechos prodigiosos, maravillosos, hasta el punto que parece que yo sea al-Asmaí.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la mujer se volvía a derecha e izquierda para ver cuál era la causa de los gritos y de las llamadas de los dos niños a su padre. Pero no vio a nadie: quedó extrañada de que sus hijos llamaran al padre en ese momento. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Hasán: Al oír recitar los versos cayó desmayado y las lágrimas corrieron por sus mejillas como si fuesen lluvia. Se acercó a los chiquillos y se quitó el birrete. Al verlo le reconocieron y gritaron: « ¡Padre!» Al oírles mencionar a su padre, la mujer rompió a llorar y exclamó: « ¡No hay subterfugio que permita escapar al decreto de Dios!» , y se dijo: « ¡Qué maravilla! ¿Cuál será la causa que les hace acordarse y llamar a su padre en este momento?» Rompió a llorar y recitó estos versos:

El país ha quedado privado de la lámpara que surgió. ¡Pupilas mías! ¡Sed generosas al derramar las lágrimas!

Se marcharon. ¿Cómo podré tener paciencia después de su partida? ¡Juro que no me quedan ni corazón ni paciencia!

¡Oh, viajeros! En mi corazón está su morada. ¡Señores míos! ¿Es que después de esto regresaréis?

¿Qué mal ocurriría si regresasen y yo pudiese disfrutar de su compañía y ellos se apiadasen de mis lágrimas y mis sufrimientos?

El día de la partida se nublaron mis ojos pero —¡oh, maravilla!— no por eso se apagó lo que ardía en mis costillas.

Quería que se quedasen, pero no pude seguir a su lado y mis deseos fueron defraudados por la separación.

¡Por Dios, amados nuestros! ¡Volved a nuestro lado! Ya basta con las lágrimas que he derramado.

Hasán ya no pudo soportar más: se quitó el birrete de la cabeza. Su esposa lo vio, lo reconoció y dio un grito que conmovió a cuantos estaban en el alcázar. A continuación preguntó: « ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Has bajado del cielo o has salido del suelo?» Los ojos se le llenaron de lágrimas y Hasán también lloró.

Ella le dijo: « ¡Hombre! No es éste el momento de llorar ni de hacernos reproches. Se ha cumplido el destino; los ojos humanos son ciegos y la pluma escribe lo que Dios decreta para el futuro. ¡Te lo suplico por Dios! ¡Vete por donde viniste y ocúltate para que nadie te vea! Si mi hermana se entera nos degollará a los dos» . Hasán le replicó: « ¡Señora mía! ¡Señora de todas las reinas! Yo he arriesgado mi vida para llegar hasta aquí; por tanto o muero o te salvo de la situación en que te encuentras. Tú, los niños y yo regresaremos a nuestro país por más que pese a esa desvergonzada de tu hermana» . La joven, al oír estas palabras, sonrió, rió, meneó la cabeza largo rato y le replicó: « ¡Alma mía! Sólo Dios (¡ensalzado sea!) podrá salvarme de la situación en que me encuentro. Ponte a salvo, vete y no te arrojes a la perdición. Ésta posee un ejército en marcha al que nadie puede hacer frente. Pero supon que me coges y me sacas de aquí: ¿cómo llegarás a tu país y escaparás de éstas y de las dificultades de estos lugares? Al venir ya has visto los prodigios, maravillas, terrores y penalidades que existen y de los cuales no escaparía ni un genio rebelde. Vete en seguida y no añadas pena a mis penas ni preocupación a mis preocupaciones; no pretendas librarme de esto, pues ¿quién podrá conducirme a tu país a través de estos valles, de estas tierras desiertas y de estos sitios aterradores?» Hasán le replicó: « ¡Por tu vida, luz de mis ojos! No saldré de aquí ni me pondré en viaje si no es contigo» . « ¡Hombre! ¿Cómo podrás hacerlo? ¿De qué raza eres? No sabes lo que dices: aunque fueses señor de genios, *efrites*, brujos, clanes y servidores, no podrías escapar de estos lugares. Sálvate tú solo y déjame. Tal vez Dios traiga otros acontecimientos después de éstos.» Hasán le replicó: « ¡Señora de las bellas! Yo he venido aquí a salvarte con el auxilio de esta varita y este birrete» , y, a continuación le refirió toda la historia de los dos muchachos. Mientras él hablaba llegó la reina y oyó su conversación. Él, al verla, se puso el birrete. Aquélla dijo a su hermana: « ¡Desvergonzada! ¿Con quién hablabas?» « ¿Quién hay aquí para hablar si no son los niños?» La reina empuñó el látigo y la azotó. Hasán permanecía inmóvil mirándola. Los azotes siguieron hasta que la víctima se desmayó. La reina mandó que la trasladasen desde aquel sitio a otro. La desataron y la transportaron a otro lugar. Hasán los acompañó. Los carceleros la dejaron desmayada en su nueva habitación y se

quedaron allí contemplándola. Al volver en sí recitó estos versos:

Me he arrepentido tan completamente de mi separación que mis párpados derraman raudales de lágrimas.
He hecho voto de que si el tiempo vuelve a reunirme con el amado jamás mi lengua volverá a pronunciar la palabra « separación» .
Diré a los envidiosos: « ¡Morid de pena! ¡Por Dios, yo ya he alcanzado mi deseo!»
La alegría desbordó en mí hasta el punto de hacerme llorar.
¡Ojo! ¿Por qué te has acostumbrado al llanto? Derramas lágrimas de alegría y de tristeza.

Las esclavas se marcharon cuando hubo terminado de recitar sus versos. Entonces, Hasán, se quitó el birrete y su esposa le dijo: « ¡Hombre! Observa que me ocurre todo esto por haberte desobedecido, no haber hecho caso de tu orden y haber salido sin tu permiso. Te pido por Dios, ¡oh hombre!, que no me reprendas por mi culpa. Sabe que la mujer no conoce el valor del hombre hasta que se encuentra separada de él. Yo he cometido una falta y he pecado, pero pido perdón a Dios, el Grande, por todo lo que hice. Si Dios nos reúne no volveré a desobedecer tus órdenes jamás» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Hasán, que tenía el corazón dolorido por su causa, le contestó: « Tú no cometiste falta alguna. Quien la cometió fui yo al irme de viaje y dejarte confiada a quien ni conocía tu valor ni sabía tu rango ni tu posición. Pero sabe, amada de mi corazón, fruto de mis entrañas, luz de mis ojos, que Dios (¡exaltado sea!) me ha concedido poder para ponerte en libertad, ¿quieres que te haga llegar a casa de tu padre y recibir de él lo que Dios te haya decretado o marchar directamente a nuestra tierra, allí donde fuiste feliz?» « ¿Quién puede salvarme si no es el Señor de los cielos? Regresa a tu país y abandona tus deseos; tú desconoces los peligros de estas regiones. Si no me obedeces, verás.» A continuación recitó estos versos:

En mí y alrededor mío está la satisfacción que deseas. ¿Por qué me miras enfadado y te apartas?
Lo sucedido, el amor que antes nos unía, no puede ser olvidado ni destruido.
El calumniador se ha mantenido lejos de nosotros, pero cuando descubrió indicios de ruptura se presentó.

Estoy seguro de que piensas bien de mí aunque el calumniador ignorante diga e incite.
Callaremos y custodiaremos el secreto que entre nosotros existe, aunque la espada de la injusticia se desenvaine.
Paso toda mi jornada observando; tal vez un mensajero tuyo me traiga el consuelo.

Ella y los niños rompieron a llorar. Las esclavas, al oír el llanto entraron y vieron a la reina Manar al-Sana llorando junto con sus hijos, pero no consiguieron descubrir a Hasán que estaba a su lado. Las jóvenes, llenas de compasión, rompieron también a llorar y maldijeron a la reina Nur al-Huda.

Hasán esperó hasta la noche; los guardianes encargados de la custodia de su esposa fueron a acostarse. Entonces se ciñó el cinturón, se acercó a su esposa, la desató, la besó en la cabeza, la estrechó contra el pecho y la besó en la frente. Le dijo: « ¡Cuán largamente hemos deseado estar en nuestro país y conseguir nuestra reunión allí! ¿Estamos juntos en sueños o despiertos?» Él cogió al niño mayor y ella al menor. Salieron del alcázar y Dios corrió un velo a su alrededor. Marcharon, salieron del alcázar y llegaron hasta la puerta que daba al serrallo de la reina. Vieron que estaba cerrada. Hasán exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos!» Los dos desesperaron de llegar a salvarse. Hasán exclamó: « ¡Oh, Tú que disipas las penas!» ; dio una palmada y siguió: « Todo lo había imaginado y previsto sus consecuencias excepto esto. Cuando se haga de día nos detendrán. ¿Qué hay que hacer en este caso?» A continuación Hasán recitó este par de versos:

Tuviste una buena opinión del transcurso de los días mientras éstos fueron favorables y no temiste las desgracias que trae el destino.
Las noches te fueron favorables y te engañaste: tras la serenidad de las noches llega la desgracia.

Hasán y su esposa rompieron a llorar; ésta derramaba lágrimas por la humillación en que se encontraba y por los dolores que el destino le había reservado. Hasán se volvió hacia su mujer y recitó estos dos versos:

El destino me hace frente como si yo fuese su enemigo; cada día me aflige con una desgracia.
Si busco el bien me trae lo contrario; si un día me favorece al día siguiente me trae una desgracia.

Recitó, además, este par de versos:

El destino está en contra mío sin saber que yo estoy bien alto y que las calamidades me son leves.

Mientras paso la noche me muestra cómo es su enemistad pero, mientras él la pasa, yo le enseño cómo es la verdadera paciencia.

La esposa le dijo: « ¡Por Dios! No tenemos más escapatoria que la de matarnos; así descansaremos de tan grandes fatigas; de lo contrario tendremos que soportar dolorosos tormentos» . Mientras así hablaban se oyó una voz que decía desde el otro lado de la puerta: « ¡Por Dios! No te abriré la puerta, mi señora Manar al-Sana ni a ti ni a tu esposo Hasán a menos de que me obedezcáis en lo que os diré» . Los dos se callaron al oír estas palabras y quisieron alejarse del lugar en que se encontraban. La misma voz siguió: « ¿Qué os ocurre que os calláis y no me contestáis?» Entonces, por la voz, reconocieron que era la anciana Sawahi Dat al-Dawahi la que les hablaba. Replicaron: « Haremos cualquier cosa que nos mandes, pero ábrenos la puerta, pues no es éste el momento de hablar» . « ¡Por Dios! ¡No os abriré hasta que no me hayáis jurado que me llevaréis con vosotros y que no me dejaréis en poder de esta desvergonzada! El daño que os ha hecho también me lo ha hecho a mí. Si os salváis me salvaré y si perecéis, pereceré. Esa depravada, perversa, me desprecia y me atormenta a cada instante por vuestra causa. Tú, hija mía, sabes mi valor.» Una vez la hubieron reconocido, se tranquilizaron y juraron para tranquilizarla. Después que hubieron prestado juramento solemne, les abrió la puerta y salieron. Encontraron a la anciana montada en una jarra, griega hecha de arcilla roja. En el cuello de la jarra estaba atada una cuerda de palma que giraba debajo y que corría más que una potra del Nachd. Se acercó a ellos y les dijo: « Seguidme y no temáis nada. Conozco cuarenta capítulos de magia, el más pequeño de los cuales me permitiría transformar esta ciudad en un mar encrespado, cuyas olas entrechocasen; o embrujar a esa mujer transformándola en un pez. Y todo esto antes de la llegada de la aurora. Pero yo no puedo hacer ese daño por temor del rey, su padre, y por respeto a sus hermanas, ya que éstos son poderosos por el gran número de servidores, clanes y criados de que disponen. Pero os haré ver los prodigios de mi magia. Andad a mi lado con la bendición y el auxilio de Dios (¡ensalzado sea!).» Hasán y su esposa se alegraron y estuvieron seguros de que iban a salvarse.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que una vez fuera de la ciudad Hasán empuñó la varita, golpeó el suelo con ella y haciendo acopio de valor dijo: « ¡Servidores de estos nombres! Acudid y hacedme conocer a vuestros

hermanos» . La tierra se hendió y salieron diez efrites; cada uno de ellos tenía los pies en el fondo de la tierra y la cabeza en las nubes. Besaron el suelo tres veces consecutivas ante Hasán y dijeron todos a la vez: « ¡Henos aquí, señor nuestro! Escucharemos y ejecutaremos cualquier cosa que nos mandes; si lo quieres podemos secar los mares y trasladar los sitios de su lugar» . Hasán se alegró de lo que decían y de lo rápidamente que habían contestado. Cobró ánimos y se decidió. Les preguntó: « ¿Quiénes sois? ¿Cómo os llamáis? ¿A qué tribu, clan y grupo pertenecéis?» Besaron otra vez el suelo y contestaron todos a la vez: « Somos siete reyes y cada uno de nosotros gobierna siete tribus de genios, demonios y *marides*; somos siete reyes, pero gobernamos cuarenta y nueve tribus que tienen toda clase de genios, demonios, *marides*, clanes, servidores que vuelan y que bucean; que habitan las montañas, las campiñas, los desiertos y los mares. Mándanos lo que quieras, pues nosotros somos tus criados y tus esclavos; todo aquel que es dueño de esta varita es nuestro dueño y nosotros nos debemos a él» . Hasán, su esposa y la anciana se alegraron muchísimo al oír estas palabras. Entonces Hasán dijo a los genios: « Quiero que me mostréis vuestros clanes, ejércitos y servidores» . « ¡Señor nuestro! Tenemos reparos en mostrarte, a ti y a tus acompañantes, a nuestros vasallos. Éstos forman ejércitos numerosos, tienen formas diversas; colores, caras y cuerpos muy distintos: unos tienen cabeza sin cuerpo y otros cuerpo sin cabeza; unos se parecen a los animales y otros a las fieras. Pero si lo deseas te los mostraremos empezando por los que tienen aspecto de animal. ¡Señor mío! ¿Qué es lo que quieres ahora de nosotros?» « Que me llevéis a mí, a mi mujer y a esta mujer pía a Bagdad sin pérdida de tiempo.» Al oír estas palabras bajaron la cabeza. Hasán les preguntó: « ¿No contestáis?» Replicaron todos a la vez: « ¡Oh, señor que nos gobiernas! En la época de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!), juramos que no transportaríamos sobre nuestra espalda a ningún hijo de Adán. Desde entonces no hemos transportado a ningún hombre ni sobre nuestra espalda ni sobre nuestros hombros. Pero ahora mismo vamos a ensillar caballos de genios para que te transporten a ti y a quienes te acompañan, hasta tu país» . Hasán les preguntó: « ¿Qué distancia nos separa de Bagdad?» « Siete años para un jinete hábil.» Hasán quedó admirado y les dijo: « ¿Y cómo he podido llegar yo aquí en menos de un año?» « Porque Dios ha hecho que el corazón de los hombres puros se apiadara de ti. De no haber sido así no hubieses llegado ni a estas regiones ni a este país y jamás lo hubieses visto con tus propios ojos. El jeque Abd al-Quddus te hizo montar en un elefante y el corcel afortunado recorrió contigo, en tres días, el camino en que un jinete experto hubiese empleado tres años. El jeque Abu-l-Ruways te confió a Dahnas y éste, en un día y una noche, recorrió la distancia de tres años. Todo esto ha sido así debido a la bendición de Dios, el Grande, ya que el jeque Abu-l-Ruways es de la estirpe de Asaf b. Barjiya y conoce el gran nombre de Dios. Además, desde Bagdad hasta el palacio de las muchachas hay

un año; es decir, siete en total.» al oír Hasán estas palabras quedó admirado y exclamó: « ¡Gloria a Dios que hace fáciles las cosas difíciles, que reúne lo que está roto, acerca al que está lejos y humilla a todo tirano prepotente, que nos ha hecho fáciles todas las cosas, que me ha traído hasta este país y me ha sometido todos estos seres reuniéndome con mi esposa y con mis hijos! Ignoro si estoy dormido o despierto, si estoy sereno o embriagado» . Dirigiéndose a ellos les preguntó: « Una vez me hayáis instalado a lomo de vuestros caballos ¿en cuántos días llegaré a Bagdad?» « Llegarás en menos de un año después de haber pasado apuros, penalidades y terrores; después de haber cruzado valles estériles, desiertos vírgenes y numerosos territorios. Pero, señor mío, no podemos garantizarte frente a los habitantes de estas islas…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los genios le contestaron: » …no podemos garantizarte frente a los habitantes de estas islas] ni frente a la maldad del gran rey ni la de estos brujos y sacerdotes. Puede ser que nos venzan y os saquen de nuestro poder. Lo sentiríamos. Todos aquellos que se enterasen de esto nos dirían: “Vosotros tenéis la culpa, ¿cómo os atrevisteis a desafiar al gran rey y sacasteis del país seres humanos entre los cuales se encontraba su hija?” Si fueses tú solo la cosa nos sería fácil. Pero aquel que te hizo llegar hasta estas Islas puede devolverte a tu país y reunirte con tu madre en breve. Ten valor, confía en Dios y no temas. Estaremos a tu disposición hasta que consigas llegar a tu país» . Hasán les dio las gracias y les dijo: « ¡Que Dios os recompense con bien! ¡Apresuraos a traernos los caballos!» « ¡Oír es obedecer!» , replicaron. Dieron unas patadas en el suelo y éste se abrió. Desaparecieron un instante y regresaron con tres caballos ensillados y embridados; en el arnés de cada silla había una alforja; un lado contenía una cantimplora llena de agua y el otro estaba repleto de provisiones. Les acercaron los caballos y Hasán montó en uno colocando delante de él a un niño. La madre montó en el segundo corcel y colocó delante al otro muchacho; la vieja se apeó de la jarra y montó en el tercero. Después se pusieron en camino. Avanzaron sin parar durante toda la noche hasta que apareció la aurora, abandonaron el camino y se internaron por el monte mientras su lengua no paraba de mencionar el nombre de Dios. Viajaron durante todo el día faldeando la montaña. Mientras andaban, Hasán vio frente a él algo que parecía ser una enorme columna de humo que ascendía hacia el cielo. Recitó una parte de El Corán y buscó refugio en Dios frente al demonio lapidado. Aquella cosa negra se veía mejor conforme se acercaba. Al llegar a sus inmediaciones vieron que era un *efrit* cuya cabeza parecía ser una cúpula enorme; los colmillos eran garfios; las narices, aguamaniles; las orejas, adargas;

la boca, una caverna; los dientes, columnas de piedra; las manos, horquillas; los pies, mástiles de un buque; tenía la cabeza en las nubes y los pies se hundían en el suelo, debajo de la tierra. Hasán, al ver al *efrit*, se inclinó y besó el suelo ante él. Le dijo: « ¡Hasán! ¡No temas! Soy el jefe de esta tierra, de la primera de las islas Waq. Soy musulmán y profeso la unidad de Dios. Oí hablar de vosotros y me enteré de vuestra llegada. Cuando me informé de vuestra situación tuve ganas de abandonar el país de los brujos y marcharme a otra parte, despoblada, lejos de la tierra de los hombres y de los genios, para vivir yo solo en ella y consagrarme a Dios hasta que me llegue el plazo. Deseo acompañaros y ser vuestro guía hasta que abandonéis estas islas. Yo sólo me muestro de noche. Tranquilizad vuestros corazones por lo que a mí se refiere, pues al igual que vosotros soy musulmán» . Hasán se alegró muchísimo al oír las palabras del *efrit* y se convenció de que se salvarían. Volviéndose hacia él le dijo: « ¡Que Dios te recompense con bien! Ven con nosotros con la bendición de Dios» . El *efrit* se puso en cabeza y empezó a hablar y bromear tranquilizando el pecho y distrayendo a los viajeros. Hasán explicó a su esposa todo lo que le había sucedido y cuánto había sufrido. Avanzaron sin descanso durante toda la noche…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los caballos marchaban como el relámpago cegador. Al aparecer el día, cada uno metió la mano en la alforja: sacó algo de comer y agua para beber. Siguieron avanzando rápidamente, sin detenerse: el *efrit* que los precedía abandonó el camino y tomó otro apenas hollado que bordeaba la orilla del mar. Continuaron cruzando valles y desiertos por espacio de un mes entero. El día trigésimo primero vieron levantarse una polvareda que ocultaba todas las regiones y apagaba la luz del día. Hasán palideció al verla; oyeron un ruido atronador. La anciana se volvió hacia Hasán y le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Es el ejército de las islas Waq que nos da alcance! Ahora mismo van a capturarnos» . Hasán preguntó: « ¿Qué haré, madre mía?» « ¡Golpea el suelo con la varita!» Así lo hizo. Los siete reyes comparecieron, lo saludaron y besaron el suelo ante él. Le dijeron: « ¡No temas ni te entristezcas!» Estas palabras alegraron a Hasán. Les replicó: « ¡Magnífico, señores de los genios y de los *efrites*! ¡Os ha llegado la hora!» « ¡Sube con tu esposa, tus hijos y quienes te acompañan a la cima de ese monte! Déjanos solos con ellos; sabemos que vosotros tenéis razón y ellos no. Dios nos auxiliará» . Hasán, su esposa, sus hijos y la anciana descabalgaron, dieron suelta a los caballos y subieron a la cima del monte.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la reina Nur al-Huda llegó acompañada, a diestra y siniestra, por sus tropas. Los jefes las recorrían ordenándolas grupo tras grupo. Los dos ejércitos chocaron y las dos tropas se enfrentaron: los fuegos ardieron, los valientes avanzaron, los cobardes retrocedieron y los genios arrojaron por la boca llamas de chispas hasta que llegó la noche tenebrosa; entonces se separaron los dos grupos y los dos enemigos se alejaron. Al bajar de sus caballos, se plantaron en el suelo, encendieron los fuegos y los siete reyes subieron a presentarse ante Hasán y besaron el suelo; el joven se acercó a ellos, les dio las gracias, hizo votos para que consiguiesen el triunfo y les preguntó qué les había sucedido con el ejército de la reina Nur al-Huda. Le replicaron: « No nos resistirá más de tres días. Hoy le hemos vencido haciendo más de dos mil prisioneros y matando una multitud cuyo número no puede calcularse. Tranquilízate y respira con tranquilidad» . Se despidieron del joven y bajaron a reunirse con sus soldados y a vigilarlos. Los fuegos siguieron encendidos hasta que apareció la mañana y brilló la luz del día. Entonces los caballeros montaron en sus corceles de raza y reanudaron la lucha con las afiladas espadas y se alancearon con las negras lanzas. Montados en sus caballos chocaban como las olas del mar y el ardor de la lucha encendía la llama del fuego. Siguieron combatiendo y compitiendo hasta que las tropas de Waq se dejaron vencer, fue rota su resistencia; su decisión disminuyó; sus pies resbalaron y donde quiera que se dirigían encontraban el desastre. Volvieron la espalda y se confiaron a la fuga. Fueron matados en su mayor parte y la reina Nur al-Huda, los grandes de su reino y los cortesanos fueron hechos prisioneros. Al día siguiente los siete reyes comparecieron ante Hasán y le erigieron un trono de mármol cuajado de perlas y aljófares. Hasán se sentó en él. Colocaron un estrado de marfil chapeado con oro reluciente para su esposa Manar al-Sana y, a su lado, pusieron otro para la anciana Sawahi Dat al-Dawahi. A continuación hicieron comparecer a los prisioneros entre los cuales se encontraba la reina Nur al-Huda con las manos atadas y los pies en grillos. La anciana, al verla, dijo: « Tu recompensa, desvergonzada tirana, consistirá en atarte junto a dos perras hambrientas, a la cola de caballos; se conducirá los caballos hacia el mar para que así se desgarre tu piel; se te cortará la carne y ésta les servirá de alimento. Es lo mismo que tú hiciste con ésta tu hermana, ¡desvergonzada!, a pesar de que ella se había casado lícitamente de acuerdo con la azuna de Dios y de su Profeta, ya que en el Islam no existe el celibato; el matrimonio es una de las instituciones de los enviados de Dios (¡sobre todos ellos sea la paz!); además las mujeres han sido creadas para los hombres» . Hasán ordenó entonces matar a todos los prisioneros y la anciana chilló y dijo: « ¡Matadlos a todos y no dejéis ni a uno solo!» La reina Manar al-Sana, al ver la situación en que se encontraba su hermana, en argollas y presa, rompió a llorar y le dijo: « ¡Hermana mía! ¿Quién es el que nos

ha hecho prisioneros en nuestro propio país y nos ha vencido?» . Nur al-Huda intervino: « ¡Es algo increíble! Ese hombre que se llama Hasán se ha apoderado de nosotros. Dios le ha concedido el gobierno sobre nosotros y sobre nuestro reino; nos ha vencido a nosotros y a los reyes de los genios» . Manar al-Sana prosiguió: « Dios es quien le ha concedido la victoria sobre vosotros; os ha vencido y os ha aprisionado gracias a este birrete y a esta varita» . Nur al-Huda se dio cuenta y quedó convencida de que Hasán había puesto en libertad a su esposa con esos objetos. Se humilló ante su hermana y consiguió enternecerla. Preguntó a su esposo Hasán: « ¿Qué quieres hacer con mi hermana? Está a tu disposición. No ha hecho nada por lo que podamos reprenderla» . « ¡Basta con lo que te ha atormentado!» « Todo lo que me ha hecho tiene disculpa. Tú eres el que ha abrasado el corazón de mi padre raptándome; ¿qué le ocurrirá si también pierde a mi hermana?» « Pienso lo que tú piensas. Di lo que quieres y lo haré.» La reina Manar al-Sana mandó poner en libertad a todos los prisioneros. Los soltaron y lo mismo hicieron con Nur al-Huda. Ésta se acercó a su hermana, la abrazó y ambas rompieron a llorar. Sollozaron durante una hora. La reina Nur al-Huda dijo a su Piermana: « ¡Hermana mía! ¡No me reprendas por lo que he hecho contigo!» Manar al-Sana replicó: « ¡Hermana! Eso me estaba predestinado» . Después las dos se sentaron en el trono para hablar. La mujer de Hasán reconcilió a su hermana con la anciana y las dos quedaron tranquilas y en buenas relaciones. A continuación Hasán despidió al ejército que estaba al servicio de la varita y dio las gracias a sus hombres por haber obtenido la victoria sobre los enemigos. Después la reina Manar al-Sana contó a su hermana todo lo que le había ocurrido con su esposo Hasán; lo sucedido a éste y lo mucho que había sufrido por ella. Añadió: « ¡Hermana mía! Desde el momento en que ha acometido estas empresas y esta fuerza es suya; desde el momento en que Dios le ha ayudado con esa resolución que le ha llevado a entrar en nuestro país, a cogerte, a hacerte prisionera, a poner en fuga a tu ejército y a intimidar a tu padre, el gran rey que gobierna a los reyes de los genios, desde ese momento, es necesario que se le dé lo que merece» . Nur al-Huda replicó: « ¡Por Dios, hermana! Has dicho la verdad en cuanto se refiere a todos los prodigios que a este hombre le han tocado sufrir, pero ¿todo ha sido por tu causa, hermana?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Manar al-Sana respondió:] « ¡Sí!» Pasaron la noche conversando hasta que se hizo de mañana. Al salir el sol se dispusieron a partir: se despidieron unos de otros. Manar al-Sana se despidió de la anciana después de haber reconciliado a ésta con su hermana Nur al-Huda. Entonces Hasán golpeó el suelo con la varita y comparecieron sus servidores. Le

saludaron y le dijeron: « ¡Loado sea Dios que te ha tranquilizado el corazón! ¡Mándanos lo que desees para que lo ejecutemos más rápidamente que un abrir y cerrar de ojos!» . Les dio las gracias y les dijo: « ¡Que Dios os pague tanto bien! ¡Preparadnos dos estupendos corceles!» Hicieron en seguida lo que les había mandado y le ofrecieron corceles ensillados. Hasán montó en uno y colocó delante a su hijo mayor. La esposa montó en el otro corcel tomando consigo al menor. Por su parte la reina Nur al-Huda y la anciana montaron en sus caballos y regresaron a su país con todo su séquito. Hasán y su esposa torcieron a la derecha; Nur al-Huda y la anciana se volvieron hacia la izquierda. Hasán caminó sin cesar en compañía de su esposa y de sus hijos durante un mes entero. Al cabo de éste divisaron una ciudad rodeada de árboles frutales y ríos. Al llegar a la arboleda bajaron del lomo de los caballos y se dispusieron a descansar; se sentaron para hablar. De pronto apareció un gran número de jinetes que se dirigían a su encuentro. Hasán, al verlos, se incorporó y les salió al encuentro: se trataba del rey Hassún, señor de la Tierra del Alcanfor y de la Fortaleza de los Pájaros. El joven se aproximó hacia él, besó el sudo y le saludó. El soberano, al reconocerlo descabalgó y se sentó con Hasán encima de los tapices, debajo de los árboles. Saludó al muchacho, le felicitó por haberse salvado y se puso muy contento. Le dijo: « ¡Hasán! ¡Cuéntame lo que te ha ocurrido desde el principio hasta el fin!» El joven se lo refirió todo. El rey Hasán quedó admirado y le dijo: « ¡Hijo mío! ¡Ninguno de los que han llegado a las islas Waq ha regresado! Tú eres el único y te ha sucedido algo prodigioso. ¡Loado sea Dios que te ha salvado!» El rey, después de esto, se incorporó, montó a caballo y mandó a Hasán que hiciese lo mismo y le acompañase. Obedeció. Anduvieron hasta llegar a la ciudad. Entraron en la casa del rey y éste concedió hospitalidad durante tres días a Hasán, a su esposa y a sus hijos en las habitaciones de los huéspedes. Transcurrieron los tres días comiendo, bebiendo, jugando y divirtiéndose. Al fin de este plazo Hasán pidió permiso al rey Hassún para reemprender el viaje hacia su país. Se lo concedió. Él, su esposa y sus hijos montaron a caballo. El soberano los acompañó durante diez días. Cuando éste quiso regresar se despidió de Hasán, el cual, con su familia, siguió avanzando durante un mes entero, al cabo del cual descubrieron una cueva enorme cuyo piso era de cobre amarillo. Hasán dijo a su esposa: « ¡Contempla esta cueva! ¿La reconoces?» « ¡Sí!» « Pues en ella habita un jeque que se llama Abu-l-Ruways y yo le debo grandes favores, ya que él fue la causa de que yo conociera al rey Hassún.»

A continuación explicó a su esposa toda la historia de Abu-l-Ruways. Éste salió por la puerta. Hasán, al verlo, echó pie a tierra y le besó las manos. El jeque lo saludó, lo felicitó por haberse salvado y se alegró de ello. Lo tomó consigo, entró con él en la cueva y los dos se sentaron a conversar. El joven refirió al jeque Abu-l-Ruways todo lo que le había sucedido en las islas Waq. El jeque

quedó sumamente admirado y preguntó: « ¡Hasán! ¿Cómo pudiste librar a tu esposa y a tus hijos?» Entonces le contó la historia de la varita y del birrete. El jeque, al oír sus palabras, quedó boquiabierto y dijo: « ¡Hasán! ¡Hijo mío! Si no hubiera sido por esa varita y ese birrete no hubieses podido salvar ni a tu esposa ni a tus hijos!» « ¡Es cierto, señor mío!» Mientras estaban conversando, alguien llamó a la puerta de la cueva. El jeque Abu-l-Ruways, salió, abrió y se encontró con el jeque Abd al-Quddus que llegaba montado encima de su elefante. Aquél salió al encuentro de éste, lo saludó, lo abrazó; se alegró muchísimo; y le felicitó por encontrarse bien. Después, el jeque Abu-l-Ruways dijo a Hasán: « ¡Cuenta al jeque Abd al-Quddus todo lo que te ha sucedido!» El joven empezó a referir al jeque todo lo ocurrido desde el principio hasta el fin y así llegó a lo de la varita…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven llegó a lo de la varita] y a lo del birrete. El jeque Abd al-Quddus dijo a Hasán: « ¡Hijo mío! Tú te has salvado, has recuperado a tu esposa y a tus hijos y ya no te queda ningún deseo. Pero en cambio, yo que he sido la causa de que llegases a las islas Waq, que te he tratado bien debido a la recomendación de mis sobrinos, tengo que pedir algo de tu generosidad y bondad: dame a mí la varita y entrega al jeque Abu-l-Ruways el birrete» . Al oír Hasán las palabras del jeque Abd al-Quddus inclinó la cabeza hacia el suelo avergonzándose de tener que decir: « No os los entregaré» . Se dijo: « Estos dos ancianos me han hecho un gran favor puesto que ambos han sido la causa de que llegase a las Islas Waq; si no hubiese sido por ellos jamás hubiese llegado a tales lugares ni hubiese salvado a mi esposa ni a mis hijos ni hubiese conseguido el birrete ni la varita» . Levantó la cabeza y dijo: « Sí; os los entrego. Pero, señores míos; yo temo que el gran rey, padre de mi esposa, venga con sus ejércitos a nuestro país y me ataque; yo no podré hacerle frente si os entrego la varita y el birrete» . El jeque Abd al-Quddus contestó a Hasán: « ¡No temas, hijo mío! Nosotros seremos tus espías y te auxiliaremos desde este lugar. Rechazaremos todo aquél que, enviado por tu suegro, vaya a buscarte; no temas nada en absoluto: tranquilízate, alegra tus ojos y respira hondo pues no te ha de ocurrir daño» . Lleno de vergüenza, Hasán, al oír estas palabras, entregó el birrete al jeque Abu-l-Ruways y dijo al jeque Abd al-Quddus: « Acompáñame a mi país y una vez en éste te daré la varita» . Los dos jeques se alegraron muchísimo, y prepararon tan grandes riquezas y tesoros para Hasán que son imposibles de describir. Permanecieron con él durante tres días al cabo de los cuales se dispuso a partir. El jeque Abd al-Quddus se preparó para acompañarlo. Hasán y su esposa montaron en las respectivas monturas. El jeque silbó y al acto compareció un gran elefante que salía de la campiña y llegaba al trote de sus

pies y manos. El jeque Abd al-Quddus montó en él y, junto con Hasán, su esposa y sus hijos, se pusieron en marcha. El jeque Abu-l-Ruways regresó al interior de la cueva.

Los viajeros anduvieron sin cesar cruzando la tierra a todo lo largo y lo ancho; el jeque Abd al-Quddus les enseñaba el camino más fácil y los atajos. Así se aproximaron a la patria. Hasán se puso muy contento al darse cuenta de que regresaba al lado de su madre acompañado por su esposa e hijos. Al llegar a su país después de tantos terrores loó a Dios (¡ensalzado sea!), le dio gracias por sus favores y beneficios y recitó estos versos:

Tal vez Dios nos reúna en breve y nos ayude el abrazo.
Os contaré las cosas prodigiosas que me han sucedido y lo que me ha hecho sufrir el dolor de la separación.
Curaré mis pupilas contemplándoos, pues mi corazón es presa del amor.
He guardado en mi corazón una historia para contárosla en el momento del encuentro.
Os reprenderé un momento por lo que hicisteis mientras que el amor será eterno.

Al terminar de recitar estos versos levantaron la vista y vieron brillar la cúpula verde, el surtidor y el alcázar verde; descubrieron a lo lejos el monte de las Nubes. El jeque Abd al-Quddus dijo: « ¡Hasán! Te doy una buena noticia: esta noche serás huésped de mis sobrinas. El joven y su esposa se alegraron muchísimo. Acamparon junto a la cúpula, descansaron, comieron y bebieron y volvieron a caminar hasta llegar a las inmediaciones del alcázar. Entonces salieron a recibirlos las sobrinas del jeque Abd al-Quddus; saludaron a su tío y a sus acompañantes y ellos les devolvieron el saludo. El anciano dijo: « ¡Hijas de mi hermano! ¡Yo he satisfecho el deseo de vuestro amigo Hasán y le he auxiliado a rescatar a su esposa e hijos!» Las jóvenes se acercaron a él, le abrazaron, se alegraron de verlo y lo felicitaron por haber escapado sano y salvo y haberse reunido con su esposa y sus hijos; aquél fue un día de fiesta. La hermana pequeña de Hasán se acercó, le abrazó y rompió a llorar. El muchacho la acompañó en el llanto debido a la gran soledad en que se había encontrado. La joven se le quejó del dolor de la separación, la pena de su corazón y de lo que había hecho sufrir su alejamiento. Recitó este par de versos:

Después de tu marcha mi pupila no ha podido fijarse en nadie sin verte a ti en su lugar.
Jamás se plegó al sueño sin contemplarte como si tú te encontrases entre el párpado y el ojo.

Una vez recitados los versos se alegró muchísimo. Hasán le dijo: « ¡Hermana mía! Yo te doy las gracias, por todo el asunto, con preferencia a las demás hermanas. Dios (¡ensalzado sea!) te ayude y te auxilie» . A continuación le refirió todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin, durante el viaje; lo que había sufrido, lo que le había ocurrido con la hermana de su esposa y cómo había recuperado a ésta y a sus hijos; le contó, también, los prodigios y las grandes calamidades que había pasado hasta el punto de que su cuñada había querido matarlo a él, a su esposa y a sus hijos; pero Dios (¡ensalzado sea!) lo había salvado; luego le refirió la historia de la varita y del birrete y que los jeques Abu-l-Ruways y Abd al-Quddus le habían pedido estos objetos y que él se los había entregado por deferencia hacia ella. La joven le dio las gracias, le deseó una larga vida y Hasán le replicó: « ¡Jamás olvidaré todo el bien que me has hecho desde el principio hasta el fin!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la hermana se volvió hacia su esposa Manar al-Sana, la abrazó, estrechó a los niños contra su pecho y dijo: « ¡Hija del gran rey! ¿Es que tu corazón no conoce la misericordia para haberlo separado así de sus hijos abrasándole las entrañas? ¿Es que querías matarle con este hecho?» Manar al-Sana rompió a reír y contestó: « Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) lo había decretado así. Aquel que se burla de la gente sufre las burlas de Dios» . A continuación les sirvieron algo de comer y beber. Comieron, bebieron y se pusieron alegres. Hasán permaneció a su lado, comiendo, bebiendo, distrayéndose y entreteniéndose durante diez días, al cabo de los cuales hizo los preparativos de viaje. Su hermana le arregló riquezas y regalos cuya descripción es imposible de hacer. A continuación, como despedida, le estrechó contra su pecho y le abrazó. Hasán la aludió en estos versos:

El consuelo de los enamorados está lejos y la separación del amor es bien duro.
La crueldad y la lejanía son una desgracia; el que muere de amor es un mártir.
¡Cuán largas son las noches para el enamorado que se ha separado del amigo y ha quedado solo!
Las lágrimas corren por sus mejillas y dice: “¡Oh, lágrimas! ¿No sois más?”

Hasán entregó al jeque Abd al-Quddus la varita. Éste se alegró mucho, le dio las gracias y una vez la tuvo en la mano montó a caballo y regresó a su

residencia. Hasán, su esposa y los niños montaron y emprendieron el camino. Las muchachas salieron a despedirlo y después regresaron. A continuación Hasán regresó a su país cruzando campiñas y desiertos durante dos meses y diez días y así llegó a la ciudad de Bagdad, morada de la paz. Entró en su casa por la puerta secreta que daba al desierto y al campo y llamó. Su madre, dado lo largo de la ausencia, había perdido el sueño y sólo tenía por compañeros la tristeza, el llanto y los ayes; había caído enferma y no probaba bocado ni gustába del sueño; al contrario: lloraba de noche y de día y no dejaba de recordar a su hijo: desesperaba de verlo regresar. Hasán, al detenerse ante la puerta, la oyó llorar y recitar estos versos:

¡Por Dios, señores míos, curad a vuestro enfermo! Tiene el cuerpo delgado y el corazón partido.
Si, generosamente, le concedéis vuestra reunión, el amante quedará cubierto por las gracias del amado.
No desespero de reunirme a vos: Dios es todopoderoso y en medio de das dificultades hay suspiros.

Cuando terminó de recitar estos versos oyó que su hijo Hasán gritaba desde la puerta: « ¡Madre mía! ¡El transcurso de los días ha permitido que nos reunamos!» La anciana lo reconoció al oír estas palabras. Se acercó a la puerta sin saber si debía dar crédito o no a lo que oía. La abrió y encontró a su hijo en compañía de su esposa y sus hijos. La inmensa alegría la hizo proferir un alarido y cayó, desmayada, al suelo. Hasán la atendió con cariño hasta que volvió en sí; la abrazó. La madre rompió a llorar, llamó a los pajes y a los esclavos y les mandó que metiesen en la casa todo lo que llevaba su hijo. Entraron los fardos. Después pasaron la esposa y los niños. La anciana se acercó hacia aquélla, la abrazó y la besó en la cabeza y en los pies. Le dijo: « ¡Hija del gran rey! ¡Si he cometido alguna falta en lo que a ti respecta pido perdón de ello a Dios, el Grande!» A continuación se volvió hacia su hijo y le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Cómo ha sido tan larga la ausencia?» Al oír estas palabras le refirió todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin. Al oír el relato dio un grito enorme y cayó desmayada en el suelo al recapacitar en todo lo que había ocurrido a su hijo. Éste la trató con cariño hasta que volvió en sí. La anciana dijo: « Has obrado despreocupadamente con la varita y el birrete; si los hubieras conservado serías el rey de la tierra, a todo lo largo y ancho de la misma. Pero, loado sea Dios, hijo mío, que te ha salvado junto con tu esposa y tus hijos» . Pasaron una noche feliz.

Al día siguiente por la mañana Hasán cambió los vestidos, se puso una túnica preciosa, salió al zoco y se dedicó a comprar esclavos, esclavas, telas y objetos preciosos: joyas, ropas, tapices y vasos de metales preciosos como no se encuentran ni entre los reyes; a continuación compró casas, jardines, fincas,

etcétera.

Él, su esposa, sus hijos y su madre siguieron comiendo, bebiendo, disfrutando y gozando de la vida más dulce y feliz hasta que les llegó el destructor de las dulzuras y el separador de las sociedades. ¡Gloriado sea el Poseedor, el Rey excelso! ¡Él es el eterno Viviente, el que nunca muere!

HISTORIA DE JALIFA EL PESCADOR CON LAS MONAS

SE cuenta también que en lo más antiguo del tiempo, en los siglos y épocas pasadas, vivía en la ciudad de Bagdad un hombre que era pescador y se llamaba Jalifa. Era pobre, desgraciado, y no se había casado jamás en la vida. Cierto día cogió la red y se marchó al río como de costumbre, para pescar antes que los demás. Al llegar, se apretó el cinturón y se arremangó. Se adentró un poco, preparó la jábega y la arrojó una y dos veces sin sacar nada. Siguió echándola hasta la décima, sin conseguir nada. El pecho se le acongojó, quedó perplejo y dijo: « ¡Pido perdón a Dios, el Grande! No hay más Dios, que Él, el Viviente, el Inmutable. Ante Él me arrepiento. No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande. Sucede lo que Dios quiere, y lo que Él no quiere, no sucede. Dios, todopoderoso y excelso, concede el sustento. Cuando Dios concede algo a su siervo, nada podrá privar a éste de ello. Pero cuando le niega algo, nadie podrá dárselo» . Profundamente afligido, recitó estos versos:

Si el destino te concede alguna desgracia, ten paciencia y no te acongojes.
El Señor de los mundos, con su generosidad, hace que a las dificultades sucedan las alegrías.

A continuación se sentó un rato para meditar en lo que le ocurría; tenía la cabeza inclinada hacia el suelo. Después recitó estos versos:

Ten paciencia en las horas dulces y amargas, y date cuenta de que Dios hace su voluntad.
¡Cuántas noches pasé entre preocupaciones como un absceso, al que dominé con la llegada de la aurora!
Los sucesos transcurren en la vida del hombre hasta borrarse del pensamiento.

A continuación se dijo: « Tiraré la jábega otra vez y pondré en Dios mi esperanza. Tal vez Él no me defraude» . Se acercó al río y la echó con toda la fuerza de su brazo; dio cuerda y esperó durante una hora; después la retiró y notó que pesaba…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la arrastró hacia la orilla, la sacó y vio que contenía una mona tuerta y coja. Jalifa, al ver aquello, exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Nosotros somos de Dios y a Él volvemos!

¿Qué significa tanta desgracia y un ascendente tan nefasto? ¿Qué es lo que me sucede en este día bendito? Pero todo ello se debe a los decretos de Dios (¡ensalzado sea!)» . Cogió la mona, la ató con una cuerda y, dirigiéndose a un árbol que crecía en la orilla, la ató. Tenía un látigo: lo cogió con la mano, lo levantó en el aire y se dispuso a dejarlo caer encima de la mona. Pero Dios concedió la palabra, del modo más elocuente, ab animal, que dijo: « ¡Jalifa! ¡Detén tu mano y no me golpees! Déjame atada a este árbol, vuelve al mar, arroja tu red y confía en Dios, pues Él te concederá tu sustento» . El pescador, al oír las palabras de la mona, se dirigió al mar, lanzó la jábega y tiró de la cuerda. Advirtió que pesaba más que la vez anterior; siguió tirando hasta que consiguió llevarla a la orilla: vio que contenía otra mona con los dientes muy separados, ojos alcoholados y manos teñidas de alheña; llevaba un harapo en la cintura y reía. Jalifa exclamó: « ¡Loado sea Dios, que ha transformado todos los peces del mar en monas!» Se acercó a la que estaba atada al árbol y le dijo: « ¡Mira el mal consejo que me has dado! ¡Sólo he conseguido esta otra mona! Me has amenizado la mañana con tu cojera y tu ojo tuerto: me encuentro vencido, fatigado, y no poseo ni un dirhem ni un dinar» . Empuñó el látigo, lo restalló en el aire tres veces consecutivas y se dispuso a dejarlo caer sobre el animal. Éste le pidió perdón, diciendo: « ¡Te conjuro, por Dios, a que me perdones en gracia a mi compañero! Pídele lo que necesites, y él te indicará cómo has de conseguirlo» . Jalifa tiró el látigo y lo perdonó. Se dirigió hacia el otro mono y se plantó ante él. El animal le dijo: « ¡Jalifa! Las palabras que vas a oír no te serán útiles a menos que me escuches y me obedezcas sin contrariarme, ya que yo voy a ser la causa de tu riqueza» . Jalifa le preguntó: « Di lo que tengas que decir, pues obedeceré» . « ¡Déjame atada en este lugar, vete a la orilla del río y arroja tu jábega! Ya te diré luego lo que tienes que hacer.» Jalifa tomó la red, se dirigió a la orilla del río, la arrojó y esperó un rato. Después tiró de ella hacia la costa y notó que pesaba mucho. Siguió maniobrando con ella hasta conseguir subirla a tierra. Contenía otro mono; pero éste era rojo, llevaba un paño en la cintura, alheña en pies y manos y los dos ojos alcoholados. Jalifa, al verlo, exclamó; « ¡Gloria a Dios, el Grande! ¡Gloria al Rey de los reyes! Este día es bendito desde el principio hasta el fin; su ascendente es feliz, pues apareció la primera mona; el contenido de una página se conoce desde el inicio. Este día es el de los monos, y en el río ya no queda ni un pez; hoy hemos salido a cazar monos: ¡Loado sea Dios que ha metamorfoseado los peces en monas!» Dirigiéndose al tercer mono, le dijo: « ¿Qué eres tú, desgraciada?» « ¿Es que no me reconoces, Jalifa?» « ¡No!» « Yo soy el mono de Abu-l-Saadat, el judío, el cambista.» « ¿Y qué le haces?» « Por la mañana lo acompaño y gano cinco dinares; hago lo mismo a la caída de la tarde, y gano otros cinco.» Jalifa se dirigió a la primera mona y exclamó: « ¡Mira, desgraciada, qué buenos monos tiene la gente! Tú, en cambio, me das los buenos días con tu cojera y tu ojo tuerto. ¡Qué mal

ascendente! Yo soy pobre, sin un céntimo y estoy hambriento». Levantó el látigo, lo chasqueó tres veces en el aire y trató de restallarlo sobre el animal. Pero el mono de Abu-l-Saadat intervino: « ¡Déjalo, Jalifa! ¡Levanta tu mano y ven conmigo para que te diga lo que has de hacer!» Jalifa tiró el látigo, se acercó a él y le preguntó: « ¿Qué me dices, señor de todos los monos?» « Coge la jábega y tírala al río; yo permaneceré a tu lado con estos monos; tráeme lo que saques y yo te diré algo que te ha de alegrar.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Jalifa replicó: « ¡Oír es obedecer!» Cogió la jábega, la plegó en su mano y recitó estos versos:

Cuando mi pecho se acongoja, pido auxilio a mi Creador; es Todopoderoso y hace fáciles las cosas difíciles.
En un abrir y cerrar de ojos, por gracia de Nuestro Señor, queda en libertad un preso y se cura un enfermo.
Confía a Dios todas las cuestiones: todo hombre perspicaz conoce sus favores.

Y luego recitó estos otros:

Tú eres quien ha arrojado a las gentes en la tribulación, pero Tú apartas también penas y preocupaciones.
No apetezco lo que no puedo alcanzar ¡Cuántos ambiciosos no han podido alcanzar lo que deseaban!

Jalifa, al terminar de recitar estos versos, se acercó al río, arrojó la red y esperó un rato. Después la arrastró y sacó un pez muerto, de cabeza grande, orejas como cucharones y ojos como dos dinares. El hombre, al verlo, se alegró mucho, pues jamás en su vida había visto nada parecido. Boquiabierto, se lo llevó al mono de Abu-l-Saadat, el judío; le parecía que era dueño de todo el mundo. El mono le dijo: « ¿Qué quieres hacer con esto, Jalifa? ¿Qué harás con tu mono?» « Te comunico, señor de todos los monos, lo que haré: primero me las ingeniaré para matar a esa maldita, a mi mona, te tomaré a ti en su lugar y cada día te daré de comer lo que apetezcas» . « Puesto que tú me has informado, yo te diré lo que has de hacer; de esta forma si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, mejorarás tu situación. Medita en lo que te voy a decir. Prepara una cuerda para mí, átame al árbol, déjame así y vete al medio del dique; arroja la jábega en el Tigris y

aguarda un poco; después, sácala: hallarás un pez. Jamás en toda tu vida habrás visto otro más hermoso que él; lo cogerás y me lo traerás. Yo te diré lo que has de hacer después.» Jalifa se marchó al momento, tiró la red en el Tigris y la sacó. Encontró un pez blanco, del tamaño de un cordero; jamás en su vida había visto otro igual; era más grande que el pez anterior. Lo cogió y se lo llevó al mono. Éste le dijo: « Toma un poco de hierba verde; coloca la mitad en una alcofa, pon el pez encima y cúbrelo con la otra mitad. Déjanos atados aquí, carga la alcofa sobre tus hombros, entra en la ciudad de Bagdad y no contestes a quien te hable ni te interrogue, hasta que hayas entrado en el zoco de los cambistas. Al principio de éste encontrarás la tienda del maestro Abu-l-Saadat el judío, jeque de los cambistas. Verás que está sentado en su escabel, reclinado en cojines y que tiene delante dos cajas, una para el oro y otra para la plata; junto a él hay mamelucos, esclavos y pajes. Acércate. Coloca la alcofa ante él y dile: "Abu-l-Saadat: hoy he salido a pescar y he arrojado mi jábega pronunciando tu nombre. Dios (¡ensalzado sea!) me ha concedido este pez". Él dirá: ¿"Lo ha visto otra persona?" Contesta: "¡No, por Dios!" Lo cogerá y te dará un dinar. Devuélveselo. Te dará dos dinares. Devuélveselos; cada vez que te dé algo más, devuélveselo siempre; y aunque te dé su peso en oro, no lo cojas. Te dirá: "Di lo que quieres". Responde: "¡Por Dios! Sólo he de venderlo por un par de palabras". Te preguntará: "¿Y cuáles son?" Contesta: "Ponte en pie y di: 'Atestiguad todos los que estáis en el mercado de que cambio mi mono por el de Jalifa el pescador; cambio mi suerte por su suerte y mi destino por el suyo'. Tal es su precio, pues yo no quiero oro". Si él lo hace, cada día, mañana y tarde, te saludaré y ganarás diez dinares de oro; en cambio, Abu-l-Saadat el judío tendrá por compañero a esta mona tuerta y coja, y Dios lo pondrá a prueba cada día con las penas que te afligían antes a ti. Así seguirá: quedará pobre y no poseerá nada jamás. Oye lo que te digo: serás feliz y te encontrarás en el buen camino» . Jalifa el pescador, oídas las palabras del mono, le dijo: « ¡Acepto tu consejo, rey de todos los monos! En cuanto a ese desgraciado, ¡que la bendición de Dios no le llegue! No sé qué hacer con él» . « ¡Échanos al agua a las dos!» « ¡Oír es obedecer!» El pescador se acercó a las monas, las soltó y las dejó en libertad; ellas se metieron en el río. Jalifa se acercó al pez, lo cogió, lo lavó, colocó en el fondo de la alcofa hierba verde, metió el pez, lo cubrió de hierba y, cargándolo en sus hombros, se echó a andar, cantando este *mawwal*:

Confía tus asuntos al Señor de los cielos y estarás a salvo; haz el bien a todo lo largo de tu vida y no te arrepentirás.
No frecuentes el trato de los sospechosos, pues serás sospechoso; guarda tu lengua y no injuries, pues serías injuriado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que anduvo hasta entrar en la ciudad de Bagdad. La gente lo reconoció y empezó a gritar y a decir: « ¿Qué llevas, Jalifa?» Pero él no se volvió hacia nadie. Así llegó al zoco de los cambistas; pasó por delante de las tiendas, como le había aconsejado el mono. Vio que el judío estaba sentado en su tienda; los pajes estaban a su servicio, y él parecía el rey de los reyes del Jurasán. Jalifa lo reconoció. Avanzó hasta colocarse delante. El judío levantó la cabeza, lo vio y le dijo: « ¡Bien venido, Jalifa! ¿Qué necesitas? ¿Qué deseas? Si alguien te ha dicho algo o se ha querellado contra ti, dímelo para que te acompañe al gobernador: te hará justicia» . « ¡No, por vida de tu cabeza! ¡Cabeza de los judíos! Nadie me ha dicho nada. Hoy he salido de casa invocando tu suerte, me he dirigido al río, he echado mi jábega en el Tigris y he sacado este pez.» Abrió la alcofa y puso el pez ante el judío. Éste, al verlo, se admiró y exclamó: « ¡Juro por la Torá y las palabras! Ayer, durmiendo, vi en sueños al Todopoderoso, que me decía: “Sabe, ¡oh Abu-l-Saadat!, que te he enviado un magnífico regalo”. Debe ser sin duda este pez» . Dirigiéndose a Jalifa dijo: « ¡Por tu religión! ¿Lo ha visto alguna otra persona?» « No, jefe de los judíos, ¡lo juro por Dios y por Abu Bakr el Verídico! Tú eres el único que lo ha visto.» El judío se volvió a uno de sus pajes y le dijo: « Coge ese pez y llévalo a casa; deja que Saada lo prepare, lo fría y lo ase; cuando termine mi trabajo iré a casa» . Jalifa repitió: « ¡Muchacho! Deja que la mujer del Maestro lo fría y lo ase» . El paje contestó: « ¡Oír es obedecer, señor mío!» Cogió el pez y lo llevó a la casa. El judío, por su parte, extendió la mano con un dinar y se lo entregó a Jalifa el pescador, diciéndole: « Quédate con eso, Jalifa, y gástatelo con tu familia» . Pero Jalifa, al tenerlo en la mano, exclamó: « ¡Gloria al Poseedor de la creación!» Jalifa tomó el dinar como si jamás en la vida hubiera visto otro, y anduvo unos pasos; pero en seguida, recordando el consejo del mono, regresó, le devolvió el dinar y le dijo: « ¡Coge tu oro y devuelve el pescado que pertenece al prójimo! ¿Es que vas a burlarte del prójimo?» El judío, al oír estas palabras, creyó que bromeaba; le entregó dos dinares a más del anterior. Pero Jalifa insistió: « Dame el pez y no hagas bromas. ¿Es que crees que voy a vender el pez por tal precio?» El judío tendió su mano en busca de otros dos dinares y le dijo: « Quédate con estos cinco dinares; es el precio del pez: no seas ambicioso» . Jalifa los cogió y se marchó lleno de alegría, contemplando el oro y admirándose de él. Decía: « ¡Gloria a Dios! El califa de Bagdad no tiene hoy lo que yo poseo» . Siguió andando hasta llegar a la entrada del mercado; entonces se acordó del consejo que le había dado el mono. Regresó al lado del judío y le tiró el oro. Éste le preguntó: « Jalifa, ¿qué es lo que pides? ¿Es que quieres que te cambie los dinares en dirhemes?» « ¡No quiero ni dirhemes ni dinares! Sólo quiero que me

devuelvas el pez del prójimo» . El judío se enfadó y le gritó: « ¡Pescador! Me traes un pez que no vale ni un dinar, te pago cinco; ¿aún no estás contento? ¿Es que estás loco? ¡Dime por cuánto lo vendes!» « No te lo venderé ni por plata ni por oro; sólo te lo venderé por un par de palabras.» El judío, al oír « dos palabras» notó que los ojos se le salían de las órbitas; respiró con dificultad, y castañetearon sus dientes. Lo increpó: « ¡Pedazo de musulmán! ¿Quieres que abandone mi religión a cambio de tu pez? ¿O que corrompa la creencia y la fe que vi practicar a mis padres?» Llamó a sus pajes, y éstos acudieron. Les dijo: « ¡Ay de vosotros! ¡Haceos cargo de ese hombre de mal agüero! ¡Rompedle a palos la nuca! ¡Pegadle en los oídos!» Se abalanzaron sobre él y no pararon de pegarle hasta que cayó al pie de la tienda. El judío intervino: « ¡Dejad que se levante!» Jalifa se levantó, como si nada hubiese pasado. El judío le preguntó: « ¿Qué quieres como precio de ese pez? Te lo daré, ya que hasta ahora no has obtenido ningún bien nuestro» . Jalifa replicó: « ¡No temas nada por los golpes administrados, maestro; yo admito tantos palos como diez asnos!» . El judío rompió a reír al oír aquellas palabras. Le dijo: « ¡Te conjuro, por Dios, a que me digas qué es lo que quieres, y yo lo prometo por mi religión, te lo daré!» « Sólo me satisfará un par de palabras[259] como pago de ese pez» . « Imagino que me pides que me convierta al Islam.» « ¡Por Dios, judío! Si te conviertes, ni serás útil a los musulmanes, ni perjudicarás a los judíos; si continúas siendo infiel, tu infidelidad no perjudicará a los musulmanes ni será útil a los judíos. Lo que yo te pido es que te pongas de pie y digas: "¡Sedme testigos, oh gentes del zoco, de que cambio mi mono por el mono de Jalifa el pescador; de que cambio mi suerte en este mundo por la suya, y mi destino por el suyo!» „ El judío replicó: « Si tal es tu deseo, me es fácil complacerte» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el judío se puso en seguida de pie y pronunció las palabras que le había indicado Jalifa el pescador. Después, volviéndose hacia éste, le dijo: « ¿Quieres algo más de mí?» « ¡No!» « Pues vete.» Jalifa se marchó al momento, cogió su jábega, se fue al Tigris y la echó. Al retirarla vio que pesaba mucho. La sacó con trabajo, y la halló repleta de peces de todas clases. Se le acercó una mujer que llevaba un plato y le dio un dinar por un pez; se le acercó otro criado y compró por valor de un dinar; de este modo fue vendiendo peces hasta tener diez dinares. Cada día vendía por valor de diez dinares. Al cabo de diez días había reunido cien dinares de oro. El pescador vivía en una casa situada en el interior del pasaje de los comerciantes. Cierta noche, mientras descansaba, se dijo: « ¡Jalifa! Todas las gentes saben que eres un pobre hombre, pescador. Pero has reunido cien dinares de oro. El Emir de los

creyentes, Harún al-Rasid, se enterará de ello por algunas personas, y si necesita dinero te enviará a buscar y te dirá: “Yo necesito cierta suma de dinares. Me he enterado de que tú tienes cien dinares. ¡Préstamelos!” Yo le diré: “Emir de los creyentes: yo soy un hombre pobre, y quien te ha informado de que tengo cien dinares, ha mentido; no tengo ni poseo nada de todo eso”. Entonces me entregará al gobernador, y le dirá: “Arráncale los vestidos y muélelo a palos hasta que confiese y saque el dinero que tiene”. Para salvarme de tal desgracia, lo mejor que puedo hacer es levantarme ahora mismo y darme latigazos; así me acostumbraré a recibir palos». El haxix que había ingerido le sugirió: « ¡Desnúdate!» . Se puso de pie al momento, se quitó los vestidos, cogió un látigo, y como tenía al lado un cojín de piel, empezó a dar un azote al cojín y otro a su piel. Gritaba: « ¡Ay! ¡Ay! ¡Por Dios! ¡Eso es falso, señor mío! ¡Mienten! ¡Soy un hombre pobre, un pescador! ¡No poseo ninguno de los bienes de este mundo!» La gente oyó que Jalifa el pescador se atormentaba y azotaba el cojín con el látigo; los golpes que se propinaba y dejaba caer en el cojín se difundían en la noche. Entre las personas que lo oían estaban los comerciantes. Dijeron: « ¡Quién supiera lo que le ocurre a ese desgraciado que grita así! Oímos que lo están azotando. Parece que los ladrones han entrado en su casa y lo atormentan» . El ruido de los golpes y el alboroto de los gritos hizo que se levantasen todos. Salieron de su casa y fueron a la de Jalifa. Vieron que estaba cerrada y se dijeron: « Tal vez los ladrones hayan bajado por detrás de la habitación. Es necesario que subamos a la azotea» . Treparon al techo, se metieron por la claraboya y vieron que Jalifa, desnudo, estaba castigándose. Le preguntaron: « ¿Qué te ocurre, Jalifa? ¿Cuál es tu historia?» « Sabed, ¡oh gentes!, que me he hecho con algunos dinares, y temo que se entere de ello el Emir de los creyentes, Harún al-Rasid. Éste me mandará comparecer y me pedirá el dinero, y yo me negaré. Al negarme, temo que me haga atormentar; por eso estoy castigándome y preparándome para lo que venga.» Los comerciantes rompieron a reír y le dijeron: « ¡Deja de hacerlo! ¡Que Dios no te bendiga ni a ti ni los dinares que has conseguido! Esta noche nos has inquietado y has turbado nuestro corazón» . Jalifa dejó de azotarse y se durmió hasta el día siguiente. Se dispuso a marcharse al trabajo, pero, meditando en los cien dinares que poseía, se dijo: « Si los dejo en casa, los ladrones los robarán; si los coloco en la correa alrededor de mi cintura, es posible que alguien los vea y me vigile, para sorprenderme en un lugar desierto; entonces me matará y me robará. Tengo un recurso magnífico» . Se puso en pie al momento, cosió un bolsillo en el interior de la aljuba, metió los cien dinares en una bolsa, que cosió, y metió ésta en el nuevo bolsillo. A continuación se puso de pie, cogió la jábega y el bastón y se echó a andar hasta llegar al Tigris.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que tiró la red y la sacó, pero no obtuvo nada; entonces se trasladó a otro sitio: tiró la red, pero no sacó nada. Siguió cambiando de sitio hasta llegar a medio día de distancia de la ciudad; arrojaba la red, pero nunca sacaba nada. Se dijo: « ¡Por Dios! Ésta es la última vez que tiro mi jábega; tanto si tengo suerte como si no» . La arrojó con gran fuerza, lleno de furia; la violencia hizo saltar la bolsa que contenía los cien dinares, la cual cayó en el centro del río y fue arrastrada por la corriente. El pescador soltó la red de la mano, se quitó los vestidos, que abandonó en la orilla, se metió en el agua y se zambulló tras la bolsa; buceó y salió a la superficie cerca de cien veces; perdió sus fuerzas sin dar con la bolsa. Cuando desesperó de alcanzarla, subió a tierra y sólo encontró el bastón, la jábega y la alcofa. Buscó sus vestidos, pero no halló ni rastro. Se dijo: « Esto es más vil que lo que dice el refrán: "La peregrinación no es completa si no se toma el camello[260]"» . Arregló la red, la arrolló, tomó el bastón en la mano, colocó la alcofa en la espalda y empezó a trotar como un camello perdido, de derecha a izquierda, de atrás adelante, cubierto de polvo, como si fuese un *efrit* rebelde escapado de la prisión salomónica. Esto es lo que hace referencia a Jalifa el pescador.

He aquí ahora lo que se refiere al califa Harún al-Rasid. Éste era amigo de un joyero llamado Ibn al-Qirnas. Toda la gente, comerciantes, corredores y comisionistas, sabían que Ibn al-Qirnas operaba por cuenta del Califa, por lo cual todos los regalos y objetos preciosos que se vendían en la ciudad de Bagdad no eran puestos en venta pública sin antes mostrárselos, y lo mismo se hacía con esclavos y esclavas. Cierto día, Ibn al-Qirnas estaba sentado en su tienda. Fue a verlo el síndico de los corredores, acompañado de una esclava como jamás se había visto otra igual: era la culminación de la hermosura y de la belleza; bien proporcionada y de talle esbelto. Tenía, como cualidades, el conocer todas las ciencias y las artes, saber componer versos y tocar toda clase de instrumentos musicales. Ibn al-Qirnas, el joyero, la compró por cinco mil dinares y la llevó ante el Emir de los creyentes. Éste pasó con ella la noche y la examinó en todas las ciencias y las artes. Se dio cuenta de que era experta en ciencias y oficios y comprendió que no había en su época, otra muchacha igual.

Se llamaba Qut al-Qulub, y era tal como dijo el poeta:

Clavo la mirada en ella cada vez que levanta el velo, pero su esquivez la rechaza.
Cada vez que se vuelve, su cuello parece el de una gacela; las gacelas son proverbiales en cuanto a mover el cuello.

Pero, ¿qué es eso en comparación de esto otro?:

¿Quién me trae una morena cuyo cuello es como las lanzas de Samhar, alto y esbelto?
Ojos lánguidos, mejillas de seda, que vive en el corazón del amante extenuado.

Al día siguiente, el califa Harún al-Rasid mandó llamar a Ibn al-Qirnas el joyero. En cuanto se presentó, le dio diez mil dinares como precio de aquella muchacha. El corazón del Califa había quedado prendado de Qut al-Qulub; abandonó a la señora Zubayda, hija de al-Qasim, a pesar de ser éste su tío; olvidó a todas sus favoritas, y durante un mes sólo se separó de aquella joven para hacer la plegaria del viernes; en cuanto terminaba, corría de nuevo a su lado. Esto les pareció mal a los grandes del reino, los cuales se quejaron del asunto al visir, Chafar, el barmekí. Éste esperó que llegara el viernes. Entonces entró en la mezquita, se reunió con el Emir de los creyentes y le refirió las historias de amor más prodigiosas que le habían sucedido, con el fin de que el Califa sacase a relucir lo que celaba. Éste le dijo: «¡Chafar! Esto no me ha ocurrido voluntariamente. Mi corazón ha caído en la red del amor y no sé qué hacer». El visir le replicó: «Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que esa favorita, Qut al-Qulub, está siempre a tus órdenes y forma parte de tus servidores; no se apetece aquello que se tiene en la mano. He de decirte otra cosa: aquello de que más se vanaglorian los reyes y sus hijos es la caza, la pesca y el saber aprovechar los motivos de diversión. Si tú te dedicas a esto, es posible que te distraigas y la olvides». El Califa replicó: «Sí, es cierto lo que dices; marchémonos inmediatamente de caza y de pesca». Al terminar la oración del viernes, ambos salieron de la mezquita, montaron en seguida a caballo y se fueron de caza y de pesca.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que anduvieron sin parar hasta que llegaron al campo. El Emir de los creyentes y el visir Chafar montaban en sendas muías e iban distraídos hablando. Los soldados los precedían. El calor era sofocante. Al-Rasid dijo: «¡Chafar, tengo mucha sed!» El Califa lanzó una mirada y vio una facha en lo alto de una colina. Preguntó al visir: «¿Ves lo mismo que yo?» «Sí, Emir de los creyentes. Veo una figura borrosa en una colina elevada. Debe ser el guardián de un jardín o el de un campo de cohombros; en cualquier caso, debe haber agua allí arriba. Iré hasta allí y te traeré agua.» Al-Rasid replicó: «Mi mula es más rápida que la tuya; quédate aquí con los soldados, pues yo iré, beberé allí mismo, junto a aquella persona, y regresaré». El Califa espoleó la mula y ésta partió como el viento cuando corre

o como el agua de una acequia. Corrió sin parar hasta llegar, en un abrir y cerrar de ojos, adonde estaba aquella figura, que no era sino Jalifa el pescador. Al-Rasid vio que estaba desnudo, envuelto en la jábega, con los ojos inyectados en sangre que parecían tizones de fuego; tenía un aspecto aterrador; estaba sucio, cubierto de polvo; parecía un *efrit* o un león furioso. Al-Rasid lo saludó, y Jalifa, enfadado y sobre ascuas, le devolvió el saludo. El soberano le dijo: « ¡Hombre! ¿Tienes agua?» Le replicó: « ¡Mira éste! ¿Estás ciego o loco? Tienes ahí mismo, detrás de esa colina, el Tigris» . Al-Rasid rodeó el montículo, bajó al Tigris, bebió y dejó beber a su mula. Subió al momento y regresó adonde estaba Jalifa el pescador. Le preguntó: « ¡Oh, hombre! ¿Qué te sucede para estar aquí, en pie? ¿Cuál es tu oficio?» « Esta pregunta es más peregrina y extraña que el pedirme agua. ¿Es que no ves los útiles de mi oficio en el hombro?» « Parece ser que eres pescador.» « Sí.» « ¿Y dónde están tu aljuba, tu turbante, tus zaragüelles y tu vestido?» Las ropas que habían quitado a Jalifa eran las mismas que acababa de enumerar el Emir de los creyentes; creyó que hablaba con la persona que le había robado sus cosas en la orilla del río. Jalifa bajó, más rápido que el rayo cegador, de la cima de la colina, y agarró la rienda de la mula del Califa. Le dijo: « ¡Hombre! Devuélveme mis cosas y déjate de juegos y bromas» . « ¡Por Dios! Yo no he visto tus vestidos ni los conozco.» Al-Rasid tenía las mejillas grandes, y la boca pequeña. Jalifa le dijo: « Tal vez tu oficio sea el de cantante o músico. Pero si no me devuelves los vestidos por las buenas, te daré de palos con este bastón hasta que te orines encima o ensucies tu traje» . El Emir de los creyentes, al ver el bastón que tenía Jalifa, se dijo: « ¡Por Dios! ¡No podría soportar ni la mitad de un golpe de este mendigo con semejante bastón!» Al-Rasid llevaba un manto de raso. Se lo quitó y dijo a Jalifa: « ¡Hombre! Toma este manto a cambio de tus vestidos» . El pescador lo cogió y se lo puso. Dijo: « Mis vestidos valían diez veces más que esta capa de colorines» . « Póntela mientras te traigo tus ropas.» Jalifa la cogió, se la puso y advirtió que le iba larga. En el asa de la alcofa tenía atado un cuchillo: lo cogió y cortó un tercio del faldón del manto, hasta que sólo le llegó a la rodilla. Se volvió hacia al-Rasid y le dijo: « ¡Por Dios, flautista! Dime cuánto pagas por mes a tu maestro para que te enseñe a tocar» . « Cada mes le pago diez dinares de oro.» « ¡Por Dios, desgraciado! Me das pena. Yo gano diez dinares cada día. ¿Quieres trabajar a mi servicio? Yo te enseñaré a pescar y te asociaré a las ganancias; cada día te daré cinco dinares, serás mi paje, y yo te protegeré, ante tu maestro, con este bastón.» El Califa contestó: « Acepto» . Jalifa le dijo: « Apéate del asno y átalo para que pueda sernos útil en el transporte del pescado. Ven para que te enseñe a pescar ahora mismo» . Al-Rasid bajó de la mula, la ató y se remangó los vestidos hasta el cinturón. Jalifa le dijo: « ¡Flautista! Coge esta red así, colócala encima de tu brazo de este modo y arrójala al Tigris en este sentido» . Al-Rasid, haciendo de tripas corazón, llevó a cabo lo que le había dicho Jalifa. Echó la red al agua y

luego tiró de ella, pero fue incapaz de sacarla. Jalifa se acercó a ayudarlo, pero entre los dos no pudieron subirla a la orilla. Jalifa exclamó: « ¡Flautista de mal agüero! Si la primera vez te he cogido el manto a cambio de mis vestidos, ahora veo que si mi red se rompe, te voy a coger el asno y te voy a moler a palos hasta que pierdas la vida» . Al-Rasid le replicó: « ¡Tiremos los dos a la vez!» Tiraron los dos conjuntamente y lograron sacar la red, aunque con mucha fatiga. Al tenerla fuera la examinaron y vieron que estaba repleta de peces de todas clases y de todos los colores.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Jalifa exclamó: « ¡Por Dios, flautista! Eres feo, pero si te dedicas a la pesca, serás un gran pescador. El buen consejo consiste en que montes en tu asno, vayas al mercado y me traigas dos cestas. Yo guardaré los peces hasta que vuelvas; los colocaremos, entre los dos, a lomos de tu asno. Yo tengo balanzas, pesos y todo lo necesario; lo llevaremos todo, y tú lo único que tendrás que hacer es sujetar la balanza y cobrar. Tenemos peces por valor de veinte dinares. Corre, tráeme las dos cestas y no tardes» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el Califa. Dejó a Jalifa con los peces y azuzó a la mula, lleno de alegría. Iba riéndose de lo que le había sucedido con el pescador. Diego junto a Chafar. Éste, al verlo, preguntó: « ¡Emir de los creyentes! ¿Tal vez al ir a beber has encontrado un hermoso jardín, has entrado en él y has gozado a solas de sus delicias?» Al-Rasid, al oír las palabras de Chafar, rió aún más. Entonces todos los barmequíes besaron el suelo ante él y dijeron: « ¡Emir de los creyentes! ¡Que Dios haga durar tu alegría y aleje de ti toda preocupación! ¿Por qué has tardado tanto al ir a beber? ¿Qué te ha ocurrido?» « Me ha sucedido algo prodigioso, emocionante, magnífico.» Y les refirió la historia de Jalifa el pescador y lo que le había sucedido con éste cuando le dijo: « Tú has robado mis vestidos» ; cómo le había entregado el manto y cómo lo había cortado al ver que le iba largo. Chafar intervino: « ¡Por Dios, Emir de los creyentes! Se me había ocurrido pedirte el manto, pero iré ahora mismo junto al pescador y se lo compraré» . « ¡Por Dios! ¡Pero si ha cortado un tercio del faldón y lo ha estropeado! Chafar: Me he roto los riñones pescando en el río, ya que he cogido numerosos peces que ahora se encuentran en la orilla junto a mi maestro, Jalifa, el cual está esperando que regrese con dos cestas para después marcharnos a venderlos al mercado y repartirnos las ganancias.» « ¡Emir de los creyentes! Yo iré a comprarlos.» « ¡Chafar! Juro por mis antepasados que daré un dinar de oro a todo aquel que me traiga uno de los peces que se encuentran ante ese Jalifa que me ha enseñado a pescar.» El pregonero anunció a los soldados: « ¡Id a comprar peces para el Emir de los creyentes!» Los mamelucos corrieron a la orilla del

río. Mientras Jalifa esperaba que el Emir de los creyentes le llevara los dos cestos, los mamelucos cayeron sobre él como si fuesen cuervos, le arrebataron los peces y los colocaron en sus mandiles, bordados en oro. Jalifa exclamó: « ¡No cabe duda de que estos peces son del paraíso!» Cogió dos con la mano derecha y dos con la izquierda, se metió en el agua hasta el cuello y exclamó: « ¡Dios! ¡Por la virtud de estos peces! Haz que tu esclavo, el flautista, llegue ahora mismo» . En aquel momento apareció un esclavo, el jefe de todos los esclavos que estaban con el Califa. Se había retrasado porque su caballo tuvo que detenerse en el camino para orinar. Al llegar junto a Jalifa se dio cuenta de que ya no quedaban peces. Miró a derecha e izquierda y vio al pescador en medio del agua con algunos peces. Entonces le gritó: « ¡Pescador! ¡Ven!» Él replicó: « ¡Vete sin más!» El criado se adelantó hacia él y le dijo: « ¡Dame esos peces y te pagaré su valor!» Jalifa le replicó: « ¿Es que estás loco? No los venderé» . El criado empuñó la maza. El pescador le dijo: « ¡Desgraciado! ¡No me pegues! La generosidad puede más que la maza» . Le tiró los peces, el criado los cogió, los colocó en el mandil, metió la mano en el bolsillo pero no encontró ni un solo dirhem. Dijo: « ¡Pescador! Tienes mala suerte. ¡Por Dios! No tengo ni un solo dirhem. Pero mañana ven a la sede del Califato y di: “Conducidme ante el eunuco Sandal”. Los criados te llevarán a mi presencia. Cuando estés allí, te pagaré lo que te corresponde; lo cogerás y te marcharás a tus quehaceres» . Jalifa exclamó: « Éste es un día bendito; su buena suerte se manifiesta desde el principio» . Se colocó la red encima del hombro y anduvo hasta entrar en Bagdad. Recorrió los zocos. La gente se dio cuenta de que llevaba el manto del Califa. Lo empezaron a observar; entró en un callejón en cuya puerta se encontraba la tienda del sastre del Emir de los creyentes. El sastre del Califa descubrió que el pescador llevaba un manto perteneciente a la guardarropía del soberano y que valía mil dinares. Preguntó: « ¡Jalifa! ¿De dónde has sacado este vestido?» Le contestó: « ¿Qué te ocurre para ser tan curioso? Me lo ha dado una persona a la que he enseñado a pescar y que ahora es mi paje, pues lo he salvado de que le cortasen la mano, ya que me había robado los vestidos. Me ha entregado este manto a cambio de aquéllos» . El sastre comprendió que el Califa habría pasado junto al pescador mientras éste pescaba, se habría reído de él y le habría regalado el traje.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el pescador, después, se marchó a su casa. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí ahora lo que hace referencia al califa Harún al-Rasid. Éste había salido de caza y pesca con el único objeto de olvidar a la esclava Qut al-Qulub.

Zubayda, al enterarse de la existencia de ésta y de que el Califa se había enamorado de ella, se puso celosa como se ponen las mujeres; se negó a comer y beber, perdió la dulzura del sueño y empezó a espiar las ausencias y viajes del Califa para tender la red del engaño a Qut al-Qulub. Al enterarse de que el Califa había salido de caza y pesca, mandó a las esclavas que alfombrasen la casa, que la adornasen y que sirviesen comidas y dulces. Hizo un pastel, que colocó en una bandeja de porcelana china, y en él metió un narcótico. Luego mandó a un criado que fuese a ver a la joven Qut al-Qulub y la invitase a comer con Zubayda, hija de al-Qasim, esposa del Emir de los creyentes, diciéndole: « La esposa del Emir de los creyentes toma hoy una medicina. Ha oído hablar de tu buena voz y desearía comprobar cómo ejecutas parte de tu repertorio» . La esclava replicó: « ¡Oír es obedecer a Dios y a la señora Zubayda!» , y se fue a verla, al momento, sin saber lo que el destino le reservaba. Tomó consigo todos los instrumentos necesarios y salió con el criado. Anduvieron sin parar hasta encontrarse ante la señora Zubayda. Al llegar ante ésta, besó el suelo muchas veces. Luego se puso en pie y dijo: « ¡La paz sea sobre la bien guardada, la inaccesible señora de la estirpe abbasí, la descendiente del Profeta! ¡Que Dios te conceda salud y bienestar en el transcurso de los días y de los años!» La joven se quedó entre esclavos y criados. La señora Zubayda volvió la cabeza hacia ella, observó su belleza y hermosura y descubrió sus tersas mejillas; su rostro, como la Luna; la frente, clarísima, y la mirada, de hurí; los párpados, lánguidos; su rostro irradiaba luz como si el Sol saliera por la frente y las tinieblas de la noche por sus tirabuzones; su aliento olía a almizcle, y su belleza resplandecía por todas partes; la Luna aparecía por su frente, y la rama cimbreaba en su cintura: era como la Luna llena cuando aparece por Oriente en medio de las tinieblas; tenía ojos arrebatadores, las cejas en arco, y los labios de coral. Todo el que la veía quedaba prendado de su hermosura, embrujado por su mirada. ¡Gloria a Quien la creó e hizo perfecta sin par! Era tal y como dijo el poeta de una mujer que se le parecía:

Cuando se enfada, ves que la gente muere; cuando está contenta, recupera la vida.
Tiene en la mirada un embrujo con el cual mata o da la vida a quien quiere.
Con sus ojos encadena a todo el mundo, como si éste fuera su esclavo.

La señora Zubayda le dijo: « ¡Bien venida, Qut al-Qulub! ¡Siéntate y alégranos con tu trabajo y tu bello arte!» « ¡Oír es obedecer!» , replicó ella. Se sentó, extendió la mano y cogió el adufe, del cual, uno de sus descriptores ha dicho estos versos:

Tú que tocas el adufe inflamas de amor mi corazón; mientras tú lo tocas, grita de pasión.
Sólo has capturado un corazón herido: el hombre apetece mientras tú tocas.
Pronuncia palabras graves o agudas, toca lo que quieras, pues en cualquier caso conmueves.
Sé bueno, descubre tus mejillas, amado, y ven, baila, danza, agrada y encanta.

La joven empezó a tocar y a cantar hasta que los pájaros detuvieron su vuelo en el cielo y la habitación se movió. Luego dejó el adufe y tomó la flauta, sobre la cual se ha compuesto este verso:

Tienes ojos que, con auxilio de los dedos, dan un canto que, sin duda, es magnífico.

O como dijo el poeta:

Cuando la flauta hace llegar los cantos a su punto, el tiempo pasa feliz por la unión.

Dejó la flauta, después de haber impresionado a todos los presentes, y tomó el laúd, sobre el cual ha dicho el poeta:

El laúd de la cantante se parece a las frescas ramas; las personas nobles y virtuosas suspiran por él.
Sus dedos lo tocan y lo tañen con arte excelso, y sus cuerdas producen los hermosos tonos.

Tensó las cuerdas, arregló sus resortes, lo apoyó en su seno y se inclinó sobre él del mismo modo que la madre se inclina sobre su hijo. Parecía como si el poeta hubiese aplicado a ella y a su laúd estos versos:

Hizo hablar claramente la cuerda persa, e hizo comprender al que no entendía.
Explicó que el amor es un asesino que causa la pérdida de la razón al hombre musulmán.
Es una muchacha, ¡por Dios, qué maravilla!, que, con su mano, arranca palabras de algo que no tiene boca.
Con el laúd ha detenido el curso del amor, del mismo modo que el médico

experto detiene el correr de la sangre.

A continuación tocó de catorce modos distintos y cantó una pieza entera: todos los allí presentes quedaron perplejos, impresionados. Luego recitó este par de versos:

Te ha llegado alguien bendito que da nueva alegría.
Da alegría sin fin, y sus dones no se agotan.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que Qut al-Qulub, después de haber tocado y cantado versos ante la señora Zubayda, se puso de pie y realizó juegos de habilidad y de salón, de un modo maravilloso. La señora Zubayda estuvo a punto de enamorarse de ella y se dijo: «No se puede censurar a mi primo al-Rasid de que se haya prendado de ella». Al fin, la joven besó el suelo ante Zubayda y se sentó. Le acercaron la comida y los dulces y luego el plato en que se encontraba el narcótico. Comió.

Apenas llegó el pastel a su estómago, le entraron mareos y cayó, inconsciente, al suelo. La señora Zubayda dijo a las criadas: «Llevadla a una habitación cualquiera hasta que os mande a buscarla». Le contestaron: «¡Oír es obedecer!» Dijo a un criado: «Haz una caja y tráemela». Luego ordenó que se construyera una especie de tumba y que se difundiera la noticia de que la esclava había muerto ahogada. Advirtió a todos sus familiares que cortaría la cabeza al que dijera que la muchacha aún vivía.

El Califa regresó entonces de la pesca y de la caza y lo primero que hizo fue preguntar por la joven. Se le acercó un criado, al cual había recomendado Zubayda que dijera al Califa, si le preguntaba. «¡Ha muerto!» El criado besó el suelo ante el soberano y le dijo: «¡Señor mío! ¡Viva tu cabeza! Qut al-Qulub ha muerto atragantada por la comida». El Califa replicó: «¡Que Dios no te conceda ningún bien, esclavo de mal agüero!» Entró en el alcázar y oyó que todo el mundo hablaba de la muerte de la muchacha. Preguntó: «¿Dónde está su tumba?» Lo llevaron al mausoleo y le mostraron la tumba que se le había levantado. Le dijeron: «¡Ésta es!» Al verla, gritó, se abrazó al sepulcro, rompió a llorar y recitó estos versos:

¡Por Dios, tumba! ¿Han desaparecido sus bellezas? ¿Aquel rostro sonriente se ha descompuesto?

¡Tumba! Tú no eres ni jardín ni firmamento, ¿cómo puedes reunir en ti la rama y la Luna?

El Califa lloró amargamente y permaneció allí una hora. Luego se alejó, muy triste, de la tumba. La señora Zubayda se enteró de que su treta había dado resultado. Dijo al criado: « ¡Tráeme la caja!» Se la llevó. Mandó que le trajeran la esclava, la colocó en el interior y dijo al criado: « Procura vender esta caja con la condición de que quien la compre la adquiera sin abrirla; el dinero que obtengas dalo como limosna» . El criado se llevó la caja dispuesto a cumplir las órdenes que había recibido. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Jalifa el pescador. Al hacerse de día, se dijo: « Hoy tengo que trabajar. Lo mejor que puedo hacer es marcharme a ver al eunuco que me compró los peces. Él me ha citado en el palacio Califal» . Salió de su casa y se marchó a la sede del Califato. Al llegar a ésta encontró mamelucos y esclavos y criados que estaban de pie o sentados. Los observó y de pronto descubrió al criado que le había comprado el pescado. Estaba sentado, y los mamelucos lo rodeaban dispuestos a servirle. Un paje de los mamelucos interrogó al pescador. El eunuco se volvió a ver de quién se trataba y descubrió a Jalifa. Éste, al darse cuenta de que lo había visto y de que era él mismo le dijo: « ¡Rubio! No me he retrasado. Así obran los hombres de palabra» . El eunuco, al oír tales palabras, se echó a reír y le dijo: « ¡Por Dios! ¡Dices la verdad, pescador!» El criado Sandal quiso darle algo y se echó la mano al bolsillo. De pronto se elevó un gran griterío. El criado levantó la cabeza para ver qué ocurría y distinguió al visir Chafar, el barmekí que salía de visitar al Califa. Al verlo, se puso de pie, se colocó a su lado, y se pusieron a hablar mientras andaban. Jalifa el pescador esperó un rato, pero el tiempo pasaba sin que el eunuco regresara. Harto de esperar, salió a su encuentro y, desde lejos, haciendo señas con la mano, le dijo: « ¡Señor mío! ¡Rubio! ¿Dejas que me marche?» El criado tuvo vergüenza de contestar, puesto que se encontraba ante Chafar; siguió hablando con éste, haciendo caso omiso del pescador. Jalifa lo increpó: « ¡Tú, pagador moroso! ¡Que Dios cargue de infamia a todas las personas pesadas y a todos aquellos que, después de haberse apoderado de los bienes de la gente, se desentiendan del pago! Te pido protección, señor de la tripa de salvado. Dame lo que me debes para que me vaya» . El criado le oyó y quedó avergonzado porque Chafar había oído aquello. Éste había visto al pescador hacer señas y hablar con el criado, pero no entendió bien lo que quería decir. Preguntó al criado: « ¡Eunuco! ¿Qué te pide ese desgraciado pedigüeño?» « ¿Es que no lo reconoces, señor visir?» « ¡Por Dios! No lo recuerdo. ¿De dónde he de conocerlo si acabo de verlo ahora mismo?» « ¡Señor mío! Éste es el pescador al que ayer quitamos sus peces en la orilla del Tigris. Yo no pude coger ninguno, y me avergoncé de tener que volver junto al Emir de los creyentes sin nada mientras que todos los

mamelucos habían cogido lo suyo. Al llegar a su lado lo encontré en medio del agua rezando a Dios; tenía cuatro peces. Le dije "Dame lo que tienes y cobra su precio". Al entregarme los peces metí la mano en el bolsillo para pagarle algo. Pero no encontré ni una moneda. Le dije: "Ven a verme mañana al alcázar y te daré algo que pueda aliviar tu pobreza.". Y ha venido a eso. Tenía metida ya la mano en el bolsillo para pagarle cuando viniste tú, y me he puesto a tu servicio desentendiéndome de él. Así, ha perdido la paciencia. Tal es mi historia y la causa de que ése esté aquí.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el visir, al oír las palabras del eunuco, sonrió y le dijo: « ¡Eunuco! ¡Qué! ¿Este pescador viene a verte en un momento en que necesita algo y no lo atiendes? ¿Pero no lo conoces, jefe de los eunucos?» « ¡No!» « Pues es el maestro y el socio del Emir de los creyentes. El Califa, nuestro señor, se encuentra con el pecho oprimido, tiene el corazón triste y está preocupado. Sólo este pescador es capaz de distraerlo; no permitas que se marche hasta que yo haya consultado con el Califa y lo haya conducido ante él. Tal vez Dios lo distraiga y lo consuele, mediante Jalifa, por la pérdida de Qut al-Qulub; quizá le dé algo que lo ayude: tú serías la causa de todo ello.» El criado replicó: « ¡Señor mío! Haz lo que quieras.

¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te conserve como pilar del imperio del Emir de los creyentes! (¡Él haga que dure su sombra y conserve sus ramas y sus raíces!)»

El visir Chafar corrió al lado del Califa. El criado ordenó a los mamelucos que no se separaran del pescador. Entonces, Jalifa el pescador le dijo: « ¡Rubio! ¡Qué estupenda es tu generosidad! El que reclamaba ha pasado a ser deudor. Yo he venido a pedirte mi dinero y me encarcelan por los impuestos que no he pagado» . Chafar se presentó ante el Califa, al que encontró sentado, con la cabeza baja y el pecho oprimido, pensativo. Salmodiaba estas palabras del Profeta:

> Mis censores me exigen que me consuele; pero yo no tengo poder para que mi corazón obedezca más.
> ¿Cómo podría consolarme del amor de una joven, si no supe tener paciencia cuando se alejó?
> No la olvidaré: la copa ha girado en ruedo entre nosotros, y el vino de sus miradas me ha emborrachado.

Chafar, al encontrarse ante el Califa dijo: « ¡La paz sea sobre ti, Emir de los

creyentes, Protector de los fundamentos de la religión, descendiente del tío del Señor de los enviados (¡Él lo bendiga y lo salve, así como a su familia!)!» . El Califa levantó la cabeza y contestó: « ¡Sobre ti sean la paz, la misericordia y la bendición de Dios!» Chafar siguió: « ¿Concede permiso el Emir de los creyentes para que su siervo hable con libertad?» « ¿Desde cuándo se te han puesto impedimentos para hablar siendo, como eres, el señor de los visires? ¡Di lo que quieras!» « Acababa de marcharme de tu lado, señor nuestro, y me dirigía a mi casa. Pero me he encontrado con tu maestro, tu profesor y tu socio, Jalifa el pescador. Estaba perplejo por ti, ante la puerta, y se quejaba. Decía: "¡Gloria a Dios! Yo lo enseñé a pescar. Se marchó por un par de cestas y no regresó. ¿Dónde terminará la sociedad y el respeto que se debe a los maestros?" Si te propones mantener la sociedad, sigue adelante, y, en caso contrario, díselo para que busque otro socio.» El Califa sonrió al oír estas palabras, y se le ensanchó el pecho. Dijo a Chafar: « ¡Por tu vida! ¿Es verdad lo que dices de ese pescador? ¿Está esperando en la puerta?» « ¡Por vida tuya, Emir de los creyentes! ¡Está esperando en la puerta!» « ¡Chafar, por Dios! He de esforzarme en satisfacer lo que le debo: si Dios quiere que mi mano le cause una desgracia, la tendrá; si mi mano le ha de conceder la felicidad, la tendrá.» El Califa cogió una hoja de papel, la partió en pedazos y dijo: « ¡Chafar! Escribe con tu mano veinte cifras en dinares, hasta mil; los cargos administrativos y los gobiernos de las provincias, desde el menor de los oficios hasta el Califato; escribe también veinte clases distintas de castigos, desde el más insignificante hasta la muerte» . « ¡Oír es obedecer al Emir de los creyentes!» , replicó Chafar. Escribió en los pedazos de papel tal como se lo había mandado el Califa. Luego éste le dijo: « ¡Chafar! ¡Juro por mis puros antepasados, por mis ascendientes Hamza y Aqil, que quiero que comparezca aquí Jalifa el pescador! Le ordenaré que tome una hoja de éstas, cuyo contenido sólo conocemos tú y yo; le daré lo que indique la hoja; si le he de entregar el Califato, yo mismo dimitiré y se lo entregaré sin regatear, pero si he de ahorcarle, cortarle algún miembro o matarlo, también lo haré. ¡Ve! ¡Tráemelo!» Chafar, al oír estas palabras, se dijo: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Tal vez ocurra una desgracia a ese pobre diablo, y yo seré la causa. Pero el Califa ha jurado, y no me queda más remedio que llevarlo a su presencia. Sólo ocurrirá lo que Dios quiera» . Fue en busca de Jalifa el pescador y lo cogió de la mano para llevarlo ante el soberano. La razón abandonó la cabeza de Jalifa, el pescador. Se dijo: « ¡Qué me habrá traído en busca de este esclavo rubio de mal agüero! Me ha dado a conocer a esta tripa de salvado» . Chafar avanzaba sin cesar, precedido y seguido por esclavos y mamelucos. Jalifa se decía: « No bastaba con tenerme prisionero: han de ponerme gente delante y detrás para impedirme que huya» . Chafar siguió avanzando cruzó siete pórticos y dijo a Jalifa: « ¡Ay de ti, pescador! ¡Vas a encontrarte ante el Emir de los creyentes, ante el defensor de la religión!»

Levantó la gran cortina. Los ojos de Jalifa el pescador vieron al Califa sentado en el trono; los grandes del reino estaban de pie, dispuestos a servirle. Al reconocerlo, se acercó a él y le dijo: « ¡Bien venido, flautista! No has hecho bien transformándote en pescador y abandonándome luego allí, junto a los peces, mientras tú te ibas para no volver. Antes de que pudiera darme cuenta de ello, se abalanzaron sobre mí mamelucos montados en distintas cabalgaduras, y me arrebataron los peces mientras yo estaba solo. Todo eso me ocurrió por tu culpa. Si hubieses regresado en seguida, con las cestas, habríamos vendido el pescado por cien dinares. Yo he venido a reclamar lo que me deben y me han detenido. ¿Tú también estás detenido aquí?» El Califa se sonrió, levantó la punta de la cortina, sacó la cabeza por debajo y dijo: « ¡Acércate y coge una hoja de éstas!» Jalifa el pescador replicó al Emir de los creyentes: « Tú eres pescador, y hoy te has transformado en un astrólogo. Hombre de muchos oficios, pobre seguro» . Chafar le dijo: « Coge inmediatamente, sin chistar, una hoja y obedece la orden del Emir de los creyentes» . El pescador se adelantó, extendió la mano y dijo: « ¡Que este flautista no vuelva a ser mi paje ni a pescar conmigo!» Cogió una hoja y se la entregó al Califa. Exclamó: « ¡Flautista! ¿Qué es lo que se me destina? ¡No me ocultes nada!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el Califa la cogió y se la entregó al visir Chafar. Le dijo: « Lee lo que contiene» . Chafar la miró y exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» « ¡Di lo que has leído!» « ¡Emir de los creyentes! La hoja dice que hay que dar cien palos al pescador.» Obedecieron su orden y dieron cien bastonazos a Jalifa. Éste dijo al final: « ¡Que Dios maldiga este juego, tripa de salvado! ¿Es que la cárcel y los palos forman parte del juego?» Chafar intervino: « ¡Emir de los creyentes! Este desgraciado ha venido al mar, ¿cómo vamos a dejar que se vuelva sediento? Esperamos del espíritu caritativo del Emir de los creyentes que pueda coger otra hoja: tal vez obtenga algo con que pueda marcharse y le sirva de auxilio en su pobreza» . El Califa le contestó: « ¡Por Dios, Chafar! ¡Si saca una hoja y en ella está escrita la muerte, lo mataré y tú serás la causa!» « Si muere, descansará.» Jalifa le dijo: « ¡Que Dios no te conceda jamás una buena noticia! ¿Es que os he hecho imposible la vida en Bagdad para que queráis darme muerte?» Chafar le dijo: « Coge una hoja y pide a Dios (¡ensalzado sea!) que te conceda un bien» . Extendió la mano, cogió una hoja y se la dio a Chafar. Éste la tomó, la leyó y se quedó callado. El Califa le preguntó: « ¿Qué te ocurre para que te quedes callado, hijo de Yahya?» « ¡Emir de los creyentes! En la hoja ha salido que no darás nada al pescador.» « ¡Pues no le daremos nada! ¡Dile que se marche!» Chafar

intervino: « ¡Por tus puros antepasados! Si le permitieras coger otra hoja, tal vez obtuviera algún beneficio» . « Pues que coja otra, ¡y basta!» El pescador extendió la mano y cogió la tercera hoja. En ella decía que había que entregarle un dinar. Chafar dijo a Jalifa: « He buscado tu suerte, pero Dios sólo te ha concedido un dinar» . El pescador exclamó: « ¡Cien palos por un dinar es un gran bien! ¡Que Dios niegue la salud a tu cuerpo!» El Califa rompió a reír. Chafar tomó de la mano a Jalifa y lo sacó.

Al cruzar la puerta lo vio Sandal, el criado, quien le gritó: « ¡Pescador! ¡Ven! ¡Danos parte de lo que te ha concedido el Emir de los creyentes, ya que ha bromeado contigo!» Jalifa le replicó: « ¡Dices la verdad, rubio! ¿Quieres compartir conmigo, ¡piel negra!, los cien palos que he aguantado y quedarte con el dinar? ¡Quédatelo!» Tiró el dinar al criado y salió; las lágrimas corrían por sus mejillas. El criado, al darse cuenta de la situación en que se encontraba, comprendió que decía la verdad. Se volvió hacia él y gritó a los pajes: « ¡Traédmelo!» Se lo llevaron. Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa roja. La abrió y la vació en sus manos: contenía cien dinares de oro. Dijo: « ¡Pescador! Este oro es el precio de tus peces. Vete a tus quehaceres» . Jalifa se alegró mucho, cogió los cien dinares a más del dinero del Califa y se marchó, sin acordarse ya de los golpes. Pero Dios (¡ensalzado sea!) quería que se realizase lo que tenía dispuesto: Jalifa el pescador cruzó por el zoco de las doncellas y vio un corro en el que había mucha gente. Se dijo: « ¿Qué pasará?» Se acercó y cruzó entre la muchedumbre compuesta de comerciantes y otros. Los comerciantes dijeron: « ¡Haced sitio al piloto tunante!» Le hicieron un hueco, y Jalifa pudo ver a un anciano que estaba de pie; ante él tenía una caja, y a su lado había un criado sentado. El jeque gritaba y decía: « ¡Comerciantes! ¡Hombres ricos! ¿Quién se arriesga e invierte el dinero en esta caja de contenido desconocido? Proviene del palacio de la señora Zubayda, hija de al-Qasim, esposa del Emir de los creyentes, al-Rasid. ¡Que Dios os bendiga! ¿Cuánto dais?» Un comerciante exclamó: « ¡Por Dios! Esto constituye un riesgo. Pero diré unas palabras, por las cuales no se me podrá censurar: ¡Me la quedo por veinte dinares!» Otro gritó: « ¡Doy cincuenta!» Los comerciantes fueron pujando hasta llegar a los cien. El pregonero gritó: « ¡Comerciantes! ¿Alguno de vosotros da más? Jalifa el pescador chilló: « ¡Me la quedo por ciento un dinar!» Los comerciantes, al oír las palabras de Jalifa, creyeron que bromeaba. Rompieron a reír, y dijeron: « ¡Eunuco! ¡Véndesela a Jalifa por ciento un dinar!» El criado dijo: « ¡Por Dios que sólo he de vendérsela a él! ¡Pescador! ¡Que Dios te bendiga! ¡Dame el oro!» Jalifa sacó el dinero y se lo entregó. Concluida la operación, el criado dio como limosna el dinero obtenido en aquel sitio y regresó al alcázar para informar a la señora Zubayda de lo que había hecho. Ésta se alegró. A continuación, Jalifa el pescador cargó la caja sobre sus hombros; dado lo mucho que pesaba, no pudo transportarla. Se la puso encima de la cabeza y se marchó a su barrio. Una vez

en éste, se la bajó de la cabeza, completamente extenuado. Se sentó a meditar en lo que le había ocurrido y empezó a decirse: « ¡Ojalá supiera lo que contiene esta caja!» Abrió la puerta de su casa, y, como pudo, consiguió meterla y después se las ingenió para abrirla. Pero no lo logró. Se dijo: « Pero ¿cómo se me habrá ocurrido comprar esta caja? Es necesario que la rompa y vea lo que contiene» . Removió la cerradura, pero no pudo abrirla. Se dijo: « Lo dejaré para mañana» . Se dispuso a dormir, pero no encontró sitio dónde hacerlo, ya que la caja tenía el mismo tamaño de la habitación. Entonces se subió encima y se durmió. Así transcurrió un tiempo. De pronto, algo se movió. Jalifa se asustó, el sueño lo abandonó, y perdió la razón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Jalifa] dijo: « Parece ser que contiene un genio. ¡Loado sea Dios que ha hecho que no la pudiera abrir! Si la hubiese abierto, me habría acometido en medio de las tinieblas y me habría matado; no habría obtenido ningún bien» . Volvió a su sitio y se durmió; la caja se movió de nuevo con más fuerza que la vez anterior. Jalifa se desveló y dijo: « Vuelve a repetirse, y esta vez aterroriza» . Corrió a buscar una lámpara, pero no la encontró; además no tenía dinero para comprarla. Salió de la casa y gritó: « ¡Gentes del barrio!» Casi todos estaban durmiendo, y se despertaron al oír sus gritos. Preguntaron: « ¿Qué te ocurre, Jalifa?» « ¡Dadme una lámpara! ¡Los genios me han acometido!» Se rieron de él, pero le dieron la lámpara. La cogió, volvió a entrar en su casa, golpeó la cerradura con una piedra y la rompió. Abrió la caja y apareció una joven que parecía una hurí; dormía en su interior, aletargada por el narcótico, que acababa de vomitar en aquel momento. Se despertó, abrió los ojos y, al notarse aprisionada, se movió. Jalifa, al verla, le dijo: « ¡Te conjuro por Dios, señora! ¿De dónde vienes?» La joven abrió sus ojos y le dijo: « Tráeme jazmín y narciso» . Jalifa le replicó: « Sólo tengo alheña» . La muchacha, al reponerse del todo, se fijó en el pescador y le preguntó: « ¿Quién eres? ¿Dónde me encuentro?» « Estás en mi casa.» « ¿No estoy en el alcázar del Califa Harún al-Rasid?» « ¿Qué dices de al-Rasid, loca? Tú eres mi esclava, y hoy mismo te he comprado por ciento un dinar y te he traído a mi casa; estabas metida en esa caja y dormías.» La esclava, al oír estas palabras, preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» « Me llamo Jalifa; pero, ¿qué hace mi estrella que ahora me es favorable? ¡Jamás he conocido así a mi estrella!» La muchacha se rió y dijo: « Déjate de tonterías. ¿Tienes algo de comer?» « ¡Por Dios que no! Y tampoco tengo nada de beber. Llevo dos días que no como nada; ahora mismo necesito un bocado.» « ¿Pero no tienes ni un dírhem?» « ¡Que Dios conserve esta caja que me ha empobrecido! He gastado en ella cuanto tenía y no me ha

quedado ni un céntimo.» La muchacha se echó a reír y le dijo: «Pide algo de comer a tus vecinos, pues tengo hambre». Jalifa salió de su casa y gritó: «¡Gente del barrio!» Estaban durmiendo y se despertaron. Preguntaron: «¿Qué te ocurre, Jalifa?» «¡Vecinos! Tengo hambre, y ahora no dispongo de nada». Uno de ellos le dio un panecillo; otro, una rebanada de pan; un tercero, un pedazo de queso, y otro, un cohombro. Con la falda del traje llena regresó a su casa, y colocó todo ante la muchacha. Le dijo: «¡Come!» La mujer se rió de él y le dijo: «¿Cómo he de comer esto si no tengo un vaso de agua para beber? Temo que se me atragante un pedazo y muera». «Te llenaré de agua esta jarra.» La cogió, corrió al centro de la calle y gritó: «¡Vecinos!» Le replicaron: «¿Qué desgracia te ha ocurrido esta noche, Jalifa?» «¡Vosotros me habéis dado de comer, pero yo tengo sed! ¡Dadme de beber!» Uno le bajó un vaso; el otro, un aguamanil, y otro, un ánfora; así llenó su jarra y volvió a entrar en su casa. Dijo: «¡Señora mía! ¿Necesitas algo más?» «No, no necesito nada más.» «¡Pues habla y cuéntame tu historia!» «¡Ay de ti! Si no me conoces, voy a decirte quién soy: me llamo Qut al-Qulub, y soy la favorita del califa Harún al-Rasid. La señora Zubayda ha tenido celos de mí; me ha narcotizado y me ha metido en esa caja. ¡Loado sea Dios que ha hecho del asunto una cosa fácil y sin consecuencias! Todo esto me ha sucedido a causa de tu buena estrella. No cabe duda de que obtendrás grandes riquezas del Califa al-Rasid, que serán la base de tu enriquecimiento.» «Pero, ¿al-Rasid no es ése en cuyo palacio he estado prisionero?» «¡Sí!» «¡Por Dios! ¡No he visto nunca persona más avara que ese flautista! Es poco desprendido, y carece de entendimiento: ayer me mandó dar cien bastonazos y sólo me regaló un dinar, a pesar de ser yo quien le enseñó a pescar y lo asoció al negocio. Me ha traicionado.» «¡No digas eso, abre los ojos y sé educado cuando vuelvas a verlo! Obtendrás tu deseo.» Jalifa oyó estas palabras como si estuviese soñando; se desveló, y Dios descorrió el velo que ocultaba su perspicacia, con el fin de hacer su felicidad. Dijo: «Estoy a tus órdenes», y añadió: «Te conjuro, por el nombre de Dios, a que duermas». La joven se durmió, y Jalifa hizo lo mismo separado de ella.

Al día siguiente por la mañana, la joven le pidió tintero y papel. Él se los llevó. Ella escribió al comerciante amigo del Califa y lo informó de su situación, de lo que le había ocurrido y de que se encontraba en casa de Jalifa el pescador, el cual la había comprado. Le entregó la hoja y le dijo: «Coge esta carta, llévala al mercado de los joyeros y pregunta por la tienda de Ibn al-Qirnas. Entrégasela y no digas nada». Jalifa replicó: «¡Oír es obedecer!» Cogió la hoja, corrió al zoco de los joyeros y preguntó por la tienda de Ibn al-Qirnas. Le indicaron dónde estaba. Se acercó a él y lo saludó; el otro le devolvió el saludo, vio que el pescador era un ser insignificante y le preguntó: «¿Qué necesitas?» Jalifa le entregó la hoja. La cogió y no la leyó, pues creyó que se trataba de un pobre que pedía una limosna. Dijo a uno de sus criados: «¡Dale medio dirhem!» Jalifa

intervino: « ¡No necesito limosna, sino que leas la hoja!» La cogió, la leyó y comprendió su contenido. Al darse cuenta de lo que quería decir, la besó y la colocó encima de su cabeza.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se puso de pie y le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Dónde está tu casa?» « ¿Qué quieres de mi casa? ¿Te propones ir a ella para robarme la esclava?» « ¡No! Quiero comprar algo para que podáis comer los dos.» « Mi casa está en tal calle.» « ¡Magnífico! ¡Que Dios no te conceda salud, desgraciado!» Llamó a dos de sus esclavos y le dijo: « Acompañad a este hombre a la tienda de Muhsin el cambista y decidle "¡Muhsin! Dale mil dinares de oro". Luego volvéis aquí con él» . Los dos esclavos acompañaron a Jalifa a la tienda del cambista y dijeron: « ¡Muhsin! ¡Da mil dinares de oro a este hombre!» Él se los dio. Jalifa los cogió y regresó con los dos esclavos a la tienda de su señor. Lo encontraron montado en una mula parda que costaba mil dinares; los mamelucos y los pajes estaban a su alrededor; al lado de su montura había otra mula ensillada y embridada. Dijo a Jalifa: « ¡En el nombre de Dios! Monta en esta mula» . « ¡Por Dios que no montaré! ¡Tengo miedo de que me tire!» El comerciante Ibn al-Qirnas, dijo: « ¡Por Dios que es necesario que montes!» Jalifa se acercó para subir: se colocó al revés, se agarró a la cola y chilló: el animal lo tiró al suelo. Todos se rieron de él. Se incorporó y le dijo: « ¿No te he dicho que no quería montar en un asno tan grande?» Ibn al-Qirnas dejó a Jalifa en el mercado y se marchó a ver al Emir de los creyentes para darle noticias de la esclava. Después regresó y llevó a ésta a su casa. Jalifa volvió a su casa para ver a la esclava. Encontró a todos los vecinos de la calle reunidos. Decían: « Jalifa se encuentra hoy en mala situación. ¡Ojalá supiéramos de dónde le ha venido la esclava!» Otro dijo: « Ése es un alcahuete que está loco. Tal vez la haya encontrado en su camino, ebria, y la ha traído a su casa. Se ha ido al comprender la falta cometida» . Mientras así hablaban, llegó Jalifa. Le dijeron: « ¿Cuál es tu situación, desgraciado? ¿Es que no sabes lo que te ha ocurrido?» « ¡No, por Dios!» « Acaban de llegar los mamelucos, se han apoderado de tu esclava y te han buscado, pero no te han encontrado.» « ¿Y cómo me han quitado la esclava?» Uno de los presentes le dijo: « ¡Si te llegan a encontrar, te matan!» Jalifa no les hizo caso y regresó a la tienda de Ibn al-Qirnas. Lo encontró montado a caballo. Lo increpó: « ¡Por Dios! ¡No está bien lo que has hecho! Me has entretenido mientras enviabas a tus mamelucos a robar mi esclava» . « ¡Loco! ¡Ven y calla!» Lo llevó consigo a una casa bien construida. Entró con él y halló a la esclava sentada en un estrado de oro; a su alrededor había diez jóvenes que parecían lunas. Ibn al-Qirnas, al verla, besó el suelo. La

joven preguntó: « ¿Qué has hecho de este mi nuevo señor, que me compró por todo lo que poseía?» « ¡Señora mía! Le he dado mil dinares de oro.» Ibn al-Qirnas le refirió, desde el principio hasta el fin, todo lo que le había sucedido con Jalifa. La joven se echó a reír y le dijo: « ¡No lo reprendas! ¡Es un infeliz!» Volviéndose hacia el pescador, añadió: « Estos otros mil dinares son un regalo que te hago. Pero si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, obtendrás del Califa lo que ha de enriquecerte» . Mientras estaban hablando se presentó un criado del Califa, que iba en busca de Qut al-Qulub, puesto que sabía que estaba en el domicilio de Ibn al-Qirnas; el Califa, al saber lo ocurrido, como no podía pasar sin ella, le enviaba a buscar. La joven se llevó consigo a Jalifa y se presentó al Emir de los creyentes. Una vez ante él, besó el suelo. El soberano salió a su encuentro, la saludó, le dio la bienvenida y le preguntó cómo se había encontrado con su comprador. Ella contestó: « Ese hombre se llama Jalifa el pescador y está esperando en la puerta. Me ha contado que nuestro señor, el Emir de los creyentes, tiene que liquidar con él las cuentas de una sociedad que formaron para la pesca» . « ¿Y está esperando?» « ¡Sí!» El soberano lo hizo entrar. Pasó, besó el suelo ante el Califa e hizo los votos de rigor. El soberano se quedó admirado y luego rompió a reír. Le dijo: « ¡Pescador! ¿Ayer fuiste mi socio de verdad?» Jalifa comprendió la intención de estas palabras; haciendo de tripas corazón, replicó: « ¡Juro por Aquel que te designó para la sucesión de tu primo, que no la conozco, y que nuestras únicas relaciones han sido las miradas y las palabras!» . Y le contó todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. El Califa no hacía más que reírse. A continuación le refirió la historia del criado y lo que le había sucedido con él, y cómo éste le había dado cien dinares además del dinar que le había entregado el propio Califa. Le refirió también cómo había entrado en el mercado y había comprado una caja, cuyo contenido ignoraba, por ciento un dinar. Le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin. El Califa se rió y cesó la congoja que sentía. Le dijo: « ¡Nosotros te concederemos lo que deseas, pues devuelves los bienes a su legítimo poseedor!» Calló y mandó que entregasen al pescador cincuenta mil dinares de oro, un traje de Corte como sólo tenían los más poderosos califas, y una mula; le regaló esclavos negros para que lo sirviesen y el pescador se convirtió en una especie de rey por su opulencia. El Califa estaba muy contento por el retorno de su esclava y comprendió que todo había sido una maniobra de la señora Zubayda, la hija de su tío.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa] se enfadó mucho y permaneció largo tiempo apartado de ella, sin ir a visitarla ni demostrarle el

menor afecto. Zubayda se dio cuenta de que todo esto le ocurría por el gran enfado que tenía su marido; su rostro perdió el color y palideció. Agotada la paciencia, escribió a su primo, el Emir de los creyentes, pidiéndole perdón y confesando su falta.

Terminaba con los siguientes versos:

> Recurro a la satisfacción que teníais para poner fin a mi pena y a mi tristeza.
> ¡Señores míos! ¡Tened compasión de mi cariño!
> ¡Basta ya con lo que he recibido de vuestra parte!
> ¡Oh, amado mío! Mi paciencia se ha agotado con vuestro alejamiento; habéis amargado mi vida, que era tranquila.
> Mi vida depende de que cumpláis vuestras promesas; si no las cumplís, moriré.
> Sed indulgente, aunque yo haya cometido una falta. ¡Por Dios! ¡Qué dulce es el amado cuando perdona!

Cuando la carta de Zubayda llegó al Emir de los creyentes, éste la leyó, se dio cuenta de que confesaba su falta y de que le había escrito pidiéndole perdón por lo que había hecho. Se dijo: «Dios perdona todos los pecados; Él es indulgente y misericordioso[261]». Le contestó con una carta que contenía palabras de perdón y olvido por lo que había pasado. Zubayda se alegró mucho al recibirla.

El Califa asignó a Jalifa una renta mensual de cincuenta dinares como recompensa, y el pescador ocupó un rango elevado y un puesto de honor y prestigio junto al soberano. Antes de marcharse, Jalifa besó el suelo ante el Emir de los creyentes y salió tranquilamente. El eunuco que le había dado los cien dinares, lo reconoció al cruzar la puerta y le dijo: «¡Pescador! ¿Cómo has obtenido todo esto?» Jalifa le refirió todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. El criado se alegró de haber sido él la causa de su enriquecimiento. Le dijo: «¿No me haces ningún regalo con todos esos bienes que has obtenido?» Jalifa se metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa que contenía mil dinares de oro y se la entregó. El criado le dijo: «¡Quédate con tus bienes y que Dios te los bendiga!» Jalifa quedó admirado de su nobleza, y desprendimiento, a pesar de que era pobre. El pescador dejó al eunuco y salió montado en una mula; los criados lo seguían. Anduvo hasta llegar a su barrio: las gentes lo observaban y se admiraban del alto rango que había alcanzado. Una vez descabalgado, los vecinos se le acercaron y le preguntaron por el origen de su buena suerte. Les refirió todo lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin. Luego compró una casa bien construida, invirtió gran cantidad de dinero en su arreglo y se instaló en ella; recitó estos versos:

Mira esta casa que parece ser el paraíso; disipa las penas y cura al enfermo.
Fue edificada para las más altas cosas, y el bien reside permanentemente en ella.

Una vez instalado en su domicilio, pidió por esposa a la hija de uno de los notables de la ciudad, que era muy bella, y consumó el matrimonio. Vivió con la máxima felicidad, con suerte y bienes siempre en aumento, y en el más completo bienestar. Al verse tan feliz, dio gracias a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) por los grandes dones y los ininterrumpidos favores que le hacía. Se mostró reconocido con su Señor y cantó los siguientes versos:

¡A Ti se te deben las loas, Señor, que das tu gracia sin cesar! Tu generosidad es inmensa, enorme.
A Ti debo yo mis loas; acéptalas, pues me acuerdo de tu generosidad, beneficios y favores.
Me has abrumado con tus dones, presentes y regalos, y ahora te doy las gracias.
Todo el género humano abreva en el mar de tu generosidad; Tú le concedes auxilio en las adversidades.
Tú, Señor, nos has concedido abundantemente las huellas de tus favores; Tú perdonas mis faltas.
¡Por la gracia de Aquel que tiene misericordia de la gente, del Profeta generoso, sincero y puro:
Que la bendición de Dios descienda sobre él, sus auxiliares y su familia, mientras lo visite un peregrino;
Sobre sus nobles compañeros, sabios e ilustres, durante todo el tiempo que cantan en el bosque los pájaros!

Jalifa hizo frecuentes visitas al califa Harún al-Rasid y fue siempre bien recibido; el soberano lo colmaba de regalos y favores. Jalifa siguió viviendo en el más completo bienestar; fue respetado y querido, sus bienes fueron en aumento, su rango, creciendo: su vida fue tranquila y feliz, llena de goces serenos, hasta que se le presentó el destructor de todas las dulzuras, el que separa a los amigos. ¡Gloria a Dios Todopoderoso y Eterno! ¡Él vive eternamente, jamás muere!

HISTORIA DEL COMERCIANTE MASRUR Y DE SU AMADA ZAYN AL-MAWASIF

TAMBIÉN se cuenta que en lo antiguo del tiempo, en las épocas y siglos pasados, vivía un hombre que se llamaba Masrur: era uno de los más hermosos de su época, tenía mucho dinero, vivía desahogadamente, gustaba pasearse por los arriates y jardines y le complacía el amor de las mujeres hermosas. Cierta noche, mientras dormía, se vio en sueños: estaba en un magnífico huerto en el cual había cuatro pájaros y, entre éstos, una paloma blanca como la plata más pura. La paloma le gustó y quedó enamorado apasionadamente de ella. Poco después se abatió encima de ésta un pájaro enorme y se la arrebató de las manos. Esto le apenó mucho, se despertó, pero no encontró la paloma y fue presa de la pasión hasta que llegó la mañana. Se dijo: « He de ir hoy, sin falta, a un oneirólogo para que me interprete el sueño» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que salió, corrió a derecha e izquierda, se alejó de su casa pero no halló nadie que le explicase este sueño. Después regresó a su casa. Mientras recorría el camino le pasó por la mente entrar en el domicilio de un comerciante. Pertenecía a una persona rica. Al llegar oyó una voz quejosa, propia de un corazón triste, que recitaba estos versos:

El céfiro de la aurora sopla desde su campamento trayendo un perfume que cura al enfermo.
Permanecí junto a los vestigios del campamento preguntando; pero las ruinas no contestaban a las lágrimas.
Dije: « Céfiro, ¡por Dios!, dime ¿recuperará esta casa su esplendor
Para que yo pueda gozar de una gacela que inclinó hacia mí su persona y cuyos párpados lánguidos me consumieron con su ardor?»

Masrur, al oír esta voz, miró al interior de la casa: vio el jardín más hermoso que imaginarse pueda; en su interior había una cortina de brocado rojo bordado con perlas y aljófares; en él, detrás de la cortina, había cuatro esclavos entre los cuales se hallaba una adolescente menor de quince años y mayor de catorce; parecíase a la luna llena cuando brilla. Tenía ojos alcoholados, cejas arqueadas y una boca que parecía el sello de Salomón; los labios y los dientes parecían perlas y coral; arrobaba el entendimiento con su belleza, hermosura, talle y proporciones. Masrur, al verla, entró en la casa y siguió adelante hasta alcanzar la cortina. La adolescente levantó la cabeza y le miró. Él la saludó y ella le

devolvió el saludo con dulces palabras. Al verla y contemplarla el joven perdió el entendimiento y el dominio de su corazón. Miró el jardín: estaba repleto de jazmines, alhelíes, violetas, rosas, naranjos y toda clase de flores olorosas. Los árboles estaban cargados de frutos y el agua corría desde cuatro pabellones que estaban unos enfrente de otros. Masrur miró hacia el primero y vio que tenía escrito en círculo, con bermellón, este par de versos:

¡Oh, casa! ¡Ojalá jamás penetre en ti la tristeza ni el tiempo traicione a tu dueño!
¡Qué bella es la casa que acoge a cualquier huésped aunque éste se encuentre angustiado!

En el segundo pabellón vio escrito en círculo, con oro rojo, estos versos:

¡Brille en ti el vestido de la suerte, ¡oh casa!, mientras canten en las ramas del jardín los pájaros!
Perduren en ti los penetrantes perfumes y en ti disfruten la felicidad los amantes.
Que tus moradores vivan en el poder y el bienestar todo el tiempo que el lucero recorra el firmamento.

Contempló el tercer pabellón y vio que tenía inscrito, en círculo, con lapislázuli azul, este par de versos:

¡Ojalá perdures ¡oh casa! en el poder y el bienestar mientras la noche despliegue sus tinieblas y el día levante sus luces!
Que la felicidad resida en tu puerta, acoja a todos los que entren y conceda bienes sin cese a quien a ti vaya.

Contempló el cuarto pabellón y vio que tenía inscrito, en círculo, con tinta amarilla, este verso:

Esto es el jardín y ése el estanque: un magnífico lugar y un dueño comprensivo.

En el jardín había pájaros: tórtolas, palomas, ruiseñores, pichones; todos cantaban. La adolescente se balanceaba: su belleza, hermosura, talle y proporciones ponían a prueba a todo el que la veía. Preguntó: « ¡Hombre! ¿Qué es lo que te ha traído a una casa que no es la tuya? ¿Por qué has venido a ver, sin permiso del dueño, unas jóvenes que no te pertenecen?»

Le contestó: « ¡Señora mía! He visto este jardín y me ha gustado su bello color verde, el aroma de sus flores y el canto de sus pájaros. He entrado para pasar en él un rato; luego seguiré a mis quehaceres» . « ¡De mil amores!» Masrur el comerciante, al oír sus palabras, cruzó la mirada con ella, se fijó en la esbeltez del talle y en la hermosura del jardín y de los pájaros. Todo esto le hizo perder la razón, quedó perplejo por lo que le sucedía y recitó estos versos:

Es una luna que aparece con toda su prodigiosa belleza entre colinas, brisas y aromas.
El mirto, el escaramujo y la violeta difunden su aroma desde las ramas.
¡Oh, jardín que encierras todas las cualidades, que contienes toda clase de flores y ramas!
La luna resplandece bajo la sombra de sus ramas mientras los pájaros improvisan sus mejores melodías.
La tórtola, el ruiseñor y la paloma y también la filomela excitaron mi pasión.
Pasión que por su belleza quedó indecisa en mi corazón igual que la perplejidad de los borrachos.

Zayn al-Mawasif, al oír los versos de Masrur, dirigió a éste una mirada que le iba a causar mil pesares y a robarle el entendimiento y el corazón. Le contestó con estos otros:

No esperes unirte con aquella de la que te has prendado y corta las esperanzas que acaricias.
Abandona lo que esperas: no podrás apartar a la hermosa de la que te has enamorado.
Mis miradas cosechan amantes, pero a mí no me saben mal las palabras que te he dicho.

Masrur, al oír estos versos, se hizo el fuerte y tuvo paciencia ocultando en su interior lo que le ocurría y disimulándolo. Se dijo: « La pena no tiene más remedio que la paciencia» . Siguieron juntos hasta la caída de la noche. La adolescente mandó que llevaran la mesa; se la colocaron delante; contenía toda suerte de guisos: codornices, palomas y carne de cordero. Comieron hasta hartarse. Mandó luego que quitaran la mesa; se la llevaron. Les ofrecieron los utensilios para lavarse las manos y se las lavaron. A continuación ordenó que colocasen los candelabros y pusieron en ellos velas de cera alcanforada. Zayn al-Mawasif dijo después: « ¡Por Dios! Esta noche tengo el pecho acongojado, tengo fiebre» . Masrur le contestó: « ¡Que Dios te consuele y te quite la pena!»

« ¡Masrur! Estoy acostumbrada a jugar al ajedrez, ¿sabes?» « Sí; sé.» Les llevaron el tablero, era de ébano con incrustaciones de marfil; el marco era de oro reluciente; las figuras tenían embutidas perlas y jacintos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Masrur quedó perplejo al verlo. Zayn al-Mawasif se volvió hacia él y le preguntó: « ¿Quieres las blancas o las rojas?» « ¡Hermosa señora! ¡Adorno del aura matutina! Coge tú las rojas porque son bellas y te convienen más; déjame las piezas blancas.» « Estoy conforme.» Cogió las rojas y las colocó enfrente de las blancas. Alargó la mano hacia la pieza con la cual pensaba iniciar la partida. El joven miró la punta de sus dedos y vio que eran muy blancos. Quedó admirado de sus dedos y de su magnífica belleza. La joven se volvió hacia él y le dijo: « ¡Masrur! No te distraigas, ten paciencia y calma» . Le contestó: « Señora de la hermosura, que estás por encima de la luna cuando te contempla el amante, ¿cómo he de tener paciencia?» Mientras él se encontraba así ella le dijo: « ¡Jaque mate!» , y le ganó. Zayn al-Mawasif, que se había dado cuenta de que estaba loco de amor, le dijo: « ¡Masrur! No jugaré contigo si no es apostando una prenda dada o una suma conocida» . « ¡Oír es obedecer!» « ¡Júramelo y yo te prestaré el mismo juramento para que nadie engañe a su adversario!» Ambos prestaron juramento. La joven dijo: « ¡Masrur! ¡Si te venzo te cogeré diez dinares, pero si tú me vences yo no te daré nada!» El muchacho creyó que la iba a ganar y contestó: « ¡Señora mía! Sé fiel a tu juramento, pues veo que eres experta en el juego» . « ¡Estoy de acuerdo!» Empezaron la partida moviendo los peones; ella los hizo seguir por la reina, los alineaba, acercaba a ellos la torre hasta que juzgó oportuno avanzar los caballos. Zayn al-Mawasif llevaba encima de la cabeza un paño de brocado azul: se lo quitó y remangó una manga: apareció una columna de luz. Alargó la mano 'hacia las piezas rojas y dijo: « ¡Ten cuidado!» Masrur se quedó admirado, perdió el entendimiento y el corazón: miraba su exquisitez, la dulzura de sus rasgos y quedó desorientado y confuso; extendió la mano hacia las blancas, pero fue a parar a las rojas. La joven le dijo: « ¡Masrur! ¿Dónde tienes la razón? Las rojas son las mías y las blancas las tuyas» . « Quien te mira pierde la razón.» Zayn al-Mawasif, al verlo en esta situación, cogió las rojas y le dio las blancas. Jugó con aquéllas, pero la joven volvió a vencerlo. Siguieron jugando. Ella ganaba y él le pagaba, cada vez, diez dinares. Zayn al-Mawasif, al darse cuenta de que el muchacho sólo pensaba en su amor, le dijo: « ¡Masrur! No obtendrás lo que deseas a menos de que me hayas vencido tal y como te lo has propuesto; no seguiré jugando contigo a menos de que apuestes cien dinares por partida» . « ¡De mil amores!» , replicó. Volvieron a jugar y la joven le fue

venciendo; el muchacho pagaba cien dinares por partida y así siguieron hasta la mañana sin que él la hubiese vencido ni una vez. El muchacho se puso de pie. La joven le preguntó: « ¿Qué quieres, Masrur?» « Marcharme a mi casa y traerte mis bienes. Tal vez así consiga mis deseos.» « ¡Haz lo que bien te parezca!» El joven marchó a su casa y le llevó todos sus bienes. Al encontrarse de nuevo a su lado recitó este par de versos:

En sueños vi un pájaro que cruzaba junto a mí en un jardín acogedor cuyas flores sonreían.
Lo capturé en cuanto apareció. De ti, si eres fiel, espero la interpretación del sueño.

Cuando estuvo junto a ella con todo su dinero, empezó a jugar y ella a vencerlo sin que él consiguiera el triunfo ni en una sola partida. Siguieron jugando durante tres días y la joven le ganó sus bienes. Cuando los hubo perdido le preguntó: « Masrur ¿qué es lo que quieres?» « ¡Apostar la tienda de droguista!» « ¿Cuánto vale?» « ¡Quinientos dinares!» Jugó cinco partidas y volvió a ganarle. Siguió jugándose las esclavas, las fincas, los jardines y las cosas. La joven le quitó así todo cuanto poseía; después se volvió hacia él y le dijo: « ¿Te queda algún dinero para jugar?» « ¡Juro por Aquel que me ha hecho caer en las redes de tu amor que ya no poseo nada: ni bienes ni cosa parecida sea poco o mucho!» « ¡Masrur! Una cosa que ha tenido buen principio no puede tener mal fin; si estás arrepentido recoge tus bienes y vete a tus quehaceres. Yo te considero libre en lo que a mí respecta.» « ¡Juro por Aquel que nos ha destinado estas cosas que si te complaciera el arrebatarme la vida esto me parecería bien poca cosa con tal de complacerte! Sólo te amo a ti.» « Entonces, Masrur, ve a buscar al cadí y a los testigos y pon a mi nombre todos tus bienes y fincas.» « ¡De mil amores!» Se puso en pie al momento, fue a buscar el cadí y los testigos y los llevó a su domicilio.

El cadí, al verla, perdió el entendimiento y el corazón y su pensamiento quedó turbado al contemplar la belleza de sus dedos. Le dijo: « ¡Señora mía! No firmaré el acta si no es a condición de que tú compres las fincas, los esclavos y las posesiones y que todo esto pase a ser tu propiedad y tu dominio» .

Zayn al-Mawasif le dijo: « Estamos de acuerdo en ello. Escribe el contrato en que conste que las esclavas, tierras y fincas de Masrur pasan a ser propiedad de Zayn al-Mawasif por tal y tal cantidad» . El cadí lo puso por escrito, los testigos pusieron sus firmas y la joven cogió el documento.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la joven dijo: « ¡Masrur! ¡Vete a tus quehaceres!» La esclava Hubub se volvió hacia él y le dijo: « Recítanos algunos versos» . El muchacho recitó los siguientes acerca del ajedrez:

Me quejo al tiempo por lo que me ha sucedido; me quejo de la pérdida, del ajedrez y de la mirada.
Por el amor de una muchacha esbelta y delicada que no tiene igual en el género humano ni entre varones ni hembras.
Las flechas de su mirada han hecho mella en mí y ha avanzado hacia mí con ejércitos que vencen a los hombres:
Rojos y blancos; caballeros dispuestos al combate. Me incitó a la lucha y me dijo: « ¡Ponte en guardia!»
Al mover la punta de los dedos me anonadaron en el ala de la oscura noche que parecían los cabellos.
No pude librar a las blancas de sus movimientos; la pasión me hacía derramar abundantes lágrimas.
Peones y torres, con su reina, atacaron; las blancas se replegaron vencidas.
Sus ojos me habían asaeteado con las flechas de su mirada y mi corazón estaba desgarrado con ese dardo.
Ella me dejó escoger entre los dos ejércitos y yo tomé al azar el ejército blanco.
Dije: « Este ejército blanco me conviene; es lo que deseo. Para ti el rojo» .
Jugó conmigo una prenda y yo acepté, pero no conseguí satisfacer mi deseo.
¡Pobre corazón mío! ¡Oh, mi deseo y mi pena por haber querido unirme a una muchacha que parecía la luna!
Mi corazón no arde ni está triste por la pérdida de mis bienes; sólo se preocupa de tus miradas.
Quedé perplejo, atónito y temeroso reprendiendo al destino por todo lo que me había ocurrido.
Ella preguntó: « ¿Por qué estás perplejo?» Respondí: « ¿El que bebe vino puede evitar la embriaguez?»
Un ser humano me ha arrancado el entendimiento con su figura, ¡si su corazón que parece de piedra fuese indulgente!
Mantuve quieto el ánimo y dije: « Hoy la poseeré como prenda sin temor ni preocupación» .
Mi corazón deseó continuamente unirse a ella hasta que quedó pobre en los dos sentidos.
El amante apasionado ¿puede desistir de su amor, aunque éste le dañe,

cuando está metido en el mar de la pasión?
Ha pasado a ser un esclavo sin riquezas; es un prisionero del amor ardiente que no ha conseguido su propósito.

Zayn al-Mawasif, al oír estos versos, quedó admirada de la elocuencia de su lengua y le dijo: « ¡Masrur! Deja esa locura, recupera tu razón y vete a tus quehaceres. Has perdido tus bienes y tus fincas jugando al ajedrez sin llegar a conseguir tu propósito; no tienes ningún medio para alcanzarlo» . El joven se volvió hacia la muchacha y le contestó: « ¡Señora mía! ¡Pídeme cualquier cosa que desees, pues yo te traeré y te colocaré delante lo que pidas!» . « ¡Masrur! ¡Si no te queda dinero!» « ¡Extremo límite de los deseos! Si nada me queda los hombres me ayudarán.» « ¿Aquel que hacía regalos va a ser un pedigüeño?» « Tengo parientes y amigos y me darán cualquier cosa que les pida.» « Pues te pido cuatro vesículas de almizcle aromático; cuatro onzas de algalia; cuatro libras de ámbar; cuatro mil dinares; cuatrocientos mantos de regio brocado recamado. Si me traes todo esto, Masrur, te concederé mis favores.» « ¡Todo esto me es fácil de conseguir, oh, tú que avergüenzas las lunas!»

Masrur se separó de ella para ir a buscar lo que le había pedido. La joven despachó, en pos suyo, a Hubub para que ésta averiguase la influencia que tenía con las personas que había mencionado. Mientras el muchacho recorría las calles de la ciudad dio media vuelta y vio a Hubub a los lejos. Se detuvo y dejó que le alcanzase. Le preguntó: « ¡Hubub! ¿Adónde vas?» « Mi señora me ha mandado que te siga para ver tal y tal cosa» , y a continuación le refirió todo lo que la había dicho Zayn al-Mawasif desde el principio hasta el fin. El joven exclamó: « ¡Por Dios, Hubub! ¡No poseo ni un céntimo!» « ¿Y por qué se lo prometiste?» « ¡Cuántas promesas no se cumplen! En el amor hay que hacer grandes promesas.» La muchacha, al oírlo, le dijo: « ¡Masrur! Tranquilízate y alegra tus ojos. Yo seré la causa de que te reúnas con ella» . La joven le dejó y se marchó. Corrió a presentarse a su señora llorando amargamente. Le dijo: « ¡Señora mía! ¡Por Dios! Es un hombre de grandes recursos y muy respetado por la gente» . Su dueña replicó: « ¡No hay astucia que nos libre del decreto de Dios, (¡ensalzado sea!)! Este hombre no nos ha encontrado con un corazón misericordioso, ya que le hemos arrebatado todos sus bienes y no ha hallado en nosotros ni afecto ni compasión para que le concediéramos favores. Si accedo a su deseo temo que el asunto se divulgue» . Hubub le dijo: « ¡Señora mía! Nos preocupa su situación y el haberle quitado todo lo que poseía. Pero tú sólo me posees a mí y a tu esclava Sakub ¿cuál de nosotras podría hablar de lo que haces si somos tus esclavas?» La joven inclinó su cabeza hacia el suelo. Las esclavas le dijeron: « ¡Señora mía! Nuestra opinión consiste en que mandes a buscarlo, le concedas tus favores y que no le dejes ir a pedir algo a personas de baja estofa. ¡Cuán amargo es tener que pedir!» Zayn al-Mawasif aceptó el consejo de las esclavas, pidió papel y pluma

y le escribió estos versos:

¡Masrur! La hora de la unión se acerca. ¡Alégrate sin dudar! Cuando el ala de la noche se extienda, ven al acto.
¡Muchacho! No pidas dinero a seres reprobables. Yo estaba ebria y ahora he recuperado la razón.
Todo lo que te pertenecía te será devuelto y por encima te daré, Masrur, mis favores
Ya que has tenido paciencia y dulzura frente a la tiranía del amado que te ha tratado injustamente.
Corre a gozar de lo que deseas y sé feliz y no te descuides para que mis familiares no se enteren.
Ven a nuestro lado rápidamente, sin demora y come, del fruto del amor, en la ausencia del marido.

Dobló el escrito y lo entregó a su esclava. Ésta lo cogió y fue a buscar a Masrur. Le encontró llorando y recitando estos versos:

El céfiro del amor sopló sobre mi corazón y las entrañas se conmovieron por el excesivo dolor.
Después de la marcha de los seres amados mi pasión ha crecido y mis párpados desbordan con el llanto siempre creciente.
Se me ocurren tales ideas que si las expusiese, los guijarros y las piedras se apiadarían en seguida.
¡Ojalá supiera si volveré a ver a la que me alegra y conseguiré, según espero, la realización de mi deseo!
Y que las noches de la separación que han seguido a su marcha cesen y que los dolores que en mi corazón residen, tengan fin.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Masrur se encontraba en el extremo límite del deseo. Mientras recitaba sus versos y los repetía, Hubub, que estaba escuchándole, llamó a la puerta. Abrió. La joven entró y le entregó la carta. La cogió, la leyó y dijo: « ¡Hubub! ¿Qué otras noticias me traes de tu señora?» « ¡Señor mío! Esa carta contiene lo suficiente para evitar que yo tenga que contestarte. Tú eres inteligente.» Masrur se alegró muchísimo y recitó este par de versos:

Ha llegado la carta: su contenido me ha alegrado y he querido guardarla en mi corazón.
Mi pasión ha aumentado desde el instante en que la he besado; parece que encierra en sí la perla de la pasión.

A continuación escribió una carta de contestación y se la entregó a Hubub. Ésta la cogió y se la llevó a Zayn al-Mawasif. Cuando llegó junto a la joven empezó a alabar las cualidades, la hermosura y la generosidad del muchacho ayudándolo así a conseguir su propósito. Zayn al-Mawasif le dijo: « ¡Hubub! Tarda en venir a nuestro lado.» « Vendrá en seguida» , le replicó. Apenas terminaba de pronunciar estas palabras cuando ya llegaba el joven y llamaba a la puerta. Le abrió, le condujo y le hizo sentar junto a su señora Zayn al-Mawasif. Ésta lo saludó, lo acogió bien, e hizo que se colocase a su lado. Dijo a su esclava Hubub: « ¡Tráeme mi más hermoso traje!» La joven la entregó un manto bordado en oro. Lo cogió e hizo que se lo pusiera Masrur mientras ella misma se ponía otro preciosísimo y tocaba su cabeza con una redecilla de perlas relucientes; encima de ésta colocó una cinta de brocado recamado con perlas, aljófares y jacintos; por debajo de la cinta descendían dos trenzas en cada una de las cuales había un rubí engastado en oro brillante; sus cabellos caían como si fuesen la noche tenebrosa; se perfumó con áloe y se sahumó con almizcle y ámbar. Hubub le dijo: « ¡Que Dios te guarde del mal de ojo!» Zayn al-Mawasif empezó a pasear contoneándose y balanceándose. La esclava recitó estos estupendos versos:

Sus pasos avergüenzan a las ramas de sauce y sus miradas embrujan a los enamorados.
Es una luna que aparece entre las tinieblas de sus cabellos y resplandece como el sol entre sus rizos.
Feliz aquel junto al cual pasa la noche su belleza: jura por su vida y muere por ella.

Zayn al-Mawasif le dio las gracias. Después se acercó a Masrur como si fuese la luna llena en todo su esplendor. El joven, al verla, se puso en pie y le dijo: « Si mi razón dice la verdad ésta no es un ser humano sino una de las esposas del paraíso» . La joven pidió la mesa. La llevaron. En sus extremos tenía grabados los siguientes versos:

Entra con la cuchara en el campo de las sopas y disfruta con los fritos y los asados.
Encima hay un plato que siempre me gusta: magníficos pollos y gallinas.

¡Qué estupendo es el asado en que brilla lo dorado y la verdura cubierta por el vinagre de la escudilla!
¡Qué bueno es el arroz con leche en el que se mete la mano hasta los brazaletes!
¡Qué pena la de mi corazón por esos dos platos de pescado junto a dos panecillos de *tawarich*!

Ambos comieron, bebieron, disfrutaron y gozaron. Después retiraron la mesa y colocaron el servicio del vino: la copa y el vaso giraron en rueda y fueron la delicia del alma. Masrur llenó la copa y dijo: « ¡Oh, tú de quien soy esclavo, señora mía!» , y a continuación recitó los siguientes versos:

Me maravilla el que mis ojos puedan saciarse de una hermosa muchacha cuya belleza resplandece.
No hay, en su época, quien se la parezca por la delicadeza de su cuerpo y la hermosura de su naturaleza.
La rama de sauce envidia la esbeltez de su talle cuando se mueve, con mesura, en el interior del vestido.
Tiene una cara que resplandece y avergüenza a la luna en medio de la tiniebla y una raya que compite, en luz, con la luz del creciente.
Cuando se mueve sobre la tierra, extiende un aroma que alcanza llanuras y montes.

El joven terminó de recitar estos versos y ella le dijo: « ¡Masrur! Nos es necesario dar lo que merece a aquel que se ha mantenido firme en su religión y ha comido nuestro pan y nuestra sal. No te preocupe, pues yo te restituiré tus bienes y todo lo que te he cogido» . « ¡Señora mía! Todo lo que has citado te pertenece lícitamente, aunque tú hayas violado el juramento que existía entre nosotros dos. Yo voy a hacerme musulmán.» La joven Hubub intervino: « ¡Señora mía! Tú eres muy joven y sabes mucho. Yo pido a Dios, el Grande, que interceda junto a ti; si no me haces caso y no me atiendes, no pasaré esta noche en tu casa» . « ¡Hubub! Sólo he de hacer lo que tú quieras. Ponte en pie y arréglanos otra habitación.» La criada les preparó y les arregló una cámara; la perfumó con los mejores aromas, tal como gustaba y prefería su dueña, preparó comida, sirvió vino, y el vaso y la copa giraron entre ellos haciendo la delicia del alma.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Zayn al-Mawasif dijo: « ¡Masrur!

Ha llegado el momento del encuentro y de la unión. Si pretendes estar celoso de mi amor recita un verso de ideas peregrinas» . Masrur recitó esta casida:

Soy prisionero y tengo en el corazón una llama que arde a causa de que el ligamen del amor se rompió con la separación.
Por el amor de una muchacha cuya silueta desgarró mis entrañas y cuyo terso rostro arrobó mi entendimiento.
Tiene cejas unidas, mirada de hurí; cuando sonríe, su boca compite, en resplandor, con el relámpago.
Tiene sólo catorce años; mis lágrimas, por su amor, parecen ser la sangre del dragón.
La vi entre el río y el jardín; su rostro sobrepujaba a la luna llena cuando aparece por el horizonte.
Se inclinó, cual rama de sauce, bajo sus vestidos y consintió en la unión antes prohibida.
Pasamos una noche satisfaciendo el deseo de estar unidos, besando y chupando labios rojos.
¡No hay delicia en el mundo comparable a la de tener a quien amas a tu lado y poder disponer de él!
Al aparecer la aurora se puso en pie y se despidió con una hermosa cara que superaba a la luna del cielo.
En el momento de la despedida, mientras las lágrimas que resbalaban por la mejilla formaban un collar, recitó:
« ¡Mientras viva entre hombres no olvidaré el pacto contraído ante Dios, ni la belleza de la noche ni el solemne juramento!»

Zayn al-Mawasif se emocionó y dijo: « ¡Masrur! ¡Qué bellas son tus palabras! ¡Ojalá perezca aquel que es tu enemigo!» Entró en su habitación y llamó al joven. Éste pasó, la tomó en sus brazos, la abrazó, la besó, y obtuvo de ella lo que deseaba, alegrándose de conseguir la bella unión. Después, Zayn al-Mawasif le dijo: « ¡Masrur! No es lícito que continúe teniendo tus bienes legalmente ahora que somos amantes» . Le devolvió todas las riquezas que le había arrebatado y le dijo: « ¡Masrur! ¿Tienes un jardín al que podamos ir a pasear?» « ¡Sí, mi señora! Tengo un jardín que no tiene par.» El joven se marchó a su casa y ordenó a sus criadas que preparasen un magnífico banquete en una hermosa sala y dispusiesen una hermosa compañía. Después invitó a Zayn al-Mawasif a ir a su casa. Ésta acudió con sus criadas. Comieron, bebieron, disfrutaron y se divirtieron. La copa y el vaso giraron en ruedo y fueron la delicia del alma. El amante quedó a solas con su amado. La joven le dijo: « ¡Masrur! Me pasan por la cabeza unos versos delicados. Querría recitarlos acompañándome del laúd» . « ¡Recítalos!» La muchacha tomó el laúd en la

mano, lo afinó, tocó sus cuerdas, moduló y recitó estos versos:

La alegría de las cuerdas me afecta; bebemos el vino puro en el momento de la aurora.
El amor descubre un corazón enamorado y la pasión aparece cuando se desgarran los velos.
Su belleza resplandece con el vino como el sol que brilla en manos de las lunas.
Todo esto en una noche que nos trajo su alegría borrando, con su tranquilidad, todas las contrariedades.

Al terminar de recitar estos versos dijo: « ¡Masrur! Di uno de tus versos y permite que gocemos de tus frutos» . El joven recitó este par de versos:

Nos ha impresionado una luna que sirve el vino y la melodía de un laúd en los arriates en que nos encontramos.
La tórtola ha cantado; las ramas se han inclinado durante la aurora: en aquel lugar está el límite de la pasión.

Al terminar de recitar esto, Zayn al-Mawasif le dijo: « Si es que realmente me amas recita versos en que se aluda a lo que nos ha sucedido» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Masrur replicó: « ¡De mil amores!» e improvisó la siguiente casida:

Detente y escucha lo que me ha sucedido por el amor de esta gacela.
Una gacela que me ha disparado un dardo y cuya mirada me ha herido.
La pasión me dominó y me he quedado sin recursos en el amor.
Me enamoré de una bella protegida por un valladar de flechas.
La vi en el centro de un jardín; su cuerpo era bien proporcionado.
La saludé. Contestó: « ¡La salud!» , al oír mis palabras.
Le pregunté: « ¿Cómo te llamas?» Contestó: « Mi nombre corresponde a mi belleza;
Me llamo Zayn al-Mawasif» . Le dije: « ¡Apiádate de mi situación!
En mí hay un gran amante; no hay ningún otro enamorado como yo» .
Me dijo: « Si me amas y quieres unirte conmigo sabe que quiero grandes riquezas, que superan a todos los regalos;

Quiero que me des costosos vestidos de seda
Y un cuarto de quintal de almizcle por pasar una sola noche conmigo;
Perlas y cornalina de alto precio:
Plata y oro purísimos para los adornos» .
Yo hice gala de la hermosa paciencia a pesar de lo grande de mi preocupación,
Ella me concedió sus gracias ¡qué hermosa unión!
Si el prójimo me censurase yo diría: « ¡Hombres!
Tiene cabellos largos del color de la noche
Sobre sus mejillas hay rosas iguales a la llama cuando arde
Sus párpados son la funda de las espadas y sus miradas son como dardos.
Su boca es roja y su saliva como agua purísima.
Sus dientes son un collar de perlas blanquísimas.
Su cuello parece ser el de una gacela, estupenda en su perfección.
El pecho parece de mármol y los senos colinas.
El vientre tiene un recoveco perfumado con los mejores aromas.
Debajo de esto hay algo que constituye el objeto de mi esperanza:
Redondeado, carnoso ¡es tan magnífico, señores!
Parece que sea el solio de un rey a quien he de exponer mi situación.
Entre sus muslos se encuentran estrados elevados;
Pero su descripción es capaz de extraviar la razón de los hombres.
Tiene grandes labios y un umbral como el de los mulos.
Se muestra con el color rojo del ojo y la baba de un camello.
Cuando te acercas a él, resuelto a la acción,
Encuentras una cálida acogida, afectuosa y satisfactoria.
Rechaza el combatiente extenuado que no está presto para el combate.
Alguna vez lo encuentras con barba larga.
Te lo anuncia un hombre hermoso y bello,
Al igual como Zayn al-Mawasif es hermosa en sus perfecciones.
Una noche me llegué hasta ella y obtuve, lícitamente, sus favores, ¡Qué noche la que pasé con ella! ¡Sobrepuja a todas las otras noches!
Al llegar la aurora se incorporó mientras su rostro parecía el creciente.
Vibraba todo su cuerpo como vibran las más largas lanzas.
Se despidió de mí y dijo: “¿Cuándo volverán estas noches?”
Contesté: “¡Luz de mis ojos! ¡Ven cuando quieras!”»

Zayn al-Mawasif se alegró muchísimo al oír esta casida y llegó al límite máximo de satisfacción. Dijo: « ¡Masrur! Llega ya la mañana y no queda más remedio que separarnos para evitar un escándalo» . Contesté: « ¡De mil amores!» Se puso de pie, acompañó a la muchacha hasta su casa y después se marchó a su domicilio meditando en sus hermosuras. Al día siguiente por la

mañana, cuando brilló la luz del día, preparó un estupendo regalo para ella y se lo llevó. Se sentó a su lado. En esta situación pasaron cierto número de días viviendo en la más cómoda y feliz de las vidas.

Pero cierto día la joven recibió una carta de su esposo en la que éste le anunciaba que llegaría en breve. La muchacha se dijo: « ¡Que Dios no le salve ni le conceda la vida! Si viene a nuestro lado nos va amargar la existencia. ¡Ojalá hubiese desesperado ya de su vida!» Cuando Masrur llegó a su lado, se sentó y habló con ella como tenía por costumbre. La joven le interrumpió: « ¡Masrur! Acaba de llegarnos una carta de nuestro esposo. Dice que dentro de poco estará a nuestro lado de regreso de su viaje. ¿Qué hay que hacer si ninguno de nosotros dos puede soportar la separación del otro?» « No sé lo que ocurrirá. Tú estás más informada. Explícame las costumbres de tu esposo; sobre todo, tú eres una mujer muy inteligente y conoces los engaños; ya idearás algo mejor que lo que puedan hacer los hombres.» « ¡Él es un hombre difícil! Tiene celos incluso de las gentes de la casa. Cuando haya regresado del viaje y tú te hayas enterado de su llegada, ven, salúdale, siéntate a su lado y dile: "¡Hermano mío! Yo soy un droguero". Cómprale algún producto y trátale con frecuencia, habla mucho con él, y haz cualquier cosa que te mande sin rechistar. Tal vez lo que yo idee tenga éxito.» Masrur replicó: « ¡Oír es obedecer!» El joven se marchó de su lado llevando prendida, en el corazón, la llama del amor.

Al llegar a su casa el marido de la joven, ésta demostró gran alegría, lo acogió bien y lo saludó. El marido clavó la vista en la cara de su mujer y vio que estaba pálida; así era porque antes se la había lavado con azafrán empleando una de las tretas de las mujeres. Le preguntó cómo se encontraba y le replicó que ella y las esclavas se habían puesto enfermas desde el mismo instante en que había emprendido el viaje. Añadió: « Tu larga ausencia ha llenado de preocupación nuestro corazón» . Siguió quejándose ante él de las penas de la separación y lloró a mares. Le dijo: « Si hubieses ido con un compañero mi corazón no hubiese experimentado toda esta pena. ¡Te conjuro por Dios, señor mío, a que no vuelvas a emprender un viaje si no va contigo un amigo; no vuelvas a interrumpir tus noticias para que yo pueda tener el corazón y el pensamiento tranquilos!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el marido le contestó: « ¡De mil amores! Tu idea es buena y tu consejo certero. ¡Juro por el aprecio que tiene mi corazón a tu vida que ha de ser tal como deseas!» Trasladó parte de las mercancías a la tienda, las abrió, y se sentó a vender en el zoco. Mientras estaba en su tenducho apareció Masrur. Se aproximó, lo saludó, se sentó a su lado y

pronunció las fórmulas de rigor. Estuvo hablando un rato con él. A continuación sacó una bolsa, la desató, sacó algo de dinero, se lo entregó al marido de Zayn al-Mawasif y le dijo: « Dame unas drogas a cambio de estos dinares para que yo las pueda vender en mi tienda» . « ¡Oír es obedecer!» , y le entregó lo que le había pedido. Masrur le frecuentó durante varios días. El esposo de Zayn al-Mawasif, volviéndose hacia él, le dijo: « Tengo el propósito de asociar un hombre a mi comercio» . « Pues yo soy el otro —replicó Masrur—; yo busco un hombre para asociarlo a mi negocio ya que mi padre era un mercader del Yemen que me legó una gran riqueza. Temo perderla.» El marido de Zayn al-Mawasif volviéndose hacia él, le dijo: « ¿Te complacería ser mi compañero? Yo sería el tuyo, sería tu socio y amigo tanto en los viajes como en la ciudad: te enseñaría a vender y a comprar, a tomar y a dar.» Masrur replicó: « ¡De mil amores!» El otro se lo llevó a su casa, le invitó a sentarse en el vestíbulo y corrió a presentarse a su esposa Zayn al-Mawasif. Le dijo: « He encontrado un compañero y lo he invitado a comer. Prepáranos una buena hospitalidad» . La mujer se alegró, ya que se dio cuenta de que se trataba de Masrur. Preparó un magnífico banquete y guisó sabrosos platos de tanta alegría como tenía al ver a Masrur y lo que había conseguido con su astucia. Cuando el joven llegó a la casa del matrimonio, el marido dijo a la mujer: « Sal conmigo, recíbele bien y dile: “Nos haces felices”» .

Zayn al-Mawasif se enojó y replicó: « ¿Es que me vas a presentar a un hombre extraño? ¡Busco refugio en Dios! ¡Aunque me cortaras a pedazos no me presentaría ante él!» « ¿Pero de qué te avergüenzas si es un cristiano y nosotros somos judíos? Seremos amigos.» « ¡Yo no quiero dejarme ver por un hombre extranjero al cual ni he visto antes ni conozco!» El marido se creyó que decía la verdad y siguió tratándola con miramientos hasta convencerla: la joven se incorporó, se puso el velo, tomó la comida y se presentó ante Masrur y le dio la bienvenida. Éste inclinó la cabeza hacia el suelo como si se avergonzase. El marido, al ver el gesto, dijo: « No cabe duda de que se dedica al ascetismo» . Comieron hasta hartarse. Después quitaron la mesa y sirvieron el vino. Zayn al-Mawasif se sentó enfrente de Masrur y empezó a mirarlo; él la correspondía. Así transcurrió el día. Entonces Masrur se fue a su casa; la llama del amor había prendido en su corazón. El marido, en cambio, estaba pensativo, por la dulzura y hermosura de su compañero. Apenas llegó la noche, la esposa le sirvió la cena conforme tenía por costumbre. El marido poseía un ruiseñor en la casa. Cuando se sentaba en la mesa, el pájaro acudía a comer con él y aleteaba encima de su cabeza. Dicho pájaro se había familiarizado con Masrur, y acudía a posarse en la cabeza de éste cada vez que se sentaba a comer. Pero cuando el muchacho se hubo ausentado y regresó el dueño, el pájaro no quiso reconocer a éste ni se le aproximó. El marido empezó a meditar acerca del pájaro y en el modo que tenía de apartarse de él. Por su parte, Zayn al-Mawasif no dormía, pues tenía el

corazón pendiente de Masrur. Lo mismo ocurrió la segunda y tercera noches. El judío pensó en todo, observó con atención a su mujer mientras estaba ocupada y notó algo raro. La cuarta noche, se despertó a mitad del sueño y oyó que su mujer, mientras dormía apoyada en su seno, pronunciaba el nombre de Masrur. El marido disimuló y ocultó lo que ocurría. El día siguiente, por la mañana se marchó a la tienda y se sentó. Mientras así estaba llegó Masrur; lo saludó y le devolvió el saludo. Le dijo: « ¡Bienvenido, amigo! ¡Tenía ganas de verte!» Se sentó y charló con él durante una hora. A continuación le dijo: « ¡Amigo mío! ¡Acompáñame a mi casa y confirmaremos nuestra amistad!» « ¡De mil amores!» , replicó Masrur. Al llegar a su domicilio, el judío informó a Zayn al-Mawasif de la llegada del joven y de que estaba dispuesto a asociarle en su negocio. Le dijo: « Prepara una hermosa fiesta; es necesario que tú estés con nosotros y que observes nuestra amistad» . « ¡Por Dios que no he de mostrarme ante ese hombre extraño! ¡No tengo por qué presentarme ante él!» No le contestó y ordenó a las criadas que sirviesen la comida y la bebida; a continuación llamó al ruiseñor, pero éste fue a posarse en el seno de Masrur sin reconocer a su dueño. Entonces preguntó: « ¡Señor mío! ¿Cómo te llamas?» « ¡Masrur!» Pero el caso era que su esposa había estado pronunciando este nombre a todo lo largo de la noche. Levantó la cabeza y vio a ésta que estaba haciendo señas y guiños al contertulio y se dio cuenta de que había tenido éxito la treta que había empleado con él. Dijo: « ¡Señor mío! Permíteme un momento: voy en busca de mis primos para que vean nuestro pacto de fraternidad» . « ¡Haz lo que bien te parezca!» , le replicó Masrur. El esposo de Zayn al-Mawasif se puso de pie, salió de la casa y rodeando a ésta fue a colocarse detrás del salón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se plantó allí, pues había una ventana desde la que podía verlos; se acercó y los observó sin que ellos pudieran verlo.

Zayn al-Mawasif preguntó a su criada Sakub: « ¿Adonde ha ido tu señor?» « ¡Ha salido de casa!» « ¡Cierra la puerta, asegúrala con el cerrojo y no la abras hasta que llame y sólo después de haberme informado!» « ¡Así se hará!» , replicó la criada. Todo esto sucedía bajo la mirada del marido. Zayn al-Mawasif cogió la copa, la perfumó con agua de rosas y almizcle en polvo y corrió al lado de Masrur. Éste salió a recibirla. Le dijo: « ¡Por Dios! ¡Tu saliva es más dulce que esta bebida! Empezaron a escanciarse mutuamente; después ella le roció con agua de rosas desde la cabeza hasta los pies; hasta que el aire de toda la habitación hubo quedado impregnado de aquel olor. Y todo esto ocurría bajo la mirada del marido, el cual se admiraba del gran amor que existía entre los dos. Pero su corazón se llenó de rabia ante lo que veía; la cólera y los celos más

tremendos se apoderaron de él: corrió a la puerta y vio que estaba cerrada; llamó fuerte. La criada dijo: « ¡Señora! ¡El señor ha llegado!» « ¡Ábrele la puerta y que Dios le niegue la salud!» Sakub corrió a la puerta y la abrió. El marido preguntó a ésta: « ¿Qué te ha ocurrido para cerrar la puerta?» « Mientras tú estás ausente permanece siempre cerrada; no se abre ni de día ni de noche.» « ¡Magnífico! ¡Esto me gusta!» Se presentó ante Masrur riendo y ocultando lo que le sucedía. Le dijo: « ¡Masrur! ¡Dejemos por hoy el pacto de fraternidad! Ya lo contraeremos otro día» . « ¡Oír es obedecer! ¡Haz lo que quieras!» , le respondió el muchacho. Después se marchó a su casa mientras el marido de Zayn al-Mawasif se quedaba pensando en lo que le sucedía, sin saber qué hacer, con el pensamiento lleno de amargura. Se dijo: « El ruiseñor no me ha reconocido y las esclavas me han cerrado la puerta en mis mismas narices puesto que tienen simpatía por otro» . De tanto furor como tenía empezó a recitar estos versos:

Masrur vivió, durante una temporada, feliz y contento de la dulzura de sus días mientras mi vida se truncaba.
El transcurso del tiempo me fue infiel en aquel a quien amo mientras que mi corazón arde siempre más en el fuego de la pasión.
El destino te fue favorable en el amor de una hermosa, pero ya ha pasado su época aunque sigas enamorado de sus gracias.
Mis propios ojos habían contemplado sus encantos y mi corazón estaba apasionado por ella.
Durante largo tiempo, con su amor, me dio a sorber, con su propia boca, su dulce saliva para apagar mi sed.
¿Qué te ocurre, ruiseñor, para abandonarme y pasar a ser esclavo de aquel que me ha sustituido en el amor?
Mis ojos han visto cosas prodigiosas que me han hecho abrir los párpados cuando dormía.
He visto que mi amado se ha desprendido de mi amor y que mi ruiseñor ya no revolotea a mi alrededor.
¡Juro por el Señor de los mundos, Aquel que cuando quiere imponer algo a las criaturas lo consigue,
Que haré cuanto se merece ese injusto que imprudentemente se ha acercado y ha buscado su amor!

Todas las venas de Zayn al-Mawasif temblaron al oír estos versos; palideció y preguntó a su doncella: « ¿Has oído la poesía?» « ¡Jamás en mi vida he oído tales versos! ¡Déjale que diga lo que le plazca!» Cuando el marido se dio cuenta de que la cosa era seria empezó a vender todo lo que poseía. Se dijo: « ¡Si no les saco de su tierra jamás volverán en sí de la situación en que se encuentran!» .

Una vez tuvo vendidos todos sus bienes escribió una carta falsa y se la leyó a Zayn al-Mawasif; pretendía que era de sus primos los cuales le pedían que fuese a visitarlos. La joven le preguntó: «¿Cuánto tiempo pasaremos con ellos?» «Doce días.» Le dio su conformidad y le preguntó: «¿Debo llevar conmigo alguna doncella?» «Llévate a Hubub y Sakub y deja aquí a Jatub.» El marido preparó un hermoso palanquín para poder marcharse con las mujeres. Zayn al-Mawasif envió a decir a Masrur: «Si transcurrido el plazo fijado no hemos regresado debes entender que él nos ha engañado y nos ha tendido una trampa para separar al uno del otro. Pero tú no olvides ni los pactos ni los juramentos que tenemos. Yo temo cualquier cosa de su astucia y mala fe». El marido se preparaba para el viaje mientras Zayn al-Mawasif pasaba el tiempo llorando y sollozando, sin poder estarse quieta ni de día ni de noche. El marido se daba cuenta de ello, pero no le hacía caso. La mujer, al comprender que su esposo no iba a desistir del viaje, reunió sus ropas y enseres, lo depositó todo en casa de su hermana y la informó de lo que le había sucedido. Se despidió de ella y regresó, llorando, a su casa. El marido ya había reunido los camellos, colocado encima los fardos y reservado la montura más hermosa para Zayn al-Mawasif. Ésta, al comprender que tenía que separarse de Masrur, quedó perpleja en el preciso momento en que su esposo salía para algunos quehaceres. Entonces, la mujer se acercó a la primera puerta y escribió estos versos:

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y cuatro*, refirió:

¡Paloma de la casa! Transmite nuestro saludo, el del amante al amado, en el momento de la separación.
Dile que siempre estoy triste y que lamento el hermoso tiempo pasado,
Que mi amor sigue siendo apasionado, que estoy apenada por la alegría transcurrida.
Pasamos nuestros días felices y contentos, permanecíamos juntos de día y de noche.
Pero cuando menos lo esperábamos, el cuervo de la separación empezó a graznar anunciando la partida.
Nos marchamos dejando vacías las mansiones ¡Ojalá nunca hubiésemos abandonado estas casas!

Después se acercó a la segunda puerta y escribió estos versos:

¡Oh, tú, que llegas ante esta puerta! Te conjuro, por Dios, a que observes la belleza de mi amado en las tinieblas y le informes,

De que lloro cuando recuerdo nuestra unión, que las lágrimas del llanto corren sin cesar.
Dile: « Si no encuentras consuelo por lo que me ha sucedido, cubre de polvo y de tierra tu cabeza,
Recorre el país por oriente y occidente y vive con resignación, pues Dios es todopoderoso» .

Después se acercó a la tercera puerta, lloró amargamente y escribió estos versos:

Ten cuidado, Masrur, cuando visites su casa: recorre las puertas y lee sus líneas.
No olvides el pacto del amor si eres fiel ¡cuántas veces ella gozó de dulzuras y amarguras en la noche!
Te conjuro, Masrur, a que no olvides que la tuviste al lado y te dejó satisfecho y feliz.
Llora por los días afortunados en que estabais juntos: cuando tú llegabas, ella corría las cortinas.
Por nuestra causa se marchó a lejanos países; síguela; afronta los mares y cruza los desiertos.
Han pasado ya las noches en que estuvimos unidos y la intensidad de las tinieblas de la separación apagan su resplandor.
¡Bendiga Dios los días transcurridos! ¡Qué felices eran cuando recogíamos las flores en el jardín de los deseos!
¿Por qué no han durado conforme yo esperaba? Quiera Dios que tal como han pasado, vuelvan.
¿Volverá el transcurso de los días a reunimos con nuestro deseo y podré ser fiel, cuando lleguen en votos, al Señor?
Sabe que todos los asuntos dependen de Aquel que escribe sus líneas en la pizarra de la frente.

Derramó de nuevo abundantes lágrimas, regresó a la casa y rompió a llorar y sollozar. Recordando todo lo sucedido exclamó: « ¡Gloria a Dios que dispuso que nos sucediera todo esto!» Siguió lamentándose por tener que separarse de los seres amados y verse obligada a dejar su domicilio. Recitó estos versos:

¡Que la paz del Señor quede contigo, oh, casa vacía! Para ti se han terminado ya los días felices.
¡Paloma de la casa! Sigue zureando por aquel que ha abandonado sus lunas y sus astros.

¡Poco a poco, Masrur! Llora por nuestra separación; mis ojos han perdido la luz desde que han dejado de verte.
¡Si hubieses contemplado con tus propios ojos el día de nuestra partida, mientras mis lágrimas azuzaban el fuego de mi corazón!
No olvides el pacto contraído a la sombra de un jardín que tendió sus velos mientras estuvimos juntos.

A continuación se presentó ante su esposo. Éste la colocó en el palanquín que le había preparado. Cuando estuvo en lomos del camello recitó estos versos:

¡Que la paz de Dios quede contigo, oh, casa vacía! En ti, disfrutamos con creces en el tiempo pasado.
¡Ojalá mi vida hubiese concluido mientras estaba bajo tu protección y hubiese muerto de pasión!
Estoy desesperado por estar lejos; mi corazón queda en un refugio que le apasiona; pero no sé lo que le ha sucedido.
¡Ojalá supiera si he de volver a verlo y si será tan acogedor como lo fue la primera vez!

Su esposo le dijo: « ¡Zayn al-Mawasif! No te entristezcas por separarte de tu casa; dentro de poco volverás» . Siguió tranquilizándola y tratándola con cariño. Se pusieron en marcha, salieron fuera de la ciudad y emprendieron la ruta. La joven se dio cuenta de que la separación era algo real y esto le dolió mucho.

Mientras tanto, Masrur se encontraba sentado en su casa meditando en su caso y en el de su amada: el corazón presentía que se había marchado. Se incorporó al momento, y se puso en camino hasta llegar a su domicilio. Encontró la puerta cerrada y descubrió los versos que había escrito Zayn al-Mawasif. Leyó los que estaban en la primera puerta y al terminar, cayó desmayado al suelo. Al volver en sí, abrió la puerta y llegó hasta la segunda: leyó lo que había escrito en ésta y en la tercera. Una vez leídos todos los mensajes fue presa de la pasión, del deseo y del desvarío y salió corriendo en pos de sus pasos hasta conseguir alcanzar la caravana. Vio a la amada en la zaga y al marido delante de todo debido a la disposición del equipaje. Al verla, se colgó del palanquín llorando; triste por el dolor de la separación recitó estos versos:

¡Ojalá supiera a causa de qué pecado hemos sido asaeteados para largos años por la flecha de la separación!
¡Oh, deseo del corazón! Un día, cuando la llama de mi pasión por ti se avivó, acudí a tu casa.
Pero la vi en ruinas, desierta; me quejé por la separación y mis gemidos

fueron en aumento.

Pregunté a los muros por todo aquello que deseo: « ¿Adonde fueron llevándose mi corazón prisionero?»

Contestaron: « Se marcharon de sus moradas amagando la pasión en sus entrañas» .

Ella me ha escrito unas líneas en las paredes tal y como hacen las gentes fieles de todo el mundo.

Zayn al-Mawasif, al oír estos versos, supo que los recitaba Masrur.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que ella y sus esclavas rompieron a llorar. Dijo: « ¡Masrur! ¡Te conjuro, por Dios, a que te alejes de nosotras para que mi marido no nos vea!» El joven, al oír estas palabras, cayó desmayado. Al volver en sí se despidieron. Él recitó:

El camellero dio el grito de partida antes de amanecer, aún de noche, y el céfiro difundió su voz.

Ensillaron las acémilas y se pusieron en marcha; ésta fue en aumento cuando inició el camellero su canción.

Perfumaron todas las partes del suelo y apresuraron el paso por aquel valle.

En el momento de la partida se apoderaron de mi corazón y me dejaron, sobre sus huellas, bien de mañana.

¡Vecinos! Tengo el propósito de no abandonarles hasta haber empapado el polvo con mis lágrimas tempranas.

Después de su partida ¡ay de mi corazón! ¿Qué ha hecho con mis entrañas a pesar mío, la mano de la separación?

Masrur seguía la caravana llorando y sollozando mientras ella le rogaba que volviese atrás, antes de despuntar la mañana, pues temía un escándalo. El joven se acercó al palanquín, se despidió de nuevo de ella, y cayó desmayado. Así permaneció durante una hora. Al volver en sí los había perdido de vista. Aspiró la brisa y declamó los siguientes versos:

Si sopla el viento de la cercanía hacia el enamorado, éste se queja de la comezón del amor.

El aura matinal ha soplado hacia él, pero al despertar ha visto que se

encontraba en el campo.
Tendido, por la consunción, sobre el lecho del enfermo; sus lágrimas, abundantes, eran de sangre.
Por unos vecinos que partieron llevando con ellos, entre los viajeros que guiaba el jefe de la caravana, mi corazón.
¡Por Dios! Basta con que sople el céfiro en mis cercanías para que yo clave mis pupilas en el horizonte.

Masrur regresó a su domicilio presa de la pasión más agobiante; pero encontró que carecía de interés, que no había amigos. Rompió a llorar hasta dejar empapados los vestidos y cayó desmayado faltando poco para que el alma abandonara su cuerpo. Al volver en sí recitó este par de versos:

¡Oh, casa! ¡Ten piedad de mi humillación, desgracia, delgadez de mi cuerpo y fluir de mis lágrimas!
Difunde entre nosotros el aroma de su céfiro que basta para sanar el pensamiento del atormentado.

Masrur, una vez en su casa, quedó perplejo y llorando por causa de todo eso y así siguió durante diez días.

He aquí lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif: Ésta se había dado cuenta de que el engaño empleado por su marido había tenido éxito. El viaje continuó durante diez días al cabo de los cuales llegaron a una ciudad. Zayn al-Mawasif escribió una carta a Masrur, la entregó a su esclava Hubub y le dijo: « Haz llegar esta carta a Masrur para que sepa que el engaño empleado con nosotros ha tenido éxito y que el judío nos ha traicionado» . La joven tomó la carta y se la envió a Masrur. Éste se apenó mucho al recibirla y rompió a llorar hasta dejar empapado el suelo. Escribió una carta de contestación y se la envió a Zayn al-Mawasif; terminaba con estos versos:

¿Cuál es el camino que conduce a las puertas del consuelo? ¿Cómo ha de consolarse quien está en el ardor del fuego?
¡Qué suaves eran los tiempos ya pasados! ¡Ojalá estuviesen cerca de nosotros en algunas ocasiones!

La carta llegó hasta Zayn al-Mawasif, quien la cogió, la leyó y la entregó a su criada Hubub. Le dijo: « ¡Escóndela!» Pero el marido se enteró de que mantenía correspondencia. Entonces, cogió a Zayn al-Mawasif y a su esclava y emprendió un viaje durante veinte días al cabo de los cuales se instaló con ellas en otra ciudad. Esto es lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif.

He aquí lo que hace referencia a Masrur: Éste no conseguía conciliar el sueño ni podía estarse quieto ni tener paciencia. Siguió en esta situación hasta una noche en que vio en sueños a Zayn al-Mawasif. Ésta se le acercaba, cuando estaba en un jardín, y lo abrazaba. Al despertarse no la encontró a su lado: perdió la razón, quedó confuso y sus ojos se le llenaron de lágrimas. Los mayores dolores hacían presa en sus entrañas. Recitó estos versos:

¡Salud a aquella cuyo espectro me ha visitado en sueños, excitando mi pasión y aumentando mi desvarío!
Me he despertado del sueño dolorido por la visión de un espectro que se me ha presentado cuando dormía.
Pero los sueños ¿me informan con certeza sobre quien amo, sacian mi sed ardiente de amor y curan mi enfermedad?
Unas veces se presenta generosa, otras me abraza y en ciertos casos me habla con hermosas palabras.
Pero cuando en sueños llegamos a los reproches, mis ojos se ensangrientan con el llanto.
Sorbí la saliva de sus labios rojos como si fuese néctar cuyo perfume era de almizcle de marca.
Quedé maravillado de cuanto en sueños ocurrió entre nosotros, pues obtuve de ella lo que era mi deseo y mi propósito.
Me desperté y no encontré, de aquel espectro, más que mi comezón y mi dolor.
Al verla me puse como un loco y quedé borracho sin necesidad de vino.
¡Céfiro! Te conjuro, por Dios a que les hagas llegar mis deseos y mis saludos.
Diles: « Las vicisitudes del destino han escanciado la copa de la muerte a aquel con quien pactasteis» .

A continuación se marchó a su casa y llegó hasta allí sin dejar de llorar. Observó el lugar y vio que estaba desierto; pero la imagen de la amada brillaba siempre ante él como si estuviese realmente presente. El fuego que le atormentaba se avivó, la tristeza fue en aumento y cayó desmayado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al volver en sí recitó estos versos:

He aspirado el olor de perfume y de sangre que exhalaban y me he alegrado con un corazón amoroso y atormentado.

Cabizbajo y apasionado soporto mi pasión, en una morada desierta del amado y los amigos…
La separación, el amor y el desespero me han puesto enfermo, pues me han recordado el tiempo pasado en compañía de mis amigos.

Terminados de recitar estos versos, oyó un cuervo que graznaba al lado de la casa. Rompió a llorar y exclamó: « ¡Gloria a Dios! ¡El cuervo sólo grazna encima de las ruinas!» Gimió, suspiró y recitó estos versos:

¿Por qué llora el cuervo ante la casa del amor mientras el fuego tuesta y abrasa mis entrañas?
Por el recuerdo del tiempo pasado en su amor mi corazón se ha extraviado en sus precipicios.
Muero de pasión mientras el fuego del amor abrasa mis entrañas y escribo cartas para las que no encuentro mensajero.
¡Qué pena tener el cuerpo extenuado! Mi amada ha partido. ¡Ojalá volviesen sus noches!
¡Aura matinal! Si la visitas de mañana, salúdala y quédate en su morada.

Zayn al-Mawasif tenía una hermana que se llamaba Nasim y que vigilaba a Masrur desde un sitio elevado. Al verlo en esta situación rompió a llorar, sollozó y recitó:

¿Cuánto tiempo durarán estas visitas, llorando, a su morada, mientras la casa gime de pena por aquella que la edificó?
Antes de la partida de sus inquilinos albergaba la alegría y en ella brillaba el sol.
¿Dónde están las lunas que en ella surgían? Las vicisitudes del destino han borrado sus más espléndidas manifestaciones.
Deja de pensar en aquella hermosa a la que frecuentaste y espera: tal vez, el transcurso de los días la haga reaparecer.
Si no hubiese sido por tu causa, sus moradores no hubiesen partido jamás y tú no habrías visto en su azotea al cuervo.

Al oír tales palabras, Masrur rompió a llorar a lágrima viva, pues comprendió el significado de los versos y de la poesía. La hermana de Zayn al-Mawasif sabía la pasión y el amor que experimentaba, el afecto y el desvarío que le embargaba. Le dijo: « ¡Te conjuro, por Dios, Masrur! Deja esta casa para que nadie pueda creer que vienes aquí por mí. Has sido la causa de la partida de mi hermana; ¿quieres también que yo tenga que marcharme? Sabes perfectamente

que de no ser por ti la casa no se hubiese quedado sin sus habitantes. Abandónala y déjala. Ha pasado lo que ha pasado» . Masrur, al oír las palabras de la hermana, rompió a llorar y le contestó: « ¡Nasim! Si pudiese volar, remontaría el vuelo y correría a su lado de tanto como la quiero. ¿Pero cómo puedo consolarme?» « ¡No tienes más remedio que tener paciencia!» « ¡Te conjuro, por Dios, a que tú misma le escribas una carta y que me hagas llegar su contestación con el fin de tranquilizar mi pensamiento y apagar el fuego que abrasa mi pecho!» « ¡De mil amores!» La joven cogió tinta y papel. Masrur le describió su gran pasión y lo mucho que le hacía sufrir el dolor de la separación. Decía: « Esta carta procede de Ja lengua del apasionado, triste, desgraciado y alejado amante que no encuentra reposo ni de noche ni de día; que derrama lágrimas abundantes las cuales le producen llagas en los párpados; la tristeza le ha encendido una llama en sus entrañas; grande es su desespero e inmensa su intranquilidad tal como ocurre al pájaro que ha perdido su pareja y cuyo fin está próximo. ¡Qué desgracia que estés lejos! ¡Qué angustia por no tener tu compañía! Mi cuerpo ha enflaquecido, mis lágrimas corren a raudales y montes y llanuras me parecen angostos. De tan grande como es mi pasión digo:

Mi afecto por esas moradas continúa igual; mi pasión por sus habitantes ha crecido.
Os he enviado el relato de mi pasión, pues el copero me ha escanciado del vaso de vuestro amor.
Vuestro viaje, el alejamiento de vuestra casa ha hecho correr por los párpados lágrimas abundantes.
¡Oh, tú que conduces las literas! ¡Detente junto a la cerca pues el fuego crece en mi corazón!
Da mis saludos al amado y dile: « Sólo estos labios rojos pueden curarlo.
El destino le ha herido, le ha separado del amado y la flecha de la separación le ha arrancado el último aliento» .
Infórmale de mi pasión, de mi gran dolor, de la pena que sufro desde que se ha alejado de mí.
« ¡Juro por vuestro amor que os he sido fiel al pacto y a la promesa!
Jamás me he apartado ni me he consolado de vuestro amor ¿cómo podría consolarse el enamorado fiel?
Recibid mi saludo perfumado de almizcle que llevan las hojas.»

La hermana, Nasim, quedó admirada de la elocuencia de su lengua, de la belleza del contenido y de la delicadeza de los versos. Se apiadó de Masrur, selló la carta con almizcle puro y la perfumó con áloe y ámbar. La entregó a un comerciante y le dijo: « Dáselo únicamente a mi hermana o a su esclava Hubub» . « ¡Así lo haré!» , le replicó. Zayn al-Mawasif, al recibir la carta, se dio

cuenta de que había sido redactada por Masrur y le reconoció por sus agradables palabras. La besó y la colocó encima de sus ojos: las lágrimas desbordaron de sus párpados y lloró sin cesar hasta caer desmayada. Al volver en sí pidió tintero y pluma y escribió la contestación a la carta describiendo en ella su pasión, su afecto y la nostalgia que sentía por estar separada de los seres amados. Se quejó de la situación en que se encontraba y de lo que le había ocurrido por el mucho afecto en que le tenía.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Zayn al-Mawasif] decía: « Esta carta está destinada a mi señor, a mi dueño y poseedor, al que posee todos mis secretos y confidencias. Y después: El insomnio me turba, las preocupaciones van en aumento y no sé estar separada de ti, de ti cuya belleza sobrepuja a la del sol y la luna. La pasión me atormenta y el amor me mata y ¿cómo no ha de ser así si soy un ser humano? ¡Resplandor del mundo! ¡Adorno de la vida! ¿Es que puede beber la copa aquel a quien le falta el aliento? Él no está ni entre los vivos ni entre los muertos» . A continuación compuso estos versos:

Tu carta, Masrur, ha excitado mi pena. ¡Por Dios! Lejos de ti carezco de paciencia y de consuelo.
Cuando leí tus letras mis miembros se enternecieron y seguía abrevándome, sin interrupción, con mis propias lágrimas.
Si fuese un pájaro volaría en medio de la tiniebla nocturna; después de alejarme de ti no he vuelto a conocer el sabor de la comida ni el de la tranquilidad.
Después de separarme de ti, la vida constituye para mí un pecado y no puedo resistir el ardor de la separación.

A continuación secó la carta con polvo de almizcle y ámbar, la selló y la envió con un comerciante. Le dijo: « ¡Entrégasela únicamente a mi hermana Nasim!» El comerciante se presentó ante ésta, quien a su vez la remitió a Masrur. Éste, al recibirla, la colocó encima de sus ojos y rompió a llorar hasta caer desmayado. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al marido de Zayn al-Mawasif: Éste, al descubrir la existencia de correspondencia entre los dos amantes, empezó a viajar, con su esposa y su esclava, de un sitio a otro. Zayn al-Mawasif le dijo: « ¡Gloria a Dios! ¿Adónde nos llevas? Nos alejas de nuestra patria» . « He de alejarme, con vosotras, durante un año de marcha, hasta que no recibáis más cartas de Masrur. Ahora veo cómo me habéis arrebatado toda mi riqueza para

dársela a Masrur. Pero todo lo que he perdido me lo cobraré en vosotras y veré si Masrur os sirve de algo u os puede salvar de mi mano.» A continuación el marido se fue en busca del herrero y le hizo fabricar tres argollas de hierro. Regresó con ellas al lado de las mujeres. Les quitó los vestidos de seda y les puso otros de pelo y las ahumó con azufre. A continuación llamó al herrero y le dijo: « Pon estas argollas en los pies de esas muchachas» . La primera en adelantarse fue Zayn al-Mawasif. El herrero, al verla, perdió la razón, se mordió la punta de los dedos y el entendimiento le voló de la cabeza al tiempo que quedaba enamorado. Preguntó al judío: « ¿Cuál es la falta de estas muchachas?» « Son mis esclavas; me han robado el dinero y han huido.» « ¡Que Dios te defraude en lo que piensas! ¡Por Dios! Si esta esclava estuviese en casa del cadí de los cadíes y cometiese cada día mil faltas, éste no la reprendería. Además no muestra indicios del hurto y no podrá soportar los grillos en los pies.» A continuación le rogó que no la aherrojase y siguió intercediendo ante el marido para que no la encadenase. Zayn al-Mawasif, al ver que el herrero intercedía por ella, dijo al judío: « ¡Te ruego, por Dios, que no me hagas mostrar a ese hombre extraño!» « ¿Y cómo, pues, saliste ante Masrur?» La joven no contestó. Entonces, el marido aceptó la intercesión del herrero y colocó en sus pies un grillete ligero colocando los más pesados a la esclava. Zayn al-Mawasif tenía un cuerpo esbelto, incapaz de soportar malos tratos. Ella y su esclava siguieron vistiendo los trajes de pelo día y noche hasta que su cuerpo se debilitó y perdieron el color. Por su parte el herrero había quedado locamente enamorado de Zayn al-Mawasif y se había marchado a su casa lleno de los pesares más profundos. Empezó a recitar estos versos:

¡Herrero! ¡Séquese tu diestra por haber aherrojado aquellos pies y músculos!
Has aherrojado los pies de una esbelta dama, de una belleza creada de la más maravillosa de las maravillas.
Si hubieses sido justo, sus ajorcas no hubiesen sido de hierro sino de oro.
Si el cadí de los cadíes viese su belleza, se apiadaría de ella y la instalaría, orgulloso, en su estrado.

El cadí de los cadíes cruzaba por delante de la casa del herrero mientras éste recitaba los versos. Le hizo comparecer y le preguntó: « ¡Oh herrero! ¿Quién es ésa a la que mencionas y cuyo amor ocupa tu corazón?» El herrero se puso de pie ante el cadí, le besó la mano y le replicó: « ¡Que Dios prolongue los días de nuestro señor el cadí y le dé larga vida! Se trata de una esclava cuyo aspecto es éste y éste» . Le describió la esclava y su mucha hermosura, belleza, esbeltez y agradables proporciones; le dijo que tenía un rostro perfecto, cintura delgada y pesadas nalgas. A continuación le explicó la situación humillante en que se

encontraba: detenida, aherrojada y con escasa comida. El cadí le dijo: « ¡Herrero! Indícanos dónde está, condúcela ante nosotros para que esa esclava obtenga justicia, ya que eres responsable de ella. Si no nos lo indicas, Dios te castigará el día del juicio» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el herrero. Marchó al momento a casa de Zayn al-Mawasif. Encontró la puerta cerrada. Pero oyó una voz dulce que salía de un corazón triste: la joven recitaba en aquel momento estos versos:

Estaba en mi patria reunida con mis amigos; el amor me llenaba las copas con vino puro.
Circulaban entre nosotros con la alegría que deseábamos y no se alteraban ni por la mañana ni por la tarde.
Pasamos una época en que la copa, el laúd, el arpa y la alegría nos distraían.
Pero el destino y las vicisitudes de la suerte nos separaron; el amor pasó y los tiempos tranquilos se alejaron.
¡Ojalá el cuervo de la separación se aleje! ¡Ojalá brille la aurora de la unión de amor!

El herrero, al oír tales versos y tal composición, rompió a llorar como si fuese una nube. Después llamó en la puerta. Preguntaron: « ¿Quién hay en la puerta?» « ¡Soy el herrero!» A continuación les refirió lo que le había dicho el cadí y que éste quería recibirlas para que le expusiesen la querella y poder hacer justicia…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta, y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el herrero les dijo que el cadi quería hacer justicia] castigando a su opresor. La joven dijo al herrero: « ¿Cómo hemos de poder ir si la puerta está cerrada, si tenemos los grillos puestos y el judío tiene las llaves?» El herrero les contestó: « Haré llaves para tales cerraduras y abriré la puerta y los grillos» . « ¿Y quién nos guiará a casa del cadí?» « Yo os la enseñaré.» Zayn al-Mawasif preguntó: « ¿Y cómo hemos de ir a casa del cadí si estamos vestidas con vestidos de pelo que han sido sahumados con azufre?» « El cadí no os ha de reprender dada vuestra situación.» El herrero fabricó al momento llaves para las cerraduras y abrió la puerta y los grillos. Les quitó éstos de los pies, las hizo salir y las condujo a la casa del cadí. A continuación la esclava Hubub quitó a su dueña los vestidos de pelo que llevaba, la acompañó al baño, la lavó y le puso vestidos de seda. Así recuperó su color. Para colmo de la felicidad, su marido se encontraba en un banquete en casa de cierto comerciante. Zayn al-Mawasif se arregló del modo más completo y

marchó a casa del cadí. Éste, al verla, se puso de pie y la saludó con dulces palabras y frases zalameras; mientras tanto ella le asaetaba con los dardos de su mirada. Dijo: « ¡Que Dios conceda larga vida a nuestro señor el cadí y auxilie, por su mediación, a los que pleitean!» A continuación le explicó el asunto del herrero y el modo generoso con que éste se había comportado y le refirió los tormentos, capaces de aturdir cualquier entendimiento, que le había infligido el judío y añadió que él esperaba darles muerte de no haber quien las rescatase. El cadí replicó: « ¡Doncella! ¿Cómo te llamas?» « Zayn al-Mawasif. Esta criada mía se llama Hubub.» « Tu nombre concuerda con quien lo lleva y sus palabras corresponden a su significado.» La joven sonrió y tapó su rostro. El cadí la preguntó: « ¡Zayn al-Mawasif! ¿Tienes marido o no?» « Tengo marido.» « ¿Cuál es tu religión?» « La del Islam, la del mejor de los hombres.» « ¡Júrame, según la *xaraa*, aquella que contiene los versículos de El Corán y las amonestaciones, que tú perteneces a la religión del mejor de los seres humanos!» La joven lo juró y dio fe de ello. El cadí preguntó: « ¿Y cómo pasas tu juventud con ese judío?» « Sabe, ¡oh cadí! (¡que Dios alargue tus días felices, te haga conseguir tus deseos y recompense tus actos del mejor modo!) que mi padre, al morir, me legó quince mil dinares, cuya administración confió a ese judío para que negociase con ellos y que partiese los beneficios con nosotros. El capital quedaba garantizado según las prescripciones de la *xaraa*. Muerto mi padre, el judío me apeteció y me pidió a mi madre como esposa. Mi madre le replicó: "¿Cómo he de obligarla a salir de su religión y hacerse judía? ¡Por Dios! ¡Te denunciaré a la autoridad!" El judío se asustó de estas palabras: tomó consigo el dinero y huyó a la ciudad de Aden. Cuando nos enteramos de que estaba en esta ciudad, corrimos en su busca. Al llegar a su lado nos recordó que él comerciaba con mercancías, que compraba fardo tras fardo. Siguió engañándonos hasta que consiguió encarcelarnos, ponernos en grillos y hacernos gustar los peores tormentos. Nosotros somos extranjeros y no tenemos más auxilio que el de Dios (¡ensalzado sea!) y el de nuestro señor el cadí.» El juez, al oír la historia, preguntó a la criada Hubub: « ¿Es ésta tu señora? ¿Vosotras sois extranjeras y ella no tiene marido?» [262] « Es cierto.» « ¡Cásame con ella y yo me comprometo a manumitir mis esclavos, ayunar, peregrinar y hacer limosna si no os concedo frente a ese perro aquello a lo que tenéis derecho después de haberlo castigado por su acción!» Hubub le replicó: « ¡A ti es a quien hay que oír y obedecer!» El cadí siguió: « Ve, tranquilízate y tranquiliza a tu señora. Si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, mañana enviaré a buscar a ese infiel y os obtendré aquello a que tenéis derecho; verás cosas portentosas en su castigo» . La joven se despidió de él y se marchó, dejándole presa de amor, de pasión y de cariño. Ella y su señora se marcharon y preguntaron por la casa del segundo cadí. Les indicaron dónde vivía. Al hallarse ante este último le informaron de lo que ocurría. Lo mismo hicieron con el tercero y con el cuarto, con lo cual su asunto quedó en

conocimiento de los cuatro cadíes. Cada uno de éstos la había solicitado en matrimonio y la joven le había contestado que sí. Pero ninguno de los cadíes sabía lo ocurrido con los demás y cada uno de ellos ansiaba poseerla, sin que el judío supiese nada, ya que estaba en un banquete. Al día siguiente, la joven se levantó, se puso su vestido más precioso y se presentó ante los cuatro cadíes en el juzgado. Al encontrar a los cuatro a la vez, palideció y se cubrió la cara con el velo. Los saludó y le devolvieron el saludo, ya que todos la habían reconocido. A uno de ellos, que estaba escribiendo, se le cayó la pluma de la mano; a otro, que estaba hablando, se le trabó la lengua; el tercero, que estaba contando, se equivocó en la cuenta. Le dijeron: « ¡Hermosa señora! ¡Portento de belleza! ¡Que tu corazón sea feliz! Es necesario que te hagamos justicia y permitamos que consigas tu deseo» . La joven pronunció las palabras de ritual y se marchó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que a todo esto el judío seguía en el banquete, en casa de sus amigos, sin saber nada de lo que ocurría. Zayn al-Mawasif pedía a los magistrados y funcionarios que la ayudaran contra ese incrédulo hereje y que la libraran del tormento doloroso. Rompiendo a llorar recitó estos versos:

¡Oh, ojos! Derramad lágrimas como si se tratase del diluvio; tal vez las lágrimas laven y me limpien de penas.
Después de llevar trajes de seda recamados, mis vestidos han pasado a ser como los de los monjes.
El perfume de mis ropas es sahumerio de azufre ¡qué diferencia hay entre el ámbar gris y el arrayán!
¡Oh, Masrur! Si supieses cuál es nuestra situación, no tolerarías nuestra humillación e ignominia.
Hubub se encuentra presa en argollas de hierro a causa de quien no cree en el Único, en el Retribuidor.
He repudiado los ritos judíos y su religión y hoy, mi fe, es la más noble de todas.
Me inclino ante el Clemente como se inclina un musulmán y sigo la *xaraa* de Mahoma.
No olvides, Masrur, el afecto que entre los dos existe y guarda el pacto de amor y de fe.
Por tu amor he cambiado de fe, pero mi gran pasión por ti siempre permanece oculta.
Si has conservado nuestro amor, tal como lo guardan los seres generosos,

corre a nuestro lado sin retraso.

A continuación escribió una carta en la que refería todo lo que el judío había hecho con ella desde el principio hasta el fin y en ella insertó los versos. Dobló la carta y se la entregó a la joven Hubub. Le dijo: « Guarda esta carta en tu bolsillo hasta que podamos enviarla a Masrur» . Mientras hablaban llegó el judío. Al ver que estaban alegres les preguntó: « Veo que estáis contentas, ¿es que habéis recibido alguna carta de vuestro amigo Masrur?» Zayn al-Mawasif le replicó: « Contra ti no tenemos más auxilio que el de Dios (¡gloriado y ensalzado sea!). Él es quien nos va a salvar de tu tiranía. Si no nos devuelves a nuestro país y a nuestra patria, mañana elevaremos pleito contra ti ante el gobernador y los jueces de esta ciudad» . El judío preguntó: « ¿Y quién os ha librado de los grillos que teníais en los pies? No me va a quedar más remedio que el haceros grillos de diez *ratl* de peso y mandaros dar la vuelta a la ciudad» . Hubub le replicó: « Si Dios quiere, todo lo que nos has preparado recaerá sobre ti. Del mismo modo como nos has alejado de nuestra patria, mañana te conduciremos ante el gobernador de la ciudad» . Así continuaron hasta la llegada de la aurora. Entonces el judío se levantó y fue en busca del herrero para que le fabricase grillos. Por su parte Zayn al-Mawasif y su doncella se fueron al palacio del gobierno y entraron. Encontraron a los cuatro cadíes y los saludaron. Los cuatro les devolvieron el saludo. El cadí de los cadíes dijo a los que estaban a su alrededor: « Esta muchacha es un sol; todo aquel que la ve queda prendado de ella y se humilla ante su belleza y hermosura» . El cadí mandó con ella cuatro nobles como mensajeros. Les dijo: « ¡Traedme a su ofensor a viva fuerza!» Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia al judío: Una vez tuvo hechas las argollas se marchó a su casa. No encontró a la joven y quedó perplejo. Mientras se encontraba en esta situación llegaron los mensajeros: se apoderaron de él, le dieron tremendos golpes y le arrastraron de bruces hasta llegar ante el cadí. Éste, al verlo, le gritó a la cara: « ¡Ay de ti, enemigo de Dios! ¡Has llegado hasta el punto de hacer esto y esto! Has alejado a esas personas de su país, les has robado sus riquezas y quieres que se conviertan al judaísmo. ¿Cómo te atreves a pedir a un musulmán que sea infiel?» El judío replicó: « ¡Señor mío! ¡Es mi esposa!» Todos los jueces a la vez, al oír tales palabras, le gritaron: « ¡Extended este perro en el suelo! ¡Golpeadle la cara con las sandalias y hacedlo del modo más doloroso posible! Su falta no tiene perdón» .

Le quitaron los vestidos de seda, le pusieron otros de pelo, le arrojaron al suelo, le arrancaron la barba y le golpearon en la cara con sus sandalias del modo más doloroso posible Después le obligaron a montar en un asno con el rostro hacia atrás y ataron la cola del asno a su mano. Le hicieron recorrer la ciudad poniéndole en la picota en todos los barrios. Después le condujeron de

nuevo ante el cadí: se encontraba terriblemente humillado. Los cuatro cadíes sentenciaron que tenían que cortarle las manos y los pies y después crucificarlo. El maldito quedó estupefacto ante tales palabras y perdió la razón. Dijo: « ¡Señores cadíes! ¿Qué es lo que queréis de mí?» « Di: "Esta joven no es mi esposa; mis bienes le pertenecen y yo la he ofendido y la he alejado de su patria".» El judío lo confesó todo y levantaron el acta de prueba. Le quitaron sus bienes y se los entregaron a Zayn al-Mawasif, junto con el atestado.

La joven se marchó: todos los que veían su belleza y hermosura quedaban perplejos. Cada uno de los jueces creía que ella terminaría perteneciéndole. Una vez en su casa preparó todo lo que necesitaba y esperó la llegada de la noche. Entonces tomó lo que tenía poco peso y mucho valor y se marchó junto con su doncella aprovechando las tinieblas. Viajaron sin cesar durante una distancia de tres días con sus noches. Esto es lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif.

He aquí lo que hace referencia a los cadíes. Una vez se hubo marchado la joven dieron orden de encarcelar al judío, su esposo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al día siguiente, por la mañana, los jueces y los testigos esperaban que acudiese Zayn al-Mawasif. Pero ésta no se presentó. Entonces, el juez ante quien ella había comparecido primero, dijo: « Hoy quiero salir fuera de la ciudad, pues tengo algo que hacer» . Montó en su mula, tomó consigo un paje y empezó a recorrer todo lo largo y ancho de las calles de la ciudad en busca de Zayn al-Mawasif. Pero no pudo hallar ninguna noticia. Mientras se encontraba en esta situación tropezó con los restantes cadíes, pues cada uno de ellos creía ser el único en tener una cita con ella. Les preguntó la causa de que hubiesen montado a caballo y de que recorriesen las callejas de la ciudad. Le refirieron lo que les sucedía. Entonces se dio cuenta de que estaban en su misma situación y de que su problema era el suyo propio. Todos juntos se lanzaron en su busca, pero no encontraron ningún rastro, por lo cual cada uno de ellos se marchó enfermo a su casa y tuvo que meterse en la cama extenuado. Entonces el cadí de los cadíes se acordó del herrero y le mandó a buscar. Una vez le tuvo delante le dijo: « ¡Herrero! ¿Sabes algo de la joven sobre cuya pista nos pusiste? ¡Por Dios! ¡Si no me das noticias te haré moler a latigazos!» El herrero, al oír las palabras del cadí, recitó estos versos:

Aquella que se ha enseñoreado de mi amor posee todas las bellezas, sin que le falte ni una.
Mira como una gacela; huele como el ámbar; resplandece como el sol, se mueve como las ondas del estanque y se curva como la rama.

A continuación el herrero siguió: « ¡Señor mío! Desde el instante en que me marché de tu noble presencia no la he vuelto a ver, a pesar de que se ha enseñoreado de mi razón y de mi entendimiento y sólo sé hablar o pensar en ella. He ido a su domicilio y no la he encontrado ni he hallado a nadie que me informara de lo que ha hecho. Parece ser como si se hubiese sumergido en las profundidades de las aguas o hubiese trepado al cielo» . El cadí, al oír estas palabras, dejó escapar un sollozo y poco le faltó para perder la vida. Exclamó: « ¡Por Dios! ¡No teníamos ninguna necesidad de verla!» El herrero se marchó y el cadí cayó encima de su cama y se puso enfermo de la consunción que experimentaba por ella. Lo mismo ocurrió a los testigos y los jueces restantes. Los médicos acudieron a visitarlos, pero ellos no tenían una enfermedad que necesitara médicos. Las gentes notables acudieron a ver al primer cadí. Le saludaron y le preguntaron por su salud. Suspiró y descubrió lo que celaba su pensamiento recitando estos versos:

¡Basta de censuras! Tengo suficiente con el dolor de la enfermedad. Excusad a un juez que sentencia entre las gentes.
Que me perdone aquel que me censuraba por amor; que no me reprenda, pues la víctima de la pasión no es censurable.
Fui juez y los hados me ayudaron con mi suerte y con mi pluma a escalar altos puestos.
Hasta el momento en que fui herido por una flecha ante la cual no sirve el médico: la mirada de una muchacha que vino a derramar mi sangre.
Como una musulmana que se queja de una injusticia: su boca presentaba una hilera de raras perlas engarzadas.
Debajo del velo, que había descorrido, una luna llena brillaba en medio de las tinieblas nocturnas.
Era un rostro resplandeciente, una boca cuya sonrisa mostraba prodigios: la belleza la comprendía desde la raya de la cabeza hasta los pies.
¡Por Dios! Mis ojos no han visto jamás un rostro como el suyo entre las criaturas árabes o persas.
¡Oh, qué bella promesa la que me hizo al decir: « Si prometo, cumplo, cadí de las gentes» !
Tal es mi situación y ésta es la desgracia que me aflige. ¡No me preguntéis por mi sufrimiento, gentes de buen consejo!

El cadí, al terminar de recitar estos versos, rompió a llorar a lágrima viva. Sufrió un estertor y el alma abandonó su cuerpo. Al darse cuenta de lo ocurrido le lavaron, lo amortajaron, rezaron por él, lo enterraron y sobre su tumba escribieron estos versos:

Aquel que yace en la tumba fue víctima del amado y de su apartamiento; pero tuvo todas las cualidades de los amantes.
Entre los vivos fue un juez cuyas sentencias mantenían en la vaina la espada de los malhechores.
Pero el amor sentenció contra él. Jamás, antes, hubo entre los hombres quien trátate con más deferencia al esclavo.

Apiadándose de él se marcharon a visitar al segundo cadí. El médico le acompañaba. Pero encontraron que no tenía dolor o enfermedad que necesitase doctor. Le preguntaron cómo se encontraba y qué le preocupaba. Les informó de lo que le sucedía. Entonces le reprendieron y censuraron por encontrarse así. Pero les contestó declamando estos versos:

Me encuentro desahuciado, pero a personas como yo no se las censura. Me ha herido el dardo lanzado por la mano de un arquero.
Acudió ante mí una mujer llamada Hubub, que cuenta el tiempo año tras año.
La acompañaba una adolescente que tenía un rostro que sobrepujaba a la luna llena cuando brilla en medio de las tinieblas.
Mientras se querellaba mostró sus bellezas: las lágrimas fluían de sus párpados.
Escuché sus palabras; la miré y una boca sonriente me extenuó.
Mi corazón se marchó con ella y me dejó rehén de mi pasión.
Tal es mi historia; apiadaos de mí y nombrad cadí, en mi lugar, a mi hijo.

A continuación sufrió un estertor y el alma se separó de su cuerpo. Lo prepararon, lo enterraron y se apiadaron de él. Fueron a ver al tercer cadí. Lo encontraron enfermo. Le sucedió lo mismo que al segundo. Lo mismo pasó con el cuarto. A todos los encontraron enfermos de amor. También los testigos habían enfermado de amor: todo aquel que la había visto murió de amor; y si no murió vivió sufriendo el aguijón de la pasión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif: Ésta marchó rápidamente durante unos días y así recorrió una gran distancia. Ella y su esclava encontraron un convento junto al camino. En él vivía un superior que se llamaba Danis. Gobernaba a cuarenta monjes. Al ver la belleza de Zayn al-Mawasif le salió al encuentro y la invitó diciendo: « ¡Descansad en nuestra casa durante diez días! ¡Después seguid el viaje!» Ella

y su esclava se hospedaron en el convento. El superior, al ver su belleza y hermosura, perdió su propia fe, se enamoró de ella y empezó a enviarle monje tras monje para que la solicitasen. Pero todo aquel a quien enviaba quedaba enamorado de ella y la solicitaba para sí mismo. La joven se excusaba y se negaba. Danis la siguió enviando monje tras monje y así fueron a verla los cuarenta. En cuanto la contemplaban se enamoraban de ella, la trataban galantemente y la solicitaban sin acordarse ni del nombre de Danis. Ella se negaba y les contestaba con malos modos.

La paciencia del superior se acabó y al mismo tiempo la pasión se hizo más violenta. Se dijo: « El autor de los proverbios dice: "Sólo mis uñas rascan el cuerpo y mis pies me conducen al objeto de mis deseos"» . Se puso de pie, preparó una comida exquisita, la cogió con sus propias manos y fue a colocarla ante la joven. Aquel día era el noveno de los diez que había convenido con ella que duraría su estancia de reposo en el convento. Al dejar la comida ante la joven le dijo: « ¡Hónrame, en nombre de Dios! ¡Es la mejor comida que tenemos!»

La joven alargó la mano y dijo: « ¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso!» Ella y su esclava empezaron a comer. Al terminar, el superior le dijo: « ¡Señora mía! Quiero recitarte unos versos» . « Recítalos.» Empezó:

Te has apoderado de mi corazón con tus miradas y tus mejillas: mi prosa y mis versos cantan tu amor.
¿Me dejarás abandonado, presa de amor, de pasión, sufriendo de querer incluso en sueños?
No me abandones presa de inquietud: he plantado mis deberes con el convento para después del placer.
¡Muchacha! Has tenido por lícito, en el amor, derramar mi sangre: apiádate de mi situación y sé generosa con mis lamentos.

Zayn al-Mawasif, al oír estos versos, le replicó con este pareado:

¡Oh, tú que buscas la unión amorosa! No te engañe la esperanza en lo que a mí respecta. ¡Oh, hombre! Desiste de tal petición.
No hagas que el alma apetezca lo que no ha de poseer. Los deseos van junto con la muerte.

El superior, al oír estos versos, regresó pensativo a su celda sin saber qué había de hacer para conseguirla. Pasó aquella noche en el peor de los estados. Al caer las tinieblas, Zayn al-Mawasif dijo a su esclava: « Levántate y vámonos, pues no podemos hacer frente a cuarenta monjes, cada uno de los cuales me

solicita para sí mismo» . La esclava respondió: « ¡De mil amores!» Montaron en sus caballos y salieron, de noche, por la puerta del convento…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [las muchachas salieron por la puerta del convento] y corrieron sin cesar hasta encontrar una caravana en marcha. Se sumaron a ella: era una caravana de la ciudad en que había estado Zayn al-Mawasif, Adén. Los viajeros habían oído referir la historia de la joven y sabían que los cadíes y los testigos habían muerto de amor por ella, teniendo que nombrar los habitantes de la ciudad otros jueces y otros testigos. Éstos habían sacado de la prisión el marido. Zayn al-Mawasif, al oír estas palabras se volvió a su criada y la preguntó: « ¡Hubub! ¿No has oído esas palabras?» « Si los monjes, cuya regla les impide amar a las mujeres, se han enamorado de ti, ¿qué han de hacer los cadíes cuya fe dice que en el Islam no existe el ascetismo? Marchemos con ellos hacia nuestra patria mientras podamos ocultar nuestra historia.» Así continuaron su viaje rápidamente. Esto es lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif y a su criada.

He aquí lo que hace referencia a los monjes: Al hacerse de día corrieron todos en busca de Zayn al-Mawasif para saludarla, pero vieron que su habitación estaba vacía. La enfermedad hizo mella en sus entrañas. El primer monje desgarró sus vestidos y empezó a recitar estos versos:

¡Amigos míos, venid! Dentro de poco me separaré de vosotros y me iré.
En mis entrañas reside una enfermedad y un dolor y mi corazón muere por el suspiro del enamorado.
Por una muchacha que vino a nuestra tierra y que era igual a la luna llena cuando aparece por el horizonte.
Se marchó, pero me dejó víctima de su belleza; las flechas me alcanzaron en las partes vitales.

El segundo monje recitó estos versos:

¡Oh, tú, que al marchar te llevaste mi sangre! Ten piedad de quien has hecho desgraciado y concédele el favor de tu regreso.
Marcharon y mi tranquilidad se fue en pos de ellos; se alejaron mientras la dulzura de sus palabras resonaba en mis oídos.
Se fueron instalando, lejos, su morada ¡ojalá me concedáis el favor de presentaros en sueños!
En el momento de partir me arrancaron mis entrañas, dejándome

sumergido en mis lágrimas.

El tercer monje recitó estos versos:

Mi corazón, mis ojos y mis oídos reconstruyen vuestra imagen: mi corazón y todo mi ser os sirven de asilo.
Vuestro recuerdo me es más dulce que la miel en la boca y corre, como el espíritu vital, entre mis costillas.
Me habéis transformado, por consunción, en algo así como una astilla y me habéis ahogado en la pasión con mis lágrimas.
Dejadme que os vea en sueños: tal vez refresquéis mis mejillas de los ardores del llanto.

El cuarto monje recitó estos versos:

La lengua ha enmudecido y apenas hablo de ti: el amor es mi sufrimiento y mi enfermedad.
¡Oh, luna llena que resides en el cielo! ¡Por ti crece mi amor y mi pasión!

El quinto monje recitó estos versos:

Amo a una luna de hermosas formas cuya esbelta cintura se queja de fatiga.
Su saliva es como el mosto o el vino de calidad y sus pesadas nalgas constituyen la delicia de los humanos.
El corazón se enciende de pasión y el amante cae muerto durante la noche.
Las lágrimas resbalan sobre mi mejilla como la lluvia que corriese sobre la roja cornalina.

El sexto monje recitó estos versos:

¡Oh, tú, que con tu alejamiento me has herido de amor! ¡Oh, rama de sauce cuya buena estrella se ha levantado!
Me quejo ante ti por mi tristeza y mi pasión ¡Oh, tú, que me abrasas en el fuego de las rosas de tu mejilla!
¿Hay algún amor como el mío que me lleva a traicionar mis votos y a dejar de inclinarme y prosternarme?

El séptimo monje recitó estos versos:

Ha aprisionado mi corazón, dado vuelta a mis lágrimas, despertado mi amor y desgarrado mi paciencia.
¡Qué amarga es la separación de ese ser de dulce apariencia! En el momento del encuentro asaetea el corazón con sus flechas.
¡Censor! Deja de criticarme y arrepiéntete del pasado: tú no puedes ser verídico en los asuntos de amor.

De este modo todos los monjes y ermitaños lloraron y recitaron versos. Su superior, Danis, lloró y gimió con fuerza al no tener medio de unirse con ella. Después declamó los siguientes versos:

Perdí la paciencia el día en que se marchó mi amado; se apartó de mí quien era mi extremo deseo y mi amor.
¡Oh, tú que conduces las literas! Azuza con cuidado a los animales: tal vez así me concedan la gracia de regresar a mi domicilio.
El día de su marcha mis párpados se negaron al sueño: mis penas se renovaron, mis dulzuras, cesaron.
Me quejo a Dios por los sufrimientos que me causa su amor: ha extenuado mi cuerpo y ha destruido mi fuerza.

Cuando los monjes perdieron la esperanza de que regresase, se pusieron de acuerdo en retratarla en un cuadro que conservaron hasta que se les presentó el destructor de las dulzuras.

Esto es lo que se refiere a los monjes que vivían en el convento.

He aquí lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif: Siguió viajando en busca de su amado Masrur. Así, sin descansar, llegó a su casa, abrió la puerta y entró. Mandó llamar a su hermana Nasim. La hermana, al enterarse, se alegró muchísimo y le ofreció tapices y telas preciosas; cubrió la casa de alfombras, la adornó, corrió las cortinas ante la puerta, la aromatizó con áloe, incienso, ámbar y almizcle de la mejor clase hasta impregnar todo el ambiente del modo más suave. A continuación Zayn al-Mawasif se puso sus más preciosos vestidos y se engalanó de la manera más perfecta. Todo esto sucedía sin que Masrur supiese que había regresado; al contrario: se encontraba completamente agobiado de pena y de tristeza.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después, Zayn al-Mawasif se sentó para hablar con sus criadas, con aquellas que no la habían acompañado en el viaje. Les contó todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin. Volviéndose a Hubub, le dio unos dirhemes y le mandó que se marchase y regresara con algo de comer para ella y sus esclavas. La doncella salió y regresó con los alimentos y bebidas que le habían pedido. Una vez hubieron terminado de comer y beber, Zayn al-Mawasif mandó a Hubub que fuese en busca de Masrur, averiguase dónde se encontraba y viese la situación en que se encontraba.

Masrur no podía estarse quieto ni tener paciencia. Cuando la pena, la pasión, el amor y el desvarío le vencían, se consolaba recitando versos, yendo a su casa y besando las paredes. Un día, Masrur se dirigió al lugar en que se habían despedido y recitó estos magníficos versos:

He ocultado lo que me sucede por su causa, pero es bien manifiesto. El sueño de mis ojos se ha transformado en insomnio.
Cuando mi corazón fue esclavo del pensamiento grité: « ¡Oh, destino! ¡Líbrame de tus cambios y no me atormentes!»
Mi vida se encuentra entre la pena y el peligro.
Si el sultán del amor hubiese sido equitativo conmigo, el sueño no se hubiese apartado de mis ojos.
¡Señores míos! Tened piedad de un amante moribundo y lamentad la situación de quien fue el jefe de la gente y hoy se encuentra humillado.
En la ley del amor ¡cuántos ricos se empobrecen!
Los censores se cebaron en ti, pero yo no los escuché: cerré mis oídos y los ignoré.
Guardé la promesa hecha a los que amo. Dijeron: « ¿Amas a quien se marchó?»
Contesté: « ¡Basta! Cuando se cumple el destino la vista está ciega» .

Entonces el joven regresó, llorando, a su casa. El sueño le venció. Durmiendo vio que Zayn al-Mawasif llegaba a su domicilio. Se despertó llorando y se marchó a la casa de Zayn al-Mawasif recitando estos versos:

¿Puedo olvidar a aquella que me hizo prisionero con su amor? Mi corazón está sobre un fuego más ardiente que la brasa.
Me he enamorado de aquella que me hace quejar ante Dios por su lejanía, por el mudar mis noches y los sucesos de mi destino.
¿Cuándo nos reuniremos ¡oh, límite extremo del corazón y del deseo! y podré gozar, ¡oh luna llena! de nuestra unión?

Recitó los últimos versos de la poesía mientras cruzaba por la calle de Zayn al-Mawasif. Aspiró su aroma penetrante: perdió la cabeza; el corazón marchó de su pecho, la pasión se apoderó de él y creció su desvarío. En ese momento Hubub se dirigió hacia él para cumplir el encargo. Vio que se le acercaba desde el otro extremo del callejón. Al darse cuenta de que la muchacha iba en su busca experimentó una gran alegría. La joven lo saludó y le dio la buena nueva de la llegada de su señora, Zayn al-Mawasif. Le dijo: « Ella me ha ordenado que te buscara» . Masrur experimentó una alegría sin igual. Hubub lo acompañó hasta Zayn al-Mawasif. Ésta, al verle, bajó de su estrado, le acogió bien, lo besó y lo abrazó; él también la estrechó entre sus brazos. Siguieron besándose y abrazándose hasta que cayeron desmayados. Permanecieron así largo rato por lo mucho que se querían y por la angustia que les había causado la separación. Al volver en sí del desmayo la joven mandó a su esclava Hubub que le llevase una jarra llena de un sorbete azucarado y otra con un sorbete de limón. La joven le llevó todo lo que le había pedido. Comieron, bebieron y pasaron el tiempo hasta que llegó la noche. Se contaron lo que les había ocurrido desde el principio hasta el fin. Después la muchacha le explicó que se había convertido al Islam. El muchacho se alegró y se convirtió también; lo mismo hicieron las restantes esclavas y todos se arrepintieron ante Dios (¡ensalzado sea!). Al día siguiente por la mañana mandaron llamar al cadi y a los testigos, les dijeron que la joven era viuda, que había cumplido el retiro y que quería casarse con Masrur. Escribieron el contrato matrimonial y vivieron en la más dulce de las vidas. Esto es lo que hace referencia a Zayn al-Mawasif y Masrur.

He aquí lo que hace referencia al esposo judío. Una vez que la gente de la ciudad lo sacó de la prisión, se puso en viaje dirigiéndose a su país. Viajó sin descanso hasta llegar a tres días de distancia de la ciudad en que estaba Zayn al-Mawasif. Ésta se enteró, llamó a su esclava Hubub y le dijo: « Ve al cementerio de los judíos, abre una tumba, planta arrayanes y rodéalos de agua. Si el judío se presenta y te pregunta por mí responde: “Mi señora murió de dolor por ti. Han transcurrido ya veinte días desde su muerte”. Si te dice: “Muéstrame su tumba”, condúcelo a la fosa y procura ingeniártelas para enterrarlo vivo» , « ¡Oír es obedecer!» , replicó Hubub. Los novios se levantaron de la cama y escondieron ésta en una buhardilla. Zayn al-Mawasif se fue a casa de Masrur y permanecieron juntos, comiendo y bebiendo, durante los tres días. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a su esposo: En cuanto llegó del viaje llamó a la puerta. Hubub preguntó: « ¿Quién hay en la puerta?» « ¡Tu señor!» Le abrió la puerta. El judío vio que las lágrimas le corrían por las mejillas. Le preguntó: « ¿Qué te hace llorar? ¿Dónde está tu señora?» « ¡Ha muerto de dolor por ti!» El judío, al oír estas palabras, quedó perplejo y rompió a llorar amargamente. Luego dijo: « ¡Hubub! ¿Dónde está su tumba?» Le acompañó al cementerio y le

mostró la tumba que había abierto. Entonces, el judío, reanudó su llanto y recitó este par de versos:

Hay dos cosas por las que, si mis ojos derramaran lágrimas de sangre hasta casi desaparecer,
No pagarían ni la décima parte de su valor: la flor de la juventud y la separación de los seres amados.

Siguió llorando y recitó estos versos:

¡Ah! ¡Qué pena! Mi cuerpo me traiciona y muero de dolor por encontrarme separado de mi amado.
¡Ah! ¡Qué es lo que me ha ocurrido lejos de él! Tengo el corazón desgarrado por obra de mis propias manos.
¡Ojalá hubiese callado el secreto toda mi vida y no hubiese revelado la pena que agitaba mi corazón!
Vivía en una vida feliz y tranquila; pero después quedé humillado y envilecido.
¡Hubub! Tú me has llenado de pena al informarme de la muerte de quien, prescindiendo de las demás criaturas, era mi sostén.
¡Zayn al-Mawasif! ¡Ojalá nunca hubiese existido la ruptura que me separa el alma del cuerpo!
Me arrepiento por no haber cumplido el pacto y mi alma me censura por lo exagerado de mi resolución.

Al terminar de recitar estos versos rompió a llorar y a quejarse. Gayó desmayado. Mientras estaba sin sentido, Hubub le arrastró y le depositó, vivo pero sin conocimiento, en la tumba. Cerró ésta, regresó al lado de su señora y le informó de lo ocurrido. Zayn al-Mawasif se alegró muchísimo y recitó este par de versos:

El destino había jurado que me causaría amarguras; pero has faltado al juramento ¡oh, tiempo!: paga el precio de la expiación.
El censor ha muerto y tengo al lado aquel a quien amo. ¡Ve al que da la alegría y ciñete el vestido!

Después se dedicaron a comer, a beber, a jugar y a distraerse hasta que les llegó el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos, el que hace morir hombres y mujeres.

HISTORIA DE NUR AL-DIN Y MARYAM LA CINTURONERA

SE cuenta que en lo antiguo del tiempo, en lo más remoto de las épocas y siglos pasados, vivió un comerciante egipcio llamado Tach al-Din. Era uno de los mayores traficantes y de los más fieles sindicados. Le gustaba visitar todos los países y tenía tendencia a recorrer campiñas, desiertos, llanuras, lugares abruptos e islas del mar en busca de dirhemes y dinares. Tenía esclavos y mamelucos, criados y esclavas. Había pasado peligros y afrontado calamidades capaces de hacer encanecer a los niños pequeños. Era el comerciante más rico de su tiempo, el que mejor hablaba; poseía caballos, mulos, camellos, dromedarios, sacos grandes y medianos; mercancías y riquezas; telas sin par; tejidos de Homs, vestidos de Baalbek, piezas de raso, trajes de Merw, confecciones indias, botones de Bagdad, albornoces magrebíes, así como mamelucos turcos, criados abisinios, esclavas romanas y pajes egipcios. Los trapos que tapaban sus fardos eran de seda, pues poseía enormes riquezas. Era muy hermoso, de buenos andares, llamaba la atención tal y como dijo de él uno de sus descriptores:

> He visto un comerciante entre cuyos admiradores ardía la guerra.
> Preguntó: «¿Por qué arma la gente ese alboroto?» Contesté: «Por tus ojos, comerciante».

Otro, que hizo una magnífica descripción, dijo en este sentido:

> Un comerciante nos ha visitado de buen talante; el corazón queda perplejo ante sus miradas.
> Me dijo: «¿Qué es lo que te ha aturdido?» Respondí: «Tus ojos, comerciante».

Aquel mercader tenía un hijo varón que se llamaba Nur al-Din. Éste parecía ser la luna cuando brilla en la noche de su plenilunio: era de extraordinaria belleza y hermosura, gracioso talle y de armónicas proporciones. Cierto día el muchacho se sentó, como tenía por costumbre, en la tienda del padre para vender y comprar, tomar y dar. Los hijos de los demás comerciantes lo rodeaban y él, entre ellos, parecía ser la luna cuando brilla entre las estrellas: frente clara, mejillas sonrosadas, bozo oscuro y cuerpo como el mármol. Tal como dijo de él el poeta:

> Un hermoso joven me ha dicho: «Descríbeme; tú eres experto en las descripciones».
> Respondí brevemente: «Todo lo que hay en ti es hermoso».

O bien como dijo uno de sus descriptores:

Tiene un lunar en la superficie de la mejilla que parece ser un punto de ámbar en una superficie de mármol.
Sus miradas son espadas que gritan, al acometer al que desobedece en amor: « ¡Dios es grande!»

Los hijos de los comerciantes lo invitaron diciendo: « Señor mío Nur al-Din. Nos gustaría que hoy nos acompañases a visitar tal jardín» . Les contestó: « Esperad a que pida consejo a mi padre. Yo no puedo marcharme sin su consentimiento» . Mientras hablaban así llegó su padre, Tach al-Din. El muchacho lo miró y le dijo: « ¡Padre mío! Los hijos de los comerciantes me invitan para que los acompañe a visitar tal jardín ¿me lo permites?» « Sí, hijo mío.» Le dio algún dinero y le dijo: « Ve con ellos» . Los hijos de los comerciantes montaron en asnos y mulos. Nur al-Din subió a una mula y los acompañó a un jardín en el que había cuanto podía apetecer al ánimo y distraer la vista. Estaba sólidamente construido, los muros eran altos y tenía una entrada de bóveda de cañón que parecía un salón; una puerta celeste que asemejaba a las del paraíso. El portero se llamaba Ridwán y encima había cien parras de uva de todos los colores: rojas como el coral; negras como las narices de los sudaneses, blancas como huevos de paloma. Había además ciruelas, granadas, peras, albaricoques y manzanas de todas las clases sueltas o aisladas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [había frutas]… tal y como dijo el poeta:

Uva cuyo gusto es el mismo del vino; el color negro es como el del cuervo.
Aparece entre las hojas y la ves como si fuese las puntas de los dedos de las mujeres, libres de alheña.

O como dijo también un poeta:

Racimos que cuelgan de una rama y que se asemejan a mi cuerpo extenuado.
Se parecen a la miel y al agua en un ánfora; tras haber sido ácido se transforma en vino.

Después se dirigieron hacia las parras del jardín: descubrieron a Ridwán, el portero, que estaba sentado debajo de su sombra. Parecía ser el Ridwán que guarda el paraíso. En la puerta de entrada de la pérgola vieron escritos este par de versos:

¡Riegue Dios un jardín del que cuelgan los racimos cuyo jugo abundante hace que se inclinen las ramas!
Cuando el soplo del céfiro las hace bailar la lluvia las cuaja de perlas.

En el interior de la pérgola vieron escritos este par de versos:

¡Amigo! Entra con nosotros en un jardín que aleja las penas del corazón.
El céfiro tropieza con su propio faldón y la flor sonríe en el cáliz.

En aquel jardín había árboles frutales de distintas especies, pájaros de todas clases y colores tales como palomas, ruiseñores, chorlitos, tórtolas y pichones que cantaban en sus ramas; ríos que llevaban agua corriente y en cuyas orillas crecían flores y frutos sabrosos. Tal y como de ellos dijo el poeta en este par de versos:

El céfiro corre entre las ramas que se asemejan a una hermosa que tropieza con sus magníficas ropas.
Sus riachuelos parecen espadas en el momento en que la mano de los caballeros las sacan de la vaina.

O como ha dicho otro poeta:

El río avanza hacia las ramas y refleja el cuerpo de éstas en su corazón.
Hasta el punto de que el céfiro, cuando se da cuenta, tiene celos, corre hacia ellas y las aparta de su lado.

Los árboles del jardín tenían dos especies de cada fruto; entre ellos había granadas que parecían pelotas de plata. Tal y como dijo, acertadamente, el poeta:

Granadas de piel tersa que parecen senos vírgenes cuando aparece el varón;
Si las pelo aparecen granos como rubíes ante los que queda absorta la mente.

Y como dijo el poeta:

Redondo, muestra, a quien lo busca, un interior de rubíes rojos escondidos en un magnífico envoltorio.

Es una granada; cuando la miras parece ser un seno virgen o una cúpula de mármol.

Guarda en sí la curación y la salud del enfermo y sobre ella existe una tradición del Profeta puro.

Acerca de ella ha dicho Dios: « ¡Grande es su Majestad!» Unas palabras certeras que figuran en el libro escrito[263].

Había en aquel jardín unas manzanas azucaradas y almizcladas que dejaban perplejo a quien las miraba. Tal como dijo el poeta:

Una manzana que tiene dos colores a la vez: los de las mejillas del amado y del amante están juntas.

Brillan en la rama como los dos extremos de un prodigio: una oscura y la otra resplandeciente.

Ambas se abrazan: al aparecer el censor una se sonroja de vergüenza y la otra palidece de pasión.

En aquel jardín había melocotones almendrados y alcanforados, unos de Chilán y otros de Antab. Tal como dijo el poeta:

El melocotón almendrado parece un amante al que la llegada del amado haya dejado perplejo.

Lo que en sí encierra basta para describir al amante, pálido exteriormente y despedazado por dentro.

Otro poeta ha dicho muy bien:

Mira el melocotón: en sus flores hay jardines cuyo resplandor recrea la pupila.

Cuando brotan las flores parecen estrellas. La rama brilla con ellas entre las hojas.

En el mismo jardín había albaricoques, cerezas y uvas capaces de curar al enfermo de todos sus males; los higos de color entre rojo y verde, colgaban de las ramas de tal modo que la vista y el entendimiento quedaban estupefactos. Tal y como dijo el poeta:

Los higos que muestran rojo y verde entre las hojas del árbol parecen ser
Muchachos griegos plantados en lo alto del castillo que, caídas las tinieblas, montan la guardia.

¡Qué bien dijo otro!:

¡Bien venidos los higos alineados en la bandeja!
Parecen una mesa doblada que queda cerrada sin anillo.

¡Qué bien dijo otro!:

¡Dame un higo de buen sabor y bien vestido! Su aspecto externo da noticia del interior.
Cuando lo pruebas da aroma de camomila y gusto de azúcar.
Si los colocas en el plato parecen ser bolas hechas de seda verde.

¡Qué bien dijo otro!:

Cuando ya me había acostumbrado a comer higos prescindiendo de los demás frutos me preguntaron:
« ¿Por qué prefieres los higos?» Les contesté: « Unos prefieren los higos y otros el sicómoro» .

¡Qué bien dijo otro!:

Los higos me gustan más que los restantes frutos cuando, maduros ya, se pliegan a la rama.
Parece que sea un asceta que, cuando la nube derrama la lluvia, deja escapar lágrimas por temor de Dios.

En aquel jardín había peras del Sinaí, de Alepo y de Grecia, formando grupos o aisladas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [había peras] cuyos colores, que iban del amarillo al verde, dejaban admirados a cuantos los veían. Tal y como dijo el poeta:

Que te sienten bien las peras cuyo color es el de un amante muy pálido.
Parecen ser vírgenes que están en su habitación y se han cubierto con el velo.

Había en aquel jardín ciruelas sultaníes con colores distintos que iban desde el amarillo al rojo. Tal y como dijo el poeta:

Las ciruelas que están en el jardín y que se han recubierto con sangre de dragón parecen ser
Avellanas de oro amarillo cuya superficie se hubiese recubierto con sangre.

Había en aquel jardín almendras verdes muy dulces que parecían ser meollo de palma; su carne estaba recubierta por tres membranas que constituían una de las obras del Rey Generoso, tal y como dijo el poeta:

Tres membranas sobre la carne fresca; por obra del Señor tienen distinta forma.
Noche y día amenaza la muerte sin que el prisionero tenga la menor culpa.

¡Qué bien dijo otro!:

¿Es que no ves la almendra cuando la arranca la mano del recolector de la rama?
Las cáscaras nos muestran el corazón; parece una perla en el interior de la concha.

¡Qué bien dijo otro!:

¡Qué hermosura de almendra verde más pequeña que el contenido de la mano!
Parece como si sus pelillos fuesen el bozo que nace en el rostro del adolescente.
Su cauce, amigo mío, es doble o sencillo
Como si fuesen perlas escondidas en el interior de una esmeralda.

¡Qué bien dijo otro!:

Mis ojos no han visto jamás nada tan hermoso como la almendra cuando aparecen sus flores.
La cabeza se enciende de cabellos grises mientras se vuelve verde el bozo.

En aquel jardín había frutos de loto de múltiples colores formando grupo o bien separados. Uno de sus descriptores dijo estos versos:

Observa el loto, que se alinea en las ramas; parece ser magníficos melocotones que brillan en el árbol.
Su color amarillo parece, ante los ojos de quien los mira, campanillas que se hayan teñido de rojo.

¡Qué bien dijo otro!:

El árbol de loto presenta cada día más encantos.
Como si sus flores, los lotos, cuando se muestran ante los ojos,
Fuesen campanillas de oro colgadas de las ramas.

En aquel jardín también había naranjos parecidos al *jalanch*, tal y como dijo el poeta enamorado:

Fruto encarnado, del tamaño de una mano, que por fuera parece de fuego y por dentro de nieve.
Lo curioso es que la nieve no se funda con tanto fuego y que el fuego carezca de llamas.

¡Qué bien dijo otro!:

Cuando se mira fijamente a los naranjales, parece que sus frutos sean
Mejillas de mujer, cubiertas de galas en día de fiesta y vestidas de seda.

¡Qué bien dijo otro!:

Cuando sopla la brisa en las colinas de naranjales y sus ramas se balancean parecen
Mejillas hermosísimas a cuyo encuentro salen, en el momento del saludo, otras mejillas.

¡Qué bien dijo otro!:

> Era una gacela. Le dijimos: « Descríbenos este jardín y sus naranjales» .
> Me contestó: « Vuestro jardín es como mi rostro; quien recoge naranjas cosecha fuego» .

Tenía aquel jardín unas toronjas del mismo color amarillo; estaban colocadas en lo alto y pendían de las ramas como si fuesen barras de oro. Acerca de ellas dijo el poeta apasionado:

> ¿No ves la rama con las toronjas en flor? Inclinándose por el peso hace temer su fin.
> Cuando sopla el céfiro parece como si la rama agitase varitas de oro.

También tenía aquel jardín limones grandes que colgaban de las ramas como si fuesen pechos de mujeres vírgenes, bellas cual gacelas; eran muy apetitosos. ¡Qué bien dijo el poeta!:

> ¡Cuántos limones he visto en las ramas del jardín, que parecen el talle de una persona!
> Cuando el viento los curva se inclinan como pelota de oro en pala de esmeralda.

También tenía aquel jardín limones de aroma penetrante que parecían huevos de gallina; su color amarillo constituía el adorno de las cosechas y su olor placía al cosechero tal y como dijo uno de sus descriptores:

> ¿No ves el limón, que cuando se muestra, conquista la vista con su brillo?
> Parecen huevos de gallina a los que una mano haya recubierto de azafrán.

En aquel jardín había toda clase de frutos; arrayanes y plantas; flores como el jazmín, la alheña, la pimienta, espigas ambarinas, rosas de toda clase, zaragatona, mirto y toda clase de flores; aquel jardín no tenía igual y parecía un trozo del paraíso. Si entraba en él un enfermo salía de allí como un león furioso; no había lengua capaz de describirlo dados los muchos prodigios y maravillas que contenía y que sólo se encuentran en el Edén. ¿Y cómo no iba a ser así si su portero se llamaba Ridwán? Pero, entre los dos sitios hay diferencia.

Los hijos de los comerciantes recorrieron el jardín y después se sentaron debajo de uno de sus pabellones y colocaron a Nur al-Din en el centro…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [colocaron a Nur al-Din en el centro] encima de un tapete de cuero bordado en oro y colocado encima de un cojín relleno de plumas de avestruz, redondo, cubierto de armiño. Le ofrecieron un abanico de plumas de avestruz en que estaban escritos este par de versos:

Un abanico de olor perfumado recuerda la época feliz
Y en cada momento lleva su aroma al rostro de un muchacho libre y generoso.

Aquellos muchachos se quitaron los turbantes y los vestidos y se sentaron a hablar, a entretenerse y a decirse palabras amables. Todos contemplaban a Nur al-Din y examinaban su belleza y hermosura. Al cabo de un rato de estar tranquilos, apareció un criado llevando en la cabeza una mesa de comida que contenía platos de porcelana china y de cristal. Y esto porque uno de los hijos de los comerciantes lo había pedido a sus familiares antes de marcharse al jardín. La mesa contenía toda clase de animales que andan, vuelan o nadan en los mares, tales como perdices y codornices, pichones, corderos y peces finos. Colocó la mesa ante ellos, se acercaron y comieron según el apetito que tenían. Al terminar retiraron la mesa, se lavaron las manos con agua pura y jabón almizclado. Después secaron sus manos con toallas tejidas con seda y lino. A Nur al-Din le ofrecieron una toalla bordada con oro rojo. Se secó las manos. Sirvieron el café y cada uno de ellos bebió el que le apetecía. A continuación se sentaron para hablar. Entonces el jardinero se alejó para regresar con un cesto lleno de rosas. Preguntó: « ¡Señores míos! ¿Qué decís de estas flores?» . Uno de los muchachos replicó: « No hay inconveniente en aceptarlas; en especial las rosas no serán rechazadas» . « Sí; pero tenemos por costumbre el no dar las rosas más que a cambio de una tertulia. Quien quiera cogerlas debe recitar algún verso que corresponda al momento presente.» Los hijos de los comerciantes eran diez. Uno de ellos dijo: « Dámelas y te recitaré lo que hace al caso» . El jardinero le entregó un ramillete de rosas. Lo cogió y recitó estos versos:

Aprecio la rosa, pues no cansa.
Todas las flores forman un ejército del que ella es el comandante en jefe.
Cuando se ausenta todas se enorgullecen y discuten; pero cuando vuelve, se humillan.

Entregó un ramillete de rosas al segundo; éste las cogió y recitó este par de versos:

¡Señor mío! Toma una rosa cuyo olor te recuerda el almizcle.
Parece una esbelta muchacha que se ha cubierto la cabeza con sus pétalos porque la veía el amante.

Entregó un ramillete de rosas al tercero; éste las cogió y recitó este par de versos:

¡Preciosa rosa que alegra el corazón de quien la ve! Su olor parece el del ámbar gris.
El talle la ha abrazado cariñosamente con sus propias hojas del mismo modo que quien presta su boca al beso.

Entregó un ramillete de rosas al cuarto; éste las cogió y recitó este par de versos:

¿No ves el rosal que muestra maravillas engarzadas en sus ramas?
Parecen jacintos que cercan las esmeraldas que contienen incrustaciones de oro.

Entregó un ramillete de rosas al quinto; éste lo cogió y recitó este par de versos:

Las soportan tallos de esmeralda cuyos frutos son lingotes de oro puro.
La gota que cae encima de sus pétalos parece ser una lágrima vertida por los párpados.

Entregó un ramillete de rosas al sexto; éste lo cogió y recitó este par de versos:

¡Rosa! ¡Reúnes en ti prodigiosa belleza! Dios ha depositado en ti sutiles secretos.
Parece ser la mejilla del amado a la que, el amante, en el momento de la unión, ha punteado con un dinar.

Entregó un ramillete al séptimo; éste lo cogió y recitó este par de versos:

Dije a la rosa: « Tus espinas hieren instantáneamente a todo aquel que te acaricia» .
Me contestó: « Todas las flores constituyen mi ejército. Yo soy su jefe y la espina mi arma» .

Entregó un ramillete de rosas al octavo; éste lo cogió y recitó este par de versos:

¡Guarde Dios la rosa amarilla fresca y resplandeciente como el oro,
Y la bella rama en la que ha florecido y que soporta pequeños soles!

Entregó un ramillete de rosas al noveno; éste lo cogió y recitó este par de versos:

Los arbustos de rosas amarillas renuevan la pasión en el corazón del enamorado.
¡Prodigio es que el rosal, regado con agua como la plata, dé frutos de oro!

Entregó un ramillete de rosas al décimo; éste lo cogió y recitó este par de versos:

¿No ves el ejército de las rosas que resplandece, amarillo y rojo, en el avance?
Las rosas con sus espinas parecen flechas de esmeralda tras un escudo de oro.

Cuando les hubo distribuido las rosas, el jardinero les presentó el servicio del vino. Colocó ante ellos una jarra de porcelana con dibujos de oro rojo y recitó este par de versos:

La aurora anuncia la luz, escancia el vino viejo que hace del cuerdo un loco.
No sé, tal es su transparencia, si está dentro de la copa o la copa está dentro de él.

El jardinero llenó la copa, bebió y así fue girando en ruedo hasta llegar a Nur al-Din, hijo del comerciante Tach al-Din. El jardinero llenó la copa y se la entregó. El muchacho le dijo: « Sabe que ignoro lo que es eso y que no he bebido jamás, ya que el hacerlo constituye un gran pecado y está prohibido en el libro

del Señor Todopoderoso» . El jardinero replicó: « ¡Señor mío, Nur al-Din! Si te abstienes de beberlo por el mero hecho de que es pecado, debes recordar que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!), es generoso, clemente, indulgente y misericordioso; que perdona las mayores faltas y que su indulgencia abarca todas las cosas. ¡Él tenga piedad del poeta que dijo!:

Sé como quieras ser, pues Dios es generoso; no hay ningún mal en que cometas pecados
Excepción hecha de dos: el asociar a Dios otros dioses y el causar daño al prójimo» .

Uno de los hijos de los comerciantes dijo: « ¡Te conjuro, por mi vida, señor mío Nur al-Din, a que bebas esta copa!» Otro lo invitó jurando que repudiaría a su mujer y otro se le plantó delante. Nur al-Din se avergonzó, cogió la copa que le ofrecía el jardinero y tomó un sorbo que escupió en seguida diciendo: « ¡Es amargo!» El jardinero le replicó: « ¡Señor mío Nur al-Din! Si no fuese amargo no tendría estas virtudes; ¿es que no sabes que si se toma una cosa dulce, por vía de medicina, parece ser que es amarga? Este vino tiene muchas propiedades y entre ellas se cuentan: el que hace digerir bien, disipa la pena y la congoja, suprime los vientos, limpia la sangre, purifica el color, vigoriza el cuerpo, del cobarde hace un valiente y acrece el apetito sexual del hombre; ¡qué largo sería si tuviésemos que citar todas sus virtudes! Un poeta ha dicho:

Hemos bebido y el perdón de Dios nos llega por todas partes; he curado mis dolencias sorbiendo de la copa.
Sé el pecado que es y sólo me ha extraviado las palabras de Dios: “En él hay ventajas para los hombres[264]”» .

En aquel mismo momento el jardinero se puso de pie, abrió una de las habitaciones del pabellón, sacó un pan de azúcar refinado, partió un buen pedazo y lo colocó en la copa de Nur al-Din. Le dijo: « ¡Señor mío! Temías beber el vino por lo amargo que estaba, pero puedes beberlo ahora pues está dulce» . El muchacho cogió la copa y la vació; se la llenó de nuevo uno de los hijos de los comerciantes y le dijo: « ¡Señor mío Nur al-Din! Soy tu esclavo» . Otro le dijo: « Y yo soy tu criado» . El tercero le dijo: « Bébela en mi honor» . El cuarto exclamó: « ¡Te conjuro por Dios, señor Nur al-Din! ¡Bebe a mi salud!» Los restantes obraron de modo parecido con el joven y así le hicieron beber diez copas; una por cada uno de ellos. El vientre de Nur al-Din estaba virgen de vino, no lo había bebido jamás hasta entonces, razón por la cual sus vapores se le subieron a la cabeza y se emborrachó de mala manera. Se puso de pie, pero

tenía la lengua pesada y apenas podía articular una palabra. Dijo: « ¡Compañeros! ¡Por Dios! Sois hermosos y vuestras palabras son hermosas. Pero es necesario complacer al oído pues beber sin satisfacer a ese sentido carece de razón tal y como dijo el poeta en este par de versos:

Haz girar la copa entre grandes y pequeños y cógela de la mano de la luna resplandeciente.
No bebas sin música, pues he visto que hasta los caballos beben al son del pífano» .

Entonces, se incorporó el dueño del jardín, montó en una de las muías que pertenecían a los hijos de los comerciantes y se marchó. Regresó acompañado por una muchacha egipcia que parecía ser una áloe fresca, pura plata o un dinar que estuviese en una vasija o una gacela en la campiña; su rastro avergonzaba al del sol de la mañana; tenía ojos encantadores y unas cejas que parecían arcos curvados; mejillas sonrosadas, dientes como perlas, labios de azúcar, ojos lánguidos, senos ebúrneos, vientre sutil con pliegues recónditos, nalgas como cojines rellenos; dos muslos que parecían columnas sirias y entre ellos había una bolsita dentro de un envoltorio de tela. Tal y como dijo el poeta en estos versos:

Si ella se presentase a los idólatras, tomarían su rostro como Dios y prescindirían de los ídolos.
Si ella se mostrase, en Oriente, a un monje, éste dejaría de dirigirse a Oriente para volverse hacia Occidente.
Si escupiese en el mar, y eso que el mar es amargo, sus aguas se volverían dulces gracias a su saliva.

Otro recitó estos versos:

Más brillante que la luna, con ojos negros, se ha mostrado como una gacela dispuesta a cazar cachorros de león.
La noche de sus trenzas la ha levantado una casa de cabellos que no necesita pivotes para cerrarse.
El fuego de la rosa de sus mejillas sólo se alimenta de corazones derretidos y de entrañas.
Si la viesen las hermosas de la época se pondrían en pie y dirían: « ¡La palma corresponde a la que viene!»

¡Qué bien ha dicho un poeta!:

Tres cosas la impiden venir a visitarnos por temor del espía y el miedo del envidioso enfadado:
La luz de su frente, el tintineo de las joyas y el perfume de ámbar que exhalan sus miembros.
Puede tapar la frente con la manga y quitarse las joyas pero ¿cómo podrá suprimir su fragancia?

Esa muchacha era como la luna cuando aparece en la catorceava noche; llevaba puesta una túnica azul; un velo verde cubría su radiante frente, dejaba aturdido el entendimiento y perplejos a aquellos que piensan.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el jardinero condujo a la adolescente que hemos descrito y que era extraordinariamente bella y hermosa, de esbelta estatura y bien proporcionada. Tal y como aludió el poeta:

Se ha presentado vestida de azul lapislázuli, color del cielo
En esos vestidos he reconocido la luna de verano en las noches de invierno.

¡Qué bien dijo otro poeta!:

Llegó velada y le dije: « Descubre tu rostro, luna resplandeciente y brillante» .
Replicó: « Temo deshonrarme» . Le dije: « ¡Habla poco! ¡Que el transcurso de los días no te asuste!»
Levantó, de encima de sus mejillas, el velo de la hermosura y el cristal caía sobre la perla.
De tanto como la quería me decidí a matarla con el fin de que fuese mi acreedor en el día de la resurrección.
Y que fuésemos, el día del juicio, los primeros amantes que se querellasen ante el sumo Señor.
Para poder decir: « ¡Prolonga nuestro juicio y así seguiré gozando de la visión de la amada!»

El joven dueño del jardín dijo a la adolescente: « Sabe, señora de las bellas y de todos los astros que brillan, que te hemos traído a este lugar para que entretengas a este hermoso muchacho, nuestro señor Nur al-Din, pues jamás,

hasta hoy, ha venido a nuestra casa». Le replicó: «Si me lo hubieses dicho hubiera traído todo lo que poseo». «¡Señora mía! ¡Voy a buscártelo y regreso!» «¡Haz lo que bien te parezca!» «¡Dame una señal!» La muchacha le entregó un pañuelo. Entonces se marchó en seguida, estuvo ausente una hora y regresó con una bolsa de seda de raso verde con dos lazos de oro. La adolescente lo cogió, lo desató y la vació: salieron treinta y dos pedazos de madera; montó unos encima de otros: macho sobre hembra y hembra sobre macho; se descubrió las muñecas, los montó y construyó un magnífico laúd liso de tipo indio. Se inclinó sobre él como la madre se dobla sobre el hijo y le pulsó con las yemas de sus dedos. El laúd resonó y gimió por las antiguas moradas recordando las aguas que las habían regado, la tierra en que había germinado y crecido, los leñadores que lo habían cortado, los barnizadores que lo habían preparado, los comerciantes que lo habían exportado y los buques que lo habían transportado. Chilló, gritó y gimió como si la muchacha le hubiese preguntado todo eso y él contestase, de acuerdo con las circunstancias, recitando los siguientes versos:

Era un tronco que servía de refugio a los ruiseñores; tenía afición por ellos y mi rama era verde.
Cantaban en mi copa y yo comprendía sus trinos, pero éstos fueron causa de que mi secreto fuese conocido.
Sin culpa alguna por mi parte, el leñador me derribó al suelo y me transformó como me ves, en un madero delgado.
Por las pulsaciones que yo soporto dicen que soy una víctima paciente entre las criaturas.
Por esto todo comensal que oye mi canto se embelesa y embriaga.
El Señor ha hecho que sus corazones tengan compasión de mí y, por encima de todos los pechos, paso yo.
Las más hermosas abrazan mi talle y lo mismo hace la gacela flexible con mirada de hurí.
¡Que Dios no separe de nosotros a los enamorados! ¡Que no exista ningún amado que se separe y se aleje!

La adolescente calló un momento. Después apoyó el laúd contra su seno como la madre que se reclina sobre su hijo y tocó una serie de tonadas para volver a recoger la primera y cantar estos versos:

Si ellos volviesen hacia el enamorado o le visitasen, pronto quedaría libre de sus graves preocupaciones.
¡Cuántos ruiseñores cantan sobre las ramas como si fuesen enamorados que están lejos de la morada!
¡Levántate! ¡Despierta! Las noches de la unión están iluminadas por la

luna; parece que sean auroras por la alegría que dan.
Hoy no se fijan en nosotros los envidiosos y las cuerdas nos invitan al placer.
¿No ves las cuatro delicias que hoy se han reunido? ¿El mirto y la rosa; el alelí y la anémona?
Hoy se han juntado cuatro cosas bajo la mirada: el amante, el amigo, la bebida y el dinar.
Disfruta, según tu destino, en este mundo pues sus dulzuras son perecederas y sólo quedan tradiciones y relatos.

Nur al-Din al oír estos versos de la adolescente la miró con ojos de amante y de tanta pasión como sentía apenas pudo contenerse. La muchacha se encontraba en idénticas circunstancias, pues después de haber examinado a todos los hijos de los comerciantes allí reunidos y a Nur al-Din, había visto que éste era como una luna entre las estrellas; que tenía dulces palabras, coqueto, de esbelto talle, resplandeciente, hermoso, más ligero que el céfiro, más suave que el Tasnim[265]. Tal y como se dice en estos versos:

Juro por sus mejillas, por el nombre de su boca por las flechas que dispara con sus gracias.
Por la delicadeza de su cuello, por los dardos de su mirada, por la nitidez de su frente, por lo negro de sus cabellos.
Por los escorpiones que avanzan por sus aladares y que se apresuran a matar al amado con su desvío.
Por la rosa de sus mejillas y el mirto de su bozo, por el coral de su sonrisa y las perlas de su boca.
Por la rama esbelta de su cintura adornada con frutos de granada que adornan el pecho.
Por sus nalgas tiernas cuando se mueve o está en reposo, por lo estrecho de su talle,
Por la seda que viste, por su propia ligereza, por toda la belleza que contiene su ser.
Juro por el aroma de almizcle que exhala su aliento y la brisa que lo difunde por doquier.
El sol resplandeciente vale menos que ella y la luna en creciente es sólo un recorte de su uña.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Nur al-Din, al oír las palabras y los versos de esa adolescente, quedó admirado de lo hermosos que eran. La embriaguez le venció y empezó a alabarla diciendo:

La tocadora de laúd se inclinó hacia nosotros, dada la embriaguez del vino.
Las cuerdas dijeron: « ¡Dios nos ha concedido el don de la palabra!»

Apenas acabó Nur al-Din de pronunciar estas palabras y de recitar esta composición, la adolescente clavó en él una mirada amorosa que aumentó el amor y la pasión que el joven sentía. La muchacha estaba admirada de la belleza, hermosura, esbeltez de talle y bellas proporciones de Nur al-Din. No pudiéndose contener se abrazó por segunda vez al laúd y recitó estos versos:

Me censuran porque le miro, pero él me rehúye a pesar de que mi alma está en sus manos.
Me aleja cuando sabe que está en mi corazón: parece como si Dios se lo hubiese revelado.
He dibujado su imagen en la palma de mi mano y he dicho a mis ojos: « ¡Llorad encima!»
Mis ojos jamás vieron uno igual y mi corazón, a su lado, no sabe tener paciencia.
¡Corazón! Te arrancaré de mi pecho, pues tú eres uno de quienes me lo envidian.
Si digo: « ¡Corazón! ¡Ten paciencia!» , mi corazón sigue inclinándose por él.

Cuando la joven terminó de recitar estos versos, Nur al-Din estaba impresionado por la hermosura de la composición, la elocuencia de sus palabras, la elegancia de su dicción y la facundia de su lengua. La pasión, desvarío y amor le hicieron perder la razón; fue incapaz de esperar ni un instante, se inclinó hacia ella y la estrechó contra su pecho. La joven se pegó a él y se le entregó por completo besándole entre los ojos; él la besó en la boca y, después de estrecharla por la cintura, empezó a jugar con ella, besándola, como si fuesen un par de palomos que se dan el pico; la muchacha le correspondía del mismo modo. Los allí reunidos, sintiéndose incómodos, se pusieron de pie. Nur al-Din se avergonzó y retiró de ella las manos. La muchacha, entonces, tomó el laúd, tocó numerosas melodías y, volviendo a la primera, recitó estos versos:

Es una luna que, cuando se inclina, desenvaina de sus párpados la afilada

espada y cuando mira toma a burla la gacela.
Es un rey cuyos prodigiosos encantos le sirven de ejército y que en el momento del combate utiliza su estatura como lanza.
Si la extenuación del talle estuviera en su corazón no sería dura ni cruel con quien ama.
¡Cuán duro es su corazón y cuán delicado es su talle! ¿Por qué no será al revés?
¡Oh tú que censuras el amor en que la tengo! Quédate con su belleza eterna; yo me contento con la perecedera.

Cuando Nur al-Din hubo oído sus dulces palabras y exquisito de su música, quedó maravillado y se prendó de ella. No pudiendo contenerse recitó estos versos:

La he retenido hasta estar alto el sol de la mañana; el amor que irradia me abrasa el corazón.
¿Qué la impide saludarme con un gesto, con la extremidad de los dedos o guiñando los ojos?
El calumniador vio su rostro y perplejo ante los encantos que irradiaba su belleza dijo:
« ¿Es ésta la que amas perdidamente de pasión? Tienes disculpa» . Repliqué: « Ésa es:
Me asaeteó intencionadamente con una mirada y no se ha apiadado de mi situación, ni de mi abatimiento ni de mi malestar ni de mi enajenación.
Con el corazón arrobado, apasionado, gimo y lloro a todo lo largo del día y de la noche» .

Cuando Nur al-Din hubo terminado de recitar estos versos la adolescente quedó boquiabierta de su elocuencia y de la delicadeza de sus palabras. Tomó el laúd, tocó diversos movimientos y volviendo a la primera melodía recitó estos versos:

¡Por tu cara, vida de las almas! No me alejaré de ti tenga que desesperar o no.
Si tú me eres cruel, tu imagen acude ante mí; si te pierdo de vista, tu recuerdo es mi compañero.
¡Oh, tú que has alterado mi mirada! Sabes que nunca, fuera de tu amor, me he sentido feliz.
Tus mejillas son rosas, tu saliva es vino ¿por qué no me las has ofrecido en

esta reunión?

Nur al-Din quedó impresionado del modo emocionante con que recitaba la muchacha. Quedó estupefacto y le contestó con estos versos:

Desveló su rostro cual sol en medio de la noche para eclipsar a la luna llena que estaba en el horizonte
Mostró, ante los ojos de la aurora, su trenza, para preservar la raya con la penumbra[266].
Recoge el fluir de mis lágrimas engarzadas cual cadenas y haz que te cuenten la historia de amor del modo más breve.
Cuántas veces he dicho a una lanzadora de dardos: « Ve con cuidado con tus dardos, pues mi corazón está partido.
Si mis lágrimas son como la corriente del Nilo, tu amor tiene relación con la tierra de Malaq» .
Contestó: « ¡Trae todas tus cosas!» Repliqué: « ¡Cógelas!» Dijo: « Y también el sueño» . Repliqué: « Cógelo de mis pupilas» .

El corazón de la adolescente, al oír las dulces palabras de Nur al-Din y su estupenda elocuencia, empezó a palpitar y quedó conmovido; el amor ocupó las entretelas de su corazón y le estrechó contra su pecho y empezó a besarle del mismo modo como el palomo da el pico a la paloma; el muchacho también la besaba, pero el mérito corresponde al que empieza. Cuando hubieron terminado de besarse, la joven cogió el laúd y recitó estos versos:

¡Ay de él y ay de mí por los reproches de quien me censura! ¿Me quejaré a él o le expondré mi nerviosidad?
¡Oh, tú, que me rehúyes! No pensé que llegara a merecer tu desprecio, amándote, mientras tú me perteneces.
He tratado injustamente a los amantes apasionados y por ti he ofrecido mi humillación a quien te censuraba.
Ayer criticaba a los que amaban y hoy encuentro disculpa para todo amante apasionado.
Si tu separación me ha causado pena, invoco a Dios con tu nombre, ¡oh, Alí!

Una vez hubo terminado de recitar estos versos la adolescente recitó este par:

Los enamorados dicen: « Si no nos escancia su saliva o el vino de su boca
Rogamos al Señor de los mundos que nos escuche y todos diremos: “¡Oh,

Alí!”» .

Nur al-Din, al oír estas palabras, verso y poesía de la adolescente, quedó admirado de su elocuencia y le dio las gracias por su seductora gentileza. La joven, al oír los elogios que le hacía Nur al-Din, se puso en seguida de pie, se quitó todos los vestidos y pulseras que llevaba puestos; se lo arrancó, se sentó sobre sus rodillas y le besó entre los ojos y en las lunares de sus mejillas; le hizo ofrenda de todo aquello…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven le hizo ofrenda de todo aquello] que tenía y le dijo: « Sabe, amigo de mi corazón, que el regalo es siempre proporcionado a quien lo hace» . Nur al-Din lo aceptó y después se lo devolvió; la besó en la boca, en las mejillas y en los ojos. Cuando todo se hubo terminado —y no hay nada que dure si no es el Viviente, el Subsistente, el que conserva la vida al pavo y al búho— Nur al-Din se retiró de la reunión; se puso en pie. La adolescente le dijo: « ¿Adónde vas, señor?» « A casa de mi padre.» Los hijos de los comerciantes le rogaron que pasase la noche allí, pero él se negó, montó en la mula, y anduvo sin parar hasta llegar a casa de su padre. Su madre le salió a recibir y le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Cuál es la causa de que hayas estado ausente hasta ahora? ¡Por Dios! Tu ausencia nos ha hecho estar intranquilos a mí y a tu padre. Estábamos preocupados» . La madre se acercó para besarle en la boca y percibió el olor del vino. Le dijo: « ¿Después de haber rezado y hecho tus devociones te pones a beber vino y a desobedecer a Quien es dueño de todas las criaturas y del destino?» Mientras hablaban llegó el padre. Nur al-Din se estiró en la cama y se durmió. Aquél preguntó: « ¿Qué le ocurre al chico para estar así?» La madre contestó: « Parece ser que el aire del jardín le ha causado dolor de cabeza» . El padre se acercó para preguntarle qué le dolía y saludarlo. Percibió el olor del vino. Ese comerciante, llamado Tach al-Din, no era partidario de beber vino. Le increpó: « ¡Ay de ti, hijo mío! ¿Es que tu necedad llega hasta el extremo de beber vino?» El muchacho, borracho, al oír estas palabras levantó la mano y lo abofeteó. El destino tenía dispuesto que dicha bofetada cayese sobre el ojo derecho del padre, el cual se desprendió de su sitio y resbaló por la mejilla. El padre cayó desmayado al suelo y permaneció así un rato. Lo rociaron con agua de rosas y cuando volvió en sí quiso dar una paliza al muchacho.

La madre lo impidió y el padre juró que repudiaría a su mujer si al día siguiente no hacía cortar la mano diestra del muchacho. El pecho de la madre quedó oprimido al oír las palabras de su marido y temió que ocurriese algo a su hijo. Procuró calmar y tranquilizar al padre hasta que el sueño le venció. La

mujer esperó a que saliese la luna y fue en busca de su hijo cuya borrachera había ya desaparecido. Le dijo: « ¡Nur al-Din! ¿Qué es esa fea acción que has realizado con tu padre?» « ¿Qué es lo que he hecho a mi padre?» « ¡Le has dado una bofetada en el ojo derecho y éste ha resbalado por su mejilla! Ha jurado, por el repudio, que mañana te ha de hacer cortar la mano derecha.» Nur al-Din se arrepintió de lo hecho cuando ya de nada le servía el arrepentimiento. La madre siguió: « ¡Hijo mío! Este arrepentimiento no te sirve de nada. Necesitas levantarte ahora mismo y huir en busca de tu salvación; sal y escóndete hasta llegar junto a uno de tus compañeros y espera a que Dios decida. Él hace que una situación suceda a otra» . Su madre abrió el cofre en que estaba el dinero y sacó una bolsa que contenía cien dinares. Le dijo: « ¡Hijo mío! Toma estos dinares y atiende con ellos tus necesidades. Cuando se te terminen haz que me informen para que te pueda enviar más. Cuando me los hagas pedir aprovecha para darme, confidencialmente, noticias tuyas. Tal vez Dios te conceda alguna escapatoria y regreses a tu casa» . La madre se despidió de él llorando del modo más amargo. Nur al-Din cogió la bolsa con los dinares que le daba su madre y se dispuso a salir. En aquel momento vio una bolsa muy grande que su madre había olvidado al lado del cofre y que contenía mil dinares. El joven la cogió. Se ató las dos bolsas a la cintura y salió a la calle dirigiéndose, antes de que apareciese la aurora, hacia Bulaq. Al amanecer, a la hora en que se levantan todas las criaturas proclamando la unidad del Rey todopoderoso saliendo cada uno de su casa para ir a obtener lo que Dios le concede, llegó a Bulaq. Empezó a pasear por la orilla del río y descubrió un buque con la escala en tierra; por ella subía y bajaba la gente; sus cuatro anclas estaban clavadas en tierra y los marinos estaban prestos. Nur al-Din les preguntó: « ¿Adónde vais?» Contestaron: « A la ciudad de Alejandría» . « ¡Llevadme con vosotros!» « ¡De buen grado! ¡Sé el bien venido, hermoso joven!» Nur al-Din corrió inmediatamente al mercado, compró los víveres que necesitaba, una colchoneta y una sábana y regresó al barco cuando éste estaba aparejado. El muchacho subió a bordo y tuvo que esperar poco, pues se puso en seguida en movimiento. El buque navegó sin cesar hasta llegar a la ciudad de Rasid. Al llegar a ésta, Nur al-Din descubrió una barquichuela que se dirigía a Alejandría. Embarcó en ella, atravesó el canal y navegó sin parar hasta llegar a un puente que se llamaba Bab Sidra y Dios le hizo pasar inadvertido de tal modo que ninguno de los que estaban en ella se dio cuenta de él. Nur al-Din siguió andando hasta llegar a Alejandría.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que vio que ésta era una ciudad de sólidas murallas, de hermosos paseos, que complacía a sus habitantes e invitaba a

tomarla por morada; el invierno con sus fríos se había ido y había llegado la primavera con sus rosas: las flores habían abierto sus capullos, los árboles se habían cubierto de hojas, los frutos estaban maduros y los arroyuelos corrían a borbotones. Era una ciudad bien trazada y construida y sus habitantes eran los mejores soldados. Cuando se cerraban las puertas sus moradores quedaban bien protegidos. Era tal y como se dice en estos versos:

Un día dije a un amigo de elocuente palabra: « ¡Describe a Alejandría!»
Replicó: « Es una hermosa frontera» .
Pregunté: « ¿Y en ella se puede vivir?» Replicó: « Si sopla el viento» .

Un poeta ha dicho:

Alejandría es una ciudad fronteriza de dulce saliva.
¡Qué hermoso sería reunirse en ella con el amado si no existiese el cuervo de la separación!

Nur al-Din recorrió la ciudad y no cesó de andar hasta haber visitado el zoco de los carpinteros, el de los cambistas, el de los vendedores de fruta seca, el de los fruteros y el de los drogueros. Estaba admirado de dicha ciudad, ya que su descripción estaba de acuerdo con su nombre. Mientras recorría el zoco de los drogueros tropezó con un hombre muy anciano que salía de su tienda. Lo saludó, lo cogió de la mano y le condujo a su domicilio. Nur al-Din vio un hermoso callejón barrido y regado, en el que soplaba fresca la brisa y al que daban sombra las hojas de un árbol. En dicho azucaque había tres casas y en el fondo se encontraba otra cuyos fundamentos se sumergían en el agua y cuyos muros se elevaban a la cúpula de los cielos; habían barrido y regado la plaza que estaba delante; quien iba a ella percibía el aroma de las flores y era acariciado por el céfiro tal y como si estuviese en el paraíso terrenal. El principio del callejón estaba barrido y regado y el fin con pavimento de mármol. El anciano entró en aquella casa con Nur al-Din y le ofreció algo de comer. Comieron juntos. Una vez hubieron terminado el anciano le preguntó: « ¿Cuándo has llegado desde el Cairo a esta ciudad?» « Esta noche, padre.» « ¿Y cómo te llamas?» « Alí Nur al-Din.» « ¡Hijo mío, Nur al-Din! Me forzarás a pronunciar el triple repudio si tú, mientras permaneces en esta ciudad, te separas de mí. Yo te arreglaré un lugar en el que puedas vivir.» Nur al-Din replicó: « ¡Señor mío! ¡Anciano! ¡Explícame parte de tu historia!» El viejo refirió: « ¡Hijo mío! Un año fui al Cairo con mercancías; las vendí y compré otras, pero me hicieron falta cien dinares y tu padre Tach al-Din me los dio sin necesidad de escritura a pesar de no conocerme y esperó hasta que yo hube regresado a esta ciudad desde donde despaché a un

paje para que se los devolviera y le entregara un regalo. Cuando yo te conocí tú eras pequeño. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, te pagaré parte del favor que me hizo tu padre» .

Nur al-Din al oír estas palabras se llenó de alegría, sonrió y sacando la bolsa en que tenía los mil dinares se la entregó al viejo y le dijo: « Guárdame esto en depósito hasta que haya comprado algunas mercancías para comerciar» . Nur al-Din permaneció unos días en la ciudad de Alejandría; cada día recorría sus callejas, comía, bebía, se divertía y disfrutaba. Así concluyó los cien dinares que tenía para sus gastos. Entonces fue a visitar al viejo droguero para recoger una parte de los mil dinares y gastarla. Pero no lo encontró en la tienda. Se sentó a esperar a que regresara y se entretuvo en contemplar a los comerciantes y mirar a derecha e izquierda. Mientras estaba allí, entró un persa en el mercado; montaba en una mula y a su grupa iba una esclava que parecía ser o plata purísima o peces del Nilo o una gacela de la estepa; su rostro avergonzaba al sol resplandeciente, ojos embelesadores, senos de marfil, dientes cual perlas, vientre delgado, costados redondeados, muslos como cola de carnero; su belleza era perfecta, el talle esbelto y bien proporcionado. Tal y como dijo de ella uno de sus descriptores:

Ella es como tú puedes desearlo: ha sido creada del modo más hermoso: ni alta ni baja.
Ante sus mejillas la rosa se sonroja de vergüenza y la de su talle muestra los frutos.
La luna es su cara; el almizcle, su aliento; la rama, su cuerpo; ningún ser humano la iguala.
Parece como si ella hubiese sido moldeada en agua de perlas; la belleza de cada uno de sus miembros asemeja la luna.

El persa se apeó de la mula e hizo desmontar a la adolescente. Llamó al corredor y éste corrió a su lado. Le dijo: « Toma esta muchacha y ofrécela por el mercado» . El corredor la cogió, la condujo al centro del mercado, estuvo un momento ausente y regresó con una silla de ébano con incrustaciones de marfil blanco. Colocó la silla en el suelo e hizo sentar en ella a la adolescente. Después le quitó el velo de la cara y debajo apareció un rostro que parecía ser un escudo daylamí o un lucero resplandeciente. Parecía la luna cuando se muestra en la noche decimocuarta con todo su brillo deslumbrante. Tal como dijo el poeta:

La luna, estúpidamente, quiso competir con su bella figura, pero quedó eclipsada y se fue furiosa.
Si el tronco de sauce osa compararse con su esbeltez ¡perezcan las manos de quien acarree su leña![267]

¡Qué hermoso es lo que dijo el poeta!:

Di a la hermosa de velo dorado: « ¿Qué has hecho de un asceta consagrado a Dios?
La luz de tu velo debajo del cual brilla la de tu rostro ha puesto en fuga, con su resplandor los ejércitos de las tinieblas» .
Si mis ojos consiguen lanzar una mirada furtiva a su mejilla, allí tropieza con unos guardianes que la asaetean con un lucero.

El corredor gritó entonces a los comerciantes: « ¡Cuánto dais por una perla del buceador, por una presa del cazador!» Un comerciante gritó: « ¡Cien dinares!» Otro: « ¡Doscientos!» El tercero: « ¡Trescientos!» De este modo los comerciantes fueron pujando por aquella esclava hasta llegar a los novecientos cincuenta dinares. Aquí se detuvo la puja en espera del contrato de compraventa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entonces el corredor se acercó al persa, su dueño, y le dijo: « Tu esclava ha subido hasta novecientos cincuenta dinares ¿la cedes y tomas el precio?» El persa preguntó: « ¿Ella está conforme? Quiero tratarla con miramientos, ya que cuando me puse enfermo en el curso del viaje, esta esclava me trató de modo excelente y yo juré que sólo la vendería a quien ella quisiera y deseara. He confiado la venta a sus manos. Pídele consejo y si ella está conforme, véndela a quien ella desea. Si dice que no, no la vendas» . El corredor se dirigió a su lado y le dijo: « ¡Señora de las hermosas! Sabe que tu dueño te ha confiado a ti misma la venta. Tu precio ha subido hasta novecientos cincuenta dinares. ¿Permites que realice tu venta?» La esclava dijo al vendedor: « Muéstrame quién quiere comprarme antes de hacer la venta en firme» . El corredor le llevó un comerciante: era un anciano decrépito. La muchacha le examinó durante una hora y después se volvió al corredor y le dijo: « ¡Corredor! ¿Es que estás loco o tienes mal la cabeza?» « ¿Por qué me dices tales palabras, señora de las hermosas?» « ¿Es que Dios te permite vender a un ser como yo a ese viejo decrépito que ha dicho de su mujer estos versos:

Me dijo estando enfadada en su orgullo de mujer, pues me había incitado a algo que no tuvo lugar:
“Si no haces conmigo lo que el hombre debe a su mujer no me censures si te transformas en un cornudo.

Tu miembro tiene la maleabilidad de la cera: cuanto más lo froto, más tierno está".

» Y refiriéndose al miembro dijo:

"Tengo un miembro que duerme en la ignominia y en la deshonra.
Al amanecer, cuando me encuentro solo en casa, quiere alancear y combatir".

» Refiriéndose también al miembro dijo:

"Tengo un miembro pésimo, y muy cruel, que trata mal a quien le honra.
Si duermo se incorpora y si me incorporo se duerme. ¡Que Dios no tenga piedad de quien le tiene misericordia!"»

El anciano comerciante al oír la dura sátira de la adolescente se enfadó enormemente, hasta un límite extremo, y dijo al corredor: « ¡Oh, corredor de infame agüero! Te has presentado ante nosotros, en el zoco, con una esclava vituperable que se propasa conmigo y me expone a la burla de los comerciantes» . El corredor cogió a la muchacha y se separó del anciano. Le dijo: « ¡Señora mía! No tengas tan poca educación. El anciano al que has ofendido es el síndico y el almotacén del mercado y el mejor consejero de los comerciantes» . La joven rompió a reír y recitó este par de versos:

Es propio de los gobernantes de nuestros días y eso es lo que se debe a la autoridad:
Ahorcar al gobernador en su puesto y apalear al almotacén con el alguacil.

A continuación la muchacha dijo al corredor: « ¡Por Dios Señor mío! No quiero ser vendida a ese viejo, véndeme a otro ya que éste, avergonzado de mí, me vendería a otro y pasaría a ser una criada y no es propio de mí que yo me humille sirviendo. Sé que el asunto de mi venta está en mi mano» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el corredor. La condujo hacia un comerciante muy importante. Al llegar con ella ante aquel hombre preguntó: « ¡Señora mía! ¿Te venderé a éste, mi señor Saraf al-Din, por novecientos cincuenta dinares?» La joven le observó y vio que era viejo a pesar de que tenía la barba teñida. Le contestó: « ¿Estás loco o mal de la cabeza para querer venderme a este viejo decrépito? ¿O es que yo estoy hecha para que vaya paseándome de anciano en anciano? Ambos son como un muro que está a punto de caer o como un demonio

caído de un lucero. Del primero dicen las circunstancias, estos versos:

La he pedido un beso en los labios. Contestó: "¡No! ¡Por Aquel que creó las cosas de la nada!"
No necesito aliarme con la blancura de las canas ¿es que en plena vida el algodón ha de ser el relleno de mi boca?

» ¡Qué hermosos son los versos del poeta!:

Han dicho: "La blanca canicie difunde una luz resplandeciente que reviste el rostro de respeto y luz.
Pero hasta que no aparezca la línea de canas junto a mi raya desearé no verme privada de las tinieblas.
Aunque la barba de un hombre encanecida constituye la página de sus buenas acciones, el día del juicio él preferirá no tenerla blanca".

» ¡Qué hermoso es lo que dijo otro poeta!:

Un huésped sin vergüenza se ha instalado en mi cabeza; la espada haría, en las trenzas, una obra mejor que él.
¡Idos lejos, canas sin blancura! Ante mis ojos sois más negras que las tinieblas.

» En cuanto al otro tiene defectos y faltas y se ha ennegrecido las canas de la peor manera posible. A él hacen referencia este par de versos:

Ella me ha dicho: "Veo que te has teñido las canas". Le contesté: "¡Oído mío! ¡Vista mía! Te las he escondido".
Ella se carcajeó y dijo: "¡Es maravilloso! ¡Tu falsedad ha crecido hasta alcanzar los cabellos!"

» ¡Qué bien dijo el poeta!:

» ¡Oh, tú, que te tiñes de negro las canas con el fin de retener y preservar la juventud!
¡Ah! ¡Tíñete una vez con el negro de mi suerte! Te garantizo que ésta no destiñe» .

El anciano que tenía la barba teñida, al oír estas palabras de la joven, se

enfadó terriblemente e increpó al corredor: « ¡Oh, el más infausto de los corredores! Hoy nos has traído al mercado una adolescente necia que injuria a todos los que están en el zoco uno después de otro, que los satiriza con versos y con malas palabras» . Este comerciante salió de su tienda y se marchó enfadado. Dijo: « ¡Por Dios! Jamás en mi vida he visto una muchacha que tenga menos vergüenza que tú. Hoy me has hecho perder mis ingresos y los tuyos y has hecho que, por tu causa, todos los comerciantes se hayan enfadado conmigo» . Un comerciante lo vio por el camino y pujó la oferta en diez dinares. Dicho comerciante se llamaba Sihab al-Din. El corredor pidió permiso a la muchacha para venderla. Le contestó: « Muéstramelo para que pueda verle y pedirle una cosa. Si la tiene en su casa seré vendida a él; de lo contrario no» . El corredor la dejó allí, se acercó al comerciante y le dijo: « Señor mío Sihab al-Din: sabe que esa joven me ha dicho que te pedirá una cosa; que si la tienes se venderá a ti. Pero tú has oído lo que ha dicho a tus compañeros, los comerciantes…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el corredor prosiguió:] » …por eso, yo, por Dios, no me atrevo a presentártela pues hará contigo lo mismo que ha hecho con tus vecinos y yo me cubriré de vergüenza ante ti. Sólo si tú me concedes permiso para presentártela te la traeré» . El otro le contestó: « Tráemela» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el corredor. Le llevó la joven. Ésta lo miró y dijo: « ¡Señor mío Sihab al-Din! ¿Tienes en tu casa cojines rellenos con retales de piel de armiño?» « ¡Sí, señora de las hermosas! En casa tengo diez cojines rellenos con retales de piel de armiño, pero te conjuro, por Dios, a que me digas qué harás con ellos» . « Esperar a que te quedes dormido y colocarlos encima de tu boca y de tu nariz para que te mueras.» A continuación la joven se volvió hacia el corredor y le dijo: « ¡Oh, el más vil de los corredores! ¡Parece que estás loco! Hace un rato me presentaste a dos viejos cada uno de los cuales tenía dos defectos, pero ahora me presentas ante mi señor Sihab al-Din que tiene tres: El primero: que es bajo; el segundo: que tiene la nariz grande; el tercero: que tiene la barba larga. De él ha dicho un poeta:

» No hemos visto ni hemos oído decir que haya una criatura como ésta entre todas las criaturas.
Tiene una barba larga, de un codo, una nariz de un palmo y sólo tiene un dedo de estatura.

» Otro ha dicho:

» El alminar de la mezquita está en su casa y se yergue delgado como el meñique dentro del anillo.
Si el universo entrase por su nariz, el mundo se quedaría sin pobladores» .

El mercader Sihab al-Din, al oír a la joven estas palabras, salió de la tienda, agarró por el cuello al corredor y le dijo: « ¡Oh, el más infausto de los corredores! ¿Cómo nos presentas una esclava que se burla de nosotros y nos satiriza a uno en pos de otro en sus versos y sus vanas palabras?» El corredor cogió a la muchacha y se fue de su lado. Le dijo: « ¡Por Dios! ¡He pasado todo lo largo de mi vida en esta profesión y jamás he visto una esclava menos educada que tú ni estrella más nefasta para mí que la tuya! Me has quitado mi sustento del día de hoy y sólo me has dado a ganar un pescozón en la nuca y un apretujón de cuello» . Se plantó con la esclava ante un comerciante que tenía esclavos y pajes y le preguntó: « ¿Quieres ser vendida a este comerciante, mi señor Ala al-Din?» La muchacha le miró y se dio cuenta de que era jorobado. Le contestó: « Éste es jorobado. El poeta ha dicho:

» Sus hombros se han encogido y sus vértebras alargado, se parece a un demonio que haya tropezado con una estrella.
Como si él hubiese gustado la primera vez y sentido la segunda transformándose en un jorobado.

» Un poeta dijo también:

» Cuando vuestro jorobado monta en una mula, los hombres le señalan
¿Es que no hace reír? No os admiréis si la mula se asusta debajo de él.

» O como dijo un poeta:

» ¡Cuántos jorobados tienen otros defectos a más de su fea joroba que todos los ojos rehúyen!
Parece que sea una rama encogida y seca que se haya doblado bajo el peso de las toronjas.»

Entonces el corredor se precipitó sobre ella, la cogió y la llevó ante otro corredor. Le preguntó: « ¿Te venderás a éste?» Le miró y vio que era legañoso. Replicó: « Éste es legañoso ¿cómo me vas a vender a él, del cual ha dicho un poeta:

» Al hombre cuyo ojo supura la enfermedad le aniquila la fuerza.

¡Gentes! Poneos en pie y mirad estos polvos que tiene en el ojo» .

El corredor la cogió y la llevó a otro comerciante. Le preguntó: « ¿Te venderás a éste?» Lo miró y vio que tenía una barba frondosa. Contestó: « ¡Ay de ti! ¡Este hombre es un carnero cuya cola le ha crecido en el mentón! ¿Cómo has de venderme a él, oh, el más infausto de los corredores? ¿Es que no sabes que todo hombre de larga barba tiene poco entendimiento y que cuanto más larga sea la barba menos razón hay? Esto es bien sabido de las gentes inteligentes; como dijo un poeta:

» Jamás la luenga barba de un hombre ha hecho crecer su prestigio
Lo que pierde en entendimiento, que era largo, lo gana su barba.

» O como dijo también un poeta:

Tenemos un amigo cuya barba Dios alarga sin ninguna utilidad.
Parece que fuese una noche de invierno larga, oscura y fría» .

El corredor la cogió y se la llevó. La joven le preguntó: « ¿Dónde vas?» « En busca de tu señor, el persa. Lo que hoy, por tu causa, nos ha sucedido, basta: tu escasa educación ha impedido que él y yo nos ganásemos hoy el sustento.» La joven miró el mercado; se volvió a derecha e izquierda, hacia atrás y hacia delante y, porque así estaba decretado, su mirada cayó sobre Nur al-Din al-Misrí. Se dio cuenta de que éste era un hermoso muchacho, imberbe, esbelto, que tenía catorce años, prodigiosa hermosura, belleza, maneras elegantes; parecía la luna llena cuando se muestra en la noche decimocuarta: frente brillante, mejillas sonrojadas, cuello cual mármol, dientes como perlas y una saliva más dulce que el azúcar. Tal y como dijo uno de sus descriptores:

Se mostró para competir, con su belleza, con la luna y las gacelas. Le dijo: « ¡Quédate!
Vosotras, gacelas, guardaos de competir con ella y vosotras, lunas, no os preocupéis» .

¡Qué bello es el decir de un poeta!:

Esbelta de talle, por su cabello y su frente los seres humanos se encuentran en las tinieblas y en la luz.
No despreciéis el lunar que tiene en su mejilla: Todas las anémonas tienen un punto negro.

Apenas la joven vio a Nur al-Din, éste le hizo perder la razón, su entendimiento quedó profundamente impresionado y su corazón quedó prendado de su hermosura.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que se volvió hacia el corredor y le preguntó: « Ese joven comerciante que está sentado entre los demás, que se tapa con una túnica de trapo, ¿no ha pujado nada en mi precio?» « ¡Señora de las hermosas! Éste es un joven extranjero, cairota, cuyo padre es uno de los más importantes comerciantes de El Cairo y está por encima de todos sus mercaderes y magnates. El muchacho hace poco que vive en esta ciudad; reside en el domicilio de un hombre que es amigo de su padre. Pero en lo que a ti se refiere ni ha pujado ni ha regateado.»

La muchacha, al oír las palabras del corredor, se quitó del dedo un valioso anillo que tenía un jacinto y dijo al corredor: « ¡Condúceme junto a ese hermoso joven: si me compra, este anillo es para ti como recompensa por tu trabajo de hoy!» El corredor se alegró y la condujo hacia Nur al-Din. Cuando se encontró al lado de éste le contempló y le vio como si fuese una luna llena, ya que su belleza era prodigiosa, esbelto y bien proporcionado. Como dijo uno de sus descriptores:

El agua de la belleza purifica su rostro y sus miradas lanzan venablos.
Si castiga al amante con la amargura de la separación, éste se sofoca. Yo deseo la unión.
Su frente límpida, su persona y mi amor constituyen el colmo de la perfección entre las perfecciones.
Sus hermosos vestidos se abrochan sobre un cuello arqueado como la luna en creciente.
Su pupila, su trenza y mi estado constituyen la noche más negra entre las noches.
Sus cejas, su rostro y mi cuerpo constituyen un creciente en un creciente de un creciente.
Sus mejillas han servido en ruedo un vaso de vino entre los enamorados que amarga mi dulce.
Ha calmado mi ardiente sed con el agua pura de la sonrisa de su boca en el día de la unión.
Mis bienes, mi sangre y mi honor le pertenecen en la más lícita de las licitudes.

La joven, a continuación, miró a Nur al-Din y le dijo: « ¡Señor mío! Te pregunto, por Dios: ¿soy hermosa?» « ¡Señora de las hermosas! ¿Hay en el mundo otra más bella que tú?» « ¿Y cómo has estado callado, sin pronunciar palabra ni pujar tan siquiera un dinar en mi precio mientras todos los comerciantes intervenían en la subasta? Parecía, señor mío, que no te gustaba.» « Señora mía, sí hubiese estado en mi ciudad te hubiese comprado con todas mis riquezas.» « ¡Señor mío! No te voy a decir que me compres contra tu voluntad, pero si hubieses pujado en algo mi precio me hubieses complacido, aunque luego no me hubieses comprado, pues así hubiesen dicho los comerciantes: "Si esta muchacha no fuese hermosa, este comerciante cairota no pujaría, ya que las gentes de El Cairo entienden de mujeres".» Nur al-Din se avergonzó y se sonrojó al oír las palabras dichas por la muchacha. Preguntó al corredor: « ¿A cuánto ha llegado el precio de la muchacha?» « Sólo a novecientos cincuenta dinares. Los derechos del sultán van a cargo del vendedor.» Nur al-Din dijo al corredor: « Dámela por mil dinares, corretaje y precio incluidos» . La joven se apartó y dijo al corredor: « Yo me vendo a este hermoso joven por mil dinares» . Nur al-Din se había quedado callado. Uno de los concurrentes dijo: « ¡Vendida!» Otro: « ¡Le conviene!» Un tercero: « ¡Maldito sea el hijo del maldito que puja y no compra!» Un cuarto: « ¡Por Dios! ¡Son el uno para el otro!» Antes de que Nur al-Din se hubiese dado cuenta, el corredor ya había hecho acudir al cadí y a los testigos. Pusieron por escrito el acta de venta y compra y el corredor la entregó a Nur al-Din diciéndole: « ¡Coge a tu esclava! ¡Que Dios te bendiga, pues sólo tú le convienes a ella y ella a ti!» A continuación recitó este par de versos:

La felicidad se ha dejado conducir hacia él arrastrando su manto.
Ella sólo le convenía a él y él no convenía más que a ella.

Entonces Nur al-Din, avergonzado ante los comerciantes, se levantó al momento y pesó los mil dinares que había dejado en depósito en casa del droguero amigo de su padre. Cogió a la joven y la condujo a la casa en que le había instalado el anciano droguero. La muchacha, al entrar, vio que contenía un tapiz en harapos y un viejo tapete de cuero. Dijo: « ¡Señor mío! ¿Es que no merezco aprecio y no soy digna de que me conduzcas a tu casa particular, aquella en la que tienes tus bienes? ¿Por qué causa no me has presentado a tu padre?» Nur al-Din le replicó: « ¡Señora de las hermosas! Ésta es la casa en que vivo, pero pertenece a un anciano droguero de esta ciudad que la ha preparado y me ha aposentado en ella. Ya te dije que soy un extranjero, que soy un cairota» . La joven replicó: « ¡Señor mío! La más pequeña basta hasta que regreses a tu país, pero, señor mío, te conjuro por Dios a que vayas a buscarme algo de carne asada, de vino y frutas secas y frescas» . « ¡Por Dios, señora de las hermosas! No tenía más dinero que los mil dinares que pesé como tu precio y, prescindiendo

de ellos, no poseo nada más. Tenía unos cuantos dirhemes que gasté ayer.» « ¿Y no tienes en esta ciudad un amigo que te preste cincuenta dirhemes para traerlos aquí? Yo te diré lo que has de hacer con ellos.» « No tengo más amigo que el droguero.» Nur al-Din se marchó al acto en busca de aquél y le dijo: « ¡La paz sea sobre ti, tío!» Le devolvió su saludo y le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué has comprado hoy con los mil dinares?» « ¡Una esclava!» « ¡Hijo mío! ¿Estás loco para comprar una sola esclava por mil dinares? ¡Ojalá supiera de qué raza es esta esclava!» « ¡Tío! Es de la raza de los francos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el viejo le aconsejó: « ¡Hijo mío! Sabe que los francos de más categoría cuestan en esta nuestra ciudad cien dinares. ¡Por Dios! Te han preparado una encerrona con esta muchacha. Si la amas pasa la noche con ella, satisface tu deseo y al amanecer llévala al mercado y véndela aunque hayas de perder doscientos dinares; piensa que los has perdido en el mar o que te los han robado los ladrones» . « Dices la verdad, tío; pero tú sabes que yo sólo tenía los mil dinares con que he comprado la esclava y que no me queda nada, ni un solo dírhem, para poderlo gastar. Quiero pedir de tu generosidad y bondad, que me prestes cincuenta dirhemes. Los gastaré de hoy a mañana, venderé la esclava y te los devolveré de su importe.» « Te los doy de buen grado» , replicó el viejo. Pesó los cincuenta dirhemes y le dijo: « ¡Hijo mío! Eres un muchacho de poca edad y esa joven es hermosa. Es posible que tu corazón se enamore de ella y te sea difícil venderla. Tú, que no posees nada, gastarás de estos cincuenta dirhemes y los terminarás. Volverás de nuevo a verme y te prestaré por primera, segunda, tercera vez y así, hasta la décima. Pero si vuelves, aun después, no te devolveré el saludo y se perderá el afecto que tenía por tu padre» . El jeque le entregó los cincuenta dirhemes. Nur al-Din los cogió y se los llevó a la esclava. Ésta le dijo: « ¡Señor mío! Ve al mercado ahora mismo y tráeme veinte dirhemes de seda de cinco colores distintos; con los otros treinta dirhemes trae carne, pan, frutos, sorbetes y flores» . El muchacho se marchó al mercado y compró todo lo que le había pedido su esclava y luego regresó. La muchacha se puso a trabajar en seguida: remangó las mangas e hizo una magnífica y estupenda comida. Dio de comer a Nur al-Din y ambos comieron juntos hasta hartarse. Después sirvió el vino: ambos bebieron. La esclava le fue llenando la copa y le trató cariñosamente hasta embriagarle y dejarlo dormido. Entonces la joven se puso en pie, sacó de su equipaje un saco de piel de Taif, lo abrió, sacó dos agujas, se sentó y empezó a trabajar hasta dejar terminado un magnífico cinturón; después de haberlo limpiado y pulido lo envolvió en un paño y lo colocó debajo del cojín. Entonces se desnudó, se tendió

a dormir al lado de Nur al-Din y se pegó a éste quien, al despertarse, se encontró al lado de una adolescente que parecía plata purísima, más suave que la seda, más embrujadora que la cola de una oveja; más visible que una bandera y más hermosa que un camello rojo; tenía una estatura de cinco pies, senos notorios; cejas cual arcos para disparar flechas; ojos como los de las gacelas; mejillas cual anémonas; vientre con repliegues; ombligo capaz de contener una onza de ungüento de sauce; muslos como almohadas rellenas de plumas de avestruz y entre ellos se encontraba algo que la lengua es incapaz de describir y a cuya sola mención fluyen las lágrimas. Parece como si el poeta aludiese a ello en los siguientes versos:

Sus cabellos son la noche; la raya, es la aurora; sus mejillas son rosas y su saliva, vino.
Unirse a ella constituye un refugio; separarse, equivale a ir al fuego del infierno; sus labios son rosas y su cara, la luna.

¡Qué bello es el decir del poeta!:

Aparece cual una luna; se contonea cual rama de sauce; exhala aroma de ámbar y tiene miradas de gacela.
Parece como si la tristeza se hubiese enamorado de mi corazón: en el momento en que la amada se aleja de mí, aquélla consigue la unión.
Tiene un rostro que supera las Pléyades y la luz de su frente sobrepuja al creciente.

Un poeta dijo:

Se desvelaron cual lunas y brillaron como el creciente; se balancearon cual ramas y volvieron la cabeza cual corzos.
Entre ellas hay una de ojos negros por la cual, las Pléyades, se transformarían en polvo para sus pies.

Nur al-Din se volvió al acto hacia la joven, la estrechó contra su pecho, y le chupó el labio superior, después el inferior; introdujo la lengua entre sus labios, se colocó encima de ella y vio que era una pena sin perforar y una montura que jamás había cabalgado nadie antes de él. Le arrebató la virginidad y la poseyó, ligando entre ambos el amor lazos inseparables e indestructibles; sus besos caían en la mejilla de la muchacha como los guijarros caen en el agua y se movía como la lanza que golpea en una dura algara, ya que Nur al-Din ansiaba abrazar muchachas con ojos de hurí, chupar sus labios, soltar sus cabellos, abrazar su

pecho, morder sus mejillas, apretar sus senos con movimientos cairotas, con coqueterías yemeníes, ardor abisinio, abandonos indios, ardores nubianos, enojos campesinos, gemidos de Damieta, ardores de Said y descansos alejandrinos. Y esa muchacha poseía todas esas ventajas junto con una extraordinaria belleza y coquetería. Tal como dijo el poeta:

A ésta no podré olvidarla a lo largo del tiempo ni podré inclinarme hacia quien no se le parezca.
Por la constitución de su figura parece la luna. ¡Gloria a su Creador, a su Hacedor!
Mi falta es grave por amarla, pero no me arrepentiré el día que pueda esperar en ella.
Me ha vuelto triste, enamorado, enfermo; el corazón está perplejo pensando en sus cualidades.
He recitado un verso que sólo puede comprender el joven iniciado en las rimas de la poesía.
La pasión sólo la conoce quien la sufre y el amor sólo lo experimenta quien lo siente.

Después Nur al-Din y la muchacha pasaron la noche hasta el día siguiente…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [pasaron la noche] en medio de dulzuras y regocijos, revestidos por la túnica bien cerrada de los abrazos, a seguro de las vicisitudes de la noche y del día; pasaron la noche en el mejor de los estados sin preocuparse, en medio de la unión, de lo que se dice y dirá. Tal como acerca de ambos dijo el excelente poeta:

Visita a quien amas y no te preocupes de las palabras del envidioso. La envidia, en asuntos de amor, no sirve de nada.
El Clemente no ha creado cosa más hermosa de ver que un par de amantes sobre el mismo lecho,
Abrazados, vestidos con el traje de la felicidad, teniendo por almohada la muñeca y el brazo.
Si los corazones están de acuerdo en el amor, las gentes golpean en hierro frío.
¡Oh, tú, que censuras el amor de los amantes!, ¿puedes curar a un corazón enfermo?
Si en toda tu vida se te aparece un solo amigo —¡excelente amigo!— vive

para él solo.

Al día siguiente, al hacerse claro, Nur al-Din se despertó del sueño. Se dio cuenta de que la muchacha ya le había preparado el agua. Los dos, después de las abluciones, rezaron la plegaria al Señor. Tras esto la muchacha le ofreció de comer y beber cuanto podía serle grato.

Nur al-Din comió y bebió. La muchacha, después, metió la mano debajo de la almohada, sacó el cinturón que había hecho por la noche, se lo entregó a su dueño y le dijo: « ¡Señor mío! ¡Coge este cinturón!» Le preguntó: « ¿De dónde viene?» « ¡Señor mío! Es la seda que ayer compraste por veinte dirhemes. Sal, ve al mercado de los persas y dáselo al corredor para que lo saque a subasta. Véndelo únicamente por veinte dinares cabales.» « ¡Señora de las hermosas! ¿Algo que ha costado veinte dirhemes y que ha de venderse por veinte dinares puede ser hecho en una noche?» « ¡Señor mío! Tú no conoces el precio de esto. Pero ve al mercado, dáselo al corredor y cuando lo anuncie te darás cuenta de su valor.» Nur al-Din cogió el cinturón que le entregaba la joven, lo llevó al mercado de los persas, lo entregó al corredor y le ordenó que lo anunciase. El muchacho se sentó en el banco de una tienda. El corredor permaneció ausente un rato y regresó diciendo: « Ven y toma el precio de tu cinturón: te quedan limpios veinte dinares» . Nur al-Din al oír estas palabras se quedó muy admirado y se estremeció de emoción. Se incorporó para cobrar los veinte dinares sin saber si tenía que dar crédito o no a la noticia. Una vez tuvo el dinero en su poder corrió a comprar con ellos sedas de distintos colores para que la joven las emplease, por completo, en fabricar cinturones. Después regresó a su casa, le entregó la seda y dijo: « ¡Empléala toda en hacer cinturones y enséñame también a fabricarlos! Jamás en mi vida he visto un oficio mejor que éste ni que dé mejores beneficios. ¡Por Dios! ¡Es mil veces mejor que el comercio!» La joven rompió a reír ante estas palabras y le dijo: « ¡Señor mío Nur al-Din! Ve a ver a tu amigo el droguero y pídele en préstamo treinta dirhemes; mañana se los devolverás, junto con los cincuenta que le pediste anteriormente, de lo que cobres por el cinturón. Nur al-Din se incorporó y fue a ver a su amigo el droguero. Le dijo: « ¡Tío! Préstame treinta dirhemes y mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, te devolveré los ochenta dirhemes de una sola vez» . El anciano tendero, entonces, le pesó los treinta dirhemes. El joven los tomó, se marchó al zoco y con ellos compró pan, frutas secas y frescas y flores del mismo modo como había hecho el día anterior. Se lo llevó a la esclava. Ésta se llamaba Miryam la cinturonera. Tomó la carne al momento, preparó una hermosa comida y la colocó delante de su señor Nur al-Din. Después arregló el servicio del vino, se lo ofreció y ambos bebieron juntos; ella llenaba el vaso y le daba de beber y el hacía lo mismo con ella. Una vez el vino se hubo enseñoreado de su razón, la muchacha admirada de la delicadeza y buenos modos del joven, recitó este par de versos:

Digo a un joven esbelto que ha brindado con una copa sellada con su hálito:
« ¿Es que lo has exprimido de tus mejillas?» Contestó: « ¡No! ¿Desde cuándo el vino se exprime de las rosas?»

La joven siguió invitando a Nur al-Din, y éste a ella: la muchacha le daba el cáliz y la copa y le pedía que se los llenase y le sirviese el líquido que regocija al alma. Cuando el muchacho le ponía la mano encima esquivaba con coquetería. La embriaguez había aumentado su belleza y hermosura, por lo que Nur al-Din recitó este par de versos:

Una esbelta que gustaba del vino dijo a su amante, que temía sus fastidios en una tertulia agradable:
« Si no haces girar en rueda el vaso y me escancias, te dejaré pasar la noche solo» . El muchacho temió sus fastidios y sirvió.

Así siguieron hasta que la embriaguez se apoderó del joven y se quedó dormido. Ella se incorporó al momento y empezó a trabajar en el cinturón como tenía por costumbre. Una vez hubo terminado lo arregló y lo envolvió en una hoja de papel. Después se desnudó y pasó al lado de Nur al-Din…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven pasó al lado de Nur al-Din] y entre ambos, hasta la aurora, ocurrió la unión que ocurrió. Entonces el joven se levantó y una vez estuvo arreglado, la muchacha le entregó el cinturón y le dijo: « Ve al zoco y véndelo por veinte dinares tal y como ayer vendiste el otro» . Nur al-Din lo cogió, se marchó al zoco y lo vendió por veinte dinares. Fue a visitar al droguero, le devolvió los ochenta dirhemes, le dio las gracias por su bondad e hizo por él los votos de rigor. El viejo le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Has vendido la joven?» « ¿Cómo he de vender mi alma y mi cuerpo?» y a continuación le refirió toda la historia desde el principio hasta el fin y le explicó todo lo que le había ocurrido. El viejo droguero se alegró muchísimo, de un modo indescriptible. Le dijo: « ¡Por Dios, hijo mío! Me has dado gran alegría. Si Dios quiere tú estarás siempre en el bienestar. Yo, por afecto hacia tu padre y la larga amistad que tengo con éste, sólo te deseo bien» .

A continuación Nur al-Din se separó del anciano droguero, se marchó en seguida al zoco, compró carne, frutas, bebidas y todo lo que según tenía por costumbre necesitaba y lo llevó a la muchacha. Nur al-Din y la joven siguieron comiendo, bebiendo, jugando, distrayéndose, gozando de su amor y de su

compañía, durante un año entero. Ella hacía cada noche un cinturón; al día siguiente el muchacho lo vendía por veinte dinares que invertía en comprar lo que necesitaba y lo que sobraba se lo entregaba a la muchacha para que ésta lo guardase para un caso de necesidad.

Transcurrido el año la muchacha le dijo: « ¡Señor mío, Nur al-Din! Mañana, cuando hayas vendido el cinturón, cómprame con su importe seda de seis colores distintos. Me ha pasado por la cabeza el hacerte un pañuelo para que con él puedas cubrirte los hombros; los hijos de los comerciantes y de los reyes no se alegrarán con otro igual» . Nur al-Din, entonces, se dirigió al zoco, vendió el cinturón, compró la seda de colores conforme le había mandado la muchacha y se la llevó. Miryam la cinturonera empleó una semana entera en hacer el pañuelo, ya que cuando terminaba de confeccionar, de noche, el cinturón, trabajaba un poco en el pañuelo. De este modo lo concluyó y se lo entregó a Nur al-Din. Éste se lo puso sobre los hombros y fue con él al zoco. Los comerciantes, las gentes y los magnates de la ciudad formaron dos filas a su lado para poder admirar su hermosura, el pañuelo y lo bien hecho que éste estaba. Cierta noche Nur al-Din, que estaba durmiendo, se despertó y encontró a la joven llorando y recitando estos versos:

Se aproxima y se acerca el momento de la separación del amado, ¡qué pena causa la partida, qué pena!
Mis entrañas se desgarran doloridas por las noches que transcurrimos en medio de la alegría.
Sin duda el envidioso nos mira con malos ojos y conseguirá su deseo.
¿Qué cosas nos son más dañosas que la envidia, los ojos de los censores y del espía?

Nur al-Din le preguntó: « ¡Miryam, señora mía! ¿Qué te hace llorar?» « Lloro por el dolor que me causa la separación. Mi corazón la presiente.» « ¡Señora de las hermosas! ¿Quién ha de separarnos? Yo soy de todas las criaturas la que más te ama y te adora.» « Y yo experimento por partida doble lo que tú sientes. Pero cuando las gentes piensan bien del destino les acomete la desgracia.» ¡Qué bien dijo el poeta!:

Has pensado bien del transcurso de los días mientras te eran propicios y no has temido el daño que te podía traer el destino.
Las noches te han sido favorables y te has engañado con ellas; en medio de la noche apacible nace la desgracia.
En el cielo hay innumerables astros, pero sólo se eclipsan el sol y la luna.
¡Cuántas plantas verdes y secas se hallan sobre la tierra! Pero sólo se apedrean las que dan fruta.

¿No has visto que en el mar flotan las carroñas y que sólo, en lo más profundo, se encuentran las perlas?

Añadió: « ¡Señor mío Nur al-Din! Si quieres evitar la separación ponte en guardia frente a un hombre franco que es tuerto del ojo derecho, cojo del pie izquierdo; es un viejo de cara oscura y espesa barba. Éste va a ser la causa de nuestra separación. He visto que ha llegado a esta ciudad y creo que sólo ha venido en mi busca» . Nur al-Din replicó: « ¡Señora de las hermosas! Si mis ojos lo ven, lo mato y así servirá de ejemplo» . « ¡Señor mío! No lo matarás, ni le hablarás, ni lo venderás, ni lo comprarás, ni lo tratarás, ni lo frecuentarás, ni lo acompañarás, ni hablarás jamás con él una sola palabra. Ruega a Dios para que nos proteja de sus tretas y males.» Al día siguiente Nur al-Din tomó el cinturón, lo llevó al mercado y se sentó en un banco para hablar con los hijos de los comerciantes. Le entró sueño y se durmió en aquel banco. Mientras estaba dormido, en aquel momento, el franco en cuestión, acompañado por otros siete, cruzó por el mercado. Descubrió a Nur al-Din que dormía encima del banco de la tienda con la cara envuelta en el pañuelo, uno de cuyos extremos sujetaba con la mano. El franco se sentó a su lado, cogió un extremo del pañuelo, lo examinó con la mano y siguió dándole vueltas durante un rato. Nur al-Din lo notó, se despertó del sueño y encontró al mismo franco descrito por la joven, sentado junto a su cabeza. Nur al-Din dio un alarido que asustó al otro, quien le preguntó: « ¿Por qué nos chillas? ¿Es que te hemos quitado algo?» « ¡Por Dios, maldito! —replicó el muchacho—. Si me hubieses arrebatado algo ya te hubiese conducido ante el gobernador.» « ¡Musulmán! ¡Por tu religión y lo que crees! Dime de dónde te viene este pañuelo.» « Lo ha hecho mi madre…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nur al-Din dijo: » Lo ha hecho mi madre] con sus propias manos.» « ¿Me lo vendes y cobras su precio?» « ¡Por Dios, maldito, que no he de venderlo ni a ti ni a nadie! Sólo lo ha hecho para mí y para nadie más.» « ¡Véndemelo y te pagaré y te daré su precio ahora mismo: quinientos dinares! Deja que quien te lo ha hecho te haga otro más hermoso aún.» « No lo venderé jamás, ya que en esta ciudad no se encuentra otro semejante.» « ¡Señor mío! ¿Tampoco lo venderás por setecientos dinares de oro puro?» El franco siguió aumentando el precio de cien en cien dinares hasta llegar a los novecientos dinares. Nur al-Din exclamó: « ¡Que Dios me abra la puerta de otros negocios! Yo no lo vendo ni por dos mil dinares, ni por una suma mayor» . El franco siguió haciendo ofertas al joven por dicho pañuelo hasta llegar a los mil dinares. Un grupo de comerciantes allí presentes dijo: « Nosotros te lo vendemos:

paga su importe» . Nur al-Din exclamó: « ¡Pero yo, por Dios, no lo vendo!» Uno de los comerciantes intervino: « Sabe, hijo mío, que el precio de este pañuelo es de cien dinares cuando más y eso si encontrases quien lo quisiera. Este franco te paga mil dinares en total, luego tu beneficio es de novecientos dinares. ¿Qué ganancia mayor que ésta quieres? Mi opinión es que debes vender este pañuelo, coger los mil dinares y decir a quien te lo ha hecho, que te haga otro más hermoso que éste; así quitarás a este franco maldito, enemigo de la religión, mil dinares» . Nur al-Din, avergonzado ante los comerciantes, vendió al franco dicho pañuelo por mil dinares. El extranjero le pagó al contado. El muchacho se dispuso a marcharse en busca de la joven Miryam para darle la buena noticia de lo que le había sucedido con el franco. Éste dijo: « ¡Comerciantes! ¡Detened a Nur al-Din! Vosotros y él seréis mis huéspedes esta noche. Tengo un ánfora de vino añejo griego, un cordero cebado, frutas del tiempo y secas y flores. Esta noche me honraréis con vuestra presencia. ¡Que nadie se retrase!» Los comerciantes dijeron: « ¡Señor mío Nur al-Din! Desearíamos que nos acompañases en una tal noche para poder charlar contigo. Esperamos de tu bondad y cortesía el que vengas con nosotros. Todos seremos huéspedes de este franco, ya que es un hombre generoso» . Los comerciantes le conjuraron por el divorcio y le impidieron, por la fuerza, el marcharse a su casa. En seguida cerraron las tiendas, tomaron con ellos a Nur al-Din y se marcharon con el franco a una hermosa y acogedora habitación que tenía dos pabellones. Los hizo sentarse, colocó ante ellos una mesa bien hecha, magníficamente acabada, que tenía esculpidas las figuras del vencedor y del vencido, del amante y del amado, del pedigüeño y del mecenas. El franco colocó en aquella mesa preciosos vasos de porcelana china y de cristal; todos ellos estaban repletos de frutas secas y del tiempo y flores. Después les ofreció un ánfora de vino añejo griego y mandó degollar al cordero cebado. El franco encendió el fuego, se dedicó a asar la carne y a dar de comer a los mercaderes, a escanciarles vino y hacía guiños a éstos para que escanciasen abundantemente a Nur al-Din. Le sirvieron de beber hasta que perdió la razón y se embriagó. El franco, al ver que estaba completamente ebrio, le dijo: « Esta noche nos haces feliz, señor mío Nur al-Din. ¡Bienvenido seas! ¡Bienvenido seas!» El franco siguió halagándolo con sus palabras. Después se acercó a él, se sentó a su lado y se dedicó a hablarle durante una hora. A continuación añadió: « ¡Señor mío Nur al-Din! ¿Me vendes la esclava que compraste hace un año por mil dinares ante todos estos comerciantes? Yo te daré ahora como precio cinco mil dinares, es decir, cuatro mil más» . El joven se negó. El franco siguió dándole de comer, de beber y pujando en el precio hasta llegar a ofrecerle diez mil dinares por la esclava. Entonces, Nur al-Din, ebrio, dijo ante todos los comerciantes: « ¡Te la vendo! ¡Dame los diez mil dinares!» El franco se alegró muchísimo ante estas palabras y pidió el testimonio de los comerciantes. Pasaron la noche comiendo, bebiendo

y divirtiéndose hasta la llegada de la mañana. Entonces el franco gritó a sus pajes: « ¡Traedme el dinero!» Se lo llevaron y contó diez mil dinares en monedas para Nur al-Din. Le dijo: « ¡Señor mío Nur al-Din! Toma este dinero como precio de tu esclava que me vendiste anoche en presencia de todos estos comerciantes musulmanes» . El muchacho le replicó: « ¡Maldito! ¡Yo no te he vendido nada! Me estás mintiendo. Yo no tengo esclavas» . « Me has vendido tu esclava y estos comerciantes son testigos de la venta.» Los mercaderes dijeron todos a una: « ¡Sí, Nur al-Din! Tú le vendiste la esclava delante de nosotros: nosotros somos testigos de que tú se la vendiste por diez mil dinares. Ven, coge el precio y entrégale la esclava. Dios te dará una mejor que ella. ¿Es que te parece poco, Nur al-Din, el haber comprado una esclava por mil dinares, el haber gozado durante año y medio todos los días y todas las noches de su hermosura, belleza, trato y posesión y después de todo esto ganar, por encima del precio primitivo, nueve mil dinares en la esclava? Además, cada día, te confeccionaba un cinturón que vendías por veinte dinares. ¿Tras todo esto te niegas a venderla y tienes en poco el beneficio? ¿Qué negocio hay mejor que éste? ¿Qué beneficio puede ser mayor? Si la amabas ya has quedado harto de ella durante este período. Coge su importe, compra otra que sea más hermosa que ella. Si lo prefieres te casaremos con una de nuestras hijas fijando una dote inferior a la mitad de esta suma; será más hermosa que tu esclava y el resto del dinero quedará en tu mano como capital» . Los comerciantes siguieron hablando cariñosa y hábilmente a Nur al-Din hasta que éste aceptó tomar los diez mil dinares como precio de su esclava. Entonces, el franco, mandó a buscar inmediatamente a los jueces y los testigos los cuales pusieron por escrito el contrato de venta por parte de Nur al-Din de la esclava llamada Miryam la cinturonera. Esto es lo que hace referencia al muchacho.

He aquí lo que hace referencia a Miryam la cinturonera: Ésta esperó a su señor durante todo el día hasta la puesta del sol y luego desde la puesta del sol hasta la media noche. Pero su dueño no regresó. Se asustó y rompió a llorar amargamente. El viejo droguero oyó que lloraba y le mandó a su propia esposa. Ésta se presentó ante ella, la encontró sollozando y le preguntó: « ¡Señora mía! ¿Qué te ocurre para llorar?» « ¡Madre mía! Estoy esperando la llegada de mi señor Nur al-Din y hasta ahora no ha venido. Femó que alguien, y por mi causa, le haya enredado para que me venda y que él haya caído en la trampa y me haya vendido.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que la esposa del droguero le replicó: « ¡Señora mía! ¡Miryam! Aunque entregasen a tu señor, a cambio de ti, toda esta

habitación llena de oro no te vendería y eso por el amor que yo sé que te tiene. Pero, señora Myriam, puede ser que haya llegado un grupo de la ciudad de El Cairo, de junto a sus padres, y les haya invitado a comer en el sitio en que se hospedan, pues habrá tenido vergüenza de traerlos a este lugar ya que no es suficientemente amplio o porque su rango no fuese suficiente para traerlos a casa o por que haya querido ocultarle tu existencia. Pasará con ellos la noche hasta la aurora y luego mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, vendrá a tu lado sano y salvo. No te preocupes ni te apenes, señora mía, porque esté separado de ti durante esta noche. Yo pasaré la noche contigo y te consolaré hasta que llegue tu señor» . La esposa del droguero distrajo y consoló a Miryam con sus palabras hasta que la noche desapareció por completo. Apenas fue claro Miryam vio a su señor Nur al-Din que entraba en su azucaque seguido por el franco y rodeado de un grupo de comerciantes. Los miembros de Miryam empezaron a temblar en cuanto los vio, palideció y se tambaleó como si fuese un navío azotado por un viento impetuoso en medio del mar. La mujer del droguero, al verla, le dijo: « ¡Señora mía! ¡Miryam! ¿Qué te ocurre que veo que cambia tu estado, que tu cara palidece y se marchita?» « ¡Señora mía! ¡Por Dios! Mi corazón ha presentido la separación y el alejamiento.» La esclava empezó a gemir con profundos suspiros y recitó estos versos:

No te fíes de la separación, pues tiene un gusto amargo.
El sol, cuando se pone, palidece por el dolor de la separación.
Por eso mismo, cuando sale, su rostro resplandece por la alegría del encuentro.

A continuación Miryam la cinturonera rompió a llorar amargamente, de modo inigualable, y quedó convencida de que iban a separarse. Dijo a la esposa del droguero: « ¿No te había dicho que han tendido una trampa a Nur al-Din para que me venda? No hay duda de que esta noche me ha cedido a ese franco a pesar de que le puse en guardia sobre él. Pero de nada sirve estar en guardia contra el destino. Ahora te das cuenta de que era verdad lo que te decía» . Mientras dirigía estas palabras a la esposa del droguero llegó su señor Nur al-Din y entró en la habitación. La joven vio que había perdido el color, que sus miembros temblaban y que en el rostro se veían las huellas de la tristeza y del arrepentimiento. Le dijo: « ¡Señor mío Nur al-Din! ¡Parece ser que me has vendido!» El joven rompió a llorar amargamente, gimió, y con un profundo suspiro recitó estos versos:

De nada sirve estar en guardia frente a los hados; si tú te equivocas el destino no falla.
Cuando Dios decreta que a un hombre le suceda algo, por más que tenga

inteligencia, oído y vista,
Los oídos se le tapan, la vista se le ciega y pierde la razón con la misma facilidad que un cabello.
Una vez se ha cumplido en él su decreto, le devuelve la razón para que reflexione.
No preguntes por lo ocurrido, cómo ocurrió: todas las cosas están predestinadas y ordenadas.

A continuación Nur al-Din pidió perdón a la joven y le dijo: « ¡Por Dios, señora mía, Miryam! La pluma escribe lo que Dios dispone. La gente, para conseguir que te vendiera, me ha tendido una trampa; yo he caído en ella y te he vendido cometiendo contigo la mayor injusticia. Es posible que quien ha dispuesto la separación nos conceda el favor de reunimos de nuevo» . La esclava le replicó: « Te había advertido y esto me preocupaba» . A continuación le estrechó contra su pecho, le besó entre sus ojos y recitó estos versos:

¡Juro por vuestro amor que jamás me consolaré de vuestro cariño aunque tuviese que perder el alma por la pasión y el deseo!
Me lamento y lloro todo el día y la noche del mismo modo como gime la tórtola sobre el árbol que crece encima de un montículo de arena.
¡Amigos míos! Mi vida es amarga desde vuestra partida. Desde el momento en que os habéis ausentado se me ha negado la reunión.

Mientras ambos se encontraban en esta situación, el franco se adelantó, se acercó y besó las manos de la señora Miryam. Ésta le dio una bofetada en la mejilla y le dijo: « ¡Aléjate, maldito! Me has perseguido hasta conseguir engañar a mi dueño pero, maldito, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, el resultado será feliz» . El franco rompió a reír ante sus palabras, se admiró de su acción y le pidió disculpa. Le dijo: « ¡Señora mía! ¡Miryam! ¿Cuál es mi culpa? Te ha vendido éste, tu señor Nur al-Din, de buen grado y sabiendo lo que se hacía. ¡Juro por el Mesías que si te hubiese amado no hubiese obrado contigo a la ligera; si no estuviese harto de ti no te hubiese vendido! Un poeta ha dicho:

» Márchese de mi lado, inmediatamente, quien me fastidia; si volviese a acordarme de él, no estaría más en la buena dirección.
El mundo entero no me parece tan pequeño para que me tengas que ver solicitando a quien no me quiere.»

Esta esclava era hija de un rey de Francia, ciudad amplia, con muchas industrias, maravillas y plantas: se parecía a Constantinopla. La causa de que esta

muchacha hubiese abandonado la ciudad de su padre constituye un hecho prodigioso y un asunto admirable que expondremos con orden para que quienes escuchan disfruten y se deleiten.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Miryam había sido educada al lado del padre y de la madre, en medio del respeto y de las atenciones. Había estudiado elocuencia, escritura, aritmética, equitación; había aprendido a coser, tejer, fabricar cinturones, pasamanería, repujar oro sobre plata y plata sobre oro y había practicado todos los oficios propios de hombres y mujeres hasta el punto de ser la perla única de su tiempo, y constituir un caso singular en su época. Dios, (¡gloriado y ensalzado sea!) le había dado belleza, hermosura, distinción y cualidades que la hacían destacar entre todos sus contemporáneos. Los soberanos de las islas la habían pedido en matrimonio a su padre, pero éste se negaba a casarla con aquel que se la pedía de tan grande como era el amor en que la tenía y que no le permitía estar separado de ella ni un instante. No tenía ninguna hija más y en cambio, sí muchos hijos varones; pero la amaba a ella más que a los chicos. Un año la muchacha se puso gravemente enferma llegando a estar a punto de morirse; entonces hizo votos de que si se curaba de dicha enfermedad iría en visita piadosa a tal monasterio que se encontraba en determinada isla. Dicho monasterio era tenido en mucha estima por ellos los cuales cumplían sus votos en él y recibían sus bendiciones. Miryam se curó de la enfermedad y quiso cumplir la promesa que había hecho a aquel cenobio. Su padre, el rey de Francia, la envió a dicho convento en una nave pequeña y mandó con ella a algunas de las hijas de los grandes y de los patricios de la ciudad para que la sirviesen. Cuando estuvieron cerca del monasterio les salió al encuentro una nave ocupada por musulmanes consagrada a combatir en la senda de Dios. Éstos se apoderaron de todos los patricios, muchachas, riquezas y regalos que transportaba y vendieron lo que habían cogido en la ciudad de Qayrwan. Miryam fue a parar a poder de un comerciante persa impotente que no se acercaba a las mujeres y que jamás había desnudado a una de éstas. La utilizó para su servicio. Después el persa se puso gravemente enfermo y estuvo a punto de morir. La enfermedad fue larga, duró varios meses y Miryam le sirvió de modo muy diligente hasta el punto de que Dios le devolvió la salud. El persa se acordó de las._ atenciones y cuidados que le había prodigado, el servicio que le había hecho y quiso recompensaría por el bien que había recibido. Le dijo: « ¡Miryam! ¡Pídeme algo!» « ¡Señor mío! Te ruego que no me vendas más que a aquel a quien yo desee y quiera.» « ¡Por Dios! Te lo concedo, Miryam. Sólo te venderé a quien tú quieras: tu venta queda en tu mano.» La joven se alegró

muchísimo. El persa le explicó la religión del Islam y ella se convirtió. Después le enseñó los ritos del culto y durante un tiempo la joven aprendió la religión y las disciplinas relacionadas con ésta; le hizo saber de memoria El Corán, el *fiqh* y las tradiciones proféticas pertinentes. Luego la llevó a la ciudad de Alejandría y la vendió a quien ella quiso, pues le había dejado el derecho de venderse a sí misma conforme hemos dicho. Ya hemos referido cómo la compró Nur al-Din. Esto es lo que hace referencia a la salida de Miryam de su país.

He aquí lo que hace referencia a su padre, el rey de Francia: Cuando se enteró de lo sucedido a su hija y a quienes la acompañaban se puso en seguida en movimiento y despachó en pos de ella buques, patricios, caballeros y campeones. Pero después de haber hecho averiguaciones por las islas de los musulmanes y no haber encontrado noticias regresaron junto a su padre gimiendo, gritando de dolor y de la dureza del destino. El soberano se entristeció muchísimo por su pérdida y mandó en su búsqueda a ese tuerto del ojo derecho y cojo de la pierna izquierda que era el más importante de sus ministros, prepotente, vanidoso, maniobrero y astuto. Le ordenó que recorriese todos los países musulmanes hasta encontrarla y que la comprase aunque tuviese que pagar una nave repleta de oro. Aquel maldito la buscó por las islas del mar y por todas las ciudades, pero no encontró ni rastro hasta llegar a la ciudad de Alejandría. Aquí preguntó por ella y se enteró de que estaba en poder de Nur al-Din el cairota. Con éste le ocurrió lo que le ocurrió y le tendió una trampa hasta conseguir comprársela, conforme hemos dicho, después de haberla descubierto gracias al pañuelo que sólo podía haber hecho la propia princesa; él es quien se había puesto de acuerdo con los comerciantes y convenido con ellos la treta con que había de recuperarla.

La joven, al encontrarse en el domicilio del visir, lloró y gimió. Éste le dijo: « ¡Señora mía! ¡Miryam! Abandona esta tristeza y este llanto; ven conmigo a la ciudad de tu padre, a la sede de tu reino, a la residencia de tu gloria, a tu patria, para vivir entre tus criados y tus pajes; deja esta humillación y esta vida en el extranjero. Basta ya con las fatigas y viajes que he hecho por tu causa, con el dinero que he gastado. Estoy cansado, pues llevo viajando casi un año y medio, ya que tu padre me ha ordenado que te comprase aunque tuviese que pagar un barco lleno de oro» . A continuación el visir del rey de Francia empezó a besarle los pies y a humillarse ante ella y seguía besándole manos y pies. Pero la cólera de la muchacha iba en aumento con todas esas pruebas de cortesía. Le dijo: « ¡Maldito! ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) no permita que alcances tu deseo!» En aquel instante los pajes le acercaron una mula que llevaba una silla recamada. La ayudaron a montar y levantaron por encima de su cabeza un parasol de seda sostenido por varas de oro y de plata. Los francos la escoltaron disponiéndose a su alrededor y así salieron por la puerta del mar. La hicieron subir en una barca pequeña y remaron hasta llegar a un gran navío en el que la instalaron. Entonces,

el visir tuerto se incorporó y gritó a los marineros: « ¡Levantad el mástil!» Lo levantaron al momento, izaron las velas y las banderas, desplegaron el algodón y el lino, empezaron a remar y zarparon.

Mientras sucedía todo esto, Miryam tenía los ojos clavados en Alejandría hasta que la perdió de vista. Lloró amargamente a escondidas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Miryam] sollozó, derramó abundantes lágrimas y recitó estos versos:

¡Morada de los amados! ¿Volverás a nuestro lado? No sé lo que Dios dispondrá.
Los buques de la separación se alejan rápidamente; las lágrimas han llagado mis ojos
Por haberme separado de un amigo que constituye mi máximo deseo; en él se curaba mi enfermedad y desaparecían mis dolores.
¡Dios mío! Sé mi representante a su lado. A ti pertenece el día en que no se pierden los depósitos.

Miryam, cada vez que se acordaba de Nur al-Din, lloraba y sollozaba. Los patricios corrían a su lado y la consolaban, pero ella no hacía caso de sus palabras y seguía sumergida en su pena de amor y pasión. Lloraba, gemía, se quejaba y recitaba estos versos:

La lengua del amor habla de ti en mis entrañas y te dice que yo te quiero.
Las brasas del amor han derretido mi corazón y éste, herido, palpita por estar separado de ti.
¡Cuántas veces escondo el amor que me consume! Mis párpados están ulcerados y mis lágrimas corren a raudales.

Miryam siguió en esta situación sin poder estar quieta ni conseguir tener paciencia durante toda la duración del viaje. Esto es lo que hace referencia a ella y al visir tuerto.

He aquí lo que hace referencia a Nur al-Din el cairota, hijo del comerciante Tach al-Din: Después de que Miryam hubo embarcado y partido, el mundo le pareció angosto y perdió la paciencia. Regresó a la habitación en que había vivido con ella y vio que era oscura y tenebrosa; contempló los instrumentos que empleaba para hacer los cinturones y los vestidos que habían cubierto su cuerpo.

Estrechó éstos contra su pecho, rompió a llorar, las lágrimas rebosaron de sus párpados y recitó estos versos:

¡Ojalá supiera si después de la separación, de mi pena y de mi dolor volverá la unión!
¡Ay de ti! Lo que fue en el pasado no vuelve ¿tendré la suerte de reunirme de nuevo con mi amado?
¿Volverá a reunirme Dios con quien deseo?, mis amigos ¿observarán los pactos de mi amor?
¿Conservará su amor aquel al que he perdido por mi ignorancia? ¿Observará las promesas que me hizo y los lazos que antes nos unían?
Después de haberme apartado de él no soy más que un muerto ¿Algún día les parecerá bien mi muerte a los amigos?
¡Qué pena la mía si mi dolor sirviese de algo! Me consumo de pasión ante mi creciente pesar.
Ha pasado ya el tiempo en que estábamos juntos, ¿será generoso el destino con mis deseos?
¡Corazón! ¡Aumenta tu amor! ¡Ojo! ¡Derrama las lágrimas y no las dejes en mi pupila!
¡Oh, separación de los seres amados, paciencia perdida! Pocos son mis defensores cuanto más aumenta mi pena.
Ruego al Dios de los mundos que sea generoso conmigo concediéndome el retorno de mi amado y la unión acostumbrada.

Después. Nur al-Din rompió a llorar desesperadamente, de un modo inigualable, miró los rincones de la habitación y recitó este par de versos:

Veo sus huellas y la pasión me derrite; derramo lágrimas sobre sus moradas.
Ruego a Quien ha decretado que me separase de ella que me conceda pronto el día de la reunión.

A continuación el joven se puso de pie, cerró la puerta de la casa y corrió al mar donde contempló el lugar desde el cual había zarpado la embarcación llevándose a Miryam. Rompió a llorar, exhaló profundos suspiros y recitó estos versos:

La paz sea sobre vosotros, pues nada más puedo hacer: estar cerca o lejos, tal es mi situación.
En cada momento me acuerdo de vosotros y os deseo del mismo modo

que el sediento ansia la fuente.
Mi oído, mi corazón y mi vista se han quedado a vuestro lado. Recordaros es para mí algo más dulce que la miel.
¡Qué pena la mía cuando vuestro buque zarpó! ¡Con él se desvaneció el objeto de mis deseos!

Nur al-Din, lloró, sollozó y gritó: « ¡Miryam! ¡Miryam! ¿Te he visto en sueño o sólo en una pesadilla?» Al hacerse más hondos los suspiros recitó estos versos:

Después de esta separación, ¿volverán a veros mis ojos y oiré, en casa, vuestra voz?
¿Volverá a reunimos la lar que nos era familiar de modo que a mí se me concedan los deseos de mi corazón y a ti los tuyos?
¡Llevad mis huesos en el ataúd donde quiera que vayáis! ¡Enterradme enfrente del lugar en que os instaléis!
Si tuviese dos corazones, con uno viviría y el otro lo dejaría presa de vuestro amor y pasión.
Si se me preguntase: « ¿Qué queréis pedir a Dios?», respondería: « ¡Merecer la satisfacción del Clemente y luego la vuestra!»

Mientras Nur al-Din se encontraba en esta situación diciendo: « ¡Miryam! ¡Miryam!», desembarcó un anciano que le vio llorar y recitar este par de versos:

¡Vuelve, hermosa Miryam! Las nubes repletas de agua dejan correr la lluvia a través de mis pupilas.
Prescindiendo del vulgo, interroga a quienes me censuran: sabrás que los párpados de mis ojos están anegados de agua.

El anciano dijo: « ¡Hijo mío! Parece ser que lloras por la esclava que se llevó ayer el franco». Nur al-Din cayó desmayado al oír las palabras del viejo y permaneció así durante una hora. Al recobrar el conocimiento rompió a llorar amargamente, de modo inigualable y recitó estos versos:

¿Después de esta separación puedo esperar reunirme de nuevo con ella y que vuelva en su plenitud la delicia del amor?
En mi corazón hay herida y pasión y me inquietan los dimes y diretes de los espías.
Paso el día perplejo, absorto; por la noche espero que me visite su imagen.

¡Por Dios! No me consolaré, ni por un instante de su amor, ¿cómo podría resignarme si mi corazón está harto de los espías?

Es una muchacha de miembros delicados, de esbelta cintura; tiene una pupila que asaetea con sus dardos mi corazón.

Su figura asemeja la rama de sauce en el jardín; su hermosura y su belleza avergüenzan la luz del sol.

Si no temiese a Dios (¡ensalzado sea en su Majestad!) diría a la hermosa: « ¡Exaltada sea tu majestad!»

El corazón del anciano se entristeció y se apiadó de la situación de Nur al-Din, al darse cuenta de su belleza, hermoso talle, equilibrio de proporciones, elocuencia de dicción y su delicadeza. Ese anciano era capitán de un navío que iba a partir hacia la ciudad de aquella joven llevando a cien comerciantes musulmanes creyentes. Le dijo: « Ten paciencia, pues, si Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) lo quiere, sólo te ha de llegar bien. Yo te conduciré a su lado…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el capitán prosiguió: » …yo te conduciré a su lado] si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere» . Nur al-Din preguntó: « ¿Cuándo emprendemos el viaje?» « Dentro de tres días; entonces zarparemos en paz y con bien.» El joven se alegró muchísimo al oír las palabras del capitán y le dio las gracias por su bondad y el favor que le hacía. Después, acordándose de los días en que estaban reunidos y satisfacía su amor por aquella muchacha incomparable, rompió a llorar a lágrima viva y recitó estos versos:

¿El Clemente me reunirá con vos? ¡Señores míos! ¿Podré o no conseguir el objeto de mis deseos?

¿Las vicisitudes del destino permitirán vuestra visita? ¿Cerraré, ávidamente, mis párpados al veros?

Si vuestro amor se pusiera en venta le compraría a costa de mi alma; pero creo que vuestro amor vale más.

Inmediatamente después Nur al-Din se dirigió al mercado, compró todos los víveres y útiles que necesitaba para el viaje y se presentó ante el capitán. Éste, al verlo, le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué es esto que traes?» « Los víveres y lo que necesito para el viaje.» El capitán se rió de sus palabras y dijo: « ¡Hijo mío! ¿Es que vas de paseo a las columnas de Pompeyo? Si el viento y el tiempo nos son favorables, te separan dos meses de viaje del lugar al que te diriges» . El anciano pidió unos dirhemes a Nur al-Din, se dirigió al zoco y le compró todo lo que

precisaba de modo imprescindible para el viaje y le llenó un barril de agua dulce. Nur al-Din vivió en la embarcación los tres días. Cuando los comerciantes hubieron terminado sus quehaceres y subido a bordo, el capitán desplegó las velas. Navegaron durante cincuenta y un días al cabo de los cuales les salieron al encuentro los corsarios, los piratas del mar, los cuales saquearon la nave y capturaron a todos los que iban en ella. Los condujeron a una ciudad de los francos y los presentaron al rey. Nur al-Din se encontraba entre ellos. El soberano mandó que los encarcelasen; en el momento en que salieron de la sala de audiencias yendo a la cárcel, llegó la galera que transportaba a la reina Miryam la cinturonera y el visir tuerto. La galera atracó en la ciudad y el visir desembarcó, corrió ante el rey y le dio la buena nueva de la llegada sana y salva de su hija Miryam la cinturonera. Los tambores repicaron y la ciudad revistió sus mejores galas. El rey, los grandes del reino y todo el ejército montaron a caballo y se dirigieron a la orilla del mar a recibir a la princesa. Al llegar ante la nave desembarcó su hija, Miryam, y el padre la abrazó y la saludó. La muchacha le devolvió el saludo. Le ofreció un corcel y ella montó. Al llegar a palacio su madre la abrazó, la besó y le preguntó cómo se encontraba y si seguía siendo virgen como antes, cuando estaba con ellos, o era ya una mujer experta. Miryam le replicó: « ¡Madre mía! ¿Cómo puede quedarse virgen una joven que ha sido vendida a un hombre del país de los musulmanes y ha pasado de mano en mano de los comerciantes? El que a mí me compró me amenazó con apalearme, me forzó y me arrebató la virginidad. Éste me vendió a otro y éste a otro» . Para la madre, la luz se transformó en tinieblas al oír estas palabras. Contó al padre lo sucedido y éste se indignó, le supo muy mal y expuso lo sucedido a su hija a los grandes del reino y a sus patricios. Le replicaron: « ¡Oh, rey! Ella se ha ensuciado al tener relaciones con los musulmanes, sólo la purificará la ejecución de cien de éstos» . Entonces el rey mandó que le llevasen los prisioneros que estaban en la cárcel. Hicieron comparecer a todos, incluido Nur al-Din, ante él. El soberano ordenó que les cortasen el cuello. El primer ejecutado fue el patrón de la nave. Luego cortaron el cuello a todos los comerciantes, uno en pos de otro, hasta que sólo quedó Nur al-Din. Le arrancaron un pedazo del faldón de su traje, le vendaron los ojos, le condujeron al tapiz de la sangre y se dispusieron a cortarle el cuello. En aquel momento apareció una mujer anciana que se acercó al rey y le dijo: « ¡Señor mío! Tú has hecho promesa de dar, a cada iglesia, si Dios te devolvía a tu hija Miryam, cinco esclavos musulmanes para consagrarlos a su servicio; ahora que has recuperado a tu hija, la señora Miryam, cumple la promesa que hiciste» . El rey le contestó: « ¡Madre mía! ¡Juro por el Mesías y la religión verdadera! De todos los prisioneros sólo me queda éste al cual me disponía a matar. Cógelo. Él te auxiliará en el servicio de la iglesia hasta que tengamos más prisioneros musulmanes: entonces te enviaré otros cuatro. Si hubieras llegado antes de cortar el cuello de estos prisioneros te hubiese dado

todos los que hubieras querido» . La vieja dio las gracias al rey por su acto e hizo votos para que viviese largo tiempo con poder y bienestar. A continuación la anciana se acercó a Nur al-Din, lo sacó del tapiz de la sangre y lo miró. Vio que era un muchacho hermoso, agradable, de buen ver y que su rostro parecía ser la luna llena cuando se muestra en su decimocuarta noche. Le tomó consigo y le llevó a la iglesia. Le dijo: « ¡Hijo mío! Quítate los vestidos que llevas, pues no son propios para servir al sultán» . Luego entregó a Nur al-Din una aljuba y una capucha de lana negra y un ancho cinturón. Le puso la aljuba, le colocó la capucha y ciñó su talle con el cinturón mandándole que sirviese a la iglesia. Así trabajó en la iglesia durante siete días. Mientras él estaba en sus faenas llegó la anciana y le dijo: « ¡Musulmán! ¡Coge tus vestidos de seda y póntelos! Toma estos diez dirhemes y sal ahora mismo a distraerte durante todo el día; no te quedes aquí ni un instante, pues perderías la vida» . « ¡Madre mía! ¿Qué ocurre?» « Sabe, hijo mío, que la hija del rey, la señora Miryam la cinturonera, quiere venir, ahora, a la iglesia, para realizar una visita, santificarse en ella, hacer una ofrenda en acción de gracias por haber escapado del país de los musulmanes y cumplir los votos que hizo para el caso de que el Mesías la salvase. La acompañan cuatrocientas doncellas, cada una de las cuales es bella y hermosa. Entre ellas se encuentra la hija del visir y las hijas de los emires y de los grandes del reino. Vienen ahora: si te viesen en esta iglesia serías pasto de las espadas» . Nur al-Din tomó los diez dirhemes que le daba la vieja y, tras haberse puesto sus vestidos, se dirigió al zoco y empezó a pasear por las calles de la ciudad para conocer sus barrios y sus puertas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después regresó a la iglesia y vio que Miryam la cinturonera, la hija del rey de Francia, había llegado a ésta acompañada por cuatrocientas doncellas de senos vírgenes que parecían lunas. Entre ellas estaba la hija del visir tuerto y las hijas de los emires y de los grandes del reino. Miryam avanzaba entre ellas como si fuese la luna que rodean los luceros. Al verla, Nur al-Din no pudo contenerse y un grito escapó de lo más hondo de su corazón diciendo: « ¡Miryam! ¡Miryam!» Las muchachas, al oír los gritos del joven que decía « ¡Miryam!» se abalanzaron sobre él y el acero de las espadas brilló como un relámpago. Quisieron matarlo en aquel mismo instante. Miryam se volvió hacia él, lo observó y lo reconoció perfectamente. Dijo a las muchachas: « ¡Dejadlo! ¡Este muchacho, sin duda, está loco, ya que en su cara se ven claros los indicios de la locura!» Nur al-Din, al oír las palabras de su señora Miryam, descubrió su cabeza, desorbitó los ojos, gesticuló con las manos, curvó los pies, sacó baba por la boca y por la comisura de los labios. La señora

Miryam añadió: « ¿No decía yo que éste estaba loco? Acercádmelo y alejaos para que yo oiga lo que dice, pues sé árabe. Veré cuál es su estado y si su locura tiene o no remedio» . Las muchachas lo cogieron y se lo llevaron. Después se alejaron. La princesa preguntó: « ¿Has venido hasta aquí por mi causa? ¿Te has expuesto y te has fingido loco por mí?» El muchacho replicó: « ¡Señora mía! ¿No has oído lo que dice el poeta?:

» Me preguntaron: "¿Te has vuelto loco por quien amas?" Les contesté: "Sólo los locos gozan de las dulzuras de la vida;
¡Traed mi locura! ¡Traedme aquella que me ha vuelto loco! Si ella está conforme con mi locura, no me censuréis"» .

Miryam le dijo: « ¡Por Dios, Nur al-Din! Tú eres el propio culpable. Yo te había puesto en guardia sobre todo esto antes de que sucediese. Pero tú no hiciste caso de mis palabras y seguiste los impulsos de tu pasión. Yo no te había advertido ni por deducción, ni por fisiognómica, ni porque lo hubiera soñado, sino porque lo había visto con mis propios ojos, porque había visto al visir tuerto y me había dado cuenta de que sólo había ido a aquella ciudad en mi busca» . « ¡Señora mía! ¡Miryam!

¡Busquemos refugio en Dios ante los resbalones del hombre sensato!» La situación se había hecho penosa para Nur al-Din, por lo que recitó estos versos:

Perdona la culpa de aquel cuyo pie ha resbalado; al esclavo le pertoca la generosidad de sus señores.
A aquel que ha cometido una gran falta le basta con un gran arrepentimiento cuando el arrepentimiento no sirve de nada.
He hecho, lo confieso, algo que exige una reprimenda, pero ¿dónde está el perdón y la comprensión que requiere?

Nur al-Din y la señora Miryam la cinturonera siguieron haciéndose reproches que sería largo referir. Cada uno de ellos contó al otro lo que le había sucedido, le recitó versos y las lágrimas resbalaron por sus mejillas como si fuesen mares. Cada uno se quejó al otro de lo fuerte de su pasión, del dolor y la pasión que sentía por estar solo y así siguieron hasta que no les quedaron fuerzas para hablar. El día había desaparecido y las tinieblas llegado. La señora Miryam llevaba puesta una túnica verde bordada en oro rojo y cuajada de perlas y gemas que hacía resaltar su belleza, hermosura y encantos. ¡Qué bien lo dijo el poeta!:

Se mostró vestida con una túnica verde como si fuese la luna llena:

botones desabrochados, cabellos sueltos.

Le pregunté: ¿Cuál es tu nombre?» Contestó: « Yo soy aquella que tuesta el corazón de los amantes sobre brasas;

Soy la blanca plata y el oro que rescatan al preso de la dureza de la cárcel» .

Le dije: « La separación me ha afectado» . Contestó: « ¿Te quejas a mí, que tengo el corazón de piedra?»

Le repliqué: « Tú tienes el corazón de piedra, pero Dios ha hecho brotar de la roca agua purísima» .

Al hacerse de noche, la señora Miryam se acercó a las jóvenes y les preguntó: « ¿Habéis cerrado la puerta?» Le contestaron: « La hemos cerrado» . Entonces, la señora Miryam, tomó consigo a las muchachas y las llevó a un lugar que llamaban « Camarín de la señora Virgen María, madre de la luz» , ya que los cristianos creen que su espíritu y su secreto poder residen allí: Las jóvenes empezaron a impetrar su bendición y dar vueltas por toda la iglesia. Una vez terminada la visita la señora Miryam se volvió hacia ellas y les dijo: « Quiero entrar sola en la iglesia para implorar bendiciones; tengo gran deseo de ello a causa de mi larga ausencia en tierra de musulmanes. Vosotras, una vez hayáis terminado la visita, dormiréis donde queráis» . Le replicaron: « ¡De mil amores! Tú haz lo que desees» . Se separaron de ella, se desparramaron por la iglesia y se durmieron.

Miryam, aprovechando su distracción, empezó a buscar a Nur al-Din. Lo encontró en un rincón sentado, como sobre brasas, esperándola. Cuando la princesa estuvo a su lado se puso de pie y le besó las manos. Se sentaron el uno al lado del otro. La princesa se quitó las joyas, la túnica y los preciosos vestidos, estrechó a Nur al-Din contra su pecho y lo colocó en su seno. Se besaron, abrazaron y jugaron la partida del amor sin descanso. Decían: « ¡Qué corta es la noche de la unión y cuán largo el día de la separación!» Recitaron las palabras del poeta:

¡Oh, noche de la unión! ¡Oh, virgen del destino! Tú eres la noche más clara de todas las noches.

La aurora se ha levantado en el momento del ocaso, ¿eres tú el colirio en los ojos de la aurora

O sueño en unos ojos enfermos?

¡Oh, noche de la separación! ¡Cuán larga eres! El fin empalma con el principio

Como si fuese una argolla fundida cuyo principio no se encuentra: el día del juicio tendrá lugar antes.

Después de la resurrección el amante seguirá muerto por la separación.

Mientras ambos se encontraban en esta gran dulzura, en esta profunda alegría, uno de los pajes de la Virgen tocó el *naqus* en la azotea de la iglesia para recordar a los fieles los rezos de ritual. Era tal como dijo el poeta:

Vi que tocaba el *naqus*. Le pregunté: « ¿Quién ha enseñado a la gacela a tocar el *naqus*?»
Me dije: « Qué sonido es más doloroso ¿el del *naqus* o el que anuncia la separación? Mide» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al oírlo, Miryam se incorporó y se puso sus ropas y joyas. Esto supo muy mal a Nur al-Din, quien se apenó y rompió a llorar con abundantes lágrimas y recitó estos versos:

No paro de besar las mejillas de rosa fresca ni de morder, apasionado, lo que ella me ofrece.
Hasta que, cuando gozábamos, mientras al espía se le cerraban los ojos de sueño,
Tocó el *naqus* para despertar a sus fieles del mismo modo que el almuédano llama para la plegaria ritual.
Ella se puso de pie y vistió, de prisa, sus vestidos temerosa de que el lucero de nuestro espía apareciese.
Dijo: « ¡Oh, mi deseo! ¡Oh, pasto de mi corazón! Ha llegado la mañana con su blanco rostro» .
Juro que si algún día alcanzo el poder y soy un sultán poderoso
Destruiré hasta el último rincón de las iglesias y mataré a todos los sacerdotes de la tierra» .

A continuación, la señora Miryam estrechó a Nur al-Din contra su pecho, le besó en la mejilla y le preguntó: « ¡Nur al-Din! ¿Cuántos días hace que estás en la ciudad?» « ¡Siete!» « ¿La has recorrido? ¿Conoces sus calles, sus salidas y sus puertas, tanto las que dan al mar como a la tierra?» « ¡Sí!» « ¿Sabes dónde se

encuentra la caja que está en la iglesia en que se guardan las ofrendas?» «¡Sí!» «Puesto que sabes todo eso, cuando haya transcurrido el primer tercio de la próxima noche ve a buscar la caja de las ofrendas y coge lo que desees y te guste; abre la puerta de la iglesia que da al pasadizo que conduce al mar: hallarás un barquichuelo con diez hombres marineros. El capitán, al verte, te extenderá la mano: dale la tuya y te hará subir a bordo; quédate con él hasta que yo llegue a tu lado y ten cuidado, pero mucho cuidado, en que el sueño no te venza esa noche, pues te arrepentirías cuando de nada sirviera el arrepentimiento». La señora Miryam se despidió de Nur al-Din y se marchó, en seguida, de su lado; despertó a las doncellas y a todas las muchachas que aún dormían, las tomó consigo, se dirigió a la puerta de la iglesia, llamó y la vieja la abrió. Al salir vio que los criados y los patricios estaban esperando: le ofrecieron una mula y montó en ella. Entonces los criados la cubrieron con un velo de seda, los patricios cogieron la mula por las riendas, las muchachas se colocaron detrás. Los soldados de escolta la rodearon con las espadas desenvainadas y la acompañaron hasta dejarla en el castillo de su padre. Esto es lo que hace referencia a Miryam la cinturonera.

He aquí lo que se refiere a Nur al-Din el cairota: Continuó oculto detrás de la cortina que le había permitido estar a solas con Miryam hasta que se hizo de día, se abrió la puerta de la iglesia y acudió gran número de fieles. Entonces se mezcló con éstos y se presentó a la vieja que custodiaba la iglesia. Le preguntó: «¿Dónde has dormido esta noche?» Le replicó: «En un sitio de la ciudad conforme me mandaste». «¡Has hecho bien, hijo mío! Si hubieses pasado la noche en la iglesia hubieses muerto de mala manera.» «¡Loado sea Dios que me ha salvado de los peligros de esta noche!» Nur al-Din siguió prestando sus servicios a la iglesia hasta que se terminó el día y llegó la noche con sus oscuras tinieblas. Entonces, el joven se dirigió a la caja de las ofrendas, cogió las joyas que tenían poco peso y mucho valor y esperó a que hubiese transcurrido el primer tercio de la noche para salir por la puerta que daba al pasadizo que conducía al mar, rogando a Dios que lo ocultase. Anduvo sin descanso hasta llegar a la puerta: la abrió, se internó en el pasadizo, llegó hasta el mar y encontró anclado el navío junto a la orilla del mar, al lado de la puerta. El capitán era un anciano jeque de larga barba que estaba plantado en el centro del puente: diez hombres se encontraban delante suyo. Nur al-Din le alargó la mano conforme le había mandado Miryam. El otro se la cogió, tiró de él y le dejó en medio del buque. Entonces el jeque gritó a los marineros: «¡Levad las anclas del buque de tierra y navegad por el mar antes de que sea de día!» Uno de los diez marinos le replicó: «¡Señor mío! ¡Capitán! ¿Cómo hemos de zarpar si el rey nos ha informado que mañana embarcará en el buque para hacer una gira por este mar y ver lo que hay en él, ya que teme que ocurra alguna desgracia a su hija Miryam a causa de los piratas musulmanes?» El capitán les gritó: «¡Ay de

vosotros, malditos! ¿Habéis llegado al punto de contradecirme y no hacer caso de mis palabras?» A continuación, el anciano sacó la espada de la vaina, cortó el cuello del que había hablado y la espada salió brillante. Uno de los marinos le dijo: « ¿Qué falta ha cometido nuestro compañero para que hayas tenido que cortarle el cuello?» El anciano alargó la mano a la espada y cortó el cuello al que había hablado. De este modo el capitán fue cortando el cuello de los marinos, uno en pos de otro, hasta haber dado muerte a los diez; los echó a la orilla del mar. Luego se volvió a Nur al-Din y le dijo con un grito que le dejó aterrorizado: « ¡Ve a tierra y leva anclas!» El joven, temiendo que le matase con la espada, se puso en movimiento, saltó a tierra, levó el palo y subió de nuevo a bordo más rápido que el relámpago. El capitán le decía: « ¡Haz esto y esto! ¡Mueve tal y tal! ¡Observa las estrellas!» y Nur al-Din hacía todo lo que le mandaba el arráez, pues tenía el corazón aterrorizado. Después izó la vela del navío y éste se adentró en el mar tumultuoso, cuyas olas entrechocan.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el viento les fue favorable. Nur al-Din sujetaba la vela con la mano mientras permanecía sumido en el mar de sus reflexiones, inmerso en sus propios pensamientos, pero ignoraba cuánto le guardaba oculto el destino: cada vez que miraba al capitán se quedaba con el corazón atemorizado; ignoraba adonde le conducía el capitán y era presa de temores y preocupaciones. Así siguió hasta que se hizo de día, momento en el cual clavó la vista en el capitán. Éste cogió su luenga barba con la mano, tiró de ella y la arrancó del mentón. Nur al-Din la examinó y vio que era una barba falsa; entonces contempló al capitán con miradas penetrantes y descubrió que era su enamorada, la señora Miryam, la amada de su corazón. Ésta había preparado una trampa al capitán, lo había matado y arrancado la piel de la cara con la barba y se la había colocado tal cual en su propia cara. Nur al-Din quedó admirado de lo que había hecho, de la valentía de su corazón y perdió la razón de alegría; su pecho se alegró y dilató. Le dijo: « ¡Bien venida, amada mía, mi máximo deseo!» A continuación, el muchacho se sintió presa de ardor y deseo y quedó convencido de que había conseguido lo que apetecía y ansiaba. Moduló la voz sobre las más dulces melodías y recitó estos versos:

Di a la gente que ignora mi pasión por un amante al cual no han conseguido alcanzar:
« Preguntad a mis familiares por mi pasión; dulces son mis versos y delicado mi canto por amor de una gente que ha acampado en mi corazón» .

Cuando los recuerdo cesa la enfermedad de mi pecho y desaparece mi dolor.
Mi pasión y mi amor van creciendo desde el momento en que el corazón ha quedado triste y enamorado.

Pasando a ser proverbial entre la gente.

No acepto censuras por él ni busco nada que de él me distraiga.
Pero el amor me ha causado un pesar que ha encendido una brasa en mi corazón.

Y su ardor quema mis entrañas.

¡Qué maravilla! Han considerado natural mi enfermedad y mi desvelo a lo largo de la noche.
¿Cómo han buscado mi fin con su desvío y han considerado, como cosa lícita en el amor, derramar mi sangre?

Pero aún, en su tiranía, han sido justos.

¡Oh! ¿Quién os ha recomendado apartaros de un joven que os amaba?
¡Por vida mía y por Aquel que os ha creado! Si los censores hablan una sola palabra sobre vos.

¡Mienten, por Dios, en lo que refieren!

¡Que Dios no cure mis males, no, ni calme el ardor que hay en mi corazón.
El día en que me queje de estar harto de vuestro amor! Nadie, más que vos, me satisface.

Atormentad mi corazón o, si lo preferís, uníos.

Tengo un corazón que jamás ha faltado a vuestro amor a pesar de que soporta el pesar de vuestra separación.
La pena y la alegría de vos proceden: haced lo que queráis de vuestro esclavo.

Él, por vos, daría sin reparo la vida.

La señora Miryam quedó muy admirada de los versos que acababa de recitar Nur al-Din y le dio las gracias por sus palabras. Dijo: « Quien se encuentra en esta situación debe recorrer el camino de los hombres sin cometer villanías ni bajezas» . La señora Miryam tenía un corazón fuerte y conocía el arte de conducir las embarcaciones por el mar salado, distinguía todas las clases de viento y sabía todos los caminos del mar. Nur al-Din le dijo: « ¡Por Dios, señora mía! Si me hubieses dejado más tiempo en esta situación hubiese muerto de pánico y de terror, dado que era presa de la llama de la pasión y del deseo; del dolor y del tormento de la separación» . La joven se rió ante esas palabras, se puso de pie al momento, sirvió algo de comer y beber. Comieron, bebieron, gozaron y disfrutaron. Después sacó jacintos, gemas, distintos metales preciosos, objetos de gran valor y varias clases de oro y de plata; todo ello era fácil de llevar y tenía gran valor. Lo había tomado consigo arrebatándolo del palacio y de los tesoros de su padre. Se lo mostró a Nur al-Din y éste se alegró muchísimo. Todo esto ocurría mientras soplaba un viento moderado y la embarcación seguía su curso. Navegaron sin descanso hasta dar vista a Alejandría, hasta avizorar sus monumentos, antiguos y nuevos, y contemplar la Columna de Pompeyo. Nur al-Din desembarcó del buque en cuanto llegaron al puerto, amarró la nave a una de las piedras de los bataneros, tomó consigo parte de las riquezas que había llevado la joven consigo y dijo a la señora Miryam: « ¡Señora! Quédate en el buque hasta que vuelva para conducirte a Alejandría conforme quiero y deseo» . Le replicó: « Pero es preciso que resuelvas pronto tus asuntos: quien es moroso en los asuntos se arrepiente» . « ¡No me entretendré!» Miryam se quedó en el buque y Nur al-Din se dirigió a la casa del droguero, amigo de su padre, para pedir prestado para su mujer un velo, un manto, un par de sandalias y una capa de las que llevan normalmente las mujeres de Alejandría. Pero no había tenido en cuenta las vicisitudes del destino, padre de las más grandes maravillas. Esto es lo que se refiere a Nur al-Din y Miryam la cinturonera.

He aquí lo que hace referencia a su padre, el rey de Francia. Al amanecer buscó a su hija Miryam, pero no la encontró. Preguntó por ella a sus doncellas y criadas. Le contestaron: « Salió de noche y se fue a la iglesia. Después no hemos tenido ninguna noticia más» . Mientras el soberano conversaba con las doncellas y los criados oyó dos gritos penetrantes que hicieron eco; procedían de la parte baja del palacio. Preguntó: « ¿Qué ocurre?» Le contestaron: « ¡Rey! Se han encontrado diez hombres muertos junto a la orilla del mar y el buque del rey ha desaparecido; hemos visto abierta la puerta de la iglesia que da al pasadizo que conduce al mar; el prisionero que estaba al servicio de la iglesia ha desaparecido» . El rey dijo: « Si mi buque, que estaba en la mar, ha desaparecido quiere decir, sin duda alguna, que mi hija Miryam se encuentra en él» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que llamó al acto al capitán del buque y le dijo: « Si no capturas, inmediatamente, con un grupo de guerreros, mi buque, y a quienes en él se encuentran, juro por el Mesías y la religión verdadera que he de darte la muerte más cruel y hacer de ti un escarmiento» . El rey le lanzó un grito de amenaza y el capitán salió corriendo, temblando, en busca de la vieja de la iglesia. Le preguntó: « ¿Has oído decir al prisionero que tenías algo acerca de su país y de la ciudad de qué es?» « Decía: "Yo soy de la ciudad de Alejandría"» . El capitán, oídas las palabras de la vieja, regresó en seguida al puerto y gritó a los marinos: « ¡Aparejad! ¡izad las velas!» Hicieron lo que les había mandado, emprendieron el viaje y no pararon de navegar, ni de noche ni de día, hasta que avistaron la ciudad de Alejandría en el preciso momento en que Nur al-Din desembarcaba dejando so-la a la señora Miryam. Entre los francos se encontraba el visir cojo y tuerto que la había comprado a Nur al-Din. Vieron que e-l buque había atracado y lo reconocieron. Anclaron su buque lejos del que buscaban, tomaron una de sus chalupas que sólo desplazaba dos codos de agua y embarcaron en ella cien guerreros, entre los cuales se contaba el visir tuerto y cojo que era un gigante prepotente, un demonio maligno y un ladrón astuto al que nadie podía enredar; parecía ser Abu Muhammad al-Battal. Remaron hasta llegar junto al buque: le acometieron con una carga inigualable, pero sólo encontraron a la señora Miryam. Se apoderaron de ella y del buque en que estaba; desembarcaron y estuvieron al acecho algún tiempo. Después volvieron a bordo de sus naves habiendo conseguido su objetivo sin necesidad de combate y sin haber sacado a luz sus armas regresaron hacia los países cristianos. Navegaron con viento favorable y realizaron el viaje a buen seguro hasta llegar al país de Francia. Llevaron a la señora Miryam ante su padre que se encontraba sentado en el trono de su reino. La miró y la increpó: « ¡Ay de ti, traidora! ¿Cómo abandonas la religión de tus padres y de tus abuelos, te levantas contra la protección del Mesías en el cual confiamos y sigues la religión del Islam que ha empuñado la espada contra la Cruz y los ídolos?» Miryam replicó: « Yo no tengo culpa alguna. Había salido de noche para ir a la iglesia a hacer una visita a la Señora Virgen e impetrar su bendición. Mientras yo estaba absorta cayó sobre mí una partida de piratas musulmanes: me amordazaron la boca, me sujetaron con cuerdas; me colocaron en el buque y zarparon conmigo dirigiéndose hacia su país. Yo les engañé: hablé con ellos acerca de su religión hasta que soltaron mis ligaduras: jamás hubiese creído que tus hombres pudiesen llegar hasta mí y salvarme. ¡Lo juro por el Mesías y la religión verdadera! ¡Juro por la Cruz y Quien en ella fue crucificado que me he alegrado muchísimo al ser rescatada; mi pecho se ha dilatado al verme salvada del cautiverio de los musulmanes!» . Su padre la replicó: « ¡Mientes, desvergonzada, libertina! ¡Juro por cuanto está mandado y prohibido en el verídico Evangelio que he de matarte del modo más

cruel, que he de hacer contigo el escarmiento más ejemplar! ¿No te bastaba con lo que hiciste la primera vez cubriéndonos de vergüenza para reincidir ahora con tus mentiras?» El rey mandó matarla y crucificarla junto a la puerta del alcázar. Pero en este momento intervino el visir tuerto, que desde hacía tiempo estaba enamorado de ella y dijo: « ¡Oh, rey! No la mates. Cásame con ella, pues yo la custodiaré del modo más completo. No tendré relaciones con ella hasta haber construido un alcázar de dura roca y de tan altos muros que ningún ladrón podrá trepar hasta su azotea. Una vez terminado el edificio sacrificaré, ante su puerta, treinta musulmanes que constituirán una ofrenda al Mesías en nombre suyo y mío» . El rey consintió en dársela en matrimonio y autorizó a sacerdotes, monjes y patricios a que la casasen con él. La casaron con el visir y éste dispuso que se iniciase, inmediatamente, la construcción del elevado castillo que convenía a la joven. Los obreros empezaron el trabajo. Esto es lo que hace referencia a la reina Miryam, a su padre y al visir tuerto.

He aquí lo que se refiere a Nur al-Din y al anciano droguero. El joven se presentó ante el amigo de su padre y pidió prestado a su esposa un manto, unas sandalias y vestidos de los que usaban las mujeres de Alejandría. Regresó con ello a orillas del mar y buscó el navío en que estaba la señora Miryam. Pero vio que el aire estaba vacío y que la meta se encontraba distante.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el corazón se apenó, rompió a llorar desconsoladamente y recitó las palabras del poeta:

> El fantasma de Sada ha venido a llamar a mi puerta y me ha sobrecogido al amanecer, mientras mis compañeros aún dormían en el desierto.
> Cuando nos despertamos para acoger el fantasma que había llegado, encontré el aire vacío, la meta, lejana.

Nur al-Din se dirigió a la orilla del mar, volviéndose a derecha e izquierda; vio gran número de gente reunida junto a la orilla. Decían: « ¡Musulmanes! La ciudad de Alejandría ya no es inviolable desde el momento en que los francos entran en ella, la saquean y regresan a su país sin dificultad, sin que ningún musulmán, ningún guerrero de la fe, salga en pos de ellos» . Nur al-Din preguntó: « ¿Qué ocurre?» Le contestaron: « ¡Hijo mío! Una nave de los francos que transportaba soldados acaba de atacar el puerto apoderándose de un buque y de quienes había a bordo; estaba anclado aquí y ha podido zarpar, tranquilamente hacia su país» . Nur al-Din al oír estas palabras cayó desmayado. Al volver en sí le preguntaron por su historia y les refirió todo desde el principio hasta el fin.

Cuando la hubieron oído todos lo increparon y lo censuraron diciéndole: « ¿Por qué no la bajaste a tierra sin manto y sin velo?» Unos le dirigían palabras injuriosas, otros decían: « ¡Dejadlo estar! ¡Le basta con lo que le ha sucedido!» Todos le dirigían palabras ofensivas y le lanzaban dardos de reproche: el muchacho cayó desmayado. Mientras se encontraban con Nur al-Din llegó el anciano. Vio a los drogueros y se dirigió hacia ellos para averiguar lo que pasaba. Distinguió a Nur al-Din tumbado entre ellos, desmayado. Se sentó junto a su cabeza y lo hizo volver en sí. Cuando hubo recuperado el conocimiento le dijo: « ¡Hijo mío! ¿Cómo estás en tal situación?» « ¡Tío! He traído aquí, desde la tierra de su padre, en una embarcación, pasando mil sufrimientos, a la esclava que había perdido. Al llegar a esta ciudad atraqué la embarcación a tierra, dejé en ella a la muchacha y me dirigí a tu casa. Tu esposa me dio las cosas que necesitaba la joven para poder entrar en la ciudad. Pero, entre tanto, llegaron los francos, se apoderaron del buque y de la esclava que estaba en él y se marcharon sin dificultad hasta sus propias embarcaciones.»

La luz se transformó en tinieblas ante la faz del anciano droguero al oír las palabras de Nur al-Din y se entristeció muchísimo. Le preguntó: « ¿Por qué no la hiciste desembarcar sin manto? Pero ahora ya no sirven de nada las palabras. Ven, hijo; acompáñame a la ciudad. Tal vez Dios te conceda una esclava aún más hermosa que te consuele de su pérdida. ¡Loado sea Dios que no te ocasionó, con ella, ninguna pérdida y sí ganancia! Sabe hijo mío, que la reunión y la separación están en la mano del Rey excelso» . « ¡Tío! Yo no podré consolarme jamás y no pararé de buscarla aunque por su causa haya de apurar el vaso de la muerte.» El droguero le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué piensas hacer?» « Voy a regresar al país de los cristianos, a entrar en la ciudad de Francia y a arriesgarme jugándome el todo por el todo.» « ¡Hijo mío! Un refrán corriente dice que la jarra no se salva siempre. Si la primera vez no te hicieron nada es posible que ésta te maten, pues ahora, especialmente, te conocen a la perfección.» Nur al-Din le replicó: « ¡Tío! Permite que me ponga en viaje y que muera por su amor inmediatamente antes de que sucumba de impaciencia y perplejidad por su abandono» .

Por voluntad del destino, había en el puerto, anclada, una nave que estaba preparada para partir. Su equipaje había terminado con todos los trabajos y en aquel momento levaban anclas. Nur al-Din embarcó. El buque navegó unos días. El tiempo y el viento fueron favorables a sus pasajeros. Mientras seguían su rumbo aparecieron unas naves de los francos que recorrían el mar encrespado: capturaban al buque que veían temerosos de que los piratas musulmanes capturasen a la hija del rey. Cuando se apoderaban de una nave conducían a todos los que estaban a bordo ante el rey de Francia y éste los degollaba cumpliendo así el voto que había hecho por causa de su hija Miryam. Descubrieron la nave de Nur al-Din: le dieron caza, se apoderaron de todos los

que iban en ella y los condujeron ante el rey, padre de Miryam. Cuando estuvieron plantados ante él, el soberano se dio cuenta de que eran cien musulmanes. Mandó degollarlos inmediatamente. Entre ellos estaba Nur al-Din.

Los degollaron a todos. Sólo faltaba éste, puesto que el verdugo le había dejado para el fin compadeciéndose de su juventud y de sus buenas formas. El rey, al verlo, le reconoció perfectamente. Le dijo: « Tú eres Nur al-Din, aquel que ya estuvo con nosotros una vez antes» . Le replicó: « ¡Jamás he estado con vosotros y no me llamo Nur al-Din, sino Ibrahim!» « ¡Mientes! —clamó el rey —. Tú eres Nur al-Din y yo te cedí a la anciana que cuida de la iglesia para que la ayudases en su servicio.» « ¡Señor mío! Me llamo Ibrahim.» « Vendrá la vieja que cuida de la iglesia, te verá y sabrá si eres o no Nur al-Din.» Mientras estaban hablando llegó el visir tuerto que se había casado con la hija del rey; entró al momento, besó el suelo ante el soberano y le dijo: « ¡Oh, rey! Sabe que el castillo está terminado; sabe también que hice voto al Mesías de que cuando hubiese concluido de edificarlo, sacrificaría treinta musulmanes ante su puerta. Vengo a pedirte que me des treinta musulmanes a quienes degollar para cumplir así mi voto al Mesías; te los tomaré como préstamo y tan pronto como consiga prisioneros, te los daré en cambio» . El rey le replicó: « ¡Juro por el Mesías y la religión verdadera que sólo me queda este prisionero! —y señaló a Nur al-Din—. ¡Cógelo! ¡Mátalo ahora mismo y espera hasta que te pueda enviar el resto en cuanto reciba más prisioneros musulmanes!» Entonces, el visir tuerto, tomó consigo a Nur al-Din, y le condujo al alcázar para sacrificarlo en el dintel de la puerta, pero los pintores le dijeron: « ¡Señor nuestro! ¡Aún tenemos trabajo para pintar dos días! Ten paciencia con nosotros y retrasa el sacrificio de este prisionero hasta que hayamos terminado de pintar. Es posible que entretanto recibas los que te faltan hasta treinta y puedas sacrificarlos a todos de una vez y cumplir así tu voto en un mismo día» . Entonces, el ministro mandó encarcelar a Nur al-Din.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que lo cogieron, lo encadenaron y lo dejaron hambriento y sediento; el joven se afligió por sí mismo, pues veía la muerte con sus propios ojos.

Porque estaba destinado y decretado, el rey tenía dos caballos sementales hermanos uterinos. Uno se llamaba Sabiq y el otro Lahiq. Los reyes persas apetecían tener uno de ellos. El uno era de un gris inmaculado y el otro negro como la noche oscura. Los reyes de las islas decían: « Daremos todo lo que pida, oro rojo, perlas y aljófares, a aquel que robe, para nosotros, uno de estos dos corceles» . Uno de ellos se puso enfermo de los ojos y el rey mandó que

acudiesen todos los veterinarios para cuidarlo. Pero no tuvieron éxito. Entonces se presentó ante el soberano el visir tuerto que se había casado con su hija. Se dio cuenta de que el rey estaba preocupado por el caballo y quiso quitarle la pena. Le dijo: « ¡Oh, rey! Dame ese corcel y yo lo curaré» . Se lo entregó y el visir lo llevó al establo en que tenía encerrado a Nur al-Din. En el mismo momento en que el otro corcel se vio separado de su hermano lanzó un relincho penetrante y siguió inquieto, asustando a la gente. El visir comprendió que tales relinchos eran por verse separado de su hermano, por lo que marchó a informar al rey. Cuando éste comprendió sus palabras le dijo: « Si él, que es un animal, no puede soportar estar separado de su hermano ¿qué ha de ocurrir a los seres dotados de razón?» Mandó a los pajes que llevasen al animal junto a su hermano que se encontraba en la casa del visir, el esposo de Miryam. Les indicó: « Decid al visir: "El rey te dice: los dos caballos constituyen un regalo que te hace como dote de su hija Miryam'"» .

Mientras Nur al-Din permanecía en el establo, encadenado y sujeto, descubrió a los corceles. Vio que uno de ellos tenía los ojos cubiertos. El joven tenía idea de la hipología y práctica en la cura de caballos. Se dijo: « ¡Por Dios! Éste es el momento oportuno: me dirigiré al ministro, le mentiré y le diré: "Yo puedo curar al caballo". Haré algo que le haga perder los ojos. El ministro me matará, pero yo descansaré de esta vida lamentable» . El joven esperó a que el visir entrase en el establo para visitar los caballos. Entonces le dijo: « ¡Señor mío! ¿Qué merecería yo que me dieras si te tratase este caballo e hiciese algo que le curase los ojos?» El visir replicó: « ¡Por vida de mi cabeza! ¡Si le curas te rescataré del sacrificio y te permitiré que me pidas un favor!» « ¡Señor mío! Manda que se me quiten las cadenas.» El visir mandó que lo soltasen. Nur al-Din se puso de pie, tomó vidrio virgen y lo pulverizó; cogió cal viva y la mezcló con jugo de cebollas y después lo aplicó todo al ojo del animal y se lo sujetó. Se dijo: « Ahora sus ojos perderán la luz, me matarán y yo descansaré de esta vida vituperable» . El joven durmió aquella noche con el corazón libre de la menor preocupación. Se humilló ante Dios (¡ensalzado sea!) y dijo: « ¡Señor mío! Tu ciencia es suficiente para prescindir de peticiones» . Al día siguiente por la mañana, al salir el sol por encima de las colinas y las llanuras, el visir corrió al establo y quitó la venda que cubría los ojos del caballo: los observó y vio que estaban perfectamente bien gracias al poder del rey que todo lo puede. El visir dijo: « ¡Musulmán! Jamás he visto en el mundo persona más experta que tú. ¡Juro por el Mesías y la religión verdadera que me dejas admirado, pues todos los veterinarios de nuestro país han sido incapaces de curar a este animal!» Se acercó a Nur al-Din, le quitó los grillos de las manos, le hizo poner una túnica preciosa, le nombró jefe de sus cuadras, le asignó rentas y sueldos y le instaló en un departamento situado encima de la cuadra. El nuevo palacio que había construido para la señora Miryam tenía una ventana que daba a la casa del visir

y al piso en que se alojaba Nur al-Din. Éste pasó cierto número de días comiendo, bebiendo, disfrutando y distrayéndose. Daba órdenes y fijaba prohibiciones a los mozos de cuadra; a aquel que se ausentaba o al que no daba el pienso que estaba asignado al caballo lo tumbaba por el suelo, le pegaba despiadadamente y ponía grillos y hierros en sus pies. El visir estaba muy contento, respiraba tranquilo y era feliz gracias a Nur al-Din, pero él no sabía lo que el destino le reservaba. El muchacho bajaba cada día a atender a los caballos y los cuidaba con sus propias manos, pues sabía el aprecio y el cariño en que los tenía el ministro. El visir tuerto tenía una hija virgen muy hermosa: parecía ser una gacela fugitiva o una rama curvada. Cierto día estaba sentada en la ventana que daba a la casa del visir y al lugar en que vivía Nur al-Din. Éste cantaba y se consolaba de sus penas recitando estos versos:

¡Oh, tú, que me censuras mientras vives feliz y te enorgulleces con tus delicias!
Si el destino te mordiese con sus desgracias dirías, al probar sus amarguras:

« ¡Ah! el amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón» .

Pero hoy has escapado a su perfidia, a sus envidias, a su tiranía.
No censures a quien ha quedado preso en el sin saber qué hacer y dice por exceso de pasión:

« ¡Ah! el amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

Sé indulgente con la situación de los enamorados y no auxilies a quien los vitupera.
¡Guárdate de caer en iguales redes y de tener que apurar la amargura de sus penas!

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

Antes de conocerte vivía entre los hombres como aquel que pasa la noche con el corazón tranquilo.
Desconocía lo que era el amor y el gusto del insomnio hasta que éste me invitó a sus tertulias.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

No sabe lo que es el amor ni sus humillaciones sino aquel que lo ha sufrido largo tiempo;
Aquel cuyo entendimiento ha quedado enajenado por el amor y que ha bebido su amargo cáliz.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

¡Cuántos ojos de amante ha hecho velar en las tinieblas! ¡A cuántos párpados ha privado de las dulzuras del sueño!
¡Cuántas lágrimas mezcladas con sus penas ha hecho correr a raudales sobre las mejillas!

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

A cuántos seres humanos, heridos por la pasión, insomnes, lejos del sueño por el amor,
Los ha vestido con el traje de la consunción y de la enfermedad aquel que aleja de ellos el sueño.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

¡Cómo termina mi paciencia, se vuelven finos mis huesos y mis lágrimas fluyen como sangre de dragón!
Una persona de talle delicado ha hecho amarga mi comida que antes tenía sabor dulce.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

Desgraciado es, entre las gentes, aquel que, como yo, ama y pasa en vela las tinieblas de la noche.
Si nada en el mar de la separación se ahoga; se queja del amor y de sus suspiros.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

¿Quién, es aquel que no ha sido puesto a prueba por el amor, quién se ha salvado de la más simple de sus tretas?
¿Quién, con él, vive cual libre? ¿Dónde está el que ha encontrado su reposo?

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

¡Dios mío! Preocúpate de quien ha sido puesto a prueba por él y protégelo, pues tú eres el mejor Señor.
Concédele la constancia más excelsa y sé indulgente con él en todas sus calamidades.

¡Ah! El amor con sus vicisitudes me abrasa con fuerza el corazón.

Al terminar Nur al-Din de recitar las últimas palabras de su composición la hija del visir se dijo: « ¡Por el Mesías y la religión verdadera! Este musulmán es un hermoso muchacho, pero no cabe duda de que es un amante separado de su amada ¡ojalá supiera si su amada es tan bella como él y si ella sufre lo mismo que él o no! Si su amada es tan bella como él, hace bien en derramar lágrimas y en quejarse de su pasión; pero si no lo es, pierde la vida con sus suspiros privándose de gozar de sus dulzuras» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el día anterior se había verificado el traslado al castillo de Miryam la cinturonera, la esposa del visir. La hija de éste se enteró de que tenía el pecho oprimido y resolvió ir a verla y contarle la historia de aquel muchacho y los versos que le había oído. Pero no había terminado de pensar en su discurso cuando ya, la señora Miryam, esposa de su padre, la mandaba buscar para distraerse con su conversación. La muchacha acudió a su lado y se dio cuenta de que tenía el corazón oprimido, que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y que lloraba de modo inigualable; pero contuvo el llanto y recitó estos versos:

Mi vida pasa, pero la vida del amor es eterna; mi corazón está agobiado por el exceso de pasión.
Mi corazón se derrite por el dolor de la separación y espera la vuelta de los días de un nuevo encuentro.

De modo que la unión llegue por sus pasos contados.

Moderad las críticas de quien tiene el corazón robado y el cuerpo extenuado por el amor y la pena.

Y no asaeteéis su amor con la flecha del reproche: en todo el universo no hay persona más desgraciada que el amante.

Pero la amargura del amor es dulce al paladar.

La hija del visir preguntó a la señora Miryam: « ¿Qué te ocurre, oh, reina? Tienes el pecho oprimido y el pensamiento ocupado» . La señora Miryam, al oír las palabras de la hija del visir y al recordar las grandes alegrías que había vivido, recitó este par de versos:

Soportaré con paciencia la separación de mi dueño y mis lágrimas serán como un collar de perlas.
Es posible que Dios me conceda la alegría, pues él esconde el consuelo debajo de la dificultad.

La hija del visir le dijo: « ¡Oh, reina! No acongojes tu pecho y acompáñame ahora mismo a la ventana del alcázar. Tenemos en la cuadra un hermoso muchacho, de buen talle y de dulces palabras, que parece ser un enamorado separado de su amada» . La señora Miryam preguntó: « ¿Y por qué señal sabes que es un amante separado de la amada?» « ¡Oh, reina! Lo sé porque recita casidas y versos a todas las horas del día y de la noche.» La señora Miryam se dijo: « Si es cierto lo que dice la hija del visir, estos atributos corresponden al afligido y desgraciado Nur al-Din ¡ojalá supiera si este muchacho que menciona la hija del visir es él!» La pasión, el desvarío, el amor y el cariño se avivaron en la joven. Se puso en pie al momento y, acompañada por la hija del visir se dirigió a la ventana. Miró por ella y vio a su amado, a su señor Nur al-Din: clavó la vista en él y le reconoció perfectamente a pesar de que estaba enfermo por el mucho cariño en que la tenía y que se hallaba consumido por la llama del amor, el dolor de la separación y de la tristeza; su cuerpo estaba extenuado. Recitó estos versos:

Mi corazón es un criado y mis ojos son una doncella con la que ninguna nube puede competir.
Llanto, insomnio, pasión, sollozos y tristeza sufro por los que amo
Y también llama, pena y comezón: o sea, que en total soporto ocho calamidades.
Seguidas de seis por cinco; fijaos y escuchad mis palabras:
Recuerdo, meditación, suspiros, extenuación, ardiente deseo, preocupación.
Prueba, destierro, mal de amor, ardor y tristeza ves en mí.
Mi paciencia y mi capacidad de soportar la pasión disminuyen; la

paciencia se va y la desesperación se aproxima.
En mi corazón aumentan las ansias de amor. ¡Oh, tú, que preguntas por la naturaleza del fuego de mi amor!
Porque las lágrimas me abrasan las entrañas y el fuego de mi corazón no para de arder:
Date cuenta de que me anego en el diluvio de mis lágrimas y que la llama de este amor me mantiene en el infierno.

La señora Miryam, al ver a su dueño Nur al-Din, al oír sus hermosos versos y su bella composición quedó convencida de que se trataba de él en persona. Pero lo ocultó a la hija del visir y le dijo: « ¡Juro por el Mesías y la religión verdadera! ¡No creía que tú supieras nada de mi pena!» A continuación se alejó de la ventana y volvió a su habitación mientras la hija del visir se marchaba a sus quehaceres. La señora Miryam aguardó durante una hora y después se dirigió a la ventana, se sentó y empezó a mirar a su señor Nur al-Din y a contemplar su belleza y sus bellas proporciones: le parecía que era la luna cuando está en su decimocuarta noche. El muchacho seguía suspirando y derramando lágrimas, pues recordaba el pasado. Recitó estos versos:

He esperado unirme a mis amigos, pero no lo he conseguido jamás; en cambio he alcanzado la amargura de la vida.
Mis lágrimas, en su correr, asemejan al mar; pero, cuando veo a mis censores, los retengo.
¡Ah! ¡Desgraciado aquel que ha deseado nuestra separación! Si pudiese alcanzar su lengua se la cortaría.
No hay por qué reprender a los días por sus hechos: han mezclado en mi copa la bebida con bilis.
¿Cómo he de buscar a otro en vez de vos si he dejado mi corazón donde tú estás?
¿Quién me hará justicia frente a un malvado que tiñe cada vez más sus juicios con la arbitrariedad?
Le he concedido poder sobre mi espíritu para que custodiase sus dominios, pero me ha perdido y ha perdido cuanto le había confiado.
He dilapidado mi vida en su amor ¡ojalá me concediera la unión por lo que he gastado!
¡Oh, gacela amada que estás en mis entrañas! ¡Ya basta con la separación que he probado!
Tú eres aquella en cuyo rostro se encuentran todas las bellezas, pero por el cual he perdido la paciencia.
La he instalado en mi corazón y en él he introducido la aflicción; pero yo estoy contento con quien se ha alojado.

Mis lágrimas fluyen como un mar encrespado. Si supiera dónde hay una senda la recorrería.
Temo que voy a morir de pena y perder todo lo que había esperado.

Miryam, al oír a Nur al-Din, el pobre, el enamorado, el separado de la amada, tales versos, notó que se encendían en ella llamas y llorando a lágrima viva recitó este par de versos:

Ansiaba hallar a quien amo y, al encontrarlo, no he podido dominar ni la lengua ni la vista.
Había preparado cuadernos de reproche, pero, al reunimos, no he encontrado ni una letra.

Nur al-Din, al escuchar estas palabras, la reconoció y rompió a llorar amargamente. Dijo: « ¡Por Dios! Éste es sin duda ni vacilación ni conjetura el canto de la señora Miryam la cinturonera» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Nur al-Din prosiguió:] » ¡Ojalá supiera si lo que yo creo es verdad y si se trata de ella o de otra!» Los suspiros de Nur al-Din fueron en aumento y recitó estos versos:

Quien me censura por mi pasión, al ver que había encontrado a mi amor en un sitio amplio
Y que, al encontrarlo, no le había dirigido ningún reproche (¡y cuántas veces el reproche constituye la cura del afligido!)
Dijo: « ¿Qué significa este silencio que te ha distraído de dar la respuesta certera?»
Respondí: « ¡Oh, tú, que desconoces la situación de los enamorados como persona que duda!
Es característico del enamorado callar cuando encuentra al amado» .

Cuando el joven terminó de recitar estos versos, la señora Miryam tomó tinta y papel y después de haber puesto la noble eulogía, escribió: « La paz, la misericordia y la bendición de Dios sean sobre ti. Te informo de que tu esclava, Miryam, te saluda y te ama ardientemente. Ésta es una carta que te envía. Ponte en movimiento en el mismo instante en que tengas esta hoja entre las manos y haz con el mayor celo lo que quiere. Guárdate, guárdate de desobedecerla o de

dormirte. Cuando haya transcurrido el primer tercio de las tinieblas nocturnas llegará el momento más feliz: no tendrás más trabajo que el de ensillar los dos caballos y conducirlos fuera de la ciudad. A todo aquel que te pregunte: « ¿Adónde vas?» , contesta: « Los llevo de paseo» . Si dices esto nadie te pondrá dificultades, pues la gente de esta ciudad confía en el cierre de las puertas» . A continuación la señora Miryam envolvió la carta en un pañuelo de seda y, desde la ventana, se lo arrojó a Nur al-Din. Éste lo cogió, leyó lo que contenía y reconoció la letra de la señora Miryam. Besó la misiva y la puso encima de sus ojos. Recordó todo lo que le había sucedido con ella y lo felices que habían sido juntos; rompió a llorar y recitó estos versos:

He recibido vuestra carta en las tinieblas de la noche; me ha curado y ha avivado mi deseo de vos.
Me ha recordado la vida que pasé a vuestro lado.
¡Gloria al Señor que me ha puesto a prueba con la separación!

Cuando la noche desplegó sus tinieblas, Nur al-Din se dedicó a preparar los dos corceles y esperó hasta que hubo transcurrido el primer tercio de las tinieblas. Entonces, tomó los caballos, les puso sus mejores sillas, salió por la puerta de la cuadra, que cerró, los llevó a la puerta de la ciudad y se sentó a esperar a Miryam. Esto es lo que se refiere a Nur al-Din.

He aquí lo que hace referencia a la reina Miryam: Esta se marchó al momento al salón que le habían preparado en el castillo y encontró sentado, reclinado en una almohada rellena de plumas de avestruz, al visir tuerto, quien se avergonzaba de alargar la mano hacia ella o de dirigirle la palabra. La muchacha, al verlo, rogó, con el corazón, a su señor, y dijo: « ¡Dios mío! No permitas que consiga su deseo y no decretes que yo quede manchada después de haber permanecido limpia.» La joven se acercó hacia él aparentando tenerle cariño, se sentó a su lado, le trató con dulzura y le dijo: « ¡Señor mío! ¿Por qué te apartas de nuestro lado? ¿Lo haces por orgullo o por coquetería? El autor de un proverbio corriente dice: “Si el saludo cae en desuso, los que están sentados saludan a los que están de pie”. ¡Señor mío! Si no te acercas a hablar conmigo yo me aproximaré a ti y te dirigiré la palabra.» El visir le replicó: « A ti pertenece la gracia y el favor, reina de todo lo largo y ancho de la tierra. Yo soy uno de tus criados, el más ínfimo de tus pajes; me avergüenzo al oír tu preciosa conversación ¡oh, solitaria! Mi rostro se encuentra a tus pies» . Le replicó: « ¡Déjate de tales palabras y tráenos de comer y de beber!» El visir llamó inmediatamente a esclavos y servidores y les mandó que sirvieran de comer y de beber. Les acercaron una mesa que contenía animales de carrera y de vuelo y peces del mar; había codornices, perdices, palomos, corderos, gruesas gallinas asadas y animales de toda clase de formas y colores. La señora Miryam alargó

la mano hacia la mesa, empezó a comer, a preparar bocados y a ofrecérselos al visir y a besarlo en la boca. Comieron hasta quedar hartos. Se lavaron las manos y los criados levantaron la mesa de comer y sirvieron la del vino. Miryam servía el vino, bebía y le escanciaba cuidando del visir con gran exquisitez; el corazón de éste estaba a punto de volar de alegría; su pecho se había tranquilizado y alegrado. Cuando la bebida hizo mella en él y perdió la justa razón, Miryam alargó la mano hacia su bolsillo, sacó una pastilla de purísimo narcótico magrebí, capaz de hacer dormir a un elefante de un año a otro con sólo haber aspirado una ínfima parte. Había preparado la pastilla para este momento: distrajo al visir, la desmenuzó en su copa, llenó ésta de vino y se la alargó; la razón del visir volaba de alegría y apenas podía creer que Miryam se lo ofrecía. Tomó la copa, la bebió y apenas le hubo llegado al vientre cayó tumbado, de repente, al suelo. Miryam se puso de pie, fue en busca de dos grandes alforjas, las llenó con las joyas, jacintos y distintas clases de gemas de poco peso y mucho valor; cogió algo de comer y de beber, se puso un traje de guerra y de combate, tomó armas y municiones y recogió aquello que podía ser útil a Nur al-Din: preciosos trajes reales y espléndidas armas. Cargó las alforjas encima de sus hombros y salió del alcázar y se fue, valiente y resuelta, en busca de Nur al-Din. Esto es lo que hace referencia a Miryam.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de lo que hace referencia a Nur al-Din, el pobre enamorado. Se sentó en la puerta de la ciudad en espera de la princesa conservando las riendas de los caballos. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) le hizo entrar sueño y se durmió (¡loado sea Aquel que no duerme!). En aquella época los reyes de las islas ofrecían dinero como recompensa a quien consiguiese los dos caballos o uno de ellos. Durante estos días, un esclavo negro que había crecido en las islas, se encontraba en la ciudad; estaba especializado en el robo de caballos. Los reyes francos le habían ofrecido grandes riquezas para que robase uno de los dos caballos y le habían prometido que si conseguía los dos, le regalarían una isla entera y le darían un precioso traje de Corte. Por eso, desde hacía largo tiempo, dicho esclavo recorría a escondidas la ciudad de Francia pero sin poder apoderarse de los corceles, puesto que ambos se encontraban al lado del rey. Cuando éste los regaló al visir tuerto, quien los trasladó a su cuadra, el esclavo se alegró muchísimo y, ansiando tener a los dos, exclamó: « ¡Juro por el Mesías y la religión verdadera que los robaré!» Dicho esclavo se dirigía aquella noche a la cuadra para robarlos. Mientras recorría el camino, su vista tropezó con Nur al-Din, que estaba durmiendo con la rienda de los corceles en la mano. Les quitó el aparejo de la cabeza y se dispuso a cabalgar en uno y conducir al otro

delante suyo. Pero, en este momento, apareció la señora Miryam cargada con las alforjas en la espalda. Creyendo que el esclavo era Nur al-Din, le entregó una de las alforjas que aquél colocó sobre el caballo; a continuación le dio la segunda, que colocó, sin decir palabra, en el otro caballo. La princesa seguía creyendo que era Nur al-Din. Luego ésta, acompañada por el esclavo que seguía mudo, salió por la puerta de la ciudad. Dijo: « ¡Señor mío Nur al-Din! ¿Qué te ocurre que estás callado?» El esclavo, encolerizado, se volvió hacia ella y le replicó: « ¿Qué dices, criada?» La princesa al oír su mala pronunciación se dio cuenta de que no se trataba de la lengua de Nur al-Din. Levantó la cabeza hacia él, le miró y vio que tenía unas narices como aguamanil. La luz se transformó en tinieblas ante su rostro. Le dijo: « ¿Quién eres, oh, jeque de los hijos de Cam? ¿Cómo te llamas entre las gentes?» Le replicó: « ¡Muchacha desgraciada! Me llamo Masud, el que roba los caballos cuando la gente duerme» . La princesa no contestó ni una sola palabra, desenvainó al instante el sable, le golpeó en el cuello y la lámina salió reluciente de tendones mientras el esclavo caía tumbado por el suelo debatiéndose en su propia sangre. Dios apresuró la marcha de su alma hacia el fuego y ¡qué pésima morada es! Entonces, la señora Miryam, recogió los dos corceles, montó en uno de ellos, sujetó el otro con la mano y volvió en busca de Nur al-Din. Le encontró durmiendo con las riendas en la mano en el sitio en que había quedado citado. Dormía de modo profundo y era incapaz de distinguir las manos de los pies. La joven se apeó del corcel y le sacudió con la mano. Se despertó sobresaltado. Le dijo: « ¡Señora mía! ¡Loado sea Dios que llegas salva!» « ¡Ponte en pie! Monta en este caballo y calla. Se incorporó, montó en el corcel; la señora Miryam hizo lo mismo en el otro y ambos salieron de la ciudad. Caminaron durante una hora y, al cabo de ésta, la señora Miryam se volvió a Nur al-Din y le dijo: « ¿No te había dicho que no te durmieses? Quien duerme no triunfa» . « ¡Señora mía! Yo me he quedado dormido gracias al fresco que experimentaba mi corazón desde el momento en que me diste la cita. ¡Señora mía! ¿Qué ha ocurrido?» La princesa le refirió toda la historia del esclavo desde el principio hasta el fin. Nur al-Din exclamó: « ¡Loado sea Dios que nos ha salvado!» A continuación apresuraron la marcha y confiaron su suerte al Atento, al Omnisciente. Siguieron andando hasta llegar al esclavo al que había dado muerte la señora Miryam; el joven le vio tendido en el polvo como si fuese un *efrit*. La princesa dijo al muchacho: « Apéate, quítale los vestidos y coge sus armas» . « ¡Señora mía! Yo no puedo bajar del lomo del caballo ni ponerme a su lado ni acercarme a él» Nur al-Din estaba atónito ante su corpulencia. Dio las gracias a la señora Miryam por lo que había hecho y quedó admirado de su valentía y de la fuerza de su corazón. Continuaron viajando rápidamente durante el resto de la noche, hasta que amaneció, apareció la luz, se hizo de día y el sol se extendió por colinas y llanuras. Llegaron a un amplio prado en el cual pacían las gacelas; estaba cubierto de verde por todas partes; los frutos se encontraban en

todos los lugares; las flores, de todos colores, parecían vientres de serpientes; los pájaros cantaban y los torrentes corrían de distintos modos tal como dijo feliz y exactamente el poeta:

Un valle nos ha protegido del calor con la sombra espesa de sus árboles
Hemos acampado bajo su copa que se ha inclinado sobre nosotros con la ternura de la nodriza sobre el lactante.
Nos ha dado a beber, para calmar nuestra sed, agua purísima más dulce que el vino para el contertulio.
La floresta nos protegía de los rayos del sol, eclipsándolo y permitiendo el paso de la brisa.
Los guijarros causaban la admiración de las vírgenes cubiertas de joyas que buscaban en ellos sus collares.

O como dijo otro:

Es un valle en el que cantan pájaros y riachuelos, que gusta a los enamorados por la mañana
Sus orillas parecen las del Paraíso: tienen sombras, frutos y agua corriente.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en este valle comieron de sus frutos, bebieron de su agua y dieron suelta a los caballos para que pacieran comiendo y bebiendo en él. Nur al-Din y Miryam se sentaron a conversar; se contaron sus aventuras y lo que les había ocurrido; cada uno de ellos se quejaba a su compañero de lo que le había hecho sufrir el dolor de la separación y la pena que le había causado el apartamiento y la pasión. Mientras así estaban hablando se levantó un nube de polvo que cerró el horizonte; debajo de ella se oía el relincho de los caballos y el chocar de las armas. He aquí la causa: El rey había casado a su hija con el ministro, y éste había pasado con ella la primera noche. Al día siguiente por la mañana el soberano quiso, como es costumbre que hagan los soberanos con sus hijas, dar los buenos días a Miryam. Se levantó, tomó consigo un traje de seda y monedas de oro y de plata para arrojarlas a las criadas y peinadoras. El rey, acompañado por un paje, anduvo hasta llegar al alcázar nuevo; halló al visir tendido en la cama incapaz de distinguir su cabeza de los pies.

El rey recorrió el palacio a derecha e izquierda, pero no encontró a su hija.

Esto le sentó mal y lo preocupó. Mandó que le llevasen agua caliente, vinagre puro e incienso. Cuando tuvo éste ante él, lo mezcló, lo hizo aspirar al ministro, le sacudió y éste expulsó el narcótico, que tenía en el estómago, como si fuese un pedazo de queso. Le hizo respirar la mezcla por segunda vez y se desveló. Le preguntó cómo se encontraba y qué había sido de su hija. Le replicó: « ¡Rey poderoso! Lo único que sé de ella es que, con su propia mano, me llenó una copa de vino. Desde entonces hasta este momento he perdido el conocimiento e ignoro lo que ha sido de ella» . La luz se transformó en tinieblas ante la faz del rey al oír las palabras del ministro; desenvainó la espada, dio un mandoble en la cabeza de éste y la lámina salió reluciente por entre los molares. A continuación mandó llamar a pajes y escuderos; cuando los tuvo ante él les preguntó por los dos caballos. Le replicaron: « ¡Oh, rey! Esta noche han desaparecido los caballos y nuestro jefe. Al despertarnos hemos encontrado abiertas todas las puertas» . El rey exclamó: « ¡Juro por mi religión y lo que creo firmemente que sólo mi hija puede haberse apoderado de los caballos y del prisionero que estaba al servicio de la iglesia! Al verlo, lo reconocí perfectamente y sólo lo salvó de mi mano este ministro que ya ha recibido la recompensa de su acción» . El rey mandó llamar, al instante, a sus tres hijos que eran valientes héroes; cada uno de ellos era capaz de hacer frente a mil caballeros en el campo de batalla, en la palestra de la lanza y de la espada. Les dio un grito ordenándoles que montasen a caballo. El soberano, los patricios de la corte, los grandes del reino y los magnates hicieron lo mismo. Siguieron las huellas de los dos jóvenes y los alcanzaron en aquel valle. Miryam, al verlos, se puso de pie, montó en su corcel, ciñó la espada, empuñó sus armas y preguntó a Nur al-Din: « ¿Cuál es tu situación y cómo se comporta tu corazón en el combate, en la guerra y en el encuentro singular?» Le contestó: « Mi firmeza en el combate es la misma que la de un palo plantado en salvado» . A continuación recitó:

¡Miryam! Deja de causarme dolor con tus reproches y no procures matarme con el largo tormento que me das.
¿Cómo he de ser yo un combatiente si me asusto del graznido del cuervo?
Cuando veo un ratón me lleno de terror y el miedo me hace ensuciar los vestidos.
A mí sólo me gusta alancear a solas y la vulva conoce la violencia de mi miembro.
Éste es mi justo punto de vista; quien no lo ve así no está en lo cierto.

Miryam, después de haber oído las palabras y los versos y la composición de Nur al-Din, rompió a reír. Le contestó: « ¡Señor mío Nur al-Din! Quédate en tu sitio, pues yo me bastaría, para evitar que te causasen daño, aunque fuesen tan numerosos como los granos de arena» . Se preparó en un instante, montó a lomos

de su corcel, dio vuelta a las riendas y dirigió la punta de su lanza en dirección de las de los enemigos. El caballo que tenía debajo de ella salió raudo como el viento impetuoso o como el agua cuando escapa por un caño estrecho. Miryam era la persona más valiente de su tiempo y única en su época ya que su padre, cuando era pequeña, le había enseñado a montar a caballo y a sumergirse en medio de los mares de la guerra en plena tiniebla de la noche. Dijo a Nur al-Din: « Sube a tu corcel y quédate detrás mío, pero si fuésemos vencidos preocúpate sólo de no caer, pues nadie puede dar alcance a tu montura» . El rey, al ver a su hija, la reconoció perfectamente. Se dirigió al hermano mayor y le dijo: « ¡Bartawt! ¡Tú que te apodas Ras al-Qilawt! Ésta es, sin duda alguna, tu hermana Miryam. Nos ataca y nos mueve guerra y combate; sal a su encuentro y acométela. ¡Por el Mesías y la verdadera religión! Si la vences no la mates antes de haberle expuesto la religión de los cristianos. Si vuelve a su antigua fe, tráemela prisionera, pero si no se convierte mátala del modo más horrible y haz con ella un escarmiento ejemplar; lo mismo harás con ese maldito que la acompaña. Haz en él un castigo ejemplar» . Bartawt le replicó: « ¡Oír es obedecer!» y salió, en seguida, a medirse con su hermana Miryam. Aquél la acometió y ésta le salió al encuentro; él cargó y ella se le acercó y aproximó. Bartawt le dijo: « ¡Miryam! ¿No te basta con haber abandonado la religión de tus padres y abuelos y seguir la religión de los vagabundos que corren por el país, es decir, la religión del Islam? ¡Si no vuelves a la religión de los reyes que fueron tus padres y tus abuelos y no te comportas conforme exige la buena educación, juro por el Mesías y la religión verdadera que he de matarte de mala manera y hacer en ti el peor de los escarmientos!» Miryam rompió a reír al oír las palabras de su hermano y le replicó: « ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! El pasado no vuelve y quien murió no recupera la vida. Yo te voy a hacer tragar las peores angustias. ¡Juro, por Dios, que no abandonaré la religión de Mahoma, hijo de Abd Allah, cuyo recto camino se ha difundido por doquier y constituye la religión verdadera! No abandonaría la buena senda aunque tuviese que tragar la copa de la muerte» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la luz se transformó en tinieblas ante la faz de Bartawt al oír las palabras de su hermana; le molestaron y le afligieron. Entre ambos se inició el combate, se avivó la guerra y el choque y se acometieron a todo lo largo y ancho del valle haciendo frente al peligro. Todas las miradas llenas de estupefacción estaban clavadas en ellos que evolucionaron un rato y se esforzaron durante largo tiempo: Bartawt acometía a su hermana Miryam con distintas formas de ataque, pero ella las paraba todas y lo rechazaba con arte, gracias a su fuerza, habilidad y conocimientos de caballería. En esta

situación siguieron hasta que el polvo cubrió sus cabezas y los contendientes desaparecieron de la vista de los espectadores. Miryam siguió esquivando sin descanso, parando sus ataques, frustrando sus esfuerzos y deshaciendo sus combinaciones hasta que su hermano empezó a perder fuerzas. Entonces le golpeó con la espada en el cuello y el arma quedó reluciente con sus tendones. Dios precipitó su alma al fuego ¡y qué pésima morada es! Hecho esto, Miryam caracoleó por el campo del combate, por la palestra de la guerra y de la lanza y ofreció combate y lucha diciendo: « ¿Hay algún guerrero? ¿Hay algún contendiente? Que hoy no se presente ni el cansado ni el impotente; enfréntenseme sólo los paladines enemigos de la religión para que les dé a beber la copa del ignominioso tormento. ¡Adoradores de ídolos! ¡Descreídos! ¡Rebeldes! ¡Éste es el día en que resplandece el rostro de los fieles y se oscurece la faz de los que no creen en el Misericordioso!» El rey, al ver muerto a su hijo mayor, se abofeteó la cara, desgarró sus vestidos, llamó a su hijo mediano y le dijo: « ¡Bartus! ¡Tú que te apodas Jar al-Sus! Combate, hijo mío, en seguida a Miryam, la asesina de tu hermano; venga a tu hermano Bartawt y tráemela presa, humillada, vencida» . « ¡Padre mío! ¡Oír es obedecer!» Ofreció combate a la joven y ella le salió al encuentro cargando contra él. Se combatieron de modo terrible, de una forma más violenta que en el combate anterior. Pero Bartus, dándose cuenta de que era incapaz de matarla, intentó fugarse y huir. No pudo hacerlo, pues ella, con su valor le atajaba cada vez que lo probaba acercándose a él, dándole caza y encerrándolo. Al fin le golpeó con la espada en la nuca y el arma salió reluciente por el cuello obligándole, así, a reunirse con su hermano. Hecho esto, Miryam caracoleó por el campo del combate, por la palestra de la guerra y de la lanza y gritó: « ¿Dónde están los caballeros y los valientes? ¿Dónde está el visir tuerto y cojo que practica la religión falsa?» El padre, con el corazón lacerado, con los ojos llenos de lágrimas, exclamó: « ¡Has matado a mi segundogénito! ¡Por el Mesías y la religión verdadera!» A continuación llamó a su hijo pequeño y le dijo: « ¡Fasyán! ¡Tú que te apodas Sahl al-Subyán! Sal, hijo mío, a combatir con tu hermana y venga a tus dos hermanos. Atácala y venga a uno de los dos. Si tú consigues la victoria, mátala del modo más vil» . El hermano pequeño salió a hacerle frente y ella avanzó a su encuentro con su habilidad y lo cargó con elegancia, valentía, experiencia de la guerra y de la caballería. Le increpó: « ¡Enemigo de Dios! ¡Enemigo de los musulmanes! ¡Voy a reunirte con tus dos hermanos en la peor morada de los infieles!» Sacó la espada de la vaina y de un golpe le cortó el cuello y los dos brazos reuniéndolo con sus hermanos. Dios hizo llegar, inmediatamente, su alma al fuego ¡y qué pésima morada es!

El corazón de los patricios y caballeros que habían acompañado al padre de los tres muchachos muertos, a pesar de ser los más valientes de sus contemporáneos, se llenó de terror ante la señora Miryam y quedaron perplejos;

la angustia les sobrecogió e inclinaron la cabeza hacia el suelo, pues estaban seguros de que iban a perecer, morir, quedar envilecidos y arruinados; la llama del furor prendió en su corazón, volvieron la espalda y confiaron en la fuga. El rey, al ver a sus tres hijos muertos y a su ejército derrotado, quedó perplejo y aturdido mientras su corazón se abrasaba con una llama de fuego. Se dijo: « La señora Miryam nos tiene en poca cosa. Si yo me arriesgase y, solo, me enfrentase con ella, es probable que me venciese, me matase de mala manera e hiciese en mí el peor de los escarmientos del mismo modo como lo ha hecho con sus hermanos; ella no tiene nada que esperar de nosotros y nosotros no deseamos su regreso. Lo mejor es que yo conserve mi honor y regrese a la ciudad» . El rey dio rienda suelta a su caballo y volvió a la capital. Cuando estuvo de nuevo en el alcázar notó que su corazón ardía por causa de la muerte de sus tres hijos, la derrota de su ejército y la mancha caída sobre su honor. Apenas había transcurrido media hora cuando ya convocaba a los magnates del imperio y a los grandes del reino. Se quejó ante ellos de lo que le había hecho su hija Miryam: había dado muerte a sus hermanos y le había vencido y apenado. Les pidió consejo y todos le dijeron: « Escribe una carta al Califa de Dios en la tierra, el Emir de los creyentes Harún al-Rasid, e infórmalo de todo el asunto» . Escribió a al-Rasid una carta en que decía, después del saludo al Emir de los creyentes: « Tenemos una hija llamada Miryam la cinturonera a la que ha pervertido un prisionero musulmán llamado Nur al-Din, hijo del comerciante Tach al-Din el cairota. Éste la ha raptado una noche y se la ha llevado a su país. Yo ruego de la bondad de nuestro señor, el Emir de los creyentes, que escriba a todos los países musulmanes para que la detengan y nos la devuelvan con un mensajero seguro…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la carta proseguía: » …y nos la devuelvan con un mensajero seguro] escogido entre los criados de su excelencia el Emir de los creyentes» . Entre otras cosas la carta añadía: « A cambio de vuestro auxilio en este asunto os concederemos la mitad de la ciudad de Roma, la Grande, para que podáis construir en ella mezquitas para los musulmanes y os pague el tributo correspondiente» . Una vez escrita la carta, según el consejo de las gentes de su reino y de los magnates del imperio, la dobló y llamó al visir que había nombrado en sustitución del tuerto. Le ordenó que sellase la carta con el sello real; los magnates del reino también estamparon sus sellos después de haber puesto su firma de puño y letra. Dijo al visir: « Si traes a mi hija te cederé un par de provincias de mi imperio y te daré un vestido de Corte con dos orlas bordadas» . Le entregó la carta y le ordenó que se dirigiese a la ciudad de

Bagdad, morada de la paz, y entregase la misiva en propia mano del Emir de los creyentes. El ministro se puso en camino y cruzó valles y desiertos hasta llegar a la ciudad de Bagdad. Al entrar en ésta descansó durante tres días, al cabo de los cuales preguntó por el alcázar del Emir de los creyentes, Harún al-Rasid. Se lo indicaron. Al llegar pidió audiencia al Emir de los creyentes. Se la concedió. Entró, besó el suelo ante él y le entregó la carta del rey de Francia y le hizo ofrenda de los regalos y ricos presentes propios del rango del Emir de los creyentes. El Califa abrió la carta, la leyó y comprendió el contenido. Mandó, inmediatamente, a sus visires que escribiesen cartas a todos los países musulmanes. Así lo hicieron. En las cartas dieron la descripción de Miryam y de Nur al-Din, el nombre de ambos y comunicaron que eran fugitivos; quienquiera que los encontrase debía detenerlos y enviárselos al Emir de los creyentes. Se advertía que debía hacerse sin demora, dudas ni negligencia. A continuación selló las cartas y las mandó con correos a los gobernadores. Éstos se apresuraron a ejecutar la orden y empezaron a buscar por toda su provincia las personas de esas características. Esto es lo que hace referencia a los reyes y su Corte.

He aquí lo que se refiere a Nur al-Din el cairota y Miryam la cinturonera, hija del rey de Francia: Ambos, inmediatamente después de haber derrotado al rey y a su ejército, emprendieron la marcha hacia Siria. El que todo lo oculta los protegió y llegaron a la ciudad de Damasco. Pero los mensajeros despachados por el Califa habían llegado a la ciudad el día antes y el gobernador había sido informado de que tenía que detenerlos en cuanto los encontrase y hacerlos comparecer ante el Califa.

En cuanto los dos jóvenes entraron en la ciudad de Damasco, se les acercaron los espías y les preguntaron cómo se llamaban. Les contestaron la verdad, les refirieron toda su historia y les explicaron todo lo que les había ocurrido. Los reconocieron, los detuvieron y los condujeron ante el Emir de Damasco. Éste los remitió al Califa que estaba en la ciudad de Bagdad, morada de la paz. Una vez llegados a la capital pidieron audiencia al Emir de los creyentes, Harún al-Rasid. La concedió. Entraron y besaron el suelo ante él. Le dijeron: « ¡Emir de los creyentes! Ésta es Miryam la cinturonera, hija del rey de Francia y éste es Nur al-Din, hijo del comerciante Tach al-Din, el cairota; es el prisionero que la ha seducido arrebatándosela a su padre, sacándola de su ciudad y de sus Estados y huyendo con ella a Damasco. Los descubrimos cuando entraban en esta ciudad; les preguntamos sus nombres y nos contestaron la verdad; los hemos traído y aquí están delante tuyo» . El Emir de los creyentes miró a Miryam y se dio cuenta de que era esbelta, bien formada, de palabra elocuente, una hermosa entre las gentes de su tiempo, perla única de su época, de voz dulce, firme y resuelta. Miryam besó el suelo al hallarse ante el soberano e hizo los votos de rigor deseándole poderío, bienestar y el fin de todo daño y enemigo. El Califa quedó admirado de sus bellas proporciones, de la dulzura de

sus palabras y de la rapidez de su respuesta. Le preguntó: « ¿Tú eres Miryam la cinturonera, hija del rey de Francia?» « ¡Sí, Emir de los creyentes, imán de los que creen en un único Dios, protector de la fe, primo del señor de los enviados!» Entonces el Califa se volvió hacia Nur al-Din y se dio cuenta de que era un hermoso muchacho, de bella constitución; padecía ser la luna cuando resplandece en el plenilunio. El Califa le preguntó: « ¿Tú eres el prisionero Alí Nur al-Din, hijo del comerciante Tach al-Din el cairota?» « Sí, Emir de los creyentes, columna de los que obran rectamente.» « ¿Y cómo has raptado a esta muchacha en el propio reino de su padre y has huido con ella?» Nur al-Din empezó a contar al Califa todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin. Cuando hubo terminado de hablar, el soberano quedó profundamente admirado y fue presa de una alegría indescriptible. Exclamó: « ¡Cuántas fatigas ha de sufrir el hombre!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el Califa] se volvió a la princesa y le dijo: « ¡Miryam! Sabe que tu padre, el rey de Francia, me ha escrito acerca de ti, ¿qué tienes que decir?» « ¡Califa de Dios en la tierra, mantenedor de la azuna y de los preceptos de su Profeta! ¡Concédate Dios eterna prosperidad y guárdete de todo mal y daño! Tú eres el Califa de Dios en la tierra y yo he aceptado vuestra religión, ya que ésta es la verdadera, la cierta; he abandonado el credo de los infieles que mienten sobre el Mesías y creo en Dios, el Generoso; admito la revelación de su misericordioso enviado, adoro a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) y le tengo por único Dios; me prosterno, humildemente, ante él y le glorifico. Digo, ante el Califa, que atestiguo que no hay dios sino el Dios y doy fe de que Mahoma es el enviado de Dios, el Cual lo mandó con la buena dirección y la religión verdadera para que se hiciera patente sobre todas las religiones por más que pese a los politeístas[268]. ¿Está en tu poder, Emir de los creyentes, acceder a la carta del rey de los infieles y devolverme al país de los incrédulos que asocian dioses al Rey omnisciente, tienen en gran estima a la cruz, adoran los ídolos y creen que Jesús es Dios a pesar de ser una criatura? ¡Califa de Dios! Si haces esto conmigo, el día del Juicio ante Dios me agarraré a los faldones de tu traje y me querellaré contra ti delante de tu primo, el Enviado de Dios, al que Éste bendiga y salve; en ese día las riquezas y los hijos no serán de provecho sino para quien a Dios se acerque con un corazón limpio[269].» El Emir de los creyentes contestó: « ¡Miryam! ¡Dios me guardará siempre de hacer tal cosa! ¿Cómo he de entregar yo a una mujer musulmana, que cree en la unicidad de Dios y en su Enviado, a quienes niegan a Dios y a su Enviado?» Miryam dijo: « Atestiguo que no hay dios, sino el Dios; doy fe de que Mahoma es el Enviado de Dios» . « ¡Que Dios te bendiga, Miryam, y mejore tu fe en el Islam! Como eres musulmana y profesas la unicidad de Dios tienes derechos sobre nosotros a los que no faltaré jamás, aunque para ello tenga que cubrir la tierra de perlas de oro; tranquilízate, regocija tus ojos, respira tranquilamente, pues sólo te han de ocurrir cosas buenas. ¿Estás conforme en que este muchacho, Alí el cairota, sea tu esposo y tú su esposa?» « ¡Emir de los creyentes! ¿Cómo no lo he de aceptar por esposo si él me compró con sus riquezas, me ha hecho innumerables favores y ha expuesto su vida, por culpa mía, muchísimas veces?» Nuestro señor, el Emir de los creyentes, la casó con él, le dio la dote y mandó llamar al cadí, a los testigos y a los grandes del imperio para que asistiesen a la redacción del contrato matrimonial. Aquél fue un día señalado. Después, el Emir de los creyentes, se volvió hacia el visir del rey de los cristianos que estaba allí presente y le dijo: « ¿Has oído sus palabras? ¿Cómo he de devolverla a su padre, infiel, si ella es musulmana y cree en la unidad de Dios? Él le causaría daño y se enfadaría con ella y muy especialmente por haberle matado a sus hijos, ¿puedo yo cargar con tal culpa para el Día del Juicio? Dios (¡ensalzado sea!) ha dicho: “Dios no ha concedido medio a los incrédulos para molestar a los

creyentes”[270]. Vuelve junto a tu rey y dile: “Desiste de este asunto y no lo pretendas”» . El visir, que era estúpido, contestó al Califa: « ¡Juro por el Mesías y la Religión verdadera que no me es posible regresar sin Miryam, aunque ella sea musulmana! Si volviese junto a su padre sin ella, me mataría» . El Califa chilló: « ¡Coged a este maldito! ¡Matadlo!» , y recitó este verso:

> Esta es la recompensa de quien se rebela contra su superior y me desobedece.

A continuación mandó que cortasen el cuello al maldito visir y que lo quemasen. Pero la señora Miryam intervino: « ¡Emir de los creyentes! No ensucies tu espada con la sangre de este maldito» . Ella desenvainó la suya, le cortó el cuello y la cabeza saltó separada del cuerpo y fue a parar a la morada de la perdición; su refugio fue el infierno ¡y qué pésima morada es! El Califa quedó admirado de la robustez de su brazo y de la firmeza de su ánimo. Después regaló a Nur al-Din un precioso traje de Corte; asignó a los dos esposos una habitación en palacio y les concedió rentas, posesiones y fincas mandando que les entregasen cuantos trajes, tapices y vasos preciosos pudieran necesitar.

Vivieron en Bagdad durante cierto tiempo la más feliz y tranquila de las vidas. Después Nur al-Din deseó ver a su madre y a su padre. Se lo expuso al Califa y le pidió permiso para regresar a su país y hacer una visita a sus parientes. El Califa mandó llamar a Miryam; ésta se presentó ante él y el soberano le autorizó a marcharse haciéndole grandes regalos y presentes de valor. Recomendó cada uno de los esposos al otro y luego mandó escribir a los príncipes, a los ulemas de El Cairo, la bien guardada, recomendándoles a Nur al-Din, sus padres y su esposa para que los tratasen con los máximos respetos.

Cuando llegó a Egipto la noticia del regreso de Nur al-Din y se enteró de ello el comerciante Tach al-Din, padre de aquél, se alegró mucho y lo mismo sucedió a su madre. Los magnates, los príncipes y los grandes del reino salieron a recibir a Nur al-Din a causa de la recomendación del Califa. El día de su llegada fue un día solemne, estupendo, maravilloso, en el cual el amante se encontró unido a la amada y en el que el solicitante obtuvo lo que deseaba. En cada uno de los días siguientes se dio un banquete en casa de un Emir, la alegría fue creciendo y trataron a los dos jóvenes con honores siempre crecientes. Cuando Nur al-Din se reunió con su padre y su madre todos se alegraron muchísimo cesando la pena y la angustia. Del mismo modo se alegraron de recibir a la señora Miryam, la trataron con el máximo respeto y le hicieron regalos y presentes todos los emires y grandes comerciantes; cada día tenían una nueva satisfacción y experimentaban una alegría más grande que la de los días festivos.

Siguieron viviendo en la alegría, en medio de dulzuras y con el máximo bienestar comiendo y bebiendo y disfrutando durante un lapso de tiempo, hasta

que les alcanzó el destructor de las delicias, el separador de los amigos, el que arruina casas y palacios y puebla el vientre de las tumbas. Abandonaron la vida, pasaron al mundo de los difuntos y se contaron en el número de los muertos. ¡Gloria a Dios, el Viviente, el que nunca muere! En su mano están las llaves del poder y del imperio.

HISTORIA DEL SAIDÍ Y DE SU ESPOSA FRANCA

SE refiere también que el Emir Sucha al-Din Muhammad, gobernador de El Cairo, refirió: « Pasamos una noche en casa de un hombre que era de la región de Said; nuestro huésped nos trató con el máximo respeto. Este hombre, ya muy anciano, tenía la tez de un moreno muy oscuro, mientras sus hijos pequeños eran blancos y sonrosados. Le preguntamos: "Fulano ¿cómo es que estos tres hijos son tan blancos mientras tú eres tan moreno?" Contestó: "La madre de éstos es una mujer franca a la que yo tomé por esposa y con la que me ocurrió una historia prodigiosa". Le dijimos: "Regocíjanos con ella". "Sí."

» Refirió: "Sabed que en este país yo había cultivado y cosechado lino invirtiendo quinientos dinares. Después decidí venderlo, pero no podía obtener más dinero que el invertido. Me dijeron: 'Ve a Akka; tal vez allí consigas un gran beneficio'. En aquella época Akka estaba en poder de los francos. Fui a esta ciudad y vendí parte del lino con pago a seis meses vista. Mientras yo realizaba la venta pasó por mi lado una mujer franca —las mujeres francas tienen por costumbre ir al mercado sin velo— y se acercó para comprar lino. Observé que era de una belleza tal que mi entendimiento quedó perplejo; le vendí algo haciendo rebaja en el precio. Ella lo cogió y se marchó. Al cabo de unos días volvió; le vendí algo haciendo una rebaja en el precio mayor que la primera vez. Empezó a frecuentarme y se dio cuenta de que yo estaba enamorado de ella. Tenía por costumbre hacerse acompañar por una vieja. Yo dije a ésta: 'Estoy enamorado de tu compañera, ¿puedes preparar alguna treta que me permita reunirme con ella?' 'Te lo arreglaré, pero ha de ser en secreto y no ha de salir de nosotros tres: yo, tú y ella. Y además tendrás que gastar dinero.' '¡Aunque tuviera que dar mi vida para reunirme con ella, no sería mucho!'"

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Sucha al-Din prosiguió:] » Así convino que le pagaría cincuenta dinares y que la vieja le llevaría la cristiana. Él preparó los cincuenta dinares y se los entregó a la anciana. Ésta tomó el dinero y le dijo: "Prepara un sitio en tu casa; esta noche acudirá a tu lado". El Saidí prosiguió: "Me marché, preparé lo que pude: comida, bebida, velas y dulces. Todo esto ocurría en pleno verano. Mi casa daba al mar. Puse tapices en la azotea. La mujer franca acudió: comimos, bebimos. La noche extendió sus tinieblas y dormimos debajo del cielo: la luna nos iluminaba y nosotros contemplábamos cómo se reflejaban los luceros en el mar. Me dije: '¿Es que no tienes vergüenza delante de Dios? (¡gloriado y ensalzado sea!) ¡Tú eres un extranjero, te encuentras bajo el cielo, junto a la orilla del mar y desobedeces a Dios (¡ensalzado sea!), teniendo relación con una cristiana: mereces el tormento

del fuego! ¡Dios mío! Atestiguo que me abstendré esta noche de la cristiana por temor tuyo, por miedo de tu tormento'. Pasé la noche hasta la mañana siguiente. Ella estaba enfadada conmigo, se marchó a su casa y yo me dirigí a mi tienda. Me senté en ella y vi cruzar a la joven, indignada, que parecía una luna, y a la vieja. Me sentí perdido y me dije: '¿Quién eres tú para abstenerte de esa mujer? ¿Eres acaso al-Sarí, al-Saqati o Bisr al-Hafi o al-Chunayd al-Bagdadi o al-Fadil b. Iyad?' A continuación me acerqué a la anciana y le dije: '¡Tráemela! '¡Juro por el Mesías que no volverá a tu lado por menos de cien dinares!' '¡Te daré los cien dinares!' Le entregué los cien dinares y acudió por segunda vez. Cuando la tuve a mi lado me hice las mismas reflexiones que la primera vez, me abstuve de ella y la dejé estar por respeto a Dios (¡ensalzado sea!). A continuación me marché y me dirigí a mi tienda. Al cabo de un rato la vieja, muy enfadada, pasó por mi lado. Le dije: '¡Tráemela!' Replicó: '¡Juro por el Mesías que no te alegrarás con ella en tu casa por menos de quinientos dinares! Si no es así puedes morir de pena'. Esto me asustó y yo me resolví a hacerme con todo el precio del lino y rescatar con ello mi vida. Apenas me había decidido cuando los pregoneros anunciaron: '¡Comunidad de los musulmanes! ¡La tregua que existía entre nosotros ha terminado! ¡Concedemos a los musulmanes aquí presentes la prórroga de una semana para que puedan liquidar sus negocios y marcharse a su país!' La muchacha había dejado de frecuentarme. Yo cobré el precio del lino que me habían comprado a crédito y liquidé el que me quedaba; compré hermosas mercancías y me marché de Akka con el corazón lleno de violento amor y cariño por aquella mujer franca que se había adueñado de mi ser y de mis bienes. Anduve sin descanso hasta llegar a Damasco, en donde vendí las mercancías que había comprado en Akka a un precio muy alto debido a que habían dejado de recibirse con motivo del fin de la tregua. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) me concedió un buen beneficio y yo empecé a comerciar con esclavas cautivas para alejar de mi corazón el recuerdo de aquella franca. Continué este negocio durante tres años, durante los cuales ocurrió a al-Malik al-Nasir[271] con los francos lo que le ocurrió en los combates: Dios le concedió la victoria, hizo prisioneros a todos sus reyes y conquistó los países de la costa con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!). Sucedió lo siguiente: Un hombre vino a verme y me pidió una esclava para al-Malik al-Nasir. Yo tenía una hermosa muchacha y se la mostré. Me la compró por cien dinares, pero sólo me pagó noventa. Faltaban diez que no pudieron encontrar en el tesoro en todo aquel día, pues había gastado todas sus riquezas en la guerra contra los francos. Informaron de esto a al-Malik al-Nasir y éste dijo: 'Conducidle al campo de los cautivos y dejad que escoja una de las hijas de los francos a cambio de los diez dinares…'

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al-Malik al-Nasir prosiguió: '… dejad que escoja una de las hijas de los francos a cambio de los diez dinares] que se le deben'. Me condujeron al campo de las cautivas y observé su contenido: vi todas las esclavas y descubrí a la joven franca de la que me había enamorado, reconociéndola al instante: era la mujer de un caballero franco. Dije: '¡Dadme ésta!' Me la entregaron y la llevé a mi tienda. Le pregunté: '¿Me reconoces?' '¡No!' 'Yo soy el comerciante en lino y me pasó contigo lo que me pasó; te quedaste con mi dinero y me dijiste que no volverías a verme por menos de quinientos dinares; pero hoy eres de mi propiedad por sólo diez dinares.' '¡Esto es un misterio de tu religión verdadera! Atestiguo que no hay dios sino el Dios y que Mahoma es el enviado de Dios.' Se convirtió al Islam de modo sincero. Me dije: 'No me acercaré a ella hasta haberla libertado y haber informado al cadí'. Corrí a ver a Ibn Saddad y le conté lo que me había ocurrido. Él me casó con ella. Después pasé con ella la noche y la dejé encinta. El ejército continuó su marcha y nosotros llegamos a Damasco. Habían transcurrido unos cuantos días cuando se presentó un mensajero del rey en busca de los prisioneros y de los cautivos debido a un acuerdo que se había concluido entre los reyes. Todo el mundo devolvió sus esclavos, fuesen mujeres u hombres, y sólo se quedó la mujer que estaba conmigo. Dijeron: 'No nos han devuelto la mujer del caballero Fulano'. Preguntaron por ella, profundizaron en sus pesquisas e investigaciones y se enteraron de que yo la tenía. Me la pidieron. Yo me presenté ante ella fuera de mí, con la cara demudada. Me preguntó: '¿Qué te ocurre? ¿Qué desgracia te ha alcanzado?' Le repliqué: 'Ha venido un mensajero del rey en busca de todos los prisioneros y me piden que te entregue' '¡No te preocupes! Condúceme ante el rey, pues yo sé lo que he de decirle'. La tomé conmigo y la presenté ante el sultán al-Malik al-Nasir. El enviado del rey de los francos estaba sentado a su derecha. Dije: '¡Ésta es la mujer que tengo!' Al-Malik al-Nasir y el mensajero le dijeron: '¿Quieres marcharte a tu país o bien al lado de tu marido? Dios te ha librado —a ti y a los demás— del cautiverio'. Contestó al sultán: 'Yo me he convertido al Islam y he quedado encinta como veis en mi vientre. Los francos no obtendrían ninguna utilidad de mí'. El mensajero le preguntó: 'A quién prefieres, ¿a este musulmán o al caballero Fulano?' Le replicó lo mismo que había dicho al sultán. El mensajero dijo a los francos que le acompañaban: '¿Habéis oído sus palabras?' Contestaron: '¡Sí!' El mensajero me dijo: '¡Coge a tu mujer y vete!' El mensajero despachó un propio quien me alcanzó y me dijo: 'La madre de esa joven la ha enviado un depósito diciendo: 'Mi hija está presa y sin nada. Quiero que le hagas llegar esta caja. Cógela y entrégasela'. Cogí la caja, la llevé a casa y se la entregué. La abrió y encontró sus ropas. Yo hallé, en dos bolsas, mi oro: en una los cincuenta y en otra los cien dinares; estaban atados con mi misma cuerda y no se había tocado nada. Di gracias a Dios (¡ensalzado

sea!). Éstos son los hijos que he tenido con ella. Ella vive aún y es quien ha guisado la comida”.

» Quedamos admirados de su historia y de la suerte que había tenido. Pero Dios es más sabio.»

HISTORIA DEL MUCHACHO BAGDADÍ Y DE LA ESCLAVA QUE COMPRÓ

SE refiere también que en lo antiguo del tiempo vivía en Bagdad un hombre que era hijo de gentes en posición desahogada y que había heredado de su padre grandes riquezas. Se enamoró de una esclava y la compró. Él la amaba y ella le correspondía. Él fue gastando dinero por ella hasta que hubo perdido todos sus bienes y no le quedó nada. Buscó algún medio con que poder subsistir, pero no lo encontró. Durante los días en que había sido rico, ese muchacho había frecuentado las tertulias de las gentes aficionadas al canto y había alcanzado un conocimiento cabal. Pidió consejo a un amigo. Éste le contestó: « El arte que sé que conoces mejor es el del canto: dedícate a él con tu esclava y ganarás grandes riquezas, comerás y beberás» . Pero esto no gustaba ni al joven ni a la esclava. La muchacha le dijo: « Tengo una idea» . « ¿Cuál?» « Véndeme y así nos libraremos de esta dificultad los dos; yo viviré regaladamente, ya que mujeres como yo sólo son compradas por gentes pudientes; yo me las ingeniaré para volver a tu lado.» El muchacho la condujo al zoco. El primero que la vio fue un hasimí de Basora. Era un hombre educado, agradable y generoso. La compró por mil quinientos dinares. El dueño de la joven refiere:

« Una vez hube cobrado el dinero me arrepentí y rompí a llorar; la esclava hizo lo mismo y me pidió que anulase la venta. Pero el nuevo dueño no aceptó. Guardé el dinero en la bolsa y no supe adonde dirigirme, ya que mi casa, sin ella, estaba desierta. Lloré, me abofeteé y sollocé como nunca lo había hecho. Entré en una mezquita y me senté a llorar y era tal mi aturdimiento que no me reconocía. Me dormí colocando la bolsa debajo de mi cabeza como si fuese una almohada. Yo no noté nada, pero un hombre la retiró y se marchó rápidamente. Me desperté asustado e inquieto y no hallé el dinero. Me incorporé para perseguirlo pero tenía un pie atado con una cuerda por lo que me caí de bruces y empecé a llorar, a abofetearme y a decirme: “Te has separado de tu alma y has perdido tus bienes”.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho bagdadí prosiguió:] » Las circunstancias me cegaron: me dirigí al Tigris, me tapé la cara con los vestidos y me arrojé al río. La gente que me vio exclamó: “¡Lo hace a causa de la gran pena que siente!” Se echaron al agua en pos mío, me sacaron y me preguntaron lo que me sucedía. Les expliqué lo que me había pasado. Se entristecieron. Un anciano que estaba entre ellos se acercó y dijo: “Has perdido el dinero, ¿cómo quieres ahora perder el alma? Serías uno de los habitantes del infierno. Ven conmigo para que yo pueda ver tu domicilio”. Así lo hice. Llegamos a mi habitación y se sentó a mi lado durante un rato, hasta que yo me

hube tranquilizado. Le di las gracias por lo que había hecho y se marchó. Apenas hubo salido estuve a punto de suicidarme pero, acordándome de la última vida y del fuego, salí huyendo de mi casa y me marché a la de un amigo. Le referí lo que me había ocurrido. Él rompió a llorar, tuvo compasión de mí, me dio cincuenta dinares y me dijo: "¡Acepta mi consejo! Vete ahora mismo de Bagdad y toma esta bolsa para tus gastos hasta que tu corazón se haya olvidado de su amor y se haya consolado. Tú sabes redactar, escribir, tienes buena letra y estás bien educado. Vete ante cualquier gobernador, preséntate ante él y ofrécete para servirle ¡tal vez Dios te reúna con tu esclava!" Al oír esto recuperé el valor, mi pena se hizo menor y me marché hacia Wasit, ya que yo tenía parientes en ella. Me dirigí a la orilla del río, vi allí un barco anclado y que los marinos transportaban a él utensilios y telas preciosas. Les pedí que me llevasen con ellos. Contestaron: "Este buque pertenece a un hasimí y no podemos tomarte de esta manera". Les solicité ofreciéndoles dinero. Me dijeron: "Si es así no hay inconveniente. Quítate esos vestidos preciosos que llevas, ponte unos de marinero y quédate a nuestro lado como si fueses uno de nosotros". Volví a la ciudad, compré algunas ropas de marino, me las puse y fui al barco que zarpaba para Basora. Me instalé con los marinos y al poco rato descubrí a mi esclava acompañada por dos muchachas que estaban a su servicio. Calmé la nerviosidad que se había apoderado de mí y me dije: "Ahora oiré su canto hasta llegar a Basora". Al poco rato apareció el hasimí montado a caballo y acompañado por algunos hombres. Embarcaron en el buque y éste zarpó. Sirvieron la comida y el hasimí comió con la esclava; los restantes comieron en el puente de la nave. El hasimí, después, dijo a la muchacha: "¿Cuánto tiempo vas a estar sin cantar, llena de tristeza y llanto? ¡No eres la primera que está separada de quien ama!" Así supe lo que le ocurría a causa de mi amor. Mandó que tendiesen una cortina en un rincón de la nave, colocó a la esclava detrás, y llamó a los que estaban cerca de mí y los invitó a sentarse al otro lado del velo. Pregunté quiénes eran y supe que se trataba de sus hermanos. Les ofreció el vino y las frutas secas que podían necesitar y todas insistieron a la esclava para que cantase, hasta que ésta pidió el laúd, lo afinó, moduló el canto y recitó este par de versos:

> La caravana partió, con quien yo amaba, en medio de la tiniebla nocturna; no se han abstenido de emprender la marcha con el objeto de mis deseos.
> Después de la partida de sus monturas arde la brasa del amor en el corazón del amante.

» El llanto la venció: tiró el laúd y dejó de cantar. Los presentes quedaron conmovidos y yo caí desmayado, los allí presentes creyeron que yo era víctima de un ataque de epilepsia: unos recitaron exorcismos en mi oído al tiempo que

insistían con delicadeza a la joven para que siguiese. Afinó el laúd, empezó a cantar y declamó:

> Me he detenido a sollozar cuando ya han emprendido la marcha; pero ellos, aunque se alejen y partan, están presentes en el corazón.

» Dijo también:

> Me he detenido ante los restos del campamento para preguntar por ellos: la ciudad estaba vacía, las moradas deshabitadas.

» La joven cayó desmayada y motivó el llanto de todos los presentes. Yo di un grito y caí desmayado. Los marineros se agitaron en torno mío. Un paje del hasimí preguntó: "¿Cómo habéis traído a este poseso?" Se decían unos a otros: "Cuando lleguemos a cualquier pueblo le haremos desembarcar y nos quedaremos tranquilos". Esto me causó una gran pena y un tormento doloroso. Haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo me dije: "No tengo más remedio, si quiero escapar de sus manos, que informarla de que me encuentro a bordo para impedir que me expulsen". Seguimos navegando hasta aproximarnos a una aldea. El dueño del buque dijo: "¡Conducidnos a la orilla!" Desembarcaron todos. La tarde había caído. Yo me dirigí a la cortina, tomé el laúd, toqué algunos acordes y seguí con una música que yo le había enseñado. Después regresé a mi puesto en el barco.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [él joven prosiguió:] » al poco rato la gente que había desembarcado volvió a la nave. La luna lucía sobre la tierra y el agua. El hasimí dijo a la esclava: "¡Te conjuro por Dios a que no nos amargues la vida!" La muchacha tomó el laúd, lo pulsó con la mano y rompió a sollozar. Creyeron que el alma iba a abandonarle. Después dijo: "¡Por Dios! Mi maestro está con nosotros en esta nave". El hasimí replicó: "Si estuviera con nosotros no le privaría de nuestra compañía, ya que es posible que aliviara tu pena y que pudiéramos oír tu canto. Pero es muy difícil que esté en el buque". "¡No puedo tocar el laúd ni cambiar sus aires estando mi maestro con nosotros!" "¡Preguntaremos a los marinos!" "¡Hazlo!" El hasimí los interrogó y les preguntó: "¿Habéis traído a alguien con vosotros?" "No", contestaron. Yo temí que aquí terminara el interrogatorio por lo que rompí a reír y dije: "¡Sí! Yo soy su maestro y le he enseñado cuando era su dueño". Ella intervino: "¡Por Dios!

Estas palabras son de mi dueño". Los pajes se acercaron y me condujeron ante el hasimí. Al verme me reconoció. Exclamó: "¡Ay de ti! ¿Cómo estás así? ¿Qué te ha sucedido para encontrarte en tal estado?" Le referí lo que me había ocurrido y rompí a llorar; los sollozos de la muchacha se elevaron desde detrás de la cortina. El hasimí y sus hermanos lloraron amargamente y tuvieron compasión de mí. Dijo: "¡Por Dios! Ni me he aproximado a esta muchacha, ni la he poseído ni he podido oír, hasta hoy, su canto. Yo soy un hombre al que Dios ha concedido una vida desahogada. Vine a Bagdad para oír cantar y reclamar mis rentas al Emir de los creyentes. Realicé las dos cosas y me decidí a regresar a mi patria. Me dije: 'Oirás algunos cantos de Bagdad', y compré esta esclava ignorando cuál era vuestra situación. Pero atestiguo ante Dios que en cuanto llegue a Basora libertaré a esta esclava, la casaré contigo y os asignaré una renta que os será más que suficiente, con la única condición de que cuando desee oír cantar se tenderá una cortina y ella cantará desde detrás. Tú serás mi amigo y comensal". Yo me alegré muchísimo. El hasimí metió la cabeza por la cortina y le preguntó: "¿Estás satisfecha?" La muchacha hizo los votos de rigor y le dio las gracias. El hasimí llamó a un paje y le dijo: "Coge de la mano a este joven, quítale esos vestidos, ponle unos que sean preciosos, perfúmalo y tráelo a nuestro lado". El muchacho me tomó consigo e hizo lo que le había mandado su señor llevándome de nuevo a su lado. Éste me ofreció la misma bebida que tomaban los dos.

» Después, la esclava empezó a cantar las más hermosas melodías y recitó estos versos:

Me han censurado porque mis lágrimas corrían cuando mi amante vino a despedirse.
Pero ellos no han probado ni el gusto de la separación, ni la comezón causada por la tristeza entre mis costillas.
Sólo conoce la pasión el afligido que recorre aquellas tierras con el corazón alicaído.

» Estos versos impresionaron de manera extraordinaria a los reunidos. La alegría del muchacho creció y cogió el laúd a la esclava. Tocó las más hermosas melodías y recitó estos versos:

Pide una gracia si la pides a un hombre generoso que sólo ha conocido la riqueza y el bienestar.
Pedir a un noble es causa de honra; pedir al infame es causa de ignominia
Si no puedes evitar el humillarte, humíllate, cuando menos, pidiendo a los grandes.
El alabar al generoso no constituye ignominia; la ignominia está en que

alabes a los menudos.

» Aquellas gentes se alegraron muchísimo y su satisfacción fue en aumento. Yo cantaba un rato y la esclava otro. Así nos acercamos a la orilla y el buque ancló; todos los que estaban a bordo, incluyéndome a mí, desembarcaron; yo estaba ebrio; me senté a orinar y el sueño me venció; los pasajeros volvieron al buque y éste zarpó; no se acordaron de mí, pues estaban ebrios. Yo había gastado mi dinero por la muchacha y no me quedaba nada. Ellos llegaron a Basora. A mí me despertó el calor del sol. Me puse en pie, di vueltas y no vi a nadie. Yo me había descuidado de preguntar al hasimí su nombre, la dirección de su casa en Basora y cómo poder encontrarlo. Me quedé perplejo; parecía que la alegría que había experimentado al encontrar a mi esclava era un sueño. Seguí sin saber qué hacer hasta que pasó ante mí una gran embarcación. Subí a bordo y llegué a Basora. No conocía a nadie en ella ni sabía dónde estaba la casa del hasimí. Me acerqué a un tendero, cogí tinta y papel…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *ochocientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] » …y me senté a escribir. Mi letra le gustó; se fijó en que mi vestido estaba sucio y me preguntó mi historia. Le dije que yo era un pobre extranjero. Me preguntó: “¿Quieres quedarte conmigo y cada día te daré medio dirhem, te alimentaré y te vestiré a cambio de que me lleves las cuentas de la tienda?” “¡Sí!” Me quedé con él, contabilicé un negocio y asenté las entradas y salidas. Al cabo de un mes aquel hombre se dio cuenta de que sus entradas habían aumentado y sus salidas disminuido. Me dio las gracias por ello y empezó a pagarme cada día un dirhem. Al cabo de un año me invitó a casarme con su hija y a asociarme en el negocio. Acepté. Me uní a mi mujer y permanecí fijo en la tienda, pero tenía el ánimo deshecho y mi corazón estaba triste. El tendero bebía y me invitaba, pero yo me abstenía dada mi aflicción. En esta situación permanecí durante dos años. Cierto día, estando yo en la tienda, apareció un grupo de gente con comida y bebida. Pregunté al tendero qué ocurría. Me dijo: “Hoy es el día de las gentes alegres; músicos, juglares y jóvenes de vida alegre van a la orilla del río para comer y beber junto a los árboles que están en el canal de Ubulla”. Me entraron ganas de distraerme y pensé: “Tal vez uniéndome a esas gentes encuentre a quien amo”. Dije al tendero: “Me apetece ir”. “¡El irte con ellos es asunto tuyo!” Preparé comida y bebida y anduve hasta el canal de Ubulla. Las gentes se desperdigaban y yo quise marcharme con ellos; en aquel momento apareció la nave en que estaban el hasimí y la esclava cruzando el canal. Grité y el hasimí y quienes le acompañaban me reconocieron y me llevaron con ellos. Me dijeron: “¿Aún estás

vivo?”, y me abrazaron. Me preguntaron por mi historia y se la referí. Me dijeron: “Nosotros creíamos que te habías ahogado mientras estabas borracho”. Les pregunté cómo se encontraba la muchacha. Me refirieron: “Al enterarse de tu desaparición, rasgó sus vestidos, quemó el laúd y empezó a abofetearse y a sollozar. Una vez hubimos llegado con el hasimí a Basora le dijimos: ‘¡Deja de llorar y de estar triste!’ Contestó: ‘Yo me vestiré de luto, construiré una tumba junto a esta casa, me quedaré a su lado y dejaré de cantar’. Le permitimos que lo hiciera y aún ahora se encuentra en esta situación”. Me llevaron con ellos, llegamos a su casa y la encontré en el estado que me habían descrito. A-l verme exhaló un sollozo profundo y yo creí que había muerto. La abracé durante largo rato. El hasimí me dijo: “¡Cógela!” Contesté: “¡Sí! Pero, conforme me prometiste, concédele la libertad y cásame con ella”. Así lo hizo. Nos regaló objetos preciosos, muchísimos vestidos, tapices y quinientos dinares. Dijo: “Ésta es la suma que os asigno mensualmente con la condición de que seáis mis contertulios y pueda oír cantar a la muchacha”. Después ordenó que nos preparasen una casa y mandó trasladar a ella cuanto necesitábamos. Al llegar vi que había sido recubierta de tapices y alfombras. Conduje allí a la muchacha y me marché a ver al tendero. Le referí todo lo que me había sucedido y le rogué que me permitiese repudiar a su hija, sin atribuirme la culpa. Le devolví la dote y todo lo que me había dado.

» Viví durante dos años con el hasimí. Me hice dueño de grandes riquezas y volví a recuperar la posición que había tenido en Bagdad. Dios, el Generoso, nos evitó las preocupaciones, nos colmó con toda suerte de bienes y puso, como meta de nuestra paciencia, la consecución de nuestro deseo. ¡Loado sea en ésta y en la otra vida!

» Dios es más sabio.»

HISTORIA DE WIRD JAN HIJO DEL REY CHILAD

SE cuenta también que en lo antiguo del tiempo y en lo más remoto de los siglos y de las épocas, vivía un rey en el país de la India. Era un soberano poderoso, de elevada estatura, de buen aspecto, bien educado, de natural generoso, favorecedor de los pobres y amante de sus súbditos y de todos los habitantes de su reino. Se llamaba Chilad. En su imperio tenía setenta y dos reyes y trescientos cincuenta jueces que le obedecían; tenía además setenta visires y al frente de cada diez soldados ponía un cabo. El más importante de sus visires era una persona que se llamaba Simas, tenía veintidós años y era de buenas costumbres, hermoso, de dulces palabras, perspicaz en las respuestas, experto en todos los asuntos, sabio, reflexivo, jefe a pesar de su corta edad, instruido en todas las ramas de la ciencia y educado. El rey lo quería muchísimo y se sentía atraído hacia él, dado los conocimientos que tenía de elocuencia, retórica y arte político y porque Dios le había concedido el ser misericordioso y bondadoso con sus súbditos.

Aquel rey era equitativo con las gentes de su reino, respetaba a los inferiores, haciendo dones a grandes y chicos, a los que favorecía con regalos, paz y tranquilidad; aligeraba los tributos; apreciaba por igual a grandes y a chicos y los colmaba de beneficios y de atenciones, siguiendo con ellos una hermosa línea de conducta como no había tenido ninguno de sus antecesores. Pero, a pesar de todo, Dios (¡ensalzado sea!) no le había concedido ningún hijo. Esto le preocupaba a él y a las gentes de su reino. Cierta noche en que el rey estaba acostado meditando en el futuro de su Estado se quedó dormido. Viose en sueños regando la raíz de un árbol…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey se vio en sueños regando la raíz de un árbol] alrededor del cual había muchos otros. De pronto, de aquel árbol surgió una llamarada que abrasó a todos los que tenía en torno. En este momento el rey se despertó sobresaltado y atemorizado. Llamó a uno de sus pajes y le dijo: « Ve ahora mismo y tráeme rápidamente al visir Simas» . El muchacho fue en busca de éste y le dijo: « El rey te llama ahora mismo, pues se ha despertado asustado y me ha ordenado que te hiciera comparecer ante él rápidamente» . Simas se levantó al oír las palabras del muchacho, se marchó en busca del rey, se presentó ante éste y lo encontró sentado en la cama. Se prosternó ante él, hizo el voto de rigor deseándole largo poder y bienestar y añadió: « ¡Que Dios no te entristezca, rey! ¿Qué es lo que te ha turbado esta noche? ¿Por qué me has llamado con tanta prisa?» El rey le permitió que se sentara y obedeció. El soberano le refirió lo que había visto, diciendo: « Esta noche he soñado algo que

me ha turbado: me ha hecho el efecto de que regaba la raíz de un árbol en torno del cual había muchos otros. Mientras yo hacía esto brotó una llamarada de su raíz y quemó a todos los que tenía en torno suyo. Esto me ha asustado, me ha llenado de pánico y me ha hecho despertar. Entonces te he mandado llamar, pues tú sabes muchas cosas, reconozco que tu ciencia es vastísima y muy agudo tu raciocinio» . Simas inclinó la cabeza hacia el suelo un momento y después sonrió. El rey preguntó: « ¡Simas! ¿Qué ocurre para que sonrías? ¡Dime la verdad y no me ocultes nada!» El visir le contestó: « ¡Oh, rey! Dios (¡ensalzado sea!) ha accedido a tus deseos y te tranquiliza, pues este sueño sólo augura toda clase de bien. Dios (¡ensalzado sea!) te concederá un hijo varón que heredará tu reino después que tú le hayas gobernado durante muchos años. Pero hay algo que no quiero aclararte en este momento, pues no conviene comentarlo» . El rey se alegró muchísimo, su contento fue creciendo, desapareció el temor y su espíritu se tranquilizó. Dijo: « Si el asunto está así según la óptima interpretación del sueño, termina de completármelo cuando llegue el momento oportuno, ya que aquello que no conviene decir ahora habrá de ser aclarado en cuanto llegue su hora para que mi alegría sea completa. Yo lo único que deseo es complacer a Dios (¡gloriado y ensalzado sea!)» . Simas, dándose cuenta de que el rey quería saber toda la interpretación, encontró un pretexto para negársela. Entonces el soberano llamó a los astrólogos y a todos los oneirólogos que había en su reino. Acudieron ante él y les refirió su sueño. Les dijo: « Deseo que me contéis su verdadera interpretación» . Uno de ellos se adelantó y pidió permiso al rey para hablar. Cuando se lo concedió dijo: « ¡Oh, rey! Tu visir Simas es capaz de interpretar esto, pero por respeto a ti y para calmar tu temor no te ha dado la explicación íntegra. Pero si me permites hablar, hablaré» . « ¡Habla sin miramientos y di la verdad!» El oneirólogo dijo: « ¡Oh, rey! Tendrás un hijo que te sucederá en el reino después de tu larga vida, pero no se comportará con sus súbditos como tú; se apartará de tus normas, los oprimirá y le sucederá lo que al ratón con el gato ¡que Dios, ensalzado sea, nos guarde!» « ¿Y cuál es la historia del gato y del ratón?» El oneirólogo dijo: « ¡Que Dios conceda larga vida al rey!»

HISTORIA DEL GATO Y DEL RATÓN

El oneirólogo explicó: « Una noche salió un gato a cierto campo en busca de algo que comer. Pero no encontró nada y el frío y la lluvia lo debilitaron. Empezó a meditar en lo que debía hacer. Mientras daba vueltas descubrió, al pie de un árbol, una ratonera. Se acercó, olfateó y ronroneó hasta convencerse de que en el interior había un ratón. Entonces empezó a estudiar cómo podía entrar a cogerlo. El ratón, al darse cuenta, le dio la espalda y empezó a escarbar con

manos y pies para obstruir la puerta de la ratonera. Entonces el gato dijo con voz débil: "¡No hagas esto, amigo mío! Yo busco refugio junto a ti y espero que tú tengas compasión de mí y me concedas alojamiento esta noche, pues me encuentro débil; dada mi mucha edad y la pérdida de mis fuerzas soy incapaz de moverme. Esta noche, al salir a este jardín, he invocado la muerte para descansar. Ahora me encuentro junto a tu puerta tiritando por el frío y la lluvia. Te ruego, por Dios, que tengas caridad para cogerme de la mano, hacerme entrar en tu casa y permitir que me refugie en el vestíbulo de tu ratonera, ya que soy extranjero y desgraciado. Se dice: Aquel que acoge en su casa a un extranjero desgraciado tendrá por morada el Paraíso en el Día del Juicio'. Tú, amigo mío, te harás acreedor de mi recompensa si me permites pasar esta noche, hasta que amanezca, en tu casa. Después me iré a mis quehaceres".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el oneirólogo prosiguió:] » El ratón al oír sus palabras le replicó: "¿Cómo he de dejarte entrar en mi madriguera si tú eres mi enemigo natural y tu alimento lo constituye mi carne? Temo que me traiciones, pues tal es tu costumbre; para ti los pactos no existen. Se dice: 'No hay que confiar a un hombre adúltero la mujer hermosa, ni al pobre indigente riquezas, ni la leña al fuego'. Yo no tengo por qué confiarme a ti pues se dice: 'Cuanto más débil es un individuo más fuerte es el odio de la naturaleza'". El gato replicó con voz muy débil, como si estuviese muy mal: "Ciertamente lo que dices forma parte de los proverbios. No te lo niego. Pero te ruego que olvides la antigua enemistad que hay entre nuestras dos especies pues se dice: 'Aquel que perdona a una criatura que es su igual es perdonado por el Creador'. Antes era tu enemigo, pero hoy busco tu amistad. Se dice: 'Cuando quieras hacer de un enemigo tu amigo, trátalo bien'. Yo, hermano mío, te juro y te prometo ante Dios que jamás te causaré ningún daño. Pero, además, no tengo fuerzas para hacerlo. Confía en Dios, practica el bien y admite mi juramento y mi pacto". "¿Cómo he de aceptar el pacto de aquel con el cual ha nacido una enemistad tradicional, de aquel que acostumbra a traicionarme? Si nuestra enemistad fuera por cosas en las que no anduviera por medio la sangre, me sería fácil aceptarlo, pero ésta es una incompatibilidad natural. Se dice: 'Quien pide seguro para sí a un enemigo, hace lo mismo que quien mete la mano en la boca de la víbora' ". El gato, encolerizado, replicó: "Mi pecho está oprimido, las fuerzas me faltan. Estoy en la agonía y dentro de poco moriré ante tu puerta ¡caiga mi sangre sobre tu cabeza, ya que tú puedes salvarme de la situación en que me encuentro! Éstas son mis últimas palabras". El ratón se llenó de temor ante Dios (¡ensalzado sea!) y la piedad se apoderó de su corazón. Se dijo: "Quien quiera tener la ayuda de Dios

(¡ensalzado sea!), frente a su enemigo, trate a éste bien y con cariño. Yo confío a Dios todo el asunto y voy a salvar al gato de la muerte para conseguir la recompensa de la otra vida". El ratón, entonces, salió en busca del gato y lo metió en su madriguera arrastrando. Permaneció a su lado hasta que hubo recuperado fuerzas, descansado y repuesto un poco. Pero se quejaba de su debilidad, de sus escasas fuerzas y de los pocos amigos que tenía. El ratón lo trataba bien, lo halagaba, tomaba confianza y corría a su alrededor. El gato reptó por la madriguera hasta dominar la salida, pues temía que el ratón se le escapase. Éste, queriendo salir, se acercó al gato como tenía por costumbre. El minino, lo agarró y lo sujetó con sus uñas y empezó a morderlo y maltratarlo: lo agarraba con la boca, le levantaba del suelo, lo tiraba, corría en pos suyo, lo arañaba.

Entonces el ratón pidió auxilio y buscó la salvación en Dios. Empezó a hacer reproches al gato y le dijo: "¿Dónde está la promesa que me has hecho y los juramentos que prestaste? ¿Es ésta la recompensa que me das por haberte introducido en mi madriguera y haberme fiado de ti? ¡Qué razón tenía quien dijo: 'El que pacta con el enemigo no debe buscar su salvación' y 'Quien se confía al enemigo merece la muerte'! Pero confío en mi Creador. Él me salvará de ti". Mientras le ocurría todo esto con el gato que quería atacarlo y despedazarlo, apareció un cazador acompañado por perros de caza. Uno de éstos pasó junto a la boca de la madriguera y oyó que había un gran combate. Creyó que se trataba de una zorra que desgarraba algo. El animal se aprestó para agarrarla, cayó sobre el gato y lo atrajo hacia sí. Éste, al verse entre las manos del perro, tuvo que preocuparse de sí mismo y soltó al ratón vivo y sin heridas. El perro lo hirió, le rompió la nuca y lo tiró, muerto, al suelo. Bien dice, pues, quien dijo: "Quien es misericordioso conseguirá que en su fin Dios tenga misericordia de él; pero el opresor será oprimido a su vez".

» Esto es, ¡oh rey!, lo que sucedió a los dos animales. Por tanto nadie debe faltar a los pactos de aquel que se fía. Al que los traiciona y los rompe le ocurre lo mismo que al gato, ya que el hombre cobra con la misma moneda con que paga y quien hace bien obtiene la recompensa. Pero no te entristezcas, ¡oh, rey!, ni te apenes por ello, pues tu hijo, después de su tiranía e injusticia, tal vez adopte tu buena conducta. Este sabio que es tu visir Simas no ha querido ocultarte nada de lo que te ha dado a entender. Ello es prueba de su sabiduría, ya que se dice "Las gentes más timoratas son las más sabias y las más afortunadas"» .

El rey, entonces, los trató con largueza, los honró y los despidió. Él se marchó a su habitación meditando en las consecuencias del asunto. Al llegar la noche fue en busca de una de sus mujeres, la que más respetaba y quería. Pasó con ella la noche. Al cabo de cuatro meses la criatura se movió en su vientre y la mujer tuvo una gran alegría. Informó de ello al rey y éste exclamó: « ¡Mi sueño era verídico, por Dios, que concede el auxilio!» Instaló a aquella mujer en el mejor aposento, la honró de modo extraordinario, le hizo grandes dones y le concedió

muchas cosas. Después llamó a uno de los pajes y lo envió a buscar a Simas. Al tenerlo ante sí el rey le explicó que su esposa estaba embarazada. Él estaba muy contento y dijo: « Mi sueño se ha hecho verdad y he conseguido mi deseo. Es posible que se trate de un muchacho varón que herede de mí el reino, ¿qué dices, Simas?» Éste calló y no pronunció la respuesta. El rey le preguntó: « ¿Por qué veo que no te alegras con mi alegría y que no me contestas? ¿Es que esto no te parece bien, Simas?» El ministro se prosternó ante el rey y dijo: « ¡Oh, rey! ¡Que Dios prolongue tu vida! ¿De qué sirve ir a ponerse a la sombra de un árbol si de él brota fuego? ¿Qué alegría tiene quien bebe vino puro si se ahoga? ¿De qué sirve beber agua potable y fresca si se anega? Yo sólo soy esclavo de Dios y tuyo, ¡oh, rey!, pero se dice que hay tres cosas de que no debe hablar el hombre inteligente antes de haberlas realizado: el viajero hasta haber concluido su viaje, el guerrero hasta haber vencido a su enemigo y la mujer en estado hasta haber dado a luz» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después añadió: « Sabe, ¡oh, rey!, que aquel que habla de algo antes de que haya concluido es igual como el asceta que tenía encima una jarra de manteca» . El rey preguntó: « ¿Cuál es la historia de ese asceta? ¿Qué le ocurrió?»

HISTORIA DEL ASCETA Y LA JARRA DE MANTECA

« ¡Oh, rey! Era un hombre que vivía bajo la protección de un noble de tal ciudad; era un asceta que recibía cada día lo que le daba aquel noble, esto es: tres mendrugos de pan, un poco de manteca y miel. Tenía una jarra en la que reunía cuanto le daban. Así la llenó. La colgó del techo, encima de su cabeza por miedo y precaución. Cierta noche, mientras estaba sentado en la cama con un bastón en la mano, le pasó por la cabeza una idea respecto a la manteca y lo cara que era. Se dijo: “He de vender toda la manteca que tengo y comprar, con su importe, una oveja que confiaré a un campesino. Al cabo del primer año habrá dado a luz un macho y una hembra y al segundo año una hembra y un macho. Este ganado seguirá multiplicándose dando machos y hembras y llegará a ser muy numeroso. Entonces dividiré mi parte, venderé lo que me plazca y compraré tal terreno para plantar un jardín y construir un gran palacio; adquiriré vestidos y trajes, compraré esclavos y doncellas y me casaré con la hija de tal comerciante. Celebraré una boda cual nunca se haya visto, degollaré ovejas, guisaré platos exquisitos, dulces y pastas; invitaré a todos los juglares, artistas y

músicos; prepararé flores, perfumes y toda clase de plantas aromáticas e invitaré a ricos, pobres, sabios, nobles y grandes del reino. A todo aquel que me pida algo se lo concederé; prepararé toda clase de comidas y bebidas y ordenaré a un pregonero que grite: '¡Quien pida algo, lo obtendrá!' Después me presentaré ante mi esposa cuando esté sin el velo y disfrutaré de su belleza y hermosura. Comeré, beberé, disfrutaré y me diré: 'Has conseguido tu deseo'. Descansaré de la devoción y el ascetismo. Mi mujer quedará encinta, dará a luz un hijo varón y yo me pondré muy contento con él. Daré banquetes con esmero y le enseñaré la ciencia, la literatura y la aritmética. Haré que su nombre sea célebre entre la gente y me vanagloriaré de él en las tertulias de los grandes personajes. Le ordenaré que haga lo que está establecido y no me desobedecerá; le prohibiré que cometa torpezas o actos reprobables y le prescribiré que sea piadoso, que haga bien y le daré preciosos presentes. Si veo que obedece aumentaré aún mis dones, pero si se inclina hacia el mal, le sacudiré con este bastón".

» En este momento levantó el palo para pegar a su hijo y alcanzó la jarra de manteca que tenía suspendida sobre la cabeza y la rompió. Los pedazos le cayeron encima y la manteca le pringó la cabeza, los vestidos y la barba. Esto constituye un ejemplo. Por esto, ¡oh, rey!, el hombre no debe hablar de algo antes de que suceda» . « Dices la verdad. ¡Qué excelente visir eres, puesto que dices la verdad cuando hablas e indicas el bien! Tu posición, junto a mí, es la que tú prefieras y siempre serás bien acogido.» Simas se prosternó ante Dios y el rey e hizo votos por la duración del bienestar de éste. Dijo: « ¡Que Dios prolongue tus días, ¡oh, rey!, y aumente tu poder! Sabe que yo no te oculto nada ni en público ni en secreto; que tu satisfacción es la mía y que tu enojo es el mío; no tengo más alegrías que las tuyas y no podría dormir si tú estuvieses enfadado conmigo ya que Dios (¡ensalzado sea!) me ha concedido toda suerte de bienes gracias a tu generosidad. Ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que te proteja con sus ángeles y que sea generoso contigo cuando lo encuentres» . El rey se puso muy contento con todo esto. Entonces Simas se marchó.

Al cabo de un tiempo, la esposa del rey dio a luz un muchacho varón. Los mensajeros se presentaron ante el rey y le dieron la grata nueva del nacimiento de un hijo. El soberano se alegró muchísimo y dio fervientes gracias a Dios. Exclamó: « ¡Loado sea Dios que me ha concedido un hijo cuando ya desesperaba! ¡Él es indulgente y misericordioso con sus esclavos!" A continuación el rey escribió a todas las gentes de su reino para darles cuenta de la noticia e invitarles a que acudiesen a palacio. Acudieron los emires, primates, ulemas y magnates que estaban a sus órdenes. Esto es lo que hace referencia al rey.

He aquí lo que hace referencia a su hijo: Los timbales repicaron y las fiestas se extendieron por todo el reino. Sus súbditos acudieron desde todas las regiones y llegaron los sabios, los filósofos, los letrados y los eruditos. Todos se presentaron

ante el rey y cada uno de ellos ocupó su sitio. Entonces el soberano hizo signo a los siete principales ministros, aquellos que presidía Simas, para que hablasen por turno según su propio entender. Empezó su jefe, el visir Simas. Éste pidió permiso al rey para hablar y se lo concedió.

Dijo: « ¡Loado sea Dios que nos ha creado de la nada y nos ha traído a este mundo, que concede a los reyes, sus siervos, gente justa y equitativa, el poder y el recto camino poniendo en sus manos el sustento de sus súbditos! Lo ha hecho, en particular, con nuestro rey, el cual ha vivificado nuestro país gracias a los bienes con que Dios lo ha favorecido; nos ha concedido la paz, una vida cómoda y segura y la justicia. ¿Qué rey hace con sus súbditos lo que éste ha hecho con nosotros? Ha cuidado de nuestros asuntos, ha mantenido nuestros derechos y ha hecho justicia entre unos y otros; no se ha descuidado de nosotros y ha evitado los abusos. Una de las gracias que Dios hace a los hombres consiste en que el soberano se preocupe de sus asuntos y los proteja de sus enemigos, puesto que el fin del adversario consiste en triunfar del enemigo y tenerlo a su merced. Muchas personas ofrecen sus propios hijos a los reyes como criados. Así pasan a ocupar la categoría de esclavos con el fin de que los protejan de los enemigos. En cuanto a nosotros ningún enemigo ha hollado el país desde que gobierna nuestro rey. Esto constituye una gran felicidad, una inmensa fortuna que nadie puede describir puesto que es indescriptible. Tú, ¡oh, rey!, eres digno, puesto que has traído tan grandes bienes; nosotros estamos bajo tu protección, bajo la sombra de tu ala. ¡Que Dios te conceda una hermosa recompensa y prolongue tu vida! Antes rogábamos a Dios (¡ensalzado sea!) pidiéndole que te conservase y te concediera un hijo pío que te sirviese de consuelo. Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) ha escuchado y accedido a nuestras súplicas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Simas prosiguió: » …Dios ha accedido a nuestras súplicas] y nos ha concedido un consuelo inmediato semejante al que dio a unos peces que se encontraban en un charco de agua» . El rey preguntó: « ¿Y cuál es la historia de los peces? ¿Qué ocurrió?»

HISTORIA DE LOS PECES Y EL CANGREJO

« Sabe, ¡oh, rey! —refirió Simas— que en cierto lugar había un charco de agua con algunos peces; el agua empezó a disminuir y los peces se pegaron unos al lado de otros; no quedando agua suficiente estuvieron a punto de morir. Dijeron: “¿Qué será de nuestra suerte? ¿Cómo nos las arreglaremos? ¿A quién

pediremos consejo para salvarnos?" Uno de los peces, el más sensato e inteligente, dijo: "El único medio que tenemos de salvarnos consiste en rezar a Dios, pero pidamos al cangrejo su opinión, pues es nuestro jefe. Vayamos a su lado para ver cuál es su opinión, puesto que es más sabio que nosotros". Los otros peces encontraron que su idea era buena y fueron todos a ver al cangrejo. Le encontraron recogido en su sitio sin saber nada de lo que les ocurría. Le saludaron y le dijeron: "¡Señor nuestro! ¿Es que no te interesan nuestras cosas, a pesar de que eres nuestro gobernador y nuestro jefe?" El cangrejo les replicó: "¡La paz sea sobre vosotros! ¿Qué es lo que os ocurre? ¿Qué queréis?" Le refirieron su historia y lo que les iba a suceder por causa de la falta de agua, puesto que cuando se secase iban a morir. Dijeron: "Hemos venido aquí y esperamos tu opinión y el consejo que nos pueda salvar, pues tú eres nuestro jefe y eres más inteligente que nosotros". El cangrejo permaneció un rato con la cabeza gacha; después dijo: "No cabe duda de que sois cortos de entendederas, puesto que desesperáis de la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!) y del cuidado que tiene para conceder el sustento a todas sus criaturas. ¿Es que no sabéis que Dios (¡gloriado y ensalzado sea!) alimenta sin cuenta a todas sus criaturas? ¿Que antes de crear algo se ha preocupado ya de su alimento? Ha concedido un plazo de vida fija a cada persona y, con su poder divino, ha distribuido el sustento. ¿Por qué hemos de preocuparnos por algo que está escrito en lo desconocido? Mi opinión es que lo mejor que podéis hacer es rezar a Dios (¡ensalzado sea!). Es preciso que cada uno de nosotros se reconcilie interna y externamente con su Señor y que ruegue a Dios para que nos salve y nos libre de las calamidades ya que Dios (¡ensalzado sea!) no defrauda las esperanzas de quienes confían en Él, ni rechaza la petición de quien pide su mediación. Si sabemos corregirnos, nuestros asuntos mejorarán y obtendremos bienes y beneficios. Llegará el invierno y nuestra tierra, gracias a las rogativas de nuestros devotos, se verá inundada: nos daremos cuenta de que las buenas obras no se pierden. Mi opinión consiste en esperar y en confiar en lo que Dios haga. Si la muerte nos alcanza, como es su costumbre, descansaremos; si nos sucede algo que nos obligue a huir, huiremos y nos marcharemos de nuestra tierra yendo hacia donde Dios quiera". Todos los peces dijeron-con una sola voz: "¡Es cierto, señor nuestro! ¡Que Dios te recompense con bien!" Cada uno de ellos se marchó luego a su sitio. Al cabo de pocos días, Dios les concedió una lluvia abundante que llenó la cuenca del charco más de lo que estaba antes.

» Así nosotros, ¡oh, rey!, estábamos desesperados porque no tenías ningún hijo. Ahora, cuando Dios nos ha concedido a nosotros y a ti este hijo bendito, rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) para que sea un buen hijo en el cual tú encuentres consuelo y sea un digno sucesor tuyo y que nos conceda con él lo mismo que nos ha concedido contigo. Dios (¡ensalzado sea!) no defrauda a quien a Él se dirige; nadie debe perder la esperanza en la misericordia de Dios.»

Entonces se levantó el segundo ministro, saludó al rey y éste le replicó diciendo: « ¡Y sobre vosotros sea la paz!» El ministro empezó: « Al rey se le llama rey únicamente cuando hace dones, es justo, gobierna bien, es generoso y se comporta bien con sus súbditos siguiendo las leyes y las costumbres de éstos; cuando es justo con todos, evita los crímenes, aparta de ellos el daño y se preocupa de atender a los indigentes, cuida de grandes y pequeños y les concede los derechos que les corresponden, hasta el punto de que todos ejecuten sus órdenes. No cabe duda de que el rey que responde a esta descripción es amado por su pueblo y obtiene la preeminencia en este mundo y un puesto de honor y la satisfacción de su Creador en la última vida. Y nosotros, el conjunto de tus esclavos, reconocemos, ¡oh, rey!, que reúnes los requisitos que hemos dicho. Se dice que la mejor de todas las cosas consiste en que el rey sea justo, sabio, experto, esté bien informado y obre según su propio juicio. Nosotros, ahora, disfrutamos de esta felicidad. Antes habíamos caído en la desesperación temiendo que no tuvieras un hijo que heredase tu reino. Pero Dios (¡excelso sea su nombre!) no defraudó tu esperanza, aceptó tu plegaria por la confianza que depositaste en él. ¡Qué buena esperanza fue la tuya! Te ocurrió lo mismo que al cuervo con la serpiente» . El rey preguntó: « ¿Qué ocurrió? ¿Cuál es la historia del cuervo y la serpiente?»

HISTORIA DEL CUERVO Y DE LA SERPIENTE

El visir refirió: « Sabe, ¡oh, rey!, que había un cuervo que vivía, junto con su esposa, en un árbol llevando la vida más tranquila. Llegaron así hasta la época de la incubación, en plena canícula. Una serpiente abandonó su nido, se dirigió hacia aquel árbol, trepó por las ramas, subió al nido del cuervo, se instaló en él y permaneció durante todos los días del verano; el cuervo se encontraba perseguido y no encontraba un lugar en que instalarse para poder dormir. Al terminar los días de calor, la serpiente se marchó a su madriguera. El cuervo dijo a su esposa: “Demos gracias a Dios (¡ensalzado sea!) que nos ha salvado y nos ha librado de esta desgracia, aunque hayamos quedado privados de alimentos este año, ya que Dios (¡ensalzado sea!) no frustrará nuestra esperanza. Démosle gracias porque nos ha salvado y por la salud que nos ha concedido. Nosotros sólo hemos de confiar en Él. Si Dios lo quiere y vivimos hasta el próximo año, Él nos compensará con otra prole”. Al llegar la época de la incubación, la serpiente abandonó su madriguera y se dirigió al árbol. Mientras estaba colgada de una de las ramas y se dirigía al nido del cuervo según tenía por costumbre, se abatió encima de ella un milano que la picoteó en la cabeza y la desgarró. La serpiente cayó al suelo sin sentido; las hormigas se lanzaron encima y se la comieron, quedando el cuervo y su mujer tranquilos; incubaron muchos polluelos y dieron

gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haber tenido hijos.

» Ahora, ¡oh, rey!, nos incumbe a nosotros dar gracias a Dios porque te ha concedido a ti y a nosotros ese bendito recién nacido cuando ya habíamos perdido las esperanzas. ¡Que Dios sea generoso contigo en la vida futura y dé un feliz término a tu asunto!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después se levantó el tercer ministro y dijo: « ¡Enhorabuena, rey justo, por el bien presente y futuro, ya que quien es amado por las gentes de este mundo será amado por los moradores del cielo! Dios (¡ensalzado sea!) te ha concedido su afecto implantándolo en el corazón de las gentes de tu reino. ¡A Él sean dadas las gracias! ¡A Él pertenecen todas nuestras loas para que aumenten tus bienes y los que por tu mediación recibimos! Sabe, ¡oh, rey!, que el hombre nada puede si no es mediante la orden de Dios (¡ensalzado sea!). Él es el Donador de todos los bienes; cualquier beneficio que llega a una persona, de Él procede; Él distribuye los favores entre sus siervos como quiere: a unos les concede grandes dones, a otros les carga de trabajo para que consigan su sustento; a unos los ha puesto como jefes; a otros los ha colocado como ascetas en este mundo y sólo lo buscan a Él. Él dijo: "Yo soy Aquel que daña y es útil; curo y hago poner enfermo; enriquezco y empobrezco; mato y doy la vida; todas las cosas están en mi mano y de mí depende el destino". Por esto es necesario que todas las gentes le den las gracias. Y tú, ¡oh, rey!, te cuentas entre aquellos felices, píos, de los que se dice: "El más feliz de los píos es aquel en que Dios ha reunido los bienes de ésta y de la otra vida; aquel que se contenta con lo que Dios le ha concedido y le da las gracias por lo que Él ha decidido". Aquel que falta, que pide algo distinto de lo que Dios ha decretado, se parece al potro salvaje y la zorra» . El rey preguntó: « ¿Y qué ocurrió? ¿Cuál es su historia?»

HISTORIA DEL POTRO SALVAJE Y LA ZORRA

El visir refirió: « Sabe, ¡oh, rey!, que había una zorra que abandonaba cada día su país para salir en busca de sustento. Mientras cierto día recorría un monte, le llegó la hora del crepúsculo y se dispuso a regresar. Se reunió con otra a la que había visto en el camino y cada una de ellas refirió a su compañera la propia historia con la presa hecha. Una dijo: "Ayer me abalancé sobre un potro salvaje, pues estaba hambrienta: llevaba tres días sin comer. Me alegré de haberlo atrapado, di gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por habérmelo facilitado. Me resolví

por el corazón, me lo comí, quedé harta y regresé a mi madriguera. Tras tres días en los que no he encontrado nada que comer aún me siento harta". La otra zorra tuvo envidia de que estuviese harta y se dijo: "No me queda más remedio que comer el corazón de un potro salvaje". Dejó de comer durante unos días, se adelgazó, y quedó a dos pasos de la muerte; su actividad y su fuerza disminuyeron y se encerró en la madriguera. Cierto día, mientras se encontraba en ésta aparecieron dos cazadores. Tropezaron con un potro salvaje y pasaron todo el día persiguiéndolo. Después, uno de ellos, le disparó una flecha de gancho que lo alcanzó, penetró en sus vísceras y se le clavó en el corazón. Lo mató enfrente de la madriguera de la zorra citada. Los cazadores le alcanzaron y le hallaron muerto. Sacaron la flecha que le había herido en el corazón, pero sólo sacaron el mango, dejando en el interior el gancho. Al caer la tarde salió la zorra de su madriguera, dando tumbos de lo débil y hambrienta que estaba, y encontró al potro salvaje abandonado junto a su puerta. Se alegró muchísimo, tanto que estuvo a punto de volar de alegría. Dijo: "¡Loado sea Dios que me concede la satisfacción de mi deseo sin fatiga ninguna! No esperaba dar caza ni a un potro salvaje ni a ninguna otra pieza. Dios me ha destinado éste y me lo ha traído hasta mi madriguera". Saltó encima, le desgarró el vientre, metió la cabeza y empezó a husmear por los intestinos hasta alcanzar el corazón; lo comió y lo engulló. Cuando lo tuvo en la garganta, el garfio de la flecha se le clavó y no pudo hacerlo bajar hacia el vientre ni salir de la garganta. Así se dio cuenta de que iba a morir.

» Por esto, ¡oh, rey!, es necesario que el hombre esté satisfecho con lo que Dios le concede; que le dé gracias por sus beneficios; que no pierda la esperanza en su Señor. He aquí que tú, ¡oh, rey!, gracias a tu hermoso propósito y a tus buenas obras te has hecho acreedor del hijo que Dios te ha dado cuando ya desesperabas de tenerlo. Roguemos a Él (¡ensalzado sea!) que le conceda una larga vida, que haga su felicidad duradera y que tu bendito sucesor y heredero, después de una larga vida tuya, cumpla como tú.»

Después se levantó el cuarto visir y dijo: « Si el rey es inteligente, domina las puertas de la sabiduría,…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir dijo: » Si el rey es inteligente, domina las puertas] de las leyes, de la política; si tiene buenas intenciones, es justo con sus súbditos, favorece a quien necesita de su generosidad, si es desprendido con quien necesita de ello; si perdona cuando tiene poder para castigar, excepto en las cosas necesarias; si respeta a los jefes y principales personajes, les aligera las cargas, los colma de beneficios; si los protege y observa los pactos que le ligan a ellos, será feliz en este mundo y en el

otro. Esto le librará de ellos, le ayudará a consolidar su reino, a triunfar de sus enemigos y a alcanzar sus deseos, además de proporcionarle mayores bienes procedentes de Dios, recibirá su auxilio y su ayuda. Pero si el rey no es así, no escapará a las calamidades y aflicciones que lo agobiarán a él y sus súbditos dada su tiranía con el extraño y el prójimo y le ocurrirá lo mismo que al príncipe peregrino» . El rey preguntó: « ¿Y cómo fue eso?»

EL REY INJUSTO Y EL PRÍNCIPE PEREGRINO

El visir refirió: « Sabe, ¡oh, rey!, que en un país de Occidente vivía un rey que gobernaba tiránicamente, era injusto, violento, opresor, maltrataba a sus súbditos y a los que entraban en su reino de tal modo que todo aquel que llegaba tenía que soportar que sus gobernadores le arrebatasen los cuatro quintos de sus bienes, quedándose únicamente con el quinto restante. Dios había dispuesto que tuviese un hijo feliz y grato a Él. El muchacho, al ver que las circunstancias de su mundo no eran buenas, lo abandonó y empezó a peregrinar consagrándose a la adoración de Dios (¡ensalzado sea!) desde su más tierna infancia: renunció al mundo y a lo que éste contenía. Inició su peregrinación, consagrado a obedecer a Dios, recorriendo las campiñas y los desiertos, entrando en las ciudades. Al cabo de unos días entró en tal ciudad. Cuando los vigilantes lo vieron, lo detuvieron, lo registraron y sólo le encontraron dos trajes: uno nuevo y otro viejo: le quitaron el nuevo y le dejaron el viejo, después de haberle vilipendiado y humillado. Empezó a quejarse y a decir: ¡Tiranos! Soy un pobre hombre que hace la peregrinación. ¿De qué os puede servir este vestido? Si no me lo dais iré a ver al rey y me quejaré ante él de vosotros". Le replicaron: "Nosotros lo hemos hecho por orden del rey. Pero tú haz lo que bien te parezca". El peregrino siguió adelante hasta llegar al sitio en que se encontraba el rey. Quiso entrar pero los chambelanes se lo impidieron. Volvió atrás y se dijo: "No me queda más remedio que esperar hasta que salga y quejarme a él de mi situación y de lo que me ha sucedido". Mientras estaba esperando que saliera el rey, oyó que uno de los guardias anunciaba su paso. Fue adelantándose poco a poco hasta encontrarse ante la puerta. Antes de que se pudiese dar cuenta ya salía el rey. El peregrino se le puso delante e hizo los votos de ritual deseándole la victoria y le informó de lo que le había sucedido con los guardias; se quejó de su situación y le informó de que era un hombre consagrado a Dios, que había renunciado al mundo y que se había puesto en camino buscando la satisfacción de Dios (¡ensalzado sea!), que recorría la tierra y que todas las gentes a las que se había presentado le habían favorecido según sus posibilidades; que había entrado en ciudades y pueblos y que tal era su situación. Dijo: "Al entrar en esta ciudad esperaba que sus habitantes se portasen conmigo como se portan con los otros peregrinos, pero tus

secuaces se me han opuesto, me han quitado uno de mis vestidos y me han castigado con golpes. Preocúpate de mi asunto, cógeme de la mano y entrégame el vestido. No me quedaré en esta ciudad ni una hora". El rey injusto le contestó: "¿Y quién te había indicado que vinieses a esta ciudad si no sabías lo que hacía su rey?" "Cuando yo haya recuperado mi vestido puedes hacer conmigo lo que quieras." El rey injusto, al oír las palabras del peregrino, cambió de humor y replicó: "¡Ignorante! Te hemos quitado el vestido para humillarte, pero desde el momento en que me has armado este griterío, te arrancaré el alma". A continuación mandó que lo encarcelasen. Al entrar en la prisión empezó a arrepentirse de la respuesta que había dado, a reprocharse de no haber callado y salvado la vida. Pero mediada la noche se levantó, rezó una larga oración y dijo: "¡Oh, Dios! Tú eres un juez justo, conoces mi situación y cuanto me ha sucedido con este rey tirano. Yo soy tu servidor y he sido vejado. Pido de tu inmensa misericordia que me libres de la mano de este rey tirano y que tomes venganza de él, ya que Tú no ignoras las maldades de cada opresor. Si sabes que se me ha maltratado castígale con tu venganza esta misma noche y descarga sobre él tu tormento porque tu juicio es justo, porque Tú socorres a todos los afligidos, ¡oh, Tú, que posees el poderío y la grandeza hasta el fin de los tiempos!" Todos los miembros del carcelero temblaron al oír le plegaria de ese desgraciado. Mientras esto ocurría se declaró un incendio en el alcázar en que estaba el rey y ardió con todo lo que contenía hasta llegar a la puerta de la prisión; sólo se salvaron el carcelero y el peregrino. Éste, una vez libre, se puso en viaje acompañado por aquél y así llegaron a otro país. La ciudad del rey injusto fue destruida por completo a causa de la injusticia de su rey.

» En cuanto a nosotros, ¡oh rey feliz!, nos acostamos y nos levantamos haciendo votos por ti y damos gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por el favor que nos ha hecho al concedernos tu presencia, pues estamos seguros de tu justicia y de tu buena conducta. Estábamos muy tristes porque no tenías un hijo que pudiera heredar tu reino, pues temíamos que te sucediera un extraño. Pero ahora Dios (¡ensalzado sea!) nos ha favorecido con su generosidad, ha disipado nuestra pena y nos ha llenado de alegría con el nacimiento de este bendito muchacho. Rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que le haga tu pío sucesor, que le conceda gloria, felicidad, bienes constantes y larga vida» .

Luego se levantó el quinto ministro y dijo: « ¡Bendito sea Dios, el Grande,…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el visir dijo: » ¡Bendito sea Dios, el Grande,] el que concede los dones píos y da los grandes presentes! Estamos convencidos de que Dios concede sus bienes a quien se los agradece y observa su

religión. Tú, ¡oh, rey!, te distingues por esas excelsas virtudes y por la justicia y equidad con que tratas a tus súbditos, lo cual satisface a Dios (¡ensalzado sea!). Por esto, Dios ha aumentado tu poder, ha hecho felices tus días y te ha concedido este hermoso regalo, que es tu hijo feliz, cuando ya desesperabas. Esto nos causa una gran alegría y una satisfacción continua, puesto que antes nos encontrábamos muy preocupados y experimentábamos una pena siempre creciente dado que no tenías hijos. Estábamos pensativos a causa de tu justicia y clemencia para con nosotros y temíamos que Dios hubiese dispuesto tu muerte sin que dejases un sucesor que pudiera heredar el reino. Nuestras opiniones habrían sido distintas, hubiese estallado la discordia y nos hubiese sucedido lo que al cuervo» . El rey preguntó: « ¿Y cuál es la historia del cuervo?»

HISTORIA DEL CUERVO Y DEL HALCÓN

El visir refirió: « Sabe, ¡oh rey feliz!, que en cierto país había un amplio valle que tenía riachuelos, árboles y frutos; en él los pájaros cantaban las alabanzas del Dios único, todopoderoso, creador de la noche y del día. Entre esos pájaros había cuervos que llevaban la más dulce vida. Su jefe y gobernador era un cuervo indulgente, de buen corazón. Gracias a él vivían en paz y seguridad y su buena organización no permitía que ninguno de los otros pájaros pudiera sobreponérseles. Sucedió que su jefe murió, pues así está dispuesto que ocurra con todos los seres. Los cuervos se entristecieron mucho por él y la pena era aún más, pues no había entre ellos nadie capaz de ocupar su puesto. Se reunieron para deliberar a quién debían nombrar que pudiera presidirlos por su buena conducta. Un grupo de ellos eligió a un cuervo. Dijeron: “Éste es el que nos conviene como rey”. Otros discreparon y no le quisieron. Así empezó entre ellos la discusión y la polémica; la discordia creció y después tuvieron que llegar a un acuerdo y pacto: que dormirían toda la noche y que ninguno de ellos madrugaría al día siguiente para ir en busca de su sustento; al contrario: que esperarían a que se hiciese claro y que, en el momento de aparecer la aurora, se reunirían todos en un lugar determinado. Entonces observarían cuál era el pájaro más veloz en el vuelo. Dijeron: “A ése lo elegiremos para el gobierno, lo nombraremos rey y lo encargaremos de nuestros asuntos”. Todos estuvieron conformes con esto, lo pactaron unos con otros y quedaron satisfechos. Mientras se encontraban en esta situación apareció un halcón. Le dijeron: “¡Padre del bien! Nosotros te nombramos nuestro gobernador para que te preocupes de nuestros asuntos”. El halcón quedó satisfecho con lo que le habían dicho. Les replicó: “Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, tendréis un buen bienestar”. Una vez lo hubieron elegido, empezó a salir cada día con los cuervos, se quedaba a solas con uno, lo acometía, comía su cerebro y sus ojos y abandonaba el resto. Siguió haciéndolo

hasta que sospecharon de él y se dieron cuenta de que habían muerto en su mayor parte. Se convencieron de que iban a morir y se dijeron unos a otros: "¿Qué haremos si ha muerto la mayoría de nosotros sin que nos diésemos cuenta y hemos perdido a nuestros jefes? ¡Hemos de preocuparnos de nosotros mismos!" Al día siguiente huyeron y se alejaron.

» Nosotros temíamos que nos ocurriese algo semejante si teníamos un rey distinto de ti. Pero Dios nos ha concedido este favor enviándote ante nosotros; estamos convencidos de que todo irá bien y de que conseguiremos la paz, la seguridad y el bienestar de nuestro país. ¡Gracias sean dadas a Dios, el Grande! ¡A Él pertenecen las alabanzas, el reconocimiento y los mayores elogios! ¡Que Dios bendiga al rey y a nosotros, el conjunto de sus súbditos, y nos conceda a todos la máxima felicidad y haga su época feliz y próspera!»

A continuación se levantó el sexto visir. Dijo: « ¡Que Dios te colme, ¡oh, rey!, de los mejores bienes en esta vida y en la futura! Los antiguos decían que quien reza, observa sus deberes para con los padres y es justo en sus quehaceres, encuentra a su Señor y Éste queda satisfecho de él. Tú nos has gobernado con justicia y has sido afortunado en todas tus actuaciones. Rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que te recompense con creces y te pague por tus buenas acciones. He oído lo que ha dicho este sabio del temor que debíamos experimentar en el caso de que nuestra suerte nos privara del rey o nos deparase uno que no fuese como tú; nuestras querellas aumentarían después de tu muerte y la desgracia sería la secuela de la discrepancia. Si las cosas habían de ser como hemos dicho, era obligación nuestra rogar a Dios (¡ensalzado sea!) que concediera al rey un hijo feliz que pudiera sucederlo en el momento de su muerte. Hay veces que el hombre ama la vida mundanal y apetece cosas cuyo fin desconoce; por eso no es conveniente que pida a un Señor algo que no sabe las consecuencias que ha de tener, ya que es más fácil que le sean dañosas que útiles, y su petición puede causarle la muerte y afligirle del mismo modo que ocurrió al encantador de serpientes, su esposa, sus hijos y sus familiares» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey preguntó: « ¿Y cuál es la historia del encantador de serpientes, su esposa, sus hijos y sus familiares?»

HISTORIA DEL ENCANTADOR DE SERPIENTES

El visir refirió: « Sabe, ¡oh, rey!, que hubo un hombre que se dedicaba a cuidar serpientes; tal era su oficio. Tenía una gran cesta con tres serpientes, pero

su familia no lo sabía. Cada día salía con ella a recorrer la ciudad y así se ganaba su sustento y el de sus familiares; por la tarde volvía a su casa, metía a escondidas los reptiles en la cesta y al día siguiente por la mañana volvía a salir para recorrer la ciudad. Ésta era su costumbre inveterada, pero la familia ignoraba lo que contenía la cesta. Cierto día el encantador regresó a su casa como de costumbre. Su esposa lo interrogó y le preguntó: "¿Qué hay en esta cesta?" Le contestó: "¿Qué es lo que quieres de ella? ¿Es que no tenéis víveres más que suficientes para comer? Resígnate con lo que Dios te concede y no me preguntes más". La mujer se calló, pero empezó a decirse: "Es preciso que averigüe lo que contiene esta cesta y sepa lo que hay en ella". Se resolvió a saberlo, se lo explicó a sus hijos y los indujo a que preguntasen con insistencia a su padre por el contenido de la cesta para que los informase. Los chiquillos, convencidos de que contenía algo comestible, empezaron a preguntar cada día a su padre para que les mostrase lo que contenía la cesta. Éste los rechazaba, los tranquilizaba, les prohibía que le hiciesen preguntas. En estas circunstancias transcurrió un tiempo, pero la madre los incitaba a insistir. Entonces se pusieron de acuerdo con ella en que no probarían la comida ni beberían nada con su padre hasta que hubiese accedido a su petición y les hubiese abierto la cesta. Cierta noche llegó el encantador con mucha comida y bebidas. Los llamó para que cenasen con él, pero ellos, puestos de acuerdo, se negaron a acudir y se mostraron enfadados. Empezó a halagarlos con palabras cariñosas y a decirles: "Decid la comida, bebida o los trajes que queréis y os los traeré". Le replicaron: "¡Padre! Sólo queremos que abras esta cesta para ver lo que contiene; de lo contrario nos mataremos". "¡Hijos míos! No sacaréis de ella nada bueno; si la abro sólo recibiréis daño" Entonces se encolerizaron aún más. El padre, al verlos en esta situación, los amenazó y les dijo que iba a apalearlos si seguían así. Sólo consiguió que se enfadasen más y que insistiesen en su petición. El padre, indignado, cogió un palo para castigarlos; huyeron ante él por la casa. La cesta estaba allí delante, pues el encantador no la había escondido en ningún lugar. La madre dejó que el hombre persiguiese a los chiquillos y abrió, con prisas, la caja para ver qué contenía. Las serpientes salieron de la cesta, mordieron a la mujer y la mataron; después recorrieron la casa matando a grandes y pequeños, excepto al encantador que abandonó la casa y se marchó.

» Cuando te hayas dado cuenta de esto, ¡oh rey feliz!, comprenderás que el hombre no ha de desear nada de aquello que Dios (¡ensalzado sea!) le niega; al contrario: ha de contentarse con lo que Dios (¡ensalzado sea!) le destina y le concede. Ahora tú, ¡oh rey de inmensa ciencia, de excelente criterio!), que Dios te refresque los ojos, has tenido un hijo cuando ya desesperabas y tu corazón ha quedado tranquilo. Nosotros rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que haga que sea un heredero justo, que goce de la satisfacción de Dios y de los súbditos» .

Después se levantó el séptimo visir y dijo: « ¡Oh, rey! He comprendido y

estoy convencido de todo cuanto han dicho mis hermanos los visires, sabios y despiertos, de lo que han expuesto ante tu presencia, ¡oh, rey!; de la descripción que han dado de tu justicia, de tu hermosa conducta y de las características que te distinguen de los restantes reyes y por las cuales ellos te han preferido a ti. Pero esto sólo es parte del deber que te incumbe, ¡oh, rey! Yo, por mi parte, digo: ¡Loado sea Dios que te ha concedido sus dones, que te ha concedido el bienestar del reino con su misericordia, que te ha auxiliado a ti y a nosotros con el fin de que le estemos aún más reconocidos! Todo ello ha sido debido a tu existencia y mientras tú te encuentres entre nosotros no temeremos injusticia ni seremos oprimidos ni nadie podrá abatirse sobre nosotros aprovechando nuestra debilidad. Se dice que los mejores súbditos son aquellos que tienen un soberano justo y que los peores son los que tienen por rey a un tirano. Se dice también que vale más vivir con un león carnicero que con un sultán opresor. ¡Loado sea Dios (¡ensalzado sea!), que nos ha hecho don de tu persona y que te ha dado este hijo bendito cuando ya desesperabas por tener avanzada edad! El mejor don de la vida mundanal lo constituye un hijo virtuoso: quien no tiene hijos carece de sucesores y no deja memoria de sí. Tu equidad y tu recto proceder para con Dios (¡ensalzado sea!) han motivado que Éste te conceda un hijo feliz, un hijo que constituye un bendito don de Dios (¡ensalzado sea!) hecho a ti y a nosotros dada tu honesta vida y tu bella resignación. Te ha ocurrido con esto lo mismo que a la araña con el viento» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey preguntó: « ¿Cuál es la historia de la araña y el viento?»

LA ARAÑA Y EL VIENTO

El visir refirió: « Sabe, ¡oh, rey!, que una araña se había instalado en una puerta aislada y alta en la cual había construido su nido. Allí vivía en paz dando gracias a Dios (¡ensalzado sea!) que le había deparado tal lugar tranquilizándola del miedo que tenía a los reptiles. En esta situación vivió durante cierto tiempo dando gracias a Dios por el sosiego de que disfrutaba y por el sustento que recibía continuamente. Pero su Creador quiso ponerla a prueba y expulsarla para ver hasta dónde llegaba su reconocimiento y su paciencia. Desencadenó un viento huracanado de levante que la arrastró junto con su tela y la arrojó al mar. Las olas la arrastraron hacia tierra. Entonces dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberla salvado y empezó a hacer reproches al viento diciendo: “¡Oh, viento!

¿Por qué has hecho esto conmigo? ¿Qué beneficio has obtenido con trasladarme desde aquel lugar hasta éste? Allí, con mi tela en lo más alto de la puerta, me encontraba segura y tranquila". El viento le replicó: "Deja de hacerme reproches, pues yo te devolveré al sitio en que te encontrabas antes". La araña tuvo paciencia en esperar a que la devolviese a su puesto. Pero sopló el viento del norte y no la llevó; luego sopló el viento del sur que la arrastró hacia su casa. Al pasar por ésta la reconoció y se agarró a ella.

» Nosotros, por tanto, rezamos a Dios que ha recompensando al rey por su soledad y su paciencia concediéndole este hijo cuando ya desesperaba y era viejo; que no se lo ha llevado de este mundo sin haberle concedido el consuelo de sus ojos y haberle dado lo que le ha dado: el reino y el poder, él ha sido indulgente con sus súbditos y los ha colmado de bienes» . El rey replicó: « La alabanza a Dios precede a cualquier otra loa y el darle las gracias pasa por delante de cualquier otro agradecimiento. No hay más Dios que Él, el Creador de todas las cosas; Él, que nos ha dado a conocer con la luz de sus signos la inmensa majestad de su poderío; Él concede el reino y el señorío a aquel de sus esclavos que le place; Él elige a quien quiere para nombrarlo su vicario y su representante entre las criaturas. Él prescribe a éstas la justicia, la equidad, la observancia de los ritos y de las tradiciones, el obrar bien y el ser rectos en todos los asuntos según a Él le complace y a ellos es grato. Aquellos que cumplen lo que Dios manda, se conforman con lo que les destina y se muestran sumisos a su señor, se verán libres de los terrores de este mundo y se harán acreedores de una hermosa recompensa en la última vida, ya que Él no descuida de pagar a los benefactores[272]; aquellos que no cumplan lo que Dios manda, que falten de modo flagrante, se rebelen contra su Señor y prefieran la vida mundanal a la última, ésos no dejaran huella de sí en esta vida y no tendrán su parte en la futura, ya que Dios no contemporiza ni con los tiranos ni con los perversos; Él no se olvida de ninguno de sus siervos. Éstos, nuestros visires, han hecho mención de nuestra justicia y de nuestro buen comportamiento como causa de que Dios nos haya concedido su auxilio; nos es necesario darle las gracias por sus bienes siempre crecientes. Cada uno de ellos ha dicho lo que Dios le ha inspirado y han competido en darle las gracias, en alabarlo por sus favores y bienes. Yo le doy gracias, ya que soy un esclavo sumiso; mi corazón está en sus manos, mi lengua lo sigue, yo me encuentro siempre satisfecho con lo que decía para mí y para ellos. Cada uno de ellos ha dicho lo que le pasaba por la mente acerca de ese muchacho y ha recordado que esto significa una renovación de su favor para con nosotros desde di momento en que yo ya había llegado a la edad provecta en que se inicia la desesperación y disminuye la certitud. ¡Loada sea Dios que nos ha salvado de las desgracias de la fortuna y del cambio de gobernantes que se suceden como la noche y el día! Esto constituye un gran bien para vosotros y nosotros. Loemos a Dios (¡ensalzado sea!) que nos ha escuchado y nos ha

concedido este hijo, del que ha hecho nuestro sucesor en tan elevado puesto. Rogamos de su generosidad e indulgencia que haga sus actos felices e inclinados al bien para que sea un rey y un sultán justo y equitativo con sus súbditos, y que con su cuidado, generosidad y bondad los proteja de las desgracias» .

Cuando el rey hubo terminado de hablar, los sabios y los doctos se levantaron, se prosternaron ante Dios, dieron gracias al soberano, le besaron la mano y cada uno de ellos se marchó a su casa. Entonces el rey entró en palacio, examinó al muchacho, rezó por él y le puso el nombre de Wird Jan.

Cuando el niño hubo cumplido los doce años, el rey quiso que estudiase todas las ciencias, le construyó un alcázar en el centro de la ciudad, mandó hacer en él trescientas sesenta habitaciones, internó allí al muchacho y ordenó a tres sabios y doctos que no descuidaran de enseñarle durante el día y la noche; que cada día ocupasen una nueva sala y que procurasen que no quedara ni una disciplina por estudiar para que fuese experto en todas las ciencias. Mandó que se escribiesen en la puerta de cada habitación las ciencias que en ella estudiaba y que cada siete días le diesen un informe de lo que había aprendido. Los sabios se presentaron ante el muchacho y no dejaron de enseñarle ni de día ni de noche; no descuidaron de instruirle en ninguno de los conocimientos que tenían. El muchacho demostró tener un entendimiento despierto y una clara disposición, más que la de cualquier otro, para aprender las ciencias. Simas, cada semana, hacía un informe al rey explicándole de lo que su hijo había aprendido sólidamente; de este modo, el mismo rey se instruía en las ciencias y en las bellas letras. Los sabios decían: « ¡Jamás hemos visto una persona más dotada que este muchacho! ¡Que Dios te bendiga con él y te conceda el placer de disfrutar de su compañía muchos años!»

Cuando el muchacho hubo cumplido los doce años había aprendido todas las ciencias de un modo perfecto y sobrepasaba a todos los sabios y doctores de su época. Sus maestros lo condujeron ante el rey, su padre, y le dijeron: « Que Dios consuele tus ojos, ¡oh, rey!, con este muchacho de buen agüero. Te lo presentamos después de haberle enseñado todas las ciencias hasta el punto de que no hay ningún sabio ni ningún doctor en nuestra tiempo que haya llegado a donde él ha llegado» . El rey se alegró muchísimo, dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y cayó prosternado ante Él, todopoderoso y excelso, diciendo: « ¡Loado sea Dios por sus bienes sin cuento!» Después llamó al visir Simas y le dijo: « Sabe, Simas, que los sabios se han presentado ante mí y me han informado de que mi hijo sabe todas las ciencias, que no queda ni una que no haya aprendido hasta el punto de que ha superado a todos sus predecesores ¿qué piensas, Simas?» Éste se prosternó ante Dios, todopoderoso y excelso, besó la mano del rey y dijo: « El rubí, aunque se encuentre incrustado en la dura roca, ha de iluminar como una antorcha. Tu hijo es una gema y su gran juventud no le impide ser un sabio. ¡Loado sea Dios por lo que ha dado! Si Dios quiere, mañana le interrogaré y le

pondré a prueba ante una asamblea en que estarán reunidos los cortesanos, los sabios y los emires» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey Chilad, al oír las palabras de Simas, mandó convocar en el alcázar regio, para el día siguiente, los sabios más penetrantes, los expertos más inteligentes y los científicos más dotados. Todos acudieron. Cuando estuvieron reunidos ante la puerta del soberano, éste les concedió audiencia. Después compareció Simas, el visir quien besó la mano del hijo del rey. El príncipe se incorporó y se postró ante Simas. Éste le dijo: « No es propio del cachorro de león inclinarse ante una fiera cualquiera; tampoco la luz debe asociarse con las tinieblas» . El muchacho replicó: « El cachorro del león se inclina cuando ve al visir del rey» . Simas preguntó: « Háblame del eterno absoluto, de sus dos manifestaciones y cuál de éstas es la eterna» . El joven replicó: « El eterno, el absoluto, es Dios, todopoderoso y excelso, ya que Él ni ha tenido principio ni tendrá fin; sus dos manifestaciones son: este mundo y la última vida; la eterna de ambas es la última vida» . « Has dicho bien y lo admito. Pero desearía que me explicaras cómo sabes que una de sus dos manifestaciones está representada por el mundo y la otra por la última vida.» « Porque el mundo fue creado de la nada y por tanto debe referirse a un primer ser. Dicho mundo constituye un accidente en rápida mutación, por lo cual se hace necesario que exista una recompensa por las obras y esto exige la resurrección de lo perecedero; la segunda manifestación está constituida por la última vida.» Simas le replicó: « Dices la verdad y lo admito. Pero desearía que me explicaras cómo sabes que la manifestación de la última vida es la eterna» . « Lo sé desde el momento en que es la morada en que se recompensan las obras hechas por los seres perecederos que ha sido preparada por el Eterno de modo que no tenga fin.» « Dime: ¿cuáles son las gentes de este mundo que merecen mayor consideración por sus obras?» « Aquellos que prefieren la última vida a la presente.» « ¿Quiénes son los que prefieren la última vida a la presente?» « Aquellos que saben que se encuentran en una vida perecedera, que han sido creados únicamente para morir y que después de la muerte tendrán que rendir cuentas; aunque hubiera un ser que pudiera vivir eternamente en este mundo, desdeñaría esta vida para conseguir la otra.» « Dime: ¿la última vida podría existir sin la presente?» « Quien no ha tenido vida terrestre carecerá de vida futura. El mundo, sus habitantes y el término de su vida son como aquellos aldeanos a los que un príncipe construyó una casa estrecha, los metió en ella y les mandó que hiciesen un trabajo concediendo un plazo determinado a cada uno de ellos. Cuando uno terminara el trabajo que le había sido encomendado, el

vigilante bajo cuya custodia estuviere lo sacaría de aquella angustia; aquel que no cumpliera lo que se le había mandado en el plazo fijado, sería atormentado. Mientras trabajaban empezó a filtrarse miel por las hendiduras; comieron, les complació su sabor y su dulzura, se distrajeron del trabajo que se les había encomendado, se lo echaron a la espalda y se quedaron en aquella angostura y pena a pesar de que sabían que andaban al encuentro del tormento; pero tenían bastante con aquella pequeña dulzura; el encargado expulsaba de la casa a todo aquel cuyo plazo se había concluido. Sabemos que el mundo es una casa ante la cual se queda perpleja la vista; que a sus habitantes se les ha fijado un plazo: aquel que encuentra la poca dulzura que hay en el mundo y que se aficiona a éste, se cuenta entre los perdidos, ya que prefiere la vida presente a la futura; quien prefiere ésta a aquélla y no presta atención a la poca dulzura de esta vida, ése es de los que triunfan.» Simas dijo: « He escuchado lo que has dicho acerca de esta vida y la futura y estoy de acuerdo. Pero creo que se trata de dos autoridades impuestas al hombre, a los que hay que satisfacer a la vez a pesar de que son antitéticas; si la criatura atiende a buscar su subsistencia, esto será dañoso para su alma en el momento del juicio final; si se preocupa sólo de la última vida, esto le es dañoso al cuerpo: no tiene, pues, medio para satisfacer a la vez los dos extremos» . El muchacho replicó: « La búsqueda del sustento en esta vida constituye un viático para la última. Me hace el efecto de que esta vida y la otra son dos reyes: uno justo y otro tirano. Las posesiones de este último tienen árboles, frutos y plantas, pero su dueño no deja pasar a ningún mercader sin quitarle su dinero y sus mercancías. Ellos lo soportan gracias al viático que consiguen dada la fertilidad de la tierra. El rey justo manda entonces a uno de los hombres de su tierra, le da grandes riquezas y le ordena que vaya al territorio del tirano para comprar gemas. El hombre se pone en camino con el dinero y entra en aquella tierra. Se dice al rey: “Ha llegado a tus dominios un comerciante que trae grandes riquezas y que quiere comprar gemas”. El soberano le hace comparecer y le pregunta: “¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído hasta mis posesiones? ¿Qué deseas?” de responde: “Yo vengo de tal tierra cuyo rey me ha dado dinero y me ha mandado que le compre gemas en este país. He obedecido su orden y he venido”. “¡Ay de ti! ¿Es que no sabes lo que hago con los habitantes de mi país? Cada día les arrebato sus bienes. ¿Cómo te has traído el dinero? ¿Desde cuándo?” “No me pertenece nada de ese dinero: es un depósito que tengo hasta que se lo entregue a su dueño”. “¡Yo no permitiré que compres tu sustento en mi tierra hasta que te hayas rescatado con todo el dinero…”»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas diez*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey tirano dijo: « “¡Yo no

permitiré que compres tu sustento en mi tierra hasta que te hayas rescatado con todo el dinero] o hayas muerto!". El comerciante se dijo: "He caído entre dos reyes, pero ya sé que la tiranía de éste alcanza a todos los que viven en su tierra. Si no le doy satisfacción me matará y perderé el dinero, de esto no me escapo, y no podré llevar a término mi encargo. Si le entrego todo el dinero, entonces me dará muerte el rey a quien pertenece; esto es seguro. No tengo más remedio que entregarle una pequeña parte de esta gran suma para que quede satisfecho y así apartar todo peligro de mí y del resto del dinero. Obtendré mi sustento de la fertilidad de esta tierra hasta que haya podido comprar las gemas que necesito. El tirano quedará satisfecho con lo que le dé, yo obtendré mi beneficio de la fertilidad de su tierra y luego regresaré junto al dueño del dinero. Dada su justicia e indulgencia espero que no tendré que soportar ningún castigo por el dinero que me quite este rey y con mayor razón porque será una pequeña cantidad". El comerciante, después de haber pronunciado los votos de rigor, dijo: "¡Oh, rey! Me rescato a mí y a esta suma con una parte pequeña; sirve desde el momento de mi entrada en tu tierra hasta que me marche de ella". El rey aceptó y dejó en paz al comerciante durante un año. Éste compró gemas con todo el dinero de que disponía y partió a reunirse con su dueño. El rey justo simboliza la última vida; las gemas que se encuentran en la tierra del rey injusto son las buenas obras y las acciones pías; el hombre que lleva la riqueza, es aquel que ansia la vida mundanal; la riqueza, es la vida del hombre. Cuando medito en esto me doy cuenta de que quien busca la subsistencia en este mundo no debe descuidar ni un día el rezar para la última vida: satisfará así al mundo explotando su feracidad y a la última vida con el tiempo que emplee en desearla» . Simas preguntó: « Dime: ¿el cuerpo y el espíritu participan por igual en el premio y en el castigo o el castigo sólo se destina al concupiscente, al que ha cometido pecados?» El muchacho replicó: « La inclinación por las pasiones y los pecados puede ser causa del premio, si es reprimida y hay arrepentimiento. Pero el asunto está en manos de Quien hace lo que quiere y las cosas se distinguen por sus extremos. Lo cierto es que los alimentos son necesarios para el cuerpo, que no hay cuerpo sin alma y que la limpieza de ésta sólo se consigue teniendo pureza de intención en este mundo y preocupación por lo que es útil en la última vida. Ambos se parecen a dos caballos de carrera o a dos hermanos de leche o a dos socios ligados por el negocio: por la intención se distinguen las buenas acciones. Del mismo modo el alma y el cuerpo están asociados en las obras, en la recompensa y en el castigo. Son como

EL CIEGO Y EL PARALÍTICO

» Un hombre, que era dueño de un jardín, hizo entrar en él a un ciego y un

paralítico y les mandó que no hiciesen nada que pudiese causar daño o estropearlo. Cuando los frutos del jardín estuvieron en sazón, el paralítico dijo al ciego: "¡Ay de ti! Veo unos frutos magníficos y que me apetecen, pero no puedo ir en su busca para comerlos. Ponte tú en pie, pues tienes bien las piernas y tráelos: los comeremos". El ciego replicó: "¡Ay de ti! ¿Por qué me los citas cuando yo los ignoraba? No puedo alcanzarlos, puesto que no los veo, ¿cuál será el medio de conseguirlos?" Mientras se encontraba en esta situación llegó el vigilante del jardín que era un hombre inteligente. El paralítico le dijo: "¡Vigilante! Nos apetecen esos frutos, pero, como ves, yo soy paralítico y mi compañero ciego, no ve nada, ¿cómo podemos hacerlo?" "¡Ay de vosotros! ¿Es que no sabéis lo que habéis prometido al dueño del jardín, esto es, que no haríais nada que pudiese causar daño? Quedaos tranquilos y nada hagáis." Le replicaron: "¡Es imposible no comer parte de estos frutos! ¡Explícanos una de tus tretas!" Ellos no desistían de su idea por lo que el otro les dijo: "La solución está en que el ciego se ponga en pie y te lleve sobre su espalda, paralítico, acercándote al árbol en que se encuentran los frutos que te gustan; cuando estés a su lado cogerás lo que puedas alcanzar". El ciego se puso de pie y se puso a cuestas al paralítico; éste empezó a conducirle por el camino que llevaba al árbol; así pudo coger los frutos que le apetecían. Tomaron esto por costumbre hasta dejar sin nada los árboles del jardín. Entonces llegó el dueño y les dijo: "¡Ay de vosotros! ¿Qué es lo que habéis hecho? ¿Es que no os comprometisteis a no arruinar el jardín?" "Ya sabes que no podemos tocar nada, ya que uno es paralítico y no puede ponerse de pie y el otro es ciego y no ve lo que tiene delante. ¿Cuál es nuestra culpa?" "¿Es que creéis que no sé cómo lo habéis hecho y cómo habéis arruinado mi jardín? Es como si hubiese estado contigo, ciego: tú te has puesto de pie y has colocado al paralítico sobre tus espaldas; éste te ha guiado por el camino hasta colocarte junto a los árboles." Entonces el dueño los cogió, los castigó de mala manera y los expulsó del jardín. El ciego es la imagen del cuerpo, puesto que no ve si no es por medio del alma y el paralítico es el alma que no puede moverse sin el cuerpo; el jardín representa las acciones por las que se recompensa a la criatura y el vigilante es el entendimiento que nos manda el bien y nos prohíbe el mal: el cuerpo y el alma están asociados en la pena y en la recompensa» . Simas exclamó: « Has dicho la verdad y acepto tu explicación. Dime: ¿cuál es el sabio que según tú merece más loas?» « Quien conoce a Dios y sabe sacar provecho de su ciencia.» « ¿Y más exactamente?» « Quien busca la satisfacción de su Señor y evita su ira.» « ¿Y quién es el más virtuoso?» « El que conoce mejor al Señor.» « ¿Y quién es el más experto?» « Quien es más constante en poner en práctica su doctrina.» « Dime quién es el más puro de corazón.» « Aquel que está más preparado para la muerte, quien piensa más en Dios y tiene menos esperanza, ya que quien se ha acostumbrado a la idea de la muerte es como quien se mira en un espejo puro: conoce la verdad y el espejo aumenta la pureza

y el esplendor.» Simas preguntó: « ¿Cuál es el mejor tesoro?» « El del cielo.» « ¿Cuál de los tesoros del cielo es más hermoso?» « Alabar y ensalzar a Dios.» « ¿Cuál es el mejor de los tesoros de la tierra?» « ¡Practicar el bien!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas once*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Simas exclamó: « Dices bien y admito tus palabras. Háblame ahora de tres cosas distintas: la ciencia, el discernimiento y la razón, y de la base común que tienen» . El muchacho contestó: « La ciencia arranca del estudio, el discernimiento de la experiencia y la razón del pensamiento; las tres se basan y encuentran su lugar común, en la razón. Quien reúne en sí estas tres dotes es perfecto; quien además tiene temor de Dios, se encuentra en el buen camino» . « Dices la verdad y lo acepto. Háblame del sabio inteligente, dotado de buen discernimiento, de inteligencia despierta y de razón superior. ¿La pasión y la concupiscencia pueden alterar esas cosas que acabas de citar?» « Estas dos pasiones, cuando se apoderan de un hombre, alteran su ciencia, entendimiento, discernimiento y razón; le transforman en algo así como el águila, ave de presa, que dado su miedo a los cazadores y gracias a su astucia, permanece en lo más alto del cielo. Mientras está ahí, aparece un cazador que extiende su red y una vez ha terminado de hacerlo pone un pedazo de carne. El águila descubre la carne: la pasión y la concupiscencia se apoderan de ella y le hacen olvidar la red que ha visto y la mala situación en que se encuentran todos los pájaros que caen en ella. Se abate desde lo alto del cielo y cae encima del pedazo de carne quedando enredada en la red. El cazador, al ver el águila en la red, queda muy admirado y dice: “Yo había extendido la red para que cayesen palomas y pájaros débiles, ¿cómo ha caído esta águila?” Se dice que el hombre inteligente, cuando es presa de la pasión y la concupiscencia, reflexiona por sí mismo en las consecuencias de su acto; se abstiene de do que le presentan como cosa grata y con su inteligencia vence a ambas. Él hace con su razón lo mismo que un jinete experto con su caballo: si monta un corcel indócil da fuertes tirones con las riendas hasta que le mete en cintura y le lleva por donde quiere. Quien es tonto y carece de ciencia y discernimiento ve todas las cosas confusas, la pasión y la concupiscencia se enseñorean de él, obra según éstas y se cuenta entre los perdidos: no hay gente que esté peor que él.» Simas dijo: « Así es y lo acepto. Dime, ¿cuándo es útil la ciencia y el entendimiento sirve de valladar a la pasión y a la concupiscencia?» « Cuando aquel que los posee los emplea en la búsqueda del más allá, ya que ambos, la razón y la ciencia, son útiles. Pero quien los posee no debe emplearlos en buscar los bienes mundanales más que en la medida de lo necesario para procurar su sustento y apartar de sí las dificultades; debe emplearlos en buscar los bienes de la última

vida.» « Dime cuál es la cosa más digna de ocupar siempre el corazón del hombre.» « Las obras pías.» « Pero si el hombre las hace carece de tiempo para procurarse la subsistencia. ¿Qué ha de hacer para conseguir su pan cotidiano que le es imprescindible?» « El día tiene veinticuatro horas: debe emplear una parte en conseguir la subsistencia, otra para la oración y el reposo y el resto ocúpelo en adquirir la ciencia, ya que el hombre es inteligente pero carece de doctrina. Es como la tierra estéril sobre la cual no se pueden realizar las tareas agrícolas ni la siembra; las plantas no crecen. Si no se prepara para la labor y la siembra, no da fruto alguno; si se prepara para la labor se siembra. Da hermosos frutos. Lo mismo ocurre con el hombre sin ciencia: sólo es útil cuando se le ha sembrado la semilla del saber.» Simas preguntó: « ¿Y qué piensas de la ciencia sin razón?, ¿qué ocurre?» « Es como los conocimientos que tienen los animales que conocen las horas de comer y beber y el momento de despertarse a pesar de que carecen de razón.» « Has sido conciso en la respuesta, pero estoy conforme con tus palabras. Dime qué he de hacer para estar a cubierto del sultán.» « No le des ninguna oportunidad que pueda utilizar contra ti.» « ¿Cómo puedo hacerlo si su poder está por encima mío y las riendas de mis asuntos están en su mano?» « El poder que tiene sobre ti está dentro de sus derechos; si le das lo que le debes no podrá constreñirte.» « ¿Cuáles son las obligaciones del visir para con su rey?» « El consejo, el trabajar tanto en público como en privado, tener buen consejo, guardar sus secretos, no ocultarle nada de lo que tenga derecho a saber; distraerse poco de los asuntos que le han sido confiados, procurar que esté satisfecho por todos los medios y evitar su cólera.» « ¡Dime cómo se ha de comportar un visir con su rey!» « Si eres visir del rey y quieres estar a salvo presta atención y proponte que tus palabras estén por encima de lo que espera y haz tus peticiones de acuerdo con el rango que ocupas junto a él; procura no adjudicarte un rango del cual no te crea digno, pues creería que esto era una temeridad frente a él. Si, ofuscado por su magnanimidad, te elevas a rangos para los cuales él no te crea apto, te ocurrirá lo mismo que al cazador que cobra las piezas, les quita la piel y emplea ésta para su servicio dejando la carne; luego llega el león y se come la carroña. Cuando sus visitas se multiplican al mismo sitio, se acostumbra al cazador y se familiariza con él. Éste le echa de comer, le acaricia el dorso con la mano y juega con su cola, pues se da cuenta de la mansedumbre, la familiaridad y la tranquilidad de la fiera. Entonces se dice: “Este león se me ha humillado y me pertenece. No veo por qué no he de cabalgarlo y arrancarle la piel como a los otros animales”. El cazador cobra ánimo, salta a lomos del león y se prepara. Pero el animal, al darse cuenta de lo que hace el cazador, se enfurece rabiosamente, levanta su mano, derriba al hombre y le mete las garras en los intestinos; sólo le deja después de haberlo destrozado. Puedes comprender que el ministro debe comportarse con su rey según su propia posición, que no debe propasarse por buena que sea la opinión

que el soberano tenga de él; de lo contrario despierta los celos del soberano.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas doce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Simas exclamó: « Dime cómo debe contraer méritos el visir ante el rey» . El muchacho replicó: « Correspondiendo a la confianza que se le ha dado, aconsejándole, exponiéndole buenas ideas y ejecutando sus órdenes» . Simas intervino: « Has dicho que el visir debe evitar la ira del rey, ejecutar lo que le causa satisfacción y cuidar de lo que se le ha confiado. Pero dime: ¿qué debería hacer el ministro si el rey se complaciese en ejercitar la tiranía, en practicar la injusticia y la opresión? ¿Qué debería hacer el ministro si se veía puesto a prueba por la compañía de un rey tirano? Si el visir intenta disuadirlo de su pasión, de su concupiscencia y de sus ideas no lo conseguirá; si sigue sus caprichos, aprueba su comportamiento y le adula, conseguirá la enemistad del pueblo. ¿Qué dices de esto?» El muchacho replicó diciendo: « ¡Oh, visir! Has dicho bien el pecado y la falta que incumbe al ministro si sigue al soberano en sus fallos. En esas circunstancias si el rey consulta al visir sobre ello, éste debe indicarle el camino de la justicia y de la equidad; debe prevenirlo contra la tiranía y la opresión, darle a conocer cuál es la mejor conducta a seguir con sus súbditos, indicándole la recompensa que recibirá en caso de ponerla en práctica y del castigo de que se hará merecedor en caso contrario. Si el rey se inclina y acepta benévolamente sus palabras, habrá conseguido su deseo; si no, el único recurso que tiene consiste en separarse de él con buenos modos, ya que la separación constituirá la tranquilidad de los dos» . El visir preguntó: « Infórmame de cuáles son los deberes del rey con sus súbditos y los de éstos con su rey» . Replicó: « Los súbditos han de entender el sentido recto de lo que les mande; hacer aquello que es grato al soberano y que satisface a Dios y a su Enviado. El soberano debe al pueblo: defender sus bienes y proteger sus mujeres, del mismo modo que él puede exigir de ellos que le obedezcan, que se empleen en su servicio, respeten sus derechos y le den las gracias por la justicia y beneficios que les concede» . Simas intervino: « Has contestado a mi pregunta acerca de los deberes del rey y de los súbditos. Dime: ¿tienen algún otro derecho, además de los que has mencionado, los súbditos sobre el rey?» « ¡Sí!» « Los derechos de los súbditos frente al rey son más exigentes que los del rey frente a los súbditos; es más perjudicial que el pueblo deje de observar sus deberes con el soberano que no a la inversa ya que, en el primer caso, se produce la ruina del rey y el fin de su reinado y de su fortuna. Quien es reconocido como rey debe observar tres cosas: las peticiones de la religión, de sus súbditos y de la política. Si los observa su reino será duradero.» « Dime: ¿qué es necesario para mantener el bienestar de los súbditos?» « Observar sus

derechos, respetar la tradición, emplear a sabios y doctos para que les enseñen, ser justo con todos, evitar el derramar su sangre, abstenerse de sus bienes, aligerar sus cargas y reforzar su ejército.» « Dime cuáles son los deberes del rey para con el ministro.» El muchacho contestó: « El rey no tiene deberes más imperativos que los que afectan al ministro por tres razones: la primera por las consecuencias que se seguirían a causa de cualquier error suyo y por la utilidad general, para el rey y los súbditos, en el caso de que la opinión del ministro sea exacta; la segunda para que la gente se dé cuenta de la buena posición de que goza el ministro junto al soberano; entonces el pueblo le ve con buenos ojos, respeto y sumisión; tercera: porque el visir, viendo el aprecio en que le tienen el rey y el pueblo, les evitará todo aquello que les pueda ser odioso y les deparará lo que desean» . Simas dijo: « He escuchado todo lo que has dicho acerca de las cualidades del rey, del visir y de los súbditos. Estoy de acuerdo contigo. Pero infórmame de qué es necesario para preservar a la lengua de la mentira, de la estupidez, de la maledicencia y de la excesiva prolijidad» . El muchacho replicó: « Es necesario que el hombre hable bien y de modo elegante, que no se pronuncie sobre lo que no le compete, se abstenga de la maledicencia, que no refiera lo que otro ha dicho acerca de su propio enemigo, que no intrigue ante el sultán para causar daño al amigo o al enemigo; que no se preocupe de nadie ni de quien espera un beneficio ni del que puede causarle un daño; que se ocupe únicamente de Dios (¡ensalzado sea!) pues es Él, en realidad, quien castiga y premia, que no atribuya a nadie un vicio y que no hable sin conocimiento de causa para evitar incurrir en falta y en pecado ante Dios y en el odio de la gente. Sabe que las palabras son como las flechas: una vez dichas nadie puede retirarlas. Guárdese de confiar un secreto a quien lo ha de divulgar, pues podría incurrir en los perjuicios que trae el conocimiento después de haber confiado en que no se sabría; debe guardar más el secreto ante el amigo que ante el enemigo. Mantener la discreción ante toda la gente constituye una muestra de lealtad» . Simas le preguntó: « ¿Cómo hay que comportarse con la familia y con los allegados?» « El hombre no encontrará reposo más que obrando rectamente: es necesario que dé a la familia lo que corresponde y a sus amigos lo que les pertoca.» « Dime ¿qué es lo que corresponde a la familia?» « Con los padres hay que ser sumiso y hablarles con dulzura, afabilidad, respeto y deferencia. A los amigos hay que darles consejos, dinero y ayuda en sus asuntos; alegrarse con sus alegrías y procurar no ver sus faltas. Éstos, al darse cuenta de ello, acogerán sus consejos con cariño y se mortificarán por él. Si tienes confianza en tu hermano, concédele tu afecto y préstale ayuda en todos sus asuntos.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas trece*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Simas le objetó: « Yo creo que los amigos son de dos clases: amigos de confianza y amigos para pasar el rato; a los primeros se les debe lo que has dicho, pero ¿ya los otros, a los de pasar el rato?» El muchacho respondió: « De los amigos de circunstancias obtendrás alegrías, distracciones, buenas palabras y agradable compañía. Tú no les prives de tus alegrías; dáselas del mismo modo que ellos te dan las suyas; trátalos como te traten, con rostro sereno y agradables palabras: tu vida será feliz y tus opiniones bien acogidas» . Simas dijo: « Ya que nos hemos enterado de todas estas cosas, dime cuáles son los bienes que el Creador ha deparado a sus criaturas, ¿se han distribuido entre el hombre y los animales de modo que cada uno tenga asignado su sustento hasta el fin de sus días? Si así es ¿qué es lo que les lleva a buscar su sustentó a fuerza de fatigas cuando saben que lo tienen predestinado y que lo han de conseguir sin duda ninguna, y por tanto sin esfuerzo ninguno? Si no les ha sido predestinado ¿lo obtendrán sólo a copia de un gran esfuerzo? ¿Deben dejar de hacerlo y confiarse a Dios, dejando tranquilos el cuerpo y el alma?» El muchacho replicó: « Creemos que cada uno tiene asignado su sustento para un plazo determinado, pero para obtenerlo hay distintos caminos. Quien va en su busca puede conseguir el reposo renunciando a obtenerlo, pero a pesar de todo el alcanzarlo resulta ser absolutamente necesario. Por tanto hay dos clases de gentes: los que lo consiguen y los que se quedan sin él. La satisfacción de quien lo consigue tiene dos aspectos: el haberlo obtenido y que el esfuerzo desplegado ha sido útil. Quien carece de bienes puede encontrar satisfacción en tres cosas: prepararse para buscar el sustento diario, evitar constituir una carga para la gente y escapar a la maledicencia» . Simas dijo: « Háblame de lo que se refiere al que busca el pan cotidiano» . « Al hombre le es lícito aquello que Dios le concede y le está prohibido aquello que Dios, Todopoderoso y Excelso, le veda.»

Cuando llegaron a este punto se interrumpió la conversación entre ambos. Simas y todos los sabios allí presentes se incorporaron y se prosternaron ante el muchacho; le alabaron y le felicitaron. El padre le estrechó contra su pecho y a continuación le hizo sentar en el trono del reino diciendo: « ¡Loado sea Dios que me ha dado un hijo para consuelo de mis ojos!» El muchacho dijo a Simas y a los sabios allí presentes: « ¡Oh, sabio, que conoces los problemas espirituales! Por poco que Dios haya abierto mis ojos a la ciencia creo que me doy cuenta del porqué tú has aceptado las respuestas que te he dado, tanto si he acertado como si no; tal vez tú perdones mis errores. Pero yo quiero interrogarte acerca de algo que soy incapaz de comprender, ante lo cual mi esfuerzo es impotente y que mi lengua no sabe describir, ya que se me presenta tan oscuro como el agua clara que llena un vaso negro. Deseo que me lo aclares de modo que en el futuro no me sea desconocido como lo era en el pasado, ya que del mismo modo como Dios ha hecho nacer la vida a partir del agua, la fuerza, de la comida y la salud del enfermo de las medicinas del médico, del mismo modo ha dispuesto que el

ignorante se instruya con la ciencia del sabio. Presta atención a mis palabras.» Simas replicó: « ¡Oh, tú, que tienes un entendimiento iluminado, tú que conoces los mejores argumentos! Todos los sabios aquí presentes dan testimonio de tu gran virtud, de tu capacidad de análisis, de tu lógica y de la agudeza de tu inteligencia que has demostrado al contestar a las preguntas que te he hecho. Tú eres más inteligente y más sabio que yo para responder a cualquier cosa que me preguntes, puesto que Dios te ha dado más ciencia que a persona alguna. Pregúntame lo que quieres saber» . El muchacho dijo: « Explícame de qué ha hecho el Creador (¡exaltado sea su poder!) el universo si, con anterioridad, no existía nada y en este mundo todo lo que vemos ha sido creado a partir de otra cosa. El Sumo Hacedor (¡bendito y ensalzado sea!) puede crear las cosas de la nada pero ha dispuesto, por voluntad propia, en la perfección de su poder y majestad, el no crear nada si no es a partir de algo» . El visir Simas replicó: « Los fabricantes de objetos de arcilla y los demás artesanos no pueden crear nada si no es a partir de algo preexistente, puesto que ellos mismos han sido creados. Pero el Creador, el Hacedor del mundo, bajo este aspecto prodigioso… Si quieres conocer su poder (¡bendito y ensalzado sea!) sobre las cosas existentes, fija tu pensamiento en las distintas criaturas: encontrarás prodigios y signos que denotan su poder: Él puede crear las cosas a partir de la nada; por tanto las ha hecho a partir del vacío más absoluto, ya que los elementos que forman la materia de las cosas no existían. Te lo aclararé para que no tengas la menor duda y te lo ejemplificaré con el prodigio de la noche y el día. Ambos se suceden: cuando desaparece el día y llega la noche aquél se nos oculta y no sabemos dónde se ha instalado; cuando la noche y sus oscuras tinieblas se retiran, reaparece el día y no sabemos dónde se ha instalado la noche. Cuando el sol surge por levante no sabemos de dónde se despliega su luz y cuando se pone ignoramos dónde se refugia en el ocaso. Así son los hechos del Creador (¡gloriado sea su nombre y ensalzado su poder!). Son muchas las cosas que dejan perplejo al entendimiento de las más perspicaces de sus criaturas» . El muchacho dijo: « ¡Oh, sabio! Tú me has dado a conocer el poder del Creador de un modo irrefutable, pero dime ¿cómo ha dado la vida a sus criaturas?» Simas replicó: « Las criaturas han sido creadas con su verbo que existe desde antes de aparecer el tiempo; con él ha creado todas las cosas» . El muchacho objetó: « ¡Luego Dios (¡ensalzado sea su nombre y exaltado su poder!) ha querido crear sus criaturas antes de que existiesen!» « Las ha creado por su voluntad mediante el Verbo; si no hubiese tenido el Verbo y hubiese pronunciado una palabra, las criaturas no existirían.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas catorce*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Simas, después de haber contestado

a las preguntas anteriores, le dijo: « ¡Hijo mío! Nadie podría contestarte de modo distinto al mío a menos de que alterase las palabras de la ley divina y cambiase el aspecto de las verdades que en ella figuran. Tal es la afirmación de que el Verbo tiene un poder especial, pero yo busco refugio en Dios ante esta falsa creencia. Cuando decimos que Dios, Todopoderoso y Excelso, ha creado el universo con su Verbo, queremos significar que Él (¡ensalzado sea!) es Uno en su esencia y en sus atributos y no queremos decir que un Verbo tenga un poder independiente; al contrario: el poder es un atributo de Dios (¡ensalzado sea su poder y excelsa su autoridad!) como lo son el Verbo y otras muchas perfecciones. Él no se describe más que con su Verbo y éste no se concibe sin Él. Dios (¡exaltada sea su loa!) creó con su Verbo a todas las criaturas y sin él no se hubiese creado nada. Creó las cosas con su Verbo verídico y nosotros hemos sido creados con la verdad» . El muchacho replicó: « He comprendido lo que se refiere al Creador y al poder de su Verbo que acabas de explicar y lo admito entendiéndolo. Pero te he oído decir que creó las criaturas con su Verbo verídico; ahora bien "verídico" significa lo contrario de falso. ¿Por donde aparece lo falso? ¿Cómo puede oponerse a la verdad hasta el punto de embrollarla y hacer que se presente confusa a las criaturas forzando a éstas a establecer una distinción entre ambas? El Creador, Excelso y Magnífico ¿ama lo falso o lo odia? Si me respondes que ama la verdad y que con ésta ha creado a sus criaturas y que odia la falsedad ¿por dónde se mezcla ésta a la que detesta el Creador, con la verdad a la que ama?» Simas replicó: « Dios ha creado al hombre con la verdad y éste no tuvo que arrepentirse hasta que la falsedad se mezcló con la verdad y que fue creada al mismo tiempo que ésta; y esto es debido a la capacidad que Dios ha puesto en el hombre y que conocemos como voluntad o inclinación llamada *kasb*. Lo falso se mezcla con lo verdadero y se confunde con él para que pueda ejercerse la voluntad del hombre, su capacidad y el *kasb* que es la parte de libre albedrío concedido al hombre a pesar de lo débil de su naturaleza. Dios ha creado el arrepentimiento para apartarlo de lo falso y confirmarle en la verdad; ha creado el castigo para el caso de que persistiera en permanecer en lo falso» . El muchacho preguntó: « Dime cuál es la causa de que lo falso haya podido parangonarse con la verdad y confundirse con ella. ¿Por qué es necesario el castigo hasta el punto de exigir la existencia del arrepentimiento?» Simas replicó: « Dios, al crear al hombre con la Verdad, hizo que éste la amase; entonces no existía ni castigo ni arrepentimiento. Así continuó hasta que Dios le infundió el alma, la cual constituye la perfección de la humanidad a pesar de que ella posea inclinaciones y apetitos. De éstos nació lo falso que se entremezcló con la verdad, con la cual había sido creado el hombre y cuyo amor le había sido infundido. Al llegar a este punto, el hombre, rebelde, se desvió de la verdad y quien se aparta de ésta cae en lo falso» . « Entonces ¿lo falso invadió el terreno de la verdad como consecuencia de la rebeldía y la desobediencia?» « Así es, ya que Dios

ama al hombre y de tanto amor como le tiene hizo que éste tuviese necesidad de Él, de Él que por esencia es la Verdad. Pero, a veces, el hombre, a causa de la inclinación de su alma hacia las pasiones y por sentirse atraído por la desobediencia, cede y entonces cae en lo falso al rebelarse contra su Señor y merece el castigo. El arrepentimiento hace desaparecer lo falso, le devuelve el amor de la Verdad y le hace acreedor de la recompensa.» El muchacho preguntó: « Explícame el principio de la desobediencia. Si el origen de todos los hombres está en Adán y éste fue creado con la Verdad ¿cómo pudo entrar la desobediencia en su alma? Ésta, después de haberle penetrado en el alma, se asoció con el arrepentimiento, lo cual trajo como consecuencia el premio o el castigo. Vemos que algunas criaturas persisten en la rebeldía, se inclinan hacia lo que Él no ama, faltando así al fin de la creación, que es el amor a la verdad, y haciéndose acreedor de la ira de su Señor. Vemos que otras persisten en dar satisfacción a su Creador y en obedecerlo buscando así su misericordia y la recompensa. ¿Cuál es la diferencia que existe entre ambas clases?» Simas contestó: « La primera vez que la rebeldía hizo mella en el género humano fue a causa de Iblis, que era el ser más noble de cuantos ángeles, hombre y genios, había creado Dios (¡excelso sea su nombre!). Le había impreso el amor y no conocía nada más. Cuando se dio cuenta de que era el único que se encontraba en esta situación se llenó de admiración, prepotencia, orgullo y envanecimiento rompiendo los juramentos y la obediencia que debía a su Señor. Éste, entonces, le puso por debajo de todas las criaturas, lo expulsó de su amor e hizo que en su interior residiese la desobediencia. Iblis, al darse cuenta de que Dios (¡magnificado sea su nombre!) no gustaba de la desobediencia y al ver que Adán seguía la senda de la verdad, del amor y de la sumisión al Creador, se llenó de envidia. Empleó una treta para apartar a Adán de la verdad, para asociarle consigo en el culto a lo falso. Adán incurrió en el castigo por haberse dejado arrastrar a la desobediencia que su enemigo le presentaba disfrazada y por su sumisión a las pasiones. Así, a causa de la aparición de lo falso, transgredió la recomendación de su Señor. El Creador (¡ensalzada sea su loa y santificados sus nombres!), al darse cuenta de la debilidad del hombre y de la rapidez con que se había inclinado hacia su enemigo abandonando la verdad, decidió, en su misericordia, concederle el arrepentimiento con el cual pudiese rescatar su inclinación a la desobediencia y manejar el arma de la contrición para vencer al enemigo, Iblis y a sus ejércitos, volviendo así a la senda de la verdad, según la cual había sido forjado. El Demonio, al darse cuenta de que Dios (¡ensalzada sea su loa y santificados sus nombres!) le había concedido un plazo determinado, se abalanzó rápidamente sobre el hombre, para combatirlo; se le presentó con tretas para sacarlo del beneficio de su Señor y asociarlo en la ira de la cual él y sus ejércitos se habían hecho merecedores. Dios (¡ensalzada sea su loa!) concedió al hombre la posibilidad de arrepentimiento ordenándole que perseverase en la

verdad y prohibiéndole la desobediencia y la rebeldía, descubriéndole que en la tierra tenía un enemigo que lo combatía sin descanso noche y día. Por consiguiente, el hombre se hace acreedor de la recompensa si cultiva la verdad, gracias a cuyo amor fue creada su naturaleza, y del castigo si es dominado por la carne y se inclina hacia las pasiones» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas quince*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el muchacho siguió preguntando: « Dime ¿con qué fuerza pueden desobedecer las criaturas al Creador si él es Todopoderoso, conforme has dicho y si nada puede vencerlo ni escapar a su voluntad? ¿No te das cuenta de que puede apartar a sus criaturas de la desobediencia y obligarlas al amor eterno?» Simas replicó: « Dios (¡ensalzado sea y magnificado sea su nombre!) es justo, equitativo e indulgente con sus criaturas: les ha enseñado el camino del bien y les ha concedido la capacidad y el poder de hacer el bien que quieran. Si obran en sentido contrario caen en la destrucción y en la desobediencia» . El muchacho arguyó: « Pero si el Creador es quien les ha concedido la capacidad mediante la cual pueden hacer lo que quieren ¿por qué no se interpone entre ellos y el mal que quieren hacer desviándolos hacia la verdad?» « Por su gran misericordia y profunda sabiduría. Como anteriormente Iblis había incurrido en su ira y Él no se había apiadado, en el caso de Adán mostró a éste su misericordia concediéndole el arrepentimiento y reconciliándose con él después de que el hombre hubo incurrido en su ira.» « ¡Esta es la verdad —exclamó el muchacho— porque Él recompensa a cada uno según sus obras! ¡Dios es el único creador! ¡Él es todopoderoso!» A continuación siguió preguntando: « ¿Dios ha creado lo que ama y lo que no ama o sólo ha creado lo que ama?» « Él lo ha creado todo, pero sólo se ha complacido en lo que ama.» « ¿Y por qué esas dos cosas, una de las cuales satisface a Dios y quien la hace merece recompensa mientras que la otra le encoleriza y le lleva a desencadenar el castigo para quien la comete?» « Explícame cuáles son esas dos cosas y házmelas entender para que yo pueda hablar de ambas.» « Son el bien y el mal que residen en el cuerpo y el alma.» Simas replicó: « ¡Oh, inteligente! Me doy cuenta de que comprendes que el bien y el mal son acciones realizadas por el cuerpo y el alma: el bien se llamó bien porque con él se consigue la satisfacción de Dios y el mal se llamó mal porque con él se provoca la ira de Dios. Es necesario que tú conozcas a Dios y le satisfagas haciendo el bien, puesto que nos ha mandado esto y nos ha prohibido hacer el mal» . « Me doy cuenta de que estas dos cosas, quiero decir el bien y el mal, son realizadas por los cinco sentidos que residen en el cuerpo del hombre y en el cual se originan la palabra, el oído, la vista, el olfato y el tacto. Quiero que me expliques si estos cinco

sentidos corporales han sido creados todos para el bien o para el mal.» Simas contestó: « Entiende ¡oh, hombre!, la explicación de lo que me has preguntado, pues constituye una prueba clara; colócala en tu mente y empápala en tu corazón. El Creador (¡bendito y ensalzado sea!) creó al hombre con la verdad y le imprimió el amor. Las criaturas han aparecido gracias a su excelso poder que actúa en todos los acontecimientos, a Él (¡bendito y ensalzado sea!) sólo se le puede atribuir un gobierno justo, equitativo y bienhechor; Él creó al hombre para amarlo e infundió en el alma una tendencia hacia la pasión; pero le concedió poder de decisión y le dio esos cinco sentidos para que fuesen causa de su salvación o su condena» . « ¿Y cómo es eso?» « Dios creó la lengua para hablar; las manos para obrar; los pies para andar; la vista para ver; los oídos para oír y atribuyó a cada uno de estos sentidos cierta capacidad incitándolos a actuar y a moverse, mandándoles que lo hiciesen según lo que a Él le satisface. Lo que le contenta de la palabra es la verdad y la abstención de aquello que es su contrario, o sea, la mentira. Lo que le contenta de la vista es que examine lo que a Él le gusta y la abstención de aquello que es su contrario, o sea, apartarla de lo que detesta como son las pasiones. Lo que le contenta del oído es que éste escuche únicamente la verdad, como los sermones y lo que contienen los libros divinos, y la abstención de aquello que es su contrario, o sea, escuchar lo que causa su ira. Lo que le contenta de las manos es que cojan lo que Dios les ofrece y emplearlo de modo que le satisfaga y que se abstengan de lo contrario, o sea, de coger o emplear aquello a lo que Dios atribuye valor de desobediencia. Lo que le contenta de los pies es que conduzcan hacia el bien, como cuando llevan a aprender, y que se abstengan de lo contrario, o sea de dirigirse a un camino distinto del de Dios. Las restantes pasiones que trabajan al hombre, llegan hasta el cuerpo por voluntad del espíritu. Las pasiones que nacen del cuerpo son de dos clases: las que derivan del instinto de reproducción y las que proceden del vientre. A Dios le satisface el ejercicio del instinto de reproducción mientras se produce de modo lícito y se indigna si se practica ilícitamente. La comida y la bebida, que constituyen los apetitos del vientre, le placen mientras cada uno toma, poco o mucho, aquello que le ha sido permitido y loa a Dios y le da las gracias, pero en cambio se encoleriza si se consume lo que no es lícito. Los demás preceptos acerca de esta materia son falsos. Sabe que Dios ha creado todas las cosas y que sólo le satisface el bien; que ha mandado a cada uno de los miembros del cuerpo hacer lo que le ha impuesto, ya que Él es el Omnisciente, el Sabio.» El muchacho preguntó: « Dios (¡ensalzado sea su poder!) proveyó que Adán comiese del árbol que Él le había prohibido para que sucediera lo que sucedió saliendo así de su obediencia e incurriendo en la rebeldía» . Simas le contestó: « ¡Sí, oh sabio! Esto lo sabía Dios (¡ensalzado sea!) antes de crear a Adán. Y la explicación de todo ello y la prueba de lo que antecede, es que le advirtió acerca de su comida y le anunció que si comía sería un rebelde y todo

ello para ser justo y equitativo, para que Adán no pretendiera excusarse ante su Señor. Como cayó en el precipicio y en el pecado, como la vergüenza y el reproche lo agobiaron, esto se transmitió a sus descendientes. Entonces Dios (¡ensalzado sea!) envió Profetas y Mensajeros a los que donó las Escrituras. Ellos nos enseñaron los preceptos y nos explicaron las exhortaciones y las sentencias que contenían; nos ilustraron y nos aclararon el camino que conduce a la salvación y nos enseñaron lo que debíamos hacer y aquello otro de que debíamos abstenernos. Nosotros tenemos capacidad para obrar libremente. Quien obra dentro de estos límites acierta y alcanza la recompensa; quien las traspasa y obra prescindiendo de sus recomendaciones, desobedece y sale perdiendo en las dos vidas. Tal es el camino del bien y del mal. Tú sabes que Dios es poderoso sobre todas las cosas, y que nos infundió las pasiones porque así le placía y era su voluntad. Pero nos ha mandado que las usásemos de modo lícito para que fuesen causa de bien. Si las utilizamos del modo que está prohibido serán causa de perdición. El bien que recibimos procede de Dios (¡ensalzado sea!); si recibimos un mal, somos nosotros, las criaturas, las causantes; no proviene del Creador. ¡Ensalzado sea Dios de modo prodigioso por esto!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas dieciséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el muchacho, hijo del rey Chilad, que había dirigido esas preguntas al visir Simas y había recibido las correspondientes respuestas siguió: « He comprendido lo que me has dicho de Dios (¡ensalzado sea!) y lo que hace referencia a sus criaturas. Pero hay una de estas cosas que me deja extraordinariamente perplejo: me admiro de que los descendientes de Adán vivan tan despreocupados de la última vida y que no piensen en ella dado su amor por el mundo, por más que saben que ellos han de dejarlo y partir de él capitidisminuidos» . Simas le contestó: « Sí; los cambios y traiciones que ves que causa el mundo a sus pobladores indica que el afortunado no gozará siempre de su bienestar y que el atribulado escapará a sus penas. Ninguna persona de la tierra está a cubierto de sus cambios; por más poderoso y feliz que sea, su situación cambiará y la muerte le llegará rápidamente: el hombre no puede tener confianza ni sacar provecho de los adornos que en él se encuentran. Cuando nos damos cuenta de esto comprendemos que la gente más desgraciada es la que se deja ofuscar y olvida la última vida. El bienestar de que gozan no equivale al miedo, a la pena y los terrores que experimentarán después de su muerte. Estamos convencidos de que si el hombre supiera lo que le ha de suceder en el momento de la muerte, como ha de separarse de las dulzuras y del bienestar de esta vida, renunciaría al mundo y a lo que contiene. Nosotros estamos seguros de que la última vida es mejor y más útil» . El muchacho dijo:

« ¡Oh, sabio! Has disipado las tinieblas que tenía en mi corazón gracias a tu antorcha resplandeciente y me has conducido al camino que seguiré en pos de la verdad; me has dado una antorcha con la cual podré ver» .

Entonces, uno de los sabios presentes, se incorporó y dijo: « En primavera tanto la liebre como el elefante deben buscar el pasto. Os he oído preguntas y explicaciones que jamás había escuchado. Esto me ha inducido a preguntaros alguna cosa. Decidme: ¿Cuál es el mejor regalo del mundo?» El muchacho replicó: « La salud del cuerpo, una ganancia lícita y un hijo pío» . « ¿Quién es el grande y quién el pequeño?» « El grande es aquel a quien ha de soportar uno más pequeño que él, y el pequeño, aquel que se somete a otro mayor.» « Decidme cuáles son las cuatro cosas comunes a todas las criaturas.» « Son comunes: el comer y el beber; el sueño; apetecer a las mujeres, y la agonía de la muerte.» « ¿Cuáles son las tres cosas de las que nadie puede separar la torpeza?» « La estupidez, la mala naturaleza y la mentira.» « ¿Cuál es la mejor mentira a pesar de que todas son feas?» « Aquella que es capaz de apartar el mal de quien la dice y hacerle bien.» « ¿Cuál es la verdad reprobable por más que todas son hermosas?» « La soberbia y el orgullo de cuanto el hombre posee.» « ¿Cuál es la más fea de las cosas feas?» « El hombre que se enorgullece de lo que no le pertenece.» « ¿Cuál es el hombre más estúpido?» « Aquel que sólo se preocupa de lo que mete en el vientre.»

Simas dijo: « ¡Oh, rey! Tú eres nuestro soberano, pero queremos que asignes el reino a tu hijo para después de tu muerte; nosotros somos siervos y súbditos» . Entonces el rey exhortó a quienes estaban presentes, sabios y vulgo, a que se acordaran de lo que habían oído y lo aprendieran; les mandó que acatasen las órdenes de su hijo, pues él le nombraba su heredero y su sucesor en el reino de su padre. Todos sus súbditos: sabios y guerreros; ancianos y niños y demás gente juraron que no le desobedecerían y que no faltarían a lo que les mandara.

Cuando el príncipe cumplió diecisiete años, su padre se puso enfermo gravemente y estuvo a punto de morir. El rey, al darse cuenta de que la muerte le alcanzaba, dijo a sus servidores: « Mi enfermedad es mortal: convocad a mis familiares y a mi hijo; reunid a mis súbditos para que acudan todos» . Salieron, avisaron a los allegados y pregonaron la noticia para los demás, ordenando que acudiesen todos. Se presentaron ante el rey y dijeron: « ¿Cómo te encuentras, oh, rey? ¿Cómo estás con esta enfermedad?» Les contestó: « Esta enfermedad mía es mortal y me ha tocado la suerte que Dios (¡ensalzado sea!) me había destinado; ahora me encuentro en el fin de estos días de mi mundo y el principio de mis días de la última vida» . A continuación se dirigió a su hijo: « ¡Acércate!» , le dijo. El muchacho se aproximó llorando a lágrima viva de tal modo que casi empapó el lecho. El rey y todos los presentes lloraban también. Éste dijo: « ¡No llores, hijo mío! No soy el primero al que le ocurre lo destinado. Esto pasa a todas las criaturas de Dios. Teme a Dios y obra bien para que éste te preceda a la

morada a que se dirigen todas las criaturas; no hagas caso de las pasiones y ocúpate en recordar a Dios tanto si estás en pie o sentado, si estás despierto o duermes. Fija la verdad como meta de tus ojos. Éstas son las últimas palabras que te dirijo. Y la paz» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas diecisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que después que el rey Chilad hubo dado estos consejos a su hijo y le hubo confiado el reino, el muchacho dijo: « ¡Padre mío! Te he obedecido siempre; he observado tus recomendaciones, he ejecutado tus órdenes y he buscado satisfacerte. Tú has sido para mí el mejor de los padres ¿cómo he de dejar de practicar lo que te satisface después de la muerte? Después de haberme dado una buena educación te marchas de mi lado y yo no te puedo hacer regresar. Si observo tu consejo seré feliz y tendré una gran suerte» . El rey, que se encontraba a punto de apurar la copa de la muerte, le replicó: « ¡Hijo mío! Observa estas diez normas y Dios hará que te sean útiles en ésta y en la última vida. Son: Si te encolerizas, sofoca tu ira; si te ocurre una desgracia, ten paciencia; si hablas, di la verdad; si haces una promesa, cúmplela; si juzgas, sé equitativo; si eres poderoso, perdona; sé generoso con tus oficiales; perdona a tus enemigos; cubre de beneficios a tu adversario y abstente de causarle daño. Observa también estas diez máximas que te serán útiles con Dios y con las gentes de tu reino: Si divides, sé justo; si castigas, que sea con razón; si te comprometes a algo, cumple; acepta los consejos; desiste de las cosas inoportunas; obliga a tus súbditos a mantenerse dentro de la ley sagrada de loable tradición; sé un juez equitativo con todas las gentes para que te amen grandes y pequeños y te tema el rebelde y el perverso» . A continuación se dirigió a los sabios y emires que estaban allí presentes, confió el reino a su hijo y sucesor y dijo: « ¡Guardaos de desobedecer las órdenes de vuestro rey y las de vuestros superiores! Esto tendría como consecuencia la pérdida de vuestra tierra, el desmembramiento de vuestra sociedad, la ruina de vosotros mismos y la pérdida de vuestras riquezas. Vuestros enemigos se alegrarían. Vosotros sabéis qué es lo que me jurasteis; ese mismo juramento os liga con este muchacho; el pacto que existe entre nosotros se hace extensivo a vosotros y él. A vosotros os toca oír y obedecer sus órdenes, puesto que en ello está vuestro bienestar. Sedle fieles tal como fuisteis conmigo y vuestras cosas prosperarán, vuestra situación se hará mejor. Aquí tenéis a vuestro rey y a quien os ha de conceder las gracias. Y la paz» . La agonía se apoderó de él y le trabó la lengua. Abrazó a su hijo, le besó y dio gracias a Dios. La muerte se apoderó de él y exhaló el alma. Todos los súbditos y los habitantes de su estado lo lloraron: lo amortajaron, lo enterraron con honor, pompa y solemnidad. Después regresaron con el muchacho, le pusieron el traje real, lo tocaron con la

corona de su padre, le colocaron el sello en el dedo y le hicieron sentar en el trono del reino.

El muchacho siguió durante poco tiempo la conducta de su padre siendo justo y bienhechor. Pero el mundo le presentó sus galas y lo atrajo a sus placeres. Empezó a gozar de sus dulzuras y se dejó seducir por sus apariencias. Dejó de observar los pactos que le había recomendado su padre y contra la obediencia que debía a éste se despreocupó de sus súbditos y empezó a recorrer la senda que conduce a la perdición. El amor de las mujeres prendió en él con furia y apenas oía mentar una joven hermosa mandaba a buscarla y se casaba con ella. Así reunió un número de mujeres mayor que el que había dispuesto Sulayman b. Dawud, rey de los hijos de Israel. Algunas veces se aislaba con un grupo de ellas y pasaba así un mes entero sin apartarse de su lado, sin preguntar por su reino ni preocuparse de su gobierno ni examinar las querellas que le elevaban sus súbditos: si le escribían no contestaba. Cuando las gentes vieron la situación en que se encontraba, el desinterés que mostraba por sus asuntos y el abandono en que tenía los negocios del estado y los intereses de sus vasallos, se convencieron de que al cabo de poco tiempo iban a sufrir las desgracias. Esto les dolió y empezaron a murmurar. Unos decían a otros: « Marchemos a ver a Simas que es su primer ministro, contémosle lo que nos sucede y advirtámosle de lo que hace referencia a este rey para que le aconseje; de lo contrario, dentro de poco la desgracia caerá sobre nosotros, pues el rey se ha extraviado en los placeres del mundo y éstos le han enredado en sus lazos» . Se presentaron a Simas y le dijeron: « ¡Oh, doctor sabio! Este rey ha sido seducido por las dulzuras del mundo y cogido en sus lazos. Deslumbrado por lo falso deja que su reino se pudra pero, con la desintegración de éste, todas las gentes tienen que perder: nuestros asuntos irán a parar al fracaso. La causa de todo reside en que pasamos un mes y más sin verlo y a nosotros no nos llega ninguna orden de él ni de su ministro ni de cualquier otra autoridad; no podemos someterle ningún asunto; él no se preocupa del gobierno ni se entera de la situación de ninguno de sus súbditos dado el abandono que le es propio. Nos hemos presentado ante ti para informarte de la verdad de los asuntos ya que tú eres nuestro jefe y el más perfecto de nosotros. No es necesario que la desgracia se abata sobre una tierra en la que tú vives ya que tú, mejor que nadie, puedes corregir a este rey. Preséntate ante él y háblale: tal vez escuche tus palabras y vuelva a la senda de Dios» . Simas se marchó en busca de quien podía hacerle llegar ante el soberano. Le dijo: « ¡Excelente muchacho! Te ruego que pidas al rey una audiencia para mí, ya que tengo que someterle un asunto que exige que lo vea, le informe y oiga su respuesta» . El muchacho replicó: « ¡Señor mío! Hace un mes que no concede a nadie audiencia; durante todo este plazo no le he visto la cara. Pero voy a conducirte ante quien te podrá solicitar la audiencia. Debes ponerte en relación con el paje fulano que está muy cerca de él y le lleva la comida desde la cocina. Cuando

vaya a recoger la comida exponle lo que deseas y él hará lo que quieras» . Simas se marchó a la puerta de la cocina y se sentó un corto rato. El paje llegó y quiso pasar a la cocina pero Simas le habló diciendo: « ¡Hijo mío! Deseo reunirme con el rey para informarle de algo que le afecta. Espero de tu generosidad que cuando haya terminado de comer y haya reposado, le hables y me consigas permiso para entrar pues he de decirle algo que le interesa» . El paje replicó: « ¡Oír es obedecer!» Cogió la comida, se presentó ante el rey y éste comió y quedó satisfecho. Entonces el paje le dijo: « Simas está en la puerta y desea que le concedas permiso para entrar, pues ha de informarte de un asunto de tu competencia» . El rey, inquieto y sobresaltado, ordenó al paje que le hiciera pasar.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas dieciocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Simas, al llegar ante su presencia, se prosternó ante Dios, besó la mano del rey e hizo los votos de rigor. El soberano le preguntó: « ¿Qué te sucede, Simas, que has pedido permiso para verme?» « Hace mucho tiempo que no te veo, señor rey. Tenía muchas ganas, pero sólo ahora contemplo tu rostro. He venido para decirte unas palabras, ¡oh, rey auxiliado por Dios con toda clase de bienes!» « ¡Habla! ¿Qué te ocurre?» Simas explicó: « Sabe, ¡oh, rey!, que Dios (¡ensalzado sea!) te concedió en la pubertad tal cantidad de ciencia y de sabiduría como jamás había dado a ninguno de los reyes, tus antecesores; Dios ha contemplado su obra concediéndote el reino. Pero Él no quiere que tú, rebelándote, utilices lo que te ha concedido para una cosa distinta: no intentes hacerle frente con tus tesoros. Es necesario que observes sus preceptos y que te muestres sumiso a sus órdenes. Me he dado cuenta de que desde hace algún tiempo te has olvidado de tu padre y de sus consejos: has rechazado lo que le prometiste y tienes a menos sus amonestaciones y sus palabras; has renunciado a su justicia y a sus máximas; no recuerdas los beneficios que Dios te ha concedido y no los has asegurado dándole gracias» . El rey preguntó: « ¿Y cómo es eso? ¿Cuál es la causa?» « La causa reside en que tú has dejado de preocuparte de los asuntos de tu reino y de los problemas de los súbditos que Dios te ha confiado para procurarte un poco de esos placeres mundanales que te gustan. Se dice que el bienestar del reino, de la religión y de los súbditos deben estar bajo la vigilancia del rey. Mi opinión, ¡oh, rey!, es que debes meditar en tu futuro y así encontrarás el camino manifiesto que conduce a la salvación. No aceptes esa delicia pequeña y perecedera que conduce al precipicio de la destrucción, pues te acaecería lo que le sucedió al pescador.» El rey preguntó: « ¿Y qué le sucedió?»

HISTORIA DEL PESCADOR

Simas relató: « Me he enterado de que un pescador había ido a pescar, como de costumbre, al río. Al llegar a éste y cruzar por el puente vio un pez grande. Se dijo: “No es necesario que me quede aquí. Seguiré este pez dondequiera que vaya hasta que le coja. Así podré dejar de pescar por unos días”. Se desnudó, se metió en el agua en pos del pez y se dejó arrastrar por la corriente hasta alcanzarlo y cogerlo. Al volverse descubrió que estaba lejos de la orilla. Observó lo que había hecho con él la corriente de agua, pero no soltó el pez ni intentó regresar; al contrario: arriesgó la vida y sujetando al animal con las dos manos dejó que su cuerpo siguiese el curso de la corriente. Ésta le transportó al centro de un torbellino del cual no conseguía escapar aquel que entraba. Empezó a gritar y a decir: “¡Salvad al que se ahoga!” Acudieron los vigilantes del río y le preguntaron: “¿Qué te sucede? ¿Qué te ha ocurrido para caer en este gran peligro?” Replicó: “¡Yo tengo la culpa por haber abandonado el camino recto que conduce a la salvación y haberme lanzado en pos de la pasión y la muerte!” Le dijeron: “¿Cómo has dejado el camino de la salvación y te has metido en este peligro? Tú sabes desde hace mucho tiempo que todo aquel que cae aquí no se salva. ¿Quién te ha impedido abandonar lo que tienes en la mano y salvarte? Hubieses salvado la vida y no hubieses caído en este peligro del que nadie escapa. Ninguno de nosotros puede rescatarte”. El hombre perdió la esperanza de salvar la vida, soltó lo que tenía en la mano, aquello que había despertado su apetito, y murió de mala manera.

» ¡Oh, rey! Te he puesto este ejemplo para que te decidas a abandonar esta conducta detestable que te distrae de tus intereses y preocuparte en el gobierno de tus súbditos, que te ha sido confiado; trabaja en la administración de tu reino para que nadie encuentre en ti fallo alguno» . El rey preguntó: « ¿Y qué es lo que me ordenas que haga?» « Mañana, si te encuentras bien y con salud, permite que el pueblo acuda ante ti, examina su situación, excúsate ante tus súbditos y promételes que gozarán de bienestar y una buena conducta por tu parte» . « ¡Simas! Has dicho la verdad. Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) quiere, haré lo que me has aconsejado.»

Simas lo dejó e informó a las gentes de lo que le había dicho. Al día siguiente por la mañana el rey salió de sus habitaciones, dio permiso a las gentes para que acudiesen ante él, se disculpó y les prometió que haría lo que deseaban. Quedaron muy satisfechos y se marcharon; cada uno se fue a su casa. Después, una de las mujeres del rey, aquella a la que éste quería y honraba más, se presentó ante él. Vio que había cambiado de color, que estaba pensando en sus asuntos a causa de lo que había oído decir a su primer ministro. Le interrogó: « ¡Rey! ¿Qué te ocurre para estar intranquilo? ¿Te quejas de algo?» « Los placeres me han distraído de mis deberes. No puedo descuidar así ni mis

intereses ni los de mis súbditos. Si continuara haciéndolo dentro de poco el reino escaparía de mis manos». La mujer le replicó: «¡Oh, rey! Veo que tus gobernadores y ministros te han intranquilizado. Ellos sólo quieren fastidiar y enredar para que no obtengas de tu reino ni delicias ni placeres ni descanso. Quieren que pases tu vida evitándoles sus sinsabores hasta que te consumas de trabajo y fatiga y seas como aquel que se mató a sí mismo por el bien de los demás o como el muchacho y los ladrones». El rey preguntó: «¿Y cómo fue esto?»

EL MUCHACHO Y LOS LADRONES

La mujer refirió: «Dicen que un día salieron siete ladrones a robar como tenían por costumbre. Pasaron junto a un jardín en el que había nueces maduras. Entraron y tropezaron con un muchacho pequeño que estaba plantado ante ellos. Le dijeron: "¡Muchacho! ¿Quieres entrar con nosotros en este jardín, subir a ese árbol, comer nueces hasta hartarte y echarnos algunas?" El muchacho aceptó y entró con ellos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas diecinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió:] »Uno dijo a los otros: "Veamos cuál de nosotros es más pequeño y más ligero. Lo auparemos" Le replicaron: "Ninguno de nosotros es más ligero que el muchacho". Le ayudaron a subir y le dijeron: "¡No toques nada del árbol para evitar que te vean y que te castiguen!" "¿Y cómo lo haré?" "Ponte en el centro y sacude con fuerza rama por rama para que caiga lo que sostiene. Nosotros lo recogeremos. Una vez hayas terminado bajarás y tomarás tu parte de lo que hayamos reunido". El muchacho, una vez hubo subido a lo alto del árbol, empezó a sacudir las ramas: las nueces caían y los ladrones las recogían. Mientras hacían esto apareció a su lado el dueño del árbol; ellos seguían en su faena. Les preguntó: "¿Qué tenéis que ver con este árbol?" "Nada hemos cogido de él. Pasábamos por este lugar y vimos a ese muchacho en la copa. Creyendo que era el dueño le pedimos que nos diese de comer. Entonces empezó a sacudir las ramas de modo que han caído las nueces. Nosotros no tenemos ninguna culpa." El dueño del árbol preguntó al muchacho: "Y tú ¿qué dices?" "¡Esos mienten! Yo te voy a decir la verdad. Han venido juntos hasta aquí y me han mandado que subiera al árbol y que sacudiera las ramas con el fin de que ellos pudieran recoger las nueces. Yo les he obedecido." "¡En menudo lío te has metido! ¿Pero has aprovechado para comer algunas?" "¡No he probado nada!" El dueño del

árbol le dijo: “Ahora me doy cuenta de tu estupidez y de tu ignorancia: te has perjudicado a ti mismo para beneficiar a los demás”. Volviéndose hacia los ladrones les dijo: “Nada puedo hacer contra vosotros. Marchaos a vuestros quehaceres”. Después agarró al muchacho y lo castigó.

» Lo mismo se puede decir de tus ministros y las gentes de tu reino: quieren que te mates arreglando sus asuntos y hacer contigo lo que hicieron los ladrones con el muchacho. El rey replicó: « Lo que dices es verdad y yo creo en tu discurso. Mañana no me presentaré ante ellos; no voy a abandonar mis placeres» . Durmió, aquella noche, en la más feliz de las vidas, con su esposa.

Al día siguiente por la mañana el visir reunió a todos los grandes del reino y a los súbditos que estaban con ellos y todos juntos, satisfechos y contentos, se dirigieron a la puerta del rey. Pero éste ni la abrió, ni salió ni les concedió audiencia. Cuando desesperaron de que ésta tuviese lugar dijeron a Simas: « ¡Excelente visir! ¡Sabio perfecto! ¿No ves la situación de ese muchacho pequeño, de poco entendimiento? Une a sus defectos la mentira. Fíjate en la promesa que te hizo y cómo falta a ella y no la cumple. Ésta es una falta que hay que sumar a sus pecados. Esperamos que entres por segunda vez y veas cuál es la causa de su retraso y qué le impide salir. Nosotros no nos equivocamos al creer que esto corresponde a su mala naturaleza; ha llegado ya al límite de la dureza» . Simas fue en busca del rey, entró y dijo: « ¡La paz sea sobre ti, oh, rey! ¿Cómo es que te veo entregado a los pequeños placeres? ¿Por qué abandonas los asuntos importantes que requieren tu atención? Haces como aquel que tenía una camella en cuya leche confiaba. La bondad de la leche le hizo olvidar el sujetar las riendas. Un día, que fue a ordeñarla, no ató las riendas. El animal, al darse cuenta de que estaba suelto, dio un tirón y huyó al campo. Así, el hombre perdió la leche y la camella y el daño que le causó fue mayor que la utilidad que le había dado. Preocúpate, ¡oh, rey!, de lo que te conviene a ti y a tus súbditos, pues no es propio del hombre el estar siempre sentado en la puerta de la cocina dadas sus ganas de comer o estar pegado a las mujeres por la inclinación que hacia ellas siente. Así como el hombre come lo que le basta para calmar el ardor del hambre y bebe lo que es suficiente para quitarle la sed, del mismo modo, al hombre inteligente le bastan dos horas, de las veinticuatro que tiene el día, para estar con las mujeres y debe emplear el resto para cuidar de sus propios intereses y de los intereses de sus súbditos: no debe prolongar el tiempo que pasa con las mujeres ni debe quedarse a solas con ellas más de dos horas. Esto le sería perjudicial para la mente y el cuerpo, pues ellas no le mandan el bien ni lo guían por el buen camino. Es necesario que el hombre no dé crédito ni a sus palabras ni a sus hechos. Me he enterado de que son muchas las gentes que han muerto por culpa de sus mujeres. Entre ellos hay el caso de aquel que murió, estando reunido con su propia mujer, por haberla obedecido en lo que le mandaba» . El rey preguntó: « ¿Y cómo fue eso?»

Simas refirió: « Aseguran que un hombre tenía una mujer a la que amaba y honraba. Atendía a sus palabras y obraba según su opinión. Tenía un jardín que había plantado con sus propias manos. Todos los días iba a cuidarlo y a regarlo. Cierto día su esposa le preguntó: "¿Qué has plantado en el jardín?" Le replicó: "Todo lo que te gusta y deseas. Ahora me ocupo en conservarlo y regarlo." "¿Quieres llevarme y mostrármelo para que yo lo vea y pueda rezar por ti de modo piadoso? Así veré si mi plegaria es escuchada." "Sí. Dame tiempo hasta mañana y yo vendré a buscarte." Al día siguiente tomó consigo a su mujer, se dirigió con ella al jardín y entraron.

» Dos muchachos los vieron desde lejos cuando estaban entrando. Uno dijo al otro: "Este hombre es un adúltero y esa mujer es una adúltera. Han entrado en ese jardín para cometer adulterio. Sigámosle para ver en qué para su asunto". Los dos muchachos se colocaron junto al jardín. El hombre y la mujer entraron en aquél y se instalaron. Aquél dijo a ésta: "Reza por mí la plegaria que has prometido". "No rezaré hasta que hayas satisfecho mi deseo, aquel que las mujeres apetecen de los hombres." "¡Ay de ti, mujer! ¿Es que no tienes bastante conmigo en casa? Aquí temo un escándalo que tal vez perjudique mis intereses ¿es que no temes que alguien nos vea?" "¡No te preocupes de esto! No vamos a cometer nada ilícito ni prohibido. Tienes tiempo para regar el jardín y tú puedes hacerlo en el momento en que quieras." No admitió ni sus excusas ni sus razones y Je insistió en que cohabitara con ella. Entonces, el hombre, se tendió a su lado. Los dos muchachos citados, al verlos, les saltaron encima, los cogieron y les gritaron: "No os escaparéis, puesto que sois adúlteros: o gozamos de la mujer o presentamos vuestro caso al gobernador". El hombre les replicó: "¡Ay de vosotros! ¡Esta es mi esposa y yo soy el dueño del jardín!" Pero no escucharon sus palabras y se dirigieron hacia la mujer. Ésta gritó pidiendo auxilio a su esposo diciendo: "¡No dejes que estos hombres me deshonren!" Entonces, pidiendo a gritos auxilio, el marido se abalanzó sobre ellos, pero uno se volvió, le hirió con una piedra y le mató. Los dos alcanzaron a la mujer y la violaron.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veinte*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Simas prosiguió:] » Te hemos referido esta historia, ¡oh, rey!, para que aprendas que el hombre no debe escuchar las palabras de la mujer ni hacerle caso en ninguna cosa ni aceptar su opinión cuando se la consulta ¡ay de ti si revistes el traje de la ignorancia después de tener puesto el manto de la sabiduría y de la ciencia! ¡Ay de ti si sigues una opinión falsa después de haber conocido cuál era la recta y la útil! No busques

pequeños placeres que conducen a la corrupción y cuyo fin se encuentra en la perdición siempre creciente y terrible» . El rey, al oír estas palabras de Simas, le dijo: « Mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, me presentaré ante ellos» . El primer ministro acudió ante los grandes del reino allí presentes y les informó de lo que había dicho al rey.

La mujer se enteró de lo que Simas había dicho y se presentó ante el rey. Le dijo: « Los súbditos son los esclavos del rey y ahora acabo de ver que tú, rey, eres esclavo de tus súbditos porque los temes y te asustas del daño que puedan causarte. Lo único que ellos quieren es probarte hasta en lo más recóndito de tu alma: si se dan cuenta de que eres débil, te despreciarán; pero si se dan cuenta de que eres valeroso, te respetarán. Es así como actúan los visires de mal consejo con su rey, ya que sus tretas son muchas. Yo te he puesto al descubierto la verdad de sus maniobras. Si tú les complaces en lo que te piden, te sacarán de tu sitio para hacer lo que les plazca e irán cambiándote de un asunto a otro hasta que te arrojen en la ruina. Te ocurrirá lo mismo que al comerciante con los ladrones» . El rey preguntó: « ¿Y cómo fue eso?»

EL COMERCIANTE Y LOS LADRONES

La mujer refirió: « Me he enterado de que un comerciante que tenía mucho dinero partió, en viaje de negocios, para vender en una ciudad. Al llegar a ésta alquiló una casa y se instaló en ella. Los ladrones, que estaban observando a los comerciantes para robarles sus mercancías, le vieron. Se dirigieron a la casa de aquél y se las ingeniaron para entrar pero no encontraron ningún procedimiento. Su jefe les dijo: “Yo me bastaré para este asunto”. Se marchó, se vistió de médico, cargó a sus espaldas un saco con algunas medicinas y empezó a pregonar: “¿Quién necesita un médico?” Así llegó a la casa del comerciante. Vio que estaba sentado y comiendo. Le dijo: “¿Necesitas un médico?” “No necesito médico alguno, pero siéntate y come conmigo.” El ladrón se sentó enfrente y empezó a comer con él. El comerciante era un buen comedor y el ladrón pensó: “He encontrado mi ocasión”. Dirigiéndose al comerciante dijo: “Es necesario que te dé un consejo; ya que he recibido tus favores no puedo ocultarte mi advertencia: me he dado cuenta de que eres un hombre que come mucho y esto causa enfermedad en el estómago. Si no te preocupas enseguida de cuidarte, acabarás muriéndote”. El comerciante replicó: “Mi cuerpo es robusto, mi estómago digiere con rapidez y aunque sea un buen comedor, no padezco ninguna enfermedad. ¡Alabado sea Dios! ¡Gracias le sean dadas!”” El ladrón insistió: “Eso es lo que a ti te parece, pero yo sé que en tu interior hay una enfermedad latente. Si tú me haces caso, cúrate.” “¿Y dónde encontraré alguien que sepa curarme?” “El único que cura es Dios; pero un médico como yo trata la

enfermedad de acuerdo con sus posibilidades.” El comerciante le dijo: “¡Enséñame ahora mismo la medicina y dame un poco!” El ladrón le dio unos polvos que contenían gran cantidad de áloe. Le dijo: “Empléalo esta noche”. Lo cogió y, llegada la noche, tomó un poco; se dio cuenta de que tenía buen gusto y no se negó; una vez ingerido experimentó una mayor ligereza. Al día siguiente por la noche regresó el ladrón llevando mayor cantidad que la primera vez. Se la administró. Una vez ingerido vio que le laxaba, pero se aguantó y no se negó a tomarlo. El ladrón, al darse cuenta de que el comerciante daba crédito a su palabra y le tenía confianza, al comprender que no le iba a contradecir, se marchó y regresó con un veneno mortal. Se lo entró. El comerciante lo cogió y lo bebió. Apenas acababa de beberlo, el vientre se deshizo de lo que contenía y los intestinos se le despedazaron quedando muerto. Los ladrones entraron y se apoderaron de todo lo que pertenecía al comerciante.

» ¡Oh, rey! Te he referido esto para que no escuches una palabra de ese traidor, pues si le haces caso te sucederán cosas que te llevarán a la ruina» . El rey le replicó: « Tienes razón; no me presentaré ante ellos» .

Al día siguiente por la mañana se reunieron las gentes, se dirigieron a la puerta del rey y se sentaron. Aguardaron la mayor parte del día y cuando desesperaron de que saliera regresaron junto a Simas y le dijeron: « ¡Oh, filósofo! ¡Oh, sabio experto! ¿No te das cuenta de que este muchacho ignorante nos miente cada día más? Lo prudente sería arrebatarle el reino de la mano y sustituirlo por otro; entonces nuestra situación se arreglaría y nuestros asuntos irían por buen camino. Ve a verlo por tercera vez e infórmale de que lo único que nos impide sublevarnos contra él y arrebatarle el reino son los beneficios que su padre nos concedió y las promesas y juramentos que nos tomó. Mañana nos reuniremos todos, hasta el último, con nuestras armas y destruiremos la puerta de la fortaleza: si sale y obra con nosotros conforme queremos, nada malo sucederá pero, en caso contrario, entraremos, lo mataremos y pondremos el reino en manos de otro» . El visir Simas se marchó, se presentó ante el rey y le dijo: « ¡Oh, rey entregado a los placeres y a las diversiones! ¿Qué es lo que haces contigo mismo? ¡Ojalá supiera quién te extravía así! Si tú eres el propio culpable esto quiere decir que nada queda ya de la piedad, sabiduría y elocuencia que te atribuíamos. ¡Ojalá supiera quién te ha trasladado de la ciencia a la ignorancia; de la fidelidad a la tiranía, de la dulzura a la dureza, del aprecio en que me tenías a apartarte de mí! Te he aconsejado tres veces y no me has hecho caso; te señalo lo que es oportuno y desestimas mi consejo. Dime qué significa este descuido y esta distracción, ¿quién te ha extraviado? Sabe que la gente de tu reino se ha comprometido a presentarse ante ti, matarte y entregar tu reino a otro. ¿Es que puedes hacerles frente a todos y salvarte de sus manos? ¿Es que puedes darte la vida después de muerto? Si tienes poder para hacerlo estás a seguro desde hace tiempo y no necesitas mis palabras. Pero si necesitas conservar la vida mundanal

y el reino, vuelve en ti, preocúpate del estado, muestra a las gentes lo serio de tu resolución y preséntales tus excusas, pues quieren despojarte de lo que tienes en tu mano y entregárselo a otro; están resueltos a sublevarse y desobedecer y la prueba de ello es que conocen tu juventud y tu inclinación por las circunstancias y los placeres. La piedra, por más tiempo que haya permanecido dentro del agua, cuando se saca de ésta y choca con otra produce chispas de fuego. Ahora tus súbditos, que son muchos, conspiran contra ti y quieren arrebatarte el reino para entregárselo a otro: con tu muerte conseguirás lo que quieren y ocurrirá lo mismo que sucedió a la zorra y al lobo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintiuna*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey preguntó: « ¿Y cómo fue eso?»

HISTORIA DE LA ZORRA Y EL LOBO

Simas refirió: « Cuentan que cierto día, una manada de zorras salió en busca de comida. Mientras merodeaban con este fin tropezaron con un camello muerto. Se dijeron: “Hemos encontrado algo con lo que podemos vivir largo tiempo. Pero tememos que una de nosotras se querelle con otra y que el fuerte con su fuerza humille al débil y éste perezca. Es necesario que busquemos un mediador que juzgue entre nosotros; le daremos su parte y así el fuerte no podrá imponerse sobre el débil”. Mientras celebraban consejo sobre esto se les acercó un lobo. Unas dijeron a otras: “Si os parece bien podemos nombrar al lobo nuestro juez, ya que él es la criatura más fuerte y su padre fue, precedentemente, nuestro sultán. Roguemos a Dios que sea justo con nosotros”. Después le salieron al encuentro y le explicaron lo que les ocurría. Le dijeron: “Te nombramos nuestro juez para que, cada día, des a cada una de nosotras lo que necesita para evitar que la más fuerte se imponga a la más débil y unas mueran en manos de otras”. El lobo aceptó su propuesta, se preocupó de sus asuntos e hizo el reparto aquel día de modo que les fuera suficiente. Al día siguiente, el lobo se dijo: “Repartir el camello entre estos ineptos no me reporta más que la ración que me dan; si me lo como yo solo, ellos no podrán causarme ningún daño, ya que para mí y mi familia constituyen un rebaño de seres indefensos; ¿quién, pues, me impide apoderarme de todo? Tal vez Dios me haya procurado esta buena ocasión. Lo que más conviene es que me lo reserve para mí prescindiendo de ellas. A partir de ahora ya no les daré nada”. Al día siguiente por la mañana las zorras, según tenían por costumbre, se presentaron ante él y le pidieron su ración. Le dijeron:

“¡Oh, Abu Sirhan! Concédenos el sustento de cada día”. Les contestó: “No tengo nada más que daros”. Se separaron de él en un estado muy lastimoso. Dijeron: “Dios nos ha hecho caer en una gran calamidad con este detestable traidor que no respeta a Dios ni lo teme. No tenemos fuerza ni recurso contra él”. Una de ellas dijo a las otras: “La dureza del hambre le ha llevado a obrar así; dejémosle que hoy coma hasta hartarse y mañana volveremos ante él”. Al día siguiente por la mañana volvieron a presentarse y le dijeron: “¡Oh, Abu Sirhan! Te hemos elegido para que nos gobernaras, para que tú dieras a cada una su ración e hicieras justicia al débil y al fuerte y para que, una vez terminadas las provisiones, te esforzaras en conseguirnos otras. Nosotras permaneceremos siempre bajo tu protección y tu custodia. Pero el hambre nos zahiere, ya que llevamos dos días sin comer: danos nuestra ración; después tú puedes disponer de todo lo demás”. El lobo no les contestó; al contrario; se mostró más duro. Intentaron disuadirle, pero no hizo caso. Unas dijeron a otras: “No nos queda más remedio que ir en busca del león, ofrecernos a él, y entregarle el camello. Si él nos concede un poco, será porque le dará la gana y en caso contrario él tiene más derecho que este malvado”. Corrieron en busca del león y le explicaron lo que les había sucedido con el lobo. Le dijeron: “Nosotras somos tus esclavas y hemos venido a pedir tu protección para que nos libres de este lobo; nosotras seremos tus siervas”. El león, al oír las palabras de las zorras, se sintió lleno de celo ante Dios (¡ensalzado sea!) y las acompañó ante el lobo. Éste, al ver que se acercaba el león, emprendió la fuga. Pero el león lo persiguió, lo alcanzó y le hizo pedazos, permitiendo así a las zorras que recuperasen su presa.

» Esto nos enseña que ningún rey debe descuidar los asuntos de sus súbditos. Acepta mi consejo y cree en la verdad de las palabras que te he dicho. Sabe que tu padre, antes de morir, te recomendó que aceptases los consejos. Éstas son las últimas palabras que te dirijo. Y la paz» . El rey replicó: « Te he oído y mañana, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere me presentaré ante vosotros» . Simas se marchó e informó a sus súbditos que el rey había aceptado su consejo y le había prometido que el día siguiente les recibiría.

Cuando la esposa del rey se enteró de las palabras que le había dicho Simas y se cercioró de que el rey iba a presentarse ante sus súbditos, corrió ante el soberano y le dijo: « ¡Cuán admirada estoy de la docilidad y de la sumisión que demuestras ante tus esclavos! ¿Es que no sabes que esos ministros son tus esclavos? ¿Por qué los has elevado a ese puesto tan alto que les lleva a imaginarse que son ellos quienes te han regalado el reino, te han conferido el cargo y hecho tales regalos? Ellos no pueden causarte el menor perjuicio. Tu deber consiste en no humillarte ante ellos y en cambio, el suyo, consiste en humillarse ante ti y en ejecutar tus órdenes; ¿cómo puedes asustarte de tal modo ante ellos? Se dice que si no se tiene un corazón fuerte como el hierro no se puede ser rey. A ellos les ha extraviado tu clemencia hasta el punto de que se propasan contigo y dejan de

obedecerte cuando en realidad ellos son quienes tendrían que estar constreñidos a tu obediencia y mantenerse sujetos a ti. Si te apresuras a escuchar sus palabras; si los dejas en la situación en que se encuentran y si sin quererlo los satisfaces en la menor de sus necesidades, se transformarán en una carga, apetecerán mayores cosas y esto pasará a ser su costumbre. Si me haces caso no elevarás la posición de ninguno ni escucharás sus palabras ni les darás pie a que se propasen contigo, pues te ocurriría como al pastor y el ladrón» . El rey le preguntó: « ¿Y qué fue eso?»

HISTORIA DEL PASTOR Y EL LADRÓN

La mujer refirió: « Aseguran que hubo un hombre que era pastor de ganado y que vigilaba a sus animales. Cierta noche se le acercó un ladrón que quería robarle parte de sus bestias. Pero lo encontró vigilándolas, sin dormir por la noche y sin distraerse durante el día. A pesar de que estuvo merodeando toda la noche no consiguió apoderarse de nada. Harto de buscar estratagemas se marchó a la selva, cazó un león, lo desolló, llenó la piel con paja y regresó. Colocó el espantajo en un lugar elevado para que el pastor lo viera y se convenciera de su existencia. Después, el ladrón se presentó ante el pastor y le dijo: "Ese león me envía para que te pida algún animal para cenar". El pastor preguntó: "¿Y dónde está el león?" "¡Levanta la vista! Está ahí plantado." El pastor levantó la cabeza y vio la figura de un león. Creyó que, en efecto, era un león de verdad y se llenó de un gran terror.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintidós*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió: » El pastor le] dijo al ladrón: "¡Amigo mío! Coge lo que quieras, pues no he de contradecirte". El ladrón cogió los animales que necesitaba y su ambición fue en aumento al ver el miedo del pastor. Acudía ante éste a cada momento y le decía: "El león necesita esto y se propone hacer eso otro" y a continuación cogía el ganado que precisaba. El ladrón siguió tratando al pastor de este modo hasta que hubo acabado con la mayor parte del ganado.

» Te he dicho estas palabras, ¡oh, rey!, para evitar que estos grandes de tu reino, seducidos por tu clemencia y tu buen natural, intenten abusar de ti. El mejor consejo consistiría en que les llegase la muerte antes de que ellos se atreviesen contra ti» . El rey aceptó sus palabras y dijo: « Me satisface este consejo y no he de hacer caso de sus opiniones ni he de presentarme ante ellos» .

Al día siguiente por la mañana los ministros, los grandes del reino y las gentes

principales se reunieron. Cada uno llevaba sus armas. Se dirigieron a la casa del rey para atacarlo, matarlo y elegir a otro. Al llegar ante el alcázar del rey pidieron a los porteros que les abriesen la puerta. No se la abrieron. Entonces mandaron a buscar lumbre para quemar las puertas y entrar. El portero oyó sus palabras, apretó a correr e informó al rey de que las gentes estaban amotinadas junto a la puerta. Siguió: « Me han pedido que abriese, pero me he negado. Entonces han enviado a buscar fuego: quemarán las puertas, entrarán y te matarán ¿qué me ordenas?» El rey se dijo: « He caído en una gran sima» . Mandó a buscar a la mujer y ésta compareció. Le dijo: « Simas no me ha anunciado nada que no me haya ocurrido realmente: han llegado los cortesanos y el vulgo dispuestos a matarme a mí y a vosotras. Como el portero no les ha abierto han mandado a buscar lumbre: van a quemar las puertas y arderá la casa con nosotros dentro ¿qué me aconsejas?» « No te preocupes ni te asustes por su revuelta. Esta es la época en que los necios se sublevan contra sus reyes.» « ¿Qué me aconsejas que haga? ¿Qué treta hay que emplear en este asunto?» « Opino que debes taparte la cabeza con una venda y hacer ver que estás enfermo. Entonces debes mandar a buscar al visir Simas y hacerlo comparecer ante ti para que vea tu situación. Una vez le tengas delante dile: “Hoy quería mostrarme ante la gente, pero esta enfermedad me lo ha impedido. Infórmales de la situación en que me encuentro y diles que mañana acudiré ante ellos y resolveré sus problemas, y me preocuparé de sus asuntos”. Así los tranquilizarás y se calmará su cólera. Mañana manda llamar a diez esclavos de tu padre, resueltos, fuertes y seguros; que hagan caso de tus palabras y obedezcan tu orden; que guarden tu secreto y conserven tu amor. Colócalos junto a tu cabeza y mándales que no entre nadie ante ti a no ser uno en pos de otro. En cuanto pase uno diles: “¡Cogedlo! ¡Matadlo!” Cuando estén de acuerdo contigo para hacerlo, ocupa el trono que tienes en la sala de audiencias y abre la puerta: cuando vean que abres la puerta se tranquilizarán, se acercarán con el corazón sereno y te pedirán permiso para entrar. Permite que entren de uno en uno como te he dicho y ejecuta en ellos tu deseo. Pero es preciso que empieces matando a Simas, que es el más importante de todos, ya que es el primer ministro y el dueño de la situación. Mátalo en primer lugar. Después mátalos a todos, uno en pos de otro, sin dejar ni a uno de los que sabes que han violado su compromiso contigo; haz lo mismo con aquellos de los que temes su poder. Si así lo haces quedarán sin fuerza que oponerte, podrás disfrutar de la paz más completa, tendrás el reino en la mano y harás lo que te plazca. Sabe que no tienes otro recurso mejor que éste» . El rey le contestó: « Tu opinión es certera y tu consejo es sensato. He de hacer lo que me has dicho» . Mandó que le vendasen la cabeza, fingió estar enfermo y ordenó ir a buscar a Simas. Cuando estuvo ante él, le dijo: « ¡Simas! Ya sabes que te aprecio y sigo tu consejo, pues tú eres para mí, por encima de los demás, como un padre y un hermano; sabes que yo acepto todo lo que me mandas. Me

aconsejaste que me presentara ante mis súbditos y que me ocupase de sus asuntos. Quedé convencido de lo justo de tu consejo y ayer quise mostrarme ante ellos, pero me ha sorprendido esta enfermedad y no he podido tener sesión. Acabo de enterarme de que las gentes del reino están encolerizadas por no haberme presentado ante ellas y que quieren hacer conmigo un mal que no es propio, puesto que no saben que yo me encuentro enfermo. Sal e infórmales de mi situación, lo que estoy sufriendo y excúsame. Yo atenderé a sus palabras y haré lo que desean. Arréglame este problema y sal garante por mí. Tú has sido mi consejero; antes lo fuiste de mi padre: tu costumbre es arreglar las querellas que existen entre la gente. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, mañana me presentaré ante ellos: es posible que mi enfermedad se cure esta noche dada la pureza de intención y el deseo de bienestar que apetezco para mis súbditos» . Simas se prosternó ante Dios, hizo los votos de ritual para el rey, le besó las manos y salió, muy contento, para presentarse a las gentes. Les refirió lo que había oído decir al rey, los disuadió de hacer lo que pretendían; les presentó sus excusas y les comunicó la causa que impedía salir al soberano. Les prometió que al día siguiente se presentaría ante ellos y que haría lo que deseaban. Los amotinados se marcharon a su casa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintitrés*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey. Mandó a buscar diez de los más robustos esclavos de su padre, a los que éste había escogido por su fuerza; eran decididos, fríos y muy arrojados. Les dijo: « Sabéis que mi padre os tenía en gran estima, os daba un rango elevado, os concedía benévolamente favores y os honraba. Yo, su sucesor, os colocaré en una posición más elevada aún. Os explicaré el porqué y estaréis a salvo a mi lado, pero he de pediros una cosa: que obedezcáis todas las órdenes que os comunique y guardéis el secreto ante toda la gente. Así os concederé más favores de los que podáis querer, siempre y cuando obedezcáis mi orden» . Los diez le contestaron al unísono, coincidiendo: « ¡Señor nuestro! Ejecutaremos todo lo que nos mandes y no nos apartaremos en un ápice de lo que nos indiques» . Les dijo: « ¡Que Dios os recompense! Ahora os explicaré la causa por la que os concedo tantos honores. Sabéis los favores que mi padre concedía a las gentes del reino, cómo las hizo reconocerme por heredero y les conminó a que no rompiesen su juramento y a que no contraviniesen mis órdenes. Ayer visteis lo que hacían al reunirse en torno mío para matarme. Yo quiero hacer en ellos un escarmiento ya que, visto lo de ayer, creo que no desistirán a menos de recibir un castigo ejemplar. Es necesario que os confíe el asesinato de aquellos a los que os señale en secreto con el fin de

suprimir la rebeldía y la maldad del país con la muerte de sus jefes y cabecillas. He aquí el procedimiento: yo, mañana, me sentaré en el trono que está en la habitación y les concederé audiencia a uno en pos de otro. Entrarán por una puerta y saldrán por otra. Vosotros diez estaréis ante mí atentos a mis signos. Coged a todo aquel que entre, metedlo en esa habitación, matadlo y esconded su cuerpo» . Le contestaron: « Oír tus palabras es obedecer tus órdenes» . Entonces les concedió grandes favores, los despidió y se durmió. Al día siguiente los hizo llamar, les mandó que colocasen el trono y él se puso el traje regio. Tomó en la mano el Código y ordenó que se abriese la puerta. Se abrió. Los diez esclavos se colocaron ante él. El heraldo anunció: « ¡Quienes ejerzan funciones de gobierno, preséntense ante el tapiz del rey!» Ministros, generales y chambelanes se adelantaron y cada uno ocupó el puesto que le correspondía según su rango. El rey ordenó que entrasen uno del otro en pos. El visir Simas pasó el primero, como tenía por costumbre, por ser el primer ministro. Entró, se colocó ante el rey, pero antes de que pudiera darse cuenta los diez esclavos le habían rodeado, sujetado, metido en la otra habitación y asesinado. Pasaron los restantes visires, luego los sabios y los notables. Mataron a uno tras otro hasta haber terminado con todos. A continuación mandó llamar a los verdugos y les mandó que acuchillasen espada en mano a los más valientes y decididos de las gentes allí reunidas: no quedó con vida ni uno de aquellos de los que sabían que era valiente; solo escaparon la plebe y el vulgo a los cuales echaron a la calle. Fueron a reunirse con sus familiares. Después el rey se dedicó a sus placeres, se entregó por completo a sus pasiones y se abandonó a la tiranía, al despotismo y a la injusticia hasta el punto de sobrepasar a las gentes malvadas que le habían precedido.

El territorio de este rey poseía minas de oro, plata, rubíes y gemas. Todos los soberanos que vivían a su alrededor envidiaban aquel estado y esperaban que decayese. Uno de los reyes vecinos se dijo: « Deseaba apoderarme del reino que está en manos de ese muchacho ignorante y lo he conseguido gracias a que ha dado muerte a los grandes de su reino, a los valientes y a los héroes que se encontraban en su país. Ésta es la ocasión de desposeerle de lo que tiene, ya que es pequeño y desconoce lo que es la guerra. Carece de razón y no hay nadie junto a él que pueda aconsejarlo o ayudarlo. Hoy mismo abriré la puerta del daño y le escribiré una carta reprochándole lo que ha hecho y burlándome de él. Veremos lo que contestará» . Le escribió una carta que decía: « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso» . Y después: « Me he enterado de lo que has hecho con tus visires, tus sabios y tus valientes y del peligro al que te has arrojado, ya que no tienes ni fuerza ni poder para defenderte de quien te ataca, pues te has transformado en un tirano y un perverso. Dios me ha concedido que triunfe y te venza. Oye mis palabras y obedece mi orden: constrúyeme un fuerte palacio en medio del mar; si no puedes hacerlo, sal de tu país y ponte a salvo, pues he de enviar contra ti, desde el confín de la India, doce cuerpos de ejército

cada uno de los cuales constará de doce mil combatientes: invadirán tu país, saquearán tus bienes, matarán a tus hombres y capturarán tus mujeres. Pondré a su frente a mi visir Badi y le ordenaré que bloquee la ciudad hasta que se apodere de ella. He mandado al muchacho que te lleva este mensaje que sólo espere tres días. Si obedeces mi orden te salvarás, en caso contrario despacharé contra ti lo que te he citado» . A continuación selló la carta y se la entregó al mensajero. Éste viajó sin descanso hasta llegar a la ciudad, presentarse ante el rey y entregarle la misiva. El soberano perdió las fuerzas al leerla, el pecho se le oprimió, el asunto desbordó su capacidad y estuvo seguro de su ruina, pues no encontraba a nadie a quien pedir consejo, que le pudiera ayudar o socorrer. Se dirigió a ver a su esposa con el color alterado. Ésta le preguntó: « ¿Qué te ocurre, oh, rey?» « Hoy ya no soy rey, sino el esclavo de un rey.» Abrió la carta y se la leyó. Al oírla, la mujer empezó a llorar, sollozar y a desgarrar sus vestidos. El rey le preguntó: « ¿Tienes alguna idea? ¿Qué estratagema hay que emplear en este difícil asunto?» Le contestó: « Las mujeres nada sabemos de lo que afecta a la guerra. Las mujeres carecen de fuerza y consejo; la fuerza, el consejo y la astucia en asuntos de esta índole pertenecen a los hombres» . El rey, al oír estas palabras, se arrepintió profundamente; se apenó y desesperó de modo sin igual por haber dado muerte a sus ministros y a los altos funcionarios de su estado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veinticuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey] hubiera preferido morir antes que recibir esa desagradable misiva. Dijo a sus mujeres: « Con vosotras me ha sucedido lo mismo que al francolín con las tortugas» . Le preguntaron: « ¿Qué ocurrió?»

EL FRANCOLÍN Y LAS TORTUGAS

El rey explicó: « Aseguran que había unas tortugas que vivían en una isla que tenía árboles, frutos y riachuelos. Cierto día pasó por su lado un francolín. Tenía mucho calor y estaba cansado. Entonces dejó de volar y se posó en la isla de las tortugas. Al ver a éstas buscó refugio a su lado y se colocó cerca. Las tortugas pacían por los diversos lugares de la isla. Al terminar regresaron a su casa, abandonando los prados. Al llegar descubrieron al francolín. Lo examinaron y les gustó; Dios le había engalanado ante sus ojos. Alabaron a su Creador, quedaron muy satisfechas con el nuevo animal y se alegraron. Se dijeron unas a otras: “No cabe duda de que es el pájaro más hermoso”. Todas le halagaron y le demostraron su afecto. El animal, al ver el cariño que le tenían, se sintió inclinado

hacia ellas y se transformó en su amigo. Levantaba el vuelo dirigiéndose a donde quería, pero al caer la tarde regresaba a pasar la noche con ellas. Al día siguiente por la mañana volvía a remontar el vuelo yendo a donde le placía. Tal fue su costumbre y en esta situación vivió un cierto tiempo. Las tortugas, que sólo le veían por la noche, ya que en cuanto amanecía remontaba el vuelo, se marchaba y nada sabían de él, viendo que su ausencia las apenaba dado el gran cariño en que le tenían, se dijeron unas a otras: "Queremos mucho a este francolín que ha pasado a ser nuestro amigo; no podemos soportar el estar separadas de él. ¿Qué recurso podríamos emplear para tenerle siempre a nuestro lado? Ahora remonta el vuelo, permanece ausente durante todo el día y no le vemos más que por la noche". Una de ellas dijo: "¡Hermanas mías! Estad tranquilas; yo haré que no se aparte de nosotras ni por un instante". Cuando el francolín regresó de sus prados y se posó entre ellas, la tortuga taimada se le acercó, le saludó, le felicitó por encontrarse bien y le dijo: "¡Señor mío! Sabe que Dios te ha concedido nuestro afecto; también ha hecho que tu corazón nos quiera y aquí, en este nido, tú eres nuestro amigo; el tiempo más feliz transcurre mientras estamos reunidos y la aflicción más grande llega cuando nos separamos y alejamos, puesto que tú nos dejas al levantarse la aurora y no regresas hasta la puesta del sol. Nosotras nos encontramos en una gran soledad y esto nos duele mucho y nos causa gran pesar". El francolín le contestó: "Sí; también os quiero y os aprecio muchísimo, del mismo modo que vosotras a mí; no me es fácil separarme de vosotras, pero no está en mi mano el dejar de hacerlo ya que soy un pájaro con alas; no puedo estar siempre con vosotras ya que esto es contrario a mi naturaleza. El pájaro que tiene alas no puede estar quieto más que por la noche, cuando duerme. En cuanto aparece el día remonta el vuelo y va por su sustento al lugar que le place". La tortuga le replicó: "Dices la verdad, pero los seres alados no gozan de descanso en la mayoría de los casos ya que el bien que obtienen no alcanza ni a la cuarta parte de la fatiga que experimentan. El mayor deseo del hombre consiste en el bienestar y en el reposo. Dios ha establecido entre nosotros el amor y el afecto y tememos que uno de tus enemigos te cace y mueras: esto nos privaría de ver tu cara". El francolín replicó: "Dices la verdad. ¿Qué opinas? ¿Qué harías en mi caso?" "Mi opinión consiste en cortarte las alas que te permiten volar rápidamente. Así permanecerías descansando entre nosotras, comerías nuestros alimentos y beberías nuestros sorbetes en esta pradera que tiene tantos árboles y frutos tan aromáticos. Viviríamos todos en este lugar tan feraz y cada uno de nosotros gozaría de su amigo". El francolín se inclinó ante sus palabras y apeteció el gozar de reposo. Se arrancó todas las plumas, una tras otra, según el consejo que habían aprobado las tortugas; así se quedó viviendo entre ellas gozando del pequeño bienestar y de la afición perecedera. Mientras se encontraba en esta situación pasó por allí una comadreja; vio al francolín, lo contempló, se dio cuenta de que tenía las alas cortas y que no podía remontar el

vuelo. Al ver la situación en que se encontraba se alegró muchísimo y se dijo: "Este francolín tiene mucha carne y pocas plumas". Se acercó a él y le agarró. El francolín pidió auxilio a las tortugas, pero no se lo prestaron; al contrario, se alejaron de él metiéndose cada una en su caparazón. Al ver que la comadreja lo había cogido y lo atormentaba, el llanto las sofocó. El francolín les gritó: "¿Es que sólo sabéis llorar?" Le replicaron: "¡Hermano nuestro! ¡No tenemos fuerzas ni poder ni astucia que nos sirva frente a la comadreja!" Entonces el francolín se entristeció, perdió toda esperanza de escapar con vida y les dijo: "La culpa no es vuestra sino mía, ya que os hice caso y me desplumé las alas con las que podía volar. Merezco la muerte por haberos hecho caso."

» Ahora, mujeres, no puedo censuraros y debo reprenderme a mí mismo por no haberme acordado de que vosotras fuisteis la causa de la falta cometida por nuestro padre, Adán, y que motivó su expulsión del paraíso. Me había olvidado de que vosotras sois el origen de todo mal y por ignorancia, por mi mala conducta y mi estupidez, os he hecho caso y he matado a mis ministros y a los funcionarios de mi reino, aquellos que me aconsejaban en todos los asuntos, que constituían mi fuerza y mi poder en cualquier circunstancia que pudiera preocuparme. Ahora no encuentro a quienes puedan sustituirlo ni veo a quienes puedan ocupar su lugar. ¡He caído en una ruina inmensa!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veinticinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey prosiguió:] » …¡Si Dios no me concede a alguien que me guíe con su criterio certero por el camino de la salvación estoy completamente perdido!» Entró en su dormitorio tras haber lamentado a sus ministros y sabios con estas palabras: « ¡Ojalá estuvieran a mi lado en este momento tales leones! Bastaría con una hora para que yo pudiera excusarme, verlos, quejarme ante ellos de mi situación, de lo que me ha ocurrido después de su muerte» . Sin comer y sin beber siguió sumergido en el mar de sus preocupaciones durante todo el día. Al hacerse de noche se quitó el traje, se vistió con unos harapos, se disfrazó y salió a pasear por la ciudad en espera de oír de alguien una palabra que lo tranquilizara. Mientras recorría sus calles descubrió a dos muchachos que estaban aislados y sentados junto a una pared; tenían la misma edad: doce años cada uno. Oyó que estaban hablando. El rey se aproximó a ellos para poder oír y entender sus palabras. Oyó que uno decía a otro: « ¡Escucha, hermano mío, lo que me contó mi padre ayer acerca de lo que le ha pasado en la cosecha! Se ha secado antes de tiempo por falta de lluvia y por las muchas calamidades que han caído en la ciudad» . El otro le preguntó: « ¿Sabes la causa de tanta desgracia?» « No; pero si tú la sabes, cuéntamela.» « La sé y te la voy a contar: Sabe que uno de los amigos de mi padre me ha dicho que nuestro

rey ha matado a sus ministros y a los grandes del reino, no porque éstos hubiesen incurrido en falta, sino por el mucho amor y gran inclinación que siente por las mujeres. Los ministros se lo habían prohibido, pero él no pudo abstenerse y, obedeciendo a sus mujeres, los ha mandado matar, incluyendo a mi padre Simas, ministro suyo y que antes lo había sido de su padre; él se encontraba al frente del gobierno. Pero ya verás lo que Dios hace de él a causa de sus culpas. Él lo vengará.» « ¿Y qué puede hacer Dios una vez que están muertos?» « Sabe que el rey de la India extrema, teniendo a menos a nuestro rey, le ha enviado una carta en que le amenaza y le dice: "Constrúyeme un palacio en el centro del mar. Si no puedes hacerlo mandaré contra ti doce cuerpos de ejército cada uno de los cuales constará de doce mil combatientes. Pondré al frente de estas tropas a mi visir Badi, quien te arrebatará el reino, matará a tus hombres y te hará prisionero junto con tu harén". Cuando ha llegado el mensajero del rey de la India remota con este ultimátum, le ha concedido únicamente un plazo de tres días. Sabe, hermano mío, que ese rey es un gigante prepotente, fuerte y decidido, que tiene numerosos súbditos en sus estados. Si nuestro rey no encuentra un expediente para contenerle estará perdido, pues Badi, después de matarlo, se apoderará de nuestros recursos, matará a nuestros hombres y capturará a nuestras mujeres.»

El rey, al oír sus palabras, se sintió emocionado y atraído hacia ellos. Se dijo: « Este muchacho debe ser un sabio, puesto que ha explicado algo que yo no le he dicho: la carta que acabo de recibir del rey de la India extrema está en mi poder; el secreto me pertenece y yo no se lo he revelado a nadie ¿cómo puede saberlo el muchacho? Pero yo me acercaré a él y le hablaré, rogando a Dios que nuestra salvación llegue por su mano». El soberano se aproximó discretamente al muchacho y le dijo: « ¡Querido hijo! ¿Qué es eso que estás diciendo acerca de nuestro rey? Él ha obrado muy mal al dar muerte a sus ministros y a los grandes del reino, pero a decir verdad ha causado el daño a sí mismo y a sus súbditos. Has dicho algo cierto al hablar del asesinato. Pero muchacho ¿de dónde sabes que el rey de la India extrema ha escrito una carta a nuestro rey amenazándolo y diciéndose esas duras palabras que has pronunciado?» « Lo sé gracias a las palabras de los antiguos: "Nada está oculto a Dios, y las criaturas, descendientes de Adán, tienen un alma que les desvela los secretos escondidos".» « Has dicho la verdad, muchacho. Pero ¿nuestro rey tiene alguna astucia o algún medio para salvarse y salvar a su reino de tan gran calamidad?» « ¡Sí! Si el rey me mandara a buscar y me interrogara sobre lo que debe hacer para salvarse de su enemigo y librarse de sus insidias, le explicaría cuanto por la fuerza de Dios (¡ensalzado sea!) conduce a la salvación.» « ¿Y quién podría decir esto al rey para que te enviase a buscar y te llamara?» « He oído decir que él busca gentes expertas y de buen consejo. Si me mandase a buscar me presentaría con éstas y le expondría aquello en lo que está su salvación y el medio de rechazar la amenaza

que pesa sobre él. Pero si él se distrajera de este difícil asunto, se entretuviera con sus mujeres y yo intentara informarle del modo de salvarse, y me dirigiera, espontáneamente, hacia él, mandaría matarme del mismo modo que hizo con aquellos ministros. Conocerle sería la causa de mi muerte; las gentes me tendrían por poca cosa, despreciarían mi inteligencia y caería dentro de la sentencia de aquel que dijo: "Quien tiene más ciencia que razón, por más sabio que sea perece por ignorancia".»

El rey, al oír las palabras del muchacho, quedó convencido de su sabiduría y se cercioró de que su salvación y la de sus súbditos iba a llegarle por su mano. El rey volvió a dirigir la palabra al muchacho y le preguntó: « ¿De dónde eres? ¿Dónde está tu casa?» « Este muro conduce a mi casa.» El rey salió del lugar, se despidió del muchacho y regresó contento a su palacio. Una vez en su casa se puso sus trajes, pidió de comer y beber y se abstuvo de las mujeres. Comió, bebió, dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y le pidió que lo salvara, lo auxiliara, lo perdonara y lo disculpara por lo que había hecho con los sabios y los principales personajes de su reino. Se arrepintió con contrición perfecta ante Dios e hizo votos de ayunar y rezar numerosas oraciones. Después llamó a uno de sus pajes particulares, le describió el lugar en que estaba el muchacho y mandó que fuera a buscarlo y regresara con él tratándole con buenos modos. El esclavo se presentó ante el muchacho y le dijo: « El rey te manda llamar para favorecerte y hacerte una pregunta. Después regresarás con bien a tu casa» . El muchacho le replicó: « ¿Qué necesita el rey que me manda llamar?» « La causa de que mi señor te convoque consiste en una pregunta y una respuesta.» « Hay que escuchar mil veces la orden del rey y obedecerla otras tantas veces.» Le acompañó hasta palacio. Cuando se halló ante el soberano, se prosternó ante Dios e hizo los votos de ritual por el rey. Éste contestó a su saludo y le ordenó que se sentara. Así lo hizo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintiséis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey] le preguntó: « ¿Sabes quién habló ayer contigo?» « ¡Sí!» « ¿Dónde está?» « Es el que me está hablando en este momento.» El rey le replicó: « ¡Dices la verdad, querido!» El soberano ordenó que colocaran un trono al lado del suyo, lo hizo sentar, mandó que le sirvieran de comer y beber y empezaron a hablar hasta que el rey le dijo: « Tú, visir, me hablaste ayer y me comunicaste que tenías un medio para salvarme de la intriga del rey de la India ¿cuál es ese medio?, ¿qué hay que hacer para apartar la amenaza que pesa sobre nosotros? Dímelo y haré de ti el primero que pueda dirigirme la palabra en el reino, te nombraré mi visir, seguiré tu consejo en todo lo que me indiques y te recompensaré de espléndida manera» . El

muchacho le replicó: « ¡Oh, rey! Aconséjate, busca auxilio y concede tu recompensa a las mujeres que te sugirieron dar muerte a mi padre, Simas, y a los restantes ministros» . El soberano, al oír estas palabras, se avergonzó, suspiró y le dijo: « ¡Querido muchacho! ¿Simas era tu padre tal como dices?» Le contestó: « Simas era, en verdad, mi padre y yo soy su propio hijo» . El rey se humilló, derramó abundantes lágrimas y pidió perdón a Dios. Dijo: « ¡Muchacho! Lo hice por ignorancia y por el mal consejo y grandes tretas de las mujeres[273]. Te ruego que me perdones y yo te colocaré en el puesto de tu padre, tu rango será superior al suyo. Una vez haya desaparecido la venganza que se abate sobre nosotros, te pondré un collar de oro en el cuello, te haré sentar en el lugar más destacado y mandaré al pregonero que anuncie delante de ti: "Este muchacho excelente ocupará la segunda silla, la que sigue inmediatamente a la del rey". En cuanto a lo que has dicho de las mujeres yo estoy decidido a vengarme de ellas, pero lo haré en el momento en que Dios (¡ensalzado sea!) lo disponga. Para tranquilizar mi corazón, dime qué recurso tienes» . El muchacho le replicó: « ¡Presta juramento de que no contrariarás mi opinión en lo que te voy a decir y que estoy a seguro de lo que temo!» El rey contestó: « Sea Dios testigo entre nosotros dos de que yo no me apartaré de tus palabras, de que tú serás mi consejero y de que ejecutaré cualquier cosa que me mandes. Dios (¡ensalzado sea!) es testimonio de cuanto digo» . El pecho del muchacho se tranquilizó y abrió el campo a las palabras. Dijo: « ¡Oh, rey! Mi opinión y mi astucia consisten en esperar el momento en que debe comparecer ante ti el correo en busca de la respuesta, una vez transcurrido el plazo fijado. Cuando le tengas delante y pida la contestación, aléjalo de ti y fija otro día. Entonces se excusará diciendo que su rey le ha fijado cierto número de días como límite y te insistirá basándose en tus palabras. Tú mándale salir y señálale otra fecha, sin decir cuál. Saldrá enfadado de tu presencia, se dirigirá al centro de la ciudad y hablará a voz en grito entre la gente diciendo: "¡Gentes de la ciudad! Yo soy el correo del rey de la India extrema; él es un soberano resuelto, capaz de moldear el hierro. Me ha enviado con una carta para el rey de esta ciudad y me ha fijado unos días. Me ha dicho: 'Si no estás aquí después de los días que te he señalado, ejercitaré en ti mi venganza'. Vine, me presenté ante el rey de esta ciudad y le entregué la carta. Después de leerla me comunicó que al cabo de tres días me daría la contestación al mensaje. Para complacerle y por respeto acepté sus palabras. Pasados los tres días me he presentado a pedirle la contestación, pero me ha remitido a otra fecha. Yo no puedo esperar. Voy a partir, a presentarme ante mi señor, el rey de la India extrema, y le informaré de lo que me ha ocurrido. Vosotros, gentes, sois testigos entre yo y él". Cuando te enteres de estas palabras manda a buscarlo, hazle comparecer ante ti y dile con dulzura: "¡Oh, tú, que corres hacia tu fin! ¿Qué es lo que te ha movido a injuriarnos ante nuestros súbditos? Te has hecho merecedor, ante nosotros, de tu muerte inmediata, pero los antiguos decían: 'El

perdón es una de las características de los nobles'. Sabe que el retrasar la contestación no es debido a impotencia por nuestra parte, sino a nuestras múltiples ocupaciones y al poco tiempo de que disponemos para escribir a vuestro rey". Pide entonces la carta, léela por segunda vez y cuando termines rompe a reír a carcajada limpia. Dile: "¿No tienes más carta que ésta? También contestaremos a ella". Te replicará: "No tengo ninguna otra carta". Tú repetirás las mismas palabras por segunda y tercera vez. Él contestará: "No tengo ninguna otra". Dile: "Este vuestro rey carece de razón, ya que en esta carta dice unas palabras con las cuales nos incita a enviar nuestro ejército contra él, a saquear su país y arrebatarle el reino. Pero, por esta vez, no le castigaremos por la mala educación que muestra en su carta, ya que es corto de entendimiento y carece de ánimo. Es propio de nuestro poder advertirle primero y amonestarle para que no vuelva a repetir estas fanfarronadas. Si se arriesga y vuelve a reincidir se hará merecedor de un pronto castigo. Pero creo que el rey que te ha enviado es un ignorante y un estúpido que no piensa en las consecuencias, que carece de un visir inteligente y de buen consejo al que poder consultar. Si fuera inteligente habría consultado al visir antes de enviarnos estas palabras que causan risa. Merece una contestación a la altura de su carta y aún más. Entregaré su escrito a uno de los pajes de la cancillería para que le conteste". A continuación envía a buscarme y pregunta por mí. Cuando llegue ante ti, permite que lea la carta y que la conteste» . Estas palabras dilataron el pecho del rey; aprobó la opinión del muchacho, le gustó su ardid, le colmó de regalos, le confirió el cargo que había tenido su padre y le despidió contento.

Transcurridos los tres días de plazo que había señalado el correo, éste se presentó ante el rey y le pidió la respuesta. El rey le emplazó para otro día. El mensajero se retiró hasta el fin de la alfombra de la sala y pronunció palabras inoportunas, tal como había previsto el muchacho. Después se marchó al mercado y chilló: « ¡Gentes de esta ciudad! Yo soy el mensajero que el rey de la India extrema ha mandado a vuestro rey. Le he traído una carta y él me da largas para entregarme la respuesta. El plazo que me ha fijado nuestro rey ya ha terminado. Vuestro rey no tiene excusa alguna y vosotros sois testigos» . El rey, al enterarse de estas palabras, mandó a buscar al mensajero y le hizo comparecer ante él. Le dijo: « ¡Oh, tú, que te precipitas a la muerte! ¿No eres tú portador de una carta de rey a rey entre los cuales existen secretos? ¿Cómo te metes entre las gentes y revelas los secretos de los reyes al vulgo? Te has hecho merecedor de castigo, pero vamos a pasarlo por alto para que puedas volver con la respuesta ante ese rey estúpido. Lo más conveniente es que la conteste el más pequeño de los pajes de la cancillería» . Mandó llamar al muchacho y éste acudió. El mensajero estaba delante cuando se presentó ante el rey. Se prosternó ante Dios y deseó al soberano larga vida y gran poder. Entonces el rey le tiró la carta y le dijo: « Lee esa carta y redacta, inmediatamente, la respuesta» . El muchacho

cogió el ultimátum, lo leyó y rompió a reír. Preguntó al rey: « ¿Me has mandado a buscar para que conteste tal carta?» « ¡Sí!» « ¡Oír es obedecer!» Sacó tintero y papel y escribió:

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintisiete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho escribió:] « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. ¡Paz sobre quien ha obtenido la seguridad y la misericordia del Clemente! Y después: Te comunico, ¡oh, tú, que te llamas gran rey de nombre, pero que no lo eres!, que hemos recibido tu carta, la hemos leído y hemos comprendido las leyendas y fanfarronadas que contiene. Estamos seguros de tu ignorancia y de las malas intenciones que nos tienes, pero has alargado la mano hacia lo que no puedes conseguir. Si no fuese por la compasión que nos inspiran las criaturas de Dios y tus súbditos, no hubiésemos tardado en colocarte en tu puesto. Tu mensajero se ha dirigido al mercader y ha difundido las noticias de tu carta entre los cortesanos y el pueblo, haciéndose merecedor de nuestro castigo. Le hemos dejado con vida porque hemos tenido misericordia de él y para que tú puedas excusarle; no lo hemos castigado por deferencia hacia ti. Lo que en tu carta hace referencia a la muerte de mis visires, mis sabios y los grandes de mi reino, es verdad y ha sido por razones que sólo a mí me incumben. Pero no he matado ni a uno de mis sabios sin disponer de otros mil de su misma especialidad y más sabios aún, inteligentes y expertos que él. A mi lado no hay ni un muchacho que no esté repleto de ciencia y tengo, en sustitución de cada uno de los muertos, otros de sus mismas cualidades y cuyo número no puede contarse. Cada uno de mis soldados puede hacer frente a uno de tus cuerpos de ejército. Refiriéndonos a la riqueza tengo una fábrica de oro y de plata; tengo tantas gemas como piedras. No te puedo describir ni la belleza ni la hermosura ni los bienes que poseen mis súbditos. ¿Cómo te propasas con nosotros y nos dices: “Constrúyeme un castillo en medio del mar”? Esto constituye algo prodigioso y tal vez nace de tu razón perturbada. Si hubieses tenido juicio habrías calculado la fuerza de las olas y los movimientos del viento y yo te habría construido ese castillo. Aseguras que me vencerás. ¡Dios nos guarde de ello! ¿Cómo puede atreverse contra nosotros un ser como tú y conquistar nuestro reino? Al contrario: Dios (¡ensalzado sea!) me concederá la victoria sobre ti, ya que eres un pecador y un ambicioso sin razón. Sabe que te has hecho acreedor del castigo de Dios y del mío. Pero como yo temo a Dios por lo que afecta a ti y a tus súbditos, no montaré a caballo dirigiéndome contra ti antes de haberte advertido. Si temes a Dios apresúrate a enviarme el tributo de este año, pues de lo contrario no renunciaré a montar a caballo y atacarte al frente de un millón cien mil combatientes, todos ellos valientes, montados en

elefantes. Los formaré en torno de nuestro ministro y le ordenaré que os acometa durante tres años, tiempo en consonancia con los tres días que has concedido a tu mensajero; me apoderaré de tu reino, pero no mataré a nadie más que a ti y no cautivaré más mujeres que las de tu harén» .

A continuación, el muchacho dibujó su propio retrato en la carta y escribió al lado: « Esta respuesta la ha escrito el más pequeño de los muchachos de la cancillería» . La entregó al rey y éste se la pasó al correo, quien la cogió, besó la mano del rey y salió de su palacio dando gracias a Dios y al soberano por su clemencia. Emprendió el viaje admirado de la agudeza que había encontrado en el muchacho. Llegó a su patria el tercer día después de los tres de plazo que le habían fijado. El rey, en aquel momento, se encontraba reunido con su gobierno a causa del retraso del mensajero. Al llegar éste ante él, se prosternó y le entregó la carta. El soberano la cogió y preguntó al mensajero por la causa de su retraso y la situación del rey Wird Jan. Le refirió toda la historia y le contó todo lo que había visto con sus propios ojos y escuchado con sus oídos. El entendimiento del rey quedó admirado y dijo al correo: « ¡Ay de ti! ¿Qué noticias son estas que me cuentas de un tal rey?» El mensajero replicó: « ¡Rey poderoso! Estoy ante ti: abre la carta, léela y distinguirás la verdad de lo falso» . El soberano abrió la misiva, la leyó, contempló el retrato del muchacho que la había escrito y estuvo cierto de que iba a perder el reino: quedó perplejo ante lo que le ocurría. Se volvió hacia sus visires y los grandes de su reino, les informó de lo que sucedía y les leyó la carta.

Temieron y se asustaron de modo terrible y empezaron a tranquilizar el temor del rey con palabras que les salían de la punta de la lengua mientras tenían el corazón destrozado por los latidos. Badi, el gran visir, dijo: « Sabe, ¡oh, rey!, que lo que dicen mis hermanos, los visires, no tiene utilidad. Mi opinión consiste en que escribas a ese rey una carta presentándole tus excusas y diciéndole: “Nos te queremos a ti igual como antes quisimos a tu padre; si enviamos al mensajero con esa carta fue sólo para probarte, para conocer tu firmeza y averiguar tu valentía en los asuntos que requieren ciencia y práctica, en aquellos de índole secreta, y las perfecciones que en ti se encierran. Rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que te bendiga en tu reino, que eleve las defensas de tu ciudad y aumente tu autoridad siempre que tú te preocupes de ti mismo y te ocupes de los asuntos de tus súbditos”. La mandarás con otro correo» . El rey exclamó: « ¡Por Dios, el Grande! ¡En esto existe un gran prodigio! ¿Cómo puede ser ése un gran rey y estar preparado para la guerra después de haber dado muerte a los sabios, a los consejeros y a los jefes del ejército de su reino? ¿Cómo puede tener un reino floreciente y sacar tan gran fuerza después de esto? Pero lo más extraordinario es que los meritorios de su cancillería contesten, en vez del rey, una respuesta como ésta. Yo, por mi mala ambición, he encendido este fuego contra mí y contra las gentes de mi reino; no sé cómo apagarlo si no es siguiendo la opinión

de mi visir» . Preparó preciosos regalos, muchos esclavos y criados y escribió una carta que decía: « En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Y después: Poderoso rey Wird Jan, hijo del hermano querido Chilad (¡apiádese Dios de él y conserve tu vida!). Hemos recibido la respuesta de nuestra carta y hemos leído y comprendido lo que contiene; hemos visto en ella lo que nos alegra y esto es el máximo de lo que habíamos pedido a Dios para ti. Le rogamos que aumente tu poder, fortifique los fundamentos de tu reino y te conceda el triunfo sobre los enemigos que buscan tu mal. Sabe, ¡oh, rey!, que tu padre era para mí como un hermano y que entre los dos existían pactos y compromisos durante su vida. Él no recibió de mí más que bien y nosotros recibimos lo mismo. Al morir y ocupar tú el trono de su reino nos llenamos de alegría y satisfacción, pero cuando nos enteramos de lo que habías hecho con los ministros y los grandes del reino, temimos que se enterara algún otro rey que pudiera amenazarte; creyendo que tú habías descuidado tus intereses, la preparación de tus defensas y la atención por los asuntos del reino, te escribimos para advertirte. Al ver que nos has dado una respuesta como ésta, nuestro corazón se ha tranquilizado. ¡Que Dios te permita disfrutar de tu reino y te sirva de ayuda en tus asuntos! Y la paz» . A continuación preparó los regalos y se los envió con cien caballeros.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintiocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los caballeros] viajaron hasta presentarse a Wird Jan. Lo saludaron y le entregaron la carta. La leyó y comprendió su significado. Instaló en el puesto que le correspondía al jefe de los cien caballeros, le trató con deferencia y aceptó el regalo. La noticia se difundió entre la gente y el rey se alegró muchísimo. A continuación mandó llamar al muchacho hijo de Simas. Éste compareció ante él; le trató con miramientos, mandó a buscar al jefe de los cien caballeros, le pidió la carta que le había entregado su rey y se la entregó al muchacho. Éste la abrió y la leyó. El rey se alegró muchísimo y empezó a reprender al jefe de los cien caballeros que le besaba las manos, se excusaba y le deseaba larga vida y eterna felicidad. El rey le dio las gracias por ello, le trató con mucha deferencia e hizo regalos a él y a sus compañeros de acuerdo con su rango; les preparó los presentes que tenían que llevarse y ordenó al muchacho que redactase la contestación. Éste escribió la carta con buen estilo, trató brevemente del capítulo de la reconciliación e hizo hincapié en la corrección del mensajero y de los caballeros que le acompañaban. Cuando hubo terminado la carta se la ofreció al rey. Éste le dijo: « ¡Querido muchacho! ¡Léela para que sepamos lo que está escrito!» El joven la leyó en presencia de los cien caballeros. El rey y todos los presentes quedaron admirados de la redacción y del contenido. El soberano la selló, se la entregó al

jefe de los cien caballeros y le despidió haciéndolos escoltar por una parte de su ejército hasta los confines de su país. Esto es lo que se refiere al rey y al muchacho.

He aquí lo que hace referencia al jefe de los cien caballeros: Éste estaba perplejo de la razón y de los conocimientos que había visto que poseía el muchacho; dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!), que había solucionado con éxito y rapidez su misión y viajó sin parar hasta llegar a la presencia del rey de la India remota. Le ofreció los presentes y regalos, le entregó los dones y le informó de lo que había visto. El rey se alegró muchísimo, dio las gracias a Dios (¡ensalzado sea!), colmó de honores al jefe de los cien caballeros, le agradeció el valor que había desplegado en su misión y lo elevó de rango. Desde entonces vivió en paz, tranquilidad y bienestar. Esto es lo que se refiere al rey de la India remota.

He aquí lo que hace referencia al rey Wird Jan: Se puso con Dios en el camino recto y abandonó la senda de la perdición; se arrepintió sinceramente ante Él por lo que había hecho, abandonó a todas las mujeres y se consagró por completo al cuidado de su reino y se interesó, por temor de Dios, de sus súbditos. Nombró al hijo de Simas visir en sustitución de su padre, y además primer consejero del reino y confidente de sus secretos. Mandó engalanar la capital y todas las ciudades durante siete días y los súbditos se alegraron, desapareciendo el temor y el miedo que sentían. Gozaron de justicia y equidad y elevaron plegarias por el rey y por el visir que había hecho cesar las calamidades que les amenazaban. Después, el soberano preguntó al visir: « ¿Qué es, según tu opinión, lo que hay que hacer para consolidar el reino, cuidar de sus súbditos y volver a la situación en que estaba antes mediante el hallazgo de jefes y consejeros?» El visir le replicó: « ¡Rey poderoso! Según mi opinión antes que nada debes empezar por apartar el pecado de tu corazón; abandonar los placeres, la disipación y la afición a las mujeres que te dominaba: si vuelves a la senda del pecado te perderás por segunda vez de modo más terrible que la primera» . El rey preguntó: « ¿Y cuál es el origen del pecado que debo extirpar?» El visir, pequeño por la edad pero mayor por el entendimiento, replicó: « ¡Gran rey! Sabe que el origen del pecado consiste en amar a las mujeres, sentir inclinación por ellas y aceptar sus opiniones y consejos, ya que la afición por ellas cambia la sana razón y corrompe la naturaleza más fuerte. Hay pruebas manifiestas que corroboran mis palabras. Si tú meditas en ellas y sigues con atención sus acontecimientos, deducirás un buen consejo para ti y podrás prescindir de todas mis palabras. Tu corazón no debe ocuparse en pensar en las mujeres, debes apartar de tu imaginación su figura ya que Dios (¡ensalzado sea!) nos ha mandado, por boca de su profeta Moisés, el no abusar. Un rey sabio dijo a su hijo: “¡Hijo mío! Cuando me sucedas en el reino no abuses de las mujeres para que tu corazón no se extravíe y tu razón no degenere ya que, en resumen, el

abusar de ellas conduce a amarlas y su amor causa la degeneración del intelecto". Prueba de ello es lo que sucedió a nuestro señor Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) a quien Dios distinguió con la ciencia, la sabiduría y un gran reino como no había dado a ninguno de sus predecesores. Pero las mujeres fueron la causa de la ofensa de su padre. Hay muchos más casos como éste, ¡oh, rey!; yo te he citado Salomón para que sepas que ningún otro soberano poseyó lo que él, ya que a él le obedecieron todos los reyes de la tierra. Sabe, ¡oh, rey!, que el amor de las mujeres es la causa de todo mal, que ninguna de ellas tiene ideas y que es preciso, al hombre, tratarlas únicamente según la necesidad y no entregarse a ellas por completo: esto conduce a la ruina y a la perdición. Si haces caso de mis palabras, ¡oh, rey!, todos tus asuntos se enderezarán; si no, te arrepentirás cuando de nada te sirva el arrepentimiento» . El soberano le replicó: « Ya he abandonado mi excesiva inclinación…»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas veintinueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el soberano le replicó: « Ya he abandonado mi excesiva inclinación] y he renunciado a preocuparme de ellas, pero ¿qué haré para castigarlas por lo que han hecho? La muerte de Simas, tu padre, fue causada por sus engaños, pues yo no tenía esa intención. No sé lo que debió pasar en mi mente para que yo estuviera conforme con su asesinato» . El rey sollozó y gritó diciendo: « ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡He perdido a mi ministro que tenía una opinión certera y un magnífico modo de obrar! ¡He perdido a sus iguales: ministros y jefes del reino cuyos consejos eran siempre buenos!» El visir le replicó: « Sabe, ¡oh, rey!, que la culpa no es sólo de las mujeres, ya que ellas son como una hermosa mercancía que despierta la pasión de todos los que la ven: la venden a quien la quiere y la compra; pero no obligan a comprar a quien no quiere. La culpa es de quien la compra y, muy especialmente, si sabe el peligro que va anejo a la mercancía. Mi padre te lo había advertido antes que yo, pero tú no admitiste su consejo» . El rey contestó: « Dicho pecado pesa sobre mí como has dicho, visir, y no tengo más excusa que el recurrir a los divinos decretos» . « Sabe, ¡oh rey!, que Dios (¡ensalzado sea!) nos ha creado y nos ha dotado de capacidad de obrar poniendo en nosotros la libertad y el libre albedrío. Si queremos, obramos y si queremos, no obramos. Dios, para que no cayésemos en el pecado, no nos ha mandado hacer el mal. Debemos sopesar cuál es la acción correcta, ya que Él (¡ensalzado sea!), nos manda, únicamente, que hagamos el bien en cualquier circunstancia y nos prohíbe el mal. Pero nosotros tenemos la voluntad y hacemos lo que queremos sea bueno o sea malo.» El rey replicó: « Dices la verdad; mi falta consistió en abandonarme a las pasiones. He sido advertido muchas veces sobre esto y tu padre, Simas, me puso en guardia.

Pero mi alma concupiscente prevaleció sobre mi razón. ¿Tienes algún medio de evitar que vuelva a incurrir en esta falta y que permita a la razón imponerse sobre las pasiones?» « ¡Sí! Vea algo que te impedirá caer en este pecado; consiste en que te desprendas de tu vestido de ignorancia y que te pongas el de la justicia; que desobedezcas a tu pasión y obedezcas a tu Señor volviendo a la conducta del rey justo que fue tu padre; cumple las obligaciones que tienes para con Dios y para con tus súbditos; observa tu religión, protege a tu pueblo, cuídate de ti mismo, no mandes matar a tus súbditos, medita en las consecuencias de los asuntos, abandona tu tiranía, la injusticia, la opresión y la perversión; obra con justicia, equidad y humildad; cumple las órdenes de Dios (¡ensalzado sea!) y muéstrate indulgente con las criaturas que te ha confiado; pórtate bien para que ellos tengan la obligación de elevar sus plegarias por ti. Si haces con constancia esto, tendrás una vida tranquila y Dios te perdonará con su misericordia, hará que te respeten todos los que te vean, tus enemigos desaparecerán y Dios (¡ensalzado sea!) destruirá sus ejércitos: estarás bienquisto con Dios y sus criaturas te respetarán y te amarán» . El rey le contestó: « Has devuelto la vida a mis entrañas, me has iluminado el corazón con tus dulces palabras y has devuelto la vista a mi entendimiento después de la ceguera. Estoy resuelto, con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!) a hacer todo lo que me has dicho y a abandonar mi injusticia y las pasiones anteriores; haré pasar mi alma de la angustia al desahogo; del temor, a la tranquilidad. Es preciso que estés contento pues yo, a pesar de mis años, he pasado a ser tu hijo y tú, a pesar de tu poca edad, eres un padre querido. Me es preciso desplegar todas mis fuerzas para hacer lo que mandas. Doy gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por su bondad y la tuya ya que Él, contigo, me ha dado favores, un buen guía y una opinión certera, apartando de mí preocupaciones y penas, y concediéndome la salvación de mis súbditos gracias a tu intervención, a tu noble entendimiento y a la justeza de tus planes. Tú, ahora, gobiernas mi reino y el único honor que tengo por encima tuyo consiste en sentarme en el trono. Todo lo que llagas me parecerá bien y nadie se opondrá a tus palabras a pesar de tu corta edad, ya que tú tienes un gran entendimiento y mucha ciencia. Doy gracias a Dios que te destinó para mí, para que me guiases por el camino recto después de haber seguido yo el de la perdición» . El visir le contestó: « ¡Oh, rey feliz! Sabe que no hay mérito por mi parte al darte los consejos, ya que mi palabra y mis actos son sólo parte de lo que tienes derecho a pedirme puesto que he quedado abrumado por tus favores y no sólo yo, sino, con anterioridad, mi mismo padre quedó colmado por tus innumerables beneficios. Todos nosotros dependemos de tus dones y de tu favor. ¿Y cómo no hemos de confesarlo si tú, ¡oh, rey!, eres nuestro pastor, nuestro juez y nos defiendes de nuestros enemigos? Tú estás encargado de nuestra custodia y nuestra guardia y prodigas los esfuerzos para protegernos. Aunque nosotros diéramos nuestras vidas por obedecerte no pagaríamos la deuda de gratitud que

tenemos contigo, pero rogamos humildemente a Dios (¡ensalzado sea!), Aquel que te ha concedido poder y jurisdicción cobre nosotros, que te conceda una larga vida, te dé el éxito en todas tus empresas, que no te ponga a prueba en e) curso de tu vida, que te haga conseguir tus deseos, haga que seas temido hasta tu muerte y conceda con generosidad a tus manos para que puedas guiar a todo sabio y vencer a cualquier rebelde; rogamos que haga que todos los sabios y valientes acudan a tu reino y que expulse a los ignorantes y traidores; que evite a tus súbditos la carestía y las penas; que siembre entre ellos la amistad y el afecto y te conceda con su gracia, su generosidad y sus favores ocultos la felicidad en ésta y en la otra vida. Amén. Él es poderoso sobre toda cosa, para Él no existen asuntos difíciles, a Él se vuelve y a Él pertenece el porvenir» .

El rey, al oír esta invocación, se llenó de alegría y se sintió completamente inclinado hacia el joven. Le dijo: « Sabe, ¡oh, visir!, que eres para mí como un hermano, un hijo y un padre y que de ti sólo me separará la muerte. Todo lo que poseo puedes gastarlo, y si no tengo sucesor te sentarás en el trono en mi lugar; tú eres más digno que toda la gente de mi reino, y yo te invisto, en presencia de los grandes del estado, y te nombro mi heredero si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey prosiguió:] » Den su testimonio de ello los grandes de mi reino con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!)» . Después mandó llamar a su secretario. Éste se presentó. Le ordenó que escribiera a todos los grandes del reino para que acudieran ante él y ordenó difundir por la ciudad un pregón para todos los presentes, gente principal y vulgo. Mandó convocar a los emires, a los jefes, a los chambelanes y a todos los funcionarios; hizo lo mismo con los ulemas y los sabios. El rey celebró un consejo solemne y dio un banquete nunca visto: invitó a toda la gente, nobles y pueblo. Todos se reunieron, alegres, y comieron y bebieron durante un mes. Después vistió a todos los miembros de su corte y a los pobres del reino; hizo grandes regalos a los ulemas y escogió, de entre los ulemas y los sabios, un grupo conocido por el hijo de Simas. Los hizo comparecer ante él y ordenó a éste que eligiera siete para hacerlos ministros que dependieran de él, y de los cuales sería el jefe. El muchacho, hijo de Simas, tomó a los más dotados, de mejor entendimiento y de más rápida comprensión; encontró seis con estas características y los presentó al rey quien los invistió con el traje de ministros y les habló diciendo: « Vosotros seréis mis ministros y estaréis bajo la obediencia del hijo de Simas; haréis todo lo que os diga este visir mío y no os apartaréis de ello nunca, aunque sea más joven que vosotros puesto que tiene mayor entendimiento» . El rey los hizo sentar en una silla de marquetería según la

costumbre de los ministros y fijó sus rentas e ingresos. Les ordenó, a continuación, que eligieran de entre los grandes del reino que se habían reunido con motivo del festín, los que más convenían para el servicio del estado para nombrarlos comandantes de miles, cientos y dieces. Les fijó los sueldos e ingresos como era costumbre hacer con los grandes. Lo hicieron en un mínimo de tiempo. Les ordenó, también, que colmasen de honores al resto de los presentes y que despachasen a cada uno de ellos a sus posesiones tratándolos con respeto y generosidad. Mandó a sus gobernadores que fuesen justos con sus súbditos, les recomendó que tuviesen compasión de pobres y ricos y dispuso que recibieran subsidios de la hacienda del estado según su categoría. Los ministros hicieron votos por la duración de su vida y poder. A continuación mandó engalanar la ciudad durante tres días en acción de gracias a Dios (¡ensalzado sea!), por el auxilio que le había prestado. Esto es lo que hace referencia al rey, a su visir, hijo de Simas, y a la organización del reino, a sus emires y a sus gobernadores.

He aquí lo que se refiere a las mujeres favoritas, concubinas y demás, que habían sido causa, gracias a sus intrigas y engaños, de la muerte de los visires y de la corrupción del reino. El rey, después de despachar a todos los que habían asistido a la audiencia, habitantes de la ciudad o del campo, a su domicilio; después de haber enderezado los asuntos del reino con ese ministro de poca edad y mucho entendimiento que era el hijo de Simas, ordenó que compareciesen los restantes visires. Cuando todos estuvieron ante él, y quedó a solas con ellos, les dijo: « Sabed, visires, que yo me aparté del camino recto, me sumergí en la ignorancia, no hice caso del consejo, falté a pactos y promesas y contradije a las gentes de buen pensar por culpa de las intrigas y engaños de las mujeres, por las falsas apariencias de sus palabras y nimiedades y por haberlas aceptado como si fuesen consejos, a causa de su dulzura y melosidad, cuando en realidad era un veneno mortal. Ahora se me ha hecho palpable que sólo causaban mi ruina y mi perdición. Se han hecho merecedoras de mi castigo y mi punición pero siempre dentro de la justicia, para que sirvan de escarmiento a quien medite. ¿Cuál es el consejo acertado para destruirlas?» El visir, hijo de Simas, le contestó: « ¡Oh, gran rey! Ya te he dicho antes que la culpa no es exclusiva de las mujeres sino que la comparten los hombres que les hacen caso, pero las mujeres, merecen en cualquier caso el castigo por dos razones: primera, para cumplir tu palabra, ya que eres el rey más poderoso, y segunda, por haberse atrevido a tenderte sus insidias y haberse metido en lo que ni las importaba ni las convenía hablar. Ellas merecerían la muerte. Pero bástelas con lo que les ha sucedido y, desde ahora, equipáralas en rango a los criados. A ti te incumbe decidir en esto y en lo demás. Uno de los visires aconsejó al rey que hiciese lo que había dicho el hijo de Simas, pero otro se acercó al rey, se prosternó ante él y le dijo: « ¡Que Dios prolongue los días del Rey! Si quieres hacer algo para destruirlas haz lo que voy a decirte» . « ¿Qué quieres decir?» « Manda a una de tus favoritas que coja a las mujeres que te engañaron, las meta en la habitación en que tuvo lugar el asesinato de los visires y de los sabios y que las encierre en ella. Mandarás que les den un poco de comer y beber, en la cantidad imprescindible para mantenerlas en vida, y no permitirás, en modo alguno, que salgan de la habitación. Cuando muera una de ellas se dejará allí, entre las demás, hasta que haya muerto la última. Éste es el castigo menor, ya que han sido la causa de esta gran calamidad y el origen de todas las aflicciones y sinsabores que han ocurrido en este tiempo. La verdad sobre ellas la ha dicho quien sentenció: “Quien excava un pozo para su hermano cae en él por más que haya durado su inmunidad”» . El rey aceptó este parecer y mandó a buscar a cuatro favoritas y a ellas hizo entrega de sus mujeres mandándolas que las metiesen y encerrasen en la habitación del asesinato de los ministros. Las asignó poca comida y escasa bebida. Esto las llevó a entristecerse profundamente y a arrepentirse en grado sumo: Dios les dio la vil recompensa que se merecían en este mundo y les preparó el tormento para la última vida.

Siguieron encerradas en ese lóbrego y apestante lugar, en donde cada día moría una: así pereció hasta la última y la noticia se divulgó por todo el país y las provincias.

Así es como terminó la historia del rey, de sus visires y de su pueblo. ¡Alabado sea Dios que causa la muerte de las naciones y resucita los huesos cariados! ¡Él merece la loa, la exaltación y la santificación eternamente!

HISTORIA DE ABU QIR Y ABU SIR

SE cuenta que en la ciudad de Alejandría vivían dos hombres. Uno de ellos era tintorero y se llamaba Abu Qir; el otro era barbero y se llamaba Abu Sir. En el zoco el uno era vecino del otro puesto que la tienda del barbero estaba al lado de la del tintorero. Este último era un malhechor, un embustero y un enredón; parecía que sus sienes habían sido esculpidas en la roca o que se le hubiese extraído del umbral de una sinagoga de judíos. No se avergonzaba del daño que causaba a la gente y tenía por costumbre, cuando alguien le daba ropa para teñirla, pedirle por adelantado el importe haciéndole creer que tenía que comprar los tintes. Entonces le pagaban por anticipado, él cogía el dinero, lo invertía en comer y beber, y, después que se había ido el dueño, vendía la ropa y gastaba su importe en atiborrarse, en beber y en otras cosas. Sólo comía los guisos más exquisitos y bebía los caldos más finos que suben a la cabeza. Cuando comparecía el dueño de la ropa le decía: « Vuelve mañana, antes de la salida del sol, y encontrarás teñido lo que necesitas» . El dueño se iba diciéndose: « Un día está cerca del que le sigue» . Pasaba, la noche y al día siguiente acudía a la cita. Le decía: « Vuelve mañana. Ayer no pude hacerlo pues tenía invitados y he tenido que atender a sus necesidades hasta que se han marchado. Mañana, antes de que salga el sol, tendrás teñida tu tela» . Se marchaba y regresaba al tercer día. Le explicaba: « Por lo de ayer, disculpa: mi mujer dio a luz y he estado ocupado todo el día. Pero mañana, sin falta, ven a recoger tu cosa teñida» . Cuando regresaba según lo convenido le volvía a dar otra excusa y le juraba.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que no paraba de darle largas y de hacer promesas al cliente, hasta que éste se impacientaba y le decía: « ¿Cuántas veces me has dicho que mañana estará? ¡Devuélveme mi prenda pues ya no quiero teñirla!» Le contestaba: « ¡Hermano mío, por Dios! ¡Me avergüenzo delante tuyo, pero he de decirte la verdad! ¡Dios castiga al que perjudica a la propiedad de los demás!» « ¡Infórmame de lo que ha ocurrido!» « Yo había teñido tu ropa a la perfección y la había extendido en una cuerda, pero me ha sido robada y no sé quién es el ladrón.» Si el dueño de la prenda era una persona de bien, le decía: « ¡Que Dios me indemnice!» Si era un hombre de mala condición lo injuriaba y lo difamaba, pero no conseguía nada de él, aunque llevara la querella ante el juez. Siguió obrando de este modo hasta que se difundió su fama entre la gente; los unos avisaron a los otros y Abu Qir se hizo proverbial. Todos se abstuvieron de darle trabajo y sólo caía en sus manos el que ignoraba lo que ocurría. A pesar de esto, cada día tenía líos e injurias con las criaturas de Dios. Por esta causa su negocio fue languideciendo y empezó a frecuentar la tienda del barbero Abu Sir,

su vecino, a sentarse en el interior, en frente de la tintorería, y a observar si un incauto se paraba ante la puerta con algún objeto que teñir. Entonces, saliendo de la tienda del barbero, le decía: « ¡Oh, tú! ¿Qué deseas?» El cliente le contestaba: « ¡Toma: tíñeme esto!» « ¿De qué color lo quieres?» A pesar de sus malas cualidades era capaz de teñir en cualquier color, pero no obraba rectamente con nadie y por esto la miseria le ahogaba. Tomando la prenda decía: « Dame el importe adelantado. Mañana ven a recogerla» . Le pagaba lo que le pedía y se marchaba. En cuanto el Cliente se iba a sus quehaceres, Abu Qir corría al mercado, vendía la pieza y con su importe compraba carne, verdura, tabacos, fruta y cuanto le era necesario. Pero cuando veía ante la tienda a uno de los que le habían entregado un objeto para teñir desaparecía y no se dejaba ver. De esta forma permaneció durante años. Cierto día tomó prendas de un hombre desenvuelto, las vendió y se gastó el importe. El propietario empezó a ir a buscarla todos los días, pero no lo encontró nunca en la tienda, ya que en cuanto veía a uno de aquellos que le habían confiado un objeto huía a refugiarse en la tienda del barbero Abu Sir. Aquel hombre, harto de viajes y de no encontrarlo en el local, se presentó ante el cadí y éste le envió con un alguacil a clavar la puerta de la tienda y a sellarla en presencia de un grupo de musulmanes, ya que no había encontrado en ella más que unos cacharros rotos que no valían lo que sus ropas. El alguacil cogió la llave y dijo a los vecinos: « Decid al dueño que venga a traernos las ropas de este hombre y a recoger la llave de su tienda» . El cliente y el mensajero se marcharon a sus quehaceres. Abu Sir dijo a Abu Qir: « ¿Qué haces? ¿Privas de sus ropas a todos los dientes? ¿Dónde ha ido a parar la ropa de ese hombre desenvuelto?» Le respondió: « ¡Vecino! ¡Me la han robado!» « ¡Es estupendo! ¡Cada vez que te dan algo te lo roba un ladrón! ¿No serás tú el lugar de cita de todos los ladrones? Creo que mientes. ¡Vecino! ¡Cuéntame tu historia!» « Nadie me ha robado nada.» « ¿Y qué haces de las cosas de las gentes?» « Cuando alguien me confía una prenda la vendo y me gasto su importe.» « ¿Es que Dios te permite hacer tales cosas?» « Si lo hago es sólo debido a la miseria, ya que mi oficio no da para vivir y yo soy pobre, no tengo nada.» A continuación le expuso lo escaso de sus negocios y sus pocos recursos. Por su parte Abu Sir le dijo que su oficio también daba poco diciéndole: « Yo soy un maestro en él, no tengo igual en esta ciudad, pero nadie viene a cortarse el pelo, porque soy un hombre pobre. ¡Cuánto aborrezco este oficio, hermano!» Abu Qir, el tintorero, replicó: « También yo aborrezco mi oficio dado lo poco que da pero, hermano mío, ¿qué nos retiene en esta ciudad? Ambos podemos marcharnos a recorrer los países de las gentes ya que acreditaremos, con nuestras manos, los respectivos oficios en cualquier región. Si viajamos respiraremos el aire y nos distraeremos de esta gran pena» . Abu Qir no paró de ensalzar los viajes a Abu Sir hasta que éste se decidió a partir. Ambos se pusieron de acuerdo para el viaje.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Abu Qir se alegró de que Abu Sir se decidiese a viajar y recitó las palabras del poeta:

Aléjate de la patria en busca del bienestar. Emprende el viaje, pues éste tiene cinco ventajas:
Disipa las preocupaciones, facilita el ganarse la vida, aumenta la instrucción, acrece la cultura y da noble compañía.
Se dice que los viajes requieren fatigas y trabajos, rompen los vínculos y causan grandes molestias.
Pero también la muerte es mejor que vivir en una casa despreciable, entre calumniadores y envidiosos.

Cuando ambos estuvieron preparados para la marcha, Abu Qir dijo a Abu Sir: « ¡Vecino mío! Nos hemos transformado en hermanos y no nos separaremos jamás. Es necesario que recitemos la *fátiha* comprometiéndonos a que aquel de nosotros que gane su sustento atenderá al otro y que todo lo que sobre lo guardaremos en una caja. Al regresar a Alejandría lo repartiremos entre los dos justa y equitativamente» . Abu Sir replicó: « Así debe ser» . A continuación leyó la *fátiha* comprometiéndose a que el que tuviese trabajo alimentaría al que estuviese en paro. Abu Sir cerró la tienda y entregó las llaves a su dueño. Abu Qir dejó sus llaves en poder del mensajero del cadí y abandonó su tienda cerrada y sellada. Ambos tomaron lo que les era necesario, emprendieron el viaje y se embarcaron en un galeón en el mar salado. Aquel mismo día se dieron a la vela y para colmo de felicidad del barbero resultó que en el galeón no había ningún otro hombre que tuviese su oficio. Iban ciento veinte hombres sin contar el capitán y la tripulación. Una vez hubieron tendido las velas del galeón el barbero dijo al tintorero: « ¡Hermano mío! Nos encontramos en alta mar y es necesario que comamos y bebamos; tenemos pocos víveres pero ¡quién sabe si alguien me dirá "¡Barbero! ¡Aféitame!"! Yo le afeitaré a cambio de un mendrugo o de media para o de un sorbo de agua. Esto nos será útil a ti y a mí» . El tintorero replicó: « No hay inconveniente» . A continuación apoyó la cabeza y se durmió. El barbero cogió sus utensilios y la jofaina, colocó encima de sus hombros un trapo en lugar de la toalla, puesto que era pobre, y empezó a cruzar entre los pasajeros. Uno de ellos le gritó: « ¡Ven, maestro! ¡Aféitame!» Lo afeitó y al terminar el cliente le dio media para. El barbero le dijo: « No necesito esta media para. Mas si me dieras una rebanada de pan sería el mejor pago para mí en medio de este mar, ya que tengo un compañero y nuestros víveres son escasos.

Le dio un panecillo, un pedazo de queso y le llenó la jofaina de agua dulce. El barbero lo cogió y se dirigió junto a Abu Qir. Le dijo: « Coge este pan; cómelo con el queso y bebe del agua que hay en la jofaina» . Lo cogió, comió y bebió. Después, Abu Sir, el barbero, volvió a coger sus útiles, se colocó el paño sobre los hombros, la bacía en la mano y volvió a recorrer el galeón cruzando entre los pasajeros. Afeitó a un hombre a cambio de dos panecillos y a otro por un pedazo de queso. Las demandas aumentaban y a todo el que le decía: « ¡Aféitame, maestro!» , le imponía como condición que le diese dos panecillos y media para, ya que en el galeón no había otro barbero. Al atardecer había reunido ya treinta panecillos y treinta medias para) tenía queso, aceitunas y huevos de pez. Ocurría que cada vez que pedía algo se lo daban y así llegó a reunir multitud de cosas. Afeitó al capitán y se quejó de los pocos víveres que tenían para el viaje. Éste le contestó: « ¡Sé bienvenido! Vente todas las noches con tu compañero y cenaréis conmigo. No os preocupéis mientras dure vuestro viaje con nosotros» . Regresó al lado del tintorero y le encontró durmiendo. Le despertó. Cuando Abu Qir se hubo desvelado vio al lado de su cabeza un gran montón de víveres, queso, aceitunas y huevos. Le preguntó: « ¿De dónde has sacado esto?» « De la generosidad de Dios (¡ensalzado sea!).» El tintorero quiso comer, pero Abu Sir le dijo: « ¡Hermano mío! No comas de esto y déjalo, pues nos servirá en otra ocasión. Sabe que he afeitado al capitán y me he quejado a él de la escasez de víveres. Me ha contestado: "¡Sé bienvenido! Vente todas las noches con tu compañero y cenaréis conmigo". Esta noche nos toca la primera cena con el capitán» . Abu Qir le contestó: « El mar me ha mareado y no puedo levantarme de mi sitio. Déjame cenar con estas cosas y vete solo a la cita con el capitán» . « No hay inconveniente en ello.» Se sentó a contemplar cómo comía y vio que cortaba los bocados como si cortase las piedras de un monte; que los engullía como un elefante hambriento de varios días; que tomaba un nuevo bocado antes de haber terminado con el anterior; que los ojos se le desorbitaban como si fuesen los de un ogro al contemplar lo que tenía en las manos y que resollaba como un toro hambriento delante de la paja y de las habas. De repente se acercó un marinero que le dijo: « ¡Maestro! El capitán te dice: "Toma a tu compañero y ven a cenar"» Abu Sir dijo a Abu Qir: « ¿Vienes?» « ¡No puedo andar!» El barbero fue solo. Vio que el capitán estaba sentado y que tenía delante una mesa que contenía veinte o más platos. Él y sus comensales estaban esperando la llegada del barbero y de su compañero. El capitán al verlo le preguntó por su amigo. Le contestó: « ¡Señor mío! Está mareado» . « No es raro. Ya se le pasará el mareo. Acércate y cena con nosotros, pues te estaba esperando.» El capitán separó un plato y colocó en él guisos de todas clases en tal cantidad que hubiese bastado para diez personas. Cuando el barbero hubo cenado el capitán le dijo: « Llévate este plato para ti y para tu compañero» . Abu Sir lo cogió y se lo llevó a Abu Qir. Vio que éste estaba triturando con sus caninos toda la comida que tenía a

su alcance, que comía como si fuese un camello y que engullía a toda prisa bocado tras bocado. Abu Sir le dijo: « ¿No te había dicho que no comieses? El capitán es muy generoso. ¡Mira que es lo que te envía dado que yo le he explicado que estás mareado!» « ¡Dámelo!» Le pasó el plato. Abu Qir lo cogió y se arrojó, ávido, encima de todos los guisos como si fuese un perro furioso, o un león de presa o el buitre ruj cuando se abate sobre la paloma o aquel que estando a punto de morir de hambre, ve el alimento y se precipita a comerlo. Abu Sir le dejó, se marchó al lado del capitán y tomó el café con éste. Después regresó al lado de Abu Qir y vio que ya se había comido todo lo que contenía el plato y lo había arrojado vacío.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que lo recogió, se lo entregó a uno de los servidores del capitán, regresó al lado de Abu Qir y se durmió hasta la llegada de la aurora. Al día siguiente Abu Sir volvió a afeitar. Cada vez que le daban algo lo entregaba a Abu Qir quien se lo comía o se lo bebía; seguía sentado, sin levantarse ni siquiera para hacer sus necesidades. Cada noche le llevaba un plato bien lleno de parte del capitán.

Siguieron en esta situación durante veinte días, hasta que el galeón ancló en el puerto de una ciudad. Ambos desembarcaron del buque, entraron en la ciudad y alquilaron una habitación en la fonda. Abu Sir la amuebló y compró todo lo que necesitaban; llevó carne y la coció mientras Abu Qir dormía sin interrupción, sin despertarse, desde el momento en que se habían instalado. Abu Sir lo despertó y le colocó la mesa delante. Al desvelarse comió y después dijo: « ¡No me reprendas! Estoy mareado» . Continuó así durante cuarenta días. El barbero, cada día, tomaba sus instrumentos y recorría la ciudad, trabajaba según lo que el destino le deparaba, y volvía a la fonda en la que encontraba durmiendo a Abu Qir. Lo llamaba y cuando se había desvelado le daba de comer: el gandul comía sin estar nunca harto ni satisfecho y después volvía a dormirse. Esta situación continuó durante otros cuarenta días. Abu Sir le decía constantemente: « Incorpórate, descansa y sal a dar un paseo por la ciudad. Es magnífica, estupenda. No hay ninguna otra que se la pueda comparar» . Abu Qir, el tintorero, le decía: « ¡No me reprendas! Estoy mareado» . Abu Sir, el barbero, no le molestaba ni le dirigía ninguna palabra desagradable. El cuadragésimo primer día, el barbero se puso enfermo y no pudo salir. Encargó al portero de la fonda para que les atendiese. Éste les fue facilitando la comida y la bebida. Todo ello sucedía sin que Abu Qir dejase de dormir. Abu Sir continuó molestando al portero de la fonda durante un plazo de cuatro días. Después, la enfermedad del barbero se agravó y perdió el conocimiento. El hambre atormentó a Abu Qir. Se levantó,

se puso los vestidos de Abu Sir. Junto a éstos encontró una cierta cantidad de dirhemes. La cogió, encerró en la habitación a Abu Sir y se marchó sin que nadie se diese cuenta, puesto que el portero, que estaba en el zoco, no le vio salir. Abu Qir se dirigió al mercado, se puso magníficos vestidos y empezó a pasear y a visitar la ciudad. Vio que era una villa como jamás había visto otra. Todos sus habitantes iban vestidos únicamente de blanco y azul. Recorrió las tintorerías y vio que sólo teñían tinte azul. Sacó su pañuelo y dijo: « ¡Maestro! Coge este pañuelo, tíñemelo y cobra tu salario» . « Teñir esto cuesta veinte dirhemes.» Abu Qir le replicó: « En nuestro país cuesta dos dirhemes.» « Pues bien, ve a buscar un tintorero de tu país. Nosotros lo teñiremos únicamente por veinte dirhemes, ni uno menos.» Abu Qir preguntó: « ¿De qué color me lo teñirás?» « Azul.» « Yo quiero que lo tiñas de rojo.» « No sé teñir en rojo.» « Pues en verde.» « No sé teñir en verde.» « Pues en amarillo.» « No sé teñir en amarillo.» Abu Qir fue citando color tras color. El tintorero le explicó: « Somos en total cuarenta maestros, ni uno más ni uno menos, en todo nuestro país. Cuando muere uno de nosotros enseñamos el oficio a su hijo; si no deja heredero disminuye nuestro número en uno y si deja dos hijos instruimos a uno solo y si éste muere, enseñamos al hermano. Nuestro oficio, pues, está limitado a nosotros y únicamente sabemos teñir de azul» . Abu Qir el tintorero le dijo: « Sabe que soy tintorero y que sé teñir en todos los colores. Deseo que me des un empico y un salario y yo te enseñaré a teñir en todos los colores para que puedas vanagloriarte de ello por encima de todos los demás tintoreros» . Le replicó: « Jamás aceptamos que un extranjero se introduzca en nuestro oficio» . « ¿Y si abro una tintorería por mi cuenta?» « ¡Jamás podrás hacerlo!» Abu Qir le dejó y fue a ver a otro tintorero el cual le dijo lo mismo que el primero. Fue yendo de tintorero en tintorero hasta que hubo visitado a los cuarenta sin que ninguno de ellos le aceptase como oficial o maestro. Entonces corrió a ver al síndico de los tintoreros y le expuso el caso. Éste le replicó: « No aceptamos a ningún extranjero en nuestra profesión» . Abu Qir se encolerizó de mala manera y fue a quejarse al rey de aquella ciudad. Le dijo: « ¡Rey del tiempo! Soy un extranjero y tintorero de oficio. Me ha pasado esto y aquello con los tintoreros. Yo sé teñir en rojo y en sus distintos matices, como son el rosado y el morado; en verde y en sus distintos matices, como son el verde de hierba, el de alfónsigo, el aceitunado y el de papagayo; en negro en sus distintos matices, como son el de carbón y el de colirio; en amarillo en sus distintos matices, como son el de naranja y el de limón» . Siguió citándole matices y añadió: « ¡Rey del tiempo! No hay ni uno de los tintoreros de tu ciudad cuyas manos sean capaces de teñir un objeto en tales colores, puesto que sólo saben hacerlo en azul y no me han querido aceptar ni como maestro ni como dependiente» . El rey le contestó: « ¡Tienes razón! Pero yo te abriré una tintorería y te daré el capital. No tendrás por qué preocuparte de ellos y ahorcaré al que te moleste en la puerta de su tienda» . Dio órdenes a los

albañiles y les dijo: « Id con este maestro. Recorred con él la ciudad y cuando encuentre un lugar que le guste expulsad al dueño; da igual que se trate de una tienda, de una fonda o de cualquier otro inmueble. Construid una tintorería de acuerdo con su deseo y ejecutad sin rechistar, cualquier cosa que os diga» . A continuación, el rey le concedió un hermoso vestido de honor, le dio mil dinares y le dijo: « Gástalos en atender tus necesidades hasta que se haya terminado la construcción» . Le regaló dos esclavos para su servicio y un corcel con arneses recamados. Abu Qir se puso la túnica, montó en el caballo: parecía un príncipe. El rey le concedió una casa y mandó que la amueblasen.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la amueblaron, se instaló en ella y al día siguiente montó a caballo y recorrió la ciudad llevando delante de él a los arquitectos. Fue observando hasta llegar a un lugar que le complació. Dijo: « Éste es un buen sitio» . Sacaron a su dueño y lo condujeron ante el rey quien le pagó más de lo que valía su propiedad y quedó satisfecho. Acudieron los albañiles y Abu Qir les dijo: « Construid tal y tal cosa y haced esto y aquello» ; así le levantaron una tintorería que no tenía igual. Después se presentó ante el rey y le informó de que estaba terminado el edificio de la tintorería y que sólo necesitaba, para que funcionase, el precio de los colores. El rey le dijo: « Toma estos cuatro mil dinares como capital inicial y muéstrame los resultados de tu tintorería» . Cogió el dinero, se fue al zoco y encontró mucho índigo a precio regalado. Compró todos los ingredientes que necesitaba para teñir. El rey le envió quinientos retales de telas. Las tiñó de distintos colores, después de lo cual las colocó delante de la tienda. Las gentes, al pasar por allí, al ver una cosa tan prodigiosa, que nunca la habían visto en su vida, se amontonaron ante su puerta y boquiabiertos le interrogaban y le decían: « ¡Maestro! ¿Cuáles son los nombres de estos colores?» Les respondía: « Éste es rojo; éste es amarillo; éste es verde» , y se los iba mostrando. Empezaron a llevarle trozos de tela y a decirle: « Tíñenoslo de este color y éste y cobra lo que desees» . Cuando hubo terminado de teñir las ropas del soberano las cogió y se dirigió con ellas al diván. El rey, al ver aquellos colores, se alegró y le recompensó espléndidamente. Todos los soldados acudieron a él con ropas y le dijeron: « ¡Tíñenos esto!» Él lo teñía de acuerdo con sus deseos y ellos le cubrían de oro y de plata. Se divulgó su nombre y su tintorería se llamó la « Tintorería del Sultán» . El bienestar le llegó por todas las puertas y ninguno de los tintoreros podía hablar con él, pero todos acudían, le besaban las manos y se excusaban por su anterior comportamiento, ofreciéndosele diciendo: « ¡Tómanos por dependientes!» Pero él no quiso recibir a ninguno de ellos. Adquirió esclavos y criados y reunió grandes riquezas. Esto es

lo que a Abu Qir se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Abu Sir: « Abu Qir lo dejó encerrado en la habitación después de haberle robado los dirhemes; se marchó dejándole solo, enfermo, sin conocimiento, tendido en la habitación y con la puerta cerrada. Así pasó tres días. El portero de la fonda se fijó en la puerta de la habitación y al darse cuenta de que estaba cerrada, de que no veía a ninguno de los dos hasta el momento de la caída de la tarde y de que no tenía ninguna noticia se dijo: « Tal vez se han ido de viaje sin pagar el alquiler de la habitación o bien han muerto, ¿qué puede haberles pasado?» Se acercó a la puerta, vio que estaba cerrada y oyó en el interior fuertes gemidos mientras que la llave estaba en la cerradura. Abrió, entró y encontró al barbero quejándose. Le dijo: « ¡Que no te ocurra ningún daño! ¿Dónde está tu compañero?» « ¡Por Dios! Sólo hoy me he repuesto de mi enfermedad y he empezado a gritar sin recibir contestación de nadie. ¡Dios esté contigo, hermano mío! Busca la bolsa que está debajo de mi cabeza, coge cinco medios dirhemes y cómprame algo con lo que pueda alimentarme, pues tengo muchísima hambre.» El portero alargó la mano, cogió la bolsa y vio que estaba vacía. Dijo al barbero: « La bolsa está vacía; no contiene nada» . El barbero, Abu Sir, se dio cuenta de que Abu Qir le había robado lo que contenía y había huido. Le preguntó: « ¿No has visto a mi compañero?» « Hace tres días que no le veo. Creía que os habíais ido los dos de viaje.» « No nos hemos ido de viaje. Él deseaba apoderarse de mis céntimos, los ha cogido y ha huido al verme enfermo.» Lloró y sollozó. El portero le dijo: « ¡Que no te ocurra ningún daño! Dios le dará lo que se merece» . El portero de la fonda se fue, le preparó un caldo y un plato de comida y se lo dio atendiéndole solícitamente con cargo a su propio peculio durante un plazo de dos meses hasta que hubo sudado y Dios le hubo curado de la enfermedad que padecía. Se puso de pie y dijo al portero de la fonda: « ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) permita que pueda recompensarte por el bien que me has hecho que es tanto que sólo Él puede pagártelo!» El portero le replicó: « ¡Loado sea Dios que te ha devuelto la salud! Yo he obrado así contigo únicamente con el deseo de obtener la noble faz de Dios» . El barbero salió de la fonda, recorrió los zocos y los hados le llevaron hasta el barrio en que estaba la tintorería de Abu Qir. Vio que las telas teñidas estaban allí, junto a la puerta, y que una gran multitud se aglomeraba para contemplarlas. Preguntó a un habitante de la ciudad: « ¿Qué lugar es este? ¿Por qué hay tanta gente aquí reunida?» Le contestó: « Es la Tintorería del Sultán. Éste la ha construido para un hombre extranjero llamado Abu Qir. Cuando tiñe un vestido se reúne la gente para contemplar cómo lo hace, ya que los tintoreros de nuestro país no saben teñir en estos colores. A Abu Qir le ha sucedido con los tintoreros de la ciudad lo que le ha sucedido» . Le refirió todo lo que había ocurrido a aquél con la gente del ramo y que había ido a quejarse al Sultán: « Éste le llevó sobre la palma de la mano —continuó—, le construyó esta tintorería y le ha dado esto y esto» . Así le informó

de todo lo que había ocurrido. Abu Sir se alegró y se dijo: « ¡Loado sea Dios que le ha favorecido hasta hacer de él un maestro! El hombre tiene disculpa de haberse distraído de ti con la práctica de su profesión. Tú le has hecho favores y le has tratado bien cuando no tenía trabajo. Cuando te vea se alegrará y te tratará con los mismos miramientos con que tú le trataste» . Se acercó a la puerta de la tintorería y vio que Abu Qir estaba sentado en un elevado sitial colocado encima de un banco situado junto a la puerta. Llevaba un traje de regia factura y delante suyo había cuatro esclavos y cuatro mamelucos que vestían estupendas ropas; vio obreros y diez esclavos en pie trabajando, ya que al comprarlos les había enseñado el oficio. Abu Qir estaba sentado encima de cojines como si fuese el gran visir o un rey todopoderoso: no hacía nada con las manos y sólo les decía: « ¡Haced esto y esto!» Abu Sir se detuvo delante de él creyendo que cuando le viera se alegraría, le saludaría, le trataría con buenos modos y le haría los honores. Pero cuando el ojo del uno vio al del otro Abu Qir le dijo: « ¡Miserable! ¡Cuántas veces te he dicho que no te pares ante la puerta de este taller! ¿Es que quieres afrentarme ante la gente, ladrón? ¡Detenedlo!» Los esclavos se le echaron encima y lo cogieron. Abu Qir se puso de pie, cogió un garrote y dijo: « ¡Echadlo al suelo!» Le dio cien palos en la espalda. Después le volvieron y le dio otros cien en el vientre diciendo: « ¡Miserable! ¡Traidor! Si después de hoy te vuelvo a ver en la puerta de esta tintorería te enviaré al acto al rey quien te entregará al valí para que te corte el cuello. ¡Vete y que Dios no te bendiga!» Se marchó confuso por los golpes y la humillación que había sufrido. Los que estaban presentes preguntaron a Abu Qir el tintorero: « ¿Qué ha hecho este hombre?» Les contestó: « Es un ladrón que me roba las ropas de los clientes.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Qir prosiguió:] » …Me ha robado muchas veces pero yo me decía: “¡Que Dios le perdone! Es un hombre pobre y no quiero molestarle”. Pagaba a la gente el importe de sus ropas y le reprendía con buenos modos. Pero él no se ha dado por vencido. Si vuelve otra vez lo remitiré al rey quien lo matará: así la gente podrá vivir a cubierto de sus fechorías» . Los allí reunidos empezaron a injuriarle después de haberse ido. Esto es lo que se refiere a Abu *Qir*.

He aquí lo que hace referencia a Abu Sir: Regresó a la fonda y se sentó a meditar en lo que había hecho con él Abu Qir. No se movió hasta que se le hubo calmado el dolor de los palos. Salió, cruzó los zocos de la ciudad y se le ocurrió ir al baño. Preguntó a uno de sus habitantes: « ¡Hermano mío! ¿Por dónde se va al baño?» El otro le preguntó: « ¿Qué es un baño?» « Un lugar en que la gente se lava quitándose las suciedades. Es una de las mayores delicias del mundo.»

« ¡Tienes que ir al mar!» « ¡Pero si yo quiero un baño!» « No sabemos lo que es un baño y todos nosotros vamos al mar, incluso el rey si quiere lavarse.» Cuando Abu Sir se dio cuenta de que en la ciudad no había ni un baño y que sus habitantes no sabían lo que era, se fue a ver al rey, entró, besó el suelo ante él e hizo las pertinentes invocaciones. Después le dijo: « Soy un extranjero cuyo oficio es el de bañador. He venido a tu ciudad y he querido ir a un baño, pero no he encontrado en ella ni uno tan siquiera a pesar de que la ciudad tiene un aspecto magnífico. ¿Cómo puede carecer de baño si éstos constituyen lo mejor del mundo?» El rey le preguntó: « ¿Qué es un baño?» Le refirió sus características y añadió: « Tu ciudad no será perfecta hasta que disponga de un baño» . El rey le contestó: « ¡Bien venido!» Le dio un traje de corte que no tenía igual, le regaló un corcel, esclavos, cuatro esclavas y dos mamelucos. Mandó que le preparasen una casa amueblada y le honró más que al tintorero poniendo a su disposición albañiles. Les dijo: « Construid un baño en el lugar que le guste» . Recorrió la ciudad hasta llegar a un sitio que le interesó. Les hizo una indicación y los obreros se instalaron allí. Él les fue indicando cómo debían hacerlo y construyeron un baño que no tenía igual. Les mandó que lo decorasen y lo arreglaron de tal modo que dejaba pasmados a todos los que lo veían. Se presentó ante el rey y le informó de que había terminado de construir y decorar el baño. Añadió: « Sólo faltan los muebles» . El rey le entregó diez mil dinares y él los tomó, amuebló la casa de baños y colocó las toallas alineadas en las cuerdas. Todos los que cruzaban ante su puerta clavaban en él la vista y se quedaban estupefactos ante su decoración. Las gentes se amontonaron ante aquel edificio que veían por primera vez en su vida. Lo contemplaban y preguntaban: « ¿Qué es esto?» Abu Sir les contestaba: « Un baño» . Ellos se quedaban boquiabiertos. Calentó el agua, la hizo circular y colocó un surtidor en la pila que dejaba absorto el entendimiento de todos los habitantes de la ciudad que lo veían. Pidió al rey diez mamelucos que aún no hubiesen llegado a la pubertad y se los entregó: eran como lunas. Abu Sir les dio un masaje y les dijo: « ¡Haced lo mismo con los clientes!» Perfumó el baño con incienso y mandó a un pregonero que anunciase por la ciudad: « ¡Criaturas de Dios! ¡Acudid al baño que se llama « Baños del Sultán» !» Las gentes acudieron a porfía y Abu Sir mandó a los mamelucos que lavasen los cuerpos. Los clientes entraron y salieron ininterrumpidamente, lavándose, durante tres días, sin pagar nada. El cuarto día el rey decidió visitar el baño. Montó a caballo y se dirigió hacia él con los grandes del reino. Se desnudó y entró en la piscina. Abu Sir lo acompañó, le hizo masaje y le quitó toda la suciedad que tenía en el cuerpo y que formaba a modo de mechas; se las iba mostrando y el rey se ponía contento y se pasaba la mano por el cuerpo resbalando por la piel limpia y tersa. Una vez le hubo lavado el cuerpo, mezcló agua de rosas con el agua de la piscina. El soberano se metió en ésta y salió con el cuerpo perfumado y rejuvenecido como jamás lo había tenido. Después lo

sentó en el vestíbulo y los mamelucos empezaron a hacerle masaje mientras los pebeteros exhalaban perfume de áloe y ámbar gris. El rey dijo: « ¡Maestro! ¿Es en esto en lo que consiste el baño?» « ¡Sí!» « ¡Por mi cabeza! Mi ciudad ha llegado a ser una capital gracias al baño. ¿Cuánto cobras a cada cliente?» « Cobraré lo que tú me mandes.» El rey ordenó que le entregasen mil dinares y le dijo: « Cobrarás mil dinares a todo aquel que se bañe en tu casa» . « ¡Perdón, rey del tiempo! No todas las gentes son iguales: hay ricos y pobres. Si yo pidiera mil dinares a todo el mundo me quedaría sin trabajo, pues el pobre no puede pagar esta cantidad.» « ¿Y qué harás para cobrar?» « Lo dejaré a la generosidad de cada uno. Todos aquellos que puedan dar, que den. Cobraré a cada uno según sus posibilidades. Si las cosas se hacen así vendrá aquí todo el mundo: los ricos pagarán según su rango y el que sea pobre dará lo que pueda. Si se hace así el baño podrá funcionar y tendrá un gran éxito. Los mil dinares constituyen un regio presente que no todo el mundo puede hacer.» Los grandes del reino dijeron: « Esto es razonable, ¡oh rey del tiempo! ¿Crees que todas las gentes son reyes poderosos como tú?» El rey les replicó: « Decís algo que es verdad, pero este extranjero es pobre y es necesario que lo honremos. Nos ha construido un baño como nunca hemos visto otro igual. Gracias a él nuestra ciudad es una verdadera e importante capital. No estaría por demás mostrarse generoso en su pago» . Le dijeron: « Si quieres favorecerlo, sé generoso con tus propios bienes de modo que el modesto precio de un baño sea indicio, para los pobres, de la magnanimidad del rey con el fin de que los súbditos te bendigan. Nosotros, que somos los grandes de tu imperio, no podemos darle los mil dinares. ¿Cómo quieres que puedan dárselos los pobres?» El rey contestó: « ¡Grandes del reino! Cada uno de vosotros pagará, por esta vez, cien dinares, un mameluco, una esclava y un esclavo» . Contestaron: « Sí; se lo daremos. Pero a partir de hoy todo aquel que entre en el baño sólo le dará lo que pueda» . « ¡No hay inconveniente!» , concluyó el rey. Cada uno de los magnates le dio cien dinares, una esclava y un esclavo. Los grandes que se bañaron ese día con el rey eran cuatrocientos…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los grandes que se bañaron ese día con el rey eran cuatrocientos] por lo cual reunió de una vez cuarenta mil dinares, cuatrocientos mamelucos, cuatrocientas esclavas y cuatrocientos esclavos. Además de estos dones, el rey le regaló diez mil dinares, diez mamelucos, diez esclavas y diez esclavos. Abu Sir se adelantó, besó el suelo delante del soberano y le dijo: « ¡Rey feliz! ¡Señor del buen consejo! ¿Qué lugar será suficientemente amplio para contener tanto mameluco, esclava y esclavo?» « He mandado a mi séquito que se porte así para entregarte una gran cantidad de riquezas, pues es

posible que pienses en tu país, en tu familia; que quieras reunirte con ellos y desees regresar a tus lares: así habrás recogido en nuestra patria una suma importante de dinero para vivir desahogadamente en el tuyo.» Abu Sir le contestó: « ¡Que Dios te proteja, rey del tiempo! Tanto mameluco, esclavo y esclava sólo es propio de los grandes reyes. Preferiría que en vez de todo este ejército mandaras que se me diese dinero líquido, ya que ellos comen, beben y visten y por más dinero que yo gane no será suficiente para atenderlos» . El rey se puso a reír y dijo: « ¡Tienes razón! Constituyen un verdadero ejército y tú eres incapaz de atenderlos pero ¿me venderías a cada uno de ellos por cien dinares?» « ¡Te los vendo a ese precio!» El rey ordenó a su tesorero que le llevase el dinero. Cuando lo tuvo le entregó todo el importe, exacto y completo, y después los regaló a sus anteriores dueños diciendo: « Cada uno de vosotros identificará a su esclavo o a su esclava o a su mameluco y lo recogerá. Esto es un regalo que os hago» . Obedecieron las órdenes del rey y cada uno de ellos tomó lo que le pertenecía. Abu Sir le dijo: « ¡Que Dios te conceda el descanso, rey del tiempo, del mismo modo que tú me has librado de estos ogros que nadie, más que Dios, puede saciar!» El rey se rio de sus palabras y le dio la razón. Después se marchó llevándose consigo a los grandes del reino y, abandonando el baño, se dirigió al serrallo.

Abu Sir pasó la noche contando el dinero, colocándolo en bolsas y sellándolo. Tenía veinte mamelucos y cuatro criados para el servicio. Al amanecer abrió el baño y mandó pregonar: « ¡Todo aquel que entre en el baño para lavarse pagará lo que pueda y le incite su generosidad!» Abu Sir se sentó al lado de la caja y los clientes se amontonaron. Al salir todos los usuarios pagaban lo que podían. Aún no había caído la tarde cuando ya tenía llena la caja de todo» los bienes de Dios (¡ensalzado sea!).

La reina quiso ir al baño. Abu Sir, al enterarse, dividió la jornada en dos partes: desde la aurora hasta el mediodía lo abrió para los hombres y desde el mediodía hasta la noche para las mujeres. Cuando llegó la reina colocó una joven detrás de la caja y enseñó a cuatro jóvenes el oficio de bañadoras hasta que hizo de ellas unas profesionales. La soberana quedó admirada del establecimiento; el pecho se le dilató y pagó mil dinares. La fama de Abu Sir se extendió por la ciudad y todos los que entraban le trataban generosamente tanto si eran ricos como pobres. El bienestar le llegó por todas las puertas y se hizo amigo de los auxiliares del rey. Éste acudía un día a la semana y le pagaba mil dinares. Los días restantes acudían los grandes y los humildes. Abu Sir los trataba bien y con cortesía. Cierto día el Capitán del mar del rey entró en el baño de Abu Sir. Éste se desnudó, entró con él en la piscina, le dio masaje y lo trató con toda clase de miramientos. Al salir le preparó sorbetes y café. Cuando quiso pagarle juró que no iba a aceptar nada. El capitán que había recibido sus favores al ver que le trataba tan amablemente y con tanto desinterés quedó perplejo sin saber qué

regalar al bañista a cambio de tanta generosidad. Esto es lo que se refiere a Abu Sir.

He aquí lo que se refiere a Abu Qir: Al oír los elogios que todo el mundo hacía del baño y que todos decían: « Este baño es, sin género de dudas, la delicia del mundo» , o bien « ¡Fulano! Si Dios quiere vendrás mañana al baño con nosotros. El baño es delicioso» , se dijo: « Es necesario que vaya como todo el mundo al baño y que vea ese establecimiento que sorbe el entendimiento de la gente» . Se puso el traje más precioso de que disponía, montó en la mula y tomó consigo cuatro esclavos y cuatro mamelucos que le precedieron y le siguieron y se dirigió al baño. Se apeó en su puerta y desde ella notó el olor del áloe y del ámbar; vio que unos entraban y otros salían, que los bancos estaban repletos de grandes y humildes. Entró en el vestíbulo. Abu Sir lo vio, le salió al encuentro y se alegró de saludarlo. Abu Qir le dijo: « ¿Es ésta la conducta de un hombre de bien? Yo he abierto una tintorería, he pasado a ser un maestro en mi oficio en el país, he conocido al rey y vivo en la felicidad y en el bienestar. Tú ni has venido a verme, ni has preguntado por mí ni has dicho "¿Dónde está mi compañero?" He sido incapaz de encontrarte a pesar de haberte buscado; he enviado a mis esclavos y a mis mamelucos a indagar por las fondas y por todos los lugares sin que hasta ahora hayan dado con tu pista ni nadie sepa nada de ti» . Abu Sir le replicó: « ¿Es que no te he visitado? Me has tomado por un ladrón y me has apaleado y difamado delante de la gente» . Abu Qir fingió sentirlo y replicó: « ¿Qué significan estas palabras? ¿Eres tú aquel a quien he apaleado?» « ¡Sí! ¡Yo soy!» Abu Qir juró de mil modos que no le había reconocido y añadió: « Uno que se te parece venía cada día a robarme la ropa de la gente y yo creía que eras tú» . Fingió que se arrepentía y palmoteando exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Grande! Me he portado mal contigo. ¡Si te hubieses dado a conocer diciendo: "¡Yo soy Fulano!"! Pero la culpa es tuya que no te has identificado, pues yo estaba agobiado por el exceso de trabajo» . Abu Sir le replicó: « ¡Que Dios te perdone, compañero! Esto me estaba destinado por el Hado y a Dios incumbe remediarlo. Entra, quítate los vestidos, lávate y regocíjate» . « ¡Te conjuro a que me perdones, hermano!» « ¡Que Dios te preserve de la humillación, pues yo te perdono ya que eso era una calamidad que me estaba reservada desde la eternidad!» Abu Qir le preguntó: « ¿De dónde te viene todo este señorío?» « Aquel que te ha favorecido me ha favorecido. Me presenté ante el rey, le hablé del interés que tiene un baño y mandó que se construyera.» « Yo también, como tú, conozco al rey…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Qir contestó: « Yo también,

como tú, conozco al rey] y si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere le induciré a que te aprecie y a que te honre más que ahora, ya que él no sabe que tú eres mi compañero. Yo le explicaré que tú eres mi camarada y te recomendaré a él.» «No necesito ninguna recomendación, pues el rey y todos sus cortesanos me tienen afecto y me aprecian. Me ha dado esto y esto.» Le contó toda la historia. Después le dijo: «Quítate los vestidos detrás de la caja y métete en el baño. Yo entraré contigo para darte masaje». Abu Qir se quitó todo lo que llevaba y se metió en el baño. Abu Sir entró al mismo tiempo, le dio masaje, le enjabonó, le vistió y se ocupó de él hasta que salió. Entonces le ofreció el desayuno y los sorbetes mientras toda la gente se quedaba admirada de las muchas atenciones que le tenía. Después Abu Qir quiso pagarle, pero su amigo juró que no le aceptaría nada diciendo: «¡Avergüénzate de tal acto! ¡Tú eres mi compañero y somos iguales!» Abu Qir dijo a Abu Sir: «¡Por Dios, compañero! Este baño es grandioso, pero tiene un defecto». «¿Cuál es?» «Le falta un ungüento compuesto de arsénico y de cal que depila con comodidad. ¡Fabrícalo! Cuando venga el rey ofréceselo y enséñale como depila. Te apreciará mucho y más te honrará.» «¡Tienes razón! Si Dios quiere lo fabricaré.» Abu Qir salió, montó en su mula y se fue a ver al rey. Se presentó ante él y le dijo: «Te he de dar un consejo, rey del tiempo». «¿Cuál es?» «Me he enterado de algo: de que has construido un baño.» «Sí; vino a verme un forastero y se lo he construido del mismo modo que a ti te edifiqué la tintorería: es un baño magnífico que embellece mi ciudad», y le citó todos los ornatos del baño. Abu Qir le preguntó: «¿Y te has bañado en él?» «Sí.» «¡Loado sea Dios que te ha salvado de la maldad de ese depravado, de ese enemigo de la religión que es el bañador!» «¿Qué ha hecho?» «Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que si vuelves otro día, morirás.» «¿Por qué?» «El bañador es tu enemigo, el enemigo de la religión. Te ha inducido a construir el baño porque desea envenenarte. Te ha preparado algo. Cuando entres en el baño te lo ofrecerá diciendo: "Este específico, hecho de grasa, es un magnífico depilador". Pero no se tratará de un específico sino de un tóxico poderosísimo, de un veneno mortal. El sultán de los cristianos ha prometido a este depravado que si te mata pondrá en libertad a su esposa y a sus hijos que están encarcelados; éstos son ahora sus prisioneros. Yo también estaba prisionero, con ellos, en su país, pero abrí una tintorería, les teñí la ropa en todos los colores y conseguí que el corazón del Sultán se apiadase de mí. Cuando éste me preguntó: "¿Qué quieres?" le contesté: "La libertad". Me manumitió, me vine a esta ciudad y he visto el baño. Le he preguntado por él y le he dicho: "¿Cómo has conseguido liberarte y liberar a tu esposa y a tus hijos?". Me ha contestado: "Yo, mi esposa y mis hijos seguimos prisioneros hasta que el rey de los cristianos celebró un banquete. Yo fui uno de los que asistieron de pie entre la turbamulta de la gente, pero oí que empezaban a hablar de los reyes y llegaron a mencionar al rey de esta ciudad. Entonces el rey de los cristianos exhaló un suspiro y dijo: 'El único

que me asusta, de todo el mundo, es el rey de tal ciudad. Aquel que idee la forma de darle muerte obtendrá de mí lo que desee'. Me acerqué a él y le dije: 'Si me las ingenio para matarlo ¿me libertarás junto con mi esposa y mis hijos?' Me contestó: 'Sí; os libertaré y te daré todo lo que desees'. Me puse de acuerdo con él, me envió en un galeón a esta ciudad y me presenté ante su dueño, quien me ha construido este baño. Ahora no me falta más que darle muerte y regresar junto al rey de los cristianos para que ponga en libertad a mis hijos y a mi mujer y pedir la recompensa". Le pregunté: "¿Y qué medios has ideado para darle muerte?" Me ha replicado: "Una sencilla astucia, la más sencilla que existe. Cuando venga al baño tendré preparado un depilador envenenado. Al llegar le diré: 'Coge este fármaco y ponte el ungüento en tus partes de abajo, pues te caerá el cabello'. Él lo cogerá, se untará las partes bajas y el veneno actuará de día y de noche hasta que llegue a su corazón, y le dé muerte y adiós". Al oír estas palabras he temido que te ocurriera algo ya que tú me has favorecido. Por eso te he informado» . El rey, al oír estas palabras, se enfadó muchísimo y dijo al tintorero: « ¡Guarda este secreto!» Se marchó inmediatamente al baño para disipar las dudas con la certitud. Apenas hubo entrado Abu Sir lo desnudó, como tenía por costumbre, se ocupó del soberano y le dio masaje. Después le dijo: « ¡Rey del tiempo! He fabricado un depilatorio para utilizarlo en las partes bajas» . « ¡Tráemelo!» Se lo llevó y el soberano vio que tenía un olor desagradable. Se convenció de que se trataba de un veneno, se indignó y gritó a sus esbirros: « ¡Detenedlo!» Éstos lo cogieron y el rey se marchó descompuesto de ira sin que nadie supiese cuál era la causa, ya que se había encolerizado tanto que no lo había contado a nadie ni nadie se había atrevido a preguntárselo. El rey se vistió, se dirigió a la audiencia y mandó llamar a Abu Sir que compareció esposado. Después llamó al capitán y cuando tuvo a éste delante le dijo: « Coge a este malvado, colócale en un saco con dos quintales de cal viva, ciérralo en su interior con la cal, toma una barca y sitúate al pie de mi palacio: me verás sentado junto a una ventana. Pregúntame: "¿Le tiro?", y yo te contestaré: "¡Échalo!" Cuando te diga esto le arrojarás para que la cal viva acabe con él y muera abrasado y ahogado al mismo tiempo» . « ¡Oír es obedecer!» , le replicó el capitán. Se llevó a Abu Sir a una isla que estaba delante del alcázar y le preguntó: « ¡Oh, tú! Sólo he estado una vez en tu baño y me has honrado muchísimo, has procurado atender a mis necesidades y he quedado muy satisfecho de ti. Tú no me has querido cobrar nada y yo te aprecio muchísimo por todo ello. Cuéntame qué es lo que te ha sucedido con el rey y qué mala jugada le has gastado para que él se haya enfadado contigo y haya ordenado que se te dé esta horrible muerte» . Le replicó: « ¡Por Dios! ¡Nada he hecho y no sé cuál es mi culpa para merecer esto!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el capitán prosiguió:] « El rey te tenía en una estimación tal como a nadie había tenido con anterioridad. Todos los altos personajes son envidiados. Tal vez alguien haya tenido celos de tu rango y haya hecho insinuaciones malévolas ante el rey para que éste se enfadase contigo de este modo. Pero tú eres el bienvenido y no te ha de alcanzar ningún mal. Ya que tú me has honrado sin saber quién era, yo te voy a salvar pero una vez lo haya hecho permanecerás conmigo en esta isla hasta que zarpe de la ciudad un galeón rumbo a tu país. Yo te embarcaré hacia él.» Abu Sir besó la mano del capitán y le dio las gracias por lo que hacía. Éste tomó la cal viva y la colocó en el saco junto con una piedra del tamaño de un hombre y le dijo: « ¡En Dios confío!» A continuación dio una red a Abu Sir y le dijo: « Arroja esta red en el mar. Tal vez pesques algún pez, ya que todos los días he de suministrar pescado a la cocina del rey y hoy no puedo dedicarme a la pesca a causa de la desgracia que te ha ocurrido. Temo que vengan los pinches en busca del pescado y que no lo encuentren. Si tú pescas algo, ellos lo recogerán y yo podré ir a hacer la comedia debajo del alcázar y fingir que te tiro» . Abu Sir le dijo: « Yo pescaré y tú márchate; que Dios te proteja» .

El capitán colocó el saco en la barca y se dirigió con él al pie del alcázar. Vio al rey sentado junto a una ventana y le dijo: « ¡Rey del tiempo! ¿Lo tiro?» « ¡Tíralo!» , le replicó al tiempo que hacía un gesto con la mano: en el mismo instante relampagueó un objeto que cayó al mar: era, nada menos, que el anillo del rey que estaba encantado, razón por la cual, cuando el soberano se enfadaba con alguien y quería matarlo, le apuntaba con la mano derecha en la que llevaba el anillo: éste lanzaba un relámpago que alcanzaba al señalado y le separaba la cabeza de los hombros: la fidelidad del ejército y el temor de los grandes tenía por origen tal anillo. El soberano, al darse cuenta de que el anillo se le había caído del dedo, calló lo que acababa de ocurrirle y no se atrevió a decir: « Se me ha caído el anillo al mar» , temeroso de que el ejército se sublevase y le matase. Esto es lo que al rey se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Abu Sir: una vez le hubo dejado el capitán tomó la red, la arrojó al mar y la sacó llena de peces. La arrojó por segunda vez y la volvió a sacar llena de peces. Siguió echándola y siempre salía llena de peces. Así reunió delante suyo un gran montón de pescado. Se dijo: « ¡Por Dios! Hace ya mucho tiempo que no como pescado» . Limpió uno grande y grueso y dijo: « Cuando venga el capitán le diré: “Fríeme este pescado para comerlo”» . Lo limpió con el cuchillo que tenía y lo metió por las branquias en donde tropezó con el anillo del rey, ya que el animal lo había engullido y el destino le había llevado, después, hacia la isla en la cual había caído en la red. Abu Sir tomó el anillo y se lo colocó en el anular sin saber las virtudes que tenía. Los pinches acudieron a pedir el pescado. Al llegar junto a Abu Sir le dijeron: « ¡Hombre!

¿Adónde ha ido el capitán?» « No lo sé» , replicó al tiempo que les señalaba con la mano derecha y caía, al acto, la cabeza de ambos. Abu Sir quedó sobrecogido por lo que acababa de ocurrir y empezó a decir: « ¡Quién supiera qué es lo que les ha matado!» Se preocupó y empezó a meditar en el sello. El capitán regresó y vio una gran montaña de peces, distinguió a los dos muertos y descubrió el anillo en el dedo de Abu Sir. Exclamó: « ¡Amigo mío! ¡No muevas la mano en que tienes el anillo, pues si la mueves me matas!» Aquél se extrañó ante la frase « No muevas la mano en que tienes el anillo pues si la mueves me matas.» Al llegar a su lado el capitán, éste le preguntó: « ¿Quién ha matado a estos dos pinches?» Abu Sir le replicó: « ¡Por Dios, amigo mío, no lo sé!» « Dices la verdad. Pero infórmame de cómo te ha llegado este anillo.» « Lo he encontrado en las branquias de este pez.» « Dices la verdad: yo lo he visto caer, relampagueando, desde el alcázar del rey al agua en el momento en que éste te apuntaba y me decía: "¡Tírale!". Al hacerme la seña he tirado el saco y el anillo le ha resbalado del dedo y ha caído al mar. Después este pez lo ha engullido y Dios lo ha conducido hasta ti para que tú le pescases. Tal ha sido tu suerte, pero ¿conoces las virtudes de este anillo?» « No conozco ninguna de ellas.» El capitán le explicó: « Sabe que todas las tropas del rey lo obedecen por el miedo que sienten ante este anillo que está encantado. Cuando el rey se enfada con alguien y quiere matarlo lo apunta con el dedo y la cabeza se le cae de encima de los hombros en el momento en que este anillo despide un relámpago que alcanza a aquel con el que se ha enfadado y muere en el acto» . Abu Sir se alegró muchísimo al oír estas palabras y dijo al capitán: « ¡Devuélveme a la ciudad!» Le contestó: « Te llevaré ahora mismo, pues ya no temo que el rey se enfade contigo; si tú quieres matarlo basta con que lo señales con la mano y su cabeza caerá ante ti Si quieres matar al rey y a todas sus tropas puedes hacerlo sin dificultad» . Lo embarcó en el bote y lo condujo a la capital.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas treinta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al llegar a ésta se dirigió al palacio del rey, entró en la sala de audiencias y encontró al soberano sentado con las tropas delante. Estaba muy apenado a causa de lo sucedido con el anillo, de cuya pérdida no había informado a ningún soldado. Al ver a Abu Sir le preguntó: « ¿Es que no te hemos arrojado al mar? ¿Cómo has hecho para salir?» « ¡Rey del tiempo! Cuando mandaste que me arrojaran al mar el capitán me cogió, me condujo a la isla y me preguntó por qué te habías enfadado conmigo. Me dijo: "¿Qué has hecho al rey para que haya mandado darte muerte?" Le repliqué: "¡Por Dios! No sé que le haya hecho ninguna mala faena". Me dijo: "El rey te tenía en muy alta estima. Es posible que alguien que te envidia le haya hablado

en contra tuya hasta hacer que se encolerizase contigo. Yo te he visitado en el baño y me has honrado, y así como tú me has atendido en el baño, yo te salvaré y te enviaré a tu país". El capitán colocó en la barca una piedra en sustitución mía y la arrojó al mar. Cuando le hiciste la seña el anillo resbaló de tu mano y se cayó al agua. Un pez lo engulló. Yo estaba pescando en la isla y éste cayó en mis redes con otros muchos. Me dispuse a asarlo y al abrir su vientre encontré el anillo y me lo puse en el dedo. Vinieron los dos pinches a pedirme tu pescado y les apunté —sin saber las propiedades del anillo— y las dos cabezas rodaron por el suelo. Más tarde se presentó el capitán, quien, reconociendo el anillo que llevaba en el dedo, me informó de su encantamiento. He venido a traértelo, puesto que te has portado bien conmigo y me has honrado del modo más completo: el bien que a mí se me hace no se pierde. Cógelo y si te he faltado en algo que merezca la muerte dime cuál es el pecado y luego mátame: no serás culpable por haber derramado mi sangre.» Se sacó el anillo del dedo y se lo entregó al rey.

El soberano, al ver la noble conducta de Abu Sir con él, tomó el anillo, se lo puso en el dedo y volvió a respirar. Se puso en pie delante de él y le abrazó diciendo: « ¡Hombre! Tú eres una de las más nobles personas. No me reprendas y perdóname por lo que te he hecho. Si otra persona, distinta de ti, hubiese entrado en posesión de este anillo, no me lo hubiera devuelto» . « ¡Rey del tiempo! Si quieres que te perdone dime cuál es la falta que ha motivado tu cólera hasta el punto de mandar que me matasen.» « ¡Por Dios! Puedes estar seguro de que te tengo por inocente, que no eres culpable de nada desde el momento en que me has hecho tal favor. Pero el tintorero me ha dicho esto y esto» , y le explicó todo lo que le había dicho. Abu Sir le explicó: « ¡Rey del tiempo! Yo no conozco al rey de los cristianos, ni en mi vida he visitado su país ni me ha pasado por la mente el matarte. El tintorero era mi compañero y mi vecino en la ciudad de Alejandría. Allí vivíamos en la estrechez y ésta nos hizo abandonarla: leímos juntos la *fátiha* prometiendo que el que de nosotros trabajara alimentaría al desocupado. Con él me ha pasado esto y esto» , y le refirió todo lo que le había ocurrido con Abu Qir el tintorero, cómo éste le había robado el dinero mientras estaba enfermo en la habitación que tenían alquilada en la fonda y cómo el portero había tenido que encargarse de su sustento mientras estaba enfermo y hasta que Dios lo curó. Después había salido y recorrido la ciudad con sus utensilios, según tenía por costumbre, y mientras recorría su itinerario había visto una tintorería ante la cual se amontonaba la gente. Distinguió a Abu Qir que estaba sentado allí, en un banco, y había entrado a saludarlo. Con éste le había ocurrido lo que le había ocurrido: golpes e infamia, pues lo había acusado de ser un ladrón y lo había apaleado de manera dolorosa. Abu Sir refirió al rey todo desde el principio hasta el fin. Después añadió: « ¡Rey del tiempo! Él es quien me ha dicho: "Haz tal ungüento y ofréceselo al rey, ya que este baño tiene todos los

detalles y no le falta más que esto". Sabe, rey del tiempo, que dicho ungüento no daña, ya que nosotros lo utilizamos en nuestro país, en el que forma uno de los elementos indispensables del baño. Yo me había olvidado de él. Al venir el tintorero y al atenderlo me lo ha recordado diciendo: "¡Haz el ungüento!" El rey del tiempo puede mandar a llamar al portero de tal fonda y a los operarios de la tintorería» . El rey mandó llamar a estos testigos y cuando los tuvo delante los interrogó y ellos le explicaron lo sucedido. Ordenó ir a por el tintorero diciendo: « ¡Traédmelo descalzo, con la cabeza descubierta y con los brazos atados!»

El tintorero estaba sentado en su casa, feliz por la muerte de Abu Sir: no tuvo ni tiempo de darse cuenta de que los esbirros del rey cargaban contra él y lo molían a pescozones. Después lo ataron y lo condujeron ante el rey: vio a Abu Sir sentado junto al soberano y al portero de la fonda y a los operarios de la tintorería de pie ante él. El portero de la fonda le preguntó: « ¿Es que no es éste tu compañero, aquel al que robaste la bolsa y al que dejaste abandonado y enfermo en la habitación haciendo con él esto y esto?» Los operarios de la tintorería le dijeron: « ¿No es éste aquel al que nos mandaste detener y apalear?» El rey se convenció de la maldad de Abu Qir y de que éste se había hecho merecedor de una tortura peor que la infligida por Munkar y Nakir. El rey dijo: « ¡Cogedlo! ¡Exponedlo a la vergüenza de la ciudad!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey prosiguió:] » …¡Después metedlo en un saco y echadlo al mar!» Abu Sir intercedió: « ¡Rey del tiempo! ¡Permite que interceda por él! ¡Yo le perdono todo lo que ha hecho conmigo!» El rey le replicó: « Tú le perdonas tu parte, pero yo no le perdono lo que a mí se refiere» . Dio un grito diciendo: « ¡Cogedlo!» Lo cogieron, lo expusieron a la vergüenza pública, después lo colocaron en un saco que rellenaron de cal viva y le arrojaron al mar: murió ahogado y quemado al mismo tiempo.

El rey dijo a Abu Sir: « ¡Pide y te daré!» « Te ruego que me envíes a mi país, pues no me quedan ganas de continuar aquí.» El rey le dio provisiones, bienes, regalos y presentes; le ofreció un galeón cargado de dones y cuyos marineros eran mamelucos que también le regalaba. Todo esto después de haberle ofrecido el cargo de visir, el cual no aceptó. Se despidió del rey, emprendió el viaje en un galeón cuya carga y pasaje, incluso los marinos, eran de su propiedad particular. Navegaron hasta llegar a la tierra de Alejandría, anclaron junto a la costa y desembarcaron. Uno de sus mamelucos descubrió un gran saco cerca de la orilla del mar. Dijo: « ¡Señor mío! Junto a la orilla del mar hay un saco muy pesado, con la boca atada. Ignoro qué es lo que contiene» . Abu Sir se acercó, lo abrió y vio en su interior a Abu Qir, al cual el mar había

conducido hasta Alejandría. Lo sacó, lo enterró cerca de la ciudad, e hizo una fundación pía para la misma. Sobre la puerta del mausoleo escribió estos versos:

> El hombre se distingue entre sus congéneres por las acciones; las acciones del libre y del generoso son de su mismo carácter.
> No te aproveches del ausente, pues éste se aprovechará de ti. Quien charla y murmura es objeto de idéntica conducta.
> Huye de las malas palabras y no hables de ellas ni en serio ni en broma.
> El perro, si se porta bien, gana las simpatías mientras que el león vive en cadenas por su ferocidad salvaje.
> Las carroñas de la tierra flotan en el mar a flor de agua mientras las perlas reposan en el fondo arenoso.
> El gorrión nunca se querellaría con el halcón a no ser por lo ligero y lo corto de su entendimiento.
> En el aire, en las páginas del viento, está escrito: « Quien hace un favor recibe otro igual» .
> ¡No esperes recoger azúcar de la coloquíntida! El sabor de cada cosa indica su origen.

Abu Sir vivió algún tiempo hasta que Dios lo llamó junto a Sí. Lo enterraron en las proximidades de la tumba de su compañero Abu Qir y por eso dicho lugar se llamó « Abu Qir y Abu Sir» aunque en la actualidad sólo se le conozca por « Abu Qir» . Esto es cuanto sabemos de la historia de ambos. ¡Gloria a Dios, el Eterno, por cuya voluntad se suceden las noches y los días!

HISTORIA DE ABD ALLAH DE LA TIERRA Y DE ABD ALLAH DEL MAR

SE cuenta que hubo un pescador llamado Abd Allah. Tenía una familia numerosa, compuesta por la esposa y nueve hijos. Era muy pobre, y sólo poseía su red. Todos los días iba al mar a pescar. Si pescaba poco, lo vendía y gastaba su importe, todo lo que Dios le daba, en atender las necesidades de sus hijos. Si pescaba mucho, había buena comida, compraba frutos y no paraba de gastar sus ingresos hasta que no le quedaba nada, pues se decía: « El sustento de mañana llegará mañana» . Cuando su mujer dio a luz fueron diez personas, y aquel día el pescador no tenía absolutamente nada. Su esposa le dijo: « ¡Señor mío! ¡Busca algo para darme de comer!» Le contestó: « Voy a ir hoy —con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!)— al mar y pescaré a la salud del recién nacido. Veremos su buena estrella» . La mujer le dijo: « ¡Confía en Dios!» El pescador cogió la red y se dirigió al mar. La echó bajo los auspicios del chiquillo y exclamó: « ¡Dios mío! ¡Haz que su sustento sea abundante, no escaso; sobrante, no pequeño! Esperó un poco y la retiró llena de quincalla, arena, guijarros y algas, y ni siquiera un pescado, chico o grande. La tiró otra vez, esperó, y al retirarla tampoco sacó ningún pez. La arrojó la tercera, la cuarta y la quinta veces, pero no sacó tampoco nada. Se trasladó a otro lugar y empezó por pedir su sustento a Dios (¡ensalzado sea!). Siguió repitiendo la misma operación hasta que se terminó el día sin conseguir pescar ni tan siquiera un pececillo. Se quedó admirado y se dijo: « Tal vez Dios (¡ensalzado sea!) haya creado a este recién nacido sin atribuirle sustento alguno. Esto no había ocurrido nunca: quien hace abrir una boca, cuida de su alimentación. Dios (¡ensalzado sea!) es generoso y providente» . Se echó a cuestas la red y regresó apesadumbrado, con el corazón preocupado por la situación de su familia, ya que los había dejado sin comer; le entristecía principalmente su mujer, que estaba parturienta. Mientras andaba, se decía: « ¿Qué debo hacer? ¿Qué he de decir esta noche a mis hijos?» Al llegar ante el horno del panadero, vio una aglomeración: eran tiempos de carestía, y la gente tenía pocos ingresos. Todos ofrecían su dinero al panadero, el cual no podía atender a nadie a causa de la aglomeración. El pescador se detuvo a mirar y a oler el aroma del pan recién salido del horno. El hambre que sentía se lo hizo apetecer. El panadero lo miró y le gritó: « ¡Acércate, pescador!» Se aproximó, y entonces le preguntó: « ¿Quieres pan?» El pescador se calló. El otro insistió: « ¡Habla sin vergüenza! Dios es generoso. Si no tienes dinero, te lo daré igualmente y esperaré hasta que te llegue la suerte» . « ¡Por Dios, maestro! No tengo dinero, pero dame el pan que necesito para mi familia y quédate la red como fianza hasta mañana.» « ¡Mezquino! Esta red constituye tu negocio, la puerta de tu sustento. Si me la dejas como fianza, ¿con qué pescarás? Dime la cantidad de pan que necesitas.» « ¡Diez medios dirhemes!» Le dio el pan que le había pedido, y, además, diez medios dirhemes, diciéndole: « Coge estos diez medios dirhemes y prepárate algo de comer. Recibes así veinte mitades de

dirhemes, que mañana me los devolverás en pescado. Si mañana no pescas nada, ven y te daré otros diez medios dirhemes de pan. Yo esperaré hasta que te alcance la fortuna.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el panadero prosiguió:] »… Entonces me devolverás en pescado lo que me corresponda.» El pescador replicó: « ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te recompense tanto bien!» Se marchó muy contento y compró lo que le bastaba. Cuando se presentó ante su mujer, la vio sentada intentando calmar a sus hijos, que lloraban de hambre. Les decía: « Ahora vendrá vuestro padre y os traerá de comer» . Entró, les sirvió la cena y comieron. El hombre explicó a la mujer lo que le había sucedido, y ésta exclamó: « ¡Dios es generoso!» Al día siguiente volvió a cargar la red y salió de su casa, diciendo: « Te ruego, Señor mío, que hoy me concedas algo para que pueda quedar bien con el panadero» . Al llegar al mar echó la red, pero no sacó ni un solo pez. Repitió la operación hasta que se terminó el día, pero no obtuvo resultado. Regresó profundamente apenado. En el camino de su casa se encontraba el horno del panadero. Se dijo: « ¿Por dónde iré a mi casa? He de acelerar el paso para que no me vea el panadero» . Al pasar por delante del horno de éste, vio una gran aglomeración. Avergonzóse al pensar en el panadero y apretó el paso para que no lo viese. Pero éste lo vio y le gritó: « ¡Pescador! ¡Ven! ¡Coge tu pan y tu salario, pues te lo descuidas!» Le replicó: « ¡Por Dios! No me he olvidado. Pero me avergüenza verte, ya que hoy no he pescado ni un solo pez.» « No te avergüences. ¿Es que no te he dicho que tengas paciencia hasta que te llegue la fortuna?» Y le dio el pan y los diez medios dirhemes. El pescador corrió al lado de su mujer y le explicó lo ocurrido. Ella exclamó: « ¡Dios es generoso! Si Él quiere, mañana te llegará la fortuna y le pagarás lo que le debes» . Pero esta situación se prolongó durante cuarenta días. El pescador iba cada día al mar y permanecía en la orilla desde la salida hasta la puesta del sol, pero regresaba sin ningún pez; recogía el pan y los medios dirhemes que le daba el panadero, sin que éste le reclamase ni una vez el pescado. No lo hacía esperar como a los demás. Al contrario: le daba los diez medios dirhemes y el pan, y cada vez que el pescador le decía: « ¡Hermano mío! ¡Dame la cuenta!» , le replicaba: « ¡Vete! No es el momento de hacer cuentas antes de que te llegue la fortuna» . El pescador rogaba por él a Dios y se marchaba dándole las gracias. El cuadragésimoprimer día dijo a su mujer: « ¡Voy a romper la red y a dejar el oficio!» « ¿Por qué?» « El mar ya no me da más sustento. ¿Hasta cuándo va a durar esta situación? ¡Por Dios! Me caigo de vergüenza ante el panadero. ¡No volveré a ir a la orilla del mar, para no tener que pasar por delante del horno, ya

que no tengo más camino que el que pasa por delante de éste, y cada vez que cruzo me llama y me da el pan y los diez medios dirhemes! ¿Hasta cuándo he de ser su deudor?» Su mujer le replicó: « ¡Loado sea Dios, que ha hecho que su corazón se compadezca de ti y te dé el pan cotidiano! ¿Qué es lo que no te gusta de todo esto?» « ¡El deberle una gran cantidad de dirhemes, que él me reclamará un día u otro!» « ¿Es que te ha dicho algo desagradable?» « ¡No! ¡Ni quiere hacer la cuenta! Me dice: "La haremos cuando te llegue la fortuna".» « Pues si te lo reclama, responde: "Te pagaré cuando me llegue esa buena suerte que tú y yo esperamos".» « ¿Y cuándo me llegará la buena suerte que esperamos?» « ¡Dios es generoso!» « Dices la verdad» , concluyó el marido. A continuación cargó la red y se dirigió a la orilla del mar, diciendo: « ¡Señor mío! ¡Concédeme el sustento! ¡Aunque sólo sea un pez para podérselo regalar al panadero!» Echó la red al mar y la retiró: pesaba muchísimo y tuvo que esforzarse y cansarse mucho. Al sacarla vio que contenía un asno muerto, hinchado, maloliente. Exasperado, lo sacó de la red y dijo: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Ya no puedo más! Yo decía a mi mujer que ya no puedo sacar ni sustento del mar, y añadía: "¡Déjame abandonar este oficio!" Pero ella me insistía: "¡Dios es generoso! ¡Te concederá la fortuna!" ¿Es que este asno muerto constituye la fortuna?» Presa de una gran aflicción, se dirigió a otro lugar para alejarse del mal olor del asno, cogió la red, la arrojó y esperó una hora. Entonces la retiró; se dio cuenta de que pesaba, y se fatigó tanto que llegó a hacerse sangre en las manos. Al sacarla vio que contenía un ser humano, y creyó que se trataba de uno de los genios que el señor Salomón había encerrado en botellas de bronce y arrojado al mar. La botella se debía haber roto con el transcurso del tiempo, y de ella habría salido aquel genio, que había quedado enredado en la jábega. Apretó a correr diciendo: « ¡Piedad! ¡Piedad, *efrit* de Salomón!» El ser humano le contestó desde el interior de la red: « ¡Ven, pescador! ¡No huyas de mí! ¡Soy un ser humano igual que tú! ¡Líbrame y recibirás la recompensa!» El pescador se tranquilizó al oír estas palabras, se acercó y preguntó: « ¿No eres un *efrit* de la clase de los genios?» « ¡No! Soy un ser humano que cree en Dios y en su Enviado.» « ¿Y quién te ha arrojado al mar?» « Soy una de las criaturas del mar. Estaba paseando cuando tú me has echado la red. Nosotros somos seres que obedecemos los preceptos de Dios y que nos preocupamos por sus criaturas. Si yo no lo temiese ni me asustara ser un rebelde ante Él, te habría despedazado la red; pero yo me conformo con lo que Dios me destina. Si tú me pones en libertad, serás mi dueño y yo seré tu prisionero. ¿Tienes algún inconveniente en ponerme en libertad por amor de Dios y en establecer un pacto conmigo? Tú serás mi dueño, y yo vendré todos los días a este mismo lugar; tú también acudirás. Yo te traeré, como regalo, los frutos del mar, y tú me traerás uvas, higos, melones, ciruelas, granadas y cosas por el estilo. Vosotros tenéis todo esto, y será bien recibido. Nosotros disponemos de

coral, perlas, crisolita, esmeraldas, jacintos y gemas. Yo te llenaré de piedras preciosas marinas la cesta en que me traigas las frutas. ¿Qué dices, amigo mío, de todas estas palabras?» El pescador replicó: « La *fátiha* debe ser testigo de todo lo que has dicho» . Cada uno de ellos leyó la *fátiha*, y el pescador lo sacó de la red. Éste preguntó: « ¿Cómo te llamas?» « Me llamo Abd Allah el marino. Si llegas a este lugar y no me ves, llama y di: "¿Dónde estás, Abd Allah el marino?" Yo apareceré en el acto.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah el marino prosiguió:] « ¿Cuál es tu nombre?» El pescador replicó: « Me llamo Abd Allah» . « Pues tú eres Abd Allah el terrestre, y yo soy Abd Allah el marino. Quédate aquí, que voy a traerte un regalo.» « ¡Oír es obedecer!» Abd Allah el marino se sumergió en el mar. El terrestre se arrepintió en aquel instante de haberlo sacado de la red, y se dijo: « ¿Cómo puedo saber si va a regresar a mi lado? Tal vez se haya burlado de mí para que lo pusiera en libertad. Si lo hubiera conservado en mi poder, habría podido exhibirlo ante las gentes en la ciudad, habría ganado unos dirhemes y lo hubiese mostrado en casa de los magnates» . Siguió arrepintiéndose de haberlo dejado en libertad, diciendo: « La pesca ha escapado de mi mano» . Mientras se entristecía por haberlo soltado, Abd Allah el marino regresó a su lado con las manos llenas de perlas, coral, esmeraldas, jacintos y aljófares. Le dijo: « ¡Hermano mío! Coge esto y no me reprendas, pues no tenía ninguna cesta para llenar» . El terrestre se alegró, cogió las joyas y le dijo: « Todos los días vendré a este lugar antes de la salida del sol» . El marino se despidió, se marchó y entró en el mar. El pescador se dirigió a la ciudad, lleno de alegría. No se detuvo hasta llegar al horno del panadero. Dijo a éste: « ¡Hermano mío! ¡La suerte nos ha alcanzado! ¡Hazme la cuenta!» « No necesito hacerte la cuenta. Si tienes algo, dámelo, y si no lo tienes, toma lo que necesites para tus gastos y vete sin preocupaciones hasta que te; llegue la suerte.» « ¡Amigo mío! ¡Dios me ha concedido un amplio bienestar! Tú me has dado una suma importante; por tanto, coge esto.» Le entregó un puñado de perlas, coral, jacintos y aljófares, formado por la mitad de lo que tenía, y le dijo: « Dame algún dinero para que pueda comprar hoy, hasta que consiga vender estas gemas» . El panadero le entregó todos los dirhemes que tenía y todo el pan que contenía la cesta que estaba a su lado. Alegre con las joyas, dijo al pescador: « Soy tu esclavo y tu criado» y, colocándose el pan en la cabeza, siguió al pescador hasta su casa, en la que hizo entrega de todo a la esposa y a los hijos de éste. Luego se marchó al mercado y regresó con carne, verduras y toda clase de frutas; abandonó el horno y pasó todo aquel día al servicio de Abd Allah el terrestre,

ayudándolo a resolver sus problemas. El pescador le dijo: « ¡Hermano mío! Te estás fatigando» . « Tal es mi deber, pues me he convertido en tu criado y me has abrumado con tus favores.» « ¡Tú eres el que ha sido generoso conmigo, cuando yo me encontraba en la necesidad y en la miseria!» Pasaron juntos la noche, comiendo los mejores guisos. Una vez ligada amistad con el panadero, el pescador informó a su mujer de lo que le había sucedido con Abd Allah el marino. Ella se alegró y le dijo: « Guarda oculto tu secreto, para evitar que las autoridades te detengan» . « Lo ocultaré a todo el mundo menos a mi amigo el panadero.» Al día siguiente por la mañana cargóse con un cesto repleto de frutos de todas clases, que había dejado preparado la víspera, y se dirigió con él, antes de la salida del sol, a la costa. Lo dejó en la orilla del mar y gritó: « ¿Dónde estás, Abd Allah el marino?» « ¡Aquí!» , y se presentó delante de él. El pescador le ofreció los frutos, el otro los cogió, se metió en el agua, se sumergió en el mar, y al cabo de una hora reapareció llevando la cesta repleta de toda clase de gemas y joyas. Abd Allah el terrestre se la puso en la cabeza y se marchó. Al llegar al horno, el panadero le dijo: « ¡Señor mío! Te he confeccionado cuarenta bollos de pan y te los he enviado a tu casa. Ahora estoy amasando un pan especial, y en cuanto lo haya terminado te lo mandaré también, y luego iré a comprar las verduras y la carne» . El pescador sacó tres puñados de las piedras que contenía la cesta y se los entregó. Una vez hecho esto, se dirigió a su casa, depositó la cesta en el suelo y empezó a escoger las gemas más hermosas de cada clase. Luego se marchó al mercado de los joyeros y, deteniéndose ante la tienda del síndico, le dijo: « ¡Cómprame estas joyas!» « ¡Muéstramelas!» Se las enseñó. El síndico le preguntó: « ¿Tienes más?» « ¡Una cesta llena!» « ¿Dónde está tu casa?» « En tal barrio.» El síndico tomó las gemas y dijo a sus criados: « ¡Detenedlo! ¡Es un ladrón, que ha robado el tesoro de la reina, la esposa del sultán!» Mandó que lo apalearan: le ataron las manos a la espalda y lo apalearon. El síndico y todos los mercaderes de joyas se pusieron en movimiento, diciendo: « ¡Hemos detenido a un ladrón!» Otros decían: « ¡Este depravado es el ladrón de los bienes de fulano!» Otros comentaban: « Éste es el que ha robado todo lo que había en casa de zutano» . El pescador se mantenía callado, sin contestar a ninguno de ellos ni dirigirles la palabra. Al final lo llevaron ante el rey. El síndico dijo al soberano: « ¡Rey del tiempo! Cuando se robó el collar de la reina, tú nos informaste de ello y nos pediste que descubriésemos al culpable. Yo, esforzándome mucho y con la ayuda de estas gentes, he podido hacerme con él. ¡Helo aquí delante de ti! Éstas son las joyas que hemos encontrado en su poder» . El rey dijo al eunuco: « Coge estas gemas, muéstralas a la reina y dile: “¿Son éstas las joyas que se te perdieron?”» El eunuco las cogió y se presentó ante la reina. Ésta, al ver las joyas, se admiró y mandó decir al rey: « Yo he encontrado el collar en su sitio. Éstas no son mis joyas; son más hermosas que las que forman mi collar. No castigues a ese hombre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la reina mandó decir al rey: » …No castigues a ese hombre] y si las vende, cómpraselas para tu hija Umm al-Suud. Con ellas le haremos un collar» . El eunuco regresó ante el soberano y le refirió lo que le había dicho la reina. Aquél maldijo al síndico y a todos los joyeros con las maldiciones de Ad y de Tamud. Le replicaron: « ¡Rey del tiempo! Nosotros sabemos que éste es un pobre pescador. Nos ha extrañado que fuese dueño de tantas gemas, y hemos creído que las había robado» . « ¡Malvados! ¿Es que vais a echar en mala parte la gracia de que goza un creyente? ¿Por qué no lo habéis interrogado antes? Tal vez Dios le haya concedido sus dones de un modo imprevisto para él. ¿Cómo habéis podido considerarlo un criminal e infamarlo en público? ¡Marchaos! ¡Que Dios no os bendiga!» Salieron atemorizados. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí ahora lo que hace referencia al rey. Éste dijo: « ¡Que Dios te bendiga, hombre, en todo cuanto te ha dado, y te conceda su protección! Dime la verdad: ¿dónde has conseguido estas joyas? Yo, que soy rey, no tengo ninguna que pueda compararse a ellas» . « ¡Rey del tiempo! Tengo una cesta llena, y la cosa ha sucedido así y así.» Le explicó su amistad con Abd Allah el marino, y añadió: « Entre nosotros dos existe un pacto: cada día le llevo yo un cesto lleno de frutos, y él lo llena con estas gemas» . « ¡Hombre! Ésta es tu suerte. Mas la riqueza exige ser poderoso. Yo te defenderé de la avaricia de la gente estos días; pero como es posible que sea depuesto o muera y que quien me suceda te dé muerte por amor a los bienes mundanales o por ambición, quiero casarte con mi hija y nombrarte mi visir y mi sucesor en el reino, con el fin de que no te veje nadie después de mi muerte.» Y añadió: « ¡Llevad al baño a este hombre!» Le lavaron el cuerpo, lo vistieron con regios trajes y lo presentaron ante el rey, quien lo nombró su visir. Además, despachó a casa del pescador sus correos, los soldados y todas las mujeres de los magnates. Vistieron a la mujer y a los hijos del pescador con regios trajes, hicieron subir a la primera en una litera, y todas las mujeres de los grandes, los soldados, los correos y los funcionarios la precedieron en el camino que conducía al palacio real. La madre llevaba en sus brazos al niño pequeño. Presentaron los niños mayores al rey, quien los trató con generosidad, los llevó a una habitación y los hizo sentar a su lado. Eran en total nueve varones. El rey carecía de descendencia masculina, pues Dios sólo le había concedido la hija llamada Suud. La reina trató con todos los honores a la esposa de Abd Allah el terrestre, le hizo numerosos favores y la nombró su intendente. El rey mandó extender el contrato de bodas entre Abd Allah el terrestre y su hija; el soberano entregó como dote todas las piedras preciosas y

gemas que poseía. Se iniciaron los festejos. El rey ordenó que se engalanase la ciudad con motivo de la boda de su hija. Al día siguiente, cuando Abd Allah el terrestre había ya consumado el matrimonio con la hija del rey y la había despojado de su virginidad, ésta se asomó a la ventana y vio que Abd Allah llevaba en la cabeza un cesto lleno de frutos. Le preguntó: « ¿Qué es eso que llevas en la cabeza? ¿Adónde vas?» « Voy a ver a mi amigo, Abd Allah el marino.» « Ahora no es el momento de ir a ver a tu amigo.» « No me gustaría faltar a lo que he acordado con él; creería que soy un mentiroso y me diría: "Las cosas de la vida mundanal te han hecho descuidarte de mí".» « Tienes razón; ve a ver a tu amigo y que Dios te auxilie.» Abd Allah el terrestre cruzó la ciudad y se dirigió al encuentro de su amigo. La gente decía: « Es el yerno del rey, que va a trocar los frutos por gemas» . Pero los que no sabían quién era le decían: « ¡Hombre! ¿Cuánto cuesta la libra? ¡Ven aquí a venderme!» Abd Allah replicaba: « Espera hasta que regrese a tu lado» para no dejar descontento a nadie. Continuó el camino hasta reunirse con Abd Allah el marino, y le entregó las frutas a cambio de las gemas. Siguió haciendo lo mismo durante algunos días, y al regresar pasaba por el horno del panadero, que encontró siempre cerrado. Así transcurrieron diez días, al cabo de los cuales, y como no viera al panadero por encontrar siempre cerrado el horno, se dijo: « Esto es muy raro. ¡Quién supiera qué ha sido del panadero!» Interrogó a su vecino: « ¡Hermano! ¿Dónde está tu hermano el panadero? ¿Qué ha hecho Dios de él?» « ¡Señor mío! —le contestó—, está enfermo y no sale de su casa.» « ¿Dónde vive?» « En tal barrio.» Abd Allah el terrestre corrió a verlo, preguntó por él y llamó a la puerta. En cuanto hubo llamado, el panadero sacó la cabeza por la ventana y distinguió a su amigo, el pescador, que llevaba en la cabeza una cesta llena. Bajó, le abrió la puerta y lo abrazó. Le preguntó: « ¿Cómo te encuentras, amigo mío?» « Cada día paso por el horno, pero siempre lo encuentro cerrado. Por ello he preguntado a uno de tus vecinos, el cual me ha informado de que estabas enfermo. He preguntado dónde estaba tu casa para poder venir a verte.» El panadero replicó: « ¡Que Dios te recompense en mi lugar por tantos bienes! No estoy enfermo. Lo que ocurre es que me enteré de que el rey te había detenido porque alguien te calumnió y te acusó de ladrón. Temí por mí mismo, cerré el horno y me escondí» . « Es verdad» , le replicó el pescador, quien le explicó seguidamente toda su historia y lo que le había sucedido con el rey y con el síndico del mercado de las joyas. Después añadió: « El rey me ha casado con su hija y me ha nombrado su visir. Tú coge lo que contiene esta cesta, ya que es tu parte, y no temas» . Después de haberlo tranquilizado se marchó y se dirigió al encuentro del rey con la cesta vacía. El soberano le preguntó: « ¡Yerno mío! Parece ser que hoy no te has encontrado con Abd Allah el marino» . « Lo he visto, pero todo lo que me ha dado se lo acabo de entregar a mi amigo el panadero, pues éste me ha hecho muchos favores.» « ¿Quién es ese panadero?» « Un hombre bondadoso

con el que, cuando yo era pobre me sucedió esto y esto; ningún día me dio largas ni me ofendió.» « ¿Cómo se llama?» « Abd Allah el panadero; yo me llamo Abd Allah el terrestre, y mi amigo, Abd Allah el marino.» « Yo me llamo —añadió el rey— Abd Allah, y todos los esclavos de Dios[274] son hermanos. Manda a buscar a tu amigo el panadero, y tráelo aquí para que lo nombre mi visir de la izquierda.» Lo mandó llamar, y cuando estuvo ante el rey, éste le dio la toga de visir y lo nombró visir de la izquierda, a semejanza de como había nombrado a Abd Allah el terrestre visir de la derecha.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Abd Allah continuó así durante todo un año: todos los días llevaba la cesta llena de frutos, y regresaba con ella llena de gemas y de perlas. Cuando se hubieron terminado los frutos de los jardines, llevó pasas, almendras, avellanas, nueces, higos y otras frutas secas. Todo lo que llevaba era bien recibido por Abd Allah el marino, quien le devolvía el cesto lleno de joyas, tal como tenía por costumbre. Un día, éste tomó, como de costumbre, la cesta llena de frutos secos, y empezaron a conversar Abd Allah el terrestre —que estaba sentado en la orilla— y el marino —que se mantenía en el agua, pero cerca de la playa—. Hablaron de las tumbas, y el marino dijo: « ¡Hermano mío! Dices que el Profeta (¡Dios lo bendiga y le salve!) está enterrado junto a vosotros, en la tierra firme. ¿Conoces su tumba?» « Sí.» « ¿En qué lugar se encuentra?» « En Medina, que se llama la ciudad buena.» « La gente de tierra firme, ¿acude a visitarla?» « Sí.» « Tú, hermano mío, ¿la has visitado?» « No, puesto que era pobre y no tenía dinero para los gastos del camino. Yo sólo me he enriquecido desde que te conozco, desde que tú me favoreces con estos bienes. Ahora tengo el deber de visitarla, después de haber realizado la peregrinación al Templo sagrado de Dios. Sólo me ha impedido hacerlo el afecto que te tengo, ya que no puedo separarme de ti ni un solo día.» « ¿Es que pones mi afecto por encima de tu deber, que consiste en visitar la tumba de nuestro señor, Mahoma (¡Dios lo bendiga y lo salve!), el cual debe interceder en tu favor el día en que te presentes ante Dios, Quien debe salvarte del fuego e introducirte en el Paraíso con su mediación? ¿O es por el amor de las cosas terrenas por lo que tú no visitas la tumba de tu Profeta, Mahoma, al que Dios bendiga y salve?» « ¡No, por Dios! Para mí lo más importante es la visita a su tumba, y quiero pedir tu beneplácito para realizarla este año.» « Te concedo permiso para que la visites. Cuando estés ante su tumba, salúdalo en mi nombre. Tengo un deseo: el de que te internes conmigo en el mar para que yo pueda conducirte a mi ciudad, llevarte a mi casa, hacerte mi huésped y darte un presente que puedas depositar en la tumba del Profeta (al que Dios bendiga y salve), diciéndole: "¡Enviado de Dios! Abd Allah

el marino te manda saludos y te hace este presente, en espera de que intercedas por él para salvarlo del fuego”.» Abd Allah el terrestre replicó: « Tú has sido creado en el agua, tienes tu morada en ella y no te perjudica. Si la abandonases y vinieses a tierra, ¿te reportaría algún daño?» « Sí; mi piel se secaría, los vientos de tierra soplarían sobre mí y moriría.» « Pues a mí me ocurre lo mismo: he sido creado en la tierra; si me adentrase en el agua, ésta inundaría mis cavidades, me ahogaría y moriría.» « ¡No temas! Yo te daré una pomada, con la cual untarás tu cuerpo, y el agua no te causará daño alguno, aunque permanecieras dentro de ella el resto de tu vida; aunque recorrieras el interior del mar y durmieras y vivieras en él, no te perjudicaría.» « Si es así, no hay inconveniente alguno. Dame la pomada para que me unte con ella.» « Perfectamente.» Abd Allah el marino cogió la cesta, se sumergió en el mar y permaneció ausente durante algún tiempo. Al regresar trajo una grasa que parecía sebo de vaca; tenía un color amarillo como el del oro y un olor agradable. Abd Allah el terrestre preguntó: « ¿Qué es esto, hermano?» « La grasa del hígado de un pez que se llama Dandán. Es el pez más grande que existe, y constituye nuestro mayor enemigo. Su tamaño es mayor que el de cualquiera de los animales terrestres, de tal modo que si viese un camello o un elefante, se lo engulliría.» « ¡Hermano! ¿Qué es lo que come ese maldito?» « Animales marinos. ¿No has oído el refrán que dice: “El pez grande se come al pequeño?”» « Tienes razón. ¿Hay muchos peces Dandán en el mar?» « Una cantidad tal, que sólo Dios (¡ensalzado sea!) puede contarlos.» Abd Allah el terrestre dijo: « Me asusta bajar contigo al mar. Tal vez me salga al encuentro uno de estos bichos y me devore.» « No temas. Cuando te vea, reconocerá que eres un hombre, se asustará y huirá. Teme más al hombre que a ninguno de los animales del mar, ya que cuando se come a uno de éstos, muere en el acto. La carne humana constituye para él un veneno mortal. Nosotros obtenemos la grasa de su hígado gracias a los hombres. Cuando uno de éstos cae en el mar ahogado, cambia el aspecto del muerto, sus carnes se desgarran, y el Dandán, creyendo que se trata de un animal marino se lo come y muere y nosotros, al encontrar el cadáver del Dandán, sacamos la grasa que contiene su hígado, nos embadurnamos con ella el cuerpo y así recorremos el mar. Si en el lugar en que hay un hombre se encontrasen cien, doscientos mil o más peces de esta clase y oyesen un chillido articulado, todos morirían en el acto…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah el marino prosiguió: » … todos morirían en el acto] sin poderse mover del sitio en que se encontraran.» Abd Allah el terrestre exclamó: « ¡En Dios me apoyo!» Se quitó la ropa, hizo un

hoyo en la orilla del mar, la enterró y luego se untó el cuerpo, de arriba abajo, con aquella grasa. Se metió en el agua, buceó, abrió los ojos y comprobó que no sentía molestias. Empezó a moverse a derecha e izquierda; subía o bajaba a voluntad; se dio cuenta de que el agua del mar se extendía por encima de él como si fuera una tienda, sin perjudicarle. Abd Allah el marino le preguntó: « ¿Qué ves, hermano?» « Sólo veo cosas buenas. No me has engañado al decir que el agua no me molestaría.» « ¡Sígueme!» Avanzaron juntos de un lugar a otro: veía delante, a la derecha y a la izquierda, montañas de agua, en las cuales distinguió toda clase de peces que jugaban: unos eran grandes; otros, pequeños; unos se parecían a los búfalos; otros, a los bueyes, a los perros y a los hombres; todas las especies huían al ver a Abd Allah el terrestre. Éste preguntó: « ¿Por qué huyen de nosotros todos los peces cuando nos acercamos?» « Porque te tienen miedo. Todas las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!) temen al hombre.» Abd Allah el terrestre siguió contemplando las maravillas del mar, hasta que llegó a un monte elevado. El terrestre avanzaba por el flanco de la montaña cuando, de repente, oyó un alarido. Se volvió y distinguió una mole negra que se abalanzaba sobre él desde lo alto del monte; tenía el tamaño de un camello, o tal vez aún mayor, y se aproximaba chillando. Preguntó: « ¿Qué es esto, hermano?» El marino le replicó: « El Dandán; viene en mi busca, pues quiere comerme. ¡Grítale, hermano mío, antes de que nos alcance y se apodere de mí para devorarme!» Abd Allah el terrestre dio un grito y el pez cayó muerto. Exclamó: « ¡Gloria a Dios! ¡Alabado sea! No lo he herido ni con la espada ni con la daga. ¿Cómo la enormidad del cuerpo de esta criatura no puede soportar mi voz y cae muerta?» « ¡Por Dios, hermano mío! ¡No te admires! Aunque hubiese aquí mil o dos mil animales de éstos, no podrían soportar la voz humana.» Siguieron avanzando en dirección a una ciudad. Todos sus habitantes eran hembras y no había machos entre ellas. El terrestre preguntó: « ¿Qué ciudad es ésta? ¿Quiénes son estas mujeres?» El marino le replicó: « Es la ciudad de las mujeres, ya que todos sus habitantes son mujeres marinas» . « Pero entre ellas vivirán hombres.» « ¡No!» « ¿Y cómo pueden quedar encinta y dar a luz si no hay varones?» « El rey del mar destierra a esta ciudad, en la que no pueden quedar encinta ni dar a luz, a todas las mujeres marinas con las que se enoja; las envía a esta ciudad de la que no pueden salir; si escapan son devoradas por los animales marinos. En las demás ciudades hay varones y hembras.» « ¿Pero es que existen en el mar otras ciudades, además de ésta?» « ¡Muchísimas!» « ¿Y también tienen sultanes?» « ¡Sí!» « ¡Amigo mío! Veo que en el mar hay muchos prodigios.» « ¿Qué cosas has visto para maravillarte? ¿Es que no has oído decir al autor de los refranes: “Las maravillas del mar son más numerosas que las de la tierra?”» « Tienes razón.» Abd Allah el terrestre empezó a examinar con atención a aquellas muchachas y vio que tenían rostros como lunas y cabellos iguales a los de las mujeres de la tierra, en cambio, tenían las manos y los pies en el vientre y

estaban provistas de colas parecidas a las de los peces. Su amigo, después de haberle mostrado las habitantes de esta ciudad, lo acompañó a otra, muy poblada, repleta de varones y hembras; éstas se parecían también a las muchachas terrestres, pero tenían cola. Aquellas gentes no compraban ni vendían, como hacen los habitantes de tierra firme; tampoco se vestían: todos iban desnudos y con sus vergüenzas al aire. El terrestre preguntó: « ¡Amigo mío! ¿Cómo es que los varones y las hembras llevan sus vergüenzas al descubierto?» « Porque los habitantes del mar no tienen telas.» « ¿Y qué hacen cuando se casan?» « ¡No se casan! Todo aquel a quien le gusta una mujer satisface en ella su deseo.» « ¡Pero si esto es un pecado! ¿Por qué no estipula con ella un contrato, le da una dote y celebra una fiesta nupcial conforme mandan Dios y su Profeta?» « Porque no todos somos de la misma religión: hay musulmanes que profesan la unicidad de Dios, cristianos, judíos y de otras religiones. La mayoría de los que se casan son musulmanes.» « Pero vosotros vais desnudos; si entre vosotros no existe la compra-venta, ¿en qué consiste la dote de vuestras mujeres? ¿Es que les dais aljófares y piedras preciosas?» « Para nosotros, las gemas son guijarros y no tienen valor alguno. A aquel que quiere casarse se le pide una determinada cantidad de las distintas clases de peces que deberá pescar: mil, dos mil, más o menos, según sea el acuerdo a que haya llegado con el padre de la esposa. Una vez hace entrega de lo que ésta le ha pedido, se reúne la familia del novio con la novia y se celebra el banquete nupcial. Luego llevan al esposo junto a su mujer. Él se dedica después a la pesca para alimentar a su mujer. Cuando no puede pescar, es ella la que pesca y lo alimenta.» « Y si uno de los dos comete adulterio ¿qué ocurre?» « Si es la mujer la acusada, es desterrada a la ciudad de las mujeres; pero si ha quedado encinta a causa del adulterio, esperan a que dé a luz: si nace una niña la destierran junto con ésta y se la llama “adúltera hija de adúltera” y permanecerá virgen hasta la muerte. Pero si nace un varón le llevan ante el sultán del mar y éste lo mata.» Abd Allah el terrestre quedó maravillado de todo aquello. A continuación, el marino lo llevó a otra ciudad y luego a otra. Así visitaron ochenta ciudades. El terrestre se dio cuenta de que los habitantes de una ciudad no se parecían a los de las demás. Preguntó: « ¡Amigo mío! ¿Hay más ciudades en el mar?» « ¿Qué piensas de las ciudades y prodigios del mar que te he mostrado? ¡Juro por el noble, misericordioso y clemente del Profeta, que si te mostrase cada día mil ciudades e hiciese esto durante mil años consecutivos, y si en cada ciudad te enseñara mil prodigios, no conseguiría que llegases a ver ni un quilate de los veinticuatro que tienen las ciudades y maravillas del mar! Pero yo sólo te he mostrado nuestros territorios y nuestra tierra.» « ¡Amigo mío! Si son así las cosas, me basta con lo que he visto, pues estoy harto de comer peces, y hace ya ochenta días que estoy contigo. Tú sólo me das de comer, mañana y tarde, peces frescos, sin asar ni cocer.» « ¿Qué quiere decir cocido o asado?» Abd Allah el terrestre explicó: « Nosotros asamos

y cocemos los peces al fuego de distintas maneras, con lo cual hacemos numerosos guisos.» « ¿Y dónde podemos conseguir el fuego? Nosotros no sabemos lo que es asar o cocer ni cosas por el estilo.» « Pues nosotros los freímos con aceite de oliva o de sésamo.» « ¿Y dónde encontraremos el aceite de oliva o el de sésamo? Nosotros, en el mar, no conocemos nada de lo que dices.» « ¡Tienes razón, amigo mío! Pero me has mostrado numerosas ciudades y no me has enseñado la tuya.» « Estamos lejos de mi ciudad, que se encuentra cerca de la región de que venimos. Pero hemos pasado de largo y te he traído aquí porque deseaba que vieras las demás ciudades del mar.» « ¡Pues me basta con lo que he visto! Ahora quiero que me enseñes tu ciudad.» « ¡Así lo haré!» Lo condujo a su patria, y al llegar a ella le dijo: « Ésta es mi ciudad» . El terrestre vio que era una ciudad pequeña en comparación con las que había visto. Entraron en ella, y Abd Allah el marino lo condujo a una cueva y le dijo: « Ésta es mi casa. Todos los edificios de esta ciudad son como el mío, grandes o pequeños, cuevas en la montaña; así son todas las ciudades del mar. Quien quiere construir una casa, va a ver al rey y le dice: “Quiero tener una casa en tal lugar”. El rey le cede un grupo de peces, llamados excavadores, a cambio de un número de peces determinados; dichos peces tienen un pico que excava la roca más dura. Se dirigen al monte señalado por el dueño de la casa y excavan en él su domicilio. Por su parte, el propietario va pescando y da de comer a los peces excavadores hasta que han concluido la cueva. Entonces se marchan, y el dueño ocupa su morada. Todos los habitantes del mar hacen lo mismo, no se ayudan los unos a los otros, y sólo se sirven de peces. Y todos ellos son peces. ¡Entra!» El terrestre entró. Abd Allah el marino llamó: « ¡Hija mía!» , y al momento acudió ésta. Tenía una cara redonda como la luna, largos cabellos, pesadas nalgas, mirada alcoholada y estrecha cintura. Advirtió que iba desnuda y tenía cola. Se dio cuenta de que su padre iba acompañado por el terrestre. Le preguntó: « ¡Padre! ¿Quién es este individuo sin cola?» « ¡Hija mía! Es mi amigo terrestre, el que me ha facilitado las frutas de tierra que yo te he traído. Ven y salúdalo.» La joven se acercó y lo saludó con lengua elocuente y palabras emocionantes. El padre le dijo: « Sirve víveres al huésped que nos trae la baraca con su venida» . Le sirvió dos peces grandes; cada uno de ellos parecía un cordero. Le dijo. « ¡Come!» Comió a causa del hambre que sentía, pero con cierta desgana, pues ya estaba harto de comer peces. Al cabo de poco apareció la mujer de Abd Allah el marino. Era hermosa, y venía acompañada por dos niños; cada uno de ellos llevaba en la mano un pescado, que desgranaba del mismo modo que hace el hombre con los cohombros. Al ver a Abd Allah el terrestre en compañía de su esposo preguntó a éste: « ¿Quién es este individuo sin cola?» Los dos chiquillos, la hermana y la madre se aproximaron al terrestre y empezaron a examinarle el trasero exclamando: « ¡Por Dios, que no tiene cola!» , y se echaron a reír. Abd Allah el terrestre dijo: « ¡Amigo mío! ¿Me has traído aquí para que sirva de

objeto de burla a tu mujer y a tus hijos?»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el marino respondió: « Perdona, hermano, pero es que entre nosotros no hay nadie que carezca de cola; cuando aparece uno sin ella, el sultán se lo lleva para divertirse. No reprendas a mis hijos pequeños ni a mi mujer, pues no tienen conocimiento completo» . Abd Allah el marino gritó a su familia: « ¡Callad!» Se asustaron y callaron. Luego empezó a tranquilizar a su amigo. Mientras estaban hablando, se presentaron diez hombres fuertes y corpulentos. Besaron el suelo y dijeron: « ¡Abd Allah! El rey se ha enterado de que está contigo un ser sin cola, uno de ésos de tierra firme» . « ¡Sí! Es este hombre. Es amigo mío y lo he traído como huésped. Quiero devolverlo de nuevo a tierra firme.» « ¡Nosotros no podemos marcharnos sin llevárnoslo! Si tienes algo que decir, llévalo tú mismo ante el rey. Lo que tengas que decirnos, díselo tú al rey.» Abd Allah el marino exclamó: « ¡Hermano mío! Discúlpame, pero río podemos desobedecer al rey. Acompáñame ante él, y yo, si Dios quiere, me esforzaré en salvarte. No temas: en cuanto te vea, se dará cuenta de que eres un ser terrestre, te tratará con miramientos y te devolverá a tierra firme.» Abd Allah el terrestre replicó: « Mi opinión es la tuya. ¡En Dios confío! Iré contigo» . El marino acompañó al terrestre ante el rey. Éste, al verlo, se echó a reír y dijo: « ¡Bien venido, ser sin cola!» Todos los que rodeaban al soberano rompieron a reír y exclamaron: « ¡Sí! ¡Por Dios! ¡Es un descolado!» Abd Allah el marino se acercó al rey y lo informó de quién se trataba, diciendo: « Es un ser de la tierra, amigo mío. No vivirá entre nosotros, ya que sólo le gusta comer pescado frito o cocido. Deseo que me concedas permiso para devolverlo a tierra firme» . « Si es así y no ha de vivir entre nosotros, te permito que lo devuelvas a su patria una vez haya gozado de la hospitalidad.» El soberano gritó: « ¡Traed la mesa!» Sirvieron distintas clases de pescado en varios guisos, y el terrestre comió para obedecer la orden del rey. Luego dijo éste: « ¡Pídeme un favor!» El terrestre pidió: « ¡Te ruego que me regales gemas!» « ¡Llevadlo al depósito de las gemas y dejadle que escoja cuantas quiera!» Su amigo lo acompañó al depósito de las gemas, y allí escogió él todas las que quiso. Después regresó a la ciudad. Abd Allah el marino le entregó una bolsa, diciendo: « Toma esto en depósito y llévalo a la tumba del Profeta (¡Dios lo bendiga y le salve!)» . El terrestre lo tomó sin saber qué contenía. El marino lo acompañó hasta llegar a tierra firme. Por el camino hallaron gentes que cantaban y celebraban una fiesta: los manteles estaban extendidos y cubiertos de peces. Comían, cantaban y estaban muy contentos. Abd Allah el terrestre preguntó al marino: « ¿Qué pasa que están tan contentos? ¿Celebran una boda?» « ¡No es ninguna boda! Se les ha muerto un familiar.»

« ¿Es que cuando se os muere alguien os alegráis, cantáis y celebráis banquetes?» « ¡Sí! ¿Y vosotros, las gentes de tierra, qué hacéis?» « Cuando se nos muere alguien, nos ponemos tristes y lloramos; las mujeres se abofetean el rostro, y es tanta la pena que sienten, que rasgan sus vestidos.» Abd Allah el marino clavó los ojos en el terrestre y le dijo: « ¡Devuélveme el depósito!» Se lo devolvió. Después, el marino dejó al terrestre en su elemento, diciéndole: « Hoy queda roto el afecto y la amistad que por ti sentía. Desde hoy no volverás a verme ni yo te veré» . « ¿Por qué me dices tales palabras?» « ¡Gentes de la tierra! ¿Es que no sois un depósito de Dios?» « ¡Sí!» « ¿Y cómo no estáis satisfechos cuando Dios recupera su depósito? ¿Por qué tenéis que llorar? ¿Cómo he de entregarte un depósito para el Profeta (¡Dios lo bendiga y lo salve!), si cuando os nace un niño os alegráis por el mero hecho de que Dios (¡ensalzado sea!) le haya infundido, como depósito, el alma, y cuando Él recupera su depósito lloráis y os entristecéis? ¡Para nada necesitamos vuestra amistad!» Lo dejó y se marchó hacia el mar. Abd Allah el terrestre se vistió, cogió las gemas y fue a ver al rey. Éste lo recibió con afecto y se alegró de su llegada. Le preguntó: « ¡Yerno! ¿Cómo estás? ¿Por qué has permanecido ausente durante este tiempo?» Abd Allah le refirió toda su historia y los prodigios marinos que había visto. El rey quedó admirado. Luego le explicó lo que le había dicho Abd Allah el marino. El rey le dijo: « Has cometido una falta al contarle tal historia» .

Durante una temporada, el terrestre continuó frecuentando la orilla del mar y llamando a Abd Allah el marino. Pero éste no le contestó ni volvió a salir, y así el terrestre perdió la esperanza de volver a verlo.

Abd Allah y el rey, su suegro, vivieron en la más feliz de las vidas y en la mejor de las situaciones hasta que se les presentó el destructor de todas las dulzuras, el separador de los amigos. Todos murieron.

¡Gloria al Viviente, al que no muere, al Poseedor del reino y la soberanía, al que es Poderoso sobre todas las cosas, e indulgente y omnisciente con sus criaturas!

HISTORIA DE HARÚN AL-RASID Y EL JOVEN DE OMÁN

SE cuenta también que el califa Harún al-Rasid estaba cierta noche insomne. Mandó llamar a Masrur y le dijo: « Tráeme a Chafar inmediatamente» . Marchó y volvió con él. Cuando le tuvo delante dijo: « ¡Chafar! Esta noche soy presa de un insomnio tal que me impide dormir. No sé qué hacer para suprimirlo» . Le contestó: « ¡Emir de los creyentes! Los sabios dicen que mirarse al espejo, ir al baño y cantar disipan las preocupaciones y las penas» . « ¡Chafar! Yo he hecho todo eso sin que me aliviase lo más mínimo. ¡Juro por mis puros antepasados que si no consigues algo que me cure, he de cortarte el cuello!» « ¡Emir de los creyentes! ¿Harás lo que te indique?» « ¿Qué quieres aconsejarme?» « Embárcate, conmigo, en una nave; nos dejaremos llevar por el agua del Tigris hasta un lugar llamado Qarn al-Sirat. Tal vez oigamos algo que nunca hemos oído y veamos lo que nunca hemos visto. Se dice: “La pena se disipa con una de estas tres cosas: ver algo nunca visto, oír algo nunca oído o pisar una tierra nunca hollada”. Tal vez esto desvanezca el insomnio que pesa sobre ti, Emir de los creyentes.» Al-Rasid se puso en pie y se marchó con Chafar y su hermano al-Fadl, con el contertulio Abu Ishaq y Abu Nuwás, Abu Dulaf y Masrur el Verdugo.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que entraron en la guardarropía, se pusieron todos vestidos de comerciante, se dirigieron al Éufrates y embarcaron en una nave recubierta de oro. Se dejaron llevar por el agua hasta el sitio que deseaban. Oyeron que una esclava, acompañada del laúd, cantaba y recitaba estos versos:

Le digo, mientras el vino está presente y en las ramas gorjea el ruiseñor,
« ¿Hasta cuándo quieres mantenerte apartado de la alegría? Despierta, pues la vida es un préstamo.
Coge la copa de vino de manos de una joven gacela de largas y encantadoras cejas.
Plantó en la mejilla una fresca rosa y, de sus tirabuzones, ha brotado una granada.
Creerías que el arañazo que tiene en la cara es ceniza que desaparece bajo el fuego de la mejilla.
Los censores me dicen que me consuele pero ¿cuál ha de ser mi excusa si el bozo ya despunta?»

El Califa, al oír esta voz, dijo: « ¡Chafar! ¡Qué hermosa voz!» « ¡Señor nuestro! Mi oído no ha escuchado jamás un canto más suave ni más hermoso que éste. Pero, señor mío, oír detrás de la pared sólo es oír a medias. Piensa en lo que sería si la escuchásemos detrás de un velo.» « ¡Chafar! Acompáñanos. Nos iremos y seremos los gorrones del señor de esta casa. Tal vez consigamos ver con nuestros propios ojos a la cantora.» « ¡Oír es obedecer!» , replicó el visir. Desembarcaron y pidieron permiso para entrar. Acudió ante ellos un muchacho de buen ver, de palabra dulce y lengua elocuente. Dijo: « ¡Sed bien venidos, señores que me favorecéis! Entrad tranquilos y sin preocupaciones» . Pasaron. Él los precedía. Vieron que era una casa que tenía cuatro costados con el techo de oro y con paredes recubiertas de lapislázuli. Tenía un pabellón en el cual se encontraba un magnífico estrado encima del cual había cien muchachas que parecían lunas. Las llamó y acudieron todas. El dueño de la casa se volvió hacia Chafar y le dijo: « ¡Señor mío! Ignoro cuál de vosotros, con tanta excelsitud, es el más excelso. ¡En el nombre de Dios! Indicadme cuál de vosotros es el más digno de presidir la reunión y en cuanto a los demás, siéntese cada uno según su rango» . Los huéspedes se sentaron según su posición y Masrur se quedó de pie dispuesto a servirlos. El dueño de la casa les dijo: « ¡Huéspedes! ¿Permitís que os dé algo de comer?» « ¡Sí!» Mandó a las criadas que sirviesen la comida. Acudieron cuatro sirvientas con la cintura ceñida llevando mesas cubiertas de los guisos más exquisitos: carnes de corral, pájaros, peces del río, perdices, pollos y palomos. En los costados de la mesa estaban escritos versos apropiados al caso. Comieron hasta quedar hartos. Después se lavaron las manos. El joven dijo: « ¡Señores míos! Si tenéis algún deseo, decídmelo para que pueda satisfacerlo» . « ¡Sí! Nos hemos acercado a tu casa a causa de una voz que hemos oído desde detrás de la valla. Nos gustaría escucharla y conocer a su dueña. Si quieres complacernos en esto, es que eres hombre de buenas costumbres. Después nos marcharemos por donde hemos venido.» « ¡De mil amores!» El joven se volvió hacia una esclava negra y le dijo: « ¡Tráeme a tu señora Fulana!» La mujer se marchó y regresó con una silla. La dejó, salió de nuevo y volvió acompañada por una joven que parecía la luna llena en su plenitud. La muchacha se sentó en la silla y la esclava negra le entregó un estuche de raso del cual sacó un laúd incrustado de perlas y jacintos y con clavijas de oro.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que tensó las cuerdas para el bello canto. Era tal y como el poeta la describió a ella y al laúd:

Lo estrechó contra el pecho, como si fuese la madre que abraza a su hijo,

y arregló las clavijas.
Mueve la mano derecha para tocarlo y con la izquierda arregla las clavijas.

Estrechó el laúd contra el pecho, se inclinó sobre él como una madre sobre su hijo y tocó las cuerdas: el instrumento gimió como un niño cuando llama a la madre. Siguió tañéndolo y empezó a recitar estos versos:

El tiempo se ha portado bien y me ha favorecido con quien amo. ¡Amigo! Haz circular las copas y bebe.
De un vino que no entró jamás en el corazón de un hombre sin dejarlo conmovido de alegría.
El céfiro lo ha llevado a su copa ¿has visto alguna vez que la luna llena se levante como una estrella?
¡Cuántas noches conversé con la luna que se elevaba por encima del Tigris e iluminaba las tinieblas!
La luna se inclina hacia la puerta como si, sobre el agua, se inclinase una cimitarra dorada.

Una vez hubo terminado de recitar sus versos rompió a llorar amargamente y todos los que estaban en la habitación hicieron lo mismo con tanta fuerza que estuvieron a punto de morir: todos habían perdido la razón, se des garraban los vestidos y se abofeteaban la cara impresionados por su hermosa manera de cantar. Al-Rasid dijo: « El canto de esta muchacha indica que es una enamorada separada del amado» . El dueño replicó: « Es huérfana de padre y madre» . El Califa observó: « Ese llanto no es el que corresponde a quien ha perdido al padre y a la madre, es característico de quien ha perdido al amante» . El Califa, emocionado por el canto, dijo a Abu Ishaq: « ¡Por Dios! ¡Jamás he visto otra mujer semejante!» Abu Ishaq le replicó: « ¡Señor mío! He quedado admirado hasta el extremo de no poder contener mi emoción» . A todo esto, al-Rasid no hacía más que mirar al dueño de la casa y contemplar su belleza y bellos modos. Se dio cuenta de que tenía el rostro amarillo. Se dirigió hacia él y le dijo: « ¡Muchacho!» « ¡Heme aquí, señor mío!» « ¿Sabes quiénes somos?» « ¡No!» Chafar intervino: « ¿Quieres que te digamos el nombre de cada uno?» « ¡Sí!» « Éste es el Emir de los Creyentes y primo del Señor de los Enviados» , y así siguió diciendo el nombre del resto de los concurrentes. Una vez hubo terminado, al-Rasid intervino: « Me gustaría que me contases cuál es la causa del color amarillo de tu cara: ¿lo has adquirido o es congénito?» « ¡Emir de los Creyentes! Mi relato es prodigioso y mi historia portentosa de tal forma que si se escribiera con agujas en la comisura de los ojos constituiría una enseñanza para quien medita.» « ¡Cuéntamela! ¡Tal vez tu cura esté en mi mano!»

« ¡Emir de los Creyentes! ¡Préstame atención y concédeme el auxilio de tu brazo!» « ¡Vamos! ¡Cuéntamela, pues me haces entrar las ganas de oírla!» El muchacho refirió: « ¡Sabe, oh Emir de los creyentes!, que soy un comerciante que realiza sus negocios por mar. Procedo de la ciudad de Omán y mi padre fue un comerciante muy rico que disponía de treinta buques que operaban en el mar y le daban un beneficio de treinta mil dinares por año. Era un hombre generoso que me había enseñado a escribir y todo lo que necesita saber una persona. Cuando le llegó el momento de morir, me mandó llamar y me hizo las recomendaciones de rigor. Después, Dios (¡ensalzado sea!) le llevó ante su misericordia. ¡Conceda larga vida al Príncipe de los Creyentes! Mi padre tenía socios que negociaban con su dinero y viajaban por mar. Cierto día en que yo me encontraba sentado en mi domicilio con un grupo de comerciantes, acudió ante mí uno de mis pajes y me dijo: "¡Señor mío! En la puerta hay un hombre que pide permiso para entrar a verte". Le concedí el permiso y entró. Llevaba encima de la cabeza una cosa que estaba tapada. La colocó ante mí y la descubrió: estaba llena de frutos que no eran de la estación, sal y otras maravillas que no se encuentran en nuestro país. Le di las gracias por ello, le regalé cien dinares y se marchó agradecido. Después repartí todo lo que me había traído entre los amigos allí presentes. Pregunté a los comerciantes: "¿De dónde es esto?" Contestaron: "De Basora", y empezaron a elogiar y describirme la hermosura de la ciudad. Pero todos estuvieron de acuerdo en que no existía ciudad más hermosa que Bagdad y que las gentes de ésta eran las mejores. Describieron Bagdad, las buenas costumbres de sus habitantes, la bondad de su clima y la bella posición que ocupaba. Sentí en seguida afición por ella y todas mis esperanzas consistieron en llegar a verla. Vendí fincas y posesiones; cedí mis buques por cien mil dinares; me deshice de esclavos y doncellas y así reuní un millón de dinares, sin contar las gemas y metales preciosos. Fleté un buque, cargué en él mis riquezas y bienes y me puse en camino, viajando sin cesar ni de día ni de noche, hasta que llegué a Basora. Permanecí en esta ciudad un tiempo. Después alquilé un buque, me instalé en él y navegamos, remontando la corriente, durante unos pocos días hasta llegar a Bagdad. Pregunté: "¿Dónde residen los comerciantes? ¿Cuál es el lugar más adecuado para vivir?" Dijeron: "El barrio de Karj". Me dirigí a él y alquilé una casa en el distrito llamado del azafrán. Trasladé a ella todos mis bienes y permanecí allí durante un tiempo. Un día salí a pasear llevando algún dinero.» Era un viernes. Me dirigí a la mezquita llamada de al-Mansur; recé en ella la plegaria y después, terminada la oración, me fui, con el resto de la gente, al lugar llamado Qarn al-Sirat: es éste un sitio alto, hermoso y algo elevado sobre la orilla del río. Allí hay miradores. Me acerqué, con los demás, y vi a un jeque que estaba sentado, vestido con hermosas ropas que exhalaban un estupendo aroma; tenía la barba bien arreglada y que se partía en dos encima de su pecho como si fuese un lingote de plata. A su

alrededor había cuatro doncellas y cinco pajes. Pregunté a una persona: "¿Cómo se llama este jeque? ¿Cuál es su oficio?" Contestó: "Éste es Tahir b. al-Alaa; posee doncellas. Todo aquél que entra en su casa come, bebe y ve a las hermosas". Dije: "¡Por Dios! Es ya tiempo de que vaya en busca de uno como ése".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cuarenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] » …Me acerqué a él, ¡oh, Emir de los Creyentes!, lo saludé y le dije: "¡Señor mío! Tengo algo que pedirte". Preguntó: "¿Cuál es tu deseo?" "Desearía ser tu huésped de esta noche." "¡De mil amores! Hijo mío: yo tengo muchas mujeres: pasar la noche con unas de ellas cuesta diez dinares; con otras, cuarenta y aún las hay más caras. Escoge la que desees." Repliqué: "Una de diez dinares la noche". Le pesé trescientos dinares para un mes entero y me confió a un paje. Éste me tomó consigo, me llevó al baño de la casa y me sirvió de un modo incomparable. Al salir del baño me condujo a una habitación y llamó a la puerta. Apareció una doncella y le dijo: "Toma al huésped". Me acogió con una sonrisa y con muestras de agrado y me introdujo en su magnífico departamento chapeado de oro. Examiné a la muchacha y vi que era una luna llena en el día del plenilunio; tenía a su servicio dos esclavas que parecían luceros. Me invitó a sentarme y se colocó a mi lado. Hizo gesto a las criadas y éstas nos acercaron una mesa que contenía toda suerte de carnes: gallinas, codornices, perdices y pichones. Comimos hasta quedar hartos. Jamás en mi vida había comido algo más exquisito. Una vez hubimos terminado, se llevaron aquella mesa y nos trajeron otra repleta de bebidas, flores, dulces y frutas. Así pasé un mes con aquella mujer, al cabo del cual entré en el baño. Después fui en busca del anciano y le dije: "¡Señor mío! Deseo una mujer que cueste veinte dinares por noche". Me replicó: "¡Pesa el oro!" Me marché con el dinero y le pesé seiscientos dinares para todo un mes. Llamó a un paje y le dijo: "¡Coge a tu señor!" Me tomó consigo y me condujo al baño. Cuando salí me llevó ante la puerta de una habitación y llamó. Salió una joven y le dijo: "¡Coge a tu huésped!" Me hizo una excelente acogida. A su alrededor tenía cuatro esclavas, a las que ordenó que sirvieran la comida. Trajeron una mesa repleta de toda clase de guisos. Comí. Cuando hube terminado levantaron la mesa. Entonces ella cogió el laúd y cantó estos versos:

¡Oh, soplos de almizcle, que procedéis de la tierra de Babel! ¡Os conjuro, por mi pasión, a que llevéis mis mensajes!

En esas tierras estuvo la morada de mis amados ¡qué estupendas moradas

son ésas!

En ellas se encuentra aquella a la que todos aman pero de la que nadie obtiene nada.

» Permanecí con ella durante un mes. Después me presenté ante el anciano y le dije: "Deseo una mujer que cueste cuarenta dinares". Replicó: "¡Pesa el oro!" Le pesé mil doscientos dinares y pasé con ella un mes que me pareció un día de tan hermosa como era y lo agradable de su compañía. Al cabo de este tiempo me presenté, al anochecer, ante el jeque. Oí un gran alboroto y voces altas. Le pregunté: "¿Qué ocurre?" Me replicó: "Esta noche es, para nosotros, la más solemne: todas las gentes se divierten. ¿Quieres subir a la azotea y ver a la gente?" "¡Sí!" Subí a la terraza y vi una hermosa cortina detrás de la cual se encontraba un amplio lugar con un estrado. Encima un diván estupendo sobre el cual estaba extendida una muchacha bella, hermosa, bien proporcionada, que dejaba boquiabiertos a cuantos la veían; a su lado estaba un muchacho que le acariciaba el cuello con la mano y la besaba; ella le correspondía. Al verlos, Emir de los Creyentes, no pude contenerme, estaba tan excitado por lo hermoso de su aspecto, que no sabía dónde me encontraba. Al bajar interrogué a la muchacha con la cual yo vivía, después de habérsela descrito, sobre quién era. Me preguntó: "¿Qué tienes que ver con ella?" Contesté: "Me ha arrebatado el entendimiento" Sonrió y dijo: "¡Abu-l-Hasán! ¿Es que la necesitas?" "¡Sí, por Dios! Ella se ha adueñado de mi corazón y mis sentidos." "Pues es la hija de Tahir b. al-Alaa. Es nuestra señora y nosotras somos sus esclavos. ¿Sabes, Abu-l-Hasán, cuánto cuesta pasar un día con ella?" "No." "Quinientos dinares. Ella causa pesares hasta en el corazón de los reyes." "¡Por Dios! He de gastar todas mis riquezas por esa muchacha." Pasé toda la noche luchando con la pasión. Al día siguiente, por la mañana, me dirigí al baño, me puse mis trajes más preciosos y que eran dignos de un rey, me presenté a su padre y le dije: "¡Señor mío! Quiero que me des ésa cuya noche cuesta quinientos dinares". Me contestó: "¡Pesa el oro!" Le pesé quince mil dinares, para un mes, y los cogió. Después dijo al paje: "Condúcelo ante tu señora Fulana". Me tomó consigo y me llevó a una casa tan hermosa que jamás había visto otra igual en toda la faz de la tierra. Entré y vi una adolescente sentada. Al contemplarla me quedé perplejo, Emir de los Creyentes, pues era como la luna en la noche decimocuarta…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió: » …era como la luna en la noche decimocuarta], bella, hermosa, bien proporcionada; su voz agradable afrentaba a los instrumentos musicales. Parecía ser que a ella aludían

estos versos:

Ella hablaba, mientras la pasión jugaba a su alrededor en medio de la tiniebla más profunda de la noche.
"¡Oh, noche! ¿Tendré quien se entretenga conmigo en tus tinieblas? ¿Esta vulva encontrará su consuelo?"
Entonces, suspirando como una persona afligida, triste y llorosa, le tocó el miembro.
La boca muestra su hermosura con el mondadientes y la verga se transforma en un mondadientes ante la vulva.
¡Musulmanes! ¿Es que no se yergue vuestro miembro? ¿Ninguno de vosotros acude en socorro de quien se queja?
Debajo de mis vestidos se irguió el miembro y le contestó: "¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!"
Deshizo el nudo que sujetaba sus vestidos, pero se asustó y preguntó: "¿Quién eres?" Contesté: "Un muchacho que responde a tu deseo".
La gocé con algo tan gordo como su brazo, tal como hace una persona educada que sabe trabajar con los muslos.
Después de haberla poseído tres veces me levanté. Dijo: "¡Que te aproveche!" "¡Y a ti!", repliqué.

» ¡Qué hermosas son las palabras de este otro!:

Si ella se presentase ante los politeístas, la tomarían por Dios y abandonarían a sus ídolos.
Si escupiese en el salobre mar, su saliva transformaría en agua dulce a todo el océano.
Si, en Oriente, se mostrase a un monje, éste abandonaría el camino de Oriente y seguiría el de Occidente.

» ¡Qué hermosas son las palabras de este otro!:

Le he echado una sola mirada y he quedado perplejo; mis pensamientos más delicados han quedado prendados de sus prodigiosas cualidades.
Su intuición le ha revelado que la amo y esta idea ha hecho sonrojar sus mejillas.

» La saludé y me dijo: "¡Sé bienvenido!" Me cogió de la mano, ¡oh, Emir de los Creyentes!, y me hizo sentar a su lado. De tanto como yo la quería rompí a llorar pensando en el día en que tendría que separarme de ella. Por sus ojos

resbalaron, también, las lágrimas y recitó este par de versos:

Me place la noche de la separación, no porque me alegre sino porque es posible que el destino, después, nos vuelva a unir.
Me disgusta el día de la unión, ya que sé que toda cosa tiene su fin.

» Empezó a dirigirme amables palabras mientras yo me ahogaba en el mar de la pasión temiendo ya, cuando estaba a su lado, el dolor del momento en que me vería obligado a separarme de ella, de tan grande como eran mi pasión y mi cariño. Pensando en el dolor de la separación y la partida recité este par de versos:

Pensé en la separación en el momento en que me encontraba a su lado y las lágrimas escaparon de mis pupilas como sangre de dragón.
Empecé a secar mis ojos en su cuello, pues es propiedad del alcanfor secar las lágrimas.

» Mandó a continuación que nos sirviesen la comida. Acudieron cuatro esclavas de senos vírgenes que colocaron ante nosotros guisos, dulces, flores, vinos y todo aquello que era propio de reyes. Comimos, Emir de los Creyentes, y luego nos dedicamos a beber teniendo alrededor flores; estábamos en una sala propia de reyes. Después vino, ¡oh Emir de los creyentes!, una esclava que le entregó una bolsa de raso. La cogió, sacó de ella un laúd, lo apoyó sobre su seno y pulsó las cuerdas: el instrumento gimió como un niño cuando llama a la madre. Recitó este par de versos:

No bebas vino si no te lo ofrece la mano de un cervatillo al que hables con dulzura y que te responda del mismo modo.
El vino no es grato a quien lo bebe a menos de que el copero tenga una mejilla pura.

» Permanecí con ella, ¡oh Emir de los creyentes!, durante un lapso de tiempo hasta que hube dado fin a todos mis bienes. Mientras estaba a su lado sentado pensando en que tenía que abandonarla, mis lágrimas corrían, como ríos, por mis mejillas: ya no distinguía la noche del día. Le dije: "¡Señora mía! Desde que estoy contigo tu padre me ha ido cobrando, cada noche, quinientos dinares. Ahora ya no me queda ni un céntimo, ¡qué bien dijo el poeta!:

La pobreza equivale a vivir en el exilio en la propia patria; las riquezas en el exilio hacen de éste una patria."

» Me replicó: “Sabe que mi padre tiene por costumbre, cuando un comerciante se arruina en su casa, concederle hospitalidad durante tres días. Después lo expulsa y no permite que jamás vuelva a nuestro domicilio. Pero guarda tu secreto y oculta lo que te sucede, pues yo voy a emplear una treta para continuar reunida contigo, si Dios lo quiere, ya que mi corazón siente gran amor por ti. Sabe que dispongo de todos los bienes de mi padre y que él ignora su importe. Yo te daré cada día una bolsa con quinientos dinares y tú la entregarás a mi padre diciendo: ‘Desde hoy en adelante te pagaré el importe de la pensión diariamente’. Cada vez que le pagues, él me entregará el importe a mí y yo te lo volveré a dar a ti. Guardaremos este secreto hasta que Dios quiera”. Le di las gracias por todo esto y le besé las manos. Así, Emir de los creyentes, seguí viviendo con ella durante un año entero. Pero cierto día ella azotó a su esclava de modo doloroso y ésta la increpó: “¡Por Dios! He de lacerarte el corazón con un dolor como el que me has causado”. La esclava corrió en busca del padre y le informó de nuestro asunto desde el principio hasta el fin. Tahir b. al-Alaa, al oír las palabras de la muchacha se puso en pie al instante y entró en la habitación en que yo me encontraba sentado al lado de su hija. Me dijo: “¡Fulano!” “¡Heme aquí!” “Es costumbre nuestra cuando un comerciante se arruina en nuestra casa, concederle hospitalidad durante tres días. Pero tú ya llevas un año comiendo, bebiendo y haciendo lo que te place.” Después, volviéndose a sus pajes, les dijo: “¡Quitadle los vestidos!” Lo hicieron y me entregaron diez dirhemes. El viejo dijo: “¡Sal! No te pegaré ni te insultaré. Sigue tu camino. Si te quedas en esta ciudad perderás la vida inútilmente”.

» ¡Emir de los Creyentes! Salí, a pesar mío, sin saber adónde ir. Todas las penas del mundo habían encontrado refugio en mi corazón; las dudas me asaltaban. Me dije: “¿Cómo es posible que cuando embarqué para venir aquí dispusiera de un millón, parte del cual procedía del importe de treinta buques, y que ahora lo haya perdido todo en casa de ese viejo de mal agüero? Además me ha expulsado desnudo y con el corazón desgarrado. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”

» Permanecí tres días sin probar bocado ni beber; el cuarto día vi un buque que zarpaba hacia Basora. Embarqué en él, me puse de acuerdo sobre el precio del pasaje con su patrón y así navegué hasta esta ciudad. Entré en el zoco muerto de hambre. Un verdulero me vio. Se dirigió hacia mí y me abrazó, pues era amigo mío y también lo había sido de mi padre. Me preguntó cómo me encontraba y yo le expliqué todo lo que me había ocurrido. Me dijo: “¡Por Dios! Quien es inteligente no obra así. Pero dejando lo pasado ¿qué piensas hacer?” Le repliqué: “¡No sé lo que haré!” “¿Quieres quedarte conmigo? Registrarás mis salidas y mis entradas y cada día te daré dos dirhemes, además de la comida y la bebida.” Acepté su proposición y permanecí con él, Emir de los Creyentes, durante un año entero vendiendo y comprando. Así llegué a disponer de cien

dinares con los que alquilé una habitación en la orilla del río con la esperanza de que llegara una embarcación con mercancías en la que pudiese comprar algo para dirigirme con ello a Bagdad. Un buen día llegaron las naves y todos los comerciantes corrieron hacia ellas para comprar. Los acompañé. Dos hombres salieron del fondo de la nave: les pusieron dos sillas y se sentaron en ellas. Los comerciantes se sentaron para comprar. Los dos dijeron a los pajes: "¡Traed el tapete!" Lo extendieron. Uno cogió un saco del cual extrajo una bolsa: la abrió, la vació encima del tapete y su contenido deslumbró la vista de tantas perlas, coral, rubíes y cornalinas multicolores como contenía.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] » Después, Emir de los Creyentes, uno de los dos hombres sentados en las sillas se volvió hacia los comerciantes y les dijo: "¡Comerciantes! Hoy no voy a vender esto pues me encuentro cansado". Los compradores fueron pujando hasta llegar a los cuatrocientos dinares. El dueño de la bolsa, que me conocía de antiguo, me dijo: "¿Por qué no hablas y no pujas como hacen los demás comerciantes?" Le repliqué: "¡Por Dios, señor mío! De todo lo que poseía en este mundo sólo me quedan cien dinares". Quedé avergonzado ante él y mis ojos derramaron lágrimas. Me observó y le dolió la situación en que yo me encontraba. Dijo a los comerciantes: "Dad testimonio de que yo vendo todas las gemas y metales preciosos que contiene la bolsa a este hombre por cien dinares, a pesar de que sé bien que esto y esto vale mil dinares. Pero es un regalo que le hago". Me entregó el saco, la bolsa, el tapete y todas las gemas que contenía. Le di las gracias por lo que había hecho y todos los comerciantes presentes lo loaron. Lo cogí todo, me marché al zoco de los joyeros y me senté a vender y a comprar. Entre todas esas piedras había una redonda, obra de artesanos, que pesaba medio ratl; era de un color rojo muy intenso y tenía algo escrito, a los dos lados, del tamaño de patas de hormigas. Pero yo no conocía su utilidad. Vendí y compré durante un año entero. Entonces cogí el amuleto y dije: "Hace tiempo que tengo esto pero ni sé lo que es ni para qué sirve". Se lo entregué al corredor, quien fue a ofrecerlo. Regresó y me dijo: "Ningún comerciante ofrece por él más de diez dirhemes". Repliqué: "No lo venderé por esa cantidad". Me lo tiró a la cara y se marchó. Otro día volví a ponerlo en venta, pero su precio no pasó de los quince dirhemes. Enfadado lo cogí de las manos del corredor y lo guardé en mi casa. Un día, mientras yo me encontraba sentado, se acercó hacia mí un hombre quien me saludó y me dijo: "¿Me das permiso para que examine las mercancías que tienes?" "¡Sí!" Yo, Emir de los Creyentes, estaba de malhumor dado que no conseguía vender el amuleto. El hombre removió las mercancías, pero sólo cogió

el disco del amuleto. Apenas lo vio, Emir de los Creyentes, se besó la mano y exclamó: "¡Loado sea Dios!" Dirigiéndose a mí me preguntó: "¿Lo vendes?" Mi cólera fue en aumento y dije: "¡Sí!" "¿Por cuánto?" "¿Cuánto quieres pagar?" "¡Veinte dinares!" Creyendo que se burlaba de mí le repliqué: "¡Sigue tu camino!" Pujó y me dijo: "¡Cincuenta dinares!" Yo ni le contesté. Siguió: "¡Mil dinares!" A todo esto, Emir de los Creyentes, yo seguía callado, sin decir nada. Él, riéndose de mi silencio, me preguntó: "¿Por qué no me contestas?" Repliqué: "¡Vete a tus quehaceres!", y estuve a punto de pelearme con él. Él siguió pujando de mil en mil dinares sin que yo le contestara; así llegó a decir: "¿Lo vendes por veinte mil dinares?" "Creo que te estás burlando de mí." Alrededor nuestro se había reunido una multitud que me decía: "¡Véndelo! Si no lo compra, todos nosotros caeremos sobre él, lo moleremos a palos y lo expulsaremos del país". Le pregunté: "¿Lo compras o te burlas?" Me replicó: "¿Lo vendes o te burlas?" "¡Lo vendo!" "¡Pues bien! ¡Que sea por treinta mil dinares! Cógelos y firma la venta." Dije a los presentes: "¡Dad testimonio! Pero lo vendo a condición de que me expliques sus virtudes y utilidad". "Firma la venta y te contaré sus virtudes y utilidades." "¡Te lo vendo!" "Dios sale garantizador de lo que dices." Sacó el oro, me lo entregó y cogió el disco del amuleto guardándolo en el bolsillo. Me preguntó: "¿Estás satisfecho?" "Sí." "¡Gentes! Sed testimonio de que él ha firmado el contrato de venta y ha cobrado los treinta mil dinares que importa." Volviéndose hacia mí me dijo: "¡Desgraciado! ¡Juro por Dios que si hubieses retrasado la venta hubiese seguido pujando hasta cien mil dinares o hasta un millón!" Al oír estas palabras, Emir de los Creyentes, la sangre huyó de mi rostro y subió hasta él, en ese instante, la palidez que estás viendo. Le repliqué: "¡Cuéntame la causa de todo esto! ¿Qué utilidad tiene este disco?" Refirió: "Sabe que el rey de la India tiene una hija; jamás se ha visto mujer más hermosa que ella. Sin embargo cayó enferma de epilepsia. El rey convocó a los altos funcionarios y a los sabios y a los sacerdotes pero no consiguieron curarla. Yo, que estaba presente, le dije: '¡Oh, rey! Conozco a un hombre que se llama Sad Allah al-Babilí que es la persona más experta que hay sobre la faz de la tierra en estas cosas. Si crees oportuno enviarme a él, hazlo'. Me replicó: 'Ve.' Le dije: 'Dame un pedazo de cornalina'. El soberano me dio un gran pedazo de cornalina, cien mil dinares y un regalo. Lo cogí y me marché a la tierra de Babel. Pregunté por el anciano y me indicaron dónde se encontraba. Le entregué los cien mil dinares y el regalo y lo cogió. Tomó el pedazo de cornalina, ordenó que llevasen al tallador e hizo este amuleto. El anciano observó los astros durante siete meses para elegir el instante en que debía inscribir los talismanes que has visto. Entonces, yo regresé, con él, junto al rey de la India…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió. » El hombre continuó diciéndome:] "Cuando se lo coloqué a la hija del rey ésta quedó curada al acto. La muchacha, antes, tenía que vivir sujeta por cuatro cadenas, pero aun así cada mañana se encontraba sacrificada a la esclava que había pasado la noche con ella. Pero, desde el instante en que tuvo el amuleto encima, quedó curada. El rey se alegró muchísimo, me dio trajes de corte, me concedió grandes regalos y el amuleto se insertó en el collar de la muchacha. Cierto día, subió con sus esclavas en una embarcación para pasear por el mar. Una de las jóvenes, jugando, alargó la mano hacia la princesa y el collar se rompió y cayó al mar. En aquel mismo momento volvió a apoderarse de la princesa la enfermedad. El rey experimentó una gran tristeza y me entregó grandes riquezas diciéndome: 'Ve en busca del anciano para que te fabrique un amuleto en sustitución del perdido'. Me puse en camino, pero cuando llegué ya había muerto. Regresé al lado del rey y lo informé de ello. Entonces me envió a mí y a diez personas más a recorrer los países, pues tal vez encontráramos algún remedio. Dios me ha hecho tropezar contigo". Entonces, Emir de los Creyentes, tomó el amuleto y se marchó.

» Tal fue la causa de la palidez que ves en mi cara.

» Después regresé a Bagdad llevando todos mis bienes y me instalé en la casa en que ya había estado. Al día siguiente me vestí y me dirigí al domicilio de Tahir b. al-Alaa en espera de poder ver a quien amaba, pues mi pasión por ella había ido en aumento en mi corazón. Al llegar vi que las ventanas estaban en ruina. Interrogué y pregunté a un paje: "¿Qué ha hecho Dios del jeque?" "¡Amigo! Un año se presentó ante él un comerciante llamado Abu-l-Hasán al-Umaní. Permaneció cierto tiempo con su hija. Pero cuando hubo dilapidado todas sus riquezas, el jeque lo expulsó de su casa con el corazón lacerado. La joven también lo amaba de modo violento. En cuanto se marchó se puso enferma de un modo alarmante, hasta casi morirse. Su padre, al darse cuenta mandó buscar a Abu-l-Hasán por todos los países y prometió entregar cien mil dinares a quien regresase con él. Pero nadie le ha encontrado ni ha hallado rastro de él. La muchacha está a punto de morir". Pregunté: "¿Y cómo se encuentra su padre?" "¡Ha vendido a todas las muchachas de tan grande como es su pesar!" "¿Te indico dónde está Abu-l-Hasán al-Umaní?" "¡Te lo ruego por Dios, amigo mío! ¡Indícame dónde está!" "Ve ante el padre y dile: '¡Alégrate! Abu-l-Hasán al-Umaní espera en la puerta'." El muchacho se marchó trotando como un mulo al que se libera de la muela. Estuvo ausente un momento y regresó acompañado por el anciano. Al verme, regresó al interior y entregó cien mil dinares al paje. Éste los tomó y se marchó haciendo votos por mí. Luego el jeque se acercó, me abrazó, rompió a llorar y dijo: "¡Señor mío! ¿Dónde has estado ausente? Mi hija se muere a causa de esta separación. Entra conmigo en la casa". Una vez en el

interior se prosternó dando gracias a Dios (¡ensalzado sea!) y exclamó: "¡Loado sea Dios que nos ha reunido contigo!" A continuación entró en el cuarto de su hija y le dijo: "¡Que Dios te cure de esta enfermedad!" "¡Padre! El ver el rostro de Abu-l-Hasán es lo único que puede curarme." "Si comes, y te bañas, os reuniré." Al oír estas palabras preguntó: "¿Es cierto lo que dices?" "¡Juro por Dios, el Altísimo, que lo que digo es verdad!" "¡Por Dios! ¡Si veo su cara no necesito comer!" El anciano dijo a un paje: "¡Haz que entre tu señor!" Entré. En cuanto me vio, ¡oh Emir de los Creyentes!, cayó desmayada. Al volver en sí, recitó este verso:

> Dios reúne ahora a los amantes después que ambos, estando separados, pensaban que no volverían a encontrarse.

» Se sentó y dijo: "¡Por Dios, señor mío! No esperaba volver a ver tu rostro sino en sueños". Me abrazó, rompió a llorar y dijo: "¡Abu-l-Hasán! Ahora comeré y beberé". Acercaron la comida y la bebida y yo, Emir de los Creyentes, permanecí con ellos algún tiempo. Ella volvió a ser hermosa como antes. El padre mandó llamar al cadí y los testigos, se puso por escrito el contrato de matrimonio, y dio un gran banquete. Ella es, ahora, mi esposa» .

Referido esto el muchacho dejó al Califa para regresar acompañado de un niño de belleza prodigiosa, de talle esbelto y bien proporcionado. Le dijo: « ¡Besa el suelo ante el Emir de los Creyentes!» El niño se inclinó ante el Califa y éste quedó admirado de su hermosura y alabó a su Creador.

Después al-Rasid se marchó con su séquito y dijo: « ¡Chafar! ¡Esto es maravilloso! ¡Jamás había visto ni oído algo tan portentoso!» Una vez en la sede del califato llamó: « ¡Masrur!» « ¡Heme aquí, señor mío!» « Reúne en esta sala los tributos de Basora, Bagdad y el Jurasán.» Los reunió: era tan gran cantidad de dinero que sólo Dios hubiese podido contarla. Después el Califa dijo: « ¡Chafar!» « ¡Heme aquí!» « ¡Tráeme a Abu-l-Hasán!» « ¡Oír es obedecer!» Le hizo comparecer. El muchacho besó el suelo ante el Califa. Estaba asustado de que le hubiese enviado a buscar y temía haber cometido alguna falta mientras había alojado al Califa en su casa. Al-Rasid le dijo: « ¡Umaní!» « ¡Heme aquí, Emir de los Creyentes! ¡Que Dios te conceda sus dones eternamente!» « ¡Descorre esa cortina!» El Emir de los Creyentes había mandado que se colocasen allí los tributos de las tres provincias y los había hecho cubrir con una cortina. Al descorrer la cortina el entendimiento del Umaní quedó asombrado ante tan grandes riquezas. El Califa preguntó: « ¡Abu-l-Hasán! Estas riquezas ¿son mayores que las que te dejaste escapar con el amuleto?» « ¡Emir de los Creyentes! ¡Éstas son muy superiores!» Al-Rasid dijo: « ¡Todos los que estáis aquí presentes sois testimonios de que regalo esas riquezas a este joven!» El muchacho besó el suelo, confuso y experimentando una gran alegría. Las

lágrimas resbalaban de sus ojos y corrían sobre sus mejillas al mismo tiempo que la sangre afluía de nuevo a su rostro que pasó a ser como la luna en la noche de plenilunio. El Califa exclamó: « ¡No hay más dios que el Dios, gloriado sea! Él hace que a una cosa la suceda otra y en cambio Él es eterno e inmutable» . Cogió un espejo y le hizo mirarse. El muchacho, al ver su rostro, se prosternó y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). El Califa ordenó que todas las riquezas fuesen llevadas a casa del joven y recomendó a éste que le frecuentase y fuese su contertulio. Visitó con frecuencia al Califa hasta que éste se trasladó al seno de la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). ¡Gloria a Aquel que no muere, que posee el reino y el poder!

HISTORIA DE IBRAHIM B. AL-JASIB Y DE CHAMILA, HIJA DE ABU-L-LAYT, GOBERNADOR DE BASORA

SE cuenta también, ¡oh rey feliz!, que al-Jasib, dueño de Egipto, tenía un hijo. No había muchacho más hermoso que él. Tenía tanto miedo de que le ocurriese alguna desgracia que sólo le permitía salir para rezar la plegaria del viernes. Un día, saliendo de la plegaria, pasó junto a un hombre anciano que tenía muchos libros. Bajó del caballo, se sentó a su lado, rebuscó entre los libros y los examinó. Vio en uno de ellos la figura de una mujer que casi hablaba; jamás, sobre la faz de la tierra, había visto a otra más hermosa que ella: le arrebató el entendimiento y su corazón quedó perplejo. Dijo: « ¡Anciano! ¡Véndeme esta estampa!» El librero besó el suelo ante él y dijo: « ¡Señor mío! ¡No la cobro!» El joven le entregó cien dinares y cogió el libro en que estaba la imagen. Empezó a contemplarla y a llorar de día y de noche; dejó de comer, beber y dormir. Se dijo: « Si preguntase al librero por el autor del dibujo es posible que éste me informara. Si su modelo estuviese con vida llegaría hasta ella; si, por el contrario, se tratase de una simple fantasía, dejaría de quejarme y no me atormentaría más por algo que no tiene una existencia real» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el viernes siguiente pasó junto al librero. Éste se puso en pie. Le dijo: « ¡Tío! ¡Infórmame de quién es el autor de este retrato!» « ¡Señor mío! Lo dibujó un habitante de Bagdad que se llama Abu-l-Qasim al-Sandalí y que vive en un barrio llamado al-Karj. Pero ignoro a quién representa la figura.» El muchacho se marchó y no dijo a ninguno de los habitantes del reino lo que le ocurría. A continuación rezó la oración del viernes y regresó a su casa. Cogió una bolsa y la llenó de piedras preciosas y oro. El valor de las piedras preciosas era de treinta mil dinares. Aguardó la llegada de la mañana, salió sin que nadie lo notase y se unió a una caravana. Vio a un beduino y le dijo: « ¡Tío! ¿Qué distancia me separa de Bagdad?» « ¡Hijo mío! ¡Dónde estás tú y dónde está Bagdad! Te separa de dicha ciudad una distancia de dos meses.» « ¡Tío! Si me haces llegar a Bagdad te daré cien dinares y el caballo que monto, que vale mil dinares.» El beduino le replicó: « Dios sale testigo de lo que decimos. Esta noche te hospedarás en mi tienda» . El muchacho aceptó la invitación y pasó con él la noche. Al día siguiente, al aparecer la aurora, el beduino tomó consigo el muchacho y recorrió raudo el camino, pues ansiaba hacerse con el corcel que le había prometido. Viajaron sin cesar hasta que llegaron al pie de los muros de Bagdad. El beduino le dijo: « ¡Loado sea Dios que nos ha salvado, señor mío! ¡Ésta es Bagdad!» El muchacho se alegró muchísimo, se apeó del caballo y lo entregó al beduino junto con los cien dinares.

Después, cogiendo la bolsa, preguntó por el barrio de al-Karj y la residencia de los mercaderes. El destino lo condujo a un pórtico que tenía diez habitaciones: cinco en frente de las otras cinco. En la parte central había una puerta con dos batientes que tenía una anilla de plata; ante la puerta había dos bancos de mármol recubiertos con los más bellos tapices. En uno de ellos estaba sentado un hombre de noble aspecto y bella figura. Tenía puestos hermosos vestidos y delante de él había cinco mamelucos que parecían lunas. El muchacho, al verlo, recordó la descripción que le había hecho el librero. Saludó a ese hombre el cual le devolvió el saludo, lo acogió bien, lo invitó a sentarse y le preguntó por su situación. El muchacho replicó: « Soy un extranjero y quiero pedir de tu generosidad que me indiques una casa en este barrio en que pueda instalarme» . Gritó: « ¡Gazzala!» « ¡Heme aquí, señor mío!» « Toma contigo unos criados e id a una habitación: limpiadla, poned en ella los tapices y todo lo que sea necesario: vasos y demás enseres para que la ocupe este muchacho de hermosa figura.» La muchacha salió e hizo lo que le había mandado. Después lo acompañó y le mostró su domicilio. El muchacho le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Cuánto importa el alquiler de esta casa?» « ¡Oh, muchacho hermoso de rostro! No te cobraré nada mientras permanezcas aquí.» El muchacho le dio las gracias. Tras esto el jeque llamó a otra muchacha: se presentó una mujer que parecía un sol y le dijo: « ¡Trae el ajedrez!» Se lo llevó. Un mameluco extendió el tapete. El anciano preguntó al muchacho: « ¿Quieres jugar conmigo?» « ¡Sí!» Jugaron varias partidas, pero el muchacho le venció. Le dijo: « ¡Juegas bien, muchacho! Eres perfecto. Juro, por Dios, que en todo Bagdad no hay quien pueda vencerme y en cambio tú me has ganado» . Después, una vez que hubieron acondicionado la habitación con los tapices y todo lo que podía necesitar, le entregó las llaves y le dijo: « ¡Señor mío! ¿No quieres entrar en mi casa y comer de mi pan honrándome así?» El muchacho aceptó y lo acompañó. Al llegar a su domicilio, el joven vio que se trataba de una casa muy hermosa, chapeada en oro, adornada con figuras de todas clases y llena de tapices y vasos de tal belleza que la lengua es incapaz de describirlos. El dueño le hizo los elogios y mandó que sirviesen la comida: llevaron una mesa hecha por los artífices del Yemen y la colocaron; después, sirvieron guisos exquisitos, que no tenían parangón con ningunos otros. El joven comió hasta hartarse. Después se lavó las manos; no hacía más que mirar la casa y los tapices; después se volvió en busca de la bolsa que llevaba pero no la vio. Exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! He comido un bocado que valdría uno o dos dirhemes y he perdido una bolsa con treinta mil dinares. Pero pido ayuda a Dios» . Después se calló y ya no pudo articular ni una palabra.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el jeque le presentó el ajedrez y le dijo: « ¿Quieres jugar conmigo?» « ¡Sí!» Jugaron y el jeque le venció. El muchacho le dijo: « ¡Has mejorado!» , dejó de jugar y se puso en pie. El jeque le preguntó: « ¿Qué te sucede, muchacho?» « ¡Quiero la bolsa!» El anciano se puso de pie y se la entregó diciendo: « ¡Aquí la tienes, muchacho! ¿Quieres seguir jugando conmigo?» « ¡Sí!» Jugaron y el muchacho ganó. El viejo observó: « Mientras tenías la razón preocupada por la bolsa, te he vencido. Pero, en cuanto te la he entregado, me has vencido» . A continuación añadió: « ¡Hijo mío! ¡Dime de qué país eres!» « ¡De Egipto!» « ¿Cuál es la causa de tu venida a Bagdad?» El muchacho sacó el retrato y dijo: « Sabe, ¡oh, tío!, que soy el hijo de al-Jasib, dueño de Egipto. Encontré este retrato en la tienda de un librero y me robó la razón. Pregunté por su autor y se me replicó: “Es un hombre que vive en el barrio de al-Karj y que se llama Abu-l-Qasim al-Sandalí cuya casa está en el distrito del Azafrán”. Cogí un poco de dinero y me vine solo; nadie sabe cuál es mi situación. Dada tu perfecta generosidad espero que me indiques dónde reside para que yo pueda interrogarlo por la causa que lo llevó a dibujar este retrato y por la persona a la que representa. Le daré cualquier cosa que me pida» . El anciano le replicó: « ¡Por Dios, hijo mío! Yo soy el mismo Abu-l-Qasim al-Sandalí y el modo como los hados te han conducido hasta mí constituye algo prodigioso» . El muchacho, al oír sus palabras, se acercó a él y lo abrazó y le besó la cabeza y las manos. Le dijo: « ¡Te conjuro por Dios a que me digas de quién es ese retrato!» « ¡De mil amores!» El anciano abrió un armario y sacó de él cierto número de libros en que estaba la misma figura. Explicó: « Sabe, hijo mío, que este retrato pertenece a la hija de mi tío que vive en Basora; su padre es el gobernador de la ciudad y se llama Abu-l-Layt; ella se llama Chamila y en toda la faz de la tierra no se encuentra una persona más hermosa; pero se abstiene de los hombres y no puede oír ni mencionarlos en sus tertulias. Yo fui a ver a mi tío con la intención de pedirla por esposa; le di muchas riquezas, pero no aceptó. Cuando se enteró, la muchacha montó en cólera y me mandó decir unas cuantas cosas y entre ellas la siguiente: “Si tienes entendimiento no te quedes en la ciudad; si lo haces perecerás y sobre ti recaerá la culpa de tu muerte”. Es una mujer engreída. Me marché de Basora lleno de ideas dolorosas y dibujé la figura que se encuentra en los libros; difundí éstos por todos los países en espera de que alguno cayese en manos de un muchacho hermoso como tú capaz de ingeniárselas para llegar hasta ella; tal vez se enamore. Pienso pedirle promesa de que en este caso me permita verla aunque sea de lejos» . Ibrahim b. al-Jasib, al oír estas palabras inclinó un momento la cabeza y meditó. Al-Sandalí le dijo: « ¡Hijo mío! Jamás he visto, en Bagdad, un muchacho más hermoso que tú. Creo que si ella te ve se enamorará de ti. Si te es posible reunirte y hacerte con ella, ¿me la dejarás ver por una sola vez aunque sea desde lejos?» « ¡Sí!» « Si es así

quédate conmigo hasta que te pongas en viaje.» El muchacho replicó: «No puedo quedarme. Mi amor por ella hace que haya en mi corazón una llama siempre en aumento». «¡Ten paciencia! En tres días te prepararé una embarcación para que te traslades a Basora.» El muchacho esperó hasta que le hubo preparado el buque y lo hubo cargado con la comida, bebida y demás cosas que podía necesitar. Al cabo de tres días, el jeque dijo al muchacho: «Prepárate para el viaje, pues la embarcación y todo lo que puedas necesitar está ya dispuesto. El buque me pertenece y los marineros son mis servidores. A bordo encontrarás todo lo que puedas necesitar hasta tu regreso. He recomendado a los marineros que te sirvan hasta que vuelvas sano y salvo». El muchacho se puso en camino, subió a la nave, se despidió del anciano y navegó hasta llegar a Basora. El muchacho sacó cien dinares para dárselos a los hombres del equipaje. Le dijeron: «Nosotros hemos cobrado ya de nuestro señor». Les replicó: «¡Coged el dinero como regalo y yo no le diré nada!» Lo tomaron e hicieron los votos de rigor.

El muchacho entró en Basora y preguntó dónde estaba el alojamiento de los mercaderes. Le contestaron: «En un barrio llamado Jan Hamdan». Se puso en marcha hasta llegar al zoco en que se encontraba la hospedería. Iodo el mundo clavaba la mirada en él, de tan hermoso y perfecto como era. Entró en el Jan con un marinero. Preguntó por el portero y se lo indicaron. Vio que era un jeque anciano, respetable. Lo saludó y le devolvió el saludo. Dijo: «¡Oh, tío! ¿Tienes una habitación que sea bonita?» Le contestó: «¡Sí!» Tomó consigo al muchacho y al marinero, abrió la puerta de una habitación con las paredes doradas y le dijo: «¡Muchacho! Ésta es la habitación que te conviene». El joven sacó dos dinares y le dijo: «¡Coge estos dos dinares a cambio de las llaves!» Los aceptó e hizo los votos de rigor. El muchacho mandó al marinero que se marchase a la nave y entró en la habitación. El portero del Jan quedó junto a la puerta para servirlo y le dijo: «¡Señor mío! Tú nos has traído la felicidad». El muchacho le entregó un dinar diciendo: «Tráenos pan, carne, dulces y sorbetes». Lo cogió, se marchó al zoco y regresó. Había comprado por valor de diez dirhemes y le devolvió el cambio. Pero el joven le dijo: «Gástalo para ti». El portero de la fonda se alegró muchísimo. Ibrahim comió una rebanada de pan con un poco de acompañamiento. Dijo al anciano: «Coge lo que sobra para tu familia». Lo tomó y se marchó junto a sus allegados. Les dijo: «No creo que sobre la faz de la tierra haya nadie que sea más generoso y dulce que el muchacho que hoy se ha hospedado en nuestra casa. Si se queda con nosotros nos haremos ricos». El portero del Jan volvió al lado de Ibrahim y vio que estaba llorando. Se sentó, le acarició y besó los pies diciendo: «¡Señor mío! ¿Por qué lloras? ¡Que Dios no te haga llorar!» «¡Tío! Deseo que tú y yo bebamos juntos esta noche». «¡Oír es obedecer!» El muchacho sacó cinco dinares y le dijo: «Compra frutas y sorbetes», y le dio otros cinco dinares añadiendo: «Con éstos compra pastas,

flores, cinco gallinas y tráeme un laúd» . El anciano salió y compró lo que le había mandado. Dijo a su esposa: « Guísame esto y filtra el vino; que todo lo que hagas sea apetitoso, pues este joven nos abruma con su generosidad» . La mujer hizo lo que le mandaba con el máximo cuidado. Después, el anciano lo cogió y se lo llevó a Ibrahim, hijo del sultán.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que comieron, bebieron y oyeron la música. El muchacho rompió a llorar y recitó:

> ¡Amigo mío! Daría mi alma, todas mis riquezas, el mundo y lo que contiene.
> El jardín del Edén y el Paraíso por un solo instante de unión; el corazón no vacilaría.

Exhaló un gemido doloroso y cayó desmayado. El portero de la fonda suspiró. Cuando volvió en sí le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Qué te hace llorar? ¿Quién es ésa a la que aludes en los versos? Ella sólo puede ser el polvo de tus pies» . El muchacho se puso de pie, cogió un fardo que contenía estupendos vestidos de mujer, y le dijo: « Toma esto para tu esposa» . El anciano lo cogió y se lo entregó a su mujer. Ésta fue con el marido al lado del joven; le encontraron llorando. Ella le dijo: « ¡Te estás destrozando el corazón! ¡Dinos quién es la hermosa a la que amas! Será tu esclava» . « ¡Tío! Sabe que yo soy el hijo de al-Jasib, señor de Egipto, y que estoy enamorado de Chamila, hija de Abu-l-Layt, el gobernador.» La esposa del portero de la fonda exclamó: « ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Amigo! Deja de decir tales palabras para que no las oiga nadie, pues pereceríamos. En toda la faz de la tierra no se encuentra una persona más cruel que ella; nadie puede decirle ni el nombre de un joven, ya que ha renunciado a ellos. ¡Hijo mío! ¡Sustitúyela por otra!» El muchacho rompió a llorar al oír estas palabras. El portero le dijo: « Sólo poseo mi vida, pero la arriesgaré por ti dado el cariño que te tengo. Idearé alguna cosa para que puedas conseguir tu deseo» . Ambos, marido y mujer, se marcharon de su cuarto.

Al día siguiente por la mañana el muchacho se fue al baño y se puso un traje regio. El portero y su esposa fueron en su busca y le dijeron: « ¡Señor mío! Sabe que aquí vive un sastre jorobado que trabaja para la señora Chamila. Ve a verlo y cuéntale lo que te ocurre. Es posible que él te indique el modo de conseguir tus deseos» . El muchacho se marchó a la tienda del sastre jorobado y entró. Le encontró con diez mamelucos que parecían lunas. Los saludó y le devolvieron el saludo. Lo acogieron bien y lo invitaron a sentarse, pues habían quedado

perplejos ante su hermosura y belleza. El jorobado al verlo se quedó estupefacto ante el buen aspecto del joven. Éste le dijo: « Quiero que cosas mi bolsillo» . El sastre se acercó, tomó una hebra de seda y cosió el bolsillo que el joven había roto a propósito para que se lo remendaran. Una vez lo hubo cosido sacó cinco dinares, se los entregó y regresó a su habitación. El sastre preguntó: « ¿Qué habré hecho a este muchacho para que me dé cinco dinares?» Pasó toda aquella noche meditando en la hermosura y generosidad del chico. Éste, al día siguiente, volvió a ir a la tienda del sastre jorobado. Entró y lo saludó. El propietario le devolvió el saludo, lo trató con honor y lo acogió bien. Una vez que estuvo sentado dijo al jorobado: « ¡Tío! ¡Cóseme el bolsillo, pues se ha descosido por segunda vez!» Le replicó: « ¡Hijo mío! ¡De buen grado!» Se acercó y lo cosió. El muchacho le pagó diez dinares. El jorobado los cogió: estaba estupefacto ante tanta belleza y generosidad. Exclamó: « ¡Por Dios, muchacho! Si haces esto debes tener algún motivo; aquí no se trata sólo de coser un bolsillo. Dime la verdad de lo que ocurre. Si estás enamorado de alguno de estos muchachos ¡por Dios! entre ellos no hay ni uno que sea más hermoso que tú y todos son polvo de tus pies: Son tus esclavos y están ante ti. Si no es esto, dímelo» . « ¡Tío! Aquí no es lugar para hablar. Mi relato es maravilloso y mi historia extraordinaria.» « Si tal es el asunto ven a hablar a solas conmigo.» El sastre se puso de pie, cogió de la mano al muchacho, entró con él en la trastienda y le dijo: « ¡Muchacho! ¡Habla!» Le refirió su historia desde el principio hasta el fin. El hombre quedó admirado de sus palabras y le replicó: « ¡Muchacho! ¡Ten temor de Dios! Ésa que acabas de citar es una mujer prepotente que se abstiene de los hombres. Guarda, amigo mío, tu lengua, pues de lo contrario morirás» . El muchacho rompió a llorar amargamente al oír estas palabras y se agarró al faldón del sastre diciendo: « ¡Protégeme, tío! ¡Estoy perdido! He abandonado mis estados, aquellos que pertenecen a mi padre y fueron de mi abuelo; he cruzado, solo, países extraños. ¡No puedo vivir sin ella!» El sastre, al ver como se encontraba, tuvo piedad y dijo: « ¡Hijo mío! Yo sólo dispongo de mi vida, pero la arriesgaré por el amor que te tengo, pues has herido mis entrañas. Mañana idearé algo que pueda tranquilizar tu corazón» . El muchacho hizo los votos de rigor y regresó a la fonda. Una vez en ésta contó al portero lo que le había dicho el jorobado. Le replicó: « Te hace un favor» .

Al día siguiente por la mañana, el muchacho se puso un traje más precioso, cogió una bolsa repleta de dinares, y se marchó a ver al jorobado. Le saludó y se sentó. Después dijo: « ¡Tío! ¡Cumple tu promesa!» « Ven ahora mismo, coge tus gallinas bien gordas, tres libras de azúcar candi, dos ánforas llenas de vino y una copa. Deja todo eso en un paquete. Después de la plegaria matutina embarcarás en un bote con un marinero. Le dirás: “Quiero que me lleves debajo de Basora”. Si te responde: “No puedo alejarme más de una parasanga”, di: “De acuerdo”, pero una vez haya zarpado sobórnalo con dinero hasta que te conduzca. El primer

jardín que veas una vez llegado, es el de la señora Chamila. Ve a su puerta; verás dos escalones altos cubiertos de brocado; encima de ellos encontrarás sentado a un hombre jorobado como yo. Quéjate a él de tu situación y confíate; tal vez se conmueva de tu caso y te permita verla aunque sea desde lejos. Yo no puedo hacer nada más que esto. Si ese jorobado no se compadece de ti moriremos los dos: tú y yo. Tal es mi opinión. Todos los asuntos dependen de Dios (¡ensalzado sea!).» El muchacho dijo: « ¡Pido auxilio a Dios! Lo que Él quiere, sucede. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios!» Se separó del sastre jorobado, se dirigió a su habitación, metió lo que le había dicho en un paquete bien hecho y, al amanecer, se dirigió a la orilla del Tigris. Tropezó con un marinero que estaba durmiendo y lo despertó. Le entregó diez dinares y le dijo: « ¡Llévame debajo de Basora!» Le contestó: « ¡Señor mío! Ha de ser con una condición: que no nos alejaremos más de una parasanga; si pasásemos, aunque fuera un solo palmo, moriríamos los dos» . « ¡Sea como bien te parezca!» Subió a bordo y siguieron la corriente. Cuando estuvieron cerca del jardín, el marinero le dijo: « Ya no# puedo ir más lejos de aquí; si atravesase este límite, moriríamos los dos» . El joven sacó otros diez dinares y le dijo: « Tómalos: servirán para mejorar tu situación» . El marinero se avergonzó y dijo: « ¡Entrego el asunto en manos de Dios!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el marinero] siguió avanzando. Al llegar junto al jardín, el muchacho se puso en pie muy alegre y de un salto, tan largo como un tiro de lanza, bajó a tierra. El marinero emprendió la huida. El joven se acercó y vio todo lo que el jorobado le había dicho que se encontraba en el jardín; encontró la puerta abierta. En el vestíbulo había un estrado de marfil y sentado encima de éste un jorobado de buen aspecto que llevaba puestos vestidos bordados en oro y empuñaba una maza de plata chapeada de oro. El muchacho se acercó a él apresuradamente, se abalanzó sobre su mano y la besó. Le preguntó: « ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha hecho llegar hasta aquí, hijo mío?» Aquel hombre había quedado admirado de la hermosura de Ibrahim b. al-Jasib desde el momento en que le había visto. El muchacho contestó: « ¡Tío! Yo soy un muchacho ignorante y extranjero» . A continuación rompió a llorar. El jorobado se apiadó de él, le hizo subir a sentarse en el estrado, le secó las lágrimas y le dijo: « ¡Nada malo te ha de suceder! Si eres deudor, Dios pagará tus deudas; ti temes algo ¡que Dios calme tu temor!» « Nada temo y no tengo deudas, tío. Gracias a Dios y a Su auxilio tengo grandes riquezas.» « ¡Hijo mío! ¿Qué es lo que deseas que has arriesgado tu vida y tu belleza para llegar hasta este lugar de perdición?» El muchacho le relató toda su historia y le explicó su asunto. Al oír estas palabras inclinó un momento la cabeza hacia el suelo y le

dijo: « ¿Ha sido el sastre jorobado quien te ha enviado hasta mí?» « ¡Sí!» « Es mi hermano; es un hombre bendito. ¡Hijo mío! Si tu amor y tu afecto no hubiesen hallado sitio en mi corazón, hubieseis muerto tú, mi hermano, el portero de la fonda y su mujer.» A continuación añadió: « Sabe que no hay un jardín como éste en toda la faz de la tierra. Se le llama el "Jardín de la Perla" y jamás en toda mi vida ha entrado nadie en él excepción hecha de mí, del sultán y de su dueña Chamila. Vivo en él desde hace veinte años y jamás he visto llegar a nadie hasta este lugar. Cada cuarenta días viene aquí Chamila en una embarcación. Desembarca rodeada por sus doncellas y viste una túnica de raso cuyos faldones levantan diez esclavas con garfios de oro hasta que entra. Yo no veo nada. Yo, a pesar de que sólo dispongo de mi vida, la arriesgaré por tu causa» . El muchacho le besó la mano. El anciano le dijo: « ¡Quédate a mi lado hasta que idee alguna cosa!» Cogió al muchacho de la mano y le hizo entrar en el jardín. Ibrahim, al verlo, creyó que se trataba del paraíso: tenía delante árboles que se entrelazaban unos con otros, palmeras esbeltas, aguas que murmuraban y pájaros que cantaban con voces distintas. El anciano lo condujo a un pabellón y le dijo: « Éste es el lugar que ocupa la señora Chamila» . El muchacho examinó el lugar y vio que era digno de verse: en él había toda clase de pinturas de oro y lapislázuli y cuatro puertas a las que se llegaba a través de cinco escalones. En el centro había una alberca a la que se bajaba por una escalera de oro que estaba cuajada de toda suerte de gemas. En el centro de la alberca había una fuente de oro con grandes y pequeñas figuras. El agua salía por su boca produciendo, en el momento de resbalar por ella, sonidos distintos que hacían creer a quien los oía, que se encontraba en el paraíso. Alrededor del pabellón discurría una acequia cuyos canalones eran de plata recubierta de brocado; a la izquierda de la acequia se abría una ventana de plata que daba a una torre verde en la que se encontraban toda suerte de animales, gacelas y liebres. A su derecha había otra ventana que daba a un parque en que había toda clase de pájaros que cantaban con voces distintas admirando a todo aquel que los escuchaba. El muchacho al ver todo esto quedó boquiabierto de entusiasmo y se sentó en la puerta del jardín. El guardián se colocó a su lado y le preguntó: « ¿Qué te parece mi jardín?» « ¡Es el Paraíso terrestre!» El jardinero rompió a reír, se marchó un rato y regresó con una bandeja que contenía gallinas bien cebadas, buenos guisos y dulces de azúcar. Lo colocó ante el muchacho y le dijo: « Come hasta hartarte» .

Ibrahim refiere: « Comí hasta quedar harto. Cuando vio que estaba satisfecho se puso muy contento y exclamo: "¡Por Dios! ¡Así se portan los reyes y los hijos de los reyes, Ibrahim! —me dijo—, ¿qué es lo que llevas en ese paquete?" Lo desaté y dijo: "Quédate con ello, pues te será útil cuando llegue la señora Chamila. Cuando ésta esté aquí no podré darte nada de comer". Se puso en pie, me cogió de la mano y me condujo a un lugar que estaba en frente del pabellón de Chamila. Me preparó un refugio entre los árboles y me dijo: "Súbete aquí.

Cuando venga la verás sin que ella te vea. Esto es lo mejor que puedo hacer. ¡Confía en Dios! Si canta, bebe de su canto: cuando se marche regresa por dónde has venido, sano y salvo si Dios así lo quiere”» .

El muchacho le dio las gracias y quiso besarle la mano, pero el anciano se lo impidió. El joven dejó sus provisiones en el refugio que le había preparado y el jardinero le dijo: « ¡Ibrahim! Disfruta del jardín y de todos sus frutos; tu señora no vendrá hasta mañana» . El muchacho recorrió el jardín, comió de sus frutos y pasó allí la noche. Al día siguiente por la mañana, cuando apareció la aurora y se hizo de día, Ibrahim rezó la oración matutina. Entonces se presentó el jardinero con el rostro pálido y le dijo: « ¡Levántate hijo mío! ¡Sube al refugio! Las mujeres ya llegan para acondicionar el lugar y ella vendrá después.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el jardinero prosiguió:] » …¡Ni escupas, ni estornudes, ni tosas, pues pereceríamos los dos!» El muchacho se puso en movimiento, subió al refugio y el jardinero se fue diciendo: « ¡Que Dios te conceda la salud, hijo mío!» Mientras el muchacho permanecía quieto, aparecieron cinco esclavas: nadie había visto jamás mujeres tan hermosas como ellas. Entraron en el pabellón, se quitaron los vestidos, lo fregaron y lo limpiaron con agua de rosas, lo perfumaron con áloe y ámbar y lo cubrieron de brocado. Después llegaron cincuenta esclavas con instrumentos de música. Chamila iba entre ellas, en el interior de un palanquín de brocado rojo; las esclavas levantaban sus extremos con garfios de oro. Entraron así en el pabellón sin que el muchacho consiguiera ver ni la punta de su vestido. Se dijo: « ¡Por Dios! Todas mis fatigas han sido en vano. Pero he de esperar hasta ver cómo termina el asunto» . Las doncellas se acercaron a comer y a beber. Comieron, se lavaron las manos y colocaron una silla para la princesa. Ésta se sentó. A continuación empezaron todas a tocar los instrumentos de música y a cantar con voces delicadas, incomparables. Salió una vieja nodriza que palmoteo y bailó; las muchachas la tiraban de uno y otro lado. Entonces el velo se levantó y salió Chamila riéndose. Ibrahim vio que estaba cuajada de joyas, que llevaba puestos hermosos trajes y que su cabeza estaba ceñida por una corona llena de perlas y aljófares; un collar de perlas rodeaba su cuello y ceñía su talle un cinturón de varitas de esmeralda con un cierre de jacintos y perlas. Las esclavas se pusieron de pie y besaron el suelo ante su dueña que sonreía.

Ibrahim b. al-Jasib refiere: « Cuando la vi perdí el conocimiento y mi razón quedó perpleja, mis facultades obnubiladas ante tanta belleza: en toda la faz de la tierra no había otra igual. Recuperé el sentido llorando y recité este par de versos:

Te miro sin parpadear con el fin de que los párpados no me priven, ni un instante, de ti.
Si yo te viera con todas mis miradas los ojos no llegaría a descubrir todas tus bellezas» .

La anciana dijo a las jóvenes: « ¡Pónganse en pie diez de vosotras y bailen y canten!» Ibrahim al verlo se dijo: « Desearía que bailase la señora Chamila» . Una vez hubieron terminado de bailar las diez, se colocaron a su alrededor y dijeron: « ¡Señora nuestra! Deseamos que bailes en esta reunión para que llegue al colmo nuestra alegría. Jamás hemos visto un día mejor que éste» .

Ibrahim b. al-Jasib se dijo: « ¡No cabe duda de que las puertas del cielo se han abierto y de que Dios ha escuchado mi plegaria!» Le dijeron: « ¡Por Dios! Jamás te hemos visto con el pecho tan alegre como hoy» . Siguieron insistiendo hasta que la princesa se quitó los vestidos y se quedó con una camisa de tejido de oro adornado con toda clase de gemas y mostró unos pechos que parecían granadas. Quitó el velo y apareció una cara que asemejaba la luna en la noche del plenilunio. Ibrahim vio que bailaba con unos movimientos como jamás en su vida había visto, haciendo números prodigiosos y extraordinarios que hacían olvidar el baile de las burbujas dentro de las copas y traían a la memoria el ondear de los turbantes encima de las cabezas. Era tal y como sobre ella dijo el poeta:

Fue creada como quería hasta el punto de ser fundida en el molde de la belleza: ni más ni menos.
Parece que fue hecha con agua de perlas; por cada uno de sus miembros, aparece la belleza de la luna.

O como dijo otro:

¡Qué bailarina cuyo cuerpo es como la rama de sauce! Cuando se mueve casi me arrebata el alma.
Su pie no encuentra reposo cuando baila como si el fuego de mi corazón estuviese debajo de sus plantas.

Ibrahim refiere: « Mientras yo la estaba observando una de sus miradas tropezó con la mía. Al verme su rostro se demudó. Dijo a sus doncellas: “¡Cantad hasta que regrese a vuestro lado!” Cogió un cuchillo que medía medio codo, lo empuñó y se vino hacia mí diciendo: “¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”. Cuando estuvo cerca, yo perdí el conocimiento. Al verme, cuando se encontró frente a frente, dejó caer el cuchillo de la mano y exclamó:

“¡Gloria a Aquel que cambia los corazones!” Dirigiéndose a mí dijo: “¡Muchacho! Tranquilízate, pues estás a salvo de lo que temías”. Empecé a llorar y ella me secó las lágrimas con su mano. Dijo: “¡Muchacho! Cuéntame quién eres y qué es lo que te ha traído hasta este lugar”. Besé el suelo ante ella y me aferré al faldón de su traje. Ella repitió: “¡No te sucederá nada malo! ¡Juro, por Dios, que mis ojos no han visto más varón que tú! Dime quién eres”» .

Ibrahim refiere: « Le conté toda mi historia desde el principio hasta el fin y ella se quedó admirada. Me dijo: “¡Señor mío! ¡Te conjuro por Dios! ¿Eres Ibrahim b. al-Jasib?” “Sí.” Se me echó encima y dijo: “¡Señor mío! Tú eres quien ha hecho que yo me abstuviera de los hombres. Oí decir que en Egipto vivía un joven que no tenía par en hermosura en toda la faz de la tierra. Yo me enamoré de la descripción y mi corazón quedó prendado de su amor ya que conocía tu estupenda belleza. Por ti quedé tal como dice el poeta:

> Mi oído ha precedido en el amor a la vista, pues a veces el oído ama antes que la vista.

“¡Gracias a Dios que veo tu rostro! Si se hubiese tratado de otra persona hubiese crucificado al jardinero, al portero de la fonda, al sastre y a aquel que se hubiese puesto bajo su protección”. Siguió diciéndome: “¿Qué haré para darte algo de comer sin que lo vean mis esclavas?” Le repliqué: “Yo he traído lo que vamos a comer y a beber”. Desaté el paquete ante ella. Cogió una gallina y empezó a coger bocados y a ofrecérmelos. Al darme cuenta de la situación creí que se trataba de un sueño. Le ofrecí el vino y bebimos. Todo esto ocurría mientras ella estaba a mi lado y las esclavas cantaban. Seguimos así desde la mañana hasta el mediodía. Después se puso en pie y dijo: “¡Ven! Prepara una embarcación y espérame en tal sitio hasta que yo llegue. No puedo soportar el estar separada de ti”. “¡Señora mía!

Tengo una embarcación que me pertenece y marineros que cobran mi sueldo: me están esperando.” “¡Eso es lo que quiero!” Se marchó junto a sus esclavas.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibrahim prosiguió: » Se marchó junto a sus esclavas] y les dijo: “¡Vámonos a palacio!” “¿Cómo es que nos vamos a esta hora si tenemos por costumbre permanecer aquí tres días?” “Tengo un gran peso encima, como si estuviese enferma. Temo que esto se agrave.” “¡Oír es obedecer!”, le replicaron. Se pusieron los vestidos, marcharon a la orilla del río y embarcaron en el bote» . El jardinero, que desconocía lo sucedido, se

acercó a Ibrahim y le dijo: « ¡Ibrahim! No has tenido la suerte de disfrutar de su vista, pues tenía por costumbre permanecer aquí durante tres días. Temo que te haya visto» . « Ni me ha visto ni la he visto ni he salido de este refugio.» « ¡Dices la verdad, hijo mío! Si te hubiese visto ya hubiésemos muerto los dos. Quédate conmigo hasta que vuelva la próxima semana, consigas verla y quedar satisfecho.» Ibrahim le replicó: « ¡Señor mío! Yo tengo dinero y temo por él; además tengo mis servidores y temo que aprovechen mi ausencia» . « ¡Hijo mío! Me sabe mal dejarte.» Lo abrazó y se despidió de él. El joven se dirigió a la fonda en que se hospedaba y encontró al portero. Cogió sus bienes y el portero le interrogó: « ¿Si Dios quiere hay buenas noticias?» « ¡No he encontrado medio de conseguir lo que quería! Deseo volver a reunirme con mi familia.» El portero rompió a llorar, se despidió de él, cargó su equipaje y se lo llevó hasta el buque. Después, el muchacho, se dirigió al lugar en que le había dicho que la esperara. Al caer la noche llegó la princesa disfrazada de hombre de guerra, con una barba redonda; el talle, ceñido por un cinturón; llevaba en una mano un arco con flechas y en la otra una espada desenvainada. Le preguntó: « ¿Tú eres el hijo de al-Jasib, señor de Egipto?» Le contestó: « Yo soy» « ¿Y qué criminal eres tú que vienes a seducir a las hijas de los soberanos? ¡Ven a hablar con el sultán!»

Ibrahim refiere: « Yo caí desmayado y los marineros se morían de miedo dentro de su piel. La joven, al ver lo que me había sucedido, se quitó la barba, tiró la espada y se sacó el cinturón. Entonces vi que se trataba de la señora Chamila. Le dije: “¡Por Dios! ¡Has destrozado mi corazón!” A continuación grité a los marineros: “¡Apresuraos a zarpar!” Tendieron las velas y navegaron del modo más rápido posible. Pocos días después llegaron a Bagdad. Allí, junto a la orilla, se encontraba un buque. Sus marineros gritaron a los del nuestro: “¡Fulano! ¡Fulano! ¡Os felicitamos por estar a salvo!” Acercaron su embarcación a la nuestra. Observamos y vimos que en aquella venía Abu-l-Qasim al-Sandalí. Al vernos dije: “¡Esto es lo que yo deseaba! ¡Marchaos con la paz de Dios! Yo quiero conseguir mi propósito”. Tenía una vela en las manos. Me dijo: “¡Loado sea Dios que te ha salvado! ¿Has conseguido tu deseo?” “¡Sí!” Acercó la vela hacia nosotros. Chamila, al verle, se puso nerviosa y perdió el color. Al-Sandalí dijo: “¡Seguid con la paz de Dios! Yo voy ahora a Basora para unos asuntos del Sultán. El regalo es para quien está presente”. Sacó una caja de dulces y la tiró a nuestro buque. Pero en realidad se trataba de un narcótico» .

Ibrahim dijo: « ¡Luz de mis ojos! Come de esto» . La muchacha le contestó: « ¡Ibrahim! ¿Sabes quién es ése?» « ¡Sí! Es Fulano.» « Es mi primo. Me ha pedido, con anterioridad, en matrimonio a mi padre, pero yo no lo acepté. Ahora va a Basora y probablemente informará a mi padre de nosotros.» « ¡Señora mía! Él no llegará a Basora antes de que nosotros nos encontremos en Egipto.» Pero ninguno de los dos sabían, lo que el destino les escondía.

« Yo —refiere Ibrahim— comí unos cuantos dulces. Apenas llegaron al

vientre caí al suelo de cabeza. Al llegar la aurora estornudé y el narcótico salió por mi nariz. Abrí los ojos y me encontré desnudo, abandonado en un montón de ruinas. Me abofeteé la cara y me dije: "Esto es una trampa que me ha tendido al-Sandalí". Me quedé sin saber adónde dirigirme; no tenía más que los zaragüelles. Me puse de pie y anduve un poco. El gobernador apareció de pronto con unos cuantos hombres armados con espadas y mazas. Me asusté. Vi un baño en ruinas y me oculté en él. Pero el pie se me enredó en algo. Palpé el pie con la mano y la retiré teñida de sangre. La sequé en los zaragueles sin saber de qué se trataba. Bajé la mano y palpé un muerto cuya cabeza se quedó en mis brazos. La solté y exclamé: "¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!" Me oculté en un recoveco del baño. En aquel instante llegaba el gobernador ante la puerta. Dijo a sus hombres: "¡Entrad en este sitio y registrad!" Entraron diez con antorchas. Mi terror era tan grande que me escondí detrás de una pared. Examiné al muerto y vi que se trataba de una adolescente cuya cara era como la luna. Tenía la cabeza en un sitio y el cuerpo en otro. Vestía trajes de gran valor. Cuando la vi el corazón se me quedó aterrorizado. El gobernador gritó: "¡Buscad por todos los rincones del baño!" Entraron en el lugar en que yo me encontraba y uno de los hombres me vio. Se me acercó empuñando un cuchillo de medio codo de largo y al llegar a mi lado exclamó: "¡Gloria a Dios que ha creado un rostro tan hermoso! ¡Muchacho! ¿De dónde eres?" Me cogió de la mano y añadió: "¡Muchacho! ¿Por qué has matado a esta muchacha?" "¡Por Dios! —repliqué—. Ni la he matado ni sé quién la ha matado. Me he metido en este lugar porque me he asustado al veros", y a continuación le referí toda mi historia. Añadí: "¡Te conjuro por Dios a que no me maltrates! Yo sólo me preocupo de mis asuntos". Me detuvo y me condujo ante el gobernador. Éste, al ver mis manos manchadas de sangre, exclamó: "¡No se necesitan más pruebas! ¡Cortadle el cuello!"

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Ibrahim prosiguió] » Al oír estas palabras rompí a llorar amargamente y las lágrimas fluyeron a raudales de mis ojos. Recité este par de versos:

> Marchamos por la vía que nos ha sido prescrita; aquel al que se le ha destinado que recorra un camino, lo sigue.
> Quien debe morir en una tierra determinada no muere en otra distinta.

» Exhalé un gemido y caí desmayado. El corazón del verdugo se apiadó de mí y dijo: "¡Por Dios! ¡Ésta no es la cara de un asesino!" El gobernador insistió: "¡Córtale el cuello!" Me colocaron en el tapete de las ejecuciones, me vendaron

los ojos, el verdugo empuñó la espada y pidió permiso al gobernador para decapitarme. Estaba a punto de cortarme el cuello. Yo grité: "¡Ah! ¡Muero en tierra extraña!" De pronto un caballo se acercó al galope y una persona gritó: "¡Dejadlo! ¡Detén tu mano, verdugo!"»

Todo esto tenía por causa algo prodigioso y extraordinario. Era lo siguiente: Al-Jasib, señor de Egipto, había despachado a su chambelán ante el Califa Harún al-Rasid. Le había entregado grandes regalos y una carta en la que le decía: « Mi hijo ha desaparecido hace un año. He oído decir que está en Bagdad. Desearía de la bondad del Califa de Dios que inquiriese sus noticias, que se preocupase de encontrarlo y me lo devolviese con el chambelán» . El Califa, una vez leída la carta, había ordenado al gobernador que hiciese las averiguaciones pertinentes. El Califa y el gobernador habían ido preguntando hasta que se dijo a este último: « Está en Basora» . Entonces informó de esto al Emir de los creyentes quien escribió una carta, se la entregó al chambelán egipcio y le mandó que marchase a Basora y que tomase consigo unos cuantos servidores del ministro. Dado el afecto que tenía el chambelán por el hijo de su señor, se puso en marcha en seguida y encontró al muchacho sobre el tapete de las ejecuciones. El gobernador, al ver y reconocer al chambelán, corrió hacia él. El chambelán le preguntó: « ¿Quién es ese muchacho? ¿Qué le sucede?» Se lo refirió. El chambelán, que en aquel momento no había reconocido al hijo del sultán, dijo: « La cara de este muchacho no es propia de un asesino» , y mandó que le quitasen las ligaduras. Le soltaron. Dijo: « ¡Acércate, muchacho!» Se aproximó. De tantos terrores como había sufrido había perdido su belleza. El chambelán le dijo: « ¡Cuéntame tu historia, muchacho, y qué es lo que significa la asesinada que está a tu lado!» Ibrahim, al fijarse, reconoció al chambelán. Le dijo: « ¡Ay de ti! ¿No me conoces? Yo soy Ibrahim, el hijo de tu señor. ¿A lo mejor vienes en mi busca?» El chambelán clavó en él los ojos y le reconoció al instante y se arrojó a sus pies. El gobernador, al ver lo que hacía el chambelán, palideció. Éste le dijo: « ¡Ay de ti, tirano! ¿Es que querías asesinar al hijo de mi señor, al-Jasib, el dueño de Egipto?» El gobernador, besando el faldón del chambelán, le dijo: « ¡Señor mío! ¿Cómo había de reconocerlo si le he visto con este aspecto y la muchacha asesinada estaba a su lado?» « ¡Ay de ti! ¡Careces de aptitudes para el gobierno! Este muchacho tiene quince años y no ha matado ni un gorrión, ¿cómo quieres que mate a una persona? ¿Cómo no te has tomado tiempo para poder interrogarlo?» El chambelán y el gobernador chillaron: « ¡Buscad al asesino de la muchacha!» Entraron en el baño por segunda vez, vieron al asesino, lo detuvieron y lo condujeron ante el gobernador y éste lo envió a la casa del Califa. Informado de lo sucedido, mandó matar al asesino. Después hizo comparecer al hijo de al-Jasib. Al verlo ante él, al-Rasid sonrió y le dijo: « ¡Cuéntame toda tu historia y lo que te ha sucedido!» Se lo refirió desde el principio hasta el fin. Todo ello le pesó. Llamó a Masrur, el verdugo, y le dijo:

« ¡Sal ahora mismo, irrumpe en la casa de Abu-l-Qasim al-Sandalí y tráemelo con la adolescente!» Se marchó corriendo, penetró en la casa y encontró a la muchacha atada con sus propios cabellos. Estaba desesperada. Masrur la desató y la condujo, junto con al-Sandalí, ante al-Rasid. Éste, al ver a Chamila, quedó admirado de su belleza. Volviéndose hacia al-Sandalí chilló: « ¡Sujetadlo! ¡Cortadle las manos con que ha pegado a esta muchacha! ¡Crucificadlo! ¡Entregad sus bienes e inmuebles a Ibrahim!» Así lo hicieron. Mientras realizaban estas cosas llegó Abu-l-Layt, gobernador de Basora y padre de la señora Chamila, para pedir el auxilio del Califa contra Ibrahim b. al-Jasib, señor de Egipto y para quejarse por el rapto de su hija. Al-Rasid le replicó: « ¡Él ha sido quien la ha librado del tormento y de la muerte!» Ordenó que compareciera Ibn al-Jasib. Cuando llegó dijo a Abu-l-Layt: « ¿Te place que este muchacho, hijo del sultán de Egipto, sea el esposo de tu hija?» « ¡Oír es obedecer a Dios y a ti!, ¡oh Emir de los creyentes!» El Califa mandó llamar al cadí y a los testigos y casó a la muchacha con Ibrahim b. al-Jasib. Regaló a éste todos los bienes de al-Sandalí y le equipó para volver a su país.

Vivió con ella en la más perfecta felicidad y en el mejor bienestar hasta que se les presentó el destructor de las dulzuras, el que separa a los amigos. ¡Gloria al Viviente, al que no muere!

HISTORIA DEL CAMBISTA ABU-L-HASÁN AL-JURASANÍ Y DE SACHARAT AL-DURR

SE cuenta también, ¡oh rey feliz!, que al-Mutadid bi-llah, hombre resuelto y noble, tenía en Bagdad seiscientos visires. No le pasaba inadvertido ningún asunto referente a sus súbditos. Un día salió a pasear con Ibn Hamdún para ver a sus súbditos y oír los nuevos sucesos. Hacía un calor fuerte. Se dirigieron hacia un hermoso azucaque que arrancaba de la calle. Entraron en él. En el fondo del mismo vieron una hermosa casa, alta, que hablaba con elogio de su dueño. Se sentaron en la puerta para descansar. Del interior salieron dos criados como lunas en la noche decimocuarta. Uno de éstos dijo al otro: « ¡Si hoy pidiese alguien hospitalidad! Nuestro señor sólo come con dos huéspedes. Pero hemos llegado hasta este momento y sin haber visto ninguno» . El Califa quedó admirado de sus palabras y dijo: « Esto es indicio de la generosidad del dueño de la casa. Es necesario que entremos y observemos sus buenas cualidades. Éste será el origen de los beneficios que he de concederle» . Dijo al criado: « Pide a tu señor permiso para que entre un grupo de extraños» . En aquel tiempo, cuando el Califa quería convivir con sus súbditos, se disfrazaba de comerciante. El criado se presentó ante su señor y le informó. Éste se puso en pie, muy contento, y salió a recibirle. Tenía rostro hermoso, bella figura y vestía una camisa de género de Nisabur y un manto bordado en oro; estaba bien perfumado y en la mano llevaba puesto un anillo de jacinto. Al verlos exclamó: « ¡Bien venidos sean los señores que nos honran por completo con su venida!» Una vez en el interior vieron que aquella casa era capaz de hacer olvidar la patria y la familia: parecía ser un pedazo de paraíso.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta* refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que en el interior había un jardín con toda clase de árboles ante el cual quedaba perpleja la vista, había salas cubiertas con los más preciosos tapices. Se sentaron. Al-Mutadid, observaba la casa y los tapices.

Refiere Ibn Hamdún: « Yo observaba al Califa y me di cuenta de que su cara se demudaba, pues sabía reconocer por su aspecto si estaba triste o enfadado. Al verlo me dije "¡Quién sabe lo que habrá pensado para enfadarse!" Nos acercaron una palangana de oro. Nos lavamos las manos. Trajeron un tapete de seda y colocaron encima una mesa de bambú. Cuando retiraron la tapadera que cubría los recipientes vimos una comida que recordaba a las flores en primavera en el momento de su máximo esplendor, cuando están aisladas o en grupo. El dueño de la casa dijo: "¡En el nombre de Dios, señores! ¡Por Dios! El hambre se me lleva. Honradme comiendo de estos guisos tal y como tienen por costumbre

las gentes nobles". El huésped empezó a trinchar una gallina: nos la ofreció riendo, recitando versos, refiriendo historias y hablando de la manera distinguida que es propia de las tertulias» . Ibn Hamdún refiere: « Comimos y bebimos. Después nos trasladamos a otro salón que dejaba absorta a la vista y que despedía penetrantes aromas. Nos acercaron una mesa con frutas del tiempo y exquisitos dulces. Nuestra alegría en aumento hizo desaparecer las preocupaciones» . Refiere Ibn Hamdún: « Pero a pesar de todo esto el Califa seguía sombrío, sin sonreír ante lo que constituía la alegría del alma, y eso que le gustaban las diversiones y distracciones y amaba desprenderse de las preocupaciones. Yo, que sabía que no era ni envidioso ni inicuo, me dije: "¡Quién supiera cual es la causa de su enojo que impide que desaparezca su mal humor!" Nos acercaron la bandeja con las bebidas, venía en copas de oro, cristal y plata. El dueño de la casa golpeó con una varita de bambú en la puerta de una celosía. Ésta se abrió y salieron de ella tres esclavas de senos vírgenes, cuyo rostro era luminoso como el sol en la cuarta hora del día: una tocaba el laúd, otra el címbalo y la tercera era bailarina. Nos sirvieron las frutas, secas y del tiempo» . Refiere Ibn Hamdún: « Entre nosotros y las tres muchachas colocaron un velo de brocado con bordados de seda y anillas de oro. Pero el Califa no prestaba atención a todo esto. El propietario no sabía a quién tenía en su casa. El Califa le preguntó: "¿Eres un jerife?" Le contestó: "No, señor mío: soy hijo de un comerciante, muy conocido por la gente con el nombre de Abu-l-Hasán Alí b. Ahmad al-Jurasaní". El Califa le preguntó: "¡Oh, hombre! ¿Me conoces?" "¡Por Dios, señor mío! No conozco a ninguno de vosotros"» .

Ibn Hamdún intervino: « ¡Hombre! Éste es el Emir de los creyentes, al-Mutadid bi-llah, nieto de al-Mutawakkil alá Alláh» . El huésped se puso de pie temblando de miedo y besó el suelo ante el Califa. Dijo: « ¡Emir de los creyentes! ¡Te conjuro por tus puros antepasados que si has notado que he cometido alguna falta o portado con poca corrección en tu presencia, que me perdones!» El Califa replicó: « Te has portado con nosotros con una generosidad sin igual. Pero hay algo que me molesta. Si me dices la verdad y ésta es comprensible para mi entendimiento, te salvarás; pero si no me la dices te hallaré en falta evidente y te atormentaré del modo más doloroso que nadie haya sufrido» . « ¡Que Dios me libre de contarte una mentira! ¿Qué es lo que de mí te disgusta, Emir de los creyentes?» « Desde el momento en que he entrado en la casa observo su belleza, su vajilla, sus tapices, su decoración e incluso tus vestidos. Y todo ello lleva el nombre de mi abuelo: al-Mutawakkil alá Alláh.» « Así es, Emir de los creyentes. ¡Que Dios te ayude! La verdad es tu estandarte, la sinceridad, tu satisfacción, y ante ti nadie puede faltar a la verdad.» El Califa le mandó que se sentase y se sentó. Le dijo: « ¡Habla!» Replicó: « Sabe, ¡oh Emir de los creyentes! (¡que Dios te conceda la victoria y te auxilie con sus gracias!) que no había en Bagdad persona más despierta que mi padre o yo.

Préstame tu entendimiento, tu oído y tu vista para que te cuente el origen de eso que me reprochas» . « ¡Cuenta tu historia!»

Refirió: « Sabe, ¡oh Emir de los creyentes!, que mi padre pertenecía al gremio de los cambistas, al de los drogueros y al de los traperos. Tenía una tienda en cada uno de sus zocos respectivos, además de mercancías de todas clases. Tenía su vivienda en el interior de la tienda del zoco de los cambistas, ya que ésta la dedicaba a la compra-venta. Sus bienes eran innumerables y excedían de cualquier límite. Yo era su único hijo y él me quería y me amaba. Cuando se le presentó la muerte me mandó llamar, y me recomendó que me cuidase de mi madre y que tuviese temor de Dios. Después fue a comparecer ante la misericordia divina. ¡Él prolongue la vida del Emir de los creyentes! Yo me dediqué a los placeres, a comer y a beber y me busqué amigos y compañeros. Mi madre me lo prohibió y me censuró, pero yo no quise escuchar sus palabras, hasta que hube dilapidado todos mis bienes y vendido las fincas. Sólo me quedó la casa en que vivía. Era una bonita casa, Emir de los creyentes. Dije a mi madre: "Quiero vender la casa". Me replicó: "¡Hijo mío! Si la vendes te cubrirás de oprobio y no tendrás lugar en qué refugiarte". "Vale cinco mil dinares. Con su importe compraré otra de mil dinares y el resto lo emplearé para comerciar." Me preguntó: "¿Me vendes la casa por esa cantidad?" "¡Sí!" Se dirigió a un tabique, lo abrió, sacó un jarro de porcelana china que contenía cinco mil dinares. Yo me imaginé que toda la casa era de oro. Me dijo: "¡Hijo mío! No creas que este dinero es de tu padre. Lo heredé yo del mío y lo he guardado para un caso de necesidad. Mientras vivió tu padre no lo necesité". Yo, Emir de los creyentes, cogí el dinero y volví a hacer lo mismo que antes: comer, beber y buscar amigos. Así acabé con los cinco mil dinares sin hacer caso de las palabras ni de los consejos de mi madre. Después le dije: "Quiero vender la casa". "¡Hijo mío! Te prohíbo que la vendas, pues sé que la vas a necesitar. ¿Cómo quieres venderla otra vez?" "¡No hables más de la cuenta! ¡He de venderla!" "Véndemela por quince mil dinares y acepta, como condición, el que yo me encargue de tus asuntos." Se la vendí por esa suma y le confié mis asuntos. Después llamó a los administradores de mi padre, dio a cada uno mil dinares, conservó el resto y empezó a tomar y a dar. Me dio una parte del dinero para que comerciase y me dijo: "Instálate en la tienda de tu padre". Hice lo que me ordenó mi madre, Emir de los creyentes, y me dirigí a la habitación que tenía en el zoco de los cambistas. Acudieron mis amigos y empezaron a comprarme y yo a venderles. Obtuve buenos beneficios y mis bienes fueron en aumento. Mi madre, al verme en esta buena situación, me enseñó lo que había atesorado: gemas, metales preciosos, perlas y oro; volvieron a mi poder las fincas que había tenido que vender y mis riquezas crecieron llegando a ser lo que habían sido. En esta situación permanecí algún tiempo. Acudieron los encargados de mi padre y les di las mercancías. Después construí otra habitación en el interior de la tienda.

Un día, mientras permanecía allí según tenía por costumbre, Emir de los creyentes, se me acercó una muchacha. Jamás los ojos han visto una mujer más hermosa. Preguntó: "¿Es este el domicilio de Abu-l-Hasán Alí b. Ahmad al-Jurasaní?" Repliqué: "¡Sí!" "¿Y dónde está?" "Soy yo mismo." Mi entendimiento había quedado absorto ante belleza tan grande, Emir de los creyentes. Se sentó y me dijo: "Di a tu criado que me pese trescientos dinares". Le ordené que pesara aquella cantidad: la pesó. Ella la cogió y se marchó mientras yo quedaba embobado. El criado me preguntó: "¿La conoces?" "¡No, por Dios!" "Entonces por qué me has dicho: '¡Pésalo!'" "¡Por Dios! No sé lo que he dicho, pues me he quedado admirado de su belleza y hermosura." El muchacho se puso en pie y la siguió sin que yo lo supiera. Después regresó llorando. En el rostro se veía la huella de un golpe. Le pregunté: "¿Qué te ha sucedido?" "He seguido a la muchacha para ver adónde iba. Al darse cuenta se ha vuelto y me ha dado un golpe que por poco me saca el ojo." Pasé un mes sin verla y sin que viniese. Tenía el entendimiento encariñado en su amor, Emir de los creyentes. Al cabo de un mes volvió y me saludó. Yo casi volé de alegría. Me preguntó por mi historia y dijo: "Tal vez te hayas dicho ¿qué asunto llevará entre manos esta taimada? ¿cómo coge mi dinero y se marcha?" Contesté: "¡Por Dios, señora mía! Mis bienes y mi vida te pertenecen". Se quitó el velo y se sentó a mi lado para descansar. Adornos y joyas jugueteaban sobre su rostro y su pecho. A continuación dijo: "Pésame trescientos dinares". Contesté: "¡Oír es obedecer!" Le pesé los dinares, los cogió y se marchó. Dije al muchacho: "Síguela". La siguió. Regresó atónito[275]. Pasó algún tiempo sin que ella regresase. Un día, mientras yo me encontraba sentado, se me acercó y habló un rato. Después dijo: "¡Pésame quinientos dinares, pues los necesito!" Estuve a punto de decirle: "¿Y por qué he de darte mis bienes?", pero el exceso de pasión me impidió hablar pues yo, Emir de los creyentes, notaba, cada vez que la miraba, cómo temblaban mis miembros y palidecía mi cara olvidando así lo que quería decirle y pasando a ser como dijo el poeta:

Bastaba con verla casualmente para quedar aturdido y sin saber qué decir.

» Le pasé los quinientos dinares. Los cogió y se marchó. La seguí yo mismo hasta que llegó al zoco de los joyeros. Se paró ante un hombre y cogió un collar. Al volverse y verme me dijo: "¡Pésame quinientos dinares!" El vendedor, al descubrirme, se puso de pie y me hizo los honores. Le dije: "Dale el collar, pues su importe es cosa mía". "¡Oír es obedecer!", me replicó. La muchacha cogió el collar y se marchó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] » La seguí hasta que llegó al Tigris y subió a una embarcación. Hice gesto de arrojarme al suelo para besarlo ante ella. Se marchó riendo. Yo me quedé plantado mirándola hasta que hubo entrado en un palacio: era el del califa al-Mutawakkil. Regresé, Emir de los creyentes, con el corazón abrumado por todas las penas del mundo. Ella se me había llevado tres mil dinares. Me dije: "Me ha cogido mis bienes y me ha encandilado la razón; tal vez me haya amargado la vida por su causa". Regresé a mi casa y referí a mi madre todo lo que me había sucedido. Me dijo: "¡Hijo mío! Después de esto ¡guárdate de ser atrevido! ¡Perecerías!" Una vez estuve de nuevo en mi tienda se presentó el gerente que tenía en el zoco de los perfumistas, anciano entrado en años, y me dijo: "¡Señor mío! ¿Qué ocurre que te veo alterado? Se ve en ti la huella de la angustia. ¡Cuéntame tu historia!" Le referí todo lo que me había sucedido con la muchacha. Dijo: "¡Hijo mío! Ésa es una de las doncellas del Emir de los creyentes; es la favorita del Califa. Piensa que has gastado el dinero en nombre de Dios y no te preocupes por ella. ¡Si vuelve guárdate de intentar entenderte con ella e infórmame para que yo idee alguna cosa con el fin de que no te suceda una desgracia!" Me dejó y se fue. Mi corazón era una llama de fuego. Al cabo de un mes volvió a presentarse: venía muy contenta. Me dijo: "¿Qué es lo que hizo que me siguieses?" "El mucho amor que tengo en mi corazón." Rompí a llorar en su presencia y ella me acompañó, por compasión, con sus lágrimas. Dijo: "¡Por Dios! La pasión que hay en tu corazón no es nada en comparación con la que hay en el mío. Pero ¿qué haré? ¡Por Dios! ¡No puedo verte más de una vez al mes!" Después me entregó una carta y dijo: "Lleva esto a Fulano de tal. Es mi administrador y recoge todo lo que está indicado". Repliqué: "No necesito el dinero. ¡Ojalá mis bienes y mi vida te sirvieran de rescate!" "Ya idearé un medio para que puedas llegar hasta mí aunque me haya de causar fatiga." Se despidió de mí y se marchó. Me fui a ver al anciano droguero y le informé de lo que me había sucedido. Me acompañó hasta el palacio de al-Mutawakkil y vi que, en efecto, era el mismo sitio en que había entrado la muchacha. El droguero se quedó perplejo ante la treta que debía utilizar. Se volvió, descubrió un sastre en frente de una ventana que daba sobre el río y que tenía varios oficiales. Dijo: "Con éste conseguirás tu propósito pero, antes, descose tu bolsillo. Después acércate y dile: 'Cóselo'. Una vez lo haya hecho, págale diez dinares". Repliqué: "¡Oír es obedecer!" Me dirigí al sastre, cogí, antes de llegar, dos piezas de brocado bizantino y le dije: "¡Haz de las dos cuatro vestidos! Dos *farachiyyas* y dos que no sean *farachiyya*". Una vez hubo terminado de cortarlos y coserlos le pagué por su importe mucho más de lo que era costumbre. Después, cuando alargó la mano con los vestidos, le dije: "Quédatelos para ti y para aquellos que trabajan aquí". Me senté allí y permanecí largo rato con él. Le hice confeccionar otros vestidos y le dije:

“Cuélgalos delante de tu negocio para que quien los vea los compre”. Así lo hizo. Todo aquel que salía del alcázar del Califa quedaba admirado de sus trajes y yo los regalaba incluso al portero. Un día el sastre me dijo: “Quiero, hijo mío, que me refieras la verdad de tu historia, ya que tú me has hecho confeccionar cien vestidos preciosos que valen un pico de dinero y los has regalado, en su mayoría, a la gente. Un comerciante no obra de esta manera; un comerciante calcula hasta el dirhem. ¿Cuál es tu capital que te permite hacer tales regalos? ¿Cuáles son tus beneficios cada día? Dime la verdad para que te ayude a conseguir tu deseo”. Añadió: “¡Te conjuro por Dios! ¿Estás enamorado?” “¡Sí!” “¿De quién?” “De una esclava del alcázar del Califa.” “¡Que Dios las confunda! ¡A cuantas gentes extravían! ¿Sabes cómo se llama?” “¡No!” “¡Descríbemela!” Se la describí. Exclamó: “¡Ay! ¡Es la tocadora de laúd del califa al-Mutawakkil! ¡Es su favorita! Pero ella tiene un esclavo. Haz que nazca la amistad entre vosotros dos. Tal vez él sea la causa de que puedas llegar hasta ella”. Mientras estábamos hablando, el mameluco apareció por la puerta de palacio. Se parecía a la luna en su noche decimocuarta. Delante de él aparecieron los trajes que había confeccionado el sastre: eran de brocado y había de todos los colores. Empezó a examinarlos y a contemplarlos. Después se acercó hacia mí. Me puse de pie y lo saludé. Preguntó: “¿Quién eres?” “Un comerciante.” “¿Vendes estos vestidos?” “¡Sí!” Cogió cinco y preguntó: “¿Cuánto cuestan estos cinco?” “Son un regalo que te hago para anudar la amistad entre nosotros dos.” Se alegró mucho. Me marché a mi casa, cogí un traje cuajado de aljófares y jacintos de gran valor, pues costaba tres mil dinares, y se lo llevé. Lo aceptó. Me tomó consigo y me condujo a una habitación que estaba en el interior del palacio. Me preguntó: “¿Cuál es tu nombre entre los mercaderes?” “¡Soy uno de ellos!” “Tu asunto me pone en guardia.” “¿Por qué?” “Me has regalado muchas cosas y te has apoderado de mi corazón. Para mí es patente que eres Abu-l-Hasán al-Jurasaní, el cambista.”

» Rompí a llorar, Emir de los creyentes. Me dijo: “No llores. Aquella por la que lloras siente por ti más pasión que tú por ella. Lo malo es que esto es público entre todas las mujeres de palacio”. Añadió: “¿Qué quieres?” “Que me ayudes en mi aflicción”. Me citó para el día siguiente y yo regresé a mi casa. La mañana siguiente me dirigí a verlo y entré en su habitación. En cuanto llegó me dijo: “Sabe que ayer, una vez hubo terminado su servicio al lado del Califa, entré en su celda y le referí tu historia. Ha resuelto reunirse contigo. Quédate aquí hasta que termine el día”. Allí me quedé. Cuando la noche desplegó sus tinieblas, acudió el mameluco llevando una camisa bordada en oro y una túnica de las del Califa. Me la puso. Después me perfumó y quedé como si fuese el Califa. Me condujo hacia un corredor a ambos lados del cual estaban dispuestas las habitaciones. Dijo: “Éstas son las celdas de las favoritas. Al pasar pondrás, delante de cada puerta, un haba, ya que esto hace, por costumbre, cada noche el Califa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el muchacho contó: » …El mameluco prosiguió:] "…Harás esto hasta llegar a la segunda de tu derecha: verás una habitación cuya puerta tiene dintel de mármol. Si quieres llama con tu mano y si quieres cuenta las puertas que son tantas y tantas. Entra en la que tiene tales características: tu amada te verá y te recogerá. Dios ya me facilitará tu salida, aunque tenga que sacarte dentro de un cofre". Me dejó y volvió atrás. Yo empecé a andar y a contar las puertas dejando delante de cada una, un haba. Cuando me encontré en el centro del pasillo oí un gran alboroto y vi la luz de las velas. El cortejo avanzaba y se aproximaba hacia mí. Lo observé y vi que se trataba del Califa que venía rodeado de esclavas que llevaban las velas. Una de ellas dijo a otra: "¡Hermana! ¡Tenemos dos Califas! El que ya ha pasado ante mi habitación, pues he percibido su perfume y, según su costumbre, ha colocado un haba ante mi celda. Pero ahora veo a la luz de las velas el Califa que viene". Le contestó: "¡Es algo raro, pues nadie se atrevería a ponerse las ropas del Califa!" La luz siguió acercándoseme y mis miembros temblaban. Un criado gritó a las criadas: "¡Hacia aquí!" Se dirigieron hacia una de las habitaciones y entraron. Después salieron y siguieron avanzando hasta llegar a la de mi amante. Oí que el Califa preguntaba: "¿De quién es esta habitación?" Le contestaron: "De Sacharat al-Durr". "¡Llamadla!" La llamaron. Salió y besó los pies del Califa. Éste le preguntó: "¿Quieres beber esta noche?" "Si no fuese por tu presencia y por poder contemplar tu rostro, no bebería. Esta noche no me apetece beber." El soberano dijo al tesorero: "¡Dale tal collar!", y a continuación ordenó entrar en su habitación, y las velas pasaron delante de él. Entonces vi, delante de todos, una esclava; la luz de su rostro eclipsaba la de la vela que tenía en la mano. Se acercó hacia mí y preguntó: "¿Quién es éste?" y, cogiéndome, me condujo a una celda. Me preguntó: "¿Quién eres?" Besé el suelo ante ella y le dije: "Te conjuro por Dios, señora mía, a que evites derramar mi sangre y a que tengas piedad de mí y te acerques a Dios salvando mi vida". Rompí a llorar asustado ante la muerte. Me dijo: "No cabe duda de que eres un ladrón". "¡No, por Dios! ¡No soy un ladrón! ¿Es que tengo aspecto de ladrón?" "¡Dime la verdad y yo te pondré a salvo!" "Estoy enamorado y soy ignorante y estúpido. La pasión y mi ignorancia me han llevado a hacer lo que ves hasta el punto de caer en esta desgracia." Dijo: "Quédate aquí hasta que vuelva". Se marchó y regresó con ropas de mujer. Me las puso en aquel rincón y dijo: "¡Sal detrás de mí!" Salí y la seguí hasta llegar a su habitación. Dijo: "¡Entra aquí!" Pasé. Me condujo a un estrado sobre el cual había un gran tapiz y me dijo: "¡Siéntate! No te ha de suceder nada malo; ¿eres Abu-l-Hasán Alí, el cambista?" "¡Sí!" "¡Que Dios preserve tu sangre si dices la

verdad y no eres un ladrón! De lo contrario perecerás y, en especial, porque vistes los trajes del Califa y estás perfumado como él. Si eres Abu-l-Hasán al-Jurasaní, el cambista, estás a seguro y nada malo te ha de suceder, puesto que eres el amante de Sacharat al-Durr y ésta es mi hermana. Ella no te olvida ni un instante y nos ha contado cómo te ha cogido el dinero sin que tú te alterases; cómo la seguiste hasta la orilla del río haciendo gesto de arrojarte al suelo ante ella; pero el fuego que arde en su corazón por ti es mayor que el tuyo por ella. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Ha sido con su consentimiento o sin él? Ella te ha puesto en peligro. ¿Qué pretendes al encontrarte con ella?" "¡Por Dios, señora mía! Soy yo quien se ha expuesto al peligro. Sólo pretendo reunirme con ella para verla y oírla hablar". "¡Dices bien!" "¡Señora mía! Dios es testigo de lo que digo: no me propongo inducirla al pecado." "¡Si tal es tu intención, Dios te salvará! Mi corazón siente compasión de ti." A continuación dijo a su esclava: "¡Fulana! Ve a ver a Sacharat al-Durr y dile: 'Tu hermana te saluda y te invita. Concédele esta noche, según tienes por costumbre: su pecho está angustiado' ". Fue, regresó y explicó: "Tu hermana dice: 'Que Dios me consuele con tu larga vida y haga de mí tu rescate. ¡Por Dios! Si tú me hubieses invitado para cualquier otra cosa hubiese accedido, pero el Califa me ha causado una jaqueca: ya sabes cuál es mi posición respecto a él' ". La joven dijo a la esclava: "Vuelve y dile: 'Es necesario que acudas, pues entre nosotras dos hay un secreto' ". La muchacha volvió a salir para regresar con ella al cabo de un rato. El rostro de Sacharat al-Durr resplandecía como la luna llena. Su hermana le salió al encuentro y la abrazó. Dijo: "¡Abu-l-Hasán! Acércate y besa sus manos". Yo me encontraba en una dependencia de la habitación. Salí a su encuentro, Emir de los creyentes. Al verme se echó en mis brazos y me estrechó contra su pecho. Me preguntó: "¿Cómo los trajes, el aspecto y el perfume del Califa? ¡Cuéntame qué te ha sucedido!" Le referí lo ocurrido y lo mucho que me había hecho sufrir el miedo y lo demás. Me replicó: "Siento mucho lo que has sufrido por mí. ¡Loado sea Dios que ha dispuesto que todo termine bien y sin conflictos entrando tú en mi casa y en la de mi hermana!" Me condujo a su habitación y dijo a su hermana: "Me he puesto de acuerdo con él en que sólo nos reuniremos de modo lícito. Pero como ha corrido estos peligros y ha pasado tales terrores yo ya no seré, para él, más que tierra hollada por sus pies y polvo de sus sandalias".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven prosiguió:] » La otra intervino: "¡Con tales propósitos Dios (¡ensalzado sea!) os salvará!" "Sí; ya verás lo que hago para conseguir reunirme con él de manera lícita. He de entregarme por completo para conseguirlo." Mientras estábamos hablando se armó un gran

barullo. Nos volvimos y vimos que era el Califa que se dirigía hacia su habitación, pues sentía un gran amor por ella. La joven, Emir de los creyentes, me cogió y me metió en una trampa que cerró por fuera y salió a recibir al Califa. Éste se sentó y la muchacha se quedó de pie, ante él, y se puso a su servicio. Mandó que sirviesen las bebidas.

» El Califa amaba a una muchacha que se llamaba Bancha, la madre de al-Mutazz billáh. Pero ésta se había apartado de él y él de ella. La mujer, orgullosa de su hermosura y belleza, no se había reconciliado con él y al-Mutawakkil, orgulloso de su rango de Califa y de su poderío, no se había reconciliado ni humillado ante ella a pesar de tener una llama en el corazón. Se había distraído de ella frecuentando a las demás concubinas, sus iguales, y entrando en sus habitaciones. Como le gustaba la voz de Sacharat al-Durr le mandó que cantara. Ésta cogió el laúd, lo acordó y cantó estos versos:

Me maravilla cómo el destino se ha encargado de separarnos y en cuanto ha desaparecido lo que nos unía, ha quedado tranquilo.
Me he apartado de ti hasta que se dijo: "¡No conoce la pasión!" Y te he visitado hasta que se dijo: "¡No tiene paciencia!"
¡Oh, su amor! Cada noche acrece mi amor. ¡Oh, consuelo del transcurso de los días! ¡Si el día del juicio nos reúne!
Tiene una piel como la seda y su palabra es dulce: no habla ni de más ni de menos.
Y dos ojos a los que Dios dijo: "¡Sed!" y fueron, pero que causan al corazón lo mismo que el vino.

» El Califa, al oírla, quedó profundamente impresionado mientras que yo, por mi parte, Emir de los creyentes, que estaba en el subterráneo, me conmovía y de no ser por la bondad de Dios (¡ensalzado sea!) hubiese gritado y nos hubiésemos perdido. A continuación recitó estos versos:

La abrazo, pero aún después la deseo; después del abrazo, ¿volveremos a estar próximos?
Beso su boca para apagar el ardor de mis labios pero sólo consigo que vaya en aumento la pasión.
Parece como si mi corazón sólo se tranquilizara al ver la mezcla de dos espíritus.

» El Califa estaba impresionado y dijo: "¡Pídeme lo que quieras, Sacharat al-Durr!" "¡Te pido. Emir de los creyentes, que me concedas ser libre, ya que esto te traerá una recompensa!" "¡Eres libre por amor de Dios (¡ensalzado sea!)!" La

muchacha besó el suelo ante él.

» El Califa le dijo: "Coge el laúd y cántame algo que aluda a la esclava de cuyo amor estoy prendado. Las gentes buscan mi gracia y yo persigo la suya". Cogió el laúd y recitó este par de versos:

¡Señora de la belleza que has puesto fin a mi continencia! ¡Te he de poseer de cualquier modo!

O humillándome, como es propio del amor, o por la fuerza, como es propio del poder."

» El Califa se emocionó y dijo: "¡Coge el laúd y canta versos que aludan a las tres concubinas que son mis dueñas y me impiden dormir! Una eres tú; la otra, la que me ha abandonado y a la tercera, que no tiene par, no la nombro". La muchacha cogió el laúd y emocionó con su canto recitando estos versos:

Las tres doncellas tienen mis riendas y han ocupado el puesto más alto en mi corazón.

No debo obediencia a ningún ser humano y en cambio las obedezco a ellas que me son rebeldes.

Esto es debido a que el poder del amor, con el que me han vencido, es más fuerte que el mío.

» El Califa quedó muy admirado de lo bien que esta poesía se ajustaba a su caso y se sintió inclinado a reconciliarse con la esclava que lo había abandonado. Salió y se dirigió a su habitación. Una esclava se le adelantó, la informó de que el Califa iba a verla y la mujer salió a recibirle y besó el suelo ante él. Luego le besó los pies. El soberano y ella hicieron las paces. Esto es lo que a ellos se refiere.

» He aquí lo que hace referencia a Sacharat al-Durr: fue a buscarme, llena de alegría, y me dijo: "¡Soy libre gracias a tu bendita visita! Tal vez Dios me ayude en lo que estoy pensando para conseguir reunirme contigo de modo lícito". Repliqué: "¡Loado sea Dios!" Mientras hablábamos llegó su criado y le referimos lo que había sucedido: Dijo: "¡Loado sea Dios que ha hecho que esto tenga un fin feliz! ¡Roguémosle que lo complete concediéndote que salgas salvo!" Mientras hablábamos llegó la hermana de la joven, que se llamaba Fatir. Le dijo: "¡Hermana! ¿Qué haremos para sacarlo del palacio sin daño? Dios (¡ensalzado sea!) me ha concedido la libertad y soy libre gracias a su bendita visita". Fatir le contestó: "No se me ocurre treta alguna para sacarlo a menos de que le vistamos de mujer". Me trajo una túnica femenina y me la puso. Yo, Emir de los creyentes, salí al momento; pero al llegar al centro del palacio, el Califa que estaba sentado y tenía a los criados ante él, me vio y tuvo sospechas. Dijo a sus cortesanos: "¡Corred y traedme a esa mujer que sale!" Una vez me hubieron colocado ante él, levantaron el velo. Al verme me reconoció y me interrogó. Yo le conté la cosa y no le oculté nada. Oída mi historia reflexionó: se dirigió a la habitación de Sacharat al-Durr y le preguntó: "¿Cómo prefieres a un

comerciante por encima mío?" La joven besó el suelo ante él y le refirió la verdad de toda la historia desde el principio hasta el fin. Al oír sus palabras, su corazón se llenó de clemencia y piedad por ella, la disculpó por sus aventuras amorosas, y se marchó. El criado entró y le dijo: "¡Tranquilízate! Tu amante ha contado lo mismo, palabra por palabra, en el momento de ser conducido ante el Califa".

» El Califa regresó, me hizo comparecer ante él y me preguntó: "¿Qué te ha inducido a ser tan atrevido en la sede del califato?" "¡Emir de los creyentes! —repliqué—, me han movido a ello la ignorancia, la pasión, y la confianza en tu clemencia y en tu generosidad". Rompí a llorar y besé la tierra ante él. Entonces dijo: "¡Os perdono a los dos!" Me ordenó que me sentara y así lo hice. Mandó llamar al cadí Ahmad b. Alí Dawud y me casó con ella. Dispuso que trasladasen a mi casa todo lo que ella tenía en su habitación y me la llevaron, como esposa, a su habitación. Al cabo de tres días salí y transporté todo aquello a mi casa. Lo que ves. Emir de los creyentes, en mi casa y que te ha molestado, constituye su equipo. Un día me dijo: "Sabe que al-Mutawakkil es un hombre generoso, pero temo que se acuerde de nosotros o que algún envidioso haga que nos recuerde. Quiero hacer algo para ponernos a cubierto de esto". Pregunté: "¿Y de qué se trata?" "Quiero pedirle permiso para realizar la peregrinación y arrepentirme de mi profesión de cantante." "Sí, de acuerdo con lo que dices." Mientras estábamos hablando llegó un mensajero del Califa que venía a buscarla, ya que a él le gustaba mucho su canto. Acudió a palacio y se puso a su servicio. Le dijo: "No te apartes por completo de nosotros". Le contestó: "¡Oír es obedecer!" Un día la mandó llamar a palacio, como de costumbre, y acudió. Pero regresó antes de lo que yo esperaba con los vestidos desgarrados y llorando. Me asusté y dije: "¡Somos de Dios y a Él volvemos!", pues creía que el Califa mandaba detenernos. Añadí: "Al-Mutawakkil ¿se ha enfadado con nosotros?" Replicó: "¡Y dónde está al-Mutawakkil! ¡Su gobierno ha terminado y sus huellas han desaparecido!" "¡Cuéntame lo que ha sucedido!" "Estaba sentado detrás de la cortina. Bebía teniendo al lado a al-Fath b. Jaqán y a Sadaqa b. Sadaqa cuando su hijo al-Muntasir, acompañado por una pandilla de turcos, le ha asesinado, transformando la alegría en tristeza y la buena suerte en llantos y gemidos. Yo y las esclavas hemos huido y Dios nos ha salvado". Me puse en pie al acto, Emir de los creyentes, y huí hacia Basora, ciudad en la que me alcanzó la noticia del principio de la guerra entre al-Muntasir y al-Mustain. Entonces transporté a esa ciudad a mi mujer y mis bienes.

» Tal es mi historia, Emir de los creyentes: sin añadir ni quitar una letra. Todo lo que ves en mi casa con el nombre de tu abuelo, al-Mutawakkil, son los regalos que nos hizo, ya que el origen de nuestros favores procede de tus nobles antepasados. Vosotros sois gentes generosas y ruinas de desprendimiento» .

El Califa se alegró muchísimo de esto y quedó admirado de su relato.

«Mostré al Califa a mi mujer y a los hijos que había tenido con ella: todos besaron el suelo ante él. El Emir de los creyentes quedó admirado de su belleza. Pidió tinta y nos escribió una exención del pago de la contribución territorial durante veinte años.»

El soberano se marchó contento y lo tuvo por contertulio hasta que el destino los separó y fueron a habitar en las tumbas después de haber ocupado los palacios.

¡Gloria al Rey Indulgente!

HISTORIA DE QAMAR AL-ZAMÁN Y DE SU AMADA

SE cuenta también, ¡oh rey feliz!, que en el tiempo antiguo vivía un comerciante llamado Abd al-Rahmán al que Dios había concedido una hija y un hijo. A la hija le puso por nombre Kawkab al-Sabbah dada su gran belleza y hermosura y al hijo le llamó Qamar al-Zamán, dada su hermosa figura. Al darse cuenta de lo hermosos, bellos y bien proporcionados que Dios los había hecho, tuvo miedo del mal de ojo que pudieran causarles los que los vieran, de la lengua de los envidiosos, de las tretas de los desaprensivos y de las añagazas de los perversos. Por tanto, durante catorce años los guardó escondidos en un palacio sin que los viera nadie más que sus padres y la esclava que había puesto a su servicio. El padre les enseñaba a leer El Corán y les explicaba cómo Dios lo había revelado. Lo mismo hacía la madre: así ésta lo enseñaba a la niña y el padre al niño. Aprendieron de memoria El Corán; aprendieron a escribir, y a contar. Sus padres les enseñaron las ciencias y las artes y de este modo no necesitaron ningún maestro. Cuando el muchacho llegó a la edad de la pubertad, la madre dijo a su esposo: « ¿Hasta cuándo vas a mantener oculto a la vista de la gente a tu hijo Qamar al-Zamán? ¿Es una hembra o un varón?» « ¡Es un varón!» « Pues si es varón ¿por qué no le llevas contigo al zoco y lo instalas en la tienda para que las gentes le vayan conociendo y se enteren de que es tu hijo? Le enseñarás a vender y a comprar y si te ocurre una desgracia las gentes sabrán que es tu hijo y él podrá hacerse cargo de tu herencia. Si tú murieses en la situación actual y el muchacho dijese a la gente: “Soy el hijo del comerciante Abd al-Rahmán” nadie lo creería. Le replicarían: “Jamás te hemos visto y no sabíamos que él tuviese un hijo”. Entregarían tus bienes al juez y tu hijo se quedaría sin nada. Lo mismo ocurriría con nuestra hija. Me propongo presentarla en sociedad: tal vez alguien de su misma posición la pida en matrimonio y se case con ella dándonos así una gran alegría» . El marido le replicó: « Temía que alguien les causase mal de ojo…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el marido replicó: « Temía que alguien les causase mal de ojo] y por eso he obrado así. Los quiero mucho y el amor es muy celoso. ¡Qué bien dijo el autor de estos versos!:

Por ti tengo celos de mi mirada, de mí mismo, de ti, del sitio en que estás y del tiempo.
Si tú te pusieses, eternamente, en el lugar de mis ojos, yo no me cansaría de tu vecindad.

Si tú estuvieses a mi lado hasta el día del juicio, no me bastaría» .

La esposa le dijo: « ¡Confía en Dios! Aquel a quien Dios protege no sufre ningún daño. Llévalo, hoy mismo, contigo a la tienda» . La madre le puso un magnífico vestido y así lo transformó en una seducción para quien lo veía y en un pesar en el corazón de los amantes. El padre lo tomó consigo y lo llevó al zoco. Todo aquel que lo veía quedaba enamorado: se acercaban a él, le besaban la mano y lo saludaban mientras el padre insultaba a aquellos que le seguían con el propósito de verlo. Unos decían: « El sol ha surgido por tal sitio y brilla en el zoco» . Otros clamaban: « ¡La luna ha salido por tal sitio!» Los de más allá gritaban: « ¡Ha llegado el cuarto creciente que indica la fiesta de los servidores de Dios!» Empezaron a aludir al muchacho en sus palabras y a hacer votos por él. El padre estaba avergonzado ante lo que decía la gente y no podía impedir que hablasen. Injuriaba a su madre y la maldecía, puesto que ella había sido la causa de la salida del muchacho. El padre se volvió y contempló la multitud que se apiñaba delante y detrás de ellos. Entonces siguió avanzando hasta llegar a la tienda, la abrió, hizo que su hijo se sentase ante él y observó la multitud que obstruía por completo el camino. Cualquiera que cruzaba ante ellos, yendo o viniendo, se detenía ante la tienda para contemplar aquel rostro hermoso y desde aquel instante, no podía marcharse. Hombres y mujeres estaban ante él haciendo realidad las palabras de quien dijo:

Has creado la belleza para que nos sedujera y nos dijiste: « ¡Oh, vosotros, que me adoráis! ¡Temedme!»
Tú eres bello y amas la belleza, ¿cómo, pues, no han de amarla tus siervos?

Cuando el comerciante Abd al-Rahmán vio que la gente se aglomeraba ante él y que hombres y mujeres formaban filas que contemplaban a su hijo, se llenó por completo de vergüenza y se quedó perplejo ante lo que le sucedía, sin saber qué hacer. De pronto apareció un derviche trashumante, en cuyo rostro se veían las huellas propias de los adoradores de Dios: se acercó hacia él saliendo de un rincón del mercado, se aproximó al muchacho recitando versos y derramando abundantes lágrimas. Al ver a Qamar al-Zamán sentado, como si fuese una rama de sauce, surgido de un montículo de azafrán, lloró copiosamente y recitó este par de versos:

Acabo de ver una rama sobre una duna que parece la luna cuando resplandece.
Pregunto: « ¿cómo se llama?» Me ha contestado: « Lala» . Respondo:

« Para mí, para mí» , y rechaza diciendo: « ¡No! ¡No!» [276]

El derviche avanzó poco a poco acariciándose la calva con la mano derecha; la multitud le dejaba pasar por el respeto en que le tenía. Al fijarse en el muchacho quedó prendado de él su entendimiento y su vista. A él se ajustaban las palabras del poeta:

Mientras aquel hermoso se encontraba en su sitio, surgía de su rostro la luna que marca la ruptura del ayuno.
De pronto apareció un anciano respetable que avanzó poco a poco.
En su cara se veían las huellas del ascetismo.
Había sufrido el transcurso de los días y las noches y había profundizado en lo lícito y en lo ilícito.
Había amado a hombres y mujeres y se había adelgazado hasta quedar como un palillo.
Hasta quedar sólo huesos carcomidos dentro de la piel.
En tal arte era portentoso: a pesar de viejo parecía joven.
Virgen en el amor de las mujeres, pero en ambas especies era un gran experto.
Zaynab, a su lado, era lo mismo que Zayd[277].
Enloquecía y amaba a las bellas, se lamentaba sobre los campamentos abandonados y lloraba sobre sus ruinas.
Por su gran pasión crees que es una rama a la que la brisa azota de aquí para allá.
La dureza es propia de la naturaleza de la piedra.
Era muy experto, despierto y sagaz en el arte del amor.
Conocía lo fácil y lo difícil y abrazaba por igual a la gacela y al garzón y se enamoraba a la vez del canoso y del imberbe.

Se acercó al muchacho y le dio una raíz de arrayán. El padre metió la mano en el bolsillo y sacó dirhemes en cantidad suficiente diciéndole: « Quédate con esto, derviche, y sigue tu camino» . Cogió el dinero y se sentó en el banco de la tienda en frente del muchacho. Empezó a observarlo, a derramar lágrimas, y a suspirar ininterrumpidamente. Sus lágrimas parecían surgir de una fuente. La gente lo miraba y lo criticaba. Algunos decían: « Todos los derviches son unos corrompidos» . Otros: « El corazón de este derviche está enamorado de este muchacho» . El padre, al ver esta situación, le dijo: « ¡Hijo mío! Levántate que cerramos la tienda y regresamos a casa. Hoy no tenemos necesidad ni de vender ni de comprar. Dios (¡ensalzado sea!) recompensará a tu madre por lo que ha hecho con nosotros. Ella es la causante de todo esto» . A continuación añadió: « ¡Derviche! ¡Levántate para que pueda cerrar la tienda!» El derviche se puso

de pie. El comerciante cerró la tienda, tomó consigo al muchacho y se marchó. La gente y el derviche los siguieron hasta llegar a su casa. El muchacho entró en ella. El padre se volvió hacia el derviche y le dijo: « ¿Qué quieres, derviche? ¿Por qué lloras?» « ¡Señor mío —le contestó—. Esta noche quiero ser tu huésped. El huésped es el huésped de Dios (¡ensalzado sea!)!» « ¡Sé bienvenido, huésped de Dios! ¡Entra derviche!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el padre] en su interior, se dijo: « Este derviche se ha enamorado del muchacho y quiere cometer una torpeza. Esta noche he de matarlo y esconder su tumba. Pero si no comete ninguna torpeza, tendrá su parte como le corresponde por ser huésped» . Hizo entrar al derviche y a Qamar al-Zamán en la misma habitación y dijo, en secreto, al primero: « ¡Hijo mío! ¡Siéntate al lado del derviche y en cuanto yo os deje a solas provócalo y juega con él! Si te pide una acción torpe yo, que estaré vigilando desde la ventana que da a la habitación, lo veré, correré hacia él y lo mataré» .

El muchacho, una vez a solas con el derviche en la habitación, se sentó a su lado. El derviche empezó a mirarlo, a suspirar y a llorar. Cuando el muchacho le dirigía la palabra, le contestaba con dulzura, temblando, se volvía hacia él y suspiraba y lloraba aún más. Así se comportó hasta la llegada de la noche. Entonces comió con los ojos clavados en el muchacho, pero sin dejar de llorar. Cuando hubo transcurrido el primer cuarto de la noche y se puso fin a la conversación, por ser ya el momento de dormir, el padre del muchacho dijo a éste: « ¡Hijo mío! ¡Quédate al servicio de tu tío, el derviche, y no le contraríes!» Cuando se disponía a salir, el derviche dijo: « ¡Señor mío! ¡Llévate a tu hijo o duerme con nosotros!» « ¡No! ¡Mi hijo dormirá contigo! Tal vez necesites algunas cosas y mi hijo puede solucionártelo permaneciendo a tu servicio.» El padre salió, los dejó a solas y se instaló en la habitación que tenía la ventana que daba al cuarto en que estaban el derviche y el muchacho. Esto es lo que se refiere al comerciante.

He aquí lo que hace referencia al muchacho: Éste se acercó al derviche y empezó a provocarlo y a hacerle insinuaciones. El derviche se indignó y dijo: « ¿Qué significan estas palabras, hijo mío? Busco refugio en Dios frente a Satanás (¡lapidado sea!). ¡Dios mío! ¡Esto está prohibido y no te satisface! ¡Apártate de mí, muchacho!» El derviche se levantó del sitio en que se encontraba y se sentó lejos del adolescente. Pero éste le siguió, se le echó encima y le dijo: « ¡Derviche! ¿Por qué te privas del placer de unirte conmigo? Mi corazón te ama» . El enojo del derviche creció y le replicó: « ¡Si no te abstienes de

molestarme llamaré a tu padre y lo informaré de lo que sucede!» « Mi padre ya sabe que soy de esta manera y no puede impedirlo. Por tanto hazme caso ¿por qué te abstienes de mí? ¿Es que no te gusto?» « ¡Por Dios, muchacho! ¡No lo haría aunque se me cortara con las espadas más afiladas!» Y a continuación recitó estos versos:

> Mi corazón ama a los bellos, sean varones o hembras: no soy un impotente.
> Pero los veo por la mañana y por la noche y no soy ni sodomita ni fornicador.

Rompió a llorar y añadió: « ¡Ábreme la puerta para que pueda seguir mi camino! No me quedo aquí para dormir» . Se puso de pie; pero el muchacho se acercó hacia él y le dijo: « Fíjate en el brillo de mi rostro, en el color sonrojado de mis mejillas, en lo delicado de mi cuerpo y en la delicadeza de mis labios» . Le mostró una pierna capaz de avergonzar al vino y a quien lo escancia y le clavó una mirada capaz de hacer inofensivo el conjuro de un mago. Era de una belleza portentosa, de un encanto irresistible. Tal como dijo un poeta:

> Desde que se incorporó e intencionadamente descubrió una pierna reluciente cual perla, no lo he olvidado.
> No os admiréis si para mí ha llegado ya el día de la resurrección: cuando se destapa la pierna llega el día de la resurrección.

A continuación el muchacho le mostró el pecho y le dijo: « ¡Observa mis pechos! Son más hermosos que los de las mujeres y mi saliva es más dulce que el azúcar de caña. Déjate de abstinencia y mortificación, abandona la devoción y el ascetismo, aprovecha para unirte conmigo, goza de mi belleza y nada temas: estás a cubierto de cualquier desgracia, déjate de esas estupideces que no son más que una mala costumbre» . Le mostró los encantos que guardaba ocultos e intentó hacerle perder las riendas del entendimiento con sus piruetas. Pero el derviche apartaba la vista de él e imploraba: « ¡En Dios busco refugio! ¡Avergüénzate, hijo mío! ¡Esto es algo prohibido! ¡No lo haré ni tan siquiera en sueños!» El muchacho se hizo el insistente, razón por la cual el derviche buscó la alquibla y empezó a rezar. Entonces el chico lo dejó, esperó que hiciese las dos prosternaciones de ritual y el amén y quiso acercarse de nuevo hacia él. El derviche inició una nueva oración e hizo dos nuevas prosternaciones. E hizo lo mismo por tercera, cuarta y quinta vez. El muchacho le espetó: « ¿Qué significa esta oración? ¿Es que quieres salir volando encima de las nubes? ¡Estás estropeando nuestro placer rezando a todo lo largo de la noche cara a la

alquibla!» El muchacho se le arrojó encima y empezó a besarle entre los ojos. El derviche le dijo: «¡Hijo mío! ¡Expulsa de ti al diablo y obedece al Misericordioso!» «¡Si no haces conmigo lo que quiero llamaré a mi padre y le diré: "El derviche quiere cometer conmigo una torpeza"! Acudirá y te dará una paliza que separará la carne de los huesos.»

Todo esto ocurría y el padre lo veía con sus propios ojos y lo oía con sus propios oídos. Así se convenció de que el derviche no era un pervertido. Se dijo: «Si este derviche fuese un malvado no soportaría todo este sufrimiento». El muchacho siguió fastidiando al derviche y cada vez que intentaba orar se lo impedía. El buen hombre se enfadó de mala manera y le golpeó. El muchacho rompió a llorar. El padre entró, le secó las lágrimas y empezó a consolarlo. Dijo al derviche: «¡Hermano! Si tan casto eres ¿por qué llorabas y suspirabas al ver a mi hijo? ¿Es que hay alguna causa para ello?» «¡Sí!» «Pues yo, al darme cuenta de que llorabas al verle, creí que era debido a un mal instinto. Por ello mandé al muchacho que hiciese todo esto, para ponerte a prueba. Estaba decidido, si veía que lo solicitabas, a entrar y matarte. Pero al ver lo que ha sucedido me he dado cuenta de que tú eres un hombre pío en extremo. Te conjuro, por Dios, a que me cuentes la causa de tu llanto.» El derviche suspiró y contestó: «¡Señor mío! No toques la herida». «¡Es necesario que me lo cuentes!»

El derviche refirió:

«Sabe que soy un derviche que recorro los países y las regiones con el fin de meditar en la obra del Creador de la noche y del día. Un viernes entré en la ciudad de Basora cuando empezaba a amanecer.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el derviche prosiguió:] »…Las tiendas ya estaban abiertas; en ellas se encontraban toda suerte de mercancías, comidas y bebidas, pero estaban desiertas: allí no había ni un hombre, ni una mujer ni una chica ni un muchacho; en las calles y en las plazas no había, tan siquiera, ni un perro ni un gato; no se oía ni un rumor ni se veía un alma. Me quedé admirado de todo esto. Me dije: "¡Ojalá supiera adonde ha ido a parar la gente de esta ciudad, sus gatos y sus perros! ¿Qué habrá hecho Dios de ellos?" Yo tenía hambre, por lo que cogí un pan caliente en un horno, me metí en una tienda de aceites, extendí manteca y miel sobre el pan y lo comí. Luego entré en una tienda de sorbetes y bebí lo que quise; descubrí un café abierto: me metí: vi los potes, repletos de café, sobre el fuego, sin que nadie los vigilase. Bebí hasta quedar harto y me dije: "¡Esto es algo prodigioso! Parece como si la muerte se hubiese presentado de improviso ante los habitantes de la ciudad y hubiesen

muerto en este instante o bien es que temen que les caiga encima una desgracia y han huido sin poder, tan siquiera, cerrar las tiendas". Mientras pensaba en esto oí el sonido de una música. Me asusté y me escondí durante un rato mirando a través de una hendidura: descubrí unas doncellas que parecían ser lunas: avanzaban hacia el zoco de dos en dos, desveladas, y con el rostro a la luz del día. En total había cuarenta parejas o sea ochenta esclavas. Seguía una joven montada en un corcel que apenas podía moverse de tanto oro, plata y joyas como llevaba. También aquella joven iba con el rostro descubierto y adornada con los más bellos aderezos; vestía telas preciosas y llevaba puesto un collar de gemas. Sobre el pecho le caía otro de oro y las manos, cubiertas de brazaletes, brillaban como luceros. Sus pies estaban ceñidos por ajorcas de oro cuajados de gemas. Las esclavas iban delante y detrás suyo a su derecha y a su izquierda. La precedía una joven que ceñía una gran espada cuya empuñadura era de esmeraldas y cuyo tahalí era de oro incrustado de aljófares. La adolescente, al llegar frente al lugar en que yo me encontraba tiró de las riendas del corcel y dijo: "¡Muchachas! He oído un ruido en el interior de esa tienda. ¡Registradla! Tal vez se haya escondido ahí alguien dispuesto a vernos mientras vamos con el rostro descubierto". Registraron la tienda que se encontraba en frente del café en que yo me hallaba oculto y temeroso. La vi salir con un hombre. Le dijeron: "¡Hemos encontrado a este hombre que está ante ti!". La doncella dijo a la que ceñía la espada: "¡Córtale el cuello!" Se acercó a él y le cortó el cuello dejándolo tendido en el suelo. A continuación se pusieron en marcha. Al ver esto me asusté. Pero mi corazón se había enamorado de aquella joven. Al cabo de un rato aparecieron los habitantes de la ciudad y aquellos que poseían una tienda ocuparon su sitio en ella mientras que la gente recorría los mercados reuniéndose en torno del muerto para curiosear. Yo salí del lugar en que me encontraba escondido sin que nadie se diese cuenta, pero ya no era dueño de mi corazón que se había enamorado de aquella adolescente. Pregunté con disimulo quién era pero nadie supo darme noticia. A continuación salí de Basora con el corazón enamorado y lleno de pesar. Al ver a tu hijo me he dado cuenta de que se trata de la persona que más se parece a aquella adolescente: me la ha hecho recordar y ha avivado el fuego de mi pasión y ha encendido la llama del amor. Esta es la causa de mi llanto» .

Volvió a llorar a lágrima viva y dijo: « ¡Señor mío! ¡Te conjuro, por Dios, a que me abras la puerta para que pueda seguir mi camino!» Le abrió la puerta y se marchó. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Qamar al-Zamán: Una vez hubo oído las palabras del derviche, quedó prendado de amor por aquella adolescente: la pasión se apoderó de él y el cariño y el desvarío le enseñorearon. Al día siguiente por la mañana dijo a su padre: « Los hijos de los comerciantes viajan por todos los países con el fin de conseguir su deseo. No hay ni uno de ellos a quien su

padre no le prepare las mercancías y le envíe con ellas de viaje para que obtenga beneficios. ¿Por qué razón, padre, no me preparas unas mercancías con las cuales pueda marcharme de viaje en busca de mi felicidad?» « ¡Hijo mío! Los comerciantes que tienen poco capital hacen viajar a sus hijos con el fin de que obtengan beneficios, ganancias y las oportunidades que da el mundo. Pero yo tengo muchísimo dinero y no ambiciono tener más. ¿Cómo, pues, he de mandarte lejos si no puedo estar separado de ti ni un solo instante? Tu belleza, hermosura y prestancia son únicas y temo que te ocurra alguna desgracia.» « ¡Padre! No te queda más remedio que preparar algunas mercancías para que me ponga en viaje, pues de lo contrario, cuando menos lo esperes, huiré aunque sea sin dinero y sin mercancías. Si quieres complacerme, prepara las mercancías para que me pueda poner en viaje y recorrer los países de la gente.» El padre, al verlo decidido a partir, informó a su esposa de lo que ocurría y le dijo: « Tu hijo quiere que le prepare mercancías para ir a recorrer los países extranjeros a pesar de que el estar separados constituye una pena» . La madre le replicó: « ¿Y qué es lo que te sabe mal de todo esto? Si tal es la costumbre de los hijos de los comerciantes: todos están orgullosos de sus viajes y de los beneficios que obtienen» . « ¡Pero es que la mayoría de los comerciantes son pobres y buscan aumentar sus bienes! En cambio mis bienes son muy grandes.» « El tener más dinero no perjudica. Si tú no se lo consientes, yo le prepararé las mercancías con mis propios bienes.» El padre le replicó: « La separación me preocupa: es la peor de las angustias» . « Nada hay de malo en una ausencia que reporta beneficios. De lo contrario nuestro hijo se escapa: tendremos que buscarlo y no lo volveremos a ver quedando afrentados ante la gente.» El comerciante quedó convencido por las palabras de su esposa y preparó mercancías por valor de noventa mil dinares para su hijo. La madre le entregó una bolsa que contenía cuarenta gemas de gran valor y de las cuales, la peor, costaba quinientos dinares. Le dijo: « ¡Hijo mío! Guarda estas gemas pues pueden serte útiles» . Qamar al-Zamán cogió todo esto y se puso en camino hacia Basora…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Qamar al-Zamán se puso en camino hacia Basora] después de haber colocado las joyas en una bolsa y de haberse atado ésta a la cintura. Marchó sin cesar hasta que sólo le faltaba para llegar a Basora una jornada. Los beduinos le acometieron, lo despojaron de todo y mataron a sus hombres y sus criados y él tuvo que dormir entre los muertos y ensuciarse el rostro con sangre para que lo creyeran muerto. Lo abandonaron y nadie se le acercó. Se apoderaron de las riquezas y se marcharon. Cuando los

beduinos hubieron desaparecido. Qamar al-Zamán se levantó de entre los muertos y reemprendió la marcha sin tener consigo más que las gemas que llevaba colgadas de la cintura. Así entró en Basora en un viernes, en el preciso momento en que la ciudad se encontraba desierta tal como había dicho el derviche. Vio los zocos vacíos y las tiendas abiertas, repletas de mercancías. Comió, bebió, y paseó. Mientras hacía esto oyó una música y se ocultó en una tienda hasta que aparecieron las muchachas. Las examinó. Al ver a la adolescente que iba a caballo fue víctima del amor y el deseo; presa de la pasión y el desvarío hasta el punto de no poder ponerse de pie. Al cabo de un rato reapareció la gente y llenó los mercados. El muchacho se dirigió al zoco, se aproximó a un joyero y sacó una de las cuarenta gemas que valía mil dinares. Se la vendió y regresó a su puesto en el cual pasó la noche. Al día siguiente por la mañana cambió sus vestidos, entró en el baño y salió de él como si fuese la luna llena. Después vendió cuatro gemas por cuatro mil dinares y empezó a pasear por las calles de la ciudad vestido con los más preciosos trajes hasta llegar al zoco. Aquí encontró un barbero. Entró en su tienda, se hizo afeitar la cabeza y trabó amistad con el dueño. Le dijo: « ¡Padre mío! Yo soy extranjero en este país. Ayer, al entrar en la ciudad, la encontré vacía, sin nadie: no había en ella ni hombres ni genios. A continuación vi unas muchachas entre cuyo cortejo iba montada a caballo una adolescente» , y así le explicó lo que había visto. El barbero le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Has contado a alguien más esta noticia?» « ¡No!» « ¡Hijo mío! ¡Guárdate de pronunciar estas palabras delante de cualquier otra persona, ya que no toda la gente sabe callar y guardar el secreto! Tú eres pequeño y temo que las palabras vayan de unas gentes a otras hasta llegar a los interesados que te matarían. Sabe, hijo mío, que nadie ha visto lo que tú has visto ni se conoce fuera de esta ciudad. Los habitantes de Basora mueren con este pesar: cada viernes, al amanecer, atan a perros y gatos para impedirles salir por los zocos y todos los habitantes de la ciudad entran en las mezquitas y cierran las puertas por dentro; ni tan siquiera uno solo de ellos puede pasar por el zoco ni asomarse a una ventana. Nadie conoce la causa de esta desgracia. Pero esta noche, hijo mío, interrogaré a mi mujer por la causa de todo esto, ya que ella es nodriza, tiene entrada en las casas de los grandes y sabe las noticias de esta ciudad. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, ven mañana y te contaré lo que me haya dicho.» El muchacho cogió un puñado de oro y dijo: « ¡Padre mío! Coge este oro y entrégaselo a tu mujer: ella es para mí una madre» . Cogió otro puñado de oro y le dijo: « ¡Y éste es para ti!» El barbero le contestó: « ¡Hijo mío! Quédate sentado en tu sitio para que vaya a ver a mi esposa, la interrogue y regrese a tu lado con la verdad del asunto» . Lo dejó en la tienda, corrió al lado de su esposa y la informó de lo que ocurría con el muchacho. Añadió: « Quiero que me cuentes la verdad de todo lo que ocurre en la ciudad para que yo pueda referírselo a ese joven comerciante que desea saber la causa real por la que

hombres y animales se abstienen de entrar en los zocos los viernes por la mañana. Creo que se trata de un enamorado que es generoso y liberal. Si se lo explicamos vamos a recibir un gran bien» . La mujer le replicó: « Ve en su busca y dile “Acompáñame a hablar con tu madre, que es mi esposa. Ella te envía un saludo y te dice: ‘La cosa está decidida’ ”» . El barbero regresó a la tienda y encontró a Qamar al-Zamán sentado esperándolo. Le explicó lo que ocurría y le dijo: « ¡Hijo mío! Acompáñame a hablar con tu madre, que es mi esposa, pues ella te dice que la cosa está resuelta» . Lo tomó consigo y lo condujo a casa de su esposa. Ésta lo acogió bien y lo hizo sentar a su lado. El joven sacó cien dinares y se los entregó diciendo: « ¡Madre mía! ¡Dime quién es esa adolescente!»

La mujer del barbero refirió: « ¡Hijo mío! Sabe que el rey de la India envió al sultán de Basora una perla. Éste quiso que la agujereasen e hizo comparecer a todos los joyeros. Les dijo: “Quiero que me agujereéis esta perla: daré, a quien lo consiga, cualquier cosa que pida, pero si la estropea lo decapitaré”. Asustados respondieron: “¡Rey del tiempo! La perla se estropea fácilmente y son pocos los que puedan hacerlo bien, ya que lo más probable es que se rompa: no nos obligues a hacer algo de lo que no somos capaces. Nuestras manos no son capaces de agujerear esta perla, pero nuestro síndico es más experto que nosotros”. El rey preguntó: “¿Y quién es vuestro síndico?” Le contestaron: “El maestro Ubayd; es la persona más hábil en el oficio, posee grandes riquezas y excelentes conocimientos. Hazlo comparecer y mándale que la agujeree”. El rey le mandó a buscar y le ordenó que la horadase y le dijo las mismas condiciones. La cogió y la horadó conforme quería el soberano. Éste le dijo: “¡Maestro! ¡Pídeme lo que quieras!” “¡Rey del tiempo! —le replicó—. Concédeme tiempo hasta mañana.” Solicitaba este aplazamiento porque quería pedir consejo a su esposa y ésta es la adolescente que has visto en el cortejo. El joyero la quiere apasionadamente y de tanto cariño como la tiene no hace nada sin consultarla. Por esto era por lo que había aplazado la petición de la recompensa. Al llegar al lado de su mujer le dijo: “He horadado al rey una perla y me concede lo que pida. Yo le he pedido un plazo para poder consultarlo ¿qué es lo que quieres que le pida?” Le replicó: “Tenemos riquezas que el fuego es incapaz de destruir. Si me amas, pide al rey que haga pregonar por las calles de Basora que los habitantes de la ciudad deben entrar los viernes en las mezquitas dos horas antes de la oración; que no deben quedar en la ciudad ni grandes ni chicos de no ser dentro de sus casas o en las mezquitas; que las puertas de las casas y de las mezquitas deben estar cerradas mientras las tiendas siguen abiertas. Yo montaré, entonces, a caballo con mis esclavas y recorreré la ciudad sin que nadie me vea ni desde las ventanas ni desde las verjas. Mataré a todo aquel con quien tropiece”. El joyero corrió ante el rey y le pidió esto. El soberano le concedió lo que solicitaba e hizo pregonar a los habitantes de la ciudad el bando correspondiente.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer prosiguió:] » …Éstos objetaron: "Tememos que los gatos y los perros dañen nuestras mercancías". Entonces, el rey mandó que los viernes dichos animales quedasen sujetos hasta que la gente terminara de rezar la oración. Así, esa joven sale cada viernes dos horas antes de la oración y recorre con sus esclavas como séquito, las calles de Basora sin que nadie pueda cruzar el zoco ni asomarse a las ventanas o las verjas. Tal es el motivo. Yo te he revelado quién es la muchacha. ¿Tu propósito, hijo mío, era saber lo que ocurría o bien reunirte con ella?» « ¡Madre mía! Quiero reunirme con ella.» « Dime de qué tesoros dispones.» « ¡Madre mía! ¡De las más valiosas gemas! Tengo de cuatro clases distintas: unas que valen quinientos dinares la pieza; otras setecientos y mil dinares la pieza.» « ¿Y puedes permitirte gastar cuatro?» « ¡Las daría todas!» « Levántate, hijo mío, vete a tu casa y toma una gema de las que valen quinientos dinares. Pregunta luego por la tienda del maestro Ubayd, el síndico de los joyeros, y ve a verlo. Le hallarás sentado en la tienda vistiendo magníficos trajes, teniendo a los operarios a sus órdenes. Salúdalo, siéntate en la tienda, saca la piedra y dile: "¡Maestro! Coge esta piedra y hazme un anillo de oro; no lo quiero grande; no debe pesar más de un mizcal y debe ser una obra perfecta". Luego le entregarás veinte dinares, darás un dinar a cada operario y te quedarás un rato con él hablando. Si se te acerca algún mendigo, dale un dinar y muéstrate generoso para que el joyero se llene de amor por ti. Luego déjalo, vete a tu casa y pasa la noche. Al día siguiente coge cien dinares y dáselos a tu padre, el barbero, que es pobre.» El muchacho contestó: « Así lo haré» . Salió de su casa y corrió hacia su domicilio; cogió una gema de quinientos dinares y corrió al zoco de los joyeros. Preguntó por la tienda del maestro Ubayd, el síndico, y se la mostraron. Una vez hubo llegado a la tienda descubrió a un hombre respetable, que endosaba preciosos vestidos; tenía a sus órdenes cuatro operarios. Les dijo: « ¡La paz sea sobre vosotros!» Le devolvió el saludo, lo acogió bien y lo invitó a sentarse. Una vez hubo tomado asiento, le mostró la gema y dijo: « ¡Maestro! Quiero que me engarces esta piedra en un anillo de oro cuyo peso no ha de ser superior a un mizcal y debe estar bien trabajado» . Sacó veinte dinares y añadió: « Toma esto para el trabajo; aún falta el salario» . A continuación dio a cada operario un dinar. Éstos le tomaron amor y lo mismo sucedió con el maestro Ubayd, quien se sentó a conversar con él. Cada vez que se le acercaba un pobre le daba un dinar. Todos estaban admirados de su generosidad. El maestro Ubayd tenía en su casa los mismos utensilios que en la tienda, ya que tenía por costumbre, cuando quería hacer algo prodigioso, trabajar en su domicilio para que los operarios no pudiesen

aprender el modo de hacer los trabajos delicados. En esos casos, la adolescente, su mujer, se sentaba ante él. El joyero, al tenerla delante, la miraba y hacía las más maravillosas obras de arte dignas sólo de los reyes. Fue, pues, a confeccionar el anillo en la casa. La esposa, al verlo, le preguntó: « ¿Qué quieres hacer con esta gema?» « Engarzarla en un anillo de oro. Vale quinientos dinares.» « ¿Para quién?» « Para un muchacho que es comerciante. Tiene un tipo magnífico, ojos que causan heridas, mejillas de fuego; boca como el anillo de Salomón; pómulos como anémonas; labios de coral; cuello como el de las gacelas. Es de color blanco rosado, simpático, fino, generoso. Ha hecho tal y tal cosa» , y así unas veces le hablaba de su belleza y hermosura y otras de su generosidad y perfección. Siguió refiriéndole sus gracias y sus buenas costumbres hasta que la joven se enamoró de él. ¡No hay hombre más cretino que aquel que habla a su mujer de la belleza, perfección y de la generosidad de otro hombre! Cuando la pasión se hubo apoderado de ella por completo le preguntó: « ¿Tiene alguna de mis bellezas?» « ¡Posee todas tus gracias y es tu igual incluso en la edad! Si no temiera ofenderte te diría que es mil veces más hermoso que tú.» La mujer se calló, pero en su corazón ya ardía la llama de la pasión. El orfebre siguió refiriéndole sus innumerables encantos hasta terminar de hacer el anillo. Entonces se lo entregó a su mujer la cual se lo puso: ajustaba exactamente en su dedo. Dijo: « ¡Señor mío! Mi corazón apetece este anillo y desearía quedarme con él sin tener que quitármelo del dedo» . « Pues ten paciencia: su dueño es muy generoso y voy a pedirle que me lo venda. Si accede te lo traeré y si no, le compraré otra gema igual y te haré otro.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que hace referencia al joyero y a su mujer.

He aquí lo que se refiere a Qamar al-Zamán: Pasó la noche en su domicilio y al día siguiente por la mañana cogió cien dinares y fue a ver a la vieja, la esposa del barbero. Le dijo: « ¡Toma estos cien dinares!» Le replicó: « ¡Dáselos a tu padre!» Se los entregó al barbero. A continuación la vieja preguntó: « ¿Hiciste lo que te dije?» « ¡Sí!» « Ve a ver al síndico de los joyeros. Cuando te entregue el anillo, colócalo en la yema del dedo y quítatelo en seguida diciendo: “¡Maestro! Te has equivocado. El anillo me viene estrecho”. Te dirá: “¡Comerciante! ¿Quieres que te lo ensanche?” Responde: “No necesito que lo ensanches. Quédatelo y dáselo a una de tus esclavas”. Saca entonces una gema que cueste setecientos dinares y dile: “Coge esta piedra, trabájala y hazme un anillo que sea más hermoso que éste”. Le darás treinta dinares y a cada uno de los operarios le entregarás dos. Añadirás: “Estos dinares son para el trabajo; aún falta el salario”.

A continuación vuelve a tu casa y pernocta. Mañana por la mañana ven aquí con doscientos dinares y yo terminaré de urdir la trampa.»

El muchacho salió en busca del joyero. Éste le acogió bien, le hizo sentar en la tienda. Una vez se hubo instalado preguntó: « ¿Has terminado el encargo?» « ¡Sí!» , y sacó el anillo. El muchacho lo metió por la yema del dedo pero lo sacó en seguida diciendo: « ¡Maestro! ¡Te has equivocado! ¡Es demasiado estrecho para mi dedo!» , y se lo arrojó. El joyero replicó: « ¡Comerciante! ¿Quieres que lo ensanche?» « ¡No, por Dios! Quédatelo como regalo y dáselo a una de tus esclavas. No vale nada: sólo cuesta quinientos dinares; no vale la pena volver a trabajarlo por segunda vez.» Sacó una gema que costaba setecientos dinares y dijo: « ¡Hazme un anillo para ésta!» Le entregó treinta dinares y dio dos dinares a cada operario añadiendo: « ¡Señor mío! Cuando me hayas hecho el anillo cobrarás tu salario. Esto es sólo para el cincelado; el trabajo lo pagaré después» . Le dejó y se marchó. El joyero y los operarios quedaron estupefactos ante la generosidad de Qamar al-Zamán. Ubayd corrió en busca de su esposa y le dijo: « ¡Fulana! ¡Jamás he visto un muchacho más generoso que ése y tú tienes una suerte magnífica, ya que me ha regalado el anillo y me ha dicho: “Dáselo a una de tus esclavas”» , y así le refirió toda la historia. A continuación añadió: « Me imagino que este muchacho no es hijo de un comerciante sino de rey o de sultán» . Pero cuanto más lo alababa más crecía la pasión, el amor y el desvarío de su mujer. Ésta se puso el anillo y el joyero engarzó la segunda piedra en un aro un poco mayor que el primero. Al terminar el trabajo, la mujer se lo puso en el dedo, encima del primero, y dijo: « ¡Señor mío! ¡Fíjate qué bien me van los dos anillos! ¡Desearía que ambos fuesen míos!» « ¡Ten paciencia! Es posible que te compre el segundo.» Transcurrida la noche se marcho a su tienda. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Qamar al-Zamán: al día siguiente por la mañana se marchó a ver a la anciana, la esposa del barbero, y la entregó los doscientos dinares. Ésta le dijo: « Ve a ver al joyero. Cuando te dé el anillo colócalo en el dedo, sácalo en seguida y di: “Te has equivocado, maestro. El anillo es demasiado grande. Un maestro como tú cuando recibe a un cliente como yo que le confía un encargo, debe tomar la medida. Si me hubieses tomado la medida del dedo no te hubieses equivocado”. A continuación saca una piedra de las que cuestan ochocientos dinares y dile: “Toma esta gema, hazme otro anillo y da éste a una de tus esclavas”. Le entregarás cuarenta dinares y darás a cada operario tres dinares. Dile: “Esto es por el cincelado, y el salario te lo pagaré después”. Espera a ver lo que te dice y ven a verme con trescientos dinares que darás a tu padre para que le puedan servir de auxilio inmediato, ya que es un hombre pobre» . « ¡Oír es obedecer!» , contestó el muchacho. Marchó en busca del joyero. Éste le acogió bien, le invitó a sentarse y le entregó el anillo. El joven lo colocó en el dedo y lo sacó en seguida. Le dijo: « ¡Maestro! Es

necesario que un hombre como tú, cuando se presenta un cliente como yo que le confía un encargo, tome la medida. Si me hubieses tomado la medida del dedo no te hubieses equivocado. Quédatelo y dáselo a una de tus esclavas» . A continuación sacó una piedra que costaba ochocientos dinares y le dijo: « Coge ésta y hazme un anillo a la medida de mi dedo» . El joyero replicó: « Dices la verdad y tienes toda la razón» , y le tomó la medida. El muchacho sacó cuarenta dinares y le dijo: « Esto es por el cincelado. El salario te lo pagaré después» . El joyero le replicó: « ¡Señor mío! ¿Cómo te he de cobrar si tus beneficios son enormes?» « No tiene nada que ver.» Habló un rato con él y cada vez que se le acercaba un pobre le daba un dinar. Después lo dejó y se marchó. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al joyero: se marchó a su casa y dijo a su mujer: « ¡Qué generoso es ese joven comerciante! ¡Jamás he visto a nadie que sea más generoso, hermoso o que tenga un modo de hablar más dulce!» Empezó a citar todas sus virtudes y su generosidad y exageró en su elogio. La mujer le increpó: « ¡Careces de tacto! Si tiene tantas cualidades y te ha dado dos anillos de gran valor es preciso que le invites, que prepares un festín y seas cariñoso con él. Si se da cuenta de que le tratas con afecto y le traes a nuestra casa es posible que obtengamos mayores beneficios. Si no quieres tenerle como huésped, invítalo y yo le haré los honores» . El marido le replicó: « ¿Es que me tienes por avaro para decirme tales palabras?» « No, no eres avaro pero careces de tacto. Invítale esta noche a cenar y no vengas sin él. Si se niega, conjúrale recurriendo a jurar por el repudio[278] e insiste.» « ¡Oír es obedecer!» El orfebre hizo el anillo, durmió y al día siguiente se fue al mercado y se instaló. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Qamar al-Zamán: cogió trescientos dinares y fue a ver a la anciana y le entregó la suma para el marido. La mujer le dijo: « Es posible que él te invite a cenar esta noche. Si pasas la noche en su casa, mañana ven a contarme lo que te ha ocurrido y tráeme cuatrocientos dinares para dárselos a tu padre» . « ¡Oír es obedecer!» , replicó el muchacho, el cual, cada vez que se le terminaba el dinero, procedía a vender una de las piedras. Se marchó a la tienda del joyero. Éste se puso en pie, lo recibió con los brazos abiertos, lo saludó y se entretuvo con él. Después sacó el anillo y vio que le iba a la medida. El muchacho le dijo: « ¡Que Dios te bendiga, maestro de los orfebres! Me va bien, pero la piedra no me satisface…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joven dijo: » …Me va bien, pero la piedra no me satisface] ya que tengo gemas más hermosas. Regálasela a una de tus esclavas» . Al decir esto sacó otra piedra, cien dinares y le dijo: « Cóbrate

tu salario y no nos reprendas, ya que te hemos causado fatiga» . El joyero le replicó: « ¡Mercader! La fatiga ha quedado compensada con lo mucho que nos has regalado; mi corazón ha quedado prendado de tu amor y no puedo separarme de ti. Te conjuro, por Dios, a que seas mi huésped esta noche; compláceme» . « No hay el menor inconveniente, pero he de ir a la posada para advertir a mis criados e informarlos de que no dormiré allí con el fin de que no me esperen.» « ¿En qué posada te hospedas?» « En tal.» « Pues iré a buscarte allí» « No hay inconveniente.»

El joyero fue a buscarlo antes del ocaso para evitar que su mujer se enfadara con él si le veía entrar en la casa sin su huésped. Tomó al joven consigo, lo llevó a su domicilio y ambos se sentaron en una habitación que no tenía par. La joven le había visto entrar y había quedado prendada de él. Ambos hablaron hasta que llegó la hora de la cena. Comieron y bebieron. Después les sirvieron el café y los sorbetes y no dejaron de conversar hasta que llegó el momento de la plegaria vespertina. Rezaron lo que era canónico. Después se les presentó una muchacha con dos tazas de bebida. Las tomaron e inmediatamente después les venció el sueño y quedaron dormidos.

Entonces entró la joven, quien los encontró dormidos. Miró la cara de Qamar al-Zamán y su entendimiento quedó perplejo ante tanta belleza. Dijo: « ¿Cómo puede dormir aquel que ama a una belleza?» Le besó en la nuca, se sentó a horcajadas sobre su pecho y de tanta pasión como sentía colmó de besos sus mejillas hasta el punto de irritarlas y hacer que se pusieran más encarnadas y sus pómulos se pusieron relucientes. Se inclinó sobre sus labios y los chupó sin tregua hasta que brotó la sangre en su boca. Pero esto ni apagaba su llama ni el ardor que la devoraba: siguió besándolo, abrazándolo y pegando pierna sobre pierna hasta que apareció la aurora y se extendió la luz de la mañana. En aquel momento metió cuatro tabas en el bolsillo de Qamar al-Zamán, se separó de él y se retiró. A continuación envió a una esclava con unos polvos parecidos al rapé. Los colocó en la nariz de los dos hombres, los cuales estornudaron y se despertaron.

La esclava les dijo: « Sabed, señores, que es la hora de la plegaria ritual. Levantaos para la oración de la aurora» . A continuación les acercó la palangana y el aguamanil. Qamar al-Zamán dijo: « ¡Maestro! Ya es hora: hemos dormido más de la cuenta» . El joyero le replicó: « ¡Señor mío! En esta habitación se tiene el sueño pesado. Siempre que duermo en ella me ocurre lo mismo. Tienes razón» . El muchacho hizo las abluciones y al pasar el agua por la cara, las mejillas y los labios le abrasaron. Exclamó: « ¡Qué maravilla! Si el aire de la habitación es pesado y hemos dormido profundamente, ¿por qué me abrasan las mejillas y los labios?» Añadió: « ¡Maestro! Mis mejillas y mis labios me abrasan» . « Supongo que es a causa de los mosquitos.» « ¿Y a ti te ocurre lo mismo que a mí?» « No; pero siempre que tengo un huésped como tú, se queja

por la mañana de las picaduras de los mosquitos. Pero esto ocurre únicamente a los huéspedes que como tú, son imberbes. Cuando se trata de hombres con barbas, los mosquitos no se acercan a ellos. Mi barba es la que me ha protegido de los mosquitos. Parece ser que los mosquitos no aman a las personas con barba.» « ¡Tienes razón!» , replicó. La esclava les sirvió luego el desayuno, lo tomaron y salieron juntos. Qamar al-Zamán corrió a ver a la anciana. Ésta, al verlo, le dijo: « Veo en tus mejillas las huellas de tu buena suerte. Cuéntame lo que has visto» . « No he visto nada. He cenado con el dueño de la casa en una habitación; he rezado con él la oración de la noche y luego nos hemos dormido y no nos hemos despertado hasta la mañana.» La vieja rompió a reír y le dijo: « No son ésas las señales que tienes en las mejillas y en los labios» . « Son los mosquitos que había en la habitación los que me han puesto así.» « Tienes razón pero ¿al dueño de la casa le ha pasado lo mismo?» « No; pero me ha dicho que los mosquitos de aquella habitación no pican a las personas con barba; sólo molestan a los imberbes; que siempre que pasa la noche con un huésped imberbe, éste se levanta por la mañana quejándose de las picaduras de los mosquitos; en cambio, cuando tiene barba, no le sucede nada.» La mujer del barbero le replicó: « Tienes razón. Pero ¿has visto alguna otra cosa más?» « He encontrado en mi bolsillo cuatro tabas.» « ¡Muéstramelas!» Se las dio. Las cogió y rompió a reír. Le dijo: « Tu amada te ha colocado las cuatro tabas en el bolsillo» . « ¿Y cómo lo ha hecho?» « Te dice por señas: “Si fueses un enamorado no te hubieses dormido. Los que aman no tienen sueño. Pero tú eres muy pequeño y estás en la edad de jugar con estas tabas ¿quién te ha incitado a amar a las bellas?” Ella se ha aproximado a ti durante la noche, te ha encontrado dormido, te ha estropeado las mejillas con sus besos y te ha metido estos signos. Pero como esto no ha sido suficiente, te enviará a buscar por medio de su esposo, quien te invitará esta noche. Si aceptas, no tengas prisa en dormirte. Después ven a verme con quinientos dinares y cuéntame lo que te haya sucedido. Yo completaré la trampa.» « ¡Oír es obedecer!» , le contestó. El muchacho se marchó a su posada. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a la mujer del joyero. Preguntó a su esposo: « ¿Se ha ido el huésped?» « Sí; pero Fulana: los mosquitos lo han atormentado esta noche y le han señalado la cara y los labios. He quedado avergonzado ante él» . « Tal es la costumbre de los mosquitos de nuestra habitación: sólo les gustan los imberbes. Invítalo esta noche.» El joyero fue a la posada en que vivía el muchacho lo invitó y le llevó de nuevo a su salón. Comieron, bebieron, rezaron la oración de la noche y después entró la esclava y dio una taza a cada uno.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que la bebieron y se quedaron dormidos. La joven acudió y exclamó: « ¡Carne de horca! ¿Cómo durmiéndote pretendes que estás enamorado? ¡Los amantes no duermen!» Montó a continuación a horcajadas encima de su pecho y no paró de inclinarse sobre él besándolo, mordiéndolo, chupándolo y divirtiéndose hasta la mañana. En este momento le metió un cuchillo en el bolsillo y envió en seguida a la esclava para que los despertase. El muchacho tenía las mejillas inflamadas de fuego por el ardor y los labios como el coral a causa de los mordiscos y de los besos. El joyero le preguntó: « ¿Te han molestado los mosquitos?» Contestó: « No» , ya que como sabía lo que iba a decir no valía la pena quejarse. Después encontró el cuchillo en el bolsillo, pero no dijo nada. Una vez hubo desayunado y tomado el café, abandonó la casa del joyero, marchó a su fonda, cogió quinientos dinares y corrió al lado de la vieja a la que informó de lo que había visto. Le dijo: « Me he dormido en contra de mi voluntad y al amanecer sólo he encontrado un cuchillo en mi bolsillo» . La vieja replicó: « ¡Que Dios te proteja la próxima noche! Ella te dice: “Si te duermes otra vez te degollaré”. Volverás a ser invitado la próxima noche y si te duermes te degollará» . El muchacho preguntó: « ¿Qué debo hacer?» « Cuéntame lo que comes y bebes antes de dormirte.» « Ceno lo que la gente tiene por costumbre; después de la cena entra la esclava y da una taza a cada uno de nosotros. En cuanto tomo la taza me duermo y no me despierto hasta la mañana.» « La treta se encuentra en la taza. Cógela, pero no la bebas hasta que haya tomado la suya el dueño de la casa y se haya dormido. Cuando la esclava te la entregue di: “Dame agua”. Ella irá a buscar el jarro. Mientras tanto vacía la taza detrás del cojín y finge dormir. Cuando llegue con el jarro creerá que tú te has dormido después de haberte tomado el contenido de la taza. Se alejará de tu lado y al cabo de un rato ya verás lo que te traerá la suerte. ¡Pero guárdate de contravenir mis órdenes!» Contestó: « ¡Oír es obedecer!» , y se marchó a la posada. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a la esposa del joyero: Dijo a su esposo: « Debe honrarse al huésped durante tres noches. ¡Invítalo por tercera vez!» El joyero fue a buscarlo, lo invitó, lo tomó consigo y le hizo entrar en el salón. Una vez hubieron cenado y rezado la oración vespertina, se presentó la esclava y dio una taza a cada uno. El dueño de la casa la tomó y se quedó dormido. Qamar al-Zamán no la bebió. La esclava preguntó: « ¿No la bebes, señor mío?» Contestó: « ¡Tengo sed! ¡Tráeme el jarro!» La mujer salió en busca de la jarra y entre tanto el joven vació la taza detrás de la almohada y fingió dormir. La esclava, al regresar, le vio durmiendo y corrió a avisar a su señora de lo que sucedía. Le dijo: « En cuanto ha bebido la taza se ha quedado dormido» . La esposa se dijo: « ¡Es preferible que muera a que siga viviendo!» Cogió un cuchillo bien afilado. Entró en la sala y dijo: « ¡Estúpido! Por tres veces no has prestado atención a las señales; por eso, ahora, voy a abrirte el vientre» . El joven, al ver que se

acercaba a él con el cuchillo en la mano, abrió los ojos y se puso en pie riendo. La mujer le dijo: « Esos signos no los has entendido por tu propia razón sino gracias a las indicaciones de una persona astuta. Cuéntame gracias a quién lo has sabido» . « Ha sido una vieja con la cual me ha ocurrido esto y esto» , y le refirió toda la historia. La mujer le dijo: « Mañana, al salir de nuestra casa, irás a ver a la vieja y le dirás: "¿Te queda alguna treta más de este calibre?" Si te contesta: "Sí", dile: "Pues afánate en unirme con ella públicamente". Si te contesta: "No sé más tretas. Ésta es la última", déjala. Mañana por la noche irá mi marido a invitarte. Acude con él y cuéntame lo que te haya dicho. Yo sabré lo que tengo que hacer» . El muchacho contestó: « No hay inconveniente» . Pasó con ella el resto de la noche abrazándola, estrechándola y haciendo con ella lo que la preposición con su régimen, lo que el lazo de unión con las palabras que une y dejando excluido al marido del mismo modo que la nunación del estado constructo. En esta situación continuaron hasta la mañana. La mujer le dijo: « Yo no puedo pasarme sin ti ni una noche ni un día ni un mes ni un año. Quiero que te quedes conmigo el resto de la vida, pero has de tener paciencia hasta que haya gastado a mi esposo una de esas tretas que dejan boquiabiertas a las personas inteligentes, con lo que conseguiré nuestro propósito. Haré que le entren tales dudas que me repudiará, me casaré contigo y me marcharé a tu país llevándome todas sus riquezas y tesoros. Yo me las ingeniaré para arruinar su casa y borrar sus huellas. Escucha mis palabras y obedéceme en lo que te diga sin contradecirme» . « ¡Oír es obedecer! —replicó el muchacho—; no tengo que contrariarte.» « Pues vuelve a tu fonda y si mi marido acude a invitarte contéstale: "Hermano: los hombres son pesados y cuando se frecuentan en demasía se cansa tanto el generoso como el avaro ¿cómo he de ir a tu casa todas las noches y hemos de dormir los dos en el salón? Si tú no estás harto de mí es posible que lo esté tu harén, ya que yo soy la causa de que te mantengas apartado de él. Si tú deseas frecuentar mi trato lo mejor será que alquile una casa al lado de la tuya y entonces tú pasarás una noche en mi casa hasta que llegue la hora de acostarse y yo pasaré la siguiente en la tuya hasta la misma hora. En ese momento yo me marcharé a mi domicilio y tú irás a reunirte con tu harén. Esta opinión es mejor que la de permanecer toda la noche alejado de tus mujeres". Cuando le hayas dicho esto vendrá a pedirme consejo y yo le indicaré que puede desahuciar al vecino, ya que la casa que éste tiene alquilada nos pertenece. Una vez te hayas instalado en la casa, Dios nos facilitará el resto de la treta.» A continuación añadió: « Vete y haz lo que te digo.» « ¡Oír es obedecer!» , replicó el muchacho. Y la dejó. Una vez solo se puso a dormir. Al cabo de un rato se presentó una criada que despertó a los dos. El joyero, al desvelarse, preguntó: « ¡Comerciante! ¿Te han importunado los mosquitos?» « ¡No!» « Tal vez ya te hayas habituado.» Desayunaron, tomaron el café y se marcharon a sus ocupaciones.

Qamar al-Zamán fue a ver a la vieja y la informó de lo que le había ocurrido.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Qamar al-Zamán] dijo: « Ella me dijo esto y esto y yo le contesté tal cosa y tal otra. ¿Tienes algún medio gracias al cual pueda reunirme con ella de modo público?» La vieja le replicó: « ¡Hijo mío! Aquí se terminan mis tretas y se acaban mis trampas» . Entonces el muchacho la dejó y se dirigió a la fonda. Por la tarde el joyero acudió a invitarlo. Pero el muchacho le contestó: « No puedo acompañarte.» « ¿Por qué? Yo te aprecio y no puedo seguir separado de ti. Te conjuro, por Dios, a que vengas conmigo.» « Pues si tu deseo consiste en continuar gozando de mi trato y conservar la amistad que entre nosotros existe, búscame una casa al lado de la tuya; entonces, si quieres, pasaré contigo la velada, pero cuando llegue la hora de ir a dormir, cada uno de nosotros se retirará a su habitación y dormirá en ella.» El joyero le replicó: « Poseo una casa junto a la mía. Acompáñame esta noche y mañana te la vaciaré» . Lo acompañó, cenaron, rezaron la oración de la noche y el marido vació la taza que contenía el narcótico y se durmió. En la taza de Qamar al-Zamán no había ningún soporífero, por lo cual la bebió y no se durmió. La joven acudió, se sentó a su lado y pasó con él la noche hasta la mañana siguiente mientras el marido permanecía extendido como si fuese un muerto. Cuando se despertó, mandó a buscar a su inquilino y le dijo: « ¡Oh, hombre! Vacíame la casa, pues la necesito» . El otro le contestó: « De buen grado» . Se la vació y el joyero instaló en ella a Qamar al-Zamán. Éste realizó el traslado de todos sus enseres y aquella noche el joyero fue su huésped. Al terminar la velada se retiró a su casa. Al día siguiente, la muchacha mandó a buscar a un experto arquitecto. Éste acudió y ella le fue ofreciendo dinero hasta que el hombre accedió a construir un pasadizo secreto que condujera desde su casa a la de Qamar al-Zamán colocando una puerta subterránea. Así, sin que el muchacho lo sospechara, ella se le presentó de repente con dos sacos de dinero. Le preguntó: « ¿Por dónde has venido?» Le mostró el subterráneo y añadió: « ¡Guarda estos dos sacos de dinero!» Se quedó con él jugando y disfrutando hasta la mañana. Entonces le dijo: « Espera hasta que le haya despertado y enviado a la tienda; después volveré a tu lado» . El muchacho se quedó esperándola. Ella regresó al lado de su esposo y lo despertó. Se levantó, hizo las abluciones, rezó y se marchó a la tienda. Una vez hubo salido, la mujer cogió cuatro bolsas y corrió, por el corredor, al lado de Qamar al-Zamán. Le dijo: « ¡Toma este dinero!» Se quedó un rato con él y después cada uno se marchó a sus quehaceres: ella regresó a su casa y Qamar al-Zamán se dirigió al zoco. Cuando volvió, a la caída de la tarde,

a su domicilio, encontró en él diez bolsas de gemas y otras cosas. El joyero, al regresar, lo recogió, lo llevó a su habitación y pasó la velada con él. Luego, como de costumbre, se presentó la criada quien les dio su bebida; el dueño se quedó dormido pero Qamar al-Zamán no, ya que el contenido de su taza era inofensivo, no contenía narcótico. Luego apareció la adolescente que se dedicó a jugar con él, mientras la criada dedicaba toda la noche a trasladar los bienes del joyero a casa de Qamar al-Zamán a través del subterráneo. Así continuaron hasta la mañana. Una vez fue de día la criada despertó a su señor y les dio de beber café. Cada uno se marchó a sus quehaceres.

El tercer día, la joven sacó un cuchillo que pertenecía a su esposo, que éste había labrado con sus propias manos y que costaba quinientos dinares. Ningún otro cuchillo podía comparársele por su fina labor. Los clientes se lo habían disputado de tal modo que el joyero lo había encerrado en una caja y había resuelto no venderlo a ninguna criatura. La mujer dijo al joven: « Coge este cuchillo, ponlo en tu cinturón y dile: "¡Maestro! Mira este cuchillo. Lo he comprado hoy. Dime si he hecho un buen negocio o no". Él lo reconocerá, pero lleno de vergüenza no te dirá: "Éste es mi cuchillo". Si te pregunta: "¿Dónde lo has comprado? ¿Cuánto te ha costado?" responde: "He visto a dos marineros turcos que se peleaban. Uno ha preguntado al otro: '¿Dónde has estado?' y le ha contestado: 'Con mi amante. Cada vez que voy a verla me da dinero, pero hoy me ha dicho: 'Ahora no tengo a mano ni un solo dirhem. Quédate con este cuchillo que es de mi esposo'. Lo he cogido y quiero venderlo'. El cuchillo me ha gustado y al oírle decir lo que ha dicho le he preguntado: '¿Me lo vendes?' Me ha replicado: 'Cómpralo' y me lo he quedado por trescientos dinares. Me gustaría saber si es caro o barato". Fíjate en lo que te diga: luego habla con él un rato, despídete y ven corriendo a verme. Me encontrarás sentada esperándote, en la puerta del subterráneo y me entregarás el cuchillo» . Qamar al-Zamán la contestó: « ¡Oír es obedecer!» Cogió el cuchillo, lo colocó en su cinturón y se marchó a la tienda del joyero. Al llegar lo saludó. El otro lo acogió bien y lo invitó a sentarse. Vio que llevaba el cuchillo en el cinturón y quedó admirado. Se dijo: « Éste es mi cuchillo ¿cómo habrá llegado hasta este comerciante?» Empezó a meditar y a decirse: « ¡Ojalá supiera si es mi cuchillo o sólo uno que se le parece!» Entonces Qamar al-Zamán lo sacó y le dijo: « ¡Maestro! Coge este cuchillo y examínalo» . El joyero, al tenerlo en las manos, lo reconoció perfectamente, pero se avergonzó de tener que decir « Éste es mi cuchillo» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero] le preguntó: « ¿Dónde lo has comprado?» , y el muchacho le refirió todo lo que le había dicho la joven. Le

contestó: « Por ese precio es barato, ya que vale quinientos dinares» . El fuego de los celos había prendido en su corazón y las manos le fallaban en su trabajo. El joven habló con él, que se encontraba sumergido en el mar de sus pensamientos: si el muchacho le decía cincuenta palabras, él le contestaba con una sola. Tenía el corazón atormentado; el cuerpo nervioso y el pensamiento apenado. Había quedado como dice el poeta:

> No he comprendido ni una palabra cuando han querido hablarme o bien me han hablado y yo tenía el pensamiento ausente.
> Me encuentro sumergido sin reposo en el mar de las preocupaciones y no acierto a distinguir el varón de la hembra.

Al ver el muchacho el cambio que en él se había operado le dijo: « Ahora debes estar ocupado» , se despidió y regresó rápidamente a su domicilio. La muchacha ya le estaba esperando en la puerta del pasadizo. Le preguntó: « ¿Has hecho lo que te he dicho?» « ¡Sí!» « ¿Y le has dicho lo que te enseñé?» « Me ha contestado que era barato, ya que cuesta quinientos dinares, pero se ha alterado. Entonces yo me he ido y no sé lo que ha ocurrido después.» « ¡Dame el cuchillo y no te preocupes de más!» La mujer tomó el cuchillo, lo colocó en su sitio y se sentó. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia al joyero: en cuanto se hubo marchado Qamar al-Zamán, prendió más el fuego de su corazón, aumentaron las sospechas y se dijo: « Es preciso que vaya a buscar el cuchillo y que resuelva la duda en una certeza» . Se dirigió a su casa y se presentó ante su esposa resoplando como una serpiente. La mujer le preguntó: « ¿Qué te ocurre, señor mío?» « ¿Dónde tienes mi cuchillo?» « ¡En su caja!» , y golpeándose el pecho con la mano añadió: « ¡Qué pena! ¿Te has peleado con alguien y vienes a buscarlo para clavárselo?» « ¡Trae el cuchillo! ¡Quiero verlo!» « ¡No te lo daré hasta que me hayas jurado que no vas a matar a nadie!» Lo juró y entonces la mujer abrió la caja y se lo mostró. El marido lo examinó exclamando: « ¡Esto es algo prodigioso!» , y dirigiéndose hacia ella añadió: « ¡Tómalo y colócalo en su sitio!» « Sí; pero cuéntame la causa de todo esto.» El marido le explicó: « He visto en poder de nuestro amigo un cuchillo igual que éste» , y le refirió toda la historia añadiendo a continuación: « Al verlo en la caja la duda ha sido sustituida por la certeza» . « ¡Tú has pensado mal de mí, has creído que era la amante del marino y que yo le había dado el cuchillo!» « Es cierto: en este asunto he dudado. Pero al ver el cuchillo ha desaparecido la sospecha que había en mi corazón.» La mujer le replicó: « ¡Hombre! ¡No te queda ningún bien!» El marido siguió presentándola excusas hasta que la dejó satisfecha y entonces regresó a su tienda.

Al día siguiente la mujer entregó a Qamar al-Zamán el reloj de su esposo

que éste había hecho con sus propias manos: nadie disponía de otro igual. Le dijo: « Ve a la tienda, siéntate a su lado y dile: "He vuelto a ver al mismo marino que ayer. Tenía en la mano un reloj y me ha dicho: '¿Me compras este reloj?' Le he preguntado: '¿Y de dónde viene?' Me ha contestado: 'He estado con mi amante y me ha dado esto'. Se lo he comprado por cincuenta y ocho dinares. Míralo ¿es barato o caro?" Fíjate en lo que te dice. Después despídete, ven corriendo y devuélvemelo» . Qamar al-Zamán se fue e hizo lo que le había mandado. El joyero al verlo le informó: « Esto vale setecientos dinares» , y se llenó de sospechas. El muchacho lo dejó, corrió al lado de la mujer y le entregó el reloj. El marido llegó resoplando y preguntando: « ¿Dónde está mi reloj?» « Ahí lo tienes.» « ¡Tráemelo!» Se lo llevó; al verlo exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» . La mujer le preguntó: « ¡Hombre! ¡Aquí no estás sin una razón! ¡Cuéntamelo!» « ¡Qué te he de decir! Estoy perplejo ante tales hechos» , y a continuación recitó los siguientes versos:

¡Por Dios! Estoy perplejo ante mi caso y las tristezas me llegan por donde menos espero.
Tendré paciencia hasta que la paciencia sepa que he soportado cosas más amargas que el acíbar.
La amargura de mi paciencia no es como la del acíbar, puesto que he soportado algo más ardiente que la brasa.
Las cosas no van como yo querría, pero el Dueño de los asuntos me ha mandado tener la bella paciencia.

A continuación añadió: « ¡Mujer! He visto que nuestro amigo el comerciante tenía primero un cuchillo el cual reconocí por haber sido ideado su trabajo por mi entendimiento y por no tener par en su ejecución. Me contó una historia que me angustió el corazón. Vine aquí y lo he visto. Hoy es la segunda vez: se presenta con un reloj.

Su filigrana era invención de mi entendimiento y en todo Basora no se encuentra otra igual. El muchacho me cuenta una historia que atormenta el corazón. Estoy perplejo y no sé lo que me sucede» . La mujer le replicó: « Lo que se desprende de tus palabras es que tú has creído que yo era la amiga y la amante de ese comerciante y que le había dado tus enseres. Tú has creído posible que yo te traicionara y has venido a traicionarme. ¡Si no hubieses encontrado el cuchillo y el reloj en mi poder hubieses creído en mi traición! ¡Hombre! Si tú piensas eso de mí no continuaré siendo tu compañera a las horas de comer el alimento y de beber el agua. Te aborrezco del modo más terrible» . El marido empezó a halagarla hasta dejarla tranquila y, arrepentido de las palabras que le había dirigido, regresó a su tienda y se sentó.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero] se encontraba muy nervioso y pensativo. Pensó que lo que le ocurría no podía ser peor y no sabía si creerlo o no. Al caer la tarde regresó a su casa solo, sin llevar consigo a Qamar al-Zamán. Su mujer le preguntó: « ¿Dónde está el comerciante?» Replicó: « ¡En su casa!» « ¿Es que se ha enfriado la amistad que había entre los dos?» « ¡Por Dios! ¡Le odio dado lo que me ha sucedido por su causa!» « Ve y tráelo si quieres serme agradable.» Se levantó, fue a buscarlo, entró en su casa, vio por todas partes cosas que eran suyas y las reconoció. El fuego prendió en su corazón y empezó a suspirar. Qamar al-Zamán le preguntó: « ¿Qué te ocurre que te veo pensativo?» El joyero se avergonzó de tener que contestar: « Tú tienes mis enseres: ¿Quién te los ha entregado?» , y le contestó: « Estoy de malhumor. Acompáñame a mi casa: nos distraeremos» . Le replicó: « ¡Déjame en mi sitio! No te acompaño» . Pero el joyero insistió y se lo llevó. Cenaron y pasaron juntos la velada. El joven habló con el joyero, pero éste permanecía inmerso en el mar de sus pensamientos y por cada cien palabras que le dirigía el joven respondía con una sola. Después se les acercó la criada con dos tazas como tenía por costumbre: el comerciante la tomó y se durmió, pero no ocurrió lo mismo con el muchacho, ya que en la taza de éste no había ningún narcótico. Tras esto la mujer se presentó ante Qamar al-Zamán y le preguntó: « ¿Qué piensas de este cornudo que está ebrio en su ignorancia y desconoce las tretas de las mujeres? Es preciso que le engañe hasta el momento en que me repudie. Mañana me disfrazaré de esclava e iré en pos tuyo hasta su negocio. Le dirás: "¡Maestro! Hoy he entrado en el Jan de al-Yasirchiyya y he encontrado esta mujer: la he comprado por mil dinares. Mírala: ¿es barata o cara?" A continuación me destaparás el rostro y los senos y me mostrarás a él. Luego cógeme y condúceme a tu casa: yo pasaré a la mía por el subterráneo con el fin de ver cómo resulta nuestro asunto con él» .

Pasaron juntos la noche, tranquilos, serenos, alternando y disfrutando hasta la aurora. Después, la mujer se retiró a sus habitaciones y la joven despertó a su señor y a Qamar al-Zamán. Se incorporaron, rezaron la oración de la mañana, desayunaron y tomaron café. El joyero se marchó a su tienda y Qamar al-Zamán entró en su casa. Inmediatamente apareció la joven por el pasadizo disfrazada de esclava y, en realidad, tal era su origen. El muchacho se dirigió a la tienda del joyero y ella le siguió: anduvieron sin cesar hasta llegar al negocio del joyero. Le saludó y se sentó. Dijo: « ¡Maestro! Hoy he entrado en el Jan de al-Yasirchiyya para distraerme y he visto esta esclava en manos del corredor. Me ha gustado y la he comprado por mil dinares. Me dispongo a disfrutar de ella. Mírala ¿es barata o cara?» Le quitó el velo que le cubría la cara. El marido vio a

su esposa vestida con los más preciosos trajes, adornada con sus mejores galas, alcoholada y arreglada del mismo modo como lo hacía en su casa, delante de él. La reconoció perfectamente por la cara, los vestidos y las joyas que él había labrado con su propia mano; vio los anillos que había fabricado poco antes para Qamar al-Zamán en su dedo y estuvo cierto de que se trataba de su esposa por todas partes. Le preguntó: « ¿Cómo te llamas, esclava?» Contestó: « Halima» . Su esposa también se llamaba Halima. Ella, pues, le había dicho el mismo nombre. Se quedó admirado y le preguntó: « ¿Por cuánto la has comprado?» « Por mil dinares.» « La has comprado por nada ya que los anillos, los vestidos y las joyas que lleva valen más de mil dinares.» « ¡Que Dios te conceda buenas noticias! Desde el momento en que te gusta me la llevo a casa.» « ¡Haz tu deseo!» El muchacho se la llevó a su casa y ella, por el pasadizo, entró en la suya. Esto es lo que se refiere a la mujer.

He aquí lo que hace referencia al joyero: el fuego había prendido en su corazón. Se dijo: « Iré a ver a mi esposa. Si está en casa, esa esclava es una que se le parece. ¡Excelso sea Aquel que no tiene semejante! Si no está en casa es que era ella en persona sin duda alguna» . Se puso en pie, corrió a su casa y la encontró sentada vestida con sus trajes y adornos tal como la había visto en la tienda. El joyero, dando una palmada, exclamó: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» La mujer le preguntó: « ¡Oh, hombre! ¿Es que te has vuelto loco o qué ocurre? Éstas no son tus costumbres. Algo debe sucederte» . « Si lo deseas te lo contaré, no te preocupes.» « ¡Habla!» « Nuestro amigo el comerciante ha comprado una esclava cuya cintura, estatura, nombre y vestidos son iguales a los tuyos; se te parece en todos los detalles: en el dedo lleva tus mismos anillos y sus joyas son iguales que las tuyas. Cuando me la ha mostrado he creído que se trataba de ti y me he quedado perplejo ante lo que me sucedía. ¡Ojalá no hubiésemos visto jamás a ese comerciante ni nos hubiésemos hecho sus amigos! ¡Ojalá no hubiese abandonado su país ni le hubiéramos conocido! ¡Me ha amargado la vida que hasta entonces me discurría tranquila y ha sido causa de que mi buena fe haya desaparecido y de que me haya entrado la duda en el corazón!» La mujer le replicó: « Fíjate en mi cara: tal vez yo haya estado con él, él sea mi amante y yo, puesta de acuerdo con él, me haya disfrazado de esclava para que él me mostrase ante ti y tenderte así una trampa» . « ¿Qué significan estas palabras? —replicó el marido—. ¡Yo no te considero capaz de hacerme tal cosa!» Pero el joyero ignoraba lo que son las tretas de las mujeres y lo que son capaces de hacer con los hombres. No había oído las palabras de quien dijo:

Un corazón enamoradizo de las bellas tan pronto se presenta en el joven como en el ya canoso.

Layla me atormenta a pesar de que está lejos: las preocupaciones y los

peligros reviven.
Si me preguntas por las mujeres yo te informaré, pues soy médico experto en sus enfermedades.
Cuando encanece la cabeza de un hombre o disminuyen sus riquezas, no consigue su amor.

Otro dijo:

Sublévate contra las mujeres: ésta es la mejor obediencia: jamás triunfará el hombre que entregue a las mujeres sus riendas.
Ellas le impedirán que alcance la perfección en sus dotes aunque permanezca estudiando la ciencia durante mil años.

Otro dijo:

Las mujeres son demonios creados para nosotros. ¡Refugiémonos en Dios contra las tretas de los demonios!
Quien viene herido por su amor pierde toda su resolución en las cosas que afectan al mundo y a la fe.

La mujer añadió: « Yo estoy aquí, en el alcázar. Ve a verlo ahora mismo, llama a su puerta e ingéniatelas para entrar, en seguida, ante él. Una vez en su presencia verás a su lado a la esclava que se me parece (¡excelso sea Quien no tiene semejante!). Si no encuentras a la esclava a su lado querrá decir que yo soy la esclava que has visto con él y tu mal pensamiento para conmigo será verdad» . « Tienes razón» , le replicó el marido. La dejó y salió. La mujer atravesó el subterráneo, se sentó en el domicilio de Qamar al-Zamán y le informó de lo que ocurría, añadiendo: « Ábrele la puerta en seguida y haz que me vea» . Mientras hablaban llamaron a la puerta. Preguntó: « ¿Quién está en la puerta?» « ¡Tu amigo! Me has mostrado tu esclava en el zoco y yo me he alegrado por ti. Pero mi alegría no ha sido completa. Abre la puerta y déjamela ver.» El muchacho contestó: « ¡No hay inconveniente!» Le abrió la puerta y el joyero vio a su esposa sentada al lado de Qamar al-Zamán. Aquélla se levantó y besó su mano y la del muchacho. El joyero la observó, habló con ella un rato y vio que no se diferenciaba en nada de su esposa. Exclamó: « ¡Dios crea lo que quiere!» Salió con el corazón cargado de sospechas, llegó a su casa y allí encontró a su esposa sentada, ya que le había precedido por el pasadizo, en cuanto él había salido por la puerta.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el joyero llegó a su casa y encontró a su esposa que le había precedido] y se había sentado en el alcázar. La mujer le preguntó: « ¿Qué has visto?» « La he encontrado junto a su señor y ella se te parece.» « ¡Vete a tu tienda y déjate de malos pensamientos! No pienses mal de mí.» « Así lo haré, pero no me reprendas por lo sucedido.» « ¡Que Dios te perdone!» El marido le besó la mano derecha y la izquierda y se marchó a la tienda. La mujer corrió a través del pasadizo junto a Qamar al-Zamán llevando cuatro bolsas. Le dijo: « Prepárate inmediatamente para salir de viaje y disponte a llevar sus bienes sin dilación. Entretanto yo buscaré una treta» . El muchacho salió y compró mulos, cargó los fardos, preparó una litera y compró mamelucos y criados haciéndolos salir de la ciudad sin ningún obstáculo. Fue a buscar a la mujer y le dijo: « Yo he terminado mis asuntos» . « Pues yo —replicó la mujer — ya he transportado los bienes y tesoros que le quedaban a tu casa. No le he dejado ni poco ni mucho de lo cual pueda sacar provecho. Y todo lo he hecho por amor hacia ti, amado de mi corazón. Yo te rescataría mil veces con mi marido. Ahora es preciso que vayas a despedirte de él y le digas: “Voy a marcharme dentro de tres días y he venido a despedirme. Hazme la cuenta de lo que te debo por el alquiler de la casa para que te lo envíe y me quede con la conciencia tranquila”. Fíjate en la respuesta que te dé, vuelve y transmítemela. Ya no aguanto más: he intrigado contra él y le he enojado para que me repudiase y en cambio cada vez lo veo más enamorado. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos a tu país» . El muchacho replicó: « ¡Estupendo! ¡Que los sueños se conviertan en realidad!» Corrió a la tienda del joyero, se sentó a su lado y le dijo: « ¡Maestro! Me iré dentro de tres días y he venido para despedirme de ti y para que hagas la cuenta de lo que te debo por el alquiler de la casa. Te lo pagaré y me quedaré con la conciencia tranquila» . El joyero le replicó: « ¿Qué significan tales palabras? ¡Por Dios! No te cobraré nada por el alquiler de la casa: tú nos has traído la baraca y ahora nos dejas tranquilos con tu marcha. Si no me estuviese prohibido me opondría y te impediría que volvieses al lado de tu familia y a tu país» . Se despidió de él y ambos se pusieron a llorar amargamente, de modo sin igual. El joyero cerró en aquel mismo momento la tienda y se dijo: « Es necesario que yo acompañe a mi amigo» , y a cualquier sitio a que iba el muchacho le acompañaba el joyero. Qamar al-Zamán, al entrar en su casa, encontró a la mujer. Ésta se puso de pie ante ellos y se dispuso a servirlos. Cuando el joyero entró en su casa halló a su mujer. Y así siguió viéndola en su casa, cuando entraba en ésa, y en la de Qamar al-Zamán, cuando iba a ver a éste. Esta situación duró tres días. Al cabo de éstos la mujer dijo al muchacho: « Todos los tesoros, bienes y tapices que posee los he trasladado aquí. Sólo le queda la esclava que os servía los sorbetes, pero yo no puedo separarme de ella, ya que es pariente mía y confidente de todos mis secretos. Me dispongo, pues, a

apalearla y a pelearme con ella. Cuando acuda mi esposo le diré: “No continuaré al lado de esta esclava y no permaneceré en la misma casa en que esté ella. Cógela y véndela”. Se la llevará consigo y la venderá. Tú la comprarás para que podamos llevárnosla». El muchacho replicó: «No hay inconveniente». La mujer apaleó a la esclava, y cuando llegó el marido vio que ésta estaba llorando. Le preguntó por la causa del llanto y le respondió: «Mi señora me ha apaleado». El joyero entró a ver a su esposa y la preguntó: «¿Qué ha hecho esta maldita esclava para que la apalees?» «¡Oh, hombre! Sólo he de decirte una palabra: yo no puedo continuar viendo a esta esclava. Tómala y véndela o bien repúdiame.» «No te he de contradecir.» El marido tomó consigo a la esclava, se dirigió hacia su tienda y pasó delante de Qamar al-Zamán. Su esposa, en cuanto vio que salía con la muchacha, ya le había precedido por el pasadizo y se había reunido con el joven y éste la había metido en la litera antes de que apareciese el viejo joyero. Al llegar éste y ver Qamar al-Zamán a la muchacha preguntó: «¿Quién es esta esclava?» «Es mía; es la que nos escanciaba la bebida, pero ha desobedecido a su señora, ésta se ha enfadado y me ha mandado que la venda.» «Sí; desde el momento en que ha incurrido en el enojo de su señora no puede quedarse en su casa. Véndemela a mí para que yo, con ella, respire tu ambiente y haga de ella la criada de mi esclava Halima.» «No hay inconveniente: tómala.» «¿Por qué precio?» «Nada te he de cobrar, pues nos has cubierto de favores.» El muchacho la aceptó y dijo a Halima: «¡Besa la mano de tu señor!» Salió de la litera, besó la mano del joyero y volvió adentro, siempre bajo la mirada del esposo. Qamar al-Zamán le dijo: «¡Te encomiendo a Dios, maestro Ubayd! ¡Libra mi conciencia de toda responsabilidad!» El otro le replicó: «¡Que Dios te perdone y te conduzca, sano y salvo, junto a tu familia!» El joyero, una vez despedido, se marchó a su tienda llorando, pues le dolía tener que separarse de Qamar al-Zamán, ya que éste había sido un buen amigo y la amistad tiene sus derechos. Pero por otra parte se alegraba, pues cesaban las sospechas que había concebido acerca de su mujer desde el momento en que el muchacho se marchaba y ninguna de ellas se había hecho realidad. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Qamar al-Zamán: la mujer le dijo: «Si quieres escapar salvo llévanos por un camino poco frecuentado».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el muchacho respondió: «¡Oír es obedecer!» Tomó una ruta que no era la habitual que seguía la gente y no paró de viajar de país en país hasta llegar a las fronteras del territorio egipcio. Aquí escribió una carta y se la envió con un correo a su padre. Éste, el comerciante

Abd al-Rahmán, estaba sentado en el zoco, entre los comerciantes, teniendo una llama encendida en el corazón por encontrarse separado de su hijo, ya que desde el día de su partida no había tenido ninguna noticia. Mientras se encontraba en esta situación se acercó el correo. Preguntó: « ¡Señores míos! ¿Está entre vosotros el comerciante que se llama Abd al-Rahmán?» « ¿Qué quieres de él?» « Le traigo una carta de su hijo Qamar al-Zamán, al que he dejado en Al-Aris.» El comerciante se puso alegre y contento y sus amigos se alegraron por él y lo felicitaron por el buen desenlace. Tomó la carta y leyó: « De Qamar al-Zamán al comerciante Abd al-Rahmán. Te saludo a ti y a todos los comerciantes que pregunten por mí. ¡Loado sea Dios por sus favores! Hemos vendido y comprado; hemos obtenido beneficios y regresamos con salud, salvos y sanos» . Esta carta abrió la puerta a la alegría y el padre preparó banquetes, aumentó sus muestras de hospitalidad y las invitaciones, mandó acudir a los músicos y se entregó a la alegría más completa. Cuando su hijo llegó a al-Salihiyya, su padre le salió al encuentro acompañado por todos los comerciantes. Lo acogieron bien y el padre lo abrazó y lo estrechó contra su pecho rompiendo a llorar hasta desmayarse. Al volver en sí le dijo: « ¡Hoy es un día bendito, hijo mío, ya que el Todopoderoso Protector nos ha reunido!» , y a continuación recitó las palabras del poeta:

La vecindad del amado nos llena de la alegría más completa, mientras la copa de la felicidad circula entre nosotros.
Eres bien venido y sigues siendo bien venido tú, luz del tiempo y plenilunio de los plenilunios.

La gran alegría hizo que las lágrimas se desbordasen de sus ojos y recitó este par de versos:

La luna del tiempo resplandece sin velos y tiene lugar su orto cuando regresa de sus viajes.
El color de sus cabellos es el mismo que el de la noche de la ausencia, pero el surgir del sol se realiza a través de sus vestidos.

Los comerciantes se acercaron hacia él, lo saludaron y vieron que llegaba acompañado de numerosos fardos, criados y una litera en el centro de un gran círculo. Tomaron la litera y la condujeron a su casa. Cuando salió la mujer de su litera el padre se convenció de que constituía una seducción para quienquiera que la viese. Prepararon para ella el piso superior que parecía un tesoro del cual se hubiesen quitado los talismanes. La madre, al verla, quedó prendada de ella y creyó que se trataba de una reina, una de las esposas de los reyes. Se alegró mucho y la interrogó. Le contestó: « Soy la esposa de tu hijo» . « Desde el

momento en que él se ha casado contigo es necesario que nosotros demos una gran fiesta en honor tuyo y de mi hijo» . Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia al comerciante Abd al-Rahmán: cuando se hubo dispersado la gente y cada uno se hubo marchado a sus quehaceres se reunió con su hijo y le preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Qué significa esta esclava que traes? ¿Por cuánto la has comprado?» « ¡Padre! No es una esclava. Ella ha sido la causa de mi ausencia.» « ¿Y cómo es eso?» Qamar al-Zamán refirió: « Esta mujer es la que describió el derviche la noche que pasó con nosotros. Desde aquel momento todas mis esperanzas se dirigieron hacia ella y si pedí salir de viaje sólo fue por su causa. En el camino me atacaron los beduinos y se apoderaron de todas mis riquezas y sólo yo pude llegar a Basora. Me ha sucedido esto y esto» , y así se lo refirió todo a su padre desde el principio hasta el fin.

Al terminar su relato el padre preguntó: « ¡Hijo mío! ¿Te has casado con ella después de todo esto?» « No; pero le he prometido que me casaría con ella.» « ¿Y tienes el propósito de casarte con ella?» « Si tú me mandas que lo haga, lo haré; en caso contrario no me casaré.» El padre le dijo: « Si te casas con ella yo me desentiendo de ti en este mundo y en la última vida y me enfadaré contigo de modo terrible. ¿Cómo te has de casar con ella cuando ha hecho tales faenas a su esposo? Lo mismo que ha hecho, por ti, a su esposo, te lo hará a ti si le interesa otro hombre. Es una traidora y el traidor no merece confianza. Si me desobedeces me enfadaré contigo, pero si haces caso de mis palabras te buscaré una muchacha más hermosa que ella, pura y limpia, y te casaré con ella, y aunque tenga que gastar todos mis bienes daré una fiesta de bodas como nunca se haya visto y me vanagloriaré de ti y de ella. Es preferible que la gente diga: “Fulano se ha casado con la hija de Zutano” a que “Se ha casado con una esclava sin antepasados conocidos”» . El padre siguió rogando al muchacho que no la tomara por esposa citándole moralejas, anécdotas, poesías, proverbios y sermones adecuados al caso. Qamar al-Zamán replicó: « ¡Padre mío! Si las cosas son así, yo no tengo ningún compromiso que me obligue a casarme con ella» . En cuanto hubo pronunciado estas palabras, el padre le besó entre los ojos y dijo: « Tú eres, en verdad, mi hijo y juro por tu vida, hijo mío, que he de encontrarte por esposa una muchacha que no tenga par» . A continuación el comerciante Abd al-Rahmán confinó a la esposa de Ubayd, el joyero, y a su esclava en sus habitaciones. Las encerró, y encargó a una esclava negra que les llevase la comida y la bebida. Le dijo: « Tú y tu esclava permaneceréis encerradas en este palacio hasta que encuentre quién os compre y os venda. Si desobedecéis te mataré a ti y a tu esclava, ya que eres una traidora y en ti no hay bien alguno» . La mujer le contestó: « Haz tu deseo, pues yo soy merecedora de todo lo que hagas conmigo» . Abd al-Rahmán cerró la puerta y recomendó las dos a su mujer diciendo: « Que nadie suba hasta ellas, ni tan siquiera a hablar, de no ser la esclava negra que les ha de entregar la comida y la

bebida a través de la ventana del palacio» . La mujer y su esclava se dedicaron a llorar y a arrepentirse por lo que habían hecho a Ubayd. Esto es lo que a ellas se refiere.

He aquí lo que hace referencia al mercader Abd al-Rahmán: envió a los casamenteros para que buscasen una muchacha de buena situación y noble ascendencia para su hijo. Buscaron sin cesar. Cuando hallaban una, oían hablar en seguida de otra más hermosa y así llegaron hasta la casa del jeque del Islam. Vieron que la hija de éste no tenía par en todo Egipto, que era hermosa, bella, bien proporcionada y mil veces más guapa que la mujer de Ubayd, el joyero. Informaron de esto a Abd al-Rahmán. Éste y los notables acudieron ante el padre de la muchacha y la pidieron por esposa. Pusieron por escrito el contrato de bodas y celebraron una gran fiesta. Después se celebraron banquetes. El primer día invitó a los alfaquíes y celebraron una fiesta con gran pompa: al día siguiente invitó a todos los comerciantes: entonces repicaron los tambores, sonaron las flautas, se adornaron las calles y los pasajes con candiles y cada noche acudieron toda suerte de juglares para realizar toda clase de entretenimientos. Cada día daba un banquete a una clase de personas y así invitó a todos los sabios, emires, abanderados y altos funcionarios. Las fiestas continuaron ininterrumpidamente durante cuarenta días. Durante cada una de ellas el comerciante recibió a la gente teniendo a su hijo al lado para que disfrutara viendo cómo comían en torno de los manteles. Era una fiesta sin par. El último día invitó a los pobres y a los indigentes, extraños o del país; llegaron en turbamulta y comieron. El comerciante los observaba teniendo a Qamar al-Zamán a su lado. Entonces entró el jeque Ubayd, el esposo de la muchacha, confundido con el resto de los pobres. Estaba desnudo y cansado y sobre su rostro se veían las huellas del viaje. El muchacho lo reconoció al verlo y dijo a su padre: « ¡Mira, padre, ese pobre hombre que entra por la puerta!» Clavó la vista en él y vio que estaba cubierto de harapos, que llevaba como chilaba un retal que valdría dos dirhemes y que su pálido rostro estaba cubierto de polvo: parecía ser un peregrino deshecho; gemía como un enfermo necesitado, avanzaba con paso vacilante y ora se inclinaba a la izquierda, ora a la derecha. En él se cumplían las palabras del poeta:

La pobreza desacredita siempre al hombre del mismo modo como la palidez del sol en el momento del ocaso.
Discurre entre las gentes a hurtadillas y cuando se queda a solas derrama abundantes lágrimas.
Si está ausente, nadie se preocupa de él; cuando está presente nunca le toca nada.
¡Por Dios! Cuando el hombre es puesto a prueba por la pobreza, entre sus propios familiares es un extraño.

O como dijo otro:

El pobre puede andar pero todas las cosas estarán contra él; la tierra le cerrará sus puertas.
Verás que es odiado a pesar de que no haya cometido falta alguna; tropezará con la enemistad sin saber sus causas.
Los mismos perros, cuando ven a un rico, le hacen fiestas y mueven la cola.
Pero si un día ven a un pobre desgraciado le ladran y le desgarran con sus dientes.

¡Qué bellas son las palabras del poeta!:

Si la fuerza y la fortuna acompañan al muchacho, los disgustos y las preocupaciones se mantienen lejos.
El amado, sin necesidad de promesas, se mantiene a su lado cual parásito y el espía hace de alcahuete.
La gente afirma que sus pedos son un canto y si se trata de una flatulencia claman: « ¡Qué bien huele!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el muchacho le dijo: « ¡Fíjate en ese pobre hombre!» Abd al-Rahmán le preguntó: « ¿Quién es, hijo mío?» « El maestro Ubayd, el joyero, el esposo de la mujer que tenemos encarcelada.» « ¿Es éste aquel de quien me has hablado?» « ¡Sí! Lo conozco muy bien.»

La causa de su aparición era la siguiente: después de haberse despedido de Qamar al-Zamán se dirigió a su tienda. Le hicieron un encargo y lo aceptó. Esto le tuvo ocupado todo el resto del día. Al caer la tarde cerró la tienda, se dirigió a su casa, colocó la mano sobre la puerta y ésta se abrió. Entró y no encontró ni a su esposa ni a la esclava. Se dio cuenta de que la casa estaba en las peores condiciones. A ella correspondían las palabras de quien dijo:

Era una floreciente colmena de abejas que, al abandonarla el enjambre, quedó vacía.
Como si hoy ya no floreciese con sus moradores o como si sus moradores hubiesen sido arrebatados de pronto por la muerte.

Al darse cuenta de que la casa estaba vacía se volvió a derecha e izquierda y la recorrió como si estuviese loco; pero no encontró a nadie. Abrió la puerta de sus tesoros y no halló ni sus bienes ni sus valores. Entonces, reponiéndose de su embriaguez y despertándose de su aturdimiento, comprendió que había sido su mujer quien le había enredado con sus tretas hasta traicionarlo. Ante lo que le ocurría rompió a llorar, pero guardó el secreto para que ninguno de sus enemigos pudiera alegrarse y para que ninguno de sus amigos tuviera de qué entristecerse, pues se dio cuenta de que si se difundía el secreto iba a quedar cubierto de oprobio y sujeto a las burlas de la gente. Se dijo: « ¡Fulano! Esconde las desgracias y los pesares que te afligen. Debes hacer como quien dijo:

> Si el pecho del hombre es estrecho para guardar un secreto, más estrecho aún es el pecho de aquel a quien se confía» .

A continuación cerró la puerta de su casa, se marchó a la tienda y confió ésta a uno de sus operarios diciéndole: « Mi amigo, el joven comerciante, me ha invitado a ir con él a Egipto para distraerme y me ha jurado que no se pondrá en marcha sin llevarme a su lado junto con mi mujer. Tú, hijo mío, serás el administrador de la tienda y si el rey os pregunta por mí le dirás: “Se ha ido con su esposa a la casa sagrada de Dios”» .

El joyero vendió algunos de sus enseres, compró camellos, mulos y mamelucos y además una esclava a la que metió en una litera. Al cabo de diez días salió de Basora. Sus amigos acudieron a despedirlo y él se puso en camino. Las gentes creían que llevaba consigo a su esposa y que iba a realizar la peregrinación. Todo el mundo se puso contento, puesto que Dios les libraba de tener que mantenerse encerrados en sus casas y las mezquitas todos los viernes. Algunos decían: « ¡Que Dios no permita que vuelva a Basora otra vez! Así no tendremos que volver a encerrarnos en nuestras casas y mezquitas todos los viernes» . Esta mala costumbre había causado un gran pesar en los habitantes de Basora. Otro decía: « Creo que no regresará a Basora por las imprecaciones que le dirigen sus habitantes» . Otro: « Si vuelve vendrá en mala situación» . Los habitantes de la ciudad se alegraron muchísimo con su partida, ya que habían sufrido un gran pesar: hasta los gatos y los perros se quedaron tranquilos.

Al llegar el viernes, el pregonero difundió el aviso por la ciudad, como tenía por costumbre, de que entraran en la mezquita dos horas antes de la oración o que se ocultaran en sus casas; que lo mismo debía hacerse con perros y gatos. El pecho de los ciudadanos quedó oprimido. Se reunieron todos y se dirigieron a la audiencia; se plantaron ante el rey y le dijeron: « ¡Rey del tiempo! El joyero se ha ido, con su esposa, a realizar la peregrinación a la Casa Sagrada de Dios. Al desaparecer la causa que nos obligaba a encerrarnos ¿por qué vamos a hacerlo ahora?» El rey exclamó: « ¿Cómo se ha puesto en viaje ese traidor sin

informarme? Cuando regrese del viaje lo arreglaré todo para bien. Id a vuestras tiendas y vended y comprad: queda levantada la prohibición». Esto es lo que hace referencia al rey y a los habitantes de Basora.

He aquí lo que hace referencia al maestro Ubayd, el joyero: viajó durante diez jornadas y le ocurrió lo mismo que le había sucedido a Qamar al-Zamán antes de entrar a Basora: los beduinos de los alrededores de Bagdad le acometieron, le despojaron y le robaron todo lo que llevaba consigo. El joyero tuvo que hacerse el muerto para salvarse. Una vez se hubieron marchado los beduinos se puso en pie y empezó a andar, desnudo, hasta llegar a una ciudad. Dios hizo que la gente se apiadase de él y que cubriera sus vergüenzas con un pedazo de ropa remendada. Empezó a mendigar y a buscar el alimento de país en país hasta que así llegó a El Cairo, la bien guardada. El hambre lo abrasaba. Recorrió los zocos mendigando. Un habitante de la ciudad le dijo: «¡Pobre! Ve a la casa de la boda. Come y bebe ya que hoy, allí, se ha puesto la mesa para los pobres y los forasteros». Contestó: «No conozco el camino que conduce a la casa en que se celebra la fiesta». «¡Sígueme y te la mostraré!» Le siguió hasta llegar. Le dijo: «Ésta es la casa de la fiesta: entra y no temas, pues en la casa en que se celebra el acontecimiento no hay chambelanes». Qamar al-Zamán lo vio en el momento en que entraba, lo reconoció e informó a su padre. A continuación el comerciante Abd al-Rahmán dijo a su hijo: «¡Hijo mío! Déjalo ahora, pues es posible que tenga hambre. Déjalo comer hasta saciarse y permítele que repose. Después le llamaremos». Ambos aguardaron hasta que hubo terminado de comer, quedó satisfecho, se lavó las manos y bebió el café y los sorbetes azucarados mezclados con almizcle y ámbar y se disponía a salir. Entonces, el padre de Qamar al-Zamán lo mandó a buscar. El mensajero le dijo: «¡Forastero! Ven a hablar con el comerciante Abd al-Rahmán». Preguntó: «¿Y quién es este comerciante?» «¡El que da la fiesta!» Volvió atrás pensando que le iba a dar una limosna. Al llegar ante el comerciante se dio cuenta de que al lado de éste estaba su amigo Qamar al-Zamán. Lleno de vergüenza cayó desmayado. El muchacho se acercó a él, lo cogió en sus brazos, lo saludó llorando a lágrima viva y le hizo sentar a su lado. Su padre le espetó: «¡Careces de tacto! ¡Esta no es forma de recibir a los amigos! Mándale antes al baño y haz que le entreguen una túnica como corresponde a su rango. Después le sentarás a tu lado y hablaréis». Llamó a unos criados y les ordenó que le condujesen al baño y le envió una túnica tomada de sus propios vestidos que valía mil dinares o más. Le lavaron el cuerpo, le pusieron la túnica y quedó de tal modo que parecía ser el jefe de los comerciantes. Todos los presentes preguntaron a Qamar al-Zamán, mientras se encontraba en el baño, por él, diciendo: «¿Quién es éste? ¿De dónde le conoces?» Contestó: «Éste es mi amigo, aquel que me alojó en su casa y al cual debo innumerables favores, ya que me trató con todos los honores. Es persona de buena condición y alto rango. Es joyero de oficio y no tiene par en él. El rey de

Basora le quiere muchísimo, ocupa un lugar muy alto en su Corte y su palabra es escuchada» . Se excedió en su elogio y añadió: « Ha hecho conmigo tal y tal cosa hasta el punto de que ante él me encuentro cohibido y no sé cómo recompensarle para corresponder a los favores que me ha hecho» . Siguió elogiándolo para hacerle crecer ante los presentes y conseguir que ante los ojos de éstos fuese un hombre respetable. Le dijeron: « Todos nosotros le trataremos con el respeto que se debe a tu cargo. Pero querríamos saber la causa de su venida a El Cairo, por qué ha abandonado su país y qué ha hecho Dios con él para que haya llegado en este estado» . Qamar al-Zamán les contestó: « ¡Gentes! ¡No os maravilléis! ¿Es que el hombre no está sometido al poder y a la voluntad de Dios? Mientras esté en este mundo no se salvará de las desgracias. Bien ha dicho quien ha escrito estos versos:

El tiempo destroza a los hombres: no seas de esos a los que aturden los cargos y destinos.
Guárdate de los resbalones, evita las desgracias y date cuenta de que el destino conduce a la pronta pérdida.
¡Cuánto bienestar desaparece con la más pequeña desgracia! En el cambio de cualquier cosa siempre hay una causa.

» Sabed que yo entré en Basora en peor estado y con peores tribulaciones. Este hombre ha entrado en El Cairo con sus vergüenzas cubiertas con dos harapos, pero cuando yo entré en su ciudad cubriéndome mis vergüenzas de delante con una mano y las de detrás con otra, sólo encontré el auxilio de Dios y de este noble hombre. La causa fue que los beduinos nos desnudaron y me arrebataron camellos, mulos y fardos; que mataron a mis pajes y a mis hombres y que yo tuve que dormir entre los muertos. Creyeron que yo era uno más de éstos y se fueron olvidándose de mí. Entonces me incorporé, y me puse en camino, desnudo, hasta llegar a Basora. Este hombre me recibió, me vistió, me alojó en su casa y me dio dinero. Todo lo que he traído sólo procede del favor de Dios y de la generosidad de este hombre. Cuando me puse en camino me dio muchas cosas y he vuelto a mi país con el corazón satisfecho. Al despedirme de él se encontraba en buena posición, en el bienestar. Tal vez el tiempo después de mi partida le haya llevado alguna desgracia que lo haya forzado a abandonar su familia y su patria y le haya sucedido lo mismo que a mí me ocurrió. No sería extraordinario. Ahora es obligación mía recompensarlo por los generosos favores que me ha hecho y hacer con él lo que indica quien dice:

¡Oh, tú, que piensas bien del destino! ¿Es que sabes lo que hace el destino?
Si quieres obra bien, pues el individuo viene pagado según sus actos.»

Mientras hablaban de este modo o de otro semejante, reapareció el maestro Ubayd que parecía ser el jefe de los mercaderes. Todos se pusieron de pie, lo saludaron y le hicieron sentar en la presidencia. Qamar al-Zamán dijo: « ¡Amigo mío! ¡Que tu día sea bendito y feliz! No me cuentes algo que me ha ocurrido antes que a ti. Si los beduinos te han despojado y se han apoderado de tus bienes has de comprender que éstos sirven de rescate a los cuerpos. No te apenes, pues yo llegué desnudo a tu país y tú me vestiste y me honraste. Tú me has hecho grandes favores y yo te recompensaré…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Qamar al-Zamán prosiguió: » …Tú me has hecho grandes favores y yo te recompensaré] y obraré contigo del mismo modo que tú obraste conmigo o de modo aún mejor. Tranquilízate y refresca tus ojos» . Siguió tranquilizándolo e impidiéndole hablar para evitar que mencionase a su esposa y lo que ella había hecho con él. Le refirió sermones, ejemplos, versos, anécdotas, relatos e historias para consolarlo hasta que el joyero comprendió las alusiones que le hacía Qamar al-Zamán para guardar secreto. Galló lo que guardaba, se consoló con las historias y anécdotas que oía y recitando los versos del poeta:

En la frente del destino está escrita una línea; si vieses su contenido éste haría derramar lágrimas de sangre a tus pupilas.
Jamás saluda el destino con la diestra si al mismo tiempo la siniestra no escancia la copa de la muerte.

A continuación Qamar al-Zamán y su padre, el comerciante Abd al-Rahmán, lo condujeron a una habitación del harén y se quedaron a solas con él. El comerciante Abd al-Rahmán le dijo: « Si te hemos impedido hablar ha sido sólo por miedo de quedar avergonzados nosotros y tú. Pero ahora que estamos a solas infórmanos de lo que te ha ocurrido con tu esposa y con mi hijo» . Le refirió toda la historia desde el principio hasta el fin, y una vez terminado su relato el huésped preguntó: « ¿La culpa es de tu esposa o de mi hijo?» « ¡Por Dios! Tu hijo no tiene culpa ninguna, puesto que los hombres apetecen las mujeres y son las mujeres las que deben negarse a los hombres. La falta sólo recae sobre mi esposa que me ha traicionado y que ha hecho conmigo tales cosas» . El comerciante, salió, se quedó a solas con su hijo y le dijo: « ¡Hijo mío! Hemos puesto a prueba a la esposa y nos damos cuenta de que es una traidora. Ahora me propongo ponerlo a prueba a él y averiguar si es hombre de honor y virtud o bien un villano» . « ¿Cómo lo harás?» « Le voy a proponer que se reconcilie con su mujer: si

acepta la reconciliación y la perdona, lo acometeré con la espada y lo mataré; después la mataré a ella y a su esclava, ya que en la vida del hombre vil y de la adúltera no hay ningún bien. Pero si la rehúye, lo casaré con tu hermana y le daré más riquezas que las que tú le has quitado.» Volvió al lado del joyero y le dijo: « ¡Maestro! El tratar con las mujeres requiere gran tolerancia; quien las ama ha de tener un pecho ancho, ya que ellas encandilan a los hombres y los atormentan para ponerse por encima de ellos gracias a su belleza y hermosura; así se hacen las importantes y desprecian a los hombres y muy en especial cuando se dan cuenta del amor que las profesa el marido. En este caso los rechazan con orgullo, coquetería y actos reprobables de toda clase. Si el hombre se enfadase cada vez que ve en su esposa algo reprobable, no podría existir la convivencia entre ambos. Sólo puede estar de acuerdo con ellas quien es muy tolerante y tiene mucha paciencia. Si el hombre no soporta a su esposa y acepta con indulgencia sus tretas, no tiene éxito en su convivencia con ella. Se dice sobre las mujeres: "Si estuviesen en el cielo, el cuello de los hombres se volvería hacia ellas" y "Quien puede vengarse y perdona recibirá la recompensa de Dios". Esa mujer es tu esposa y tu compañera y ha convivido largo tiempo contigo: es necesario que la perdones; en la convivencia esto constituye una de las señales del triunfo. Las mujeres tienen un entendimiento y una religión deficientes: si obran mal se arrepienten. Si Dios quiere no volverá a hacer lo que te ha hecho. Mi opinión es que tú debes reconciliarte con ella y yo te restituiré riquezas mayores de las que tenías. Si te quedas a mi lado seréis los dos bien venidos y sólo tendréis aquello que os haga agradable la vida. Si quieres regresar a tu país yo te daré lo que ha de satisfacerte. La litera está a punto: coloca en ella a tu mujer y a su esclava y márchate a tu país. Las querellas entre marido y mujer son frecuentes: a ti te incumbe solucionar las cosas y evitar tener que recorrer el camino difícil» . El joyero preguntó: « ¡Señor mío! ¿Dónde está mi mujer?» « En este alcázar: sube hasta ella y sé indulgente, por mí, y no la atormentes. Cuando mi hijo llegó y quiso casarse con ella se lo prohibí: la coloqué en ese alcázar, cerré la puerta tras ella y me dije: "Tal vez venga su esposo y yo se la entregaré: ella es hermosa y una mujer como ésta no puede ser olvidada por el cónyuge". Ha sucedido lo que había pensado y doy gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por haberte reunido con tu esposa. Yo, por mi parte, he prometido y casado a mi hijo con otra mujer: estos banquetes y convites forman parte de la fiesta de bodas y esta noche le entregaré su mujer. Aquí tienes la llave del palacio en que está tu esposa: cógela, abre la puerta, entra a verla, saluda a su esclava y disfruta con ella: os llegará la comida y la bebida. No te separes hasta haberte saciado de ella» . El joyero le replicó: « ¡Que Dios te pague por mí con toda suerte de bien, señor mío!» Cogió la llave y subió muy contento. El comerciante creyó que estas palabras le habían gustado y que había quedado satisfecho: cogió la espada y le siguió hasta un sitio en donde el joyero no podía verlo. Se paró a mirar lo que

ocurría entre él y su esposa. Esto es lo que hace referencia al comerciante Abd al-Rahmán.

He aquí lo que hace referencia al joyero: entró en la habitación en que se encontraba su esposa y la encontró llorando amargamente, pues pensaba en que Qamar al-Zamán se había casado con otra mujer. La esclava le decía: « ¡Cuántas veces te aconsejé, señora mía, diciéndote que de ese muchacho no recibirías ningún bien y que debías dejar de frecuentarlo! Pero tú no hiciste caso de mis palabras, arrebataste todos los bienes a tu esposo y se los entregaste a tu amante; después abandonaste tu puesto, quedaste prendada de su amor y te viniste con él a este país. Tras todo esto él te ha arrojado de su pensamiento y se ha casado con otra mujer haciendo que tu amor por él te condujese a la cárcel» . La dueña le dijo: « ¡Gállate, maldita! Si él se ha casado con otra algún día pensará en mí. Yo no sé consolarme de las noches pasadas con él y, en todo caso, me tranquilizan las palabras de quien dijo:

¡Señores míos! ¿Pensáis en aquel que sólo os tiene a vosotros en la mente?
¡Dios haga que nunca olvidéis la situación de aquel, que por vuestro amor, se olvida de sí mismo!

» Es necesario que él recuerde mi compañía y mi trato. Ya preguntará por mí. Yo no desisto de su amor ni me aparto de su afecto. Aunque muera en la cárcel, él será mi amor, mi médico y yo sólo deseo que vuelva a mi lado para disfrutar con él» .

El esposo, al oírla pronunciar estas palabras, irrumpió y la increpó: « ¡Traidora! ¡Tu pasión por él es la misma que siente el demonio por el Paraíso! Tú tenías todos estos vicios sin que tuviese la menor idea. Si hubiera sabido que tenías uno sólo, no te hubiese soportado ni un instante a mi lado. Pero ya que ahora quedo perfectamente enterado de ello es necesario que te mate aunque ello me cueste la vida, miserable» . La agarró con las dos manos y recitó este par de versos:

¡Oh, hermosas! ¡Habéis borrado mi amor sincero con vuestras faltas y no os habéis preocupado de mis derechos de amante!
¡Cuántas veces el amor me ha ligado a vosotras! Pero después de estas penas renuncio a la concordia.

Le apretó la garganta y se la rompió. La esclava gritó: « ¡Ah, señora!» El joyero la increpó: « ¡Libertina de vicios! ¡Tú tienes la culpa de todo puesto que sabías lo que hacía y no me informabas!» Agarró a la esclava y la estranguló. Todo esto ocurría mientras que el mercader, agarrando la espada con la mano, plantado

detrás de la puerta, lo escuchaba con sus propios oídos y lo veía con sus mismos ojos. Una vez estrangulada en el alcázar del mercader, el joyero Ubayd se llenó de preocupaciones y temió las consecuencias de su acto. Se dijo: « Si el comerciante se entera de que las he matado en su casa, me dará muerte sin remedio. Ruego a Dios que me haga morir en la fe» . Se quedó perplejo, sin saber qué hacer. Mientras se encontraba en esta situación apareció el comerciante Abd al-Rahmán y le dijo: « No te preocupes. Te mereces escapar con vida. Mira la espada que tengo en la mano: estaba resuelto a matarte si te hubieses reconciliado y compuesto con ella; después hubiese matado a la esclava. Desde el momento en que has hecho esto eres bien venido y aceptado. Como recompensa te casarás con mi hija, la hermana de Qamar al-Zamán» . El comerciante lo tomó consigo y salieron. Mandó llamar a las lavadoras de cadáveres e hizo correr la noticia de que Qamar al-Zamán, el hijo del comerciante Abd al-Rahmán, había importado con él dos esclavas desde Basora y que ambas habían muerto. Las gentes acudieron a darle el pésame diciendo: « ¡Que tú vivas largo tiempo y que Dios te recompense por su pérdida!» Las lavaron, las amortajaron y las enterraron. Nadie se enteró de lo que había sucedido en realidad. Esto es lo que se refiere al joyero Ubayd, a su esposa y a la esclava.

He aquí lo que hace referencia al comerciante Abd al-Rahmán: mandó llamar al jeque del Islam y a todos los notables y dijo: « ¡Oh, jeque del Islam! Escribe el contrato de matrimonio de mi hija Kawkab al-Sabbah, con el maestro Ubayd, el joyero. Ya he recibido la dote entera y completa» . Puso por escrito el contrato. Después les sirvieron los sorbetes y celebraron una sola fiesta por el matrimonio de la hija del jeque del Islam con Qamar al-Zamán y de su hermana Kawkab al-Sabbah con el maestro Ubayd el joyero, y ambas fueron conducidas en la misma silla de manos y en la misma tarde a sus esposos. Éstos fueron acompañados hasta sus esposas. Introdujeron a Qamar al-Zamán ante la hija del jeque del Islam y al maestro Ubayd ante la hija del comerciante Abd al-Rahmán. El joyero, al llegar ante su novia, vio que era mil veces más hermosa y más bella que su esposa y le arrebató la virginidad. Al día siguiente por la mañana, fue al baño con Qamar al-Zamán. El joyero permaneció en la casa de aquél, un tiempo en que vivió contento y satisfecho. Después, deseando regresar a su país, se presentó ante el comerciante Abd al-Rahmán y le dijo: « ¡Tío! Deseo regresar a mi país pues en él tengo posesiones y rentas. He dejado como substituto a uno de mis operarios y ahora deseo volver, vender mis propiedades y regresar a tu lado ¿me permites que me marche a mi patria para hacerlo?» « ¡Hijo mío! Te lo consiento y no te censuro por estas palabras: el amor a la patria es indicio de fe y quien no se encuentra bien en ella no se encuentra tampoco bien en los restantes países. Si te marchas sin tu mujer es posible que una vez allí te apetezca quedarte y no sepas qué hacer: si no salir de allí o

regresar al lado de tu esposa. Lo mejor es aconsejarte que te lleves a tu esposa y después, si quieres regresar a nuestro lado, regresa con ella: ambos seréis bienvenidos, pues nosotros no conocemos el repudio, ninguna de nuestras mujeres se casa dos veces ni se aparta de su marido atolondradamente» . El joyero replicó: « ¡Tío! Temo que tu hija no quiera acompañarme a mi país» . « ¡Hijo mío! Nuestras mujeres no llevan la contraria a sus esposos y ni una sola se pelea con él.» « ¡Que Dios os bendiga a vosotros y a nuestras mujeres!» El joyero corrió a buscar a su esposa y le dijo: « Quiero regresar a mi país ¿qué opinas?» « Mi padre me ha gobernado mientras era virgen; desde el momento en que me he casado la autoridad ha pasado a manos de mi esposo; yo no te contradiré.» « ¡Que Dios te bendiga a ti y a tu padre! ¡Que Dios se apiade del vientre que te ha llevado y de los riñones que te engendraron!» Él liquidó sus asuntos y preparó los cosas necesarias para el viaje. El suegro le hizo muchos regalos y ambos se despidieron. Tomó consigo a su esposa y emprendió el viaje. Caminaron sin cesar hasta llegar a Basora. Los parientes y amigos salieron a recibirlos creyendo que llegaban del Hichaz. Unas gentes se alegraron con su llegada y otras se entristecieron. Se decían: « Como de costumbre nos va a forzar todos los viernes a encerrarnos en las mezquitas y en las casas y nos hará atar gatos y perros» . Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey de Basora: cuando se enteró de que el joyero había llegado se enfadó, mandó a buscarlo, le hizo comparecer ante él y le riñó diciéndole: « ¿Cómo marchas sin decirme que vas de viaje? ¿Es que yo no podía darte algo para que te sirviera de auxilio en la peregrinación hacia la casa sagrada de Dios?» « ¡Perdón, señor mío! ¡Juro por Dios que no he realizado la peregrinación sino que me ha ocurrido esto y esto!» , y le refirió todo lo que le había sucedido con su esposa y el comerciante Abd al-Rahmán, el egipcio; cómo este le había casado con su hija y siguió diciendo: « La he traído a Basora» . El rey exclamó: « ¡Por Dios! Si no temiese a Dios (¡ensalzado sea!) te mataría y me casaría con esa noble muchacha, aunque para ello tuviese que gastar los tesoros de la riqueza, ya que ella sólo es digna de los reyes. Pero Dios te la ha asignado a ti. ¡Que Él te bendiga con ella! ¡Que siempre vivas bien con ella!» A continuación hizo regalos al joyero y éste se marchó. Vivió con su mujer durante cinco años, al cabo de los cuales compareció ante la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!) El rey la pidió en matrimonio pero ella no aceptó diciendo: « ¡Oh, rey! En mi parentela jamás se ha vuelto a casar una mujer después de la muerte de su marido. Yo, después de la muerte del mío, no me casaré con nadie, ni tan siquiera contigo aunque me mates» . El rey ordenó que le preguntasen: « ¿Quieres volver a tu país?» Le contestó: « Si haces un bien serás recompensado» . El soberano reunió todos los bienes del joyero, añadió de su propio peculio la cantidad que exigía su rango y la hizo escoltar por uno de sus visires, célebre por su bondad y su probidad, y quinientos caballeros. El visir la

acompañó hasta dejarla en casa de su padre. En ella vivió, sin volver a casarse, hasta su muerte. Después murieron todos.

Si esta mujer no aceptó sustituir a su esposo, después de muerto, por un sultán ¿cómo ha de poder compararse con quien cambia en vida del propio marido a éste por un muchacho de origen y rango desconocidos y muy especialmente lo hace fornicando fuera de la Ley? La locura de quien cree que todas las mujeres son iguales no tiene remedio.

¡Gloria a Quien posee el reino y el poderío, al Viviente, al que no muere!

HISTORIA DE ABD ALLAH B. FADIL, GOBERNADOR DE BASORA, Y DE SUS HERMANOS

SE cuenta también, ¡oh rey feliz!, que cierto día el Califa Harún al-Rasid, inspeccionando el censo de contribuciones, vio que había entrado en el erario público el de todos los países y regiones excepción hecha de la de Basora, que no había llegado aquel año. Por esta causa reunió el consejo de ministros y ordenó: « ¡Traedme el visir Chafar!» Éste acudió. El Califa le dijo: « Ha llegado a hacienda la contribución de todos los países, excepción hecha de la de Basora: de esta región no se ha recibido nada.» « ¡Emir de los creyentes! —le contestó—. Es posible que al gobernador de Basora le haya ocurrido algo que le impida enviar el dinero.» « Han pasado ya veinte días de la fecha tope de percepción de la contribución y en dicho plazo podría haberse excusado o enviado el dinero.» « ¡Emir de los creyentes! Si te parece bien, envíale un mensaje.» « Envíale tú al contertulio Abu Ishaq al-Mawsulí.» « ¡Oír es obedecer a Dios y a ti, oh Emir de los creyentes!» A continuación Chafar se marchó a su casa, mandó llamar a Abu Ishaq al-Mawsulí, el contertulio, escribió un nombramiento regio y le dijo: « Ve y preséntate ante Abd Allah b. Fadil, gobernador de la ciudad de Basora y averigua qué es lo que le ha impedido enviar el tributo. Después cobra el importe total y absoluto de las contribuciones de Basora y tráemelo inmediatamente, pues el Califa ha visto que han llegado las contribuciones de todas las regiones menos la de Basora. Si ves que el tributo no está a punto y que te presenta sus excusas, tráelo contigo para que las presente con su propia lengua ante el Califa» . Abu Ishaq le contestó que oír era obedecer. Tomó consigo cinco mil caballeros que formaban parte de las tropas del visir y viajó sin descanso hasta llegar a Basora. Abd Allah b. Fadil se enteró de su llegada y salió a recibirlo con sus propios soldados. Le acogió, entró con él en Basora y le instaló en su palacio, mientras que las tropas restantes se alojaron en tiendas que levantaron fuera de la ciudad e Ibn Fadil les asignó todo lo que podían necesitar. Una vez hubo entrado Abu Ishaq en la sala de audiencias y hubo ocupado su sitio hizo que Abd Allah b. Fadil se sentase a su lado y los magnates se sentaron a su alrededor según su rango. Después de haberlo saludado, Ibn Fadil preguntó: « ¡Señor mío! ¿Hay alguna causa que te haya hecho venir?» « ¡Sí! He venido a reclamar la contribución. El Califa ha preguntado por ella ya que ha transcurrido el plazo en que tenía que haber llegado.» « ¡Señor mío! ¡Ojalá tú no te hubieses fatigado ni tenido que soportar la dureza del viaje! El importe de la contribución justo y cabal está preparado y había resuelto enviarlo mañana. Pero ya que tú has venido te lo entregaré a ti una vez que hayas gozado durante tres días de mi hospitalidad. El cuarto día te daré el tributo. Pero ahora nuestro deber nos obliga a ofrecerte un regalo por tu bondad y por la del Emir de los Creyentes.» « ¡No hay inconveniente!»

Abd Allah levantó la sesión y acompañó a Abu Ishaq a un salón de su casa

que no tenía par. Ofreció a éste y a sus compañeros una mesa llena de comida. Comieron, bebieron, disfrutaron y se alegraron. Una vez retirada la mesa se lavaron las manos y sirvieron el café y los sorbetes. Se quedaron conversando hasta que hubo transcurrido el primer tercio de la noche. Entonces colocaron un estrado de marfil incrustado de oro reluciente sobre el cual se durmió. El gobernador de Basora durmió sobre otro estrado colocado junto al de Abu Ishaq. Pero el insomnio venció al enviado del Emir de los creyentes que empezó a meditar en los metros y en la composición de la poesía, ya que él era uno de los contertulios más apreciados por el Califa; Abu Ishaq tenía mucho arte en la composición de versos y en el relato de anécdotas. Siguió despierto, componiendo versos, hasta la media noche. Mientras se encontraba así, Abd Allah b. Fadil se puso de pie, se colocó el cinturón, abrió un armario, sacó de él una correa, cogió una vela encendida y salió por la puerta del alcázar pensando que Abu Ishaq dormía.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas setenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que éste quedó admirado de verle salir, se dijo: « ¿Adónde irá Abd Allah b. Fadil con este látigo? Tal vez tenga la intención de castigar a alguien: he de seguirle y ver lo que hace esta noche» . Abu Ishaq se puso en pie y salió, detrás de él, poco a poco, para que no lo descubriese. Vio que Abd Allah abría la puerta de un armario, sacaba de él una mesa con cuatro platos de comida, pan y una jarra de agua. Tomó la mesa y la jarra y siguió su camino. Abu Ishaq lo siguió, escondiéndose, hasta que entró en una habitación. Entonces Abu Ishaq se metió en la parte de dentro de la puerta y empezó a mirar a través de la misma: vio que se trataba de una amplia sala recubierta de tapices preciosos; en el centro de la misma había un trono de marfil chapeado en oro brillante. Dos perros estaban atados al trono con sendas cadenas de oro. Abd Allah colocó la mesa a un lado, se remangó los brazos y desató al primer perro que empezó a plegarse ante su mano, a colocar su cara en el suelo como si lo besase ante él y a emitir débiles gemidos con escasa voz. Abd Allah lo ató, lo echó por el suelo, volteó el látigo y lo dejó caer sobre él dándole una dolorosa paliza, sin compasión, mientras que el perro se contorsionaba sin conseguir librarse. Siguió azotándole hasta que cesaron los gemidos y perdió el conocimiento. Entonces recogió al perro y lo ató en su sitio. Después cogió el segundo perro e hizo con él lo mismo que con el primero. A continuación sacó un pañuelo y empezó a secarles las lágrimas y a consolarles diciendo: « ¡Por Dios! ¡No me reprendáis! ¡Por Dios! Ni lo hago por propia voluntad ni me es fácil. Tal vez Dios os conceda una escapatoria y un medio para salir de esta situación» , y siguió rogándoles. Todo esto ocurría mientras Abu Ishaq el contertulio se

mantenía plantado oyendo y viendo con sus propios ojos y admirándose de una tal situación. A continuación les ofreció la mesa con la comida y los alimentó con sus propias manos hasta que quedaron hartos. Les limpió la boca, les acercó la jarra de agua y les dio de beber. Tras esto tomó la mesa, la jarra y la vela y se dispuso a marcharse: Abu Ishaq le precedió, llegó hasta su lecho y se hizo el dormido. Abd Allah ni le vio ni supo que le había seguido y le había observado: colocó la mesa y la jarra en la alhacena, entró en la sala, abrió la puerta del armario, colocó el látigo en su sitio, se quitó sus ropas y se durmió. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Abu Ishaq: Pasó el resto de la noche pensando en la razón de tal asunto y como no podía conciliar el sueño por lo muy admirado que estaba se decía: « ¡Ojalá supiera la causa de una tal cosa!» , y siguió estupefacto hasta la mañana. Entonces se levantaron, rezaron la oración de la aurora, les sirvieron el desayuno, comieron, bebieron el café y se dirigieron a la audiencia. Abu Ishaq estuvo preocupado por este acontecimiento durante todo el día, pero lo ocultó y no preguntó nada a Abd Allah. La noche siguiente hizo con los dos perros lo mismo: los azotó, luego se reconcilió con ellos y les dio de comer y de beber. Abu Ishaq lo había seguido y visto hacer lo mismo que la primera noche y lo mismo pasó la tercera. Después, el cuarto día, Abd Allah entregó el importe de la contribución a Abu Ishaq el Contertulio. Éste la cogió y se puso en viaje sin hacer el más pequeño comentario. Así llegó a Bagdad y entregó las contribuciones al Califa. Éste le preguntó por la causa del retraso. Le contestó: « ¡Emir de los creyentes! Vi que el gobernador de Basora tenía ya preparado el tributo y se disponía a enviarlo: si me hubiese retrasado un solo día lo hubiese encontrado en el camino. Pero he visto que Abd Allah al-Fadil realizaba algo prodigioso. Jamás en mi vida, Emir de los creyentes, he visto algo parecido» . « ¿De qué se trata, Abu Ishaq?» « Le he visto hacer esto y esto» , y le explicó lo que había hecho con los dos perros. Siguió: « Le he observado durante tres noches seguidas, hacer lo mismo: pegar a los perros y después tratarlos bien, consolarlos y darles de comer y de beber. Yo le he contemplado desde un sitio en que no podía verme» . El Califa inquirió: « ¿Le has preguntado la causa?» « ¡Por vida de tu cabeza, Emir de los creyentes! ¡No!» « ¡Abu Ishaq! Te mando que regreses a Basora y me traigas a Abd Allah b. Fadil con los perros.» « ¡Emir de los creyentes! Discúlpame, puesto que Abd Allah b. Fadil me ha tratado con los máximos honores y yo me he enterado de tal situación por casualidad, sin tener intención, y te lo he referido. ¿Cómo he de regresar hasta él y te lo he de traer? Si volviese a su lado se me caería la cara de vergüenza. Es preferible que envíes a otro mensajero con una comunicación tuya: te lo traerá con sus perros.» « Si envío a una persona distinta es posible que niegue la cosa y diga: “No tengo perros”. Pero si te mando a ti y tú le dices: “Te he visto con mis propios ojos” no podrá negarlo: es necesario que tú vayas y lo traigas junto con los perros; si no lo

haces te mataré.»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abu Ishaq respondió:] « ¡Oír es obedecer al Emir de los creyentes! ¡Que Dios nos auxilie, pues es el mejor de los ayudantes![279] ¡Qué razón tuvo quien dijo: "La mayor desgracia del hombre es la lengua"! ¡Yo me he traicionado a mí mismo, puesto que te lo he contado! Pero escríbeme una orden y yo iré a buscarlo y te lo traeré.» El Califa puso la orden por escrito y Abu Ishaq se dirigió a Basora. Al presentarse ante su gobernador, éste le preguntó: « ¡Que Dios nos guarde de la desgracia de tu retorno, Abu Ishaq! ¿Cómo es que te veo regresar tan rápidamente? ¿Faltaba algo en la contribución y el Califa no lo ha aceptado?» « ¡Emir Abd Allah! Mi vuelta no tiene nada que ver con que el tributo sea deficiente. Estaba bien, y el Califa lo ha aceptado. Espero de ti que no me hagas reproches, pues he cometido una falta respecto a ti. Lo que me acaba de suceder me lo tenía destinado Dios (¡ensalzado sea!).» « ¿Qué te ha sucedido, Abu Ishaq? ¡Cuéntame! Tú eres amigo mío y no te he de hacer reproches.» « Sabe que mientras estuve contigo te seguí durante las tres noches consecutivas: tú te levantabas mediada la noche, castigabas a los perros y regresabas. Yo quedé admirado de ello, pero sentí vergüenza de tener que interrogarte. Le he referido, impensadamente y sin tener intención, la cosa al Califa y éste me ha obligado a volver a tu lado con esta orden de su puño y letra. Si yo hubiese sabido que la cosa iba a terminar así, no se lo hubiese referido. Pero el destino ha querido que pasara.» Siguió disculpándose ante el gobernador. Éste le replicó: « Ya que has sido tú quien lo ha contado, yo confirmaré tus palabras ante el Califa para que no crea que has mentido, ya que eres amigo mío. Pero si se hubiese tratado de otra persona, lo hubiese negado y desmentido. Yo te acompañaré y llevaré conmigo los dos perros, aunque esto me cueste la vida y sea el fin de mis días» . Abu Ishaq exclamó: « ¡Que Dios te proteja del mismo modo como tú me proteges ante el Califa!» El gobernador preparó un regalo digno del Emir de los creyentes, sujetó a los dos perros con cadenas de oro y colocó a cada uno de ellos en el lomo de un camello. Viajaron hasta llegar a Bagdad. Abd Allah se presentó ante el Califa y besó el suelo. El soberano le permitió que se sentara. Se sentó. Después mandó comparecer a los perros. El Califa preguntó: « ¿Qué son estos dos perros, Emir Abd Allah?» Los dos animales empezaron a besar el suelo ante él, a mover la cola y a llorar como si se quejasen. El Califa se quedó admirado y le dijo: « ¡Cuéntame la historia de estos dos perros: por qué les pegas y tras los golpes los tratas con tanto honor!» « ¡Emir de los creyentes! Éstos no son perros sino dos hombres jóvenes, hermosos, bellos y bien proporcionados. Ambos son mis hermanos, hijos de mi

padre y de mi madre.» « ¿Y cómo siendo seres humanos se han transformado en perros?» « Si me concedes tu venia, Emir de los creyentes, te contaré la verdad de todo el asunto.» « ¡Refiérela y guárdate de mentir, característica ésta de los hipócritas! Refiéreme la verdad que constituye la tabla de salvación y el distintivo de los hombres píos.» « Sabe, ¡oh Vicario de Dios!, que cuando yo te refiera su historia, ellos serán mis testigos: si yo miento me desmentirán y si digo la verdad la confirmarán.» « ¡Pero estos perros no pueden hablar ni responder! ¿Cómo han de dar testimonio en tu favor o en contra?» Abd Allah se dirigió a ellos diciendo: « ¡Hermanos míos! Si refiero algo falso levantad vuestra cabeza y abrid bien los ojos. Pero si digo la verdad, inclinad la cabeza y cerrad los ojos» .

A continuación refirió: « Sabe, ¡oh Califa de Dios!, que nosotros somos tres hermanos de la misma madre y del mismo padre. Nuestro padre se llamaba Fadil; tenía este nombre porque su madre dio a luz dos gemelos: uno de ellos murió recién nacido y sólo quedó el segundo con vida, razón por la cual su padre le llamó Fadil. Le educó de la mejor manera posible y, ya mayor, lo casó con nuestra madre y él murió. Su primer hijo fue éste, al que llamó Mansur; quedó encinta de nuevo y dio a luz este otro hermano al que llamó Nasir; nuevamente encinta me dio a luz a mí y me llamaron Abd Allah. Nos cuidó hasta que fuimos mayores y llegamos a la edad de la pubertad. Después murió y nos legó una casa y una tienda repleta con telas de todos los colores y de las más variadas procedencias: indias, bizantinas, jurasaníes, etc., y además sesenta mil dinares. Una vez muerto nuestro padre lo lavamos, le construimos un magnífico mausoleo y le enterramos en la misericordia de su Señor. Rezamos por su salvación, recitamos El Corán e hicimos limosnas en su nombre durante cuarenta días. Después, yo reuní a los comerciantes y a las gentes notables, les di un banquete y al terminar la comida les dije: “¡Comerciantes! El mundo es perecedero y la última vida eterna. ¡Gloria al Eterno aun después de la muerte de sus criaturas! ¿Sabéis para que os he reunido en mi casa en este día bendito?” Contestaron: “¡Gloria a Dios que conoce lo desconocido!” Les dije: “Mi padre ha muerto legándome grandes riquezas. Pero temo que pudiera deber algo a uno de vosotros o tener deudas, préstamos o cualquier otra cosa. Mi propósito consiste en satisfacer las obligaciones que mi padre tenía contraídas con el resto de la gente. Aquel a quien deba alguna cosa que diga: “Soy acreedor de esto y esto” y yo se lo pagaré para descargar la memoria de mi padre”. Los comerciantes me replicaron: “¡Abd Allah! Esta vida no vale lo que la última; no somos amigos de mentiras; todos sabemos distinguir lo lícito de lo ilícito, tememos a Dios (¡ensalzado sea!) y no queremos comer las riquezas del huérfano. Sabemos que tu padre (¡que la misericordia de Dios sea con él!) dejaba siempre sus bienes a la gente y que no tenía contraídos compromisos con nadie. Nosotros le oímos decir siempre: ‘Temo por los bienes de la gente’ y mientras rezaba rogaba: ‘Dios mío, en Ti pongo mi confianza y mi esperanza: no me hagas morir teniendo deudas’.

Entre sus virtudes estaba la de que si debía a alguien algo se lo pagaba sin darle largas; en cambio, si alguien le debía algo, no lo reclamaba; le decía: 'Paga cuando te vaya bien'. Si se trataba de un pobre se mostraba generoso con él y lo libraba de su preocupación; si tratándose de alguien que no era pobre, moría, decía: '¡Que Dios le perdone por aquello que me debía!' Todos nosotros atestiguamos que no nos debía nada". Yo les contesté: "¡Que Dios os bendiga!", y a continuación me volví a éstos, mis dos hermanos, y les dije: "¡Hermanos! Nuestro padre no debía nada y nos ha legado riquezas, telas, la casa y la tienda. Somos tres hermanos y a cada uno de nosotros nos corresponde un tercio de los bienes. ¿Estáis de acuerdo en que no hagamos particiones y que continuemos asociados comiendo y bebiendo por partes iguales o preferís que repartamos las telas y los bienes y cada uno se haga cargo de su parte?"»

Volviéndose a los dos perros les preguntó: « ¿Fue así, hermanos míos?» Bajaron la cabeza y cerraron los ojos como si dijesen « Sí» .

Siguió refiriendo: « Entonces, Emir de los creyentes, hice venir un tasador oficial del séquito del cadí. Repartió entre nosotros los bienes, las telas y todo lo que nos había dejado nuestro padre. Hicieron que la casa y la tienda me correspondiesen a mí a cambio del dinero que me tocaba. Quedamos satisfechos. La casa y la tienda quedaron, pues, en mi poder y ellos tomaron su parte en telas y dinero. Yo abrí la tienda, coloqué en ella telas y compré con el dinero que me había correspondido, además de la casa y de la tienda, más mercancías. Así llené el local y me instalé para comprar y vender. Mis dos hermanos compraron ropas, alquilaron una nave y marcharon, por mar, a recorrer los países de la gente. Yo dije: "¡Que Dios los ayude!" Obtuve beneficios y, además, la tranquilidad que no tiene precio. En esta situación pasé un año entero durante el cual Dios fue generoso conmigo, pues adquirí grandes riquezas hasta el punto de rehacer, yo solo, el capital que nos había legado nuestro padre. Cierto día, mientras estaba sentado en mi tienda recubierto por dos trajes de piel, uno de cibelina y otro de ardilla —era invierno y el frío apretaba—, vi que llegaban mis dos hermanos teniendo únicamente sobre el cuerpo una camisa hecha harapos; sus labios, de tanto frío, estaban blancos y los dos temblaban. Al verlos me sentí deprimido y me entristecí…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:] » …y la razón escapó de mi cabeza, corrí hacia ellos, los abracé y rompí a llorar por el estado en que se encontraban; entregué al uno la piel de cibelina y al otro la de ardilla, los hice entrar en el baño y les envié, mientras se encontraban en éste, sendas túnicas de comerciante, que costaban mil dinares. Una vez lavados, cada

uno se puso su túnica. Los llevé a mi casa. Me di cuenta de que tenían mucha hambre. Les preparé la mesa de comer. Comieron y yo les acompañé tratándoles con cariño y consolándolos» .

Entonces, volviéndose hacia los dos perros, les preguntó: « ¿Ha ocurrido así, hermanos míos?» Los animales inclinaron la cabeza y cerraron los ojos.

Siguió: « ¡Califa de Dios! Después yo los interrogué y les dije: "¿Cómo os ha ocurrido esto? ¿Dónde están vuestras riquezas?" Me contestaron: "Viajamos por el mar y entramos en una ciudad llamada Kufa, en donde empezamos a vender el pedazo de tela que valía medio dinar por diez dinares; el que costaba un dinar, por veinte y así conseguimos una gran ganancia. Compramos el pedazo de tela de seda persa por diez dinares, cuando en Basora el mismo cuesta cuarenta dinares. Luego entramos en una ciudad llamada al-Karj: vendimos, compramos y obtuvimos grandes beneficios reuniendo grandes riquezas", y así fueron citándome países y ganancias obtenidas. Yo les pregunté: "Si habéis visto tanto bienestar y beneficio ¿cómo es que os veo regresar desnudos?" Suspiraron y contestaron: "¡Hermano nuestro! Debemos haber tropezado con el mal de ojo y yendo de viaje nunca se está a seguro. Una vez tuvimos reunidas riquezas y bienes, cargamos nuestros efectos en un buque y viajamos por el mar con el propósito de volver a la ciudad de Basora. Navegamos durante tres días. Al cuarto vimos que el mar subía y bajaba, se embravecía y cubría de espuma, se agitaba, se enfurecía y las olas entrechocaban, despidiendo chispas como llamas de fuego y los vientos contrarios hicieron chocar al navío a que nos llevaba contra la punta de un escollo: se hundió, naufragamos y perdimos en el mar todo lo que llevábamos. Luchamos en la superficie del agua durante un día y una noche: después Dios nos envió otra nave que nos recogió a bordo. Así fuimos de país en país, mendigando y alimentándonos con lo que obteníamos de limosna. Sufrimos grandes penas y tuvimos que quitarnos nuestros vestidos y venderlos para alimentarnos, para así acercarnos a Basora; antes de llegar a esta ciudad tuvimos que apurar mil pesares: si hubiésemos salvado todo lo que teníamos hubiésemos traído riquezas susceptibles de compararse con las de un rey. Pero Dios lo tenía decretado así". Les dije: "¡Hermanos míos! No os apesadumbréis: los bienes sirven para rescatar los cuerpos y escapar a salvo constituye un botín. Desde el momento en que Dios dispuso que escaparais con vida, esto constituye la máxima satisfacción: riqueza y pobreza son espectros fugaces. ¡Qué bien dijo el autor de este verso!:

> ¡Si el cuerpo del hombre escapa de la muerte, las riquezas no son más que el recorte de las uñas!"

» A continuación añadí: "¡Hermanos míos! Consideremos que nuestro padre ha muerto hoy y nos ha legado todas las riquezas que yo poseo: estoy conforme

en repartirlas con vosotros a partes iguales". Mandé comparecer al tasador oficial del cadí, le mostré todos mis bienes y los repartió entre nosotros: cada uno tomó un tercio. Les dije: "¡Hermanos míos! Dios concede al hombre su sustento cuando se queda en su país. Cada uno de vosotros abrirá una tienda y se instalará en ella para comerciar: lo que está en lo Oculto tiene que suceder". Los ayudé a abrir la tienda, se la llené de mercancías y les dije: "¡Vended y comprad! Guardad vuestras riquezas y no gastéis nada. Encontraréis todo lo que podáis necesitar: comida, bebida, etc., en mi casa". Continué siendo generoso con ellos: vendían y compraban durante el día, pasaban la noche en mi casa y yo no consentía que gastasen nada de su dinero. Cada vez que me sentaba a hablar con ellos me hacían el elogio de los países extranjeros y me describían las ganancias que habían obtenido y me incitaban a que les acompañase en un viaje por los países de la gente» .

A continuación preguntó a los dos perros: « ¿Fue así, hermanos míos?» Bajaron la cabeza y cerraron los ojos confirmando lo que decía.

Siguió: « ¡Califa de Dios! Siguieron rogándome y citándome los grandes beneficios y ventajas que se obtenían con los viajes y tentándome para que los acompañara. Les dije: "He de ir con vosotros para complaceros". Formé sociedad con ellos, nos hicimos con toda suerte de telas preciosas, alquilamos un buque y cargamos en él las mercancías para comerciar y todo lo que necesitábamos. Zarpamos de la ciudad de Basora hacia el mar tempestuoso, cuyas olas entrechocan; quien entra en él puede considerarse perdido y quien de él sale es como un recién nacido. Navegamos sin descanso hasta divisar una ciudad: vendimos, compramos y obtuvimos una gran ganancia. Desde ésta nos dirigimos a otra y no paramos de viajar de país en país y de ciudad en ciudad, vendiendo, comprando y realizando beneficios hasta tener en nuestro poder enormes riquezas. Pero llegamos a una montaña. El capitán echó el ancla y nos dijo: "¡Pasajeros! ¡Saltad a tierra! ¡Salvaos de este día! ¡Buscad! ¡Tal vez encontráis agua!" Todos los que iban a bordo desembarcaron y yo con ellos. Nos dedicamos a buscar agua y cada uno de nosotros fue en una dirección. Yo subí a la cima de la montaña. Mientras andaba vi una serpiente blanca que se apresuraba a huir perseguida por una culebra negra, de aspecto terrible y de horrorosa vista, que le daba alcance. La culebra la alcanzó, la atormentó, la sujetó por la cabeza y enroscó su cola a la de la serpiente. Ésta chilló. Yo me di cuenta de que la había cazado y me llené de compasión: desprendí una piedra de granito de cinco ratl o más de peso, se la dejé caer en la cabeza y se la destrozó. Antes de que pudiera darme cuenta la serpiente se transformó en una muchacha joven, bella, hermosa, reluciente, perfecta y bien proporcionada que parecía ser la luna cuando brilla. Se acercó hacia mí, me besó las manos y me dijo: "Que Dios te proteja con dos velos: uno para defenderte de la vergüenza en este mundo y el otro para evitar que te alcance el fuego de la última vida el día de la gran

reunión, el día en que no servirán ni las riquezas ni los hijos nada más que a quienes vayan a Dios con el corazón sano”[280]. A continuación añadió: “¡Oh, hombre! Tú has protegido mi honor y tienes sobre mí el derecho que te concede el haberme favorecido. Es necesario que te recompense”. A continuación señaló con la mano el suelo, éste se hundió y ella bajó por la fisura. Después la tierra se cerró de nuevo. Así me di cuenta de que se trataba de un genio. En cuanto a la culebra, el fuego la había devorado reduciéndola a cenizas. Me quedé admirado. Regresé al lado de mis compañeros y les expliqué lo que había visto. Pasamos la noche y al día siguiente el capitán levó el ancla, desplegó las velas, soltó los cables y zarpamos. Perdimos de vista la tierra y no paramos de navegar durante veinte días: no vimos ni tierra ni pájaros, terminándose nuestra agua. El capitán nos dijo: “¡Gentes! Se ha terminado el agua dulce”. Le contestamos: “Condúcenos a tierra: tal vez encontremos agua”. ‘Replicó: “¡Por Dios! ¡He perdido el camino e ignoro la ruta que pudiera conducirme a tierra!” Esto nos afligió profundamente, rompimos a llorar y rogamos a Dios (¡ensalzado sea!) que nos guiase en el camino. Pasamos aquella noche en la peor situación. ¡Qué bien dijo el poeta!:

¡Cuántas noches he pasado en una aflicción capaz de encanecer el cabello de un niño de pecho!
Pero apenas llegada la mañana, Dios ha concedido su auxilio y un pronto triunfo.

» Al amanecer el día siguiente, levantarse la aurora y aparecer la luz, descubrimos un monte elevado. Al verlo nos alegramos muchísimo y nos congratulamos. Llegamos hasta él y el capitán dijo: “¡Gentes! ¡Id a tierra y buscad agua!” Todos nos dedicamos a buscar agua, pero no la encontramos. Esto nos llenó de una gran pena a causa de la escasez del agua. Yo subí a lo más alto del monte y descubrí detrás una circunferencia amplia que estaba a una hora o más de camino. Llamé a mis compañeros. Acudieron. Cuando los tuve a mi lado les dije: “¡Mirad esa circunferencia que está detrás del monte! Distingo en ella una ciudad de elevados edificios, sólidas construcciones, fuertes murallas y torres, colinas y praderas. En ella, sin duda, no faltan ni el agua ni los bienes. Acompañadme: nos llegaremos hasta la ciudad, recogeremos el agua y compraremos los víveres, la carne y la fruta que necesitemos y regresaremos”. Me contestaron: “Tememos que las gentes de esa ciudad sean cafres, politeístas y enemigos de la religión. Se apoderarán de nosotros y quedaremos prisioneros en su mano o bien nos matarán. Nosotros mismos seríamos la causa de nuestra muerte, puesto que nos habríamos entregado a la ruina y a los peligros. Nunca hay que alabar al incauto, ya que él se expone a los peores peligros tal y como dijo un poeta:

Mientras la tierra sea tierra y el cielo cielo no habrá de qué alabar al obcecado aunque escape salvo.

» ”Nosotros no arriesgaremos nuestra vida”. Les dije: “¡Gentes! Yo no tengo autoridad sobre vosotros. Tomaré conmigo a mis hermanos y me dirigiré a esa ciudad”. Mis hermanos me replicaron: “Tememos las consecuencias de este asunto: no te acompañaremos”. Repliqué: “Pues yo he decidido ir a esa ciudad. En Dios me apoyo y aceptaré lo que me destine. Esperadme hasta que haya ido y vuelto”.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta, y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:] » Los dejé y me puse en marcha hasta llegar a la ciudad. Vi que estaba maravillosamente construida, que su arquitectura era magnífica, sus murallas altas; sus torres, fuertes, y sus alcázares, elevados; las puertas eran de hierro chino y estaban adornadas y esculpidas de manera tal que el entendimiento se quedaba perplejo. Cuando crucé la puerta vi un banco de piedra en el que estaba sentado un hombre que tenía en el brazo una cadena de bronce amarillo y de ésta colgaban catorce llaves. Comprendí que aquel hombre era el portero de la ciudad y que ésta tenía catorce puertas. Me acerqué y le dije: “¡La paz sea sobre vos!”, pero no me contestó. Lo saludé por segunda y tercera vez, pero no me contestó. Coloqué mi mano en su hombro y le dije: “¡Oh, éste! ¿Por qué no me contestas? ¿Estás durmiendo? ¿Eres sordo? ¿O es que no eres musulmán y te abstienes de saludarme?” Pero no se movió. Lo examiné y vi que era de piedra. Dije: “¡Esto es algo prodigioso! Esta piedra está esculpida como si fuese un ser humano: no le falta más que hablar”. Lo dejé y entré en la ciudad. Vi a un hombre de pie, junto al camino. Me acerqué a él, lo contemplé y vi que era de piedra. Seguí recorriendo las calles de aquella ciudad y cada vez que veía un hombre, me acercaba hacia él, le examinaba y veía que era de piedra. Tropecé con una mujer vieja que llevaba en la cabeza un hato de ropa para lavar: me aproximé, la examiné y vi que ella y el hato de ropa que llevaba en la cabeza eran de piedra. Entré en el mercado: contemplé a un vendedor de aceite: delante estaban colocadas toda suerte de mercancías; queso, etcétera; pero todo era de piedra. Examiné el resto de los vendedores que estaban sentados en sus tiendas; observé gentes de pie y sentados, hombres, mujeres y niños; pero todos eran de piedra. De aquí pasé al mercado de los comerciantes: todos se encontraban sentados en sus negocios y éstos estaban repletos de mercancías pero todo era de piedra; las ropas parecían ser telas de araña; yo las examiné: cada vez que tocaba un vestido de tela, éste quedaba reducido a polvo en mis manos. Descubrí unas cajas. Abrí

una y encontré oro en bolsas. Cogí las bolsas que se deshicieron mientras el oro quedaba tal cual era. Cargué con todo el que pude y empecé a decirme: “Si mis hermanos estuviesen aquí conmigo podrían coger oro hasta hartarse y gozar de estos tesoros que no tienen dueño”. Tras esto entré en otra tienda y vi que tenía aún más oro, pero yo ya no podía cargar con más del que llevaba. Salí de aquel zoco y me dirigí a otro; desde éste fui a un tercero y seguí yendo de un zoco a otro pudiendo ver las criaturas más distintas: pero todas ellas eran de piedra incluso los perros y los gatos eran de piedra. Entré en el zoco de los orfebres y encontré a unos hombres sentados en sus tiendas que tenían ante ellos sus mercancías: unas a la vista y otras en cajas. Al ver esto, Emir de los creyentes, abandoné todo el oro que llevaba conmigo, cargué todas las gemas que podía llevar y saliendo de él me dirigí al de los joyeros. Vi a éstos sentados en sus tiendas con cajas repletas de toda clase de joyas: jacintos, diamantes, esmeraldas, rubíes, etcétera; había gemas de todas las clases mientras los propietarios de las tiendas eran de piedra. Tiré todas las gemas que llevaba y cargué todas las joyas que podía lamentándome de que mis hermanos no estuviesen conmigo para que cogiesen también las que les gustasen. Salí del mercado de los joyeros y pasé delante de una gran puerta, hermosa y adornada del mejor modo. Detrás de ella había unos bancos en los que estaban sentados criados, soldados, servidores y funcionarios vestidos con preciosos trajes; pero todos eran de piedra: toqué uno de ellos y sus ropas se le cayeron de encima como si fuesen una tela de araña. Crucé la puerta y me encontré en un palacio sin igual, muy bien hecho. En él hallé una sala de audiencias repleta de grandes visires, notables y emires. Todos estaban sentados en sus sillas, pero eran de piedra. Descubrí luego un trono de oro rojo incrustado de perlas y joyas; encima estaba sentado un hombre vestido con riquísimos trajes y que ceñía su cabeza con una corona de Cosroes que tenía engarzadas las gemas más preciosas que desprendían rayos como si fuesen los del día. Me acerqué a él: también era de piedra. De la sala de audiencias me dirigí a la puerta del harén. Entré y me hallé en una reunión de mujeres; en esa sala había un trono de oro rojo cuajado de perlas y aljófares y, sentada encima una mujer, una reina que tenía su cabeza ceñida por una corona con las más preciosas gemas. A su alrededor había mujeres que parecían lunas sentadas en sillas; vestían telas riquísimas de múltiples colores y de pie, allí mismo, estaban los eunucos con las manos cruzadas sobre el pecho: parecía que estuviesen plantados para servir. Aquella sala dejaba admirado el entendimiento de quien la veía dada su decoración, la belleza de sus bajorrelieves y los tapices. Colgadas de ella se veían maravillosas lámparas de cristal de roca purísimo y de cada una de éstas colgaba una gema inigualable, sin precio. Yo, Emir de los creyentes, tiré todo lo que llevaba conmigo, empecé a coger aquellas joyas y cargué con todas las que pude: pero estaba perplejo y no sabía qué es lo que tenía que cargar o dejar, ya que aquel

lugar me parecía ser un tesoro magnífico. Descubrí, luego, una puertecita abierta detrás de la cual aparecía una escalera. Crucé la puerta, subí cuarenta peldaños y oí que un ser humano recitaba El Corán con voz débil. Avancé en la dirección de la voz hasta llegar a la puerta del castillo. Allí encontré una cortina de seda con tiras de oro, bordada con perlas, coral, jacintos, pedazos de esmeralda y aljófares que resplandecían como los luceros. La voz salía de detrás. Me acerqué, la levanté y apareció ante mí la puerta de una habitación adornada de tal modo que hacía quedar perplejo al entendimiento. Crucé la puerta, y me encontré en un departamento que parecía ser un tesoro en la propia faz de la tierra. En su interior había una muchacha que parecía el sol resplandeciente en medio del cielo sereno. Vestía preciosos vestidos y estaba adornada con las gemas más preciosas. Era de belleza y hermosura prodigiosas, talle pequeño, bien proporcionada, perfecta, muy esbelta, nalgas pesadas, saliva capaz de curar a un enfermo y párpados lánguidos, tal como si ella hubiese sido la aludida por quien dijo:

Saludo a las formas que encierra el vestido y a las rosas de los jardines de sus mejillas.
Parece que hayan colgado las Pléyades de su frente y que el resto de los luceros de la noche constituyan el collar que está sobre el pecho.
Si se pusiese un vestido de puras rosas, los pétalos de éstas causarían sangre en su cuerpo.
Si escupiese en el mar, y eso que el mar es salado, el sabor del mar sería más dulce que la miel.
Si concediese su amor a un anciano decrépito y apoyado en un bastón, ese anciano sería capaz de desgarrar al león.

» ¡Oh, Emir de los creyentes! Al ver a aquella joven quedé prendado y me acerqué a ella. Vi que se encontraba sentada en un estrado elevado y que recitaba el libro de Dios, Todopoderoso y Excelso, de memoria. Su voz parecía el rechinar de las puertas del paraíso cuando las abre Ridwán y las palabras que salían de entre sus labios se ensartaban como las gemas. Su rostro era de una belleza prodigiosa, tal y como dijo el poeta de una parecida:

» ¡Oh, tú, que emocionas con tu lengua y tus cualidades! Mi amor y mi pasión crecen por ti.
Hay en ti dos cosas que consumen a los enamorados: las melodías de David y la imagen de José.

» Al oír cómo entonaba la recitación de El Corán, mi corazón, bajo su mirada

asesina, dijo: “Paz, he aquí la palabra del Señor de la misericordia[281]”. Pero me trabuqué en las palabras y no acerté a decir “Paz”. Mi entendimiento y mi mirada habían quedado absortos y estaba tal como dijo el poeta:

> La pasión no me agitó hasta que perdí la palabra; y no entré en el valladar sin derramar mi sangre.
> No he prestado oído a nuestro censor más que para dar testimonio de quien amo con la palabra.

» Después, despojándome del terror de la pasión, le dije: “¡La salud sea sobre ti, noble señora, perla escondida! ¡Que Dios haga durar las bases de tu felicidad y acrezca los pilares de tu gloria!” Contestó: “¡Y sobre ti sean la salud, el bienestar y los dones, oh Abd Allah, oh Ibn Fadil! ¡Sé bien venido y bien llegado, amigo mío, refresco de mis ojos!” Le repliqué: “¡Señora mía! ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres? ¿Qué ha ocurrido a la gente de esta ciudad para quedar cambiada en piedra? Deseo que me expliques la verdad de todo esto, pues estoy admirado de una tal ciudad entre cuya gente ya no se halla ningún ser vivo a excepción tuya. Te conjuro, por Dios, a que me cuentes la historia verídica de eso”. Me replicó: “Siéntate, Abd Allah, pues yo, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, te informaré y te relataré mi historia y la de esta ciudad y sus habitantes con todo detalle. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!” Me senté a su lado.

» Ella refirió: “Sabe, ¡oh, Abd Allah! (¡que Dios tenga misericordia de ti!), que soy hija del rey de esta ciudad. Mi padre es ese que has visto sentado en la audiencia, en el trono elevado; aquellos que están a su alrededor son los grandes de su imperio y los magnates de su reino. Mi padre era muy poderoso y gobernaba a un millón ciento veinte mil soldados. El número de príncipes de su reino se elevaba a veinticuatro mil, cada uno de los cuales mandaba y era funcionario y tenía bajo su jurisdicción mil ciudades y eso sin contar los pueblos, aldeas, castillos, fortalezas y caseríos. Los emires nómadas que le obedecían eran mil, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes veinte mil caballeros. Poseía además riquezas, tesoros, gemas, joyas que ningún ojo ha visto y que nadie ha oído mencionar…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió: » La joven siguió diciendo:] “Vencía a los reyes, aniquilaba a los héroes y valientes en la guerra y en el campo de combate. Los prepotentes le temían y los reyes de Persia se humillaban ante él, pero a pesar de todo, era un descreído que asociaba

otras divinidades a la de Dios y adoraba a los ídolos prescindiendo de Él. Todos sus soldados eran descreídos que adoraban a los ídolos, prescindiendo del Rey Omnisciente. Cierto día ocurrió lo siguiente: estaba sentado en el trono de su reino y tenía a su alrededor a sus grandes. Sin que se diese cuenta entró una persona, quien con la luz de su cara iluminó la audiencia. Mi padre la miró y vio que se trataba de un hombre que vestía una túnica verde, era alto, con unas manos que le llegaban más abajo de las rodillas. Tenía un aspecto respetable y digno, y su rostro irradiaba luz. Apostrofó a mi padre: '¡Tirano! ¡Impostor! ¿Hasta cuándo seguirás extraviado en la adoración de los ídolos prescindiendo de adorar al Rey Omnisciente? Di: 'Atestiguo que no hay Dios sino el Dios y que Mahoma, es su siervo y su enviado'. Acepta el Islam junto con tu pueblo y deja de adorar a los ídolos, pues ellos no son útiles ni sirven como intercesores. Sólo Dios merece ser adorado; Él, que ha elevado los cielos sin necesidad de columnas y ha extendido la tierra por misericordia, para con sus siervos'. Mi padre le replicó: '¿Quién eres tú ¡oh hombre!, que te niegas a adorar los ídolos hasta el punto de hablar de esta manera? ¿Es que no temes que los ídolos se enfaden contigo?' los ídolos son piedras cuyo enojo no me ha de perjudicar y cuya satisfacción no me ha de ser útil. Manda que me traigan el ídolo al que adoras y ordena a cada uno de tus súbditos que te traiga el suyo. Cuando estén presentes todos vuestros ídolos, rezad y pedidles que se enfaden conmigo; yo, por mi parte, rezaré a mi Señor para que se enoje con vosotros: veréis la diferencia que hay entre el enojo del Creador y el de sus criaturas, puesto que vosotros habéis hecho vuestros ídolos y ellos han servido de alojamiento a los demonios que son quienes os hablan desde el interior de sus estatuas. Vuestros ídolos han sido creados mientras que mi Dios es el Creador, Aquel a quien nada puede detener. Si se os muestra la Verdad, seguidla; si se os muestra la falsedad, abandonadla'. Le replicaron: '¡Danos una prueba de tu Señor para que la veamos!' Les replicó: '¡Dadme pruebas de vuestros ídolos!' El rey mandó que todo aquel que adorase un ídolo lo llevase. Todos los soldados presentaron su ídolo en la audiencia. Esto es lo que a ellos se refiere.

» "He aquí lo que me sucedió: 'Yo estaba sentada detrás de una cortina desde la que podía ver la audiencia de mi padre. Tenía un ídolo de esmeralda verde cuyo cuerpo era del mismo tamaño que el de un ser humano. Mi padre me lo mandó a pedir y yo se lo envié a la audiencia en donde lo colocaron al lado del de mi padre. El ídolo de éste era de rubí; el del visir, de diamantes; los de los jefes del ejército y de los altos funcionarios eran de jacinto, de áloe pardo, de ébano, de plata, de oro; cada uno tenía un ídolo de acuerdo con lo que le permitía su posición; los soldados y los súbditos los tenían de piedra, madera, carbón, barro; los ídolos tenían distintos colores: los había amarillos, encarnados, verdes, negros y blancos. Aquella persona dijo a mi padre: 'Reza a tu ídolo y a ésos para que se enojen conmigo'. Colocaron en fila, en la audiencia, a todos los ídolos: al de mi padre le pusieron en un trono de oro y el mío a su lado, en la presidencia. A

los demás los colocaron según el rango del dueño que lo adoraba. Mi padre se puso en pie, se prosternó ante su ídolo y le dijo: '¡Dios mío! ¡Tú eres el señor generoso; no hay ídolo superior a ti! Sabes que esta persona ha venido ante mí para ofenderte y burlarse de ti: asegura que tiene un Dios que es más fuerte que tú y nos ordena que dejemos de adorarte y adoremos a su Señor. ¡Enfádate con él, dios mío!' Siguió implorando al ídolo pero éste ni le contestó ni le replicó una sola palabra. Mi padre añadió: 'Tu costumbre no es ésta, dios mío, pues tú me contestas cuando yo te hablo ¿cómo, pues, te veo callado y sin contestar? ¿Es que estás distraído o durmiendo? ¡Despierta! ¡Auxíliame! ¡Habla!' Lo sacudió con la mano, pero no replicó ni se movió de su sitio. Aquel hombre dijo a mi padre: '¿Qué ocurre? No veo que tu ídolo te conteste'. 'Supongo que debe de estar distraído o durmiendo'. '¡Enemigo de Dios! ¿Cómo adoras a un ser que no habla y es incapaz de hacer nada? ¿Cómo no adoras a mi Señor que está próximo y contesta, está presente y no se oculta ni se descuida ni duerme?; a Él no alcanzan los pensamientos, ve y no es visto y es poderoso sobre toda cosa. Tu dios es impotente no puede, tan siquiera, apartar el peligro que le acecha y Satanás (¡lapidado sea!) se le mete dentro para extraviarte y perderte. Su demonio está ausente ahora: adora a Dios y atestigua que no hay dios sino Él; que no hay ser adorado sino Él; que sólo Él merece ser adorado; que no hay bien si de Él no proviene. Éste, tu dios, no puede apartar de sí el peligro, ¿cómo, pues, ha de poderlo apartar de ti? Observa, con tus propios ojos, su impotencia'. Se acercó y empezó a golpearle en el cuello hasta que cayó al suelo. El rey se indignó y dijo a los presentes: '¡Este ateo ha abofeteado a mi dios! ¡Matadlo!' Quisieron ponerse en pie para apalearlo, pero ninguno de ellos pudo levantarse del sitio en que estaba. Volvió a exponerles el Islam pero no se convirtieron. Entonces les dijo: '¡Os voy a mostrar el enojo de mi Señor!' Le replicaron: '¡Muéstranoslo!' Extendió las manos y exclamó: '¡Dios mío! ¡Señor mío! ¡En Ti confío y espero! Escucha la plegaria que hago contra esas gentes descreídas que comen tus frutos y adoran a otro distinto de Ti: ¡Oh, Verdad! ¡Oh, Todopoderoso! ¡Oh, Creador de la noche y del día! Te ruego que cambies a esas gentes en piedra. Tú eres todopoderoso y nada puede impedírtelo. Tú puedes hacer cualquier cosa'. Dios transformó todas las gentes de esta ciudad en piedras. Yo, cuando vi la prueba, me convertí ante la faz de Dios y me salvé de lo que les sucedió. Aquella persona se acercó a mí y dijo: 'Dios te había predestinado la felicidad. Tal era su voluntad'. Empezó a instruirme y yo presté juramento y el pacto ante él. Tenía entonces siete años de edad y ahora tengo treinta. A continuación le dije: 'Todo lo que hay en la ciudad y todos sus habitantes han quedado transformados en piedra de acuerdo con tu pía plegaria. Yo me he salvado al convertirme en tus manos. Tú eres mi maestro. Dime tu nombre, préstame tu auxilio y provéeme de alimento'. Me contestó: 'Me llamo Abu-l-Abbás al-Jidr.' Con su propia mano me plantó un granado que creció, dio hojas, floreció y dio el fruto en un instante. Me

dijo: 'Come de lo que Dios (¡ensalzado sea!) te concede y adóralo con propósito sincero'. A continuación me expuso las leyes del Islam, los requisitos para la oración, el modo de realizar la adoración y la recitación del Corán. Hace ya veintitrés años que yo adoro a Dios en este sitio: el árbol da cada día una granada que yo como y me sirve de alimento de cuando en cuando. Al-Jidr (¡sobre él sea la paz!) viene a verme cada viernes y él es quien me ha dicho tu nombre y me ha dado la buena nueva de tu llegada a este lugar. Ha añadido: 'Cuando se presente, trátalo bien, obedécelo y no lo contradigas: Sé su mujer pues él será tu marido. Ve con él a donde él quiera'. Al verte te he reconocido. Tal es la historia de la ciudad y de sus habitantes. Y la paz".

» A continuación me mostró el granado que tenía un fruto. Ella se comió la mitad y me dio la otra: jamás he probado cosa más dulce ni más pura ni más apetitosa que aquella granada. A continuación le pregunté: "¿Te satisface cumplir lo que te ha mandado tu maestro al-Jidr (¡sobre él sea la paz!): ser mi esposa y que yo sea tu marido; acompañarme a mi país y residir en la ciudad de Basora?" Replicó: "¡Sí! Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, yo escucharé tus palabras y obedeceré tu orden sin rechistar". Yo le juré cumplir el pacto y ella me condujo al tesoro de su padre. Cogimos de él todo lo que podíamos cargar, salimos de la ciudad y marchamos hasta llegar junto a mis hermanos. Vi que estaban buscándome. Me dijeron: "¿Dónde estabas? Te has retrasado y estábamos preocupados por ti". El capitán del barco me dijo: "¡Comerciante Abd Allah! El viento nos es favorable desde hace un rato, pero tú nos has impedido zarpar". Le contesté: "No hay ningún daño en ello. Tal vez el retraso nos sea favorable ya que mi ausencia ha tenido su provecho y he alcanzado con ella la suma de mis esperanzas. ¡Qué bien dijo, por Dios, el poeta!:

Cuando me dirijo a una tierra en busca de bienes, ¿cuál de estas dos cosas conseguiré?:
El bien que busco o el mal que me busca.

» Les dije: "Ved qué es lo que me ha sucedido en esta ausencia". Les mostré los tesoros que llevaba y les expliqué lo que había visto en la ciudad de piedra. Les dije: "Si me hubieseis obedecido y acompañado hubieseis conseguido muchas de estas cosas".

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:] » Me respondieron: "¡Por Dios! Si te hubiésemos acompañado no nos hubiésemos atrevido a presentarnos ante el rey de la ciudad". Contesté a mis dos hermanos:

“No hay ningún mal en ello: lo que tengo nos basta para todos y eso es nuestra suerte”. Dividí lo que llevaba en tantas partes como los que allí estábamos y las di al capitán y a mis hermanos. Yo me quedé con una parte: igual a la de los demás. Regalé lo que era más que suficiente a los criados y a los marineros. Se alegraron e hicieron votos por mí. Todos quedaron satisfechos con lo que les había dado, excepción hecha de mis dos hermanos. Éstos cambiaron de humor y se cegaron. Yo me di cuenta de que la avaricia se había apoderado de ellos y les dije: “¡Hermanos míos! Creo que lo que os he dado no os satisface. Pero yo soy vuestro hermano y vosotros sois mis hermanos: entre nosotros no existe ninguna diferencia y mis riquezas y las vuestras forman un todo único. El día en que yo me muera sólo vosotros debéis heredarme”. Seguí halagándolos. Después hice embarcar a la muchacha en el galeón, la hice ocupar un camarote, le envié algo de comer y fui a sentarme y hablar con mis hermanos. Me dijeron: “¡Hermano nuestro! ¿Cuál es tu intención con esta muchacha tan hermosa?” “Me propongo casarme con ella en cuanto lleguemos a Basora; daré una gran fiesta nupcial y la poseeré allí.” Uno de ellos dijo: “¡Hermano mío! Sabe que esa muchacha tan hermosa y tan bella me ha arrebatado el corazón. Deseo que me la entregues para ser yo quien se case con ella”. El segundo me dijo: “Yo soy el otro y me encuentro igual. Entrégamela para que me case con ella”. Les repliqué: “¡Hermanos míos! Me ha hecho prometer y jurar que yo me casaría con ella. Si yo se la entregase a uno de vosotros faltaría a la promesa que existe entre los dos y tal vez se disgustase ya que ella ha venido conmigo con la sola condición de que yo me casaría ¿cómo, pues, he de casarla con alguien distinto? Si vosotros la amáis yo la amo más que vosotros y ella me corresponde y no la entregaré jamás a ninguno de vosotros. Pero cuando lleguemos, salvos, a la ciudad de Basora os buscaré a dos muchachas de la mejor sociedad: os casaré con ellas, pagaré la dote de mis propios bienes, daré una sola fiesta nupcial y consumaremos los tres el matrimonio en la misma noche. Apartaos de esta muchacha, pues ella constituye mi lote”. Ambos se callaron y yo pensé que habían quedado conformes con mis palabras. Navegamos en dirección de la tierra de Basora. Yo enviaba a la joven comida y bebida y ella no salía de su camarote de la nave mientras yo dormía con mis hermanos, en el puente del galeón. En esta situación navegamos sin cesar durante un plazo de cuarenta días hasta que estuvimos a la vista de la ciudad. Nos alegramos de nuestra llegada. Yo seguía confiando y estaba seguro de mis hermanos puesto que sólo Dios (¡ensalzado sea!) conoce lo desconocido. Me dormí aquella noche y mientras estaba sumergido en el sueño no me di cuenta de que mis hermanos, éstos, me transportaban en sus manos: uno me cogía por las piernas y otro por los brazos, ya que ambos se habían puesto de acuerdo para arrojarme al mar a causa de aquella muchacha. Me di cuenta de que era transportado en brazos y les dije: “¡Hermanos míos! ¿Por qué hacéis tal cosa conmigo?” Me replicaron: “¡Mal

educado! ¿Cómo vendes nuestro afecto por una muchacha? Por eso te arrojamos al mar" —y a continuación me echaron al agua» .

Volviéndose hacia los dos perros les preguntó: « ¡Hermanos míos! ¿Es cierto o no lo que he dicho?» Bajaron la cabeza y empezaron a gemir como si confirmasen sus palabras. El Califa quedó admirado.

Continuó: « ¡Emir de los Creyentes! Una vez me hubieron arrojado al mar bajé hasta el fondo, pero el agua me sacó a la superficie. Sin que yo me diese cuenta un gran pájaro, del tamaño de un hombre, se abalanzó sobre mí, me cogió y remontó el vuelo conmigo por los aires. Abrí los ojos y me encontré en un palacio bien construido, de altos edificios, adornado con magníficos bajo relieves y del cual colgaban gemas de variadas formas y colores. Había allí unas muchachas en pie, con las manos cruzadas sobre el pecho. Entre ellas, sentada en un trono de oro incrustado de perlas y aljófares, vistiendo trajes a los que un hombre no podía dirigir la mirada por el gran resplandor que daban las gemas, se encontraba una mujer. Un cinturón de joyas a cuyo precio no hay riquezas que alcancen, ceñía su talle; en la cabeza llevaba una corona de tres vueltas que dejaban perplejas a la razón y al entendimiento y que arrobaban el corazón y la vista. El pájaro que me había llevado me soltó y se transformó en una muchacha que parecía el sol resplandeciente. Clavé la mirada en ella y me di cuenta que era la que había encontrado en el monte bajo forma de serpiente y a la cual había acometido la culebra enroscándola con su cola; yo, al darme cuenta de que la vencía y dominaba, la había matado con la piedra. La mujer que estaba sentada en el trono le preguntó: "¿Por qué has traído aquí a este ser humano?" Respondió: "¡Madre mía! Éste me ha salvado de perder el honor entre las hijas de los genios". A continuación volviéndose a mí preguntó: "¿Sabes quién soy?" "¡No!" "Soy aquella que estaba en tal monte y a la que acometía una culebra negra que quería destrozar mi honor. Tú la mataste". Yo dije: "Ciertamente vi una serpiente blanca junto a la culebra". "Yo era la serpiente blanca. Pero en realidad soy la hija del Rey Rojo, soberano de los genios. Me llamo Saida y esa que está sentada es mi madre que se llama Hubaraka y es la esposa del Rey Rojo. La culebra que me acosaba y quería arrebatarme la honra era el Visir del Rey Negro, llamado Darfil, hombre de pésima educación. Ocurrió que él me vio, y se enamoró de mí pidiéndome por esposa a mi padre. Mi padre le envió un mensajero que le dijo: '¿Quién eres tú, pedazo de visires, para casarte con las hijas de los reyes?' Entonces se indignó y juró que me violaría a pesar de mi padre. Empezó a seguir mis huellas y a perseguirme a dondequiera que yo fuese, pues tenía el propósito de atentar contra mi honra. Grandes guerras y fuertes encuentros tuvieron lugar entre él y mi padre, pero éste no pudo vencerlo pues era un tirano prepotente y cada vez que le ponía en un aprieto y estaba a punto de capturarlo se le escapaba. Mi padre no pudo hacer nada y yo tenía que ir adoptando cada día formas y colores distintos. Pero cada vez que yo tomaba un

nuevo aspecto, él tomaba el opuesto; cuando yo huía a un país, él aspiraba mi olor y me perseguía a aquella tierra; así sufrí grandes fatigas. Finalmente me metamorfoseé en serpiente y me dirigí a aquel monte; pero él adoptó la forma de culebra, me siguió y yo caí en su poder. Me atacó y me enfrenté con él hasta que consiguió fatigarme y ponerse encima mío, pues tenía el propósito de hacer en mí lo que le placía. Pero llegaste tú, lo atacaste con la piedra y lo mataste. Entonces, yo tomé la figura de una muchacha y me mostré ante ti diciéndote: 'El bien que se hace no se pierde más que con los hijos del adulterio'. Al ver que tus dos hermanos hacían contigo tal faena y que te arrojaban al mar he corrido a tu lado y te he salvado de la muerte. Mi padre y mi madre te han de honrar". A continuación añadió: "¡Madre mía! Hónralo del mismo modo que él ha protegido mi honor". La madre dijo: "¡Bienvenido, oh, ser humano! Tú nos has hecho un favor que merece ser reconocido". Mandó que me entregasen una túnica preciosísima que costaba un pico de dinero y me dio gran cantidad de joyas y metales preciosos". Me acompañaron ante el soberano que estaba en su audiencia: le vi sentado en un trono. Ante él se encontraban los genios y los servidores. Mi vista quedó deslumbrada al examinarlo, de tantas joyas como llevaba encima; él, al verme, se puso en pie y lo mismo hicieron sus soldados por respeto hacia él. Me saludó, me acogió bien, me honró de modo inigualable y me dio regalos de todo lo que disponía. A continuación dijo a uno de su séquito: "Cógelo, acompáñalo junto a mi hija y dile que lo conduzca al lugar de donde vino". Me devolvieron junto a Saida, su hija, y ésta cargó conmigo y con mis bienes y remontó el vuelo. Esto es lo que a mí y a Saida se refiere.

» He aquí lo que hace referencia al capitán del galeón: éste se despertó al oír el chasquido que hice cuando me lanzaron al agua. Preguntó: "¿Qué es lo que sucede en el mar?" Mis dos hermanos rompieron a llorar y empezaron a darse golpes en el pecho diciendo: "¡Qué pérdida! ¡Nuestro hermano ha caído en el mar mientras quería satisfacer una necesidad a un lado del galeón!" Después se apoderaron de mis riquezas y discutieron para ver cuál de los dos había de quedarse con la muchacha. Cada uno de ellos decía: "¡Sólo yo he de poseerla!" La querella continuó sin pensar ni en el hermano que se ahogaba, ni en el remordimiento que debían sentir por él. Mientras se encontraban en esta situación Saida descendió conmigo en el centro del galeón.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:] » …Mis hermanos, al verme, me abrazaron, se alegraron de mi llegada y empezaron a decir: "¡Hermano nuestro! ¿Cómo te encuentras después de lo que te ha ocurrido? Nuestro corazón estaba preocupado por ti". Pero Saida los increpó: "Si

hubieseis tenido afecto por él en vuestro corazón y le hubieseis amado no le hubieseis echado al mar mientras dormía. ¡Escoged la muerte que preferís!" Los agarró y quiso matarlos. Ambos chillaron diciendo: "¡Por tu honor, hermano nuestro!" Yo intercedí y le dije: "¡Apelo a tu honor! ¡No mates a mis dos hermanos!" "¡Es absolutamente necesario que los mate, pues son dos traidores!" Yo seguía apaciguándola y calmándola hasta que dijo: "Por ti no los mataré, pero los voy a embrujar". Sacó un recipiente, lo llenó con agua de mar y pronunció unas palabras que no comprendí. Después añadió: "Salid de vuestra figura humana y adoptad la perruna". Los roció con el agua y quedaron transformados en perros, tal como los ves, ¡oh. Califa de Dios!»

A continuación se volvió a los animales y preguntó: « ¿Es cierto lo que he dicho, hermanos míos?» Inclinaron la cabeza como si dijesen: « Es la pura verdad» .

Siguió: « ¡Emir de los Creyentes! Después de haberlos metamorfoseado en perros dijo a quienes estaban en el galeón: "Sabed que éste, Abd Allah b. Fadil, ha pasado a ser mi hermano y que yo pasaré a verlo cada día, una o dos veces. Encantaré a todo aquel que lo desobedezca, se rebele contra él, le levante la mano o la lengua; con ése haré lo mismo que con estos dos traidores, pues lo transformaré en perro y hasta el fin de sus días no encontrará modo de escapar". Todos le dijeron: "¡Señora mía! Todos nosotros somos sus esclavos y criados. No le desobedeceremos". A continuación me dijo: "Una vez llegues a Basora, harás inventario de todos tus bienes y si falta algo me lo dirás. Yo te lo devolveré cualquiera que sea la persona que se haya apoderado de ello y cualquiera que sea el lugar en que esté; transformaré en perro al ladrón. Una vez que hayas puesto a seguro tus bienes colocarás un collar a cada uno de estos dos perros y los atarás a los pies de la cama; los tendrás en la misma prisión y cada noche, a la media noche, irás a su lado y apalearás a cada uno de ellos hasta que pierdan el sentido. Si pasa una noche sin que los apalees acudiré yo y te daré a ti la paliza y después a ellos". Contesté: "¡Oír es obedecer!" Añadió: "Ahora átalos con cuerdas hasta que llegues a Basora". Puse en el cuello de cada uno una soga, los até al mástil y ella se marchó a sus quehaceres. Al día siguiente llegamos a Basora y los comerciantes acudieron a recibirme. Me saludaron pero ninguno de ellos me preguntó por mis hermanos. Empezaron a examinar a los perros y me dijeron: "¡Fulano! ¿Qué harás con estos dos perros que traes?" Les contesté: "Los he cuidado durante el viaje y los he traído conmigo". Se rieron de ellos y no reconocieron que eran mis hermanos. Los coloqué en una habitación y ocupé aquella noche en deshacer los fardos que contenían las telas y las gemas. Los comerciantes, con el fin de saludarme, seguían en mi casa y yo me distraje y no apaleé a mis hermanos ni los até con cadenas ni los atormenté. Así me dormí. Pero sin darme cuenta apareció la señora Saida, hija del Rey Rojo, quien me espetó: "¿No te había dicho que les colocases al cuello cadenas y que dieses una

paliza a cada uno de ellos?” Me agarró, sacó un látigo y me azotó hasta que perdí el conocimiento. Después se marchó al lugar en que estaban mis hermanos y los azotó hasta que estuvieron a punto de morir. Dijo: “Cada noche darás, a cada uno, una paliza como ésta. Si pasa una sola noche sin que los maltrates, yo te azotaré a ti”. Yo le contesté: “¡Señora mía! Mañana colocaré cadenas en sus cuellos y la próxima noche los azotaré y no dejaré de hacerlo ni una sola noche”. Ella me insistió en que debía pegarles. Al día siguiente, por la mañana, no me atreví a colocar cadenas en su cuello. Fui a ver a un orfebre y le mandé que les hiciese cadenas de oro. Las hizo. Yo las cogí, las coloqué en su cuello y los até como me había mandado. Al día siguiente los azoté, bien a pesar mío. Esto ocurría bajo el califato de al-Mahdí, el tercero de los Banu Abbás. Yo era bien visto por él, pues le había mandado regalos: me nombró gobernador y delegado suyo en Basora. Así continué durante largo tiempo después del cual me dije: “Tal vez su enojo se haya enfriado”, y una noche dejé de castigarlos. Pero ella acudió y me dio una paliza tan fuerte que no la olvidaré en mi vida. Desde entonces no he dejado de azotarles a todo lo largo del califato de al-Mahdí. Cuando murió éste y tú le sucediste me concediste la confirmación en mi cargo de gobernador de la ciudad de Basora. Así han transcurrido doce años durante los cuales yo, cada noche, los he azotado bien a pesar mío; después de darles la paliza los acaricio, me disculpo y les doy de comer y beber mientras ellos siguen encadenados. Ninguna de las criaturas de Dios (¡ensalzado sea!) conocía su existencia hasta que tú me enviaste a Abu Ishaq el cortesano, por el asunto de las contribuciones. Éste descubrió mi secreto, regresó a tu lado, te lo explicó y volviste a enviármelo por segunda vez en busca mía y de los perros. Yo he oído y obedecido tu orden, y he acudido con ellos ante ti. Me has preguntado por la verdad del asunto y te la he referido. Tal es mi historia» .

El Califa Harún al-Rasid quedó admirado de la situación de los dos perros y preguntó: « En la actualidad ¿has perdonado a tus dos hermanos los perjuicios y el daño que te causaron o no?» « ¡Señor mío! ¡Que Dios los perdone! Por mi parte están libres de culpa en ésta y en la otra vida. Soy yo quien necesita que ellos me perdonen, ya que durante doce años les he dado cada noche una paliza.» El Califa dijo: « ¡Abd Allah! Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, he de esforzarme en ponerlos en libertad y devolverlos a su prístina figura de hombres: os reconciliaré y viviréis el resto de vuestra vida como hermanos bien avenidos. Del mismo modo que tú les has perdonado ellos te perdonarán. Llévalos contigo, ve a tu habitación, esta noche no los golpees y mañana sólo recibiréis bien» . « ¡Señor mío! ¡Por vida de tu cabeza! Si dejo de azotarlos una sola noche, acude la señora Saida y me da a mí la paliza: yo no tengo el cuerpo para soportar golpes» . « ¡No temas! Te daré una carta de mi puño y letra para que la entregues a la señora Saida cuando se presente. Al leerla te perdonará y eso será mérito suyo. Si no obedece mi orden confía tu asunto a Dios y deja que te dé una

paliza como si te hubieses descuidado de azotarlos una noche; te pegará por esta causa. Pero si así ocurre y me desobedece seré yo, el Emir de los Creyentes, quien tendré que vérmelas con ella.» El Califa escribió en una hoja de unos dos dedos y después de haberlo escrito la selló y dijo: « ¡Abd Allah! Cuando aparezca Saida dile: "El Califa, el rey de los hombres, me manda que deje de azotarlos, me ha escrito esta carta y te envía sus saludos". Dale el escrito y no temas ningún daño» . El Califa le hizo prometer y jurar que no los pegaría. Abd Allah cogió los perros, se marchó a su habitación y se dijo: « ¡Ojalá supiera qué es lo que hará el Califa frente a la hija del sultán de los genios! Si le desobedece me va a dar una paliza esta noche. Pero tendré paciencia con mis palos y daré reposo a mis hermanos por esta noche, aunque por su causa tenga que ser atormentado» . Siguió meditando: « Si el Califa no estuviese bien seguro no me hubiese impedido apalearlos» . Entró en su habitación, quitó los collares del cuello de sus hermanos y exclamó: « ¡En Dios busco apoyo!» Empezó a tranquilizarlos diciéndoles: « No os ocurrirá nada malo: el quinto Califa de los Banu al-Abbás se ha empeñado en libertaros y yo ya os he perdonado. Si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, ha llegado el momento y esta noche bendita os veréis libres. ¡Alegraos y poneos contentos!» Al oír estas palabras empezaron a gemir del mismo modo que los perros…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [al oír estas palabras empezaron a gemir como los perros] y a frotar sus pies con las mejillas como si hiciesen votos por él y se humillasen. Abd Allah se entristeció y empezó a acariciarles el lomo con la mano. Así llegó la noche. Cuando pusieron la mesa les dijo: « ¡Sentaos!» Se sentaron y comieron con él en la mesa. Los criados se habían quedado estupefactos al verlo comer con los perros y decían: « ¿Está loco o carece de razón? ¿Cómo puede comer el gobernador de Basora con los perros, cuando es un personaje más importante que un visir? ¿Es que no sabe que el perro es un animal inmundo?» Empezaron a observar a los animales y vieron que comían, con discreción, a su lado. No sabían que eran sus hermanos. Siguieron mirando a Abd Allah y a los dos animales hasta que hubieron terminado de comer. A continuación Abd Allah se lavó las manos; los perros extendieron las suyas y se las lavaron, lodos los allí presentes se rieron y quedaron admirados de ellos y decían: « Jamás en nuestra vida hemos visto perros que coman y al terminar se laven las manos» . Los dos se sentaron en cojines al lado de Abd Allah b. Fadil. Nadie se atrevió a preguntar y la cosa continuó así hasta la medianoche. Entonces despidió a los criados que se fueron a dormir y él y los perros se acostaron en sus estrados. Los criados se decían unos a otros: « Se ha puesto a

dormir y los perros se han quedado con él» . Otros decían: « Desde el momento en que come con ellos en la mesa no hay inconveniente en que duerman con él. Así se comportan los locos» . No comieron nada de la comida que había quedado en el mantel diciendo: « ¿Cómo hemos de comer las sobras de los perros?» Cogieron la mesa y lo que contenía y lo tiraron, añadiendo: « ¡Está impura!» Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Abd Allah b. Fadil: antes de que pudiera darse cuenta se hendió la tierra y apareció Saida quien le preguntó: « ¡Abd Allah! ¿Por qué no los has apaleado esta noche? ¿Por qué les has quitado los collares del cuello? ¿Lo has hecho para rebelarte ante mí o por echar de menos mi orden? Pero yo te voy a apalear y a transformarte en un perro igual que ellos» . « ¡Señora mía! ¡Te conjuro por la inscripción que está grabada en el anillo de Salomón, hijo de David (¡sobre ambos sea la paz!) para que tengas piedad de mí hasta que te haya contado la causa! Después haz conmigo lo que quieras.» « ¡Habla!» Refirió: « La causa de que no les haya pegado es la siguiente: el rey de los hombres, el Emir de los Creyentes, Harún al-Rasid, me ha ordenado que no los azotase esta noche y me ha obligado con juramentos y promesas a no hacerlo. Él te envía un saludo y me ha dado este escrito de su puño y letra ordenándome que te lo entregue. Yo he obedecido y cumplido su orden, pues la obediencia al Emir de los Creyentes es una obligación. Aquí tienes el mensaje: cógelo, léelo y después haz conmigo lo que quieras» . Me dijo: « ¡Dámelo!» Se lo entregué. Lo abrió y lo leyó. Vio que tenía escrito:

« En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Escribe el rey de los hombres, Harún al-Rasid, a la hija del Rey Rojo, Saida. Y después: Este hombre ha perdonado a sus dos hermanos y ha renunciado al derecho que tenía sobre ellos: yo he dispuesto que se reconcilien y cuando se llega a la concordia se levanta el castigo. Si vosotros, genios, os oponéis a nuestras leyes, nosotros, hombres, conculcaremos las vuestras; pero si aceptáis nuestras costumbres acataremos las vuestras y ejecutaremos vuestros deseos. He dispuesto que no debes causarles más penas. Si crees en Dios y en su Enviado debes obedecer pues a mí me incumbe el asunto. Si los perdonas yo te recompensaré con aquello que mi Señor me permita. Indicio de tu obediencia será el que levantes el embrujo que pesa sobre estos dos hombres para que mañana puedan acudir ante mí salvos. Si no los desembrujas lo haré yo, a pesar tuyo, con el auxilio de Dios (¡ensalzado sea!)»

Una vez hubo leído la carta dijo: « ¡Abd Allah! Nada haré antes de ir a ver a mi padre, y haberle mostrado el escrito del rey de los hombres. Volveré, en seguida, con la contestación» . Señaló con la mano el suelo, éste se hendió y ella se sumergió. Cuando se hubo marchado, el corazón de Abd Allah voló de alegría y exclamó: « ¡Que Dios haga poderoso al Emir de los Creyentes!»

Saida se presentó ante su padre, lo informó de lo que ocurría y le mostró la

carta del Emir de los Creyentes. El Rey Rojo la besó, la colocó sobre su cabeza, la leyó y comprendió el contenido. Le dijo: « ¡Hija mía! Las órdenes del rey de los hombres deben cumplirse y sus decretos hay que acatarlos: no podemos desobedecerlo. Ve junto a esos dos hombres, desembrújalos ahora mismo y diles: "Estáis bajo la protección del rey de los hombres". Si éste se enfada con nosotros nos aniquilará hasta el último: no nos obligues a soportar lo que no podemos» . « ¡Padre mío! Pero si el rey de los hombres se enfada con nosotros ¿qué puede hacernos?» Le replicó: « ¡Hija! Puede dominarnos de varios modos: en primer lugar es un ser humano y está por encima de nosotros, en segundo, es el Vicario de Dios; en tercero es constante en las dos arracas de la plegaria de la aurora. Aunque se reuniesen, para combatirlo, todos los genios de las siete tierras no podrían emplear contra él sus trampas. Si él se enfadase con nosotros, rezaría dos arracas en la plegaria de la aurora, lanzaría contra nosotros un único grito y nos reuniríamos ante él, sumisos: somos como las ovejas en manos del matarife. Si quiere mandarnos que nos pongamos en marcha hacia una tierra inhóspita, no podemos demorarnos. Si desobedeciéramos su orden, pereceríamos todos abrasados sin encontrar escapatoria. Lo mismo nos ocurre ante cualquier fiel que rece con constancia las dos arracas de la autora: su voluntad nos obliga. No causes nuestro fin por dos hombres: corre y desembrújalos antes de que incurramos en la cólera del Emir de los Creyentes» .

La muchacha regresó junto a Abd Allah b. Fadil y lo informó de lo que le había dicho su padre añadiendo: « Besa, en representación nuestra, las manos del Emir de los Creyentes y procura conseguir que quede satisfecho de nosotros» . A continuación sacó una taza, la llenó de agua, pronunció unos conjuros y unas palabras ininteligibles, los roció con agua y dijo: « ¡Abandonad vuestra figura perruna y adoptad la humana!»

Los dos se transformaron en hombres como antes, quedando libres del embrujo. Dijeron: « ¡Atestiguo que no hay dios, sino el Dios! ¡Atestiguo que Mahoma es el enviado de Dios!» A continuación ambos se precipitaron a besar las manos y los pies de su hermano pidiéndole perdón. Les replicó: « ¡Perdonadme vosotros!» Ambos se arrepintieron de modo sincero y exclamaron: « El maldito demonio nos ofuscó y nos perdió con la codicia. Nuestro Señor nos ha castigado como merecíamos, pero el perdón es signo de generosidad» . Halagaron a su hermano al tiempo que lloraban y se arrepentían de lo que había sucedido. A continuación Abd Allah les preguntó: « ¿Qué hicisteis con mi esposa, aquella que yo había traído de la ciudad de la piedra?» . Replicaron: « Cuando Satanás nos ofuscó y te arrojamos al mar discutimos entre nosotros. Cada uno decía: "Yo me casaré con ella". La joven oía nuestras palabras y veía nuestro altercado; así comprendió que te habíamos arrojado al mar. Salió de su habitación y dijo: "No os peleéis por mí: yo no seré de ninguno de vosotros: si mi marido se ha ido al mar yo le seguiré". Se arrojó al agua y

murió» . Abd Allah dijo: « ¡Ha muerto mártir! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» Rompió a llorar amargamente y les dijo: « ¡No habéis obrado bien al hacer tal cosa y al privarme de mi mujer!» Contestaron: « Nosotros hemos pecado y nuestro Señor nos ha castigado por nuestra falta. Esto es algo que Dios nos había destinado antes de nuestro nacimiento» . Abd Allah aceptó sus excusas. Saida intervino: « ¿Te han hecho tales cosas y aún los perdonas?» « ¡Hermana mía! Quien puede castigar y perdona recibe la recompensa de Dios» . « ¡Ten cuidado, pues son dos traidores!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Saida se despidió de él y se marchó a sus quehaceres.

Abd Allah y sus hermanos pasaron el resto de la noche comiendo, bebiendo, distrayéndose y muy contentos. Al día siguiente por la mañana los condujo al baño, hizo que cada uno de ellos se pusiese una túnica que valía un pico de dinero y después pidió la mesa de comer. Desayunó con ellos. Los criados, al verlos y darse cuenta de que se trataba de sus hermanos, los saludaron y dijeron al Emir Abd Allah: « ¡Señor nuestro! ¡Que Dios te guarde por haberte reunido con tus dos queridos hermanos! ¿En dónde han estado durante este tiempo?» « Los habéis visto bajo forma de perros. ¡Loado sea Dios que los ha librado de su cárcel y del tormento doloroso!» Los tomó consigo y los condujo a la audiencia del Califa Harún al-Rasid. Se presentó ante éste, besó el suelo, hizo los votos de rigor deseándole larga duración del poder y del bienestar y el cese de todo daño o desgracia. El Califa le saludó: « ¡Bienvenido, Emir Abd Allah! ¡Cuéntame lo que te ha sucedido!»

Refirió: « ¡Emir de los Creyentes! ¡Que Dios aumente tu poder! Yo, tomando conmigo a mis hermanos, me dirigí a mi departamento, tranquilo por la suerte de ambos gracias a tu intervención, ya que habías salido fiador de su liberación. Me dije: “Los reyes jamás fracasan en aquello en que se empeñan; su celo los auxilia”. Les quité los collares, me confié a Dios y comí con ellos en la misma mesa.

Los servidores, al ver que comía con seres en forma de perros, creyeron que yo estaba mal de la cabeza. Se dijeron, unos a otros: “Tal vez está loco ¿cómo puede comer con perros el gobernador de Basora, cuando él es más importante que los visires?” Tiraron la comida que había quedado y dijeron: “No comemos las sobras de los perros”. Tenían a menos mi razón y yo oía sus palabras sin contestarles, dado que ellos no sabían que se trataba de mis hermanos. Cuando llegó la hora de acostarse los despedí y me dormí. Sin que pudiera darme cuenta la tierra se hendió y surgió Saida, la hija del Rey Rojo: estaba furiosa conmigo y

sus ojos eran como fuegos» . Así siguió contando al Califa todo lo que le había sucedido con ella y con su padre y cómo les había sacado de su figura perruna transformándolos en seres humanos. A continuación añadió: « ¡Helos aquí, ante ti, Emir de los Creyentes!» El Califa se volvió y contempló dos jóvenes que parecían lunas. Dijo: « ¡Que Dios te recompense por mí, oh, Abd Allah, por haberme informado de las virtudes, que ignoraba! Si Dios lo quiere jamás en toda mi vida dejaré de rezar un par de arracas antes de la aparición de la aurora» . A continuación reprendió a los dos hermanos de Abd Allah b. Fadil por lo que habían hecho con anterioridad. Se disculparon ante el Califa. Les dijo: « Daos la mano y perdonaos. ¡Que Dios os perdone lo pasado!» Volviéndose a Abd Allah añadió: « ¡Abd Allah! Los nombro tus ayudantes. Cuida de ellos» . Recomendó a los dos hermanos que obedecieran a su hermano, les cargó de dones y, después de concederles innumerables regalos, les mandó que regresasen a la ciudad de Basora.

Salieron contentísimos de la audiencia del Califa mientras que éste quedaba muy satisfecho de la ventaja que había conseguido con todo este movimiento, esto es: las virtudes anejas al rezo de las dos arracas antes de la aparición de la aurora. Murmuraba: « Razón tuvo quien dijo: “Las desgracias de unos llevan la felicidad a otros”» . Esto es lo que hace referencia a ellos y al Califa.

He aquí lo que hace referencia a Abd Allah b. Fadil: dejó la ciudad de Bagdad en compañía de sus hermanos cubierto de honor y favores. Viajaron hasta llegar a la ciudad de Basora. Los grandes y los nobles salieron a recibirlos y engalanaron la ciudad. Les hicieron entrar en medio de un cortejo y las gentes hacían votos por él, quien, a su vez, distribuía el oro y la plata. Todos hicieron fervientes palabras por su persona, pero nadie hizo caso de sus hermanos. El corazón de éstos se llenó de celos y de envidia a pesar de que Abd Allah les trataba con tanto miramiento como si fuesen ojos enfermos de tracoma. Pero cuantas más atenciones les tenía, más aumentaba su desprecio y su envidia. Se ha dicho en este sentido:

> He tratado con atención a toda la gente. Pero es difícil tratar con atención a quien envidia.
> ¿Pues cómo hay que tratar a quien envidia el bienestar si sólo le ha de satisfacer el fin de éste?

A continuación dio a cada uno de ellos una esclava incomparable, los rodeó de criados, eunucos, pajes y esclavos blancos y negros; cuarenta de cada clase; entregó a cada uno cincuenta caballos de pura raza, soldados y séquito; les concedió rentas y tributos y los nombró sus asistentes. Les dijo: « ¡Hermanos míos! Vosotros sois mis iguales y no hay diferencia entre nosotros.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual

le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Abd Allah prosiguió:] » …El poder pertenece, después de Dios y del Califa, a mí y a vosotros: vosotros gobernaréis Basora, tanto si yo estoy presente como ausente, y vuestras disposiciones serán ejecutivas. Pero ¡temed a Dios en vuestro gobierno y guardaos de cometer injusticia, pues si éstas son constantes causan la ruina! Practicad la justicia, pues si se ejercita con reiteración trae la prosperidad. No seáis injustos con los vasallos, pues si los fuerais os maldeciría y la noticia llegaría hasta el Califa: la ignominia nos cubriría. No permitáis que se cometa injusticia con nadie y si ambicionáis los bienes de la gente, arrebatadme los míos en la cantidad que preciséis: no se os oculta lo que en los versículos del Corán se dice sobre la injusticia. ¡Qué bien dijo el autor de estos versos!:

La injusticia se encuentra latente en el alma del hombre y sólo la impotencia la oculta.
El inteligente no se embarca en un asunto si no ve que ha llegado el tiempo oportuno.
La lengua del perspicaz reside en el corazón mientras el corazón del ignorante está en su boca.
Quien no es mayor que su entendimiento muere en manos de lo que es más despreciable.
La verdadera naturaleza del hombre está oculta, pero a través de sus actos se descubre lo escondido.
Quien no es de buena tela no muestra la bondad por su boca.
Quien en sus acciones imita al estúpido será igual a éste en la ignorancia.
Quien informa a la gente de su secreto consigue que sus enemigos se lancen contra él.
Basta al hombre con preocuparse de lo que le interesa y dejar lo que no le importa» .

Siguió amonestando a sus hermanos mandándoles que ejercitasen la justicia y se abstuviesen de la iniquidad; creía que gracias a los buenos consejos que les daba llegarían a amarlo. Después, teniendo confianza en ellos, los cargó de honores. Pero a pesar de todos los honores aumentaron su envidia y los celos.

Sus hermanos Nasir y Mansur se reunieron. El primero dijo al segundo: « ¡Hermano mío! ¿Hasta cuándo hemos de permanecer a las órdenes de nuestro hermano Abd Allah que goza de tanta autoridad y prestigio? Después de haber sido comerciante ha llegado a ser un personaje; en cambio, nuestra posición no ha aumentado, nada nos queda y no tenemos valor alguno: él se burla de nosotros

al nombrarnos sus asistentes. ¿Qué razón de ser tiene esto? ¿a qué estamos a su servicio y a sus órdenes? Mientras él se encuentre bien y en auge nosotros no podremos conseguir nada. Alcanzaremos nuestro objetivo si lo matamos y nos apoderamos de sus riquezas y solo podremos poseerlas después de su muerte. Si lo matamos conseguiremos el señorío y nos apoderaremos de todo lo que hay en sus depósitos: aljófares, gemas y tesoros. Después los repartiremos, prepararemos un regalo para el Califa y le pediremos el gobierno de Kufa: tú serás gobernador de Basora y yo lo seré de Kufa; o bien tú lo serás de Kufa y yo lo seré de Basora. Entonces cada uno de nosotros tendrá rango y poder. Pero no podremos conseguirlo sin matarlo» . Mansur contestó: « Tienes razón en lo que dices, pero ¿qué haremos para matarlo?» « Uno de nosotros dará un banquete en su casa. Lo invitaremos y lo serviremos con el máximo cuidado. Transcurriremos la velada hablando, contándole historias, chistes y anécdotas hasta que su corazón se fatigue por la larga velada. Le prepararemos un lecho para que duerma, y una vez haya conciliado el sueño caeremos sobre él, lo estrangularemos y lo arrojaremos al río. Al amanecer diremos: "Su hermana, la genio, vino, mientras estaba sentado con nosotros, y le dijo: '¡Pedazo de hombre! ¿Qué poder tienes para ir a quejarte de mí al Emir de los creyentes? ¿Crees que lo tememos? Igual que él es un rey, nosotros somos reyes y si no mejora su educación a nuestro respecto le mataremos del modo más infame. Yo te mato para ver qué se saca de la mano del Emir de los creyentes'. A continuación lo agarró, se hendió la tierra y desapareció con él. Al verlo caímos desmayados y al recuperar el conocimiento no hemos podido saber qué es lo que ha hecho con él". Mandaremos un mensajero al Califa para que le informe y él nos nombrará para substituirlo. Al cabo de un tiempo le enviaremos un precioso regalo y le pediremos el gobierno de Kufa. Uno de nosotros se quedará en Basora y el otro irá a Kufa. Gozaremos en paz del territorio, mantendremos atemorizados a los súbditos y conseguiremos nuestro deseo.» « ¡Lo que dices es perfecto, hermano!» Ambos se pusieron de acuerdo para dar muerte a su hermano y Nasir preparó un banquete. Dijo a Abd Allah: « ¡Hermano mío! Yo soy tu hermano y deseo que me complazcas: acude junto con Mansur a una comida en mi casa con el fin de que yo pueda gloriarme de que se diga: "El Emir Abd Allah cenó en casa de sus hermano Nasir". Abd Allah le contestó: « No hay inconveniente, hermano, pues no hay diferencia entre nosotros dos y tu casa es mi casa. Sólo el vil rechazaría la invitación a una comida» . Volviéndose a su hermano Mansur le preguntó: « ¿Me acompañarás a casa de tu hermano Nasir? Gozaremos de su hospitalidad y le complaceremos» . « ¡Hermano mío! ¡Por vida de tu cabeza que no he de acompañarte si no me juras que después de salir de casa de mi hermano Nasir acudirás a mi casa y gozarás de mi hospitalidad! ¿O es que Nasir es tu hermano y yo no? Igual como le complaces a él me debes complacer a mí.» « No hay el menor inconveniente y lo haré de buen grado.

Una vez haya salido de casa de tu hermano visitaré la tuya. Si él es mi hermano tú también lo eres.» Nasir besó la mano de Abd Allah, salió de la audiencia y preparó el banquete. Al día siguiente, Abd Allah montó a caballo, tomó consigo a un grupo de sus soldados y a su hermano Mansur y marchó al domicilio de su hermano Nasir. Entró y se sentó junto con sus acompañantes y su hermano. El huésped colocó las mesas y los acogió bien. Comieron, bebieron, disfrutaron y se distrajeron. Quitaron las mesas y los platos, y se lavaron las manos. Pasaron el día comiendo, bebiendo, divirtiéndose y jugando hasta la llegada de la noche. Después de cenar rezaron la plegaria del ocaso y de la noche y se sentaron a conversar. Mansur contaba historias y Nasir contaba historias mientras Abd Allah las escuchaba. Se encontraban solos en el palacio, pues el resto de los soldados se había ido a otro lugar. No pararon de contar chistes, historias, relatos y anécdotas hasta que el corazón de su hermano Abd Allah se fatigó por lo largo de la vela y el sueño le venció.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas ochenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que le pusieron en el lecho y él se desnudó y se durmió. Los dos hermanos se tendieron a su lado, en otro lecho, y esperaron hasta que quedó profundamente dormido. Al cerciorarse de que estaba sumergido en el sueño, se pusieron en pie y se arrodillaron a su lado. Abd Allah se despertó, los vio encima del pecho y les preguntó: « ¿Qué es esto, hermanos?» Le replicaron: « No somos tus hermanos ni te conocemos, mal educado. Es preferible que mueras a que sigas viviendo.» Colocaron sus manos en el cuello y lo estrangularon: perdió el mundo de vista y se quedó sin movimiento. Creyendo que había muerto y encontrándose el alcázar junto al río, lo arrojaron al agua. Al caer Dios mandó en su auxilio un delfín. Este animal tenía por costumbre ir al pie del palacio, ya que su cocina tenía una ventana que daba al mar y el delfín acudía a recoger los desechos que flotaban junto al agua. El delfín frecuentaba aquel lugar. Aquel día habían tirado muchos restos a causa del banquete y había comido más que ningún otro día adquiriendo así una gran fuerza. Cuando oyó el chapoteo de la caída del cuerpo en el agua acudió rápidamente y encontró a un ser humano. Quien todo lo dirige lo guió: lo cargó en su lomo, cruzó por en medio del agua y no dejó de nadar hasta alcanzar la otra orilla y dejarlo tendido en tierra. El lugar en que le había abandonado se encontraba en un camino transitado. Pasó por allí una caravana, sus miembros lo vieron tendido junto al agua y dijeron: « Este es un ahogado al que el mar ha arrojado a la orilla» . Todos los miembros de aquella caravana se reunieron para observarlo. El jefe de la misma era un hombre de bien, que dominaba las ciencias y era un experto médico y un excelente fisonomista. Les preguntó: « ¡Gentes! ¿Qué es lo que

ocurre?» Le contestaron: « Aquí hay un náufrago que está ahogado» . El jeque se acercó a él, lo contempló y dijo: « ¡Gentes! Este joven tiene vida; es hijo de gente muy distinguida, bien educada, poderosa y que vive en el bienestar. Si Dios lo quiere aún hay esperanza» . Lo recogió, le puso una túnica, lo calentó, curó y trató con cariño durante tres jornadas hasta que volvió en sí. Pero era víctima de temblores y la extrema debilidad lo consumía. El jefe de la caravana le medicaba con unas hierbas que él conocía. Siguieron viajando durante treinta días y alejándose de Basora el mismo número de jornadas. El jeque lo cuidaba. Entraron en una ciudad llamada Awch que se encuentra en el país de los persas y se hospedaron en una fonda. Le prepararon un lecho y se acostó; pero pasó la noche quejándose. Las gentes se inquietaron por sus gemidos. Al día siguiente el portero de la fonda se presentó ante el jefe de la caravana y le preguntó: « ¿Quién es ese enfermo que traes? Nos inquieta» . « Lo vi en el camino, junto al mar: es un náufrago. Le he cuidado pero no tengo éxito y aún no se ha curado.» « Preséntalo a la piadosa Rachina.» « ¿Quién es esa piadosa Rachina?» « Aquí vive una santa mujer virgen que se llama la piadosa Rachina. Cada vez que tenemos un enfermo lo llevamos ante ella. Pasa una sola noche y al día siguiente se encuentra curado, como si no hubiese estado enfermo.» El jeque de la caravana dijo: « ¡Guíame hasta ella!» Le replicó: « ¡Coge a tu enfermo!» Lo cogió. El portero de la fonda lo precedió hasta llegar a un oratorio. Vio allí personas que entraban con donativos y otras que salían contentas. El portero de la fonda entró hasta llegar ante una cortina. Dijo: « ¡Con permiso, piadosa Rachina! ¡Acepta este enfermo!» Contestó: « ¡Mételo detrás de esta cortina!» El portero dijo a Abd Allah: « ¡Entra!» Ése entró, la miró y vio que se trataba de su esposa, la que había recogido en la ciudad de piedra. La reconoció y le reconoció. La saludó y le saludó. Le preguntó: « ¿Quién te ha traído hasta este lugar?» Le explicó: « Cuando vi que tus hermanos te arrojaban al agua y se querellaban por mí, me tiré al mar. Mi jeque, al-Jidr abu-l-Abbás, me alcanzó y me trajo a este oratorio concediéndome permiso para curar a los enfermos. Hizo pregonar por la ciudad: “Todo aquel que esté enfermo, acuda a la piadosa Rachina”. Me dijo: “Permanece en este oratorio hasta el momento en que llegue tu esposo”. Yo acepté; a todo enfermo que venía, le colocaba las manos encima y al día siguiente amanecía curado. Mi fama se extendió por el mundo, he recibido presentes de las gentes, tengo grandes riquezas, gozo de fama y honor y toda la gente de este país ruega por mí en sus oraciones» . Tras esto le impuso las manos y quedó curado por un decreto de Dios (¡ensalzado sea!). Al-Jidr seguía acudiendo a visitarla la noche de cada viernes; el día en que Abd Allah se había reunido con su esposa era viernes. Al caer la noche, después de una buena cena, se sentaron los dos a esperar la llegada de al-Jidr. Éste acudió, los sacó del oratorio y los dejó en el alcázar de Abd Allah b. Fadil en Basora y se marchó. Al día siguiente por la mañana el joven se encontró en el alcázar y lo reconoció.

Oyó que la gente estaba alborotada: se asomó por la ventana y vio que sus dos hermanos habían sido crucificados sobre un madero.

He aquí la causa de esto último: Al día siguiente, después de haber arrojado al mar a su hermano, rompieron a llorar y a decir: « La mujer genio ha raptado a nuestro hermano» . Prepararon un regalo y lo enviaron al Califa informándole de la noticia y pidiéndole el gobierno de Basora. El soberano los hizo presentar, los interrogó y le explicaron lo que hemos mencionado. El Califa se puso furioso y al caer la noche rezó las dos arracas de antes de la aparición de la aurora, tal y como tenía por costumbre, y llamó a las banderías de los genios. Acudieron sumisos ante él. Les preguntó por Abd Allah y le juraron que ninguno de ellos le había hecho daño. Dijeron: « No tenemos noticia de él» . Saida, la hija del Rey Rojo, informó al Califa de toda la historia. Entonces los despidió. Al día siguiente sometió a Nasir y a Mansur al tormento del palo y ambos confesaron. El Califa se indignó con ellos y dijo: « ¡Llevadlos a Basora y crucificadlos ante la puerta del palacio de Abd Allah!» Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a Abd Allah: Éste mandó que enterrasen a sus dos hermanos, marchó a Bagdad y explicó al Califa desde el principio hasta el fin de su historia y lo que sus hermanos habían hecho con él. El Califa se admiró de todo, hizo comparecer al juez y a los testigos y mandó escribir el acta de su matrimonio con la muchacha que había recogido en la ciudad de piedra. Tuvo relaciones con ella y ambos se instalaron en la ciudad de Basora hasta que se presentó el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos. ¡Gloria al Viviente, al que no muere!

HISTORIA DE MARUF EL ZAPATERO

SE cuenta, ¡oh rey feliz!, que en la ciudad de El Cairo —la bien protegida— vivía un hombre que remendaba zapatos viejos. Se llamaba Maruf. Tenía una mujer llamada Fátima y apodada al-Urra. Se le dio este apodo porque era libertina, pérfida, desvergonzada y muy intrigante. Dominaba a su marido, y no perdía ocasión para cubrirlo de injurias y maldiciones. El marido temía su maldad y se asustaba de sus malas artes, pero como era hombre inteligente se avergonzaba por su honor. Si ganaba mucho, lo gastaba para su mujer, y si ganaba poco, se vengaba en su propio cuerpo la misma noche, destruyendo su salud y haciendo de la noche una de las páginas del libro del destino. Era, tal como dijo el poeta:

> ¡Cuántas noches he pasado con mi mujer del peor modo posible!
> ¡Ojalá antes de presentarme ante ella le hubiese dado un tóxico y la hubiese envenenado!

He aquí una de las muchas cosas que le ocurrieron con su mujer. Ésta le dijo: « ¡Maruf! Quiero que esta noche me traigas *kunafa* con miel de abejas» . Le contestó: « ¡Ojalá Dios (¡ensalzado sea!) me facilite su adquisición y pueda traértela esta noche! Hoy no tengo dinero; pero nuestro Señor proveerá» . « ¡No entiendo esas palabras!

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la mujer de Maruf prosiguió:] » … Tanto si lo facilita como si no, has de traerme *kunafa*, la que tiene miel de abeja; si vienes sin la *kunafa* he de hacer que tu noche sea como la suerte que tuviste cuando te casaste conmigo y caíste en mi mano.» Él replicó: « ¡Dios es generoso!» Salió con miedo en el cuerpo, rezó la oración de la mañana y abrió la tienda, mientras decía: « Te ruego, Señor mío, que me concedas algo con que comprar la *kunafa*, librándome del daño de esa libertina en la próxima noche» . Permaneció sentado en la tienda hasta el mediodía, pero no recibió ningún encargo. Se llenó de terror al pensar en su esposa. Se puso en pie, cerró la tienda y quedó perplejo ante lo que le sucedía por culpa de la *kunafa*, ya que no tenía ni para comprar un pedazo de pan. Pasó ante la tienda de un pastelero, quedó estupefacto, y sus ojos se cubrieron de lágrimas. El pastelero, al verlo, le preguntó: « ¡Maestro Maruf! ¿Qué te ocurre, que lloras? ¡Cuéntame lo que te sucede!» Le explicó la historia y añadió: « Mi esposa es una fiera y me ha pedido *kunafa*. He permanecido en la tienda hasta medio día, pero no he ganado ni para un pedazo de pan, y le tengo miedo» . El pastelero se echó a reír y dijo:

« ¡No temas! ¿Cuántas libras quieres?» « ¡Cinco!» Le pesó las cinco libras y le dijo: « Tengo la manteca, pero no dispongo de miel de abejas; en cambio tengo caramelo, que es mejor que la miel de abejas. ¿Qué inconveniente hay en que, en vez de miel, sea caramelo?» Maruf se avergonzó, pues tenía que pedirle que esperase a cobrar. Le dijo: « Dame el caramelo» . El pastelero frió la *kunafa* con la manteca, la sumergió en caramelo, y el guiso quedó dispuesto para servirse a los reyes. Le preguntó: « ¿Necesitas pan y queso?» « ¡Sí!» Tomó cuatro medios dirhemes de pan, uno de queso y la *kunafa*, que valía diez. Le dijo: « Maruf: te llevas quince medios dirhemes. Ve junto a tu esposa, disfruta y quédate este medio dirhem para los gastos del baño; ya me darás el dinero dentro de uno, o dos o tres días o cuando puedas. No seas severo con tu mujer, pues yo esperaré hasta que los dirhemes que tengas sean superiores a tus gastos» . Maruf cogió la *kunafa*, el pan y el queso, y se marchó haciendo votos por él y con el espíritu tranquilo. Decía: « ¡Gloria a Ti, Señor mío! ¡Cuán generoso eres!» Se presentó ante su mujer, y ésta le preguntó: « ¿Has traído la *kunafa*?» « Sí» . Y se la dio. La mujer la miró y vio que era caramelo. Le dijo: « ¿Es que no te he dicho: “Tráela con miel de abejas”? Has hecho todo lo contrario de lo que deseaba, y la has traído con caramelo de azúcar de caña» . Se excusó y le dijo: « La he comprado a crédito» . « ¡Son vanas palabras! ¡Sólo comeré la *kunafa* si está hecha con miel de abejas!» La mujer, indignada con la *kunafa* se la arrojó y le dijo: « ¡Levántate, espíritu de contradicción, tráeme de la otra!» Le dio un puñetazo que le hizo saltar un diente. La sangre corrió hasta el pecho, y se puso tan furioso que golpeó a su mujer en la cabeza. Ella lo agarró por la barba y empezó a gritar: « ¡Musulmanes!» Los vecinos entraron, libraron sus barbas de las manos de la mujer y cubrieron a ésta de injurias e improperios. Le dijeron: « Todos nosotros nos conformamos con comer *kunafa* hecha de caramelo de azúcar. ¿Por qué te muestras tan dominante con este pobre hombre? Esto es una falta de tu parte» . Siguieron insistiendo hasta que reconciliaron a los dos esposos. Pero en cuanto se hubo marchado la gente, la mujer juró que no comería *kunafa*. El hambre dominaba al remendón, quien se dijo: « Ella ha jurado que no la comerá pero yo sí me la comeré» . La mujer, al verlo comer exclamó: « ¡Ojalá se convirtiera en veneno y te estropeara el cuerpo!» Él replicó « No será como dices» . Siguió comiendo, riéndose y diciendo: « Tú has jurado que no comerás de esto. Pero Dios es generoso, y si Él lo quiere, mañana por la noche te traeré *kunafa* con miel de abejas y te la comerás tú sola» . Siguió consolándola, mientras ella lo maldecía, no paró de injuriarlo e increparlo hasta la mañana. Al amanecer se dispuso a pegar al marido. Éste le dijo: « Espera a que regrese sin la *kunafa*» . Salió hacia la mezquita, rezó, se fue a la tienda, la abrió y se sentó. Apenas acababa de instalarse cuando aparecieron dos alguaciles enviados por el juez. Le dijeron: « ¡Ven a hablar con el cadí! Tu mujer ha presentado una

querella contra ti. Ella es así y asá». La reconoció y dijo: «¡Que Dios (¡ensalzado sea!) la castigue!» Se puso en pie y los acompañó hasta encontrarse ante el cadí. Vio allí a su mujer con el brazo vendado y el velo teñido de sangre. Estaba en pie, llorando y secando sus lágrimas. El juez le dijo: «¡Oh, hombre! ¿Es que no temes a Dios? (¡ensalzado sea!) ¿Cómo apaleas y partes el brazo a esta mujer? ¿Cómo le arrancas un diente y la tratas así?» El marido replicó: «Si le he pegado y arrancado un diente, condéname. Pero la historia es ésta y ésta, y los vecinos nos han reconciliado». Le refirió todo desde el principio hasta el fin. El cadí era un hombre de bien: sacó un cuarto de dinar y le dijo: «¡Oh, hombre! Coge esto dale la *kunafa* con miel de abejas y reconciliaos». «¡Entrégaselo a ella!» Ella lo cogió, y el juez dijo: «¡Mujer! Obedece a tu marido. ¡Hombre! Ten compasión con ella». Salieron reconciliados de delante del cadí, y la mujer tomó un camino y el marido otro, que lo condujo a la tienda. Se sentó. Poco después aparecieron los alguaciles, que le dijeron: «¡Paga nuestros honorarios!» «El cadí no me ha cobrado nada antes, al contrario, me ha dado un cuarto de dinar». «Nosotros nada tenemos que ver con lo que el cadí te haya dado o te haya quitado. Si no nos pagas nuestros honorarios, los cobraremos a la fuerza.» Lo arrastraron al zoco, vendió sus utensilios, les entregó medio dinar y entonces se marcharon. El remendón apoyó la mejilla en su mano y se sentó, triste, ya que carecía de instrumentos con que trabajar. Mientras se encontraba así, se le presentaron dos hombres de mal aspecto, que le dijeron: «¡Hombre! Ven a hablar con el cadí: tu mujer ha presentado una querella contra ti». Les replicó: «¡El juez nos ha reconciliado!» «Nosotros venimos de parte de otro juez; tu mujer se ha querellado ante el nuestro». Se puso en pie mascullando injurias contra su mujer. Al verla, le dijo: «¡Hija legítima! Pero, ¿es que no nos hemos reconciliado?» «¡Entre nosotros dos no hay reconciliación posible!» El marido se acercó al juez, le refirió la historia y añadió: «El juez Fulano nos ha reconciliado hace un momento». El cadí la increpó: «¡Desvergonzada! Si os habéis reconciliado, ¿por qué has venido a querellarte ante mí»? «¡Es que después me ha vuelto a pegar!» «Bueno: reconciliaos, tú no volverás a pegarle, y ella no volverá a desobedecerte.» Se reconciliaron. El juez añadió: «¡Paga los honorarios a los alguaciles!» Él los pagó y regresó a su tienda. La abrió y se sentó como un beodo, pues estaba completamente trastornado. Mientras se encontraba así, acudió un hombre, que le dijo: «¡Maruf corre, escóndete! Tu mujer ha presentado una querella ante el Tribunal Supremo, y sus esbirros vienen en tu busca». Cerró la tienda y huyó en dirección a Bab al-Nasr. De la venta de sus enseres e instrumentos le habían quedado cinco medios dirhemes de plata. Compró cuatro de pan y uno de queso, mientras huía. Todo esto ocurrió en invierno, al mediodía. Cuando ya se encontraba entre los montículos de desperdicios, lo sorprendió una lluvia torrencial que empapó su ropa. Entró en al-Adiliyya y encontró un lugar en ruinas y un depósito destrozado y sin puerta.

Penetró en él para resguardarse de la lluvia, ya que todas sus cosas estaban empapadas de agua. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas; deprimido por lo que le había pasado, decía: « ¿Adonde huiré para escapar de esta desvergonzada? ¡Te ruego, Señor mío, que me conduzcas a alguien que me lleve a un remoto país, de modo que ella no conozca mi camino!» Mientras se encontraba sentado llorando, se hendió la pared y salió de ella una persona de elevada estatura y de un aspecto tal que producía escalofríos. Le preguntó: « ¡Oh, hombre! ¿Qué te sucede para intranquilizarme así esta noche? Yo habito este lugar desde hace cien años, y jamás he visto a nadie entrar en él y hacer lo que tú has hecho. Exponme tu deseo y yo satisfaré tus necesidades. Mi corazón siente compasión por ti» . Maruf preguntó: « ¿Quién y qué eres?» « Soy el habitante de este sitio.» El remendón le explicó todo lo que le había sucedido con su esposa. El otro le preguntó: « ¿Quieres que te lleve a un país cuyo camino sea desconocido por tu esposa?» « ¡Sí!» « Súbete en mis hombros.» subió y lo transportó desde el ocaso a la aurora, hasta dejarlo en la misma cima de un monte elevado.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [después] le dijo: « ¡Ser humano! Desciende de la cima de este monte; te encontrarás en el umbral de una ciudad: entra en ella; tu mujer no sabrá el camino ni podrá alcanzarte» . Lo dejó y se marchó. Maruf se quedó perplejo y aturdido hasta la salida del sol. Se dijo: « Me pondré en marcha y bajaré del monte a la ciudad. Seguir aquí no tiene interés alguno» . Bajó a la falda del monte y se encontró ante una ciudad de altas murallas, elevados alcázares y lujosos edificios: constituía el encanto de todos los que la contemplaban. Entró por la puerta de la misma y vio que ésta regocijaba el corazón entristecido. Recorrió el zoco. Los habitantes de la ciudad lo miraban. Formaron círculo en torno a él y examinaron sus vestidos, ya que no se parecían a los de ellos. Uno de los habitantes le preguntó: « ¡Oh, hombre! ¿Eres extranjero?» « ¡Sí!» « ¿De dónde?» « De la feliz ciudad de El Cairo.» « ¿Hace mucho que la has dejado?» « Ayer al mediodía.» Aquel hombre se echó a reír y clamó: « ¡Gentes! ¡Venid! ¡Ved a este hombre! ¡Oíd lo que dice!» Preguntaron: « ¿Qué dice?» « Asegura que es de El Cairo y que ayer al mediodía salió de la ciudad.» Todos se rieron y las gentes se aglomeraron. Dijeron: « ¡Hombre! ¿Estás loco para decir tales palabras? ¿Cómo aseguras que dejaste El Cairo ayer al mediodía si ahora estás aquí? Entre nuestra ciudad y la de El Cairo hay un año entero de marcha» . Les replicó: « Yo no estoy logo; lo estáis vosotros. Yo he dicho la verdad: este pan es de Egipto, y aún está fresco» . Les mostró el pan y empezaron a examinarlo y admirarlo, ya que no se parecía al pan de su país. El gentío iba en aumento. Decían: « Esto es pan de El Cairo, miradlo» . Maruf se

hizo célebre en aquella ciudad: unos lo creían, mientras que otros se burlaban de él. Entonces se acercó un comerciante; iba montado en una mula y lo seguían dos esclavos. Lo dejaron pasar y dijo: « ¡Gentes! ¿No os avergonzáis de reuniros en torno a este hombre forastero y de burlaros y reíros de él? ¿Qué os sucede con él?» Siguió riñéndolos hasta que los grupos se disolvieron sin que nadie se atreviese a contestarle. Luego dijo a Maruf: « ¡Acércate, amigo mío! Ésos no han de causarte ningún daño, no tienen vergüenza» . Lo llevó consigo y lo condujo a una casa amplia y lujosa. Le hizo sentarse en un estrado regio y dio órdenes a los esclavos. Éstos abrieron una caja, sacaron una túnica de comerciante muy valiosa y se la hizo poner. Maruf era de buen ver, y con ella daba la sensación de ser el síndico de los mercaderes. Después, el comerciante pidió la mesa y la colocaron ante él; contenía preciosos platos y guisos de todas clases. Comieron y bebieron. Le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Cómo te llamas?» « Me llamo Maruf, y soy zapatero remendón.» « ¿De qué ciudad eres?» « De El Cairo.» « ¿De qué barrio?» « ¿Es que conoces El Cairo?» « Soy uno de sus hijos.» « Soy de Darb al-Ahmai.» « ¿Y a quién conoces de ese barrio?» « A Fulano y a Zutano» , y le citó a mucha gente. Le preguntó: « ¿Conoces al jeque Ahmad al-Attar?» « Somos vecinos, pared por pared.» « ¿Está bien de salud?» « ¡Sí!» « ¿Y cuántos hijos tiene?» « Tres: Mustafá, Muhammad y Alí.» « ¿Y qué ha hecho Dios de sus hijos?» « Mustafá está bien, es un sabio maestro; Muhammad es droguero y ha abierto una tienda al lado de la de su padre; se ha casado, y su mujer ha dado a luz un hijo que se llama Hasán.» « ¡Que Dios te alegre siempre con buenas noticias!» , interrumpió el mercader. Maruf siguió: « Alí fue mi compañero de infancia, y siempre jugábamos juntos, nosotros íbamos, disfrazados de cristianos, a las iglesias de éstos; robábamos sus libros y los vendíamos; con lo que sacábamos comprábamos cosas. Una vez los cristianos nos vieron y nos cogieron con un libro. Se quejaron a nuestras familias y dijeron a su padre: “Si no impides que tu hijo nos perjudique, nos quejaremos al rey”. Los tranquilizó y dio a Alí una soberbia paliza que fue causa de que huyese y no se supo adonde había ido. Hace ya veinte años que está ausente, y no se sabe nada de él» . El mercader le replicó: « Pues yo soy Alí, el hijo del jeque Ahmad al-Attar; tú, Maruf, eres mi amigo» . Ambos se saludaron. El mercader siguió: « ¡Maruf! Cuéntame la causa de tu venida desde El Cairo a esta ciudad» . Le refirió la historia de su esposa, Fátima al-Urra, y lo que había hecho con él, y añadió: « Cuando sus malas artes se abatieron sobre mí, huí en dirección a Bab al-Nasr. La lluvia me mojó, y me metí en un almacén en ruinas situado en al-Adiliyya. Me senté a llorar. El habitante de aquel lugar se presentó ante mí: era un *efrit* de los genios. Me interrogó y le expliqué mi situación. Me hizo subir en sus hombros y voló conmigo durante toda la noche entre la tierra y el cielo. Después me depositó en el monte y me informó de la existencia de la ciudad. Entré en ella, la gente se agrupó a mi alrededor y me interrogó. Les contesté:

“Yo salí ayer de El Cairo”. No me querían creer. Pero llegaste tú, alejaste a la gente que tenía a mi alrededor y me trajiste a esta casa. Tal es la causa de mi marcha de El Cairo. ¿Y tú, por qué has venido aquí?»

Refirió: « El atolondramiento —tenía siete años— se apoderó de mí. Desde entonces voy dando vueltas de país en país y de ciudad en ciudad. Así llegué a ésta, que se llama Ajtiyan al-Jatán. Vi que sus habitantes son personas generosas e indulgentes, que conceden sus favores al pobre, lo auxilian y dan crédito a todo lo que dice. Les dije: “Soy comerciante y he llegado antes que mis mercancías. Deseo un lugar en el que poder depositar mis efectos”. Me vaciaron un almacén. Añadí: “¿Hay alguno de vosotros que pueda prestarme mil dinares hasta que lleguen mis mercancías? Le devolveré lo que me haya prestado, pues ahora mismo necesito algunas cosas”. Me dieron lo que quería. Me dirigí al zoco de los comerciantes y allí vi algunas mercancías, que compré. Al día siguiente las vendí y gané cincuenta dinares; compré otras. Empecé a frecuentar el trato de la gente, me mostré generoso, me gané su aprecio y me dediqué a comprar y vender. Mis riquezas crecieron. Sabe, hermano mío, que el autor de los refranes dice: “El mundo es engaño e intriga: en los países en que nadie te conoce, puedes hacer lo que quieres”. Si tú dices a todo aquel que te lo pregunte que eres pobre y remendón, que has huido de tu mujer y que sólo ayer saliste de El Cairo, no te creerán y te tomarán a chacota mientras permanezcas aquí. Si dices: “Un *efrit* me ha transportado” huirán de tu lado y nadie se acercará a ti. Dirán: “Éste es un hombre embrujado, y todo el que se acerque a él recibirá daño”. Esta propaganda nos perjudicará a los dos, pues saben que yo soy de El Cairo» . Maruf preguntó: « ¿Qué he de hacer?» « Yo te enseñaré, si Dios (¡ensalzado sea!) lo quiere, cómo te has de comportar. Mañana te daré mil dinares y una mula, en la que montarás: un esclavo te precederá hasta que llegues a la puerta del zoco de los mercaderes. Entrarás. Yo me encontraré sentado entre los demás. En cuanto te vea, me pondré en pie, te saludaré, besaré tu mano y te trataré con todos los honores. Cada vez que yo te pregunte por una clase de telas y te diga: “¿Has traído de tal clase?”, contestarás: “¡Muchísima!” Si me preguntan por ti, yo te alabaré y te haré aparecer como persona importante ante sus ojos. A continuación les diré: “Alquiladle un depósito y una tienda”. Te describiré como persona rica y generosa. Si se te acerca un pobre, le das cuanto puedas. Creerán mis palabras, quedarán convencidos de tu importancia y de tu generosidad y alcanzarás aprecio. Después te invitaré a ti y a todos los comerciantes, para que te conozcan y tú los conozcas…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Alí prosiguió:] » ”…así podrás

vender y comprar, tomar y dar, y al cabo de poco tiempo serás dueño de grandes riquezas.» Al día siguiente por la mañana le entregó mil dinares, le hizo ponerse una túnica y montar en un corcel, y le entregó un esclavo. Le dijo: « ¡Que Dios te libre pronto de todo! Ya que tú eres mi compañero, debo tratarte con honor. No te preocupes, deja de pensar en la conducta de tu mujer y no la menciones a nadie» . Maruf le replicó: « ¡Que Dios te pague tanto bien!» Montó en la mula, y el esclavo lo precedió hasta dejarlo en la puerta del zoco de los comerciantes, lodos éstos se encontraban sentados, y Alí, entre ellos. Al verlo, se puso en pie y se arrojó en sus brazos exclamando: « ¡Qué día bendito es éste, comerciante Maruf! ¡Haces buenas obras y traes favores!» Le besó la mano delante de todos los comerciantes, y exclamó: « ¡Hermanos míos! ¡Os presento al comerciante Maruf!» Lo saludaron, y Alí empezó a hacer su elogio y a darle importancia ante sus ojos. Lo hizo bajar de la mula y todos lo saludaron. Alí fue hablando a solas con cada mercader, haciendo el elogio de su compañero. Le preguntaron: « ¿Es un mercader?» « Sí, es uno de los mayores; no hay ninguno tan rico como él, ya que sus bienes, los de su padre y los de sus abuelos, son famosos entre los comerciantes de El Cairo. Tiene socios en la India, el Sind y el Yemen, y es famoso por su generosidad. Reconoced su valor y colocadlo en su puesto; poneos a su servicio. Sabed que no ha venido a esta ciudad para comerciar, sino para distraerse viendo los países de la gente. Él no necesita ir al extranjero para obtener beneficios y ganancias, ya que el fuego no puede destruir los bienes que posee. Yo soy uno de sus criados.» Siguió haciendo su elogio hasta que los comerciantes lo consideraron muy superior a ellos y empezaron a contarse sus cualidades unos a otros. Luego se acercaron y le ofrecieron bocadillos y sorbetes, hasta que llegó el síndico de los mercaderes. El comerciante Alí empezó a decirle, delante de los demás: « ¡Señor mío! ¿Has traído tal tipo de tela?» Él contestó: « ¡En gran cantidad!» Aquel mismo día, Alí había mostrado a Maruf distintas clases de telas de gran valor, y le había enseñado los nombres de los tejidos caros y baratos. Uno de los comerciantes le preguntó: « ¡Señor mío! ¿Has traído tela amarilla?» « ¡En gran cantidad!» « ¿Y de color rojo como la sangre de gacela?» « ¡En gran cantidad!» A todos los que le preguntaban por algo, les contestaba: « ¡En gran cantidad!» Entonces dijo uno: « ¡Comerciante Alí! Si tu compatriota quisiera traer mil piezas de telas valiosas, ¿las traería?» Y Alí replicó: « Las traería de uno cualquiera de sus depósitos y no se notaría en él disminución alguna» . Mientras se encontraban sentados, pasó un pobre, el cual dio la vuelta al ruedo de comerciantes: unos le dieron medio dirhem; otros, una moneda, y la mayoría no le dio nada. Así llegó hasta Maruf, el cual cogió un puñado de oro y se lo entregó. El mendigo hizo los votos de rigor y se marchó. Los comerciantes se quedaron admirados y dijeron: « Éstos son dones propios de reyes: le ha dado oro sin cuento. Si no fuese una persona que vive en el mayor bienestar y dispone de grandes riquezas, no habría dado al

mendigo un puñado de oro» . Al cabo de un rato se le acercó una mujer pobre. Maruf cogió otro puñado de oro y se lo entregó. La mujer se marchó haciendo los votos de rigor y lo refirió a los pobres. Éstos acudieron ante él, uno después de otro. Cada vez que se le presentaba un pobre, cogía un puñado de oro y se lo entregaba. Así terminó con los mil dinares. Entonces dio una palmada y exclamó: « ¡Dios nos basta, pues es el mejor de los intercesores!» El síndico de los comerciantes le preguntó: « ¿Qué te ocurre, mercader Maruf?» Él contestó: « La mayoría de los habitantes de esta ciudad son pobres y miserables. Si lo hubiera sabido, me habría traído en la alforja una gran cantidad de dinero para dárselo a los pobres. Temo que mi ausencia se prolongue, y no es propio de mi natural el no responder a los pobres. Pero ya no me queda más oro. Si se presenta un pobre, ¿qué le diré?» Le replicó: « Dile: “Que Dios te ampare”» . « No es ésta mi costumbre, y la pena me embarga por ello. ¡Si tuviera mil dinares para hacer limosna hasta que lleguen mis cosas!» El otro dijo: « ¡No hay inconveniente!» , y mandó a uno de sus criados que le llevase mil dinares. Se los entregó, y él siguió dando limosnas a todos los pobres que pasaban por su lado, hasta que el almuédano llamó a la oración del mediodía. Entraron en la mezquita, rezaron la oración y Maruf arrojó lo que le quedaba de los mil dinares, por encima de la cabeza de los que rezaban. La gente lo miró e hizo los votos de rigor. Los comerciantes estaban admirados de su desprendimiento y generosidad. Luego se dirigió a otro comerciante, le pidió prestados otros mil dinares y los distribuyó también. El comerciante Alí observaba lo que estaba haciendo, pero no podía hablar. Esta situación siguió así hasta que el almuédano anunció la oración de la tarde. Entró en la mezquita, rezó y distribuyó el resto de dinero. Cuando cerraron la puerta del mercado, había tomado en préstamo cinco mil dinares. Todo aquel que le había prestado decía: « Si quieres más dinero mientras llegan tus mercancías, yo te lo prestaré, y si quieres telas puedes disponer de ellas, ya que tengo muchas» .

Por la noche, el comerciante Alí lo invitó a él y todos los comerciantes; le hizo sentar en la presidencia y sólo le habló de telas y joyas. Cada vez que le citaban algo, contestaba: « Lo tengo en abundancia» .

Al día siguiente se dirigió al mercado y empezó a visitar a los comerciantes; tomó dinero en préstamo y lo distribuyó entre los pobres. Siguió haciendo lo mismo veinte días, durante los cuales llegó a recibir en préstamo sesenta mil dinares; pero no llegaban las mercancías ni la ardiente peste. La gente empezó a preocuparse por sus bienes, y dijo: « Las mercancías del comerciante Maruf no llegan. ¿Hasta cuándo tomará en préstamo para darlo a los pobres?» Uno de ellos dijo: « Lo mejor es hablar con su compatriota, el comerciante Alí» . Corrieron a éste y le dijeron: « ¡Comerciante Alí! Las mercancías de Maruf no han llegado» . Él contestó: « Esperad, pues no cabe duda de que llegarán dentro de poco» . Luego, se quedó a solas con su amigo y le dijo: « ¡Maruf! ¿Qué significan

estas acciones? ¿Te he dicho que tostases el pan o que lo quemases? Los comerciantes están inquietos por sus bienes, y me han dicho que te llevan prestados sesenta mil dinares, que tú has tomado y distribuido entre los pobres. ¿Cómo liquidarás a la gente si no compras ni vendes nada?» Maruf le replicó: « ¿Qué ocurre? ¿Qué son sesenta mil dinares? Cuando lleguen las mercancías, les daré lo que quieran, oro o plata» . « ¡Dios es grande! ¿Pero es que tienes mercancías?» « ¡Muchas!» « ¡Que Dios y los hombres te castiguen por tu frescura! ¿Es que te he enseñado tales palabras para que me las repitas a mí? Lo explicaré a la gente.» « Ve y no hables en demasía. ¿Es que acaso soy un pobre? Mis mercancías ascienden a mucho. Cuando lleguen, cada uno tomará el doble de lo que me ha prestado. Yo no las necesito.» El comerciante Alí, exasperado, exclamó: « ¡Mal educado! Te haré ver lo que cuesta mentirme sin avergonzarse» . « Haz lo que te parezca; ellos esperarán hasta que lleguen mis mercancías, y recibirán sus préstamos con los intereses.» Dicho esto, Maruf lo dejó y se marchó. Alí se dijo: « Antes lo he elogiado. Si ahora lo vitupero, quedaré como un embustero, por lo que me podrán aplicar el proverbio: “Quien alaba y luego vitupera, miente dos veces”» . Quedó perplejo sobre lo que debía hacer. Los comerciantes acudieron a él y le preguntaron: « ¡Alí! ¿Le has hablado?» « ¡Gentes! Tengo vergüenza. Yo le he dejado mil dinares y no puedo pedírselos. Vosotros, al darle el dinero, no me habéis consultado ni me habéis dicho palabra. Reclamádselo, y si no os lo devuelve, quejaos al rey de la ciudad. Decidle: “Es un insolvente y nos ha engañado”. El rey os librará de él.» Corrieron ante el soberano y lo informaron de lo ocurrido. Dijeron: « ¡Rey del tiempo! Estamos perplejos ante lo que nos sucede con ese comerciante cuya generosidad va en aumento. Hace tal y tal cosa. Reparte a puñados entre los pobres todo lo que toma en préstamo; si se tratara de un pobre, no se hubiese permitido dar el oro a manos llenas a los indigentes; y si fuera un hombre de buena posición, la llegada de sus mercancías nos lo habría confirmado. Pero nosotros no hemos visto sus mercancías, a pesar de que él pretende tenerlas y dice que sólo se ha adelantado a su llegada. Cada vez que le citamos una clase cualquiera de ropa, dice: “¡Tengo muchísima!” Ha transcurrido ya un plazo prudencial sin que aparezcan sus mercancías, y él nos debe sesenta mil dinares, que ha repartido, íntegramente, entre los pobres, que le dan las gracias y hacen el elogio de su generosidad» . Aquel rey era avaro, más codicioso que Ashab. Al oír mencionar la generosidad y el desprendimiento de Maruf, la codicia lo cegó y dijo a su visir: « Ese comerciante ha de tener grandes riquezas, pues de lo contrario no sería tan generoso. Sus mercancías llegarán sin duda alguna; entonces reunirá a esos comerciantes y los colmará de bienes. Pero yo tengo más derecho que ellos. Quiero tratarlo bien y demostrarle afecto hasta que lleguen sus mercancías. Así, lo que hayan de quitarle esos comerciantes se lo quitaré yo y lo casaré con mi hija; de esta forma juntaré sus bienes a los míos» .

El visir le dijo: « ¡Rey del tiempo! Yo creo que es un impostor; el impostor es quien arruina la casa del codicioso» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey dijo:] « Lo pondré a prueba y sabré si es impostor o persona sincera; si ha sido educado en el desahogo, o no.» « ¿Cómo lo probarás?» « Tengo una gema. Lo mandaré a buscar y haré que comparezca ante mí. Cuando esté sentado, lo trataré con honor y le entregaré la gema. Si la reconoce y sabe su precio quiere decir que es persona de bien y de posición desahogada. Si no la reconoce, sabremos que es un impostor y un charlatán y lo mataré del modo más infame.» El rey mandó buscar a Maruf y lo hizo presentar. Una vez ante él, lo saludó y le devolvió el saludo; luego lo hizo sentar a su lado. Le preguntó: « ¿Eres tú el comerciante Maruf?» « ¡Sí!» « Los comerciantes aseguran que les debes sesenta mil dinares. ¿Es verdad lo que dicen?» « ¡Sí!» « ¿Y por qué no les das su dinero?» « Que esperen hasta que lleguen mis mercancías, y les daré el doble: si quieren oro, les daré oro; si prefieren plata, se la daré, y si desean mercancías, las tendrán; a quien me haya prestado mil, le daré dos mil como recompensa por haberme salvado la faz ante los pobres, pues yo tengo grandes riquezas.» El rey le dijo a continuación: « ¡Comerciante! Coge esta gema, mira de qué clase es, y tásala» . Le entregó una piedra del tamaño de una avellana, que el rey había comprado por mil dinares; como no tenía otras, la sobrevaloraba. Maruf la cogió con la mano, la estrujó entre el pulgar y el índice y la rompió, ya que la gema era delicada y frágil. El rey le preguntó: « ¿Por qué has roto la gema?» Maruf rompió a reír y replicó: « ¡Rey del tiempo! ¡Esto no es una gema! ¡Esto es un pedazo de mineral que vale mil dinares! ¿Cómo puedes decir que es una gema? Una gema cuesta, cuando menos, setenta mil dinares, y esto no es más que un pedazo de piedra. Todo aquello que no llega al tamaño de una nuez, carece de valor para mí y no me interesa. ¿Cómo tú, que eres rey, dices que esto es una gema cuando en realidad es un pedazo de mineral que vale mil dinares? Pero tenéis disculpa, ya que sois pobres y no poseéis tesoros de valor» . El rey le contestó: « ¡Comerciante! ¿Tienes gemas como ésas de las que hablas?» « ¡Muchas!» La avaricia del rey fue en aumento, y le dijo: « ¿Me darás gemas verdaderas?» « Cuando lleguen mis mercancías te daré muchas, de cualquier clase que me las pidas; te las regalaré.» El rey se alegró y dijo a los comerciantes: « Id a vuestros quehaceres y esperad hasta que lleguen las mercancías. Entonces volved: yo os daré lo que os pertenezca» . Los comerciantes se marcharon. Esto es lo que hace referencia a Maruf y a los comerciantes.

He aquí ahora lo que se refiere al rey: recibió al ministro y le dijo: « Trata con miramientos al comerciante Maruf. Tómalo contigo, habla con él y dile que se podría casar con mi hija: así nos haremos con los tesoros que posee» . El visir objetó: « ¡Rey del tiempo! El aspecto de este hombre no me gusta, y creo que es un falsario y un embustero. Quítate eso de la cabeza y no pierdas a tu hija en vano» . El visir, con anterioridad, había pedido al rey que lo casase con su hija. El rey había querido casarla, pero la muchacha, al enterarse, no había accedido. El rey lo increpó: « ¡Traidor! Tú no quieres mi bienestar porque anteriormente me pediste a mi hija y ella no aceptó casarse contigo. Por eso ahora quieres cortar el camino de su matrimonio. Tú querrías que mi hija quedase en barbecho hasta que tú pudieras casarte con ella. Pero oye esto: tú no tienes nada que ver en este asunto. ¿Cómo puede ser impostor y embustero si ha tasado la gema en el mismo precio en que la he comprado, y la ha roto porque no le gustaba y porque dispone de muchas otras gemas? Cuando se presente ante mi hija, verá que es bella, le sorberá el seso y le dará gemas y tesoros. Tú quieres impedir que mi hija y yo nos hagamos con esos tesoros» . El visir calló, pues temía que el rey se encolerizase con él. Se dijo: « Azuza los perros contra el rebaño» . Fue en busca del comerciante Maruf y le dijo: « La majestad del rey te ama; tiene una hija muy hermosa y bella y quiere casarla contigo. ¿Qué opinas?» « Que no hay inconveniente alguno en ello, pero ha de esperar hasta que lleguen mis mercancías, pues la dote de las hijas de los reyes es crecida, y su rango exige que dicha dote sea apropiada a su categoría. En este momento no tengo dinero. Que espere hasta que lleguen las mercancías, pues tengo grandes riquezas y he de gastar en la dote cinco mil bolsas; además, necesitaré otras mil para distribuirlas entre los pobres y los indigentes la noche en que consume el matrimonio; mil más para darlas a los que formen parte del cortejo, sin contar las mil que he de emplear en dar comidas a los soldados y otras personas. Necesito, además, cien gemas para dárselas a la princesa el día siguiente de la noche de bodas, y otras cien para distribuirlas entre criados y eunucos; a cada uno le daré una. Y todo esto para enaltecer el rango de la novia. Quiero, además, vestir a mil pobres desharrapados y hacer limosnas. Todo esto es imposible si no me llegan las mercancías. Yo tengo bienes tan grandes, que una vez aquí mi equipaje, no me preocuparán esos gastos.» El visir corrió a informar al rey de lo que había dicho. El soberano le replicó: « Si tal es su intención, ¿cómo puedes decir que es un impostor y un embustero?» « ¡Pues sigo diciéndolo!» El rey se enfadó con él, lo reprendió y le dijo: « ¡Por vida de mi cabeza! Si no dejas de decir esas palabras, te mataré. Ve a su lado y tráelo ante mí, pues yo me entenderé con él» . El visir fue a buscarlo y le dijo: « ¡Ven a hablar con el rey!» « ¡Oír es obedecer!» Una vez ante el soberano, este le dijo: « No te disculpes de esa manera, pues mis tesoros están repletos. Quédate con las llaves, gasta lo que necesitas, da lo que quieras, viste a los pobres, haz lo que te plazca y no te

preocupes por mi hija y las esclavas. Cuando lleguen tus fardos, darás a tu esposa lo que tu generosidad te aconseje. Nosotros esperaremos que lleguen tus efectos para recibir la dote nupcial. Entre nosotros dos no hay diferencia alguna» . Luego ordenó al jeque del Islam que escribiese el contrato de matrimonio de la hija del rey con el comerciante Maruf. Después se dedicó a preparar la fiesta y mandó engalanar la ciudad y redoblar los tambores; se pusieron las mesas con toda clase de guisos y acudieron los músicos. El comerciante Maruf se encontraba sentado en una silla frente a los músicos, juglares, bufones, ilusionistas y magos. Daba órdenes al tesorero, diciéndole: « ¡Trae oro y plata!» Le llevaban lo que él pedía, y él recorría las filas de los espectadores y daba un puñado a cada músico; era generoso con pobres e indigentes y vestía a los desharrapados. Era una fiesta de campanillas en la que el tesorero apenas tenía tiempo para ir del tesoro a la casa. El corazón del visir estaba a punto de estallar de ira, pero no podía hablar. El comerciante Alí estaba admirado del despilfarro de tanta riqueza. Dijo al comerciante Maruf: « ¡Que Dios y los hombres caigan sobre tu sien! ¿Es que no te basta con haber dilapidado los bienes de los comerciantes? ¿Tienes que acabar ahora con las riquezas del rey?» El comerciante Maruf le replicó: « ¡Nada te importa! Cuando lleguen mis mercancías, se lo devolveré al rey con creces» . Siguió despilfarrando el dinero y se dijo: « ¡Maldita peste! Lo que sea, será. No puede escaparse al destino» . Las fiestas duraron cuarenta días. El día cuadragésimo primero se formó el cortejo nupcial para acompañar a la novia. Delante de ella iban todos los emires y soldados. Al llegar ante Maruf, éste empezó a arrojar oro a manos llenas por encima de las cabezas de las personas. Se formó un cortejo enorme, al cual distribuyó gran cantidad de dinero. Lo condujeron ante la reina. Maruf se sentó en un estrado alto. Quitaron los velos, cerraron las puertas, salieron y lo dejaron a solas con la novia. Maruf dio una palmada y se sentó, triste, durante un rato, mientras daba palmadas. Decía: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» La reina le preguntó: « ¡Señor mío! ¡Ten tranquilidad! ¿Por qué estás preocupado?» « ¡Cómo no he de estar preocupado si tu padre me ha puesto en un aprieto y me ha hecho una faena igual a la de aquel que quema la cosecha estando verde!» « ¿Qué es lo que te ha hecho mi padre? ¡Dímelo!» « Me ha presentado a ti antes de que lleguen mis mercancías. El menor de mis deseos consistía en distribuir cien gemas a tus esclavas, a una por cabeza, de modo que se alegraran y dijesen: “Mi señor me ha dado una gema la noche en que ha consumado el matrimonio con mi señora”. Con ello pretendía aumentar tu prestigio y acrecentar tu nobleza. No tengo por qué ser parco en dar joyas, desde el momento en que dispongo de muchas.» La princesa le replicó: « No te preocupes ni te entristezcas por esta causa. Por mí no te aflijas, pues esperaré a que lleguen tus mercancías. No te atormentes por mis esclavas: quítate los vestidos y disfruta. Cuando lleguen las mercancías nos haremos con esas y otras gemas» . Maruf se puso de pie, se quitó los vestidos, se

sentó en la cama, buscó la excitación y empezó a entusiasmarse: colocó la mano en la rodilla de la muchacha y ésta se sentó en su regazo y le colocó los labios en la boca. Así llegó la hora en que el hombre olvida al padre y a la madre; Maruf la estrechó, la abrazó contra su pecho y le chupó los labios hasta que corrió la miel de su boca. Colocó la mano bajo el axila derecha y los miembros de los dos, todos, temblaron ansiando la unión; la acarició entre los senos, se desplazó entre sus muslos, se hizo ceñir con sus piernas, realizó las dos operaciones y chilló: « ¡Oh, padre de los dos velos!» Frotó la yesca, encendió la mecha y la apuntó hacia la brújula; prendió fuego, y derribó la torre por sus cuatro costados. Así tuvo lugar el acontecimiento por el cual no se pregunta. La muchacha exhaló el alarido de rigor…

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la muchacha exhaló el alarido de rigor] y el comerciante Maruf le arrebató la virginidad. Aquella noche no puede contarse entre las vividas porque juntó la unión con la bella, abrazos, excitaciones, besos y caricias hasta la mañana. A la mañana siguiente, Maruf se dirigió al baño, en el que se puso una túnica regia, y al salir se dirigió a la audiencia del rey. Todos los presentes se pusieron de pie ante él y lo recibieron con respeto y honor; lo felicitaron y pidieron para él toda suerte de bendiciones. Se sentó al lado del rey y preguntó: « ¿Dónde está el tesorero?» Le contestaron: « Aquí, ante ti» . Dirigiéndose a él, añadió: « Trae trajes de Corte y dáselos a los visires, a los emires y a los altos funcionarios» . El tesorero le llevó todo lo que le había pedido y se sentó; daba a todo aquel que se le acercaba y regalaba a cada persona según su rango. En esta situación siguió durante veinte días, sin que llegaran sus mercancías ni cosa alguna. Entonces, el tesorero, puesto en el máximo aprieto, aprovechó una ausencia de Maruf para presentarse ante el rey. Éste y el visir estaban sentados. El tesorero besó el suelo ante el soberano y le dijo: « ¡Rey del tiempo! He de informarte de algo, pues me reprenderías si no lo hiciera: sabe que el tesoro está exhausto, que no quedan riquezas, salvo unas pocas, y que dentro de diez días se habrán terminado por completo» . El rey dijo: « ¡Visir! Las mercancías de mi yerno se retrasan, y no tenemos noticias de ellas» . El visir se echó a reír y exclamó: « ¡Que Dios sea indulgente contigo, rey del tiempo! Ignoras voluntariamente el modo de obrar de ese impostor embustero. ¡Juro por vida de tu cabeza que no hay mercancías ni peste que nos libre de él! Te ha ido engañando hasta gastar tus riquezas y casarse con tu hija, sin tener nada. ¿Hasta cuándo te despreocuparás de ese embustero?» « ¡Visir! ¿Qué hay que hacer para saber la verdad?» « ¡Rey del tiempo! El secreto del hombre sólo lo conoce la mujer. Envía a buscar a tu hija para que se coloque

detrás de la cortina y yo pueda interrogarla sobre la verdad, para que ella lo examine y nos informe de su situación.» « ¡No hay inconveniente! ¡Por vida de mi cabeza! Si se comprueba que es un impostor y embustero, le daré una muerte infamante.» Tomó consigo al visir, entró con él en el salón y mandó a buscar a su hija. Ésta fue a colocarse detrás de la cortina. Todo ocurría en ausencia del esposo. Cuando llegó, preguntó: « ¡Padre mío! ¿Qué quieres?» « ¡Habla con el visir!» « ¡Visir! ¿Qué pretendes?» El ministro contestó: « ¡Señora mía! Sabe que tu esposo ha dilapidado los bienes de tu padre y se ha casado contigo sin pagar la dote; siempre nos hace promesas y retrasa su cumplimiento; de sus mercancías no tenemos ni noticia. En resumen: queremos que nos informes» . La princesa replicó: « Palabras le sobran, en todo momento se acerca a mí y me promete joyas, tesoros y telas preciosas, pero yo no he visto aún nada» . « ¡Señora mía! Esta noche puedes decirle: "Infórmame de la verdad y no temas, pues ya eres mi esposo y yo no haré nada contra ti. Dime cuál es la situación verdadera y yo idearé algún medio para que salgas con bien de ello". Muéstrale gran amor y cariño. Ya nos informarás del resultado» . Contestó: « ¡Padre mío! Yo sé cómo he de ponerlo a prueba» . Y se marchó.

Después de la cena entró su marido, Maruf, como tenía por costumbre. La princesa se puso en pie, lo cogió del brazo, le sedujo de manera completa y lo engañó con las mil tretas que las mujeres emplean cuando quieren algo de un hombre. Siguió deslumbrándole y dirigiéndole palabras más dulces que la miel hasta que le robó el entendimiento. Cuando se dio cuenta de que Maruf estaba completamente embobado, le dijo: « ¡Amigo mío! ¡Refresco de mis ojos! ¡Fruto de mi corazón! ¡Que Dios no me atormente privándome de ti, y que el tiempo no nos separe jamás! Tu amor reside en mi corazón y el fuego de tu pasión abrasa mis entrañas. Jamás te he desobedecido. Desearía que me informases de la verdad, ya que los engaños de la mentira no son útiles y no perduran a todo lo largo del tiempo. ¿Hasta cuándo engañarás y mentirás a mi padre? Temo que descubra tu asunto antes de que nosotros hayamos podido urdir una treta. Te maltratará. Cuéntame la verdad, y sólo te sucederán cosas que te alegren. Una vez me hayas referido cuál es la verdadera situación, no habrá nada que te perjudique. Tú pretendes ser un comerciante rico y con mercancías; pero ya hace mucho tiempo que dices: "Mis mercancías, mis mercancías", sin que tengamos ninguna otra noticia de ellas. Tu cara refleja tu preocupación por esta causa. Si tus palabras no son verdad, dímelo y yo idearé un medio con el cual puedas salvarte, si Dios lo quiere» . Maruf le contestó: « ¡Señora mía! Yo te diré la verdad, y luego haz lo que quieras» . « Dime la verdad, pues la verdad constituye el navío de la salvación. Guárdate de mentir, pues la mentira infama a su autor. ¡Qué bien dijo el poeta!:

Debes decir la verdad, aunque la verdad te abrase como el fuego

prometido.

Procura que Dios quede contento de ti, pues la criatura más estúpida es aquella que irrita al Señor y contenta al siervo.»

Maruf refirió: « Sabe, señora mía, que yo no soy comerciante ni tengo mercancías de ninguna clase. En mi país era un remendón y tenía una esposa llamada Fátima al-Urra, con la cual me ha sucedido tal y tal cosa» . Le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin. La princesa se echó a reír y le dijo: « ¡Eres muy experto en el arte de mentir y enredar!» « ¡Señora mía! ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te conserve la vida para esconder las faltas y desligar las penas!» La princesa le dijo: « Sabe que has enredado a mi padre y lo has deslumbrado por completo, hasta el punto de que me ha casado contigo por avaricia. Tú has dilapidado sus bienes, mientras el ministro te ha censurado. ¡Cuántas veces ha hablado contra ti a mi padre, diciendo!: "¡Es un impostor, un embustero!" Pero mi padre no daba crédito a lo que decía, porque él me había pedido en matrimonio y yo no había aceptado. Pero ha transcurrido bastante tiempo y mi padre se encuentra incómodo. Me ha dicho: "¡Confiésalo!", y yo lo he hecho y he descubierto lo que estaba oculto. Por esta causa, mi padre quiere castigarte. Pero tú eres mi esposo y yo no te perjudicaré. Si contase tu historia a mi padre, quedaría convencido de que eres un embustero y lioso y de que buscas a las hijas de los reyes y dilapidas sus riquezas. Tu falta no obtendría su perdón, te mataría sin remedio, y las gentes se enterarían de que yo me había casado con un impostor y embustero. Esto constituiría una ignominia para mí. Si mi padre te matara, es posible que necesitara casarme con otro, y esto yo no lo consentiría, aunque tuviese que morir. Levántate, ponte un traje de mameluco, coge de mi dinero cincuenta mil dinares, monta en un corcel y márchate a un país al que no alcance la autoridad de mi padre. Dedícate al comercio, escríbeme una carta y mándala con un correo para que me la entregue en secreto. Así sabré en qué país estás y te enviaré cuanto pueda para aumentar tus bienes. Si muere mi padre, te enviaré un mensajero y entrarás aquí con pompa y honor. Y si mueres tú o muero yo y pasamos a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!), el día de la Resurrección nos reuniremos. Esto es lo más indicado. Mientras tú y yo estemos bien, no cortaré la correspondencia ni el envío de bienes. Levántate antes de que amanezca: no sabrías qué hacer, y la ruina se abatiría sobre ti» . Maruf contestó: « ¡Señora mía, dame el abrazo de la despedida!» « ¡No hay inconveniente!» Se unió a ella, se lavó, se puso un traje de mameluco y mandó a los caballerizos que le ensillaran uno de los mejores caballos. Le ensillaron un corcel. Maruf se despidió de la princesa y salió de la ciudad al fin de la noche. Todos los que lo veían creían que era uno de los mamelucos del sultán que salía de viaje por razones de servicio. Al amanecer acudieron al salón el rey y el visir. Aquél mandó buscar a la princesa, la cual acudió y se colocó detrás de la cortina.

Preguntó: « ¡Hija mía! ¿Qué dices?» « ¡Que Dios ennegrezca el rostro de tu visir, pues el propósito de éste era ennegrecer el mío ante mi esposo!» « ¿Y cómo es eso?» « Ayer, antes de que yo pudiera decirle esas palabras, entró Farach, el eunuco, con una carta, y dijo: "Al pie de la ventana del alcázar esperan diez mamelucos, que me han dado esta carta. Me han dicho: 'Besa las manos de mi señor, Maruf, el comerciante, y entrégale esta carta. Nosotros somos los mamelucos que acompañaban las mercancías. Nos hemos enterado de que se ha casado con la hija del rey y hemos venido a informarlo de lo que nos ha sucedido en el camino'". Maruf la ha leído. Decía: "De los quinientos esclavos, a la excelencia de nuestro dueño, el comerciante Maruf. Y despierte, pues hemos de informar: Cuando nos abandonaste, los beduinos nos atacaron y nos combatieron. Disponían de dos mil caballos, mientras que nosotros sólo éramos quinientos. La lucha que sostuvimos con los beduinos fue tremenda; ellos nos impedían seguir el camino, y hemos empleado treinta días en combatirlos. Ésta es la causa de nuestro retraso.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la princesa dijo: » "…la carta proseguía:] "…Se han apoderado de doscientos fardos de telas y han matado cincuenta mamelucos". Al leerlo exclamó: "¡Que Dios los defraude! ¿Por qué habrán combatido a los beduinos por doscientos fardos de mercancías? ¿Qué importan doscientos fardos? Por eso no tenían que haberse retrasado. Doscientos fardos cuestan siete mil dinares. He de ir a su lado para darles prisa. Lo que han cogido los beduinos no disminuye en nada el valor de la caravana y no me perjudica en absoluto; podía haberlo dado de limosna". Dicho esto, se ha marchado, riendo, de mi lado, sin preocuparse por los bienes perdidos ni por los mamelucos muertos. Mientras se marchaba, he mirado por la ventana del alcázar y he visto a los diez mamelucos que le llevaron la carta: parecían lunas. Cada uno de ellos vestía una túnica que costaba mil dinares. Mi padre no tiene mamelucos que puedan compararse a aquéllos. Después se marchó a reunirse con la caravana, acompañado de los mamelucos que le han traído la carta. ¡Loado sea Dios que me ha impedido pronunciar las palabras que me mandaste! Se hubiera burlado de mí y de ti, y quizá me hubiera mirado con desprecio y odiado. La falta, por entero, es de tu visir, que ha hablado acerca de mi marido con palabras inconvenientes» . El rey le contestó: « ¡Hija mía! Los bienes de tu esposo son inmensos, y no piensa en esto. Desde el día en que entró en nuestro país, da limosna a los pobres. Si Dios quiere, dentro de poco llegará con la caravana y recibiremos grandes bienes» . Empezó a tranquilizar a su hija y a reprender al ministro. El engaño se prolongaba. Esto es lo que hace referencia al

rey.

He aquí ahora lo que se refiere al comerciante Maruf: montó a caballo y cruzó tierras y desiertos. Estaba perplejo y no sabía a qué país dirigirse. El dolor de la separación le hacía sollozar; la pasión y el sufrimiento lo atormentaban. Recitó estos versos:

El tiempo ha traicionado nuestra unión: nos hemos separado; el corazón se desgarra y arde por la crueldad.
Los ojos lloran por la separación de los amados. Esto es la separación; ¿cuándo se producirá el encuentro?
¡Oh, tú, cuyo rostro brilla como la luna resplandeciente! Yo soy aquel a quien vuestro amor ha desgarrado el corazón.
¡Ojalá no hubiese estado unido a ti ni un momento! Después de nuestra bella unión, he probado la miseria.
Maruf no ha dejado de amar a Dunya. Aunque tenga que morir de pasión, ¡viva ella muchos años!
¡Oh, resplandor del Sol luminoso! Aproxímate al corazón de Maruf, que arde de amor.
¿Volverán a reunimos los días y disfrutaremos de la alegría y del encanto?
¿Nos reunirá el alcázar de la amada y abrazaré en él la rama que crece sobre la duna?
¡Oh, tú, hermoso rostro de luna que resplandeces cual sol! ¡Ojalá tu rostro brille siempre con sus galas!
Estoy contento con el amor y su peso, puesto que la felicidad en el amor es, al mismo tiempo, dolor.

Una vez hubo terminado de recitar estos versos rompió a llorar amargamente: todos los caminos se cerraban ante su casa; prefería la muerte a la vida; estaba tan perplejo, que andaba como un borracho. Avanzó sin cesar hasta el mediodía, en que llegó a un pueblo pequeño. Vio allí a un labrador que araba la tierra con dos bueyes. Maruf tenía mucha hambre. Se dirigió al labrador y le dijo: « ¡La paz sea sobre ti!» Él le devolvió el saludo, y añadió: « ¡Bien venido, señor mío! ¿Eres uno de los mamelucos del sultán?» « ¡Sí!» « Apéate aquí para que te conceda hospitalidad.» Maruf comprendió que se trataba de una persona generosa, y replicó: « ¡Hermano mío! Veo que no tienes nada para darme de comer. ¿Cómo, pues, me invitas?» El labrador le contestó: « ¡Señor mío! Los bienes se encuentran. Apéate; la aldea está cerca: iré y te traeré la comida y el pienso para tu caballo» . « Desde el momento en que el pueblo está cerca, yo mismo me llegaré hasta él en el mismo tiempo que tú; en el zoco compraré lo que desee para comer.» Le replicó: « ¡Señor mío! El pueblo es muy pequeño y no tiene zoco ni hay compraventa en él. Te ruego, por Dios, que te

hospedes en mi casa. Yo iré y volveré en seguida.» Maruf se apeó. El campesino lo dejó y fue al pueblo en busca de comida. Maruf se sentó para esperarlo. Se dijo: « He distraído a este pobre hombre de su trabajo. Pero ya que me quedo, labraré la tierra en su lugar hasta que vuelva, y así recuperará el tiempo que le hago perder» . Cogió el arado, guió a los bueyes y aró poco, porque el arado tropezó con algo. Los animales se pararon. Los azuzó, pero no pudieron seguir avanzando. Se fijó en el arado y vio que estaba enredado en una anilla de oro. Quitó la tierra que la cubría y vio que la anilla estaba sujeta al centro de una losa de mármol que tenía el tamaño de una muela. Se esforzó hasta conseguir levantarla del sitio en que se encontraba: apareció un piso con una escalera. Bajó por ella y se encontró en un lugar que parecía un baño con cuatro pabellones. El primero estaba repleto, desde el suelo hasta el techo, de oro; el segundo estaba lleno de esmeraldas, perlas y coral, desde el suelo hasta el techo; el tercero estaba repleto de jacintos, rubíes y turquesas; el cuarto estaba lleno de diamantes, de las más preciosas gemas y de toda clase de joyas. En la cabecera de aquel sitio había una caja del cristal más puro, llena de joyas sin par; cada una de ellas tenía el tamaño de una nuez. Encima de la caja había un pequeño estuche, del tamaño de un limón, que era de oro. Al verlo quedó admirado y se alegró muchísimo. Exclamó: « ¡Ojalá supiera qué es lo que hay en esa caja!» La abrió y encontró un anillo de oro en el cual estaban escritos nombres y talismanes que parecían trazos de hormiga. Frotó el anillo y oyó a alguien que decía: « ¡Heme aquí, heme aquí, señor mío! ¡Pide y te será dado! ¿Quieres construir un pueblo o arruinar una ciudad? ¿Matar a un rey o excavar el curso de un río, o alguna cosa por el estilo? Todo lo que desees ocurrirá, con el permiso del Rey Omnipotente, del Creador de la noche y del día» . Le replicó: « ¡Criatura de mi Señor! ¿Quién eres? ¿Cuál es tu historia?» Explicó: « Yo soy el criado de este anillo y estoy al servicio de su dueño. Realizaré cualquier deseo que tengas, y no intentaré disculparme de lo que me mandes. Yo soy el sultán de gentes de los genios, y mis ejércitos suman setenta y dos tribus, cada una de las cuales cuenta con setenta y dos mil individuos; uno de cada mil manda a mil genios; cada genio manda a mil criados; cada criado manda a mil demonios, y cada demonio manda a mil duendes. Todos están a mis órdenes, y nadie puede contradecirme. Yo estoy sujeto a este anillo y no puedo desobedecer a su dueño: tú lo posees, y, por tanto, soy tu criado. Pide lo que quieras, pues escucharé tus palabras y obedeceré tus órdenes. Siempre que me necesites, sea en tierra o en mar, frota el anillo y me encontrarás a tu lado. ¡Guárdate de frotarlo dos veces consecutivas! Me abrasarías con el fuego de los hombres, me aniquilarías y te arrepentirías. Te he explicado mi situación. Y la paz» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Maruf le preguntó: « ¿Cómo te llamas?» Abu-l-Saadat.» « ¡Abu-l-Saadat! ¿Qué lugar es éste? ¿Quién te ha encantado en este estuche?» « ¡Señor mío! Este lugar es un tesoro que se llama tesoro de Saddad b. Ad, el cual construyó Iram dat al-Imad[282]; en ningún país se ha construido otra ciudad parecida. Yo fui, mientras vivió, su criado. Éste fue su anillo, que depositó en su tesoro. Y te ha tocado en suerte.» Maruf le preguntó: « ¿Puedes sacar lo que hay en este tesoro a la faz de la tierra?» « ¡Sí! Es la cosa más fácil.» « ¡Pues saca todo lo que hay en él y no dejes nada!» El criado señaló con la mano al suelo y éste se hendió. Aquel ser desapareció bajo tierra y permaneció ausente un pequeño espacio de tiempo. Luego pajes jóvenes, graciosos y de rostro hermoso, salieron llevando a cuestas cestos de oro completamente repletos de oro. Los vaciaron, se marcharon, regresaron con otros y siguieron transportando oro y gemas sin interrupción. Aún no había pasado una hora cuando dijeron: « ¡Ya no queda nada en el tesoro!» Luego reapareció Abu-l-Saadat, quien dijo: « ¡Señor mío! Me he convencido de que hemos trasladado todo lo que había en el tesoro» . Maruf le preguntó: « ¿Quiénes son estos hermosos muchachos?» « Mis hijos. Este trabajo no exigía el tener que reunir a los criados, ya que mis hijos han podido satisfacer tu deseo y se han honrado sirviéndote. Pide lo que quieras, además de esto.» « ¿Puedes traerme mulos y cajas, colocar estas riquezas en las cajas y trasladar las cajas a lomos de los mulos?» « ¡Es la cosa más fácil!» Lanzó un grito estridente, y sus hijos se volvieron a presentar. Eran ochocientos. Les dijo: « Metamorfoseaos unos en mulos y otros en bellos mamelucos, de tal modo que el menor de vosotros no tenga par junto al rey de reyes; otros se transformarán en arrieros, y otros, en criados» . Hicieron lo que les había mandado. Luego llamó a los siervos y éstos acudieron ante él. Ordenó que unos se transformasen en caballos con arreos de oro incrustados de aljófares. Maruf, al ver aquello, exclamó: « ¿Y dónde están las cajas?» Las colocaron delante. Añadió: « Colocad el oro y las gemas debidamente ordenados» . Le obedecieron y lo cargaron en trescientos mulos. Maruf preguntó: « Abu-l-Saadat, ¿puedes traerme fardos de las telas más preciosas?» « ¿Las quieres egipcias, chinas, bizantinas, indias o persas?» « Trae cien fardos de telas de distintos países, cargados en cien mulos.» Le contestó: « Concédeme un plazo, a fin de que prepare a mis servidores para hacerlo y dé orden a los distintos grupos para que vayan a las ciudades y traiga cada uno los cien fardos de tela. Luego se metamorfosearán en mulos y transportarán las mercancías» . « ¿Qué plazo de tiempo?» « ¡Las tinieblas de una noche! Antes de que aparezca el día, tendrás todo lo que has pedido.» « ¡Te concedo el plazo!» A continuación les mandó que levantasen una tienda. Así lo hicieron. Se sentó y le sirvieron la mesa. Abu-l-Saadat dijo: « ¡Señor mío! Siéntate en la tienda. Estos hijos míos, los que tienes ante ti, te guardarán. No temas nada. Yo voy a reunir a

mis vasallos para enviarlos a cumplir tu deseo» . Abu-l-Saadat se marchó a sus quehaceres.

Maruf se sentó en la tienda. Tenía ante sí la mesa y a los hijos de Abu-l-Saadat, que habían adoptado figura de mamelucos, criados y eunucos. Mientras estaba sentado de esta manera, llegó el campesino con una gran cazuela de lentejas y un saco lleno de cebada. Vio la tienda levantada y los mamelucos de pie y con las manos sobre el pecho. Creyó que había llegado el sultán y acampado en aquel lugar. Se quedó perplejo y se dijo: « Si lo hubiese sabido, habría degollado dos gallinas y las habría asado con grasa de vaca para honrar al sultán» . Quiso volver atrás para degollar a las dos gallinas y hacer con ellas los honores al sultán. Pero Maruf lo vio y gritó a los mamelucos: « ¡Traédmelo!» Lo llevaron con la cazuela de lentejas y lo colocaron ante él. Maruf preguntó: « ¿Qué es esto?» Le contestó: « Tu almuerzo y el pienso de tu caballo. No me reprendas, pues yo no sabía que el sultán iba a venir a este lugar. Si lo hubiese sabido, habría degollado mis dos gallinas y habría preparado un magnífico festín» . Maruf replicó: « El sultán no ha venido, pero yo soy su yerno. Como estaba enfadado con él, me ha mandado a sus mamelucos. Éstos nos han reconciliado y ahora voy a volver a la ciudad. Tú me has preparado esta comida sin saber quién era, y yo acepto la invitación aunque se trate de lentejas: sólo comeré aquello a que me invites» . A continuación mandó que colocasen la cazuela en el centro de la mesa y comió hasta quedar harto. En cambio, el campesino se llenó el vientre de todos los exquisitos guisos. Después Maruf se lavó las manos y dio permiso a los mamelucos para que comiesen. Se abalanzaron sobre lo que quedaba en la mesa y comieron. Maruf, cuando hubo terminado con la cazuela de lentejas, la llenó de oro y dijo: « ¡Llévala a tu casa y ven conmigo a la ciudad, en donde te honraré!» El campesino cogió la cazuela llena de oro, azuzó a los bueyes y se marchó a su pueblo creyendo ser un rey.

Maruf pasó la noche en paz y tranquilidad. Unas muchachas, las esposas del tesoro, tocaron instrumentos y bailaron ante él. Pasó una de aquellas noches que no vuelve a repetirse en el curso de la vida. Al día siguiente, y antes de que pudiera darse cuenta, se levantó una nube de polvo que, al disiparse, permitió ver mulos cargados de fardos. En total eran setecientos, que transportaban telas. Junto a ellos, como arrieros, había pajes, esportilleros y antorcheros. Abu-l-Saadat apareció, como capataz, montado en una mula precedida por un palanquín con cuatro alforjas repletas de gemas. Al llegar ante la tienda, se apeó de la mula, besó el suelo y dijo: « ¡Señor mío! La cosa está completamente concluida y perfecta. Este palanquín contiene una túnica que vale un tesoro y que no tiene igual entre los vestidos de los reyes. Póntela, sube al palanquín y mándanos lo que desees» . « Abu-l-Saadat —replicó—, quiero escribir una carta, que llevarás a la ciudad de Jityan al-Jitán. Te presentarás ante mi tío, el rey, como si fueses un atento correo.» « ¡Oír es obedecer!» Maruf escribió la carta y la selló. Abu-l-

Saadat la cogió y corrió hasta hallarse ante el rey. Oyó que éste decía: « ¡Visir! Tengo el corazón apenado por mi yerno, y temo que los beduinos lo maten. ¡Ojalá supiera hacia dónde ha ido para poder mandar a las tropas que lo sigan! ¡Ojalá me hubiese informado antes de marcharse!» El visir replicó: « ¡Que Dios sea indulgente contigo por el descuido en que vives! ¡Por vida de tu cabeza! Ese hombre se ha dado cuenta de que estábamos alerta y, temiendo una desgracia, ha huido. Es un embustero y un impostor» . Entonces entró el correo: besó el suelo ante el rey e hizo los votos de rigor por la larga duración de su poder, bienestar y vida. El rey le preguntó: « ¿Quién eres? ¿Qué deseas?» Contestó: « Soy un correo que te envía tu yerno. Está a punto de llegar con la caravana, y por mi mediación te envía una carta. Ésta es.» El rey la cogió y leyó: « Paz completa a nuestro tío, el rey poderoso. Me acerco con la caravana. Sal a recibirme con las tropas» . El rey exclamó: « ¡Que Dios ennegrezca tu rostro, visir! ¡Cuánto has atentado contra el honor de mi yerno, acusándolo de impostor y embustero! Pero ahora llega con la caravana. ¡Tú eres un traidor!» El visir, completamente avergonzado, bajó la cabeza. Replicó: « ¡Rey del tiempo! Si dije tales palabras, fue debido a lo mucho que tardaba en llegar la caravana. Temía que se perdieran las riquezas que había dilapidado.» « ¡Traidor! ¿Qué representan mis bienes ahora que ha llegado la caravana? Me va a dar mucho más a cambio de ellas» . El rey mandó engalanar la ciudad, se presentó ante su hija y le dijo: « ¡Buenas noticias para ti! Tu esposo va a llegar pronto con la caravana. Me ha enviado una carta anunciándolo. Voy a salir a recibirlo» . La hija del rey se admiró de aquella situación y se dijo: « ¡Esto es algo admirable! ¿Ha querido burlarse y reírse de mí, o bien me ha puesto a prueba diciéndome que era pobre? ¡Loado sea Dios por no haber despreciado su posición!» Esto es lo que al rey se refiere.

He aquí lo que hace referencia al comerciante Alí, el egipcio. Al ver que engalanaban la ciudad, preguntó por la causa. Le dijeron: « Maruf, el yerno del rey, llega con la caravana» . Exclamó: « ¡Dios es el más grande! ¿Qué significa esta astucia? a mí se me presentó huyendo de su esposa y pobre. ¿De dónde sacará la caravana? Tal vez la hija del rey haya ideado alguna estratagema por temor del escándalo. Nada es imposible a los reyes. ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) lo proteja y no lo humille!»

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que los demás comerciantes se alegraron muchísimo porque iban a recuperar su dinero.

El rey reunió a sus tropas y salió. Abu-l-Saadat había regresado al lado de Maruf y le había informado de la entrega de la carta. Éste le dijo: « ¡Carga los fardos!» Los cargaron. Maruf se puso una túnica que valía un tesoro y montó en

el palanquín: era mil veces más imponente y digno que un rey. Después de recorrer la mitad del camino, el rey salió a su encuentro con las tropas. El soberano, al llegar a su lado, vio la túnica que vestía y que viajaba en un palanquín. Se acercó a él y lo saludó, y lo mismo hicieron todos los magnates del reino. Quedó patente que Maruf era veraz y no había mentido. Entró en la ciudad en medio de un cortejo que habría hecho estallar la vejiga de la hiel de un león. Los comerciantes corrieron ante él y besaron el suelo. El comerciante Alí le dijo: « ¡Has hecho una buena faena y la has llevado por propia mano, jeque de los impostores! Pero te lo mereces. ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te acreciente sus favores!» Maruf se echó a reír. Una vez dentro del serrallo, se sentó en el trono y dijo: « Colocad los fardos de oro en el tesoro de mi tío, el rey. Traed aquí los fardos de tela» . Se los llevaron, empezó a abrir fardo tras fardo y sacó lo que contenían. Así se abrieron los setecientos fardos. Escogió las mejores piezas y dijo: « Llevadlas a la reina para que las distribuya entre sus esclavas. Coged esta caja de gemas para que las distribuya entre criadas y criados» . Después empezó a repartir, entre los comerciantes que le habían prestado dinero, telas por el doble del importe de su deuda. Si le habían dado mil, pagaba en telas por importe de dos mil o más. Después se dedicó a repartir entre pobres e indigentes. El rey lo veía con sus propios ojos pero no podía oponerse. Siguió dando y regalando hasta haber repartido los setecientos fardos. Entonces se volvió hacia los soldado mil, pagaba en telas por importe de dos mil o más, jacintos, perlas, corales, etcétera. Daba las gemas a puñados y sin número. El rey exclamó, por fin: « ¡Hijo mío! Basta ya de tales dones: quedan pocos fardos» . Le contestó: « ¡Pero aún tengo muchos!» Así quedó claro que había dicho la verdad, y no hubo nadie que pudiera desmentirlo. Maruf sólo pensaba en dar, ya que los criados le proporcionaban cuanto pedía. Al cabo de un rato se presentó el tesorero. Se dirigió al rey y dijo: « ¡Rey del tiempo! El tesoro está lleno y no puede contener los fardos que quedan, ni el oro, ni las gemas. ¿Dónde lo colocamos?» El soberano le indicó otro lugar.

Su esposa, la princesa, estaba loca de alegría al ver aquello; admirada, se decía: « ¡Quién supiera de dónde ha sacado tantos bienes!» Los mercaderes estaban contentos por los regalos y hacían votos por él. El comerciante Alí se decía: « ¡Quién supiera cómo habrá intrigado y mentido para llegar a poseer todos estos tesoros! Si fuesen de la hija del rey, no los repartiría entre los pobres. Pero, ¡cuán bellas son las palabras de quien dijo!:

> Cuando da el rey de reyes, no preguntes por la causa.
> Dios da a quien quiere. Permanece, pues dentro del margen de la educación.»

Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey. Éste quedó profundamente admirado de la generosidad y desprendimiento de Maruf. Más tarde, éste se presentó a su esposa, quien salió a recibirlo sonriente y contenta; le besó la mano. Le preguntó: « ¿Te burlabas de mí o me ponías a prueba al decir "soy pobre y huyo de mi esposa"? ¡Loado sea Dios por no haber faltado a mis deberes para contigo! Tú eres mi amado, y nadie me es más caro que tú, seas rico o pobre. Quiero que me digas qué pretendías con tales palabras» . « Pretendía ponerte a prueba para saber si tu amor era sincero, o si sólo se debía a las riquezas y a las seducciones del mundo. Me he convencido de que tu amor es sinceró, y como me quieres de verdad, sé bien venida, pues ahora conozco tu valor.» Maruf se aisló y frotó el anillo. Abu-l-Saadat se presentó y dijo: « ¡Heme aquí! ¡Pide lo que quieras!» Deseo una túnica magnífica para mi esposa y joyas estupendas entre las que se encuentre un collar con cuarenta gemas sin par.» « ¡Oír es obedecer!» , y en seguida le llevó lo que le había pedido. Después de despedir al criado, cogió las joyas y la túnica, se presentó ante su mujer y colocó todo ante ella. Le dijo: « Cógelo y póntelo. Es un regaló de bienvenida» . La princesa, al verlo, perdió la razón de alegría. Entre las joyas se encontró dos ajorcas de oro cuajadas de gemas, que habían sido hechas por magos; pulseras, pendientes y anillos de gran valor. Se puso la túnica y las joyas y dijo: « ¡Señor mío! Quiero guardarlo para las fiestas» . « ¡Póntelas para diario! ¡Tengo tantas!» Las criadas la vieron una vez vestida. Se alegraron mucho y fueron a besar las manos de Maruf. Éste las dejó, y cuando estuvo a solas, frotó el anillo. Apareció el criado, a quien dijo: « Tráeme cien túnicas con sus adornos» . « ¡Oír es obedecer!» Y le llevó las túnicas, con sus correspondientes adornos. Las cogió y llamó a las criadas. Éstas se acercaron a él. Dio una túnica a cada una de ellas; se las pusieron y quedaron como huríes: la reina, entre ellas, parecía la Luna, y sus esclavas, las estrellas.

Una de las criadas explicó al rey lo ocurrido. Éste acudió a visitar a su hija y la contempló: quedó absorto al ver a la princesa y a sus esclavas. Estaba profundamente admirado. Salió, mandó llamar al visir y le dijo: « ¡Ha ocurrido tal y tal cosa! ¿Qué dices del asunto?» « ¡Rey del tiempo! Esta situación no es propia de los comerciantes. Los comerciantes guardan las piezas de algodón largos años, y sólo las venden para obtener beneficios. ¿Desde cuándo los comerciantes tienen una generosidad como la suya? ¿Desde cuándo pueden tener riquezas y gemas tales que no se encuentran sino en pequeña cantidad junto a los reyes? ¿Cómo se han de encontrar tales fardos entre los comerciantes? Esto tiene que tener una causa, y si me haces caso, se te hará patente la verdad del asunto.» « ¡Te haré caso, visir!» « Ve con él, trátalo con afecto, habla y dile: "¡Yerno! Tengo intención de ir contigo y el visir, sin nadie más, a un jardín para distraernos". Una vez en el jardín, serviremos la mesa del vino, yo me las ingeniaré y le serviré de beber. Cuando haya bebido el vino, perderá la razón y la discreción. Le preguntaremos por la verdad, y él nos informará de sus secretos.

El vino es un traidor. ¡Qué bien se dijo!:

> Cuando lo bebimos y él reptaba en su marcha hacia la sede de los secretos, le dije: "¡Detente!"
> Temía que sus rayos se enseñoreasen de mí, y mi oculto secreto se hiciese patente a mi contertulio.

» Cuando nos haya contado la verdad de su asunto, nosotros estaremos por encima de él y haremos de él lo que queramos. Yo temo que su modo de obrar sea perjudicial para ti. Tal vez aspire al poder; una vez conseguido el ejército con la generosidad y la dádiva, te destituirá y te arrebatará el reino.» El rey le replicó: « Dices verdad» .

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que aquella noche quedaron de acuerdo sobre el asunto.

Al día siguiente por la mañana, el rey se dirigió al salón y se sentó. Los criados y los palafreneros acudieron, preocupados, ante el rey. Éste les preguntó: « ¿Qué os ha sucedido?» Le contestaron: « ¡Rey del tiempo! Los palafraneros han almohazado los caballos y han dado el pienso a éstos y a los mulos que trajeron los fardos. Pero al amanecer hemos visto que los mamelucos han robado los caballos y los mulos. Hemos registrado los establos, pero no hemos encontrado ni caballos ni mulos. Hemos entrado en la sala de los mamelucos y no hemos encontrado a nadie en ella. No sabemos cómo han podido huir» . El rey se admiró de esto, ya que creía que eran auténticos caballos, mulos y mamelucos, e ignoraba que eran siervos del criado encantado. Exclamó: « ¡Malditos! ¿Cómo mil bestias y quinientos mamelucos, sin contar los criados, han podido huir sin que os enteréis?» « No sabemos qué es lo que nos ha ocurrido para que pudieran huir.» Dijo: « ¡Marchaos y en cuanto salga vuestro señor del harén, dadle la noticia de ello!» Abandonaron al rey y se sentaron, perplejos ante el asunto. Mientras se encontraban sentados en esta posición, Maruf salió del harén. Al verlos entristecidos, les preguntó: « ¿Qué noticias hay?» Le contaron lo que había ocurrido. Les replicó: « ¿Y qué valor tienen para que os aflijáis? ¡Seguid vuestro camino!» En vez de enfadarse y preocuparse, se echó a reír. El rey clavó la mirada en el visir y le dijo: « ¿Qué clase de individuo es éste para quien el dinero no tiene ningún valor? Esto ha de tener, necesariamente, una causa» . Hablaron con Maruf un rato, y el rey dijo: « ¡Yerno! Con el fin de divertirnos, quiero ir a un jardín contigo y el visir, ¿qué dices?» « ¡No hay inconveniente!» Se pusieron en camino y se dirigieron a un jardín, en el que

había toda clase de frutos en sus dos especies, ríos que corrían, árboles esbeltos, pájaros que cantaban. Entraron en un palacio que quitaba las penas del corazón, y se sentaron a hablar. El visir contaba magníficas historias y refería graciosas anécdotas y relatos impresionantes. Maruf lo escuchó con atención hasta que llegó la hora de comer. Colocaron la mesa con la comida y sirvieron el jarro de vino. Comieron, se lavaron las manos, y el visir llenó la copa y se la entregó al rey. Éste la vació. La llenó por segunda vez y dijo a Maruf: « Toma la copa de licor ante la cual se humilla con respeto el inteligente» . Maruf preguntó: « ¿Qué es esto, visir?» « La joven canosa, la soltera virgen; la que trae la alegría al pensamiento, y sobre la cual ha dicho el poeta:

Los pies de los infieles la han estrujado en redondo, y ella se ha vengado en la cabeza de los árabes.
Te lo escancia un incrédulo que es la Luna llena en las tinieblas, cuyas miradas constituyen la máxima incitación al pecado.

» ¡Qué magníficamente dijo uno!:

El vino y el copero, cuando éste se incorporaba descubriéndolo ante los contertulios, parecían
El Sol que danza en la aurora y al cual la Luna de la tiniebla puntea con las estrellas de los Gemelos.
Era tan fino y delicado, que parecía correr, como el espíritu, por los miembros.

» ¡Qué bello es lo que dijo otro poeta!:

Una Luna perfecta pasó conmigo la noche abrazándome; el Sol no se puso en la esfera de las copas.
Yo pasé la noche contemplando cómo el fuego, ante el cual se inclinan los magos, se inclinaba, ante mí, desde el jarro.

» Otro ha dicho:

Corre por sus miembros como corre la salud cuando vence a la enfermedad.

» Otro ha dicho:

Me maravilla que hayan muerto sus exprimidores dejándonos, a nosotros, agua de vida.

» ¡Qué estupendas son estas palabras de Abu Nuwás!:

¡Deja de censurarme, pues la censura constituye un estímulo, y cúrame con aquello que es causa de mi enfermedad!
Es un líquido amarillo, al que nunca alcanzan las tristezas: si una piedra lo tocase, se llenaría de alegría.
Mientras la noche cerraba, la muchacha se puso en pie con la jarra, y el resplandor de su luz iluminó toda la casa.
Circuló entre jóvenes ante los cuales se humilla el destino y a quienes éste sólo acomete como quieren.
Lo servía la mano de una mujer vestida de hombre y que tiene dos amantes: el invertido y el adúltero.
Di a quien pretende conocer la ciencia: "Has aprendido una cosa, y has prescindido de muchas".

» Pero el más estupendo de todos es el poema de Ibn al-Mutazz:

Que una lluvia densa y pertinaz riegue la Chazira, rica en sombras y árboles, y el convento de Abdún.
Frecuentemente me desvelaban para la bebida matinal, cuando aparecía el fleco de la aurora y el gorrión no volaba.
Las voces de los monjes del convento en sus plegarias, metidos en sus hábitos negros cantaban en la aurora.
Entre ellos, ¡cuántas figuras hermosas con ojos alcoholados que coquetamente bajaban los párpados sobre la pupila negra!
Me visitó uno, envuelto en camisa de noche; apresuraba el paso por temor y discreción.
Tapicé con mi mejilla humildemente el camino que seguía, y arrastré mis faldones en pos de sus huellas.
Brillaba la luna del menguante hasta casi descubrirnos; la Luna parecía el recorte de una uña.
Ocurrió lo que ocurrió; no he de recordarlo. Piensa bien y no preguntes nada.

» ¡Qué bien dijo uno!:

He pasado a ser el hombre más rico del género humano con la alegría de

una nueva.
Tengo oro fundido y lo mido a copas.

» ¡Qué bien dijo el poeta!:

¡Juro por Dios que no existe más alquimia que la del vino! Todo lo que se diga acerca de ello es mentira.
Un quilate de vino sobre un quintal de penas, transforma y cambia la tristeza en alegría.

» Otro ha dicho:

Las copas de cristal que trajeron vacías, pesaban hasta que fueron llenadas del vino puro.
Entonces se hicieron tan ligeras, que casi volaban con el viento. Así los cuerpos se aligeran con el espíritu.

» Otro ha dicho:

La copa y el vino tinto tienen gran virtud y merecen que no se olviden sus derechos.
Cuando muera, enterradme junto a una cepa, para que después de mi muerte sus raíces rieguen mis huesos.
No me enterréis en un desierto, pues temo, una vez muerto, no volver a probarlo.»

El visir lo incitaba a que bebiera, le hizo la apología del vino y le recitó los versos que conocía y las anécdotas de bebedores, hasta que inclinó a Maruf a sorber del borde de la copa. No tuvo necesidad de más explicaciones: siguió llenando la copa, y el otro, bebiendo, disfrutando y alegrándose, hasta que perdió la razón y no pudo distinguir lo falso de la verdad. El visir, al comprobar que la embriaguez había alcanzado el máximo y excedía de todo límite, dijo: « ¡Comerciante Maruf! ¡Por Dios que estoy admirado! ¿De dónde te vienen tales gemas, que ni los reyes ni los Cosroes tienen iguales? Jamás en nuestra vida hemos visto un comerciante que tenga mayores riquezas o que sea más generoso que tú. Obras con acciones propias de reyes, y no de comerciantes. ¡Te conjuro por Dios a que me lo expliques, para que yo conozca tu poder y tu rango!» Siguió azorándolo y engañándolo, hasta que Maruf, que tenía el entendimiento ausente, declaró: « Yo no soy comerciante ni hijo de reyes» , y le refirió toda la historia, desde el principio hasta el fin. El visir exclamó: « ¡Te conjuro, por Dios,

señor mío, Maruf, a que me muestres ese anillo, para que pueda ver cómo está hecho!» . Maruf, completamente borracho, se quitó el anillo y dijo: « Cogedlo y examinadlo» . El visir lo cogió, lo manoseó y preguntó: « Si lo froto, ¿acudirá el criado?» « ¡Sí, frótalo! Se presentará ante ti y lo verás.» Lo frotó, y una voz dijo: « ¡Estoy ante ti, señor mío! Pide y se te dará. ¿Quieres destruir una ciudad, o fundarla, o matar a un rey? Ejecutaré, sin rechistar, cualquier cosa que pidas» . El visir señaló a Maruf y dijo al criado: « Coge a ese perdido y abandónalo en la tierra más salvaje y desierta, para que no encuentre qué comer ni beber, y muera de hambre y perezca de pena sin que nadie se entere» . El criado lo agarró y se echó a volar entre el cielo y la tierra. Maruf, al verse así, quedó convencido de que iba a morir y de que se encontraba en pésima situación. Rompió a llorar y dijo: « Abu-l-Saadat, ¿adónde me conduces?» « Voy a abandonarte en un lugar desierto, hombre poco instruido. Quien posee un talismán como ése, ¿permite que la gente lo examine? Te has ganado lo que te sucede. Si no temiese a Dios, te dejaría caer desde una altura de mil brazas, y no llegarías a tierra sino después de haber sido desgarrado por los vientos.» Calló y no le dirigió la palabra hasta llegar a una región desierta. Allí lo abandonó, regresó y lo dejó solo en una tierra inhóspita.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *novecientas noventa y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a él se refiere.

He aquí ahora lo que hace referencia al visir: Una vez se hubo apoderado del anillo, dijo al rey: « ¿Qué piensas? Te dije que éste era un embustero e impostor, pero no me quisiste hacer caso» . « Tenías razón, visir mío. ¡Que Dios te conceda salud! Dame el anillo para que lo examine.» El visir se volvió hacia él, encolerizado, le escupió en la cara y lo increpó: « ¡Tonto! ¿Cómo he de dártelo para seguir siendo tu criado, ahora que me he convertido en tu señor? ¡No te dejaré con vida!» Frotó el anillo y apareció el criado, a quien dijo: « ¡Carga con este estúpido y arrójalo en el mismo sitio en que abandonaste al impostor de su yerno!» El criado lo cogió y remontó el vuelo. El rey le dijo: « ¡Criatura de mi Señor! ¿Cuál es mi culpa?» « No lo sé. Mi dueño me ha mandado que lo haga y no puedo desobedecer al que posee el anillo del talismán.» Siguió volando hasta dejarlo en el mismo sitio en que se encontraba Maruf. Lo abandonó y se marchó. Maruf lo oyó llorar; se acercó al rey, éste le explicó lo sucedido y ambos se sentaron a llorar por lo que les sucedía; no encontraron ni comida ni bebida. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí ahora lo que hace referencia al visir. Después de haberse deshecho de Maruf y del rey, salió del jardín, mandó buscar a todos los soldados, convocó una audiencia, explicó lo que había hecho con Maruf y el rey e informó de la

existencia del anillo. Les dijo: « Si no me nombráis sultán, mandaré al criado del anillo que os ataque y os abandone en una tierra inhóspita, en la cual moriréis de hambre y de sed» . Le replicaron: « No nos causes daño, pues nos satisface el que seas nuestro sultán, y no desobedeceremos tus órdenes» . Bien a pesar suyo, se pusieron de acuerdo para nombrarlo sultán. Éste les concedió trajes de honor y empezó a pedir a Abu-l-Saadat todo lo que quería. El genio se lo llevaba en el acto. Luego se sentó en el trono, y los soldados le prestaron acatamiento. Mandó decir a la hija del rey: « Prepárate, pues esta noche te poseeré ya que estoy enamorado de ti» . La princesa se echó a llorar por la pérdida de su padre y de su marido, y le mandó decir: « Espera a que haya transcurrido el plazo legal de viudedad. Después se formalizará el contrato matrimonial y dispondrás de mí de modo lícito» . Le contestó: « Yo no conozco ni plazo legal ni dilación alguna. No necesito ningún contrato ni distingo entre lícito e ilícito. Esta misma noche he de poseerte» . La princesa le respondió: « ¡Sé bien venido! ¡No hay inconveniente!» Pero era sólo una treta. Al recibir la respuesta, se alegró y su pecho se dilató, ya que amaba mucho a la princesa. Luego mandó distribuir alimentos entre toda la gente. Les dijo: « Comed estos alimentos, que son un banquete de bodas, ya que me propongo poseer esta misma noche a la reina» . El jeque del Islam objetó: « ¡No te es lícito poseerla hasta que haya transcurrido el plazo legal de viudedad y se haya formalizado el contrato matrimonial!» Él replicó: « Yo no conozco ni plazo legal ni demora alguna. ¡No hables en demasía!» El jeque del Islam se calló, pues temía su maldad. Dijo a los soldados: « Éste es un incrédulo, que no tiene ni religión ni rito» . Al llegar la tarde se presentó a la princesa. La encontró vestida con sus más preciosos trajes, y engalanada con sus mejores joyas. Al verlo salió a recibirlo sonriendo y le dijo: « ¡Qué noche bendita! Si hubieses dado muerte a mi padre y a mi marido hubiese sido aún más hermosa para mí» . Le replicó: « ¡Los he de matar sin remedio!» Le hizo sentar y empezó a bromear con él fingiendo tenerle cariño. El visir perdió la razón al ver sus caricias y sonrisas cuando ella lo engañaba con sus gracias para lograr apoderarse del anillo, y transformar su alegría en pena que cayese sobre su cabeza. Hacía con él estos hechos siguiendo la opinión de quien dijo:

Con mi astucia he obtenido lo que no se alcanza con las espadas.
Y he regresado con un botín de dulces frutos.

La pasión se apoderó de él con estas caricias y sonrisas y ansió unirse a ella. Pero cuando se aproximó, la princesa se alejó y rompió a llorar diciendo: « ¡Señor mío! ¿No ves al hombre que nos está mirando? Te conjuro, por Dios, a que me ocultes ante sus ojos. ¿Cómo vas a unirte conmigo si alguien nos mira?» El visir se puso furioso y preguntó: « ¿Dónde está el hombre?» « ¿Es que no ves cómo saca la cabeza por la gema del anillo y nos mira?» Creyendo que el criado

los estaba mirando, se echó a reír y dijo: « ¡No temas! Éste es el criado del anillo y está bajo mis órdenes» . « ¡Tengo miedo a los *efrits*! Quítatelo y arrójalo lejos de mí.» Se lo quitó, lo dejó encima de la almohada y se acercó a la princesa; ésta lo rechazó de un puntapié en el corazón y lo tumbó por el suelo, desmayado: llamó a los criados, que acudieron al momento, y les dijo: « ¡Sujetadlo!» Cayeron sobre él cuarenta esclavos, y la princesa corrió a coger el anillo que estaba sobre la almohada. Lo frotó y apareció Abu-l-Saadat, quien dijo: « ¡Heme aquí, señora mía!» Le dijo: « ¡Coge a este descreído, mételo en la cárcel y pon le grillos bien pesados! » Lo encerró en la cárcel del tormento y al regresar preguntó ella: « ¿Adonde has llevado a mi padre y a mi esposo?» Contestó: « Los he dejado en una tierra inhóspita» . « ¡Te mando que me los traigas ahora mismo!» « ¡Oír es obedecer!» Remontó el vuelo y cruzó los aires hasta llegar al país desierto. Descendió y los encontró sentados, llorando y quejándose el uno al otro. Les dijo: « ¡No temáis! ¡Os traigo una alegría!» Les refirió lo que había hecho el visir y añadió: « Lo he encarcelado yo mismo obedeciendo órdenes de la princesa. Luego ésta me ha ordenado que os lleve» . Se alegraron con sus palabras. Los cogió y remontó el vuelo con ellos. Antes de que hubiese transcurrido una hora, los dejaba ante la hija del rey. Ésta se puso de pie, saludó a su padre y a su esposo, los hizo sentar y les ofreció comida y dulces. Al día siguiente le puso a su padre una túnica preciosa e hizo vestir a su esposo con otra igual. Dijo: « ¡Padre mío! Siéntate en tu trono de rey conforme hacías antes, y nombra a mi esposo tu visir de la derecha; informa a tus soldados de lo que ha ocurrido, saca al visir de la cárcel, ajustícialo y luego incinéralo; es un incrédulo, que ha querido poseerme como diversión, prescindiendo del rito del matrimonio, y se ha declarado incrédulo, sin profesar religión alguna. Tú ama a tu yerno y nómbralo tu visir de la diestra» . Le contestó: « ¡Oír es obedecer, hija mía! Pero dame el anillo o entrégalo a tu esposo» . « No te conviene ni a ti ni a él. El anillo se quedará conmigo. Es posible que yo lo proteja mejor que vosotros. Pedidme cualquier cosa que deseéis y yo la solicitaré, para vosotros, del criado del anillo. No temáis nada en absoluto mientras yo viva; una vez muerta, podéis hacer lo que queráis con el anillo.» El padre replicó: « Es una idea muy acertada, hija mía» . Tomó consigo al yerno y se dirigió a la sala de audiencias. Los soldados habían pasado la noche muy tristes pensando en la hija del rey dado lo que había hecho con ella el ministro que la había poseído por placer, sin casarse con ella, y por el daño que había causado al rey y su yerno. Temían que la ley del Islam fuese violada, ya que era patente para ellos que se trataba de un incrédulo. Se reunieron en la audiencia y acometieron al jeque del Islam diciendo: « ¿Por qué no le has impedido poseer a la reina por placer?» Les contestó: « ¡Gentes! Es un hombre incrédulo y posee el anillo. Ni yo ni vosotros podemos hacer nada contra él. Dios (¡ensalzado sea!) le dará lo que se merece. Gallaos para que no os mate» . Mientras los soldados, reunidos en la audiencia, pronunciaban estas

palabras, el rey y su yerno Maruf entraron en la sala.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *mil*, refirió:

—Me me enterado, ¡oh rey feliz!, de que los soldados, al verlos, se alegraron muchísimo de su llegada, se pusieron en pie y besaron el suelo ante ellos. El rey se sentó en el trono, les refirió la historia y desapareció la angustia que sentían. Mandó engalanar la ciudad y ordenó que le llevasen al visir, que estaba en la cárcel. Al cruzar ante los soldados, éstos lo maldijeron y lo insultaron; lo reprendieron hasta que llegó ante el rey. Éste lo mandó ejecutar. Así lo hicieron, y luego lo quemaron: corrió al infierno en el peor de los estados. ¡Qué excelentes son las palabras de quien dijo!:

> ¡Que el Misericordioso no se apiade del polvo de sus huesos, y que Munkar y Nakir lo conserven siempre!

A continuación el rey nombró a Maruf su visir de la diestra. El transcurso del tiempo les fue favorable, y la vida les trajo alegrías. Así vivieron durante cinco años. Al sexto murió el rey, y la princesa nombró sultán a su esposo en sustitución de su padre, pero no le entregó el anillo. Durante este tiempo había quedado encinta y había dado a luz un muchacho de prodigiosa hermosura, espléndidamente bello y perfecto. Siguió en el seno de las nodrizas hasta que cumplió cinco años. Entonces su madre contrajo una enfermedad mortal. Mandó llamar a Maruf y le dijo: « Estoy enferma» . Le contestó: « ¡Curarás, amada de mi corazón!» « Tal vez muera: no necesito recomendarte que cuides de tu hijo, pero en cambio sí he de decirte que guardes el anillo, por ti y por el muchacho.» « ¡Aquel a quien Dios guarda, no sufre ningún daño!» La princesa se quitó el anillo y se lo entregó. Al día siguiente fue a la misericordia de Dios (¡ensalzado sea!). Maruf, que era rey, se dedicó al gobierno. Cierto día agitó el pañuelo, y los soldados salieron de su presencia para marcharse a su casa. Maruf entró en el salón y se sentó hasta que hubo terminado el día y llegó la noche con sus tinieblas. Entonces, según tenían por costumbre, se presentaron ante él los grandes del reino, sus contertulios, y pasaron la velada con él disfrutando y distrayéndose hasta la medianoche. Entonces le pidieron permiso para retirarse, y él se lo concedió. Se marcharon a su casa, y luego se presentó ante él una esclava destinada al servicio del lecho; le preparó el estrado, le quitó la túnica y le puso el traje de noche. Maruf se acostó, y la mujer empezó a hacerle masaje en los pies hasta que el sueño lo venció. La esclava salió, se dirigió a su habitación y se durmió. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que hace referencia al rey Maruf. Mientras dormía, notó que tenía

algo a su lado, en la cama. Se despertó aterrorizado y exclamó: « ¡En Dios busco refugio frente a Satanás (¡lapidado sea!)!» . Abrió los ojos y vio a su lado una mujer de mal aspecto. Le preguntó: « ¿Quién eres?» Le contestó: « ¡No temas! Yo soy tu esposa, Fátima al-Urra» . La miró a la cara y la reconoció por lo sucio de la misma y por los largos colmillos. Le preguntó: « ¿Por dónde has llegado hasta mí? ¿Quién te ha traído hasta este país?» « ¿En qué país estamos ahora?» « En la ciudad de Jityan al-Jitán, pero tú, ¿cuándo has dejado El Cairo?» « ¡Ahora mismo!» « ¿Cómo ha sido?»

Le refirió: « Sabe que después de haberme querellado contigo —pues Satanás me incitaba a causar tu pérdida— y de haberte acusado ante los jueces, éstos mandaron buscarte, pero no te encontraron; preguntaron por ti, pero nadie te había visto. Al cabo de dos días me arrepentí y comprendí que la culpa era mía; pero de nada me servía ya el arrepentimiento. Esperé unos días, llorando por encontrarme separada de ti. Disponía de poco, por lo cual me vi obligada a mendigar para conseguir alimento. Pedí a todos, ricos y pobres. Desde el momento en que me abandonaste, sólo he comido el pan de la humillación y me he encontrado en el peor de los estados. Todas las noches me sentaba en el lecho a llorar, por encontrarme separada de ti y por las muchas humillaciones, desprecios, dificultades y fatigas que sufría desde el momento de tu partida» . Siguió contándole todo lo que le había sucedido, y él la escuchaba absorto. Ella, al fin, dijo: « Deambulé todo el día pidiendo, pero nadie me dio nada. Cuando me acercaba a alguien y le pedía un pedazo de pan, me insultaba y no me daba nada. Al caer la noche me fui a dormir sin cenar. El hambre me abrasaba y me afligía lo que había sufrido. Me senté a llorar. Entonces apareció ante mí una persona, que me dijo: “¡Mujer! ¿Por qué lloras?” Contesté: “Tenía un marido que se preocupaba por mí y atendía a mis deseos. Pero ha desaparecido, y no sé dónde está. Desde entonces he soportado las durezas de la vida”. Preguntó: “¿Cómo se llama tu esposo?” “Maruf.” “Lo conozco. Sabe que tu esposo es ahora el sultán de una ciudad, y si quieres que te conduzca a su lado, lo haré.” “¡Estoy bajo tu custodia! ¡Condúceme hasta él!” Me cogió, remontó el vuelo entre el cielo y la tierra y me trajo a este alcázar. Aquí me ha dicho: “Entra en esa habitación. Encontrarás a tu esposo durmiendo en el lecho”. He entrado y te he visto con todo este rango. Tenía la esperanza de que no me hubieses abandonado, ya que soy tu compañera. ¡Loado sea Dios que me ha reunido contigo!» Maruf replicó: « ¿Yo te he abandonado, o tú? Has ido querellándote de juez en juez y has acabado por querellarte ante el mismísimo Tribunal Supremo, lanzando en pos mío, desde la ciudadela, a Abu Tabaq. Huí, bien a pesar mío» . Siguió contándole todo lo que le había ocurrido hasta llegar a Sultán y casarse con la hija del rey. Le explicó que ella había muerto y le había dejado un hijo de siete años de edad. La mujer le dijo: « Ha sucedido lo que Dios (¡ensalzado sea!) tenía decretado. Yo me he arrepentido y confío en ti. No me olvides y permite que coma en tu casa

el pan de la limosna». Siguió humillándose ante él, hasta que consiguió enternecer su corazón. Le dijo: « ¡Arrepiéntete del mal y quédate conmigo! Sólo recibirás cosas que te alegren. Pero si cometes alguna fechoría, te mataré sin piedad. No pienses en querellarte ante el Tribunal Supremo o en despachar tras de mí, desde la ciudadela, a Abu Tabaq. Soy sultán: las gentes me temen, y yo sólo temo a Dios (¡ensalzado sea!). Tengo un anillo a mi servicio: en cuanto lo froto, se presenta ante mí el criado, que se llama Abu-l-Saadat, y me trae cuanto le pido. Si quieres volver a tu país, te daré lo suficiente para toda la vida y te enviaré en seguida a tu patria. Si quieres permanecer a mi lado, te encerraré, sola, en un alcázar, que recubriré con tapices de seda, y pondré veinte criadas a tu servicio. Te daré exquisitos alimentos, telas preciosas, y serás una reina que vivirás el mayor bienestar hasta que mueras tú o muera yo. ¿Qué prefieres?» Contestó: « Quiero quedarme contigo». Le besó la mano y se arrepintió del mal hecho. Él destinó un alcázar para ella sola, le asignó esclavas y eunucos y se transformó en una reina.

El muchacho iba a verla con frecuencia. Pero la mujer lo detestaba porque no era hijo suyo. El muchacho, al darse cuenta de que lo despreciaba y lo miraba encolerizada, dejó de ir a verla y la despreció.

Maruf se dedicó a amar a las esclavas hermosas y no volvió a pensar en Fátima al-Urra, ya que ésta era una vieja con canas, de mal aspecto, fría y más fea que una serpiente estriada pero, en especial, porque le había hecho mucho daño. El autor del proverbio dice: « La maldad corta de raíz el deseo y siembra el odio en la tierra del corazón». ¡Qué bien dice el poeta!:

> Procura guardar de la ofensa los corazones pues es difícil que vuelvan después de haberlos apartado.
> Si el amor desaparece de un corazón, es como el vidrio: una vez roto, no tiene remedio.

Maruf le había concedido hospitalidad por su buen natural y se había mostrado generoso con ella buscando la satisfacción de Dios (¡ensalzado sea!).

Entonces, Dunyazad dijo a su hermana Sahrazad: « ¡Qué hermosas son estas palabras, que absorben el corazón de las miradas encantadoras! ¡Qué estupendos son estos libros prodigiosos y estas anécdotas admirables!» Sahrazad contestó: « ¡Pues eso no es nada en comparación con lo que os contaré la próxima noche, si vivo y el soberano me concede la vida!»

Al día siguiente, la aurora difundió su luz y el rey se levantó, con el pecho dilatado, en espera del resto de la historia. Se dijo: « ¡Por Dios! No la mataré antes de haber oído el resto de su historia». Se dirigió a la audiencia, y el visir,

como tenía por costumbre, acudió con la mortaja debajo del brazo. El rey se dedicó a gobernar a la gente durante todo el día, y después se marchó al harén y entró en la habitación de su esposa Sahrazad, la hija del visir, como tenía por costumbre.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *mil una*, que es la última del libro, el rey se fue a su harén y entró en la habitación de su esposa Sahrazad, la hija del visir. Su hermana Dunyazad le dijo: « ¡Termina de contarnos la historia de Maruf!» « ¡De mil amores, si el rey permite que hable!» El soberano le dijo: « Te permito que la cuentes, pues estoy ansioso de oír el resto» .

Sahrazad refirió: « Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que Maruf no se preocupaba personalmente de su esposa para la práctica del matrimonio y sólo le pasaba alimentos por respeto a la faz de Dios (¡ensalzado sea!). Fátima, al ver que se abstenía de tener relaciones conyugales con ella y que en cambio se aficionaba a otras, lo odió y se llenó de celos. El demonio la tentó sugiriéndole la idea de apoderarse del anillo, matarlo y proclamarse reina en su lugar. Cierta noche salió y se dirigió desde su alcázar al de su esposo, el rey Maruf. El destino y los hados ineludibles quisieron que lo encontrara durmiendo con una de sus favoritas, muy hermosa, bella y bien proporcionada. Su piedad era tan grande que se quitaba el anillo del dedo, por respeto a los nobles nombres que tenía grabados, cuando quería cohabitar, y no se lo volvía a poner hasta después de haberse purificado. Su esposa, Fátima al-Urra, no se había movido de su departamento hasta saber que cuando cohabitaba se quitaba el anillo y lo dejaba encima de la almohada hasta después de purificarse, y que tenía por costumbre, una vez realizado el acto sexual, mandar a la favorita que se marchase para salvaguardar el anillo. Al entrar en el baño cerraba la puerta de sus habitaciones y no las abría hasta haber salido del baño, recogido el anillo y colocado éste en el dedo. Después de esto podía entrarse en el alcázar sin dificultad. Fátima se había enterado de todo esto. Salió por la noche dispuesta a entrar en su habitación mientras estuviese sumergido en el sueño y robar el anillo sin que la viera. Pero en el momento en que ella salía, el hijo del rey entraba en el retrete, a oscuras, para satisfacer una necesidad: se había sentado, en la oscuridad, en la tabla y había dejado la puerta abierta. Cuando Fátima abandonó sus habitaciones, la vio andar precipitadamente en dirección a las de su padre. Se dijo: « ¡Ojalá supiera para qué sale esta bruja de sus habitaciones, en medio de las tinieblas nocturnas y se dirige al alcázar de mi padre! Debe haber alguna causa» . Salió en pos de ella y siguió sus pasos sin que lo viera. El muchacho disponía de una pequeña espada de joyas, y siempre que iba a la audiencia de su padre, la llevaba ceñida porque estaba orgulloso de ella. El padre, al verlo, se reía de él y le decía: « ¡Sea lo que

Dios quiera, hijo mío! Tu espada es grande, pero no la has utilizado en el combate ni has cortado con ella ninguna cabeza» . El muchacho le contestaba: « ¡Cortaré algún cuello que lo merezca!» El padre se reía de sus palabras. Mientras andaba detrás de la esposa de su padre desenvainó la espada y la siguió hasta que entró en una habitación. El muchacho se quedó en la puerta y empezó a observarla mientras ella buscaba y decía: « ¿Dónde habrá puesto el anillo?» Entonces comprendió lo que buscaba. El muchacho tuvo paciencia hasta que ella, una vez lo hubo encontrado, exclamó: « ¡Aquí está!» Lo cogió y se dispuso a salir. El príncipe se escondió detrás de la puerta. La vieja, una vez hubo cruzado la puerta, examinó el anillo, empezó a manosearlo y quiso frotarlo. Pero el muchacho levantó la mano con la espada y la decapitó; lanzó un grito y cayó muerta. Maruf se despertó y vio a su esposa tumbada y sangrando; su hijo traía en la mano la espada desenvainada. Le preguntó: « ¿Qué ha pasado, hijo mío?» « ¡Padre mío! Cuántas veces has dicho: "Tu espada es grande, pero no la has utilizado en el combate ni has cortado con ella ninguna cabeza". Yo te contestaba: "¡Cortaré el cuello de quien lo merezca!" Y he cortado un cuello que merecía ser cortado» , y le contó toda la historia. El padre buscó el anillo y no lo encontró; siguió buscándolo en el cuerpo de la muerta, hasta encontrarlo dentro de la mano crispada. Lo cogió y dijo: « ¡Tú, sin duda ni vacilación, eres mi hijo! ¡Que Dios te conceda felicidad en ésta y en la última vida, del mismo modo que me has librado de esta desvergonzada! Sus propios esfuerzos han causado su pérdida. ¡Qué bien dijo el autor de estos versos!:

> Si Dios presta su auxilio al hombre, éste obtiene su deseo en todas las cosas.
> Si el hombre no obtiene el auxilio de Dios, lo primero que lo perjudica es su propio esfuerzo» .

El rey Maruf llamó a gritos a sus servidores, y éstos acudieron corriendo. Les explicó lo que había hecho su esposa, Fátima al-Urra, y les mandó que la cogieran y la depositasen en cualquier lugar hasta que llegara el día. Hicieron lo que les había mandado. Luego la confió a unos criados. Éstos la lavaron, la amortajaron, le abrieron una tumba y la enterraron: así, había venido de El Cairo para morir y ser enterrada. ¡Qué bien dijo el poeta!:

> Marchamos según lo que nos ha sido prescrito, y aquel a quien se le ha prescrito una suerte, la sigue.
> Aquel que debe morir en una tierra, no morirá en otra distinta.

¡Qué hermosas son estas otras palabras del poeta!:

Cuando me dirijo a un país en busca de bienes, no sé la suerte que me cabrá:
Si el bien al que aspiro, o el mal que me busca.

Después, el rey Maruf mandó buscar al labrador que le había concedido hospitalidad mientras él huía. Cuando llegó, lo nombró su visir de la diestra y el primero de sus consejeros. Se enteró de que tenía una hija, de prodigiosa hermosura y belleza, de buenas costumbres, de ilustre origen y de excelentes dotes. Casó con ella, y al cabo de cierto tiempo, casó a su hijo. Y pasó el tiempo en la más dulce de las vidas; el destino les fue favorable, y gozaron de alegrías hasta que les llegó el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos, el que aniquila las ciudades más florecientes y deja huérfanos a muchachos y muchachas. ¡Gloria al Viviente, al que no muere! ¡En su mano están las llaves del reino y del poderío!

Durante este período, Sahrazad había dado al rey tres hijos. Al terminar esta historia se puso en pie, besó el suelo ante el rey y dijo: « ¡Oh, rey del tiempo! ¡Oh, tú, que eres único en esta época y momento! Yo soy tu esclava, y llevo ya mil y una noches contándote las historias de las generaciones pasadas y las amonestaciones de los antiguos. ¿Puedo manifestar un deseo a tu majestad?» « ¡Pide y te será dado, Sahrazad!» Ésta llamó a las nodrizas y a los eunucos y les dijo: « ¡Traed a mis hijos!» Los llevaron inmediatamente: eran tres varones; uno andaba solo; otro, a gatas, y el tercero era un lactante. Sahrazad los cogió y los colocó ante el rey, besó el suelo y dijo: « ¡Rey del tiempo! Éstos son tus hijos. Te pido que me dejes vivir en atención a estas criaturas. Si me matas, estos niños quedarán sin madre y no encontrarás una mujer que los eduque como se debe» . El rey se puso a llorar y estrechó a sus hijos contra el pecho. Dijo: « Sahrazad. Ya te había perdonado mucho antes de que viniesen estos niños, pues he comprobado que eres casta, pura, noble y digna. ¡Que Dios te bendiga a ti, a tu padre, a tu madre, a tus antepasados y a tus descendientes! Dios es testigo de que yo te libraré de cualquier cosa que pueda disgustarte» . Sahrazad besó las manos y los pies del rey, se puso muy contenta y le dijo: « ¡Que Dios prolongue tu vida y acrezca tu poder y dignidad!» La alegría se propagó por palacio y se difundió por toda la ciudad. Fue una noche que no se cuenta entre las terrenales, y más radiante que la luz diurna. Al día siguiente, el rey, contento y feliz, mandó llamar a todas las tropas. Éstas acudieron. Regaló un magnífico y estupendo traje de Corte a su visir, el padre de Sahrazad, y le dijo: « ¡Que Dios te proteja!, ya que me has dado por esposa a tu noble hija, la cual ha sido causa de que me arrepienta de haber dado muerte a las hijas de la gente. Me he dado cuenta de que es pura, casta, noble y digna. Dios me ha dado con ella tres hijos varones.

¡Loado sea Dios por tan grandes bienes!»

Regaló trajes de Corte a visires, emires y grandes del reino. Mandó engalanar la ciudad durante treinta días y eximió a los habitantes de la ciudad de nuevas contribuciones: todos los gastos corrieron a cargo del tesoro del rey. Engalanaron magníficamente la ciudad como jamás se había hecho hasta entonces. Redoblaron los tambores y sonaron las flautas y todos los demás instrumentos. El rey hizo grandes dones y regalos; dio limosnas a pobres e indigentes y extendió su generosidad a todos los súbditos y habitantes de su reino. El rey y sus estados vivieron en el bienestar, la felicidad, las dulzuras y la paz, hasta que compareció el destructor de las dulzuras, el que aniquila a las comunidades.

¡Gloria a quien no muere en el transcurso del tiempo, Aquel a Quien no alteran los cambios, que no sufre vicisitudes y es único en los atributos de la perfección!

¡La bendición y la paz sean sobre el imán de su señorío, el escogido entre sus criaturas, nuestro señor Mahoma, Señor de los hombres! ¡Le rogamos, por su mediación, que nos conceda un buen fin!

HISTORIA DE ALÍ BABA Y DE LOS CUARENTA LADRONES

SE cuenta —pero Dios conoce mejor los sucesos ocurridos a las naciones de lo pasado y a los pueblos de lo pretérito— que en un tiempo remoto y en una época lejana vivían en una ciudad del Jurasán persa, dos hombres que eran hermanos uterinos. Uno de ellos se llamaba Qasim, y el otro, Alí Babá. Al morir el padre de ambos les dejó una pobre herencia, y escasos bienes. A pesar de la pequeña cuantía del legado de su padre, se lo repartieron con equidad y justicia, sin querellas ni discusiones. Después de haber realizado la partición de la herencia de su progenitor, Qasim contrajo matrimonio con una mujer rica, dueña de fincas, jardines, viñedos y tiendas repletas de preciosas mercancías, de numerosos objetos de valor. Empezó a tomar y a dar, a vender y comprar, y su situación se fue haciendo cada vez más desahogada. Los hados le fueron favorables, y alcanzó renombre entre los comerciantes y rango entre las personas más acomodadas de la ciudad.

Alí Babá casó con una mujer pobre, que no poesía ni un dirhem ni un dinar, ni casas, ni tierras. En poco tiempo perdió todo lo que había heredado de su padre, con lo que llegaron la estrechez con sus angustias, la pobreza con su agobio, y las preocupaciones. Abatido por su situación, se veía incapaz de encontrar un medio con el que poder recuperarse y atender a sus necesidades. Era un hombre sabio, juicioso, instruido y educado. Recitó estos versos:

Me dice: « Gracias a tu ciencia, estás entre los seres humanos, como si fueras la noche de la luna llena» .
Respondo: « Dejaos de habladurías, pues no hay ciencia sin poder» .
Si me hipotecaran con toda mi ciencia, con todos mis cuadernos y el tintero por el sustento de un solo día, se rechazaría la hipoteca y me tirarían los cuadernos y el tintero.
La situación y la vida del pobre está llena de disgustos:
En verano no encuentra sustento; en invierno se calienta al lado del brasero.
Los perros se encaran con él en el camino, y los más viles lo rechazan.
No puede quejarse a nadie de su situación, pues en toda la tierra no se encuentra quien lo comprenda.
Si tal es la vida del pobre, lo mejor es que transcurra en el cementerio.

Cuando hubo terminado de recitar, meditó acerca de su situación, en el lugar en que debía buscar apoyo y a recapacitar en lo que debía hacer para atender a sus necesidades y en el medio con el cual iba a obtener su sustento. Se dijo: « Si compro, con el dinero que me queda, un hacha y un asno, me marcho al bosque y corto leña que después traigo y vendo en el mercado de la ciudad, tal vez

consiga, con su precio, lo que ha de poner fin a mi miseria y lo que me ha de permitir atender a las necesidades de mi familia» . Y como esta idea le pareció buena, decidió comprar el asno y el hacha. Al día siguiente llevaba tres asnos, cada uno de los cuales parecía una mula. Se dirigió al bosque, pasó el día entero cortando leña y haciendo hatos, y al llegar la tarde la cargó en los asnos, emprendió el camino de la ciudad y se dirigió al zoco. Vendió la leña, y con su importe atendió a sus necesidades y a las de su familia. Su tristeza se disipó, y su preocupación disminuyó. Dio gracias a Dios, lo alabó y se durmió con el corazón contento, tranquilo y confiado. Al día siguiente por la mañana fue de nuevo al monte e hizo lo mismo que el día anterior. Cada día, al amanecer, se dedicaba a este trabajo: se dirigía al monte, y al anochecer iba al zoco de la ciudad en el que vendía la leña, y con su importe atendía a las necesidades de su familia. Llegó a tomarle cariño a este oficio.

Siguió este estado de cosas hasta que cierto día, mientras estaba en el monte dedicado a hacer leña vio que se levantaba una nube de polvo que cubría el horizonte. Al disiparse vio unos jinetes que parecían fieros leones, cubiertos de armas, vestidos con cotas de malla, espada al cinto, lanza en ristre y arcos en la espalda. Alí Babá temió que le ocurriese algo, se aterrorizó, se asustó, corrió hacia un árbol muy elevado, se encaramó en él y se ocultó entre sus ramas para escapar de ellos, pues le habían parecido ladrones. Oculto entre las frondosas ramas clavó en ellos la pupila.

El narrador añade, al referir esta historia prodigiosa y este asunto impresionante, maravilloso: Una vez estuvo Alí Babá en la copa del árbol contempló a los jinetes con ojos expertos y se dio cuenta de que eran ladrones, salteadores de caminos. Los contó y vio que eran cuarenta, todos montados en magníficos corceles. El temor y la ansiedad de Alí Babá fueron en aumento, la yugular le palpitó, tragó saliva y no supo qué hacer.

Los caballeros se detuvieron, descabalgaron de sus corceles y les dieron de comer a cada uno de éstos un saco de cebada. Luego, cada uno cogió el saco, que llevaba atado a la grupa, y se lo cargó a la espalda. Todo esto ocurría bajo la mirada de Alí Babá, que los estaba contemplando desde la copa del árbol. El jefe se dirigió hacia un recoveco del monte. Había allí, en un lugar cubierto de vegetación, una puerta de acero, que no se veía por la gran cantidad de arbustos y espinas, de tal modo que Alí Babá ni tenía noticia de su existencia ni la había visto ni tropezado con ella jamás. Los ladrones se detuvieron al llegar a la puerta. El jefe dijo, con su voz más fuerte: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» En el mismo instante en que pronunciaba estas palabras, se abrió la puerta, y luego entró el capitán, seguido por los ladrones que llevaban los sacos. Alí Babá se admiró de lo que hacían, y empezó por deducir que aquellos sacos debían estar llenos de plata pura y de oro amarillo acuñado. Y así era, puesto que los ladrones constituían una pandilla de salteadores de caminos que asaltaban alquerías y poblachos vejando

a sus habitantes. Cada vez que se apoderaban de una caravana o asaltaban una alquería, llevaban el botín a aquel lugar apartado, oculto y disimulado. Alí Babá siguió encima de la copa del árbol en que estaba escondido y no hizo movimiento alguno; al contrario, siguió con la vista fija en los ladrones y observando todo lo que hacían. Los vio salir, precedidos por su jefe, con las alforjas vacías, que ataron a la grupa del caballo respectivo, tal como la habían traído; luego les pusieron las riendas, montaron y se fueron por el mismo camino por el que habían llegado, corriendo sin cesar hasta alejarse y perderse de vista. Todo había ocurrido sin que Alí Babá rechistase; no bajó de la copa del árbol hasta que se hubieron alejado y perdido de vista. Refiere el narrador: cuando Alí Babá estuvo seguro de sus maldades, cuando se hubo tranquilizado y perdido el miedo, bajó del árbol, se acercó a la pequeña puerta y se detuvo ante ella, meditando y diciéndose: « Si digo: "¡Sésamo, abre tu puerta!", del mismo modo que lo ha hecho el jefe de los ladrones, ¿se abrirá la puerta o no?» Se adelantó, pronunció aquellas palabras, y la puerta se abrió. Y esto ocurría porque aquel lugar había sido construido por los genios, por los *marid*, y estaba encantado y sujeto a grandes talismanes. Por ello, las palabras « ¡Sésamo, abre tu puerta!» , eran el conjuro que acababa con el encantamiento y abría la puerta. Alí Babá, al ver que se había abierto, entró. Apenas acababa de cruzar el umbral, la puerta se cerró detrás de él. Esto lo asustó, le aterrorizó y pronunció aquellas palabras que no hacen enrojecer a quien las dice: « ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!» En seguida recordó la fórmula: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» y cedió el miedo y el pánico que se habían apoderado de él. Se dijo: « No me preocupa que se cierre la puerta, mientras conozca el conjuro para abrirla» . Avanzó un poco, creyendo que todo estaría a oscuras, pero se encontró en una amplia e iluminada habitación de mármoles, bien edificada, sostenida por columnas, y de hermosa construcción. Había allí todos los guisos y bebidas que pudieran apetecerse. Desde esta sala pasó a una segunda, más grande y amplia que la primera, en que se encontraban tales riquezas, prodigios y maravillas, que quien las hubiera visto se habría quedado estupefacto. Los propios narradores se habrían cansado de describirlos, dadas las grandes cantidades de lingotes de oro puro, de plata, de dinares acuñados y de dirhemes, que contenía. Todo en montones, como si se tratase de arena o guijarros que no se pueden contar. Después de haber recorrido esta sala prodigiosa, descubrió otra puerta, que daba acceso a una tercera habitación, más hermosa y más linda que la segunda. Contenía los mejores trajes, y estaban representados los de todas las regiones y países; había además las piezas de algodón más caras y de mejor calidad; trajes de seda y de estupendo brocado. Pero no se trataba de una sola clase, sino que en aquel lugar se encontraban reunidas telas de todas las regiones de Siria o de los más remotos países de África, e incluso de China, del Sind, de Nubia y de la India. Después llegó a la sala de las gemas y de las piedras preciosas, en la que

había perlas y pedrerías cuyo número no se podía evaluar ni contar, ya fuesen jacintos o esmeraldas, turquesas o topacios; las perlas formaban verdaderas montañas, los rubíes al lado del coral. Pasó luego a una sala, la última, que contenía especias, sahumerios y perfumes. Estos productos estaban representados en las mejores variedades y calidades. Se notaba el olor del áloe y del almizcle; el aroma del ámbar y de la algalia era fuerte; el de las especias y el ámbar gris, penetrante; el perfume de las colonias y del azafrán, intenso; el sándalo estaba abandonado como leña de quemar, y las raíces aromáticas, arrinconadas como madera sin valor.

Alí Babá, al ver tales riquezas y tesoros, quedó estupefacto y perplejo. Permaneció inmóvil y pensativo durante un rato, y luego se dedicó a examinar detenidamente las perlas, y tan pronto cogía las más hermosas como las dejaba por las gemas, al ver que eran mejores; otras veces apartaba pedazos de brocado o el brillante oro; ora se entretenía ante los juegos de lisa seda, ora en aspirar el aroma del áloe y los perfumes. Pensó que aunque aquellos ladrones hubiesen dedicado largos años en acumular aquellas riquezas, no era posible que hubieran logrado reunir ni siquiera una ínfima parte de las que allí se encontraban. No cabía la menor duda de que aquel tesoro era anterior incluso a la misma existencia de los ladrones, y a su hallazgo por éstos. Sea como fuere, lo poseían de modo ilegal e injusto. Si aprovechaba la ocasión y se apoderaba de una parte de aquellos bienes no cometería ningún delito ni podría ser censurado, y mucho menos siendo tales las riquezas que no podían contarse ni evaluarse, por lo cual no advertirían nada. Resuelto ya a ello, empezó a coger parte del oro y a llevar afuera sacos de dinares. Cada vez que quería entrar o salir decía: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» y la puerta se abría. Cuando hubo terminado de acarrear las riquezas, las cargó en sus asnos, cubrió las bolsas de oro con un poco de leña y guió los animales hacia la ciudad, hasta que llegó a su casa, lleno de alegría, con el pensamiento tranquilo. El narrador refiere: una vez en ella, Alí Babá cerró la puerta, para estar seguro de que no entraría la gente, ató los asnos en el establo y empezó a descargar un saco, lo subió hasta donde se encontraba su esposa y lo colocó delante de ésta; después bajó y regresó con otro, y así saco tras saco, hasta que los hubo subido todos. La mujer estaba perpleja al ver lo que hacía. Al tocar una de las bolsas y ver que estaba llena de dinares de color amarillo, se descompuso, pues creyó que su esposo había robado aquellos bienes. Lo increpó: « ¿Qué has hecho, desgraciado? Para nada necesitamos lo que no es nuestro, ni hemos de apetecer los bienes de los demás. Yo estoy contenta con lo que Dios me ha concedido, y satisfecha de ser pobre y agradecida por lo que me ha dado. No apetezco lo de los otros, ni deseo poseer bienes ilícitamente» . « ¡Mujer! ¡Tranquilízate y alégrate, pues yo tampoco apetezco lo que está prohibido! Todas estas riquezas las he encontrado en un tesoro, y he aprovechado la ocasión, las he cogido y me las he traído.» Le explicó todo lo que le había ocurrido con los

ladrones, desde el principio hasta el fin, pero de nada serviría volver a repetirlo. Después, cuando hubo terminado de contárselo, le recomendó que tuviese cuidado con la lengua y guardase el secreto. La mujer, al oír esto, se admiró muchísimo de ello, perdió el miedo, se le dilató el pecho y se puso alegre. Alí Babá vació las bolsas en medio de la habitación, y el oro formó una verdadera montaña. La joven quedó estupefacta y empezó a contar los dinares. Él le dijo: « ¡Ay de ti! No acabarías de contarlos ni en dos días. Eso no sirve para nada ni es necesario hacerlo ahora. Me parece que lo mejor que podemos hacer es cavar una fosa y enterrar esta fortuna, pues temo que esto se descubra y se divulgue nuestro secreto» . « Si no quieres contarlos, es en cambio necesario que los pesemos para saber aproximadamente su cuantía.» « Haz lo que te parezca, pero temo que la gente se entere de ello y que nos pese cuando de nada nos sirva el arrepentimiento.» La mujer no le hizo caso, ni se preocupó de sus palabras; al contrario: salió a pedir prestadas unas medidas pues ella, dada su pobreza y la insignificancia de su situación, no las tenía. Se dirigió a casa de su cuñada, la esposa de Qasim, para pedirle prestada una medida. « ¡De mil amores!» , le contestó. Cuando se levantó para ir a buscarla, pensó: « La mujer de Alí Babá es pobre, y no tiene costumbre de medir. ¡Quién supiera qué granos tiene hoy que necesita medirlos!» Quiso enterarse, y para ello colocó un poco de cera en el fondo de la medida, a fin de que quedasen pegados algunos granos. Luego se la entregó. La mujer de Alí Babá la cogió, dio las gracias a su cuñada por el favor que le hacía y se marchó corriendo a su casa. Al llegar a ésta, empezó a medir el oro y vio que había diez medidas. Se alegró mucho de ello e informó a su marido. Entretanto, éste había cavado una amplia fosa, enterró en ella el oro y la volvió a cubrir de tierra. La mujer de Alí Babá se apresuró a devolver la medida a su cuñada.

He aquí lo que hace referencia a la mujer de Qasim: Cuando se hubo marchado la mujer de Alí Babá, dio vuelta a la medida y descubrió un dinar, que había quedado pegado en la cera. Se maravilló mucho de ello, pues sabía lo muy pobre que era Alí Babá. Permaneció un rato perpleja, y cuando se convenció de que lo que habían medido era realmente oro, dijo: « ¿Alí Babá pretende ser pobre y cuenta el oro con medidas? ¿De dónde ha sacado tales bienes? ¿Cómo ha podido hacerse con tan grandes riquezas?» La envidia entró en su corazón y le abrasó las entrañas. Cuando llegó su marido, la encontró abatida. Qasim tenía por costumbre el ir todos los días a su tienda y pasar en ella la tarde, ocupado en vender y comprar, tomar y dar. Aquel día su esposa creyó que se retrasaba, de tan grande como era su preocupación, pues la envidia la mataba. Finalmente, cuando cayó la tarde, y la noche desplegó sus tinieblas, Qasim cerró la tienda y se marchó a su casa. Al entrar vio a su esposa sentada, con el ceño fruncido y llorando. Como la quería mucho, le preguntó: « ¿Qué te ha sucedido, alegría de mis ojos, fruto de mis entrañas? ¿Por qué estás triste y lloras?» « ¡Tú eres corto,

careces de valor! ¡Ojalá me hubiese casado con tu hermano, pues aunque aparenta ser pobre, se finge desamparado y pretende carecer de bienes, tiene riquezas cuya cuantía sólo Dios conoce, ya que sólo los cuenta por medidas! Tú, en cambio, pretendes vivir bien y desahogado y te vanaglorias de ser rico, cuando, en realidad, en comparación con él no eres sino un pobre, ya que cuentas tus dinares uno a uno, te contentas con pocos y dejas para él el mayor número.» Le refirió todo lo que le había ocurrido con la esposa de Alí Babá; cómo ésta le había pedido en préstamo una medida y cómo se la había dado, no sin antes poner en el fondo un poco de cera, a la cual había quedado adherido un dinar. Qasim, al oír aquello y ver con sus propios ojos el dinar pegado en el fondo de la medida, se convenció del bienestar de su hermano y no se alegró, antes al contrario, la envidia se apoderó de su corazón y lo inclinó hacia el mal, ya que el envidioso se parece a un negro malvado. Él y su esposa pasaron la noche preocupados, de tan grandes como eran su pena, su aflicción y su preocupación no pegaron el párpado ni el ojo. El sueño no se les acercó y no durmieron; todo lo contrario, permanecieron desvelados y dando vueltas toda la noche, hasta que llegó la mañana; hasta que aclaró y se hizo de día. Qasim, después de haber rezado la oración de la aurora, se dirigió a casa de su hermano y entró de improviso en ella. Alí Babá le dio la bienvenida y lo acogió de la manera más atenta, mostrándose alegre y afable. Lo hizo sentar en un lugar preferente. Qasim, cuando hubo ocupado el sitio, le preguntó: « ¡Hermano mío! ¿Por qué aparentas ser pobre y mísero, si posees riquezas que no las puede destruir el fuego? ¿Cuál es el motivo de tu aislamiento y de tu vida humilde, a pesar de que dispones de tantos bienes y puedes hacer mayores gastos? Las riquezas sólo tienen utilidad si el hombre las aprovecha. ¿Acaso no sabes que la avaricia está considerada como un defecto y un vicio, y es propia de las naturalezas más viles y censurables?» « ¡Ojalá fuera como dices! Pero soy pobre, y todos mis bienes se reducen a mis asnos y mi hacha. Tus palabras me maravillan. Desconozco su causa y no comprendo nada.» « ¡No vengas con argucias y mentiras! —replicó Qasim—. ¡No puedes engañarme, pues se ha descubierto tu asunto y hecho público lo que ocultabas!» Le mostró el dinar que había quedado pegado en la cera, y añadió: « Hemos encontrado esto en la medida que nos pedisteis. Si no fuesen muchos vuestros bienes, no la hubieseis necesitado ni contaríais el oro por medidas» . Alí Babá comprendió que se había descubierto lo que ocultaba, a causa del poco conocimiento de su mujer, que se empeñó en medir el oro. Había obrado mal al hacerle caso, pero, ¿qué corcel no se cae?, y ¿qué espada india es la que nunca falla? No podía negar lo que por negligencia se había divulgado. En aquellas circunstancias lo correcto era revelar el misterio y explicar a su hermano lo que le había sucedido, máxime teniendo en cuenta que las riquezas eran tales que superaban la más desbordada fantasía, y que su parte no iba a ser menor aunque la dividiese con su hermano y asociado, pues no conseguirían

agotarlo aunque vivieran cien años y gastaran sin cesar. Por ello, contó a su hermano la historia de los ladrones, y le refirió todo lo que le había ocurrido con ellos, cómo había entrado en el tesoro y cómo había transportado parte de la riqueza y todas las gemas y ropas que había querido. Luego añadió: « ¡Hermano mío! Todo lo que traiga pertenecerá a los dos y lo repartiremos por igual. Si quieres mayor cantidad te la daré, pues tengo la clave del tesoro. Sacaré todo lo que me plazca, sin que haya quien se oponga o me lo impida» . Qasim replicó: « Esta partición no me satisface. Quiero que me indiques el sitio en que está el tesoro y me enseñes el conjuro que lo abre, ya que me has intrigado y deseo verlo, entrar como tú y coger todo lo que me plazca. Iré, veré lo que hay y cogeré lo que me guste. Si no satisfaces mis deseos, te denunciaré al gobernador de la ciudad, lo informaré de toda tu situación y éste hará lo que no te ha de gustar» . Alí Babá, al oír estas palabras replicó: « ¿Por qué me amenazas con llevarme ante el gobernador de la ciudad? Yo no te contradiré y te enseñaré lo que quieras conocer. Mi única preocupación la constituyen los ladrones, ya que temo que te causen daño. Pero el que tú entres en el tesoro no me perjudica ni me favorece. Coge todo lo que te guste, pues aunque te cargases a reventar no te llevarías todo lo que contiene, y lo que en él quede será muchas veces mayor que lo que cojas» . Le enseñó el camino del monte, el lugar en que se encontraba el tesoro, y las palabras del conjuro: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» Luego añadió: « ¡Aprende bien estas palabras y procura no olvidarlas, pues temo que los ladrones te tiendan una trampa como consecuencia de este asunto!» . Cuando Qasim conoció el lugar del tesoro, aprendió el camino y supo las palabras para abrirlo, se separó muy contento de su hermano, sin pensar más en sus consejos y advertencias. Regresó a su casa con el rostro sereno y lleno de alegría. Contó a su mujer lo que le había sucedido con Alí Babá, y añadió: « Mañana por la mañana, si Dios quiere, iré al monte y volveré a tu lado con riquezas mayores que las que trajo mi hermano, ya que tus reproches me han herido e intranquilizado. Quiero hacer algo que te satisfaga plenamente» . Preparó diez muías, colocó encima de cada una de ellas dos cajas vacías y cargó los instrumentos y cuerdas que iba a necesitar. Se durmió con la intención de dirigirse al tesoro y apoderarse de todas las riquezas y bienes que contuviera, sin dar participación a su hermano. Al despuntar la aurora, se levantó, preparó sus muías y se echó a andar delante de ellas, hasta llegar al monte. Entonces se guió por las señales que le había descrito su hermano para encontrar la puerta, hasta que la descubrió en un recoveco del monte, entre hierbas y plantas. En cuanto la vio, apresuróse a decir: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» La puerta se abrió, y se admiró muchísimo por ello. Se lanzó precipitadamente al interior del tesoro ansioso de apoderase de las riquezas. En cuanto hubo cruzado el umbral, la puerta se cerró detrás de él, como de costumbre. Qasim recorrió las tres salas, y no paró de ir de una a otra hasta que hubo pasado por todas. Se quedó estupefacto de los prodigios que veía y absorto

ante las maravillas que encontraba, tanto, que por poco perdió la razón de alegría. Ansió apoderarse de todas las riquezas sin excepción, y después de haber andado de derecha a izquierda y de haber revuelto un rato los utensilios y los dirhemes que deseaba, quiso marcharse. Cogió un saco de oro, se lo cargó y se dirigió con él hacia la puerta. Intentó pronunciar las palabras clave para que ésta se abriera, quiso decir: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» , pero su lengua no pudo articular la frase, pues la había olvidado por completo. Se sentó para recordarla, pero no consiguió dar con ella, ni verla en su imaginación: la había olvidado por completo. Dijo: « ¡Cebada, abre tu puerta!» La puerta no se abrió. Dijo: « ¡Trigo, abre tu puerta!» La puerta no se movió. Siguió: « ¡Guisante, abre tu puerta!» , pero la puerta siguió cerrada. Siguió citando nombres de granos hasta que hubo pasado revista a todos los cereales, sin que la expresión « ¡Sésamo, abre tu puerta!» acudiera a su mente. Cuando vio que de nada le servía citar todas las clases de granos, tiró el oro que llevaba a cuestas y se sentó para tratar de recordar el nombre que le había dicho su hermano. Pero no acudió a su memoria. Transcurrió un rato, durante el cual fue presa de gran inquietud y preocupación. Y todo sin conseguir que el nombre acudiese a su memoria. Empezó a entristecerse y a arrepentirse de lo hecho, cuando de nada le servía la contrición. Exclamó: « ¡Ojalá me hubiese contentado con lo que me ofrecía mi hermano y no hubiera dado cabida en mi pecho a los ambiciosos deseos que ahora son la causa de mi perdición!» Se abofeteó la cara, se mesó la barba, desgarró sus vestidos y se cubrió la cabeza de polvo, mientras lloraba a lágrima viva; ora gritaba y sollozaba con su voz más fuerte, ora lloraba silenciosamente. Pasaron las horas sin que él cambiase de situación, el tiempo siguió su curso, los minutos que transcurrían le parecían siglos. Permanecía inmóvil, lleno de miedo y terror, y así llegó a desesperar de la salvación. Exclamó: « ¡Estoy perdido sin remedio, pues no hay modo de escapar de esta estrecha prisión!» Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a los ladrones: encontraron una caravana en la que viajaban los comerciantes con sus mercancías, la atacaron y robaron grandes riquezas. Inmediatamente después se dirigieron al tesoro para depositar en él el botín, según tenían por costumbre. Al acercarse descubrieron los mulos cargados con las cajas, y sospecharon algo. El capitán dio órdenes, y cargaron contra ellos como si fuesen un solo hombre. Los animales huyeron y se dispersaron por el monte y los ladrones ya no se preocuparon más de ellos. Detuvieron sus caballos, echaron pie a tierra y desenvainaron las espadas, para hacer frente si era necesario, a los dueños de los mulos. Al no ver a nadie en la puerta del tesoro, se acercaron a ésta. Qasim, al oír el trote de los caballos, prestó atención a las voces y comprendió que eran los ladrones de que le había hablado su hermano. Con la esperanza de poder escapar, se preparó a huir y se ocultó detrás de la puerta, dispuesto a echar a correr. El capitán de los ladrones se

adelantó y dijo: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» . La puerta se abrió en seguida, y Qasim arrancó a correr para huir de la desgracia en busca de la salvación. En su escapada tropezó con el capitán y lo derribó por el suelo; siguió corriendo entre los ladrones y esquivó al primero, al segundo y al tercero, pero como eran cuarenta, no pudo escapar a todos. Uno de ellos lo alcanzó y le dio tal lanzada en el pecho, que la punta del arma apareció brillando por la espalda. Qasim murió en medio de estertores. Ésta es la recompensa del ambicioso, del que emplea con sus amigos la traición y el engaño. Los ladrones entraron en el tesoro, y al advertir que había sido tocado, se indignaron terriblemente y creyeron que Qasim, el asesinado, era su enemigo, y que él había cogido lo que faltaba. Sin embargo, no acertaban a explicarse cómo había conseguido llegar hasta aquél lugar desconocido, apartado y oculto a los ojos de la gente; ignoraban cómo había descubierto el conjuro que abría la puerta, ya que ellos, aparte de Dios (¡loado y ensalzado sea!), eran los únicos que lo conocían. Al ver a Qasim tendido, muerto, sin movimientos se alegraron y desapareció su inquietud, ya que nadie más que él podía haber entrado en el tesoro. Exclamaron: « ¡Alabado sea Dios, que nos ha librado de este maldito!» Después, y con la intención de escarmentar con él e intimidar a cualquier otro, cortaron su cuerpo en cuatro partes y las colgaron detrás de la puerta, para que sirviese de ejemplo a todos aquellos que se atrevieran a penetrar en dicho lugar. Luego se marcharon, y la puerta se cerró detrás de ellos. Montaron a caballo y emprendieron su camino. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que hace referencia a la esposa de Qasim: estuvo todo el día esperando el regreso de su marido, impaciente y deseosa de conseguir todo lo que apetecía de la vida mundanal, y dispuesta a recrearse palpando y contemplando el dinero. Al atardecer, y en vista de que no regresaba, se dirigió a casa de Alí Babá y le explicó que su esposo se había marchado al monte muy de mañana, y que aún no había regresado, por lo que temía que le hubiera pasado alguna desgracia. Alí Babá la calmó y le dijo: « No te intranquilices. Cuando tarda, por algo será. Tal vez no quiera entrar de día en la ciudad por temor a ser descubierto. Ya verás como viene por la noche. No tardarás mucho en verlo llegar a tu lado con el dinero. Por mi parte, cuando vi que estaba resuelto a ir al monte, me abstuve de subir, conforme tengo por costumbre, para no cohibirlo con mi presencia, pues habría creído que quería espiarle. Nuestro Señor le facilitará lo difícil y todo terminará bien. Vuelve a tu casa y no temas nada. Si Dios quiere, sólo te sucederán cosas buenas, pues lo verás regresar a tu lado salvo y rico» . La esposa de Qasim regresó a su casa sin demasiadas esperanzas, y se sentó, meditabunda, con el corazón lleno de pesares por la ausencia de su marido. Negros presentimientos la asaltaron, y sólo pensó en calamidades hasta la puesta del sol, hasta que se hizo oscuro y la noche desplegó sus tinieblas pero Qasim no regresaba. La mujer se mantuvo en silencio, despierta y esperando inútilmente.

Cuando hubo transcurrido el primer tercio de la noche, desesperó de su regreso y empezó a llorar y a sollozar aunque absteniéndose de los gritos y de los alaridos que dan las mujeres por temor a que los vecinos se enteraran y le preguntasen el porqué de su llanto. Pasó toda la noche en vela, sollozando, inquieta, intranquila, preocupada, desesperada, triste, en el peor de los estados. Al llegar la aurora corrió a casa de Alí Babá y le dijo que su hermano no había regresado. Le habló llena de tristeza, llorando a lágrima viva y en un estado que no puede describirse. Alí Babá exclamó: «¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! Hasta ahora había dudado del motivo de su ausencia. Iré a ver qué le ha ocurrido, y te diré la verdad. ¡Quiera Dios que aquello que lo retiene no sea un daño o una desgracia, sino un bien!» Preparó en seguida sus asnos, cogió el hacha y salió al monte, como todos los días. Al aproximarse a la puerta del tesoro, no ver los animales y encontrar, en cambio, manchas de sangre, perdió la esperanza que tenía de encontrar a su hermano y se convenció de que había muerto. Se acercó, aterrorizado, a la puerta, sospechando lo que había ocurrido. Dijo: «¡Sésamo, abre tu puerta!» Al abrirse, vio el cuerpo de Qasim partido en cuatro trozos, colgados detrás de la puerta. Se le puso la carne de gallina, le castañetearon los dientes, los labios se le contrajeron, y por poco se desmaya. Se entristeció muchísimo, por lo ocurrido a su hermano y exclamó: «¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande! ¡Somos de Dios, y a Él volvemos! ¡No hay modo de escapar a lo que está escrito! Aquello que se ha dispuesto, en lo oculto que ocurra al hombre, le ocurre». Pero como vio que el llanto y la tristeza no servirían de nada en aquellas circunstancias, y que lo mejor sería tomar una resolución y llevarla a cabo, decidióse a amortajar y enterrar a su hermano, pues era un deber para él y, además, una de las obligaciones canónicas del Islam. Tomó los cuatro pedazos en que estaba dividido el cuerpo, los cargó en los asnos, los cubrió con algunas ropas y tomó los objetos del tesoro que más le gustaron, precisamente los de menos peso y más valor. Después completó la carga con leña y esperó hasta que se hiciera de noche. Entonces se dirigió a la ciudad, y entró en ella en un estado más lamentable que el de la madre que acaba de perder a su hijo, pues no sabía qué hacer con el muerto ni qué era lo mejor. Sumergido en un mar de ideas, siguió avanzando con sus asnos hasta llegar a la casa de su hermano. Llamó a la puerta y le abrió una esclava negra, abisinia, que servía como criada. Era una de las esclavas más guapas, y por el talle la más esbelta; sus dientes eran pequeños; su aspecto dulce; tenía los ojos negros, y era perfecta en todas sus partes. Pero lo mejor de todo es que era mujer de buen consejo, de entendimiento penetrante, de gran resolución, y de un valor igual al del hombre cuando era necesario, e incluso superaba en inventiva al hombre más experto y avisado. Realizaba a plena satisfacción los trabajos domésticos que le estaban confiados.

Alí Babá, al entrar en el patio le dijo: «Ha llegado tu hora, Marchana,

necesitamos tu consejo en un asunto que te explicaré delante de tu señora. Acompáñame para oír lo que voy a decirte» . Dejó los asnos en el patio y subió a ver a la esposa de su hermano. Marchana lo siguió, perpleja e intrigada por lo que acababa de oír. La mujer de Qasim, al verlo, le dijo: « ¿Qué traes, Alí Babá? ¿Buenas o malas noticias? ¿Dejó alguna huella o no dejó rastro de sí? ¡Apresúrate a tranquilizarme y a apagar el fuego que hay en mi corazón!» Al ver que tardaba en contestarle, comprendió la verdad y empezó a sollozar. Alí Babá le dijo: « ¡Contén los gritos y no levantes la voz! Temo que la gente oiga nuestra historia y sea la causa de la perdición de todos» . Le explicó todo: cómo había encontrado a su hermano muerto, con el cuerpo partido en cuatro pedazos, colgados detrás de la puerta del tesoro. Luego añadió: « Hazte cargo de que nuestros bienes, nuestras personas y nuestras familias son un pequeño don que Dios nos ha concedido. La suerte y la desgracia van con nosotros. Es necesario que le demos las gracias cuando da, y que tengamos paciencia cuando nos pone a prueba. La desesperación no devuelve la vida al muerto ni soluciona la tristeza. Has de tener paciencia, pues sólo así alcanzarás el bien y la salud. Es preferible resignarse a las disposiciones de Dios, a desesperarse y oponerse a ellas. Ahora, la mejor solución, la más apropiada, consiste en que yo sea tu marido, que entres en mi familia y te cases conmigo. Mi mujer no te causará enojos, ya que es inteligente y modesta, piadosa y temerosa de Dios. Todos formaremos una sola familia. Gracias a Dios, poseemos tales riquezas que estamos a cubierto del trabajo, de la preocupación y de la búsqueda de nuestro sustento cotidiano. ¡Gracias sean dadas al Generoso por lo que da, y loado sea por lo que concede!» La mujer de Qasim, al oír las palabras de Alí Babá, dejó de desesperarse, abandonó su profunda aflicción, cortó el llanto y se secó las lágrimas. Le respondió: « Seré tu esclava obediente y tu criada servicial. Te haré caso en todo lo que creas prudente, pero ¿qué hemos de hacer con este muerto?» « Deja que del muerto se encargue tu criada Marchana, pues conozco la rapidez de su pensamiento, la agudeza de sus ideas y su certera opinión. Ya ideará algo.» Después de esto, Alí Babá se separó de ella y se marchó a sus quehaceres.

La joven Marchana al oír las palabras de Alí Babá y percatarse de que su señor estaba muerto y cortado en cuatro pedazos descubrió con su agudeza la causa de todo y tranquilizó a su señora, diciéndole: « No te preocupes. Confía en mí, pues ya idearé algo que permita conservar nuestro secreto» . Salió y se dirigió a la tienda de un farmacéutico que vivía en la misma calle. Era éste un jeque muy anciano, célebre por sus conocimientos en las distintas ramas de la Medicina y de la Ciencia; decían que era muy experto en la preparación de las medicinas, y que conocía a la perfección los medicamentos simples y compuestos. Le pidió una pomada que sólo se recetaba en caso de enfermedades graves. Le preguntó: « ¿Quién de tu casa necesita este ungüento?» « Mi señor, Qasim. Ha cogido una grave enfermedad que lo ha postrado en cama; está

completamente imposibilitado.» El especiero se levantó, le entregó el ungüento y le dijo: « Tal vez Dios, con este remedio, le devuelva la salud» . La joven cogió la pomada, le pagó generosamente y regresó a su casa. Al día siguiente, por la mañana, volvió a la farmacia y pidió una medicina que sólo se administraba cuando ya se habían perdido todas las esperanzas. El farmacéutico le preguntó: « ¿No hizo efecto el ungüento de ayer?» « ¡No, por Dios! Mi señor se encuentra en las últimas, y lucha entre la vida y la muerte. Mi señora no hace más que llorar y gemir.» El hombre le entregó la medicina, y ella la cogió, le pagó su importe, y se dirigió a casa de Alí Babá, al que puso al corriente de la estratagema que había ideado. Recomendó a éste que multiplicase las visitas a casa de su hermano y que diera muestras de tristeza y dolor. Alí Babá lo hizo así, y cuando los vecinos lo vieron entrar y salir de casa de su hermano dando muestras de gran tristeza, le preguntaron qué le pasaba. Les explicó la enfermedad de su hermano, la gravedad en que estaba. La noticia se esparció por la ciudad, y la gente la comentó. Al día siguiente, antes de que amaneciera, Marchana recorrió las calles de la ciudad hasta pasar junto a un hombre que era cordonero, llamado el jeque Mustafá; era muy anciano, de cabeza gorda, bajo, y con barba y bigotes largos. La gente sabía que tenía la costumbre de ser el primero en el zoco en abrir la tienda. La joven se acercó a él, lo saludó con corrección y respeto y le puso un dinar en la mano. El jeque, al ver el color de la moneda, lo acarició un rato con la mano y le dijo: « ¡Señora de las esclavas! Explícame cuáles son tus deseos, para que los realice» . « ¡Jeque! Coge hilo y aguja, lávate las manos, ponte las sandalias, deja que te vende los ojos, echa a andar y ven conmigo a hacer un trabajo delicado, que te permitirá ganar los bienes de este mundo y del otro y que no te va a causar el menor daño.» « Si me pides algo que ha de ser del agrado de Dios y de su Enviado, lo haré con gusto y no te contradiré; pero si se trata de algo incorrecto, de un delito, de un pecado o de una falta, no te pienso hacer caso, y ya puedes buscar a otro para que te satisfaga.» « ¡Por Dios, jeque Mustafá! Es algo lícito y permitido. Nada has de temer.» Y al decir esto, le puso en la mano otro dinar. El hombre, al verlo, se sintió ya incapaz de negarse o poner peros. De un salto se puso en pie y le dijo: « Estoy a tu servicio y haré todo lo que me mandes» . Cerró la puerta de la tienda, cogió todo lo que necesitaba: hilo, aguja y demás útiles de coser mientras Marchana preparaba un trapo para vendar al hombre, a fin de que no supiera adonde lo llevaba. Lo cogió de la mano y empezaron a andar por calles y callejas; el cordonero iba ligeramente rezagado, como el ciego. No sabía adónde lo llevaban ni para qué. Anduvieron juntos sin parar. La joven doblaba unas veces a la derecha y otras a la izquierda, y alargaba el camino con el fin de desorientarlo y de que no supiese adonde lo llevaba. Así anduvieron hasta llegar a la casa del difunto Qasim. Llamó suavemente a la puerta y abrieron en seguida. Entró acompañada del jeque Mustafá, subió con él y lo dejó en el lugar en que

estaba el cadáver de su señor. Entonces le quitó la venda que cubría los ojos del viejo Mustafá. Éste al tener destapados los ojos vio que se hallaba en un lugar desconocido; al contemplar el cuerpo del asesinado, se llenó de temor y empezó a temblar. Marchana le dijo: « No temas, jeque, pues no te ha de suceder nada malo. Lo único que te pedimos es que cosas de la mejor manera posible los miembros de este cadáver y que unas sus partes hasta formar un todo con el cuerpo» . Le ofreció tres dinares, que el jeque Mustafá cogió y se metió en el bolsillo, mientras se decía: « Ha llegado el momento de tener valor y actuar con acierto. No sé dónde estoy ni conozco las intenciones de esta gente; si desobedezco, me castigarán; lo más prudente es hacer lo que ellos quieran. Sea como fuere, soy inocente de la sangre de este hombre asesinado, y la venganza le incumbe a Dios (¡glorificado y ensalzado sea!) Al coser un cuerpo no se comete ningún pecado ni se es merecedor de castigo» . Se sentó y se puso a coser las distintas partes del muerto y a unirlas hasta formar un cuerpo entero. Marchana, tan pronto como el hombre hubo terminado el trabajo, se puso de pie, le vendó los ojos de nuevo y bajó con él a la calle. Fue de calleja en calleja, dio vueltas de un lado para otro, lo llevó a su tienda antes de que la gente, empezara a salir de sus casas. Nadie los vio. Al llegar a la tienda, le quitó la venda de los ojos y le dijo: « Calla este hecho: Ten cuidado y no expliques a nadie lo que has visto; no hagas el indiscreto en aquello que no te incumbe, pues podría ocurrirte algo desagradable» . Le dio otro dinar y se marchó. Al llegar a su casa dijo que le trajeran agua caliente y jabón y se dedicó a lavar el cuerpo de su señor hasta dejarlo limpio de sangre; después le puso un vestido y lo tendió en su lecho. Entonces mandó llamar a Alí Babá y a su esposa. Cuando los tuvo delante, les explicó lo que había hecho y les dijo: « Ahora anunciad la muerte de mi señor, Qasim, e informad de ella a la gente» . Las mujeres empezaron a llorar, a gemir, a prorrumpir en ayes, a sollozar, a lamentarse, a gritar y a abofetearse la cara, hasta que los vecinos las oyeron. Los amigos acudieron a dar el pésame, y el llanto y los sollozos fueron en aumento los gritos crecieron y el barullo subió de punto. Por toda la ciudad se extendió la noticia de la muerte de Qasim. Los allegados se condolieron por su pérdida, y los enemigos injuriaron su memoria. Al cabo de un rato llegaron, según es costumbre, los lavadores del cadáver, pero Marchana les dijo que ya estaba lavado, embalsamado y amortajado, si bien les pagó más de lo que habrían cobrado por su trabajo. Se marcharon tranquilos, sin entender aquello, aunque también sin preguntar lo que no les importaba. Más tarde llevaron las parihuelas, bajaron el cadáver, lo colocaron en ellas y lo llevaron al cementerio. Las gentes asistieron al entierro y Marchana y las mujeres fueron detrás, llorando y sollozando hasta llegar al camposanto. Cavaron una fosa y lo enterraron (¡apiádese Dios de él!) La gente regresó, se separó y volvió a sus quehaceres. Así pudo ocultarse cómo había muerto Qasim, y nadie sospechó la verdad, pues la gente creyó que había sucumbido de muerte natural.

Transcurrido el plazo legal de viudedad, Alí Babá se casó con la mujer de su hermano, se escribo el contrato de matrimonio, y éste fue consumado. La gente encontró bien este acto, y lo atribuyeron al mucho cariño que Alí Babá tenía a su hermano. Alí Babá trasladó sus enseres y riquezas a casa de su nueva mujer, y se quedó a vivir en ella con sus dos esposas, también trasladó allí las riquezas que había sacado del tesoro. Para atender la tienda de su difunto hermano pensó en el hijo que Dios le había concedido, y que ya tenía doce años. El muchacho había servido a un comerciante, había aprendido el oficio con él, y era ya persona entendida. Entonces el padre necesitó alguien a quien confiar la tienda, le retiró del lado de aquel comerciante y se la entregó para que vendiese y comprase, todas las mercancías y los objetos con que la había dejado su tío prometiéndole que lo casaría si andaba por el camino del bien y del éxito, si seguía la senda de la justicia y de la bondad. Esto es lo que a ellos se refiere.

Veamos ahora qué hacían los ladrones. Después de un corto lapso de tiempo volvieron al tesoro, entraron y, al no encontrar el cuerpo de Qasim comprendieron que más de uno conocía aquello, que el difunto tenía compañeros, y que su secreto se había divulgado entre la gente. Esto les llenó de preocupación y pena. Comprobaron si se habían llevado algo del tesoro, y vieron que les faltaba una gran suma. Fuera de sí por la ira, su jefe les dijo: « ¡Héroes! ¡Paladines de la guerra y del combate! Ha llegado el momento de la venganza. Creíamos que había entrado aquí un solo individuo, pero lo cierto es que se trata de varios, cuyo número y morada desconocemos. Hemos expuesto nuestras vidas y nos hemos lanzado al combate para reunir estas riquezas, y ahora otros se aprovechan de ellas sin fatiga. Esto es algo enorme, intolerable. Hay que idear algo que nos permita apoderarnos de nuestros enemigos y vengarnos terriblemente de ellos: les he de matar con este sable aunque ello me cueste la vida. Ha llegado el momento de actuar, de mostrar la hombría, la audacia y la actividad. Dividíos en grupos, entrad en la ciudad y los pueblos, recorred las poblaciones y las comarcas, buscad noticias y preguntad si hay algún pobre que se haya enriquecido o algún occiso que haya recibido sepultura. Tal vez encontréis indicios que os lleven hasta vuestro enemigo y Dios os reúna con él. Necesitamos especialmente uno que sea astuto y falso, que esté orgulloso de ser hombre, para que marche solo a la ciudad, ya que nuestro enemigo es, sin duda ni vacilación uno de sus habitantes. Uno de vosotros se disfrazará de mercader, y entrará en la ciudad en busca de noticias; preguntará por los sucesos y acontecimientos recientes; por los que han muerto o han sido asesinados en este pequeño lapso de tiempo, por sus familiares, por sus casas y cómo han ocurrido las desgracias. Tal vez encuentre indicios que lo lleven a lo que busca, pues un asesinato no se oculta. Es seguro que la noticia se habrá extendido por el país, que se hablará de ello entre grandes y chicos. El que capture a nuestro enemigo o nos informe del lugar en que se halla, se habrá hecho acreedor de una magnífica

recompensa. Lo ascenderé, le aumentaremos de grado y lo nombraré mi sucesor. Pero si fracasa en su intento y no consigue lo que prometa, frustrando con ello nuestras esperanzas, lo tendremos por tonto, ignorante, corto de entendederas, inhábil e irreflexivo, lo castigaremos por haber actuado mal, por el fracaso de sus esfuerzos, y le daremos muerte, pues no necesitamos un hombre que carece de hombría, y no nos es útil quien no es perspicaz, pues sólo puede ser un ladrón hábil el hombre de entendimiento despierto, que domina todas las ramas del engaño; no digáis de ése, "¡Qué valiente!" ¿Quién de vosotros se ofrece para tan difícil y peligrosa misión?» Sus hombres, al oír la arenga del jefe, aprobaron su idea y aceptaron las condiciones que había expuesto, sin contradecirlo y jurándose que las respetarían. Uno de ellos, alto y grueso se ofreció a recorrer ese camino complicado y peligroso y aceptó explícitamente las condiciones aprobadas por todos. Lo honraron, elogiaron su valor y su ofrecimiento, alabaron sus nobles propósitos y su resolución, le agradecieron su hombría y su coraje y se admiraron de su fuerza y audacia. El jefe le recomendó tranquilidad y resolución en el obrar, y habilidad en las tretas, engaños y añagazas. Le explicó que debía entrar en la ciudad disfrazado, exteriormente, de comerciante que va en busca de negocios, aunque en su interior llevase la firme resolución de espiar. Cuando el jefe hubo terminado de hacerle sus recomendaciones, él y los ladrones lo dejaron solo y se marcharon. El ladrón que se había ofrecido a librar a sus compañeros se vistió de comerciante, adoptó el aspecto de éstos y esperó que llegara el día para dirigirse a la ciudad. Al descorrerse las tinieblas y aparecer la aurora fue con la bendición de Dios (¡ensalzado sea!) hacia la ciudad, entró en ella, recorrió sus calles y plazas y cruzó sus zocos y sus callejas cuando la mayoría de gente estaba aún sumergida en las delicias del sueño. Anduvo sin parar hasta que fue a desembocar al zoco del *hach* Mustafá el cordonero, que ya había abierto la tienda y estaba sentado, cosiendo unas sandalias puesto que, como hemos dicho, se levantaba temprano, bajaba al zoco y tenía la costumbre de abrir antes que los demás vecinos. El espía se acercó a él, lo saludó con buenas palabras y lo trató con delicadeza y respeto. « ¡Dios te bendiga en tu ocupación y aumente el respeto que se te debe! —le dijo—. Eres el primero de los inquilinos del zoco que abre la tienda.» El jeque Mustafá le replicó: « ¡Hijo mío! Vale más ser diligente en la busca del sustento que en el sueño. Ésta es mi costumbre de todos los días» . « Pero jeque, me maravilla lo bien que coses a esta hora, antes de la salida del sol, a pesar de tu poca vista, de tu mucha edad y de la escasez de luz.» El jeque Mustafá, al oír estas palabras, se volvió, enfadado, hacia él, lo miró con dureza y le dijo: « Creo que no eres de esta ciudad. Si fueses uno de sus habitantes no habrías dicho tales palabras, puesto que ricos y pobres me conocen por la agudeza de mi vista, y soy célebre entre grandes y pequeños por lo bien que conozco el oficio de cordonero, hasta el punto de que un grupo me escogió ayer

para que les cosiera un muerto, en un lugar en que apenas había luz. Y lo cosí a la perfección, lo cual me hubiera sido imposible sin mi agudeza visual» . El ladrón, al oír estas palabras, se alegró de haber conseguido su propósito, y comprendió en seguida, que el decreto divino lo había conducido hasta tropezar con lo que buscaba. Le dijo, aparentando sorpresa: « ¡Te habrás equivocado, jeque! Habrás cosido una mortaja, ya que jamás he oído decir que se cosa a los muertos» . « ¡No he dicho sino la verdad! Pero veo que te propones fisgonear los secretos de la gente; si tal es tu intención, apártate de mí y tiende tus trampas a otro. Tal vez creas que hablo mucho, pero me llaman « El callado» , y no pienso revelar lo que quiero guardar secreto; no te contaré nada más de este asunto.» El ladrón acabó de convencerse de que aquel muerto era el hombre al que habían matado en el tesoro. Dijo al viejo Mustafá: « ¡Jeque! Para nada me interesa tu secreto, y es preferible que guardes silencio, ya que se dice: “Guardar el secreto, es propio del carácter de los píos”. Lo único que quiero es que me indiques la casa del muerto. Tal vez sea uno de mis parientes o conocidos, y en ese caso es necesario que yo dé el pésame a la familia, ya que he estado mucho tiempo fuera de esta ciudad, e ignoro lo que ha ocurrido en ella durante mi ausencia» . Metió la mano en el bolsillo, sacó un dinar y lo colocó en la mano de Mustafá. Éste lo rechazó, diciendo: « Me preguntas algo que no puedo contestar, ya que me condujeron a la casa del difunto después de haberme tapado los ojos con una venda, e ignoro el camino que conduce a ella» . « Yo te he dado ya el dinar, tanto si puedes satisfacer mi deseo como si no. Cógelo y Dios te lo bendiga; no tienes por qué devolverlo. Pero entre las cosas posibles está el que tú te sientes un rato a meditar en el camino que te hicieron andar mientras tenías los ojos tapados.» « No puedo hacerlo, a menos que me tapes los ojos con una venda, del mismo modo que me hicieron entonces. Me acuerdo cómo me cogieron por la mano, me condujeron, me hicieron dar vueltas y me hicieron detener. Así quizá pueda guiarte al lugar que deseas.» El ladrón se felicitó al oír estas palabras, dio otro dinar al jeque Mustafá y le dijo: « Haremos lo que has dicho» . Ambos se pusieron en pie. El anciano cerró su tienda, y el ladrón le vendó los ojos y, tomándolo por la mano, empezó a andar con él. El jeque Mustafá iba unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda, y a ratos lo precedía. Hizo lo mismo que había hecho con la joven Marchana, hasta llegar a una calle, en que dio unos cuantos pasos y se detuvo, diciendo al ladrón: « Creo que fue aquí» . El bandido le quitó la venda de los ojos. El hado quiso que el cordonero se detuviera delante de la casa del difunto Qasim. El ladrón le preguntó: « ¿Conoces al dueño de este edificio?» « ¡No, por Dios! Esta calle se halla lejos de mi tienda, y no conozco a la gente del barrio.» El ladrón le dio las gracias, le entregó otro dinar y le dijo: « ¡Vete con Dios!» El jeque Mustafá regresó contento a su tienda por haber ganado tres dinares. El ladrón examinó la casa y vio que la puerta se parecía a las de todas las casas del barrio. Temiendo confundirse, cogió yeso e hizo en ella una pequeña

señal blanca que le sirviera para identificarla. Contento, seguro de que había cumplido la misión encomendada y que sólo faltaba tomar venganza, regresó junto a sus compañeros, que estaban en el monte. Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a la joven Marchana: Cuando se hubo levantado y rezado la oración de la aurora, como tenía por costumbre, arregló sus cosas y salió a comprar los alimentos y bebidas que necesitaba. Al volver del mercado vio que en la puerta de la casa había una señal blanca. La contempló, le extrañó y la intrigó. Se dijo: « Es posible que sea un juego de niños o una marca hecha por los muchachos del barrio, pero también puede ser una señal puesta por un antiguo enemigo o un vil envidioso, con mala intención y con un propósito vituperable. Lo mejor será confundirlo y frustrar su nefasto plan» . Cogió un pedazo de yeso y trazó en la puerta de sus vecinos señales parecidas a la que el ladrón había hecho. Así señaló unas diez puertas del barrio. Después entró en su casa y no dijo nada de lo que acababa de hacer. Esto es lo que a ella se refiere.

En cuanto al ladrón, al reunirse con sus compañeros en el monte se mostró contento y les dio la buena noticia de que había realizado sus deseos al descubrir a su enemigo, y que pronto podrían vengarse de él. Les refirió cómo había encontrado, de paso, a un cordonero que había cosido a un muerto, y que aquél lo había conducido a la casa de éste; cómo había señalado a ésta para evitar confusiones y quedar más tranquilo. El jefe le dio las gracias, lo alabó por su valor y se alegró mucho. Dijo a los ladrones: « Dividíos en grupos, poneos trajes de ciudadanos corrientes, esconded vuestras armas, dirigíos a la ciudad, entrad en ella por distintos lugares y reuníos en la mezquita mayor. Entretanto, yo y este hombre, quiero decir el espía, buscaremos la casa de nuestro enemigo. Cuando la encontremos, y nos cercioremos volveremos a reunimos con vosotros en la mezquita y celebraremos consejo en ella para resolver lo que hay que hacer. Nos pondremos de acuerdo acerca de lo que sea mejor: asaltar la casa de noche o lo que sea» . Los ladrones, al oír sus palabras, las encontraron apropiadas y justas y aceptaron sus deseos. Se dividieron en grupos, se pusieron trajes corrientes y bajo ellos ocultaron la espada, tal como les había mandado el capitán. Entraron en la ciudad por distintos lugares, temerosos de que sus habitantes los descubrieran, y se reunieron en la mezquita principal, de acuerdo con lo convenido. El capitán y el espía se dirigieron a la calle en que vivía su enemigo, y al llegar a ella, el capitán vio una casa concuna señal blanca. Preguntó a su compañero si era aquélla la que buscaban, y él le contestó que sí. El capitán se volvió hacia otra casa y vio también una señal blanca. Le preguntó: « ¿Cuál de las dos es la que nos interesa? ¿La primera o la segunda?» El ladrón quedó perplejo y no supo qué responder. El capitán dio entonces unos cuantos pasos y vio varias puertas más con la misma señal. « ¿Has sido tú quien ha señalado todas estas casas, o sólo has marcado una?» « ¡Sólo he marcado una!» « ¿Y cómo es que ahora hay diez?» « ¡No comprendo cómo puede ser!»

« ¿Puedes distinguir entre todas estas casas la que has señalado tú?» « No; ahora se parecen todas las casas; todas las puertas tienen el mismo aspecto, y todas las señales son iguales.» El capitán, al ver que era inútil continuar allí, y que aquella vez no había medio de vengarse, y que su esperanza se había frustrado, regresó con aquel hombre a la mezquita y mandó a sus compañeros que volviesen al monte, recomendándoles que fuesen por distintos caminos, tal como habían hecho a la ida. Al encontrarse todos en el monte, en el lugar de costumbre, les explicó todo, y cómo aquel compañero había sido incapaz de distinguir la casa de su enemigo. Añadió: « Ahora es necesario que cumplamos la sentencia dictada, de acuerdo con las condiciones estipuladas» . Lo aceptaron sin pestañear, y el propio ladrón, que era valiente y duro de corazón, no se volvió atrás al oír aquellas palabras ni se mostró cobarde. Al contrario: avanzó, resuelto y sin temor, y dijo: « En realidad soy merecedor de la pena de muerte; éste es el castigo de mi poca previsión y escasa astucia, ya que he sido incapaz de cumplir lo que se me había pedido. No me apetece continuar viviendo y prefiero morir que vivir infamado» . El capitán desenvainó la espada, y, de un golpe, le cortó el cuello. La cabeza cayó, separada del tronco. Luego dijo: « ¡Hombres de guerra y de combate! ¿Quién de vosotros es el valiente, el bravo, el de corazón resuelto y cabeza serena que se ofrece ahora para realizar esta difícil empresa? Que no se ofrezca el incapaz ni el débil, pues no he de aceptarlo. Debe presentarse el avispado, el muy bravo, el de pensamiento recto y gran habilidad» . Uno de aquellos hombres, llamado Ahmad « el encolerizable» , muy alto, grueso, de aspecto aterrador, mala catadura, rostro moreno, de mala figura, con bigotes semejantes a los del gato cuando se apresta a caer sobre el ratón y barba parecida a la de un chivo cuando está entre la cabra y el cordero, se adelantó y dijo: « ¡Comunidad de mis iguales! ¡Para tal hazaña, sólo yo os convengo! Si Dios quiere os traeré noticias seguras y os conduciré al domicilio del enemigo» . El capitán dijo al que se ofrecía para realizar la hazaña: « No irás si previamente no aceptas las condiciones ya establecidas. Si fracasas, serás decapitado. Si vuelves victorioso, te aumentaremos el rango, te honraremos, te ascenderemos, te daremos mayor importancia y tendrás toda clase de bienes» . A continuación Ahmad « el encolerizable» , se disfrazó de mercader, entró en la ciudad antes de que amaneciera y se dirigió directamente al barrio del jeque Mustafá el cordonero, pues ya iba orientado gracias a las palabras de su compañero. Lo encontró sentado en la tienda. Lo saludó, se instaló a su lado, le habló con amabilidad y dirigió hábilmente la conversación hasta hacerle explicar el asunto del muerto y cómo lo había cosido. Ahmad « el encolerizable» le pidió que lo guiase a la casa. El jeque Mustafá se negó, y rehusó continuar hablando; pero cuando vio el dinero no pudo contrariarlo, ya que las monedas son una flecha certera y un intercesor al que no se rechaza. Entonces se dejó vendar igual que anteriormente, lo condujo hasta la casa del difunto Qasim y se detuvo delante de

ella. Le quitó la venda, que le cubría los ojos, le entregó el dinero prometido y dejó que se marchara. Ahmad «el encolerizable» al encontrarse ante su objetivo, temió confundirse más tarde, y, en previsión de ello, marcó la puerta de la casa con una pequeña señal roja, que pintó en un lugar poco visible, pensando que nadie la vería. Después regresó junto a sus compañeros y les contó lo que había hecho, lleno de alegría, sin dudar del éxito y convencido de que nadie vería la señal, por ser pequeña y estar muy disimulada. Esto es lo que a ellos se refiere.

He aquí lo que se refiere a la joven Marchana: Se levantó temprano y, como de costumbre, salió a comprar carne, verduras, frutas, frutos secos y demás cosas necesarias para la casa. Al regresar del mercado la señal roja no le pasó inadvertida, antes al contrario, cayó bajo su vista y la contempló. La encontró rara, le llamó la atención y pensó con su agudeza y mucho entendimiento que la había hecho algún enemigo o un vecino envidioso, para hacer daño a la gente de la casa. No vaciló en marcar de rojo, con señales de la misma forma, las casas de los vecinos, y las pintó en el mismo sitio que había elegido Ahmad «el encolerizable». La joven no dijo nada para no intranquilizar o perturbar a su señor. Esto es lo que a ella se refiere.

Entretanto, el ladrón, que se había reunido con sus compañeros, les refirió lo que le había ocurrido con el cordonero, y cómo éste lo había guiado hasta la casa de su enemigo, cuya puerta había marcado con una señal roja para poder reconocerla. El capitán ordenó a sus hombres que se vistieran como el vulgo, que escondiesen las armas debajo de los trajes, y que entraran en la ciudad por distintos caminos. Añadió: «Os reuniréis en tal mezquita, y permaneceréis en ella hasta que nos unamos a vosotros». Él se marchó con Ahmad «el encolerizable» en busca de la casa en cuestión, para ver cuál era. Al llegar a la calle ya sabida, Ahmad «el encolerizable» fue incapaz de reconocerla dado el gran número de señales colocadas en las puertas. Al comprobarlo se avergonzó y no supo qué decir. El capitán, al darse cuenta de que era incapaz de encontrar la casa, bajó la cabeza, frunció el ceño y se enojó terriblemente. Pero la necesidad lo obligó a disimular, de momento, su enfado. Regresó con el ladrón, que marchaba cabizbajo, a la mezquita. Al reunirse con sus compañeros, les ordenó que regresasen al monte. Se separaron, y, en distintos grupos, regresaron a su feudo. Se sentaron en consejo, y entonces el capitán les refirió lo sucedido, y que los hados no les habían ayudado a tomar venganza, pues aquel día se había puesto al descubierto la vergüenza e incapacidad de Ahmad «el encolerizable», el cual se había demostrado incapaz de reconocer la casa de su enemigo. Luego desenvainó la espada, y de un mandoble en el cuello echó a rodar su cabeza, la separó del cuerpo, y Dios despachó su alma a toda prisa hacia el fuego (¡qué pésima morada!). El capitán meditó en el asunto y se dijo: «Mis hombres son buenos para combatir, alancear, saquear, verter sangre y hacer incursiones, pero

no tienen idea de lo que son las tretas y las añagazas. Si los mando uno detrás de otro para solucionar este problema, los perderé a todos sin utilidad ni beneficio. Lo mejor es que vaya yo personalmente a solucionar este difícil asunto». Informó de ello a los ladrones, y les dijo que iba a ir él, personalmente, a la ciudad. Le contestaron: « Este asunto es tuyo, y la autoridad también. Haz lo que te parezca». Entonces se cambió de vestidos, y al amanecer se dirigió a la ciudad en busca del jeque Mustafá el cordonero, del mismo modo que habían hecho sus dos mensajeros. Al encontrarlo, se acercó a él, lo saludó, le habló de buena forma y llevó la conversación hasta comentar lo acaecido al asesinado, y no paró de tirarle de la lengua y ofrecerle dinero hasta que el jeque Mustafá se avino a su deseo, y el capitán obtuvo lo que deseaba, o sea, el conocimiento del domicilio de su enemigo por el procedimiento ya citado. Cuando el viejo lo dejó ante la casa, le dio una recompensa mayor que la que le había prometido y lo despidió. Después se fijó en el edificio, lo examinó y no le fue necesario poner ninguna señal, puesto que contó las puertas que había en la calle, hasta llegar a la de la casa que le interesaba; se aprendió el número de memoria, examinó sus ventanas y sus arcos y se fijó en todos los detalles hasta conocerla a la perfección. Entretanto, se paseaba por la calle para que sus vecinos no se extrañaran al verlo allí tanto rato. Luego volvió junto a sus compañeros, les explicó lo que había hecho, y les dijo: « Sé cuál es la casa de nuestro enemigo, y, si Dios lo quiere, ha llegado la hora de nuestra venganza. He meditado acerca de cómo hemos de entrar y atacarlo. Os lo voy a contar. Si os parece bien lo pondremos en práctica, y si no lo aprobáis, el que tenga algo mejor que lo mío, que lo exponga y explique lo que bien le parezca». Les refirió lo que había pensado y lo que quería hacer. Los ladrones lo aprobaron, se pusieron de acuerdo y prometieron, bajo juramento, que ninguno de ellos quedaría rezagado respecto a su compañero en busca de la venganza. Entonces envió un grupo de ellos a un pueblo cercano y les mandó comprar cuarenta grandes pellejos de cuero. Despachó el resto de sus hombres a las aldeas vecinas para que comprasen veinte mulos. Cuando hubieron adquirido todo lo que les había mandado, se presentaron ante él. Hicieron en cada pellejo una hendidura suficiente para que pudiese entrar un hombre, y cada ladrón se metió en un odre con un puñal en la mano. Una vez estuvieron todos dentro, metidos en esa cárcel tan estrecha, cosió el capitán las aberturas, las dejó como habían estado, ensució los pellejos con aceite, para que quienes los vieran pensasen que estaban llenos de este líquido y los cargó de dos en dos a lomos de una mula. Los dos pellejos restantes los llenó de aceite verdadero y los colocó en uno de los animales. En total había veinte muías cargadas: diecinueve de hombres, y una de aceite, ya que los ladrones, después de la pérdida de sus dos compañeros, a los que dio muerte el capitán, habían quedado reducidos a treinta y ocho. Cuando terminó estos preparativos, se puso al frente de la recua de mulos y entró en la ciudad cuando ya había caído el

sol, cuando era tarde y había desaparecido la luz. Buscó la casa de Alí Babá y la reconoció en el acto. Al llegar ante ella tropezó con Alí Babá, el cual estaba sentado en un banco en la calle; en el banco había un tapiz, y se apoyaba en una magnífica almohada. Se fijó en él y vio que estaba contento, feliz y tranquilo por el bienestar y desahogo en que vivía. Al llegar junto a él lo saludó correctamente, con educación, humildad y respeto. Le dijo: « No soy de este país, mi patria está lejos, y mi morada apartada. He comprado aceite, y espero venderlo en esta ciudad. Pero he entrado tarde, me ha sido imposible llegar antes, a causa de la distancia y el mal estado del camino, y he encontrado cerrados los mercados. Me he puesto en marcha, perplejo, en busca de un lugar o refugio en que poder pernoctar con mis animales, pero no lo he encontrado; he andado hasta pasar, ahora, por tu lado. En cuanto te he visto, he dado gracias a Dios, porque ha solucionado mi problema y me ha hecho conseguir mi propósito. La generosidad se hace bien patente en tu gracioso rostro, y la hombría brilla en tus ojos honrados. No cabe duda de que eres hombre de bien y de mérito, piadoso y bueno. ¿Puedes darnos cobijo por esta noche a mí y a mis muías? Te harás merecedor de que te recompense y que te haga un buen regalo. Además, serás recompensado por el Generoso, el Favorecedor, el que paga un bien con otro bien, el que borra las maldades con el perdón. Mañana por la mañana, si Dios quiere, bajaré al mercado, venderé mi aceite y me separaré de ti, agradeciéndote el favor y alabándote» . Alí Babá replicó: « ¡Bien venido sea el caminante! ¡Hoy eres nuestro huésped bendito, y nos satisface esta noche feliz!»
Alí Babá era noble y generoso, magnánimo, de buenas costumbres y cualidades. De intenciones puras, sólo pensaba bien de la gente. Creyó lo que había inventado el falso comerciante; no se le ocurrió que pudiera ser el capitán de los ladrones del monte, ni lo reconoció, a pesar de haberlo visto una vez, aunque con un aspecto distinto. Llamó a su esclavo Abd Allah y le mandó que hiciese entrar las muías. Éste cumplió su orden, y el capitán entró en pos de sus animales para descargar los odres. Él y Abd Allah los bajaron de las muías y los alinearon junto a la pared en el patio de la casa. Después, el esclavo cogió las mulas, las metió en el establo y les dio cebada. El capitán quería pasar la noche en el patio, junto a los odres, negándose a entrar en la habitación con la excusa de que temía causar molestias a las gentes de la casa cuando en realidad era para poder llevar a cabo su propósito y poder realizar la perfidia que le había llevado junto a Alí Babá. Pero éste no le consintió que lo hiciese, lo conjuró a que entrase, y lo hizo de tal forma que casi lo arrastró. Al ver que era imposible seguir negándose, entró con él. El capitán se encontró en una amplia y espaciosa sala, cuyo suelo era de distintas clases de mármol. A su alrededor, unos enfrente de otros, había divanes recubiertos con los más preciosos tapices y tapetes, y en la testera del salón, un diván, mayor que los demás, cubierto de regia seda; sus peldaños estaban plateados, y las cortinas, bordadas. Alí Babá lo hizo sentar en este diván, mandó

encender las velas y envió recado a Marchana, informándola de que tenía un huésped y ordenándole que preparase los mejores alimentos para la cena. Después se sentó junto al recién llegado, le hizo compañía y le dio conversación hasta que llegó la hora de la cena. Entonces pusieron los manteles y sirvieron los guisos en vasos de plata y de oro. Colocaron la mesa delante del capitán y éste comió de todos los guisos en compañía de Alí Babá. Luego quitaron la mesa, sirvieron vino añejo, y la copa fue pasando de una mano a otra. Cuando hubieron terminado y estuvieron hartos de comer y beber, reanudaron la charla y así estuvieron parte de la noche. Llegada la hora de dormir y de acostarse, el capitán se levantó y bajó al patio, diciendo que antes de retirarse quería tapar a sus animales, si bien lo que quería era hablar con sus hombres. Se acercó al primero, que estaba, como ya hemos dicho, en el interior del primer pellejo, y le dijo en voz baja: « Cuando os tire, desde la ventana, un guijarro, desgarrad el pellejo con el puñal y reuníos conmigo» . Dijo Jo mismo al segundo, al tercero y a los demás hasta terminar con el último.

Alí Babá se proponía ir al baño a la mañana siguiente, por lo que recomendó a Marchana que le preparase la toalla que le era necesaria y que se la diera a Abd Allah, así como que le hiciera caldo de carne para bebérselo al salir del baño. Le recomendó, asimismo, que tratase bien al huésped, que le mullese la cama y que lo atendiese personalmente, de acuerdo con las reglas de la hospitalidad. Le contestó que así lo haría, y Alí Babá se fue a la cama, se acostó y se durmió.

Veamos ahora lo que hacía el capitán de los ladrones y digamos que es Dios quien concede la ayuda. Cuando se hubo puesto de acuerdo con sus compañeros y cómplices y hubo maquinado con ellos lo que había que hacer, subió en busca de Marchana y le preguntó por su dormitorio. Ésta tomó una vela y le condujo a una habitación llena con los más hermosos tapices, con el lecho, las sábanas y todos los objetos que podía necesitar durante la noche. Marchana se fue luego a la cocina para hacer lo que la había mandado su señor: preparó la toalla y los objetos necesarios para el baño, y los entregó a Abd Allah. Después encendió el fuego debajo de la cacerola. Mientras hacía esto, la luz del candil iba disminuyendo poco a poco por falta de aceite, hasta que se apagó por completo. Buscó la aceitera y vio que estaba vacía; además, se había terminado la cera. Quedó perpleja, ya que necesitaba luz para terminar de preparar el caldo. Abd Allah, al verla así, le dijo: « No te inquietes ni te preocupes porque se haya terminado el aceite de la casa, pues lo tenemos en abundancia. ¿Has olvidado que los pellejos del comerciante forastero están llenos de aceite? Los han puesto en el patio. Baja, coge lo que quieras, y por la mañana le pagaremos su importe» . Marchana, al oír estas palabras, encontró que la idea era buena, le dio las gracias por el magnífico consejo, bajó con la jarra y se acercó a los pellejos. Los ladrones estaban ya hartos de la larga permanencia en tan estrecha prisión,

estaban fatigados de tener la espalda doblada; respiraban fatigosamente y tenían los miembros descoyuntados y los huesos molidos; no podían aguantar más esta situación y les era imposible continuar encerrados. Al oír la voz de Marchana creyeron, en su ignorancia, que era la de su jefe, puesto que la flecha del destino iba a alcanzarlos y la orden de Dios iba a cumplirse. Uno de los ladrones preguntó: « ¿Ha llegado el momento de salir?»

Refiere el narrador de esta historia admirable, de este relato emocionante, extraordinario: Marchana, al oír la voz de un hombre que hablaba en el interior del odre, se asustó muchísimo; tembló de terror y se aterrorizó de mala manera. Otra mujer se habría desmayado o gritado, pero ella tenía un corazón valiente y una imaginación rápida. Se dio cuenta en seguida de lo que sucedía y pensó, en menos de un abrir y cerrar de ojos, que aquellos hombres iban con mala intención. Ideó en seguida lo que le convenía hacer, puesto que si gritaba o se movía moriría sin remedio, así como su señor y todos los moradores de la casa. Se abstuvo de lamentos y algazara y empezó a poner en práctica la trampa que se le había ocurrido: bajó la voz y contestó al primer ladrón: « Espera un momento. Falta muy poco tiempo» . Se acercó al segundo odre, y el ladrón que lo ocupaba le preguntó lo mismo que el primero. Le contestó de la misma forma que al anterior. Los ladrones le preguntaban el uno detrás del otro y ella les contestaba y los invitaba a tener paciencia. Así llegó hasta los pellejos que contenían el aceite, y que eran los últimos de la fila. Cuando vio que éstos se empeñaban en seguir callados pensó que no debían contener hombres. Los movió, y al convencerse de que estaban llenos de aceite, abrió uno, llenó la jarra, volvió a la cocina y encendió el candil. A continuación preparó un gran caldero de cobre rojo, bajó con él al patio, lo llenó de aceite, lo colocó sobre el fuego y puso mucha leña debajo, hasta que el aceite hirvió. Entonces bajó con el caldero y fue vertiendo una jarra de aceite en la boca de cada pellejo; el líquido fue matando a los ladrones en cuanto les llegaba a la cabeza. Así los aniquiló a todos. Al comprobar que todos habían muerto, regresó a la cocina y terminó de hacer el caldo de carne que le había mandado su señor. Concluido su trabajo, apagó el fuego y la lámpara y se sentó a espiar al capitán.

Éste, al entrar en la habitación que se le había preparado, cerró la puerta, apagó la vela y se tendió en la cama como si durmiera, a pesar de que seguía despierto, en espera del momento oportuno de caer sobre los habitantes de la casa. Cuando le pareció que todos estaban durmiendo, se levantó en silencio y se asomó a observar. Al no ver luces ni oír ningún ruido, creyó que los moradores de la casa dormían. Cogió un guijarro y lo tiró al patio, de acuerdo con lo convenido con sus compañeros. Esperó un poco para dar tiempo a que salieran de los odres; pero como siguieron callados y no se movían ni se oía rumor alguno, quedó perplejo. Desde la ventana tiró otro guijarro sobre los pellejos, pero éstos siguieron mudos y sin hacer ningún movimiento. Esto lo intrigó, y

volvió a tirar, por tercera vez, otra piedra. Esperó, sin resultado, la salida de sus ladrones. Perdió la paciencia, el miedo hizo mella en su corazón, y bajó a ver qué les había ocurrido y el porqué de su silencio. Percibió un olor desagradable y el tufo de aceite quemado, con lo que aumentaron su terror y su miedo. Recorrió la fila, dirigiendo la palabra a uno después de otro, pero no contestó ninguno. Entonces movió los pellejos, los agitó y miró en su interior: vio a sus hombres achicharrados. Al comprobar que alguien había sacado aceite de uno de los odres, comprendió la manera cómo habían muerto y la causa de su fallecimiento. Esto lo afligió mucho y lloró copiosamente por haber perdido a sus compañeros. Temiendo que lo detuviesen, se decidió a huir y a escapar antes de que le cerrasen el camino. Abrió la puerta del jardín, trepó por la pared, saltó a la calle y huyó como alma que lleva el diablo. Iba cabizbajo, fatigado de pena y con el corazón lleno de mil pesares.

Marchana lo observaba desde su escondrijo. Al comprobar que había huido, cerró la puerta del jardín que había abierto el ladrón y regresó a su habitación. Esto es lo que a ella se refiere.

He aquí lo que se refiere a Alí Babá: Cuando Dios hizo aparecer la mañana y ésta iluminó con su luz y se hizo claro y el sol saludó a la más hermosa de las criaturas, Alí Babá despertó de su sueño y de las dulzuras del reposo. Se vistió y se dirigió al baño. Su esclavo Abd Allah iba detrás de él con los útiles para el lavado y la toalla que le era necesaria. Entró en el baño, se lavó y descansó en la más completa satisfacción y felicidad, sin saber lo que había pasado en su casa durante la noche ni el peligro del que Dios le había salvado. Al terminar de lavarse se puso otra vez los trajes y regresó a su domicilio. Al entrar en el patio vio que los pellejos seguían en el mismo sitio, y se admiró. Preguntó a Marchana: «¿En qué piensa ese comerciante forastero, que tarda tanto en marchar al mercado?» «¡Señor mío! Dios te ha destinado para una larga vida y te ha dado mucha suerte, pues esta noche te has salvado de un gran peligro, y Dios te ha librado a ti y a tus familiares de la destrucción y de una muerte vil, gracias a tu pureza de intención. Ha hecho caer en una fosa a aquellos que la habían cavado para sepultarte en ella, castigando sus malas intenciones. La falsedad trae siempre consigo la desgracia y la muerte prematura. He dejado todas las cosas tal como estaban, para que veas con tus propios ojos lo que te había preparado, a traición, aquel fingido comerciante, y el valor de tu esclava Marchana. ¡Anda, contempla lo que hay en el interior de esos pellejos!» Alí Babá se acercó, y al ver en el interior del odre que tenía más próximo un hombre que empuñaba un puñal, palideció, cambió de humor y se echó atrás del susto. La joven le dijo: «No temas, pues ese hombre está muerto». A continuación le mostró los restantes pellejos, en el interior de cada uno de los cuales había un hombre muerto, con un puñal en la mano. Quedó un rato atemorizado, mirando unas veces a Marchana y otras a los pellejos. Estaba estupefacto, amilanado, sin saber

lo ocurrido. Exclamó: « ¡Apresúrate a explicármelo todo! ¡Sé breve! Lo que he visto me ha llenado de temor» . « Espera un poco y no levantes la voz, para que los vecinos no se enteren de aquello que no interesa que se difunda. Tranquilízate, ve a tu habitación y siéntate en tu sillón para descansar. Yo te llevaré el caldo de carne que te he hecho, te lo beberás y desaparecerá el terror que te ha sobrevenido.» Después se dirigió a la cocina, le llevó el caldo, se lo dio, y él se lo bebió. Luego empezó a hablar: « Ayer me mandaste que te preparase los útiles propios del baño y que te hiciera caldo de carne. Mientras estaba ocupada en cumplir tus órdenes, se apagó la lámpara por falta de aceite. Busqué la jarra del aceite, la encontré vacía y me quedé perpleja, sin saber qué hacer. Pero Abd Allah me dijo: "No te preocupes por eso, pues tenemos mucho aceite en casa. Baja, coge lo que necesites de los pellejos del comerciante que duerme en nuestro domicilio, y mañana le pagaremos su importe". Considerando que su consejo era bueno, bajé con la jarra. Al acercarme a los pellejos, oí en su interior la voz de un hombre, que preguntaba: "¿Ha llegado el momento de salir?" Comprendí en seguida que aquello era una trampa, y le contesté, sin temor: "Ya falta muy poco". Recorrí todos los pellejos y vi que en el interior de cada uno de ellos había un hombre, que me preguntaba exactamente lo mismo o me dirigía palabras semejantes. Yo iba dando la misma contestación y así llegué a dos pellejos que estaban llenos de aceite. Llené la jarra, encendí la lámpara, cogí un gran caldero, lo llené de aceite y lo puse al fuego; cuando hubo hervido, lo vertí por la boca de cada odre hasta que murieron todos los ladrones, a consecuencia del aceite caliente, conforme tú has podido comprobar. Luego apagué la lámpara y me senté a observar lo que hacía aquel comerciante traidor, pérfido y embustero. Vi que desde su ventana tiraba piedras para despertar a sus hombres, y que repetía esto varias veces. Pero como no se decidían a salir y él quería verlos, bajó a averiguar la causa por la que seguían quietos, y los encontró a todos muertos. Entonces, temió que a él le detuviesen o le matasen, por lo que trepó por la pared del jardín, saltó a la calle y huyó. Yo no quise despertarte para no alborotar a la gente de la casa, y he esperado a que regresaras del baño para explicártelo todo. Esto es lo que me ha sucedido con esos traidores, pero Dios es más sabio. Ahora es necesario que te diga algo que me ocurrió hace poco y que hasta ahora te he ocultado. Hace unos días, al volver del mercado, vi que en la puerta de nuestra casa había una señal blanca. Al contemplarla me intranquilicé, me inquieté y me di cuenta de que la había hecho un enemigo, con la idea de hacernos daño. Para confundirlo, pinté la misma señal en la puerta de las casas de nuestros vecinos. Al día siguiente vi que habían hecho una señal roja en la puerta de nuestra casa, y yo puse una señal idéntica en la puerta de nuestros vecinos. Te he ocultado esto por temor a alarmarte. Es seguro que las señales las pusieron los hombres que están muertos: son los ladrones con los que tropezaste en el monte. Desde el momento en que supieron el camino de nuestra casa, no

nos han concedido reposo ni descanso y mientras quede sobre la faz de la tierra uno solo, correremos el riesgo de caer en sus trampas. No cabe duda de que ese que ha huido se esforzará en darnos muerte. Es necesario que vigilemos. Yo permaneceré despierta y alerta» .

Refiere el narrador: Alí Babá, al oír las palabras de su esclava Marchana se maravilló muchísimo de lo que les había ocurrido, del extraordinario suceso que habían vivido. Dijo a Marchana: « He escapado de este peligro y me he salvado de este riesgo gracias al Creador, al Favorecedor, al Benefactor, que nos protege con su gracia, y a tu inteligencia penetrante, a tu buen entendimiento» . Le dio las gracias por lo bien que había obrado, por su valor, por su reflexión penetrante y por su buen consejo. Le dijo: « Desde este instante eres completamente libre ante la faz de Dios, pero siempre te seremos deudores y te recompensaré por todo. Como has dicho bien, no cabe duda de que ésos son los ladrones del bosque. ¡Loado sea Dios, que nos ha salvado de ellos! Ahora es necesario enterrarlos y ocultar lo que nos ha ocurrido» . Llamó a su esclavo Abd Allah y le mandó que le llevasen los picos. Cogió uno, dio otro al esclavo y empezaron a abrir una gran fosa en el jardín; luego trasladaron los cuerpos de los ladrones, los arrojaron a la fosa y los cubrieron de tierra hasta que desapareció su rastro por completo. Vendió los mulos en el mercado en distintas fechas, y lo mismo hizo con los pellejos. Esto es lo que a ellos se refiere.

En cuanto al capitán de los ladrones: al escapar de la casa de Alí Babá huyó al bosque y entró en el tesoro en el más lamentable de los estados, llorando su soledad y su aislamiento. Se sentó, triste, a reprenderse por el fracaso de sus esperanzas, por la derrota de su plan, por la pérdida de sus hombres. La vida se le hizo aborrecible y deseó la muerte, diciendo: « ¡Ay de vosotros! ¡Ah héroes del tiempo, hombres de combate y de lucha! ¡Ah, caballeros en la lid de la guerra! ¡Ojalá hubieseis muerto en medio del combate y de la batalla! ¡Habríais encontrado digno fin, en la liza! Pero haber muerto de este modo infame constituye una ofensa, y yo, desgraciado de mí, soy el causante de la muerte de aquellos a los que rescataría, si pudiera, con mi propia vida. ¡Ojalá se me hubiese escanciado el vaso de la muerte antes de tener que presenciar esta calamidad! El Señor —Todopoderoso y excelso— sólo me concede la vida para tomar venganza, lavar la afrenta y vengaros terriblemente, de un enemigo al que he de hacer probar el mal de la tortura y el castigo más grande. Yo me bastaré para hacer esto, a pesar de mi soledad. Aquello que no pueden conseguir muchos hombres, he de realizarlo yo solo si Dios quiere» . Pasó toda la noche en un caos de ideas, preocupado y buscando el engaño que le había de permitir alcanzar su objetivo. Veló sin gozar de las dulzuras del sueño, y amaneció sin tener apetito. Siguió esforzando su mente para idear una trampa, pensó en cómo había de conseguir su objeto, meditó en lo que debía hacer en esta coyuntura para alcanzar su deseo y curar su enfermedad. Cuando se hizo de día se vistió de

comerciante y se dirigió a la ciudad para alquilar una habitación y abrir una tienda en el zoco de los mercaderes. Trasladó a ésta, desde el tesoro, en varias veces, objetos de mucho valor, hermosas y magníficas telas, bordadas en oro, entre las cuales había piezas de tela india, paños sirios, vestidos de brocado, preciosos trajes, aderezos de seda y gemas. Todo ello había sido robado en distintos países. Procedía de los bienes de las criaturas de Dios que habían sido depositados en el tesoro. Después se sentó en su tienda y se dedicó a vender y a comprar, a tomar y a dar a la gente. Empezó vendiendo a precios bajos, a rebajar el importe, a aceptar lo que la gente le ofrecía y a complacerla en lo que pedía. Así se hizo célebre, se divulgó su nombre, se difundió su manera de actuar, se hizo notoria su conducta, acudieron a su tienda las personas importantes, y se aglomeraron ante ellos los humildes. Él recibía a la gente con amabilidad y cortesía, la trataba con dulzura y afabilidad, le mostraba un rostro sonriente, buenas costumbres, graciosas palabras y hermosas respuestas. Así consiguió que todos lo apreciasen. Pero todo ello era contrario a su natural, puesto que era duro, grosero, ignorante e inhumano; que estaba acostumbrado al combate, al saqueo, a la matanza y al robo. Pero la necesidad tiene sus leyes, y lo forzó a hacer esto. El Todopoderoso —excelso y grande—, que dispone lo que quiere y ordena sus deseos a las criaturas, quiso que la tienda de este traidor estuviese frente a la del hijo de Alí Babá, que se llamaba Muhammad. Como eran vecinos, los vínculos de la convivencia nacieron entre ambos, y, a causa de esto, se conocieron e intimaron, sin que el uno supiese quién era el otro ni de dónde procedía. Entre los dos se estableció una corriente de afecto y cariño, y llegaron a no poder estar separados.

Un día, Alí Babá fue a visitar a su hijo Muhammad y a ver el zoco de los comerciantes. Encontró al mercader forastero sentado al lado de su hijo. El capitán le reconoció desde el momento en que lo vio y estuvo seguro de encontrarse en presencia del enemigo en cuya búsqueda había ido. Se alegró mucho, y entonces tuvo la seguridad de que conseguiría su deseo y alcanzaría su propósito: tomar venganza. Pero ocultó sus intenciones, procurando permanecer inmutable y cuando Alí Babá se fue, interrogó sobre él a su hijo, aparentando que no lo conocía. Muhammad le contestó: « Es mi padre» . Al enterarse de esto, fue a sentarse más frecuentemente aún en la tienda del muchacho, multiplicó sus atenciones para con él y se esforzó en tratarlo bien, aparentando tenerle afecto, cariño, amor y amistad. Lo invitaba a comer, le daba banquetes y fiestas y lo llevaba a sus veladas. No soportaba el estar separado de él en las tertulias y en las fiestas, le regalaba objetos preciosos y le hacía magníficos presentes. Todo lo hacía en vistas a conseguir lo que tenía pensado y para realizar el engaño y la traición que meditaba. Muhammad se dio cuenta de sus muchos favores, de lo agradable de su compañía, de su amistad, de su incesante cariño, de que el afecto que le profesaba había alcanzado su grado sumo, y de que el amor que le tenía

era muy grande. Creía que todo ello procedía de su buena intención, que era sincero, y que no podía prescindir de él ni de día ni de noche. Refirió a su padre los favores que debía al comerciante forastero, el mucho amor y cariño que éste le mostraba; que era un hombre rico, generoso, magnánimo y uno de los principales personajes. Excediéndose en su apología, le dijo que lo invitaba a comer guisos exquisitos en cualquier momento, y que le hacía costosos regalos. Su padre le dijo: « Pues es necesario, hijo mío, que tú le correspondas, que le prepares un banquete y que lo invites. Lo harás el viernes, cuando salgáis juntos de la mezquita, después de la oración del mediodía, y paséis por delante de casa, invítalo a entrar. Yo habré preparado lo necesario para hacer agradable la estancia a tan ilustre huésped» .

El viernes al mediodía, el capitán se dirigió a la mezquita en compañía de Muhammad. Una vez rezada la oración colectiva, salieron juntos, dispuestos a visitar la ciudad. Pasearon sin descanso hasta que llegaron a la calle de Alí Babá. Al cruzar ante la puerta de la casa, Muhammad invitó a su compañero a que entrase a comer, diciéndole: « Ésta es nuestra casa» . El capitán rehusó esgrimiendo varias excusas, pero el muchacho lo insistió, lo conjuró y no cejó hasta conseguir que aceptara. « Complaceré tu deseo por exigirlo así las leyes de la amistad y para darte gusto; pero ha de ser con una condición: no has de poner sal en la comida, puesto que aborrezco mucho este condimento y no puedo comerlo ni aspirar su olor.» « Esto es muy fácil, y si tu estómago no la soporta, se te ofrecerá únicamente comida sin sal.» El ladrón se alegró al oír esto, ya que su mayor deseo consistía en entrar en aquella casa, y todo lo que hacía era pura comedia, a fin de conseguir mejor su propósito y alcanzar su objetivo. Entonces estuvo seguro de que iba a tomar venganza; se cercioró de que iba a aplicar el talión. Se dijo: « Dios los ha hecho caer, sin remedio, sin duda, en mis manos» . En cuanto pisó el umbral y entró en la casa, Alí Babá salió a recibirlo, lo saludó con la mayor corrección y cortesía, lo hizo sentar en la testera del salón, pues lo tenía por un distinguido comerciante, y no podía sospechar que era el dueño del aceite, ya que había cambiado de aspecto y de figura. No le pasó por la mente que había metido al lobo entre el ganado, al león entre las ovejas. Se sentó a hablar con él y a hacerle los honores.

Entretanto, su hijo, Muhammad, iba a ver a Marchana y le recomendó que no pusiese sal en los guisos, ya que su huésped no podía soportarla. Esto la contrarió, pues ya tenía hecha la comida, y la obligaba a guisar de nuevo para que no hubiese sal. Esta circunstancia la extrañó y la inquietó. Quiso ver quién era aquel hombre que no necesitaba la sal, que no tenía el mismo paladar que los demás mortales, puesto que una cosa parecida no se había oído contar jamás. Atardecía cuando acabó de cocinar. Marchana y Abd Allah llevaron la mesa y la colocaron delante de los reunidos. Entonces dirigió una mirada al comerciante forastero y lo reconoció en seguida, ya que era muy buena fisonomista y tenía

una excelente memoria. Se cercioró de que era el capitán de los ladrones. Mirando atentamente, descubrió debajo de sus faldones la empuñadura de una daga. Se dijo: « Ahora comprendo por qué este maldito se ha negado a compartir la sal con mi señor. Quiere darle muerte, pero le parecería mal y le repugnaría hacerlo después de haber compartido la sal. Pero, con el permiso de Dios (¡ensalzado sea!), no conseguirá su propósito, pues no permitiré que lo lleve a cabo» . Volvió a sus quehaceres, y Abd Allah se encargó del servicio. Comieron todos los platos, y Alí Babá hizo los honores a su huésped y le invitó a comer. Cuando estuvieron hartos se llevaron la mesa y les sirvieron el vino, las tapas, los dulces, la fruta y los licores; comieron pasteles y frutas, y después se pasaron la copa de uno a otro. El maldito les servía de beber, pero él se abstenía de acompañarlos, pues quería emborracharlos y él estar sereno, sin emborracharse, con todo su entendimiento, para poder llevar a cabo su propósito. Cuando estuvieran ebrios y se quedaran dormidos, aprovecharía la ocasión para derramar su sangre y matarlos con el puñal. Después escaparía por la puerta del jardín, como había hecho anteriormente. En esto aparecieron Marchana y Abd Allah. La muchacha llevaba una camisa de tejido de Alejandría, una aljuba de regio brocado y otros preciosos vestidos; un cinturón de oro, trenzado con joyas, ceñía su talle y hacía resaltar las caderas; llevaba una redecilla de perlas en la cabeza, y alrededor del cuello un collar de esmeraldas, jacintos y coral. Debajo aparecían sus senos, semejantes a dos frutos de granados. Las joyas y los trajes realzaban su belleza, que parecía el capullo de una flor de primavera o la luna en la noche del plenilunio. Abd Allah vestía también regiamente y llevaba en la mano una pandereta que tocaba, mientras la joven bailaba como las gentes del oficio. Alí Babá, al verla, se alegró y sonrió. Le dijo: « ¡Bien venida la bella muchacha, la criada preciosa! ¡Por Dios, que has hecho bien! Ahora nos apetecía ver bailar para dar completo término a nuestra satisfacción y a nuestra alegría, para distraernos y hacernos felices. Luego dijo al capitán: « Esta muchacha no tiene par. En todo es experta; excelente en el servicio, no hay nada que se le oculte en las distintas ramas de la buena crianza. Es guapa, encantadora, de certera opinión y rapidez de pensamiento. No hay ninguna que se pueda comparar con ella en nuestro tiempo. Le debo grandes favores, y me es más querida que una hija. Fíjate, señor, en la belleza de su cara, en la elegancia de su talle, lo bien que baila, la gracia de sus inflexiones y en la agilidad de sus movimientos» . El capitán no escuchaba sus palabras, pues estaba fuera de sí, encolerizado y triste, por la entrada de aquellas dos personas, que estropeaban la maquinación que había preparado contra los habitantes de aquella casa y hacían fracasar la traición y la villanía en que había pensado. Marchana bailó tan bien como una bailarina profesional. Llevó las cosas hasta el punto de sacar el puñal que llevaba en el cinto y seguir danzando con él en la mano, tal como es costumbre entre los árabes. Unas veces ponía la punta encima de su pecho, otras

en el de Alí Babá, en el de su hijo Muhammad o en el del capitán. Luego, tomando la pandereta de las manos de Abd Allah, se la presentó a Alí Babá, haciéndole señas para que le diese algo. Él le puso un dinar. Luego la pasó a su hijo, Muhammad, quien le dio otro dinar. Se aproximó al capitán con la pandereta en una mano y el puñal en la otra. El hombre quiso darle algo y metió la mano en el bolsillo. Mientras se encontraba en esta posición, ocupado en sacar los dirhemes necesarios, la joven le clavó el puñal en el pecho, y el bandido murió en medio de estertores. Dios se apresuró a enviar su alma al fuego (¡qué pésima morada!). Alí Babá y su hijo, al ver lo que había hecho, se levantaron apresuradamente y gritaron: « ¡Traidora! ¡Hija adulterina! ¡Pérfida! ¡Innoble! ¿Por qué has cometido esta vituperable acción? ¿Qué te ha incitado a este acto miserable? Nos afliges de tal modo que no lo olvidaremos jamás, que será causa de nuestra muerte, de la pérdida de nuestra vida. Pero antes he de castigarte, maldita, y si escapas con vida del juez, no escaparás de nuestras manos» . Ella replicó inmutable: « Tranquilizaos, no tengáis miedo. Si tal hubiera de ser la recompensa por haberos salvado, no habría quien se ofreciese a hacer el bien. No os apresuréis a malpensar de mí para que luego no tengáis que arrepentiros. Oíd mi relato, y después haced conmigo lo que queráis. Ese hombre no era un comerciante, según afirmaba y vosotros creíais. Era el capitán de los ladrones del bosque, el que antes había pretendido ser vendedor de aceite y metió aquí hombres en pellejos para daros muerte y exterminaros. Al fracasar en su treta, al perder la esperanza y la confianza en el éxito, tuvo que huir y abandonar la casa. Pero esto no le sirvió de escarmiento ni lo amilanó, sino que aumentó su rabia y odio contra mí y contra vosotros, y siguió resuelto a hacer el mal. Para conseguir su propósito y llegar a su meta, abrió una tienda en el zoco de los mercaderes y la llenó de mercancías preciosas, caras. Por medio de malas artes, de trampas ocultas, de acciones descreídas enredó y engañó a mi señor Muhammad, mostrándole un falso cariño y un amor insincero. Fue tras él con disimulo hasta que le fue posible entrar en vuestra casa y sentarse con vosotros a la mesa. Entonces se dispuso a aprovechar la ocasión para traicionaros, para daros la peor de las muertes y borrar vuestro rastro, confiando en conseguirlo gracias a lo bien afilado de sus armas y a la fuerza de su brazo y de su mano. Pero no hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande. ¡Loado sea Dios, que lo ha hecho morir prematuramente por mis manos! Registradlo, y veréis si son ciertas mis palabras» . Le levantó los faldones y les mostró el puñal que llevaba escondido entre sus ropas. Ambos, al oír su respuesta y el discurso con que les contestaba observaron con mucha atención la faz del pérfido y embustero comerciante, y reconocieron en él al vendedor de aceite y al ver el puñal se convencieron de que Dios los había salvado de un gran peligro y que había hecho perecer aquel cuerpo por mediación de su esclava Marchana. Seguros ya de la veracidad de las palabras de ésta, aumentó en ambos la estima

en que la tenían. Le dieron las gracias por una acción tan noble y alabaron la actitud de su intuición. Alí Babá le dijo: « Anteriormente te he abrazado y te he prometido una recompensa mayor. Éste es el momento de cumplir lo prometido, y de llevar a buen término mi juramento si es que a ti te place lo que ha tiempo traigo pensado para recompensarte el bien que nos has hecho y pagarte tus bellas acciones. Quiero casarte con mi hijo Muhammad. No me contradigáis» . El muchacho aceptó: « ¡Oír es obedecer lo que has pensado y decidido! No te contradiré en lo que has dispuesto, aunque fuese algo que me disgustase o molestase. Pero el matrimonio con Marchana constituye mi máximo anhelo, el colmo de mis deseos» . Y así era en realidad, pues él la amaba desde hacía tiempo, su pasión por ella había alcanzado el punto culminante, pues era hermosa, bella, bonita y perfecta; poseía talento natural, buenas costumbres y era de origen noble y buena ascendencia.

Se dispusieron a enterrar al capitán: le cavaron una amplia fosa en el jardín, lo depositaron en ella y así se reunió con sus criminales y malditos compañeros. Ninguna de las criaturas de Dios se enteró de estas cosas tan extraordinarias, de estos acontecimientos portentosos.

He aquí lo que ocurrió con su tienda: la hacienda pública, al ver que estaba ausente largo tiempo y que no se sabía nada de él, ni se encontraba rastro, se incautó de los bienes que contenía y de los objetos que guardaba.

Cuando quedaron tranquilos y confiados, cuando estuvieron seguros en su casa y se arreglaron los asuntos; cuando volvió la alegría y se marcharon los pesares, Muhammad casó con la joven Marchana, se extendió el contrato matrimonial ante el cadí de los musulmanes, le hizo el primer regalo de bodas y se obligó a entregarle el segundo. Las gentes acudieron a porfía, se celebraron las fiestas, permanecieron sin dormir en las noches de algazara y dieron grandes banquetes y convites. Acudieron los principales juglares, cantores y cómicos hasta que al fin la dejaron a solas con él y la desfloró. Las fiestas duraron tres días.

Un año después de estos acontecimientos, Alí Babá se decidió a volver al tesoro, que no había querido visitar de nuevo después de la muerte de su hermano, por temor a que los ladrones le tendiesen una emboscada. Dios había aniquilado a treinta y ocho hombres por mediación de Marchana, además del capitán. Pero Alí Babá creía que aún quedaban dos hombres, puesto que en el monte había contado cuarenta. Por ello se abstuvo de ir durante todo este lapso de tiempo, temiendo que los dos restantes le tendiesen una trampa. Pero como no supo más de ellos ni dieron señales de vida, se convenció de que habían muerto y se decidió a volver en compañía de su hijo, para mostrarle el tesoro y enseñarle el secreto mediante el cual podía entrarse en él. Al llegar a sus inmediaciones vio que había mucha hierba, que los arbustos y espinos habían crecido en la vecindad de la puerta y borrado el camino. Dedujeron de ello que hacía mucho tiempo

que no entraban en el tesoro hombres ni genios y que nadie lo había tocado desde entonces, así como que habían muerto los otros dos ladrones. Desapareció el miedo que aún tenían y siguieron acercándose. Alí Babá cogió el hacha y cortó la hierba y los espinos, hasta que consiguió abrir un paso y pudo llegar a la puerta. Entonces dijo: « ¡Sésamo, abre tu puerta!» La puerta se abrió, y Alí Babá entró en el tesoro con su hijo y mostró a éste las riquezas, maravillas, prodigios y objetos que contenía. El muchacho se quedó completamente admirado. Recorrieron las salas, dieron vueltas y más vueltas por ellas y se hartaron de tocar las joyas y las gemas. Luego regresaron, llevándose lo que más les gustaba, o sea, lo de poco peso y mucho valor. Volvieron a su casa contentos y satisfechos por los bienes adquiridos y sucesivamente fueron llevándose del tesoro lo que era más de su agrado.

Vivieron en la más dulce y feliz de las vidas hasta que les visitó el destructor de las dulzuras, el separador de las multitudes, el aniquilador de los palacios y el constructor de las tumbas.

JUAN VERNET, (Barcelona, 1923 - 2011) fue una autoridad internacional en el campo de la ciencia árabe. Catedrático de la Universidad de Barcelona, fue miembro de número de las Academias de Buenas Letras y del Institut d'Estudis Catalans de Barcelona, de la Internacional de Historia de la Ciencia de París y correspondiente, entre otras, de las Reales de Ciencias de Madrid y Barcelona, y de la de Estudios Islámicos de Amman. Miembro honorario de la Royal Asiatique de París. Recibió muchos e importantes galardones por su actividad, y tradujo *El Corán* y *Las mil y una noches*. Fue autor de numerosos libros, entre los que destacamos *Lo que Europa debe al Islam de España* (Acantilado, 1999), *Astrología y astronomía en el Renacimiento* (Acantilado, 2000), *Los orígenes del Islam* (Acantilado, 2001) y *Literatura árabe* (Acantilado 2002). <<

Notas

[1] Cf. J. Vernet, « La conjunción del barbero de Bagdad» en *Melánges offerts à René Crozet*, 1173-1175, Poitiers, 1966. <<

[2] Cf. J. Oliver Asín, « Una y mil veces» en *Al-Andalus*, 29, (1964), 179-197. <<

[3] Compárese, por ejemplo, el texto contenido en el manuscrito fragmentario de *Las mil y una noches* de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona (cf. R. Basset en *Journal Asiatique*, 1895, II, 407-408) con la traducción que aquí presentamos. <<

[4] Relatos tradicionales sobre episodios bíblicos. <<

[5] Los resúmenes de algunos que no hemos incluido pueden verse en el *Prólogo* a nuestra traducción de 1964 (vol. I, págs. XXXVIII-LI). <<

[6] Figura en *Apéndice* a la presente traducción. <<

[7] « Les fonts orientals del “Tirant lo Blanch”» , *Estudis Romànics*, 2 (1949-1950), 1-50. <<

[8] Cf. J. Vernet, *Las mil y una noches*, I, XL, 6. <<

[9] Palabra con la que se designa el vocablo hebreo, compuesto por cuatro letras, que significa el nombre de Dios en esta lengua. <<

[10] Personaje mítico de la leyenda musulmana, último eco del Gilgamesh babilónico. <<

[11] V. Christides, « An arabo-byzantine novel: Umar b. al-Numan compared with Digenès Akritas» , *Byzantion*, 30 (1962), 459-603. <<

[12] Cf. Álvaro Galmes de Fuentes, « Épica árabe y épica castellana (problema crítico de sus posibles relaciones)» , en *La poesía epica e la sua formazione*, Roma, 1970, 195-259. <<

[13] Cf. Menéndez Pelayo, « La doncella Teodor» en *Homenaje a don Francisco Codera*, Madrid, 1904. <<

[14] Vol. 14 (Madrid, 1913) de las obras de Lope editadas por Menéndez Pelayo.
<<

[15] *Cuentística medieval en España: los orígenes*, Zaragoza, 1979 y « Algunos errores en la transmisión del “Calila” y el “Sendebar”» en *Cuadernos de Investigación Filológica*, 5, I (1979), 43-57. <<

[16] Cf. A. González Palencia, *Versiones castellanas del «Sendebar»* . Edición y prólogo de…, Madrid-Granada, 1946. <<

[17] Cf. A. González Palencia, « Precedentes islámicos de la leyenda de Garín» *Al-Andalus*, 1 (1933), 35-55. <<

[18] De esta narración existe un resumen aljamiado. Cf. M. Alvar y F. de la Granja, «Apostillas lingüísticas al "Fecho de Buluqiya"» en *Homenaje a Francisco Yndurain*, Zaragoza, 1972, 23-39. <<

[19] Sobre el oficio de alcahueta cf. J. Toro-Garland: « “La Celestina” en “Las mil y una noches”» , *Revista de Literatura*, 29, 57-58 (1966), 5-34. <<

[20] *La novelística hebraica medieval*, Barcelona, 1951. <<

[21] Se trata de un guiso de carne con leche, que desprende un olor muy intenso.
<<

[22] Cf. J. M. López Picó, « Interpretacions de “Les mil i una nits”: Farizada, la del somriure de rosa. Història d'Alí-Nur i Dolça Amiga. Història de Nureddín, del seu germà Chamseddín i de Hassan Badreddín» , *Quaderns Literaris*, 1, 10 (1934), 3-13, 15-39, 41-59. <<

[23] Cf. R. Nykl, « Hispano arabic poets in the 1001 nights» , en *Homenaje a A. M. Hutington*, Wellesley, Massachusetts, 1952, 477-490. <<

[24] Nombre de la oración canónica de la tarde. <<

[25] Nombre que se da a una clase de genios de la leyenda musulmana. <<

[26] Nombre que se da a los genios rebeldes. <<

[27] Nombre de un genio que intentó apoderarse del anillo mágico de Salomón. <<

[28] El texto entre corchetes está omitido en la edición Bulaq y ha sido añadido aquí siguiendo la de Calcuta. <<

[29] Nombre con que se designa a los cristianos, y, en especial, a los bizantinos. <<

[30] Patronímico de *ad*, pueblo legendario que aparece citado varias veces en *El Corán*, Cf. por ejemplo en la azora 26, versículo 128. <<

[31] Nombre de una planta que, en infusión, produce sopor. <<

[32] Nombres que reciben otros tantos dulces de la repostería árabe. <<

[33] Nombre de la primera letra del alfabeto árabe que tiene la forma de un bastón vertical. <<

[34] El cuadro obsceno que sigue no parece haber formado parte, originariamente, de este cuento. <<

[35] *riqaa, rayhán, tulut, musaq*, nombres que reciben otros tantos tipos de caligrafía árabe. <<

[36] Estrella de quinta magnitud, apenas visible a simple vista, y que se hizo proverbial entre los árabes. Cf. noche 134. <<

[37] Gorro en forma de tronco de cono. <<

[38] Río del Paraíso, según *El Corán*. <<

[39] Pena que la jurisprudencia musulmana aplica al ladrón. <<

[40] Guiso de carne condimentado con especias y hervido en aceite. <<

[41] Ambas frases son estribillos de canciones populares que estaban en boga en Egipto cuando se escribió este cuento. <<

[42] En el texto de la ed. Calcuta se escribe, con razón, al-Mustansir, califa abasí que gobernó del 1226 al 1242. Obsérvese que en el horóscopo de la noche 28 se cita la fecha 763/1361, con lo cual se comete un fuerte anacronismo, faltando ilación lógica a esta historia. <<

[43] Juego de palabras que significa a la vez « lanza de Jatt» (región del golfo Pérsico en que se producen magnificas astas de bambú) y « escritura» . <<

[44] Los nombres propios árabes, de formación y estructura bastante distintas a los nuestros, pueden citarse de modo más o menos completo. Nosotros llamamos a una persona bien por el nombre de pila, bien por el apellido; los árabes lo llaman por uno de sus nombres o apodos. Así, al-Muin b. Sawí puede transformarse simplemente en Ibn Sawí, etc. La b. que reiteradamente figura en sus nombres es abreviación de *ibn*, que significa « hijo» . <<

[45] Nombres de esclavas. Los antropónimos árabes gustan de dar nombre de objetos preciosos a los esclavos (Jazmín, Jacinto), puesto que su dueño debe regocijarse al oírlos. <<

[46] Juego de palabras entre *adb*, « dulce» , y *tadib*, « tormento» . <<

[47] Arbusto de rama esbelta y con espinas. <<

[48] Traducción dudosa. <<

[49] Etimológicamente, *Sarrkan* significa « hizo un daño» o « fue una calamidad» . <<

[50] Es decir: el pelo, al caer sobre las sienes, curvándose en la parte inferior, parecía un escorpión. <<

[51] Este nombre significa « La causante de las desgracias» . <<

[52] Bilqis es el nombre que los árabes dan a la reina de Saba. El *efrit* aquí aludido es el del genio que por orden de Salomón le robó el reino. <<

[53] Versos del poeta Kutayyir dirigidos a su amada Azza. Los dos últimos, blasfemos, aluden a los ascetas: si éstos vieran a su amada, se prosternarían ante ella del mismo modo que si fuese Dios. <<

[54] Chamil *(sic)*. La amante de Chamil no era Azza, sino Butayna. <<

[55] Fórmula de juramento entre los beduinos. <<

[56] Significan, respectivamente, «Alegría del Tiempo» y «Angustia del Tiempo». <<

[57] Títulos de varias obras famosas y muy divulgadas entre los musulmanes durante la Edad Media. <<

[58] Alegría: Nuzhat en Árabe; tiempo, Zamán. Con este juego de palabras alude a que se encuentra lejos de Nuzhat al-Zamán, su hermana. <<

[59] Fragmento de la célebre *qasida nuniyya* (o sea, poesía rimada en n) del andaluz Ibn Zaydún. Hemos tomado aquí la traducción de E. García Gómez. <<

[60] Personaje legendario al que se atribuyen numerosas sentencias. <<

[61] Alude al *zunnar*, especie de cinturón que tenían que llevar como distintivo los cristianos que habitaban en territorio musulmán. <<

[62] Alude a la polvareda levantada por los combatientes, que impedía ver el suelo. <<

[63] Segundo capítulo de *El Corán*. <<

[64] Nombre de un pozo de La Meca. <<

[65] Paladín y poeta árabe preislámico al que se atribuyen numerosas y extraordinarias hazañas. <<

[66] Montaña cercana a Medina con la que se alude a algo majestuoso. <<

[67] El adorar al fuego (el color rojo de la mejilla), típico de los zendos, ha sido siempre un pecado gravísimo en el islam. Quienes lo hacen, se condenan irremisiblemente. <<

[68] Cf. *El Corán*, azora 18, versículos 69-81. <<

[69] Juego popular egipcio. <<

[70] Cf. *El Corán*, azora 32, versículo 7. <<

[71] Ridwán y Malik son los guardianes del Paraíso y del Infierno según la escatología musulmana. <<

[72] Estos versos aluden a la aparición de los primeros pelos de la barba. <<

[73] Inclinación hacia delante hasta colocar las manos en las rodillas que constituye uno de los elementos integrantes de la plegaria musulmana. <<

[74] El fragmento entre corchetes ha sido sobreentendido por el traductor. <<

[75] Juego de palabras, puesto que *Budur* y *Qamar* significan lo mismo: luna. <<

[76] Juego de palabras entre los distintos significados de *siwak* (« palillo» o « sin ti») y *arak* (« espina» o « te veo»). <<

[77] Versos tomados de la elegía dedicada por el badajoceño Ibn Abdún (s. XI) al fin de la dinastía de los banu-l-Aftas. Los hechos recogidos en ellos aluden a sucesos de la Arabia del siglo vil. <<

[78] Cf. *El Corán*, azora 4, versículo 38. <<

[79] Estos nombres, de uso frecuentísimo, equivalen a nuestros Juan y Pedro. <<

[80] Cf. *El Corán*, azora 25, versículo 70. <<

[81] Título que recibe la primera *azora* de *El Corán*. <<

[82] Cf. *El Corán*, azora 13, versículo 14. <<

[83] Santa musulmana, descendiente de Mahoma, que se encuentra enterrada en El Cairo. <<

[84] Forma estrófica de la poesía árabe que tuvo su origen en la España musulmana del siglo x. <<

[85] Para los musulmanes la víctima propiciatoria elegida por Abraham fue Ismael, no Isaac. <<

[86] *rafidi*, nombre de una secta herética musulmana. Los jeques aludidos son los dos primeros califas, Abu Bakr y Alf. <<

[87] *ardabb, waba*, medidas de capacidad que equivalen a dos hectolitros y a treinta y tres litros, aproximadamente. <<

[88] Personaje legendario de la Arabia preislámica que se hizo famoso por su generosidad. <<

[89] Califa omeya que gobernó del 724 al 743. <<

[90] Cf. *El Corán*, 16, 112. <<

[91] Nombres de dos tribus árabes. <<

[92] Alude al califa al-Mamún, quien, en efecto, fue el séptimo soberano de la dinastía abbasí. <<

[93] Tipo de perdiz a la que frecuentemente se alude en la poesía árabe y que anida en el desierto. <<

[94] Cf. *El Corán*, 12. 92. <<

[95] Cf. *El Corán*, 89. 6-7. <<

[96] Poeta y músico árabe coetáneo de Harún al-Rasid y al-Mamún. <<

[97] La sangre es una materia impura; de ahí que quienes la tocan tienen que someterse después al rito de la purificación. <<

[98] Los musulmanes tienen que tomar un baño completo tras la consumación del coito para recuperar el estado de pureza ritual. <<

[99] Bilal es el nombre del primer almuédano del Islam. Era negro, tan negro como el lunar en el rostro. <<

[100] El polvo impregna la frente en el momento de la prosternación; la estación es una repisa de roca desde donde Abraham contempla la construcción de la Kaaba. <<

[101] Es decir, el plazo legal necesario para cerciorarse de que no está embarazada del dueño anterior. <<

[102] Esta narración tiene por base un hecho histórico. <<

[103] Cf. *El Corán*, 3, 178. <<

[104] Zanzíbar. <<

[105] Significa Esmeralda. <<

[106] Los ojos azules son indicio, según los árabes de maldad. <<

[107] Es decir, taponársela, como a los muertos. <<

[108] Fuente del Paraíso, según *El Corán*. <<

[109] Alude a la sentencia, atribuida a Mahoma, de que quien ama, es casto, y muere, muere mártir. <<

[110] Juego de palabras entre el sentido recto de éstas y el técnico de la jurisprudencia. <<

[111] Puente tan afilado como una espada y delgado como un hilo, tendido sobre el infierno. Las almas deben cruzarlo en su camino hacia el cielo. <<

[112] Nombre de sendas letras árabes que cuando se escriben en el mismo orden en que las menciona el texto se unen en un único trazo. <<

[113] Las alusiones que aquí hace a las letras del alfabeto árabe podrían parafrasearse así: « Su talle es esbelto como una *ele*; su boca es redonda como una o y sus cejas parecen una *ene* invertida» . <<

[114] Cf. *El Corán*, 27, 12. <<

[115] Cf. *El Corán*, 3, 103. <<

[116] Cf. *El Corán*, 92, 1-2. <<

[117] Cf. *El Corán*, 51. 26. <<

[118] Cf. *El Corán*, 2, 64. <<

[119] Cf. *El Corán*, 2, 96. <<

[120] Barrio de El Cairo. <<

[121] Árbol que crece en el infierno. Cf. *El Corán*, [17], 62; 37, 60-66; 44. 43 y 56. 52. <<

[122] Alude a Zubayda, esposa y prima de Harún al-Rasid. <<

[123] Titulo llevado por varios soberanos de Egipto. <<

[124] Cf. *El Corán*, 41, 46. <<

[125] Ibrahim era hermano de Harún al-Rasid y, por consiguiente, tío de al-Mamún. <<

[126] Clase de turbante usado por los jurisconsultos y alfaquíes. <<

[127] Califa fatimí de El Cairo que gobernó del 996 al 1021. <<

[128] Cf. *El Corán*, 32, 7. <<

[129] Cf. *El Corán*, 113 y 114. <<

[130] Los versos segundo y cuarto contienen, bajo la forma de la terminología gramatical, traducida al pie de la letra, una serie de alusiones a la vida sexual. <<

[131] Juego de palabras entre este nombre, que significa «delicia de la creación» y *uns wachud*, afable y generoso. <<

[132] El *nun* tiene la forma de *ene* invertida y el *sad* tiene forma de almendra. <<

[133] Durante la época preislámica no se combatía en ese mes. <<

[134] Cf. *El Corán*, 12, 18. <<

[135] Los habitantes de esta ciudad tenían fama de ser de costumbres ligeras. <<

[136] Valle estrecho, en las cercanías de La Meca. El verso nos dice así que el joven era de cintura delgada. <<

[137] Tribu famosa por el gran número de sus miembros que murieron de amor.
<<

[138] Cf. *El Corán*, 26, 225-226. <<

[139] Rey de Persia (531-579). <<

[140] Esposa e hija, respectivamente, de Mahoma. <<

[141] El segundo califa. Gobernó del 634 al 644. <<

[142] Cf. *El Corán*, 33. 38. <<

[143] Cf. *El Corán*, 38. 2. <<

[144] Compañero de Mahoma famoso por su virtud. <<

[145] Alude al interrogatorio a que someten a los muertos, recién sepultados, los ángeles Naki y Munkar. <<

[146] Divisor del dirhem. Equivale a un sexto de éste. <<

[147] Mahoma. <<

[148] Cf. *El Corán*, 2. 151. <<

[149] Divinidad del panteón árabe preislámico. <<

[150] Los musulmanes acusan a los cristianos de politeístas a causa del misterio de la Trinidad. <<

[151] Cf. *El Corán*, 7, 195. <<

[152] Cf. *El Corán*. 10, 36. <<

[153] Es decir: Cohabite con la esclava. <<

[154] Cf. *El Corán*, 4, 38. <<

[155] Cf. *El Corán*, 2, 282. <<

[156] Cf. *El Corán*, 4, 175. <<

[157] Cf. *El Corán*, 12, 51. <<

[158] Cf. *El Corán*, 26. 165. <<

[159] Cf. *El Corán*, 76. 19. <<

[160] Cf. *El Corán*, 3, 182. <<

[161] Es la primera azora de *El Corán*. <<

[162] Es decir, catorce días de edad, o sea, cuando está llena. <<

[163] Cf. *El Corán*, 4, 160. <<

[164] Alude a la fiesta con que termina el ayuno de Ramadán y la que cierra la peregrinación. <<

[165] La jurisprudencia musulmana. De dicha raíz deriva la voz al-faquí. <<

[166] Turbante distintivo de los jurisconsultos. <<

[167] Alusión a *El Corán*, 39, 67. <<

[168] Cf. *El Corán*, 78, 19. <<

[169] Cf. *El Corán*, 2, 256. <<

[170] Cf. *El Corán*, 2, 159. <<

[171] Cf. *El Corán*, 16, 92. <<

[172] Cf. *El Corán*, 70, 38. <<

[173] Cf. *El Corán*, 39, 54. <<

[174] Cf. *El Corán*, 12, 18. <<

[175] Cf. *El Corán*, 2, 107. <<

[176] Cf. *El Corán*, 51, 56. <<

[177] Cf. *El Corán*, 2, 28. <<

[178] Cf. *El Corán*, 16, 100. <<

[179] Cf. *El Corán*, 96, 1-2. <<

[180] Cf. *El Corán*, 27, 30. <<

[181] Cf. *El Corán*, azora 9. <<

[182] Cf. *El Corán*, 17, 110. <<

[183] Cf. *El Corán*, 2, 158. <<

[184] Cf. *El Corán*, azora 96. <<

[185] Cf. *El Corán*, azora 74. <<

[186] Cf. *El Corán*, 2, 276-280. <<

[187] Cf. *El Corán*, 90, 1. <<

[188] Cf. *El Corán*, 5, 4. <<

[189] Cf. *El Corán*, 5, 116. <<

[190] Cf. *El Corán*, 5, 116. <<

[191] Cf. *El Corán*, 5, 89. <<

[192] Cf. *El Corán*, 4, 124. <<

[193] Cf. *El Corán*, 11, 50. <<

[194] Cf. *El Corán*, 2, 285. <<

[195] Cf. *El Corán*, 7, 154. <<

[196] Cf. *El Corán*, 54, 1. <<

[197] Cf. *El Corán*, 17, 39. <<

[198] Estrella de la constelación de Acuario. <<

[199] Cf. *El Corán*, 5, 92. <<

[200] Cf. *El Corán*, 2, 216. <<

[201] Cf. *El Corán*, 28, 76. <<

[202] Cf. *El Corán*, 70, 40. <<

[203] Cf. *El Corán*, 10, 5. <<

[204] Cf. *El Corán*, 26, 40. <<

[205] Cf. *El Corán*, 22, 60. <<

[206] Cf. *El Corán*, 31, 34. <<

[207] Meses del calendario copto. <<

[208] Meses del calendario copto. <<

[209] Cf. *El Corán*, 37, 5. <<

[210] Cf. *El Corán*, 36, 37-38. <<

[211] Cf. *El Corán*, 22, 7. <<

[212] Cf. *El Corán*, 20, 58. <<

[213] Los árabes, según la tradición, descienden de Ismael, hijo de Agar. <<

[214] Cf. *El Corán*, 81, 18. <<

[215] Cf. *El Corán*, 20, 19. <<

[216] La tumba, es el estuche; el alimento, la tinta. <<

[217] Cf. *El Corán*, 41, 10. <<

[218] Cf. *El Corán*, 36, 82. <<

[219] Puente tendido sobre el infierno y que conduce al Paraíso. <<

[220] Cf. *El Corán*, 6, 44. <<

[221] Cf. *El Corán*, 7, 52. <<

[222] Azoras 6 y 4 de *El Corán*. <<

[223] Cf. *El Corán*, 13, 41. <<

[224] Profesión de fe musulmana. <<

[225] Cf. *El Corán*, 38, 34. <<

[226] Los símbolos de los cuatro evangelistas. <<

[227] Nombre que la tradición musulmana da también a uno de los durmientes de la cueva de Éfeso. Cf. *El Corán*, 18, 8-25. <<

[228] Cf. *El Corán*, 27, 16; 35, 29; 42, 21. <<

[229] Cf. *El Corán*, 53, 14. <<

[230] Este cuento falta en las ediciones corrientes de *Las mil y una noches*. Aquí se traduce a partir de la edición de Zotenberg (cf. *Introducción*, p. XIII). <<

[231] Primera azora de *El Corán*. <<

[232] Plural de *ratl*. Medida ponderal árabe de valores muy variados. <<

[233] Nombre que recibe la jurisprudencia musulmana. <<

[234] Bendición. <<

[235] Esta palabra es, probablemente, corrupción de Kschatriya, casta guerrera de la India. <<

[236] Cf. *El Corán*, 12, 53. <<

[237] Cf. *El Corán*, 12, 28. <<

[238] Cf. *El Corán*, 4, 78. <<

[239] Cf. *El Corán*, 12, 28. <<

[240] Es la noche del mes de Ramadán en la cual, según los musulmanes, Dios fija el destino de los hombres para el año que sigue. <<

[241] Cf. *El Corán*, 9, 51. <<

[242] El rosario musulmán constaba, inicialmente, de noventa y nueve cuentas. <<

[243] El autor funde ambas ciudades en una sola. <<

[244] Nombres de distintas clases de pasteles muy apreciados por los egipcios. <<

[245] El presidente de los doctores de la ley. <<

[246] Lapso de tiempo necesario para comprobar si la mujer está encinta del marido anterior. <<

[247] Pueblo infiel; al igual que los tamud son mencionados reiteradamente en *El Corán*. <<

[248] Sobre estos dioses cf. *El Corán*, 71, 22-23. <<

[249] Así en el texto. Antes lo ha llamado Hamal. Es una de las muchísimas inconsecuencias y erratas de que están plagadas *Las mil y una noches*. <<

[250] Dios tiene cien nombres de los cuales los seres humanos conocen noventa y nueve. <<

[251] Error del texto ya que se refiere a Kawkab al-Sabah. En otras ediciones aparece de esta manera. <<

[252] Alude a tres letras del abecedario árabe que tienen, precisamente, las características que indica el texto. <<

[253] En el texto árabe (distinto según las ediciones) siguen varios versos cuyo sentido escapa. <<

[254] Obsérvese que la suma de estas cifras da catorce o sea la edad de la luna en el momento del plenilunio. <<

[255] Cuatro por cinco, veinte y seis por diez, sesenta. Las letras que tienen estos dos valores numéricos en el abecedario árabe (*kaf* y *sin*) componen la palabra *kuss* que designa las partes sexuales de la mujer. <<

[256] *Mawwal*, nombre de una estrofa popular que generalmente sirve para cantos de amor. <<

[257] Las ediciones discrepan sobre el texto de este *mawwal*. <<

[258] Cf. *El Corán* 36, 78. <<

[259] Esta expresión alude a la profesión de fe musulmana. El judío entendió que quería que se convirtiera al islam. <<

[260] Alusión al retorno a la vida cotidiana. <<

[261] Cf. *El Corán* 39, 54. <<

[262] Alude a la nulidad del matrimonio contraído por las musulmanas con hombres de otra religión. <<

[263] Cf. *El Corán* 6, 99 y 142; 55, 68. <<

[264] Cf. *El Corán* 2, 216. <<

[265] Cf. *El Corán* 83, 27. <<

[266] Alude, probablemente, a la azora 113 de *El Corán*. <<

[267] Cf. *El Corán*, azora 111. <<

[268] Cf. *El Corán* 9, 33. <<

[269] Cf. *El Corán* 26, 88-89. <<

[270] Cf. *El Corán* 4, 140. <<

[271] En este caso Saladino. <<

[272] Cf. *El Corán* 9, 121; 11, 117; 12, 90. <<

[273] Cf. *El Corán* 12, 28. <<

[274] El nombre Abd Allah significa, efectivamente, « esclavo de Dios» . <<

[275] Hay que sobreentender « por un nuevo golpe» . <<

[276] Juego de palabras entre *la la*, perla; *li li*, “para mí, para mí” y *la la*, no. <<

[277] Nombres propios respectivamente de hembra y de varón. <<

[278] Nombre de una fórmula solemne de repudio que consiste en decir: « Quede repudiada mi mujer si no hago tal y tal cosa» . <<

[279] Cf. *El Corán* 3, 167. <<

[280] Cf. *El Corán* 26, 88-89. <<

[281] Cf. *El Corán* 36, 58. <<

[282] Cf. *El Corán* 89, 6. <<